

R-148 R. 33 E 4 5 7 8 9

LA ILUSTRACIÓN

CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

PROPIEDAD DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Director: D. MANUEL OSSORIO Y BERNARD

COLABORADORES

Sras. ANTONIO MARÍA, Lozano de Vilchez, MARÍA DE LA PEÑA, Ugarte Barrientos y Valencia.
Sres. Alarcón (D. Julio), Allés, Aparisi, Araiztegui, Araquistain, Arnao, Blanco, Blasco,
Boccherini, Capellá, Catalina García, Coloma, Coll, Donoso Cortés,
Fernández Grilo, Fernández de Castro, Fita, Font, Frontaura, Gabriel y Ruiz de Apodaca, García Cuevas,
García de la Iglesia, Gil-Osorio, Hartzenbusch, Heredia (Marqués de), Hernández González, Iglesia,
Jardiel, Jerez Perchel, Jorrito, Lasso de la Vega, Lope y Moral, López García, López Núñez,
Llanos, Llauder, Mañé y Flaquer, Marin Baldo, Monescillo, Montenegro, Muñoz Escámez,
Novoa, Olmedo, Ossorio y Bernard, Ossorio y Gallardo,
Pallás, Paz, Perea, Pérez de Nieva, Peris, Polerò, Polo y Peyrolón, Sánchez de Castro, Sevilla, Soles Eguilaz,
Taronji, Torres Muñoz, Trueba, Velarde, Villavaso, etc., etc.

TOMO X



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS

Juan Bravo, núm. 5. — Teléfono 429.

1887

ÍNDICE GENERAL

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

TEXTO

A

- A. (M. de).* — El arte religioso; todos los números.
Alarcón (Julio). — Venid a mí; pág. 17.
Alocuciones de Su Santidad; págs. 195, 364 y 417.
Alts (Juan B.). — Santa Teresa y un Pastor protestante; pág. 355.
Amos (Los) y dependientes cristianos; pág. 285.
Andrés el pescador; págs. 127, 137, 152, 164, 174, 189, 200, 210, 225 y 233.
Antídotos para los productos químicos usados en las artes; pág. 9.
Antonio María. — A Santa Teresa; pág. 292. — La Virgen de la Esmeralda; página 398.
Aparisi y Gujjarro (Antonio). — Las herejías; pág. 45.
Aprendiz de Santo (El). — Pág. 248.
Araoztegui (Ramón de). — Inauguración de la Capilla del Cementerio de Cristóbal Colón; págs. 2 y 15.
Araguistain (Juan V. de). — La alborada; pág. 230.
Arnao (Antonio). — Ecce Homo; pág. 111.
Arolas (Juan). — Al Nacimiento de Jesús; pág. 16.
Asilo de Hulefianos del Sagrado Corazón de Jesús; pág. 210.
Aspid (El). — Pág. 391.
Atentado de Figueras (El). — Pág. 135.

B

- Batllia de Valencia (La).* — Pág. 22.
Benjamín (E.). — Un milagro; pág. 362.
Bermúdez de Castro (Salvador). — La Cruz; pág. 111.
Bibliografía; págs. 22, 48, 72, 83, 95, 108, 132, 153, 180, 215, 228, 263, 276, 300, 346, 396, 420 y 430.
Blanco Gamá (Francisco). — El artista ciego; pág. 261.
Blasco (E.). — El Estado sin Dios; pág. 19.
Boccherini (Alfredo). — La profesión; pág. 412.
Breve noticia de la Congregación de seglares siervos de los pobres enfermos del Santo Hospital de Zaragoza; pág. 209.

C

- Calderón de la Barca.* — Lágrimas que vierte un alma arrepentida; pág. 3.
Capella (Francisco de P.). — La procesión de Santa Madrona; pág. 104. — La Virgen del Carmen; pág. 245.
Cardenal Jacobini (El). — Pág. 75.
Carta de Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII al Cardenal Mariano Rampolla, su Secretario de Estado; pág. 255.
Carta pastoral del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis de Madrid-Alcalá sobre el duelo; págs. 305 y 320.
Cartas de Roma. — Págs. 14, 27, 38, 50, 74, 86 y 218.
Catalina García (Juan). — Poemas del Duque de Almenara Alta; pág. 218.
Certamen en honor de San Agustín. — Pág. 17.
Circular del Emmo. Cardenal Rampolla. — Pág. 260.
Coloma (Luis). — Un pobre Obispo; pág. 5. — El anillo de Pío IX; pág. 189. — ¿Qué sería...? Págs. 412 y 424.
Coll (José). — Del culto é invocación de los Santos; pág. 51. — Clamores farisaicos contra los abusos de la Iglesia; pág. 86. — Del culto de las imágenes; pág. 117. — De la veneración de las reliquias; pág. 161. — Enérgica actitud de la Iglesia contra todo género de abusos; pág. 242. — ¿Debe la Europa al protestantismo algún progreso? Pág. 290. — Se concreta más la contestación; pág. 302. — El estado político de Europa hizo más criminal la aparición del protestantismo; pág. 314. — ¿Cuáles fueron los verdaderos gérmenes del protestantismo? Pág. 326.
Confesión de la verdadera fe. — Pág. 146.
Congreso eucarístico de Tolosa. — Pág. 136.
Conocimientos útiles. — Págs. 203, 216, 251, 359, 383 y 430.
Convite conmovedor el día de San José. — Pág. 99.

D

- Discurso de Su Santidad al Sacro Colegio en el aniversario de su coronación;* página 93.
Dios (Juan de). — Crónica de Valencia; págs. 122 y 149. — Una hormiguita de oro; pág. 405.
Documento episcopal (Del Obispo de Madrid-Alcalá, con motivo del jubileo pontificio); pág. 410.
Documento inapreciable (Un). — Pág. 141.
Documentos pontificios. — Págs. 387 y 406.
Domato Cortés. — Delante de la Cruz; pág. 231.

E

- Egoísmo (El).* — Págs. 352 y 363.
En honor de Ernestina. — Pág. 362.
Exhortación pastoral dirigida al Cabildo metropolitano de Valencia, al Clero secular y regular y a todos los fieles, con motivo de la situación angustiosa del Papa; pág. 353.

F

- Fernández Grilo (Antonio).* — El Padre Santo ante las ofrendas de la caridad; pág. 231.
Fernández de Castro (Venancio). — Contrastes; pág. 344.
Fery. — Recuerdo a Miguel de Cervantes; pág. 197.
Feval (Pablo). — Un episodio; pág. 309.
Fiestas del Apóstol Santiago (Las). — Pág. 254.
Fita (Fidel). — La Judería de Madrid en 1391; págs. 20 y 32. — Epigrama romana; pág. 219. — Marisaltos ó la hebrea de la Fuencisla; págs. 232 y 244.
Font (Joaquín de). — La cremación ante la Iglesia; pág. 404.
Fraille (El) en Filipinas. — Pág. 246.

- Frontaura (Carlos).* — Las ánimas; págs. 100 y 113. — La palma bendita; página 172. — El 13 de Enero; pág. 221. — Emilia; págs. 321 y 328. — Arria; pág. 401.

G

- Gabriel y Ruiz de Apodaca (Fernando de).* — A San Fernando; pág. 172. — En la fiesta de la Eucaristía; pág. 194.
García (R.). — Los hombres de bien que no practican; pág. 160.
García Cuevas (Francisco). — La hija de Jephthé; pág. 77.
García de la Iglesia (J. A.). — San José de Calasanz; pág. 293.
Gil-Osorio (Ramón). — El arte materialista; pág. 188. — El teatro contemporáneo y la moral; pág. 401.
Grabados (Descripción de los). — Todos los números.
Gran fiesta religiosa. — Pág. 331.
Gruta de Cervantes (La). — Pág. 332.
Guardia de honor (La). — Pág. 374.

H

- Hartzenbusch (J. E.).* — La joya milagrosa; pág. 332. — La hermosura por castigo; pág. 387. — La lámpara de la torre; pág. 416.
Hechicera (La). — Pág. 338.
Heredia (Marqués de). — A mi inolvidable y virtuoso amigo D. José Tora; página 140.
Hermanos (Los) de las Escuelas cristianas; págs. 272 y 284.
Hermanos hospitalarios (Los) en el Manicomio provincial de Valencia; página 140.
Hernández y González (José). — Sine-fide; págs. 267, 278, 292 y 303. — La perla de Avila; pág. 339. — Risas y lágrimas; pág. 403.
Honras fúnebres. — Pág. 386.
Hospital laico (En el). — Pág. 406.

I

- Iglesia (Antonio de la).* — Nuestra Señora de Pastoriza; pág. 341.
Ilmo. Sr. D. Dionisio González. — Pág. 64.

J

- Jardiel (Florencio).* — El templo del Pilar; pág. 354.
Jerez Perchet (Augusto). — La duda; pág. 296. — Las vírgenes locas y las prudentes; pág. 321. — El trigo y la cizaña; pág. 372.
Jorrito y Paniagua (Manuel). — Historia de un ángel; pág. 389.
Jubileo Sacerdotal de Su Santidad León XIII. — Números 3.º y siguientes.

L

- Lasso de la Vega (Angel).* — El Cristianismo; pág. 66. — El mal apóstol; página 112. — El niño de la concha; pág. 148. — La agonía de un pueblo; páginas 317 y 327. — A la Inmaculada Concepción de María; pág. 400.
Leprosillo (El). — Pág. 57.
Liberalismo (El). — Conferencia del Sr. Obispo de Madrid; pág. 368.
Lista (Alberto). — La muerte de Jesús; pág. 111.
Lope y Moral (J.). — Epigramas; pág. 428.
López García (Bernardo). — Dolorosa; pág. 112. — María; pág. 364.
López Núñez (Alvaro). — Un cuadro de Fr. Angélico; pág. 424.
Lozano de Vilchez (Enriqueta). — A Nuestra Señora de las Angustias; pág. 207.

LL

- Llanos y Alcaras (Adolfo).* — El Dulce Nombre de María; pág. 125.
Llauder (Luis). — Vida regalada de los frailes; pág. 365.

M

- M. (M. del P.).* — Oración a María Inmaculada; pág. 24.
Malón de Chaisé (Fray P.). — Salmo XII; pág. 376.
Mañé y Flaquer (J.). — Santa María de Ripoll; pág. 413.
Marín Baldo (José). — Mis libros y yo; págs. 54 y 63. — Las Artes y las Ciencias; pág. 208.
Mejor diadema (La). — Pág. 375.
Méltndez Valdés (J.). — Prosperidad aparente de los malos; pág. 44.
Mendigo (El) y las Hermanas de la Caridad; pág. 69.
Misiones de las Carolinas. — Pág. 404.
Monesillo (Cardenal). — El Padre José; pág. 297.
Monseñor Rampolla, Cardenal de la Santa Romana Iglesia; pág. 110.
Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Madrid. — Pág. 99.
Montenegro (Antonio). — Caldeo del hogar doméstico; págs. 9, 35, 46, 59, 71, 81, 103, 129, 143 y 163.
Muñoz Escamez (J.). — La idea de Dios; pág. 270.
Muy Rdo. P. Fray Manuel María Martínez. — Pág. 296.

N

- Necrologia.* — Todos los números.
Nicolas (Augusto). — La autoridad y la libertad; pág. 429.
Nieta (La) y el abuelo. — Pág. 391.
No hoy que exagerar. — Pág. 173.
Noticias. — Todos los números.
Nova Varda (Miguel). — Un recuerdo glorioso de las Huelgas de Burgos; página 350.
Nueva Abadesa (La) de las Huelgas; pág. 195.
Nunciaturas (Las) y las Delegaciones apostólicas; pág. 285.

O

- Obra de la Santa Infancia.* — Pág. 92.
Obra (La) de Ernestina Manuel de Villena; pág. 26.
Obras de San Agustín (Las). — Pág. 146.

Ofrenda (La) al Apóstol; pág. 18.
Olmedo y Estrada (Santiago). — A San Agustín; pág. 149. — La realidad de un sueño; pág. 282.
Origen de la Orden de la Purísima Concepción. — Pág. 8.
Oscurantismo del Clero católico; pág. 231.
Ossorio y Bernard (Manuel). — La Decena; todos los números. — Aniversario; pág. 26. — Busquemos a Jesús; pág. 38. — Los autos sacramentales; pág. 75. — Un auto de D. Pedro Calderón de la Barca; pág. 147. — San Isidro Labrador; pág. 159. — Lo que pasó en Valle-hondo; pág. 184. — La pintura religiosa en la actual Exposición; pág. 196. — La ópera política; pág. 377. — El Sacerdote; pág. 428.
Ossorio y Gallardo (Carlos). — Invierno. Primavera; pág. 102. — En la Escuela Pía; pág. 291. — La Decena; pág. 361.

P

Pallás (Sebastián E.). — Los Círculos católicos de obreros; pág. 206.
Paz (Abdón de). — Las tres palmas; pág. 376.
Pensamientos sobre el Rosario. — Pág. 47.
Peña (María de la). — Carta de Valencia; pág. 98. — La visita de la vieja; pág. 340. — La palabra es oro; pág. 377. — Un viaje de la Virgen; pág. 416.
Perea (Obdulio de). — Bendice, alma mía, al Señor; pág. 125. — Soledad de la Virgen; pág. 135.
Peregrinación alemana al sepulcro de Santiago Apóstol; pág. 332.
Pérez de Nieva (Alfonso). — Los dos años; pág. 422.
Peris y Pascual (José). — Nuestra Señora de los Desamparados; pág. 172.
Poleró (Vicente). — El Museo Nacional de Pintura y Escultura; págs. 52 y 63. — Fortaleza del Campillo; pág. 123.
Polo y Peyrolón (Manuel). — Tradiciones de Tierra Santa; págs. 50, 64, 76, 88, 98, 113, 124, 134, 158, 170, 182, 194, 207, 219, 243, 260, 266, 291 y 315.
Propaganda católica en Palencia (La). — Pág. 330.

R

Religión (La) y los partidos políticos; pág. 309.
Requiem (Un) y un dote; pág. 366.

Revuelta (Justo). — La sabiduría; pág. 171.
Roma. — Pág. 190.

S

S. y S. (F.). — La casa iglesia y la casa club; pág. 53.
Sagrada Imitación (La). — Pág. 89.
San Agustín. — Pág. 146.
San Vicente de Paul y las Hijas de la Caridad; pág. 268.
Sanchez de Castro (F.). — El primer centenario de San Alfonso de Ligorio; pág. 257.
Santiago de Compostela (En). — Pág. 273.
Santificar las fiestas. — Pág. 376.
Santo Calix (El). — Pág. 20.
Segur (Marqués de). — ¡Por chiripa! Pág. 44.
Sevilla (Fernando). — Compasión para con el vencido; pág. 89.
Servas de Jesús de la Caridad en Alicante. — Pág. 248.
Solemne recepción del nuevo Nuncio de Su Santidad; pág. 230.
Soles Equilibrados (J.). — Lo que se pinta; pág. 163.

T

Taronji (José). — ¿Cuándo será...? Pág. 125.
Taxil (Leo). — Las mentiras; pág. 279.
Toca blanca (La). — Pág. 341.
Torres Muñoz de Luna (R.). — Muerte cristiana y muerte atea; pág. 56.
Trisagio (El). — Pág. 88.
Trueba (Antonio de). — Misa primera; pág. 404.

U

Ugarte Barrientos (Josefa). — Parábola; pág. 32.

V

Valencia (Carolina). — A Roma; pág. 423.
Vega (Ventura de la). — Imitación de los Salmos; pág. 232.
Velarde (José). — Fragmento del prólogo del poema "A Colon"; pág. 194.
Villavaso (Camilo de). — Bosquejo biográfico de N. S. P. el Papa León XIII; pág. 39.

GRABADOS

RETRATOS

Rdo. Sr. D. Honorio María de Onaindia, Obispo de Huesca; pág. 13.
Ernestina Manuel de Villena; pág. 25.
Mascarilla de la misma; pág. 30.
M. Tassin; pág. 49.
Ilmo. Sr. D. Dionisio González; pág. 61.
Emmo. Sr. Cardenal Jacobini; pág. 73.
La venerable Madre Sor María de Agreda; pág. 85.
Rdmo. P. Larroca, General de la Orden de Santo Domingo; pág. 97.
El P. Beck, General de la Compañía de Jesús; pág. 109.
Antonio Allegri, llamado el Correggio; pág. 121.
Luis David, pintor francés; pág. 133.
El Cardenal Rampolla; pág. 145.
El Canónigo Duilié de Saint-Projet; pág. 157.
José Ribera, el Españoleto; pág. 169.
Eustaquio Leseur; pág. 181.
Ilmo. Sr. D. Manuel Felipe Rodríguez; pág. 205.
M. Goldie; pág. 217.
Fray José Domingo Martínez; pág. 229.
D. Fernando Alvisu; pág. 241.
Monseñor Ruffo-Scilla; pág. 277.
Alonso Cano; pág. 289.
Leo Taxil; pág. 301.
El General de Sonis; pág. 313.
Carlo Dolci; pág. 325.
Mons. Víctor Marechal; pág. 337.
D. Urbano Aspa; pág. 349.
Lucas Jordán; pág. 361.

MONUMENTOS Y OBRAS DE ARTE

Asunto místico. — Cuadro de Giorgione; pág. 1.
Vista interior de San Pedro en Roma; pág. 7.
Portada interior de la iglesia del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús; pág. 31.
La conversión de San Pablo Apóstol; pág. 37.
Camino de las Catacumbas. — Cuadro de Palmaroli; pág. 42.
Palacio de San Telmo en Sevilla; pág. 55.
Ensayo de un versículo del Miserere; pág. 79.
El Evangelista San Juan; pág. 103.
La coronación de espinas. — Cuadro del Ticiano; pág. 114.
Sacra Familia. — Cuadro de Guido Reni; pág. 127.
La Religión. — Estatua de Reynés; pág. 139.
San Agustín. — Estatua en piedra; pág. 150.
San Agustín y Santa Mónica. — Cuadro de Ary Schffer; pág. 151.
Fraile en oración. — Cuadro de Zurbarán; pág. 163.
Los últimos gladiadores. — Cuadro de Stallaert; pág. 175.
Cristo predicando en el lago de Genesareth; pág. 187.
Enterramiento de Jesucristo. — Cuadro de Bassano; pág. 193.
¡Señor, ayúdame! — Cuadro de Plakhorst; pág. 199.
A las fieras. — Cuadro de S. Fernández; pág. 223.
San Antonio de Padua con el Niño Dios; pág. 235.
Muerte de San Bruno. — Cuadro de Lesueur; pág. 247.
Santa María de la Arrija; pág. 253.
Los claustros del Real Monasterio de las Huelgas; pág. 258.
Sepulcro del Cardenal Lloch y Garriga; pág. 259.
Santo Tomás de Villanueva. — Cuadro de Murillo; pág. 283.

Exterior del Monasterio de San Miguel de Escalada; pág. 294.
Dad a Dios lo que es de Dios y al Cesar lo que es del Cesar; pág. 295.
San Jerónimo penitente. — Cuadro de Ribera; pág. 306.
Escalera de la puerta alta en la Catedral de Burgos; pág. 307.
La Noche. — Cuadro de Correggio; pág. 319.
El sueño de Fra Angélico; pág. 331.
Santa Teresa de Jesús. — Estatua de Hernández; pág. 343.
Santiago Apóstol. — Del Monasterio de las Huelgas; pág. 360.
Aparición de Jesús a sus discípulos. — Tapiz; pág. 367.
La comunión de San Jerónimo. — Cuadro del Dominiquino; pág. 391.
Ángeles al cielo. — Bajo relieve de Susillo; pág. 397.
Ante una Biblia de Gutenberg. — Cuadro de Lerche; pág. 403.
Copón de oro ofrecido a Su Santidad León XIII; pág. 409.
Nuestra Señora de Ripoll; restauración del abside; el claustro; pág. 415.
El Bautismo de Cristo; bajo relieve en marfil; pág. 421.
Joven cristiana en las Catacumbas; pág. 427.

ACTUALIDADES Y VARIEDADES

Inclusa: sala del torno; pág. 6.
Colegio de la Paz; sala de labores; pág. 6.
Sermón en una Catedral; pág. 18.
Misa del alba: tipos del Alto Aragón; pág. 19.
Talleres del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús; pág. 30.
Romería de San Antón; pág. 43.
El frío; pág. 54.
Ataque y defensa; pág. 66.
La oración en los Asilos de noche; pág. 67.
Grupo de elefantes; pág. 78.
Colegio de Calatrava en Salamanca; pág. 90.
El entusiasta por la Botánica; pág. 91.
Invierno y primavera; pág. 102.
Escuela de Agricultura de la Moncloa; pág. 115.
Grupo de ciervos; pág. 126.
El nido; pág. 138.
Aranjuez; pág. 162.
La propiedad es un robo; pág. 174.
San Sebastián; pág. 186.
Puerto de Pasajes; pág. 198.
Bendición de la primera piedra del Colegio de Santa Susana; pág. 210.
El verano; pág. 211.
Córdoba; pág. 222.
Real Sitio de San Ildefonso; pág. 234.
Cádiz; pág. 246.
Escenas de caza; págs. 282, 318 y 414.
Caza en vedado; pág. 330.
Una tormenta en el monte; pág. 342.
En el Hipódromo; pág. 354.
El descanso en las carreras; pág. 355.
La caza; pág. 366.
Un país; pág. 373.
Romería de San Eugenio; pág. 378.
Real Palacio del Pardo; pág. 379.
Un idioma; pág. 385.
Triunfo del hombre; pág. 390.
Trineo atacado por lobos; pág. 402.
La Plaza Mayor; pág. 426.



ÉPOCA 4.ª — AÑO XII — TOMO X.

NÚMERO 1.º — Madrid 5 de Enero de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fr.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fr.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por D. Manuel Quintanilla y Bernard. — *Los granados*. — *Inauguración de la capilla del cementerio de Cristóbal Colón*. — *Lágrimas que vierte un alma arrepentida*, de D. Pedro Calderón de la Barca. — *Un pobre Obispo*, por Luis Coloma. — *Origen de la Orden de la Purísima Concepción*, por X. — *El arte religioso*, p. y M. de A. — *Abolición para los productos químicos usados en las artes*. — *Calderón del hogar doméstico*. — *El mundo de los pájaros y el viento*. — *Neurología*. — *Nómina*. — *Advertencia*.
GRABADOS. — *Asunto místico*. — *La Inmaculada y el colegio de la Paz*. — *Vista interior de San Pedro en Roma*.

LA DECENA

ESTAN ocasión la que presentan el término de un año y el comienzo del que le sigue para los filósofos y moralistas al por menor. Un grano de arena colocado atrevidamente entre dos clásicas divisiones de tiempo; el minutero de un reloj pasando de un año a otro con la misma facilidad que si sólo se tratara de ir saltando segundos...

Y aquí nuevamente del eterno problema: ¿Un año más o un año menos?

Asuntos accesorios por todas partes; muertes y desastres de diverso género en el año que termina; esperanza sin límites en el que empieza, grandes solemnidades en el mundo oficial; muchas lágrimas y mucho luto en el hogar; balance de cuentas; suma y resta de ilusiones; liquidación anual por pase a otro guarismo. La fosa del uno y la cuna del otro; el viejo en la capilla ardiente, como dicen todos los escritores que no saben el castellano, y el niño dispuesto a lanzarse a la calle para comenzar a hacer de las suyas...

Decididamente el principio de un año equivale por sí sólo a un centenar de asuntos, y no hay más que dejar que la pluma corra por el papel y la imaginación por los campos de la fantasía. El reloj nos acompaña con su monótono ruido:

Tic... Tac...

Ya cayó un mes de alquiler de casa; ya puede presentarse el casero de un momento a otro, y con perfecto derecho.

Tic... Tac...

Ya hay que pensar en satisfacer el pagaré vencido

y en renovar el objeto empeñado. Ya estamos en el año en que la patria nos ha de reclamar uno de nuestros hijos y la Hacienda pública parte muy considerable de la nuestra.

Tic... Tac...

Nuestra cédula personal nos acusaba la edad de cuarenta y siete años: hay que cambiarla por otra. De paso se pueden comprar los nuevos sellos, el nuevo papel sellado, todo el material que nos tenía reservado la Dirección de Rentas.

Ha empezado un año nuevo, y Saturno, aquel mitológico dios que nuestros abuelos pintaban tragándose a sus hijos, nuestros padres con la clepsidra en una mano y alas en los pies, y nosotros vestido con gabán ruso y tiñéndose las barbas, continúa y continuará empujándonos para ayudarnos a bajar por el plano inclinado de la vida.

..

Y no sólo hemos entrado en el año de 1887, sino que hemos llegado a la víspera del día de Reyes, fecha en que, cualquiera de los años anteriores, el viajero que visitara la capital de España podría haber escrito en su libro de memorias:



ASUNTO MÍSTICO. — CUADRO DE GIORGIONE.

En esta noche los madrileños se reúnen en grupos de 15 ó 20; engañan ó alquilan á un individuo á quien hacen cargar con una pesada escalera y le cuelgan del cuello un cencerro; se tiñen las caras con carbón, empuñan gruesas teas, y en esta forma, sonando almireces y latas de petróleo, cruzan corriendo la población de Norte á Sur y de Este á Oeste. ¿Por dónde vienen los Reyes? pregunta uno de los de la comitiva; y el conductor de la escalera sube á sus últimos peldaños para mirar el horizonte; pero antes de que tenga tiempo de observar nada, suena otra voz que grita: ¡Por la Puerta de Toledo! Y los que, junto á Chamberí, sostienen la escalera, la dejan caer; el infeliz que subía mide el suelo, y si no se ha roto alguna costilla, vuelve á cargar con la escala y á seguir á sus compañeros ebrios, que en cada una de las paradas dan un tiento á la bota de vino, elemento indispensable de la fiesta. Algunos terminan la noche en la cárcel, otros en las Casas de Socorro, y muchos duermen en el fango de las calles... »

Los señores Xiquena, Aguilera y Bogaraya han puesto tales y tan prudentes limitaciones y cortapisas en los años últimos al derecho de alborotar, atropellar y emborracharse, que las antiguas comparsas han desaparecido, y si el viajero explorador volviera á Madrid esta noche no encontraría motivo ni pretexto para sus censuras. En la fiesta de Reyes, como en la de Nochebuena, existen dos fases: la del hogar y la del arroyo; esta última tiende á desaparecer, como queda dicho, para gloria de la civilización; aquella, como basada en las tiernas afecciones de la familia, subsiste y subsistirá.

¿Pero llegarán esta noche los Reyes?

Los niños les aguardan: saben perfectamente que todos los años, utilizando los momentos que ellos consagran al sueño, los Magos de Oriente pasan por su calle; y así como hace diecinueve siglos llevaron sus ricos dones al humilde portal de Belén, ahora también los irán llevando á las criaturas que les aguardan. ¿Pero acertarán los Reyes con las habitaciones de los niños? Es de creer que sí; mas por si acaso, bueno será ponerles una señal en los balcones ó en las chimeneas, y nada mejor para ello que una cestita ó unos zapatos infantiles en donde puedan depositar sus dones, si no son de gran volumen.

Tal vez pueda facilitar la explicación de este fenómeno el encuentro que acabo de tener con mis buenos amigos particulares los furibundos republicanos Melchor y Baltasar, saliendo del Bazar de la Unión envueltos en sus capas y con sendos paquetes debajo de ellas.

— ¿Vosotros por aquí?

— ¡Chist! — me dijo el primero de los mismos. — Ahora actuamos de Reyes Magos... pero no nos vendas... ¡nos excomulgaria Don Manuel!

¡Dulcísimo y tierno influjo de las criaturas, que así logra dar al traste con las convicciones políticas, y que hace conservar las más santas creencias aun á los hombres que tienen á gala el prescindir de ellas!

..

Durante la segunda quincena de Diciembre el horizonte europeo se hallaba cargado de nubes sombrías, llegando á creerse inevitable y próxima la guerra. La bolsa, siempre tímida, reflejó las impresiones pesimistas de los hombres políticos, y los periódicos aventuraron cálculos y conjeturas de todas clases sobre el alcance y consecuencias de la lucha. En lo que no andaban muy acordes las opiniones, era fijando el campo de la futura contienda, pues mientras unos suponían que la crisis por que atraviesan los principados de los Balcanes originaría el choque de los dos poderosos Imperios ruso y británico, otros creían inevitable el rompimiento entre Francia y Alemania. Grave, gravísima es sin duda alguna la situación de Bulgaria, donde los partidos obedientes á extrañas ingerencias y sugestionados han llegado á imposibilitar la marcha de todo Gobierno; pero es seguro que no se comprometerán en defensa del pequeño principado los intereses de las grandes potencias. La consigna de nueva conferencia ha sonado ya, y sabido es que con semejante fórmula diplomática se allanan muchas asperezas. Las rectificaciones del mapa europeo son empresa de corta entidad ante las naciones poderosas.

Más amenazadora se presentaba la cuestión entre Francia y Alemania, sabiendo que la primera sueña desde hace quince años con el desquite y que la segunda cree preferible aceptar la lucha hoy á aplazarla para época en que se halle mejor preparada su rival, y tomando como dato acusador la petición de créditos extraordinarios de guerra por los ministros del ramo en ambas naciones. Las vacaciones

del Parlamento alemán han aplazado este asunto, en lo que al Imperio se refiere, y las declaraciones pacíficas hechas por el presidente de la República francesa, por el presidente del Consejo y por el ministro Mr. Boulanger desautorizan también los rumores de una próxima campaña. El General últimamente citado no brilla tampoco por su intransigencia, puesto que á poco de haber reclamado un crédito de cuatrocientos millones para armamento, lo redujo á trescientos, y últimamente á cuarenta y tres. De esta cifra asegura que no baja nada. El Gobierno alemán, que había preso á un oficial francés acusado de tomar apuntes de sus fortificaciones, le ha puesto también en libertad, no queriendo sostener la tiranía de sus relaciones con Francia.

En la política española no se señala suceso alguno digno de especial mención, pues los que al menudeo nos sirve la prensa diaria no están llamados seguramente á influir en la conservación del equilibrio europeo.

..

Con intervalo de breves días se han inaugurado en nuestra patria dos monumentos: las estatuas de Zamalacáregui y de Espartero. En la inauguración de la primera, verificada en Cegama, los partidarios de la Monarquía absoluta han contribuido por todos los medios á dar solemnidad al acto; la inauguración de la segunda, situada en Madrid, no ha revestido importancia, por haber sido el viento ó algún mal intencionado el que se encargó de hacer desaparecer el lienzo que cubría la efígie del duque de la Victoria, después de algunos meses de esperar á los comisionados del Municipio.

Tanto el uno como el otro monumento honran á los escultores que los han labrado; pero el uno como el otro perpetúan memorias de antiguos reñcores, y bajo este punto de vista no me parece muy acertado el pensamiento de su erección. Hay tantas glorias sancionadas por la posteridad que esperan en vano el monumento que la patria les debe!

De todas suertes, y á pesar del mérito artístico de las estatuas, es muy posible que una ó otra, cuando no ambas, desaparezcan con el tiempo... En cambio puede asegurarse que no desaparecerá nunca la del ilustre filántropo Muñoz, que consagró su fortuna al remedio de las desgracias ocasionadas por las inundaciones de Levante; la de D. Lucas Aguirre, próxima á erigirse en Cuenca y que recordará el acertado uso que supo hacer de sus riquezas consagrándolas á la instrucción pública, y la del doctor Benavente, que puso su ciencia, su actividad y su vida toda al servicio de los niños, para arrancar á la muerte y devolver á las madres á infinitos enfermos. Estas glorias no solamente subsisten siempre, sino que el tiempo las aquilata y enaltece, al paso que las nacidas entre el fragor de los combates y sobre montones de muertos, ni convienen ni entusiasman.

Esta es, al menos, mi pobre opinión. Si el pueblo busca á los héroes de la batalla para cubrirlos de laureles, yo prefiero siempre á la pobre hermana de la Caridad que vela junto al enfermo, al médico que cicatriza las heridas de su cuerpo y al Sacerdote que recomienda su alma para los altos destinos á que está llamada por el Creador.

..

Una noticia halagüeña para terminar, ya que encuentra natural relación con las frases últimamente escritas.

El Sr. D. Manuel María de Santa Ana, fundador y director de *La Correspondencia de España*, hijo ilustre del trabajo y tan apreciado por sus nobles y generosas iniciativas, ha consagrado una parte del local que ocupa su fábrica de papel, en el paseo de las Yserías, á albergar durante las crudas noches del invierno á cincuenta pobres que carezcan de domicilio. Su caridad no se ha limitado á esto, sino que llega hasta proporcionar alimento á los asilados lo mismo á su entrada que á su salida del establecimiento. La caridad del ilustre hijo del periodismo ha tenido ya imitadores, siendo tres los refugios creados para los pobres; pero este asunto no debe ser tratado de referencia ni entra cómodamente en el espacio de tiempo comprendido desde nuestro anterior al presente número. Con mayor amplitud merece ser y será tratado en nuestras columnas en los números sucesivos de LA ILUSTRACIÓN.

MANUEL OSSORIO y BERNARD.

LOS GRABADOS

ARTEJO MÍSTICO.

El Museo de Madrid, tan rico en tesoros artísticos, sólo posee una obra de Giorgio Barbarelli, vulgarmente llamada

el Giorgione y que marca en el siglo xv y primeros años del xvi, juntamente con el Tiziano, el apogeo de la escuela veneciana. Su estilo llega á confundirse de tal modo con el del gran maestro, que el ilustre escritor y crítico D. Pedro de Madrazo sospecha que el cuadro á que hacemos referencia, y que reproducimos en este número, es del mismo Tiziano. Representa al Niño Jesús en el regazo de la Virgen, recibiendo de Santa Brígida unas flores. Haifo, esposo de la Santa, está á su lado, vestido de armadura y con la cabeza descubierta.

Esta tabla procede del monasterio del Escorial, al que fué donada por el rey Felipe IV.

LA INCLUSA Y EL COLEGIO DE LA PAZ.

El piadoso establecimiento destinado á recoger en Madrid á los niños abandonados ó huérfanos tiene su complemento en el colegio de la Paz, donde las acogidas reciben educación y adquieren con la virtud del trabajo títulos á la consideración que por su desgracia les debe la sociedad.

Dos de nuestros grabados se hallan consagrados á tan piadosa institución, representando el primero la sala del turno en la Inclusa, y el segundo un salón de labores en el colegio de la Paz.

VISTA INTERIOR DE SAN PEDRO, EN ROMA.

La lámina de nuestra plana no necesita seguramente explicación alguna, tanto por las repetidas referencias que en nuestra colección quedan hechas al templo romano, como por la prolija ejecución y detalle con que ha sabido reproducirlo el dibujante.

INAUGURACIÓN DE LA CAPILLA

DEL CEMENTERIO DE CRISTÓBAL COLÓN

I

Habana 15 Noviembre de 1885.

Sr. Director de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA:

La benevolencia con que acogió usted, Sr. Director, y dió cabida en los números de su ilustrada REVISTA (de 25 Enero, 5 y 15 de Febrero) á mis artículos sobre la religiosidad de esta isla á pesar de lo desgarrada de mi prosa, me anima á darle cuenta, por si mereciese este escrito la misma buena acogida que aquellos, de un acontecimiento de carácter religioso, que á mi pobre juicio bien merece quede consignado en las columnas de LA ILUSTRACIÓN, no sólo por la solemnidad que revistió, sino en testimonio de aquel mismo tema, la religiosidad de este pueblo, que ha levantado un monumento de gloria á la memoria de los que se han retirado de esta vida para la que el Dios de la justicia y de la misericordia infinitas que les trajo á la existencia terrenal les ha preparado más allá de la tumba. Suele aplicarse á los difuntos aquella exclamación dolorosa de Job: *miseremini mei, miseremini, tollite vos, amici mei*, y seguramente esa voz de ultratumba no ha dejado de tener amoroso eco en los habitantes de este pueblo, que han construido para los muertos una ciudad más hermosa que la que habitan los mismos vivos, y ha sido coronada por la última de sus obras, que ha sido la capilla, cuya inauguración se celebró el día 1.º de este mes con asistencia del Excmo. Sr. Capitán general y de representaciones de todas las corporaciones y clases sociales, el Ayuntamiento, el Cabildo catedral, la Judicatura, el Consejo de Administración y multitud de fieles, que en la más solemne compostura y severo orden llenaban aquel espacio, cual requería el carácter de aquel lugar y de la fiesta que se celebraba, porque allí todo revolvía seguramente en el corazón de todos pensamientos graves que no surgen en el tumulto de la vida de los negocios y de los placeres en ciudad tan especialmente mercantil y tan dada hoy á diversiones y entretenimientos sempiternos, como en gran parte está de la Habana.

No podía menos de suceder así, cuando habiendo pintado el artista con severo y magnífico pincel en el retablo el Juicio final, en cuya parte superior se ve á Nuestro Señor descendiendo del cielo con dos ángeles á los lados, que con trompetas en una mano llaman á los muertos á juicio que ha de condenarlos ó salvarlos, según el contenido de los libros que en la otra traen abiertos, y en los que sin duda está escrito para los de la derecha aquella sentencia de sumo gozo: *«Venid, benditos de mi Padre, al cielo, etc.»* y para los de la izquierda la desesperante de *«id malditos de mi Padre al infierno, etc.»* y se ve efectivamente á la derecha, en primer término, la figura de un justo, que en su alba vestidura anuncia la pureza de su alma, seguida de otras que lo siguen subiendo tras él, y á la izquierda, figuras que en desordenado tropel se precipitan de cabeza al abismo, y en la parte baja se ven sepulcros medio abiertos, y cadáveres que se animan y levantan á la voz de

aquellas trompetas que los llama a la presencia y Tribunal del Supremo Juzgador sin apelación, todos los presentes teníamos que ver aquel cuadro terriblemente conmovedor, que agita a las conciencias haciéndolas pensar en si al fin serán de los de la derecha ó de la izquierda.

Dispénsenme usted y dispénsenme los lectores una pequeña digresión *ad hoc* antes de pasar a la descripción de la fiesta y de la capilla, de cuya valía pueden desde luego formar idea con saber que van gastados en su construcción 91.000 duros en oro, y aun hay que gastar sobre 12.000 en las doce estatuas que han de completar su decoración.

Decíame *sotto voce* un amigo abogado que cerca de mí contemplaba el expresado cuadro: «esos que están a la izquierda son los que han perdido el pleito;» tanto como lo han perdido, le contesté, con costas y sin apelación ni ulterior recurso, condenados a perpetuo silencio, ó por mejor decir, a perpetuo rechinamiento de dientes, de rabia y desesperación. Y puse fin con tanto al diálogo y á más comentarios (que no me placen las conversaciones en lugar sagrado); pero no pude menos de darme á pensar que verdaderamente guardaba no poca analogía la acción de un pleito con la acción de la vida. Dijo Job que la vida del hombre es una milicia ó una guerra incesante, y pleito y guerra, si no son en sustancia la misma cosa, allí se van. Arrojado Luzbel con todos sus secuaces del cielo por haberse resistido á servir y obedecer á Dios aspirando hasta á destronarlo para sentarse él en su solio, dedicóse á perseguir á todos los fieles á la Iglesia de Dios que guardan sus mandamientos y tienen el testimonio de Jesucristo, como dice San Juan en el Apocalipsis. Ya había comenzado esta mala obra á raíz de la misma creación en el Paraíso, poniendo á nuestros primeros padres la sabida zancadilla, en la que desgraciadamente cayeron, y en ellos calmos todos sus descendientes, y San Pedro nos dejó dicho que Satanás anda siempre cual león rugiente dando vueltas en torno nuestro buscando á quien devorar, y en esta su persecución á los que son fieles á Jesucristo, unos caen en la tentación á los pies de aquel y se hacen sus servidores, y otros perseveran firmes en la fe y se hacen soldados de Cristo y en sus filas combaten valerosamente hasta la muerte, ya resistiendo, ya sosteniendo á otros en su fidelidad, ya quitando secuaces al adversario.

Tal es el gran pleito de la humanidad: pleito y guerra entre Satanás y Cristo, pero en que se litiga nuestra buena ventura ó nuestra desgracia; porque por lo demás, ni Satanás pierde más de lo que ya perdió, ni Cristo gana en su gloria. Propio y personal es, pues, nuestro interés en ese pleito, ya que en ganarlo ó perderlo estriba nuestra fortuna ó ruina. Afectan muchos, alardeando de espíritus fuertes, no creer en Dios, ni cuidarse del juicio de la otra vida; pero dudo que haya nadie á quien en vida ó muerte no le torturen alguna vez la duda y el temor. Aludiendo á un anciano que devotamente rezaba muchas horas al día, decía uno en són de chusca: «¿qué chasco se llevará Fulano, si después de gastar la vida rezando, se encuentra engañado, que no existe el infierno que teme!» mas no faltó quien le advirtiera: «más pesado será el de los que se pasan la vida sin rezar y sin Dios, y topen al salir de la vida con la puerta del infierno abierta para recibirles en sus antros sin salida y sin esperanza.» Y á fe mía que ese final del pleito de la vida es cosa seria y de pensarlo. He observado que aun los deudos de suicidas y de masones, y de espíritus fuertes, aun siendo tan descreídos como fueron éstos en la vida, desean con empeño que se les entierren en sagrado, y se indignan y se resisten á que se les expulse de él dándoles sepultura como á perros; y ¿no revela esto que tras de las jactancias sectarias protesta la voz, aunque débil, de la fe en lo sobrenatural, y tras del hipócrita descreimiento, se esconde un rastro de la creencia de que el enterramiento en lugar sagrado pueda servirle de alivio trayendo las oraciones que los fieles allí elevan al cielo, algún rocío de la misericordia divina? Hecho es, que hoy, por ser las corrientes filosóficas y sociales favorables á la incredulidad, y por ser cosa de moda las bravatas contra Dios, ó las afectaciones de no creer, hay más hipocresía, por respetos humanos y por miedo de ser tenidos en poco, en los que de no católicos se precian, que en los que paladinamente confiesan su fe y la practican; porque hoy por hoy se necesita más valor para decir en alta voz: CREO EN DIOS, que gritar: EN NADA CREO.

Mas va largo para una digresión, que sin duda se me disculpará, pensando mis lectores que á cada cual le hubiera sucedido el mismo divertimento de la atención hacia el gran problema de la vida, al poner los ojos en aquel cuadro que los embarga con el encanto de la belleza pictórica, y los rebiene irre-

sistiblemente en la meditación de su asunto, que es aquel *Dies irae, dies illa*, y me voy á la descripción comenzada, bien que antes he de narrar los antecedentes históricos de este nuevo cementerio.

II

Aun prescindiendo de toda idea religiosa, al contemplar esta hermosa ciudad de los muertos, viérame á las mentes cuán cruel sería la nueva civilización, hija de la *nueva ciencia*, si á predominar llegase, con todas estas obras monumentales que la decoran; porque, es claro, todas ellas son muestra del sentimiento religioso, y esa ciencia aborrece de muerte todo lo que á religión huelga, y si hoy quiere colocar á Dios de la cabecera del lecho de los moribundos y de los cementerios, á título de secularizarlos, para convertirlos en granjería municipal, mañana llevaría á cabo ese invento pagano de la quema de los cadáveres, y entonces ¿á qué esos mausoleos en que el arte se ha esmerado en estampar sus primores y en hacer que el mármol hable á los ojos y al corazón sobre la muerte y sobre la vida futura, que esa ciencia niega?

En el *Eco de San Francisco* leí artículos muy eruditos y razonados sobre la barbaridad de esa incineración, escritos por el Presbítero D. Manuel Rodríguez, Párroco de Pinar del Río, y fácil me sería ofrecer á mis lectores un buen trabajo sobre ese procedimiento que el neopaganismo de nuestros días quiere resucitar, y del que no han faltado ensayos, con sólo extraerlos; pero ¿á qué...? Este nuevo cementerio en que á porfía se van guardando los cadáveres en tálamo magníficos, en cada uno de los cuales se han invertido muchos miles de duros, es una protesta de que por ahora el sentimiento religioso de los habaneros no piensa en sustituir los usos antiguos por esa novedad que echaría por tierra esos soberbios monumentos que han construido las familias del Excmo. Sr. D. Ramón Herrera, conde de la Mortera, de D. Pedro N. Abreu, de Don José Lombillo, de D. Guillermo Zaldo, de D. Julián Alvarez, D. José Gener, D. Francisco Rosell, Doña Josefa Valero de Urra, y el Excmo. Sr. Marqués de Pinar del Río, y el dedicado á la memoria y guarda de los restos del Sr. Obispo Espada, de grato recuerdo en esta diócesis.

De todos los pueblos, de todos los tiempos, de todas las civilizaciones, es el uso de la guarda de los cadáveres, de un modo ó de otro; porque siempre han merecido las reliquias de los muertos gran respeto, como si en el sentido común de los vivos resonara un eco de la conciencia de la inmortalidad de las almas. Los egipcios, en el apogeo de su civilización, embalsamando sus cadáveres con un arte cuyo secreto se ha perdido, y que produjo la maravilla de conservarse sus momias al través de tantos siglos hasta nosotros, y las tribus errantes llevándose consigo los restos de sus antepasados, son testimonio de lo que voy diciendo. Nada diré de los procedimientos de la Iglesia católica, que fuera de su origen divino es, como decía el protestante monsieur Guizot, ante todo una gran escuela de respeto, de respeto tanto como á los vivos, á los muertos.

Y no sólo es cuestión de respeto, sino testimonio de cultura de un pueblo su cementerio. Por eso el Obispo Sr. Espada, que de amigo y promotor de la instrucción y adelanto en cultura de la Habana ha dejado fama, hubo de mirar con predilección la construcción de un cementerio que fuese digno de esta ciudad. Hagamos un poco de historia.

Ya se sabe que antiguamente las iglesias, lugar especial de oración, eran también el lugar del sepelio de los muertos; pero cambiaron luego las ideas, ya por razón de higiene, ya por otros motivos, y entrando en ellas, en cumplimiento de lo dispuesto por S. M. D. Carlos IV, en concordia la autoridad del Gobernador civil, Marqués de Someruelos, y el Sr. Obispo D. Juan José Díaz de Espada y Landa, promovieron la creación de un cementerio general en lugar apropiado y de espacio suficiente para toda la creciente población, consagrándolo (*sic*) á la *religión y á la salud pública*, y resultado fué el que ha subsistido hasta nuestros días con el nombre de dicho Prelado.

Mas con el transcurso de medio siglo pasado se quintuplicó la población, extendiendo la ciudad sus brazos hasta aquel retirado lugar de los muertos, invadiendo sus inmediaciones las nuevas edificaciones vecinales, y tal situación determinó en 1854 al señor Marqués de la Pezuela á promover la construcción de otro más adecuado á las nuevas necesidades y circunstancias, y comenzó á realizar el proyecto el Ayuntamiento de la ciudad en 1860.

Reclamó en competencia el Sr. Obispo de aquel entonces, D. Francisco Fleix y Solans, en virtud del carácter sagrado de la obra, derechos adquiridos, tradición y recursos acumulados, y recayó la Real or-

den de 19 de Abril de 1861, por la que se dispuso que el cementerio de la Habana se llevase á efecto por el Gobierno de la diócesis, con la sola limitación de lo que cumplía á la autoridad civil en cuanto á la elección del lugar.

En tal virtud se constituyó una comisión en que estaban representados el clero, la Administración, el Municipio, ingenieros civiles y militares y la Sanidad, y eligió definitivamente al efecto el terreno existente á sotavento del castillo del Príncipe con espacio de cuatro caballerías de tierra, que equivalen á 53 hectáreas y dos tercios, venciendo los inconvenientes estratégicos, geológicos é higiénicos que se suscitaron, expidiéndose en 19 de Septiembre de 1867 la aprobación por los ministros de la Guerra y Ultramar, y adquiriéndose dicho terreno; en parte convencionalmente y en parte por expropiación forzosa.

Queda dicho que la Real orden de 1861 sometía al diácono la construcción del cementerio; pero con el propósito del mejor acierto se convocó á concurso en 12 de Agosto de 1870, ofreciendo 2.000 escudos y la dirección de la obra al autor del mejor proyecto, que sería calificado por un Jurado, cuya formación se hizo como la de la Junta mencionada, haciendo participar en él á una dignidad de la Iglesia, un concejal, dos jefes superiores del Real Cuerpo de Ingenieros, dos funcionarios civiles de la misma Facultad, el Secretario y un Vocal de la Junta del cementerio encargado de la redacción del Reglamento, á saber: el Ilmo. Sr. Arcediano, D. Antonio M. Pereira, el Excmo. Sr. Alcalde municipal, D. Julián de Zulueta, Excmo. Sr. Subinspector de Ingenieros, D. Rafael Clavijo, brigadier D. Francisco de Albear y Lara, Sr. Subinspector de Obras públicas, D. Antonio Molina, Sr. Ingeniero del distrito, D. José Bruquetas y D. Antonio A. Ecay.

Desde 9 de Diciembre de dicho año, y por espacio de cuatro meses este respetable Jurado consagró sus tareas al estudio de los proyectos presentados, proporcionándose los elementos necesarios, á cuyo efecto se levantó un plano con curvas de nivel, y se apreciaron los datos estadísticos de óbitos del benemérito Dr. D. Ambrosio González del Valle, y fruto de tan exquisito trabajo fué el otorgamiento de la preferencia al proyecto designado con el lema: *«Pulchra mors aequo pulsat pede pauperum tabernas, Regulatque turres»*, del que resultó ser autor el arquitecto de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando de Madrid, D. Calisto Aureliano de Loira y Cardoso.

Así las cosas, en la mañana del 30 de Diciembre de 1871, se inauguraron las obras del nuevo cementerio, colocándose la primera piedra á presencia del Excmo. Sr. Gobernador general, Capitán general interino, D. Romualdo Crespo, y de la Guerra, por ausencia del Excmo. Sr. D. Blas Villate y de la Hera, Conde de Valmaseda, Ilmo. Sr. D. Benigno Merino y Mendi, Gobernador de la Diócesis, Comandante general del Apostadero, Subinspectores de Artillería é Ingenieros, Ilmo. Cabildo catedral, Clero parroquial, Congregaciones religiosas, Consejo de Administración, Excmo. Ayuntamiento, Academia de Ciencias, Real Sociedad Económica, Real Universidad literaria, Junta del cementerio y muchas personas particulares de distinción.

Seguidamente se puso mano á la obra, y la Junta del cementerio ocupóse del Reglamento provisional para los enterramientos temporales en el viejo cementerio de Espada, y después, del reglamento para el orden y administración interior del nuevo, que lleva el del descubridor de esta hermosa tierra, que él calificó de la más hermosa que ojos humanos vieron, teniendo á la vista los reglamentos de las más famosas necrópolis del antiguo y nuevo mundo.

Competirá por eso este cementerio con los más hermosos y mejor condicionados, como que está situado en altura conveniente, no lejos de las orillas del Océano, cuyas brisas purifican su atmósfera, teniendo casi á sus pies á los esbeltos poblados del Carmelo y el Vedado, y de allí se ven como blancas palomas que se bañan en la mar, y es una de las primeras vistas que se ofrecen al viajero que navegando viene al puerto de la Habana.

(Continúa.)

LÁGRIMAS

QUE VIERTE UN ALMA ARREPENTIDA Á LA HORA DE LA MUERTE Á LOS PIES DE CRISTO CRUCIFICADO.

(De D. Pedro Calderón de la Barca.)



HORA, Señor, ahora,
que ya este humano edificio
en el polvo de su fin
se reduce á su principio:

Ahora, que descompuesto
este vital artificio,
que un suspiro gobernó,
le va faltando un suspiro:

Ahora, que á mis alientos
está el número cumplido,
pues sin esperanza de otro
respiro este que respiro:

Ahora, que rebelados
mis Potencias y Sentidos
son, parciales de mi muerte,
mis mayores enemigos:

Ahora, que el corazón,
por alegar, que él ha sido
quien quiso vivir primero
morir el postrero quiso:

Ahora, que al desatarse
esta lazada, que hizo
la Naturaleza, el Alma
está pendiente de un hilo:

Ahora, que al despedirse
del cuerpo donde ha vivido,
en vez de darle los brazos,
le lucha á brazo partido:

Ahora, que el pulso débil,
torpe la voz, yerto el brío,
en paratismos se emboza
el último paratismo,

Es tiempo, Señor, es tiempo
de conocer los amigos,
pues el amigo mayor
se ve en el mayor peligro.

¡Oh cuánto el nacer! ¡oh cuánto
al morir es parecido!
pues si nacimos llorando,
también llorando morimos.

Un gemido, la primera
salva fué, que al mundo hicimos;
y el último vale, que
le hacemos, es un gemido.

Entre cuna y ataúd
sólo esta distancia ha habido,
hacia la tierra, ó el cielo
arrojarnos, ó admitirnos.

Qué bien en sus confesiones
lo significó Agustino,
cuando á esta proposición
no pudo hallarle el sentido.

¿Vive el hombre, ó muere el hombre?
pues que ninguno ha sabido
si vive, ó muere, porque
todo se hace de un camino.

Qué más ejemplo, que yo
á este letargo rendido,
pues vivo al tiempo que muero
y muero al tiempo que vivo.

Pero si para morir
no ha menester más delirio,
ni más crítico accidente
el hombre, que haber nacido:

¡Oh felice yo! ¡oh felice!
que morir he merecido
en vuestra fe, conociendo
tantos mortales avisos.

Y aunque es preciso el morir,
con lo que os pago os obligo,
pues resignado en Vos, hago
voluntario lo preciso.

No justiciero cerréis
á mis voces los oídos,
sino misericordioso
atended al llanto mío.

Justicia y Misericordia,
dos atributos son dignos,
que uno y otro en Vos están
igualados, no excedidos.

Pues porque habéis de mostraros
riguroso, y no benigno,
siendo rigor y piedad
en Vos, Señor, uno mismo.

El castigo y el perdón
una costa os han tenido;
pues echad antes la mano
al perdón, que no al castigo.

Que puesto que Vos moris
para que yo viva, indigno
será, Señor, que un Dios muerto
no saive á un pecador vivo.

Indigno dije ¡ah, Señor!
no supe como decirlo,
al verlo en Vos intentado,
sin verlo en mí conseguido.

Mas, ¡ay de mí! que Vos siempre
salvarme habéis pretendido;
pues aunque sin mí me hicisteis
me habéis de salvar conmigo.

Mi Redentor sois, Señor,
que aunque el pueblo hebreo altivo
pudo quitaros la vida
no pudo nunca el oficio.

Mas ¡ay de mí! que cualquiera
es bastante á hacer delitos,
y á satisfacer no basta
el infeliz que los hizo.

Pues sin cordura concierto
irreparable el castigo,
y el instante que le culpa
le está condenando á siglos.

Terrible modo de mal
es llevar siempre conmigo
en Mundo, Demonio y Carne,
mis mayores enemigos.

Mas, ¡ay! que si yo soy dueño
de Potencias y Sentidos,
sólo á mis Sentidos culpo
lo que obraron sin sentido.

Y pues la culpa es mi angustia,
sin que esto sea argüiros,
que en nada puede errar, quien
todo lo tiene previsto:

Permitidme, oh Gran Señor,
étre á repasar conmigo
lección, en que al fin se encuentra
la cláusula del principio.

De Adán la ofensa primera
me echó á esta cárcel que animo,
y antes de ser experiencia,
que tuve, fué del delito.

Ya veo que no es disculpa
nacer sujeto á este impío
feudo; pues nada pactaron
las culpas y el albedrío.

Pero ¡ah! si el ser, ó no, fuera
á mi dolor permitido:
y antes de ser experiencia,
más que examen fuera aviso.

Que dulcemente en la nada
durmiera en ocio tranquilo
el que no tiene, si nace,
respiración sin gemido.

¿Por qué, si haber hecho al hombre
que á Vos os pesó examino,
qué mucho, que á mí me pese
el haber, Señor, nacido?

Pues apenas me criasteis,
cuando ingrato al beneficio,
di á entender de que era hombre
con ser desagradecido.

Que me pesa nacer, dije,
¡ah, Señor! y no es delirio,
pues tan sin juicio he pecado,
como si no hubiera Juicio:

Porque habiéndome criado
para amaros y servirlos,
temo no me conozcáis,
Señor, por desconocido.

Por eso esta postrer línea
de la vida, que ya piso,
me aflije, pues está en ella
el triunfo ó el precipicio.

Mas si Vos morir temisteis,
siendo de la gracia archivo,
¿qué haré este infelice, siendo
archivo mortal de vicios,

Cuyas hojas desdobladitas
cuyos párrafos leídos,
son los testigos que afirman
ser de mi maldad testigos?

Porque al ajustar la cuenta
de cargo y data, es preciso
sea al restarla en justicia,
cada guarismo un abismo.

Por esta cuenta, Señor,
que temo el morir repito,
porque, ¿qué cuenta ha de daros
quien tan sin cuenta ha vivido?

Mas Vos pendiente de un leño,
y yo necio desconfío?
Vos clavado, ¿y yo recelo
el más mínimo peligro?

¿Quién á que os hiciérais hombre
se atrevería á pedirlos?
Nadie, por la gran distancia
que hay de Dios á hombre pasivo.

Y Vos lo hicisteis por mí,
de amor y piedad movido;
luego bien, Señor, espero,
luego bien, Señor, confío.

Porque aunque os miró León
la antigua Escritura; y miro
que vuestra cuartana fué
sólo, Señor, mi delito:

Sois tan mi deudo, que apenas
hay sangre en aquezas cinco
bocas, que á voces no digan
vuestro parentesco, y mío.

Pues sois mi sangre, advertid
al esgrimir el cuchillo,
la que os costó ser mi deudo:
quizá embotaráis los filos.

No me diera confianza
el veros en el Empíreo
glorioso, más que en la Cruz
veros humano y pasivo.

Porque esa sangre, que corre
en arroyos fugitivos,
corre por lavar mis manchas
siendo segundo Bautismo.

Pues, Señor, gasto tan grande,
tan sumo, tan excesivo,
¿se ha de perder por mis culpas
cuando por ellas se hizo?

Del polvo vil me formasteis;
pero á Vos tan parecido
que Copia y Original
parece que es uno mismo.

Pues siendo yo vuestra hechura,
y á quien tanto me asimilo,
¿cómo el vidrio romperá
quien ve su hechura en el vidrio?

Job, no dijo, qué era el hombre
en pecado concebido?
¡Pues qué mucho, que yo amase
maldad que nació conmigo!

Mas ¡ay de mí! Que también
David, á este intento dijo,
que siempre contra mí está
mi pecado por testigo.

A este cargo no pudiera
satisfacer, si benigno,
á pagar Vos esta deuda,
por mí, no habiérais salido.

Mucho, Señor, os costó,
y por lo mismo, confío
de que me habéis de salvar
pues ya la costa se hizo

Si cuanto es mayor el riesgo,
el triunfo es más aplaudido,
cuanto la culpa es mayor,
¿no tendrá el perdón más brillos?

Pues yo soy el delincuente,
que torpe, y desconocido
os puse en ese madero,
pagando Vos, yerros míos,

Yo el hijo pródigo soy,
que ingrato, y desvanecido,
de infinitos bienes, hice
cambio á males infinitos.

Yo soy la oveja perdida,
que huyendo de vuestro apriso,
con balido á buscar vuelve
á quien siempre le ha valido.

Grande es mi ofensa, Señor,
confieso, que no he podido
satisfacer por mí sólo
el número de mis vicios.

Pero por eso, por eso
de la Iglesia en los Archivos,
también infinitos son
vuestros méritos Divinos.

Ellos por mí satisfagan,
pues mi Fiador habéis sido;
y en vuestros méritos pague
lo finito, á lo infinito.

Y así, Gran Señor, ahora
os pretendo compasivo,
porque si pierdo esta hora,
todo, Señor, lo he perdido.

¡Oh cuánto el mortal! ¡oh cuánto
debe vivir prevenido
para este paso, en que está
lo crítico del camino!

De cuyo confuso instante
depende lo decisivo
de Eternidades de Gloria
ó Eternidades de Abismos,

Y si con la muerte acaba
Mando, Ambición, Pompa y Brio,
el desvanecido vea
todo en mí desvanecido:

Oh quién os hubiera amado
tan reverente, tan fino,
como si no hubiera en Vos
clemencia, habiendo castigo:

Arrepentido, Señor,
que me perdonéis suplico;
y no sé qué alegar más
ahora, que arrepentido.

Que aunque son muchas mis culpas
y mucho lo que aquí os pido;
Vos sois Dios y yo soy hombre
y uno es vuestro y otro es mío.

Y así este espíritu os vuelvo,
que me disteis: recibidlo;
que aunque indigno de ser vuestro
será, en siendo vuestro, digno.

Por ser Vos quien sois, tan sólo
siento haberos ofendido
pues aunque Cielo no hubiera
ni Infierno, hiciera lo mismo.

Y Vos, Reina de la Gloria,
y Gloria del mismo Empíreo;
laurel, exento del rayo
mortal, con que yo he nacido:

A cuyo supremo nombre,
gime el Dragón oprimido,
siendo vuestro pie, quien siempre
le aflige por vuestro y limpio.

Vos, que fuisteis prevención
contra su furor altivo;
pues fuisteis Remedio al daño,
sed Defensora al peligro.

Sed mi protectora, sed
mi Abogada, sed Asilo
de este infeliz delincuente
que se mira convencido.

Pues bien sé que son, Señora,
mis pecados excesivos,
y que me atreví a ofender,
siendo nada, a lo infinito.

Porque ¿quién soy yo? un gusano;
¿a quién ofendí? A Dios mismo:
¿y espero que me perdone
el mismo a quien he ofendido?

Si, pues, piadoso en la Cruz
perdonar sabe enemigos;
luego bien espero, puesto
que puesto en la Cruz lo pido.

Si Madre de Pecadores
sois, Señora, y de Afligidos,
yo lo soy, luego por Madre
también, Señora, os obligo.

Entre un Hijo Juez, y un Reo
hijo también aunque indigno,
estais; perdid, Gran Señora,
a un Hijo por otro hijo.

Y así contra mí, ¡oh Señor!
temple el justo castigo
los ríos de vuestra Sangre
y de mi llanto los ríos.

Si Vos decis, que no sea
muy recto con el caído
el juez, usad de clemencia,
pues sois Juez, Señor, conmigo.

Salvadme en vuestra virtud,
que yo a vuestros pies resigno
este cuerpo sin acción
y esta alma sin albedrío.

Pues aunque vivir pudiera
estando libre a mi arbitrio;
hoy os hiciera en mi muerte
de mi vida sacrificio.

Mas si es vuestra voluntad
que padezca en los abismos,
para que en mí se ejecute
este espíritu os envío.

Y padeciendo diré
por los siglos de los siglos:
¡quién siempre os hubiera amado!
¡quién no os hubiera ofendido!

¡Ay, dulce Jesús mío!
No entréis, Señor,
con vuestro siervo en Juicio.

UN POBRE OBISPO

I



El 23 de Noviembre del año próximo pasado murió en Madrid el Excmo. é ilustrísimo Sr. D. José Orberá y Carrión, Obispo de Almería. La muerte es siempre eco fiel de la vida, y por eso la de este humilde Prelado fué santa, heroica y silenciosa. Firme en la brecha hasta última hora, arrastrándose a pie y entre crueles dolores hasta los Ministerios, para tratar los enojosos asuntos que le habían llevado a la Corte, se tendió al fin en un lecho prestado un solo día antes de su muerte, para no volver a levantarse nunca. Allí la esperó cara a cara, como la esperan los justos.

— No la temo — decía al Sr. Obispo de Madrid, que le administraba los Sacramentos: — porque siempre he procurado ser amigo de Dios, y en Él he puesto mi confianza.

Fueron sus últimas palabras: *¡Estoy mal; a Dios sean las gracias! Dios sea bendito!* Más tarde añadió: *¡Padre nuestro, que estás en los cielos!...* Y a los cielos voló su alma en aquel instante, para descansar eternamente en el seno de su Padre.

Murió en la humilde casa de las Siervas de María, sin más recursos que los que le prestó la caridad, ni más auxilios que los que le proporcionaron personas extrañas a su familia y a su Diócesis. Nada le faltó, es cierto; pero todo lo recibió de limosna; que no parece sino que Dios quiso concederle, desde luego, aquel santo deseo que dejaba consignado en su testamento, después de legarlo todo a los pobres: «Descarta, dice, me fuera posible, imitando a mi gran Padre Santo Tomás de Villanueva, no tener nada propio al tiempo de mi fallecimiento, ni aun la cama en que muera, y por eso desde luego la cedo a las Hermanas de los Pobres.»

Quiso Dios, sin embargo, conceder al santo Prelado un gran consuelo en la hora de su muerte: el de morir en brazos del Sr. Sancha, Obispo de Madrid, que pudiera muy bien llamarse su hermano de armas. Porque no era aquella la primera vez que los dos ilustres Prelados arrostraban juntos tristes circunstancias, y se consolaban mutuamente con sus respectivas virtudes. Muchos años antes, cuando el desdichado Llorente provocaba el cisma en el Arzobispado de Santiago de Cuba, cuya silla reclamaba sin título alguno canónico, dos Sacerdotes modelos capitanearon el grupo heroico que hizo frente al intruso: el Sr. Orberá, Vicario Capitular del Arzobispado, y el Sr. Sancha, Secretario del mismo. Juntos fueron encerrados ambos en el castillo del Morro, y por diez meses sufrieron con heroica constancia aquella prisión en que de continuo veían amenazadas sus vidas, en que carecían hasta de lo más necesario, y se renovaban para ellos y para los fieles las escenas de las Catacumbas. Y 17 años después, por una providencial combinación de los sucesos, el heroico Secretario, Obispo ya de Madrid, recibía el último suspiro de su compañero de prisión, hecho Obispo de Almería por aquel gran Pio IX, que al recibirle de pie y hacerlo sentar entre los Cardenales de su Corte, le había llamado públicamente *El mártir de Cuba*.

El mismo Sr. Obispo de Madrid presidió con otros cuatro Prelados el cortejo fúnebre que condujo el cadáver desde la casa mortuoria hasta la estación del ferrocarril del Mediodía. Acompañabanlo también comisiones de todas las Parroquias de Madrid, Diputados y Senadores de la provincia de Almería y algunas otras personas ilustres.

Un cortejo muy distinto esperaba al cadáver en la capital de su Diócesis. También acudió allí a recibirle todo cuanto encerraba de ilustre la ciudad de Almería; pero, sobre todo, y antes que todo, acudieron en pelotones cerca de cuatrocientos trabajadores, y gran número de pobres y mendigos, que, no obstante el enorme peso del ataúd, se lo cargaron en hombros, remudándose, lo acompañaron hasta la capilla en que estuvo expuesto tres

días, y prorrumpieron en exclamaciones tales como las siguientes, que un testigo, sobre todo punto fidedigno, tuvo la curiosidad, ó mejor dicho, la santa devoción de copiar y enviarnoslas:

— ¡En qué caja tan estrecha me han metido al que todo le parecía poco para dar a los pobres!

— ¡Ay boca, boca, cuántas bocas has llenado!

— ¡Cuántas veces nos ha dado de comer a mi hijo y a mí!

— ¡Grandes fueron sus obras!

— ¡Cuánto tendrán que llorar los pobrecitos!

— ¡Ojos, ojos, cuántas lágrimas habéis enjugado!

— ¡Muy bien lo han colocado; pero todo se lo merecía.

— ¡Dichoso tú, que estaras ya bien ancho en el cielo!... ¡Raega por nosotros!

— ¡Ay, quién estuviera como tú!

— ¡Pobres hijos!... ¡Cuánta hambre tendréis que devorar habiendo muerto el Sr. Obispo!

Y una pobre mujer ya anciana, extendiendo los brazos hacia el féretro llorosa y desesperada, clamaba a grandes voces:

— ¡Lázaro, Lázaro! ¡Sal fuera!

Estos han hecho, sin saberlo, la mejor oración fúnebre del Obispo de Almería.

II

Los pobres eran, en efecto, la nota característica que levantaba en aquella grande alma, sobre todas las otras virtudes, la llama de la caridad, al modo que en una hoguera una llama más alta absorbe a las otras, y las hace una consigo misma para elevarlas a mayor altura.

Obras de caridad emprendió y llevó a cabo aquel insigne varón, pobre como el último mendigo, que necesitarían la fortuna de un potentado. Testigos son, entre otras muchas, el hermoso convento que construyó para las religiosas de la Enseñanza¹, con el fin de que formaran allí cristianas madres de familia, y el Círculo Católico de Obreros, que se acababa de inaugurar poco antes de sorprenderle la muerte: obra a que daba tal importancia el fervor de su celo, que como le arreciase en Valencia, adonde había ido para estudiar estos Círculos, la enfermedad de que fué víctima, y le dijera que era imprudencia emprender en aquel estado el viaje de vuelta, contestó que ofreciera a Dios gustoso su vida, si aquello había de costársela, a trueque de plantear pronto en su Diócesis aquellos Círculos de obreros que tantos beneficios habían de producir a los más amados de sus hijos.

La mina de donde sacaba aquel espléndido pobre las cuantiosas sumas que en estas obras públicas invertía, y las no menores que su inagotable caridad desparramaba en secreto, eran su fe en Dios y su mortificación propia. No había en su palacio otra servidumbre que un joven que seguía la carrera eclesiástica, un muchacho de doce años que por haber quedado huérfano recogió cuando el cólera, y un cocinero ocioso; y decimos ocioso, porque toda la comida del Prelado se reducía habitualmente a un plato de arroz cocido con la sustancia de un hueso que costaba dos cuartos, y unas pocas de habichuelas. Por eso contestó una vez a las religiosas de la Enseñanza, que se admiraban de que por mucho tiempo codiera sus rentas íntegras para la obra del convento que les construía, que no pasasen pena por aquello, porque a él le bastaban para sostener los gastos de su palacio *¡diez reales diarios!*...

Jamás tuvo coche, y una vez que le regalaron uno con un magnífico tronco, lo vendió a poco, para distribuir su importe en limosnas. Su vestuario, que al presente guarda como una reliquia la misma persona que nos lo ha descrito, se reduce a dos sotanas, una morada, desteñida ya a fuerza de lavarse, y otra negra llena de remiendos.

Uníase esta mortificación propia, heroica en un hombre de su posición, y en un anciano de sus achaques, a una ilimitada confianza en Dios, que desde su más tierna infancia le había inculcado su madre. Solía decirle ésta que el bien hecho a los pobres lo recompensa Dios: aún en este mundo, volviéndolo multiplicado; y la tierna mente del niño no acertaba a comprender esta idea. Mas un día le envió su madre a comprar pan: era por tiempo de Navidad, y tenía el niño algunos cuartos, que como aguinaldos le habían regalado. Encontróse en el camino a un pobrecito antraxoso, y compadecido de su miseria, le dió su pequeño caudal íntegro. Volvióse a su casa pensando en cómo podría ser cierto lo que aseguraba su madre, de que Dios volvía multiplicado el bien hecho al pobre, y a los

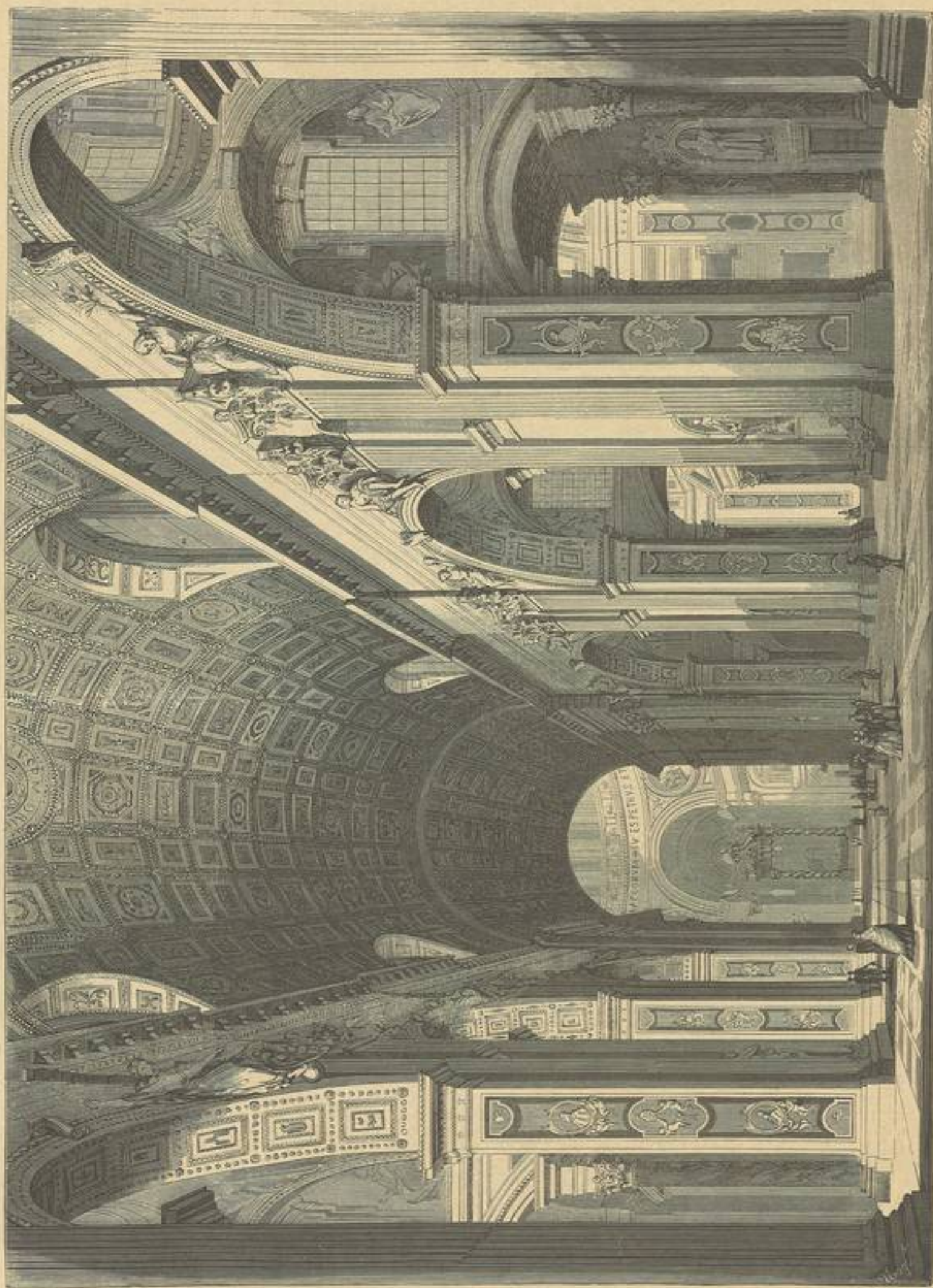
¹ Fueron llevadas estas ejemplares religiosas por el Sr. Obispo ahora hace un año de la casa de Tulete, y en su magnífico edificio con escuelas públicas gastó sumas considerables.



INCLUSA: SALA DEL TORNO.



COLEGIO DE LA PAZ: SALA DE LABORES.



VISTA INTERIOR DE SAN PEDRO EN ROMA.

pocos pasos se encontró en el suelo una moneda de plata, que valía tres veces más que los cuartos dados al pobre. — Y me impresionó tanto este hecho, — decía el Sr. Obispo al referirlo — que jamás lo he olvidado, y no pasa día sin que la experiencia me lo confirme de nuevo... No hace mucho, — añadía con aquella candorosa sencillez que le caracterizaba, — que me dieron ganas de comer naranjas... Pero pensando que algún pobre pudiera necesitar quizá el dinero que gastase en ellas, no me determiné a comprarlas; y al poco rato me trajeron de regalo una cesta llena de la misma fruta.

Las naranjas costaban á cuarto... y en estos pequeños rasgos, que podríamos referir á centenares, es donde aparece retratada de cuerpo entero la inmensa caridad de aquel varón apostólico. Porque así como no deben medirse los grados de virtud de un hombre por lo que hace en casos extraordinarios, sino por lo que hace todos los días, de la misma manera sólo pueden retratar al vivo un carácter esos pequeños actos que brotan espontáneos, á solas, á sangre fría, sin ninguna emoción que puesta á la voluntad su fuerza momentánea, ni móvil alguno extraordinario que levante las aspiraciones del corazón sobre su nivel acostumbrado.

Las puertas de su palacio estaban siempre abiertas de par en par para los pobres, que entraban por ellas con confianza de hijos, siendo el mismo Prelado el que á veces se las abría, y los acompañaba alumbrales si era de noche. En cierta ocasión paseaba el Obispo por un corredor, acompañado de un Sacerdote que refirió después el hecho; llegó entonces un muchacho de doce á catorce años, que sin cortadía de ningún género, manifestó deseos de hablar al Sr. Obispo. Este le salió al encuentro.

— ¿Qué traes, hijo? — le preguntó.

— Pues nada, Sr. Obispo — replicó el muchacho — que no tengo alpargatas...

— Pues cómprate unas, hombre — contestó el Prelado sacando el dinero del bolsillo. Y como observase entonces los encrespados mechones que caían sobre el rostro del muchacho, añadió alargándole otra moneda:

— Y que te cortes el pelo, que lo tienes demasiado largo.

Este era el Obispo de Almería. En su testamento deja á los pobres por herederos de cuanto puede poseer á su muerte, menguado de herencia por cierto, porque á semejanza de aquellos padres harto bondadosos, que entregan en vida su hacienda á los hijos, reservándose tan sólo la dicha de verlos felices, poco ó nada les queda ya que tomar á estos hijos predilectos suyos, porque todo se lo había ya distribuido en vida aquel benéfico Padre. Un mobiliario miserable y unas ropas de mendigo es lo que ha dejado. En un cajón de su escritorio encontráronse también, escondidos como tesoros, dos monumentos elocuentes de su caridad heroica: un paquete de innumerables recibos, nunca pagados ni reclamados tampoco, en que constan la infinidad de pequeñas sumas que, para dulcificar la amargura de la limosna, distribuía á título de préstamo entre los menesterosos vergonzantes; y una tosca cajita de madera, llena de agujas, hilos, lanas, trapitos y demás utensilios necesarios al ilustre Prelado, al sabio doctor, al valiente campeón que en plena corte Pontificia llamó Pío XI *mártir de Cuba*... para remendarse la ropa por sus propias manos...

Esto admira y enternece, pero no extraña: sotas remendadas por amor de los pobres de Cristo se encuentran á millares... Lo que no se ha encontrado nunca es un frac remendado por alguno de esos filántropos que en cátedras y congresos pregonan y exageran los derechos del pueblo.

Luis Coloma, S. J.

(De El Mensajero de los Sagrados Corazones de Jesús y de María)

ORIGEN

DE LA

ORDEN DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN



La orden de las religiosas de la Purísima Concepción dió principio una Buena dama portuguesa, llamada doña Beatriz de Silva, á quien la reina doña Isabel, hija de D. Duarte de Portugal, trajo consigo á España cuando vino á casarse con el rey D. Juan II de Castilla. Fué esta dama una de las hermosuras más raras de su tiempo; al mismo tiempo era discreta y de buena gracia, por cuya causa y por ser tan noble (pues era deudora de la reina), empezó á ser servida por todos los señores, y

de algunos pedida por esposa, sobre lo cual hubo entre ellos muchas contiendas, pretendiendo cada cual ser el preferido. Las cuales cosas, como crecieran cada día, llegaron á oídos de la reina, la cual, creyendo que la inocente Beatriz tenía alguna en lo que pasaba, se enojó mucho contra ella, y aunque hasta entonces la había amado mucho, pues muchas veces solía decir entre sus damas, mi deuda Beatriz es la rosa entre todas las flores de la corte; pero luego encendida en celos, pues creía que el rey también la amaba, mandó á unas confidentes suyas que, con todo sigilo, la sacaran de palacio y la encerraran en un estrecho aposento, donde la tuvieron tres días sin comer ni beber. Viéndose la triste dama tan maltratada sin culpa suya, se encomendó muy de veras á la Santísima Virgen, llamándola en su ayuda, y haciendo voto de guardar virginidad toda su vida. Aparecióle la Purísima Virgen vestida de blanco y con manto azul, como ahora usan las religiosas de esta orden, con cuya vista recibió ella mucho esfuerzo y consolación. La Santísima Virgen la dijo que no temiera, pues la tenía reservada para Madre de muchas y esclarecidas hijas que lucirían como estrellas en el firmamento de la Iglesia.

Pasados los tres días de su encerramiento, viéndola las confidentes de la reina tan joven y bella, se lastimaron de su triste suerte, y la dejaron en libertad, encargándole que se ocultase para que no la viese la reina. Viéndose libre, y teniendo por muy peligrosa la vida de la corte para quien de veras quería servir á Dios, determinó huir de ella, y pasar á Toledo á encerrarse en el monasterio de Santo Domingo el Real de aquella ciudad. Obtenida licencia de la reina para esto, iba acompañada de sus criadas por el camino, cuando oyó que la llamaban en lengua portuguesa, y volviendo á ver quien era, vió á dos frailes de la orden de San Francisco; y ella, no comprendiendo el favor que Dios la hacía, se atemorizó, pues creyó que la reina le mandaba aquellos frailes para que la confesaran y luego mandara matar. Mas llegando los religiosos, la saludaron con palabras muy afectuosas, y no sólo la quitaron el temor que tenía, sino que la llenaron de una santa alegría. Entre otras cosas, la dijeron que, sin lesión de su virginidad, sería Madre de muchas y santas hijas; que sería estimada por todo el mundo. Cuando llegó á la posada, quiso sentarse á la mesa con los dos religiosos; mas buscándolos por todas partes, no fueron hallados. Entonces se admiró, y conoció que aquello había sido una revelación divina y con gran fe; que aquellos dos religiosos habían sido, uno el bienaventurado San Francisco de Asís, y el otro San Antonio de Padua, cuya devota era, y lo fué mucho más en adelante, celebrando su fiesta todos los años con gran devoción.

Cuando llegó á Toledo, se encerró la casta virgen en el monasterio de Santo Domingo, acompañada de sus fieles criadas, y permaneció en él treinta años con traje secolar, haciendo una vida áspera y penitente. Y se dice que, en todo ese tiempo que permaneció en dicho monasterio, nadie la vió descubierta el rostro más que la criada que la asistía y la reina doña Isabel, que la visitaba algunas veces. Aun luego guardó siempre esto, en penitencia de la vanidad que había tenido de su hermosura que, según sus historiadores, fué extremada.

Era devotísima de María Santísima, en particular del misterio de su Inmaculada Concepción, y sentía ardientes deseos de instituir una orden religiosa con el nombre de la «Inmaculada Concepción». Comunicó su pensamiento con la católica reina doña Isabel (hija de la que mandó encerrarla), y la halló tan favorable, que en seguida le donó los palacios llamados de Galiana, que es donde se halla hoy el monasterio de Santa Fe. Allí se encerró la sierva de Cristo con otras doce doncellas de las más nobles de la corte el año 1484, y estuvieron cinco años indecisas sobre la forma de hábito que tomarían. El año 1489, á petición de ellas y de la católica reina, el Papa Inocencio VIII concedió la institución y continuación de la Orden que había comenzado con hábito y oficio de la Concepción, y con ciertos ayunos y ceremonias, quedándose sujetas al Prelado Diocesano.

Todas estas cosas le fueron manifestadas á la sierva de Dios por ministerio de un ángel, que se presentó en el locutorio en forma de un gallardo mancebo. Llamó la venerable doña Beatriz al mayordomo del monasterio, y le dijo que hospedara á aquel mancebo que tan buenas noticias la había traído. Sorprendido el mayordomo (pues no veía á nadie en el locutorio), la dijo con tono respetuoso: «Señora, no sé de quién habla S. S., pues aquí no hay ningún mancebo.»

Entonces ella conoció que el mensajero era del cielo, y calló. Sucedió que luego naufragó el buque

en que venían las Bulas de la aprobación de la Orden; y habiendo perdido todo lo que iba en el buque, sólo se salvaron las Bulas milagrosamente, las cuales fueron halladas por doña Beatriz en una cajita que estaba puesta en un rincón de la celda de la Santísima Madre.

Estaba doña Beatriz de Silva preparándose para profesar en la nueva Orden que ella tanto había deseado, y á los cinco días de esta preparación tuvo una revelación celestial, que de allí á diez días la quería llevar Dios Nuestro Señor de este mundo á la patria celestial. Así se verificó el año 1490, á la edad de sesenta y seis años.

Recibió con mucho fervor todos los Santos Sacramentos; y al administrarle los Santos Oleos, vió el capellán que la venerable Madre tenía en la frente una estrella lucidísima. En seguida de su fallecimiento, se apareció á su confesor, y le dijo: «padre, vengo á cumplir la palabra que os di, de que me veréis antes de partirme de este mundo.» Y dicho esto, desapareció llena de resplandores. Algún tiempo después trasladaron su cuerpo á un sepulcro ricamente labrado en el coro del convento, y al abrir su tumba salió de allí tal fragancia, que quedaron llenos de consuelo todos los que tuvieron la dicha de asistir á este acto.

Cuatro años después las monjas profesas, según las constituciones de Inocencio VIII, y otras de San Benito, de un monasterio de Toledo que se les habían agregado, hicieron con autoridad pontificia profesión de la regla de Santa Clara, con hábito de la Concepción, viviendo en esta forma en el monasterio de Santa Fe hasta el año 1501. En esta época, como ya los Padres Franciscanos observantes moraban en el convento de San Juan de los Reyes de Toledo, dejando el antiguo de San Francisco, el cual cedieron á las religiosas. Pasados así algunos años, no pareciéndoles bien profesar la regla de Santa Clara, con el hábito de la Concepción, compusieron una regla expresamente para las religiosas de la Concepción, la cual fué redactada por unos frailes Franciscanos de la provincia de Castilla, y confirmada por el Papa Julio II, en el año 1511. Y para que siempre se ocupasen estas religiosas en honrar á la Inmaculada Virgen, les fué ordenado un Breviario que tuviera particular oficio de la Concepción, y en él se ordenó que rezasen todos los días, excepto los domingos y fiestas solemnes, en las que debían rezar del Romano, como los frailes menores á quienes tenían dada obediencia. El segundo monasterio de la Orden de la Concepción se fundó en Torrijos, donde muchas religiosas han florecido con la fama de sus heroicas virtudes, dejando á su muerte muy buen olor de santidad. Después de éste, se fundaron otros muchos monasterios muy ilustres, donde vivieron muchas nobles damas, consagrándolo todo en honra de la Santísima Madre de Dios. Entre los conventos que se fundaron en Castilla, fué uno el de Burgos, con la advocación de San Luis. De éste salieron dos fundadoras para hacer la primera fundación en Bilbao: doña Berenguela de la Concepción y Alonso fué la primera Abadesa, y Vicaria doña Juana Maluenda. Esta, después de algunos años de permanencia en Bilbao, regresó á su convento de Burgos por el mes de Mayo de 1622. Las primeras que profesaron en este convento de la Purísima Concepción de Bilbao fueron las siguientes: María de Jesús, Antonia Batista, Juana de la Cruz, Catalina de Cristo, Ursula Ortés. Todas cinco profesaron en un mismo día, que fué el 19 de Septiembre de 1615. Estas eran beatas, y no tenían iglesia pública hasta el 1629. En ese año trasladaron el Santísimo Sacramento desde la capilla privada, hasta la nueva iglesia, el día 6 de Agosto.

Según nos contaban nuestras buenas Madres antiguas, los vecinos próximos al convento solían conmemorar esa fiesta de la dedicación de la Iglesia con tamboril y novillos que corrían en la plazuela de la Iglesia. Hoy ese convento existe, aunque no pertenece á esta comunidad, pues tuvieron que dejarlo á la empresa del ferrocarril del Norte para oficinas, pues dicho edificio está en el centro de la estación. Después de la fundación de este convento, salieron de él varias religiosas para las fundaciones de la Canal de Carriedo (Santander) y de Isasi (Guipúzcoa).

El convento que hoy tenemos en el barrio de Vista Alegre se edificó el año 1861, y durante la obra la comunidad permaneció en el convento de la Encarnación de Religiosas Dominicas. Durante el bombardeo, la comunidad recibió aviso para desalojar el convento, pues lo quería para la tropa.

Tan pronto como el valiente y caballero general D. Ignacio María del Castillo tuvo conocimiento de esa injusta orden, mandó á la comunidad que permaneciera tranquila, prometiendo que él velaría por ellas. Así lo ejecutó, y la comunidad debe, des-

pues de Dios, su conservación en este convento al que hoy es ministro de la Guerra.

(Convento de la Purísima Concepción de Bilbao, 29 de Diciembre de 1886.)

X.

De un manuscrito conservado en el museo.

EL ARTE RELIGIOSO

NADA hay tan peligroso como las vulgaridades cuando proceden de personas de buen criterio o son por ellas acogidas, porque es indudable que muy en breve ha de hacerse cosa la generalidad, y la afirmación vulgar quedar *ipso facto* convertida en un axioma.

Con el siglo XVIII acabaron los pintores de asuntos religiosos; se ha dicho infinitas veces por ilustrados publicistas; ya no hay artistas cristianos, han repetido numerosas voces, y ambas afirmaciones han corrido sin correctivo y como la cosa más natural del mundo. A desvanecer semejante error se encamina este pequeño trabajo, extracto de otros más importantes, constituyéndolo unas brevísimas referencias de los artistas que en el presente siglo han tratado asuntos místicos o de género religioso y cuáles han sido éstos.

Empezaremos por los

PINTORES

D. FELIPE ABAS, nació en Calaceite el 30 de Abril de 1777. Ingresó en la Academia de San Luis de Zaragoza en 1793 y a los cuatro años obtuvo el primer premio en pintura. Murió a los 36 años de edad, dejando sin concluir un cuadro que representaba a Santa Orosia, el cual destinaba a la iglesia de su pueblo natal. Entre otros trabajos suyos de índole religiosa figuran *El Samaritano* y *Jesucristo crucificado*, el retablo de *San José* y un retrato del Papa *San Gregorio*.

D. JOSÉ ABELLA Y GARAULET, pintor valenciano, en cuya ciudad natal se conserva un *Cristo* pintado por él, de bastante mérito.

D. JUAN ABREU, pintor y escultor, natural de Santa Cruz de Tenerife. En la Exposición verificada en Canarias en 1862, presentó un dibujo al contorno representando *La Fe y la Religión*; al óleo un *Descendimiento*, la *Aparición de la Virgen de la Candelaria* y la *Primera entrada del Obispo Folgueras en la ciudad de la Laguna*, y como escultor, un *Rey Guanche en acción de adorar a la Virgen de la Candelaria*.

D. MANUEL ACOSTA, pintor sevillano, muerto en Enero de 1801, cuando contaba 13 años de edad. Dejó pintado en un pequeño cartón un paso de la Pasión, con tanta valentía que pasmaba, así como un *San José* de Valdés. Hizo el *Nacimiento*, de Murillo, en figuritas de barro y otras muchas para los Pasos de Semana Santa.

D. COSME ACUÑA Y TRONCOSO, nacido en la Coruña en 1760. A los 21 años de edad alcanzó el segundo premio de la Real Academia de San Fernando por un cuadro que representaba *El Sacrificio de Abraham*.

D. JOAQUÍN AGRASSOT Y JUAN, natural de Orihuela (Alicante). En la Exposición provincial de 1860 expuso: *El sacrificio de Isaac*, *La Educación de la Virgen* y una *Sacra familia* (copias). En la celebrada en Madrid en 1868 presentó un cuadro que representaba a *José deteniendo el sol*.

DOÑA FRANCISCA AGUILERA DE ROLDÁN, en la Exposición celebrada en Jaén el 1876 presentó un *San Francisco*, copia al óleo de Alonso Cano; *Santa Rita*, del mismo; una *Virgen*, copia de Maella, y *La Magdalena y Las hijas de Lot*, copias de Murillo, al lápiz.

D. MANUEL AGUIRRE Y MONSALBE, pintor aragonés. En la Exposición de Zaragoza de 1847 presentó entre otros cuadros la *Aparición del Señor a la Magdalena* y *La Virgen en contemplación*. También hizo un lienzo de colosal tamaño que representaba a *San Fernando*, el cual se conserva en la parroquia de Torrero.

D. MIGUEL AGUIRRE Y RODRÍGUEZ, pintor gaditano. Para el Ayuntamiento de Cádiz hizo una copia del *San Andrés* de Rivera.

D. FRANCISCO AGUSTÍN Y GRANDE, nació en Barcelona en 1753 y murió en Utrera en 1800. Sus obras religiosas más conocidas son las siguientes: en las Cabezas de San Juan, *San Juan Bautista predicando*.

Córdoba. — Colegio de San Pelagio. Dos cuadros del *Martirio de San Eulogio*. — Colegio de niñas huérfanas de Santa Victoria. *Martirio de San Acisclo*, *La Visitación de Nuestra Señora*, *San Juan Nepomuceno*, *San Francisco de Sales*. — Escuelas

gratuitas de primeras letras: *La Concepción*, *Santa Ana*. — Iglesia de los Mínimos: *San José*.

Madrid. — Academia de San Fernando. *San Jerónimo penitente*, *Nuestra Señora con el Niño y acompañamiento de ángeles*.

Palma. — Casa del conde de Montenegro. *El Niño Jesús y San Juan* (copia de Murillo), *La Virgen de la Servilleta* y *Santa Isabel Reina de Hungría*.

D. JOSÉ ALCAZAR TEJEDOR, autor del lienzo de *Santa Teresa*, premiado con medalla de tercera clase en la Exposición Nacional de 1884, *Después de la Misa* y otros asuntos de género.

D. JOSÉ DE ALCIBAR, pintor establecido en Méjico durante los primeros años de este siglo. En la Academia de aquella capital se conserva de su mano un *San Luis Gonzaga* y en la Catedral dos grandes lienzos que representan *La última cena* y *El triunfo de la Fe*.

D. COSME ALGARRA Y HURTADO, nació en Candete (Albacete): autor del *Crucifijo* que se conserva en la iglesia del barrio de Salamanca.

D. MARIANO ALONSO. En 1841, en una de las sesiones del Liceo artístico de Granada, presentó una *Mater Dolorosa*.

D. ANGEL ALONSO MARTINEZ, nació en Burgos en 1.º de Marzo de 1825. Entre sus trabajos se debe citar especialmente el cuadro de *San Félix de Valois*, que se conserva en las Calatravas de Burgos, y una *Virgen* de tamaño natural para una iglesia de Santander. Murió en 25 de Setiembre de 1868.

D. JOSÉ ALONSO DEL RIBERO, nació en Oviedo en 1782. Conocemos de este artista una lámina que representa *Santa Cecilia*.

D. GERMÁN ALVAREZ ALGECIRAS, natural de Jerez de la Frontera. En la Exposición nacional de 1877 presentó un cuadro titulado *La vuelta del Gólgota*.

D. DOMINGO ALVAREZ ENCISO, nació en 1737 en Mansilla de la Sierra de Cameros, arzobispado de Burgos, y falleció en Jerez de la Frontera en 23 de Octubre de 1800. Para el altar mayor de la iglesia de San Agustín, pintó en cuadrilongo *La Cena del Señor*, y para sus dos colaterales a *Santo Tomás de Villanueva socorriendo a los pobres*, y a *Santa Rita en éxtasis asistida de un ángel*. Para la sacristía iglesia de la nueva población de San Carlos, de la Isla de León, pintó en cinco cuadros los *Cuatro Evangelistas* y *La Cena del Salvador en el castillo de Emmaús*. Pintó últimamente un cuadro de la *Concepción de Nuestra Señora*, con grupos de ángeles y querubines.

D. FRANCISCO ALVAREZ GONZÁLEZ, natural de Santa Cruz de Tenerife. En la Exposición de Industria y Artes, celebrada en las Islas Canarias en 1862, presentó un dibujo representando el *Ángel de la Guarda*.

D. RAFAEL ALVAREZ LADREDA, pintor, vecino de Oviedo. En 1867 dibujó y pintó los monumentos de Semana Santa de la iglesia del Pino de Alles y de la parroquia de Riosa, en Oviedo.

D. EUDALDO RAMÓN AMIGÓ, pintor en vidrio, natural de Barcelona. Entre sus muchas obras, merecen citarse dieciséis vidrieras que pintó para la iglesia del Pino, y otras para la del Palau y la capilla de Dolores, en la iglesia del Buen Suceso, de Barcelona; vidriera del altar de San Antonio de Padua, en la iglesia de los Santos Justo y Pastor de Barcelona; once vidrieras representando Santos españoles para el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, en Madrid; vidrieras de la nueva iglesia gótica de Port-Bou; quince vidrieras para la iglesia de San Andrés de Palomar; siete para la iglesia del Apostolado de la Oración en Sabadell; una vidriera representando a la Virgen del Pilar. Los cuatro profetas grabados en las vidrieras de la parroquia de Santa María del Mar en Barcelona; la vidriera de Nuestra Señora de Loreto en aquella capital; la imagen de San José para la iglesia parroquial de Figueras; dos grandes vidrieras de colores con las imágenes de San Pedro y San Pablo y Santa Tecla y San Jorge, para el abside de la catedral de Barcelona, cinco vidrieras de colores para la iglesia parroquial de Santa Madrona, y otros muchos. El Sr. Amigó falleció en 29 de Abril de 1885.

M. DE A.

(Se continuará.)

ANTÍDOTOS PARA LOS PRODUCTOS QUÍMICOS

USADOS EN LAS ARTES.



El periódico alemán *Die Fabrik-Muster-Zeitung* hace notar que en los casos de envenenamiento «el tiempo perdido, significa perderlo todo.» Muchas personas perecen porque el veneno que han tomado acci-

identalmente ha tenido tiempo suficiente para ejercer su acción destructora o pasar a la circulación, antes de que la asistencia facultativa haya podido ser utilizada. Nuestro colega recomienda para evitarlo los siguientes tratamientos:

1.º Para el ácido fénico, los ácidos clorhídrico, nítrico y sulfúrico, el agua regia, la creosota, la tintura de iodo, el fósforo y la sal de estaño, los remedios son la clara de huevo desleída en agua, una cucharadita de mostaza en agua caliente como emético, agua de jabón, cal o sosa (carbonato) mezclada con leche y agua de linaza. Si fuese alguno de los tres ácidos minerales el veneno tomado, debe administrarse la cal sola en la menor cantidad posible de líquido.

2.º El ácido crómico, los cromatos y los colores de cromo, los preparados de antimonio, como el tartaro emético, los preparados de cobre, mercurio y zinc, tienen por antídoto la clara de huevo en abundancia, mostaza como emético, tazas de té o café fuerte y agua de linaza.

3.º Para el amoníaco, la sosa, la potasa y sus sales, el silicato de sodio, los sulfuros alcalinos, etcétera, tómese vinagre y después aceite o leche.

4.º Para el ácido prúsico y sus sales, los cianuros de potasio o de mercurio y sulfocianuros, la esencia de almendras amargas, la nitro-bencina, etc., rocíese con agua fría la cabeza y el espinazo, pónganse emplastos de mostaza sobre la boca del estómago y la planta de los pies, y manténgase al paciente despierto.

5.º Para el éter, el petróleo y sus esencias, el bencol y el alcohol fuerte, los remedios son: mostaza fuerte como emético, con abundancia de agua caliente, lociones de agua fría, aire fresco, y mantener al paciente despierto.

6.º Para los compuestos de barita y cal, mostaza como emético con agua caliente y sulfato de sosa disuelto en agua.

7.º Para el arsénico y sus compuestos, la mostaza como emético, hierro dializado con magnesia y luego aceite, leche o líquidos mucilaginosos.

8.º Para el ácido oxálico y oxalatos, adminístrese cal o agua de cal, seguida de una toma de aceite de castor.

9.º Para el nitrato de plata, tómese en seguida sal común disuelta en agua, seguida de mostaza como emético.

10. Para los humos de vapores nitrosos de las fábricas de nitrato de hierro, de las cámaras de plomo para fabricar el ácido sulfúrico, etc., tomar en pequeños sorbos el ácido acético tan fuerte como sea posible resistirlo.

Ante todo, jamás debe beberse ningún líquido de ninguna botella cuya procedencia se ignora, ni en los laboratorios, ni en las fábricas de productos químicos, donde hay siempre sustancias venenosas. Afortunadamente en nuestro país no hay esa afición ciega a las bebidas espirituosas como en otros, donde hay trabajador que no puede pasar por delante de una botella puesta en algún rincón de armario sin probar su contenido. Cita el periódico arriba mencionado, que un tintorero puso aparte un frasco con bicromato fuertemente acidulado con ácido sulfúrico, con objeto de llevarlo a su casa para una prueba secreta; otro operario pasó por el cuarto donde estaba el frasco oculto, y al verlo y observar que nadie le miraba, bebió un buen trago de aquel líquido, creyéndolo algún licor espirituoso. A pesar de que la asistencia médica vino a tiempo, el desgraciado estuvo a punto de perecer, porque no se sabía lo que había tragado, pues fue inútil indagar quién había ocultado el frasco, y de consiguiente, cuál era la preparación que contenía.

De todos modos, es prudente rotular los frascos o recipientes que contengan algún preparado peligroso.

CALDEO DEL HOGAR DOMÉSTICO

INTRODUCCIÓN



El problema que de preferencia ocupa al hombre en la vida consiste en ver satisfecho el mayor número posible de necesidades, o lo que es lo mismo, ver de estirar sus recursos a fin de huir todo lo posible de las privaciones. Para tal propósito, idéntico resultado reporta el enriquecer a un individuo que abaratarle los medios de adquirir los múltiples elementos que ha menester para vivir con más comodidad. Este es, pues, el objeto de los adelantos industriales, abaratar los medios de que se ha de valer el hombre para ensanchar cada vez más su esfera de acción. Fijando bien la atención, se observa que es más que

idéntico el resultado de que hemos hablado, en razón a que con los adelantos se llega a crear recursos completamente nuevos, y de aquí resulta que en el día es dable a cualquier particular hacer un largo viaje sin los desembolsos ni las incomodidades imprescindibles para Felipe II, a pesar de sus poderosos recursos y en un tiempo entonces imposible.

La importancia de los adelantos industriales es tanto mayor cuanto más tienden a satisfacer las necesidades domésticas, no sólo por lo que de cerca nos toca, sino por lo mismo que es mucho mayor el número de veces que los disfrutamos y mayor también el de los disfrutantes. Entre las primeras necesidades figura la defensa contra el frío, o sea el *caldeo del hogar doméstico*, para cuyo fin se emplean tres procedimientos basados en los tres aparatos caldereros: *el brasero, la estufa y la chimenea*. Por más que se conozcan otros sistemas para caldear, como el calorífero, el agua caliente y el vapor, éstos se destinan en nuestro país a edificios especiales o de lujo, y por lo tanto, de ellos no hablaremos en el presente escrito, porque tratamos del hogar doméstico en general, o sea la morada de la masa común de familias de una población. Si los tres procedimientos en primer lugar citados satisficieran por completo las necesidades domésticas, no habría para qué ocuparse en ellos; pero como no es así, especialmente los dos últimos, por hallarse muy lejos, tal cual se emplean, de satisfacer las justas aspiraciones del público, justo es que sobre éstos nos detengamos de preferencia para sacarlos del desprestigio en que se hallan, económicamente considerados. Hay además otra cuestión importantísima referente al caldeo en general, y consiste en la marcha del aire dentro de las habitaciones, que habremos de estudiar, y ella misma nos dará gran luz respecto al problema que nos ocupa.

No se crea, por lo expuesto, que voy a formular una acusación contra la respetable clase de arquitectos a cuyo cargo está la construcción de nuestras moradas. Es precisamente lo contrario. Todo problema de caldeo y ventilación pertenece de lleno a la carrera industrial, porque de física industrial se trata, y por lo tanto, si la crítica sobre las detestables condiciones de caldeo actual ha de recaer en justicia sobre alguna clase, ésta ha de ser precisamente la de ingenieros industriales, cuyos individuos no se han fijado lo bastante en que, por más que la chimenea y la estufa constituyan unos accesorios de las casas, *son objetos industriales* que absolutamente nada tienen que ver con la arquitectura, en lo referente al caldeo y ventilación, y si únicamente en cuanto a la parte estética de su forma exterior.

La misión del arquitecto se reduce a componer un conjunto armónico con los elementos de todo género que recibe de la industria. Si defectuosos los recibe, defectuosos los ha de colocar, y por lo tanto la industria es la única responsable de las faltas de que adolezcan dichos elementos. Por la misma razón sería injusto criticar el inferior aspecto de una fachada industrial con relación a la de un edificio de importancia dirigido por un arquitecto. El gran principio de *la división del trabajo* aconseja que se encargue cada cual de resolver los problemas que más en armonía estén con su facultad; sin que esto sea prohibir a los de cualquier profesión cultivar conocimientos ajenos y aun rebasar los adquiridos en otra carrera sobre cualquier asunto determinado. Por más laudable que esto fuera, nunca será criticable el que, por lo general, los dedicados a una carrera se limiten a los conocimientos adquiridos en ella.

Del mismo modo que se ha demostrado la ninguna responsabilidad que alcanza a los arquitectos por los graves defectos de la chimenea actual, tampoco alcanza a los fumistas; por cuanto componiéndose la industria en general de dos diversos personales, el que estudia y proyecta y el que construye; si el primero, faltando a la misión que le está confiada, no explica al segundo suficientemente cómo ha de obrar, ocioso será esperar la completa resolución de un problema colocado fuera del alcance de los simplemente artistas.

Voy, pues, como ingeniero industrial, creyendo cumplir con un deber impuesto por mi profesión, a hacer un estudio del caldeo y ventilación del hogar doméstico, dando a conocer primero los medios empleados con todas sus ventajas e inconvenientes y a deducir más tarde cuál ha de ser el complemento de lo conocido para llegar al fin que nos proponemos. De este modo podremos subdividir el problema: 1.º aconsejando a los arquitectos las condiciones técnicas que habrán de tener presente al construir nuestras moradas; 2.º trazando a la industria la marcha que ha de seguir en la construcción de todo lo referente al caldeo y ventilación del hogar doméstico, y por último, habremos de hablar también del vecindario, ignorante en general, a fin de

abrirle los ojos y que ayude por su parte a lo que tanto le interesa. Hoy nos encontramos a estas tres entidades en perpetua lucha. Los arquitectos se lamentan, con razón, de los industriales al no proporcionar eficaces y económicos medios de caldear. Estos últimos achacan a los primeros la falta de resultados, y por último, el vecindario se lamenta de ambos al gastar mucho sin conseguir su objeto. Veamos, pues, si con el presente estudio podemos conseguir la necesaria armonía que ha de existir entre las tres referidas entidades para llegar a caldear con economía y uniformidad el hogar doméstico.

PARTE PRIMERA.

Estado actual del problema.

Tratando de estudiar el caldeo del hogar doméstico para ver de descubrir el medio más eficaz y económico que satisfaga por completo las justas aspiraciones de las familias, natural es que empecemos analizando minuciosamente lo que generalmente se usa con tal fin. Veamos cuáles son sus buenas y malas condiciones, para venir en conocimiento de las modificaciones que habremos de introducir en lo conocido a fin de lograr cumplidamente nuestro intento.

Teniendo en cuenta la diversidad de recursos con que cuenta para vivir el crecido número de familias que constituyen el vecindario de una gran población, habremos de suponer la existencia de muchas de aquéllas completamente imposibilitadas para disfrutar un caldeo perfecto, viéndose precisadas a emplear lo más económico y que más a su alcance esté, por malo que sea, como sucede con *el brasero*. Ya sabemos lo impropio de nombrarlo siquiera al hablar de un caldeo perfecto; mas como no hay que hablar sólo de lo perfecto, sino de lo posible, por imperfecto que sea, trataremos también del brasero, a fin de instruir a las muchas familias que han de seguir usándolo, para hacerles más llevadero su nocivo empleo.

Seguidamente nos ocuparemos en el caldeo con la estufa, para denunciar los defectos de que adolece, cuya indagación nos ha de ser útil para el fin que nos proponemos; y por último, estudiaremos minuciosamente la chimenea, denunciando también sus muchas imperfecciones que constituyen la sola y única causa de su escaso efecto. Terminado que sea el anterior estudio, habremos de examinar si las condiciones de nuestras moradas influyen en el caldeo, y todo lo que resulte lo tendremos presente al proponer el *nuevo caldeo*, a que se referirá la segunda parte de este tratado.

BRASERO.

Entre todos los sistemas de caldeo conocidos, el más antiguo de los tres que hemos citado es el *brasero*, en el que habremos de ocuparnos analizando sus ventajas e inconvenientes, a fin de poderlo apreciar con verdadero conocimiento de causa.

Por más que vulgarmente se llama *brasero* al colocado sobre una baja tarima de madera, hemos de comprender en esta reseña bajo la denominación de *brasero* todos los aparatos de caldeo conocidos, en los cuales se verifica del mismo modo el aprovechamiento del calor desarrollado por el combustible. El presente grupo de aparatos se dividirá, por consiguiente, en tres partes, que son: 1.º brasero común; 2.º *cop*, y 3.º calorífero. El brasero común ya hemos dicho que se coloca sobre una tarima baja y se acostumbra a tapar con una alambreira. La *copa* no es más que un brasero; pero se diferencia del ordinario en que va colocado sobre un tripode de latón y del mismo metal es la tapa, calada, como es consiguiente, para dar paso al aire. El *calorífero* tiene la forma de una estufa; pero no tiene cañón de salida de humos, por lo cual todos los gases de la combustión se mezclan con el aire de la pieza en donde se halla, lo mismo que en las dos anteriores; por lo cual no es otra cosa que un *brasero disfrazado*, y por lo tanto, lógico es hacerle figurar en este grupo.

Las condiciones generales del caldeo con el brasero, de cualquier clase que sea de las tres indicadas, unas son ventajosas y las otras adversas, como vamos a ver.

El aprovechamiento del calor no puede ser más completo, en razón a que todo se queda en el aire de la habitación; por lo cual, económicamente considerado, no hay sistema alguno que con menos gasto de combustible pueda caldear tanto el aire. No sólo el brasero en general es económico para caldear, sino que también lo es su adquisición, porque cualquier otro sistema, al exigir cañón de salida de humos, ya es mucho más costoso que el brasero. Vemos, pues, que si la economía es el móvil

primordial que impele a las familias al empleo del brasero, a pesar de sus gravísimos defectos que pronto reseñaremos, sería una completa quimera pretenderlo desterrar en absoluto, por existir un crecidísimo número de familias que tienen necesidad de emplearlo por no alcanzar sus recursos a otra cosa, por más ventajosa que sea. La única propaganda posible en contra del brasero es la que nos proponemos en el presente escrito, y consiste en *abaratar los demás sistemas de caldeo para ponerlos al alcance del mayor número posible de familias*. De este modo, si no conseguimos, como no hemos de intentarlo siquiera, hacerle desaparecer por completo, disminuirémos no poco sus casos de aplicación, y este será nuestro único y posible propósito.

El brasero, de cualquier clase que sea, tiene dos gravísimos inconvenientes, que son: 1.º gastar el aire que necesitamos para nuestra respiración; y 2.º envenenarlo cuando tiene tufo. El vulgo en general tiene una idea muy errónea del brasero, porque empieza por no saber lo que es la combustión, y así vamos a explicarle lo que sucede, a fin de que pueda hablar del brasero con perfecto conocimiento de causa.

El aire que nos envuelve es una mezcla de dos gases distintos, que son el oxígeno y el azoe. Cuando respiramos, el primero se combina en nuestros pulmones con el carbono de nuestra sangre venosa oscura, para convertirla en sangre arterial más roja, dando lugar a la formación del *ácido carbónico*, que es un gas nada nocivo; pero completamente inútil para nuestra respiración, como también lo es el azoe, que sólo sirve para modificar la demasiada eficacia del oxígeno en nuestra respiración. De este modo, mientras en el aire tengamos oxígeno, podremos vivir; pero a medida que lo vayamos convirtiendo en ácido carbónico iremos sintiendo fatiga, y por último vendrá la muerte por la asfixia, al no poderse verificar en nuestros pulmones la indispensable transformación de la sangre. De aquí nace la necesidad de *ventilar*, o sea la traída de aire nuevo, echando afuera el gastado. Sabiendo ya en qué consiste la respiración, veamos cuál es el efecto que el brasero produce en el aire.

A semejanza de lo que hemos visto acontecer en nuestros pulmones, se verifica el mismo fenómeno al arder el carbón o el cisco de un brasero, cuando está del todo encendido, o como vulgarmente se dice, *bien pasado*. En este caso la combustión consiste en combinar el carbono con el oxígeno del aire, dando lugar al *ácido carbónico*, en un todo idéntico al que fabricamos en nuestros pulmones, y por lo tanto lo mismo da *gastar* el aire a fuerza de gente que ayudados por el fuego, siempre vendremos a parar en no poder vivir, o por lo menos, en hacer difícil la vida en aquel aire. Esto sucede *siempre* que se sostiene fuego en una habitación, y de aquí la necesidad de extirpar el juicio tan erróneo tenido por el vulgo respecto al brasero, diciendo que *no dando tufo no es nocivo*. El tufo ya es otra cosa, de la que pronto hablaremos; pero antes dejemos consignada la formación del ácido carbónico en toda pieza en donde tengamos un brasero, a expensas siempre del gasto de aire necesario para nuestra respiración. Como este gas, ácido carbónico, es completamente inodoro, pasa sin ser notado para el vulgo, a quien hay necesidad de enseñar a que lo huelga con el olfato de la razón, y abandone la falsa idea que tiene del brasero por más pasado que esté. Una prueba bien palpable tiene de esto que decimos, todo el que se fije en el efecto del brasero dejado durante la noche en donde dormimos. Sus malos efectos se manifiestan las más de las veces con un fuerte mareo y otras hasta con la muerte por asfixia, lo cual admira no poco al vulgo al considerar que el brasero *estaba pasado y no daba tufo*; pero desde el momento en que se fije en la sencilla lección aquí estampada, se explicará los efectos del brasero y tendrá buen cuidado en no permitir que sea su compañero durante el sueño, *por más pasado que esté*, siquiera conserve algo de fuego.

Antes de pasar adelante habremos de llamar la atención sobre un fenómeno, para nosotros raro, que tiene lugar para los efectos del brasero según que las personas duerman o velen. Ya sabemos el mareo y hasta la asfixia que ocasiona al que duerme un brasero encendido en la alcoba durante el todo o parte de la noche. Sabemos también que, ya sea para trabajar o para velar a algún enfermo, pueden las personas quedarse toda la noche al abrigo de un brasero, sin que al llegar la madrugada experimenten los síntomas que sentirían si la noche la hubieran pasado durmiendo, igualmente bajo los efectos del brasero. Esto parece indicar una diferencia de resistencia muy notable en cuanto a sufrir los malos efectos del brasero, según que las personas duerman o velen. El hecho es que sucede, por más que no nos lo expliquemos por carecer de conocimientos

fisiológicos para poder apreciar la diferencia que puede existir en la naturaleza del cuerpo humano, según esté despierto ó dormido. Nos basta con dejar consignado el gran peligro que se corre al dormir en compañía del brasero, dejando á los médicos íntegra la explicación del fenómeno que observamos respecto á la diferencia de efectos de la misma causa en nuestro organismo.

Ya sabemos por lo dicho, que aun bajo el supuesto de estar *pasado* el brasero, nos ocasiona dos daños inevitables, que son: gastar el aire en donde hemos de habitar y producir en su reemplazo el ácido carbónico, completamente inútil á nuestra respiración. Respecto á este gas, ocurre un fenómeno digno de ser conocido por el vulgo y es el siguiente. Cuando el ácido carbónico se desprende del brasero, lo mismo que cuando sale de nuestros pulmones, como entonces se halla á bastante mayor temperatura que el aire de la habitación, está muy dilatado, y pesa, por lo tanto, menos que éste, elevándose verticalmente hasta el techo; pero así que se enfría hasta igualarse con el aire del local, como en igualdad de volumen y temperatura pesa más que el aire, baja, y se va depositando sobre el suelo formando una capa, como si un estanque estuviera recibiendo agua. Por esta razón, cuanto más bajo se duerma, mayor peligro habrá de quedar embutido en esta capa irrespirable, y así el que durmiera en el suelo se asfixiaría, mientras que sobre una cama alta el peligro es menor. Esto es, en el supuesto de carecer la alcoba en absoluto de ventilación, por estar cerrada la puerta, y en el supuesto también de que el brasero se apague en el curso de la noche; pues mientras el fuego dure, como caldea constantemente al aire bajo, éste se eleva revolviendo el de la habitación y haciendo menos pura la capa de ácido carbónico.

(Se continuará.)

EL VUELO DE LOS PÁJAROS

Y EL VIENTO.

Con periódico alemán dice, á propósito de las consideraciones que suelen publicarse en muchas obras sobre el vuelo de las aves con relación al viento, que estas consideraciones son un notable ejemplo de los flagrantes errores que pueden pasar de unas á otras épocas como hechos acreditados y reales fuera de toda discusión y duda. Léese, en efecto, en gran número de descripciones de viajes, que un pájaro recorre más fácilmente largos espacios en contra del viento que á favor de él, porque el viento infla sus plumas; encontrándose igualmente en esas obras las más expresivas frases de admiración, sobre la sorprendente facilidad con que algunas aves adelantan á los buques que navegan á toda vela.

En todos los casos que suelen citarse, se considera al pájaro como si fuera un objeto que tuviese un punto de apoyo fuera de la atmósfera y que resistiese la presión del viento, manera exacta de ver la cuestión cuando se trata de un pájaro que corre, que está en reposo ó que nada; pero deja de serlo desde el momento en que se trata de un pájaro que se eleva en el aire, pues en este caso se encuentra, por decirlo así, formando parte de la atmósfera como si fuera un globo, y participa como éste del movimiento que aquella le imprime; de tal modo, que aun puede darse cuenta más fácilmente que el aeronaute de la corriente aérea que le lleva consigo, sin poder juzgar ni apreciar tampoco otra cosa más que las variaciones de energía que de ese mismo transporte resultan. Por la vista de los objetos fijos es únicamente por donde el pájaro y el aeronaute pueden formar juicio de la dirección en que son impelidos por el viento; poseyendo, sin embargo, el pájaro, la ventaja de poder aprovecharse de una componente del viento que le conduzca al lugar adonde se dirige, en tanto que los esfuerzos hechos hasta hoy con este objeto por el hombre han resultado casi infructuosos.

El pájaro en su vuelo no siente la resistencia del aire más que de frente, y no juzga de la desviación que el viento imprime á su dirección más que por la vista de los objetos terrestres, lo mismo que el navegante no aprecia la fuerza de arrastre de una corriente marina más que por el aspecto del cielo ó de las costas á que se dirige, mientras la guindola le enseña el camino recorrido.

La analogía entre un buque de vela y un pájaro que vuela, no es, sin embargo, tan completa como parece; puesto que el pájaro no se encuentra más que dentro de un medio, la atmósfera, en tanto que el barco se encuentra en dos, la misma atmósfera y el agua.

NECROLOGÍA

EL OBISPO DE NUEVA CÁCERES

El ilustrísimo y reverendísimo Obispo de Nueva Cáceres, Fr. Casimiro Herrero, del orden de eremitas de San Agustín, ha fallecido. Este doloroso suceso ha privado á Filipinas de un celosísimo Prelado, y á sus numerosos amigos de los consuelos y cariños que á todos prodigaba.

Ocupó la silla el Rvdmo. Fr. Casimiro, cuya orfandad flota hoy la diócesis de Nueva Cáceres, el 6 de Febrero de 1881, de la que tomó solemne posesión el 18 del mismo mes y año.

Durante los años que rigió aquella Sede, acreditó las generosas virtudes que eran patrimonio de su alma cristiana, mostrándose tenazmente intransigente en todo cuanto se relacionaba con el prestigio de su sagrado ministerio, pero humilde y bondadoso con sus diocesanos, á quienes dedicaba un cariño de verdadero padre.

Entre las cualidades que enaltecían noblemente al ilustre finado, distinguíase su inquebrantable amor á España.

EL OBISPO DE HUESCA

La Iglesia de Aragón, el Episcopado español y el pueblo de Huesca, en todas sus clases y posiciones, están de luto. El Sr. D. Honorio María de Onaindia, merísimo Prelado de la capital alto-aragonesa, pasó á mejor vida á las dos de la mañana del lunes 27 de Diciembre, cuando contaba 75 años de edad. Había nacido en Burgos el 30 de Diciembre de 1811.

Vocación á la carrera eclesiástica, despejo y entusiasta amor al estudio fueron las condiciones características de sus años juveniles.

Alumno del Seminario de su ciudad natal; agraciado con el nombramiento de vicerrector del mismo centro antes de recibir el presbiterado; catedrático de filosofía por oposición, y más tarde, previo este requisito, beneficiado de la parroquia de San Gil de Burgos, abandonó todos estos cargos y ministerios para ascender á una prebenda de la catedral de aquella ciudad, que desempeñó hasta el 17 de Septiembre de 1875, en que fué preconizado Obispo de Huesca, recibiendo la consagración en 9 de Enero inmediato.

Sus actos desde la cumbre episcopal han merecido la honrosa sanción de la diócesis que rigió.

Si parte activa tomó para atenuar las calamidades públicas, tales como las ocasionadas por los terremotos de Andalucía, se singularizó noblemente cuando el último cólera dió zambra algunas localidades de su diócesis. El filial amor de los alto aragoneses fué el mejor premio de su proceder altamente caritativo.

Innumerables fueron sus actos privados en favor de los indigentes. Las puertas de su palacio nunca estuvieron cerradas para los que de la benevolencia necesitaron, y un periódico republicano de Huesca dice: «que en la capital y en todos los pueblos de su diócesis no ha existido nunca una aflicción doméstica y reservada que, si se le ha dado á conocer, haya dejado de ser socorrida con su óbolo caritativo y con su palabra consoladora y cristiana.»

¡Descanse en paz el humilde y generoso Prelado!

En Mataró ha fallecido, á muy avanzada edad, el Rdo. Fr. Felipe de Alemany y Gil de Bernabé, último superviviente de los monjes exclaustrados de San Cugat del Vallés. Deja escritas unas interesantes Memorias sobre aquel monasterio, los abades que lo gobernaron y los monjes célebres que contó en su seno.

El día 27 de Diciembre falleció en esta Corte el Rdo. P. Provincial del orden de Mínimos de ambas Castillas, D. Fray Román Rodríguez y Galiana.

Ha fallecido en esta Corte el Sr. D. Marcos Aniano González, capellán de honor, ex auditor general castrense y antiguo confesor de S. M. la Reina doña María Cristina de Borbón.

NOTICIAS

Nuestro ilustre y activo corresponsal en Roma dió cuenta en una de sus últimas cartas de la recepción por Su Santidad León XIII de gran número de compatriotas nuestros, en el día de la solemne fiesta de la Concepción. Ampliando sus informes, podemos

decir que en dicha recepción figuraron entre las damas una hermana del duque de Tetuán, las dos hijas del conde de Rascón, la esposa del general Ibarreta, la hija del general Lemery, la del coronel Aguirre, la señora de Llanos, antiguo encargado de Negocios de España cerca de la Santa Sede, las señoras de Palmaroli, Pradilla, Echeña, Moratilla, de la Riva, Serra, Ballester y otras. Entre los sacerdotes el Rector y todos los capellanes de nuestra iglesia de Santiago y de Montserrat, que fueron los primeros en besar el pie de Su Santidad y recibir su doble bendición á fin de trasladarse inmediatamente al templo español, donde en la misma mañana tenía lugar la fiesta de la patrona de España y la distribución á doncellas de las dotes de los Lugares Pios. Al lado del personal de Montserrat, veíanse los alumnos del Seminario español presididos por su Rector, el lectoral de la Catedral de Cádiz, con otros sacerdotes españoles de paso en Roma, los escolares de la Pontificia Academia Eclesiástica y diputaciones de los dominicanos, agustinos, trinitarios descalzos y calzados, capuchinos, franciscanos y mercenarios españoles.

Entre los artistas estaban Palmaroli, Llanos, Benlliure, Parladé, Puerto, Bilbao, Serra, Uria, Povoda, Barbudo, Sorolla, los pensionados todos de nuestra Academia, y el señor Fernández Merino, dedicado en Roma al estudio de los archivos vaticanos. Monseñor Isbert, auditor de la Rota por la Corona de Castilla, iba designando al Papa las diversas personas que besaban su pie, teniendo León XIII una palabra cariñosa y paternal para todos, hablando á los artistas de sus obras, á las madres de sus hijos, muchos de los cuales allí presentes, recibían con la bendición sus caricias, á los más modestos, ó menos conocidos, de sus familias y de sus pueblos, bendiciéndolos en sus personas; y á todos del amor y de la predilección que tenía á España, por cuya paz y prosperidad moral y material elevaba siempre y con especialidad el día de la Inmaculada Concepción, fervientes votos al cielo. Como el Padre Santo oyese que una indisposición ligera del joven pintor Silveira, le había impedido unirse á sus colegas, encargó especial recuerdo para tan simpático artista y para la digna familia á que pertenece. La impresión que sintieron todos nuestros compatriotas fué tan grande como profunda.

En el presente año de 1887 se cumplirá el decimoquinto centenario en que San Agustín se convirtió al catolicismo.

A fin de solemnizar el acontecimiento, los padres agustinos de la provincia del Santísimo Nombre de Jesús, de Filipinas, han acordado un certamen científico-literario musical, que se verificará el 4 del próximo Mayo en el Escorial.

Los 16 premios que se anuncian en la convocatoria se adjudicarán al mérito absoluto. Se exige, como condición precisa para optar á los premios, que los trabajos estén conformes con la doctrina católica.

De una carta de Roma tomamos los siguientes párrafos consagrados al difunto jefe del partido conservador Marco Minghetti:

«...Dejando á un lado apoteosis en que las circunstancias, la política ó la amistad pueden ejercer grande influencia, yo quiero fijarme en dos particularidades dignas de los de los últimos momentos de Minghetti. En la última aparición que una semana ha hacía en la Cámara, obliga á su querido amigo, el presidente Blanche, le dé su palabra de que su muerte no será ocasión de esas conmemoraciones parlamentarias en que hablan veinte ó treinta oradores, y que, como las llamadas de los autores más medianos en las escenas italianas, han perdido toda significación elevada. Después de pensar en la tribuna, que es su gloria, piensa en su alma, que cree inmortal, y en la intimidad de las efusiones de familia, dice á su esposa que, aunque no piensa retractarse de actos de su vida pública, que ha ajustado á su conciencia, desea morir como cristiano en la religión de sus padres. La desolada esposa, en derredor de la cual forman corona las más altas damas de Roma, las Colonnas, las Massimos y Sermonetas, ruega á la Reina Margarita que llame desde Mantua á monseñor Anzino, canónigo palatino de aquella catedral, mientras da las gracias al cardenal vicario, el eminentísimo Parrochi, que, arzobispo un día de Bolonia, donde conoció á la familia Minghetti, se había ofrecido al enfermo después de recibir la piadosa autorización de Su Santidad. El canónigo de Mantua llegó á tiempo de recibir sus postreros latidos, y en el mirar de sus ojos y en el estrecho apretón de su mano, faltándole la palabra, la respuesta á sus exhortaciones y la confirmación de que, en efecto, deseaba morir en la religión de sus padres, recibiendo contrito el Sacramento de la Extremaunción.

Confieso sinceramente que fatigado de presenciar en la antigua Sede del catolicismo y en ciudades que un día conocí tan católicas como Florencia, Milán y Turín, los entierros, llamados civiles, de las grandes personalidades de la revolución italiana, en que los estandartes del masonismo ocupan el sitio de la cruz cristiana, vi con placer en el magnífico entierro fúnebre de Marco Minghetti, al lado de Príncipes, embajadores, ministros y presidentes del Parlamento, que llevaban las cintas del carro fúnebre, y al través de los rayos que el sol reflejaba en los cascos de los generales, en los galoneados uniformes y las magníficas libreas de gala, el toscano, pero cristiano sayal de capuchinos y franciscanos, que precedidos del signo de nuestra redención, conducían los restos mortales del difunto a esa antigua cartuja de Santa María de los Angeles, que decoró en sus claustros el genio de Miguel Angel y que se alza en medio de las Termas de Diocleciano.*

Por defunción del Sr. Obispo de Huesca se ha encargado provisoriamente del Gobierno eclesiástico de la diócesis D. Vicente Catalina, dean de aquel cabildo catedral.

En Betanzos se ha abierto de nuevo al público restaurada convenientemente la capilla de San Roque, patrono titular del pueblo. Débese esta restauración al celo de D. Francisco Lorenzo, Comandante de Ejército, y D. Benito García, presbítero. La población ha solemnizado con grandes fiestas dicho acontecimiento.

La Congregación de la caridad cristiana establecida en Barcelona repartió durante el mes de Noviembre último los siguientes bonos:

3.217 de gallina, su importe pesetas 1.319'15.— 5.568 de carne, id. id. 902'00.— 428 de pan, id. id. 212'68.— 52 de leche, id. id. 4'60.— 345 recetas de medicinas, id. id. 298'95.— Socorros en metálico 5'50.— Lactancias, id. id. 250.— Total pesetas 2.992'88.

Muchos fabricantes y comerciantes de aquella capital han hecho a la sociedad mencionada importantes donativos en ropas y efectos, contribuyendo así al socorro de grandes necesidades.

En Zaragoza se trata de fundar una útilísima sociedad religioso-social que se denominará «Escuela Agrícola del buen Pastor».

Monseñor Jinaud, el nuevo obispo de Kero, en el Tonkin, ha escrito una carta al cardenal Simeoni, prefecto de la Propaganda, en que se da cuenta de la conversión de Pablo Bert, que por tanto tiempo explotó el odio contra la religión católica.

El Obispo refiere que cuando se consagró recibió en la sacristía la visita del residente general francés, el cual le estuvo felicitando en términos calurosos por la abnegación y el patriotismo de todo el clero católico que había ido al Tonkin a sostener una lucha constante y peligrosa por el bien de las almas y por el buen nombre de Francia.

En este momento solemne — dijo — tendría que hacerme violencia para no manifestar mi admiración por tan bellas almas. Lo reconozco así tal vez tardíamente.

El Obispo añade que Pablo Bert, al sentirse enfermo, pidió los sacramentos, que le administró el abate belga Devos, y que el enfermo recibió con las mejores disposiciones de espíritu.

Han llegado a Roma, para ser sometidas a la aprobación de la Santa Sede, las actas del Concilio provincial de Quebec (Canadá), y las del nacional de Escocia.

Los Rdos. Obispos Frelam, de San Pablo de Minnesota, y Kean, de Richmond, en los Estados Unidos, han llegado a Roma, delegados por el Episcopado americano del Norte para dar cuenta a la Propaganda y obtener la aprobación del Sumo Pontífice del plano de edificaciones y del reglamento de estudios de la nueva Universidad católica que se edificará en Washington, cuyo presupuesto de construcción e instalación asciende a un millón de duros.

El Sr. D. José Gener y Botet, distinguido catalán residente en Cuba, trató de fomentar en aquella apartada Antilla el culto a la Patrona de Cataluña, y a este fin inició una suscripción para levantar en la

Habana un templo digno de la Virgen de Monserrat. El terreno está adquirido, los planos trazados y empezadas las obras preliminares, en las cuales se han invertido ya sumas de alguna consideración.

Habiendo tenido que venir a la Península, el señor Gener ha querido que sus paisanos puedan contribuir a obra tan meritoria. Comunicó el pensamiento a S. M. la Reina Regente y a la Reina Isabel, quienes lo aplaudieron calurosamente, mereciendo igual acogida por parte del Excmo. Sr. Obispo de Barcelona, del Excmo. Capitán general y de muchas otras personas de distinción. A pesar de la premura del tiempo, el Sr. Gener, que se ha embarcado ya de regreso a la Habana, ha podido recoger cantidades de bastante consideración.

Comienzan a llegar al Vaticano los presentes destinados a conmemorar el Jubileo sacerdotal de León XIII, y la comisión creada para recibirlos, presidida por el Cardenal Schiaffino, está muy satisfecha de las noticias que recibe de toda la cristiandad acerca del número y calidad de dichos presentes.

El presidente de la Sociedad de naturales de Cataluña en la Habana, D. José Gener y Botet, del que hablamos en otro lugar, ha sufragado el coste de las importantes obras de mármol que se han hecho en la iglesia parroquial de la villa de Arbós. Agradecidos los feligreses de la parroquia al desprendimiento del Sr. Gener, han colocado en una de las paredes del templo una lápida conmemorativa.

En las últimas temporadas de Santo Tomás de Aquino ha conferido el Sr. Obispo de Madrid-Alcalá grados eclesiásticos en las órdenes de tonsura a 17 aspirantes a la carrera del sacerdocio, en las órdenes menores a 11, a ocho en el subdiaconado, a nueve en el diaconado y a cuatro en el presbiterado: total, 49.

Se han graduado en las órdenes menores y el subdiaconado tres agustinos del Escorial: fray Lucio Fraguas, fray Matías López y fray Mariano Fernández Cubero; en el diaconado fray Francisco Fernández y fray Mamerto Viesma, y en el presbiterado fray Francisco Pagés y fray Primo Martínez.

S. S. León XIII ha concedido el título de Basílica a la Catedral de Valencia consignándose en la Bula expedida para el caso varias gracias espirituales que no disfruta ninguna de las Basílicas españolas y que podrán ser ganadas por los fieles que visiten, con las condiciones que se exige, el templo. Son muchas y muy notables las reliquias que se conservan en la citada Basílica.

En Bélgica se ha constituido un comité de escritores bajo la presidencia de Mr. Pieraerts, rector de la Universidad católica de Lovaina, con objeto de regalar al Sumo Pontífice una colección completa de las obras católicas publicadas en dicha nación desde 1830, con destino a la Biblioteca Vaticana.

Los escritores católicos franceses también ofrecerán a Su Santidad una obra titulada *Libro del Pontificado de León XIII*, que contendrá, además de una biografía completa del Augusto Pontífice, una serie de estudios sobre la influencia de León XIII en el orden filosófico, social, político, literario, religioso y científico.

Nápoles enviará a Su Santidad un trono de oro, y las sociedades católicas de Roma preparan gran número de objetos sagrados de un gusto y una riqueza extraordinarios.

Los antiguos oficiales del ejército pontificio han mandado construir una magnífica escribanía de oro y plata, estilo renacimiento, coronada por la estatua de San Miguel.

También en Alemania se hacen grandes preparativos para regalar a Su Santidad.

A los que preguntan en qué invierte el Papa las cantidades que por el *Dinero de San Pedro* se recoge, responde un periódico religioso con las siguientes distribuciones que el prisionero del Vaticano ha hecho últimamente:

Compadecido el Soberano Pontífice de la estrechez que padecen los obreros en sus modestas habitaciones, ha adquirido una extensión de 17.000 metros cuadrados de terreno en el barrio del Testaccio para edificarles habitaciones cómodas y construir institutos de beneficencia.

También ha remitido al Sr. Arzobispo de Atenas la cantidad de 10.000 liras para que las distribuya entre los más perjudicados por los últimos terremotos.

Igual suma ha enviado para los católicos del Tonkin que con motivo de las últimas persecuciones han quedado reducidos a la miseria.

Por último, Su Santidad ha entregado al excelentísimo Cardenal Lavigerie 300.000 francos para la fundación de un gran colegio, donde serán admitidos los religiosos franciscanos y donde se educará a los jóvenes que se preparan para evangelizar aquel vasto continente, facilitando así la civilización de tantos infelices.

Tiene relación con la anterior noticia la proposición que el citado Cardenal Lavigerie ha hecho al Papa y al Gobierno de Francia de reconstruir la ciudad de Cartago. La nueva ciudad debe ser exclusivamente católica y a la vez el centro de las misiones católicas del África.

Un voraz incendio destruyó el día 24 de Diciembre el palacio episcopal de Astorga.

Han sido nombrados curas ecónomos:

De Patones, D. Carlos Marquese y Muñoz; de Pozuelo de Alarcón, D. Manuel Deloso; de Robledo de la Jara, D. Ramón Riu, y de Valdelaguna, D. Rafael González Valverde, y coadjutor de Navalcarnero, D. Manuel Ortí y Miralles.

El Padre Santo acaba de dirigir un breve a la sociedad de la Juventud Católica de Italia. En él recuerda la adhesión profunda de dicha sociedad a la Santa Sede apostólica, y anima a todos los jóvenes a que perseveren exentos de la perversidad del siglo y aprendan a amar y a respetar a la Iglesia. El Soberano Pontífice alaba también las grandes obras de caridad llevadas a cabo por la sociedad, la enseñanza y los socorros dados a los hijos de los obreros. Les exhorta también a que continúen por las mismas vías, porque, añade, la esperanza de la Iglesia y de la sociedad descansa en la futura generación.

Ha llegado a Barcelona el P. Rafael Ferrigno, misionero apostólico, procurador de la misión de los PP. Resurreccionistas en Andrinópolis, para recoger limosnas con que atender a las necesidades más urgentes de la misión. Esta se extiende por la Tracia, Macedonia y Rumelia oriental y fué fundada hace 25 años por orden expresa del Sumo Pontífice Pío IX.

En la actualidad cuenta la misión muchos millares de personas convertidas al catolicismo e iglesias en varias poblaciones. Ha fundado un Seminario conciliar para que puedan seguir la carrera sacerdotal los hijos del país, y ha organizado un Colegio Liceo en el cual son admitidos alumnos de todas las naciones, a fin de instruirlos en ciencias y literatura. También ha fundado una escuela de primera enseñanza que da muy buenos resultados, puesto que siendo cinco las familias católicas que había en la población al establecerla, se cuentan en la actualidad 450. Dirige asimismo una pequeña escuela de Artes y Oficios y otra de Agricultura.

En Barcelona han recibido las aguas del Bautismo una niña de nueve años y un niño de dos, hijos de D. Francisco de P. Jordán, ex maestro de escuela protestante. La parroquia de San Antonio Abad celebrará el día 9 una solemne función religiosa en acción de gracias por esta señalada conversión.

ADVERTENCIA

La nueva Dirección de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, deseosa de corresponder a la honra que se le ha confiado y de merecer el creciente favor del público, prepara diferentes mejoras, lo mismo en la parte artística que en la colaboración literaria de esta revista.

Muy en breve tendrán ocasión de apreciar las nuestros favorecedores y el público en general.



EPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 2.º — Madrid 15 de Enero de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Six meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Six meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Six meses.....	31 fr.
Un año.....	61 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Six meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO: La decena, por M. Onaindia y Barand. — Carta de Roma, por J. M. — Los grabados: Inauguración de la capilla del cementerio de Cristóbal Colón, por Ramón de Arístegui. — Al Nacimiento de Jesús, por Juan Arévalo. — El Arte religioso, por M. de A. — Venid a Mí, por Julio Alarcón. — Certamen en Honor de San Agustín. — La ofrenda al Apóstol. — El Estado sin Dios. — El Santo Cáliz. — La Tordera de Madrid en 1891, por Fidel Viza. — La Basílica de Valencia. — Bibliografía. — Oración a María Inmaculada, por M. del P. M. — Noticias.

GRABADOS: Roma. Sr. D. Honorio María de Onaindia, Obispo de Huesca. — Sermon en un catedral. — Misa del alba.

LA DECENA

ENTRE las disposiciones más recientes del Gobierno figura una encaminada a impedir que pueda adulterarse el vino, no sólo por constituir este hecho una verdadera defraudación al Erario y una estafa al público, sino también y muy especialmente por los funestos efectos que produce a los bebedores. Entre otras de las prescripciones de las autoridades, mil veces repetidas y otras tantas olvidadas, deben hacerse constar la prohibición de gastar navajas y otras armas. El vino adulterado y la navaja al alcance de la mano del bebedor, uniéndose en momentos dados, suelen dar, como fruto del enlace, el cuerpo de un hombre al cementerio, el de otro a la cárcel, la base de un proceso y el aumento constante de cifras en la estadística de la población penal de España.

Durante los diez últimos días serán muy pocos aquellos en que no pueda registrarse más de una catástrofe, no tanto resultado de la perversidad moral, como de las circunstancias en que se han desenvuelto: el vino enloqueciendo al espíritu; el soez, blasfemo y provocador lenguaje, prestando su concurso al crimen en embrión; el afán de ostentar un valor que se funda en el desprecio de todas las leyes divinas y humanas, precipitando el desenlace de las disputas... ¿Qué falta para el crimen? Lo que en infinitos madrileños es elemento indispensable para salir de casa: la navaja, que duerme en el fondo de un bolsillo esperando el momento de hacer la vivisección humana de un valiente.

Las grandes pasiones que pueden explicar, ya que justificar es imposible, muchos de los críme-

nes que registran las crónicas extranjeras, figuran é influyen muy poco en los que se cometen en Madrid. Individuo hay que al sentirse despejado de los vapores de la embriaguez encuentra a un amigo suyo asesinado, y nota con espanto que su propia navaja es la que se ha clavado en el corazón de aquél; el fallo de la ley no puede ser entonces más terrible para él que el grito acusador de su conciencia; pero tardía, muy tardíamente lamenta el desorden de su vida, que le llevara a frecuentar las tabernas y el pernicioso ejemplo que puso una navaja en su bolsillo.

En uno de los últimos crímenes de esta índole que señala la historia de Madrid, las primeras indagatorias pusieron de manifiesto que así la víctima como el agresor recorrieron varias tabernas de la población después de las cuatro de la madrugada, circunstancia que no debe ser utilizada exclusivamente por los moralistas, sino servir de poderoso estímulo para que la autoridad regularice un comercio del que tantas desdichas pueden resultar. Por-

que, francamente, dictar decretos severos para que los teatros no terminen después de las doce de la noche, multar a los dueños de los cafés cuando los cierran después de la una y media ó de las dos de la madrugada y consentir que las tabernas estén abiertas ó entornadas, que es peor, durante la noche entera, ni me parece justo ni razonable.

También se ha hecho una requisita de armas que ha dado resultados prodigiosos; pero si el comercio de las navajas y estoques se autoriza, no veo tampoco razón para semejante recogida, en los términos en que parece se ha hecho, y cuando en este capítulo de armas prohibidas, las cárceles suelen ser arsenales completísimos, a pesar de los minuciosos registros que sufren los detenidos a su entrada. No hace mucho tiempo que la autoridad de una provincia reunió un fardo de armas de todas clases, sorprendidas en un establecimiento penitenciario, y lo arrojó al fondo de un río.

Aquel día no salió de su casa un amigo mío, famosísimo pescador de caña.

— ¿No vas hoy de pesca? — le pregunté.

— ¡Dios me libre! Si los peces, cuando estaban inermes, no se dejaban coger... ¿qué harán ahora, contando con los elementos de resistencia que les ha facilitado el gobernador?...

Lo que he dicho de las cárceles me trae a la memoria otro de los sucesos del momento: la fuga de varios sargentos, complicados en el movimiento insurreccional de Septiembre, de las prisiones militares de San Francisco. Hace trece ó catorce años, recuerdo que más de una vez se verificaron evasiones análogas, dándose la curiosa circunstancia de seguir aquéllas al relevo de un jefe de las prisiones, que después era repuesto. Ahora hemos adelantado más, y los subalternos encargados de la custodia son los primeros en fugarse con los detenidos.

Propongo, en vista de esto, que en los libros-registros de las cárceles se introduzca una nueva casilla que diga, después de los nombres, edad, delito de que se acusa al detenido y fecha del ingreso en el establecimiento: *Fugado en...*

De esta manera la estadística se enriquecerá con un nuevo guarismo y acaso los legisladores del porvenir, utilizando la alegoría de una zarzuela bufa, que cantan hoy todas las criadas, establecerán cárceles cuyas puertas de entrada, al bajarse, hagan subir las de salida, permitiendo que los establecimientos peni-



R.D.M. SR. D. HONORIO MARÍA DE ONAINDIA, OBISPO DE HUESCA.
† 27 Diciembre de 1886.

tenciarios sean un pasillo donde los penados no originen gastos de estancia.

La absolución, el indulto y la fuga son las tres fórmulas modernas que esterilizan la acción protectora de la justicia humana.

Afortunadamente para la sociedad, no siempre quedan impunes los delitos, y en estos momentos mismos merece un voto de gracias el heroico Cuerpo de la Guardia civil, que ha conseguido dar muerte a Frasco Antonio, el Portugués y Melgares, tres de los más famosos bandoleros de la provincia de Málaga, que durante cerca de veinte años han sido terror del país y se han reído de las numerosas sentencias de pena capital que sobre ellos pesaban. También será digno de leerse el parte oficial del servicio en cuestión, como digno es cuanto aparece en ese periodiquito, poco conocido y que se llama *Boletín oficial de la Guardia civil*. Porque deben saber cuantos lo ignoran que existe un periodiquito, pobre de aspecto, impreso de modo que no convida ciertamente a la lectura, que de un reparto a otro hace que se pierda la memoria de su existencia, que apenas se examina en las redacciones de los demás periódicos y que, para que todo sea en el extraño, cuesta por suscripción 38 céntimos de peseta al mes.

Se llama, como he dicho, *Boletín oficial de la Guardia civil* y en él, según su título indica, sólo se insertan escalafones, edictos, propuestas, permutas, servicios, subastas, castigos; todas las indicaciones referentes a un instituto que nos envidian otras naciones que pudiendo improvisar ejércitos poderosos no pueden comunicar a sus individuos el espíritu que anima a la Guardia civil de España, cantada por Antonio de Trueba en uno de sus más bellos romances y dueña de una cartilla que debiera leerse en todas las escuelas de primera enseñanza, para infiltrar nobles ideas y santos deberes en los niños, y en cuyo art. 1.º se dice con ejemplar laconismo, constituyendo el mejor de los programas:

El honor es la divisa del cuerpo. *

El mismo laconismo en todos los demás asuntos. Se da cuenta en el *Boletín* de los castigos impuestos a individuos del Cuerpo y juntamente se indican las faltas que los han motivado: estas faltas, en la inmensa mayoría de los casos, ni siquiera se conciben así en los Códigos civiles; faltas de atención, alguna incorrección en el mismo servicio prestado, deudas... Esta última falta es la penada con mayor frecuencia, y se comprende perfectamente con sólo recordar el exiguo sueldo de los individuos del Cuerpo y considerar que son casados en su mayoría y pesan sobre ellos las ineludibles atenciones de la prole. Cuando la falta es de verdadera gravedad o constituye delito, la penalidad es tan severa que hay derecho a preguntarse si no excede de los límites de la justicia.

Las reseñas de los servicios prestados por la Guardia civil son notables por la misma concisión.

Aquí los individuos del Cuerpo han penetrado en una casa incendiada, librando de la muerte a un parálítico o a unas criaturas.

Allí, viendo caer al río a un individuo, se han lanzado a las aguas para procurar su salvación.

En otro punto han apaciguado un motín. Encontrando en el campo a un enfermo, por la debilidad o el frío, le han abrigado con sus capotes y le han conducido a poblado, socorriéndole de su propio bolsillo para que coma.

Defendiendo la propiedad ajena, han sostenido un verdadero combate contra varios malhechores, y acaso en él han perdido la vida los heroicos guardias.

Acuden al sitio en que el coche ha volcado o ha descarrilado el tren, para prestar sus auxilios a los heridos, custodiar los equipajes y remediar en lo posible el siniestro.

El criminal fugitivo es aprehendido por la Guardia civil; el objeto robado es recuperado por ella y devuelto a su legítimo dueño; el habitante de la casa inundada ve salvados a sus hijos por la pareja de guardias del puesto, y, como premio de estos servicios, el Director general se entera con satisfacción* y da las gracias a los individuos del Cuerpo.

El *Boletín oficial* debiera ser conocido de todo el resto de la prensa periódica, para que la noticia de los servicios prestados, multiplicada prodigiosamente por la imprenta, hiciera apreciar a la sociedad española lo mucho que debe a la gloriosa institución de la Guardia civil.

Los fríos de los últimos días sólo han dejado la vez, y eso no por mucho tiempo, a la nieve y al agua, motivando el siguiente consejo de un periódico científico, al dar cuenta del agua y del frío:

«Buen calzado impermeable y el ejercicio a cubierto si es posible, remedian el primer mal; abri-

go, gimnasia y alimentación succulenta disminuyen los estragos del segundo.»

El remedio seguramente no es malo, pero sí difícil de aplicar según las tristes, repetidas y fecundas lecciones de la experiencia.

Enferma un individuo consagrado al trabajo intelectual, con cuyo producto sostiene a su familia, y la ciencia le dice:

— ¡Nada de leer! ¡Nada de escribir a deshora! Nada de poner en tortura la imaginación... Mucho paseo en coche y muchos cubiertos en casa de Lhardy, y respondo de la curación.

Pierde casi totalmente la vista un tipógrafo o un grabador, y el médico le receta el siguiente plan: — No levantar una letra, no coger un buril; muchas expediciones campestres; viajes prolongados por mar e ir a Londres a consultar al célebre oculista X.

Enferma un pobre albañil, y en su casa se nota la ausencia de lo más indispensable para la vida:

— ¡Si es natural! dice la ciencia. — ¿A quién se le ocurre trabajar al aire libre con estas heladas, sudar en el andamio, subiendo cubos y alimentarse mal? Es preciso que no salga usted de una habitación confortable; que beba buenos vinos generosos y coma mucha carne, y que en cuanto llegue el verano vaya usted a tomar baños de mar con todas sus criaturas. ¿No ve usted, hombre de Dios, que estos niños están anémicos y que necesitan las brisas del mar, si no han de morir en esta buhardilla?

— ¿Y qué tomaré para esta tos? — pregunta un pobre cesante, posterior al 1845.

— Pues el preparado de esta receta... cuatro duros cada cajita.

— ¿Y yo, qué haré para la enfermedad de la pierna?

— Lo primero, llamar al doctor Z., que es una especialidad quirúrgica y corta admirablemente las extremidades y aun las vísceras. La consulta es una onza, y la operación, si al fin es precisa, mil duros; pero no se desanime usted, que hoy por pocos miles se construyen piernas postizas elegantísimas.

El recetar es tal vez muy sencillo, conforme a la ciencia; pero el recetar sin ton ni son da un carácter de poca seriedad a la receta. Yo, que rindo culto a la higiene y que sufro los rigores del frío y de las lluvias por necesidad, declaro ingenuamente que no me es posible pasar la vida entre comer opíparamente y facilitar la digestión haciendo gimnasia o jugando al billar, como indica el periódico. Pues si desgraciadamente enfermase, ya verían ustedes cómo no faltaba algún doctor que dijera:

— ¡El se tiene la culpa! ¿Quién le manda no tener gabán de pieles y trabajar hasta las últimas horas de la madrugada para salir después de un cuarto abrigado a los cuatro vientos?

¡Es mucho descuido!...

M. OSSORIO Y BERNARD.

CARTA DE ROMA

Roma 9 de Enero de 1887.

No se borrará fácilmente de la memoria de cuantos empezaron en Roma el año de 1887 el horroroso incendio que estalló en el palacio Odescalchi la noche misma del primer día del año nuevo. El telégrafo y los periódicos habrán adelantado la noticia de tamaño infortunio, indicando el origen del incendio, comúnmente atribuido al descuido de apagar las luces que adornaban un pequeño *Nacimiento*, colocado, según piadosa costumbre de las familias romanas, en las habitaciones de los hijos del príncipe Balthasar Odescalchi; quizá hayan dado también una leve idea de los inmensos destrozos causados por el fuego, pues todo el segundo piso del palacio quedó destruido, y se hundió parte del techo, así como del suelo del segundo piso, que se abrió bajo el peso de los escombros allí reunidos, aunque sin perjudicar al primero, que hallábase afortunadamente vacío; pero lo que nuestra Revista debe lamentar principalmente, por su carácter de artística, es la pérdida de las preciosidades sinnúmero que encerraba el palacio de los príncipes Odescalchi.

Sabido es que éste había sido construido, según planos hechos por el insigne Maderno, y que ostenta una fachada que es obra de Bernini; pero la arquitectura no está tan de enhoramala como la pintura y las demás artes, puesto que la fachada del palacio no ha sufrido, y el edificio puede restaurarse. Lo que ya no puede reproducirse es la rica colección de joyas artísticas que atesoraba el palacio, en parte desde su fundación, que cuenta tres siglos, y en parte desde las obras de restauración y adorno

que se le hicieron hace poco más de cuarenta años, en ocasión de las bodas del príncipe D. Livio, padre del actual dueño del palacio, con la condesa Branicka, cuya reciente muerte aun lloran los pobres de Roma. Allí había cuadros debidos al pincel de eminentes artistas, allí artesanos con soberbios florones, allí sobrepuertas magníficas atribuidas a Salvador Rosa; y en la parte de adorno ¡qué lujo, qué riqueza! el mueblaje del segundo piso era todo lo más rico y artísticamente elegante que se podía pedir, pues eran sinnúmero los tapices genuinos, las porcelanas de Sajonia y del antiguo Sevres, las sillas y muebles primorosamente cincelados, según estilo del siglo XVI; pues bien; todo esto ha sido presa de las llamas, todo esto ha desaparecido en una noche; y con esto se han perdido también los ricos encajes, las preciosísimas joyas de la princesa Odescalchi, cuyo valor sube a muchos miles de duros. Tal vez se ocurra a mis lectores preguntar si en Roma no hay bomberos, y cómo, habiéndolos, no consiguieron aislar el fuego; pero ¡lástima grande! el cuerpo de bomberos está aquí muy mal organizado, a consecuencia de haberse dejado sin vigor las antiguas normas que les regían durante el gobierno pontificio.

Con efecto, en la memorable noche los bomberos tardaron más de una hora para llegar, y después de llegados individualmente dieron pruebas de valor; harto claro mostraron que no sabían ni siquiera tratar los instrumentos de su arte, y sobre todo manifestaron la falta de disciplina que hay en su cuerpo, pues debiéndose ir en busca de agua y ejecutar alguna operación propia del caso, se produjo una confusión horrible: querían todos mandar y nadie obedecer; de suerte que se hizo imposible la unidad de acción. Excuso añadir los comentarios que hicieron los que habían concurrido, y por cierto eran muchos, a la plaza *dei Santi Apostoli*; figuraba entre ellos el rey Humberto, que se detuvo una hora en el patio del palacio Odescalchi; y, según dicen, no fué de los últimos ni de los más tibios en lamentar la desorganización del cuerpo de los bomberos; es el hecho que, al día después, los periódicos oficiosos anunciaron que el Ayuntamiento iba a ocuparse en las reformas de que necesita el ya repetido cuerpo, y a este fin se ha comisionado a un ingeniero para que visite las principales ciudades de Italia, y después de enterado de los reglamentos con que se rigen en otras partes las análogas instituciones, formule nuevas prescripciones y normas para los bomberos de Roma. Más vale así, aunque la pérdida de las preciosidades artísticas que acabamos de hacer nos haga lamentar llegue tardío el remedio.

Para consolarnos, los artistas debemos dirigirnos a otra parte, a la Roma de los Papas. Ahora mismo los arqueólogos han tenido nueva satisfacción con el feliz resultado que han dado las recientes excavaciones que hacia tiempo se habían empezado debajo de la iglesia de San Juan y San Pablo. Este templo, situado en el monte Celio, fué edificado en el siglo IV por Pammacio, senador romano, y dedicado por León I a los santos Juan y Pablo, insignes mártires, decapitados en su propia casa de orden de Juliano el apóstata. Una tradición muy antigua indicaba también que dicha iglesia se había edificado sobre la casa misma de los santos mártires; pero no faltaban los que ponían en duda semejante tradición, principalmente porque en el huerto del convento anejo hay restos del templo de Claudio. El deseo de averiguar el fundamento de la tradición cristiana hubo, pues, de aconsejar al P. Germán de San Estanislao, de la Congregación de los Pasionistas, establecida en dicha iglesia, la conveniencia de practicar algunas excavaciones debajo del templo para ver si daba con algún monumento o resto de antiguo edificio de donde pudiera sacarse la confirmación de que realmente la iglesia de los santos Juan y Pablo estaba edificada sobre el solar de la casa en que habitaban y murieron los santos mártires; y he aquí que el paciente trabajo del pobre fraile ha conseguido el premio que más podía apetecer; pues ha aparecido nada menos que una parte considerable de la casa misma de Juan y Pablo. Por ahora no se han escombrado más que tres cuartos o salas, siendo una de ellas adornada con notables pinturas al fresco, según el estilo de la edad imperial de Roma; pero las puertas que hay en ellas y una escalera que acaba de aparecer indican, no sólo que hay para escombrar más cuartos y habitaciones, sino que hay a lo menos dos pisos distintos, o sea que se trata de una verdadera casa, cual podían tenerla los santos hermanos mientras desempeñaban honrosos cargos en la corte imperial de Roma. Los arqueólogos aquí presentes han ido todos a inspeccionar los nuevos descubrimientos, felicitándose a sí mismos y a la Historia, pues el resultado de las últimas excavaciones robustece eviden-

temente el conjunto de todas las tradiciones religiosas, tan combatidas como respetables, en una ciudad cual fue Roma, en donde el suelo cambió tantas veces de aspecto cuantas fueron las invasiones bárbaras y los trastornos que presenciaron sus habitantes.

J. M.

LOS GRABADOS

EL DIFUNTO OBISPO DE HUESCA.

En nuestro número último dimos noticia del sensible fallecimiento del Rvdo. Sr. D. Honorio María de Onaindia, Obispo de Huesca, y consagramos algunas líneas a su buena memoria. Hoy cumplimos el deber de completar aquellas noticias con el retrato del ilustre Prelado.

SERMON EN UNA CATEDRAL.

Nada tan solemne como la escena que representa nuestro grabado; nada que eleve y dignifique tanto la figura de un pastor de almas, como la cariñosa solicitud con que acude al templo y encamina a sus diócesanos con prudente consejo y cariñosa elocuencia, a las prácticas de la virtud.

MISA DEL ALBA.

(Tipos del Alto Aragón.)

La fama póstuma de Valeriano Becquer ha sido con él más pródiga que lo fué en vida la fortuna. Lo mismo que su hermano, el ilustre poeta — muerto en la miseria y a quien hoy va a consagrarse un monumento — Valeriano pasó grandes escaseces, y no pudo desarrollar su genio en complicadas composiciones pictóricas; basta, no obstante, para acreditarle el resultado de su viaje por la Península, dibujando tipos, escenas y costumbres de pasmosa verdad y de poesía. La misa del alba en el Alto Aragón, que publicamos en este número, forma parte de los citados apuntes.

INAUGURACIÓN DE LA CAPILLA

DEL CEMENTERIO DE CRISTÓBAL COLÓN.

(Conclusión.)

III

QUEDA á grandes rasgos descrita la necrópolis; faltanos la de la hermosa capilla, cuya religiosa inauguración me puso la pluma en la mano para estos borradores. El Rdo. P. Salinero, que es acreditadísimo orador sagrado, y con razón, entusiasmado en la oración de la fiesta con la hermosura de aquel recinto y la brillantez de las pinturas que lo decoran, y con la vista del mar que alcanzaba á divisar desde el púlpito, pedía al cielo bendiciones para el Sr. Obispo á quien se debe el comienzo y la ejecución de esta obra, Excmo. é Ilmo. Sr. D. Ramón Pirola, hoy trasladado á la silla de Avila, y no podía yo menos, como creo que lo harían todos sus oyentes, de asociarme de todo corazón á sus invocaciones, y tributo ahora al través del Océano el homenaje de mis aplausos y plácemes: esa capilla será grata remembranza de su pontificado, y gloria de arte que enorgullezca á la Habana.

Ahora, el último número de *El Boletín Eclesiástico* me facilita los datos necesarios para su descripción material, ahorrándome trabajo. Copiando, pues, digo que el lugar en que está situado tan hermoso edificio es la gran plaza que ocupa el centro del cementerio, donde se cortan las dos grandes avenidas centrales, y desembocan también las calzadas secundarias paralelas á aquéllas. Esta plaza mide 102 metros de lado, y con los jardines de los ángulos queda reducida á un círculo de 90 metros de diámetro.

En su centro se eleva la capilla, de forma octogonal, y compuesta de tres cuerpos concéntricos, siendo la altura distinta, resultan escalonados, y cuyos apogeos son de 5, 10 y 15 metros.

El exterior de estos cuerpos, que es el más bajo, forma una galería ó pórtico de arcada de medio punto que rodea el edificio, y está llamado á prestar grandes servicios al público. De los otros dos, que constituyen la capilla propiamente dicha, el central se eleva sobre ocho pilares y sostiene una cúpula en rincón de claustro, reforzada por nervios y terminada en una cruz. Iluminada suficientemente ventanas bajas y altas provistas de vidrios de colores con representaciones místicas, y dan acceso á ella cuatro puertas que corresponden á las grandes avenidas centrales.

La principal de estas puertas se encuentra en el costado Norte, y por tanto frente á la portada del

«cementerio, en un cuerpo saliente adosado á una de las caras del prisma que forma el sagrado recinto. Este cuerpo se compone de tres piezas, una central que sirve de vestíbulo y del que se pasa al santuario por un arco de ingreso, y dos pequeñas laterales, en una de las cuales se halla la escalera de subida al coro y á la torre. Esta, que descansa sobre el cuerpo central, es de base octogonal, la decoran cuatro estatuas, y termina en una cúpula de la misma forma que la de la capilla.

La superficie total disponible en ésta, sin contar la galería exterior ni el vestíbulo, es de 263 metros cuadrados; de los que 22 corresponden á la Sacristía, quedando para el espacio de que puede disponer el público 241 metros; de suerte que unas 800 personas pueden presenciar allí las ceremonias de nuestra augusta religión.

La elevación interior, desde el pavimento hasta el florón central, es de 22'55 metros, y la total desde la plaza hasta la extremidad de la cruz que termina la cúpula resulta de 28 metros; dimensiones que lejos de ser exageradas son las convenientes para dar á la construcción el carácter monumental que le corresponde, y están en relación con la importancia de tan vasta necrópolis, cuya obra dominante es la capilla.

Su estilo es el romano-bizantino, que tanto se presta á la severidad y carácter religioso que debe presidir en todo cementerio católico. De modo que guarda perfecta armonía con las otras construcciones, y en nada se interrumpe la unidad del pensamiento y gusto artístico á que han venido sujetándose todas las obras de la administración.

He indicado antes que se han invertido en esta obra sobre 91.000 pesos oro, y aun falta algo que gastar, pues según se lee en el escrito de que he tomado los copiados párrafos, muy en breve se construirán 12 estatuas decorativas, el altar, que será de mármol y lo mismo la pisa para los cálices, y además se dotará convenientemente la capilla de los ornamentos indispensables para el culto divino, en todo lo cual se invertirán unos 12.000 pesos oro.

Tal es la capilla de la inauguración; su descripción ha de justificarme mostrando que no he pecado de exagerado en mis referencias á su riqueza y á la belleza de su ornamentación. Las artes están en ella dando la enhorabuena á los artistas. El señor Ingeniero del Obispado, D. Francisco Marcotequi, ha sido el director facultativo de las obras, y á fe que se ve bien en ellas su alta inteligencia y su pericia. Del artista pintor Sr. D. Miguel Melero no he de decir más sino que, si no tuviera hecha su reputación hace tiempo, la formaría esta capilla. Yo no soy perito en la pintura; pero creo tener sentido estético, y cuando una obra me llena, como se dice vulgarmente, resulta casi siempre á juicio de peritos que es buena según las reglas del arte, y éstas del Sr. Melero me llenan de veras. Un día jugaba yo á mi modo un cuadro de uno de los que han llegado á ser maestros, sin saber que de él era, y luego me dijo un perito, que le había dado yo una lección, por más que no en todo anduve acertado. No sucede lo mismo con las pinturas del Sr. Melero en la capilla en que me ocupo. Una sola pena me da la del retablo, la del juicio final, pero no es por culpa del Sr. Melero. Tiene 9 metros de alto y 3 de ancho y ya mis lectores comprenderán que no son buenas proporciones para desarrollar convenientemente una escena como la del juicio final, concebida con grandiosidad. Propúsose el pintor, y ha pintado como indiqué al principio en lo alto al Juez Supremo rodeado de gloria y severa majestad, llamando con la mano derecha levantada á los buenos y rechazando con la izquierda á los malos. Dos ángeles á sus lados sostienen con una mano un libro en que están respectivamente escritos los nombres de unos y otros, mientras que con la otra mano empuñan la trompeta terrible, cuyo eco, que le parecía ya oír, hacía en la gruta de Belén estremecerse al gran San Jerónimo. Por la derecha en el grupo más alto coloca á un anciano hermoso vestido de blanco en significación de la pureza de su alma, llevándole los ángeles al cielo; más abajo á una mujer bellísima, tipo de la castidad, y un mancebo que á ella se junta, volando ambos á las celestes alturas, y por fin á una multitud de almas piadosas llamadas también al cielo: en el lado izquierdo representa á los malos, que ni el purgatorio alcanzan, y descienden al infierno, en cuya entrada les aguardan los diablos; algunos se ven que se levantan de las tumbas y los demonios los arrastran hacia sí tirándolos de las mortajas; en el centro hace figurar á los que aun no han sido juzgados y esperan el juicio del Eterno, y por el dolor que su semblante revela, y su arrepentimiento, esperan ser perdonados; un grupo de ángeles

en el centro significa la inocencia inmaculada de los niños. Ya se ve: el asunto es grandioso y bien combinado; pero ¿no hubiera demandado más amplitud en el cuadro? Yo no dudo que el inspirado pincel del Sr. Melero se habrá mortificado no poco al verse constreñido á tanta estrechura, teniendo que poner tanta gente sin confusión en tan breve espacio; pero, queda dicho, suya no es la culpa; las proporciones arquitectónicas eran tiranas y no tenía más remedio que someterse á su imperio. Donde no se observa esta falta, ni por ella se siente pena, es en las demás pinturas que decoran la cúpula, en cuyo medio se ve la Resurrección del Señor, y en torno suyo Moisés, San Juan Bautista, Isaías, Abraham, Daniel, Jeremías y David, leyéndose en el friso aquellas consoladoras palabras que se leen en San Juan: *Ego sum resurrectio et vita: qui credit in me, etiamsi mortuus fuerit, vivet: et omnis qui vivit et credit in me, non morietur in aeternum*. Jesús le dijo: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí no morirá jamás.»

Es de advertir que ha sido tan vasto el pensamiento que el Sr. Melero ha querido encerrar en las representaciones á su cargo de la capilla, que ha querido nada menos que pintar todo el símbolo de la Iglesia de Dios, en lo antiguo figurada por Moisés y los Profetas y después por los Santos Padres, que habrán de verse en las doce estatuas, de las que sólo hay una hecha, cual es la de Santo Tomás de Aquino, obra del mismo Sr. Melero, que como escultor es aún mejor que pintor, según un amigo mío que sabe lo que dice.

¿No es verdad que había en qué pensar, y mucho que sentir y gozar, en un lugar semejante? Pues tal es la capilla bendecida en la mañana de 1.º de este mes, á las ocho y media, é inaugurada con la celebración de la misa á las nueve, con presencia de las autoridades y el escogido concurso de que al principio hablé. Ofició en la misa el Sr. D. Domingo Pirola, hermano del Sr. Obispo, y que en la ausencia de éste no se ha dado un momento de reposo por secundar y llevar á feliz remate su más empeñado pensamiento, que era esta capilla, y la misa cantada á toda orquesta fué la conocida de Mercadante que nunca se cansa uno de oír, habiéndose lucido á porfía cantantes é instrumentistas. Ocupó la Sagrada Cattedra, como ya he dicho, el Rdo. P. Salinero, y comenzó su oración á propósito de ser día ó Fiesta de Todos los Santos, elevándose á los cielos á contemplar la bienaventuranza de los Santos y de aquella multitud innumerable de todas las tribus, y naciones y lenguas de que nos habla San Juan en el Apocalipsis, para contentarnos con la esperanza de que también nosotros podremos un día ser del número de ellos, pues para eso fuimos criados, para servir y amar á Dios en la tierra y gozarle después en la gloria, y después bajó á la tierra á meditar lo que somos en relación con los que se fueron de la vida; pero no alcanzaron aun la gloria por estar purgando sus pecados en el Purgatorio; comparó á estos miembros de la Iglesia expiatoria con los desterrados y con los huérfanos, pintando con vivos colores las penas, las angustias y los dolores de unos y otros en la soledad y ausencia de los deudos y amigos que pudieran mitigar sus sufrimientos, clamando á los vivos con aquellas palabras de Job: «Siquiera vosotros, amigos míos, apiadaos de nosotros;» lo cual le dió tema para hablar de la devoción á esas almas que tanto sufren, excitándonos á ofrecer á Dios por ellos nuestras preces y buenas obras por vía de sufragio, de cuya manera podemos aliviar su pena y abreviar el tiempo de su sufrir, de su destierro y de su orfandad. No cayeron seguramente sus palabras en terreno árido y estéril. Escuchadas ante aquel cuadro del último juicio que si por un lado aterra y revuelve con dego amargo la conciencia pecadora, y quien puede decir lo que Jesucristo: «Nadie puede argüirme de pecado?» por otra consuela al ver más arriba la resurrección y la consoladora promesa de que quien cree en El, que nos redimió con su sangre, no morirá eternamente, podremos observar luego que acabada la misa, se retiraron las autoridades superiores, esparciéndose los fieles por el cementerio, y orar ante éste ó el otro túmulo por las almas de los que allí dejaron su cuerpo á ser miseria de corrupción. Y en la tarde de aquel día y al día siguiente, multitud de gentes visitaron aquel lugar, muchos por curiosidad, no lo dudo, pero muchos también á rezar. Conozco yo persona frísimas en punto á religión; pero que jamás deja de oír misa el día de difuntos, y algo es algo. Del que, siquiera una vez sola al año ora, se puede esperar progreso en la fe; porque es la oración como vaporosa agua que sube al cielo y puede volver como suave rocío divino sobre el mismo de cuyos labios partió. ¡Y ojalá que los hombres visitaran con más frecuencia ese

lugar triste, donde se ven las grandezas y glorias de la vida reducidas en breve espacio de un hoyo á unos huesos áridos y á un puñado de polvo! porque allí se medita poco ó mucho de propósito ó sin intención en la muerte, y tengo para mí que el arte mejor de vivir bien es vivir pensando mucho en la muerte.

Y pongo fin, que ya es hora de no molestarle más, Sr Director, y si estos botrones encontraran gracia ante su bondad, como otros de antes, no porque de suyo lo merecen por lo mal pergeñados, sino por el asunto de su argumento, que revistiendo carácter religioso, ha de ser simpático y moverle á publicarlos, doile anticipadas gracias, ofreciéndome á usted con la más distinguida consideración, como S. S. S.

RAMÓN M. DE ARAÚZTEGUI Y ZULUETA.

AL NACIMIENTO DE JESÚS

En dos noches vi el mundo sepultado
Y en dos sombras, tinieblas y pecado,
Muy fúnebres las dos:
Y sobre aquel olvido sin un ruego,
Sobre el letargo aquel del mundo ciego,
Velaba sólo Dios:
Vi un ángel de alas de oro y pedrería,
Sublime en esplendor y jerarquía,
Nacido de la luz:
Que cruzaba en los célicos espacios
Con perlas, amatistas y topacios
El signo de la Cruz:
Y la Cruz, que las sombras y vapores
Vistió de fulgurantes esplendores,
Tenía por blasón
Espinas, y una lanza y unos clavos,
Con la letra: «Yo doy á los esclavos
Salud y redención.»
Luego el ministro al lado del Eterno
Escuchaba bramidos del infierno,
Que airado resonó;
Y alzando sus dorados aldabones,
Las puertas del Olimpo y sus regiones
De par en par abrió.
Puertas que se cerraron rechinantes
Sobre goznes de nítidos diamantes,
Cuando engañado Adán,
Seducido de lágrima hechicera,
Trocó toda su gloria duradera
Por muerte y por afán.
El Todopoderoso, el Santo, el Fuerte,
Delante cuya faz marcha la muerte,
Que sin origen es;
Que disipa los pueblos y naciones,
Y encorva las montañas y peñones
Debajo de sus pies;
Que sobre nubes altas conducido,
Y de las tempestades precedido
Domina el Aquilón,
Sopla desolaciones plañideras
Y sacude cual frágiles mimbreras,
Cipreses de Sión,
Serenó con un rayo de alegría
Su ceño que el Olimpo estremecía,
Y al éter dió fulgor,
Y un misterio pasó sobre las nubes,
Velado con las alas de Querubines,
Misterio del amor.
Entre los astros fúlgidos y bellos,
El que más fulguraba en sus destellos
Iluminó á Belén.
Y plateó los benos do yacía,
Desnudo el que vistió de luz el día,
Pobre y niño también.
Los ángeles que en coro se agrupaban
En la choza sus himnos entonaban,
Y en amorosa unión
Sus plumas tan simétricas ponían,
Que encima de la cuna suspendían
Un santo pabellón;
Venían al candel y la hermosura
De una Virgen y Madre siempre pura,
Sagrario de bondad.
Y por un cielo solo que dejaban,
Dos cielos en sus ojos contemplaban
De eterna claridad.
Toda llena de gracia: fiel paloma,
Y lino de los valles del aroma
Que el aura embalsamó;
Hacécillo de mirra del Amado,
Fuente de la salud, Huerto cerrado,
Rosal de Jericó.
Escogida cual sol, mar de bonanza,
Madre de dilección y de esperanza,
Consuelo celestial.

Bendita, porque arranca nuestro luto,
Y bendita mil veces por el fruto
Del seno Virginal.
El sueño sacudid, tristes mortales,
Veis ya llegado el fin de vuestros males,
Y término al dolor;
Pues hecho criatura y en pobreza,
Nace el que te formó naturaleza,
Vistiéndote de flor.
La alegría del cielo gime y llora,
Y al Todopoderoso auxilio implora,
Con un triste gemir.
Y sufre con el frío dura escarcha
Aquel eterno Sol, que alegre marcha,
Por cielo de zafir.
¡Oh lágrimas que al suelo vais aprisa!
Las precursoras sois de nuestra risa,
Del suspiro bien.
Maná que nos recrea y nos convida,
Nos da la redención y abre la vida
Del venturoso edén.
Benedicid ¡oh mortales! ese lloro,
Y de los serafines almo coro,
Seguid y acompañad.
Gloria demos á Dios que habita el cielo,
Y la paz á los hombres en el suelo,
De buena voluntad.

JUAN AROLAS.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

DON RAFAEL ANDREU. Entre sus trabajos pictóricos-religiosos recordamos un *San Ramón*.
D. JOSÉ APARICI, natural de Alicante. En la Exposición de Bellas Artes, celebrada en aquella población en 1860, presentó dos cuadros: *El Ángel Custodio* y *El Niño Jesús*.
D. ESTEBAN APARICIO, natural de Madrid y profesor de la Escuela superior de pintura. En la Exposición de Bellas Artes, celebrada en Santander en 1867, presentó *Una Concepción*, de tamaño natural.
D. JOSÉ APARICIO, nació en 1773 en Alicante. Entre sus muchos trabajos, muy encomiados en su época, citaremos: *La Asunción de Nuestra Señora*, en el convento de Santo Domingo de Silos, en Toledo, y *La Santísima Trinidad*, en el altar mayor de las monjas capuchinas, en Madrid. Murió en 1838.
D. MANUEL ARNÓS, nació en Madrid. En la Exposición nacional de 1866 presentó, entre otras, las siguientes obras: *San Miguel*, aguada, copia de Rafael de Urbino; *Descendimiento de la Cruz*, copia de Rafael; *La Virgen*, copia de Murillo. Murió en Madrid el 20 de Diciembre de 1875.
D. EPIFANIO ARCAUTE. En la Exposición de Bellas Artes, celebrada en Vitoria en 1867, presentó: *San Francisco*, *San Antonio* y *La Asunción de Nuestra Señora*.
D. JOSÉ ARRAU Y BARBA, natural de Barcelona. Muchas son las obras de este pintor, entre las cuales citaremos las siguientes: *La Virgen de la Silla*, *San Francisco de Asís*, *Un Jesucristo orando*, *Un San Antonio de Padua* y *La Cena y el Lavatorio*. Murió el día 11 de Enero de 1872.
DOÑA MARÍA ANA ARXER Y DESPAU. En la Exposición que en 1863 se verificó en Barcelona presentó al óleo un cuadro de *Las tres Marías y San Juan*.
D. JUAN ARZANE, natural de Gerona. En la Exposición verificada en aquella ciudad en 1878 presentó un cuadro representando *El camino del Calvario*. Anteriormente había presentado un *Interior de la iglesia de San Pedro*.
DOÑA AGUSTINA ATIENZA, natural de Aragón. Los periódicos de Zaragoza elogiaron sus copias del *Divino Pastor* y la *Sagrada Familia*, de Murillo.
D. N. AZCUE. Conocemos suyo un *San Juan instruyendo la multitud antes del Bautismo*.
D. FRANCISCO AZNAR Y GARCÍA, natural de Zaragoza. En la Exposición nacional de Bellas Artes de 1860 presentó un cuadro representando la *Prisión de San Hermenegildo*.
D. EDUARDO BALACA Y CANSECO, nació en Madrid en 1840. Entre sus muchas obras recordamos un *Episodio de la vida de Santa Teresa de Jesús y los evangelistas San Marcos y San Mateo*, para la cúpula de la iglesia del Buen Suceso.
D. RICARDO BALACA Y CANSECO, nació en Lisboa en 31 de Diciembre de 1844. Son suyos los evangelistas *San Juan y San Lucas*, en la bóveda de la iglesia del Buen Suceso.
D. JOSÉ BALCELLS Y SENDIL, joven artista catalán sordo-mudo. Tenemos noticias de los siguientes cuadros de su mano: *La Virgen del Carmen*, para la

capilla de la fragata de guerra *Vitoria*; *La Virgen del Patrocinio*, para la fragata *Méndez Núñez*; *La Virgen de la Misericordia*, para la iglesia de los agonizantes de Barcelona. Y, como escultor, una estatua de la *Virgen de la Soledad*.

D. RAMÓN BANQUELLS, natural de Cataluña. En la Exposición celebrada en Barcelona en 1886 expuso un cuadro representando á *San Narciso, Obispo y mártir*.

D. FRANCISCO BARBA. En la Exposición de Bellas Artes, celebrada en 1842 en Madrid, presentó un cuadro de las *Santas Justa y Rufina*.

D. RAMÓN BARBA RUBIO. En la Exposición celebrada en Jaén en 1878 presentó dos copias al óleo de la *Virgen de la Victoria* y *San Rafael*.

D. JUAN BARCELÓN, natural de Lorca. Hizo una estampa de *San Rafael* y la *Expectación de Nuestra Señora*. Murió en Madrid el 19 de Octubre de 1801.

D. ANGEL BÁRCIA Y PAVÓN, natural de Córdoba. En la Exposición Nacional, celebrada en Madrid en 1871, presentó una *Santa Familia*, *San Jerónimo* y *San Rafael*.

DOÑA MARÍA DEL CARMEN BARRANTES MANUEL DE ARAGÓN. En la Real Academia de San Fernando se conserva un dibujo suyo representando á la *Virgen con el Niño Dios*.

D. JAIME BATLLE Y MIR, nació en Barcelona en 1801 y murió en Sarriá á 20 de Noviembre de 1858. En el Museo provincial de Barcelona se conserva de este artista una *Sacra Familia*, copia de Rafael.

FRAY MANUEL BAYEU Y SUBIAS, cartujo de Fuent Aragón. En el Museo provincial de Zaragoza existen de su mano: *Boceto del techo de la sacristía de la iglesia de Jaca*, *El nacimiento*, *Aparición del ángel á San José dormido*, *La Anunciación*, *La Virgen en Oración*, *San José trabajando de carpintero*.

DOÑA ANA BAYO. En la Exposición de Cádiz de 1879 presentó un *San Pedro* al óleo, copia de Rivera.

D. BENITO BELLI. En la Exposición de Barcelona de 1870 presentó un *Jesucristo llevado del Calvario al Sepulcro*.

D. SILVESTRE BELLO Y ARTILES. En la Exposición provincial de Bellas Artes, celebrada en Canarias el año 1862, presentó al óleo: *Un pasaje bíblico*, *La Sacra Familia*, *El Descendimiento*, *La Adoración de los Reyes*; y como escultor expuso: dos *Crucifijos*, un *Niño Jesús*, *La Concepción* y *La Adoración de los Reyes*. Falleció en Las Palmas en 22 de Junio de 1874.

D. ISIDORO BELLO Y LÓPEZ. En la Exposición celebrada en Jaén en 1878 presentó los cuadros de *Nuestra Señora de Belén*, *San Bartolomé*, *San Jerónimo* y *San Mateo*.

D. RAMÓN BELTRÁN, pintor y litógrafo. En la *Colección litográfica* publicada bajo la dirección de D. José Madrazo, firmó tres láminas, entre ellas *Visitación de la Virgen á Santa Isabel* (Zagrebé).

DOÑA ENRIQUETA BENAVIDES. En la Exposición celebrada por el Liceo de Valencia en 1815 presentó una *Virgen*, al lápiz.

D. JOSÉ BENLLIURE Y GIL, natural de Cañameler (Valencia). En la Exposición Nacional de 1878 presentó, entre otros, un cuadro representando *La escena del Gólgota*.

D. ENRIQUE PEDRO LEÓN FARAMUNDO BLANCHARD, pintor francés: nació en Guilloitière (Francia) el 27 de Febrero de 1805 y residió largo número de años en Madrid, donde dió grandísimo impulso á la pintura escenográfica. Entre sus muchos cuadros tiene un *San Isidro Labrador, patrón de Madrid*, y un *San Pablo*, según el cuadro de Velázquez.

D. CARLOS BLANCO. En la Catedral nueva de Cádiz se conserva de este artista, en la capilla de San Benito, el cuadro que representa al *Santo titular*, pintado en Madrid en 1838, como asimismo el de *Santo Domingo de Silos*, en su capilla respectiva.

D. JUAN BAUTISTA BONET Y CUBERO, nacido en la parroquia de Santa Catalina mártir, de la ciudad de Valencia, en el año de 1798. Son muchos los cuadros y bocetos de su mano que figuran en las iglesias del Obispado de Segorbe, siendo los más notables un *San Francisco Javier* para Arcos; un *San Antonio Abad* para Navajas; *Nuestra Señora de la Merced* y *San José* para Alora; un *Salvador* para Geldo; *Santa Quiteria* para Toras; un *San Antonio* para el Seminario de Segorbe; un *San Ignacio* y un *San Joaquín*.

D. FORTUNATO BONICH. En la Exposición de pinturas, celebrada en Valencia en 1855, presentó una *Sacra Familia*. También litografió la lámina dedicada á *San Vicente*, en su cuarto centenario.

D. JOSÉ MARÍA BONILLA, nació en Valencia en 16 de Agosto de 1808. Hizo muchas copias de la *Santa Isabel* de Murillo y *La Virgen*.

DOÑA ISABEL II DE BORBÓN, Reina que fué de España, nació en Madrid el 10 de Octubre de 1830. En la Exposición celebrada por la Academia de San Fernando en 1847 presentó una copia de la bellísima *Concepción* de medio cuerpo de Murillo, y otra de la *Magdalena penitente* de Correggio; y en la Exposición de 1851 una *Virgen de la Contemplación*.

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBÓN, madre de Doña Isabel II. En la Exposición pública celebrada por la Real Academia de San Fernando en 1834 presentó una *Concepción*, y en la de 1835 una *Cabeza de la Virgen*, copia de Sassoferrato y una *Sacra Familia*, copia de Correggio; figuraron también obras suyas en las Exposiciones de 1838, 1839, 1845, 1846, 1849, 1850, 1851, con los siguientes asuntos: *La Virgen de la Rosa*, copia de Rafael, *Sacra Familia*, del Parmegiano; *La Virgen con el Niño en brazos*, de Murillo, y otras.

DOÑA MARÍA FRANCISCA DE ASÍS DE BORBÓN, infanta de España, nació en 6 de Julio de 1789. En la Real Academia de San Fernando existen de su mano una *Cabeza de San Pablo* (al pastel).

D. FRANCISCO DE PAULA ANTONIO DE BORBÓN, nació en Madrid en 10 de Marzo de 1794 y murió el día 13 de Agosto de 1865. En la Real Academia de San Fernando deben conservarse, entre otros, los siguientes trabajos suyos: *San Jerónimo penitente*, copia de Rivera; *La Magdalena*, idem; *Los Desposorios de Nuestra Señora*.

D. SEBASTIÁN MARÍA GABRIEL DE BORBÓN, infante de España, nació en 4 de Noviembre de 1811. Entre los muchos trabajos que hizo en dibujo y algunos en litografía figuran *La Cabeza de San José*, y *Un Santo Cristo en la Cruz*. Merecen citarse entre sus mejores cuadros los siguientes: *La Aparición de la Santísima Virgen al Apóstol Santiago en las márgenes del Ebro*, *Santa Teresa de Jesús*, *El Bautismo del Señor por San Juan en las aguas del Jordán*, *El Purísimo Corazón de Nuestra Señora*, un *San Fernando acompañado de un ángel orando delante de una imagen de Nuestra Señora*, *El martirio de Santa Filomena*, *La apoteosis de San Lucas y San Fernando III de Castilla*.

D. PEDRO BORRELL Y BELCASO, natural de Puigcerdá. En la Exposición celebrada en Barcelona en 1870 presentó, entre otros cuadros, una *Purísima Concepción*.

D. DAMIÁN BOSCAN Y FURÓ. Entre sus muchos trabajos recordamos un *Ece-Homo* y una *Santa Magdalena*, copias del Calabrés.

DOÑA ENRIQUETA BOSISTOW. En la Exposición provincial de Jaén de 1878 presentó una *Imagen de la Virgen*.

D. RAFAEL BOTELLA Y COLOMA, natural de Madrid. Entre sus numerosos cuadros recordamos una *Magdalena a los pies de Cristo*.

D. EDVINO BRAMVILLA. En las Exposiciones celebradas en Barcelona y Madrid en 1866 presentó un cuadro de *La Virgen*.

D. JOSÉ BRIL, natural de Valencia. Entre otras obras tiene un *San Vicente*, copia de Ribalta, y un *Jesús Crucificado*.

D. FRANCISCO BRÚ, nació en Valencia en 1733. Pintó al óleo los lienzos del altar mayor de la iglesia de la villa de Cheste, y el principal de la iglesia del Convento de Santa María de Jesús. Al fresco pintó el cascarón y pechinas del Convento de San Antonio Abad, y la bóveda del altar mayor del Convento de Nuestra Señora del Socorro. En el Museo provincial de Valencia se conservan suyos dos lienzos representando *La Virgen sostenida por unos ángeles*, *La Virgen y San Pedro Ponce*. Murió en Valencia en 30 de Mayo de 1803.

M. DE A.

(Se continuará.)

VENID Á MÍ

Seres á quienes lanza la pasión
De gozes en fantástico tropel,
Pobres enfermos de alma y corazón
Que del mundo libáis la dulce miel,
Ángeles de purísima legión
Arrojados al mal como Luzbel,
Ebrios que en sueños de placer sin fin
Rodáis bajo las mesas del festín.

Pobres avaros de achacosa edad
Que de oro llenáis vuestro ataúd,
Hijos de la mundana vanidad
Ricos en fausto y pobres en virtud,
Poetas que cantáis á la beldad
Hasta romper las cuerdas del laúd,
Sabios que os despeñáis en el error,
Jóvenes que corréis de flor en flor.

Almas ardientes que aspiráis al bien
Entre los brazos lábricos del mal,
Que camináis sin guía ni sostén
Del mundo por el árido arenal,
Flores ansiando que su aroma os den,
Y sedientos buscando un manantial;
Venid á mí, yo calmaré ese ardor
Con venero purísimo de amor.

Venid á mí los que sabéis sufrir,
Y postraros sabéis ante un altar,
Y mis mudos consejos recibir,
Y mis dulces consuelos esperar,
Vosotros los que intentáis sumergir
Torpe el mundo en su revuelto mar;
Venid á mí, no andéis dudando, no.
¿No sabéis lo que puedo, y quién soy yo?

Yo soy principio y fin, salud y bien,
Fortaleza de Dios, nuncio de paz,
La corona del Rey ciño á mi sien,
El esplendor del sol brilla en mi faz;
Las almas todas que mi gloria ven
Sienten por mí de amor fuego voraz;
Yo fui ayer, hoy soy, siempre seré,
Nada hay que fuera de mí alcance esté.

Nadie llegará á Dios sino es por mí;
Del humano redil soy el Pastor:
Por mis ovejas Yo mi vida di,
Conozco sus balidos de dolor,
Y cuando alguna por su mal perdí,
La busqué por el mundo con ardor;
Y cuando entre las zarzas la encontré,
Con ella en hombros al redil torné.

Todo mi amor para los hombres es,
Estar con ellos mis delicias son,
El que humilde me sirve aquí, después
Conmigo reina en la eternal Sión;
Venid á mi heredad, mucha es la mies
Y los trabajadores pocos son.
¿Y no sabéis viniendo á mi heredad
El premio que os daré? Pues escuchad.

Tengo jardines de sin par verdor
En un inmenso y celestial pensil,
Y palacios de rústico esplendor
Y tronos de oro, y nácar y marfil;
Tengo en mí el centro del divino amor,
Fuentes de gracias y dulzuras mil,
Y tengo... un cuerpo, cual los vuestros es,
Con llagas en las manos y en los pies.

Por vosotros las llevo y las sufrí:
Tal es mi afecto y mi cariño tal;
Por vosotros del cielo descendí,
Y derroqué al espíritu infernal;
Por vosotros cargué yo sobre mí
El peso todo del humano mal.
¿Y no amaréis á aquel que así os amó?
¿Y no vendréis á donde os llamo Yo?

Venid, amigos, y gustad y ved:
¿Qué pude hacer que no lo hiciera ya?
Venid á mis batallas y venced,
Y Dios el premio de la lid será;
Venid si tenéis hambre y tenéis sed:
Agua de vida mi cariño os da,
Yo soy pan celestial, divina vid;
Venid todos á Mí, venid, venid.

JUAN ALARCÓN, S. J.

CERTAMEN

EN HONOR DE SAN AGUSTÍN

La provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Padres Agustinos de Filipinas abre al público un certamen científico, literario y musical para solemnizar el XV centenario de la conversión de San Agustín.

El 4 de Mayo del año de 1887 se verificará dicho certamen en el grandioso Monasterio del Escorial.

El programa de los trabajos y premios es el siguiente:

PRIMER PREMIO. — «Una colección de medallas acuñadas durante el pontificado de Nuestro Santísimo Padre León XIII.» (Del Excmo. Sr. Nuncio Apostólico en España.)

Tema. — «Estudio sobre la doctrina de San Agustín acerca del modo con que conocemos todas las verdades en Dios.»

SEGUNDO PREMIO. — «Medalla de oro» conmemorativa del Centenario. (De la provincia del Santísimo nombre de Jesús de Padres Agustinos filipinos.)

Tema. — «Doctrina de San Agustín acerca de la Filosofía de la Historia en parangón con las antiguas y modernas escuelas históricas.» (Estudio en prosa.)

TERCER PREMIO. — «Escribanía de plata de todo lujo.» (Regalo del Ilmo. Sr. Dr. D. Vicente Pontes Cantelar, Agustino, Obispo de Guadix.)

Tema. — «Doctrina de San Agustín acerca de la belleza ó ideas que según el Santo deben presidir á todo trabajo estético.» (En prosa.)

CUARTO PREMIO. — «Un ejemplar lujosamente encuadernado de las obras de San Agustín.» edición de Venecia. (Regalo del Excmo. Sr. Dr. don Benito Sanz y Forés, Arzobispo de Valladolid, Agustino Terciario.)

Tema. — «Disertación histórica acerca de la influencia del Santo en el desenvolvimiento de la Teología católica, determinando las fases que ha tenido y formando juicio de ellas.» (En prosa.)

QUINTO PREMIO. — «Un ejemplar de la *Flora de Filipinas* del P. Blanco, Agustino;» edición de todo lujo en seis tomos en folio, ilustrada con magníficos cromos. Obra premiada en la última exposición universal de Amsterdam. (Regalo del convento de San Pablo de Padres Agustinos de Manila.)

Tema. — «Estudio de la doctrina del Santo acerca de la Creación, ateniéndose especialmente á lo que expone en la obra *De generi ad litteram*, y comparación de esta doctrina con las modernas teorías cosmogónicas.» (En prosa.)

SEXTO PREMIO. — «Un ejemplar lujosamente encuadernado de las obras del Santo;» edición regia de París. (Regalo del Real Monasterio de Padres Agustinos del Escorial.)

Tema. — «Estudio comparativo del sistema filosófico de San Agustín y Santo Tomás.» (En prosa.)

SEPTIMO PREMIO. — «Medalla de plata conmemorativa del Centenario y un ejemplar lujosamente encuadernado de la *Ciudad de Dios* de nuestro Padre San Agustín.» (Regalo del Real Colegio de Padres Agustinos de Valladolid.)

Tema. — «Teoría político-social de San Agustín.» (En prosa.)

OCTAVO PREMIO. — «Un objeto artístico de plata, trabajo de Filipinas, y medalla de plata.» (Regalo del Real Colegio de Padres Agustinos del Escorial.)

Tema. — «Los Agustinos en Filipinas. Sus relaciones con la civilización y dominación española.» (En prosa.)

NOVENO PREMIO. — «Precioso libro de plata.» (Regalo del Excmo. Sr. Dr. D. Tomás Belestá, Obispo de Zamora.)

Tema. — «Armonía de la libertad con la gracia, según la doctrina de San Agustín y del Angélico Maestro.» (En prosa.)

DÉCIMO PREMIO. — «Pluma de oro.» (Regalo del Ilmo. Sr. Dr. D. Fray Tomás Cámara, Agustino, Obispo de Salamanca.)

Tema. — «Leyenda en verso acerca de la Conversión de San Agustín.»

UNDECIMO PREMIO. — «Lira de plata.» (Regalo del Imperial Colegio de Padres Agustinos de la Vid.)

Tema. — «Oda á San Agustín.»

DUODECIMO PREMIO. — «Servicio de escritorio de plata sobredorada.» (Regalo de la redacción de la *Revista Agustiniana*.)

Tema. — «Oda á Santa Mónica, madre de San Agustín.»

DÉCIMOTERCIO PREMIO. — «Preciosa batuta de plata y las obras musicales del P. Aróstegui, agustino.» (Regalo del Colegio de Padres Agustinos de Gracia.)

Tema. — «Te Deum solemne á toda orquesta.»

DÉCIMOCUARTO Y DÉCIMOQUINTO PREMIOS. — «Se adjudicarán dos medallas de plata á los mejores trabajos, uno en prosa y otro en verso, ambos de tema libre, aunque directa ó indirectamente relacionados con San Agustín á su Orden.» (Regalo de las misiones de Padres Agustinos de China.)

DÉCIMOSEXTO PREMIO. — «Un Relicario de plata en forma de pequeña custodia.» (Regalo del Ilustrísimo y Rvmo. Sr. Dr. D. Pedro M. Lagüera y Menezo, Obispo de Osmá.)

Tema. — «Compendiosa vida de San Agustín en latín clásico, concretando en ella la opinión del Santo acerca de la configuración de la tierra y exis-

existencia de los antípodas, examinando además por qué el jansenismo pudo abusar en especial de las doctrinas de este Santo Doctor. Se exige un apéndice de las voces latinas de origen griego, y su correspondencia con las latinas, usadas en la obra.

DÉCIMO SÉPTIMO PREMIO.—«Reloj de oro con su cadena.» (Regalo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. Don Ciriaco Sancha y Hervás, Obispo de Madrid-Alcalá.)

Tema.—«La libertad de pensamiento dentro del dogma.» (Estudio en prosa que puede escribirse en castellano, latín, francés ó italiano.)

DÉCIMO OCTAVO PREMIO.—«Escribanía de plata sobredorada y pluma de oro.» (Regalo de los Padres Agustinos de la Provincia de España y sus Antillas.)

Tema.—«Influencia de los Agustinos en la literatura española.» (Estudio en prosa castellana.)

Las bases del certamen que suscriben el docto P. Fray Eduardo Navarro, como presidente, y el ilustrado P. Fray Eustasio Esteban, como secretario, son las siguientes:

1.ª Se exige como condición precisa para optar al premio, que los trabajos estén conformes con la doctrina católica.

2.ª El premio se adjudicará al mérito absoluto, pudiendo en consecuencia quedar sin adjudicarse.

3.ª A cada premio acompañará diploma de honor. Se adjudicará también un *accesit* al trabajo, que en cada tema se acerque más en mérito al premiado. Consistirá en medalla de plata y diploma de honor para los correspondientes á los premios primero, tercero, cuarto, quinto, sexto y undécimo, y en medalla de cobre y diploma de honor para los restantes.

4.ª Los temas 1.º, 4.º y 9.º pueden escribirse en castellano, latín, francés ó italiano; el 5.º en castellano, francés ó italiano, y todos los demás han de estar escritos en castellano.

5.ª Los trabajos, ensayos, Memorias, etc., han de ser originales é inéditos y se enviarán sin firma, con un lema que los distinga y acompañados del nombre y dirección del autor, bajo sobre cerrado y lacrado, en el cual se repetirá el lema y se expresará el premio á que se opta. Deberán dirigirse al Reverendo Padre Rector del Real Monasterio del Escorial antes de las doce de la noche del día 10 de Abril, en que se cierra el plazo de admisión. Se entregará recibo á quien lo solicite, expresando el lema.

6.ª Se publicarán en algunos *Diarios* de la Corte del 30 de Abril los lemas de los trabajos que hayan obtenido premio ó *accesit*. El día 4 de Mayo se celebrará el acto de Certamen y distribución de premios. Los sobres que acompañen á los trabajos premiados se abrirán ante el público, leyéndose el nombre de los autores, y se inutilizarán los correspondientes á los no premiados.

7.ª La Comisión organizadora del Centenario se reserva el derecho de propiedad de todas las obras que se presentaren, y si creyese oportuno publicarlas, el autor será agraciado con 50 ejemplares de su

obra, entrando en el pleno goce de sus derechos transcurridos que fueren ocho meses, á contar desde la publicación. Si la Comisión, en el espacio de cuatro meses, que se contarán desde el 5 de Mayo, no publicase la obra, quedará el autor en libertad de hacerla.

8.ª y última. No podrán optar á los premios los individuos de la Orden.

con la altísima misión de presentarlos, en nombre de S. M. el Rey Don Alfonso XIII y por delegación de S. M. la Reina Regente Doña María Cristina, la piadosa Ofrenda acordada por los antiguos reinos de León y Castilla; humilde homenaje rendido á las singulares mercedes que por vuestra intercesión, glorioso Apóstol, ha recibido del cielo esta tierra de España; pequeño tributo sostenido á través de los tiempos, como testimonio constante de la ardiente fe y de la gratitud eterna que os debe la Nación española.

«Aceptadlo, pues, *Patrón de España*, y acoged benévolo, en este solemne instante, mi reverente súplica de que continuéis dispensando vuestra santa protección á esta nuestra querida patria.

«Amparad á nuestro amado Soberano, para que en medio de las turbulencias que amagan al mundo, no se interrumpa su inocente sueño, velado por la majestad de su Augusta Madre. Amparad á la egregia señora; á S. A. R. la Serenísima Princesa de Asturias y á toda la Real Familia, y conseguid que las preclaras y acrisoladas virtudes de S. M. la Reina Regente sirvan de estímulo á gobernantes y gobernados, para que el reinado de Don Alfonso XIII sea el de la virtud, de la paz, de la caridad cristiana y de la prosperidad nacional.

«Alcanced que co-sen para siempre las tribulaciones que afligen al magnánimo corazón de nuestro Santísimo Padre León XIII, que tan señaladas y recientes muestras de paternal afecto ha dado á nuestra Nación.

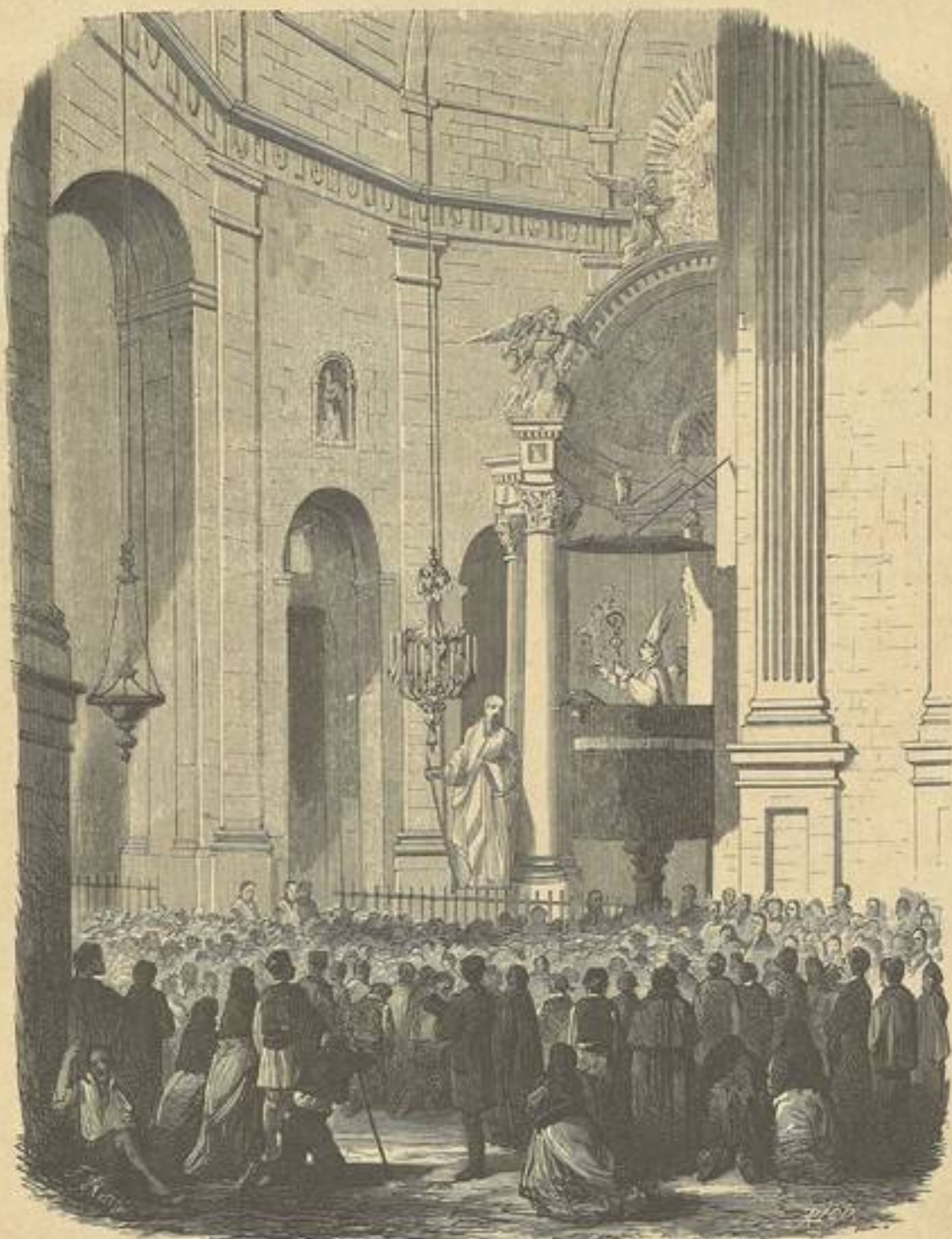
«Y vos, Excelentísimo Señor, que por vuestro saber y vuestras virtudes fuisteis llamado á ocupar el sitial tantas veces enaltecido por ilustres varones en la dirección de la grey compostelana, ayudadme con vuestro Excmo. Cabildo y respetable Clero á implorar del Omnipotente la mayor eficacia de mis fervientes votos y que el noble pueblo español alcance la gracia de su celestial bendición.—He dicho.»

El dinero de la ofrenda era llevado en una hermosa copa valuada

su parte material en 6.000 reales y 4.000 la artística, y regalada por los duques de Montpensier.

He aquí ahora la contestación del Excmo. y reverendísimo Sr. Dr. D. Victoriano Guisasaola y Rodríguez, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Arzobispo de Santiago de Compostela, á la invocación pronunciada por el M. I. Sr. Comisario regio en el acto de la Ofrenda:

«No en vano apellidáis altísima, muy ilustre señor, la misión que os ha conducido hoy á esta grandiosa y monumental Basílica; pues que aparecéis con el carácter de mensajero de S. M. la Reina, quien os envía en nombre de su augusto hijo Don Alfonso XIII (q. D. g.); y venís en representación de los antiguos reinos de Castilla y León, ó lo que ya es lo mismo, de la monarquía española. Y de tales poderes investido, presentáis la tradicional ofrenda al gloriosísimo Santiago, nuestro padre en la fe, á quien debemos el habernos sacado de las tinieblas á la luz en la persona de nuestros progenitores, y



SERMON EN UNA CATEDRAL.

LA OFRENDA AL APÓSTOL

El día 30 del mes de Diciembre último se verificó en la Basílica de Santiago la función de la Traslación de las Sagradas Reliquias de Santiago Apóstol.

A las nueve se dirigió á la Catedral el excelentísimo Ayuntamiento de la ciudad, compuesto por siete individuos, y al cual acompañaba la música de beneficencia.

Ya en el templo tuvo lugar la procesión cruzando las naves al mismo tiempo el *botafumeiro*, y se cantó un bonito villancico delante de la Soledad.

Después se celebró la Misa, en cuyo ofertorio el alcalde Sr. Quirós dirigió al Apóstol Santiago en nombre de S. M. el Rey Don Alfonso XIII y por delegación de la Regente Doña María Cristina, la siguiente invocación:

«Apóstol Santo: Por segunda vez tengo la honra de venir á postrarme ante vuestro santo sepulcro,

el haber sido constantemente en la serie de los siglos nuestro patrono, nuestro protector, nuestro guía, nuestro ángel tutelar. ¿Qué mucho que España le proteste periódicamente, de un modo público y solemne su inmensa gratitud?

* Tal era vuestro cometido, M. I. Sr., y lo habéis desempeñado á maravilla; porque no desdecía, antes bien se armonizaba cumplidamente con vuestra caballerosidad y piedad características, como lo han evidenciado las elocuentes y gallardas frases salidas poco ha de vuestros labios.

* ¡Acto ciertamente conmovedor! Yo no lo había presenciado nunca. Y emocionado ahora á su vista y reanimándose en mi pecho los sentimientos, que en él se anidan, de verdadero patriotismo, séame lícito exclamar: La Nación que, en medio de las

corrientes de impiedad, que todo lo invaden, y del casi común rebajamiento moral, ofrece todavía espectáculos como el presente; la Nación, en que á tal grado se corresponden y se adunan la elevación y entereza de ánimo con la fe y la piedad más acrisoladas, esa Nación no está destinada á perecer; la Providencia no puede abandonarla, tiene que protegerla; la levantará de su postración pasajera, y volverá á ser grande!

* Yo, pues, que en mi pequeñez me honro con ser su hijo, y tomo parte en sus legítimas glorias, y fantaseo que son mías, no puedo menos de sentirme en esta ocasión, como Vos, Señor, os sentiréis, (iba á decir orgulloso, y temo proferir esta palabra ante el Tabernáculo de un Dios anonadado por amor nuestro), gozoso diré mejor, henchido mi corazón

como seguramente lo está el vuestro, de una satisfacción viva y purísima.

* Que si Vos, investido de representación augusta, venís á pagar un tributo que lejos de reflejar humillación, simboliza heroicidades épicas, y lo habéis depositado ante la tumba del misterioso Caudillo, á quien se las debemos; á mí que, con ser elegido providencialmente para custodiar esa tumba sagrada me reputaba dichoso, cábeme hoy por vez primera la honra, el consuelo, la felicidad inexplicable de recibir, en nombre y representación de aquel mismo sublime Personaje, esta ofrenda de amor de su pueblo querido.

* La acepto, pues, M. I. Señor, con rendida acción de gracias, trasmitiéndolas á la excelsa y piadosísima Señora vuestro comitente, á su Gobierno



MISA DEL ALBA. — TIPOS DEL ALTO ARAGÓN.

la Nación entera, no ya en mi nombre, sino en el de mi celestial Representado.

* Porque en hecho de verdad, ¿cómo pudiera Él por más que ocupe en el Empíreo un trono de esplendente gloria, mostrarse hoy indiferente á este público solemne homenaje, con que se le protesta la fe, la piedad, la gratitud, el cariño entrañable de la nobilísima Nación española y su confianza en la protección, que seguirá prestándole en medio de los azares que atraviesa y peligros inmensos que la amenazan?

* ¡Sednos propicio, Patrono benditísimo! Obtengan favorable despacho en vuestro acatamiento las sentidas plegarias, que, postrado ante Vos, acaba de dirigiros este ilustre mensajero. Proteged, sí, yo también os lo pido, y bendecid eficazmente al Regio vástago de venturosos destinos, que ahora exhala débiles vagidos aprisionado en las envolturas de la

infancia, como que ninguno de los grandes Reyes ha tenido otro principio. Velad sobre su cuna.

* Colmad asimismo de bendiciones á su augusta Madre y á toda la Regia estirpe; y desciendan copiosísimas sobre esta Nación generosa y magnánima, la más próspera del orbe en días no lejanos, y hoy tan trabajada por luchas intestinas y repetidos quebrantos. Restañad sus heridas, reanudad su primitiva fe, resacitad en ella el antiguo religioso fervor, para que recobrando su unidad, y con ella su gigantesco brío, vuelva á imperar en el mundo respetada y admirada como patria de los grandes Santos, y de los grandes héroes y de los grandes sabios.

* Y ahora, *Apóstol Santo*, una bendición especialísima para el anciano Pontífice León XIII, cuya situación angustiosa no desconocéis, y mejor que nosotros podéis apreciar. Cesen ya sus lamentos y los de la Iglesia! Ni terminaré, Santo mío, sin de-

mandaros otra especial bendición para el inclito caballero cristiano que miráis prostornado ante Vos, y para su piadosa familia; para entrambos Cabildos eclesiástico y civil, y por fin para mí propio, y para los fieles todos de esta Archidiócesis, mis hijos muy queridos, que en serlo también vuestros han de seguir cifrando su timbre más preciado. Así sea.*

EL ESTADO SIN DIOS

Está una interesante correspondencia dirigida desde París por Eusebio Blasco á nuestro colega *La Epoca* tomamos los siguientes párrafos:

De vuelta á París, mi primera impresión es de padre humillado.

Hasta ahora, en todos los países civilizados se habían respetado las creencias religiosas, y aun en aquellas naciones donde existe la libertad de cultos la primera enseñanza no había sufrido el menor ataque de parte del Estado. En las escuelas libres los hijos de los judíos seguían sus estudios junto a los hijos de los protestantes, y éstos al lado de los niños católicos, bajo la dirección de diferentes sacerdotes, que educaban a cada estudiante en la fe de sus padres.

Pero declarada abiertamente la guerra al culto católico, proscribiéndolo de las escuelas del Estado, no lo habíamos presenciado hasta ahora. La nueva ley de enseñanza es irritante. Ya no es posible al que quiera educar en Francia a sus hijos en la religión de sus mayores enviarlos a colegio alguno oficial. Para el Gobierno francés Dios no existe, y hay que ocultarles y evitarles a toda costa a nuestros hijos toda noción de fe religiosa. No ha bastado arrancar de la cabecera de los enfermos y de los asilos de la infancia a la hermana de la Caridad, ayuda y consuelo del huérfano o del afligido. Era preciso que el ateísmo se convirtiera en ley, y así se ha hecho.

Si para ser liberal hay que empezar por carecer de religión, declaro que me pesaría de todo corazón haberlo sido y que trataría de enmendarme en lo sucesivo. Y si para que mis hijos se eduquen en el extranjero, adquiriendo aquella suma de conocimientos y puntos de vista que da el domicilio en las grandes capitales del mundo moderno, es preciso que al entregárselos al maestro, éste les niegue y les prohíba toda fe religiosa, base y sostén de las miserias y tribulaciones de esta vida, declaro que procuraré por todos los medios restituirlos a la madre patria, a la patria española, tan pobre, tan atrasada, tan secundaria en la vida de Europa, pero donde quedan todavía aquellos grandes sentimientos nacionales que hicieron memorables y victoriosos a nuestros mayores. El amor ciego de la patria, el culto de la familia, la fe religiosa inquebrantable. Bendito nuestro suelo, en el que por cima de las grandes catástrofes y de las horribles contiendas civiles, desastres y miserias, no ha habido aún, ni lo permita Dios, quien se haya atrevido a arrancar de las paredes de la escuela, de los muros del hospital, de los dormitorios del asilo, la cruz adonde el hombre sincero vuelve los tristes ojos en sus momentos de amargura. ¡Oh sombra veneranda de mi santa madre, que te ciernes sobre el hogar donde mis hijos han aprendido a rezar en torno tuyo, consérvanos esta fe que no pueden destruir las leyes de los hombres y que no pueden someterse a discusión, porque en el alma no manda nadie!*

EL SANTO CALIZ.

Se ha celebrado el 1.º del corriente en Valencia una fiesta religiosa dedicada preferentemente al Santo Caliz. De la *Correspondencia de Valencia* copiamos la historia de esa joya, que es como sigue:

El Señor, para instituir el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, eligió una casa suntuosa en que poder celebrar la nueva Pascua.

Este señor de la casa, en cuyo cenáculo celebró el Salvador la cena, lo fué un varón muy noble, llamado Chusa, mayordomo y tesorero del Tetrarca de Galilea, Herodes Antipas, varón poderoso y santo, cuya esposa, llamada Juana, era discípula del Señor y una de las santas mujeres que acompañaban, con otras muchas, como escribe San Lucas, a S. D. M. y discípulos, por lugares, castillos y desiertos, y les mantenía a su costa; así se comprende fácilmente la magnificencia de dicho edificio y riquezas de las alhajas de que se sirvió el Señor en las cenas.

En este edificio celebraron los apóstoles el primer Concilio, y antes de separarse escribieron el símbolo apostólico, en él permaneció mucho tiempo la Santísima Virgen, es decir, los 14 años que sobrevivió a la Ascensión de su Hijo a los cielos. Los apóstoles se repartieron cuanto la había pertenecido, y es regular le cupiese a Simón Pedro, como jefe de todos ellos, la sagrada reliquia, quien la llevó consigo a Roma, en cuya ciudad fué venerada sin dudar de su certeza, hasta el año 258 de nuestra redención.

En esta época gobernaba la Iglesia San Sixto II, quien reconociendo próximo su martirio, encargó a su tesorero San Lorenzo repartiese los tesoros y alhajas de la Iglesia. Este glorioso español, viendo que la persecución se prolongaba, envió el Sagrado Caliz a Huesca, su patria, el año 261.

Invasida la España por los sarracenos en 712, Amdeberto, prelado en aquel entonces de Huesca,

se retiró, llevándose el Santo Caliz a la cueva de San Juan de la Peña, en los Pirineos; en este pequeño recinto estuvo venerado 686 años, hasta que habiendo subido al trono D. Martín I llamado el Piadoso, manifestó al abad Fray Bernardo sus vivos deseos de que se colocase tan preciosa reliquia en su palacio de la Aljafería. La intervención del apóstol valenciano San Vicente Ferrer en este asunto fué tal, que la Santa Reliquia fué entregada en manos del rey y colocada en una arquilla de marfil el 26 de Septiembre de 1399. En esta capilla se veneró 23 años. Muerto D. Martín, pasó la reliquia a D. Alfonso V, el Magnánimo. Este príncipe era aficionadísimo a los valencianos, y vino a residir en el palacio Real de esta ciudad, y labró en él una magnífica capilla, en la que fué colocado el Santo Caliz.

Después de algunos años tuvo este rey que marchar a Aragón el 11 de Abril de 1424, teniendo la atención de reunir en su palacio a los representantes de los dos Cabildos, confiándoles la custodia, en la sacristía de la Seo, del Santo Caliz y de otras reliquias.

En 18 de Marzo de 1437 el indicado rey las donó al Cabildo eclesiástico: así consta en la escritura autorizada por los notarios Pedro Angresola y Jaime Monfort.

Este Sagrado Caliz es de piedra ágata cornerina oriental: con estos nombres consta en los inventarios que el Cabildo hizo en 1660, trasladado de un manuscrito del tiempo de D. Alfonso V, rey de Aragón, y D. Juan, rey de Navarra, su hermano.

El color del mencionado Caliz es muy extraño, ofreciendo matices diversos según la dirección de los rayos lumínicos. La copa es de ágata, del tamaño de media naranja; el pie del mismo color que la copa, y está guarnecido de oro con 28 perlas gruesas y cuatro piedras preciosas; la vara es de tres dedos de altura, y las asas de oro con primorosos grabados.

La primera fiesta que se celebró en nuestra Catedral en conmemoración a esta gran reliquia fué el día de San Mateo del año 1606, promovida por el ilustre valenciano Honorato Figuerola.

Los Prelados Juan de Ribera y Fray Isidro de Aliaga legaron 300 ducados de plata anuales para celebrar la fiesta (que en 1650 se trasladó al día de San Mateo apóstol y en 1805 se suprimió toda solemnidad), y 2.000 para que el Cabildo labrase una custodia de plata en que fuese llevada la reliquia.

Actualmente se celebra la fiesta del Santo Caliz el 14 de Septiembre, y desde el año que comienza mañana la indicada festividad será uno de los actos más solemnes de nuestra Basílica-Metropolitana.*

LA JUDERÍA DE MADRID EN 1391

HALLÁRANSE reunidas en Madrid las Cortes generales a principios de 1391. Allí habían acudido, como en comienzo de reinado, los más honrados judíos de toda Castilla, para pajar los arrendamientos de las rentas públicas, cosa de que no había sido posible despojarlos, a pesar de las terminantes y apretadas leyes que dejamos examinadas. Cartas recibidas de las aljamas de Sevilla y de Córdoba les anunciaban que todo el pueblo estaba en ambas ciudades movido contra sus hermanos, propagado ya el incendio que promovían los tribunicios sermones del D. Ferrán Martínez, y derramada en la primera ciudad no poca sangre hebrea.*

El Sr. Amador de los Ríos, cuyas son estas líneas, se abstuvo de poner en escena, y ni siquiera nombró el trágico desenlace de que eran sintietro preuncio aquellos amagos para la judería de Madrid. Había leído, sin duda, lo que sobre ello apuntó D. Antonio Capmani y Montpalau; mas como ni aparece otro autor que nos dé la noticia, ni dice de dónde la sacó, ni deja de andar a ciegas

alguna vez, achacando, por ejemplo, a Madrid lo que es propio del *judimendi* de la ciudad de Vitoria¹, no debía formar probanza en la estimación del sabio historiógrafo.

López Ayala, escritor contemporáneo al suceso, de quien el Sr. Amador ha tomado lo arriba expuesto, añade a renglón seguido²:

* E los del Consejo, desde vieron la querrela que los judíos de Sevilla les daban, enviaron luego a Sevilla un caballero de la ciudad, que era venido a Madrid por Procurador, e otro a Córdoba: e así a otras partes enviaron mensajeros e cartas del Rey, las más premiosas que pudieron ser fechas en esta razón. E desde llegaron estos mensajeros con las cartas del Rey, libradas del Consejo, a Sevilla e Córdoba e otros lugares, asosegóse el fecho; pero poco, ca las gentes estaban muy levantadas e non avian miedo de ninguno, e la codicia de robar los judíos crecía cada día. E fue causa aquel arcediano de Ecija deste levantamiento contra los judíos de Castilla; e perdiéronse por este levantamiento en este tiempo las aljamas de los judíos de Sevilla 4, e Córdoba, e Burgos 5, e Toledo 6, e Logroño e otras muchas del reyno; e en Aragón las de Barcelona 7, e Valencia 8 e otras muchas. E las que escaparon quedaron muy pobres, dando muy grandes dádivas a los Señores por ser guardados de tan grand tribulación.

A la aljama de Madrid, rica y muy noble, no podían faltar elementos que la guardasen de la tribulación a costa de grandes dádivas; mas no se libró. Las Reales órdenes, desde aquí expedidas, que atajaron los primeros pasos del levantamiento la señalaban por manera singular a las iras del oleaje creciente. El ordenamiento de la baja de la moneda, hecho y publicado en el seno de las Cortes a 24 de Abril, no pudo menos de envalentonar la causa del pueblo. Los bandos y parcialidades que enervaron la fuerza de la Regencia y le impidieron sostener la valla que alzó en torno de las aljamas amenazadas estallaron por primera vez en Madrid. A no haberse retirado a tiempo el Duque de Benavente con sus *compañías* acampadas en Mostoles, grave herida, y quizá mortal, habría sufrido el Consejo que regía los supremos destinos de la nación, maltrato ya con la defección pertinaz del Arzobispo de Toledo, D. Fadrique, Duque de Benavente y primer magnate del Consejo, había pedido «que le diesen el oficio de contaduría mayor del Rey para un ome que decían Juan Sanchez de Sevilla, que era *converso*, e sabía mucho en fecho de cuentas, e usado en las rentas del reyno en tiempo del rey D. Enrique e del rey D. Juan. E D. Juan García Manrique, Arzobispo de Santiago, chanciller mayor del Rey, dixo que el dicho Juan Sanchez era tenido de dar al Rey grandes cuantías de maravedís de rentas que arrendara en el reyno, e de recaudamientos; e que non era razón de aver tal oficio del Rey como la contaduría, pues el Contador avía de ser juez de tales fechos. E sobre esto ovo muchas porfías entre el Duque e el Arzobispo, tanto que se temían unos de otros; e por esta razón se descubrieron mucho las voluntades. E por tal como esto se allegaban muchas compañías de armas en Madrid; e por ser más seguros unos de otros, ordenaron de poner las puertas de la villa en poder de caballeros fieles e seguros que las tovisen, e que non acogiesen por ellas a ninguna gente de armas, nin ballesteros.»

Algo después de haber acogido en Madrid a los embajadores de Francia, Aragón y Navarra, partióse el Rey con dirección a Segovia, donde ciertamente se hallaba a 27 de Mayo. Allí le alcanzó la noticia³ de «cómo el pueblo de la ciudad de Sevilla avía robado la judería, e que eran tomados Christianos los más judíos que y eran, e muchos de ellos muertos. E que luego que estas nuevas supieron en Córdoba, e en Toledo, hicieron eso mismo; e así en otros muchos logares del Reyno»⁴. La Corte, huyendo del alcázar de Madrid a guarcarse en el de Segovia, había prevenido un golpe de mano del Arzobispo de Toledo D. Pedro Tenorio;

1. «A imitación de los judíos de Granada, los de Madrid se reunieron en su aljama, otorgando a favor del Consejo el derecho del campo y cementerio de la mencionada judería, que llamaban *judimendi*, para que sirviese de pasto y dehesa común, prometiendo el Consejo que en aquel campo y en términos nunca se rompería ni araría.» Pág. 401.

2. *Crónica del rey D. Enrique III*, año 1, cap. 5.

3. Diego Fernández de Mendosa, procurador de Sevilla, y Lope Gutiérrez, alcalde mayor de Córdoba, hicieron jura en Cortes dentro de la iglesia de Santiago el día 15 de Marzo. Este día, que señala (*Hist.*, II, 337) el Sr. Amador para el atentado que movió las cartas de la aljama de Sevilla, no fué miércoles de Cenas, sino de la semana de Pasión penúltima de Cuarema.

4. 16 Junio.

5. 12 Agosto.

6. No en 5 de Agosto, sino en 20 de Junio, ó 17 de Tanmas según los autores hebreos. Véanse Fernández y González (D. Francisco), *Instituciones jurídicas del pueblo de Israel en los diferentes Estados de la Península Ibérica* (Madrid, 1881, t. I, pag. 265); Loeb (*ibidem*), *Tables de calendrier juif depuis l'ère chrétienne jusqu'à xxx siècle*, Paris, 1886.

7. 5 Agosto.

8. 9 Julio.

9. *Crónica del rey D. Enrique III*, año 1, cap. 7.

10. *Crónica del rey D. Enrique III*, año 1, cap. 8.

11. *Ibid.*

1. *Historia de los judíos de España y Portugal*, t. II, pag. 335.

Madrid, 1876.

2. «Calle de las Damas. Aquí en el relato de D. Enrique III el *Dollente* fueron degollados varios judíos en la persecución general que se movió contra ellos, y que al mismo D. Enrique castigó en Sevilla mandando allí a Mateo Perex, ejecutor de la justicia, para que cortase la cabeza a los tumultuosos, después de haberse hecho en Madrid algunos castigos con aquellos que, bajo frívolos pretextos, se vanagloriaban de los mencionados judíos, sin perdonar a las mujeres y a los niños.» *Origen histórico y etimológico de las calles de Madrid*, página 144. Madrid, 1855. — El sitio yace hacia el ángulo Sudeste de la población, sobre la áspera cuesta en cuyo cénitro se alza la Iglesia parroquial de San Lorenzo, y a cuyos pies se tiende la Ronda de Atocha.

Del templo de San Lorenzo arranca hasta la Plaza de Lavapiés la calle de la Fe; la cual, según el Sr. Capmani (pag. 201), desde el año 1499, por acuerdo del Municipio, plétió su antiguo nombre de La Sinagoga ó de la Judería. La antigua calle de las Damas, perpendicular a la de la Fe y distante de ella cortísimo trecho, se prolonga formando escuadra hacia la Plaza de Lavapiés, por el callejón de la *Primavera*, cuyo nombre hoy tiene. Véase el *Plano de la Villa y Corte de Madrid*, publicado en 1800 por los Sres. Martínez de la Torre y Ansaldo.

el cual, favorecido del Maestre de Alcántara y de D. Diego Hurtado de Mendoza, sacaba a campaña una lucida hueste de mil y quinientos caballos y tres mil y quinientos peones. Recuérdese que las enseñanzas señoriales del Arzobispo ondeaban alrededor de la frontera madrileña sobre las fortalezas de Talamanca, Alcalá, Illescas y Canales, orillas del Guadarrama. Todo parece indicar que la rebelión hubo de levantar cabeza y prevalecer momentáneamente dentro de nuestra villa murada o *almudena*, ó por lo menos en el arrabal, donde estaba la judería, cercada en barrio aislado con arreglo a las recientes prescripciones (año 1388) del concilio de Palencia¹. Así que, lejos del amparo que hasta entonces habían tenido en la presencia del monarca, los judíos de Madrid fueron envueltos por la tempestad, que descargaba con furia. El hambre del oro y la tea del fanatismo no fueron los únicos, ni los peores móviles del exceso.

«Ca, non presciaban cartas del Rey, nin mandamientos suyos, las ciudades, nin villas, nin Caballeros; por ende, aconteció este mal, segund avemos contado»².

Sobre el estrago de la judería madrileña no puedo bien definir a qué móviles especiales obedeció, ni qué día tuvo lugar, ni si fueron más los muertos que los conversos, ni, en fin, qué parte de responsabilidad ante la historia cupo al Consejo del Rey y al Concejo de la villa. En otros puntos, como en Valencia³, afluyen a las manos del estudioso instrumentos de todo género para resolver la cuestión; pero en Madrid andan perdidos ó extraviados los *Libros de Acuerdos* municipales anteriores a la segunda mitad de la centuria xv, y por maravilla he logrado hacerme con dos escrituras, casi coetáneas a la destrucción del barrio hebreo en 1391, y expresamente referentes a ella.

Del Archivo general del Ayuntamiento y de un legajo, no catalogado aún, proviene la escritura, fechada en Segovia á 6 de Julio de 1392, cuya copia me franquea, para exhibirla en su nombre, como lo hago, el digno jefe de aquella oficina D. Timoteo Domingo Palacio. No es esta la vez primera (y sea dicho de paso) que el Sr. D. Domingo Palacio cuida de ilustrar la historia de los hebreos españoles. Su *Manual del Empleado en el Archivo general de Madrid*⁴ ofrece íntegras varias actas municipales, que corren desde el año 1481 hasta el de 1489, en las cuales se nombran y gratifican *Don Judá* y su hijo *Maese Zulema*, *Rabi Jacob* y su hijo *Rabiet*, fisicos ó médicos y cirujanos del Concejo. La presente escritura, esencialmente considerada, se reduce a una exposición que en 8 de Junio de 1392 el Concejo, alcaldes y regidores de la villa de Madrid elevaron al Rey, manifestándole cómo los alcaldes de corte habían hecho pesquisa y cargo en los malhechores que saquearon y destruyeron la aljama de los judíos de la dicha villa, y cómo era de urgente necesidad el que se procediese de Real orden a un castigo ejemplar, tanto de los que estaban presos como de los que, habiéndose evadido de la prisión, aumentaban sus desafueros talando y devastando la vega.

La demanda, presentada en el alcázar de Segovia (6 Julio) por Lope Martínez, cuya arenga es notabilísima, surtió el efecto anhelado. Asombra á primera vista la impunidad é insolencia de que hacían alarde ostentoso los más conspicuos adalides del abominable atentado contra la judería de Madrid. Habiéndose evadido de las cárceles de la villa, vivían acampados en las inmediaciones del puente de Viveros sobre el Jarama. El hecho fácilmente lo explica un privilegio de Enrique II, que arrancó de la jurisdicción de Madrid (15 Junio 1369) el señorío de los lugares de Barajas y de Alcovendas, y lo dió por juro de heredad á D. Pedro González de Mendoza, padre de D. Diego Hurtado. Viene, pues, adjunto ese diploma; y añado otros dos *inéditos*, que encontré explorando los restos del archivo de Santo Domingo el Real. Uno y otro pueden servir para calcular estadísticamente la riqueza y la población de la aljama hebrea de Madrid y de sus aldeas en los momentos de la catástrofe. El segundo, en particular, señala como fecha de la destrucción el año 1391, y afirma resueltamente que «*el aljama de los dichos Judios eran tornados cristianos*»⁵.

Toledo, 15 Junio 1369. Los judíos de Alcovendas, Barajas y Coveña. — Domingo Palacio, *Colección de documentos sacados del archivo municipal de Madrid*; t. i, p. 387-390.

Sepan quantos esta carta vieren como Nos Don Enrique, por la gracia de Dios Rey de Castilla de Toledo de León de Galicia de Sevilla de Córdoba de Murcia de Jahen del algarve de Algeziras é señor de Molina, por fazer bien é merced á vos, Pedro González de Mendoza mayordomo mayor del ynfante don Johan mi fijo; por muchos servicios é bonos que nos avedes fecho é fazedes de cada día, é por el danno que recebistes en término de nuestra villa de Madrid en tiempo que la dicha nuestra villa estava en nuestro deservicio, damos vos por juro de heredad, para vos é para los que de vuestro linaje descendieren, los lugares de alcovendas é barajas con sus degnas, é el lugar de covenña⁶, salvo lo que en el dicho lugar de covenña ha la orden de Santiago. É estos dichos lugares vos damos con todos sus términos é vasallos, christianos é moros é judios, é moras, é omnes é mugeres de qualquier edad é estado é condicion, que agora son ó serán daqui adelante en los dichos lugares, é en cada uno dellos, é en sus términos, ó en cada uno de ellos, é con todas las rentas, pechos é derechos é servicios é monedas é fionasadas de los dichos lugares é de cada uno dellos, é de sus términos, assy rreales como personales é mixtos, almorjafazgos é portadgos é servicios, heredades é posesiones é rentas é pechos é otras cosas cualesquier, que al señorío rreale de los dichos lugares é de cada uno dellos é de sus adeganas é de sus términos pertenescen é pertenescer deben é nos é avemos de aver en qualquier manera, salvo la moneda forera de siete en siete annos; é vos los damos é entregamos con toda la justicia civil é criminal, é alzadas, é con mero mixto imperio de los dichos lugares é de sus términos, segund que mas compidamente á nos pertenesce é pertenescer debe en qualquier manera é por qualquier rrazon, é para que podades y poner escrivanos públicos en los dichos lugares é en cada uno dellos, é dar tutores é aguardadores á quien los oviere menester en la manera que nos mismo lo podemos fazer. É estos dichos lugares vos damos á vos, el dicho Pedro González con todos sus términos é usos é costumbres, para que los ayades por juro de heredad para vos é para los que de vos descendieren é vinieren que lo vuestro ovieren de heredar é de aver, ó quien vos quisieredes, para agora é para siempre jamás, con sus montes é términos é pastos é aguas corrientes é estantes é manantes, desde la flor del monte fasta la piedra del rrio, con todas sus entradas é salidas, é con todas las otras cosas que á los dichos lugares é á cada uno dellos é sus términos pertenescen, é pertenescer deben, é nos é avemos é debemos aver en qualquier manera, assy de fecho como de derecho; é para que los podades vender é enpennar é donar é cambiar é enagenar, é fazer dello é en ello todo lo que quisieredes é por bien taviéredes, assi como de lo vuestro propio.

É sobresto mandamos dar á los concejos é alcaldes é á los oficiales de los dichos lugares é de sus términos que agora son ó serán daqui adelante, é á cada uno dellos, que esta nuestra carta vieren, ó el traslado della signado de escrivano público, que fagan por vos assy como por su sennor á vos, el dicho Pedro González de Mendoza, é cumplan é obedezcan vuestras cartas é vnestros mandamientos, é vos ayan por su sennor daqui adelante, é rrecudan é fagan rrecudir á vos, ó al que lo oviere de rrecabdar por vos, ó lo vuestro oviere de aver é heredar, é á quien vos quisieredes, con todas sus rentas é pechos é derechos sobredichos, é con cada uno dellos, bien é compidamente, segund que los nos avemos de aver é nos pertenescen en qualquier manera, en guisa que vos non mengue ende cosa alguna.

É por esta nuestra carta é por el traslado della signado, como dicho es, defendemos é mandamos firmemente que ninguno nin ningunos nos sean ossados de yr, nin de venir, nin de pasar contra esta merced que vos fazemos, nin contra parte della, en ningún tiempo nin por ninguna manera; é que vos la guarden é defiendan en todo, segun que en ella se contiene; si non, que qualquiera que contra ella vos

fuere, auria la nuestra ira, é pecharnos ya en pena mill doblas de oro castellanas, é á vos todo el dagno é menoscabo doblado.

É desto vos mandamos dar esta nuestra carta, sellada con nuestro sello de plomo colgado.

Dada en la cibdad de Toledo, quinze dias del mes de junio, Era de mill é quatrocientos é siete annos. — Yo, Pero Rodríguez la fiz escrivir por mandato del Rey. — Johan nunes. — Pero Ferrandez. — Johan Ferrandez. — Johan ssanchez. — Johan martinez. — Pero ssanchez.

Este pergamino conserva su sello de plomo pendiente de sedas, blanca, roja y amarilla.

En el anverso un Rey sentado entre dos leones, con espada desnuda en la mano derecha y esfera surmontada de cruz en la izquierda. Leyenda circular: *S (igillum) Errici, Dei gra (tia) Regis Castellae et Legionis*. En el reverso cuarteles con castillos y leones. La misma leyenda.

Madrid, 3 Abril 1384. Donación de ochocientos maravedís anuales que hizo D. Pedro González de Mendoza en favor de Santo Domingo el Real. Archivo de este monasterio, escrituras originales del siglo xiv. Al dorso aparece la inscripción, letras del siglo xv: *En el pecho del aljama, martinega*.

Sepan quantos esta carta vieren como yo Pedro González de Mendoza mayordomo mayor de nuestro señor el Rey, por fazer limosna é bien é ayuda al monesterio de las dueñas de la orden de santo Domingo de Madrid; et por que ellas sean tonudas de rrogar á dios por la vida é por la salud del dicho señor rrey é de la rreyna é de los infantes sus fijos, é por las sus ánimas despues que ellos finaren; Et por las ánimas del rrey don Enrique é de la rreyna donna Johanna que dios perdone; et por la vida é salud mia é de donna aldonça de ayala mi muger, é de mis fijos é fijas. Et por las nuestras ánimas despues que nos finaremos, é por las ánimas de nuestros defunctos.

Por ende otorgo é conosco que do al dicho monesterio por juro de heredad para siempre jamás este presente anno en que estamos, é de aqui adelante de cada anno por siempre, quinientos maravedís desta moneda que agora anda, que fizen dios dineros el maravedí, para rreparamiento del dicho monesterio, é para que sean puesto de cada anno en la labor é obra del dicho monesterio. Et estos dichos quinientos maravedís que los aya el dicho monesterio para lo que dicho es, demás de los trezientos, que de mi tienen é les mandé dar por juro de heredad en la cabeça del pecho del aljama de los judios de Madrid por que dixiesen de cada anno cada semana por siempre una missa de rrequiem en la dicha orden por las ánimas de iohan d'ortega el nino é de gutier dias de Madrid. Et estos dichos quinientos maravedís, que los aya el dicho monesterio este año presente é de aqui adelante para siempre, como dicho es, demás de los dichos trezientos maravedís en los maravedís de la cabeça del pecho del aljama de los judios de Madrid, que yo he de aver é es mia por juro de heredad é para mis fijos é para los que de mi descendieren por merced del dicho señor Rey. Et por esta carta digo é mando á la dicha aljama de los dichos judios, que den é paguen este año en que estamos, é de aqui adelante para siempre jamás, de cada anno á la dicha orden, ó al que por ella lo oviere de aver, los dichos quinientos maravedís de los dichos maravedís, que á mi an é ovieren á dar de cada anno de la cabeça del su pecho, sin otra carta é sin otro mandamiento mio, nin de otro que lo aya de aver por mí; ca, con el traslado desta carta é con alvalá de pago de aquel ó aquellos que lo ovieren de aver, por la dicha orden; mando que les sea rrecedido en cuenta por pagado. Et si lo así non quisieren fazer do poder por esta carta á los que por la dicha orden lo ovieren de aver, é á qual Juez ó cualesquier alcalles ó alguaciles de la corte del dicho sennor rrey, é de la villa de Madrid é de todas las cibdades é villas é logares de los rreynos del dicho sennor rrey, ó á cualquier su ballón ó portero, que se y acaesriere, é á cualquier ó cualesquier dellos, que esta carta fuere mostrada ó su traslado della, que constingan é apremien á la dicha aljama que den é paguen á la dicha orden, ó al que lo oviere de recab-

¹ *Ibid.*, cap. 5.

² *Crónica del rey D. Enrique III*, año 1, cap. 80.

³ *Boletín*, t. viii, páginas 348-398.

⁴ Páginas 320-333. Madrid, 1873.

⁵ *אֲשֶׁר הָיוּ*. En el Padrón de la aljama de Talavera que se hizo hacia el año 1480 (*Boletín*, t. ii, pág. 527) sale nombrado Don Yose el bariego.

⁶ En curso de impresión todavía. Véase el *Boletín*, t. viii, páginas 40.

⁷ *Boletín*, t. viii, pág. 416.

⁸ Jamás. — La *y* no se pronunciaba entonces como ahora. Su sonido era el de la letra *z*, que rige todavía en Asturias, Galicia y Portugal, y corresponde á la hebrea ז, inglesa z, francesa y catalana z, alemana zeh. Esta pronunciación se extendió no rara vez en Madrid á la *z* inicial de palabra, como acontece aun ahora en Galicia, donde *zastro*, por ejemplo, se dice *astro*. Así la Ordenanza del Municipio madrileño (5 Julio 1481), acerca del nuevo cercado de la judería, escribe *zastro*, en vez de *astro* (sinagoga).

¹ Texto notable para ilustrar la cuestión que discute *Flores y Reguero Castellón*, t. ii, pág. 705. Madrid, 1790.

² Hermana del historiador Pedro López de Ayala.

³ *Sic*. — El estipendio de cada missa se reducía de consiguiente á poco más de cinco maravedís y medio.

⁴ Don Juan I que fue coronado en las Huérgas de Burgos á 23 de Julio de 1379. Con esto y con la adjudicación de tres mil maravedís sobre la aljama hebrea de Madrid, que hizo el Rey (y Enrry 1384) como de rentas muy abonadas y firmes, cuenta que el monasterio de Santo Domingo percibía de la capicación julega de nuestra villa un rédito anual bastante crecido.

dar por ella, los dichos quinientos maravedís este año presente, e desde adelante de cada año por siempre jamás, como dicho es, de los maravedís de la dicha cabeza del su pecho, á los plazos que á mi los an á dar; Et para que les fagan e puedan fazer sobre ello todos las premias e prendas e afincamientos e prisiones, que yo mesmo, ó aquel ó aquellos que por mí lo ovieren de aver, les podría fazer, si presente fuese.

Et prometo por mí, e por mis hijos, e por los que de mí vernán, de aver por firme e por valedera esta gracia e donacion que yo fago á la dicha orden, para siempre jamás; Et de gela non menguar, nin variar, nin revocar por manda, nin por testamento, nin por cobdicio, nin por otra rrazon alguna. Et para lo así tener e cumplir obligo todos mis bienes avidos e por aver; Et pido por merced al dicho Sennor rrey, que dé e mande dar á la dicha orden, ó al que lo ovieren de aver por ella, las sus cartas, que en esta rrazon ovieren menester, las mas complicas que ser puedan, por que geles sea guardada esta gracia e donacion que les fago, e por que ayan e cobren los dichos maravedís en la manera que dicha es, e gela confirme.

Fecha en Madrit, tres dias de abril, anno del nacimiento de nuestro sennor e salvador ihesu christo de mille e tresientos e ochenta e quatro annos. Testigos rrogados, que estaban presentes, iohan rodriguez alcalde, e ochoa rroys yerno de alonso dias, e gil ferrandes hijo de gil perez, vecinos de madrit.

Et yo, pero ferrandez, escrivano público en madrit por nuestro sennor el Rey, fuy presente á esto que dicho es, et lo fis escrivir, e en testimonio de verdat fis aquí este mio sigfno.

Al hacer esta nueva donacion D. Pedro González de Mendoza invocaba el favor del cielo con sobrada razon para la salud y prosperidad de sus amados Príncipes:

«E el Rey Don Juan partió de Santarén, e fué para la comarca cerca de Lisbona; e fincó en Santarén la Reyna Doña Leonor... E comenzó la guerra entre los de Castilla e Portugal á levantarse de cada dia mas: e el Rey entendió que avia menester tener mas compañías de los suyos, e envió decir al Marqués de Villena Don Alfonso, e al Arzobispo de Toledo e á Pero Gonzalez de Mendoza, los quales dejara en Torrijos cerca de Toledo, e con ellos su Chancilleria, que le enviasen mas compañías fasta número de mil lanzas.»

FIDEL FITA.

(Se continuará.)

LA BASÍLICA DE VALENCIA



LAS diez y media de la mañana del sábado 1.º de Enero se verificó en Valencia con gran solemnidad una fiesta religiosa por la elevación de aquella Metropolitana á Basílica.

El templo presentaba un aspecto brillante.

En uno de los extremos del altar mayor se veía un suntuoso dosel, bajo el cual estaba Su Eminencia el Cardenal Arzobispo, que oficiaba de medio pontifical, teniendo á sus lados á las principales dignidades eclesiásticas.

Una comisión compuesta de tres canónigos, recibía á los numerosos invitados que tomaban asiento en los bancos puestos junto á las doradas verjas que unen el coro con el altar mayor.

Entre los concurrentes, se encontraba el señor gobernador civil, el capitán general y el rector de la Universidad, acompañado de varios profesores de las diferentes facultades, y en los bancos del altar mayor, que pertenecen de derecho al ayuntamiento, veíase al teniente alcalde Sr. Fuster, y algunos concejales.

La ceremonia dió principio con una solemne misa cantada, interpretando la orquesta la del insigne maestro Eslava.

Terminado el Oficio Divino, fueron leídas desde el púlpito las Bulas, por las que Su Santidad concede á aquella Iglesia el título de Basílica. A continuación se cantó un *Te Deum*, después del cual beñidijo á la concurrencia el Cardenal Monescillo.

A la fiesta concurrió el clero de todas las parroquias de la capital con la cruz alzada y comisiones de todas las corporaciones civiles y militares.

En el centro de la mesa del altar, bajo rico dosel,

estaban expuestas venerandas reliquias, entre las cuales figuraban el Santo Cáliz, los bustos de plata de Santo Tomás y San Gil, que contienen en su interior reliquias de aquellos Santos, y una sencilla y elegante urna en que está guardada una camiseta del Niño Jesús.

Concluida la solemnidad, hubo recepción en la Sala Capitalar, besando las autoridades y comisiones el anillo pastoral.

He aquí ahora la Bula de Su Santidad León XIII, erigiendo en Basílica la Santa Iglesia Metropolitana de Valencia:

LEÓN OBISPO, siervo de los siervos de Dios, para perpetua memoria.

Por el cargo del Ministerio apostólico que de lo alto á Nos ha sido confiado, debemos tener solícito cuidado de todas y cada una de las iglesias del universo orbe católico; pero principalmente á aquellas que más se distinguen por su antigüedad, monumentos y dignidad archiepiscopal. Nos dirigimos con preferencia las atenciones de la munificencia apostólica y las adornamos con títulos muy dignos para que la reverencia y el honor de todos hacia ellas crezca, y el culto divino, que debe ser nuestro único propósito, aumente de día en día.

Nuestros amados hijos Antolín, Presbítero Cardenal de la S. R. L. Monescillo y Viso, actualmente Prelado de la Metropolitana de Valencia, y los actuales Cabildo y Canónigos de dicha iglesia metropolitana presentaron á Nos poco ha una petición, en la que se exponía: «Que entre los antiquísimos templos de España que sobresalen, ya por su capacidad, ya por sus obras de artes y creciente esplendor, merece justamente contarse el de la dicha metropolitana iglesia. Pues libertada ésta del yugo de los moros, Jaime I de Aragón le devolvió su primitivo esplendor, y no sólo los nobilísimos Prelados de la misma Iglesia elevados al solio de Pedro con los nombres de Calixto III y Alejandro VI, si que también Santo Tomás de Villanueva y el Beato Juan de Rivera, Arzobispos de Valencia, la enriquecieron con reliquias de Santos, privilegios y donaciones; esta misma ciudad de Valencia en la actualidad, ya por el gran número de sus habitantes, ya por la feracidad de sus campos y rico comercio, ya, finalmente, por sus preclaras instituciones, es considerada como una de las principales ciudades de España, sobresaliendo especialmente en religión, amor y devoción á sus legítimos Pastores y al Romano Pontífice.»

Como según la petición, daría mucho esplendor al citado templo y aumentaría el culto divino, y las sagradas funciones tomarían más incremento si la citada Metropolitana Iglesia fuese erigida en Basílica, como abajo se expresa; por lo que los dichos Antolín Cardenal, el Cabildo y Canónigos, suplicaron humildemente Nos dignásemos acoger con benignidad apostólica su petición, por cuanto contribuiría al esplendor de dicha Metropolitana Iglesia y aumento del culto divino en la misma.

Nos, pues, que deseamos con afecto sincero el decoro de la casa de Dios, á los mismos Antolín Cardenal y Arzobispo, Cabildo y Canónigos, queriéndoles favorecer con gracia especial, á todos y á cada uno, en favor de los cuales se expiden las presentes, por éstas y sólo para conseguir el efecto de las mismas, les absolvemos y consideramos como absueltos de cualquier excomunión, suspensión, entredicho y de otras sentencias, censuras y penas eclesiásticas, si de cualquier modo en ellas han incurrido; y atendiendo á las súplicas de los mismos, de conformidad con el parecer de la Congregación de la Santa Romana Iglesia, presidida por los Cardenales, encargada de la custodia de los sagrados ritos, con apostólica autoridad creamos y elevamos á la mencionada Metropolitana Iglesia al grado, estado y dignidad de Basílica menor, á la manera que lo son las Basílicas menores de Roma, y como á tal la declaramos; de modo que desde ahora para siempre pueda llamarse Basílica menor y como á tal ser tenida; y por lo tanto, que la misma iglesia y los precitados Cabildo y Canónigos y los que les sucedan, puedan usar pabellón, vulgo Paoliglione, con campanilla en las procesiones á la manera igualmente de las Basílicas menores de esta ciudad; asimismo concedemos y permitimos con la misma autoridad apostólica que puedan disfrutar, gozar y usar igualmente de todos y cada uno de los privilegios, preeminencias, preferencias, honores, derechos, favores, y gracias de que las otras Basílicas de este género usan, gozan y disfrutan de derecho, uso y costumbre, ó que de cualquier otro modo pudiesen usar, gozar y disfrutar en lo sucesivo.

Y con la misma autoridad apostólica mandamos que las presentes Letras en ningún tiempo, ni por alguna causa de subrepción, ni obrepción, vicio de

nulidad ó de Nuestra intención, ó por otro motivo puedan ser corregidas, impugnadas, invalidadas ó comprendidas en revocaciones de semejantes ó distintas gracias, suspensiones, limitaciones, derogaciones ó otras contrarias disposiciones, ó se juzgue se las comprende de algún modo, sino que siempre sean exceptuadas de ellas y consigan y obtengan sus completos e íntegros efectos; y así y no de otro modo han de ser juzgadas y definidas por cualesquiera jueces ordinarios ó delegados, cualquiera que sea su autoridad ó dignidad, por los auditores de causas de palacio apostólico, por los Cardenales de la Santa Romana Iglesia, por los Legados *ad litem*, Vicelegados y Nuncios de la Sede Apostólica, siendo irrito y nulo si en contrario cualquiera autoridad, por ignorancia ó malicia, atentase en contrario.

Sin que obste Nuestra regla y la de la Cancillería apostólica — «de no conceder gracias *ad instar*» — ni las Constituciones generales ó particulares dadas ó que se dieren por los Concilios sinodales, provinciales, generales y universales, ni las disposiciones apostólicas dadas á dicha Metropolitana Iglesia, ni los estatutos y costumbres, aun los confirmados por juramento y autoridad apostólica ó en otra forma corroborados, ni tampoco, en fin, los privilegios, indultos y letras apostólicas concedidas ó otras cosas en general ó en particular que lo sean por otros superiores y personas, aunque estén aquellas aprobadas, confirmadas e introducidas; cuyas disposiciones, tanto en general como en particular, aunque de ellas y de su contenido debiera hacerse mención especial, específica, expresa e individual, no por cláusulas generales que signifiquen lo mismo, ó por cualquier expresión ó forma al efecto escogida, derogamos en virtud de las presentes, latísima, plenísima, individual y expresamente, tan sólo para el efecto predicho, como si lo que dichas disposiciones contienen hubiere sido insertado aquí palabra por palabra, sin omitir cosa alguna, y en la forma que hubieren sido dadas, permaneciendo en su vigor respecto á los demás, y no obstando cosa alguna en contrario.

A nadie, pues, absolutamente le es permitido infringir esta Nuestra elevación, erección, declaración, indulto, derogación y voluntad, ni con temeraria osadía contrariarla; y si hubiese alguno que se atreviese á cometer tal atentado, sepa que incurrirá en la indignación de Dios Todopoderoso, y de los bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo.

Dado en Roma, junto á San Pedro, el año de la Encarnación del Señor mil ochocientos ochenta y seis; á los diez y seis días de las Kalendas de Octubre, año IX de Nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.

BIBLIOGRAFÍA

Progreso y extravagancias. — Apuntes para un libro, por Manuel Ossorio y Bernard. — Madrid, 1887. — Imprenta de Moreno y Rojas.

El autor de esta obra no se ha propuesto en ella el combatir sistemáticamente el progreso moderno en el orden científico e industrial, como algún crítico ha supuesto. Por el contrario, reconociendo y proclamando las excelencias de aquél, se ha limitado á poner de relieve las ridiculeces y osadías que á la sombra del mismo pretende hacer pasar como moneda corriente la charlatanería actual. He aquí los capítulos que dicha obra comprende:

El siglo del progreso. — Cremación. — Hacer memoria. — Las dos fases del Egipto. — Hidrófobos e inoculados. — Guerra al estudio. — Concieros interplanetarios. — Nuevas modas. — Caballo automático. — Tipo criminal. — Lactancia paterna. — La claque futura (nuevo invento). — La escarpología. — Periodismo eléctrico. — De auricular. — El alma visible. — Miembros postizos. — No más ciegos. — Alimentación química. — Sociedad de autopsias. — Baile de estrellas. — El tren de limpieza. — Paralización vital. — Viscera doble. — Rubias y morenas. — Revolución alimenticia. — Fonógrafo humano. — La razón y la locura. — Microscopio eléctrico. — Telefonía y fotografía. — El aparato Tapia. — El fonógrafo. — Hombres y perros. — Dirección de los globos. — Reforma de la voz. — La fotografía en medicina. — El trabajo manual. — Tanner, Succy y compañía. — ¡Oh! La estadística... — Billetes falsos. — Una tonelada de oro. — La cirugía. — La electricidad en lo judicial. — Arte de la resurrección. — De invento en invento.

Para que el lector pueda formar idea del carácter de este libro, reproducimos á continuación, por su actualidad, el capítulo titulado:

1. *Crónica del rey D. Juan I, año v, cap. 3.* — Muró D. Pedro González de Mendoza en la batalla de Aljubarrota (14 Agosto 1483) defendiendo heroicamente y salvando la vida á D. Juan I, como lo cuenta el romance:

* El caballo ya han muerto;
Subió Rey en el caballo;
Y si non tenía estribo;
Veólo, saltáronle en brazos.*

TANNER, SUCCI Y COMPAÑIA

Comer ó no comer... ¡He aquí el problema!

Con anterioridad á los sabios americano é italiano cuéntase de un vecino de Cádiz que quiso acostumbrar á su caballo al régimen de la dieta absoluta y que se lamentaba de la muerte del mismo, diciendo:

— ¡Que lástima! ¡Se ha muerto precisamente cuando empezaba á acostumbrarse á no comer.

Tanner hace años demostró por sí propio que el cuerpo humano puede resistir cuarenta días sin comer; pero Succi, el sabio de Forlì, está en camino de llegar á consecuencias más extrañas.

Succi es muy conocido en Italia, y según *La Patria* de Bolonia «é inscripto nella Società geografica di Milano; ha corso diverse piaghe dell'Africa, quello dello Zanzibar, le occidentali del Madagascar é stato nello Zambese, nello Zululand; si parla con lui molto volentieri perchè é instruito é affabilissimo.»

El día 10 de junio de 1886 comió por última vez y bebió una preparación que constituye su secreto. Desde el mismo día hasta el 16 se purgó todas las mañanas.

El día 18 se levantó del lecho y anduvo siete kilómetros, sin contar algunas vueltecitas en un paseo para que la gente pudiera verle.

Reconocido por el profesor Peruzzi, de la Universidad de Bolonia, y por los facultativos Casati y Pardini, de los hospitales, todos le hallaron en condiciones excelentes de salud, con pulso regular, el estómago perfectamente vacío, mirada viva, cabeza despejada y gran aumento de fuerzas.

Los periódicos de Italia publicaron entonces diariamente telegramas señalando el curso del experimento, y estos despachos se esperaron allí y fuera de allí con la misma impaciencia con que aguardamos en España los telegramas en que se da cuenta de todas las corridas de toros, toretes y novillos embolados celebradas en la Península.

Y en verdad que el problema es importantísimo para la humanidad: desde el momento en que otro sabio ha dicho que las producciones de la tierra disminuyen de día en día, mientras que la colectividad humana marcha en aumento creciente, por lo cual el mundo no terminará por el fuego ni por el enfriamiento, sino por el hambre, el invento de Tanner ó el de Succi, ya que fracasó el del vecino de Cádiz, es de un interés primordial y evidente.

¡Vivir sin comer!

¡No ser tributarios del panadero!

¡No tener que transigir con el tendero de géneros coloniales ó ultramarinos — como llaman en Madrid al garbanzo de Fuentesatón y al chocolate hecho sin canela, café ni cacao!...

¡No tener que encender lumbre más que para el brasero!

No sentenciar á muerte á los pobres animales que hoy contribuyen á sostener nuestra vida, esto es de lo más envidiable, de lo más apetecible y de lo más bueno que se puede inventar.

¡Suprimir la mendicidad de un golpe!

¡Cerrar todas las fondas de un portazo solo!

¡Reivindicar nuestra independencia para reinos de los Gobiernos que pueden darnos ó quitarnos el pan!

La humanidad debe erigir á Succi una estatua en cada calle y una lápida en cada casa, porque Succi — fuerza es volver al tema principal — realizó en todo su propósito, pasando treinta días enteros sin comer.

Respecto al origen del descubrimiento, aunque algunos periódicos han indicado que la receta de la bebida preparatoria se debía á revelaciones de «los espíritus», el mismo Succi da á entender lo contrario cuando, interrogado por un periodista, lo explicaba en los términos siguientes:

«Nel 1883 feci le prove del mio ritrovato nel deserto di Nubia.

«...I climi di quelle regioni sono micidiali — specialmente per gli europei. Io vi avevo preso le febbri, quelle febbri terribili che ammazzano. Volendo curarmi composi questa bevanda. Guarii dalle febbri, non solo ma costretto per forza maggiore al digiuno, essendo sepa rato dal resto della spedizione, mi accorsi come più bevevo di quella pozione, meno sentivo gli stimoli della fame, mentre sempre più aumentavano le forze fisiche. Sulle prime pensai fosse effetto della malattia passata. Volli dunque provare, e — ve l'ho già detto — durai nella prova per sessanta giorni.»

Pero todavía no se había desvanecido el asombro causado por tan prolongado ayuno cuando brotaron los competidores que aspiraban á eclipsar las glorias del gran ayunador de Italia, continuador de las del americano Tanner.

— Eso no tiene nada de particular — decían los periódicos de Roma. — Aquí tenemos á un indivi-

duo, portero y maestro de obra prima á la vez, llamado Ranzani, que, sobre no comer apenas, no duerme hace dieciocho noches, limitándose de vez en cuando á meter la cabeza en agua fría y á respirar amoníaco.

— ¡Vaya una cosa! — añadían los periódicos americanos. — En la villa de Allentown tenemos á la joven Miss Emma Kayser, que al abjurar el catolicismo ha resuelto pasar cuarenta días sin comer y ya está para cumplirse el plazo.

— Treinta, cuarenta días, ¡qué miseria! *La Provincia*, periódico de Porto Maurizio, contaba que en la aldea de Serreta vive una mujer que no come desde hace *veintiseis años*, tomando por solo alimento cuatro vasos de agua diarios. Tiene cuarenta y cinco años, padece de catalepsias periódicas y la ha visitado muchas veces el profesor Novaso, de la Universidad de Turín, quien se propone escribir una Memoria relativa á este fenómeno.

Otros individuos acudían á la historia en busca de ejemplares de otros ayunos célebres.

El Conciliador publicó la noticia de que una mujer de Normandía vivió dieciocho años sin comer ni beber cosa alguna, una monja de Sajonia dos años y otra mujer treinta y seis años.

— Simón Porcio escribió un excelente discurso, que dedicó á Paulo III, tratando de aquella mujer de Alemania que vivió dos años sin alimento alguno.

— Cuéntase, que Juan Escoto acostumbraba en ocasiones á pasarse cuarenta días sin comer bocado.

— Julio y Jerónimo Beneditto sostienen que existió un hombre en Venecia que no comió en el largo período de cuarenta y seis años.

— Alberto Magno afirma de otro que dejó correr siete semanas sin comer; y que él mismo conoció en Colonia á una mujer que pasaba treinta días enteros en ayunas.

En los anales de Francia se refiere el caso de una mujer que perseveró diez meses sin alimento alguno.

— García Horta cuenta que los brachmanes de la India no probaban bocado en veinte días.

— Juan Bocaccio refiere que otra mujer de Alemania pasó treinta años sin comer.

— En 1616 murió en Valproonde, aldea aneja á Villeneuve-sur-Yonne un joven de catorce años, llamado Juan Godeau, que pasó cuatro años y once meses sin comer ni beber. El hecho fué comprobado y estudiado por los médicos más famosos de aquel tiempo, y sobre él se escribieron varias Memorias, entre las cuales figura una impresa por G. Niverd, y que se titula «Historia tan verídica como maravillosa de un niño que ha vivido en salud, yendo y viniendo, sin beber, ni comer, ni chupar ninguna cosa en el espacio de cinco años, por Tomás Montsainet, cirujano en Sens.»

Es posible también que haya en nuestra patria profesor de instrucción primaria que al leer lo que antecede diga ingenuamente, como el aragonés del cuento á propósito de los huesos de los melocotones:

— ¿Pero es que todavía se come en el mundo?

La verdad es que estos ayunos, al echar por tierra la teoría del economista Malthus, dan tema abundante para que los señores médicos aspiren á resolver el problema de para qué sirven en nuestro organismo las funciones del estómago.

La no alimentación, caso de tener por único objeto una economía material, sólo puede ser atendible, á mi juicio, si con ella pretende resolverse el problema de la inmortalidad.

Los poetas, que son el demonio, y que en ocasiones ven antes y más claro que los hombres de ciencia, ya han hablado varias veces de este interesante asunto, y así como Lope de Vega presintió el telégrafo, juzgando posible que con el tiempo vinieran las noticias «con el rayo mismo», el amigo Julio Nombela, en su bellísima novela *La piedra filosofal* presentó á un doctor que pretendía haber resuelto, como Succi, el problema de no comer.

«El estómago, dice el fantástico Dr. Hobelwann, es el mayor enemigo del hombre, porque obliga á los que no tienen que darle á ser malos por complacerle, y á los que le complacen á vivir bajo la influencia de los sentidos. La gran cuestión para labrar la felicidad humana es anular el estómago.»

Y el doctor somete á la prueba á su perro *Mefistofeles*, hasta que éste muere, lo mismo que el caballo del vecino de Cadiz, cuando empezaba á acostumbrarse á no comer.

Después Hobelwann reforma su sistema, y con auxilio de la química trata de extraer de los alimentos la esencia, los principios indispensables á la formación de la sangre, á su circulación, para reducir la gran cantidad de alimentos que el estómago recibe durante el día á una microscópica píldora.

Lo mismo que la ciencia defiende hoy.

El fantástico doctor de Nombela presintió hace

veinte años al sabio doctor de Filadelfia Francis Marwell.

Otro queridísimo amigo, Fernandez Bremón, en el apropiado filosófico dramático *El élixir de la vida*, que debieran saber de memoria todas las personas de buen gusto, decía hace doce ó catorce años:

— ¡Se suprime la comida!

— ¡Que adelante!

— Que desmá...

— Y ya sólo comerán

Las gentes de mala vida.

De generalizarse el invento de Succi, nuestra primera ocupación de padres de familia, para no merecer la acusación que encierra el último verso, sería tapar la cocina y aun alguna otra dependencia doméstica de las que D. Pablos buscaba en vano en casa del licenciado Cabra, por no usarse en aquel cuartel del hambre, donde el célebre domine dió el ejemplo que en los modernos tiempos siguen Tanner, Succi, Ranzani, Miss Emma Kayser, Merlati y todos los demás que forman ó han de formar con ellos en la estadística de los ayunadores.

En tanto que los hombres de ciencia estudian este interesantísimo asunto y hacen las deducciones que su sabiduría les sugiera para ir enmendando la plana al Creador, los que, encerrados en nuestra ignorancia, nos permitimos de vez en cuando reinos de la pequeñez ambiciosa de filósofos y médicos, arbitristas é industriales, juzgando que aun falta un poco para inventar el élixir del ayuno perpetuo, base del de la inmortalidad del hombre, repetiremos lo que el citado Bremón hacía decir á un marmolista mientras que preparaba la lápida sepulcral para un vecino levemente enfermo, en cuya casa acababa de entrar uno de los muchos médicos que hoy se están:

A fuerza de grabar en cada cosa
tanto «Descansa en paz...» «Aquí reposa...»
y de observar en todo cuerpo inerte
la calma de su faz descolorida,
tengo la convicción de que es la muerte
el élixir soñado de la vida...

Son tan bellos los versos que anteceden, que cierran con ellos capítulos para dejar una buena impresión en los lectores.

Los pedidos con su importe, dos pesetas ejemplar, pueden dirigirse al autor, calle del Duque de Alba, 6 y 8, Madrid.

NECROLOGÍA

El día 3 del corriente mes de Enero se verificó en Almería la conducción del cadáver del M. I. señor Canónigo Penitenciario de aquella Santa Iglesia Catedral D. Manuel Martínez López, con asistencia del Excmo. Cabildo Catedral, clero parroquial y numerosos amigos. Desde la casa mortuoria se trasladó á la Catedral, donde se hicieron solemnes exequias por el eterno descanso de su alma, terminadas las cuales fué conducido á hombros por sacerdotes discípulos suyos hasta la capilla de Belén, donde se le cantó un solemne responso. El Sr. Martínez López, natural de aquella población, contaba 72 años de edad. Fué Cura párroco en aquella diócesis, y desde el año 1852 Canónigo penitenciario y catedralicio de Teología en aquel Seminario. Su muerte ha sido muy sentida, pues era un hombre de grandes virtudes y saber.

A los 69 años de edad ha fallecido D. Diego López Hernández, Cura de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares, Párroco castrense de aquella plaza y comisario de la Obra pía de Jerusalén.

Asimismo ha fallecido á la edad de 86 años, en el hospital de Presbíteros naturales de esta corte, el religioso ex-claustro de la orden de San Jerónimo, procedente del convento de Lupiana (Guadalajara), Presbítero Fr. Angel Esteban Pérez Tejedor.

En la madrugada del día 11 falleció en esta corte D. Cándido Ortiz de Avila, Auditor general castrense, Capellán de honor de número de S. M. y Rector de la iglesia del Buen Suceso.

El Rvdmo. P. José de Llerena, ex-Superior de los capuchinos de España, falleció en Roma (convento de Padres capuchinos, plaza Barberini) el día 28 de Diciembre, á las tres de la madrugada, según noticia del P. Calasanz de Llevaneras, residente en

la misma capital y convento, recibida por los Padres capuchinos de esta corte.

El P. Llerena trabajó con empeño para llevar a feliz término la beatificación del Venerable P. Diego de Cádiz, cuya causa está casi ultimada.

La restauración de los primeros conventos de capuchinos en España debe no poco a su celo y piedad.

El octogenario capuchino ha muerto fortalecido con los Santísimos Sacramentos, con el consuelo de ver hoy floreciente en la Península y Ultramar la provincia hispano-capuchina, después de tantas persecuciones y violentas dispersiones de las Ordenes religiosas en España.

ORACION A MARÍA INMACULADA

Madre mía, Virgen pura,
Del mundo luz y remedio,
Amparo del afligido,
Del menesteroso y huérfano;
La súplica escucha ahora
Que hasta Ti ferviente elevó.
Hace un año, Madre mía,
Que España con luto inmenso
Lloró la temprana muerte
Del noble Príncipe excelso,
Que gobernó estas comarcas
Con firme y seguro cetro;
Hace un año aquella vida
Exhaló el postrer aliento
En las mayores angustias,
Y en hondo pesar sumiendo
A la augusta Soberana
Unida a él con lazo eterno
Que al ver morir a su esposo
Perdió todo al perderlo;
Mas dos inocentes niñas
A consolarla vinieron,
Que de la vida han sabido,
Antes que alegrías, duelos,
Vivir quiso por sus hijas
Y por el Vástago regio
Que nació sin que su padre
Alcanzase a conocerlo.
¡Oh Virgen, por él te imploro!
¡Oye, Señora, mis ruegos!
Contempla a ese ángel divino
Que el Rey, al llegar al cielo,
Envió a esta patria querida
De amor cual postrer recuerdo.
Es un ángel que privado
De ese cariño paterno,
Un trono encontró vacío
Al posarse en este suelo.
Nacido es como capullo
Cerca de un sepulcro abierto,
Que del toma de la vida
El necesario alimento,
Y que al levantar el tallo
Erguido, lozano, fresco,
La vida a continuar viene
Del que es un cadáver yerto.
Ya ciñe regia corona,
Ya en el trono toma asiento;
Cuando ignora todavía
Las penas, los sufrimientos
Que en este mundo rodean
Los más encumbrados puestos,
A conmover ese trono
Se esfuerza del mal el genio;
Mas conseguirlo no puede
Porque se halla defendiéndolo
La bondadosa Señora
Que es viuda y es madre a un tiempo.
¡María! Tú, que de madres
Eres sostén y modelo,
Ten piedad de ese Rey niño
Que es de la inocencia templo;
Ten compasión de esa madre
Cuyo lacerado pecho
En el tuyo busca alivio,
Busca en el tuyo consuelo;
Y pues eres protectora
De estos católicos reinos,
Para alejar los peligros
De esos dos seres egregios,
Tiende a la Reina tu manto
Y toma a su Infante tierno
En tus brazos maternales
Que al Dios Hombre sostuvieron.

MARIA DEL P. M.

8 Diciembre 1885.

NOTICIAS

El Ilmo. Sr. Obispo de la diócesis de Barcelona bendijo en uno de los últimos días la capilla que se ha construido en el Asilo del Carmen de Hostalrich, al cuidado de las Religiosas de San Vicente de Paul. En las ceremonias litúrgicas asistieron al Prelado los Sres. Capitulares, Doctores de Ley y Casas. Después de la bendición se cantó la Salve, con acompañamiento de armonium, por religiosas y por educandas de la Escuela.

En el citado Asilo del Carmen reparten todos los días, por mañana y tarde, las Religiosas de San Vicente de Paul abundante y sustanciosa sopa a unos ochenta pobres próximamente, número que aumenta en los meses rigurosos del invierno, como sucede actualmente. Con las limosnas de las personas caritativas la Junta de señoras que dirige el Asilo con cristiano celo y las Religiosas de San Vicente de Paul sostienen el gasto de la sopa y el de los socorros a domicilio y contribuyen también al del Asilo-escuela establecida en la calle del Arco de San Agustín. En el último son mantenidos y recibirán educación e instrucción algunos pobres huérfanos por consecuencia de la epidemia cólica de 1885.

Lo mismo la casa que la capilla han sido levantadas con donativos, según los planos del arquitecto D. José Amargós y bajo su dirección. La capilla es sencilla, como todas las dependencias de la casa, y en ella se ha aprovechado parte de un altar que fue regalado al Asilo. Las paredes, que imitan piedra silar, y el techo artesonado producen muy buen efecto, lo propio que el testero en el que se halla el altar con la imagen de Nuestra Señora del Carmen, patrona del Asilo.

En el Seminario Conciliar de esta Diócesis se ha vuelto a dar la comida de medio día a los seminaristas que disfrutan de esta gracia. El Canónigo lectoral, D. Joaquín Torres Asensio, que se halla encargado actualmente de la asignatura de Sagrada Teología moral, pasará a desempeñar la de Sagrada Escritura, que es la propia de su prebenda, tan luego como puedan completarse los estudios del Seminario.

Según los últimos datos publicados por el *Boletín Eclesiástico* de la diócesis de Madrid Alcalá, las escuelas dominicales de alumnas en España alcanzan el número de 12 en Madrid y de 150 en provincias, con un total de alumnas que asciende a 41.203, de las cuales asisten por término medio 1.296, siendo de ellas 390 de la clase de escritura; 350 las que reciben mensualmente los santos sacramentos de confesión y comunión, 254 las que en el presente año han recibido la primera comunión.

En todas las escuelas se celebran exámenes anuales los días que preceden o siguen al misterio o advocación de la Virgen o santo al cual está dedicada cada escuela, y verificados los exámenes, se distribuyen premios a las más acreedoras por su aplicación, conducta y asistencia.

A más de estos premios se concede un dote de 125 pesetas a la alumna más antigua perteneciente a la sección de escritura, y se sortea otro entre cada cinco alumnas que lleven por lo menos cuatro años de matrícula.

Los dotes se les entrega cuando toman estado de matrimonio o profesan en algún convento o instituto religioso, y si este fuese el de las hermanas de la Caridad o carmelitas terciarias del Carmen, entonces el dote es de 250 pesetas.

Los gastos de la Asociación en el año 1885 fueron 12.915 pesetas, incluyendo en ellas el material de escuela, premios ordinarios, de primera comunión y dotes satisfechos.

La junta central establecida en Viena para los preparativos de la celebración de las bodas de oro de Su Santidad León XIII ha dirigido un manifiesto a los católicos de Austria, firmado por los individuos de dicha junta, a saber: el conde de Pergen, presidente; conde de Kuefstein, vicepresidente; barón Andrian-Werbourg, F. Aumayer, conde de Bellegarde, conde de Chonovsky, príncipe Czartorysk, conde de Falkenhayn, landgrave de Fuertenberg, barón Max de Gagem, P. Benito Gsell, conde Ledebur-Wichein, príncipe de Liechtenstein, príncipe M. de Lobkovic, príncipe F. de Lobkovic, conde de Nostitz, conde Palffy, canónigo Paulinovic, barón Popiel, barón Reyet, conde de Schoenborn, F. Jchuch, conde Spiegel, Juan Turnher, príncipe Obispo Valusi, Wageler, abate Wilclanet, príncipe Windisch-Prætz y barón de Zesner.

El indicado manifiesto comienza así: «Ha querido la Trinidad de Dios Todopoderoso conceder en estos tiempos a su Santa Iglesia, en la persona de León XIII, un Vicario en la tierra que manifiesta su sabiduría y todos los dones intelectuales para servir de faro luminoso al género humano en las fluctuaciones de la época moderna».

Se ocupa luego el manifiesto en indicar cómo el espíritu revolucionario ha infiltrado hasta en las naciones católicas más antiguas, llevando su influencia perniciosa a los más altos poderes gubernamentales.

Tratando la cuestión del poder temporal del Papa, combate el manifiesto la usurpación revolucionaria, y expresa la intolerable situación actual del Romano Pontífice.

Relata después el documento en que nos ocupamos lo que se ha hecho para celebrar dignamente las bodas de oro del Jefe Supremo de la Iglesia e invita a los católicos austriacos a organizar una gran peregrinación nacional encargada de poner a los pies del Soberano Pontífice las ofrendas de la Monarquía austriaca.

El manifiesto concluye así: «Esperando ese gran día, festejemos y honremos al Padre Santo, renunciando en todos los reinos y pueblos de nuestra Monarquía a los disensiones nacionales y desarrollando los principios verdaderamente conservadores en el terreno común de la Santa Iglesia y acomodándonos a las intenciones del Soberano Pontífice».

Al manifiesto siguen varios documentos relativos a la organización de la peregrinación nacional y de las diputaciones austriacas.

Su Santidad León XIII ha recibido en estos días en audiencia particular a los señores jefes y oficiales de los cuerpos militares, guardia noble, guardia suiza, guardia palatina y de la gendarmería, y al general Kautler a la cabeza de los oficiales del ejército pontificio, que fueron a felicitarle las Pascuas y entrada de año nuevo, protestando de su veneración, de su fidelidad y de su obediencia incondicional a la Santa Sede, haciendo otro tanto el reverendísimo maestro de los religiosos dominicos P. José Larroca, que presentó además al Papa los Sres. Provinciales de su Orden, reunidos actualmente en Roma con motivo del Jubileo sacerdotal.

Y por último, cumplimentaron al venerable Vicario de Jesucristo los ministros plenipotenciarios y enviados extraordinarios cerca de la Santa Sede.

BANCO DE ESPAÑA

Los interesados que tengan en depósito en este Banco los valores que se expresan a continuación pueden presentarse en las oficinas del mismo desde el miércoles 12 del corriente, de once de la mañana a tres de la tarde, a percibir los intereses vencidos en 1.º del actual:

Billetes hipotecarios del Tesoro de la isla de Cuba.

Carpas hipotecarias del Idem de la id. id. Inscripciones de la Deuda municipal de Sisas. Acciones de Obras públicas.

Idem del ferrocarril de Madrid a Zaragoza y Alicante.

Idem del id. del Norte de España. Obligaciones del Tesoro sobre la renta de Aduanas de la isla de Cuba.

Idem del empréstito de la villa de Madrid (emisión de 1868).

Idem hipotecarias de la Sociedad de Altos Hornos y fábricas de hierro y acero de Bilbao.

Idem de la Compañía del tranvía de Estaciones y Mercados.

Idem del ferrocarril de Almansa a Valencia y Tarragona.

Idem del id. de Madrid a Zaragoza y Alicante.

Idem del id. del Norte de España.

Idem de prioridad del ferrocarril de Zaragoza a Pamplona y Alsasua y Zaragoza a Barcelona.

Idem del ferrocarril de Tudela a Bilbao.

Idem del id. de Barcelona a Zaragoza.

Madrid 11 de Enero de 1887. — El Secretario general, Juan de Morales y Serrano.



ÉPOCA 4.^a — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 3.^o — Madrid 25 de Enero de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Six meses.....	30 "
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Six meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Six meses.....	11 fr.
Un año.....	22 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Six meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 "



ERNESTINA MANUEL DE VILLENA,

FUNDADORA DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

SUMARIO.

TEXTO. — *Antevarios*, por M. Ocasio y Bernard. — *La obra de Ernestina Manuel de Villena*. — *Carta de Roma*, por J. M. — *La Grabadura*. — *Juicio sacerdotal de Su Santidad León XIII*. — *El arte religioso*, por M. de A. — *Parábola*, por Jesús Ugarte Barrios. — *La Tavería de Madrid en 1901*, por Fidel Fua. — *El calder del hogar*, por Antonio Montenegro. — *Neurología*. — *Noticias*.

GRABADOS. — *Ernestina Manuel de Villena*, fundadora del Asilo de Huérfanos. — *Maicacilla del cadáver de Ernestina Manuel de Villena*. — *Las talleres del Asilo*. — *Portada interior de la Iglesia del Asilo*.

GRABADOS. — *Ernestino Manuel de Villena, fundador del Asilo de Huérfanos.* — *Maicorillo del cadáver de Ernestino Manuel de Villena.* — *Los talleres del Asilo.* — *Portada interior de la Iglesia del Asilo.*

ANIVERSARIO

Un año va á cumplirse desde el tristísimo día en que el alma candorosa de Ernestina Manuel de Villena voló anticipadamente al cielo, donde habrá recogido el premio de sus virtudes, y el recuerdo de la ilustre dama no se ha borrado un solo instante de cuantos tuvieron la dicha de conocerla y de ser testigos de sus prodigiosos triunfos, realizados en nombre de la caridad. Por el contrario, conforme pasan y se suceden los días, conforme aumenta la vertiginosa marcha del tiempo y se recogen los frutos de la fecunda semilla que Ernestina arrojó á su paso por la tierra, más y más se abrillanta y engrandece su obra, más y mayores son los beneficios de la misma.

La fe cristiana en que se educó y la constancia que los dolores de la vida infundieron en su carácter fueron las poderosas palancas que tuvo Ernestina durante su existencia; con ellas se hizo fuerte; con ellas removió los obstáculos de los indiferentes ó de los incrédulos; con ellas, y aceptando para sí privaciones y sufrimientos, siendo pobre dejó un palacio para los huérfanos desvalidos, siendo modesta alzó un templo al Altísimo, y siendo una débil mujer creó los talleres que han de dar á la sociedad trabajadores honrados y hábiles artífices, quitando acaso al vicio y al crimen los elementos que éstos pudieran haber encontrado en criaturas menesterosas, abandonadas ó huérfanas.

Los niños que hoy alberga el Asilo, y que hace un año llenaban de flores la humilde sepultura de su protectora, la lloran como a una madre y honran su recuerdo acreditando que son dignos del amparo que en ella tuvieron la dicha de encontrar; los que les reemplacen más tarde y logren, con la enseñanza religiosa que les salva, la virtud del trabajo que les redime, sabrán por la tradición de la casa que ésta debió su fundación a una ilustre dama, modelo de perfecciones, y de carácter tan enérgico y emprendedor como era necesario para romper el hielo del indiferentismo de la época en que viviera. Sabrán también que al acudir solicita a casa de los enfermos adquirió la contagiosa dolencia que la privó de la vida, y pronunciarán y enseñarán a pronunciar con cariñoso respeto y digna gratitud el nombre de Ernestina Manuel de Villena. Más adelante, y cuando la actual generación haya desaparecido, y las venideras tomen a su cargo el aquilatar los merecimientos de la misma, cuando se reconozca y proclame por todos lo que fué, intentó y supo conseguir la fundadora del Asilo de Huérfanos, Ernestina logrará tal vez el premio que no pudo soñar en su modestia, cuando con lágrimas en los ojos, y soportando desdenes muchas veces, imploraba la caridad de los ricos para dejar un patrimonio a los pobres.

Veinticinco años consagrados al amor de Dios y al bien del prójimo constituyen la historia gloriosa de la mujer que en 1859 alquilaba por su cuenta una pobrísima casita para dar albergue á un niño huérfano, que después ampliaba con ajenos auxilios su obra caritativa y que pudo morir con la halagüeña esperanza de que muy en breve se hallaría completamente terminado el admirable edificio de la calle de Claudio Coello. Para realizar semejante empeño que, en el orden material, representa algunos millones, Ernestina tuvo la suerte de encontrar poderosos auxiliares en las Señoras de la Asociación, que unieron al suyo sus nobles y levantados esfuerzos; en el ilustre arquitecto

Marqués de Cubas, que dió la traza, dirigió las obras y contribuyó generosamente al pago de proveedores y jornaleros; en el eminente Castro y Serrano, que supo herir las fibras del sentimiento de muchos poderosos con su constante propaganda, convirtiéndoles en protectores del Asilo, y en las dignísimas personas encargadas de dirigir la actividad que se observa en la vida interior del Establecimiento. Todas las voluntades rindiéndose a la inquebrantable voluntad de Ernestina; todos los esfuerzos uniéndose en uno sólo, que había de dar como resultado el triunfo de la caridad juntamente con el de la religión: he aquí el impropio trabajo que hoy aparece plenamente coronado por el éxito.

Al conmemorarse el primer aniversario de la muerte de Ernestina, la Iglesia elevará por ella sus preces en el sagrado recinto debido á sus desvelos; no lejos del mismo, y en una pequeña habitación, consérvase religiosamente todo cuanto constituía lo que ocupó en vida la piadosa mujer, que salía de ella todas las mañanas para buscar elementos y recursos con que realizar su ideal y que al regresar por las noches daba gracias al cielo que la había permitido recabar de la caridad algo de lo que necesitaba para su empresa; y cuando la fúnebre ceremonia haya terminado volverá á escucharse el canto de los niños en las aulas y los ruidos que originan los talleres, en que se rinde culto al honrado y salvador trabajo.

«Vuestra protectora ha subido al cielo para velar desde allí por vosotros,» decía un año ha, con su sencilla elocuencia, el Hermano Director del Asilo a los pobres huérfanos que no sabían apartarse de la caja mortuoria de Ernestina.

Y aquella afirmación no resulta un estéril consuelo, sino una profunda verdad.

La obra de Ernestina Manuel de Villena, continuada por sus sucesoras con tanto entusiasmo como constancia, es ya relativamente fácil; la caridad que dió lo más sabrá dar lo menos, y si alguna vez sintieran las protectoras los naturales desfallecimientos en la flaca naturaleza humana, es seguro que no tardarían en reponerse fijando su espíritu y acomodando su voluntad á lo que habría querido y ejecutado en análogas circunstancias Ernestina Manuel de Villena.

¡Pidamos á Dios por ella... y que ella pida á Dios por nosotros!

M. OSSORIO Y BERNARD

LA OBRA

ERNESTINA MANUEL DE VILLENA

RÉGIMEN INTERIOR.

El magnífico edificio que ocupa el Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús no requiere indudablemente nueva descripción, después de las muchas que de él se han publicado; pero en cambio creemos que alguna mención merecen—para los que lo desconocen—los resultados prácticos de la obra tanto tiempo acariciada y con tanto empeño seguida por la ilustre dama que llevó en el mundo el nombre de Ernestina Manuel de Villena.

La dirección interior del Asilo se halla confiada á los Hermanos de las Escuelas cristianas, Instituto fundado en 1680 por el venerable Juan Bautista de la Salle, Canónigo de Rouen, que murió en olor de santidad el 7 de Abril de 1719 y cuya causa de beatificación está para terminar. Su Santidad Benedicto XIII erigió en congregación religiosa este Instituto, y los Hermanos que pertenecen al mismo, con votos de obediencia, pobreza y castidad, se consagran preferentemente á la enseñanza de la doctrina cristiana y de las primeras letras á los niños pobres, teniendo también á su cargo, en el régimen del Asilo, el cuidado de los enfermos y la ropería de los acocidos.

El Reglamento por que se rige el Asilo especifica la bien entendida distribución de tareas, que principian á las cinco y media de la mañana y terminan á las siete y media de la noche, alternando las prác-

ticas religiosas con la enseñanza y el trabajo manual con el recreo y la expansión de los acogidos. En el Asilo hay sólo un criado, por lo que los niños acogidos, bajo la dirección de los Hermanos, hacen diaria limpieza. Dos Señoras de la Asociación visitan diariamente el local, para enterarse de las necesidades de la fundación y poder acudir a su inmediato remedio, dando cuenta de su visita a la señora Presidente.

Todos los lunes hay exámenes de las materias explicadas durante la semana anterior, y las calificaciones que en ellas se obtienen sirven á los niños para ir formando su hoja de estudios y ocupar en el mes siguiente el número de orden que por su aplicación merezcan. La enseñanza, en su primera división, alcanza á 44 niños de doce á dieciocho años, explicándose en ella Religión, Gramática, Ortografía, Lectura en verso y manuscritos, Aritmética, Geometría, Geografía general, Música, Dibujo y Lengua francesa. La segunda división comprende 46 niños de nueve á doce años, á los cuales se les enseña Doctrina cristiana, Historia Sagrada, Historia de España, Sistema métrico, Elementos de Gramática, Geografía, Lectura, Escritura, Dibujo y Francés. La tercera división comprende 40 niños de seis á nueve años, y las enseñanzas que reciben son de Doctrina cristiana, Lectura, Escritura, Elementos de Gramática, Aritmética elemental, Geografía é Historia Sagrada.

Los niños que concurren á los talleres invierten en ellos siete horas, y tres en las clases, siempre bajo la vigilancia de los Hermanos. La contabilidad se halla á cargo de una de las Señoras de la Asociación, que aplica á beneficio de cada uno de los aprendices la asignación que varía entre 2 pesetas y 50 céntimos semanales y que, ingresada en la Caja de Ahorros, va constituyendo el capitalito que se entrega á los niños al cumplir los dieciocho años, á cuya edad pueden salir del Asilo ó continuar en sus talleres como oficiales. En cada uno de los talleres se lleva un cuaderno que visa diariamente el Hermano Director, y en el cual consta lo ganado por los aprendices y la nota que han merecido por su comportamiento y aplicación, notas que todas las semanas se comunican también al interesado.

En 1884, al inaugurarse el Asilo en el mes de Septiembre había en él 70 niños; hoy asciende a 130 el número de los mismos y 40 plazas son gratuitas. El principal cuidado de las Señoras de la Asociación y de los Hermanos encargados de la gerencia del Asilo es formar buenos cristianos y hábiles operarios, y los resultados, ya conseguidos, confirman tan levantados propósitos.

LA IMPRENTA

En el mes de Agosto de 1881 la Asociación de Señoras estableció una pequeña imprenta en el local de la calle de Atocha, ocupado á la sazón por el Asilo; pero en sus tres primeros años sólo contaba con dos máquinas, y tan escaso número de cajas, que sólo podía imprimir algún libro de cortas dimensiones. La ilustre fundadora acariciaba la idea de ensanchar aquel taller, convirtiéndole en uno de los primeros de su índole, y capaz de realizar todo género de trabajos; y aunque luchando siempre con la falta de recursos, buscó un inteligente tipógrafo que secundase su pensamiento, y á principios de 1885 se habilitaron algunas de las habitaciones del nuevo edificio de la calle de Claudio Coello, y bajo la dirección del actual Regente don Manuel Salamanqués, se montó una gran imprenta con cinco máquinas, y un motor de gas de fuerza de cuatro caballos para moverlas, elegantes y variados tipos alemanes y caracteres griegos y hebreos de los más modernos. Al terminar el mencionado año de 1885, era ya tanto el trabajo que pesaba sobre la imprenta y encuadernación, que se hizo preciso separar ambos talleres, poniendo al frente del segundo á un maestro entendido y laborioso.

Todo el material y la maquinaria de la imprenta fueron adquiridos á crédito; pero, á pesar del escaso tiempo transcurrido, hoy se hallan casi completamente pagados con los productos de la misma, y puede competir por sus trabajos con las más acreditadas de Madrid. En sus cajas se compone, y de sus máquinas procede, entre otros trabajos, LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, pudiendo ostentar con orgullo la medalla de primera clase que le fué concedida en 1885 por el Jurado de la Exposición, iniciada por la Sociedad de Escritores y Artistas.

Reciben su instrucción en este taller veinte niños, escogidos de entre los más aplicados de las clases, y que muestran inclinaciones al noble arte de la imprenta. Varios son ya los que toman parte en sus trabajos como oficiales, y otros los que, procediendo de ella, trabajan en diferentes talleres de Madrid. En la actualidad existen en la imprenta del

Asilo cuarenta operarios de fuera de la casa, prueba evidente del gran desarrollo adquirido por la misma, respondiendo a las previsiones y a las esperanzas de la fundadora del Asilo, y a los nobles esfuerzos que acaso necesitó emplear para llevar al ánimo de los incrédulos la profunda fe que la impulsaba en todos los actos de su vida.

LA ENCUADERNACIÓN

En Octubre de 1884, deseosa la Presidenta de la Asociación de organizar el antiguo taller de encuadernación — dedicado hasta entonces a trabajos de escasa entidad, — en forma tal, que estuviera al nivel de los primeros, comisionó al efecto al entendido maestro D. Angel Pajares y Calderón, y con el concurso de éste se procedió a la adquisición de maquinaria y demás útiles indispensables, que completaron los exigüos elementos con que hasta entonces se había contado. El desarrollo que con esto adquirió el taller fué de tal especie, que pudo comprobarse desde los primeros meses, lográndose una gran economía y una perfección evidente en todos los trabajos. Así se explica la numerosa clientela que acude a él, y que el local que ocupa, desahogadoísimo en un principio, llegue a ser insuficiente en ocasiones por el número de operarios que reclama. La medalla de la Exposición de la Sociedad de Escritores y Artistas fué concedida al taller de encuadernación juntamente con el de la imprenta.

En la actualidad sigue ejecutando toda índole de trabajos, propios del arte, por difíciles que sean: ocupa a trece operarios de fuera de la casa, y doce niños asilados, cuya inteligencia y amor al trabajo les convertirán en plazo no muy lejano en otros tantos obreros aventajados.

LA ZAPATERÍA

Este taller, el más antiguo de los del Asilo, se consagra preferentemente a ejecutar la obra que reclaman los huérfanos que en aquél se hallan acogidos, trabajando también para satisfacer los pedidos del público. Se halla bajo la dirección de un entendido maestro, y cuenta con oficiales y aprendices, de los que varios pertenecen al Asilo.

Las ligeras indicaciones que anteceden bastan para demostrar el éxito de la institución y los resultados de la obra de la fundadora. Ningún homenaje mejor para la memoria de ésta que el consignar, como lo hemos hecho, el estado actual del Asilo donde tantos pobres niños reciben cristiana y provechosa educación, gracias a los incesantes desvelos y a la prodigiosa constancia con que la noble dama supo arrojar la simiente, que hoy empieza a dar sazonados frutos para bien de la religión y de la sociedad.

CARTA DE ROMA

Roma 13 de Enero de 1887.

No acostumbro meterme en cuestiones personales, ni me gusta adelantar noticias sobre cambios, más o menos probables, en el alto personal de la Corte pontificia, porque tengo para mí que Su Santidad no consulta con periodistas los nombramientos que piensa hacer, y de aquí el que muchas veces resulten infundadas las noticias que adelantan los periódicos y hacen suyas ciertos corresponsales, a quienes la novedad parece halagar más que la verdad. Hoy, sin embargo, prescindiendo de mi sistema porque tengo noticias que, por ser muy frescas, no son menos ciertas, y por otra parte no carecen de interés para nuestro país. Con efecto, se anuncia para fines de Febrero o primeros de Marzo un Consistorio en que recibirán la sagrada púrpura los Nuncios apostólicos, y entre ellos el de Madrid, confirmando las probabilidades de que en un plazo más o menos próximo el actual representante del Papa en nuestra España deba suceder, en el desempeño de la Secretaría de Estado, al Cardenal Jacobini, cuyo estado de salud le obligará pronto a dimitir, aunque en la última quincena haya experimentado un notable alivio. Naturalmente, las curiosidades y hasta muy nobles deseos, por si no me engaña el cariño para mi patria, se dirigen ahora a inquirir quién será el sucesor de Mons. Rampolla en la Nunciatura de Madrid, pero aunque no suenen más que dos nombres, y parece muy probable que el nuevo Nuncio ha de venir de Constantinopla o de Baviera, creo también tenga visos de probabilidad la especie que ha empezado a cundir en los círculos vaticanos, indicando que por ahora seguirá en Madrid el mis-

mo representante de la Santa Sede, aunque elevado a la sagrada púrpura. Me afianza en esta opinión la seguridad que se me ha dado de que Su Santidad no quiere que el cambio de Nuncios influya para nada en retardar la definitiva solución de la dichosa cuestión del matrimonio, respecto a la cual he sabido que hay acuerdo en lo sustancial entre la Santa Sede y el Gobierno de España; pero todavía quedan para arreglar pequeños detalles: mientras éstos no se ventilen, y a no ser que el Cardenal Jacobini se vea precisado a anticipar su renuncia, puede considerarse todavía remoto el cambio efectivo en el personal de la Nunciatura de Madrid. Y hasta de cuestiones personales, aunque pueda perdonarse la larga digresión por lo relacionadas que están con nuestra patria, pero no basta ya de asuntos españoles. Parece también que en el próximo Consistorio Su Santidad quiere imponer el capelo cardenalicio al Sr. Arzobispo de Sevilla, que todavía no le tiene, y a este efecto se le ha pasado invitación para que venga a Roma hacia fines de Febrero; se duda, sin embargo, quiera ahora el Cardenal González emprender un viaje tan largo, siendo la estación tan mala y comprendiendo desde luego que más allá, probablemente en Mayo o Junio, habrá otro Consistorio para la análoga ceremonia de imponerse el capelo a los Nuncios que serán creados Cardenales en el Consistorio inminente.

Más segura é inmediata es la vuelta de nuestro embajador Sr. Groizard, cuya larga ausencia ya no dejaba de llamar la atención, y, en concepto de algunos, no era sin perjuicio para los intereses españoles en Roma; pues se pretende que, si Groizard se encontrara aquí, no se hubiera realizado la reciente inversión de los fondos del hospital de Montserrat en atenciones muy distintas de las que se consideran en la fundación de la Iglesia nacional y Hospital español en Roma: excuso añadir que el hecho ha producido muy mala impresión, siendo de tal género que no le justifica ninguna clase de ventajas que puedan sacarse de la creación de la Cámara de Comercio. Hay quien espera que en cuanto regrese el Sr. Groizard pueda destejerse lo mal tejido; pero la experiencia que tengo me hace temer que el abuso a que he aludido pase luego a la categoría de los hechos consumados. No quiero, sin embargo, insistir en lo que sea menos honroso para España, tanto más, cuanto no está en mi mano llevar a la cosa el oportuno remedio, y voy, en cambio, a halagar el amor propio de mis compatriotas con otra noticia que honra mucho a España. Se sabe, en efecto, que el ya mencionado Sr. Groizard será portador de un rico regalo de S. M. la Reina Regente a Su Santidad el Papa León XIII; es muy probable que en Madrid se tengan más detalles que aquí sobre el particular, pues aquí la noticia ha cundido bajo la forma vaga é indeterminada que siempre tiene esa clase de anuncios; pero la colonia española, al enterarse de ella, no ha disimulado su especial satisfacción y agrado, porque en el año anterior ya había lamentado que España no siguiera el ejemplo del Emperador de Alemania en ofrecer a Su Santidad un valioso recuerdo de su angusta mediación en la cuestión de las islas Carolinas, y ahora, francamente, nos humillaba demasiado el anuncio de que el Patriarca de los armenios católicos, monseñor Azarian, llegaría uno de estos días a Roma, en cargo de presentar al Papa un precioso anillo que le envía el sultán de Turquía: la España católica no podía quedarse atrás de luteranos y musulmanes. Y para concluir con noticias relacionadas con las que preceden, diré que ya se está tocando el movimiento que produce en el mundo católico la proximidad del Jubileo sacerdotal de Su Santidad, pues empiezan a llegar los dones y los objetos destinados a la exposición artística que ha de colocarse en el patio *della Pigna* en el Vaticano. Aprovechando cuantiosas ofrendas que se le han adelantado con el indicado motivo de sus Bodas de oro, el Padre Santo acaba de destinar cien mil duros como recurso extraordinario para las Misiones; así declara anticipadamente Su Santidad el uso que se propone hacer de las dádivas y regalos que le envíen los católicos.

J. M.

LOS GRABADOS

RETRATO DE ERNESTINA MANUEL DE VILLENA.
MASCARILLA DE LA MISMA.

Ernestina Manuel de Villena, según consigna en uno de sus artículos el ilustre escritor D. José de Castro y Serrano, no se retrató nunca; tuvo horror instintivo a que su rostro se fijase en placas ó lienzos, y cuando la instaban a que se dejase retratar, preguntaba sencillamente: —¿Y para qué?

Sin embargo, durante unos ejercicios piadosos que practicó en el colegio de las Ursulinas, las monjas, utilizando la oportunidad de hallarse allí un fotógrafo para retratar a las educandas, alcanzaron por sorpresa fijar en la placa el rostro de la piadosa dama, y de aquel único ejemplar procede el grabado que reproducimos en nuestra página 25.

Queda además en el Asilo fundado por la misma la mascarilla de su rostro, admirablemente sacada pocas horas después de ocurrir su fallecimiento, y de ésta se ha obtenido por el sistema del fotografiado la reproducción que damos en la página 31 de este número.

PORTADA INTERIOR DE LA IGLESIA DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

Completamos hoy la serie de vistas del Asilo que hemos publicado en anteriores números con la de la hermosa entrada del templo, dirigida, como todo el edificio, por el ilustre arquitecto Marqués de Cubas.

TALLERES DEL ASILO.

Una rápida impresión del dibujante y un grabado hecho en poquísimas horas no pueden dar idea completa de la importancia que han adquirido los talleres del Asilo de Huérfanos. Sin renunciar por eso a publicar láminas más detalladas é importantes de los talleres, damos hoy el ligero apunte del artista, por coincidir con la publicación de uno de los artículos de este número.

JUBILEO SACERDOTAL

DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

La Junta diocesana de Valencia, encargada de promover los trabajos preparatorios para la celebración del mismo, ha publicado el siguiente importante documento:

Desde que se anunció el Jubileo Sacerdotal de Nuestro Smo. Padre León XIII, que se ha de celebrar en el presente año 1887, no han cesado en sus preparativos los hijos del Catolicismo, para solemnizar con entusiastas demostraciones de filial amor tan grandioso acontecimiento, siendo notable que en todas las Diócesis de nuestra Católica España se ha trabajado y se trabaja en estos momentos con la celosa actividad que la fe inspira y con el ardoroso entusiasmo que la caridad enciende y fomenta. Es indescriptible la explosión del sentimiento católico que con tan plausible motivo ha estallado en ambos mundos, fraternizando los fieles en unidad de pensamiento y acción para cooperar al éxito más brillante y satisfactorio de tan santa empresa. Al mismo fin conspiran en todas partes los piadosos esfuerzos é ingeniosas disposiciones del pueblo fiel, hasta el punto de poder asegurar que no domina en las cabezas más que una idea, no se levanta de los corazones más que una aspiración y no sale de los labios más que una palabra, palabra de amor y veneración a la Sagrada y siempre Augusta Persona del Supremo Pastor de la Iglesia. Esta palabra ha resonado también en nuestro Arzobispado; y sus ecos repetidos de pueblo en pueblo y prolongados en todas direcciones han levantado el espíritu religioso con las más respetuosas simpatías en favor de nuestro atribulado Pontífice. Efecto de semejantes impresiones ha sido el deseo unánime y general de ofrecer un solemne testimonio de piedad filial a Nuestro Smo. Padre León XIII, para dar mayor realce y esplendor al quincuagésimo aniversario de su Consagración Sacerdotal, conocido con la poética frase de *Bodas de oro*.

Nuestro Emmo. Prelado ha dirigido su autorizada palabra al pueblo confiado a su dirección paternal; y la Junta diocesana, constituida por S. Emma. Rma. é investida de todas las facultades necesarias para preparar los trabajos en este Arzobispado, se considera en el caso de dirigirse a todos los artistas é industriales que, con los trabajos de su respectiva profesión, puedan tomar parte en la Exposición que se ha de celebrar con motivo de las *Bodas de oro* en los salones del Vaticano. Al hacer esta invitación, siéntese la Junta diocesana animada de las más lisonjeras esperanzas; y firmemente resuelta y decidida a obviar todos los inconvenientes y allanar todas las dificultades que puedan impedir la completa satisfacción de sus deseos, no perdonará medio alguno, hasta conseguir que la Archidiócesis de Valencia esté dignamente representada en la Exposición Vaticana, para alivio y consuelo de nuestro sufrido y bondadoso Pontífice, para bien de las Iglesias necesitadas y para socorro de las misiones. Atendida la piedad característica del pueblo valenciano y considerada su firme y leal adhesión a la Santa Sede, no podemos dudar de que a nuestro llamamiento responderán todos los que se precian

de católicos y se honran de ser hijos dóciles y sumisos del Padre Común de los fieles, para contribuir con sus ofrendas a la realización de los altos y caritativos fines que la Comisión promotora de esta solemnidad se ha propuesto.

* Vasto es el campo que se ofrece al genio, al talento y a la proverbial actividad del pueblo valenciano, para que pueda exhibir y dar a conocer desde el centro del mundo católico las creaciones de su inspiración, los trabajos de su inteligencia y los productos de su laboriosidad en todo lo relativo al culto y servicio de las Iglesias, como se puede observar por la simple inspección del Reglamento. Las bellas artes, la literatura, los oficios mecánicos, la industria en sus múltiples y variadas aplicaciones y hasta la agricultura con su industria rural, pueden ocupar honrosamente su puesto en la Exposición Vaticana y distinguirse con lauro entre las instalaciones de otros países. Por su carácter y objeto debe ser la Exposición Vaticana la manifestación de nuestro amor a la Santa Sede y el reflejo de la alegre satisfacción con que celebramos el Jubileo Sacro de nuestro gran Pontífice León XIII, digno Sucesor de San Pedro. Todos por lo mismo debemos trabajar, para que tan augusta solemnidad sea la expresión más significativa de nuestra fe y el testimonio más elocuente de nuestros piadosos sentimientos. Al efecto, la Junta diocesana no puede prescindir de la cooperación siempre eficaz que los Institutos religiosos de uno y otro sexo consagrados a la educación y enseñanza pueden prestar en su esfera de acción, según su objeto característico, lo mismo que los Colegios particulares, Asilos, Centros instructivos, Asociaciones de católicos y otras Corporaciones análogas, ofreciendo para la Exposición Vaticana los trabajos de que puedan disponer, como una demostración de cordial afecto al Vicario de Jesucristo.

* Es indudable que hay en la sociedad muchos fieles católicos que, a pesar de sus buenos deseos, no podrán por su posición o destino ofrecer directamente productos de fabricación o labores de manos; pero tampoco se puede negar que encontrarán dichos fieles en los fecundos recursos de la caridad mil y mil medios para coadyuvar al mismo fin, suministrando las primeras materias a las pobres monjas y otros operarios católicos que, pudiendo cooperar con su trabajo manual, no tengan recursos para adquirir telas y otros elementos de elaboración. A ricos y pobres, pues, nos dirigimos, para que, considerando las tristes y deplorables condiciones en que se encuentra el Padre Común de nuestras almas y Jefe Supremo de la familia católica, se dignen todos asociarse, según su buena voluntad, al hermoso y bendito proyecto de la Exposición Vaticana aprobado y bendecido por Su Santidad. Así resultará que, identificados en unidad de miras y santa concordia de sentimientos el pobre y el rico, ofreceremos todos el maravilloso y edificante fenómeno que solamente el espíritu religioso puede producir, haciendo de los hijos del Padre Celestial una familia que en la tierra no reconoce más que al Vicario de Jesucristo por Supremo Pastor y Padre espiritual de las conciencias; y tendremos representado en la Exposición Vaticana sin marcada distinción, cual corresponde a la fraternal igualdad de hijos de un mismo Padre, el espléndido homenaje del rico propietario y del opulento capitalista en unión con el modesto trabajo del hábil obrero y las primorosas labores de la mujer inteligente e industriosa, como se vieron confundidos un día en la gruta de Belén a los pies del Divino Niño los pobres dones de humildes y candorosos pastores con los tesoros del Oriente ofrecidos por los Santos Reyes.

* El Señor, que en su día recompensará hasta una gota de agua ofrecida al pobre por su amor, no dejará sin premio aun en la tierra el caritativo sacrificio que esperamos de los fieles católicos, a quienes nos dirigimos; porque destinadas nuestras ofrendas para remediar las necesidades de las iglesias pobres y para socorrer a los misioneros evangélicos, nuestros esfuerzos y trabajos recibirán en justa correspondencia la dádiva más rica y preciosa que de los hombres se puede esperar con la bendición santa de nuestro amadísimo Padre. Favorecidos y honrados con tan señalada distinción, podremos contemplar con justa admiración gloriosamente coronados nuestros propósitos; y los expositores, en especial, podrán estar santamente ennoblecidos de haber aportado su grano de arena para el memorable monumento de la Exposición Vaticana.

* Entre tanto, para que los interesados puedan conocer toda la aptitud e importancia de la Exposición, y para que, teniendo a la vista desde luego la agrupación general de los objetos que en ella se han de exhibir, puedan preparar con anticipación los trabajos que deseen exponer, vamos a transcribir el Reglamento que al efecto tiene publicado la Co-

misión internacional de Bolonia. — *José Gomar*, Presidente de la Comisión. — *Barón de Santa Bárbara*, Secretario.*

Numerosísima y distinguida fué la concurrencia que en la tarde del día 12 asistió al palacio episcopal de Barcelona, convocada por el Excmo. é Ilmo. Señor Obispo de la diócesis con objeto de acordar la forma como podrán contribuir los diocesanos del Obispado a la celebración de las Bodas de oro de nuestro Santísimo Padre León XIII. La idea de la convocatoria respondía de manera tan íntima a los sentimientos entusiastas de los católicos hacia el venerable Pontífice que sabiamente ocupa la Silla de San Pedro, que bien puede decirse que fueron contados los invitados por S. E. Ilma. que dejaron de asistir a la reunión.

El Prelado manifestó en sentidas frases a los concurrentes la necesidad de que la Diócesis de Barcelona tomase activa parte en el justo homenaje que de todas las partes del globo trata de tributarse al Papa León XIII con motivo de aproximarse el glorioso aniversario de su elevación al presbiterado. S. E. Ilma. refirió luego los trabajos realizados anteriormente para la organización de tan piadosa obra, encomendada primero a un señor Cura párroco y en la que se había ocupado con especial solicitud uno de los que formaron la primera Junta, Señor D. José de Palau y de Huguet, quien había declinado la dirección en vista de la magnitud de la empresa para que ésta revistiera mayor amplitud, quedando encargado de la misma por orden de S. E. Ilma. el señor Vicario general y trabajando con asiduidad la Asociación de Católicos, que había pedido el concurso de otras sociedades de propaganda católica.

Alentó S. E. Ilma. a los que asistían a la reunión y asimismo a las personas que posteriormente se agreguen a las diferentes secciones en que convenia dividir los trabajos, a que cooperasen con calor al éxito del homenaje que la Diócesis de Barcelona trata de tributar al Padre de la Cristiandad; expresando S. E. Ilma. la imposibilidad en que se había hallado de no incurrir en omisión de personas muy indicadas por sus dotes para formar parte de la Junta, siendo preciso que no fuese muy crecido su número para no dificultar los primeros trabajos de organización. El Ilmo. Dr. Catalá manifestó luego que además de los medios generales a todas las Diócesis para festejar sucesos tan faustos para el orbe católico, como eran, primero, la liga de oraciones; segundo, la Exposición universal en Roma de objetos para el culto; tercero, un óbolo para el Padre Santo a fin de asociarnos todos los católicos a la Misa que en dicho aniversario celebrará Su Santidad para los católicos todos; cuarto, la organización de una peregrinación diocesana a Roma; quinto, la celebración de un certamen literario para conmemorar fecha tan memorable, y sexta, la presentación de un álbum monumental al Soberano Pontífice, creía que la diócesis de Barcelona debía distinguirse por otro donativo especial, como verificarán otras Diócesis. Y al efecto indicó S. E. Ilma. que sería un testimonio de los sentimientos que animan a los católicos barceloneses el ofrecer a Su Santidad un rico trono para significar el vivo deseo de los católicos barceloneses de que Su Santidad extienda su reinado, no sólo a los corazones, sino a la sociedad. Sobre este último punto no se tomó acuerdo.

Las comisiones de Señoras aplicarán su actividad a unas u otras secciones, según lo reclamen las circunstancias.

El Sr. Presidente de la Asociación de Católicos dió las gracias en nombre de las Sociedades de Propaganda católica allí convocadas por la distinción con que las había honrado el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo, haciéndolas partícipes de tan laudable obra, y varios individuos del clero y particulares, así caballeros como señoras, manifestaron su voluntad decidida de cooperar todos en la medida de sus fuerzas al feliz éxito de las Bodas de oro del Pontífice.

Por indicación del Prelado, el Presidente de la Asociación de Católicos, señor D. Bartolomé Feliu, con grande claridad y acierto desarrolló el plan trazado para que fuesen eficaces los trabajos, y luego leyó los nombres de las personas que el Prelado proponía para componer las diferentes secciones, quedando constituida la Junta en la siguiente forma:

Presidente general, el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis. — Delegado de S. E. I. el M. I. señor Dr. D. Francisco de Pol, Vicario general de la Diócesis; tesorero general, Sr. D. Delfín Artós, presidente de las Conferencias de San Vicente de Paúl; vicesecretario, Sr. D. Oscar Pascual, Director del Banco de Barcelona; secretario general 1.º, Sr. Dr. Don

Antonio Pon y Ordinas, catedrático de la Universidad; secretario general 2.º, Sr. D. Joaquín de Font, propietario.

1.ª Comisión. — Liga de oraciones: Presidente honorario, M. I. Sr. Dr. D. Andrés Posa, canónigo Lectoral; vicepresidente 1.º, Rdo. Sr. D. Juan Masferrer, Cura párroco de Belén; idem 2.º, Rdo. Don Juan Torras, Cura párroco de Santa María del Mar; tesorero, Rdo. Sr. Dr. D. José Ildefonso Gatell, Cura párroco de Santa Ana; secretario, Rdo. Sr. Don Ramon Valls, Cura párroco de la Merced.

2.ª Comisión. — Exposición: Presidente honorario, M. I. Sr. Dr. D. José Casas, canónigo; vicepresidente 1.º, D. Juan Manuel Fors y Oliver, presidente del Fomento Católico; vicepresidente 2.º, D. Delfín Artós, presidente de las Conferencias; tesorero, Don Leandro de Mella y Ascanio; secretario 1.º, Don Aristides de Artífano; secretario 2.º, D. Eusebio Fina.

3.ª Comisión. — Del óbolo para la Misa jubilar: Presidente honorario, M. I. Sr. Dr. D. Ignacio Palá y Martí, dignidad de Arcediano; vicepresidente 1.º, D. Ramon de Valls y de Barnola, presidente de la Pía unión de San Miguel; vicepresidente 2.º, señor marqués de Dou; vicepresidente 3.º, señor marqués de Casa Brusi; tesorero, D. Francisco de P. Bruguera, hacendado; secretario, D. Ricardo Falp y Matas, abogado.

4.ª Comisión. — Peregrinación: Presidente honorario, M. I. Sr. Dr. D. Ricardo Cortés, canónigo Penitenciario; vicepresidente, Excmo. Sr. Duque de Solferino, presidente de la Juventud Católica; tesorero, D. Eduardo Reventós; secretario 1.º, D. Sebastián Trullol y Plana, abogado; secretario 2.º, D. Antonio de Palau y de Huguet, abogado.

5.ª Comisión. — Certamen y álbum: Presidente honorario, M. I. Sr. D. Celestino Ribera, canónigo; vicepresidente 1.º, Sr. D. Mariano Fortuny, presidente del Centro Moral Instructivo de Gracia; vicepresidente 2.º, Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Presbítero; vicepresidente 3.º, Rdo. P. D. Ramón Buldó; tesorero, D. Ignacio Ramón Miró; secretario, D. Juan de Dios Trías y Giró, catedrático de la Universidad.

6.ª Comisión. — Regalo particular de un objeto suntuoso: Presidente honorario, M. I. Sr. Dr. D. Juan Bautista Alá, canónigo; vicepresidente 1.º, Sr. Doctor D. Bartolomé Feliu y Pérez, presidente de la Asociación de Católicos; vicepresidente 2.º, Sr. D. Oscar Pascual, director del Banco de Barcelona; tesorero, señor marqués de Casa Brusi; secretario 1.º, D. Joaquín de Font, propietario; secretario 2.º, D. Tomás de A. Boada.

Comisión de señoras. — Presidente honorario, Muy Ilustre Sr. Dr. D. Buenaventura Ribas, canónigo; vicepresidentas, Excmo. Sra. D.ª Dorotea Chopeita, viuda de Serra; Excmo. Sra. duquesa de Solferino, D.ª Avelina Gibert de Busanya; D.ª Dolores Lluch de Sojo; tesoreras, D.ª Mercedes Llopart de Sivatte; D.ª Enriqueta Font de Alemany; D.ª Inés Candi, viuda de Carreras; secretarias, D.ª Mercedes Mons de Bobadilla; D.ª María de Freyre de Pians; D.ª Catalina Cascante.

Todos los señores que componen las Comisiones expresadas son Vocales al mismo tiempo de la Junta general diocesana.

El Boletín oficial eclesiástico de Barcelona publica la reseña de la ceremonia precedente y las listas de las comisiones con las solas variantes que siguen:

Vicepresidente 3.º de la comisión segunda, ó de Exposición, D. Luis María de Llauder; vicepresidente 2.º de la comisión cuarta ó de peregrinación, señor Marqués de Camps, y vicepresidente 3.º, señor D. Joaquín María Tintoré; vicepresidente 3.º de la comisión sexta ó de regalo diocesano, Sr. Marqués de Alfarrás.

En la comisión de señoras han sido designadas para una vicepresidencia la Sra. Condesa de Sclart y Doña Alejandrina Escribá para secretaria tercera.

Han sido nombrados vocales de la comisión primera, ó de Liga de oraciones, los Sres. Rdo. Dr. don Manuel Terrades, Cura párroco de San Jaime; Reverendo D. Eduardo María Vilarrasa, Cura párroco de la Concepción; Rdo. Dr. D. José Juliá, Cura párroco de Nuestra Señora de los Angeles.

De la comisión segunda, ó de Exposición, los señores D. Bernardino Martorell, D. Trinidad de Fontcuberta, D. Policarpo Pascual, D. Alvaro María Camín, D. Jerónimo Borda, D. Francisco Badía, don Tomás de A. Boada, D. José Artigas, D. Francisco Cabot.

De la comisión tercera, ó de Misa jubilar, los señores Marqués de Palmerola, Marqués de Santa Isabel, D. Narciso María Pascual, D. Pedro Martí Palmerola, Dr. D. Cayetano de Mayolas, D. Joaquín Castell de Pons, D. José Suñol, D. Andrés Bosch, D. José María de Sarriera, D. Manuel Llopis, don Antonio Freixa, D. Fernando de Segarra, D. Rafael Casademunt.

De la comisión cuarta, ó de la Peregrinación diocesana, los Sres. Rdo. D. Pedro Blasi, Presbítero; D. Manuel María Pascual, D. Ignacio Rivas y Servet, D. Francisco Muns, D. José Casas y Amigó, don Manuel de Dalmases, D. Manuel Maciá.

De la comisión quinta, ó sea del certamen y Album, los señores Ilustre Sr. Dr. D. Ricardo Cortés, canónigo penitenciario; Rdo. D. Jacinto Verdagué; Rdo. Dr. D. Santiago Quintana, catedrático del Seminario; Rdo. Dr. D. Cayetano Barraquer, catedrático del Seminario; Rdo. Dr. D. Jaime Cararach é Iborra, catedrático del Seminario; Dr. D. Antonio José Pou y Ordinas, catedrático de la Universidad; D. J. Ramón de Rofarull, abogado; D. Jaime Nogués y Tauler, abogado; D. Cayetano Pareja; don Antonio de Sagarra.

De la comisión sexta para el Regalo diocesano, los Sres. D. José O. Dodero, D. Erasmo de Janer, Sr. Barón de Vilagayá, D. Manuel Menéndez, doctor D. Fructuoso Plans, catedrático de la Universidad; D. Antonio Biada, D. Luis M. de Llauder, D. Ramón Nogués, Sr. Barón de Albi, D. Francisco Valón Fernández de Córdoba, D. Antonio Goitiso, D. Carlos de Fontcuberta, D. Plácido Aguiló, don Melchor Alemany, D. Juan C. de Dalmases, D. José María Nadal, D. Tomás de Ballester, D. José Badía y Capdevila, D. Juan Domingo Sanllehy, D. Luis Cortés, doctor en medicina.

Todos los individuos que componen las comisiones expresadas son vocales al propio tiempo de la Junta general diocesana.

De la comisión de señoras han sido nombradas vocales: la Sra. Marquesa de Castellvell, Sra. Baronesa de Maldá, Doña Adelina Gibert de Busanya, Doña Dolores Llopert de Muns, Doña Joaquina Martí, viuda de Pascual, Doña Juana Llamas de Nieto, Doña Josefa Morán de Feliu, Doña Bonifacia de Froyre de Mayolas, Doña Gabriela Acuña, viuda de Arrieta, Doña Soledad Soler de Soler, Doña Carmen Navarro de Biada, Doña Elvira Gibert de Pi, Doña Emilia Carles, viuda de Tolrá, Doña Bárbara de Fors y Casca, Doña Dolores Serra de Pons, Doña Dolores Blanch de Fortuny, Doña Concha de Valls, Doña Teresa Roselló, viuda de Gata, Doña Feliciano Güell de Vidal, Sra. Marquesa de Alós, Sra. Marquesa del Valle de Ribas, Doña Rosa Font de Boet, Doña Javiere de Castellarnau de Siscart, Sra. Condesa de Figuerola, Doña Balbina Oliveras de Arnús, Doña Josefina Gayón de Arnús, Sra. Marquesa de Puerto Nuevo, Doña Rosa Amar de Alier, Doña Concepción Mas de Dio, Doña Josefa Casades de Llopert, Doña Emilia y Doña Elvira Llagostera, Doña Antonia Bertrán de Pons, Doña Francisca Mantadas de Escudé, Doña Manuela Manéja de Sert, Doña Joaquina Fiet de Vila, Doña Ignacia Homs de Estruch, Doña Bernarda Sacanella, Doña Amalia Novell de Gusiñer, Doña Adela Labrés, viuda de Boada.

En Pamplona el Rdo. Sr. Obispo ha publicado una pastoral, y ya se ha organizado la comisión gestora.

En Tarragona la Marquesa de Montoliú se ha puesto al frente de la Junta de damas, encargada de promover la concurrencia de objetos religiosos de arte, y que ha acordado regalar á Su Santidad, como donativo particular, un hermoso cáliz y un magnífico copón, sin perjuicio de lo que pueda adquirir con los donativos de las personas piadosas.

Además, la comisión diocesana de Tortosa regalará con el propio objeto doce docenas de cada uno de los ornamentos que sirven para la misa.

También en Córdoba se ha celebrado en el palacio episcopal una reunión con el mismo objeto, á cuyo efecto se nombró una Junta compuesta de respetables personas de la localidad, de la cual forma parte como vocal el Sr. D. Rafael García Llovera, ilustrado director del *Diario de Córdoba*.

La Comisión Malagueña promotora de la participación que la diócesis ha de tomar en las Bodas de oro de Su Santidad se halla compuesta en la forma que sigue:

Presidente: El Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo.
Vicepresidentes: Sr. D. Jerónimo Álvarez Troya y Sr. D. Manuel Casado.
Tesorero: Sr. D. Tomás Heredia.
Secretario: Sr. D. Juan María Álvarez Troya.
Vicesecretario: Sr. D. Constantino Grund.
Subcomisioner. De literatura y artes. — R. Padre D. Juan Bautista Monga. — Señor Marqués de la Pániega. — Sr. D. Ramón Ibáñez.

Para procurar ornamentos y vasos sagrados que ofrecer á León XIII para las misiones. — R. P. Don Pedro Cenzano. — D. Federico González, Presbítero. — D. Leopoldo Heredia. — D. Fermín Alarcón.
De propaganda. — D. Antonio Calvente Salazar. — D. Manuel Ordóñez Marra. — D. Francisco de A. Vegas.

He aquí la exhortación pastoral del venerable Obispo de Zamora á sus diocesanos acerca del próximo Jubileo sacerdotal:

Amados cooperadores é hijos nuestros: Hemos entrado ya en el quincuagésimo aniversario de la primera misa que celebró el gran Pontífice nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII. Acontecimiento venturoso, que llena de consuelo y legítima alegría á los fieles de todo el orbe católico, y presagio de un futuro y muy glorioso porvenir para la Iglesia. Damos gracias al Omnipotente, porque á pesar de las amarguras y aflicciones que sufre su predilecto Vicario en la tierra, le permite solemnizar sus Bodas de Oro, y á nosotros nos concede la satisfacción de tomar parte en ellas.

Gran les preparativos hace todo el universo con motivo de tan fausto suceso que á la vez que demuestran la virilidad de la fe que reina en el mundo y el gran amor y afecto que León XIII se ha conquistado, es una viva y constante protesta contra los sacrilegos usurpadores de sus Estados. Admirable triunfo que sonroja á sus verdugos, porque esperando oprimirle con dolores, insultos y cadenas, sin quererlo le están enalteciendo con laureles. Felices, decía San Agustín, hablando de las cadenas de San Pedro, que de esposas y ligaduras se han cambiado en espléndida corona de gloria.

Hoy más que nunca, las naciones católicas se encuentran comprometidas á protestar en tan memorable ocasión con toda la energía posible contra la opresión de los tiranos detentadores del patrimonio de San Pedro; clamando por que se acelere la hora de la libertad reclamada por millones de católicos. Sensible sería que mientras Gobiernos protestantes gestionan y se agitan para que se devuelvan al legítimo monarca de Roma sus derechos imprescriptibles é independencia necesaria para el ejercicio de su divina y sublime misión, los pueblos cristianos permaneciesen en lamentable indiferencia, presenciando impasibles las aflicciones y afrontas de nuestro común Padre. Los dolores de la cabeza, dice San Bernardo, son igualmente dolores de los miembros, y necesario es, por lo tanto, el remedio de aquellos para bien y tranquilidad de todo el cuerpo moral.

Se ha hablado tantas veces en los tiempos que corremos del derecho nuevo adquirido por los plebiscitos; y por cierto que si el Supremo Jefe de la Iglesia no tuviese otros títulos imprescriptibles, inalienables á la posesión de la capital del mundo católico y patrimonio de San Pedro, sancionados por los siglos y por todos los derechos, éste solo sería bastante para reivindicarle en sus dominios. ¡Ah! Si apeláramos á este medio, parecería demostrada la insignificante minoría de los usurpadores y sus cómplices, formando vergonzoso antítesis con el número, calidad, clase y respetabilidad de la inmensa mayoría que los execra, maldice y aborrece.

No es Roma la ciudad de un Estado ó de una nación más ó menos importante: es la capital del mundo católico, consagrada con la sangre del Príncipe de los Apóstoles y de otros millares de héroes de la Religión. Si la perfidia, la deslealtad, el perjurio y la traición la han entregado indignamente á sus actuales dominadores, el honor de los católicos no debe consentir tal depredación ni tampoco que desaparezcan obras monumentales, salvadas de segura ruina por la acción benéfica y protectora de los Papas, ni tampoco que templos de gran devoción para el pueblo romano se conviertan en informes escombros y ruinas para satisfacer el brutal, salvaje y diabólico instinto de los nuevos Atilas.

Acudamos todos, amados hermanos é hijos, á consolar, aliviando las penalidades que por hijos ingratos y desnaturalizados sufre nuestro amantísimo Padre; escuchad con detenimiento é interés el documento notable que el Episcopado español, primero que ninguna otra nación, le ha dirigido como protesta á los insultos, vejámenes y atropellos que sufre por un vil y despreciable populacho, con asentimiento, al menos, de autoridades que nada han hecho para impedirlo.

Toda la España católica y monárquica se asocia á los deseos y nobles protestas del venerable Prelado, lo mismo cuando habla del hermoso Jubileo que cuando protesta contra las iniquidades de que el Papa es víctima hace ya cerca de veinte años. Porque en la España monárquica, gracias á Dios,

todavía la voz de los maestros instituidos por Jesucristo, salvo en algunos pechos rebeldes, es reverenciada y seguida, no sólo por deber, sino además por amor.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

Don José Bru y Aluñana, natural de Valencia. En la Exposición nacional de 1878 presentó un cuadro que figuraba la *Magdalena*.

D. ANTONIO BRUGADA, pintor de marinas, natural de Madrid, donde murió en 1863. En la Exposición de 1850 presentó un cuadro que figuraba *Jesús con los Apóstoles contemplando las olas del mar*.

BUADAS Y FRAU (D. AGUSTÍN), nació en Palma de Mallorca en 26 de Marzo de 1804. Entre sus obras conocemos *El Santo Cristo con los ladrones y las Marías* (copia de Rafael de Urbino); *La disputa de Jesús con los doctores*; *Los azotes*; *La coronación de espinas*, y un *San Bruno* (de Juncosa).

D. RAMÓN BUCH, natural de Vigo, donde ejecutó, siendo muy joven, una *Concepción* (copia de Murillo).

D. N. BUQUET. En la Exposición celebrada en la Coruña en 1878 presentó, entre otros cuadros, *Un Niño Jesús dormido sobre la Cruz*.

D. JOSÉ CABELLERO Y VILLARROEL, nació en Barcarrota (provincia de Badajoz) en 17 de Septiembre de 1842. En la Exposición nacional de Bellas Artes de 1871 presentó, entre otros trabajos, un cuadro representando á *San Pablo*.

D. ANTONIO CABRAL Y BEJARANO, natural de Sevilla. Pintó varios ángeles para el coro de la catedral de Sevilla y parte de la bóveda de la capilla del palacio de San Telmo.

D. MANUEL CABRAL Y AGUADO, natural de Sevilla. Entre las muchísimas obras de su mano, deben citarse por su carácter religioso: *El martirio de los Santos Servando y Germán*; *Procesión de la Cofradía de Monserrat en Sevilla el Viernes Santo*; *Interior de la iglesia de San Vicente en Sevilla*.

D. JOSÉ CAMARÓN Y BORONAT, nació en Segorbe á 17 de Mayo de 1730. Entre sus innumerables obras figuran las siguientes:

Valencia. — Carmen Calzado, *La última Cena*; *Nuestra Señora del Carmen*. — Escuela pla., *Una Virgen*; *San José de Calasanz con unos niños*. — Iglesia parroquial de Santa Catalina, *El martirio de la Santa*. — Capilla de Nuestra Señora del Milagro, *La Asunción de Nuestra Señora*. — Catedral, *El tránsito de San Francisco de Asís*; *La Coronación de espinas del Señor*; *San Agustín*; *Santo Tomás Apóstol*. — En la capilla de la Universidad, *El Beato Gaspar Bono*. — Iglesia parroquial de San Martín, *Las once mil vírgenes* y los frescos de la capilla mayor. — Capilla de la Concepción; todos los cuadros de la misma. — Varios cuadros en la parroquia de San Andrés; los dos lienzos del altar mayor de las religiosas de San Cristóbal. — Museo provincial; *La Virgen de los Desamparados*; *Muerte de San Francisco Javier*; *Degollación de San Juan Bautista*; *El Beato Lorenzo de Brindis*; *San Agustín*; *San José*; *San Ignacio en letargia*; *Nuestra Señora del Temple*; *San Jorge de Alfama*.

Cartuja de Portaceli: todos los cuadros de la cornisa para abajo de la iglesia, que representan: los de la parte del Evangelio, varios pasajes de la vida de Nuestra Señora, y los de la Epístola la vida de San Juan Bautista; en el testero de la misma iglesia hay, entre otros cuadros sayos, el principal que representa *La Virgen protegiendo á las monjas*, y en el transepto un cuadro de la *Concepción* y otro de *San José*. En la iglesia parroquial de Benicàssim son de su mano todos los cuadros y los ángeles de la capilla, al fresco.

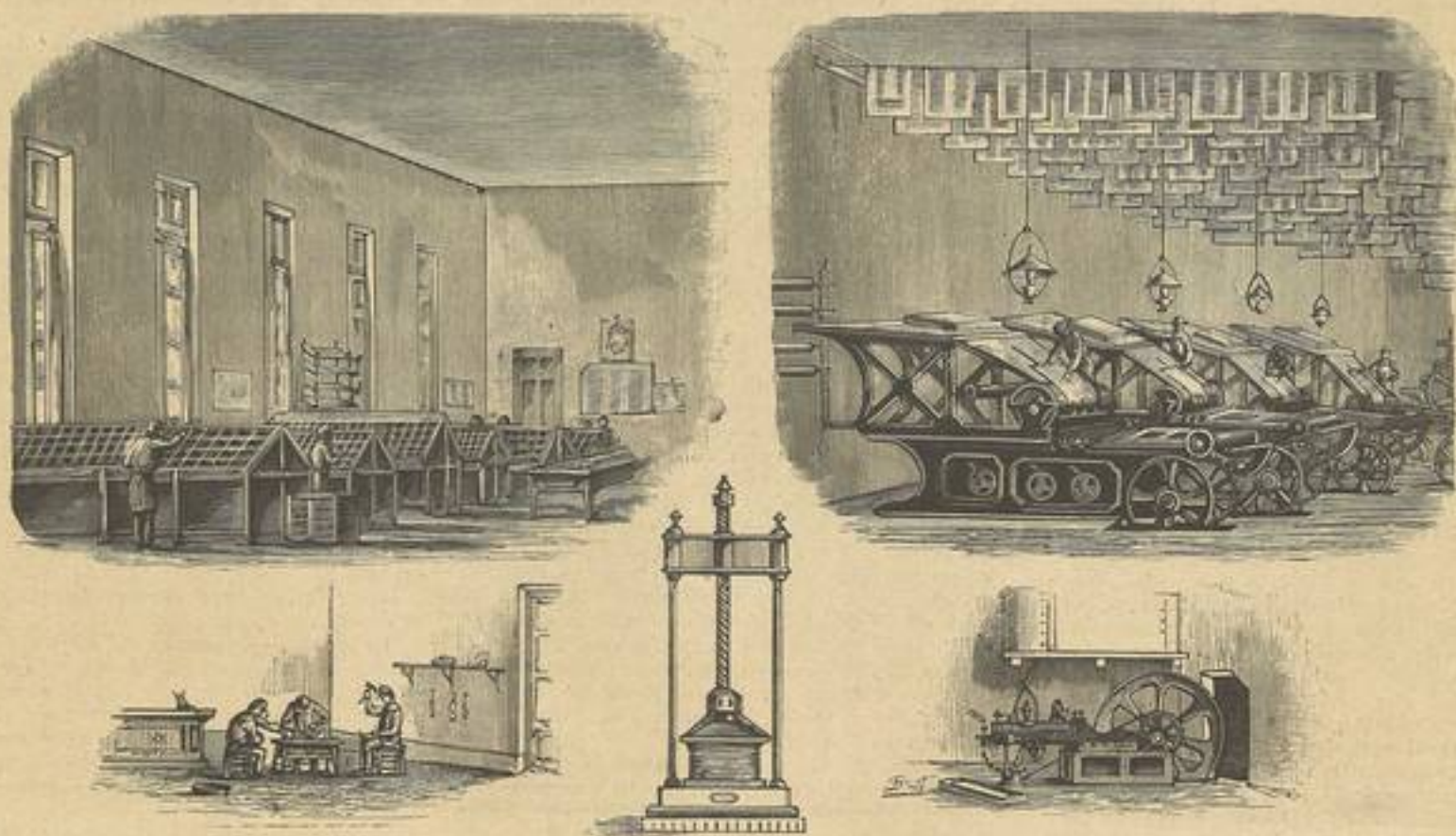
Segorbe. — Catedral, *Nuestra Señora del Rosario*. — Iglesia de San Pedro, *Una Dolorosa*. — Murviedro: iglesia de Santa María, el cuadro del altar mayor.

Liria: Varios lienzos para el Convento de Franciscanos.

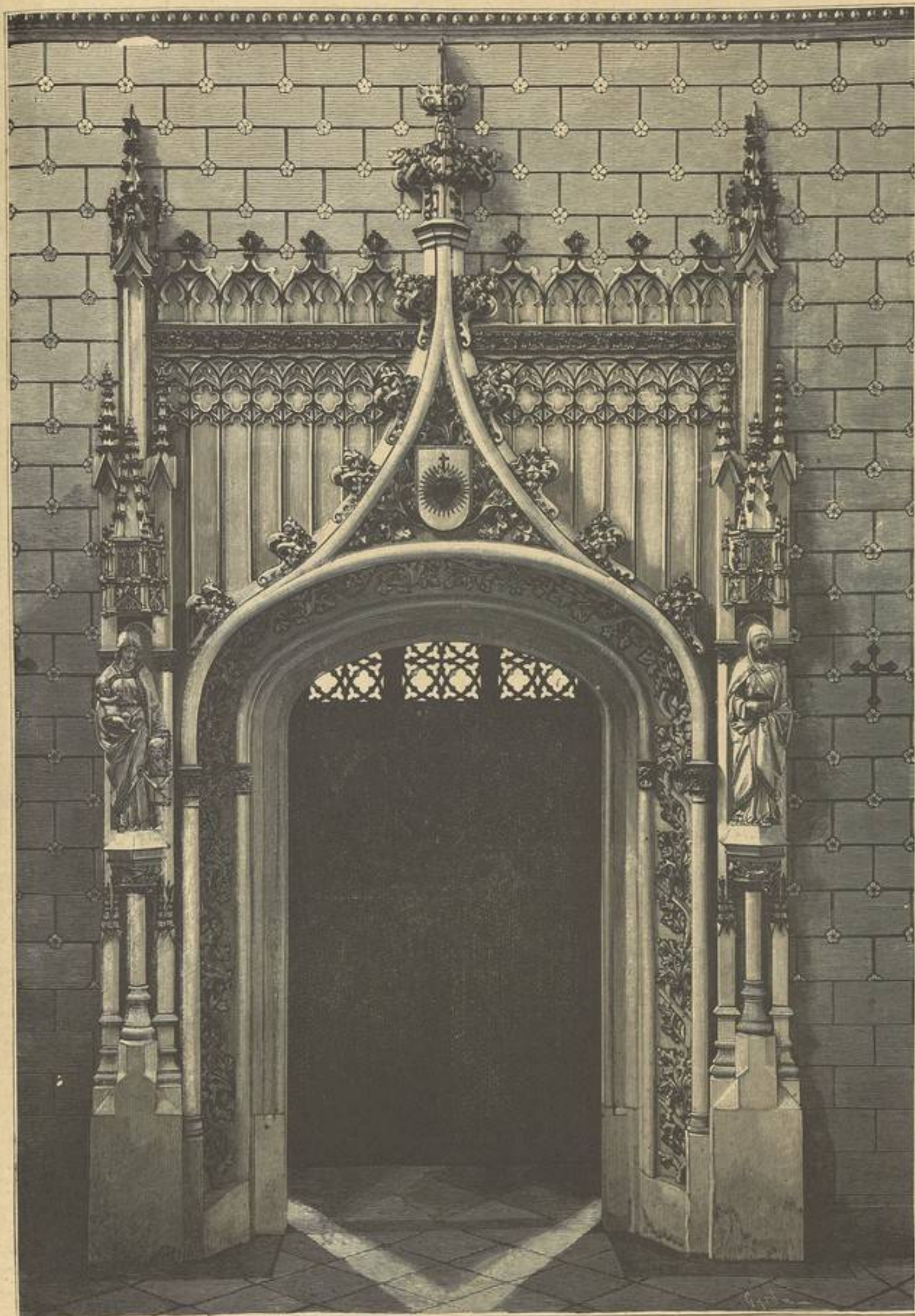
Barcelona. — Consulado: *El Arcángel San Gabriel*. — Museo provincial, *Un Ángel*; *San Francisco de Asís conjurando á una fiera*, y el mismo *Santo en letargia*. — Lérida, *Nuestra Señora del Rosario*. — Palma de Mallorca. — Catedral, en el baptisterio el *Bautismo del Centurion Cornelio*. — Cartuja de Aula Dei (Aragón), dos lienzos de la *Virgen*. — Madrid: Convento de San Francisco, varios pasajes de la vida de este Santo. — Real Museo, *Una Dolorosa*. — Academia de San Fernando, *La Virgen sentada con el Niño Dios en el regazo*, *San Juan besándole el pie* y



MASCARILLA DE ERNESTINA MANUEL DE VILLENA.



TALLERES DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.



PORTADA INTERIOR DE LA IGLESIA DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

San José contemplando la escena. — Son también de Camarón, *El sacrificio de Isaac*; *Un Salvador*, y *Un San Ramón*.

D. MANUEL CAMARÓN Y MELIÁ. En el Museo provincial de Valencia se conservan tres obras de este artista, entre ellas *Una Dolorosa*.

D. VICENTE CAMARÓN, natural de Madrid. En la colección de cuadros, publicada por D. José de Madrazo en litografía, hermoso y primer ensayo de este procedimiento en España, reprodujo los asuntos siguientes: *San Juan Bautista, niño*; *El Apóstol Santiago, Jesús y San Juan, niños*, copia de Murillo; *La Divina Pastora*, de Tova; *El Señor muerto sostenido por un ángel*, de Alonso Cano.

D. MIGUEL CAMPAMAR, nacido en Pollensa en 1829 y muerto en 1863. En Barcelona el año 1850 expuso, entre otras obras, una *Virgen*.

DOÑA JOSEFA CAMPERO. En la Exposición de Bellas Artes celebrada en Cádiz en 1840 presentó dos cuadros representando *Un Monje*, y *El Señor Jesucristo difunto*.

D. JOAQUÍN CAMPOS, pintor valenciano. En Murcia se conservan sus cuadros de más mérito, entre otros, el grande de *La Santa Familia*, en la Catedral, y la *Virgen*, de la capilla de San Juan de Dios.

D. LUIS DE MARIA CAMPOS. Es de su mano la imagen de *Nuestra Señora del Sagrado Corazón*, que se conserva en un templo de Jerez de la Frontera.

D. ALBERTO CAMPS, pintor catalán. En 1867 pintó para la Sociedad Académica Bibliográfico-Mariana de Lérida una *Concepción*, copia de Murillo.

D. JUAN JOSÉ CANCELA, profesor de dibujo de la Sociedad Económica de Santiago, recientemente fallecido. En 1848 pintó un *Ece-Homo* y una *Virgen de los Dolores*, que se hallan a los lados del altar de la Soledad, en la Catedral de Santiago. En 1875 llevó a la Exposición de dicha ciudad un *Ece-Homo* (miniatura); otro, al óleo, *La negación de Judas*.

[D. JOAQUÍN CANEDO, natural de Valladolid. En el Museo de dicha población existen las siguientes obras suyas: *San Juan de la Cruz* (pintado en 1795); *Dois santos carmelitas*; *San Agustín en éxtasis*; *Nuestra Señora del Rosario*; *Santo Domingo*, y una *Dolorosa* de medio cuerpo. Falleció a principios del siglo actual.

D. EDUARDO CANO DE LA PEÑA, natural de Madrid y discípulo en Sevilla de D. Joaquín Domínguez Becquer, premiado con tres medallas de primera clase. Entre sus innumerables obras se encuentra *Una Concepción*.

D. JUAN CANTÓ Y MAS, nació en Barcelona. En 1877 fué premiado en el certamen abierto por la Academia Bibliográfico-Mariana de Lérida, por un cuadro de *La Virgen*.

D. JUAN CANUDAS, residente en Orihuela. En la Exposición de Alicante de 1878 presentó un *San Francisco de Borja* y un *Niño Jesús*, y fué premiado con una medalla de segunda clase.

D. ILDEFONSO CAÑAVEL Y PÉREZ, residente en Sevilla. En la Exposición nacional de 1881 presentó, entre otros cuadros, uno representando *La Madre de Dios*.

DOÑA ANA MARÍA CAPELLA, pintora de afición, mallorquina. En la Exposición celebrada en Palma en 1838 concurre con un *San Mateo* y un *San Lucas*, evangelistas, y *Dois cabezas de Apóstoles*.

D. JACINTO CAPEZ, natural de Valencia. En la Exposición abierta por la sociedad *El Iris* en 1881 presentó *Una Magdalena* y *Un San Jerónimo*, siendo premiado por este último con una medalla de primera clase.

D. VALENTÍN CARDERERA Y SOLANO, ilustre pintor, profesor de la escuela de Madrid, Académico de la de San Fernando, y cuyo nombre quedará siempre unido en la historia del arte a su monumental *Iconografía española*. Nació en Huesca en 1796 y murió en Madrid en 1880. Sus obras pictóricas de carácter religioso son: *Santa Marcelina* y *Dois tripticos*, para la capilla del palacio de Villahermosa; *Una Concepción* y numerosos dibujos de templos de España. Hombre de suma erudición, de gusto exquisito y de paciencia ejemplar, logró reunir copiosísima colección de estampas, dibujos y grabados, que ha pasado a ser propiedad del Gobierno.

D. ENRIQUE CARMINATI, gaditano, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Cádiz. En las Exposiciones celebradas en dicha población en 1854, 1856 y 1858, presentó varias obras, entre las cuales llamó la atención su original cuadro representando a *Jesucristo llamando a los dos hermanos Pedro y Andrés*.

(Se continuará.)

M. DE A.

PARÁBOLA

Y Jesús una tarde dejó la villa,
Para hablar a las turbas de la Judea,
Que ansiosas le siguieron hasta la orilla
Que besa el mar tranquilo de Galilea.

Mecíanse en los campos las amapolas
Entre espigas granadas, rubias cual oro;
Sobre el mar apacible, mansas las olas,
Entonaban acordes su eterno coro.

Y las aves del cielo, también cantando,
A sus nidos volvían; y lastimeras
Suspiraban las brisas, acariciando
Las copas ondulantes de las palmeras.

Era todo en el valle paz y hermosura;
Era todo en las almas bien y alegría;
Cuando Cristo la hollaba, la tierra impura
En parte de los cielos se convertía.

Magnates y mendigos, simples y sabios,
La ancianidad caduca, la niñez tierna,
Mezclábanse pendientes de aquellos labios
Que brotaban palabras de vida eterna.

El sol, que se escondía por Occidente,
Con su rayo postrero, que aun deslumbraba,
Al besar del Mesías la augusta frente,
Como nimbo sagrado la circundaba.

Y eclipsaban de Cristo los ojos bellos,
El fulgor de las luces que los herían;
Y los bucles oscuros de sus cabellos,
Más que regia corona resplandecían...

El era el enviado que las naciones
Esperaban ansiosas largas edades;
A su voz se rendían los corazones;
A su voz se amansaban las tempestades.

Era el que con milagros, en el desierto,
Sustentaba a la turba pobre y hambrienta;
El era el que la vida daba a los muertos,
Y la verdad al alma de ella sedienta.

El era el que borrando razas y nombres
Y crueldades antiguas y odios insanos,
El amor imponiendo, dijo a los hombres
Que descendían de un padre, que son hermanos.

Y su apoyo buscaba todo el que oprimido
Hallóse con la carga de la existencia;
Y aquel que de sus culpas sentía el peso;
Y aquellos que aun gozaban de su inocencia.

Porque a los tristes ciegos la luz volvía;
Porque a enfermos y a pobres el bien les daba;
Porque a los inocentes los bendecía;...
Porque a los pecadores los perdonaba...

Y aun nos oye piadoso y aun nos consuela,
Aun la tierra domina su amor profundo;
Al pasar, ha dejado la única estela,
Que nos guía y alumbra por este mundo.

Su doctrina es doctrina que nada iguala,
El es verdad y vida, luz y camino,
El es la gigantesca, mística escala
Que enlazó lo terreno con lo divino...

Y aquella tarde, Cristo desde una nave
Así hablara a las turbas de la Judea,
Que atentas escucharon su voz silabe,
A la orilla del lago de Galilea:

«Un hombre salió al campo con simiente
Para sembrar un haza;
Y a la tierra tiró, con otros granos,
Un grano de mostaza.

Semilla tan oscura y tan mezquina
Despreciable parece;
Mas cuando en tierra generosa arraiga
Cuando germina y crece,

En arbusto frondoso se transforma
Y las aves del cielo,
Sobre sus tallos con amor descansan,
Al abatir el vuelo.

Tal el reino de Dios; débil y pobre
Resuena su palabra,
Si llama a un corazón endurecido
Para que al bien se abra:

Mas si al fin en los pechos y en las mentes
Penetra y los inunda,

Brota, sube y extiéndese, y el mundo
Con su poder y su virtud fecunda.»

Así con sus parábolas siguió el Mesías
Enseñando a los hombres lo justo y bueno,
Y después se cumplieron las profecías
Y, glorioso, del padre tornóse al seno.

Cual él, a las naciones adoctrinando,
Con el error, y el odio y el vicio en guerra,
Sus discípulos fieles siguen sembrando
De granos de mostaza toda la tierra.

Y al ignorante buscan, y al descreído,
Y a aquellos que sin dichas ni bienes nacen:
Y en el raudal grandioso, nunca extinguido,
Del amor y la ciencia beber les hacen.

La caridad sus pasos mantiene y guía:
La caridad, que grande, todo lo abraza;
Si; por ella en vosotros arraiga y cría
El grano pequeño de la mostaza.

Y cuando entre los hombres, anchas y graves
Las viriles virtudes sus ramas tienden,
Cual al árbol frondoso bajan las aves,
De Dios las bendiciones a ellos descendien.

Dichosos los que cruzan la vida humana
En el bien inmutable fijo su anhelo;
Benditos los que arrojan en tierra sana
Semillas que florecen allá en el cielo.

JOSEFA UGARTE BARRIENTOS.

LA JUDERÍA DE MADRID EN 1391

(Conclusión.)

3.



SEGOVIA, 6 Julio 1392. Exposición hecha al Rey y su Gobierno de Regencia acerca de la destrucción de la aljama hebrea de Madrid y de los desahucios subsiguientes. — Copia de D. Timoteo Domingo Palacio, jefe del archivo municipal.

«En la cibdat de segovia, sábado en la mañana, seis días del mes de julio anno del nascimiento de nuestro sennor ihesu christo de mill e trescientos e noventa e dos annos, en presencia de mí, gutier diaz, escrivano de cámara de nuestro sennor el Rey e su notario público en la su corte, e de los testigos de iuso escriptos, estando y nuestro sennor el Rey este dicho día, dentro en el alcázar de la dicha cibdat e en una su cámara, con los sennores gonçalo rruyz de guzman maestro de calatrava e iohan fur-tado de mendoza, tutores e regidores de nuestro sennor el Rey e de los sus rregnos, paresció lope martinez vezino de la villa de madrid; e dió a mí, el dicho gutier diaz escrivano, para que leyese a los dichos tutores e regidores, un escripto de razones e una carta del concejo e alcalldes e regidores de la dicha villa, cerrada e sellada; los quales son fechos en esta manera que se sigue.

«Sennores tutores e regidores de nuestro sennor el Rey, yo lope martinez vezino de madrid fago saber a la vuestra merced, que bien sabedes en como por otras vezes [h]a seydo apercebida la merced del dicho sennor Rey, e la vuestra, por el concejo e alcalldes e oficiales de la villa de madrid [sobre] el destruymiento e muerte e robo que se fizo en los judios de la aljama de la dicha villa; e que fuese vuestra merced de poner remedio de justicia, segund que complia al servicio del dicho sennor Rey, por que la justicia del dicho sennor Rey non peres-ciese e los malos non fuesen sin pena. Sobre los quales robos e muertes e maleficios los alcalldes de la dicha villa fezieron e fazen pesquisa de cada día, e dieron su alvalá para que el dicho alguazil de la dicha villa prendiese los cuerpos a ciertas personas, así omnes como mugeres, en que fallavan que tapnían a la dicha pesquisa. Et están algunos omnes en la dicha presyon, e otros muchos foydos fuera de la dicha villa; e fasta agora non les avedes enbiado mandar que fagan sobresta rrazón. Et yo agora, en nombre del dicho concejo e oficiales,

1. «Vino el Rey a Segovia, lunes, 17 de junio.» Colmenares, *Historia de Segovia*, capítulo 27.

2. «E dierón el alcázar de Segovia a Juan Fortado de Mendoza, mayordomo mayor del Rey.» *Crónica del Rey D. Enrique III*, año vi, cap. 10.

3. Atalías, tocaban.

4. Un año a corta diferencia había transcurrido desde la fantástica catástrofe. Todo indica que el Ayuntamiento de Madrid cumplió, no menos que el de Valencia, con su deber, en tan críticas circunstancias, e invocando, no una, sino muchas veces el apoyo de los que gobernaban el Reino. El remedio llegó tarde, pero ¿fue por culpa del Gobierno? Difícil me parece probarlo.

vos presento esta carta quel dicho concejo vos en-
bia sobre la dicha muerte é robo de los dichos ju-
díos; por que ¹ vos pido por merced que sea vuesa
merced de enbair mandar por vuestra carta al
dicho concejo é oficiales de la dicha villa, en que
les enbiedes mandar que fagan sobresta rrazón, así
sobre los omnes que están presos, como sobre
todas las otras cosas que en este dicho robo é muer-
te se fizieron. Et si así lo fizieredes, faredes grand
servicio al dicho sennor Rey; si non, protesto en
nombre del dicho concejo é oficiales de la dicha
villa, que si algund deservicio veniere al dicho sen-
nor Rey, ó el dicho sennor, quando dios quiera
que sea de hedat, quisiere demandar la dicha muer-
te é robo é destruyimiento de la dicha aljama de los
judíos de la dicha villa, que lo demande é se torne
á vos otros los dichos regidores, et non al dicho
concejo nin oficiales de la dicha villa; pues ellos
están prestos para fazer lo que les enbiedes man-
dar, por quel servicio del dicho sennor Rey sea
complido. Et desta afronta é requirimiento que vos
fago, é de lo que sobrello fezieredes, pido á este
escrivano que me lo dé así signado para guarda del
derecho del dicho concejo é oficiales.²

Sennor, el concejo é alcaides é regidores de
la villa de madrit besamos vuestros pies é vuestras
manos, é nos encomendamos en la vuestra merced.
Sennor, bien sabe la vuestra merced en como en-
biamos apercebir á la vuestra merced sobre rrazón
de los movimientos de los robos é muertes de al-
gunos judíos desta villa; sobre lo qual los vuestros
alcaides ovieron á fazer pesquisa é cargo en algu-
nos de los vezinos desta dicha villa, especialmente
en rray sánchez de uroco, é en vasco mexia, é en
lope ferrandez de vargas, é digo de vargas, é rray
garcía de la torre, é en otros muchos; é los vuestros
alcaides dieron su mandamiento para el alguazil que
los prendiese. Et es agora preso el dicho vasco me-
xia, é otros omnes de los del pueblo menudo. É los
dichos rray sánchez, é lope de vargas, é diego de
vargas, é rray garcía, é otros con ellos fuéronse de
la villa por los maledicios que avian fecho, teniendo
el rray sánchez las llaves de la puerta de balmadé
desta dicha villa, é dexó la puerta abierta, é enbío-
nos las llaves con un frayle. É agora sennor sepa
la vuestra merced que están en barixa ³ é en el ala-
meda, logares de diego furtado, que son á legua é
media, é á dos leguas desta dicha villa. Et todos los
mas días vienen á tierra de madrit, é van á las
heredades de los vezinos della, andando amenazan-
do así á los alcaides como á los regidores, é de-
ziendo que si los tomasen fuera de la villa que los
matarán. Otrosí, sennor, sepa la vuestra merced
que, demas desto, este viernes que agora pasó, que
fue á siete días deste mes de junio en que agora
estamos, el dicho rray sánchez con omnes armados
que fue á acarraona cerca desta villa ⁴, heredad que
es de gutier ferrandez gudiel, que es uno de los
vuestros regidores ⁵ en esta dicha villa, é á los sus
omnes así guitereros ⁶, como segadores que sega-
van sus panes, non temiendo á la vuestra justicia,
corréronlos queriéndolos matar, é deziendo que si
mas veniesen allí, que á ellos é á otros qualesquier
vezinos desta dicha villa que ay, si veniesen, que
les matarían. Por lo qual, sennor, si esto así ha de
pasar, todo quanto pan an en esta villa se perderá,
ca los labradores non osan yr á segar los dichos pa-
nes, por temor que han del dicho rray sánchez, é
de los otros maledichos que andan con él; de lo
qual, sennor, verná muy grand deservicio á dios, é
á vos, é hermamiento á esta dicha villa, sennor. Por
que vos pedimos por merced que, así sobre estos
maledichos que andan en dapno é en mal desta
vuestra villa, como en rrazón de los que están
presos por esta rrazón, que nos enbiedes mandar
sobrello lo que la vuestra merced fuere é lo que
avemos de fazer sobrello. Et, sennor, manténgavos
dios á su sancto servicio por muchos tiempos é bue-
nos, amen.

Fecha ocho días de junio.

El desto, sennor, enbiamos esta carta á la vuesa-
tra merced, sellada con el sello de nos el dicho
concejo, é signada del signo de Nicolas garcía escri-
vano público desta dicha villa, que llemandamos
que la signase con su signo. Yo Nicolas garcía escri-
vano público sobre dicho fiz aquí este mio signo.⁷

Et la dicha carta é escripto leydos por mí el dicho
escrivano ante los dichos maestros é iuhan furtado
tutores é regidores sobredichos, luego en respon-
diendo los dichos tutores é regidores dixieron que
mandavan á mí el dicho escrivano que feziere luego
cartas del dicho sennor Rey, firmes é abastantes
que les compliese, para que los omnes, que esta-
van presos en la dicha villa por esta rrazón que es-
toviesen presos é bien recabdados, é esto mesmo
para los otros maledichos que se acaescieron en es-
to, para que les prendan los cuerpos doquier que los
fallasen é les entrasen sus bienes para fazer dellos
complimiento de justicia.

É desto, en como pasó, el dicho lope martinez
pedió á mí el dicho escrivano que gelo diese así,
por testimonio signado con mi signo, en guarda del
derecho del dicho concejo é suyo en su nombre; é
yo dile ende este, que fue fecho en la dicha cibdad
día é mes é anno sobredichos. Testigos que fueron
presentes: el obispo de osma ¹, é alfon anriquez, é
iohan furtado el moco, é pero ferrandez de osma
escrivano del Rey, é otros.

Et yo gutierre diaz, escrivano de la cámara de
nuestro sennor el Rey é su notario público en la su
corte é en todos los sus Regnos, fuy presente á lo
que dicho es, con los dichos testigos; Et so testigo,
é en testimonio de verdat fiz aquí este mio signo.

Valladolid, 30 Setiembre 1401. Archivo histórico nacio-
nal. Diploma original, contenido en el cuaderno núm. 2 de
los privilegios reales, procedentes del monasterio de Santo
Domingo. Al dorso, en el pliego inferior sujeto por presilla
de seda tricolor, amarilla, encarnada y verde que ha perdi-
do el sello colgante, se lee esta palabra: Registrata, de le-
tra contemporánea á la del texto. En el centro del mismo
respaldo corre esta larga inscripción de letra moderna:

Otro privilegio del señor Rey don enrique el tercero deste
nombre, fecho en Valladolid á xxx días del mes de Se-
tiembre de mill e cccc años. Por el qual muda los tres mill
maravedís, que la priora y monjas deste monasterio de Santo
Domingo tienen en la martiniega de segovia, para que los
ayan de aquí adelante perpetuamente en los quatro mill ma-
ravedís de la martiniega de madrit, que llevava el rey de
armenia. Por quanto el señor Rey don Juan su padre los
avie primero mudado de la dicha martiniega de segovia en
el servicio del aljama de los Judios desta villa de madrit, y
como todos los judios desta dicha villa de madrit se bol-
vieron christianos, fueron mudados por este dicho rey don
enrique del servicio del aljama de los judios, donde el Rey
don Juan su padre los avie mudado, en las alcavalas y ren-
tas desta dicha villa, y porque en ellas no cupieron, agora
por este privilegio los muda, como dicho es, en la martin-
iega de aquí de madrit.

—Fray Gonçalo de la Peña.

Medina del campo, 15 Diciembre de 1394, es la data del
privilegio confirmado por el presente y relacionado con
otro cunstro de fecha anterior: 20 Noviembre 1370, 9 Enero
1384, 15 Diciembre 1393, 9 Abril 1394.

En el nombre de dios padre é hijo é espíritu santo
que son tres personas é un dios verdadero; que bive
é regna por siempre jamás, é de la bien aventurada
Virgen gloriosa señora santa maria su madre; á
quien yo tengo por señora é por abogada en todos
los mis fechos, é á ontra é servicio de todos los san-
tos é santas de la corte celestial. Por ende quiero
que sepan por este mi privilegio todos los omnes,
que agora son é serán de aquí adelante, como yo
don enrique, por la gracia de dios Rey de castilla,
de toledo, de leon, de gallisia, de sevilla, de cór-
dova, de murcia, de iahen, del algarbe, de algesira,
é señor de viscaya é de molina, regnante en uno
con la Reyna doña catalina mi muger, é con el In-
fante don Ferrando mi hermano, por quanto la prio-
ra é dueñas del monasterio de santo Domingo de
Madrit me mostraron un mi alvará firmado de mi
nombre, fecho en esta guisa:

Yo el Rey fago saber á vos al mi chancelier é con-
tadores mayores, é notarios, é escrivanos, é á los
otros que estades á la tabla de los mis sellos, que
la priora é dueñas del monasterio de santo Domín-
go de madrit me enviaron mostrar en como ellas
teniendo por privilegio ¹ del Rey don enrique mi
abuelo, é confirmado del Rey don Juan mi padre é
mi señor que dios perdona, en la martiniega de la
cibdat de segovia tres mill maravedís en limosna por
juro de hereditat para siempre jamás, quel dicho Rey
don Juan mi padre é señor, que dios perdona, que
fiso merçet de la dicha martiniega de la dicha cibdat
de segovia al abadesa é monjas del monasterio de
santa clara de oterdesillas por juro de hereditat, é que
por esta rrazón que fiso mudamiento á la dicha prio-
ra é dueñas del dicho monasterio de santo domingo
de madrit de los dichos tres mill maravedís para que
los oviesen en limosna para siempre jamás en el ser-
vicio que el aljama de los Judios de la dicha villa de
madrit le oviesen á dar de cada año, segunt todo esto

me fué mostrado por parte de la dicha priora é
dueñas del dicho monasterio por el dicho privile-
gio ², é segunt por el lo podedes ver; por la qual
rrason disen que, como quier que oviero ciertos
los dichos tres mill maravedís é los cobraron los
años pasados, desde el año que pasó de mill é tres cien-
tos é noventa é un años así que los non an podido
cobrar á ciertos, aunque les yo mandé faser muda-
miento en las alcavalas é otras Rentas, que á mí per-
tenescen en la dicha villa de madrit, porque los mis
Recabadores les ponen escusas que non caben en
ellos; É pidieronme merçet que pues el dicho Rey
mi padre les avia fecho mudamiento de la dicha
martiniega de la dicha cibdat de segovia, donde el
dicho Rey don enrique gelas puso primeramente,
é el aljama de los dichos Judios eran tornados chris-
tianos, que gelos mandase librar de cada año por
juro de hereditat en los quatro mill maravedís de la
martiniega de la dicha villa de madrit, que fasta
aquí solia aver el Rey de armenia ³, segunt que los
avian en la dicha martiniega de la dicha cibdat de
segovia, ante que el dicho Rey mi padre les fiesese
el dicho mudamiento: É yo, por descargar el ánima
del dicho Rey mi padre é porque es limosna, tóve-
lo por bien.

Por que, vos mando que veades el dicho privile-
gio, que la dicha priora é dueñas del dicho mones-
terio tienen de la dicha limosna, quel dicho Rey
don enrique mi abuelo, que dios perdona, les fiso
de los dichos tres mill maravedís por juro de here-
ditat, é la confirmación que tienen del dicho Rey mi
padre; é si falláredes por ellas que así es como en
la rrelacion deste mi alvará se contiene, que los di-
chos tres mill maravedís que les fueron librados de
cada año con las merçedes é limosnas de juro de
hereditat, que les libredes de aquí adelante los dichos
tres mill maravedís de la dicha limosna en la dicha
martiniega de la dicha villa de madrit que á mí
pertenesce, et que les dedes sobresta rason las mis
cartas é privilegios que monester ovieren, en tal
manera que los Recudan con los dichos tres mill
maravedís de la dicha martiniega sin venir á mí cada
año sobrello por carta de libramiento; pues que es
limosna de juro de hereditat, como dicho es.
Otrosí vos mando que de algunos maravedís de los
que les librades de la dicha merçet destes dos años
pasados [é] les non pagaron los mis Recabadores
en quien gelos librades, que les dedes mis cartas
que monester ovieren para que gelos paguen; é si
non copiere en ellos, que gelo libredes en lo pasa-
do de las albaquias en lugar do lo cobren. É non
fagades ende al.

Fecho nueve días de abril año del Nacimiento
de nuestro señor ihesu christo de mill é trescientos
é noventa é quatro años. — Yo Johan martinez
chancelier del Rey la fizo escrivir por su mandado.
— Yo el Rey. — registrada.

Por ende yo, el sobredicho Rey don enrique,
por quanto yo he sabido de cierto en como vos la
dicha priora é dueñas del dicho monasterio de san-
to domingo de madrit tenedes los dichos tres mill
maravedís en merçet é limosna por juro de hereditat
para siempre jamás en la martiniega de segovia, é
vos fueron quitados dende, é emienda por que los
cobráredes vos fue fecho mudamiento dellos por
mandado del dicho Rey mi padre en el servicio que
la aljama de los Judios de la dicha villa de madrit
le avian á dar de cada año, é por quanto los dichos
Judios son ya tornados christianos, é los non podedes
cobrar, confirmovos este dicho mi alvará, que aquí
va incorporado en este dicho mi privilegio, é la
merçet é limosna en él contenida. É tengo por bien
é es la mi merçet que vos la dicha priora é dueñas
del dicho monasterio de santo domingo de madrit,
así á las que agora sodes como á las que seredes
de aquí adelante, ayades ó tengades de mí en mer-
çet en limosna este año de la data deste mi privile-
gio, que començará primero día de enero del naci-
miento de nuestro señor ihesu christo de mill é
trescientos é noventa é cinco años, é dende adelante
de cada año, para siempre jamás por juro de here-
ditat los dichos tres mill maravedís suso en el dicho
mi alvará contenidos, que á mí pertenesce de aver
en los quatro mill maravedís de la martiniega de la
dicha villa de madrit, que fasta aquí solia aver el
Rey de armenia. É sobresto mando al concejo é
regidores é oficiales de la dicha villa de madrit, é
á qual quier thesorero ó Recabador ó otra persona
cual quier, que aya de coger ó de Recabdar en
Renta, ó en fialdat ó en otra manera qualquier, la
dicha martiniega de la dicha villa de madrit agora

¹ Por lo cual.

² La puerta de Balmadé miraba al Norte y estaba casi tocando al
Zerco de la Priora, prelojo del monasterio de Santo Domingo el
Real.

³ Barajas de Madrid, que varios documentos escriben Barajas, y
uno del año 1301 (Bocartín, t. VIII, pág. 132) Alvarégas. El Diccionario
de la Lengua Castellana de Covarrubias (Barcelona, 1875), pág. 321, trae la pa-
labra alvarégas, como sinónimo de arde ó red ardiente. Es muy pos-
sible que en su origen fuese Alvarégas, estación de pesca ó aldea,
de que habla el Fuero de Madrid de 1303 (Covarrubias, pág. 37).

⁴ Véase Bocartín, t. VIII, pág. 134.

⁵ Los doce regidores de Madrid fueron instituidos por el Rey don
Alfonso XI (6 Enero, 1346).

⁶ Hortelanos.

¹ Don Pedro Ferrández de Frías.

² Valladolid, 28 de Noviembre 1370.

¹ Torrijos, 9 Enero 1384. — Fue dirigido « al aljama de los Judios
de Maydén et á vos domingo ferrandez de la cámara, recabador del
servicio de los Judios é merced del Regno de Toledo ».

² En Cortes de Segovia, á 12 de Octubre del año 1383, le dió el
Rey de Castilla el señorío de Madrid. — Moris D. Juan, rey de Ar-
menia, en 1391; y el pleito-homenaje que le habían prestado los madrile-
ños fue alzado por cédula de Enrique III en 13 de Abril del mismo año.

de aquí adelante de cada año para siempre jamás, que Recudan é fagan Recudir á vos, la dicha priora é dueñas del dicho monesterio de santo domingo de madrit, ó al que por vos oviere de aver é de Recabdar, con los dichos tres mill maravedís, que es mi merçet que ayades é tengades de mí en merçet de cada año para siempre jamás en la dicha manera que á mí pertenesçen como dicho es, é que vos los den á los plagos que á mí los an á dar de cada un año bien é cumplidamente, en guisa que vos non mengüe ende alguna cosa, et que vos non demanden otra carta de ponimiento mia nin de los mis contadores de cada año sobresta rason; que con el traslado deste mi privilegio signado de escrivano público é con vuestra carta de pago, ó del que lo oviere de Recabdar por vos, mando á qualquier thesorero ó Recabrador ó cojedor que fuere de la dicha martiniega agora é de aquí adelante que lo Reciban en Cuenta este dicho año de la data deste mi privilegio, é dende adelante de cada año para siempre jamás al dicho concejo é á los dichos arrendadores é cojedores é á cualquier dellos, é eso mismo mando á los mis contadores mayores de las mis Cuentas que lo Reciban en cuenta al dicho mi thesorero ó Recabrador ó cojedor que fueren de la dicha martiniega. É los unos é los otros non fagades ende al, so pena de la mi merçet é de dies mil maravedís desta moneda usual á cada uno para la mi Cámera; é sinon, por este dicho mi privilegio ó por el traslado del, signado de escrivano público, sacado con abtoridad de Jues ó de alcalde, do poder á vos la dicha priora é dueñas del dicho monesterio, que agora sodes ó seredes de aquí adelante, para siempre jamás, ó al que lo oviere de aver é de Recabdar por vos. É eso mismo mando al concejo é alcalde é alguazil é otros oficiales qualesquier de la dicha villa de madrit, é de todas las otras cibdades é villas é lugares de mis Regnos é señoríos, é á cualquier mi ballon ó portero que agora son ó serán de aquí adelante, é á cualquier ó á qualesquier de vos é dellos, que tomedes é prendedes é tomen é prenden tantas de los bienes de los dichos arrendadores ó cojedores de la dicha martiniega de madrit, que esto non quisieren cumplir, ó de cualquier dellos, así muebles como rraies, do quier que los falláredes ó fallaren, é los vendades ó vendan luego, segunt por los maravedís del mi aver; é de los maravedís que valieren que vos entregades ó entreguen, é fagan pago de los de todos los dichos tres mill maravedís que oviéredes de aver en cada un año por juro de heredad para siempre jamás como dicho es, contadas las costas é daños é menoscabos, que por esta trazon fiséredes é rescibíredes á su culpa en los cobrar; é si bienes desembargados non les fueren fallados para la dicha quantía en cada año, que les prendedes ó prendan los cuerpos, é los tengades ó tengan presos é bien recabdados, é non los dedes nin den sueltos nin fados fasta que gelo fagades ó fagan así facer é cumplir todo bien é cumplidamente, en guisa que vos non mengüe ende alguna cosa. É defendo firmemente que alguno nin algunos non sean osados de vos yr nin pasar contra esta dicha merçet que vos yo fago nin contra parte della agora nin de aquí adelante para siempre jamás; sinon, por cualquier ó qualesquier que lo fiziesen avrian la mi yra; é demás, pecharme yan, por cada vegada que contra ello fuesen ó passasen, los dichos mill maravedís de la dicha moneda; á vos la dicha priora é dueñas del dicho monesterio, ó á quien por vos lo oviere de aver é de recabdar, todas las costas é daños é menoscabos que por ende rescibíredes doblados. Et demás de todo esto que dicho es por cualquier ó qualesquier por quien fincar de lo así facer é cumplir, mando al omne que les este mi privilegio mostrare, ó el dicho su traslado signado como dicho es, que los enplaze comparen ante mí, do quier que yo sea, del día que los enplazare á quinze dias primeros siguientes so la dicha pena á cada uno á dezir por qual razon non cumplen mi mandado. É de como este dicho mi privilegio les fuere mostrado, ó el dicho su traslado signado como dicho es, é los unos é los otros lo cumplieren, mando so la dicha pena á cualquier escrivano público, que para esto fuere llamado, que dé ende al que gelo mostrare testimonio signado con su signo, por que yo sepa en como cumplen mi mandado. Et desto vos mandé dar este mi privilegio, escripto en pergamino de cuero é sellado con mi sello de plomo pendiente.

Dado en medina del Campo, quinze dias de dizenbre año del nascimiento de nuestro señor ihesu christo de mill é tresientos é noventa é quatro años. Pero que es mi merçet que recudan é fagan recudir á la dicha abadesa é dueñas con los dichos tres mill maravedís desde este año primero que verná de mill é tresientos é noventa é cinco, é dende en adelante de cada año para siempre jamás, segunt que en este privilegio se contiene, por quanto este año dicho

de noventa é quatro le fueron librados los dichos tres mill maravedís en el mi thesorero del Regno de toledo seraladamente en la dicha martiniega.

Yo lope martines la fis escrevir, por mandato de nuestro señor el Rey. — Alfonso gutierrez bachalaris v[er]idim[us]. — Didacus martini legum doctor. — Ochoan martines. — Pero gutierrez. — Ruy ferrandes. — Alfonso ferrandes.

Et agora la priora é dueñas del dicho monesterio de sancto Domingo de madrit enbiáronme pedir merçet que les confirmase el dicho previllejo é la merçet en él contenida, é gelo mandase guardar cumplir. É yo el sobredicho Rey don enrique, por fazer bien é merçet á la dicha priora é dueñas del dicho monesterio de sancto domingo de madrit, tóvelo por bien, é confirmoles el dicho previllejo é la merçet en él contenida; é mando que les vala é sea guardada segunt que les valió é fue guardada en tiempo del Rey don enrique mi avuelo, é del Rey don joan mi padre é mi señor, que dios perdona, é en el mio fasta aquí; é defendo firmemente que alguno nin algunos non sean osados de les yr nin pasar contra el dicho previllejo, nin contra las merçedes en él contenidas en algunt tienpo por alguna manera. Ca, qualquier que lo fiziese avria la mi yra é pecharme ya la pena en el dicho previllejo contenida, é á la dicha priora é dueñas del dicho monesterio de sancto domingo de madrit, ó á quien su boz toviere, todas las costas é daños é menoscabos que por ende rescibiesen doblados. Et demás, mando á todas las Justicias é oficiales de los mis Regnos, do esto acaesçiere, así á los que agora son como á los que serán de aquí adelante, é á cada uno dellos, que gelo non consientan, mas que les defendan é anparen con esta dicha merçet en la manera que dicha es; é que prenden en bienes de aquellos que contra ello fueren por la dicha pena, é que emienden é fagan emendar á la dicha priora é dueñas del dicho monesterio, ó á quien su boz toviere, todas las costas é daños é menoscabos que por ende recibieren doblados; é demás por cualquier ó qualesquier por quien fincar de lo así facer é cumplir, mando al omne que los este mi privilegio mostrare ó el traslado del signado de escrivano público, sacado con abtoridad de Jues ó de alcalde, que los enplaze que parezcan ante mí en la corte, del día que las enplazare á quinze dias primeros siguientes, so la dicha pena á dezir por qual razon non cumplen mi mandado; é mando so la dicha pena á cualquier escrivano público que para esto fuere llamado que dé ende al que gelo mostrar testimonio signado con su signo, por que yo sepa en como cumplen mi mandado. É desto vos mandé dar este mi privilegio, escripto en pergamino de cuero é sellado con mi sello de plomo colgado en filos de seda.

Dado en Valladolid treynta dias de Setiembre año del nascimiento de nuestro señor ihesu christo de mill é quatrocientos é uno años.

Yo Johan gonsales de viña, escrivano de nuestro Señor el Rey, lo fis escrevir por su mandato. Jo [hannes] utriusque juris doctor. Fortunus bachalaris.

Echando una ojeada retrospectiva sobre el cuadro histórico que trazan y desarrollan los documentos preinsertos y llevo expuesto en la *Introducción*, no faltará, por ventura, quien eche de menos el catálogo de los nombres de los hebreos, tanto de los que fueron sacrificados al furor popular, como de los que bautizados perpetraron en Madrid el linaje de los *conversos* aliándose no pocos de ellos, como aconteció en otras partes, á nobles y distinguidas familias. Pero no hay que desesperar de que se llene pronto semejante vacío, porque la experiencia nos ha enseñado que muchísimos documentos, que se creen irremisiblemente perdidos, únicamente se hallan extraviados, negándose al reclamo de quien los busca. Así en el regio archivo de Palma de Mallorca vi hace años, si bien la premura del tiempo no me lo permitió copiar, el Registro de los judíos salvos en aquella ciudad de la catástrofe de 1391, que yace todavía inédito y expone en doble columna la larga serie de los nombres hebreos que dejaron y de los cristianos que tomaron al bautizarse los conversos. Ni hay que suponer haberse totalmente aniquilado aquel año la grey mosaica en Madrid ni en sus aldeas, como parecen indicarlo algunas frases de los dos últimos documentos. Uno inédito del rey D. Alfonso XI, fechado en la cerca ó asedio de Algeciras á 29 de Marzo de 1343¹, habla de los judíos estantes en Parla, Torrejon de Sebastián Domingo (ó de Velasco) y Polvoranca, aldeas de Madrid. Pues bien; el *Repartimiento* que en 1474 hizo rabí Jacob Abén-Núñez² encierra este apunte:

Los judíos que moran en Madrid, con los judíos que moran en Ciempozuelos, é en Pinto, é en Barajas, é en Torrejon de Velasco: mil é doscientos maravedises.

En 1395 entre los principales judíos que en Alcalá sostuvieron la protesta de D. Abraham Abén-Xuxén³ figura Don Çag el Madridano; y el Ordenamiento de Cortes sobre judíos, firmado en Madrid á 21 de Diciembre de 1405, no menos que el tributo sobre las *alcancas*, otorgado por Enrique III á 15 de Diciembre de 1393, mientras que en Madrid celebraba Cortes reparadoras de los males y gravámenes que durante su minoría sufrieron estos Reinos, bien me parece poder citarse como seguro indicio de que, si bien partida y despojada por el huracán, algunas ramas conservó, prontas á rebrozar, nuestra aljama.

Finalmente, el *sitio* donde ocurrió la cruel matanza de los judíos madrileños en 1391 merece fijar la atención de la crítica investigadora. Importa fijarlo bien; porque en su seno, á no dudarlo, se esconden preceas arqueológicas de gran valía, quizá no inferiores á las de la sinagoga de Córdoba⁴. Una tradición, cuya fuente no indica por desgracia el señor Capmani, sitúa en la calle de la Fe, rasante del templo parroquial de San Lorenzo, la antigua calle de la *Judería* ó de la *Sinagoga*. Lo cierto es que el emplazamiento no se trocó ni mudó á otro barrio por efecto de la ley ordenada en Cortes de Toledo⁵ á 28 de Mayo de 1480. En su virtud los reyes D. Fernando y Doña Isabel enviaron á Madrid patentes, que recibió el Ayuntamiento el día 4 de Julio de 1481, insertó en el *Libro horadado*⁶ y llevó á ejecución el día siguiente⁷:

En madrid, Jueves, cinco dias del mes de julio, año dicho de mill é quatrocientos é ochenta é un años.

Ordenaron los dichos señores, é señalaron por sitios donde fuesen apartados los moros é judíos, que agora biven é moran, é bivieren é moraren en esta dicha villa, para los judíos al *sitio donde tienen la xingoga*, é para los moros donde tienen su almagid⁸. É nombraron las personas siguientes, para que juntamente con el dicho señor Juan ramires de gusman vean por do se deven cercar las calles, para que sten apartados los dichos Judíos é moros, é para faserles vender casas en los dichos circuitos é comprar las suyas, al señor Corregidor⁹ é á pero nuñes de toledo, é francisco de Luson, é Diego de Vargas, é el doctor de Madrid, é diego gonsales de madrid, para que todos los cinco, ó los tres dellos, con los dichos Señor corregidor é Juan de guzman vean é determinen lo suso dicho; para lo qual les dieron poder conplido, etc. Los quales juraron, en forma devida de derecho, que dicho cargo que les era dado lo farian bien é fielmente syn parcialidad ni afecion alguna é sin rescevir dádiva nin promesa alguna; é que, si alguno supiese que alguno lo rescivie, lo dirie en público conçejo luego que á su noticia viniese; los quales dixeron *yy, juramos*; é á la conclusion del dicho juramento respondieron *yy é amén*.

Otrosí acordaron los dichos señores que, porque los judíos eran muy pobres é miserables y no tenían facultad para poder faser casas é cercar el dicho su apartamiento, que la villa les çetque de dos tapias en *sitio* el dicho su apartamiento, para lo qual se repartan los peones é cosas que fueren menester. Testigos los dichos garcia dias, é francisco nuñes, é anton Dávila, ve[er]dinos de Madrid.¹⁰

Estas medidas, equitativas y hasta cierto punto favorables, que templaban en lo posible el rigor de la ley, á nadie sorprenderán que advierta la buena armonía á la razón reinante entre la aljama hebrea y el Concejo de la villa. Ésto, pocos días antes, conviene á saber, en el de la fiesta del Corpus, jueves, 22 de Junio, acordó¹¹ celebrar en adonde la solemnidad con mayor aparato y rica pompa, prefiriendo á que de todos los oficios de la villa saquen cada oficio sus juegos con representacion honesta lo más honradamente que ellos pudieren, é si algun oficio fuere pequeño, que se junten dos oficios para sacar un juego¹²; y mandando á la vez que los moros é los judíos saquen el dicho día, los moros sus juegos é danzas, é los judíos su danza.¹³

La nueva cerca del barrio hebreo de Madrid, labrada á expensas del Municipio, no dejaba de ofrecer algunos inconvenientes, como resulta del *Acuerdo* (9 Noviembre 1481), librado en favor del médico de la villa y de todo su término:

¹ *Anales*, *Hist.*, t. II, pág. 608.

² *Estudios Históricos*, t. II, páginas 107-108.

³ *Ibid.*, pág. 225.

⁴ *Perdido acualmente*.

⁵ Libro 1.º original, de *Acuerdos municipales*, folio 27. El *Acuerdo* de más antiguo en el 27 de Sep.iembre de 1484.

⁶ *Merquina*.

⁷ D. Diego de Merced.

⁸ Ha publicado esta ordenanza el Sr. Domingo Palacio en su *Manual del empleado en el Archivo general de Madrid*, pág. 502. — Interesa á la historia del teatro.

⁹ Biblioteca Nacional, *old. Del. 108*, pág. 38.
¹⁰ *Anales*, *Hist.*, t. III, páginas 590-600.

«Otorgaron una petición para los Reyes nuestros señores sobre que *rabi Jacob* pueda estar en la villa fuera de la cerca de la judería, porque la villa no se podría aprovechar del de noche, estando cerrada su judería.»

La antigua calle de la Sinagoga, hoy de la Fe, espira por su extremo oriental ante el templo de San Lorenzo, y desemboca en la del Salitre, que desde la de Santa Isabel a la de Valencia se derrumba del Nordeste al Sudoeste. Algo más abajo del templo se abre otra vez la calle del Salitre en dirección opuesta y casi paralela a la de la Fe, dando entrada a la modernísima de Argumosa, en cuyos ángulos, formados con las del Sombbrero y del Doctor Fourquet, aparecieron hace dos años, con motivo de nuevas subtrucciones, dos áreas de cementerio ignoto que miden unos 100 metros de largo por 50 de ancho, a la distancia de tres ó cuatro bajo el nivel del suelo. No se hallaron resto de ataúdes, ni de vestidos, ni de medallas, ni de objeto alguno cristiano; sino los puros huesos y calaveras, algunas bien conservadas. No de otra manera vi yo por mis propios ojos, trece años ha, los huesos que encerraba el cementerio del *Monjil* de Gerona, puestos de manifiesto por la trinchera del ferrocarril sobre la margen derecha del pintoresco Oñar, cerca de la confluencia del Ter. Así fué como, asociándose el Sr. Girbal, nos pusimos á buscar y divulgué en la *Revista histórica latina* no pocas *lápidas hebreas de Gerona*. ¿Serán estos osarios de Madrid, que acaban de parecer improvisamente en la ladera de Buena Vista, mirando al santuario de Atocha, restos ó indicio seguro del lugar que ocupó el cementerio de los judíos expulsados en 1492? Planteada la cuestión, esperemos que mejores datos salgan á resolverla, y por ventura no sin buen acompañamiento de inscripciones hebraicas.

FIDEL FITA

Madrid 28 de Mayo de 1886

EL CALDEO DEL HOGAR

(Continuación.)

CONOCIDOS ya los efectos permanentes del brasero respecto á la producción constante del ácido carbónico, veamos en qué consiste y cuáles son el origen y los efectos de lo vulgarmente llamado *tufo*. Hemos hablado de la formación del ácido carbónico, faltándonos decir que dicha formación tiene lugar por la combinación de una cantidad determinada de carbono con *doble peso* de oxígeno tomado del aire. Esto es cuando la combustión es completa ó al estar encendido todo el carbón; pero si no lo está, la combustión es incompleta, por lo cual cada cantidad de carbono se combina con igual peso de oxígeno, dando lugar á un gas que es el *óxido de carbono*, llamado vulgarmente *tufo*. Este gas arde con la llama azulada pálida que todos conocemos, y entonces se completa su combustión al combinarse con otra porción de oxígeno igual á la que antes había tomado del aire, dando lugar al ácido carbónico. Cuando el fuego no es bastante activo para quemar el tufo, entonces en este estado se mezcla al aire de la habitación y esto es lo peligroso, porque este gas es venenoso, y por de pronto causa mareos de mala especie, acabando con la vida si se continúa respirando el aire que lo contiene. Bien conocido es este efecto del tufo para producir la muerte, cuando tantos ejemplos se tienen de suicidas que lo han empleado para lograr su fatal intento.

Aun á costa de hacer un paréntesis en el asunto que nos viene ocupando, habremos de decir dos palabras respecto á un error vulgar que existe sobre el atufamiento. Se llama también tufo al gas desprendido por el mosto cuando fermenta en un cocedor en donde se fabrica el vino. Este gas no es otro que el ácido carbónico, el mismo que produce el brasero ya pasado, y el mismo también que fabricamos en nuestros pulmones al respirar. Como ya sabemos que este gas es impropio para vivir, y sabemos también que pesa más que el aire, en los cocedores se produce en tal abundancia que, si no tienen ventilación baja, se llenan por completo como si se llenaran de agua, pereciendo ahogado cualquiera que permanezca en aquella atmósfera irrespirable ó más bien inservible para nuestra respiración. Como este gas ácido carbónico carece de olor, como ya sabemos, los que necesitan entrar en un cocedor profundo, se valen de un medio muy eficaz y muy sen-

cillo para saber si hay ó no peligro, y consiste en bajar un candil encendido hasta tocar en el suelo. Si hay ácido carbónico, éste ocupa una capa como si fuera de agua, y tan pronto como la luz penetra en ella se apaga, lo cual indica al hombre que si la luz no puede vivir, lo mismo le pasará á él si continúa el descenso, por lo cual se vuelve á pesar de no haber sentido efecto alguno en su respiración, porque el ácido carbónico sólo le ha bañado las piernas sin llegar hasta la boca. Del mismo modo, en una habitación en donde se sospeche que pueda formarse un pernicioso depósito de ácido carbónico, se descubriría su existencia, colocando una lamparilla en el suelo. Esta, en el hecho de alumbrar, atestigüa del modo más concluyente que más arriba se puede vivir sin temor alguno. Tan importante es dar á conocer al vulgo este *enemigo oculto á sus sentidos*, llamado *ácido carbónico*, que no creemos ociosa la anterior digresión, con tal de poner al alcance de cualquiera el sencillo medio para conocer su existencia en cualquier local y librarse de sus perniciosos efectos. Es, pues, conveniente saber distinguir el mal llamado tufo de los cocedores, que es el ácido carbónico, que mata por asfixia cuando se respira en él, lo mismo que un ahogado muere bajo el agua y lo mismo también que cuando se tapan las narices y la boca; hay que distinguirlo, decimos, del verdadero tufo, ó sea el óxido de carbono, conocido fácilmente por su olor especial, que se reparte por todo el ambiente y mata por envenenamiento produciendo una congestión.

El mejor modo de librar al vulgo de los perniciosos efectos de los dos gases carbónicos que nos ocupan es dárseles á conocer, como hemos hecho, á fin de recomendar la mayor vigilancia en las moradas, y el mayor cuidado en no descuidar una ventilación saludable. Del mismo modo que el ácido carbónico es imperceptible á nuestros sentidos, lo es las más de las veces á nuestra respiración, cuando la cantidad no es notable, y, sin embargo, es grandemente perjudicial por lo que dificulta la necesaria conversión de nuestra sangre el no respirar un aire puro. No es otra la ventaja del aire del campo sobre el de las grandes poblaciones, y así tengamos presente cuál es la principal, aunque no la única causa de la insalubridad para defendernos contra ella.

Conocidos los efectos del brasero, no hay que dejarse engañar por falsas promesas, por cuanto si conseguimos librarnos del tufo, nunca podremos impedir que gaste el aire necesario á nuestra respiración, y así, lo peor es encerrarse con un brasero sin ventilación alguna en la habitación. Estas son las condiciones generales; veamos ahora cuáles son las peculiares de las diferentes clases de braseros conocidos.

El brasero común descansa sobre una tarima muy baja, lo cual favorece el podernos calentar los pies al mismo tiempo que caldea al aire más frío de la habitación, cual es el pegado al suelo.

La copa es más agradable á la vista que el brasero; pero es la única ventaja que tiene sobre éste, por cuanto que no caldea tanto la capa baja al hallarse el fuego á mayor altura, ocasionando con esto, al que trata de calentarse, mayor calor á la cabeza que á los pies. Así, pues, quien atienda á la ostentación más que á su conveniencia, empleará la copa; pero lo hará ya conociendo su inferioridad como aparato calificador respecto del brasero.

El calorifero, ó sea ese aparato empleado para caldear, sin tubo alguno de salida de humos, de forma de estufa, ya hemos dicho que en realidad es un brasero disfrazado, por cuanto los gases desprendidos de la combustión se mezclan con el aire que respiramos, ni más ni menos que en el brasero. Por esta razón sólo se puede emplear el carbón vegetal ya bien encendido á fin de que no dé tufo. No falta quien pretenda engañar al consumidor ignorante, haciéndole creer la existencia en el aparato de tal ó cual disposición y de tal ó cual agente allí encerrado para consumir los gases de la combustión, lo cual no deja de ser una embaucación hija de la mala fe en el afán de vender.

ANTONIO MONTENEGRO.

(Se continuará.)

NECROLOGÍA

El día 31 de Diciembre del año último falleció en el convento de PP. Franciscanos de Zarauz, víctima de una larga y penosa enfermedad, sufrida con admirable resignación cristiana, el M. R. P. Fr. José Esteban de Epelde, que deja imperecedera memoria de sus virtudes en la Provincia franciscana de Cantabria, y especialmente en el venerado Santuario de Nuestra Señora de Aranzazu, á cuya milagrosa

Imagen profesaba singular y ardentísima devoción. Fué natural de Azcoitia, y cuando apenas contaba 17 años ingresó en el convento de menores observantes de Bermeo.

Recibió las Sagradas Ordenes después de haber terminado con brillantez los graves é importantes estudios eclesiásticos, dedicándose luego con grande y constante asiduidad al confesonario y al púlpito, donde adquirió lauros merecidos.

Fué nombrado Visitador de la Venerable Orden Tercera de penitencia de la congregación de Zarauz, cargo que ejerció durante algunos años con celo é inteligencia singulares, y desempeñó el oficio de Lector de Filosofía, enseñando el idioma francés durante las vacaciones, y acudiendo, también de noche, á la escuela de adultos seglares, que conservan gratos recuerdos de su carácter bondadoso y afable.

Posteriormente se dedicó á dar santas misiones fructuosísimas, siendo tenido con justicia por uno de los oradores más eminentes en el idioma euskaro.

Por sus reconocidos merecimientos fué nombrado Presidente *in capite* de Aranzazu; y en ese elevado cargo fué donde demostró con elocuencia, celo religioso acendrado, actividad prodigiosa, voluntad firmísima, inteligencia perspicaz, carácter vigoroso y un amor tan entrañable á la excelsa y venerada Virgen de aquel celebrado Santuario, que las glorias y triunfos mayores del P. Epelde van unidos al renombre universal que, en estos últimos años muy especialmente, ha llegado á adquirir la prodigiosa Imagen, aparecida al pastorcito Rodrigo de Balzategui en las cumbres de Aitzgorri y Aloña en el último tercio del siglo xv.

Así lo pregonan la primera, magnífica y piadosa peregrinación á Aranzazu de la villa de Escoriaza y todo el valle de Leniz, que tuvo lugar en el año de 1879; la atrevida carretera construida hasta aquel venerado Santuario por entre riscos y breñas inaccesibles y sobre abismos profundos é insondables y la grandiosa y numerosísima peregrinación diocesana debida á sus desvelos y tan brillantemente en primer término por él dirigida y que se verificó en el año 1881, dejando recuerdos memorables en las Provincias vascas.

Al mismo esclarecido Padre, en unión del entonces P. Provincial Fr. Manuel de Antuñano, se debe la construcción del nuevo y espacioso convento de Aranzazu, hermoso edificio en el que se alberga una numerosa é ilustrada comunidad de Franciscanos, que se dedican de un modo especial á dar culto, esplendor y majestad á la venerada Imagen de aquel celebrado lugar.

Por último, Aranzazu canta las glorias imperecederas del egregio P. Epelde, que no descansó hasta que se verificaron las magníficas fiestas de la Coronación de la Virgen de Aloña, que tuvieron lugar siendo Guardian de Aranzazu el R. P. Egula y el P. Epelde Provincial de los Franciscanos de la provincia de Cantabria, alto y delicado cargo que merecidamente se le confirió en el mes de Agosto de 1882, y que desempeñó hasta el mes de Septiembre último por haber cumplido el trienio.

Su muerte ha sido la del varón Apostólico, que emplea toda su vida en la propagación, por medio del ejemplo y de la palabra, de la ley del Señor.

En Barcelona ha fallecido el Rdo. Dr. D. Francisco de A. Solá, Cura domero del Real Monasterio de Santa Clara. El Dr. Solá fué por espacio de muchos años catedrático del Seminario Conciliar de Gerona, habiendo sido nombrado catedrático de Filosofía cuando aun era estudiante de Teología. Las cátedras de Historia Eclesiástica y Oratoria Sagrada las desempeñó por espacio de veintidós años consecutivos, hasta que por causa de la revolución de 1868 se cerró el Seminario de Gerona, y entonces el Dr. Solá pasó á Barcelona, siendo nombrado para el cargo en que ha muerto. Dos veces distintas se le ofreció un canonicato, que no quiso admitir. Al graduarse de Doctor en Valencia, dejó alta reputación de sus conocimientos teológicos. Además de las cátedras del Seminario, desempeñó el cargo de profesor de la Escuela Normal y del Instituto provincial de Gerona durante algunos años. El Dr. Solá era muy apreciado por sus virtudes y su talento, y sobre todo por su bondadoso carácter.

Repentinamente ha fallecido en Sevilla el virtuoso y sabio presbítero Sr. Dr. D. Juan Campelo y Alhueva, decano de la Facultad de Ciencias de aquella Universidad literaria.

El Sr. Campelo estaba reputado como una persona de verdadero mérito por sus extensos y profundos conocimientos en las ciencias físicas y naturales, á cuyo estudio y explicación consagró toda su vida.

¹ De'o esta noticia al sabio presbítero y elocuente orador sagrado D. Manuel de Uribe, que á la sazón era cura ecónomo de San Lorenzo, y lo es ahora de San Ginés.

Igualmente han fallecido:

En Cádiz, sor María Echeverri, superiora que fue de las Hijas de la Caridad.

En Córdoba, la reverenda madre sor Paula de San Cayetano Carbonero y Carrasco.

En Jerez, el párroco de San Dionisio, D. Salvador Martín Arnedo.

D. Eufasio Calvo, párroco durante cuarenta años de Villarrín de Campos, Diócesis de Zamora.

Y en Sigüenza, a la avanzada edad de 87 años, la respetable y virtuosa señora Doña Vicenta Arenas, cariñosa madre del ilustre y sabio Obispo de aquella Sede D. Antonio Ochoa.

NOTICIAS

El Rdo. Sr. Obispo de Madrid, acompañado del de Salamanca, visitó el lunes último el convento del beato Orozco, recientemente construido en la calle de Goya. Los Prelados salieron altamente satisfechos de la obra del arquitecto Sr. Lázaro.

El Sr. Sancha felicitó también y dió expresivas gracias al Sr. del Val por sus generosos desprendimientos en favor de dicha fundación.

Resta por terminar la iglesia, y tanto para ello como para el pago de los atrasos, se espera del cristiano vecindario madrileño las muestras de su caridad.

Se hallan muy adelantados en Orihuela los trabajos preparatorios para la creación del Círculo católico de obreros, habiendo sido ya aprobado el reglamento por el Sr. Obispo de la diócesis y señor Gobernador civil de la provincia.

Según noticias, reina entre los obreros gran animación para inscribirse como socios en el nuevo Círculo, donde encontrarán toda clase de distracciones honestas, y lecturas piadosas y amenas, con lo que se conseguirá el doble objeto de entretener el tiempo que las ocupaciones habituales de cada uno le dejen libre, y proporcionar a los socios la instrucción conveniente a que deben aspirar.

Se han recibido en la Propaganda noticias consoladoras de la Siria acerca de los progresos de la fe católica en aquella región, siendo numerosas las conversiones entre los cismáticos.

También parece que a pesar de los martirios su-

fridos en el Annam y el Tonkín, nuevos y más fervorosos apóstoles están para salir a Misiones, como si la sangre de los muertos hiciese germinar y aumentar los obreros del Evangelio.

A fines de este mes se abrirá al culto la iglesia de la Encarnación de Madrid, restaurada bajo la dirección del arquitecto Sr. Lema.

Este templo cuenta con magníficos frescos de D. Luis y D. Antonio González Velázquez, de don Francisco Bayeu, y notables lienzos de D. Vicente Carducho, D. José Castillo, D. Ginés Aguirre, don José Ramos y D. Gregorio Ferro, cuyas obras han sido restauradas por D. Francisco Vicente.

Ha sido propuesto para la Iglesia y Obispado de Almería, vacante por defunción de D. José María Orberá, D. Santos Zárate y Martínez, Canónigo lectoral de la Santa Iglesia Catedral de Santander.

Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.



DOÑA ERNESTINA MANUEL DE VILLENA

FUNDADORA DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS

FALLECIÓ EL DIA 27 DE ENERO DE 1886

R. I. P.

El funeral por el eterno descanso de su alma se verificará el jueves 27 del corriente, á las diez y media de la mañana, en la iglesia de dicho Asilo.

El Nuncio de Su Santidad ha concedido 100 días de indulgencia, y el reverendo Sr. Obispo de Madrid-Alcalá otros 40, á las personas piadosas que asistan á la ceremonia religiosa y unan sus preces á las de la Iglesia por el alma de la fundadora del Asilo.



ÉPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 4.º — Madrid 5 de Febrero de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Six meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CEREA Y PUERTO-RICO	
Six meses.....	7 1/2 ps. fr.
Un año.....	14 »

PROPIEDAD DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Six meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Six meses.....	3 1/2 ps. fr.
Un año.....	6 »

SUMARIO.

TEXTO. — La decena, por Manuel Ovario y Bernard. — Carta de Bolivia, por J. M. — Los grabados. — Rosaura Hagedorn de Nuevitas. — Santa Fe de Bogotá, por Camilo de Villavieja. — El arte religioso, por M. de A. — Teología sacerdotal de S. S. León XIII. — ¿Por qué? por el Marqués de Segor. — Prosperidad aparente de los males, por J. Meléndez Valdés. — Las herencias, por Antonio Aparisi y Guijarro. — El Cálculo del hogar, por Antonio Montenegro. — Pensamientos sobre el futuro, por un religioso de salamanca. — Necrología. — Bibliografía. — Noticias.

GRABADOS. — La conversión de San Pablo, apóstol. — Camión de las catacumbas, cuadro de Palma. — Romería de San Antón.

LA DECENA

Los funerales por el eterno descanso del alma de Ernestina Manuel de Villena, celebrados en el templo del Asilo de Huérfanos, constituyen el primer asunto para esta revista; y es justo decir que en aquel solemne acto, y uniendo sus preces a las de la Iglesia, vieron representaciones de las familias más distinguidas de la corte, que supieron apreciar en vida las virtudes de la fundadora y que en el aniversario primero de su muerte acudían a elevar al cielo plegarias por la que supo con abnegación sublime dejar a España una fundación modelo a costa de una existencia de privaciones y trabajos. El representante de Su Santidad en esta corte y gran número de sacerdotes prestaron con su presencia mayor solemnidad al acto religioso.

Desgraciadamente hay todavía muchas personas que ignoran todo el bien que hizo Ernestina. En el mismo día de sus funerales no faltaba quien preguntase:

— ¿De dónde viene tanta gente?

— De los funerales de Ernestina Manuel de Villena.

— ¿Y quién fue esa señora?

— La fundadora del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús.

— El Asilo... no conozco ese Asilo.

Y algunos de los que así hablaban habitaban en el mismo barrio de Salamanca en que aquel radica.

¡Si se tratase de alguna celebridad coreográfica, nadie la desconocería!

Tristes han sido los últimos días para muchas familias de Madrid.

La muerte, incansable siempre, parece redoblar en estos meses sus esfuerzos, teniendo como los auxiliares más poderosos los vientos de Guadarrama, la falta de higiene en la vida moderna, el sarampión y la angina diftérica, que tantas víctimas ha causado entre las criaturas. De personas conocidas y eminentes hay que señalar, entre otras, a D. Ignacio José Escobar y a D. José María Fernández de la Hoz. El primero, distinguido periodista, tuvo gran parte en el desarrollo de la prensa y en el mejoramiento de la situación de los que a su ejercicio se consagran; sus campañas

en *La Epoca* le valieron el título de primer Marqués de Valdeiglesias y gran número de honores y distinciones y algo que vale mucho más: la consideración y el cariño de cuantos tuvimos la honra de contarnos en el número de sus amigos. El segundo, distinguido abogado, brilló en el foro, en la literatura profesional y en la política, habiendo sido también persona apreciada y en quien depositaron su confianza ilustres príncipes de la Iglesia. Ambos dejan herederos de su nombre y de sus virtudes, para quienes habrá servido de gran consuelo la general manifestación del sentimiento que su fallecimiento ha causado.

Pero, al lado de estos duelos cuya notoriedad ha sido extraordinaria, ¡cuántos dolores oscuros y modestos en el hogar del pobre! ¡Cuántas familias vistiendo luto y cuántos ángeles que anticipadamente han subido al cielo, huyendo de este mundo de sufrimientos y desdichas en que acaso se habría manchado en el fango de las pasiones la nítida blancura de sus alas! La muerte de un niño deja siempre hondísimo vacío en el corazón de los padres y frío y silencio en el hogar que alegraba con sus risas y sus juegos; y para semejante pérdida sólo el tiempo tiene lenitivos y la Religión consuelos. ¡Ben-

edita la Religión del Crucificado que en estos instantes de amargura para tantas y tantas familias habrá sido el piadoso refugio de las mismas! Desgraciados los que, víctimas de su propia incredulidad, no tengan en los dolorosos trances de la vida la Fe que puede salvarlos y la Esperanza que les podría sostener!

En los últimos días han reaparecido en la escena madrileña el obrero sin trabajo y el obrero sin ganas de trabajar. Menos numerosas las obras públicas que las necesidades de los que tienen que acudir a ellas en busca de un jornal; recibiendo la capital día por día y momento por momento la interesada visita de los jornaleros de fuera de ella; el frío dejándose sentir con exceso; y la cuestión de subsistencias, como la de habitaciones, siendo motivo constante de honda preocupación para los que se interesan en el problema social; todas estas causas, concurriendo a un solo fin, presentan a numerosos braceros buscando ocupación por calles y plazas, o acudiendo, para que se les dé, al Municipio o al Gobierno civil. Madrid no es ya, por lo visto, el centro odiado por los regionalistas, cuando constantemente acuden a él, lo mismo el ambicioso que busca por la política el encumbramiento, que el infeliz bracero que sólo aspira a satisfacer las primeras atenciones de la vida; los Poderes públicos no son tampoco tan malos, cuando en todas formas se acude a ellos, buscando su tutela imposible y no siempre digna. Por desgracia, ni Madrid, como población oficial, puede hacer mucho en beneficio de los braceros, forasteros ni vecinos, ni es tanto su desarrollo que le permita ocupar en obras públicas o particulares a cuantos lo deseen. De aquí el triste espectáculo de los muchos individuos que pasean su forzada ociosidad y su miseria, y de los que a la sombra de estos evidentes males buscan en la limosna el remedio de su malestar, siendo constante pesadilla del transeunte, a quien asedian a cada paso, sin que éste, por rico que sea, pueda aliviar males que se le presentan al minuto, en todas partes, ya bajo el aspecto de la dolencia física, ya en la forma musical, ya en la que revestía la antigua mendicidad como oficio lucrativo y provechoso en los puestos fijos a la puerta de algunos templos, motivando a veces escenas más propias de la Corte de los Milagros que del ingreso a la casa del Señor.

Pero no todos los obreros se consagran a pedir ocupación o socorro material. Algunos prefieren reunirse en amenazador club para desahogarse hablando mal de la familia humana y de todo el orden divino, y empiezan tal vez arrojando del local al dueño del mismo, cuyas amonestaciones desatienden.

— ¡Es preciso acabar con todos los caseros! — dice uno a quien el suyo no ha ogrado cobrarle nunca una sola mensualidad.



LA CONVERSIÓN DE SAN PABLO, APÓSTOL.

— Y con los Gobiernos — añade otro que guarda el resentimiento que le produjo su cesantía de una plaza de portero.

— Y con los hombres de ciencia que inventan las máquinas — agrega quien por lo visto quiere seguir haciendo la concurrencia a los animales de carga y peso.

— Y con los reyes!

— Y con los curas!

— Y con la familia!

— Queda creado el partido anarquista madrileño — grita el presidente de la reunión. — ¿Quién se apunta?

— Apuntame a mí y a mis tres hijos, el mayor de ocho años.

— Y a mí y a mi mujer.

— Y a Blas, el zapatero de mi casa.

— Eso tiene que hacerse personalmente: que venga el mismo.

— No puede, que está en la taberna.

— Pues cuando salga de ella.

— Cuando salga de ella tendrá que ir a la casa de socorro o a la prevención.

Madrid es una de las poblaciones en que más se baila, hecho indudable, pero de no muy fácil explicación, pues siendo un pueblo de tanto movimiento durante el día, lógico parecería que consagrara las noches al descanso. Hay boda o bautizo, son los días o el cumpleaños de un miembro de la familia, es fiesta, suena una murga por la calle, se busca colocación para una niña casadera... baile en todos los casos y aun en todas las casas, que el baile es el gran elemento para lograr empresas difíciles y aun imposibles. Así lo ha comprendido la caridad, y acude a este recurso para extraer de los bolsillos de los bailarines las monedas que han de proporcionar al necesitado alimento por algunos días: origen y efecto del baile dado en los salones nuevos del teatro Real, fiesta debida a la iniciativa de varias nobles damas y con la cual han podido remediarse muchas miserias ignoradas. Triste es que para ejercer la caridad haya que recurrirse a la alegría; pero también hay alegría en la gratitud del socorrido.

Lo que no tiene ya tan buena explicación, a pesar de sus muchos defensores, es el baile con que anualmente aumenta sus fondos la Sociedad de Escritores y Artistas y que en este año se ha efectuado con la misma brillantez que en los anteriores, pudiendo esperarse un resultado material muy satisfactorio para la Sociedad a que me refiero. En ella figuran literatos ilustres, pintores célebres, músicos excelentes, actores muy aplaudidos, y con elementos semejantes nada sería más fácil que organizar conciertos, exposiciones artísticas, funciones teatrales, lecturas poéticas... algo, en fin, de lo que se hacía en los años primeros de la Asociación, y no sin fruto ciertamente. Pero los asociados opinan de diversa manera y se limitan a dar señales de vida una vez al año, congregando en el teatro Real a cuantos tienen 15 pesetas y quieren darlas por un billete.

Todo esto en nuestro país es muy natural. ¿No se ha fundado recientemente una sociedad que dice consagrarse a la educación y a dar premios a la virtud, y la primera señal de su vida ha sido celebrar una corrida de toros?

Nada de extraño tendría que hoy que tan en baja se hallan el baile mímico y el baile nacional, los boleros jubilados se asociaran para el mutuo socorro, y a fin de arbitrar fondos, se decidieran a dar lecciones de filología comparada o conferencias sobre temas filosóficos y morales.

MANUEL OSSORIO Y BERNARD.

CARTA DE ITALIA

Ginebra 31 de Enero de 1887.

ESTA carta no puede llevar el pomposo título con que la benévola dirección de nuestra revista acostumbra a designar a sus hermanas; pues, como verán los lectores, no va fechada en Roma, de donde salió el sábado de la semana anterior, llevado por el deseo de ir a esperar a varios amigos y compatriotas en la ciudad a cuyo puerto dirigíase la escuadra española.

Encuéntrome luego en Génova, adonde llegaron también el día 24 nuestros buques *Numancia*, *Victoria* y *Gerona*, con un personal muy distinguido que forma el brillante Estado mayor del contraalmirante Sr. D. José Maymó.

Nuestros marinos cumplieron desde luego con las etiquetas de costumbre y saludaron con las salvas o cañonazos de reglamento a las autoridades de esta ciudad eminentemente comercial; pero apresúreme a decir que encontraron aquí muy expresiva y cari-

ñosa acogida. Tal vez el Gobierno ha circulado la orden de que las autoridades provinciales y municipales se esmeren en pagar a los oficiales de la escuadra española, que se propone tocar varios puertos de Italia, las atenciones de que los periodistas italianos fueron objeto en nuestra patria durante el último verano; pero lo cierto es que los genoveses no omitieron nada para obsequiar a nuestros compatriotas, siendo de notar que los agasajos y obsequios dispuestos en honor de la escuadra española surta en este puerto no revistieron exclusivamente el carácter oficial que suele imprimir sello de frialdad a toda fiesta análoga a las a que me refiero; por lo contrario, aquí se han visto tomar parte en las fiestas en honor de los españoles todas las clases de la sociedad, y sabido es que Génova cuenta con un patriciado muy ilustre. El miércoles último hubo serata de gala en el teatro Carlo Felice, que es el mayor de esta ciudad y uno de los más bonitos de Italia, sobre todo por la elegancia del decorado; además tiene una orquesta muy acreditada, desde la época en que la dirigía el célebre Mariani, que ha sido uno de los mejores compositores de música que haya tenido Italia en lo que va de siglo. La noche en que concurríeron los oficiales españoles, galantemente invitados por el Ayuntamiento de Génova, el teatro estaba alumbrado con luz eléctrica y presentaba un aspecto agradabilísimo. Mucho me ha sorprendido la riqueza de diamantes, perlas y joyas que ostentan las señoras de la nobleza genovesa cuando asisten a función de teatros; pero, habiendo manifestado a otros mi extrañeza, supe que en esto principalmente cifran su orgullo los antiguos patricios genoveses y que los diamantes aquí constituyen como una librea de las damas, siendo, por regla general, de la propiedad del marido. Al otro día hubo, en efecto, un gran baile en las salas del Ayuntamiento — que por cierto disfruta de uno de los mejores palacios, como se comprenderá al saber que es donde vivió, a principio del siglo, la viuda de Víctor Manuel I, Rey de Cerdeña — y tuve que admirar otra vez, aunque en mayores proporciones, el mismo lujo y riqueza que ostenta el patriciado ligure. También otra cosa hubo de admirar en ocasión de ese baile verificado en el *Palazzo Tursi*, ó sea casa del Ayuntamiento, y son las magníficas pinturas al fresco de Piola que ornan las paredes de la escalera; pero en esto lo que más llama la atención es considerar que no son pinturas hechas para el sitio en donde ahora se encuentran, pues sólo hace cosa de quince años fueron trasladadas allí desde una iglesia que hubo que tirar al suelo para el ensanche de la ciudad; parece que se trasladaron los trozos de paredes en que iban pintados los hechos principales de la vida y martirio de San Sebastián, a quien estaba dedicada la iglesia a que me refiero, pero no creíase que era cuestión de pinturas de reducido tamaño; superaban, a lo menos, el de los cuadros que ornan las paredes del Salón de sesiones en el Congreso de diputados en Madrid, por donde se infiere la dificultad que hubo de vencer para trasladar las mencionadas pinturas, apreciabilísimas de suyo por la perfección del dibujo y la viveza de colores que tanto distinguían a Pellegrino Piola.

Después de la función de teatro a que aludo más arriba, hubo la noche misma, en el salón llamado *Ridotto del Carlo Felice*, una cena, con la cual el Municipio de Génova obsequió a los oficiales de nuestros buques: reinó en ella la más cordial armonía; pero en esto no quiero yo detenerme, pues no olvidando el carácter de nuestra Revista, debo ocuparme más bien en lo que tiene relación con las artes bellas. He acompañado a nuestros marinos en la visita que giraron a los monumentos de esta ciudad; no me ha faltado, pues, ocasión de observar lo más precioso que encierra la misma. Empezando por la catedral, confieso muy sinceramente que no me ha merecido ninguna admiración, pues hay en ella un conjunto de diversos estilos que acusan las diferentes reparaciones que ha sufrido, sin que sus autores hayan cuidado de respetar el primitivo estilo, que por cierto era el del siglo XI. Pero si la catedral de Génova no satisface las exigencias del artista, en cambio llama mucho la atención la riqueza de mármoles que se observa en las demás iglesias de esta ciudad, entre otras la de San Liro y la de San Ambrosio, en las cuales todas las paredes están cubiertas de mármoles: también merece particular mención por su arquitectura la basílica de Carignano, y la merece la iglesia *della Annunziata* por su rico artesonado, que es obra de Carlone. Generalmente las calles de Génova son muy estrechas, y las casas extremadamente altas: figúrense que muchas tienen ocho o nueve pisos; pero la antigua Génova es la ciudad de los palacios, pues desde la estación del ferrocarril hasta la plaza del teatro no hay más que una continuación de palacios grandio-

sos y artísticos; algunos de ellos contienen también museos muy preciosos y célebres pinacotecas, aunque éstas según creo poseen pocos originales: dicen que original de mucho mérito es el cuadro representando el martirio de San Esteban, que se conserva en la iglesia dedicada al mismo santo, pues le atribuyen a Julio Romano, y, según parece, ha despertado ya varias veces las envidias de los ingleses. Los genoveses cultivan ahora con particular predilección el arte de la escultura: en el cementerio de Staglieno, que está a una legua de la ciudad, hay buenas estatuas de Varni, Cevasco, Villa y otros. Muchas ganas tenía de visitar este cementerio, pues en Italia se le cita como uno de los mejores: efectivamente, me asombró por su grandiosidad, y me pareció muy conforme con el ideal que yo tengo formado de los cementerios, la severidad que domina en el de Staglieno, pues los grandes arcos que ahí se ven y las múltiples hileras de columnas en mármol blanco me inspiran la melancolía que yo busco en la casa de los muertos. ¡Lástima que muchos, entre sus monumentos, si valen como obra artística, no sean expresión del sentimiento religioso, que únicamente debería dominar en las estatuas que adornan un cementerio! — Pasando luego a cosas más alegres, diré para concluir que el Ayuntamiento de Génova ha emprendido obras muy considerables para efectuar el ensanche que pedía el continuo aumento de la población; al propio tiempo, ha dotado a la ciudad de un paseo agradabilísimo — la *via di circonvallazione* — desde donde se gozan vistas hermosísimas, pues domina a toda la ciudad, y es el punto en que puede apreciarse mejor el panorama que presenta la ciudad de Génova con sus dos encantadoras riberas.

La escuadra española zarpará pronto de aquí con rumbo a Spezia, Liorna y otros puertos de Italia; creo, sin embargo, que en ningún punto encontrará la cariñosa acogida que ha tenido aquí, y por mi parte no pienso agregarme a su estado mayor, debiendo regresar pronto a la Ciudad Eterna.

J. M.

LOS GRABADOS

CONVERSIÓN DE SAN PABLO, APÓSTOL.

Sanlo, que después tomó el nombre de Paulo, era de nación judío de la tribu de Benjamín, y había nacido en Tarso, Metrópoli de Cilicia.

Profesaba su padre la secta de los Fariseos: esto es, de aquellos judíos que hacían profesión de ser los más exactos observadores de la ley, y de seguir la moral más rígida y más severa. En su pueblo natal (municipio romano) estudió las ciencias griegas, y después sus padres le mandaron a Jerusalén, donde asistió a la escuela de Gamalíel, célebre Doctor de la ley.

Encendido su celo por la observancia de la ley, y por las ceremonias de sus padres, hizo enemigo de la Religión cristiana, y como tal obró guardando las capas de los que apedreaban a San Esteban, como lo dice San Agustín.

La sangre de este primer mártir excitó una horrible persecución contra la Iglesia de Jerusalén, y Saulo fue uno de los más ardientes perseguidores. Azote de los fieles siervos de Jesucristo, dirigióse a la ciudad de Damasco cuando al acercarse a las puertas un rayo de luz que bajó del cielo le derribó del caballo, y una voz le dijo en hebreo: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persegues?* Como hubiese quedado ciego, los que le acompañaban le tomaron de la mano, y le llevaron a casa de Ananías, discípulo de Cristo, y hombre de gran piedad, y venerado por su virtud hasta de los mismos judíos, quien le instruyó en la doctrina cristiana y le bautizó, recobrando en seguida la vista.

Antes de salir de Damasco, predicó en la Sinagoga que Jesús, a quien él había perseguido, era el Mesías verdadero.

Muchos siglos ha que se fijó la fiesta de la Conversión de San Pablo el día 25 de Enero; en el VII se celebraba ya, y el Papa Inocencio III ordenó que se enseñase a los fieles la devoción particular que debían tener en este día.

La lámina que reproducimos en este número es copia de un notable lienzo consagrado a este asunto por el distinguido pintor D. Carlos Mugica.

CAMINO DE LAS CATACUMBAS.

(Cuadro de Palmaroli).

Seguramente que no necesita descripción el asunto del lienzo del Sr. Palmaroli que reproducimos en este número. Una joven romana, caminando por las afueras de la Ciudad Eterna en busca de la entrada de las catacumbas; un poema de piedad religiosa, que empieza por la adoración de humilde y tosca cruz y acaso terminará más tarde con el martirio en el Circo; la sencillez y el sentimiento realzados por la belleza de la ejecución artística. Tal es el cuadro del autor de *Los Santos de España*.

NUMERÍA DE SAN ANTON.

San Antón tiene el privilegio de compartir con San Isidro y San Sebastián la devoción del pueblo madrileño... y el consumo de panecillos.

El santo ermitaño trae aparejada fiesta religiosa y romería en la calle, con lo cual se satisface lo mismo el fervor católico que el afán de las diversiones en el honrado pueblo madrileño. El frío excepcional de estos días del año parece llamado a privar de su animación a la romería del santo; pero no hay frío, por grande que sea, capaz de eliminar una fiesta en el extenso catálogo de las mismas.

La romería de San Antón se verifica todos los años con el mismo aparato que los anteriores; durante la tarde los tranvías no atropellan a los transeúntes por la calle de Hortaleza; pero en cambio, lo pueden hacer muy a su sabor las caballerías, ricamente enjanzadas, que son llevadas a la ermita del santo por sus dueños, para recoger la paja bendita y hacer pública ostentación de su gallardía. De trecho en trecho, y para hacer más difícil el tránsito, los puestos de panecillos del santo, cubiertos con las colchas de cama de sus dueños respectivos, sostienen los temerosos fragmentos de materias desconocidas, pintadas de vivísimo almazarrón.

Por las aceras y el centro de la calle un oleaje incesante de personas que en aquel extraño lugar pasean subiendo y bajando desde la rod de San Luis hasta el sitio que ocupó el Saladero. El público acude, pues, a la fiesta; pero la lleva en sí mismo; de otra suerte aquella no existiría. Risas, quejas, frases socas; la oración junto a la Iglesia y la blasfemia dos pasos más allá; todo el vario y confuso rumor de millares de voces; he aquí lo que en la calle de Hortaleza puede recoger el observador, mientras que difícilmente se abre paso entre la muchedumbre, y sus pies van arrastrando castelosamente para no perder el resto del cuerpo el equilibrio.

En cuanto a los elementos báoticos de la fiesta, por extraña contradicción, las caballerías toman alimento bendito, llamado a protegerlas en el resto del año, y las personas estudian prácticamente los adelantos de la toxicología, consumiendo los panecillos a que me he referido antes, diminutivo alevé, contra el que debe protestar indignado el pan verdadero.

BOSQUEJO BIOGRÁFICO

N. S. P. EL PAPA LEÓN XIII

I

Eos sentimientos de alta admiración y de profundísimo respeto acometemos hoy el intento de trazar un bosquejo biográfico del ilustre y sapientísimo Pontífice que con tanta prudencia y firmeza, y con tanto lustre y gloria para la cristiandad, gobierna actualmente la Iglesia universal; habiendo interpuesto más de una vez su altísimo ministerio para salvar la paz del mundo, aquietar las conciencias en grandes imperios y restablecer la concordia entre los pueblos y los príncipes.

Propósito es este para nosotros tan dificultoso como atrevido, dada la escasez de nuestros conocimientos y la pobreza de los medios que poseemos; así como la alteza y magnitud del asunto de que queremos ocuparnos.

Sin que se vea que tratamos de sentar plaza de profetas, y aunque es temeridad indisculpable en cualquiera, siquiera le adornen grandes títulos, y muchísimo más en quien no tiene absolutamente ninguno, el pretender anticiparse a los soberanos y definitivos juicios de la historia; abrigamos un íntimo presentimiento de que León XIII, al pasar su nombre a la historia, ocupará un alto, distinguido y brillante lugar en el catálogo de los más grandes Papas que han regido la Iglesia católica, así por lo que respecta a su sabiduría como a los profundos talentos políticos, a las grandes condiciones de carácter y a las eximias virtudes que como sacerdote y como príncipe le enaltecen.

II

Muy pronto, dentro de tres meses cumplirá el Sumo Pontífice la edad ya bastante avanzada, aun para los que ocupan aquel altísimo sobio, de 77 años.

Nació en efecto el 2 de Marzo de 1810, viniendo al mundo en el pueblo de Carpineto, villa de mediano vecindario perteneciente al distrito de Anagni. Fueron sus padres los condes Ludovico Pecci y Ana Prosperi de Cori, que pertenecían a la nobleza de segundo grado, ó sea a los que en el lenguaje feudal se llaman *patronos*, que son unos señores subalternos vasallos de otros más poderosos y de jurisdicción más extensa. Algunos ascendientes de la familia Pecci se distinguieron en la carrera eclesiástica y también en las armas y en las letras. Varios de los antepasados del actual Pontífice sirvieron valerosamente a los Reyes de España en puestos distinguidos de la milicia durante los reinados de los monarcas de la casa Austriaca y del primer Borbón. Un tercer abuelo de León XIII fue coronel y Maestro de Campo en tiempo de Felipe V. Mas el esplendor y la gloria que este linaje haya recibido ó pudiera reci-

bir de sus antepasados quedan muy desvanecidos y eclipsados ante la fama y la refulgencia y los méritos insignes de la gloriosa carrera de Joaquín Pecci, hijo menor de los condes Ludovico y Ana.

Desde muy niño empezó a despuntar el joven Joaquín Pecci y a prometer los brillantes frutos que andando el tiempo debería dar. En las primeras aulas superó muy luego, no sólo a sus hermanos, mayores en años, sino a todos sus contemporáneos, por la viveza y la lozanía de su ingenio y la sinceridad de sus sentimientos piadosos. Aparte de sus dotes intelectuales, que eran sobresalientes, era cuando mancebo hermoso y gallardo de cuerpo y de aspecto gentil y lleno de donaire y noble apostura, y según el decir de un biógrafo se podría de él repetir con justicia aquel conocido verso del poeta:

In bel corpo virtute appar più bella.

Salido de la infancia fué a cursar las humanidades y las ciencias con los Padres de la Compañía de Jesús; primero en el colegio de Viterbo, y después en la universidad de Roma. Por su claro entendimiento, por su aplicación y por su disciplina se hizo notar pronto, y estimar y distinguir entre sus discípulos. Notables y sólidos, al par de rápidos, fueron los progresos que en el estudio hizo. Siendo todavía muy mozo, vistió el hábito eclesiástico, aun no cumplidos los 18 años; a los 19 regentaba una cátedra como repetidor de filosofía en el colegio Germanico; a los 20 disputó públicamente en teología; a los 21 recibió la borla de doctor en las ciencias sagradas; a los 24 obtuvo igual investidura en ambos derechos; a los 27 recibió el orden del presbiterado y a los 28 alcanzó la dignidad de Prelado. Por esta enumeración se ve que el abate Pecci salvaba con paso de gigante la vía que había de conducirle a las más altas dignidades eclesiásticas.

Su piedad acendrada, el ingenio agudo, penetrante y lozano que le distinguía, sus costumbres severas, sus maneras decorosas y distinguidas, llamaron la atención de aquel Papa tan sagaz y tan perspicuo que se llamó en el mundo Mauro Cape llari y en el solio Gregorio XVI, el cual le juzgó digno y capaz de gobernar con madura prudencia, energía y acierto las provincias de Benevento y de Perugia. No era, a la verdad, negocio liviano ni hacadero, y así lo sentía el Papa Gregorio, regir un pueblo en nombre del príncipe en circunstancias excepcionalmente difíciles y en tiempos en que ya se sentía rugir a lo lejos aquella tempestad que había de producir una inmensa revolución. Siempre fueron consideradas Benevento y Perugia como provincias de difícil y delicado gobierno, y sus capitales ciudades descontentadizas y un poco levantisas. Luchando contra estos antecedentes, el delegado Pecci tuvo inesperada fortuna en su gobierno, y en él se conajó con tanta habilidad como tacto y destreza; en Benevento fué temido y amado al mismo tiempo, y logró pagar aquella tierra tan alborotada y conmovida de los bandoleros y ladrones que la infestaban; en Perugia, con cuya vida se identificó completamente andando el tiempo, llegó no sólo a ser amado, sino casi adorado.

El día 25 de Septiembre de 1841 lo fué de mucho júbilo y algazara para los impresionables y demostrativos habitantes de Perugia: el Papa Gregorio la hizo una visita solemne, y con este motivo hubo grandes festejos y demostraciones populares. No las buscaba el Pontífice, ni ese era el objeto que le llevaba a aquella ciudad: otros eran su pensamiento y su idea, y tuvo ocasión de ratificarse en el juicio que anticipadamente había formado de las relevantes dotes que adornaban al joven Prelado, que con sus actos administrativos y con su consumada pericia demostraba ser un sabio regidor de provincia y conocer a maravilla el arte difícilísimo de hacer amar al gobierno y a su soberano en tiempos que no eran bonancibles para fomentar estas inclinaciones.

En 1843, el delegado de Perugia recibió un merecido ascenso en su carrera, siendo consagrado Arzobispo de Damietta *in partibus*, y enviado en seguida como Nuncio a Bélgica cerca de la corte del Rey Leopoldo I, príncipe protestante, aunque jefe de una familia y de una nación católicas. El joven Nuncio acababa de cumplir 33 años. Una vez instalado en Bruselas, bien presto comprendió entre qué nueva gente se encontraba, bajo qué nuevo cielo vivía y qué otra corte tenía que tratar: sin embargo, tan cuidadoso estudio hizo, tan flexibles eran sus talentos y tan amables sus dotes, que no tardó en ganarse la absoluta confianza del soberano, la reverencia de la corte, el amor de los pueblos y aun el respeto de los mismos enemigos. Repugnándole por naturaleza el uso de los temperamentos hipócritas y de ciertas vías solapadas, muy preconizadas

en la política al uso, nunca quiso ni pudo disimular su pensamiento y sus razones: hizo tocar con la mano en aquel liberalísimo reino como la iglesia de Roma no pone en tela de juicio la forma de la soberanía y los principios en que se basa, y que la Religión Católica, lejos de contrariar el progreso civil, lo secunda y protege. Por su iniciativa y con su protección se restablecieron los ritos y la pompa del culto, del ardor de la fe surgieron nuevas comunidades, volvieron otras a sus antiguos claustros, se multiplicaron las casas de educación religiosa y la Religión y la Iglesia católica fueron más que nunca respetadas y honradas.

El Nuncio Pecci encontró su delicia en el estudio de las costumbres y de los hábitos de aquella industriosa nación. Acordándose de la sentencia del sabio, que dice que el hombre instruido, visitando los varios países de las gentes extrañas, observa en los hombres el bien y el mal para convertirlo en su propio pro, aprovechó fructuosamente los pocos ocios de su nunciatura visitando Francia, Holanda, las riberas del Rin e Inglaterra. Sin duda que al ejercicio de sus funciones diplomáticas debe León XIII la adquisición de aquel exquisito sentido y aquella altísima prudencia que le guió después constantemente, en todos los períodos y pasos de su carrera, y que él solía llamar exactamente con Gregorio Magno, *abbatis virtutum*, la cual hoy resplandece más brillantemente que nunca en los actos todos de su pontificado.

III

El rey Leopoldo le honró con varias mercedes y distinciones, confiriéndole, entre otras, la cruz de comendador de la orden que lleva su nombre. Pero el período de la vida diplomática de Monseñor Pecci tocaba a su término.

El 16 de Abril de 1845 murió el obispo de Perugia, un excelente Prelado que se llamaba Monseñor Carlos Filesi, de la familia de los marqueses Cittadini. Huérfana la ciudad de un pastor venerable y virtuoso, al punto se acordó de su antiguo delegado, y pidiéndoselo a la corte del rey de los belgas, se lo pidió al Papa Gregorio por su obispo y lo obtuvo después de reiteradas súplicas; y en efecto, el Nuncio en Bélgica Monseñor Joaquín Pecci fué promovido el 15 de Enero de 1846 a la silla episcopal de Perugia. Poco después murió su constante é ilustre favorecedor el Papa Gregorio, y al par que el nuevo Obispo tomaba posesión de la insignie cátedra de los Constantios y de los Herculanos, el cardenal Juan María Mastai Ferretti ascendía, con el nombre de Pío IX, a la de San Pedro en Roma.

Los tiempos habían profundamente cambiado; nombres nuevos se apoderaban del timón de la cosa pública; la excelsa península sintió con poderosa fuerza afectos de amor, y desde los picos helados de los Alpes a la isla del Fuoco, del uno al otro de los mares que la circundan, todos los italianos, unidos en un solo corazón y con una voz sola en los labios, rebotantes de alegría, vueltos sus ojos al alma Roma, saludaban arrebatados de entusiasmo el sol de libertad y de paz que, surgiendo de las ondas del sacro Tíber, fulgido resplandecía en la colina del Quirinal.

El nuevo Obispo hizo su entrada solemne en la capital de su diócesis el 26 de Julio de 1846: brillante, cariñosa y halagüeña por extremo fué la acogida que tuvo; reinaba confianza universal y todos auguraban una era de pontificado gloriosa y fecunda, así para los intereses religiosos é intelectuales de la ciudad como para su fomento material y engrandecimiento. La actividad del sabio Prelado confirmó muy luego las esperanzas concebidas y los juicios anticipados, dictando providencias é iniciando medidas todas con excelente criterio derechamente encaminadas a mejorar y perfeccionar la administración eclesiástica y civil de la provincia.

Incesante fué, extraordinaria é ilustrada la vigilancia que ejerció en la dirección y gobierno interior de los diversos institutos, tanto religiosos como seculares, algunos de ellos por él creados, dotados ó ensanchados, y señaladamente el solitario y ardiente amor de padre con que siguió el desarrollo y crecimiento del seminario de Perugia, magnífico plantel de sacerdotes, uno de los más reputados que había en los Estados pontificios, tanto por la sabiduría de sus profesores como por la severa disciplina que en su régimen doméstico reina. Uno de los más entusiastas, al par de los más puntuales biógrafos del Papa León XIII, Monseñor Jeremías Brunelli, Rector actual de aquel seminario, al ocuparse de la paternal solicitud, de los continuos desvelos y de los trabajos del Obispo para engrandecer aquella casa de enseñanza, refiere varios hechos que demuestran el incansable celo, la continua vigilancia y la portentosa laboriosidad con

que Monseñor Pecci, de día y de noche, a todas horas y en todos los momentos, se ocupaba hasta de los menores detalles de aquel instituto como de los demás puestos bajo su autoridad y gobierno, no ignorando ni pasando desapercibida la más leve falta.

A Prelado de tan singulares y altas dotes no debían hacerle esperar nuevos honores y dignidades más excelsas; el 19 de Diciembre de 1853 fue creado Cardenal con el título de San Crisógono. El ideal del Cardenal, ha dicho uno de los más eruditos de los doctrinarios políticos italianos, el publicista y ex-ministro Ruggiero Bonghi, es muy alto, y del eminentísimo Pecci se ha podido decir que cumplidamente lo había realizado en sí mismo. Es León XIII doctísimo en letras humanas, y conoce a fondo lo mismo los clásicos antiguos que los de la edad moderna. Sabe de memoria a Horacio, a Virgilio, al Dante y a Milton, y sin querer, insensiblemente recita literalmente largos trozos con una pureza de dicción, un sentimiento y una entonación admirables. A este tenor cuéntase que cuando residía en Perugia, gustaba de sorprender a los discípulos del seminario a horas muy matinales en las cátedras, ocupando muchas veces y con gran lucimiento el puesto del profesor que se retrasase algún tanto en la hora.

La muerte del Cardenal de Angelis dejó vacante el puesto de Camarlengo de la Santa Iglesia, dignidad eclesiástica de las mayores, y entonces mucho más importante y de más significación a causa de la avanzada edad de Pío IX, el cual al llamar el 21 de Septiembre de 1867 al Cardenal Pecci a aquella excelsa dignidad invitóle asimismo a que pasara a residir a Roma.

Hemos leído en una vida de León XIII una anécdota característica de esta época, que patentiza a la vez el ingenio festivo y donoso de Pío IX, y el sentido y la trascendencia que él mismo atribuía a la promoción del nuevo Camarlengo. Había sido despojada sacrilegamente la imagen de Nuestra Señora del Rosario, en una de las iglesias de Perugia, del magnífico cetro y corona que la adornaban, y el Papa, generoso y caritativo siempre, donó otras alhajas para reemplazar a las robadas. Ocurrió este hecho próximamente en los días de la elevación del Cardenal Pecci, y hablando de él el ilustre Pío IX, en tono de familiar chanza, delante de varios Cardenales, les dijo: — Ya veis que he entregado a Pecci el cetro y la corona. — No es esta la única indicación profética de la futura exaltación del Cardenal Pecci, que hemos advertido en las varias noticias biográficas que llevamos repasadas. Consignan otros hechos, corroborados por testigos respetables y fidedignos, que rayan verdaderamente en lo maravilloso, como la carta de un conocido abogado de Nápoles que, escribiendo con motivo de una desgracia de familia a un pariente suyo de Perugia, a fines del año 1877, le pronosticaba la próxima muerte del Pontífice reinante y la elevación al solio pontificio del diocesano de aquella ciudad.

Estos anuncios más o menos proféticos, las esperanzas, los cálculos y las combinaciones de los más egregios príncipes de la Iglesia, tuvieron efectivamente una confirmación espléndida al ocurrir el fallecimiento del insigne Pío IX. En el sapientísimo, prudente y enérgico Cardenal de San Crisógono, en aquel hábil y esclarecido Prelado italiano de patria, natural de los Estados de la Iglesia, experimentado como pocos en los negocios de gobierno, conocedor de las Cortes extranjeras, ejemplo y modelo de Obispos, residiendo por más de 32 años en la misma sede, docto en teología, en derecho y en filosofía, eximio en la literatura clásica, rico de tantas virtudes, terso y cristalino en sus costumbres, dulce, piadoso, ferviente por la causa del reinado de Cristo y por los derechos de la Iglesia de Roma, por muchos títulos y causas ya célebre en el mundo, considerado y amado por toda clase de personas y respetado hasta de sus propios enemigos, se reunieron acertadamente los sufragios de los príncipes electores el 20 de Febrero de 1878, al tercer escrutinio y después de solas 36 horas de conclave. Pocos o ninguno más rápidos y cuyo resultado se saludase con más genuino júbilo y con esperanzas más consoladoras.

El eminentísimo Joaquín Pecci, Cardenal de San Crisógono, Obispo de Perugia y Camarlengo de la Santa Sede, al ascender al solio y recibir la triple diadema, adoptó el nombre de León XIII, que habían usado algunos de los más insignes y gloriosos Papas, y su coronación se celebró entre las albricias de Roma, las aclamaciones del mundo entero y la congratulación de los príncipes seculares.

Al saludar el advenimiento del nuevo Papa, en todas partes se preguntó con vivo interés: ¿cuáles serán su mente, su pensamiento, la dirección de su política? La idea, el pensamiento, la política de León XIII ya son conocidos del mundo todo, se han

desenvuelto majestuosamente en los ocho años que lleva de pontificado. Pocos tan grandes, tan hermosos y tan fecundos en altas e impereces obras espirituales. Su pensamiento, su mira dominante, el principio superior que rige su conducta son los mismos de Cristo: conquistar el mundo por la fortaleza y mansedumbre del Evangelio; son los mismos del primer Papa Simón Bariona: abatir a los mendaces y a los hipócritas y hacer que desde Roma triunfe la Cruz en el orbe entero; son también los mismos de su magno antecesor León I: salvar Italia y en Italia la fe de Cristo; tiene la misma mente que animó y movió al gran Inocencio III, su conciudadano: trabajar perseverantemente para que el nombre del romano Pontífice sea acatado y reverenciado en el mundo, predicando a los pueblos la obediencia, y a los príncipes la justicia y la equidad. En una palabra, el espíritu y el pensamiento de León XIII rigiendo la Iglesia no han sido ni han podido ser otros que los de Gregorio VII, de Alejandro III y de Pío VII: amar la justicia y odiar la iniquidad, aun cuando por fruto de esta obra haya el deber, o de espirar sobre una cruz como San Pedro, o de morir en el destierro como Pío VI.

Ninguna de las grandes cuestiones europeas que se han agitado desde el año 1878 ha pasado desapercibida para la vigilancia y el genio del Pontífice, ni una sola se ha sustraído a su profundo y detenido estudio, señaladamente aquellas que se refieren a las relaciones de la Iglesia con el principado civil. Los difíciles y pavorosos problemas que tanto preocupan y conmueven a la sociedad contemporánea han recibido, al ser examinados y juzgados por León XIII, destellos luminosos de su perspicuo y penetrante juicio. No sería posible, dentro de los restringidos límites de un corto estudio biográfico, señalar uno por uno todos los actos, todos los trabajos apostólicos, todas las Encíclicas que ha publicado, todas las importantes negociaciones que ha promovido, dirigido o concluido el Papa reinante. En primer término, sus Encíclicas han alcanzado fama universal por su elocuencia y sabiduría, y todas reunidas, las hasta ahora publicadas, constituyen una de las más brillantes y admirables colecciones que se conocen. Ni siquiera nos es posible formar el índice de las cuestiones y temas a que se refieren estas magníficas expresiones de la ciencia y de la inspiración del romano Pontífice. Entre las que más electo causaron, las que más indeleble recuerdo han dejado, las que nunca serán olvidadas, se cuentan las que son conocidas con los títulos de: *Unigenitus Dei, Humanum genus, Unam Sanctam, Immortale Dei*, en las cuales se han analizado y dilucidado, a la luz de la fe y del dogma, las más arduas cuestiones que pueden interesar a la vida de la humanidad.

IV

Ha contribuido León XIII esencial y poderosamente con sus consejos y con el prestigio de su altísima autoridad a resolver pacífica y armoniosamente cuestiones irritantes y gravísimas que estuvieron a pique de provocar conflagraciones espantosas, y en esta línea no debemos olvidar que España y Alemania le deben un servicio señaladísimo y de inapreciable valor moral. Resolviendo al cabo la escabrosa y complicada cuestión de la jerarquía católica en Escocia, poniendo término al secular litigio del patriarcado de las Indias orientales, llevando la paz y la concordia a la Iglesia de Oriente, reivindicando y afirmando la libertad y la independencia de la Iglesia en China, dando vigoroso impulso a los estudios científicos y filosóficos en todas partes, ensanchando considerablemente la esfera de acción de la *Propaganda Fide*, abriendo a la curiosidad científica los ricos archivos secretos del Vaticano, prestando todo su poder y toda su influencia para la pacificación de las conciencias en uno de los grandes imperios europeos, y llegando a lo que se juzgaba casi increíble: la reconciliación religiosa y política con el potentado alemán, dotando a las iglesias de Italia y de Alemania de los más sabios y dignos prebendados, y elevando a la púrpura a los más grandes lumináres de la Iglesia, sin distinción de origen ni de nacionalidad, ha conquistado León XIII timbres y títulos valiosos al respecto, a la admiración y a la gratitud de los católicos, y a la justa consideración e imparcialidad de la historia.

Bajo el punto de vista del arte literario, no son menos altas la excelencia que ha alcanzado y la incontestable y universal fama de que disfruta. Todos los ingenios peregrinos y cultos admiran bajo este aspecto al Papa León XIII, que posee a una con la grandeza de la ciencia y con la abundancia del nimen la elegancia, la pulcritud y el arte más consumado en el decir; estas eximias dotes le permiten prestar luz, aun en obras puramente ajenas y ligeras, al género humano. Difundese por do quiera su

fama, pareja a su valor, aun en el dulce y encantador arte de la poesía, porque él, enamorado fuertemente del ideal más puro y más bello, habiendo en el estudio de arduas disciplinas unido siempre, con el cultivo de las letras, la afición a aquella arte divina, de la cual se prendó de amor desde las primeras divagaciones de la adolescencia, no ha podido nunca, elevado a los más eminentes cargos y a las más tremendas responsabilidades, olvidar en el curso de los más graves negocios, ni siquiera en la altura del poder soberano, a sus amadas musas. Conviene los biógrafos en que le son tan familiares y tan predilectos como San Agustín y Santo Tomás, Tulio, Virgilio, Horacio y Dante; mas se asegura que su trato con ellos es tan frecuente, tan íntimo, tan entusiasta y apasionado, que los sabe de coro; y todavía a su avanzadísima edad recita largos trozos con memoria clara e indefectible, con magnífica y sonora entonación y con todo el fuego y el brío de la juventud. En todos sus escritos resplandecen los reflejos y las huellas del espíritu y del estilo de los autores áureos, y puede con razón enorgullecerse Italia de que en las riberas del Tíber, desde la sagrada roca del Vaticano, oye aún, en grave y majestuoso tono, brotando de los labios de un Papa, la lengua de los antiguos romanos.

No hace mucho que con el objeto de favorecer un hermoso fin caritativo y fomentar al propio tiempo la instrucción de las clases menesterosas, se publicó una elegantísima y primorosa edición de las poesías latinas de León XIII, la cual, después de su principal y subido mérito literario, es una exquisita joya del arte tipográfico en Italia. Es un libro delicado, bellísimo, interesante y precioso, que debe adornar todas las librerías de los hombres de buen gusto.

Hablando de las poesías comprendidas en esta excepcional colección, un crítico, tan eminente por su saber como por su buen gusto y por su entendimiento penetrante, el ilustre monseñor Luis Rotelli, Obispo de Montefiascone, dice poco más o menos estas palabras: «La lengua purísima; el estilo vibrante; expresivo el epíteto; incisiva la frase; el verso espontáneo.» Hablando de determinada composición, añade: «El *inane fulmen* de Jove y de Quirino, el *juvenile pectus* presentando al hierro y al fuego, el *sons per amara florum defluens*, la pálida e incierta luz de la cárcel en la cual entra el animoso leviano — *Luce pallenti vigilans ad umbram* — el cuerpo muerto que yace en el fango — *corpus in limo jacet interruptum* — el Pontífice que en medio del mar borrascoso vuelve la vista a los altos montes de la suspirada orilla, como Dante que, después que fue llevado al pie de una colina miró a lo alto y vio sus espaldas vestidas ya de los rayos del planeta; o mejor dicho, no de otra manera que David, que, traicionado y privado de su corona por su hijo Absalón, levantó sus ojos a los montes, de donde sabría le vendría la ayuda — *ipe bona certaque levare in altis lumina montes*, etc., etc.» Estos y otros semejantes nobilísimos conceptos cristianos, expresados por León XIII con la lengua y con el metro del poeta venusino, son otras tantas joyas inestimables con las que fulgura la diadema de la musa siempre joven del augusto patriarca del Vaticano.

Sábase que el Papa reinante es arregladísimo en sus costumbres; muy moderado y frugal en la comida; austero y sencillo en todo el régimen de su vida; trabajador incansable y heroico; que estudia continuamente; que duerme poco, vela mucho y es gran madrugador y tiene la vista siempre fija hasta en los menores detalles del gobierno de su palacio y del mundo católico. Un escritor católico francés, cuyo entusiasmo admirativo se ha apagado bastante por causas especiales, refiere que León XIII es el hombre que más vigila en Roma desde la altura del Vaticano.

Su posición en la capital del reino itálico se ha hecho estos últimos años muy difícil, y cada vez más incómoda y violenta. Algunos presienten gravísima crisis como muy próxima. Lo mismo le acontece en sus relaciones con Francia, a pesar de su cordura, de su tacto y de su prudentísima paciencia.

Estos últimos días se ha dicho que a pasos precipitados se venía encima el desenlace, y que León XIII, para definir el carácter agudo de la situación, ha proferido delante de los cardenales la siguiente sentencia: «Una tremenda tempestad se avecina; debemos apercibirnos a una lucha encarnizada.» ¿Será profético este terrible presentimiento? ¿Estarán abocados Italia, Europa y el mundo entero a una convulsión de orden espiritual y religioso pavorosa y de incalculable trascendencia?

Vamos a concluir este artículo, recordando que en las viejas profecías del famoso Nostradamus, la divisa señalada a este Pontífice es: *lumen in caelo*.

CARLO DE VILLAVASO.

(De la Revista *Ensalada*.)

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. DON ISIDRO CARNICERO, pintor y escultor, nació en Valladolid en 23 de Marzo de 1804. Existen de su mano en Madrid las siguientes obras: una *Concepción*, *Santa Susana* y *San Mateo*, copias del Flamenec en la Real Academia de San Fernando; *Santa Bárbara* para el retablo principal de la iglesia de Mercenarios descalzos; otra *Concepción* en la sacristía del convento de San Francisco el Grande; un *Crucifijo*, tamaño natural, en el oratorio del palacio del Duque de Híjar; las molduras y estatuas que adornan los dos órganos en San Isidro el Real; las tres puertas del Sagrario de la Real iglesia de la Encarnación, con los cuatro santos doctores en el tabernáculo y varios ángeles, y el grupo de *San Isidro* para la iglesia parroquial de San Andrés. También fué muy celebrado en Roma su modelo de *Santa Bibiana* (de Bernini).

D. DOÑA DOLORES CARRUANA, pintora, académica de mérito de la de San Carlos de Valencia. En el Museo provincial de dicha población se conserva de su mano una *Muerte de Santa Genoveva*, copia al óleo.

D. JOSÉ CASADO DEL ALISAL, natural de Palencia, en cuya Escuela de dibujo hizo sus primeros estudios. Muchas son las obras de este distinguido pintor en el género histórico. Por el año 1871 ejecutó en el religioso los cuadros *Los devotos de San Antolín en la catedral de Palencia*, *Salida de misa de la iglesia de San Francisco de la misma ciudad* y *El responso en el interior de una capilla*. Murió en 1886.

D. EDUARDO CASIELLES, pintor de afición, natural de Oviedo. En la Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1881 presentó una *Vista exterior de la catedral de Oviedo*.

D. MANUEL CASTAÑEDA, natural de Sevilla. Presentó al Liceo de dicha ciudad en 1839 varias copias al óleo, entre ellas un *San Pablo* y un *Ece-Homo*.

D. MIGUEL CASTAÑO GUERRERO, natural de Granada. Entre sus muchos cuadros se encuentra el *Interior de la capilla del Obispo en Madrid*.

D. JOSÉ CASTELLAR Y PEREA, nació en Madrid en el primer año del presente siglo. Su primera educación la recibió protegido por la Reina Doña María Luisa que le pensionó con este fin. Entre las muchas obras que ejecutó merecen citarse especialmente una *Parusina Concepción* que pintó para el oratorio del Marqués de Aguila-Fuente; un *San Miguel* de gran tamaño para el Sr. D. Francisco Goicoechea; varios cuadros para el oratorio particular de las infantas Doña Amalia y Doña Cristina; catorce cuadros de un *Via Crucis* para una iglesia de las Provincias Vascongadas, y otros muchos de asuntos religiosos para diferentes templos y oratorios. Murió en Madrid en 6 de Abril de 1873.

D. VICENTE CASTELLÓ Y AMAT, nació en Valencia en 1787. Procuraremos citar las principales obras de este pintor: los cinco frescos de la nave de la iglesia parroquial de San Salvador en Valencia; en la parroquia de Santa Catalina los cuadros de *San Antonio de Padua* existentes en su capilla; en el pueblo de Chalo todos los frescos de la nave y media naranja de su iglesia. En Alcoy algunos cuadros al óleo para la parroquia y conventos. En la iglesia de los Templarios de Valencia cuatro lienzos para otras tantas de sus capillas. En el Museo provincial de dicha población se conservan, entre otras obras suyas, una *Huida a Egipto*, un *San Miguel* y un *San Fernando*. En el Colegio del Patriarca un cuadro de *Santo Tomás de Aquino* en la capilla; en las parroquias de Ledaña, Navajas, Albalat de Taroncheros y Toles, toda la parte de pintura al fresco y al óleo. Finalmente, raro era el convento, tanto de la capital como del reino de Valencia, que no encerrase frescos ó cuadros al óleo de este artista.

D. ANTONIO CASTELLÓ Y GONZÁLEZ DEL CAMPO, hijo del anterior. En las Exposiciones celebradas en Valencia en 1845, 1846 y 1855 presentó varios cuadros, entre ellos *Una Virgen*, *La última cena* (que se conserva en el Museo provincial de Valencia), *Santa Isabel*, copia de Murillo, y *San Pablo primer ermitaño*, de Ribera.

D. ANTONIO DEL CASTILLO Y AGUADO, nació en Iznate, provincia de Málaga, en 14 de Noviembre de 1834 y estudió en Roma. Entre sus obras citaremos una *Virgen del Carmen*, para una iglesia de la Rioja; un *Ece-Homo* y una *Dolorosa* de medio cuerpo y tamaño natural. Falleció en los baños de Archena en Mayo de 1870.

D. FÉLIX CASTRO. Un cuadro suyo representando a *San Pedro* figuró en la Exposición de la Coruña de 1878.

D. MANUEL CASTRO, retratista. Es suya una lámina del *Beato Francisco de Jerónimo*, jesuita.

D. FEDERICO CATALÁ, natural de Barcelona. En

la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1866 presentó, juntamente con otros cuadros, un *San Antonio*. Entre las muchas obras que ha exhibido en Barcelona figura *La adoración de los Reyes*.

D. FRANCISCO CAULA. En 1875 concurrió a la Exposición regional de Santiago con un *Ece-Homo* y *La Virgen*, el *Niño Jesús* y *San Juan*.

D. JULIO CEBRIAN MEZQUITA, natural de Valencia y discípulo de D. Carlos Giner. En la Exposición Nacional de 1881 presentó, entre otros trabajos, un *San Francisco de Asís* inspirado en los "Recuerdos de Italia" del Sr. Castellar.

D. FRANCISCO CERDÀ, natural de Barcelona. En Roma se dedicó al estudio de las obras de los grandes maestros. En el Museo provincial de Barcelona existen varias obras de este artista; entre ellas una *Virgen de Foligno* y *Deposición del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo*, copias de Rafael. Falleció en Madrid, en la mayor pobreza, en 10 de Junio de 1881.

D. FELIPE CHECA Y DELICADO, nació en Badajoz en 24 de Marzo de 1844. Entre sus muchas obras se encuentra *Una Virgen*.

D. LUCIANO CHOQUET, pintor sobre vidrio y porcelana, natural de Granada. En las Exposiciones Nacionales de Madrid, 1858, 1860 y 1862, presentó las siguientes obras en porcelana: *Santa María Magdalena en oración*, *El Divino Pastor*, *Una Santa Familia*, copia del Barrochio, y otra según Rafael.

D. PELAGRÍN CLAVÉ, natural de Barcelona. Entre sus muchas obras recordamos un *Ece-Homo* (copia de Guercino) y *Los Apóstoles* (de Rafael).

D. MARIANO COLOMER, pintor de principios del siglo, natural de Vich. Pintó en unión de D. Luciano Romea el episcopologio de figuras de medio cuerpo que existe en la catedral de la ciudad de Vich. También son obra suya los cuatro grandes cuadros que hay en la capilla del Misterio en la iglesia de San Juan de las Abadesas.

D. ALBERTO COMELERÁN Y GÓMEZ, natural de Linares (Jaén). Entre sus varios cuadros citaremos un lienzo representando a *Santo Tomás con San Luis de Francia*, para el convento de Santo Tomás de Avila.

D. MANUEL CONESA Y GAYÓN, natural de Madrid. En la Exposición de Bellas Artes de 1878 presentó el *Patio de la iglesia de la Buena Dicha* en Madrid.

D. JOSÉ MARCELO CONTRERAS Y MUÑOZ, nació en Granada en 16 de Enero de 1827. Entre sus muchas obras citaremos un gran cuadro de *La duda de San Pedro*, que figuró en la Exposición Nacional de Madrid de 1864.

D. ANGEL MARÍA CORTELLINI Y HERNÁNDEZ, nació en Sanlúcar de Barrameda el 27 de Septiembre de 1840. Muchas son sus obras, entre las que citaremos un *San Agustín* que pintó el año 1847.

D. ANDRÉS CORTÉS Y AGUILAR, pintor andaluz. En 1847 terminó un cuadro representando a *San Vicente de Paul*, que fué regalado al Asilo de Mendicidad de Sevilla por un Teniente Alcalde de dicha población.

D. ANTONIO CORTINA Y FARINOS, nació en Almacera, provincia de Valencia, el 17 de Enero de 1841. Varias son las obras de este artista, entre las que recordamos una *Concepción* para la iglesia del pueblo de Burjasot, y un *San Juan y la Virgen* que presentó en la Exposición de Valencia de 1879.

D. DANIEL CORTINA, natural de Valencia. En la Exposición regional de Valencia de 1867 obtuvo mención honorífica por su cuadro de *La Santa Faz*. En la de 1880 fué premiado con medalla de plata por su cuadro *San Francisco en éxtasis*. En 1882 ejecutó en Alcoy otro lienzo de *San Francisco*.

D. DOÑA MARÍA JACOBINA COSTILLA Y JARABA, pintora de afición. Se conserva de su mano *Una Virgen* a la aguada, copia de Mengs.

D. JOSÉ COTONER Y SALAS DESPUIG, pintor de afición. Nació en la ciudad de Palma el 22 de Febrero de 1773. Varias son sus obras, entre las que citaremos el cuadro de *San Miguel* que se conserva en el remate del altar mayor de la que fué iglesia de Capachinos, y el de *Santa Ana* en su capilla de la parroquia de Santa Cruz.

D. DOÑA ASUNCIÓN CRESPO DE REIGÓN, pintora de afición, miniaturista. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1860 obtuvo una mención honorífica por sus trabajos en este género que representaban *La Magdalena en el desierto*, *La educación de la Virgen*, *La Divina Pastora*, *Una Virgen*. En la exposición abierta por D. Ricardo Hernández en 1882 presentó *La Virgen y el Niño Jesús*.

D. JUAN FRANCISCO CRUELLA. En 1853 pintó el altar y las puertas laterales de la iglesia del cementerio de Alcañiz, imitando a mármoles y jaspes. Es también obra suya una excelente lámina que representa a *Nuestra Señora de Vallibona*, patrona de Morella.

D. ANTONIO DEBERGUE, pintor francés, vecindado en Barcelona. En la Exposición de 1864 celebrada

en Madrid presentó un *Interior de la iglesia de Santa María del Mar en Barcelona*, tomando por punto de vista el centro de la nave principal, y descollando por lo tanto en su cuadro el ábside con el altar mayor, el presbiterio y el órgano. La combinación de luces de este interior fué muy aplaudida por la crítica.

D. FLORENTINO DECRAENE, pintor y litógrafo, natural de Tournay (Bélgica). Entre sus trabajos ejecutados en Madrid se encuentran *La Anunciación de Nuestra Señora* (según Murillo), *Santa Ana y la Virgen* (Murillo), *La Concepción de Nuestra Señora* (Murillo), *Santa Isabel reina de Hungría* (Murillo), *La adoración de los Magos*.

D. DOÑA CAROLINA DELGADO, pintora de afición, que fué premiada con medalla de plata en la Exposición de Cádiz de 1862 por un cuadro de *San Sebastián*.

D. JOSÉ DELGADO Y MENESES. Aunque se dedicó con preferencia a la pintura al óleo, hizo también algunas miniaturas, siendo notable entre ellas una copia del cuadro de *Santa Isabel*, de Murillo.

D. JOAQUÍN DESCALLAR Y SUREDA, hijo de los marqueses de Palmer y pintor de afición; nació en Palma de Mallorca. En 1838 remitió a dicha población un *San Francisco* admirablemente concluido.

D. DOÑA MARÍA DE LOS DESAMPARADOS DESOLME. En la Exposición regional de Valencia celebrada en 1867 presentó un cuadro de asunto religioso, que fué premiado con medalla de cobre.

D. GUMERSINDO DÍAZ, natural de Oviedo. En 1862 concurrió a la Exposición artística de Cádiz con un cuadro representando a *San Juan*, que fué premiado con una medalla de plata.

D. FRANCISCO DÍAZ CARREÑO. En la Exposición nacional de 1856 presentó *La Santa Familia descansando en su ida a Egipto*.

D. DOÑA PILAR DÍAZ ROCAPULL. En la Exposición de Cádiz de 1879 presentó un cuadro al óleo representando un *San Vicente*.

D. TOMÁS DÍAZ VALDÉS, natural de Aranjuez. Entre sus muchos trabajos en miniatura deben citarse una *Virgen de las Angustias* y *Los Sagrados Corazones de Jesús y María*, que presentó en la Exposición nacional de Bellas Artes de 1856, y un *Descendimiento de la Cruz*, que figuró en la Exposición de Londres de 1862.

D. FERNANDO DÍAZ Y SÁNCHEZ. En la Exposición provincial de Bellas Artes celebrada en Sevilla el año 1866 presentó *La madre de Santa Genoveva, patrona de París, recobrando milagrosamente la vista por intercesión de su hija*.

D. DIONISIO DOMENECH NAVARRETE. En la Exposición valenciana celebrada en 1879 presentó *La Virgen*, *El Niño Jesús* y *San Juan* (al óleo), y una *Dolorosa* (al lápiz).

D. JOSÉ MARÍA DOMENECH, natural de Murcia. En la Exposición de 1866 presentó un *Cristo crucificado*. En la de 1871 *El Vísigo de San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías*.

D. FRANCISCO DOMINGO Y MARQUES, nació en Valencia en 1.º de Marzo de 1842. Entre sus muchas y notables obras figura un cuadro llamado *La Misa*; otro representando a *Santa Clara*, y otro de *San Mariano*, una de las obras predilectas del autor.

M. DE A.

(Se continuará.)

JUBILEO SACERDOTAL
DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

El Rvdo. Sr. Obispo de Córdoba ha publicado en el *Boletín Eclesiástico* de la Diócesis la siguiente circular:

«Al dar cuenta a nuestros Diocesanos en el número anterior de este *Boletín* de los preparativos que en todo el orbe católico se hacían para celebrar dignamente el Jubileo Sacerdotal de Nuestro Santísimo Padre el Papa, os anunciamos que era Nuestro propósito convocar en esta capital una Junta numerosa compuesta de individuos, sin distinción de color político, que Nos propusiera los medios de llevar a feliz término lo acordado por la *Comisión promovedora*, y que dejamos detallado en la circular a que Nos referimos, haciendo que la Diócesis de Córdoba ocupara el lugar que por su historia le corresponde. No han quedado defraudadas Nuestras esperanzas y, por lo que respecta a la capital, la prontitud con que los dignos individuos que componen la referida Junta, de cuyos acuerdos haremos mención, han acudido a Nuestro llamamiento. Nos da la seguridad de que serán con creces cumplidos Nuestros deseos. Réstanos ahora hacer un llamamiento a los Rdos. Curas Párrocos y fieles todos del Obispado para que, secundando el celo de la Junta de la capital, organicen otras en sus respectivas parroquias. Al efecto y tomando por base las cuatro obras admitidas por la Comisión internacional



CAMINO DE LAS CATACUMBAS. — Cuadro de Palmaroli.

de Bolonia,* á saber: — Alianza de oraciones. — Limosnas para el Papa. — Ofrendas á Su Santidad de objetos de arte cristiano, de culto, vasos sagrados y ornamentos para repartir entre las misiones é Iglesias pobres de la cristiandad y peregrinación á los sepulcros de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, disponemos lo siguiente:

1.º Alianza de oraciones. En todas las Iglesias parroquiales, filiales y regulares de Nuestra jurisdicción se cantarán durante todo el año 1887, el primer domingo de cada mes, después de la Misa conventual y con exposición de su Divina Majestad,

las letanías de los Santos con las preces y oraciones del Ritual, repitiendo tres veces el *Oremos pro Pontifice Nostro Leone*.

2.º Limosna para el Papa. Los Párrocos dispondrán la constitución de una Junta de Caballeros y otra de Señoras, entre sí independientes, aunque ambas bajo su presidencia, y cuyo objeto será: la de Caballeros fomentar la suscripción en favor del Sumo Pontífice, recibiendo para ello cualquiera cantidad, por insignificante que sea, con que contribuyesen, para ofrecérsela á Su Santidad como limosna de la Misa que celebrará el día 31 de Di-

ciembre de este año, que es el de su Jubileo Sacerdotal. La de Señoras, dirigir y fomentar toda clase de labores apropiadas al culto, obras de arte cristiano, ornamentos y vasos sagrados, y ambas á la vez estimular á los verdaderos católicos á tomar parte en la Santa Alianza de oraciones, al objeto de alcanzar del Señor el triunfo de la Santa Iglesia Católica y la conservación de la importante vida de León XIII, y á contribuir con un pequeño óbolo á los fines indicados.

3.º Las Juntas de Señoras las formarán las Presidentas de todas y cada una de las asociaciones

católicas existentes en cada localidad; y donde no hubiese ninguna, las señoras que designen los Párrocos, quienes quedan en libertad para formar las Juntas más ó menos numerosas, según les dicte su prudencia y lo permitan las circunstancias.

Bien quisiéramos que en Nuestra Diócesis se organizase una piadosa peregrinación á los sepulcros de los Santos Apóstoles, á fin de que algunos de Nuestros Diocesanos, por sí y á nombre de los demás, ofreciesen personalmente á Su Santidad el respetuoso homenaje de su veneración; pero si esto no pudiera ser, veríamos con suma complacencia que de todas partes se dirigiesen á Nuestro Santísimo Padre afectuosos mensajes de felicitación, en que se expresaran los piadosos y católicos sentimientos de Nuestros amados Diocesanos.

4.º Los Señores Curas Párrocos, como Presidentes de las Juntas, Nos darán cuenta cada dos meses de la marcha de las mismas cantidades ó objetos que hayan reunido y todo lo demás que sea nece-

sario. Nós, á la vez, lo pondremos en conocimiento de la Junta Diocesana y dispondremos su inserción en el *Boletín del Obispado*.

Del celo de Nuestros amados Párrocos esperamos que en esta ocasión solemne, en la cual se trata de dar un testimonio público de nuestra adhesión á la Cátedra infalible de la Verdad, no defraudarán Nuestras esperanzas.

Córdoba 23 de Enero de 1887. — *El Obispo*.

El venerable y celosísimo Obispo de Zamora, que fué de los primeros en excitar á sus fieles á concurrir á la gran solemnidad que se prepara, ha dictado las siguientes oportunas reglas para el mejor éxito de la piadosa y trascendental obra:

1.ª Se crea en esta capital y en la de Toro una Junta directiva encargada de organizar en las respectivas localidades cuanto sea necesario hacer para recaudar donativos, limosnas y todo género de ob-

sequios para ofrecerlos al augusto prisionero del Vaticano.

2.ª La misma cuidará de acuerdo con los Párrocos y eclesiásticos residentes en ambas poblaciones, á fin de avivar el sentimiento de adhesión, consideración y respeto á favor del excelso Jefe de la Iglesia.

3.ª En los pueblos de la diócesis y vicarías de Alba y Aliste donde existan dos ó mas Párrocos, formarán éstos, con los Coadjutores y Sacerdotes residentes, una asociación recaudadora para el objeto anteriormente expresado.

4.ª En los pueblos en que haya un solo Párroco, deberá asociarse con aquellos de sus feligreses que más se distinguen por los sentimientos de su piedad y fervor religioso, y se encargarán de auxiliarle en la recaudación.

5.ª y última. Se nombrarán depositarios de cuanto se reúna, y por conducto de los señores presidentes se Nos dará cuenta de lo recaudado, á fin de



ROMERÍA DE SAN ANTÓN.

publicarlo en el *Boletín Eclesiástico* para satisfacción de los donantes. — *Tomás*, Obispo. — Zamora 16 de Enero de 1887.

He aquí los nombres de los Señores que componen la Junta Diocesana de Lugo del Jubileo Sacerdotal del Papa León XIII.

Presidente.— M. I. Sr. D. José de los Ríos y Bedoya, Arcipreste de esta Santa Iglesia Catedral. — *Secretario*.— M. I. Sr. D. Juan Carlión, Magistral de id. — *Vocales*.— D. Nicandro García Taboada. — D. Ramón María Alvarado. — D. Valentín Portabales, Director del Instituto provincial. — D. Antonio Rodríguez Franco. — D. Armando Miranda, Catequista del Instituto provincial.

El pensamiento de dedicar á nuestro Santo Padre León XIII un *Album* con dedicatorias de los escritores y poetas católicos valencianos, no solamente ha sido bien recibido por los que han de participar en él, si

que también ha originado el de que le acompañe un ejemplar de cada una de las obras publicadas por ellos. El iniciador de esta idea, distinguidísimo jefe del cuerpo de artillería, cree muy acertadamente que ha de conseguirse así un doble objeto: demostrar nuestro afecto á la Santidad reinante, y acrecentar cuanto quepa la riquísima biblioteca del Vaticano.

Los religiosos del Cister, que ocupan el monasterio de Lerins, están preparando una magnífica obra de arte, con la que tratan de obsequiar á Su Santidad con motivo de la celebración del 50 aniversario de la ordenación sacerdotal del Padre Santo. A este propósito, piensan reunir en un precioso volumen el sublime cántico del *Magnificat*, traducido en 150 lenguas, é impreso con los caracteres propios de cada una. Cada traducción estará dentro de una preciosa orla hecha ex-profeso por los más hábiles artistas, y el primer verso de cada página tendrá flores que simbolizan las sublimes y más rele-

vantes virtudes de la Santísima Virgen. El prólogo irá ilustrado asimismo con brillantes viñetas, teniendo al frente un magnífico grabado en oro y colores vivos, que será una obra de arte, y el libro constituirá, en fin, un regalo verdaderamente regio.

He aquí, como curioso documento, el certificado de la ordenación sacerdotal de Nuestro Santísimo Padre León XIII.

LÚCIDO MARIA

Del título de Santa Cruz de Jerusalem, de la S. R. Iglesia Presbitero, Cardenal Parroco, D. N. SS. Papa Vicario general de la curia romana y Jefe ordinario de su distrito, etc.

A todos y cada uno que vieren las presentes Letras, certificamos que Carlos d. m. Card. Odescalchi, Obispo de Sabina y D. N. SS. Papa, Vicario general, en su Oratorio privado á 31 de Diciembre,

fiesta de S. Silvestre Papa y año de 1837, a Nuestro Amado en Cristo Ilmo. D. Joaquín Pecci de la Dioc. de Agnani con Dimis. de su Ord. hechas las public. y espirit. ejerc. y mediante previo examen ante los RR. PP. DD. Examinadores de la Ciudad reputados, habiendo sido hallado idóneo y aprobado, con las ceremonias y solemnidades necesarias y oportunas según el rito de la S. R. L. le promovió al Sagr. Orden del Presbiterado. En fe de lo cual mandamos expedir estas letras firmadas por Ns., y por el Ilmo. y Rmo. P. Vicegerente, y Secretario Nuestro, y selladas con Nuestro sello. Dado en Roma en Nuestro Palacio, día XIV del mes de Enero, año de 1885. Indicción XIII. Del Pontificado de Nuestro SSmo. en Cristo Padre y Señor León por la Divina Providencia PAPA XIII, año VII. — *L. M. Card. Vicario* — AUGUSTO CAR. BARBIELLINI, Secr.

La Junta diocesana de Santiago para la celebración de las Bodas de Oro de Nuestro Santísimo Padre León XIII ha dirigido a los habitantes de la Archidiócesis la siguiente exhortación:

Entremos, pues, en esta sublime unidad de sentimientos y de afectos; unamos nuestra voz, siquiera débil, a los acentos armoniosos que han de levantarse en todos los ángulos del mundo para aclamar, bendecir, y, en cuanto posible es en la tierra, glorificar al gran Pontífice. Tal es la invitación que acaba de dirigirnos nuestro sabio y celosísimo Prelado. ¿Qué significa este llamamiento?

Entre todas las maravillas del poder divino, digna es de admirar la institución del Pontificado. El fundar sobre lo móvil y deslizable de tantas y tantas voluntades humanas un edificio de incommensurable altura que desafíe la duración de los siglos y haya de estar expuesto a toda suerte de embates, obra es que solo pudo ser concebida y ejecutada por Aquel que toca a los montes, y se desvanecen; impera al mar embravecido, y se detiene; y suspende al mundo entre sus dedos. Fue el amor el que dictó este prodigio. Cuando el Señor se hallaba próximo a dejar este mundo — No quedaréis huérfanos (*Nos relinquitur vos orphanos*) — dijo a sus discípulos, exhalando al mismo tiempo toda la efusión de su alma.

No nos dejó sin guía en nuestra peregrinación; no nos dejó solos con nuestros temores; no nos dejó sin luz en nuestras dudas; no nos dejó sin maestro en nuestra ignorancia; no nos dejó sin defensa ante los peligros y halagos de la seducción. El Romano Pontífice, con los grandes poderes de que se halla sobrenaturalmente investido, con la potestad de atar y desatar en toda la tierra, con la potestad de dirigir y confirmar a sus hermanos en la fe, con la potestad de apacentar las ovejas y corderos, viene a llenar el vacío que dejó Jesucristo con su ausencia.

El Romano Pontífice es el padre sobre cuyo regazo nos es dado detestar y llorar nuestros extravíos; es el padre en cuyo seno podemos depositar las ansiedades y amarguras de nuestro espíritu; es el padre que con la virtud de su palabra nos confiere y adjudica la parte que nos corresponde en la celestial herencia. Pues bien; a este padre hoy despojado, vilipendiado y escarnecido por ingratos hijos coligados con los que hacen profesión de abominar de todo lo que es santo, con motivo de su quincuagésimo aniversario sacerdotal quiere el mundo cristiano hacer protesta solemne de sumisión, de respeto y de filial amor.

Nadie rehúsa tomar parte en la ejecución de tan noble pensamiento. Así los moradores de la helada región del Norte, como los que pueblan las arenosas comarcas tropicales; tanto los indolentes y fantásticos habitantes del Oriente, como los activos e industrioses del Occidente; así el continente antiguo, como el nuevo, todos a competencia quieren dar público testimonio de su adhesión al Vicario de Jesucristo. La Archidiócesis Compostelana no puede permanecer muda y ociosa ante este espectáculo, y reclamará su puesto, siquiera humilde, en tan universal concurso.

Las obras que, según el propósito de la Comisión iniciadora de esta manifestación, han de ser el eco fiel de los sentimientos de todos los católicos se reducen principalmente a dos: el ejercicio de prácticas piadosas por la intención del Padre Santo; y las ofrendas, ya en metálico, ya en objetos de valor artístico, que en algún modo simbolicen la piedad y el amor con que los buenos hijos quieren perseverar, en medio de las borrascas que conmueven el mundo, firmemente asidos a este centro de unidad, a esta tabla de salvación.

Los que suscriben, honrados por el dignísimo Prelado que hoy gobierna nuestra Iglesia con el encargo de promover las fiestas del Jubileo sacerdotal de León XIII, no dudan dirigir su débil voz a todos los habitantes de esta dichosa región, y están

persuadidos de que, lo que les falte de autoridad, prestigio y significación, lo ha de suplir la prontitud y religiosidad con que todos los hijos predilectos de Santiago han de responder a su llamamiento. ¿Quién no querrá sentir la satisfacción de haber contribuido al regocijo de un padre atribulado? ¿Quién no querrá coadyuvar a hacer que se desbarate la conspiración de los malvados contra Dios y su Vicario? ¿Quién no querrá tener parte en una victoria, que al fin ha de ser segura é inevitable?

No; no dejaremos pasar esta ocasión con que se nos brinda, para demostrar con nuestra actitud y con nuestra conducta que acatamos de corazón la plenísima autoridad de que se halla investido Nuestro Santísimo Padre León XIII; que le queremos independiente y libre de toda traba que pueda coartar en lo más mínimo el ejercicio de su alta y divina misión; que anhelamos verle en el uso de todos sus derechos, de todas sus prerrogativas, y en particular, de su soberanía temporal, consecuencia casi necesaria de su soberanía espiritual.

A fin de organizar de un modo uniforme los trabajos que hayan de hacerse para celebrar una fiesta que los católicos de todo el globo acogen con tanto entusiasmo, insertaremos al pie de este llamamiento el programa de la Comisión iniciadora instalada en Bolonia y algunos puntos, que podrán servirnos de norma, para que a ella ajustemos todos nuestros esfuerzos.

Antonio López Ferreiro, Presidente. — José Martínez Muñoz, Vicepresidente. — José Fernández Sánchez, Vocal. — Antonio G. Vázquez Queipo, Id. — José Alfajeme, Id. — Juan Barcia Caballero, Id. — Olimpio Pérez Sáenz, Tesorero. — Emilio Macía, Secretario.

Santiago, Enero 23 de 1887.

¡POR CHIRIPA!



ENTRAK en el cielo por equivocación parece cosa tan afortunada como imposible, y sin embargo, ha sucedido hasta cierto punto, según verá el curioso lector.

El abate Baron era un misionero incansable, muy conocido del autor de esta verdadera historia. Una noche de invierno, en que se hallaba en Douai rezando en el Breviario, fué llamado para asistir a una buena mujer que se moría y le llamaba con urgencia. Acabar el rezo, echarse encima el manto y coger el paraguas, pues llovía a cántaros, fué cosa de un instante.

Llega el buen misionero, penetra por un corredor oscuro en la casa, sin hallar ni portero ni persona viviente, sube a todos los pisos, llama en todas las puertas, oye por toda respuesta algunas malas palabras y recoge algunos sofones; cuando al marcharse ya, descorazonado y seguro de haberse equivocado de puerta, se cruza en la escalera con una niña que le dice que en tal número de tal corredor hay una mujer muy enferma que vive con su marido.

Corre nuestro misionero, busca la puerta y llama: un ciudadano de aspecto repugnante y cara enfurruñada abre, da un paso atrás, y furioso al ver una sotana, pregunta qué es lo que quiere.

El Sacerdote, que había divisado al punto a la mujer enferma en su lecho, por la puerta a medio abrir, echa a andar sin hablar palabra; más el intratable inquilino le cierra el paso determinadamente y le amenaza con echarle por la escalera abajo.

— ¡Por amor de Dios! grita entonces la enferma, señor cura, no se vaya usted. ¡Yo no quiero morir sin confesión! añade con voz angustiada.

Escena digna de Homero! El misionero planta la mano en el hombro de aquel salvaje, y con acento firme y resuelto le dice:

— Ya lo está usted viendo, señor mío. Su mujer me llama terminantemente, y ni yo tengo el derecho de negarle mi ministerio, ni usted el de cerrarme el paso. En nombre de Dios salga usted al punto y déjeme sólo con esta señora.

El bárbaro sale refunfuñando y el Sacerdote se dispone a cumplir con su deber.

— La Virgen Santísima le ha traído a usted: — exclama llena de gozo la enferma.

Y a continuación se queja al sacerdote de que hace diez años que su marido no la deja poner el pie en la iglesia y de que se ha negado absolutamente a que se llamase al cura a pesar de que la veía morir.

— Pero yo tenía mucha confianza, añade, porque todos los días rezaba una Ave María a la Virgen Santísima para que no me faltase un Sacerdote en mi última hora.

Acabada la confesión, pregunta el misionero:

— Pues ¿cómo pudo usted al fin enviarme el recado que he recibido?

— ¿Qué recado? si yo no he mandado a nadie.

— ¿Pues no es usted la señora N...?

— No, señor cura.

— Pues ¿no es este el número 30 de la calle?

— No señor, que es el número 50.

Con la oscuridad de la noche, el Sacerdote se había equivocado de puerta y había por equivocación confesado a una pobre cristiana que iba a morir sin Sacramentos.

El Sacerdote, muy conmovido, se arrodilló y dio gracias al Señor por tan grande misericordia. En seguida corrió al número 30, cumplió con su deber, y volvió al instante.

Media hora había transcurrido solamente: la moribunda acababa de espirar y su marido arrodillado la velaba al pie del lecho.

De manera que la Virgen Santísima había sido tan fiel a la cita, que al cabo de diez años que la infeliz que la invocaba no frecuentaba la iglesia acudía como Madre de misericordia justamente en la hora misma de la muerte.

¡Cuánta confianza debemos tener en aquellas hermosas palabras: *Ahora y en la hora!*

EL MARQUÉS DE SEGUR.

(De El Mensajero de los Sagrados Corosanos de Jesús y de María.)

PROSPERIDAD APARENTE DE LOS MALOS

En medio de su gloria así decía
El pecador: «En vano
Tender puede el Señor su débil mano
Sobre la suerte mía.

A las nubes mi frente se levanta
Y en el cielo se esconde.
¿Dónde está el justo? ¿Las promesas dónde
Del Dios que humilde canta?

Hiel es su pan, y miel es mi comida,
Y espinas son su lecho:
¿Con su inútil virtud qué fruto ha hecho?
Insidiemos su vida.

A hierro por mis hijos sean taladas
Sus casas y heredades,
Y ellos mi inclita fama a las edades
Lleven más apartadas.

Que el nombre de los buenos como nube
Se deshace en muriendo;
Sólo el del poderoso va creciendo,
Y a las estrellas sube.

Caiga, caiga en mis redes su simpleza.
El habló, yo pasaba;
Mas al tornar por verle la cabeza,
Ya no hallé donde estaba.

Su gloria se deshizo, sus tesoros
Carbones se volvieron,
Sus hijos al abismo descendieron,
Sus risas fueron lloros.

La confusión y el pismo en su alegría
Los pasos le tomaron,
Y entre los lazos mismos lo enredaron
Que al bueno prevenía.

La muerte le amenaza, los disgustos
Le esperan en el lecho,
Continuo un áspid le devora el pecho,
Continuo vive en sustos.

Amanece, y la luz le da temores;
La noche en sombras crece,
Y a solas del Averno le parece
Sentir ya los horrores.

Dará, huyendo del fuego, en las espadas;
El Señor le hará guerra,
Y caerán sus maldades a la tierra,
Del cielo reveladas.

Su edad será marchita como el heno:
Su juventud florida
Caerá cual rosa del granito herida
En medio el valle ameno.

Tal es, gran Dios, del pecador la suerte:
Pero al justo que fia
En tu promesa y por tu ley se guía
Jamás llega la muerte.

Sus años correrán cual bullicioso
Arroyo en verde prado,
Y cual Fresno a sus márgenes plantado
Se extenderá dichoso.

J. MELÉNDEZ VALDÉS.

LAS HERESIAS

No sólo luchaba la Iglesia en el terreno material, sino que siempre luchó igualmente contra la rebelión espiritual y moral.

El orgullo, la vana ciencia, los apetitos carnales conjurados contra ella, armaron sus esfuerzos para confundirla, y triunfó de todo: porque escrito está que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

Simón Mago quiso comprar con dinero los bienes espirituales, y como su vida era corrompida, inventó doctrina que la excusase, y sostenía que no existía ninguna acción buena por su naturaleza y que eran inútiles las que se llamaban buenas obras para alcanzar la vida eterna, que sólo se alcanzaba por la gracia del que él era autor y depositario de todos los bienes.

Levantóse después Cerinto, resistiendo con los judíos la mancomunidad y trato con los gentiles, queriendo hubiese entre los cristianos dos razas distintas: como los nazarenos pretendían formar, por una transacción de la religión cristiana y de la judía, una religión que no fuese lo uno ni lo otro; como poco después lo sostuvieron los nicolaítas, sectarios del imprudente Nicolás, Diácono de Jerusalén.

Los ebionitas popularizaban sus errores negando como Cerinto a Jesucristo su naturaleza divina, y permitiendo a sus discípulos la pluralidad de mujeres; al mismo tiempo que Menandro, discípulo de Simón Mago, añadía a sus errores el de que el bautismo de este impostor era la verdadera resurrección y que les daría la inmortalidad en este mundo.

Vino Apolonio de Taia, que quiso pasar por Dios, negando la obediencia a las potestades establecidas por Dios; como negó la de la Iglesia Tebutis; porque la dignidad del Obispo Simeón, martirizado, que él pretendía, se confirió a Jasto.

Al mismo tiempo aparecieron los esenianos apoyados por Elxai, adoradores de un Cristo material de grandes fuerzas físicas, y que enseñaba también el horror a la continencia, y ser lícito negar a Dios ante los hombres, si en ello no tenía parte el corazón; formando estos sectarios unidos a los nicolaítas y ebionianos la rama herética conocida bajo el nombre general de *gnósticos*, esto es, hombres versados en las cosas de Dios, * con la que confundían muchas veces los gentiles a los cristianos.

Los milenaristas ocuparon la atención de la Iglesia: creyeron encontrar en la escritura una resurrección parcial de los justos, capitaneados por Jesucristo, que descendería entonces sobre la tierra, y con el que reinarian mil años, ensayándose en cierta manera para acostumbrarse a la visión beatífica de Dios. Muchos cándidos católicos erraron en esto, y alguno de sobresaliente ingenio, hasta que se condenó como error por la Iglesia. Del árbol de los gnósticos retoñaron nuevas herejías, y Saturnino enseñó que el matrimonio era abominable; Basíides con los docitas, ó aparentes, que el cuerpo de Jesucristo era fantástico; mientras que Carpócrates sostenía que el Salvador de los hombres era sólo un hombre excelentísimo en virtudes. Y con estos errores en el orden religioso mezclaban los más groseros en el orden moral. Los placeres de la carne los consideraron obligatorios: la polandria como precepto; las disoluciones como ocupación; en fin, renovaron todas las torpezas del mundo pagano, y sostuvieron los extravíos más absurdos de la razón, llamando a las virtudes preocupaciones.

Pródico, discípulo de Carpócrates, y Epifanio, su hijo, inventaron nuevos errores. La secta de los *adamitas*, así llamada, porque pretendía imitar la vida de Adán y Eva en el estado de inocencia, debió al primero. La disolución libre era la esencia del dogma: el matrimonio se había introducido por el primer pecado.

De día en día iban aumentando los delirios de los gnósticos. Valentino el egipcio, hombre de imaginación fogosa, despedido de que no se le había concedido la Sede pontifical, confundiendo esencias y alegorías, personificando ciertas palabras, mezclando con los dogmas cristianos las lucubraciones de Platón, fué el apóstol de la nueva doctrina que añadía a sus errores la inadmisibilidad de la justicia, afirmando, como después sostuvieron Lutero y Calvino, que en virtud de la sola adopción divina podían los hombres salvarse.

Mas como el error no puede conservar su unidad, estos Gnosticos se dividieron hasta lo infinito, consagrando unos a las más supersticiosas ceremonias, negando otros el culto, adorando los *sethianos* como redentor a Seth; los *cainitas* a Cain; los *ofitas* a una serpiente; enseñando los *eucratitas* ó *continentes*, regidos por Taciano, la ilicitud del matrimonio, y del uso de la carne y del vino, hasta el extremo de usar sólo de agua en la consagración de la Eucaristía.

Marción, expulsado de la Iglesia por un pecado

de torpeza, proclamó por dogma, como los eucratitas, la continencia absoluta, condenando el matrimonio, y figurando dos dioses ó principios, el bueno y el malo; doctrina que aprendió de Cerdón, y que extendió después su discípulo Apeles, igualmente expulsado de la comunión católica por un pecado de lujuria del que no quiso hacer la penitencia debida.

Siguiendo el sistema de una austeridad extraordinaria, Montano, que por defecto natural no podía ser Obispo, con dos compañeras Priscila y Maximila, se jactaba de haber recibido el solo la plenitud del espíritu de Dios; que él era el Espíritu Santo, ó al menos se había encarnado en él y en las dos profetisas. Esta herejía, llamada también frigia ó catafrigia, se subdividió hasta lo infinito, siguiendo unos a Prócuro, otros a Esquines, otros a Quintila, que enseñaba podían conferirse todos los Ordenes, hasta el episcopal, a las mujeres; otros se denominaron *artisiritas* ó *petalquiritas*, otros *esquinitas*, discípulos de Praxeas, que confundían las personas de la Trinidad Santísima, según sostuvo después Sabelio.

Teodoto de Bizancio, que apostató por librarse del tormento, negó la divinidad de Cristo como Cerinto y Elxai, para poder cohonestar su cobardía, diciendo que había renegado de la doctrina de ese hombre llamado Cristo, no de la de Dios: de aquí se llamaron estos herejes *alogos* ó negadores de la divinidad del Verbo. Otro Teodoto sostuvo la misma doctrina, y sobre Cristo ensalzaban a Melquisedech, de donde se llamaron *melquisedechianos*.

En el calor con que los ánimos se dedicaban entonces a las investigaciones religiosas, cuantos se apartaron de la Iglesia cayeron en el absurdo. Hermógenes aseguró que la materia era increada, con otros errores esparcidos por Hermías y Seleuco que añadieron nuevas monstruosidades, predicando que el alma del hombre no era más que un fuego ó aire sutil, criada por los Angeles; que este mundo era el infierno, y que no había más resurrección que la generación natural.

Desde el centro de Asia había llegado a las Galias la herejía gnostica divulgada por Marcos, discípulo de Valentino y de cuyo nombre llamáronse *marconianos* los que seguían sus delirios.

En Africa poco después se alzaron las herejías de Felicitismo y Novaciano, unos tan indulgentes con los apóstatas y libeláticos, que no les obligaban a penitencia; otros tan rigurosos que no les concedían por ello el perdón de sus pecados. Novato, Sacerdote cargado de crímenes, por evitar el castigo púsose al frente de los disidentes, apoyando a aquellos en Africa y a éstos en Roma, y uniéndose estrechamente con Novaciano, que fué a la capital del mundo y logró que tres Obispos lo proclamaran Pontífice, después de estar ya elegido el virtuosísimo Cornelio. He aquí el primer Antipapa y el primer cisma que afligió a la Iglesia.

La herejía de Sabelio confundiendo las personas de la Santísima Trinidad fué enseñada con creces por Paulo de Samosata que la negaba sosteniendo era una sola persona con distintos nombres, y por lo tanto que Jesús era un puro hombre encubierto por sus méritos a la dignidad de hijo de Dios. Su vida licenciosa y sus errores fueron causa de su deposición, pero despreciando la sentencia continuó en su Sede hasta la muerte de su protectora la reina Cenobia.

Confúndense todas estas herejías ante la magnitud de la de Manes, que los griegos llamaron por irrisión Maniqueo (necio discursor). Partiendo de la doctrina de Marción, suponía dos dioses, el del bien y el del mal; dos almas en el hombre, una buena y otra mala; negaba el libre albedrío, y por consiguiente la responsabilidad de sus crímenes que achacaba al alma mala. Por lo tanto, no se abstenia en la práctica de los mayores vicios, aunque los condenaba en la teoría, llevando sus predicaciones hasta contra el matrimonio. Se declaraban los *Maniqueos* contrarios a toda potestad exterior; aceptaban la transmigración; en fin, puede asegurarse que la doctrina del Persa Manes contenía, como dijo el Papa San León, lo más duro de la obstinación judaica y lo más profano del paganismo.

La cuestión de la validez de las ordenaciones de los Obispos hechas por *traditores* u Obispos entregadores de libros sagrados, produjo el cisma africano, a cuyo frente se puso Donato, Obispo en la Numidia, que mantenía la opinión rigurosa contra los traditores, a pesar de que muchos de sus partidarios, y entre ellos Silvano que formó nueva facción, estaban confesos de haber entregado los vasos sagrados.

Poco después Donato, hombre de costumbres austeras y de elocuencia é ingenio maravillosos, dió su nombre a la secta que se llamó *donatista*; quizá porque entonces condenada ya por la Iglesia y per-

sistente en sus errores, formó congregación separada.

Los *circuncisiones* aparecieron también por aquel tiempo, especie de actuales demócratas, que se anunciaban como reparadores de todos los agravios é injurias públicas; cometiendo a la par los más torpes excesos, y las violencias más repugnantes. A viva fuerza ponían a los presos en libertad, perdaban las deudas a los deudores, trastornaban el orden y la pública seguridad, anunciándose como Santos, y sus jefes como Capitanes de los Santos.

Leves fueron, sin embargo, estas aflicciones y contradicciones de la Iglesia, comparadas con las que sufrió por la herejía de Arrio. Melecio, Obispo de Licópolis, depuesto por haber sacrificado a los ídolos, desobedeció la sentencia, y quejándose de haberlo sido injustamente, promovió un cisma. Atrájoselo entre otros a Arrio; hombre apasionado y orgulloso. Arrio se sometió después al Patriarca de Alejandria y recibió las órdenes de Diácono, pero reincidiendo, fué echado de la Iglesia. Muerto el Patriarca, supo captarse la voluntad del nuevo Obispo Aquilas, que le ordenó de Sacerdote y le confirió la dirección de una de las Iglesias. A los pocos meses falleció Aquilas; pretendió Arrio sucederle, pero le fué preferido Alejandro, virtuosísimo Sacerdote.

Deseoso de vengarse, denegó la doctrina de su Prelado, achacándole sostener los errores del sabelismo; y de argumento en argumento negó la identidad de esencia entre el padre y el hijo, sosteniendo que sólo era Dios el padre, debiendo considerarse a Jesucristo como su hijo adoptivo, y Dios por participación, capaz de vicios y de virtudes por su naturaleza. Elocuente, austero, de venerable presencia, logró secuaces y que se convocase una reunión, después un Concilio en que unánimemente fué condenado, y ratificado después por el ecuménico de Nicea.

La herejía de Arrio sostenida por la princesa Constanza, extendióse sobremanera y fué origen de grandes discusiones y escándalos, y violencias, y cismas; triunfó, sin embargo, la Iglesia como siempre.

De los arrianos fueron ramas los *anomeos* que establecían semejanzas de sustancia entre las personas de la Santísima Trinidad: los *aerianos* que suprimían las jerarquías eclesiásticas, la eficacia de las oraciones y la solemnidad de las fiestas; los *semiarrianos*, que negaban la autoridad del Concilio de Nicea y variaban la fórmula de la creencia adoptada por los Santos padres del Concilio: todos ellos con el tiempo fueron sustituidos por los *macedonianos*, que variando en algunos puntos y especialmente en el modo de considerar la naturaleza de Cristo, convenían con ellos en negar la divina del Espíritu Santo.

Prisciliano apareció en los tiempos del Emperador Teodórico y enseñando que la oración de cualquier modo que se hiciere los libraba de toda culpa; reuníanse secretamente y se entregaban a las mayores torpezas los adeptos de ambos sexos, escudados con el inviolable secreto a que se obligaban con la fórmula de:

furo, perjura, secretum proderi nobis.

Nuevos errores acerca de la persona de Jesucristo sostuvieron los *apolinaristas* condenados en un Concilio romano, así como torcidas interpretaciones de las palabras evangélicas, los *masalianos* ó *euchitas*, que condenaban las riquezas y el trabajo, y vivían mendigando en la ociosidad; mezclados los dos sexos sin pudor ni recato.

Aunque Orígenes no cayó en herejía, sino en errores, dieron éstos nacimiento a la secta de los *origenistas*, que afirmaban, entre otros, que el reino de Jesucristo tendría fin, y también las penas del infierno; al mismo tiempo que los *antropomorfistas*, creían que Dios tenía cuerpo humano.

En España nació la herejía del presbítero Galo Vigiliacio, que reprobaba la adoración de las reliquias, la virginidad, el estado monástico y la continencia de los clérigos, para encontrar excusa a sus liviandades.

Cuando los donatistas, que habían por largos años mantenido su dominación, acababan de desaparecer, nacieron los *pelagianos*, de Pelagio, monje británico, de grandes talentos, no común doctrina, y con alta reputación de virtudes, que se unió estrechamente con Celestio y sostuvieron ambos la inexistencia del pecado original, la no necesidad de la gracia para cumplir los hombres los mandamientos divinos y otros errores, consecuencias de éstos; mitigados después por el *semipelagianismo* que consistía en la falsa persuasión de que el principio de la salud eterna proviene del hombre, error contrario al en que cayeron los *predestinacionistas* que negaban su libertad, y la eficacia del bautismo de los

que no estaban predestinados, y otros errores que se supusieron falsísima y temerariamente tener su raíz y origen en la doctrina de San Agustín.

Al mismo tiempo Nestorio, patriarca de Constantinopla, de donde sus secuaces se llamaron *nestorianos*, negó a María Santísima el título de Madre de Dios, y a Jesucristo por consiguiente su divino carácter; aunque concedía que había en él un Dios invisible, inseparable de él y que reside en el hombre, como en el templo que se consagró para siempre: el anatema repetido de la Iglesia católica concluyó con ésta como con todas las herejías.

A ello contribuyó mucho el monje Eutiques, que llevado por su celo contra el nestorianismo, cayó en el error de negar a Jesucristo dos naturalezas, dando nombre a la secta de los *eutiquianos*, a la que se dijo pertenecer el Emperador Anastasio; aunque más probable fué que perteneciese a la secta de los *acefalos* o *hesitantes*, que vacilaban en si debían o no reconocer las decisiones del Concilio de Calcedonia, sin declararse en pro ni en contra de las herejías en él condenadas.

Otro Emperador, el célebre Justiniano, cayó y favoreció la herejía de los *incorruptibles*, secta semi-*eutiquiana* que hacía al cuerpo de Jesucristo incapaz de alteración alguna; y para que se vea cuán peligroso es que los Príncipes quieran arreglar cuestiones de fe, hasta el mismo Emperador Heraclio, el inventor de la Santa Cruz, favoreció la herejía de los *monotelitas*, eutiquismo disfrazado, que causó largas penalidades a la Iglesia de Dios.

No lo fueron menores las que le originó el Emperador León Isaurico el *iconoclasta* aboliendo el culto de las imágenes, siguiendo en esto a los Musulmanes que lo proscribían como idolátrico.

Tras largos años *Gandolfo* desecha todo culto externo; *Berengario* niega la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, cual siempre la había enseñado la Iglesia romana; los *hogomilos* reproducen los errores de Manés y se creen asistidos por espíritus buenos o ángeles, hasta el punto de no tener que temer ni contratiempos ni suplicios; *Pedro de Bruis* jura eterno odio al signo sagrado de nuestra redención, y los *nuevos maniqueos* esparcen en la Francia sus errores sobre el sacerdocio, el bautismo, los ayunos y obras de penitencia, que creían innecesarias; *Arnaldo de Brescia* ataca toda jerarquía; los *pastorens* y los *incensueros* renovan en sus sectas toda clase de disoluciones, mientras que los *waldenses* o *pobres de León* hacen consistir lo santo en la ociosidad y en el desprecio a los sacerdotes.

Hasta para andar en el camino de la virtud se necesita el auxilio de Dios: algunos de los *humillados*, azote de los nuevos maniqueos, llegaron a la avilantez de predicar y administrar los Sacramentos, como si se les hubiere concedido para ello potestad divina.

Francia parecía tener entonces el privilegio de afligir a la Iglesia con sus herejías: allí Simón de Montforte y el conde de Tolosa sostuvieron a los *Albigenses*, confundidos y exterminados por Santo Domingo de Guzmán, gloria española.

Entre la Frigia y la Sajonia aparecieron los *hadings*, que renovaron las abominaciones de los maniqueos; levantáronse luego los *pastores* o *pastorales* que a pretexto de la cruzada llegaron a conmover al país, perdonando por su propia autoridad los pecados y celebrando matrimonios a su antojo, y poco después los *flagelantes* entregados a prácticas supersticiosas y enemigos del Sacramento.

Como los valdenses, los *bisques*, *fraticellos* o *hermanitos* condenaban los trabajos corporales: inundóse de herejías y de herejes la Europa.

Domin enseñaba que todo debía ser común, hasta las mujeres: Juan Wiclef, Juan Hus y Juan Wessel, precursores del protestantismo, atacaban en guerra abierta la autoridad del Pontífice, contra cuyo poder, aunque embozadamente, predicó el español Pedro de Osmá; Pedro Rieu defendió hasta el absurdo las opiniones realistas; por todas partes brotaban errores nuevos, añadidos a los errores antiguos y en confuso montón bullían y se confundían y nacían y morían las sectas de los *erebistas*, *tabaristas*, *simonistas*, *huteranos*, *hustitas*, *bergados*, *hermanos de Boemia*, *adamitas* y *calixtinistas*.

Así estaba el mundo cuando apareció Lutero, monje agustino, que llevado primero de celos de escuela y después de sus apetitos sensuales, predicó contra las indulgencias; pero como era preciso dar algo a las pasiones de la multitud, ideó el suponer que la fe bastaba al cristiano para salvarse sin necesidad de buenas obras, y la fe no la hacía consistir en creer las verdades cristianas, sino tan solamente en tener la convicción profunda cada uno en su corazón de que le habían sido perdonados todos los pecados.

Mas para reunir en una todas las herejías, proclamó el libre examen de los libros sagrados, sin que nadie tuviese para su interpretación más guía que su propio juicio. De este modo atacó por su base el principio de autoridad, la subordinación a las potestades legítimas, las tradiciones, las antiguas creencias, las bases del catolicismo.

Espacióse como un torrente por el Norte de Europa, y a poco Melancton y Carlstadio, Zuinglio, Muncer, Schmidelín, Bucero y Calvino, añadiendo nuevos errores, conviniendo en unos, apartándose en otros, establecieron lo que llamaron reforma protestante en Suiza, en Dinamarca, en Suecia, en Prusia, en toda la Alemania. Bajo el mando de Muncer y Storch nacieron los *anabaptistas* o *munsterianos* que inundaron de sangre los campos germánicos, predicando que no debía obedecerse a autoridad ninguna.

Las cuestiones teológicas invadieron el mundo; la nueva esencia de Dios explicada por Lutero encontró impugnadores por todas partes; declaráronse enemigos los sectarios, nadie quería reconocer autoridad en otro para imponerle su opinión. Si la razón humana, cuando ha arrojado el freno de la religión fuera capaz de enmienda, aquella anarquía, moral y religiosa, hubiérala vuelto a la legítima obediencia.

No había pasado mucho tiempo cuando Enrique VIII, el defensor de la fe, título que había ganado por sus obras en favor del catolicismo, arrastrado por su amor a Ana Bolena, quejóse de que no se le permitiese unirse a ella, rompiendo su matrimonio con Catalina de Aragón; se apartó de la fe, se declaró Pontífice, repudió a su legítima consorte y contrajo adulteros lazos con aquella infeliz, a la que a poco tiempo degolló en público cadalso.

Vióse entonces el portentoso espectáculo de un pueblo que había del yugo espiritual del Pontífice, y doblaba la cerviz al que le imponía un sejar que se declaraba por su propia autoridad jefe de la religión; a un pueblo que se proclamaba la libertad de conciencia, y se le obligaba a creer en un símbolo formado por el Rey; a un pueblo que se quejaba de la crueldad de la Iglesia romana, y sufría que los verdugos reales se cebasen en sus hijos y se persiguiese culto, creencias y personas católicas con el hierro y el fuego y atrocísimos tormentos, en nombre de la libertad religiosa.

En la misma Italia, en la república de Venecia, negóse la divinidad de Jesucristo por la secta de los *Socinianos*; al tiempo que los *Mennonitas* holandeses desechaban el Antiguo Testamento y los *Labadistas* santificaban el fraude y el engaño, sosteniendo que Dios puede y quiere engañar a los hombres.

Estos delirios sólo podían seducir a gente ignorante: para los sabios se inventó la herejía *jansenista* en que cayeron hombres celeberrimos, de ingenio agudo; pero que ensoberbecidos con la ciencia, creyeron que eran ellos sus depositarios únicos.

Que algunos mandamientos de Dios son imposibles a los justos, que desean y procuran cumplirlos, y proposiciones heréticas sobre la gracia, sobre la libertad del albedrío, sobre el Sacramento de la penitencia y sobre la redención por Jesucristo que negaban hubiese muerto por todos, fueron sus principales errores; errores que sumieron a Francia o contribuyeron en gran parte a la guerra civil y que por largo tiempo turbaron las conciencias, no menos que las turbaba el *quietismo* o *molinismo* llevado a su último extremo por Madame Guyon que quería abandonar completamente el alma, aunque fuese a la corrupción más espantosa, sin que la sintiese, ni hiciese esfuerzo alguno para salir de ella, y todo esto por extasiarse en Dios, en quien debía confundirse y perderse de tal manera que no quedase en ella ni afecto, ni remordimiento, ni conciencia.

En Inglaterra los *Cuakeros* o *Tembladores*, de los que fué apóstol el zapatero Jorge Fox, querían resucitar la primitiva simplicidad del Evangelio, y perseguidos en su país con otras sectas, marcharon en gran parte a América, extendiéndose por las tierras que forman hoy los Estados Unidos. Producto de las teorías filosóficas y enciclopédicas fué la secta u orden de los *Iluminados*, cuyo fundador Juan Weishaup la extendió con el secreto masónico y con trabajos subterráneos. Proclamó la libertad y la igualdad como derechos originarios, primitivos y naturales: el primer golpe dado a la libertad fué el establecimiento de Gobiernos: el primero dado a la igualdad consistió en el reconocimiento de la propiedad. De aquí que sus esfuerzos debían aunarse para derrocar las leyes que protegían a los Gobiernos; a los Gobiernos que escudaban la propiedad; a la propiedad que debería abolirse absolutamente, por ser un atentado contra la igualdad natural del hombre.

Si esta secta era más política que religiosa, la re-

volución francesa en su odio al cristianismo, inventó la *Theofilantropía* en que rechazándose la religión revelada, y negando la totalidad de los principios católicos, se sustituyeron por la religión pagana, adorando el fuego sagrado, ofreciendo sacrificios al Ser Supremo, y libaciones a los dioses inferiores.

Después de tantas aberraciones ¿qué importa ahora que modernos herejes vengán proclamando con formas diferentes los errores antiguos y Renán recopile en sus escritos los que el orgullo humano en diferentes épocas ha amontonado contra la divinidad de Jesús?

Creednos: cuanto digan, cuanto puedan decir, se ha dicho y se ha repetido, y se ha contestado y se ha refutado victoriosamente por los atletas del catolicismo.

Pasarán los modernos pensadores, como pasaron los antiguos: la Iglesia permanecerá, sin embargo, incólume hasta la consumación de los siglos.

ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.

EL CALDEO DEL HOGAR

(Continuación.)

No podemos negar la existencia de agentes capaces de absorber el ácido carbónico; pero también sabemos lo imposible de emplearlos para tal objeto, dado su precio y cantidad diaria que haría falta para absorber todo el ácido carbónico producido por un brasero. Sólo se puede tomar por pretexto para cazar incautos, a los cuales tratamos de amparar con el presente escrito, enseñándoles a ver claro, y a que a sabiendas usen lo que tengan por conveniente, después de conocer la verdad sin disfraz alguno.

La estufa portátil caldeada por medio del gas del alumbrado, no es otra cosa que un *braseiro de gas* que caldea lo que puede, en armonía con el gas consumido y dejándonos en el aire todos los gases producidos en la combustión. Muy cómodos son estos caloríferos y se generalizarán indudablemente el día en que el gas llegue a bajar hasta un precio razonable. Esto es tratándose de caldear un local pequeño, pues, si no lo es, o se trata de todo el domicilio, como veremos en el curso de esta memoria, necesariamente nos hemos de servir de combustible más económico.

Habiendo terminado la explicación que nos propusimos para dar a conocer al vulgo todos los efectos buenos y malos del brasero, bueno será que antes de pasar a otro sistema de caldeo le digamos algo sobre el combustible propio del brasero. De este modo lo usará conociendo lo que hace y por qué tiene que ser así, obrando conscientemente y no de un modo empírico, como hoy le sucede, gastando tal o cual combustible porque le han dicho ser bueno sin decirle el por qué, de cuya duda vamos a sacarle con la siguiente explicación:

En primer lugar, sabiendo que todos los gases de la combustión han de mezclarse con el aire que habremos de respirar, la primera condición a que ha de satisfacer el combustible destinado al brasero consiste en no dar olor alguno. Sólo con esta condición basta para saber que no podemos emplear el carbón de piedra, por los gases que contiene, ni su derivado el coque, porque si bien ha perdido los gases, conserva una parte de azufre que necesariamente habrá de producir en el brasero un olor detestable. Otra razón que impide el empleo de estos combustibles en el brasero consiste en que no arden sino sobre una rejilla que les proporcione un fácil acceso de aire, y como el brasero común no la tiene, de modo alguno conseguiríamos verle arder.

En vista de lo expuesto, preciso es concretarse a no pensar sino en el carbón vegetal, por carecer de azufre y también de gases si la carbonización ha sido completa. Cuando algún trozo de leña ha sido carbonizado de un modo incompleto, da humo y mal olor, y es lo que vulgarmente se llama *un tiso*, que está ahumando mientras no acaba de carbonizarse, y tan pronto como ha perdido todos los gases que conservaba de la leña, se reduce a un carbón como los demás.

Entre los diferentes carbonos vegetales disponibles, los unos presentan masa compacta, como sucede al de encina o de roble; otros, como el de retama y hueso de aceituna, la tienen menos compacta, y todavía menos el de pino y el de brezo.

El brasero común, que se desea hacer durar todo el día, exige una combustión lenta, por lo cual se emplea carbón menudo (cisco), con objeto de no dar fácil acceso al aire, retardando de este modo la combustión, y además, lo cubrimos todo al rededor con ceniza con el objeto indicado.

Si empleamos carbón gordo, penetraría demasia

do fácilmente el aire y no duraría tanto. Así encerrado y menudo, si el carbón es muy compacto, no arde bien y da tufo, como pasa al cisco de encina; si es demasiado ligero como el de pino, dura poco, y por esta razón, el más adecuado a las condiciones del brasero común es el cisco de retama o de hueso de aceituna, que arden bien y lentamente encerrados entre la ceniza. En *braseros disfrazados*, como hemos llamado a los de forma de estufa sin tubo de humos, no se puede emplear el cisco, y si sólo el carbón de encina, teniendo cuidado de encenderlo por completo antes de introducirlo en la habitación para defenderse contra los fatales efectos del tufo.

El único brasero que no puede dar tufo es el de gas, que ya conocemos, en razón a que siempre se quema todo éste y sólo produce su combustión vapor de agua y ácido carbónico. Por más que en el techo y sobre una luz de gas aparece una mancha ahumada, exige para ello tanto tiempo, que bien podemos despreciarlo, tratándose del caldeo, por lo insignificante de la cantidad de tufo posible.

ESTUFA

Este útilísimo aparato caldeador será mucho más apreciado el día en que se aplique extirpando los muchos y graves errores que se cometen al usuario. Para poder llegar a alcanzar el máximo resultado posible, preciso es empezar por dar a conocer los errores en que se incurre; seguidamente poner los hechos en claro a fin de juzgar racionalmente sus efectos, y por último, cuando a fondo conozcamos *todas* sus propiedades, estaremos en camino de utilizarlas convenientemente para llegar al fin que nos proponemos.

Lo más esencial de todo aparato destinado a caldear el aire de nuestra morada consiste en elevar la temperatura del mayor volumen posible de aire con el mínimo gasto de combustible; y teniendo en cuenta, por una parte que el aire se calienta por el contacto con la estufa y su tubo, y por otra la escasa capacidad calorífica del aire, lo primero en que hay que pensar es en dar el mayor desarrollo posible a la superficie de caldeo. Por no tener en cuenta el principio físico que acabamos de exponer es por lo que se incurre en el más grave error al emplear la estufa, arrimada a una chimenea o a un balcón, error que no es otro que contentarse con aprovechar el calor del cuerpo de la estufa y nada del tubo, dejando que la mayor parte del calor se marche afuera sin aprovechamiento alguno. Se comprenderá que se hiciera esto, si se tratara de calentar agua. En este caso, como la capacidad calorífica de este líquido es grande, al abarcar mucha extensión de tubo lo enfriaría hasta el punto de anular por completo el tiro; pero tratándose de calentar aire ya es muy distinto, por cuanto al tomar el calor por su contacto con el tubo, lo hace en pequeña porción y deja, por consiguiente, que la mayor parte del calorífico se marche con los humos si el tubo caldeador por insuficiente no ha permitido al aire tomar de aquél todo el calorífico prudentemente aprovechable.

A causa de lo consignado anteriormente se incurre con mucha frecuencia en otro grave error que vamos a denunciar. Cuando se trata de caldear un local industrial destinado a secar algún producto de fabricación, cuanto más se exagere la temperatura del aire, mayor efecto alcanzaremos, en cuyo caso nada implica el que los tubos del calorífero se pongan rojos, puesto que a nadie ha de molestar ese olor especial, debido a la combustión de los innumerables cuerpos orgánicos arrastrados en suspensión por el citado aire. Tratándose del hogar doméstico, como igualmente de todo local habitable, el problema de calefacción varía por completo, en razón a que no se reduce sólo a calentar el aire, sino a conservar en él las más perfectas condiciones de respiración. Veamos cuáles son éstas y de qué modo son lastimosamente alteradas al emplear de ordinario la estufa sin más propósito que el de caldear, de cualquier modo que sea.

Entre las alteraciones que el aire experimenta con el caldeo hallamos el cambio de su estado higrométrico. Los autores que de la estufa tratan, dicen, «que no seca el aire»: convenido; mas como sabemos que la cantidad de vapor de agua que contiene el aire tiene que aumentar al subir de temperatura para acusar igual estado higrométrico, claro es que al caldearlo sin añadir la mayor cantidad de agua que necesita, no puede por menos de experimentar una baja notable en su estado higrométrico, o lo que es lo mismo, presentarse *más seco* para los efectos de la respiración. Tanto da privar al aire de parte de su agua sin alterar la temperatura, como elevar ésta sin completarle el agua que ha menester para conservar idéntico estado de humedad.

Un ejemplo bien convincente podemos citar para demostrar al vulgo la verdad del principio físico

que acabamos de citar respecto a las diferentes cantidades de agua que el aire contiene, según la temperatura a que se halle. Este ejemplo no es otro que el paño de los cristales cuando hace frío. En casa tenemos el aire a mayor temperatura que el de la calle, y como al estar más caliente puede contener más vapor de agua, lo toma de nuestra transpiración y de los diferentes recipientes con agua, existentes en la casa. De este modo humedecido se ponen en contacto con el cristal, sufriendo el consiguiente enfriamiento, y como al estar el aire más frío no puede contener tanta porción de agua, ésta se condensa en la superficie interior del cristal, produciendo el paño que observamos al principio, y si continuamos, vemos correr agua a gotas. Otro tanto ocurre al echar nuestro aliento contra cualquier superficie fría.

Para caldear las habitaciones no debe olvidarse nunca lo que acontece en el caldeo natural, o sea a la llegada de la primavera. Aquella estación nos pone el aire a suficiente temperatura para hacernos olvidar los abrigos y el fuego, pero no se limita a darnos aire a mayor temperatura, sino que al mismo tiempo va depositando en el mismo mayor cantidad de vapor de agua. Por más impropio que vulgarmente parezca, el aire contiene más vapor de agua en verano que en invierno; y puesto que el caldeo sólo tiene por objeto suprimir el invierno en nuestras moradas para hacernos vivir en un ambiente primaveral, copiémos a la primavera, no olvidando calentar algún recipiente con agua para complementar las naturales condiciones respirables del aire.

Otra causa de alteración de las condiciones del aire consiste en la exagerada temperatura de que ya hemos hablado, faltándonos indicar una alteración que a nuestro juicio ha de sufrir, y es la siguiente: Cuando la estufa es de las de hierro colado, sin camisa refractaria interior, a poca actividad que alcance el fuego se pone siempre roja, y como sabemos lo que favorece a la oxidación del hierro la elevación de temperatura, dicha oxidación ha de ser a expensas del empobrecimiento del aire, por la pérdida de más o menos consideración de su oxígeno, y de aquí la inconveniencia de hacer pasar el aire que hemos de respirar rozando la superficie del hierro enrojecido.

Para conocer si el caldeo de un local ha sido bien estudiado, basta observar que se consigue el objeto sin necesidad de elevar hasta el rojo la temperatura de la superficie de calefacción; mas como esto se ve rara vez, gastando por lo general el dinero en abundancia para alcanzar un pobre resultado, todo es buscar pretextos a cual más absurdos, y de aquí que algunas veces se achaque a falta de eficacia del calorífero, exagerando, como hemos dicho, su temperatura hasta el rojo. Ya hemos visto de dónde procede el olor desagradable, y veamos ahora cuál es la causa de la pesadez de cabeza, achacada de un modo absurdo a la mala clase del calor de la estufa. Cuando ésta caldea varias piezas, se acostumbra a atravesarlas por alto con el tubo, y nada más natural que lo que realmente sucede, y consiste en la exagerada temperatura que adquiere el aire alto, mientras el bajo nada disfruta del caldeo; y así, mientras nuestra cabeza recibe calor en demasía, lo contrario acontece a nuestros pies, de donde resulta un desequilibrio natural de calor, única causa de la afluencia de sangre a la cabeza y la consiguiente cargazón que notamos. El día en que el caldeo con la estufa se establezca como es debido, y veremos más adelante cómo, al disfrutar del caldeo sucesivamente toda la masa de aire encerrado en nuestra morada, desaparecerá la cargazón de cabeza, hoy provocada por la exagerada diferencia de temperatura entre el aire alto y el bajo.

ANTONIO MONTENEGRO.

(Se continuará.)

PENSAMIENTOS SOBRE EL ROSARIO

BAMILLETE de rosas es el Rosario, como el lugar donde brotan muchas rosas se llama *rosal*. Y son por cierto rosas las oraciones dominicales y las saluciones angélicas, como también los quince misterios que están intercalados en su santo rezo.

El que reza el Rosario percibe el olor de Cristo y de la Virgen, olor celestial que se insinúa en las mentes y en los corazones. El que contempla y ruega con fe ingenua y amor fervoroso, recordando los gozos y los dolores de la Madre de Dios, esparce rosas tiernas y fragantes a los virginales pies de María.

San Jerónimo exhortaba a los cristianos a coger flores en las praderas y jardines de la Sagrada Escritura y especialmente quería que sus alumnos y alumnas conciliaran el sueño teniendo en las manos el sagrado volumen de los Evangelios. Mas no será fácil al pueblo cristiano tener a mano y leer aquel libro santo. La Virgen lo ha suplido con su salterio, es decir, con el Rosario.

El pueblo cristiano puede hacer sus delicias y su tesoro del Evangelio compendiado en el Rosario, y aun podría decirse instituido para popularizar el estudio del Evangelio.

El Rosario es una pequeña suma teológica que nos enseña cómo el Verbo con la Encarnación entra en la peregrinación de la vida humana, con su Pasión y Muerte redime la humanidad y con la Resurrección abre a los mortales el camino de la gloria. Un pequeño pensamiento de estas sublimes verdades basta para que el espíritu humano se eleve sobre sí mismo y se santifique.

Si lo examinamos escrupulosamente, se verá de un modo claro que el Rosario es el rito más a propósito para ayudar al vulgo a santificar la fiesta, y se admirará el pródigo amor de María que, cual Madre de Dios, proveyó a sus hijos aquel alfabeto del Evangelio. Las personas cultas pueden leer y ayudarse a pensar. Para el pueblo cristiano el Rosario ocupa el lugar de muchos libros.

El Rosario nos parece un excelente libro de Misa para el buen cristiano. Ciertamente; en el altar se recuerda y renueva el sacrificio del Gólgota, y el sacerdote, al celebrar aquel sacrificio, nos habla de la vida, pasión y gloria de Cristo. El Rosario, pues, es el modo pronto y fácil de comprender la meditación de la vida, pasión y gloria del Hijo de Dios.

Supongamos que el pueblo sea inteligente y esté acostumbrado a meditar los misterios del sagrado rito en tiempo de la Misa y en la elevación de la Hostia, y sucederá que se encontrará con el Sacerdote en el objeto de su misma fe y del mismo amor. Así el pueblo y el Sacerdote se unen en espíritu, se iluminan en la misma luz y se calientan en la misma llama.

La meditación de los misterios de la redención es semilla de verdadera piedad, que hace menos frecuentes los ímpetus de ira y aun más difíciles los pecados de lengua. Las místicas rosas, con su olor, irritan al demonio y lo ahuyentan del cuerpo y del corazón de los hombres.

El Rosario es un enlace de misterios y de preces, nos hace orar con fervor, y con la mente nos hace pensar en la vida, en la pasión sangrienta y en la gloria del Hijo de Dios. Todos saben que el olvido de la sangre derramada en el Calvario es causa de que el hombre sea vencido por el imperio de los sentidos y hechizado por la voluptuosidad y el orgullo.

El Rosario es el espejo y el epílogo de la vida, pasión y gloria del Hijo de Dios, y el enlace de los recuerdos de Nazaret, de Belén y del Calvario. Peregrina sobre la tierra, y desposada con el Verbo, la Iglesia se nutre y vive de memorias y esperanzas celestiales.

La Inmaculada, la llena de gracia, la bendita entre las mujeres, la Reina de los ángeles, la Madre Virgen de Dios y de los hombres, responderá siempre a los gemidos del que llora y espera, mayormente cuando fuere invocada con las dulces preces que le recuerdan sus gozos y sus dolores.

UN RELIGIOSO DOMINICO.

(Del Boletín del Arzobispado de Santiago.)

NECROLOGIA

El día 9 de Enero entregó el alma al Señor en la residencia de Vals el Rdo. Padre Juan Lyonard, de la Compañía de Jesús, autor de la celebre oración por los moribundos: *O misericordiosísimo Jesús, que ardiste en tan vehemente amor por las almas*, etc., oración que se ha extendido por todo el mundo católico. Más tarde estableció una cofradía, cu-

yos asociados van todos los días a la iglesia a rogar por los moribundos a la hora de la agonía del Salvador. Finalmente echó los cimientos de una orden contemplativa, cuyas religiosas se inmolan sin cesar por la salvación de los moribundos y que son conocidas con el nombre de *Religiosas del Corazón agonizante*.

Acaba de fallecer en Nueva Orleans, a la edad de 77 años, el P. Juan B. Serra, de la Compañía de Jesús, natural de Castellterciol (Cataluña), uno de los más insignes evangelizadores de aquel remoto país, fundador en él del grandioso colegio de Chastangla Blust y de varias parroquias de aquel territorio.

BIBLIOGRAFÍA

Apología científica de la fe cristiana, por el Cardenal F. Duilhé de Saint-Projet. Versión al castellano por M. y F. Polo y Peiró. — Valencia, 1885.

No pueden ser más lógicos, claros y sencillos el plan y división de la *Apología* de Duilhé de Saint-Projet. Divide el manual en cuatro partes: tratándose en la primera, que titula *Introducción general*, importantísimas cuestiones previas, sin fijar las cuales es imposible acometer con seguridad y desembarazo la solución de los grandes problemas científico-religiosos, exponiendo, por ejemplo, el estado actual de los espíritus y el carácter de la lucha religiosa; deslindando los conocimientos para determinar con exactitud la autoridad de la ciencia, de la metafísica y de la fe, marcando las nuevas condiciones de la apologética en frente de la ciencia moderna; explicando los métodos exegeticos llamados concordismo, idealismo y concordismo idealizado, e indicando, por último, el método de exposición y demostración científica adoptado por el autor. Trata en la segunda parte del *origen y formación del universo*; en la tercera del *origen y desarrollo de la vida*, y en la cuarta del *origen, historia y destino del hombre*. Meditase esta distribución de materias, y habrá que convenir en que, dentro de los apuntados epígrafos generales, se encuentran incluidas todas las cuestiones especiales que la ciencia materialista esgrime en la actualidad contra la fe cristiana.

En Noviembre de 1885 Mons. Perrand, eminente Obispo de Autun, escribía al autor: «Deseo vivamente que vuestra *Apología científica*, honrada ya con la protección de León XIII, llegue a estar en manos de todos nuestros seminaristas. Así lo hubiese manifestado públicamente en el Congreso de Rouen, si hubiese podido tomar parte en sus trabajos...»

El 5 de Diciembre siguiente, la sección Apologética de este Congreso, en el que habíase reunido gran número de sabios, de reputación incontestable, entre otros, tomó el siguiente acuerdo: «La sección de Apologética desea que cada vez se conceda más importancia y lugar a la *Apología científica* del Cristianismo en las enseñanzas de teología en todos sus grados.» Poco tiempo después escribió al autor Mons. el Obispo de Versalles: «El curso de Apologética está en pleno vigor en el Seminario de Versalles, y vuestro libro, ya clásico, está en manos de mis discípulos, que acaban de sufrir un buen examen semestral acerca de las materias que en él se tratan.»

El Episcopado español ha comenzado ya a anunciar y recomendar en los *Boletines* eclesiásticos obra tan provechosa como oportuna.

Respecto de la traducción, baste decir que es debida a la castiza y elegante pluma del Sr. Polo y Peiró, para que quede hecho su mejor elogio.

Recetas de brecha gorda, por D. Manuel Polo y Peiró. Valencia, 1885.

La incansable laboriosidad del Sr. Polo ha aumentado al catálogo de sus obras la que se indica en el epígrafe antecedente. Aunque los diferentes trabajos que componen el libro habrán visto ya la luz en diferentes publicaciones, la colección de los mismos será seguramente muy buscada. He aquí el sumario de este recomendable trabajo:

La rueda de la fortuna. — ¡Mal rayo me parta! — La hermana Dolores. — Los dos mancos. — Nido de águilas y de almas. — ¡Bendita equivocación! — Los horrores de la digestión. — Eloquencia de un cadáver. — Recomendaciones escolares. — Escenas coleriformes. — Balzategui y Datutegui (idilio). — Un abuelo de la patria.

La obra se halla elegantemente impresa, y sólo cuesta una peseta ejemplar.

Carta Pastoral que el Ilmo. y Rmo. Sr. D. D. Luis Felipe Ortiz, obispo de Coria, dirige al clero y pueblo de su Diócesis con motivo de su entrada en ella, Coria, 1885.

Merece seguramente ser leída y meditada la Carta Pastoral del Sr. Obispo de Coria, y su impresión, difundiendo por todas partes, ha de realizar grandes bienes a la fe.

NOTICIAS

Por el interés que tiene para la Iglesia, reproducimos a continuación una importante Real orden, publicada en la *Gaceta* del 1.º del mes actual:

«Ilmo. Sr.: Visto el expediente instruido en esa Dirección general a consecuencia de haber solicitado el Rdo. Sr. Obispo de Calahorra con fecha 2 de Junio último, que por este Ministerio se declaren libres de las visitas de inspección que los funcionarios de la Renta del Timbre del Estado puedan girar a los archivos de las parroquias los libros sacramentales y de defunción que en los mismos existan:

* Considerando que el Rdo. Prelado funda su pretensión en que, no estando los mencionados libros sujetos al uso del timbre, ya se atiende al espíritu, ya a la letra de la ley vigente, debe hacerse dicha aclaración para evitar las molestias e interpretaciones a que dan lugar los Inspectores de la Renta:

* Considerando que si bien por la legislación anterior estaban sujetos al uso del timbre los libros de que se trata, dicho precepto fué omitido en la vigente ley del Timbre de 31 de Diciembre de 1881, que derogó aquella, explicándose perfectamente esta excepción por el carácter de dichos libros, desde el establecimiento del Registro civil:

* Considerando que los Inspectores del Timbre deben limitar sus funciones al examen de la documentación que esté comprendida en la mencionada ley, y que no comprendiéndose en su art. 52 ni en otro alguno de la misma los citados libros, carecen de facultades para reclamar su exhibición:

* Y considerando, por último, que desde el momento en que por la instancia que motiva este expediente se tiene conocimiento de que han surgido dudas respecto a las facultades inspectoras en cuanto a los mencionados libros, procede fijar con claridad la inteligencia de la ley en este particular:

* El Rey (q. D. g.), y en su nombre la Reina Regente del Reino, de conformidad con lo propuesto por ese Centro directivo y lo informado por la Dirección general de lo Contencioso del Estado, se ha servido declarar que los libros parroquiales no están sujetos a inspección por no hallarse comprendidos entre los obligados por la ley del Timbre vigente al uso de determinada clase de papel sellado, sin perjuicio de que los Inspectores de la Renta puedan visitar los archivos parroquiales u oficinas de la jurisdicción eclesiástica y reclamar la exhibición de aquellos documentos que taxativamente estén comprendidos en los preceptos de la ley de 31 de Diciembre de 1881.

* Es asimismo la voluntad de S. M. que esta resolución se comunique con carácter general a las Delegaciones de Hacienda por medio de circular.

* De Real orden lo digo a V. I. para su conocimiento y fines consiguientes. Dios guarde a V. I. muchos años. Madrid 6 de Enero de 1887. — LÓPEZ PUIGCERVER. — Sr. Director general de Rentas Estancadas.»

Rico y de gran significación promete ser el regalo diocesano que se ofrezca en Barcelona a su Santidad con motivo de sus *Bodas de oro*. La comisión sexta de la Junta ha acordado que aquel consista en un rico trono, y que la silla del mismo sea una copia literal y exacta de la que perteneció al rey don Martín, y en la cual descansa la custodia que recorre las calles con S. D. M. el día del Santísimo Corpus Christi.

El día de Reyes se verificó la inauguración del nuevo local, que para «Centro de Católicos de Olot y su Comarca» se ha adquirido, no perdonando gastos. La «Escuela Católica de Obreros Olotenses» se ha convertido en «Centro de Católicos», cuyo título ostentarán tan luego como la autoridad civil haya aprobado sus estatutos; la humilde planta de obreros es ya frondoso árbol que cobijará de hoy más a cuantos de católicos se precian.

La Junta de señoras barcelonesas, que componen el «Patronato de Nuestra Señora de las Mercedes», para la redención de niñas y niños pobres, de acuerdo con el señor Director de aquellas cárceles y Junta auxiliar de las mismas, ha creído oportuno, a la par que de suma utilidad, la creación en dicho establecimiento de una biblioteca moral instructiva, poesta

a disposición de los detenidos que deseen dedicarse a la lectura. Se agradecerá, por lo tanto, cuantos donativos de libros y suscripciones a revistas que contengan sana moral tengan a bien hacer las personas que se interesen por la obra. El Director espiritual del Patronato doctor don Estanislao Almonacid, los reverendos Curas Párrocos, y el reverendo Capellán de la cárcel, recogerán gustosos lo que para este objeto sea entregado.

Por el Ministerio de la Gobernación se ha remitido a la Real Academia de Bellas Artes, para que emita informe, el importante proyecto de construcción de la fachada de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona, que ha ofrecido costear el banquero Sr. Girona.

Dicho proyecto ha sido ideado por el arquitecto D. José Oriol Mestres, y a él acompañan, entre otros documentos, un apéndice con dibujos hechos por otros arquitectos, y un grueso tomo que contiene copia exacta del conjunto y de los detalles del templo.

Los abades de la Orden de Benedictinos en Italia se han reunido en Capítulo general en el monasterio de San Calixto. Estos venerables religiosos trataron, entre otras cosas, de la fundación de un gran colegio benedictino internacional que habrá de establecerse en Roma bajo la advocación de San Anselmo.

El Rvdo. P. Tosti, conocido por su ciencia y por su celo, se ocupa muy especialmente en la ejecución de este proyecto, verdaderamente digno de la gloriosa historia científica de la Orden de San Benito.

Dos miembros de la primera aristocracia de Austria acaban de entrar de novicios en la Compañía de Jesús, en cuyo colegio de Kalksburg, cerca de Viena, han recibido su educación. Son el príncipe Carlos de Hohenlohe-Langenburg, de edad de 20 años, hijo del príncipe Luis y de la princesa Gabriela de Trantmaunsdorf; y el conde Pablo de Huyn, hijo del conde Huyn Saentheim.

Un sobrino del célebre M. Blaine, candidato recientemente a la presidencia de la República de los Estados Unidos, M. Walke, acaba de entrar en el noviciado de la misma Compañía, y también un hijo del general Sherempe.

El Excmo. Sr. Obispo de Plasencia ha establecido una Comunidad de misioneros del Inmaculado Corazón de María en el edificio que fué Seminario Conciliar y anteriormente convento de Santo Domingo. Estos Padres se dedicarán a predicar misiones por los pueblos de la Diócesis, y dar ejercicios espirituales a toda clase de personas, según las Reglas de su Instituto, con el celo y fervor que les distingue.

El comité de las peregrinaciones francesas anuncia la sexta peregrinación de penitencia a Jerusalén. La expedición saldrá de Marsella el jueves 28 de Abril y volverá el 9 de Junio. El 30 de Abril llegarán los peregrinos al puerto de la Goleta, con objeto de que puedan ir a Cartago, donde vivió San Agustín, donde sufrió el martirio San Cipriano, y donde está la capilla en el mismo lugar en que murió San Luis, rey de Francia. Allí orarán los peregrinos franceses.

Esta expedición no es un viaje de recreo, sino una penitencia. Se establecerá un reglamento, al cual habrán de sujetarse todos los peregrinos durante la permanencia en Jerusalén y en Nazaret. Todos los que se inscriban como peregrinos habrán de estar dispuestos a orar, sufrir y obedecer.

Hace poco que el santuario de Betharram, levantado sobre una colina cerca de Lourdes, ha sido visitado por una venerable romería, compuesta de cien sacerdotes terciarios de San Francisco, con objeto de celebrar la fiesta de San Luis de Tolosa, joven Obispo de familia real que, siendo heredero de tres coronas, prefirió el ser hijo de San Francisco.

Estos sacerdotes, originarios de varias diócesis, santificaron su peregrinación de penitencia haciendo el santo ejercicio del *Via Crucis* subiendo la cuesta del célebre Calvario de Nuestra Señora de Betharram.

Ha regresado a Madrid, después de larga excursión por España y Francia, el visitador general de las escuelas cristianas, benemérito hermano Justino María, celosísimo propagandista de la doctrina católica.

Después nos servirá el *menú*, en que figuren *boni-llón frappe, des petits noisglacés, etc., etc.*

En estos días ni puede haber pasiones, ni cumplirse deberes, ni hablarse de nada, como del frío no sea. Este, dicho absoluto de todos los pensamientos y de todas las conversaciones, no permite la intrusión del arte, de la literatura, ni siquiera de la política.

El juego del calentamanos ha desterrado a los de prendas, y no es extraño que ocurran las más sensibles equivocaciones.

Por ejemplo: hoy ha sido preso un mozaibeto, a quien la policía sorprendió con las manos en el bolsillo de un caballero. Los tribunales le juzgarán; pero indudablemente será absuelto, pues no es creíble que tratase sino de calentarse las manos.

Ante el tema del frío, único de verdadera oportunidad, pierden interés todos cuantos pudieran ser objeto de una revista. Sin embargo, los hombres políticos de los partidos extremos han tenido humor, ya para tirarse los trastos unos, ya para reunirse otros en banquetes y festejar aniversarios históricos. Y en tanto que los absolutistas reproducen uno de los cantos del *Lutrin* de Boileau, y los republicanos almuerzan, comen y cenan para demostrar su consecuencia política, trece veces acreditada a costa del estómago y del bolsillo, el doctrinarismo liberal se pasa el tiempo produciendo discursos sobre discursos y mostrando verdadero empeño en desacreditar el sistema parlamentario. Hablar mucho, hablar sin descanso, hacer sudar primero a los taquígrafos, después a los impresores y últimamente al lector... he aquí el *desideratum* de muchos padres de la patria desde antes de serlo y mientras lo son. Jugar en todas las reuniones, formar parte de todas las comisiones, hacer discursos más largos que un día sin pan y rectificaciones de doble extensión que los discursos, trabajar la opinión en los pasillos, conquistar el voto de los vacilantes y estimular a los perezosos, ¡qué gran triunfo para los políticos! Aquí donde una oratoria de siete horas ha valido una cartera, no hay diputado que no sueñe con pronunciar un discurso de un día entero para caer rendido y jadeante en el escaño, por la esperanza de que acudan a él los porteros llevándole el uniforme de ministro.

Lo de los banquetes del día 11 me parece más lógico y filosófico que lo de los discursos de todos los días. ¿No aspiran los políticos a acercarse al festín del Presupuesto? Pues es preciso demostrar previamente que tienen las mejores aptitudes para ello, además de que estar en la oposición es estar de duelo, y los duelos con pan son menes. Para llevar el timón de la nave del Estado es preciso cobrar fuerzas, como el individuo de quien se refiere, que antes de ser personaje se comió en la taberna treinta docenas de pájaros fritos.

— ¿Solos? preguntará algún curioso.

— No, amigo mío, con una hornada de pan.

En el orden político se debe prescindir de toda clase de círculos y sustituirlos con fondas; cuando esto se realice sólo se escuchará por ahí:

— ¿Dónde nos veremos esta noche?

— En el Colmado.

— ¿Dónde quedan nuestros correligionarios?

— En el Sotano.

— ¿Y tus hijos?

— Comiendo siempre... Así aseguran su porvenir.

— Adiós, amigo mío. ¿Cómo come usted?

— Perfectamente... ¿y el estómago de usted?

— Menos mal que de costumbre; pero ayer, al concluir con el tercer capón del almuerzo, sentí cierto ardor...

— ¿Tomaría usted bicarbonato?

— No, señor, me tomé cuatro raciones de langostinos y me puse como un reloj.

— ¿Y hay crisis, como dicen?

— No lo creo; pues aunque se ha dicho que X formaría *comedor*, no me parece probable. ¡Hace un mes que sólo toma preparados de peptonal!

En el teatro Español se sostiene estos días la afirmación de que la humanidad entera es una colección de canallas, ligados unos a otros por miserables intereses; y para demostrarlo mejor, todos los personajes emplean un lenguaje rebuscado dentro del naturalismo más repugnante. El público que hace quince años silbaba al insigne Tamayo, sólo por sostener que muchos parecen y no son hombres de bien, ahora se rompe las manos a aplaudir, dando la razón en cierto modo al autor de la novísima y atrevida tesis. En los demás teatros sigue el desfile de piezas inspidas y repeticiones de revistas, y dentro de poco irán llegando los fenómenos de todas clases, destinados a suplir la falta de un verdadero

teatro español. ¿Cuándo llegará el día en que se anuncie el suspirado renacimiento de la dramática española, maltrecha por las osadías de algunos autores, la viciosa organización de las compañías y, digámoslo también, la complicidad del público en los ataques de unos y otros al buen gusto?

Porque ya va siendo urgente el remedio, casi tanto como la gravedad del mal señalado.

MANUEL OSSORIO Y BERNARD.

CARTA DE ROMA

Roma 9 de Febrero de 1897.

Con las alegres impresiones de viaje que se traslucían en mi última carta, y sumamente complacido con el recuerdo de la cariñosa acogida que tuvieron en Génova nuestros marinos españoles, he regresado con toda felicidad a mi habitual residencia en esta capital; pero ¡qué agitados he encontrado aquí los ánimos de los italianos, qué afectados por el temor de mayores infortunios, y sobre todo, qué irritados contra el Gobierno del Sr. Depretis! En los últimos días de Enero cundió aquí el rumor de que los italianos residentes en Massana habían sido derrotados por los abisinios, y el rumor ocasionó desde luego una interpelación en la Cámara de Diputados; pero el Ministro de Negocios extranjeros lo desmintió sin vacilaciones, dando las mayores seguridades de que nada habían de temer los italianos por su incipiente colonia en África, pues dijo: «los cuatro ladrones que ahí tiene el rey de Abisinia no se atreverán contra nosotros, y en caso de atreverse, bien caro les habría de costar.» En esta declaración del Conde de Robilant, evidentemente echábase de ver un orgullo nacional muy pronunciado, pero el amor de la patria ciega a la mayoría, y apenas hubo quien dudó del fundamento que tuvieran las seguridades ofrecidas por el Ministro. No pasaron muchos días, sin embargo, y las tristes noticias se confirmaron ya de una manera absoluta; en los días 25 y 26 de Enero último los italianos residentes en las riberas del Mar Rojo habían sido atacados en las cercanías de Saati por los abisinios que no podían llevar en paz la ocupación del puerto de Massana por los italianos; éstos habían sido derrotados; más de 400 soldados habían muerto; muchos estaban gravemente heridos. Excuso decir que semejantes noticias conmovieron e indignaron la ciudad entera; muchos se preocupaban por los deudos o amigos que tenían en África, muchos acudían a preguntar noticias en los centros oficiales; pero en éstos entró desde un principio tal confusión y tal desanimación que nadie logró saber lo que deseaba, y esta misma incertidumbre aumentó el pánico y el desconcierto. Por la noche hubo pública manifestación hostil al Gobierno, a quien se dedicaron las frases más soeces y más infamantes; en los cuerpos colegisladores se multiplicaron las interpelaciones, y la prensa, excepción hecha de la oficiosa, se desencadenó contra el Gobierno, atacando en su mismo concepto la expedición italiana a África, con lo cual se hacía extensiva al antiguo Ministro de Relaciones exteriores, Sr. Mancini, la pública censura, y, por si este señor no se había enterado de ello por los periódicos, bien claro debió comprenderlo por los silbidos con que le saludó el populacho, y los mueras que dió a su paso por la plaza Colonna. La policía recibió órdenes apremiantes para cortar en su raíz toda manifestación pública, pero la excesiva severidad y rigor de que hizo alarde en esta ocasión contribuyó a excitar más y más las iras populares; pasen los cincuenta y más presos que se llevaron a la cárcel preventiva en el corto espacio de dos horas, pero lo que entiendo no pueden pasar son las malas formas, los puñetazos y el uso innecesario de armas, pues resultaron varios heridos por parte y culpa de los guardias de orden público y otros empleados del Ayuntamiento. Esta es la hora en que no se sabe de fijo lo que ha pasado en África entre los abisinios y los italianos, pues el Gobierno no ha lanzado al público los telegramas que hablan de la derrota sufrida por sus tropas, sino después de someterlos a su revisión y corrección; ¡tan graves son las noticias ya conocidas, que estremece pensar en las que todavía quedan por conocer! En los primeros momentos, después de conocido el desastre de Laati, se indicó que el Gabinete presidido por el Sr. Depretis iba a dimitir en masa; pero la urgencia de enviar auxilios de tropas y municiones al mutilado ejército italiano en África hizo comprender lo antipatriótico que hubiera sido en estas circunstancias provocar una crisis ministerial; además, el Sr. Depretis esperaba todavía lograr un voto de confianza de la Cámara de

Diputados, y al efecto llamó por telégrafo a cuantos diputados adictos al Gobierno se encontraban ausentes de Roma; pero sus esfuerzos no dieron buen resultado, pues mientras antes el Gobierno contaba con una mayoría de ochenta votos, el crédito supletorio, pedido de urgencia para poder enviar refuerzos a África, no fué aprobado sino con la escasa mayoría de treinta votos. En vista de esto, el Gobierno por fin ha dimitido, aunque ofreciendo al Rey seguir en el despacho de los asuntos urgentes hasta la resolución de la crisis; parece ésta ser muy laboriosa, pues ya van tres días y todavía no toman cuerpo las noticias sobre formación de nuevo Gabinete; el Rey ha contereenciado con varios prohombres políticos, figurando entre ellos algunos de la llamada pentarquía, por lo que se supone que Crispi y sus amigos entrarán a formar parte del nuevo Gabinete; quien se encuentra en peores condiciones es el grupo capitaneado por Robilant; ¡así van las cosas del mundo! hace cosa de un mes se daba por cierto que era el indicado para recoger en día no muy lejano la herencia del Sr. Depretis, y he aquí que el fracaso de la expedición en África le inutiliza para siempre. Tal vez estén de enhorramala los intereses conservadores, pues el Conde de Robilant, a pesar de sus condiciones de carácter un tanto fuerte para el puesto que ocupa, ostentaba brillante hoja de servicios a favor de su país, y sus convicciones sinceramente monárquicas podían contrarrestar el incremento que en este país van tomando las ideas republicanas: para los intereses religiosos, desgraciadamente, lo mismo da manden los unos o los otros.

J. M.

LOS GRABADOS

M. TASSIN.

M. Tassin, Secretario del Instituto católico de Francia, ha fallecido cuando entraba en la convalecencia de un cruel padecimiento al pecho, en que le habían asistido los Hermanos de San Juan de Dios.

El Instituto católico sufre con su muerte una gran pérdida por su puntualidad en el cumplimiento de sus deberes, su buen orden, su inflexibilidad reglamentaria y su erudición verdaderamente excepcional. Era profesor desde hace bastantes años del colegio de Carmelitas, encargado en la corrección de los temas latinos de los jóvenes eclesiásticos que aspiraban a la licenciatura en letras y estas correcciones le servían de pretexto para los más ingeniosos desarrollos. Su vida, en el mismo edificio del Instituto, era la de un monje y la de un obrero infatigable.

En su juventud y después de licenciarse en letras fué profesor de la Escuela de Carmelitas y al fundarse la Universidad católica, nada fue juzgado tan digno como el para llenar las funciones delicadas de Secretario general.

EL PRÍO.

Asunto de indudable actualidad, no reclama ciertamente descripción alguna. En el artículo *La Decena* se consignaron varios párrafos a la baja temperatura que sufrimos y de la que ofrece una fase la escena que representa el grabado.

PALACIO DE SAN TELMO EN SEVILLA.

Este edificio, que en su origen fué Escuela de Náutica, donde brillaron el insigne D. Alberto Lista y otros muchos profesores, honra de la ciencia Española, es hoy propiedad de los Serenos, Sres. Dagues de Montpensier.

El lápiz del dibujante hace innecesaria toda descripción de aquel suntuoso palacio, cuya fachada principal ofrecemos hoy a nuestros lectores.

TRADICIONES DE TIERRA SANTA

I

PROEMIO

QUE persona piadosa no ha soñado alguna vez con la dicha de recorrer en peregrinación, de ver con sus propios ojos, de besar con sus propios labios los Santos Lugares de Tierra Santa? De mí puedo decir, que apenas empecé a manejar libros y a enfrascarme en lecturas de todo género (y era yo entonces casi niño), me encariñé con la idea de llevar a cabo las tres grandes peregrinaciones de los antiguos, a saber: Jerusalén, Roma y Santiago. Y Dios ha querido concederme ya dos de estos tres favores, pues en 1876 hiqué mis rodillas junto a la *Confesión* de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y en 1881 besé las láminas de mármol que cubren el Santísimo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo.

Hace ya más de cinco años y aun mantengo vivas en lo más recóndito de mi alma las emociones que

EL LEPROSILLO

TRADICIÓN

I

ERA una noche sumamente oscura: ni una estrella brillaba en el firmamento, y la tempestad recorría con violencia el desierto, haciendo resonar sus ruidos bramidos.

— ¡Abrid, abrid! — clamó una voz medio apagada por el sufrimiento.

En el interior de una pobre morada, una mujer pálida y de facciones rudas se calentaba á la vacilante llama del hogar, dirigiendo de vez en cuando una triste mirada á una cuna, en la cual dormía un niño poseído de la fiebre.

— ¡Abrid, abrid! — repetía por fuera la voz.

— ¿Quiénquiera que seas — contestó la mujer sin moverse — proseguí vuestro camino, pues á nadie se da hospitalidad.

— En el nombre del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; abrid!

— Ya os lo he dicho; ¡ay del viajero que éntre aquí! — replicó la mujer levantándose con malísimo humor.

— ¡Vamos á morir, tened compasión de nosotros! La mujer miró de nuevo á la cuna. El niño se había despertado, y lloraba tiendiéndole los brazos.

Era madre, enjugó una lágrima, y entreabriendo la puerta dijo:

— ¿Qué queréis, torpes viajeros?

— Un abrigo para mi marido y para mi hijo — respondió una joven, cuya belleza deslumbró los ojos de aquella mujer.

— Si os concedo lo que pedís será causa de vuestra ruina y vuestra muerte; porque soy esposa de un célebre bandido, y si entra, yo no podré librarme de sus golpes.

Mientras hablaba de este modo, la puerta se fue abriendo enteramente, y José entró con su esposa María y con Jesús el Niño Dios.

La dueña del casuchón arrojó al fuego un tronco seco, y en breve una llama viva llenó de calor el aposento. El pobrecito enfermo se incorporó en su cuna olvidando sus dolores y sonriendo al Niño Jesús.

— No sé quiénes sois — dijo la mujer del ladrón — pero desde que habéis entrado me siento dichosa y alegre, y observo que á mi hijo le sucede otro tanto.

II

Las tinieblas se hacían por fuera aún mas espesas; la tempestad no cesaba de rugir, y la casita temblaba como combatida por rudos ataques, cuando llamaron á la puerta.

— ¿Quién va?

— Mujer, abre pronto.

— ¡Cielos! ¿es mi marido? ¿En dónde os ocultaré?

— dijo desolada.

María se levanta; pone su hijo en sus brazos y abre la puerta.

El bandido entra bruscamente, chorreando agua y cargado del fruto de sus rapiñas.

Al ver á María retrocede un paso, y lanza sobre su mujer una mirada de cólera.

— Son unos pobres viajeros á quienes la tempestad ha sorprendido. Yo los he albergado, pensando que quizás nos darán felicidad.

El semblante airado del bandido se templó sonriendo, cerró la puerta y dijo:

— Pues bien, ¡que sean bien venidos!

Y sin añadir una palabra dejó su botín en un ángulo de la pieza, sacudió sus vestidos mojados y se acercó al fuego en donde se agitaba la risueña llama.

— Mujer — añadió al cabo de un rato — ¿no tenemos nada que comer?

— Tenemos todavía un poco de pan, frutas y un pedazo de cabrito.

Y disponiéndose á entregar á María su hijo para arreglar la comida, repuso María:

— No, no os mováis, yo le serviré.

Comieron todos menos la mujer del ladrón, que quedó junto al fuego con Jesús y con su hijo enfermo; pero nada le importaba, pues nunca su corazón había experimentado tanta felicidad y tanta dulzura.

Después de comer, el bandido se acercó á la lumbre, cruzó su frente una profunda arruga, y dijo á José:

— ¡Ojalá mi hijo se pareciera al vuestro!

— ¿Y qué, ¿acaso está enfermo? — preguntó el esposo de la Virgen, que solamente vió las asquerosas llagas de que estaba cubierto el desgraciado niño.

— Enfermo, y de un mal terrible — contestó el padre suspirando, — es leproso.

Siguió un largo y profundo silencio á estas tristes palabras. La mujer del ladrón quedó anegada en lágrimas, y añadió:

— El Señor castiga al hijo por los pecados de sus padres.

El ladrón miró á su mujer, pero esta vez lo hizo sin rabia ni dureza; más bien podía verse pintado en su semblante el remordimiento.

— Dios abre sus brazos al pecador arrepentido — les dijo María — y cambia sus lágrimas en júbilo.

Y colocando sobre sus rodillas á Jesús, añadió:

— El día viene y la tempestad se va. Tened la bondad de darme un poco de agua para lavar á mi hijo, y partiremos.

— Esperad un poco — repuso el ladrón, que sentía la separación de sus amables huéspedes de la noche.

— Nos es preciso hacer un largo camino — respondió José.

— ¿A dónde vais?

— Pobres desterrados, vamos á buscar un asilo en Egipto. Más tarde volveremos.

— A vuestro regreso acordaos de mi choza, que habéis llenado de luz y de gozo.

José y el bandido se despidieron junto al hogar, y salieron.

El viento se había templado y era suave; las nubes iban replegándose en el horizonte, y la naturaleza se presentaba fresca y joven como el día de primavera más hermoso.

— Partamos — dijo José.

— Lavad vuestro hijo en la misma agua en que yo he lavado al mío — dijo María á la mujer después de abrazarla.

III

Mientras pudo distinguirlos su vista el bandido y su esposa siguieron con los ojos á nuestros viajeros.

Cuando no pudieron distinguirlos, suspiraron como si acabaran de perder un miembro querido de su familia.

Su hijo se tenía en pie en medio de los dos, y se echó á llorar.

— Ven, hijo mío — le dijo su madre; — voy á lavarte en el agua que ha servido para el niño de esos viajeros.

— ¿Por qué? — le opuso el padre encogiéndose de hombros.

La mujer no contestó, y apenas el niño hubo tocado el agua, quedó enteramente curado.

Y es que el Señor no deja ninguna obra buena sin su recompensa.

Más tarde el pobre leprosillo murió arrepentido junto á Jesús crucificado.

El mundo entero le conoce con el nombre de *El Buen Ladrón*.

(De la *Preparanda Católica*, de Valencia.)

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

EON JOAQUÍN DOMÍNGUEZ BECQUER, natural de Sevilla. Entre sus muchas obras se encuentra un lienzo representando el *Interior de la catedral de Sevilla*, que figuró en la Exposición Universal de París de 1855.

D. JOSÉ DOMÍNGUEZ BECQUER, sevillano. Muchas y buenas son las obras que existen de su mano. Citaremos dos de las láminas que dibujó para *La España artística* de D. Jenaro Pérez Villamil, una titulada *El Viático* y otra *Una Misa*. Fueron hijos de este artista el poeta Gustavo Adolfo y el pintor Valeriano, quien también ejecutó bastantes dibujos de género religioso para diferentes publicaciones.

DOÑA FRANCISCA DE PAULA DURÁN, pintora de afición. En la Real Academia de San Fernando se conserva de su mano una *Magdalena*, copia de Travissani, al lápiz.

D. JOSÉ DURÁN Y FRIERA, pintor catalán. De sus cuadros hay uno que representa *La Religión católica*.

D. ROGELIO EGUSQUIZA, natural de Santander. En la Exposición de 1859 celebrada en dicha población presentó *La Virgen del Rosario*, lienzo que fué muy elogiado.

DOÑA EMILIA ENRILE Y FLORES DE GUTIERREZ, discípula de la Academia de Bellas Artes de Cádiz. En la Exposición de dicha capital en 1858 presentó, entre otras obras, *La Virgen de los Dolores*, *San Francisco* y *San Félix de Cantalicio*, copia de Alonso Cano.

D. RAFAEL ENRÍQUEZ, natural de Camarines (Filipinas), y residente en Manila. Remitió á Madrid para la Exposición de 1876, entre otras obras, un *San Agustín* de medio cuerpo y tamaño natural.

DOÑA SOLEDAD ENRÍQUEZ Y FERRER, hija y disci-

pula de D. Francisco Enríquez y García. En la Exposición del Liceo de Granada de 1840 presentó *Una Virgen*, al óleo.

D. FRANCISCO ENRÍQUEZ GARCÍA, Director de la Academia de Bellas Artes de Granada. En el Liceo fundado en dicha población en 1839 expuso, entre otras obras, una *Santa Leocadia*, copia de Coello, y un *San José*.

D. FRANCISCO DE PAULA ESCRIBANO, natural de Sevilla y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de dicha ciudad. En la Exposición general de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1860 presentó *El Ángel Custodio presentando al Señor el alma de un justo* y un *San Francisco de Asís*.

DOÑA MARÍA DEL PILAR ESCRIBANO Y PAUL, pintora de afición. En la rifa de objetos artísticos que se verificó en 1861, con el objeto de arbitrar recursos para levantar un monumento al pintor Murillo en su ciudad natal, contribuyó esta artista con una *Dolorosa* y un *Salvador*.

DOÑA MARÍA PASTORA ESCUDERO. En la Exposición celebrada en Sevilla en 1868 presentó varias obras, entre ellas *La Virgen de la Silla* y *El descendimiento*.

D. JOAQUÍN ESPALTER Y RULL. Nació en Sitges (provincia de Barcelona) en 30 de Noviembre de 1809; estudió en la Casa Lonja de aquella población, y bajo la dirección del Barón Goss en París. Muchas son sus obras, y entre ellas citaremos *Santa Ana dando lección á Nuestra Señora*, que figuró en las Exposiciones de Bellas Artes celebradas en Madrid en 1842 y 1846 y en la Universal de París de 1855; *Una Virgen*, presentada en la Exposición del Liceo artístico y literario de Madrid de 1846; *La Virgen, el Niño Jesús y San Juan*, presentada en la Exposición de París de 1855; *La Asunción de la Virgen*, pintada en 1848 por encargo del Marqués de Fuentes de Duero para el oratorio de su casa. El techo del oratorio del Sr. Buschental, representando *La Asunción de Nuestra Señora*; algunos trabajos en la restauración del templo de San Jerónimo. El cuadro de la *Era cristiana*, que llevó á la Exposición de 1871, juntamente con una *Santa Cristina*, *El Niño Jesús dormido en brazos de su Madre* y otros. En la de 1876 presentó, entre otros varios, un *Redentor*. Falleció en Madrid en 3 de Enero de 1880.

DOÑA FRANCISCA DE ESPINOLA. En la Exposición celebrada en Canarias en 1862 presentó *El Corazón de Jesús y Una Virgen*, en miniatura, y al óleo *La impresión de las llagas de San Francisco*.

D. JOSÉ ESPINOSA, discípulo por los años de 1830 de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla. En 1861 entregó una *Dolorosa* para la rifa de objetos artísticos que se celebraba en Sevilla para levantar un monumento á Murillo.

D. ANTONIO MARÍA ESQUIVEL, notable pintor sevillano y continuador de la escuela de Murillo. Nació el 8 de Marzo de 1806. A los 21 años contrajo matrimonio, lo que fué causa de que tuviese que anteponer muchas veces á la práctica del arte otras ocupaciones de mayor lucro, pero siempre fijo en su primera vocación pasó á Madrid en unión del pintor D. José María Gutiérrez, y en 1832, previos los ejercicios reglamentarios, obtuvo Esquivel la consideración de Académico de mérito de la Real Academia de San Fernando, contando 26 años de edad.

A consecuencia de un humor herpético tuvo la inmensa desgracia de perder la vista, y dos veces faltó de resignación cristiana, trató de poner fin á su vida arrojándose al Guadalquivir, de donde le sacaron los que notaron su desesperado intento. La Providencia sanó sus ojos, y Esquivel, cristiano y caballero, no quiso volver á coger sus pinceles para asuntos profanos hasta haber cumplido con Dios y con la amistad, y su primer obra fué *La caída de Luzbel*, que regaló al Liceo. Fué nombrado pintor de cámara al ser declarada mayor de edad S. M. la Reina Doña Isabel II. Es casi imposible enumerar sus muchísimas obras; citaremos algunas por su carácter religioso: *Despedida de Agar á Ismael por Abraham*, que figuró en la Exposición de la Academia de San Fernando de 1847; *David triunfante*, *La Virgen de Belén*, que figuró en la Exposición de Sevilla de 1842; *El sacrificio de Isaac*, *Santa Teresa* y *Santa Isabel* para la parroquia de Chamberí; *Santa Teresa* para un propietario de Chile, *Un Salvador Jesucristo crucificado*, tamaño colosal, presentado en la Exposición de 1843; *La Caridad* en la de 1848; *Jesús con María y la Magdalena*, *El milagro del resucitado en Nain* en la Exposición de la Academia de San Fernando en 1849; *La Virgen María, el Niño Jesús y el Espíritu Santo, con ángeles en el fondo*, presentado en la Exposición de Bellas Artes de 1856, y adquirido por el Gobierno para el Museo Nacional; *La Magdalena penitente*, *el Niño Jesús con la cruz y la corona de espinas en la mano* para la Exposición Nacional de 1856; *Una Concepción*, de medio cuerpo;

Jesús en el huerto para la galería del Sr. Díez Martínez en Sevilla; *Los Apóstoles*, pintados para la catedral de Sevilla y que figuran hoy en la galería del Sr. López Cepero; *La Transfiguración* para un templo de Canarias; *San Hermenegildo* para la galería del Sr. Lardo de Tejada, de Sevilla; *La Asunción del Señor* en la Exposición del Liceo artístico y literario de Madrid de 1846; *Nuestra Señora del Rosario* en la Exposición pública de 1835; *Una Concepción* y *La Magdalena* en la de 1845; *La Anunciación*, *Santas Justa y Rufina*, *San Juan* y *La calle de la Amargura* en la Exposición del Liceo de Sevilla en 1841. Falleció Esquivel el 9 de Abril de 1857.

D. CARLOS MARÍA ESQUIVEL, natural de Sevilla é hijo del anterior. Entre sus varias obras citaremos *Jesús volviendo la vista a un ciego*, que presentó en la Exposición de Bellas Artes de 1849; *Visita de San Francisco de Borja al Emperador Carlos V*, en la de 1862. En la catedral de Badajoz se conserva de su mano una *Magdalena*, de cuerpo entero, copia de Van-Dick.

D. JOAQUÍN ESQUIVEL, pintor de fines del último siglo y principios del actual. En 1797 pintaba en Méjico la *Vista de San Pedro Nolasco* para los claustros bajos del convento de la Merced en dicha población.

D. VÍCTOR ESTEBAN Y LOZANO, natural de Madrid. En las Exposiciones nacionales de Bellas Artes de 1856 á 1866 presentó, entre otras obras, las siguientes: *La parábola del Samaritano*, *Martirio de San Esteban*, *La Magdalena á los pies de Jesucristo*, *Muerte de San Francisco de Asís*, *El Cristo de Rivas*, *San Raimundo recibe del Rey Don Sancho III las llaves de Calatrava*, *San Pedro en la cárcel*, pintado en Valencia en 1860. También es obra suya el monumento de Semana Santa pintado al temple para la iglesia de religiosas de Santa Catalina de esta Corte.

D. ANTONIO ESTEVE, residente en Toledo en 1800. En la iglesia de Santas Justa y Rufina de dicha población son de su mano el lienzo del altar mayor y los de los dos colaterales, el primero representa á las *Santas titulares*, y los otros dos *La Virgen del Carmen* y *San Pedro*. En la iglesia de la Trinidad se conserva en su retablo principal *Las tres personas de la Santísima Trinidad rodeadas de gloria* y un *San José* en otro altar pequeño. Por último, en la antigua Universidad de dicha población existía *Una Concepción rodeada de ángeles*, de tamaño natural.

D. JOSÉ ESTRUCH, nació en San Juan de Enoya, provincia de Valencia, en Febrero de 1838 y fué discípulo de D. Francisco Martínez y de la Academia de San Carlos. Citaremos de entre sus obras las siguientes: *La Sacra Familia del cordón*, copia de Rafael; *La Visitación de la Virgen á su prima Santa Isabel*, del mismo; *La Concepción*, de Murillo; *San Francisco de Paula*, del mismo; *Sacra Familia*, de Juan de Juanes (Vicente Macip); otras dos del Correggio y Leonardo de Vinci, *La Virgen, Santa Catalina y Santa Bárbara*, de este último autor; *La Comunión*, de Espinosa, y otros. Entre sus varios cuadros originales se encuentra uno representando á *La Virgen con el Niño*, por el que obtuvo medalla de plata en la Exposición regional celebrada en Valencia en 1867.

D. LINO FABRAT, natural de Ocaña. En la Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1868 presentó un *Nazareno*, hecho á pluma.

D. JOAQUÍN MANUEL FERNÁNDEZ CRUZADO. Este reputado pintor nació en Jerez de la Frontera el día 24 de Diciembre de 1781. Son sus obras, entre otras, un *Cristo*, copia de Zurbarán; *La Virgen de los Venerables*, *El Ángel de la Guarda* y *San Benito*, que existen en la catedral nueva de Cádiz; *La Asunción de Nuestra Señora*, de tamaño colosal, para Lausana (Suiza); *El Apóstol Santiago*, en Santiago de Cuba; *La Virgen de las Angustias*, para la citada catedral de Cádiz. Murió en esta ciudad el 31 de Enero de 1856.

D. MANUEL FERNÁNDEZ SANAHUJA, natural de Madrid, discípulo de la Academia de San Alejandro de la Habana. Muchísimas son sus obras, y entre ellas tiene el *Interior de la catedral de Burgos*.

M. DE A.

(Se continuará.)

BUSQUEMOS Á JESÚS

Las fiestas de la Pascua han terminado y de Jerusalén sale María, suponiendo que el Hijo, bien amado, de San José camina en compañía. José piensa que el Niño con la Madre ha de ir, y ambos esposos

A Nazareth caminan presurosos
En Jesús meditando con cariño.
Compacta muchedumbre
Que á la fiesta acudió, según costumbre,
Sigue varios destinos.
Y en dirección contraria
Inquieta llena todos los caminos.
¡Cuán triste y solitaria
La Madre buscará en la nueva aurora
Al Hijo extraviado
Por cuya ausencia sin descanso llora!
¡Cómo con leve paso apresurado,
Y San José por guía,
Volverá á la ciudad al nuevo día!
Ambos esposos, que de pena mueren,
Preguntan por doquier, buscan, inquietan,
Y hallan término al cabo á sus dolores
Al encontrar, de sabios para ejemplo,
Al Niño Dios sentado entre doctores.
Discutiendo en el pórtico del templo.
Y cuantos le escuchaban
Por su vasto saber se confundían,
Y á Jesús admiraban
Y su divino origen presentían.

— Hijo — clamó la Madre atribulada —
¿Por qué así con nosotros procediste?
¿Mira cómo te busco acorrajada!
Y Jesús respondió: — ¿Por qué lo hiciste?
¿No sabes que cumplir es mi destino
La voluntad de un Padre Soberano
Que marcado me tiene ya el camino? —

Y nadie entonces penetró el arcano.

Y á Nazareth volviéronse muy luego,
Pensativo Jesús, José en sosiego,
Y de pura alegría
Radiante la Santísima María.

Si la Virgen así tanto se afana
Por hallar á Jesús; si inquieta inquiere
Dónde pudo quedar, y á la mañana
Cuando la triste cartidumbre adquiere,
Desanda su camino,
Entra en Jerusalén, busca anhelante
Al Redentor Divino,
Con el dolor pintado en el semblante;
Si San José comparte aquella pena,
Y sólo su ansiedad templada y serena
Al encontrar al Niño extraviado
A su amoroso celo confiado,
¿Qué deberemos hacer los pecadores
Sino también buscarle con empeño
Para hacer que terminen los dolores
Que, dormidos, agitan nuestro sueño,
Despiertos nos asedian
Y nuestro afán doliente no remedian?
De las sendas del mundo peregrinos,
Busquemos á Jesús por los caminos
Que la virtud indica:
Así el Evangelista nos lo explica.
Busquemos á Jesús sin desaliento;
En hallarle fundemos el contento:
Sea de las tormentas de la vida
El puerto de bonanza,
Y en las tinieblas lámpara encendida
En que hemos de fijar toda esperanza.
Busquemos á Jesús, siempre clemente:
La Virgen y José dieron ejemplo
De que no se le busca inútilmente
Si en su busca acudimos hasta el templo.

(SAN LUCAS, II — v. 45, 46, 47.)

M. OSSORIO Y BERNARD.

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

BEL Obispado de Astorga procede el documento que sigue:
Hace pocos días recibimos la apreciable carta, cuya copia del texto es como sigue:

(Aquí se reproduce la carta del Cardenal Schiaffino, que ya conocen nuestros lectores) y añade:
Nos contestamos, cual debíamos, manifestando Nuestros ardientes deseos de que la católica Diócesis de Astorga correspondiese á los de Su Eminencia, añadiendo que abrigábamos la fundada esperanza de que no andaría rezagada en el movimiento general de júbilo que toda España y todo el Orbe católico demuestran con motivo de tan fausto acontecimiento.

*El inmortal Papa reinante fué ordenado de sacerdote en 31 de Diciembre de 1837, y, por tanto,

en dicho día, fiesta de San Silvestre Papa, del año próximo venidero de 1887, cumplirán los 50 años de Sacerdocio, Jubileo Sacerdotal ó *Bodas de Oro*, que todos los católicos debemos celebrar grandemente.

*En nuestros días en que, por desgracia de Roma, los enemigos del Papa se esfuerzan en injuriarle, perseguirle y ofenderle con manifestaciones las más irreligiosas, y que, con escándalo del mundo católico y de todas las naciones cultas, con tanta frecuencia vienen repitiéndose en Italia, conviene sobremedida que todos los buenos hijos de la Iglesia, y en particular los católicos españoles, demuestren al sabio y atribulado Pontífice su veneración, su respeto y su amor filial.

*El obsequio que los católicos prestan á su Santísimo Padre, el Vicario de Jesucristo en la tierra, es, según opinión del P. Faber, uno de los obsequios que más agradan á Dios Nuestro Señor, y que mayores bendiciones atraen del cielo en favor nuestro, de las familias y de todos los pueblos.

*Varias son las obras que se proponen para consolar y festejar en aquel día á León XIII. La Comisión Internacional de Bolonia propone las siguientes: 1.ª, una alianza de oraciones; 2.ª, recolectar limosnas para el Papa, y 3.ª, procurar ofrendas de objetos de arte cristiano, de culto, vasos sagrados y ornamentos para repartir entre las misiones é iglesias pobres de la Cristiandad.

*A este fin se ha considerado medio excelente la creación de Juntas parroquiales en todos los pueblos para que, en unión de los Párrocos, procuren excitar entre todos los fieles el entusiasmo por el Romano Pontífice, y allegar la mayor suma posible de oraciones y donativos. Nos hemos dispuesto la formación de una Junta Diocesana de Caballeros y otra de Señoras en esta capital, y ordenamos al propio tiempo que se formen Juntas parroquiales en todos los pueblos del Obispado. Los reverendos Curas párrocos, ó los sacerdotes que tengan á su cargo la cura de almas, procurarán nombrarlas de tres, de cinco ó siete individuos, según sea el número de vecinos y la importancia de la población.

*Estas Juntas, en unión de los Párrocos, fijarán un día cada mes para rogar á Dios en favor del Romano Pontífice, practicando los ejercicios que estimen más convenientes, pero que celebraremos vayan dirigidos á los Purísimos Corazones de Jesús y de María. Ellos determinarán igualmente la forma de las colectas ó suscripciones de las limosnas que, con este motivo, hayan de enviarse á Su Santidad, y que serán remitidas por trimestres, así como también los objetos de arte, de culto ó ornamentación que se dignen los fieles ofrecer á nuestro Santísimo Padre, al Tesorero ó Tesorera de las Juntas Diocesanas establecidas en esta capital.

*Mas los reverendos sacerdotes encargados de parroquia evitarán confundir estas limosnas con las del *Dinero de San Pedro*, cuyos productos continuarán remitiendo directamente á nuestra Secretaría de Cámara.

*Los Conventos de religiosas, los Colegios, las Asociaciones ó Cofradías, las escuelas de niños y niñas, y las familias cristianas que quieran encargarse de preparar alguna labor, prenda de culto ó ornamento, se servirán igualmente remitirlos á las Juntas nombradas.

*Después del primer semestre de 1887, en vista del producto de las suscripciones y donativos, resolveremos la conveniencia de destinar ó no parte de los productos á la construcción de un objeto de arte que perpetúe en el Vaticano la memoria y el piadoso cariño á Su Santidad de la Diócesis Astorguense.

Fiesta de Santo Tomás Apóstol, 21 de Diciembre de 1886. — JUAN, Obispo de Astorga.

Circular de la Junta de Señoras de Vich.

En 31 de Diciembre de 1887 se cumplirá el quincuagésimo aniversario de la primera Misa del Padre Santo León XIII.

Para celebrar tan fausto suceso, preparan los católicos de todo el orbe solemnes testimonios de amor y devoción á su Sagrada Persona, contribuyendo fraternalmente á cuatro obras comunes, á saber:

1.ª Una santa *Alianza de oraciones* para implorar de Dios el triunfo de la Iglesia y la conservación de la preciosa vida del Papa.

2.ª Una *Exposición Vaticana* de labores y productos de la industria de los fieles para regalarlos á Su Santidad.

3.ª La *Limosna de la misa*, reunida merced á pequeñas ofrendas de los católicos de todo el mundo.

4.ª *Peregrinaciones* al sepulcro de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo en el Vaticano.

vación de los cuadros que forman el Museo del Prado.

De desear sería, por la utilidad que bien pronto habría de reflejar en beneficio de las artes y de los que a ellas se dedican, que se comenzara por incorporar desde luego al que ayer fué Museo Real el Museo Nacional, enriqueciendo al propio tiempo este vasto emporio de preciosidades artísticas con otros muchos objetos curiosos y de provechosa consulta.

El Museo de pintura del Prado es por sí solo ya, con los tesoros que contiene, el más numeroso y rico que se conoce en Europa, pudiendo con razón asegurarse que tan notable monumento, bien así que la justamente célebre Armería, depósito sagrado de nuestras pasadas glorias, son por estos conceptos los dos únicos centros que por su importancia artística excitan la universal admiración, y han sido siempre visitados por los extranjeros.

Las firmas estampadas en los registros del Museo de pintura acreditan la entrada constante y progresiva de los artistas, hombres de saber y aficionados, que diariamente acuden a visitar y contemplar nuestras riquezas de arte, y el considerable número de copiantes ocupados de continuo en reproducirlas, por mera afición los unos, por vía de estudio los otros, y no pocos por virtud de encargos que del extranjero reciben, prueban evidentemente la importancia del Museo y el beneficio inmenso que por tantos conceptos de él se reportan.

Aumentar esa importancia que ya tiene, y extender hasta lo infinito los recursos que para el estudio de la historia del arte puede prestar, acumulando nuevas joyas de muy pocas personas conocidas, sería a no dudarlo un gran paso en el camino de las mejoras y un triunfo más sobre los nuevamente conquistados.

La especial circunstancia de haberse destinado para Museo Nacional de pintura por falta de otro local más adecuado al objeto el suprimido convento de la Trinidad, donde a la vez se hallan establecidas las oficinas del ministerio de Fomento, ha sido causa de que la interesante colección de cuadros que lo constituyen, casi todos de autores españoles, no se haya podido disfrutar y estudiar cual se merece por los muchos artistas y aficionados que desde 1839 lo han venido solicitando.

Estas dificultades invencibles hasta de ahora quedarían subsanadas hoy fácilmente, reuniendo como se tiene dicho en uno solo ambos Museos.

Procedamos, pues, aunque de pasada, a indicar los medios de realizarlo, demostrando al propio tiempo las ventajas que en beneficio de todos pudieran conseguirse con tan deseada como necesaria fusión.

Es una verdad incontrovertible que el Museo del Prado descuella sobre todos los conocidos (como más adelante tendremos oportunidad de probar) por el número y calidad de sus obras, así como también por su inmejorable estado de conservación; pero no es menos cierto que se advierten en él grandes lagunas en lo tocante a la historia del arte en general, y a las vicisitudes por que necesariamente ha venido atravesando hasta llegar a su completo desarrollo y apogeo.

Para llenar estos claros y completar en cuanto sea dable el número de las escuelas conocidas, la ocasión no puede presentarse más propicia. La antigua escuela española, o mejor dicho, los pintores españoles que en gran número florecieron en el siglo xv, no son conocidos, puede decirse, de la mayor parte de los artistas nacionales y extranjeros, excepto los que hayan visitado las Iglesias, Conventos y Catedrales de España, y los Museos provinciales, especialmente el de Valencia, que posee una numerosa colección de tablas españolas del siglo xv y acaso anteriores algunas de ellas, de que no hay ni un solo ejemplar en el Museo del Prado, si bien cuenta unas cuantas el Museo Nacional.

Igual vacío se nota con relación a las escuelas del Norte, registrándose únicamente alguno que otro ejemplar de la madre, u origen de todas ellas, la Italiana.

Repartidos como se acaba de decir entre los templos y Museos provinciales, encuéntrase curiosos y por demás interesantes documentos para la historia de la pintura. Muchos ejemplares conocemos que pudieran ser de provechosa y reconocida utilidad para el objeto, y que una vez trasladados al gran Museo Nacional, llegaría con ellos a completarse, ya que no todas, al menos la escuela española.

Esta medida ofrecería desde luego dos importantes resultados: el primero, que no siendo hoy los dos Museos separados más que unas ricas colecciones de pinturas, y por lo tanto impropios de aquella calificación, reunidos ambos y robustecidos con las agregaciones oportunas, entonces y sólo entonces vendrían a formar un verdadero Museo; el

segundo, que a merced de este acertado consorcio, serían bien pronto estimados y conocidos en lo que valen nuestros artistas, a la vez que se haría un señalado servicio al arte y a la nación en general.

Con la reunión de los dos Museos, con algunos cuadros de los Museos provinciales, a cambio se entiende de otros que los mismos no conocen, y con los de la Academia de San Fernando, y con los que en no menor número andan diseminados por algunos templos de España, y que pudieran canjearse por otros parecidos, si no todos, al menos aquellos cuya traslación no ofrezca inconvenientes graves, se salvarían muchas preciosidades que abandonadas unas, pasto de la polilla otras, y todas más o menos relegadas a perpetuo olvido, yacen en oscuros y apartados rincones.

Esta medida, de difícil ejecución antes de ahora, puede hoy realizarse sin grandes trabajos ni dispendios.

Lejos de nosotros la idea de acumular en un punto dado todos los objetos que, llamando la atención de los viajeros, comunican cierta vida y dan mayor importancia a las localidades que los poseen; pero al paso que juzgamos inconveniente esa centralización artística, creemos que estableciendo recíprocos cambios entre las provincias, pudieran traerse objetos que no son aquí conocidos, y enviarse otros cuya existencia o al menos su importancia es allí ignorada. Los artistas en particular, y los hombres estudiosos en general, tendrían sobrados medios de dar ensanche a sus conocimientos; y por último, esos grandes núcleos de las artes en las provincias llegarían a ser verdaderos Museos donde la juventud encontrase sabroso y abundante pasto de recreación y de estudio.

El edificio consagrado hoy a la custodia y conservación de los cuadros, aunque sin condiciones para el objeto a que fué destinado, es susceptible, sin embargo, de mejoras y de aumento de local mediante una dirección acertada.

Sus espaciosos salones contienen muchas preciosidades y no pocas maravillas de artes, pero también registran grandes medianías y muchas obras de un mismo autor.

Para hacer constar la existencia de los artistas menos principales, bastaría conservar dos o tres de sus obras, reservándose los huecos que las demás dejaran para dar cabida a las que ingresasen procedentes de los cambios enumerados. Con el aumento de los nuevos salones y galerías de paso, que sin grandes gastos pudieran fabricarse utilizando la parte no edificada del Museo del Prado, y con otros locales que en él existen, como son las habitaciones altas y salas de restauración, tendríanse espacio más que sobrado para dar cabida a casi un doble número de cuadros de los expuestos actualmente.

Con esta reforma, el edificio para Museo y Bibliotecas, cuyos cimientos están echados, pudiera destinarse no sólo para estas últimas, sino también para Museo Arqueológico, Contemporáneo y salón de Exposiciones de Bellas Artes.

No sólo a los cuadros debería concretarse nuestro proyecto, llegado el caso de ser planteado; otros objetos hay íntimamente relacionados con aquellos y que acabarían de perfeccionar el pensamiento, poniendo el sello a tan provechosa reforma. Nos referimos a los grabados y dibujos originales que posee la Nación.

(Se continuará.)

VICENTE POLERÓ.

LA CASA IGLESIA Y LA CASA CLUB

Casa de Dios, o casa del diablo: o casa iglesia, o casa club.

Una de estas dos cosas ha de ser por necesidad el hogar doméstico, según que impere en él de veras el Catolicismo, o según que en él se haya dado franca entrada a la revolución.

Es casa de Dios, si se rigen sus individuos por la ley cristiana en todo su rigor: con padres que manden como cristianos; con hijos que obedezcan como cristianos; con esposos que como cristianos se amen; con criados y trabajadores que como cristianos respeten, sirvan y trabajen, y como cristianos sean tratados y retribuidos. Una casa así organizada es copia exacta de la Iglesia de Dios, en la que es Dios honrado y servido, y en la que son las almas santificadas y conducidas a su debido fin. A la casa del cristiano así constituida llamamos iglesia doméstica el Apóstol, y no pudo a fe llamarla mejor.

Es casa del diablo o casa club, si en ella no rige la ley de Dios, sino la salvaje y brutal libertad de cada uno, o la voluntad, más salvaje y brutal toda-

vía, de un despota que sólo sabe mandar a palos y porque sí. La casa sin Dios, como el Estado sin Dios, cae inevitablemente o en la demagogia o en el cesarismo. O grita allí cada cual por su cuenta y antojo, sin otras trabas que las de su soberanía individual; o manda allí uno solo, sin más ley que su capricho, ni más consideraciones que las de su orgullo de sultán. En ambos casos no hay sosiego, no hay paz; la familia no es el cielo de la tierra, como debería ser, sino el infierno anticipado.

La moda antigua, rancia y cristiana fué que la casa estuviese montada y regimientada en todo según la ley de Dios, como lo estaba también el Estado civil. Había una ley fundamental en la familia: esta ley eran los diez mandamientos del Decálogo y los cinco de la Iglesia. Esta ley se tenía por sagrada y por inviolable. El padre se creía sujeto a ella lo mismo que el hijo; el amo y la señora lo mismo que sus criados. Allí era verdad aquello, tan cacareado hoy día, de la igualdad ante la ley. Aquella ley era la misma para todos: su representante era el Crucifijo. Por eso ante el Crucifijo no había señor que no se postrase humilde como un criado, ni criado que no se reconociese ante él tan noble y libre como su señor. Era el famoso nivel de aquella cristiana república, que miraba más a la nivelación de las almas que a la de las fortunas; porque sabía que, reconocida la igualdad del hombre espíritu, todo lo demás había de seguir como accesorio y accidental. Así el amo mandaba y el criado servía; pero tan hijo de Dios y tan súbdito suyo se reconocía el criado sirviendo, como el amo mandando. Aquello era libertad, muy liberal, si se me permite usar esta blasfema palabra. No había allí voluntad absoluta de nadie; por esto era libre la conciencia de todos, bajo el yugo único de la ley de Dios. Y si un padre mandaba lo que no podía mandar, o un amo exigía lo que no podía exigir, la Iglesia decía al hijo o al criado: «Primero has de obedecer a Dios que a los hombres. Muere antes que obedecer.» Y con esto no enseñaba, no, la rebeldía ¡válgame Dios! no hacía más que poner en su verdadero punto la autoridad. Primero la ley de Dios, después la ley del hombre conforme a la ley de Dios. De consiguiente, primero la obediencia a la ley divina, después la obediencia a la autoridad humana, en lo que no se oponga a aquella primera ley.

¡Ah! ¡Esto era nobleza en el mandar! ¡Esto era dignidad en el obedecer! Dentro de esta órbita nobilísima se podía muy bien gritar con todos los pulmones y sin contradicción alguna: ¡Viva la ley! ¡Viva la libertad!

Toda familia cristiana estaba antes montada así, y no se consideraba familia cristiana la que no se regía por estas leyes. Hoy todavía alguna conserva por milagro el antiguo régimen; lo regular empero es que en la mayor parte de ellas rija el moderno liberalismo.

Aquella era la casa iglesia, y su ley fundamental era la ley de Dios. Esta es la casa club o (si viste levita) la casa parlamento, que lo mismo da. Su ley fundamental es el liberalismo.

¿Cómo se vive en la casa del diablo, tal como la ha hecho la Revolución, desterrando de ella a Dios? Si la casa es rica, vive en ella en un dorado desorden; si es pobre, en un desorden asqueroso, que sólo se diferencia del anterior en faltarle el brillo de la riqueza. Vamos a verlo.

En la casa rica sin Dios, el padre y la madre suelen vivir en una cierta libertad mutua de acción, que permitiría creerlos solteros, si no atestigüase lo contrario su partida matrimonial. El padre vive más en el casino o en el garito que en el doméstico hogar: la madre, si es de igual ralea, pasa su vida en los salones o en los paseos: los hijos los cría por su cuenta la nodriza, y los viste y acompaña la niñera en su infancia; a los diez años los cuida a tanto o cuanto al mes el colegio; a los quince empieza a corromperlos la Universidad; a los veinte rivalizan ya con los padres en disipación, libertad é individual soberanía. Suele conocerse que son hijos de aquellos padres en que llevan su apellido y tienen algo de su fisonomía, mas no en otra cosa. Ni comen apenas en su casa, ni duermen a menudo en ella; su familia la componen los cómplices de sus aventuras. Cásanse más tarde, para reproducir en su nueva casa un cuadro igual. Al morir los padres, visten los hijos un luto riguroso y ejemplar, es decir, según la ley del último figurín. El entierro es de lo más sonado, y la tumba suntuosa. El corazón frío como los mármoles de ella. Así se vive y así se muere en la casa de la familia rica sin Dios.

Si la casa es pobre, el cuadro es igual, con sola la diferencia de ser algo más sucio y más ruidoso. La taberna supe al casino; porque la taberna es el casino del pobre, como el casino es la taberna del rico. Los hijos entre tanto se educan en la calle ó



EL FRÍO.

en la plazuela, en vez de hacerlo en el colegio ó en brazos de la niñera en galante coloquio con el artillero ó cazador. Hay en casa gritos y peleas y trancas y juramentos, en vez de la ceremoniosa indiferencia de los malcasados de buen tono. Suele intervenir en ellas la vecindad ó el alcalde de barrio, en vez de la Audiencia ó del Provisor. Se cuelgan de la pared retratos de Garibaldi y mamarrachos del periódico satírico-obseno, á la vez que cuadros de odaliscas ó desnudos del paganismo. Se leen las desvergüenzas del romance callejero ó las invectivas republianas contra el Cura, en vez de las novelas de Dumas y de los números de la *Ilustración*. Los hijos se emancipan más pronto y pegan tal vez á sus padres, ó los abandonan á los auxilios de la caridad, ó dan con ellos en el compasivo hospital.

Con que de pobres á ricos de esta clase no media apenas otra distinción que la de ser un palacio ó una zahurda el lugar de la escena, y la de representarla con camisa planchada ó con camisa sin planchar los protagonistas. El argumento del drama es igual, y podría bien titularse: «El liberalismo en la familia, ó lindezas de la casa sin Dios.»

Alguno encontrará exagerada la pintura, y como francos y leales vamos á dar sobre ella una explicación. En muchas casas, que no son ya cristianas, no se advierte todavía tan al crudo el desorden demagógico que acabamos de retratar. Se comprende perfectamente. Casas enteramente dejadas de la mano de Dios hay pocas todavía, porque aun cuando en sí no sean ya cristianas, viven no obstante en medio del Cristianismo. Y aun á pesar suyo han de recibir alguna influencia de él. Sus individuos llevan nombres cristianos y han recibido bautismo cristiano, practican siquiera por tradición ó rutina fiestas cristianas: un día en la vida practican la primera Comunión, y alguna vez al año han de postrarse siquiera por compromiso al pie de los altares. Puede ser además que en el fondo de esta caverna sin Dios brille tal vez como estrella en noche tenebrosa la piedad mal disimulada de una esposa que recibió buena educación, ó de alguna hija á quien su buena suerte hizo encontrar maestra más digna que sus padres. Así que ciertas familias impías de

hoy aparecen de vez en cuando con lastres y resabios cristianos que hacen menos horrible á primera vista su fealdad. Pero ¡ay! ¡que esto es lo accidental, y lo esencial es su ateísmo! ¡Ay, que esta superficial compostura no basta á disimular el negro fondo de gangrena que corroe sus entrañas!

No hay hombre, sin embargo, por malvado que sea, que no desee arreglada su familia. Ocioso es, pues, amigo lector, que te pregunte si tu casa la quieres con orden ó sin él. Oyeme, pues, y reflexiona.

Si quieres casa con orden, has de hacer que sea casa con ley. Y para ser casa con ley, has de ser tú el primero en sujetarte á ella. Tú, que has de mandar, has de ser el primero en obedecer. La ley de tu casa no te la ha de imponer el Gobierno, pues hasta hoy no se ha inventado en los gobiernos poner un ministro de las familias, como hay Ministro de la Guerra, Ministro de Hacienda ó de la Gobernación. En casa tú eres el rey y el ministro y el alcalde, y nadie más. Si fuera de Dios, no manda allí nadie más. Empieza, pues, por promulgar alta y solemnemente en tu casa la ley de Dios como ley fundamental. Clava en el lugar más visible de ella el severo y moralizador Crucifijo. Aquel es tu jefe y de tu casa, y tú su lugarteniente, para gobernarla por Él y según Él. A quien le falte al respeto, repréndele y castígale seriamente como á reo de lesa majestad. Enemigos de su divina soberanía no los consientas en tu casa, ni en forma de compadres, ni en forma de libros, ni en forma de dibujos, ni en forma de periódicos. Barrera cerrada para todos los enemigos de tu Dios. Los que van contra Él van contra ti. Intransigente en eso y sin contemplación.

Reza con tu familia, lee con tu familia, pasea con tu familia, come y diviértete con tu familia, y así si un día has de llorar y gemir, de lo cual no escaparás, llorará y gemirá contigo tu familia para tu consuelo. Los hijos no suelen emanciparse de los padres sino cuando los padres han dado el mal ejemplo de querer emanciparse de sus hijos. Si se separa de su puesto la piedra central de la bóveda, ¿cómo se sostendrán los arcos que deben apoyarse en ella? Acostúmbrate, pues, á la vida doméstica, sin la cual no hay respeto á la autoridad. Huye del

café y del casino, que son los enemigos naturales de la casa, como la falsa amiga es la enemiga natural de la esposa verdadera. Lo que has de gastar con los amigos en el ruidoso salón gástalo con tu mujer ó hijos en el pacífico hogar. No hay músicas como las que allí suenan, ni animada conversación como la que allí entretiene las recogidas veladas del buen padre de familia. ¡Infeliz! El dinero, el amor, los agasajos, la broma que desperdicias fuera de tu casa con tus compinches, son otros tantos robos que haces á la felicidad y ventura de las prendas de tu corazón, y tal vez á su moralidad y hasta á su eterna ventura!

Con que ya ven mis lectores el doble cuadro que les acabo de trazar. Por si gustan realizar el uno les acabo de dar reglas sencillas y que todos pueden cumplir. Para realizar el otro no necesitan regla alguna, sino echarse cuesta abajo por todas las pendientes de la ancha vida. ¡Padres y madres! Si vuestra casa no es iglesia de Dios, sino rencoroso y abyecto club de todos los demonios, vuestra la culpa es y vuestra la responsabilidad. Tal como sea, vosotros la hicisteis y nadie más.

F. S. y S.

MIS LIBROS Y YO

(FANTASÍA.)

POR muchas razones y motivos que tengo para vivir como vivo hace años, huyendo del bullicio de las gentes que andan por el mundo, muy escarmentado de tratar con hombres y mujeres, que nada bueno y sí mucho malo me enseñaron, hallábame una noche, como de costumbre, dando paseos arriba y abajo por mi cuarto, y mirando el reloj que pronto acabaría con las horas y minutos del año 1879, para empezar á contar las del 1880.

La tal noche era noche fría y tormentosa, de viento que silba y de lluvia que azota los vidrios de las ventanas, dos cosas que serán muy buenas para la



PALACIO DE SAN TELMO EN SEVILLA.

sementera, pero que el hombre de bien, ya maduro y experimentado, las cede con gusto a los jóvenes galanes que andan rondando calles al acecho de algún balcón, que no se abre en semejantes noches por temor a las pulmonías que vuelan por el aire.

De vez en cuando me detenía un momento delante del uno ó del otro montón de mis libros, cada día más abandonados y llenos de polvo, hacinados sobre las mesas, la cómoda y las sillas, deseando, tal vez, cambiar de dueño que los acomodase mejor en buenos armarios, donde los unos podrían lucir su lomo de chagrin con fletes de oro, y los otros, aunque viejos y empergaminados, sus títulos de libro raro escapado de alguna celda de Padre dominico, premostratense ó trinitario.

¡Pobres libros! — me decía al contemplarlos en tal abandono. — Vosotros habéis tenido la desgracia de venir a esta casa y de pertenecer a un hombre que nunca debió gastar su poca fortuna en adquirir volúmenes impresos repletos de ciencia, de historia, de filosofía ó de literatura; pero yo no la he tenido menor que vosotros, amigos míos, creyendo que

vuestra lectura me pudiera servir de algún provecho y que algún día me pagarais con usura el capital que poco a poco invertí en sacaros de las librerías ó del Rastro. Yo he tenido la desgracia de pasar mi vida entre vosotros, perdiendo mi tiempo lastimosamente. Vosotros, la de venir a dar en manos de quien no ha sabido aprovechar vuestra enseñanza.

Ambos hemos tenido mala suerte.

Y lo peor del caso, amigos míos, es que yo, a pesar de mis años y de mi experiencia, no escarmiento, y sigo todavía, sin poderlo remediar, practicando el vicio feo de pararme delante de los escaparates de Fe, de Murillo, de Guttenberg y otros libreros que se hallan muy alumbrados por la noche y nunca falta en ellos algún tarjetón de anuncio que dice, *Obra nueva*, para más atraer la curiosidad de los transeantes ó de los aficionados al vicio de comprar libros. Y como no pongo el mejor de los remedios contra las malas tentaciones que, según la Doctrina Cristiana, consiste en huir de ellas, caigo todavía en el pecado sin saber contenerme, y allá van mis tres ó cuatro pesetas a cambio de 3 ó 400

páginas en 4.º menor ó mayor, que me traigo a casa muy satisfecho de mi compra.

Así andaba pensando, parándome delante de un centenar de volúmenes, siguiendo luego mi paseo con las manos cruzadas a la espalda y recordando cosas y tiempos ya pasados, porque para los viejos, como dijo aquel de las coplas, *todo tiempo pasado fue mejor*, y así es la verdad, sobre todo para los que no supimos aprovechar bien los años en que es preciso ganar, sea como fuere, lo necesario para redimirnos de la esclavitud en la vejez.

Entre tanto la noche iba tomando vuelo, el cierzo arreciaba y el frío me penetraba ya hasta los huesos, para lo cual no tenía que andar mucho camino, por hallarme tan flaco y escaso de carne como el ejemplar más seco y enjuto de los mortales.

Más de una hora se me había pasado de este modo, cuando el reloj sonando la una me dijo: — D. Ambrosio, ya estamos hace rato metidos en el año nuevo y es hora de que se vaya usted a la cama, dejándose de vagar como lo está haciendo sin pro-

vecho ninguno. ¿Qué saca usted de estar devandose los sesos tontamente y privando a su cuerpo del reposo que necesita para emprender mañana sus tareas? Además, Sr. D. Ambrosio, que para seguir pensando en tales cosas no hace falta gastar luz y helarse de frío, pudiendo estar bien abrigado entre las mantas de su lecho, que tendido y a oscuras, usted verá cómo sus penas se van durmiendo poco a poco y deja de sentir las antes de quince minutos. El sueño, no lo dude usted, amigo mío, es uno de los mayores beneficios que debemos a Dios.

Parecióme que el reloj hablaba como un libro, y pensé tomar su consejo.

Yo tengo en mi gabinete cama, mesa de escribir, tablero de dibujo, antigua papelería, cómoda, armario viejo y otros muebles que constituyen todo mi menester para la vida modesta de un hombre trabajador que, si no lo es por virtud, se ve obligado a serlo por necesidad. Amo este cuarto, sus muebles y librajitos como únicos amigos que me han servido y me sirven desde hace muchos años, sin haberme dado ningún disgusto. Así, pues, viviendo de tal modo, con andar dos o tres pasos, me voy a la cama desde mi tablero, o me vengo desde ella a la mesa en que escribo estas cuartillas.

Pero vamos al asunto de mis libros.

Como es vicio nacido de la costumbre de toda mi vida el de no apagar mi luz sin leer antes alguna cosa, antes de tomar el consejo del reloj y meterme en la cama, quise tomar un libro cualquiera para echar un párrafo con él, y me dirigí a un montón de los que tenía más a la mano. Y aquí debo decir que yo, hijo legítimo de nuestro siglo, soy, como la mayoría de mis hermanos, aprendiz de todo y maestro en nada. Por esta razón, hallábase entre mis libros los de ciencias exactas y de arquitectura, cuyo título poseo con tan escaso merecimiento como otros de mis compañeros. Tengo, además, libros de Filosofía, que no los entiendo, poemas clásicos de poetas antiguos y modernos, y abundancia de obras literarias, cuentos, dramas, novelas y folletos, que me han sido regalados por sus autores dentro y fuera de la patria, no careciendo tampoco de algunas obras místicas de Padres Santos, como San Jerónimo, San Francisco de Sales, Fray Luis de Granada y otros.

Entre tanto libraco no sabía a cual de ellos me llevaría conmigo a la cama. Los unos por grandes e incómodos, los otros por su menuda letra, éstos porque los tengo ya muy leídos, y aquellos porque no los entiendo y me vuelven loco y marean con su lectura; ello es que no sabía elegir ninguno que fuera de mi gusto en tales momentos.

Entonces me dirigí a un rincón donde se hallaban amontonados un centenar de los más viejos y carcomidos, parándome delante de ellos con los brazos cruzados, diciendo: — ¿Quiénes sois vosotros, librajitos viejos y estropeados, que parecéis como venidos del Rastro y salidos de una de aquellas pilas, en cuya cumbre se lee un tarjetón que dice: «¡A real el libro!»

A tal interrogación, que sólo hice mentalmente y sin desplegar mis labios, los tales librajitos, ofendidos en su amor propio, empezaron a removerse y a murmurar por lo bajo, mirándose unos a otros cara a cara, como diciendo: — ¿Habéis oído a este bruto cómo nos trata? »

Inmediatamente formaron una hilera como soldados, ocupando su puesto cada uno según era el número que debía corresponderle en las filas, y yo estaba asombrado de ver aquella maniobra, aquel fenómeno sobrenatural e incomprensible, cuando después de alinearse perfectamente, uno pequeño, en 4.º menor, forrado de pergamino viejo, sucio y arrugado, adelantóse dos pasos de frente, y con voz clara y sonora dijo: — *Ego sum Grammatica latina Antonii Nebrisensis. Ecce adsum.* »

Atónito me dejó D. Antonio Nebrija con su latín, de tal manera, que me quedé mudo y clavado en mi sitio sin atreverme a mover un pie ni a pronunciar una sola palabra.

Hubo una larga pausa de silencio, durante el cual los libros permanecieron inmóviles como yo lo estaba, y al ver que D. Ambrosio nada les respondía, continuó diciendo la Gramática de Nebrija:

— *Dextera mea sunt: Fabularum Aesopiarum, Phaedri, et Epistolae M. T. Ciceronis, cum Cornelli Nepotis: Vite excellentium imperatorum et alteri auctoris: Selectis puram latinitatis...*

« Pero ¡amo, Sr. D. Ambrosio, que así como usted se ha olvidado de nosotros, se le haya olvidado también la lengua de Horacio y no me entienda si continúo hablándole en tal idioma. Por esta razón, dejémonos de latín y hablaré a usted en castellano para mayor claridad.

« A mi izquierda puede usted ver, Sr. D. Ambrosio, la Aritmética en verso de D. José María López,

su maestro de primeras letras, y el Catón de Seijas Lozano con sus cuentos de Manolito.

« A los clásicos latinos siguen los de Lógica de Servant, Beauvais, la Física de Boudant, la Química de Alvarez y todos los demás que le sirvieron para alcanzar su grado de Bachiller en Filosofía el año 1844, cuando todavía no contaba usted los tres primeros lustros de su vida.

« Todos estos libros, incluso el más gordo que se halla en segunda fila detrás de las Epístolas de Cicerón y de las Odas de Horacio, el Diccionario del P. Calepino, todos tenemos en nuestras páginas apuntes y garabatos hechos por su mano de usted, y todos lo recordamos tal y como era de ocho a catorce años de edad, cuando todavía no pensaba en venir a la Corte, y en nada se parecía a lo que ha venido a ser hoy, después que los años y los desengaños lo han hecho viejo y descreído.

« El tiempo se pasa volando, amigo D. Ambrosio, y lo poquito de él que se concede para la vida de una generación, que es próximamente lo que usted ha vivido ya, es preciso aprovecharlo bien, y no perderlo como la mayoría lo pierde en hacer mal o no hacer nada bueno.

« Pero no quiero seguir haciendo a usted más reflexiones sobre lo efímero de la existencia humana. Mis compañeros y yo nos hemos levantado al oír cómo nos trataba, no para humillar su vanidad, que los libros no somos vengativos ni tenemos la soberbia de los hombres; nos hemos levantado para consolarle y darle algún buen consejo.

« Somos libros modestos de primera y segunda enseñanza que no encerramos en nuestras páginas los tesoros de la llamada Sabiduría humana. Somos obras rudimentales sin pretensiones de ciencia trascendental, como otros muchos libros de los que usted ha leído después que nosotros le enseñamos a leer en ellos y que andan por este cuarto como Pedro por su casa. Pero usted hace con nosotros lo que todos los hombres han hecho siempre con la escalera por donde subieron, no acordarse más que del escalón en que pisan, y despreciar los primeros por donde comenzaron a subir. No por ello nos ofendemos, D. Ambrosio, queremos ser sus buenos amigos y vivir con usted como cuando escribía lo que puede leer en esta primera página y que de seguro lo tiene olvidado. Léalo usted, amigo mío.

Y al decir esto, el libro de Nebrija se abrió por sí mismo mostrándome la dicha página donde pude leer:

Si este libro se perdiera,
como suele acontecer,
suplico a quien se lo encuentre
que me lo sepa volver, etc., etc.

Soy de J. M. B. — Año 1840.

Después de la firma y rúbrica del número ocho con mucho enredo de trazos y maraña para hacerla más difícil de falsificar, venían algunos dibujos de cabezas con tendencias de retratos del domine don Santiago, gran latino, que profesaba la antigua doctrina de que *la letra con sangre entra*, y usaba, para hacerla entrar en sus discípulos, las dos herramientas del oficio, palmeta y disciplina; amén de otras auxiliares, como la escoba y la cabeza de burro, para que hicieran centinela a la puerta de la clase los que no sabían bien su lección.

J. MARIN BALDO.

(Se concluirá.)

MUERTE CRISTIANA Y MUERTE ATEA

CUADRO I.

Hijo, piensa en el Señor
muerto en la cruz por salvarte;
El se digne perdonarte
en el lecho del dolor.

¿Qué es el mundo? Breve historia
de la fugaz existencia;
purifica tu conciencia
si quieres ganar la gloria.

Sueño ha sido tu vivir;
sólo es vida ¡el despertar!
la santa gloria alcanzar
y eterno en Dios revivir.

¿Dónde se fueron los días
de tu alegre juventud?
En un fétido ataúd
dan fin nuestras alegrías.

¡Ea, valor! Torna fijos

al dulce Jesús los ojos,
que en este valle de abrojos
probando tiene a sus hijos.

Recuerda que tierno padre,
bañado en celeste luz,
dijo muriendo en la cruz:
¡Hijos! mirad vuestra Madre!...

Virgen sin mancha, pura,
madre amorosa y bendita,
dame tu gracia infinita
al pie de la sepultura!

— Ya se acerca el Sacramento
que alimenta y limpia el alma...
¡Ves, hijo, qué dulce calma?
¿Cuánta paz? ¿Qué gran contento
ha difundido en tu ser
ese pan de eterna vida?
¿No es verdad que adormecida
tu alma está en santo placer?

¿Notas la luz celestial
que en torno tuyo derrama?
¿Percibes la viva llama
que infunde el Dios inmortal?

¿Te sientes dichoso? ¿Dí?
— ¡Estoy, padre, en la agonía!...
— ¡Yo te absuelvo! — ¡Virgen mía,
tened compasión de mí!

Sus restos guardó en el suelo
la cristiana caridad:
cruzando la eternidad
voló su espíritu al cielo.

CUADRO II.

— ¡Hermano! ¡Pensad en vos!
La ciencia humana no alcanza
más allá; vuestra esperanza
debéis fijar sólo en Dios.

— Quiero tranquilo morir
como me diere la gana:
con que no predique, hermana,
porque yo no la he de oír.

— Mire que se engaña. — ¡Bien!
— Mi caridad te lo advierte;
está cercana tu muerte...
— Pues que me entierran y amén!
— Dejad por Dios esa senda
que el enemigo os inspira...
— ¡La religión es mentira...!
— ¡No tal! ¡Os ciega una venda...!
No desperdiciéis demente
esta solemne ocasión,
implorad a Dios perdón,
os le otorgará clemente...

— Repito que yo no creo
esa monserga anticuada;
tras de la vida no hay nada,
ya lo sabéis, ¡soy ateo...!

Nuestra existencia es gozar,
por eso al mundo nacemos;
somos ríos que volvemos
a nuestro origen: el mar.
Sólo la mudable suerte
ciega nos gobierna aquí...
¡No existe Dios!... ¡Ay de mí!
¡siento acercarse la muerte!
— Síga, hermano, mi oración
con el corazón contrito...
¡Jesús piadoso y bendito
perdonale! — ¡Maldición...!
exclamó el agonizante
lívido ya como un lirio,
mientras interno martirio
retrataba su semblante.

Rezaba ella sin cesar
con tal fervor, de rodillas,
que no sintió en sus mejillas
ardiente llanto surcar.

Y era que mientras rezaba
y a Dios el perdón pedía
con fe cristiana veía
que un alma se condenaba.

R. T. MUÑOZ DE LUNA.

sentí en cada uno de los Santos Lugares; claramente se conservan aún en mi memoria aquellos santos recuerdos; resuenan todavía en mi oído aquellas piadosas tradiciones, aquellos textos bíblicos y aquellas conversaciones edificantes, que fueron nuestro pan cotidiano durante nuestra peregrinación piadosa por la Judea, la Samaria y la Galilea.

Al regreso escribí y publiqué un librito, hijo más bien del corazón que de la cabeza, que por esos mundos corre con el rótulo de *Guía de Tierra Santa y relato de la peregrinación general española a los Santos Lugares en Octubre de 1881*. El título transcrito indica suficientemente la índole de aquella obra. Hay en ella apuntes para algo más sustancioso y ameno, y en diferentes ocasiones he tomado la pluma para coleccionar las tradiciones de Tierra Santa, que entonces me refirieron y que dispersas se hallan en varios autores; pero hasta el presente no he acometido tan placentera obra para el autor y quizás también para los lectores.

Porque ¿qué lector piadoso no oye hablar con gusto de Jafa, Rama, Jerusalén, Belén, Betania, Jericó, San Juan, el río Jordán, el mar Muerto, el monte de la Cuarentena, Nazaret, Tiberiades, el Tabor, el Carmelo, etc., etc.? ¿Quién no se estremeció pensando que ha recorrido con sus rodillas y pies y regado con sus lágrimas las viviendas de Joaquín y Ana, de Jesús, María y José, de Zacarías, Isabel y Juan, de David y Salomón, de Lázaro, María y Marta; aquel sagrado retiro en que el Verbo divino se hizo carne y el arcángel Gabriel anunció a María Santísima que sería madre del Salvador del mundo; aquella cueva miserable en que nació de María Virgen el Rey de reyes y Señor de los que dominan; aquellas ruinas imponentes del grandioso templo en que confundió a los Doctores de la antigua ley; aquel Cenáculo sobre cuya mesa se instituyó el augustísimo Sacramento del altar; aquel huerto de Getsemani, a la sombra de cuyos olivos tantas veces oró el Divino Maestro; aquella gruta de la agonía, que le vió sudar sangre por los pecados del mundo; aquel Pretorio en que el Justo de los justos fue condenado a muerte, vestido de real mojonera y coronado de espinas; aquella cárcel de los azotes; aquel arco y balcón del *Ece Homo*; aquella vía dolorosa o calle de la Amargura, que selló tres veces con sus sacratísimas rodillas; la Puerta Judiciaria, el Calvario, el Sepulcro y monte Olivete? Yo, al menos, no sé hablar de los Santos Lugares sin que la emoción titile en mi acento y afluyan las lágrimas a mis ojos.

Confieso de buen grado que para experimentar estos santos afectos se necesitan fe y piedad, virtudes sin las cuales es ocioso recorrer la Tierra Santa. Y sin embargo, aquellos lugares benditos no sólo hablan al corazón del creyente, sino también a la cabeza del incrédulo. La demoledora crítica moderna, que ha tenido el atrevimiento de negar unas veces la divinidad de Jesucristo Nuestro Señor, como hace Renán, y de suponer otras que fue un mito, pues ni siquiera existió tal hombre, como sostiene Strauss, no había de perdonar a los Santos Lugares, que recuerdan la vida, pasión y muerte del Redentor, acerca del cual ha disparado sin tiento. Y así es; los críticos incrédulos y enemigos de la fe cristiana niegan la autenticidad de los Santos Lugares, sin detenerse en su tarea destructora la consideración de que no hay hecho alguno, aun entre los vulgarmente aceptados por *históricos*, que reúna en su favor pruebas de más valer y más numerosas.

En efecto, la crítica más escrupulosa y descontentadiza reduce los argumentos probatorios de un hecho cualquiera a los tres siguientes: tradición, monumentos y documentos, y para conceder a estos medios de prueba crédito absoluto exige: que la tradición sea constante, muy divulgada y el hecho tradicional público é insigne; que el monumento sea legítimo, de significación indubitable, y no opuesto a hecho alguno, tradición o documento incontestables; y que el documento sea auténtico, íntegro y no interpolado. Pues bien; todos estos requisitos y todas estas pruebas demuestran la autenticidad de los Santos Lugares, sin que dejen el menor recelo en el ánimo más escéptico y menos religioso.

Tradición. Los hechos acaecidos en cada uno de los Santos Lugares, que con tanta devoción visita actualmente el peregrino cristiano, no pudieron ser más públicos é insignes. Los apóstoles y discípulos no se separaban nunca del divino Maestro después de haber comenzado su predicación redentora; con El recorrían la Galilea, la Samaria y la Judea, subían a Jerusalén, cruzaban sus calles, bajaban a Getsemani, salvando el torrente Cedrón y el valle de Josafat, subían al monte de los Olivos, bajaban a Betania, Jericó y el Jordán é iban y venían en todas direcciones y por todas partes; en presencia de los apóstoles y discípulos, y a veces de turbas numerosas que le seguían, realizó milagros estupendos;

curó al paralítico de la piscina Probática, que *no tenía hombre*; dió vista a un ciego de nacimiento en la de Siloe, resucitó al hijo de una viuda en Nain y a Lázaro en Betania, convirtió el agua en vino en las bodas de Caná, dió de comer a cinco mil hombres con cinco panes y dos peces, calmó una tempestad en el lago de Tiberiades, se transfiguró en el Tabor, etc., etc.; Jerusalén entera, la ciudad deicida, presencié las terribles escenas de la pasión y muerte del Salvador; le vió pendiente del afrentoso madero sobre el cabezo del Gólgota y tuvo noticia del sepulcro nuevo, en el cual había sido depositado su sacratísimo cadáver; públicos y notorios fueron también para los apóstoles y discípulos los misterios augustos de la Resurrección y Ascensión de Jesús a los cielos y de la venida del Espíritu divino sobre el Cenáculo; y nada hay en esta epopeya sublime de la Redención del género humano, para decirlo de una vez, que no fuese público, insigne hasta cambiar radicalmente la faz del mundo y que no se divulgase por la redondez toda de la tierra.

Todos estos asombrosos acontecimientos se verificaron en lugares determinados, que los testigos presenciales no pudieron olvidar nunca, que conocían perfectamente los primeros cristianos y visitaban con frecuencia; y que una tradición constante, jamás interrumpida, ha marcado siempre con caracteres indolebles, de generación en generación, hasta nosotros.

«Sólo una reflexión haré aquí, dice monseñor Mislin¹; a este propósito: estoy íntimamente convencido de que un cristiano que ha visitado el Calvario, Getsemani y la gruta de Belén, antes se olvidaría de sí mismo, que se borre de su memoria el recuerdo de aquellos lugares sagrados; impresionan de tal modo, contémpñanse tan minuciosamente sus pormenores y se graban tan hondamente en la memoria y en especial en el corazón, que muchos años después de haberlos visto, podríanse aún dibujar exactísimamente y enseñarlos a otros. Ahora bien, ¿qué son dos mil años? Suman la vida de cuarenta personas que, de medio siglo en medio siglo habrían podido visitar los Santos Lugares en su juventud, y al morir enseñarlos a sus sucesores, como una herencia santa. Y dígame ahora: ¿es posible suponer que entre los millones de cristianos que han vivido en Palestina, desde Jesucristo hasta ahora, no se han encontrado dos en cada siglo que reunieran tales condiciones?»

Las tradiciones judaica y musulmana son complemento y corroboración la más concluyente de las tradiciones cristianas. Los cristianos conservaron y transmitieron de padres a hijos los hechos memorables de la vida, pasión y muerte del Salvador, de su Madre Santísima, de su padre putativo, de los apóstoles, discípulos, etc., por devoción y amor; los judíos por odio y por una especie de fatalidad providencial, que impone a este pueblo desventurado el castigo de ser perpetuo testimonio de lo mismo que aborrece y niega; y los musulmanes por respeto y codicia. En toda Palestina se encuentran judíos, que recuerdan perfectamente las tradiciones cristianas, referentes, tanto a hechos como a lugares, y que se complacen en llenar éstos últimos de inmundicias. Sabido es que los mahometanos respetan a Issa (Jesús) como un gran profeta, precursor de Mahoma, y tienen especial devoción a Miriam (María), sin que una y otra cosa sean obstáculos para que exploten a los cristianos y comercien con los Santos Lugares, que la Providencia divina ha puesto en sus manos.

Monumentos. También éstos vienen en apoyo de la autenticidad de los Santos Lugares, y no con presunción é indicios, sino de la manera más clara y solemne. Desde los tiempos apostólicos reuníanse los primeros fieles para orar en el Cenáculo, que fue la primera iglesia de la Cristiandad, santuario augusto en el que fue instituido el Sacramento del Amor, se dejó ver el Espíritu consolador en forma de lenguas de fuego, se verificó la elección del Apóstol San Matías en reemplazo del traidor Judas, y tuvo lugar el primer Concilio; en el Calvario; en el Sepulcro, al que se daba el nombre de *Martyrium*, que quiere decir testimonio; en la gruta de la Agonía, en la de Belén, etc. Todas estas reuniones y oraciones soliviantaron a los enemigos de la nueva religión hasta el punto de que el emperador Adriano mandó enruinar y desfigurar los Santos Lugares, colocando la estatua de Venus sobre el Calvario, la de Júpiter sobre el Santísimo Sepulcro y la de Adonis sobre la cueva de Belén, para que, decían los bárbaros perseguidores, una vez que ni las amenazas, ni los más duros tratamientos pueden ale-

jar de aquellos lugares a los cristianos, parezca al menos que rinden adoración a las deidades.² Y véase cómo, por inescrutables designios de la Providencia divina, los ídolos paganos sirvieron de monumentos elocuentísimos y de testigos mayores de toda excepción, para probar la autenticidad de los tres más Santos Lugares del Cristianismo.

Sobre muchos de estos lugares benditos construyeron ermitas y templos los primeros cristianos; pero, cuando a principios del siglo iv Constantino dió la paz a la Iglesia, su misma madre la emperatriz Santa Elena recorrió la Palestina construyendo santuarios y levantando iglesias magníficas sobre los lugares santificados por el Redentor del mundo, algunos de cuyos monumentos subsisten aún, conservándose las ruinas de otros, y la tradición de muchos. Ciertamente no pueden atribuirse a Santa Elena tantos edificios religiosos como hoy día dice el vulgo en Tierra Santa, que construyó; pero por Nicéforo, monje é historiador del siglo xiv, sabemos que la piadosa Emperatriz hizo levantar iglesias, más ó menos grandes y suntuosas, en el Calvario, en el Sepulcro, en la gruta de Belén, en monte Olivete, en el sepulcro de la Virgen, en Getsemani, en Betania, en el Jordán; en el lugar de la multiplicación de los panes y peces, en Tiberiades, en el Tabor, en Nazaret, en Caná, en el Cenáculo y en casa de Caifás. El mismo Constantino hizo construir uno en Heliópolis y otros en diferentes lugares.³

(Continúa.)

M. POLO Y PEYROLÓN.

DEL CULTO É INVOCACIÓN DE LOS SANTOS

En uno de los días del mes de Diciembre del año último, si la memoria no nos es infiel, celebrábase en la iglesia parroquial del barrio de Chamberí una solemne función religiosa; cuando de improviso vióse aquella casa de Dios invadida por una turba de sectarios que con desaforadas voces protestaban contra el culto católico, haciendo sacrilega mofa de la invocación de los Santos, y entregándose a otros desafueros propios de un país salvaje. No es a nosotros, oscuros levitas, a quienes incumbe el recabar del Gobierno una protección más eficaz para el libre ejercicio de la Religión católica, que al fin y al cabo es la que profesa la inmensa mayoría de esta nación sin ventura; personas más autorizadas gestionarán, así lo esperamos, a fin de que no se reproduzcan impunemente tan repugnantes escenas; entre tanto nosotros, deseosos de ganar alguna alma para el cielo, resumiremos hoy en breves palabras la doctrina católica acerca del culto é invocación de los Santos.

Los ministros de la Reforma (!) predicán con sin igual desenfado que la confianza que los católicos ciframos en la intercesión de los Santos, y, en general, todo cuanto se relaciona con el culto externo, no es otra cosa más que un plagio del paganismo; todo superstición, idolatría y pecado.

Muchos cargos se condensan en la sobredicha acusación: veamos cómo les salen a los tales ministros completamente fallidos, ó mejor dicho, contraproducentes. Nadie puede dudar, que así como el amor a la criatura por el Criador es bueno y preceptuado principalmente por Jesucristo, del mismo modo deberá necesariamente ser bueno el amar é invocar a los Santos, amigos de Dios, y por cuyo respeto recurrimos á ellos.

Para comprender bien esta importante tesis, preciso es tener presente que a Dios se le venera y adora en dos modos: en sí mismo y en sus Santos; que así como la caridad tiene dos actos, uno primario, con el que ama a Dios en sí, y otro secundario, con el que ama a la criatura, pero en orden a Dios, de la misma manera la Religión tiene dos actos: uno primario, con el cual da culto a Dios en sí mismo, y otro secundario, que se dirige inmediatamente a los Santos, pero en orden a Dios, ó sea por resplandecer en ellos un destello de las divinas perfecciones.

Desde luego la costumbre de venerar a los mártires celebrando sus festividades, podemos asegurar que trae su origen de la cuna misma del Cristianismo. Consta, en efecto, haber estado en uso desde los tiempos apostólicos el hacer memoria de algunos mártires en el Santo Sacrificio de la Misa; lo mismo que el anotar el día de su martirio, al efecto de poder celebrar solemnemente todos los años la festividad de su triunfo, como lo atestiguan San Ci-

¹ Citado por los Sres. Fernández Sánchez y Uribe Barreiro en su preciosa y fundamental obra *Santiago, Jerusalén, Roma*, tomo II, páginas 129 y 130.

² *Santiago* etc., tomo II, pag. 136.

³ Véase el párrafo íntegro en la obra *Santiago*, etc., tomo II, páginas 136.

priano en las epístolas XXXIV y XXXVII; San Cirilo jerosolimitano, Catech. V, mystag.; Eusebio, lib. IV, Hist., c. XIV, y otros. Por eso los Santos Padres ora suponen, ora terminantemente enseñan, que los bienaventurados en el cielo ruegan por nosotros los que vivimos en la tierra; si bien más principalmente lo hacen por aquellos que procuran imitarlos con el ejercicio de las buenas obras, máxime de aquellos que fueron como los favoritos de los mismos Santos durante el curso de su vida mortal.

San Basilio el Grande, tratando en la homilía XX de los cuarenta mártires de la Armenia, dice hablando con todos nosotros: «Aquel que se sienta oprimido por alguna angustia recurra a estos Santos mártires; y el que estuviere alegre haga también oración a los mismos; el primero para que le libren de sus males, y el segundo para que persevere en su felicidad y contento.» San Cirilo de Jerusalén, Catech. V, mystag., habla de esta suerte: «En el sacrificio incruento hacemos mención de los Profetas, Apóstoles y Mártires, para que por sus oraciones y deprecaciones escuche Dios nuestras súplicas.»

Se objeta que San Pablo improbo el culto de los ángeles, cuando en su Epístola a los colosenses, cap. II, v. 18, escribía: «Nadie os seduzca, afectando en humildad, dar culto a los ángeles.» El culto que aquí condena el Apóstol es el de ciertos herejes de su tiempo, los cuales enseñaban que el mundo había sido criado por los ángeles, y que por ellos debíamos tener acceso y comunicación con Dios, y no por Jesucristo. Dice, pues, muy bien el gran Doctor, cuando dirigiéndose a los colosenses les amonesta que no se dejen engañar de los que con apariencias de humildad fingen dar culto a los ángeles, no siendo éste más que un culto falso e idolátrico.

Después de la muerte de nuestro Redentor, se levantó entre otras una secta de judíos, los cuales introdujeron un culto supersticioso tributado por arte mágica, no a los ángeles buenos, sino a los malos y rebeldes, a los espíritus malignos, por lo cual no es de extrañar que los principales atletas de la Religión dieran a los pueblos la voz de alerta para que no se dejaran seducir. ¿Se entiende ahora a San Pablo?

Lo que en este punto enseña la católica doctrina es, que si en la esencial y absoluto es suficiente para alcanzar la salvación el invocar a Dios sola y exclusivamente por Jesucristo, que es el verdadero y natural Mediador, no bastará en modo alguno esta invocación para aquel que juzgue y sienta mal del patrocinio de los Santos, por cuanto con ello se opondría a uno de los dogmas de nuestra santa fe, viniendo por consiguiente a precipitarse en la herejía. Y aun conviene añadir, que si la invocación de los Santos no es indispensable *per se*, para obtener la vida eterna, algunas veces puede no obstante suceder que por divina ordenación y admirable providencia del Señor sea del todo necesaria. Por eso decía San Agustín en los sermones I y IV *De Sanctis*: «Si Esteban no hubiese orado por Saulo, la Iglesia no contaría hoy entre sus hijos a este gran Santo.» Es la verdad, y si se nos pregunta la razón de ello, contestaremos simplemente, porque tal hubo de ser el beneplácito divino, determinando que por este medio y no por otro alguno viniera Saulo de las tinieblas a la luz.

Ahora, sin salirnos un punto de la Sagrada Escritura, veamos si es posible hallar en ella pruebas evidentes de que Dios mismo ha enseñado a los hombres a invocar a los Santos. Dice el Señor por boca de Isaias: «Ampararé a esta ciudad, y la salvaré por amor de mí, y por amor de David mi siervo.» ¿Qué más pudiéramos desear? Si el mismo Hacedor canoniza una tradición tan venerable por su antigüedad, como meritoria y provechosa al linaje de Adán, ¿quién osará contrariarla? En aquella sazón David había muerto ya; y con todo, el Omnipotente lo propone como medio adecuado de propiciación.

Volved la hoja; aplicad, si queréis, este poder de intercesión a los justos de la tierra, y el resultado será idéntico. Job vivía en el mundo hecho un retablo de lástimas, y por sus ruegos aplacó Dios su enojo contra los amigos que cruelmente le denostaban: «Job mi siervo, dijo el Señor, hará oración por vosotros; tendré atención a él, para que no os sea imputada esta necedad.»

Continuemos; Salomón, con quien, por más pagados de sí mismos que los ministros protestantes estén, suponemos que no se han de atrever a ponerse en parangón; Salomón, decimos, invocaba en sus oraciones el nombre de David su padre: «Señor Dios, decía, no apartes el rostro de tu ungido;

acuérdate de las misericordias de David tu siervo.» A su vez los tres mancebos lanzados a las llamas del horno de Babilonia, imploraban la misericordia del Altísimo, invocando la memoria de los tres grandes Patriarcas de Israel: «No apartes, decían, tu misericordia de nosotros, por amor de Abraham tu amado, y de Isaac tu siervo, y de Israel tu santo.» De igual modo dijo Dios a Isaac: «Yo soy el Dios de Abraham tu padre; no temas, que yo estoy contigo; te bendeciré, y multiplicaré tu posteridad por amor de mi siervo Abraham.» Aquí nos enseña la Majestad divina cuánto se complace en otorgar mercedes por los méritos de los Santos, sin duda para que tengamos confianza en su intercesión, y los invoquemos en nuestras necesidades.

Hablando Moisés con Dios en el Monte Siná, díjole: «Acuérdate, Señor, de Abraham, de Isaac y de Israel, tus siervos... Y aplacóse el Señor para no hacer contra su pueblo el mal que había dicho.» Sigue todavía. Mientras el Sumo Sacerdote Onías oraba en el templo por la salud del sacrilego Heliodoro, dos hermosísimos mancebos, que serían de cierto dos ángeles, se aparecieron al segundo de aquellos y le dijeron: «Da gracias a Onías el Sacerdote, pues por amor suyo el Señor te ha dado la vida.» Pues si aun los que viven en este mundo desarmen de tal suerte el brazo vengador del Eterno, ¿cuánto mejor lo harán después que hubieren pasado a ser ciudadanos de la bienaventurada patria?

Saltemos si se quiere a otro Libro, que por la gracia de Dios no escasea la materia en uno y otro Testamento. El ángel San Rafael habló a Tobías de esta suerte: «Cuando orabas con lágrimas, y enterrabas los muertos, y dejabas tu comida, y escondías de día los cadáveres en tu casa y de noche los enterrabas, yo presenté tu oración al Señor.» Luego si los ángeles tienen noticia de lo que pasa en el mundo, y presentan nuestras oraciones al Señor, ¿lo que es lo mismo, si ruegan por nosotros, otro tanto se ha de decir de los Santos, los cuales, según San Mateo (XXII, 30,) son como ángeles de Dios en el cielo; ó como se expresa San Lucas (XX, 36), son iguales a los ángeles.

Y por lo que respecta al Nuevo Testamento, he aquí cómo se explica San Juan: «Y vino otro ángel, y se paró delante del altar, teniendo un incensario de oro, y le fueron dados muchos perfumes para que pusiese las oraciones de todos los Santos sobre el altar de oro, que estaba en el trono de Dios.» ¿Qué son los perfumes más que las oraciones de los Santos, que gozan ya de las delicias del cielo, ó si se quiere también de los justos que viven sobre la tierra? Así lo declara el mismo San Juan en aquella visión de los cuatro animales y veinticuatro ancianos, de los cuales dice: «Se postraron delante del Cordero, teniendo cada uno arpas y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los Santos.»

Vamos adelantando, que nos urge el tiempo y no es posible decirlo todo en un solo artículo. «Orad los unos por los otros, dice Santiago, para que seáis salvos; porque vale mucho la oración asidua del justo.» Si tanto vale, pues, la oración perseverante del mortal cuando éste es justo, ¿cuánto más valdrá después que hubiere sido glorificado? Y si pudo el mismo favorecernos en el triste estado de viador, ¿cuánto más fácil le será hacerlo en el estado de compensor? Y el Príncipe de los Apóstoles escribe: «Tendré cuidado, que aun después de mi muerte, podáis tener memoria de estas cosas.» Son documentos que San Pedro daba a los fieles para que perseverasen en el bien, y no se concibe que pudiera tener el cuidado a que allí alude, si no esperara ejercitar en el cielo su intercesión en favor de los mismos.

San necesidad de abrir las Sagradas páginas, donde tan repetida y explícitamente se enseña la invocación de los Santos, como acabamos de dejar demostrado; en las mismas Catacumbas de Roma encuentran los eruditos no contaminados por el fanatismo de secta pruebas, las más incontestables, de haberse creído y usado siempre en la Iglesia de Dios este dogma consolador.

En el cementerio de Gordiano y de Epimaco se descubrió en 1694 un sepulcro que contenía el cuerpo del mártir Sabacio, con esta inscripción:

SABACIO, DULCE ANIMA, PETE, ET, ROSA,
PRO FRATRIBUS ET SOCIIS, TUIS.

1. II Petr., VI, 21.
2. I Tim., III, 25.
3. Genes., XXVI, 24.
4. Exod., XXXII, 13 y 14.
5. II Mach., III, 12.
6. Tob., XII, 14.
7. Apoc., VIII, 3.
8. II Id., V, 8.
9. Jacob V, 16.
10. II Petr., I, 11.

«Sabacio, dulce alma, ora é intercede por tus hermanos y tus compañeros.»

Testimonio es éste del todo irrecusable para demostrar que los primeros cristianos tenían fe en la intercesión de los mártires.

En el cementerio de San Calixto hay otra inscripción que se remonta igualmente al primitivo tiempo de la Iglesia, y es como sigue:

ATTICE SPIRITUS, TUUS
IN BONV. ORA. PRO. PAREN
TIBUS, TUIS.

«Ático, tu espíritu está en la bienaventuranza; ruega por tus padres.»

Finalmente, nos place cerrar este artículo con dos autoridades sacadas de entre los mismos protestantes. Es la primera de Ecolampadio, principal discípulo de Zuinglio, el cual, comentando un sermón de San Juan Crisóstomo sobre Juvenal y Máximo, mártires, así discurre: *Los Santos que en el cielo están inflamados de caridad no dejan de interceder por nosotros.*

La segunda autoridad es de Melancthon (Manlii, fol. 152), el cual dice lo siguiente: *No hay duda que los Santos que están en el cielo se muestran cuidadosos de los que vivimos en la tierra.*

FR. JOSÉ COLL.

EL MUSEO NACIONAL

DE PINTURA Y ESCULTURA.

MERECEDOR de aplauso será siempre cuanto se escriba encaminado a extender y popularizar el conocimiento de las bellas artes, no sólo por los beneficios que puedan producir al público en general, como por contribuir al desenvolvimiento del buen gusto.

Sentada esta premisa, consideramos, por el contrario, dignas de severa censura aquellas personas que, sin conocimientos adecuados, se complacen en propalar equivocados conceptos por el prurito de criticarlo todo, ó porque no se realiza lo que sólo ellas tienen la presunción de conocer.

Háse venido diciendo hasta hoy por varios críticos que el mejor de los edificios de Madrid destinado a templo de las artes no reúne las condiciones precisas a que fué destinado, y que, por lo tanto, el gran número de obras que contiene no pueden disfrutarse con la comodidad apetecible, ni menos estudiarse, dadas las malas condiciones de luz que reciben; añadiendo (y esto es lo más grave) que muchos de los cuadros, además de estar detestablemente colocados, se encuentran desmerecidos por consecuencia de torpes mal dirigidas restauraciones.

Estas lindezas, que acaso mal intencionados críticos han propalado en revistas, periódicos y libros, fueron refutadas a su tiempo, como se merecían, por el erudito y entendido autor del catálogo del Museo del Prado D. Pedro de Madrazo, no sólo respecto de la dirección, sino de los modestos artistas que componían la sala de restauración.

El que suscribe, restaurador que fué del Museo, y conocedor además de todas las obras distribuidas en las diferentes salas del mismo por haberlas pasado por su mano cuando el penúltimo arreglo se hizo, de creer es que pudiera tener motivos para atestiguar el verdadero estado de conservación de todas ellas, y también para permitirse hablar con algún conocimiento de causa, si no ya obligado en cuanto fuera dable a hacer ver lo equivocado de los conceptos propalados. Por lo tanto, y sólo guiado de un desapasionado impulso a raíz de la revolución de 1868, creyendo oportuna la ocasión, publicó un folleto titulado: *Breves observaciones sobre la utilidad y conveniencia de reunir en uno solo los dos Museos de pintura de Madrid y sobre el verdadero estado de conservación de los cuadros que contiene el Museo del Prado.* Madrid, 1868.

Convinieron a nuestro propósito, transcribiremos algunas páginas del indicado estudio.

«Como quiera que la radical revolución llevada a cabo en nuestra España haya hecho tomar una nueva faz a todos los asuntos, así políticos como administrativos del país, empezaremos por indicar algunas de las grandes reformas que en nuestro juicio pudieran realizarse en materia de bellas artes, sin perjuicio de ocuparnos después, por ser un punto de suma importancia, del verdadero estado de conser-

1. IV, Reg., XIX, 34.
2. Job, XLII, 8.

3. Estas y otras inscripciones semejantes pueden verse en las *Conferencias sobre las doctrinas y prácticas más importantes de la Iglesia católica*, por el Cardenal Wiseman, edic. de Madrid, 1851, t. II, páginas 280 y 281.

Al efecto, se han constituido en las diversas Diócesis Juntas de Caballeros y Señoras, encargadas de hacer los preparativos para solemnizar cual corresponde a hijos fieles las *Bodas de Oro* de su Padre común.

Las que suscriben y que componen la Junta de Señoras formada en ésta por el Excmo. é Ilmo. Señor Obispo para promover la confección de labores que han de figurar en la Exposición Vaticana, considerándose a la vez que muy honradas con tal nombramiento, insuficientes por sí solas para desempeñar dignamente el encargo que se les confía, tienen el honor de dirigirse a usted y suplicarle se digne cooperar y prestarles su apoyo, con donativos de labores de sus manos o suministrándoles alguna de las primeras materias para confeccionar cuantos ornamentos sagrados requiere el culto católico en sestería y lencería, como son: casullas, estolas, amitos, manteles para altar, toallas de Comunión, corporales, lavabos, etc., etc., ó en su lugar contribuyendo con un donativo en metálico a los gastos que ocasionen dichos trabajos.

Esperan, pues, las Señoras de la Junta que, atendida su religiosidad y acendrado afecto al Vicario de Jesucristo, se servirá usted anotar en la adjunta hoja, que pasará a recoger una comisión de las mismas dentro de 15 días, a cuál de las clases que en ella se indican se adhiera usted, anticipándole al efecto las más expresivas gracias.

Doña Mercedes Caldero de Abadal, *Presidenta*.
Doña María Puig de Espona, *Vicepresidenta*.
Doña Dolores Codina de Font.
Doña Antonia Vergés, Viuda de Cunill, *Tesorera*.
Doña Josefa Mora de Comella.
Doña Ana Cunill de Febrer.
Doña Ana Arqués de Pascual.
Doña Josefa Arumí de Genís.
Doña Inocencia Bandragon de Serdá, *Secretaria*.
Doña María Vanós, Viuda de Olós.
Doña Antonia Subirachs, Viuda de Genís.

Vich 20 Diciembre 1886.

Junta manriana para promover la celebración del Jubileo sacerdotal de León XIII.

Dr. D. Melchor Peynoch, presbítero, Cura arcepreste de la Seo, *Presidente*.

D. Antonio Prat, presbítero, Regente de Nuestra Señora del Carmen.

D. Ignacio Clará, presbítero, Económico de San Pedro Mártir.

Ilre. D. Francisco Masnou, canónigo honorario de la Seo.

Ilre. D. Ignacio Canudas, *id. id.*

Ilre. D. Pedro Ribera, *id. id.*

Ilre. D. Ignacio Saló, *id. id.*

Ilre. D. José Santasusana, *id. id.*

Ilre. D. Valentin Reguant, *id. id.*

D. Juan Guitart, presbítero, capellán de las monjas Capuchinas.

D. Buenaventura Puigabó, presbítero, capellán de las monjas de Nuestra Señora de la Enseñanza.

D. Juan Cucurella, presbítero, capellán de las monjas de Santa Clara.

D. Narciso March, presbítero, capellán de la Casa de la Caridad.

D. Tomás Aduard, presbítero, capellán del Hospital.

D. Francisco Escorsell, presbítero, Director de las Hijas de María.

D. Fructuoso Corrons, presbítero, capellán de la Caridad Cristiana.

D. Antonio Roca, presbítero, Director de las Teresianas.

D. José Sañé, presbítero, Director de la Asociación Reparadora de Pío IX.

D. Jaime Castañer, presbítero, Director de las Escuelas Dominicales.

D. Manuel March y Solernou, propietario y obrero de la Seo.

D. Francisco Calaff, *id. id.*

D. José Herp, *id.*

D. Francisco Torres, fabricante y propietario.

D. Jaime Armengon, comerciante y propietario.

D. José Pons, fabricante y propietario.

D. Tomás Ballvé, comerciante y propietario.

D. Jaime Armengon, comerciante.

D. Cayetano Leonart, propietario.

D. Eduardo Subirá, pintor.

D. Luis Cornet, fabricante.

D. Francisco Miralles.

D. José Gibert.

D. Juan Pujol, Presidente de la Congregación de San José.

Los católicos italianos se proponen ofrecer a Su Santidad el día de su Jubileo sacerdotal, además de ornamentos sagrados, un millón de francos para el

Dinero de San Pedro, y para este objeto hallarse ya depositados en un Banco 800.000 francos. Los antiguos oficiales del ejército pontificio han encargado a un célebre joyero de Roma un magnífico tintero que ofrecerán al Sumo Pontífice en la fiesta de sus Bodas de Oro. Dicho objeto es de plata y oro y estilo del Renacimiento, y está coronado por una estatua de San Miguel, que deja admirar cuando se le contempla de frente unos medallones cincelados que representan a San Joaquín, S. Francisco de Asís y Santo Tomás de Aquino.

Los hermanos Terciarios de San Francisco, de Italia, han abierto una suscripción para poder regalar a Nuestro Santísimo Padre, en dicho día, una fiel reproducción de la gran estatua de mármol del Serafín de Asís, que en el último centenario de este Santo fué colocada en la plaza de la Catedral de Asís.

EL CALDEO DEL HOGAR

(Continuación.)

NADA extraño es que tantos errores se cometan al caldear el hogar doméstico, si se tienen en cuenta los múltiples elementos que se ponen en juego y el poco ó ningún cuidado que se tiene para armonizarlos. Para poner de manifiesto lo imperfecto del empleo actual de la estufa, comparémoslo con dos caldeos modelos que podemos citar, cuales son: con agua caliente el primero, y por medio del vapor el segundo. En ambos casos se hace circular la tubería por la parte baja de las habitaciones que tratamos de caldear, con objeto de calentar siempre la capa de aire que más lo necesita. En cuanto a la temperatura que adquieren estos tubos en el primer caso, nunca llega a 100 grados, y en el segundo no pasa de 110 a 120, empleando alta presión, y sin embargo de esto, se ponen las habitaciones al temple que necesitan. Con estos dos sistemas, ni se nota cargazón de cabeza ni olor alguno: lo primero, porque toda la masa de aire, según va bajando al enfriarse vuelve a calentarse; y lo segundo, que los tubos nunca llegan a la temperatura necesaria para quemar las partículas suspensas en el aire. Veamos ahora qué sucede con la estufa, comparando sus efectos con los ejemplos citados que tomamos como modelo. Mientras en éstos hacemos circular los tubos por todas las piezas para uniformar la temperatura, la estufa calienta con exceso la pieza en donde se halla y a las que calienta con su tubo las caldea al revés de como debe ser, puesto que en vez de circular el tubo enfriado al piso para caldear el aire más frío, sólo calienta el alto con las contingencias que ya hemos visto. Además la necesidad de activar el tiro para aumentar su escaso efecto con relación al caldeo general de la casa, hace que el cuerpo de la estufa y el arranque del tubo se pongan rojos, con la temperatura de 500 grados cuando empiezan a dar luz, ocasionando este excesivo calor el molesto olor ya mencionado. Vemos también que mientras en los perfectos sistemas citados se da un gran desarrollo a los tubos caldeadores con objeto de llegar al fin deseado, sin recurrir a temperaturas exageradas, en la aplicación de la estufa se escatima la longitud aprovechable de tubo dentro de la habitación y hasta se suprime en absoluto, como vemos en las estufas colocadas al frente de una chimenea, cuyo tubo penetra en ésta inmediatamente sin dar más calor a la habitación que el delido al cuerpo de la estufa. Lo propio acontece con esas estufas con ruedas de la sociedad Chouberski, de París, que se consideran como un adelanto, y realmente lo hay, fijándose en el aparato; pero que no por esto deja de ser absurdo en alto grado el sistema, en razón a que pierde por completo el calor del tubo, el cual, ó penetra en una chimenea condenada por inútil, ó se va inmediatamente al exterior por el hueco de algún balcón ó ventana. Cuando ha caldeado una parte de la habitación, se desenchufa y se lleva a otra donde nada de su calor ha podido llegar. ¿Puede llamarse sistema perfecto de caldeo el que obliga al inquilino a pasearse con el fuego de un lado para otro? No sólo no es perfecto, sino que es por demás absurdo, y, sin embargo, esto se tiene por un adelanto y por un sistema económico para caldear. En cuanto a ser económico, podrá serlo relativamente, si se compara con los detestables resultados de la chimenea ordinaria, como ya tendremos ocasión de ver; pero de modo alguno y en absoluto merece el calificativo de económico un sistema que desperdicia la mayor parte del calor, según tendremos ocasión de probar con hechos tangibles é innegables, por si no bastan las anteriores consideraciones.

Ya se ve; el vulgo sólo se fija en que con las estufas de ruedas gasta menos que con las chimeneas, y está más abrigado: luego con fundamento dice que el nuevo sistema es económico; mas como carece de los conocimientos necesarios para poder apreciar los graves defectos del sistema que tan satisfecho le tiene, para saber que gasta bastante más de lo necesario, sólo ante la evidencia podremos convencerle de que así puede suceder, cuando con una sola estufa fija en un sitio consiga sostener toda su casa a un temple delicioso, sin necesidad de ocuparse en andar paseando la portátil estufa de un sitio a otro.

Esperemos con fundamento que tanta satisfacción como ha recibido el inquilino al ver caldeada su casa con la estufa de ruedas mejor y con menos gasto que le ocasionaba la chimenea, recibirá cuando compare la referida estufa con el caldeo uniforme y económico del hogar doméstico, tal como nos lo proponemos.

En el caldeo del hogar doméstico hay que tener presente varias circunstancias independientes del aparato caldeador; pero teniendo en cuenta los puntos comunes que el sistema basado en la estufa tiene con el de la chimenea, al tratar de ésta, como vamos a hacerlo, hablaremos de todo lo referente al caldeo perfecto, y fácilmente entresacaremos después cuanto pueda relacionarse igualmente con la estufa, para tratar, separadamente de ella más adelante, cuando nos ocupemos en su aplicación al caldeo económico y uniforme del hogar doméstico.

CHIMENEA

Al tratar de la chimenea como sistema para caldear nuestra morada, no nos vamos a referir simplemente al aparato que nos construye el fumista, en donde hacemos arder el fuego; tenemos que tratar además de todo lo que sucede en la casa, relacionado íntimamente con el caldeo; pues de otro modo nunca conseguiríamos nuestro intento, por cuanto el problema no depende ó se resuelve sólo con la chimenea, por perfecta que ésta sea, sino que es preciso el concurso de varias circunstancias ineludibles, de las que de modo alguno podemos prescindir. Esta es precisamente la causa principal del lamentable estado de la chimenea. Inútilmente se afanan en disponer un aparato perfecto, sin tener en cuenta que por sí solo no puede serlo. Veamos lo que hoy sucede para demostrar los gravísimos errores que se cometen, y después nos ocuparemos del modo de remediarlos radicalmente.

Toma de aire. — En el día, el primer cuidado de una familia que quiere vivir abrigada consiste en comunicarse con lo exterior. No satisfecha con tener cristales en todas las vidrieras, trata de cerrar las rendijas de algún modo, para prohibir en absoluto la entrada al aire de la calle, patios y escalera. Al mismo tiempo pretende que la chimenea en que se calienta y la de la cocina tiren bien, para que no les moleste el humo. ¿Puede darse propósito más absurdo? ¿No conoces, inocente vulgo, que el día que consigas tu intento de cerrar herméticamente las juntas vivirás en la alcantarilla? La razón no puede ser más patente. Si cerramos por completo las rendijas y encendemos la chimenea, el aire que ésta necesita indispensablemente para su combustión entrará por donde pueda, y como no le queda otro acceso que por la bajada del excusado, la atmósfera que respiremos procederá necesariamente de la alcantarilla. En vista de lo expuesto, no hay fundamento para lamentarse de los malos olores y demás consecuencias insalubres, cuando se disponen las moradas en tan favorables condiciones para aquéllas. Si, como preceptúan las Ordenanzas municipales, se consigue que todos los excusados sean inodoros, no quedará otra entrada al aire para las chimeneas que la de la cocina, la cual, cambiando completamente de destino, servirá para extender por la casa todos los gases del laboratorio doméstico si es de las comunes, porque como el tiro de la chimenea primera es más activo que el de la segunda, por las defectuosas condiciones físicas de ésta, arrastrará el aire la que más fuerza tenga, viniendo a parar en que la chimenea del caldeo se ha convertido en chimenea de la cocina. Cuando ésta sea de las llamadas económicas, como la combustión tiene lugar en circunstancias muy distintas de la de la cocina ordinaria, el tiro que produce aquélla es enérgico, tanto como en la chimenea de caldeo, en cuyo caso ocurre lo siguiente. Ya hemos conseguido calafatear perfectamente las rendijas; hemos cerrado los excusados con aparatos inodoros, y encendemos nuestros fuegos con el propósito de que ardan bien, sin que nos molesten los olores; pero con gran asombro vemos que la casa se llena de humo, y entre una tempestad de improperios contra los torpes fumistas, abrimos las ventanas con más temor a la asfixia que a las pulmonías. No hay que asombrarse, por cuanto el resultado es el lógico y natu-

ral de las condiciones en que hemos puesto a nuestra habitación, pretendiendo un absurdo tan manifiesto, como el de quien, por miedo a la pulmonía, se propusiera salir a la calle cerrándose por completo y de antemano la boca y las narices. Tan descabellada sería la idea de vivir sin respirar, como lo es la de pretender, como se pretende en general, sostener uno o varios hogares en una habitación, sin preparar de antemano una franca y libre entrada al aire.

¡Guerra al frío! leemos en algunas tiendas para anunciar la venta de burletes. ¡Guerra a la ignorancia! habría que escribir en todas las esquinas, para ver si de este modo nos veíamos libres de sus fatales consecuencias que por todas partes nos rodean. Con fundamento puede decirse el aire: «No te afanes inútilmente. O renuncias por completo a disfrutar del hogar, o me cuelas en tu casa por las juntas o por donde tú quieras, a mí me es indiferente: yo he de entrar o te ahogas, y de este dilema no sales.» Si después de oír tan terminante declaración el hombre persiste en su torpe manía, ¿a quién toca el reír? Si, por el contrario, el hombre, convencido hasta la saciedad de lo imposible de su propósito, y apreciando más que lo hace hoy día las ventajas de una saludable ventilación, piensa ante todo en la toma de aire, la cuestión cambia por completo. Entonces tendrán razón de ser los burletes, por más que no harán tanta falta, porque encontrando el aire entrada franca, no insistirá tanto como hoy para entrar por las rendijas; de todos modos podrán quedar cerradas, guiando la entrada del aire por donde más convenga. Por más que en la toma de aire ya se haya pensado, al proyectar chimeneas perfeccionadas, como por lo general se prescinde de la referida toma, es por lo que tanto insistimos en recomendar que no se mire con tal desprecio tan indispensable requisito.

Vemos, pues, que el primer error cometido comúnmente al emplear la chimenea, como sistema de caldeo del hogar doméstico, consiste en prescindir de la toma de aire. Ya nos ocupará ésta más adelante, cuando tratemos de remediar los errores, limitándonos por ahora a denunciarlos.

Superficie de caldeo. — En todo hogar en donde se quema combustible, lo más importante de todo consiste en efectuar el caldeo con el mínimo gasto que sea dable. Esto sólo se consigue procurando aprovechar la mayor parte del calor que produce la combustión, utilizando la mayor porción posible de superficie que pueda ser caldeada. Al no ser dable prescindir de la alta temperatura con que los humos han de salir al aire para que se verifique el tiro, habremos de procurar en pro de la economía que ese desperdicio indispensable se reduzca, lo cual sólo se hace disponiendo los conductos de humo de modo que nos permitan aprovechar ese calorico hasta el máximo prudente, aumentando del mismo modo la superficie de caldeo. Además, se sabe que como menos se aprovecha el calorico que produce un combustible destinado a calentar el aire es por radiación, por sólo rendir la cuarta parte, marchándose con los humos las otras tres sin provecho alguno para el fin que nos proponemos. Si además observamos que la porción de aire que de preferencia se calienta es la que está de frente y contigua al fuego, y que es la destinada a ser arrastrada por el tiro, fácil es suponer que tal vez no llegue a una vigésima parte del calorico el aprovechado. Quede, pues, bien sentada la conveniencia de calentar el aire por el contacto con superficie caldeada, excluyendo por completo el aprovechamiento por radiación.

En vista de lo expuesto, si por malevolencia nos propusiéramos establecer un hogar para calentar poco y gastar mucho, bastaría para conseguir nuestro intento echar mano de la chimenea tal cual hoy se emplea, por cuanto está precisamente al revés de como debe estar para proporcionar un caldeo económico. ¿Qué de extrañar es esa unánime protesta del público que procura calentar su habitación con economía? Así se la mira como objeto de lujo: los que la utilizan lo hacen disgustadísimos al ver lo que gastan y el poco fruto que obtienen; otros menos sufridos, y resignándose a gastar más, ponen una estufa para calentar el resto de la casa a donde no llega calor alguno de la chimenea; otros, convencidos de su inutilidad económica, la apagan y se sirven de una estufa que establecen en una habitación central; otros, por último, condenando la chimenea, colocan delante una pequeña estufa, y a pesar de que ésta, como ya hemos visto, está en malas condiciones económicas, porque sólo caldea con su cuerpo y no con el tubo que inmediatamente se enciende en la chimenea; a pesar, decimos, de este grave defecto, se nota inmediatamente mayor calor en la casa y mucho menos gasto. ¿Cuáles serán, pues, las condiciones de la chimenea, cuando

estableciendo mal la estufa aun la supera en economía de un modo tan considerable! En fin, la chimenea está sosteniendo con el vecindario una lucha titánica, jugando un papel violentísimo y viéndose postergada por la estufa, lo cual es tan cierto, como en parte injusto, porque no se dispone bien. Veamos, si no, cómo se emplea para demostrar la verdad de nuestro aserto. Por más que algunas chimeneas de hierro permiten que el aire penetre por detrás del hogar, saliendo a la habitación después de haberse caldeoado en el respaldo de aquél, desde luego que esto constituye una mejora; pero que dista mucho, aun así, de ser el aparato caldeoado económico que hay necesidad de proporcionar al vecindario. Lo general es que sólo caliente por radiación, perdiéndose el resto, o sea la mayor parte del calorico lanzado al aire con los humos, después de haber circulado por una cañería completamente empotrada en el muro, o en un tambor sin salida, es decir, sin medio alguno de poderlo aprovechar.

ANTONIO MONTENEGRO.

(Se continuará.)

NECROLOGIA

En Bilbao han fallecido casi simultáneamente dos ilustres sacerdotes: D. Policarpo de Ozamiz y Don Ricardo de Gárate.

Autor el primero de muchísimas composiciones literarias en prosa y en verso, su pluma, siempre elegante, amena, moralizando, varias revistas religiosas y científicas; verdaderamente erudito, regentó con gran lucidez cátedras en el Instituto provincial y en colegios particulares, y dirigió, con otro distinguido profesor, la renombrada Academia de la Cruz, en Bilbao.

Hombre de grandes conocimientos el segundo, ocupó puestos distinguidos, aun muy joven, en la Diócesis de Calahorra; y formada la de Vitoria, fué llamado con vivo interés a ocupar un puesto de confianza en la capital de la Diócesis, y lo desempeñó hasta que, trasladado a Bilbao, su pueblo natal, se encargó de la dirección administrativa del Cabildo de las iglesias unidas, más tarde le fué encargada la dirección espiritual del colegio de las religiosas del Sagrado Corazón de Jesús; ocupando este puesto fué nombrado Coadjutor de la iglesia parroquial de San Nicolás de Bari y dejó por obediencia a su Prelado el cargo anterior, que fué ocupado por D. Policarpo de Ozamiz.

La muerte de ambos sacerdotes ha sido muy sentida en Bilbao.

También han fallecido:

En el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, el Rdo. P. Fray Matías Arostegui, religioso agustino y profesor de música en aquel Colegio.

En esta Corte, D. Manuel Ameza Eizguiz, capellán que fué del batallón cazadores de Talavera, con el cual hizo la campaña de Africa, mereciendo por su heroico comportamiento las cruces de San Fernando y de Isabel la Católica.

En Losar de la Vera (Cáceres), el cura párroco D. Pedro Ramos Alcázar.

En Jaca, el presbítero D. Jaime Mainer, párroco que fué de Abay.

En Lugo, el canónigo doctoral D. Ramón M. García Abad.

NOTICIAS

Ya está abierta al culto público (después de ocho meses de trabajar sin descanso en su decorado) la real iglesia de la Encarnación de esta Corte, cuya dirección ha corrido a cargo del inteligente arquitecto don José de Leizaola.

Restaurados los célebres lienzos de Carducho, Velázquez, Castillo, Ferro, Ramos y Aguirre, por el hábil restaurador del Escorial y Real Casa, don Francisco Vicente, y realizados los demás trabajos de ornamentación, bajo la dirección del conocido pintor de esta Corte D. José Rodríguez, el templo fundado por Felipe III y su augusta esposa Doña Margarita, y edificado por D. Ventura Rodríguez, es hoy uno de los más bellos de la Corte.

A las ocho en punto de la mañana del día 2 del actual dió principio, con la bendición de candelas y procesión de rito, la misa que cantó el señor Capellán mayor, con asistencia del Cabildo de Capellanes de dicha real Iglesia. Se hallaba ya, desde las primeras horas, atestada de fieles que, ansiosos de admirar las riquezas de la casa de Dios, habían acudido desde las primeras horas de la mañana.

Concluida la ceremonia de la bendición de candelas y misa de Comunión que con tanta devoción recibieron las Religiosas de dicha comunidad, salió poco antes de las diez todo el Cabildo a la puerta del templo para recibir al Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad, el que no se hizo esperar, revistiéndose de Pontifical poco después de haber llegado y recitando las preces de preparación bajo el dosel que de antemano se le había preparado.

La orquesta estuvo a cargo del maestro D. Santos Rosado; y el Rdo. P. Toribio Minguella, comisario de los Agustinos Recoletos de Filipinas, intervino al numeroso auditorio, que pendiente de sus labios cobijábase bajo la majestuosa nave de tan esbelto templo, con un bien estudiado y mejor dicho sermón histórico de la fundación del real monasterio de la Encarnación, trayendo a la memoria a grandes rasgos la piedad y munificencia de los piadosos reyes Felipe III y doña Margarita, su esposa, como también el celo piadoso y el ejemplo de su primera fundadora Sor Mariana de San José.

Concluida la misa de Pontifical, el representante de León XIII entonó el *Te Deum* en acción de gracias al Todopoderoso; concluyendo ya cerca de la una, con las oraciones y preces que la Iglesia tiene ordenadas para dichos actos del culto católico.

Los señores Capellanes velaron de media en media hora al Santísimo, que estuvo de manifiesto hasta el anochecer, dando principio a las cuatro de la tarde a las solemnes vísperas, y concluyéndose con la bendición y reserva del Señor Sacramentado a las seis de la tarde.

La necesidad cada día más sentida y apremiante de fundar un centro que cuide de organizar un buen servicio de muchachas ha inspirado a algunas señoras pertenecientes a la Orden Terciaria de San Francisco de Asís la idea de fundar en Barcelona un Asilo titulado *Hostería de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús*, donde encontrarán seguro albergue así las jóvenes que al llegar de sus pueblos deseen buscar una buena familia para servir, como las que al ser despedidas por sus amos se ven las más de las veces expuestas a mil peligros por carecer de amigos o parientes que las acojan interin carecen de nuevos amos. La Junta fundadora, deseando extender su benéfica acción a cuantas mujeres se dedican al servicio o a las haciendas domésticas, amparará en su Asilo a las viudas con hijos, cuidando de la manutención y educación de éstos interin sus madres se ocupan en sus habituales tareas, evitando de esta suerte la repetición de esos incidentes tan fáciles de ocurrir cuando los niños se hallan solos, encerrados largas horas en una habitación.

Son muchas las familias de Barcelona que acuden con sus donativos en metálico o en especie al sostenimiento del bienhechor Asilo.

El Soberano Pontífice ha designado al guardia noble Conde Francisco Giustiniani para traer a Madrid el capelo cardenalicio al Nuncio de Su Santidad, monseñor Rampolla.

El periódico *Las Misiones Católicas* de Lyon publica una carta del Africa ecuatorial, con el relato del reciente martirio de unos veinte neófitos por el rey Buganda. Habiendo sorprendido éste a uno de sus pajes, llamado Dionisio, enseñando el Catecismo a un compañero, el rey pidió su espada y le mató por sus manos. En seguida hizo cerrar el palacio, llamó al Ministro y le dijo que quería hiciese una matanza de cristianos, «Que formen a un lado los que rezan como los blancos», dijo el Ministro. Al punto el jefe de los cristianos, Luanga, salió, y luego fué seguido de varios compañeros. El rey los hizo atar, y después unos fueron quemados vivos y otros desuartizados.

ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS
OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.





EPOCA 4.ª—AÑO XII.—TOMO X.

NÚMERO 6.ª—Madrid 25 de Febrero de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fr.
Un año.....	5 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fr.
Un año.....	6 »

IMPORTANTE

La Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA se ha trasladado á la calle de Claudio Coello, esquina á la de Juan Bravo, Asilo de Huérfanos.—Teléfono núm. 429.

SUMARIO

TAKITO.—*La Decena*, por Manuel Ossorio y Becerra. — *Los grabados*, por M. de la Cruz. — *La Decena*, por J. María Bello. — *El Museo Nacional*, por Vicente Folch. — *Una*, Sr. D. Dionisio González, Auditor del Tribunal de la Rota. — *Tradición de Tierra Santa*, por M. Polo y Peyrolón. — *El Cristianismo*, por Angel Lasso de la Vega. — *El Arte religioso*, por M. de A. — *El mendigo y las hermanas de la caridad*. — *Publica Sacerdotio de S. S. León XIII.* — *El caldero del hogar*, por Antonio Montaneros. — *Bibliografía*. — *Noticias*. — *Neología*. — *Curiosos*. — *Una*, Sr. D. Dionisio González. — *Arte y defensa*. — *La oración en los Asilos de noche*.

LA DECENA

PARA muchos madrileños la proximidad del Carnaval pasará completamente inadvertida si no fuera por el bando de buen gobierno que hace fijar la alcaldía dictando reglas para el mejor orden en el mismo. Y casi todas estas reglas se encierran en una, como los diez mandamientos se encierran en dos.

Que quiere uno sentarse en un paseo?... Paga una peseta y en paz.

Que quiere dar una vuelta á caballo?... Satisface 25 pesetas de impuesto y ya no le piden más.

Que quiere formar una comparsa?... Da 30 pesetas al Ayuntamiento.

Que gasta coche y no quiere formar en la interminable fila de los de alquiler?... Pues con abonar 500 pesetas se queda tan tranquilo.

En una palabra, el bando es con leves diferencias igual todos los años, y más que á establecer un buen orden parece encaminado á dejar sin un cuarto á todos los aficionados á la fiesta carnavalesca.

Todavía, sin embargo, pudieran haberse añadido muchos artículos interesantes y encaminados al mismo fin.

«Todos los muchachos que vistan el clásico traje de diablo de dos colores pagarán una peseta, y otra más por cada metro de rabo con que les adornen.»

«Los hombres que se distraen de mujeres pagarán cinco pesetas por esta ostentación de afeminamiento, depresiva al sexo.»

«Los que repitan mucho la frase de ¡no me conoces! pagarán no un impuesto, sino una multa, y habrán de ir sin careta, en la seguridad de que nadie les conocerá tampoco.»

«Todos los que salgan de estudiantina necesitarán acreditar previamente que son estudiantes y pagar siquiera una matrícula de segunda enseñanza. Queda prohibido terminantemente que los tullidos, mancos, paralíticos y descabezados formen comparsas y se vistan de mamarrachos para implorar la caridad pública. También se prohíbe, en nombre del respeto que merece el arte, que los músicos de murga se paseen por la calle vestidos de percalina de colores y tocando sus serpentones; harto se hace con tolerarlos siempre que una boda, ó un bautizo, ó un día de santo les coloca á las puertas de nuestras casas.»

«Los enmascarados que den una broma pesada deberán satisfacer cinco pesetas de multa, después de sufrir quince días de prisión celular.»

«Los que pongan mazas, rocíen de agua, ensucien á los transeúntes ó hagan cualquiera otra salvajada análoga serán encerrados en las letrinas de los establecimientos penitenciarios.»

Estas y otras muchas reglas podían haberse adicionado al bando del alcalde, para contribuir á que fuesen desapareciendo esas escenas, heredadas del paganismo, é impropias de la época presente, que se desarrollan en los días de Carnaval.

Verdad que tal vez las prohibiciones despierten el apetito y que las medidas adoptadas por el alcalde y las ideadas por mí sólo contribuyan á galvanizar el cadáver del Carnaval.

¿Ustedes han visto las fiestas carnavalescas en Villapequeña, Valhumilde, Puebla de Pobres, ó Aldehuela?

Pues hagan cuenta de que conocen perfectamente lo que es el Carnaval madrileño, al menos en sus manifestaciones callejeras.



ILMO. SR. D. DIONISIO GONZÁLEZ, AUDITOR DECANO DEL TRIBUNAL DE LA ROTA
† 6 Enero de 1887.

El miércoles de ceniza señala las fronteras del Carnaval y de la Cuaresma. Por la madrugada salen de los bailes *pirolets*, capuchones, *mascotas* y valencianas; poco después, y con las fatigas del insomnio, muchos devotos de ambos sexos acuden á los templos para recibir la ceniza de la penitencia; por la tarde se ven nuevamente en el Canal y en la Castellana máscaras y disfraces; la noche se consagra al descanso, y el jueves y los siguientes días á la oración y el ayuno.

El pez decapitado y seco se ostenta en todos los escaparates de los comercios; la prosaica lenteja y su compañera la judía rebosan en sus sacos y se ofrecen al sacrificio, y en las pescaderías se nota inusitado movimiento para atraer al consumidor.

Las caretas y los dominós se han escondido por el pronto, sin renunciar á un nuevo aunque efímero reinado, durante la noche del domingo de Piñata, y la religión y la moda se aprestan á un temporal consorcio que terminará con la llegada de la Pascua después de la lenta caminata cuaresmal.

El miércoles de ceniza tuvo antiguamente en Madrid una resonancia que tal vez desapareciera; nuestro ilustre maestro Melchor Romanos le consagró páginas de fina y discreta crítica, y es muy posible que casi seguro, que hoy no pasan de tres ó cuatro las comparsas que realicen el entierro de las sar-

dinas; en cambio hay muchas otras que acuden al campo, aquí donde hay gentes que se entusiasman con los recuerdos y se emborrachan por tradición.

El miércoles de ceniza ha venido a cerrar, como queda dicho, el paréntesis de fiestas y jolgorio que todavía constituyen para la gente joven el carnaval. Las severas ceremonias de la religión por la mañana, las alegóricas despedidas de la tarde, demuestran que ya hemos entrado en tiempo santo.

Los capuchones han vuelto a su percha; los antifaces han ocupado nuevamente el fondo del cofre; las galas prestadas han sido devueltas a sus legítimos dueños; el mundo de arlequines y chulitas se ha eclipsado como por ensalmo, y sobre la frente de las bellas la Iglesia ha impuesto la ceniza con el fatídico *Memento* que restablece la normalidad de la vida, y pone punto final a las extravagancias y locuras carnavalescas.

Estamos en la Cuaresma, con su obligado acompañamiento de sermones y ayunos, de meditaciones y vigiliat; época muy oportuna para el arrepentimiento y los propósitos de la enmienda; si uno y otro fueran compatibles con la condición humana, tan dispuesta a incurrir en el error como a perseverar en él.

Tan cierto es esto, que no falta quien utilice este período para recordar con deleite los pasados gozcos, y desear que transcurra pronto un año para que llegue otro carnaval. Que también la humanidad tiene entre sus debilidades la de ir empujando por detrás el carro del tiempo, con instinto suicida y constancia digna de mejor empleo.

Billetes perfumados, flores mustias, trajes ajados, adornos y galas que tuvieron brillo y vida un solo día, pero de los cuales se desprenden recuerdos más duraderos, ya tristes, ya alegres; reposad donde vuestros dueños os colocaron, y sed a lo sumo testigos de inocentes gozcos, pero no de hondos remordimientos; recordad las pasadas alegrías y no presentes dolores, y, si por acaso fuisteis cómplices de debilidades, ocultadlos para no atormentaros, ya que no tendréis la fortaleza necesaria para remediarlos!

MANUEL OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

ILMO. SR. D. DOMINGO GONZÁLEZ.

El artículo necrológico del mismo aparece inserto en la pág. 64.

ATAQUE Y DEFENSA.

¡Gran emoción en el gallinero con la entrada del enemigo natural de los pollos! Poseídos éstos de terror, se acogen a la defensa maternal, y la gallina se dispone a hacer frente al gato, sin medir sus fuerzas ni sus recursos. Esta actitud, con la que acaso no contaba el asaltante, le hace tomar un compás de espera, ya que no desistirá de sus propósitos sangrientos. En este momento ha sorprendido a los beligerantes el pintor.

LA ORACIÓN EN LOS AÑOS DE NOCHE.

La fundación del caritativo propietario de *La Correspondencia de España*, bendita por la Iglesia desde el primer momento y apoyada por gran número de personas, ha logrado en brevísimos días tan considerable desarrollo que puede conceptuarse ya como una institución permanente. El periódico noticiero da cuenta detallada y constante del número de pobres socorridos en los piadosos Asilos, así como de las ampliaciones que va teniendo el pensamiento primitivo. Nuestra lámina representa el momento en que los favorecidos cumplen la única condición que se les exige para el socorro: dirigir una oración al cielo por los hijos que ha perdido el generoso y empujador propietario de *La Correspondencia*.

MIS LIBROS Y YO

(Continúa.)

ESTABLECIDA ya cierta confianza de trato entre los libros y yo, otros varios se salieron de la fila y se abrieron para que viese lo que había dibujado en sus páginas, y en otro de los latinos pude ver una caricatura de un compañero que tenía grandes narices, por lo que le llamábamos «Nasón», y todos conveníamos en que a este exceso de nariz era debido el que aquel desdichado se atrancase en el *Quis vel Qui*, terminando en él su latinidad, para dedicarse luego a tirar del fuelle de una fragua. ¡Pobre Nasón! ¡cuánto nos burlábamos de tu torpeza para declinar y hacer concordancias de sustantivo

y adjetivo en número, género y caso! Pero tú te fuiste del Instituto dejándote de latines y filosofía, para tomar un martillo y una lima entre tus manos, con lo cual trabajando honradamente, y viviendo lejos de la vanidad de los sabios, has sabido adquirir una fortuna considerable, llegando a tener hoy tus talleres de ferretería, y de maquinaria con cincuenta caballos de vapor que prestan su ayuda a las manos de cien obreros hábiles, todos los cuales trabajan para que el dueño de la fábrica pueda pasearse en coche, viviendo mejor que todos los que seguimos por el camino de los libros y nos burlamos de ti en las aulas de la latinidad. ¡Dichosa nariz la tuya si ella fué la causa de que dejaras tus estudios y te metieras a herrero, cien veces más afortunado de lo que ha podido serlo ninguno de tus compañeros de *Musa Musa* y *Domini Domini*, siguiendo una carrera científica o literaria!

Pero volviendo a mis libros, diré que pasado el primer asombro que me había causado el verlos removerse y hablar como las personas, pensé que nada era más natural que ver un libro animado de vida propia como si fuese una persona. Es decir, que así como las palabras se convierten en letras, así también las letras podían muy bien convertirse en palabras, sin esperar labios ni lengua del que leyere. Efectivamente, el fonógrafo moderno, aprovechando el isocronismo de las vibraciones producidas por el sonido grabando sobre una plancha metálica las palabras que se pronuncian delante de ellas, no sólo las reproduce cuando se quiere, sino que lo hace con el mismo acento que fueron pronunciadas, y canta de modo que es posible que algún día nos dé una ópera entera sin tener que pagar tan caros los tenores, las primas donnas y la orquesta, como se hacen pagar en nuestros días.

Esto me hacía pensar en que andando el tiempo es posible que los autores de libros se eviten el trabajo de escribir cuartillas y de corregir pruebas de imprenta, buscando un editor tirano que publique sus obras, viniendo a sustituirse los libros por otra cosa que en vez de escritura tenga *habladura*; y sin necesidad de saber leer, cosa que entonces estará de más y no hará falta, la tal cosa diga y relate su contenido sin erratas y con el mismo acento de su autor. Estos nuevos libros servirán bien para los ciegos, pero no para los sordos.

Con este criterio, ya encontré cosa fácil y natural el tratar con el amigo Nebrija y hablar con aquel librito, empezando por dirigirle algunas preguntas para salir de mis dudas. La primera que le hice fué para averiguar si era macho o hembra, puesto que, si bien por ser libro, me parecía masculino, por ser gramática le consideraba femenino. Además le pregunté si me hablaba en nombre del autor, del arte que enseñaba, o de la especie y naturaleza material de que se componía.

Todas mis dudas quedaron desvanecidas con las siguientes explicaciones.

— Soy macho, amigo D. Ambrosio, macho como lo somos todos los libros, aunque traten de la filosofía, la historia, la física, la química o las matemáticas. El libro, sea de lo que quiera que trate su texto, siempre es libro, expresión del saber, del entendimiento o del ingenio de su autor. La prensa que lo imprime hace oficios de madre en su venida al mundo; pero esta madre lo da a luz ya criado y no tiene más que hacer en su desarrollo y de su educación, porque el libro debe todo su ser al padre que lo engendró. De este padre unos libros, tales como lo son las novelas originales, las poesías y las creaciones de los genios, lo toman todo, todo absolutamente, la forma y el fondo. En estos casos, cuando habla el libro habla su autor en él, por cuanto el hijo y el padre, el libro y su autor son una misma cosa. El estilo es el hombre. No ha oído usted, Sr. D. Ambrosio, decir esta frase a los aficionados a decir tonterías semejantes?

*Otras veces sucede que los libros no son hijos del que se titula su padre, y no me refiero con esto a los autores de *pega*, o sean los que plagian las obras de otros, sino a los libros donde se trata de ciencias, artes o industrias muy conocidas, en los cuales el autor expone la doctrina, demuestra los teoremas o resuelve las cuestiones que ya están resueltas y demostradas por otros que le precedieron, a veces con más claridad que lo hicieron sus antecesores, y otros con menos acierto y buen método que aquellos de quienes copian lo que dicen.

*Ya sabe usted, D. Ambrosio, que soy masculino, y sepa que hablo en mi nombre y por mi cuenta propia, como libro que soy de gramática latina, sin que nada tenga que ver conmigo ninguno de mis compañeros de la misma edición a que pertenezco. *Ego sum qui sum*, tal y como usted me ve, con mis hojas estropeadas por aquel estudiantillo joven que me llevaba al Instituto amarrado con una correa, y con él entraba a las guerrillas por aquellos claustros,

dando y recibiendo librazos, hasta que aparecía don Santiago y no sabíamos por donde escapar huyendo de su castigo.

Forman parte integrante de mi personalidad todo lo que usted pintarrajeó, escribió y emborrachó mis páginas llenas de garabatos y letreros.

— Perfectamente, señor libro — le contesté — quedo enterado y le doy gracias por tales explicaciones. Creo que podremos entendernos y ser buenos amigos.

— No tendrá usted entre los hombres ninguno que lo sea tanto como cualquiera de nosotros. Créame usted, amigo D. Ambrosio, cuando se encuentre, como esta noche, aburrido y deseando la soledad para devorar sus penas sin testigos, en lo cual bien hace, porque ir con el cuento de nuestros males al vecino es lo mismo que echar margaritas a puercos, venga usted a buscarnos y nos encontrará siempre dispuestos a consolarle como verdaderos amigos.

El mundo no ve ni estima lo que no reluce.

La verdad, la belleza y la justicia no se aprecian en el mercado de la vida en tanto como se aprecia un perro chico.

Ame usted la soledad del hombre que vive *ignotus et inglorius* y deje al *Truchiman* y al *Cucus-largus-Terrae* gozar de su fortuna y de sus glorias, que al freir será el reír y al morir será el llorar y el rechinar de dientes, como dijo el otro.

Nosotros, que le conocemos a usted desde niño, lo queremos como se merece, y en nosotros hallará siempre un cariño noble y generoso que no ha de encontrar entre los hombres ni las mujeres, por más que adule a los primeros, regale y gaste con las segundas y se deje explotar de los unos y de las otras.

— Así lo haré, amigo Nebrija, tiene usted mucha razón en todo lo que me dice. Es usted un señor libro que sabe lo que se pesca en latín y en castellano mucho mejor que otros más grandes y mejor encuadernados con láminas grabadas en acero, como algunos de estos que andan por aquí cerca luciendo sus cantos dorados y sus cubiertas de piel grabadas y decoradas con tanto gusto artístico. Bien dice el refrán, que a veces debajo de una mala capa se encuentra un hombre de bien, y usted con la suya de pergamino viejo me acredita esta verdad que le prometo aprovechar siguiendo sus consejos.

— No hará mal en seguirlos, y voy a darle mi despedida por esta noche con uno que le será de provecho.

Váyase usted a la cama, que ya es hora, como le dijo el reloj hace poco. Y para no dejar su costumbre de leer algo antes de quedarse dormido, tome usted un pequeño libro que se halla cubierto de polvo y olvidado por usted hace algunos años. Allí está revuelto y escondido entre las obras de Fray Luis de Granada, de San Francisco de Sales, del padre San Agustín, de San Jerónimo y de Santa Teresa de Jesús, todas ellas relegadas al olvido por usted que en otros tiempos gustaba tanto de su lectura, siendo más feliz entonces de lo que es hoy perdiendo sus horas con esos alemanes y franceses, cuya filosofía el diablo que la entienda.

Tome usted ese librito, amigo mío, que aunque está en latín y se halla impreso con menudos caracteres, yo sé que usted lo entiende y que sus doctrinas hablan claro a su corazón. El le dirá cosas que le conviene escuchar y pensar en ellas. Lea un capítulo cualquiera; medite un poco sobre su lectura y dormirá tranquilo.*

De imitatione Christi, por el P. Thomas de Kempis, era el libro que me aconsejaba leer, y yo le dije entonces:

— Está bien, Sr. de Nebrija, haré lo que usted me ordena.

— Buenas noches y hasta mañana, si Dios quiere, me respondió la gramática latina, y hasta de conversación, que ya es demasiado tarde.

Dijo, y sin más esperar, dió sus dos pasos atrás, se metió en el hueco que había dejado entre los autores latinos y la gramática castellana, dejándose caer de costado con todos ellos para venir a quedar tendidos como lo estaban antes de removerse en el montón correspondiente a libros de primera y segunda enseñanza.

Tomé mi P. Kempis y me fui con él hacia la cama.

Al empezar a desnudarme, pensé que no me hallaba solo como siempre había creído que lo estaba en mi cuarto en semejantes momentos y quise tomar algunas precauciones para evitar que alguno de aquellos libritos me viese las dos canillas sobre que ando montado al aire como una cigüeña, y soltara alguna carcajada, diciéndome alguna cuchufleta a propósito de tales huesos descarnados, sobre los que bien pudiera haber un poquito de pantorrillas y no hallarse tan al descubierto.

Metido en la cama, caléme el gorro y las antiparras, cogí entre mis manos el librito y ví con extra-

heza que no se dejaba abrir sino por una sola página.

— ¿Qué significa este fenómeno? Dije, tratando de abrirle por otros lados, cuando el libro me contestó: — ¡Caput secundum, D. Ambrosio, caput secundum!

— Está muy bien, dije, ya un poco incomodado de ver el tono imperioso del librejo, y sintiendo algo de esa pícara vanidad humana que no consiente, o cuando menos, se rebela siempre contra toda autoridad y mandato. ¡Está bien! — y comencé la lectura del capítulo II que se titula: *De humili sententia sui ipsius*.

Omnis homo naturaliter scire desiderat, sed scientia sine timore Dei, quid importat?

No pude pasar de este primer versículo.

Tenía lo bastante con él para entregarme a profundas meditaciones y apagué la vela y pensando en tales palabras y su concepto me quedé luego dormido.

Quien sienta la verdad de esta sentencia del Padre Kempis que la considere por sí mismo. Al que no la sintiere, ¿qué sacaría yo de pretender explicársela?

Buenas noches, amigo lector, y no tengas el orgullo de creerte sabio, aunque así te crean y por tal te considere alguno de tus amigos. — Vale.

J. MARÍN BALDO.

EL MUSEO NACIONAL

DE PINTURA Y ESCULTURA.

(Continúa.)



ALGUNAS de las mejoras indicadas se han llevado a efecto, no por la Comisión que por entonces nombró el Gobierno Provisional, sino por el malogrado pintor D. Francisco Sans, Director que fué del Museo, mejoras que han seguido bajo la acertada dirección de D. Federico de Madrazo.

Ahora bien: por lo expuesto puede comprenderse que al haber sido llevados a la práctica los cambios que se proponían, ¿sería o no nuestro Museo el más importante de todos? Sin esto lo es por el considerable número de magistrales obras que contiene. No desconocemos la celebridad de los Museos del Louvre, Dresde, Bruselas, Galería nacional de Londres, Velvedere de Viena, Pinacoteca de Munich y los de Italia, todos ellos contruidos para el objeto, donde se disfrutan, convenientemente colocadas, todas las obras principales, realizadas por la riqueza de los marcos y guarnidas de los inconvenientes exteriores por diáfanos cristales, como se ven en Londres, sin contar el lujoso decorado, muy especialmente en el del Louvre, que le hace el más vistoso de todos.

Sin ensalzar á tontos y á locas, y despojados de todo entusiasmo patrio, nos atrevemos á asegurar que si todos los cuadros expuestos en nuestro Museo tuviesen la conveniente colocación que su celebridad requiere, pudiéndolos girar á voluntad como se practica en otras partes para comodidad y recreo de los espectadores, grande sería á no dudarlo la diferencia que se notara, y no escaso el realce que tomarían tantas joyas del arte reunidas.

A todos los Museos antedichos les están señaladas gruesas cantidades para la adquisición de obras que falten y para la ornamentación necesaria. Cifrándonos á lo más principal, puede verse en el Catálogo la relación detallada de las importantísimas obras italianas, flamencas, holandesas, españolas y aun de las escuelas germánicas que poseemos, ejemplares todos de indisputable mérito por su valor y por el perfecto estado de conservación en que se encuentran.

Faltan, es verdad, obras capitales de Leonardo de Vinci, Correggio, Miguel Ángel y otros maestros anteriores y contemporáneos á estos colosos del arte; pero ¿qué Museo de Europa, exceptuando los de Italia, posee obras de los grandes maestros señalados para poder estudiar por completo el nacimiento del arte, sus progresos y decadencia? Preciso sería para ello despojar de los mejores cuadros á todos los Museos y Galerías conocidas, y ya debe suponerse ser esto materialmente imposible.

En todos los Museos se notan grandes huecos que llenar, para la correlación histórica del arte: todos ellos carecen de cuadros españoles, y si algunos tienen, con raras excepciones, son dudosos, ó copias antiguas y por lo tanto de escasa importancia.

Llegados á lo más importante, determinaremos por los siguientes estados los grados de conservación que obtuvieron los cuadros expuestos actual-

mente en el Museo, excepción hecha de los que fueron llevados últimamente procedentes del convento de la Trinidad:

ESCUELA ITALIANA.

546 cuadros en buen estado de conservación.
6 — con repintes ó mal restaurados.
18 — en mal estado por consecuencia de la acción del tiempo, del género de imprimación que recibieron y de incendios cuyas señales llevan impresas.

570

Entre los 546 cuadros que, según se consigna en el anterior resumen, alcanzan un buen estado de conservación, se notan en varios de ellos ligeros repintes que, por estar hechos con barniz, pueden desaparecer fácilmente.

Seis son los cuadros que aparecen con la calificación de mal restaurados, sus números 19, 23, 704, 48, 784 y 806. Esta circunstancia en nada ha perjudicado al original, pues si bien los restauros pueden haber sido hechos por medio de colores molidos con aceite, bañando y embadurnando las tintas, medios hay para corregir el mal y para restituirlos á su primer estado, sabiendo conducir la operación de la limpieza con el tino y acierto necesarios.

A 18 llegan los cuadros, señalados con los números 428, 598, 680, 682, 685, 695, 724, 748, 806, 811, 816, 830, 849, 866, 896, 927, 1.866 y 1.928, que más han sufrido el influjo destructor de los años, entre los cuales aparecen tres, números 428, 685 y 811, que conservan las señales indelebiles de incendios.

Con respecto á estos últimos se ha hecho todo cuanto el arte aconseja para disimular tan desgraciados accidentes, y debe decirse que con éxito un tanto lisonjero. En cuanto á algunos de los primeros, la causa principal de su desmejoramiento puede atribuirse á la clase de imprimación que recibieron.

Al número de cuadros señalado hay que agregar, entre otros varios sin numeración en el catálogo, y repartidos por los pasillos, sala de alhajas y taller de la restauración, cuatro más, de los cuales tres son de Ticiano, y representan dos Venus y una Danae recibiendo la lluvia de oro, que sostienen algunos repintes antiguos.

El último, pintado por Fra Giovanni da Fiesole, es una Anunciación á Nuestra Señora, que conservado admirablemente, fué traído á este Museo en 1864 del Monasterio de señoras Descalzas Reales de Madrid, en cuyo claustro principal se hallaba colocado:

ESCUELA ESPAÑOLA.

473 cuadros en perfecto estado.
8 — con repintes ó mal restaurados.
6 — desmerecidos por la restauración.

487

Entre los 473 cuadros que, según se consigna en el anterior resumen, alcanzan un perfecto estado de conservación, hay varios que aun no han sido restaurados ni forrados; otros, que son los más, se hallan tan puros é intactos, como cuando salieron de manos de sus autores, y los restantes, en menor número, si bien contienen pequeños restauros en su color torcidos, esto no obstante no dañan ni ocultan ninguna parte esencial, ni menos interesante del cuadro, conservándose sus tintas sin que ninguna clase de líquido corrosivo las haya desvirtuado.

Los números señalados en el catálogo, á los ocho cuadros, que, según se ve, aparecen repintados, son 42, 43, 44, 46, 79, 243, 495 y 534.

Los repintes que casi por completo encubren las tintas de estos cuadros están de muy antiguo ejecutados al óleo.

Los números 46 y 79 representan: el primero, al Niño Jesús Divino Pastor, pintado por Murillo, y el segundo, una vista de Zaragoza ejecutada por Velázquez y mandada hacer á este pintor por el príncipe D. Baltasar Carlos, en ocasión de hallarse éste enfermo en dicha ciudad.

Ambos interesantes lienzos tienen completamente repintados á cuerpo de color los celajes; por la manera de hacer se distingue la mano del que sin poder averiguar el motivo, hubo de cubrir en el de la vista de Zaragoza, una muy hermosa virgen del Pilar, que sostenida por ángeles aparecía en el cielo.

Con los números 27, 183, 470, 542, 545 y 848 se registran los seis cuadros desmerecidos á consecuencia de la restauración. Los restauros que contienen y la limpieza apurada de sus tintas fueron hechos de muy antiguo, según lo acredita la manera empleada para ejecutarlos.

ESCUELA FRANCESA.

Ciento cuarenta y cinco son los cuadros que constituyen esta escuela, y sólo uno, señalado con el número 948, que representa una Bacanal, contiene algunos repintes, hallándose por varias partes abiertas ó desunidas las junturas de la tabla sobre que está pintado.

Los demás cuadros de esta escuela que embellecen con otros de Goya el salón de descanso gozan todos de un estado de conservación perfecta.

ESCUELAS ALEMANA, HOLANDESA Y FLAMENCA.

Si, como hemos demostrado al hablar de los cuadros que forman las escuelas Italiana, Española y Francesa, todos, con leves excepciones, se encuentran en un satisfactorio estado de conservación, esta misma circunstancia concurre, sin excepción alguna, en los 799 que juntos constituyen las escuelas sobredichas.

Difícil sería señalar un solo cuadro deteriorado en ningún concepto; todos parecen haber sido respetados y hasta tratados cariñosamente por el tiempo. Las operaciones diversas de la restauración se han desempeñado tan acertadamente que ninguno de ellos se ve despojado de la apreciada patina, ni de la entonación acordada de sus tintas, ni del grueso y pastoso color que es el distintivo peculiar de ciertos autores.

En cuanto á poder estudiar la historia de la pintura, preciso es acudir á todos los Museos de Europa, puesto que en ninguno se encuentran reunidos por completo los datos necesarios.

En la Galería nacional de Londres se ve casi por completo la escuela italiana, sin contar las muchas obras importantes que se hallan expuestas de las escuelas flamenca y holandesa.

En el Museo de Bruselas y en el de Munich pueden apreciarse con toda extensión la importancia que como coloristas tienen la escuela flamenca y holandesa.

En el Museo de Dresde estas mismas escuelas, además de otras obras importantísimas de los grandes maestros de las del Norte.

Por último, en el Museo de Berlín, si bien escaso de obras pictóricas importantes de todas las escuelas, tienen en su defecto admirables cuadros de Holbein, Lucas Kranak, y otros maestros fundadores de la escuela alemana.

En balde busquemos en todos los antedichos centros, excepción hecha de alguno que otro importante de la escuela española, obras de esta procedencia, pues si bien en Munich, Dresde y en Viena se registran algunos, son en su mayoría dudosos, dados los autores señalados, ó bien pertenecen á artistas de escasa nombradía. Bien considerado y para honra de Murillo, Velázquez, Ribera, Zurbarán y Cano entre otros muchos artistas españoles, de desear sería, que puestos de acuerdo un día todos los Directores de los Museos, se convinieran en hacer un expurgo de obras españolas que están mal clasificadas y desde luego se vería que pocos cuadros quedarían de los citados maestros y muy especialmente del segundo, al que se le adjudica el famoso cuadro de su familia en el Velvedere de Viena y algunos otros en Londres y en París.

Para conocer la escuela Española, preciso es acudir á nuestro Museo, y de aquí necesariamente las visitas que se le hacen y la nombradía que tiene.

A ser posible, y siguiendo la marcha hoy establecida en otras partes, para que las obras maestras puedan verse con todas las condiciones precisas de luz, para gozar de sus bellezas, preciso sería construir un edificio de un kilómetro capaz de contener lo mucho y bueno que poseemos.

Para ciertas individualidades todo es criticable, y caminando de exageración en exageración, se atreven á poner en duda y hasta negar la autenticidad de muchos de nuestros cuadros y de algunos otros, calificados por de autores distintos. Asunto es este muy fácil de probar, y muy difícil, por el contrario, si no se tiene en nada la costumbre de ver y comparar las relaciones, los inventarios y otros papeles que siempre son de útil consulta.

Si de esto no nos fiamos, posible es que no haya una palabra de verdad de cuanto se ha escrito en la historia. Lo mismo que aquí se critica sin justificado fundamento sucede en todos los Museos y aun más, pues constanding muchas equivocaciones, no se ve que se ponga remedio, ni que se asienten calificaciones á todas luces falsas.

No basta criticar por el solo espíritu de hacer la sombra y aparecer entendido; es preciso algo más: probar lo que se dice.

VICENTE POLERO.

ILMO. SR. D. DIONISIO GONZÁLEZ,

AUDITOR DECANO DEL TRIBUNAL DE LA ROTA.



La Iglesia se ha visto privada en el mes actual de uno de sus más preclaros miembros. El día 6 recibió Dios en su seno al Ilmo. Sr. D. Dionisio González, cuya vida, llena de actividad, de talento y de trabajos, sería prolijo reseñar. Nos limitaremos a dar una idea sucinta de algunos de sus actos, que dan testimonio de que su vida fue constantemente consagrada a Dios y a la Iglesia, anhelando siempre por su amor a la difusión de la instrucción religiosa y científica el bienestar de sus semejantes.

Modestos fueron los primeros maestros encargados de cultivar aquella tierna inteligencia, pero fundaron desde luego halagüeñas esperanzas del talento del niño que se les confiaba, esperanzas que no se vieron defraudadas, pues hizo en solo dos años en Carrión de los Condes los estudios de latín y humanidades, y el preceptor de dichas asignaturas (un domine) expidió certificación en que constaba que su discípulo D. Dionisio las poseía con perfección. Con igual aprovechamiento estudió en el Seminario de León los primeros años de Filosofía, terminando ésta en Valladolid, haciendo asimismo notables progresos en el conocimiento de la lengua griega, que simultaneaba con aquellos estudios. En esta última ciudad recibió el grado de bachiller en Filosofía *nomine discrepante*.

Pronto se le presentó ocasión de utilizar sus ya extensos conocimientos en bien de su propio país; pues en su pueblo natal (Barriosuso, Diócesis de León) explicó Filosofía, autorizado para ello por su título de bachiller, consagrándose con ardor a tan ingrata tarea, y consiguiendo que sus alumnos hicieran rápidos progresos. Pero su laboriosidad y su decidida vocación al estado eclesiástico le dejaban todavía tiempo libre para hacer estudios *privados* de Sagrada Teología, hallándose cerrados en aquella época los Seminarios y las Universidades. Tan pronto como se renovaron los estudios en el Seminario de León, se apresuró a acudir a sus aulas, y allí concluyó la carrera de Sagrada Teología, recibiendo el grado de bachiller en esta facultad en la Universidad de Valladolid *nomine discrepante*. Cursó con brillantez la carrera de leyes en la misma Universidad, recibiendo el grado de licenciado en Jurisprudencia a claustro pleno en el año de 1845, así como también el grado de regente en Griego. Se propuso entonces trasladarse a Saldaña, a cuyo partido judicial corresponde su pueblo, con el objeto de ejercer la abogacía; y aun cuando permaneció poco tiempo en aquel punto, supo conquistarse por sus vastos conocimientos y por su integridad y rectitud el aprecio de sus compañeros y la confianza absoluta de sus clientes, alcanzando ya desde entonces una reputación envidiable en el foro.

Fue luego nombrado por S. M. Canónigo de Puerto Rico, y el Ilmo. Sr. Fr. Francisco de la Puente, natural de Saldaña, que conocía muy a fondo las relevantes dotes de D. Dionisio, le nombró su Provisor, pasando juntos a Puerto Rico. Recibió las sagradas órdenes a principios de 1847; fue elegido Gobernador de la Diócesis, en ausencia del Sr. Obispo y en la vacante que ocasionó la traslación del P. Puente a Segovia. El Cabildo le nombró de nuevo Gobernador cuando vacó segunda vez aquella silla por la venida a España del Sr. Gil Estévez, en cuya época sufrió grandes disgustos y persecuciones, por defender con enérgico carácter las atribuciones de la autoridad eclesiástica y los derechos de la Iglesia.

Siendo ya Doctoral de Santiago de Cuba, le nombró su Provisor el Ilmo. Sr. Claret, continuando con los cargos de Provisor, Gobernador eclesiástico, durante las ausencias de este santo Prelado, y como celoso Rector del Seminario, hasta que en 1860 tomó posesión del Arzobispado el Sr. Negueruela. En ese mismo año regresó D. Dionisio a la Península, donde se le presentaba ocasión de poner a prueba todo su valor.

El Excmo. Sr. Claret le nombró vicepresidente de la Corporación de Capellanes, Rector del Seminario y director del colegio de San Lorenzo del Escorial, sin recibir jamás por tan múltiples cargos estipendio alguno. El fue el fundador del citado colegio, cuyas obras materiales fueron todas ideadas por D. Dionisio, y su voluntad firme y enérgica encontró medios para que en breve tiempo quedaran terminadas, pudiendo instalarse con comodidad un número bastante crecido de alumnos; él fue quien dotó al colegio de excelentes gabinetes de Física y de Historia natural, que aun hoy admiran los inteligentes que visitan la colosal y majestuosa fundación de Felipe II; él quien proporcionó profesores

distinguidos, quienes bajo la dirección constante y sabia del fundador trabajaron con celo y con inteligencia, consiguiendo que los alumnos de aquel centro de enseñanza dieran en los exámenes oficiales gallardas muestras de su aprovechamiento en los estudios hechos bajo tan acertada dirección; los distinguidos profesores del Instituto del Cardenal Cisneros, Sres. Galdo, Moya, Vallín, Merelo, Quintero y Suñá, quienes tuvieron ocasión repetidas veces de examinar a tales alumnos, dan hoy testimonio de la solidez de la enseñanza que allí se recibía; no son pocos los niños estudiosos de entonces que ocupan hoy, merced a sus conocimientos allí iniciados, cargos de grande importancia, premio merecido del término de sus carreras.

Pero el centro más atendido por D. Dionisio, al que consagró de lleno toda su actividad e inteligencia, fue el Seminario, dotado de profesores escogidos dentro y fuera de la Península, y donde no se limitaban los estudios a la Filosofía, Teología y Derecho canónico. Comprendiendo su dignísimo Rector que la época actual es de lucha, y que es preciso que la defensa sea proporcionada y aun superior al ataque, procuró que los jóvenes seminaristas adquirieran los conocimientos necesarios en Ciencias, Letras y Lenguas, consiguiendo establecer en su Seminario las dos primeras Facultades. Para el estudio de las Lenguas se valió de los eminentes profesores Sr. Naveló, sacerdote italiano, cuya reputación en la Filología estaba bien probada, el cual se encargó de la enseñanza del italiano, del francés y del griego, y del Sr. Braun, publicista alemán, autor de varias gramáticas acreditadas, quien desempeñó las clases de alemán, inglés y hebreo, mientras que el orientalista D. Francisco Ayuso, cuya Academia de Lenguas es hoy tan notable, explicaba la lengua árabe.

Allí explicaron profesores tan distinguidos como el tan sabio como virtuoso Sr. Obispo de Segorbe, el eminente exegeta bíblico D. Francisco Caminero, cuyo fallecimiento, ocurrido poco después de haber sido electo Obispo de León, entristece aún nuestro espíritu; D. Jenaro Espino, que tantos triunfos obtuvo en las aulas y en la cátedra del Espíritu Santo; los Padres Jesuitas D. Miguel Sánchez, D. Agustín Cabré y D. Mariano Ciaurriz; el Sr. Navarro, Doctoral de Avila; D. Bruno Solano; el químico poeta, gloria hoy de la Universidad de Zaragoza, D. José Navarrete, modelo en la profundidad y claridad de la exposición dogmática, y tantos otros que sería prolijo enumerar, todos los cuales, bajo la inmediata dirección de D. Dionisio, que a todo atendía, imprimía hasta en los estudios más insignificantes el sello de su sabiduría y acertada iniciativa, contribuyeron tan poderosamente a formar un centro de enseñanza, que llegó a una altura envidiable, consiguiendo que todos los alumnos dieran culto al estudio y a la práctica de la virtud. D. Dionisio, para quien nada pasaba desapercibido, tuvo muy poco que hacer para reprimir vicios y defectos propios de la juventud, pues allí sólo una cosa podía llegar a ser digna de reprensión: el excesivo amor al estudio que se había desarrollado en todos los jóvenes.

Mas aquel virtuoso y solícito director no consentía que ese defecto redundara en perjuicio de inteligencias lozanas, pero tiernas aun, pues frecuentemente aparecía a las dos y a las tres de la mañana en la habitación del alumno que se privaba del sueño por dar culto a la ciencia; su director le corría con prudencia y con cariño, y le amonestaba invocando el reglamento y la higiene, y tal era su ascendiente sobre todos, que bastaba el deseo sólo de no disgustar al superior para que no se repitiera una infracción que honraba indudablemente a su autor.

No es, pues, extraño que fueran tan óptimos los frutos obtenidos en el porvenir, siendo tan lozano y superabundante de vida el frondoso árbol que los produjo. Allí cultivaron con ardor las ciencias eclesiásticas y profanas, las lenguas sabias y las vivas alumnos tan aventajados como D. José Fernández Montaña, secretario que fue del Emmo. Cardenal Moreno, y actualmente Dean de la Catedral de esta Corte; D. Antonio Cervantes, Dean de Tarragona; D. José Hospital, Capellán de Reyes en Toledo; D. Antonio Martínez, Lectoral de Astorga; D. Carlos González, Rector del Seminario de León; Don Santiago de la Fuente, Director del colegio de Santoña; tantos alumnos como hoy honran a la misma Compañía de Jesús o ocupan cargos más o menos elevados, pero todos honrosos y desempeñados con acierto, inteligencia y laboriosidad.

Muchos de los jóvenes que allí se educaron se han consagrado a la enseñanza, existiendo en esta Corte algunos colegios fundados y dirigidos por ellos, tales como el de San Isidro, que entre los centros privados de enseñanza ocupa hoy el primer

puesto, si se atiende al número de alumnos matriculados, colegio que estuvo siempre bajo los valiosos auspicios de D. Dionisio, quien alentó con sus sabios consejos y vasta experiencia a los fundadores y directores, en cuya memoria vivirá eternamente el grato y dulce recuerdo de su protector; el de Isabel la Católica, dirigido por el ilustrado señor Nieto, colegio que es uno de los más acreditados de esta Corte, etc.

En 1868 la Junta revolucionaria del Escorial suprimió el Seminario y se hizo cargo del colegio. D. Dionisio, deseando hacer entrega formal de tantas riquezas artísticas como estaban bajo su custodia, invirtió todo un año en hacer tal entrega ante notario público, sin que las molestias y vejaciones que entonces se le irrogaron abatieran por un momento su espíritu elevado y templado para la defensa de la justicia.

En ese mismo año fue nombrado Auditor de la Rota, cargo que ha venido desempeñando hasta su muerte, consagrandose toda su privilegiada inteligencia y toda su proverbial integridad a los arduos asuntos que en aquel Supremo Tribunal se ventilan, y del cual era a su fallecimiento dignísimo decano.

Nunca dió importancia al fausto y pompa de la sociedad; nada, pues, tiene de extraño que al ser elegido senador en 1872, su modestia y anhelo por consagrar todo su tiempo a los asuntos del Tribunal de la Rota le obligaran a no aceptar una representación que tanto le honraba.

Siguiendo sus hábitos de trabajar siempre en favor de la Religión y de la instrucción, reedificó la Iglesia de su pueblo natal, construyendo además una capilla que dotó con todos los elementos necesarios, estableciendo contigua a ella una biblioteca selecta para uso y consulta del clero del país.

Una vida tan laboriosa, una existencia tan necesaria para la Iglesia y para la sociedad, estaba ya a punto de extinguirse. Tenaz dolencia venía minando insidiosamente aquella existencia preciosa, dando por triste desenlace el fallecimiento de varón tan ejemplar el 6 de este mes en su propia casa de Barriosuso, donde sufrió con resignación cristiana los dolores de la enfermedad y las angustias de la vida, si bien halló un grandísimo consuelo en los auxilios de la Religión católica, de la que había sido siempre fervoroso creyente y confesor práctico, inspirando admiración y ternura a cuantos le vieron de cerca, y rodeado constantemente de su buena y cariñosa familia, que le vio espirar con la tranquilidad del justo y la esperanza fundada del que siempre se había consagrado a Dios.

Su testamento, modelo de reflexión y de piedad, es la prueba más decisiva de su entusiasmo por la verdad católica, por la propagación de la ciencia sana y del afecto sincero que profesó a su Diócesis, y en particular a su país. Manda al Seminario de León algunos libros, entre ellos el Bulario, y otros a la biblioteca de San Lorenzo del Escorial.

Ordena a sus testamentarios la fundación de seis becas en el Seminario de León.

Deja fondos para la fundación y sostenimiento de siete capellanías, tres en su mismo pueblo, y cuatro en los inmediatos, siendo obligación de los Capellanes que las desempeñen ocuparse en la enseñanza de las primeras letras.

Establece seis dotes anuales de 3.000 reales cada una, para individuos de su familia y de otras personas de su mismo pueblo.

En 1876 fundó en su pueblo natal un estudio de Latín y Humanidades, donde reciben hoy enseñanza gratuita 70 alumnos, clase desempeñada desde su fundación por el Presbítero D. Baltasar González, cuya laboriosidad y aptitud para la enseñanza se han visto demostradas en los excelentes alumnos que ha presentado en los Seminarios de León y de Palencia, si bien hasta ahora el principal y más selecto contingente ha sido el proporcionado a los Padres Agustinos de Valladolid.

Los grandes beneficios que dispuso en vida a todo su país, y la utilidad que a este mismo han de reportar las fundaciones de que hacemos mención, no podrán menos de hallar eco en todo corazón generoso, reconociendo que con la muerte de Don Dionisio el país ha perdido un protector, el cual ha dejado un vacío imposible de llenar.

TRADICIONES DE TIERRA SANTA

(Continuación.)



¡AHORA bien! todos estos monumentos, paganos unos e hijos del desprecio y malicia de los hombres, y cristianos otros e hijos del amor y devoción de los primeros fieles, pero incuestionables todos, legítimos,

fehacientes, no desmentidos ni contrariados por ningún documento coetáneo, ni historiador de aquella época, ¿no prueban por manera elocuentísima la autenticidad de los Santos Lugares? Que han sido derruidos y reconstruidos muchas veces: tanto mejor. Cada reconstrucción (hecha indudablemente sobre las ruinas del monumento primitivo, pues no cabe conmemorar un lugar, trasladando caprichosamente el monumento a lugar nuevo) refresca la tradición y sella el lugar con signos indelebiles.

Documentos. Los hechos asombrosos que componen la vida, pasión y muerte del Redentor del mundo, y hasta los lugares en que acaecieron, no solamente se han conservado y llegado a nosotros por medio de tradiciones constantes, generalizadas y públicas y por medio de monumentos legítimos e insignes, sino también por medio de documentos y escritos de toda clase, auténticos, íntegros, no interpolados, fehacientes en una palabra. Tanto, que, aun prescindiendo de los Santos Evangelios, divinamente inspirados, pudiera escribirse la historia evangélica como otra historia profana cualquiera, sin que la crítica más exigente pueda rechazar, ni aun poner en duda los acontecimientos más importantes que tejieron este poema divino.

Supongamos que no es auténtica la carta, que se atribuye a Pilato, en la cual este procónsul romano da cuenta circunstanciada al emperador Tiberio de la prisión y muerte de Jesús, titulado rey de los judíos, ¿quién puede dudar de las *actas*, conservadas en Roma en tiempo de San Justino, el cual en su *Apologética*, dirigido a Antonino Pío, cien años después de la muerte del Señor, decía a los paganos, hablando de la vida, pasión y muerte de Jesús: — Y que todo esto sucedió como lo digo podéis conocerlo por las actas que fueron escritas siendo gobernador Pilato... »

¿Y quién no se admira al encontrar en las *Antigüedades judaicas* de Josefo, sacerdote, fariseo e historiador, la preciosa confesión siguiente? «Vivía en aquel tiempo Jesús, hombre sabio, si es que se le puede llamar un simple hombre, porque hacía cosas admirables y enseñaba la verdad a aquellos que deseaban aprenderla. Tuvo gran número de discípulos, así judíos como gentiles, y se creía ser el Cristo. Habiéndole hecho crucificar Pilato, por maldad de los jefes de nuestra nación, no por eso dejaron de serle fieles los que antes de su muerte se habían declarado discípulos suyos. Se les apareció vivo al tercer día, según los oráculos de los profetas, que habían predicho de él esto y otras cosas admirables. Aun en el día de hoy subsiste la secta de los cristianos que de él han tomado su nombre... » Pues bien; este historiador fariseo, enemigo de la fe cristiana, nació cuatro años después de la muerte del Redentor.

Fácil empresa sería, recorriendo los XIX siglos que lleva de existencia el Cristianismo, marcar de uno en uno los múltiples testimonios escritos en que se apoya la autenticidad de los hechos y lugares santos. Los que deseen más datos sobre el particular pueden consultar con fruto la hermosísima obra citada de los Sres. Fernández Sánchez y Freire Barreiro, tomo II, página 127. Como dicen perfectamente estos eruditos y piadosos autores, extrayendo las obras de San Jerónimo que, después de haber recorrido paso a paso toda la Palestina, vivió en la gruta de Belén, en los últimos años del siglo IV, «podría formarse una descripción completa de los Lugares Santos, tal como hoy día los conocemos... »

Basta y sobra lo expuesto para que el lector imparcial se convenza de que, sin incurrir en el escepticismo más absurdo y en la más demoledora crítica, es imposible negar la autenticidad de los Santos Lugares, evidentemente probada por las tradiciones, los monumentos y los documentos.

Por otra parte, los hechos evangélicos son rigurosamente históricos, y la autenticidad, integridad y divina inspiración de la Sagrada Escritura han sido una y cien veces demostradas.

¿Qué método debe, pues, seguir al coleccionar y referir las tradiciones de Tierra Santa? Imagínese el lector que peregrina conmigo por aquellos lugares, santificados por las plantas y sangre de nuestro Redentor Jesús; que fecundados por el divino rocío aquellos campos benditos están matizados de flores hermosísimas y fragantes, que son las tradiciones; y que tenemos tiempo y vagar suficientes para arrancar cuantas flores divisan nuestros ojos o percibe nuestro olfato; ¿qué haría mi piadoso compañero de viaje? Cogérlas a granel, sin orden ni concierto, sin previa elección y sin melindres de floricultor; formar con todas ellas un ramillete y traerlo a

España para regalarlo a sus parientes y amigos. Tal es precisamente mi caso. Pocas, poquísimas flores encontré en mi peregrinación rápida, que no hubiesen recogido y consignado ya otros romeros escritores; pero si nos sale alguna al encuentro, ¿hemos de despreciarla, porque no tenga en su apoyo la autoridad de un escritor? De ninguna manera.

El método, pues, que me propongo se reduce a lo siguiente:

En primer lugar, prescindiré de todo trabajo crítico para quitar la tradición que se narre o distinguir lo rigurosamente histórico de lo meramente conjetural y piadoso. En segundo lugar, siempre que sea posible, me atenderé de la manera más escrupulosa al Sagrado Texto, sirviéndome al efecto de la Vulgata del P. Scío. En tercer lugar, tomaré las tradiciones ya escritas de los autores que las han publicado, citándolas con exactitud, siempre que me sea posible. Y en cuarto y último lugar, someto anticipadamente todos mis pensamientos y palabras a la autoridad de la Iglesia, comprometiéndome a borrar con sangre de mis venas y a la menor indicación, no solamente lo erróneo, sino también lo peligroso, inexacto y hasta ligero.

II

JAFÁ.

La mayor parte de las peregrinaciones europeas, que se dirigen a los Santos Lugares, desembarcan en Jafá, única población del litoral asiático, que, aunque por medio de una mala carretera, está en comunicación directa con la ciudad santa. Bajo un cielo ligeramente azulado y casi transparente en medio de una atmósfera en todo tiempo dulce y cálida, los buques europeos, generalmente austriacos y franceses, que hacen esta travesía, avanzan hacia el Oriente con los peregrinos sobre cubierta, que no separan los ávidos ojos de las regiones por donde el sol aparece en el horizonte y que no pueden ocultar la emoción que embarga sus pechos al aproximarse al término de sus piadosos afanes. De pronto, una costa baja y nebulosa se divisa en la distancia; todos los corazones palpitan con fuerza, los gemelos marinos vienen en auxilio de los ojos, el buque avanza majestuosamente, cortando como si fueran de manteca las azuladas aguas mediterráneas y formando a derecha e izquierda de su quilla dos cascadas de espuma; la niebla se disipa, acentuándose las líneas de la costa, las montañas de Judea aparecen por la derecha, las de Samaria y Galilea, al Norte del país fronterizo, por la izquierda, la rada de Jafá está delante, y los peregrinos, con acento tembloroso de júbilo, entonan el *Te Deum laudamus*, cuyos piadosos ecos, en alas de las brisas occidentales van a morir a los pies de aquella puerta y balcones del *Hospitium Latinum Franciscanorum Terrae Sanctae*, que desde el mar se divisa.

Produce agradable efecto aquella pila de edificios, que formando anfiteatro, cubren las faldas de una cadena de colinas. En conjunto y a vista de pájaro, Jafá parece ciudad nueva o restaurada recientemente, cuando menos. Las terrazas, equivalentes a los tejados europeos; las palmeras, cimbreándose sobre los edificios más altos; los erguidos y delgados alminares, recordando caprichosamente el horizonte; las banderas nacionales, que ondean en los consulados; ciertos edificios recién construidos a orillas del mar; algunas quintas entre el follaje de los jardines o huertos siempre verdes, y aquel mal puerto sin vida y sin más rumores que los producidos por las agitadas olas al estrellarse contra las rompientes, componen un todo fantástico, ya que no poético, iluminado por un sol que a la vez derribe y deslumbra.

Las casas de Jafá descienden hasta la misma orilla del mar, del que las separaba en otro tiempo una muralla, cuyos restos se advierten todavía; la costa está completamente abierta a todos los vientos, menos al Levante, contra el cual la protege la población misma y las colinas que le sirven de asiento.

Una línea de peñascos y arrecifes se interpone entre el mar y la costa, haciendo peligroso el desembarco. Los vapores anclan a más de una milla de distancia, y el difícil trayecto se recorre en barcas, tripuladas por habilísimos remeros árabes que, rodeando y deslizando como anguilas por entre los canales que forman las cuevas de las rocas y el mar insidioso oculta, conducen al peregrino, no a la arena de la playa, sino a los sucios hombros de marineros medio desnudos, que metiéndose en el mar, cargan con el viajero como si fuese un fardo y le depositan en tierra firme, extendiendo la mano en demanda de *hajixá* (propina o limosna).

La ciudad de Jafá, llamada Jope (agradable) en la Sagrada Escritura, es una de las más antiguas del

mundo. La tradición supone que es anterior al diluvio, y añade que, por orden de Dios, Noé construyó el arca en Jafá. Destruída por las aguas, fué reedificada por el tercero de los hijos de Noé, llamado Jafet, el cual dió nombre a la nueva población. Más verosímil parece la etimología (del hebreo *Yafa*, que equivale a *hermosura* y también *mirador de la alegría*), que a la palabra *Jafa* atribuyen San Gregorio Nacianceno y Orígenes.

Jope era el límite de la tribu de Dan y el único punto por el cual la Judea comunica con el mar. A él abordaban las embarcaciones de Hirán, rey de Tiro, conduciendo los cedros destinados al templo famosísimo de Salomón. Aquí se embarcó el profeta Jonás para Tarsis, *huyendo de la presencia del Señor*. También desembarcaron allí los cedros con cuyas maderas se construyó el templo de Zorobabel. En tiempo de los Seleucidas, por haber los de Jope anegado traídoramente en alta mar a unos doscientos judíos, Judas Macabeo fué contra los matadores de sus hermanos, y de noche puso fuego al puerto, quemó las barcas y pasó a cuchillo a los que habían escapado de las llamas. Jafá puede llamarse por antonomasia la ciudad de San Pedro, pues en ella recibió orden el Príncipe de los Apóstoles de dar comienzo a la conversión de los gentiles y resucitó a Tabita.

La historia de Jafá es una serie de desdichas que hay que atribuir a sus fortificaciones y posición estratégica, pues es la llave de Palestina. En tiempo de Nerón, el general romano Cestio la tomó por asalto y degolló a sus habitantes. Repitieronse estos horrores en tiempo de Vespasiano. Restaurada otra vez, Constantino la erigió en Sede episcopal. En el siglo VII la conquistaron los árabes, y en 1099 la tomaron los cruzados para perderla en tiempo de Saladino, que pasó a degüello a sus moradores. La recobró Ricardo Corazón de León; cayó otra vez en poder de los musulmanes, pero la recuperaron los cruzados, y San Luis, rey de Francia, la defendió con fuertes murallas, torres y fosos. Pocos años después, Bibars, sultán de los mamelucos de Egipto, la conquistó definitivamente para el islamismo, en cuyo poder continúa, pero la redujo a un montón de escombros. Largo tiempo permaneció así, mas por último, fué reedificada y habitada. A mediados del siglo XVII establecieron en Jafá los franciscanos, tanto para evangelizar la población como para recibir y proteger a los peregrinos que van a recorrer los Santos Lugares. De nuevo la saquearon, cometiendo toda clase de horrores, los árabes en 1722 y los mamelucos en 1775. El día 3 de Marzo de 1799, el ejército francés, capitaneado por Bonaparte, puso sitio a Jafá, que, para su defensa contaba sólo con una guarnición de 4.000 hombres, y el día 6 de Abril, la ciudad fué bombardeada, tomada por asalto y entregada durante treinta horas a la matanza y al saqueo. Se dice que antes de retirarse definitivamente el general Bonaparte hizo envenenar a sus soldados atacados de la peste para impedir que los sacrificase el enemigo. En el primer piso del convento armenio se enseña aun la sala llamada de los *apetados*, porque allí tuvo lugar este espantoso crimen. A veces no hay diferencia alguna entre un gran conquistador y un gran criminal. Parte de Jafá quedó también destruída por un terremoto en 1838.

A todo esto se debe que sus edificios parezcan nuevos o, cuando menos, de no muy antigua construcción. Como dije al principio, Jafá se extiende en forma de pintoresco anfiteatro entre el mar y la cumbre de una cadena de colinas. Las turbulentas y azules ondas de la rada bañan los primeros y más bajos edificios del pueblo, mientras los últimos y más altos se agrupan en delicioso desorden sobre el lomo de la montaña. Sus calles son estrechas, tortuosas, empinadas, en forma de rampas o escaleras unas, abovedadas otras y sucias todas; pero reina en ellas tanta animación, especialmente los días de feria o mercado público, que el europeo no puede menos de admirar aquel abigarrado conjunto de hombres de todos los países, franceses, italianos, alemanes, turcos, beduinos, egipcios, blancos como la leche, negros como el ébano, tostados por el sol y casi de color cobrizo, vestido cada cual a diferente usanza, con mil harapos extravagantes y mezclados con recuas numerosas de camellos, caballos, borricos y hasta carrozas, pertenecientes a la floreciente colonia alemana.

Según la estadística del año último 1886, Jafá cuenta con 15.000 habitantes, de los cuales sólo 570 son católicos, o latinos, como dicen en Oriente. Los demás son musulmanes, judíos, griegos y armenios, cismáticos, griegos unidos, maronitas y protestantes.

Merecen especial mención y la visita del peregrino el convento de PP. Franciscanos, que tiene más bien aspecto de fortaleza y desde cuyos terrados

1. Santiago, etc., tomo II, págs. 134.

2. Libro XVIII, capítulo IV.

3. Santiago, etc., tomo II, página 138.

se dominan los jardines y la rada; la iglesia parroquial católica, que es la misma del convento, dedicada al Príncipe de los Apóstoles, representado en el cuadro del altar mayor durante la visión de los animales puros é impuros; el convento é iglesia de los griegos cismáticos, dedicada á San Jorge; el convento armenio con su sala de los apóstados, de triste celebridad por el envenenamiento que se atribuye á Napoleón; la fuente de Abú Nabbut, el bazar, el mercado, las colonias de egipcios, alemanes y mormones; el hospital nuevo é iglesia de las Hermanas francesas de San José; los huertos y jardines llenos de naranjos, limoneros, bananos, palmeras, sicomoros, nopales, higueros, anónas, nablas y otros árboles y arbustos, con sus correspondientes norias de canchales, semejantes á las que, hasta hace pocos años, se veían en la huerta de Valencia; las tenerías y la ciudadela ó *calda*, como dicen los árabes; y sobre todo los *lugares* en donde estuvieron la casa de Simón el Caridior y el sepulcro de Tabita.

M. POLO Y PEYROLÓN.

(Continuara.)

EL CRISTIANISMO

ODA I

Ode l'umana specie inferna giacque
Già per secoli molti la grande errore,
Fin d'al Verbo di Dio di accender piacque.
U' la natura, che dal suo Fattore
S'era allungata, unita a se in persona,
Con l'alto sol del suo eterno autore.

DANTE.—La Divina Comedia.—Del Paradiso.—Canto VII.

¿Cómo elevar el atrevido acento
que trémulo vacila,
y las alas soltar del pensamiento
sin el sacro fulgor al vuelo rauda,
al cantar la victoria
de aquel divino Mediador sublime
que el error aniquila
y á la doliente humanidad redime?

1. Esta composición poética, una de las primeras de su autor, obtuvo el primer premio, medalla de oro, en certamen celebrado en Málaga hace años, y no ha sido impresa hasta ahora.

¿Cómo el triunfo de la ley sagrada,
de los preceptos del Ungido? ¿Acaso
el vate humilde en su ambición osada
puede con digna majestad la gloria
decir de Dios y de la voz divina
el destello fecundo
de eterno bien y de immortal doctrina,
prenda de paz y salvación del mundo?
Mas ¡ah! de tal asunto á la grandeza,
el temor de mi espíritu aminora,
hoy que del Numen del Tabor la gracia
mi voz humilde con afán implora,
por que temple su auxilio mi rudeza.
¿Qué es sin su ardiente inspiración mi audacia?
¿Qué nueva aurora de bonanza esplende
tras de una edad que en sangre todo tinte,
en el siglo de Augusto, el divo César?
Roma del mundo la corona ciñe,
y sobre el mundo tiende
el águila imperial sus altos vuelos.
¿Qué pueblo á su poder no sometido?
Es la tierra su nido,
y suyo es el espacio de los cielos.



ATAQUE Y DEFENSA.

Mas ¡ay! que agobian su orgullosa frente
las cien diademas de sumisos reinos,
y su arrogante vuelo ya vacila,
y con temor del adalid potente,
desciende á Roma y clava su pupila
como funesto augurio en el Oriente.
¿Por qué plegas tus alas,
tú del mundo la audaz dominadora?
¿Qué cansa tu inquietud y tus enojos?
¿No eres la misma que cambió el destino
de una y otra nación, y triunfadora
en los feraces campos,

el fulgor reflejabas de tus ojos
en vivísimos lampos
sobre la fuerte lanza de Quirino?
¡Ay, no en vano presientes, Roma, inquieta,
tu próximo desdoro,
y no en vano, en los cambios de la suerte,
en tus enjutos párpados el lloro
y las duras congajas de la muerte!
Al mundo entero tu poder sujeta;
vives en paz, pero al festín del vicio
como bacante impúdica te lanzas;
al sangriento placer toda te entregas;

con rapidez hacia el abismo avanzas,
y á recelar no llegas
que el templo del placer ya se arruina
á una voz sacrosanta y poderosa
que al hombre ha de enseñar la senda hermosa
que á la virtud y al bien sola encamina.
Llegó ya el tiempo en que la estrella luzca
sobre el establo de Belén; la hora
en que á los sabios con su ciencia asombre
y á la verdad conduzca
aquel divino Redentor del hombre.
¿De qué te sirven, triunfador romano,

oh César, semi-dios, todas tus glorias?
 ¿Qué el imponer tus opresoras leyes
 y doblegar indómitas cervices
 de pueblos y de reyes?
 ¿Qué tu culto pagano
 imponer a las bárbaras naciones?
 A esa voz que se escucha de improviso
 vacila tu poder y se derrumba;
 es de tu fin el tremebundo aviso.
 ¿Te estremeces de espanto? Al eco suyo
 ves ante tí la inevitable tumba,
 y del ara y los altos pedestales,
 hundido ya en el cieno,
 ese Olimpo de dioses inmortales
 que simbolizan la pasión sin freno.

Esa voz es la voz de un hombre oscuro
 que confunde al error, da la esperanza;
 aleja la virtud del vicio impuro;
 la libra del poder de su asechanza;
 rompe los hierros del que esclavo gime;
 al ciego da la luz, la vida al muerto;
 los infortunios míseros consuela,
 y con lazos de amor los hombres une,
 y ejemplo el mismo de la ley sublime,
 de la santa doctrina que revela,
 y ya en el mundo su misión cumplida,
 víctima excelsa del rencor infausto,
 da a la muerte su vida, dando vida
 al pervertido mundo en su holocausto.

La divina paloma,
 descendiendo al Cenáculo, difunde
 las lenguas fulgurantes

en los toscos discípulos, é infunde
 luz y ciencia en sus almas ignorantes.
 Los mismos pueblos do sembró la muerte
 la espada del romano,
 el indefenso pescador convierte
 al dominio de Dios. Su voz se escucha
 del obstinado despota á despecho.
 La paz sucede á la sangrienta lucha,
 y la divina fe mira deshecho
 á sus plantas al ídolo pagano.
 El grave culto, el penitente lloro
 y la humildad cristiana se suceden
 al desenfreno, la licencia, el vicio,
 y á los lazos de unión los odios ceden.
 Mas en vértigo vil, sed iracunda
 de sangre y de venganza, en su derrota
 el impío al sentirse así humillado,
 toda su infamia y su rencor agota.
 Con horrible hecatombe al mundo espanta:
 los anchurosos circos
 la sangre de sus víctimas inunda...
 ¿La semilla del bien que se ha sembrado
 en tierra que es fecunda,
 con más hermosos frutos se levanta!
 ¿No te ves ya vencido?... ¡Cesa, cesa,
 verdugo, ya en tus horribles tormentos!
 Ya la señal de tu castigo impresa
 en tu rostro se advierte. De tu vida
 te encuentras en los últimos momentos.
 Ve ya desfallecida
 arrastrarse en las gradas de tu solio,
 oh César, á aquel ave prepotente,

al águila imperial del Capitolio.
 La virtud, el valor, todo te falta;
 que eres hijo de Rómulo desmentido;
 conducir ya no sabes victorioso
 tu fuerte carro á la región remota,
 ni ya el rebelde tu furor exalta:
 en la torpe molición, en el reposo,
 ni á los campos conduces tus valientes,
 ni recorres los mares con tu flota;
 y la margen del Rhin el franco huella,
 y el Eufrates el persa ya traspasa,
 y el godo ya los lindes atropella
 del Danubio, y más rápido el escita,
 allá en el Asia su dominio impone,
 y donde quier sus hacedores precipita.
 La púrpura que ostentas en tus hombros,
 el más audaz, el mercenario hereda,
 ó es de aquel que en sus locas ambiciones
 con su puñal arrebataría pueda.
 De la eterna ciudad, ¿quién por la gloria,
 por el honor vigila?
 ¿Quién los tiene siquiera en la memoria?
 ¿Y quién presiente al implacable Atila?
 En tanto al César el placer halaga,
 y en el festín cruento
 en sangre se embriaga.
 Marchad vosotros firmes al tormento,
 oh mártires de Cristo, y al verdugo
 doblegad la cerviz. Si al César plugo
 para agobiáaros con la culpa horrible,
 en cenizas trocar á Roma entera;
 con faz tranquila, en Dios el pensamiento,



LA ORACIÓN EN LOS ASILOS DE NOCHE.

sonreíd á la muerte que os espera.

¿No oís allá en la cumbre
 de los cielos, oh víctimas, el canto
 de la victoria? Oíd las voces puras
 que repite sin tregua el coro santo.
 ¿No sentís el fulgor de eterna lumbre
 á vosotros llegar de las alturas?
 ¿No veis ya del despecho en el delirio
 á los verdugos vuestros impotentes,
 mirando en vuestras diestras refulgentes
 ondear esas palmas del martirio?

El augur enmudece;

el oráculo tiembla, y con pavora
 va á esconderse en los antros del abismo:
 de luz lanzando su raudal fecundo,
 ya la enseña no más del cristianismo,
 espléndida fulgura,
 dando la vida y la salud al mundo.

Los siglos ya decrepitos se hunden
 entre las sombras del error; en vano
 mostrar intentan en su herida frente
 las huellas de poder más soberano.
 La Cruz sobre sus miserables ruinas
 es símbolo de paz; la Cruz fulgura

en la roja escarlata
 del Lábaro divino;
 sobre un mundo ya nuevo se retrata
 la fe que da la luz á Constantino.
 Y desde entonces el sagrado emblema
 es de los hombres protector y guía;
 con él no hay riesgo que afrontar ya tema;
 en él su gloria y su ventura flía.
 El madero del Gólgota, suplicio
 infamante, á sus pies, purificado
 de la maldad y el vicio,
 al mundo llega á contemplar postrado.

En donde reina la cultura marca
que sus destellos nítidos fecundan,
y las joyas eclipsa que circundan
la espléndida corona del monarca.
Es señal bendecida
que se imprime al que nace a la existencia
al recibir las aguas del bautismo;
es señal, siendo símbolo de vida,
que, de la muerte alzándose en presencia,
guarda es del hombre en su sepulcro mismo.

Vedla en manos de Pedro fervoroso
congregando a las gentes y naciones,
y en el Asia reuniendo esas legiones
de tan inclito aliento,
que conquistan al fin lauro costoso
sobre los muros de Salem; victoria
que otro lauro a dar llega y otra gloria
al inspirado vate de Sorrento.
Desde Pelayo hasta Isabel, ya alzado
de Covadonga en las breñas cumbres,
ya del Darro en la orilla,
ya en la hermosa ciudad avasallada
del musulmán por las rudas muchedumbres,
siempre a las lunas derrocando brilla.
Signo eterno y feliz, luz del humano,
en gallardo bajel cruza las olas
del inquieto Océano,
y ese mundo que en él está escondido,
como premio a la fe bien merecido,
añade a las conquistas españolas.
Allí del turco espanto,
de aquel joven de Austria en los bajeles,
anonada el poder de los infieles
en la feliz jornada de Lepanto.

Tales victorias en la lid alcanza;
mas en lid sanguinosa
donde se blande la homicida lanza!
En otras más pacíficas empresas
también la cruz splende victoriosa.
Apóstoles sublimes
del Evangelio Santo,
tan sólo con la cruz y su palabra,
a través de las bárbaras regiones,
victimas siendo de mortal quebranto,
de la fe son ilustres campeones.
Cien huestes protegidas del destino
pretendieron en vano en climas tales
el poder y los lauros inmortales
de la palabra de Javier divino.
Esos reflejos que la cruz envía
como la enseña del cristiano santa,
del genio esplenden en la frente un día,
y el genio entonces canta,
de inspiración y fe, de ciencia bendicho,
con acentos de mágica armonía,
al Verbo a nuestro mundo descendido.

Al eco dulce del cantor del Lacio,
la voz severa de Agustín sucede,
y a la perfecta Musa de un Horacio
que en profana grandeza a sí se excede,
reemplaza aquella de Sión sublime,
y cien y cien poetas maravillan
con la sagrada inspiración que ofrecen,
y cien y cien doctores
al incrédulo humillan,
y su saber ficticio desvanecen
de su divina ciencia a los fulgores.
La cítara cristiana
pulsó un Dante, y magnífica epopeya
la luz produce que del cielo emana;
Calderón la recoge, y en su mano
a sus preludios mágicos anima
aquel drama simbólico y cristiano
que al ingenio y la fe tanto sublima;
y a Teresa, la mística doctora,
pulsar le es dado sus vibrantes cuerdas,
y los puros anhelos
que la apartan del mundo en donde mora,
repite en sus acordes cuando asciende
arrobado su espíritu a los cielos.

Como a la luz del Cristianismo surgen
del arte las creaciones,
de su grandeza en homenaje digno!
Esas cúpulas, ved dónde se enclava
de redención el signo;
allí están de la fe las obras bellas;
en ellas se recaba,
y está del genio el esplendor en ellas.
Desde el mármol y el lienzo a que dan vida
el de Urbino, y Ticiano, y Benvenuto,
y el pintor hispalense, ved reunida
la expresión de esa fe: mirad el genio
cual le ofrece el magnífico tributo.

¿Quién pudiera cantar todas las glorias
de la santa doctrina dada al hombre,
por el que fué la víctima expiatoria
y fué su Redentor? Hijas de aquella,
Caridad, Esperanza, Fe divina,

sois hermosas virtudes. ¡Vuestro nombre
bendecido mil veces! Con vosotras,
con vosotras no más aquel que tiene
conciencia sana y corazón sincero,
la paz, la dicha y el contento obtiene.
Llano y fácil le hacéis aquel sendero
que al bien seguro, a Dios sólo encamina.

Oh luz del Cristianismo,
¡cuán viva esplendes sobre el mundo todo!
¡Cuán ahuyentas las sombras a su abismo!
¡Cómo sacaste del inundo todo
del vicio y la impiedad, regenerada
la estirpe del humano! Estrella ardiente,
que fulge donde quier, eres su guía
del Ocaso a Occidente,
del Norte al Mediodía.
A tus reflejos la verdad resalta,
y a sus tinieblas huyen confundidos
el error, la impiedad, hijos nefandos
de la mentida ciencia,
de la soberbia que feroz exalta
sus iras cuanto más es su impotencia.

¿A dónde el heresiarca va en su orgullo?
La confusión ofusca sus sentidos;
sella a la luz de la verdad sus labios.
Y sin ella, ¿qué son aquellos sabios
en los senderos del error perdidos?

Una voz de verdad sólo en el mundo
resuena prepotente;
la voz aquella que a los doctos turba,
del Niño Nazareno;
la que al procaz incrédulo anonada,
la que embelesa el corazón del bueno,
la que a los hombres une como a hermanos,
la que domina la del ronco trueno,
y apacigua a sus ecos soberanos
la inmensa furia de la mar airada.
Es el acento que al gentil detiene,
y ardiente apóstol de la fe le torna
y del profundo abismo le desvía.
¡Saul el blasfemo, el implacable Saulo,
ya el resplandor de la verdad ha visto:
sus ojos a la luz ya se han abierto;
ya el naufrago llegó a seguro puerto,
ya es el glorioso campeón de Cristo!
Esa voz es la misma que incesante
resonará en el tiempo venidero
hasta que llegue el temebundo instante
del juicio postrero...

Mas de esa voz que todo lo engrandece
y así en los labios de Jesús difunde
las leyes del cristiano,
¿cual la excelsa virtud pretende en vano
enaltecer su acento humilde y rudo?
¡Ay! si intentarlo con audacia pudo
quien de la digna elevación carece,
en gracia de su intento,
olvidese su vano atrevimiento
si alentado por él, tarde enmudece.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

DON JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA,
conde de Sástago. Fué este caballero
muy aficionado a las artes y gran protec-
tor de los artistas. En el Museo provincial
de Zaragoza se conserva de su mano un *San Agus-
tín*, al lápiz.

DOÑA MICAELA FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, pin-
tora de afición. En la Real Academia de Nobles Ar-
tes de San Fernando se conserva de su mano una
Concepción, a la aguada (copia).

D. ANTONIO FERRÁN, nació en Barcelona en 1786.
En la Exposición de dicha ciudad de 1845 presentó
El entierro del Señor, lienzo semejante al de *La hui-
da a Egipto* que anteriormente había terminado. En
el Museo provincial de Barcelona se conserva, entre
otras obras suyas, un *San Juan*. Murió a fines de 1857.

D. BERNARDO FERRÁNDEZ Y BADENES, natural de
Valencia, discípulo de D. Francisco Martínez y de
la Academia de San Carlos de aquella capital, donde
obtuvo diferentes premios. Entre sus muchas obras
citaremos: *San Simón Estoch recibiendo el escapula-
rio carmelita de manos de la Santísima Virgen*, *San
Pascual Bailón*. Falleció el Sr. Ferrándiz en 1884.

D. ANTONIO FERRANT, pintor catalán, de quien no
tenemos más noticia que la de que es autor de un
gran cuadro figurando *Santa Madrona*, pintado en
1829 y que figura en la iglesia parroquial de dicha
advocación en la capital del principado.

D. ALEJANDRO FERRANT Y FISCHERMANS, nacido
en Madrid en 1844. Recordamos de este autor las

obras siguientes: *Santa Catalina*, en el convento de
capuchinos de Cádiz; *Martirio de los Santos Servan-
do y Germán*, *La adoración de los pastores*, *San José
con el Niño Dios*, *Salvación del cadáver de San Sebas-
tían de la cloaca Máxima*, cuadro presentado en la
Exposición de Roma de 1877. *El entierro de San Se-
bastián* figuró en la Exposición Nacional de 1878 y
obtuvo primera medalla. En 1880 fué elegido el se-
ñor Ferrant individuo de número de la Real Acade-
mia de San Fernando.

D. LUIS FERRANT Y LLAUSAS, nació en Barcelona
en 1806. Sus primeros estudios los hizo con D. Juan
de Ribera y en las clases de la Academia de San
Fernando. Pensionado por el Sr. Infante D. Sebas-
tían Gabriel pasó a Italia. En 1842 fué nombrado
pintor de cámara de S. A. y en el mismo año el Rey
D. Fernando II de Nápoles le concedió el nombra-
miento de Académico de la de Bellas Artes de aque-
lla capital italiana. En 1848 fué nombrado pintor de
cámara de S. M. la Reina Doña Isabel II; fué indi-
viduo de varias Academias y murió el día 28 de Ju-
lio de 1868, a los 62 años de edad. Muchas son las
obras que existen de su mano; citaremos sólo las
siguientes: *La Virgen*, *San Juan y las tres Marías al
pie de la Cruz*, *El Ángel del Señor apareciéndose a
Tobías y su padre*, *San Antonio con el Niño Dios y
coro de ángeles*, *La Virgen con el Niño en los brazos*,
Una Concepción, *Los Sagrados Corazones de Jesús y
María*, *San Sebastián y Santa Cristina*, *La Virgen
en oración*, *La Virgen con el Niño Dios acariciándole
y coro de ángeles*, *San Fernando y Santa Isabel*, para
el Ministerio de la Guerra *Jesucristo en el Calvario*.
Cuando murió dejó sin terminar un cuadro grande
representando a *Los Santos Patronos de la familia
del Sr. Infante invocando la protección de la Virgen*.

D. GABRIEL FERRER, pintor mallorquín. Nació
en 1834 y a la edad de 15 años presentó en la Ex-
posición de Mallorca la copia de un cuadro repre-
sentando a *San Sebastián*. Son también obras de
este artista *La Visitación de Santa Isabel*, en una de
las paredes de la iglesia de Nuestra Señora de Gra-
cia en el monte de Randa; *Un Crucifijo* para la
Iglesia parroquial de la villa de Campanet; un *San-
tiago Apóstol* para el altar mayor de la iglesia de su
advocación en Alcudia. Murió el 24 de Diciembre
de 1883.

D. JOAQUÍN FERRER. En la Exposición del Círculo
de Bellas Artes de Madrid, celebrada en 1880,
presentó dos cuadros *La adoración de la Cruz* y *Una
iglesia de Roma*.

D. GREGORIO FERRO, nació en Santa María de
Lamas (Galicia) el año 1742 y estudió los principios
del dibujo en Santiago con un monje benedictino.
Muchas son sus obras, pero se cuentan como más
principales las siguientes: el cuadro del altar mayor
de las monjas del Sacramento (Madrid) que repre-
senta a *San Bernardo y San Benito adorando al San-
tísimo*; el que existe en la capilla segunda del lado
del Evangelio en la iglesia de San Francisco el Gran-
de y que representa en el patio de una casa pobre,
cubierto con una parra y adornado con una palma, a
San José que tiene en sus brazos al *Niño Jesús*, a la
izquierda la *Virgen María* acompañada de ángeles
compone la ropa de la cuna; un niño al lado derecho
teje una guirnalda de flores y otro presenta una cesta
de fruta, y por último unos ángeles arrojan rosas des-
de lo alto. En el retablo principal de la parroquia de
San Justo y Pastor de Toledo, un lienzo grande que
representa *La aparición de los bienaventurados Niños
al Arzobispo de Toledo Asturio* para revelar el sitio
donde yacían sus cuerpos; otro del mismo asunto
para Alcalá; *La Crucifixión de Jesús*, copia de Ra-
fael, para la iglesia de Alpañés en Aranjuez; Un
San Sebastián, de tamaño natural, y una copia del
Crucifijo de Velázquez en la Academia de San Fern-
ando. Falleció en Madrid a 23 de Enero de 1812.

D. DIONISIO FIERROS, natural de la Vallota, en
Asturias, y discípulo en Madrid de la Escuela supe-
rior de Pintura y de D. Federico de Madrazo. Entre
sus muchas y notables obras no citaremos más que
Una Dolorosa que llevó a la Exposición de la Co-
ruña en 1878 y *Santa Teresa en éxtasis* que existe en
las salas capitulares del Monasterio del Escorial.

D. JOSÉ FLANGÉ, pintor catalán, de quien se con-
servan en el Museo provincial de Barcelona una
Sacra Familia, *San Pablo*, *Las Marías* y *Jesucristo
en el Calvario*, pero la obra de más mérito de este
artista es la cúpula de la capilla del Hospital militar.

D. DIEGO FLORES. Este pintor presentó en la Ex-
posición de Cádiz de 1882 *El Sagrario de la catedral
de Sevilla*.

D. FELIPE FLORES. En el Museo provincial de Va-
lencia se conserva de mano de este artista un lienzo
representando *El Nacimiento de Jesús*.

D. RICARDO FLORES. En la Exposición celebrada
en Cádiz en 1880 presentó una copia del *San Fran-
cisco de Murillo*.

D. MIGUEL FLUYKENCH Y TELL, natural de Ta-

ragona. De entre las muchas obras de este artista citaremos solamente la *Muerte de San Bruno*, *Virgo prudentissima* y el *Calvario en el acto de la Crucifixión*.

D. FRANCISCO FONTANILLS Y ROVIROSA, pintor y grabador. Nació en Villanova de Sitges en 1777 y murió en 1827. En el Museo provincial de Barcelona se conserva una copia, al óleo, de su mano, representando a *San Francisco de Asís*. Entre sus obras de grabados debemos citar una *Cabeza de San Juan*.

DOÑA CAMILA FONTANILLS. En la Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1826 alcanzó medalla de plata por sus dibujos *La Virgen con el Niño Jesús* y *San José*.

DOÑA DELFINA FORTIN DE COOL, pintora francesa. En la Exposición nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1864 presentó, sobre porcelana, *La Concepción de Murillo* y *La Magdalena de Antolinez*. Por estas y otras obras fue premiada con una medalla de tercera clase.

D. MARIANO FORTUNI, ilustre y malogrado pintor catalán. Nació en Reus en 11 de Junio de 1838 y siendo muy niño pasó a Barcelona, en cuya Escuela de Bellas Artes estudió, haciendo desde el primer instante rapidísimos progresos. Se trasladó a Roma y después a París; en 1866 vino a Madrid por vez primera, y aquí se casó con Doña Cecilia Madrazo, hija de D. Federico. Son innumerables las obras de este ilustre pintor, dos de ellas son: *El santo patrón de Barcelona* y *El atrio de la iglesia de San Ginés en Madrid*. Dejó de existir el 21 de Noviembre de 1874.

D. AGAPITO FRANCÉS LLAMAZARES, natural de Palencia y discípulo en Roma de los Sres. Cocheti y Podesti en la Academia de San Lucas. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1866 presentó, entre otras obras, una *Concepción de Murillo*, acuarela.

D. JUAN FRANCH, autor del retrato de *Su Santidad Pío IX* en el palacio arzobispal de Tarragona y de los cuadros de *Santa Agueda* y *Santa Lucía* en la catedral de Tarragona. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1866 presentó *Santa Isabel Reina de Hungría dando limosna a los pobres*, *San Francisco de Asís*, *Una Dolorosa* y *Los Sagrados Corazones de Jesús y María*.

D. JOSÉ FREULLER ALCALÁ GALLIANO, marqués de la Paniega, vizconde del Barco, doctor en leyes y pintor de afición. En la catedral de Cádiz se conservan de su mano dos cabezas colosales de *San Antonio Abad* y *San Andrés*.

D. DIEGO FRUTOS. En el Museo provincial de Valladolid se conservan de su mano los siguientes lienzos: *El nacimiento de San Francisco*, *El bautismo de San Francisco*, *milagroso hallazgo de San Francisco después de muerto*, *Impresión de las llagas de San Francisco*, *San Francisco dando el hábito de religiosa a Santa Clara*, 27 cuadros semicirculares que representan *Martirologios de monjes de la Orden franciscana*, *San Francisco resucitando 30 muertos*, *San Francisco sustentando a 6.000 frailes en el desierto*, *El Papa Nicolás V visitando el cuerpo de San Francisco*, *Los sueños de Inocencio III*, *San Antonio de Padua convirtiendo a un hereje*, *San Nicolás en éxtasis*; *Excalando los moros la ciudad de Asís*, *es libertada por Santa Clara*; *San Francisco mandando a Egipto varios religiosos*, *San Francisco yendo a la conquista de la Tierra Santa*, *San Francisco por los aires en un carro de fuego*, *Fr. Salvador de Oña*, *Cinco Mártires*, *San Antonio y San Francisco*, *Alegoría de la Religión de San Francisco*.

D. LUIS DE LA FUENTE Y ALMAZÁN, natural de Guadalajara; es obra suya el lienzo que hay en el altar mayor de la iglesia de monjas bernardas de Madrid que representa a *La Virgen amparando bajo su manto la Orden del Cister*.

D. DOMINCO GALLEGO Y ALVAREZ, nació el año 1817 en Tembleque, provincia de Toledo, y fue educado en las Escuelas Pías de Madrid primero, y luego con los jesuitas. En las Exposiciones que celebró el Liceo valenciano en 1860 presentó un cuadro representando *La procesión de la Minerva de la iglesia de los Santos Juanes vista al anochecer en la plaza del Mercado*.

D. JOSÉ GALLÉ, natural de Valencia. En la Exposición de Bellas Artes celebrada en aquella capital en 1855 presentó un *Asunto histórico de San Vicente*, al óleo, y *San Vicente predicando*, copia.

D. MANUEL GÁLMEZ Y BLANQUEZ, pintor valenciano, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de su ciudad natal. En la Exposición celebrada en Valencia en 1871 presentó, al óleo, un *Interior del coro de aquella catedral*, siendo premiado por la Sociedad de Amigos del País.

D. JOSÉ GALOPRE Y COMA, nacido en Barcelona en 1819 y discípulo de diferentes escuelas de Italia. Entre sus principales obras se encuentran: *Pío IX rodeado de la corte de Cardenales*, hecho por encargo de Luis Felipe de Francia; *Retrato de Su Santidad*

Pío IX, pintado a la exaltación del mismo al trono pontificio, y que fue llevado en triunfo por el pueblo. También ha hecho varias reproducciones de dicho retrato: *Una Sacra Familia*, pintada en Roma en 1841 y que se conserva en Turín. El Sr. Galopre murió en Barcelona en 10 de Enero de 1877.

D. JOSÉ MARÍA GALVÁN Y CANDELA, pintor y grabador, natural de Madrid y discípulo de D. Luis Fagüez y de la Escuela superior dependiente de la Academia de San Fernando. Entre sus varias obras merece citarse un cuadro de *Una Virgen*, por cuyo lienzo obtuvo medalla de tercera clase y la distinción de que fuese adquirido para el Museo Nacional, y como grabador un *Asunto místico*, de Rubens; *Una Magdalena* y un *Ecce-Homo*, de Ribera, grabados al agua fuerte; a la Exposición de 1876 llevó, entre otros, *La Virgen*, de Velázquez, y *Santa Isabel*, de Murillo.

D. BERNABÉ GÁLVEZ. En Toledo, en la parroquia de San Andrés, se encuentra en un altar dedicado al *Santo Niño de la Guarda* (nave del Evangelio), el martirio de aquel inocente feligrés, copia del original de Bayeu que hay en la catedral. A los pies de la nave en otro altar *Santa Cecilia* y *Santa Agueda*, ejecutadas en 1807. En la iglesia de Santa María Magdalena de dicha ciudad existen de su mano: *La Verónica con el lienzo en que está impreso el rostro de Nuestro Redentor* (en el ático del altar del lado de la Epístola) y en los intercolumnios: *Jesús atado a la columna*, *La Oración del huerto*, *Un Ecce-Homo* y *El Tránsito por la calle de la Amargura con la cruz a cuestas*.

D. JUAN GÁLVEZ, pintor de crédito. Nació en Mora en 1774. Entre sus muchas obras citaremos, al óleo *La última Cena* y *La Oración del huerto* para la catedral de Pamplona; *El Viático en una casa pobre* y *El sacrificio de la Misa*, que presentó en la Exposición de San Fernando de 1839. Entre los varios dibujos que hizo, fuera de los ya mencionados, merece citarse una lámina de *San Juan Bautista*. Murió en Madrid en Enero de 1847.

D. ANTONIO GARCÍA, discípulo de D. Matías Lavifa. Cuando por efecto del fuego se arruinó gran parte de las riquezas artísticas del templo de las Descalzas (Madrid), el Sr. García reprodujo las pinturas del techo. En 1865 compuso y dirigió el monumento de Semana Santa estrenado en la iglesia de San Francisco el Grande. Son también obra de su mano *Los cuatro Evangelistas*, en las pechinas de la media naranja de la parroquia de San Martín.

DOÑA JOSEFA GARCÍA, natural de Bilbao y discípula de D. Juan Conrotte. De entre sus varias obras citaremos: *Los ángeles en casa de Abraham predican que Sara su mujer tendría un hijo*, y *Sophira y San Pedro*.

D. JUAN GARCÍA. En las Exposiciones de la Academia de San Fernando de 1849 y 1850 presentó respectivamente: *Jesús profetizando la ruina de Jerusalén* y *Santa Ana educando a la Virgen*.

DOÑA JUANA GARCÍA, natural de Bilbao y discípula del Sr. Conrotte. En la Exposición pública de 1862 presentó *San Pedro en la prisión*, lienzo que llevó también a la Exposición internacional de Bayona celebrada en 1864.

DOÑA JULIA GARCÍA. En la Exposición de Cádiz de 1879 fue agraciada con mención honorífica por una *Santa Cecilia*, copia de Quesada.

D. LINO GARCÍA, natural de Madrid y discípulo de la Academia de San Fernando y de D. Vicente López. En la Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en 1856 en Madrid presentó: *La Virgen María en contemplación* y la *Sagrada Familia*, y en la de 1858 *Santa Rosalía de Palermo*.

M. DE A.

(Se continuará.)

EL MENDIGO Y LAS HERMANAS DE LA CARIDAD

HACE algunos años vivía en París, en un cuarto miserable del barrio latino, un pobre anciano cuyo cuerpo era una sola llaga.

De joven había sido víctima de un accidente que le obligó a buscar toda su vida en la mendicidad los recursos indispensables para subsistir. Después de haber llevado durante cuarenta años por esta causa una existencia nómada, crueles enfermedades vinieron a postrarle para siempre en su lecho. Sus hijos, pobres y honrados traperos, le asistían cuanto les era posible; pero todos saben que la cesta y el gancho no han enriquecido jamás a nadie.

Las religiosas del barrio tuvieron noticia de su estado, y como necesitaba cuidados asiduos y penosos, se presentaron espontáneamente a ofrecerle sus servicios. No creemos preciso decir que éstos fue-

ron aceptados por aquellas pobres gentes, con la emoción que produce el agradecimiento.

Todos los días, pues, las buenas religiosas curaban las úlceras del pobre impedido, le llevaban las medicinas necesarias y lo fortalecían con sus palabras de aliento y resignación, que muchas veces mitigaban los dolores del cuerpo mejor que todos los remedios.

Estas palabras no caían, en verdad, sobre un suelo ingrato. Jamás los labios descoloridos del anciano dejaron escapar un grito, ni una queja, ni un gemido; una calma serena iluminaba siempre su semblante.

A pesar de las úlceras horribles que rotan todo su cuerpo, a pesar de la fiebre que hacía circular como una lava la sangre en sus venas y abrasaba su pecho, el anciano permanecía impasible. Su cara desfigurada por sufrimientos inauditos parecía rodeada de una aureola, y sus ojos, cercados de manchas lividas se iluminaban a veces con los resplandores de la alegría.

Un detalle, sin embargo, había llamado la atención de las religiosas.

Aquel pobre enfermo era, a no dudar, el más cristiano y el más resignado de todos sus protegidos. Nada, pues, tiene de extraño que sus palabras, sus gestos y sus miradas, les interesaran más que los actos de muchos otros. Pero habían notado que cuando entraban en el miserable albergue del anciano, éste, tan agradecido, tan respetuoso, respondía siempre sencillamente a sus saludos, sin hacer siquiera ademán de levantar un poco el gorro que cubría su cabeza.

¿Qué podía impedírselo?... Sus manos estaban enteramente libres...

Alguna vez una de las religiosas estuvo a punto de hacerle una pregunta, para poner en claro el misterio; mas nunca tuvo resolución bastante para ello. La santa resignación de aquel mendigo venerable, su tranquila serenidad, la desarmaban.

En fin, el anciano murió: su cuerpo extenuado, desgarrado por atroces dolencias, no pudo resistir más tiempo. Y murió como mueren los santos, con un himno de adoración y de amor en los labios. La alegría de los predestinados iluminaba en el momento de morir sus ojos, y daba a su fisonomía dolorida cierto resplandor celestial. En sus labios se dibujaba una sonrisa que iba sin duda a terminar en el cielo.

La muerte de un justo es, en verdad, un hermoso espectáculo, y cuantas veces he tenido la suerte de presenciársela, me he preguntado por qué alejar de él a los adolescentes y a los corazones débiles, a quienes podría enseñar el valor en la lucha y la felicidad en la victoria.

Las religiosas que habían asistido al anciano quisieron disponer por sí mismas lo necesario para su enterramiento. Les repugnaba entregar a manos mercenarias el cuerpo de un cristiano tan edificante.

Cuando procedían a los arreglos indispensables para aquel acto, se acordaron del detalle de que hemos hablado más arriba. ¿Por qué el anciano no descubrió jamás su cabeza?

Maquinalmente, una de ellas va a quitarle el gorro desteñido que llevaba siempre puesto; experimenta cierta resistencia: hace un ligero esfuerzo, y descubre...

¡Una corona de espinas!

A todos sus dolores, aquel pobre, aquel mendigo, había querido añadir esto para parecerse más a su Divino Maestro, y había muerto sin que nadie sospechara jamás su generoso y constante martirio.

(De Le Clézio.)

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

REUNIDOS en el Palacio Episcopal, y bajo la presidencia del Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, la Junta de eclesiásticos y gran número de señoras de lo más distinguido de esta Corte, para organizar las obras y fiestas religiosas que se han de verificar con la solemnidad posible en las Bodas de Oro de nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, el Rdo. Prelado de esta Diócesis expuso sencillamente el objeto de la sesión, y se procedió acto continuo al nombramiento de la Junta organizadora, siendo designadas para ello:

Presidenta, Sra. Marquesa de Miraflores; Vicepresidenta, Sra. Marquesa de Molins; Secretaria, señora Duquesa de Bailén; Vicesecretaria, Sra. de Silvela; Tesorera, Sra. Condesa de Villanueva de Perales; y Vicetesorera, Doña Mercedes Olazabal de Tapia. Se dividieron después los trabajos en cuatro

secciones, que serán: de *Oración, Dinero de San Pedro, Peregrinación y Exposición*, siendo elegidas presidentes de ellas respectivamente, Doña Carmen Concha de Gisbert, Sra. Condesa de Guaqui y señoras Duquesas de Medina de Rioseco y de Mandas.

Por último, se acordó que la próxima reunión se verifique en casa de la Presidenta, Sra. Marquesa de Miraflores, y se levantó la sesión.

La famosa Asociación Suiza de Pío IX (Pius-Verein), que tan repetidas demostraciones de fe y piedad religiosa viene dando desde su fundación, acaba de añadir un trofeo a su gloriosa bandera con las decisiones tomadas en la última reunión cantonal, encaminadas a reiterar en el año próximo con una pompa inusitada los afectuosos testimonios de fidelidad absoluta al Jefe Supremo de la cristiandad.

He aquí algunos de los interesantes períodos que llenan el discurso del canónigo Esseira:

«Señores y queridos compañeros:

«Amor, fidelidad al Soberano Pontífice.

«Estos sentimientos han constituido siempre una de las partes más queridas de nuestro programa... ¿Qué digo? Ellos son la base, el fundamento de nuestra Asociación.

«Cuando los fundadores dieron a nuestra Sociedad el nombre loado de Pío IX, tenían, seguro, fijo su pensamiento en el Gran Pontífice que gobernaba entonces la Iglesia con aquella energía, valor y confianza en Dios de que guardarán los siglos imperecedero recuerdo; pero vieron en Pío IX la personificación sobre todo el Papado, de modo que al estampar su nombre en nuestra bandera, inscribían a la vez estas palabras que acabo de citar: Amor, fidelidad al Jefe de la Iglesia, al Soberano Pontífice.

«Fieles a esta divisa, debemos rendir hoy a la augusta persona de León XIII todo el filial afecto que sentimos por Pío IX. En él, como en Pío IX, reconocemos al sucesor de Pedro, al Vicario infalible de Jesucristo. Para él, como para Pío IX, todo nuestro amor y reconocimiento.

«Dentro de poco presenciaremos en el mundo católico inefables transportes de júbilo y de placer, ofreciéndonos nueva ocasión para probar una vez más nuestros sentimientos de piedad filial a Aquel que Dios ha puesto a la cabeza de su Iglesia.

«El 31 de Diciembre de 1887 celebrará, si Dios quiere, con el quincuagésimo aniversario de su primera santa misa, sus Bodas de Oro.

«En el universo entero, la inmensa familia católica se prepara para celebrar tan glorioso aniversario.

«Friburgenses, hagámonos sinceramente dignos de nuestra antigua reputación. Suizos, demostremos una vez más que estamos unidos de todo corazón a los generosos compatriotas nuestros que, arma al brazo, guardan las puertas del Vaticano.

«Ya nuestro ilustre Obispo ha condescendido a la invitación del gran Comité establecido en Bolonia bajo la presidencia honoraria de un gran Príncipe de la Iglesia!

«Bajo estos auspicios me atrevo, pues, a dirigiros en este momento la palabra y deciros: ¡Adelante por el amor del Soberano Pontífice, por el honor de la Iglesia.

«Seguro de vuestra adhesión, permitidme os diga brevemente lo que anhelo de vosotros.

«Ante todo, vuestras oraciones.

«Sí, rogaremos por el Papa con el mismo fervor que en el seno de toda familia cristiana ruegan los hijos por su padre, pidiendo las luces del cielo para que aquel soporte los grandes riesgos y responsabilidades que entraña la misión de dirigir la familia y el hogar.

«Y cuando esta familia es toda la cristiandad, cuando el hogar es el mundo entero, ¡oh Padre! ¡cuán grandes deben ser vuestros cuidados, vuestros trabajos, vuestras inquietudes, vuestros suspiros, vuestras lágrimas!...

«Pero nosotros, nuestros hijos, ¡oh amantísimo Padre! oraremos por vos y Dios oirá nuestro ruego, y será vuestro consuelo, vuestra guía y vuestro apoyo.

«Pero esto es todavía poco.

«¡Padre! lo sabemos, sois pobre. Hijos malvados os han despojado; y bien sabemos que vuestra pobreza os es tanto más sensible, en cuanto vuestro corazón excesivamente compasivo quisiera a cada momento socorrer a los hijos desgraciados.

«Todos queremos, pues, en la medida de nuestras fuerzas venir en vuestro socorro y depositar reverente nuestro óbolo en la mano venerable que extendéis hacia nosotros con grande y magnánima humildad.

«Sí; ¡oh Padre! todos vuestros hijos acudirán; ni uno faltará.

«Yo bien entiendo la objeción que en este momento acude a cada uno de vosotros. Sí; pero nos-

otros somos pobres, os decís interiormente; no contamos con recursos suficientes para poner en las augustas manos una ofrenda digna del gran Pontífice.

«Ingresad en la Parva Asociación del Amor filial que acaba de ser fundada por el celo del Comité Central de Bolonia. Comprometeos a dar cinco céntimos por mes, y ¿quién no puede dar cada mes cinco céntimos? Comprometeos a recitar todos los días una pequeña oración por vuestro Padre, y él os recompensará como compensa siempre la Iglesia pagando ciento por uno, alcanzando para vuestras almas y para las almas de vuestros queridos inolvidables difuntos la inmensa gracia de la indulgencia plenaria.

«Durante algunos días os serán repartidos y difundidos por todas las parroquias varios impresos; vuestros aplausos son el más espontáneo testimonio de la excelente acogida que habéis de dispensarles, y con toda la efusión os anticipo por ello las gracias.

«Habréis oído hablar ya de los trabajos iniciados para la Exposición Vaticana, exposición verdaderamente universal, de las ofrendas de todas las partes del mundo.

«Las peregrinaciones partirán también de todas las apartadas regiones del orbe cristiano, y los hijos de la fe acudirán a Roma para postrarse ante el sepulcro de los Apóstoles, al pie de la Cátedra de Pedro, a los pies de León XIII.

«Nuestro cantón, nuestra patria serán representados dignamente en estas grandes manifestaciones.

«Por el momento, cúpleme rogaros de nuevo ingreséis el mayor número en la Parva Asociación del Amor filial.

«Haciéndolo así, daréis un nuevo testimonio de vuestra fe y de vuestro amor hacia vuestra Madre la Santa Iglesia, de la cual recibiréis pronta y eficaz recompensa; dando con ello el asombroso espectáculo de esta unidad católica, que nada puede romper, evocando a todos el *cor unum et anima una* que en los primeros siglos de la Iglesia llenaba de admiración a los enemigos del nombre cristiano».

La Junta central establecida en Viena para los preparativos de la celebración de las Bodas de Oro de Su Santidad León XIII ha dirigido un manifiesto a los católicos de Austria, firmado por los individuos de dicha Junta, a saber: el conde de Pergen, presidente; conde de Kuefstein, vicepresidente; barón Adrian-Werbourg, F. Aumayer, conde de Bellegarde, conde de Chorinsky, príncipe Czartorisk, conde de Falkenhayn, landgrave de Fuerstenberg, barón Max de Gager, P. Benito Gsell, conde Ledebur-Wichein, príncipe de Liechtenstein, príncipe M. de Lobkovic, príncipe F. de Lobkovic, conde de Nostitz, conde Pallfy, canónigo Paulinovic, barón Popiel, barón Reyet, conde de Schoenborn, F. Jechuch, conde Spiegel, Juan Turnher, príncipe Obispo Valusi, Wageler, abate Wilclanet, príncipe Vindisch-Praetz y barón de Zesner.

El indicado manifiesto comienza así: «Ha querido la Trinidad de Dios Todopoderoso conceder en estos tiempos a su Santa Iglesia, en la persona de León XIII, un Vicario en la tierra que manifiesta su sabiduría y todos los dones intelectuales para servir de faro luminoso al género humano en las fluctuaciones de la época moderna».

Se ocupa luego el manifiesto en indicar cómo el espíritu revolucionario ha infiltrado hasta en las naciones católicas más antiguas, llevando su influencia perniciosa a los más altos poderes gubernamentales.

Tratando la cuestión del poder temporal del Papa, combate el manifiesto la usurpación revolucionaria, y expresa la intolerable situación actual del Romano Pontífice.

Relata después el documento en que nos ocupamos lo que se ha hecho para celebrar dignamente las Bodas de Oro del Jefe Supremo de la Iglesia, e invita a los católicos austriacos a organizar una gran peregrinación nacional encargada de poner a los pies del Soberano Pontífice las ofrendas de la Monarquía austriaca.

El manifiesto concluye así: «Esperando ese gran día, festejemos y honremos al Padre Santo, renunciando en todos los reinos y pueblos de nuestra Monarquía a los dispendios nacionales y desarrollando los principios verdaderamente conservadores en el terreno común de la Santa Iglesia y acomodándonos a las intenciones del Soberano Pontífice».

Al manifiesto siguen varios documentos relativos a la organización de la peregrinación nacional y de las diputaciones austriacas.

Por el Obispado de Girona se ha publicado la siguiente exhortación:

«Al clero y fieles de nuestra amada Diócesis: Orde-

nado de sacerdote nuestro Santísimo Padre León XIII el día 23 de Diciembre de 1837, a los 27 años de su edad, cumplirá con el favor de Dios al fin del próximo 1887 el quincuagésimo año de su primera misa. Después de cincuenta años de luchas y de victorias continuará ofreciendo en el curso de su vida por la salud de la humanidad aquella Víctima inmortal, aquella Hostia pura, santa e inmaculada, que en los vehementes y castísimos fervores de su juventud ofreciera por primera vez en la capilla del Vicariato, siendo Cardenal Vicario el célebre Odescalchi, de cuyas manos el entonces joven Pecci había recibido el sagrado orden del presbiterado. Ese fausto acontecimiento, llamado las Bodas de Oro, que cuando se verifica en un simple sacerdote se complacen en celebrar sus amigos y los individuos de su respectiva familia con especiales demostraciones de gozo y estimación, es muy natural y conveniente, que al verificarse en Su Santidad León XIII, se esmeren en solemnizarlo con espléndidas manifestaciones de filial afecto y adhesión inquebrantable todos los miembros de la gran familia cristiana, de la cual es Cabeza y Padre amantísimo. Los gravísimos fundamentos de esa conveniencia vienen clara y elocuentemente indicados en la carta, que con fecha de 29 de Junio último se ha servido dirigimos el Eminentísimo Cardenal Schiaffino y transcribimos a continuación:

(Copia aquí la carta que ya conocen nuestros lectores y añade):

«Los buenos católicos de todo el orbe, alcanzando la importancia de esas consideraciones consignadas en la transcrita carta del Eminentísimo Purpurado, inspirándose en sentimientos rectos y elevados, en su amor, veneración y agradecimiento hacia el sapientísimo Papa hoy reinante, en su fidelidad a la Iglesia y a la Sede Apostólica, y en su celo por la gloria de su Dios, de su fe cristiana y de su religión sacrosanta, y unidos por el espíritu de concordia en un mismo pensamiento, se proponen festejar dignamente el Jubileo Sacerdotal de León XIII. Al efecto se halla hace tiempo constituida en Bolonia una Junta promotora, que tiene un Vicepresidente en cada nación; y recientemente se ha puesto toda la obra bajo la presidencia honoraria del mencionado señor Cardenal, según de su carta resulta. Un gran número de Diócesis de España y de muchas otras naciones se aprestan ya para tributar filiales obsequios y dar al gran Pontífice, que en días tan difíciles y acerbos rige con tanto acierto los destinos de la Iglesia, expresivos testimonios de afecto y devoción y verdaderos motivos de consuelo con ocasión de sus Bodas de Oro.

«La Diócesis de Girona, que con razón cuenta entre sus más brillantes glorias su constante adhesión a la Santa Sede y un generoso desprendimiento en favor del Papa inicuamente reducido a pobreza y cautiverio, ocupará, no lo dudamos, un puesto de honor en los festejos que se preparan para solemnizar el Jubileo Sacerdotal del Padre común de los fieles.

«Con tan grata esperanza, a fin de promover y organizar esta interesante obra, hemos nombrado una Junta de Eclesiásticos y otra de Señoras, cuyas distinguidas calidades son una firme garantía del buen éxito de la misma. Las personas que componen dichas Juntas son las siguientes:

Junta Diocesana de Sres. Eclesiásticos promotora de la celebración del Jubileo Sacerdotal y Bodas de Oro del Padre Santo, en Girona.

Presidente, M. I. Sr. D. Luis Martorell, Dignidad de Chantre.

Vicepresidente, M. I. Dr. D. Marcelino Herranz, Canónigo.

Vocal, M. I. Ldo. D. Antonio M.ª Oms, Canónigo Penitenciario.

Idem, Rdo. Sr. D. Miguel Coderch, Cura párroco del Mercadal.

Idem, Rdo. Sr. D. Juan Fuster, Cura párroco de San Félix.

Idem, Rdo. Sr. D. Ignacio Servitja, Económico de la Catedral.

Secretario Tesorero, Rdo. Ldo. D. Francisco Peramón, Catedrático del Seminario Conciliar.

Junta Diocesana de señoras.

Presidenta, Sra. D.ª Rosa de Ferrer de Carles.

Vicepresidenta, M. I. Sra. Condesa de Berenguer.

Idem, Sra. D.ª Adelaida de Maranges Pastors.

Tesorera, Sra. D.ª Concepción de Manresa, Viuda de Cors.

Vocales, Excm. Sra. D.ª María Nolla de Araoz.

Idem, Sra. D.ª Manuela de Pastors, Viuda de Llinás.

Idem, Sra. D.ª Pilar de Pastors, Viuda de Rigau.

Idem, Sra. D.ª Filomena de Batlle de Prim.

Vocal, Sra. D.^a Carmen de Vilals de Majuelo.
Idem, Sra. D.^a Teresa Almar de Catalá.
Idem, Sra. D.^a Ana Burch, Viuda de Artigas.
Secretaria, Srta. D.^a María Rosa de Berenguer.
Idem, Srta. D.^a Clemencia Tuyet y Santamaría.

*Nós prometemos del vivo interés que inspira a nuestros amados Párrocos cuanto pueda ser consueño para el Padre Santo, que según se lo aconsejen ó consientan las circunstancias de su respectiva parroquia, formarán juntas auxiliares de las diocesanas; y que en los pueblos donde esto no sea factible por las condiciones de la localidad, procurarán con el mayor ahínco y del mejor modo posible que sus feligreses coadyuven á la gran demostración de que se ocupa todo el mundo civilizado. Y no sólo de los Párrocos, si que también de los demás sacerdotes, ya que al sacerdocio corresponde dar ejemplo en manifestaciones de sincero catolicismo, esperamos confiadamente que se esmerarán en interesar á los fieles por la de que tratamos, induciéndolos á tomar parte en las siguientes obras, cuyo fomento recomendamos especialmente á los mismos y á dichas Juntas:

*1.^a Una santa liga de oraciones, ya públicas, ya privadas, y de otros actos piadosos para impetrar de Dios la conservación del Papa hoy reinante y su libertad y el triunfo y la paz de la Iglesia.

*2.^a La limosna de la misa reunida merced á pequeñas ofrendas (por ejemplo dos cuartos mensuales) de los católicos de todo el mundo, las cuales se entregarán al Papa como limosna de la misa del quincuagesimo aniversario del primer sacrificio por El ofrecido.

*3.^a Una exposición general de productos del arte ó industria de los católicos en el Vaticano para ofrecerlos después como regalo á Su Santidad, reservando una parte principal á los objetos relativos al culto. A esta Exposición Vaticana pueden concurrir desde el inspirado artista con productos de su talento é ingenio hasta la tierna y humilde niña con la sencilla y modesta labor de sus manos, las señoras aun de familias menos acomodadas, los conventos y casas de religiosas, los colegios de señoritas y las escuelas de niñas, y aun las señoras que no puedan hacerlo con su labor personal contribuyendo con sus donativos á los gastos necesarios para las labores de las expositoras pobres.

*Al presente creemos suficientes para el objeto las instrucciones que llevamos consignadas; y en lo sucesivo iremos dando las que estimemos oportunas y convenientes, á fin de que la Diócesis gerundense, manteniéndose fiel á sus gloriosas tradiciones de amor y adhesión filial al Vicario de Jesucristo, se distinga y brille por estos sentimientos en los universales festejos de las Bodas de Oro de León XIII, y se atraiga con ello especiales bendiciones de Dios.

Gerona 21 de Noviembre de 1886. — TOMÁS, Obispo de Gerona.

La Junta Diocesana de Valencia encargada de recoger piedras preciosas para la estola que ha de regalarse á Su Santidad León XIII ha obtenido las siguientes:

De la parroquia de Santa Catalina, un brillante, cuyo valor asciende á 1.250 reales; de Pedralva, una cornalina engastada en un anillo de oro; de Tabernes Blanques una perla; de Villamarchante, una esmeralda; Villalonga, un diamante rosa; Rafal de Almunia, una esmeralda; parroquia de San Lorenzo, un rubí oriental; Masanasa, una esmeralda; Alcintara, una amatista; Benetuser, un topacio; Ayodar, un diamante engastado en oro; Bonrepós, una perla; Sollana, un brillante engastado en oro; Cirat, un topacio; parroquia de San Miguel, un brillante; parroquia de San Salvador, una amatista; parroquia de Santa Cruz, una esmeralda; de Torrente, un brillante engastado en oro; parroquia de San Martín, un diamante y dos topacios; parroquia de San Pedro, un diamante rosa; Benimarfull, una amatista; parroquia de San Esteban, una esmeralda; de Nucia, un diamante; de Puebla del Duque, un diamante rosa; de Picaña, una amatista y un topacio; de Algar, 562'10 reales; de Palma de Gandía, 100 reales; de Ador, 100; de Paiporta, 100; de Sempere, 100; de Alcira, 780; de Senija, 100; de Silla, 102; de Pego, 200; de Ebo, 80; de Palomar, 100.

El presente que la Junta Diocesana de Tortosa ofrece á Su Santidad, con motivo de la celebración de *Las Bodas de Oro*, es un cáliz de carácter románico-bizantino. La copa será de oro puro, así como los esmaltes que adornan el resto del cáliz. Los adornos de la copa serán calados y cincelados, enlazados con racimos, emblema de la Sagrada Eucaristía, terminando con 18 rubíes, símbolo del amor.

El nudo ó nuez, todo cincelado, va rodeado de doce escudos esmaltados, representando los Arciprestazgos de la Diócesis. En el pie irán, en su frente y reverso, dos escudos de S. S. León XIII con las estrellas de diamantes, y entre ellos los escudos del Obispado y de la ciudad de Tortosa; en los espacios que dejan esos cuatro escudos, figurarán cuatro ángeles en bajo relieve sosteniendo unas cintas con los lemas de cuatro principales Encíclicas promulgadas durante el pontificado de Su Santidad, terminando con una faja con la dedicatoria esmaltada de carácter monacal. El caño que une la copa con el nudo y éste con el pie lleva dibujos de esmaltes de diferentes colores simbólicos de la verdad, amor y vida. La patena en su reverso tendrá un medallón con esmaltes alegóricos á la Sagrada Eucaristía.

EL CALDEO DEL HOGAR

(Continuación.)

ADORNADA la chimenea con tan detestables condiciones económicas, no es extraño que la estufa sea tan preferida por las familias que tratan de calentar su habitación sin el despilfarró que hoy trae consigo la chimenea. El día que ésta, desprovista de sus graves defectos actuales y ayudada con las condiciones de la casa, llegue á donde realmente puede llegar, nos veremos libres del ridículo espectáculo ofrecido hoy á los vecinos presentándoles una lujosa chimenea tapada por una estufa. ¿En qué quedamos? preguntarán con sobrada razón. ¿Nos hemos de calentar con la chimenea, ó con la estufa ó con las dos á la vez? Si la chimenea no sirve, no es fácil comprender por qué se ha establecido; y si existe por puro adorno, éste queda muy mal parado desde el momento en que tiene que agruparse con su inseparable estufa. Así se considera á la chimenea como objeto de lujo, y mucho más aún al calorífero de aire caliente, reservado en nuestro país á las familias pudientes; sin embargo, la industria tiende á facilitar los medios de adquisición y sostenimiento, á fin de que los goces de las clases superiores sean disfrutados también por las inferiores, por lo cual debemos estudiar la cuestión para ver si conseguimos proporcionar á los que tan violentamente emplean hoy la chimenea el medio de valerse del calorífero con menos gasto; que los que sólo pueden aspirar hoy á una defectuosa estufa se sirvan igualmente por calorífero por menos gasto también; y por último, parte de los que sólo pueden emplear el brasero se encuentran servidos por calorífero y sin gasto alguno.

Ventilación. — Se dice que la chimenea, si bien es costosa de sostener y poco eficaz de calentar, ventila bien. Veamos hasta qué punto merece el calificativo de buena ventiladora.

El principio fundamental de una perfecta ventilación se reduce á que el aire nuevo en su marcha por el local vaya arrastrando todo el aire gastado hacia la salida. Si en verano se trata de ventilar y refrescar un local, como el aire fresco que introducimos es más denso, y por consiguiente, más pesado que el que encuentra en la habitación, se extenderá por el suelo é irá subiendo como el agua de un estanque que llenáramos. En este caso, la entrada del aire la dispondremos por el piso, y junto al techo la salida. Si, por el contrario, hemos de calentar y ventilar una habitación, como el aire caliente que introducimos pesa menos que el ya más frío del local, se correrá por el techo é irá bajando á medida que se entra y va dejando plaza al más reciente. En este caso, la entrada del aire ha de estar junto al techo y muy baja la salida, para que de preferencia se marche la capa de aire más frío y más gastado para los efectos de la respiración; en la inteligencia de que nos referimos á las habitaciones, pues si se trata de las iglesias, teatros y demás locales de gran altura, habría que tomar otras precauciones que ahora sería ocioso mencionar.

Conociendo el principio fundamental de la ventilación, veamos cómo ventila la chimenea. Siendo el objeto que nos proponemos al encenderla defendernos contra el frío, el aire que procedente de la calle penetra en nuestra casa en reemplazo del que constantemente se está yendo por la chimenea pesará más que este último, formando sobre el piso una capa de más ó menos espesor y dejando mayor altura el aire que ya teníamos, el cual, por no ser tan frío como el de la calle, al estar más dilatado pesará menos. Alimentándose la chimenea precisamente de la capa más baja del aire, se lleva de preferencia el aire nuevo y nos deja el gastado. ¿Se puede decir, por tanto, que ventila bien? Lo hace con exceso; pero es simplemente para ventilarlos y enfriarlos los pies.

Difícil propagación del aire caliente. — En toda pieza en donde exista un aparato calificador, de cualquier clase que sea, se establece un movimiento circulatorio en el aire. El recientemente caldeado se sube al techo, y contra el suelo hallaremos el más frío, que á su vez, al caldearse de nuevo, sube; y así sucesivamente se establece una circulación continua que acaba por ir caldeando toda la masa de aire de la pieza en cuestión. Si ésta la ponemos en comunicación con la inmediata, abriendo la puerta, en el momento se establecen dos corrientes contrarias, penetrando por la mitad inferior de la puerta el aire frío de la pieza contigua, y saliendo á la misma el aire caliente de la primera. Recordando que el aire más caliente de ésta se halla hacia el techo, á donde no llega la puerta, dicho aire más caliente no tiene salida, y si únicamente la tiene el templado, que está por debajo de la máxima altura de la puerta. En la segunda pieza ocurre lo propio: junto á su techo conserva el templado que ha recibido, dejando pasar á la siguiente por la otra puerta el aire menos templado todavía, y así sucesivamente va pasando el aire de una pieza á otra cada vez con menor calor, lo cual explica del modo más conveniente la ineficacia de un aparato para calentar toda habitación ocupada por una familia. Lo que acabamos de ver es en el supuesto de que todas las puertas permanezcan abiertas, y aun así, la ineficacia del caldeo no puede ser más patente, por cuanto ocasiona tan sensibles diferencias de temperatura en las diferentes piezas. Veamos ahora lo que ocurre con las puertas cerradas, estando la chimenea en el gabinete, como es lo general en donde no hay más que una, si se quiere por lo menos tener la sala abrigada, cerrando su puerta de entrada, se la incomunica con el resto de la casa, y entonces, no sólo la chimenea es completamente inútil para el caldeo interior, sino que contribuye á su mayor enfriamiento, como á seguida veremos. El aire que la chimenea necesita entrar, parte por las rendijas de los balcones, y el resto vendrá por las de la puerta de lo interior de la casa; es decir, que estas piezas interiores tienen que contribuir con su contingente de aire que necesariamente han de tomar de lo exterior, sufriendo el consiguiente enfriamiento, y por lo tanto, no sólo la chimenea deja en absoluto de calentar lo interior, sino que evidentemente contribuye á su mayor enfriamiento. En vista de esto, bien podemos decir, sin temor de equivocarnos, que al cerrar la puerta de la sala la chimenea es el calorífero de la sala y el refrigerante del resto de la casa. No hay familia que use la chimenea que no conozca prácticamente todos estos desagradables efectos; y aun cuando no se los explica, se lamenta, y con sobrada razón, de que gasta el dinero y no vive abrigada. En el curso del presente escrito tendremos ocasión de ver lo contrario, demostrando la posibilidad de que algunas familias vivan abrigadas sin gastar un céntimo.

La desagradable diferencia de temperatura que se nota en las diferentes piezas del domicilio no depende, principalmente, de emplear hoy día tal ó cual sistema de caldeo: con más ó menos intensidad se observa lo mismo con la chimenea que con la estufa ó con el brasero; la causa principal no es otra que la disposición especial de nuestras habitaciones, la cual se opone tenazmente á la propagación del calor.

Volviendo á la chimenea, recordemos que, por lo general, sólo calienta por radiación el aire que tiene delante y á escasa distancia, el cual se eleva estableciendo la circulación de que hemos hablado; pero como radiación, el aire se calienta muy débilmente, y ha de ir perdiendo tanto de una pieza á otra, se explica perfectamente la absoluta inutilidad de la chimenea para calentar todo el recinto ocupado por una familia. Si además, por considerarla como un objeto de ostentación, colocamos la chimenea en la pieza de recibir, casi siempre á un extremo de la casa, ¿qué calor ha de llegar, no al otro extremo, ni tan siquiera á las piezas centrales de la misma? De aquí la necesidad de multiplicar el número de chimeneas, ó poner además estufas y braseros si se ha de conseguir uniformar la temperatura, tan deseada por la familia, como imposible de alcanzar con economía, dado el atraso en que se halla el caldeo del hogar doméstico.

Nos hemos ocupado en examinar las condiciones de nuestro domicilio, y hemos hallado la explicación de lo imposible que nos es alcanzar la uniformidad de temperatura, por la dificultad que oponemos á la necesaria marcha del aire caliente, y nos falta ahora ver lo que acontece con el aire frío. Este, al penetrar por las rendijas, y por estar más frío, se cibe al suelo, como hemos visto, por pesar más que el de la habitación; luego sabemos que el camino del aire más caliente es al techo, y el del frío al suelo. Ahora bien: mientras al aire caliente le oponemos tantos obstáculos como paredes, al aire frío

lo facilitamos la circulación por toda la casa, en el hecho de estar cortadas todas las dichas paredes por las puertas, cuyos huecos llegan siempre al suelo.

No hay, pues, razón fundada para quejarnos de la ineficacia del caldeo, cuando disponemos con tal acierto nuestras moradas, que dificultan la marcha al aire caliente, mientras favorece la del mar río.

Después de lo dicho, se explica lo que realmente sucede siempre. Se sienta una persona delante de una chimenea, dejando las puertas abiertas con objeto de no aumentar las perniciosas y crecidas diferencias de temperatura en las diferentes piezas que con frecuencia se han de correr, y en este caso ocurre lo siguiente: aunque penosamente, como hemos visto, el aire caliente emprende su marcha por lo alto de las puertas, desde la pieza caldeada hacia las que no lo están, efecto de la marcha contraria iniciada por el aire más frío de las últimas piezas, en dirección a la caldeada. En ésta nos hallamos delante de la chimenea, pero envueltos en el remolino formado por el aire más frío de la casa que allí acude, mezclándose con el solo templado de la estancia. Este remolino se verifica a menor altura que la de la puerta, y como precisamente en esta zona baja habitamos, es natural sentir el molesto efecto de semejante invasión del aire frío, que nos baña por completo e impide estar abrigados, a pesar de estar recibiendo el calor radiado de la chimenea. Lo propio acontecería si fuera posible dejar la cara y el pecho delante de la chimenea, enviando el resto del cuerpo a la última pieza de la casa, porque de allí viene, indudablemente, el aire que nos baña la espalda, cuando nos sentamos delante de la chimenea. Estamos, pues, condenados a cerrar la puerta para estar abrigados delante de la chimenea, en cuyo caso tenemos la perspectiva de un catarro al mudarnos a las piezas frías, o de lo contrario, habremos de girar a cada instante, como carne en asador, si queremos calentar todo el cuerpo. Tal es, sin exageración alguna, el estado actual del caldeo del hogar doméstico.

ANTONIO MONTENEGRO

(Se continuará.)

BIBLIOGRAFÍA

Parques, jardines y flores. Tratado de jardinería y floricultura, por D. Pedro Julian Muñoz y Rubio. — Madrid, 1887. — Cuarta edición.

La acreditada casa editorial de los señores Hijos de Cuesta acaba de dar a la estampa, con el título que antecede, una importante obra, que comprende la historia de la jardinería, creaciones antiguas y modernas de la arquitectura de jardines; trazado, ornamentación y decoración de los parques y jardines; descripción y cultivo de toda suerte de flores, arbustos y plantas ornamentales.

Nadie más autorizado para un trabajo de esta índole que el Sr. Muñoz y Rubio, distinguido ingeniero agrónomo, ex director y catedrático del Instituto agrícola de Alfonso XII y vocal del Consejo superior de Agricultura, Industria y Comercio.

La obra ha sido presentada, no ya con la corrección y esmero que merece, sino con verdadero lujo tipográfico, ilustrándola muchos y bien concluidos grabados abiertos en madera, que aclaran el texto y permiten conocer en sus detalles muchos de los puntos tratados por el Sr. Muñoz y Rubio.

Novísimo espejo y doctrinal de caballeros, en doce romances, por el bachiller D. Diego de Bringas. — Madrid, 1887. — Imp. de A. Pérez Dubrull.

Así como debajo del pseudónimo del Bachiller Bringas no es muy difícil para los conocedores de estilos y personas encontrar la de un distinguido literato que no da a la prensa toda la fatiga que quisieran sus amigos y admiradores, así también, leyendo los romances de la colección, se sospecha que los protagonistas en ellos no son entidades imaginarias, sino figuras arrancadas del natural por habilísimo fotógrafo, siquiera hayan tenido en las pruebas algunos ligeros retoques para ser presentadas al público con todas las exigencias del arte. Don Juan López de la Zambra, Cucana, El cacique, General y Brigadier, Miravete, Ruiz Cerdal, Los López, Pomponio, El Barón González, Calvo, El yo, Tono... son personajes reales que viven y alienan entre nosotros, y que si en ocasiones toman prestados vicios y perfumes que no les pertenecen, encajan perfectamente dentro de su carácter.

Quisiéramos, entresacando del libro algunas de sus mejores páginas, dar con ella al lector muestra acabada del tono, espíritu, estilo y tendencias del libro de Bringas; pero ocurre la dificultad de que

en él todas las páginas son mejores. Citar una, entrañaría una injusticia para las otras, y citarlas todas podría quitar venta al autor, y sabido es que aquí en España, el vicio de leer gratis ha reemplazado al de no leer nada, especialmente cuando de versos se trata. Afortunadamente, para el *Novísimo espejo y doctrinal de caballeros*, sobre su indudable mérito y su castizo estilo, está la mostaza de la política y la sal de la actualidad, que han de contribuir a que con mayor gusto se paladee el sabroso manjar preparado por el Bachiller Bringas, a quien puede dársele la burla de Doctor en Donaires, impreso con sumo gusto tipográfico por Pérez Dubrull y luciendo una portada del más puro clasicismo en el arte de la Imprenta.

Venturas y desventuras de Rufo. — Narración escrita por D. Carlos Frontaura. — Barcelona, 1886. — Bastinos, editores.

Tiernas lecciones morales, gracioso artificio, interés en el desarrollo de la fábula: tales son las condiciones que avaloran el libro del Sr. Frontaura, consagrado a la infancia, y en el que ésta ha de hallar provechoso entretenimiento y útiles lecciones. La casa editorial de los Sres. Bastinos ha presentado este libro con el lujo y buen gusto que hacen de la misma una verdadera especialidad en obras de educación y recreo, consagradas a la infancia.

NOTICIAS

Se ha presentado por una comisión de devotos de San José una reverente exposición al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá rogándole pida a Su Santidad que se digne declarar fiesta de precepto en esta Diócesis la dedicada al Patriarca San José en el día 19 de Marzo.

Entre los muchos millares de firmas de los fieles de esta Diócesis aparecen representadas las siguientes corporaciones:

Comunidad de Reverendos Padres Redentoristas de Madrid. — Cofradía de San José de Maestros Ebanistas y Carpinteros. — Asociación Internacional de la Cruz Roja. — Congregación de Nuestra Señora de las Maravillas. — Comunidad de la Divina Pastora y sus alumnas. — Comunidad de la Piedad Bernarda (vulgo Vallecas). — Comunidad de Calatrava. — Asociación Josefina de la parroquia de San Martín. — Comunidad de Reverendas Madres Escolapias de Madrid. — Comunidad de Hermanas de la Caridad del Hospital de Jesús Nazareno. — Asilo de Niñas Huérfanas de San José, de Pinto.

He aquí el texto de la exposición:

EXCMO. é ILMO. SR. OBISPO DE MADRID-ALCALÁ: Los que suscriben, hijos devotos de la Iglesia de Cristo, y fieles soldados de la bandera del Catolicismo, en el buen combate que ésta sostiene enfrente de los sectarios de la impiedad y del racionalismo, a V. E. I. sumisa y respetuosamente ruegan se digne recurrir a la suprema autoridad de Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII para que, si su augusta voluntad lo cree conveniente y oportuno, declare fiesta de precepto en esta Diócesis el día 19 de Marzo, en que la Iglesia celebra la del Patriarca San José, Esposo de Nuestra Señora la Santísima Virgen María, Madre de Dios vivo, hecho hombre y crucificado por nuestra redención.

A pesar de la triste condición de estos tiempos de incredulidad religiosa, a pesar de que arrecian contra la Iglesia y la Santa Sede el odio y los ataques de la revolución cosmopolita, consuela el observar que hay todavía muchos hombres de fe y que crece cada vez más y más la devoción al Patriarca San José.

Por esta devoción que siempre se le tuvo en España, ha sido declarada fiesta de precepto en muchas Diócesis; y la de Madrid, que recuerda con alegría que el inmortal Pío IX le declaró patrono de la Iglesia universal, y dijo accedería gustoso a la reintegración de su fiesta, si los pueblos la pedían por medio de sus Prelados.

A V. E. I. acude, segura de que tendrá el consuelo que solicita y tanto desea.

Besan con toda reverencia el anillo pastoral de V. E. I. sus humildes hijos. — Excmo. é Ilmo. Sr. — (Siguen las firmas.)

S. M. la Reina Regente ha entregado al Sr. Cardenal Patriarca de las Indias los calices de plata que consagra anualmente a las Iglesias pobres, por consecuencia de la oferta hecha en la fiesta religiosa del día de Reyes.

La Presidenta de la Junta Central Española de la Propagación de la Fe, Sra. Duquesa de San Carlos,

ha recibido por conducto de la Nunciatura una expresiva carta de gracias firmada por el Cardenal Simeoni, por su eficaz cooperación en recaudar limosnas para las misiones durante el año último.

Las señoras de la aristocracia romana que componen la Junta organizadora de la Exposición vaticana han dirigido a todas las religiosas y a los superiores de los institutos y colegios de Roma una entusiasta circular, exhortándoles a que preparen los trabajos y objetos que tratan de remitir a aquel certamen, a fin de que estén dispuestos para el próximo mes de Octubre, época de su apertura.

Diez y ocho monjas ursulinas, procedentes de esta corte, han instalado en Ocaña (Toledo) un Colegio de niñas, donde se dará la primera enseñanza elemental y superior y además las asignaturas de francés, inglés, dibujo, música, etc., sin contar las labores domésticas, a las que se concederá la mayor preferencia.

Doña Valentina Suelto, de dicha villa, ha cedido para este objeto una magnífica casa y doscientas cincuenta mil pesetas, para que, con los intereses que produzcan, puedan atender las expresadas monjas al sostenimiento del Colegio.

El pueblo de Ocaña ha acogido con aplauso la instalación de un centro donde se dé la enseñanza católica, hoy día más necesaria que nunca en este desdichado país, en que la indiferencia y la incredulidad todo lo invaden y envenenan.

NECROLOGIA

En Zaragoza ha fallecido Sor Casimira Pardo, que contaba 72 años de edad y de comunidad 58.

Empezó su vida religiosa en el hospital de Valencia, de cuya ciudad pasó a Sos y Los Arcos, donde fue elegida superiora y prestó relevantes servicios durante dos epidemias coléricas, habiendo además hecho dos fundaciones. Posteriormente ingresó en la Casa-Hospicio de Zaragoza, donde permaneció largos años.

En la actualidad era fundadora y superiora del colegio de Asilos de San Vicente de Paul, donde ha dejado imperecedera memoria de su nombre y de sus virtudes.

También han fallecido recientemente: Don Antonio Tejedor y García, de la facultad orden de Jerusalén, cura parroco de San Roman el antiguo y sus feligresías, ex vicario general y juez eclesiástico de la Encomienda de Puente de Orbigo.

Fray Joaquín Carrasco y Lorente, religioso de la Orden de San Francisco y Teniente de sacramentos de la iglesia parroquial de San Martín en Madrid.

D. Martín Aldaz, Párroco de Janci.

D. Manuel Oñorbe, Gobernador eclesiástico de Tudela.

D. Damián Delgado, Presbítero, muerto en Sevilla.

D. Pedro Cabot, párroco de Cardedeu.

El distinguido Cardenal D. Joaquín Cattani, marqués de Cattani, Arzobispo de Ravena, y Nuncio apostólico que fue en Madrid, ha bajado al sepulcro después de larga y penosa enfermedad.

El marqués de Cattani había cumplido cincuenta y nueve años el día de San Ildefonso, y obtuvo la púrpura cardenalicia en 12 de Mayo de 1879, por la munificencia del Soberano Pontífice que hoy rige los altos destinos de la Iglesia.

ARTÍCULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.





ÉPOCA 4.ª—AÑO XII.—TOMO X.

NÚMERO 7.º—Madrid 5 de Marzo de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Six meses.....	30 "
Un año.....	50 "
CASA Y PUERTO-RICO	
Six meses.....	17 1/2 ps. fr.
Un año.....	34 "

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Six meses.....	15 fr.
Un año.....	30 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Six meses.....	17 1/2 ps. fr.
Un año.....	34 "

IMPORTANTE

La Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA se ha trasladado a la calle de Claudio Coello, esquina a la de Juan Bravo, Asilo de Huérfanos.—Teléfono núm. 429.

SUMARIO

TEXTO.—La Decena, por Manuel Ossorio y Bernard.—Carta de Roma, por J. M.—Los grabados.—El Cardenal Jacobini.—Los autos sacramentales, por M. Ossorio y Bernard.—Tradición de Tierra Santa, por M. Polo y Peyrolon.—La hija de Japhet, por Francisco García Cuesca.—El arte religioso, por M. de A.—El caldero del hogar, por Antonio Montenegro.—Jubilón. Sacroscotal de S. S. León XIII.—Bibliografía.—Noticias.—Necrología. GUARDIA.—El Emmo. Sr. Cardenal Jacobini.—Grupo de defensores.—Ensayo de un versículo del Miserere.

LA DECENA

Las fiestas carnales han tenido este año un eco prolongado y lamentable en el parlamento español. Un representante del cuerpo electoral ha asegurado que en la villa de Gracia se verificó durante aquellas fiestas una ceremonia burlesca, en la que a la vez se lastimaban las del culto católico y la memoria y representación de los altos poderes del Estado. Es decir, el orador sólo se refería a estas últimas; pero si respeto merece el recuerdo de los muertos y la dignidad de los vivos, no creo que sean menos acreedores al mismo la oración con que la Iglesia acompaña la inhumación de un cadáver y el sacramento primero que recibe el recién nacido. La noticia fué desmentida en el acto por el Gobierno, apoyado esta vez por todas las autoridades y gran número de personas importantes de Barcelona; pero el autor de la denuncia insistió en ella, invirtiendo varias largas sesiones en aquilatar, no la exactitud del hecho, sino la mayor ó menor viveza de los términos de las comunicaciones que han mediado en este asunto.

Las Cortes españolas han debatido, pues, ampliamente si son más duros ó más blandos los términos de una negativa, y si con ellos se lastima la inmunidad del diputado; pero el respeto que merece el sentimiento católico,

y la honra de los supuestos autores de una mascarada que, de existir, habría sido infame, de esto se ha dicho tan poco, tan poco, que sólo por incidencia aparece tratado por los padres de la patria. No es de extrañar, por lo tanto, que los que fríamente presencian los espectáculos que dan las Cámaras, y observan que pierdan dos ó tres días leyendo y comentando una comedia prohibida y otros tantos dirigiéndose los representantes del país rudísimos cargos, con pretexto de un hecho no bien comprobado, y ven que sólo hay animación en el Congreso cuando se trata de estos asuntos, mientras que duermen los proyectos de ley, elaborados fatigosamente, y con los que pueden aliviarse males positivos del país; no es de extrañar, repito, que, aun siendo partidarios de las libertades públicas, se pregunten si puede ser una verdad axiomática la belleza de un sistema, que no tiene de malo más que sus primeros cincuenta años de ensayo, según frase de un pensador ilustre.

Pero ¡cuánto y qué bien se habla en España!

¡Qué de alardes retóricos para disfrazar los hechos y para deducir de ellos las consecuencias más beneficiosas a la causa del orador! ¡Qué prontitud en las réplicas! ¡Qué habilidad para buscar el flaco del adversario! ¡Qué torrente de palabras para rebozar unas cuantas ideas tan pobres como mezquinas! Aquí los que no somos diputados ó senadores, los que no podemos hablar en los cuerpos colegisladores, hablamos en los tribunales de justicia; los que no tenemos aptitud profesional para ello damos conferencias públicas, ó asistimos a los banquetes, llevados, más que de la gula, del deseo de pronunciar discursos animados por el Champagne, ó nos pasamos tres, cuatro y cinco horas junto a la mesa de un café, para arreglar el mundo y sus cercanías con la habilidad que nos concedemos por nuestra propia autoridad. Pensadores unos cuantos, sofistas los más, habladores todos, nuestro ideal estriba en pronunciar discursos, vengan ó no vengan a cuento.

Así que, en vez de dar los buenos días con la brevedad propia del saludo, solemos empezar diciéndolo: «El saludo, desde la clásica y remota antigüedad, es uno de los deberes a que la criatura nace obligada...» Y seguiríamos adelante si el interlocutor no nos dejara con la palabra en la boca para decirnos: «Abundando yo en idénticas opiniones, que no amplío por no ser molesto, tengo mucho gusto en saludar a usted.»

—¿Y la señora?—preguntamos.

—En este momento histórico—el momento histórico es una de las muletillas más frecuentes—en este momento histórico, sólo las molestias de la lactancia interrumpen su placida existencia.

—¿Y los niños mayores?

—La infancia dichosa y despreocupada, viviendo sin las amarguras del ayer y los temores del mañana y compartiendo su tiempo entre el higiénico ejercicio del paseo y el lento desarrollo intelectual que en los libros consigue, siempre que en su estudio no traspase los límites que la ciencia pedagógica impone.

—¡Ah! ¡D. Hermógenes, Don Hermógenes! ¡Cuántos herederos has dejado en España, obstinados en persuadirnos diariamente, de que la prótasis debe preceder indefectiblemente a la catástrofe!

La prolongada dolencia del ilustre Secretario de Estado de Su Santidad León XIII ha tenido el funesto desenlace anunciado por la ciencia médica. El Emi-



El Emmo. Sr. CARDENAL JACOBINI. — 28 Febrero 1887.

mentísimo Cardenal Jacobini ha fallecido, dejando un vacío muy difícil de llenar en los consejos del sabio y virtuoso Pontífice que hoy rige el catolicismo universal. Hombre dotado de clarísima inteligencia y de enérgico carácter; conocedor profundo de los hombres y de las cosas; afable en su trato; severo en sus costumbres; transigente con las ajenas; laborioso hasta el exceso, el Cardenal Jacobini deja unido su ilustre nombre a la política de atracción y de dulzura que caracteriza a S. S. León XIII.

El juicio de la posteridad confirmará indudablemente el que ha merecido a sus contemporáneos y el que resplandece de los actos recientes de las potencias aun de las no católicas, confiando al Pontífice, pobre, aislado, sin territorios y sin ejércitos, el papel de árbitro, de mediador y de juez en las frecuentes contiendas de los Estados. Porque para llegar a este resultado, tan glorioso al Pontificado, el Cardenal Jacobini aparece estrechísimamente unido al sucesor de Pedro en la política paternal que a este distingue.

Las noticias que se reciben de Roma demuestran el general dolor con que la muerte del Cardenal ha sido acogida, y la prensa de todos los países hace también justicia a los altos merecimientos del Secretario de Estado. El piadoso León XIII, que en brevísimos días ha sufrido la muerte de su ministro y el dolor de las desgracias y catástrofes ocasionadas por los últimos terremotos, puede lograr algún consuelo con el espectáculo que ofrece hoy el mundo católico disponiéndose a festejar sus *Bodas de Oro*. En otra sección de este número, como en varios de los anteriores, procuramos condensar las principales noticias relacionadas con esta festividad del catolicismo, con tanto júbilo acogida y preparada con tanto entusiasmo. España, como debía suponerse, es de las naciones que van a la cabeza en la prueba de amor que se proyecta dar al Pontífice.

La severidad de la Cuaresma no ha logrado interrumpir en absoluto las alegrías mundanas, siendo muchas las casas en que se baila y se rinde culto al arte escénico y muchos también los lugares de distracción y recreo que atraen al público. Pero a la vez la Iglesia repite sus llamamientos a la humanidad y la palabra de los más ilustres oradores sagrados se escucha frecuentemente en los templos para edificación y enseñanza de los fieles que a ellos acuden. Estas prácticas religiosas distan no poco de la severidad con que los primeros cristianos observaban los cuarenta días de ayuno en memoria de los que Nuestro Señor Jesucristo ayunó en el desierto, entonando a la vez himnos piadosos, absteniéndose de reír, de usar perfumes y de tañer instrumentos y vistiendo blancas túnicas: las concesiones de varios Pontífices primero y después el olvido sucesivo de unas y otras prácticas han traído el estado actual, en que no es extraño que lo más profano y mundanal se ejercite como cosa corriente y disculpable.

La Cuaresma en estas condiciones, más que Cuaresma parece un Carnaval.

Verdad es también, aunque el contraste no lo justifique, que desde hace algunos años el Carnaval parece una Cuaresma.

..

Ha comenzado el período de la veda.

Pero las perdices y los conejos no se fian. Saben, por tradiciones de familia, que en este período perdieron la vida muchos individuos de ella y sospechan que, en la humanidad, la privación suele ser causa del apetito.

Y, lo que decía una perdiz a sus polluelos: Cuando hay que temer menos al hombre es viéndole armado de escopeta, adornado con grandes botas de campo y morral y poseedor de una licencia de caza, porque entre su intención y su puntería media un abismo.

Lo malo es cuando, armado de dinero, muestra deseos de que satisfagamos los caprichos de su gula. Entonces no hay remedio para nosotros.

MANUEL OSSORIO Y BERNARD.

CARTA DE ROMA

Roma 28 de Febrero de 1887.

PRISTE papel el de un corresponsal que sólo puede hablar de muertos, terremotos, crisis políticas y financieras...! Esta es, sin embargo, la condición en que hoy me encuentro yo mismo; por más que busque entre mis apuntes no hallo ninguna nota alegre, y cuenta que en la última decena ha concluido el Carnaval,

que en otros tiempos era aquí muy bullicioso, y solía despedirse con sinnúmero de fiestas populares y alegres! En el año presente todo el Carnaval de Roma se ha reducido, a más de las funciones de teatro—que por cierto siguen lo mismo en Cuaresma, aunque muchas de ellas por su carácter antirreligioso é inhumano no debían consentirse en ningún tiempo—a un muy corto número de mascaradas y comparsas y a los tradicionales *maccarelli*; tal vez la reciente derrota de los italianos en Africa, que ha llevado el luto a muchas familias, ha sido causa de que el Carnaval fuera aquí más tranquilo y mezquino que de costumbre. Pero antes de hablar de las cosas políticas de Italia, deber es consagrar un respetuoso recuerdo al Emmo. Cardenal Jacobini, Secretario de Estado de Su Santidad, que ha fallecido hoy mismo, a las doce del día. Por las relevantes dotes que le distinguían y por su trato sumamente fino y amable, el difunto purpurado gozaba en Roma de universales simpatías; ya llevaba seis años en el desempeño del difícil y delicado cargo que le tenía confiado Su Santidad, y todas las clases de la sociedad se habían acostumbrado a considerarle como el eco más fiel de los deseos y pensamientos, ó sea como la representación más genuina y exacta de la política de paz y atracción que persigue León XIII. Desde el verano último, a consecuencia de calenturas propias del país, y lo que es peor, de habersele subido la gota al corazón, su preciosa existencia se vio muy minada; pero nadie creía que era tan inminente el funesto desenlace: el mismo Cardenal seguía ocupándose, aunque enfermo, en el despacho de los asuntos más importantes de la Cancillería pontificia y en la semana anterior bendijo la boda de una sobrina suya. Desgraciadamente a los tres días empeoró mucho, y la consulta de médicos reunidos a su cabecera no ocultó ya que la enfermedad precipitaba hacia el más triste desenlace. El viernes último pidió los Santos Sacramentos, el Papa mismo se fue a visitarle—pues vivía en el Vaticano—y aun dicen que enteró a Su Santidad del estado de varios asuntos; tan perfecta conservaba todavía la lucidez de sus facultades! pero el sábado ya era desahuciado por los médicos, pasó todo el día de ayer en agonía y esta mañana ha bajado al sepulcro. Consecuencia inmediata de la muerte del Cardenal Jacobini va a ser la fecundidad de los noticieros y periodistas respecto a rumores y anuncios de quien le ha de suceder en el cargo de confianza que desempeñaba al lado del Papa; las mismas circunstancias por las cuales parece no quiera Su Santidad apresurar el nombramiento de su nuevo Secretario de Estado contribuirán a que se multipliquen y cambien a diario esos rumores; por ahora, y hasta la celebración del próximo Consistorio anunciado para el día 14 de Marzo, seguirá la comisión de Cardenales que Su Santidad había formado con motivo de la enfermedad del Cardenal Jacobini con encargo de examinar cuantos negocios se le sometían; dicha comisión se compone de los Sres. Cardenales Monaco, Parocchi, Ledochowski, Czacki y Schiaffino.

Una crisis más difícil de resolver es la por que atraviesa actualmente el Gobierno italiano: han pasado más de quince días desde que el Gabinete presidido por el Sr. Depretis hizo renuncia, y esta es la hora en que todavía no se sabe de qué elementos por fin se formará el nuevo Ministerio. En un principio, el rey encargó su formación al mismo Depretis; pero éste no llegó a ponerse de acuerdo con Robilant, que, según se indica muy autorizadamente, debe a todo trance seguir en el Ministerio de Negocios extranjeros, porque así lo quiere el rey, y lo que es más, porque así lo piden las Cortes de Viena y de Berlín, pues a mediados de Marzo vence el plazo del pacto ó acuerdo que media entre Austria, Alemania é Italia, y los cancilleres de las dos primeras naciones están interesados en que se prorrogue, a cuyo efecto ya tenían muy adelantadas las negociaciones con el Gobierno que está ahora en crisis.

En vista de esto, el rey Humberto pensó en un Ministerio presidido por el mismo Robilant, y el ministro de relaciones exteriores, coincidiendo con las aspiraciones de su soberano, iba a formar Gabinete con igual ponderación de fuerzas sacadas de los varios grupos disidentes, aunque pertenecientes todas a la izquierda, pero cayó en la cuenta de que Depretis no le apoyaría, y renunció a su vez el honor cargo de formar Ministerio.

Tengo para mí que por fin volverá a presidir el Gabinete el viejo enólogo de Stradella, como aquí llaman a Depretis; pero entretanto menudean las conferencias del rey con los presidentes de ambas Cámaras legislativas; el de la popular, Sr. Biancheri, tendría condiciones para presidir un Gabinete de negocios en el caso de que el rey adoptara ese expediente para proceder luego a la disolución del Parlamento y sucesiva elección de diputados; pero

sea cual fuere la solución de la crisis, muy de lamentar es que por la dichosa política ni el rey ni sus ministros hayan podido visitar a las poblaciones de la Liguria y del Piemonte, que han sufrido más con motivo de los terremotos del Miércoles de Ceniza; aunque el infortunio no revista las proporciones del que pesó hace dos años sobre nuestra Andalucía, parece, sin embargo, que la visita del rey había de alentar a las poblaciones susodichas, tanto más que son las más adictas a la dinastía de Saboya; se comprende que muchos recuerden ahora lo que pasó en España en análogas circunstancias, y claro está que el nombre español queda muy por encima del italiano.

Las víctimas de los terremotos de Liguria han sido de bastante consideración, no tanto por el crecido número de desgracias ocurridas, cuanto por lo exiguo y humilde de los pueblos que han quedado más castigados por el terrible azote: 60 muertos en Diano, Marina y San Remo dicen más que 6.000 en nuestra Granada y Málaga.

He anunciado que en mi carta de hoy no habría ninguna nota alegre, y por desgracia ha correspondido al anuncio la realidad; pero ahora, para concluir con noticia que agrade a mis compatriotas, pláceme consignar que ha producido aquí muy buena impresión la noticia de que el Sr. Groizard, embajador cerca de la Santa Sede, cuya llegada se anuncia para mañana, es portador de una carta autógrafa de S. M. la Reina Regente y de un riquísimo anillo, regalo de la misma augusta Señora para Su Santidad; al ver que los demás príncipes y soberanos se habían adelantado en obsequiar al Papa en ocasión de su próximo Jubileo Sacerdotal, harto pesaba a la colonia española nada se dijera de la participación que, a su entender, debía tener la familia Real de España en el regocijo universal por el fausto aniversario que celebra Su Santidad en el año presente; ahora se dice, y la colonia española está de enhorabuena por ello, que la preciosidad y buen gusto artístico de la alhaja que trae el embajador compensa, por si ha habido, el retardo a que me refiero.

J. M.

LOS GRABADOS

EMMO. SR. CARDENAL JACOBINI, SECRETARIO DE ESTADO DE SU SANTIDAD

(Véase su Biografía en la pág. 75).

GRUPO DE ELEFANTES

El elefante es, después del hombre, el ser más considerable de la tierra: sobrepasa a todos los animales terrestres por su grandor y se aproxima al hombre por su inteligencia, tanto por lo menos como puede la materia aproximarse al espíritu.

El elefante en el estado salvaje no es sanguinario ni ferocidad; tiene un carácter dulce y nunca abusa de sus armas ó de su fuerza, que no emplea sino en propia defensa; ama la sociedad y rara vez se le ve errante ó solitario.

Alimentase cómodamente de raíces, hierbas, hojas, ramas, frutas tiernas y granos; pero rechaza la carne y el pescado. Los habitantes de la India y los negros procuran por todos medios impedir las visitas de semejantes huéspedes en sus tierras, en cuyas cercanías encienden grandes hogueras para ahuyentarlos.

Puede domarse al elefante, y una vez conseguido esto es un animal muy manso y manifiesta gran cariño a su amo, sin olvidar por esto su estado de esclavitud, pues en estas condiciones no se reproduce.

Los habitantes de la India se servían desde tiempos remotos del elefante para la guerra. La fuerza de estos animales es proporcionada a su volumen; los elefantes de la India llevan fácilmente de tres a cuatro mil libras de peso, y los más pequeños, es decir, los de Africa, levantan sin gran esfuerzo un peso de doscientas libras con su trompa.

Agrádale el sonido de los instrumentos. Aunque el elefante está dotado de mayor inteligencia y memoria que ningún otro animal, tiene no obstante el cerebro más pequeño que la mayor parte de éstos, con relación a su enorme volumen.

La epidermis del elefante tiene dos clases de arrugas, unas cóncavas y otras convexas. En Ceylán se caza a los elefantes de tres maneras, y la principal de ellas es rodear al elefante 400 ó 500 hombres y asustarle dirigiéndose a él, haciendo ruido con trompetas y tambores ó con petardos. Esta es una de las maneras más usuales.

ENSAYO DE UN VERSÍCULO DEL MISERERE

La artística reproducción del cuadro de D. Arcadio Mas y Fondevila representa a dos niños de coro de la capilla de música de una Catedral. La composición es acertada y sobria en cuanto a las dos figuras, y riquísima en detalles de ornamentación sagrada.

EL CARDENAL JACOBINI

El día 28 de Febrero falleció en Roma, después de prolongada dolencia, el ilustre Secretario de Estado de Su Santidad.

En la historia contemporánea del Pontificado, tan llena de accidentes extraordinarios, los nombres del Cardenal Antonelli bajo Pío IX, y del Cardenal Jacobini bajo León XIII, han adquirido una autoridad gloriosa, como los más activos e inteligentes campeones de la política de estos dos grandes Pontífices.

El sello de grandeza que imprimió Pío IX desde 1848 a su sublime resistencia; el sello de grandeza que León XIII imprimió, desde su exaltación a la silla de San Pedro, a su política de atracción, de tolerancia, de conciliación y de concordia, refleja sobre las dos ilustres personalidades de sus Ministros el claro resplandor con que pasarán a la historia.

El Cardenal Luis Jacobini nació el día 5 de Enero de 1832 en Genzano, diócesis de Albano, siendo su familia una de las más ricas y notables del país.

Un tío carnal suyo fué Ministro de Obras públicas al principio del Pontificado de Pío IX, y a su pericia se debe el gran acueducto de Ariccia, obra tan admirable, que es visitada por los ingenieros más célebres del mundo, que la califican de digna de los antiguos romanos.

El Cardenal Jacobini hizo sus estudios en el Seminario romano, en el que se distinguió por su piedad, por su verdadera vocación al estado eclesiástico con que Dios le favoreció siendo muy niño, por su amor a las ciencias, y por su privilegiada inteligencia, hasta tal punto que, según se decía entre sus contemporáneos, Jacobini era la *desesperación de sus condiscípulos y el encanto de sus maestros*, porque los primeros no sabían qué hacer para llegar a tanta altura, y los segundos no tuvieron nada que reprocharle.

Ordenado de presbítero, fué destinado a la Secretaría de Estado, y en ella tuvo por maestro y protector al Cardenal Franchi, que admirando su inteligencia, lo consideró, más que como subalterno, como consejero. En los diez años que permaneció a su lado tuvo gran participación e influencia en los Concordatos que se celebraron, y cuando el eminente Franchi fué nombrado Nuncio en España, Su Santidad, a propuesta del mismo, nombró a Jacobini Secretario de la Congregación de *Propaganda Fide* para los Negocios Orientales.

En 1860 fué nombrado ablegado para llevar la birreta cardenalicia a los Arzobispos de Compostela y Burgos, y a su vuelta le confirió Su Santidad el título de Prelado doméstico.

El 1869 desempeñó el cargo de Subsecretario del Concilio Vaticano. En 21 de Marzo de 1874 fué creado Arzobispo de Tesalónica y enviado a Viena como Nuncio apostólico. Los eminentes servicios que prestó en esta Nunciatura aumentaron la estimación que le profesaba León XIII, quien le creó Cardenal en 19 de Septiembre de 1879, confiriéndole además el alto cargo de Secretario de Estado y administrador de los bienes de la Santa Sede.

Una de las mayores glorias del Cardenal Jacobini y que más ha contribuido a formar su reputación diplomática fué su intervención en las negociaciones entabladas con el Príncipe de Bismarck para restablecer la paz religiosa en Alemania, turbada por las famosas leyes llamadas de Mayo, cuya derogación se propuso conseguir el Cardenal Jacobini, y cuya gran empresa, si aun no está terminada, al menos ha dado por resultado queden en suspenso algunos de los artículos más rígidos de dichas leyes.

El Cardenal Jacobini acometió también otra empresa no menos difícil, la de negociar con el Gobierno ruso la paz de la Iglesia en aquel vasto Imperio.

Sabido es que Inglaterra, desde la época del cisma, no ha tenido relación ninguna con la Santa Sede; pero León XIII y Jacobini han conseguido entablar las oficiosas y confidenciales que facilitaran una inteligencia diplomática que ha de producir grandes resultados y valiosos beneficios para los intereses de la Iglesia.

Las relaciones con la Turquía europea, con la China y otros Estados de Europa y de Asia, así como con varias Repúblicas de América, el Ecuador, Colombia, etc., han dado resultados tan favorables, que en las primeras se ha conseguido cese la persecución activa contra los católicos, y en las segundas se han restablecido las relaciones interrumpidas, obteniendo en todas partes la influencia de la política religiosa de Roma los triunfos más gloriosos.

El concordato celebrado con Portugal ha puesto también término feliz a las dificultades que surgieron entre la corte lusitana y la de Roma.

A la sabia política del Pontificado se debe, entre otros triunfos, que el Papa fuera el elegido por Alemania, nación protestante, para resolver su litigio con la católica España, en la cuestión de las Carolinas y que recientemente se le haya indicado para poner término feliz a las cuestiones entre Turquía, Rusia y Bulgaria.

En aquella circunstancia fué cuando el Gobierno español le confirió el Toisón de Oro, cuyas insignias le envió S. M. la Reina Regente con una expresiva carta a Su Santidad, para que se dignara ejercer las atribuciones Reales imponiendo al Cardenal dichas insignias, como en efecto se verificó en la mañana del 29 de Abril de 1886.

El Cardenal Jacobini era grueso, pequeño de estatura, de rostro expresivo, de mirada viva y penetrante, distinguiéndose por la cortesía y amabilidad que tanto le granjearon la estimación universal; y en todos sus actos se inspiró siempre en las enseñanzas de los Antonelli, Franchi y Simeoni.

Difícil era prestar tantos y tan eminentes servicios a la Iglesia, a los pueblos católicos y a la humanidad toda, a no tener, como tenía, el último Ministro de Su Santidad vasta instrucción, experiencia consumada, prudencia exquisita, seguridad en los principios, firmeza de carácter, inalterable sangre fría, formas delicadas, palabra verdaderamente paternal, que atraía y convencía, y profundo conocimiento de los negocios y de los hombres; era, en fin, el modelo del hombre de Estado cristiano.

Aunque con su vista todo lo abarcaba, consagraba su inteligencia al estudio detenido de todas las cuestiones. Su actividad era prodigiosa, y acaso el haberla empleado siempre sin la menor tregua ha contribuido a su enfermedad y a su muerte, pudiendo decirse en cierto modo que el Cardenal Jacobini es mártir del cumplimiento de sus altísimos deberes.

Conociendo que el estado de su salud le impedía desempeñar su cargo con la actividad que deseaba, expresó varias veces a Su Santidad el deseo de dimitir; pero Su Santidad siempre le contestó: « Vos sólo podéis marcharos, Sr. Cardenal, cuando yo me marche. »

Dios ha permitido llamar a sí al Secretario de Estado, sin que viera realizado su deseo de celebrar el Jubileo Sacro de León XIII.

La vida privada del Cardenal correspondía a su vida pública. No solamente era austero, sino que fué intachable, y a sus virtudes, tanto como a su ciencia y otros merecimientos, debió la confianza íntima de León XIII. Su única distracción era, cuando otras atenciones no lo impedían, pasar algunos domingos en la quinta que poseía en Genzano a orillas del lago Nemi, acompañado de sus predilectos amigos, monseñor Mocenni y monseñor Galimberti.

Tal era el hombre que había llegado, por sus virtudes, su mérito y sus talentos, a una de las más altas dignidades de la Iglesia, y cuya muerte lloran hoy el Sumo Pontífice y la Iglesia universal.

LOS AUTOS SACRAMENTALES

I

ENTRE las diversas manifestaciones del arte; entre las múltiples formas externas que el mismo puede revestir, acaso no haya otra tan genuinamente española como el auto sacramental. Las analogías que existen en los orígenes del teatro universal no alcanzan a este género; y se comprende perfectamente que así sea, porque el auto responde a nuestro carácter nacional eminentemente religioso. Siete siglos de lucha incesante para la reconquista completa del territorio, y otros cuatro de intransigencia religiosa para arrancar los gérmenes del judaísmo y la herejía, a la vez que para oponer fuertísima valla a la protesta religiosa que había originado sangrientas luchas en las demás naciones: una preponderancia política que tomaba su fuerza del espíritu católico español; el aislamiento nacido de la topografía; el absolutismo en el régimen político; la piedad y el fervor en casi todas las conciencias, el temor y la hipocresía en otras, habían caracterizado de tal modo a nuestro país, que al mediar el siglo XVII no había llegado todavía a nuestra patria la repercusión de los gritos de la guerra religiosa de otros pueblos. Los muros de los conventos se enlazaban con los pórticos de los templos; portales y pasadizos, plazuelas y encrucijadas ostentaban imágenes de santos, alumbradas por la tenue luz de la lamparilla alimentada por el fervor de los fieles; y la Iglesia y el convento parecían ser muda y simbólica representación de nuestro carácter, exageradamente religioso y profundamente devoto.

De aquí que los antiguos misterios representados por clérigos en los templos hubieran buscado más anchos horizontes, y que utilizando el carro en que Lope de Rueda representaba sus farsas y entremeses, naciera, si bien con mayor aparato, el auto sacramental, representado también en la plaza pública y formando una de las partes de mayor importancia en la celebración de las fiestas del Corpus. Costumbre llegó a ser ésta tan rígida y escrupulosamente observada, que antes se hubiera prescindido por los ayuntamientos de la procesión que del auto; y las acciones literarias, unidas al deseo de exhibición y lujo, influyeron de tal suerte en los pueblos, que no se hallaban satisfechos si no encomendaban el auto a escritores de reconocida valía, teniendo a gala pagar espléndidamente estos trabajos. ¿Qué extraño que la sociedad del siglo XVII, apreciando en lo que valía a D. Pedro Calderón, buscara con empeño su concurso para la mayor brillantez de la fiesta del Corpus? Todas las autoridades — hasta los reyes en ocasiones — presenciaban aquella representación; numeroso pueblo se congregaba junto al improvisado teatro de tablas; y, si era objeto de sus preferencias aquella representación, dígalos el infinito número de composiciones de esta índole que registra el concienzudo trabajo de D. Cayetano Alberto de la Barrera.

Pero ¿qué eran los autos sacramentales? La representación de un hecho alegórico, encerrando una verdad divina ó revelada, relacionada con el misterio de la Eucaristía. En ellos no se buscaba, como en el drama, la idea de la humanidad, sino la idea de Dios. La Historia y la Teología, la Filosofía y la Mitología eran sus elementos; la verdad divina su fin. El auto no espera, como el drama, la deducción del espectador; por el contrario, busca a éste, le sorprende, le subyuga y le revela el fin del autor. Semejante misión sólo podía ser cumplidamente realizada por un poeta de tan profunda fe, de tanta imaginación, de tanto arranque como Calderón de la Barca; poeta que, si en lo humano se deja arrastrar por el sentimiento estético y por la brillantez de la forma, en lo puramente religioso se identifica con el pensamiento de su creación, y, para hacerlo perceptible, acomete los empeños más atrevidos y sale de ellos triunfante. ¿Quién, sino D. Pedro Calderón, podría sacar a escena a la misma Divinidad, simbolizándola de manera tan transparente que no hay quien no la vea, bajo el nombre de el Poder, la Verdad, la Gracia, el Amor ó la Sabiduría? ¿Quién, sino él, manejaría a su arbitrio el Mundo y el Espacio, el Tiempo y la Creación, y haría asistir al espectador a los momentos bíblicos más sublimes y a los actos más portentosos de la revelación? Los elementos de que carece en la naturaleza se los da a Calderón el ideal; el simbolismo le presta majestuosas y severas figuras para sus autos, y, ya las retrata gráficamente en dos versos, ya las adorne con todas las galas de su poesía, realizando en ellas la sublimidad de su concepción, siempre resultan tan admirablemente pintadas, que la más severa y descontentadiza crítica teológica no podría advertir en ellas un leve reparo.

El auto sacramental tuvo detractores en su patria, como tuvo siempre y tiene entusiastas panegiristas en extranjeros pueblos. Razones de alta política movieron, sin duda, al rey Carlos III a decretar su prohibición, muriendo así gubernativamente un género nacido de los villancicos religiosos cantados en los templos, salido a la plaza pública en el siglo XIV, presidido por el corregimiento de Madrid y por la corona en su época de mayor apogeo, y pagado a los poetas con una prodigalidad sin ejemplo; así terminaron los « sermones en representable idea », como los denominaba el vulgo en el siglo de Calderón. Y como si no fuera bastante aquel rigor del poder, algunos eminentes españoles parecieron complacerse en justificar la supresión con sus aventurados juicios, ya calificándolos Jovellanos de « supersticiosa costumbre », ya denominándolos Moratín « composiciones absurdas », ya Martínez de la Rosa conceptuándolos como « absurdos monstruosos y perjudiciales a la dramática ».

Más acertada y justa la crítica moderna, ha sabido conceder a los autos la importancia que en sí tienen. Pero ¿qué mucho que haya sido pegado el mérito de Calderón como autor de autos, cuando sus detractores lograron a fines del último siglo que fuera prohibida la representación de *La vida es sueño*, no lográndose reivindicar su gloriosa memoria hasta que la crítica alemana primero y el triunfo del romanticismo más tarde marcaron nuevos rumbos y ensancharon los horizontes de la poesía dramática?

II

No es seguramente nuestro siglo materialista el más a propósito para la resurrección de los autos

sacramentales, y tal vez por esto se desistió de que la representación de los mismos formase parte de las fiestas del Centenario: de todas maneras, debo hacer constar, en descargo propio, que en el brillante proyecto redactado por Fernández Bremón y a cuyo pie tuve la honra de poner mi oscura firma, figuraba la representación de un auto sacramental, por ser este género el que mejor caracteriza al gran poeta.

Pero, aunque así no fuera, ¿tiene fundamento la opinión sostenida hoy mismo por muy distinguidos escritores de que no pueden representarse los autos por ser incomprensible su simbolismo para el espectador? ¿No habría sido dable festejar el Centenario con la representación de alguno de ellos?

Revisando la muy completa colección de los publicados en 1716 por D. Pedro de Pando y Mier y varios trabajos críticos de nuestros días, he podido fijarme en uno de aquellos espectáculos, discretísimamente analizado antes de hoy por un distinguido escritor robado a las letras por las tareas del foro. Sea este auto el que me sirva para la demostración de la tesis que me he propuesto.

Titúlase *El gran teatro del mundo*, y el fin que en él se propuso Calderón se halla encerrado gráficamente en el título. El primero de sus personajes es *El Autor*, el segundo *El Mundo*; en el primero se halla simbolizada la Divinidad, la Humanidad en el otro. El Autor expone su propósito de hacer que se represente una comedia, y el Mundo manifiesta su plan, su división, sus perspectivas, su distribución escénica, los actores que en la obra han de intervenir, la entrada y salida de los personajes en la escena.

Oigámoste:

...Y para que desde ti
a representar al mundo
salgan y vuelvan a entrarse,
ya prevení mi discurso
dos puertas: la una es la cuna,
y la otra es el sepulcro.
Y para que no les falten
las galas y adornos juntos,
para vestir los papeles
tendré prevenido a punto
al que hubiese de hacer Rey
púrpura y laurel augusto;
al valiente capitán
armas, valores y triunfos;
al que ha de hacer el Ministro
libros, escuelas y estudios.
Al religioso obediencia,
al facineroso insultos,
al noble le daré honras
y libertades al vulgo.
Al labrador, que a la tierra
ha de hacer fértil, a paro
afán (por culpa de un necio)
le daré instrumentos rudos.
A la que hubiere de hacer
la dama, le daré sumo
adorno en las perfecciones,
dulce veneno de muchos.
Sólo no vestiré al pobre
porque es papel de desnudos...

promesa que cumple después tan fielmente que, no sólo no viste al pobre, sino que le desnuda de sus harapos.

Prevenida la fábula, el autor hace un llamamiento a los que en ella han de ser actores, y acuden un Rey, la Hermosura, la Discreción, el Rico, el Pobre, un Niño y un Labrador, reciben el soplo de vida, y se procede al reparto de papeles. Satisfechos de los suyos respectivos quedan la Discreción por conformidad religiosa, el Rey, la Hermosura y el Rico; el Labrador, que constituye el elemento cómico, se resigna al cabo con el que le han distribuido, y el Pobre se lamenta de la escasa suerte que ha tenido en el reparto. Sus frases son de tanta oportunidad hoy como en la época de Calderón:

¿Por qué tengo de hacer yo
el pobre en esta comedia?
¿Para mí ha de ser tragedia
y para los otros no?
Cuando este papel me dió
tu mano, no me dió en él
igual alma a la de aquel
que hace el rey? ¿Igual sentido?
¿Igual ser? ¿Pues por qué ha sido
tan desigual mi papel?
Si de otro barro me hicieras,
si de otra alma me adornaras,
menos vida me fijas,
menos sentidos me das,
ya parece que tuviera
otro motivo, Señor;
pero parece rigor,
perdona decir, cruel
el ser mejor su papel
no siendo su ser mejor.

El Autor acoge piadoso la justa queja, y contesta con las siguientes consoladoras frases:

No porque pena te sobre
siendo pobre, es en mi ley
mejor papel el del Rey
si hace bien el suyo el pobre.

A la pregunta que hace la Hermosura respecto a cual haya de ser el título de la comedia, contesta su Autor:

Obrae bien, que Dios es Dios.

Hecho el reparto de papeles, llega el momento de dar a los personajes los trajes y las insignias con que han de representarlos, operación que va realizando el Mundo. Al presentarse el Labrador se entabla entre ellos el diálogo este:

MUNDO. ¿Qué pides tú? Di, grosero.
LABRADOR. Lo que le diere yo a él.
MUNDO. Ea, muestra tu papel.
LABRADOR. Ea, digo que no quiero.
MUNDO. De tu proceder infiero
que como bruto gallán
habrás de ganar tu pan.
LABRADOR. Esas mis desdichas son.
MUNDO. Pues toma aqueste azadón.
LABRADOR. Éste es la herencia de Adán.

Al llegar su vez al Niño, pregunta el Mundo:

MUNDO. ¿Cómo tú entras sin pedir
para el papel que has de hacer?
Niño. Como no te he menester
para lo que he de vivir;
sin nacer he de morir,
en ti no tengo de estar
más tiempo que el de pasar
de una cárcel a otra oscura,
y para una sepultura
por fuerza me la has de dar.

Preguntado el Pobre acerca de cuál es su papel, contesta:

Es mi papel la aflicción,
es la angustia, es la miseria,
la desdicha, la pasión,
el dolor, la compasión,
el suspirar, el gemir,
el padecer, el sentir,
importunar y rogar,
el nunca tener que dar,
el siempre haber de pedir.
El desprecio, la esquivar,
el burlón, el sentimiento,
la vergüenza, el sufrimiento,
la hambre, la desnudez,
el llanto, la mendigüez,
la inmundicia, la bajeza,
el desencuero y pobreza,
la sed, la penalidad,
y es la vil necesidad,
que todo esto es la pobreza.

Y el Mundo, no tan sólo no le da ropas, sino que, como anteriormente dije, le desnuda de las que lleva.

Preparado y dispuesto todo, dice el Autor:

Hombres, que salís al suelo
por una cuna de hielo
y por un sepulcro entráis;
ved cómo representáis,
que os ve el Autor desde el Cielo.

Y comienza la representación, en la cual cada uno de los personajes caracteriza, ya en sus monólogos, ya en la intervención dialogada, el papel que se le ha confiado. Presuntuoso y soberbio el Rey, van y coqueta la Hermosura, burlón y taimado el Labrador, víctima de todos el Pobre. En esta parte del auto hay rasgos artísticos de gran mérito: por ejemplo, al salir el Rey a escena, la Hermosura se le pone delante para ver de rendirle con sus gracias, en tanto que el Labrador se esconde, para que, al verle el Monarca, no se le ocurra imponerle algún nuevo tributo; la Discreción sufre un mareo ó desvanecimiento, que la pone a punto de caer, y el Rey la sostiene; el Pobre pide caridad inútilmente a todos los demás personajes, y sólo halla en la Discreción un socorro. Ya indiqué que este personaje simboliza a la Religión.

Los actores van muriendo sucesivamente, haciéndolo el Rico con tanto trabajo y angustia como con facilidad y contento el Pobre; y al salir de la escena de la vida, mejor dicho, al llegar el momento del juicio para conceder ó negar el premio de la escena ofrecido por el Autor a los que bayán desempeñado mejor sus papeles, el Mundo reclama a los actores los vestidos, galas y atributos que les dió para la repre-

sentación: reclama al Rey los Estados, pompa y majestad; pide a la Hermosura sus atributos, que ésta no puede devolver por haberlos consumido el sepulcro, y a la Discreción los suyos, que ésta niega a entregar, porque

en el mundo no se quedan
sacrificios, afectos y oraciones:

Al llegar el turno al Niño, reproduce Calderón el bello pensamiento del primer cuadro.

Dice el Mundo:

Tú que al teatro á recitar entraste
(cómo, di, en la comedia no saliste)

Y contesta el Niño:

La vida en un sepulcro me quitaste:
allí te dejo lo que tú me diste.

Llegados los actores a la presencia del Autor, verificase el juicio: la Discreción y el Pobre son los que directa é inmediatamente se salvan: el Rico el único que desde luego se condena: en la suerte del Niño se simboliza el Limbo; en la de los demás actores el Purgatorio. Verdad es que Calderón, respondiendo al espíritu católico, caballeresco y monárquico de su época, hace pesar en la suerte del Rey el apoyo que prestó a la Discreción, y ésta, dándole la mano, consigue que asista a la Divina Cena.

Basta el ligero examen que antecede para que se comprenda que el simbolismo de los personajes de los autos calderonianos no es de tan difícil comprensión que imposible puedan ser representados. Otras razones tendrían los directores de las fiestas del Centenario para borrar del primitivo proyecto la representación de un auto sacramental. No me atrevo a sospechar que la comisión ejecutiva, tan entusiasta por Calderón, abandonase sin justa causa un proyecto, acaso el más característico de entre todos los festejos preparados para realzar la gloria del poeta.

M. OSSORIO Y BERNARD.

TRADICIONES DE TIERRA SANTA

(Continuación.)

III

RESURRECCIÓN DE TABITA

DEFINITIVAMENTE se había separado el Señor de sus Apóstoles y discípulos, ascendiendo a los cielos desde la cumbre del Oliveto; hecha estaba ya la elección de San Matías para ocupar la vacante de Judas el traidor y la de los siete Diáconos para subvenir a las necesidades de la nascente Iglesia; el Espíritu Santo había descendido también sobre el Colegio Apostólico, y los Apóstoles y discípulos comenzaron la predicación del Evangelio esparciéndose a los cuatro vientos. La palabra evangélica era como semilla escogida y poderosa, que, cayendo sobre tierra virgen y en sazón, prende en seguida, nace, crece y en poco tiempo comienza a dar flores hermosas y sazonados frutos.

La Iglesia nascente tenía entonces paz por toda la Judea, la Galilea y la Samaria y propagábase caminando en el temor de Dios y llena del Espíritu Santo.

San Pedro, el primero de los Apóstoles, a quien el Divino Maestro había encomendado el difícil cargo de apacentar, no solamente las ovejas, sino también los corderos, visitando las primeras iglesias fundadas en diferentes lugares por los discípulos, llegó a Lida, en donde, como veremos más adelante, sanó al paralítico Eneas.

A la sazón, había también en Jope (Jafa) una discípula, por nombre Tabita, que quiere decir Dorcas, mujer limosnara y llena de buenas obras. Y acaeció en aquellos días, que enfermó y murió. Y después que la hubieron lavado en señal de la resurrección venidera, la pusieron en el cánculo, sala colocada en la parte superior de la casa.

Y como Lida está cerca de Jope, oyendo los discípulos de esta ciudad que Pedro estaba en aquella, apresuráronse a enviarle dos hombres, que le rogaron diciéndole:

— No te detengas en venir hasta nosotros.

Y levantándose Pedro, se fué con ellos.

Y luego que llegó le llevaron al cánculo y se le presentaron todas las viudas llorando y mostrando las túnicas y los vestidos que les hacía Dorcas. Mas Pedro, habiéndolos hecho salir a todos fuera, poniéndose de rodillas, hizo oración y volviéndose hacia el cuerpo de la difunta, dijo:

1. En la edición de los Autos que tengo a la vista, falta el verso que he suplido con puntos suspensivos.

— Tabita, levántate.

Y ella abrió sus ojos y viendo a Pedro se sentó. Pedro le dió la mano y llamando a los santos, es decir, a los discípulos, santificados por el bautismo, y a las viudas, se la entregó viva.

Y se publicó esto por toda Jope y creyeron muchos en el Señor.

La tradición, completamente de acuerdo con el anterior relato bíblico, señala aun hoy día en las inmediaciones de Jafa los lugares en que estuvieron la casa y sepultura de la viuda Tabita.

Saliendo de Jafa en dirección a Rama, a los quince minutos de marcha por entre huertos, plantados de naranjos, limoneros y cercados de setos altísimos de nopales (higuera chumbas), se llega a una hermosa fuente, de rica agua, llamada *Abu-Nabbut*, que quiere decir *Fuente del Padre Porra*, construida a principios de la presente centuria por un Gobernador de Jafa de aquel nombre, y situada en una plazuela entre cipreses y sicomoros.

Unos trescientos metros más allá, al Norte de la fuente dicha, en un antiguo cementerio abandonado, cuyo terreno empieza a cultivarse, se encuentra el solar, que no puede determinarse con exactitud, en donde estuvo la casa de Tabita y aquel cenáculo en el cual obró San Pedro el estupendo milagro de resucitarla. Los cementerios de los mahometanos y judíos son inmensos, están abiertos, y situados por lo común en las afueras de las poblaciones.

Enfrente de dicho abandonado cementerio, al otro lado del camino de Rama, unos treinta metros al Sur de la casa de Antonio Ayub, se encuentra una cueva sepulcral, con varios nichos tallados en la roca, en uno de los cuales asegura la tradición que fué sepultada la santa viuda Tabita.

Los habitantes de Jafa veneran dichos lugares y conmemoran la resurrección de Tabita, trasladándose todos los años, en bulliciosa romería, el cuarto domingo después de la Pascua, a la fuente de Abu-Nabbut, al cementerio abandonado y a la cueva funeraria, corroborando de esta manera el texto bíblico y celebrando a su modo las virtudes de Tabita.

IV

VISIÓN DE LOS ANIMALES PUROS E IMPUROS Y VOCACIÓN DE LOS GENTILES.

San Pedro permaneció muchos días en Jope, hospedándose en casa de un curtidor llamado Simón, dando así notable ejemplo de sencillez y de humildad apostólica.

Y había en Cesarea un hombre por nombre Cornelio, centurión de una compañía, que se llama Itálica.

Cornelio, aunque gentil, pues sin duda era romano de la antigua familia de su nombre, se había hecho instruir en la religión de los judíos, adoraba al verdadero Dios con toda su casa, esperaba el Mesías, hacía muchas limosnas al pueblo y estaba orando a Dios incesantemente.

Este Cornelio vió en visión manifestamente, como a eso de la hora de nona, es decir, hacia las tres de la tarde, que un ángel se acercaba a él y le decía:

— Cornelio.

Y éste, fijando en aquel los ojos, poseído de temor, dijo:

— ¿Qué es, Señor?

Y el ángel contestó:

— Tus oraciones y limosnas han subido a la presencia de Dios, como el humo y el olor del incienso y de las víctimas que se queman en el altar. Envía, pues, hombres a Jope y haz venir acá a un cierto Simón, que tiene por sobrenombre Pedro y que posa en casa de otro Simón curtidor, que tiene su casa junto al mar. El te dirá lo que te conviene hacer.

Y luego que se retiró el ángel que le hablaba, llamó a dos de sus domésticos y a un soldado temeroso de Dios, de aquellos que estaban a sus órdenes.

Y habiéndoles contado todo esto, los envió a Jope. Y al día siguiente, yendo ellos su camino y estando ya cerca de la ciudad, subió Pedro a lo alto de la casa, esto es, al terrado, a hacer oración, cerca de la hora de sexta, es decir, a eso de mediodía.

Y sintiéndose con hambre quiso desayunarse. Y mientras le aparejaban el desayuno, le sobrevino exceso de espíritu y quedó en éxtasis.

Y vió el cielo abierto y que descendía sobre él un vaso, como un grande lienzo, que atado por los cuatro cabos, era bajado del cielo a la tierra; en el que había de todos los cuadrúpedos y de los reptiles de la tierra y de las aves del cielo.

Y vino a él una voz, que le dijo:

— Levantate, Pedro; mata y come.

Y dijo Pedro:

— No, señor, porque nunca comí ninguna cosa común, ni impura.

Y otra vez la voz a él:

— Lo que Dios ha purificado no lo llames tú común.

Y esto se repitió hasta tres veces y luego el vaso se volvió al cielo.

Y mientras Pedro dudaba entre sí qué sería la visión que había visto, he aquí los hombres que había enviado Cornelio, que informándose acerca de la casa de Simón llegaron a la puerta.

Y habiendo llamado, preguntaban si estaba allí hospedado Simón, el que tiene por sobrenombre Pedro.

Y pensando Pedro en la visión, le dijo el Espíritu:

— He ahí tres hombres que te buscan. Levantate, pues, baja y vé con ellos sin dudar, porque yo los he enviado.

Y descendiendo Pedro, salió al encuentro de los hombres enviados por Cornelio y les dijo:

— Vedme aquí, yo soy el que buscáis. ¿Qué es la causa por qué habéis venido?

Y ellos le contaron lo ocurrido.

Pedro entonces, haciéndoles entrar los hospedó, y al día siguiente se levantó y se fué con ellos; y algunos de los hermanos le acompañaron desde Jope.

Una vez en Cesarea, los gentiles oyeron la predicción de San Pedro; fueron bautizados Cornelio y todos los que estaban con él y recibieron el Espíritu Santo.

Sabido es que para los hebreos eran animales *inmundos* todos aquellos que no podían comersé según la ley, ni menos ofrecerse en sacrificio, tales como el perro, el cerdo, el camello, la liebre, el conejo, casi todos los carnívoros, las aves de rapiña, los reptiles, la anguila, etc., y como en la visión misteriosa no solamente los encontró mezclados con los animales *puros*, sino que por tres veces se le mandó comer indistintamente de unos y de otros, el Santo entendió al fin que, por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, los que hasta entonces habían sido mirados por los judíos como incircuncisos, impios, é indignos de la gracia del Salvador, entrarían también como ellos en la santa sociedad del cuerpo de la Iglesia. San Pedro vió claramente en la visión misteriosa la *vocación* de los gentiles y por eso les predicó el Evangelio y los bautizó en Cesarea, con asombro de los discípulos hebreos.

Fácilmente se alcanza la trascendencia para el mundo pagano del importantísimo acontecimiento ocurrido en la azotea de Simón el curtidor. De aquí que la tradición se haya encargado de mantener vivo el recuerdo del lugar en donde estuvo dicha casa, sobre el cual hubo en tiempos remotísimos una iglesia.

No lejos del faro, cerca del mar, al S. O. de Jafa se encuentra una casuca, convertida en mezquita por los turcos y llamada por esto y por su proximidad a las antiguas fortalezas de la ciudad *Yama-el-Tabit*, es decir, mezquita del bastión, y también *Borch-el-Bahar*, que significa bastión del mar. La mezquita se compone de una pieza cuadrada, que tendrá unos ocho o nueve metros de lado; cubierta por una bóveda rebajada, como lo están casi todas las habitaciones en aquel país, por falta quizás de maderas de construcción; blanqueada sencillamente con cal; con pavimento de yeso, sobre algunos de cuyos trozos se veía sucia esterilla de junco; cuatro o cinco lámparas pendientes de cuerdas y una especie de ventana o *mihrab* pobrísimos, nicho hacia el cual se vuelven los mahometanos para hacer oración. Frente a la puerta de la mezquita hay un pozo cenagoso, con pila de piedra para las abluciones, que, según el turco que la guarda y enseña por el *hajatis* consiguiente, perteneció también a Simón el curtidor. Es lo cierto que todavía se encuentran tenerías por aquellos alrededores, que recuerdan la profesión del huésped afortunado de San Pedro.

M. POLO Y PEYROLÓN.

LA HIJA DE JEPHTÉ.

LEYENDA BÍBLICA.

I

— Cíñe la espada: a nuestro amparo acude: Tú el príncipe serás en nuestra tierra: Justo es que en los azares de la guerra

El esforzado al impotente ayude.*

El pueblo de Israel en ti confía Para vencer al amonita fiero:

Cíñe ¡oh Jephthé! tu victorioso acero, Arma a tu gente, y sirvenos de guía.*

Así clamaban débiles ancianos Ante un hombre de enérgico semblante, Curtida tez, mirar centelleante, Brio corazón y hercúleas manos: Quien grave al pronto, mas al fin vencido Al ruego humilde y reiterado empeño, Desarrugando el nebuloso ceño Y dando sus agravios al olvido:

— «Basta», les contestó. «Si en tal jornada Necesitáis mi vigoroso aliento, Si juzgáis que mi espéreo nacimiento No ha de empañar el brillo de mi espada; Si al proscripto acudís, hoy que os abate El empuje invasor del enemigo, No os quiero abandonar, venid conmigo A arrostrar los peligros del combate. Mas antes, esperad: ninguno apreste Sus armas, ni coloque su esperanza En la acerada punta de su lanza, Ni en el valor de mi aguerrida hueste. A los hijos de Amon buscad primero, Y a su rey preguntadle en nombre mío Por qué invade el país y arrasa impío. Cuanto halla en su funesto derrotero: Qué afrentas lava, qué razón pretende, Qué ambición desmedida satisface, Qué busca, adónde va, qué fieros hace A quien ni le provoca ni le ofende.»

Y partieron de allí los mensajeros, Y al invasor en su camino hallaron, Y en nombre de Jephthé le interrogaron Sin mostrarse humillados ni altaneros. Y el rey de Amón, con altivez les dijo: — «Yo esta tierra a mi pueblo restituyo, Y a darles posesión de lo que es suyo Por ciudades y aldeas me dirijo. Si paz quiere Israel, y a ella me invita, Ceda el campo al poder de mis legiones.»

Y excusando advertencias y razones, Terminó su respuesta el amonita. Llevada fué a Jephthé; mal satisfecho Escuchóla el caudillo denodado; Su sangre se encendió; mas del soldado El fiero impulso refrenó en su pecho.

— «Id otra vez, les dijo a sus secuaces, Y hacédele ver a mi adversario injusto Que quiero paz, que a la razón me ajusto Sin pretextos, ni engaños, ni disfraces. Que nuestro Dios nos concedió esta tierra Que hace trescientos años poseemos; Que la hemos conquistado, y la debemos Además al derecho de la guerra: Que el tiempo sancionó nuestra conquista Respetada de pueblos y naciones; Y... que emplee el valor de sus legiones Donde el derecho y la razón le asista.»

Mas en vano marcharon y volvieron Los hijos de Israel con su mensaje, Que Amón nada escuchó, y un nuevo ultraje En la nueva respuesta recogieron.

Y entonces ya Jephthé llamó a su gente, Y dando suelta al comprimido enojo, Y ansiando ver su acero en sangre rojo, Así les arengó con voz potente:

— «¡Sús! camaradas: ya llegó el momento De mostrar el poder de vuestros brazos: ¡La soberbia de Amón rompió los lazos Que enfenaban ayer nuestro ardimiento! Respire el genio de la guerra, y ruja En fiera lid con indomable saña! ¡La justicia de Dios nos acompaña, Y el encono del hombre nos empuja! Seguidme todos, que el Señor piadoso Me entregará humillado al enemigo; Y si tan alto galardón consigo, Cuando vuelva a mi casa victorioso, La primera persona que saliere A darme el parabién de la jornada, Ofrezco que será sacrificada En el altar de Dios, sea quien fuere!»

Y más no dijo, y con febril presteza Ordenó sus caballos y peones, Y dueño de mil bravos corazones Se puso de su hueste a la cabeza.

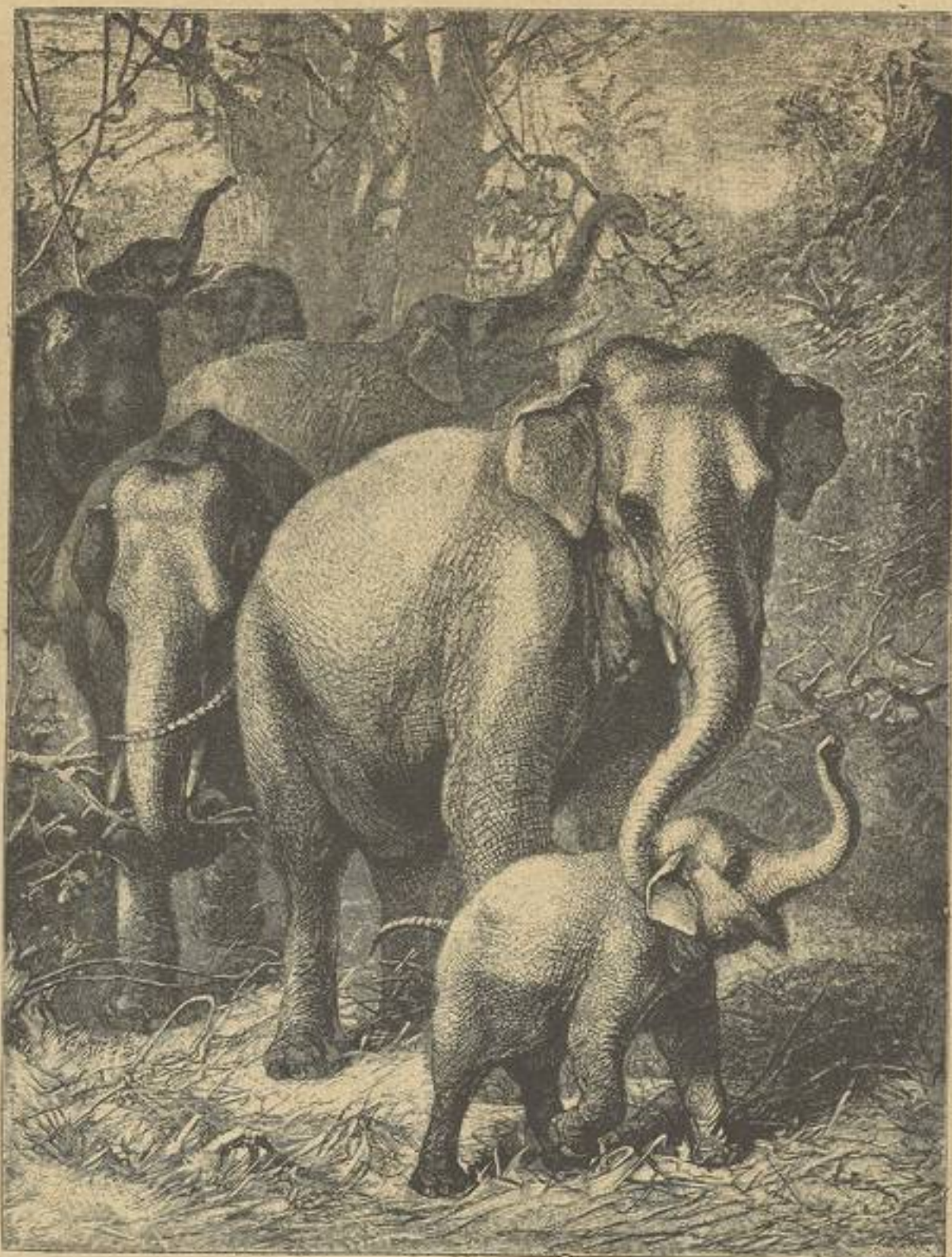
De Masfa parte ya firme y sereno; Ya el llano cruza y la montaña sube Envuelto en polvo, cuya densa nube Horrible tempestad lleva en su seno. Ya traspone y se oculta; ya al oído Apenas llega el militar estruendo; Ya el pajarillo que saliera huyendo Vuelve a buscar la calma de su nido.

* *Hechos de los Apóstoles*, cap. IX, vers. 36-40.

* *Ibid.*, cap. IX, vers. 43.

* *Hechos de los Apóstoles*, cap. X, vers. 1-23.

* *Lev. XI y Deut. XIV.*



GRUPO DE ELEFANTES.

II

Ella: No preguntéis cuál fue su nombre,
Que no se ha escrito en las sagradas páginas,
De la historia del pueblo israelita
Porque velado entre tupidas gasas
Le ocultó la modestia, á quien ofenden
Las vocingleras trompas de la fama.

Pero un ejemplo nos quedó en la tierra,
Pero la historia consignó una hazaña
De abnegación y de virtud sublime,
Cuya heroína es ella. Flor galana
Que ocultó entre el follaje sus colores,
Y que esconder no pudo su fragancia.

Si era ángel ó mujer, no nos lo dicen
En su eco fiel las tradiciones santas,
Mas fuera igual, pues uno y otro nombre
De un mismo ser al corazón nos habla.

Si fue gentil, si en su mirada dulce
Brilló un tesoro de inocencia y gracia,
Y si en su rostro derramó sus dones
El divino Jehová con mano franca,
Bien se puede afirmar, pues escogida
Del Señor, y á su reino destinada,
Ella no pudo ser menos hermosa
Que Eva, Raquel, Esther, Judit y Sara.

Su padre era Jephthé, de Salaad hijo,
Aquel guerrero que partió de Masfa

Invocando con bélico ardimiento
Los nombres santos de justicia y patria;
El mismo que empuñado en el combate
Ha días ya que de su casa falta,
Donde ella mora y con filial cariño
Se agita entre el temor y la esperanza
Al ver que nadie trae dichas nuevas,
Y que el caudillo de Israel ya tarda.

En vano á las más altas azoteas
Ella se asoma, y fija su mirada
En el vasto horizonte, que parece
Insensible á sus penas y á sus ansias.

En vano escucha, y al rumor lejano
Que el viento mece en sus volubles alas,
Pregunta si trae ayes y lamentos
O victores y aplausos entusiastas.

Nada responde el eco, y entre tanto
Una vez y otra vez despierta el alba,
Y brilla el sol, y sigue su carrera,
Y declina después, y al fin se apaga.
Presiente acaso la doncella hermosa
Lo que entre tanta incertidumbre aguarda?

Mas el tiempo, que á todos satisface,
Calmó tanta ansiedad, y una mañana
Gritos de triunfo en Masfa resonaron,
Y vióse aparecer en lontananza
A Jephthé y á su hueste vencedora,
Que sin cesar con júbilo le aclama.

El es: no hay que dudar; viene en su carro
Que el rey Amón en su despecho arrastra
Sufriendo el yugo al par de los guerreros
Que en su campo gozaron mayor fama,
¡Oh qué alegría! El es... La vista apenas
Puede mirar el brillo de sus armas.
Parece que otro sol nace al Poniente
Y á la ciudad esplendoroso avanza.

Hijas de Sión, corred á los jardines,
Buscad en ellos primorosas galas
Para ofrecer al héroe que ya llega
Coronas de laurel, flores y palmas.

Salid á recibirle presurosas,
Festeadle con músicas y danzas,
Y bendecid al Dios omnipotente
Que escuchó vuestros ruegos y plegarias.

Mas ¡ay! que cuando á tantos corazones
El colmo de la dicha les embriaga,
El colmo de la pena al más felice
El dolor más acerbo le prepara.

Jephthé, de tanto aplauso rodeado,
Al llegar á las puertas de su casa,
Ve salir á su encuentro una doncella
Que es entre mil y mil la más bizarra,
La que ostenta más placida sonrisa,
La que es el embeleso de las almas;
Y cuando ella radiante de alegría
Viene á ofrecerle la mejor gualda,



ENSAYO DE UN VERSÍCULO DEL MISERERE.

El guerrero la mira y se estremece,
Y la sorpresa y el dolor le arrancan
Un grito lastimero, y cual si el rayo
Su corazón valiente traspasara,
Cae desplomado al suelo sin sentido,
Mudada la color, perdida el habla,
Mientras el pueblo al ver á la doncella
Exclama con horror: ¡Ah desdichada!

Jephthé torna á vivir; mas entregado
A su dolor, sus vestiduras rasga;
Deja que el llanto inunde sus mejillas;
Con ambas manos temblorosas, trata
De contener la encarnizada lucha
Que su afligido corazón desgarró,
Y llamando á su hija, al fin la dice
Con balbuciente voz: — «Hija del alma,
Yo prometí al Señor que si en la guerra
A los hijos de Amón nos entregaba,
Le haría el sacrificio del primero
A quien viere hoy salir de nuestra casa.»
«El te ha escogido: Tu inocente vida
Y este dolor que hiere y que no mata,
El precio son del triunfo que logramos;
Deudas que á tí y á mí Dios nos demanda.»
«Calló Jephthé, y entonces: — «Padre mío,
Ella le dijo: «Cumple tu palabra,
Y bendice al Señor que tanta gloria
te concedió por tan mezquina paga.»
«Si El lo quiere, y es ley que con mi vida
Y que con tu dolor le satisfagas,
Advierte en cuánto estima tus afectos:
Quien los exige y para sí los guarda.»
«Cumplanse en tí y en mí sus altos fines,
Y sirvan de holocausto ante sus aras
La ilusiones de mis cortos años
Y de los tuyos la pesada carga.»
Esto oyendo Jephthé corrió á los brazos
De aquel ángel de Dios que así le hablara,
Y ambos á dos con humildad sublime
Unieron sus sollozos y sus lágrimas.

III

Por un estrecho sendero
Que baja en suave declive
Hacia unos huertos frondosos,
Solitarios y apacibles,
Un hombre de faz severa,
De barba y cabellos grises,
Camina con lento paso.
Débil, silencioso y triste.

Bien al mirarle se advierte
Que alguna pena le aflige,
Con la que lucha constante
Y á la que en vano resiste.
Es Jephthé. Cumpliendo el voto
Que hiciera al Señor, y humilde
Sacrificando á su hija,
Logró el mayor imposible
Que para el amor de un padre
La imaginación concibe.

Por eso, aunque no es anciano,
Su aliento vital se extingue,
Pues agotó su bravura
Aquel esfuerzo sublime,
Y ya, sólo ante el sepulcro
De aquella inocente virgen
Que en el seno del Señor
Con los ángeles sonríe,
Sólo ante la tumba helada
En que los restos existen
De su hija halla el consuelo
Que al cielo anhelante pide.

Vedle, cual llega y se postra
Ante una losa que sirve
De puerta al breve recinto
Que guarda en estrechos límites
Aquella prenda de su alma,
Niña de tiernos abrisos,
De su ayer dulce memoria,
De su hoy martirio insufrible.

Allí sometido al yugo
De la aflicción que le oprime,
Deja que sus ojos lloren
Y que su pecho suspire,
Y aguarda á que Dios se apiade
Y que la muerte le envíe.

No espera en vano. La noche
Ya oscurece los matices
De los campos y las flores:
El sueño á Jephthé le rinde,
Y en medio de su letargo
Sus tristes ojos perciben
Una luz resplandeciente,
Celestial, inextinguible,
Que llena todo el espacio,
Y en cuyo centro distingue
Una imagen que risueña

A su encuentro se dirige
Pisando nubes de plata,
Rosas, nardos y jazmines.

Es ella; pero su frente
Rayos de gloria despiden;
Pero en su faz se refleja
Una dicha indetenible.
Es ella: su hija adorada,
Que con dulce voz le dice:
«Padre, el Señor ha aceptado
El sacrificio que hiciste,
Y hoy á su reino te llama:
No llores más, no suspires:
Ven conmigo á recoger
El premio que mereciste.»
Jephthé levanta sus brazos,
A Dios mil veces bendice,
Y al fin su alma venturosa
Flota en el espacio libre.

Al otro día Israel
Lloraba muerto á su príncipe;
Los mozos y los ancianos
Encomiaban sus insignes
Virtudes, y los guerreros,
Que tanto le amaron, tristes
Y acongojados, quebraban
Sus espadas invencibles.

FRANCISCO GARCÍA CUEVAS.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

DON JOAQUÍN GARCÍA BARCELÓ, natural de Valencia. Entre otras obras suyas, citaremos un cuadro que hizo para la Condesa de Santa Engracia, representando á *La Virgen del Carmen sacando las almas del Purgatorio*. Murió el 30 de Marzo de 1879.

D. MANUEL GARCÍA BARRIA, pintor, premiado con medalla de oro por un cuadro de gran tamaño representando *la Consagración de la catedral de Cádiz*.

D. JOSÉ GARCÍA CHICANO, discípulo de la Academia de Cádiz; muerto en 1858. Tenemos noticia de las siguientes obras religiosas de este pintor: Cádiz, catedral nueva, en la capilla de San José, *El Santo titular y otro lienzo de San Antonio de Padua*, pintados en 1838 y 1842 respectivamente. En la de Santa Gertrudis, *Santo Domingo Vals crucificado*. Parroquia de Santa Cruz, *La Purísima Concepción*; estuvo en el colegio de Santa Cruz de dicha ciudad hasta su extinción. Museo provincial, *San José y el Niño Jesús*, copia de Murillo; *La Magdalena*, copia de Tiziano; *Sacra Familia*, copia de Anibal Carracci; *La Virgen de Belén con el Niño*, copia.

D. FRANCISCO GARCÍA IBÁÑEZ, nació en Madrid en 8 de Noviembre de 1825. El 7 de Febrero de 1849 le fué conferido el cargo de restaurador del Museo del Prado, que desempeñó hasta el 24 de Marzo de 1857. Durante este tiempo fué comisionado con otros artistas para que restaurase los cuadros del Monasterio de San Lorenzo del Escorial; lo más notable que hizo en estas expediciones fué la restauración de los altares existentes en los tres ángulos del claustro de las procesiones, representando *La Venida del Espíritu Santo*, *La Adoración* y *La Transfiguración*. Las obras pictóricas presentadas en las Exposiciones públicas por el Sr. García Ibáñez son, entre otras, copia del cuadro de la *Sagrada Forma* de Claudio Coello, que se conserva en el Escorial; *Perspectiva del claustro de las procesiones en el Monasterio del Escorial*, *El Calvario*, *Perspectiva del claustro de San Juan de los Reyes en Toledo*, *Interior de la basílica de Nuestra Señora de Atocha en Madrid*.

D. ANTONIO GARCÍA LÓPEZ. En las Exposiciones celebradas en los últimos años por la Sociedad de acuarelistas y el Sr. Hernández presentó, entre otros muchos cuadros, los siguientes: *En Jueves Santo*, *En Pascua de Resurrección* y *Un Cristo*.

D. JUAN GARCÍA MARTÍNEZ, nació en 1829 en Calatayud (Zaragoza). Entre sus varias obras citaremos: *La resurrección de Lázaro*, pintado en los ejercicios que ejecutó para optar á una plaza de pensionado en Roma y adquirido por el Gobierno para el Museo Nacional. En la Exposición Nacional de 1881 presentó la *Procesión de Nuestra Señora de los Angeles al pueblo de Gelofo*.

D. JUAN GARCÍA VALDEMORO, natural de Castillo, provincia de Burgos. En la Exposición Nacional de 1866 presentó una *Vista interior de la iglesia de Nuestra Señora de la Almudena, patrona de Madrid*; en la de 1881 *Interior de la capilla llamada del Obispo en Madrid* é *Interior de la Iglesia parroquial de Castrillo de Murcia antes de la Misa*.

D. LINO GARCÍA ALCÁZAR, natural de Madrid. En la Exposición Nacional de 1881 presentó su cuadro *La oración en el huerto*.

D. DOMINGO GARCÍA Y DÍAZ, natural de Jerez de la Frontera. Entre sus varias obras recordamos *San Bruno en oración* y *Santa Teresa de Jesús*.

D. MANUEL GARCÍA Y GARCÍA, nació en Sevilla. Entre sus muchas obras citaremos por su carácter religioso *La aparición de Santa Juana á su padre*.

D. RAFAEL GARCÍA Y GARCÍA, discípulo de la Escuela de Cádiz. En 1866 adquirió la Academia de Bellas Artes de Sevilla cuatro lienzos suyos, representando á *San Sebastián*, *San Lorenzo*, *San Isidoro* y *San Leandro*, copia de los frescos existentes en el exmonasterio de San Isidoro del Campo.

DOÑA MARÍA DE LA SOLEDAD GARRIDO Y AGUDO, natural de Salamanca. Conocemos suyo un cuadro representando á *Santa Lucía*, pintado para la iglesia de San Roque de Gandía.

D. DÁMASO GARROTE Y RAMOS, natural de Madrid. En la Exposición de Bellas Artes de 1876 presentó *La Reserva en una parroquia*.

D. JOSÉ GASTALDI Y BÓ, nació en Valencia en 11 de Julio de 1842. Pintó un cuadro representando *El Viático*, que figuró en la Exposición Nacional de 1864.

DOÑA EULALIA GERONA DE CAYANES. Pintora de afición, creada Académica de mérito de la de Bellas Artes de San Carlos de Valencia en 22 de Julio de 1802. En la Exposición abierta al año siguiente en Barcelona por la Junta de Comercio presentó *Una Virgen con el Niño*, al pastel.

DOÑA ALEJANDRINA GESSLER DE LACROIX. Pintora gaditana, conocida en el mundo artístico por *Madama Anselma*; Académica de honor de la Academia de Cádiz, á la que regaló en 1880 su cuadro *La Adoración de la Cruz*, premiado con medalla de oro en la Exposición de aquella ciudad.

D. FRANCISCO GIBAJA. En la Exposición de Cádiz de 1879 presentó un *San Francisco*, copia de Murillo, que fué premiado con medalla de plata.

D. RAMÓN GIL. Falleció en Santiago en 1842 y dos de sus obras póstumas son: *Un Cura de Alda cantando en la iglesia* y *La catedral de Santiago vista desde la plaza de la Quintana*.

D. ANTONIO GIL Y MONTIJANO, murciano. Es de su pincel, entre otras obras, la que figura *El Viático*.

D. CARLOS GINER Y VIDAL, natural de Valencia. Son obras suyas el lienzo representando el *Viaje de San Juan de la Cruz á Madrid*, pintado en 1864, y el que ejecutó el 1868 para la iglesia de San Nicolás de Valencia, que representa el momento en que *El pueblo valenciano acude á la iglesia de San Sebastián á contemplar el cadáver del Beato Gaspar Bono y á arrojar sobre él flores*.

D. CARLOS GIRONI Y CABRA. Conocemos un lienzo, obra de este malogrado artista, representando *La resurrección de la hija de Jairo*.

D. ANTONIO GISEBERT, natural de Alcoy y discípulo de la Academia de San Fernando de Madrid. Sus obras son muchas y buenas; nosotros sólo citaremos en esta reseña especial un cuadro representando *La resurrección de Lázaro*, ejecutado en 1855, y por el que su autor mereció ser agraciado con una pensión para trasladarse á Roma, donde tantos triunfos estaba predestinado á alcanzar.

DOÑA ELISA GODOY. En la Exposición celebrada en Cádiz en 1879 fué premiada por su cuadro *Interior de un convento*.

D. MANUEL GÓMEZ MORENO, natural de Granada. En la Exposición Nacional celebrada en Madrid en 1881 presentó *San Juan de Dios salvando á los enfermos del Hospital Real de Granada*, propiedad de la Diputación de aquella provincia. También es suya *Una Concepción*, propiedad de D. José Toledo.

D. ANTONIO GÓMEZ Y CROS, natural de Valencia. Entre los muchos cuadros de este artista, citaremos los siguientes: *La Virgen María con el Niño Dios y San Juan, Daniel en el lago de los leones defendido por un ángel*, *El Ángel de la Guarda amparando á una niña del espanto que la produce la fealdad de la serpiente en representación del pecado*, *La degollación de los Inocentes*, *San Joaquín educando á la Virgen y San Juan Bautista predicando en el desierto*.

D. ERNESTO GONZÁLEZ, nació en Cádiz en 1840. En el Museo provincial de dicha ciudad se conserva un cuadro suyo, representando á *La Virgen con Santa Ana y dos ángeles*, copia de Murillo.

D. FEDERICO GONZÁLEZ TAYÉ, nació en Cádiz en 1823 y murió en 1867. En el Museo de Cádiz se conservan, entre otras obras suyas, *La Santísima Trinidad* y *Santiago Apóstol*, copias.

D. FRANCISCO GONZÁLEZ DE MOLINA. En la Exposición del Círculo de Bellas Artes, celebrada en Madrid en 1882, presentó una copia á la acuarela del *San Antonio de Murillo*.

D. MANUEL GONZÁLEZ DE LAS CUEVAS, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla. En la Ex-

posición celebrada en Santander en 1866 presentó *Una Virgen*.

D. CASTOR GONZÁLEZ VELÁZQUEZ, nació en Madrid en 1768 y murió en 1822. En el Casino del Príncipe (Escorial), hay dos tablas de su mano *La Sacra Familia* y *Un descanso en la huida a Egipto*, y en la Academia de San Fernando *Una Santa Cecilia*, copia en miniatura de Guido Rheni.

D. ZACARÍAS GONZÁLEZ VELÁZQUEZ, nació en Madrid en 1763 y murió en 1834. Dejó, entre otras, las obras siguientes: Madrid, Museo Nacional, *El martirio de un Santo*. Jaén, catedral, en el retablo de la tercera capilla, un cuadro de *La Circuncisión del Señor*. En los altares laterales del Sagrario, *El martirio de San Pedro Pascual de Valencia* y *Nuestro Señor Jesucristo crucificado*. Toledo, parroquia de San Nicolás, en el retablo principal *El Santo Arzobispo titular de la parroquia*, apareciéndose glorioso a unos jóvenes que hay en primer término. Entre otros trabajos de su mano, hechos para particulares, recordamos *Un Crucifijo*, *Un Descendimiento* y *Un San Vicente de Paúl*.

D. PABLO GONZÁLEZ, natural de Zaragoza. Muchos y muy notables son los trabajos de este pintor; citaremos solamente, el *Interior de la catedral de Toledo*, *Crucero de la misma catedral*, *Claustro de San Juan de los Reyes en Toledo*, *Exterior de la iglesia mozárabe de San Lucas en idem*, *Capilla Real de Granada y sepulcro de los Reyes Católicos*, *Interior de la capilla de San Bernardino donde se juramentaron los comuneros de Castilla* (hoy sacristía mayor de la catedral de Avila) en ocasión de celebrarse una conferencia por su Obispo y Cabildo. Interior de la sacristía menor en la catedral de Avila con figuras representando: *Salida de la Misa mayor*, *Vista del interior de la basílica de San Marcos en Venecia*, *Antesala y sala capitular de la catedral de Toledo*, *Vista de la capilla, altar y sepulcro de San Isidoro en la basílica de San Marcos en Venecia*, *Vista de una nave lateral de la basílica de idem*; *Puerta del claustro, llamada del Niño de la Guardia*, en la catedral de Toledo y *El interior de la catedral de Toledo*.

D. FRANCISCO GOYA Y LUCIENTES. Pintor de reputación universal y cuyo nombre es admirado por todo el mundo. Nació en Fuendetodos (Aragón) en 30 de Marzo de 1746. Desde su más tierna edad se entretenía en pintar figuras, y cuando tenía próximamente 13 años, pintó al fresco unos cortinajes para la capilla de las Reliquias, y *La Aparición de la Virgen del Pilar*, al óleo, en las puertas del retablo. Sería casi imposible la tarea de seguir paso a paso la vida azarosa de este notabilísimo artista, así como recordar sus muchos y sobresalientes trabajos; citaremos solamente algunos de los mismos. En 1780 fué encargado de pintar en unión de Bayeu varios frescos del templo de Nuestra Señora del Pilar en Zaragoza. Al año siguiente le encargó el Rey que pintase un cuadro en competencia con todos los pintores de cámara, para la iglesia de San Francisco el Grande de Madrid. En el Museo Nacional se conserva su admirable *Crucifijo*; también es magnífico su cuadro *La comunión de San José de Calasanz*. En Chinchón, iglesia parroquial, el cuadro del altar mayor, representando *La Asunción de la Virgen*. En Madrid, San Francisco el Grande, en la tercera capilla del lado de la epístola, *San Bernardino de Sena con un crucifijo en la mano izquierda y puesto en un peñasco en actitud de predicar al Rey Don Alfonso de Aragón y otros señores*. En San Antonio de la Florida, en la cúpula, *San Antonio predicando a un numeroso auditorio* y los ángeles de las bóvedas, que encierran la particularidad de ser retratos de varias señoras de la corte. En las Escuelas Pías de San Antonio, en uno de los retablos de la capilla, hay un cuadro que representa al esclarecido fundador de dichas Escuelas, recibiendo la comunión, seguido de muchos niños. Sevilla, Catedral; en la sacristía de los cálices las *Santas Justa y Rufina*. Toledo, catedral; en la sacristía, *La prisión de Jesús en el Monte de las Olivas*; en el Hospital de dementes, *Un Crucifijo*, en el altar mayor. Valencia, Catedral, *San Francisco de Borja despidiéndose de su familia*, *El mismo Santo auxiliando a un agonizante*, ambos lienzos pintados por encargo de la Condesa Duquesa de Benavente. Valladolid, Recoletos de Santa Ana, *Santa Omlina en oración*, *Muerte de San José*, *San Bernardino y San Roberto*; Catedral, *San Pedro ofreciendo pan a un pobre a quien hace salir de la tumba*. Tobías y el Ángel, propiedad de Don Pascual Calvo, Zaragoza, catedral, el techo del coro, al fresco, y las cúpulas menores, representando a *La Virgen de los Angeles*, *Una Sacra Familia*, para el Duque de Noblejas. La Concepción, *San Bernardino*, *San Benito* y *San Raimundo*. Una caída que sufrió en la escalera de su casa contribuyó, más que su avanzada edad, a que se acelerase su muerte, ocurrida el día 16 de Abril de 1828, cuando contaba 82 años.

D. FRANCISCO GRAU, natural de Torrente, pro-

vincia de Valencia. Es de su mano el cuadro de *San Vicente Ferrer*, existente en la capilla del Palacio arzobispal de Valencia.

D. ALEJANDRO GRAU Y FIGUERAS, natural de Villanueva y Geltrú. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1858 presentó un cuadro representando *La Madre de Dios*.

D. EDUARDO GREZNER. Presentó en la Exposición de Bellas Artes, celebrada en 1858 en Barcelona, un *Jesús Glorioso*, y en la de 1859 *Jesucristo curando al paralítico*.

D. ANTONIO GUERRERO. Nació en Salamanca en 1777, habiéndose dedicado preferentemente al dibujo. Ha dejado un gran número de estampas, entre las que recordamos *Santa María Magdalena*, de Guido Rheni; *San Juan Evangelista*, de Alonso Cano; *El glorioso San Emigdio*, *San Isidro Labrador*, *San Francisco Javier*, *San Nicolás de Bari*, *San Luis Gonzaga*, *Nuestra Señora de las Angustias*, *San Blas obispo*, *Santa Rita de Casia*, *Nuestra Señora de los siete Dolores al pie de la Cruz* y *Nuestra Señora del Carmen*.

D. ANSELMO DE GUINEA, pintor bilbaíno. Entre sus varias obras, citaremos un *San Vicente mártir*, para la iglesia de Baracaldo.

M. DE A.

(Se continuará.)

EL CALDEO DEL HOGAR

SEGUNDA PARTE

CALDEO UNIFORME Y ECONÓMICO

DEMOSTRADA en la primera parte la ineficacia de los procedimientos empleados para caldear con uniformidad y economía el hogar doméstico, demos principio al estudio que nos ha de conducir a la necesaria armonía entre los intereses de los vecinos y la comodidad en modo de habitar.

Desde el momento en que consigamos nuestro intento, cual es el de dar a los arquitectos, a los industriales y a los vecinos resuelto el problema de caldear y ventilar con economía el hogar doméstico, cesa nuestra responsabilidad. Si las múltiples instrucciones que habremos de estampar en el presente escrito, no tan sólo para construir, sino también para establecer y disfrutar el sistema, son alteradas en todo ó en parte, sin que motivo justificado aconseje la variación la responsabilidad, por la falta de éxito, no será justo que recaiga sobre los ingenieros industriales. Del mismo modo que demostramos la imposibilidad de resolver el problema con el solo concurso de los caloríferos sin la ayuda de las condiciones técnicas de la casa, por idéntico motivo decimos ahora que, sin el asiduo concurso de los ingenieros industriales que han de proyectar, de los fabricantes que han de construir, de los arquitectos que han de establecer, y por último, de los vecinos que han de usar, inútil sería pensar en adelanto alguno. De nada serviría proyectar, construir y establecer perfectamente un aparato calorífero en completa armonía con las condiciones de la casa, si un vecino discolito, desoyendo los consejos que recibe de quien sabe más que él, pretendo campar por su respeto y vivir a su capricho. Podrá suceder que esté mal servido, pero también es cierto que perderá todo derecho a lamentarse. El peor consejo que tiene el hombre es su ignorancia, y por lo tanto, sólo por candidez podríamos figurarnos que, cual mansos corderos, van a seguir al pie de la letra los consejos que les habremos de dar, para que con la mayor economía posible caldeen y ventilen sus domicilios. Como a la ignorancia sólo se le pueden dar consejos empíricos, los que sean indómitos sólo a fuerza de oír otros que saben algo más que ellos, y a fuerza también del tiempo que demuestra prácticamente la eficacia de un nuevo procedimiento, será como irán adquiriendo la ciega fe que han menester para resignarse a abandonar *rancias rutinas*. Cumplamos, pues, nuestra misión de consejeros, demos a los hombres de ciencia las demostraciones que les han de bastar para atraerlos a nuestro lado, y dejemos al tiempo lo demás.

Proponiéndonos indicar el medio más eficaz para conseguir, con la mayor economía posible, el caldeo y ventilación del hogar doméstico, parece natural que prescindáramos por completo de la parte de ostentación inherente al caldeo, aconsejando únicamente lo que pudiera contribuir a nuestro principal objeto. Sin embargo, como de la ostentación no podemos prescindir en absoluto, por cuanto hay muchas familias cuya desahogada posición les permite no atender tanto a la economía, quedaría incompleto el presente estudio si no procuráramos

también satisfacer cumplidamente esta segunda existencia del problema que nos proponemos resolver. Así, pues, siempre bajo la hipótesis de que el caldeo sea eficaz y económico, tendremos que dividir nuestro trabajo en dos partes: la primera encaminada a proyectar la que podremos denominar *estufa económica*, para la cual atenderemos con preferencia a toda otra mira a la economía, dedicando la segunda parte a la *chimenea económica*, que si bien caldeará de un modo mucho más económico y eficaz que la actual, nunca lo será tanto como la estufa económica. Como apéndice a la chimenea económica, trataremos de otra que podremos llamar *chimenea de lujo* para las familias que menos obligadas se vean a tener en cuenta la economía y atiendan especialmente a la vista, sin que por esto prescindan en absoluto de las ventajas y comodidades del presente y nuevo caldeo. Con los tres tipos referidos a disposición del público, cada cual empleará el que más en armonía esté con sus intereses, sin poderse llamar nunca a engaño, si al emplear los últimos tipos gasta más que con el primero, igualmente a su disposición.

La clasificación ó orden que hemos establecido, poniendo en primer lugar a la estufa, es en el concepto de ser más económica que la chimenea, y esto se funda en que al tubo de la estufa, como veremos después, podremos darle mucho más desarrollo que al de la chimenea, razón por la cual esta última por necesidad ha de dejar escapar sin utilizarlo más calor que la estufa, resultando ésta, como decimos, más económica, y es por lo que le corresponde el primer lugar en la referida clasificación.

Antes de entrar en la aplicación de la estufa y de la chimenea al caldeo, bueno será empezar por lo que ha de ser común a ambos sistemas, y que consiste en la preparación de nuestras moradas para facilitar la uniformidad de temperatura en las diferentes piezas.

Propagación del calor.— Si se tratara de caldear una sola pieza, nada habría por hacer, en razón a que todo el espacio disfrutaría de la conveniente circulación del aire, uniformando la temperatura en toda ella; mas como no tratamos de caldear un salón, sino que nuestro propósito se refiere a *propagar el calor en las diferentes piezas que constituyen el hogar doméstico*, veamos de reducir este segundo caso al primero, y habremos logrado nuestro intento. La única razón de la dificultad con que se propaga el calor de una pieza a otra ya la conocemos, y en ella nos hemos ocupado, demostrando que *el aire más caliente de una pieza nunca puede pasar a la contigua por la sencilla razón de que no tiene salida*, y si únicamente la tiene por la puerta el que, al estar más bajo, está más frío, y así sucesivamente cada pieza, reservándose el más caliente que ha recibido, da a la vecina otro ya enfriado, lo cual no sucede en un salón, luego igualemos a las de éste las condiciones del hogar doméstico, y habremos terminado nuestra tarea. ¿Qué sucede en el salón que se ha de copiar en nuestra casa? Sencillamente que el aire caldeado procedente del calorífero se eleva e invade todo el techo; y sabiendo que el único obstáculo opuesto a semejante marcha del aire más caliente en nuestra habitación no es otro que las paredes divisorias de una pieza a otra, abramos comunicaciones JUNTO AL TECHO en todas ellas, y cual si se tratara de un salón corrido, *el aire caliente se propagará por toda la casa*. A esto se reduce el problema de uniformar la temperatura en todo el hogar doméstico.

Si tal como empleamos hoy la chimenea y la estufa abriéramos las comunicaciones superiores que acabamos de indicar, cometeríamos un desatino, en razón a que si el escaso caldeo que hoy nos reporta es insuficiente para un par de piezas, a la nada quedaría reducido repartiéndolo entre las demás. Del mismo modo que la chimenea y estufa por sí sola no pueden constituir sistema de caldeo aceptable, si no va acompañada de las indispensables y convenientes condiciones de la casa, por igual razón sería inútil disponer bien la casa si el exiguo efecto del calorífero inutilizaba nuestro trabajo. Cuando éstos, modificados como propoendremos, se hagan eficaces, entonces únicamente podrán combinarse con las condiciones de la casa, para constituir el bello ideal del caldeo doméstico a que aspiramos.

De la regla general que hemos dado para disponer nuestra casa en condiciones favorables a la propagación del aire caldeado deberá exceptuarse la cocina, la despensa y los excusados, en cuyos tabiques no abriremos comunicación superior, a fin de incomunicar estos departamentos todo lo posible con el resto de la casa, en donde sin interrupción circulará el aire libremente por todas las demás piezas,

1. Procedimiento al cual ha sido concedida patente de invención en España y en el extranjero.

como vamos a ver. La necesaria circulación del aire para uniformar la temperatura en todo el domicilio exige que junto al techo tenga su paso libre el caldeo, y contra el suelo pueda regresar de todas partes el aire ya frío hasta la pieza en donde hayamos establecido nuestro calorífero. La comunicación superior ya la conocemos, y en cuanto a la inferior ya la tenemos, puesto que no hay pieza alguna que carezca de puerta, cuyo hueco llega al mismo piso. Si ésta permanece abierta, como es conveniente, nada se opondrá a la marcha baja del aire que retorna hacia el calorífero, y aun cuando esté cerrada, nunca lo está tan herméticamente que impida en absoluto el tránsito del aire. Conocidos ya los pasos de aire altos y bajos, fácil es prever su rápida y constante circulación desde el calorífero a todas las piezas, y desde éstas al calorífero, uniformando la temperatura en todo el domicilio, ni más ni menos que si hoy lo caldeáramos todo sin reparar en el gasto.

No se crea por lo dicho que el movimiento del aire en la habitación va a molestar en lo más mínimo: será completamente insensible, y únicamente podrá comprobarse por el humo del cigarro, que es el mejor medio para observar la marcha del aire en una habitación.

Las comunicaciones superiores, que tanto han de contribuir para propagar el calor por toda la habitación, habrán de estar provistas de algún medio para cerrarlas en momentos dados, como por ejemplo, mientras los criados se ocupan en la limpieza cuando los señores están todavía durmiendo. Para este caso, con disponer una trampilla que desde fuera, y por medio de un tirador como el de una campanilla, pueda cerrarse, habremos suprimido cuando no sea necesaria dicha comunicación, la misma que dejaremos más tarde abierta al encender el fuego con objeto de calentar la casa. Las trampillas pueden ser giratorias como las tablas de una persiana, ó de corredera como los ventiladores que se usan en los coches de primera clase del ferrocarril. También puede establecerse la comunicación superior en el macizo del techo en forma de sifón invertido, etc., etcétera.

En el día tratamos de cerrar las puertas para estar más abrigados donde tenemos el fuego, a fin de que no nos moleste el aire frío que nos invade del resto de la casa; pero cuando tengamos bien establecido el caldeo, no sólo no será necesario cerrar, sino que tendremos que vivir con las puertas abiertas por las dos razones siguientes: si nos encerramos en la pieza provista de calorífero, como dificultamos la entrada al aire bajo, la circulación por el caldeo tendrá lugar sólo con el aire de aquella pieza, que al poco rato adquirirá una temperatura inaguantable, por cuanto el aparato será demasiado enérgico para tan reducido espacio. Aun cuando distraídamente hayamos cerrado la puerta, pronto nos recordará nuestra distracción el excesivo calor que sentiremos. La otra razón de no tener que cerrar consiste en que, si hoy nos molesta el aire frío que viene de las otras piezas, como entonces vendrá casi tan caliente como el que nos rodea, no hay molestia alguna por dejarlo entrar; ni más ni menos que no nos incomoden las puertas abiertas en la primavera, y es precisamente a lo que aspiramos, a suprimir el invierno en el hogar doméstico.

Si nos hallamos en cualquiera otra de las piezas en donde no esté el calorífero, trataremos de tener la puerta abierta para el efecto contrario, lo cual es fácil comprender por la razón siguiente: tenemos cerrada la puerta, y el aire caliente sigue circulando por el techo, pasando a otra pieza; pero como al cerrar la puerta dificultamos la salida baja del aire frío, éste nos envuelve y sentimos sus efectos, sin disfrutar del calor que tenemos encima. Abrimos la puerta, y entonces el aire enfriado toma su curso natural hacia el calorífero en donde ha de recalentarse, es decir, que si bien hoy cerramos para abrigarnos, después abriremos la puerta con idéntico propósito.

Por más que el aire caldeado se correrá perfectamente por el techo a toda la casa, algo de calor ha de perder, y por lo tanto es de la mayor importancia efectuar el caldeo haciendo correr al aire la más corta distancia posible. Para esto tendremos que modificar la rutina que venimos siguiendo cuando hay una sola chimenea, la cual se establece en el gabinete, es decir, a un extremo de la casa; mas importándonos acortar todo lo posible la marcha del aire desde el calorífero a la pieza más distante, prescindiremos de la ostentación en pro de la conveniencia, y estableceremos el calorífero, si es único, en una pieza más céntrica a la casa, y así facilitaremos considerablemente el perfecto caldeo a que aspiramos.

ANTONIO MONTENEGRO.

(Se continuará.)

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

CARTA CIRCULAR DEL EXCMO. E ILMO. SEÑOR
OBISPO DE MALLORCA

I



VENERABLES Hermanos y amados Hijos: En nuestra Carta Pastoral, expedida con fecha 8 del corriente, os decíamos que a últimos de Diciembre del presente año nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII celebrará el quincuagésimo aniversario de su promoción a la dignidad sacerdotal.

¡Ah! El solo anuncio de este acontecimiento, verdaderamente extraordinario, produjo en todo el Orbe católico una explosión de entusiasmo religioso y de adhesión inquebrantable a la sagrada Persona del anciano y atribulado Jefe Supremo de la Iglesia. ¡Qué espectáculo tan grandioso y admirable ofrece en estos momentos solemnes el pueblo católico...! Su fe no está vencida ni apagada por los golpes de la rabiosa incredulidad como algunos suponen, no; es, por el contrario, más vigorosa cada día, y está llena de vida. Por esto todos los buenos católicos, fuertemente adheridos a la Catedral Vaticana, movidos por la invencible fuerza de la fe, se agitan, trabajan, se preparan para en el día faustísimo del Jubileo Sacerdotal de su Padre amantísimo ofrecerle un esplendoroso y solemnísimos testimonio de amor filial.

V Mallorca, ¡oh! la religiosa Mallorca, cuya piedad es proverbial, fiel siempre a sus antecedentes y a su historia, en esta ocasión, como lo hizo en otras muchas, se colocará a la altura que le corresponde por la pureza de su fe y acendrado amor a la Santa Sede, ocupando un lugar preferente en la manifestación católica que se intenta. Estamos seguros de que así sucederá.

La Comisión promotora de los festejos que se han de ofrecer a León XIII con motivo de sus Bodas de Oro propone como obras más principales para la celebración de dicho solemne aniversario las siguientes:

1.ª Alianza de oraciones, que lleven hasta el cielo las súplicas de los hijos de la Iglesia católica en favor de la libertad é independencia del Romano Pontífice.

2.ª La colecta que, como limosna de la Misa que celebre en el memorable día de sus Bodas de Oro, se entregará al augusto Vicario de Jesucristo.

3.ª La celebración en el Vaticano de una Exposición universal, en que la industria y el arte cristiano se ostenten en toda su característica sublimidad, presentando especialmente objetos destinados al culto, que Su Santidad distribuirá después entre las Iglesias pobres.

II

En todas las épocas es preciso orar, pero en los tiempos presentes esa necesidad es más apremiante, porque el genio del mal vomita hoy por doquiera inmundicia lava contra la Iglesia de Jesucristo y su digno Vicario. Por todas partes se oyen gritos liberticidas de hombres sin conciencia que viven insultando la santa doctrina, é hiriendo ¡cruel! el corazón del Pontífice, constituido Vicegerente del Hijo de Dios.

La Iglesia sufre, y la Silla de Pedro es el blanco a donde dirigen sus tiros la impiedad y el error. Hay precisión, pues, de hacer súplicas al cielo para que confunda a los soberbios, y dé ánimo al afligido Padre de la cristiandad para soportar las penas que hijos ingratos le deparan. Urgente es orar sin intermisión, a fin de que el Señor abrevie los males que afligen a la Esposa purísima del Cordero. Oremos al Padre de las misericordias, y para que sea eficaz nuestra oración interpongamos la mediación de la que todo lo puede, de la que aplastó la cabeza de la serpiente infernal, de la que desconcertó el orgullo de todas las herejías y de todos los errores. Oremos, que el Señor nos oír cuando levantemos hacia El nuestra voz: *Dominus exaudiet me, cum clamavero ad eum* (Psalm. 4. 4). Recordemos que el profeta Elías orando, venció por dos veces a sus enemigos (4. Reg. 1. 10). Oremos, porque la oración, dice San Ambrosio, alcanza y hiere desde mayor distancia que una flecha. No era Eliseo superior a sus enemigos por las armas, sino por la oración: *Oratio longius vulnerat quam sagitta. Eliseus hostes suos non armis superabat, sed oratione vincabat.* (Serm. 86.)

¡Ah! Hoy, que se toman las hipótesis por tesis, los sofismas por argumentos, las probabilidades por certidumbres, las ilusiones por ideas, las aseveraciones gratuitas por principios, y hasta las fábulas por hechos: hoy, que tanto se exagera el valor y significa-

ción de ciertas palabras, y que se da a otras un sentido que no es el suyo propio, y todo con la intención diabólica de aumentar el número de los enemigos de la Santa Sede; hoy debemos los verdaderos católicos aliarnos y unirnos más y más para hacer una santa violencia a Dios por medio de nuestras oraciones: esta violencia, decía Tertuliano, le es grata. *Hec vis grata Deo.* (Lib. de Orat.) Oremos todos por la Iglesia, tan combatida en todas partes por el error, la calumnia y las ruines pasiones. Oremos todos por nuestro amado Padre Santo el Papa León XIII, para que el Señor le dé fortaleza y resista los violentos ataques de la impiedad descubierta y enmascarada... Oremos.

III

Pero el honor, el lustre y hasta la independencia de la Santa Sede, además del auxilio de las oraciones con que debemos concurrir a aliviar la angustiosa situación de nuestro Santísimo Padre, necesita también recursos de otro género.

Antiguamente, y antes que la Santa Sede poseyera dominios y rentas propias, los fieles de algunos países se creían en el deber de sustentar a su Pastor universal, que se desvelaba por el gobierno y dirección de toda la Iglesia: y la institución del *Dinero de San Pedro* es un grato recuerdo de cómo cumplían los fieles con este deber. Actualmente, merced a las revoluciones y a la usurpación más injusta y descarada, el Papa se encuentra desposeído de sus dominios, y por consiguiente, de sus rentas. Justo es, pues, que acudamos a llenar este vacío, si es que arde en nuestro corazón la llama del sentimiento católico español.

Sabemos que cuantas veces se hizo un llamamiento a vuestra piedad, respondisteis como buenos hijos de la santa Madre Iglesia. Por ello os damos las gracias en nombre de Su Santidad, y las damos principalmente a Dios que os movió a ser generosos en favor de la mejor y más sagrada de las causas. Pero la necesidad no se ha remediado en su raíz, porque el Santo Padre no ha sido repuesto en la posesión de sus Estados, que tan inicuamente se le quitaron. Fuerza es, pues, que Nos llamemos a las puertas de vuestra piedad filial, recordándoos que nuestro Padre el Papa León XIII necesita aún de nuestros socorros. Esperamos que no os haréis sordos a este llamamiento, y que como buenos católicos que sois, como hijos fieles y devotos de la Santa Sede, acudiréis con una limosna, por pequeña y tenue que sea, por ejemplo, *diez céntimos de peseta*, según os permita vuestra fortuna y la posición particular de cada uno. Esta pequeña limosna que se os pide para socorrer al Papa nuestro Padre, que está pobre, unida a las de los demás católicos del mundo, le proporcionarán los recursos que necesita para atender a los muchos gastos que le ocasionan las grandes oficinas y dependencias indispensables para el despacho de la infinidad de negocios que todos los días se aglomeran de toda la cristiandad. No desconocemos la situación angustiosa de muchos de nuestros amadísimos diócesanos; pero ¡quién es tan pobre que no pueda desprenderse de diez céntimos para ofrecerlos al Vicario de Jesucristo, que se halla necesitado...?

¡Oh! La caridad, Venerables Hermanos é Hijos carísimos, es ingeniosa, y cuando se quiere, se encuentran recursos para todo. La limosna nunca empobrece; y el que no da no debe esperar recibir, dice San Gregorio Nacianceno: *Qui non dedit, occipere non speret.* (In Distich.) Dios mira con preferencia el corazón del que da, antes que el donativo en sí mismo... Dios no pesa la cantidad dada, sino el sentimiento con que se da, decía San Gregorio: *Deus non pensat datum, sed affectum.* (Homil. in Evang.) ¡Cuán grande es el mérito de la limosna...! Ella proporcionó al hijo de Tobías un ángel por guía en su viaje, y purificó y devolvió la vista al padre. El hombre caritativo, dice Tobías, reúne un gran tesoro y una gran recompensa para el día de la necesidad: *Premium enim bonum tibi thesaurizas in die necessitatis.* (4. 10.) Dios nunca olvida la limosna. Vuestras oraciones, dijo el ángel, y vuestras limosnas han subido a la presencia de Dios; y él se ha acordado de vosotros: *Orationes tue et elemosynae tuae ascenderunt in memoriam in conspectu Dei.* (Act. 10. 4.) Ayudemos, pues, amados Hijos, con nuestras oraciones y limosnas al Sumo Pontífice, y así le consolaremos, haciendo menos triste y aflictiva su situación; pues, como el ángel dijo a Tobías, excelente es la oración unida a la limosna: *Bona est oratio cum elemosyna* (12. 8.); y los que no podáis dar ni aun los diez céntimos... desead poderla hacer... orad por el Papa... compadeceos de él...

IV

Para la Exposición que ha de celebrarse en el Vaticano podéis ofrecer productos del arte ó indus-

tria, y en especial objetos del culto, aunque sean de poco valor; pues el Santo Padre lo aceptará todo con vivísima gratitud, y podrá utilizarlo en beneficio de iglesias pobres y de las misiones católicas, en donde la luminosa antorcha de la fe es de temer se extinga, si no se la alimenta con toda clase de recursos.

Hagamos todos un esfuerzo, demos a conocer en esta ocasión la grandeza de nuestra fe, los insólitos lazos que nos unen al Soberano Pontífice, lo decididos que estamos a aliviar sus penas y endulzar sus profundas amarguras. Todos los católicos de verdad estamos interesados por el honor y felicidad de nuestro Santísimo Padre; obsequiémosle, pues, en el día de sus *Bodas de Oro*. Esperamos confiadamente que la mayoría de nuestros amadísimos diocesanos ha de contribuir, según su devoción le inspire, a esta Exposición de la gran familia cristiana con su talento e ingenio, o con la sencilla labor de sus manos.

Expuesto, aunque muy a la ligera, el plan de esta solemne demostración de filial amor a la Santa Sede y a la Sagrada Persona de León XIII, que tan digna y gloriosamente la ocupa, esperamos de nuestros muy amados Curas, Eclesiásticos y Vicarios de las iglesias filiales que lo darán a conocer a sus respectivos feligreses, no tan sólo mediante la lectura de esta nuestra Carta circular en el ofertorio de la Misa de uno o más días festivos, sino también con las explicaciones que creyeran oportunas, para que comprendan fácilmente el objeto de esta universal y amorosa manifestación, excitándoles a tomar parte en todas sus obras, según las condiciones de cada uno.

Para dar comienzo a los trabajos de preparación, activar estos y cumplir uno de los encargos que se dignó hacernos el Emmo. Sr. Cardenal Schiaffino, Presidente honorario de la Junta promotora de las fiestas con que se ha de celebrar el Jubileo Sacerdotal o *Bodas de Oro* del Papa León XIII, constituimos en esta ciudad una Junta de caballeros y otra de señoras y señoritas, que transcribiremos al pie de esta Circular; y rogamos a los ya dichos Curas, Eclesiásticos y Vicarios, que en todas las parroquias del Obispado formen también Juntas análogas, que se entenderán con las diocesanas.

Las señoras, aun de familias menos acomodadas, los distintos Colegios de señoritas de esta ciudad y de los pueblos, se pondrán en relación con las señoras que compongan las Juntas para las labores que deseen presentar en la gran Exposición Vaticana, ora confeccionándolas personalmente, ora suministrando los materiales, como telas, sedas, hilos, etc., para que los elaboren las mujeres y niñas que, por carecer de medios, deseen cooperar con su trabajo. Mucho esperamos del concurso de las señoras, y ya que aquí, como en todas partes, tanto contribuyen a detener los estragos del error y a conservar para él intacta la fe de la Iglesia, desplegarán ahora su prodigioso celo, y serán nuestros más activos auxiliares coadyuvando a la indicada obra, a fin de que podamos festejar dignamente a nuestro queridísimo Padre en el día de su Jubileo Sacerdotal.

Trabajemos todos, Hijos nuestros muy amados, honremos, consolamos y defendamos, de cuantas maneras sea posible, al Papa Rey, al gran Pontífice León XIII.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Palma a 29 de Enero de 1887. — JACINTO MARÍA, Obispo de Mallorca.

JUNTA DIOCESANA

Señores:

Presidente general: Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis.

Presidente delegado de S. E. I.: M. I. Sr. D. Teodoro Alcover, Deda.

Tesorero: M. I. Sr. D. Guillermo Puig, Canónigo.

Vocales: M. I. Sr. D. Matías Compagny, Canónigo Lectoral. — Excmo. Sr. D. Ramón Despuig, Conde de Montenegro. — Excmo. Sr. D. Pedro Ripoll, Vicepresidente de la Diputación provincial. — Excmo. Sr. D. Fernando de España, Vizconde de Cousserans. — Sr. D. Juan Burges Zaforteza, Diputado provincial. — Sr. D. José María Quadrado, Presidente de la Junta provincial de Monumentos. — Sr. D. Francisco Manuel de los Herreros, Director del Instituto Balear. — Sr. D. Salvador Morell y Verd, Hacendado. — Sr. D. Jerónimo Rosselló, Abogado. — Sr. D. Miguel Llobera, Médico. — Sr. D. Gabriel Fuster, Hacendado. — Sr. D. Juan Muntaner, del Comercio. — Sr. D. José María de Cáceres, del Comercio.

Secretarios: 1.º, Sr. D. Bartolomé Molina, Catequista del Seminario Conciliar. — 2.º, Sr. D. Nicolás Dameto y Cotoner, Abogado.

Señoras:

Presidente honorario: M. I. Sr. D. Tomás Rullán, Dignidad de Maestrescuela.

Presidenta: M. I. Sra. Marquesa del Reguer.

Vicepresidentas: Excmo. Sra. Vizcondesa de Cousserans. — Sra. Doña Margarita Maura de Ribot.

Tesorera: Sra. Doña Catalina Verd de Massanet.

Vocales: Srta. Doña Bárbara Sureda y Verí. — Señora Doña Margarita Caimari de Bauló. — Sra. Doña Concepción Pons de Guasp. — Srta. Doña Margarita Verí y Fortuñy. — Sra. Doña María Ignacia Verd de López Vázquez. — Srta. Doña Magdalena Despuig y Troncoso. — Sra. Doña Catalina Morell de Moragues. — Sra. Doña Magdalena de Pacis de Socias. — Sra. Doña Paula Fuster de Pomar.

Secretarias: 1.ª Doña Josefina de Santaella, Viuda de Salgado. — 2.ª, Srta. Doña María Rotger y Llompard.

La Junta valenciana encargada de recoger alhajas para la estola que ha de ofrecer a Su Santidad cuenta, a más de las ya citadas, con las siguientes:

- Ollería. — Un zafiro, valor 210 reales.
- Bufalá. — Una turquesa.
- Puebla del Duque. — Un diamante rosa, valor 320 reales.
- Nucia. — Un diamante, valor 60 reales.
- Picafía. — Una amatista y un topacio, valor 120 reales.
- Catarroja. — Una esmeralda, valor 180 reales.
- Olocan. — Un zafiro, valor 70 reales.
- Alboraya. — Un rubí, valor 320 reales.
- Carlet. — Un diamante, valor 60 reales.
- Alginet. — Una amatista.
- Benifayó. — Un topacio brasileño.
- Llombay. — Una esmeralda.
- Real de Montroy. — Una esmeralda.
- Monserrat. — Una turquesa.
- Montroy. — Un rubí.
- Benimodo. — Un ópalo.
- Montortal. — Un granate.
- Catadau. — Una turquesa.
- Alfarp. — Un granate.
- Puzol. — Entrega 351 reales.
- Biar. — Un brillante, valor 2.000 reales.
- Cocentaina. — Parroquia del Salvador, 100 reales. — Santa María, 342 reales.
- San Andrés de Valencia. — Un escudo de la Parroquia, de diamantes, valor 2.000 reales.
- Corbera. — Entrega 100 reales.
- Alcoy. — Santa María, un brillante, valor 2.400 reales.
- Santos Juanes de Valencia. — Un brillante, valor 1.300 reales.
- San Juan del Hospital de Valencia. — Un topacio y una amatista.
- Almenara. — Una amatista, valor 160 reales.
- Alcalá de la Jovada. — Un diamante rosa, valor 100 reales.
- Serra. — Un brillante, valor 360 reales.
- Náquera. — Un diamante rosa, valor 340 reales.
- Vinalosa. — Un diamante rosa, valor 68 reales.
- San Nicolás de Valencia. — Un brillante de 720 reales.
- Santo Tomás de Valencia. — Un brillante de 1.300 reales.
- Tabernes de Valldigna. — Una sortija con tres diamantes.
- Alcocer de Planes. — 200 reales.
- Játiva. — Santa María, 160 reales; Santa Tecla, 120 reales; San Pedro, 120 reales; Santos Juanes, 80 reales.
- Navarrés. — 100 reales.
- Benifayó de Valldigna. — 60 reales.
- Mas del Chuche. — Un brillante de 180 reales.
- Gata. — 100 reales.
- Muro. — Seis perlas y 400 reales.
- Guadalupe. — Una perla y 140 reales.
- Gabarda. — Un topacio de 30 reales.
- Alberique. — Una esmeralda de 200 reales.
- Aldaya. — Un brillante rosa de 550 reales, y un topacio y una amatista de 40 reales.
- Beniloba. — 160 reales.
- Alforí. — 140 reales.
- Mostaverner. — 120 reales.
- Alfajar. — 200 reales.
- Carpeña. — 60 reales.
- Moncada. — 200 reales.
- Argelita. — 65 reales.
- Puebla de Arenoso. — 100 reales.
- Ayelo de Malferrit. — 200 reales.
- Rafelcofer. — 100 reales.
- Fuente-Encarroz. — 100 reales.
- Puebla Larga. — 125 reales.
- Córtes de Pallás. — 80 reales.
- Bellreguard. — 180 reales.
- Alcudia de Crespins. — 100 reales.

- Benegida. — 20 reales.
- Cárcer. — 20 reales.
- Cótes. — 20 reales.
- Masarrochos. — 60 reales.
- Pedreguer. — 400 reales.
- Millena. — 80 reales.
- Lugar Nuevo de Fenollet. — 50 reales.
- Cura de Villahermosa. — 60 reales.
- Cura de Llosa de Ranes. — 50 reales.
- Córtes de Arenoso. — 140 reales.

BIBLIOGRAFÍA

Modelos de un aprensivo, por M. Ossorio y Bernard. — Madrid, 1887. Imprenta de Moreno y Rojas.

El estudio psicológico y fisiológico de los hombres aprensivos es y será siempre de suma importancia para la ciencia médica; y las observaciones festivas que aporta para dicho estudio el folleto de D. Manuel Ossorio y Bernard no son tampoco de desperdiciar.

Los aprensivos, dice el autor en el prólogo de su folleto, viven perpetuamente atormentados y atormentando a la vez a cuantos les rodean. Favorecidos en ocasiones por envidias de salud, víctimas en otras de los males que aquejan a la humanidad; lo mismo sufren en el primero que en el segundo de dichos estados.

La alteración atmosférica, el cambio de estación, la estadística sanitaria o mortuoria, el libro de medicina que cae en sus manos, la noticia que lee en la prensa, la pregunta que en la calle le dirigen, el saludo del amigo que le encuentra más gordo o más flaco que la última vez que le vió, todo sirve al aprensivo de pretexto para su cédida y de motivo para su tristeza.

Pero cuando los aprensivos son verdaderamente dignos de compasión es al declararse una epidemia.

Ellos son los que analizan uno por uno los casos que registra la *Gaceta*, y los que persiguen con afán las causas que pudieron determinar la dolencia de los mismos. Y si de sus investigaciones resulta que el enfermo se permitió el lujo de comer una menestra o un poco de escabeche, pueden tener la seguridad de que morirán coléricos y deshonrados.

— ¡Si hay gentes que parecen locas! — exclama el aprensivo. — ¡Comer escabeche y beber agua en estos tiempos...! Bien merecida tienen la enfermedad. Lo malo es que pueden contagiar a los prudentes.

Si se averigua la muerte de un individuo, dice el aprensivo:

— Siempre habrá habido contemplaciones para el aislamiento; esto no tendrá arreglo mientras no se vayan tapiando todas las puertas de las casas en que ocurre alguna defunción.

— ¿Y las personas de la familia?

— Dentro de la casa tapiada hasta que se cante el *Te Deum*.

— ¿Y si muere alguna otra?

— Que la entierren las demás en el patio.

El aprensivo no suele tener malos sentimientos, pero en algunos momentos lo parece.

— ¿Querrá V. creer — le dicen — que ha muerto un matrimonio joven en la calle tal, quedando sola en el mundo una niña de pocos meses?

— ¡Qué lástima!

— Eso dicen todos cuantos han sabido la desgracia.

— Qué lástima... que no se haya muerto también la criatura, porque ahora la recogerán y llevará la epidemia consigo.

El aprensivo lee que en un pueblo han matado a pedradas a un pobre enfermo de otra población, y casi disculpa a los asesinos; sabe que un Alcalde ha puesto en peligro de asfixia a unos viajeros teniendo encerrados en un fumigadero medio día, y elogia a la autoridad, sintiendo que no haya muchas otras que se le parezcan. El aboga por los cordones y por lazaretos entre pueblo y pueblo y entre casa y casa, y si en su mano estuviera, levantaría murallas impenetrables por todas partes para hacer imposible la vida común.

En materia de denuncias se pasa el día dirigiendo comunicaciones a las autoridades y a los periódicos.

Una charca formada por la lluvia es desde el primer momento un peligro terrible para el vecindario; la esquina de su casa, donde ha visto acercarse un perro, queda convertida *ipso facto* en un foco de infección; las ropas de su portera (que ha estado enferma del hígado) debieran quemarse, antes hoy que mañana; y en cuanto al tendero de enfrente, a quien ha oído burlarse del uso del agua cocida, lo menos que debe hacerse con él es llevarle a la cárcel.

El aprensivo bebe el agua hervida, filtrada y con unas gotas de laudano; hace que se le tueste el pan para que desaparezcan los microbios que tiene; según le ha enseñado el periódico *El Día*; cuele el caldo, y come sólo carne de vaca y carne de membrillo; debajo de su cama tiene varias plantas de virtud anticolérica; repartidos por los bolsillos de su traje lleva treinta ó cuarenta ajos mondados: en el pecho una bolsa con alcanfor, en el bolsillo su frasquito de laudano y su cuentagotas, y en la boca una pluma llena también de alcanfor, que sólo aparta de los labios para morder cada quince ó veinte minutos uno de los ajos á que queda hecha referencia.

El folleto, de cuyo prólogo tomamos los párrafos que anteceden, contiene los siguientes capítulos:

Miasmas cadavéricos. — El hombre venenoso. — Leyendo la prensa. — Falsificaciones. — La lengua. Nacimientos y defunciones. — Desperdicios. — Decálogo de la salud. — Descanso del corazón. — Pronósticos atmosféricos. — Peso del cuerpo. — Bajo cero. — Fenómenos geológicos. — La epidemia.

He aquí ahora, tomado al azar, uno de dichos capítulos: el titulado

DESPERDICIOS.

Por las columnas de los periódicos anda rodando estos días la noticia del aprovechamiento que suelen tener los desperdicios.

Según ella, los tallos de los espárragos sirven para elaborar papel de escribir y de imprimir.

De las hojas de la alcachofa se extrae una materia colorante, empleada en la tintorería.

Del café se obtiene una materia antiséptica.

De los taponces viejos se hacen rellenos para colchones y almohadones flotantes.

Del hollín, tinte para las telas y tinta de imprimir.

De vidrios rotos se fabrica vidrio y lana de vidrio.

De la grasa de la cocina se hace un jabón económico.

De los huesos se obtiene jabón, botones y abono agrícola.

De la cáscara y la clara de huevo se hace alumbre secante y se prepara alimento para las gallinas.

En el procedimiento de las transformaciones para aprovechamiento de los desperdicios, el anterior resumen no ofrece, ni con mucho, un estado de los adelantos modernos.

Basta para convencerse de ello dirigir una ojeada á cuanto nos rodea.

Los muchachos que recorren las calles cogiendo puntas de cigarro nos advierten que aquellos residuos del tabaco peor que elaboran las fábricas peninsulares están llamados á volver al mercado con el nombre y las consideraciones de rico tabaco habano.

Los montones de tacones viejos que llenan el Rastro nos hacen dudar de la honradez de los zapateros que construyen botas nuevas.

De los desperdicios de animales muertos ya sabemos lo que la industria puede hacer: ricos embutidos de Extremadura y salchichón de Vich, manteca de Holanda, aceite de oliva, crepé, instrumentos militares, material de encuadernación, marfil de segunda clase y hornillas de botones. La industria de la transformación no desperdicia un átomo de algunos animales.

En una casa de huéspedes que habité yo en mi juventud, la patrona poseía notabilísimos conocimientos en el arte de aprovechar. ¿Desaparecía el cinturón de correa de algún compañero? Pues no había duda, á los dos ó tres días nos veíamos obsequiados con un plato de callos. ¿Se quejaba alguno de que le habían quitado el estropajo de su lavabo? Pues aquel día era sabido que íbamos á comer sopa de fideos. ¿Aparecían limpios de grasa los cuellos de nuestras levitas? Pues inevitablemente teníamos cena frita. Allí el polvo se conservaba en las salvaderas para secar la tinta; á todo rasguño de la navaja de afeitar se aplicaba inmediatamente una tela de araña (primera materia que abundaba siempre en aquella casa); la ropa blanca de desecho servía para rellenar los colchones; la ceniza de los cigarros se utilizaba para limpiar los dientes y sacar lustre á los objetos de metal, y los ladrillos que periódicamente desaparecían de la cocina eran cuidadosamente machacados para unirlos en polvo al chocolate de treinta cuartos, en que un industrial no menos diestro que la patrona había logrado trazar con melaza habas secas, garbanzos y algo de almidón ó cola de pescado.

El arte de los aprovechamientos de residuos hizo que los carboneros barrieran hacia adentro sus tiendas y dieran siempre con el carbón de encina un poco de carbón de piedra. Hizo también que los mostradores de las tabernas se construyeran en declive y con un sumidero que permitiera recoger en un barreño los restos del peleón y del aguardiente para

ser nuevamente servidos á los bebedores que estando á cierta altura de embriaguez no pueden apreciar lo que se les vende ó se les da.

En materias de aprovechamiento, ¿quién como las madres, que vuelven cuatro ó cinco veces una levita, la convierten luego en chaqueta para el hijo mayor, en chaleco para el más pequeño y en zapatillas de invierno por último?

El aprovechamiento en el mundo literario es también muy notable, habiendo personas que con la mayor habilidad convierten en novela moderna una comedia del teatro antiguo ó se apoderan bonitamente de trabajos anónimos ó olvidados, concediéndoles la paternidad de su nombre. Todo esto enaltece al industrialismo; pero convierte cada fragmento de nuestra alimentación en un problema.

Este filete que se resiste al corte del cuchillo, ¿habrá sido cartuchera en tiempos de la primera Milicia, ó pelota de goma desechada por algunos niños?

Este vino que me sirve Juanita, ¿será resultado de combinaciones químicas del agua de algún lavadero y los residuos de alguna tintorería?

En este pan, ¿cuántos desperdicios habrá de los encargados de amasarlo?

Resueltamente la vida no es posible para una persona delicada.

— Juanita, tráeme un par de huevos pasados por agua: los alimentos acorazados son los únicos que pueden comerse.

NOTICIAS

Una piadosa señora de Chinchón ha encargado al Rdo. P. Fray Lorenzo de Molina, misionero, la fundación de un asilo en aquella localidad para niñas y niños huérfanos y abandonados. Se recibirán de tres á siete años; se les educará religiosamente y se les dará oficio y estudios según sus facultades. El edificio está hecho, y sólo falta terminar la iglesia.

Su apertura será en Mayo. La fundadora cede todos sus bienes para el sostenimiento del asilo.

Se crea al mismo tiempo una nueva comunidad, que tendrá la regla de la Tercera Orden de San Francisco y nuevas constituciones, admitiéndose profesoras con título para dicha fundación; y tanto para las religiosas, como para la admisión de niños, hay que dirigirse al fundador, Rdo. P. Molina, calle de Santa Isabel, núm. 25.

Los sermones que se han de predicar durante el mes corriente en la Santa Iglesia Catedral de Madrid son los que siguen:

Día 6. — Dominica 2.ª de Cuaresma. — Evangelio: *Annuntiat Jesus*. El Sr. Dr. D. Bernardo Barbajero, Canónigo de esta Santa Iglesia Catedral.

Día 13. — Dominica 3.ª de Cuaresma. — Evangelio: *Erat Jesus*. El Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de esta Diócesis.

Día 19. — San José, Patrón de la Iglesia universal. — El Canónigo Lectoral Sr. D. Joaquín Torres Asensio.

Día 20. — Dominica 4.ª de Cuaresma. — Evangelio: *Abit Jesus*. El Sr. Dr. D. José Fernández Montaña, Dean de esta Santa Iglesia Catedral.

Día 25. — Anunciación de N.ª S.ª. — El Sr. Doctor D. Enrique Almaraz y Santos, Dignidad de Arzobispo de esta Santa Iglesia Catedral.

Día 27. — Dominica de Pasión. — Evangelio: *Quix ex vobis arguet me*. El Excmo. é Ilmo. Señor Obispo de esta Diócesis.

Se ha constituido en el ministerio de la Gobernación la Junta de gobierno del Asilo de inválidos del trabajo. Se divide en dos secciones: una encargada de redactar el reglamento, y otra á cuyo cargo correrá el fomento de la suscripción para atender al sostenimiento del Asilo. La primera estará presidida por el marqués de Almodena, siendo Vicepresidente Don Carlos Prast. La segunda la presidirá el Señor Obispo de Madrid-Alcalá.

Como S. M. la reina es Presidenta honoraria de la Junta, ésta pasará á rendirle el homenaje de sus respetos y á darle cuenta de los acuerdos tomados.

Los periódicos de Roma hablan del cuadro la *Madonna di Ripoll* que ha expuesto en su taller de la via del Babuino el distinguido pintor catalán D. Enrique Serra. *L'Osservatore Romano*, *La Voce della Verità*, *Il Corriere di Roma*, *Il Capitano Francese*, *Il Fanfulla* y otros periódicos elogian en términos calurosos la pintura del señor Serra, quien la ha ejecutado por especial encargo del Excmo. é Ilmo. Obispo de Vich, al objeto de que pueda re-

producirse luego en mosaico en los acreditados talleres pontificios, costeando esta obra la munificencia de Su Santidad el Papa León XIII. Por medio de este don, Su Santidad quiere dar una ostensible muestra de la protección que concede á la religiosa y patriótica empresa de la restauración del antiquísimo cenobio de Santa María de Ripoll.

Describiendo los citados periódicos la Santa imagen pintada por el señor Serra, manifiestan que este trabajo bastaría á dar celebridad á un artista por los relevantes méritos que reúne.

La Virgen — dice *L'Osservatore* — está sentada en un trono, á cuyos pies hay un grupo de flores, magníficas por la verdad y por el colorido. Tiene el rostro moreno, según tradición española, expresión dulcísima y en la mirada una pureza y suavidad que encantan.

El manto, de azul celeste, muestra un plegado artístico y va enriquecido con orlas de extraordinaria fineza, brillando junto con la túnica sobre el fondo amarillo pálido del cuadro. El niño Jesús, sentado en el regazo de la Virgen, medio envuelto en el manto, con la diestra mano en actitud de bendecir y sosteniendo el cetro con la izquierda, es de una belleza superior, singularmente en el rostro, en el cual á la gracia del niño se ven unidos los rasgos de la majestad y grandeza divinas.

En el conjunto siguen estas figuras el estilo bizantino, con la originalidad, empero, de la vida y expresión de la escuela moderna.

A la derecha del cuadro se hallan las armas del Papa León XIII, á la izquierda las del Santuario y alrededor de la cabeza de la Santísima Virgen una inscripción latina que dice

EX DONO LEONIS PP. XIII

ANNO MDCCCLXXXVII

Esta pintura, como hemos dicho, será reproducida en mosaico, para lo cual se necesitarán cuatro años. Cuando el mosaico se envíe á Cataluña, el cuadro de Serra pasará á la pinacoteca Vaticana. De este modo la noble iniciativa de los españoles de reconstruir el Santuario de Ripoll ha ofrecido coyuntura para una manifestación de la inagotable munificencia de León XIII y del genio y valentía del comendador Serra.

Se ha celebrado en Roma con toda solemnidad, y con asistencia de León XIII y de los nobles de su corte, el noveno aniversario de la muerte del Pontífice de la Inmaculada Pío IX, oficiando de Pontífice el Sr. Cardenal Sacconi, decano del Colegio Sacro, y el más antiguo Cardenal de los creados por el difunto Papa.

Además de esta comitiva asistieron á la fúnebre ceremonia todos los Cardenales, Patriarcas, Arzobispos, Obispos, Generales de Ordenes religiosos, los dignatarios que tienen lugar señalado en la capilla Pontificia, el cuerpo diplomático y la nobleza romana.

Su Santidad ofició en la absolución del túmulo.

NECROLOGIA

Han fallecido recientemente:

En Liers, el virtuoso Cura párroco de la población D. Pablo Porciolós.

En Francos (Segovia), el Cura párroco D. Fray Lucas Esteban y Andrés.

En Santiago, Sor Adelaida de San Antonio, Religiosa carmelita en el convento de dicha ciudad.

En Orduña, Sor Presentación de Zabala, Superiora del Colegio de la Concepción.

En las Caldas, Fray Robustiano Alvarez, Prior de aquel convento.

En Acebedo, el Párroco D. Valentín Díaz.

ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.





EPOCA 4.^a — AÑO XII. — TOMO X

NÚMERO 8.^o — Madrid 15 de Marzo de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fr.
Un año.....	5 »

PROPIEDAD	
DEL ASILO DE HUÉRFANOS	
DEL	
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS	

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fr.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO. — La Decena, por Manuel Ossorio y Bernard. — Carta de Roma, por J. M. — Los probados. — Clamores contra los abusos de la Iglesia, por Fr. José Coll. — El Triángulo. — Tradiciones de Tierra Santa, por M. Polo y Peyrolón. — Compañía para con el vecino, por Fernando Sevilla. — La Sagrada Lanza. — Obra de la Santa Infancia. — Discurso de Su Santidad al Sacro Colegio en el aniversario de su coronación. — Jubileo Sacro de la Santidad León XIII. — El Arte religioso, por M. de A. — Bibliografía. — Noticias. — Necrología.

GRABADOS. — La venerable Madre Sor María de Ágreda. — El colegio de Calatrava en Salamanca. — El ritualista por la Botánica.

LA DECENA

PERO ¿no llueve este año? Tal ha sido la pregunta más generalmente repetida durante los meses últimos por los madrileños y por casi todos los españoles. Por fortuna, el periódico oficial viene desde hace una porción de días citando gran número de provincias en que se ha logrado el beneficio de la lluvia, con lo cual, aunque algo tardamente, parecen conjurados no pocos peligros.

Los panaderos, á quienes la noticia de la lluvia no ha hecho mucha gracia, se han desentendido de ella y han tenido por conveniente subir el precio del artículo que expenden, con lo cual ha surgido el eterno conflicto, demostrándose una vez más que, al menos los madrileños, sufrimos á diario una considerable estafa. Ciertamente que las ordenanzas municipales autorizan al comprador á que se le venda el pan al peso; pero la costumbre, más fuerte que todas las órdenes del Municipio, hace que los panaderos nos sirvan á domicilio, habiendo de fiarnos de lo que nos traen, ó nos llevan á comprarlo en las tahonas, sin que intervenga para nada el peso. El pan, el agua y el carbón son los tres artículos en que concedemos al vendedor una buena fe, que está muy lejos de merecer.

Algunos tenientes de alcalde, que se han dedicado en estos días á pesar el pan de los tahoneros, les han decomisado no pocos kilogramos y les han impuesto multas; pero sabido es que estos castigos son contraproducentes, y que á la vuelta de algunas semanas los consumidores habremos pagado con exceso las multas y los comisos.

En las tahonas se promueven á diario las más rudas contiendas, por haber individuos que quieren comprar el pan al peso y vendedores que se niegan redondamente á ello, ó que, accediendo á la exigencia, completan las deficiencias de los panecillos con algún repugnante mendrugo duro y al que acaso ha tratado en vano de dar el *exequatur* el perro de la tahona.

La carestía de los artículos de primera necesidad es general en Madrid, y las estadísticas de consumos demuestran que aquí se come poquísima carne y que son contadas las familias que beben vino. La gula exhibe sus escarapantes en las calles más céntricas y llena de reclamos la cuarta

plana de los periódicos; las tabernas arrojan de su seno á unos cuantos individuos ebrios y que llevan el escándalo consigo; pero en cambio, la miseria modesta y sombría se oculta en casas faltas de toda condición higiénica y allí vegeta y acaso muere allí por esa terrible dolencia que acusa no pocos sufrimientos sociales: la *anemia*.

No es fácil pronosticar hasta dónde llegará el problema del pan caro, y si, como en otros tiempos, tendrá el Ayuntamiento que fabricar pan en las factorías militares para venderlo en algunos puestos especiales. De desear es que los tahoneros no den ocasión para ello, y que resignándose á ganar algo menos, no se curen en salud vendiendo hoy á elevado precio el artículo que elaboran, por si más tarde sube el precio del trigo.

En el párrafo anterior he indicado algo acerca de las tabernas.

En éste debo consignar que, de algún tiempo á esta parte, se repiten casi á diario en Madrid ataques contra la seguridad personal, sin causa ostensible que los razone. Un individuo que recibe una puñalada por la espalda y cae á tierra mientras que el desconocido agresor logra ponerse en salvo, es un caso terrible, pero que puede tener explicación en enemistades antiguas ó espíritu de venganza. Pero este caso, repetido dos, tres y diez veces, denota algo más y algo que las autoridades tienen el deber

de prevenir. La Dirección general de Seguridad, fundándose seguramente en esto, ha recordado las prohibiciones vigentes sobre clausura de las tabernas á determinada hora, y prohibición de usar armas que no justifique el empleo ó ocupación que se ejerza; pero tengo la triste certidumbre de que su circular será leída con chacota en los templos de Baco, y de que la navaja seguirá ejerciendo pública y privadamente, rasgando tejidos y buscando vísceras, sin temor á los castigos del Código. De algún tiempo á esta parte, con grave escándalo de la moral, apenas pasa día sin que aparezca en la *Gaceta* algún decreto de indulto por crímenes horribles.

Una verdadera devanadera:
El criminal realizando todo género de tropelías.
Los jueces sentenciando.

Y el Ministro de Gracia y Justicia indultando.
Es de presumir que el ilustre personaje que hoy desempeña esa cartera, y que hasta ahora ha prestado tanto oído á la piedad, acabará por meditar serenamente sobre el desorden que engendra benignidad tan excesiva, y no se prestará á aconsejar una clemencia que honra á sus sentimientos personales, pero no á las condiciones que debe tener un representante y fiel guardador de la ley.

Bueno y santo que se dulcifiquen los Códigos; que se proscriban — si así lo exigen las escuelas políticas — las penas irreparables; que se den al penado comodidades y bienestar en las cárceles y presidios; pero bueno será también que no todos los beneficios sean para los señores criminales, y que nos toque algo á los que no hemos tenido relaciones de cierto género con los tribunales de justicia.

En fin, ahora parece que con eso del jurado vamos á progresar notablemente, más, mucho más que lo ya progresado con el juicio público. Y eso que el juicio público ha venido á llenar un gran vacío: el de los que carecen de dinero para asistir al teatro á ver los dramas de Echegaray y de Cano y son aficionados á las emociones fuertes.

Volviendo á la primera parte de este artículo, la del pan caro, no quiero que pase la oportunidad sin aconsejar que si el Ayuntamiento establece puestos por su cuenta, no lo haga, como la vez última, en la calle de Segovia debajo del Viaducto. Porque si siempre atrae el abismo á los que cruzan por el puente, ¿cuánto más no les atraerá el olorillo del pan?

— ¡Usted trataba de suicidarse! — decía un agente de Orden público á un hombre á quien sorprendió en 1884 subiéndose á la barandilla.

— No, señor: buscaba el camino más corto para ir á la tahona.

Respecto á la prohibición y recogida de armas será conveniente colocarlas donde no puedan volver á servir, ó destruirlas, ya que aquí no podemos hacer lo que un gobernador de Málaga, que en un día hizo



LA VENERABLE MADRE SOR MARÍA DE ÁGREDA,
Autora de las célebres cartas al Rey Felipe IV.

arrojar al mar 20 escopetas, 12 retacos, 28 pistolas de dos cañones, 3 de uno, 5 revólvers, 7 estoques y 218 facas.

— Tendrá que abandonarse el oficio — decía a la sazón un pescador tímido.

— ¿Por qué?

— Porque, armados los peces, se defenderán a tiros. Y en lo sucesivo habrá que comer con precaución, no sea que dentro de algún besugo nos encontremos un bastón de estoque.

MANUEL OSSORIO Y BERNARD.

CARTA DE ROMA

Roma 9 de Marzo de 1887.

SABIDO es y notorio que las tumbas, los recuerdos y los escombros de la Roma pagana son uno de los menores atractivos de la Roma actual. Con mucha erudición y buena crítica lo ha probado bien claramente un ilustre escritor, que es gloria a la vez de las letras y del Clero español, quien tiene publicado un bonito estudio sobre la transformación de la Ciudad eterna, fundando principalmente sus observaciones en el maravilloso contraste que ofrecen los recuerdos de la Roma pagana con los recuerdos y los monumentos cristianos. No debe creerse, sin embargo, no revistan nunca su importancia los estudios arqueológicos respecto a monumentos que no llevan sello de edad cristiana, pues ahora mismo prueba lo contrario una polémica científica que divide en dos bandos a los arqueólogos de Roma. Trátase de una pintura al fresco que adorna y hermoza la parte superior de un arco de colosales dimensiones, y que se conserva bastante bien, en el antiguo cementerio de Domitilla. No tan satisfactorio era el estado de conservación de dicha pintura, principalmente por lo muy cargada que estaba de polvo, y tal vez a consecuencia de algunas reparaciones encargadas a maestros no muy hábiles. Por eso, no hace mucho, el alemán Sr. Wilpert pidió y obtuvo de la Comisión de arqueología sagrada la necesaria licencia para limpiar dicha pintura; lo hizo con tan feliz éxito, que desde luego apareció considerablemente aumentado el mérito artístico de la pintura. Pero lo que está ocasionando disputas entre los arqueólogos es el tema mismo de la pintura, pues los pacientes trabajos de Wilpert han sacado otra vez a luz la arrogante figura de un personaje que está sentado, tiene abierto un libro delante de sí, y levanta la mano en actitud imperiosa; — a ser español, llevaría un bastón de mando; — a su derecha parece estar una mesa con un gran vaso redondo encima, y sobre la mesa apoya sus manos un caballero; a la izquierda, en cambio, vienen dos hombres, tiene el uno un *flagellum*, y el otro una balanza; más allá, y muy a lo lejos, parecen verse algunos edificios. Llama desde luego la atención tal género de pintura, por ser muy distinto del que se acostumbra en los cementerios; pero ¿qué representa esa escena? ¿por qué ese conjunto de personajes y de instrumentos? He aquí la cuestión debatida entre los arqueólogos. El citado Sr. Wilpert sienta la base, y en esto merece el asentimiento de todos, que la pintura en cuestión pertenece a la clase de las que reproducen o expresan «escenas de la vida real»; pasando luego a determinar en concreto cuál escena «real y verdadera» representa su pintura, dice que es algo relativo al oficio de la anona que, como es sabido, cuidaba de la provisión de víveres para los habitantes de la ciudad. Se comprende el argumento que saca Wilpert de los vasos e instrumentos a que me refiero anteriormente; pero en favor de su opinión hay también otro argumento, y es la sentencia, bastante común entre los arqueólogos, que señala el sitio en donde conservase el arco con la pintura en cuestión, como el punto y lugar del cementerio donde tenían su sepulcro especial los panaderos que formaban el *corpus pistorum* y los empleados u oficiales de la *Annona urbis*.

Sin embargo, el príncipe de los arqueólogos romanos, el ilustre De Rossi, aunque sin rechazarla por completo, dice que la interpretación de Wilpert no pasa de conjetura hábil e ingeniosa, porque echa de menos varios instrumentos y emblemas que, en su concepto, no deberían faltar, por si se tratase, cual pretende Wilpert, de una escena relativa al oficio de la anona; cita entre ellos el moyo para trigo, cuya medida fue siempre el emblema del *corpus pistorum* y del *praefectus annonae*. Efectivamente, se conservan en la antigua Capua dos bajos relieves que representan el momento en que un magistrado o funcionario público preside el acto de verificarse el peso del pan, y no falta en dichos bajos relieves lo que se echa de menos en la pintura arriba descrita.

También le parece a De Rossi sea la balanza demasiado pequeña para pesar el trigo ó la considerable cantidad de pan que exige la provisión de una ciudad; pero no parece tener mucha fuerza esta segunda objeción, pues ¿quién sabe si no quiso el pintor representar la distribución de trigo ó otros cereales al por menor? Sea de esto lo que se quiera, mi narración y comentarios no tienen más objeto que el de convencer que es Roma la ciudad de las joyas artísticas; aun muchas quedan por descubrir, pero tenemos aquí una muy activa e inteligente sociedad arqueológica, que no repara en trabajos y estudios para sacar a nueva luz los monumentos que las múltiples invasiones bárbaras han sepultado bajo el suelo de Roma, ó ilustrar los que hayan sufrido por la acción del tiempo.

Ha llegado a Roma el Emmo. Cardenal González, Arzobispo de Sevilla, que ha de recibir el capelo cardenalicio y el título de alguna iglesia de Roma en el consistorio público del 17; le acompañan muchos eclesiásticos y varios seculares también, entre éstos he visto al antiguo subsecretario de Ultramar, D. José Nacarino Bravo; todos han sido recibidos hoy por el Papa, y excuso añadir que salieron muy complacidos de la paternal acogida que les dispuso León XIII. Siempre el Papa demuestra particular afecto a los españoles; pero hoy tenía dos motivos más para mostrarse benévolo y cariñoso con los españoles: era el uno la feliz terminación de las negociaciones respecto al matrimonio, cuyo resultado se debe en gran parte al prestigio de que goza aquí el Sr. Groizard, y otro motivo debía ser también, a mi entender, la satisfacción con que Su Santidad recibió ayer de manos del mismo Sr. Embajador el precioso anillo que le envió la Reina Regente, y cuya noticia tuve el gusto de adelantar en mi carta anterior: se ha notado que el zafiro del medio y los brillantes que le rodean representan los colores de la Purísima, y se ha elogiado mucho esa feliz combinación en un regalo que hace la Reina Regente de España a Su Santidad.

La crisis política italiana no ha tenido solución, a pesar del tiempo transcurrido. ¿Qué contraste con la precipitación con que en nuestro país se ha resuelto la ocasionada por la dimisión del ministro de la Guerra! Por ahora siguen, por tanto, todos y cada uno de los ministros dimisionarios; parece, sin embargo, que el conde Robilant insiste en su renuncia, en cuyo caso indicase que la cartera de negocios extranjeros pasará a manos del Sr. Barón Blanc, ministro que fué en Madrid y que debía marchar de un día a otro a representar a su país en Constantinopla.

J. M.

LOS GRABADOS

Por María de Ágreda.

El hermoso estudio publicado por el Sr. D. Francisco Silveira acerca de la correspondencia epistolar seguida con el Rey Felipe IV ha puesto de relieve la figura de aquella ilustre servidora de Dios, de aquella monja perdida en un convento de Andalucía, y que siendo, como dice con su claro y fuerte estilo el Sr. Silveira «consejera de Reyes, consuelo de princesas en sus tribulaciones, confidente de magnates y cortesanos, visitada en su retiro por privados y ministros, no tenía, después de cuarenta y dos años de fundado el convento, una alfombra para el altar ni posibilidad para comprarla». Admirable es, con efecto, el ejemplo que ofrece esta humilde religiosa, que en el contacto y en la intimidad epistolar con el Monarca, dispensador entonces de todo honor y de toda merced terrena, continúa en la áspera estrechez y modestia de su vida y se olvida enteramente de sí misma, dando, sólo por amor de Dios, los tesoros de su alta inteligencia en beneficio del pueblo y de las almas, sin que una sola vez se vea alterada la pureza de sus pensamientos por el estímulo de la vanidad, a que son tan propensos los pechos femeniles.

Sor María de Ágreda, cuya representación ha sido objeto de tan encontrados juicios, nació en 1602 y murió en su convento en 1665.

EL COLEGIO DE CALATRAVA EN SALAMANCA.

El edificio colegio de Calatrava fue uno de los que tanto nombre dieron a aquella población y servía sólo para hijos de Caballeros de la Orden. Durante la invasión francesa le ocuparon los soldados extranjeros y este fue el principio de su destrucción, continuada después desgraciadamente hasta el punto de haber desaparecido las bóvedas de la capilla, todas las maderas, pisos y huecos de puertas y ventanas de la mitad de edificio y parte de las del resto.

El Excmo. Sr. D. Narciso Martínez Izquierdo, último Obispo de la Diócesis, mandó hacer y costeó un rebajo general, que le salvara de la ruina, é hizo algunas otras reparaciones interiores, destinándole a archivo diocesano, casa de corrección.

El 22 de Septiembre último, y por iniciativa del Ilustrísimo Prelado actual, Rdo. Padre Cámara, se procedió a una restauración general hoy casi terminada, habiéndose

instalado en parte de su planta baja cocinas económicas, sostenidas por el Rdo. Prelado y las conferencias de San Vicente de Paul de hombres, auxiliados de la caridad de los vecinos, donde, a más de las muchas raciones que se distribuyen de limosna, se dan a 10 céntimos media ración y a 30 céntimos la completa. Consiste la media ración en media libra de pan de primera y un plato de sopa de arroz ó pasta; y la ración completa, además de la sopa y el pan, de un abundante cocido compuesto de garbanzos, patata, carne y tocino.

La distribución se hace por dos Hermanas de la Caridad, auxiliadas de los socios de San Vicente de Paul, uno de los cuales explica la doctrina a los niños, de doce a una de la tarde.

Puede comerse en el local ó llevarse la ración a casa.

Cuando terminen las obras de reconstrucción del edificio, se trasladará a él un protectorado de industriales que hay establecido en la planta baja del Palacio Episcopal, cuyos locales no son ya suficientes al número de asistentes ni a las necesidades de la obra, sostenido también de caridad, confiados en la cual se han comenzado los trabajos de reconstrucción del Palacio de Calatrava y se espera, con el auxilio de Dios, terminarlos.

El protectorado hoy consiste en la enseñanza religiosa y artística de los obreros, los cuales tienen clases de instrucción primaria, geometría, dibujo en todos sus ramos, modelación, grabado, explicación del catecismo y conferencias de moral católica.

Cuando se traslade a Calatrava se contará el patronato del domingo, como hoy existe con gran fruto en el extranjero.

EL ENTUSIASTA POR LA BOTÁNICA.

Sus amores se fandan exclusivamente en el reino vegetal: todo lo que no sea éste es inútil para él. Se levanta con Tournefort, vive todo el día con Linneo y se acuesta con el «Diccionario de Agricultura», del editor Cuesta. Sus visitas son a los invernáculos y estufas, donde se pasa las horas muertas examinando si una planta polipetala es de la clase de las umbelíferas ó de las ranunculáceas. Para el entusiasta por la Botánica todos los sucesos del mundo son de poca entidad, y nadie recuerda haberle conocido más que una situación verdaderamente desesperada: la que originó para él la destrucción de gran parte del Jardín Botánico por el ciclón de 1886.

CLAMORES FARISAICOS

CONTRA LOS ABUSOS DE LA IGLESIA.

Los enemigos del catolicismo ponen el grito en las nubes, movidos de la santa indignación que en ellos produce el considerar los abusos que en todo tiempo se han cometido en la Iglesia. ¡Ángelitos de Dios; el celo de la casa del Señor les come las entrañas! ¡Ah! Por favor, almas escrupulosas, conciencias timoratas, ¡serenao! Vosotros os escandalizáis hasta del mas mínimo abuso que pueda cometerse en la Iglesia; al paso que nosotros ni siquiera nos admiramos de ello, toda vez que, según enseña el Evangelio, es necesario que haya escándalos, y que los buenos se contemplen a manera de ovejas en medio de los lobos.

No son pocos en verdad los que pretenden que en la Iglesia fundada por Jesucristo no debieran existir, y mucho menos tolerarse los abusos. Mas esto no pasa de ser un bello ideal; abusos hubo desde un principio, los hay hoy, y en adelante los habrá; pero lo que lastima es que haya el mundo de ser siempre tan injusto, que de cien sacerdotes, si por acaso uno solo llega a hacerse indigno de su estado y ministerio, por más que los noventa y nueve restantes se muestren ejemplares, no hay perdón para ellos; como si se tratara del pecado de Adán, todos han de sufrir las consecuencias, a todos se ha de hacer solidarios de la culpa del caído. ¡Tal es el mundo!

Siempre, sí. Siempre ha habido abusos que combatir. Cuando la Iglesia era pobre, de en medio de los buenos surgieron ciertas almas venales que, enseñando falsas doctrinas, explotaban la credulidad de las muchedumbres. Después que tuvo bienes la Iglesia, pero que éstos se hallaban a disposición de los Príncipes, los legos, los intrigantes, los simoníacos, caían sobre la corte como bandada de palomas sobre un barbecho recién sembrado. Cuando estos bienes los gozaba el clero, no faltaba tampoco alguno que otro eclesiástico que sostuviese un lujo irritante, malversando de esta suerte lo que según los cánones debe ser patrimonio del indigente.

¡Pobre Jesucristo, si no tuviera otra recompensa que la gratitud de las almas compradas con el precio de su sangre! Entre los mismos Apóstoles hubo uno que le vendió, otro que le negó, otro que no quiso creer en su resurrección, y finalmente todos ellos, si se exceptúa San Juan, le abandonaron cobardemente en la mayor necesidad. ¿Qué prueba todo esto? ¡Oh! Yo confieso que sólo el tener presente lo poco, mejor dicho, lo nada que se puede

son esmeradamente educados e instruidos por los misioneros, según su aptitud e inclinación. Unos aprenden un arte u oficio mecánico, a otros los dedican al comercio, quienes cultivan las bellas artes, y muchos, después de bien probada su vocación, abrazan el estado sacerdotal. ¿Quién puede calcular los inmensos beneficios que de esta obra portentosa podrá reportar la China, y por consiguiente, todas las vastas regiones orientales? Uno de los muchos obstáculos con que allí tiene que luchar el misionero católico es la invencible repugnancia, el estúpido desprecio de aquellos naturales a todo lo extranjero. Humanamente hablando, no sería temerario asegurar que el Cristianismo habría hecho allí mayores progresos, si no fuese por tan necia manía. Ahora bien: semejante obstáculo se allanará sobremanera si, gracias a la *Obra de la Santa Infancia*, llega a formarse en aquellos apartados pueblos un clero indígena, que, sin excitar recelos, lleve de uno a otro confín las dulcísimas verdades de nuestra religión augusta, única capaz de levantarlos de su triste envilecimiento y hacerlos dignos de nuestro nobilísimo destino. ¿Qué corazón generoso y cristiano no anhelará que tantos millones de semejantes suyos alcancen tamaña dicha?

* Padres y madres de familia, ayudemos a los heroicos misioneros, que, sin reparar en sacrificios, marchan en alas de la caridad a aquellas inhospitalarias regiones donde por toda recompensa les aguardan trabajos sin cuento, hambre, frío, calor, desnudez, vigilias, desprecios, escarnios, tratamientos inhumanos, y como digna corona, el martirio a muchos de ellos. Ayudémoslos con nuestras oraciones y con nuestra pobre limosna, que no es para quienes, como ellos lo dejaron todo por Cristo, sino para sostener la obra verdaderamente civilizadora de la *Santa Infancia*, que exige gastos crecidísimos para el rescate de niños, lactar a los que sobreviven, educarlos, instruirlos, y lo que es más triste, satisfacer a peso de oro la insaciable codicia de los mandarines y otros innumerables funcionarios, por alcanzar la sombra de protección menguadísima que aparentan dispensar.

* Los habitantes de Santiago y su diócesis no han de permanecer sordos, no, al llamamiento que les reiteramos, seguros estamos de ello. El sacrificio no es grande: ¡cinco céntimos al mes! En cambio los frutos son inmensos, pues además de que rellene sobre nosotros el beneficio que dispensamos a los pobrecitos niños, cuya intercesión en el cielo nos atraerá las bendiciones de Dios; los Sumos Pontífices, hasta nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, que con tan tierna solicitud mira esta hermosa institución, la han enriquecido con tesoros inmensos de gracias e indulgencias.

* Mucho, muchísimo confiamos en el celo probado y caridad ardiente de los señores Curas párrocos, a quienes rogamos con el mayor encarecimiento sigan dando a conocer a sus queridos feligreses la *Obra de la Santa Infancia*, inculcando en su ánimo la importancia inmensa de tan sublime institución, que tan pocos sacrificios pide, tan copiosos frutos cosecha, y tantas y tantas bendiciones puede atraer sobre individuos, familias y pueblos. Diganles y repitanles con San Vicente de Paúl, al fundar el primer establecimiento de niños expósitos: *Ved, ved estos pobres niños que os ruegan seas sus madres. Vedlos, a pesar de la distancia, cómo os tienden sus manecitas, en actitud suplicante, pidiéndolos no tanto la vida temporal como el Bautismo...* Si los dejáis abandonados, morirán privados para siempre de ver a Dios. Morirán a cientos de miles ahogados, estrangulados, aplastados, devorados vivos por los perros y cerdos. Por el contrario, si los adoptáis, vivirán; y serán monumentos vivos de vuestra caridad y crecerán como hijos vuestros y no cesarán de atraer con sus oraciones nuevas gracias sobre sí mismos y sobre vosotros; ó bien si mueren, que sin duda morirán muchos, morirán cubiertos con la sangre y los méritos de Jesucristo, y el cielo recogerá una abundantísima mies de angelitos, que os la tendrá en cuenta a vosotros y a vuestros hijos. No lo dudéis: ellos velarán por vosotros y los objetos más queridos a vuestro corazón, tomarán parte en vuestras alegrías y en vuestros pesares, celebrarán con vosotros los días en que solemnizáis los más faustos y señalados acontecimientos de vuestra vida, acompañarán a vuestros hijos en sus fiestas y regocijos; y en la hora de la muerte vendrán a animaros, a fortaleceros y a rogar por vosotros al Eterno, cerca del cual no cesarán de interponer su poderoso valimiento hasta que logren introducirlos en la patria común; y aun más, hasta en ella, hasta en aquella patria feliz en que una dicha sin límites satisface y apaga todos los deseos del corazón, acrecentarán la vuestra con toda la felicidad de que les veréis gozar eternamente.

* ¿Habrá una sola alma que al eco de este fervoroso llamamiento, hecho por el Párroco, deje de ins-

cribirse en la *Obra de la Santa Infancia*, y contribuir con su pequeño óbolo para sostenerla y propagarla más y más? ¿Habrá una parroquia de la archidiócesis de Santiago, una sola parroquia donde no se establezca y popularice y sea el ansia y anhelo mayor de todos los feligreses, sin excepción de clases, edad y sexo, la obra divina de la *Santa Infancia*? ¿Habrá una sola parroquia de esta nuestra diócesis que no figure en los Anales de la *Santa Infancia*, que no rescate todos los años algunos niños, muchos niños... para Jesucristo y para la eterna bienaventuranza?

DISCURSO DE SU SANTIDAD AL SACRO COLEGIO

EN EL ANIVERSARIO DE SU CORONACIÓN



VENERABLES HERMANOS:

Aunque hondamente contristado por la pérdida reciente de uno de los más distinguidos miembros del Sagrado Colegio, que durante su corta pero laboriosa vida consiguió rendir inusitados servicios al Pontificado, prestándonos a Nos con amor y adhesión sinceros la cooperación de su inteligencia y de su celo, Nos acogemos con intenso regocijo las felicitaciones del Sagrado Colegio que vos, Venerables Hermanos, Nos habéis presentado con las protestas de vuestra adhesión a toda prueba, y de ayudar siempre, y cada vez más, al Papa en el gobierno de la Iglesia.

Este altísimo cargo se Nos presentó en el primer momento con formidable pesadumbre, y tal se Nos presenta aun hoy a consecuencia de la maldad de los tiempos, de las difíciles circunstancias en que se ha puesto a la Iglesia, y por el temor de un porvenir aún más temible para la Iglesia y para la sociedad. Empero Nos conforta, sostiene y estimula para llevar el peso formidable, la idea de los auxilios divinos y la virtud soberana de la Iglesia al ejercerse en favor de la sociedad. Virtud que permanece intacta, que nada ha perdido de sus fuerzas, por lo cual en estos mismos luctuosos días, la Iglesia, odiada, combatida y perseguida, continúa cumpliendo su misión pacífica, y propagando los beneficios de la verdadera Religión y de la civilización verdadera.

Así, conociendo esta virtud de la Iglesia, Nos, desde el principio de Nuestro Pontificado, decidimos darla a conocer aún mejor, difundirla por donde quiera, y Nos hemos tenido el consuelo de ver que Nuestras palabras han sido bien acogidas, y en consecuencia que la fe, propagada a lejanas distancias, crecía de una manera señalada. ¡Ah, si los pueblos y los príncipes, rechazando las falsedades, las preocupaciones y los odios acumulados en tantos años y tantos conductos contra la Iglesia y el Soberano Pontífice, llegaran a reconocer en la Iglesia el principio fecundo de toda la prosperidad que Ella sola encierra, y que Ella sola puede difundir sobre la tierra! ¡Cuánto más tranquila viviría la sociedad! ¡Cuán presto y radicalmente desaparecería el terror con que hoy contempla el porvenir!

Pues con ese objeto Nos hemos juzgado que la obra más oportuna y la más conforme con Nuestro cargo apostólico, es la de señalar a los pueblos y a los príncipes este puerto de salvación, ayudándoles a refugiarse en él. Nos hemos consagrado nuestra vida a este objeto, persuadidos de que así Nos miramos por los intereses de la Religión y de la sociedad.

En vano, de otra parte, se ha pretendido ver en Nuestros actos un objeto distinto al de esta noble misión. Cuando Nos reivindicamos para la autoridad del Soberano Pontífice una verdadera libertad que afirme Nuestra seguridad y Nuestra independencia, con este objeto la reivindicamos. Porque Nuestra libertad y Nuestra independencia coadyuvan poderosamente a facilitar la acción benéfica y pacífica de la Iglesia y de la Religión.

Así, cuando se quiera y cuando se sepa reconocer la causa y razón de Nuestras justas reivindicaciones, la nación que ha de ser la primera en recoger las ventajas será incontestablemente aquella en que está la sede del Pontificado y que ya le debe tantas glorias y grandezas.

A estos pensamientos, a estas empresas, Nos aplicamos y Nos creemos deber aplicar constantemente Nuestra atención y solicitud.

¡Dios permita que se realicen! ¡Dios permita también que Nuestro Jubileo Sacerdotal, que Nuestros hijos se disponen a festejar tan piadosamente y con tanto amor, tenga éxito feliz para bien de la Iglesia, aumentos de la Religión y glorificación del Pontificado Romano!

JUBILEO SACERDOTAL

DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

PROGRAMA DE LAS FIESTAS DEL JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD, APROBADO POR EL SANTO PADRE.

DICIEMBRE 31 de 1887. — Su Santidad recibirá la *Comisión internacional*, compuesta de los individuos de la *Comisión promotora* y de los delegados de los Comités nacionales y extranjeros, quienes pondrán a los pies de Su Santidad la limosna de la Misa del Jubileo, ofreciéndole un altar. Recibirá después por Diócesis la peregrinación italiana.

1.º Enero de 1888. — Su Santidad celebrará su Misa del Jubileo por el mundo católico y los oferentes sobre el altar que le regale la *Comisión internacional*, que podrá oír y recibir la Comunión en representación de los católicos de todo el universo, los cuales, en aquella hora misma y en aquel día, unirán sus oraciones y sus votos al Sumo Pontífice. En el mismo día Su Santidad inaugurará la *Exposición Vaticana*; la presentación de los dones se hará por la sección italiana de cada una de las Comisiones diocesanas, presididas por los muy reverendos Obispos ó por sus delegados, los cuales estarán en el sitio donde queden expuestos los respectivos dones; las otras secciones por los delegados de los Comités extranjeros.

En los meses posteriores de Enero al de Abril de 1888, Su Santidad recibirá sucesivamente, por el orden que se fije, las peregrinaciones de los diversos países, continuando abierta en todo este tiempo la *Exposición Vaticana*.

La Comisión diocesana de Barcelona, encargada del regalo que ha de hacerse a Su Santidad con motivo de sus *Bodas de oro*, ha publicado la siguiente circular:

«Delicado a la par que honroso fué para esta Comisión el encargo que recibió de la Junta diocesana, al distribuirse los trabajos para celebrar el Jubileo Sacerdotal de nuestro Santísimo Padre León XIII. La Diócesis de Barcelona, se nos dijo, debe agasajar al Vicario de Jesucristo no sólo con los presentes de carácter general acordados por la Comisión central de Italia, sino con alguno muy particular, que sea emblema de los sentimientos arraigados de este pueblo para con la Sede Apostólica, y expresión a la vez de sus nobles tradiciones y de su generosidad nunca desmentida.

No se ocultaba, empero, a la Comisión que, si para colocarse a la debida altura en ese difícil cometido era indispensable contar con sumas de importancia, la situación verdaderamente penosa del Sumo Pontífice reclamaba de un modo apremiante acumular con largueza los donativos en metálico destinados al Jubileo que habíamos de celebrar.

Bien meditadas han sido tales dificultades; pero penetrados todos nosotros de que Barcelona y su Diócesis responden siempre con incomparable grandeza, cuando se tocan las fibras de su religiosidad y de su patriotismo, resolvimos por unanimidad someter a la Junta general el siguiente pensamiento, que desde luego mereció aprobación unánime.

Entre las joyas de alto precio, que atesora nuestra Santa Iglesia Basílica, hay una que por su destino, su valor histórico y su notable antigüedad, tiene el privilegio de fijar las simpatías de todos los catalanes: La rica silla de plata sobredorada, en que es conducida por las calles de nuestra ciudad la filigranada Custodia de la Catedral en la procesión del Corpus. De ella cuenta la historia que fué trono de D. Martín de Aragón, y que en la misma, sobre ostentoso carro triunfal, entró en Barcelona D. Juan II en 28 de Octubre de 1473, después de haber derrotado en Perpiñán a los franceses. Pues bien: de ese símbolo de nuestras glorias patrias, de ese recuerdo asaz precioso de nuestro espíritu de indomable independencia y ferviente religiosidad, queremos hacer participe al venerado León XIII. Un acreditado artífice reproducirá el facsímil con esmerada fidelidad; y para rodearle del merecido esplendor, se preparará un solio de ricos tapices, cuyo dibujo, imitación de algunos que también se conservan en la propia Santa Iglesia, corre a cargo de muy distinguidos artistas.

Formado así un Trono, tan severo por su forma como digno por sus componentes, podremos decir en su día al soberano Pontífice: «Beatísimo Padre: ved si os quieren encumbrar vuestros fieles hijos de la Diócesis barcelonesa: no contentos con proclamaros Papa-Rey, os envían como Trono la copia del que han consagrado al Soberano Señor de todos los siglos».

No obstante la magnificencia del objeto, se ha calculado que serán suficientes para cubrir los gastos de 30 á 35.000 pesetas, gracias al desprendimiento que están dispuestos á mostrar en la obra cuantos en ella serán llamados á intervenir. La Comisión abriga el convencimiento de que, no bien se esparza entre los católicos barceloneses y por las Parroquias de la Diócesis la noticia de tan lisonjero pensamiento, contribuirán á porfía con sus suscripciones á su digna realización. Si, como esperamos, y con nosotros nuestro Excmo. Prelado, excede la cantidad recaudada de los referidos gastos, pasará el sobrante á la Tesorería general para engrosar el Obolo de la Misa Jubilar de León XIII.

¡Católicos! ¡La gloria del Papa es nuestra gloria! Demostremos al mundo descreído que nuestro catolicismo está siempre á la altura de las circunstancias, y por encima de todas las contradicciones."

Barcelona 8 de febrero de 1887. (Siguen las firmas.)

El Excmo. é Ilmo. Sr. D. Manuel Mercader y Arroyo, Obispo de Menorca, ha dirigido al clero y diocesanos la Carta pastoral que á continuación transcribimos:

OBISPADO DE MENORCA.

A nuestro venerable Clero y muy amados fieles diocesanos, salud en el Señor.

«Dos aniversarios solemnes se cumplen este año para los fieles de esta isla y Diócesis de Menorca. Uno al principiarse el año; otro en el último día con que ha de terminarse: uno que interesa la patria temporal con relación á la eterna; otro que levantándose sobre las grandezas de la tierra tiene por objeto directo la eterna felicidad: uno tiene por héroe á un gran rey; otro al más augusto de los reyes, Vicario del rey inmortal é invisible de los siglos: al primero le conocieron y trataron, y recibieron de él los mayores beneficios que recibirse pueden de mano de un monarca temporal ha seis siglos vuestros antepasados; al segundo le tenemos vivo en medio de las naciones, dispensando á la totalidad del género humano los bienes celestiales de la ciencia, la virtud, la gracia y bendición, á los que siguen los demás bienes que en lo efímero de la vida sobre la tierra se nos conceden como añadidura: llamábase aquel Alfonso III de Aragón: llamase éste León XIII.

Con el aplauso que merecen las buenas acciones, habéis festejado, amados diocesanos, el día 17 del pasado mes de Enero, el sexto centenario de vuestra gloriosa victoria contra la ominosa opresión del yugo sarraceno, al arrollador empuje de las armas catalanas y aragonesas, bajo la visible protección de San Antonio y San Jorge. ¡Bien habéis merecido de Dios y de la patria al renovar en vuestros corazones la alegría de vuestros mayores, cuando después de rotas por tan potentes medios las bárbaras cadenas, recobraron la libertad del patrio suelo, y lo que es más, la libertad de hijos de Dios, y vuestra dichosa autonomía en los órdenes civil, político y religioso!

Reverdecidos así los cívicos laureles de que justamente os gloríais, toca ahora á vuestro humilde Prelado poner en vuestras manos las palmas de la Religión con que salgáis alegremente al encuentro á nuestro pío triunfador León XIII en el quincuagésimo aniversario de su consagración sacerdotal, que ha de ocurrir el 31 de Diciembre de este mismo año. No son una isla sola, ni un continente, los que con extraordinarios aprestos se disponen á celebrar tan singular solemnidad; es el orbe todo quien así se prepara, compuesto de trescientos millones de católicos, con el adjunto de los no católicos, como de ello dan muestras los alemanes cuando acuden al Papa para ventilar sus derechos y los de España sobre las islas Carolinas, y los turcos cuando piensan hacerlo para definir los suyos sobre la Bulgaria.

Medio siglo va á cumplirse que nuestro amado Pontífice recibió la investidura de santidad á la que, gloriosa siempre en él, andando el tiempo había de dar tanta gloria; medio siglo hace que ungió el óleo santo esas manos sacratísimas que tantos beneficios habían de derramar sobre los hombres; medio siglo hace que en el orden sacerdotal fué consagrada á Dios esa angusta cabeza que había de ceñir la tiara en el reino del honor, la justicia, la verdad y la caridad. En los últimos diez años que como Papa viene ocupando el solio supremo de la Iglesia militante, enmudece de asombro toda lengua que pretenda ponderar sus virtudes. Dése una ojeada á esa veintena de portentosas encíclicas con que en este período ha iluminado al mundo, y véase si cabe derramar más luz sobre esas cuestiones que tanto preocupan á los pretendidos sabios de nuestros días; véase si queda un solo punto oscuro á donde no penetren los vibrantes rayos de las pontificias luces;

véase, en fin, qué excusa le queda al mundo si no da con la ajustada solución á los intrincados problemas, que él mismo se forja en su temerario desvío de la verdad.

Aunque todos los hombres que hoy viven sobre la tierra se reunieran, y bajo la guía de los mayores lumineros del cielo acudiesen á las prisiones del Vaticano, y allí ofreciesen á los pies del gran Pontífice León XIII todo el oro, mirra é incienso que los recursos de la industria consiguiesen reunir en un momento dado, sería una mezquina é insignificante retribución á los imponderables desvelos y positivos beneficios que el Papa León XIII ha dispensado al género humano.

Mas, aun cuando la negra ingratitud sea una de las manchas que á la misera humanidad legó el primer pecado, es lo cierto, y en ello tiene el espíritu cristiano un gran motivo de consuelo, que hoy por hoy en medio de las aflicciones que en su esclavitud rodean al Padre Santo, á la universalidad de los países de la tierra, corresponde la universalidad de un sentimiento católico altamente generoso, que rebosando amor al gran Pontífice, y exaltando este amor con el profundo interés que sus dolores cada día más exacerbados por los excesos de la revolución inspiran, hierve, digámoslo así, en estos momentos por significarse en todos los tonos posibles para solemnizar las Bodas de Oro de León XIII, ó sea el quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal. De esa misma Italia, para que mejor resplandezca la providencia de Dios; de esa misma Italia, que está talmente ahogando al Pontífice, y pretende ¡vana quimera! aniquilar el Pontificado, ha partido la feliz iniciativa de solemnizar esta fiesta jubilar de una manera tal, que al honrar la sublimidad del Sumo Pontificado, lleve un testimonio de admiración á los relevantes méritos y virtudes del actual Pontífice; y al procurar un consuelo en la tribulación á que perversas maquinaciones le someten, sea una protesta ardiente, y un incesante clamor contra tamañas maldades, hasta obtener la extinción de ellas con la libertad del Papa, y la santa independencia de que ha menester para el expedito gobierno de la Iglesia, y mayor utilidad de los mismos que, pudiendo, no se determinan á ayudarle con medios positivos y eficaces.

El proyecto, generalizado ya por todo el orbe católico, de festejar con las respectivas fuerzas al Papa en el día de su Jubileo Sacerdotal, 31 de Diciembre de este año, día dedicado á la fiesta del gran Papa San Silvestre, abraza los cuatro extremos siguientes:

Alianza de oraciones.
Limosnas para la Misa jubilar que ha de celebrar Su Santidad.

Ofrendas de objetos de arte cristiano, ó pertenecientes al culto.

Peregrinaciones á Roma.

Tocante á la ofrenda del incienso de la oración que debemos al Papa Rey, creemos que desde el domingo de Pentecostés en adelante todos los domingos subsiguientes hasta el cuarto de Adviento inclusive (18 Diciembre) no ha de haber inconveniente en rezar de rodillas las Letanías mayores con las oraciones correspondientes, á la conclusión de la Misa Mayor. Pueden también organizarse en las parroquias coros de hombres y coros de mujeres, que se encarguen durante el año de las devociones que mejor estimen, y las consignen por escrito en notas que pasarán á sus Párrocos, y estos cuidarán de trasladar en estados en limpio, á pliego entero, á Nuestra Secretaría. Contamos muy especialmente con las Asociaciones de los SS. Corazones, y demás piadosas.

El Dinero de San Pedro, hoy día sustentado en Menorca con los descuentos mensuales que se impone á la cuasi totalidad del Clero, podría acrecer este año, á fin de procurar al exhausto tesoro del Papa algún aumento, disponiéndose colectas, ó bandejas á las puertas de las Iglesias, en las principales festividades del año, á discreción de los RR. Párrocos, en cuyo celo siempre confiamos; y así ofrecemos también el oro al más augusto de los Reyes.

Alguna ofrenda de objetos de arte cristiano, quizá no sea difícil presentarla á Su Santidad, y desde luego daremos curso á lo que sobre el particular quieran entregar los fieles. Menos dificultad habrá en reunir algunos objetos propios para el servicio del culto, pues aunque sean de escaso valor, Su Santidad los utiliza en beneficio de las iglesias pobres.

Tocante á peregrinaciones á Roma, gran cosa se haría con que de cada diócesis saliese una más ó menos numerosa, que llegándose á besar al faciliísimo sucesor de Pedro los pies y las cadenas, contrastase con su amor y lealtad, en representación de la Diócesis comitente, el odio é iniquidad de sus carceleros y verdugos. Y aquí entra la ofrenda de la

mirra al Rey oprimido, la que en todo caso podría suplirse con reverentes exposiciones, ó mensajes.

Al tender la vista sobre el cuadro que el amor filial y el más acendrado catolicismo nos llama á llenar en la parte que se nos alcance, con el fausto motivo del Jubileo Sacerdotal del Papa, no se nos oculta la condición de la diócesis de Menorca, reducida y pobre; y harto sabemos que por extremos que fuesen la voluntad y los esfuerzos de nuestros amados hijos, sobre lo cual no abrigáramos la menor duda, jamás nos ocurriría lisonjarnos de obtener los felices resultados que, en honra de las Diócesis y gloria del Romano Pontífice, se obtendrán seguramente en todas ó casi todas las demás de España, y así lo hemos dicho en respuesta á la excitación del Emmo. Cardenal Schiaffino. Pero, como lo que aquí ha de exhibirse á los ojos de Dios y de los hombres no son precisamente las riquezas materiales, sino las espirituales, y aquellas sólo en cuanto á estas representan; la firmeza de vuestra fe, amadísimos diocesanos, y sobre esta base la inquebrantable adhesión á la Cabeza visible de la Iglesia, al Papa, he aquí el tributo que se os pide en los solemnes momentos que embargan justamente la atención del orbe católico, tributo significado por unas pocas monedas, ó otro objeto capaz de tan preciosa significación.

Para organizar en algún modo ese movimiento que de vuestra religiosidad é hidalguía nos prometemos, sosegado sí, pero eficaz, amadísimos diocesanos, auxiliándonos ante todo de Nuestro Senado el Ilmo. Cabildo Catedral, hemos nombrado y constituido una Junta general para todo el Obispado, con la cual podrán comunicar y de ella recibir instrucciones los RR. Párrocos, las respectivas Juntas parroquiales que *ad hoc* rogamos á aquellos instituyan, las Cofradías, las Conferencias, y demás Asociaciones piadosas, los colegios y las escuelas, reservando entre estos establecimientos el primer puesto á Nuestro Seminario Conciliar.

Componen dicha Junta Superior Diocesana los sujetos siguientes:

Presidente, M. I. Sr. D. Roque Coll, Canónigo Magistral.

Vicepresidente, M. I. Sr. D. José Febrer, Canónigo Doctoral.

Vocales, M. I. Sr. Barón de Lluriach.

Idem, Sr. D. Vicente Simó y Bagur.

Idem, D. Bartolomé Píris Xalambri.

Idem, D. José Miret y Anglada.

Idem, D. Francisco Barceló y Camps.

Idem, D. Antonio Juanola y Camps.

Secretario, D. Ambrosio Carabó, Presbítero.

Vicesecretario, D. Miguel Fañer, Presbítero.

Ea, pues, menorquines muy amados; si, como es verdad, corre por vuestras venas la sangre de los que acompañaron á Alfonso de Aragón en la empresa de vuestra reconquista, no es menos cierto que sois hijos de la Iglesia, y que sois católicos. El Papa gime y se queja en la durísima esclavitud á que le sujetan desnaturalizados hijos; y en tanto el Omnipotente hace brillar sobre esa frente de Rey, de Sacerdote y de Mártir, el quincuagésimo aniversario de su unción sacerdotal. Diez y ocho años ha, celebráramos igual fiesta por el inolvidable Pío IX. Agrupémonos ahora alrededor del trono del gloriosísimo León XIII, unámonos todos en la oración: *presente el pueblo sus preces al Dios excelso, hasta que sea cumplido el servicio del Señor; y mientras el Pontífice Sumo, en expresión de las Santas Escrituras, alza sus manos sobre toda la congregación de los hijos de Israel para dar gloria á Dios con sus labios, y para gloriarse en el nombre de él mismo, y reiterar su oración para mostrar la virtud de Dios; oremos también nosotros y pidamos á Dios, por mediación de la Santísima Virgen y de todos los Santos, no de alegría de corazón, y que haya paz en Israel por sempiternos días: paz á su Iglesia, paz á la sociedad, paz á las familias, paz á todos los hombres.*

¡Paz sobre todo, y libertad, honor, triunfo y gloria al excelso Pontífice que ocupa hoy la Silla de Pedro: que mientras para el Romano Pontífice no haya paz, el mundo no tendrá paz!

Codiciad vosotros, amados diocesanos, esa santa paz de todas veras; que con la paz se obtienen los bienes todos; y sea en prenda de tan inestimable beneficio la bendición que del fondo de Nuestra alma os damos en el nombre del P Padre, y del H Hijo, y del E Espíritu Santo.

Ciudadela, en la fiesta de la Purificación de Nuestra Señora, 2 de Febrero de 1887. — MANUEL, Obispo de Menorca."

El Sr. Obispo de Cádiz ha nombrado la siguiente Junta diocesana del Jubileo Sacerdotal de León XIII:

convento de Rama el día 20 de Octubre y al levantarme el viernes 21, la primera noticia que me dieron algunos compañeros fue que no les habían dejado dormir los aullidos de las zorras. Yo dormí como un santo varón y nada oí; pero consigno el dato con gusto porque viene en corroboración del texto bíblico, hasta en nuestros mismos días. Según San Agustín, estas raposas ó zorras son símbolo de los herejes astutos y fraudulentos.

M. POLO Y PEYROLÓN.

(Se continuará.)

COMPASIÓN PARA CON EL VENCIDO

I

CORRÍA el mes de Junio del año 1809. España, invadida por los ejércitos franceses y auxiliada por otro inglés, era teatro sangriento de una lucha cada día más encarnizada. Después de haber vencido en varias acciones á los españoles, el mariscal francés Soult atacó al general inglés Moore, quien se vió obligado á retirarse á la Coruña.

Varios de sus cuerpos de ejército se habían separado en aquella marcha precipitada.

Los convoyes, atacados incesantemente por los franceses, se habían dispersado por los caminos en pequeños destacamentos, procurando reunirse al grueso del ejército.

Uno de estos destacamentos, compuesto de cuatro ó cinco carretas de bagajes y heridos, iba mandado por un sargento irlandés llamado Fulton.

La noche empezaba á extender su negro manto. El cielo cargado de negros nubarrones anunciaba la proximidad de una tormenta.

El paraje que atravesaban había sido arrasado, y sólo se veía de vez en cuando alguna casa derruida y abandonada, caballos muertos de fatiga, y otros mil indicios del paso de un ejército en campaña.

Por estos detalles conoció Fulton que el ejército francés le había precedido y comprendió lo difícil de reunirse al general Moore.

Sus impacientes compañeros, heridos en su mayoría, empezaban á desanimarse, y como sucede en tales casos, cada cual buscaba sobre quién descargar el propio mal humor.

Los unos acusaban al general de no haber tomado acertadas disposiciones para retirarse.

Los españoles se quejaban del socorro tan poco eficaz de los auxiliares.

Todos maldecían la suerte de los enemigos, aunque prometiéndose un próximo desquite.

II

Acamparon en un estrecho terraplén lindante con un profundo barranco por el cual corría un riachuelo. El ruido del agua atrajo varios heridos atormentados por la sed.

Fulton hizo parar el convoy á fin de ayudarles. Al aproximarse al borde del barranco, observó en el fondo un mulo muerto enganchado á un carro deshecho, y parecióle oír una voz humana.

Bajó al fondo del barranco y apartando el toldo que cubría la carreta, halló una mujer española que le pedía auxilio.

El sargento entendía un poco el castellano.

Quiso saber qué le había ocurrido á la desgraciada, la cual contó que habiéndose dormido de fatiga, abandonó el carro al instinto del mulo y que después, aproximándose demasiado al borde del barranco, había sido arrastrada en la caída de aquél.

Vuelta en sí por efecto del golpe procuró liberarse de los estorbos que la sujetaban, pero sus esfuerzos habían sido inútiles, debiendo la salvación á la llegada del sargento.

Cuando la pudieron ver mejor á los últimos destellos del día, el traje la hizo reconocer por una cantinera del ejército francés.

Con este descubrimiento, la buena voluntad de los compañeros de Fulton cambióse súbitamente en cólera, que tradujeron pronto en exclamaciones amenazadoras.

Llamados en defensa de España, los soldados ingleses calificaban de traidor á todo español que simpatizase con los invasores, y odiaban sobre todo á algunas desgraciadas mujeres que habían sacrificado el patriotismo á una afección personal, y unido su suerte á la de los franceses.

Tal era precisamente la situación de Dolores.

Los fugitivos expresaron con ruda franqueza el sentimiento de haber salvado á una cantinera enemiga; pero el sargento Fulton interpuso humanitaria y oportunamente su autoridad.

— Silencio — gritó con energía colocándose delante de Dolores — ¿por ventura hacéis la guerra á

las mujeres? ¿No se halla ésta bastante castigada por su destino? En marcha todos y que cada uno ocupe su puesto si quiere salvar la piel.

Fue obedecido.

Dejó alejarse á la mayoría con la cabeza del convoy y al verse rodeado solamente de los soldados de su compañía, volvióse hacia la cantinera, que se había sentado débil y abatida cerca de su carreta.

— ¿Qué vais á hacer en el fondo de este barranco? La preguntó en un tono en el que la rudeza estaba mezclada con la piedad.

— Dios lo decidirá.

— ¿Tenéis bastantes fuerzas para caminar?

— Puede ser; pero, ¿podré yo ir sola en las actuales circunstancias y llegar á paraje seguro? Sé bien la suerte que correría.

El sargento pareció reflexionar un instante; después adoptó una resolución.

— Vamos, levantaos y seguid á nuestro convoy. En tanto que yo lleve el fusil al hombro no os pasará nada malo.

Dolores, muy agradecida, hizo un esfuerzo, poniéndose en marcha en las últimas filas, detrás del carromato.

Al principio, pareció no darse cuenta del camino que había tomado el convoy, pero al cabo de algún tiempo, aproximándose á Fulton le preguntó:

— ¿El sargento sabe bien por donde va?

— Sin duda; nos dirigimos hacia el campamento inglés.

— ¡Al campamento inglés! — repuso la cantinera con extrañeza.

— Sí; y espero que nos podremos reunir antes de la batalla — añadió el sargento.

Dolores le asió vivamente del brazo.

— Entonces... ¿no sabéis lo sucedido? La batalla se libró el 16... y fué perdida...

— ¿Y el general Moore?

— Ha sido muerto y sus tropas han marchado á la Coruña para embarcarse.

Fulton sobrecogido interrogóla con ansiedad: — ¿No te equivocas?

— ¡No por mi vida! Varios destacamentos que, como vosotros, se dirigían al campamento, han caído en poder de los franceses; si continuáis este camino, dentro de algunas horas seréis prisioneros.

Y señaló otros detalles, tan precisos, que Fulton hubo de comprender lo desesperado de su situación. Felizmente había conversado en español con la cantinera y sus compañeros no pudieron entenderles.

Sabiendo que la noticia de tal descalabro acabaría por desanimarlos, recomendó á Dolores el secreto y ordenó torcer á la derecha á fin de llegar al mar por la línea más corta.

Comprendiéndolo todos ó casi todos los soldados, lo efectuaron sumamente complacidos.

Dolores se sentó al borde del camino.

Estaba desfallecida y próxima á desmayarse.

— Dejadme — exclamó — no puedo continuar.

— ¡Dios me libre de ello! Tanto hubiera valido dejaros en el fondo del barranco — dijo Fulton golpeando el suelo con su fusil. — ¿Qué vais á hacer cuando nos vayamos?

— No sé — repuso la cantinera, que casi no podía hablar.

— Moriréis aquí sin socorro humano — añadió el inglés con brusca espontaneidad.

— Y bien, después de la muerte... Dios me hará justicia — tartamudeó ella cayendo desmayada.

Fulton la sostuvo y llamó al cabo de la compañía.

— ¡Vivo! Williams, decid que pare la carreta.

— ¡Por este diablo de mujer! — murmuró el inglés.

— Por una infeliz que se muere — interrumpió el sargento — ¿no tenéis piedad?

— Cuando la piedad es un peligro, creo preferible matar al enemigo.

— ¡Haced lo que os he dicho! — insistió Fulton imperiosamente.

Obedecióle Williams de mala gana, ayudando á acomodar á la cantinera en la carreta.

Los heridos que iban en ésta renegaron de la humanidad del sargento, manifestando vehementes deseos de sacrificar á la desgraciada española.

Era de noche. La oscuridad, acrecentada por negras nubes, permitía apenas distinguir las carretas que rodaban penosamente por un terreno virgen, bordeado de pedregosas colinas.

Al cabo de una hora de marcha, los relámpagos iluminaban el camino, y bien pronto el trueno estalló con violencia. Los truenos al principio, intermedios de pausas solemnes y medrosas, repitieronse después sin interrupción.

Tormentas de lluvia bajaban del cielo, inundando la tierra convertida en un lago de fango. Los caballos, espantados por la tempestad, se encabritaban bajo la fusta de los conductores, quienes caminaban á pie, procurando cobijarse detrás de los carros; á cada instante la situación era más difícil.

Llegaron en fin á lo alto de una áspera pendiente. El sargento miró á su alrededor con inquietud.

La lluvia torrencial no permitía, á pesar de la luz de los relámpagos, ver el camino; sólo se distinguían formas confusas y aspectos vagos que hacían presentir una desgracia inevitable.

Consultóse, con más ansiedad que buen éxito, el horizonte, y reconocido el terreno, quiso el sargento dar orden de continuar, cuando un grito que partió del medio de los bagajes, le hizo detenerse.

Dolores, vuelta en sí por la lluvia, púsose en pie en la carreta; con la cabeza hacia adelante y los brazos extendidos mostraba con terror la pendiente á cuyo borde se había parado el convoy.

— ¡Ah, Dios mío! ¡No avancéis si queréis vivir!

— ¿Adónde conduce este camino? — preguntó el sargento.

— ¡A la Hoya del Diablo!

— ¿Estáis segura?

— Escuchad.

Aprovechando Fulton el intervalo de los truenos, oyó el ruido de las aguas, que bajaban rugiendo desde las colinas al abismo.

Abalanzóse á la cabeza de los caballos y les obligó á retroceder.

Sus compañeros, que también habían advertido el peligro, ganaron precipitadamente la meseta.

La tormenta estallaba en toda su violencia, y la desesperación empezó á invadir los ánimos.

El mismo Fulton dudaba qué partido tomar.

Algunos conductores, desenganchando los caballos, se disponían á huir al azar.

Pero Dolores, levantándose en el carro, mostró hacia la derecha una abertura entre las colinas.

— ¡Esta es! Seguid la ladera hasta la próxima encrucijada, y antes de dos horas llegaréis al pie de la Coruña, y estaréis en salvo.

La declaración, comunicada por Fulton, calmó el desorden y reanimó los corazones.

La cantinera se puso á la cabeza del convoy y ella misma sirvió de guía, evitando las rocas y bordeando los barrancos.

En fin, la tempestad se calmó; las nubes, barridas por el viento del mar, desaparecieron á lo lejos, dejando ver el cielo esmaltado de estrellas.

Los ingleses llegaron á la encrucijada que anunció Dolores; un poco más lejos se distinguía el puerto, en el cual flotaban los barcos en cuyos mástiles ondeaba la bandera inglesa.

Todos olvidaron los sufrimientos, saludándola con alegres hurra.

— La prueba ha sido... regular, sargento — dijo Williams — pero, en fin, de buena hemos escapado.

— Gracias á esta mujer — respondió el irlandés mostrando á la cantinera — ¿Os convencéis, cabo, de que la piedad no es tan mala consejera, y de que es preferible salvar á un enemigo que matarle?

FERNANDO SEVILLA.

LA SAGRADA LANZA

La relación íntima que con nuestra devoción tiene el instrumento con que fué atravesado por nuestro amor el Corazón divino, y la veneración que aquél naturalmente debe inspirarnos, nos induce á dar algunas noticias sobre la Lanza de la Pasión, cuya oportunidad justifica, además, la circunstancia de celebrar la Iglesia el primer viernes de Marzo la fiesta de la Sagrada Lanza, y el 15 del mismo mes la de San Longinos, que con ella atravesó el costado del Salvador.

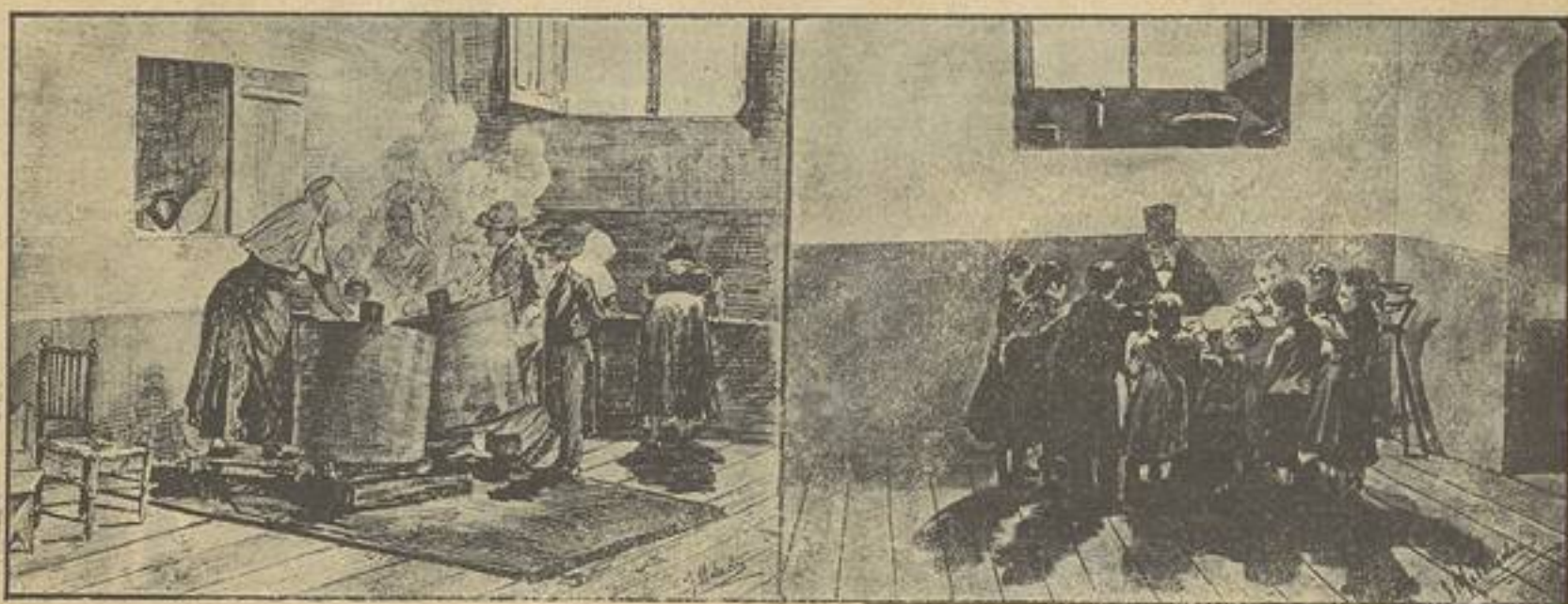
I

HISTORIA DE LA SAGRADA LANZA

Habiendo empleado San Juan la palabra *lanza* (*lancea*) para designar el arma con que fué abierto el costado de Cristo, háse deducido por algunos autores que había sido un jinete el que había hecho la herida, toda vez que la *lancea* era el arma de la caballería griega y romana.

Parece seguro, no obstante, que Nuestro Señor fué crucificado por cuatro soldados de á pie. Sábese también que los romanos hacían custodiar á los condenados por soldados de infantería armados de una lanza (*Hasta*), más corta que la *lanza* de los jinetes. La lanza de los de á pie constaba de tres partes distintas: la cúspide (*cuspis*) de bronce ó hierro, aplastada y ancha; el palo ó mango (*hastile*) de Fresno regularmente, y una punta metálica en la contera (*spiculum*), la cual punta servía para clavar verticalmente la lanza en el suelo, y que se convertía en arma defensiva cuando la cúspide se quebraba. La lanza

1. Sin embargo que vulgarmente recibe este nombre.



EL COLEGIO DE CALATRAVA EN SALAMANCA.

Vista del edificio (de fotografía de Laurent).—Reparto de la comida por las Hermanas de la Caridad.—Un socio de San Vicente de Paul, explicando la doctrina.—Comedor y ventana por donde los pobres reciben la comida. (Dibujos de nuestro colaborador D. Gerardo Meléndez.)



EL ENTUSIASTA POR LA BOTÁNICA.

hacía también el oficio de pica, y teniendo casi la misma forma, ya fuese más corta ó más larga, sería casi ocioso discutir si la Sagrada Lanza era la *lancea* ó el *hasta* de los romanos.

Estos abandonaban el cadáver de los ajusticiados á la voracidad de los animales, mas para asegurarse de su muerte, les quebraban las piernas (*crurifragium*), ó les atravesaban con una lanza ó acero (*transverberatio*). El verdugo que daba el golpe de gracia ó acababa al reo se llamaba *confector*, y en las actas de los mártires cristianos se le ve figurar frecuentemente. A los judíos, por lo contrario, les imponía la ley de Moisés dar sepultura á los muertos.

En el Calvario los soldados quebraron los huesos de los dos Ladrones, mas juzgaron inútil la precaución con el Salvador, pues le hallaron muerto. Los judíos, sin embargo, que recordaban que Jesús había predicho su resurrección, pidieron para más seguri-

dad al *confector* que cumpliera con su deber, atravesando á Jesús de una lanzada, y sólo se dieron por satisfechos cuando vieron correr la sangre y el agua.

No entraremos ahora á enumerar las varias opiniones, que sostienen, unas que la lanzada hirió al Señor en el costado derecho, otras que en el izquierdo. Inocencio III, Benedicto XIV, el venerable Beda, Suárez y Cornelio á Lápide, opinan que en el costado derecho, como la tradición más antigua. Por lo demás, no es ocioso recordar que cuando San Francisco de Asís recibió la impresión de las Sagradas Llagas, fué herido en el costado derecho. En todo caso, las inducciones más autorizadas concluyen, como la devoción de los santos favorecidos con revelaciones sobrenaturales, que el Corazón de Jesús fué atravesado.

San Agustín y San Buenaventura han dicho que

el soldado que atravesó el costado de Cristo se llamaba Longinos, que abrazó el cristianismo y que fué martirizado en Capadocia, donde predicaba la fe. El martirologio romano, valiéndose de la palabra *perhibetur* (dícese) adopta la opinión de San Agustín.

En tiempo del venerable Beda, de 672 á 735, la Lanza estaba encerrada en una cruz de madera bajo el Pórtico del martirio, Iglesia edificada por Constantino. Arculf, Obispo francés, la vió á fin del siglo vu. El palo ó hasta estaba roto en dos pedazos; todo Jerusalén lo veneraba é iba frecuentemente á adorar. San Gregorio de Tours dice que se conservó en Jerusalén hasta la toma de la ciudad por los Persas, en que Heraclio la hizo llevar á Constantinopla. En 1092 ó 1097 los Cruzados la encontraron milagrosamente en la Iglesia de San Pedro, en Antioquía, según más abajo referiremos.

En 1243 Balduino cedió la punta a San Luis, con las demás reliquias que había dejado en prendas a los venecianos.

En 1492 el hierro de la Lanza, sin la punta, fué enviado por el Sultán Bayaceto a Inocencio VIII. Era el 31 de mayo, día de la Ascensión; cuentan las antiguas Memorias, cuando el Embajador del Gran Turco llegó a Roma portador de la Lanza; ó más bien, del hierro de la Lanza, con la cual Longinos, taladró el costado de Nuestro Señor en la Cruz.

El Papa, acompañado del clero, llevó procesionalmente la reliquia, de la Iglesia de Santa María de *Péculo* a la de San Pedro. El hierro de la Lanza iba encerrado en un magnífico relicario de cristal engarzado en oro con esmaltes. El Embajador del Sultán estaba encargado de anunciar a Su Santidad que la punta que faltaba al hierro de la Lanza se hallaba en posesión del rey de Francia.

La Lanza fué conservada en la antigua Basílica de San Pedro, y cuando la Iglesia ruínosa fué reemplazada por la nueva Basílica, la insigne reliquia fué trasladada a ésta. Benito XIV hizo llevar de París un dibujo exacto de la punta, y habiéndolo confrontado con el hierro, echó de ver que ambas partes se adaptaban perfectamente.

En la actualidad, la Lanza se conserva en uno de los pilares de la Cúpula de San Pedro. Sabido es que dicha grandiosa Cúpula se halla sostenida por cuatro enormes pilares de 166 pies de altura, por 206 pies de circunferencia. Cada uno de ellos está adornado en la parte que mira a la Confesión de San Pedro, de dos nichos, uno encima de otro. En los nichos ó capillas superiores se veneran preciosas reliquias; y en las de abajo, estatuas colosales de mármol de 15 pies de altura. Estas estatuas representan a la Verónica, enseñando la Santa Cara; a Santa Elena con la Cruz y los clavos de la Pasión, a San Longinos con la Lanza, y al Apóstol San Andrés. En los cuatro nichos superiores, que corresponden encima de dichas imágenes, se conservan respectivamente: la Santa Faz del Salvador impresa en el lienzo de la Verónica; las reliquias de la verdadera Cruz; el hierro de la Sagrada Lanza de Longinos, y la cabeza de San Andrés.

Es sumamente difícil ver estas insignes reliquias, que sólo se enseñan el Jueves y Viernes Santo.

La Santa Capilla de París poseía todavía la punta de la Sagrada Lanza en 1793, en que fué trasladada a la Biblioteca Nacional, donde la vió en 1796 el abate Caterel, que decía que era un trozo de hierro de tres ó cuatro pulgadas de largo próximamente y que acababa en punta.

¡Ignórase en qué ha venido a parar!

II

INVENCIÓN DE LA SAGRADA LANZA

Cuando el ejército de la Primera Cruzada mandado por Godofredo de Bouillon, que corría de Europa a la conquista de Tierra Santa, llegó, por fin, a través de inmensos peligros, fatigas y obstáculos, a la risueña Siria, detuvo ante la famosa ciudad de Antioquia, metrópoli un tiempo de ciento cincuenta y tres obispos, y cuyo recinto encerraba trescientas sesenta Iglesias.

Los Cruzados emprendieron resueltamente el sitio de la ciudad, pero a poco tiempo empezaron a sufrir los rigores del hambre y del frío, con los inconvenientes de su incomunicación con el mar. La caballería, que contaba a la llegada 70 000 caballos, había quedado reducida a 2.000. Además sobrevino una terrible epidemia, y los cristianos empezaron a desbandarse desalentados por tantas calamidades.

Afortunadamente llegó una escuadra de Italia que reanimó el valor de los atribulados guerreros. Pero esta feliz circunstancia dió lugar a un combate parcial, por haber sorprendido 4.000 musulmanes a los cristianos que muy descuidados caminaban hacia el puerto en busca de noticias ó de víveres. Godofredo, sin embargo, vengó el revés derrotando completamente a los musulmanes. Por cierto que en este combate hubo episodios heroicos que plantan la bravura descomunal de aquella época y de aquellos soldados. El Duque de Normandía peleó sólo contra un jefe de los infieles que se adelantaba al frente de los suyos; y de un sablazo le abrió la cabeza hasta los hombros tendiéndole a sus pies y gritándole al propio tiempo: «¡Así envío yo tu alma a los profundos infiernos!»

Godofredo, que demostró en aquella jornada la habilidad de un gran Capitán, dió pruebas de aquella intrepidez y fortaleza que luego celebraron la poesía y la historia. Ninguna armadura resistía al temple de su espada que hacía volar en pedruzcos los mejores cascos y corazas. Un turco que asomaba por encima de todos por su atlética estatura, corrió a Godofredo, y del primer golpe le deshizo el escu-

do. Furioso Godofredo de tanta audacia, alzóse sobre los estribos, lanzóse contra su enemigo, y le dió tan estupendo golpe, que le partió por en medio en dos pedazos. La parte superior, dicen los historiadores, cayó al suelo, y la otra, unida a la cabalgadura llevó el espanto y la consternación a los sitiados.

Por fin, al cabo de nueve meses de sitio, hallándose casi encima el ejército musulmán de socorro, los cristianos sorprendieron de noche la ciudad, escalándola con tan grande audacia como brillante fortuna. Quedaba, sin embargo, por reducir la ciudadela, inexpugnable y defendida por los turcos, cuando llegó Kerboga al frente de 200.000 infieles.

La miseria más profunda reinaba por otra parte en el campo cristiano, y los grandes señores que habían dejado en Europa sus castillos y sus haciendas, tenían que mendigar los víveres más repugnantes. No pocos desertaron ó renegaron por hambre.

Al principio lloraban y se quejaban de tan apremiante necesidad: luego les entró una tristeza tan grande, que ya no hablaban ni lloraban siquiera.

Poco les faltó, dice Guillermo de Tir, para echar en cara a Dios su ingratitud hacia los que tantos sacrificios se impusieron por la gloria de su Santo Nombre.

Un sacerdote de la diócesis de Marsella, llamado Pedro Barthelemi, fué a declarar a la Junta de los jefes que San Andrés se le había aparecido por tres veces y que en todas ellas le había dicho, amena zándole con terribles castigos si no obedecía. Ve a la Iglesia de mi hermano Pedro en Antioquia: cerca del altar mayor hallarás, cavando la tierra, el hierro de la Lanza que atravesó el costado de nuestro Redentor. Dentro de tres días, ese instrumento de salvación eterna será manifestado a sus discípulos. Dicho hierro místico, llevado al frente del ejército, dará libertad a los cristianos y atravesará el corazón de los infieles.* El sacerdote Barthelemi prestó juramento ante el Legado, y el ejército cristiano se preparó durante tres días con ayunos y oraciones al descubrimiento de la Sagrada Lanza.

La mañana del tercer día, doce Cruzados escogidos entre los más respetables del clero y los caballeros, y entre ellos Raymundo de Agiles, que cuenta el hecho muy al por menor, fueron al lugar designado por Barthelemi, con gran número de obreros y las herramientas necesarias. Cerraron la Iglesia en que reinaba profundo silencio y empezaron la excavación bajo el altar mayor. Así trabajaron todo el día, profundizando doce pies. Acercábase la noche, y los doce testigos se hallaban en oración al borde de la hoya cuando Barthelemi bajó a ella descalzo y con una simple túnica.

De pronto, el Señor, dice Raymundo de Agiles, movido por la piedad de sus servidores, nos mostró su Lanza, y yo, que escribo esto, apenas salió el hierro a flor de tierra, lo besé devotamente.* Grande fué la alegría en todo el ejército cristiano, que olvidó los horrores del hambre y el número de sus enemigos.

Y audacia singular: Pedro el Ermitaño fué enviado como parlamentario al campamento de Kerboga a proponerle que levantase el campo y respetase la posesión de la ciudad que el Señor había concedido a los cristianos, ó que si lo prefería, escogiese los más bravos de su ejército y los enviase a luchar en combate igual con otros tantos cristianos. Excusado es decir que la proposición indignó al caudillo musulmán, que estuvo para ejecutar a los parlamentarios, a los que despidió con oprobios y burlas, diciendo entre otras cosas, que ya se vería si el Crucificado, que no había podido salvarse a sí mismo, lograba salvar a los suyos.

Cien mil guerreros cristianos confesaron y comulgaron y se prepararon a vencer ó morir al siguiente día, que justamente era la fiesta de San Pedro y San Pablo. Raymundo de Agiles dice que él mismo, delante del Obispo del Puy, conduca al campo de batalla la Lanza del Señor. El ejército cristiano estaba tan pobre y derrotado que muchos grandes señores cabalgaban en asnos.

Apenas empezada la batalla, Kerboga, viendo el pavor de su gente, propuso el combate entre algunos caballeros escogidos, que la víspera había rechazado. Pero los cristianos ayudados de Dios rehusaron. En medio de la lucha, un fuertísimo viento empujaba los dardos de los cristianos hacia los turcos y rechazaba los de éstos. Jamás se habían batido los Cruzados con tanto valor y disciplina. Raymundo de Agiles atestigua que los enemigos no se atrevían a acercarse a los batallones en cuyo centro brillaba la Sagrada Lanza que él mismo llevaba. El resultado fué la completa victoria del ejército cristiano: 100.000 jinetes turcos quedaron sobre el campo de batalla, y los infantes eran tantos que nadie logró contarlos, dice un testigo ocular. El campamento y las inmensas riquezas de los musulmanes quedaron en poder de los Cruzados. Y el soberbio Kerboga

escapó con tal pánico, que no se creyó a salvo hasta que atravesó el Eufrates.

De los cristianos no habían muerto más que cuatro mil, que fueron enaltecidos a la dignidad de mártires.

Y de tal manera cundió entonces la persuasión de que el Dios de los cristianos era el Dios verdadero, y tal fué el terror de los mahometanos, que según Raymundo de Agiles, si los cristianos hubieran marchado en seguida sobre Jerusalén, no hubieran hallado obstáculo en su camino.

OBRA DE LA SANTA INFANCIA.



El Consejo diocesano de Santiago, al dar pública cuenta de su reorganización efectuada para cubrir vacantes, ha dirigido a los fieles de la diócesis la siguiente sentida alocución:

Al dar cuenta de las limosnas recaudadas para los fines de esta obra de caridad sublime, el nuevo Consejo cumple muy gustoso con el deber de dar las gracias más cordiales al clero y fieles de la Diócesis, tan solícitos; aquél por establecerla en todas, absolutamente en todas las feligresías del Arzobispado, y éstos, por contribuir con su óbolo a salvar tantas almas como viven aún sumidas en los errores y supersticiones groseras de la idolatría. Dios Nuestro Señor derrame el celestial rocío de sus bendiciones sobre los bienhechores y sobre la obra grandiosa que con santo afán alientan y sostienen.

Otro deber no menos imperioso incumbe al Consejo diocesano: el de encarecer la importancia suma, religiosa y social, de la *Santa Infancia*, y rogar por las entrañas de Nuestro Señor Jesucristo a todos los fieles su cooperación a tan hermosa obra. Si estuvieran penetrados del fin eminentemente cristiano y por lo mismo regenerador y social de esta hermosísima institución católica, ¿habría uno solo que no corriese a afiliarse en ella? ¿No se decuplicaría la limosna recogida en la Diócesis Compostelana, que hace pocos años era una de las que más se distinguían, según los repetidos testimonios del Consejo Central? ¿En qué parroquia sería extraña? ¿Qué madre, por escasos que sus recursos fuesen, no emplearía gustosa el importe de las golosinas que sus hijos gastan un día cualquiera del año, para contribuir a la salvación temporal y eterna de infelices criaturas, que tienen la desgracia de no llamar su madre a una madre tan amorosa como la Iglesia de Jesucristo? Padres de familia, que con tan tiernos cuidados criáis a los hijos de vuestras entrañas, a esos pedazos de vuestro corazón, al oír sus vagidos y ver correr sus lágrimas, a pesar de vuestros incansables desvelos, a pesar que no sienten ni frío, ni hambre, ni desamor, acordaos, padres cristianos, que allá en el imperio chino y en otros muchos pueblos paganos, esparcidos por toda la haz de la tierra, millares de criaturas recién nacidas son entregadas a la muerte por padres infieles desnaturalizados, que las arrojan a los ríos, si no las abandonan en los bosques, para pasto de las fieras; en las vías públicas, donde la glacial indiferencia de aquellos habitantes y su refinada crueldad las dejan sucumbir; en los muladares, donde mueren asfixiadas ó devoradas por los perros. Y ved aquí, padres católicos, la obra salvadora de la *Santa Infancia*, la obra salvadora de la Iglesia, nuestra amorosísima madre; por unos cuantos céntimos el misionero rescata el niño infeliz, que después se cría, educa é instruye con la más tierna solicitud, en los hospicios fundados y sostenidos en aquellas inhospitalarias regiones por la caridad cristiana, con lo cual se disminuye de día en día la salvaje costumbre arriba anatematizada.

*Sin embargo, aun hay padres tan monstruosamente desapiados y fanáticamente supersticiosos que antes que entregarlos a los misioneros, prefieren condenar a sus hijos a una muerte segura, exponiéndolos a hora muy avanzada de la noche. Entonces es de ver la tierna solicitud con que las amas de cría de los hospicios cristianos, los dependientes de aquellos asilos de caridad, muchos catecúmenos y fieles, las religiosas y los misioneros mismos recorren, antes de rayar el día, las orillas de los ríos, los caminos y encrucijadas, las cuevas y los basureros, registrando hasta los carros de la limpieza, para salvar a tanta inocente criatura de las garras de la muerte. Por mucho cuidado que pongan misioneros y religiosas, el noventa por ciento ó más de aquellos niños mueren a poco de haber sido regenerados por las sagradas aguas del bautismo, y sus almas purísimas suben al trono de Dios. ¿Puede darse obra más grande, y más santa, y más hermosa, y más útil para el que la practica?

*Pero no es esto solo: los niños que sobreviven

coniar en el hombre, y que es maldito de Dios el que en tan débil elemento se apoya, inflama en mi pecho el fervor y redobla mi adhesión a la Iglesia; porque ¿cómo pudiera ésta subsistir si su institución no fuera divina?

Verdad es que la vida del sacerdote debiera ser toda angelical; poco hemos dicho, supuesto que ni aun los mismos ángeles fueran dignos de desempeñar las sublimes funciones del ministerio sacerdotal; pero ¿qué queréis? Dios ha dispuesto que sus ministros sean hombres flacos y miserables como los demás, sujetos a la concupiscencia y con la misma libertad de indiferencia que el último de los hijos de Adán. Advertid, empero, que una cosa es la Iglesia y otra los pocos o muchos sacerdotes que puedan cometer abusos en ella. La Iglesia, así como es inmortal, es también toda pura, santa e inmaculada; mientras que sus ministros son de naturaleza pecadores, y por servir en la Iglesia no se despojan de sus pasiones.

Cierto que Jesucristo prometió a los Pontífices en la persona de Pedro la infalibilidad en sus decisiones concernientes al dogma y a la moral, pero no les prometió la impecabilidad en sus obras; y así muy bien puede darse que un Papa no se muestre del todo intachable en su vida privada, puede acontecer que abuse de su poder; mas no por eso dejará nunca de enseñar la verdad, jamás faltará en la fe, ni caerá en el error en lo tocante a guiarnos como Pastor universal por el camino que conduce a la eterna salvación; y el saber esto debe bastarnos para vivir y morir adictos y sumisos a la cátedra de Pedro.

Que haya o no abusos en la Iglesia, pregunto yo: ¿Quién ha constituido a los simples fieles en jueces de sus prelados? ¿Qué tengo yo que ver, ni qué me puede importar que ellos piensen u obren en éste o en el otro sentido? De los escribas y fariseos dijo el Salvador: «Guardad y haced todas las cosas que os dijeron; mas no hagáis según sus obras, porque dicen y no hacen».¹ La bondad o malicia de los superiores ¿será tal vez causa de que falte el sagrado depósito de la fe, que Dios ha confiado a su Iglesia? No: «Judas, dice San Agustín», predicó el Evangelio con los demás Apóstoles, y quien lo rechazó rechazó al mismo Cristo, el cual dijo: *Aquel que os desprecia, a mí me desprecia*.² Esta sentencia del Redentor os condena sin apelación, incrédulo desdichado, porque no podéis despreciar la enseñanza de los sacerdotes so color de que alguno de ellos cometa abusos.

Y bueno fuera que ante todas cosas diérais un repaso a la obra de Muzzarelli titulada *El buen uso de la lógica*, para que aprendierais a hacer distinción entre los abusos de la Iglesia y los abusos en la Iglesia. Los primeros nunca se dan, porque el cuerpo entero de la Iglesia no puede ser contaminado de abusos, ni siquiera hacer las paces con ellos; el decir lo contrario sería tanto como asegurar que Jesucristo había faltado a su palabra, lo cual es imposible.

Los heterodoxos, y lo mismo los cristianos hipócritas que les hacen coro, afectan mucho duelo por los abusos que existían en la Iglesia a principios del siglo XVI. Para comprender lo que hay de verdad en esto preciso es tener en cuenta que los bárbaros oriundos del Norte habían invadido la Europa desde los primeros años del siglo V, y apagado en todas partes las luces de la ciencia, sin pensar apenas en otra cosa que en guerras y conquistas. La sabiduría del mundo antiguo únicamente pudo salvarse buscando su refugio en la apacible soledad de los monasterios. Desde luego plantearon los invasores el feudalismo, merced al cual unas veces la fuerza y otras la astucia é intriga de los príncipes y barones hacía entrar en el santuario como por asalto, a los hijos menores de la primera nobleza; los más de ellos sin vocación ni aptitud ninguna para un estado tan eminente. Por su parte, los Emperadores germanos invadían arbitrariamente las atribuciones de la Iglesia; arrogábanse el derecho de instituir y depone prelatos, pretendiendo a la vez que éstos les prestasen pleito homenaje; resultando de este malhadado sistema llamado de las investiduras, que las más altas dignidades eclesiásticas venían a conferirse a sujetos completamente indignos.

Los Reyes, dice Amat, para asegurarse el nombramiento de todas las prelacías, mandaban que no pudiese consagrarse o bendecirse el nuevo Prelado antes de recibir la investidura; y como en toda consagración de Prelado, según el rito eclesiástico, interviene la entrega del báculo y anillo, mandaron también a los Gobernadores seculares, que luego de muerto el Obispo ó Abad se apoderasen del

báculo y anillo, y los enviasen a la Corte. Con esto el Rey, al que quería hacer Prelado le daba la investidura con el báculo y anillo, y el electo presentaba estas insignias al Metropolitano ó Obispo, para que se las volviese a entregar en la consagración ó bendición. Asegurada de este modo la Corte del nombramiento de los Prelados, se siguieron otros dos excesos intolerables: el dejar vacantes por mucho tiempo las prelacías para aprovecharse el Rey de sus rentas, y el otro todavía más funesto, de venderse muchas veces los obispados y abadías, poco menos que a pública subasta.³

Se dirá que podía haberse quitado a los señores legos el derecho que se atribuían de investir a los eclesiásticos y de exigirles sumisión y servicio. El decir esto es cosa muy fácil: si para sustraerse a tan penosa sujeción la Iglesia hubiese renunciado a sus temporalidades, hubiera quedado privada de toda consideración y jurisdicción, en un tiempo en que estas circunstancias iban anejas a la posesión de los feudos; y tras de esto, el látigo de los Césares hubiera más que nunca chasqueado sobre la cabeza de todo el Clero. Los Príncipes de Alemania, dice un grande enemigo de los Papas⁴, todo lo allanaban con la espada; pero ciertamente los italianos tenían un derecho más natural para ser libres que el que podían tener los alemanes para subyugarlos. Los italianos nunca obedecían sino por fuerza a la sangre germánica; y esta libertad, que era el ídolo de las ciudades de Italia, respetaba muy poco la posesión de los Césares alemanes. En estos desgraciados tiempos, el Papado se ponía en subasta como casi todos los obispados; y si esta autoridad de los Emperadores hubiese durado, los Papas no hubieran sido más que unos Capellanes sayos, y la Italia hubiese sido esclava.⁵

Ya hubo un Gregorio VII que, apoyándose sobre las inmovibles bases de la justicia, decretó la deposición de los Clérigos que osaran recibir dignidades eclesiásticas de manos legas; fulminando a la vez la pena de excomunión contra los señores que las confiriesen. Y bien: ¿no se ha tachado de temerario a aquel Papa por obrar con tan justo denuedo? Y sin embargo todo ello no bastaba para atajar el mal, supuesto que sin un milagro de la Omnipotencia era imposible cambiar el curso de los acontecimientos. En efecto: ¿qué sucedió después de las salvadoras medidas adoptadas por aquel Papa? Que hostilizado el mismo por el Emperador Enrique IV de Sajonia, vióse precisado a huir de Roma, a cuya ciudad no pudo ya volver más. Aquel Santo Pontífice, uno de los más grandes que han ocupado la cátedra de San Pedro, exclamaba poco antes de morir: *Dilexi iustitiam, et odii iniquitatem, propterea morior in exilio*. Amé la justicia y odié la iniquidad; por eso muero en el destierro. Esto sucedió en 25 de Mayo de 1085.

Hubo también un Pascual II, el cual, llevado del mejor deseo, declaró que estaba pronto a renunciar a todas las regalías, con tal que el Emperador Enrique V de Sajonia renunciase a su vez las investiduras, con las cuales en manera alguna podía transigir; por cuya resolución tuvo que sufrir, como su predecesor, atropellos, persecuciones y cautiverios. Hasta se le llegó a despojar violentamente de sus ornamentos, atándole con cuerdas como un facineroso, y haciéndole objeto de las más brutales amenazas. Y, aunque prisionero y todo, hallábase dispuesto a perder la vida antes que suscribir a las tiránicas é impías exigencias de los alemanes; empero habiéndole representado varios obispos el aflictivo estado de la Iglesia, y el inminente peligro del cisma que iba a reproducir todos los horrores de una guerra la más encarnizada, hubo de ceder las investiduras, aunque después se declaró nula esta cesión por haber sido arrancada con violencia. Esto tuvo lugar por los años de 1111.

Y por no hablar de otros Pontífices, a principios del siglo XIV, no pudiendo Bonifacio VIII tolerar que los príncipes continuaran invadiendo los bienes eclesiásticos, excomulgó a todo clérigo que pagase canon, así como a los legos que exigiesen tributo, prestación ó donativo sin licencia de la Santa Sede, como es justo, y se halla sancionado por el derecho canónico. Y ¿qué se siguió de esta enérgica cuanto noble actitud? Que Felipe el Hermoso de Francia, tan apasionado por las libertades galicanas, como enemigo de la autoridad del Papa, se apoderó de la sagrada persona de éste, y después que sus enviados lo llenaron de ultrajes hasta el punto de golpearlo con una manopla de hierro sin temor de Dios ni respeto alguno a sus ochenta y seis años, lo arrancaron bruscamente del palacio, y haciéndolo montar en un caballo sin silla ni riendas, después de pasearlo ignominiosamente por las calles, lo encerraron en

una prisión, donde le faltó poco para que muriese de hambre.

Con todo, no es exacto que los romanos Pontífices negaran a los Emperadores de un modo absoluto el derecho de investidura; lo que sí les disputaban era la investidura por el báculo y el anillo, no la que se hacía por el cetro: así que, en manera alguna se resistían a que los prelados en su calidad de vasallos recibiesen de su señor por la investidura feudal aquel mero y mixto Imperio, que era lo que realmente constituía el feudo. En compensación de este Imperio que recibía el feudatario eclesiástico, podía licita y legalmente satisfacer a su señor el tributo, y tener aquella dependencia que era compatible con su estado.

Sino que lo que se pretendía era introducir en todas partes la simonía, adjudicándose los beneficios al mejor postor, hasta hacer de la Iglesia un feudo de la corona. Y este estado, por demás lamentable, duró cerca de tres siglos; lo cual no es mucho de extrañar en aquella edad de hierro en que tan difícil era el concordar ambas potestades, el sacerdocio y el Imperio.

El mismo Enrique V llegó a conocer su sinrazón renunciando al fin las investiduras por el báculo y el anillo, en la Dieta imperial de Worms, celebrada en 1122, cuya declaración es del tenor siguiente: «Yo Enrique, por la gracia de Dios augusto Emperador de los romanos, por amor de Dios, de la Santa Iglesia romana y del señor Papa Calixto (el segundo de este nombre), y por la salvación de mi alma, devuelvo a Dios y a los Santos Apóstoles toda investidura por el báculo y el anillo, y concedo a todas las iglesias de mi Imperio la libertad de elegir y consagrar sus Prelados. Restituyo tanto a la Iglesia de San Pedro como a las demás iglesias, así a los Clérigos como a los legos, los bienes que les he usurpado; y procuraré con todo mi poder la restitución de los que les han sido invadidos por otros. Doy una paz verdadera al señor Papa Calixto, a la Santa Iglesia romana y a todos los que sostienen ó han sostenido sus intereses. Socorreré fielmente a la Silla Apostólica siempre que recurra a mí, y la haré exacta justicia cuando me pase alguna queja».

Los hombres doctos é imparciales generalmente están contestes en reconocer que la historia de la Edad Media todavía no se ha escrito; y es verdaderamente una lástima que no haya quien pudiendo hacerlo, quiera consagrarse a ello por amor a la historia y a la Religión. Por mucho que hubiese llegado a ser la pujanza de la Iglesia en aquella sazón, fueron tan grandes como inevitables los trastornos y sacudimientos que la misma tuvo que sufrir; debiendo añadir a esto los continuos disturbios de Roma fomentados por los gibelinos ó imperiales empeñados en esclavizar la Italia, y sobre todo en tener bajo su tutela a los Pontífices; lo cual obligó a éstos a trasladar su residencia a Aviñón, originándose de aquí el gran cisma de Occidente.

Y por coronamiento de tan crecidos males, sobrevinieron los turcos, los cuales sembraron el desconcierto y la alarma en toda Europa, apoderándose de Belgrado en 1521, y en el año siguiente de Rodas, avanzando hasta las mismas puertas de Viena.

En medio de tantos desastres, la Iglesia, como institución salvadora, unas veces doliente y quejumbrosa, y otras consolada, aunque siempre combatida, no cesaba de oponer un dique al desbordado torrente del poder Real y señalar a un tiempo a los pueblos el derrotero de la verdadera civilización; y ya se había adelantado mucho en este terreno, como gallardamente lo demostró en los siglos XIV y XV, que fueron, digámoslo así, verjeles de grandes Santos y escritores místicos; cuando en mal hora vino la mentida Reforma, que obligó a las naciones cristianas a retroceder siglos enteros en la laboriosa marcha de su regeneración social.

El Protestantismo, dice Grimen⁶, que provocó por reacción la energía de los pueblos neocatólicos, no hizo más que paralizar las fuerzas de los pueblos que le abrazaron. La enseñanza de la Iglesia, sostenida con tantas penalidades y trabajos, había logrado despertar a todas las clases de la sociedad; y ya mucho tiempo antes de aparecer la Reforma reinaba un verdadero entusiasmo por las ciencias. La tenebrosa obra de Lutero fue quien amortiguó la esplendorosa llama del saber. Tanto es así, que Erasmo no dudó en escribir lo siguiente: «Los librereros cuentan que antes de la división del Evangelio hubiesen vendido más pronto tres mil volúmenes que ahora trescientos».

Los crímenes que se sucedieron al Protestantismo por su doble carácter de religioso y político, y los ríos de sangre que corrieron donde quiera que este

¹ Mat. XXIII, 3.

² Contra Parmeniano, l. II.

³ Faltier, *Ensayo sobre la hist. gen.*, t. I.^o

⁴ Historia de la civilización de Inglaterra, t. I.^o, p. 288.

monstruo de innumerables cabezas asentó su planta destructora, conocidos son de todo el mundo; hasta el punto de confesar un famoso protestante (el señor Guizot), que aquella crisis no fué completamente reformadora, sino más bien esencialmente revolucionaria. ¡Plácenos esta confesión! ¡Prophetastil! Por su parte, Federico el Grande de Prusia, con una sinceridad todavía más acentuada, decía: «Si reducimos las causas del progreso de la Reforma a principios simples, veremos que en Alemania fué obra del interés, en Inglaterra del amor y en Francia de la novedad.» ¡Hasta los mismos protestantes! ¡Ingratos!!! Cría hijos y...

Más aún: el socialista Luis Blanc les regala a su vez una bella página en su *Historia de la revolución francesa*, de la cual tomamos las siguientes líneas: «El siglo XVI fué el siglo de la inteligencia en revolución; preparó, comenzando por la Iglesia, la ruina de todos los antiguos poderes, y he aquí lo que le caracteriza. Tales fueron los primeros datos del Protestantismo. Y en cuanto a sus consecuencias, ¿no las estáis viendo? Ese Papa que se trata de derribar es un rey espiritual, pero al fin es un rey, y echado éste por tierra, seguirán los otros. Pues adiós principio de autoridad; por poco que se toque a su forma más respetada, a su representación más augusta; todo Lutero religioso llama tras sí invenciblemente un Lutero político.»

Muy bien; así justamente es la verdad, las grandes cuestiones religiosas nunca vienen solas; van siempre acompañadas, como de su natural cortejo, de otras cuestiones filosóficas y sociales. Los que se atreven a despreciar la autoridad de la Iglesia, es seguro que no han de respetar mejor la autoridad del Estado: no busquéis la sumisión y la obediencia, allí donde no hay fe.

FR. JOSE COLL.

EL TRISAGIO

Es el Trisagio un himno sagrado en loor de la Trinidad Santísima, y en él está tres veces repetido el nombre Santo. Los latinos lo entonan diciendo: *Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus exercituum*, pero los griegos en su lengua, traducida a la nuestra, dicen: «Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, libradnos, Señor, de todo mal.» Este himno es originalmente el mismo que leemos en el capítulo 6.º de Isaías y en el 3.º del libro de Daniel.

Isaías, hijo de Amós, favorecido fué por Dios con una visión maravillosa y extraordinaria setecientos cincuenta y ocho años antes de la venida del Hijo del Hombre. Arrebatado su espíritu en éxtasis maravilloso y sublime vió al Dios de la majestad, no en la zarza incombustible, desde la cual habló a Moisés, ni sobre el muro de la ciudad, donde se apareció al Profeta Amós, ni tampoco en la brillante carroza, en que se dejó ver de Ezequiel a las márgenes del río Chobar a los treinta años del reinado instituido por Nabopolasar. Vióle sentado sobre un solio excelso y elevado; le vió en figura humana, con traje de pompa y majestad, vestido de manto real, rodeado de gloria, y la fimbria de su regia vestidura llenaba espaciosa toda la anchura del sagrado lugar en que se hallaba. Isaías se llenó de admiración, como el hijo de Helcias, cuando vió al Señor en una olla encendida; y fué poseído del asombro al observar que dos bellos serafines, parecidos a los que hacían sombra al Arca del testamento con las seis alas misteriosas de que estaban adornados el uno y el otro, servían de velo al rostro del Señor, es decir, que según exposición de los PP. y Doctores de la Iglesia, ocultaban la divinidad y los demás atributos y perfecciones de la Divina Esencia, y cubrían también los pies al Señor, ó sea la Santísima Humanidad del Verbo hecho hombre, su predicación, su pasión y muerte. Con las mismas alas se cubrían ellos sus propios rostros, en señal de suma reverencia, como incapaces é indignos de mirar tan alta majestad, y se cubrían hasta sus propios pies, como avergonzados, y para que no se viese cuán imperfecto era su amor, y cuán poco proporcionado a la infinita dignidad, y a la inefable perfección y belleza del Señor a quien adoraban.

En medio de los éxtasis de admiración y de amor, y entre las enajenaciones de la más pura alegría, poseídos de temor y de temblor, clamaban el uno al otro de los Serafines y decían: Santo, Santo, Santo. Esto es, alternaban en el canto, repitiendo el uno lo que el otro cantaba. No porque ninguno de ellos se cansase de cantar, según San Cirilo Alejandrino, sino porque se cedían alternativamente este honor. En la trina repetición de la palabra Santo convienen generalmente los Expositores Sagrados con San

Hilario, que está indicada la Trinidad de las divinas personas, y la unidad de esencia en las siguientes palabras: Señor Dios de Sabahot.

En el libro de Daniel encontramos repetido este Trisagio por los Santos Mancebos Misach, Sydrach y Abdago, lanzados por Nabucodonosor en un horno encendido, repetían sin cesar este cántico en honor de la Santa e Individual Trinidad. El Vidente de Patmos, en los raptos de su Apocalipsis, observó a unos vivientes de la gloria, empeñados en tributar a la Beatísima Trinidad todo honor, toda alabanza y toda gloria, cantando con grata y suave melodía el himno sagrado, que frecuentemente repite la Iglesia militante.

El Santo Trisagio, en opinión de San Bernardino de Sena, es cántico y música de los angélicos coros, encomio prevenido por los Profetas, elogio intimado por los Evangelistas, y aplauso publicado por los Santos Apóstoles. No consta ciertamente desde cuándo comenzó a resonar en nuestras iglesias el Trisagio; mas San Basilio asegura que desde los tiempos apostólicos.

A petición de San Jerónimo dispuso el Papa San Damaso que en toda la Iglesia se dijese *Gloria Patri, al Filio, al Espíritu Santo* al final de cada Salmo, siempre que se cantase ó recitase el Oficio Divino. Disposición verdaderamente laudable, como lo fué la del concilio Toledano III, excomulgando a los que no se conformasen con ella. Algunos autores griegos aseguran que se introdujo el Trisagio en la Iglesia, en tiempo del emperador Teodosio el Joven y del Patriarca Proclo, con motivo de un terremoto que duró cuatro meses en Constantinopla, y cesó luego que comenzó esta práctica piadosa. Así se lee en las Liturgias de los santos Doctores Basilio, Crisóstomo y Nacianceno. San Juan Damasceno asegura que le cantaban los ortodoxos para manifestar su fe respecto a la Trinidad: que la palabra *Santo Dios*, designaba al Padre, *Santo Fuerte*, al Hijo, y *Santo Inmortal* al Espíritu Santo. San Cirilo de Jerusalén, después de citar las palabras de Isaías, de que va hecha mención, añade: «Repetimos esta sagrada teología que cantan los Serafines y que nos vino por tradición, para que con esta salmodia celestial comuniquemos con la sublime milicia del cielo.» San Ambrosio dice que se canta el Trisagio en Oriente y en Occidente para honrar la Unidad y la Trinidad de Dios.

Del ejercicio y práctica del Santo Trisagio han resultado efectos maravillosos. En el orden espiritual, a los terrenos transformados en celestiales; a los hijos de los hombres en hijos de Dios, hermanos de Cristo y compañeros del Espíritu Santo, dice San Juan Crisóstomo. En el orden de la naturaleza nos preserva de muchos males y desgracias. Dios, asegura el venerable Fr. Luis de Granada, tiene vinculados innumerables beneficios a aquellos que le invocan y veneran Trino y Uno. Los vemos prácticamente en las vidas de algunos Santos. Todos los prodigios que obraba San Simón Stylita, los hacía en nombre de la Santísima Trinidad. San Ambrosio obró mayores milagros, y tenían tal poder sus palabras, invocando a la Santísima Trinidad, que lanzaban a los demonios de los cuerpos. No fueron menos notables las maravillas que obró San Gregorio Taumaturgo, a quien reveló el Evangelista San Juan, por mandato de la Santísima Virgen, la verdad de este profundo misterio, según refiere el Cardenal César Baronio en sus *anales*. San Martín, Obispo de Tours, invocando a la Santísima Trinidad, resucitó tres muertos; dos San Félix de Valois; uno San Gregorio Turonense. Del glorioso Patriarca San Ignacio de Loyola sabemos que no pensaba ni hablaba de otra cosa con más frecuencia que de la Santísima Trinidad, y cuando deseaba alcanzar de Dios alguna cosa, celebraba tres Misas en honra y reverencia de este misterio, y nunca dejó de alcanzar lo que pedía, aunque fuese superior a las fuerzas humanas.

La Santa Madre Iglesia, a fin de estimular a sus hijos a la devoción de este misterio, ha franqueado sus tesoros espirituales y otorgado innumerables indulgencias a los que la practiquen por medio del Santo Trisagio. El decreto de la Sagrada Congregación de indulgencias, *Cum alias*, dado en 26 de Junio de 1770, contiene las otorgadas por los Sumos Pontífices Clemente XIII y Clemente XIV y son las siguientes:

Cien días de indulgencia a los religiosos y cofrades Trinitarios en cada día que contritos de corazón alabaren a la Santísima Trinidad diciendo: Santo, Santo, Santo, Señor, Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de tu gloria: Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. Trescientos días de indulgencia en todos los domingos, en la fiesta de la Santísima Trinidad y en su octava, diciendo tres veces en cada uno de dichos días la sobredicha alabanza. Indulgencia plenaria a los religiosos y cofrades Trinitarios, y a todos los fieles

de Cristo, en cada mes que honraren todos los días a la Santísima Trinidad con el Sagrado Trisagio, confesando y comulgando una vez en dicho mes.

Que sirvan de estímulo tantos y tan grandes bienes espirituales, tantas y tan sublimes excelencias como son las del Trisagio, para inspirarse con fervor en tan santa práctica.

(Del *Boletín Oficial del Arzobispado de Santiago*.)

TRADICIONES DE TIERRA SANTA

(Continuación.)

V

LLANURA DE SARÓN Y RECUERDOS DE SAMSÓN

DEJANDO atrás los huertos de Jafa, con sus naranjos, limoneros, palmeras, norias de canchales o arcaduces de barro (*saguer* como las llaman los árabes), palmeras y setos de nopales, se entra en la famosa llanura de Sarón, de cuya hermosura hace mención el profeta Isaías 1.

Tiene esta inmensa planicie unas ocho leguas de anchura, por unas treinta de larga, y está formada por los terrenos comprendidos entre el Carmelo, Jafa, el Mediterráneo, Gaza, los montes de Judea, Cesarea y las montañas de Samaria. No es completamente llana: de trecho en trecho se advierten ondulaciones y montículos, que dan al terreno cierto parecido con la superficie de un mar algo agitado. Se hacen grandes elogios de su fertilidad, pues aunque no la abonan nunca, ni la trabajan bastante, produce en abundancia trigo, cebada, maíz, sésamo y algodón. En primavera se cubre de flores hermosísimas y variadas, tales como anémonas, rosas, tulipanes, narcisos, siemprevivas, lirios y aléiles. A nuestro paso, en el mes de Octubre, su aspecto no podía ser más seco, árido y monótono. Verdad es también, que por haber salido de Jafa a las dos de la madrugada, difícilmente pudimos hacernos cargo del terreno. A la escasa luz de las estrellas, divisábamos a derecha é izquierda del camino, que desde Jafa conduce a Rama, una planicie sin término, sembrada por la noche y algunos torreones ó fortines aislados, que parecían centinelas de piedra, convenientemente apostados de trecho en trecho para seguridad de las caravanas sin cuento que a Jerusalén se dirigen. Todas son iguales y se componen de dos cuerpos de edificio, formando el inferior un cubo almenado y una torreta el superior, que surge del centro del primero y domina todo el fortín. Cuéntanse diez y siete de estas torres fortificadas, desde Jafa hasta Jerusalén, y se construyeron en 1860 por orden del bajá Suraya, porque los bandidos infestaban aquel país. Habitan en cada torre algunos *Bachibuchuks* ó soldados de tropa irregular, semejantes a los gendarmes franceses ó a nuestros Guardias civiles; y apenas se comete un crimen cualquiera en las inmediaciones, por medio de señales ópticas avisan a sus compañeros los de las torres inmediatas, y salen todos en persecución del criminal. Nos pareció que muchas estaban deshabitadas y algunas en estado ruinoso.

Imposible cruzar la llanura de Sarón sin acordarse del ardor que jugó en ella el terrible Samsón a sus eternos enemigos los filisteos. Agraviado con su suegro, porque éste había dado en matrimonio la mujer de aquel a otro, Samsón le dijo:

— No seré culpable respecto a los filisteos, en lo sucesivo, si os hiciere mal.

Y partió de allí, y tomó trescientas raposas, y juntó unas a otras por las colas y en medio puso tizones atados.

Pegó fuego a los tizones y soltó las raposas para que discurriesen por todas partes. Ellas entraron luego por las tablas del pan, es decir, por las mieses de los filisteos; é incendiadas éstas, tanto las mieses ya hacinadas como las que estaban aún en pie, fueron de tal suerte abrasadas, que la llama consumió hasta las viñas y olivares 2.

No faltan incrédulos, que ridiculizan el anterior texto bíblico y dudan de que, en tan corto tiempo, pudiese cazar Samsón tan considerable número de zorras; pero, aparte de la ayuda sobrenatural y providente que pudo recibir Samsón a fin de castigar a los filisteos, es asombroso que todos los viajeros y peregrinos hablen en todas épocas de la abundancia de zorras que ha habido siempre en la llanura dicha. Cuando regresábamos de nuestra peregrinación a la ciudad santa, en 1881, pernoctamos en el

1 Cap. XXV, vers. 2.

2 *Jos. Juicio*, cap. XV, vers. 3-5.

Junta de Caballeros. — Presidente, Dr. D. Salvador Moreno y Jiménez, Dignidad de Chantre de la S. I. C.

Vicepresidente, Dr. D. Manuel Cerero y Soler, Canónigo Penitenciario de la misma.

Vocales, Dr. D. José M.ª Ríos y Rodríguez, Canónigo Secretario del Obispado. — Dr. D. José Gallardo y Benítez, Rector del Seminario Conciliar. — D. José de Flores y Tinoco, Cura Párroco de Santa Cruz. — Dr. D. Antonio Hernández del Puerto, Coadjutor de San Lorenzo. — Ilmo. Sr. D. Francisco Santa Olalla y Millet, Presidente de la Audiencia. — Ilmo. Sr. Marqués de la Garantía. — D. Antonio Sicre. — D. Ricardo Sobrino. — D. Angel Díaz Romerosa. — D. José de Zulueta y Newman. — D. José García Ramos. — D. Ramón Visado y Argote.

Secretario 1.º, D. José M.ª León y Domínguez, Beneficiado de la S. I. C.

Secretario 2.º, D. Arturo García de Arboleya. Tesorero, D. Manuel de la Piedra y Rodríguez.

Junta de Señoras. — Presidenta, Excm. Sra. doña Micaela Aramburu de Moreno de Mora.

Vicepresidenta, Sra. Doña Luisa Ruiz-Tagle, Viuda de Alberti.

Vocales, Sra. Doña Magdalena Méndez de la Viesca. — Sra. Marquesa de Santo Domingo de Guzmán. — Sra. Doña Emilia Carrera de Aramburu.

— Excm. Sra. Doña Natalia de Vicente, Viuda de Alcón. — Sra. Doña Manuela Quesada de Díez. — Excm. Sra. Doña Alberta Goicoechea, Viuda de Amusátegui. — Sra. Condesa de Mayorga. — Señora Doña Dolores Bayo de Iriarte. — Sra. Doña Engracia Lacomba. — Srta. Doña Ana de Viña. — Señora Doña Ana María de la Viesca. — Srta. doña Catalina Picardo y Paul.

Secretaria 1.ª, Srta. Doña Sofía Gálvez y Fatio.

Secretaria 2.ª, Srta. Doña María Luisa Urruela y Colón.

Tesorera, Sra. Doña María Jesús Labarrieta, Viuda de Uriarte.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

DON FEDERICO GUIBASOLA Y LASALA, nació en Madrid el 10 de Abril de 1830. Discípulo de D. Federico Madrazo y de la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado. Tiene muchas obras de mérito, entre las que recordamos un *San Martín* para la iglesia de su advocación; *La Virgen* para el convento de Carmelitas de Alba de Tormes; *San Francisco* y *San Jerónimo*.

DOÑA JOSEFA GUMUCIO Y GRINDA, natural de Granada y discípula de D. Francisco Mendoza. En las Exposiciones de la Academia de San Fernando de 1848 y 1854 y general de Bellas Artes de 1856 expuso, entre otras obras, la *Aparición de la Virgen a Don Jaime I de Aragón* (motivo de la institución de la orden de la Merced para la redención de cautivos).

D. SEVERIANO GUTIÉRREZ. En la Exposición celebrada en Avila en 1882 presentó un *San Pablo Ermitaño*.

D. JOAQUÍN GUTIÉRREZ DE LA VEGA. Entre sus varias obras citaremos: *Mater Creatoris*.

D. JOSÉ GUTIÉRREZ DE LA VEGA, natural de Sevilla y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de aquella capital. En 1.º de Julio de 1832 fue creado Académico de mérito de la de San Fernando mediante su cuadro de la *Coronación del Rey San Fernando*. Para el Liceo artístico y literario pintó una *Dolorosa*, que motivó la poesía de D. José Zorrilla titulada *La Virgen al pie de la Cruz*, y una *Concepción*, propiedad del Sr. Díez Martínez. En la Exposición de Cádiz de 1854 presentó dos cuadros, representando el uno a *Santa Catalina* y el otro a *Santas Justa y Rufina*. En la Universal de París de 1855 presentó también dos lienzos: *Santa Agueda* y *Santa Filomena*, y en la de Madrid de 1862 *Jesus y San Juan en el desierto*, *La Magdalena* y *La Santa Familia*. También son obra suya una *Concepción*, propiedad de D. Francisco de Asís de Borbón, y tres lienzos, existentes en la parroquia de San Pedro de Sevilla, que representan *La Oración del Huerto*, *El paratítico de la Piscina* y *La Samaritana*.

D. ANSELMO GUTIÉRREZ Y ORCAJADA, natural de Sevilla y discípulo de la Academia de Bellas Artes de dicha ciudad. En la Exposición de Barcelona de 1866 presentó una *Sagrada Familia*.

D. EUGENIO EULALIO DE GUZMÁN, Conde de Teba y de Montijo y notable pintor de afición. Regaló a la Academia de San Fernando una *Dolorosa*,

copia de Mengs. y un dibujo antiguo de asunto profano.

D. JORGE HERENCIA Y SANCHEZ, pintor, natural de Toledo, discípulo de la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado. En la Exposición de Madrid de 1876 presentó el *Interior del coro de la catedral de Toledo*. En la de 1878 *La Capilla mayor* y *La campana grande* de la catedral de Toledo, y la *Iglesia del Tránsito*, antigua sinagoga, en la misma población.

DOÑA FILOMENA HERMOSO, pintora de afición. En la Exposición celebrada en Sevilla en 1868 presentó una copia, al óleo, representando a *San Pedro en oración*.

D. GERMÁN HERNÁNDEZ AMORES, pintor contemporáneo, natural de Murcia. En la Exposición ordinaria de la Academia de San Fernando, celebrada en 1848, exhibió un cuadro representando a *Jesus y la Samaritana*. En la del año siguiente presentó *La desesperación de Judas*. En la de 1850 *El martirio de las Santas Justa y Rufina*. En 1853 pintó el lienzo *Eva cogiendo la manzana*. Para la Exposición Nacional de 1862 el *Viaje de la Santísima Virgen y de San Juan a Efezo después de la muerte del Salvador*, que obtuvo primer premio. En la Exposición de 1864 figuró *La despedida de la Virgen del cuerpo muerto de Jesus*, que obtuvo consideración de medalla de primera clase y fue adquirido por la Comisaría de los Santos Lugares para el templo de San Francisco el Grande. En la Exposición de 1866 presentó *La casta Susana*, que figuró después en la Universal de París, y *La Magdalena*. Obtuvo consideración de medalla de primera clase.

Es autor el artista mencionado de *La Virgen del Desierto*, obra premiada en la Exposición provincial de Murcia con medalla de oro, el año 1868; *El Salvador y La Magdalena llorando junto al sepulcro de Jesus*, y finalmente, de cuatro primorosos bocetos titulados *Las Virtudes cardinales*.

D. VÍCTOR HERNÁNDEZ AMORES, hermano de don Germán, natural de Murcia, fue pensionado en París por la Comisaría general de Cruzada. Figuró el primer cuadro de este artista en la Exposición de Madrid de 1849, siendo su asunto *El levita de Efraim al encontrar a su mujer muerta*. En la Exposición de 1850 presentó *La Magdalena junto al sepulcro del Señor*.

D. LUIS HERNÁNDEZ TOMÉ. Presentó en la Exposición Nacional de 1881 su cuadro *Antes de la procesión*.

D. ANSELMO HERNÁNDEZ Y BARROSO, natural de Madrid. En la Exposición en esta de 1876 presentó *La vida monástica*. A la celebrada por el Círculo de Bellas Artes en 1880 concurrió con el *Coro de un convento*.

D. JOAQUÍN MARÍA HERRER Y RODRÍGUEZ, natural de Madrid. Es autor el Sr. Herrero de *El agua bendita*, premiado con medalla de tercera clase el año 1866, y de *La última salida de dos novicias antes de tomar el velo en un monasterio*, propiedad de Doña Isabel II. Concurrió el expresado pintor a la Exposición de 1881 con su cuadro *El Emperador Carlos V recibiendo el viático*. En Roma pintó un lienzo titulado *Monjas en el coro*.

D. MANUEL HERRERA Y LOZANO, nació en Sanlúcar de Barrameda, provincia de Cádiz, en 1830. Las obras del Sr. Herrera, que debemos mencionar, son: *Un Salvador*, *Una Virgen de la Piedad* y un *Interior de la catedral de Sevilla*.

DOÑA ENRIQUETA HIDALGO. En la Exposición provincial celebrada en Cádiz en 1862 presentó una *Concepción*, por cuyo trabajo obtuvo mención honorífica, habiendo sido premiada su autora por sus anteriores estudios en la Escuela de Bellas Artes de dicha ciudad.

D. MARCOS HIRÁLDEZ DE ACOSTA, natural de Sevilla. Estuvo pensionado en Roma por el Duque de Osuna; fue premiado con mención honorífica en la Exposición de 1862, donde presentó dos cuadros. Uno de ellos *Faraón restituyendo a Abraham su esposa Sara*. En diferentes Exposiciones ha obtenido premios. El Sr. Hiráldez de Acosta es caballero de las Ordenes de María Victoria y Carlos III.

D. ANDRÉS DE HOYOS SIMÓN, pintor sevillano. En la Exposición iniciada por la Sociedad económica de Jerez en 1858 presentó un *Abel moribundo*, que mereció mención honorífica. En la Exposición Universal de París, celebrada en 1867, presentó un dibujo a pluma representando a *San Rafael y Tobias*.

D. MANUEL HUERTA Y PORTERO, natural de Esquivias, en la provincia de Toledo. Discípulo de la Academia de San Fernando, obtuvo varios premios. A la Exposición de 1864 concurrió con el *Entierro de Santa Leocadia*.

D. ANTONIO HURTADO DE MENDOZA, natural de Valdepeñas. Logró con su aplicación ser protegido por los Marqueses de Benavente y por D. Francisco de Asís de Borbón. Concurrió a las Exposiciones

de 1860 y 1862, presentando en la segunda un *San Ildefonso*, y alcanzó, entre otras distinciones, la Cruz de Carlos III. Murió en su pueblo natal en los primeros días de Octubre de 1876.

D. CARLOS HURTADO Y CORRAL, natural de Madrid. En la Exposición Nacional de 1871 presentó: *Iglesia de San Juan de los Reyes en Toledo* y *Claustro bajo de San Juan de los Reyes*. En la de 1878, *Sepulcro del Cardenal Mendoza en la catedral de Toledo* y *Puerta de la sala capitular de la misma catedral*. En la de 1881, *Honras fúnebres a la memoria de la Reina Doña Mercedes, celebradas en Madrid en 17 de Julio de 1878 en la iglesia de San Francisco el Grande*. También es autor de otro lienzo representando *Los funerales de D. Adalardo López de Ayala, en el mismo templo anteriormente citado*.

D. MARIANO ILLA, creado en 5 de Octubre de 1777 Académico de mérito por la de Pintura de la de San Carlos de Valencia. En los primeros años del siglo era Teniente Director sin ejercicio de la clase de pintura en las enseñanzas que sostenía en Barcelona la Junta de Comercio. En el Museo provincial de aquella población se conservan tres lienzos suyos, titulado uno de ellos *La educación de la Virgen*.

D. NARCISO INGLADA, natural de Villanueva y Geltrú y establecido en Barcelona. En diversas Exposiciones ha presentado sus obras el pintor que nos ocupa. En la celebrada el año 1858 en Barcelona patentizó su delicada ejecución con un lienzo representando al *Beato Oriol*. Otro cuadro de asunto religioso, *San Bernardo*, existe en el templo de Montserrat, y fue regalado por su autor en 1854.

DOÑA FELIPA INIGO Y SARDANA. En la Exposición pública celebrada en Zaragoza el año 1850 presentó *La cena del Señor en casa de Simón*.

DOÑA ELENA IZQUIERDO, natural de Segorbe, hija y discípula del artista D. Vicente. Entre varios trabajos presentados en las Exposiciones de 1878 y 1881 figura una *Vista de la iglesia de Cambo*.

D. VICENTE IZQUIERDO, natural de Segorbe (Castellón). Desde el año 1858 ha figurado este artista en todas las Exposiciones celebradas en Madrid, obteniendo en dos de ellas mención honorífica. En la del año 1864, presentó *Murillo pintando la Concepción*; en 1866, *La Comunión*; en 1871, *Una joven en misa*, *Interior del convento de dominicos de Avila* y *Capilla del Condestable en la catedral de Burgos*. También ha concurrido con numerosos trabajos pictóricos a diferentes certámenes de carácter particular en la capital de Francia.

M. DE A.

(Se continuará.)

BIBLIOGRAFÍA

Memoria leída en la Junta general de accionistas del Banco de España, los días 8 y 13 de Marzo de 1887. — Madrid, 1887, imp. de Ginesta.

Agradecemos vivamente al Sr. D. Juan de Morales Serrano, Secretario general del Banco de España, los ejemplares con que nos ha favorecido de la Memoria comprensiva de las operaciones efectuadas por nuestro primer establecimiento de crédito durante el año de 1886.

Mentiras y verdades. Poesías de Manuel García de Agüero. — Madrid, 1887, imp. de Manuel G. Hernández.

Elegantemente presentado el libro del Sr. Agüero, pueden leerse en él con deleite numerosas composiciones poéticas, que si no son de altísimo vuelo, denotan la discreción de su autor, el cual, si en este trabajo, sobrado subjetivo y personal, muestra disposiciones tan felices, en los sucesivos habrá de dar justificado motivo para más resueltas alabanzas. Dotado de buen gusto, de sano criterio y honradas aspiraciones; sabiendo encerrar en las combinaciones métricas de dificultad mayor pensamientos delicados, el Sr. Agüero se presenta en el mundo literario con buenos antecedentes que el tiempo se encargará de confirmar.

In laudem philosophiae eratio quam in solemnibus institutionibus studiorum seminarium gerundensis anni academici 1886-87 habuit Joachim Gou Solá, Presbyter, in sacra theologia doctor, in philosophia literisque licentiat et in eodem gymnasio philosophiae professor. — Gerundae, 1886.

El estudio del docto profesor del Seminario de Gerona, Sr. Gou y Solá, será siempre un título que le enaltezca, tanto por su levantada tendencia, como por el lenguaje literario en que lo desarrolla. Es sensible, no obstante, que no haya dado a la estampa una versión castellana de su opúsculo, para que pudiera conocerse y apreciarse por las muchas

personas que ignoran o saben muy superficialmente la lengua del Lacio.

Notas a los pobres, por R. B. R.

Con este título ha publicado la Sra. Marquesa de Salinas, autora de otros bellísimos escritos, un precioso opúsculo que, por el asunto sobre que versa y que ha tratado en él de una manera interesante, debemos recomendar especialmente a nuestros lectores. Los variados y amenos cuadros de caridad que en él nos presenta, descritos con sentimiento y elegante sencillez, no pueden menos de excitar en cuantos los lean el interés por el pobre y el deseo de visitarlo y socorrerlo, si es que ya no dedica el que lo lea algunos ratos a esta excelente obra. Por esto creemos que no sólo interesa leer este opúsculo, sino darlo a leer a los que viven olvidados y alejados de los pobres, tan dignos siempre de la atención y del auxilio de los que pueden aliviar sus miserias.

Se vende a 2 reales en las librerías católicas de Madrid.

NOTICIAS

El P. Anderledy, nuevo General de la Compañía de Jesús, ha ido a Roma a recoger la herencia del P. Beck y presentar su respeto al Papa; pero volverá muy pronto a su querido retiro de Fiesale.

Nació el 3 de Junio de 1819 en Berisal, aldehuela del cantón de Valais, en Suiza, y cursó filosofía y humanidades en el colegio de Jesuitas de Bregue. Admitido poco después en la Compañía, se le encargó la cátedra de literatura en el Colegio de Friburgo, y después sus superiores le enviaron a Roma, donde estudió teología bajo el cuidado del P. Peci, hoy Cardenal, hermano mayor de León XIII.

El clima de Roma no convenía a la naturaleza, entonces algo débil, del P. Anderledy, y se vio obligado a volver a Friburgo, donde estuvo también poco tiempo, por la derrota del Sonderbund, después de la cual los protestantes arrojaron de Suiza a los Jesuitas, cerrando sus colegios. Preso en Avenches, cantón de Vaud, el P. Anderledy, debió la vida a su presencia de ánimo; consiguió la libertad y pasó a Chambery, donde tampoco pudo gozar de muchos días tranquilos; teniendo que trasladarse a América, donde recibió las órdenes. Asignósele, por teatro primero en sus trabajos apostólicos, la unión de Frembay, sobre el lago Erie, donde dejó llevar de su celo enfermó gravemente y debió volver a Europa en 1850, fijándose en Gante.

Pareció entonces que se inauguraba una era de tranquilidad para los Jesuitas que encontraron en Alemania un campo más vasto y fértil. Munster, Colonia, Aquisgran, Coblenza vieron establecerse residencias de Jesuitas, de las que partían misioneros en todas las direcciones, logrando brillantísimos triunfos. Y entonces fué cuando el P. Anderledy dio a conocer toda su inteligencia y su infatigable actividad, a la vez que sus altísimas virtudes y su abnegación. Su palabra fervorosa y elocuente resonó desde el Rin hasta Dantzig con los mayores frutos.

Desde aquel momento data lo que puede llamarse su preparación para el alto cargo de que hoy se halla investido, consagrándose a la dirección y educación religiosa y científica de sus hermanos.

Sucesivamente Rector en Colonia y en Paderborn, fundó en 1863 el magnífico Colegio de María-Cauch, que llegó a ser muy luego uno de los más magníficos establecimientos de la Compañía de Jesús.

Llamado al Consejo supremo de la Orden como asistente de las Provincias de nacionalidad germánica, el P. Anderledy fué para su General un ayudante precioso que ganó la confianza y el cariño de toda la Compañía. Esta confianza se manifestó en toda su plenitud el 24 de Septiembre de 1883, cuando en el primer escrutinio, y casi por unanimidad de votos, fué elegido Coadjutor y futuro General de la Compañía.

En los diversos cargos que ha desempeñado, y que son los más importantes que puede tener un religioso, los de misionero, profesor de teología y Superior, el P. Anderledy ha justificado la gran estimación en que se le ha tenido. Sus conocimientos lingüísticos son utilísimos en el ejercicio de los cargos que ha desempeñado, porque además de las antiguas lenguas clásicas, el P. Anderledy posee a fondo el alemán, el francés, el italiano, el inglés y el español.

Para satisfacción de algunos fieles que desean saber qué clase de objetos pueden figurar en la Expo-

sición del Jubileo Sacro de Su Santidad, reproducimos el siguiente resumen que inserta un colega:

OBJETOS DE APLICACIÓN PARA EL CULTO Y USO SACERDOTAL: Altares para las Misiones. — Mantel. — Frontales. — Cortinas para los Sagrarios. — Doseles y cortinajes. — Colgaduras y damascos. — Mantel para comulgatorio. — Casullas. — Albas. — Amitos. — Cingulos. — Lavabos. — Purificadores. — Corporales. — Hijuclas. — Pálios. — Estolas sueltas. — Estolas moradas y blancas. — Esclavinas para Viático. — Umbrelas. — Dalmáticas. — Capas pluviales. — Paños de hombros. — Paños para atriles. — Roquetes. — Sobrepellices. — Cubrecopones. — Cintas para cucharitas. — Mitras. — Guantes. — Pálios. — Banderas. — Pendones. — Estandartes. — Sotanas. — Mantos. — Bonetes. — Solideo.

EN METALES: Imágenes. — Custodias. — Cálices. — Copones. — Vinajeras. — Relicarios. — Crucifijos. — Cruces. — Cruces altas. — Credenciales. — Báculos. — Pectorales. — Sortijas. — Incensarios. — Lámparas. — Palmatorias. — Punteros. — Cerilleros. — Crismeras. — Calderetas. — Hisopos. — Conchas para bautizos. — Crucifijos de misionero. — Bandejas. — Jarros y palanganas. — Jarrones. — Candeleros. — Candelabros. — Sacras. — Cucharitas para cáliz. — Medallas. — Campanas. — Campanillas. — Guarda-hostias. — Moldes para ídem. — Guantes para ídem. — Remates para estandartes y pendones. — Coronas para imágenes.

ESCULTURA Y PINTURA: Imágenes de madera. — Ídem de cartón romano. — Ídem de cartón-piedra. — Altares. — Candeleros. — Atriles. — Sacras. — Pinturas religiosas. — Oleografías. — Estampas grandes y pequeñas.

TEJIDOS DE SEDA, LANA Y ALGODÓN: Paños para hábitos religiosos. — Merinos. — Sederías de todas clases. — Terciopelos. — Tapicerías. — Alfombras. — Cordones. — Pasamanería. — Telas de hilo. — Ídem de algodón. — Cintas. — Galones. — Encajes. — Blondas. — Pantillas. — Hilos.

OBJETOS VARIOS: Rosarios. — Escapularios. — Misales. — Breviarios. — Rituales. — Devocionario. — Libros religiosos. — Viacrucis. — Blandones. — Velas, cirios, cerillas. — Floreros. — Flores artificiales. — Vinos puros. — Aceites. — Objetos de quincalla. — Ídem de bisutería para Misiones. — Artículos de ferretería para Misiones. — Ídem de cristal para Misiones. — Ídem de escritorio para Misiones. — Juguetes para Misiones.

El Círculo Católico Obrero de Valencia, deseoso de extender la religiosa educación que viene dando a los trabajadores, ha inaugurado una escuela nocturna en el pueblo de Godella. El acto revistió el carácter de una solemnidad: recibida la comisión, que presidía el muy ilustre señor canónigo don Ramón Peris Mencheta y el presidente del Círculo, a los acordes de la música se celebró la ceremonia en un local convenientemente dispuesto, pronunciando sentidos discursos los Sres. Escrig de Oloriz y Serrano Chasain, los que resumió el digno Cura párroco, dando las gracias al Círculo, a sus feligreses y a las personas invitadas, por el celo que demostraban en favor de la instrucción religiosa de Godella, cuya escuela nocturna, en el corto tiempo que lleva de existencia, cuenta ya con más de 120 alumnos.

Se trata de adornar el sepulcro del taumaturgo barcelonés Beato José Oriol de un modo digno de sus esclarecidas virtudes. En la capilla donde está colocado el cuerpo del insigne Beato, de la iglesia de Santa María del Pino, se levantará un sarcófago de mármol, dentro del cual se guardarán las insignes reliquias. De rodillas sobre el sepulcro, se verá la imagen del Beato y dos ángeles con ciriales colocados a uno y otro lado. La mesa del altar será de mármol y estará sostenida por columnas parecidas a las del altar mayor. En las paredes laterales se colocarán diez y seis cuadros al óleo que representarán diferentes escenas de su vida y la de su muerte. La imagen estará cobijada por un doselete de bronce dorado. La devoción que tiene Barcelona a su insigne compatriota se manifestará a no dudar con las dádivas que se aprontarán para levantarle un monumento que será elocuente testimonio de la piedad de los barceloneses.

En la Iglesia del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús se celebrará una solemne novena al Patriarca San José, la que empezará el martes 15, a las cuatro de la tarde.

NECROLOGIA

Un despacho de Roma anuncia el fallecimiento del P. Beck, General de la Compañía de Jesús, ocurrido el día 4.

Nació el P. Pedro Juan Beck en Sechem (Bélgica) el 8 de Febrero de 1795, y apenas tuvo edad suficiente, abrazó el estado eclesiástico, siendo admitido en la Compañía y destinado a Hildesheim en 1819.

Habiéndose convertido al catolicismo el Duque Fernando d'Anhalt-Rothen, el P. Beck fué enviado por la orden en calidad de confesor del Duque, y después de la muerte de éste acompañó a Viena a su viuda la Condesa Julia.

En 1847 fué nombrado procurador de la provincia de Austria.

En el año inmediato, al ser expulsados de ella los Jesuitas, el P. Beck regresó a Bélgica y fué nombrado rector del Colegio de Lovaina.

Cuando volvieron a Austria, el P. Beck ayudó eficazmente al primado de Hungría, Cardenal Szei-tovsky, para obtener la reintegración de la orden en aquella parte del Imperio, donde fundó el importante noviciado de Tirmau.

Enviado a Roma en 1853 a la Asamblea convocada para dar un sucesor al P. Rothau, fué elegido General de la orden, y cuando fueron suprimidos en Roma los conventos de Jesuitas se retiró a Florencia.

En los últimos años de Pío IX obtuvo el capelo cardenalicio.

El P. Beck ha publicado diversos escritos, entre ellos un *Mis de Maria*, que ha sido traducido a todos los idiomas, y ha prestado eminentes servicios a la Iglesia dirigiendo la marcha de la Compañía de Jesús con una prudencia, habilidad y sabiduría de que son testimonio evidente el buen espíritu, la cohesión, el fervor de sus individuos y la gran extensión que ha alcanzado en todo el mundo, en medio de las persecuciones y contrariedades con que ha tenido que luchar.

Es indudable que el Generalato del P. Beck, sobre ser uno de los más prolongados, será de los que dejarán más gloriosa historia. Afortunadamente, su muerte, aunque muy sensible, no causará perturbación alguna en la marcha de la Compañía, porque la gran ancianidad del Reverendísimo Padre Beck le había obligado a pedir su jubilación, habiendo Su Santidad aprobado el nombramiento de Vicario con futura sucesión al Generalato recaído hace algunos años en la persona del P. Anderledy.

En esta Corte ha fallecido el P. Luciano González Solís, natural de Cuernavaca, en la provincia de Oaxaca. A la edad de dieciocho años entró en la Congregación de las Escuelas Pías, siguió sus estudios en Madrid y empezó a enseñar en 1854. La obediencia le llevó tres años más tarde a los colegios de América, residiendo ocho en Puerto Rico consagrado a la enseñanza, confesionario y predicación; después regresó a Madrid y siguió iguales tareas en el colegio de San Antonio Abad. El P. Luciano era de gran saber y virtudes, por lo que su muerte ha sido sentidísima. El *Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús* lamenta igualmente su pérdida, por estar el P. Luciano encargado de las pláticas morales a los obreros de sus talleres, especialmente en el tiempo de Cuaresma.

También han fallecido:

En Santiago Sor María de los Dolores Pérez y Rico, hija de la Caridad.

En Osuna el arcipreste de la catedral de Sevilla D. Ramón Mauri.

En Argemona el presbítero D. José Soler.

En Huesca D. Bruno Casas, canónigo lectoral de aquella Santa Iglesia.

ARTÍCULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS
OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.





ÉPOCA 1.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 9.º — Madrid 25 de Marzo de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	18 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CORA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 pa. fr.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	12 fr.
Un año.....	24 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 1/2 pa. fr.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO. — La Decena, por Manuel Ossorio y Bernard. — Los grabados. — Cantos de Valencia, por María de la Poma. — Tradiciones de Tierra Santa, por M. Polo y Peyrola. — Comite conmemorativo el día de San José, por J. S. M. — Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Madrid. — Las dolinas, por Carlos Frontaura. — Devoción y primicias, por Carlos Ossorio y Gallardo. — El culto del hogar, por Antonio Montenegro. — La provincia de Santa Madrona, por Francisco de P. Capella. — Jubileo Sacerdotal de San Sebastián Lillo. — El Año religioso, por M. de A. — Bibliografía. — Necrología. — Noticias.

GRABADOS. — El Rmo. P. Larroca. — Devoción y primicias. — El Evangelista San Juan.

LA DECENA

Con movimiento extraordinario, una alegría sin causa aparente, las murgas llevando a domicilio sus moros y desconciertos, las confiterías ostentando en sus escaparates ramilletes que parecen edificios, en compensación sin duda de los muchos edificios que parecen ramilletes... Tal es el espectáculo que ofrece Madrid en el día de San José.

La modestia del humilde carpintero de Judea no ha trascendido por lo visto a los que llevan su nombre, y San José es una de las fiestas de campañillas de esta capital. Aunque el almanaque no la indicase, sus preparativos la anunciarían. Desde la noche anterior no hay casa en que no hayan hecho las murgas alguna de las suyas; los carteros corren cargados de sobres de tarjetas y los mozos de cuerda y dependientes de comercio no hacen más oficio que conducir platos de dulce, desde la tarta modestísima de bizcocho hasta la fuente arquitectónico-monumental. En alguna de éstas, para que la propiedad del nombre sea mayor, no hay quien pueda meter el diente: son de verdadera consistencia granítica. Algo de esto ocurre también a algunos bizcochos, preparados con ocho días de anticipación y que ofrecen todos los caracteres de verdaderas rebanaditas de pino... en recuerdo también, sin duda, del Santo carpintero.

San José nos anuncia el buen tiempo; San José nos trae la primavera, que es la renovación de la vida y el alimento de la esperanza; San José nos recuerda la igualdad verdadera ante la voluntad divina; San José nos sirve de eficaz intercesor para con su Divino Hijo, mártir y salvador del hombre, y para con la Virgen Madre, predilecta devoción del pueblo español.

No hay familia en que no se celebre este Santo si en ella no hay algún respetable D. José, hay al menos alguna graciosa Pepa de veinte años, ó algún travieso Pepito de diez ó doce.

— San José da para todos! — decía un confitero contestando a mi extrañeza, al ver los preparativos hechos para aquella fiesta en todos los comercios.

Y, como si fueran ecos de aquella voz, los médicos corren afanosos de uno a otro extremo de la capital en el día del Santo, los boticarios trabajan a las altas horas de

la noche, y en todas las tiendas más ó menos funerarias se escucha el martilleo de los que preparan a los madrileños lo último que necesitan, y todos dicen, ó piensan al menos:

— San José da para todos!

La verdad es, como queda dicho, que los Pepes y Pepas abundan en Madrid como ningún otro nombre. Una vez quiso comprobarlo un bromista, y cuando pasaban por la calle del Barquillo, y no lejos de él unas doce personas, exclamó forzando la voz:

— Pepe!

Y nueve ó diez personas volvieron la cabeza.

Con motivo de la fiesta del Santo circular en Madrid en dicho día innumerables tarjetas. La estadística de uno de los últimos años arrojaba para Correos un producto de 5.672 pesetas, ó sea 56.720 tarjetas. Calculando que dichas tarjetas sólo costasen a 2 pesetas el 100, tendríamos un gasto de 1.134 pesetas, y asignando otra peseta a cada ciento de sobres, podríamos añadir 567 más, ó lo que es lo mismo, un total de 7.373 pesetas.

Con igual suma hubieran podido entregarse 7.373 bonos para otros tantos pobres, encenderse lumbr

en muchas casas y cubrir infinitas y perentorias necesidades.

La arraigada manía del tarjeteo, que a nada conduce, pudiera y acaso debería proscribirse de nuestras costumbres, y a ello contribuirá mucho el conocimiento por todos del poco aprecio que se hace generalmente del pedacillo de cartulina. En muchas casas, el negociado de las tarjetas es de la competencia exclusiva de un mayordomo: éste las recibe, y, sin dar cuenta a su señor, corresponde con otra tarjeta en la entrada de año, ó las rasga desde luego y las arroja al cesto de los papeles inútiles.

Nuestros abuelos lo entendían mejor cuando en los primeros días del año obsequiaban a sus amigos con un pedazo de papel deplorablemente impreso, y en el cual, encerradas en una orla de dudoso buen gusto, se leían las siguientes ó parecidas frases:

«Buena entrada de año. Salud si conviene. Riqueza si es necesaria. Si pierdo a una persona querida, salud para encomendarla a Dios. Si le nace un hijo, que le vea criado y hecho un hombre. Enhorabuena si logra buen empleo ó le toca la lotería. Péame si algo malo le acontece.»

Y con aquella tarjeta en papel de hilo, cuyo coste variaba entre cuatro y seis maravedises, se juzgaban cumplidos por todo un año.

Yo comprendo los regalos, especialmente cuando los recibo; pero no acierto a explicarme ese afán por aumentar los ingresos de la renta de Correos.



EL RMO. PADRE LARROCA,
General de la Orden de Santo Domingo ó de PP. Predicadores.

La primavera ha hecho su presentación oficial y solemne con la exactitud matemática que en ella es costumbre; pero en Madrid ha entrado precedida de una nevada bastante regular y seguida de unos fríos más que regulares. A los madrileños nos ha sorprendido con triple manta en la cama, doble gabán sobre el cuerpo, bufanda al cuello y guantes y calcetines de lana en manos y pies.

Como todas las noticias de impresión, la de la llegada de la primavera nos ha dejado fríos, no siendo raro escuchar por esos mundos:

— Con que la primavera ha entrado...? Vaya, pues entonces hay que echar unos buenos troncos a la chimenea.

— Atchís!

— Jesús... Ya te has constipado.

— Naturalmente, desde que sé que estamos en primavera, tiritó de frío.

Y los prudentes padres de familia, a quienes haya cogido la noticia desprevenidos, no podrán menos de exclamar como otros tantos generales en jefe en el estrecho círculo del hogar doméstico: ¡Que no se abran los balcones! ¡Que se componga un cristal que hay roto! ¡Póngase burlite en todas las juntas de las puertas! ¡Enciéndase el brasero grande! ¡Sacar las mantas! ¡Componer los manguitos...!

— Y tú sales a la calle?

— El deber lo ordena, esposa mía. ¡Que me traigan el gabán de pieles, no sea que la primavera me cueste la mía...!

Ya no es la primavera aquella estación poetizada por la clásica antigüedad y representada con ligerísimo ropaje por los pintores. No: la primavera actual, al menos cuando llega de incógnito como en el corriente año, necesita representarse vestida con un gabán ruso, llevando colgado del cuello un bracerillo lleno de lumbre y mostrando en su mano derecha un termómetro marcando cero en su columna. La figura habría de tener de fondo un país nevado, en cuyos primeros términos se vieran ríos desbordados y en los últimos algunos robustos árboles tronchados por el vendaval. Esta es la primavera moderna y la única que conocemos los desdichados que cruzamos tiritando las calles de Madrid, con las manos llenas de sabañones y acelerando el paso, tanto para que pueda circular la sangre, como para llegar más pronto allí donde nos espera la antigua y alegre chimenea ó la estufa moderna, que nos asfixia con su humo y nos molesta con su mal olor.

Y los desgraciados que carecen de hogar pueden suplirlo en cierto modo, en estos días de frío, acudiendo á la plaza de Santa Cruz, donde suele colocarse un gimnasta que se traga estopas encendidas.

Quedamos en que, de hoy en adelante, no hay que hacer caso de los señores poetas, aunque canten á la primavera con la elegancia y la inspiración del difunto Selgas. Son unos embusteros. Si les creyéramos, empezaríamos por aligerarnos de ropa y correríamos gravísimo riesgo de aumentar la estadística de pulmonías que registra en esta época del año el estado sanitario semanal de *El Siglo Médico*.

MANUEL OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

EL RMO. PADRE LARROCA, GENERAL DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO Ó DE PP. PREDICADORES.

La celebración del quincuagésimo aniversario sacerdotal del ilustre y virtuoso religioso español hace asunto de oportunidad su retrato, que insertamos en este número.

INVIERNO Y PRIMAVERA.

El lápiz del dibujante ha sabido traducir con admirable elocuencia el contraste de las estaciones del año, haciendo innecesaria toda descripción concreta. Por otra parte, la prosa y la poesía completan en este mismo número el pensamiento del artista.

EL EVANGELISTA SAN JUAN.

La figura del Evangelista que en este número publicamos es reproducción de uno de los cuadros del célebre pintor Domenico Zampieri, vulgarmente conocido por *Il Domenichino*, que floreció en Italia en la primera mitad del siglo XVII, y que reproducida en numerosas copias la conservan diferentes Museos de Europa. Zampieri la pintó primeramente para la iglesia de San Andrés della valle en Roma.

El Museo Nacional de Madrid encierra tres cuadros de *Il Domenichino*, que son *San Jerónimo*, *El Sacrificio de Abraham* y *Un paisaje*.

CARTAS DE VALENCIA

SEÑOR DIRECTOR: En este santo tiempo de Cuaresma, esta ciudad, como ninguna otra católica, presenta un aspecto consolador: las señoras de la aristocracia, como las de la clase media y el pueblo, se alejan de los espectáculos; en las casas en que según la frase usual *se recibe*, es dentro de las convenientes adecuadas al tiempo. En cambio los innumerables templos que poseemos se hallan verdaderamente invadidos por la multitud sedienta de oír la palabra de Dios; bien es verdad que contamos con muchos y muy notables oradores, tanto en las parroquias donde evangelizan los virtuosos sacerdotes Doctor D. Nicolás David, D. Salvador Castellote, Calatrava, Castañeda y varios otros; entre los P. Carmelitas, el P. Salvador; entre Jesuitas el P. Antonio Governa y el P. Alegret. En el Cabildo, á más de nuestro venerable é ilustrado Sr. Arzobispo, contamos con elocuentísimos oradores como D. Luis Badal, Cirujeda y Ros, Marín, Ros y Biosca y el sabio y humilde Sr. Magistral cuya oratoria notabilísima atrae numeroso concurso, en el que abundan más los hombres que las señoras, muchos sacerdotes y PP. Religiosos. Usando la frase vulgar, puedo asegurar á usted que no cabe un alfiler en el templo.

En todas partes, es decir, en todos los pueblos cristianos se santifica el santo tiempo Cuaresmal; pero dudo haya otro que iguale á Valencia, donde crece y se multiplica la piedad como las flores en el campo, sin que pueda entibiar el amor de Dios

que arde en los corazones valencianos el hábito mortífero del escepticismo del siglo actual que á todas partes llega. También aquí resuenan los ecos del vocerío impio, también aquí se apedrea á los fieles al salir del templo donde los cantos católicos de los cristianos responden con alabanzas al Todopoderoso pidiendo misericordia para aquellos mismos que vienen al clarear el día á ultrajarles, mofando las poéticas oraciones del rosario de la Aurora. Pero donde hay fe hay perseverancia y firmeza; seguramente no será en Valencia donde decrezca el espíritu religioso. Antes al contrario cada día tenemos fundaciones nuevas, tanto en las órdenes activas, como en las contemplativas; cada día se aumenta la familia cristiana y los convidados al banquete celestial se multiplican y con su ejemplo atraen neófitos cada día. ¡Dios sea bendito!

La Semana Mayor, ó Semana Santa, como vulgarmente llamamos los fieles, es aquí solemnísimas; la gran Basílica despliega todo el lujo y esplendor de nuestra Sacrosanta Iglesia. El celoso Prelado oficiando de Pontifical, el Cabildo, el numeroso clero, los Seminaristas, la magnífica capilla, el majestuoso órgano, lo suntuoso del templo, los ornamentos riquísimos, la piadosa multitud y el sonoro voltear de las vocingleras campanas, forman un conjunto sorprendente, magnífico, conmovedor. No es posible dejar de sentir algo en el alma cuando presencia uno los tiernísimos oficios de esos santos días, la bendición de las Palmas, por ejemplo: ocupan éstas el lado del Evangelio junto al altar; más hacia el pueblo, el dosel del Cardenal rodeado de las dignidades que le asisten, de sus capellanes, fámulos y pajes; cierra el presbiterio el Ayuntamiento y ocupan sus sillas el Capitán general y el Gobernador civil; guardan las puertas laterales del propio presbiterio alguaciles y maceros con sus gramallas rojas y mazas de plata; van y vienen los sacristanes balanceando ricos incensarios, y cubren las gradas del altar acólitos con su purpúrea túnica y blanco *peplum*.

No puede usted formar idea, Sr. Director, del cuadro sorprendente que este conjunto forma, sobre todo en el acto de la adoración, cuando se destaca sola la bíblica figura del Cardenal levantando en sus manos la Hostia consagrada ante un pueblo postrado, mudo y conmovido y en que tan sólo se oye el débil sonido de la campanilla.

El Jueves Santo, también encierra gran ternura en sus oficios, sobre todo en aquellos momentos en que el Prelado da por su mano la santa comunión desde las autoridades y canónigos hasta el más chiquito de los acólitos; y en el Viernes Santo la adoración de la Cruz es conmovedora en extremo. No sé por qué las gentes piadosas de Madrid y sobre todo de las provincias donde hay menos culto no vienen á Valencia en esos días. Sin duda que Toledo por su historia y ostentación lleva la primacía (yo no conozco su Semana Santa); sin duda que Sevilla llama la atención por sus procesiones, pero Valencia no tiene igual, á mi modo de ver, para las almas verdaderamente enamoradas. Me despido, Señor Director, hasta otro día en que seguiremos hablando de asuntos semejantes; entre tanto le invito á descansar de sus tareas y conocer por sí propio la hermosa ciudad del Cid. — Suya afectísima amiga,

MARIA DE LA PEÑA.

TRADICIONES DE TIERRA SANTA

(Continúa.)

VI

LIDA. — CURACIÓN DE ENEAS. — CUNA Y SEPULCRO DE SAN JORGE.

MUCHOS peregrinos hacen el viaje desde Jafa á Rama pasando por Lida. Al efecto, una vez en la aldea de Yasur, al llegar al monumento fúnebre del *Imán Ali*, dejando la carretera que conduce á Jerusalén, se toma un camino de herradura que parte hacia la izquierda y atravesadas las aldeas de Beit-Dayán y Sarifé por entre huertos, cercados de higueras chumbas, con olivos, naranjos, moreras y tamariscos, se llega á Lida, que dista de Jafa unos 18 kilómetros, y en la cual únicamente llaman la atención del peregrino los lugares que recuerdan al paralítico Eneas y á San Jorge.

Lida, fundada por Samad en el territorio perteneciente á la tribu de Benjamín, apenas ha modificado su nombre, pues los hebreos la llamaban Lod; Diospolis, esto es, ciudad de Júpiter, los griegos, y Lud los árabes. Terminada la cautividad, habitáronla de nuevo los descendientes de Benjamín. El romano Casio, que más adelante fué uno de los asesinos de Julio César, redujo á esclavitud á los habitantes de

Lida, 48 años antes de Jesucristo. Vencido Casio en la célebre batalla de Filipos, Antonio les devolvió la libertad; pero hacia el año 76 de la Era cristiana, el procónsul Cestio, yendo desde Antipatridas á Jerusalén, cruzó por Lida cuando casi todos sus habitantes se encontraban en la Santa Ciudad celebrando la fiesta de los Tabernáculos, y pasó á cuchillo á unos 40 que encontró en el pueblo, entregándole después á las llamas. El año 79, Vespasiano se apoderó de Lida, que contaba entonces una célebre escuela dirigida por el rabino Gamaliel. Fué Sede episcopal desde los primeros siglos del cristianismo, y se cree con fundamento que ocupó aquella silla uno de los setenta y dos discípulos. Los otros Obispos, cuyos nombres se conocen oficialmente por las actas de varios Concilios, son: Aecio, que suscribe las del Concilio de Nicea, celebrado en 325; Dionisio, que figura en el primer Concilio de Constantinopla, celebrado en 381, y Fotino, que tomó parte en el de Calcedonia el año 451. Algunos antes, en 414, reunióse en Lida un Sínodo, compuesto de 16 Obispos, presididos por el de Cesárea, Eulogio, para oír á Pelagio, que negaba el pecado original y la necesidad de la gracia, en cuyo Sínodo fueron condenadas las doctrinas pelagianas. A principios del siglo VII aun tuvo Lida otros dos Obispos, llamados Apolonio y Eustacio, que es todo lo que se sabe de ellos.

Actualmente Lida es un lugarón compuesto de casas ruinosas y de calles estrechas y sucias, que más bien parecen barrancos. Según Fr. Livinio de Hamme, habitan dicho pueblo unos 4.800 musulmanes, 1.950 griegos cismáticos, 30 protestantes y 10 católicos dirigidos por un misionero latino; éstos han debido aumentar en los 10 años últimos, porque la *Guía* de Fr. Livinio, que tengo á la vista, data de 1876.

La curación del paralítico Eneas por San Pedro acaeció de la manera siguiente:

Yendo San Pedro á visitar las iglesias fundadas por los discípulos, llegó á los santos, es decir, á los escogidos que moraban en Lida.

Y halló allí un hombre, por nombre Eneas, y había ocho años que yacía en un lecho porque estaba paralítico.

Y Pedro le dijo:

— Eneas, el Señor Jesucristo te sana: levántate y hazte la cama, es decir, carga con ella y llévate. Y en el momento se levantó.

Y le vieron todos los moradores de Lida y de Saroná, y se convirtieron al Señor.

No lejos de la actual iglesia de San Jorge, en cierto campo cultivado, se encuentra un trozo de columna, medio envuelto en tierra que, según la tradición, marca el lugar en donde estuvo la casa del paralítico Eneas, milagrosamente curado por San Pedro.

Otra tradición antiquísima y respetable señala á Lida como cuna y sepulcro del mártir San Jorge, aunque no falta quien sostiene que el valeroso tribuno de Diocleciano era natural de Capadocia. Es lo cierto que se opuso á secundar la desatentada persecución contra los cristianos, que lleva el nombre del Emperador dicho, circunstancia por la cual se vino en conocimiento de que también era discípulo de Jesucristo el valiente tribuno; que se negó rotundamente á sacrificar á los dioses del Imperio; y que, después de haber sufrido varios tormentos, se le decapitó el día 23 de Abril del año 304 en Nicomedia de Bitinia, según unos, en Diospolis de Persia, según otros, ó en Meditana de Armenia, según alguno.

El martirio de San Jorge, dice el P. Ribadeneira, fué muy ilustre y muy celebrado en todas las iglesias de Oriente y Poniente, y los griegos por excelencia le llaman el mártir San Jorge. San Germán, Obispo de París, volviendo de la peregrinación que hizo á Jerusalén, trajo el brazo de San Jorge, que le había dado el Emperador Justiniano como un riquísimo tesoro y colocó en París en la iglesia de San Vicente. En Roma se guarda la cabeza de San Jorge en la iglesia de su nombre, la cual puso allí Zacarías Papa, como se escribe en el libro de *Romanos Pontífices*. San Gregorio Papa reparó una iglesia del mismo Santo mártir, como él mismo lo escribe en la *epístola* 68 del lib. IV, indict. 4. Otro brazo del mismo mártir fué llevado á Colonia y por él hizo Dios muchos y grandes milagros, como se ve en los *Actos de San Anón*, Obispo de Colonia, y Gregorio, Obispo de Tours, escribe también de sus reliquias y milagros, *De gloria martyrum*, cap. 101. Justiniano Emperador hizo un templo suntuoso á San Jorge. Los reyes en sus batallas le tienen por particular abogado, y la Iglesia Romana suele invocar á San Jorge, á San Sebastián y á San

Mauricio como especiales protectores contra los enemigos de la fe.

Según tradición antiquísima y respetable, las reliquias del santo tribuno fueron trasladadas a Lida su patria y depositadas en magnífica iglesia que hizo construir el Emperador Justiniano para darlas culto. Este templo, hoy en poder de los griegos cismáticos, los cuales se consideran además poseedores del cuerpo del mártir invicto, ha pasado por las siguientes destrucciones y reedificaciones: destruyéronle los persas cuando invadieron la Palestina con su Rey Cosroes II a la cabeza, en 614; el califa Hakem, con exactitud llamado el Nerón de Egipto, en 1010; los musulmanes poco antes de la llegada de los cruzados; y Salah el-Dine, por último, para convertirla en mezquita. Dichas destrucciones suponen otras tantas reedificaciones, que tuvieron lugar: la primera, apenas se retiraron los persas invasores; la segunda, por San Esteban rey de Hungría; la tercera, por los cruzados; y la cuarta por los griegos cismáticos en 1870, a pesar de las protestas del cónsul francés, que defendió inútilmente los derechos de los católicos.

La iglesia actual, no tan suntuosa como la construida por los cruzados, se compone de tres naves de regulares dimensiones y agradable aspecto, y de una cripta, situada debajo del presbiterio, en medio de la cual se ve un hermoso sepulcro de mármol blanco con la estatua yacente del soldado mártir, cuyas reliquias que atesora el sepulcro, según porfían los griegos, me parecen inverosímil. Parte de la antigua iglesia de San Jorge la ocupa en la actualidad una mezquita, que los fanáticos turcos de Lida no quieren enseñar a los peregrinos, ni por *bajis*, ni por nada. El alminar descansa sobre uno de los muros de la iglesia. La fiesta de San Jorge se celebra en Lida con una gran romería y bacanales sin cuento, en las que toman parte innumerables romeros de Rama y de los demás pueblos del contorno.

M. POLO Y PEYROLÓN.

(Se continuará.)

CONVITE CONMOVEDOR EL DÍA DE SAN JOSÉ

QUANTOS aprecian el precioso devocionario *Id. de José* no habrán podido por menos de recibir gratísima emoción al leer el delicado consejo de dar de comer a tres pobres: a un niño, a su madre y a un anciano, en honor de San José; devota costumbre muy en uso en otros tiempos en la católica España, ya el día de San José, como practicaba la aristocrática Doña Lucía de Alarcón, en Lima; ya en nochebuena en desagravio del desvío que los santos esposos padecieron al buscar albergue en la Natividad del Señor, según reverentemente lo hacía D. Tomás de Artiga, sirviéndoles el mismo a la mesa, y experimentando, por súplicas de los tres pobres a San José, en ocasión en que se hallaba gravemente enfermo, una completa y milagrosa curación.

Y tan generalizada debía estar la confianza en esta piadosa práctica entre nuestros antepasados que, según refiere también el P. Mach, con alusión a uno de los sermones de San Vicente Ferrer, habiendo muerto en Valencia un comerciante que de esta manera festejaba anualmente al Santo Patriarca, tuvo el consuelo de ser visitado al morir por la Sagrada Familia, oyendo la celestial promesa: «pues en tu mesa nos recibiste, ven y te recibiremos en la nuestra» conforme con la que el Salvador ofreció a los misericordiosos para con los desgraciados.

Difícil podrá parecer a algunos atrabiliarios pesimistas, rehídos con la moderna civilización, que en nuestros días subsista esta práctica piadosa, y no ya ejercitada por particulares devotos, sino patrocinada por el Estado y ejercida por depositarios de su confianza, representantes de su autoridad en Juntas benéficas, llamadas a ejercer un influjo altamente moralizador en la sociedad patria.

Y sin embargo, nada más cierto que actos de esta naturaleza obtengan realización en el secreto del hogar, sin anuncios que desvirtuarían su mérito, pero acreedores a ser conocidos e imitados, objeto que nos proponemos en estas desaliñadas frases.

Entre las fundaciones caritativas investigadas por la celosa Junta provincial de Beneficencia de Madrid, restableciendo su debido cumplimiento, existía, aneja al mayorazgo instituido por D. José del Yermo Santibáñez, la de dar de comer el día del glorioso Patriarca San José, los poseedores del vínculo, sentándolos a su mesa, a tres pobres, un hombre, una mujer y un niño, en reverencia del Niño Jesús, su Santísima Madre y el bendito San José; dando, además, el poseedor, a cada uno, la limosna que le dictare su devoción. Extinguido el mayorazgo, la fundación, que debe subsistir, gravaba la casa

núm. 38 de la calle del León, propia del último inmediato sucesor, en la mitad reservable de los bienes que constituyeron el mayorazgo, quien, de concierto con la Junta provincial, ha convertido el importe del gravamen en una inscripción intransferible de deuda perpetua interior de 1.000 pesetas al 4 por 100, para el cumplimiento perpetuo de la fundación.

El celo y actividad de la Junta han sido tan eficaces, que el acto ha tenido lugar por vez primera el 19 del corriente Marzo en casa de un dignísimo Vocal de la Junta, quien por sí mismo ha elegido la familia de un pobre y honrado artesano con esposa y niño, convidados a su mesa, entregándose además a los postres, a cada uno de los pobres, la limosna de 25 pesetas, remitida por un autorizado colega de la misma Junta; atestiguando ambos, una vez más, hallarse consagrados en cuerpo y alma al ejercicio de aquella máxima de ardiente caridad recomendada por el Dios hombre: «amaos unos a otros», que tan felices hace aún en este mundo a los que saben todo su valor y cuya imitación nunca podrá ser bastante predicada y difundida.

J. S. M.

MONTE DE PIEDAD

Y CAJA DE AHORROS DE MADRID.

I

La Junta de gobierno de este importante y benéfico establecimiento ha publicado la Memoria y cuenta general correspondiente al año de 1886.

Contiene detalladamente las diversas operaciones llevadas a cabo tanto en las oficinas de la Central, como en las de las sucursales, y ofrece datos curiosísimos y de importancia bajo el punto de vista social, toda vez que en el movimiento del Monte se refleja la vida de la población.

Durante el año de 1886 se han realizado préstamos sobre alhajas y ropas por valor de 10.612.008 pesetas, por 202.289 partidas.

De estas, 93.994 corresponden a alhajas con 8.311.931 pesetas, y 108.295 a ropas con 2.300.077 pesetas.

Comparadas estas cifras con las del año de 1885, resultan 2.604 préstamos menos sobre alhajas con 562.661 pesetas menos también, y 3.106 más sobre las ropas con 168.085 pesetas igualmente más; y en conjunto, un aumento de 502 partidas empeñadas en el año último sobre el anterior, y 358.636 pesetas facilitadas de menos.

Es curioso e interesante conocer el número de partidas correspondientes a empeños nuevos y cuáles sean los renovados; los primeros ascienden a 117.599 por valor de 5.629.188 pesetas, y los segundos a 84.690, importantes 4.982.820 pesetas. Los desempeños definitivos ascendieron a 103.985 partidas en garantía de 5.433.212 pesetas; las ventas por caducidad del plazo de los empeños han consistido en 18.978 lotes, empeñados en 791.733 pesetas, 984 partidas más que en 1885, pero representando en préstamo 210.351 pesetas menos que en igual año.

Los préstamos especiales sobre valores públicos ofrecen el siguiente resultado: 5.446 partidas, importantes 146.386.513 pesetas, que con relación al año anterior acusan un aumento de 985 préstamos y 21.659.303 pesetas más. Se han desempeñado 5.509 partidas por valor de 141.441.234 pesetas.

Los nuevos imponentes de la Caja de Ahorros en 1886 fueron 12.421; y el número de cuentas abiertas al finalizar dicho año era de 37.886.

Por las imposiciones nuevas y las continuadas de años anteriores han ingresado 20.091.053 pesetas; de reintegros ha pagado la Caja 15.722.166 con 12 céntimos; los pagos por saldos han sido 10.709, y las entregas a cuenta 14.210.

Llama la atención la Junta de gobierno en su Memoria sobre la gran suma a que ascienden los saldos en 1886, atribuyendo este hecho a la facilidad que se concede de imponer de una vez el máximo que se permite por cada libreta, mucho mayor que el que toleran las Cajas de París y otras muchas; toda vez que la mayoría de dichas imposiciones la efectúan familias que desean tener un fondo con el cual hacer frente a los accidentes previstos o eventuales de la vida.

Para terminar esta ligera reseña, en cuanto se refiere al Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Madrid, réstanos hablar sólo de los productos y gastos del repetido año.

Los primeros han ascendido a 2.642.222 pesetas 50 céntimos, y los gastos a 2.093.313 con 47 cénti-

mos, resultando un aumento de capital de 548.909 pesetas 3 céntimos.

La Memoria clasifica por edades, sexos, estados y profesiones a los imponentes de la Caja de Ahorros.

Todas las profesiones tienen los suyos; hay un número exiguo de imponentes clasificados así: «de varias clases indeterminadas». Tal vez en este grupo haya algún escritor, no muchos, porque de ser 20 el número de los afortunados, figurarían en la relación.

Prueba elocuente de lo que producen las letras.

Las mujeres figuran en mayoría, y de éstas imponentes ahorros 3.809 viudas.

Es un dato que pudieran aprovechar algunos solteros recalcitrantes.

II

Los datos relativos a la situación en fin de 1885, de los Montes de Piedad y Cajas de Ahorros de provincias, son incompletos.

Los que se han podido reunir arrojan cifras insignificantes, si se comparan con las del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Madrid.

Los Montes de Vitoria, Alicante, Alcoy, Orihuela, Ávila, Barcelona, Cádiz, Jerez de la Frontera, Córdoba, Santiago, San Sebastián, Málaga, Oviedo, Palencia, Pontevedra, Salamanca, Béjar, Segovia, Sevilla, Valencia, Játiva, Valladolid, Zaragoza y Baleares tenían en fin de 1885, 202.682 partidas de empeños, sobre las cuales prestaron la cantidad de 17.401.227 pesetas; mientras en Madrid, el mismo año, contaba en 31 de Diciembre el Monte de Piedad 133.821 partidas, y el capital prestado sobre las mismas ascendía a 40.843.353.

Más insignificantes son los resultados que arrojan los balances de las Cajas de Ahorros.

La de Madrid cerró en el repetido año de 1885 con 36.154 imponentes, con un capital de 40.113.488 pesetas.

Las Cajas de Ahorros de las poblaciones citadas, más las de Mataró, Sabadell, Coruña, Palafrugell, Santander, Tarragona y Bilbao, al cerrar sus operaciones en igual fecha, tenían 74.289 imponentes, con un capital de 37.610.579 pesetas.

La comparación de estos números demuestra primeramente más vida y más movimiento en la capital de España que en el resto de ella; y además, que la usura, por desgracia, está más desarrollada en provincias que en Madrid; pues no puede suponerse que la riqueza de aquellas sea causa de la notable diferencia que se observa en los números citados.

El Monte de Piedad en Madrid, creando sucursales en todos los puntos de la población, ha favorecido el desarrollo que se viene notando y ha conseguido acabar con muchos establecimientos de préstamos que cobraban un interés de 60 por 100 al año, y obligado a otros a rebajarle a un 24 por 100. La clase obrera más acomodada, en vez de emplear sus ahorros en préstamos particulares con exorbitantes réditos, lleva su dinero a la Caja de Ahorros, por la seguridad del capital y por las facilidades que ofrece de retirar parte o todo en casos de accidentes imprevistos.

La clase trabajadora en Madrid ha comprendido las ventajas de estos establecimientos, y la usura va disminuyendo de día en día. En provincias no ha llegado a entenderse así, y lo prueba el estado comparativo.

Nadie ignora que los modestos agricultores están en gran mayoría sometidos a los usureros, quienes recogen en realidad el fruto de los trabajos de aquellos; pues si lenta y paulatinamente ese agricultor depositara en una de las Cajas de Ahorros pequeñas cantidades, se encontraría a fin del año con un capital que, en vez de gravarle con sus réditos, le beneficiaría con sus intereses.

Este es el fin que persiguen las Cajas de Ahorros, las cuales llegarán a ser dentro de poco origen del mejoramiento de la clase productora.

Las poblaciones más cultas así lo han entendido: la Caja de Barcelona es la que figura a la cabeza en cuanto al número de imponentes, sigue Madrid, luego Sevilla, y el cuarto lugar corresponde a la de Bilbao, que, en realidad, debiera figurar a la cabeza; pues siendo la capital de Vizcaya diez veces menor en población que la de Madrid, ocho veces que la de Barcelona y seis que la de Sevilla, había en 1886 en la Caja suya 6.072 imponentes con un capital de pesetas 7.267.019; esto es, la sexta parte que en Madrid respecto al número de imponentes e importe de las imposiciones.

La clase obrera de Vizcaya reúne a la virtud del trabajo la del ahorro, y figurando en este concepto a la cabeza de las demás provincias, ocupa uno de los últimos lugares en la estadística criminal.

¡Que cierto es que el trabajo dignifica y moraliza al hombre!

III

Necesitaríamos dar mayor extensión a este artículo y hacer uno especial para cada nación, si nuestro propósito fuera tratar de la organización y desenvolvimiento de las Cajas de Ahorros en el extranjero; pero como sólo nos proponemos demostrar la importancia de su creación y fomento, bastarán las conclusiones relacionadas con este fin.

En fin de Diciembre de 1885 era el siguiente el estado de las Cajas de Ahorros de los países que se expresan:

Alemania figuraba con 5.242.827 imponentes, y capital de 3.241.638.108 pesetas; Francia, con 4.926.391 y el capital impuesto de 2.212.983.891; Inglaterra, 4.716.149 imponentes y 2.265.366.500 pesetas; Estados Unidos, 1.147.588 y 2.155.400.500; Italia, con 442.817 y 387.369.872; Bélgica, 394.577 imponentes y 158.829.010 pesetas; Austria Hungría, 180.369 y 430.633.532; Países-Bajos, 176.019 imponentes y 36.269.109 pesetas; Sajonia, 143.383 de imponentes y capital de 33.244.621 pesetas; Suiza, 124.530 y 87.653.907, y España, 140.443 imponentes con 80.724.067 pesetas.

Se ve, pues, figurando a la cabeza de la precedente relación a Alemania, y ocupando el último lugar a España.

Además de los países citados, deben serlo Suecia, Dinamarca, Noruega y Luxemburgo, cuyas Cajas de Ahorros dan un total de imponentes de 184.828 y asciende el capital impuesto a 126.015.450 pesetas; los totales que arrojan las anteriores sumas los siguientes:

Imponentes, 17.989.921.

Capital impuesto, 11.216.198.117 pesetas.

Estas dos cifras constituyen el más poderoso argumento contra los que afirman que no hay propiedad justa, ni capital que pueda adquirirse con el trabajo personal.

Los imponentes de las Cajas de Ahorros labran su modesta fortuna acumulando el sobrante diario del producto de su trabajo, después de atender a sus necesidades.

Lo que demuestra que el hombre puede ganar con sus manos o su inteligencia lo necesario para vivir, y algo más que ahorrar, toda vez que en las Cajas de Ahorros citadas existían en 1885 casi 18 millones de personas que poseían un capital efectivo de más de 11.000 millones de pesetas.

En su consecuencia, el hombre que trabaja y no ahorra será porque gasta más de lo que debe y puede, sin tener en cuenta que en la vida surgen accidentes desgraciados que hay necesidad de prever.

Los capitales se hacen de igual modo que los edificios; la comparación es vulgar, pero exactísima. Estos últimos colocando piedra sobre piedra, los primeros acumulando los muchos pocos; y así como una sola piedra basta para servir de base a un regio palacio, una sola moneda será siempre el origen de un capital, por grande que éste sea.

LAS ANIMAS

HISTORIA DE ALDEA

I

JUAN y Teresa habían nacido él para ella y ella para él.

Ninguna muchacha de la aldea era más bella, ni más hacendosa, ni más discreta y juiciosa que Teresa, y ningún mozo podía competir con Juan en gallardía, nobleza de sentimientos y amor al trabajo.

Teresa tenía quince años y Juan diez y ocho, y entre los padres de uno y otro estaba convenido que, apenas saliera el chico libre de la quinta, los casarían, persuadidos de que habían de formar una bella pareja, y dar a la patria unos cuantos robustos hijos, que los hijos y el trabajo nunca le estorban al pobre.

Por supuesto que si el chico tenía la suerte, que así se llama, de caer soldado, entre ambos padres pagarían la cantidad señalada por la ley para redimirle, porque aun tenían algunas fanegas de trigo que vender, aunque después de vendidas y pagado el sustituto se quedarían sin un ochavo de ahorros.

Iba a decidirse la suerte de Juan, iba a sacarse la quinta en el pueblo, cuando un horrible incendio redujo a cenizas seis casas, y a la más espantosa miseria a seis pobres familias.

Estas familias, sin casa ni pan, vagaban por el pueblo, implorando la caridad de sus convecinos; pero éstos eran muy pobres, y muy escasos, por consiguiente, los recursos que podían proporcionarles.

Una madre que criaba a su hijo, le había visto morir de hambre en sus brazos.

Un anciano paralítico se había vuelto loco, al ver que las llamas entraban por la ventana de su aposento.

Un honrado joven, único apoyo de sus padres sexagenarios, se había quedado ciego en el incendio.

Juan y Teresa veían con dolor profundo aquellas horribles desgracias, y una noche, dos días antes de hacerse en el pueblo el sorteo de la quinta, dijo Juan a Teresa:

— Teresa, ¿no es verdad que debemos tener confianza en que Dios no nos abandonará...?

— El me libre de dudar de su infinita misericordia, contestó la bella joven.

— Pues bien, repuso Juan, me ha ocurrido una idea.

— ¿Cuál?

— Tú sabes que tu padre y el mío tienen reservadas algunas fanegas de trigo para *comprarme un hombre*, en el caso de que la suerte no me quiera favorecer en el sorteo...

— Sí; mi padre lo ha dicho.

— Pues bien: antes que yo sea nuestros desgraciados vecinos que se mueren de hambre, que han perdido cuanto tenían. ¿Quieres, Teresa, que les demos lo que nuestros padres me darán para librarme de ser soldado, y que si no me toca la suerte será nuestro regalo de boda...?

— ¡Ay! Juan; ¿y si caes soldado, y no te puedes librar luego...?

— Hija mía, si no hiciéramos eso por los desgraciados, me parece que tendría toda mi vida una pena, y una angustia y un remordimiento...

— ¡Dios mío! murmuró sollozando Teresa, ¿y si te vas a ser soldado, y te matan en la guerra...?

— No querrá Dios que eso suceda, Teresa de mi alma.

— Pues mira, no digas nada a tu padre hasta mañana... Pensémoslo esta noche... Yo necesito que Dios me dé fuerzas para exponerme al peligro de perderle.

El día siguiente, Juan y Teresa convinieron en que nunca, en ninguna circunstancia de la vida, se debe retroceder ante sacrificio alguno, si de este sacrificio ha de resultar el bien del prójimo.

El pueblo por otra parte comenzaba a murmurar de los padres de Juan y Teresa, que tenían trigo en el granero, y no querían venderlo barato para los pobres, y menos socorrer a las víctimas del incendio.

Y las mozas, al salir de la iglesia, habían cuchicheado señalando a Teresa, mirándola con cierto desdén, y los mozos se alejaban de Juan y empezaban a tomarle tema, no sólo porque su padre y el nada daban para los pobres, sino porque ya sabían que, mientras algunos de ellos cargarían con el chopo, él podría pagar un hombre, y cargar con una mujer, que aunque a veces suele pesar mucho más que un fusil, era la más bonita diez leguas a la redonda, y la que había dado sendas calabazas a más de dos y a más de cuatro.

A los padres de los novios los llamaban ya *los dos viejos avarientos*, y hasta hubo entre aquellos mozallones alguno que propuso pegar fuego a las casas de los dos vecinos que tenían trigo y no se lo daban a los pobres.

El resultado de todo esto fué que Juan y Teresa pidieron a sus padres encarecidamente que diesen a los pobres lo que para ellos reservaban, y tanto y tanto suplicaron que aquella misma noche el trigo se repartió entre las familias más necesitadas del pueblo, que colmaron de bendiciones a los dos viejos y a los dos jóvenes, que tan inmenso sacrificio hacían, quizá el de todo su porvenir.

Juan sacó en el sorteo el número 1, y no hubo más remedio, fué soldado.

II

Juan tenía un enemigo, pero un enemigo muy temible porque se fingía amigo.

Andrés, que así se llamaba el enemigo de Juan, era un mozo como un triquete, de mirada torva y pocas palabras, que solía pasarse horas enteras sin abrir la boca más que para bostezar, y sin levantar los ojos del suelo, donde debía habersele perdido algo, según el afán con que iba buscando siempre; solamente cuando pasaba cerca de Teresa, levantaba los ojos y fijaba una profunda siniestra mirada en el bellísimo semblante de la novia de Juan.

Teresa no conocía el amor ardiente, apasionado, rencoroso y terrible que se ocultaba en el pecho de

Andrés, y aunque no le era muy simpático que digamos el tal Andrés, le ponía buena cara porque era amigo de Juan, y éste le profesaba un verdadero amor fraternal.

Andrés también cayó soldado, y el día en que perdió su libertad por ocho años fué el único día que se le vió alegre, satisfecho, con la cabeza erguida, al mismo tiempo que los demás quintos volvían tristes al seno de sus familias, con la pena de separarse de la madre cariñosa, y del hermano querido, y con las incertidumbres de ocho años de una vida completamente desconocida para ellos. Andrés sabía que, siendo Juan soldado, no había de celebrarse la boda concertada, y bendecía la suerte que sujetaba al único hombre que había logrado interesar el corazón de la mujer que él deseaba ardientemente.

Nadie extrañó que Andrés recibiera con alegría la noticia de su nuevo destino, porque no tenía madre, ni padre, ni hermanos, y porque un tío con quien vivía era un viejo avaro, que siempre le había tratado con dureza y hasta con crueldad, y todos creían que ser soldado era para Andrés una fortuna, no sólo porque se vería libre de su tío, a quien poco o nada tenía que agradecer, sino porque con la vida militar, con el trato de sus compañeros de armas y con *ver mundo* sufriría notable y provechosa modificación su carácter encogido y sombrío.

Llegó el día en que los quintos del pueblo debían ser entregados en caja.

Aquel día Teresa lloró más que todos, — que todos lloraban aquel día, menos Andrés, que contemplando a Juan y a Teresa, era el único en cuyo rostro se pintaba la alegría y la satisfacción, — puso al cuello de Juan un escapulario de la Virgen del Carmen, y estrechando la mano de Andrés, suplicó a éste que fuese siempre amigo y hermano leal de su prometido, que pidiese servir en el mismo regimiento, y que no le abandonase nunca, si llegara a caer enfermo o si le herían en un combate.

La pobre niña no advirtió que la mano de Andrés ardía y temblaba en la suya, y no leyó en sus ojos una siniestra mirada de odio dirigida a Juan, que con la cabeza inclinada sobre el hombro de su anciano padre lloraba también, pensando quizá que acaso no volvería a besar aquellas venerables canas, ni a realizar los sueños de felicidad que pocos días antes le halagaban, cuando ya se creía dueño y esposo de su Teresa.

Las familias socorridas por los padres de Juan y Teresa conocieron entonces, al ver partir para el ejército a Juan, toda la abnegación del sacrificio hecho en su favor, y se avergonzaron de sus injurias sospechas y de haber encarecido la avaricia y el egoísmo de los desdichados padres de la infeliz pareja.

Sonaba el toque de ánimas cuando los diez soldados que el pueblo daba a la patria para su defensa salían al camino de Madrid, y abandonaban, quizá para siempre, el amado inolvidable lugar de su infancia, de sus alegrías y de sus amores.

Al oír la primera campanada del toque de ánimas todos se descubrieron, y se arrodillaron, pidiendo a Dios les acompañase con su protección y su misericordia en la vida de azares y peligros en que iban a entrar, y guardase la vida y la tranquilidad del padre anciano, de la afligida madre, de la hermana cándida y de la tierna amante.

Andrés fué el único que no rogó Dios por él ni por nadie, que no pudo esperar nada de Dios quien esclavo de viles miserables pasiones da abrigo en su alma al odio y a la envidia.

Y cuando cesó el toque de ánimas, pusieron en marcha los nuevos soldados, a quienes los soldados viejos que los acompañaban refirieron todos los episodios, todas las ventajas y todas las quebras del oficio, procurando distraer y alegrar a los pobres mozos, aunque no era aquella en verdad la ocasión más oportuna para que les pareciera la vida militar vida alegre, divertida y preferible a la sencilla y tranquila de la aldea.

Cuatro días después, los quintos hacían su entrada en Madrid, y eran incorporados a los regimientos, siéndolo a uno mismo Andrés y Juan, por el deseo que éste manifestó de no separarse de su amigo, de su hermano de la infancia.

III

Teresa, lo primero que hizo apenas perdió de vista a Juan, fué irse corriendo a casa a escribirle una carta, que en Madrid tenía un primo a quien dirigirla para que la entregara a su prometido.

Así es que lo primero que encontró Juan al llegar a Madrid fué el primo con la carta, y la carta con el primo.

La carta estaba mal, pésimamente escrita, pero perfectamente sentida, y había en ella más amor que en diez novelas juntas, con la diferencia de que era amor puro y verdadero.

Juan, con la alegría que le dió la carta, rió, lloró, abrazó a todos sus compañeros, y hasta al cabo que les había acompañado a Madrid, que era, Dios me perdone, bastante arrimado a la cola, y corrió a leerse la de la cruz a la fecha a su amigo Andrés, que algo extraño debió sentir en su espíritu, que se le puso el rostro de cien mil colores al oír las tiernas frases, y los sinceros juramentos de la carta, y descargó sobre Juan en una mirada el odio más profundo, y el más tenaz deseo de venganza.

Juan se hizo querer pronto de sus jefes y de sus compañeros, por su bondadoso carácter, por su facilidad para aprender todos los pasos, todos los ejercicios, y todos los manejos conocidos, por su limpieza, y por su apostura y gallardía, que no había uno a quien sentara mejor el uniforme y con más gracia se pusiera las prendas militares, y que más llamase la atención de las criadas, niñas, doncellas y demás individuos del *cuarto* que monopoliza desde hace mucho tiempo los sensibles corazones de los defensores de la patria.

Andrés era el reverso de la medalla; rebelde, torpe, descuidado, sucio y perezoso, había logrado en poco tiempo la antipatía de sus jefes y sus compañeros, y más de una vez había merecido reprensiones de los primeros; Juan, que se interesaba por él, y quería evitarle humillaciones y castigos, le aconsejaba y le predicaba sin cesar, y le limpiaba la ropa y el fusil, y hacía por él lo que un padre cariñoso haría por su hijo. Todos estos favores, en vez de dar por resultado la gratitud y la amistad, acrecentaban el odio que Andrés profesaba a Juan, odio voraz e inextinguible, que hacía de Andrés el más desdichado de los hombres, porque Andrés no dormía ni hallaba reposo ni alegría, y estaba en perpetua angustia al lado de aquel hombre cuya existencia era el obstáculo que el destino había puesto entre él y Teresa; y la situación de Andrés era tanto más horrible y desesperada, cuanto que el mismo a quien odiaba era el que más le amaba, el que con más afecto le trataba, el que con más abnegación y desinterés le servía, el que por él se desvelaba sin cesar, compadecido de la orfandad en que vivía el pobre Andrés, como él le llamaba, y deseoso de modificar aquel carácter sombrío y mal intencionado, que tanto daño podía hacerle en el mundo, y sobre todo en la vida militar a que la suerte le había destinado.

Y para modificar el carácter de Andrés, lo que hacía Juan era hablarle del amor que tenía a Teresa, amor que era para él un tesoro de felicidad y de esperanzas, y le enseñaba las cartas que la escribía, y las que él recibía de ella, y le aconsejaba que, siguiendo su ejemplo, amase también a alguna muchacha honrada y hacendosa, con la que se casaría en cumplimiento del tiempo del servicio, como él pensaba hacerlo apenas recibiera la codiciada licencia.

Y el odio de Andrés aumentaba cada vez más.

Pasaron años y llegó un día en que la patria agraviada encomendó a su ejército valiente su desagravio, y el regimiento de Juan y Andrés fue uno de los destinados a la honrosa empresa de combatir por el buen nombre español.

Juan no sintió miedo al pensar en los peligros a que iba a exponerse; lo que sintió fue el noble impulso de su corazón español, y el orgullo de ir a combatir por la patria, que era la de sus padres y la de la mujer amada.

Andrés, al contrario, sintió miedo de morir sin cumplir su venganza, miedo de no poder estorbar la felicidad de Teresa y Juan, si éste salía ileso de la campaña.

Ya pueden figurarse mis lectoras, que se lo figurarán mejor que mis lectores, qué efecto causaría la noticia de la guerra en el angustiado ánimo de Teresa. Tenía por indudable que en la guerra morirían todos los que en ella tomaban parte, y que no se daba por terminada hasta que no quedaba en pie un solo combatiente, ó mejor dicho, hasta que quedaba uno solo en pie porque un hombre solo no es fácil que haga la guerra, aunque algunos hay que solos, y sin necesidad de nadie, se la hacen a sí mismos.

¿Cómo se pondría la buena muchacha, cuando su padre y el de Juan, que podían ahogarlos con un caballo, tuvieron que hacer de tripas corazón, y teniendo como tenían traspasada el alma por la incertidumbre y el temor de los peligros a que iba a exponerse el pobre soldado, hubieron de dedicarse con todo empeño a consolarla y a evitar que la chica se volviera loca, que en riesgo de esta desgracia se hallaba, según todas las señales!

Pasados los primeros días, y habiendo hecho su

efecto los consuelos de los dos ancianos, y del cura, y del escribano y del médico, y después que pudo convencerse de que a la guerra van muchos y vuelven también de la guerra muchos de los que van, hizo la pobre niña infinidad de promesas a la Virgen, y le compró dos velas de cera, que el cura puso en el altar, y todos los días iba a pedir a la Santa Madre del Redentor que protegiera a su prometido, y le librara de los peligros de la campaña.

Al toque de ánimas se la veía cada tarde postrada ante la bella consoladora imagen, que ya recordaba el lector que al toque de ánimas salió del pueblo el enamorado Juan, el día que la suerte le llevó a la vida militar.

IV

Una noche, en uno de los primeros puertos de España, se embarcaba el regimiento de Juan y Andrés, al son de la música, y entre las más entusiastas aclamaciones de la población; que habían acudido a despedir a aquellos valientes, que iban a defender la honra de la patria.

Y dominando el ruido de las aclamaciones y el grato marcial sonido de la música del regimiento, se oía el triste toque de ánimas, que traía a la memoria de Juan el doloroso momento en que años antes estrechó por última vez la mano de su amada, y besó la venerable frente del anciano padre, y con lágrimas se despidió de la aldea, donde dejaba todas sus esperanzas de felicidad.

Y Andrés recordó también la tierna despedida de los dos amantes, y adivinó el pensamiento de Juan, y la esperanza que le animaba de que Dios había de protegerle en la campaña y permitirle volver un día a la aldea a unirse para siempre con su amada Teresa.

Iban uno al lado del otro, el uno tranquilo, casi alegre, con la conciencia de que iba a cumplir su deber, y de que en el mundo había un alma pura, que rogaba por él constantemente, y el otro temeroso y sombrío, solo en medio de sus compañeros, con su odio y su egoísmo, irritado de aquel entusiasmo, lleno de pavor a la idea de que una bala enemiga podía cortar el hilo de su existencia, aunque ésta era para él, desprovisto como estaba de toda afección noble y generosa, un martirio constante.

V

Ruda fue la campaña, y muchos de los valientes soldados españoles cayeron atravesados por traidoras balas enemigas.

Juan no se apartó un momento de Andrés, y fue siempre su más decidido protector, viéndose más de una vez en grave peligro por defender a su compañero y hermano, y encareciendo a toda hora el valor de Andrés delante de sus jefes y compañeros, é inventando acciones heroicas que Andrés no era capaz ni de comprender siquiera, de las que Juan decía haber sido testigo, cuando en el silencio de la noche velaban los dos en algún punto lejano del campo del ejército.

Y era tal la confianza que inspiraba Juan a sus jefes, y tal la fe que se daba a sus palabras, que, aun cuando todos habían creído hasta entonces que Andrés era un gallina de marca mayor, logró el cariñoso compañero de aquel hombre abandonado de Dios que se rectificase el juicio fundado en no pocas pruebas anteriores, y se tuviese a Andrés por un valiente, de lo que él mismo se asombraba, con lo cual el general no pudo menos de igualar en la recompensa a Juan y a Andrés, concediendo a los dos una cruz, que el primero agradeció sobremanera, no por él, sino por su hermano Andrés.

Y Andrés seguía odiando a Juan.

Alguna vez sentía como vergüenza de aquel odio, pero el demonio de la envidia, que es el demonio de más mala intención que puede haber, sin que los otros demonios la tengan tampoco buena, se había apoderado de Andrés, y como éste no rezaba, ni volvía jamás los ojos a Dios, aquel enemigo estaba como en su casa en el espíritu de Andrés, sin hallar fuerza mayor que destruyese sus malas artes y nefandos intentos.

Muchas veces, cuando se hallaban los dos en observación de los movimientos del enemigo en algún punto avanzado, y veía a Juan apoyado en su fusil, con los ojos fijos en el horizonte, y pensando sin duda en su amada Teresa, y en la felicidad que le esperaba cuando terminada la campaña pudiera volver al pueblo, y ver a su padre, y comprar un pedazo de tierra que labrar y no separarse nunca de Teresa; Andrés levantaba instintivamente el fusil, y llevaba la mano al gatillo, con la intención de dar muerte a Juan; pero un movimiento de éste, el leve rumor de algún reptil que se deslizaba por entre el musgo, una ráfaga de viento, su misma sombra le

hacían temblar, y la mano se le quedaba inmóvil, y Juan, que le veía muchas veces en esta actitud hostil, al mismo tiempo que cobarde, no imaginaba nunca la verdadera intención de Andrés, y sólo atribuía al miedo supino que sabía le dominaba aquel asombro y aquella postura, y se apresuraba a tranquilizarle, y a procurar infundirle un valor que no cabía en el alma ruin de aquel desdichado.

Iba a darse una batalla decisiva; ardía la noble sangre española en las venas de nuestros soldados; todos los cuerpos de ejército se disputaban la honra de formar la primera línea, y únicamente Andrés deseaba ardientemente ocupar el último puesto de la última retaguardia, y aun más atrás si pudiera ser, ya que el estado de su salud no le permitía quedarse en el hospital al cuidado de las Hermanas de la Caridad.

Juan aceptaba el peligro con ánimo tranquilo, confiado en la misericordia divina, y con la satisfacción de que si la suerte le era contraria moriría bendecido de Dios y sería eternamente llorado por todos los que habían conocido sus nobles prendas, y la patria no abandonaría a su anciano padre y éste cuidaría de Teresa, que tendría a orgullo haber sido amada de un valiente, y no cedería al halago de otro amor.

El regimiento de Juan y Andrés fue uno de los destinados al puesto de mayor peligro.

El enemigo se batía bien, y el choque fue terrible, sin que en algunas horas cesase ninguno de los contendientes; agotadas las municiones y estrechadas las distancias, trabóse uno de esos horribles combates al arma blanca, en los que no hay más arbitrio que matar ó morir, y en los que el que cae herido es pisoteado por los demás, y en los que se ejecutan los actos más crueles, y se ven cadáveres horriblemente mutilados y desfigurados, entre los que difícilmente reconocería una madre a sus hijos, ni la hermana al hermano, ni la esposa al esposo.

Juan cerró los ojos, se metió entre los enemigos, y encomendándose a la Santa patrona de su pueblo, se abrió paso, hiriendo y matando, en defensa de su vida y de la felicidad de Teresa.

Solo un milagro de la Santísima Virgen pudo librar a Juan de las armas enemigas; los soldados contrarios quisieron en vano destruir aquel poderoso enemigo, y muchos de ellos mordieron el polvo, atravesados por la bayoneta de Juan, manejada con sin igual destreza. Pronto se ensanchó el círculo en que se hallaba encerrado Juan; los soldados enemigos empezaron a creer que aquel hombre estaba dotado de un poder sobrenatural, y viendo muertos a sus jefes, huyeron cobardemente a la espesura de un bosque próximo, con ánimo tal vez de atraer allí al soldado español, y apoderarse de él. Pero Juan no los siguió; había visto caer el caballo en medio de algunos de sus adversarios al jefe de su regimiento, y allí voló a salvarlo, si Dios se lo permitía. Y le salvó en efecto, y sobre sus hombros le conduxo herido a sitio menos peligroso.

Esta acción valió a Juan que el mismo general estrechase afectuosamente su mano, y que sus compañeros le colmasen de bendiciones y le abrazasen tiernamente.

Y el enemigo emprendió la retirada, dejando el campo cubierto de los sangrientos despojos de la lucha.

Calmada la efervescencia del combate, Juan buscó en las diezmadras filas de su batallón a su compañero Andrés.

Andrés no estaba entre los soldados.

— ¿Habrá huido? se preguntó Juan, que conocía el poco ó ningún valor personal de su compañero. Pero su noble corazón rechazó al momento esta suposición. No le parecía posible, y no es posible en efecto que un soldado español, por miserable que sea, se atreva a volver la espalda al enemigo, cuando se halla entre sus compañeros que, llenos de amor patrio, y obedeciendo a la voz del honor, corren al combate a vencer ó a morir como buenos y leales.

— ¿Habrá sido herido? ¿habrá muerto? se preguntó después, y esta idea oprimió su corazón y llenó sus ojos de lágrimas, como si se tratara de su hermano, de su mismo padre.

Preguntó a los soldados que habían empezado a recoger heridos, a los médicos, a las Hermanas de la Caridad; pero en vano, porque nadie había visto a Andrés.

Con permiso de su jefe, y con una linterna en la mano, sin tomar alimento, ni un instante de reposo, salió Juan a recorrer el campo, resuelto a no volver sin haber hallado a su compañero, aunque para ello tuviera que correr mil peligros.

En el momento en que emprendía aquella nobilísima acción, los cornetas tocaban a la oración; era la misma hora en que habían salido juntos de su pueblo natal Andrés y Juan.

INVIERNO

Con lentitud los copos de la nieve
 Los troncos de los árboles blanquean,
 Y la tierra, atecida por los hielos,
 De trágica muerte es el emblema.
 El aura fresca es ciego que con nubes,
 No hay nubes azules y risueñas,
 Ni pájaros que alegren con sus trinos,
 Ni sol que anime las campañas muertas,
 Y al mirar á los niños vagabundos
 Flumo con honda compasión y pena
 Que es para el pobre el implacable invierno
 La estación del dolor y la miseria.

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

ESTILO GARCÍA

PRIMAVERA

Los prados, antes muertos, vida cobran;
 De esmeralda se adornan las praderas;
 Caman los risueños, y el sol rompe
 Del frío invierno la escarchada hiel.
 Todo á gozar conviela, auras templadas
 El calor de la vida doquier llevan;
 Brotan los limoseros y marañones,
 Entra en vida activa las abejas,
 Nubes rosadas tiñen el horizonte,
 Se visten de amarillo las palmeras,
 Y más alegre nos parece el cielo
 Y más hermosa la mansión terrena.

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

ESTILO GARCÍA



EL EVANGELISTA SAN JUAN.

Juan se arrodilló un momento, junto al cadáver yerto de uno de sus compañeros de armas, y rogó al Todopoderoso por su hermano Andrés.

Y en medio de las sombras de la noche, que triste y sombría, como lo es siempre después de un día empleado por los hombres en destruirse, tendía su fúnebre manto sobre aquel campo de horror, comenzó a reconocer los cadáveres uno por uno.

CARLOS FRONTERA.

(Se concluirá.)

EL CALDEO DEL HOGAR

(Continúa.)

ESTUFA ECONÓMICA

QUÉ PONDAMOS, en primer lugar, en dar a conocer a las familias el medio más económico de calentar por igual las piezas que ocupen, necesariamente habremos de prescindir de la ostentación, ateniéndonos, sin con-

sideración de ningún género, a lo más conveniente para conseguir el objeto deseado con el menor gasto posible. Bajo esta hipótesis, en la estufa nos habremos de fijar primero en si el orden que hemos de seguir consiste en empezar por lo más económico para terminar en lo menos, ó sea en lo de lujo. El fundamento de este orden consiste en que, comparando la chimenea con la estufa, lo mismo en el estado en que hoy se hallan que modificados hasta la perfección ambos aparatos, siempre resultará que la primera cuesta más y caldea menos que la segunda; luego de ésta trataremos primero, si por lo más económico hemos de empezar.

Suponiendo ya la casa preparada con las comunicaciones superiores, veamos en dónde y cómo establecemos la estufa única que ha de proporcionar el caldeo de todo el hogar doméstico. Según hemos indicado, hacia el centro de la habitación, si es posible, elegiremos cualquier pieza en donde poder construir un recinto ó tambor de un metro á 1,50 metros cuadrados de planta, como generalmente se hace para un excusado. Este recinto va á constituir el calorífero, y por tanto, allí estableceremos

la estufa con su tubo en espiral ceñido á las cuatro paredes desde encima de la puerta hasta el techo, pudiendo tener así un buen desarrollo, según conviene para sacar el mejor partido del calórico desarrollado por el combustible, sin pasar de seis ó ocho metros en su parte tendida hasta tomar la dirección hacia el tejado.

Este recinto no necesita tener puerta, sino una cortina que no llegue al suelo, dejando por abajo una altura de 40 centímetros libres para la entrada del aire frío. La salida del aire caliente tendrá lugar por las comunicaciones superiores en los cuatro costados, si está rodeado de habitaciones para facilitar todo lo posible la libre circulación del aire.

El tubo, después de marchar por dentro del recinto, como hemos dicho, saldrá al patio más próximo si el piso ó los pisos superiores no sufren igual preparación, que sería lo más conveniente. En este caso, colocando todos los caloríferos á plomo, lo mejor es que el tubo suba verticalmente por dentro de los caloríferos superiores, hasta salir al tejado. Esta disposición de la salida de humos ofrece cuatro ventajas dignas de tenerse en cuenta:

1.ª No hay necesidad de aproximarse a ningún patio al elegir el sitio del calorífero.

2.ª Sabiendo el tubo hasta el tejado por dentro del edificio, no sufrirá el enfriamiento que en el patio, en donde el calor es completamente perdido.

3.ª Ese calor, que en el patio es perdido, se aprovecha en los caloríferos superiores, y como dentro de éstos ha de estar más abrigado, conservará el tubo mucho mejor el calor necesario para producir el tiro, lo cual indica que necesitará emplearse menos cantidad de combustible para conseguir el mismo efecto.

4.ª Sabiendo los conductos de humo por lo interior de la casa, el tambor que los protege, al pasar por los sobabancos, puede servir de calorífero a éstos, cuyos vecinos disfrutarán del caldeo, *sin gastar alguno*, en su morada, disponiendo entrada baja y salida alta al aire en dicho tambor, y las aberturas superiores en todas las piezas.

Esta última circunstancia viene a confirmar lo que dijimos sobre el cambio que ha de sufrir el caldeo en general; pues mientras hoy se gasta el dinero sin conseguir el abrigo deseado, llegará el día, para algunas familias, de poder vivir abrigadas y *sin gastar alguno*.

En habitaciones de reducido número de piezas, ninguna necesidad hay de crear un recinto especial para la estufa, bastando colocarla donde menos estorbe, y con ayuda de las comunicaciones superiores se caldearán todas las piezas.

Si, por el contrario, la habitación es muy grande, exigiendo que el aire vaya demasiado lejos, podrán establecerse dos estufas para compartir entre ambas el caldeo total.

La estufa puede ser medio exclusivo ó auxiliar, según que se acuerde poner una ó dos estufas, ó una chimenea en la sala y una estufa, para completar el caldeo en el resto de la casa. En fin, son tantos y tan variados los casos prácticos, que necesariamente ha de quedar la elección á juicio del arquitecto encargado de preparar la casa, según las condiciones especiales de ésta y de las familias que la han de habitar. No es posible, ni hace falta tampoco, establecer reglas fijas para anticipar la elección.

CHIMENEA ECONÓMICA

Este primer modelo de chimenea, que con gran economía ha de proporcionar el caldeo y ventilación del hogar doméstico, abarca todo lo referente á la de lujo, ó más bien, esta segunda será del mismo modelo, con algunas imperfecciones económicas en pro de la ostentación; de modo que, explicada detalladamente la primera, tendremos casi todo el camino andado para después, y en pocas palabras decir en qué consiste la de lujo.

El nuevo y económico sistema de caldeo que nos ocupa abarca varias cuestiones de muy distinta índole, requiriendo tratarlas separadamente, y una vez conocidas, fácilmente se deducirá el conjunto armónico necesario á nuestros fines. Preciso es que hablemos del *hogar* para conocerlo á fondo antes de emplearlo. Este hogar necesita alimentarse de combustible, y por lo tanto, no podemos prescindir de estudiar el mejor modo de disponer la *toma de aire*. Habremos de hablar también del máximo aprovechamiento del calórico, para lo cual hay que ver de aumentar todo lo posible la *superficie de caldeo*. Nos ocuparemos también en la *ventilación* desde los dos aspectos distintos, é igualmente importantes, de ventilación y saneamiento del aire. Haremos, además, una reseña de las *condiciones generales de la casa*, y, por último, veremos cuáles son las inmediatas consecuencias del sistema que proponemos, con relación á los diferentes habitantes de una población que viven en vecindad, ó sean las *ventajas colectivas*.

Tenemos en cuenta lo ocioso que sería alargar considerablemente el presente escrito con cálculos numéricos, en razón á que para los profanos son inútiles; y con respecto á los facultativos, les basta y sobra el conocer la disposición general del sistema para adaptarlo cumplidamente á los casos prácticos que se les presente. Hecha esta advertencia, demos principio á nuestro estudio sobre los diferentes puntos ya enunciados.

Hogar.—Al establecer un hogar, preciso es, ante todo, tener en cuenta la clase de combustible de que se dispone, por cuanto cada uno tiene condiciones distintas de los demás, y por lo tanto, en armonía con las mismas han de estar las del hogar. Como nos referimos principalmente á Madrid, y además tratamos de economizar todo lo posible el coste, el combustible indicado para nuestro fin es el *cok*. Cualquiera otro que aquí empleemos resultará más costoso, si, por ejemplo, es la hulla, y todavía con mayor razón si se gasta leña de olivo ó de encina. Habiendo indicado nuestro propósito

de tratar del segundo modelo de chimenea, la de *lujo*, que ya no será tan económica como la presente, allí hablaremos de los demás combustibles, y así quedará explicado lo que se ha de hacer en las localidades desprovistas de *cok* barato.

En armonía con la extensión de la habitación que se trata de caldear ha de estar el tamaño del hogar, por lo cual hará falta disponer de varios tipos para aplicar cada uno donde convenga. Si es pequeño para las necesidades locales, será insuficiente, y si, por el contrario, es demasiado grande, habrá desperdicio de combustible y no se satisfará, por tanto, á la economía que buscamos.

Proponiéndonos aprovechar el calórico todo lo posible, sabiendo lo mal que el aire se caldea por radiación, habremos de procurar que dicha operación se efectúe por contacto del aire contra la superficie caldeada. Para esto es preciso que construyamos nuestro hogar ya con el propósito de transmitir el calórico lo mejor posible, y para tal fin, sólo los hogares metálicos, ó sea de hierro fundido, habremos de emplear, con *exclusión completa de los de barro*, por lo imperfectamente que estos últimos transmiten el calor á través de su masa.

Para aprovechar todo lo posible el calórico producido por el *cok*, habremos de utilizar primero todo su calor irradiado en superficie caldeada directamente, y después, con objeto de que los conductos de humo nos faciliten el mismo propósito, lo que nos importa es que los gases vayan á la mayor temperatura posible. Para conseguir esto no hay más que un medio, que consiste en hacer que *toda el aire pase por la masa de combustible*, ó lo que es lo mismo, que el hogar ha de ir provisto de trampillas *para sólo abrirlos al añadir cok*. Si las dejamos abiertas, en seguida se enfrían los conductos de humo, y ya no hay medio de aprovechar bien el calor, por marcharse con la gran corriente de aire que se establece. Este es el principal cuidado que han de tener los vecinos que quieren caldear su habitación con economía, *tener el hogar siempre cerrado*, y, como hemos dicho, no abrir sino lo estrictamente necesario para echar carbón. Otro grave defecto de la chimenea común, y del que no hemos hablado, estriba precisamente en esto que nos ocupa: la corriente de aire que sin pasar por el fuego se marcha enfriada al conducto de humo, y aunque tratáramos de utilizar su calor, lo conseguiríamos muy reducidamente. En vista de nuestra terminante prescripción de *tener siempre cerrado el hogar*, podrá objetársenos que no se va á ver el fuego. Es cierto; pero lo es también que el ver arder el combustible *cuesta muy caro*, y por tanto, este gusto lo dejamos para el que consienta en pagarlo, pudiendo entonces emplear la chimenea de lujo, si tan indiferente le es la economía. Después de todo, no es más que un tonto capricho el ver ó no ver el fuego; con tal de que la habitación se ponga á un temple delicioso, poco importa que la chimenea esté triste ó alegre, del mismo modo que poco nos importa verla apagada en el verano. En fin, en la imposibilidad de establecer un centinela en cada chimenea, para que la tengan siempre cerrada, llegamos hasta donde podemos llegar, que es á demostrar lo costoso que resulta el ver el fuego; y ya á sabiendas, cada uno es dueño de disponer de su bolsillo. Si el hogar ha de permanecer cerrado, se nos podrá decir también que es más estufa que chimenea lo que proponemos. Tampoco es estufa: es chimenea en la apariencia por su embocadura; pero en rigor es *el calorífero al alcance de los que hoy no pueden aspirar á él*. Lo que menos importa es el nombre: lo esencial es nuestro intento de proporcionar un sistema de caldeo que reúna todas las ventajas, y algo más que las conocidas, y ninguno de sus inconvenientes.

Disponiendo el hogar de modo que todo el aire llamado por el tiro pase por el combustible, la combustión se activa; y como no es conveniente precipitarla demasiado, por cuanto nos ocasionaría gasto superfluo, hemos de proveer de *registro* la salida de humos del hogar; y teniendo en cuenta las inexpertas manos que lo han de manejar, convendrá que nunca pueda cerrarse del todo, sino que su máximo cierre todavía deje paso á los gases de la combustión. Es decir, que se abrirá para el momento de encender y después se cerrará casi del todo, contando con que siempre deja paso á los gases procedentes de una *combustión lenta*, á la que *debemos aspirar*.

La propagación del calor del hogar nos ha de proporcionar el caldeo al aire por su frente y por su respaldo. Siempre que el hogar propiamente dicho sea de hierro fundido y forme un cuerpo con la plancha que ha de llenar todo el hueco de la embocadura de mármol, tendremos entonces que el aire de la habitación, á su contacto con esta plancha y con las puercillas del hogar, se estará caldeando constantemente, constituyendo el *caldeo*

anterior. Respecto al *caldeo posterior*, ó sea lo que el respaldo de la plancha de embocadura y el del hogar nos ha de ayudar á obtener en el aire, que haremos circular por dicho sitio, es grande, ya que se puede aumentar mucho la superficie de caldeo del modo siguiente. Tanto para la chapa de embocadura como para el hogar, dispondremos el modelo cruzado de nervios *verticales* de 8 ó 10 centímetros de ancho, de todo lo largo de la plancha y del hogar, delgados y próximos cuanto más mejor para aumentar su número. De este modo, como los citados nervios forman un cuerpo con el hogar y la plancha, se calentarán perfectamente por lo bien que el metal transmite el calor, y así tendremos aumentada considerablemente la superficie de caldeo del hogar, por el respaldo que se ha de hallar en lo interior de nuestro calorífero doméstico.

ANTONIO MONTENEGRO.

(Se continuará.)

LA PROCESIÓN DE SANTA MADRONA

CONTINUACIÓN DE LA PRIMERA.

A la noble Barcelona
ja que deu rosi ha portat
D'alta patrona
Santa Madrona
Protegiu nostra ciutat.

(Música: JACINTO VERNADIER,
Barquero de Santa Madrona.)



La antigua Barcelona tenía mucha devoción á sus santos patronos; aun lo atestiguan los nombres de sus calles, pues no contenta con poner bajo la protección de sus patronos las calles de la vieja ciudad, los repite en el barrio marítimo de la Barceloneta. Ningún hijo de la ciudad condal dejaba de asistir á la Catedral el día de Santa Eulalia, de visitar el cuerpo santo de San Olegario el día 6 de Marzo, de rogar ante las reliquias de San Paciano el día 9 del mismo mes y de visitar la iglesia en donde se guardaba el cuerpo de Santa Madrona el 15 de Marzo. En este día tenía además lugar en Barcelona una fiesta popular dedicada á la segunda patrona de la ciudad, fiesta tanto ó más popular que la de su patrona y compatriota Santa Eulalia.

Un prodigio trajo á nuestro puerto el cuerpo de Santa Madrona, y tanto la hemos querido los barceloneses que la concedimos carta de naturaleza en nuestra patria. La tradición nos dice que la humilde esclava de Tesalónica fué hija de Barcelona, cosa que no disputaré á nadie; pero que á fuer de barcelonesa y devoto de la Santa, me complazco en creerlo. Mas, cosa rara! mientras que Santa Eulalia siempre ha tenido en nuestra ciudad templos magníficos dedicados á su nombre, como lo son nuestra Catedral y Santa Eulalia del Campo, dedicado este último más tarde á Santa Eulalia de Mérida y derribado en 1715, Santa Madrona no tuvo más que una pobre capilla que después se trocó en convento de capuchinos en la montaña de Montjuich, en el lugar en donde se desembarcó el cuerpo santo de la virgen mártir; convento é iglesia que trasladóse después á la Rambla de Barcelona, y posteriormente á la calle de Fernando VII, siendo todas estas iglesias como pertenecientes á los PP. Capuchinos, iglesias pobres.

Sin embargo, á pesar de lo dicho, era antes de 1835 la fiesta de Santa Madrona una de las más populares de nuestra ciudad.

Ha pasado más de medio siglo y aun me parece verlo.

En la iglesia de Capuchinos dedicada á Santa Madrona, en donde se guardaba el cuerpo santo en su altar mayor, se celebraba la fiesta de la Santa esclava y á ella asistía el Ayuntamiento como heredero de los venerables Concelleres, á quienes pertenecían las santas reliquias, y concluidos los divinos oficios salía de la iglesia una procesión en la cual era llevado en andas, bajo palio, el cuerpo santo de nuestra Compatriota, sosteniendo las varas los individuos del Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad en nombre de Barcelona entera, acompañando la procesión el Excmo. Cabildo Catedral. Esta procesión era diferente de todas las que se celebraban en nuestra ciudad.

No se componía de hombres y niños con velas ó blandones, ni en hábitos de penitencia; formabanla toda niños y niñas, éstas en su mayor número, pero todos, en lugar de sus trajes ordinarios, vestían el sayal de peregrino; los ricos ostentaban valiosas joyas, los pobres vestían humildemente, interpolando con los niños hermosas niñas vestidas á la antigua romana, sosteniendo en sus manos un buque y una palma, coronadas de rosas, simbolizando á la santa

patrona de nuestra ciudad. ¿Por qué vestir á las niñas y niños de peregrino? Esto no he podido averiguarlo nunca, sólo sé que el pueblo sencillo decía que en tiempos remotos muchos venían de lejanas tierras peregrinando para visitar en nuestra ciudad el sagrado cuerpo de Santa Madrona.

La procesión era larga, contándose á centenares los pequeños peregrinos, y en particular los hijos del pueblo eran los que figuraban en mayoría. Eran de ver las alhajas que las niñas y niños lucían, porque la madre que no las tenía las pedía prestadas.

Santa Madrona es la patrona de los pobres de nuestra ciudad; pues ella fué una infeliz esclava y los pobres hacían que sus hijos acompañasen el cuerpo santo.

Ninguna procesión era más pintoresca ni más popular. Al pasar las reliquias de la virgen mártir todo el mundo se hincaba de rodillas, y las personas más devotas besaban el suelo.

Hoy todo ha cambiado.

El funesto viento de la libertad arrojó de su morada á los Padres Capuchinos, convirtiendo el solar de su convento en lo que se llama Plaza Real, y el cuerpo santo de nuestra patrona, después de haberse salvado por milagro de los horrores de la revolución, ha recorrido la mayor parte de las iglesias de Barcelona en busca de albergue. Por fin, se levanta hoy una parroquia á la falda de la montaña de Montjuich, en donde milagrosamente desembarcó en el siglo x el cuerpo santo. Pero esta iglesia, como todas las que desde remotos tiempos estuvieron dedicadas á la Santa, es pobre también, y además situada en un barrio pobre.

La humilde esclava huye del fausto y se complace en habitar entre los pobres.

Sin embargo, Barcelona la ama, y el 15 de Marzo todas las clases de nuestra sociedad visitarán al cuerpo santo de la pobre esclava. Ningún católico barcelonés deja de amarla. Conservan aún en la iglesia provisional, á la cual ha de sustituir la parroquia que se está levantando, el hermoso cuadro que formaba el altar mayor de los Capuchinos, en el cual se ve á Santa Madrona que desde el cielo mira á nuestra ciudad, mientras que el Conceller, en cap de la misma, ofrece á nuestra Patrona, puestos en un azafate de oro, los corazones de los hijos de Barcelona.

Esta pintura es hermosa, siendo fiel testimonio de la fe de nuestros mayores.

Cuando las reliquias de la Santa estén colocadas en el nuevo templo que Barcelona levantó en su obsequio, esperamos que volverá á reanudarse la costumbre de la antigua procesión. ¿Volverán los hijos del pueblo barcelonés á obsequiar á su santa Patrona?

¿Veremos aquella multitud de niños y niñas vestidos de peregrinos, luciendo valiosas alhajas, acompañando al cuerpo santo?

¿Volverán los descendientes de los Concelleres á sostener las varas del palio que cobija los restos de la pobre esclava?

¿Se oirá retronar el cañón del castillo de Montjuich, como más antiguamente sucedía, al salir del templo las santas reliquias saludadas por el repique de campanas de la mayor parte de los templos de Barcelona?

¿Sucederá esto, Dios mío?

No podemos decirlo.

Hoy la esclava de Tesalónica ve desde el cielo cómo su patria adoptiva la levanta un templo ante las casas do se albergan sus queridos hermanos, los pobres, en el llamado *Poble Sec*.

Si un día nuestro pueblo, despreciando á esos corifeos de la impiedad que tantas promesas le han hecho sin cumplirlas ninguna, arrojara las malas lecturas de papeluchos callejeros y relegara á los autores de éstos en el lugar que les corresponde, recurriendo al verdadero remedio de sus males, que es nuestra santa Religión, entonces se acordarán de su santa hermana, la pobre hija del pueblo; á ella acudirán en sus necesidades, y el día 15 de Marzo, fiesta de Santa Madrona, vestirán á sus hijas y á sus hijos de peregrinos y acompañarán en la procesión el cuerpo santo, presididos por nuestro Excmo. Ayuntamiento y Cabildo Catedral entre los gritos de júbilo, el repique del bronce sagrado y el estampido del cañón del castillo de Montjuich, y recordará la ciudad entera el regalo que la hizo el cielo trayéndole desde Grecia el cuerpo de su santa Patrona.

FRANCISCO DE PAULA CAPELLA.

(De El Correo Catalán.)

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

CIRCULAR DEL EXCMO. E ILMO. SR. ARZOBISPO DE VALLADOLID, SOBRE EL JUBILEO SACERDOTAL DEL PAPA LEÓN XIII.

Venerables hermanos y amados hijos: Hace dos meses levantamos nuestra voz, y en unión con nuestros Venerables Hermanos los miembros todos del Episcopado español, protestamos públicamente contra los desafueros de que es objeto el Vicario de Cristo en la tierra, y los viles ultrajes é insultos con que tratan de amargar más y más la venerable ancianidad de nuestro Santísimo Padre León XIII hombres afiliados á sectas tenebrosas, poseídas de odio satánico contra la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo.

Hicimos pública en el *Boletín Eclesiástico* la protesta, para que os asociaseis de corazón á ella como hijos fieles á quienes hiere el que ofende á su Padre, y sabedores de las tribulaciones de éste le procuraseis consuelos del cielo con vuestras fervorosas plegarias, y auxilios de la tierra con el óbolo de la caridad filial, y con el testimonio público y constante de vuestra fidelísima adhesión.

Estos mismos sentimientos nos proponemos excitar hoy en vosotros, pero con un motivo de cristiana y piadosa satisfacción. En el último día de este año se cumplen los cincuenta de la ordenación sacerdotal del gran Pontífice. En todo el mundo se preparan los hijos de la Iglesia católica á celebrar santamente el Jubileo Sacerdotal, las *Bodas de Oro* del sapientísimo León XIII. Hijos suyos nos llamamos y somos: asociémonos, pues, con toda nuestra alma á los miembros todos de la gran familia católica en esta demostración de fe y de amor, y no haya uno sólo que deje de acudir al llamamiento. Mientras hijos ingratos causan al paternal corazón de Su Santidad tantas amarguras, es muy justo que los hijos fieles no pierdan ocasión de aliviar sus penas y darle motivos de consuelo.

Ved lo que en carta circular dirigida á todos los Prelados católicos nos dice el Emmo. Cardenal Schiaffino, Presidente honorario de la Junta organizadora de esta gran manifestación católica:

«Excmo. é Ilmo. Señor:

«Elegido para la Presidencia honoraria de la Comisión establecida con el objeto de festejar el Jubileo Sacerdotal de Su Santidad el Papa León XIII, he creído conveniente dirigirme á V. E. I. para comunicarle la elección que se ha hecho de mí humilde persona, sin otro mérito mío que el conocido filial afecto que profeso al glorioso Pontífice; y para suplicar ardientemente á V. E. I. que se digne, con todas las fuerzas de su celo pastoral y de su afecto al Pontífice y á la Iglesia, prestar su valioso concurso á la obra felizmente iniciada.

«Al conocido talento de V. E. I. no puede ocultarse que, en esta ocasión, el testimonio de amor filial y de gratitud al Sumo Pontífice por las obras gloriosamente cumplidas tiene una significación que me atrevo á decirlo, va más allá de la augusta persona á quien se dirige.

«Se trata de mostrar á aquellos de nuestros hermanos extraviados que afectan creer que la fe es vencida y casi apagada por los golpes de la incredulidad cuán vigorosa está, muy al contrario, y cuán llena de vida: se trata de presentar á la sociedad, dividida en partidos enemistados entre sí, esa otra sociedad católica que, animada por el espíritu del Señor, encuentra en la Cátedra de San Pedro y en el magisterio del Vicario de Jesucristo una maravillosa unidad de entendimiento y de corazón.

«Desea la Comisión promovedora, y lo mismo creemos de todos los católicos, que, en el faustísimo día del Jubileo Sacerdotal del Papa, esos dos hechos de la poderosa vitalidad de la fe y de la unión íntima de los fieles tomen forma sensible en las señales de afecto que los católicos del mundo entero vendrán á depositar á los pies del Padre venerado de las almas y del moderador de sus conciencias.

«Todas las diócesis, todas las provincias, todas las naciones, reunidas en torno de la Cátedra Vaticana, han de mantener clara y distinta su personalidad; pero es necesario que sobre esa muchedumbre vean todos cernirse el espíritu de Dios, y que lleve el voto y la promesa de Jesucristo: *Sint unum... Ecce ego vobiscum sum*.

«Esta manifestación es tan alta, tan conforme al espíritu cristiano, y por otra parte, salva tan eficazmente los justos derechos y los deseos de todos, que la Comisión promovedora no puede en modo alguno dudar que V. E. I. empleará todo su celo para que resulte siempre más espléndida, constitu-

yendo Juntas que atiendan á su preparación y organización.

«Y cuanto más expedita sea la obra que V. E. I. se esfuerce en promover, tanto mejor asegurado verá el buen orden y la recta disposición, que en semejantes casos no es pequeña la parte que le cabe en el buen resultado de la empresa.

«Aprovecho gustoso esta ocasión para besarle rendidamente las manos y ofrecerme de V. E. I.

«Roma, 14 de Noviembre de 1886. — Humílimo siervo, D. P. M. Cardenal Schiaffino.»

A esta invitación responden las naciones todas con entusiasmo que crece á medida que se acerca el gran día, y ese movimiento general del pueblo católico ofrece un espectáculo grandioso y significativo. Es una prueba evidente de que su fe no está vencida, ni siquiera amortiguada por los satánicos esfuerzos de la incrédula impiedad, sino que por el contrario, cuanto más se la combate, más viva y vigorosa se ostenta. Como en otras naciones, y más que en ellas vive la fe en España, y se prepara á ocupar su puesto de honor en la ocasión presente. Castilla no quedará atrás; estamos seguros de ello.

¿Qué hemos de hacer, preguntará acaso; qué hemos de hacer por el Papa, por cuya conservación bendecimos á Dios, cuyas tribulaciones nos afligen, cuya libertad y triunfo deseamos con toda nuestra alma? Escuchad la respuesta...

«He aquí la pregunta que todo buen católico se dirige á sí mismo particularmente en estos momentos en que la augusta y veneranda cabeza de la Iglesia católica se halla acibarada por tantos males como oprimen á la sociedad, y tantos daños como se han acarreado á la mística Esposa de Jesucristo, por la encarnizada guerra que se levanta de todas partes por desnaturalizados hijos ó poderosos perseguidores.

Haced esta pregunta particularmente los que animados de vivo espíritu de fe y de sincero amor á Dios, á su Iglesia y á su Vicario, con todo sienten la obligación de hacer cuanto deben y cuanto pueden, acordándose oportunamente de que cuando la Iglesia está atacada y el Papa combatido, todo fiel cristiano es y debe ser soldado para pelear energicamente las santas batallas del Señor.

Se ha dado ya la respuesta á esta importantísima pregunta y los hechos y los acontecimientos que se han verificado y que se están preparando para el porvenir la vuelven más clara, más completa y más evidente, por cuanto con facilidad se comprende por cada uno que no basta deplorar el mal y declamar estérilmente haciendo votos por el próximo triunfo de la justicia, de la verdad, del derecho, de la Iglesia y del Pontificado, sino que es indispensable que á este trabajo de defensa de la Iglesia conculcada y oprimida y del Pontificado vilipendiado y hostilizado, concurran según sus propias fuerzas todos los que con la unión del santo Crisma en sus frentes fueron hechos campeones y soldados de Cristo.

Por el Papa, pues, pueden hacerse cuatro cosas importantísimas y eficacísimas, que son las siguientes:

I. Orar. — II. Dar. — III. Hablar. — IV. Trabajar. Examinemos brevemente uno á uno estos medios de acción por la Iglesia y por el Papa.

I. ORAR. — La oración es el arma principalísima, más formidable y poderosa del creyente católico. Nuestro Divino Redentor la ha enseñado y fortalecido el mismo, y muchas veces ha dicho que el hombre y el cristiano obtienen sólo con la oración todos los bienes y pueden librarse de todos los males.

Con la oración el hombre se pone en comunicación directa con Dios, y le presenta sus súplicas y le expone sus necesidades en aquella forma sublime y en aquel lenguaje casi celestial y sobrehumano al que no resiste mucho tiempo la misericordia divina.

Donoso Cortés ha dicho que si hubiera una sola hora sin oración, sería la última del mundo.

Es necesario, pues, orar, orar bastante, orar fervorosamente por la Iglesia y por el Papa, para que Dios conceda á entrambos gracias especiales y abrevie para ellos y para nosotros el tiempo de la prueba y de la tribulación.

II. DAR. — No sólo se debe orar por la Iglesia y por el Papa sino que también se debe dar.

Pero ¿qué debe darse?

Ante todo debe darse aquello de que el Jefe de los fieles tiene mayor necesidad.

En estos tiempos el Romano Pontífice ha sido despojado de todos sus bienes, de todo su derecho, de todas sus rentas. Es pobre, santamente pobre y en su augusta pobreza desprecia y rechaza los subsidios de sus enemigos y despojadores, como no busca ni quiere para esto la ayuda de los poderosos del siglo y de la tierra. Se entrega completamente al amor de sus hijos, acepta con reconocimiento el óbolo de la caridad cristiana, como el Divino Re-

dentor recibió con gozo el óbolo de la pobre viuda y del menesteroso.

Con el *Dinero de San Pedro* subvenimos á nuestro común Padre é impedimos que extienda la mano á quien le hiere y oprime, y salvamos así el último baluarte de su libertad é independencia que sus enemigos nunca le podrán arrebatar, mientras sus hijos cumplan el santo deber de socorrerle y aliviarle.

Con esto le proporcionamos ocasión de satisfacer de algún modo la ardiente caridad que anima su corazón generoso y paternal, puesto que el dinero de San Pedro puede llamarse en verdad el dinero del pobre y del desamparado. Lo hemos visto no hace mucho al anuncio de la tremenda catástrofe que ha llevado la desolación y la muerte á la isla de Ischia; el primero que ha enviado allí socorros y auxilios fué el Santo Padre León XIII: lo hemos visto en el terrible azote que atacó á Marsella, Tolón, Nápoles, que invadió la España y aflige ahora á la pobre Palermo, y lo vemos en toda pública calamidad. León XIII en medio de la grave estrechez en que se halla no oye más que la voz de su inagotable amor para quien está herido por la desventura y el dolor.

III. **HABLAR.** — Todo lo que tenemos se nos ha dado para que lo usemos en servicio de Dios, de la Iglesia y del Papa.

El que no puede dar, que hable altamente y en todas partes del Papa; que proclame su suprema dignidad, que reivindique sus conculcados derechos, y con la palabra, por escrito, con la pluma, con la imprenta, haga comprender á todos cuán sacrosantos é imprescriptibles son sus derechos, cuánto ayuda su influencia moral para el bien de la sociedad, cómo solo el Pontificado sabe, puede y quiere dar al hombre y á los pueblos, á la familia y á las naciones, con el bien supremo del alma y del corazón, la paz y tranquilidad posibles en este miserable valle de lágrimas y de dolor.

IV. **TRABAJAR.** — El que no puede dar, el que no puede hablar por el Papa, siempre podrá orar, y aun trabajar y trabajar eficazmente por la santa causa de la Iglesia y del Pontificado.

Se trabaja por el Papa, tanto viviendo cristianamente, cuanto obrando públicamente en su favor con los medios humanos civiles y sociales que siempre están á disposición de los católicos.

Así trabaja por el Papa quien con celo y con premura favorece y difunde la prensa católica, quien se emplea con actividad y con constancia en las obras de las asociaciones católicas, quien hace no solo todo lo que está ordenado por el Papa, sino todo lo que éste desea, y omite todo lo que éste condena y reprueba.

Para que esto se haga especialmente con motivo de los festejos por el Jubileo Sacerdotal del Papa León XIII, la *Comisión promovedora* de ellos propone como más propias para celebrar este glorioso aniversario las obras siguientes:

1.ª Una *santa alianza de oraciones* para alcanzar de Dios el triunfo de la Iglesia, la libertad é independencia de la Silla Apostólica y la conservación del Sumo Pontífice León XIII.

2.ª Una *Exposición Vaticana* de obras de la industria y el arte cristiano, especialmente de objetos destinados al culto católico, ofrecidos en obsequio á S. S., que los distribuirá entre las iglesias pobres.

3.ª Una *colecta* que, como limosna de la Misa que celebre en el memorable día de sus *Bodas de Oro*, se entregará al Santo Padre para alivio de las necesidades de su augusto ministerio.

4.ª *Peregrinaciones* al sepulcro de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo en el Vaticano.

La primera de estas obras sólo exige que seamos ricos de fe y de amor, aunque seamos muy pobres de bienes terrenos. Oremos, oremos sin intermisión, oremos con fervor, purificando nuestras almas en el Sacramento de la Penitencia, y uniéndonos por medio de la sagrada comunión al Corazón divino de Jesús, por quien lleguen al Padre nuestras plegarias, y desciendan sobre el Sumo Pontífice, sobre la Iglesia toda y sobre nosotros tesoros de gracia y de fortaleza incontrastable.

La segunda y la tercera están también al alcance de todos, ya que reunidas pequeñas ofrendas pueden formar un donativo considerable. Pobre es la generalidad de los fieles de la Diócesis, pero la ofrenda se mide más por el afecto con que se hace que por el valor que representa. No se trata de competencias en lo material, sino de no dejarnos vencer de otro alguno en la sinceridad del afecto con que en la medida de nuestras fuerzas contribuyamos al alivio de las necesidades de nuestro Padre.

Consuelo especial tendríamos si lográsemos presentarnos á él en sus Bodas de Oro acompañados de numerosa peregrinación de fieles de nuestra amada Diócesis, y no renunciásemos á la esperanza de lograr esta satisfacción.

A fin, pues, de que se organice en la Diócesis la manifestación propuesta y se desenvuelva ordenadamente el plan anunciado, los Párrocos en cada localidad leerán esta Circular á los fieles en el primer día festivo. Constituirán comisiones que se ocupen en esta santa obra, dando conocimiento á nuestra Secretaría de Cámara de las personas que las formen, para ponerlas en comunicación con la Junta diocesana que bajo nuestra presidencia dirigirá en esta capital los trabajos de las comisiones.

Valladolid 13 de Febrero de 1887. — BENITO, *Arzobispo de Valladolid*.

El Sr. Obispo de Palencia ha publicado la siguiente exhortación:

Al Venerable Clero y amados fieles de esta Diócesis: En el día 31 de Diciembre del presente año se cumplirá el quincuagésimo aniversario de la ordenación sacerdotal de Nuestro Santísimo Padre el Sumo Pontífice León XIII, y en la expectación de este feliz suceso los fieles de todo el Orbe se están preparando para celebrar tan fausto acontecimiento.

En medio de las tribulaciones que afligen á la Iglesia es un espectáculo verdaderamente consolador ver el entusiasmo con que el mundo católico se dispone á manifestar sus sentimientos de amor, veneración é inquebrantable adhesión al Vicario de Jesucristo en la tierra. Esta demostración de filial afecto, al paso que llenará de consuelo el corazón atribulado de nuestro amantísimo Padre, es una prueba de la vitalidad de la fe y del vigor del espíritu cristiano, que en vano intentan extinguir los esfuerzos de las sectas anticatólicas.

Conjuradas éstas contra la Iglesia de Cristo, se valen de todos los medios para combatirla é impedir el libre ejercicio de la autoridad soberana del Pontífice, despojándole de su principado civil, injuriándole y reduciéndole á la situación más aflictiva; pero las potestades del infierno no prevalecerán jamás contra la Iglesia, porque Jesucristo su fundador está con ella sosteniéndola con su virtud poderosa, y la majestad del Pontificado brillará siempre con su esplendor divino, á pesar de las persecuciones de sus implacables enemigos.

Por eso en medio de las furiosas tempestades que agitan la nave de San Pedro, nuestra fe no desmaya, y las promesas infalibles de Dios nos dan la seguridad del triunfo. Animados de esta santa confianza y unidos en un mismo espíritu, los fieles de todas las naciones se aprestan á solemnizar con una espléndida demostración de amor ardiente y profunda veneración el Jubileo Sacerdotal de nuestro Santísimo Padre.

En este movimiento general que se nota en toda la cristiandad, España acreditará, como siempre, que no lleva en vano el nombre de nación católica, y nuestra amada Diócesis dará una nueva prueba de su conocida religiosidad y del cordial afecto que profesa al sucesor de San Pedro. Haríamos un agravio á vuestra piedad si abrigáramos la menor duda de vuestro acendrado amor á la Iglesia y á su cabeza visible, y estamos seguros de que así lo manifestaréis en ocasión tan solemne, ofreciendo al venerable Pontífice el homenaje de vuestra afectuosa devoción y pidiendo fervorosamente al Todopoderoso que le conserve por largos años la vida, y libre de las tribulaciones que le afligen, logre ver días más tranquilos y felices. El es nuestro Padre, nuestro Pastor, el Jefe de la Iglesia Santa de que somos miembros, y nos interesa en gran manera su libertad, su independencia y el respeto debido á la plenitud de sus derechos. Pobre y encerrado en el Vaticano, el más augusto de los Soberanos, el representante de Dios en la tierra no cuenta con más recursos que los que le proporcionan los fieles para atender á las múltiples y graves obligaciones de su elevado y sagrado cargo. Pero Dios, que vela con especial providencia sobre el supremo jerarca de la Iglesia, le depara en el amor de sus hijos dulces é inefables consuelos. Ahora que vamos á celebrar su Jubileo Sacerdotal manifestemos á la faz del mundo nuestra filial devoción al amado Pontífice y nuestro deseo ardiente de aliviar su dolor.

Mucho nos complacería que tomaseis parte en la peregrinación que se prepara para felicitar al venerable Pontífice y recibir su bendición; pero esperamos que al menos todos os asociaréis en espíritu á los peregrinos y uniréis á las suyas vuestras oraciones. Esperamos también que ninguno de vosotros dejará de contribuir con sus ofrendas, según lo permita su posibilidad, á esa magnífica exhibición, que así podemos llamarla, de fidelidad, reconocimiento y filial cariño al Padre de la gran familia cristiana.

Recomendamos á las comunidades de Religiosas, asociaciones piadosas y á todas las señoras, que procuren proporcionar objetos de culto, como casu-

llas, albas, amitos, para presentarlos en la Exposición que ha de verificarse en Roma, y aunque estos objetos no sean de gran valor, son sin embargo muy apreciables, y el Sumo Pontífice los distribuirá entre las iglesias más necesitadas.

Para promover en la Diócesis la celebración del indicado Jubileo, hemos nombrado una Junta compuesta de eclesiásticos y seglares, y encargamos á los Párrocos y Eclesiásticos, que formen Juntas parroquiales presididas por ellos, las que se pondrán en relación con la Junta Diocesana y recibirán de ésta las instrucciones oportunas.

Concurramos todos á la gran manifestación católica que se prepara y hagamos ver á los enemigos de la Iglesia nuestra fe, nuestra piedad, nuestra firme é inalterable adhesión al Soberano Pontífice. Los perseguidores pueden afligirle, pero no oscurecer su gloria, y el sucesor de San Pedro, el sabio y magnánimo León XIII, destituido de todo auxilio humano, resplandece con una majestad y grandeza que asombra y confunde á sus adversarios.

Elevemos al cielo fervientes plegarias para que el fausto suceso que vamos á celebrar sea presagio feliz de días más venturosos.

Recibid, amados hermanos é hijos, nuestra Bendición Pastoral, que afectuosamente os damos, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Dado en nuestro Palacio Episcopal de Palencia, á 14 de Febrero de 1887. — Juan, *Obispo de Palencia*. — Por mandato de S. S. I. el Obispo mi Señor, *Andrés Barcenilla*, Vicesecretario.

JUNTA DIOCESANA.

Presidente, Sr. D. Vicente Garrido, Canónigo Magistral. — Vicepresidente, Sr. D. Santos Martínez Estechea, Canónigo. — Vocales, Sr. D. Crescencio Lumbreras, Beneficiado. — Sr. D. Santiago López, Párroco de San Antolín. — Sr. D. Sergio Aparicio, Presbítero, Catedrático del Seminario Conciliar. — Sr. D. Juan Álvarez Vega, Presbítero, Catedrático del Instituto provincial. — Sr. D. Isidoro Inojal, Presidente de la conferencia de San Vicente de Paúl. — Sr. D. Nazario Pérez, propietario.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. MIGUEL JADRAQUE Y SÁNCHEZ OCAÑA, natural de Valladolid, en cuya Academia provincial hizo sus primeros estudios, cursando los superiores en la de Bellas Artes de San Fernando, donde mereció premios por su aplicación. En la Exposición celebrada en Madrid en 1862 presentó *La muerte de Aarón*. También concurre en 1864 á la de Valladolid, consiguiendo el premio de 6.000 reales ofrecido al mejor cuadro. En Madrid, y fuera de reglamento, obtuvo medalla de tercera clase en 1871. Ha presentado en distintas Exposiciones nacionales y extranjeras, mereciendo satisfactorios juicios.

D. ANTONIO JASPE Y MOSCOSO, natural de la Coruña. En la Exposición regional de Galicia, celebrada en Santiago en 1875, presentó varios cuadros, y entre estos, *Una Concepción*, obteniendo medalla de plata. Ha presentado también en la Exposición coruñesa de 1878, en las nacionales de Bellas Artes de 1876, 1878 y 1881. En este año acompañó á la Corte en su viaje á Galicia, como corresponsal de *La Ilustración Gallega*. El año 1880 había obtenido plaza en la Escuela de Bellas Artes de Roma.

D. JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA, natural de Sevilla, en cuya Escuela de Bellas Artes siguió sus estudios, alcanzando en sus clases superiores varios premios de fin de curso. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1866 mereció mención honorífica y á más de otros trabajos expuso *Los ángeles buenos y los malos durante el suplicio de Jesús*.

En el concurso de Sevilla de 1867 presentó varios asuntos, algunos al lápiz. En otras Exposiciones anteriores de la misma capital recibió premios por la Junta calificadora. En la Exposición Nacional de 1871 merece citarse por nosotros en lugar preferente *El santo óleo*, que en unión de otras creaciones llevó á dicha Exposición el Sr. Jiménez Aranda, conquistando tercer premio fuera de reglamento.

Las numerosas pruebas del genio de este gran artista honran á España y le atraen la general admiración en el extranjero, donde reside, siendo la más justamente célebre de cuantas ha producido, *Un sermón de Pasión en el patio de la catedral de Sevilla á fines del siglo XVIII*. Se halla decorado con la encomienda de Isabel la Católica.

D. LUIS JIMÉNEZ ARANDA, natural de Sevilla, en cuya Escuela de Bellas Artes hizo sus estudios y, como su hermano, el anteriormente citado, obtuvo

repetidos premios. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1864 alcanzó mención honorífica, así como en la de 1866. Presentó a la provincial de Sevilla diferentes cuadros y dos dibujos al lápiz en el año 1867. Después de residir algunos años en Roma se estableció en París, donde sus lienzos consiguieron merecido crédito. Ha expuesto en esa villa los años 1879 y 1880: citaremos únicamente su *Castillo francés del año 1813 arando*, pues así lo requiere nuestro propósito de hoy, y terminaremos diciendo que este renombrado pintor envió a la Exposición del Sr. Bosch el año 1882 uno de sus apreciados trabajos.

D. MANUEL JIMÉNEZ ARANDA, hermano de los dos anteriores. En 1874 residía en Roma, donde pintó un *Grupo de sacerdotes en la iglesia de Anise*. En las Exposiciones verificadas en Cádiz los años 1879 y 1880 figuró dicho señor, premiado en la primera con medalla de plata.

D. JENARO JIMÉNEZ LINDE, natural de Jaén. Presentó varios lienzos en la Exposición Nacional de 1878. Entre estos, *Vista del Predado*. En la celebrada en Jaén el mismo año, a más de los expuestos en Madrid, concurrió con otros, dos de los cuales son: *Cabeza de San Pablo* y *San Juan Bautista*. Es también de su mano un retrato del sabio y virtuoso prelado D. Antón Monescillo, actual Arzobispo de Valencia.

D. JUAN JIMÉNEZ MARTÍN, natural de Adanero, Avila. Ha presentado en la Exposición Nacional de 1876, en las de 1878 y 1881. En las del Sr. Hernández y del Círculo de Bellas Artes expuso, entre otros cuadros, *Rogativa a la Virgen*.

D. MARIANO JIMÉNEZ PEZ. En la Exposición de Jaén de 1878 presentó: *Retrato del Excmo. Sr. D. Antón Monescillo*, dibujo al disulfuro, y dos cuadros más. Algunos de este artista se conservan en poder de particulares.

D. EUGENIO JIMÉNEZ DE CISNEROS, natural de Valdaracete, miniaturista de Cámara, muerto en 1828. Había sido uno de los primeros discípulos de la Academia de San Fernando. Consérvanse de su mano en el Casino del Príncipe (Escorial) tres obras: *Un Niño Dios*, *La Virgen de la Silla*, copia de Rafael, otra copia de Guido Reni, y otras dos obras en la Academia de San Fernando. Estuvo empleado en la fábrica de porcelana.

D. MIGUEL JIMÉNEZ Y GARCÍA, natural de Madrid. En la Exposición de Bellas Artes, celebrada en 1858 en Madrid, presentó el *Triunfo del Ave María en el cerco de Granada*. Igualmente concurrió al certamen de 1881.

D. RAFAEL JIMENO, nació en Valencia este pintor en 1759, consiguiendo a los 14 años en el concurso de premios de la Academia de San Carlos el de la tercera clase. Obtuvo en su carrera artística merecidos honores, y siendo profesor de la naciente Escuela de Bellas Artes de Méjico, falleció en el desempeño de su cargo en el primer tercio del siglo actual. Ha quedado de este artista una lámina de *La Virgen de las Angustias*, según el grupo de Adán, y otras varias. Uno de los lienzos que subsisten de su mano en el Museo provincial de Valencia representa a *San Sebastián*.

D. AGUSTÍN JIMENO Y BARTUAL, nació en Valencia en 1798 y fue bautizado en la parroquia de Santa Catalina de aquella población. Estudió en la Academia de Bellas Artes de San Carlos, y en el concurso de premios que celebró la misma en 1823 alcanzó Jimeno el primero por la pintura. Fue a Roma, y desde allí envió dos cuadros de grandes dimensiones al Rey Fernando VII, de los que el menor representaba a *Judas recibiendo el premio de su infame venta*. El Monarca le pensionó, y en vista de su aprovechamiento, amplió la suma otorgada. Fue el referido pintor Académico de las de San Carlos y San Fernando.

Entre otras obras de Jimeno, deben citarse: un lienzo de *San Juan de la Cruz*, religioso alcantarino, sacando a varios enfermos a la puerta de su convento, que regaló al Sumo Pontífice; *Judit*, que figura en el Museo provincial de Valencia, y la *Asunción de la Virgen*, existente en el mismo Museo, y de que publicó un grabado el periódico *Las Bellas Artes*. Esta fue la última obra de D. Agustín Jimeno, cuya vida terminó en Roma a 6 de Mayo de 1853.

D. EDUARDO JIMENO Y CANENCIA. Pocas veces la palabra *malogrado* habrá sido más gráfica que aplicada a este inspirado artista. Nació Jimeno en Madrid en 1838 y fue hijo del distinguido pintor Don Vicente; habiéndose hecho notar primeramente por la exquisita corrección en el dibujo, y más tarde, por la inspiración de sus estudios que más parecían obra de maestro.

Reveses de la suerte obligaron a este artista a sujetar su genio y vida precisado para subsistir y sostener a su familia a trabajos mezquinos, entre los que se cuentan numerosas copias.

Dedicaba sus ratos de descanso al cultivo de las

ciencias, mostrando afición a la anatomía, mecánica y química. Su mejor cuadro, presentado en la Exposición de 1860, obtuvo mención honorífica especial y valió a su autor una cantidad con que quiso alentarle el Gobierno. Ambas retribuciones insuficientes a llenar su aspiración. Marchó poco después con una comisión artística a Francia e Inglaterra, y esta última nación supo apreciar su mérito; fue catedrático de dibujo en la Escuela de Bellas Artes de Madrid y director de éste en la Sociedad *El Fomento de las Artes*.

Ejecutó bastantes obras: *La resurrección de la hija de Jairo*, propiedad de los Sres. Duques de Escalona; *La embriaguez de Noé*, *Una madre enseñando a su niño la acción de perdonarse*, *Nuestra Señora del Carmen*, y contribuyó mucho a la restauración de la catedral de León, precioso resto de la arquitectura ojival, cuyas vidrieras se hallaban en un estado deplorable. Inventó un procedimiento para grabar al agua fuerte, cuyo secreto se ha perdido al morir su autor en Madrid el 15 de Agosto de 1868.

D. VICENTE JIMENO Y CARRA, nació en Madrid en 11 de Enero de 1796, siendo hijo del pintor D. José Antonio y de Doña María Carra. Consagróse a la pintura, dirigido primero por Maella, después por D. Vicente López y por último ingresó en la Academia de San Fernando, distinguiéndose entre sus condiscípulos y apreciado de éstos y sus profesores por sus brillantes cualidades que le granjearon numerosos premios. En el año 1811 fue pensionado a Roma; disturbios políticos hicieron que le retirasen su pensión y tras larga serie de sufrimientos volvió a percibirla en 1825.

Citaremos aquí, entre sus obras, *El descanso en Egipto*, *Una Trinidad*, *La Concepción* y *San Rafael conduciendo a Tobías*.

Su mérito, poco premiado, lo fue no obstante con un puesto en la Academia de San Fernando, donde figuró asimismo como profesor, pasando a serlo de la Escuela superior de Pintura, y últimamente ejerció el profesorado en la cátedra de anatomía de la Escuela superior de Bellas Artes. En 19 de Septiembre de 1856 le nombró pintor de cámara el Duque de Parma Carlos II. Falleció este notable artista en 9 de Noviembre de 1857.

D. JOSÉ ANTONIO JIMENO Y CARRERA, nació en Valencia en 16 de Abril de 1757. Dibujó y grabó multitud de láminas, entre ellas, *Santa Elena*, *Una Dolorosa*, copia de la que se venera en la calle de Fuencarral; *La Extremunción*, *La Magdalena*, copia de Cerezo; *San Juan Bautista*, copia del P. Maino; *La Crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo*, *Martirio de Fr. Hipólito*, *Melchor*, *Anselmo* y otros religiosos de *San Juan de Dios*, muertos en Polonia por los herejes, y *Origen y propagación del Santísimo Sacramento*. También fueron debidos a su mano diferentes trabajos para libros de misa.

Fueron hijos de este artista el pintor D. Vicente y el grabador D. Laureano.

D. FRANCISCO JOVER CASANOVA, natural de Muro, provincia de Alicante, y discípulo de la Escuela superior de Pintura de Madrid, en la que obtuvo diferentes premios. Expuso en el Concurso Nacional de Bellas Artes en 1862, y fue premiado en la de 1864 con medalla de tercera clase, adquiriendo el Gobierno la obra premiada.

En 1870 concurrió a la Exposición romana de objetos para el culto con su cuadro representando *Una audiencia dada por Su Santidad a tres padres capuchinos postuladores de una causa de beatificación*. Vuelto a España llevó este cuadro a la Exposición de 1871 a más de varios asuntos, entre ellos, *Un Cardenal en la iglesia de Santa María del Pópulo besándole las manos unas campesinas*, adquirido por el Rey Don Amadeo, y *Retrato de Fr. Hilarión*.

Son de su mano los frescos de la iglesia de San Antonio de Cádiz representando episodios de la vida del Santo y de las Sagradas Escrituras, y dos lienzos para el templo de San Francisco el Grande de Madrid; representan, el uno *San Fernando y Santos españoles* y el otro *Santa Teresa y Santos españoles*.

El Sr. Jover es profesor ayudante de las clases de dibujo del Conservatorio de Artes.

D. RAFAEL JUEZ SARMIENTO, natural de Madrid, discípulo de las clases de Academia de San Fernando y su individuo supernumerario de mérito desde 5 de Julio de 1835. En diferentes Exposiciones anuales de dicha Academia presentó el Sr. Sarmiento varios retratos, y en las Nacionales de 1856 y 1858 expuso varias obras, de las que consignaremos, *Cain con el cadáver de Abel a sus pies*.

D. RAFAEL JULIA, natural de Madrid. Concurrió en 1873, siendo niño, a la Exposición de El Fomento de las Artes, con algunas copias al óleo y obtuvo mención honorífica. Presentó en la Nacional de 1876 y en la del Sr. Hernández las *Tentaciones de San Antonio*, copia al lápiz de Morelli.

D. JOSÉ JULIANA Y ALBERT, natural de Sabadell,

Ha concurrido, después de estudiar en Roma, a varias Exposiciones. Las obras suyas que aquí debemos citar son: *Un claustro*, *Un ermitaño*, *Un Cardenal*, *La salida de la última misa* y *La sopa de un convento en España*.

D. PEDRO KUNTZ Y VALENTINI, natural de Roma, donde siguió sus estudios en la Academia Pontificia de San Lucas y bajo la dirección de D. José de Madrazo. En 1840 fue nombrado profesor de dibujo y pintura de la sociedad *El Instituto Español*, en Madrid. En diferentes Exposiciones anuales de la Academia de San Fernando y en las Nacionales de 1856, 1858, 1860 y 1862, el Sr. Kuntz presentó las obras que aquí apuntamos y alguna otra ajena a nuestro objeto: *Crucero de la santa iglesia de San Lorenzo del Escorial*, *Perspectiva del interior del templo del Monasterio de San Lorenzo del Escorial*, *Interior de la basílica de San Pedro en Roma*, *Interior del templo del Escorial* y *Vista tomada desde el altar mayor mirando al coro*. Conquistó distintas menciones honoríficas, habiendo sido adquirido para el Museo Nacional el *Interior de la basílica de San Pedro*, a que nos referimos. El Sr. Kuntz era Académico de mérito por la de Pintura de la de Nobles Artes de San Fernando, é individuo de número de la disuelta de Arqueología y Geografía. Falleció en 1863.

D. JACINTO LABERÓN. Es de este artista un cuadro que representa a *Jesús consolando a las mujeres de Jerusalén*.

D. FRANCISCO LACOMA, nació en Barcelona en 1784 y estudió en el consulado de aquella capital los principios de su arte. Obtuvo justos premios y pensión de la Junta de Comercio para trasladarse a Madrid, contando sólo 19 años. Matriculado en la Academia de San Fernando, se presentó a sus concursos generales de premios de 1805 y 1808, obteniendo en este último el primero de la primera clase, honra que le tributó unánimemente la citada Academia, que algún tiempo después, en 14 de Marzo de 1819, debía crearle su individuo de mérito. Trasladado a Italia y Francia con pensión de dicha Junta de Comercio en 1808, fijó definitivamente su residencia en París y falleció en 1849, legando a la citada Corporación varios cuadros en reconocimiento a sus mercedes. Existen de su mano en el Museo provincial de Barcelona: *Un crucifijo*, copia de Alonso Cano; *Un descendimiento*, *La adoración de los pastores*, *La Magdalena* y *San Juan*, copias todas de Mengs, y *San Jerónimo*, copia de Rivera.

SEÑORITA DOÑA N. LADRÓN DE GUEVARA. Presentó en la Exposición de la Academia de San Fernando en 1850 *Cain* y *Un fraile*.

D. JOSÉ LAFAYA Y JORDÁN, pintor de afición. Nació en la ciudad de Segorbe en 2 de Agosto de 1815, y aunque la afición que desde niño manifestaba parecía deber encaminarle al arte pictórico, desgracias de familia le hicieron estudiar la carrera de medicina. El Excmo. Sr. D. Fr. Domingo Canubio y Alberto, Obispo de Segorbe, que supo la afición de Lafaya a la pintura y los progresos que había hecho en su ejercicio, le obligó a pintar dos cuadros para la catedral de aquella ciudad, que representan a los esclarecidos varones españoles *San Leandro* y *San Isidoro*, *Arzobispos de Sevilla*, obras acogidas con aplauso. Esto hizo trasladarse a su autor a la Corte en 1854 a fin de estudiar a los grandes maestros. A la Exposición celebrada en Valencia en 1855 con motivo de la fiesta secular de San Vicente Ferrer, presentó varios cuadros y el retrato del citado Sr. Obispo, predicador en aquella festividad, y fue premiado con medalla de plata.

Son de su mano varios cuadros para iglesias y cofradías y deben serlo una *Santa Rosa de Viterbo* de grandes dimensiones, existente en la iglesia de Castilnovo, y dos grandes composiciones originales que representan a *Jesús bendiciendo a los niños* y *El Salvador llamando a sus brazos a todos los quebrantados*. Estas dos obras fueron ejecutadas por encargo del venerable Sr. Canubio para su oratorio episcopal de Segorbe. También pintó para aquella catedral las iniciales y portada de un libro de coro, figurando en las primeras varios asuntos alegóricos y en la otra la imagen de *Nuestra Señora del Pilar*.

DOÑA CARLOTA LAGUNA DE TALAMANCA, Marquesa de Branciforte, pintora de afición, creada Académica de mérito de la de Nobles Artes de San Fernando en 18 de Octubre de 1818. En la misma Corporación se conserva de su mano una *Cabeza de ángel*, copia de un lienzo de D. José Madrazo.

D. NARCISO LALANA, pintor aragonés, discípulo de la Academia de Bellas Artes de Zaragoza en los primeros años del siglo. En 5 de Marzo de 1820 fue nombrado Académico de mérito de la misma, y 10 años después desempeñaba la plaza de director de pintura en la mencionada Escuela. Pintó dos grandes cuadros en forma de medio punto, representando *El Nacimiento del Niño Dios* y *El sueño de San José*, para la iglesia de la villa de Burbáguena, cerca de

Daroca. En Zaragoza el cuadro de *Santa Iula*, en el altar mayor del convento de religiosas dominicas de dicha advocación; los de *Santa Fe* y *Santa Juana de Asa*, en el presbiterio del mismo altar mayor, habiendo estado antes en la iglesia de Santa Fe; un hermoso escudo de armas de España con varios ángeles y nubes de muy agradable composición y colorido en la portada de la iglesia subterránea de Santa Engracia, y la pintura de la bóveda de la capilla del Santísimo *Ecc Homo*, en San Felipe, cuya parte de adorno pintó D. Mariano Ponzano. Falleció en 1851 en Zaragoza, su ciudad natal.

M. DE A.

(Se continuará.)

BIBLIOGRAFÍA

La vida en Madrid en 1886, por D. Enrique Sepúlveda. — Madrid, 1887.

No es la vida seria la retratada en su último libro por Enrique Sepúlveda: es la que hacen los madrileños en la calle, en el teatro y en todos los sitios públicos; aquella que pueden observar los extranjeros y provincianos aunque residan en la Corte solo una semana.

Tal vez esto, que constituye un defecto para quien pretenda buscar en el referido libro la crónica de los acontecimientos madrileños durante el año anterior, sea para otros estímulo mayor de aplauso y causa de elogio. En este concepto los que amistosamente venimos observando la historia literaria de Enrique Sepúlveda, sin hacerle un cargo, como el hecho por otros, creemos oportuno llamar la atención sobre el punto de crítica apuntado por los exigentes, para que el joven literato estudie y resuelva el problema de si convendría a su crédito y a las crónicas que se ha propuesto hacer, el dar entrada en ellas a gran número de sucesos de índole religiosa, moral o social que aunque interrumpieran la marcha festiva de la obra y aunque fuesen su nota triste, deben ser incluidos en la vida madrileña. Porque no desconocerá el Sr. Sepúlveda que algún lugar habrán ocupado dignamente en las páginas de su libro ciertas fundaciones de índole religiosa o moral, las de establecimientos de enseñanza y otras de igual interés. No todo han de ser carreras de caballos y cambios de modas.

Prescindiendo de este punto verdaderamente fundamental, es justo decir que *La vida en Madrid* es un libro por todo extremo ameno, que su autor ha tenido el acierto de satisfacer a la frívola mayoría de lectores, y que la obra se halla elegantemente presentada, sirviéndole de gran aliciente los numerosos grabados de los Sres. Comba y Souto. Así se explica el éxito que desde los primeros días ha obtenido y el que promete seguir obteniendo a juzgar por el hecho de hallarse ya en su segunda edición.

Lances de la vida, por D. Carlos Frontaura. — Madrid, 1887.

Un libro más del correcto y festivo escritor, lleno de chispeante gracia, cuadros de un colorido que encantan, descripciones brillantísimas, sin efectismos ni frases rebuscadas.

Carlos Frontaura se presenta en su última obra con toda la viveza de su ingenio, con toda la travesura, gracia y buen gusto, cualidades que le han dado verdadera y merecida personalidad literaria, y le han colocado entre nuestros primeros escritores contemporáneos.

Es el mismo Frontaura de *Los tiendos*, con igual frescura que hace treinta años y tan conocedor como antes del corazón humano.

Lances de la vida comprende los siguientes asuntos: El paraíso de Villavieja. — Un premio de la lotería. — La bofetada. — La Condesa y la Marquesa. — Las andaluzas. — La sequía. — ¡Qué hombres! — Como en familia. — Las señoritas cursis. — La calumnia. — El amigo del tranvía. — Las dos amigas. — Recuerdos de Carnaval. — Los empleados. — Los cesantes.

Cuadros, que con decir que están trazados por la pluma de Frontaura, está dicho todo.

Diálogos de actualidad, por J. M. M., publicados por La Propaganda Católica de Palencia.

Hasta la fecha se han dado a luz veintidós folletos de estos *Diálogos*, habiendo alcanzado alguno de ellos hasta veinte ediciones, a pesar de ser estas numerosísimas.

La citada publicación merece la acogida que el público la dispensa y responde al fin piadoso que se propone.

Los títulos de los folletos publicados son los siguientes: Los días festivos. — Los malos periódicos. — La Inquisición. — Los frailes. — El oscurantismo. — Intolerancia é infalibilidad. — Los misterios. — La Bula y las indulgencias. — El ayuno. — ¿Liberal ó católico? — El *Syllabus*. — La blasfemia. — Los protestantes. — El espiritismo. — La confesión. — Por lo civil. — ¿Por qué cumplir con la Iglesia? — Los masones. — Pataleo masónico. — El poder temporal del Papa. — El pecado de Adán. — Los milagros.

La Santificación de las Fiestas, por D. José María Antequera.

Nuestros lectores conocen perfectamente este opúsculo, puesto que no sólo se ha insertado íntegro, más de tres años há, en las columnas de LA ILUSTRACIÓN, sino que de él han circulado, desde su aparición hasta hoy, más de 44.000 ejemplares, difusión rara vez vista en España en esta clase de escritos. Pero como el mal de la violación de las fiestas, lejos de haber cesado, sigue siendo tan intenso como antes, especialmente en Madrid donde esta violación es por todo extremo escandalosa, no creemos ocioso llamar hacia él de nuevo la atención de nuestros lectores, así porque su propagación, ilustrando a muchos sobre este importante punto, podrá contribuir a disminuir el mal, como por tratarse de un opúsculo que el autor da a 20 reales el ciento a cuantas personas lo adquieran, con el mero objeto de propagarlo.

Para adquirir los ejemplares que se deseen, basta dirigirse al autor, calle de Hernán Cortés, número 11.

NECROLOGÍA

El día 16 de corriente mes falleció en esta corte el reverendo Padre Francisco Mariano Menéndez, de la Compañía de Jesús, contando setenta y dos años de edad, toda ella empleada a mayor gloria de Dios y bien de las almas.

Entró en la Compañía en 1832; estuvo a pique de ser inmolado en la horrible catástrofe de 1834; y prefiriendo el destierro y la tribulación de la vida religiosa a la quietud y bienestar de que podía disfrutar en Madrid, partió poco después a Nápoles, donde perfeccionó los estudios, que había comenzado en el Colegio Imperial de esta corte y en Alcalá de Henares, y se dedicó a la enseñanza. Expulsado de Nápoles por la revolución del año 1848, y acogido en Malta bajo la protección del pabellón británico, no tardó en regresar a España, dedicándose al ejercicio de la predicación y demás tareas del ministerio apostólico, mayormente en los hospitales, que no ha cesado de frecuentar dos veces al menos cada semana, hasta pocos días antes de rendir el postrer suspiro. En el Seminario de Canarias estuvo diez años enseñando Teología dogmática, y ocupando el tiempo de vacaciones en misiones, que daba a los pueblos y aldeas, y en que hallaba descanso digno de su celo evangélico.

En diferentes ocasiones tuvo elevados cargos de Superior é Instructor de tercera probación, cargo que sólo se confía a los veteranos más expertos y virtuosos de la Compañía.

También han fallecido:

En Issoudun el Rdo. P. Ricardo Tora, Misionero del Sagrado Corazón de Jesús.

En Córdoba D. Ramón Quintero y Mesa, Religioso exclaustrado de la Orden de San Francisco y Capellán de Nuestra Señora de la Fuensanta.

En Palencia el Rdo. P. Fr. Pedro Romero, Catequista que fué en las Universidades de Madrid y Valencia.

En Ibiza el Rdo. Sr. D. José Panells, Cura párroco de San Miguel.

En Tudela Sor Ana Marqueta, Religiosa del Convento de Dominicas.

En Santa Cristina de Vea el Cura párroco Don Francisco Tarelo.

En Córdoba Sor María de la Fuensanta Boogeat y Góngora, Rectora del Colegio de Nuestra Señora de la Piedad.

NOTICIAS

Se ha verificado en Roma el Consistorio público para confirmar las altas dignidades eclesiásticas que fueron anteriormente preconizadas por Su Santidad. En dicho acto fueron elevados a la púrpura car-

denalicia Mons. Mariano Rampolla del Tindaro, Nuncio de Su Santidad en Madrid; Mons. Serafin Vannutelli, que ejercía igual cargo en Viena; Mons. Camilo Siciliano de Rende, que lo era en París; Mons. Aloisi Masella, que lo fué en Lisboa, y el Arzobispo de Ferrara, Mons. Luis Giordani.

Después del nombramiento de los referidos Principes de la Iglesia, León XIII preconizó quince nuevos Obispos, de los cuales seis eran italianos y nueve extranjeros.

Las sillas provistas han sido las metropolitanas de Bari, Damietta, Larisse y Mitelene, y las episcopales de Aquino, Havopoli, Callagione, Trivento, Piazza, Cassale, Avila, Almería, Termópilas, Melcapor, Cochín, Damao y Porfircone. Las de Avila y de Almería corresponden a España; la de Termópilas a Portugal, y a las Indias Orientales la de Melcapor, la de Cochín y la nuevamente erigida de Damao. Las demás son titulares de Italia.

Antes de la consagración se verificó el oficio divino, presidido por el Cardenal Bartolini, prefecto de Sagrados Ritos. Al terminarse aquél, el Papa pronunció su alocución en latín, la cual no ha contenido ninguna alusión política. Tampoco anunció en ella nombramiento ninguno para las Sedes de Inglaterra, Alemania y Francia.

El párrafo más importante de la alocución de Su Santidad al Sacro Colegio es el siguiente:

«En virtud de nuestra propia autoridad, hemos decretado que nuevos miembros vengán a formar parte en vuestros trabajos y en vuestra dignidad. Las dificultades de las condiciones presentes imponen el deber de aumentar el número de los soldados que han de luchar con ventaja hasta llegar a la victoria. Los nuevos Cardenales designados entre los Nuncios apostólicos de Austria-Hungría, Francia y España han dado pruebas relevantes de su integridad, fidelidad y sabiduría, prendas que los realzarán más en su nuevo ministerio.»

Después del Consistorio secreto, los Cardenales que han ido a Roma a recibir el capelo fueron visitados por los personajes de la corte pontificia, el cuerpo diplomático extranjero y la alta sociedad romana. La imposición de los capelos se verificó el día 17.

El ministro de Ultramar, satisfaciendo un nobilísimo deseo de S. M. la reina, ha puesto a su firma un decreto disponiendo que todos los años se presenten en el solemne acto de la adoración de la Cruz en la capilla real el día de Viernes Santo los expedientes de tres reos condenados a muerte en nuestras posesiones ultramarinas para que la regia prerrogativa los indulte.

En su consecuencia, y merced al nuevo rasgo piadoso de la Augusta Señora, serán indultados en el citado día seis reos sentenciados a la última pena.

Por Real decreto de fecha 11 del corriente mes, ha sido nombrado D. Manuel Santander y Frutos, Doctor en Sagrada Teología y Arcediano de la Catedral de Valladolid, para la Iglesia y Obispado de la Habana, vacante por traslación de D. Ramón Piérola. Y habiendo sido aceptado dicho nombramiento se están practicando las informaciones necesarias para hacer su presentación a la Santa Sede.

Se ha abierto al culto público en Molina de Aragón la hermosísima iglesia que fué de los religiosos franciscanos; estableciéndose a la vez una escuela nocturna gratuita para varones de más de 14 años, dirigida por el señor arcipreste y clero, ayudados por los PP. Escolapios. Son ya muy numerosos los alumnos que acuden a aquel centro de enseñanza.

ARTÍCULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.





ÉPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 100 — Madrid 5 de Abril de 1887.

NÚMERO SUJITO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Seis meses.....	28 »
Un año.....	60 »
OTRA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fr.
Un año.....	6 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
PUERTO-RICO Y AMÉRICA	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fr.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO. — *La Oveja*, por Manuel Onorin y Bernard. — *Los grabados*. — *Monseñor Rampolla*, Cardenal de la Santa Romana Iglesia. — *Ecco Homo*, por Antonio Armas. — *La Cruz*, por Salvador Bermúdez de Castro. — *La Muerte de Jesús*, por Alberto Lina. — *Delveza*, por Bernabé López García. — *El mal apóstol*, por Angel Lasso de la Vega. — *Traducción de Tierra Santa*, por M. Polo y Peyrolón. — *Las Animas*, por Carlos Frumancia. — *Del culto de los indígenas*, por Sr. José Coll. — *El Arte religioso*, por M. de N. — *Juicio Sacerdotal* de S. S. León XIII. — *Necrología*. — *Noticias*. — *El Padre Beck*, General de la Compañía de Jesús. — *La coronación de espigas*, cuadro del Titiano. — *Escuela de Agricultura de la Moncloa*.

LA DECENA

El época del año en que estamos no se presta seguramente a la ligereza que debe revestir una crónica: el sublime misterio que nuestra Santa Religión conmemora reclama toda la abstracción y toda la severidad con que eminentes literatos la han solido consagrar sus inspiraciones. Imposibilitado de igualarles, y sin fuerzas para competir con lo que otros hicieron, recordando mi pequeñez y mi absoluta falta de autoridad, procuraré a lo menos ser breve, para que, terminado pronto este artículo de entrada, los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA encuentren en las páginas que le siguen lecturas más importantes y sabrosas. Mis puntos de vista hoy tienen que ser muy humildes: los de algunas costumbres exclusivamente madrileñas.

- Ya se acerca la Semana Santa.
- Es verdad; y nos sorprende completamente desprevenidos.
- Será necesario encargarnos unos vestidos de seda.
- Y mantillas: las que tenemos están ya para tirarlas.
- Y calzado, porque en Semana Santa suele llover, y en la carrera se lucen mucho los bajos.
- A papá hay que recordarle que no pague al casero este mes, pues en seguida empezarán a llover los avisos de las señoras encargadas del petitorio.
- La verdad es que los días de Semana Santa son de pasión para todos.
- Y menos malo que en ellos se igualan todas las condiciones, y nadie advierte si una tiene o no tiene coche.
- ¿Y lloverá? Que no llueva, que eso sería terrible.
- Nos privaría de estrenar los trajes.
- Y de que nos acompañe Arturo.
- No; pues en cuanto Juan me vea con mantilla, se decide.
- Tales son, tomadas del natural y

sin las exageraciones del naturalismo dominante, aunque sí con la verdad que reclama el arte, los diálogos que se escuchan en las casas durante los días que preceden a los de Semana Santa.

Desde la víspera de la misma apenas se ve más que palmas por Madrid.

¿Quién será el justo al que se trata de sacrificar? — se pregunta uno involuntariamente.

Porque semejantes preparativos de triunfo suelen degenerar en otros tantos de martirio: en este punto hemos adelantado muy poco desde los tiempos de la Jerusalén deicida hasta la fecha.

Lo que consuela en cierto modo es que la cruz no debe destinarse a ningún español. ¡Hay ya tan pocos que no la tengan, gracias a la prodigalidad de los Gobiernos! Si fuéramos a preguntar uno por uno a los transeúntes si tienen alguna cruz, es seguro que nos irían contestando:

— Yo la de Santiago.

- Yo el hábito de San Juan.
- Yo la cruz sencilla de Carlos III.
- Yo la encomienda de Isabel la Católica.

Sin que faltase alguno que contestase a nuestra pregunta, respondiendo a la vez a su preocupación constante.

— Yo la gran cruz del matrimonio.

Estamos en plena Semana Santa, que empieza por traernos vacaciones parlamentarias. En una época destinada a conmemorar las doctrinas dulcísimas del Redentor, la fraternidad humana, la humildad y el perdón de las injurias, los Cuerpos Colegisladores, tal como se practica su misión en España, con sus luchas candentes y sus espectáculos dolorosos, son un contrasentido.

En ellos la fraternidad se manifiesta con los ataques más violentos, de grupo a grupo y de partido a partido.

En ellos la humildad es tanta, que no hay mediana que no se juzgue llamada a regenerar el mundo y a salvar por lo menos a la patria, si bien con su cuenta y razón.

En ellos las injurias, en vez de borrarse por el arrepentimiento y por el perdón, se mandan escribir para perpetuarlas mejor, cuando corran al mundo multiplicadas por la imprenta. Hacen bien en suspender sus tareas los padres de la patria antes de que lleguen la hora de tinieblas y los días de la pasión. ¿Para qué más tinieblas que las que nos envuelven, gracias a su paternal cuidado. ¿Ni para qué más pasión que la del inocente pueblo, que nunca se cansa de encumbrar a las nulidades endiosadas de nuestra politiquilla? Despidámonos, pues, pero no definitivamente, sino seguros de que han de volver.

Y vaya si volverán... Volverán como vuelven las oscuras golondrinas, y eso que éstas sólo esperan encontrar un humilde rincón bajo el alero de un tejado, o en los huecos de una construcción abandonada.

Nuestras eminencias políticas, más o menos legítimas, no se contentan con tan poco.

Pero la Iglesia, con sus oficios de tinieblas, ha advertido al cristiano que la conmemoración de la muerte del Redentor ha llegado. La campana guarda silencio, y sus metálicos sonos no nos despiertan al nuevo día ni señalan la hora de las oraciones.

Los carruajes han dejado de circular, y Madrid, sin ellos, ha cobrado el aspecto de un pueblo muerto.

La muchedumbre, no obstante, circula alegremente de una parte a otra, y las calles de más tránsito se convierten en punto de reunión y de paseo, donde se cambian miradas y



EL PADRE BECK, GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

† Roma 4 Marzo 1887.

suspiros, frases galantes y osadías de mala educación.

Las personas más relacionadas corren entre tanto de un lado a otro para dejar cinco duros a las dos en la iglesia de San Luis, otros cinco a las tres en las Maravillas, dos a las cuatro en las Calatravas y uno después en cada una de las iglesias de San Andrés, San Ildefonso, San Pedro y la Buena Dicha. ¿Cómo faltar a las invitaciones de la graciosa Marquesa de A, la alegre Condesa de B, la *espiritual* Duquesa de C y la inteligente Vizcondesa de D, que tanto pueden favorecer a cualquiera en su carrera política...? Por otra parte, la señora de E no debe ser olvidada, porque su esposo es jefe de una importante agrupación política; la de F, porque hoy tiene grandísimo favor en las esferas oficiales, y la de G porque, indirectamente, está llamada en un porvenir no muy remoto a ser una potencia de primer orden.

Y muchos madrileños entran en el templo, y sin mirar siquiera el monumento, entregan su cuota en la mesa petitoria y se alejan para realizar idéntica operación en otra y en otras iglesias. Entre tanto, el resto del público se oprime, se codea, disputa y escandaliza en la casa de Dios y la voz del sacerdote apenas llega desde el púlpito a los ángulos del templo, por el ruido causado por la concurrencia que se renueva, convirtiendo en pasadizo el templo.

En las puertas del mismo espera a las bellas pecadoras el mundo, bajo la forma de algunos pollos escudidos, precisamente empaquetados en unos pantalones cortos y unas levitas que no hubieran logrado antes ni los honores de chupa, con escasa patilla, unida al bigote por exigencias de la moda, y largos cigarros que, con sus personas, completan la figura de un siete, como si se tratase de justificar el dictado de setemesinos.

Y nuevamente se miran Evas y Adanes, y nuevamente se dirigen signos de inteligencia, como si la comedia humana no consintiese en tener siquiera un entreacto para consagrarlo a la tragedia divina que en estos momentos se conmemora por la Iglesia.

Tal es la Semana Santa en Madrid, conforme la han ido reformando las costumbres públicas.

Cuando tenga un rato que poder consagrar a la meditación, he de proponerme este problema: ¿Qué es preferible, un pueblo que abiertamente combate a la religión, o un pueblo que hipócritamente se llama religioso y cristiano, y sólo se halla atento a las mundanas aficiones que le agitan y le conmueven?

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

EL PADRE BECK.

En nuestro número del 15 de Marzo publicamos una reseña necrológica del Muy Eminentísimo e Ilustre P. Pedro Juan Beck, General de la Compañía de Jesús, muerto en Roma a edad avanzadísima el día 4 de dicho mes. Hoy reproducimos su retrato, hábilmente grabado y de parecido muy notable.

LA CORONACIÓN DE ESPINAR.

(Cuadro del Tiziano.)

El asunto que reproducimos en nuestro grabado, de uno de los más bellos lienzos del Tiziano, tiene en sí mismo tal expresión y carácter, que hace innecesaria toda descripción. El gran maestro supo en él prestar grandísimo relieve a la ejecución material y a todos los detalles de trajes y armaduras, sin perjudicar a la belleza de expresión y energía de los verdugos, ni al sentimiento de la hermosa figura de Jesucristo. Tiziano dirigió en su obra una mirada a lo antiguo, aunque teniendo presente en semejante estudio su natural originalidad, su manera de sentir a la moderna y que debía hacer de él un pintor sin la menor analogía con ninguno de cuantos le precedieron. El busto de Tiberio, colocado sobre el pórtico, termina la composición de modo admirable, siendo a la vez un ingenioso medio de recordar la fecha del suplicio del Redentor.

El lienzo original se conserva en el Museo del Louvre.

ESCUELA DE AGRICULTURA DE LA MONCELOA.

La posesión de la Monceloa, situada al Norte de Madrid, y en cuya historia figura la triste página de haber servido de vivienda a Murat en el día 2 de Mayo de 1808, fué dedicada en 1868 a la casa de labor y Escuela de Agricultura que hoy existe con la denominación de Instituto Agrícola de Alfonso XII.

En nuestro grabado reproducimos una vista de aquella pintoresca posesión.

MONSEÑOR RAMPOLLA

CARDENAL DE LA SANTA ROMANA IGLESIA



El sábado 26 de Marzo se verificó en la Capilla del Real Palacio el acto solemne de imponerse por S. M. la Reina Regente al Nuncio de S. S. en esta Corte, Monseñor Mariano Rampolla, Arzobispo de Heraclea, la birreta cardenalicia, traída por el guardia noble del Vaticano, Sr. Justiniani.

Poco antes de las once, hora señalada para la ceremonia, fueron entrando en la capilla los representantes del cuerpo diplomático extranjero para quienes se había destinado una tribuna. El ministro de Estado, Sr. Moret, recibía a los ministros extranjeros al pie de la misma.

Momentos después hallábase llena ya la tribuna diplomática, viéndose en ella al embajador de Francia, Sr. Cambon, que ostentaba la banda de San Gregorio de Italia; al de Alemania, Señor conde de Solms, con la banda de Carlos III; al de Rusia, con igual condecoración; al ministro de Austria, con la de Isabel la Católica; al de Bélgica, con la de Carlos III, y con varias condecoraciones y bandas extranjeras; a los ministros de Inglaterra, Italia, Portugal, Suecia, Méjico, Guatemala, República Argentina, Turquía, el enviado extraordinario de Colombia, Sr. Cuervo, y el secretario de legación, ministro interino del Imperio chino, además de varios secretarios de legación, agregados militares y varias señoras, de las que recordamos a la del ministro de Colombia; a Mme. Bell, esposa del secretario de la legación de Francia; a la señora de Riva Palacio, ministro de Méjico, y a la condesa de Batembach, esposa del secretario de Alemania.

Frente a la tribuna diplomática estaba la de los ministros, que ocupaba el gobierno en pleno. El presidente del Consejo lucía la roja banda de Leopoldo de Austria, el Sr. Moret la de la Orden Piana, el Sr. Alonso Martínez la portuguesa de la Concepción de Villaviciosa, el general Cassola las de San Hermenegildo y Mérito militar, el general Rodríguez Arias la de San Hermenegildo, el Sr. León y Castillo la de la Estrella Polar de Suecia, el Sr. Puigcerver la de Isabel la Católica, y el Sr. Navarro Rodrigo la de la Corona de Italia.

A las once, la música de alabarderos anunció la entrada de la regia comitiva en la capilla.

Caminaba delante el nuevo Cardenal, monseñor Rampolla; seguía S. M. la Reina, vestida con traje de corte de raso negro, y detrás iban Su Alteza la Infanta Doña Isabel, con traje de terciopelo color paja; S. A. la Infanta Doña Eulalia, con traje de raso celeste; el Infante D. Antonio, vestido con el uniforme de húsar y cruzado el pecho con la banda de Carlos III; el mayordomo mayor, duque de Medina Sidonia; la camarera mayor, duquesa de Medina de las Torres; la señora condesa de Superunda; las damas de guardia señoras marquesa de Bedmar y condesa de Heredia Spínola, y larga fila de damas de la Reina, grandes de España y mayordomos de la Real Casa.

Una vez dentro de la capilla, S. M. la Reina ocupó el dosel del trono, dejando vacío el sillón que corresponde al Rey, y en el centro de la iglesia, formando doble fila, fueron colocándose las damas, grandes y mayordomos.

Frente a S. M., y detrás de un pequeño reclinatorio, estaba sentado Mons. Rampolla, teniendo a su espalda de pie al guardia noble de Su Santidad.

A las once y diez minutos dió principio la solemne ceremonia de la imposición del birrete cardenalicio.

El secretario de la Nunciatura, M. Segna, designado con el carácter de ablegado pontificio para esta ceremonia, dirigió al dosel del trono, e hizo entrega a S. M. la Reina del Breve remitido por Su Santidad, en que se nombra Cardenal a Monseñor Rampolla y se le comunica todo lo relativo a la imposición del birrete.

Su Majestad entregó el Breve al juez de capilla, señor Zanzano, y éste al notario, quien inmediatamente dió lectura del mismo en el idioma latino en que se halla escrito.

La traducción de este documento es como sigue: «*León Papa XIII. — Venerable hermano: Salud y apostólica bendición: Constando en la Sede Apostólica los méritos de que te hallas adornado, para el bien de la Iglesia católica, considerando tu solicitud y celo en el desempeño de tu cargo, las esclarecidas condiciones que en tí concurren, y que llenarás las esplendidas dotes que exige la dignidad cardenalicia, te inscribimos en el número de los venerables hermanos cardenales de la Santa Romana Iglesia; porque hemos tenido presente tu eximia piedad, tu doctrina, el convencimiento de tu fe cató-*

lica y demás virtudes, que hacen nacer justas esperanzas al constituirte en la dignidad cardenalicia.

«*Al investirse de tan alta dignidad te enviamos el birrete purpúreo por nuestro hijo Francisco Segna, Prelado de nuestra casa, y después que con él fueras adornado queremos entienda que pide la púrpura que has de vestir el valor de afrontar todos los peligros, hasta estar dispuesto a derramar tu sangre por la Iglesia.*

«*Queremos también que antes que recibas el birrete hagas el juramento ante dicho Francisco Segna, y que suscrito por tí nos lo remitas directamente o por otra persona.*

«*Dado en Roma a 14 de Marzo de 1887, décimo de nuestro Pontificado, M. Cardenal Ledóchowski.*»

Leído el breve, el ablegado entregó a S. M. el birrete cardenalicio, pronunciando acto seguido un discurso en correctísimo latín, cuya versión castellana, publicada en *La Gaceta de Madrid*, es como sigue:

«*SERENÍSIMA REINA REGENTE: Pronto hará tres años que en este mismo lugar y con análoga pompa me presentaba ante V. M., Serenísima Reina, cuando compartía con V. M. su título y su Trono Vuestro Esposo Alfonso XII, a quien Dios conceda gozar de la eterna gloria; el día en que Él mismo con su Augusta Mano condecoraba con los atributos cardenalicios a los Emnos. Varones el Arzobispo de Valencia y el de Sevilla. Mas ahora, cuando de nuevo vengo a vuestra presencia, V. M. solamente ocupa este lugar, pues contra la esperanza y fervientes votos de todos, la muerte arrebató prematuramente su juventud y cortó su vida en la flor de la edad, y V. M. entretanto, a las contrariedades que comúnmente suelen acompañar al estado de viudez, como son la soledad, el hogar huérfano, la obligación de regir la familia, ha visto agregarse un cúmulo mayor y más grave de cuidados y molestias, teniendo que reprimir los sollozos y encerrar en el fondo de Vuestro corazón los tormentos de tan cruel e inconsolable luto, para tomar en vuestras Manos el cetro y gobernar a los pueblos como Soberana.*

«*Empero, de la misma manera que el pedernal herido al golpe del acero arroja chispas de brillante luz, así la virtud suma eminente fortaleza de Vuestro ánimo, herido por tantas adversidades, resplandeció con magnífico esplendor. Pues atravesando la Nación una gravísima e incierta crisis, cuando el espanto había invadido el ánimo de todos, amedrentados y llenos de ansiedad, V. M. recogió las caídas riendas del Gobierno, y desde entonces, sobrepujando las más lisonjeras esperanzas, haciéndose superior a la debilidad del sexo, más aun de lo que vuestra edad permitía, las sostenéis en vuestra Mano con tal prudencia, con tal equidad, con tal madurez de juicio, con tal dignidad, que por V. M. se afirma la Monarquía y el nombre de España. Y es que V. M. no domina por la fuerza del imperio ni con el peso de la autoridad, sino por el derecho de las virtudes, que tienen mucha más fuerza y eficacia para contener a los pueblos dentro de los límites del deber y rendir los ánimos a la obediencia.*

«*A V. M., pues, augusta Reina, por mandato del Sumo Pontífice León XIII, vengo una vez más como Legado, trayendo por orden suya el birrete purpúreo, a fin de que V. M. le imponga al Emno, y Rvdmo. Sr. Mariano Rampolla, Arzobispo de Heraclea, Nuncio Apostólico en estos Reinos de España, que ha sido nombrado Cardenal; y de este modo a su elevación al Sacro Colegio se agregue el honor de haber sido considerado por vuestra Mano con las insignias de tan ilustre dignidad.*

«*Enumerar sus méritos, en atención a los cuales el Sumo Pontífice le ha elevado a tan alto y preeminente honor eclesiástico, además de que no podría resumirlos aquí en pocas palabras, lo considero por otra parte ocioso y superfluo. Desde mucho tiempo se halla viviendo en medio de todos vosotros, y tales méritos son conocidos y notorios a V. M., mucho mejor de lo que podría expresarlo con mis palabras. Mas si puedo afirmar con seguridad y estoy obligado a ello, que es en extremo merecedor de haber sido elegido para esta dignidad, y que su admisión en el Sagrado Colegio ha de producir tales y tan importantes beneficios a la República cristiana, que correspondan a las esperanzas que ha hecho concebir su persona y se colmen los votos de los buenos. Así Dios lo conceda y haga que en todo se cumpla y realice.*»

Habiendo oído S. M. con la mayor satisfacción el discurso de Mons. Ablegado, impuso la birreta a Mons. Rampolla, el cual, para tributar a S. M. el homenaje de su profundo respeto y gratitud se expresó en estos términos:

«*Señora: Pocos meses han transcurrido desde el inolvidable y fausto día en que por delegación especial del Padre común de los fieles me cupo la altí-*

simas honra de tener aquí en la pila bautismal al recién nacido Rey de España, Augusto Vástago de V. M., cuando otro nuevo y muy señalado honor me trae a este mismo sitio para recibir de las Reales Manos de V. M., en nombre y representación del Sumo Pontífice, la solemne investidura de Príncipe de la Iglesia, con que se ha dignado enaltecer mi humilde persona.

*Reconociendo que por ningún concepto he merecido dignidad tan sublime, justo es que rinda público testimonio de profunda gratitud al Soberano Pontífice León XIII, al inmortal Pontífice que en estos azarosos tiempos en que vivimos parece colocado por la Divina Providencia en la cumbre de la Sociedad cristiana para mostrar al mundo cuán hermosamente se hermanan la sabiduría y la paz. Asimismo no puedo menos de proclamar que al honrarme con la sagrada púrpura el Romano Pontífice, cuyos solícitos y paternales desvelos se emplean constantemente en procurar el bien de esta católica Nación, no tanto ha querido engrandecer la pequeñez de Su Representante en ella, como manifestar una vez más que España es el objeto preferente de su benevolencia y de su amor.

* El ser V. M. quien da cumplimiento y realce a este acto, símbolo de la cordialidad y afecto que unen dichosamente el trono y el pueblo español con la Silla apostólica, abriga en sí la dignidad que recibo, dejándome para siempre obligado a la alta merced que V. M. me dispensa. Y no poco se acrecienta mi satisfacción al considerar que soy el primero a quien otorga V. M., como REINA Regente de España, este inapreciable honor; porque conozco las eminentes prendas que adornan a Vuestra Augusta Persona e ilustran este regio alcázar, donde la nobilísima figura de V. M., en su doble carácter de Madre y de Reina, se levanta como ángel tutelar entre la cuna de su inocente hijo y la lealtad de un gran pueblo que, por hidalgo y generoso, sabe respetar y admirar el valor, la nobleza y la virtud.

* Dignese V. M. aceptar el homenaje de mi profundo reconocimiento por tan insigne favor que, grabado en mi alma con el recuerdo de sus bondades, me obligará a dirigir al cielo constantes y fervientes votos por la felicidad del Augusto Ahijado de León XIII, de V. M. y de toda la Real Familia, deseando vivamente que llegue el día en que ese Hijo del dolor sea prenda del verdadero consuelo de una Madre ejemplar y glorioso fruto de la sabiduría de una Reina digna del pueblo español.*

Después de haber escuchado S. M. con singular agrado al Sr. Pronuncio, pasó éste a la sacristía, donde fué revestido de la púrpura, y volvió a la Capilla a ocupar el puesto que como a Príncipe de la Iglesia le estaba destinado.

Finalmente, se celebró el santo sacrificio de la Misa en la forma correspondiente al día, después de lo cual S. M. y AA. RR., con la Real comitiva, se trasladaron a la Cámara.

El nuevo Cardenal de la Santa Iglesia Romana, tan respetado y querido en Madrid, pertenece a la antigua nobleza de Sicilia, y es oriundo de Polizzi, en la diócesis de Cefalú; pero fué educado en Roma, donde sus estudios fueron coronados del éxito más brillante.

Pío IX le amaba tiernamente, y después que concluyó sus estudios en la academia eclesiástica, envióle a la Nunciatura de Madrid en calidad de consejero, cuando en 1875 el actual Cardenal Simeoni vino a la capital de España por consecuencia del restablecimiento de las relaciones diplomáticas, que habían interrumpido los desaciertos de la revolución. Monseñor Simeoni fué creado Cardenal en 1876, y llamado a Roma a suceder en la secretaría de Estado al Cardenal Antonelli, que había muerto, y con este motivo Monseñor Rampolla quedó en Madrid como Encargado de Negocios.

En 1877, nombrado secretario de la Congregación de Propaganda fide para los asuntos orientales, y después secretario de la de Negocios eclesiásticos extraordinarios, pasó a Roma al desempeño de sus nuevos cargos, en cuyo último destino perseveró hasta 1882, en que, preconizado Arzobispo de Héraclea por la Santidad de León XIII, fué nombrado también para la Nunciatura de España, en sustitución del Arzobispo de Mira, Monseñor Bianchi.

Monseñor Rampolla es uno de los preladados más ilustres de la Iglesia Católica por su sabiduría y su piedad. Su prudencia política es extraordinaria, y el fino tacto con que trata las más arduas cuestiones que se someten a su difícil ministerio le han adquirido la relevante fama que goza de habilísimo y discreto en los círculos diplomáticos. Estas distinguidas dotes le han conquistado la estimación personal que disfrutó con Pío IX y la predilección de León XIII que goza.

ECCE HOMO

El era Dios, y por decreto arcano
De inefable inmortal sabiduría,
Bajó a encarnarse como ser humano
Dentro del casto seno de María.
El se hizo hombre, y en su noble frente,
De su clara pupila en la dalzura,
Y en su humilde sereno continente,
La luz del cielo reflejaba pura.
El era justo, y sin que el vil pecado
De su virtud el brillo sin segundo
Con su aliento le hubiese mancillado,
Cargó sobre sí mismo los del mundo.
¡Oh misterio de amor! El que dispone
De los bienes y males de la suerte,
Manda que toda dicha le abandone,
Y, obediente a la Cruz, corre a la muerte.
Y ¡oh proterva maldad! aquellos mismos
Que recibieron sus mercedes santas,
Cual precita legión de los abismos,
Hiérenle del cabello hasta las plantas.
¿Qué hizo Jesús de Nazaret? ¿Qué intenta
Para ultrajarle así con saña loca?
¿Qué bien no nace do su pie se asienta?
¿Qué consuelo no mana de su boca?
¡Los ciegos ven! Y tras la noche horrible
Que en tiniebla de muerte los sumía,
Pueden gozar del sol la luz sensible:
Y, con la luz, del bien y la alegría.
¡Los cojos andan! Y al letal reposo,
Do les ataban invisibles grillos,
Sucede el ágil salto vigoroso,
Señal de dicha en ánimos sencillos.
¡Los leprosos se limpian! Y la negra
Podredumbre que el mundo les cerraba,
Viene a quitar rubicundez que alegra
Y que de toda imperfección los lava.
¡Los sordos oyen! Y al silencio mudo
Que les hizo yacer como en la tumba,
De la vida el rumor sucede rudo
Que en varios sonos por el aire zumba.
¡Los muertos resucitan! Y del seno
Del sepulcro fatal, mansión de espanto,
Salen con rostro de entusiasmo lleno
Que les hace verter gozoso llanto.
Y los pobres a más se evangelizan!
Y, al conocer la redentora nueva,
Con los ricos magnates fraternizan
Porque un camino sólo a Dios los lleva.
Decid, decid, ingratos y traidores
Que ante el Gábhata estáis, en odio ardiendo,
¿Por cuál de estas mercedes y favores
La muerte de Jesús pedís rugiendo?
¡Vedle allí, cómo sale del Pretorio
Vertiendo, sin gemir, sangre inocente,
Con su manto de púrpura irrisorio,
Con corona de espinas en la frente.
Mostrando un cetro de silvestre caña,
Ligadas ambas manos bienhechoras,
Sudorosa la faz que el duelo empaña,
Tristes los ojos, antes dos auroras.
Y todo sin quejarse lo ha sufrido:
Viles azotes, bárbaros ultrajes,
Manos que sus mejillas han herido,
Salivas y blasfemos homenajes.
¿Tanta desolación no os apiada?
¿Y mirarle podéis con ira fijos?
¡Bien pedís que su sangre inmaculada
Sobre vosotros caiga y vuestros hijos!
Sabrá vuestro castigo el universo:
Y al ver narrada ingratitud tan fiera,
Dirá huyendo de horror: «¡Pueblo perverso!
¿Más ciego y dero que Pilatos era!»
Y escó a quien vilipendia mofa impia,
Varón de sufrimientos y dolores,
Vendrá en las nubes al postrero día,
Rey de reyes, Señor de los señores.
Y al verle, de esperanza sin asomo,
Premio dar a las almas inocentes,
Diréis desesperados: «¡Ecce Homo!»
¡Será allí el llanto y el crujir de dientes!

ANTONIO ARNAO.

(Del libro *La voz del Crepúsculo*.)

LA CRUZ

SONETO.

Id a buscar a Dios en las arenas
Donde tuvo su altar el cocodrilo,
En los sangrientos ídolos del Nilo,
En las deidades lúbricas de Atenas.

Gimiendo en esas bárbaras cadenas
No halló la humanidad puerto ni asilo;
Vino la Cruz, y el corazón tranquilo
Fácil ya mira el término a las penas.

Los siglos pasan a sus pies dejando
La vil ceniza de su ciencia impia,
Y limpia siempre seguirá brillando.

Así después de tempestad sombría,
Las tenebrosas nubes arrollando
Luce más puro el lumínar del día.

SALVADOR BERMÚDEZ DE CASTRO.

LA MUERTE DE JESÚS

¿Y eres tú el que velando
La excelsa majestad en nube ardiente,
Fulminaste en Sina? Y el impío bando,
Que eleva contra Ti la osada frente,
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?
Mas ora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo
Alzas gimiendo el rostro lastimado:
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz extinguida,
En amargo suspiro das la vida.
Así el amor lo ordena,
Amor más poderoso que la muerte:
Por él de la maldad sufre la pena
El Dios de las virtudes; y león fuerte,
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellón de cándido cordero.
¡Oh víctima preciosa
Ante siglos de siglos degollada!
Aun ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacurada,
Y hostia del amor tierno
Moriste en los decretos del Eterno.
¡Ay! ¡quién podrá mirarte,
Oh paz, oh gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Viendo que en la delicia
Del gran Jehová descarga su justicia?
¿Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, amor mío?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿Cuál brazo impío
A tu frente divina
Cifó corona de punzante espina?
Cesad, cesad, crueles:
Al santo perdonad, muera el malvado:
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado:
Si la impiedad os guía
Y en la sangre os cebáis, verted la mía.
Mas ¡ay! que eres tú sólo
La víctima de paz, que el hombre espera.
Si del Oriente al escondido polo
Un mar de sangre criminal corriera,
Ante Dios irritado
No expiación, fuera pena del pecado.
Que no, cuando del cielo
Tu cólera en diluvios descendía,
Y a la maldad, que dominaba el suelo,
Y a las malvadas gentes envolvía,
De la diestra potente
Depuso Sabaoth su espada ardiente.
Venció la excelsa cumbre
De los montes el agua vengadora:
El sol, amortecida la alba lumbre,
Que el firmamento rápido colora,
Por la esfera sombría,
Cual pálido cadáver discurría.
Y no el ceño indignado
De su semblante descogió el Eterno,
Mas ya, Dios de venganzas, tu hijo amado,
Domador de la muerte y del Averno,
Tu cólera infinita
Extinguir en su sangre solicita.
¿Oyes, oyes cual clama:
Padre de amor, por qué me abandonaste
Señor, extingue la funesta llama
Que en tu furor al mundo derramaste:
De la acerba venganza
Que sufre el justo, nazca la esperanza.
¿No véis cómo se apaga
El rayo entre las manos del potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
Por el semblante de Jesús doliente:
Y su triste gemido
Oye el Dios de las iras complacido.
Ven, ángel de la muerte;

Esgrime, esgrime la fulmínea espada,
Y el último suspiro del Dios fuerte,
Que la humana maldad deja expiada,
Suba al solio sagrado,
Do vuelva en padre tierno al indignado,
Rasga tu seno, ¡oh tierra!
Rompe, ¡oh templo! tu velo; moribundo
Yace el Criador, mas la maldad aterra,
Y un grito de furor lanza el profundo:
Muere... gemid, hermanos:
Todos en él pusisteis vuestras manos.

ALBERTO LISTA.

DOLOROSA

I

¡Pobre Madre...! está llorando
Al pie del santo madero,
El pueblo murmura fiero
Por la montaña girando.

Y ruge el viento bravo,
Braman los mares profundos,
Y giran soles y mundos
Con espanto en el vacío.

¡Pobre Madre...! ante los sonos
De sus dolientes afanes,
Alzan truenos y volcanes
Sus más terribles canciones.

Y el ángel llora y se arredra,
Tiemblan los jueces inquietos,
Y se alzan los esqueletos
Sobre sus tumbas de piedra.

Porque es tanta la afición
De la Madre angelical,
Que llora el mismo puñal
Al romper su corazón.

II

Ella vió al Hijo nacer
Sus ensueños realizando;
Ella le durmió cantando
Las endechas del placer.

Ella, con ansia divina,
Dejó sus plácidos lares,
Cruzó de Judá los mares,
Las cumbres de Palestina.

Y siempre del Hijo en pos,
Le siguió amante y serena,
Como sigue el alma buena
La sombra santa de Dios.

III

Hoy... ¡pobre Madre! le mira
Sobre el Gólgota sangriento,
Dando suspiros al viento
Que en torno del árbol gira.

Lá mira triste, llorando
Por el pueblo, su asesino:
Oye su acento divino,
¡Perdón! ¡Perdón! murmurando.

Ve sus sienes desgarradas
Por las espinas crueles;
Ve marcados los cordeles
En sus manos veneradas.

Y si oye de su ansia en pos
Del pueblo el acento fijo,
Ve que le matan al Hijo
¡Por el crimen de ser Dios!

IV

¡Pura y mística azucena
Del desierto de la vida,
Lámpara siempre encendida
Para templar nuestra pena.

Celeste, cándido lirio
Por los ángeles cuidado,
Puro ciável perfumado
Con la esencia del martirio!

Yo vengo, Madre, a besar
Las estrellas de tu manto;
Vengo a regar con mi llanto
Los mármoles del altar.

Del relámpago a la luz,
Que la tormenta anunciaba,
Yo ví a Dios que vacilaba
Bajo el peso de la Cruz.

Le ví dulce ante el desdén
Del pueblo vil y asesino,
Le ví con llanto divino
Llorar por Jerusalén.

Ví su cabeza sangrienta
Tocar con la ruda roca,
Ví un insulto en cada boca
Y en cada grito una afrenta.

Y al verte a su lado ir,
Dije con llanto de amor:
¡Pobre esposa del dolor,
Cuánto deberá sufrir...!

V

¡Pueblo... Con llanto profundo
Ve a contemplar su agonía;
Hoy es la fecha... es el día
De la redención del mundo...!

Doquiera se oye el concierto
De la más honda tristeza;
¡Hasta la naturaleza
Parece que toca a muerto...!

El templo... todo es dolor;
Mucha sombra... poca luz...
Sobre el negro altar, la Cruz
Ya no tiene al Redentor.

Al pie de la Cruz, María...
Cerca el sacerdote implora:
Allá en las tinieblas llora
El órgano una armonía...

De las campanas el són
No se mezcla en el lamento
Por no turbar en el viento
Los ecos de la oración.

Y la luz que ante el altar
Mal las tinieblas resiste,
Está tan triste, tan triste,
Que no se atreve a alumbrar...

Todo es llanto y es dolor...
Mujeres, niños y ancianos:
¡Venid! ¡Venid! de las manos
A llorar al Redentor.

¡Venid ante el que se inmola
Por colmar nuestra alegría:
Venid a ver a María
Que está sollozando y sola...!

Llegad de vuestros lugares
Con ofrenda a sus dolores;
Dejad los campos sin flores
Para cubrir sus altares.

Y no dad al corazón
Hoy consuelo en su quebranto;
¡Porque será nuestro llanto
La segunda redención...!

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA.

EL MAL APÓSTOL

La parda nube creciendo
oscurece el horizonte,
y uno grave, otro gimiendo,
dos hombres van descendiendo
por las laderas del monte.

La pena en ambos se iguala.
— ¿Y el Maestro? Así pregunta
el que en sollozos la exhala;
y el que a él mudo se junta
el Gólgota le señala.

Al fulgor de roja lumbre,
a un ser que la saña inspira
de salvaje muchedumbre,
con súbito espanto mira
encaminarse a su cumbre.

Abundoso llanto dan
ardiente curso sus ojos,
y exclama con vivo afán:
— ¿Podré calmar sus enojos
con estas lágrimas, Juan?

— La culpa el llanto redime;
para el perdón nunca es tarde:
su piedad, Pedro, te anime.
¡Llora, Pedro! Y Pedro gime
su negativa cobarde.

Y Juan que pálido ostenta
la faz juvenil y hermosa,
prosigue su marcha lenta
hacia aquella turba odiosa
de una víctima sedienta.

Y Pedro al dolor profundo,
la faz con vergüenza oculta;
se pierde en la senda inculta.
Fúnebre velo ya al mundo
en las tinieblas sepulta.

La torva faz encendida,
La mirada amenazante,
roja melena esparcida,
la túnica desceñida,
hállase a un hombre delante.

El Apóstol se estremece
ante aquel hombre siniestro
que en su senda así se ofrece,
por su traición se escarnece
a su divino Maestro.

A fijarse Pedro obliga
a aquel hombre que le aterra,
en el ser que a un Dios encierra,
y que a la humana fatiga
cede al fin, cayendo en tierra.

— ¡Héle allí...! Por mi falacia
son estas lágrimas mudas.
Yo le negué con audacia;
tú le vendes... Llora, Judas,
porque infinita es su gracia.

— ¿Y secos no ves mis ojos?
¿No ves que al llanto no cedo?
De mi crimen tengo miedo;
tengo miedo a sus enojos.
¡Quiero llorar, y no puedo!

— ¡Aparta! ¡aparta...! Su muerte
la ocasiona tu avaricia.
¡Y ni una lágrima vierte!
¡Huye, y la eterna justicia
decida tu eterna suerte!

Al azar Judas se lanza:
Pedro su senda prosigue,
el mal Apóstol avanza
sin que un rayo de esperanza
de piedad su horror mitigue.

De su conciencia el punzante
dardo agudo le envenena.
Por la montaña va errante
como acosada la hiena
busca un refugio anhelante.

¡Huye de sí...! Apenas toca
la tierra... ¡esperanza loca!
Su tormento no se acaba:
su voz que al infierno evoca
de su clemencia es ya esclava.

Por donde quiera su oído
sigue, hiere y atormenta
de un beso alevé el sonido:
del metálico es seguido,
del precio vil de su venta.

Párase un hombre delante
de Judas con calma impía;
hiela de horror su alegría,
y el cinismo repugnante
de su cruel ironía.

— Mira, exclama: en el suplicio el Nazareno sucumbe.
Hoy te debo un beneficio,
y si el pueblo en su juicio
injusto fué, no me incumbe.

— ¿Quién eres tú? ¿Dónde vas?
¿Por qué mi tormento acreces?
— ¿Quién soy dice, «Barrabás».
¿Dónde voy? Como otras veces
a ser bandido de hoy más.

Y el sanguinario bandido
del monte cruza el repecho;
y el traidor en su despecho
ni un gemido, ni un gemido
puede arrancar de su pecho.

Entre el fragor misterioso
que al mundo todo conmueve,
a lo lejos el odioso
concurso lento se mueve
por el sendero escabroso.

Y en tanto a Judas infausto
asedia el remordimiento,
Se aproxima el cumplimiento
del terrible holocausto
en el Gólgota sangriento.

La alta Peña se derrumba,
y en el seno del Calvario
el finado abre su tumba,
y el viento que ronco zumba
le agita el blanco sudario.

¡Con el Mártir ya se mira
la cruz enhiesta... y se espanta
la plebe y terror se inspira!
Ya su espíritu levanta
el Hijo al Padre, y espira.

Del Apóstol en la altura
se ve la negra figura
sobre el celaje encendido...
El rayo a sus pies fulgura,
pero no exhala un gemido.

Mas de súbito una idea
le inspira el genio del mal:
A viejo tronco rodea
su misma mano el dogal
que al fin su verdugo sea.

En el espacio se mece
su cuerpo ya en la agonía:
torva fantasma parece.
¡Ni una lágrima humedece
su pálida faz sombría!

Así su postrer aliento
convulso y furente exhala
al feroz remordimiento.
Su delito a otro no iguala,
ni a otro iguala su tormento.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

TRADICIONES DE TIERRA SANTA

(Continuación.)

VII

RAMA

RAMOS cuatro kilómetros al S. O. de Lida se encuentra Rama, a la cual hay que trasladarse para tomar el camino-carretero de Jerusalén. Rama, que es como la denominamos los cristianos, ó Ramlé, que quiere decir *arena*, nombre que le dan los árabes, es la antigua *Arimateá*, de la tribu de Dan, célebre, según tradición piadosa, por ser la patria de aquellos discípulos ocultos del Señor, José y Nicodemo, que tan hermosa intervención tuvieron en el descendimiento y sepultura del Redentor del mundo. Por su importancia relativa Rama puede considerarse como la capital de la llanura de Sarón, que en todas direcciones la circuye. La antigua Arimatea, distante unos diez kilómetros de Jafa, cuenta 5.500 habitantes, de los cuales 400 son griegos cismáticos, 70 católicos, 13 protestantes y los demás mahometanos. El pueblo, formado por casas de cantería, que en vez de tejados tienen terrazas y medias cúpulas, está en llano, y rodeado feraces huertos con altas é impenetrables cercas de nopales; las calles son estrechas, tortuosas y sucias, aunque no tanto como las de Lida y otros lugares turcos, peor situados; los cementerios, abiertos y extensísimos como lo son todos en aquel país, ocupan gran parte de los alrededores de Rama; y el convento de los hijos de San Francisco, semejante a fortaleza atrevida, con ferrada y pequeña puerta, por la cual no puede

penetrar un hombre sin inclinarse, se levanta en el extremo O. del lugar.

No hay que confundir este pueblo con aquella Rama de los montes de Efraim, que fue patria de Samuel; ni con aquella otra Rama, próxima a Belén de Judá, en la que se oyeron llantos y lamentos grandes con motivo de la degollación horrible de los santos niños inocentes. Según San Jerónimo, *rama* significa *lugar excelsa* y el pueblo que nos ocupa se encuentra, como hemos dicho, en una llanura *arenosa*, por lo que le conviene mejor el nombre árabe *Ramlé*. Cuando Santa Paula la visitó, en el siglo IV, Rama era una aldea (vicius) insignificante; pero, según el historiador árabe Mohamed-Nigem-Eddin-Eszech-Essinti, Rama era una ciudad grandísima, que pertenecía antiguamente a los hijos de Israel, situada en extensa llanura, amenizada con muchos jardines y árboles de todo fruto, especialmente palmeras; tan grande que tenía doce puertas, una fortaleza de importancia y una mezquita, ó alminar altísimo, el cual estaba fuera de la ciudad, a mucha distancia por occidente. Pero, habiéndose apoderado de ella Saleh Eddin, destruyó la ciudad y también la ciudadela, como había hecho con Lida, Ascalón y otras poblaciones, para que no pudiese servir de plaza fuerte a los cristianos.¹

Habiéndola abandonado sigilosamente sus moradores, tomáronla sin resistencia alguna los Cruzados, apoderándose de muchas vitualas, que los fugitivos no pudieron llevar consigo; y dejaron allí un Obispo, llamado Roberto, con el título de San Jorge, iglesia de la inmediata Lida, el cual fué después sufragáneo del Patriarca de Jerusalén. En el reinado de Balduino I, hermano y sucesor de Godofredo de Bouillon, los Cruzados sufrieron en Rama tan grande derrota, que estuvo a punto de perecer el mismo Balduino. La tomó Saladino, la reconquistó Ricardo Corazón de León y en 1266 perdióla definitivamente los cristianos, cayendo en poder de Bibars, el sultán de Egipto. En 1296 se establecieron en Rama los Franciscanos para proteger a los peregrinos en su marcha a Jerusalén, compraron unas casas y construyeron el convento en 1393. En él se hospedó Napoleón Bonaparte, con todo su estado mayor en 1799, convirtiendo la iglesia en hospital de sangre del ejército francés. Caro costó a los frailes el hospedaje, que fueron asesinados por los turcos, y saqueado el convento, apenas se retiraron los franceses.

En Rama y su término puede visitar el peregrino: los conventos é iglesias, dedicadas a San Jorge ambas, de los griegos y armenios cismáticos; dos escuelas, una de niños dirigida por los PP. Franciscanos, a la cual pueden asistir de toda religión, y otra de niñas, a cargo de las Hermanas terciarias de San José de la Aparición; varias mezquitas y especialmente la Mayor, llamada en árabe *Yama-el-Kibir*, que fué antiguamente iglesia de San Juan Bautista; las seis cisternas dichas vulgarmente de Santa Elena, obra tal vez de los Cruzados; el pozo denominado por los árabes *Bir-en-Moristan*, de agua excelente; la torre de los cuarenta mártires, con las ruinas y subterráneos próximos; la mezquita Blanca (*Yama-el-Abiad*) y el pequeño monumento funerario ó *well* de un santón, que hay allí cerca.

VIII

JOSÉ Y NICODEMO

Narra la pasión y muerte de Jesucristo, nuestro bien, el evangelista San Juan, y añade:

«Después de esto, José de Arimatea (que era discípulo de Jesús, aunque oculto por miedo a los judíos) rogó a Pilato, que le permitiese quitar el cuerpo de Jesús. Y Pilato se lo permitió. Vino, pues, y quitó el cuerpo de Jesús.

Y Nicodemo, el que había ido primeramente de noche a Jesús, vino también, trayendo una confesión como de cien libras de mirra y aloé.

Y tomaron el cuerpo de Jesús y lo ataron en lienzo con aromas, así como los judíos acostumbra sepultar.

Y en aquel lugar en donde fué crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el que aun no había sido puesto ninguno.

Allí, pues, por causa de la Parasceve de los judíos, porque estaba cerca el sepulcro pusieron a Jesús.²

Pues bien: tradición inmemorial y respetable asegura que el convento de los PP. Franciscanos en Rama está construido sobre el solar de la casa de San Nicodemo; y recorriendo aquel fuerte y pesado edificio, el peregrino debe visitar lo siguiente: la iglesia parroquial y del convento a la vez, en cuyo

altar mayor se ve un magnífico cuadro del Tiziano, que representa a José y a Nicodemo bajando de la cruz al Señor; dos patios convertidos en jardines interiores y sombreados por parras y palmeras, los terrados ó azoteas, la celda que ocupó el Capitán del siglo en 1799, y sobre todo el lugar donde estuvo el taller del santo artista.

Otra tradición piadosa, nunca interrumpida, sostiene que el fariseo y príncipe de los judíos Nicodemo, que tuvo la dicha de oír de labios del mismo Salvador del mundo las sublimes enseñanzas de que nos habla San Juan en su Evangelio¹, a pesar de su ilustración y categoría ó quizás por esto mismo, se dedicaba a la escultura; y asegura también, que el taller del santo escultor estaba precisamente en la capilla, existente hoy día frente a la iglesia del convento. Es pequeña, abovedada y no tiene más adornos que algunas colgaduras y un altar frente a la puerta de entrada. San Nicodemo está representado al óleo en un pequeño cuadro, que ocupa el centro del altar, debido al pincel del religioso español Fr. José Bovés. No es extraño, pues la comunidad de aquel convento, compuesta de cuatro ó cinco religiosos, siempre está presidida por un español, Cura Párroco a la vez de los pocos católicos de Rama.

Para concluir, consigno una tercera tradición, recogida por el Rmo. P. Bonifacio de Ragusa², Guardián de Monte Sión y más tarde Obispo de Stagno, según la cual en aquella capilla, San Nicodemo talló el Crucifijo de cedro, que con el nombre vulgar de *Volto Santo di Lucca* se venera desde el año 782 en la catedral (*Duomo*) de Lucca, ciudad de Italia. El antiguo taller del santo escultor tiene concedidas indulgencias parciales y no es posible doblar la rodilla ante aquel altar sin conmoverse pensando en la dicha inefable que cupo en suerte a José y Nicodemo, cuando descendieron, ungieron y sepultaron con sus propias manos el cadáver sacratísimo de Jesucristo Nuestro Señor.

M. POLO Y PEYROLÓN.

(Se continuará.)

LAS ANIMAS

HISTORIA DE ALDEA

(Conclusión.)

VI

JUAN buscó en vano durante algún tiempo el cadáver de su amigo, y sin embargo, éste se hallaba entre los cadáveres de los víctimas de la lucha.

En un arroyo habían caído siete u ocho valientes, y un cobarde, que era Andrés. Aturdido, arrastrado hasta allí por la imperiosa ley de la necesidad, temeroso de que, al verle huir, le diese muerte alguno de sus mismos compañeros, recibió una herida de poca gravedad, siendo el primero que cayó en el arroyo, donde cayeron bien pronto sin vida sus hermanos de armas. La sangre que perdió el desdichado, la humedad del arroyo, el miedo supino que le embargaba, y la dificultad con que respiraba bajo el peso de los cadáveres de los demás, eran motivos suficientes para agravar su estado, y cuando Juan, que hasta entonces no había visto los cadáveres en el arroyo, y que ya empezaba a sospechar que el enemigo se habría llevado prisionero a su amigo — que todavía se resistía a creer que habría huido en el momento del combate — descubrió el cuerpo de Andrés, este presentaba toda la apariencia de un cadáver.

Era aquel un cuadro digno de Miguel Ángel y de Rembrandt. La noche más oscura y sombría que nunca, la naturaleza cubierta de luto y como horrorizada de la guerra de los hombres, las aves de rapina cerniéndose sobre aquel campo de la muerte, y descubriendo con la sangrienta mirada el sitio donde más cadáveres había, para lanzarse sobre ellos, y devorar aquellos corazones que algunas horas antes latían llenos de vida; de entusiasmo y de esperanza, y un soldado, cubierto de polvo, lodo y sangre, inclinado sobre los cadáveres, acercando la linterna a los inmóviles, desencajados rostros de los mismos a quienes el día antes había visto hablar de sus ancianas madres y de sus amores, y que con él los había visto arrojar a la pelea, al grito de: *Viva España!*

Y cuando, después de sacar en sus brazos uno por uno los cadáveres que había en el arroyo, descubrió en el último a su amigo Andrés, a su pobre

¹ Epl. LXXXVI a Santa Eustaquia.
² San Juan, cap. XIX, vers. 30-42.

¹ Cap. III, vers. 1-9.
² De personis cultis Terrae Sanctae, lib. II.

hermano, á quien tanto amaba, y de quien nunca se había separado, lloró el valiente Juan como un niño que se ve perdido y abandonado, maldijo de su suerte, y se reprochó como el mayor de los crímenes haberse apartado de Andrés en el momento del combate, y cargó sobre sus hombros el cuerpo rígido y frío, que creía cadáver, y con él se dirigió al sitio donde se hallaba uno de los médicos encargados de reconocer los cadáveres, antes de que se les diera sepultura.

Andrés no estaba muerto.

Imposible sería imaginar la alegría de Juan. Abrazó al médico, abrazó á todos los soldados que halló al alcance de sus brazos, y abrazó besó á Andrés, que aunque estaba vivo, según decía el médico, y era en efecto verdad, no daba para los profanos á la ciencia señal alguna de vida; lloró y rió al mismo tiempo, y pasado este primer momento de expansión, y avergonzado de no haber dado todavía gracias á la Providencia, á quien debía la vida de su hermano de la infancia, se arrojó humilde en aquel suelo enrojecido por la sangre de sus compañeros de armas, oró fervorosamente, y pidió al Todopoderoso conservase la vida de Andrés, á quien el médico había declarado en peligrosísimo estado, y después, sin descansar, sin dormir un momento, se instaló á la cabecera del lecho donde había sido colocado Andrés, y allí pasó la noche, fijos los ojos en el rostro de aquel infeliz.

Si la Providencia hace un milagro, decía, y salva á mi pobre amigo, si al abrir los ojos me ve á su lado, cuidándole cariñosamente, entonces sí que se modificará su carácter, entonces sí que comprenderá que no reina en el mundo el egoísmo, y que el amor al prójimo y la caridad son los dos grandes placeres, los dos grandes consuelos que hacen tranquila y fecunda la vida del hombre: entonces sí que tendré yo la dulce satisfacción de verle rezar y volver los ojos á Dios, que tan misericordioso habrá sido con él, y entonces sí que lograré que mi amigo, mi hermano, el que ha nacido en el mismo sitio que yo, y conmigo ha pasado los años de su juventud, y conmigo ha entrado en esta vida militar, me ame, como yo á él, y no me trate con ese desvío, con esa reserva con que hasta ahora.

Tal era la generosa naturaleza de Juan.

Y todos sus compañeros, y todos sus jefes, desde el sargento de su compañía hasta el general del ejército, admiraban aquella abnegación sin límites, aquel desprecio de sí mismo en favor del prójimo, y todos le respetaban, y todos se disputaban el honor de estrechar aquella mano generosa, siempre dispuesta á apoyar al débil y al desvalido.

Hubo entre los soldados uno que se atrevió á decir que poco se hubiera perdido con la muerte de Andrés, y que menos falta hacía éste en el mundo que otros que habían tenido menos fortuna en el combate, y Juan como un león á quien arrebatan su compañera saltó sobre él, y lo hubiera estrangulado seguramente á no mediar alguno de sus jefes, que no se atrevió á castigar aquel arranque de generosidad.

Andrés, gracias á que la ciencia empleó todos sus recursos para reanimar aquella pobre naturaleza, abrió los ojos, y vió á Juan á la cabeza de su lecho, á Juan que le prodigaba las más consoladoras frases, y que le hablaba de Dios, y le expresaba toda la alegría que sentía viéndole mejorar. Y Andrés apartaba los ojos de Juan como si le disgustara verle á su lado, y parecían causarle más repugnancia que



LA CORONACIÓN DE ESPINAS.

(Cuadro del Tiziano.)

otra cosa las protestas de amistad y los consuelos de su rival.

Y Juan redoblaba su celo, y cuidaba del enfermo con tanto más amor, y con tanta más abnegación, cuanto que claramente veía que sus cuidados no eran agradecidos.

VII

Una noche, Andrés fué acometido de un espantoso delirio. Juan velaba como siempre á la cabecera de su lecho.

Y Andrés decía en su delirio:

— ¡Me muero!... ¡Nadie me socorre, nadie!... ¡Y he de morir sin matarle!... El no morirá, no! él tiene más fortuna que yo... Todos le quieren, todos piden por él... y ella, ella le quiere más que todos, más que á mí... ¡ya lo creo, á mí me aborrece!... Y yo muero, no hay remedio para mí... y él se queda en el mundo!... Maldito sea él, y maldita ella también!...

Juan oía temblando estas terribles frases, y veía con profunda pena la feroz expresión que se pintaba en el semblante de Andrés.

— ¡Cómo se alegrará de mi muerte! continuó Andrés, revolviéndose en el lecho. Si yo viviera,

entonces sí, entonces sí que no habría de reírse de mí, porque lo mataría... He jurado matarle, y le mataré... porque vivirá, sí que vivirá... y Teresa no será mía, pero suya tampoco.

Juan, que ya había temido que Andrés hablaba de él en su delirio, no pudo dudar al oír el nombre de Teresa, pronunciado por aquella sacrilega boca.

Y lo primero que hizo, al saber aquel horrible secreto, al oír aquella feroz amenaza, fué postarse de rodillas, y pedir á Dios por su mismo enemigo, que desde aquel momento le interesaba mucho más, porque era el infeliz mucho más desdichado de lo que él había podido imaginar, — que la verdadera desdicha en el mundo es la del hombre á quien asaltan malos pensamientos y no puede librarse de ellos.

Desde el día siguiente, Andrés comenzó á mejorar, y dos semanas después ya se hallaba fuera de peligro.

Juan le dijo que había sido herido, que le habían encontrado en el arroyo, entre los cadáveres, pero se guardó bien de decirle que él era quien en medio de la noche, rendido de hambre y de fatiga, había ido á buscarle, y sobre sus hombros le había traído.

Andrés renegó de su destino, de la vida militar, y blasfemó culpando á su negra suerte de los males que le habían sobrevenido, y sin advertir, impío, que la Providencia le había dispensado un inapreciable favor con no dejarle morir, como habían muerto tantos otros.

Llegó el día de las recompensas, y Juan, además de ser mencionado en la orden general, y de recibir al frente de las tropas, y de manos del mismo general en jefe una de las cruces pensionadas con mayor premio, obtuvo rebaja de dos años, que era precisamente el tiempo que le faltaba para cumplir su obligación de soldado.

Andrés, por haber sido herido, obtuvo la misma rebaja, que era el premio que más deseaba, sin cuidarse mucho de las condecoraciones, por más honoríficas que éstas pudieran ser, que su única aspiración era evitar las ocasiones de caer herido ó asustado en las batallas, á las que no podría acostumbrarse en cien años, si cien años viviera.

Y á los pocos días hízose la paz, y parte del ejército se alejó del sitio de la lucha.

Juan y Andrés fueron de los que volvieron, recibiendo poco después su licencia absoluta.

Juan escribió á Teresa y á su padre dos cartas que rebosaban alegría y esperanza, y que expresaban toda la gratitud que debía al Todopoderoso el valiente soldado, que después de seis años de servir en el ejército, expuesto á todos los peligros de la vida militar, y viendo de continuo la muerte junto á él, podía gozar el inefable placer de volver sano y salvo al suelo que le vio nacer, con el corazón tan puro y bueno como cuando salió de la aldea, y con la halagüeña esperanza de hallar una mujer, un ángel, con quien compartir los placeres y las penas de la vida, y todo esto, después de la satisfacción de haber cumplido con su deber, y de haber logrado la consideración de cuantos habían tenido ocasión de conocer sus nobilísimas prendas.

Juan, que tan feliz podía ser y tanto lo merecía, no gozaba, sin embargo, felicidad completa. — Sabía el secreto de su compañero, de su hermano Andrés, sabía que éste le odiaba de muerte, que no se creía satisfecho sino con su desaparición del mundo, y esta idea le apenaba y le angustiaba el corazón, no porque temiera el odio de Andrés, sino porque este odio era para él como la ingratitud de un hijo para

con su padre, porque era señal infalible de que el corazón de Andrés estaba completamente cerrado a todo sentimiento noble y generoso, y que en él reinaban despóticamente todas las malas pasiones, porque Juan amaba a Andrés como el padre ama al hijo ingrato que contra él se vuelve, y porque era Juan una de esas naturalezas generosas, muy raras en el mundo, que sufren con la pena del prójimo y con la alegría y el amor del prójimo se regocajan como con sus propios placeres.

Libróse bien Juan de leerle la carta que escribió a Teresa, anunciándole el fin de la campaña y del tiempo de su empeño, porque como sabía que Andrés sufría con su alegría, parecía una buena acción evitarle las penas que pudiera, ya que no acertaba a librarse de la horrible a que se ve condenado el envidioso, como el que está bajo la tremenda presión de un mal pensamiento.

Pero no dejó de proponerle volver juntos al lugar de su nacimiento, a lo que accedió Andrés, no sin aconsejar antes a su amigo que, puesto que sus jefes

le proponían colocaciones ventajosas en la Corte, y que se le ofrecía anchura y cómoda vida prefiriendo esta halagüeña posición a la vida monótona, oscura y pobre de la aldea.

En este consejo de Andrés vio Juan el deseo que este tenía de alejarle de Teresa, y de separarse de él.

— Quizá, se dijo Juan, la voz de la conciencia le dice que será un horrible e imperdonable crimen atentar a mi vida, y quiere evitar la ocasión.

— No, Andrés, le dijo; juntos hemos crecido en nuestro bendecido pueblo, juntos salimos de él hace seis años para cumplir con el deber que tiene todo ciudadano de servir a su país, juntos hemos corrido todos los peligros de la vida militar, y juntos hemos de volver allí donde nos esperan nuestros vecinos, nuestros amigos, que se honrarán tanto, sabiendo que los hemos representado en la defensa de la patria tan cumplida y valerosamente. Pero si tú no quieres volver, si te place probar fortuna en la Corte, libre eres, querido Andrés, y no seré yo quien contrarie tu inclinación.

— Yo no, contestó Andrés; sea como tú quieras. En el semblante de Andrés advirtió Juan una sinistra sombra.

VIII

Una tarde, a tiempo que sonaba el toque de ánimas, Juan y Andrés se ponían en camino, con dirección a su aldea.

A esta misma hora, dijo Juan, salimos hace seis años del mismo sitio adonde volvemos ahora, a esta misma hora te encontraron, pobre amigo mío, sofocado bajo los cadáveres de nuestros hermanos de armas.... Recemos, Andrés, recemos por ellos, y por sus pobres desconsoladas familias que llevarán eternamente luto en el corazón, y demos después gracias a Dios porque te salvó milagrosamente de la muerte, y porque nos ha permitido volver a nuestra casa, que tantas veces hemos creído no ver más.

Y Juan se arrodilló y oró fervorosamente, pidién-



ESCUELA DE AGRICULTURA DE LA MONCLOA.

do a Dios que alejase de la mente de Andrés los viles pensamientos que le atormentaban. Andrés le imitó, arrodillándose también, y quiso murmurar una oración, pero el demonio de la envidia que de él se había apoderado no le permitió recordar ninguna de las que le enseñó en los tiempos de su infancia el santo sacerdote de la aldea.

Y emprendieron su camino.

Juan y Andrés llevaban algún dinero; Andrés lo economizaba por avaricia, Juan lo economizaba porque aquel dinero era para su pobre padre, que, a instancias suyas, había dado seis años antes a las pobres víctimas de un incendio el trigo que tenía en su granero. — Habían decidido que, siendo como era el tiempo muy apacible, dormirían en el campo, velando el uno mientras reposase el otro.

Y así lo hicieron, cuando ya muy entrada la noche, sintieron la necesidad de dar algún descanso al cuerpo.

Juan veló el sueño de Andrés, sueño intranquilo

y doloroso — que no puede dormir sosegado el hombre poseído de mezquinas pasiones.

Andrés veló el sueño de Juan, que durmió, al lado de su enemigo, a quien había oído jurar su muerte, tan tranquilamente como en su propio lecho y en su propia casa, como si estuviera al lado de su mismo padre. — Tal era la confianza que le inspiraba a Juan la misericordia de Dios.

Horrible lucha entablaron, durante el sueño de Juan, en el espíritu de Andrés la envidia, el miedo y la codicia — que también se le ocurrió robarle el dinero que llevaba.

Era aquel un contraste notable. — Algunos meses antes, en una noche horrible, Juan buscaba con amoroso afán, y lleno el corazón de angustia y temor, a su amigo Andrés y le salvaba la vida, y en otra noche serena y apacible, en la que la naturaleza ostentaba toda su belleza, y en la que, en vez del estertor de los moribundos, y el pavoroso graznido de las aves de rapaña, y el alerta de los centinelas, se oía el grato rumor de las hojas de los ár-

boles suavemente agitadas por la brisa, y el tierno y misterioso canto de las aves inofensivas, y las inexplicables dulcísimas armonías de las noches de primavera, Andrés pensaba sorprender a su amigo y protector dormido, y arrancarle la vida generosa, y añadir al crimen del asesino el del ladrón cobarde, y el más horrible y repugnante de la ingratitud.

— Se casará con ella, decía Andrés, y ella y él se reirán de mí, que viviré solo, sin nadie que me quiera, condenado al suplicio de ver su felicidad.

Instintivamente sacó del cinto una navaja que había comprado algunos días antes; pero al mismo tiempo vio alzarse enfrente de él una sombra, una nube blanca, que tenía la figura de una persona envuelta en un sudario, y la navaja se le cayó de las manos, y se deslizó por la cuestecita en cuya cima se hallaba, y sonó al caer en el agua de un arroyo que al pie de la cuesta había.

Volvió a mirar, y no había nada; la sombra, o había sido una ilusión de su mente, o había desaparecido.

— Es imposible, volvió a pensar, que yo vea, sin morir de rabia y desesperación, la felicidad de Juan y Teresa. Ella no me quiere, no me querrá aunque Juan no existiera; pero yo no quiero que quiera a Juan ni a nadie... Y si Juan no va no querrá a nadie, y no se casará, de fijo que no se casará... y yo me habré vengado de ella y de él, y ya no sentiré este terrible tormento, este fuego que me abrasa el corazón y la cabeza... Concluyamos de una vez.

Buscó la navaja y no la halló; miró al arroyo, y allí la vió brillar, y le pareció como que estaba sostenida en el agua con la punta en dirección de su pecho; a su lado había una piedra, con la que podía aplastar la cabeza de Juan dormido; volvióse a mirar a éste, y luego fué a coger la piedra, pero sobre la piedra se alzaba imponente el mismo aterrador fantasma, que antes le había parecido ilusión de su mente.

Andrés dió un grito de espanto, y cayó hiriéndose el rostro en la misma piedra.

Al grito de Andrés despertó Juan sobresaltado, temiendo alguna sorpresa.

— ¿Qué es eso, Andrés? ¿qué ha sucedido...?

Andrés no contestaba, porque el pavor y la herida le habían hecho perder el conocimiento.

Gracias a los cuidados de Juan, volvió en sí; al ver la herida de Andrés, supuso Juan que habría quedado dormido y cayó al hacer algún movimiento, o que el miedo le habría fingido cualquier fantasma, que no sería otra cosa que la sombra de algún árbol.

Bajó la cuestecita con objeto de tomar del arroyo agua con que lavar la herida de Andrés, y al meter la mano en el arroyo, que era muy poco profundo, dió con la navaja abierta de Andrés.

Juan no podía adivinar lo que había pasado, pero aquella arma en el arroyo era un indicio de que Andrés había querido servirse de ella.

Cogió la navaja, la cerró, y dirigiéndose a su compañero lavó cuidadosamente la herida, que era muy leve, y le presentó la navaja, diciéndole:

— Toma; se te habrá caído del bolsillo.

Andrés tomó temblando la navaja, y ambos volvieron a ponerse en camino, porque ya la aurora comenzaba a iluminar el horizonte.

Juan fué el primero que interrumpió el silencio, preguntando a Andrés:

— ¿Qué tienes, Andrés? ¿te pesa volver al pueblo?

— No, contestó secamente Andrés.

— ¿Qué te sucedió esta noche...?

— Nada. Un vahído...

Y siguieron andando en silencio.

Llegaron a un sitio en que el camino estrechaba de tal manera que sólo podían andar uno tras otro. Juan pasó delante.

Y volvió el demonio a atizar en el corazón de Andrés el fuego de la envidia.

Era tan fácil en aquel sitio dar una puñalada a Juan, que sin volver el rostro, marchaba delante, tranquilo y descuidado al parecer...

Y otra vez volvió a atormentar a Andrés la idea de la felicidad que esperaba a Juan, y ya se figuraba verle salir de la iglesia, llevando del brazo a Teresa, la muchacha más buena y hermosa de la aldea, la que todos habían codiciado, y a ninguno había querido más que a Juan... y otra vez llevó instintivamente la mano a la navaja, é instintivamente la abrió, y quizás iba, en el vértigo que de él se apoderaba, a descargar el golpe mortal sobre su amigo, cuando sintió que una mano de hierro le oprimía el brazo, y que una voz, cuyo sonido recordaba, le decía severamente: — ¡Hijo mío! La navaja cayó de sus manos, y Andrés quedó inmóvil como una estatua.

En aquel momento volvió la cabeza Juan, y vió a Andrés pálido y desencajado, que le miraba como un idiota, y de quien parecía haberse apoderado el pavor más espantoso, y a los pies de Andrés la navaja, que recogió y devolvió a su compañero diciéndole:

— ¡Toma! la vas a perder.

Juan no quiso preguntar a Andrés la causa de su espanto, que se la explicaba de este modo:

— Andrés quiere matarme, y no se atreve. Y luego añadió: — Cúmplase la voluntad de Dios, y Él te perdone.

Y siguieron andando.

Llegó la hora de comer, y Juan comió, pero Andrés no probó siquiera un bocado.

La hora de la oración sería cuando llegaron a un pueblecito que no distaba más que algunas leguas del suyo.

Y también, cuando entraron en el pueblo, oyeron el toque de ánimas, que tantos recuerdos traía a la imaginación de Juan.

Andrés por la primera vez se estremeció al oír el toque de ánimas que tantas veces había oído con indiferencia.

Aquella noche se dirigieron a una posada, donde pidieron un cuarto para dormir, y se lo facilitaron de muy buena voluntad los posaderos, al saber que eran dos de los valientes soldados que con tanta gloria habían hecho la última campaña.

Las habitaciones no eran muchas en la posada, y en cada una de ellas, cuando la concurrencia era numerosa, era preciso acomodar seis o siete o más personas, que como eran por lo regular arrieros, traficantes, soldados y contrabandistas, gente toda avarada a trabajos más rudos y a pasar muchas noches con la nieve hasta las rodillas, no murmuraban una sola queja, y se daban por muy satisfechos cuando podían pasar la noche bajo techado, aunque estuvieran apiñados ni más ni menos que sardinas en banasta.

La concurrencia era aquella noche en la posada de lo más escogido y muy numerosa, y Juan y Andrés fueron recibidos con ese entusiasmo y ese respeto que inspira siempre el que se presenta con el prestigio del valor o de la virtud, o de alguna gran cualidad de esas que no todos tienen en el mundo. Allí había algún que otro truján, que aun llevaba en el cinto un par de onzas para gastárselas con los dos valientes, y Juan y Andrés tuvieron que aceptar poco menos que a la fuerza una espléndida cena que les ofrecieron aquellas buenas gentes con la mejor buena voluntad, y que con mejor voluntad todavía confeccionó la posadera, — que era una mujerona fuerte como un castillo, aunque, según malas lenguas, no era su fuerte la fortaleza, y que aun conservaba su alma en su almario, y se alegraba y se entusiasmaba con sólo ver un soldado, como le sucedía en los buenos tiempos de su juventud, antes por supuesto de casarse con su marido, que ni había sido soldado, ni en sus días la había visto más gordas que su mujer que lo era de tomo y lomo, — y cuya cena consistía en un barreno de arroz con tropezones de jamón, dos a manera de conejos guisados, con mucha pimienta y clavo, cual convenía a gente de pelo en pecho, que en su vida había tenido tos ni alifufe de ningún género, una docena de truchas, pescadas por el posadero, que para pescar se pintaba solo, y unos cuantos cuartillos de lo tinto, que contribuyeron poderosamente a animar la reunión.

Y después de cenar, no faltó quien, tomando la guitarra entonasen alguna de nuestras canciones populares, tan ingeniosas y filosóficas, y la posadera, y la moza de la posada, y otras tres mozas que a Madrid se dirigían, encargadas al ordinario del pueblo, sin licencia del ordinario deseosas de encontrar en la Corte colocación conforme con sus méritos y buenas prendas físicas y morales, bailaron también luciendo el donaire que Dios les había dado, y haciendo mayor la expansión y alegría que reinaban bajo el ahumado techo de la posada.

Andrés era el único que, sombrío y alelado, miraba como un idiota aquellos rostros alegres, y aquellas graciosas posturas, y oía indiferente aquellas canciones y aquellos *dichos* y aquellos sonidos melancólicos que una mano experta sacaba de las cuerdas de la guitarra.

A las doce de la noche, el posadero, que era un hombre de orden, aunque posadero, y que no quería ruidos en su casa, y que siendo animal de costumbre, tenía la de dormirse siempre a la misma hora, dió punto a la fiesta, y mandó a cada mocho a su olivo, siendo así que el único mocho que allí había era el mismo, y cogiendo por un brazo a la posadera se la llevó en uso de su derecho, encerrando también a las tres mozas en una que él llamaba habitación, y no era otra cosa que el depósito de la paja que él tenía para su gasto.

IX

Y media hora después, el mayor silencio reinaba en la posada, y huéspedes y posaderos dormían el sueño, si no de los justos, de los cansados; dormían todos, menos Andrés que no podía dormir.

Habíale el demonio, y este enemigo del hombre sabe hacerse oír, y desvela a los que quiere perder, o mejor dicho ganar para el infierno.

Otra vez volvían a bullir en el cerebro de Andrés los más ruines pensamientos.

— Ya estamos cerca de nuestro pueblo, se decía, mañana abrazará Juan a Teresa, y pasado mañana dispondrán la boda, y yo me moriré de rabia y desesperación... Todos duermen... Si yo me atreviera... y como somos muchos tal vez sospecharían de otro... no, no, que si despertara alguno, si Juan diera un grito, me matarían...

Abismado en sus reflexiones, que ya sabe el lector que no eran nada buenas, quedó algunos momentos, y de pronto, como si hubiera tomado una resolución, se incorporó, limpió el sudor que le

bañaba el rostro, y de puntillas, procurando no hacer ruido, y guiado por la trémula luz de un candil que colgado había dejado el posadero de un garfio en el techo, se acercó a una ventana que daba al camino, y que como la noche era en extremo apacible, y cerrada la ventana hubieran podido muy bien amanecer asfixiadas las personas que dormían en aquel estrecho tugurio, había quedado solamente entornada, la abrió, miró al camino y después de dudar algunos momentos, saltó por ella y echó a andar.

Andrés era muy cobarde; la noche, y mucho más después de las apariciones de la anterior, le infundía extraordinario pavor; pero el demonio, que acababa de inspirarle otro mal pensamiento, le daba en aquellos momentos valor para arriesgarse a recorrer de noche el camino.

— Llegaré antes que él, decía, veré a Teresa, y le diré que Juan ha muerto; no... que Juan la ha olvidado, que Juan no va, y se volverá loca o se morirá de pena, que tanto y más es lo que le quiere... Y si no, le diré que Juan me envía a buscarla, que quiere verla antes que nadie, y ella, es claro, se vendrá conmigo, y entoces... Corramos...

Y volviendo instintivamente la cabeza, vió que le seguía aquella misma sombra de la noche anterior y llegó a su oído como el sonido de un eco lejano esta frase: «¡Hijo mío!» pero triste, dolorosa y angustiosa.

Andrés se detuvo, y la sombra siguió avanzando... y entonces Andrés corrió, voló por aquel camino huyendo de aquel aterrador fantasma, que le seguía corriendo, volando como él.

Ya no podía más; rendido de fatiga, empapado en sudor, llegó a beber a un arroyo, y al ir a coger el agua en la gorra, retrocedió espantado al ver en el agua la misma sombra, y al oír otra vez aquel desconsolador: «¡Hijo mío!»

Volvió a correr, volvió a volar loco y desesperado, y la sombra siempre tras él.

Ya no le era posible luchar con la fatiga, y cayó sobre una piedra en un estado que hubiera dado compasión al hombre mas empedernido.

A su lado en otra piedra estaba el fantasma y de cuando en cuando con doloroso acento le decía: «¡Hijo mío!»

— ¿Quién eres, fantasma maldito...? exclamó Andrés en el colmo de la desesperación.

— ¡Hijo mío! le contestó el fantasma.

Volvió Andrés, como si hubiese oído una voz que no le era desconocida, pero el fantasma ya no estaba allí.

Comenzaba a amanecer, y la luz del día tranquilizó el espíritu de Andrés, si podía haber tranquilidad para su espíritu.

Púsose en pie, echó a andar, pero podía andar con mucha dificultad; cuanto más quería correr tanto más se negaban sus piernas a satisfacerle.

Andrés se desesperaba, porque si seguía andando con aquel paso, Juan le alcanzaría seguramente.

Quiso andar más, quiso correr, y corrió, haciendo grandes esfuerzos, y sufriendo horribles dolores, y por fin llegó a divisar el campanario de su pueblo, y respiró, y pareció reanimarse y cobrar fuerzas al pensar que podría ejecutar pronto su villano intento.

Y ya iba a llegar a la entrada del pueblo, cuando sintió que le tocaban en el hombro, volvióse, y sintió en el rostro como una bofetada sacudida con una mano de hierro, y oyó una voz terrible y amenazadora que le gritó: — «¡Hijo mío!» y al mismo tiempo el toque de ánimas.

Andrés estuvo a punto de perder el conocimiento, sintió que todo su cuerpo se abrasaba, pero el demonio le sostuvo y le arrastró al pueblo.

Cuatro o cinco niños que le hallaron, le miraron el rostro, y echaron a correr espantados.

Y más allá, sentada a la entrada del pueblo estaba Teresa, bella como un ángel, esperando a Juan, acompañada del padre de éste, y más allá todos los vecinos del pueblo, vestidos de fiesta, esperaban también al soldado.

Andrés, viendo a Teresa, corrió a ella, abrió la boca para decir: «Juan no viene, Juan ha muerto...» pero en vano lo quiso decir.

Por más esfuerzos que hizo, no pudo articular palabra...

Al mismo tiempo, Teresa daba un grito de horror y todos los que se acercaban y veían a Andrés lo repetían y retrocedían horrorizados.

Teresa se había desmayado.

Andrés miraba atónito a sus amigos, a sus vecinos que le señalaban al rostro y se mantenían a regular distancia.

De repente sonó otro grito, pero no de espanto, sino de satisfacción inmensa.

Juan llegaba.

Juan vio á Andrés y también se pintó en su rostro el espanto. Andrés tenía perfectamente señalados en la mejilla derecha los cinco dedos de una mano.

X

Juan se casó con Teresa.

Andrés no volvió á hablar más y perdió la razón.

Aquella horrible mano impresa en su rostro no desapareció nunca.

Muchas veces le preguntaban de quién era aquella mano, y él por señas, elevando los ojos al cielo, y señalando á su casa, y cerrando después los ojos é inclinándose la cabeza sobre la palma de la mano derecha, parecía querer dar á entender que era la mano de un muerto.

Sólo al cura del pueblo, que era un santo y un sabio, refirió Juan lo que había podido comprender del mal instinto y de los malos deseos de Andrés, y las palabras que le oyó en el delirio, mientras estuvo herido, y los indicios que tenía para creer que había tratado de asesinarle algunas veces.

Y el cura decía á todos los curiosos del pueblo: — Esa es la mano de su madre. — Dios permite á las madres buenas, que dejan hijos en el mundo, que velan por ellos y les impidan cometer ninguna acción villana. — Andrés no era bueno, y su madre le ha castigado y le ha impedido que haga mal uso de la inteligencia.

Andrés no reconoció nunca á Juan ni á Teresa.

Vivió muchos años mantenido por la caridad de sus vecinos, y cuentan que el día que lo enterraron, mientras estaban cavando la fosa donde iba á esperar la resurrección de la carne, vió el sacristán, que era un bendito, acercarse á una viejecita que ni sabe por donde entró ni por donde se fué, que, inclinándose sobre el muerto, le puso la descarnada mano en la marmórea mejilla, y le dió un beso diciendo: «¡Hijo mío!»

Y cuando bajaron el cuerpo de Andrés á la fosa, ya no se le veía en la mejilla derecha la señal de la mano horrible.

CARLOS FRONTEIRA.

DEL CULTO DE LAS IMÁGENES

Se comprende que siendo como es el hombre tan apegado á todo lo corporal y sensible, haya de sentir tan grande dificultad para poder elevar su ánimo á la contemplación serena de las cosas espirituales; por eso la Iglesia, y antes que ella la Sinagoga, ó mejor dicho el mismo Dios, quiso que hiciéramos escala de estos objetos visibles que están al alcance de nuestros sentidos, á los invisibles y sobrenaturales. Pero los protestantes, sumergidos como topes en las lóbregas densidades de la tierra, no perciben los encantadores matices de la luz, para poder remontarse de lo material y terreno á lo que trasciende á los dominios del espíritu, y está por consiguiente fuera del alcance de su brazo.

Detúvose cierto día aquel insigne pintor de la antigüedad, llamado Nicóstrato, delante de un bellísimo retrato de Elena, dibujado por Zeusis, y á su vista quedó tan embelesado y lleno de admiración, que por largo rato quedó como si fuera una estatua, embargados los sentidos y sin soltar apenas la respiración. Llegó en esto un aldeano tosco é ignorante, y chocándole los extremos que Nicóstrato hacía delante de aquella muda imagen, con grosera libertad se adelantó á hablarle de este modo: «¿Eres tú, Nicóstrato, aquel hombre tan alabado de discreto y entendido? ¿Y qué más harías si vieras á la misma Elena? Pero, ¿qué hay aquí que tanto te admira? El pintor entonces, volviéndose al rústico entre compasivo y desdenoso, le contestó: «Este no es cuadro para lechuzas; sacate esos ojos y yo te prestaré los míos, y con ellos sabrás lo que yo admiro y tú no entiendes; que si tú vieras lo que veo yo, nada me preguntarías.»

«¡Oh Dios excelso! ¿Con cuánta mayor razón que Nicóstrato podemos nosotros los católicos decir otro tanto á los ofuscados secuaces de Lutero y sus corifeos! Dejad infelices miopes esos ojos de carne, y tomad los que la Iglesia católica os ofrece alumbrados con los purísimos esmaltes de la fe, y entonces veréis lo que al presente no podéis distinguir.

Dicen algunos que en los primeros tiempos de la Iglesia no estaban en uso las imágenes. Ciertamente, pero, ¿sabe el discreto lector por qué? No precisamente porque se juzgase ilícita semejante práctica, sino porque la disciplina de aquella época en que con tanto esfuerzo se peleaba contra las estatuas y las imágenes de los falsos númenes, así lo exigía de los

cristianos para tenerlos alejados de la idolatría; proponiéndose al par de esto el no poner obstáculos que, en algún modo, pudieran dificultar la reducción de los gentiles.

¿Que no estaban en uso las imágenes al principio de la Iglesia! Si á eso vamos, tampoco lo estaban allí en los tiempos más remotos del Antiguo Testamento. ¿Y por qué? Porque Dios lo había prohibido á Moisés cuando le mandó conducir al pueblo de Israel á la tierra de promisión habitada por gentes que adoraban al sol, á la luna, á las estrellas, á los volátiles, cuadrúpedos, serpientes y hasta á los mismos demonios; mas después que el peligro cesó, tanto Moisés en el Tabernáculo, como Salomón en el templo, pusieron imágenes; el templo sobre todo estaba como quien dice cuajado de ellas.

¿No es bien sabido de todos que el Arca del Testamento, no siendo más que una señal de la majestad y presencia de la divinidad, en manera alguna permitía el Señor que el pueblo la viese descubierta, ni aun siquiera que los levitas la tocasen con las manos desnudas? Claramente consta en el primero de los Reyes (VI, 19), el castigo que ejecutó Dios con los Betsamitas porque se atrevieron á mirar el Arca descubierta, y no es menos manifiesta la muerte repentina que sufrió Oza (II Reg. VI, 7), por haber extendido la mano sobre ella. Pues si tan grande veneración quería Dios que se diese al Arca, que no era más que un tipo y signo de la divinidad, ¿cómo no ha de querer que se veneren las sagradas imágenes, que son formales expresiones de sus prototipos?

Los días festivos, como ordenados y dedicados á Dios, quería Su Majestad que fuesen cuidadosamente guardados y tenidos en veneración (Exod. XII, 16). La tierra por la presencia de Dios que hablaba en la zarza (Ibid. III, 5) era santa, y quería el Señor que fuese respetada de Moisés. No permitía que en el Sancta Sanctorum entrasen otros que Aarón y sus hijos, y esto sólo una vez en el año (Núm. IV, 5). Pues si tan rigurosos preceptos había tratándose de cosas que estaban simplemente ordenadas al servicio de Dios, ¿qué justicia no se hará con los que se niegan á venerar la Cruz bañada con la sangre de Jesucristo, los instrumentos de su Pasión, así como sus imágenes y las de sus Santos? Mandó el Omnipotente que su nombre sea venerado, y que no se jure vanamente por él (Exod. XX, 7); que sea alabado y bendito (Ps. CXII, 2, 3); que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos (Philp. II, 10), y eso que el nombre no es otra cosa que un signo; ¿qué respeto, pues, qué veneración no deberemos dar á las sagradas imágenes?

Verdad es que en el capítulo XX del Exodo se prohíben las estatuas é imágenes; pero, *distingue tempora, et concordabis jura*; este precepto fue impuesto á los hebreos á causa de su propensión á la idolatría, y en ocasión en que el Señor quería conducirlos á la tierra de Canaán, poblada también de ídolos, lo mismo que el Egipto de donde salían. Mas luego que Dios hubo preservado á aquel pueblo de la idolatría, el mismo ordenó á Moisés que fabricase el Tabernáculo, en el que quiso ser adorado, juntamente con las imágenes que en el mismo mandó poner. «Harás, le dijo á Moisés, dos querubines de oro trabajados á martillo, de la una y de la otra parte del oráculo.» (Exod. XXV, 18).

«¡Hola! ¿Pues no nos decían los ministros del nuevo culto que la prohibición duraba hasta el día de hoy? Aquí, por el contrario, vemos rehabilitada la primitiva y natural costumbre de exponer y dar veneración á las imágenes. ¿Y la serpiente de bronce que Moisés levantó en el desierto de orden de Dios para que todos aquellos que la mirasen con confianza fuesen curados de las venenosas picaduras de las serpientes (Núm. XXI, 8, 9), qué otra cosa era más que una figura y representación de Jesucristo, el cual levantado en una cruz había de curar los pecados ó sea las venenosas mordeduras de la serpiente infernal á todos aquellos que la mirasen con viva fe? Así lo dijo el Salvador aplicándose á sí mismo esta figura (Joan. III, 14).

A esto podemos añadir que á Ezequiel le fué mostrado en visión la figura de un templo lleno de imágenes entalladas y de relieve, de querubines, de hombres, de leones y de palmas, como se lee en el capítulo XLI del libro de sus profecías. Por eso Salomón, tomando la idea de Ezequiel por tipo de la obra del templo, puso en todas sus paredes muchos querubines y otras diversas figuras de tan primoroso relieve, que parecían saltar de la pared, y precipitarse en raudal vuelo á la vaga región del aire: *quasi prominentes de pariete, et egradients* (III Reg. VI, 29).

No vale, pues, el decir que Dios prohibió las imágenes, puesto que, pasado el mayor peligro de la prevaricación del pueblo de Israel, el mismo Dios levantó de hecho la prohibición. Y así en el capítu-

lo VIII del libro de *Josue*, vemos que este gran caudillo estuvo postrado desde la mañana á la tarde delante del Arca en unión con los ancianos del pueblo, mostrándose el Señor muy complacido de esta veneración. También David con todo Israel danzaba delante de aquella misma Arca y la festejaba cuanto podía tocando instrumentos, todo lo cual hacemos los católicos arrodillándonos, y postrándonos en la presencia de las imágenes de Jesucristo, las de su Inmaculada Madre y las de los otros Santos, y haciéndoles objeto de una especie de ovación cuando las conducimos procesionalmente en hombros, al compás de los instrumentos músicos, entre los cánticos del clero y el continuo repique de las campanas.

Sin embargo de lo que llevamos dicho, la herética obstinación no amaina su fiera, antes volviendo sobre el mismo argumento, pretende argüirnos que adoramos los simulacros ó por lo menos á los Santos á quienes aquellos representan, siendo así que el culto de adoración no se debe más que á sólo Dios.

No confundirse, señores. Aunque con un mismo nombre de adoración expresa el sagrado texto el culto que tributamos al Criador y á la criatura, el uno y el otro de entrambos cultos difieren esencialmente *ab intus*, ó sea en la intención y sentimiento interior. A Dios le tributamos el culto de adoración suprema, como á principio y fin de todas las cosas, y á la Madre de Dios, á los ángeles y á los Santos, sólo se entiende que les rendimos el obsequio y veneración que por diversos títulos se les debe. Por eso cuando Abraham adoró á los hijos de Heth (*Genesis* XXIII, 7, 12), y Lot á los ángeles (*Ibid.* XIX, 1), y Jacob á Esau (*Ibid.* XXXIII, 3), no confundimos esta adoración con la que Abraham, Moisés, David y el pueblo de Dios dieron al Señor (*Ibid.* XXIV, 26; *Exod.* XXX, 10); media una diferencia inmensa entre una y otra de aquellas adoraciones.

Las sagradas páginas canonizan el uno y el otro de aquellos cultos; el absoluto que es debido á sólo Dios, y el relativo que se da á los Santos y á sus reliquias, así como también á los reyes y otros personajes de la tierra.

La malicia protestante se ofende de ver que los católicos veneramos las imágenes, y doblamos las rodillas ante ellas, invocando, no á aquellas obras maestras del arte, como lo hacían los más que necios paganos, sino á los ciudadanos celestiales que las mismas obras representan. Pues bueno; si la Escritura no se extraña de lo que nosotros hacemos, ¿cómo se extraña el hombre? Seguramente que aquel divino libro hubiese anatematizado á los Patriarcas que se prosternaban delante del Arca, y hasta en la presencia de otros hombres, como anatematizó al pueblo cuando adoró el becerro de oro, si los dichos Patriarcas hubieran tenido la intención de dar á aquellas criaturas el culto supremo de adoración; pero no lo hizo, antes bien lo aprobó, porque aquellos varones santos sabían distinguir como nosotros entre el Criador y las obras de sus manos.

Y si del Antiguo Testamento pasamos al Nuevo, veremos entre otros á Tertuliano, el cual nos da á conocer la costumbre de su tiempo de representar en los cálices á Jesucristo bajo la figura del Buen Pastor (*De Pudicitia*, c. 10). V Eusebio refiere haber visto por sí mismo la estatua erigida al Salvador, por aquella mujer á quien había curado del flujo de sangre, al mismo tiempo que habla de otras imágenes de Jesucristo y de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, también vistas por el mismo historiador. (Euseb. lib. VII, c. 18; lib. V, c. 21).

El Protestantismo, que tanto horror tiene á las imágenes de los Santos, expone, sin embargo, á la pública veneración las imágenes ó retratos de sus príncipes. Al frente del libro de los cánticos de la iglesia oficial de Prusia van las fotografías del Rey y de la Reina. En Hannover, en la Iglesia de la guarnición, se ve hoy puesta sobre el púlpito el águila de Prusia, como para representar al Espíritu Santo. Los calvinistas de Bielefeld (Westfalia) han colocado en el coro de su iglesia, por lo demás completamente desnuda, los retratos del Gran Elector de Brandeburgo y de su esposa.

A nadie, pues, repetimos, debe extrañar que en los primeros siglos de la Iglesia no estuviesen en uso las imágenes. Trátabase de reducir á los hebreos que tenían ciertas reminiscencias de prohibición; y se aspiraba á la vez á la conversión de los gentiles esparcidos por toda la faz de la tierra; pues por no escandalizar á los primeros y por no poner á los segundos en peligro de idolatría, los apóstoles y sus inmediatos sucesores juzgaron prudente el no pensar por entonces en la exposición de las imágenes.

FR. JOSÉ COLL.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. LOPE DE LANDA, joven pintor catalán, a quien se deben diez cuadros de los Apóstoles y Evangelistas, pintados en 1882 para la nueva iglesia de Caldetas.

D. MARIANO LANTADA GUERRA, pintor y escultor, natural de Lantadilla (Palencia), y discípulo de D. Federico de Madrazo y de las clases de la Escuela superior de Madrid, donde obtuvo en 1878 y 1880 dos premios. En la Exposición Nacional de 1881 presentó el *Proyecto de un retablo con el dogma de la Inmaculada Concepción*. En la anterior había expuesto un *Interior de la iglesia de su pueblo*. Es autor asimismo de *La intercesión por la Santa Misa*, pintado para Santillana de Campoo. En Roma, donde reside, ha copiado los frescos de Potesti representando *La declaración dogmática de la Inmaculada Concepción*. Al tratar de los escultores habremos de citar de nuevo a este artista.

D. ROBERTO LAPLATA Y MUNCIO, nació en Bilbao en 1842, y fue su primer maestro en Madrid don Carlos Mugica. Ingresó después como alumno en la Escuela especial de Bellas Artes, en cuyos concursos obtuvo diferentes premios y medallas. En la Exposición Nacional de 1866 presentó: *Las santas mujeres en el sepulcro del Señor*, *Muerte de Sisara*, y otro asunto profano. Expuso también en los concursos de 1876 y 1881 y en algunos particulares; en el último presentó un *Ecce-Homo orlado de flores*, adquirido por S. M. la Reina. Sus últimos trabajos han sido para la restauración de la iglesia de San Francisco el Grande, siendo suyas las composiciones de las vidrieras de la iglesia que representan *La Presentación de la Virgen en el templo*, *La Anunciación* y la *Visita a Santa Isabel*; como también las del coro representando *Los cuatro Evangelistas*, *San Pedro y San Pablo*.

D. MANUEL LAREDO Y ORDÓÑEZ, calígrafo y dibujante, natural de Amurrio, provincia de Álava. Expuso un trabajo a pluma en la Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1864. Es autor de varias obras en este género, figurando entre ellas *Jesús en el huerto de las olivas*. Son también del Sr. Laredo: dos *Vistas de la Catedral de Barcelona*, *Capilla de Santa María en Alcalá de Henares* y un *Retrato de León X.*, que presentó en 1882 en la Exposición de la Sociedad denominada «La Acuarela».

D. ANGEL LASSO DE LA VEGA Y ARGÜELLES, literato y pintor, natural de San Fernando, provincia de Cádiz. Empezó sus estudios de Bellas Artes bajo la dirección de D. Tomás Díaz Valdés, con quien aprendió el dibujo y pintura. Ha hecho gran número de copias de Murillo, Rubens, Sasso Ferrato y otros maestros, entre ellas *La Encarnación* y un *San Juan*, del primero, y *La Crucifixión*, del segundo, que presentó en una de las últimas Exposiciones de la Academia; *La Degollación del Bautista*, *San Francisco de Paula*, *Una Dolorosa*, *La cena de Emaus*, *La Virgen del Sueño*, *San José*, *San Antonio*, *Una Sacra Familia* y *Jesús Niño disputando con los Doctores*. Algunas obras profanas originales ha ejecutado el señor Lasso, que prefiere a la pintura las bellas letras, donde consigue envidiables y legítimos triunfos.

D. JUAN LASSO DE LA VEGA Y ARGÜELLES, hermano del anterior y natural de Cádiz. Bajo la dirección del Sr. Díaz Valdés se inició en el arte pictórico. Ha ejecutado varias copias de grandes maestros, figurando algunas en las Exposiciones de la Academia de San Fernando. Entre ellas deben citarse: *Una Adoración de los Reyes*, *El Niño Jesús*, *El Niño Jesús con los atributos de la Pasión*, *La Trinidad*, *La Natividad de la Virgen*, *La venida del Espíritu Santo al Cénculo*, *Ecce-Homo*, *San José y La Santa Foz*.

D. ANTONIO MARIA DE LECUONA, natural de Azpeitia, donde vivió la luz en 1830. Presentó en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1856 una *Vista de la colegiata de Loyola*.

D. RAMÓN LEGRANDE, natural de Santiago. En la Exposición celebrada en aquella ciudad en 1875 presentó en tinta china un retrato de *Pío IX* y otro de *Fray Rafael de Viles, Arzobispo que fue de Santiago*; al óleo *Una Dolorosa*.

D. MANUEL DE LEMA Y ROZONS, pintor de Sevilla. En la Exposición Universal de París de 1878 presentó una *Virgen del Carmen*.

D. IGNACIO DE LEÓN Y ESCOBURA, pintor contemporáneo, natural de Oviedo, discípulo de la Academia de Bellas Artes de la Coruña. Estudió posteriormente con notorio aprovechamiento en Madrid y París. En 1864 hizo oposición para la pensión de Roma, siendo el asunto elegido por el tribunal *La resurrección de la hija de Jairo*, y, aunque su cuadro no obtuvo el premio, mereció los elogios de la crítica.

Dicho artista, cuyas obras han sido adquiridas con gran aprecio en el extranjero, se halla condecorado con las encomiendas de Carlos III y de Isabel la Católica.

D. EDUARDO LEVEQUE. En la Exposición celebrada en Vitoria en 1867 presentó una *Concepción*, al temple.

D. ANGEL LIZCANO, nació en Alcázar de San Juan en 24 de Noviembre de 1846 y estudió en la Escuela superior de Pintura. En 1869 fue pensionado por el Marqués de Bedmar para completar su educación artística, y pintó para el mismo: *Procesión de Semana Santa en el pueblo de Camuñas*. Otra de sus obras es un *Estudio de la catedral de Burgos*.

D. FRANCISCO LLACER Y BOLDERMANN, natural de Valencia, en cuya Academia de Bellas Artes alcanzó varios premios siendo aun muy joven. En el Museo Provincial de la citada población existen dos lienzos de su mano que representan a *Judith entrando en Betulia la cabeza de Holofernes* y *El Salvador y el paralítico*. También son de su pincel los lunetos de la iglesia parroquial de San Salvador, y varias pinturas en la capilla de Nuestra Señora de los Desamparados, en la misma ciudad.

D. JUAN LLACER Y VIANA, Académico supernumerario por la pintura de la Academia de San Carlos de Valencia. Es autor del cuadro de *Nuestra Señora de los Dolores*, existente en la capilla del cementerio de Denia.

D. LUIS LLANOS. Es autor de *El Vidrio*, cuadro expuesto en uno de los concursos particulares del Sr. Hernández.

D. EDUARDO LLORENS, natural y vecino de Barcelona, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de aquella capital, y posteriormente de la de París. En la Exposición de Bellas Artes que tuvo efecto en Madrid en 1854 presentó dos cuadros: *La procesión del Corpus en Cataluña* y *Judith*.

D. DOMINGO LLORENS DE CERVERA. En 1867, en la Exposición regional de Valencia, fue premiado su cuadro *La Caridad* con una medalla de plata.

D. N. LLORENS Y RIU es autor de un *Interior de la Catedral de Barcelona*.

D. JOSÉ LLOVERA, natural de Reus. Una de sus varias y muy elogiadas obras representa el *Interior de una iglesia*.

D. JOSÉ LLURIA Y GIRALT. En la Exposición de Bellas Artes, iniciada por la Junta de Comercio de Barcelona en 1863, figuró, entre otros trabajos de este aficionado, *La Purísima Concepción*, copia de Mengs, al lápiz.

D. MIGUEL LÓPEZ ACUÑA, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla. En 1861 regaló a la comisión encargada de levantar un monumento a Murillo un lienzo suyo, representando a *Santa Gertrudis*.

D. JOSÉ LÓPEZ ENGUÍDANOS. Nació este notable artista en Valencia en el año de 1760, obteniendo a los veintidós años en la Academia de San Fernando el premio primero de la segunda clase, y tres años más tarde el segundo de la primera. Llegó a ser pintor de Cámara y murió en Madrid en 1812. Es autor de una *Sacra Familia*, existente en la Academia de San Fernando.

D. SEVERINO LÓPEZ REARÁN, pintor jerezano. En la Exposición celebrada en Cádiz en 1858 presentó: *Raquel*, *Moisés recibiendo a su familia* y *Santa Bárbara acusada por su padre*. Alcanzó medalla de plata.

D. RICARDO LÓPEZ REQUENÍ, natural de Valencia, discípulo de las Academias de Bellas Artes de dicha ciudad y Madrid respectivamente. Es autor de un cuadro representando a *Jesucristo en la Cruz*, que alcanzó grandes elogios de la prensa valenciana.

D. JOSÉ LÓPEZ SAGREDO. En 1872 pintó para la Academia de la Juventud Católica de Madrid un cuadro de *La Purísima Concepción*.

D. AGAPITO LÓPEZ SAN ROMÁN, nombrado Académico de mérito de la de San Fernando en 5 de Julio de 1835. En dicho año presentó en la Exposición de Madrid *Saul arrojando la lanza a David*. Murió en Valladolid en 1873.

DOÑA ROMANA LÓPEZ SAN ROMÁN, pintora, nombrada Académica de mérito de la de San Fernando en 19 de Junio de 1825. En dicha corporación se conserva una miniatura suya, representando a *La Virgen con el Niño Dios en los brazos*.

D. LUIS LÓPEZ CARDONA, pintor sobre vidrio, natural de Madrid y discípulo de la Academia de San Fernando. En el Conservatorio de Artes subsisten varias muestras de sus trabajos. En la Exposición de Bellas Artes de 1858 presentó una vidriera de colores representando a *San Zacarías*, y otra, *La Adoración de los Reyes*, imitando las del siglo xiii. Obtuvo mención honorífica.

D. EDUARDO LÓPEZ DE PLANO, natural de Caspe, discípulo del Sr. Montañés y de la Academia de

San Fernando, en cuyos estudios alcanzó diferentes premios. En la Exposición de Bellas Artes, celebrada en Madrid en 1862, presentó a *Adán y Eva arrojados del Paraíso*.

D. BERNARDO LÓPEZ PIQUER, pintor de historia, nació en Valencia en 1800, el día 20 de Agosto, fue discípulo de su padre D. Vicente y de la Academia de San Fernando. Recibió este artista, entre otros honores, el de ser maestro de Doña Isabel II y de varios individuos de la familia real. Sus obras religiosas son: un *San Pedro Apóstol*, el *Nacimiento*, trabajando para Palacio en 1860, y *La Anunciación de Nuestra Señora*, para una iglesia de Orihuela. Murió en 1.º de Agosto de 1874.

D. LUIS LÓPEZ PIQUER, nació en 1802 en la ciudad de Valencia y fue hijo del célebre pintor de cámara D. Vicente López, a cuyo lado aprendió las primeras nociones de su difícil arte. Sus felices disposiciones se manifestaron especialmente por la corrección del dibujo. La primera obra que recordamos de su pincel es el lienzo de *San Pedro y el paralítico*, que estuvo expuesto en la Academia de San Fernando el año 1821, contando 19 años su autor; lienzo que mereció unánimes elogios. Sus obras religiosas son: *La Presentación de Nuestra Señora*, que está en Aranjuez, en la iglesia de San Antonio; *El martirio de San Esteban*, pintado en 1828; *San José*, *San Pedro libertado de la cárcel por un ángel* y *La caída de Luzbel*, cuadro de grandes dimensiones, expuesto en el Certamen de 1852 y colocado durante algún tiempo en la capilla de Palacio. Recibió merecidas y numerosas distinciones, y pasó a mejor vida en 5 de Junio de 1865.

D. VICENTE LÓPEZ Y PORTAÑA. Este notable artista es juzgado por algunos como el moderno jefe de la escuela valenciana. Nació en Valencia en 19 de Septiembre de 1772, siendo descendiente de una familia dedicada a las artes, cuyas tradiciones debía conservar y enaltecer. Importantisísimos fueron los destinos que su mérito le conquistó. El Palacio y las Academias le abrieron sus puertas, mereciendo singulares deferencias de los Reyes Don Carlos IV y Don Fernando VII. Infinitas fueron las obras de López, así al óleo como al temple y sus dibujos para grabar. Pintó al fresco las bóvedas 17 y 19 del Palacio de Oriente. En la primera se descubre en un trono de nubes la *Religión Católica*, y otras alegorías que no son de este lugar; en la segunda representó a *Carlos III adorando a la Virgen*. Es autor también de las bóvedas del altar mayor de la iglesia de San Esteban de Valencia. Sus principales trabajos religiosos, al óleo, son: *Un Ecce Homo*, *Tobías*, *El Rey Ezequías ostentando sus tesoros a los legados del Rey de Babilonia*, *el Buen Pastor*, *La Virgen de las Mercedes*, *redención de cautivos*. Todas estas obras se conservan en el Museo provincial de Valencia. *Nacimiento de San Vicente Ferrer*, en el oratorio de la casa de aquel Santo en Valencia. *San Antonio Abad*, en la catedral de la misma población. *Santo Tomás de Villanueva*, en la capilla de la Casa de Misericordia y *San Antonio de Padua*, en el oratorio de San Felipe Neri de la misma población. *San Agustín contemplando el misterio de la Trinidad* y *San Rufo Obispo predicando*, obras reputadas por las mejores de López y existentes en la catedral de Tortosa. *San Francisco de Paula*, *La Virgen de los Desamparados acogiendo a varios pobres*, presentado en la Exposición del año 1838 y que se conserva en Carabanchel. *Una Concepción*, existente en el Museo provincial de Valladolid. *Aparición de Nuestro Señor Jesucristo a Santo Tomás*, y *momento en que éste toca las llagas a su Maestro*, lienzo de grandes dimensiones y uno de los últimos que pintó López para la parroquia de Santo Tomás en Toledo. *San Pedro Apóstol*, en la parroquia de aquella advocación en Ciudad Real, y otras muchas obras que se conservan en Roma, París y Madrid en poder de particulares y en las iglesias de El Grao, Silla, Coentaina, Burjasot, Benifayó, Chiva, Peñagüila, Gorja, Alcoy, Requena, Vall de Uxó y otros pueblos. Entre sus infinitos dibujos, los mejores que hizo para grabar fueron un *San Rafael*, *La Santísima Trinidad*, *La Virgen del Carmen*, *Jesús Nazareno*, *Una Dolorosa*, *El Corazón de Jesús*, *Nuestra Señora de la Fuente Santa*, *San Valentín*, *Santa Engracia*, *Bautismo de Cristo*, *Santa Filomena* y *Nuestra Señora de la Fuencisla*. Falleció en 22 de Junio de 1850, a los 78 años de edad, habiendo trabajado hasta poco antes de su muerte con igual entusiasmo que en su juventud.

D. CLAUDIO LORENZALE, natural de Barcelona, y discípulo de su Escuela de Bellas Artes, en cuyos estudios llegó a ser Director. En Roma estudió a los grandes maestros y al regresar a España fue nombrado Académico de mérito de la de Nobles Artes de San Fernando. Sus obras religiosas son: *San Francisco de Asís*, *Santa Teresa de Jesús*, *Una Concepción con la Santísima Trinidad* y *Coro de ángeles*.

San Antonio de Padua, éstas figuraron en la Exposición de Barcelona de 1847; *San Pablo, Un San José y El Salvador del mundo con la Sagrada Hostia*, para la iglesia de Santa María del Pino de Barcelona. También es suyo el *Descenso de la Santísima Virgen*, dibujo para grabar.

D. ISIDORO LOZANO, natural de Logroño y discípulo de D. Federico Madrazo y de las clases dependientes de la Academia de San Fernando. En 1852 obtuvo del Gobierno la pensión que varios opositores pretendían, y pasó a cultivar sus brillantes aptitudes pictóricas a la capital del orbe católico. En la Exposición de 1849 se dio a conocer ventajosamente con su *Santa Isabel dando limosna a los pobres*, cuadro de bien meditado asunto y excelente color, y en la de 1858 presentó a *San Pablo sorprendido por Nerón en el momento de convertir a Sabina Poppaea*, cuadro que mereció segundo premio y figura en el Museo Nacional. Consagrado posteriormente a la pintura decorativa, debió a su pincel el techo de la capilla del palacio del Duque de Sexto (hoy derruido). También en la techumbre del Monte de Piedad de Madrid ha dado gallarda muestra de su valer el Sr. Lozano, en las alegorías religiosas que, mezcladas a otras, ornan aquel recinto. Su cuadro más reciente es *Una Virgen de la Almudena*, para la cripta de la nueva catedral de Madrid.

Merecen especial elogio sus dibujos para restaurar las vidrieras de la catedral de León, que fueron aprobadas con el aplauso más completo por la Academia de San Fernando.

D. EUGENIO LUCAS, nació en Madrid en 1824 y estudió en la Academia de Nobles Artes de San Fernando. Débense a este malogrado artista *La Asunción de la Virgen*, que se conserva en Jaén, según noticias; *Un exorcismo* y *La Comunión*. Murió en Madrid el 11 de Septiembre de 1870.

D. FRANCISCO LUCINI, nació en Reggio en 29 de Agosto de 1799. Aunque cultivó la pintura escénica, tiene conquistado aquí su lugar por haber concurrido a la Exposición pública que se celebró el año 1837 con un *Interior de las dominicas de Barcelona*. Residió en España y falleció el 12 de Febrero de 1846.

D. EUSEBIO LUCINI Y BIDERMAN, hijo y discípulo del anterior, cultivó su género, y fue autor del magnífico transparente estrenado en 1857 en la iglesia de San Antonio de los Portugueses para las funciones de Semana Santa. Murió en Madrid en 29 de Noviembre de 1881.

D. MANUEL LUQUE, natural de Cádiz. En la Exposición celebrada en 1879 en aquella capital presentó una copia del *Descendimiento*, de Ribera y otra del *San Francisco*, de Zurbarán. En dicha Exposición presentó asimismo varios asuntos profanos, y obtuvo mención honorífica.

M. DE A.

(Se continuará.)

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

INVITACIÓN AL PUEBLO SEVILLANO HECHA POR LA JUNTA DIOCESANA DEL DINERO DE SAN PEDRO Y JUBILEO SACERDOTAL DE LEÓN XIII.

Desde que se inició el pensamiento de festejar el quincuagésimo aniversario de la ordenación sacerdotal de Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII ha sido grande el entusiasmo con que todos los buenos católicos han significado su adhesión, preparándose para hacer en su día una manifestación solemne de su amor al Romano Pontífice y del sumo interés que les inspira la angustiosa situación del Vicario de Cristo. La Comisión promotora de estas fiestas constituida en Bolonia, se dirigió en 1885 a todas las Diócesis del Orbe católico proponiendo las obras siguientes para celebrar tan fausto acontecimiento. — 1.ª Una santa Liga de oraciones para implorar de Dios Nuestro Señor el triunfo de la Iglesia y la conservación del Sumo Pontífice reinante. — 2.ª Una exposición de productos del arte y de la industria católicas, reservando la parte principal a los objetos relativos al culto. — 3.ª La limosna de la Misa que Su Santidad ha de celebrar en el día del citado aniversario, que se compondrá de las ofrendas, por pequeñas que sean, de todos los católicos del mundo. — 4.ª Una peregrinación al sepulcro de los Apóstoles San Pedro y San Pablo.

Llegado el momento oportuno de excitar la fe y la piedad de los católicos de la Diócesis Hispalense para cooperar a tan laudable empresa, nuestro Emmo. Prelado acaba de dirigir su palabra siempre autorizada y respetabilísima a todos sus diocesanos en una sentida Carta Pastoral; en ella apela a los

nobísimos sentimientos cristianos de los hijos de esta insigne Metrópoli e invoca los poderosos títulos que abonan al Augusto Pontífice para merecer rigurosa justicia los recursos eficacísimos de sus limosnas y oraciones, estableciendo, además, una Junta con el fin de excogitar y poner en práctica los medios más aptos para promover una colecta extraordinaria en favor de su Santidad y facilitar la adquisición y remesa de objetos con destino a la Exposición Vaticana.

Los que suscriben, honrados por su Eminencia Rvma. con el título de individuos de la referida Junta Diocesana, han entendido que nada será tan eficaz para realizar los deseos de nuestro ilustre Prelado, en lo que se refiere a recoger las ofrendas de los habitantes de Sevilla, como una cuestación a domicilio, distribuyéndose en secciones con este objeto todos los miembros de la Junta para recorrer las feligresías acompañados de los respectivos señores Párrocos, como lo haría dentro de pocos días, pidiendo una limosna para el Vicario de Cristo.

Abrigamos la confianza de que nuestros trabajos, dada la notoria religiosidad del pueblo sevillano, han de ser coronados con el éxito más lisonjero. No nos dirigimos a ninguna clase determinada, sino a todas en general, porque a todas apacienta igualmente con su palabra y con su autoridad el augusto sucesor de Pedro y porque a todas incumbe la obligación de proveer, en la medida de sus fuerzas, a las necesidades temporales de nuestro Padre común. Con la misma satisfacción recibiremos la espléndida ofrenda del magnate que el humilde óbolo del pobre artesano, no viendo otra cosa en la categoría de las limosnas que el efecto natural de la desigualdad de fortuna, estimando unas y otras como la sincera expresión de un mismo sentimiento en todos los donantes.

Siendo uno de los medios propuestos por la Comisión promotora antes mencionada el celebrar en el Vaticano una Exposición del arte e industria de los católicos, ha acordado esta Junta Diocesana designar una Comisión de varios individuos de su seno, cuya misión ha de ser estimular a los artistas y demás personas que deseen tomar parte en dicha Exposición, como también fomentar y facilitar en las asociaciones y personas piadosas el envío de regalos a Su Santidad, imprimiendo a los esfuerzos de todos una dirección común.

Dicha Comisión la componen los señores siguientes:

Sr. Canónigo Lectoral.
Excmo. Sr. D. José Escalera.
Sr. D. Manuel Conradi.
Sr. D. Carlos Serra.
Sr. D. José Morón.
Sr. D. Francisco González Álvarez.
Sr. D. Juan M. Maestro.

Sevillanos: mostremos con nuestra conducta que sabemos apreciar en su inmenso valor los beneficios que en el orden espiritual y temporal ha prodigado al mundo la altísima institución que el Papa representa. No olvidemos, sobre todo, que se trata del gran León XIII, cuyo nombre es la mejor esperanza para todos los amantes del bienestar moral y material de los pueblos, porque nadie ha señalado con tanta precisión el origen de las desgracias de nuestro siglo, ni ha trazado tan magistralmente su remedio como el actual Pontífice en sus admirables encíclicas, que son entre el rudo batallar de las ideas y el estruendo de las pasiones desencadenadas, el glorioso monumento levantado a la causa de la verdad y de la justicia para enseñanza de los humildes y admiración de los sabios.

Sevilla 15 de Febrero de 1887. — (Siguen las firmas).

EL OBISPO DE CUENCA AL CLERO Y FIELES DE LA DIOCESIS

En nuestra exhortación de 7 de Diciembre último decíamos que los católicos de todo el orbe, impulsados por un mismo sentimiento, animados de un mismo deseo, alentados por la misma fe y llenos de religioso entusiasmo, se disponían a dar público y solemne testimonio de su amor y veneración al Romano Pontífice, celebrando con extraordinarias demostraciones de júbilo las *Bodas de Oro* del inmortal León XIII.

Ahora bien, hermanos e hijos carísimos: ¿Permaneceremos indiferentes y sin tomar parte en esa grandiosa manifestación? Nos limitaremos a contemplar y admirar ese movimiento asombroso? Imposible! ¿Qué se diría si tal hiciéramos? ¿Qué juicio se formaría de nosotros? Hay, pues, que demostrar con obras que también pertenecemos, por dicha nuestra, a la gran familia cristiana; que amamos, veneramos y respetamos, como el que más, al Vicario

de Jesucristo; que lamentamos y sentimos sus tribulaciones y hacemos nuestras sus alegrías.

A propósito de tribulaciones, creemos oportuno recordaros las injurias, calumnias, amenazas, desmanes y atropellos de que, en las circunstancias actuales, es víctima nuestro Padre común el Soberano Pontífice: Oid sus palabras:

«Lo que Nos contrista más vivamente, decía el 24 de Diciembre próximo pasado en su Alocución al Colegio de Cardenales, es la guerra, cada día más violenta, que se hace contra la Iglesia católica y contra la divina institución del Pontificado. Nos deploramos amargamente, como es justo, todo lo que se emprende en su detrimento, en el seno mismo de otras naciones católicas, y Nos no omitimos nada de lo que el deber apostólico Nos impone para defender y poner a salvo en todas partes los derechos de Dios y de la Iglesia. Pero Nos experimentamos mayor pena y aflicción por lo que sucede en Italia y en Roma, centro del Catolicismo y Silla privilegiada del Vicario de Jesucristo, aquí, donde los ataques enemigos son tanto más graves, cuanto que vienen a herir más directamente al poder supremo, al que están estrechamente unidos el bien, la vida y la acción social de la Iglesia en el mundo. Y estos motivos que Nos hemos tenido siempre para dolernos amargamente, se han acrecentado desde hace algún tiempo más allá de toda ponderación, y ellos revelan más que nunca que designios, velados por inventados pretextos y vanos distinguos, se ocultan contra la Iglesia. Sus institutos más benéficos, sus doctrinas, sus ministros, sus derechos, nada ha sido respetado; se amenaza con dictar nuevas leyes que, según lo que de ellas dice el rumor público, tienden a extinguir los escasos recursos cuya posesión se ha dejado aún en propiedad a la Iglesia, mientras que se trata de favorecer la ingerencia de los laicos en las cosas eclesiásticas con todos los efectos desastrosos que de ello se derivan siempre. Se aguzan todas las armas contra la enseñanza y la educación cristiana de la juventud, y, según las aspiraciones de las sectas, se quiere, hoy más que nunca, que la educación no se base en los principios católicos; hasta la reclaman abiertamente anticatólica. Son también un efecto de hostilidad creciente esas medidas odiosas, adoptadas recientemente contra pobres e inofensivas religiosas, dignas de toda compasión, a las cuales se arrebató la compañía y la ayuda de personas queridas que habían libremente escogido vivir con ellas en sus modestos retiros.

«Pero los asaltos más furiosos, los odios más implacables de las sectas y de los que las secundan se han dirigido con preferencia contra el Soberano Pontífice, piedra fundamental sobre la cual reposa el sublime edificio de la Iglesia. Baste decir que se ha osado denunciarle públicamente como el enemigo de Italia en todos los tiempos, y designarle con tales nombres de oprobio y de desprecio, que la lengua tiene horror a repetirlos.

«Después de esto, ¿qué tiene de extraño el que en las reuniones populares, en los comicios públicos, en la prensa, se hayan lanzado contra el Papa los ultrajes más viles y las injurias más indignas?

«¿A quién ha de admirar que, una vez atizados de este modo los odios, se hayan cometido en diversas poblaciones de Italia horribles afrentas contra la dignidad pontificia? Y viniendo a los más feroces designios, ¿qué tiene de extraño que se haya amenazado entregarse contra Nos y contra Nuestra morada pacífica a las últimas violencias? Y lo peor es que tales manifestaciones de odio y de furor contra la más benéfica institución que ha existido jamás para ventaja común del mundo, y muy particularmente de Italia, han podido realizarse libremente sin que haya hecho, quienquiera que sea, nada eficaz, para impedirlos.

«Así habla el Vicario de Jesucristo; así pone a la vista de todos la verdadera situación del supremo Pontificado. Situación violentísima, estado de cosas insostenible e insoportable, contra el cual protestan las leyes divinas y humanas, el honor, la buena política, el interés social, la conciencia y el derecho de los católicos de todo el mundo.

Y cuando la tempestad ruge con furia; cuando la situación de nuestro Padre amantísimo es tan crítica, triste y apurada, ¿nos mostraremos indiferentes a sus dolores? ¿No procuraremos consolar al atribulado Pontífice que pasa la vida haciendo bien, y, en medio de la persecución que sufre, prepara con sus escritos admirables el mejoramiento moral y social de los hombres, restaura el estudio de las ciencias y promueve con éxito la obra verdaderamente civilizadora y eminentemente benéfica de las misiones en los países de infieles?

«Ah! No seremos ingratos; no obraremos así. Le consolaremos como buenos hijos, y nunca podrá decirse que olvidamos a nuestro amoroso Padre y le volvemos la espalda en el día de la tribulación;

haremos en obsequio suyo cuanto podamos, y en sus *Bodas de Oro* ofreceremos a sus pies el humilde y respetuoso homenaje de nuestra veneración y cariño filial.

Pero es preciso que, con voluntad decidida, se aumen los esfuerzos de todos para que el resultado corresponda a nuestros deseos y el éxito corone nuestra obra. Las bases principales de esta asombrosa manifestación, de esta fiesta solemnísimas de la gran familia católica, son cuatro: 1.ª Alianza de oraciones. 2.ª Limosnas para el Papa. 3.ª Ofrendas a Su Santidad de objetos de arte cristiano, de culto, vasos sagrados y ornamentos para repartir entre las misiones e iglesias pobres de la cristiandad. Y 4.ª Peregrinación a los sepulcros de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo en la época señalada por el Papa.

A fin de regularizar y dar impulso a los trabajos y para todo cuanto se relacione con el Jubileo Sacerdotal o *Bodas de Oro* de nuestro Santísimo Padre León XIII, hemos nombrado en esta capital una respetable Junta diocesana, y se nombrarán otras auxiliares. En los demás pueblos de la diócesis se formarán por los Sres. Curas una o más Juntas parroquiales, según el número de vecinos, dando cuenta a nuestra Secretaría de Cámara de haberlo verificado y enviando al propio tiempo relación nominal de los individuos que componen las Juntas.

Restáanos advertir que sólo se trata de celebrar, como verdaderos católicos, el quincuagésimo aniversario de la primera Misa de nuestro Padre común, del Pontífice inmortal León XIII, que con tanta sabiduría, acierto y gloria rige los destinos de la Iglesia. Se trata de demostrarle que, en sus alegrías, con Él nos alegramos; en sus dolores y amarguras, con Él sufrimos; y, en su pobreza, queremos remediarle, partiendo con Él nuestro pan.

Venerables hermanos e hijos carísimos: demos testimonio, ahora como siempre, de nuestra fe viva y de nuestra ardiente caridad. Demostremos con obras que no apostatamos ni, con la gracia de Dios, apostataremos nunca de las benditas creencias heredadas de nuestros mayores.

Cuenca, fiesta del glorioso San Julián, a 28 de Enero de 1887. — **JUAN MARÍA, Obispo de Cuenca.**

Junta Diocesana.

Presidente, M. I. Sr. Lcdo. D. José A. de Rojas, Dcán.

Vicepresidente, M. I. Sr. Dr. D. Gregorio Auñón, Chantre.

Vocales, I. Sr. D. Vicente Herraiz, Canónigo.

Idem, I. Sr. D. Fr. Eusebio Contreras, Canónigo.

Idem, I. Sr. Dr. D. Francisco Peñalver, Penitenciario.

Idem, Sr. D. Manuel Rubio, Beneficiado.

Idem, Sr. D. Manuel Ballesteros, Beneficiado.

Idem, Sr. D. Martín Vicente Moya, Párroco de Santiago.

Idem, Sr. D. Santos Torre Navarro, Vicario de San Andrés.

Idem, Sr. D. Antonio Antón Peral, Catedrático del Seminario.

Idem, Sr. D. Julián M. Poyatos, Prepósito de San Felipe.

Idem, Sr. D. Cirilo de la Peña, Capellán del convento de Religiosas Justinianas.

Idem, Sr. D. Ignacio Junquillo, Capellán del hospital de Santiago.

Secretario, Sr. D. Joaquín Jiménez, Presbítero.

España se dispone a dar elocuente testimonio de su acendrada piedad y de su veneración hacia el Sumo Pontífice, con motivo del Jubileo Sacerdotal de León XIII. No serán las damas madrileñas las que menos orgullosas deberán estar de los éxitos que viene obteniendo sus generosa iniciativa.

Se aproxima a 20.000 duros ya la cantidad reunida por la Junta de señoras, y esta suma aumentará mucho todavía en breve tiempo.

Será, pues, espléndido el donativo que los fieles madrileños ofrecerán al Santo Padre. Esto sin contar los valiosos objetos de arte y del culto que se reunirán, a juzgar por las noticias que se tienen.

Con el título de *Exposición Vaticana ilustrada* va a publicarse en Roma un periódico redactado en italiano, francés, alemán, español e inglés. Notables escritores y artistas tomarán parte en el mismo.

NECROLOGÍA

Recientemente han fallecido:

En Tudela (Navarra) el Presbítero D. Mamerto Sainz.

En Manresa el Rvdo. P. Antonio Babra, de la Compañía de Jesús.

En Jerez de la Frontera D. José Eladio García Santaella, Canónigo Doctoral de aquella iglesia colegial.

En San Gervasio de Cassolas el Rvdo. P. D. Luis de Cerveró y de Moxó, monje benedictino que fué de Montserrat.

En Tudela el Presbítero y elocuente orador Don Feliciano Navarro.

En Coscollano (Huesca) el Cura párroco D. Francisco Jaqués.

NOTICIAS

La alocución dirigida por S. S. León XIII a los Cardenales recientemente creados y de la que dimos ligerísimo extracto en nuestro último número fué la siguiente:

«Nos deseamos contestar con algunas palabras al noble y afectuoso mensaje que Nos habéis presentado, queridos hijos, en vuestro nombre y en nombre de aquellos de vuestros colegas que en el último Consistorio hemos elevado a la dignidad de la púrpura.

«La creación de los nuevos Cardenales es sin duda uno de los actos solemnes y más importantes que se han realizado por la Silla apostólica.

«En efecto, los Cardenales de la Santa Iglesia, elevados al rango más alto y más eminente de la jerarquía eclesiástica, forman esta Asamblea augusta y autorizada, a la cual está confiada la resolución de los asuntos más graves de la Iglesia católica. Cada uno de ellos tiene su nombre especial en relación con sus atribuciones, como los diversos miembros de un mismo cuerpo, con objeto de cumplir una consigna muy noble e importante, y por consiguiente, deben utilizar sus trabajos en provecho común: los unos las luces de su talento y de su doctrina, los otros los frutos de una larga experiencia adquirida en el manejo de los asuntos públicos y de las cosas privadas, tanto eclesiásticas como civiles todos en fin como fieles auxiliares y hábiles consejeros del Soberano Pontífice que concurren unánime y concordadamente a ayudarlo en el gobierno de la Iglesia universal.

«Profundamente afligido con la pérdida reciente de varios e ilustres miembros del Sacro Colegio, y sintiendo vivamente la necesidad de suplir lo mejor posible estas pérdidas, Nos hemos fijado nuestra vista en vuestras personas y en otras que con vosotros han sido agregados a nuestro Senado. Nos tenemos la confianza de que todos vosotros con un corazón sinceramente afecto, y con un celo que está a la altura de la dignidad acrecentada, correspondéis a los compromisos que habéis contraído y a nuestros deseos.

«Esta confianza está plenamente justificada por el conocimiento que Nos tenemos de las cualidades eminentes que os distinguen, y de los largos y señalados servicios prestados a la Iglesia.

«Con la mayor satisfacción también Nos colocamos sobre vuestra cabeza la birreta, una de las insignias de la dignidad cardenalicia, y dicha insignia os recordará, queridos hijos, las bellas palabras rituales que Nos decimos a cada uno de vosotros: *quod usque ad sanguinis effusionem... pro exaltatione sanctae fidei... te intrepidum exhibere debeas.*

«E implorando a este fin sobre vosotros la plenitud de las gracias celestiales, os añadimos para recomfortaros la bendición apostólica que Nos concedemos con efusión y de todo corazón a vosotros, queridos hijos, a vuestros colegas y a todos los que están aquí presentes.»

El día 25 del pasado mes tuvo que lamentar Valencia un atropello, resultado natural de la impunidad en que se han dejado los que repetidas veces atropellaron a los fieles en el ejercicio del Rosario matutino.

La procesión del Rosario se celebraba en la iglesia de las religiosas de Santa Catalina de Sena, y en el patio del convento. Cuando comenzó la procesión no había nadie en las puertas; pero al poco rato se presentó un grupo en la de la plaza de las Barcas, y comenzó a insultar a los devotos; a los insultos siguieron pedradas y petardos. Se cerraron las puertas; pero por cima de las tapias cayó una lluvia de piedras sobre la procesión, y varias dieron al Crucifijo que iba al frente de ella.

Al ver esto, uno de los devotos salió a la puerta, y puesto de rodillas, con el rosario en la mano, pidió a la turba alborotada que no apedrease a Cristo crucificado; que antes que eso, lo sacrificasen a él.

Varios de los del grupo se abalanzaron sobre el devoto; quisieron quitarle el rosario, resistióse el

agredido y sonaron tres tiros y cayó a tierra bañado en sangre D. Fernando Navarro, pues este era el nombre de aquel defensor de la religión.

Conducido a la Casa de socorro, se vió que tenía una herida producida por bala de revólver en el costado derecho.

Dos de los agresores fueron detenidos.

El Jueves Santo, a las dos de la tarde, predicará el sermón de *Mandato* en la Iglesia Catedral de Madrid el Beneficiado de la misma D. Manuel Belda y Belda. A las ocho de la noche el Sr. Magistral dirá el sermón de *Pasión*, así como el de *Soledad* a las ocho de la noche del Viernes Santo. El de *Resurrección* se halla a cargo del Dr. D. Bernardo Sánchez Casanueva, Canónigo de nuestra Santa Iglesia Catedral.

En Villafranca (Barcelona) ha quedado establecida una casa de Hermanas, dedicadas a la vela y cuidado de enfermos, que con el nombre de San José tienen su casa-matriz en Gerona. El Sr. Obispo de Vich, y el clero y vecindario de Villafranca han costado por suscripción los gastos originados por dicha casa, de la cual han tomado posesión la superiora Doña Isabel de Moranges y ocho Hermanas.

El Domingo 20 de Marzo, al mediodía, tuvo lugar la inauguración del Asilo para sirvientes que se acaba de establecer en Barcelona para albergar a las muchachas que se dedican al servicio doméstico cuando han sido despedidas de las casas en que han servido o cuando llegan a Barcelona en busca de colocación. El Asilo, bajo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús, está situado al extremo de la calle de Gerona, esquina a la calle de Cervantes de Gracia. Precede al edificio un patio cercado por una verja de hierro. En el remate de la fachada se halla pintado el nombre del establecimiento y en el piso bajo hay un modesto oratorio donde se venera una imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Celebróse en este oratorio una misa en la que se distribuyó la Sagrada Comunión a las señoras que forman la Junta fundadora de dicho Asilo, y en el comedor se sirvió una abundante comida a doce pobres.

BANCO DE ESPAÑA

Habiéndose recibido de la Dirección general de la Deuda pública los talones de los resguardos, hasta el núm. 1.986, expedidos por aquel Centro, en representación de cupones de Deuda perpetua al 4 por 100 interior, vencimiento de 1.º de Abril próximo, presentados en aquella Dirección, los portadores de los citados resguardos pueden presentarlos al cobro en las Cajas de este Banco en la forma siguiente:

1.º Abril 1887 — Resguardos núms.	1 a	490
2.º id. » — Idem »	401 a	800
3.º id. » — Idem »	801 a	1.200
4.º id. » — Idem »	1.201 a	1.600
5.º id. » — Idem »	1.601 a	1.800
6.º id. » — Idem »	1.801 a	1.986

En los días sucesivos se pueden presentar al cobro en las mismas Cajas, sin previo anuncio, los citados resguardos, cuya numeración exceda de la última señalada, que serán satisfechos en el acto, siempre que el Banco haya recibido de la Dirección general de la Deuda los talones correspondientes.

Madrid 30 de Marzo de 1887. — *El Secretario general*, JUAN DE MORALES Y SEBRANO.

ARTÍCULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.





EPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NUMERO 11. — Madrid 15 de Abril de 1887.

NUMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Six meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Six meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Six meses.....	15 fr.
Un año.....	30 »
FILIPINAS Y AMERICA	
Six meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

ADVERTENCIA

Se ruega á los señores abonados que no hayan hecho la renovación de sus suscripciones lo verifiquen en el plazo más breve posible, pues de no hacerlo perjudican notablemente los intereses de los huérfanos asilados; por cuya razón nos veremos en la sensible necesidad de suspenderles la remisión del periódico.

La correspondencia debe dirigirse al Administrador de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA; así como las letras, libranzas y cartas-órdenes deben ponerse á favor del mismo.

SUMARIO

TEXTOS. — La Decena, por M. Ovario y Bernard. — Los grabados: Crónica de Valencia, por Juan de Dios. — Portales del Campillo en el Escorial, por Vicente Pólvora. — Tradiciones de Tierra Santa, por Manuel Polo y Peyrolón. — Bendice, alma mía, al Señor, por Obisilio de Pereda. — ¿Cuándo será? por José Tarrío. — El Duque de Alburquerque, por Adolfo Llansa Alcantar. — Andrés el Pericador. — El culto del hogar, por Antonio Montenegro. — El arte religioso, por M. de A. — Jubileo Sacerdotal de S. S. León XIII. — Bibliografía. — Noticias. — Necrología.

GRABADOS. — Antonio Allegri, llamado el Correggio. — Grupo de ciegos. — Santa Familia (cuadro de Guido Reni).

LA DECENA

La Semana Santa de 1887 pertenece ya á la Historia. Durante la misma no hemos tenido que registrar crímenes como los que ensangrentaron en 1886 los templos de San Isidro y de San Luis; pero en cambio, y por complacencias gubernativas, que no basta á disculpar el desarrollo que va teniendo la población, la circulación de carruajes ha sido mucho mayor que en ningún otro año, quitando gran parte de su severidad tradicional á los días en que se conmemora la muerte de Nuestro Señor Jesucristo. La oratoria sagrada se ha mostrado con una elevación y una grandeza verdaderamente inusitadas, por el número de notables predicadores que han dirigido la palabra á los fieles; y si las tristezas y soledades de la Augusta Señora que compartió el trono con el malogrado Rey Don Alfonso han hecho que se prescindiera en Palacio de algunas ceremonias acostumbradas en el tiempo santo, la hermosa prerrogativa del perdón se ha ejercido con largueza mayor que nunca, habiéndose incluido por vez primera á los reos sentenciados por los tribunales de

las provincias ultramarinas. La procesión del Viernes Santo se ha visto concurridísima, y las parroquias y cofradías han contribuido á su mayor brillantez, dados los escasos elementos artísticos de que en Madrid se dispone, todo lo posible. El arte cristiano, que tantas maravillas dejó en Sevilla, en Toledo, en Murcia y en otras capitales, no fué con Madrid tan espléndido, y las pobres esculturas que procesionalmente se sacan en la Corte, de gran valor histórico algunas, no contribuyen á fomentar la fe entre el vulgo, que sólo sabe ver lo que se le sabe presentar. De todas maneras, y dadas las corrientes de descreimiento religioso, las solemnidades de la Iglesia se han verificado con verdadera suntuosidad, y los madrileños han podido acudir á la casa del Señor y escuchar la palabra divina durante el día, aunque al llegar la noche les recordase el ruido de los carruajes, entre sus meditaciones de la tragedia divina, algo de la comedia humana que viene representándose en nuestra patria.

Con la llegada de la Pascua coincide la terminación de la primera temporada teatral y el comienzo de la segunda. Algunas empresas celebraron la Pascua en plena Noche-buena ó en vísperas de Carnaval, cerrando las puertas de los coliseos con el estrépito de un trueno; otras han ido prolongando sus días con mil esfuerzos hasta llegar al momento actual, y todavía hay teatros que se defienden y que aspiran á la inmortalidad. Sin embargo, hace cuatro

noches que dejaba de cantarse en Apolo el episodio *Cádiz* y en el su paso doble de *Viva España!* y ya hoy toman posesión los extranjeros de nuestros teatros; de uno se ha posesionado una compañía de ópera seria italiana; en otro han establecido sus reales los cantantes de opereta bufa; en otro ha comenzado sus trabajos una compañía cómica francesa.

Y el buen pueblo de Madrid, que no suele tener dinero para fomentar el teatro español, sostiene á las compañías extranjeras con una largueza de que puede dar testimonio el afán con que franceses y portugueses é italianos se apoderan de nuestros teatros en cuanto se anuncia la primavera. No intento rebajar su mérito, pero pido justicia para los ingenios españoles y en contra de ese público que sólo consume géneros cuando llevan la etiqueta extranjera. Si después de una brillante campaña teatral vieran los actores de otros países á declamarnos las producciones de sus poetas, nada podría objetarse; pero después de una temporada de desastres, de desalentos y de bufonadas, la venida de esas compañías equivale á decirnos:

— Vuestro teatro no puede compararse con el nuestro; venid, dejadnos vuestro dinero; aplaudidnos, que, aunque no entendáis lo que decimos, somos extranjeros y valemos más que vuestros poetas y vuestros actores.

¡Qué inmensa responsabilidad moral para los que, valiéndose como los que más, tienen privado de su valioso concurso al teatro español contemporáneo, y para los que, sin ser llamados á obtener los lauros de la escena, nos acostumbramos con sus galicismos en el invierno á que nos choque menos la comedia francesa en la primavera!



ANTONIO ALLEGRI, LLAMADO EL CORREGGIO.

El circo de Price ha abierto también sus puertas para la campaña de primavera y verano. Ya no se escuchan en él las notas altas del tenor, ni los gorgoritos de la tiple, ni el desentono de los coros; ya no ofrece los libretos traducidos del francés al catalán y las partituras reducidas á una mediana orquesta en que todos los profesores parecen estar reñidos entre sí, según lo mal que sacan los concertantes. El centro del salón está privado de sus filas de butacas, y en cambio lo ocupa la pista, con su barrera destinada á reproducir eternamente las graciosas caídas de los clowns y á recibir las pisadas de los caballos. Salimos de la época del canto y penetramos de lleno en la de los titeres.

La función ha dado comienzo. ¿Quién grita al salir? ¡Ah...! los de siempre: los clowns, con sus mejillas embadurnadas de albayalde, sus bocas prolongadas con carmín, sus anchos calzones y sus pelucas de cuernos. Traen el repertorio eter-

no es invariable, reparto de bofetadas apócrifas y auténticas, el ferrocarril, el baile de zancos, el muerto y el vivo, sus burlas a los demás artistas y sus gracias habladas, verdaderamente estereotípicas.

Salen después el caballito blanco y la artista encargada de hacer el paso del velo y las cuatro Estaciones y los cambios de trajes, o de saltar una cinta, y después una bandera, y después un aro, y otro... y así sucesivamente.

Los excéntricos musicales, que hacen planchas y equilibrios y se revuelcan y se zurren sin perder una nota sus violines del *Spirito gentil* o del *Miserere* de *El Trovador*.

Los niños y los grandes que trabajan en el trapecio, dando vueltas como un molinillo, columpiándose hasta tocar el techo con la cabeza, quedando suspendidos de la punta de los pies o pasando de un trapecio a otro con matemática exactitud.

Caballitos amaestrados en libertad.

Monos montando a la alta escuela.

Cerdos primorosamente cuidados, y de los que la paciencia humana y el látigo han conseguido hacer verdaderos artistas.

Gimnastas que lucen su habilidad en la barra fija.

Funámbulos y equilibristas, y nuevos clowns, y nuevas amazonas, y nuevos animalitos amaestrados.

Todo esto basta para llamar público por el momento. Después, cuando aflojen las entradas, vendrán las mujeres acrobáticas y las *misses* más famosas; el hombre sin cabeza, que resuelve problemas algebraicos; el que come un colchón lleno de lana, el que se traga un cañón de artillería, el que parte con los dientes una bola del puente de Segovia, el que levanta con tres dedos una locomotora, y toda esa inmensidad de seres extraordinarios que permiten anunciar en los carteles, abusando del lenguaje y de la lógica.

Gran suceso! Primer debut del hombre culebra y de la mujer galápago.

Segundo debut de la fiera de las selvas, quien cada noche se cena en medio de la pista a un acomodador.

Tercer debut del capitán Tzwnstwr con sus veinte leones, a los que obliga a hacer calceta y a servir huevos fritos a todos los concurrentes.

Gran suceso! La familia H, conocida por la maravilla del siglo.

Debut de la familia K, conocida por el asombro de las generaciones.

Y más adelante: El *non plus*. Debut de la familia J.

Y salen unas y otras familias, alguno de cuyos individuos suele no tener más mérito que soportar sobre sus hombros a media docena de sus parientes... Delicada alegoría de lo que pasa a la familia española, donde uno solo de sus individuos, aun sin toneletes ni mallas, sostiene a la colectividad.

Junto al trabajo de resistencia se exhibe el trabajo de exposición, y de éste se encarga generalmente alguna tierna criatura de cinco o seis años, destinada a trepar por altísimos palos, a ser arrojada como una pelota de los hombros de uno a la cabeza de otro, después de diferentes volteretas y revoloteos por el aire. Ciertamente que la ley española lo prohíbe; pero ¿para qué se han hecho las leyes sino para tener el gusto de infringirlas?

Y las familias H, J y K, asombro de propios y extraños, van desfilando lentamente, después de llenar algunas noches el circo, para dar lugar a las familias X y Z.

Estamos, pues, en pleno período de aros, cintas y oriflomas, perchas fijas y volantes, alambres tirantes y flojos, escaleras de todos tamaños y a todas las alturas, juegos icarios y malabares, hombres que andan con los pies sobre el techo y con las manos sobre la tierra, volteos, piruetas y saltos mortales. Entre estos individuos recuerdo a uno que en un minuto hacía treinta y cuatro planchas en las argollas. Los inteligentes le aplaudían con calor, si bien no faltaban tampoco espectadores que le mirasen compasivamente, y como si dijéran para sí:

— Treinta y cuatro planchas... ¡Bah! Más hago yo en cuanto suelto la lengua... y nadie me las celebra.

..

Siguen activamente los preparativos para la Exposición general de Bellas Artes y la de productos de Filipinas.

— ¿Pero no vuelve Juanito a Madrid? escribía yo días atrás a un amigo mío de provincias, cuyo hijo sigue disfrutando las vacaciones de Navidad.

— No, me ha contestado ayer: he leído en los periódicos que va a haber muchas exposiciones en Madrid.

..

Un caballero entra en uno de los cafés más concurridos y logra tomar por asalto una mesa y una taza de café. El echador le llena con aquel líquido

la taza, reservando buena parte para la mesa, el traje del parroquiano y el suelo.

— ¿Quiere usted *gofas*? le pregunta acercándose el servicial camarero.

— No: ya me las ha echado tu ayudante en el pantalón.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

ANTONIO ALLEGRI, LLAMADO EL CORREGGIO

Célebre pintor italiano, fundador de la escuela lombarda. Nació en Correggio, principado de Módena, en 1494, y murió cuando sólo contaba cuarenta años de edad, en los cuales produjo notable número de obras, así de carácter religioso como mitológico. Su vida, no obstante, constituye para el biógrafo verdadera dificultad, pues en tanto que la República de Venecia, Carlos V, Francisco I y el Papa León X, se disputan a Tiziano, Correggio, su émulo, vive y muere sin gloria, sin más Meceñas que algunos pobres Monjes y un príncipe lombardo. Timido y melancólico, rechazó toda gloria que pudiera comprarse con la adulación, y no sacrificó un solo día de su existencia laboriosa por compartir la opulencia y los placeres de los poderosos. Los productos de su fecundo y prodigioso pincel apenas bastaban para satisfacer las necesidades de su familia.

Los principales lienzos del Correggio son: *El matrimonio de Santa Catalina*, *La virtud triunfante de los vicios*, *Sacra Familia*, *Jesus en el huerto de las olivas*, *La Virgen y el Niño con San Jerónimo y San Ildefonso*, *La Magdalena en el desierto*, *San Sebastián*, *San Jorge*, *San Francisco*, *Jesus Cristo y la Magdalena*, *Jesus Cristo llevando la Cruz*, *San Jerónimo*, *La Virgen de la Escudilla*, *La Virgen adorando al Niño Jesus*, *El Redentor* y otra multitud de asuntos, tanto sagrados como profanos.

GRUPO DE CIERVOS

El ciervo, como observa un célebre naturalista, es uno de esos animales inocentes, tranquilos y mansos que parecen haber sido criados para embellecer y animar la soledad de las selvas, ocupando, lejos del hombre, el apacible retiro de estos jardines de la naturaleza. Su forma elegante, su esbeltez, sus miembros nerviosos y flexibles, su cabeza adornada, más que armada, de un bosque vivo que se renueva todos los años como las copas de los árboles, su ligereza y fuerza le diferencian mucho de los demás habitantes de la selva, sobre todos los cuales descuella por su hermosura. La vida del ciervo pasa entre alternativas de hazañas y de ayuno, según las estaciones, de gordura y de flaqueza, y por decirlo así de salud y de enfermedad, sin que estos cambios alteren su constitución; tarda en llegar a su completo desarrollo unos cinco o seis años y llega a vivir treinta o cuarenta. El grandor y fortaleza de los ciervos varía según los puntos que habitan, y su color, aunque por punto general es leonado, no carece de excepciones, viéndose algunos ejemplares pardos y aun rojos; tanto el color de sus cuernos como el de su piel depende en parte de la edad y naturaleza del animal y en general de la impresión del aire atmosférico: los ciervos jóvenes tienen la armazón más blancuzca y menos atezada que los viejos. El ciervo tiene una vista muy fina, olfato exquisito y oído excelente, condiciones que utiliza muchas veces para evadirse de la persecución del hombre, que en su caza logra uno de sus mayores encantos.

SACRA FAMILIA

(Cuadro de Guido Reni.)

Guido Reni, generalmente conocido por El Guido, nació en Bolonia en 1575 y fue discípulo de Carracci, juntamente con Albano su amigo. Tuvo por protector al Papa Pablo V, que le llamó a Roma cuando tenía formada ya gran reputación, y que le concedió honores y distinciones que le proporcionaron no pocos émulos y envidiosos. Murió en 1642.

Riqueza de composición, corrección de dibujo, gracia y nobleza de expresión y frescura de colorido: tales son las cualidades que distinguen generalmente las obras pictóricas de El Guido. La *Sacra Familia*, que hoy publicamos, es una de las más conocidas del artista.

CRÓNICA DE VALENCIA

ESTAMOS dando fin, como quien dice, al santo tiempo de Cuaresma: de las siete semanas han transcurrido cuatro; aun recordamos la impresión de la ceniza, emblema de penitencia y del polvo en que nos hemos de convertir; aun resuena en nuestros oídos una plegaria escapada como un suspiro de un corazón que latía cerca de nosotros: era una dama que al recibir la ceniza contestaba a las palabras latinas: *Memento, homo, quia pulvis es et in pulvere reverteris*: Polvo eres y en polvo te convertirás, diciendo: Bendito sea Dios que nos envía esta esperanza de la muerte para consuelo de nuestras desgracias; aun resuena en nuestro oído la voz del sabio orador hablando de la ceniza, y voy a relatarle lo que recuerdo de tan conmovedor discurso:

«No quiero que pase el tiempo sin deciros, Dios no nos formó del polvo a que seremos reducidos; en la mente de Dios no existió la muerte ni el polvo en que se convierten nuestros cuerpos: eso fue obra del pecado. Dios crió al hombre para que le conociera, le amara, y sin morir, no sabemos cómo, fuera a gozarle por toda la eternidad... En este mundo no debían derramarse más lágrimas que de alegría, de gozo; las lágrimas que brotan de la gratitud, pero pecó Eva, comió de la fruta y hizo comer a Adán; la fruta no era nociva, el mal estuvo en la desobediencia; Dios manda que no se coma: comieron, se rebelaron, desobedecieron, ahí está la corrupción, el veneno. En la desobediencia del hijo a su padre, ahí está el veneno... en los que desobedecen los mandatos de la Iglesia, esos son el veneno, veneno que produce fruto de muerte. La Iglesia al imponernos la ceniza no quiere abatirnos ni humillarnos, aunque de la humillación brota la exaltación, como después de la muerte viene la resurrección. Con el pecado nos vinieron todas las miserias, las concupiscencias y la muerte, la corrupción, la podredumbre. La primera víctima fue Abel.»

Sobre la muerte se extendió en prudentes razonamientos acerca de la corta vida del hombre moderno comparada con la de nuestros primeros padres, y es que todo se ha ido corrompiendo y empobreciendo por el pecado y las miserias del mundo.

Y, hablando ya del cuerpo convertido en miasmas, en polvo, ese polvo que se esparce por el aire, que va a los caminos, que en ese gran laboratorio de la naturaleza se traslada ya a las legumbres, plantas, o a no importa qué, está en las manos de Dios y siempre le conserva por haber habitado en el Espíritu Santo, y más tarde, el día de la resurrección se convertirá otra vez en carne y gozará a Dios en la gloria.

Se oponen a esta doctrina que venimos exponiendo los filósofos modernos pidiendo la cremación de los cadáveres: estos hombres se han fijado sólo en la corrupción de los cuerpos, cuando podían fijarse en que todo se corrompe en el orden físico y tanta corrupción hay en el orden moral... quieren destruir la enseñanza de la Iglesia que dice: *en polvo te convertirás*, no dice en ceniza, sino en polvo.

Continúa el orador en el mismo tema y dice que «hasta es contra naturaleza» y si no, decidme: ¿queréis que de alguna persona amada sea arrojado el cadáver a la pira o las llamas? Con flores queréis que adornen los seres queridos, aunque ya no existan; coronas de siemprevivas queréis en sus sepulturas, coronas de siemprevivas, como siempre vive en vuestro recuerdo y vivirá, porque en el cristiano el recuerdo va siempre más allá de la muerte: existe siempre vivo en su corazón, y esto no es una quimera, ni una ilusión, es una realidad. Madres, ¿cuál de vosotras dejaréis que os quemen al niño recién nacido? ¿Quién es capaz, quién se atrevería a insultar al hijo que sigue el féretro de su padre arrancándole el amado cadáver para quemarlo? Respeto, veneración, honores pide para aquél a quien debe el ser. Esto no será. Ya está condenado y lo que desde esta cátedra se condena se seca y lo que desde aquí se mata muere.

Hay ancianos que dicen quisieran volver a ser niños: volver a la juventud; ¿para qué? ¿para ser más virtuosos? No, para volver a las ligaduras terrenas. ¡Ah! ¡Qué ciegos están los que así piensan! Los que pierden los cortos años de su ancianidad en estériles, vanas y ridículas declamaciones, atesoren cumpliendo sus deberes las reglas de una venerable vejez, hincan la rodilla delante de su Dios y griten a los que conocieron los desvaríos de sus años juveniles: vedme arrepentido, mirad cómo enmiendo los errores pasados. Amigos de mi juventud, pueblo en donde nací, ciudades que habité, casas que frecuentaba, campos y criales en que arrastré mi juventud, vosotros a quienes fui motivo de escándalo, vedme arrepentido y perdonadme.

Pero estos desgraciados no quieren morir nunca, no quieren convertirse en polvo. ¡Ah! el mundo es carne, y la vida, según la carne, es como el heno y su duración como la flor del campo.

Dios, al criar al hombre, le dió libertad; bien sabía el Señor que el hombre, con el libre albedrío, podía hacer, como lo hizo y lo está haciendo, podía destruir, desmenujar, romper lo hecho por Dios; pero el Señor es tan bueno, que va detrás del hombre arreglando lo que desarregla, rehaciendo lo que deshace, construyendo lo que destruye hasta el momento de la muerte; entonces el hombre no tiene ya libertad: ha terminado todo; queda sólo la justicia de Dios y el infierno: esa es la obra del hombre.

Existen almas que esperan la muerte con dulce paz, con santa alegría, con tranquilo regocijo. ¡Oh si las hay! Y no tenemos para qué andar preguntan-

do si esto es cierto ó no lo es, y si Cristo sintió pena, temor al ver aproximarse la muerte. Jesucristo, por un exceso de delicadeza exquisita, sólo comprendida de las almas verdaderamente enamoradas, dejó que su naturaleza sintiera el temor de la muerte; tuvo angustia, sufrió y hasta sudó sangre... Tan amoroso fué que quiso enseñarnos que el temor á la muerte es natural, y que no debemos extrañar haya almas que teman la muerte. Muchos santos la temieron. Cristo nos enseña esto, es cierto; mas en sí no deseaba otra cosa más que morir. ¿Para qué había venido al mundo sino para morir? Y desde su nacimiento, de montaña en montaña, de ángel en ángel, á pasos de gigante había llegado al fin de su vida, y entonces dijo: *Desidero desiderandum*. Aquel entonace al auditorio refiriendo la resignación de Jesucristo, al cumplir la voluntad del Padre: el gozo de las almas justas que al sentir cerca la muerte, saben que con ella se acaban las penas del mundo, las miserias de la vida y lo que es más grato para quien bien ama, que con la vida terminará el peligro de pecar, y aun más grande, que con la muerte queda cumplida la justicia divina, la voluntad de Dios. «¡Ah! si os hablara un alma enamorada, os diría: ¡Oh quien me librara de esta cárcel de carne que me sujeta y me separa de mi Dios! Mi alma os desea, mi corazón no tiene más anhelo que descansar en Vos.»

Bien quisiera, Sr. Director, terminar mis recuerdos del sermón de ceniza y aun apuntar los de las dominicas de Cuarentena; pero como tal vez mi carta no tenga cabida en el periódico de su digno cargo hasta pasado ya el santo tiempo en que le escribo, privando á usted y á los caritativos lectores de bellísimos pensamientos y santa doctrina, les llevaré á ustedes como en vuelo á la 4.^a dominica en que se relata la milagrosa multiplicación de los panes y los peces; la hermosa y sublime figura de Cristo se nos presenta seguida por aquella multitud, los cuales contados al uso de entonces, tan sólo los hombres que pasaban de los 20 años, eran cinco mil, hay que suponer, como lleno de santa ternura, dice el orador, que la piedad de las mujeres y la inocencia de los niños estaría allí representada por numeroso concurso. Jesús les habla del reino de Dios y ellos le siguieron sin fatiga y sin curar del sustento. Mas el Señor pregunta para probar á sus discípulos: *¿De dónde compraremos pan para que coman éstos? Felipe le respondió: doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno tome un poco. Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo: Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; ¿mas qué es esto para tanta gente? Y á la orden de Jesús, siéntase sobre el mucho bano que allí había, el Salvador obra el milagro de la multiplicación, y después que todos comieron llenos de las sobras doce canastas, cuyos despojos llevan en triunfo al hombro los Apóstoles. Así nos enseñan que los sacerdotes son los encargados de publicar los milagros y las grandezas del Señor.*

Al ver Jesús que las multitudes le aclaman Profeta y le quieren nombrar rey se oculta huyendo al monte el solo.

Sublime es el Evangelio de hoy, como lo es todo lo que con Cristo Señor Nuestro se relaciona; pero quisiera, infiel y falto de luz, poder aquí consignar la sublime oración del predicador. El orador nos ha llevado tras del Divino Maestro, hablándonos de las almas abandonadas en brazos del Señor; de las almas que todo lo dejan para seguirle; de la felicidad de éstas que ya no hallan más goce que seguir la voluntad del Dios á quien aman y por quien sufren, no ya con resignación, sino con alegría, todas las desdichas de la vida. Ni la prosperidad, ni la pérdida de fortuna, ni la salud ni la enfermedad cambia la paz de estas almas. Así como el niño en brazos de su madre va confiado y no teme los movimientos de ésta aun cuando sean bruscos, así el alma en brazos del Señor vive tranquila, y confiada le entrega su vida. Sabe que así como la madre no despierta á su hijo sin que éste le tienda sus bracitos, así el Señor llama y espera á que el alma, hecha niño, tienda los brazos á su amado.

Hasta los pecados sirven para ellas de motivo de resignación. Es una sombra... una nube que mira alejada, por la luz de la gracia, pero que sirve para bendecir á quien los perdonó tan generosamente.

¿Qué doctrina tan santa! ¿Qué evangélica elocuencia! ¿Dios sea bendito!

Ya en lo alto del monte, ya atentos á la voz de Jesús, nos invita á sentarnos sobre la hierba (la hierba era bano); esto es, sobre las miserias del mundo.

Nos llaman fanáticos y visionarios á los católicos los que desconocen la vida sobrenatural; no, no hay fanatismo; hay razón, hay filosofía, y aquí des-

pliega profundos razonamientos y alta filosofía; siento en el alma privar á usted, Sr. Director, de tan brillantes y sublimes pensamientos, pero el terreno es muy alto para trillarlo mi pobre é inexperta pluma. Deténgome tan sólo en la ternura y el amor; dejemos la filosofía y hablemos de las altas regiones á que llega el alma cuando tiene á sus pies el mundo y está en Dios; allí donde así como los Apóstoles conocieron al Resucitado por la fracción del pan que con sólo las manos partía como podría haberlo partido el más sutil cuchillo; así los cristianos, los católicos, no sólo teóricos, sino prácticos, conocen á Cristo por las fracciones del pan que reciben en la mesa eucarística y viven con él y viven de él humildes y abandonados en los brazos del Señor.

El alma abandonada proclama á Cristo por Rey, Cristo autor de la Creación, á quien dan culto las vírgenes, los mártires, los ángeles y los serafines.

Dos bandos hay en la humanidad: uno que comete los pecados, es decir, que forma la cruz del Redentor, y otro que son las almas abandonadas á su santo amor, que no sólo ayudan á llevar la cruz al Salvador, sino que le recrean dulcificando sus penas con la fragancia de sus virtudes. ¡Dichosas almas que con sus méritos están tejiendo una gloriosa corona que ha de ceñir sus frentes en el día de las recompensas!

Perdóneme quien algo así dijo en el púlpito de la Santa Basílica valenciana, tanto la osadía de publicar desvirtuada su hermosa oratoria, como la de hacerlo sin su venia. Tarea es ésta impropia de quien la hace, guiado, Dios es testigo, tan sólo de santo celo.

Los acontecimientos tristes que han relatado los periódicos locales como los de la Corte, acerca de lo acaecido en el Rosario de la Aurora, en el patio de la Iglesia de Santa Catalina de Sena, han venido á confirmar lo tantas veces previsto. La sangre de un fervoroso cristiano ha corrido á las puertas del templo. ¡Dios perdona al agresor y bendiga al agredido, que sin duda, interponiendo su cuerpo, quiso librar la imagen del Crucificado de tan horrible sacrilegio!

Pero la piedad brota exuberante de los campos regados por la generosa sangre de los mártires; no se acobardan los católicos valencianos: los domingos siguientes ha aumentado el concurso al Rosario de la Aurora en más de tres mil devotos. Valencia en pleno visita en su casa al herido y los bolsillos se vacían con gozo para socorrer á la familia del menestral enfermo... Socorros que éste remite en su mayor parte al agresor.

Cristo lo ha dicho: «El que me defiende delante de los hombres, será defendido por mí delante de mi Padre celestial.»

Valencia 25 de Marzo de 1887.

JUAN DE DIOS.

FORTALEZA DEL CAMPILLO

EN EL ESCORIAL.

En todos conocidas son las dudas y vacilaciones que á Felipe II asaltaron cuando se decidió á fundar un Monasterio de frailes Jerónimos, bajo la advocación del mártir San Lorenzo, que á la vez que sirviese de enterramiento para él y su familia, conmemorase también la célebre jornada y toma por asalto de la formidable plaza de San Quintín, el 27 de Agosto de 1557. Elegido por último el lugar más á propósito por la frescura y abundancia de sus aguas, en medio del espacio que hay desde Guisando al Real de Manzanares, se dió principio á la famosa fábrica, durando su construcción 38 años y empleándose 5.263.570 ducados, que á razón de 11 reales cada uno, vienen á ser 57.899.270 reales de nuestra moneda usual. En esta suma se considera incluido el coste de las pinturas, objetos de bellas artes, ornato y demás utensilios preciosos para el culto y para cada una de las partes del Monasterio, con las extensas cercas del bosque y dehesas que en grande extensión le rodean.

Mas deseoso el Rey de proporcionar á los monjes cuantas distracciones y comodidades fuesen compatibles con su vida retirada, haciéndoles más dulce y placentera la soledad que voluntariamente habían abrazado, fué aumentando las rentas del Monasterio adquiriendo paulatinamente las dehesas llamadas del Quejigal, Navalenga, la Herrería, Castañar y la Fresnoza, lugar poblado éste último en lo antiguo, de pocos vecinos y muy pobres, y donde aun se conserva una pequeña capilla de estilo ojival con

un retablo compuesto de doce tablas, historia de la Virgen y San Juan Bautista, pintado por Juan Luis, pintor desconocido hasta ahora del siglo xv.

A las indicadas adquisiciones agregó en 1565 tres pueblos más, poco distantes del Escorial y muy próximos á Guadarrama, uniendo también las dehesas y pinares de Cuelgamuros, cuyo nombre toma de un pequeño monte que se encuentra asentado en el centro de una extensa vega de rica vegetación y de cristalinos arroyos que la serpentean. En este agreste y apartado paraje cubierto de breñas y jarales, entre los que sobresalen añejos y corpulentos robles sólo asequibles de las cabras por encontrar abundoso pasto, fué descubierto en 1854, á rara casualidad debido, un monumento arqueológico muy digno de mención por lo mismo de ser, según presumimos, completamente desconocido. Consiste, pues, en un sacrilegio celtico ó gran taza con su canal, labrada perfectamente sobre piedra viva completamente conservada que domina la altura y da vista á la vega, desde donde el pueblo congregado podía presenciar la ceremonia.

Súbese á esta gran taza por unos cuantos escalones labrados igualmente en la Peña, cuyo arranque tienen en una pequeña plazoleta ó recinto, al cual se llega por estrecha y ya borrada senda que sólo la casualidad puede dar á conocer.

Llamábanse los pueblos últimamente agregados Campillo, Monasterio y la Colación de las Pozas, éste último ya despoblado desde tiempo inmemorial. Entre los citados pueblos, Campillo debió ser el más importante, á juzgar por la sólida y bien fortificada casa fuerte que hoy se ve, aunque ya muy diferente en su primitiva forma, y aun por la iglesia de una sola nave construida en el siglo xv, que frontera al castillo se encuentra, y que recompuesta en 1854, descartada de la multitud de inmundicias que la obstruía, por haber sido durante muchos años establo de vacas, púdose salvar dos interesantes pinturas ejecutadas en tabla por un artista español desconocido, del siglo xv, con algunos trozos del curioso retablo que las contuvo.

Por los años de 1380 fueron estos lugares de los hermanos Rodrigo Alfonso y Gonzalo Alonso de Ajoña, esforzados caballeros que murieron en la célebre batalla de Aljubarrota.

Pocos años después sus viudas, por pleitos que les movieron D. Diego Hurtado de Mendoza, conde del Real, y los vecinos de dichos pueblos, se vieron obligadas á venderlos á D. Pedro Tenorio, Arzobispo de Toledo, el cual los donó á una sobrina suya, á propósito del casamiento de ésta con D. Alvar Pérez de Guzmán. Años después, corriendo el de 1452, vinieron á poder de la corona y de ella pasaron á D. Íñigo López de Mendoza, señor de la Vega y del Real de Manzanares. Su nieto, el conde de Tendilla, en el año de 1486, vendió por medio de su hermano, el Arzobispo de Sevilla, D. Diego López de Mendoza, la villa de Monasterio y el lugar de Campillo con su fortaleza y términos á D. Gutierre de Cárdenas, señor de Maqueda y comendador mayor de León. El descendiente de dicho D. Gutierre, D. Bernardo de Cárdenas, duque de Maqueda, cedió á Felipe II en 403 ducados las citadas poblaciones y fortaleza, uniéndose á estas propiedades la de Cuelgamuros, que un año antes había adquirido por compra á un D. Pedro de Guzmán, alcalde mayor de Sevilla, hijo de Alvar Pérez de Guzmán anteriormente citado. Al verificarse esta compra, Campillo era un pueblo de unos 120 vecinos exclusivamente dedicados á la labranza y cría caballar, consistiendo su principal especulación en cuidar yeguas, cuyos potros, por ser bastante buenos y muy á propósito para la fatiga, vendían con aprecio y entusiasmo.

Don Gutierre de Cárdenas, Comendador Mayor, fué el que á sus expensas edificó la fortaleza, que mide 80 pies de largo por otros tantos de ancho, siendo por consiguiente su forma completamente cuadrada. Cercóla de un foso con su puente levadizo, de cuya férrea puerta aun se distinguen señales en la fachada.

Informada la Reina Católica de las previsiones desplegadas en aquella fortaleza, y creyendo que por esto le seguiría perjuicio, comisionó á un Alcalde de corte con cédula real, para que la derribase con este motivo. D. Gutierre acudió en súplica á S. A. y obtuvo que aquella medida no se llevase á efecto, si bien se vió obligado á cegar el foso y quitar el rastrillo y puente levadizo. La forma del castillo varió completamente en su parte exterior, mas cuando lo adquirió Felipe II mandó abrir algunos balcones en vez de los tragaluces que antes tenía. En el reinado de Felipe IV suprimiése la plataforma que lo cubría, poniéndose en su lugar el tejado que hoy le cubre, desapareciendo igualmente un balcón corrido todo alrededor. Para formar completa idea de esta casa fuerte y su Iglesia aneja, puede consultarse el cuadro pintado por Juan Bautista del Mazo

que se conserva en el Museo Real, señalado con el número 794.

El aspecto que hoy presenta este antiguo edificio es de un gran casarón de campo, siendo lo único que resta notable de su primera forma exterior: un cubo todo de piedra que está en la parte del norte, arrimado al ángulo de Oriente, y que, aunque adherido a las paredes de la fachada, se halla fabricado con entera independencia de aquellas.

Su forma es semicircular y con anchura suficiente para dar cabida a una persona: tres huecos en forma de puertas están abiertos en su base, no teniendo otra comunicación con el castillo que una abertura cuadrilonga en el tejado y que en su origen debió comunicarse con la plataforma. Asomada una persona en el antepecho de piedra, le ofrece el aspecto de un pozo profundo. Varios pareceres hay sobre el objeto para que fue destinado, creyendo unos que la idea de su construcción fue para comunicarse en caso de cerco con los diferentes departamentos, evitando de este modo que el enviado entrase por la puerta principal.

No menos curioso que este cubo, y también sujeto a comentarios en lo concerniente a su verdadero empleo, es una gran sala cuadrada que bien pudiera llamarse de armas, a cuyo departamento da ingreso una gran escalera toda de piedra, con verdadera inteligencia y maestría construida.

En el piso segundo corre un balconaje con antepecho calado de madera, y en el tercero, unos arcos unidos igualmente por antepechos formando una espaciosa galería.

La antigua fortaleza que ligeramente acabamos de reseñar con las extensas tierras que la rodean, el cuartel llamado Monasterio, de cuyo antiguo palacio sólo se ven hoy un montón de ruinas; la Granjilla, con su casa de recreo, su gran laguna y dilatados terrenos sembrados de frondosos árboles; el Castañar cubierto de árboles frutales, y las Dehesas, entre otras, de las Ravas, cuarto Carretero y Zorreras, abundosas de ricos pastos y variedad de caza menor, por consecuencia de la Revolución llevada a cabo en 1868, fueron vendidos a particulares por el Gobierno Provisional de entonces.

V. POLERO.

TRADICIONES DE TIERRA SANTA

(Continuación.)

IX

TORRE DE LOS CUARENTA MÁRTIRES.

Y TRADICIONES REFERENTES A AQUELLOS LUGARES.

ENCUENTRASE esta torre al SO. de Rama y dista del pueblo como un kilómetro. Se ignora por qué se llama de los Cuarenta Mártires, aunque opinan algunos que es el campanario de antigua iglesia, erigida en honor de cuarenta cristianos martirizados en Sebaste de Armenia, durante la persecución de Licinio, a principios del siglo IV. Entienden otros que aquellas ruinas proceden de un antiguo convento de templarios. Para Fr. Livinio de Hamme, franciscano erudito, autor de la mejor *Guía de Tierra Santa* que, en francés o italiano, usan los peregrinos, allí no hay otra cosa más que restos de un viejo *jan* (así llaman los árabes a las grandes hospederías en que se alojan y descansan las caravanas), como se encuentran muchas en aquel país. Sea de ello lo que fuere, es indudable que en Rama hubo una iglesia con el mismo título que hoy lleva la torre que nos ocupa. En esta ciudad de Rama (escribió en el siglo XVI el erudito P. Bonifacio de Ragusa) hubo dos insignes iglesias, que para daño nuestro y por incuria de los príncipes cristianos fueron convertidas en mezquitas. A una de ellas vienen denominando los mismos fieles, hasta el día de hoy, San Juan, y los Cuarenta Mártires a la otra, en la cual muchos cuerpos de soldados de Cristo, trasladados desde Sebaste, ciudad de la Armenia Menor, fueron honoríficamente colocados y descansan en paz bajo el altar mayor.¹

Según una inscripción árabe colocada sobre el dintel de la puerta de la torre, fue construida por el sultán de Egipto Mojamad-ben-Kalaun-Saleji, el año 718 de la hégira, correspondiente al 1318 de nuestra era. Una escalera de caracol de 126 peldaños, iluminada por 20 ventanas ojivales, conduce a la plataforma superior de la torre, ya ruinosa, desde donde se divisan la extensa llanura de Sarón, los montes de Judea y de Samaria y multitud de lugares difíciles de nombrar.

Al pie de la torre y en el centro de las ruinas dichas, se ve un pequeño edificio relativamente moderno, que ha estado cubierto por una cúpula blanqueada de cal, por lo que los árabes la dan el nombre de *Yama el-Abiad*, la Mezquita Blanca, y en torno unas ruinas magníficas, pórticos, arcos, cisternas, etc., que merecen visitarse.

Piadosa tradición, recogida por Chateaubriand, refiere que en estos lugares se detuvieron Jesús, María y José en su viaje de regreso desde Egipto a Nazaret, y sería ciertamente un bello paisaje, dice el autor del *Genio del Cristianismo*, el que se copia de allí para un cuadro del descanso de la Sagrada Familia y muy semejante al admirable de Claudio de Lorena, que se conservaba en el palacio Doria, en Roma.²

No hay autor, que hablando de Rama y sus inmediaciones, no refiera algún encuentro desagradable con los árabes beduinos, que son los salteadores de aquel país, y no aconseje a la vez que se lleven armas y se tomen precauciones guerreras. Nosotros hemos pasado dos veces por allí sin escolta, sin armas y deteniéndonos bastante rato, al regreso, en las ruinas de la Mezquita Blanca, sin haber visto un beduino y sin que los frailes ni el dragomán nos hayan aconsejado precaución alguna.

En aquellos alrededores, y por primera vez, vimos cuadrillas de leprosos que nos seguían a distancia, enseñándonos su cara y manos cubiertas de llagas repugnantes, medio comidas y desfiguradas por la horrible lepra, imagen pálida del pecado, y pidiéndonos con grandes lamentos *baxis*, esto es, limosna ó propina.

X

EL BUEN LADRÓN.

Saliendo del convento de los PP. Franciscanos de Rama, el camino se dirige al E. durante cuatro minutos; tuerce luego al SE., y a los ocho minutos se atraviesa un cementerio turco, se deja una senda a la izquierda y, entrando en el camino de Jerusalén, se divide de nuevo la llanura de Sarón, donde pastaban los numerosos rebaños de David, guardados por Setrai. Malo es el camino que une a Jafa con Rama y a ésta con Jerusalén; pero, comparado con los demás de Tierra Santa, merece el nombre y honores de carretera real. Carretera adelante, pues, quince minutos más allá del cementerio dicho se cruza el arroyo de Rama y diez minutos más tarde se encuentra y deja a mano izquierda la sexta torre fortificada. Las cinco precedentes están a orilla del camino, sobre pequeñas alturas, desde Jafa a Rama. Prosiguiendo la marcha media hora más allá se ve a mano derecha la aldea *El-Berrit*, cuyas casas están construidas todas de tierra y madera; se deja a mano izquierda la séptima torre; se cruza poco más allá el sendero que desde El-Berrit conduce al lugar musulmán *Eunab*, situado a la izquierda en una altura, y treinta minutos después, sobre una colina bastante alta, divisase, a la derecha del camino, un *uli* (pequeño monumento funebre) llamado por los árabes *Abuchuch*, donde estuvo situada la antigua ciudad cananea de Gezer, cuyo rey Horam pereció con todo su pueblo cuando los hebreos se apoderaron de la tierra prometida; casi enfrente a la izquierda del camino y en medio de otras ruinas llamadas *Kefr-Tab*, en donde probablemente estuvo la antigua Topo, divisase otro *uli*; viene luego, también a la izquierda la aldea *El-Kubab*, antigua Cobe, marcada en el Talmud como límite territorial entre los israelitas y los filisteos; cinco minutos más allá, siempre a la izquierda, se deja la torre octava; bajando de la altura al pie de los montes de la Judea, se ve un pueblo bastante crecido llamado *Beit-Nuba*, antiguamente Nobe, «ciudad sacerdotal de la tribu de Benjamín, cuyos habitantes todos, juntamente con el Soberano Pontífice Aquimelec y otros ochenta y cinco sacerdotes, fueron muertos de orden de Saúl, implacable perseguidor de David, a quien los de Nobe habían dado asilo, y Aquimelec entregado la espada de Goliath y los panes de la proposición, para que apagasen el hambre él y los suyos»;³ veinte minutos después se deja a mano derecha la novena torre; y veintisiete minutos más allá se encuentra, por último, al pie de la colina una pequeña fuente y en la altura la décima torre y el lugarejo ruinoso y habitado por unos cuantos miserables *felagines*, el *Latrum*, llamado así porque, según la tradición, allí moraba y desde allí hacía sus correrías el egipcio Dimas, capitán de los bandoleros del contorno y convertido de repente en santo glorioso y *Buen ladrón*, como le llama el vulgo, por la eficacia de un acto de contrición, de la pública confe-

sión de la divinidad del Crucificado y la gracia divina.

Conmovedor y ejemplar en sumo grado es el pasaje evangélico que relata aquella escena.

Y uno de aquellos ladrones, que estaban colgados, le injuriaba diciendo:

— Si tú eres el Cristo, salvate a tí mismo y a nosotros.

Mas el otro, respondiendo, le reprendió diciendo:

— ¿Ni aun tú temes a Dios, estando en el mismo suplicio? Y nosotros en verdad por nuestra culpa, porque recibimos lo que merecen nuestras obras, mas éste ningún mal ha hecho.

Y decía a Jesús:

— Señor, acuérdate de mí cuando vinieres a tu reino.

Y Jesús le dijo:

— En verdad te digo, que hoy serás conmigo en el Paraíso.⁴

Confesión tan explícita de la divinidad de un aparente malhechor que expiaba sus crímenes su puestos en el madero afrentoso de la cruz, bien merecía la recompensa del Paraíso. ¡Qué lección para los hombres de bien que hoy se estilan, muchos de los cuales se avergüenzan de reconocer y confesar públicamente a Jesucristo! Verdaderamente no llevan la mejor parte cuando los comparamos con aquel ladrón valiente y sincero, que públicamente reconoce la justicia de su suplicio y se contenta con pedir al Rey de los judíos que se acuerde de él cuando esté en su reino.

No se sabe de cierto el nombre del Buen Ladrón. Se le atribuye el de San Dimas en virtud de una tradición antiquísima de la iglesia griega, generalizada por todo el Oriente, que celebra su fiesta el día 23 de Marzo. Se ignora igualmente el lugar de su nacimiento, aunque afirman unos que era egipcio y otros natural de el Latrum. Es lo cierto que antiguamente se daba a este lugarejo el nombre de *Castillo del Buen Ladrón* y que en su honor se construyó allí una iglesia, que aun vió en el siglo XVII el P. Antonio del Castillo,⁵ cuyos cimientos no sería difícil descubrir. Actualmente se ganan indulgencias parciales orando sobre aquellos escombros.

Con estos lugares, el Buen Ladrón y sus fechorías está íntimamente relacionada otra tradición piadosa y tierna, bastante generalizada en Oriente y no desconocida en Occidente, sobre todo en España. Me contaron al pasar por allí que yendo la Virgen y San José con el divino Niño desde la Galilea a la Judea ó viceversa, durante los calores insuportables del mediodía, refugiáronse debajo de una palmera a orillas de una fuente. El Niño Jesús se durmió entre los brazos y sobre las rodillas de su Madre; la Virgen protegía y respetaba el divino sueño, y San José procuraba todas las comodidades, en aquel despoblado posibles, al Hijo y a la Madre. Unos salteadores se arrojaron de repente sobre la Sagrada Familia con el propósito decidido de robarla. La Virgen, en vez de asustarse, enseñó el dormido infante al mejor mozo de la cuadrilla, que era el jefe de los bandidos, y San Dimas (que no era otro aquel arrogante joven), movido súbitamente por interior impulso, en vez de despojar a los augustos viajeros de sus pobres enseres, hizo que su cuadrilla les protegiese y escoltase hasta dejarlos en lugar seguro. Casi en los mismos términos refiere también esta poética tradición el P. Francisco Cassini da Perinaldo⁶ y añade: «Es ésta una de aquellas tradiciones que, entre nosotros, cuentan las mujeres habladoras hilando ó haciendo calceta durante las largas veladas del invierno, junto a la lumbre; pero que, sin embargo, demuestran la sencillez religiosa de nuestros abuelos, los cuales alimentaban su curiosidad con estas piadosas invenciones en lugar de las novelas obscenas y de las insolentes diatribas contra todo lo sagrado, que diariamente atraen a la incauta juventud y la empujan por caminos de perdición».

D. Juan Eugenio Hartzenbusch, en su drama sacro *El mal apóstol y el buen ladrón*,⁷ pone en boca de Dimas la anterior tradición en los siguientes versos:

La historia de niño halaga:
Oye una infantil historia.
Diez años contaba yo,
Y mi padre, mercader,
Un viaje tuvo que hacer,
Saliendo de Jericó.
Marchar a Egipto debió;
Y yo que en pueril estilo
Manifestaba intranquilo
De errante vida el antojo,
Ver quise el píelago Rojo,
Las pirámides y el Nilo.
Caminamos por jarales,

¹ San Lucas, cap. XXIII, vers. 39-41.

² *El Devoto Peregrino*, lib. II, cap. I, pág. 87.

³ *La Tierra Santa*, tomo primo, pág. 202.

⁴ Págs. 100-102.

⁵ *Itinéraire de Paris a Jerusalem*, tomo II, parte II.

⁶ *Santiago*, tomo I, pág. 49.

⁷ *De personis cultis Terrae Sanctae*, lib. II.

Y bendecidas y laderas;
Bramidos de fieras,
Bramidos de vendavales.
Moviditas arenales
Embrazaron al camello;
Ya de vuelta, su resuello
Noche larrantó lluviosa:
Negra vino y espantosa,
Que en pie nos puso el cabello.
De una peña colijados,
En mantas nos envolvimos,
Cuando pisadas oímos
Y voces de hombres armados.
— Cruzarán los tres cultados
(Habló una voz) por acá;
El Rey niño es el que va
En brazos de la viajera:
Tenemos la delantera,
Y el niño Rey morirá.
— Matar al Niño es tu encargo
(Dijo otro): no descuidarse,
Que pudieran escaparse
Por el torrente á lo largo.
Yo temblaba; sin embargo,
Ya iba algo atrevido.
Cesó de pasos el ruido...
— Padre (dije), ya no huyes:
Cenemos. ¡Al vino! ¡Bebe!
Bebió; se quedó dormido.
Mi padre, al amanecer,
Aun reposaba; ¡Yo en vela!
Corro como una gacela,
Y en alto me pongo á ver.
¡Tres! ¡Ellos! ¡El! Ha de ser
Disfraz su modesto aliño.
Corro, me miran, les guiño,
Y grito en llegando enfrente:
¡Señora! por el torrente,
Que si no, ¡matan al Niño!

Por último, los Sres. Fernández Sánchez y Freire Barreiro, en su hermoso *Diario de una Peregrinación*¹, incluyen la tradición que nos ocupa, recogida cuando niños de labios de su madre y publicada por varias revistas católicas con el título de *El Leprosillo*, y la narran en los siguientes términos:

«Un día de los tristes de su huida á Egipto, los dos Santos esposos, José y María, vieron sorprendidos por noche lóbrega y tormentosa en medio de un horrible desierto rodeado de montañas, sin sendero conocido.

«Cuando la ansiedad y la fatiga habían llegado á su colmo, he aquí que á lo lejos divisan una luz, hacia la cual dirigen sus inciertos pasos. ¡Cuál sería su angustia cuando, al llegar á la miserable cabaña de donde la luz salía, se vieron rodeados de bandidos! Afortunadamente, el jefe de aquellos desalmados estaba casado, y la afición de María y la ancianidad de José y los vagidos de Jesús enternecieron á la mujer del audaz caudillo, la cual procuró consolar á los castísimos esposos, ofreciéndoles seguro asilo y alimento con que reparar sus extenuadas fuerzas. Ella también era madre, y madre afligida, pues el hijo de sus entrañas, que apenas tenía tres años, estaba horriblemente destrozado por la lepra.

«Moviéndose por un impulso celestial, toma á la infeliz criatura, métela en el agua que había servido para lavar el cuerpecito y los pañales del niño Jesús, y ¡oh prodigio! la pobre criatura sale de allí limpia como el sol, hermosa como la rosa, y pura y alegre como la inocencia. ¿Quién podrá expresar la admiración y gratitud de los dichosos padres? Al día siguiente, la Sagrada Familia abandonaba la triste mansión, en medio de las lágrimas de los afortunados huéspedes, que de rodillas y con la frente en el polvo recibieron la bendición de Jesús, de María y de José. El jefe de la cuadrilla acompañó á los santos desterrados hasta dejarlos en camino conocido y libres de la tiranía de Herodes. Al separarse de ellos y pedirles de nuevo su bendición, «acordaos,» les dijo, de este infeliz, que queda expuesto á los azares de su criminal profesión.» Y la tradición añade que el Buen Ladrón que espiró al lado de Jesús, y le pidió que se acordase de él cuando estuviese en su reino, era el mismo Dimas que había dado albergue en su madriguera á la Sagrada Familia.

Todas estas variantes, y otras que se han transmitido de viva voz y se encuentran en los autores, prueban que algún afortunado encontró para San Dimas debió ocurrir en las inmediaciones del *Leprosillo*, ó en otra parte, entre el venturoso capitán de bandidos y el Niño Dios.

M. POLO Y PEYROLÓN.

(Se continuará.)

BENDICE, ALMA MÍA, AL SEÑOR

A Ti, Señor, bendice el alma mía,
A ti, Señor, de divina grandeza
Que por doquiera un manto te atavia
De majestad, espléndida belleza.
Tú recoges el agua en las alturas
Que al céntro prestan transparentes velos,
Y tiendes del vacío en las llanuras
La diáfana cortina de los cielos.
Cruzas como los vientos voladores
Por el espacio que de luz salpica,
En carroza de vívidos colores
Que con nubes errantes edificas.
Un ejército de ángeles altivo
En pos de esa carroza ostenta luego
La sultura del aire fugitivo,
La actividad del devorante fuego.
Con tus altos misterios insondables
Y el inmenso poder que en Ti se encierra
Un siglo y otro siglo y siempre estables
Quedarán los cimientos de la tierra.
De agua sin dique los espacios llenos
Viste, Señor, desde tu alcázar santo,
Y á la voz imperiosa de tus truenos
Rodaron al abismo con espanto.
No de que ha de tragarse los orillas
El ancho mar infundirá temores;
Que Tú, cual siempre incomprensible, humillas
Con un grano de arena sus furiosos.
Entre montes cubiertos de esmeraldas
Filtraron caprichosos manantiales,
Y hoy vemos deslizarse por sus faldas
Sus sonoros y limpidos cristales.
En ellos deteniendo el paso ocioso
Mitigarán las fieras sus ardores,
Y escucharán desde ellos armonioso
El concierto de pájaros cantores.
Obrando en su interior raros portentos
Das á la tierra regalados frutos,
A los hombres sabrosos alimentos
Y pastos abundantes á los brutos.
Das á la vid el jugo apetecido
Que anima al rey de los mortales seres;
Tienes para su rostro óleo escogido
Y para el alma místicos placeres.
A los cedros del Líbano encumbrado
Gallardos miras con tus altos dones,
Y al ave que su nido ha fabricado
En medio de sus verdes pabellones.
Por Ti con un instinto sorprendente
Se oculta en el follaje la cigüeña,
En los altos la cabra independiente,
Y el conejillo en la horadada peña.
Por Ti el fulgente carro de la noche
Con fases varias su órbita describe,
Por Ti del sol el rutilante coche
Distinto ocaso al declinar recibe.
Se acerca en pos de su triunfal carrera
El negro imperio de la sombra fría,
Y desatada la imponente fiera
Recorre el bosque en su extensión umbría.
Lanzan los leones colosal rugido,
Cébanse en una res, devoradora
El hambre acallan, y su afán cumplido
Duermen de nuevo al despuntar la aurora.
Se cubre el cielo de carmín y grana,
Se anuncia el sol con nuevos resplandores,
Y el hombre al despertarse la mañana
Afanoso comienza sus labores.
¡Cuán sublime, cuán grande y poderoso
Nos presenta este mundo tu diseño!
¡Todo es en él espléndido y hermoso,
Todo te aclama por Señor y dueño!
El mar, que con sus brazos extendidos
Parece dilatarse hasta los cielos,
Abrega en su interior monstruos temidos
Y sin cuento reptiles pequenuelos.
Y, con las naves que atrevidas vuelan
Por la región inmensa del Océano,
Todos, Señor, alimentarse anhelan
Y á todos sacia liberal tu mano.
Si alguna vez tus ojos se retiran,
Sin la luz de tu rostro desfallecen,
Y en su antro oscuro sin concierto giran,
Y se turban, y tiemblan, y perecen.
Mas si tu vista en ellos se pasea,
Les infunde virtud vivificante,
Devuelves al espíritu la idea
Y á la tierra renuevas el semblante.
Ante Ti los cimientos de las rocas
Se sienten vacilar estremecidos,
Y se abren en los montes, si los tocas,
Hornos mil de volcanes encendidos.
Gloria sea al Señor Omnipotente,
Loor eterno al Dios de las alturas
Que detras de su cielo transparente
Sonríe á las humildes criaturas.

Seale grata la expresión que encierra
El cántico sincero que le envío
Y haga que para siempre de la tierra
Desaparezca el pecador impío.
Tú eres el Dios que mi aflicción redime,
El arpa haré vibrar con firme mano,
Y, mientras el soplo de tu Sér me anime,
Ensalzare tu nombre soberano.

OSORIO DE PEREA.

¿CUÁNDO SERÁ...?

Yo te amo, bella tierra mallorquina,
La de las ondas del alegre mar;
¿Cuándo será que tu azulado cielo
Preste á mis ojos luz? ¿Cuándo será?

Yo te amo, bella tierra de mis padres,
Cuna de mis recuerdos y mi hogar;
¿Cuándo será que en tu gentil regazo
Descanse el Trovador? ¿Cuándo será?

Yo te amo, bella tierra de la gloria,
País de las leyendas ideal;
¿Cuándo será que tu cariño puro
Recompense mi fe? ¿Cuándo será?

1887.

JOSE TARONJÍ.

EL DULCE NOMBRE DE MARÍA

Dora el sol, de los montes
La enhiesta cima,
Y sus rayos, alegres
Como la risa
Del infante dormido,
Dicen: ¡María!

Rompe su tierno broche
La rosa altiva
Derramando perfumes
Que el suelo envidia,
Y al abrir su corola,
Dice: ¡María!

Sube la ardiente llama,
Crece y vacila
Sobre el seco ramaje
De añosa encina,
Y aumentando su brillo,
Dice: ¡María!

Entre verde follaje
Corre y suspira,
Bullicioso arroyuelo
Del campo vida,
Y al bañar á las plantas,
Dice: ¡María!

Cruzan por el espacio
Las golondrinas,
Mensajeras que anuncian
De Abril las brisas,
Y batiendo las alas,
Dicen: ¡María!

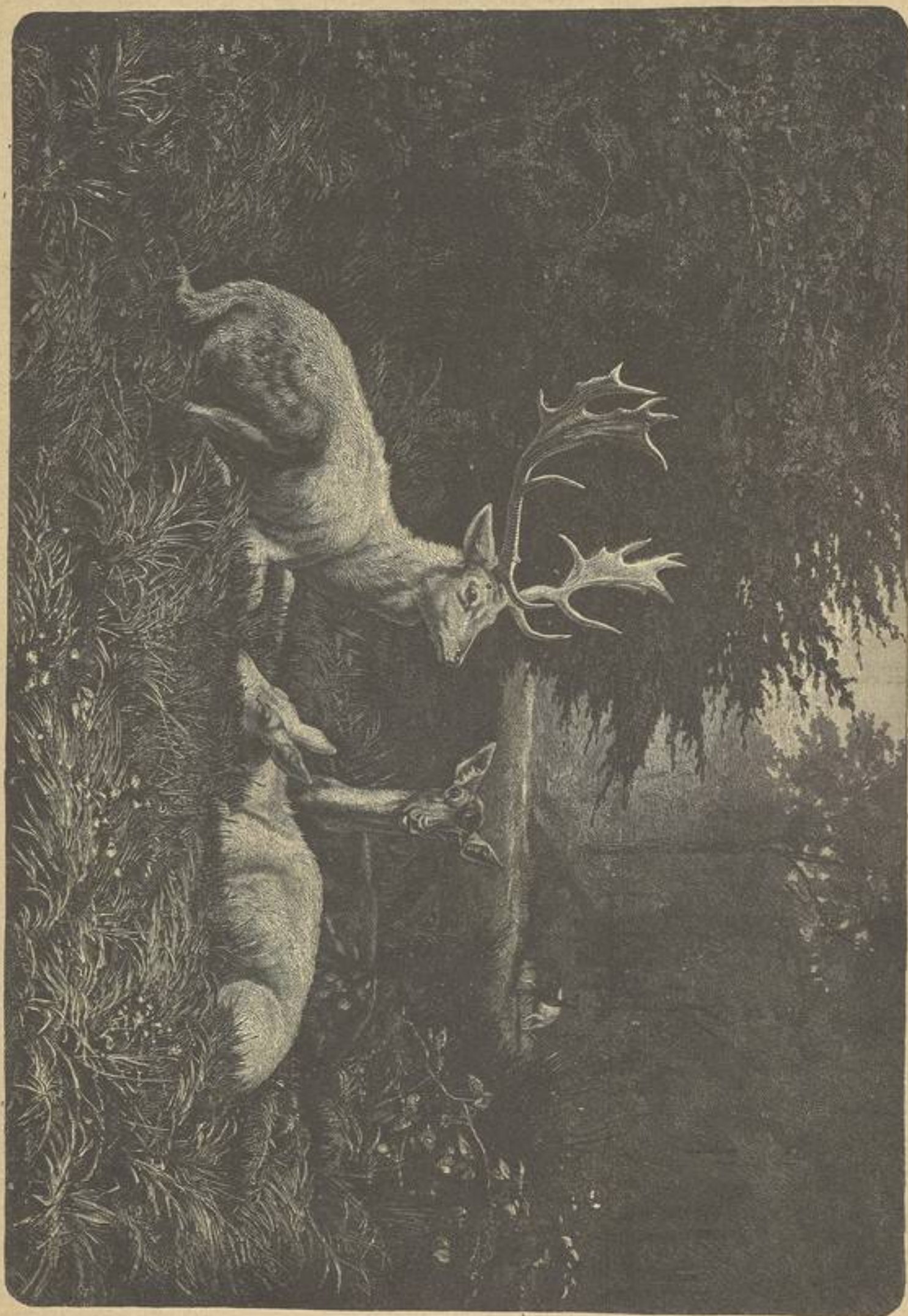
Resbala entre las hojas
El aura tímida,
Murmurando ternezas,
Y á sus amigas,
Las más hermosas flores,
Dice: ¡María!

Juegan del mar las olas
En sus orillas,
Rizándose al impulso
De las caricias,
Y al besar á la playa,
Dicen: ¡María!

Dulces son los placeres
Que el mundo brinda,
La esperanza, la gloria,
La fe y la dicha,
Y es más dulce tu nombre,
¡Dulce María!

ADOLFO LLANOS Y ALCARAZ.

¹ Santiago, etc., tomo II, pág. 30.



GRUPO DE CERVO.

ANDRÉS EL PESCADOR

(Leyenda histórica.)

PRÓLOGO

BETHSAIDA

BETHSAIDA era una ciudad poco importante de Galilea, en la época que damos principio á nuestro relato. Situada á la derecha del río Jordán, y casi á la misma embocadura de éste, en el mar de Tiberiades, ocupaba una bellísima posición topográfica. Embellecíanla hermosos edificios y amenos y deliciosos jardines, pertenecientes á ricos mercaderes judíos, que solían pasar en ella cortas temporadas, para descansar, sin duda, de las fatigas ocasionadas por sus largos viajes.

La población, que podríamos llamar fija y constante de Bethsaida, se dividía en dos clases: labradores ó colonos y pescadores; pero todos pobres, en razón á que la propiedad estaba reducida á un corto número de individuos, ausentes, como ya hemos di-

cho, la mayor parte del año. Los primeros, ó dígame los colonos, se dedicaban al cultivo de las tierras, productoras de sabrosísimos higos, exquisitos dátiles, manzanas y otros frutos y granos, como asimismo del rico aceite de olivas, que solía venderse á buen precio en las grandes ciudades.

El carácter de sus habitantes dejaba mucho que desear respecto á su honradez, moralidad y buena fe; y tanto se distinguían en este punto de los pueblos y ciudades comarcanas, que difícilmente se podría citar uno, en toda la tribu de Manasés, excepción hecha de Corozaim, que era de índole tan perversa como aquél, cuyos hijos fueran más irascibles, más pendencieros y más dados á todo género de vicios y liviandades.

A esta ciudad, pues, será preciso que se trasladen nuestros lectores, si quieren conocer el principio de la verdadera historia que nos proponemos relatar.

Era la hora de nona, diez ó doce jóvenes pescadores, esparcidos por la playa, se entretenían, unos en recoger las redes que habían puesto á secar por la mañana, y otros en remendar sus artes, para

1. Tercera de la tarde

componer los desperfectos ocasionados la noche anterior durante la pesca.

Algo separado de los jóvenes, se veía á un pobre anciano, sentado sobre la arena de la playa, tejiendo con una aguja de madera su vieja y deteriorada red.

Ya llevaba más de dos horas ocupado en su ingrata tarea; pero eran tantos los zurdidos que tenía precisión de hacer, para dejar su red en estado servible, que con dificultad podría concluir, sin ayuda al menos, antes que el sol se perdiera tras los montes de Tiberias.

—Milagro será que el viejo Julias pueda salir esta noche á la mar, dijo uno de los jóvenes pescadores.

—El se tiene la culpa, añadió otro. ¿Por qué no manda venir á la playa á su hija Betsabé, para que le ayude?

—¡Betsabé! Añadió un tercero, cuyo aspecto era bastante repulsivo. Por nada del mundo dejaría el viejo Julias que su hija viniera á la playa. ¿No veis vosotros que el sol podría ennegrecer sus blancas manos y hacerle perder el hermoso color de su cara, que se parece á la flor del granado?



SACRA FAMILIA.
(Cuadro de Guido Reni.)

—¡Bah! Otras hay en Bethsaida tan hermosas como Betsabé, y no se desdennan de ayudar á sus padres, ni temen que un rayo de sol les prive de su hermosura; repuso otro de los jóvenes, haciendo coro á sus compañeros.

—Paréceme, amigos míos, que en vez de murmurar del prójimo, como lo estamos haciendo, sería mejor y más conforme á la ley de Moisés que ayudáramos á ese pobre anciano á remendar sus redes.

El que había pronunciado las anteriores palabras, era un joven moreno, algo pálido; pero no con esa palidez enfermiza que denota algún padecimiento físico, sino una palidez nítida, que sienta muy bien en las fisonomías varoniles, prestándoles mayor atractivo é interés.

Dicho joven contaría unos veinte años de edad escasamente, y en todo su cuerpo demostraba la gallardía, la fuerza y la virilidad, propias de aquel que, no habiendo recibido en su organismo ningún vicio de origen, se conserva apartado de los otros vicios que corrompen la sangre y nos dan el ejemplo de prematuras vejez.

Su nombre era Andrés, y aunque hijo de una de las familias más pobres de Bethsaida, era respetado

y querido de todos, aun de los más díscolos, por su carácter apacible y honrado trato.

—¿Y quién te ha dado facultades para que vengas á reprendernos y á enseñarnos los preceptos de la ley, que sabemos mejor que tú? repuso el que había hablado el último, llamado Zabulón, acompañando sus palabras con una mirada agresiva.

—¿Necesito yo, por ventura, permiso de nadie para decir lo que es bueno y lo que es malo? contestó Andrés con la mayor calma, y sin alterar siquiera la inflexión de su voz. La murmuración es un pecado, continuó, y vosotros estáis murmurando y criticando los actos de ese pobre anciano, que no puede terminar su trabajo.

—Vamos, ya comprendo; como Andrés está enamorado de Betsabé, la hija de Julias, por eso defiende al padre y á la hija con tanto calor; añadió Zabulón, acompañando sus palabras con una carcajada despreciativa.

—Tal vez haya puesto los ojos en Betsabé, para llamarla esposa delante de Dios, siempre que su padre y ella consientan, repuso Andrés; porque uno y otra son dignos por su honradez de que cualquiera se considere honrado entrando en su familia;

pero en verdad os digo, que lo mismo hubiera propuesto tratándose de otro, fuere el que fuere; porque hay cosas que los hombres no deben hacer nunca por interés.

—Eso quería que dijeras, exclamó Zabulón, acercándose á Andrés con ademán amenazador. Delante de todos has dicho que habías puesto los ojos en Betsabé para llamarla tu esposa; pues bien: delante de todos te digo yo, que si vuelves á mirar á Betsabé, yo seré el que te arranque los ojos.

—¡Bah! Poca cosa eres tú para cumplir amenazas como esa.

—¿Quieres verlo?

—¿Cómo podría verlo si me arrancabas los ojos?

Una carcajada lanzada por los demás jóvenes, celebrando la ocurrencia de Andrés, exasperó más á Zabulón, que ya se disponía á lanzarse sobre aquél; pero se contuvo, porque á pocos pasos de distancia vió aparecer á otro joven, como de unos treinta años de edad, llamado Simón, hermano de Andrés, que se dirigía al encuentro de sus compañeros.

Todos abrieron paso al recién llegado, creyendo sin duda, que, habiendo oído la reyerta de su herma-

no, iba a tomar parte en la cuestión; pero se llevaron chasco. Simón nada había oído, y llegaba casualmente, para ayudar a su hermano en la tarea de recoger las redes y preparar la barquilla que debían botar al agua en aquella misma noche.

— Apuesto a que estáis disputando por alguna niñería. No en balde se tiene a la ociosidad como madre de todos los vicios. Si en vez de ocupar el tiempo en inútiles reyertas estuvierais trabajando, ganaríais más para Dios, para vosotros y para vuestras familias.

Simón, el hermano de Andrés, gozaba de cierto prestigio entre sus compañeros, por la gran inteligencia que todos le reconocían en el oficio, por su amable trato, por su generosidad, y porque siempre se le encontraba dispuesto a socorrer al desvalido y a prestar sus auxilios a todo el que le hubiere menester. Así que, a pesar del carácter díscolo y atrabiliario, propio y peculiar de los bethsaideses, todos le miraban con respeto y oían sus palabras sin atreverse a replicar. Pero Andrés, que sintió la reprensión de su hermano, procuró excusarse y excusar a sus compañeros diciendo:

— Hace un momento que hemos terminado nuestro trabajo, y estaba proponiendo a nuestros compañeros que fuéramos todos a ayudar al anciano Julias, que sin ayuda no le será posible concluir el suyo antes de ponerse el sol.

— Bien pensado. Todos nos debemos auxiliar mutuamente, porque todos somos hermanos; pero a los viejos les debemos mayor auxilio, por lo mismo que están más necesitados. Y esto lo debemos hacer hasta por egoísmo, porque lo que nosotros hagamos ahora con los viejos harán los jóvenes con nosotros. Vamos, vamos a dar ayuda al pobre Julias; y dando el mismo ejemplo, se dirigió al punto de la playa, no lejano, en que se encontraba el viejo pescador.

Algunos le siguieron, y entre ellos Andrés; otros se quedaron con Zabulón, que todavía llevaba impreso en su semblante el coraje que sentía por la cuestión anterior.

En todas partes hay amigos que se entretienen en hacer el oficio del diablo, tentando a las criaturas.

Si los que se quedaron con Zabulón, en vez de atizar el fuego de la discordia, excitando las malas pasiones de aquel, le hubieran hecho ver su falta de razón, y lo injusto de su proceder para con Andrés, quizá hubiera olvidado la escena anterior reconociendo su falta; pero hicieron todo lo contrario, y aprovechando la ausencia de los dos hermanos, se pusieron a murmurar de aquellos.

— Páreceme que Andrés se ha burlado de tus amenazas, le dijo uno.

— Pues ha hecho muy mal, replicó otro, porque Zabulón no es de los que consienten burlas de nadie.

— Si Andrés se hubiera burlado de mí, le costaría cara la burla.

— Pues no lo cree el así cuando se burla.

— ¿Es decir que vosotros creéis que ha querido ponerme en ridículo?

— Una cosa parecida. No había más que oír el tonillo con que ha dicho aquello de que: no podría ver, si le arrancabas los ojos.

— Bueno. No quiero saber más. Quedad con Dios; y sin añadir otra palabra, se separó de sus compañeros, y se dirigió a la ciudad.

— Se va como si le hubiera picado la tarántula, dijo uno, apenas Zabulón se hubo alejado.

— Apuesto a que va en busca de Betsabé, para reiterarle su demanda por centésima vez, añadió el segundo.

— Y a recoger la centésima negativa, articuló el tercero. Betsabé prefiere a Andrés, y no conseguirá nada.

— Pobre de Andrés entonces; no quisiera yo estar en su pellejo.

— ¿Por qué?

— Porque Zabulón es muy vengativo, y...

— Allí que se las hayan. Ni uno ni otro son mis parientes, y poco me importa lo que les pueda suceder.

Mientras que éstos se entretenían hablando del prójimo con tan poca caridad, Simón, Andrés y los jóvenes que les habían seguido pusieron mano en las redes del anciano Julias, y a la media hora no quedaba ninguna malla de la red que no estuviera compuesta y en disposición de ser arrojada al mar.

— Gracias, mis buenos amigos, decía el viejo Julias, queriendo mostrar su gratitud a los jóvenes. Viendo estoy que sin vuestra oportuna ayuda no hubiera podido salir esta noche a la mar.

— Nos muestras tu gratitud por el insignificante servicio que acabamos de prestarte, dijo Simón, y tal vez te hayamos hecho un perjuicio.

— Perjuicio! ¿Y cómo puede ser esto un perjuicio?

— Porque no teniendo compuestas las redes, no hubieras varado esta noche tu barquilla, y la hubieras pasado en tu casa descansando, ya que el descanso es tan apetecible a tus años.

— Verdad es que se prefiere a mi edad pasar la noche en casa sin arrostrar las inclemencias del cielo; pero mañana me hubiera encontrado sin pan que llevar a la boca.

— No digas eso, Julias, repuso Andrés; porque si tú no hubieras podido salir a la mar, salimos nosotros, y nos hubiéramos dado por muy satisfechos con partir contigo nuestra pesca.

— Gracias, Andrés; el viejo Julias, mientras Jehová le sostenga las fuerzas, seguirá trabajando, y sólo admitirá una limosna de sus compañeros cuando ya no pueda más.

— Si has llegado a imaginar que he querido ofenderte, yo te aseguro que no ha sido tal mi intención. Quizá no me haya expresado bien, y por ello te suplico me perdones.

— No he de perdonarte, porque no hubo ofensa en tus palabras. Te conozco, Andrés, como conozco a tu hermano y a tus padres, y sé que el hijo de Jonás, mi antiguo amigo, no es capaz de ofender a un anciano.

— Así es la verdad, Julias, repuso Simón. Mi hermano te ha ofrecido lo que está dispuesto a cumplir. Haga Jehová que nunca lo necesites; pero si llegara el caso, acuérdate de los hijos de tu amigo Jonás, que es nuestro padre, y siempre los hallarás dispuestos a partir contigo su pobreza.

— Ya lo sé, hijos míos, ya lo sé. Jehová os bendiga, por haber heredado los sentimientos de vuestros padres.

— Amén, dijeron casi simultáneamente los dos hermanos; y después de ayudar al viejo Julias a colocar las redes en su barquilla, tomaron la dirección de la ciudad, a cuya entrada se separaron, para dirigirse cada cual a su vivienda.

Cuando llegaron a su casa había ya anochecido. Por espacio de media hora se notó cierto movimiento en las calles de Bethsaida; eran los labradores, que con sus bueyes, asnos y demás caballerías, regresaban a sus casas, después de los trabajos del día; después todo quedó en el mayor silencio, sin que ningún ruido extraño viniera a interrumpirlo.

Al separarse Zabulón de sus compañeros, en la playa, se dirigió en derechura a la ciudad, y dejando ésta a la izquierda, penetró en el barrio habitado por los pescadores, donde tenían su morada el anciano Julias y su hija única Betsabé, y sin detenerse en parte alguna, llegó a la puerta de la casa y llamó.

No tardó mucho en asomar por un ventanillo practicado en la misma puerta la fisonomía de la mujer más encantadora que imaginarse puede. Bien podría decirse que en aquel gracioso y juvenil semblante se habían reunido todas las perfecciones de la raza semítica. Ojos grandes, rasgados, negros como la noche, nariz de una corrección admirable, labios rojos como el fruto del Terebinto, cara ovalada y de purísimos contornos, sirviéndole de marco negra y abundosa cabellera, que apenas podía contener la blanquísima toca de lino que la sujetaba. Esta era Betsabé, la hija de Julias.

Cuando hubo reconocido a Zabulón, antes que éste tuviera tiempo de dirigirle la palabra, le dijo:

— Si buscas a mi padre, puedes dirigirte a la playa, donde le encontrarás componiendo las redes.

— No busco a tu padre, Betsabé, que ya sé que se encuentra en la playa, donde acabo de dejarle en este momento.

— Pues no siendo a mi padre, ¿a quién puede buscar Zabulón en esta casa?

— A ti te busco, Betsabé. Antes de tomar una resolución grave, que tal vez haga verter lágrimas a más de una familia de Bethsaida, he querido venir a consultarte; porque en tu mano está poderlo evitar.

— No comprendo bien lo que quieres decirme; pero si en mi mano estuviera, como dices, evitar que una criatura de Dios vierta lágrimas, seguro puedes estar que no las verterá. Con esa confianza, puedes retirarte y volver cuando esté en casa mi padre; porque no me es lícito estar de conversación contigo, ni oír tus palabras en ausencia de mi padre. Dios te guarde, Zabulón.

— Escucha, Betsabé, escucha. No son más que dos palabras...

Pero la joven ya no oía a Zabulón. Al terminar su anterior razonamiento, había cerrado el ventanillo, alejándose de la puerta.

Zabulón dió un fuerte golpe a la puerta, acompañado de una interjección, que denotaba el furor de que estaba poseído, y esperó. El ventanillo permaneció cerrado.

Ante aquel obstáculo insuperable, Zabulón se retiró de la puerta y se puso a dar largos paseos por la calle. Sin duda debía esperar al anciano Julias, a

juzgar por la impaciencia con que fijaba sus miradas por el lado que aquel debía llegar.

Ya llevaba más de hora y media en aquella actitud, cuando por fin apareció el viejo Julias en el fin de la calle.

Zabulón le dejó llegar hasta donde él se encontraba, y cuando lo tuvo cerca, le salió al encuentro.

— Jehová te guarde, anciano, le dijo.

— Y a ti te colme de bendiciones, Zabulón. ¿Qué quieres de mí?

— Quiero acompañarte a tu casa.

— Las puertas de mi casa están abiertas siempre para mis hermanos.

— Menos cuando se encuentra en ella tu hija Betsabé, que despierte de la puerta a tus hermanos, sin dárles oídos.

— Mi hija cumple con su deber, obedeciendo mis órdenes, y ha hecho muy bien en no dar oídos a un joven, en ausencia de su padre; pero ¿qué tienes tú que decir a Betsabé?

— No es contigo, sino con Betsabé, con quien quiero hablar breves palabras, con tu permiso y a tu presencia.

— Si prometes que no dirás cosa que los oídos de una joven no deban oír, no hallo inconveniente en acceder a lo que me pides.

— Te lo prometo.

— En ese caso, vamos.

Y sin añadir más palabra, se dirigieron ambos a la casa de Julias, cuyo exterior era de pobrísima apariencia.

El anciano llamó, y sea porque su manera de llamar era muy conocida de Betsabé, sea porque conocía las pisadas de su padre, sea por lo que fuere, es lo cierto que se abrió inmediatamente la puerta sin mirar antes por el ventanillo, como cuando había llamado Zabulón.

— La paz sea en esta casa; dijo el anciano entrando.

— La paz sea contigo, padre mío, repuso Betsabé; é inclinando su gallardo talle, presentó la frente a su padre, que estampó en ella un tierno beso. Después le acercó una especie de taburete, hecho de una pieza, cortado del tronco de un árbol, y otro a Zabulón.

— Siéntate, Zabulón, y dí cuanto tengas que decir. Y tú, Betsabé, oye lo que Zabulón tiene que decirte a mi presencia.

Betsabé se colocó al lado de su padre y esperó a que hablara Zabulón. Éste, sin tomar asiento, se dirigió a la joven y le dijo:

— Esta tarde, estando reunido con mis compañeros en la playa, se ha permitido decir Andrés, el hijo de Jonás, que había puesto los ojos en ti, Betsabé, para llamarte su esposa; y habiéndole prohibido yo que abrigara semejante intención se ha burlado de mí; si no tuviera la seguridad de ser correspondido, no lo hubiera hecho, y eso es lo que yo vengo a saber de tus labios, para tomar una resolución después de oírte. Así, pues, Betsabé, contesta francamente: ¿Amas a Andrés, el hijo de Jonás? ¿Debo perder yo toda esperanza?

Betsabé permanecía con la cabeza baja y fijas las miradas en su padre, el cual contestó al punto:

— No tenías necesidad de dirigir a Betsabé semejante pregunta. Yo mismo te hubiera podido contestar de la manera más explícita; pero a fin de que no creas que me valgo de mi autoridad de padre para cohibir su voluntad, prefiero que ella misma te conteste. Y dirigiéndose a su hija le dijo: Habla, Betsabé, y sepa Zabulón de una vez y para siempre lo que desea, para que desista de su pretensión.

— Padre mío, repuso Betsabé: no es la primera vez que Zabulón me dirige la misma demanda; bien lo sabéis, porque vuestra hija no ha tenido nunca secretos para su padre. Pues bien; cuantas veces se ha dirigido a mí, otras tantas le he dicho que desistiera de su propósito, porque no había logrado interesar mi corazón. No podrá decir que una sola vez le hice concebir esperanza.

— Es verdad, y yo sufrí tus negativas pensando que variarías con el tiempo; pero hoy es distinto; hoy se presenta un pretendiente a tu mano, y lo que yo quiero saber es si ese pretendiente ha conseguido lo que yo no he podido conseguir.

Betsabé continuaba mirando a su padre sin contestar, cuando éste le dijo:

— Contesta, Betsabé. Yo te autorizo para que hagas público tu compromiso con Andrés, el hijo de Jonás.

— En ese caso, ya lo sabes, Zabulón; con el beneplácito de mi padre, y con agrado de mi corazón, he ofrecido unir mi suerte a la de Andrés, el hijo de Jonás. Y puesto que sabes ya mi última e irrevocable resolución, te ruego que desistas de tu propósito, porque después de lo que acabas de oír de mis labios, tu insistencia constituiría una ofensa para mí, y para mi prometido.

Zabulón nada contestó, pero en su aspecto demostraba los encontrados sentimientos que germinaban en su alma.

Tal vez no sentía por Betsabé aquel amor puro y casto, propio de las almas nobles y generosas; tal vez el orgullo de tener por esposa a la más linda judía de la tribu era el móvil de su conducta; lo cierto es que al oír la terminante negativa de Betsabé, se sublevó su soberbia hasta el punto de ofuscar su razón, y como si fuera un ebrio, se dirigió hacia la puerta de la calle. Ya tenía puesta la mano sobre el pasador de madera, cuando volviéndose de repente hacia la joven, le dijo con voz que denotaba el furor de que se hallaba poseído:

— Me dijiste hace poco que si en tu mano estuviera, impedirías que se derramaran lágrimas, y en tu mano estuvo y no lo has impedido. Está muy bien. No te ofenderé con nuevas pretensiones, ni volveré a pisar esta casa; pero ten la seguridad que tendrás memoria de Zabulón.

— Dios te guarde é ilumine tu entendimiento, Zabulón; y ten tú también la seguridad que, anciano y todo como me ves, no temo tus amenazas.

Zabulón no contestó. Quizá no había oído las últimas palabras de Julia. Ciego de furor, abrió la puerta y se precipitó en la calle, a tiempo que Andrés ponía el pie en el dintel de la puerta. Uno y otro chocaron con violencia. De la boca de Andrés salió una excusa; de la boca de Zabulón, una blasfemia.

(Se continuará.)

EL CALDEO DEL HOGAR

(Continuación.)

TOMA DE AIRE.

EN la necesidad imprescindible en que nos hallamos de pensar en la entrada del aire exterior en nuestra casa para alimentar el tiro de la chimenea, veamos cómo lo disponemos, no sólo para que no nos moleste, á semejanza del incómodo soplo de las rendijas, sino para que su entrada en la casa nos ayude á calentarla en vez de contribuir á enfriarla, como hoy sucede.

Por lo general, en una casa se establecen las chimeneas de los diferentes pisos unas sobre otras, á fin de que, por el mismo tambor que encierra los humos de la colocada en la planta baja, se establezcan los de las superiores. Utilizando esta circunstancia, por el mismo tambor vamos á subir el aire que necesitamos, estableciendo un solo tubo para toda la serie de chimeneas. La salida del aire para cada una tendrá lugar por una boquilla, alargada horizontalmente, de modo que el aire, formando mejor que chorro una lámina, venga á chocar contra el respaldo del hogar sufriendo el caldeo consiguiente al introducirse por entre los ya citados nervios, y ya veremos después lo que sucede. La alimentación de este conducto del aire no hay que mirarla con indiferencia, sino fijarse mucho en no introducir malos olores ni miasmas nocivos en las habitaciones, como sucedería si junto al piso de un patio nada limpio estableciéramos nuestra toma de aire. En este caso preferible sería tomarlo del portal ó de la caja de escalera á falta de un jardín, si no convenía establecerlo en la fachada, por la proximidad de algún sumidero de la alcantarilla. Si la casa tiene sótano, ningún otro sitio más adecuado, siempre que se halle limpio y deshabitado, por cuanto cogeríamos el aire á mayor temperatura que tenga el de la calle. No sólo el aire nuevo entraría en nuestra morada después de sufrir un caldeo al chocar contra el respaldo del hogar, sino que antes de esto, al empezar á subir por el tubo colocado en el tambor de las chimeneas, iría tomando cada vez más calor, ayudándonos su entrada, como hemos dicho, á caldear nuestra casa en vez de contribuir á enfriarla, como hoy sucede, por las rendijas.

Esta tubería del aire puede ser de cinc, porque ni ha de sufrir golpe alguno, ni tampoco la temperatura á que ha de estar sometido será capaz de cansarla el menor deterioro. Aunque también podría ser de chapa de hierro, es preferible el cinc por facilitar la construcción y colocación de las boquillas de salida. Estas podrán fácilmente estar provistas de una ligera válvula que permita la entrada del aire del tubo en la habitación, y no la marcha inversa, con objeto de que el aire proceda siempre de la toma de origen, y no de la habitación del vecino de más arriba ó de más abajo.

La toma de aire, tal como la disponemos, ofrece dos ventajas que vamos á examinar, demostrando el cambio tan completo que sufrirá nuestras moradas con relación al hoy dificultoso tiro de algunas

chimeneas, y también á la entrada del aire exterior por las rendijas de balcones y ventanas que tanto nos molesta. Fijándose bien en la manera de disponer el tubo general alimentador del aire, se observa que en el hecho de estar caldeado en toda su altura, constituirá una verdadera chimenea, con su correspondiente tiro, el cual indudablemente ha de producir una inyección de aire en cada piso. Sentada esta consecuencia inmediata de la alimentación de aire, veamos cuál es su influencia, sin olvidar que, según va subiendo el aire, adquirirá mayor temperatura, lo cual contribuirá á precipitar su ascenso, y por consiguiente la inyección de que hemos hablado. En el día hay muchas chimeneas en los pisos altos que tiran muy mal, y como consecuencia inmediata, que hacen humo. Esto se explica perfectamente, por cuanto hay dos causas poderosas que lo motivan. La primera consiste en la poca altura del conducto de humo, que no puede ser mayor porque la chimenea del caldeo está cerca del tejado; de consiguiente, á poca altura, escaso tiro. Si á esto agregamos la segunda causa, cual es la tenacidad del vecino, que se afana por cerrar las rendijas para dificultar al aire exterior la entrada en su casa, ¿cómo ha de dejar de hacer humo la chimenea, si, teniendo escaso tiro, además la ahogan? Aburridos por el humo abren un balcón, y entonces, como la segunda causa ha desaparecido, la chimenea ya tira y se va el humo; pero el mal subsiste y hay que remediarlo. Para esto, pongamos á la habitación en idénticas condiciones que cuando esté abierto el balcón, y así no hará humo la chimenea. Demosle, pues, siempre y sin tasa el aire que necesite, y no hará humo, y si además, no sólo permitimos la entrada al aire, sino que hacemos que éste propenda á entrar por efecto de la inyección de que hemos hablado, no sólo tirará la chimenea, sino que la hará con más actividad que con el balcón abierto. Es más; aun cuando esté apagada, si continúa la inyección del aire, continuará éste su marcha ascensional por la chimenea y su conducto de humo, produciendo algo de caldeo y la consiguiente ventilación.

Por idéntica razón que hemos visto aumentar el tiro de las chimeneas en los pisos altos por efecto de la inyección citada, perderá casi toda su importancia la entrada del aire por las rendijas, lo mismo que si no existiera la chimenea, y únicamente será debida al viento, el cual, aumentando la presión del aire en un frente de la casa más que en el otro, produce el consiguiente paso de viento por dentro de ella. Para este solo fin podremos emplear los burletes, ya con completo conocimiento de causa y de un modo racional, como no sucede hoy.

SUPERFICIE DE CALDEO.

Algo hemos dicho sobre la superficie de caldeo, en lo referente al hogar, faltándonos la procedente de los conductos de humo, de los que ahora vamos á tratar. Ante todo, se ha de desechar en absoluto la idea de emplear caños de barro, como hoy se hace, al establecer el conducto de humo en lo interior de los tambores, pues tienen tantos inconvenientes que son completamente inadmisibles. Tampoco sirven los de chapa por las razones que exponemos, de modo que en lo único que hay que pensar es en establecerlos de hierro fundido y delgados. También, con el propósito de caldear el aire, se han empleado tubos guarnecidos en toda su longitud de discos anulares de la misma pieza, como otros tantos nervios transversales, lo cual aumenta mucho la superficie de caldeo. De tan ingeniosa disposición hemos partido al aconsejar que se erice de nervios el respaldo del hogar y la plancha; pero en el caso presente hay que tener en cuenta que los nervios normales al tubo no son aplicables, por lo que en seguida veremos. Ya hemos indicado que el tambor en donde vamos á colocar los conductos de humo va á constituir nuestro calorífero, adonde ha de entrar, no sólo el aire nuevo, sino también el de la habitación para recalentarse, y por lo tanto, como toda corriente de aire arrastra más ó menos polvo, al colocar los tubos verticalmente, resultarían horizontales los nervios, formando una estantería en donde al depositarse el polvo nos inutilizaría toda la superficie horizontal superior, con la que contábamos también para caldear el aire. Para obviar este contratiempo es por lo que, al indicar los nervios en el respaldo del hogar, dijimos que habían de ser *verticales*, con la idea de hacer lo propio con los tubos, como vamos á explicar.

Al proyectar una pieza de hierro fundido ha de tenerse en cuenta su moldeo, para no dificultarlo hasta el punto de ocasionar un sobreprecio. Al construir tubos para conductos de humo, con los nervios en sentido de su longitud, de modo que la sección recta del tubo y sus nervios formen una estrella de muchas puntas, conseguiríamos, si, aumentar mucho

la superficie de caldeo, pero encareceríamos la mercancía de un modo muy inconveniente. Veamos cómo podemos conciliar la facilidad del moldeo, cómo si se tratara de tubos lisos, sin renunciar á las ventajas de los nervios. El número de éstos no puede pasar de cuatro, y de este modo dos opuestos quedan en la junta de las cajas y los otros dos tienen su fácil salida, sin recurrir á pieza alguna de reporte, ni más ni menos que si se tratara de tubos lisos. De este modo, sin aumentar demasiado la luz del tubo, habremos conseguido disponer de mucha superficie de caldeo. La luz ó diámetro interior de los tubos no conviene exceda de 10 centímetros, contando con que para obtener mayor resultado habrá que desbollarlos siquiera una vez al mes. Cuanto más limpios tengamos los tubos, mayor caldeo obtendremos. El saliente de los nervios podrá ser de 10 centímetros ó 12, y con este supuesto cada metro lineal de tubo nos proporcionaría 1,3 metros cuadrados de superficie de caldeo, próximamente cuatro veces la superficie del tubo. Este sencillo modo de aumentar la superficie de caldeo en nuestros conductos de humo tiene tanta importancia, porque queremos conservar la sencillez de los conductos directos hoy empleados, que son fáciles de limpiar y pueden permanecer, por lo tanto, dentro de su tambor, sin que para nada haya necesidad de entrar en él. Esto no sucede con los tubos de ida y vuelta y muchos recodos que se emplean en los caloríferos, lo cual no es aplicable de modo alguno á la chimenea, por más que sea más conveniente desde el punto de vista del aprovechamiento del calórico.

(Se continuará.)

ANTONIO MONTENEGRO.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. JOSÉ MADRAZO Y AGUDO, nació en Santander en 22 de Abril de 1781 y estudió en Madrid la pintura bajo la dirección de los profesores Ferro y Acuña. Protegido por el ministro Cevallos, pasó á París y Roma, donde progresó notablemente. Residiendo en la Ciudad Eterna nuestro artista ocurrió la invasión francesa en España el año 1808, y negándose Madrazo á reconocer por Monarca al intruso Bonaparte, fué preso en el castillo de San Angelo.

Terminada la guerra de la Independencia, regresó á España y el crédito de que gozaba en su profesión le hizo merecer los más altos puestos que en la patria de Velázquez se conceden á los pintores, falleciendo en Madrid el día 8 de Mayo de 1859.

Tratemos de mencionar sus principales trabajos religiosos. *Jesucristo en casa de Anás*, lienzo existente en el Museo del Prado. *El amor divino y el amor profano*, alegoría que se conserva en dicho Museo. *Una Sacra Familia*, que figuró con elogio en 1846 en la Exposición del Liceo artístico y literario de Madrid. *La Virgen María con el Niño Dios*. Otra *Virgen con el Niño y acompañamiento de ángeles*, por encargo de la Reina María Josefa Amalia. Otra *Sacra Familia*, para Portugal. *El Corazón de Jesús con gloria de ángeles*, para el templo de las Salesas. *El Beato José Oriol ascendiendo al cielo*.

D. RAÍMUNDO MADRAZO Y GARRETA, hijo del eminente pintor D. Federico y discípulo del mismo. Entre sus obras conocemos las siguientes de carácter religioso: *La llegada á España del cuerpo del Apóstol Santiago*, que figuró en la Exposición de Sevilla de 1868. *Atrio de la iglesia de San Ginés de Madrid*, *Interior de la iglesia de Santa María*, y varios frescos existentes en la fachada de la iglesia de Comendadoras de Calatrava en Madrid. El expresado artista reside en París y es Académico correspondiente de la de San Fernando.

D. FEDERICO MADRAZO Y KUNTZ, nació en Roma á 9 de Febrero de 1815, siendo hijo del reputado pintor D. José y de la virtuosa señora Doña Isabel Kuntz; recibió el primer Sacramento en San Pedro del Vaticano y tuvo en las fuentes bautismales el Príncipe Federico de Sajonia. Vino á España á la edad de cuatro años, y prefirió á todos los estudios cuantos se relacionaban con el arte pictórico; á los 14 años terminó un cuadro de composición representando *La Resurrección del Señor*, que fué adquirido por Doña María Cristina de Borbón para la posesión de Vista Alegre. A mediados del año 1837 entusiasmó al París artístico su lienzo *Godofredo de Bouillon*, proclamado Rey de Jerusalén. Obtuvo medalla de oro; este cuadro está colocado en la galería histórica de Versalles. La lectura de *La historia de las Cruzadas* le inspiró asunto para otro cuadro que pintó en seguida. El pasaje fué aquel en que se refiere la visión que tuvo Godofredo en el monte Sinaí. Esta obra le valió á su autor en París

otra medalla de oro, y se expuso en la Academia de Madrid el año 1839. Otra de las más justamente ensalzadas composiciones de Madrazo es el cuadro *Las santas mujeres en el sepulcro de Cristo*, colocado en uno de los salones de Palacio. Fue pintado en Roma. Pálido resultaría todo elogio, é interminables los cargos importantísimos que ocupa D. Federico si los consignáramos en este lugar; limitémonos á decir que á los 16 años alcanzó el nombramiento de Académico de mérito de la de San Fernando, y que desde entonces el insigne pintor figura como una gloria nacional, á quien se honran con distinguir las naciones extranjeras.

D. LUIS MADRAZO Y KUNTZ, hermano del anterior. Nació en Madrid en 1825 y estudió la pintura bajo la dirección de su padre D. José y en las clases de la Academia. En 1848 obtuvo por oposición una de las plazas de pensionado para estudiar en Roma, haciendo con este motivo el asunto de *Tobías volviendo la vista á su padre*. En las Exposiciones celebradas en 1851 y 1852 figuraron de su pincel, respectivamente, un cuadro que representaba á *David triunfante de Goliath*, y el *Entierro de Santa Cecilia*, que hoy figura en nuestro Museo Nacional, y el cual es acaso la mejor obra de este artista, habiendo obtenido por la misma una honrosa distinción en la Exposición Universal celebrada en 1855 en París. *Santa Isabel Reina de Hungría*, pintada en 1859, es un lienzo inspiradísimo, como también el de *Nuestra Señora de los Dolores*, para su congregación.

D. JOSÉ MAEA. Hay numerosos dibujos de este artista en la obra de *Varones ilustres*, entre ellos, los retratos de *Santo Tomás*, *Los Cardenales Mendoza y Jiménez de Cisneros*, y *El Tostado*.

D. MARIANO SALVADOR DE MAELLA, pintor notable por su fecundidad, tanto como por su mérito positivo. Nació en Valencia á 21 de Agosto de 1739 y á los 13 años de edad se matriculó en la Real Academia de San Fernando, donde supo conquistarse envidiables premios.

En 1757, próximamente, marchó á Roma, sin otro amparo que el de la Providencia, y apenas llegó á dicha ciudad empezó á distinguirse, habiendo ganado dos premios en la Academia Pontificia de San Lucas. Al año de su estancia en la capital del Orbe católico, remitió á la de San Fernando algunas pruebas de sus adelantos que, presentadas al Rey, hicieron se le concediese una pensión de ocho reales diarios. Sucesivamente, terminados sus estudios, fué ocupando los puestos más honrosos en su carrera artística.

Su fallecimiento, acaecido en Madrid en 10 de Mayo del año 1819, privó á las artes españolas de un excelente profesor.

Muchas son las obras de Maella, repartidas por toda España. Citaremos las más conocidas dentro del género religioso.

Aranjuez. — Palacio: en los altares de la capilla, *La Purísima Concepción* y *San Antonio de Padua*.

Idem. — Convento de San Pascual: los cuadros de *San José*, *San Francisco*, *San Pedro Alcántara* y *San Antonio de Padua*, para otros tantos altares de su iglesia. Un lienzo grande con la *Cena de Nuestro Señor Jesucristo*, para el refectorio. *Una Concepción*, para el claustro alto.

Burgo de Osma. — Varios frescos en la capilla del venerable Palafox.

Jaca. — Catedral: en el altar de la capilla del Sagrario, un lienzo representando la *Asunción de Nuestra Señora*. En el trascoro, una *Sacra Familia*, de gran mérito. En la misma población: *La huida á Egipto*, *Una Concepción*, *Un milagro de San Antonio de Padua* y el *Martirio de una Santa*.

Madrid. — Real Palacio: bóveda tercera, la Gloria señalando con una mano á la Religión, á su lado la Virtud y el Mérito. Bóveda vigesimotercera, las cuatro virtudes: Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza, con varios genios y alegorías.

Oratorio de Damas: *La Asunción de Nuestra Señora*. Idem. — Museo de Pintura y Escultura del Prado: *La Asunción de Nuestra Señora*, *La Cena del Señor*, boceto.

Idem. — Palacio de Villahermosa: en la capilla del mismo, los querubines de los casetones y el cuadro del altar mayor representando *El Nacimiento del Hijo de Dios*.

Idem. — San Francisco el Grande: en la capilla primera del lado del Evangelio *La Purísima Concepción*, elevada en trono de nubes, pisa la cabeza de la serpiente, y cruzadas ambas manos sobre el pecho, adora al Eterno Padre que aparece en gloria en la parte superior del cuadro.

Idem. — Academia de San Fernando: *La hija de Herodías*, copia de Guido Reni; *El Niño Dios dormido*, copia del mismo, y *Tormento de cuarenta mártires*.

Pardo. — Palacio: en el retablo mayor de la capilla, *Una Concepción*, al óleo.

San Ildefonso. — Las bóvedas de la Colegiata, pintadas en unión de D. Francisco Bayeu, representando varios misterios de la vida del Salvador y los Evangelistas.

Escorial. — Camarin del monasterio: *La Purísima Concepción*, boceto.

Segovia. — Catedral: Un lienzo en la sacristía representando á *La Virgen con el Niño*.

Sevilla. — En la galería del Sr. García, *Una Concepción*, y en la del Sr. Saenz, *El Nacimiento del Señor*.

Toledo. — Catedral: costado oriental del crucero; en 1789 se colocó su *San Pedro Alcántara*, de cuerpo entero y tamaño natural.

Idem. — Ochavo: en 1778 pintó *Las tres virtudes teologales* y *Los cuatro cardinales*.

Idem. — Claustro: varios asuntos sagrados al fresco, de los que el único que no se ha descascarado representa á *Santa Leocadia* compareciendo ante el prefecto romano, rodeada de soldados.

Idem. — Capilla de Santa Leocadia: un *San Bartolomé*.

Idem. — Capilla de los Reyes nuevos: pintó en la bóveda primera, *La adoración de los Reyes*, *El Nacimiento del Salvador* y *Santiago Apóstol*; en la segunda, *San Hermenegildo* y *San Fernando*, y en la tercera, *La Descensión de la Virgen para poner la culla á San Ildefonso*.

Idem. — Iglesia de San Juan de los Reyes: un lienzo de *San Agustín*.

Valencia. — Museo provincial: *El tránsito del Beato Gaspar Bono*.

Zaragoza. — Museo provincial: *San Esteban*, boceto, *La Virgen* y *San Joaquín y Santa Ana*.

D. ANTONIO MAFFEI ROSAL. Distinguióse este apreciable artista, natural de Burdeos, como profesor y hábil dibujante topógrafo, habiendo sido el primero que se dedicó en Madrid á esta enseñanza por el año de 1846. Falleció en 17 de Diciembre de 1868, después de haber desempeñado distintos puestos oficiales en las escuelas de arte pictórico, y ganado premios. Citemos aquí sus obras: *El Ángel de la Guarda enseñando á un niño el camino del cielo* y una *Mater Dolorosa*. Pintó también, con destino á las islas Filipinas, dos cuadros de Historia Sagrada.

D. FRANCISCO MAFFEI ROSAL, paisista, pero cuya obra póstuma, que conserva aun su familia, representa el *Interior de la iglesia de San Cayetano*, como se encontraba antiguamente, cuadro que no pudo concluir. Murió en 1842, á la temprana edad de 18 años.

D. FRANCISCO MALATÓ, catalán; discípulo de las clases establecidas en la Casa Lonja de Barcelona y premiado en las mismas en 1825. Fué autor de las pinturas del oratorio que ocupó en Barcelona la Reina Doña Isabel II durante su estancia en aquella capital en 1845, y como trabajo al óleo, de composición, débese á su mano, *La Sagrada Familia*, existente en el altar de la parroquia de Navarclés, junto á Manresa. Falleció en Barcelona en el mes de Marzo de 1867.

DOÑA BERNARDA MANSO Y CHAVES, marquesa de la Lapilla y Monasterio, pintora de afición, creada Académica de mérito de la de Nobles Artes de San Fernando en 2 de Febrero de 1817. En la citada corporación se conserva de su mano una *Virgen con el Niño Dios dormido*.

DOÑA LUCÍA MANZANARES. En 1870 regaló al templo del barrio de Salamanca (Madrid) *Los Sagrados Corazones de Jesús y María*, y una *Sacra Familia*, al óleo.

D. VÍCTOR MANZANO Y MEJORADA, nació en Madrid á 11 de Abril de 1831 y asistió á las clases elementales de la Academia, estudió posteriormente en Roma y mostró sus dotes pictóricas al volver á España, poco después de iniciarse las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, presentando en la de 1858 *Santa Teresa con los Principes de Egipto*, cuadro que obtuvo medalla de tercera clase y merecidos elogios de la crítica y del público que veía en este pintor una verdadera esperanza para el arte.

Suyos son los cuadros siguientes: *Santa Matilde*, *San Lorenzo delante del Emperador Valeriano*, *El Sagrado Corazón de Jesús* y *Santa Adelaida*. Consiguio bastantes premios en su breve carrera, y empleos honrosos, sorprendiéndole la muerte en 11 de Octubre de 1865.

Dr. D. JERÓNIMO MARÍN, Prebendado de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz, individuo de la Academia de Bellas Artes de aquella capital, y profesor que fué de dibujo de figura en la escuela dependiente de la misma. En la Catedral nueva de Cádiz se conservan las siguientes obras suyas: En la sacristía un retrato del Obispo D. Domingo de Silos Moreno, *San Vicente mártir*, en la capilla de las reliquias. En la de San Benito, un lienzo representando *La entrevista de dicho Santo con su hermana Santa Escolástica*, y en la de Santo Domingo de Silos otro

cuadro. Murió en Cádiz en 1.º de Noviembre de 1870.

D. JOSÉ MARQUES, residente en Tortosa; es autor de una *Nuestra Señora de la Academia*, al óleo, destinada á la Bibliográfico-Mariana, fundada en Lérida por el presbítero D. José Escolá.

D. RAFAEL MARQUES Y VAQUER, pintor valenciano, cuyas obras figuraron con elogio en las Exposiciones celebradas en su ciudad natal los años 1845, 1846, 1855 y otros, obteniendo preferente atención un busto de *Moisés*, al óleo. En el Museo provincial de Valencia existe un cuadro suyo representando á *San Francisco de Asís*.

D. RAMÓN MARTÍ Y ALSINA, natural de Barcelona. Este distinguido artista presentó en la Exposición de 1860 un cuadro titulado *Abel muerto*.

D. JOSÉ MARTÍ Y MONSÓ, natural de Valencia, discípulo de la Academia de San Fernando, donde obtuvo diferentes premios, y Director de la de Valladolid. Es autor de los trabajos siguientes: *Not maldiciendo á Canaan*, premiado en la Exposición Nacional de 1860 con mención honorífica; *Concilio tercero de Toledo* (adquirido por el Gobierno para el Museo Nacional); un lienzo de grandes dimensiones, ejecutado para el altar mayor de la iglesia de Premostratenses de Valladolid, representando *Las jesuitas mártires del Japón*, obra elogiada por toda la prensa de la población; y *En la Celda*, cuadro que regaló en 1877 para la rifa á beneficio de los huérfanos del pintor Padró.

D. JAIME MARTÍ Y SERRE, pintor y grabador mallorquín, de principios del siglo actual. Fué autor de un cuadro representando un *Ecc Homo*, de medio cuerpo.

DOÑA VICTORIA MARTÍN DE CAMPO, pintora gaditana, Académica supernumeraria de la de Bellas Artes de su ciudad natal. En las diferentes Exposiciones públicas, celebradas en Cádiz y otras capitales de Andalucía, desde el año 1840 hasta la fecha, la Sra. Martín ha presentado un *Nacimiento*, *Susana en el baño*, *David tocando el arpa delante de Saul*, y *La Magdalena*. En la catedral nueva de Cádiz se conservan de su mano un *San Lorenzo mártir* en la capilla de las Reliquias, y una *Dolorosa*.

DOÑA MARÍA DE LA CONCEPCIÓN MARTÍNEZ. En la Exposición pública celebrada en Canarias en el año 1862 presentó los siguientes trabajos al óleo: *La Purísima Concepción* y *La caridad de Santo Tomás*. Fué premiada con una medalla de bronce.

D. SALVADOR MARTÍNEZ CUBELLS, nació en Valencia en 9 de Noviembre de 1845 y fué bautizado en la parroquia de los Santos Juanes. Discípulo en un principio de su padre D. Francisco Martínez y Yago, terminó sus estudios en las clases de la Academia de San Carlos. Entre los trabajos religiosos que en su arte ha llevado á efecto el Sr. Martínez Cubells cuéntanse los siguientes: cuatro lienzos de gran tamaño existentes en la iglesia de Callera representando á *Los cuatro Evangelistas*; en la Exposición Nacional de 1876 presentó *El patio del convento de San Isidro del Campo* en Santiponce y un *San Enrique*; alcanzó medalla de segunda clase. Mediante reñida oposición ganó en 1870 la plaza de primer restaurador del Museo del Prado, donde ha ejecutado numerosas é importantes obras. En esta índole de trabajos fué importantísimo el que realizó restaurando el lienzo de *San Antonio*, de Murillo, robado de la catedral de Sevilla y recuperado en América. Es autor el Sr. Cubells de la *Impresión de las llagas de San Francisco* y las figuras de *San Marcos* y *San Lucas*, en el templo de San Francisco el Grande de Madrid. Ha obtenido medallas de primera clase en otros certámenes por trabajos ajenos á este lugar.

D. JUAN MARTÍNEZ, natural de Murcia, discípulo en dicho punto de la Sociedad Económica y en Madrid de la Academia y del Sr. Lozano. Concurrió á la Exposición Nacional de 1866 con un cuadro, *El triunfo de David*, que obtuvo mención honorífica. Pensionado por la Diputación, estuvo en París continuando sus estudios desde 1867 hasta el 72 en que, restituido á Murcia, le sorprendió la muerte.

D. JOSÉ MARTÍNEZ RIVES, distinguido escritor y catedrático de Literatura del Instituto de Burgos, individuo corresponsal de la Academia de San Fernando. Dibuja de afición, y en un artículo publicado en el *Semanario Pintoresco Español*, relativo á la catedral de Burgos, acompañó un buen dibujo de la *Capilla del Condestable* y á la *Descripción del Monasterio de las Huelgas*, otro.

D. AMARANTO MARTÍNEZ DE ESCOBAR. En la Exposición pública verificada en Canarias en 1862 presentó, á más de otros profanos, los siguientes trabajos al óleo: *La Divina Pastora*, *San Rafael Arcángel* y un *Ecc Homo*. Fué premiado con medalla de bronce.

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

JUNTA DIOCESANA DE CUENCA PARA EL JUBILEO
SACERDOTAL DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE
LEÓN XIII.

Honrada esta Junta por nuestro Excmo. é Ilustrísimo Prelado con el especial encargo de promover en la Diócesis la importantísima obra del Jubileo Sacerdotal del santo y sabio Pontífice León XIII, ha leído y estudiado detenidamente las bases señaladas por la Junta central, cuya síntesis es *ayudar al Papa con nuestras oraciones, limosnas y obediencia*, y al efecto de traducirlas a la práctica de la manera posible y más adecuada a las circunstancias locales, ha determinado, con el beneplácito del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo, y para que la empresa tenga más feliz éxito, publicar las siguientes instrucciones:

1.ª La Junta invita a todos los fieles del obispado, y encarga y ruega a los Sres. Curas que, si ya no lo hubiesen hecho, constituyan en cada feligresía, con la brevedad posible, una ó más Juntas, según lo dispuesto por S. E. L.

2.ª Será objeto preferente de las Juntas locales el fomento de la suscripción ó ofrenda diocesana en favor del Jubileo Sacerdotal.

3.ª Los suscriptores se dividen en tres clases: socios protectores, socios cooperadores y socios ofrendantes. Los primeros y segundos respectivamente han de contribuir con 50 y 15 pesetas por una sola vez, y los últimos mensualmente con el donativo que les parezca, y si no pueden mensualmente, contribuirán como les sea posible, pues no se nos ocultan las circunstancias apuradas de muchos pueblos de la Diócesis. En el *Boletín* se publicarán las limosnas bajo el epígrafe de *Ofrenda a nuestro Santísimo Padre León XIII*, con motivo de su *Jubileo Sacerdotal* ó *Bodas de Oro*.

4.ª El producto de esta suscripción se destina a la ofrenda que la Diócesis ha de presentar a Su Santidad.

5.ª Luego que se hayan instalado las Juntas locales donde no lo estuviesen aún, enviarán los Señores Curas a la Secretaría de Cámara el oportuno aviso con lista de los individuos que las componen, y a dicha oficina remitirán también los donativos de toda clase.

6.ª Las Juntas invitarán a las señoras y las estimularán a la confección de algún ornamento destinado al culto y que pueda ser ofrecido a Su Santidad.

7.ª Desea vivamente la Junta que todas las locales tomen parte en la santa alianza de oraciones, al objeto de alcanzar del Señor el triunfo de la Iglesia y la conservación de la importante vida del Sumo Pontífice.

8.ª La Junta diocesana acogerá con agrado y estudiará cuantas observaciones le sean dirigidas por los Párrocos y Juntas locales.

Por último, uniendo su voz a la de nuestro Excelentísimo é Ilustrísimo Prelado, y alentada con su ejemplo y el de todos los pueblos católicos que rivalizan en celo por consolar y ayudar al Papa, la Junta cierra esta invitación exhortando a todos los católicos de la Diócesis a celebrar con devoto y generoso entusiasmo el Jubileo Sacerdotal ó *Bodas de Oro* de nuestro Santísimo Padre León XIII.

No ignora la Junta las dificultades que lleva consigo la ejecución de esta empresa; pero abriga fundada esperanza de que los Sres. Párrocos, Coadjuvantes y demás Clérigos, así como los fieles católicos, han de saber vencerlas, y a proporción de los obstáculos redoblarán sus esfuerzos para que no quedemos atrás de las demás Diócesis.

Cuenca 12 de Marzo de 1887. — (Siguen las firmas.)

CIRCULAR DEL OBISPO DE ORIHUELA.

El 29 de Diciembre venidero será para todos los católicos una fecha memorable, pues se cumplirá en dicho día el quincuagésimo aniversario de la promoción de Nuestro Santísimo Padre León XIII a la dignidad sacerdotal.

Tan fausto acontecimiento ha logrado poner anticipadamente en conmoción a toda la Cristiandad, despertando en el corazón de los católicos de todo el orbe indescriptible entusiasmo. En todas partes se instalan Juntas, se organizan comisiones, se reúnen donativos extraordinarios y se preparan exquisitos objetos de arte, que han de concurrir a dar mayor realce y esplendor a las generales manifestaciones, que se proyectan, de religiosa veneración y filial cariño al Padre Común de los fieles.

El atribulado corazón de nuestro amadísimo Padre hallará dulce consuelo en esas espontáneas ex-

presiones del sentimiento religioso que parten de todos los puntos del globo para ir a depositar a sus pies el más solemne testimonio de la inquebrantable adhesión de doscientos millones de católicos a la Cátedra de San Pedro, y la más solemne protesta de los incalificables ultrajes é inicuas vejaciones de que es objeto el Venerable Anciano que la ocupa.

Nos también (dice el Padre Santo en su última alocución) verdaderamente sentimos la necesidad de estos consuelos. Y no es porque Nos, como en otras ocasiones hemos manifestado, experimentemos aflicción y amargura por lo que contra Nuestra Persona se comete, atacada todos los días por las ofensas y ultrajes más sangrientos. Cuando se padecen por la Iglesia y la Justicia ofensas y ultrajes, ofrecen en sí mismos poderosos motivos de consuelos sobrenaturales. Lo que Nos contrasta más vivamente es la guerra cada día más violenta que se hace contra la Iglesia católica y la divina institución del Pontificado.

La católica España, estamos de ello seguros, no será la última en aprovechar coyuntura tan favorable para proporcionar alguna tregua y alivio al profundo dolor del Padre Santo, ni se quedará atrás ni consentirá ir rezagada en el movimiento general con tan buenos auspicios iniciado en todas las naciones del mundo por el espíritu religioso de los pueblos, que a pesar de los desesperados esfuerzos de la impiedad se mantiene aún vivo en los corazones, no necesitando más que de ocasiones solemnes, como la presente, para desplegar su actividad y dar muestras de su poder.

Nos, siguiendo el ejemplo de Nuestros Venerables Hermanos, los Obispos de todo el orbe católico, invitamos a nuestros muy amados diocesanos a asociarse a las generales exposiciones de veneración y amor a la Santa Sede que se preparan en todas las naciones del mundo. No ignoramos que nuestra Diócesis se encuentra en circunstancias bien diferentes de otras más ricas; pero no por eso nuestros modestos donativos y nuestra cooperación humilde a la gran manifestación que se proyecta serán menos aceptables a Dios, ni menos gratas al magnánimo Pontífice a quien se han de ofrecer.

Con este objeto hemos organizado:

1.ª Una asociación ó santa alianza de oraciones, a la cual pertenecerán todos los fieles de la Diócesis que se comprometan a rezar durante el año un *Padre Nuestro* ó otra oración diaria por el Sumo Pontífice. Los Párrocos lo rezarán en alta voz en el ofertorio de la Misa en los días festivos, y al concluir por la tarde el Santo Rosario, aconsejando a los fieles que lo hagan también al rezarlo en familia.

2.ª Una asociación de donativos para ofrecer a Su Santidad una limosna por la Misa que celebrará en sus *Bodas de Oro*. A este fin se repartirán hojas a propósito para anotar los nombres de los donantes.

3.ª Una asociación de donativos con destino a la adquisición de un objeto de arte que pueda figurar en la Exposición que ha de celebrarse en el Vaticano.

Y 4.ª Una Junta de señoras y otra de caballeros, que, puestas en comunicación con las que serán respectivamente constituidas en cada parroquia de la Diócesis, entenderán en todo lo relativo a tan importante proyecto, bajo nuestra inspección, y dirigidas por el Delegado designado por Nos en nuestro nombre y el de la Diócesis. Los Párrocos pueden proceder desde luego al nombramiento de dichas Juntas, según lo permitan las condiciones de cada localidad.

De la acreditada religiosidad de nuestros amados diocesanos nos prometemos que no se harán sordos a nuestro llamamiento; sino que cada cual en la medida de sus fuerzas concurrirá a ofrecer a nuestro amadísimo Padre el testimonio de incondicional adhesión y profundo cariño que todos le debemos.

Orihuela 13 de Febrero de 1887. — JUAN, Obispo de Orihuela.

CIRCULAR DE LA JUNTA DIOCESANA DE PALENCIA PARA EL JUBILEO SACERDOTAL DE LEÓN XIII.

Si no mienten consoladores indicios que por todas partes aparecen en el mundo católico, el Padre de las misericordias, el Dios bondadoso y fuerte, se dispone a hacer una nueva manifestación de su bondad para con nosotros, preparando a la Iglesia días de esperanza y de santo júbilo en medio de las tempestades del siglo. — La Iglesia Católica, esta hija del cielo, que a cada momento denuncia la impiedad como decadente y moribunda, pretendiendo relegarla, cual estéril recuerdo de tiempo pasado, se apresta a levantarse delante de nosotros llena de vida para dar al mundo testimonio espléndido de su vitalidad y juventud inalterable. El Ju-

bileo Sacerdotal del Santo Padre León XIII va a ser la ocasión para esta nueva misericordia del cielo y este triunfo de la Iglesia. Si; el 31 de Diciembre del presente año será para los católicos día eternamente memorable, porque ha de atestiguar por manera elocuente que el Vicario de Jesucristo puede contar, como siempre, con la protección divina, y no está desheredado del amor de los hombres sobre la tierra.

En vano será que la indiferencia y la impiedad pretendan amenguar esta manifestación del sentimiento católico, acudiendo para ello a manejos, ya de antiguo conocidos: los fieles todos del mundo, despreciando alharacas que no los intimidan más, volverán sus ojos hacia Roma, saludarán con afectuoso entusiasmo al Padre de la Cristiandad, recordarán que ese Padre amante y tierno para con todos, aun para con sus mismos enemigos, sufre amarguras indecibles, derrama lágrimas desconsoladoras a los pies de Jesucristo, y exhala tristes gemidos, más que por sus propias penas y angustiosa situación, por las miserias y peligros de la Iglesia y de todos sus hijos, porque este es el peso que abruma su corazón, como de sí mismo atestiguaba el Apóstol San Pablo.

En verdad que si los impíos fueran sinceros, cuando nos hablan de amor a la humanidad, de entusiasmo por el saber, deberían unirse a nosotros para celebrar esta gloria del Pontificado, institución salvadora y protectora de los hombres, como ninguna; para festejar al sapientísimo León XIII, representante de Jesucristo sobre la tierra y representante también de la verdadera ciencia y del verdadero saber, como lo acreditan los inmortales documentos emanados de sus labios; pero no, la impiedad no se aliara nunca con los hijos de la Iglesia, y por lo mismo hemos de redoblar nuestro celo para no quedar vencidos en esta lucha entre el odio y el amor. Si hay, pues, quien a cambio de los beneficios que sobre todos derrama el Padre común de los fieles le ultraja con ingratitud, también se sabrá que desde todos los puntos del globo es saludado con afecto filial, y aclamado con entusiasmo, como jamás lo ha sido poderoso alguno sobre la tierra.

El mundo católico se apercebe para dar este testimonio prodigioso, ofreciendo un espectáculo que únicamente en la Iglesia es posible, el imponente concierto de doscientos millones de corazones unidos en el mismo amor, para celebrar una fiesta que podemos llamar de familia, de la inmensa familia de Jesucristo.

Ahora bien: en este movimiento vital del catolicismo no puede quedar rezagada la Diócesis de Palencia, siempre devota del Pontífice, siempre sensible y nunca extraña a las angustias, como a las glorias del Padre común de los fieles; y hoy, como en ocasiones análogas, podemos esperar fundadamente que sabrá atestiguar su fe y su piedad, contribuyendo con acendrado afecto por su parte al esplendor de esta grandiosa manifestación de los hijos de la Iglesia.

Tales son los ardientes deseos y fundadas esperanzas de nuestro Reverendísimo Prelado, entusiasta y devoto, como el que más, del Supremo Jefe de la Esposa de Jesucristo. A ese fin se ha dignado nombrar esta Junta diocesana que de acuerdo con las formadas en los pueblos todos de la Diócesis está encargada de promover y dirigir cuanto se refiera entre nosotros a la digna celebración del quincuagésimo aniversario sacerdotal del Santo Padre. Y como solamente de Dios podemos esperar la protección y el amparo, y como por otra parte privado el Pontífice de sus dominios no cuenta con más recursos para atender al gobierno de la Iglesia que las limosnas de los fieles, los primeros acuerdos de nuestro Reverendísimo Prelado tomados en la junta del 13 del presente mes han sido los siguientes:

1.ª Que se celebren tres solemnes tríduos en la capital en las épocas y en la forma que se indicará por medio del *Boletín Eclesiástico*; que en los pueblos donde esto no fuere posible, se celebren al menos tres solemnes funciones al mismo tiempo que los anteriores tríduos, a fin de implorar las bendiciones divinas para nuestro Santísimo Padre y despertar también el fervor de los fieles.

2.ª Que al rezar el Santo Rosario en las parroquias, se termine con las preces y oración por el Pontífice (*Oremus pro Pontífice nostro Leone*, etcétera. *Deus omnium fidelium*, etc.) ó bien con tres Ave Marías y un Padre nuestro al santo patrono de la feligresía con el intento expresado.

3.ª Que se excite el celo de los fieles para que bajo la dirección de los Reverendos Párrocos formen coros de diez personas que se comprometan a rezar todos los días hasta el 31 de Diciembre las indicadas Ave Marías y Padre nuestro.

4.º Que los individuos de las Juntas parroquiales se encarguen y esmeren en recoger limosnas para socorrer al Santo Padre; poniéndolas a disposición del Tesorero de la respectiva Junta, quien a su vez las entregará al Tesorero de la Diócesana D. Nazario Pérez Juárez.

Estos son los primeros acuerdos, que se ha dignado tomar nuestro Reverendísimo Prelado, a fin de que la Diócesis de Palencia se asocie al jubileo del catolicismo, y pueda figurar dignamente al lado de las más entusiastas Diócesis del mundo; y al publicarlos para que de todos sean conocidos, no duda esta Junta que los fieles todos secundarán el vivísimo anhelo del Prelado y apareceremos ante el universo, uniendo nuestra voz al grandioso concierto de los verdaderos hijos de la Iglesia para probar elocuentemente, que si hay quien ultraja y persigue a nuestro Padre León XIII, también hay millones de hijos, que desde lo íntimo de su corazón exclaman con entusiasta afecto: — ¡Viva León XIII! ¡Viva el Padre de los cristianos que siente hacia todos nosotros una ternura y una solicitud sin igual, porque lleva en su corazón el amor de Nuestro Señor Jesucristo!

Palencia 14 de Marzo de 1887. — El Presidente, *Vicente Garrido*, Canónigo Magistral. — El Secretario, *Sergio Aparicio Vázquez*.

El Gobernador eclesiástico de la Diócesis de Huesca, sede vacante, ha designado los señores que han de constituir la Junta encargada de promover la concurrencia a la Exposición Vaticana, que ha de celebrarse en la solemne conmemoración de las Bodas de Oro de Su Santidad León XIII.

BIBLIOGRAFÍA

Breve sumario y guía de lo que debe hacer el cristiano, por el V. P. M. Fray Luis de Granada, de la Orden de Santo Domingo. — Madrid, José del Ojo y Gómez, editor; 1887.

Contiene esta obra del sabio Dominico, honra de las letras patrias y orgullo de su Orden, lo que se debe hacer para la salvación; algunas oraciones muy devotas para pedir el amor de Dios y para otros propósitos; siete consideraciones para los días de la semana, por donde deben empezar los que de nuevo se convierten a Dios; el Tratado de *S. Vita Christi*, en que sumariamente se contienen los principales pasos y misterios de la vida de Cristo y otros misterios del Santísimo Rosario.

Como carecería de toda razón cuanto decir quisiéramos en honor del sabio maestro Fray Luis de Granada, nos limitaremos a indicar que esta edición, a la que precede un hermoso retrato en acero del autor, se halla cuidadosamente hecha; que su lujo y belleza corresponden a todas las publicaciones hechas por el Sr. Ojo y que no es dudoso que habrá de alcanzar general éxito, por la piedad del asunto, su admirable lenguaje y hasta su económico precio que le pone al alcance de todas las fortunas.

Soliloquios y Manual del glorioso Doctor de la Iglesia San Agustín. Traducción del latín al castellano por el Reverendísimo P. Pedro de Rivadeneira, de la Compañía de Jesús. — Madrid, 1887.

Otra obra lujosamente editada por D. José del Ojo y que, como la anterior, está llamada a aumentar la biblioteca de todas las personas piadosas y de buen gusto. Del texto es innecesario decir una sola palabra después de copiados el título y nombre del autor.

Las virtudes cristianas en la vida moderna. Conferencias en la Iglesia del Carmen en Madrid en 1885, en la solemne novena de Santa Rita de Casia, con el panegirico de la Santa por el Doctor D. José Taronj y Cortés, Canónigo del Sacro Monte. — Madrid, Imp. de los Sucesores de Rivadeneira, 1887.

El juicio de la censura eclesiástica que precede a las Conferencias del Sr. Taronj es honroso de tal manera para éste, que bastaría él solo para que se formase del autor altísimo concepto, si ya no lo hubiera merecido por sus trabajos *Estado social de Mallorca*, *Disertaciones latinas*, *Inspiraciones* y *El trovador mallorquín*. Como teólogo, como orador sagrado y como literato considera la censura al Sr. Taronj, y bajo los tres aspectos encuentra motivo de elogio y de aplauso. Los asuntos de las Conferencias son: De la Fé. — De la Esperanza. — De la Caridad. — De la Justicia. — De la Pureza. — De la Penitencia. — De la Sabiduría, que es el primero de los dones del Espíritu Santo. — De los Frutos del

Espíritu Santo, y especialmente del tercero, que es la Paz. — De la Oración. — Panegirico de Santa Rita.

La edición muy esmerada, y como corresponde al mérito de la obra.

El drama de la Cruz ó canto descriptivo de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, por Celasio Marciano. — Málaga, 1887.

Es un poema bien intencionado y digno por su asunto del favor del público.

Libro de Madrid y advertencia de forasteros, por Manuel Ossorio y Bernard. — Madrid, Imprenta de Moreno y Rojas, 1887.

En dos partes puede conceptuarse dividido este libro, conteniendo la primera, por orden en cierto modo cronológico, costumbres madrileñas de carácter permanente, y la segunda otros temas, no sujetos a orden de fechas, pero relacionados también con la vida de Madrid.

He aquí el índice de materias del libro:

Una superstición. — Esperando a los Reyes. — San Antón. — Bailes públicos. — Comercio de almanques. — Carnaval. (El bando previo. Las fiestas. Miércoles de Ceniza. Después del Carnaval.) — San José. — La Primavera. — Semana Santa. — Un aniversario. — Elecciones municipales. (Preparativos. Lo de siempre. Reflexiones de un elector.) — Corrida de Beneficencia. — ¡Pobres perros! — San Isidro Labrador. (Preparativos. Aprovechando el tiempo. La romería.) — San Desestero. — Gimnasia. — Presupuestos. — Exámenes. — El Verano. (Los que se van. Los que se quedan. Baños del Manzanares.) — Verbenas de calle. — Cédulas personales. — A cuarenta grados. — Tertulias de calle. — Preparativos teatrales. — Las ferias. — Los que vuelven. — Principio de curso. — Anuncios de frío. — Conmemoración de los Difuntos. — La fiesta de San Eugenio. — Padrón de vecinos. — Preparativos de Pascua. — El premio gordo. — Nochebuena. — Fin del pavo. — El pavo del pobre. — Poetas de Diciembre. — Los amigos de lo ajeno. (Caracteres madrileños. El timo y el entierro. — Algo en serio.) — Politicomantía. (La atmósfera de Madrid. Política a domicilio. La taberna como elemento político. Vida parlamentaria y política veraniega. Mercado político.) — Los del comité. — La ópera política. — Servicio de incendios. — Ordenanzas municipales. — Información municipal. — Museo municipal. — Carreras de caballos. — El Saladero. — La voz del viaducto. — Los lectores de *La Correspondencia*. — Fiestas reales. — Majas, manolas y chulas. — Sucesos menudos. — Noticierismo. (Reporters españoles y extranjeros. Noticias anticipadas y noticias falsas.) — Días de alarma. (Motín de estudiantes. Motines de mujeres.) — Circo de Paul. — Nombres de las calles. — Cambios de fortuna. — Madrid nocturno. — Lo que pagan los madrileños. — Problemas de Madrid. — Los porteros. — Círculo del Bolsín. — El estómago de Madrid. — Procedentes de empeño.

NOTICIAS

Se han acercado al Rvdo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia los señores D. Eduardo Soriano, D. José Jiménez Casanoves y el director del semanario católico *Ecos de María Inmaculada*, sujetando a su paternal aprobación un proyecto de romería, que saliendo de la Virgen de los Desamparados, vaya a visitar los santuarios de la Merced en Barcelona, Montserrat en Cataluña, y Lourdes, con el objeto de implorar la protección de María Santísima para el Papa y hacer una manifestación católica con motivo de las Bodas de Oro de León XIII.

El Emmo. Sr. Cardenal ha bendecido tan laudable propósito y se ha dignado nombrar y constituir a dichos señores en Comisión organizadora de dicha peregrinación, que bajo ventajosísimas condiciones tendrá efecto después de la octava del Corpus.

La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando ha aprobado para la fachada de la Santa Iglesia Catedral Basílica de Barcelona el proyecto de portada que en un pergamino se conserva en el archivo del Excmo. Cabildo. El Sr. Ministro de Gracia y Justicia ha inaugurado las obras de la fachada.

En San Gervasio de Casolas se ha inaugurado la nueva iglesia del convento de Religiosas Franciscanas, llamado de San Juan de Jerusalén, con asistencia del Rdo. Sr. Obispo de la Diócesis.

La fachada del nuevo templo es ojival; en el interior domina el estilo romano-catalán, no faltando detalles de gusto gótico y del bizantino, sin que el conjunto deje por eso de ser armonioso. La fábrica del templo ha corrido bajo la dirección del escultor D. Francisco de Paula Talarn. El altar mayor es obra del Sr. German y sus esculturas han salido del taller del citado Sr. Talarn.

El sábado, 19 de Marzo, se inauguró en Las Palmas de Gran Canaria el Asilo del Niño Jesús, establecimiento que almas caritativas fundan con el piadoso fin de dar gloria a Dios, educación religiosa y sólida a sus acogidas y a la ciudad muchos bienes materiales y bendiciones del cielo.

Asistieron al acto las Sras. de las Conferencias de San Vicente de Paul y varios Sres. Sacerdotes, hallándose presentes las niñas socorridas, en la actualidad unas 25. Se rezó el Santo Rosario, ejercicios en honor del Niño Jesús y el *Te Deum* dando gracias al Todopoderoso por la feliz inauguración de este centro de religiosidad, terminados los cuales se dirigió a la concurrencia su Presidente honorario, el venerable Económico de San Francisco, D. Juan González, pidiendo la protección y ayuda en nombre del Divino Niño Jesús, tutelar del Asilo.

Para la debida instrucción del expediente formado en Roma en la causa de Beatificación y declaración de martirio de los venerables siervos de Dios P. Carmelo Bolta y Fr. Francisco Pinazo, Religiosos de Menores Observantes, el ilustre Cardenal Arzobispo de Valencia, cumpliendo las indicaciones de la Sagrada Congregación de Ritos, ha dado órdenes para que se proceda a la más exquisita investigación de todos los libros, opúsculos, sermones, etc., escritos o dictados por dichos Venerables, para que, unidos ellos o sus copias auténticas al mencionado expediente, pueda ser examinada su doctrina al tenor de las Constituciones pontificias.

NECROLOGÍA

Han fallecido recientemente:
En Toro Fray Juan García Pérez, General de los Mercenarios Descalzos.
En Burgos el Canónigo de aquella Santa Iglesia Metropolitana, D. Matías Isla Fernández.
En Quintanar de Raneros el anciano Párroco don Valentín Salón Grafal.
En la Isla de Cuba D. José Moas Castro, Cura Párroco que fué en la Habana y en Matanzas.
En Vera el Rvdo. P. Fray Antonio Arandía, Capuchino exclaustro y Económico de aquella iglesia parroquial.
En Valtierra (Navarra) el Cura Párroco D. Paulino Beraza.
En Segura (Guipúzcoa) el Presbítero D. José Prudencio Bidaola y Mugica.
En Castellfullit (Gerona) el Cura Párroco D. José Vila.

MUEBLES MADERA CURVADA

THONET

ÚNICOS INVENTORES

Nuevas rebajas desde 1.º de Abril de 1887.

Nuevos modelos Patent núm. 38.220.

Depósito en Madrid: Plaza del Angel, 10.

ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.

Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.



ÉPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X

NÚMERO 12. — Madrid 25 de Abril de 1887.

NÚMERO SUJETO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
LEÑA Y TERRITORIO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	5 »

PROPIEDAD	
DEL ASILO DE HUÉRFANOS	
DEL	
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS	

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

ADVERTENCIA

Se ruega a los señores abonados que no hayan hecho la renovación de sus suscripciones lo verifiquen en el plazo más breve posible, pues de no hacerlo perjudican notablemente los intereses de los huérfanos asilados; por cuya razón nos veremos en la sensible necesidad de suspenderles la remisión del periódico.

La correspondencia debe dirigirse al Administrador de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA; así como las letras, libranzas y cartas-órdenes deben ponerse a favor del mismo.

SUMARIO

TEXTO. — La Divina, por Manuel Quirós y Bernard. — Los grabados. — Tradiciones de Tierra Santa, por D. Manuel Polo y Peyrolón. — El atentado de Figueras. — Señal de la Virgen, por Obdolio de Parra. — El Congreso ecuménico de Tolosa. — Andelú el Príncipe. — Sancho, por el Marqués de Heredia. — Los Arrieros hospitalarios en el municipio provincial de Valencia. — Un documento insuperable. — El arte religioso, por M. de A. — Jubileo Sacerdotal de S. León XIII. — El caldero del hogar, por Antonio Montesinos. — Noticias. — Necrología. GRABADOS. — Luis David, célebre pintor francés. — El niño. — La Religión testifica de D. J. Rodríguez.

LA DECENA

Los enfermos é impedidos que no pueden acudir al templo para recibir la Comunión Pascual la reciben ya en su propia habitación. Las casas en que ha de entrar Dios se engalanan con sus adornos de fiesta; los balcones de las calles del tránsito lucen sus mejores colgaduras; el romero y las flores embalsaman el ambiente y millares de alabanzas revolotean por los aires, y al llegar al suelo promueven algazara y gritaría entre los muchachuelos que se disputan la posesión de las mismas. La costumbre de la lluvia de alabanzas, nacida en los templos al verificarse los oficios del Sábado de Gloria y conservada en las calles con ocasión de las procesiones de esta época del año, no ofrece otra diferencia entre lo que fue y lo que es, que el carácter generalmente profano ahora de las estampitas arrojadas al pueblo; de todas maneras contribuyen á perpetuar una piadosa costumbre y prestan animación y alegría al acto conmovedor de la visita hecha por Dios á los enfermos. Los nombres del *Dios grande* y del *Dios chico* dados en Madrid á estas procesiones no suponen tampoco, como pudiera creerse, el menor asomo de impiedad. Según el pintoresco lenguaje del pueblo madrileño, el *Dios grande* es la procesión lujosa que recorre las principales calles de la feligresía con gran aparato, y el *Dios chico* la que visita las calles más extraviadas, pobres ó de tránsito difícil:

una y otra iguales en su divina esencia y sólo diferentes en la gala y ostentación.

En la Iglesia Catedral se han celebrado solemnes honras fúnebres de cabo de año por el alma del Obispo mártir Sr. Martínez Izquierdo. Sobre el túmulo que cubría un magnífico paño de terciopelo negro alzabase la cruz, iluminada por la luz de cien blandones. En la fúnebre ceremonia ofició de pontifical el Sr. Obispo de Madrid, asistido de los de Oviedo, Canarias y Burgos, y presidieron el duelo, con el Sr. Obispo de Murcia, el Gobernador civil de la provincia, el teniente de Alcalde Sr. Ruiz de Velasco, el Gobernador militar de la plaza y un pariente del finado. Casi todo el clero de la Diócesis asistió á la ceremonia, no sólo por impetrar la protección del Altísimo para el alma del Sr. Martínez Izquierdo, sino como elocuente y digna protesta hecha en nombre de su respetable clase contra el loco ó malvado que no vaciló en realizar uno de los mayores crímenes de la época actual, por la premeditación, la alevosía y todas las circunstancias que concurrieron y siguieron al mismo.

Un año ha transcurrido desde aquel infausto día, y en tan largo periodo de tiempo, la noble figura del mártir se ha engrandecido todo cuanto la del infame asesino resulta más torpe y miserable; la opinión sensata ha protestado contra muchos sucesos relacionados con la causa formada á raíz del asesinato del primer Obispo de Madrid-Alcalá; pero la sentencia humana no se ha cumplido ni siquiera

con las limitaciones que parecía aconsejar el dictamen de la ciencia...

Pero pasemos á otro asunto, aunque no deja de tener cierta relación con el ya tratado.

Por la nueva Dirección de Seguridad se ha hecho pública una curiosa estadística: la de los delitos que quedan impunes. Según ella, aparece que en Madrid, durante el mes de Marzo último, quedaron en la impunidad 11 asesinatos, 81 robos, 16 infanticidios y 5 estafas. Esto en la capital, donde contamos, entre otros elementos poderosísimos para perseguir criminales, nada menos que una Dirección general de Seguridad. ¿Qué sucedería si no existiese ésta, ni hubiera en las calles de la Corte tantas parejas de agentes de orden público, tantos guardias municipales, tantos serenos y tanta vigilancia? A estas fechas no quedarían ni autoridades para aprehender á los malhechores, ni jueces para condenarles, ni persona pacífica á quien asesinar, robar ó estafar por alguno de los muchos procedimientos conocidos, porque hay que reconocer que en esta materia hemos progresado mucho. Sin duda las autoridades se han dedicado de algún tiempo á esta parte á la lectura de los poemas, y cuando escuchan gritos de socorro ó ayes lastimeros, exclaman repitiendo la frase de Espronceda:

Que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo?

En el mes de Marzo, sumados uno á uno estos cadáveres, han dado el aterrador número de 11, que con 16 infanticidios hacen ascender los muertos hasta 27.

Espronceda no se atrevió con tantos.

De seguir esta progresión no podremos repetir con Becquer:

¡Qué solos
se quedan los muertos!

Pues los que se quedarán solos serán los vivos.

Estas estadísticas son inapreciables, pues sirven para ponerlas formando *pendant* con la de los indultos, de que creo he hablado en una de las últimas crónicas de LA ILUSTRACIÓN, y deducir en consecuencia que, si en un mes han debido entrar y no han entrado más de cien criminales, si en igual periodo han salido de presidio, sin deber salir, otros tantos, á la vuelta de un par de años de gobierno generoso y de Dirección de Seguridad impotente, nos codearemos en Madrid con cinco mil criminales de alto vuelo, sin contar para nada con los enterradores, espadistas, descuidados y otras variedades de la familia Agarra.

La idea del crimen impune nos acosa de tal suerte durante el día y nos acomete de tan continuo modo en el sueño, que muchas veces, al despertarnos la criada llevándonos un papel, empezamos á gritar ¡ladrones! cuando lo que aquella nos entra es la cuenta del tepidero, la nota de honorarios de nuestros auxiliares ó el recibo del casero.

Anteriormente he hablado del loco ó



LUIS DAVID, CÉLEBRE PINTOR FRANCÉS.

malvado a quien un afán de notoriedad más que otra cosa armó el brazo para dar la muerte a un sabio y virtuoso Prelado. Ahora también otro malvado o loco, francés de nacimiento, ha entrado en el domicilio del octogenario Mariscal Bazaine y ha procurado darle muerte con un puñal. Durante diez y siete años ha alimentado la idea del crimen, para vengar a su patria, según dice, del desastre de Sedán. El agresor ha buscado antes la notoriedad por el camino de la literatura, publicando una novela de sus amores y teniendo la delicada idea de poner en la portada del libro su propio retrato y los de sus víctimas.

Después dejó la pluma por el puñal.

De desear es que deje ahora el puñal por el grilete.

En Francia no faltan partidarios del agresor que glorifican su conducta y tratan de pedir su extradición, considerándole reo de un delito político.

En cambio, el personal todo de la embajada francesa se ha apresurado a dejar tarjeta en casa del anciano emigrado, ídolo un día de las multitudes y que hoy anciano, pobre y lamentando su escasa fortuna, vive en este país, que da generoso albergue a su desgracia, con el pensamiento fijo en Francia, que le injuria... porque los pueblos no perdonan nunca al vencido.

Hemos vuelto a la moda de los petardos. Hasta ahora, el único que estalló fue en el ministerio de Hacienda y no causó daño. Empleado hubo que al escucharlo, dijo a su compañero creyendo que estornudaba:

— ¡Dios te ayude!

De los dos depositados en el Congreso la ciencia ha proclamado el carácter inofensivo: en cambio en el recogido en el ministerio de Fomento había cantidad explosiva bastante para destruir todo el edificio. También informe de la ciencia.

Afortunadamente, en casi todos los casos, el petardo es recogido en los parajes más oscuros y extraviados momentos antes de que la lumbrera de la mecha llegue a la materia inflamable; se corta con un cortaplumas el algodón y el cartucho es paseado impunemente por todos los laboratorios, aunque no sin cierto temor del encargado de su conducción, que recuerda involuntariamente la frase de un general y padre de la patria:

— En ocasiones, el petardo no necesita de mecha; pues un mecanismo automático interior basta para hacerle estallar en un momento dado.

Estas frases aterraron sin duda a los dependientes encargados de llevar y traer los petardos descubiertos por creerse ya hechos pedazos como la pobre mujer que hace años murió en el Prado víctima de uno de estos petardos o achicharrarse como el niño de la calle de San Oropio, que milagrosamente salvó su vida en otra época en que los petardos estuvieron a la orden del día.

Como primera providencia, al descubrirse en el Congreso el primer petardo, se prohibió la entrada a los periodistas; pero, durante esta ridícula prohibición, se descubrió el segundo petardo.

Como primera providencia al descubrirse el petardo del ministerio de Fomento se ha prohibido la entrada a todo el que no sea diputado o senador, lo cual no deja de ser denigrante para los muchos interesados en los diferentes ramos que dependen del Ministerio citado. Se conoce que para el autor de la orden todos los católicos, ingenieros, maestros, contratistas, agricultores, autores de obras, artistas, y en suma, cuantos de algún modo se relacionan con el ministerio de Fomento, tienen cara de petardistas.

Para preguntar en el mismo cuándo se verifica una subasta o se firma una concesión hay que empezar por adquirir una credencial de diputado o un nombramiento de senador vitalicio. A pesar de los petardos que estos señores suelen dar al país.

MANUEL OSSORIO Y BERNARDI.

LOS GRABADOS

LUD DAVID,

Célebre pintor francés.

Este ilustre pintor francés nació en París en 1748, y aunque su familia quiso darle una educación literaria en el Colegio de las Cuatro Naciones, el joven David sólo mostró afición desde sus primeros años al dibujo; hubo, pues, que ceder a la vocación del artista, quien recibió sus primeras lecciones de Boucher y de Vien, a los que no tardó en adelantarse. Tres derrotas que sufrió al hacer oposición para una pensión en Roma produjeron en su ánimo desesperación tan honda, que resolvió dejarse morir de hambre; pero la intervención de un protector le conservó la vida y le devolvió la esperanza, haciéndole presentar a un nuevo concur-

so, en el que al cabo obtuvo el ambicionado premio. Ya en Roma David, siguió la corriente de las nuevas ideas que buscaban en el arte el clasicismo griego, y pintó varios de los cuadros que habían de hacerle alcanzar fortuna y renombre, así como los honores más codiciados por todos los artistas. Falleció en 29 de Diciembre de 1825, dejando unido su nombre a una escuela, no sólo francesa, sino continental. Entre sus cuadros más conocidos figuran el de *Belshazzar*, *Sócrates bebiendo la cicuta*, *Asesinato de Marat*, *El robo de las Sabinas*, *Coronación de Napoleón*, *El juramento de los Horacios*, los retratos de *Napoleón Bonaparte* y de *Pío VII*, y otros muchos.

EL NIÑO.

La composición del dibujante exigía para ser descrita una fábula de Samaniego o una dolosa de Camposamor. ¿Quién sabe si los pajarillos, que aun no pueden abandonar su nido, aguardan y aguardarán en vano el regreso de sus padres? ¿Quién sabe si la pintada y veloz mariposa visita a unos huérfanos y acaba de asistir a la tragedia en que los padres han sido víctimas del mortífero plomo de un diestro cazador?

En el fondo del asunto puede haber un drama; el artista sólo nos presenta el líllo que resulta de su composición.

LA RELIGIÓN.

(Estatua de D. J. Reynolds.)

Entre los escultores catalanes que sostienen a mayor altura el arte figura D. José Reynolds y Gargal, discípulo de la Escuela de Barcelona y de la de París, autor del célebre grupo *Cristero de verdad*, premiado con medalla de segunda clase en la Exposición Nacional de 1876, y de otras muchas obras que han ratificado el excelente juicio que desde sus primeros ensayos artísticos formó la crítica de él. Entre estas debe citarse la hermosa estatua de *La Religión* que en este número reproducimos, y que constituye por su concepción, grandiosidad y carácter un hermoso remate para un monumento sepulcral.

TRADICIONES DE TIERRA SANTA

(Continuación.)

XI

AMOAS Y MARTIRIO DE LA MADRE Y LOS SIETE HERMANOS MACABEOS. — ABUGOSC, KARIATIRIN, Y IGLESIA DE SAN JERONIMAS.

La tradición referente al encuentro del Buen Ladrón con la Sagrada Familia no es la única que se cuenta en aquellos lugares. Dice el P. Cartagena, citado por el P. Castillo, en su *Devoto Peregrino* ¹, «que el vió estando en Rama un libro muy antiguo, en el cual halló escrito que cuando iba la Virgen por estos desiertos salían gran cantidad de animales fieros, leones, tigres y otros, y postrados adoraban y reverenciaban al Niño y a la Virgen, y que mucha cantidad de aves de diversos géneros iban volando por el aire, haciéndole una suavísima música, reverenciando y adorando a su criador.»

Los cielos y la tierra cantan su gloria y las criaturas todas le están incondicionalmente sometidas: es natural, pues, que el hombre, ser racional y libre, único que abusando de potencias tan excelentes desconoce y no reverencia a su Autor en muchos casos, se complazca en suponer que las flores, las plantas, las fuentes, los pájaros y hasta las mismas fieras, hacían el acatamiento debido al Niño Dios y a su santa Madre.

Unos siete minutos al N. E. de El Latrum, medio oculto por un repliegue del terreno, está situado Amos, que en el libro I de los Macabeos ² se llama *Emos*, célebre por la batalla en que Judas Macabeo derrotó a Gorgias, general de Antiocho Epifanes, rey de Siria, y porque, según la tradición, de allí fueron naturales, habiéndoseles erigido sin duda por esto una iglesia, los siete hermanos Macabeos y su madre, martirizados, bajo el reinado de Antiocho, en Antioquia. En esta ciudad mostrábase sus sepulcros en tiempo de San Jerónimo, y más tarde se construyó una iglesia con su advocación ³. Sus reliquias fueron trasladadas de Antioquia a Roma y depositadas en la iglesia de San Pedro *ad Vincula* ⁴. El historiador judío Josefo compuso un pequeño libro sobre el martirio de estos siete hermanos, a quienes nombra por el siguiente orden: Macabeo, Aber, Maquiri, Judas, Acás, Aret y Jacob, dando a la madre el nombre de Salomona.

No es posible leer sin asombrarse y enternecerse el cap. VII del libro II de los Macabeos, que refiere al por menor el martirio de estos siete hermanos y de su heroica madre. Y la madre, sobremanera admirable y digna de la memoria de los buenos,

que viendo morir a sus siete hijos en el término de un solo día, lo sufría con ánimo constante, por la esperanza que tenía en Dios; llena de sabiduría, exhortaba con valor en su lengua nativa a cada uno de ellos en particular, y uniéndolo un ánimo varonil a la ternura de mujer, les dijo: «No sé de qué modo os tomásteis en mi seno; porque no fui yo la que os di espíritu, ni alma, ni vida, ni tampoco fui yo la que coordiné los miembros de cada uno de vosotros; mas el Criador del mundo, que formó al hombre en su origen y que dió el principio a todas las cosas, misericordioso os restituirá el espíritu y la vida, porque vosotros ahora, por amor de sus leyes, os despreciáis a vosotros mismos.» Y con su propia muerte, aquella valerosa madre coronó dignamente el martirio de sus siete hijos.

A pesar de que afirman lo contrario Eusebio, San Jerónimo y Sozomeno, parece ya fuera de toda duda que esta Emos no es la del Evangelio, en donde los discípulos del Señor reconocieron a su Divino Maestro por la manera de partir el pan. En Amos únicamente puede visitar el peregrino, ganando indulgencia parcial, los restos de tres absides ruinosos de una hermosa iglesia bizantina, dedicada por los primeros cristianos, como hemos dicho, a los mártires Macabeos. Fray Livinio de Hamme opina que El Latrum y Amos reunidos formaron en otro tiempo una gran población, que durante las guerras de los judíos con los romanos fue saqueada y destruida diferentes veces, antes y después de Jesucristo, hasta que la reedificó Vespasiano, dándole el nombre de Nicópolis, esto es, *ciudad de la victoria*, en conmemoración de la obtenida por los romanos sobre el pueblo deicida, hacia el año 70 de nuestra era. Medio arruinada por un terremoto, fue reconstruida y mejorada primero en el imperio de Heliogabalo y después bajo Alejandro Severo.

Salte definitivamente el peregrino de la llanura de Sarón para empezar a subir las montañas de Judea: entra en cierto valle, por el cual corre un arroyuelo a veces seco; advierte a su derecha una casa arruinada y un pequeño edificio que sirve de cubierta a un pozo de agua potable, que no sabemos por qué llevan los nombres de pozo de Job (*Bur-Aub*) y convento de Job (*Deir-Aub*); diez y seis minutos más allá divisa a su izquierda la 13.ª torre fortificada, y llega poco después al Jan de *Ab-el-und* (Puerta del valle), situado en la boca de una garganta, que es como el atrio de los montes de Judea, a 320 metros sobre el nivel del Mediterráneo.

El camino carretero de Jerusalén utiliza el lecho de la garganta para internarse en los montes, serpea después por sus faldas pedregosas, y subiendo, siempre subiendo, se llega a la cumbre más alta, desde donde mirando hacia atrás el viajero, abarca extasiado toda la llanura de Sarón hasta Jafa, el mar y toda la costa hasta Gaza. En la falda S. E. de una montaña se ve el lugarejo musulmán *Saris*, corrupción de *Seir*, que en hebreo significa áspero, escarpado, porque efectivamente no puede serlo más el terreno sobre el cual se levanta. Saris debe de ser el Seir que la Vulgata coloca al O. de *Kariatirín*, de la tribu de Judá, actualmente *Abugosc*. Según Josefo, en Saris se ocultó algún tiempo David, huyendo de la persecución de Saúl.

Vencida la cumbre durante el descenso, se da vista al pintoresco valle de *San Jerónimo*, y entre olivos, granados, viñas y nopales queda a la derecha, sobre la pendiente de una colina, el pueblo de Abugosc, que por su situación estratégica se considera como la llave de Judea. Hace unos 72 años nada más que lleva este nombre, debido a un jefe famoso, que con su pequeño ejército de bandoleros maltrato é hizo pagar tributo, durante largos años, a cuantos atravesaban su territorio, hasta que Ibrahim Bajá puso fin a su pillaje en 1830, apoderándose del jeque y encerrándole en los calabozos de San Juan de Acre. Mehmet Ali utilizó más tarde la influencia de Abugosc, dándole libertad y colmándole de regalos y distinciones, para que afianzase la dominación egipcia en Siria y Palestina. Su familia vive aún en aquel lugar, pero sin las riquezas é influencia del fundador. El verdadero nombre árabe de aquel pueblo es *Kariat-el-Enab*, esto es, ciudad de las uvas, lo cual me recuerda que al cruzar el valle nos las ofrecieron riquísimas unos campesinos. En Kariatirín permaneció durante veinte años el Arca de la alianza en casa de Abimadab, después que los filisteos la devolvieron a los israelitas.

Creyeran muchos que en Kariat-el-Enab estuvo la antigua Anatót, patria de Jeremías, y tal vez en virtud de esta creencia probablemente los cruzados construyeron allí una iglesia, bajo la advocación del profeta de los trenos; pero, hoy día, es cosa averi-

¹ Lib. II, cap. I.
² Cap. III, v. 57.
³ S. Augustin. *Serm. CIX*, cap. VI.
⁴ *Martirologio Romano*, 1.º de Agosto.

guada que Anatól estuvo en la moderna *Anata*, cinco kilómetros al N. E. de Jerusalén. El viajero que pueda detenerse debe visitar la iglesia de San Jerónimo, precioso modelo de arquitectura bizantino-ogival, con tres naves y otros tantos absides y criptas. Los PP. Franciscanos poseyeron dicha iglesia y un convento a su lado, del cual no quedan ni los cimientos, pues en 1489 los feroces habitantes de Kariat-el-Enab arrasaron el convento, asesinaron a los nueve religiosos que lo habitaban y convirtieron en establo la iglesia de San Jerónimo, la cual entregó a Francia en 1873 el gobierno de Constantinopla, en compensación, sin duda, de haber arrebatado a los PP. de Tierra Santa la iglesia de San Jorge, que poseían en Lida. De Kariatarin era el profeta Orlas, hijo de Semel y muerto por el rey Joaquín; y, según creen algunos, también el profeta Zacarías, que con tanta exactitud predijo el nacimiento, pasión y muerte de Jesucristo Nuestro Señor.

M. POLO Y PEYROLÓN.

(Se continuará.)

EL ATENTADO DE FIGUERAS

FIGUERAS acaba de ser teatro, como lo ha sido Valencia, de atropellos de la impiedad contra la fe.

He aquí los términos en que los refiere un testigo presencial de los hechos, en 13 del corriente mes de Abril:

No quise escribir a usted ayer acerca de los deplorables sucesos ocurridos aquí en la víspera con motivo del regreso de una romería verificada a Nuestra Señora del Camp, porque reinaba tal excitación en los ánimos, que era difícil deparar la verdad acudiendo a las relaciones de unos y de otros. Hoy, debidamente enterado, puedo dar a usted relación exacta de lo acontecido.

Verificóse el lunes una gran romería a Nuestra Señora del Camp, antiguo santuario de la faldas del Pirineo, a unos seis kilómetros al Norte de la estación de Vilajuiga. Habíala iniciado el Centro de Católicos de esta ciudad, con la bendición del señor Obispo, que concedió indulgencias al acto y mandó un canónigo de su Catedral para presidirlo, contando con el permiso de las autoridades civiles.

Se trataba, pues, de un acto perfectamente legal, esencialmente religioso, cuyo objeto era, además del general de rogar por las necesidades de la Iglesia y de la patria, el particular de llevar aliento a las poblaciones de la comarca del citado santuario, una de las más trabajadas por las sectas protestante y masónica en mal hora establecidas en nuestro país.

He debido consignar ante todo el carácter de la peregrinación, porque se quiere cohonestar la hostilidad a la misma suponiendo que no fué más que una manifestación carlista, cuando lo cierto es que, prescindiendo de las ideas políticas que particularmente puedan tener los que se hallan al frente del Centro iniciador, nada que no sea exclusivamente religioso puede señalarse en la romería, de modo que en cada pueblo fué recomendada por su Párroco y éste era el que presidía sus respectivos romeros, sin que ninguna Junta seglar se interpusiera entre unos y otros; y así, y sólo así, se explica el éxito extraordinario del acto y que a él concurrieran personas de todas categorías y algunas muy conocidas de opiniones políticas contrarias al carlismo.

Volvamos a la narración de los sucesos. Los romeros de esta ciudad, en unión con los de algunos pueblos inmediatos, después de la Misa de Comunión que tuvieron en la iglesia parroquial, se dirigieron a las siete de la mañana a la estación del ferrocarril, en correcta procesión, presidida por el Rdo. Cura ecónomo D. Narciso Frigola que llevaba la Vera-Cruz, pasando por entre las filas de los curiosos, sin que ni un grito ni una voz perturbara la religiosidad del acto.

Un tren de treinta vagones de tercera clase, venido de Girona, en el que iba el delegado del señor Obispo, Dr. Alier, y grupos de romeros recogidos en las estaciones intermedias, procedentes de La Bisbal, Palafrugell, etc., llevó a los primeros peregrinos de esta ciudad hasta Vilajuiga, y el propio tren regresó inmediatamente a esta ciudad é hizo un segundo viaje para llevar a los restantes.

Desde la indicada estación hasta el santuario iban los peregrinos cantando himnos religiosos y rezando el Rosario, y así cruzaron la población de Garriguella, no ya en procesión, según nos dicen, sino como un río de gente que iba engrosando por momentos con el caudal que aportaban todos los caminos afluentes. En fin, que se reunieron al pie del altar provisional, levantado al aire libre en una ladera detrás del santuario, de veintidós a veinticinco mil

personas, según los cálculos más bajos; hasta treinta mil, según los más entusiastas.

Celebráronse los divinos oficios, predicando después del Evangelio, en distintos puntos, los reverendos Torró y Bech, y terminada la función religiosa comió cada cual de lo que llevaba, sobre el mismo campo, y a las dos de la tarde se emprendía otra vez la marcha hacia los respectivos pueblos.

Eran las cuatro de la tarde cuando llegó aquí el primer tren, y acto continuo los romeros de Llers, los de Bonassá y algunos otros se dirigieron a sus respectivos pueblos cruzando la población sin novedad, pero sirvió su presencia como de botafuego, y salió de las tabernas, cafés y casinos un enjambre de los habituales concurrentes a esos centros y principiaron por abofetear a un joven romero, que retrocedió a la estación donde se encontraban reunidos los peregrinos de Figueras que aguardaban al segundo tren para entrar juntos en la ciudad, y los de los pueblos que debían continuar su marcha en el tren de Girona.

Formáronse en la Rambla numerosos grupos, cundió la voz de que los romeros de Llers iban capitaneados por el ex-cabecilla Bosch, que habían dado gritos de *Viva Carlos VIII* en mitad del paseo, que otros habían gritado *Mueran los liberales!* y se comentaba tanta audacia y se enardecían los ánimos, que ya de muy antes se habían ido previniendo en contra de la romería, y se acababa por resolver que los liberales de Figueras no debían tolerar tales desahucios. Dirigiéronse luego los grupos hacia la estación, y tomaron posiciones a corta distancia de la misma. Hubo entonces un momento en que pudo temerse un choque, pues los romeros que allí había en gran número hicieron entrar en los salones a las mujeres, y los hombres salieron dispuestos a resistir la acometida. Afortunadamente unos y otros se detuvieron y llegó luego el señor alcalde con individuos de orden público y dependientes del Municipio y trabajó con empeño en ir calmando los ánimos, ayudándole en esta tarea el teniente de la Guardia civil, que acudió también con una pareja.

Al poco rato salió de la iglesia parroquial el clero con cruz alta en procesión para ir a esperar la romería, y llegó a la carretera de Rosas hasta el camino que conduce a la estación, deteniéndose allí ante las amenazas de las turbas que no cesaban de gritar y silbar.

Duró tan deplorable escena casi una hora, hasta la llegada del segundo tren, y al intentar entonces continuar la procesión, rompió sobre ella una nube de piedras arrojada por enjambre de pilluelos, que se veían sostenidos y atizados por los promovedores del motín. Dos caballeros distinguidos de esta ciudad, D. Joaquín Jordá y D. Luis de Pagés, quisieron con noble arrojo amparar a los sacerdotes tan vilmente atropellados, y lo fueron ellos a su vez, sufriendo varias contusiones. La procesión retrocedió, refugiándose en una de las casas de don Mariano Vilallonga.

A todo esto, los romeros, cediendo a las instancias del señor alcalde, desistieron de entrar procesionalmente, y fueron saliendo en grupos y en diversas direcciones. Alguno de estos grupos, en que había un Cura ecónomo y un fraile del convento de Vich, no obstante ir acompañado por el mismo alcalde y agentes de la autoridad, fué también atropellado y apedreado.

Fuera ya de la estación los romeros y en marcha el tren de Girona, el teatro de tan brutales escenas se trasladó al centro mismo de la población, a la Rambla. Cada romero que pasaba por allí era insultado y silbado, y el escándalo llegó a su colmo cuando el Cura ecónomo, a eso de las siete, creyendo que la borrasca había pasado, ó cuando menos, que más prevenida ya la autoridad tendría medios para hacerse respetar, y que podría volver el clero a la iglesia con el respeto debido, salió para ir en busca de dicho clero y presidirle, llevando la Vera-Cruz. Apenas asomó al paseo el Rdo. Cura, fué recibido a pedradas y perseguido por la turba de pilluelos, sin que por ello retrocediese ni alterase siquiera el paso, soportando con noble y admirable dignidad el inicuo atropello que presenciaban, da vergüenza al decirlo, centenares de personas. Al llegar a la calle Nueva, supo dicho señor que el clero, escoltado por una pareja de la guardia civil, había salido de la casa donde se refugió y dirigiéndose a la iglesia, pasando por calles extraviadas. Retrocedió entonces el digno Cura, dirigiéndose hacia la calle de Ingenieros, mas apenas entró en la Placeta, volvió a ser apedreado, poniéndose entonces a su lado el concejal Sr. Bassols, recibiendo en ambos las pedradas, rompiendo una de ellas el farol de muestra de la peluquería de Dumanjó, lo cual hizo que saliendo este señor apostrofase a los apedreadores y se detuvieran éstos, continuando el Rdo. Frigola su camino, sin haberse inmutado, y

poniéndose luego a su lado y acompañándole hasta su casa algunas personas principales que encontró a su paso.

Con esta escena y con la de haber sido apedreada también la librería católica de D. Cipriano Albert y los balcones del Centro de Católicos, terminó tan triste jornada, paseando luego orgullosos su triunfo los cortejos de la impiedad, y quedando por el suelo escarnecidos y pisoteados el principio de autoridad, el buen nombre de Figueras, la cultura social y la religión de nuestros padres.

Después de la reseña transcrita todo comentario resultaría pálido. Pidamos a Dios, para honra de nuestra patria, que no se repitan atentados semejantes, y excitemos a los poderes públicos a que sean inexorables para los que en nombre de la libertad han realizado los que con escándalo de los católicos se han presenciado recientemente en nuestra patria!

SOLEDAD DE LA VIRGEN

Vaso precioso de elección sagrada,
excelso numen que mi mente inspira,
yo vengo con el alma enajenada
a ofrecerte los ecos de mi lira.

Constante acoges la plegaria ardiente
del que una gracia fervorosa implora;
yo, postrado a tus plantas reverente,
vengo a pedirte inspiración, Señora.

Hoy pretendo, aunque ostentas soberana
fúlgido trono en el radiante cielo,
henchido el corazón de fe cristiana
hasta tu alcázar remontar mi vuelo.

No ansío el triunfo que al poeta eleva
por los aplausos que arrebatan al mundo;
quiero, Señora, que a piedad se mueva
al recordarte tu dolor profundo.

Ya el desenfreno de Salen augura
con infernal, satánica algaraza,
la horrenda lucha, ¡oh Virgen sin ventura!
que a tu gigante corazón prepara.

En salir al encuentro de tu Hijo,
¿por qué te empeñas con tenaz porfía,
cuando sirve de fiero regocijo
a una desordenada chusma impía?

¿Por qué abandonas, dime, esa morada
que tu presencia convirtió en santuario,
y sigues a la turba desalmada
hasta la cumbre misma del Calvario?

Si todos los dolores se han fundido
en un solo dolor, y en tu alma pesan,
paloma de Ihowah, vuelve a tu nido
mientras las aguas del diluvio cesan.

¡Madre de Dios! ¿qué es lo que tu alma siente?
¿cuál es el torcedor que la tritura?
Deja que al fondo resbalarme intente
del insondable mar de tu amargura.

¡Oh! ya ha lanzado la feroz canalla
ese grito de muerte que te inquieta:
sobre tu frente virginal estalla
la tempestad que te anunció el profeta.

Si hubo en la antigüedad pintor famoso
que al padre de Ifigenia tendió un velo
por cubrir sus facciones, temeroso
de no poder interpretar su duelo:

¿Qué colosal ingenio, desde entonces,
de haber interpretado se gloria
en libros, lienzos, mármoles ó bronce
la plenitud de tu dolor, María?

Trasladar un dolor, un sentimiento,
fácil es cuando nace de uno mismo;
pero ¡el tuyo! ¡gran Dios! ¿quién tiene aliento
para bajar a tan profundo abismo?

¿Así te trata el mundo irreverente?
Y ¿eres tú, Virgen Santa, la que huellas
esa luna, ese sol resplandeciente,
y ese nutrido pabellón de estrellas?

Abriga el hombre corazón de lodo,
cuando así aflige con dureza tanta
a la que tiene al firmamento todo
por escabel de su divina planta.

El ruiseñor de la arboleda umbría
no suelta al aire su canoro trino,
porque descansa en brazos de María
muerto del mundo el Redentor divino.

El Jordán con su límpida corriente
pasado se desliza en la espesura,
y maldiciendo a tan precita gente
amargos ecos de dolor murmura.

Los elementos se declaran guerra,
se oculta el sol tras negros nubarrones,

y el interior se siente de la tierra sacudido de horribles convulsiones.

¡Oh! tú que ves pasada su agonía, la tibia sangre que el cadáver vierte, dí: ¿no es verdad, purísima María, que tu dolor acobardó a la muerte?

Luto en el corazón, Reina del Cielo, arrastras como madre y como esposa, y abandonada, triste y sin consuelo, gimes en la viudez más espantosa.

Si entre los pliegues de tu manto abrigo halla un gusano de la tierra impura, soy yo que ansio compartir contigo tu horrible soledad y tu amargura.

Digo mal, no soy yo, será un doliente y arrepentido corazón que implora no sea estéril su oración ferviente, ni estéril sea tu dolor, Señora.

Va en lo más bello de mi edad florida bruscamente se trunque mi existencia; ya por fieras borrascas combatida cansado arrastre mi vital esencia:

Cuando el helado sueño de la muerte me sorprenda cumplido mi destino, y quede en polvo la materia inerte, y el alma acuda al tribunal divino:

Pues tuve en ti fundada mi esperanza, mística rosa de celeste prado, del Dios de la justicia en la balanza pesé más tu dolor que mi pecado.

ORDULFO DE PEREA.

EL CONGRESO EUCARÍSTICO DE TOLOSA

NUESTROS lectores verán sin duda con interés la Memoria que se leyó en la Junta general de la Obra de la Adoración nocturna al Santísimo Sacramento el domingo 16 de Enero de 1887, bajo la presidencia de Mons. Goux, Obispo de Versalles.

Después de demostrar que el verse sometido a pruebas ha sido el carácter distintivo y la aureola del Congreso eucarístico celebrado en Tolosa del 20 al 25 de Junio último, el autor de la Memoria se expresa de este modo:

La presidencia de honor correspondía de derecho al Príncipe de la Iglesia que hace largos años ocupa con fruto la sede de San Saturnino. Fue esta la vez primera que se vió a un Cardenal al frente de un Congreso eucarístico. Por esta circunstancia venía a tener el de Tolosa una especial brillantez: los católicos tolosenses, muchos y muy fervorosos, estaban satisfechos de ello y mostraban tal entusiasmo por estas piadosas sesiones, que, según decían los extranjeros que habían asistido a los anteriores Congresos, ninguno tuvo una atmósfera más piadosa ni más sostenida.

Nuestro Santo Padre el Papa León XIII, que tantos y tan preciosos testimonios ha dado de su vivo interés hacia la Obra de los Congresos eucarísticos, no podía olvidar el de Tolosa. Con una eficacia que da a conocer la importancia que el Vicario de Jesucristo da a estas reuniones, eminentemente cristianas, en que sólo se tratan asuntos de la más elevada piedad, en una época en que la sociedad parece como absorbida por la vida material, el gran Pontífice se dignó conceder, a la vez que su paternal bendición, una indulgencia plenaria para los que tomaran parte en los trabajos del Congreso, y además indulgencias menores al que ejecutase un solo acto de religión en unión con el Congreso.

Como todos los anteriores, el programa comprendía dos partes: la del trabajo en las comisiones y en las juntas generales, en las que se trataban los asuntos referentes a la fe y a la piedad, a la adoración y reparación, a la historia y al arte, al celo y a la propaganda, y la de la oración y expiación, en las funciones religiosas, en que el pueblo debiera tomar gran parte, y que había de celebrarse en San Esteban, en la Catedral o en la Basílica de San Saturnino. La solemnidad principal había de ser el viernes 25 de Junio, en Lourdes, en los dominios y a la vista de la Virgen Inmaculada. Este programa se ejecutó con fidelidad.

El ardor y el celo de los fieles, que recordaban los magníficos preparativos de las fiestas celebradas para la canonización de la humilde pastora de Pibrac, habían transformado las iglesias de San Esteban y San Saturnino. Toda la ciudad, durante algunas semanas, había estado trabajando en hacer gallardetes, guirnaldas y colgaduras para adornar esos dos templos, designados para tan solemnes funciones. Magnífico era el golpe de vista que ofrecía San Esteban: en sus muros, columnas y bóvedas se mez-

claban la seda, el terciopelo y las flores, con mil luces que en grandiosa armonía tenían al espectador suspenso a la vista de tanta y tan deslumbradora riqueza. El altar mayor parecía salir de enmedio de un bosque de verdura, y en el coro, al rededor del trono en que estaba expuesto el Santísimo Sacramento, el oro, la plata, las pedrerías y las telas preciosas hacían un efecto sorprendente por su esplendor, brillante símbolo de las magnificencias con que reviste a la naturaleza Aquel a quien tales homenajes iban dirigidos.

La antigua y majestuosa Basílica de San Saturnino había dejado su aspecto de austera gravedad, para ponerse el traje de fiesta. Las numerosas urnas de los Santos, colocadas en derredor de la nave principal, en medio del verdor y de las flores, cada una con la bandera del glorioso vencedor cuyos huesos encerraba, formaban la parada de honor para el paso del divino Rey. El altar mayor se eclipsaba entre los esplendores de las luces, y la iluminación, verdadera mente fantástica, daba al conjunto del edificio un reflejo de los esplendores del cielo.

Mientras duró el Congreso, no ha cesado de frecuentar estas dos iglesias una inmensa muchedumbre de cristianos, para unirse a las oraciones de los congregados. Uno de los Obispos presentes decía diariamente la Santa Misa, y en los ejercicios solemnes se oyó a Mons. Rougerie, el intrépido y valeroso Obispo de Pamiers; al docto Obispo de Rodez, Mons. Bourret; al elocuente é infatigable Obispo de Montpellier, Mons. de Cabrières, que por tres veces hizo uso de la palabra en un mismo día; al reverendo P. Verboke, apóstol popular de los obreros belgas; al Rdo. P. Durand, de la Congregación de Sacerdotes del Santísimo Sacramento, y al P. Duboe, de los Misioneros de Lourdes. Las procesiones, que en otros tiempos hubieran lucido por las calles de la ciudad con grandísima satisfacción del pueblo, tuvieron que encerrarse dentro de los templos. Pero si faltaba la pompa exterior de los homenajes tributados al Dios de la Eucaristía, la gran piedad y la hermosa fe que reinaban en su morada debieron consolarle del ciego rigor de sus enemigos: su marcha triunfal a través de la inmensa multitud prostrada a su paso era verdaderamente la del Dominador del universo, del Salvador de las almas y de las sociedades. Estos testimonios de amor tuvieron digno coronamiento en la Adoración nocturna. Los congregados quisieron velar sus armas ante el Dios de los fuertes. Verificóse en la Metropolitana la noche del miércoles al jueves, festividad del *Corpus Christi*.

El número de adoradores fué considerable. Por la tarde y por la mañana se contaban por centenares, y en las horas más avanzadas de la noche pasaban de 150. Religiosos Capuchinos, Dominicos, Jesuitas y Sacerdotes del Santísimo Sacramento, se renovaban de hora en hora para dirigir los ejercicios. En la actualidad no hay fiesta eucarística alguna ni función expiatoria, a que no se agregue la Adoración nocturna; ha llegado a ser el complemento indispensable de toda obra de reparación.

En una sesión general se oyó una preciosa plática del P. Durand sobre la *educación eucarística de los niños*. El Sr. Canónigo Tournamille, grande amigo de la infancia cristiana, aprovechó la ocasión para manifestar el deseo de que el jueves siguiente, día del *Corpus*, se reuniesen los niños de Tolosa en la Catedral, para consagrarlos al Santísimo Sacramento. Esta ceremonia fué una de las más conmovedoras del Congreso. Porque, en efecto, al siguiente jueves, a poco más de medio día, se vió pasar por las calles multitud de niños, llevados por los Hermanos de las Escuelas Cristianas, por Hermanas de diferentes comunidades, o por sus mismos padres, que alegremente se dirigían a San Esteban: los más pequeños, que no podían hacer el trayecto a pie, iban en brazos de sus madres. Todos tenían o un ramo de flores o una vela en la mano. La gran nave de la iglesia contenía muchos millares de ellos, y parecía así transformada en un inmenso jardín de flores animadas.

Desde las primeras palabras, el apóstol de los niños supo cautivar a su infantil auditorio. Le dijo, en términos expresivos y llenos de encanto, que el mismo Jesús, que durante su vida tanto les amaba y les acariciaba y bendecía, estaba allí presente en el altar, donde continúa amándolos y bendiciéndolos, sacando de aquí la consecuencia de que los niños por su parte debieran amarle, servirle y consagrarse a Él. Esta consagración se hizo en seguida, con un orden perfecto: aquellos tiernos amigos de Jesús-Hostia fueron procesionalmente al altar mayor, y allí dejaron, al mismo tiempo que sus homenajes, sus velas y sus ramos. Este angelical desfile duró mucho tiempo, pero nadie se cansaba de admirarlo, y más de un sacerdote y más de una madre dejaron correr lágrimas de gozo al contemplarlo.

Muchos asuntos de interés se trataron en las comisiones, y se discutieron con tanta ciencia como espíritu de fe. Su Emma, el Cardenal Desprez pronunció una breve y sustancial plática, en que la dignidad episcopal se unía perfectamente a la piedad más acendrada; siendo acogida con calurosos aplausos. No vamos a reseñar el admirable discurso que pronunció M. de Belcastel, ni las Memorias que se leyeron en las tres sesiones generales, aunque fueron en extremo interesantes, sobre todo la que refirió las glorias eucarísticas de Tolosa, porque esto nos llevaría muy lejos. Hay una, sin embargo, en la que debemos fijar algunos instantes la atención: nos referimos a la Memoria sobre la Adoración nocturna en las parroquias rurales, que leyó M. Desmarts.

Después de recordar los orígenes pontificios de la Obra de la Adoración nocturna, su fundación en París en 1848, su desarrollo en Francia y en el extranjero, su bendita marcha en Siria y en Egipto, en Méjico, en el Canadá y en los Estados Unidos de América, atravesando toda Europa; después de mostrar que la oración y la reparación son los caracteres distintivos de la Obra, la Memoria puso de manifiesto la necesidad de propagarla en los campos para proteger y fortalecer en ellos la fe de las poblaciones rurales, más trabajadas que nunca por la impiedad masónica que tiene por cómplice la frialdad de los sentimientos religiosos, tanto más peligrosa cuanto es menos conocida. Es necesario sacudir este sopor de la fe, y la Adoración nocturna es un excelente medio de conseguirla. Muchas diócesis lo han comprendido así, y la Memoria mencionaba seis en que la Adoración nocturna hace verdaderamente perpetua la adoración diocesana, desde el principio al fin del año, pasando de veinte las que tienen, además de la Adoración nocturna, la del día, en gran número de parroquias. Cambrai y Tolosa son las más adelantadas en este camino.

La Memoria terminaba formulando el siguiente voto, que fué ratificado con grandes aplausos de la reunión: «Trabajemos para establecer la Adoración nocturna, como complemento de la Adoración perpetua en las ciudades y en las parroquias rurales.»

No podemos pasar en silencio las reuniones sacerdotales exclusivamente reservadas a los eclesiásticos, y en las que, bajo la presidencia del R. P. Delaporte, los Sacerdotes que a ellas asistieron se ocuparon principalmente en la santificación del Clero y de las Asociaciones especialmente formadas con este fin.

Antes de dejar a Tolosa, firmaron los congregados dos actas destinadas al Soberano Pontífice: una pidiendo la canonización de la bienaventurada Margarita María, acta que llevaba al frente de los nombres el del venerado Cardenal Desprez, y un mensaje en que se mostraban sentimientos cuya delicadeza y elevación impiden todo análisis, expuestos además en un lenguaje tan noble como conmovedor. La importancia de la primera de estas actas no pasará inadvertida a ninguno de vosotros, queridos consocios: nuestra Obra toca muy de cerca al Sagrado Corazón de Jesús, y no podemos permanecer extraños al nuevo y grande honor que se pide para la Virgen de Paray. Uniremos nuestras súplicas a los ruegos de los congregados de Tolosa y pediremos a Dios que se digne oírlos.

Terminados los piadosos deberes en la antigua ciudad, era preciso ir a adorar el triunfo de Jesús y de María en Lourdes. «En ese suelo francés y católico, inaccesible a la avalancha revolucionaria,» como dijo M. de Belcastel en su magnífico lenguaje, «donde la oración del cristiano sube libremente al cielo, donde ningún decreto humano detiene la marcha de la Hostia divina bajo los rayos del sol de Dios.» Por millares respondieron las almas el día 25 de Junio al llamamiento de la divina Eucaristía. Los trenes se sucedían con breve intervalo, y desde el alba, coches, carros y vehículos de todas clases habían trasladado la multitud de peregrinos que acudían para tomar parte en la ovación triunfal de Jesús-Hostia, aclamar su reino y vengar sus injurias por medio de una brillante reparación, en unión con su Madre inmaculada. El cielo se puso el manto de fiesta: nunca se había conocido en las cumbres de los Pirineos día más sereno. En este territorio de María, tan acostumbrado a las expansiones de la piedad, los misioneros de Lourdes se excedieron en su obsequioso recibimiento: por todas partes se veían arcos de triunfo, guirnaldas, flores, estandartes y gallardetes.

A las nueve y tres cuartos todas las campanas se echaron a vuelo, y la reunión de Prelados se puso en movimiento hacia la gruta. Componiase de Su Emma, el Cardenal Desprez, Arzobispo de Tolosa; de Su Emma, el Cardenal Neto, Patriarca de Lisboa; de Mons. Cavriani, Obispo de Adana, en Italia; de Mons. Billières, Obispo de Tarbes; de Mons.

señor Lamothe Tenet, Rector del Instituto católico de Tolosa, y de Mons. da Silva Serrano, Protonotario apostólico portugués. Celebró la santa Misa el Cardenal Neto, en un altar levantado al aire libre, en presencia de una inmensa multitud de más de 25.000 personas, que cubría el valle y las riberas laterales del Gave, hasta una distancia a que apenas alcanzaba la vista. Después del Evangelio, el Sr. Obispo de Tarbes tomó la palabra, y en un admirable discurso, que daba a conocer la emoción de que se hallaba poseído, puso de manifiesto el incomparable concurso que presta a la causa eucarística la celestial visitadora de Massabielle, y recomendó a los defensores de esta santa causa que permaneciesen siempre unidos ante las miradas de la que ha destruido el poder de Satanás.

Gran número de peregrinos se prepararon con la confesión a esta majestuosa manifestación de fe. Sólo Dios y sus ángeles saben cuántos hombres hubo en aquel día, entre aquellas masas de fieles, que volvieron al camino de la Sagrada Mesa, por mucho tiempo olvidado. En esta tierra, tan fértil en milagros de la gracia, el triunfo de Jesús no podía menos de ser completo. La bendición solemne, dada por Su Emma, el Cardenal de Lisboa, terminó esta primera parte del día.

A las dos y media las campanas de la Basílica resonaron de nuevo para anunciar la procesión del Santísimo Sacramento. Cada diputación se colocó al lado de su estandarte, ocupando el puesto que en el programa se le había asignado. El orden más perfecto reinó en el imponente desfile, que se puso en marcha hacia el Calvario bretón, donde había de hacerse la primera estación. Iba delante la cruz, después los niños de coro, las hijas de María, las religiosas y varias Congregaciones de doncellas y mujeres; venían después, en masas compactas, los hombres, de siete en siete, en actitud grave y recogida, y divididos en distintos grupos, llevando cada uno su estandarte.

Entre estos estandartes llamaba la atención uno, en que se leía *San Benito José Labre*: era el estandarte de la pobreza. En derredor suyo iban 52 pobres de Tolosa, a quienes había enviado como en representación, ante el Dios del pesebre de Nazareth, la Junta organizadora del Congreso. Estos 52 amigos de Jesús habían comulgado juntos por la mañana, y su presencia en aquel punto era un homenaje importante para el que quiso ser llamado el *Padre de los pobres*, *Pater pauperum*. Iban en pos de ellos los socios de San Vicente de Paúl, los de los Círculos católicos de obreros, los asociados de la Adoración nocturna, y en fin, esos millares de hombres que habían acudido allí de todos los puntos de la región pirenaica, para tomar parte en aquella manifestación de fe y de amor al Dios del tabernáculo.

Muy luego se hizo aún más imponente el espectáculo. Los ungidos del Señor, los Sacerdotes, en número que pasaba de mil, revestidos cerca de la mitad de ellos con capas de coro, venían detrás, y con ellos la santa falange de religiosos de varias Ordenes, en la que se notaba un grupo de 20 Capuchinos, Superiores todos de casas establecidas en la provincia de Tolosa.

Hace un año, cuando el cólera azotaba tan cruelmente a Murcia, en España, habían hecho voto de ofrecer un estandarte en acción de gracias si sus hermanos, que estaban día y noche en medio de los moribundos, se salvaban del contagio. El hermoso estandarte, que señalaba su sitio en la procesión, era la mejor prueba de que sus ruegos habían sido oídos.

Delante del palio, cuyo aspecto era deslumbrador, iban 40 hombres con grandes ramos y con incensarios. Bajo el palio, que se había comprado ex profeso para este acto, iba el Cardenal Patriarca de Lisboa, llevando con amor y compunción a nuestro adorable Salvador. A continuación iba el Cardenal Desprez y otros Prelados, los miembros del Congreso y los delegados de las Cofradías del Santísimo Sacramento, que habían acudido allí de todos los puntos del Mediodía.

Una vez llegados a la Cruz de los Bretones, el Cardenal Neto puso la Custodia sobre el altar; milares de voces entonaron el *Tantum ergo*, y en el momento de la Bendición, sobre las alturas de la montaña, como en los caminos del valle, se doblaron las rodillas y se inclinaron las frentes hasta el polvo. ¡Jesús bendijo a su pueblo!

En este momento un viento huracanado anunció la tempestad: grandes relámpagos atravesaron las nubes y el sordo ruido del trueno se dejó oír; pero era tal la confianza que nadie se intimidó por ello. La procesión volvió a emprender su apacible y lenta marcha, y la segunda estación se verificó en la gruta con la misma solemnidad y calma. No se desencadenó la tempestad hasta que la comitiva entró

en la Basílica para recibir la última bendición, en medio de una emoción indescriptible.

A las ocho de la noche volvió a serenarse el cielo: de repente se iluminaron la gruta, la Basílica, los conventos, las tiendas y los hoteles; se organizó la procesión de las antorchas, y por espacio de dos horas recorrió los caminos de la santa montaña, cantando con repetición: *¡Ave, Ave María!* Imposible es darse cuenta de la impresión que producía tan sublime visión: el entusiasmo rebotaba en todos los corazones, y de este modo terminaba el día 25 de Junio, para que pudiera contarse honrosamente entre los que preparan el reinado social de Nuestro Señor Jesucristo.

Faltaba aún el último acto. A las diez se expuso de nuevo el Santísimo Sacramento. Innumerables peregrinos llenaban la Basílica para la Adoración nocturna, a que el sol del día siguiente puso término, demasiado pronto al parecer de los piadosos adoradores.

Con esto se acabó el Congreso. ¿Cuáles serán sus resultados? Sólo Dios lo sabe; pero desde aquel momento podía ya decirse que por lo que hace a nuestra Obra, fueron en extremo consoladores.

ANDRÉS EL PESCADOR

(Continuación.)

TRAS DE ANDRÉS, asomó la simpática fisonomía de SIMÓN, su hermano, que al reconocer a ZABULÓN, le dijo:

— No parece sino que te hayan disparado de alguna catapulta.

Zabulón lanzó sobre los dos hermanos una mirada preñada de amenazas, y se alejó perdiéndose a poco en la oscuridad.

Andrés y Simón entraron en casa de JULIAS, no sin pronunciar antes el saludo de costumbre.

Bien venidos sedis, hijos míos, les dijo el anciano. Siento el encuentro que acabáis de tener. Roguemos a Jehová que no tengáis otro de peores consecuencias.

— El que tiene la conciencia tranquila no teme los encuentros, padre JULIAS, y aquel que a nadie ofende no teme ser ofendido.

— A nadie ofende el cordero, hijo mío, y es sacrificado por el lobo.

— Verdad es, padre JULIAS, repuso SIMÓN; pero también lo es, que Dios prefiere al cordero y recompensa con grandes creces su sacrificio.

— Muy bien, SIMÓN. Joven eres aún; pero ya tienes los pensamientos y las obras de un anciano.

— Dichoso yo si pudiera imitar las tuyas, buen JULIAS.

— Dichoso eres porque las imitas y excedes. ¿Pero a qué debo el placer de veros esta noche en mi casa, que es la vuestra?

— En dos palabras te pondré al corriente, padre JULIAS, mientras Andrés y Betsabé, se cuentan sus cosas.

— Algo grave tendréis que decirme, cuando usas de tales preámbulos. Pero viniendo de parte tuya no podrán menos de causar regocijo en el corazón de este anciano.

— Gracias, JULIAS, por el buen concepto que te merezco. Buena es mi intención, aunque no acierte.

— Ya te escuchó.

Andrés y Betsabé se retiraron a algunos pasos de distancia, a la vista de JULIAS y SIMÓN, y entablado un diálogo, que versó, como no podía menos, sobre la visita de ZABULÓN a la joven.

Mientras tanto, SIMÓN le decía al anciano:

— Grave es, en efecto, lo que tengo que comunicarte, y voy a hacerlo sin demora.

Esta tarde, y mientras estabas entretenido en componer tus redes, ha mediado una ligera disputa entre mi hermano Andrés y ZABULÓN, y el motivo de la disputa ha sido tu hija.

— Supongo que mi hija habrá sido causa inocente...

— ¿Quién lo duda? Tu hija es tan hermosa como discreta y virtuosa, y puede presentarse como modelo a las doncellas de nuestra tribu.

— Betsabé es el orgullo de mis canas.

— Y con razón, anciano. Betsabé es un tesoro, y por lo mismo no debe dejarse expuesto a la codicia de los ladrones. Quiero decir, que para evitar que la disputa de esta tarde se reproduzca, y para que desaparezca todo motivo de disgusto, vengo a preguntarte si estás dispuesto a entregarla por esposa a mi hermano Andrés, en cumplimiento de compromisos anteriores.

— Ya sabes, SIMÓN, que mi compromiso fue condicional, y esa condición era la de no contrariar

la voluntad de Betsabé. Hoy repito lo mismo, porque el anciano JULIAS no tiene más que una palabra.

Si Betsabé no pone dificultad, por mi parte no tengo inconveniente.

— Prudente eres en eso, como en todo, anciano. Consulta, pues, la voluntad de tu hija, y si la encuentras propicia, os ruego que señaléis un brevísimo plazo para celebrar los desposorios.

— Así lo haré.

— Que no sea motivo de demora entre nosotros lo que suele serlo entre los que atienden más a los intereses materiales que a los morales. Nosotros somos pobres, y la honradez santifica nuestra pobreza. Digo esto, porque Betsabé, pobre y sin dote, vale más que la más rica doncella.

— Te comprendo, y estimo en cuanto vale lo que me dices, porque eres tú quien lo dice, y no otro, a quien contestaría de distinta manera, y para demostrártelo, tú mismo vas a oír lo que le digo a mi hija.

— No, anciano; esa conversación no debemos oírla nosotros.

— Agravio me harías, si no me complacieras.

— Sea como fuere de tu agrado; no quiero disgustarte.

— Betsabé, hija mía, dijo el anciano levantando la voz. Oye lo que tu padre quiere decirte.

Betsabé suspendió la animada conversación que sostenía con Andrés, y se acercó a su padre.

— ¿Qué quiere mi buen padre de su hija Betsabé?

— Quiero decirte que SIMÓN, el hermano mayor de Andrés, tu prometido, por razón que yo conozco y respeto, me ha propuesto que fijemos un plazo brevísimo para vuestros desposorios. Yo he contestado que por mi parte no había inconveniente, siempre que fuera de tu agrado. ¿Tienes algo que oponer a la demanda de SIMÓN?

— Lo único que yo podría oponer sería vuestro desagrado; no existiendo este, dispuesta estoy a cumplir lo que ordene mi padre.

— Está bien. Tu demanda ha sido bien acogida, SIMÓN; mañana fijaremos ambos, de común acuerdo, el día que nos parezca conveniente.

— Pues mañana a esta misma hora volveré a tu casa.

— En ella me encontrarás, si Jehová no dispone de su humilde siervo.

— Y ahora, danos permiso para retirarnos.

— Que Dios sea con vosotros.

SIMÓN y ANDRÉS se retiraron, acompañados por Betsabé hasta la puerta, y una vez en la calle, tomaron la dirección de su casa.

Cuando se hubieron perdido, envueltos entre las sombras de la noche, y Betsabé cerró la puerta, un hombre que había permanecido agazapado en el hueco de una puerta vecina, se irguió de repente, tendió el puño en ademán amenazador, en la dirección que llevaban los dos hermanos, y se internó en una calleja inmediata.

Aquel hombre había oído toda la conversación sostenida en el interior de la casa. Era ZABULÓN.

A la mañana siguiente, cuando los pescadores acabaron de sacar sus barquillas a la playa, después que hubieron vendido la pesca, ZABULÓN se acercó a Andrés y le dijo:

— Anoche estuvisteis tú y tu hermano SIMÓN en casa de JULIAS.

— Es cierto.

— Conozco el motivo de vuestra visita, porque oí toda vuestra conversación.

— Todo lo que nosotros hablamos lo puede oír cualquiera, porque sólo se recatan de ser vistos u oídos los que hablan u obran mal; pero tú, al poner oído donde no te interesaba, faltaste a tu deber.

— Es la segunda vez que me echas en cara lo que supones faltas en mí, y yo te prometo que no llegará la tercera.

— Me alegraré mucho.

— Oye lo que tengo que decirte.

— Oigo, si eres breve.

— Muy breve: si te desposas con Betsabé, morirás a mis manos. Ya estás advertido.

— Advertencia inútil y que no pienso tomar en cuenta.

— Ya estás advertido. Hasta la vista. Y se fue, sin oír las últimas palabras de Andrés que le decía:

— Dios te ilumine, ZABULÓN. Andrés ya no volvió a pensar en aquel desgraciado, por quien sentía la mayor compasión, ya que en su alma no había el odio ni el rencor.

Aquella noche, en cumplimiento de lo tratado, se avistaron SIMÓN y JULIAS, conviniendo ambos en que de allí a cuatro días, se celebrarían los desposorios de Andrés y Betsabé, y hasta en la ofrenda que cada cual debía llevar al templo.

Llegado el día convenido, Andrés fue el esposo de Betsabé, con gran contentamiento de JULIAS y de

Simón y de todas las familias de los pescadores que asistieron a la fiesta.

Aquel día no se vio a Zabulón por Bethsaida.

CAPÍTULO PRIMERO.

LOS 500 TALENTOS.

Había transcurrido un mes desde que tuvieron lugar los acontecimientos que hemos procurado relatar en el prólogo, y nada había cambiado en la casa de Julias. Andrés y Betsabé eran tan felices cuanto había serlo en su pobreza. Practicaban la ley de Moisés; trabajaban para ganarse el necesario susten-

to, cuidaban de su buen padre procurando hacerle todo lo más llevadero posible el peso de su ancianidad, y se querían y respetaban mutuamente como dos buenos esposos. Por su parte el viejo Julias había encontrado en Andrés un hijo sumiso y obediente, un varón justo y honrado, el báculo de su vejez como lo solía llamar, lleno de santo orgullo.

Julias ya no salía a la mar. Andrés era el que le había reemplazado en aquellos duros y peligrosos trabajos, y el anciano sólo se limitaba a ir a esperarle a la playa a la hora de su regreso.

Simón, el hermano de Andrés, no cabía en sí de gozo, al contemplar la paz y tranquilidad que disfrutaba aquel hermano querido, por quien hubiera

hecho los mayores sacrificios, y solía pasar en casa de Julias el tiempo que le dejaba libre su trabajo.

Era la hora de vísperas; Julias y Simón estaban hablando del resultado de la pesca del día anterior; Andrés y Betsabé, ocupados en poner el cebo a los palangres, que debían servir aquella misma noche, terciaban de vez en cuando en la conversación.

De pronto dijo Simón:

— Se me olvidaba daros una noticia.

— ¿Y qué noticia es esa? preguntó Julias.

— Debeis recordar que Zabulón, nuestro vecino, unos dos o tres días antes de vuestros desposorios, dijo dirigiéndose a Andrés y a Betsabé, desapareció de Bethsaida, sin que se supiera su paradero.



EL NIDO.

— Así se dijo, en efecto, repuso Andrés.

— Lo cierto es que desde aquella fecha no se le ha vuelto a ver en Bethsaida, añadió Julias.

— Pues hoy me han asegurado que se ha ido de Bethsaida para no volver, puesto que ha fijado su domicilio en Hippos.

— Hippos dista de Bethsaida 125 estadios, dijo Julias. Muchas veces tendí las redes por aquellas playas, en vida de mi buen padre; pero hace mucho tiempo que no he ido por allá. Me alegraré que encuentre la felicidad en su nuevo domicilio.

— Y yo, y yo, dijeron casi simultáneamente Andrés y Betsabé.

Después guardaron un momento de silencio, y a los pocos segundos continuaron su conversación, sin acordarse de Zabulón. Pero ya que se le ha nombrado, justo será que demos noticia de este personaje.

Ya recordarán nuestros lectores la terrible amenaza que dirigió a Andrés, en vísperas de sus desposorios; amenaza que Andrés había oído, si no con desprecio porque no era capaz de despreciar a ningún semejante suyo, con verdadera compasión.

Los desposorios se celebraron, y la rabia de Za-

bulón no reconoció límites, al considerarse humillado por ambos esposos. Juró vengarse; pero aconsejado por un espíritu frío y calculador, quiso asegurar su venganza, asegurando al propio tiempo la impunidad.

Todos sabían en Bethsaida que había sido rechazado por Betsabé, postergándole a Andrés; todos sabían la disputa sostenida con aquél en la playa, porque el hecho había sido público; y de sucederle a Andrés algún accidente, era indudable que la opinión pública le designaría a él como autor, toda vez que no se le conocía a Andrés, entre todos los habitantes de Bethsaida, ningún enemigo capaz de cometer con él una villanía.

Propúsose, pues, adoptar un plan, que le diera por resultado la satisfacción de su venganza y la más completa impunidad.

Después de meditarlo mucho, resolvió por fin ausentarse de la población, trasladando a otro punto su domicilio; eligió la ciudad de Hippos, por ser de las situadas a mayor distancia de Bethsaida, sin salirse de la ribera del mar.

Inmediatamente puso su plan en ejecución, des-

pidiéndose de sus compañeros, ante los cuales procuró justificar tamaña resolución.

Instalado en Hippos, en una pobre cabaña apartada de la ciudad, y próxima a la playa, figuró como que se dedicaba a la pesca, y todas las tardes, a la hora de nona, botaba al mar su barquilla, y unas veces al remo y otras a la vela, según la fuerza del viento, se dirigía a las cercanías de Bethsaida, donde varaba la barquilla, y se internaba en la ciudad, ya de noche, con el traje propio de los labradores. Una vez en el barrio de los pescadores, se ponía en acecho en la casa de Julias, esperando la ocasión oportuna de lanzarse contra Andrés, y conseguido su intento, volver a coger su barca y regresar a Hippos, a la hora de costumbre.

Ya llevaba un mes haciendo lo mismo, y la ocasión no se presentaba; pero no por eso desistía de su infame propósito, emprendiendo diariamente el mismo viaje, con una constancia infernal.

La noche en que damos principio al presente capítulo, como las anteriores, Zabulón permanecía agazapado en el hueco de una puerta inmediata, acechando la casa de Julias.



LA RELIGIÓN.

(Estatua de D. J. Reynolds.)

En aquella actitud le sorprendió la llegada de un lictor que se paró a la puerta de Julias y llamó a ellas con un haz de varas.

— ¿Quién llama? preguntó al punto Julias desde adentro.

— De orden del Pretor de la ciudad, abrid al instante.

La puerta se abrió inmediatamente, el lictor entró y la puerta volvió a cerrarse.

Zabulón dió un salto, como si fuera un gato montés, atravesó el arroyo de la calle y aplicó el oído a la puerta. Como ya saben nuestros lectores, en la

casa se encontraban a la sazón Julias, Simón, Andrés y Betsabé.

— ¿A quién buscáis en casa de Julias? preguntó éste al lictor.

— Busco a Julias, hijo de Jonatás, pescador de profesión.

— Yo soy Julias, hijo de Jonatás, repuso el anciano. ¿Qué me queréis?

— Orden tengo del Pretor para conducirte inmediatamente a su presencia.

Ante semejante orden, todos se quedaron asombrados. ¿En qué podía haber faltado aquel anciano,

modelo de virtud y honradez? Sin embargo, era tal la autoridad del Pretor y tal también el servilismo de los judíos, sujetos a la dominación romana, que nadie de los presentes se atrevió a decir palabra, que pudiera considerarse como protesta a semejante orden.

No obstante, Simón, el hermano de Andrés, se atrevió a preguntar:

— ¿Y para qué quiere el Pretor al anciano Julias? ¿qué falta ha podido cometer?

— Cosa es que no me incumbe averiguarlo. Hámme dado la orden que acabo de comunicar, y la he

cumplido. Si Julias no se encuentra dispuesto a obedecer, pondré en conocimiento del magistrado su resistencia, y también habré cumplido.

— No se trata de resistir, sino de obedecer al punto la orden, repuso Julias. La pregunta de mi amigo Simón no significa más que el interés que siento por mí; por lo tanto, espero que la tendréis como no hecha. Héme dispuesto a seguirte.

— Vamos, pues, dijo el lictor.

— ¡Padre mío! exclamó Betsabé. ¿Qué significa esto?

— Hija mía, tranquila tengo mi conciencia, y nada temo.

— Sin embargo, no iréis solo, dijo Andrés; y se disponía a acompañar al anciano.

— Quedaos, vosotros, que yo seré el que vaya, interrumpió Simón.

— No, sino yo.

— ¡Muchachos! ¿A qué es eso? dijo Julias. No quiero que nadie venga conmigo. A mí es a quien buscan, y solo yo debo ir. Quedaos, pues, y hasta luego.

El lictor salió delante, seguido de Julias; pero antes de salir, ya se había retirado Zabulón de la puerta, situándose de nuevo en el hueco que le servía de observatorio.

— ¿Dejáis marchar solo a mi padre? exclamó Betsabé.

— De ningún modo, repuso Andrés.

— Tal es mi intención y os lo iba a comunicar, añadió Simón. Supongo que ninguno de vosotros querrá quedarse, y como a mí me pasa lo mismo, he pensado que podemos acompañarle los tres, siguiéndole a corta distancia.

— Si, si, vamos.

— Vamos. Y los tres salieron cerrando la puerta de casa y siguiendo a Julias, y al lictor.

Zabulón abandonó su escondrijo, y como le era en extremo conocida la ciudad, se metió por una calleja inmediata, por donde podía adelantar a los que le precedían.

En esta forma llegaron a la casa donde habitaba el Pretor. Julias fué introducido inmediatamente a su presencia; y Simón, Andrés y Betsabé, se quedaron a la puerta.

La audiencia de Julias no fué muy larga; apenas haría diez minutos que había entrado, le vieron salir de nuevo.

— ¿Qué quería el Pretor? Fué la pregunta que los tres a un tiempo le dirigieron.

— Nos hemos alarmado sin fundamento. Vamos a casa y os lo explicaré.

Todos se encaminaron de nuevo a casa de Julias.

Zabulón oyó las palabras del anciano, y empleando los mismos medios de que se había valido anteriormente, se adelantó por otras calles, colocándose en el sitio de costumbre, donde podía observar sin ser visto.

Julias, Simón y los dos esposos, llegaron a los pocos momentos y entraron en su casa.

— Tengo impaciencia por saber lo que os ha dicho el Pretor, exclamó Simón.

— Pues vais a saberlo.

Todos rodearon al anciano.

— ¡Inútil nos parece decir que Zabulón, apenas se cerró la puerta tras de Simón, que fué el último que entró en la casa, corrió a la puerta y se puso a escuchar.

— Yo no sé si tenéis noticia que hace ya algunos años deposité, en varias ocasiones, la cantidad de quinientos talentos de plata en poder de un mercader de Cafarnaum llamado Zacarías, hijo de Cleofás. Creíalos muy seguros, dada la honradez y fama de hombre justo que gozaba Zacarías, así que no le exigí documento ninguno que acreditara la entrega de los quinientos talentos, ni él me lo dio. Mientras no tuve necesidad de aquel depósito, no pensé en pedir su devolución; pero cuando me hizo falta y me presenté a reclamarlo, me fué negado. Como no poseía resguardo de ningún género, no pude hacer valer mi derecho, y me quedé sin los ahorros que tanto nos habían costado reunir a mi pobre esposa y a mí y los di por perdidos. Pues bien: el Pretor me ha mandado llamar para decirme que Zacarías, el hijo de Cleofás, ha muerto confesando la deuda contraída conmigo, y también para notificarme que es preciso me presente mañana en Cafarnaum a la hora de tertia a recibir los quinientos talentos, porque si pasa un punto de esa hora, caerán, en poder del fisco, toda vez que se me ha buscado inútilmente hasta la fecha. Mañana expira el plazo concedido por la ley; mañana debo estar en Cafarnaum, o renunciar a los quinientos talentos.

— Gracias sean dadas a Dios, exclamó Betsabé apenas terminada la relación de su padre. ¡Qué gran peso se me ha quitado del corazón!

— ¿Y qué pensáis hacer? preguntó Simón.

— Marchar a Cafarnaum inmediatamente, si he de llegar a la hora de tertia.

— Eso no podemos consentirlo nosotros, dijo Andrés, en cuya actitud se comprendía el gran interés que le inspiraba el anciano. Piérdanse en hora buena los quinientos talentos, si a tanta costa han de recobrarse; pero no es posible que os pongáis en camino, a tales horas y con tal premura.

— Gracias te doy, hijo mío, repuso el anciano, por el interés que te inspira tu anciano padre, y por el desinterés que tus palabras revelan; pero aunque fuera para mí un penoso sacrificio realizar este viaje, lo realizaría. Tal vez sea el último que pueda hacer de hoy en más por mis hijos, recogiendo para ellos el producto de mis ahorros, y no dejaré de hacerlo. Voy a partir al momento.

— Todo se puede arreglar, dijo Simón, que había permanecido silencioso, contemplando aquella nobilísima lucha de sentimientos entre el padre y los hijos.

— ¿Cómo? Habla, Simón; exclamó Andrés. ¿Conoces algún medio para que nuestro padre no tenga precisión de ponerse en camino?

— Muy sencillo; yendo tú mismo en representación de su persona. Con sólo pedirle al Pretor un papiro en que conste la imposibilidad del anciano, y que ha nombrado a su hijo Andrés, representante suyo para recoger los quinientos talentos, estamos fuera del paso. El Pretor lo concederá al punto, y mañana a la hora de tertia, estará en Cafarnaum Andrés, en representación de Julias.

— Bendito seas, hermano. Siempre he reconocido en tí la prudencia y el saber. Vamos a casa del Pretor.

— ¿Pero a qué ese temor por mí, ni qué necesidad hay de molestar al Pretor? Os alarmáis sin fundamento; yo estoy fuerte todavía, y puedo emprender el camino sin cuidado.

— Padre, exclamó Betsabé, acercándose al anciano; si atendiera sólo a los impulsos de mi corazón, ni uno ni otro saldría de Bethsaida, aunque se perdieran los mayores tesoros; pero Dios nos manda recoger lo que es nuestro y no exponerlo a perderse por descuido o pereza, y cumpliendo con la ley no me opongo a ese viaje; pero prefiero que sea Andrés el que vaya, como muy bien ha dicho mi hermano Simón. Andrés es joven y fuerte, y puede desempeñar esa comisión sin peligro. Yo os ruego, padre mío, que accedáis a nuestras súplicas.

— Muy inútil debéis suponerme, dijo Julias, cuando con tal insistencia os oponéis. Sea, pues. Que vaya Andrés en representación de Julias. Vamos a casa del Pretor, antes que sea más tarde.

No esperaban otra cosa los jóvenes, de suerte que apenas arrancado el consentimiento del anciano, se pusieron en marcha hacia la casa del Pretor.

Ninguna dificultad opuso el magistrado a la sustitución que deseaba, y entregó a Andrés, hijo de Jonás y esposo de Betsabé, la hija de Julias, el papiro que le acreditaba como representante de su padre.

(Se continuará.)

A MI INVOLVIDABLE Y VIRTUOSO AMIGO

DON JOSÉ TORA

(Q. E. P. D.)

En honrosa pobreza sonreía
Por el Divino Amor su alma abrasada:
Tuvo la gloria mundanal en nada,
Sin conocer envidia ni falsía.

No aletargó su fe la duda fría,
Y sin espanto vió la muerte airada,
Que al abrirle del justo la morada,
Trocó las sombras por eterno día.

Aunque tu ausencia lloro, tierno amigo,
De tu dulce amistad la mía avara,
No he de mostrarme engañador contigo:

Por tí sabré rezar al pie del ara,
Que olvidarte no sé, Dios me es testigo:
Pero a vida mortal no te tornara.

EL MARQUÉS DE HEREDIA.

LOS HERMANOS HOSPITALARIOS

EN EL MANICOMIO PROVINCIAL DE VALENCIA.



Los infelices dementes albergados en el manicomio provincial están de enhorabuena. Desde ayer no están servidos ya por manos mercenarias: la caridad cristiana, la mejor consoladora de las desdichas humanas, se ha encargado de ellos.

Aunque no haga ninguna otra mejora el digno y celoso director del Hospital, nuestro querido amigo el Sr. D. Balbino Andren, basta ésta para que su nombre sea bendecido; él es quien ha tenido la excelente idea, realizada ayer, de encargar el cuidado material de los dementes de dicho establecimiento a los hermanos hospitalarios de San Juan de Dios.

Esta orden religiosa nació en España en la primera mitad del siglo xvii. Su santo fundador fué un héroe insigne de la caridad. Dedicó toda su vida, toda su actividad, todo su espíritu al servicio de los pobres enfermos, y fundó en Granada el hospital mejor y más célebre que había en Europa. ¡Tristes vicisitudes de los tiempos! Esa institución benéfica, tan admirada y tan admirable, había desaparecido en España en nuestros tiempos. Extendida por Italia, donde tiene en Roma su Rmo. P. General; por Francia, por Inglaterra, por Alemania y otras naciones, era una vergüenza que careciese de ella el país que fué su cuna. Veinte años ha, el General de la Orden envió a España, para intentar su restablecimiento, un religioso tan activo como inteligente, Fr. Benito Meni, de Milán, que ha cumplido perfectamente su delicado encargo. Los diez primeros años fueron de trabajos preparatorios, necesarios para vencer dificultades; después ha germinado la semilla y está dando ya excelentes frutos.

Los hospitalarios españoles forman una provincia, cuyo jefe o provincial es el P. Meni, y comprende unos ciento sesenta religiosos. La misión de éstos es el servicio de los enfermos, ancianos, huérfanos, de toda clase de desvalidos, y sus establecimientos son de distinta índole, pero destinados todos a ese benéfico fin. Los Hermanos hacen votos perpetuos: entre ellos, los legos son en número mucho mayor que los clérigos en esta comunidad. Su casa matriz (en España) está en Ciempozuelos, donde tienen un manicomio para hombres: en él son albergados y asistidos trescientos locos. Además, bajo el patrocinio de la comunidad, hay una Asociación de señoras, consagrada al Corazón de Jesús, que ha establecido un manicomio para mujeres, y tiene ya unas ciento cincuenta dementes. En Ciempozuelos está también el noviciado y la residencia del P. Provincial. En Barcelona tienen un excelente y utilísimo hospicio para niños raquíticos y escrofulosos, situado en Corts (Sarriá), donde hay recogidos hoy día ciento treinta infelices muchachos que reciben educación cristiana y aprenden un oficio, convirtiéndose en seres útiles para la sociedad. En Sevilla han conseguido que se les confíe de nuevo el famoso hospital de San Juan de Dios, que era de su orden: han establecido en él un hospicio para ancianos, y cuenta ya, ahora que está en sus comienzos, sesenta asilados, número que muy pronto aumentará. En Málaga, un Asilo de Huérfanos, con ciento veinte acogidos, y escuelas a las que concurren, como alumnos externos, más de seiscientos niños. En Granada, un hospital de niños, con una sección para sacerdotes pobres.

Esto en España; en otros países, donde la institución no ha sido interrumpida, es mayor su desarrollo. En Francia tienen magníficos establecimientos: su manicomio de Lyon alberga un millar de locos; en París, está acreditadísima su *Maison de Santé*. Y tanto bien hacen estos religiosos, sin mezclarse nunca en cuestiones políticas, que al decretarse recientemente en Francia la expulsión de las comunidades religiosas, estos Hermanos de los enfermos y de los pobres fueron los únicos respetados por el radicalismo revolucionario.

La experiencia de los buenos efectos que ha producido en el manicomio de Ciempozuelos el trato afectuoso y la práctica de estos Hermanos, inspiró al Sr. Andren la idea de traerlos a Valencia. Tropezó con una grave dificultad: los hospitalarios actúan solamente en establecimientos fundados por ellos y que les pertenecen; no en establecimientos públicos como el Hospital provincial de Valencia. Necesitó que el Sr. Cardenal Monescillo, muy interesado a favor de esta mejora, se dirigiese al general de la Orden y obtuviese de él que vengan los hospitalarios a encargarse del servicio del manicomio valenciano en la parte destinada a los hombres, quedando la sección de mujeres a cargo de las Hermanas de la Caridad. Para ello se ha establecido completa incomunicación, que antes no existía, entre ambas secciones.

Vencidas todas las dificultades y aprobada la sustitución de enfermeros por la Diputación provincial, ayer, en el tren mixto de Madrid, llegaron los diez Hermanos destinados al manicomio, siendo recibidos en la estación por el P. Meni y el Secretario, que habían llegado el día anterior, y por los señores Andren, Martín y Marín, director, administrador y secretario del Hospital. Dirigiéronse en seguida a la capilla de Ntra. Sra. de los Desamparados; dijo misa en el camarín el P. Provincial, que oyeron to-

dos los Hermanos, y cantaron después la Salve; trasladándose acto continuo al manicomio aquellos señores para la toma de posesión, á la que asistieron el Presidente de la Diputación, Sr. Sapiña; el Secretario, Sr. Castells, y algunas pocas personas más.

El Sr. Sapiña manifestó á los nuevos enfermeros cuánto espera de ellos la Diputación, y para contestar con actos pusieron en seguida manos á la obra, encargándose de repartir la comida dispuesta para sus trescientos pupilos y que ayer fué extraordinaria y adicionada con pastelillos, vino y cigarros. Los dementes recibieron muy bien á los religiosos, que demostraron prácticamente lo habituados que están á tratar á estos desgraciados y el respeto que saben infundirles.

Ya hemos dicho que son diez los destinados al manicomio. Todos ellos son legos. Visten túnica y escapulario negro y sombrero redondo, negro también. Su superior es el Hermano Estrach, catalán, uno de los más inteligentes del manicomio de Ciempozuelos. Para su alojamiento se ha dispuesto un pabellón, sencillamente amueblado y provisto de un modestísimo oratorio. Han cesado, con este motivo, once ayudantes; como este personal, contra lo que ha sucedido otras veces, era ahora bueno, el Presidente de la Diputación le ha ofrecido atenderlo para otras colocaciones análogas.

Nos falta decir que, antes de venir estos Hermanos, la comunidad de San Juan de Dios había comenzado ya su obra Santa en Valencia. Dos religiosos que vinieron anteriormente han ido recogiendo un huérfano hoy, otro mañana, y tienen ya reunidos diez y seis en una casa de la plaza de Cisneros (antes de San Gil). Esos muchachos asistieron ayer á la misa en el camarín de la Virgen, cantaron algunas oraciones y demostraron con su recogimiento la buena educación que reciben. Pocos habrían advertido en Valencia esta obra de caridad emprendida por los Hermanos hospitalarios. ¡Dios la bendiga y también el beneficio que van á prestar á los infelices desjuiciados! Servicios son estos que han de hacerse, no por un salario insuficiente é inadecuado siempre, sino por amor á Dios y al prójimo.

(De Las Provincias.)

UN DOCUMENTO INAPRECIABLE

En los momentos actuales en que algunos individuos mal aconsejados pretenden subordinar los eternos intereses de la Religión á los muy mezquinos de las banderías políticas, merece seguramente leerse y meditar la Circular del Emmo. Sr. Arzobispo de Santiago que reproducimos del *Boletín* del Arzobispado, y se halla concebida en los términos siguientes:

«Con el mayor disgusto hemos sabido, y aun por experiencia hemos probado, que algunos Párrocos y otros eclesiásticos de nuestra Archidiócesis, olvidando la máxima del Apóstol: *Nadie que milita para Dios, se implica en negocios seculares*, vienen mezclándose en cuestiones de política, y que unas veces abiertamente y otras con disimulo, que por desgracia no pasa inadvertido, se constituyen en agentes de determinados candidatos en elecciones para Cortes, ó provinciales, ó municipales. No les haremos la injusticia de creer que se proponen algún fin torcido, ó que proceden con intención menos recta; pero, aparte de los perjuicios personales, que con tal conducta suelen acarrear, efecto de los cambios y vicisitudes que ocurren en la política, no pueden menos de afectarnos sobremanera los daños que, sin quererlo, ocasionan á la Iglesia, y más que todo las dificultades que se crean en el ejercicio del ministerio parroquial y sacerdotal.

«Imposible será lo ejerzan con desembarazo y satisfactorio resultado respecto á los que, en cuestiones de política ó de administración local, sean sus adversarios. Su palabra habrá de ser para éstos voz perdida en el desierto, porque verán sus enseñanzas en desacuerdo con sus propios actos, y sobre todo, si por acaso, aunque con falta de lógica, pues no suelen tener mucha las gentes sin instrucción, han creído poder imputarles tales ó cuales daños irrogados á su bienestar personal ó al de sus propias familias. Y es lo cierto que aun respecto á aquellos de sus feligreses, que en las cuestiones indicadas les sean adictos ó se mantengan neutrales, tampoco podrán tales Párrocos, conservar el necesario prestigio, ya que en ellos han visto solamente hombres como los demás, pegados á la tierra, y enredados en intereses y bagatelas mundanales.

«No es esta nuestra misión, amados consacerdotes. El que ejerce el sublime ministerio de santificar y salvar almas ha de preocuparse sólo de esto,

hacerse todo para todos, y alzarse muy por encima de esas ruinas y miserables coptiendas, que traen perturbados á los pueblos. No es en ese linaje de campañas, que mucho desdican de nuestro estado y condición, donde hemos de granjearnos gloria verdadera y enaltecer el honor de nuestro ministerio, sino en el estudio, en la oración, y en el cumplimiento asiduo de nuestros deberes sagrados. Y si es que por ventura os disgustase la marcha y dirección de la cosa pública—que no por ser clérigos ha de estar cohibida en nosotros la libertad de pensar—y os pareciese estar obligados á contribuir por medios legítimos al triunfo de vuestros respectivos ideales, no debéis olvidar cuán ventajosamente podríais obtenerlo sin salir de vuestro retiro, empleando las que el Apóstol llama *armas espirituales poderosísimas en Dios*, grandemente recomendadas por uno de nuestros Concilios de Toledo, mediante aquella sentencia digna de ser grabada en nuestro ánimo: *arma clerici lacrymae sunt et orationes*.

«Esas son las únicas que sientan bien al Sacerdote, y que sin obstáculo alguno puede esgrimir; harto mejores y de más feliz resultado que las de la polémica periodística, en que se sobreexcita el amor propio y se traspasan los límites de la caridad, y preferibles también sobre todo á las innobles y reprobadas, con que en el palenque, todavía más profano, de la agitación política, luchan á brazo partido la ambición y demás pasiones turbulentas.

«¡Lágrimas y Oraciones! ¡oraciones y lágrimas! Empleémoslas sin medida, que nadie nos la prescribe, á efecto de mejorar y de salvar al mundo. Esperemos obtener por ellas, más que por medios humanos, el oportuno remedio á los males inmensos que aquejan á la Iglesia y á la sociedad civil; y puesto que del todo no los viésemos conjurados, ya que este mundo no ha de ser un paraíso, logremos, cuando menos, que no se agraven, y que el Señor, al descargar sobre nosotros las calamidades públicas y privadas que merecemos con sobrada justicia, mitigue benignamente su rigor, acordándose de su misericordia.

Santiago 5 de Abril de 1887.—*El Arzobispo.*»

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. SERAFÍN MARTÍNEZ DEL RINCÓN Y TRIVES, natural de Palencia. Es autor de un lienzo ejecutado en 1864 para optar á una pensión á Roma y que representa *La resurrección de la hija de Jairo*. En 1878 expuso en Madrid *Un exorcismo*, cuadro que remitió el mismo año á la Universal de París.

D. JOAQUÍN MARTÍNEZ DE LA VEGA. Nació en Almería en 23 de Junio de 1846, y á la edad de 15 años, fué pensionado por la Diputación provincial de Córdoba para estudiar el arte pictórico. La obra religiosa debida á su pincel que podemos citar es *La Anunciación de Nuestra Señora*.

D. FRANCISCO MARTÍNEZ Y YAGO, nació en Paiporta, provincia de Valencia, en 2 de Noviembre de 1814 y estudió los principios de su arte bajo la dirección de D. Francisco Grau y de la Academia de San Carlos, donde obtuvo numerosos premios. En distintas épocas nombróle dicha corporación Académico supernumerario por la pintura y posteriormente por la historia. En 1848 fué nombrado conserje de la citada Academia. Es autor el Sr. Martínez Yago del *San Bruno* (de tamaño natural), cuadro existente en la iglesia de la Compañía; y *Una Asunción*, para el altar mayor de la iglesia parroquial de Torrente. Ha restaurado hábilmente cincuenta y cuatro cuadros de la catedral de Valencia, catorce de la parroquia de San Andrés, y las magníficas pinturas sobre talla, originales de Juan de Juanes, que existen en la de San Nicolás.

D. FRANCISCO MASRIERA, natural de Barcelona. En la Exposición Nacional de 1881 presentó *La Magdalena arrebatada* (según la antigua leyenda). Ha obtenido el artista que nos ocupa numerosas distinciones, y es notable principalmente por la riqueza de color que anima sus obras.

D. JOSÉ MASRIERA. Paisista, hermano del anterior y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona. Se debe á su mano: *Una procesión de Cataluña pasando por una riera*, obra en que acreditó que también cultiva con acierto la figura.

Trabajan en un mismo taller ambos hermanos y es muy frecuente verlos pintar en colaboración, cada uno dedicado á su especialidad.

D. VIRGILIO MATTONI DE LA FUENTE. Discípulo de D. Eduardo Cano, de la escuela de Bellas Artes de Sevilla y posteriormente de las Escuelas de Ro-

ma. La Academia provincial de Sevilla adquirió en 1866 tres cuadros de su mano, copias de los frescos que existen en el ex-monasterio de San Isidro del Campo.

Una sola vez ha figurado el Sr. Mattoni en las Exposiciones de Madrid y obtuvo en esta verificada en 1881 medalla de segunda clase y elogios de la crítica. En cambio son infinitos los trabajos que á él se deben hechos en Sevilla para sus Exposiciones y Sociedad Protectora de Bellas Artes. Citemos aquí: *Oratorio de la Reina, La procesión del Corpus, Última Comunión de San Fernando, Una Concepción, Portada de la iglesia de Sanlúcar, La oración del Abad, Una procesión de madrugada, La Virgen en Efezo, Procesión del Corpus en el siglo xv, Retrato del V. P. Hernando de Contreras*, para la biblioteca provincial de Sevilla.

Ha obtenido diferentes medallas en las Exposiciones de dicha ciudad y de Cádiz.

D. GABRIEL MAUREYA, natural de Barcelona. Su cuadro *Torquato Tasso se retira al convento de San Onofre sobre el Janículo* obtuvo segundo premio y figura en el Museo nacional, después de haber estado en la Exposición Universal de París del año 1867.

D. SALVADOR MAYOL, natural de Barcelona é imitador de Goya. En 1808, con motivo de la invasión francesa, emigró á las Baleares, formando muy buenos discípulos durante su estancia en aquellas islas. Restituido posteriormente á Barcelona, fué nombrado profesor de su Escuela y Académico supernumerario de la de San Fernando. Uno de los cuadros que expuso en el certamen celebrado en Barcelona en 1826 representa á *Jesucristo bajado de la cruz con la Virgen, San Juan y la Magdalena*.

D. RAMÓN MEDEL. Pintor heráldico, que en 1865 presentó al Ayuntamiento de Valencia una colección de láminas, y entre los escudos y blasones distintos que representaban, hallábase algunos de los señores Arzobispos de la Diócesis.

Falleció este distinguido artista en 1877.

D. DÁMASO MEDINA. En la Exposición pública verificada en Canarias en 1862 presentó un *Sin Simón* y un *Ecc Homo* al óleo.

D. GERARDO MELÉNDEZ, natural de Orense y discípulo de la Escuela superior de Pintura, Escultura y Grabado de Madrid.

Es debido á este artista *Un retrato del Obispo de Tuy*, y otros varios de los Prelados de Salamanca.

Se hace notar especialmente el pintor que nos ocupa por su correcto dibujo.

D. ENRIQUE MÉLIDA, natural de Madrid y discípulo de D. José Méndez. Presentó en la Exposición Nacional de Bellas Artes verificada en Madrid en 1866: *Santa Clotilde sorprendida por su padre*; en la de 1878, *Interior de la iglesia de San Pedro en Avila*. Es también suyo el *Portico de la iglesia de San José en Madrid*, y otro lienzo que representa la *Vista de Felipe II al convento de dominicos de Zaragoza*.

D. MANUEL MÉNDEZ, pintor residente en Cádiz. En las Exposiciones celebradas en París en 1878, 1879 y 1880, ha figurado con diferentes obras, una de éstas *Romería de Montserrat*.

D. JOSÉ MÉNDEZ Y ANDRÉS, natural de Madrid y discípulo de la Academia de Nobles Artes de San Fernando y de D. Antonio María Esquivel. Fuera de algunos trabajos que ha presentado en diferentes Exposiciones públicas, el Sr. Méndez es autor de nueve cuadros, existentes en la iglesia de San Jerónimo; del que representa *La caída del ángel malo*, pintado para la capilla de Palacio; del de *Los Anímas*, que estuvo en la parroquia de San Luis; de una *Virgen del Pilar*, para Palacio; *Los Coroneles de Jesús y María*, para la capilla del Cristo de la Salud en la calle de Atocha; *La Sagrada Eucaristía*, *Retrato del Cardenal Moreno*, para el Palacio Arzobispal de Toledo; *La última cena*, para D. Francisco Maroto; otros *Sagrados Coroneles*, para la iglesia de San Isidro, y los grandes cuadros que adornan el templo restaurado de San Jerónimo, entre ellos, una *Primera Concepción*.

D. FRANCISCO JAVIER DE MENDIGUCHÍA, nació en Madrid en 1828 y estudió bajo la dirección de don Carlos Ribera y en la Academia de San Fernando. Citemos las siguientes obras suyas de carácter religioso que han figurado en las Exposiciones públicas: en la de 1849, *El hijo pródigo*; en la de 1850, una *Santa Filomena*; en la de 1856, un *Descanso en la huida á Egipto*, que obtuvo mención honorífica, y en la de 1860, la *Santa Filomena virgen y mártir*, ya citada, premiado igualmente con mención honorífica.

D. FRANCISCO DE PAULA DE MENDOZA Y MORENO, natural de Madrid. Fué matriculado en la Academia de San Fernando y siguió posteriormente sus estudios bajo la dirección de D. José Aparicio, pintor de extraordinario crédito en su época, á quien Mendoza ayudó en algunos trabajos como discípulo

predilecto. Fue nombrado nuestro artista profesor del Real Seminario de Nobles, en 1832, cargo que desempeñó hasta la clausura de dicho Establecimiento, tres años más tarde.

Son sus obras religiosas: *La Virgen contemplando a su Divino Hijo*, colocado en el gabinete despacho de la última soberana; *Isaac bendiciendo a su hijo Jacob*, figuró en la Exposición pública de 1849; *El Ángel de la Guarda*, *El Apóstol Santiago en la batalla de Clavijo*, encargado por los Reyes Doña Isabel y Don Francisco de Asís para los caballeros de dicha Orden militar, y existente en la parroquia de Aranjuez; *Los Sagrados Corazones de Jesús y María*, en la iglesia de San Cayetano; dos reproducciones de los mismos, para Sanlúcar de Barrameda; *Una Concepción*, que presentó en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1866; *Jesús y la samaritana*, que figuró en la de 1856; *Una Virgen del Carmen* y un *San Antonio de Padua*. En 1849 fue nombrado pintor honorario de cámara de Isabel II; en 1850 secretario de honor, y en 1858 alcanzó el nombramiento de profesor de la Escuela de Pintura, Escultura y Grabado, dependiente de la Academia. También desempeñó una de las clases de dibujo del Conservatorio de Artes hasta su fallecimiento, ocurrido en 1885.

D. BENITO MERCADÉ Y FÁBREGAS, nació en La Bisbal, provincia de Gerona, a 6 de Marzo de 1831 y estudió los principios de su arte en la Escuela de Barcelona, pasando en 1853 a continuar sus estudios en la Escuela superior de Pintura y Escultura establecida en Madrid. En 1858 se trasladó a París, y en 1863 a Roma, estudiando en todos sus Museos y Academias con el noble afán de quien desea profundizar los secretos de su arte.

La obra de mayor empeño de este artista, la que más denuncia su mérito y que, después de ser premiada en París, alcanzó en 1866 en Madrid el premio de primera clase, es la que representa *La traslación del cuerpo de San Francisco de Asís*, ó sea el momento en que Santa Clara, seguida de las religiosas de su convento, se acerca bañada en lágrimas a besarle las manos. Las demás obras religiosas de tan notable pintor son: *Las hermanas de la Caridad*, expuesta en 1860 y adquirida por los Duques de Montpensier. *Últimos momentos de Fr. Carlos Clímace*, obtuvo tercer premio en 1862 y la compró el Gobierno para el Museo Nacional. *La Iglesia de Cervara en los Estados Pontificios*, *Santa Teresa de Jesús* y el *Coro de Santa María Novella en Florencia*, propiedad de la Marquesa de Portugalete. En las fiestas de Barcelona de 1872 concurrió el Sr. Mercadé con los cuadros *Nuestra Señora del Remedio*, *San Ignacio de Loyola* y *Santa Rita de Casia*. Son también de su mano: *Santo Tomás de Aquino*, *San Buenaventura* y *San Luis Gonzaga*, para la iglesia parroquial de Mataró.

D. JUAN MESTRE Y BOSCH, natural de Palma de Mallorca, discípulo de D. Bartolomé Sureda y de las Escuelas de Bellas Artes de Palma y Barcelona. Ha desempeñado algún tiempo gratuitamente la cátedra de Anatomía y Dibujo de paisaje en la Sociedad Económica Mallorquina de Amigos del País. Es autor de muchos cuadros que figuran en los templos de las islas Baleares, individuo de número de la Academia de Palma, corresponsal de la de San Fernando y pintor honorario de cámara. En la Exposición de las Baleares de 1849 presentó un retrato al óleo del canónigo D. Guillermo Desallier; en la de Bellas Artes, celebrada en Madrid en 1860, el del Sr. Obispo de Mallorca; en la de 1864, *Hermanas de la Caridad* y *El tránsito de la Beata Catalina Tomás*; en la de Palma de Mallorca de 1876, *Una Virgen*.

Doña BIBIANA MICHEL, pintora, nombrada en 3 de Mayo de 1818, a los 21 años, Académica de mérito de la de San Fernando de Madrid. En la misma Corporación se conserva de su mano una *Cabeza de San Francisco de Paula*, al pastel.

D. VENTURA MUERA LÓPEZ DE LA FUENTE, natural de Valdelaguna, discípulo de D. Vicente López y de la Academia. En la Exposición de 1871 presentó, *Entrada de una religiosa*, y en la de 1876, *Vocación religiosa*.

D. ALEJANDRO MIGUEL Y GALVEZ, natural de Zaragoza. En 1865 terminó la portada de la versión a todos los dialectos de España de *Bula Ineffabilis*, regalo de la reina Doña Isabel II a Su Santidad. Es un trabajo en miniatura de carácter gótico, en cuyo centro campea la Purísima Concepción, rodeada de las vírgenes a quienes da más culto nuestra nación y los principales santos españoles. En 1866 elogiaron mucho los periódicos de aquella localidad un cuadro de su mano, cuyo asunto era *San Martín partiendo su capa con un pobre*.

D. PABLO MILÁ Y FONTANALS, nació en Villafranca de Panadés, y por los años de 1838 y 1839 frecuentaba las escuelas de Roma. Allí fue discípulo

de Minardi y Owerbeck, y pintó entre otros lienzos una *Santa Eulalia*. Ganó por oposición la cátedra de Estética e Historia de las Bellas Artes de Barcelona; era individuo correspondiente de la Real Academia de San Fernando, de número de la de Barcelona e individuo de la Comisión de monumentos históricos. Este artista cristiano murió en la capital de Cataluña en 16 de Enero de 1883, dejando escritos algunos pequeños opúsculos que no quiso dar al público.

Doña JOSEFA MILLA, pintora de afición, mallorquina. En 1840 presentó al liceo de Granada un *San Pablo* al óleo, original, y un *San Bruno*, copia.

D. JOSE MIRABENT Y GATELL, natural de Barcelona y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de aquella capital. Presentó a la Exposición Nacional celebrada en Madrid en 1858: *Un fragmento de la iglesia de los Santos Justo y Pastor, de Barcelona*, y en 1866 *El sepulcro de un mártir*, por cuyo trabajo obtuvo medalla de tercera clase. Este lienzo figura en el Museo Nacional.

D. CELESTINO MIRALLES, Residente en Manila; autor entre otras obras de un gran número de lienzos de *Historia Sagrada*.

D. FRANCISCO MIRALLES, Presbítero, natural de Benasal, provincia de Castellón, discípulo de don Mariano Guasch y pintor de afición. En la Exposición Nacional de 1866 presentó *La Asunción de Nuestra Señora*, (alegoría del triunfo de la guerra de Africa).

D. JOSÉ MIRALLES, pintor valenciano, del que citaremos: *Los Oficios en la iglesia de Jesús y María*, (Roma).

Doña MARÍA JOSEFA MIRANDA, Marquesa de la Bóveda y pintora de afición. En 6 de Junio de 1819 la Academia de San Fernando la admitió en su seno en vista del mérito de *Una Magdalena*, al lápiz, que dicha señora le había presentado.

D. URSINO MITJANS, En la Exposición de Barcelona de 1870 presentó: *San Francisco de Asís moribundo bendice a su ciudad natal*.

D. GASPAR MOLINA Y SALDIVAR, Marqués de Ureña y uno de los más ilustres hijos de Cádiz. Su claro talento le hizo amar desde su infancia el dibujo y dedicarse a él en todos los instantes que le dejaba libre su profesión de las armas. Pintaba con diestra mano al óleo, al fresco, en miniatura, al pastel y en perspectiva.

La mayor parte de sus trabajos pictóricos fueron dedicados al asunto religioso. El *San Pedro* que está en la iglesia del Castillo del Puerto de Santa María, y una bella y rica colgadura en la que pintó varios pasajes de la Escritura son suyos, así como un retablo en perspectiva en el hospital de la ciudad de San Fernando y un monumento de igual clase para la Escuela de Cristo, con otras varias pinturas de su mano que se conservan en la Parroquia y en el Convento de San Francisco de la misma ciudad.

Había nacido el Marqués en 9 de Octubre de 1741, y falleció en la isla de León a 3 de Diciembre de 1806.

D. DIEGO MONROY Y AGUILERA, natural de Baena, provincia de Córdoba, donde vió la luz en 1790.

Discípulo de su padre, D. Antonio, pasó después a serlo de Maella, que ganó un gran imitador en nuestro artista. Recibió merecidas distinciones, pero sus sueños dorados eran volverse a Córdoba, y dejando Madrid, volvió al suelo nativo y fue profesor de dibujo en el colegio de la Asunción. De este artista merecen mención especial una miniatura de *La Magdalena*, que se conserva en los salones de la Academia de San Fernando; *La Sacra Familia*, cuadro de cortas dimensiones que figuró en la Exposición de Bellas Artes de 1843 y le valió ser nombrado Caballero de la distinguida Orden de Carlos III; *La aparición de Nuestra Señora al rey San Fernando en la conquista de Córdoba*, y *Un Niño Jesús meditando sobre la redención del mundo*, que figuraron en la de 1856. En Córdoba pintó en la parte superior de uno de los órganos de la Catedral una bien acabada imagen de *Santa Cecilia*; *La prisión de Jesús* y *La oración del Huerto*, para la capilla del Sagrario de la parroquia de San Miguel, y *La Anunciación*, *La Visitación de Nuestra Señora* y *La Virgen y el Niño Jesús*, para la de San Nicolás de dicha población.

D. BARTOLOMÉ MONTALVO, nació en Sangarcía, provincia de Segovia, en 1769. Falleció en 11 de Agosto de 1846. Fue especialmente paisista, pero tiene aquí legítimo puesto por ser autor de *Una Santa Bárbara*, de cuerpo entero, que figura en la capilla de la fábrica de armas de Toledo. Fue Académico de mérito de la de San Fernando, y pintor de Cámara.

D. JUAN MONTANER, pintor y grabador de crédito. Nació en Palma de Mallorca a mediados del siglo último, y dedicado en un principio a la pinto-

ra, hizo notables progresos en su arte, como lo acredita la parte que tomó en la creación llevada a efecto en 1778 de la Sociedad Económica Mallorquina para la enseñanza del dibujo. En 9 de Noviembre del mismo año fue nombrado pintor de Cámara del Santo Oficio, y en 1.º de Octubre de 1784 individuo de mérito de la Sociedad Económica Mallorquina de Amigos del País. Se le deben en concepto de pintor religioso, los dos grandes lienzos que cubren las cortinas laterales del presbiterio en la parroquia de San Miguel de Palma, representando la *Aparición del Santo Arcángel en Roma* y en el monte Gargano; *La Concepción con San Francisco* y el *Beato Lulio a los pies*, en la iglesia que fue de Capuchinos; los retablos mayores de los suprimidos conventos de Carmelitas y Mínimos de Palma; dos telas grandes representando *Misterios de la Pasión del Señor*, en una capilla de la iglesia mayor de Manacor; el lienzo mayor de la capilla de Santa Catalina mártir, en ademán de cortar el pelo a la Beata Catalina Tomás; obra existente en el Hospicio de aquella población y que no pudo terminar por haber sido acometido de su enfermedad postrera, contraída cuando se hallaba pintando en el oratorio de Nuestra Señora de Gracia de la villa de Luchmayor, le privó de la vida en 12 de Junio de 1802.

M. DE A.

(Se continuará.)

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

En el Boletín Oficial Eclesiástico del Arzobispado de Granada se ha publicado la siguiente circular:

«Excmo. Sr. Obispo de...»

* Muy estimado amigo y venerado Hermano: Con ánimo de tomar parte activa y personal, en el fausto suceso de la celebración de las *Bodas de Oro* del Santo Padre en el quincuagésimo año de su primera Misa, que podíamos llamar de su místico desposorio con el Sacerdocio, he pensado en convocar una Peregrinación a Roma, a fin de visitar a nuestro Santísimo Padre, ofrecerle personalmente el homenaje de respeto y cariño que merece, consolarle en sus aflicciones y recibir su bendición augusta.

* Como esta manifestación de amor y adhesión a su sagrada Persona y a la Santa Sede será más agradable y consoladora, si en vez de ir yo sólo con mis diocesanos, vienen también los Sres. Prelados de la Provincia Eclesiástica, tengo el gusto de invitar a V. por si gusta acompañar esta Peregrinación con todas las personas de su Diócesis que deseen unirsele.

* Como los calores del verano dificultarían dicha Peregrinación y en el otoño suelen padecerse fiebres en Roma, y además en esa época por las vacaciones están cerrados todos los Centros en que pueda haber negocios que ventilar, creo preferible que se emprenda en el tiempo que media desde Pascua al Corpus, empezándola del 15 al 30 de Abril.

* Mas si V. no pudiera concurrir por alguna circunstancia especial, yo le ruego que forme una peregrinación de sus diocesanos, lo más numerosa posible, a fin de que se una a la de Granada y a la de las otras Diócesis de la provincia, que a ella se agreguen: bien entendido que aunque vayamos todos juntos, cada Diócesis se distinguirá de las demás por algún estandarte ó insignia especial.

* Debo añadir que se están practicando gestiones con las empresas de ferrocarriles a fin de obtener alguna ventaja en el precio del pasaje, lo que convendrá que dé a conocer, a reserva de manifestar en su día cuál sea ésta.

* Con tal motivo me es muy grato ofrecer a V. el testimonio de cariñosa amistad con que es su más afecto amigo y Hermano *Fr. José*, Arzobispo de Granada.

Siguen los preparativos en todo el orbe católico. Todos los Obispos, no sólo los de Francia, Italia, España, Suiza, Bélgica, Portugal, Austria, Alemania é Inglaterra, sino los del Nuevo Mundo, de los países más lejanos y de las misiones más remotas, han hecho un llamamiento a los fieles que les rodean; en todas partes se han formado comisiones y se trabaja con ardorosa actividad en las múltiples obras que representarán, al propio tiempo que la fe, las variadas riquezas, la industria, el arte, el gusto y la civilización de todos los pueblos.

El movimiento es inmenso y se extiende desde los soberanos y los gobernantes hasta los más humildes fieles, pasando por las corporaciones y las comunidades que en su mayoría han resuelto enviar una obra colectiva.

Hasta de la Patagonia se anuncia el envío de obras propias de los indios y objetos especiales de las tribus salvajes del Rio Negro.

Sabido es que el Sultán ha hecho entregar ya al Padre Santo por el Patriarca armenio un magnífico anillo de brillantes, valorado en 250.000 francos.

La Emperatriz de China ha manifestado su propósito de enviar un espléndido regalo, y el Emperador Guillermo ha encargado a un platero de Berlín una joya de grandísimo valor.

La Reina Victoria se propone ofrecer al Papa un ejemplar de la *Vulgata* magníficamente encuadernado.

La Reina de España ha hecho entregar por su embajador un rico anillo adornado con un enorme zafiro, y los soberanos de Austria y de Portugal no quedarán ciertamente rezagados respecto de los monarcas cismáticos e infieles.

M. Grévy ha enviado ya dos magníficos jarrones de Sévres.

Después de los soberanos y presidentes vienen las diócesis y los particulares. En casi todas partes, las diócesis se harán representar por una ofrenda colectiva, aparte de las que las corporaciones, comunidades e individuos puedan enviar a la Exposición del Vaticano.

Así, por ejemplo, la diócesis de León, estimando como un honor su célebre industria, fabrica una deslumbrante casulla bordada en oro y seda sobre fondo blanco, con el escudo de armas de la ciudad de León y el del Papa, acompañados de las palabras del Apocalipsis: *Eccce venit Leo de tribu Juda*.

La diócesis de Dijón, deseosa también de ofrecer un donativo común que sea la representación de toda la Borgoña, ha acordado enviar la estatua de mármol de San Bernardo, el más ilustre de sus hijos, y la diócesis de Puy, la estatua de Nuestra Señora de Francia que corona sus montañas, junto con una alba de ricos encajes del país.

La diócesis de Soissons, que posee el grandioso establecimiento de espejos de Saint-Gobain, se propone ofrecer uno de los más espléndidos productos de dicha fabricación; el Arzobispo de Ruan, al que pertenece Alençon, ha encargado a la célebre industria de dicha ciudad una alba, y la diócesis de Beauvais estará representada por uno de los típicos que constituyen su orgullo.

Reims ofrece un lujoso tapete hecho por un grupo de señoras de elevada clase. Tours, Burdeos, Nîmes, Amiens, Cambrai, Besançon, etc., preparan también regalos maravillosos que representen, en cuanto sea posible, el carácter y los recursos de cada provincia. Tarbes enviará una artística reproducción de la basílica y de la cueva de Lourdes, y la Sociedad bibliográfica de París remitirá una obra maestra de la tipografía francesa.

La diócesis de París ha acordado, como ofrenda principal, enviar una tiara magnífica, en la que entrarán el oro, la plata, los zafiros y las piedras preciosas, y ha confiado su construcción a la pericia artística de M. Fromen-Meurice, que quiere que sea la obra maestra de su vida y la honra de su casa.

Nápoles dará un trono de oro.

Las 2.750 parroquias de Bélgica se proponen ofrecer cada una un objeto especial, independientemente de los donativos de las diócesis, escuelas, círculos y colegios y de la colección de todas las obras publicadas por los escritores católicos belgas desde la proclamación de la independencia nacional.

Los católicos de Alemania han acordado también ofrecer la colección de las obras científicas y literarias publicadas en lengua alemana durante el pontificado de León XIII, a fin de poner, por decirlo así, ante sus ojos el cuadro de todo el movimiento intelectual católico en Alemania dentro de este período. Se calcula que esta colección, de la que cada tomo estará ricamente encuadernado, sea por encargo del donador o por el de las comisiones, comprenderá a lo menos 20.000 obras, que formarán una verdadera biblioteca, a la que acompañará un catálogo especial y razonado.

Holanda ha reclamado también un puesto en la Exposición del Vaticano y entre las obras artísticas e industriales que ejecuta se habla con admiración de un notable altar de roble esculpido y policromado.

Entre los donativos individuales se cita el de una señora católica de Inglaterra que ha hecho entregar al Papa dentro de un huevo de Pascuas de marfil, forrado de raso, un magnífico rubí estimado en más de 50.000 francos.

Estos detalles bastan para dar una idea de los innumerables esplendores que se exhibirán en las galerías del Vaticano.

CIRCULAR DEL ARZOBISPADO DE SEVILLA DANDO INSTRUCCIONES A LOS PÁRROCOS SOBRE EL JUBILEO SACERDOTAL DEL PAPA LEÓN XIII.

La interesante exhortación pastoral, que el Eminentísimo Sr. Cardenal Arzobispo de esta Diócesis ha dirigido a todos sus diocesanos con motivo de las *Botas de Oro* de su Santidad León XIII, impone a todos los Sres. Arciprestes y Párrocos de este Arzobispado el grato deber de desplegar la mayor actividad en promover colectas extraordinarias como obsequio al Sumo Pontífice, debiendo remitir a esta Secretaría de Cámara las limosnas recogidas y entenderse con la *Junta Diocesana* nombrada al efecto en todo cuanto se refiera a la Exposición Vaticana que se ha de celebrar en el próximo Diciembre. El espíritu de esta disposición es evitar los inconvenientes que se siguen de la falta de unidad en estas empresas y muy particularmente contribuir a que, dando la debida publicidad a los nobles esfuerzos de algunos pueblos, se estimulen otros a imitarlos, estableciendo así una santa emulación que redunde en bien de los intereses sagrados de la Santa Sede, que son los intereses del Catolicismo.

No abrigamos la menor desconfianza acerca del cumplimiento de estas disposiciones por parte del V. Clero Parroquial; más en vista de las alhagüenas proporciones que toma en todo el mundo católico la celebración del Jubileo Sacerdotal de nuestro Pontífice, hasta el punto de ser el asunto que hoy preocupa a todos los centros de piedad, según las noticias que todos los días nos trasmite la prensa en sus periódicos y revistas y leemos en los Boletines episcopales, hemos creído oportuno dirigir esta Circular a todos los Curas de los pueblos de este Arzobispado, recomendándoles con el mayor interés la necesidad de dar un vigoroso impulso a las cuestiones que se hagan con el mismo motivo, y de exhortar a sus feligreses a que se muestren generosos con el Padre Común, dando así una prueba de que saben agradecer lo mucho que ha hecho y hace el Pontificado por el bienestar de los pueblos.

Es también indispensable que animen el celo de las Asociaciones religiosas de sus respectivas parroquias para ofrecer al Santo Padre algún testimonio de especial afecto, imitando la conducta de otras muchas corporaciones análogas, que trabajan con entusiasmo en la confección de vestiduras sagradas o de objetos del culto, o bien en la fabricación de alguna alhaja o producción de un objeto de arte para estar en el Vaticano dignamente representadas. Procuren sobre todo los señores Curas de este Arzobispado poner en conocimiento de esta Junta Diocesana el estado de sus trabajos sobre esta materia, expresando el objeto u objetos que se proponen enviar sus feligreses al Santo Padre como obsequio especial, como también los nombres de de todos los donantes y demás circunstancias que les pareciere oportuno declarar. Con esto y con su diligencia en enviar a esta Secretaría de Cámara las limosnas recaudadas y los nombres de los que contribuyan con ellas habrán llenado los deseos de nuestro Emmo. Prelado.

Mandamos, por último, a los Sres. Arciprestes y Párrocos en cuyas localidades se hubiesen formado juntas con el indicado motivo, que remitan cuanto antes a la Diócesana los nombres de todos sus miembros.

Sevilla 14 de Marzo de 1887. — Dr. D. Francisco Bermúdez de Castro, Deán.

EL CALDEO DEL HOGAR

(Continuación.)

VENTILACIÓN.



VENTILAR simplemente es renovar el aire de un local; pero de ser un edificio aislado, como una casa de campo, a ser la habitación ocupada por una familia que vive en el apiñamiento consiguiente a las grandes poblaciones, el problema de la ventilación ofrece distintas fases. En la casa de campo, el aire que echamos fuera se lo lleva el viento sin más consecuencias; pero tratándose de la casa de vecindad, cada cual renueva su aire con el que por inservible acaba de soltar el vecino; y especialmente en días de calma, tanto da ventilar como suprimir dicha operación por inútil, por cuanto los gases desprendidos de las alcantarillas, cuerdas y demás innumerables focos de infección que nos rodean ofrecen para ventilar un aire a veces peor que el que se echa afuera.

Mucho preocupa, y con sobrado fundamento, lo viciado del aire en las grandes poblaciones, efecto de los numerosos focos de insalubridad que a

ello contribuyen. Una de las causas no despreciables consisten en el ventileo de las habitaciones; las cuales son otros tantos manantiales de miasmas y gases nocivos, especialmente en donde hay enfermos; y puesto que nos ocupamos en la ventilación del hogar doméstico, veamos de qué modo podemos evitar en parte la impureza del aire que nos rodea. Ya hemos dicho que cada vecino recibe, al ventilar, el aire que ha salido de otra habitación, y a su vez, cuando ventila de nuevo, lo transmite a otros, sumándose cada vez más las impurezas. Si por cualquier medio pudiéramos purificar el aire al salir de cada morada, algo habríamos adelantado en pro de la salubridad; y si este nuevo intento no nos acarrea gasto alguno, ni complicación de ningún género en nuestro proyecto sobre el caldeo y ventilación del hogar doméstico, razón demás para dejarlo consignado, como vamos a hacer, y apéciase en lo que valga.

Se sabe que el procedimiento más eficaz para purificar el aire, en el supuesto de acabar con todos los seres microscópicos de procedencia orgánica, que según la ciencia moderna son los principales o casi únicos propagadores de las enfermedades, consiste en hacer que el aire que tratamos de purificar pase por una masa de combustible candente. Pues bien; recordando la insistencia con que hemos recomendado que las puertecillas del hogar permanezcan siempre cerradas, se deducirá en seguida que todo el aire llamado por el tiro de la nueva chimenea acudirá por la rejilla para atravesar el fuego, marchándose con los humos al exterior, ya completamente desprovisto de los seres orgánicos que tanto importa exterminar. Vemos, pues, que sin la menor alteración nos encontramos con el aire purificado, matando el germen nocivo donde lo haya, y evitando, por tanto, su acumulación con los de otras procedencias. Si muchos de los vecinos hicieran lo propio, no dejaría de influir en las condiciones salubres del aire; y aún más todavía si se obligara a que todos los hogares industriales se alimentaran con el procedente de las alcantarillas, lo cual es bien fácil y hacedero, y entonces a un crecidísimo número de metros cúbicos de aire infecto sería robado al principal foco de infección de las grandes poblaciones.

Para apreciar las ventajas positivas del nuevo sistema de caldeo, respecto a la ventilación de nuestro domicilio, veamos lo que sucederá. Recordando la circulación constante en que estará el aire para propagar el calor en toda la habitación ocupada por una familia, se ve que en todas las piezas, lo mismo la sala que la más lóbrega alcoba sin ventana, como con sobrada frecuencia se encuentran en las casas de Madrid, todas ellas disfrutarán igualmente de una benéfica y constante verdadera lluvia de aire que arrastrará consigo, hasta de los más recónditos lugares, cuantas impurezas nos importa desalojar. Al enfriarse el aire, en unión con las impurezas que haya cogido y del ácido carbónico procedente de nuestra respiración, que es más pesado que el aire estando ya frío, todo caminará contra el suelo hacia la chimenea, y por ella se irá marchando con la ventilación que ocasiona su tiro. Para llenar más cumplidamente nuestro propósito, no estableceremos contra el suelo la lumbrera inferior del calorífero, por donde el aire de la habitación ha de entrar a recalentarse, sino a mayor altura que el hogar, con objeto de que éste se alimente de la *capa de aire más viciado*, y la siguiente superior entre ya en el calorífero para recalentarse, y en unión con el aire nuevo emprenda su nueva circulación por la casa. Establecida de este modo la ventilación en el hogar doméstico, no hay razón alguna que motive los malos olores en las alcobas, ni tan siquiera el *aire pesado* que senota al entrar en un cuarto cerrado. Durante el día, mientras tengamos fuego, la ventilación será activa, y por la noche, aunque se apague y cerremos las puertas, no por eso se anula por completo la ventilación, continuando, aunque más lenta, y ofreciéndonos una renovación de aire durante nuestro sueño que estamos imposibilitados de disfrutar ahora. No por esto se pasará frío, si la casa durante todo el día está bien caldeada, pues aunque de noche no haya fuego, en cambio tenemos cerradas las maderas de los balcones y ventanas, quitando a nuestro aire el contacto con los cristales, que es la principal causa del enfriamiento; y aunque el fuego se apague, todavía durante algunas horas conserva el calorífero suficiente temperatura para continuar caldeando algún tiempo hasta que se enfríe del todo, ya por la madrugada o cerca de ella. Estando la casa abrigada, poco nos pueden preocupar las ventanillas junto al techo, del mismo modo que no nos molesta en la primavera el dejar la puerta entornada durante la noche.

Generalmente se da poca importancia a la ventilación, cuando en rigor su falta constituye un paula-

tino envenenamiento que sufrimos, tan dañino como imperceptible a nuestros sentidos. A medida que la ciencia médica progresa en sus observaciones microscópicas, va descubriendo cada vez mayor número de seres orgánicos, los que por su poco peso se sostienen en suspensión en el aire, convirtiéndose en el mejor vehículo de que se pueden valer para extender su campo de devastación entre los individuos que viven en sociedad. No sólo son perjudiciales los gérmenes a que dan lugar los enfermos; sino que lo son también los procedentes de los que disfrutan completa salud, y de aquí nace la importancia que dan los hombres de ciencia a la salubre ventilación en el hogar doméstico. Si la ignorancia del vulgo no permite apreciarla en todo su valor, procuraremos al menos disponer las habitaciones de modo que, independientemente de la voluntad del vecino, tenga lugar la ventilación.

Condiciones generales de la casa. — Aun cuando ya hemos tratado de las condiciones especiales a que debe satisfacer la disposición interior de las habitaciones para facilitar el caldeo y ventilación, hemos de tratar de nuevo de la casa, a fin de analizar qué condiciones son las favorables y cuáles las adversas al caldeo en general. Por la íntima relación que existe entre el caldeo de un local y la facilidad mayor o menor que tiene de enfriarse, preciso será conocer las causas de enfriamiento a que está expuesta una casa, a fin de prepararnos, y con completo conocimiento de causa, emprender el caldeo adecuado, contando ya con las influencias exteriores que en él han de influir. Sin tal precaución nos exponeríamos, ó a proyectar un caldeo que resultara deficiente, en cuyo caso habría que emprender bochornosas correcciones, ó a plantear un caldeo excesivo que diera al traste con la economía ofrecida, resultando además una temperatura inaguantable. Por todo esto conviene mucho tener en cuenta cuantas circunstancias puedan alterar en pro ó en contra el resultado del caldeo, y así, vamos a hablar de las condiciones generales de las casas, dejando abierto el camino para seguir las pesquisas en busca de las que indudablemente se nos pasarán en esta ligera reseña.

El calor de un edificio se pierde por el aire que le envuelve, y por lo tanto, cuanto menos superficie presente al aire, menos será la causa del enfriamiento. Con este dato verdadero, la aglomeración de casas ofrece una gran ventaja por el abrigo de unas para con las otras, lo cual no sucede con los hoteles, los que por el mismo aislamiento en que están, pierden el calor por los cuatro costados.

El grueso de paredes exteriores influye también en el enfriamiento interior, y si bien las fachadas principales, por su mayor grueso, abriga algo, en cambio tenemos entradas las interiores, que dejan escapar al calor más de lo que a primera vista parece. Para formar idea del paso ó escape de calor por la fábrica vamos a citar un ejemplo práctico que presencié, y es el siguiente: Se trata, no de un entramado, sino de la fachada de una casa construida hace pocos años, y citamos la edad para que no se crea que pudiera ser una casa vieja de fachada delgada. Era el número 28 de la calle del Barquillo; en ella había un solo cuarto principal desahogado, cuando una noche nevó algo, y por la mañana, los únicos balcones que conservaban la nieve, sobre todo el pasamanos de la barandilla, eran los de dicho cuarto. En todos los demás, que pertenecían a cuartos habitados, el calor interior había pasado y fundido la nieve, y si esto ocurre en una fachada del espesor que tiene, juzguese lo que perderá una interior entramada. Un tabique interior y próximo evitaría mucho daño.

El ladrillo hueco, que, aunque poco, se usa ya en algunas fachadas, es muy conveniente porque abriga más que el macizo, por cuanto el aire encerrado deja escapar menos calor que la fábrica.

La cubierta de teja común ó árabe es la que más abriga, no pudiendo decir otro tanto de la teja plana ni de la pizarra, y menos aún si la cubierta es metálica, por ser la que más fácilmente da paso al calor, lo mismo que las cubiertas de cristal cuando no hay sol. Otro tanto sucede con las vidrieras, a cuyo contacto el aire se enfría considerablemente, importando mucho no exagerar su superficie desde el punto de vista del abrigo. Por esto son muy perjudiciales las galerías de cristales, cosa que habrá de tenerse muy presente al tratar del caldeo. El poner dobles vidrieras es eficaz en cuanto al abrigo, por la masa de aire aisladora que entre ellas queda.

Otra de las causas del enfriamiento interior es la entrada del aire por las rendijas, y ya hemos visto que, aplicado el nuevo sistema de caldeo, podemos pensar en cerrarlas herméticamente, para lo cual, mejor que los burletes, es el orillo cogido en la junta de las maderas. Con esto y teniendo en cuenta que el aire podrá entrar libremente por la toma,

desaparecerá la causa de enfriamiento por las rendijas.

Restanos hablar de una causa perturbadora, con la que hemos de luchar en el caldeo de los hoteles destinados a una familia que ha de ocupar los diferentes pisos. Nos referimos a la escalera, y aun cuando en todas las casas existe, en las de vecindad, las puertas de entrada a cada cuarto están siempre cerradas, abriéndose momentáneamente cuando alguien entra ó sale; pero en los hoteles ocupados por una familia, como están siempre en un jardín, a cuya entrada está el portero, no hay razón alguna para cerrar la puerta de entrada en cada piso y *permanecer todo el día abiertas*. Esta es la causa de perturbación que es preciso hacer desaparecer si no queremos ahogar de calor a los de arriba y helar a los del piso bajo. Con la tendencia del aire caliente a subirse a lo más alto, por toda la altura de la puerta del piso bajo tendríamos una corriente constante que nos impediría uniformar la temperatura como deseamos. Esto sólo se evita de un modo, y es con las mamparas, siendo las mejores las que se abren a los dos lados, cerrándose en seguida que alguien ha pasado. Lo propio ocurre, y por lo tanto idéntica precaución habrá que tomar en las fondas, por cuanto las puertas de cada piso están abiertas.

En el piso superior, lo mismo en los hoteles particulares que en las fondas, no son tan indispensables las mamparas, en razón a que, si algún aire se marcha a la escalera, será el frío, como aquella no continúa con su hueco a mayor altura, terminando en una cúpula de cristales, porque en este caso será otra causa de enfriamiento para toda la casa.

Sin pretensiones de haber tenido en cuenta todas las causas de enfriamiento que pueden ocurrir, basta con lo indicado para demostrar la necesidad de observar bien las condiciones de un edificio al intentar caldearlo.

Ventajas colectivas. — Conocemos ya las ventajas que el nuevo sistema de caldeo ha de reportar a las familias que lo empleen, y nos falta examinar las que reportará al vecindario en general, y en particular a muchos vecinos llamados a aprovechar lo que cada cual desperdicia como inservible para su intento.

(Se concluirá.)

Astorga MONTENEGRO.

NOTICIAS

Es curiosa la siguiente noticia sobre las mayores iglesias del mundo.

En San Pedro del Vaticano, caben 45.000 personas; en la catedral de Milán, 37.000; en San Pablo de Roma, 32.000; en la catedral de Colonia, 30.000; en Santa Sofía de Constantinopla, 28.000; en San Pablo de Londres y el Patrocinio de Bolonia, 25.000; en San Juan de Letrán, 22.000; en Nuestra Señora de París, 21.000; en la catedral de Nueva York, 13.000, y 12.000 en la catedral de Pisa y en San Esteban de Viena.

Las personas interesadas en la curación de la desgraciada Doña María de la Peña, señora de 82 años en completo estado de ceguera, nos ruegan hagamos público su agradecimiento al distinguido oculista Dr. Osio que, con notable habilidad y caritativo celo, ha devuelto la vista a dicha señora, practicándole una difícil operación para extraer una complicada catarata.

Varias señoras de esta Corte han recibido del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo el encargo de formar una Asociación que tiene por objeto promover la piedad entre las mujeres dedicadas al oficio de cigarreras en la Fábrica Nacional de tabacos de Madrid.

Esta institución, en la cual hallamos una prueba más del celo incansable del Prelado de Madrid, se ha inaugurado en la capilla del Obispo, con Misa cantada y Sermón, que predicó D. Mariano Parejo, director de la Asociación.

Entre las personas que han de dedicarse al sostenimiento y propagación de esta obra figuran señoras de alta posición social, a quienes del mismo modo que a las iniciadoras del pensamiento deseamos toda clase de bienes como premio del buen deseo que las anima.

La Junta provincial madrileña de la Asociación de católicos que preside el Sr. D. Vicente de la Fuente ha publicado el resumen de sus ingresos y gastos durante el año de 1886. He aquí algunos curiosos datos del mismo:

Junta provincial. — Ingresos: 8.209'32 pesetas. Gastos: 7.480'19. Existencias en 31 de Diciembre

de 1886: 729'13. Además hay depositadas en el Banco de España 8.500 pesetas procedentes del donativo hecho por el Gobierno en 1885.

Junta parroquiales. — Ingresos: 27.327'08 pesetas. Gastos: 21.120'68. Existencias, deducido el déficit: 6.206'40.

En dichas Juntas parroquiales había a fin de Diciembre de 1886: 25 socios de honor, 85 activos y 692 suscritores; se socorrieron 39 pobres; se educaron en las escuelas católicas 1.261 alumnos; se repartieron 660 libros, y se recogieron siete libros malos.

En las escuelas parroquiales se gastaron: pesetas 17.632'41. Asistieron a ellas 595 adultos; 666 niños; se hicieron 847 confesiones y 793 comuniones.

Durante los 17 años que cuenta de existencia la Junta provincial de Madrid ha gastado 741.446 reales en el sostenimiento de escuelas católicas gratuitas; construcción y reparación de iglesias en los arrabales de esta Corte; impresión de Catecismos y buenos libros de enseñanza y piadosa lectura, que son los fines principales de su institución, socorriendo además a varias familias necesitadas y a los niños de sus escuelas con ropa y calzado, por vía de premios.

Como quiera que los gastos de las Juntas parroquiales son tres veces mayores que los de la provincial, aun deduciendo los que de ésta reciben, puede calcularse en más de dos millones lo que la Asociación lleva gastado en Madrid en obsequio de la iglesia, de la caridad y la enseñanza por medio de la Junta provincial y sus parroquiales sin molestas exigencias ni realizar exhibiciones.

Algunas Juntas parroquiales se han disuelto y la Junta superior no funciona por la muerte del señor marqués de Mirabel; pero con la protección del señor Obispo se reorganizarán dichas Juntas en un plazo breve, y así podrán ser mayores todavía los beneficios que la Asociación de Católicos podrá prestar a la Iglesia y a la patria.

Hemos oído hacer grandes elogios del *Elixir de las dos Hermanas*, para quitar instantáneamente el dolor de muelas, invento del acreditado dentista de Cámara D. Juan M. Nogués y preparado en el laboratorio químico del Dr. D. José Font y Martí. El inventor consagra el producto íntegro de su Elixir a la fundación de un Asilo benéfico donde encuentren refugio higiénico y confortable y completa asistencia facultativa los pobres.

NECROLOGÍA

Han fallecido recientemente:

En Barcelona la Sra. Doña Manuela Massanet, Presidenta que fué de la Junta de Salas de Asilo, y señora que empleó gran parte de su vida en obras de caridad y religión.

En Valencia el P. Escolapio Jacinto Nomdedeu. En Barcelona el Presbítero D. Enrique Mejuto y Regueira, coadjutor de la parroquia de San Nicolás.

En Santiago ha fallecido también el distinguido literato católico D. Ramón Segade Campoamor.

MUEBLES MADERA CURVADA

THONET

UNICOS INVENTORES

Nuevas rebajas desde 1.º de Abril de 1887.

Nuevos modelos Patent núm. 38.220.

Depósito en Madrid: Plaza del Angel, 10.

ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.

Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BAMES. CISNEROS.

EPOCA 4.^a — AÑO XII. — TOMO X.

NUMERO 13. — Madrid 5 de Mayo de 1887.

NUMERO SUELTO. DOS REALES.



EL CARDENAL RAMPOLLA.

SUMARIO

TEXTO: San Agustín. — *Confesión de la verdadera Fe*, por San Agustín. — *Las obras de San Agustín*. — *Un año de D. Pedro Calderón de la Barca*, por O. y B. — *El año de la cometa*, por Angel Lasso de la Vega. — *A San Agustín*, por Santiago Olmedo y Estrada. — *Los grabados*. — *Crónica de Valencia*, por Juan de Dios. — *Andrés el Pescador*. — *Jubilón Sacerdotal de San Sordano León XIII*. — *El arte religioso*, por M. de A. — *Bibliografía*. — *Noticias*. — *Neología*.
 GRABADOS: El Cardenal Rospelle. — San Agustín, estatua en piedra. — San Agustín y Santa Mónica, cuadro de Ary Schiller.

SAN AGUSTÍN

LA Iglesia católica conmemora en estos días el décimoquinto centenario de la Conversión de San Agustín. LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, uniéndose en su modesta esfera de acción a los honores tributados al gran Doctor de la Iglesia, consagra en este número algunos trabajos literarios y artísticos a la fiesta del catolicismo, sintiendo que contrariedades, con las que no ha podido luchar, la impidan realizar el plan, mucho más vasto, que en un principio acarició para festejar el suceso.

En nuestro próximo número daremos, Dios mediante, detallada cuenta de las solemnidades religiosas y literarias celebradas en el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial en los días 3, 4 y 5 del mes corriente.

Hoy tenemos que limitarnos a reproducir los lemas de los trabajos premiados en el certamen literario abierto por los Padres Agustinos.

TRABAJOS EN PROSA.

Tema 1.º — Lema: *Quaedam igitur vis est intelligenda divina*. * Accésit.

Tema 3.º — Lema: *Busco, San Agustín, premio tercero — por ser de tu hermosura reverbero*. * Premio. — Lema: *Omne pulchrum a summa pulchritudine est*. * Accésit.

Tema 7.º — Lema: *Prorsus divina Providentia regna constituentur humana*. * Premio.

Tema 9.º — Lema: *Voluntas libera tanto est liberior quanto sanior*, etc. * Accésit.

Tema 14.º — Lema: *Gloria a San Agustín y a la Orden Agustiniense*. * Premio. — Lema: *Et resedit qui erat mortuus*. * Mención honorífica.

Tema 16.º — Lema: *Augustinus*. * Premio.

Tema 17.º — Lema: *Perdóneme vuestra filosofía (a los incrédulos); pero vosotros no sabéis absolutamente nada*. * Premio. — Lema: *Non sicut servi sub lege, sed sicut liberi sub gratia constituti*. * Accésit. — Lema: *Ego sum via, veritas et vita*. * Segundo accésit. — Lema: *Cupiditas gloriæ superetur dilectione iustitiæ*. * Mención honorífica.

Tema 18.º — Lema: *Accesible a todos por la claridad de la expresión y la llaneza del estilo*, etc. * Premio. — Lema: *Los que se humillan serán enalzados*. * Accésit. — Lema: *La dificultad, que es mucha, trabajará yo cuanto alcancen mis fuerzas, que son bien pequeñas*. * Mención honorífica.

COMPOSICIONES EN VERSO.

Tema 10.º — Lema: *Para Vos solo, mi Dios, me criasteis y apenado*, etc. * Accésit.

Tema 12.º — Lema: *Mujer, ¿por qué lloras?* * Accésit. — Lema: *Nostra mater cuius meriti credo esse omne quod vivo*. * Mención honorífica.

Tema 15.º — Lema: *No tiene desconsuelo ni puede entristecerle cosa alguna*, etc. * Accésit.

TRABAJOS MUSICALES.

Tema 13.º — Lema: *Sancta sancte sunt tractanda*. * Premio. — Lema: *Confitebor tibi, Domine, in toto corde meo*. * Primer accésit. — Lema: *Domine, in te speravi, non confundas in aeternum*. * Segundo accésit. — Lema: *Una cruz dentro de un círculo*. * Mención honorífica. — Lema: *Adjutor et susceptor meus es tu, et in verbum tuum supersperavi*. * Mención honorífica.

En los temas restantes no se ha adjudicado premio ni accésit.

Real Monasterio de El Escorial, 28 de Abril de 1887. — Fray Conrado Muñoz, Secretario del jurado.

Abriremos la fundada esperanza de poder dar a conocer a nuestros favorecedores algunos de los trabajos premiados en el certamen del Escorial.

En la capilla Real del Monasterio de Religiosas Agustinas de la Encarnación se habrá celebrado en los días 3, 4 y 5 un solemne triduo para conmemorar la Conversión del Santo Doctor, habiendo estado encargados de los sermones el Sr. D. Juan Manuel de Carús, el R. P. Carmelo Ochoa de San José, Agustino Recoleta, y el R. P. Toribio Min-

guella, Comisario de Agustinos Recoletos de Filipinas.

La circunstancia de tener que entrar en máquina nuestro número el día 4 nos impide dar cuenta de esta solemnidad religiosa.

CONFESIÓN DE LA VERDADERA FE

(DE SAN AGUSTÍN.)

GRACIAS OS HAGO, luz mía, porque me alumbrasteis y yo os conocí: conocí al Criador del cielo, y de todas las cosas visibles, Dios verdadero, todo poderoso, inmortal, invisible, interminable, eterno, inaccesible, incomprensible, incommutable, inmenso, infinito, principio de todas las criaturas visibles, é invisibles; por el cual todas las cosas son hechas, y todos los elementos perseveran en su ser, cuya Majestad, así como nunca tuvo principio, así jamás tendrá fin. He conocido a Vos un solo Dios verdadero, Padre Eterno, y Hijo Unigénito, Espíritu Santo, tres Personas, y una Esencia y una simplicísima, é indivisible Naturaleza: en la cual el Padre no procede de ninguno, y el Hijo de solo el Padre y el Espíritu Santo juntamente procede del Padre y del Hijo: sin principio siempre, y sin fin, un Dios Trino, y uno, solo, y verdadero Dios Omnipotente, un principio, y Criador de todas las cosas visibles, é invisibles, espirituales, y temporales, que con vuestra omnipotente virtud, en el principio del tiempo criasteis de nada, la una, y la otra criatura, la espiritual, y la corporal, la angélica y la mundana, y después la humana como compuesta de cuerpo y de espíritu. Conocí y confieso que sois Dios Padre, no engendrado; y Vos Hijo, que sois engendrado del Padre, y Vos Espíritu Santo, que no sois, ni engendrado como el Hijo, ni no engendrado como el Padre, y que sois una Santa, é indivisa Trinidad en tres personas, en todo iguales, y consubstanciales, y coeternas, Trinidad en unidad y unidad en Trinidad, y con el corazón creo esto para ser justificado, y con la boca lo confieso para ser salvo. Conocido os he por verdadero Dios, y Señor nuestro, a Vos Jesucristo Unigénito Hijo de Dios, Criador, Salvador y Redentor mío, y de todo el linaje humano, y confieso que fuisteis engendrado del Padre, ante todos los siglos, Dios de Dios, lumbre de lumbre, Dios verdadero de Dios verdadero, no hecho, sino engendrado, consubstancial, y coeterno al Padre, y al Espíritu Santo; por el cual, al principio todas las cosas fueron hechas: y firmemente creo, y verdaderamente confieso, que Vos, Dios, y Unigénito del Padre, Jesu Cristo, tomasteis carne por virtud de toda la Santa Trinidad, para salud del hombre, y que por obra del Espíritu Santo fuisteis concebido en las entrañas purísimas de la perpetua Virgen María nuestra Señora, y que os hicisteis verdadero hombre, tomando ánima racional, y cuerpo mortal. Y siendo, según la divinidad, Unigénito hijo de Dios, impassible é inmortal, por vuestra ardentísima caridad, con la cual nos amasteis, Vos mismo Hijo de Dios os hicisteis pasible, y mortal, según la humanidad. Y por la salud del linaje humano, os habéis dignado padecer muerte, y pasión, para librarnos a nosotros de la muerte perpetua: y siendo autor y fuente de toda luz, descendisteis a la oscuridad de los infiernos, adonde nuestros padres estaban en tinieblas, y al tercer día resucitasteis glorioso, y victorioso, y tornasteis a tomar aquel sagrado Cuerpo, que por nuestros pecados había estado muerto en el Sepulcro, y lo vivificasteis como lo habían profetizado las Sagradas Escrituras, y le colocasteis a la diestra del Padre. Porque habiendo librado del Limbo a aquellos Santos Padres que tenía cautivo el antiguo y cruel enemigo del género humano, Vos, verdadero hijo de Dios, con la sustancia de nuestra carne, y con el ánima, y carne humana que tomasteis de la gloriosa Virgen, subisteis sobre todos los cielos y sobre todos los coros de los ángeles, y ahí estáis sentado a la diestra del Padre, donde está la fuente de la vida, y la lumbre inaccesible, y aquella paz de Dios que trasciende todo sentido. Ahí os adoramos; y creemos que sois verdadero Dios, y verdadero Hombre, y confesamos que Dios es vuestro Padre, y que en el fin de los siglos habéis de venir a juzgar los vivos, y los muertos, y dar a todos buenos, y malos su pago, según el merecimiento de las obras que hubiere hecho cada uno en esta vida, y el premio ó castigo, el descanso ó el tormento de que fuere digno. Porque en aquel día por la voz de vuestra virtud resucitarán todos los hombres en el cuerpo que aquí tuvieron: para que todo el hombre conforme a sus obras reciba pena ó gloria: Vos sois la misma vida, y nuestra resurrección

a Vos esperamos como Salvador nuestro, para que reforméis este nuestro cuerpo abatido, y vil y le conforméis y hagáis semejante a vuestro Cuerpo glorioso: yo os he conocido, Dios Santo, Espíritu del Padre, y del Hijo, que procedéis de ambos, como de un principio sustancial, y coeterno al Padre y al Hijo, consolador y abogado nuestro, que bajasteis en forma de paloma sobre el mismo Dios, y Señor nuestro Jesu-Cristo, y aparecisteis sobre los Apóstoles en lenguas de fuego; y habéis enseñado desde el principio por el don de vuestra gracia a todos los Santos, y amigos de Dios, y abristeis las bocas de los profetas, para que predicasen las maravillas de vuestro Reino: y juntamente con el Padre, y con el Hijo sois adorado, y glorificado de todos los Santos. Entre los cuales, yo, el menor de vuestros siervos, de todo mi corazón os alabo, y glorifico vuestro nombre, porque me habéis alumbrado. Vos sois verdadera luz, y verdadera lumbre, fuego de Dios y Maestro de todos los espíritus: Vos con la unión de vuestra gracia nos enseñáis toda verdad, sin la cual es imposible agradar a Dios. Porque Vos mismo procedéis Dios de Dios, y luz de luz, del Padre de las lumbres, y de su Hijo nuestro Señor Jesucristo por un modo inefable, y sois consustancial, é igual, y coeterno al Padre, y al Hijo, y glorificado reináis con ellos en la esencia de una Trinidad. Conozcoos un Dios vivo, y verdadero, Padre, y Hijo, y Espíritu Santo, trino en las personas y uno en la esencia: y de todo mi corazón os adoro, y glorifico, y confieso que sois verdadero Dios, sólo, Santo, inmortal, invisible, incommutable, inaccesible, é incomprensible: una lumbre, un Sol, un pan, una vida, una bondad, un principio, un criador del cielo, y de la tierra: por el cual todas las cosas viven, y se conservan, y son gobernadas, y enderezadas, y vivificadas: así las que están en el cielo como las que están en la tierra, y debajo de la tierra. Porque fuera de Vos no hay Dios en el cielo, ni en la tierra. De esta manera, Señor Dios mío, os he conocido, de esta manera os he conocido conocedor mío. Heos conocido por la Fe que habéis infundido en mi ánima, porque sois la lumbre de mis ojos, y la alegría de mi juventud, y el bien que sustenta mi vejez, y todos mis huesos se regocijan en Vos, y con gran gozo, dicen: ¿Señor, quién es semejante a Vos? ¿Quién es semejante a Vos entre los Dioses, Señor? Las manos de los hombres no os hicieron a Vos, sino Vos hicisteis las manos de los hombres. Los Dioses de las gentes son de plata, y de oro, y obras hechas por manos de los hombres: pero Vos Hacedor de los hombres, no sois tal. Todos los dioses de las gentes son demonios, pero el Señor hizo los cielos, y él es el verdadero Dios. Los dioses que no hicieron el cielo, y la tierra, perezan del cielo y de la tierra: mas aquel Dios que crió el cielo, y la tierra, los cielos y la tierra le bendigan, y alaben. Amén.

LAS OBRAS DE SAN AGUSTÍN

PUEDEM dividirse en siete clases: filosóficas, dogmáticas, exegéticas, morales, de asuntos diversos, sermones, cartas. Las obras filosóficas son:

1. *Contra academicos*, libri III.
2. *Liber de beata vita*.
3. *De ordine*, libri II.
4. *Soliloquiorum*, libri II.
5. *De immortalitate animae*.
6. *Liber de quantitate animae*.
7. *Liber de magistro*.
8. *De musica*, libri VI.

Las obras dogmáticas son:

1. *De vera religione*.
2. *De fide rerum quae non videntur*.
3. *De fide et simbolo*.
4. *Enchiridion*.
5. *Liber de agone christiano*.
6. *Liber de fide et operibus*.
7. *De Trinitate*, libri XV.
8. *De conjugis adulterinis*, libri II.
9. *De cura gerenda pro mortuis*.
10. *De resurrectione mortuorum*.
11. *De Civitate Dei*.
12. *De divinatione daemonum*.
13. *Adversus judaeos*.

Contra los maniqueos escribió las siguientes:

14. *Liber de utilitate credendi*.
15. *De moribus ecclesiae catholicae, et de moribus manichaeorum*, libri VI.
16. *De Genesi contra manichaeos*, libri II.
17. *Liber contra Adimantum manichaeum*.
18. *Contra Faustum manichaeum*, libri XXXIII.
19. *Liber contra epistolam manichaei, quam vocant fundamenti*.

20. *De actis cum Felice manichaeo.*
 21. *Liber de natura boni.*
 22. *Liber de duabus animabus.*
 23. *Disputatio contra Fortunatum manichaeum.*
 24. *De libero arbitrio, libri III.*
 25. *Liber contra Secundinum.*
 26. *Contra adversarium legis et prophetarum.*
 27. *Ad Orosium contra priscillianistas et origenistas.*
- Contra los donatistas escribió las siguientes:
28. *Psalmus contra partem Donati.*
 29. *Contra epistolam Parmeniani, libri III.*
 30. *Contra litteras Petilianus, libri III.*
 31. *Contra Cresconium, libri IV.*
 32. *Libri septem de Baptismo.*
 33. *De unico Baptismo contra Petilianum.*
 34. *Epistola ad catholicos contra donatistas, que se titula también Liber de unitate ecclesiae.*
 35. *Breviulus collationis cum donatistis.*
 36. *Liber ad donatistas post collationem.*
 37. *Sermo ad Caesariensis ecclesiae plebem.*
 38. *Liber de gestis cum Emerito.*
 39. *Contra Gaudentium, libri II.*
- Contra los pelagianos escribió las siguientes:
40. *De anima et ejus origine, libri IV.*
 41. *De peccatorum meritis et remissione, libri III.*
 42. *Liber de spiritu et littera.*
 43. *Liber de natura et gratia.*
 44. *Liber de perfectione justitiae hominis.*
 45. *Liber de gestis Pelagii.*
 46. *De gratia Christi et de peccato originali.*
 47. *De muliere et concupiscentia, libri II.*
 48. *Contra duas epistolas pelagianorum, libri IV.*
 49. *Libri sex contra Julianum Pelagianum.*
 50. *Opus imperfectum contra Julianum.*
 51. *Liber de gratia et libero arbitrio.*
 52. *Liber de correptione et gratia.*
 53. *Liber de praedestinatione sanctorum.*
 54. *Liber de dono perseverantiae.*
- Contra los arrianos escribió las siguientes:
55. *Liber contra sermonem Arianorum.*
 56. *Collatio cum Maximino Arianorum episcopo.*
 57. *Libri duo contra eundem Maximinum.*
- Las obras exegéticas son:
1. *Libri quatuor de doctrina christiana.*
 2. *Liber imperfectus de Genesi ad litteram.*
 3. *Libri XII de Genesi ad litteram.*
 4. *Locutionum, libri VII.*
 5. *Quaestiones in Pentateucum, libri VII.*
 6. *Annotationes in Job.*
 7. *Enarrationes in psalmos.*
 8. *De consensu Evangelistarum, libri IV.*
 9. *Quaestiones Evangelistarum, libri II.*
 10. *De sermone Domini in monte, libri II.*
 11. *Tractatus CXXIV in Joannis Evangelium.*
 12. *Tractatus X in epistolam Joannis.*
 13. *Expositio quarundam propositionum ex epistola ad Romanos.*
 14. *Epistolae ad Romanos expositio inchoata.*
 15. *Expositio epistolae ad Galatas.*
- Las obras morales son:
1. *Speculum.*
 2. *Liber de mendacio.*
 3. *Liber contra mendacium ad Consentium.*
 4. *Liber de patientia.*
 5. *Liber de continentia.*
 6. *Liber de bono conjugali.*
 7. *Liber de sancta virginitate.*
 8. *Liber de bono viduitatis.*
 9. *Liber de opere monachorum.*
 10. *Liber de catechizandis rudibus.*
- Sobre asuntos diversos escribió las siguientes:
1. *Liber de diversis quaestionibus octoginta tribus.*
 2. *Libri duo de diversis quaestionibus ad Simplicianum.*
 3. *Liber de octo Dulcissimi quaestionibus.*
- Los sermones pueden ser clasificados en cuatro clases: 1.ª sobre Sagrada Escritura; 2.ª de Tempore; 3.ª de los Santos; 4.ª de asuntos diversos.
- Las cartas que se conservan son 218: dogmáticas, morales, consoladoras y familiares.
- Un distinguido escritor hace ascender a 882 las ediciones de las obras de San Agustín en diferentes idiomas.

UN AUTO

DE DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

ENTRE los Autos Sacramentales de Calderón de la Barca, a cuyo estudio he consagrado algunas líneas en número anterior de esta Revista, figura y solicita hoy nuestra atención, por la oportunidad que le prestan las fiestas del Centenario de la conversión de San Agustín, el titulado *El Sacro Parnaso*. Fue repro-

sentado éste en el Corpus del año de 1659 por las Compañías de Diego Osorio y Sebastián de Prado, y cobró por el nuestro insigne Calderón setecientos reales. Su lectura basta para demostrar, así lo acostumbrado que se hallaba el público a desentrañar las sutilezas teológicas y mitológicas, como a comprender los certámenes literarios, todo lo cual presta sumo carácter a la obra del poeta.

En la fábula dramática del poeta *La Fe*, convoca a certamen, y en unión de las Sibilas ofrece los asuntos que han de ser cantados por los que aspiren a los premios. La proposición de *La Fe* dice así:

Ya que en esta verde esfera
de aquel sol, que pudo sólo
ser el verdadero Apolo,
soy la hermosa primavera;
yo, entre todas la primera,
el primer asunto dé,
que aunque a mi cargo tome
la oración, no es objeción
que haga la Fe la oración
y dé el asunto la Fe.
El que en una canción real
de tres estancias dijere
cuanto en el hombre prefiero
a la vianda natural
el dulce espiritual
manjar de aquella oblación,
tendrá (pues del fuego son
señas rayos carmeses)
un corazón de rubíes
en premio de la canción.

San Jerónimo, San Gregorio y San Ambrosio dudan respecto a cuál de los asuntos del cartel han de consagrarse, y los dos primeros animan al último, temeroso de sus fuerzas, prometiéndole el triunfo por la dulzura de su estilo. Y dice San Agustín:

Yo confieso
que es así, pues nadie más
lleva tras sí mis afectos,
siendo mi imán su atractiva
dulce retórica; pero
aunque me huelgo de oírle,
no de seguirle me huelgo.
Y así, si Ambrosio el asunto
escribe de este misterio,
por lucir la oposición
yo contra él escribir pienso.

AMBROSIO.

¡Ay Agustín, qué mal haces
en seguir del maniqueo
la sacramentaria escuela
malogrando y desluciendo
de tu lógica sutil
los altos merecimientos!

AGUSTÍN.

Tagaste, de Africa, fué
cuna de mi nacimiento;
de padre gentil nací,
y aunque de la Iglesia el gremio
sigue Mónica, mi madre,
pidiendo con sentimientos
siempre a Dios mi redención,
más de mi padre me precio;
con que gentil en la sangre
y en religión maniqueo,
inclinado a los estudios,
sin bautismo me conservo.
Mas esto ahora no es del caso,
y así sólo a decir vuelvo
que he de escribir contra ese
cartel que nos ha propuesto
en su mística academia
la Fe...

AMBROSIO.

¡Ay Agustín, quién pudiera,
ya que al certamen te veo
opuesto con ese asunto,
verte a ese asunto no opuesto,
sino a favor!

AGUSTÍN.

Yo te estimo
la afición, mas no el consejo,
pues en esta parte sólo
con él, Ambrosio, me quedo
para impugnarle.

AMBROSIO.

Quizá
mejorará Dios tu intento.

AGUSTÍN.

¿Con qué medios?

AMBROSIO.

Con el llanto

de tu madre, con el ruego
de la Iglesia, con la instancia
de mis amantes recuerdos
y con la agudeza de
tu propio conocimiento.

De tal suerte queda planteado el asunto dramático, alejándose San Ambrosio, al que siguen en breve la Gentilidad, el Judaísmo y el Regocijo, y quedando en escena Agustín, más que leyendo el cartel del certamen abstraído en las meditaciones en que le han sumido la grandeza del asunto por una parte, y por otra los razonamientos de Ambrosio.

La escena que sigue, en que interviene, dando belleza al monólogo del Santo, la voz de Santa Mónica y coro de fieles, es bellísima, y tan dentro del propósito que me ha puesto la pluma en la mano, que no resisto a la tentación de reproducirla íntegra.

Es como sigue:

AGUSTÍN.

¡Válgame Dios! ¿Qué temblor,
otra vez a decir vuelvo,
es el que en mí ha introducido
este ó acaso ó misterio,
que absorto, confuso,
helado y suspenso,
ni el misterio alcanzo
ni el acaso entiendo?

El asunto que la Fe
dió de todos el primero,
es el que a mí me ha tocado.
¿Asunto de la Fe? ¡Cielos!
En que pide que se pruebe
cuanto prefiero el sustento
del espiritual manjar
del pan de su Sacramento
a la natural vianda
que alimenta vida y cuerpo, —
en el poder de Agustín,
cuando que crea es su intento
que, transustanciado el pan,
no es pan, y que al punto mismo,
guardando accidentes
su cándido velo
pierde la sustancia
y deja de serlo?

Pues ¿cómo su alto saber
no previno que a mi ingenio
este asunto no llegase?
Sin duda pensó que el premio
del rubí de un corazón
me sobornara el afecto,
para que no siendo yo
quien escriba contra esto
quede la proposición
asentada, no advirtiéndolo
que no es para mí soborno,
porque yo ¿para qué quiero
un corazón de rubí,
si de diamante le tengo?

¡Y tan de diamante
que dentro del pecho
ni polvo le labra
ni sangre ni acero!
Polvo, pues sé que lo soy,
sin que me mueva por eso
sobre el aviso de Ambrosio
mi propio conocimiento;
sangre, pues no me enternecen
de mi madre los extremos;
ni acero, pues no me arrastra
el imán de todo el cielo;
y así, a sombra de esta higuera,
cuya fruta algún sujeto
dijo ser de Adán la poma,
así por ser su primero
abrigo sus hojas, como
que otro árbol no sabemos
que en el mundo maldijese
Cristo, reclinarme quiero,
para hacer en este libro
de memoria apuntamientos.

(Sientase y saca un libro de memoria.)

Con que aquece asunto
veamos si halla, cielos,
donde Adán errores.

Agustín aciertos;
para cuyo silogismo
tengo de empezar diciendo...

(Canta dentro una voz triste de mujer.)

VOZ.

¡Piedad, Señor divino, y de mí ruego
Muévase el llanto, obliqueos el lamento!

AGUSTÍN.

La voz de mi madre es esta,
cuyo triste llanto tierno
siempre que en estas materias
escribo, discurro ó pienso,
me está sonando al oído
con tan dos contrarios ecos,
que es para conmigo llanto
y para con Dios concepto;
que lágrimas son
templado instrumento
que sonando tristes
suenan de los cielos.

VOZ.

Piedad, Señor divino, y de mi ruego
muevaos el llanto, obligueos el lamento!

AGUSTÍN.

Lástima que enternecida
tantas lágrimas te cueste,
que si en aquella estatera
que al Apocalipsis leo
nos pusieran á los dos,
no dudo pesara menos
la gravedad de esta carne
que el suspiro de un acento.
¿Qué quieres de mí?

VOZ.

Que no
se pierda, Señor, os ruego;
ajeno de Vos un hijo
que yo os pedí para vuestro.

AGUSTÍN.

Nadie piense que va errado
que no lo fuera, y supuesto
que yo pienso que voy bien,
¿de qué me sirve el acuerdo?
Y así que cantes ó llores,
al pasado asunto vuelvo,
y contra el antecedente
de esta manera argumento:

(Escritor.)

«Pan que conserva color,
olfato, tacto y sabor,
¿cómo sin substancia vino?»

(Música dentro.)

CORO.

*De lógica de Agustino
Libranos, Señor.*

AGUSTÍN.

Pero ¿qué nueva armonía,
qué segundo coro nuevo
me nombra en estotra parte?
Escucho otra vez atento.

MÚSICA.

De peste, hambre y mortandad...

TODOS.

Libranos, Señor.

MÚSICA.

De ira, rayo y tempestad...

TODOS.

Libranos, Señor.

MÚSICA.

De toda infelicidad...

TODOS.

Libranos, Señor.

UNO.

*Y para que sea mayor
siempre tu favor divino...*

TODOS.

*De lógica de Agustino,
Libranos, Señor.*

AGUSTÍN.

En las preces con que el coro
de la Fe le pide al cielo
la libre de pestes y hambres,
muertes, desdichas y riesgos,
me añade: ¡muy malo
sin duda ser debo,
pues me hacen lugar
los que no son buenos!
¿Quién, pues, soy yo ¡ay infelice!
para que me den asiento
en el banco de las iras,
los relámpagos y truenos,

ansias y calamidades?

¿Quién, pues, soy yo, que le cuesto
tanto cuidado á mi madre
y á la Fe tanto desvelo,
que cuando dice el amor...

VOZ.

¡Piedad, Señor Divino!

AGUSTÍN.

Responde luego el temor...

(Cáscate el libro.)

MÚSICA.

*De lógica de Agustino
Libranos, Señor.*

AGUSTÍN.

Todos diciendo á un tiempo...

EL Y TODOS.

Muevaos el llanto, obligueos el lamento.

AGUSTÍN.

Pues ¿cómo?... si... cuando yo...
Mas ¡ay de mí! que el aliento
torpe, balbuciente el labio,
la voz muda, helado el pecho,
pasmado el discurso,
absorto el ingenio
y el juicio turbado
aun á hablar no acierto.
Mas ¡ay! ¿qué mucho, si el libro
de memoria perdí? Pero
¿qué me ajió? ¿qué me espanto?
¿qué me asombro? ¿qué me quejo?
si quizá le he dado á logro,
pues en lugar de que pierdo
el libro de la memoria
hallo el del entendimiento,
según me ilumina
hoy un rayo bello
que hace ver más
cuando estoy más ciego?
¿Qué es esto, cielos? Si es
eficaz auxilio vuestro,
que responde conmovido
al piadoso sentimiento
de una y otra voz, habladme
más claro, que como es nuevo
el idioma del favor,
le escucho, mas no le entiendo;
y sólo discurro en que
con estas ansias perdiendo
el corazón, que á pedazos
se quiere salir del pecho,
intentáis que al ver
que sin él me quedo
me ponga á codicia
de traer el del premio.
¿Quién, pues, podrá en vuestro nombre,
ya que yo elección no tengo,
alumbrar mis dudas?

En este punto vuelven á intervenir en la acción
dramática la Fe y San Ambrosio, para apoyar la
nueva tendencia y acabar de disipar las últimas du-
das de Agustín; entran sucesivamente en esce-
na las Sibilas y el Regocijo, trayendo los atributos
del sacramento bautismal, y exclama Agustín:

Fe, dime: pues que aun no tengo
de aquellas voces que oí
perdido el sagrado miedo,
¿volverá á afligirme el llanto
de mi madre?

FE.

No.

AGUSTÍN.

El lamento

de tu coro ¿volverá
á pedir contra mí al cielo
justicia?

FE.

No.

AGUSTÍN.

¿Y qué dirán
ahora de mí entrambos ecos?

TODOS.

Dirán...

AGUSTÍN.

¿Qué?

MÚSICA.

*Te Deum laudamus,
Te Dominum confitemur.*

El *Te Deum* cantado por los personajes es tan
bello como todas las demás partes del auto; pero
como sólo ha sido mi propósito reproducir algunos
de los hermosos pensamientos puestos por Calderón
en boca de San Agustín al tiempo de su conversión,
habré de seguir el limitado extracto reproduciendo
la canción con que el convertido se presenta á optar
al premio primero del certamen, y cuyo asunto,
según se recordará, era exponer cuánto el manjar
espiritual excede al natural.

Lee San Agustín:

Si vianda y bebida
es lo más que apetece
nuestra condicional naturaleza,
pues con ella la vida
se engendra, nace y crece.
¿qué favor, qué piedad ó qué fineza
pudo hacer la grandeza
de Dios más adecuada
á nuestro humano ser que haberse dado
en el mismo alimento deseado,
porque no hallando repugnancia en nada
familiarmente fuera
manjar del alma el que del cuerpo lo era?
¡Oh suma Omnipotencia!
¿Qué nación ha tenido
tan propincuo á su Dios, que á su Dios coma,
con tan gran Providencia,
que no sólo haya sido
refacción con que la hambre y la sed doma
la vianda en que se toma
más refacción con que favorecida
la alma también, cobrando nuevo aliento,
halla en un alimento
con la vida mortal la eterna vida,
pues llegando no indigna su hostia bella
ella se queda en Dios y Dios en ella?
Y aun con otra excelencia
que, como natural vianda, empalaga,
tal vez el pan á ser nocivo viene;
mas, sobrenatural, con la asistencia
de Dios en él, por más que satisfaga,
el que le come más, más hambre tiene;
con que, si allí proviene
daño y provecho, aquí también, mostrando
que cuando Cristo por el Padre vive,
vive por Cristo el hombre, si recibe
digno su cuerpo y sangre; pero cuando
reo de carne y sangre llega fiero
lobo de Dios, á Dios como cordero.
Basta, canción, que en abreviada suma
á mi turbada pluma
nada le queda que advertir, si advierte
que á un tiempo es Pan de vida y Pan de muerte.

Agustín, como es de rigor, obtiene el premio
prometido, que le entrega el Regocijo, y

Porque no de balde
goce el corazón,
lévele atravesado
con flechas de amor.

Con cuya frase alude el autor al simbólico em-
blema que la Orden de San Agustín ostenta en su
escudo.

Al leer hoy los Autos Sacramentales de D. Pedro
Calderón, suspende y maravilla, como indicado
dejo, el tesoro de saber, la fe profunda, el acertado
simbolismo de las figuras que hace jugar en sus fi-
bulas y la siempre rica, exuberante y armoniosa
versificación que en ellos campea; pero no sorpren-
de menos el recuerdo de que hubiese en su época
público capaz de apreciar aquellas joyas teológico-
poéticas. Las escenas que quedan copiadas de *El
Sacro Parnaso* bastan para formar idea del carácter
de unas composiciones, hijas de la arraigadísima fe
de nuestros padres, así como de la sobriedad y acier-
to con que supo Calderón representar á San Agus-
tín en los momentos de su conversión, en la que
tanta gloria cabe á la Santa Madre del Obispo de
Hipona, cuyo décimoquinto Centenario se celebra
ahora.

O. T. B.

EL NIÑO DE LA CONCHA

TRADICIÓN.



XISTE una poética tradición que se
refiere al gran Doctor de la Iglesia latina,
al varón admirable que fué un genio y
un santo, y á cuyo portentoso saber se
tributan merecidas honras al cumplirse el xv cen-
tenario de su conversión á la fe cristiana. Consér-
vase aquella de la manera siguiente:

Cuando Agustín llegó á ser poseedor de la Ver-

dad por el tan deseada y que con tan febril anhelo buscó aun en medio de los desórdenes de su juventud, se decidió a regresar con su madre desde Italia al suelo africano donde tuvo su cuna. Esta santa mujer, verdadera heroína del amor materno, veía entonces compensadas todas sus amarguras e inquietudes producidas por los extravíos del hijo de tantas lágrimas; pero no tocó el término de este viaje, porque cumplida su misión en la tierra, el cielo la reclamaba para sí. Llegaron ambos a Civita Vecchia, donde debían procurarse algún descanso antes de proseguir su camino. Agustín, después de las terribles tempestades de su alma sumida en tinieblas, dominada por el vicio y fluctuando entre la duda y el escepticismo más desconsolador é insensato, transfigurado ya se entregaba por completo a la meditación de los misterios de una religión que sentía no haber conocido antes y a cuya luz se habían disipado en su mente las sombras del error y calmado sus violentas agitaciones, porque comenzaban a germinar en ella los pensamientos que engrandecen tantas obras, elocuentísimos testimonios de su sabiduría y de la intensidad de su amor divino. Procurando alejarse de las gentes, se dirigió en aquel pueblo de Italia a la orilla del mar; y allí, donde sólo turbaba el silencio el apacible murmullo de las olas, en la soledad que apetecía, procuró sondear, tal vez con temeraria insistencia, uno de los más altos misterios que le ofrecía el dogma cristiano. Era su pretensión penetrar el de la Trinidad Santísima, pero en vano se esforzaba su inteligencia para conseguir su objeto. Abstraído en estas hondas preocupaciones, le sorprendió de repente a su paso la presencia de un hermoso niño que después de haber hecho un hoyo en la arena, llenaba de agua una concha y la vertía en aquel pequeño hueco. Sintióse Agustín atraído por el singular encanto de ser tan inocente, y al advertir la ocupación a que se daba, sonriéndole bondadoso, le preguntó si era su deseo trasladar a aquella hendidura las aguas del inmenso Océano. — ¿Y por qué no? le contestó el niño con dulce voz pero con un tono de convicción y firmeza mal avenido con su edad; más fácil sería conseguir tal empeño que hacer que tú comprendieras el misterio que pretendes penetrar en este instante. Tan inesperada respuesta dejó absorto y pensativo al que siempre se había visto dominado por una insaciable sed de ciencia y cuyas constantes aspiraciones habían sido llegar a conocer cuanto es dado penetrar a la inteligencia humana.

Tal es la sencilla tradición conservada desde remotos tiempos. Agustín escribió más tarde un tratado de la Trinidad, que se compone de quince libros, donde abordó tan difícil asunto con una elevación no conseguida por otros; profundo estudio que comenzó en su juventud, según el mismo indica, y terminó en su vejez.

En el lugar señalado por la leyenda, como aquel en que se verificó el encuentro del misterioso niño y el que llegó a ser la mayor gloria de la Iglesia de Occidente, se edificó un templo consagrado a este varón insigne, en quien se sobrepone para más engrandecerle, a la corona del genio, la formada de divinos resplandores y que sólo se otorga a los que obtienen la santidad por sus acrisoladas virtudes.

Para cerrar estos breves párrafos y que tengan la autoridad que no puede darles mi firma, creo del caso reproducir la poesía que al mismo asunto consagró nuestro gran Lope de Vega, que es como sigue:

En las riberas del mar
Se paseaba Agustín;
Altos pensamientos tiene,
Hijos de su ingenio altivo.
Lo que presume entender
Ningún mortal lo ha entendido;
Como es Dios uno en esencia,
Siendo en las personas trino:
Cómo es el Padre increado,
Y cómo engendra a su Hijo
Eternamente, y procede
De los dos el Santo Espíritu:
Cómo era el principio el Verbo,
Y era cerca de Dios mismo,
Dios era el Verbo, de Dios
Cerca y esto en el principio:
Cómo la primer persona
Es sin ninguna, y ha sido,
Y que es por generación
La segunda, que es el Hijo:
Cómo la tercera es,
Quiere entender atrevido,
Por común inspiración
De las dos amor divino,
El ser Hijo y Padre eternos,
Porque son correlativos,
Y el Espíritu aquel lazo
Que en amor los tiene unidos.

Quando está pensando en esto,
Volvió el rostro y vió que un niño
Sentado estaba en la arena
A los pies de un pardo risco,
Enortijado el cabello,
Largo, crespo, rubio y rizo,
Y en dos estrellas por ojos
Engastados dos zafiros.

Como marfil terso el rostro,
Y de rubies ceñidos
Los labios, que parecían
Venda de grana de Tyro.

En coger agua del mar
El niño está divertido
Con una madre de perlas,
Concha de su nácar limpio.

— ¿Qué haces, dice Agustín,
Niño hermoso, en este sitio,
Que me da pena, si acaso
Vas de tus padres perdido?

Mirándole las espaldas
Pensó hallar su nombre escrito,
Mas solamente en la Cruz
Tuvo su rótulo Cristo.

— No estoy en vano, responde,
Que reducir solicito
El mar inmenso que ves
A este pequeño resquicio.

Agustín le responde:
— No te canses, niño mío,
Que es imposible agotar
El mar inmenso en mil siglos.

— Pues lo mismo me parece
Que hacéis vos, padre, le dijo,
Pues es saber lo que es Dios
Proceder en infinito;

Que como el mar Océano
No es posible reducirlo
Con esta concha a esta quiebra,
Ni agotar su inmenso abismo,

Así vos el mar de Dios
Eterno é incircunscripto
Con vuestro ingenio mortal,
Aunque ingenio peregrino.

Quedó Agustín admirado,
Y humildemente advertido
Que no fuera Dios quien es,
Si fuera Dios entendido.

Quiso al niño responder,
Y no le halló, cuando quiso,
Desengañado que Dios
No cabe en mortal sentido.

Desde entonces escribió,
Que era más seguro asilo
El creer que el entender,
Que Dios se entiende a sí mismo.

Tal es la religiosa tradición del Niño de la Concha.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

A SAN AGUSTÍN

*Sero te amari, ó polcheritudo tua anti-
quas, tua nova; sero te amari.*
(Confesiones de San Agustín.)

¡Quién como tú pudiera con acentos
de fe inspirados y de amor henchidos
elevar hasta Dios los pensamientos
en la cárcel del alma contenidos!

¡Quién como tú también, mortal humano,
a su Dios y Señor decir pudiera:
— ¡Oh! qué tarde te amé, placer mundano
cegó mis ojos por que no te viera!

Llegó tu luz a iluminar mi mente
y desde entonces tu grandeza veo,
tu bondad infinita el alma siente
y en te gloria eterna, mi Dios, ya creo.

Esto dijiste, y tu razón serena
más clara que la fuente cristalina
que duerme en lecho de menuda arena
fué manantial de inspiración divina.

Y desde entonces con criterio tanto
como la fe divina te inspirara
fuiste de nuestra Iglesia Padre y Santo,
y honra del mundo tu virtud preclara.

¡Qué pocos son los que de vicios llenos
sin fe en el alma, el corazón sin pena
al bien divino y al humano ajenos,
entienden que la gloria no es terrena!

¡Qué pocos son también los que, gozando
los placeres carnales, dicen luego
de su error y torpeza despertando:
— ¡Tarde te amé, mi Dios; estaba ciego!

Y es que el hombre mirando lo presente,
lo que está más allá tanto le aterra,

que por no ver la luz baja la frente
para fijar los ojos en la tierra;

Que ella aplaca su sed, le da alimento,
dicha, placer, felicidad, ventura
y al exhalar su postrimer aliento
le da en su seno una ancha sepultura.

Es verdad; pero el alma que ha animado
la materia mortal en este suelo,
si en su Dios no ha creído, ni ha pensado,
no hallará sitio en la mansión del cielo.

SANTIAGO OLMEDO Y ESTRADA.

LOS GRABADOS

EL CARDENAL RAMPOLLA.

El día 1.º salió de Madrid con dirección a Roma el Pro-nuncio de Su Santidad, Cardenal Rampolla, siendo acompañado hasta el Escorial por el Auditor de la Nunciatura, monseñor Segura, que queda encargado de la misma hasta que sea nombrado nuevo Nuncio. Entre las muchas é importantes personas que acudieron a despedir al ilustre purpurado se hallaban los señores Obispos de Madrid-Alcalá, Oviedo, Santander, Ciudad-Rodrigo y Avila; una comisión del tribunal supremo de la Rota, presidida por el Auditor del mismo; otra del Cabildo, presidida por el Dean señor Fernández Montaña; los procuradores y subprocuradores de las Ordenes religiosas; misioneros de Ultramar; el Visitador eclesiástico Sr. Menéndez; el Visitador general de las escuelas cristianas, hermano Justino María; casi todos los Ceras ecónomos de esta corte y gran parte del personal eclesiástico de Madrid; el cuerpo diplomático, inclusa la embajada china; los subsecretarios de Estado y Gracia y Justicia, aunque éste estuvo por la mañana con el Sr. Alonso Martínez a despedirle en el palacio-nunciatura, y varios títulos de Castilla, literatos, etc., etc.

Tan conocido es de los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA el nombre de monseñor Rampolla, que al publicar hoy su retrato con el traje de su nueva jerarquía eclesiástica nada podemos decir, limitándonos a pedir al cielo que colme de venturas al Prelado que tan gratos recuerdos deja en España.

SAN AGUSTÍN.

(Estadua en piedra.)

Los escultores han prodigado su inspiración reproduciendo la imagen de San Agustín; pero casi todos han coincidido en representarle con ornamentos episcopales y teniendo en la mano un libro, símbolo de su ciencia, y encima de éste una iglesia para significar que a ella consagró sus obras. De tal suerte aparece en el considerable número de estatuas que se veneran en nuestros altares y en las hornacinas de las iglesias de Agustinos, perteneciendo a este género la que reproducimos hoy en grabado. Esta imagen que hoy se conserva en el Museo Arqueológico Nacional, perteneció, según informes oficiales, al derruido convento de Santo Tomás, caso de que no fuera, según nuestra particular creencia, la que en el siglo XVII labró para el convento de San Felipe el Real el escultor Juan de Villanueva.

SAN AGUSTÍN Y SANTA MÓNICA.

(Cuadro de Ary-Schffer.)

El inspirado pintor Ary-Schffer representa a Santa Mónica y a San Agustín, después de convertido, sentados a la orilla del mar, con el traje de los antiguos paganos romanos. Santa Mónica tiene a su derecha a San Agustín, estrechando una de sus manos. Ambos tienen los ojos levantados al cielo y aparecen como transfigurados.

El ilustre artista se inspiró en el pasaje de *Las Confesiones*, lib. IX, cap. X, donde el Santo refiere su residencia en Ostia, y se elevó a la mayor altura al ejecutar este cuadro, siguiendo el estilo espiritual y metafísico que adoptó en los últimos años de su vida. M. Victor Joannet, hablando de este cuadro, dice: "Desgraciado aquel en quien la belleza sublime y espiritual de esta obra no penetra como una llama ardiente; desgraciado aquel que permanece frío é indiferente y no siente cómo moverse su alma para seguir la huella luminosa que el artista ha trazado entre la tierra y el cielo."

Esta magnífica pintura apareció por primera vez en 1859 en la exposición particular de las obras de Ary-Schffer, pero fué ejecutada en 1855. Actualmente es propiedad del señor Infante Duque de Montpensier.

D. José M. León y Domínguez, distinguido escritor católico y catedrático del Seminario de Cádiz, escribió, inspirado en esta obra de arte, su interesante leyenda *Las dos visiones*.

CRÓNICA DE VALENCIA



Entre acontecimientos hemos presenciado después de las desdichas que llevamos narradas; parece increíble que esto ocurra en el pueblo católico de Valencia, y es que el demonio duerme en la casa de los malos y milita en casa de los buenos. El demonio está entre nosotros, lo vemos todos los días, vive cerca y en vecindad nuestra; pero no como le pinta el arte y le describen los libros; no; hay que buscarle en el alma de nuestros semejantes; no en

forma de hombre renegrido y con cuernos, sino en plena posesión del alma de la mujer liviana y descreída, en absoluto dominio del hombre soberbio, lujurioso y ateo. Todos los días le vemos, ya sentándose en el sacrilego banquete que ellos mismos apellidaron con la satánica osadía del infierno de *promiscuación*, profanando la santidad del viernes de la Semana Mayor, con escándalo y profundo duelo del mundo cristiano. (No ha perdido poco la fonda en que se verificó, porque muchas personas han hecho propósito de no volver a ella.)

Si salimos al campo en las cercanías de un campamento, le hallaremos vestido de militar animado por el mosto, y con horror de nuestra alma, con dolor profundísimo le veremos poner sus manos sacrílegas en Jesús sacramentado.

Esto en la católica Valencia, esto valiéndose el demonio de las clases en que debe haber doctrina, amor y respeto. Por eso repito que el demonio vive entre nosotros, posee las almas de algunos, los dominan siete espíritus, y el de la soberbia se encarga de cegarles, para que los hombres no reconozcan la repugnante compañía en que viven. ¡Dios tenga piedad de ellos y por las oraciones de los buenos quiera darles un rayo de luz!

Como el Señor es tan misericordioso, nos envía sucesos consoladores al lado de tan aflictivas ocurrencias; la capital de esta antes rica provincia se regocija por la santificación de una de sus esclarecidas hijas, la Madre Josefa María Inés de Beniganim. Era esta criatura privilegiada de un entendimiento sencillo, de corazón enamorado de Jesús y de un alma dotada de tanta ternura que mereció del Señor muy especiales gracias. Puede decirse de la santa que muriendo en edad avanzada nunca dejó de ser niña, y es que siempre fué ángel.

Faltaba para su canonización un milagro, según se decía por esta ciudad, y tanto cuando el dicho que penetró la clausura del convento de la Encarnación de ésta, y llegando a la celda de una religiosa, la cual durante treinta años no había dejado el tosco sitial en que vivía; dando un impulso a su corazón en el día de fiesta de la Santa Madre Teresa de Jesús, cuando todas hasta la enfermera estaban en el coro, le hizo exclamar llena de fe: «Santa Madre Inés de Beniganim, si es cierto que te falta un milagro, sea yo la agraciada y dame la salud para que vaya a celebrar a nuestra Madre con la comunidad.»

Salió este grito de dolor de aquella pobrecita alma, cuyo cuerpo, muerto treinta años hacía, comenzó a sentir un calor inusitado y un deseo de movimiento que puso a la enferma en pie, y dirigiéndose al coro, entró y arrodillándose en medio de sus hermanas, prorumpió en lágrimas de gratitud. Las monjas quedaron tan absortas y espantadas al verla, que olvidaron la Salve que rezan antes de la bendición de la misa, cuyo olvido no se explicaba el sacerdote celebrante; por fin las más animosas la rezaron entre sollozos y lágrimas; el sacerdote terminó la misa, y acercándose después al torno conoció con júbilo el milagro.

Este suceso ocurrió hace dos ó tres años; dióse parte al Cardenal, mediaron los médicos que habían tratado a la enferma, y todo se acalló y se llevó con el sigilo conveniente en tales casos. No

se si en verdad ha sido este último milagro necesario a la canonización.

El martes 19 del corriente Abril salieron de Valencia para la villa de Beniganim, con objeto de extraer las reliquias del cadáver de la Santa, el Cardenal, Mons. Rongier, delegado de Su Santidad, el Provisor D. Francisco Bañuelos, gobernador eclesiástico D. Aureo Carrasco, abogado fiscal D. Francisco Galán, promotor fiscal D. Francisco Genovés, notario mayor D. Rafael Banacloche, Deán del Cabildo metropolitano, y Sr. Magistral del mismo, D. Ricardo Arteaga, y Canónigo Sr. Cañizares, doctor Castellote, curas de San Pedro y Santa Cruz y Nuncios D. José Gil y D. Patricio Martínez. Todos de nombramiento expreso.

Para vestir el cadáver de la Venerable han sido nombradas camareras las señoras de Polavieja y de Alafón.

El acto se verificó con arreglo al ceremonial. El Prelado hizo entrada en la iglesia bajo palio, y con los señores de la comisión entraron también el juez municipal y síndico del Ayuntamiento, ce-

rrando tras ellos la puerta del templo y revestidos de Pontifical el Sr. Cardenal y el señor Rongier, como prelado doméstico de Su Santidad, se procedió a tomar juramento sobre los Evangelios a las personas que debían intervenir en la ceremonia.

De la iglesia pasaron todos los concurrentes al claustro, y llegados al sepulcro, formado por una sencilla bóveda, el Sr. Cardenal tomó una piqueta, con la que dió tres golpes para comenzar el derribo, que continuaron los albañiles llamados al efecto, y que juraron que la obra correspondía a la fecha en que se inhumó por última vez el cuerpo de la Madre Inés.

Derribada la bóveda, apareció a la vista de todos los concurrentes la caja que cerraba los restos de la Santa. Estos habían sido colocados en 1851 en una caja de pino cerrada con cuatro cerrojos, con los escudos en forma de corazón, y esta primer caja, dentro de otra, también de pino, pero forrada de plomo, y con cuatro cerraduras, cuyas llaves conservaban la superioridad del convento, el Cura, el síndico y el Provisor.

La caja exterior estaba sujeta por un grueso cordón rojo, sobre el que se fijaron varios lacres con la inscripción *Tu honorificentia populi nostri*, y en el centro la cifra de María.

Junto al cadáver de la Madre Inés, y a su lado izquierdo, se colocó un tubo de vidrio que se encontró en el antiguo ataud, el cual encierra un pergamino en el que se lee: «La venerable Madre Josefa María Santa Inés.» También se puso a los pies una lámina de plomo, en la que se esculpió la misma inscripción, y junto al pie derecho un vaso cerrado con tapa de cristal, bien lacrado, que contiene los pequeños fragmentos térreos que se desprendieron al hacer la exhumación.

Derribada la bóveda en medio de la natural emoción de los concurrentes, sacóse la caja que fué llevada procesionalmente a una sala contigua, acompañándola con velas encendidas la comunidad, que cantaba un precioso himno.

Procedióse en seguida a abrir la caja, cuyas cerraduras cedieron al momento, apareciendo el cadáver de la Madre Inés, perfectamente conservado; y con el debido cuidado se recogieron el tubo de cristal y plancha de cobre antes descritos, y las señoras que habían sido convocadas a este objeto desnudaron el cuerpo de la Santa, para que los médicos pudiesen extraer las reliquias, operación que practicaron los Sres. Alafón, Moreno y Daras.

Las reliquias que se han recogido son:

Cuatro huesos carpianos de la mano derecha, los dos peronés (huesos delgados, uno en cada pierna, desde la rodilla hasta el pie); y dos tarsianos, uno del pie izquierdo y otro del derecho.

Con dos finísimos pañuelos fué recogida cuidadosamente la materia pulverulenta que había sobre el sagrado cuerpo, quedando ambos cerrados herméticamente en un frasco de cristal, y éste, juntamente con el que anteriormente existía, el tubo de vidrio y la plancha de plomo, fueron colocados en la caja mortuoria, vistiéndose el cuerpo de la Santa con un nuevo hábito de seda negra.

Cerrada nuevamente la caja, quedó depositada en aquella estancia, cuya ventana y puerta se sellaron, para proceder en el día de ayer a su enterra-



SAN AGUSTÍN

(Estatua en piedra: fotografiada de Laurent.)



SAN AGUSTÍN Y SANTA MÓNICA

(Cuadro de Ary Schilleer, fotografiado de Lauren.)

miento, retirándose desde aquel momento todos los concurrentes.

El Sr. Cardenal regresó ayer a Valencia, saliendo de Beniganim a las cinco de la madrugada para tomar el tren correo de Madrid en Játiva, y con su Emma, vinieron el Vicario General Sr. Bañuelos, el Secretario de Cámara Sr. Carrasco, el Deán Señor Palmero, el Sr. Moreno Cabalero, varios señores eclesiásticos y los dos ujieres del palacio arzobispal.

Los demás individuos de la comisión quedaron en Beniganim, para dar nueva sepultura al cadáver de la Madre Inés.

El martes quedó colocada la momia de la Santa, después de la extracción de las reliquias, en una habitación que se selló y lacró convenientemente. El miércoles por la mañana entraron en el convento Mons. Rongier, el Sr. Provisor D. Francisco Bañuelos, los doctores Alafont y Daras, el abogado fiscal D. Francisco Galán y el notario mayor de pa-

lacio D. Rafael Banacloche, los cuales procedieron a guardar las reliquias extraídas el día anterior, y después de ello, se condujo el cadáver procesionalmente al Comulgatorio, que se halla a la izquierda del altar mayor, separado de la iglesia por una reja, en cuyo punto fué colocada, sin caja, sobre una mesa cubierta con severos paños, con objeto de que pudieran verlo los millares de personas de toda aquella comarca que habían acudido a Beniganim, y que, a pesar de la lluvia torrencial que caía, se apiñaban en la plaza del Convento, esperando el momento en que se les permitiera la entrada. Para regularizar un poco el acceso de la multitud, hubo necesidad de situar un fuerte piquete de Guardia civil a la puerta del templo, que sólo se permitía de dos en dos individuos, habiéndose cerrado con bancos el espacio que debían recorrer hasta la salida por una de las puertas laterales.

El afán por visitar el cadáver de la madre Inés

era general. La momia, que ya hemos dicho que está perfectamente conservada, había sido adornada por las monjas del convento con gran número de flores artificiales, habiéndole ceñido también una preciosa corona de las mismas flores. Así continuó hasta las seis de la tarde, en que se cerró el templo, para volverlo a abrir el jueves durante todo el día.

Se había dispuesto como sepultura la misma celda que en vida ocupó la Santa en aquel convento, hasta que se prepare una capilla, donde se la colocará en una urna de cristales.

Aunque el copioso temporal ha agitado los preparativos hechos por el Ayuntamiento y la Junta de festejos de Beniganim, no han dejado de participar los pobres de los obsequios proyectados. El jueves, a las dos de la tarde, tuvieron una suculenta paella, ó por mejor decir, treinta y ocho paellas, pues en este número fueron las consumidas. Acomenzó el acto una banda de música.

Ayer debió repartirse el donativo de dos mil reales hecho también por el Sr. Cardenal para los pobres de la villa.

En ésta se encuentran, además de los comisionados, otras personas distinguidas de Valencia, que han ido a presenciar la solemnidad, y de los pueblos comarcanos ha sido numerosa la afluencia de forasteros: hay para alabar al Señor viendo la piedad que aun queda en estos pueblos.

Dios sea bendito y bendita sea nuestra Santa Madre Iglesia, que honra como acabamos de ver la memoria de los que gozan de las bienaventuranzas eternas.

JUAN DE DIOS.

Valencia 24 de Abril de 1887.

ANDRÉS EL PESCADOR

(Continuación.)

CAPÍTULO II

ANDRÉS EL PESCADOR

ZABULÓN, que siguiendo su sistema de espionaje, no había perdido una palabra de la conversación sostenida en el interior de la casa de Julias, al persuadirse que debía ser Andrés y no el anciano quien se dirigiera a Cafarnaum aquella misma noche, sintió en su alma un gozo infernal.

Al fin se presentaba la ocasión, por largo tiempo esperada, de realizar su inicuo plan de venganza, y era preciso aprovecharla.

Rápido en la concepción, y más rápido si cabe en poner en planta lo concebido, abandonó su sitio de observación junto a la puerta de casa de Julias, y corriendo a todo correr, se dirigió a la playa y punto donde había dejado varada su barquilla, botóla al agua sin dificultad, y una vez puesta a flote, empujó los remos y vogó mar adentro con gran ahínco, como si se tratara de alcanzar el premio ofrecido en alguna regata.

La barquilla se deslizaba rápidamente sobre la superficie del mar sin menguar en velocidad, merced al enérgico impulso que le comunicaban los remos; pero apenas había recorrido una milla escasamente, Zabulón dejó caer los remos, y enjugó el copioso sudor que corría por su frente, respiró con fuerza breves momentos, y después, sacando un enorme cuchillo de su cintura, se puso a perforar el fondo del barquichuelo.

Poco, muy poco tiempo invirtió en esta operación, porque, bien fuera que las tablas estuvieran carcomidas y ofrecieran débil resistencia, bien que lo tuviera preparado de antemano, es lo cierto que muy pronto, una copiosa vía de agua, penetrando por el agujero practicado, principió a invadir la barquilla, disminuyendo paulatinamente su línea de flotación a medida que se iba hundiendo en las aguas.

Cuando comprendió Zabulón que estaba próxima a zozobrar y a desaparecer para siempre en las profundidades del abismo, se desnudó de la ropa que vestía, hizo con ella un fío que colocó sobre su cabeza, y se dejó caer suavemente en el mar nadando con suma agilidad en dirección a la ribera. La barquilla no tardó dos minutos en sumergirse, formando un ancho remolino: las aguas volvieron a adquirir su natural nivel, y en toda la extensión del mar ya no se vió más que un punto apenas perceptible, que avanzaba rápidamente hacia la playa de Bethsaida, donde llegó sin dificultad al poco tiempo.

Des horas escasamente habría invertido Zabulón en realizar todo cuanto acabamos de referir, hasta fijar su pie en la playa. El fío de ropa que había tenido la precaución de sujetar sobre su cabeza, para evitar el contacto del agua, estaba enteramente seco; desdoblólo y se vistió con rapidez; hecho esto, se dirigió hacia las afueras de Bethsaida, camino de Cafarnaum, con toda la ligereza que le permitían sus piernas, y se emboscó tras de unos peñascos que existían junto al camino.

Hemos calificado de infernal el plan concebido por Zabulón y ciertamente que no merece otro nombre.

Aconsejado por su rabiosa ira, decidió matar al inocente Andrés; y decimos inocente, porque ninguna culpa tenía por haber alcanzado la preferencia de Betsabé, ya que ningún medio reprobado por la ley ni por la moral había puesto en juego para conseguirla.

Betsabé estaba en edad de elegir un esposo: su padre, obrando con prudencia, la dejó en completa libertad de elegir entre lo bueno, no entre lo malo; y aunque Zabulón hubiera pertenecido a la clase de los buenos, lo cual era muy dudoso, aun así, le que-

daba a Betsabé la elección, sin ofensa para nadie, porque no se manda al corazón.

¿Por qué se dio por ofendido Zabulón? ¿Por qué concibió aquel inicuo plan? Por el predominio que ejercían en él las malas pasiones, por su falta de resignación, por haber dado oídos al espíritu del mal; por su falta de valor para resistir los consejos de la ira, que sorda a los sentimientos de caridad y amor al prójimo, suele arrastrar a los hombres a fatales extravíos, a miserables excesos y hasta a la comisión de horribles crímenes.

Ya hemos dado a conocer el plan de Zabulón.

Principió por levantar su vecindario de Bethsaida y trasladarlo a Hippos; y ya hemos visto con qué insistencia hacía sus viajes todas las tardes desde una a otra ciudad, aparentando que salía a la pesca y acechaba su presa, como el chacal, para lanzarse sobre ella a la primera ocasión.

En la noche que nos ocupa, estaba, como siempre que le era posible, espiando en la puerta de casa de Julias, y pudo sorprender toda la conversación, oyendo con placer la resolución adoptada, de que fuera Andrés, y no Julias, el que debiera hacer el viaje a Cafarnaum, para recoger los quinientos talentos.

Andrés iría solo, de noche, y sin desconfianza; de suerte que podía ser sorprendido y caer víctima de su alevoso puñal.

Pensarlo y ponerlo en práctica, obra fue de breves momentos; en términos que, antes que Andrés hubiera salido de la población, ya estaba Zabulón en el sitio elegido de antemano.

No tardó en presentarse aquél, acompañado de Julias, su esposa Betsabé, y su hermano Simón.

El Pretor había accedido a los ruegos del anciano dándole un papiro que acreditaba a Andrés como representante de su padre. Conseguido esto, no podía perder tiempo si había de llegar a Cafarnaum a la hora convenida, así que desde la casa misma del Pretor se dirigieron todos hacia la salida de la ciudad, por el placer de acompañarle y despedirle.

Cuando llegaron cerca de los peñascos donde se había ocultado Zabulón, se paró Andrés y dijo:

—Ea, no sigáis más. Retiraos a casa, que ya es tarde y pronto se dejará oír el canto del gallo.

—Escucha, hijo mío, le dijo Julias. Procura que nadie sepa que llevas en tu poder esa cantidad; porque el dinero es tentador, y hay hombres de poca conciencia que no tienen escrúpulo en apoderarse de lo ajeno.

—Así lo haré, padre mío.

—Te advierto, prosiguió el anciano, que si te vieras acometido, y quisiera alguno apoderarse de nuestro caudal, no le defiendas, antes bien abandónalo a su rapacidad, porque todo el dinero del mundo no vale una gota de sangre humana. Lo único que debe defenderse hasta perder la vida si es preciso es nuestra santa ley, la religión de nuestros padres, que es la nuestra, y las creencias que aquellos nos legaron; porque su pérdida mata el alma, que es de Dios. También debemos defender nuestra honra y buen nombre; porque no basta ser buenos a los ojos de Dios, es necesario serlo también a los ojos del mundo en que vivimos; porque Dios nos quiere humildes, sí; pero no abyectos.

—Hablas como hablaría mi propio padre, y tanto, que al oír tu voz, pareceme que escucho la suya. Ten la seguridad que procuraré cumplir fielmente tus prevenciones.

—También tengo yo esa seguridad, y puedo decirlo en obsequio tuyo. Andrés es un digno descendiente de Jonás, nuestro padre, que mora en el seno de Abraham, desde donde bendice a sus hijos.

—Gracias os doy por la confianza que ambos depositáis en mí; pero cuidaré de hacerme digno de ella. Y ahora, adiós. Adiós, padre mío; no prolonguemos por más tiempo nuestra corta separación; y al propio tiempo estrechó entre sus brazos al anciano. Después se dirigió a Simón e hizo lo mismo.

Al acercarse a Betsabé la encontró llorando.

—¿De qué te afliges, esposa mía?

—No sé. Me creía más fuerte, y cuando llega el momento me siento débil.

—¡Corazón de mujer! exclamó Julias. No parece sino que se trata de emprender algún viaje a la capital del imperio. Cafarnaum se encuentra a cuatro pasos de distancia. Y al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, procuraba enjugar algunas lágrimas rebeldes que surcaban su regoso semblante.

—Ea, basta de dilaciones; mañana o pasado, a más tardar, le volveremos a tener entre nosotros, Dios mediante, exclamó Simón; con que así, emprende tu marcha y Dios te acompañe.

—Sí, sí, dijo Andrés. Adiós, adiós a todos, y haciendo un poderoso esfuerzo, se arrancó de los brazos de Betsabé, que le retenían dulcemente y se lanzó casi a la carrera por el camino de Cafarnaum.

Julias, Simón y Betsabé quedaron en una actitud, digna, por lo tierna é interesante, de que un hábil pincel la hubiera reproducido en el lienzo, como estudio de un asunto místico.

En primer término, la venerable figura del anciano, de pie, fija su mirada en la bóveda celeste y con los brazos extendidos en la misma dirección que seguía Andrés, implorando las bendiciones del Altísimo para aquel joven que acababa de partir. A la derecha del anciano, Simón, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada sobre el pecho, en actitud la más humilde, orando por su hermano, y la tierna é interesante Betsabé, puesta de hinojos, a la izquierda del anciano, con la cabeza graciosamente inclinada, vertiendo abundantes lágrimas que nublaban sus hermosos ojos, y exhalando hondos suspiros, que demostraban su sentimiento por aquella aunque momentánea separación.

Así transcurrieron breves momentos; Andrés había desaparecido envuelto entre las sombras, y el eco de sus pasos se había extinguido por completo. Julias fué el primero que dejó oír su voz.

—Vamos, dijo, retirémonos. Dios, que vela y protege a los que cumplen su santa ley, le devolverá sano y salvo a nuestros brazos.

Ni Simón, ni Betsabé, añadieron una sola palabra. Ambos se unieron al anciano y los tres emprendieron, silenciosamente, su regreso a la ciudad.

¿Cuán lejos estaban los tres de imaginar que al separarse de su hijo, esposo y hermano respectivo, le dejaban expuesto a las asechanzas de Zabulón, de de aquel ser vengativo y rencoroso, que había jurado su muerte! A saberlo, ¿cómo era posible que se hubieran retirado tan confiados? Sin embargo, hicieron todo lo que podían hacer, y aun más; todo lo que debían hacer, que fué dejarle bajo la protección de Dios. Y Dios le protegió visiblemente; pero no adelantemos los sucesos y vayamos por partes, relatando las cosas por su orden.

Andrés llevaba ya alguna delantera a Zabulón; y si tenemos en cuenta que el primero emprendía el camino enteramente descansado, y el segundo había tenido precisión de ejecutar un sinnúmero de operaciones, capaces cada una de ellas de agotar las fuerzas físicas de un hombre, por ágil y vigoroso que fuera, se vendrá en conocimiento de la dificultad casi insuperable de Zabulón en poderle dar alcance.

Sin embargo, era tal la excitación de ánimo en que se encontraba aquel furioso, que sin ser parte a detenerle la fatiga corporal, se lanzó a la carrera, camino adelante, apenas Julias, Simón y Betsabé se hubieron retirado del sitio que habían ocupado durante la despedida.

Zabulón conocía perfectamente el camino, sabía que a hora y media de Bethsaida existía un profundo barranco que era preciso atravesar, y fijó en su mente este punto, como el más a propósito, para realizar su criminal intento.

Adoptada semejante resolución, ya no pensó más que en valerse de todos los medios imaginables, y aprovecharse de todas las sinuosidades del camino para pasar delante, y colocarse en sitio conveniente a fin de caer sobre él por sorpresa y con la seguridad del éxito. No era difícil realizar esta operación, toda vez que el camino se prestaba admirablemente, en razón a los muchos atajos que en el mismo existían y en particular uno, muy conocido de Zabulón, que conducía directamente al barranco.

No tardó mucho en presentarse éste, y por él se internó Zabulón, con toda la ligereza que le permitían sus fatigados miembros.

Andrés, ajeno enteramente del peligro que le amenazaba, seguía a muy buen paso por el camino trillado, pensando sólo en la manera de desempeñar en el más breve tiempo posible su comisión y volver al seno de su familia.

Ya habría recorrido una tercera parte del camino, y próximo a entrar en el barranco donde le esperaba su enemigo, sordo rumor, como de gente que camina, y confuso murmullo de voces, llegó distintamente a sus oídos. Paróse un momento, y cuando se hubo cerciorado de la dirección por donde tal rumor se percibía, se dijo, hablando consigo mismo:

—¡Bah! Deben ser mercaderes, que desde Bethulia se dirigen a Cafarnaum, o a Bethsaida, porque se oyen hacia la derecha. Preferiría que se dirigieran a Cafarnaum, y así iría acompañado lo que resta del camino.

Hechas estas reflexiones, siguió su marcha, observando que por cada paso que adelantaba se iban haciendo más claras y perceptibles las voces de los que él había tomado por mercaderes.

Y en efecto; Andrés no había andado fuera de lugar en sus apreciaciones, y casi casi estamos por decir que, si acertó en cuanto al punto de partida y dirección que llevaban los viajeros, acertó también

en lo de mercaderes, si se tomaba esta palabra en sentido figurado.

Mercaderes eran en efecto los que a tal hora caminaban; pero no mercaderes de géneros pertenecientes al comercio de los pueblos, sino mercaderes de almas, que compraban a precio de sangre. Pero vayamos por puntos.

Andrés no tardó mucho en reunirse con los viajeros y al encontrarse en su presencia, su sorpresa, su asombro, su admiración no tuvo límites, al contemplar el espectáculo que a su vista se ofrecía.

Era de noche, como saben nuestros lectores; y noche por demás oscura, tanto que a Andrés, durante su marcha no le había sido posible siquiera ni aun vislumbrar el terreno que pisaban sus pies. Sin embargo, al llegar cerca de los viajeros, por efecto de un fenómeno, de que su razón no podía darse cuenta, vió clara y distintamente, como si la luz del sol cayera perpendicularmente sobre las personas y los objetos, un grupo numeroso de hombres en el que figuraban de todas edades y condiciones, los cuales iban siguiendo a otro Hombre, superior a todos los demás; a un Hombre que mirándole una vez, ya no se podía fijar la vista en otra parte; por que la figura, la actitud, el aspecto de aquel Hombre absorbía la atención de todos, hasta el punto de avasallar los ánimos, de fascinar los entendimientos, y subyugar la razón de los demás.

Llevaba cubierto su cuerpo con un largo túnico, blanco como el armiño, que apenas dejaba ver sus pies, y pendiente de los hombros una clámide o manto de la misma tela y color, cuyas graciosas ondulaciones sujetaba con la mano izquierda, mientras que con la derecha designaba los objetos y acompañaba con la acción las sublimes frases que brotaban de sus labios.

Su cara era un dechado de todas las perfecciones, cuya expresión no sólo hubiera sido difícil, sino imposible de describir. Sus ojos... ¿pero quién sería capaz de dar una idea siquiera aproximada de aquella divina mirada, cuyo fulgor nadie podía resistir, y ante la cual se inclinaban todos, hombres y cosas? Hermosísima cabellera, negra como el ébano, suelta al uso de los nazarenos, caía con profusión sobre sus espaldas. Su frente irradiaba vivísimos destellos como si fuera foco de esplendente luz. Su andar majestuoso infundía, más que respeto, veneración, y todo su ser, aunque igual al de un hombre, ó mejor dicho, aunque semejante al de un hombre, parecía más que un hombre, parecía de superior condición al hombre, porque al lado suyo los hombres quedaban oscurecidos, anulados, casi invisibles. Sólo a él se veía, sin que a nadie le pudiera venir en mentes fijar la vista en otra parte ó en otro sujeto, ni pensar en otra cosa alguna; ya que Aquel Hombre lo llenaba todo, lo embellecía todo y todo lo alegraba con su presencia.

Andrés no podía volver de su admiración, de su asombro, ni menos aun podía explicarse lo que pasaba en su interior.

Las palabras de Aquel Hombre extraordinario le tenían como avasallado, y el eco de aquella voz dulcísima repercutía en su corazón, conmoviendo sus fibras más sensibles.

En aquel momento se olvidó de Bethsaida, de su joven y amante esposa, de Julias su anciano padre, de Simón su hermano, y hasta del objeto que le llevaba a Cafarnaúm. Ya no vió ni pensó más que en Aquel Hombre singular, y se unió a la comitiva, sin acordarse de los quinientos talentos, ni de nada de cuánto pasaba en derredor.

Así anduvo por espacio de algún tiempo, sin voluntad propia, y sin darse cuenta del camino que llevaba; en términos, que si en vez de dirigirse los viajeros a Cafarnaúm, se hubieran dirigido a cualquier otra parte, a otro pueblo cualquiera, a ese otro pueblo se hubiera dirigido Andrés, sin tener conciencia de lo que hacía.

Por fortuna, Aquel Hombre extraordinario se dirigió a Cafarnaúm, y a Cafarnaúm se dirigió el esposo de Betsabé; y cuando los rayos del sol principiaron a dorar las cúspides de las montañas, comunicándole ese tinte rosado que tanto alegra el ánimo de los trasmochadores caminantes, entraba en la ciudad, siguiendo a los que seguían a Aquel cuya presencia y palabra tal revolución habían operado en Andrés.

Haced penitencia porque se acerca el reino de los cielos, fueron las últimas palabras que llegaron a oídos de Andrés, y cayó de rodillas, y oró; y orando y sin acordarse de nada ni siquiera de sí mismo, se estuvo largo rato, y sabe Dios cuánto tiempo hubiera permanecido en aquella humilde actitud, a no haber llegado un hombre, que tocándole suavemente en la espalda, le dijo:

— Andrés, Andrés, hermano mío. ¿Me perdonas?

Andrés, interrumpido en su meditación, levantó

la cabeza y vió delante de sí a Zabulón, a su irreconciliable enemigo, al que había jurado su muerte; pero a Zabulón regenerado, arrepentido, pesoso de haberle ofendido, prodigándole el nombre de hermano y pidiéndole perdón por sus ofensas.

De cuán distinta manera se reflejaba la expresión de sus ojos! Cuán diferente el timbre de su voz, antes dura y agresiva, y ahora dulce y quejumbrosa.

— Levántate, Andrés, le decía Zabulón; levántate para que sea yo el que te pida perdón de rodillas por las grandes ofensas que te he inferido.

Andrés se levantó, y estrechó a Zabulón entre sus brazos, diciéndole:

— Ninguna ofensa he de perdonarte, hermano mío, porque en nada me ofendiste; y si en algo creyeras haberme ofendido, perdonado lo tienes, aun antes que hubiera tenido lugar la ofensa.

— Dios te bendiga, Andrés. Tu corazón es como el de la paloma, y tu alma tan pura y transparente como el agua recogida del cielo. Eres mejor que yo, Andrés, y yo no soy digno de llamarme tu amigo.

— Por qué dices eso, Zabulón? Pecadores somos y vasos de miseria, y el mejor de nosotros no vale para besar el polvo que han tocado los pies de ese Hombre que acaba de pasar por aquí.

— A sus palabras debo yo este cambio repentino que se ha operado en todo mi ser. Estoy avergonzado, humillado y hasta me creo indigno de aspirar este aire tan puro, y de mirar esa luz del sol que nos vivifica con sus rayos, y de pisar esta tierra que nos sustenta. Pero ¿quién es ese Hombre, Andrés, cuya mirada penetra hasta el fondo de nuestro corazón, y lee en él como en un libro? ¿Quién es ese Hombre, cuya voz es más armoniosa que pudiera ser la de un ángel?

¿Quién es ese Hombre de cuya palabra no se puede dudar, hasta el punto de llevar la convicción a nuestro espíritu? ¿Quién es ese Hombre, de dónde viene y a dónde va?

— No lo sé, Zabulón. Ni nunca le he visto, ni nunca he oído hablar de que existiera: parece nazareno por el traje; pero su habla no es de ningún país, porque en ningún país del mundo puede existir un acento tan dulce, tan suave y armonioso que tanto deleite los sentidos y conmueva nuestro corazón. Desde que no le oigo, desde que no le sigo, parece que me falta aire para respirar; parece que ha quedado incompleto mi ser, parece que siento un vacío inmenso que sólo su presencia puede volver a llenar. Vamos, Zabulón: vamos al encuentro de ese hombre.

— Detente, Andrés. ¿Sabes a qué has venido a Cafarnaúm? ¿Olvidas que a la hora de tercia has de presentarte en casa del Pretor a recoger los quinientos talentos de tu padre Julias, y que en Bethsaida esperan tu regreso con la mayor impaciencia tu tierna esposa la virtuosa Betsabé, tu padre el anciano Julias, y tu hermano Simón? Tiempo tienes de volver a encontrar a ese Hombre, porque no es de los que pueden permanecer oscurecidos, y la fama de su nombre recorrerá bien pronto todos los ámbitos del mundo; pero tu deber en lo presente es cumplir la comisión que te ha traído a Cafarnaúm y regresar al lado de tu familia.

— Tal vez tengas razón, hermano mío. Encontrárame en un estado de ánimo tal, que había echado al olvido todos los lazos que me unen a este mundo, pensando sólo en otro mundo mejor y cuya dicha no es perecedera. Sin embargo, tal vez no obraba bien. Te agradezco la advertencia, por más que sienta separarme de estos lugares. Voy a desempeñar mi comisión y a volver a Bethsaida; pero en verdad te digo, Zabulón, que en todo mi ser observo un cambio profundo. Dios tenga piedad de nosotros.

Apenas hubo terminado las últimas palabras, Andrés y Zabulón se despidieron con un tierno abrazo. El primero se dirigió a casa del Pretor a recoger los quinientos talentos; el segundo desapareció, sin decir a dónde se dirigía. Tal vez le volvamos a encontrar en el curso de esta historia.

(Se continuará.)

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

La Junta general diocesana de Madrid se divide en cuatro secciones. Es la primera la Central, destinada a dar unidad a los trabajos de las demás y está constituida así:

Presidente: Nuestro venerable Prelado.
Vicepresidente: D. José Fernández Montaña, Deán.
Secretario: D. Carlos Díaz Guijarro, Cura de San Luis.

La sección segunda, ó sea de la Peregrinación, la forman:

Presidente: Ilmo. Sr. D. Felipe Morales Setién, Ministro del Tribunal Supremo de las Ordenes.
Secretario: D. Antonio Sánchez Barrios, Económico de Santa Cruz.

La tercera, que se ocupa de las obras de piedad que han de ofrecerse al Señor:

Presidente: Ilmo. Sr. D. Raimundo Pérez Moreno, Auditor del Tribunal de la Rota.
Secretario: D. Manuel Uribe, Económico de San Ginés.

La cuarta, que se ocupa en lo referente a la Exposición cristiana de objetos en el Vaticano:

Presidente: Ilmo. Sr. D. Manuel García Menéndez, Teniente Vicario de este Obispado.
Secretario: D. Clemente Villa, Económico de San Ildefonso.

Encargada esta última sección de la redacción del *Boletín del Jubileo*, y dividida la publicación de los esfuerzos de todos a estos santos fines, ha publicado ya las dos actas que de la Junta de señoras han nombrado y dicen así:

El día diez y seis de Marzo del corriente año se reunieron en casa de la señora marquesa de Miraflores y bajo su presidencia las señoras condesa de Villanueva de Perales y señoras de Tapia y Silvela con la presidenta de la sección segunda señora condesa de Guaqui y las señoras condesa de Orgaz y marquesa de Aguila Fuente. Después de las preces acostumbradas, la vicesecretaria señora de Silvela leyó el acta de la reunión anterior de la mesa de la Junta Central con la sección primera. La señora tesorera, señora condesa de Villanueva de Perales, leyó las cuentas, resultando de ellas que ha sido entregado por la Junta Central como ofrenda de las señoras la cantidad de cuarenta y cinco mil seiscientos diez pesetas setenta y nueve céntimos; por la condesa de Guaqui, presidenta del Dinero de San Pedro, sesenta y seis mil setecientos cincuenta y siete pesetas con cincuenta y seis céntimos, y por la colecta de la función del día diez, en San José, mil pesetas.

La señora condesa de Guaqui leyó el acta de la Junta celebrada por la sección segunda en el Palacio Episcopal, bajo la presidencia del Excelentísimo é Ilustrísimo señor Obispo, siendo los acuerdos en ella tomados los siguientes:

1.º Que formasen las Juntas parroquiales las señoras nombradas por sus respectivos Párrocos, y una vez constituidas dichas Juntas, se uniesen a las señoras de la sección segunda, que se considerarían como vocales de las Juntas parroquiales.

2.º Que las señoras de la sección segunda remitieran nota a los señores Párrocos de los respectivos feligreses que hayan contribuido con sus limosnas, para que lo notifiquen a las Juntas parroquiales, evitando así que se recurra por distintos lados a la piedad de las mismas personas.

3.º Se acordó la necesidad de publicar la lista de los donativos.

4.º Facilitar un medio para hacer una ofrenda real y efectiva de los donativos recolectados en nuestra Diócesis para el Santo Padre sin los inconvenientes de una remisión material crecida.

5.º Que las señoras vicepresidentas de las parroquias se reúnan mensualmente con la señora presidenta de la sección segunda. — La Vicesecretaria, *Amalia L. de Silvela*. — La Presidenta, *Marquesa de Miraflores*.

El día 4 de Abril de 1887 se reunieron en casa de la Excma. Sra. Marquesa de Miraflores, y bajo su presidencia, las Sras. de Silvela, Tapia y Duquesa de Bailén con la presidenta de la cuarta sección, señora Duquesa de Mandas, y las Sras. Condesas de Peña Ramiro y de Atarés, secretaria y vicesecretaria de la misma. Después de las preces acostumbradas, la Sra. Condesa de Peña Ramiro leyó el acta de la Junta celebrada por la cuarta sección en casa de su presidenta, en la que se expresa que, después de haber explicado la Sra. Duquesa de Mandas que el fin de esta sección no sólo es para tratar de que los artistas y las Academias diesen obras de Arte para enviar a Su Santidad, sino también el de procurarse toda clase de donativos en prendas y objetos del culto divino; se organizó la manera de pedir estos donativos a los establecimientos benéficos de la manera siguiente: la Duquesa de Bivona se encargó de pedir al Hospicio; la Marquesa de Aguilar de Campo, a la Divina Pastora, San Vicente de Paul y San Alfonso; la Duquesa de Mandas a la Inclusa y Salesas Reales; la Marquesa de Benahavis y Vizcondesa de Iruete, al Colegio de la Asunción; la Sra. de Alonso Martínez, a las Ursulinas, y la Condesa Viuda de Torrejón a los colegios Gracía y Pinto. También las Duquesas de Alba y Veragua se brindaron a pedir al Sr. Stuk alguna obra de su fá-

brica; la Marquesa de Viana ofreció regalar los bordados hechos en Andalucía; la Señora de Prota enviar música religiosa compuesta por ella; la Condesa de Atarés se prestó a pedir a los pintores Melida, Vera, Gomar y otros; la Marquesa de Linares se ofreció a pedir igualmente alguna obra al ilustre pintor Sr. Pradilla; y la Condesa de Torro y otras más señoras ofrecieron labores.

Terminada la lectura de este acta, la Sra. Duquesa de Mandas dió noticias del resultado de algunas de estas gestiones, añadiendo que no podían todavía haber producido gran resultado, porque tratándose de reunir objetos de arte y labores, éstos necesitan tiempo para llegar a ser entregados y poder figurar entre los donativos.

Dijo que en la Inclusa les habían prometido bordar un rico palió, en los talleres de San José una mitra, en las Escuelas Católicas y colegio de la Unión paños para altares y otras prendas de ropa blanca, los colegios de Ursulinas, Santa Cruz, Niñas de Leganés, Hospicio, etc., etc., prometían todos su concurso a tan laudable fin, lo mismo que numerosas señoras que se ocupaban ya en bordar casillas, frontales, etc.

Varios de nuestros más afamados pintores ofrecen enviar algunas obras suyas; y el Sr. Stuk hace fabricar el centro de un estandarte, que será una obra verdaderamente artística, como todas las que proceden de nuestra Real Fábrica de Tapices. Los señores fabricantes Marín y Compañía, de Barcelona, han enviado cierta cantidad del tejido de oro, premiado en la Exposición de Lyon, para hacer algún ornamento sagrado.

También dió cuenta dicha Sra. Presidenta que tenía en su poder un hermoso copón, donativo del diamantista Sr. Marzo; un cáliz y vinajeras, donativo del Sr. Creus; un hermoso cuadro, donativo de la Sra. Doña Carmen López de Henestrosa, atribuido a Cerezo, y varios otros objetos.

En cuanto a pedir a las Academias, dijo que la Junta de señores sacerdotes de la cuarta sección se había encargado de hacerlo.

Acto seguido, se trató de los medios más a propósito para dar impulso a los trabajos de esta sección, y no teniendo ya más asuntos de que tratar, se dió por terminada la junta, después de rezar la oración. — La Presidenta, *Marquesa de Miraflores*. — La Secretaria, *M. Duquesa de Bailén*.

PEREGRINACIÓN.

Habiéndose dirigido nuestro Excmo. é Ilmo. Prelado a Su Santidad por medio del Emmo. Sr. Nuncio en atenta y respetuosa consulta, para que se dignara indicar la época que creyera más oportuna y conveniente para recibir a los peregrinos de esta diócesis en la Ciudad Eterna, el Sumo Pontífice se ha dignado contestarle que los españoles pueden ir cuando quieran, y que les recibirá gustoso, pero manifestándole que hasta el día 1.º de Enero de 1888 no se abre la Exposición del Vaticano, que durará todo el mes; y que hasta el 8 del mismo Enero no tendrán lugar las beatificaciones anunciadas.

Con esto, y sin decir nada más el Papa León XIII, bien claro da a entender su amor especial a España y el deseo de que sus hijos españoles vayan a Roma en el mes en que la estancia en aquella ciudad es más agradable por su temperatura suave, y por ser la verdadera fecha en que celebró el nuevo Sacerdote cincuenta años ha su primera misa, pues la celebró en Enero, por ser además el mes de la Exposición que abarca todo el arte cristiano, y que además de Exposición de arte, será la Exposición del amor filial al Padre, y, por último, el mes de las grandes solemnidades de beatificación y canonización, que superan en esplendor y grandeza a todas las humanas.

La Junta Diocesana de Santiago para la celebración de las Bodas de Oro de Nuestro Smo. Padre León XIII ha dirigido al vecindario la siguiente excitación:

« Cuando todo el orbe católico se está disponiendo a celebrar, con inusitado entusiasmo, el quincuagésimo aniversario de la Ordenación Sacerdotal de nuestro Santísimo Padre León XIII; cuando de todas partes llegan las más gratas y consoladoras noticias, que revelan clarísimamente el filial cariño con que los católicos de todo el mundo quieren solemnizar las Bodas de Oro del Pastor supremo que rige los destinos de la Iglesia universal; cuando vemos la emulación santa, con que las principales ciudades de nuestra misma España se disputan el primer lugar en este armonioso concierto de amor y de adhesión al Padre común de los fieles; esta Junta Diocesana, honrada por nuestro dignísimo Pre-

lado con el encargo de disponer todo cuanto se refiera a la oportuna ejecución de las obras que han de conmemorar, en esta Archidiócesis, tan fausto acontecimiento, se cree en el deber de dirigir, por segunda vez, su débil voz a todos los habitantes de la misma, no para excitar su devoción y amor a la Santa Sede, que en eso a nadie ceden el primer puesto, sino para dar forma, unidad y fácil realización a ese gran pensamiento que a todos nos conmueve.

A dos claves pueden reducirse las obras que han de ser como la manifestación de nuestro acendrado amor al Vicario de Jesucristo, y de nuestra inquebrantable adhesión a la Silla Apostólica.

La primera de dichas obras es el ejercicio de prácticas piadosas hechas por la intención del Padre Santo; misas, comuniones, ayunos, oraciones en común, que de todas las parroquias, de todas las iglesias de esta Archidiócesis, suban hasta el cielo, impetrando la libertad de nuestro amantísimo Padre, su independencia espiritual y temporal, el ejercicio expedito de su elevadísima y divina misión, tal como Jesucristo se la ha concedido. Si; forcemos con nuestras oraciones las puertas del cielo: oremos sin intermisión, hasta que el divino Piloto, apiadado de la angustiosa situación en que se halla su Iglesia santa, su Esposa inmaculada, impere a los vientos desencadenados por las pasiones, y a las tempestades suscitadas por la revolución y por el infierno, haciendo renacer la tranquilidad. Pues aun cuando es seguro el triunfo de la Iglesia, porque las puertas del infierno jamás prevalecerán contra ella, es indudable que nuestras oraciones han de acelerar la suspirada victoria.

Mas como las oraciones de los hijos han de servir también de gran consuelo a nuestro atribulado Padre, esta Junta Diocesana ha acordado enviar a los señores Curas párrocos una hoja con su membrete impreso, para que haciendo constar en ella bajo su firma y sello los actos de piedad y devoción, practicados por sus feligreses con tal objeto, la devuelvan a esta Junta, la cual, uniéndolos a un facsimile de la urna que guarda las reliquias de nuestro gran Apóstol Santiago y encuadrado todo esmeradamente, procurará presentarlo en su día a nuestro amantísimo Padre León XIII.

Otra de las obras, objeto de esta manifestación, será una colecta de ofrendas en metálico, que en unión con las demás que se están haciendo en todo el mundo católico, será presentada a los pies de Su Santidad, como limosna de la Misa que celebrará el día 31 de diciembre del año actual.

Los señores Curas párrocos podrán nombrar al efecto, en sus respectivas parroquias, una Junta de caballeros y otra de señoras, ó una sola que se componga ó bien de caballeros solamente ó bien de señoras solamente según las circunstancias particulares de cada parroquia, que ellos mejor que nadie deben conocer, y según les sugiera su celo y prudencia, y adoptar todas las disposiciones que crean más conducentes al buen resultado de la colecta.

Las cantidades recaudadas se servirán enviárselas lo más pronto posible, por sí ó por conducto de los señores Arciprestes, a esta Junta Diocesana ó a la Secretaría de Cámara y Gobierno de este Arzobispado.

Bien conocidas son ciertamente las necesidades apremiantes que por todas partes rodean al Vicario de Jesucristo, inicuamente despojado por la revolución de sus pequeños dominios temporales, teniendo por cárcel el Vaticano, por patrimonio la caridad de sus hijos, y ante sus ojos las necesidades de todas las iglesias, el sostenimiento de todas las misiones, que en ambos hemisferios se dedican a la propagación de la fe y a la civilización del mundo.

Esperamos, pues, que la Archidiócesis compostelana dará en esta ocasión, como en tantas otras, una prueba más de su piedad filial y de su amor sin límites al Vicario de Jesucristo.

Santiago 15 de Marzo de 1887. — Antonio López Ferreiro, Presidente. — José Martínez Muñoz, Vicepresidente. — Olimpio Pérez Saenz, Tesorero. — Antonio G. Vázquez Queipo, Vocal. — José Fernández Sánchez, idem. — José Alfajeme, idem. — Juan Barcia Caballero, idem. — Emilio Macía, Secretario.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. PABLO MONTAÑA, hijo del acreditado artista D. Pedro Pablo. Nació en Barcelona en 1775 y contando 18 años fué pensionado por la Junta de Comercio de aquella capital para que se trasladase a Madrid a continuar sus estudios, y remitió a su ciudad natal un buen número de copias y estudios,

prueba evidente de sus adelantos bajo la dirección de Maella. Los asuntos religiosos que del Sr. Montaña recordamos son las siguientes copias: *Jesús disputando con los doctores*, de Ribera; *San Pablo*, de Guido Rheni; *San Juan Evangelista*, de Alonso Cano; *La Purísima Concepción*, de Murillo; *Jesucristo*, de Alonso Cano; y *Herodías*, de Guido Rheni. Sus cuadros se conservan con el mayor aprecio en el Museo provincial de Barcelona. Recibió muchas distinciones, y trasladado a Olot, buscando alivio a su quebrantada salud, falleció en 14 de Octubre de 1802, cuando más podía prometerse el arte de sus facultades y aplicación.

D. PEDRO PABLO MONTAÑA, notable pintor de la segunda mitad del último siglo, natural de Barcelona. Numerosas son las obras de Montaña, así al óleo, como al temple y al fresco. Citaremos con preferencia los tres grandes lienzos existentes en Martorell, representando *La conversión y martirio de las Santas Juliana y Semproniana* y *San Cucufate*, dos lienzos grandes en la capilla de Nuestra Señora de los Dolores, en el convento de Servitas de Barcelona, y uno de *Todos los Santos*, para el claustro de aquella iglesia catedral. Fué Director de una importante Escuela de Bellas Artes de Barcelona y Académico de las de San Fernando de Madrid y San Carlos de Valencia, padre del artista anteriormente biografiado y murió en Barcelona en 26 de Noviembre de 1803.

D. BERNARDINO MONTAÑÉS, nació en Zaragoza en el año 1825 y fué discípulo en un principio de la Academia de Bellas Artes de San Luis de aquella capital, y posteriormente de la de San Fernando de Madrid, así como de los pintores D. Tomás Llovet y D. Federico de Madrazo. En 1848 hizo oposición a las pensiones vacantes en Roma, y habiendo desempeñado el asunto del cuadro que era *Tobías volviendo la vista a su padre*, « más que como un principiante que promete, como un profesor que ejecuta, » según opinión de un crítico, obtuvo una de dichas pensiones y marchó a Italia.

En 1851 remitió desde Roma un cuadro de *Sansón*, y en 1852 el de *La sombra de Samuel anunciando al Rey Saúl su muerte*, obra que se conserva en el Museo Nacional. Ha sido profesor ayudante en la Academia de San Fernando y actualmente es profesor de la de Zaragoza.

El Sr. Montañés es individuo de número de la Academia de San Luis de su ciudad natal, individuo correspondiente de la de San Fernando, de la Comisión de monumentos históricos y artísticos de dicha provincia. Son sus obras religiosas: *El Nacimiento de la Virgen* y *La Anunciación*, bocetos que figuraron en la Exposición Nacional de 1866. Los cuatro cuadros del retablo mayor de la iglesia de la Misericordia de Zaragoza, con mucha composición de figuras, del tamaño de cuatro metros de alto por más de dos de ancho los de abajo, y de tres metros por igual anchura que los otros los de arriba; representan las cuatro principales festividades de la Santísima Virgen, a saber: su *Nacimiento*, *Anunciación*, *Purificación* y *Asunción*, habiendo invertido en pintarlos más de tres años. En el altar mayor de la parroquia del pueblo de Monreal del Campo, en Aragón, hay otro cuadro suyo de 20 palmos de alto por 15 de ancho, que representa la *Natividad de la Virgen*, con distinta composición que el lienzo citado anteriormente del mismo asunto. *La venida de la Virgen del Pilar a Zaragoza*, cuadro original del tamaño pasinesco, para el oratorio de D. Manuel Dronda, en dicha capital. *Nuestra Señora de los Angeles*, también original, en el mismo tamaño, para el oratorio de D. Pedro Antonio Alonso Pérez. *Curación milagrosa del pobre Miguel Pellicer en Calanda*, en 1640, cuadro original, existente en la iglesia del Pilar de Zaragoza, junto al altar del Santísimo Cristo. Repetición del mismo, para el oratorio de la Reina Doña Isabel II. *San Pedro de Arbut con San Valero y San Mauro*, para el Palacio Arzobispal de Zaragoza, y otros varios más pequeños de diferentes asuntos.

D. JUAN MONTENEGRO, miniaturista, nombrado individuo de mérito de la Academia de Nobles Artes de San Fernando en 25 de Marzo de 1827, muerto en 24 de Marzo de 1869. Consérvase de su mano en dicha Corporación *La cabeza de San Juan Bautista en manos de un verdugo*.

D. ARTURO MONTERO Y CALVO, natural de Valladolid, discípulo del Sr. D. Federico de Madrazo y de la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado, premiado en ella durante sus estudios. En la Exposición Nacional de 1881 presentó la *Muerte de Abel*, a más de otros cuadros profanos, y obtuvo medalla de tercera clase.

D. RAFAEL MONTESINOS, natural de Valencia, Director que fué de la Escuela de Bellas Artes de aquella capital, individuo de mérito de su Academia y pintor honorario de cámara. En el Museo provin-

cial de dicha población subsiste de su mano una *Santa Cristina*. Falleció en Julio de 1877.

D. AGUSTÍN MORA, pintor contemporáneo, conocido por *El Pastor*, natural de Campofrío, en la provincia de Huelva, cuya humilde profesión le ha hecho ser conocido por el indicado sobrenombre. La Sociedad Económica Sevillana de Amigos del País trató de estimular al entonces niño D. Agustín Mora, que en 1842 se dio a conocer como escultor en la Exposición de Artes e Industria, celebrada en Sevilla, presentando una tosca cuchara de madera primorosamente trabajada, sin tener su autor ningún género de estudios artísticos. Consagrado más tarde a la pintura, fueron elogiadas por la prensa sus siguientes copias: *Extasis de San Antonio de Padua*, *La Concepción*, *Las aguas de Moisés*, *Don Fernando el Santo* y el *Retrato del Obispo D. Anastasio Rodríguez Yusto*. El Sr. Mora es profesor de la Escuela de Bellas Artes de Salamanca.

D. TOMÁS MORAGAS Y TORRÁS, natural de Gerona y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, en cuyas clases alcanzó varias medallas, y de las de Roma. Presentó en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1866: *San Antonio y Santa Coloma*; obtuvo mención honorífica. Es suya también una *Vista de Montserrat*. En 1882 fué premiado con medalla de perfección en el concurso de Villanova y Geltrú.

D. ANTONIO MORATA, residió en Valencia. En la Exposición celebrada en dicha capital en 1855 presentó una *Allegoría de San Vicente*. En la regional, celebrada en 1867 en aquella población, obtuvo mención honorífica. Fué auxiliar de la Escuela de Bellas Artes de Valencia, y murió en Diciembre de 1868.

DOÑA JOSEFA MORCILLO Y CIDRÓN, pintora de afición, discípula de D. Ramón Vives. Conocemos de su mano un *Ecce Homo*, existente en la capilla de la Patriarcal de San Luis de Madrid.

D. FAUSTO MORELL Y ORLANDIS, pintor mallorquín. Presidente que fué de la Academia de Bellas Artes de Palma y su individuo desde su creación en 1850. Muchos son los trabajos pictóricos del señor Morell que le hicieron conquistar justa reputación. En asuntos religiosos, a los que se dedicó especialmente, podemos citar los que siguen: *La Divina Pastora*, en la iglesia de San Antonio de Padua, en Palma; *El Beato Pedro Claver instruyendo a los negros*, en la iglesia de Monte Sión de la misma ciudad; *El Beato Alonso Rodríguez repartiendo limosna a los pobres*, en la portería del colegio de Monte Sión en Palma; existe en el colegio de Carrión de los Condes. *El Beato Juan Bermúdez*, en la iglesia de Monte Sión en Palma. *San Sebastián*, copia del cuadro de Van Dyck existente en las Casas Consistoriales de Palma, trabajado por Morell con objeto de que no se estropee el original que se acostumbra a exponer en una capilla el día de dicho Santo, patrono de la ciudad desde el año 1820. *La impresión de las llagas de San Francisco de Asís*, que se conserva en la iglesia parroquial de San Jaime en Palma. *Nuestra Señora de la Correa*, en la iglesia parroquial de la villa de Valldemuz. *San Antonio de Padua*, en la parroquia de Selva. *Sacra Familia en su descanso en Egipto*, existente en la iglesia de la Soledad de la villa de Santa María.

Además de las citadas obras, existentes, como queda indicado, en las islas Baleares, el Sr. Morell es autor de un *Santo Cristo*, que se conserva en la iglesia de religiosas de Peralada (Cataluña); de un gran número de copias y originales de asuntos religiosos que conservan con el mayor aprecio diferentes particulares, y de un *San Jaime*, tamaño natural, con que concurrió a la Exposición de Mallorca en 1876. En 1874 fué nombrado corresponsal de la Academia de San Fernando en Palma, donde falleció en 1880.

DOÑA VICTORIA MORENO. Pintora, premiada en la Exposición sevillana de 1842 por una copia, al óleo, de una *Sacra Familia*, que había presentado.

D. JOSÉ MORENO Y CARBONERO. De este eminente artista malagueño citaremos aquí: el estudio *La casa de Pilatos*, presentado a la Exposición abierta en Málaga con motivo del viaje del Rey a dicha población en 1877, y el *Interior de un templo ruinoso*.

D. JOSÉ MORENO Y MORENO, individuo de la Academia de Bellas Artes de la Coruña y profesor de su Escuela. En la Exposición celebrada en la Coruña en 1878 figuró *Una Concepción* de este artista.

D. ENRIQUE MORENO Y RUAL, nació en Madrid en 1847, y fué discípulo de D. Carlos Esquivel y de la Academia de Nobles Artes de San Fernando, en cuyas clases obtuvo diferentes premios. En la Exposición Nacional de 1864 presentó *El sueño de Santa Perpetua en la prisión*, logrando mención honorífica. Igual distinción mereció en 1866 por un lienzo que representaba a *Jesucristo mostrándose a sus discípulos en Galilea para mandarles predicar el Evangelio*. Fa-

lleció en Guadalajara en los primeros días de Agosto de 1882.

D. JAIME MORERA. Natural de Lerida y discípulo de D. Carlos de Haes; merece nuestra particular atención su cuadro *Salida del Vático de una iglesia*.

D. ANTONIO MORIEL Y GARCÍA, pintor de afición y médico: nació en la villa de Osuna (Sevilla) el 26 de Septiembre de 1827. La obra religiosa que conocemos de este artista es una copia de Salvador Rossa que representa *La elevación del Salvador en la Cruz*.

D. CARLOS MUGICA Y PÉREZ, pintor y notable dibujante, natural de Villanueva de Cameros, en la provincia de Logroño, donde nació en 1821, y discípulo de D. Inocencio Borghini y de las clases dependientes de la Real Academia de San Fernando. De las primeras obras del Sr. Mugica que figuraron en las Exposiciones de dicha Corporación, fueron varios cuadros, copia de *La vida de San Bruno*, de Carducho, encargados por el Conde de Quinto. En 1848 fué aprobado por la Academia el boceto que presentó para el concurso abierto por el Comisario de Cruzada a fin de representar en un cuadro *La bendición de las tropas españolas en Geta por Pio IX*, asunto que no llegó a ejecutarse por la supresión de dicha Comisaría. También es autor el Sr. Mugica de un lienzo representando *La elevación de la Santa Cruz en el Calvario*, pintado por encargo de la Comisaría general de los Santos Lugares, y de un boceto representando *La caída de San Pablo*, para la oposición verificada ante la Academia de San Fernando, trabajo que figuró en primera línea entre los muchos que se presentaron, así por su composición como por su colorido y entonación. Este cuadro figuró en la Exposición Nacional de 1876. Dedicado más especialmente al dibujo de láminas, ha ejecutado, entre otras, las de la *Historia de la Santísima Virgen*, *Historia y origen de las principales imágenes de la Virgen*, *La Madre de Jesús* y *El Mártir del Gólgota*. Es catedrático de dibujo en el Conservatorio de Artes y ha sido agraciado recientemente con la encomienda de número de la Orden de Isabel la Católica.

MR. JORGE MULLER, pintor en vidrio, natural de Chanfusse, cantón de Berna (Suiza) y vecino de Barcelona. En la Exposición Nacional de Bellas Artes del año 1858 presentó una muestra de las vidrieras de colores destinadas a la capilla Real de Barcelona, representando a *Don Ramón Berenguer el Santo*, y un rosetón del mismo género. Alcanzó mención honorífica.

D. BERNARDO MUNDINA Y MILALLAVE, nació en Onda (Castellón) el 28 de Octubre de 1839; entre las muchas obras de este artista deben citarse aquí: *La Virgen contemplando al Niño Dios dormido*, que figuró en la Exposición regional de Valencia, juntamente con un abanico en cuya tela había reproducido *El pasmo de Sicilia*; *La degollación de San Juan Bautista*, con figuras de tamaño natural, para el altar mayor de la iglesia de Artana; una *Divina Pastora*, para Artesa; *La Trinidad* y *Nuestra Señora de Carmen*, para Alcora; *La Anunciación*, para la iglesia mayor de Hellín; *La última Cena*, *El Salvador*, *San Antonio Abad* y *Una custodia*, para su pueblo natal; un *Salvador*, para el tabernáculo de la iglesia de Rivesalves; *La Asunción de Nuestra Señora*, para Sueca; una *Trinidad*, para Vall de Uxó; *Una custodia* y *Una Concepción*, para Villarreal; *San Antonio* y *San Roque*, para Vistavella.

DOÑA MANUELA MUÑOZ DE CACHO. En la Exposición provincial de Cádiz del año 1862 alcanzó una medalla de plata por un cuadro de *La Virgen y Santa Ana*. En la de 1860 presentó *La sentencia de Jesús*.

D. ANTONIO MUÑOZ DEGREIN, nació en Valencia en 18 de Noviembre de 1843 y estudió en la Academia de San Carlos de su ciudad natal y bajo la dirección de D. Rafael Montesinos. Presentó en la Exposición de 1871 *La oración* y *El Ave María*; en la de 1876, *El Vático*. También es suyo un cuadro titulado *El Calvario*.

(Se continuará.)

M. DE A.

BIBLIOGRAFÍA

Homenaje que al Gran Padre y Doctor de la Iglesia San Agustín, Obispo de Hipona, Fundador y Patriarca de la Orden Agustiniense O. D. C. en el xv centenario de su conversión, el Director de La Cruz, Revista religiosa, León Carbonero y Sol.—Madrid, 1887, Imp. de los Sucesores de Rivadeneira.

La inteligente diligencia del ilustrado Director de nuestro colega *La Cruz* ha conseguido presentar al público, en estos días consagrados al Santo Obispo de Hipona, una completísima, metódica y brillante

Monografía, digna de incondicional elogio. Como el mejor que de ella puede hacerse queda muy por debajo de su mérito; creemos lo más acertado reproducir el índice de las materias que contiene, seguros de que esto ha de bastar para que sea buscada por todos los católicos.

Contiene, después de una dedicatoria y advertencia, las materias que siguen:

Sequencia en la Misa de San Agustín. — San Agustín: Estudios biográficos. — San Agustín antes de convertirse. — Su conversión y bautismo. — Sus hechos desde la conversión hasta su episcopado. — Episcopado de San Agustín. — San Agustín y los donatistas. — San Agustín y los pelagianos. — San Agustín bajo otros aspectos. — Muerte de San Agustín. — Elogios de los Papas, Concilios, Padres y escritores a San Agustín. — Las reliquias de San Agustín. — Decretos Pontificios sobre culto a San Agustín. — Oficio de San Agustín, compuesto por Santo Tomás de Aquino. — Iconografía de San Agustín: Pinturas. — Esculturas y grabados de la imagen del Santo. — Descripción del gran monumento erigido a San Agustín en Pavía. — Obras de San Agustín: Filosóficas: Dogmáticas: Contra los maniqueos: Contra los donatistas: Contra los pelagianos: Contra los arrianos. — Obras exegéticas. — Obras morales. — Sobre asuntos diversos. — Sermones y cartas. — Catálogo cronológico de las 882 ediciones de las obras de San Agustín. — La Orden Agustiniense. — Santos de la Orden. — Agustinos beatificados. — Beatos de la Orden Tercera. — Monjas agustinas ilustres. — Agustinas canonizadas. — Agustinas beatificadas. — Agustinas Venerables, pendientes de beatificación. — Agustinas célebres por otros títulos. — Religiosos agustinos beatificados en este siglo. — Causas pendientes de beatificación y canonización. — Generales de la Orden. — Papas que han pertenecido a la Orden. — Cardenales, Arzobispos y Obispos. — Catálogo de los principales escritores de la Orden: En historia profana: En historia eclesiástica: En historia Agustiniense. — Apologetas de la Orden. — Biógrafos agustinos de San Agustín. — Escritores sobre Liturgia. — Filólogos. — Comentaristas de la Sagrada Escritura. — Agustinos insignes en las ciencias exactas. — Idea del teléfono por un antiguo agustino. — Poetas agustinos. — Agustinos insignes en Bellas Artes. — La Revista Agustiniense: Revista periódica. — Biógrafos de San Agustín no pertenecientes a la Orden. — Propagación de la Orden. — Fechas de fundación de los principales conventos. — Descripción de Hipona, Sede episcopal de San Agustín. — Recuerdos de San Agustín entre los moros. — Juicio sintético que César Cantú hace de San Agustín y otros Padres. — La conversión de San Agustín y un *Auto Sacramental* de Calderón de la Barca. — Funciones en el Escorial para el Centenario. — Advertencia final.

La obra del Sr. Carbonero y Sol no se ha puesto a la venta.

Cuadros y semblanzas infantiles, en prosa y verso, por Carlos Frontaura. — Madrid, 1887, librería de la Viuda de Hernando.

Un nuevo y bonito libro de los que sin escrúpulo pueden dejarse en manos de la niñez, seguros de que ha de encontrar en sus páginas ameno recreo y enseñanza provechosa.

La casa editorial de Hernando ha presentado el trabajo del Sr. Frontaura perfectamente impreso e ilustrado con muchos y muy bonitos grabados.

El libro *Cuadros y semblanzas* es de los llamados a lograr numerosas ediciones.

Lecciones de literatura general y española, por el Doctor D. Francisco Sánchez de Castro, Catedrático de la Universidad Central. Parte primera. Literatura general. — Madrid, 1887. — Imp. de San José.

La obra que acaba de dar a la estampa el distinguido Catedrático de Literatura en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid nace con tal autoridad por la historia de su autor, que sería loco empeño el de la crítica si ésta pretendiera aquilatar los merecimientos a señalar los errores de un libro destinado a ejercer poderosa influencia en la juventud estudiosa. El Sr. Sánchez de Castro no se ha limitado, como tantos otros autores, a recorrer las sendas ya trilladas, y a presentar áridamente los problemas relacionados con la asignatura cuyo desempeño le está confiado. Por el contrario, comprendiendo que su principal y más difícil tarea estriba en conquistar el interés del alumno, le conduce progresivamente desde los elementos de la asignatura hasta los puntos más complejos y difíciles, como guía ameno y amigo cariñoso, haciéndole discurrir por propia cuenta y dejando el placer del descubrimiento, sin imponerle doctrinas ni cansarle con la aridez didáctica de sus lecciones.

El libro del Sr. González Serrano no pertenece, por lo tanto, al número de los de texto que se compran con enojo por los padres, que se manejan por compromiso por los hijos y que después de llenar su misión durante el año académico se prestan sin esfuerzo y se pierden sin disgusto; no: el trabajo a que nos referimos, después de servir al alumno en la cátedra, se conservará cariñosamente en la biblioteca de la familia, siendo consultado con fruto y leído con placer.

NOTICIAS

Nuestro corresponsal en Manila nos escribe refiriendo la solemnidad con que este año se han celebrado las fiestas de San Sebastián en aquella población.

La Iglesia — nos dice — se ha visto concurridísima constantemente, y el sábado, como último día de la fiesta, las calles presentaban animado aspecto y las casas lucían colgaduras y profusa iluminación por la noche.

A las seis de la tarde salió la procesión, que recorrió las calles designadas de antemano. En ella iban las imágenes de San Sebastián, Santa Teresa, Santo Niño, San José y la Santísima Virgen, conducidas en ricas andas de plata y elegantes carrozas; la de la Virgen simulaba ser arrastrada por preciosas niñas muy bien vestidas: delante de la Virgen marchaban otras niñas conduciendo los estandartes del Carmelo. Iban también en la procesión seis bandas de música y una buena orquesta, multitud de alumbantes de ambos sexos; presidiendo la principal del arrabal de Quiapo y cerrando el cortejo la magnífica banda del Regimiento Peninsular.

En la puerta de la iglesia parroquial de Quiapo fué recibida la Santísima Virgen por el D. C. Párrico y coadjutores, con estandarte, cruz y ciriales, cantándose en dicho templo una bonita Salve a tres voces, composición del maestro Mata (hijo) y acompañada por el mismo al armonium.

Al paso de la procesión por la calzada de San Sebastián hizo alto la carroza de la Santísima Virgen frente a la casa de D. José Zaragoza, donde se cantó una bonita plegaria, que con deliciosa voz dijo una señorita Colegiala de Santa Rosa, acompañada por la orquesta del Sr. Gruet bajo la dirección del profesor Sr. Valdés, autor de la música de tan bella composición.

Al paso de la carroza que conducía la imagen de la Reina de los cielos por frente a dicha casa, se ejecutaron bonitos juegos representando pescados y aves que arrojaban multitud de olorosas flores y se encendió una bonita palma de fuegos artificiales.

Nuestro venerable Prelado presenció el paso de la procesión desde la casa del Canónigo Sr. del Rosario en la calzada del Iris, donde se encendieron caprichosas bengalas al pasar la sagrada Imagen.

La procesión regresó al templo a las ocho de la noche y la animación en la feria, plaza del Carmen y calles, continuó hasta media noche.

En muchas casas hubo amenas reuniones, y entre ellas podemos citar las de los Sres. Rocha (D. José), Genato y Zaragoza. En todas ellas fueron obsequiados espléndidamente los amigos que acudieron a ver la procesión y se bailó hasta hora avanzada.

En la casa del Sr. Rocha vieron el paso de la procesión el Sr. Contraalmirante Lobatón, Comandante general de Marina, y el Sr. Intendente general de Hacienda; y desde los balcones de la del Sr. Zaragoza el Gobernador civil Sr. Martín Lunas, el Sr. Contraalmirante ruso, el Subinspector de Artillería, oficiales de la fragata *Monarch*, con el cónsul de Rusia, y otras muchas personas de elevada posición oficial.

Leemos en carta de Roma, fecha 25 de Abril:

Es ya indudable la celebración del Consistorio a mediados de Mayo, y seguro que en él serán proclamados Cardenales el predicador dominicano Mons. Bausi y Mons. Pallotti, que ejerció un puesto importante en la Nunciatura de España.

En el Consistorio se dará también cuenta de la nueva elección del Cardenal Secretario de Estado, que recaerá en su Emma, el Cardenal Rampolla. Las designaciones para las Nunciaturas son también definitivas. A Madrid va Mons. Di Pietro; a París, Mons. Rotelli; a Viena, Mons. Galimberti; preparación que el mismo ha deseado para la dignidad cardenalicia; a Munich, con jurisdicción en Alemania, el Prelado Mons. Ruffo-Scilla, y a Constantinopla Mons. Agliardi.

El Congreso católico de Luca se ha celebrado solemnemente, haciéndose en su sesión inaugural solemnes protestas de amor al Pontífice. Fué elegido Presidente el abogado Venturoli, de Bolonia, y Secretario el profesor Rezzara, quien dió lectura del breve de Su Santidad aprobando la celebración del Congreso: durante la misma permaneció en pie toda la Asamblea en señal de respeto.

La sesión inaugural terminó con la lectura de un interesante informe sobre las obras realizadas desde el último Congreso, sobre todo en lo que se refiere a los preparativos para el Jubileo Sacerdotal de León XIII. El abogado Casoni fué el que leyó el informe, y al excitar al final a la Asamblea a acudir en peregrinación a Roma para el Jubileo del Papa, fueron acogidas sus palabras con verdadero entusiasmo.

A esta primera sesión asistieron más de 600 católicos de diversas diócesis.

En Las Palmas (Canarias) se ha verificado la inauguración del Asilo del Niño Jesús, creado con el piadoso fin de dar gloria a Dios, educación religiosa y sólida a sus acogidas y a aquella ciudad muchos bienes materiales y bendiciones del cielo.

Asistieron al acto las señoras de las Conferencias de San Vicente de Paul y varios señores Sacerdotes, hallándose presentes las niñas socorridas, en la actualidad unas veinticinco. Se rezó el santo Rosario, ejercicios en honor del Niño Jesús y el *Te Deum* dando gracias al Todopoderoso por la feliz inauguración de aquel centro de religiosidad; terminados los cuales se dirigió a la concurrencia su Presidente honorario, el venerable Ecónomo de San Francisco D. Juan González, pidiendo la protección y ayuda en nombre del Divino Niño Jesús, tutelar del Asilo.

El Señor mire con amor esta obra, la sostenga y la aumente.

Se ha verificado solemnemente en Valencia la bendición de la capilla de San Vicente Ferrer, en el palacio de la capitania general y cuarteles anejos.

La nueva capilla reviste gran interés histórico, porque es la celda que ocupó el santo y sabio varón valenciano en el antiguo convento de Santo Domingo, hoy convertido, con todas sus dependencias, en vasto edificio militar.

Enclavada la celda tradicional del ilustre dominico en la parte destinada a parque de Artillería, al Coronel director de esta dependencia, D. Luis Alix y Bonache, se debe la brillante restauración que en ella se ha efectuado.

La celda en cuestión, erigida en capilla en 1453, fué destruida por los franceses en 1812; y aunque reedificada cinco años más tarde por los cofrades que a ella pertenecían, hallábase en la actualidad en deplorable estado, desmantelada, sin piso y sin altar digno del santo culto.

Merced al Sr. Alix, la transformación ha sido completa; la capilla ha sido convenientemente decorada, el retablo pintado y dorado con mucho gusto, el piso es de mármol blanco y negro; una verja de hierro separa el altar del resto de la nave, y bonitas vidrieras de colores cierran las ventanas, trocando los blancos haces solares en suave y mística luz.

En el exterior se ha plantado un alegre parque a la inglesa, en el cual existe el pozo de queso servía el Santo.

El acto de la bendición revistió gran solemnidad, asistiendo a él, además del Capitán General señor Azcárraga, Subinspectores de Artillería e Ingenieros, Intendente del distrito y lo más selecto de la sociedad valenciana.

Sobre la puerta se ha colocado una lápida con la siguiente inscripción:

Celda de San Vicente Ferrer, restaurada completamente en 1887 por los oficiales de Artillería y Administración militar de este parque.

Terminada la ceremonia, el Capitán General, señor Azcárraga, dió las gracias al Sr. Alix en un sentido discurso, por la obra realizada en honor del gran valenciano.

Este año ha sido encargada la predicación del sagrado novenario que la aristocracia y nobleza de esta Corte celebra con toda solemnidad a Santa Rita de Casia en su iglesia de Santa Cruz, en el Carmen, al notable orador Sr. D. Manuel Olmos Alvarez, subdelegado Castrense del Arzobispado de Valladolid.

Han llegado a Loja, procedentes de Valencia, Madrid y Granada, varias religiosas de la congregación de Nuestra Señora de las Mercedes, a fin de

hacerse cargo de la dirección y gobierno del Hospicio Asilo y clases de enseñanza gratuita fundado por el primer duque de Valencia, D. Ramón María Narváez, y de cuyo establecimiento de caridad es hoy patrón, como heredero fiduciario del General, el excelentísimo Sr. D. Carlos Marfori, por quien así como por su distinguida familia fueron recibidas en la estación.

El sábado 23 de Abril, XIX aniversario de la muerte del primer duque de Valencia, se hizo la instalación de las primeras hermanas de caridad en tan benéfico establecimiento, previa la bendición del Emmo. Sr. Arzobispo de Granada y una solemne función religiosa en que predicó un Sermón notabilísimo el Canónigo de Málaga D. Juan N. Zegri y Moreno.

Su Santidad se ha dignado aprobar *ad Septimum* el instituto benéfico de «Esclavas del Sacratísimo Corazón de Jesús» fundado en Madrid en 1877, y cuya iglesia se acaba de abrir en el paseo del Obelisco. A la vez concede el padre común de los fieles a las casas hoy existentes de esta congregación que en sus iglesias ó capillas se pueda celebrar un vienes de cada mes, la misa votiva del Sagrado Corazón, con tal que en el mencionado día no coincida otra fiesta de primera ó segunda clase.

Los fines de este nuevo instituto de piedad, además del de la santificación de las religiosas, son: desagrar a Dios, con un culto especial de la sagrada Eucaristía, de las injurias y blasfemias de los impíos; dar cristiana educación a niñas pobres, y facilitar que en las casas del instituto puedan practicar ejercicios espirituales las señoras que lo solicitan.

Gana mucho terreno la idea de crear en Roma un Colegio Eclesiástico español, donde se formen los futuros profesores de los Seminarios. El pensamiento debido al Sr. Obispo de Cádiz, cuenta ya con la aprobación y simpatías de S. S. y del Sacro Colegio.

NECROLOGÍA

Recientemente han fallecido:

En Palma de Mallorca Sor María de Lourdes Tavernier y Garau, del Convento de Santa Clara.

En Santiago la Superiora del Convento de la Enseñanza Doña Concepción Bieda y D. Francisco Ventura Valeiro, Párroco que fué de Santa María de Louredo.

En Caldas de Reyes D. Bonifacio Rodríguez, Capellán del Asilo de las Hermanitas de ancianos desamparados.

En Vinaroz el Sacerdote D. Juan Piñol.

En Malagón el Párroco D. Juan Quintana.

En Córdoba el R. P. D. Ignacio Vela, Superior de la casa misión de Jaén.

En Zamora Fray Mauro Hernando Peña, franciscano exclaustrado.

En Osma el Cura Párroco D. Cesáreo Ortego.

MUEBLES MADERA CURVADA

THONET

UNICOS INVENTORES

Nuevas rebajas desde 1.º de Abril de 1887.

Nuevos modelos Patent núm. 38.220.

Depósito en Madrid: Plaza del Angel, 10.

ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.



LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

MURILLO. CERVANTES. BÄLMES. CISNEROS.

ÉPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 14. — Madrid 15 de Mayo de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por Manuel Ossorio y Bernard. — *Los grabados*. — *Traducción de Tierra Santa*, por M. Pado y Payró. — *San Isidro Labrador*, por Ossorio y Bernard. — *Los hombres de bien que no prosperan*, por M. García. — *De la veneración de las Reliquias*, por Fray José Coll. — *Lo que se planta*, por J. Solís de Eguiluz. — *El caldero del hogar*, por Antonio Montenegro. — *Andrés el Forzador*. — *Talibán*. — *Sacerdotes de la Santidad León XIII*. — *El Arteridiano*, por M. de A. — *Noticias*. — *Necrológica*. — *Gacetas*. — *El Canónigo Fr. Duille de Saint-Projet*. — *Aranjuez*. — *Práctic en acción* (cuadro de Zubizarán).

LA DECENA

SOLEMNÍSIMAS han sido las fiestas con que los PP. Agustinos del Escorial han celebrado el decimoquinto centenario de la conversión del Obispo de Hipona, tan célebre por su santidad como por su saber. El día 3, primero de los consagrados a dichas fiestas, se cantó Misa pontifical, predicando en ella el Rvdo. Dr. D. Tomás Cámara, Obispo de Salamanca, quien eligió como tema de su oración las palabras del Santo: «Nos has criado, Señor, para Ti, y nuestro corazón estará inquieto mientras no descanse en Ti», desarrollándolo por el recuerdo de la unión, de la piedad profunda y el alto saber que tanto enaltecen al prelado agustino. Por la tarde se expuso Su Divina Majestad y se rezó la coronilla de la Correa, con Salve cantada y motetes al Sacramento.

En el segundo día el sermón estuvo a cargo del Rvdo. Doctor D. Santiago Vicente Sánchez de Castro, Obispo de Santander, quien confirmó su reputación predicando sobre el concepto de la vida, con su vasto saber y prodigiosa elocuencia.

En el día tercero predicó el Rvdo. Dr. D. Benito Sanz y Forés, Agustino Terciario y Arzobispo de Valladolid, conmoviendo con su cristiana elocuencia al auditorio. Se verificó también comunión general y procesión por los claustros, y por la tarde, después de Completas, pronunció el sermón de gracias el Magistral de Segovia, Doctor D. Julián Miranda y Bistuer, y terminó la función con un solemne *Te Deum*. El grandioso templo estuvo iluminado interior y exteriormente por luz eléctrica, y el pueblo entero del Escorial se asoció con públicos regocijos a las solemnidades de la Iglesia.

En la velada literaria de la noche del 3 alternaron la música, la crítica y la bella poesía, después de algunas oportunísimas

frases del Sr. Arzobispo de Valladolid acerca del amor de San Agustín a la literatura.

En la noche del 4 se procedió al reparto de premios, que comenzó con un breve discurso del Padre Cámara y la lectura que dió el P. Muñíos a la Memoria formada por el Jurado calificador, aglutinando el mérito y bellezas de los trabajos premiados.

Los premios concedidos fueron los siguientes: A D. Mariano Aguilar, del Colegio de Misioneros de Santo Domingo de la Calzada, por su *Estudio sobre la doctrina de San Agustín acerca de la belleza*; a D. Julián Pastor y Rodríguez, notario de Madrid, por su *Teoría político-social de San Agustín*; a don Buenaventura Iñiguez, de Sevilla, por su *Te-Deum*; a D. José Ignacio Valentí, de Palma de Mallorca, por su trabajo *Ensayo para una biblioteca de escritores*

agustinos españoles; al Rdo. Giovanni Bantista Moscati, arcipreste, párroco de San Lúcido, Cosenza, por su *Compendio de la vida de San Agustín*, en latín clásico; al presbítero D. Emilio A. Villelga, director de *La Galicia Católica*, por su trabajo sobre *La libertad del pensamiento dentro del dogma*, y a D. Angel Lasso de la Vega, de Madrid, por su estudio sobre la *Influencia de los Agustinos en la literatura española*.

Obtuvieron accésit y menciones honoríficas las Sres. D. Julián de Pastor y Rodríguez, notario de Madrid; D. Manuel Pérez de Villamil; Fray Buenaventura García Paredes, estudiante en el Colegio de Santo Tomás de Avila; D. Lorenzo García Huertas, estudiante de la Congregación de Misioneros hijos del Inmaculado Corazón de María; Fray Julián Reglero, Presbítero Franciscano de Toledo; D. Angel Lasso de la Vega; D. Celestino Sadurní, de Barcelona; D. Juan Montes, profesor de música de Lugo; don Juan de la Cruz Font y Roselló, Capellán del castillo de Bellver; D. Enrique Barrera, maestro de Canilla (Burgos); D. Justo Alvarez Amandi, Catedrático de la Universidad de Oviedo; D. José Muñoz Sedeño, de Madrid; Fray José Cueto, de la Orden de Predicadores; el abate Teófilo Lorient, Cura de Oysonville (Francia); D. Máximo Fuertes Acebedo, Director y Catedrático del Instituto de Badajoz, y D. Aurelio Ribalta, de Madrid.

Después de la lectura de algunos fragmentos de las composiciones premiadas y de ejecutarse varias de las piezas musicales que lograron igual honor, el Sr. Obispo de Santander invitó a todos los circunstantes para el decimosexto centenario de la conversión de San Agustín, libros ya de las ligaduras terrenales y en la compañía del sapientísimo Doctor.

La concurrencia a los actos religiosos y literarios ha sido extraordinaria, habiendo albergado por unos días el Monasterio debido al fervor católico y a la piedad del Rey Felipe II, a numerosos Prelados, individuos del Clero y de las Ordenes religiosas, hombres de ciencia, literatos y artistas; una representación como la reclamaba del siglo XIX la memoria del sabio Obispo que, abriendo los ojos a la luz de la Fe, después de sus errores juveniles, consagró su poderosa inteligencia a ganar almas para el cielo y quitar adeptos a la impiedad y al paganismo.

La Religión consagra a la Virgen María el mes de las flores, para que nunca falte en sus altares el suave aroma de las mismas. De esta suerte la naturaleza rinde tributo a la Reina de los cielos y de la tierra.



EL CANÓNIGO FR. DUILLE DE SAINT-PROJET.

La cruz de Mayo, tierna y piadosa costumbre de otras épocas, pertenece ya a la historia, acaso por abusos cometidos a la sombra de la misma. La prohibición gubernativa puede acaso ser lógica y no merece, por tanto, muy acerba censura; pero contrista el ánimo la consideración de que cada conquista de la civilización vaya arrancando una costumbre legendaria y religiosa. La devoción a ciertas imágenes en la vía pública, el Rosario de las calles, la cruz de Mayo, las procesiones, los autos sagrados, todo cuanto recordaba a nuestros padres los misterios y fiestas de la religión va desapareciendo progresivamente. Las reformas urbanas han hecho caer a tierra numerosos templos; de temer es que le sigan otros muchos, a poco que estorben para el emplazamiento de fábricas de luz ó de alambres trasmisores del sonido ó de la electricidad.

Hoy el arte ha representado la figura ecuestre de un Monarca pisoteando una tiara, y aunque la hipocresía no haya consentido en que se exhiba al público, sin quitar los atributos pisoteados, es indudable que el artista obedecía en su sacrilega alegoría a la presión de las corrientes de impiedad de su época; hoy se construye una torre gigantesca en menosprecio evidente del castigo sufrido por los que imaginaron la de Babel; hoy se hace gala de quitar de las escuelas la Cruz del Redentor y privar a los enfermos pobres de los sublimes sacrificios y heroicas virtudes de las Hermanas de la Caridad: todo está en carácter en esta época de descreimiento y de científicas conquistas.

Por fortuna, son infinitos todavía los fieles que en este mes acuden al templo a prestar brillantez a las solemnidades consagradas a la Virgen María; y fuera de las grandes poblaciones, allí donde la vista abarca en el límite del horizonte la conjunción del cielo y de la tierra; allí donde se escucha con más frecuencia el toque de la campana de la torre que el estridente son del timbre telefónico; allí donde los conciertos de los ruiseñores son más gratos al oído que los de la música profana; allí donde las flores exhalan sus aromas, que en vano tratan de sorprender las conquistas de la Química; allí, sin bandos que lo ordenen ni reglamentos que lo organicen, Mayo ofrece a la Purísima Virgen María sus luces, sus colores, sus aromas y sus armonías.

...

Ahora estamos muy ocupados los hombres graves de Madrid en el sinnúmero de exposiciones que desde este mes, hasta Dios sabe cuando, van a ir escalonándose.

Exposición filipina.

Exposición de Bellas Artes.

Exposición de plantas y flores.

Exposición regional madrileña.

Exposición de la industria española...

Para antes de que todas estas exposiciones terminen ya habrá otras en proyecto ó en vías de ejecución. Por lo visto trata de acreditarse la frase vulgar de que Madrid es una exposición permanente.

Vamos, pues, a conocer de cerca a los igorrotos y carlinos y a enriquecer nuestro idioma con unos cuantos jiros tagalos; andaluces y vascongados, catalanes y gallegos vamos a ser temporalmente *catalpisan* y no habrá tertulia que no se denomine *catalpisan*, ni flores que se atrevan a luchar con las *sampaguitas*.

Al mismo tiempo que la exposición filipina, abrirá sus puertas la de Bellas Artes, en la que los cuadros recibidos hasta la fecha pasan de mil. Las noticias referentes a este concurso acusan grandes osadías en los pintores españoles y un exagerado consumo de botes de color y de tela preparada. Artista hay que, para pintar una ola, ha invertido siete metros de tela. A este paso los acuarelistas necesitarán un rollo de papel continuo para un paisaje y las exposiciones futuras tendrán que celebrarse a lo largo de una carretera. Los doradores, artistas de menor vuelo que los pintores, se ríen socarronamente de estas corrientes modernas del arte, en abierta contradicción con las dimensiones de las casas modernas.

Meissonnier pudo ser exagerado en la pintura de lo pequeño; pero los artistas del día lo son también, en propio perjuicio, embadurnando piezas enteras de tela que si no merecen los honores del Museo, sólo pueden servir para aliviar del sol a los dueños de algún puesto de frutas.

Las demás exposiciones van para más largo.

No todo ha de admirarse en un día.

Y además, para que la exposición regional de Madrid se celebre, hay que prepararse: hoy sólo podríamos exponer unos concejales nuevecitos, nacidos entre los votos de los amigos y las maldiciones de los contrarios.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

EL CANÓNIGO FR. DUILHÉ DE SAINT-PROJET.

El Canónigo Fr. Duilhé de Saint-Projet, cuyo retrato publicamos en la primera página de este número, es joven todavía y su nombre conocido y celebrado, no solamente en Toulouse, donde reside, y en Francia, su patria, sino también en el extranjero, especialmente en Bélgica, Italia, España y Portugal, a cuyos idiomas ha sido traducida su reciente y más importante obra, titulada *Apología científica de la fe cristiana*, vertida al castellano de la segunda edición francesa por nuestro compatriota D. Manuel Polo y Peyrolón. Duilhé de Saint-Projet ha sido premiado por la Academia francesa, y entre otros títulos, ostenta el de antiguo Decano de la Facultad libre de Letras de Toulouse y el de Profesor de Apologetica y Elocuencia sagrada en la Escuela superior de Teología de la ciudad dicha. Durante el mes de Febrero último, dió cuatro conferencias contra el positivismo filosófico y científico contemporáneo, que tuvieron merecida resonancia, y en las cuales desarrolló las siguientes proposiciones:

1.^a Estado actual de los espíritus y de las doctrinas acerca de los tres puntos fundamentales: Dios, el alma y la religión.

2.^a La teoría de la evolución y la existencia de Dios.

3.^a La teoría de la evolución y la existencia del alma.

4.^a La doctrina de la evolución aplicada a la religión, la moral evolutiva, los orígenes del deber y del derecho.

Pero a la *Apología científica* ya nombrada debe principalmente la notoriedad grande, que en poco tiempo ha conseguido el Canónigo Duilhé de Saint-Projet entre los apologetas del Catolicismo y hasta entre sus enemigos los pseudo-sabios materialistas. León XIII ha recompensado al autor de este manual apologetico con un Breve laudatorio que figura al frente de la 2.^a edición de la obra, y el Episcopado le dispensa también su protección en todas partes. Léase lo que, en la importante *Revista Agustiniana*, correspondiente al 5 de Marzo último, dice a este propósito el eminente escritor Fr. Conrado Muller Sacerdote:

* Todo es oro puro y de buena ley en tan hermoso libro; pero lo que más nos ha llamado la atención es la introducción general por la amplitud de criterio, la elevación de miras y la novedad y oportunidad de las observaciones; el estudio acerca del Darwinismo por la riqueza de datos; la cuarta parte por la destreza con que hace resaltar el autor la sublimidad del espiritualismo católico, en parangón con el rastrero y desconsolador materialismo; el capítulo dedicado a la exposición de una maravilla que la ciencia no ha logrado conseguir y que intuitivamente ha realizado la caridad de las hijas de San Vicente de Paúl, ó sea la perfecta educación religiosa, moral y literaria de una niña ciega y sordo-muda, hecho que presta materia al autor para estudios psicológicos sumamente interesantes; y por fin, el último capítulo, en que considerando a la Cruz como síntesis sublime de todo saber, corona el ilustrado Canónigo su obra un digno remate de tan cristiano edificio.

* El Sr. Polo y Peyrolón, reputado escritor católico que ha traducido esta obra del Canónigo Duilhé de Saint-Projet, ha prestado un gran servicio a la Religión y a la Ciencia. May de desear sería que el clero español leyese y meditase ese libro y que se estudiase en los Seminarios como obra de texto, según han dispuesto ya ilustres Prelados, entre otros el Emmo. Cardenal P. Ceferino González.

ARANJUEZ.

La Real Familia se ha trasladado a Aranjuez, reanudando las célebres jornadas que tanta animación prestaron a aquel Sitio.

Aranjuez es quizá el más delicioso y pintoresco de los de España, por la benignidad de su clima, por su hermosa situación y por sus elegantes palacios, que tantos primores y tantas riquezas artísticas afeoran.

Desde muy antiguo fué Aranjuez posesión de recreo, pues tal destino tuvo ya primitivamente para los Maestres de Santiago, a cuya orden pertenecía. Felipe II, que fué el primer Rey que lo poseyó, empezó la construcción del Palacio, cuyas obras dirigió el famoso Juan de Herrera.

En el siglo pasado Felipe V, Fernando VI y Carlos III prosiguieron la obra emprendida por el fundador del Escorial, habiéndose terminado en tiempos del último Monarca situado la construcción del palacio principal, que tantos cuadros magníficos, tan hermosos techos y tan artísticos salones encierra.

Sus jardines de la *Isla* con sus flores y sus cascadas, los del *Príncipe* con sus árboles y arbustos de América y de Asia, y su *Casita del labrador*, museo de preciosidades de la industria y del genio nacionales, causan justamente la admiración de cuantos viajeros visitan ese espléndido Real Sitio, envidiados por todas las cortes del mundo.

Hoy a sus timbres antiguos une Aranjuez otro de no menos valía, pues que guarda el recuerdo de aquel último sublime rasgo de abnegación con que D. Alfonso XII coronó su breve cuanto glorioso reinado, cuando el cólera diezaba la población y la muerte había dejado desiertos sus calles y sus jardines.

En la transformación que ha experimentado Palacio para recibir a la Real Familia, lo más importante es lo que se refiere a las estancias que ocupan la Reina Regente, el Rey niño y sus augustas hermanitas.

El despacho de la Reina Regente es el mismo que siempre han ocupado desde antiguo las damas que se han sentado en el trono. Lo más notable de esta cámara es la sillería, no por ser bonita, sino porque la hizo con sus propias manos Carlos IV. Finas maderas, tapicería de damasco azul y embaldosado de oro y marfil, constituyen la obra del regio ebanista. Frescos de Jordán, cuadros de David y una hermosa lámpara, completan el decorado del despacho.

El dormitorio de la Reina es amplio, con balcones sobre el jardín. Sobre la cabecera del lecho, de canoa, destaca una *Santa Catalina*, de Mengs, y enfrente una Virgen de Bayeu, obra admirable, inspirada en el amor maternal.

Todas las paredes están cubiertas de preciosas flores de Arellano.

Al Rey niño y a las Infantinas se ha destinado el Salón Amarillo, ó sea el salón de baile. El dormitorio está en el comedor grande.

FRATEL EN ORACIÓN.

(Cuadro de Zarbarán.)

Francisco Zarbarán, uno de los más ilustres representantes de la buena pintura española, nació en Fuente de Cantos (Extremadura) en 1598 y fué discípulo en Sevilla de Juan de las Roelas, continuador de las tradiciones del Tiziano, cuya escuela había seguido en Italia; pero Zarbarán imitó preferentemente a Caravaggio y más especialmente aun a la naturaleza que tenía ante la vista y en la cual bebió su inspiración. Los cuadros de *San Pedro de Alcántara*, *La adoración de los Magos*, *La recepción de San Bruno por el Papa*, *El milagro de San Hugo* y tantos otros le hicieron alcanzar el título de *pintor del Rey* y el de *Rey de los pintores* que le dió familiarmente Felipe IV.

El cuadro del *Fratel en oración*, que hoy reproducimos, pertenece al número de los que no pueden contemplarse sin asombro, ni olvidarse nunca una vez contemplado: tal es el arte y tal la expresión de sublime y aun rudo misticismo que le avaloran.

TRADICIONES DE TIERRA SANTA

(Continuación.)

XII

PATRIA DE LOS MACABEOS.—EMAÚS.—APARICIÓN DEL SEÑOR RESUCITADO A LOS DOS DISCÍPULOS.—SAN CLEOFÁS.—PATRIA DE SAMUEL.—TORRENTE DEL TEREBINTO Y SINGULAR COMBATE ENTRE DAVID Y GOLIAT.—VISTA DE JERUSALÉN.



SALIENDO de Abugose, a la derecha, sobre una montaña de forma cónica, se divisa el pueblo de Soba, que es probablemente la antigua *Sotaba* de los Setenta, y según otros *Modin*, patria de los Macabeos, aunque Fr. Livinio de Hamme encuentra infundada esta opinión. Nuestro compatriota el P. Manuel Forner, párroco que fué de Belén y de Damasco, que conocía perfectamente la topografía de Tierra Santa, coloca el Modin de los Macabeos en *Mediá*, aldea que dista unas dos leguas de Lida. Sea de ello lo que fuere, Soba ó Mediá recuerdan aquella epopeya sangrienta realizada por los Macabeos en defensa de su religión y de su patria, que empezó por la muerte que Matatías dió al enviado de Antíoco para que los israelitas sacrificasen a los ídolos, y concluyó librando al pueblo judío del yugo férreo de los reyes de Siria. En Soba ó Mediá debieron estar los sepulcros que Simón Macabeo hizo construir, a manera de pirámides que se distinguan desde el Mediterráneo¹, en honor de sus padres y hermanos. En ambos lugares se encuentran ruinas suficientes para justificar la tradición; pero la circunstancia de que las pirámides se divisaban desde el mar favorece a Mediá más que a Soba. Por otra parte, la semejanza entre los nombres Modin y Mediá salta a la vista.

Al N. y en el mismo meridiano que Soba, a la izquierda de la carretera, alzan los montes, en la vertiente de uno de los cuales está *El Kubebe*, que es la verdadera *Emaús* del Evangelio, donde el Salvador se apareció a dos de sus discípulos y comió con ellos.

Y dos de ellos aquel mismo día (es decir, el domingo en que resucitó Jesucristo) iban a una aldea llamada Emaús, que distaba de Jerusalén sesenta estadios.

Y ellos iban conversando entre sí de todas estas cosas que habían acaecido.

Y como fuesen hablando y conferenciando el uno con el otro, se llegó a ellos el mismo Jesús y caminaba en su compañía.

Mas los ojos de ellos estaban detenidos (como si dijese paralizados por Jesús) para que no le conociesen.

Y les dijo:

— ¿Qué pláticas son éstas que traéis entre vosotros caminando, y por qué estáis tristes?

Y respondiendo uno de ellos, llamado Cleofás (no consta el nombre del otro), le dijo:

— ¿Tú solo eres forastero en Jerusalén y no sabes lo que allí ha pasado estos días?

El les dijo:

— ¿Qué cosa?

¹ Macabeos, lib. I, cap. XIII, vers. 37-39.

Y respondieron:

— De Jesús Nazareno, que fué un varón Profeta, poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo, y cómo le entregaron los Sumos Sacerdotes y nuestros Príncipes a condenación de muerte y le crucificaron. Mas nosotros esperábamos que Él era el que había de redimir a Israel, y ahora sobre todo esto hoy es el tercer día que han acontecido estas cosas. Aunque también unas mujeres de las nuestras nos han espantado, las cuales antes de amanecer fueron al sepulcro, y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron diciendo que habían visto allí visión de ángeles, los cuales dicen que Él vive. Y algunos de los nuestros fueron al sepulcro y lo hallaron así como las mujeres lo habían referido; mas a Él no lo hallaron.

Y Jesús les dijo:

— ¡Oh, necios y tardos de corazón para creer todo lo que los Profetas han dicho! Pues qué, ¿no fué menester que el Cristo padeciese estas cosas y que así entrase en su gloria?

Y comenzando desde Moisés y de todos los Profetas se lo declaraba en todas las Escrituras que hablan de Él.

Y se acercaban al castillo a donde iban y Él dió muestras de ir más lejos; mas le detuvieron por fuerza diciendo:

— Quédate con nosotros, porque se hace tarde y está ya inclinado el día.

Y entró con ellos.

Y estando sentado con ellos a la mesa tomó el pan y lo bendijo y habiéndolo partido se lo daba, esto es, en opinión de los Padres, les dió su sacramental cuerpo.

Y fueron abiertos los ojos de ellos y lo conocieron, y Él entonces se desapareció de su vista.

Y dijeron uno a otro:

— ¿Por ventura no ardía nuestro corazón dentro de nosotros cuando en el camino nos hablaba y nos explicaba las Escrituras?

Y levantándose en la misma hora volvieron a Jerusalén, y hallaron congregados a los once y a los que estaban con ellos, que decían:

— Ha resucitado el Señor verdaderamente y ha aparecido a Simón.

Y ellos contaban lo que les había acontecido en el camino y cómo le habían conocido al partir el pan.

Al valenciano P. Manuel Forner, ya nombrado, se debe el descubrimiento de que la aldea El Kubebe es la Emaús de que nos habla San Lucas en el evangelio transcrito, visitada y descrita antiguamente por muchos peregrinos. En 1852 comenzaron de nuevo las interrumpidas peregrinaciones a Emaús; y en 1861 la marquesa de Nicolay adquirió a peso de oro las venerandas ruinas, a las que desde tiempo inmemorial dan los árabes el nombre de *El Deir* (El Convento), restauraba la capilla, erigida en el sitio mismo donde el Señor cenó con los dos discípulos y edificaba un convento, en el cual residen generalmente tres religiosos franciscanos y se albergan los fieles que llevan a cabo la santa peregrinación.

En dicha capilla se puede ganar indulgencia plenaria, y según tradición inmemorial allí nació, fué martirizado y sepultado el discípulo San Cleofás, que hospedó y dió de cenar al Señor en su propia casa. La marquesa de Nicolay, que murió el año de 1868 en olor de santidad, está también allí sepultada; y todos los años el lunes de Pascua de Resurrección, presidida por el Rdo. P. Custodio de Tierra Santa, se verifica desde Jerusalén y pueblos del contorno una devota peregrinación a tan importante santuario.

Unos 20 minutos más allá de Abugose se cruza un puente, por debajo del cual se desliza un riachuelo; 30 metros poco más o menos al S. de dicho puente brota una fuente de agua potable llamada *Ain-Dib*; sobre una altura a la izquierda se ve el lugarejo musulmán de *Beit-Nakub*; poco después tuerce el camino a la derecha para descender rápidamente a un fértil valle plantado de higueras; olivos y viñas y regado por las aguas de *Ain-Nila*; en medio del valle se salva el barranco por un puente y a corta distancia se ven a la derecha las ruinas de *Abala* o *Dair-el-Benate*, según otros, que recuerdan algún importante edificio de los cruzados; después de 23 minutos de marcha en descenso y ascenso por terreno abrupto, se llega a *Casta*, aldea compuesta de tres o cuatro casas habitadas por pobres felajines, una pequeña torre y una mezquita; desde este punto culminante de la Judea se descubre al N. la montaña *Nebi-Samuel* (Profeta Samuel), que es donde estuvo la antigua *Ramat-Sefin* o *Ramata*, patria de Samuel, el último de los jueces,

que consagró a Saúl por orden de Dios, no sin hacer ver antes al pueblo ingrato los males que traería consigo la nueva institución; poco más allá, a la derecha, se divisa también *Ain-Karem*, o sea San Juan de la Montaña, al que oportunamente haremos visita especial; se continúa descendiendo por pendiente rápida y tortuosa y 20 minutos después se llega a *Colonié*, probablemente la antigua *Cholon* mencionada por los Setenta; entre dicho lugar y el camino se ve un hermoso valle lleno de limoneros, naranjos, membrilleros, olivos, viñas, etc. y regado por seis fuentes, de las cuales la más abundante y próxima al camino está a la izquierda y se llama *Ain-el-lisr* (fuente del puente), y algunos pasos más allá se encuentra un puente de cal y canto, tendido sobre el famoso torrente del Terebinto.

El terebinto, del cual reciben su nombre torrente y valle, es un árbol de hermoso follaje y agradable olor, resinoso, de mediana altura, color ceniciento, hojas largas, tiesas y siempre verdes y da por incisión la trementina, cuando llega a treinta o cuarenta años. La corteza es aromática y se quema como incienso. Su fruto, sucesivamente verde, amarillo y negro, tiene un sabor ligeramente ácido. Debemos advertir que en la Sagrada Escritura suele darse el nombre de terebinto a la carrasca, a la encina y al roble.

Este torrente atraviesa de parte a parte el pintoresco valle antes citado, y valle y torrente son celeberrimos porque, según tradición inmemorial y recogida por miles de autores, allí se verificó el singular combate entre el pastorcillo David y el gigante Goliath. De aquel torrente cogió el primero cinco guijarros muy limpios y los echó en el zurrón que tenía consigo y tomó la honda en la mano y se fué en busca del Filisteo. Y en este valle, entre *Ain-Karem* y el puente, metió David su mano en el zurrón y sacó una piedra que disparó con la honda y dándole vuelta hirió al Filisteo en la frente, y la piedra quedó hincada en su frente, y cayó en tierra sobre su rostro. Y como David no tuviese espada a mano, corrió y se puso sobre el Filisteo, y le quitó la espada, y la sacó de la vaina, y le acabó de matar y cortóle la cabeza.

Cruzados el torrente y valle del Terebinto, remóntase el camino, durante más de media hora, por empinada y peligrosa cuesta, se ve a la derecha la 14.ª torre fortificada, y se deja a la izquierda, al otro lado del profundo valle (*Valle-Lifta*) en la vertiente de una montaña el lugarejo de *Beit-Iksa*. Dominada la altura, se encuentra a la izquierda la 15.ª torre, y el peregrino contempla el siguiente magnífico panorama: enfrente el Monte de las Olivas; a la derecha el *Vadi-Musallab*, en donde los griegos cismáticos tienen su Seminario, llamado convento de Santa Cruz; al S. E. el convento de San Elías, y un poco más a la derecha Belén. A los cuatro minutos de marcha, por el E. y a lo lejos, en el extremo horizonte, semejante a muralla inmensa, se distinguen los montes de Moab; a los seis minutos se llega a la torre 16.ª y la *Ciudad Santa* se presenta a la vista del peregrino produciéndole emoción indescriptible.

Los ojos no se barten de mirar, queriendo reconocer en aquellos alminares, cúpulas y torres, la basílica del Santo Sepulcro, el Cenáculo, la casa de David, y tantos y tantos recuerdos de escenas y lugares, de que se presenta henchida la memoria del peregrino. A la charla bulliciosa de la caravana sucede repentino y religioso silencio; palpitan los corazones con fuerza como si quisiesen saltar del pecho; anúdase la voz en la garganta, y ríos de lágrimas acuden a los ojos. ¡Ya estamos en Jerusalén! dicen o piensan los peregrinos todos, suspirando de alegría, como quien alcanza el anhelado término de largo y penoso viaje, y emoción tan honda no se traduce en vivas, ni en gritos, ni en conversaciones a media voz con el más próximo, nada de eso: todos callan, desmontan todos, como impulsados por el mismo resorte, besan repetidas veces, regándole con lágrimas, aquel santo suelo, rezan un Padre nuestro, Ave María y *Gloria Patri* para ganar la indulgencia plenaria concedida para el momento en que se divise la Ciudad Santa, y con voz entrecortada por los sollozos entonan el Salmo XXI, que en verso castellano dice así:

¡Con qué dulce regocijo,
con qué alegría y fervor
of la voz que me dijo:
«Iremos a la casa del Señor.»
En tus atrios, Ciudad Santa,
Jerusalén peregrina,
Descansará nuestra planta,
que ya te alzas gloriosa en la colina.

Allí las tribas irán,
las tribas del pueblo fiel,
como prometió a Israel,
y el nombre del Señor confesarán.

De la justicia en abono
habrá rectos tribunales,
y dentro de sus umbrales
la casa de David tendrá su trono.

Rogad, pedid cuanto pueda
dar paz a Jerusalén:
a cuantos la quieran bien
sus dones abundantes Dios conceda.

Reine la paz en sus muros,
graneros sus torres sean,
y en sus recintos seguros
como hermanos conversen y se vean.
Pero tu gloria mayor
es que el templo de Dios tienes:
por su respeto el Señor
te colmará de dichas y de bienes.

M. POLO Y PEYROLÓN.

(Se continuará.)

SAN ISIDRO LABRADOR

ALUNQUE el calendario no lo rezara; aunque tampoco lo indicasen el calor que nos molesta en el primer tercio de Mayo y las flores que profusamente adornan a las mujeres, cualquier madrileño legítimo o conoecedor, sin ser madrileño, de las cosas de Madrid, puede asegurar, sin temor de equivocarse, que se aproxima la fiesta del Santo patrón, del labrador humilde que mereció por sus virtudes ser venerado en los altares.

Los trenes de las vías férreas, los coches del antiguo régimen, las tartanas, galeras y caballerías vienen arrojando sobre la heroica villa un contingente numerosísimo de forasteros. Los pueblos de la provincia central y los de las limitrofes deben quedarse en cuadro, a juzgar por los muchos individuos de ambos sexos y de todas las edades que se codean y se pisan por las aceras de la Corte, transitan por el centro de las calles y llenan posadas y fondas.

La romería de San Isidro es el pretexto de esta invasión, pues sabido es que carece completamente de encantos dicha fiesta, celebrada junto al sediento Manzanares y entre cerros de arena.

Pero con achaque de la romería se visita a Madrid, sus teatros y circos, sus paseos y cafés; se renuevan las modas del lugar, se estudia el aire de las madrileñas, se compran las cien mil baratijas e insignificancias de nuestros bazares, y se regresa al pueblo acaso con menos ilusiones, y de seguro con mucho menos dinero del que se trajo para el viaje.

Y no cabe duda respecto a los forasteros: los unos porque traen los característicos trajes de la Mancha y de Castilla, de la Alcarria y de Valencia; los otros porque forman en fila y marchan unidos de la mano para no perderse; éstos porque conservan en nuestras calles y casas la costumbre de hablar a gritos como en la era del pueblo; aquellos porque, a pesar del rehecho afán con que imitan en el vestir a los madrileños, el tono tostado de sus rostros les denuncia.

Los teatros, que habían cerrado sus puertas, vuelven a abrirlas; poco importa el género que han de cultivar ni el crédito de los actores; lo esencial es que funcione el despacho de billetes, y en estos días las empresas hacen su agosto.

Los comercios de telas acuden a sus olvidadas existencias de hace años para llenar con ellas las fachadas de sus casas, y tienen la seguridad de que no ha de ser inútil el procedimiento.

Las liquidaciones-verdad, los saldos definitivos, las subastas positivas menudean que es una bendición, hasta el punto de parecer que todo el comercio aguardaba esta época del año para declararse en quiebra.

Mientras tanto, el timador que juega al As de Espadas acecha en la Ronda; el que ha de encontrarse una sortija de brillantes espera a que se acerque un grupo de forasteros; los *cicerones* se ofrecen servicialmente a enseñar a los forasteros todas las curiosidades de la Corte, y en cada esquina se halla situado un individuo, portador del tradicional cartucho de perdigones, en la seguridad de que no faltará quien se lo cambie por legítimas y antiguas onzas peluconas, por modernos centenes de oro o billetes de Banco.

1. *Las Salinas de David*, por D. Justo Barbojano, pág. 164. Madrid, 1877.
2. *Del Libro de Madrid y advertencia de forasteros*, que nunca se publicaron.

1. S. Lucas, cap. XXIV, vers. 13-15.
2. Santiago etc., tomo II, pág. 59.

1. Santiago etc., tomo II, pág. 68.
2. Repet. ibi. L. cap. XVII, vers. 40, 41 y 50.

En esta lucha entre el relativo candor de los forasteros y la positiva picardía de los madrileños, el triunfo es siempre de estos últimos. La prensa registra fijamente no pocos casos de éstos, y la policía, aun redoblando la vigilancia, no puede evitarlos casi nunca.

Pero ni estos engaños son los únicos, ni acaso los peores; otros de índole moral ó de publicidad difícil aguardan a los forasteros, muchos de los cuales se ausentan de la Corte lanzando contra ella terribles maldiciones y prometiendo no volver...

Hasta que unas fiestas extraordinarias ó una romería como la de San Isidro les hagan nuevamente quebrantar su propósito.

Desgraciada en tales días la familia madrileña que tenga parientes en los pueblos próximos! Su casa se verá convertida en posada, su despensa entrada a saco, su sala de recibimiento hecha dormitorio, sus individuos todos revestidos del cargo de guías de los viajeros, que en brevísimo espacio desean conocer todos los palacios y todos los museos, todos los espectáculos y todos los templos, todos los paseos y todas las curiosidades públicas. En vano será que la familia madrileña se defienda, alegando que nunca, a pesar de su vecindad, ha visitado lo que tanto preocupa a los forasteros; en vano que finja enfermedad ó pesar, luto ó inconveniente material para complacer a sus huéspedes. Estos la empujarán para ponerla en movimiento, la harán buscar en la calle el descanso que en la casa se le ha hecho imposible, y no tendrá más remedio que ir desde el Observatorio astronómico a San Antonio de la Florida, desde la Guindalera a Pozas, desde la estación del Norte a la del Mediodía, cruzar el Prado y Recoletos, limpiándose el sudor copioso que la hacen verter sus parientes, entrar en todos los cafés del paso y poner a prueba su robusta naturaleza, haciendo un género de vida al que no estaba ciertamente acostumbrada.

Desde los coches del tranvía a las aceras de las calles se cruzan saludos de los habitantes de un mismo pueblo; unos a otros individuos se llaman a voces, haciendo gala de sus apodos, poco en armonía con la sociedad cortesana; y cuando se reúnen varios individuos en cualquier sitio, sus diálogos a gritos llaman la atención de los transeúntes, poniéndoles al corriente de todas las interioridades de dichas familias.

Madrid en estos días no es Madrid; en sus huéspedes se encuentran conservadas todas las modas y todos los caprichos, desde el frac del currutaco de 1848, hasta el miriñaque de la elegante de 1850, desde el característico pañuelo de los alcañenes, hasta la montera gallega y la mantilla segoviana.

Pero los forasteros, hombres esencialmente prácticos, no acuden a Madrid solamente a divertirse; vienen también para sus negocios y los de su familia y tal vez además para asuntos políticos.

Véase en prueba de ello una carta dirigida por uno de los forasteros a su familia:

Queridos primos: Aquí estamos todos los de la comisión gestionando el premio de nuestros servicios, y con grandes esperanzas de lograrlo. El Diputado nos ha recibido con mucho cariño, y ha puesto a nuestra disposición una tarjeta para utilizar el tranvía; también nos ha dado papeletas para visitar el Museo Naval y lo reservado del Retiro, y nos ha dicho que un domingo nos llevará a ver el Museo de Pintura. Con su influencia pudimos ver en primera fila el simulacro militar del martes, y creo que también veremos la elevación de un globo desde la parte exterior del Retiro. Ahora trata de hacer que se interprete en nuestro favor la ley, dándonos algunos destínulos, pues habiéndosele dicho que no podía hacerse el nombramiento si no habíamos sido sargentos, ha contestado y quiere hacer valer que lo fuimos... en la Milicia Nacional.

Aquí en Madrid la gente se divierte mucho y casi siempre de balde; por la mañana a la parada; al medio día a ver entrar a los Diputados en el Congreso; después a pasear por las calles, y a la noche a ver salir a los vendedores de periódicos atropellando a los transeúntes y oír tocar el piano junto a las puertas de los cafés. Hemos visto el Palacio Real por fuera; hemos dado vueltas al edificio de las Caballerizas; conocemos la entrada de todos los teatros, y el Diputado nos ha ofrecido hacer valer su influencia si llegan a prohibirnos la libre circulación por las calles.

Matías perdió anoche el reloj, y creyendo que se lo habían robado, echó mano al cuello de uno que pasaba junto a él y que luego resultó ser un senador: excuso decirnos que durmió en la prevención. A Diego le han dado un hermoso cartucho de monedas

de cinco duros por mil reales en papel: no quiere abrir aquel hasta que nos encontremos en el pueblo. A Juanito le ha salido un pariente de su padre que le lleva a todas partes; pero tan delicado, que no consiente que se hable nunca de dinero y deja pagar a Juan. Yo me divierto lo que puedo, y espero, como os he dicho, lograr una buena breva; como tengo buen carácter de letra y regular ortografía es posible que me hagan guarda de campo. Nuestro Diputado, tan campechano y tan guapo como siempre, según me dice su ayuda de cámara, pues desde la primera vez que le vimos no hemos podido encontrarle nunca en casa. ¡Y cuidado que estuvo fino con nosotros aquella vez! Llamó al criado y le dijo: «Perico, fíjate bien en estos señores, y cuando vuelvan por aquí no les hagas esperar, aunque esté comiendo o en la cama.» Lo malo es que tiene tantas ocupaciones que nunca come ni duerme en su casa. Muchas memorias a todos los que pregunten por nosotros, y no se os olvide recomendar al Alcalde que nos mande algunos fondos, ya que hemos hecho este viaje en bien del partido y representando al comité de la localidad. Vuestro primo,

Anastasio.²

Es seguro que al recibirse en Villaquejosa la anterior epístola, todos envidiarán la suerte de los vocales del comité y dirán invariablemente para sus capotes:

— ¡Y que no se divierten en Madrid!

Día 15, San Isidro Labrador, Patrón de Madrid. Si a esta indicación del Almanaque se agrega la astronómica de *Buen tiempo*, no es necesario añadir que las naturales consecuencias de dichas premisas serán un sinnúmero de indigestiones, alguna insolación y varias puñaladas perdidas; para algunos la prevención, para otros acaso el cementerio.

Desde la Cuesta de la Vega hasta el *puentón*, un cordón negro, formado por seres humanos que gritan, gesticulan, tocan silbatos ó conducen botijos blancos y rojos; en el *puentón* tantas protestas como perros grandes hay que abonar por el paso; en la cuesta que conduce a la ermita, los torrados imposibles, las rosquillas de Fuenlabrada hechas en Madrid, la leche de las Navas en combinación con la riqueza del Lozoya, los frasquetes de licores no registrados en ningún Manual del Licorista, los pitos de todas clases y los productos de la escultura en su aplicación a la fiesta del día.

En este ramo hay varias especialidades cada año, simbólicas y de carácter político; *Prim y Olsaga*, *Amadeo de Saboya* y *Carlos VII*, *Sagasta* y *La Mano Negra*; he aquí las especialidades que, según las épocas, han ido sucediendo ó acompañando a *Don Pepito*, *Perico Manguela*, *el Doctor Garrido*, *el Perro Peco* y otras entidades de carácter madrileño. Ni unos ni otros pudieron subir a más ni venir a menos.

Estos pedazos informes de barro, pintados y estofados caprichosamente, pudiéranse tomar como muestras bien conservadas de alguna civilización perdida del centro del África, ensayos tímidos del arte prehistórico, salvando siglos y generaciones, hasta llegar en este día a la pradera de San Isidro en la forma primitiva que hoy ostentan.

Como cabezas de silbatos, los retratos de Castelar y de varios políticos más: ¡diríase al verles que unos se silban a los otros con pertinaz empeño!

El progreso suele tener su representación en un taller de fotografía, donde por una peseta se obtienen nueve retratos nada menos... con aire de familia; ó en el teléfono para poner en comunicación con el centro aquella apartada región en que se celebra la romería.

No hay tenducho ni armatoste que no haya utilizado un telón, una bambalina ó otro cualquier aparato escénico de algún teatro destruido recientemente. Diríase al mirar aquellos cobertizos cerrados por telones teatrales, que los alimentos que en ellos se sirven son también de guardarropía... único medio de que no hagan daño.

La pradera es un valle cercado de cerros de arena y de cementerios, recuerdo constante y fúnebre testigo de lo efímero de las humanas alegrías.

En su parte más elevada una humilde ermita, y en la hornacina que existe sobre su puerta la efígie del Santo, la misma efígie tradicional que todos los años lluviosos ha sido apedreada... con excepción de los tiempos en que había Milicia nacional, en uno de los cuales se dió el caso de que el retén de guardia disparase sus fusiles contra la imagen, para dar prueba clara y evidente del catolicismo del pueblo madrileño.

Junto a la ermita, el pozo de agua que sana las calenturas de los que con ella, y con fe bastante, acuden a beberla, y por todas partes tiendas de

vinos de los que, a la inversa del agua, producen calentura a los que van sin ella.

Manzanares, avergonzado, corre por entre banquillos de lavanderas y tendedores de ropa blanca, lamiendo los estribos de los magníficos puentes de Segovia y de Toledo, filtrándose por entre capas de arena y recordando los tiempos en que podía arrastrar unas cubas de vino, haciendo exclamar a los que lo presenciaban:

— ¡Una va llena! ¡Una va llena! — Origen curioso de la tradicional *ballena* del Manzanares, narrado por el popular Trueba en los tiempos en que habitaba entre nosotros sufriendo la nostalgia de su país.

La romería del Santo Patrón de Madrid no puede ser un motivo para las visitas que nos hacen los forasteros; pase, a lo sumo, como un pretexto para poder satisfacer el capricho de realizar un viaje de recreo a la capital (cuyos Ayuntamientos no han hecho nunca el más leve esfuerzo para que sea agradable la estancia de aquéllos en la misma) y como una ocasión excelente de utilizar las tarifas económicas de los ferrocarriles y de darse un atracón peligroso de esas sustancias alimenticias que se han escapado hasta hoy a todas las investigaciones de la química, y que en el lenguaje vulgar se llaman *rosquillas bañadas* y *rosquillas tontas*.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS HOMBRES DE BIEN QUE NO PRACTICAN

En verdad habría mucho que decir para quien supiese narrar acerca de los personajes a que se refiere el epígrafe de este artículo.

Hay muchos hombres intachables en su conducta privada: buenos padres; buenos hijos; excelentes administradores; asiduos en el trabajo; adornados en fin de todas las virtudes domésticas y sociales; pero estos señores *no practican*, es decir, creen en Dios porque tienen razón; son católicos porque están bautizados, pero no hay que hablarles de las prácticas del cristiano, no hay que hablarles de confesar, ni de oír misa, ni de nada que se parezca a cumplir con los primeros deberes de todo fiel cristiano. Si les llamáseis ateos, se ofenderían mortalmente, *ellos son creyentes*... Si les decís que están en pecado mortal, argumentarán hasta secarse la garganta para convenceros de que no han incurrido en ningún pecado, ni siquiera venial; ellos no roban, no matan, no codician y hasta querrán probaros que la *ley de Dios* no manda confesar y que la *ley de la Iglesia* no es como la ley de Dios, eso no, eso está hecho *por los Curas*.

Los mandamientos de la Santa Madre Iglesia no tienen fuerza para éstos, como si todo lo que manda la Santa Madre Iglesia no fuese ley de Dios.

El Señor dió potestad de *atar y desatar* a San Pedro, instituyendo con sus palabras el Sacramento de la Penitencia.

Sacramento que nosotros deberíamos llamar de consuelo porque el pecado aflige el alma y la absolución da paz, gozo, alegría, inefable consuelo, al regenerarla por el perdón.

Pensemos un poco y trayendo el asunto a una sencilla comparación tocáremos de cerca sus beneficios. ¿Quién no se considera feliz de poseer la sincera amistad de una persona en quien depositar su confianza refiriéndole las fases de su vida íntima? Si son alegres porque goza recordando alegrías pasadas, si son tristes, porque consuela su tristeza con las lágrimas del amigo, depositando sus dolores en aquella alma gemela de la suya. El sacerdote está encargado de acomodar las cruces; el que va a sus pies, con la cruz clavada en un hombro, se siente aliviado porque se la quitaron de la herida, para colocarla en sus brazos. Esto es la confesión, un consuelo; una confianza que hacemos a Cristo Señor Nuestro, y este amoroso Señor, que murió para redimirnos, nos conforta, como que es el mejor amigo que podemos tener y el que nos ha de dar luz para conocerle y amarle.

No estoy muy seguro de que los argumentos antes citados nazcan realmente espontáneos y crezcan acariciados en la mente de los que *no practican*. Suelen ser hijos de un cierto remordimiento, que allí en su fuero interno les dice algo, así como si los llamase cobardes... sí, cobardes, porque suele detenerlos en el umbral de la Iglesia una idea mezquina, pobre; pero que toma proporciones de gigante, por lo mismo que de tan vil materia es. A la manera que con viento se dilata una vejiga y sirve de juguete a los niños, así se agranda esa idea, en ciertas personas; idea que se condensa en una frase ¡qué dirá el mundo! ¡Qué dolor! ¡No tenéis fuerza para

vencer y matar en vuestra mente ese fantasma? Consideradle como un juguete y aplastadle entre vuestras manos como hace el niño con la vejiga y después del ruido, que le regocija, arroja por inútil los escasos residuos restantes de aquel hermoso globo.

¡El mundo! que palabra tan hueca y tan sonora ¡el mundo! Examinemos ese mundo del hombre de bien: ¿a qué se reduce? Veinte socios del casino, cincuenta abonados del teatro, una docena de damas necias o vanas... veinte o treinta amigos y conocidos. Este suele ser el mundo del hombre de bien sin contar su familia casi siempre católica práctica y devota, por lo cual, tal vez tiene como cierto reparo en hacer lo que hacen las mujeres. Lástima causa y lástima profunda que se mire por un prisma tan pobre cosa tan grande y tan alta. No penséis en la piedad de las mujeres, aunque ellas en todos casos suelen ser varoniles cuando de amor y ternura se trata.

Aquí están pregonándolo las Hijas de San Vicente de Paul: no penséis en ellas, enhorabuena; pero pensad en los grandes hombres, en los filósofos, en los sabios, y veréis que la mayor parte de ellos practican sin que su caridad y amor de Dios esté refrendada con el valor del militar, la ciencia del sabio, la profundidad del pensamiento del filósofo.

Hombres de bien, aficionaos a leer los santos Evangelios, estudiadlos, acordaos de que tenéis que rendir cuentas de los talentos recibidos.

Guardad los mandamientos de la ley de Dios, pero también los de la Santa Madre Iglesia: todos están dictados por el Dios Trino y Uno.

Escuchad a Jesucristo, que dice como sigue por boca de su Evangelista San Mateo, cap. 16, v. 17:

«V. 17. Entonces, respondiendo Jesús, le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás: porque no te lo reveló carne ni sangre; mas mi padre que está en los cielos.»

«V. 18. Mas yo también te digo, que tú eres Pedro; y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

«V. 19. Y a ti daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que ligares en la tierra será ligado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos.»

San Pedro quedó con estas palabras instituido en Supremo Juez en la tierra; en primer sacerdote de la nueva y verdadera iglesia.

Por lo tanto el que falta, el que desobedece a la Santa Madre Iglesia, instituida por Jesucristo Señor Nuestro, peca mortalmente.

Es un dolor, y muy profundo para las almas cristianas, presenciar con los brazos cruzados la muerte eterna de los ateos, de los viciosos, de los hombres malos; pero es mucho más desconsolador, mucho más triste ver a los buenos, a los que deben a Dios un buen natural, y por lo tanto tienen más cuenta que rendir, es amarguísimo verles secar su vida sin fruto para su alma. ¿Y de qué le aprovecha al hombre, si granjea todo el mundo y pierde su alma?»

Las causas de este *mal* en que viven los hombres de bien no hay que buscarlas en las ideas modernas, no: éstos tales, cuando son hombres pensadores, suelen pensar correctamente, vive en ellos la idea del bien y del mal, son esclavos de sus deberes sociales y domésticos, tienen el código del honor, como lo entiende el mundo, como deberían tener los Santos Evangelios. Detestan todo lo que hiera su Fe — porque la tienen, les falta caridad — aborrecen la desvergüenza y las licencias de los que se nombran despreocupados.

Yo conozco algunos de estos señores que si diesen oídos a las voces de su corazón serían santos. No les falta para ello más que un paso, y un paso bien fácil de dar; pero son tímidos, la sonrisa de un mentecato, de un necio, les acobarda; la burla de una mujerzuela, enrojece su rostro y detiene los impulsos generosos de su alma y... ¿por qué no decirlo? y los deseos de su corazón, las más de las veces sediento del rico manantial de amor la Santa Eucaristía.

Santa Teresa, la doctora avilesa, lo ha dicho: entre mil confesores uno. Hay que buscarlo ¡almas tibias! avivaos, despertad de ese letargo en que vivís muriendo: ahí le tenéis, ¿no le oís? ¿no habéis conocido que Dios os llama por su voz? Animo; dejad al mundo que vocee en el desierto. Animo... adelante; pensad que de vuestra alma nadie cura, porque vosotros sois responsables de ella ante Dios y nadie más.

¡Ah, qué duros de corazón sois, hombres de bien! ¿qué hielo corre por vuestras venas? ¿qué alma tan muerta tenéis? ¿Es preciso haceros sentir el acicate del dolor para que deis señales de vida? ¿Es preciso ahogaros en un lecho, con las cadenas de las dolencias humanas, para que pidáis misericordia?

¡Qué fuerza de inercia tienen estas almas frías!

A este propósito he oído a una piadosa madre de

dos hijos condolerse en estos o parecidos términos: «Mi hijo bueno será difícil que se convierta, es de alma fría y tibia; pero mi hijo malo se convertirá, es apasionado, tiene fe y ternura.» El bueno murió en el Señor, el malo está convertido. Dios sea bendito. Lágrimas de una madre no suelen ser estériles vertidas por amor de Dios.

Me dijo un sabio muy santificado en cierta ocasión y no lo puedo olvidar, que el sacerdote es la sal de la tierra, y el que no se acerca a él se corrompe, es decir, que él lleva a Dios.

Hombres de bien, yo os lo pido en nombre de Dios, practicad, acercaos a lo menos una vez al año al banquete cristiano, purificándoos antes en el santo tribunal de la Penitencia; acudid los días de precepto a oír la Santa Misa; veinticinco o treinta minutos, cada ocho días dedicados al Señor, y con ello habréis cumplido con los deberes de cristiano, de católico y de buen español.

Vosotros, hijos de familia, no afligáis a vuestras madres, pensad que sois la esperanza de la casa. Y vosotros, padres despreocupados o indiferentes, no escandalicéis a vuestros hijos, no imprimáis en sus corazones, que están como la cera blanda, el sello de la impiedad; no sembréis en sus almas la triste semilla de la nada, mil veces más temible que el mismo infierno.

R. GARCÍA.

DE LA VENERACIÓN DE LAS RELIQUIAS

Las razones que habieron de mover a la Iglesia a venerar y dar culto a las reliquias de los santos, si se quieren comprender bien, preciso es distinguir entre la disciplina y el dogma. Separar de los cadáveres de los santos parte de sus huesos, colocarlos en relicarios, exponerlos sobre los altares a la pública veneración, darlos a besar a los fieles, y llevarlos procesionalmente al compás de los cánticos sagrados, entre los melodiosos acordes de la música y el séquito brillante de las luminarias, cosas son todas estas que pertenecen a la disciplina; y si tan espléndidas demostraciones no se acostumbraban en los primeros siglos de la Iglesia, era porque además de reconcentrar toda su atención en dar a conocer el nombre inefable de Jesús, las persecuciones de los paganos no consentían las públicas y solemnes manifestaciones. Por lo demás, aquellos primitivos fieles tenían por lícita y piadosa la veneración de los cadáveres de los mártires, los cuales sepultaban en lugares ocultos, adonde secretamente iban a orar.

Después, habiendo cesado las persecuciones, empezaron a ponerlos debajo de los altares y a darles culto público, sin que ninguno de los Obispos, Padres y otros fieles en gran número, que habían vivido en los calamitosos tiempos antiguos creyera, después que se dió la paz a la Iglesia, que se hubiese introducido ninguna novedad en aquello que habían aprendido por la tradición.

Aseguran los protestantes, con un aplomo digno de mejor causa, que antes del siglo IV no se halla en los monumentos del cristianismo ningún vestigio de que se tributase culto alguno a las reliquias de los santos; y a la vez que esto afirman, no dudan en censurar a San Gregorio Taumaturgo, que murió hacia el año 270 por haber tolerado las prácticas de los paganos en las fiestas de los mártires; es decir, por haber permitido que se diera a éstos culto y veneración. Bastaba esta sola contradicción para probar la obcecación y mala fe con que proceden; porque si el culto de los santos no se introdujo, como dicen, hasta el siglo IV, ¿cómo vienen luego a confesar, por más que lo hagan en tono de reconvencción, que San Gregorio toleraba ya aquel culto a mediados del siglo III?

La más antigua reliquia que hubo jamás en el mundo fué la túnica de Abel, la cual, formada de pieles de cordero, colocó su padre Adán sobre la puerta de la primera tienda que hubo en el mundo. De esta túnica de Abel cuentan autores tan graves como Massio, *in Commentar. sup. Josue*; Aristóbulo, lib. 2.º *De mirabilibus populi Dei*, sect. 15; Clemente Alejandrino, lib. 1.º *Stromatum*, y otros, que pasó en herencia de padres a hijos hasta Noé, que la tuvo consigo en el Arca, y después por una no interrumpida sucesión vino a parar a los demás Patriarcas hasta Jacob, quien la llevó a Egipto y la dejó a su hijo José, pasando luego de mano en mano hasta Moisés, que en la salida de la cautividad de Egipto la llevó juntamente con las reliquias del referido José y de los otros Patriarcas a la tierra de promisión. Tenemos, pues, que ya desde el principio del mundo se practica la veneración a las reliquias de los santos.

Y si la vara de Aarón se guardaba en el Tabernáculo de orden del mismo Dios, como lo leemos en el capítulo XVII del libro de los Números, y era tenida en gran veneración por los hijos de Israel, ¿quién podrá dudar de que los restos mortales de un santo u otra cualquier reliquia merezcan los honores que el catolicismo les atribuye? Cuéntase en el libro IV, cap. 13, v. 21 de los Reyes, que habiendo llevado un cadáver al sepulcro de Eliseo y tocado sus huesos, al punto resucitó. La milagrosa resurrección de aquel difunto demuestra clarísimamente la virtud que tienen las reliquias de los santos para mover a Dios a que glorifique su memoria. Por esa razón en el elogio que el Eclesiástico hace de Eliseo se dice de éste que aun después de muerto profetizó su cuerpo, y que si en vida hizo prodigios, en la muerte obró maravillas.

San Juan dice en su Apocalipsis, cap. VI, v. 9, que vió debajo del altar las almas de los muertos por la palabra de Dios, y por el testimonio que dieron. Ciertamente que este lugar donde vió San Juan las almas, es decir, los cuerpos como comunmente se entiende, de los santos mártires, es de tanta veneración, que para persuadirnos la mucha que Dios quiere tengamos a aquellos, no es menester decir más. Por eso San Ambrosio, penetrado de la costumbre de la Iglesia, como hubiese escogido para sí el enterrarse debajo del altar, tan luego como descubrió los cuerpos de los santos Gervasio y Protasio, renunció a su pretensión, por parecerle que aquel lugar era debido a los restos mortales de los santos. Sepultura es ésta en verdad, propia de los mártires y amigos de Dios, para que los que sacrificaron su vida por Su Majestad estén allí donde cotidianamente se sacrifica el Cordero inmaculado.

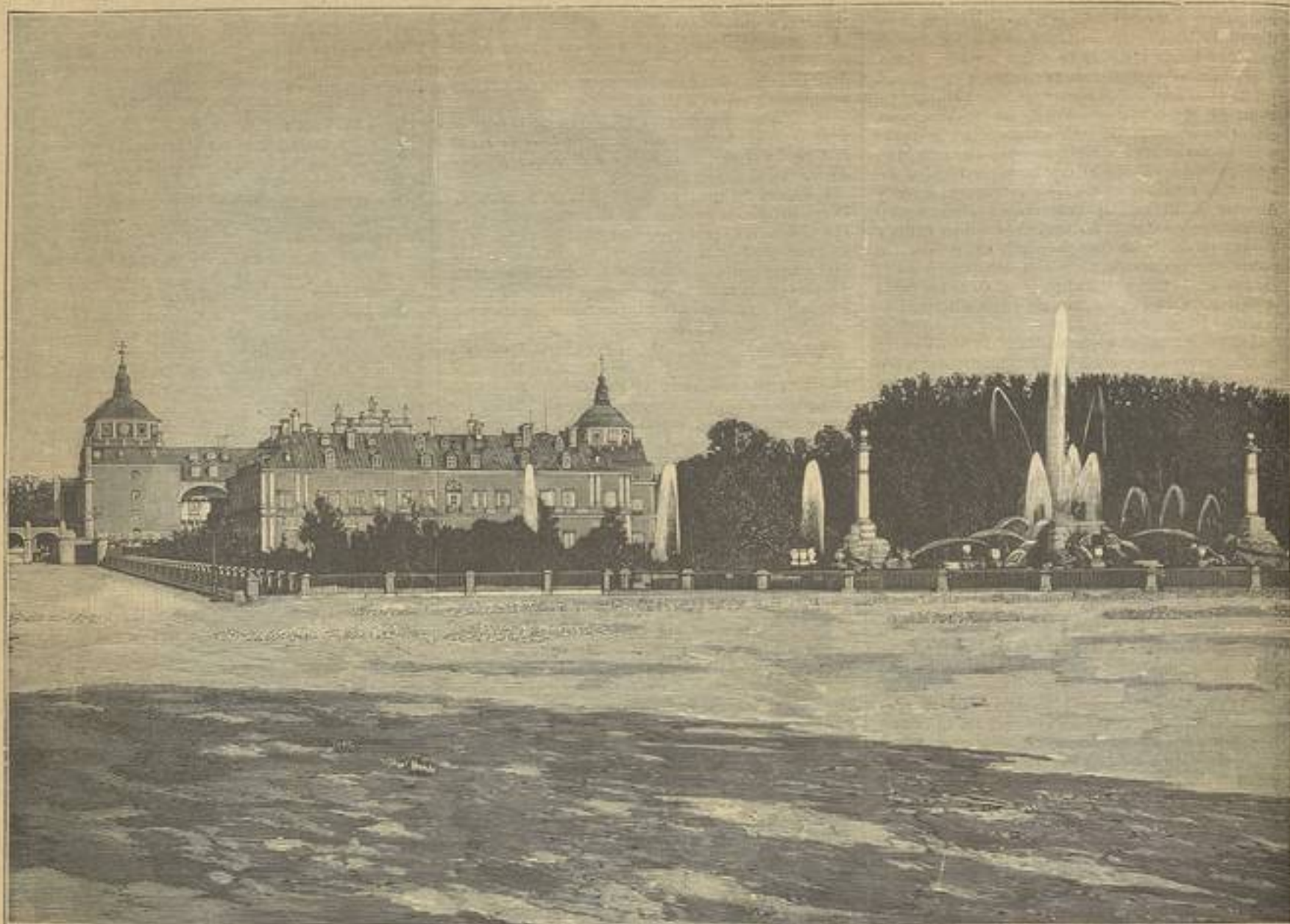
De aquí tuvo principio la ceremonia que se ha guardado siempre en la consagración de los altares, como consta del Concilio quinto de Cartago, donde se manda a los Obispos que en la mencionada consagración pongan reliquias de los santos. Y en el principio de la Misa, cuando el sacerdote, terminada la Confesión se llega al altar, dice esta oración: *Supplicamuste, Señor, por los merecimientos de los santos cuyas reliquias están aquí (las que besa por encima de los corporales), y de todos los demás, que me perdonen todos mis pecados. Si tendrán mérito estas reliquias en la presencia de Dios!*

Vengamos ahora al testimonio de los santos Doctores. En el siglo primero, Abdías, lib. I, *Hist. Apost.*, habla de la gran veneración que daban especialmente a las reliquias de los Apóstoles San Pedro y Santo Tomás, y de los efectos maravillosos que de esto se seguían. San Dionisio Areopagita, del mismo siglo, en su libro *De Eccl. Hierach.*, cap. XII, dice que las reliquias de los santos desde el punto de su muerte eran tratadas con grande respeto y colocadas en lugares santos.

Juliano el Apóstata en sus libros contra los cristianos confiesa que antes de la muerte de San Juan ya se daba honor a los sepulcros de San Pedro y San Pablo, aunque en secreto. (San Cirilo, l. 10, pág. 327.) ¿Hubiera hecho esta confesión Juliano si no estuviera bien seguro de lo que decía y convencido además de la inutilidad de ocultarla?

En el siglo II, San Justino mártir *In responsionibus ad orthodoxos*, q. XXVIII, hace también grandes alabanzas de los cuerpos de los santos, de los sepulcros y de sus reliquias y de los estupendos milagros que Dios obraba por ellos. En las Actas del martirio de San Ignacio, que tuvo lugar el año 107, en el cap. VI, leemos: «Sólo nos quedaron los más duros de sus huesos, que fueron transportados a Antioquía, y reservados en una urna como un tesoro inestimable de la Santa Iglesia en consideración a este martirio.» En las Actas del martirio de San Policarpo del año 169, cap. XVII, se lee lo siguiente: «El enemigo infernal hizo los mayores esfuerzos para que no pudiésemos traer sus reliquias, por más que muchos desearan verificarlo y comunicar con su santo cuerpo. Sugirió, pues, a Nicetas que impidiese al Proconsul el que nos entregase su cuerpo para sepultarlo, temiendo, dice, que los cristianos abandonen el Crucificado para honrar este mártir... No sabían que jamás podíamos dejar a Jesucristo, ni dar su honor a otro. Nosotros le adoramos como Hijo de Dios, y honramos con razón a los mártires como a sus discípulos e imitadores... Sin embargo, hemos podido coger sus huesos, más preciosos que el oro y la pedería, y los hemos colocado con la debida decencia...»

En el siglo III, San Cipriano, Epist. XXXVII, amonesta con palabras vivas y muy tiernas a sus presbíteros y diáconos que cuiden mucho de los cuerpos de los santos, y que los traten con la mayor veneración.



ARANJUEZ.

En el siglo IV, San Atanasio, en la vida que escribió de San Antonio Abad, refiere la singular devoción de los cristianos a las vestiduras de aquel Patriarca de los cenobitas. Y entre la multitud de sectas que se levantaron en este siglo, donatistas, novacianos, macedonianos, etc., si exceptuamos a Eunomio, no hubo un solo sectario que reclamase contra el culto de las reliquias. En el año 406, Vigiliacio se hizo eco de los clamores de Eunomio, y San Jerónimo y otros doctores para refutarle no sólo alegaron los testimonios de la Sagrada Escritura, sino también la práctica constante y universal de las diferentes Iglesias cristianas. Cuando Nestorio y Eutiques se separaron de la Iglesia en el siglo V, no censuraron esta práctica, y así todavía subsiste entre sus sectarios. (*Perpet. de la fe*, tom. V, lib. 7, cap. 4.) En el mismo siglo echaba en cara Fausto el maniqueo a San Agustín que los católicos habían sustituido el culto de los mártires al de los ídolos del paganismo, pero no pretendía sostener que era reciente este uso. ¿Qué contestan a todo esto los protestantes? ¿Se halla ó no en los monumentos del cristianismo algún vestigio de que se diera culto a las reliquias de los santos antes del siglo IV?

Vigiliacio argüía como nuestros protestantes que los católicos adoraban las reliquias de los santos mártires, y San Jerónimo le respondió: «Nosotros no servimos, ni adoramos las reliquias de los mártires, sino que las honramos con el fin de adorar al verdadero Dios de quien son mártires.» (*Epist. 37 ad Ripar.*)

Pero ¿para qué buscar nuevas pruebas, cuando las tenemos claras y terminantes en la Sagrada Escritura? En efecto, consta:

1.º Que el Salvador se mostró complacido de la veneración con que la Hemorroisa tocó la orla de su vestidura, como así se lo dió á entender diciéndola: «Ten confianza, hija; tu fe te ha salvado.»

2.º Era tanta la fe que los judíos de Jerusalén tenían en las virtudes de San Pedro, que dice el sagrado Texto, que sacaban los enfermos á las calles, y los ponían en las camillas y lechos, para que cuando pasase Pedro, al menos su sombra tocara á alguno de ellos y quedasen libres de sus dolencias.

3.º Y por lo que hace á San Pablo, he aquí lo que dice el mismo Texto: «Hacia Dios milagros extraordinarios por mano de Pablo, tanto, que cuando los sudarios de su cuerpo y las fajas se aplicaban á los enfermos, los dejaban las enfermedades y salían los espíritus malignos.»

Pues si los Apóstoles, y aun el mismo Jesucristo aprueban la veneración y el culto de las reliquias de los santos, ¿puede decirse ser ésta una práctica supersticiosa é idolátrica?

FR. JOSÉ COLL.

LO QUE SE PINTA

Los que tenemos el sentimiento de las glorias nacionales estamos de enhorabuena con motivo de la próxima Exposición de Bellas Artes que á fines de Mayo ó principios de Junio ha de abrirse en el nuevo edificio que en las inmediaciones del Hipódromo acaba de levantar el ministerio de Fomento.

Las noticias que de Roma nos llegan, lo mismo que las de París y las de casi todas las provincias españolas, y en especial las que con nuestros propios ojos hemos adquirido en esta corte, nos garantizan la enhorabuena de que arriba hablamos.

Este certamen va á ser sin duda el más completo que ha visto la generación actual. El número de

cuadros, mayor que en ninguno de los anteriores; la calidad, tan buena como en el mejor.

Si subimos al taller de Joaquín Arango, del ilustrado pintor que con tanto provecho estudia, nos encontramos con una escena de *El Infierno del Dante*, hecha á la manera de los inmortales pintores del siglo XVII, inmejorable de dibujo, carácter y expresiones. Aquellas figuras se retuercen en medio de sus tormentos, unas con el poderoso vigor del atleta, otras con el desfallecimiento de la decrepitud. Y una acuarela, copia de un fresco de Rafael, que es una verdadera maravilla, será presentada también por el mismo autor.

Pero vámonos de aquí, que aun no es tiempo de hablar detenidamente ni de los mencionados ni de otros de los cuadros de que al presente intentamos dar breve noticia, y pasemos á admirar á Germán Hernández, el pintor clásico por excelencia. *El alma según la tradición pagana* es una obra bellísima, llena de gracia en el dibujo y con más soltura de estilo que por lo general tienen sus creaciones, sin perder por eso nada de su sello y corrección. Lo mismo puede decirse del otro trabajo que expondrá el Sr. Hernández, *Medea*. Ambos dejarán á gran altura su ilustre nombre, igual que el de su hermano D. Víctor, que presenta una escena de *Fausto*.

Formando contraste con estos cuadros, por la encantadora sencillez del asunto, hallamos en el estudio de Parada un lienzo de género, que fuera de duda es el mejor que ha salido de los pinceles del joven catedrático de la Escuela Superior de Nobles Artes. Representa *La Tienda Asilo*, en un momento en que dos señoras de alta clase dan de comer en ella á una anciana mendiga con tres niños, mientras que el público abigarrado que de ordinario asiste á esos establecimientos llena los bancos y mesas que se alcanzan á ver. Está compuesto á maravilla; la ejecución es tan magistral, que dado lo correcto del dibujo, la riqueza de su colorido, su estilo, la expresión en fin de todo aquel hermoso

1. Art. V, 15.
2. Art. XIX, 12.

conjunto de verdad, gracia y arte que el autor ha vaciado en metro y medio de tela, hacen de *La Tienda Asilo* un cuadro bellísimo y a la manera española de pura raza, y de los que más han de fijar la atención pública por su índole.

No abandonaremos el estudio de este maestro sin hacer mención de las obras de dos de sus discípulos: unos bodegones, de D. Antonino Lahoz, que de colorido son excelentes, y una nota de luz crepuscular en el campo, con tres figuras de tamaño natural, del Sr. Suárez Inclán, que denuncian un verdadero artista.

Pasando al taller de Gonzalvo, vemos entre otros un interior de la *Sala capitular de la Catedral de Toledo*, admirable de color y de una ejecución tan sobresaliente que con decir que nos parece el mejor interior de Gonzalvo queda dicho todo.

Arroyo pinta *La visita de Carlos V a Francisco I.* Este cuadro se distingue por lo bien dispuesto y la exactitud de dibujo.

Garnelo, un pintor que para nosotros no existía ayer y que ya hoy no podemos menos de concebir como uno de los de primera talla, concurre a la Exposición con *La muerte de Lucano*, que es la composición que nos le revela.

Cabrera, con su *Muerte de Sisara*, de ejecución correcta y buen colorido, hace un cuadro muy bello.

Se dice que Martínez Cubells ha terminado un gran lienzo histórico que, según los que lo han visto, será bastante a borrar el poco éxito que para su autor tuvo su última producción *Guzmán el Bueno*.

Américo presenta un cuadro de muchas dimensiones, notabilísimo de color y novedad. *El soto de Roma* será de los que con más justicia llamen la atención.

Enrique Esteban un cuadro excelente de la guerra de Africa, y Gerardo Meléndez otro asunto militar, *El héroe de la jornada*.

Muchos son los que se lanzan a asuntos importantes, hechos en gran tamaño; entre ellos deben elogiarse los siguientes:

Castigo de una vestal, de Ordóñez.

Destrución de Pompeya, de Luis García.

Entierro de Santa Leocadia, de Plá; cuadro bien dibujado y de excelente color.

Maese Pérez el Organista, de Balcorba.

Un cuadro de género, de Emilio Obón.

Una escena del Quijote, de Barroso.

Una figura, de López.

Poesía, de Lozano.

Una escena del Dante, de Maceda, es digno de encomio.

Un minut, de Flores; llamará bastante la atención.

Otro *minut*, de Florit y Arizcun; cuadro de reducidas dimensiones en el que sobresale una gran delicadeza de color y un concienzudo estudio de los trajes, muebles, adornos, y de la indumentaria toda de la época en que rigió los destinos de la moda Mad. Pompadour.

Un estudio, de Sánchez Santarén.

Dos grandes lienzos que hacen los hermanos Alvarez Dumont.

Y Pereda un asunto del género alemán.

Varios artistas, y por cierto de alta importancia, concurrirán a la Exposición con trabajos de menos pretensiones.

El distinguido pintor D. Francisco de Asís López,



FRAILE EN ORACIÓN.

(Cuadro de Zurbarán.)

Presidente de la Sociedad de Acuarelistas, presenta *Media figura desnuda*.

Luis Franco, cuadro de costumbres: *Hermanas de la Caridad*.

Algunos de la colonia extranjera, como Domingo, Casanova, Román Rivera y otros mandarán trabajos fuera de concurso.

Los paisajistas son muchos, y sus obras verdaderamente notables.

Casimiro Sainz, con esa admirable manera que tiene de ver el país, expone un cuadro tan bello como todos los suyos.

Graner, dando un paso de gigante en su carrera de artista, hace en gran tamaño un país que representa *Un arroyo del Escorial*, que es por la precisión del dibujo y pasmosa verdad de ejecución quizá el paisaje más importante del concurso.

Abades, aventajado discípulo de la Escuela de Pintura, *Una marina*, de grandes dimensiones.

Morera, dos *Marinas* y un *Paisaje*.

Esteban, pensionado en Roma, *Un país*, dentro de la manera académica, que demuestra adelanto.

Franco Cordero, Espinosa, Ramos Artal, Beruete y otros renombrados paisajistas concurren también con obras muy notables.

Monleón envía *Una marina histórica*, en que hace gala de sus estudios de indumentaria.

Gessa manda un lindísimo cuadro de frutas; Jiménez un lienzo de *Ovejas en el establo*, que es lo

más notable en el género de animales y que ha de ser indudablemente uno de los triunfos más completos que se alcancen en esta Exposición.

Rogidor y Seiguer presentan obras del mismo género, de excelente color y ejecución franca.

Los escultores cumplen también como buenos, y se presentan en la palestra con muchas y buenas obras, entre las que hay algunas destinadas a obtener gran éxito. Entre ellas, D. Justo Gandarias termina en estos momentos una figura en mármol que representa *El amor y el interés*.

El elemento joven aparecerá con lucimiento si hemos de juzgar por la preciosa figura que el Sr. Amalio hace en *El vencedor del gallo* y el señor Simón en su estatua de *Catilina al salir del Senado*.

En resumen, la impresión que sacamos de todo lo que se ve y se oye sobre este certamen es la que al principio decimos: que será el más notable de los que hasta ahora se han celebrado en nuestra patria.

Como Dios no quiera hacer un milagro con los premios, análogo al del pan y los peces, ni el Jurado puede cumplir en conciencia su cometido ni hay medio de que la ovación corresponda dignamente a los merecimientos de una clase que en tan buen lugar la coloca.

J. SOLES EGUILAZ.

EL CALDEO DEL HOGAR

(Conclusión.)

DESINFECCIÓN. — Al tratar de la ventilación hemos ya hablado de una de las ventajas colectivas, que consiste en la desinfección del aire a la salida de cada domicilio, por lo cual nos limitamos aquí a recordarla.

Incendios. — Veamos ahora cuál es una de las principales ventajas que ha de reportar al vecindario en general el caldeo propuesto: nos referimos

al peligro de incendios. Todos sabemos el afán con que los municipios de las grandes poblaciones procuran hacerse con el servicio más perfecto contra incendios, acosados como están por su repetición y fatales consecuencias. Pues bien: el servicio más completo contra incendios no es otro que el *evitarlos*; y sin pretender aplicar el remedio en absoluto, lo cual sería absurdo, intentémoslo por lo menos para la *inmensa mayoría* de los casos, y habremos hecho un verdadero servicio al vecindario, librado al Municipio de la lluvia de impropiedades que contra él se desata, y habremos salvado no pocas vidas.

Es incierto de todo punto el que un conducto de humo establecido en perfectas condiciones pueda ser causa de incendio, arda ó no arda el hollín. Basados en este principio tan exacto como humanitario, es por lo que, al hablar de los conductos de humo en nuestro nuevo sistema de calefacción, hemos adoptado para las chimeneas los *tubos de hierro fundido*, con exclusión absoluta de los de barro y los de chapa. Si a esto se agrega el aislarlos convenientemente de las maderas, bien puede asegurarse del modo más terminante que *con la chimenea económica no existe el riesgo de incendios*. Si se lleva en Madrid una estadística de los incendios y sus causas, con seguridad que lo menos el 70 por 100 proceden de los conductos de humo en las casas. Bien reciente tenemos el incendio de la estación vieja del Norte, causado por el tubo de una estufa. Bas-

tante económico hubiera resultado construyéndolo de plata y pagando 100 pesetas de jornal al que lo hubiera colocado bien, comparado con el valor del local, el de las valiosas mercancías que han desaparecido, y por último, la pérdida de la documentación de la Compañía, cuyos despojos hemos visto asomar entre los escombros. En este punto no hay economía justificada si acarrea peligro de siniestros; por esto, si el sistema actual, que nos tiene en continuo sobresalto, es sustituible por otro más seguro, parece lógico que no se mire tanto por algún mayor coste; y si todavía el nuevo sistema resultara realmente más económico en todos conceptos, no acertamos a comprender cuál será el motivo de oposición como no sea la inercia de la rutina.

Coste. Hemos hablado del coste comparativo entre el sistema actual y el que proponemos; y sobre este punto habremos de hacer algunas consideraciones encaminadas a aclarar los hechos. Si aisladamente se comparan dos chimeneas de ambos sistemas, no admite la menor duda que la económica es más costosa de establecer que la antigua; pero si se mira en conjunto, teniendo en cuenta que la económica evita en absoluto los incendios por su causa, la cuestión varía por completo. Capitalícese, si no, lo que al año cuesta en Madrid la reparación de siniestros; divídase el capital que resulte entre el número de chimeneas que se establecen, y se verá si lo que toca a cada uno vale más o menos que la diferencia de coste. Esto, prescindiendo de las muertes y lisiaduras que indudablemente se evitarían.

En el surtido del agua tenemos un ejemplo perfectamente aplicable al caso actual. Todos sabemos el afán de los vecinos por vivir en donde hay agua, a pesar de saber positivamente que la habitación renta más que si no la tuviera; pero como no admite duda que empleando el aguador habrían de *gastar más y estarían peor servidos*, se resignan y prefieren pagar la diferencia de alquiler, por la sencilla razón de serles más económico y más cómodo. Llamemos al agua fuego, y preguntemos a los vecinos si se conforman en pagar 10 céntimos diarios de aumento de alquiler para economizarse 50 ó 100 y vivir en un abrigo que hoy desconocen en absoluto.

Nos falta todavía hablar del coste relativo bajo otro aspecto no despreciable. Nos referimos al número de chimeneas económicas que hacen falta para calentar perfectamente una casa, comparado con otro bastante mayor de las comunes, que se emplea para tener a las familias ateridas de frío y renegando. Si por lo menos (que es mucho más) una chimenea económica hace el efecto que dos de las comunes, en este caso ya no hay que comparar el coste de una chimenea con el de la otra, sino el de dos ordinarias con una económica, y entonces si hay alguna diferencia será despreciable. Demostrado como queda lo admisible del nuevo caldeo, aun con relación al coste de establecimiento, juzguese lo que ha de ir ganando en seguridad el vecindario a cada chimenea común que desaparezca.

Aprovechamiento del calor perdido. Al tratar de los conductos de humo de la chimenea, dijimos que adoptábamos el directo por simplificar, aun a costa de no aprovechar el calórico todo lo que sería dable. El fundamento de tal propósito estriba en que, para que un procedimiento sea verdaderamente útil y práctico, lo primero que necesita es *ser sencillo*; y todo lo que fuera complicar la limpieza de tubos con vuelta dejaba de ser admisible en la chimenea para los usos del hogar doméstico. Es una verdad que *Lo mejor es enemigo de lo bueno*.

Partiendo del supuesto de que el tubo desde el hogar ha de subir directamente al tejado, desde la chimenea hasta el techo de la habitación, por más que los nervios del tubo nos aumenten la superficie de caldeo, no hay altura suficiente para que el aire tome del tubo todo el calor que puede dar el combustible quemado, y por lo tanto, hay que suponer sobre cada techo la existencia de una cantidad de calórico perdida para su dueño, y perfectamente aprovechable para los vecinos superiores. Si al vecino de la chimenea en cuestión le es enteramente igual que el calor superior se pierda en el macizo del muro ó lo aproveche otro, no hay razón alguna para dejarlo de aprovechar; del mismo modo que no nos preocupa la existencia del comercio de trapería, que sólo vive con lo que por inútil arrojamos, y por muy valioso lo recogen los demás que viven por ese medio.

Sentado, pues, que el tambor calorífero de cada chimenea para calentar el aire de la habitación, no sólo calienta su tubo, sino el de los vecinos superiores, juzguese el beneficio que se recibe en pro de la economía general, y sin aumento de gasto para ningún otro. Es muy posible que alguna de las chimeneas superiores deje de funcionar con gran contento del vecino, que encuentra suficientemente

caldeada su habitación con el calor recibido de las inferiores.

Fáltanos explicar ahora, por más que ya lo tratamos al hablar de la estufa económica, por qué dijimos al principio que algunas familias, a quienes hoy es penoso el sostenimiento del brasero, *disfrutarían del calorífero sin gasto alguno*. Esto es evidente refiriéndonos a los sotabancos, por donde ha de continuar el tambor, y en donde igualmente puede aprovecharse su efecto calificador sin gasto alguno para aquel vecino; y si el tambor pertenece a pared divisoria, fácil es, dividiéndolo en dos verticalmente, que sirva perfectamente a dos vecinos.

Aparte de la economía que reportará el caldeo gratuito que acabamos de citar, tiene además otra ventaja no despreciable, y que consiste en la supresión del brasero, cuyos fatales efectos de todos son conocidos y de nadie ignoradas las muchas víctimas que ha causado.

CHIMENEA ECONÓMICA DE LUJO.

Al tratar de la chimenea de lujo tenemos que distinguir dos casos: el uno es cuando se gaste carbón de piedra, sea hulla ó cok, y el segundo, cuando no haya más combustible que la leña gruesa.

En el primer caso, sólo se diferenciará de la chimenea económica en que el hogar carecerá de puercillas para que el fuego se vea; y como entonces el aire de la habitación penetrará también con los humos, como ocurre en las comunes, el calor que ofrezcan los tubos caldeadores será bastante menor que en la económica. Esto hay que tenerlo muy en cuenta, si, como es natural, se coloca en la sala para disponer otra chimenea ó estufa en lo interior de la casa, a donde no pueda alcanzar la de lujo por su efecto cercenado.

Siendo leña el combustible, varía la forma del hogar, que será de todos modos de hierro fundido, provisto de sus nervios posteriores para aumentar la superficie de calefacción.

Queda con esto descrito el nuevo sistema de caldeo uniforme y económico del hogar doméstico, sin habernos detenido en detalles de construcción, por cuanto pertenecen a un segundo tratado que habría de redactarse, limitándonos con lo dicho a dar una idea exacta del sistema y de las ventajas de su aplicación en nuestras moradas.

ANTONIO MONTENEGRO.

ANDRÉS EL PESCADOR

(Continuación.)

CAPÍTULO III

LA RELACIÓN DE ANDRÉS.

El sol acababa de esconderse tras las empinadas crestas del monte Hermon, dejando envueltas, a las doce tribus de Israel, en esa media luz, llamada crepúsculo vespertino, tan suave, tan dulce, tan melancólica, y tan agradable a la par para los corazones sensibles.

A esta hora precisamente se presentaba Simón a la puerta de casa de Julias, y después del saludo de costumbre, dirigido al anciano, y a su hermana Betsabé, que al parecer le estaba esperando, les dijo:

— Tal vez he llegado tarde, y os haya hecho esperar.

— Puntual has sido; toda vez que aun no se ha extinguido la luz del día, repuso Julias.

— Apuesto a que Betsabé no es de la misma opinión.

— Si lo dices porque me supones impaciente por salir a esperar a mi esposo, razón tienes, hermano, exclamó Betsabé; pero mi impaciencia no es bastante motivo para acusarte de perezoso.

— Pero ha dado motivo, hermana mía, para que yo corroborare, una vez más, la opinión de discreta que de tí tengo formada.

— ¡Bah! Nuestro mutuo cariño nos hace aparecer a nuestros propios ojos mejores de lo que somos. Vamos, vamos a esperar al pobre Andrés.

— Dispuesta estoy, padre mío.

— Vamos, pues.

— Vamos, añadió Simón; y los tres se pusieron en marcha en dirección a la salida de la ciudad, camino de Cafarnaum.

Cuando llegaron al sitio convenido, es decir, cerca de los peñascos, donde la noche anterior se había escondido Zabulón, era ya de noche. El anciano tomó asiento en uno de ellos, y Betsabé, que no podía disimular su impaciencia, dijo a Simón:

— Hermano, ¿tienes buena vista, ¿no es verdad?

— Excelente, gracias a Dios, repuso Simón.

— Pues yo sospecho que la mía debe ser mejor que la tuya, y si quieres probarlo, apostemos cualquier cosa a que soy yo la que descubre primero a mi esposo en el camino.

— Apuesta singular, dijo Julias, y en la que es muy posible perdáis los dos.

— ¿Por qué? exclamó Simón.

— Porque dada la oscuridad que nos rodea, no podréis verle hasta que se encuentre a vuestro lado.

— Y aunque así fuera, siempre deberá ser uno de los dos el que primero le vea, repuso Betsabé.

— Acepto, acepto la apuesta, exclamó Simón; y sea ésta un cabritillo blanco, para inmolárselo en la próxima fiesta de los ácidos.

— Convenido, y demos principio a nuestra observación.

— Un momento, dijo Julias. También yo entro en la apuesta.

— Bien, bien; exclamaron Simón y Betsabé, riendo.

— ¿Aceptáis?

— Aceptamos.

— Corriente. Cada cual que elija su punto de observación. Elige tú primero, Betsabé.

— Yo, sobre aquella peña; dijo la joven dirigiéndose a una, cercana al lugar en que se encontraban.

— Y yo sobre aquella otra, exclamó Simón.

— Pues yo, sin moverme del sitio, espero ganar la apuesta; y esto diciendo, se tendió cuan largo era y aplicó el oído en el suelo.

Simón y Betsabé celebraron la ocurrencia del anciano, creyendo trataba de darles una broma, y se pusieron a observar el camino con el mayor cuidado.

Así permanecieron más de media hora, sin que ni uno ni otro dieran señales de haber descubierto al que con tanta ansia esperaban. Ya iba desapareciendo el buen humor y dando lugar a la zozobra, cuando llegó a sus oídos la voz del anciano que decía:

— He ganado. Ya está ahí Andrés.

— ¿Cómo, si nada se ve? exclamó Betsabé.

— En efecto, yo nada descubro, añadió Simón.

— Y sin embargo ahí está Andrés; repuso el anciano levantándose del suelo y avanzando por el camino. ¿Aun no le veis?

— Sí.

— Sí, dijeron casi simultáneamente Simón y Betsabé, y la última corrió como una cervatilla al encuentro de su esposo.

Julias no se había engañado. Verdaderamente no había visto a Andrés; pero puesto el oído en tierra había percibido sus pasos a larga distancia, y dado la voz de alarma, apareciendo victorioso a los ojos de ambos jóvenes.

— Andrés correspondió a las muestras de cariño de su esposa, pero sin gran entusiasmo; abrazó y dio el ósculo de paz al anciano y a Simón su hermano; pero sin aquella alegría, sin aquella expansión que era de esperar.

Los que con tanto afán le examinaban observaron en él cierta tristeza, cierta gravedad impropia de su carácter; pero lo atribuyeron al cansancio.

— ¿Vienes malo? le preguntó Betsabé.

— No, esposa mía; mi salud no se halla resentida en lo más mínimo.

— ¿Ha sido feliz el viaje? preguntóle a su vez Julias.

— Muy feliz; en extremo feliz.

— Opuso alguna dificultad el Pretor en entregarte... — le dijo Simón.

— Traigo conmigo los quinientos talentos.

— ¿Y nada te ha ocurrido de notable? Insistió Betsabé, que no dejó de observar algo extraño, algo que no podía explicarse, en la actitud de su esposo.

— ¡Oh! sí, sí. Me han ocurrido muchas, muchísimas cosas. He visto y oído... Pero venid, venid; vamos a nuestra casa y os contare...

Julias, Simón y Betsabé se miraron unos a otros, como queriendo adivinar en el otro la impresión que a cada uno le causaban las palabras de Andrés.

Los cuatro se encaminaron a casa, y una vez en ella, Andrés depositó en poder de Julias una bolsa repleta de monedas de plata y oro, diciéndole:

— Aquí tienes, padre mío, el fruto de tus ahorros, que por misericordia de Dios te han sido devueltos.

— Escaso, muy escaso valor tienen el oro y la plata, hijo mío, cuando no se puede adquirir con ellos la paz del alma. Guarda esas monedas, que vuestras son, y guárdalas con entera confianza, porque constituyen el producto de mi honrado trabajo, y la economía de mi buena esposa.

Andrés dio un ósculo al anciano en la frente y tomando la bolsa con el dinero, la entregó a Betsabé.

— Ya sabes, Simón, dijo el anciano, que somos

poseedores de quinientos talentos, y siéndolo nosotros, dicho se está que también son tuyos, y de ellos puedes disponer como fuere de tu agrado.

— Bien está cada cual con su pobreza, anciano. Te agradezco la oferta, y quiera Dios que no llegue a acordarme nunca de que me la hiciste. Pero estoy impaciente porque nos diga Andrés que es lo que ha visto y oído, que tanto le ha preocupado.

— Sí, sí, exclamó Julias. Cuéntanos las peripecias de tu corto viaje.

Betsabé no dijo una palabra: ocupada en preparar la cena a su esposo, parecía que no fijaba su atención en otra cosa, pero en realidad, no perdía de vista a Andrés, cuya actitud la tenía en extremo alarmada.

Andrés, después de haber entregado a Betsabé la bolsa que contenía los quinientos talentos, se había quedado de pie, en medio de la habitación, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada sobre el pecho, la vista fija en el suelo y tan completamente abstraído que hasta parecía haber olvidado cuanto tenía lugar en torno suyo.

Simón llamó la atención de Julias hacia su hermano, y acercándose a éste le tocó en el hombro diciéndole:

— Andrés, ¿qué te pasa, hermano mío? Tú no estás en tu estado normal. A ti te ha sucedido algo. Mira aquí a tu padre, a tu esposa, a tu hermano, cuidadosos e impacientes por conocer la causa de tu estado. Habla, hermano mío, habla y que tus palabras disipen la zozobra en que estamos. Betsabé fijó sus grandes ojos, preñados de lágrimas, en Andrés, y esperó en actitud anhelante a que hablara.

Por fin Andrés, dejando vagar por sus labios una apacible sonrisa, contestó:

— Siento haber dado motivo a vuestra zozobra; pero os habéis alarmado sin fundamento. Nada malo me ha acontecido, ya lo veis. He desempeñado mi comisión con la mayor felicidad, y aquí me tenéis de regreso a vuestro lado. Sin embargo, no quiero ocultároslo; he tenido un encuentro en el camino, que no se borrará jamás de mi memoria; he visto, he oído palabras de boca de un Hombre, de un profeta; pero no, aquel Hombre es más que un profeta, es más que un hombre, es... Yo no acierto a explicaros lo que es aquel Hombre, y quizá no pueda tampoco daros una idea de la impresión que sus palabras han producido en mi ánimo, pero procuraré hacerlo.

Julias, Simón y Betsabé rodearon a Andrés, y no creemos exagerado asegurar que los tres estaban pendientes de las palabras del joven. Andrés continuó, dando a su acento la mayor solemnidad:

— Ayer noche, cuando me separé de vosotros, emprendí el camino de Cafarnaum, si no alegre, porque no podía estarlo separado de vosotros feliz y dichoso con la esperanza del próximo regreso. Poco me importa, decía, que me entreguen o no los quinientos talentos; el dinero no proporciona la felicidad, y si el tener una conciencia tranquila; yo soy feliz con haber evitado que mi bueno y anciano padre Julias hiciera este viaje, aunque corto, penoso para sus años. Embebido en estas reflexiones, caminaba rápidamente en dirección a Cafarnaum, cuando al llegar cerca del barranco, a unos quinientos pasos del camino, que desde Bethulia empalma con el nuestro, oí confuso rumor de pasos y murmullo de voces, como de tropa de viajeros que se acercaba. Paréme un momento, y a los pocos instantes, a medida que los viajeros se iban acercando al lugar donde yo me encontraba..... Os suplico que no lo toméis por alucinación de mis sentidos, ni perturbación mental. Yo me encontraba, sin género alguno de duda, en el pleno goce de todas mis facultades, ni más ni menos que como me encuentro ahora que os lo refiero.

Julias, Simón y Betsabé se miraban unos a otros y miraban a Andrés, de cuya relación no perdían ni una palabra. Andrés continuó:

— Ví que todos cuantos objetos me rodeaban, sumidos hasta entonces en la oscuridad de la noche, iban adquiriendo un tinte luminoso, como si un rayo de sol, traspasando la bóveda celeste, los hubiera iluminado de repente; pero aquella luz no se parecía a la del sol, era más bella, más agradable y ofendía menos. Yo me quedé atónito, y sin saber lo que me pasaba, cuando de repente hirió mis oídos una voz dulcísima cuyo timbre no tiene parecido en lo humano, cuya dulzura conmueve todas las fibras de nuestro corazón, que pronunciaba palabras de verdad y de justicia, y que exhortaba a la penitencia, para alcanzar el reino de los cielos que aseguraba próximo. Una turba de gentes le seguía, y yo me uní a aquella turba y le seguí también. Se dirigía a Cafarnaum, y hasta Cafarnaum fui; si al fin del mundo hubiera ido, allí le siguiera, sin acordarme de nada: ante aquel Portento todo se olvidaba para no pensar más que en Él, a nadie se oye para oír a Él, y ningún

objeto puede mirarse porque nunca te sientes fatigado de mirarle a Él.

Las palabras de Andrés atraían poderosamente la atención de sus oyentes, cuya actitud no podía ser más interesante. Los tres participaban del entusiasmo del narrador, y era tal su anhelo por saber el fin de tan peregrino relato que suspendían la respiración, y cada instante se aproximaban más, estrechando el espacio que de aquel les separaba, hasta formar el grupo más encantador que imaginarse pueda. Andrés prosiguió:

— A la entrada de Cafarnaum, no puedo decir con exactitud lo que pasó por mí. Obedeciendo a un impulso interior, pero irresistible, caí de rodillas y oré. No puedo decir el tiempo que permanecí en aquella actitud. Sólo si os diré que Zabulón, me obligó a salir de aquel estado, tocándome en el hombro.

— ¡Zabulón! Esclamaron los tres a un tiempo.

— Zabulón, sí, repuso Andrés; pero no el Zabulón que conocisteis antes, sino el Zabulón regenerado y arrependido, pidiéndome perdón de sus faltas para conmigo. Díjome que me había seguido para matarme; pero que después de haber oído la palabra de aquel Hombre, de aquel Profeta, ya no pensaba más que en hacer penitencia para alcanzar el reino de Dios.

— Andrés, hermano mío, díjole Simón. Tus palabras tienen el acento de la verdad, y esto lo digo yo que casi te he visto nacer, y sé y me consta que la mentira no ensució jamás tus labios. Pero es tan extraordinario lo que nos cuentas, que parece un sueño.

— No es un sueño lo que refieren mis labios, ni tiene nada de ficción lo que acabáis de oír. Verdadero es el relato que os hago. Conmovido me hallaba, pero no alucinado, abstraído, concentrado en mí mismo a presencia de tal maravilla, pero en el completo uso de mi razón. A Zabulón le debo que me sacara de aquella especie de éxtasis, recordándome el objeto de mi viaje y hablándome de vosotros.

— Continúa, Andrés, continúa tu relato, dijo Julias.

— Ya poco resta. El Hombre extraordinario había desaparecido. Zabulón se despidió de mí, con un fuerte abrazo y derramando abundantes lágrimas y yo me encaminé a casa del Pretor, presenté el papiro, se me hizo entrega de los quinientos talentos, emprendí mi regreso, y aquí me tenéis.

— Lo que nos acabas de referir, hijo mío, es verdaderamente extraordinario, y ha despertado en mí el deseo de oír a ese Hombre. Si es un ser real, como tú dices, y yo no dudo, su presencia por estas tierras no puede ser un secreto. Estemos a la mira; enterémonos del camino que sigue, del lugar donde se encuentra, y vayamos todos a oír su palabra.

— Eso mismo os iba a proponer, exclamó Simón. Sepamos donde se encuentra y vayamos.

— Sí, repuso Julias. La entrega de los quinientos talentos nos coloca en situación de poder soportar algunos gastos que de otra suerte no habríamos podido hacer. Iremos a ver a ese hombre y a oír su palabra.

— ¿Supongo que no dejaréis en casa a vuestra hija? dijo Betsabé.

— De ningún modo, a no ser que Andrés prefiera quedarse.

— Desde el uno al otro confín del mundo irá Andrés por volverle a ver y escuchar su palabra.

— En ese caso, no hay más que hablar; retirémonos que ya es tarde, y cada cual de por sí que haga cuanto le sea posible por indagar el paradero de ese hombre.

Todos lo prometieron, y transcurridos breves momentos, Simón se despidió de la familia que no tardó en recogerse.

CAPÍTULO IV

LOS PESCADORES DE HOMBRES.

Grande fué la impresión que produjo en el ánimo de Julias y de su hija Betsabé la relación de Andrés, pero mayor, mucho mayor la experimentó Simón.

Desde que se separó de su hermano, ya no le fué posible pensar en otra cosa, porque a Simón no le cabía duda de ningún género de que cuanto había referido Andrés era la misma verdad; así que la aparición de aquel Hombre extraordinario, cuyo retrato había procurado bosquejar aquél a grandes rasgos, le tenía maravillado, llegando su preocupación hasta el punto de no haber podido conciliar el sueño en toda la noche.

Cuando los primeros rayos del sol principiaron a dorar las montañas de Judea, Simón abandonó el lecho y se dirigió a casa de su hermano.

Al primero que encontró en ella fué al anciano Julias, que madrugador por costumbre, acababa de

hacer su oración matinal, y se disponía a salir de casa.

Al ver a Simón, le dijo:

— ¿Qué novedad le ha ocurrido al bueno de Simón, que tan de mañana visita nuestra casa, que también es la suya?

— Novedad, ninguna, anciano. Dí más bien que no me hallo satisfecho en parte alguna, desde que he oído lo que nos dijo anoche mi hermano. Y voy a decirte con franqueza, que ardo en deseos de ver a ese Hombre y de oír su palabra, y hasta que no lo consiga, paréceme que no habrá paz para mi espíritu.

— También experimento yo algo parecido, Simón; deseo con toda mi alma ver y oír a ese Hombre.

— No he podido sosegar en toda la noche, pensando en lo mismo; y no es otra la causa de haber venido tan temprano. Quiero que Andrés me repita de nuevo, palabra por palabra, las que ha oído, quiero que me vuelva a referir lo que ha visto. ¿Pero dónde está Andrés?

— Hélo aquí, repuso el anciano, que en aquel momento lo acababa de ver bajando la escalera.

En efecto; Andrés, y tras éste Betsabé, se presentaron a la vista de Julias y de Simón, llevando reflejado en su semblante el gozo más completo, la más expansiva alegría; pero no esa alegría bulliciosa nacida de la satisfacción de placeres mundanales, sino el gozo, el deleite que proporciona la satisfacción de haber practicado una acción que creían meritoria a los ojos de Dios; el placer místico, que produce en la conciencia del justo, el triunfo de la virtud.

¿Qué es lo que había dado origen a aquel estado de ánimo en que se encontraban ambos esposos? Para conocerlo será preciso que retrocedamos algunas horas; al momento en que Simón se fué de la casa de Julias la noche antes; y el anciano se retiró a su dormitorio.

Andrés y Betsabé quedaron solos.

— Escucha, Betsabé, le dijo Andrés. ¿Tú crees en mi cariño?

— Pregunta es esa que no se me hubiera ocurrido dirigirte nunca; porque desde que te conozco, no me diste motivo para ponerlo en duda.

— De suerte que tú estás convencida de que tu esposo te ama de todo corazón.

— ¿Cómo no estarlo?

— En términos que no atribuirás a falta de amor las palabras que voy a dirigirte, por raras y extrañas que te parezcan?

— Te creo bueno, Andrés; te creo justo y honrado y tengo la seguridad que tus palabras no podrán encerrar ofensa para mí.

— Bendita seas, Betsabé. Digna eres de escuchar lo que voy a decirte, y ya no vacilo en proponerte aquello que nos ha de elevar al colmo de nuestra felicidad.

— Habla, Andrés, habla, que tu esposa espera con impaciencia.

— Si tú hubieras oído lo que decía aquel Hombre que encontré en el camino de Cafarnaum, te sería mucho más fácil comprender lo que voy a decirte; pero no habiéndole oído, quizá te parezca extraño.

— No importa, Andrés: habla sin rodeos; habla con la sencillez que te es característica, que hablando así, no ha de serme difícil comprenderte.

— Pues bien, escucha Betsabé. ¿Tú crees en Dios, en el verdadero Dios; en el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob?

— Desde que mi lengua infantil principió a balbucear las primeras palabras, fueron éstas para alabar a Dios, y desde que principié a tener uso de razón, mis padres procuraron instruirme en su santa ley; no creo haber faltado de una manera grave a ninguno de sus preceptos.

— ¿Y crees que dentro de este cuerpo, compuesto de materia perecedera, hay un alma que no perece nunca, y que es la destinada a recibir el premio ó castigo a que se haya hecho acreedora?

— Creo en el premio ó castigo, según nuestros merecimientos, porque si dejara de creer, sería lo mismo que negar la justicia de Dios.

— ¿Cuánto bien me causan tus palabras, Betsabé!

— ¿Y por qué, esposo mío? Lo que yo te digo, lo diría cualquiera. Pregunta a todas las hijas de Israel y todas te contestarán lo mismo.

— ¡Pluguiera a Dios que fuera verdad lo que tú dices; no se encontraría nuestro pueblo esclavo de los romanos, en castigo de su prevaricación; no hubieran venido los extranjeros a imponernos su inicua ley; no veríamos a esos paganos arrojando de nuestros templos el Arca Santa para colocar a sus inmundos dioses; pero hoy vemos todo eso, y quizá vengan días de mayor tribulación, porque grandes son nuestras culpas, y grande ha de ser la expiación. Yo no sé, Betsabé, lo que siento dentro

de mí; y porque te amo quisiera comunicarte mi espíritu. Te confieso en verdad que estaba dormido y desde que oí las palabras de aquel Hombre, parece que he despertado, que una nueva luz alumbra mi inteligencia, y veo las cosas de distinto color, y las aprecio con criterio diferente. En una palabra, Betsabé, yo estaba en las tinieblas de la noche, y de repente he visto la claridad del día. Somos un pueblo envilecido, y es preciso hacer algo por nuestra regeneración. Vivimos en pecado, y es preciso librarnos de su odioso yugo. ¿Qué debemos hacer para conseguirlo? Aquel Hombre lo ha dicho: *Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos.* ¿Tú quieres, Betsabé, que nos hagamos dignos de alcanzar ese reino, por medio de la penitencia? ¿Cuán corta y pasajera es nuestra vida corporal! ¿Cuán larga la vida del espíritu! Nuestra unión en la tierra es sólo de días y está sujeta a mil contrariedades; nuestra unión en el cielo puede ser eterna y la dicha sin fin. Estamos a tiempo de escoger.

— Basta: no prosigas, Andrés. Si después de lo que has hablado no te comprendiera, sería indigna de tí. Tu esposa soy, y no quiero cambiar este título por nada del mundo; pero si hay una vida mejor, que pueda aparecer más agradable a los ojos de Dios, practiquemos esa vida, aunque nos cueste algún sacrificio; porque cuanto mayor ese sacrificio fuera, mayor habría de ser nuestro mérito para con Dios, y por consiguiente, mayor también nuestra recompensa.

— Bendita seas, Betsabé; bendita seas. Dios sin duda ha tocado tu corazón, porque tus palabras han llenado el mío de alegría. Escucha, Betsabé, se preparan grandes acontecimientos, que yo no acierto a explicarte; pero que los preveo ya cercanos. La aparición de aquel Hombre en el camino de Cafarnaüm es un prodigio. Si otro me hubiera referido lo que yo ví con mis propios ojos, y oí con mis propios oídos, lo hubiera tomado por alucinación de sus sentidos; pero yo puedo asegurarte que no hubo en mí alucinación. Ví y oí, como te veo y oigo a tí; y a pesar del tiempo transcurrido, aun me parece que oigo y veo, y ardo en deseos de volver a ver y de volver a oír. Si no es Dios mismo aquel Hombre, es un enviado de Dios, y nosotros, hijos de Dios, debemos dejarlo todo, abandonarlo todo, para acudir al llamamiento de nuestro Padre celestial. Ahora bien, esposa mía: ¿encuentras dentro de tí la fortaleza suficiente para romper todos los lazos que te unen a este mundo, y acudir al llamamiento de Dios?

— Sí, Andrés, la tengo; tengo toda esa fortaleza que acabas tú de comunicarme, porque has sabido infundir en mi corazón la fe. Tengo fe en tus palabras, porque las considero palabras de verdad. Seamos, pues, de Dios, y quedemos desde hoy con entera libertad para acudir al llamamiento de Dios.

— Medita bien lo que me dices, Betsabé, no sea que te arrepientas más tarde. Pueden venir tribulaciones; puedes verte perseguida; puedes encontrarte reducida a la última miseria; puedes morir quizá por mano del verdugo.

— ¿Qué importa? ¿No somos hijos de Dios? Pues bien; nuestro Padre celestial velará por sus hijos, y nos dará fuerzas para sufrir las persecuciones de los hombres.

— ¡Oh! Bendita seas, Betsabé. Seas mil veces bendita. Tus palabras son hijas de la fe de que está poseído tu espíritu, y me hacen pronosticar para tí un mundo de felicidades no conocidas, llenando al propio tiempo el mío de dulzuras celestiales. Desde este momento consagremos a Dios todos nuestros actos, así como todos nuestros pensamientos; permanezcamos unidos en espíritu, y Dios, que penetra nuestras intenciones, apreciará su rectitud.

— Así sea, Andrés; y no creas que hago con ello un gran mérito, ni tengo por penoso mi sacrificio; otros sacrificios quisiera yo hacer que me fueran verdaderamente penosos.

— Te he dicho que presiento días de tribulación. Quizá no tarde en presentarse la ocasión, y para entonces será preciso tener fortaleza.

— La tendré, si Dios no me abandona.

— Obliguémosle con nuestras oraciones.

— Sí, sí; oremos, oremos.

Andrés y Betsabé, pasaron orando la mayor parte de la noche, y a la mañana siguiente se presentaron ante su padre Julias y su hermano Simón, con la sonrisa en los labios y llena su alma de felicidad.

— Aquí tienes a Simón, tu hermano, que desea hablarte, dijo Julias a Andrés.

— La paz sea contigo, Simón. ¿Qué quieres de tu hermano?

— Preocupado salí anoche de esta casa, y en toda ella no he podido conciliar el sueño, pensando en la relación que nos hiciste. He estado esperando el nuevo día con afán, porque quería oír de tus labios

la confirmación de aquel relato, ó la rectificación en caso contrario.

— Nada tengo que rectificar, hermano; antes bien confirmo lo que os dije, esperando que le daréis entero crédito.

— No he puesto en duda tus palabras; pero quisiera exigir de tí un servicio.

— Dalo por hecho, hermano mío.

— Tú eres amigo de Juan, el hijo de Zacarías.

— Me honro con su amistad, bien lo sabes.

— ¿Por qué no vas a consultarle el caso, y sabremos su autorizada opinión?

— Iré; ó mejor dicho, voy ahora mismo. Juan debe encontrarse cerca de aquí, en las márgenes del Jordán, camino de Bethania; al medio día puedo estar ya de vuelta.

— Mientras, yo prepararé las redes.

(Se continuará.)

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

CIRCULAR DEL ILMO. SR. VICARIO CAPITULAR DEL ARZOBISPADO DE SEVILLA, PUBLICANDO LA FORMACIÓN DE LA JUNTA DE SEÑORAS PARA EL JUBILEO SACERDOTAL DEL PAPA LEÓN XIII.

La proximidad de las *Bodas de Oro* de Su Santidad el Papa León XIII ha producido extraordinaria animación en todas las Diócesis del orbe católico. Por doquiera se organizan Juntas, agitanse las asociaciones piadosas, se conmueven todos los centros de actividad religiosa, y hasta la pacífica morada de la familia cristiana participa del inusitado movimiento que ha comunicado a toda la Iglesia el anuncio de la gran solemnidad pontificia. La piedad del pueblo fiel no ha necesitado de la voz de sus pastores para dilatar el corazón en santas expansiones de entusiasmo por la Catedral de Pedro con tan fausto motivo; y si los Rvdos. Obispos han dirigido a sus diocesanos sentidas pastorales ó fervorosas exhortaciones, no tanto ha sido para avivar en ellos los sentimientos de adhesión al Sumo Pontífice, de que se hallaban poseídos, cuanto más bien para dar a los trabajos de todos una dirección común, y hacer que estas demostraciones de amor al Pontificado lleven el sello de la unidad que debe caracterizar a toda obra cristiana.

No otro ha sido el fin que se propuso el Eminentísimo Sr. Cardenal Arzobispo de esta Diócesis, en cuya ausencia tengo la inmerecida honra de gobernarla, estableciendo la Junta Diocesana compuesta de distinguidos miembros eclesiásticos y seglares, con el objeto de promover una colecta extraordinaria en esta capital y entender en todo cuanto se refiera a la Exposición Vaticana que se proyecta para celebrar el quincuagésimo aniversario de la ordenación sacerdotal del Pontífice reinante.

Faltaba, sin embargo, aplicar a tan laudable empresa un elemento poderoso y eficazísimo, que es en nuestros aciagos días el núcleo de las fuerzas vivas de la piedad cristiana, la valerosa y escogida falange dispuesta siempre a secundar toda iniciativa generosa y todo pensamiento consagrado a las glorias de la Religión y a los intereses del pueblo católico. Y era tanto más conveniente la honrosa participación de las señoras católicas en este homenaje de nuestro siglo al Pontificado, cuanto que acaso ninguna ocasión se les ha de ofrecer tan oportuna como la presente, para dar un testimonio público y solemne de su gratitud por los inmensos beneficios que en el curso de la historia ha dispensado a la hija, a la esposa y a la madre la altísima institución que representa el Sumo Pontífice León XIII. El referirlos sería hacer injuria a la ilustrada piedad de tan distinguidas damas; el ponderarlos sería ofender a los nobilísimos sentimientos de gratitud, de que siempre han dado relevantes pruebas, con su filial devoción a la Catedral Romana.

Entendiéndolo así nuestro Emmo. Prelado invitó a varias señoras, ilustres no menos por su religiosidad que por su nobleza, para una reunión que bajo la presidencia del mismo Sr. Emmo. se celebró en su Palacio pocos días antes de su viaje a la Ciudad Eterna; allí les dirigió su autorizada palabra y dispuso la formación de una Junta para dar impulso y trabajar con incansable celo en esta cruzada de oraciones, limosnas y donativos que se prepara en honor del Padre común de los fieles. Acogidas las indicaciones del Emmo. Sr. Cardenal con el afectuoso respeto y piadoso entusiasmo que siempre ha distinguido a las señoras católicas sevillanas, y aceptada la idea de distribuirse la Junta Central en varias Comisiones, dada la importancia de los distin-

tos objetos que aquella se propone, designáronse allí mismo por dicho Sr. Emmo. los nombres de algunas ilustres damas para formarla, reservándose la constitución definitiva de la Junta para una reunión que debería verificarse en casa de la dignísima señora Presidenta, ante el señor Canónigo Lectoral de esta Santa Iglesia D. Agustín Sánchez Torres, a quien nuestro Emmo. Prelado delegó especialmente para este asunto por tener que ausentarse de la Diócesis antes de su celebración. Siguiendo a la letra lo acordado ha tenido lugar en casa de la Excm. Señora Condesa de Casa-Galindo la instalación de la *Junta Central de Señoras* para la celebración del Jubileo Sacerdotal de S. S. León XIII en la forma siguiente:

Junta Central.

Presidenta. — Excm. Sra. Condesa de Casa Galindo.

Vicepresidenta. — Sra. Marquesa de San Juan.

Tesorera. — Excm. Sra. Condesa de Casa-Segovia.

Secretaria. — Sra. Marquesa de Méritos.

Vocales. — Excm. Sra. Condesa de Castilleja de Guzmán. — Excm. Sra. Marquesa del Saltillo. — Excm. Sra. Doña Rosario Acuña de Lassus. — Señora Doña Natalia Álvarez de Segovia. — Excelentísima Sra. Marquesa Viuda del Nervión. — Excelentísima Sra. Marquesa de Castilleja del Campo. — Sra. Marquesa de Marchelina. — Sra. Marquesa de Sales. — Excm. Sra. Doña Concepción Castrillo de Polavieja. — Sra. Doña Clotilde Sanjurjo de Moral. — Sra. Vizcondesa de Dos Fuentes. — Sra. Doña Clara Pereira, Viuda de González. — Sra. Doña Antonia León, Viuda de Armero. — Sra. Doña Concepción Medina de Benjumea. — Excm. Sra. Marquesa del Nervión. — Sra. Doña María Lastra de Vázquez. — Excm. Sra. Condesa del Álamo. — Sra. Condesa de Bages. — Sra. Condesa de Peñaflo. — Sra. Condesa de Ibarra. — Sra. Condesa de Montelirios. — Sra. Marquesa de la Reunión. — Señora Marquesa de Esquivel. — Sra. Marquesa de Nevares. — Sra. Marquesa de las Cuevas. — Excelentísima Sra. Marquesa Viuda de Pickman. — Excelentísima Sra. Doña Rosario de Massa y Candau de Hoyos. — Excm. Sra. Doña Dolores Rull de Gómez. — Excm. Sra. Doña María Josefa Ponce de León, Viuda de Domínguez. — Sra. Doña Dolores Gómez de Barrera de Maestre. — Sra. Doña Sebastiana Gómez de Arellano. — Sra. Doña María Alonso de Calzada. — Sra. Doña Luisa Coll de Saenz de Juano. — Sra. Doña Carmen Canaleta, Viuda de Cámara. — Sra. Doña Asunción Cuadrado, Viuda de Abaurrea. — Sra. Doña Enriqueta Gueza de Osborne. — Sra. Doña Francisca Brieva y Muriel. — Sra. Doña Salud Calzada de Zúñiga. — Sra. Doña Concepción Gómez de Ibarra. — Sra. Doña Adela Pareja de García Abaurrea. — Sra. Doña Josefa Pajés del Corro.

Comisión directiva para el regalo que se ha de ofrecer a Su Santidad.

Presidenta: Excm. Sra. Condesa de Castilleja de Guzmán. — Excm. Sra. Condesa de Casa Segovia. — Excm. Sra. Marquesa del Donadío. — Señora Condesa de Peñaflo. — Sra. Doña Guadalupe de Pablo de Ibarra. — Excm. Sra. Doña Josefa Ureta, Viuda de Armero. — Señora Vizcondesa de Dos Fuentes.

Comisión recaudadora de los fondos para dicho objeto.

Presidenta: Excm. Sra. Doña Rosario Acuña de Lassus. — Sra. Doña Clotilde Sanjurjo de Moral. — Sra. Doña Mercedes Barin de Benjumea. — Excelentísima Señora Doña Concepción Castrillo de Polavieja. — Sra. Doña Carmen Canaleta, Viuda de Cámara. — Sra. Doña Emilia Bouisset de Farillas. — Sra. Doña Emilia Riquelme. — Sra. Doña Ana Pérez de Vargas de Arias de Saavedra. — Sra. Marquesa de Matallana.

Comisión de labores.

Presidenta: Excm. Sra. Marquesa Viuda del Saltillo. — Sra. Doña Luisa Coll de Saenz de Juano. — Sra. Doña Elisa Segovia de Arcos. — Sra. Doña Dolores Llorente de Ibarra. — Sra. Doña Trinidad Desmaissières, Viuda de García Pérez. — Sra. Doña María de la Lastra de Vázquez. — Excm. Sra. Marquesa de Villavelviestre.

Comisión de objetos artísticos y de industria.

Presidenta: Sra. Doña Natalia Álvarez de Segovia. — Sra. Doña Enriqueta Pickman de Serra. — Sra. Doña Encarnación Clavé de Cámara. — Señora Doña Berta de Gracian. — Sra. Doña Carmen Castro, Viuda de Romero. — Excm. Sra. Doña Dolores Rull de Gómez. — Sra. Doña Salud Calzada de

Zañiga. — Sra. Doña Sebastiana Gómez de Aréllano.

Cumple a la notoria religiosidad del pueblo sevillano no dejar defraudados los deseos y firmes propósitos de la Junta Central. Nadie ignora los grandes preparativos que se hacen en todas las Diócesis para honrar al actual Pontífice en sus *Bodas de Oro*. Cuantiosas limosnas, valiosos regalos, notables objetos de arte, primorosas labores confeccionadas por particulares o en talleres sostenidos por la piedad, innumerables y variados productos del arte y de la industria, y excelentes obras científicas y literarias afluirán dentro de poco a la Ciudad Eterna, para formar ante el trono del egregio Pontífice el más brillante monumento de su altísimo prestigio en el universo. De uno y otro continente acudirán con sus ofrendas el humilde artesano y el opulento magnate, el religioso y el secolar, el hombre de la ciencia y el tosco campesino; y hasta el fastuoso Jefe de pueblos idolátricos ostentará en ricos presentes el alto aprecio que le merece el virtuoso anciano que rige los destinos del pueblo católico. Que la religiosa Sevilla no sea la última en este honroso concierto. Si las inestimables dotes personales de nuestro Pontífice y el importantísimo papel que su colosal figura desempeña en la historia contemporánea no fuesen motivos más que poderosos para avivar nuestro entusiasmo, sirvan a lo menos de eficaz estímulo el recuerdo de nuestras pasadas glorias religiosas y los grandes ejemplos de inquebrantable adhesión a la Cátedra de Pedro que dieron siempre los hijos de Sevilla, no menos que las señaladas muestras de predilección pontificia que nuestra historia guarda en páginas de oro. Sobre todo no perdamos de vista que el Papado es el invencible alcázar de la verdad revelada, el fiel custodio de las más venerandas instituciones y la síntesis de las más lisonjeras esperanzas para todos los creyentes.

Sevilla 14 de Marzo de 1887. — Dr. D. Francisco Bermúdez de Cajas, Doña.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. TOMÁS MUÑOZ Y LUCENA, natural de Córdoba, pensionado por la Diputación de aquella provincia para continuar sus estudios en la Escuela de Madrid. Es autor de un retrato de *Fray Ceferino González*.

D. JOSÉ MUR, pintor y escultor, natural de Barcelona y discípulo de aquella Escuela de Bellas Artes. Es obra de su mano una preciosa miniatura, la *Presentación de la Virgen*.

D. CELESTINO NANTEUIL, pintor y litógrafo, hijo de padres franceses, nació en Roma en 1813, y trasladado siendo niño a Francia, entró en 1827 en el estudio de M. Langlois. En varias Exposiciones celebradas en París ha presentado, a más de otros profanos, los siguientes asuntos: *Sacra Familia* y *Jesucristo curando a los enfermos*. Por estas obras ha obtenido diferentes medallas. En Madrid ha litografiado numerosos asuntos religiosos.

D. MANUEL NAO, en la Exposición celebrada por el Círculo de Bellas Artes de Madrid en 1882 presentó una acuarela, *La Cartuja de Miraflores*. Han figurado muchos dibujos de su mano en distintos periódicos ilustrados, porque el Sr. Nao cultivó el dibujo con particular cuidado y en láminas religiosas; podemos citar aquí las publicadas en LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, de dicho autor. Falleció en el año de 1884.

D. RICARDO MARÍA NAVARRETE Y FOS, natural de Alcoy y discípulo de la Academia de San Fernando. Estuvo en Roma pensionado por el Gobierno. En la Exposición de 1866 presentó un *Interior de la iglesia de la Paz en Roma* y *Los capuchinos en el coro cantando Vísperas*, lienzo que fué premiado con medalla de tercera clase y comprado por el Gobierno para el Museo Nacional, y que presentado después en la Exposición regional de Valencia de 1867 fué premiado con medalla de oro. En la Exposición de 1881 presentó: *En la iglesia del Frari* y *En la basílica de San Marcos de Venecia*.

D. ANTONIO NAVARRO, reside en Manila, donde los periódicos han elogiado varios de sus cuadros originales, entre ellos *Una Virgen*.

D. JOSÉ NAVARRO, pintor valenciano, ayudante profesor que fué de la Academia de San Carlos de Valencia por los años de 1850. En el Museo provincial de la misma población se conservan tres lienzos suyos, copias de Camarón, uno de los cuales representa a *Santa Rosa*.

D. MIGUEL NAVARRO Y CASIZABES, natural de Valencia y discípulo de la Academia de San Carlos de aquella población, y en Madrid de la Escuela su-

perior de Pintura y de D. Federico Madrazo. En 1864 hizo oposición y obtuvo una de las pensiones para pasar a Roma, habiendo sido el asunto del cuadro ejecutado en los ejercicios *La resurrección de la hija de Jairo*. En la Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en 1866 presentó *Santa Catalina transportada al cielo por varios ángeles*, obra premiada con una medalla de tercera clase y adquirida para el Museo Nacional, desde donde fué enviada a la Universidad nueva de Barcelona.

DOÑA MARÍA MICAELA NESBITT, pintora de afición, creada Académica de mérito de San Fernando por la pintura en 17 de Diciembre de 1820. En la misma corporación se conserva *Una Virgen* de dicha señora, copia de Sassoferrato.

D. A. NERO, en la Exposición de Cádiz de 1879 presentó *Interior de un templo*.

D. JOSÉ NICOLAU Y BARTOMEU, pintor y grabador, natural de Barcelona, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de aquella capital, en la que obtuvo diferentes premios. Es autor de *Una Cabeza de San Juan Bautista*.

DOÑA TERESA NICOLAU Y PARODY, pintora miniaturista de afición, natural de Madrid. En un principio ejerció la pintura al óleo; pero pronto sustituyó este género por la miniatura, como más adecuado y propio de la mujer, y en este último género terminó numerosas copias de los primeros maestros y concurrió a diferentes Exposiciones públicas, alcanzando varios premios y menciones honoríficas, así como los elogios de la crítica, y las Academias de San Fernando de Madrid y de San Carlos de Valencia concedieronla el título de Académica de mérito cuando era aun muy joven esta artista. Sus obras religiosas de que tenemos noticia son las siguientes: *La Magdalena en el desierto*, *Rebeca dando de beber al ganado de Labán*, original; *Santa Teresa de Jesús*, *La Verónica*, *San Juan Capistrano en el momento de presentar los Evangelios en la plaza de Roma*, *San Juan Bautista en el desierto*, *San José con el Niño Jesús en los brazos*, *Jesucristo con la cruz al hombro y soldados en el fondo*, *La prisión de Jesús*, copia de Teniers, en tamaño grande; *Muerte de San Francisco*, *Una Virgen*, copia de Sassoferrato, existente en el Museo Nacional, y otra *Virgen*, copia de Leonardo de Vinci.

D. JOSÉ NIN Y TUDÓ, natural de Vendrell, en la provincia de Tarragona, y discípulo de D. Carlos Luis de Ribera, pensionado para el estudio de la pintura por la Diputación provincial de Barcelona. Conocemos las siguientes obras religiosas de este acreditado pintor: *Jesucristo en el momento de quitarle la corona de espinas*, *La Magdalena*, copia de Ribera, y *Jesucristo crucificado*, copia de Velázquez. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1866 presentó el Sr. Nin *La muerte de Abel*, lienzo de grandes dimensiones, que fué premiado con mención honorífica y adquirido por el Gobierno. Muchas son las demás obras del artista que nos ocupa, quien ha obtenido diferentes premios y es asimismo un escritor muy distinguido.

D. RAFAEL OCHOA Y MADRAZO, natural de Madrid y discípulo en París de Mr. Gerome y de D. Raimundo de Madrazo. En la Exposición celebrada en 1879 en aquella capital presentó *Una Misa en San Felipe de Roule en París*.

D. JOAQUÍN OLIET, pintor valenciano, discípulo a fines del último siglo de la Academia de Nobles Artes de San Carlos. En 5 de Junio de 1803 fué nombrado individuo supernumerario de mérito de aquella corporación por la pintura. Sus obras más conocidas son las pinturas del cascarón del presbiterio en la iglesia parroquial de Ibi; dos alegorías de la Sagrada Escritura, en la parroquia de Algemesi, y la *Cabeza de San Pedro* y un *San Roque*, en el Museo provincial de Valencia.

D. EUGENIO OLIVA Y RODRIGO, natural de Palencia y discípulo en Madrid de D. Germán Hernández. En 1879 hizo oposición a la pensión de pintura histórica para la Academia Española en Roma, ejecutando el boceto de *Moisés sacado del Nilo* y el cuadro de *Cain dando muerte a Abel*; fué agraciado con dicha pensión, marchando a la capital de Italia, desde donde ha remitido, entre otros asuntos, *La creación del hombre*, copia al óleo de Miguel Ángel.

D. FRANCISCO OLLER Y CESTERO, natural de Puerto Rico. Es autor de una *Concepción*, copia de Tiepolo, que figuró en la Exposición que de sus obras llevó a efecto el Sr. Oller en la Redacción de *La Correspondencia de España*.

D. JULIÁN OÑATE, natural de Burgos, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Cádiz, que le premió en 1877 y posteriormente de la superior de Madrid. Es autor de una *Dolorosa*, propiedad de Don J. Carlos Gardinier.

D. ELIAS ORDÓÑEZ Y GONZÁLEZ, natural de Iteiro de la Vega (Palencia), discípulo de D. Dióscoro Teófilo Puebla y de D. Antonio Pérez Rubio. En

la Exposición Nacional de 1881 presentó *El entierro de Cristo* (dibujo a pluma).

D. JULIÁN ORDOZGOITI, artista alavés, Secretario de la Academia de dibujo de Vitoria. En 1865 escribió la declaración dogmática de la Purísima Concepción, dedicada por la provincia de Alava a Su Santidad Pío IX, con lindísimos dibujos al dorso de cada página y orlas de mérito.

D. MELCHOR OROZCO, natural de Yuncier, en la provincia de Toledo, y discípulo de D. Patricio Rodríguez y de la Academia de San Fernando. En la Exposición celebrada en Madrid en 1864 presentó una *Vista de la Catedral de Toledo, tomada desde la capilla de los Reyes viejos*.

DOÑA JOSEFA ELISA OROZCO DE FOLACHE. — En la Exposición de Jaén de 1878 presentó tres cuadros al óleo, que representaban *La Samaritana*, *La Virgen del Carmelo* y *La Virgen de las Misericordias*.

D. CALIXTO ORTEGA, pintor y grabador en madera, discípulo de la Academia de San Fernando. Sus obras pictórico-religiosas son las siguientes: una copia de las *Bodas de Caná*, de Veronés, presentada en la Exposición de 1841, y *Santa Isabel dando limosna a los pobres*, en la de 1843.

D. FRANCISCO ORTEGA Y VEREDA, pintor y notable dibujante, natural de Madrid y discípulo de la Escuela Superior de Pintura, dependiente de la Academia de San Fernando. Es autor de una copia de *La Perla*.

D. ANGEL ORTIZ, natural de Cádiz, discípulo de su Escuela de Bellas Artes, y pensionado que fué por la misma para terminar en el extranjero su educación artística. Es autor de una copia de *La Perla*, existente en el Museo provincial de Cádiz, y de *Una Magdalena*, que figuró en la Exposición de dicha ciudad el año 1868.

D. CIPRIANO DE OTAOLA Y ROJAS, natural de Bilbao y discípulo en Madrid de la Academia de San Fernando. En las Exposiciones públicas de 1860 a 1864 presentó varios retratos, entre los que llamó justamente la atención el de *Un sacerdote*. Obtuvo este artista en los diferentes concursos a que prestó el suyo algunas menciones honoríficas y murió joven aún a fines de 1865.

D. JOSÉ OTHON, natural de Madrid y discípulo de D. Fernando Brambilla. Conocemos muchas y muy buenas miniaturas de su mano, existentes en varias casas particulares. En la Exposición de Bellas Artes de 1862 presentó: *San Ricardo, rey de Inglaterra, en el momento de bajar los grados del trono que acababa de renunciar para dirigirse en peregrinación a Tierra Santa y retirarse a un claustro*.

D. JOAQUÍN OTTO, profesor de caligrafía y dibujo de la ciudad de Córdoba. Presentó en la Exposición permanente de Bellas Artes del Alcázar de Sevilla de 1874 un cuadro hecho a pluma, representando el juicio final, por Miguel Ángel, trabajo digno de los mayores encomios, según la prensa de la localidad.

DOÑA ANTONIA OVIEDO, pintora. En la Exposición celebrada en Cádiz en 1879 presentó: *Ecce Homo* (copia de Van-Dyk), *La Cena* y *Un coro de frailes*. Fué premiada con medalla de bronce.

D. RAMÓN PADRÓ Y PEDRET, natural de Barcelona, discípulo de su Escuela de Bellas Artes, en la que obtuvo numerosos premios de fin de curso en los académicos de 1857 a 1866. A este laborioso y distinguido artista débense las obras *León XIII orando al pie de la Virgen de las Mercedes* y un *Retrato del Rector de la Barceloneta*, muerto en la invasión cólera de 1870.

D. TOMÁS PADRÓ Y PEDRET, hermano del anterior y natural como él de Barcelona. Estudió en un principio bajo la dirección de D. Claudio Lorenzale y en la Escuela de Bellas Artes de su ciudad natal, y posteriormente en la Academia de San Fernando de Madrid. En 1866 pintó *Una Dolorosa*, posteriormente el *Retrato de la Abadesa de un monasterio de Barcelona* y *El Bautismo de Cristo*, para San Martín de Torrella. Dedicado más especialmente al dibujo en madera, ejecutó numerosos trabajos para obras y periódicos, de los que citaremos: *Los héroes del Cristianismo*, *La Virgen María* y *El Relentor de la humanidad*. D. Tomás Padró falleció pobre, como la mayor parte de los artistas españoles; pero sus compañeros tomaron a empeño aliviar la triste situación en que quedaban su viuda y sus huérfanos y organizaron con donativos artísticos una lotería cuyos productos se consagraron a tan generoso objeto.

D. JOAQUÍN PALLARES Y AYUSTANTE, pintor de Zaragoza, discípulo de D. Vicente Palmaroli y de la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado. Es autor de *San Lorenzo de Brindis*.

D. CAYETANO PALMAROLI, pintor de historia y litógrafo, nació en Fermo (Italia) en 1801, y fué discípulo en Roma de Minardi y de la Academia

Pontificia de San Lucas, en cuyas clases alcanzó diferentes premios. En aquella capital hizo un dibujo de *La batalla de Constantino*, copia del fresco de Rafael, que fué grabado en una lámina de gran tamaño y aumentó el crédito que ya gozaba de correcto y fácil dibujante. Esta obra le valió el ser elegido para venir a España a tomar parte en los trabajos del Real establecimiento litográfico, trasladando su residencia a Madrid en 1829, como lo hizo hasta su fallecimiento, ocurrido el día 4 de Diciembre del año de 1853. Además de las obras a que nos hemos referido pintó al óleo este artista varias copias de los principales lienzos existentes en el monasterio de San Lorenzo del Escorial (1834), entre los que sobresalieron *La Virgen del Pea* (Rafael), *Santa Brígida* (Giorgione) y *La Santa Forma* (C. Coello), presentada esta última en la Exposición celebrada por la Academia de San Fernando en 1839, y que reprodujo grabada en madera *El Semanario Pintoresco Español*. Entre sus trabajos litográficos se cuentan muchos asuntos religiosos.

D. VICENTE PALMAROLI Y GONZÁLEZ, hijo del anterior, nació en Zarzalejo, provincia de Madrid, en 5 de Septiembre de 1834 y fué discípulo de su señor padre, de D. Federico de Madrazo y de la Escuela superior de Pintura dependiente de la Academia de Nobles Artes de San Fernando. En 1858 marchó a Italia, en cuya nación ha terminado sus mejores obras, siendo pensionado algún tiempo después por la reina Doña Isabel II. Vuelto a España en 1862, presentó en la Exposición Nacional de dicho año un lienzo de grandes dimensiones, encargado por dicha señora, representando a *Santiago, Santa Isabel, San Francisco y San Pio V, patronos de España, de los Reyes y del Pontífice Pio IX, intercediendo con San Ildefonso, santo titular del Príncipe de Asturias, para que le proteja y guie*. El Sr. Palmaroli supo vencer las dificultades que el carácter de la composición ofrecía, consiguiendo grandes elogios de la crítica y que el Jurado calificador le agraciase con una medalla de segunda clase. En la misma Exposición donde presentó el lienzo que antecede obtuvo con otro, primer premio. Después de un viaje a Roma, Florencia y Nápoles expuso en el Certamen de 1866 su obra *La capilla Sixtina durante una función solemne*, que fué premiada con medalla de primera clase. Esta obra figuró igualmente en la Exposición Universal de París (1867), valiéndole a su autor una medalla de oro de segunda clase. La Emperatriz de los franceses quiso adquirirle con el mayor empeño; pero no pudo verificarse a causa de ser propiedad de Don Francisco de Asís de Borbón. En 7 de Abril de 1872 el Sr. Palmaroli tomó asiento en la Real Academia de San Fernando. En 1882 fué elegido Director de la Academia Española de Bellas Artes en Roma, en reemplazo del Sr. Pradilla. El Sr. Palmaroli se halla condecorado con las encomiendas de Carlos III e Isabel la Católica y la cruz de la Legión de Honor de Francia.

M. DE A.

(Se continuará.)

NOTICIAS

Las hermanitas de la Cruz de Sevilla han adquirido la casa-palacio del marqués de San Gil, con objeto de dar mayor ensanche y poder recibir mayor número de niñas pobres y huérfanas en el asilo que vienen sosteniendo en provecho de las pobres jóvenes desamparadas.

En Nueva York se va a fundar este año una casa de católicos alemanes que llegan a aquel puerto. Está ya aprobado el proyecto por Su Santidad, y se llamará *Casa misión de León XIII*.

La República de Liberia, situada en la costa O. de África, fué fundada por los Estados Unidos; su población de negros, que sufrieron la esclavitud, es poblante en su mayoría, y sin embargo, ha pedido a la Santa Sede misioneros católicos para dar a la instrucción pública y a los hospitales el desarrollo y buena gestión que todavía les falta.

El periódico francés que da la noticia supone que allí en las escuelas habrá Crucifijos y se enseñará la Religión, lo que no se hace en Francia; y añade que allí en África se edifican algunas iglesias, mientras que en Europa se las va destruyendo.

Las fiestas de la Patrona de Valencia han sido por todo extremo brillantes, según la prensa de aquella capital. Comenzaron el domingo con la misa de

madrugada que se celebró en la capilla donde se venera la imagen principal de Nuestra Señora de los Desamparados. Una multitud de fieles asistió a oír, y lo propio sucedió con las que posteriormente se celebraron. La música de la brigada de Bomberos entonó los acordes de la marcha Real al descubrirse la imagen, ejecutando a continuación bonitas composiciones.

Numeroso gentío se trasladó después al paseo de la Alameda, en cuyo ameno sitio estaba anunciada para las ocho una misa de campaña. Los clarines anunciaron a dicha hora la llegada del capitán general, acompañado por lucido séquito y escolta de caballería. El improvisado altar se había levantado sobre una plataforma flanqueada con trofeos militares, y todas las tropas, francas de servicio, presenciaron el acto religioso. Terminado éste, la gente se dirigió a la plaza de la Virgen para presenciar la traslación de la imagen llamada del Cabildo, desde la capilla al trono dispuesto en el altar mayor de la Basílica, decorado por magnífico pabellón. La aparición de la Patrona de la ciudad fué saludada con los acordes de la marcha Real y con los vítores y aclamaciones de la multitud que había en dicha plaza.

Después de su instalación en el altar, dió comienzo la festividad religiosa. El Cardenal, revestido con los sagrados ornamentos, ocupó el sitio que por su jerarquía le corresponde en el presbiterio, y una comisión del Ayuntamiento asistió a dicho acto. El Dr. Sr. David ensalzó las glorias de la Virgen de los Desamparados y los servicios que prestaba a la diócesis valenciana su pastor el Sr. Monescillo. Se ejecutó por numerosa capilla de música la composición del Sr. Guzmán. Gran número de fieles poblaba las naves de la Basílica.

Por la tarde, a las seis, tuvo lugar la procesión general. Formaban parte de ella los gremios con sus antiguas banderas, los asilados de los diversos establecimientos de caridad que cuenta Valencia, los cleros parroquiales con sus respectivas cruces, los seminaristas, representantes de varias corporaciones y del ejército, el cabildo metropolitano, en el que iban interpolados los concejales y la Santa Imagen, conducida en hombros por sacerdotes, tras la que iba el Cardenal y una comisión del Ayuntamiento presidida por el Sr. Alcayne, quien llevaba a su derecha al mariscal de campo Sr. Velasco, en representación del capitán general del distrito. Las músicas de Veteranos y de la Beneficencia alternaban en la ejecución de marchas escogidas, y un piquete de dicho cuerpo daba la guardia de honor a Nuestra Señora.

La procesión recorrió la carrera de costumbre, que estaba invadida por numeroso público. Los balcones ostentaban colgaduras de damasco y otras telas vistosas que imprimían animado aspecto a la capital.

A la llegada de la Virgen a su capilla se encendieron numerosas luces de bengala, las músicas rompieron con los acordes de la marcha Real, hendieron los aires los gritos de júbilo de la multitud de gentes que acudieron a presenciar la entrada de dicha imagen, las campanas se echaron a vuelo, y su ruido se confundía con el estrépito de una traca cuyo principio estaba en la puerta de los Apóstoles, terminando en lo más alto del Miguelete.

A las nueve de la noche dió comienzo la serenata en la plaza de la Catedral, en la que tomaron parte las músicas de Bomberos y Beneficencia.

Con inusitada pompa y solemnidad se ha celebrado en Figueras la función de desagravios en reparación de las ofensas inferidas a Dios y a la Virgen por una desenfrenada turba en el memorable día de la entusiasta y fervorosa Romería a Nuestra Señora del Camp. Por la mañana, a las siete, se celebró Comunion general, que, a pesar de no haberse podido anunciar previamente, estuvo concurridísima; por la tarde, a las tres y media, después del canto de Vísperas y Completas y el rezo del Santísimo Rosario, el Rdo. Cura Economo subió a la Catedral del Espíritu Santo, exponiendo a los fieles las excelencias del símbolo de la cruz para el cristiano, y, terminado su sermón, empezó la adoración de la Vera Cruz, que duró larguísimo rato, pues fué crecidísimo el número de hombres y mujeres que con suma devoción verificaron este religioso acto para desagraviar a Dios de los infames atropellos recibidos y rogarle por los mismos autores.

Después de haber dotado el Sr. D. José Tolrá de aguas potables al pueblo de Castellar del Vallés (Barcelona), y de dar colocación y empleo en sus fábricas a centenares de obreros, pensó en dar ensanche al templo parroquial del mismo, y aunque

la muerte le sorprendió antes de realizar su empeño, su digna viuda ha proseguido la obra de aquel, confiando los planos del templo al arquitecto Sr. Martorell, y su desarrollo y ejecución al arquitecto don Emilio Sala y Cortés.

Pertenece éste al orden gótico y la parte hoy construida y terminada por completo exterior e interiormente comprende el presbiterio, crucero, primera capilla de la nave principal, capilla del Santísimo Sacramento, sacristía y dependencias contiguas, campanario, ábside y fachadas laterales. Para construir el resto del templo, que se compondrá de cuatro capillas más por cada lado y la fachada principal, es preciso derribar la iglesia antigua, lo que no se ha podido hacer hasta tener habilitada una parte de la nueva, ya que en la población no hay otro templo que pudiera servir interinamente para el servicio divino.

Recientemente se ha verificado la bendición solemne del nuevo templo por el Prelado de la Diócesis.

Además de la parte principal que han tenido en la obra los arquitectos Sres. Martorell y Sala y Cortés, justo es citar el inteligente maestro de obras D. Francisco de A. Gallart, a quien se debe la precisión, seguridad y acierto con que llevó a cabo la ejecución de que se le iba encargando.

Al Sr. Amigó se deben las bellas vidrieras de colores, que son sin duda de los mejores trabajos que habrán salido de su fábrica.

La parte de carpintería y talla de los altares corrió casi toda a cargo de D. José Girbau, del mismo Castellar. El altar mayor fué tallado por D. Dámaso Baró.

Las imágenes son obra de D. Maximino Sala, excepto la de Nuestra Señora de las Arenas, debida al Sr. Talarn, ambos de ésta. En el dorado y pintura intervinieron varios artistas, entre ellos D. Tomás Mercader, y D. Toribio Sampere, habiendo tenido a su cargo algunos altares e imágenes D. Celestino Falcó y D. Luis Matheu.

Otros muchos artistas han trabajado en tan importante obra, de todos los cuales se pueden decir palabras de elogio a la vista de sus trabajos.

En Septiembre próximo es cuando empezarán las grandes manifestaciones y peregrinaciones con motivo del Jubileo Sacerdotal de León XIII.

Los españoles, que constituirán un grupo de algunos miles de personas, abrirán la marcha y serán recibidos por Su Santidad.

Los belgas serán recibidos los últimos, después de Pascua del año próximo, quizás en el mes de Abril. Tres Obispos acompañarán a los belgas, Mons. Goossens, Arzobispo de Malinas; monseñor Bellin, Obispo de Namur, y Mons. Lambrecht, Obispo de Gerra.

NECROLOGÍA

Han fallecido recientemente:
En Madrid el Rdo. P. José Joaquín Cotanilla, de la Compañía de Jesús.
En Ucces (Salamanca) el Cura Párroco Dr. Felipe Pérez Fontanillo.
En Alba de Tormes la religiosa benedictina Sor Gertrudis López Santos.
En Orihuela el Canónigo Arcediano D. Miguel Bejarano.
En Salamanca el Presbítero D. Luis Romo Blanco.
En Córdoba el Presbítero D. Antonio Díaz Jiménez.

ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.





ÉPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 15. — Madrid 25 de Mayo de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Six meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Six meses.....	1 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Six meses.....	12 fr.
Un año.....	24 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Six meses.....	1 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

SUMARIO

TEXTO. — La decena, por Manuel Ossorio y Bernard. — Los grabados. — Tradiciones de Tierra Santa, por Manuel Pita y Puyol. — La zaldarria, por Justo Revuelto. — Nuestra Señora de los Desamparados, por José Peña y Pascual. — A San Fernando, por Verónica de Gálvez y Ruiz de Apodaca. — La Palma bendita, por Carlos Fontana. — No hay que exagerar, por A. C. y G. — Andrés el Pezador. — Jubileo Sacerdotal de S. S. León XIII. — El Arte religioso, por M. de A. — Bibliografía. — Noticias. — Necrología. GASTADOS. — José Ribera (el Españolito), cillero plater español. — La propiedad es un robo. — Los últimos gladiadores, cuadro de Stallaert.

LA DECENA

La Exposición de Bellas Artes ha sido la primera en abrir sus puertas al público, a causa del atraso en que se encuentran los trabajos de instalación para la regional de Filipinas y de los requisitos y perfiles que aun faltan para la de Horticultura y Jardinería. El edificio, no terminado todavía, de las inmediaciones del Hipódromo, es ahora por lo tanto el punto de cita consagrado por la moda y el lugar en que se rinde culto al arte en varias de sus más brillantes manifestaciones.

Una Exposición de Bellas Artes merece seguramente toda la protección y todo el apoyo de Gobiernos y particulares. A la noble liza acuden, así los pintores cargados de laureles logrados en larga vida de triunfos, como los jóvenes principiantes que, impulsados por noble afán, se aventuran a una difícil y peligrosa competencia con sus maestros. Todos los ensueños de ambición, todos los continuos trabajos de tres años, todos los sacrificios en igual período realizados palpitan en los lienzos que cubren las paredes y en las estatuas que adornan los centros del nuevo local: cuatrocientos o quinientos artistas han anidado el instante que acaba de sonar, y hoy temen mucho más que durante el tiempo en que la fiebre llenaba sus insomnios, mientras concebían o ejecutaban sus trabajos.

La composición del Jurado, entre quejas y protestas de los unos y aplausos de los otros; la admisión de los cuadros, la colocación de los mismos, el barnizado, la omisión de un detalle en el Catálogo, la errata de un nombre: todo trae desasossegado e inquieto al mundo artístico. Y se comprende que así sea, pues sabido es que el mercado español no es muy favorable para los cultivadores del arte, que exponen en un Certamen de esta índole mucho más que lo que pueden ganar.

Digamos de paso, en descargo de responsabilidades nacionales, que a los artistas corresponde bastante en el exiguo resultado material de sus obras, como lo demuestra su inconcebible empeño de presentar lienzos de tamaño colosal, imposibles de tener colocación, como no sea en un Museo. Y son tan pocos los lienzos que merecen los honores de un Museo! ¡Suele ser tan pobre la retribución de los cuadros comprados por el Gobierno! ¡Son tantos, por consecuencia, los lienzos que tienen que depositarse arrollados en el húmedo sótano o en la mal acondicionada buhardilla! Pues a pesar de esto, nuestros artistas no renuncian a pintar piezas enteras de tela, pídale o no la índole del asunto y el desarrollo de la composición; y de aquí los infinitos desengaños que han de obtener muchos de los pintores en la Exposición recientemente inaugurada. Porque, una vez clasificados entre los que el Gobierno no adquiere, porque no los premia el Jurado, ¿qué porvenir espera a la muchedumbre de lienzos de excepcionales dimensiones? Con alguno de los expuestos podrían tapizarse cómodamente todas las habitaciones de una casa regular. Por otra parte, si bien es cierto que

hay muchas personas dispuestas a gastar algunos miles de reales en la adquisición de objetos artísticos, son pocas, muy pocas las que pueden consagrar a este objeto miles de duros, y estos miles de duros no suelen representar para el artista más que el pago de modelos, alquiler de estudio, adquisición de tela, marco y colores, y a lo sumo un exiguo jornal trabajosamente ganado en un año o en dos de labor improba y constante.

De la Exposición actual no puede formarse acertado juicio con una sola y rápida visita: la impresión general es que no existe en ella ningún trabajo de mérito excepcional y sobresaliente, como ocurría en otras; pero en cambio hay una docena de cuadros de muy subido mérito y cuyo valor relativo será difícil apreciar; que hay otro centenar de cuadros que pueden conceptuarse buenos y que en los restantes hay condiciones y circunstancias dignas de toda consideración. La nota disparatada puede asegurarse que no existe en la actual Exposición, y en cambio se observa generalmente una levantada y noble tendencia al estudio de la Naturaleza, ese modelo eterno que tantas obras maestras ha contribuido a producir.

En esta época en que se redactan periódicos enteros por telégrafo y en que a la hora de haberse estrenado un drama, la crítica ha aquilatarado ya sus defectos y bellezas en largos artículos entregados a la imprenta, no es de extrañar que en el acto de la inauguración oficial de la Exposición se viese ya en manos de los concurrentes un Diario con el catálogo y juicio de los lienzos más importantes. El carácter particular de nuestra Revista nos excusa afortunadamente de seguir estos derroteros, y en los números sucesivos nos prometemos emitir algunos desapasionados juicios respecto a la producción de nuestros artistas, especialmente la que, por su carácter, entra mejor en la índole y tendencias de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.



JOSÉ RIBERA (EL ESPAÑOLETO)
Cébre y in or español.

En el recinto de la Exposición filipina se construyen o reforman varias edificaciones para acomodarlas a los fines especiales del certamen; se hacen notables instalaciones, y los productos, ya recibidos, permiten conocer la alta importancia a que está llamada dicha Exposición. Las colecciones de maderas y de semillas; la zoológica, que abunda en curiosísimos ejemplares; las etnográficas, que son de gran interés; los productos naturales y los de la industria, todo ha de contribuir a que llame poderosamente la atención la Exposición filipina.

Los indígenas que han llegado con las colecciones se muestran muy satisfechos de las deferencias

de que son objeto, y encantados, especialmente, de los ejercicios del Circo Hipódromo y de los prodigios que realiza la fotografía. En cambio las boas han muerto, acaso de enojo por presentir el poco efecto que habían de causar en esta tierra de cultrones, y los carabaos tampoco han podido resistir el cambio de clima, después de haber aguantado las molestias de la navegación.

La comisión organizadora de la Exposición se promete rodearla de gran número de atractivos, como conciertos, regatas, fábrica de cigarros y de hilados, feria de productos, etc., etc. De esta suerte, los que por nuestras incansables ocupaciones nos hallamos sentenciados a Madrid perpetuo no enviaremos la suerte de los que se bañan en San Sebastián ó acuden a Biarritz, y mucho menos a los que hagan publicar en los periódicos que los señores de X han salido por la línea del Mediodía, cuando la malicia ha dado en sospechar que su excursión no pasa de *Valle-du-maire* ó de *Cent-petits puits*, poblaciones extranjeras que guardan gran semejanza con las nuestras de Valdemoro y Ciempozuelos.

Los periódicos con sus extraordinarios y el telégrafo con sus confidencias, han dado la noticia de que Mazzantini ha sido herido por un toro en Sevilla. Excusado es añadir que la nación entera se ha conmovido y que se cuentan por miles los despachos telegráficos que ha recibido el diestro y las visitas que le han hecho autoridades, títulos, banqueros, periodistas... toda la capital de Andalucía.

Muy lamentable es por cierto el percance del matador; pero todavía hace muy pocos días que una terrible catástrofe de Galicia privó de la vida a un actor muy estimable, y sólo su atribulada familia la ha lamentado; más recientemente aún han sido muertos dos trabajadores en el hundimiento de una mina y ni siquiera se ha enterado el público de la noticia; todos los días y a todas horas mueren infelices obreros cayendo de los andamios ó siendo víctimas de la potente fuerza de las máquinas en fábricas y talleres; y su desgracia ocupa dos renglones en la sección de noticias generales de la prensa periódica. La España de hoy es la misma que ignoraba hace años la casa en que estaba agonizando Méndez Núñez, el héroe del Callao, y se precipitaba con ansia loca en la calle donde habitaba el *Tito*, herido en otra función taurina, para enterarse minuto por minuto de la marcha de su enfermedad. Jovellanos, con intuición maravillosa, presintió todo esto en su admirable oración apologetica *Pan y toros*, y, por desgracia, el opúsculo será eternamente de actualidad.

Pocos días hace que en una importante población un toro que en la lidia había mostrado gran bravura fué, después de muerto, paseado en triunfo por las calles con música.

La verdad es que en un país en que esto sucede, poco ó nada importa que la instrucción pública sea muy deficiente; que desconozcamos todos nuestros deberes y nuestros derechos, y que no prestemos atención a esos extranjeros que diariamente arrancan un secreto a la ciencia para dignificar a la humanidad. Tengamos toros el domingo, novillada con papeles cambiados el martes, becerros en el Puente de Vallecas el miércoles y corrida extraordinaria el jueves, y no nos preocupe que un día Becquer, y otro Zola, y otro Pelayo del Castillo, y otro Segarra, mueran en un hospital ó recogidos de limosna... ¿Por qué, en vez de conmovernos con su pluma a todos los amantes de lo bello, no aspiraron a tomar la alternativa ó a parear siquiera a un bicho de la Patilla ó de Veragua...?

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

JOSÉ RIBERA (EL ESPAÑOLITO).

Este célebre pintor nació en San Felipe de Játiva (Valencia) en 1588, y fué discípulo de Ribalta, aventajando al poco tiempo a todos sus compañeros de estudios. Trasladóse a Italia, donde en breve se hizo también muy notable y famoso por sus obras, y el nombre de *El Españoleto* pasó de Roma a toda Italia, y le llevó a la celebridad. El rey de Nápoles le distinguió mucho, así como también otros príncipes y magnates, reputándose dichoso el que podía lograr un cuadro de su mano. Pintó al óleo *Los Profetas* en la iglesia de San Martín, y *La Asunción* en la sacristía del mismo templo. En la capilla del Tesoro pintó *El milagro de San Zenaro saliendo del fuego*. Otros cuadros de asuntos mitológicos afianzaron su justa reputación.

Los lienzos de Ribera se conservan en altísima estima en los Museos, y los que de él existen en el de Madrid han excitado la envidia de los extranjeros. Ribera se distinguió también en el grabado al agua fuerte, y aun existen algu-

nas estampas suyas de gran mérito. Tuvo varios discípulos célebres, y murió en Nápoles en 1656.

LA PROPIEDAD ES UN ROBO.

La transparente alegoría del artista no reclama ciertamente ninguna descripción. Ha referido a la sociedad racional lo que constituye una de las propiedades de la familia humana, y debemos no darnos por entendidos y aun agradecerle el olvido en que parece dejarnos.

LOS ÚLTIMOS GLADIADORES.

(Cuadro original del pintor alemán Stallaert.)

Refiere la Historia que en el año de 404 el emperador Honorio celebró en Roma con espíedidas fiestas la retirada de los ostrogodos, que habían intentado poner asedio a la Ciudad Eterna; y en una de aquellas fiestas, un combate de gladiadores, un monje de Asia, llamado Telemaco, se arrojó a la arena y separó a los combatientes en nombre de la caridad cristiana. Telemaco pereció en el mismo circo apedreado por el pueblo; pero el emperador Honorio abolió el sangriento espectáculo, que llegó a su término completo y definitivo con la destrucción del Imperio de Occidente por los godos.

Tal es la página que ha dado motivo al ilustre pintor Stallaert para la hermosa y valiente composición del cuadro que en este número reproducimos.

TRADICIONES DE TIERRA SANTA

XIII

JERUSALÉN.

ON razón y por antonomasia, desde hace siglos, se aplica a Jerusalén el epíteto de *santa*. Santa es para los judíos, porque ha sido su metrópoli y allí estuvo el templo santísimo de Salomón, cuyas ruinas y restos se veneran todavía; santa para los mahometanos, porque allí tienen su gran mezquita de Omar, y santa mil veces para los cristianos, porque allí se cumplieron los misterios inefables de la Redención del género humano.

Según tradición constante, Jerusalén fué fundada por el rey y sacerdote a la vez Melquisedec, que para algunos es el mismo Sem, hijo mayor de Noé, unos 1769 años antes de Jesucristo, sobre el monte Acra, tomando el nombre *Salem*, que quiere decir *paiz*. Cincuenta años después Salem cayó en poder de los jebuseos, descendientes de Jebus, hijo de Canaan, y los nuevos señores construyeron en el monte Sión una fortaleza denominada *Jebus*, por respeto a su patriarca y antecesor. Habiéndose extendido los barrios Jebus y Salem, separados por el valle llamado Tyropeón, con los dos se formó una sola población, que tomó el nombre de *Jebusalem*, convertido por último en *Jerusalén*, que según San Pablo significa *visión de paz*.

Para referir minuciosamente la historia de la Ciudad Santa sería preciso escribir la del pueblo escogido, parte de la del Imperio romano y toda la del cristianismo y mahometismo. Bastenos, por consiguiente, saber que llegó a su apogeo durante el reinado de Salomón, hijo de David; que ha sufrido bloqueos, sitios, asaltos, incendios, saqueos, destrucciones, reedificaciones y vicisitudes sin cuento; que en tiempo de Alejandro Magno contaba 120.000 habitantes; que casi fué arrasada por Tito en el año 70 de nuestra era; que Cosroes II, rey de Persia, auxiliado por 26.000 judíos, la tomó y saqueó en 614; destruyendo preferentemente los monumentos cristianos; que en 636 cayó en poder de los sectarios de Mahoma; que en 15 de Julio de 1099 tomaron posesión de ella los Cruzados, los cuales tuvieron que abandonarla en 1187, quedando definitivamente en poder del Islamismo.

Su situación geográfica y topográfica es como sigue: En uno de los puntos más altos de la Judea, a 780 metros sobre el nivel del Mediterráneo, en los términos de las antiguas tribus de Judá y Benjamín, a los 31° 47' de latitud N. y a los 39° 47' de longitud E. del meridiano de Madrid, está construida Jerusalén, con su principal asiento al N. y extendiéndose sobre una especie de plano inclinado hacia el E. Los montes sobre los cuales se ha reclinado siempre y se reclinan aún la Ciudad Santa componen una pequeña cordillera en declive, que con el Olivete, que enfrente se levanta, forman un valle y barranco celeberrimos, llamado el primero Valle de Josafat, y Torrente Cedrón el segundo. Tres de dichos montes, actualmente colinas, cuyos nombres son Bezeta, Moria y Ofel, ocupan la parte oriental de la ciudad, y otros tres, llamados Gareb, Acra y Sión, la parte occidental. El Gólgota ó Calvario es un contratuerte ó cabeza del monte Gareb.

Según Flavio Josefo, tres son los recintos principales que Jerusalén ha tenido, los cuales se advierten todavía: el de David y Salomón; el de los reyes de Judá, y el de Herodes Agripa. Aun se conservan restos de las fortificaciones que hicieron construir Vespasiano y Tito para el sitio y asalto de la Ciudad Santa. Hoy día, el monte Ofel está completamente despoblado y fuera de murallas; en el Moria se encuentran sólo las ruinas del templo de Salomón y las mezquitas de Omar y El-Aksa, con el recinto extenso que las rodea; y gran parte del monte Sión, fuera también de la muralla, únicamente la ocupan los cementerios. La muralla actual, construida por orden de Solimán el Magnífico en el año 913 de la egira, que corresponde al 1534 de nuestra era, mide unos diez y siete metros y medio de altura, por unos dos ó tres de espesor, con unos cuatro kilómetros de periferia y treinta y cuatro torres ó fortines de trecho en trecho. Seis son las puertas que taladran el muro y dan ingreso a la ciudad deicida, a saber: la de Jafa, al O.; las de Damasco y Herodes, al N.; la de San Esteban al Este, y la Esterquilina y la de Sión al S. Hay además otras cinco tapiadas, de entre las cuales merece particular mención la Dorada, que mira al valle de Josafat. Omite los nombres árabes de dichas puertas, porque ninguna relación tienen con los recuerdos sagrados y su pronunciación es difícil. Los cristianos damos a la puerta de San Esteban este nombre, porque por ella sacaron los judíos al proto-martir para apedrearle, a poca distancia de la puerta, en la pendiente que baja hasta el torrente Cedrón. Los árabes la llaman puerta de María, porque junto a ella, dentro de Jerusalén, está la casa de San Joaquín y Santa Ana, donde nació la Santísima Virgen. La puerta de San Esteban corresponde, según unos, a la antigua *Puerta de los ganados*, por donde entraban las reses que habían de ser sacrificadas en el vecino templo; y según otros a la antigua *Puerta del valle*, llamada así porque comunicaba con el de Josafat. La puerta de Sión, en sentir de algunos, corresponde a la *Puerta vieja*, ya existente en tiempo de los jebuseos. La puerta de Jafa debe su nombre a que en ella muere ó principia el camino carretero, que al punto dicho conduce, y se llama también del Castillo, porque junto a ella se levanta el construido por los pisanos, dicho igualmente Torre de David; de Belén, porque por ella se sale ordinariamente para visitar esta ciudad, y de los Peregrinos, porque por ella entran casi todos los que vienen a Jerusalén. Corresponde a la antigua *Puerta de los peces*. Sobre esta puerta hizo colocar el emperador Adriano un cerdo de mármol, por odio a los judíos, a quienes prohibió la entrada en Jerusalén bajo penas severísimas; en ella pagaban más tarde el tributo a los mahometanos los cristianos que querían penetrar en la Santa Ciudad; y por ella entraron en Jerusalén los Cruzados victoriosos. La puerta de Damasco se llama así porque da entrada y salida a las caravanas procedentes de dicha capital. Por último, de entre las tapiadas, la puerta Dorada ó Aurea es notable, porque por allí entró en Jerusalén Jesucristo. Nuestro Señor el Domingo de Ramos, por las antiguas esculturas que la adornan, y porque, según creencia turca bastante extendida, dará acceso a los cristianos, que definitivamente se han de apoderar de Jerusalén. Cae a un cementerio y el camino que por aquella cuesta bajaba al torrente Cedrón desde la puerta Dorada ha desaparecido.

Jerusalén forma un trapecio irregular, cuyo eje más largo está en dirección de O. a E., y sus calles principales son: la que parte de la puerta de Jafa, cruza toda la población de O. a E. y termina en la mezquita de Omar, tomando en su parte alta y occidental el nombre de *calle de David*; y en su parte baja y oriental el de *calle del Templo*; la que, con la misma dirección, empieza en el convento de San Salvador, corta casi perpendicularmente a las de la Columna y de Damasco y concluye en la puerta de San Esteban, llamándose en español *calle de la Amargura*, en italiano *Via Dolorosa* y en árabe *Harat el Alan*, ó sea calle de la Pasión; y las que arrancando de la puerta de Damasco cruzan la ciudad de N. a S. y terminan la llamada de *Damasco* en la puerta Esterquilina y la que lleva el nombre de *calle de la Columna*, unos cien pasos al E. de la puerta de Sión. Jerusalén está dividida en cuatro cuarteles, que son: 1.º el de los cristianos, que ocupa la parte NO.; 2.º el de los musulmanes, en la parte NE.; 3.º el de los armenios, en la parte SO.; y 4.º el de los judíos, en la parte SE.

El aspecto general de la población es sombrío y triste: sus calles tortuosas, estrechas, sucias, oscuras, algunas cubiertas del todo por arcos y bóvedas y todas mal empedradas. Los comercios son como covachas: abiertas en los muros de los edificios, un metro poco más ó menos sobre el suelo, y en las

cuales los artículos todos están mezclados en torno del comerciante, que ocupa el centro, sentado sobre una esterilla, con las piernas cruzadas. En las inmediaciones de la basílica del Santo Sepulcro y en la calle de David, hay cuatro ó seis comercios de telas, fotografías y libros, con tableros á la europea. Se advierte cierta animación en el Bazar, y como las calles son tan estrechas, los camellos y borricos interrumpen con frecuencia la circulación. Los trajes de los moradores de Jerusalén no pueden ser más pintorescos y variados, pues allí se han dado cita todas las religiones y hábitos del mundo. Según la estadística última de 1886 cuenta Jerusalén con una población de 50.000 habitantes, de los que sólo 1.950 son católicos ó latinos, como allí nos llaman. Por la religión que todos ellos profesan y procediendo de mayor á menor, hay que enumerarlos en este orden: judíos, mahometanos, griegos cismáticos, católicos, armenios cismáticos, protestantes, coptos cismáticos, etiopes cismáticos, griegos católicos, armenios católicos, sirianos cismáticos y paganos. Estos son generalmente negros de Africa, y todos visten las prendas propias de su raza, predominando entre los católicos el traje europeo. Cálculase si podrá idearse conjunto más abigarrado y chillón.

A vista de pájaro, Jerusalén parece una gran ciudad, compuesta de casas apiñadas, sin tejado, con bovedillas rebajadas y azoteas por techumbre; de alminares altos y erguidos como palmeras; de torreones fortificados y murallas almenadas, y de iglesias, mezquitas y sinagogas, sobre las cuales se levantan imponentes, dominando toda la ciudad, varias cúpulas, que desde lejos se distinguen. Entre los edificios más importantes y hermosos debo citar: la basílica del Santísimo Sepulcro; las mezquitas de Omár y El-Aksa; dos sinagogas; los patriarcados latino, armenio y griego; los conventos, en particular el de San Salvador; las hospederías para peregrinos, sobre todo la perteneciente á los Padres Franciscanos de Tierra Santa, que se llama Casa Nueva; los consulados y las fondas, que son tres: 1.ª Hotel Feil, junto á la carretera de Jafa, fuera de Jerusalén; 2.ª Hotel del Mediterráneo, en las inmediaciones de la puerta de Jafa, dentro de la Santa Ciudad; y 3.ª Hotel de Damasco, cerca de la puerta del mismo nombre. Fuera de la ciudad, viniendo de Jafa, á mano derecha, llaman extraordinariamente la atención del peregrino multitud de nuevos y hermosos edificios á la europea, que componen como si dijéramos el ensanche de Jerusalén, entre los cuales merecen especial mención el consulado, hospicio é iglesia de los rusos y la colonia alemana.

La lengua allí más generalizada es el árabe; la oficial el turco; en los conventos se habla español, alemán, francés, y sobre todo italiano. El clima es más bien frío que otra cosa, y los grandes calores sólo se sienten en Jerusalén cuando sopla el Sur sofocante del desierto.

Palestina depende del *sulayato* de Damasco, que se divide en dos *bajalatos*, el de San Juan de Acre, que comprende toda la Galilea y la Samaria hasta Naplusa, y el de Jerusalén, que abarca el resto de Palestina hasta Egipto. Las autoridades superiores de estos distritos ó provincias son: el *wali* (gobernador general); el *bajá* (gobernador), y el *motsarrif* (subgobernador). Jerusalén es, por lo tanto, capital de bajalato, y sus autoridades superiores son, en lo gubernativo y administrativo el *bajá*, y en lo judicial el *cadí*, rodeados uno y otro de ciertos subalternos, que se llaman *efendis*.

M. POLO Y PEYROLÓN.

LA SABIDURÍA

* *Dilectio Dei honorabilis sapientia.*
(*Eclesiástico*, c. 1, v. 14.)

No hay nada más grande, más noble y de más precio que la sabiduría. La sabiduría es hija de Dios y el vivo resplandor de su hermosura y grandeza. *La sabiduría, dice el sabio, es más hermosa que el sol y sobre toda la disposición de las estrellas comparada con la luz ella se encuentra primero.* *Porque mejor es la sabiduría que todas las riquezas más preciadas, y nada de cuanto hay apetecible es comparable con ella.* *Arbol de vida es para aquellos que la alcanzaren, y bienaventurado el que la tuviere asida.* *Porque mejor es su fruto que el oro y que la piedra preciosa y sus productos mejor que la plata escogida.*

¿Y qué es la sabiduría para merecer tales elogios? La sabiduría es la ciencia de las cosas, ó sea el conocimiento de la verdad. Mas la verdadera sabi-

duría no es precisamente la humana ciencia, de por sí seca y estéril, sino aquella verdad clarísima que descendiendo de lo alto nos muestra los hermosos caminos de la caridad y de la justicia: es aquella viva luz que alumbrando nuestra inteligencia nos conduce á la observancia y práctica de la virtud. Esta celestial sabiduría es como un todo, cuyo principio es la justicia, cuyo medio es la verdad y cuyo fin glorioso es la caridad ó amor divino. *Initium sapientiae, iustitia; Medium sapientiae, veritas; Finis sapientiae, charitas.*

INITIUM SAPIENTIAE, JUSTITIA.

La justicia es el principio de la sabiduría y su verdadero y más sólido fundamento. *Initium sapientiae timor Domini.* dice el Eclesiástico. *El principio de la sabiduría es el temor del Señor, y su entrada son los mandamientos eternos.* *Hijo, codiciando sabiduría, guarda la justicia y Dios te la dará.* Y en el Deuteronomio exhorta Moisés al pueblo hebreo á que observe y guarde los preceptos que recibió del Señor, cumpliéndolos por obra. *Porque esta será vuestra sabiduría é inteligencia delante de los pueblos, para que oyendo todos estos preceptos digan: Ved aquí un pueblo sabio y entendido, gente grande.*

Bien claro está, por consiguiente, que la justicia es el principio de la sabiduría; pues ¿qué otra cosa es el temor de Dios que un conocimiento y respeto á su justicia divina? ¿Qué es la observancia y práctica de sus divinos mandamientos más que una justicia consumada? La justicia es el principio de la sabiduría y la raíz de la inmortalidad.

MEDIUM SAPIENTIAE, VERITAS.

La verdad es el cuerpo y fondo de la sabiduría y el medio en que están representadas las cosas, destello de aquel divino Medio, de aquel sublime Mediador por el que la criatura se une al Criador y la creación inmensa con el eterno Ser.

Por medio de la verdad, por medio de la ciencia auxiliada de la fe, llegamos al conocimiento y amor de Dios, al fin legítimo de la verdadera sabiduría. Y de todas las verdades ninguna hay quizá que más nos impresione ni que más nos revele al Criador como el estudio y la contemplación del grandioso espectáculo de la Naturaleza. *Codi enarrant gloriam Dei.* Y ciertamente, ¿quién hay que contemple el azul y divino firmamento de los cielos con sus miríadas de estrellas, que no se sienta poseído de un sublime recogimiento y no brote en su alma el dulce sentimiento de la admiración y amor hacia el sublime Autor de tales maravillas?

El hombre vive, se puede decir, entre dos infinitos; que casi infinita es la creación á su limitada inteligencia: lo infinitamente grande, la creación sideral, y lo infinitamente pequeño, el mundo microscópico. El hombre que contempla el asombroso mecanismo de los cielos con su resplandiente polvo de soles siente elevarse su espíritu y extasiarse su alma en la gloria y la majestad del soberano Autor de tales magnificencias. El hombre que observa al microscopio el prodigioso mundo de los infinitamente pequeños, que vive y pulula entre el cieno de la tierra, queda absorto al contemplar la belleza, la variedad, la riqueza, la división y delicadeza de tantos seres, no pudiendo menos de glorificar la inefable sabiduría del Creador de tales maravillas, quedando anonadado ante la riqueza y magnificencia del Supremo Hacedor. La Naturaleza es un libro abierto á todas las generaciones, y cuyas hermosas páginas llevan todas impreso el sello de la Divinidad.

El hombre que admira el majestuoso templo de la Naturaleza y llega á investigar sus ocultas maravillas, puede exclamar ante tanta gloria y lleno de sinceridad con San Pedro: *Apartaos de mí, Señor, que soy una miserable criatura, que soy un pobre pecador.* Que es como si dijera: ¡Oh, qué distancia tan inmensa, Dios mío, de mi flaqueza á tu poder, de mi ignorancia á tu sabiduría, de mi pequeñez á tu grandeza!

Por la ciencia, por la contemplación de la verdad, podemos llegar, pues, al conocimiento, á la admiración y amor divinos, acercándonos más y más á Dios según vamos profundizando en el conocimiento de sus portentosas obras. Tan cierto es que la ciencia aproxima á Dios y que la verdad es el medio de llegar al fin glorioso de la sabiduría. *Santificálos con tu verdad,* dice el Salvador dirigiéndose á su Eterno Padre. *Yo vine á la tierra á abrasarla en el fuego del divino amor,* dice á sus discípulos; y seguramente por medio de esta verdad eterna es como puede llegar rápidamente el hombre á la posesión de la perfecta y cumplida caridad.

FINIS SAPIENTIAE, CHARITAS.

La caridad es el complemento y el fin verdadero y legítimo de la sabiduría. *Dilectio Dei honorabilis*

sapientia. La caridad es sabiduría gloriosa. Y ciertamente, habiendo sido creado el hombre para Dios, ¿de qué manera puede acercarse y unirse á Él en esta vida más que por esta virtud grandiosa? Si el amor recíproco de los seres los como identifica y compenetrar, por eso la caridad diviniza al hombre y le sublima á las purísimas regiones de lo infinito. Así es como la caridad es la reina y madre de las demás virtudes: es la virtud por antonomasia; es, si se quiere, la única virtud. *Porque la caridad, dice San Pablo, es paciente, es benigna, humilde, recta, desinteresada, pura; de nadie piensa mal; no es envidiosa; no se goza de la iniquidad, mas se goza de la verdad; todo lo sobrelleva; todo lo cree; todo lo espera; todo lo perdona.* Y en todos estos rasgos de la verdadera caridad, ¿no van incluidas todas las demás virtudes como sus lógicas consecuencias? La caridad es propiamente la virtud, y mal se tendrá por virtuoso quien no tenga caridad. ¿De qué le sirve al hombre todo lo que puede hacer, decir ó pensar, si no tiene caridad? Pues como dice el Apóstol, *si yo hablara lenguas de hombres y de ángeles; si tuviera el don de profecía y supiera todos los misterios y cuanto se puede saber; si tuviera la fe que traspasa los montes y entregara mi cuerpo para ser quemado, y no tuviera caridad, nada soy.* La caridad es todo, y sin esta virtud divina no hay nada que sea de importancia delante de Dios. La caridad, pues, es el fin legítimo de la sabiduría y el verdadero y único fin del hombre durante su peregrinación por la Naturaleza, fin glorioso que es el principio de su vida bienaventurada. Por eso el hombre no debe nunca olvidar su necesario fin ni posponerle á otros fines contingentes y secundarios. Y así como su cuerpo arde sin cesar é inconscientemente en el oxígeno atmosférico, así su espíritu debe arder voluntariamente en la lumbre eterna de la caridad. Si el astro diurno, centro de los planetas, es el sol esplendoroso de nuestros cuerpos, el Divino Astro, centro de los espíritus, es el sol resplandiente y glorioso de nuestras almas. Y si las fuerzas de nuestro cuerpo son en verdad flacas y miserables, en cambio la caridad, fuerza divina de nuestro espíritu, es más poderosa, mucho más poderosa que toda la creación material con sus formidables y gigantescas moles. ¿Y esto por qué? Porque la caridad, como sublime emanación divina, participa y es una comunicación de la omnipotencia y de la grandeza del Señor.

Conocidas la esencia é índole de la sabiduría; apreciadas en lo que valen su significación é importancia, á nadie extrañarán los merecidos elogios que en todos los tiempos se le han tributado y las justas alabanzas que tanto la prodiga la Sagrada Escritura. *Bienaventurado, dice, el hombre que halló la sabiduría y que es rico en prudencia.* *Porque con la sabiduría están las riquezas y la gloria, la opulencia y la justicia.* *Quien la hallare hallará la vida y sacará salud del Señor.*

La sabiduría es verdaderamente la riqueza más preciosa del hombre, pues es el único camino que conduce á Dios y la prenda segura de la eterna bienaventuranza. El hombre, imagen de Dios, para llegar á su divino modelo, ha de poseer la sabiduría, que es imagen divina, mucho más esplendorosa y perfecta. *Porque la sabiduría, dice el sagrado Libro, es resplandor de la luz eterna y espejo sin mancha de la majestad de Dios é imagen de su bondad.* La sabiduría es el lazo divino que une al hombre con Dios, constituyendo como un principio, un medio y un fin muy semejantes y parecidos.



La sabiduría es, pues, el único medio de llegar á Dios, fin del hombre, grandioso y necesario. El hombre, para ir á Dios, irremisiblemente ha de pasar por la sabiduría. *Nadie puede ir al Padre sino por el Hijo,* dice Jesucristo. Este es aquel verdadero, sublime é incommensurable lazo que une al hombre con Dios. Él es la esencial Sabiduría, portentoso Mediador, Síntesis divina de todo lo existente. *Yo soy el camino, la verdad y la vida,* dice á sus discípulos; y sin la bondad y los méritos de esta encarnada y eterna sabiduría nunca hubiera podido llegar el hombre á la realización de su glorioso destino. ¡Cuán pocos son, sin embargo, los que conocen y practican la verdadera sabiduría! ¡Cuántos los que ignoran sus gloriosos caminos! *Stultorum infinitus est numerus.*

¡Y cuántos son los que yerran el camino de la verdad! Yerra el camino de la verdad el engreído filósofo y mal llamado sabio, que con sutilezas y sofismas pretende divinizar la humana razón olvidándose de Dios, como si Dios no latiera en la Naturaleza lleno de abrumadora Majestad. Yerra el camino de la verdad el iluso y soberbio sectario que quisiera como secuestrar y monopolizar el catolicismo para determinado partido, como si el catolicismo por su universalidad y grandeza pudiera caber en los estrechos moldes de mezquina agrupación política. Yerra el camino de la verdad el hipócrita miserable, que con prácticas exteriores y aire fingido de piedad atropella con la justicia y lleva su corazón muerto a los nobles impulsos de la caridad y misericordia. Yerran el camino de la verdad aquellos engreídos y necios tiranos cuyo placer es envilecer y humillar al hombre, como si éste no fuese imagen divina y el Rey de la Creación. Yerra el camino de la verdad el infeliz pecador, que remolcado por sus pasiones aborrece la sabiduría porque la sabiduría es exorcismo a los pecadores. Han errado, por fin, del camino de la verdad aquellos desgraciados precitos, que desde el fondo de su eterna desdicha, no cesan de clamar, según la Escritura: *Ergo erravimus a via veritatis et justitiae lumen non luxit nobis, et sol intelligentiae non est ortus nobis*. Luego hemos errado del camino de la verdad y la luz de la justicia no nos ha alumbrado, ni el sol de la inteligencia ha nacido para nosotros. El hombre verdaderamente sabio es aquel que viviendo fundado en la justicia, aspira al ambiente de la verdad y siente latir su corazón al soplo divino de la caridad y misericordia. No es propiamente sabio el hombre sólo por poseer muchos conocimientos, pues aunque los poseyera todos, ¿de qué le valdría todo esto si le faltaba la caridad? ¿De qué sirve la ciencia sin la virtud? De poca cosa, pues sus efectos y productos nunca podrán traspasar los cortos límites de nuestra terrena existencia y nunca puede por sí sola calmar las inquietudes y la sed de nuestro corazón formado expresamente para Dios: y si a Dios se sube por la verdad, sólo se alcanza por la virtud: sólo se posee por la caridad. La ciencia es perla hermosa cuyas divinas cualidades nadie osará negar; pero es mucho más preciosa engastada en el oro resplandeciente de la virtud. Si la ciencia ha de remontarse en sus nobles aspiraciones, necesita apoyarse en las alas divinas de la caridad y de la justicia, si ha de vislumbrar algo de aquellas clarísimas e inaccesibles regiones que hacían exclamar a San Pablo: *O altitudo divitiarum, sapientiae et scientiae Dei!* Oh profundidad de las riquezas, de la sabiduría y de la ciencia de Dios.

La verdadera y grandiosa sabiduría es el conjunto y la reunión de la virtud y la ciencia. La sabiduría está en conocer a Dios por la verdad, en servirle por la justicia y en amarlo y poseerlo por la caridad como a nuestro necesario y único fin. El es la infinita y esencial sabiduría; pues de modo absoluto están en El representadas la Caridad, la Verdad y la Justicia, constituyendo esplendorosa y sublime Trinidad.

Allí en regiones inmortales y a presencia de aquella claridad simplicísima, los sencillos e ignorantes del mundo, sabios serán; y los sabios de la tierra quedarán pasmados y atónitos a la contemplación de aquel océano infinito de luz, de verdad y sabiduría.

A los que pasamos por el mundo, bástenos saber que la verdadera y gloriosa sabiduría, y que está al alcance de todos, sólo consiste principalmente en la observancia y práctica de la virtud. *Dilectio Dei honorabilis sapientia*.

JOSÉ REVUELTA.

NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS

Brisas del mar, que a la gentil Valencia
Venís a acariciar las ricas galas
Y de sus flores la aromada esencia
Doquier lleváis en vuestras ténues alas:
Jardines, que meceís la patria mía
De perfumes en piélagos silaves,
Mientras de amor la arrulla y de alegría
Ledo trinando el coro de las aves:
Plácido Turia, que hacia el mar vecino
Deslizas tu corriente plateada,
Fertilizando en tu triunfal camino
La vega en la llanura dilatada:
Vega feraz, que en perennal guirnalda
La opulenta ciudad ciñes de encantos:
Bellos celajes de oro y esmeralda,
Que bajan a pintar ángeles santos:

Poética armonía, con que el cielo
Ostenta de natura los primores:
Bellezas de la luz, galas del suelo,
Perfumes, aves, cantos, resplandores...
¡Callad, callad...! cuando a la tierra miro,
Encantarme podrá vuestra armonía:
Hoy que hacia el cielo exhalo mi suspiro,
Sólo la luz del cielo me extasia.

Yo veo que esta luz encantadora
Llena a Valencia de esplendor sereno,
Más que ese sol que sus campañas dora,
Porque es la fe quien la encendió en su seno.

Alza la frente, por que el mundo vea
De esa luz los destellos, patria mía;
En ella el mundo tu ventura lea,
Que esa luz, bien lo sabes, es María.

Luz que irradia su rostro soberano,
Como un iris de paz y de alianza:
Luz que trasporta el corazón humano
A regiones de amor y de esperanza.

Que aunque en el cielo como reina brilla,
En regio trono entre ángeles sentada,
Para escuchar nuestra oración sencilla
Su faz al mundo inclina y su mirada.

Trasunto de su cédica ternura
La bella imagen que Valencia adora,
También inclina la mirada pura,
Para acoger a un pueblo que la implora.

¿Qué temerá este pueblo, si se abriga
Bajo la sombra de su augusto manto,
Donde su pena el corazón mitiga,
Donde en consuelo truecase el quebranto?

¿Qué temerá, si con humilde acento
Gracias le pide ante su altar de hinojos?
¡Ah! Bien lo sabe; su virgíneo aliento
Puede trocar en flores los abrojos.

El rudo batallar de las pasiones
Hará temblar a nuestros pies la tierra;
Vendrá a azotar soberbias presunciones
Hórrida peste ó sangüinaria guerra;

Pero alzará María el cetro de oro,
Con que su clemencia rige los imperios,
Y de salud y paz almo tesoro
Renacerá en los anchos hemisferios.

Cuando corta en la vega aridecida
El viento abrasador plantas y flores,
Y su esperanza al ver desvanecida,
Alza el colono al cielo sus clamores;

Cuando ronca tormenta se embravece,
Y estallan rayos, y retumba el trueno,
Y la ciudad de espanto se estremece,
Y tiembla el corazón de susto lleno;

Cuando la frágil nave en noche oscura
Sobre el airado mar perdida flota,
Y el marinero ve con amargura
Arrancado el timón, la entena rota;

Cuando angustiado un corazón palpita;
Cuando un suspiro se levanta al cielo,
Doquier que un alma en el dolor se agita;
Doquier que brotan lágrimas de duelo;

Siempre, como la aurora rutilante
Que el velo rompe de la noche umbría,
Sobre Valencia vigilando amante,
Viene sus males a ahuyentar María.

De los Desamparados Madre tierna,
La que fué con Jesús corredentora,
Fuerza será que en redención eterna,
Amparo dé al que sufre y al que llora.

Qué título tan dulce tomar quiso,
Cual si anhelara que al sonar su nombre,
Bajase hasta la tierra el Paraíso,
Y que feliz cual Ella fuese el hombre.

Corre ¡oh Valencia! con jazmín y rosas
A coronar sus aras reverente,
Y mezcla a sus fragancias deliciosas
El puro incienso de oración ferviente.

Los nobles timbres que tu historia esmaltan
Rinde a los pies de tu inmortal Patrona:
Que si bellezas y poder te exaltan,
Tu ardiente fe más grande te pregona.

Ven a su templo, ven; y al dulce canto
Que al trono elevas de la Virgen pura,
Responderá la voz del ángel santo,
Que al orbe anuncie tu eternal ventura.

JOSÉ PERIS Y PASCUAL, Puno.

(De la revista *Aporíes*.)

A SAN FERNANDO

SONETO

Santo, guerrero y rey a un tiempo mismo,
Y al par legislador; tal te presenta
La Historia a nuestros ojos, siempre atenta
La fe a ensalzar, la ciencia, el heroísmo.

Terror tu brazo fué del Islamismo,
Y en Córdoba y Jaén, tras lid sangrienta,
Y en Sevilla después, por tí se ostenta
La esplendorosa luz del Cristianismo.

Recibe ¡oh gran Fernando! el homenaje
De gratitud y amor, que te prestamos
Cuanto rindiendo culto y vasallaje
A Patria y Religión, de tí esperamos
Ver grande a España, y fuerte, y vencedora,
Cual tú lo fuiste ante la gente mora.

FERNANDO DE GABRIEL Y RUIZ DE APODACA.

LA PALMA BENDITA

I



La bendición de las palmas el domingo de Ramos es una de las ceremonias más imponentes y majestuosas con que la Iglesia recuerda los misterios de nuestra santa Religión.

En todos los templos de la cristiandad se celebra tan solemne acto a la misma hora, y siempre con asistencia de un numeroso concurso que oye con el mayor recogimiento las preces de la Iglesia, y presenta a la bendición del ministro de Dios preciosas palmas y delicados ramos, para conservarlos después como objetos de inestimable precio, puesto que han sido bendecidos en memoria de aquellos ramos que el pueblo de Israel presentaba a Jesucristo a su entrada triunfante en Jerusalén.

En muchos pueblos donde eso que se llama desprecupación no ha sentado todavía como verdades absurdas más ó menos impíos, es creencia general que una palma ó un ramo, benditos el domingo de Ramos en la iglesia, preserva de los rigores de la suerte al fiel cristiano que lo guarda cuidadosamente, y aleja de su hogar la discordia, el hambre y las enfermedades.

Los *esprits forts* de nuestros días se reirán seguramente de estas *puerilidades*, de estas *preocupaciones*; pero tanto peor para ellos.

No por eso renunciaré, carísimas lectoras, a referiros una sencilla historia que oí contar en mi infancia a mi pobre abuela, señora que sin ser lo que se llama una santurrón, sabía mucho más de religión que muchos de los modernos filósofos y de los flamantes reformadores que por ahí andan predicando las excelencias de lo que llaman su doctrina, sin que haya tal vez entre ciento, dos que pueden dar razón de la doctrina cristiana que aprenden los niños en la escuela.

Pero no hagamos observaciones, que pueden ser inútiles, y vamos al cuento de mi abuela.

II

Pues, señor, esto era en Roma, en el domingo de Ramos.

Como siempre, se celebraba la bendición de las palmas con asistencia del Sumo Pontífice, en la Basílica de San Pedro, en la capilla Sixtina, llamada así, porque su fundador fué el Papa Sixto IV, y muy célebre por los preciosos frescos que en ella pintó Miguel Ángel y que representan el Juicio final.

Bajo la hermosa cúpula de aquel soberbio templo se hallaba aquel día un inmenso gentío presidido por el Soberano Pontífice, que, como todos los Cardenales, tenía en la mano la palma bendita.

Entre los cristianos que llenaban la iglesia no había uno solo que no la tuviera también; solamente algunas señoras tenían ramos caprichosamente dispuestos por ellas mismas, ó comprados a la puerta del templo, donde aquel día se colocaban gran número de ramilletes; viejas unas, jóvenes y lindas otras, y todas seguras de no perder el trabajo, pues aunque eran muchos los ramos y las palmas que llevaban a la venta, eran muchos más los devotos que acudían a bendecirlos para conservarlos luego, como precursores seguros de paz y bienandanza.

Entre las vendedoras de ramos había una pobre niña de unos quince años, hermosa como un serafín; pero la pobrecita era paralítica, y para andar con mucho trabajo tenía que apoyarse en dos muletas.

Desde las siete a las diez de la mañana, no había logrado la triste vender uno solo de los ramos, que cuidadosamente colocados en una cesta ofrecía a los transeúntes.

La pobre niña veía pasar a todos indiferentes, y comprar los ramos a las vendedoras que les salían al encuentro, ofreciéndoselos y ponderando de paso la fragancia de las flores y encareciendo la economía del precio.

Lloraba la paralítica, mirando tristemente sus flores, y entre sollozos y suspiros se la oía murmurar:

— ¡Madre mía! ¡Madre mía!

Las demás, ó no la miraban siquiera, ó viéndola sola al lado de sus flores, sin que hubiera un alma buena que se acercara á comprarle un ramo, la saludaban con chistes más ó menos oportunos, añadiendo con perversa intención alusiones más ó menos groseras á la horrible enfermedad que la impedía correr de un lado á otro con la cesta y despachar en breve tiempo las palmas y los ramos, metiéndolos, como suele decirse, por los ojos á los compradores.

Ya se disponía la pobre á retirarse, cuando de un coche que había parado muy cerca de ella, tan cerca que por poco pasan las ruedas por encima de sus desdeñadas flores, bajó una señora joven y hermosa, ricamente vestida y que tanto por su distinguido porte, como por las armas pintadas en el carruaje, parecía pertenecer á la más elevada clase.

La hermosa dama fijó en la triste niña unos ojos, que hubieran hecho correr á un servidor de ustedes detrás de ella por mar y tierra, y á pie y á caballo, y se detuvo al ver qué profunda tristeza se retrataba en el pálido rostro de la joven ramilleteira.

— Señora, llevadme una palma; se atrevió á decir ésta, alentada por la dulcísima expresión de los ojos de la encopetada dama.

— Sí, que la llevaré, hija mía, contestó acercándose á la cesta. Pero ¿qué tienes, niña? ¿Por qué lloras?

— ¡Ay, señora! desde las siete estoy aquí, y esta es la primera palma que vendo...

— ¡Pobrecita! ¿Las has hecho tú?

— Sí, señora; dos días he estado haciéndolas... y tengo que volverme con ellas á casa... ¡Y yo que creía poder llevar hoy algo á mi madre y á mi hermano, que están muy malitos y no tienen que comer!

— ¿No tienen que comer...? repitió la elegante señora, visiblemente conmovida.

— No, señora, no tenemos nada... Cuando mi padre vivía, era otra cosa... Trabajaba, y siempre nos traía pan; pero el otro día, cuando lo estábamos esperando para que nos diera la cena de costumbre, lo trajeron cuatro hombres...

— ¡Muerto!

— Sí, sí, señora: se había caído desde el tejado de una casa que están haciendo ahí cerca, en aquella calle...

— ¡Infeliz! exclamó la señora, y al mismo tiempo puso en las manos de la ramilleteira algunas monedas de oro que la inocente miraba y remiraba, no acertando á calcular sus valor, pero comprendiendo que no podía valer tanto una palma, ni todas las que juntas con los ramos había llevado á vender.

— Vé, hija mía, añadió la caritativa señora, vé á llevar á tu madre y á tu hermano ese dinero: con él no os podrá faltar pan en tres ó cuatro meses...

La niña no podía responder; las lágrimas ahogaban su voz; la gratitud que llenaba su alma no la permitía pensar; quería hablar y no sabía qué decir.

Pero al fin, después de un momento, se quitó una cinta que llevaba al cuello, pendiente de la cual había una cruccita de plata, pero de escaso valor, ató la cinta á la palma más bonita, y se la presentó á la buena señora, diciéndole con una voz dulce como la de la gratitud:

— Tomad, señora, esta palma y esta cruz que me dió mi padre, como una preciosa reliquia, para que fuera feliz en el mundo; yo lo soy ya con haberos conocido; mi padre tenía razón; esta cruz da la felicidad.

La bella dama tomó la palma y besó la cruz, y se despidió de la niña, encantada de la rara inteligencia que en tan cortos años descubría aquella desdichada criatura.

III

Encantados quedaron también la madre y el hermano de la ramilleteira, cuando la vieron volver con todas las palmas y todos los ramos, y presentándoles las monedas de oro, les refirió con todos los detalles la buena fortuna que tuvo en hallar á aquella noble señora, sin ocultar por supuesto el obsequio que había querido hacerla en pago de tan rara generosidad, de la cruz de plata, prenda la más estimable para ella, pues que procedía de su desdichado padre.

No llevó muy á bien el hermano lo hecho por la niña, porque siendo aquella cruz un recuerdo de su padre, creía tener tanto derecho á su posesión como ella, ó acaso más; pero al fin se resignó, en gracia del excesivo precio á que la buena señora había pagado la palma bendita.

Desde aquel día, ni uno solo faltó el pan en la casa de la pobre familia, que hubiera sido completamente feliz con su pobreza, si el demonio que no tiene otra ocupación que hacer un infierno de cada

casa y en cada familia, apoderándose del alma de algunos de sus individuos, no hubiera hecho que el hermano de la ramilleteira, en vez de ser un hombre honrado y temeroso de Dios, fuera un holgazán sempiterno, dado á todos los vicios conocidos y alguno más, muy amigo de vivir sobre el país, y gastador del caudal ajeno, que con no poco trabajo ganaban su madre y su hermana.

El tal hizo en poco tiempo tan rápidos progresos en la carrera del vicio, que acabó por huir de la casa paterna, y unirse con otros tales, que de vicio en vicio, de garito en garito, le llevaron á la triste práctica de procurarse lo ajeno contra la voluntad de su dueño, práctica en la que se hizo tan práctico en breve tiempo, que donde ponía el ojo ponía la mano, y donde ponía la mano no quedaba ni un objeto, valor de dos cuartos, ni un ochavo para mandar cantar á un ciego.

IV

Cuatro años después un hombre joven aún, pero de rostro feroz y mirada siniestra, se introdujo á favor de la oscuridad de la noche en la casa de la condesa de...

Aquel hombre, envuelto en una ancha capa, llevaba en una mano una linterna y en la otra un puñal.

Después de atravesar galerías y salones, penetró en un rico gabinete, y se dispuso á hacer saltar la cerradura de una mesa; pero apenas comenzada su infame acción, se detuvo, oyendo ruido de pasos.

Una mujer extremadamente hermosa apareció á la puerta del gabinete con una luz en la mano.

Al hallarse frente á frente de aquel hombre, la señora quiso retroceder y gritar; pero el ladrón, blandiendo el puñal, se arrojó sobre ella, y le puso bruscamente la mano en la boca.

Un segundo más, y el puñal del asesino se hubiera clavado en el pecho de la hermosa dama... Pero el puñal cayó al suelo, y aquel hombre de rodillas á los pies de la condesa.

Cuando amagaba con el puñal á la noble señora, aquel hombre había visto sobre un reclinatorio una palma, seca ya, en la que había atada una cinta y pendiente de ésta una cruz de plata.

El ladrón era el hermano de la ramilleteira, que al ver la palma y la cruz, conoció inspirado por Dios, que aquella mujer á quien villanamente iba á asesinar era la misma que los había salvado de morir de hambre el domingo de Ramos, que su madre y él esperaban para poder comprar pan el producto de la venta de las palmas y los ramos que había llevado la parálitica.

El miserable lo confesó todo á la condesa, no ocultándole que había abandonado la casa de su madre.

Y la condesa desatando la cinta de la palma se la entregó diciéndole severamente:

— ¡Id á devolver esa cruz á vuestra hermana; referidle lo que habéis hecho y lo que yo he hecho; pedid perdón á vuestra madre y sed en lo sucesivo hombre honrado.

Cuando la condesa quedó sola, exclamó:

— ¡No en vano guardé yo con tanto cuidado esta palma bendita!

V

La palma bendita salvó de la miseria á tres seres abandonados, de la muerte á una noble y hermosa señora, y del cadalso á un asesino que, según se supo después, se hizo hombre honrado, y en largos años de trabajo, economía y honradez expió las graves faltas que cometió en su juventud cuando el demonio le había tomado por su cuenta.

CARLOS FRONTEIRA

NO HAY QUE EXAGERAR

I

A LOS DOCE AÑOS.



Don Simplicio, ¿y el muchacho?

— No me diga usted nada del muchacho. Estoy encantado. ¡Qué chico tan listo! Se pasmaría usted; no coge libro que no aprenda. Su maestro está loco. Dice que es una alhaja, y como uno al fin es padre, se le cae la baba.

— Supongo que procurará usted darle una buena educación.

— No faltaba más. Mucho que sí. Mire usted, aun no ha cumplido trece años y ya le he puesto seis profesores.

— ¡Atiza...!

— Sí, señor; lo que usted oye, seis profesores: uno de matemáticas, otro de francés, otro de música, otro de equitación, otro de esgrima, otro de baile y otro de...

— ¡Ave María Purísima! ¿Dónde va usted á parar, D. Simplicio? Es decir que á estas horas el muchacho de usted canta, baila, monta, cuenta, y además habla para que no lo entienda usted. No me parece mal; pero vamos al caso: ¿qué tal anda de doctrina cristiana?

— ¡Qué cosas tiene usted, tío Matraca! Ya se supone que eso lo aprenden los niños en la escuela.

— ¡Ah! con que ya se supone; es decir, que usted supone que cuando niño le enseñarían la doctrina como podrían enseñársela á un papagayo, con lo cual usted se da por satisfecho, y aquí paz y después gloria.

— Vaya, hombre, no hay que exagerar ciertas cosas.

— Sí, ya entiendo; no hay que exagerar la doctrina cristiana, aunque se exagera todo lo demás, ¿no es esto? Pues nada, Sr. D. Simplicio, al tiempo, que es buen maestro y nos dirá dónde están las verdaderas exageraciones.

II

A LOS VEINTE AÑOS.

— D. Simplicio, ¿le ha escrito á usted el muchacho?

— No, señor, hace tiempo que no me ha escrito; pero supongo que estará bueno.

— Pues suponer es; porque bien pudiera estar malo.

— ¿Acaso sabe usted algo?

— De su salud nada de particular; pero de su conducta... alguna cosilla.

— ¡Hombre... respíro!

— ¡Ah! ¿con qué respira usted porque no está enfermo del cuerpo, y se queda usted tranquilo aunque lo esté del alma?

— Hombre, no digo tanto.

— Pues advierto á usted que me escribe un amigo diciéndome de él cosas muy graves. Su hijo de usted no duerme una noche en su casa; pasa el tiempo en los cafés y en otros sitios peores; habla de religión como un salvaje; lleva una vida relajada; frecuenta el trato de gentes impías; en una palabra, que si no es ya un perdido de remate, está muy cerca de serlo.

— ¡Caramba con el muchacho! Pues diga usted si le doy consejos. — Pepe á los libros; — le digo, déjate ahora de tonterías, que ya tendrás tiempo de divertirte.

— ¡Ah! ¿con qué á todo eso llama usted divertirse?

— Hombre, enténdame usted. No hay que exagerar tanto. A los muchachos conviene entenderlos y no hacer demasiado caso de sus cosas. Eso sí, yo quiero que mi hijo estudie. Lo primero es antes. El hombre sin carrera no es hombre.

— Y el hombre sin religión ¿qué es?

— Le diré á usted...

— No; quien dirá soy yo. El hombre sin religión es una fiera que acaba por devorarse á sí misma después de haber dañado mucho á los demás.

— ¡Caramba, tío Matraca, siempre va usted á parar al hoyo! Yo no digo que no haya uno de tener religión; pero considero que no se deben exagerar tanto esas ideas. El muchacho sabe ya dónde le aprieta el zapato; es ya un hombre, y... ¡si viera usted que artículos escribe!

— ¡Ah! ¿con que escribe artículos?

— Sí, señor, en *El Despertador*; un periódico de los más avanzados. Ha poco escribió uno magnífico sobre la educación libre de la mujer.

— Buenas andarán las mujeres que él eduque.

— Pues mire usted, ha gustado muchísimo.

III

SEIS MESES DESPUÉS.

— ¡Tío Matraca de mi vida!!

— D. Simplicio de mi alma, ¿qué le pasa á usted?

— Una cosa terrible, una cosa horrorosa: mi hijo se ha suicidado.

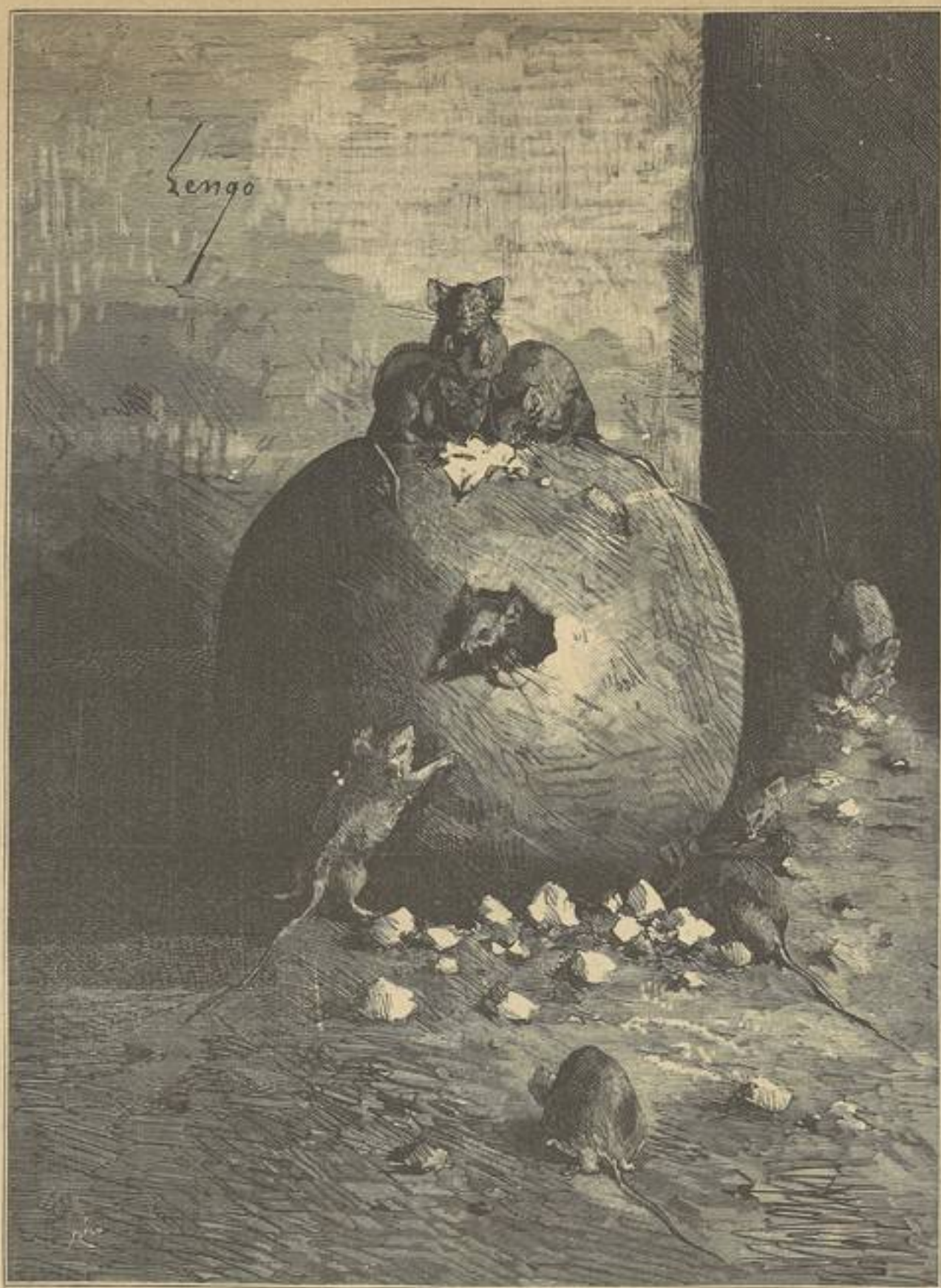
— ¿Qué está usted diciendo!

— Lo que usted oye. ¡Hijo de mi vida!! ¡Ya no existe!! ¡Lo he perdido para siempre!! Mire usted que carta:

Querido papá: Siento darte un disgusto, pero no hay más remedio. Estoy enfermo, entrampado, aburrido y no quiero vivir más.

Quizá debí descubrirte antes mi situación; pero ¿qué remedio podías darme tú? Ninguno.

Me hubieras llenado de consejos la cabeza, y lo



LA PROPIEDAD ES UN ROBO.

que yo necesitaba era llenar mi corazón, cosa que jamás he conseguido.

— Sí, debo declarártelo francamente: no creo ni puedo creer en nada. Estoy convencido de que todo es mentira, y quizá esto me hace más desgraciado.

— ¿Qué es la vida más que un caos incomprensible? ¿Qué significa esta ansia de mi corazón que jamás he logrado calmar?

— No lo sé.

— Sólo sé una cosa cierta y positiva: que vivo entre tinieblas y dolores, y para vivir así prefiero quitarme la existencia.

— ¡Ojalá no me la hubieras dado nunca!

— Adiós; olvida para siempre a tu hijo. — PEPE. —

— ¡Para siempre! ¡para siempre! ¡Hijo de mi corazón! ¿Qué cosa más terrible, más espantosa, más atroz!

— Sí, Sr. D. Simplicio, muy espantosa, muy atroz, muy terrible; pero vamos... *no hay que exagerar.*

(De La Revista Católica, de Sevilla) A. C. Y G.

ANDRÉS EL PESCADOR

(Continuación.)

ANDRÉS tomó un ligero desayuno, se despidió de Betsabé y de su padre Julias, y acompañado de su hermano Simón hasta las afueras de la ciudad, se despidió de éste, y emprendió el camino por la ribera del Jordán.

Escasamente habría caminado Andrés unos diez estadios, encontró a Zumel, amigo y compañero de profesión, y joven como él, que estaba recogiendo las redes.

— Dios te guarde, Zumel, le dijo Andrés.

— Bien venido seas, Andrés. ¿Hacia donde te diriges?

— En busca de nuestro amigo Juan, el hijo de Zacarías. Quiero consultarle un caso, y como creo hallarle en esta dirección, la sigo hasta encontrarle.

— No tendrás que caminar mucho, porque debe estar muy cerca de aquí, en casa de Jeroboam. Esperando estaba recoger las redes para reunirme con él.

— En ese caso, iremos juntos.

Zumel recogió y dobló sus redes, auxiliado por Andrés, y ambos siguieron el camino que corría por la ribera derecha del Jordán.

Serían las diez de la mañana, cuando llegaron a la casa de Jeroboam. En ella estaba Juan, el hijo de Zacarías, que al verlos les salió al encuentro y les saludó afectuosamente.

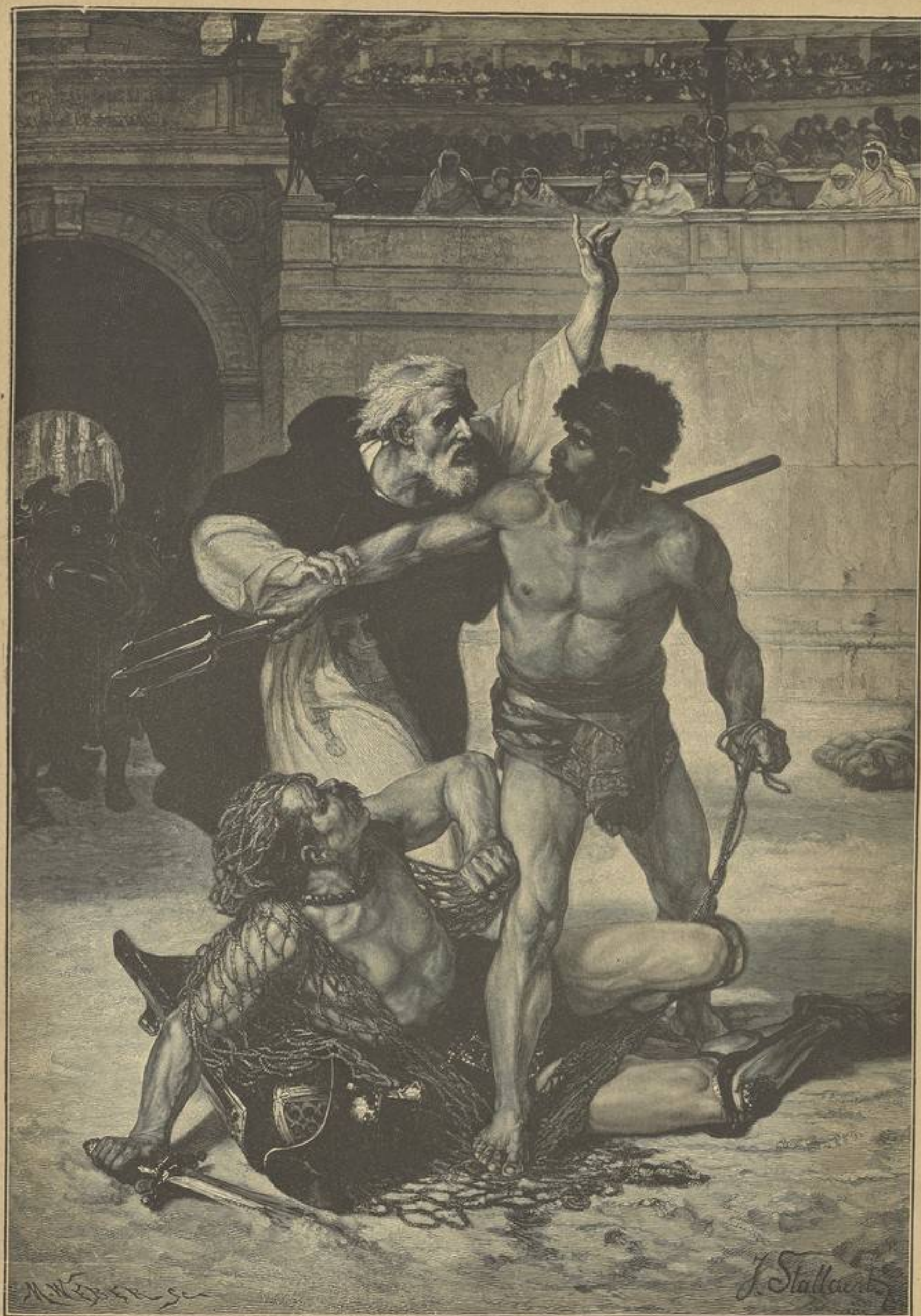
— En tu busca venía, maestro, le dijo Andrés.

— ¿Qué quieres de mí? le contestó Juan.

— Quiero referirte un hecho portentoso que me aconteció anoche.

— Ha sonado ya la hora de los portentos y de los hechos milagrosos, y por cada instante se verán más grandes. Pero refiérme lo que has visto.

Andrés principió a referirle su viaje a Cafarnaum,



LOS ÚLTIMOS CLAUDADORES.
(Cuadro original del pintor alemán Stallaert.)

en busca de los quinientos talentos de su padre Ju-
lias, al propio tiempo que saliendo de la casa de
Jeroboam, se dirigían hacia la orilla del Jordán,
del que ésta distaba unos quinientos pasos.

Cuando Andrés más embebido estaba en su rela-
ción, fijó su mirada en un Hombre que caminaba a
poca distancia del sitio en que se encontraban, y re-
conociendo en Él al mismo de quien estaba hablan-
do, al mismo que había visto y seguido a Cafarnaum,
suspendió su relato, y cogiendo el brazo de Juan,
le dijo:

— ¡Mira! señalando a Jesús; pues en efecto era
Él el que pasaba.

Entonces Juan, fijándose en Jesús, extendió los
brazos y dijo:

— He aquí el Cordero de Dios.¹

Andrés ya no se detuvo ni un instante, y corrió
tras de Jesús. Zúmel le siguió.

No tardaron mucho en darle alcance; pero en el
momento de ir a hablarle, fue tal y tan profundo el
sentimiento de respeto que sintió su alma, que ni
siquiera pudo pronunciar una palabra.

Jesús observó el embarazo de Andrés, y dirigién-
dose a él le preguntó:

— ¿Qué buscas?

— ¡Rabbi! — repuso Andrés, ¿en dónde moras?

— Venid y vedlo, repuso Jesús.²

Andrés y Zúmel le siguieron todo el día y casi
toda la noche. De lo que vieron y oyeron ellos
solos podían dar testimonio. Lo cierto y verdad es,
que al otro día muy temprano, Andrés estaba ya
de vuelta en su casa, en la que encontró a Simón,
su hermano, que le estaba esperando con impacien-
cia, y apenas le vio, le dijo:

— Simón, hermano mío, Hemos hallado al Mesías.
(Que quiere decir el Cristo).³

— ¿Qué es lo que dices, Andrés? Tu cabeza anda
trastornada.

— No, sino muy cuerda. Yo he visto al Mesías
verdadero, anunciado por los profetas.

— ¿Pero tú sabes lo que dices?

— Sé lo que digo; pero no exijo de ti que me
creas. Lo único que deseo es que vayamos a Él, y
tú podrás juzgar por ti mismo.

— ¿Dónde se encuentra?

— Cerca de aquí, pero aun cuando estuviera lejos,
la fama de su nombre nos conducirá a su pre-
sencia.

— Vamos primero a recoger nuestras redes, que
están en el mar.

— Vámonos, repuso Andrés.

— Id, y aquí os esperamos a la hora del desayu-
no, dijo Julias.

Betsabé no dijo una palabra; dió a su padre el
ósculo de paz, y como tenía de costumbre, se en-
tregó a las faenas domésticas.

Simón y Andrés se dirigieron a la playa; pero
antes de llegar, encontraron a Felipe, pescador
como ellos, y como ellos hijo de Bethsaida, que
estaba disputando con Nathanael, otro de sus com-
pañeros de profesión.

— ¿Cuál es el origen de vuestra contienda, her-
manos? preguntóles Simón.

— Me está diciendo Felipe, dijo Nathanael, que
ha hallado a Aquel de quien escribió Moisés en la
ley, y los profetas; a Jesús, el hijo de Joseph, el
de Nazaret.

— Eso estoy diciendo, y al nombrar a Jesús,
quiero decir al Mesías prometido en la ley.

— Y yo le digo, repuso Nathanael, que eso no es
posible, porque de Nazaret no puede venir cosa
buena.

— Y yo contesto, que venga conmigo, y lo verá.

— Precisamente de lo mismo estábamos hablan-
do mi hermano Andrés y yo. Mi hermano le ha vi-
sto, añadió Simón.

— ¿Tú le has visto? Preguntaron Felipe y Natha-
nael dirigiéndose a Andrés.

— Mi hermano ha dicho la verdad, y vamos a re-
coger nuestras redes para ir en busca suya.

— Ya lo oyes, Nathanael, y volviéndose a los dos
hermanos les dijo: Id y recoged vuestras redes, que
si vais, allí nos encontraremos.

Los dos hermanos se separaron de Felipe y Natha-
nael, y siguieron su camino en dirección a la
playa.

— También Felipe le ha visto! iba diciendo Si-
món, como hablando consigo mismo.

— ¡Y Nathanael no quería darle crédito! contestó
Andrés, y eso que Nathanael es un hombre justo.

— Nada tiene de extraño que no lo crea, Andrés,
no habiéndole visto. El suceso es tan extraordinario,
tan grande, que es preciso tener mucha fe en las

palabras de los hombres, como yo la tengo en la
tuya, para creerlo.

Hablando del mismo asunto, llegaron a la playa
ambos hermanos.

La mañana estaba hermosa; el mar tranquilo, sin
que la suave brisa que soplabá, fuera bastante a rizar
su tersa superficie.

— ¿Quieres que arrojemos al mar nuestras redes
por última vez, hermano? dijo Simón a Andrés. El
mar nos convida a ello.

— Hagámoslo como desees, repuso Andrés; y
ambos se dispusieron a realizar esta operación, que
tantas veces habían practicado juntos.

Cuando más entretenidos estaban en su trabajo,
vieron que un Hombre les estaba contemplando
desde la orilla, y a muy corta distancia de donde se
encontraban.

Andrés fue el primero que le vio y le gritó a su
hermano:

— ¡Rabbi!

Simón levantó la cabeza y fijó sus ojos en aquel
Hombre; pero los bajó al momento, no pudiendo
resistir el brillo de su mirada.

Entonces oyó aquella voz dulcísima que le decía:

— TÚ ERES SIMÓN, HIJO DE JONÁS; TÚ SERÁS LLA-
MADO CHEPHAS, QUE SE INTERPRETA PEDRO.⁴

VENID, VENID EN POS DE MÍ, Y HARÉ QUE VOS-
OTROS SEÁIS PESCADORES DE HOMBRES.⁵

No llegaron tan pronto a oídos de ambos herma-
nos aquellas palabras, cuando dejando las redes,
en el mismo estado que las tenían, siguieron a Jesús.

Pero la noticia de la aparición del Mesías corrió
por la ciudad con la rapidez del relámpago, y todos
sus moradores saltan a su encuentro.

Entre ellos se encontraban Julias y su hija Bet-
sabé.

Imposible nos sería dar una idea de la escena que
tuvo lugar entre Andrés y Betsabé, porque hay cua-
dros en la vida que la pluma es impotente a descri-
bir; y ni aun pudiéndolos describir, sería fácil for-
marse esa idea, no estando predispuesto nuestro
entendimiento y nuestro corazón a recibir tales im-
presiones.

Andrés se acercó a Betsabé, y le dijo:

— ¿Tú recuerdas, esposa mía, nuestra conversa-
ción de la pasada noche?

— ¡Téngola tan presente, como si resonaran en
este instante tus palabras en mis oídos.

— Ha llegado pues el momento que yo preveía.
El llamamiento ha sido hecho. ¿Tú que dices de
esto, Betsabé?

— Yo te digo que estoy orgullosa de que seas mi
esposo, y puesto que uno y otro hemos consagrado
a Dios todos nuestros pensamientos y nuestros actos,
no debemos hacer como los hipócritas que aparen-
tan una cosa y son otra, que ofrecen y no dan. Sigue
a Jesús, según te ha sido ordenado, que yo le segui-
ré también según los impulsos de mi corazón. Por-
que tengo la seguridad, que siguiendo ambos ese
camino al parecer distinto, nos hemos de encontrar
al fin, para no separarnos por toda una eternidad.

— Grande es el consuelo que tus palabras comu-
nican a mi espíritu, y al oírte expresar como lo ha-
ces, adquieres a mis ojos una tal magnitud que casi
me siento humillado. Sigamos, pues, nuestro camino,
y no cesemos de rogar a Dios para que tenga pron-
to término, ya que al fin hemos de encontrar la eter-
na felicidad. Cuida de nuestro anciano padre, mien-
tras que yo me pongo al servicio de nuestro Padre
común; del Eterno Padre.

Julias había estado oyendo el anterior diálogo,
con lágrimas en los ojos, y al oír la recomendación
de Andrés a su esposa, se arrojó en brazos de éste,
y le dijo:

— Adiós, Andrés, hijo mío; aunque te separes de
nosotros, es esta una separación momentánea, que
nos ha de unir más tarde en unión que no tendrá fin.
Parte, pues, ya que has tenido la dicha de ser llama-
do; pero puesto que he merecido ser recomendado
por ti al cuidado de mi hija, yo te ruego también
que intercedas por mí ante Aquel que puede usar
de misericordia con este pobre anciano.

Andrés correspondió, derramando abundantes lá-
grimas, a las afectuosísimas muestras de cariño de
Julias, su padre, y de Betsabé, su esposa, y corrió a
reunirse con Aquel, a quien había dado el nombre
de Rabbi, que en unión de su hermano Simón-Pe-
dro, y de multitud de gentes que seguían a Jesús,
caminaban por la orilla del mar.

No habían recorrido aún cuatro toesas, siguiendo
siempre la ribera, cuando echaron de ver a tres pes-
cadores, anciano el uno, y jóvenes y robustos los
otros dos. Eran estos Zebedeo y sus dos hijos San-
tiago y Juan, que estaban entretenidos en remendar
las redes. Y Jesús, levantando su voz, les dijo:

— VENID A MÍ, SANTIAGO Y JUAN.⁶

Y apenas aquellos jóvenes oyeron la voz que les
llamaba, se dejaron las redes y a su padre y le si-
guieron.

CAPÍTULO IV

SAN ANDRÉS APÓSTOL.

Nada más lejos de nuestro propósito que seguir
paso a paso el sagrado camino que recorrió el Hom-
bre Dios, el Salvador y Redentor del género huma-
no, durante su permanencia en este valle de lágrí-
mas, desde que dió principio a su predicación hasta
su gloriosa muerte. Cientos y miles de libros hay, en
cuyas páginas puede encontrar el cristiano innume-
rables motivos de meditación, sobre los hechos y
admirable doctrina de aquel divino Maestro; y me-
jor que en todos ellos, en el libro de los libros, en
los Santos Evangelios, fuente y origen de todos los
demás.

Pero si no nos proponemos relatar los hechos,
pasión y muerte del Hombre Dios, cumplenos sin
embargo dar a conocer los de uno de sus discípulos
predilectos, los de Andrés, el ínclito Apóstol, des-
de su exaltación al apostolado, hasta que sufrió el
martirio de Cruz.

Después de la muerte del divino Jesús, quedaron
todos sus discípulos tristes, afligidos y llorosos;
como ovejas a quienes falta el amoroso Pastor que
les proporcionaba abundante pasto y las guiaba y
defendía de sus enemigos. Pero si estaban tristes y
desconsolados, no les faltaba el ánimo que comuni-
ca la fe en las promesas de su Maestro; promesas
que esperaban ver cumplidas de un instante a otro;
porque aun resonaban en sus oídos aquellas pala-
bras que dijo en el momento de su gloriosa Asi-
censión:

«No toca a vosotros saber los tiempos ó los mo-
mentos, que puso el Padre en su propio poder.»

«Mas recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que
vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jeru-
salén, y en toda la Judea, y Samaria, y hasta las
extremidades de la tierra.»⁷

Desde el monte del Olivar, donde acaeció este
portentoso suceso, se trasladaron los Apóstoles a
Jerusalén; y hallándose reunidos en el cenáculo
Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tho-
mas, Bartolomé y Matheo, Santiago de Alpheo, Si-
món el Zeloso y Judas el hermano de Santiago el
Menor, orando con las santas mujeres y con María
la Madre de Jesús, y unos ciento veinte hombres
que les seguían, Pedro levantó la voz y les dijo:

— Varones hermanos: Doce éramos los discipu-
los de Jesús; pero uno le vendió, le entregó por
precio vil y miserable, y el mismo se dió muerte.
Conviene, pues, que de estos varones que han se-
guido a Jesús a todas partes se elija uno que sea
testigo con nosotros de su resurrección. Y dicho
esto, se designaron dos: Joseph, llamado Barsabas,
por sobrenombre el Justo, y Mathías, y echaron
suerte entre ambos, después de haber estado en
oración, a fin de que Dios se dignara señalar cuál
de los dos debía ocupar el lugar de Judas en el
apostolado; Mathías fué el designado por la suerte,
y con él fueron doce los Apóstoles.

Habían transcurrido 50 días desde la resurrección
de Jesucristo: era llegado el día de Pentecostés,
gran fiesta que celebraban los judíos, en memoria
del día en que recibieron la ley que Dios les dió en
el monte Sinaí. Los doce Apóstoles se encontraban
reunidos en un mismo lugar, dentro de la ciudad
de Jerusalén, orando como tenían de costumbre,
cuando de repente, un estruendoso ruido como de
viento que sopla con gran ímpetu, penetró violenta-
mente por toda la casa, y sitio donde se encon-
traban los Apóstoles, é inmediatamente aparecieron
en el espacio unas llamas ó lenguas de fuego, ven-
do a posar cada una de ellas sobre la cabeza de
cada uno de los Apóstoles.

Desde aquel momento acaeció un fenómeno sin-
gular; cada uno de aquellos en quien se había po-
sado la llama principió a hablar en distinto idioma
del que había usado hasta entonces; y al esparsirse
por la ciudad, predicando en aquellas lenguas des-
conocidas para ellos, alabando, ponderando las
grandezas de Dios, los hijos de Jerusalén, que no
comprendían tal milagro, creyeron que los Apósto-
les hablaban disparates, por efecto del mosto de
que estaban llenos sus cuerpos, según decían; pero
como al propio tiempo oían sus discursos las gentes,
que de todas las naciones del mundo moraban en
la ciudad, les replicaban diciendo:

— No son disparates lo que hablan, ni es el mos-
to, como decís, lo que les impulsa a ello; porque

¹ Evang. de San Juan, cap. 1, ver. 36.

² Maestro.

³ San Juan, cap. 1, ver. 38 y 39.

⁴ Evang. de San Juan, cap. 1, ver. 41.

¹ Evang. de San Juan, cap. 1, ver. 44.

² Evang. de San Mateo, cap. 19, ver. 12.

¹ San Mateo, cap. 19, ver. 28.

² Hechos de los Apóstoles, ver. 7 y 8.

pronuncian perfectamente mi lengua, decían los Partos, y lo mismo los Medos y los Elamitas y los habitantes de la Mesopotamia y Judea, Capadocia, Ponto y Asia, Frigia y Pamphilia, Egipto y Libia, Cirene y Roma, Creta y Arabia, y, en fin, de todas las diferentes regiones del mundo.

Entonces Pedro, puesto al frente de los once Apóstoles, levantó la voz y les dijo:

— Varones de Judea, y todos los que habitáis en Jerusalén, oíd mis palabras con atención. Estos que veis no están embriagados, como suponéis, siendo como es aún la hora de tercia. Lo que estáis presenciando ya fué dicho por el profeta Joel.

«Yo derramaré mi Espíritu sobre toda carne, (dice el Señor) y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros mancebos verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños. Y daré maravillas arriba en el cielo y señales abajo en la tierra, sangre y fuego y vapor de humo.» Con estas y otras muchísimas razones, les exhortaba diciendo que se arrepintieran, y bautizaran en nombre de Jesús, porque de aquel modo les serían perdonados todos sus pecados, recibiendo el Don del Espíritu Santo.

Muchos se convirtieron en aquel día; cerca de tres mil; abrazaron la doctrina de los Apóstoles, que atestiguaban sus palabras con portentosos milagros. Esto, como era de suponer, debía llamar la atención de los sacerdotes y magistrados y despertar su encono contra ellos.

Mandáronles prender y encerrar en la cárcel, y ésta fué la primera persecución que sufrieron los Apóstoles, aunque poco duradera; porque al otro día les pusieron en libertad, ordenándoles que nunca más hablasen ni enseñasen en nombre de Jesús.

A pesar de aquellas amenazas, la predicación siguió, y los milagros hechos por los Apóstoles no tenían fin; y las gentes que se convertían a la ley de Dios, por virtud de aquella predicación, iban cada día en asombrosa progresión.

Otra vez fueron prendidos y encerrados en la cárcel los Apóstoles; pero al llegar la noche, un Ángel del Señor les abrió las puertas y les dijo:

— Id a predicar al templo. Y al templo se dirigieron muy temprano y se pusieron a predicar con la misma tranquilidad que si nada les hubiera acontecido.

El príncipe de los sacerdotes y muchos escribas y fariseos, con los ancianos de Israel, se habían reunido en concilio aquella misma mañana, y como creían tener a los Apóstoles encerrados bajo llave, mandaron por ellos, a fin de que comparecieran a su presencia y poderles interrogar a su placer. Pero he aquí que al poco rato vuelven los enviados y les dicen:

«Fuimos a la cárcel, según vuestra orden, y aunque hemos encontrado las puertas muy bien cerradas y los centinelas en sus puestos vigilando, al penetrar en su interior, a nadie hemos encontrado. Aquellos hombres no están allí; han huido sin advertirlos los guardias.»

Calcúlese cuál se pondrían de furiosos los que formaban el Sanedrín. Ya se disponían a enviar gentes en todas direcciones para prenderlos, cuando se presentó uno y les dijo:

— Los hombres que mandásteis prender y encerrar en la cárcel ayer tarde, acabo de verlos ahora mismo en el templo, predicando y enseñando al pueblo; se conoce que temen poco vuestros castigos, cuando así desafían el poder del Sanedrín.

Aquella noticia les llenó de gozo, é inmediatamente fué en su busca el magistrado del templo con sus ministros.

La intención del magistrado no era otra que la de prenderlos con violencia y conducirlos ante el tribunal; pero se contuvo en vista de la actitud del pueblo, que en manera alguna hubiera consentido que fueran atropellados unos hombres que tales palabras de verdad y de justicia predicaban, y que con tales milagros acreditaban sus palabras. El magistrado consideró que si empleaba la fuerza para verificar la prisión se exponía a ser apedreado y prefirió emplear las palabras más suaves y persuasivas a fin de que le acompañaran por voluntad propia. Y así fué.

Los Apóstoles siguieron de buen grado, y comparecieron de nuevo ante el concilio.

— Os hemos mandado que cesarais en vuestras necias predicaciones; les decía el príncipe de los sacerdotes; y vosotros, en vez de obedecer continuáis embaucando al pueblo, a quien habéis llenado de esa doctrina. En su vista, pues, os mandamos que os abstengáis de incurrir en reincidencia, ó seréis severamente castigados. Ya lo sabéis.

— Sí, ya lo sabemos, contestaron los Apóstoles; entre los cuales se distinguía Andrés por su decisión y energía; pero también sabemos que se debe obe-

decir a Dios antes que a los hombres, y ese Dios, a cuyo Unigénito Hijo Jesús habéis mandado dar muerte en afrentoso madero, nos manda predicar la verdad a las gentes.

Al oír los del Sanedrín aquellas palabras, con tanta energía pronunciadas, se llenaron de furor, en términos, que los mandaron salir inmediatamente de su presencia, para deliberar en secreto el castigo que deberían aplicarles.

Hubo muchos que opinaron darles la muerte inmediatamente, y aun les parecía poco castigo en atención a la rabia de que estaban poseídos sus corazones; pero un tal Gamaliel, fariseo de los más poderosos y de los que mayor consideración gozaban entre los del concilio, tomó la palabra y dijo:

Soy de parecer, hermanos míos, que a nada conducen las medidas violentas que podamos emplear con esos hombres; puesto que lo único que conseguiremos es despertar más y más las simpatías del pueblo a su favor. Acordaos de lo que le sucedió a un tal Theodas: consiguió con sus discursos engañar a cierto número de gentes que le siguieron; pero conocido el engaño, aquellos mismos le mataron, y cuantos le habían dado crédito se dispersaron y nadie volvió a pensar en ellos. Recordad también lo de Judas el Galileo, que allá en tiempo del empadronamiento consiguió seducir a muchos incautos del pueblo, sufriendo el mismo fin que el anterior, y siendo dispersos también y aniquilados los que fueron bastante cándidos para dar crédito a sus palabras. Estos hechos que cito os probarán que no debemos meternos con esos hombres; porque si es mentira lo que dicen, pronto se desvanecerá esa mentira y ellos mismos perecerán a manos de los engañados; pero si por el contrario fuera verdad, y recibieran de Dios el poder, sería inútil que nosotros tratáramos de resistir al poder de Dios, porque nos estrellaríamos contra un imposible.

Las razones empleadas por Gamaliel, no tanto porque hubieran llevado el convencimiento al ánimo de sus oyentes, sino por la consideración y prestigio que este fariseo gozaba entre ellos, fueron oídas y aceptadas su consejo, en cuanto a no darles muerte, como tenían resuelto; pero no en cuanto a dejarles enteramente sin castigo.

De alguna manera habían de demostrar aquellos hombres el odio que sentían por los Apóstoles, y resolvieron que fueran azotados cruelmente en pleno Sanedrín, ni más ni menos que como se hacía con los esclavos que habían cometido alguna falta.

Así se verificó en efecto; los discípulos del Señor, puestos en manos de los sayones, fueron azotados y encarnecidos, amenazándoles con quitarles la vida, en el acto que volvían a reincidir. Después de tales amonestaciones, les pusieron en libertad. ¿Quién sería capaz de describir la alegría de los Apóstoles y particularmente de Andrés, por haber sufrido aquel afrentoso castigo, en memoria de su divino Maestro, cuya doctrina predicaban? Nadie; porque a decir verdad, su gozo no reconocía límites; en tales términos, que aquel cruel castigo sólo les sirvió de aliciente, de poderoso estímulo, para seguir predicando y defendiendo entre las gentes la saludable doctrina que habían aprendido de su divino Maestro, con más fe, con más decisión, a ser posible, que antes del castigo; y así lo hicieron.

(Se continuará.)

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

La Comisión nombrada por la Junta diocesana de Las Palmas (Canarias) para la colecta de fondos que ha de ofrecerse a Su Santidad con motivo de sus Bodas de Oro, comisión compuesta de los señores D. Vicente Delgado, el Conde de la Vega Grande, D. Pedro Díaz y Suárez, D. Juan Guerra Herrera, D. Hilario Brossosa, Pbro. C. M. L. D. Miguel Domínguez Suárez, D. Arturo Sarmiento Salom, don Gregorio de León, D. Mariano Oiz, D. Carmelo Z. Zumbado, D. José Franchy, D. Laureano Ramírez, D. Juan González, Pbro., y D. Domingo González Santana, ha dirigido a los habitantes de la isla una expresiva comunicación, haciendo resaltar los beneficios de dicha colecta.

«Esas limosnas, dice la comisión, son las que han de sostener, siquiera con una dotación mezquina y deficiente, las Congregaciones Romanas, sin las cuales sería imposible el gobierno de la Iglesia; esas limosnas han de mantener abiertas escuelas católicas, que hagan frente a las que con tanta profusión y exuberancia de recursos ha montado la impiedad; esas limosnas han de servir de sostenimiento a institutos religiosos y de beneficencia que la revolu-

ción hirió de muerte al despojarles de sus bienes, ocasionando con ello inmenso estrago en el campo católico; esas limosnas han de sostener al misionero que cae rendido por el hambre y la fatiga en países salvajes, penetrada su alma de dolor al ver agostarse, por falta de recursos, los frutos de sus sudores; esas limosnas, en una palabra, han de servir al Padre común de los fieles para ejercitar su misión universal de protección, de amor y de consuelo, y acudir a cualquiera parte del mundo donde sus hijos peligran ó exhalen un grito de dolor para sostenerlos y enjugar sus lágrimas.»

La cuestión empezó a dar desde los primeros momentos el resultado más satisfactorio.

Las demás comisiones trabajan también activamente.

La de objetos para la Exposición se propone resultados muy satisfactorios. El regalo diocesano será un hermoso relicario, verdadera obra de arte por lo elegante de su forma y lo rico de su composición. Débese su dibujo a D. Cirilo Moreno.

La comisión de cultos ha organizado tres Triduos que se celebrarán en San Francisco, en Santo Domingo y en la Santa Iglesia Catedral.

Además se han formado coros de señoras y de caballeros, bajo la protección de varios santos, para celebrar comuniones y rezar algunas oraciones ya repartidas; se formarán también coros de niñas para las oraciones.

Acaba de recibir el Rdo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá un ejemplar que de Roma le envían del magnífico y detallado plano de la Exposición. V en él aparece ya marcado el lugar que ocupará cada nación y Diócesis, figurando nuestra España con dos grandísimos departamentos paralelos en el ángulo Sud Oeste, que forman en dicha plaza las líneas rectas que señalan el sitio de las instalaciones respectivas.

En una de las principales poblaciones de la Diócesis de Vich viene recaudándose mensualmente una pequeña cuota entre los católicos de la localidad, a fin de tener para la conclusión del año actual una cantidad suficiente que sufrague los gastos del viaje a diez personas, sorteadas entre todas las que hubieran contribuido hasta la fecha del sorteo con la suma de diez pesetas. La caridad y el sacrificio de todos suple a la escasez de algunos, y los que quedan son solidarios en la peregrinación de los que van.

Al objeto de que la población de Villanueva y Geltrú esté dignamente representada en la celebración de las Bodas de Oro de Su Santidad, se ha constituido una numerosa Junta de caballeros y se ha aumentado la de señoras.

También se han constituido en Olot ambas Juntas parroquiales para promover y organizar la celebración del Jubileo Sacerdotal de Su Santidad León XIII, según el pensamiento iniciado por la Central de Bolonia y aceptado con entusiasmo por todo el mundo católico.

La Comunidad de Terciarias dominicas de Granada y las alumnas de su colegio obsequiarán a Su Santidad en sus Bodas de Oro con una elegante caja de raso-lana, guarnecida primorosamente por un bordado de oro de realce con encaje finísimo, figurando en el centro las armas pontificias. Además lleva dicha caja en su interior piezas de gusto delicado y exquisito trabajo, bordadas al relieve en finísimo hilo, para el servicio del cáliz en el Santo Sacrificio de la Misa.

En la tarde del 4 del corriente, y bajo la presidencia del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona, reunióse en los salones del Palacio Episcopal la Junta general Diocesana para la celebración de las Bodas de Oro de Su Santidad León XIII. Abierta la sesión, el secretario general, Dr. D. Antonio José Pou y Ordinas, dió lectura al acta de la última sesión celebrada, que fué aprobada por unanimidad. Acto seguido, los Sres. Presidentes y Secretarios de las diversas comisiones de caballeros y señoras que forman parte de dicha Junta Diocesana, dieron cuenta detallada de los trabajos verificados hasta la fecha y de los propósitos y deseos de que estaban animados para seguir adelante, a fin de que la Diócesis de Barcelona sea de las primeras en la celebración del fausto acontecimiento que solemnizará el orbe católico.

El Sr. Obispo manifestó la satisfacción que sentía por la actividad desplegada en los trabajos realizados hasta la fecha por todos los señores que constituyen las comisiones; exhortóles a que continuaran del mismo modo, y que aunaran sus esfuerzos para

obtener mejores resultados. Dirigiéndose a las señoras, les propuso que sería conveniente regalaran al Sumo Pontífice una rica joya de oro, y que, para costearla, cada señora se desprendiese de una de las suyas.

Designóse a la comisión del *Obolo* para que ella sola fuese la encargada de recaudar las cantidades que al efecto se remitiesen. El Sr. Aristides de Artigiano dió las gracias a S. E. I. por interpretar fielmente los deseos de toda la Junta Diocesana.

Terminada la sesión, rezóse un responso en sufragio del alma del Sr. Marqués de Casa-Brusi, quien formaba parte de una de las comisiones.

Su Santidad ha resuelto ya el sistema, igual para todas, que seguirá con las peregrinaciones católicas. Serán recibidas dentro de San Pedro, cerradas las puertas de la Basílica, pero dándose billetes de invitación a cuantos católicos lo deseen. Alzado el trono pontificio en el magnífico crucero del templo, presentarán sus homenajes al Padre común de los fieles los que lleven la representación de estas romerías. León XIII celebrará después el sacrificio de la misa en el altar papal, y volviendo al trono, admitirá a todos los peregrinos a la ceremonia de besar su pie y recibir la bendición apostólica. La canonización de los Santos tendrá lugar en la inmensa sala situada sobre el pórtico de San Pedro; pero colocándose el altar pontificio más en el fondo de lo que aparecía en la canonización de 1881, a fin de que el concurso pueda ser mayor y la solemnidad más imponente.

Su Santidad ha destinado 300.000 pesetas para la organización de la Exposición Vaticana, y en 22 de Julio del pasado año puso ya a disposición de los miembros de la Junta local encargada por el mismo de los trabajos preparatorios el patio llamado de la *Pigna*, en cuyo centro se ha erigido hace muy poco el monumento conmemorativo del último Concilio Ecueménico para que comenzaran las construcciones especiales ideadas por el Sr. Manucci; y después de examinar y aprobar los planos que éste le presentó, añadió todavía que si aquel espacio no era suficiente señalaría nuevos locales.

Tal es la importancia que da Su Santidad a la Exposición que, como aparece, tendrá lugar en los jardines del Vaticano y en el sitio que se conoce con el nombre de *Piazzetta de la Pigna*, cuyo patio ó plazoleta está cubriéndose con un extenso techo de cristal.

Hace más de seis meses que van llegando a la morada del actual Pontífice notabilísimos regalos de objetos varios de arte cristiano para ocupar un lugar en aquella, los que son recibidos por la Comisión que preside el Cardenal Schiaffino.

Muy ingenioso es el medio que han ideado los católicos de Bérgamo para hacer más fácil la peregrinación a muchos y que pudiera haberse imitado en otros países. Desde hace un año empezó una comisión debidamente autorizada a recibir cuotas voluntarias de 10 pesetas mensuales ó de 2'50 cada semana. Este dinero recogido se colocó a interés, para ser dividido entre los peregrinos. Si por cualquiera causa el que hizo la imposición no puede ir a Roma, se le devolverá la cantidad que dió, pero sin intereses y con el descuento de 10 por 100. Así, con pequeño sacrificio, los que vayan tendrán suficiente para el viaje y estancia en Roma.

Los Carmelitas Descalzos ofrecen una cruz papal, notable trabajo de orfebrería, con esmaltes alusivos al glorioso Pontificado de León XIII y otros que representan Nuestra Señora del Rosario y Santo Domingo, Santa Teresa, Santo Tomás, los cuatro Evangelistas, las armas pontificias y las de la Orden.

Han sido invitados todos los Seminarios del mundo católico a contribuir con especial donativo a la construcción de un monumento en honor de Santo Tomás de Aquino. La última lista publicada arroja un total de 19.465 francos, de ellos 1.200 suscritos por el Seminario de San Salpicio.

Bajo la iniciativa del Obispo de la Diócesis de Concordia será ofrecido a Su Santidad un álbum que contendrá el desarrollo de algunos temas científicos previamente señalados por el Prelado a algunos seminaristas, y enriquecido con preciosos escritos de los profesores y de algunos otros Sres. Sacerdotes de la Diócesis.

A este álbum se añadirá otro de carácter artístico, que contendrá un excelente trabajo del profesor Luis Botazzo, Inspector honorario de la música sacra de aquella Diócesis, consistente en una Misa a cuatro

distintas voces, escrita en la moderna tonalidad, pero sin abusar del género cromático y enteramente conforme con la norma aprobada por el Soberano Pontífice y emanada de la Sagrada Congregación de Ritos en 21 de Septiembre de 1884.

Ambas ofertas serán puestas a los pies del Padre Santo por el mismo Sr. Obispo.

En donativos de 10 céntimos se ha reunido en Florencia la respetable suma de 4.572 liras 67 céntimos, continuando abierta la suscripción y preparándose copiosos y espléndidos donativos.

Una comisión de Prelados domésticos de Su Santidad que reside en Turín ha publicado una circular dirigida a todos los que hayan recibido títulos honoríficos de la Santa Sede, invitándoles a tomar parte en la suscripción abierta por aquella con el objeto de costear una rica pluma de oro, que regalarán a Su Santidad el Papa León XIII con motivo de su Jubileo Sacerdotal. Las cartas y donativos deberán dirigirse en esta forma: «All' Ilmo. e Rmo. Monsignore Stanislao Schiapparelli, Prel. Domes. di S. S., Torino, via Milano, N. 3.»

En Junta celebrada por la Comisión diocesana de Ivrea el Sr. Obispo propuso que, toda vez que la Diócesis de Novara hacía el ofrecimiento de 12 cálices de plata, la de Ivrea hiciera el de otros tantos copones del mismo metal, dispuestos en una elegante custodia en forma de pirámide, encargando su ejecución a la misma persona a quien la Comisión de Novara encargó la de su donativo; todo lo cual fué acordado por unanimidad, como también que el remanente que tal vez resulte después de satisfecho el importe del donativo se ofrezca como limosna para las *Bodas de Oro*.

Sabido es que las reverendas Monjas Camaldulenses de San Antonio tienen el privilegio, que en 1829 les concedió León XII, de elaborar las palmas con que se celebra el domingo de ramos en San Pedro, cuyas palmas suministra la familia Bresca de San Remo en Liguria, de cuyo derecho goza desde los tiempos de Sixto V.

La que este año han ofrecido, de rica labor y minucioso trabajo, para Su Santidad, lleva una hermosa miniatura simbólica del Jubileo, que representa la Fe dominando al mundo, y a su lado la Esperanza y la Caridad llevando en triunfo la venerada imagen del Sumo Pontífice; mientras que en la parte inferior varios genios alados llevan escritas las palabras «Europa, Asia, Africa, América y Oceanía», denotando el movimiento universal de todos los pueblos para festejar al Papa en su Jubileo. El fondo del cuadro es dorado, así como el óvalo que le cierra, y que lleva esta inscripción: «*Palma tibi offertur, Leo Maxime; corde precamur has jubilaei sit nuntia laeta tui.*»

El Congreso católico italiano, recientemente celebrado en Lucca, resolvió reunir los datos estadísticos de sus trabajos, que, completados luego, gracias a la diligencia de la Comisión general, ofrecerán materia a la Memoria que se trata de ofrecer al Papa con motivo de su Jubileo Sacerdotal, como homenaje de los católicos activos, dispuestos siempre a seguir sus órdenes con obediencia de hijos, veneración de discípulos y entusiasmo y disciplina de soldados.

La Orden de los Cartujos ofrece al Papa, con motivo de sus *Bodas de Oro*, la quinta San Bruno, fuera de la puerta de San Pancracio y próxima al Vaticano, en el recinto de la cual se ha construido a expensas de la Orden un edificio destinado a asilo de artesanos. Da además 15.000 pesetas.

De Roma escriben que ya han comenzado en el Vaticano los trabajos para la Exposición del Jubileo Sacerdotal de León XIII. Está encargado del estas obras el arquitecto conde Francisco Vespignani. También se iniciarán dentro de poco los de arreglo y ornamentación de la gran sala Paulina, situada sobre el atrio de San Pedro, donde está la *loggia* llamada de la Bendición, para celebrarse las grandes funciones de canonización de Santos y Bienaventurados.

El programa de las fiestas no se ha formado aún entera y definitivamente. Para el 31 de Diciembre, fecha del 50.º aniversario de la primera Misa que dió el sacerdote Joaquín Pecci, Su Santidad León XIII celebrará la Misa en la capilla privada. El 1.º de Enero de 1888 oficiará solemnemente, ó en la capilla Sixtina ó en la sala Ducal, reducida a capilla. En el siguiente día de la Epifanía será cele-

brada la canonización de los nuevos Santos. Seguirán distintas beatificaciones de quince en quince días.

Las peregrinaciones comenzarán en el otoño del corriente año y continuarán hasta Mayo del año venidero en épocas determinadas.

La Exposición durará hasta Abril y quizás hasta Mayo de 1888, prometiendo ser grandiosa. Concurrirán con sus regalos los fieles de las más apartadas regiones con los productos de sus industrias salvajes ó semisalvajes del Africa, la Oceanía y Misiones, no civilizadas todavía, pero evangelizadas, de América. En este concepto, la Exposición Vaticana podrá venir a ser también probablemente una especie de museo etnográfico moderno.

Según los datos que se tienen en el Vaticano, se considera ya que el jardín llamado de la Pigna, no obstante su extensión, será pequeño para contener la Exposición Pontificia, a la cual se dedicará una parte de los museos de San Pedro.

Se anuncia que el Príncipe primado de Hungría, Cardenal Simor, presentará al Papa un magnífico cáliz, verdadera obra de arte ejecutada según los dibujos del arquitecto primacial M. de Lippert, y llevará enlazadas al realce las armas de León XIII, las de Hungría y las del Príncipe Primado.

El emperador de Austria ha encargado a uno de los mejores joyeros de Roma un riquísimo pectoral de oro, enajado de brillantes para remitirlo a Su Santidad en su Jubileo Sacerdotal.

A fines de Julio próximo se abrirá en Bruselas una Exposición, que tendrá indudable éxito. Contendrá los trabajos, obras de arte y colecciones que la católica Bélgica se propone enviar a la gran Exposición del Vaticano.

El *Bien publico*, de Gante, hace un llamamiento a las escuelas católicas belgas para que concurren a la Exposición de primera enseñanza católica que, formando parte de la general vaticana, está organizando la Comisión de las escuelas católicas de Roma.

Respondiendo al llamamiento hecho por el Episcopado belga, en una pastoral colectiva, cada una de las 2.750 parroquias de aquel país tratan de ofrecer un objeto particular, independientemente de los donativos presentados por las Diócesis, por las escuelas, círculos y colegios, y además de la colección completa de las obras de los escritores católicos publicadas desde la proclamación de la independencia nacional.

El rey Leopoldo enviará como donativo personal dos magníficos retratos de su padre Leopoldo I y de la reina María Luisa, bajo cuyo reinado el Papa actual ocupó la nunciatura de Bruselas.

El *Tablet* propone a sus compatriotas la idea de ofrecer como regalo al Papa una prensa de imprimir, con todos los adelantos y mejoras de esta industria, en la cual descuella Inglaterra. Propone regalar además a Su Santidad, en una soberbia librería, la colección tan completa como sea posible de las obras de los escritores católicos ingleses durante los últimos cincuenta años. Esta obra, a la que se ha invitado a que contribuyan los católicos de Inglaterra, ha sido aprobada por el Cardenal Manning.

El regalo que los irlandeses hacen a Su Santidad con motivo del Jubileo Sacerdotal consiste en una soberbia librería tallada, conteniendo todos los libros escritos por los católicos ingleses desde hace cincuenta años.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. IGNACIO PALMEROLA, escultor y pintor, discípulo de la Academia de Barcelona, en cuyos estudios mereció ser premiado en 1825 y 1826, de la de San Fernando en Madrid, y en Roma de la pontificia de San Lucas. Remitió a la Exposición pública celebrada en Madrid en 1850 una copia de *La Virgen del Pejarito*, de Rafael, que posee D. Gervasio de Gironella. Falleció el Sr. Palmerola en Roma en el Hospicio de españoles de Monserrat el año de 1865.

D. VÍCTOR PALOMAR, natural de Burgos, en cuyo Instituto de segunda enseñanza ha desempeñado

durante muchos años el cargo de profesor de dibujo de figura. Débese en gran parte á este artista la fundación del Liceo de aquella capital. En los templos de Burgos ha restaurado con acierto gran número de lienzos, y es también de su mano el cuadro existente en la sacristía vieja de la Catedral, que representa al *Arzobispo D. Ignacio Rivas y Mayor dando limosna á unos niños*.

D. TOMÁS PALOS, pintor valenciano, individuo de mérito de la Academia de Nobles Artes de San Carlos de su ciudad natal. Es autor de *La degollación de San Juan Bautista*, lienzo que se conserva en el Museo provincial de Valencia.

DOÑA MARÍA ANA PALOU, pintora de afición. En la Exposición celebrada en 1837 en Palma de Mallorca presentó *Un San Marcos y Un San Juan*, copias, y *Dois Cabezas de Apóstoles*.

D. JOSÉ PAMPLÓ, pintor valenciano, premiado con una medalla de plata en la Exposición regional celebrada en 1867 en Valencia. En 1868 remitió á la Exposición aragonesa una copia de *Jesús crucificado*, de Velázquez.

D. EDUARDO PANTALEÓN, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Valencia. Obtuvo premio en la Exposición regional de dicha ciudad el año 1867. En 1868 remitió á la celebrada en Zaragoza *Una Concepción*, copia de Murillo, y *Un sacerdote dando limosna*.

D. JUAN PASÓ, fué nombrado primer profesor de dibujo de Olot por la Real Junta de Comercio de Barcelona en 1783. Era natural de Mataró é hijo de un grabador, que desde niño le encaminó á la carrera de las Bellas Artes. Enseñó dibujo en la Lonja de Barcelona y Gerona, retirándose al fin á Olot. Pintó muchos cuadros religiosos, y descolló como dorador, habiendo dejado en este género la magnífica cúpula de la iglesia de Olot é infinitos monumentos de Semana Santa, que pintó para los pueblos de aquella comarca. Murió en 1840 sin ningún recurso, por pagarle mezquinamente sus trabajos, que hoy se buscan con aprecio.

D. JOSÉ PARADA Y SANTÍN, natural de Madrid y discípulo de D. Francisco Domingo y de la Escuela superior. En la Exposición Nacional de 1876 presentó *El ruego eficaz* (*San Benito y Santa Escolástica*). Distinguese este notable artista por la riqueza del colorido y la seguridad y precisión de dibujo. Fué premiado en un concurso público de Pamplona en 1883, y es catedrático de anatomía de la Real Academia de San Fernando, cargo obtenido mediante reñida oposición. Débese al pincel del señor Parada una preciosa *Concepción*, existente en una capilla particular de Pola de Lena (Asturias).

D. REGINO PÁRAMO, natural de Madrid y discípulo de D. José Méndez. En la Exposición celebrada en esta Corte en 1862 presentó una *Purísima Concepción*.

D. FRANCISCO JAVIER PARCERISA, pintor y litógrafo, nació en Barcelona en 1803 y fué discípulo de las clases sostenidas por la Junta de Comercio de aquella población, en las que obtuvo varios premios en los años de 1828 y 1829. Excitada su imaginación juvenil con las descripciones de la Alhambra, hechas por Chateaubriand en su obra *El último abenceraje*, concibió Parcerisa el atrevido proyecto de publicar un libro que diera á conocer los tesoros artístico-monumentales que nuestra patria encierra, y por medio de admirables vistas litográficas, auxiliado con el valioso concurso de cuatro notabilísimos escritores, y aun cultivando él la literatura descriptiva, realizó su ideal en su magna obra *Recuerdos y bellezas de España*, trabajo donde desecuellan bellísimas copias tomadas del natural de los principales edificios religiosos de varias provincias españolas. Algunas de las láminas que abrazan los tomos de la citada obra han figurado dignamente en la Exposición Nacional de 1856, en que obtuvieron mención honorífica, y en la Universal de París, celebrada en 1855. El impropio y nunca interrumpido trabajo de este artista no le ha impedido manejar los pinceles, teniendo noticia nosotros de los siguientes lienzos: *Vista exterior de la Catedral de Burgos*, figuró en la Exposición de Madrid de 1860, alcanzando premio de tercera clase y fué adquirido por el Gobierno para el Museo Nacional, en que hoy se conserva. *Sala Capitular de un convento de Templarios, demolido en Cinos de Campos*, figuró en la Exposición antedicha y fué adquirido por Don Francisco de Asís de Borbón. *Capilla mayor de la Catedral de Barcelona, vista desde el coro*, fué premiada con medalla de tercera clase en la Exposición de 1862. *Remate exterior de la capilla del Condestable, en la Catedral de Burgos*; *Interior de la Catedral de Barcelona, con el rosetón trazado en el nuevo frontis*; *Claustro de la misma Catedral, visto desde el estanque de los cisnes*. Las tres anteriores obras figuraron en la Exposición Nacional de 1871. El señor D. Francisco Javier Parcerisa y Boada, vocal que

fué de la Comisión de Monumentos históricos y artísticos de Barcelona y socio corresponsal de la Academia de la misma, murió en dicha población en 27 de Marzo de 1875.

D. GUMERSINDO PARDO, En la Exposición celebrada en Santiago en 1875 presentó el retrato al lápiz del *Cardenal García Cuesta*.

D. PABLO PARDO GONZÁLEZ, natural de Budia, en la provincia de Guadalajara, y discípulo de don Vicente López y de la Academia de Nobles Artes de San Fernando. En la Exposición Nacional de 1876 presentó el *Viático de Santa Teresa de Jesús*, cuyo lienzo fué adquirido por el Gobierno. El Sr. Pardo ha obtenido varias menciones honoríficas en distintos certámenes y es ayudante profesor de las enseñanzas de dibujo del Conservatorio de Artes.

D. PATRICIO PATIÑO, natural del Toboso, discípulo en Madrid de la Escuela superior de Pintura y en París de Mr. Picot. Ha presentado en las Exposiciones Nacionales celebradas en Madrid en 1856, 1858, 1862 y 1864. Sus obras religiosas son: *Santa Clara, Jesucristo difunto adorado por dos ángeles* y *Un Mártir*. En la primera y última de dichas Exposiciones fué premiado con mención honorífica.

D. JUAN PEIRÓ URRÍA, natural del Grao de Valencia y discípulo de D. Francisco Domingo. Es autor de un *Interior del coro del monasterio del Puig*. Ha sido agraciado en Madrid y en provincias el señor Peiró con merecidos premios.

D. JOSÉ LUIS PELLICER Y PEÑER, natural de Barcelona y autor de un cuadro representando *El sermón en una plaza de Roma*, expuesto en el Certamen Nacional de 1871. En otra índole de trabajos, ajena á nuestro objeto, se ha manifestado este artista como uno de los más notables dibujantes españoles.

DOÑA MATILDE PELUJO, pintora de afición, residente en Cádiz, en cuyas Exposiciones públicas ha presentado diferentes copias al óleo. En la de 1879 presentó, original, *Una Magdalena*.

D. N. PENELAS, pintor de afición, residente en Valencia. En 1883 fué premiado en la Exposición de pinturas de la Glorieta por *Una Virgen*, copia al óleo de otra que se conserva en la catedral de aquella población.

D. ANTONIO PEÑA, nació en Madrid el 22 de Febrero de 1834 y falleció en los últimos días de Diciembre de 1866. Pintó con destino á un convento de Palestina *La Virgen de las Angustias*, de tamaño natural; *El Sagrado Corazón de María*, también de tamaño natural y medio cuerpo, y *Un San Juan Bautista*, de tamaño pequeño; para la iglesia de Villalba *Un San Antonio*; para un pueblo de la provincia de Albacete *Un Divino Pastor*, de medio cuerpo, y para la ermita de San Antonio de la Florida, en Madrid, *Un Ecce Homo*, también de medio cuerpo.

D. FRANCISCO PARERA Y MUNTE, residente en Barcelona. Los diarios de aquella capital han dado cuenta, entre otras obras suyas, de un *Retrato del Sr. Obispo de Barcelona* (1875).

D. FRANCISCO PARIETI, individuo de la Academia de Bellas Artes de Palma de Mallorca. En Italia ha ejecutado un gran número de obras y en Mallorca la cúpula de la iglesia de Artá, cuya belleza constituyen una sencilla composición, dibujo correcto, armonía de colorido y vaguedad y dulzura en el fondo.

D. ANTONIO PARODI, calígrafo, natural de Málaga. Conocemos de su mano *Una Purísima Concepción*, copia de Julien, que presentó en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1866.

D. MIGUEL PARRA, pintor de flores y adorno, y uno de los que más honran á la Academia de San Carlos de Valencia. Nació en aquella población en 1784 y estudió desde sus primeros años con don Benito Espinós y D. Vicente López, de quien fué más tarde hermano político. En 1846 se trasladó á Madrid con su hijo D. José para presentar á la Reina un cuadro de éste y otro suyo; pero al llegar á la Corte murió en la noche del 13 de Octubre de 1846, á la edad de sesenta y tres años. Cultivó asimismo la pintura religiosa, y en este género citaremos sus siguientes trabajos: *La predicción de San Juan*, en la iglesia de Muro. *El nicho de la Asunción*, en la capilla del palacio arzobispal de Valencia. Toda la parte de la pintura en las exequias celebradas en 1829 en Valencia por la Reina Doña María Josefa Amalia de Sajonia. En el Museo provincial de Valencia se conservan de dicho pintor: *La Virgen y San José y el Niño*, copia de Maella.

D. JOSÉ PASCUAL, pintor murciano, nació por el año 1825 y murió en 1867. Hizo sus primeros estudios en las clases de la Económica de Murcia, de las cuales acabó siendo profesor. Algunos cuadros de devoción que pueblan las iglesias y ermitas de aquel país son de su mano, como también un proyecto de retablo para el altar mayor de la Catedral. Pascual falleció en la calle del Contraste y varios

admiradores del malogrado artista consiguieron que á la expresada calle se la diese el nombre de Pascual. La Comisión de Monumentos hizo colocar una lápida conmemorativa en la casa donde murió.

RDO. P. D. JOSÉ PASCUAL, Es de su mano el cuadro de *San Francisco de Asís en el acto de serle revelada la voluntad divina para el jubileo de la Porciúncula*, que se colocó en 1883 en la iglesia de Santa Madrona de Barcelona.

DOÑA ISABEL PASCUAL ARAB Y FRANCÉS, pintora; nació en Alcoy, provincia de Alicante, en 10 de Noviembre de 1836 y fué discípula de su padre don Antonio. En la Exposición celebrada en Valencia en 1860 presentó una *Herodías*, de tamaño natural, por cuya obra alcanzó medalla de plata de segunda clase. Es también de su mano un *San Miguel*, que pintó para el pueblo de Liria.

D. FRANCISCO PERALTA DEL CAMPO, natural de Sevilla y discípulo de D. Eduardo Cano y de la Escuela de Bellas Artes de aquella población, en la que alcanzó diferentes premios de fin de curso. En la Exposición provincial de Cádiz de 1868 presentó: *La Magdalena arrodillada junto al sepulcro del Señor*. En la sevillana del mismo año *La Cabeza del Señor*.

D. ALFREDO PEREA Y ROJAS, natural de Madrid. Es autor de un cuadro presentado en la Exposición de 1860, que figura á *Felipe II implorando el auxilio de la Divina Majestad*, por el que obtuvo mención honorífica. Ha expuesto también el Sr. Perea en los certámenes del Círculo de Bellas Artes varias acuarelas, entre las que una merece nuestra particular atención: *Claustro de San Juan de los Reyes*. Muchos son los trabajos que el citado pintor ha ejecutado para obras ilustradas.

D. FEDERICO DE PEREDA, natural de Burgos. En la Exposición Nacional de Bellas Artes verificada en Madrid en 1881 presentó los cuadros *El campañero* y *La novicia*.

D. IGNACIO PÉREZ, natural de Madrid y discípulo de la Academia de San Fernando. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1856 presentó: *Judas en el Calvario tropezando con la cruz*.

D. JOAQUÍN PÉREZ. En el Museo provincial de Valencia se conserva de su mano un lienzo que representa á *David*.

D. JOSÉ VICENTE PÉREZ, pintor residente en Valencia, y académico por la pintura de la de San Carlos de dicha ciudad. Son de su mano la encarnación de muchas imágenes pertenecientes á los templos del antiguo reino y el monumento de Semana Santa en la parroquia de San Martín de Valencia. En el Museo provincial de aquella población hay un lienzo que supoamos suyo: *David sorprendiendo dormido á Saúl*.

D. BENITO PÉREZ GALDÓS. Los entusiastas y admiradores de este ilustre literato celebrarán saber que en su juventud manejó los pinceles, habiendo sido premiado en la Exposición provincial de Canarias en 1862, donde expuso tres obras, entre ellas un dibujo que representaba *La Magdalena*.

D. ANTONIO PÉREZ RUBIO, natural de Navacerrero y discípulo de la Academia de San Fernando, en cuyas clases alcanzó diferentes premios. En la Exposición madrileña de 1866 presentó un lienzo de gran tamaño *Los remordimientos de Judas*; en la de 1878, *La Virgen y el Niño Jesús*, y en la de 1881 *El capuchino Fray Mauro Tendó exorcizando á Carlos II en el templo de Atocha*. El Sr. Pérez Rubio es un artista inteligente, laborioso y fecundo, que ha obtenido señaladas cuanto justas distinciones, entre otras, ser agraciado con la cruz de Carlos III.

D. GENARO PÉREZ VILLAMIL, nació este artista en el Ferrol, en 3 de Febrero de 1807, y fué hijo de D. Manuel y D.^a María Dugué. En los veintidós años de su vida artística dejó pintados más de ochocientos cuadros al óleo. En 1823, siendo ayudante del Estado Mayor del ejército, fué herido en un combate contra las tropas del general Lauristol, y conducido á Cádiz en calidad de prisionero de guerra. Allí empezó á desarrollarse su afición al cultivo de las artes, asistiendo á las clases de la Academia de aquella población. Posteriormente, su nueva profesión pictórica le condujo á Puerto Rico, y á su vuelta á España obtuvo su ingreso como individuo de mérito en la Real Academia de San Fernando, el año 1835. En 2 de Febrero de 1845 alcanzó los honores de Director de la misma. Recibió el señor Villamil todo género de honores relacionados con su carrera. Sus obras figuran en toda Europa. Relata 30 á poco más de 500 lienzos suyos. Citaremos los siguientes: *Jerusalén*; *Interior de la Catedral de Toledo en el acto de cantarse la Misa*; *El altar mayor*; *La toma de Jerusalén por Godofredo de Bouillon*; *Una procesión al santuario de Covadonga*; *Santa del Cardenal Cisneros*; *Un costado del crucero del convento de San Juan de los Reyes en Toledo, durante un sermón*; *Vista de la Giraldilla de Sevilla, desde la calle de la Borceguinería*; *Vista exterior de la catedral*.

de Toledo; Una procesión de la catedral de Oviedo; Vista de la catedral de Córdoba; otra de la de Sevilla (que fué regalada por el Liceo a la Reina gobernadora); Una procesión en la catedral de Toledo (propiedad de D. Lázaro Alegría); Interior de la capilla de San Isidro en la parroquia de San Andrés; Claustro de San Juan de los Reyes en Toledo; Capilla del Cardenal Cisneros en Alcalá; Capilla de los Benaventes; Vista interior de la capilla de los Benaventes; Iglesia de la Feria en Sevilla; La catedral de Sevilla por el lado de las gradas; Interior del claustro de San Juan de los Reyes en Toledo. Dejó empezados algunos trabajos, y más de 18.000 apuntes, bocetos y borradores en sus carteras. Falleció a consecuencia de una hipertrofia del hígado el día 5 de Junio de 1854.

D. JUAN PÉREZ VILLAMIL, hermano de don Jenaro é individuo que fué de la Academia de Bellas Artes de la Coruña. En la Exposición celebrada por la Academia de San Fernando en 1838 presentó dos lienzos, uno de los que representaba *La Comunión*. Pintaba con verdad, gracia, dulzura y buen color. Sus muchos padecimientos le obligaron a abandonar la pintura en los últimos años de su vida, que terminó el día 4 de Enero de 1863.

M. DE A.

(Se continuará.)

BIBLIOGRAFÍA

Estudio histórico de la vida y escritos del sabio español Andrés Laguna, médico y escritor célebre del siglo XVI, por Don Joaquín Olmedilla y Palg. Madrid, Imp. de Fernandez, 1887.

Tal es el título del curioso y muy notable libro que acaba de dar a la estampa el ilustrado catedrático de la Facultad de Farmacia.

Después de dar importantes detalles de la vida del personaje, y noticias muy curiosas no reunidas en ninguna de las biografías publicadas acerca del mismo, consigna datos históricos muy apreciables y poco conocidos y divulgados, que confirman la gran cultura científica de España en el siglo XVI.

Hace extensas consideraciones críticas y publica documentos inéditos y datos bibliográficos nuevos y no conocidos. Entre ellos merece consignarse un análisis crítico minucioso y detenido de la *Materia medicinal* de Dioscórides, cuyo libro tradujo del griego al español el ilustre sabio Andrés Laguna, y comentó y amplió de una manera notable.

La importancia científica de Laguna fué ya reconocida por Cervantes y lo cita en un párrafo del *Quijote*.

La brillantez y elegancia del estilo son también títulos que recomiendan muy especialmente la obra del Sr. Olmedilla, donde se da a conocer al célebre español y la época en que brilló de una manera perfecta y acabada.

De todos modos es muy conveniente que el público, las Sociedades científicas y literarias y los Gobiernos protejan esta clase de publicaciones y alienten a sus autores, pues la biografía histórica española está por hacer y es indispensable realizar este trabajo de verdadera honra nacional.

Hay en nuestra patria glorias ignoradas en los pasados tiempos, y es altamente censurable que no se proclamen a la faz del mundo los méritos de quienes han contribuido al progreso en las diferentes esferas de la ciencia y de las letras.

Por eso el libro del Sr. Olmedilla, que representa un minucioso estudio biográfico-bibliográfico, merece fijar la atención de todo el que sienta algún interés por el engrandecimiento de la historia científica española. Digno es, por tanto, de que su autor, que ya ha publicado una biblioteca de varias obras, y gran número de ellas de esta índole, sea considerado cual merece en la pública opinión.

Angela. — Novela escrita en alemán por Conrado de Bolanden. Versión castellana de D. Vicente Ort y Escobedo. Un vol. en 8.º, de 332 págs. Madrid, Biblioteca de la Ciencia Cristiana, Villanueva, 6, 1887.

Esta preciosa obra, así como la no menos interesante que se intitula *Rafael*, que tan justa estima va adquiriendo entre nosotros, son verdaderas joyas de la literatura católica alemana. Su autor, que oculta su verdadero nombre bajo el hoy ya celebrado en toda Europa de Conrado de Bolanden, es un insigne sacerdote, inflamado en el más ardiente celo por la cristianización de las ideas y de las costumbres en su noble patria, donde por desgracia ha cundido bajo el influjo de las ideas modernas la lepra de la incredulidad y del vicio. La novela es la rama de la literatura que cultiva este insigne escritor, y una de las flores que al contacto de sus manos ha brotado de

esta rama es la novela *Angela*, que ha publicado la *Ciencia Cristiana* y que ahora sale de nuevo a luz en forma de elegante volumen, lindamente impresa en excelente papel y al precio moderado de 2 pesetas el ejemplar. Esta novela cautiva con todas las gracias y atractivos de este género de producciones literarias que deben empezar excitando un interés creciente que vaya sucesivamente en aumento y tenga suspenso el ánimo del lector hasta el momento del desenlace final. Los tipos y caracteres que en esta novela se ofrecen son no menos interesantes que originales, y suponen un estudio profundo del corazón humano y un genio fecundo en peregrinas invenciones. Entre todas descuella la heroína que da nombre a la obra, dechado y ejemplar primoroso de los encantos que deben adornar a la mujer, no sólo para su propio bien y perfección, sino para cautivar en obsequio de Dios y de la virtud el corazón de los hombres, y hacer el encanto y la felicidad de las familias. Con la trama de esta novela se juntan además los más bellos y delicados conceptos del buen sentido y de la piedad cristiana, y la refutación de los errores que mancillan en nuestros tiempos la pureza del corazón y de la vida intelectual. Por esta y otras muchas razones que omitimos, parecemos que esta novela ha de ser leída con interés y con fruto, deleitando é ilustrando la mente de las personas de todas clases y condiciones, en medio de los errores y extravíos de la sociedad moderna. La traducción es esmerada, y no dejará de ser parte para que se saboreen las delicadas bellezas del original.

NOTICIAS

El día 23 del actual se celebró en el Vaticano el anunciado Consistorio secreto. El público se verificó el día 16, y en él se impondrá el capelo a los nuevos Cardenales Vannutelli, Di Rende y Rampolla.

Un despacho que publica un diario anancia que en la alocución que pronunciará Su Santidad se harán alusiones benévolas al emperador Guillermo, y se insistirá en la tesis de que la Iglesia es la paz.

El día 14 llegó a Roma Mons. Di Pietro, que fué recibido en la estación del ferrocarril por distinguidos y eminentes eclesiásticos, entre los que figuraban los Ilmos. y Rvdmos. Sres. Benavides, Rector de los establecimientos españoles, y Doppelbauer, Rector del Hospicio teutónico de las Animas, en donde se hospeda Mons. Di Pietro. Este recibió el día 16 del actual el nombramiento de Nuncio en Madrid, y en breve emprenderá su viaje en dirección a esta capital. También ha llegado a Roma Mons. Rufo Scilla, Arzobispo de Chieti, hospedándose en casa de Mons. Stonor, en la vía Sixtina.

Una Compañía de seguros sobre la vida, domiciliada en Barcelona, ha satisfecho a los testamentarios del Excmo. é Ilmo. Sr. D. José María Orberá y Carrión, Obispo de Almería, el importe del seguro por dicho señor contratado.

Este virtuoso Prelado gastaba todas sus rentas en obras de caridad, y, como recordarán nuestros lectores, murió pobremente en Madrid el 23 de Noviembre último. En 15 de Enero de 1884 había inscrito una póliza de seguro por la que y mediante el pago anual, mientras viviese, de 1.507 pesetas 52 céntimos, creó un capital de 25.000, las cuales, como todo lo que poseía, dejó mandado se invirtiesen en obras de beneficencia. Sus ejecutores testamentarios han percibido la citada suma, y hoy nuevas bendiciones caen sobre la memoria del señor Orberá, que llevó más allá de la tumba su previsión y cariño para con los pobres, de quienes fué en vida amantísimo padre.

La Sagrada Congregación de Ritos se reunirá el día 31 del corriente Mayo en el Vaticano, y en presencia de Su Santidad, en sesión general para emitir el voto definitivo en la causa de canonización de los siete Beatos fundadores de la Orden de los Siervos de María.

Las asociaciones católicas de Monistrol, Gracia, Villanueva y Geltrú, Igualada, Castelltorsol, Molins de Rey, San Quirico de Besora, Ripolllet, Capellades, San Andrés de la Barca y de Palomar, Borjas de Urgel, Granollers, Manresa, Bages, Hostafranchs, Pons, Palleja, Tarragona, Figueras, Mataró, Gerona, Torelló, Cervell, Hostalrich, Valls, etc., en número de unos 1.500 de sus asociados, sin contar a las muchas personas que a ellos se agregaron, han dado

elocuente prueba de sus sentimientos religiosos en la última peregrinación a Montserrat.

Recientemente se han instalado en la Poble de Segur seis religiosas de la Sagrada Familia. El entusiasmo con que las recibió la población va cada día en aumento, pues a pesar de que por hoy se cuenta con un local reducido, las alumnas exceden ya de ciento, abrigándose la fundada esperanza de que en cuanto se disponga de local a propósito duplicará el número de educandas.

NECROLOGÍA

L'Unità Cattolica de Turín comunica la triste nueva del fallecimiento del profundo y sabio teólogo Giacomo Margotti, director y fundador de dicho periódico.

El teólogo Margotti nació en San Remo, provincia de Puerto-Mauricio, el día 11 de Mayo de 1823. Estudió filosofía con grande aprovechamiento, y después teología en el Seminario de Ventimiglia, habiendo obtenido en Julio de 1845, es decir, a la edad de veintidós años, ser graduado en la Universidad de Génova. Su Obispo, Mons. Lorenzo Juan Bautista Biale, le propuso al rey Carlos Alberto para que le recibiese en la Academia de Soperga; pero Margotti estaba predestinado por Dios a un campo más vasto que el de una sola diócesis. Las dificultades de los tiempos crecían; la Sede Apostólica empezaba a sufrir los efectos de la lucha concitada contra ella por sus enemigos, y se hacía necesaria su defensa por medio del periodismo católico. A él se dedicó el teólogo Margotti por espacio de cuarenta años, en los que no cesó de combatir por la buena causa.

A la prensa liberal y revolucionaria convenía oponer un órgano católico. Y de este proyecto fueron iniciadores Mons. Luis Moreno, Obispo de Tora, el marqués Carlos Manuel Birago de Viche, Mons. Guillermo Audisio y el teólogo Margotti, mandado a Turín por su Obispo. Fundado el periódico *La Armonia*, en 1851, quedó Margotti de principal redactor del mismo, y el conde Cavour, que tenía el ingenio del sabio teólogo, suprimió *La Armonia* en 1859; pero siguió sus tendencias en el periódico *El Piemonte*, que después recobró la antigua denominación de *La Armonia* una vez terminada la guerra. En 1863 se separó Margotti de *La Armonia*, y por consejo de Pío IX fundó *L'Unità Cattolica*, que dirigió hasta su muerte.

Esta ha sido tan edificante como su vida. El mal que le ha llevado al sepulcro le acometió mientras dictaba un artículo sobre *La Conversión de San Agustín y la conciliación*. Cuatro días después el Señor le llamó a su seno, y el valeroso atleta no experimentó ni un movimiento de temor ni de vacilación.

También han fallecido recientemente:

En Palma de Mallorca Sor María de los Dolores Alcáin y Serrano, Superiora de las Hermanas de la Caridad en la Casa de Misericordia, y D. Bernardo Salas, Vicerrector y Catedrático del Seminario.

En Barcelona el Rdo. D. Manuel Marqués y Carrión, Beneficiado de la iglesia parroquial de los Santos Justo y Pastor.

En Sevilla D. Tomás Jiménez Blasco, canónigo de aquella Santa Iglesia Catedral.

En las Palmas (Canarias) El P. Pío Oliveras y Pose, de la Compañía de Jesús, y Catedrático de Historia en el Colegio del Salvador de Buenos Aires.

En Gijón Sierra el Coadjutor D. Juan Peralta Almendros.

En Ujijar el Presbítero D. José Corral Reyes.

En Cádiz el Coadjutor D. José López Castillo.

ARTÍCULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.



LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

EPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NUMERO 16. — Madrid 5 de Junio de 1887.

NUMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
SEÑA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

SUMARIO

TEXTO. — *La decena*, por Manuel Ossorio y Bernard. — *Los grabados*. — *Tradición de Tierra Santa*, por Manuel Polo y Peyrolón. — *La que pasó en Calle-Ronda*, por M. Ossorio y Bernard. — *El arte materialista*, por R. G. Ossorio y Bernard. — *El anillo de San Juan*, por Luis Calvo. — *Andrés el peccador*. — *Roma*. — *Jubileo Sacrosancti de S. S. León XIII*. — *Noticias*. — *Neurología*.
GRABADOS. — *Eustaquio Lesueur, célebre pintor francés*. — *San Sebastián*. — *Ortíz predicando en el lago de Genesareth*.

LA DECENA

ESTAMOS en pleno período de Exposiciones. Por el pronto discutimos la regional madrileña, preparamos las instalaciones de la filipina y nos disponemos a inaugurar la de Horticultura, en tanto que frecuentamos la única inaugurada: la de Bellas Artes. Esta merece seguramente la consideración que se la dispensa, por las gallardas muestras que en ella ofrecen muchos y muy notables artistas, jóvenes en su mayoría y destinados por lo tanto a nuevos y mayores triunfos. Los maestros, por punto general, descansan sobre sus laureles, y los mismos que en Exposiciones anteriores conquistaron los primeros premios han abandonado el palenque por esta vez. De desear es que en los próximos concursos salgan de su retraimiento, pues no en vano se lleva el nombre de Madrid, de Ribera, de Gisbert, de Palmaroli, de Vera, de Domingo, de Luna, de Pradilla y tantos otros que constituyen la nobleza del arte moderno.

En el arte, como en las letras, el alcanzar es más fácil que el sostener una reputación, y a esto último deben tender con especialidad los que se sientan inflamados por el fuego del genio.

La actual Exposición, con sus osadías y sus peligros, con sus disgustos y sus enojos, vuelve a poner sobre el tapete varios problemas, diferentes veces planteados y nunca resueltos.

¿Responde el nombramiento de Jurado de admisión y la elección de Jurado calificador a lo que desea la generalidad de los artistas? Seguramente que no, y en este punto hay muchas quejas justas.

¿Deben conservarse los premios en la forma que tienen hoy, ó carecen de las ventajas que debe prometerse el artista? Las opiniones sobre este punto se hallan muy divididas, si bien parece comenzar a dibujarse una tendencia opuesta a los premios.

¿Los cuadros grandes son preferibles a los pequeños, ó los pequeños a los grandes? En este particular parece que hemos caído de una exageración en otra, y el acierto estará siempre en un buen término medio. El asunto, la composición, el carácter de la obra, han sido y serán siempre los elementos determinantes del tamaño; crear otra cosa será proteger a los fabricantes de telas y de colores, con menoscabo de los intereses y del buen nombre de los artistas.

¿La consignación del presupuesto se emplea bien ó mal? En esto, excepción hecha de muy pocos pareceres, la mayoría se inclina a sospechar que la tasación previa de los cuadros es un absurdo, y que de todas maneras algo más podría protegerse a los artistas, economizando gastos de local y de conservación y haciendo que alcanzase el auxilio del Estado a mayor número de individuos.

Junto a estos problemas se discuten otros muchos de interés secundario, aunque no despreciables, tales como la distancia a que hoy se encuentra el Palacio de la Exposición, las pocas horas que están abiertas

sus puertas, el precio que se exige por la entrada y la viciosa costumbre que siguen nuestros artistas de no fijar precio a sus producciones. ¡Cuántas de éstas vuelven a los talleres de sus autores, por ese empeño en ocultar el verdadero objeto de la Exposición!

Los comerciantes son más prácticos que los artistas, habiendo sintetizado todo un sistema en sólo dos frases:

¡Entrada libre!

¡Precio fijo!

Y este precio fijo marcado previamente en tarjetones colocados sobre los objetos puestos a la venta.



EUSTAQUIO LESUEUR.

(Célebre pintor francés.)

Las inmediaciones de la Montaña Rusa en el Parque de Madrid han sufrido completa transformación por los cuidados de la Sociedad Central de Horticultura. La leñera del Ayuntamiento se ha convertido en pintoresca gruta iluminada por luz eléctrica; en la parte más elevada de la montaña hay un observatorio popular; las instalaciones de flores se han hecho esta vez utilizando su cuadro natural: la verde hierba del Parque ó llenando una extensa estufa las que tal cuidado requieren; numerosas jaulas y pajareras aprisionan y resguardan en dorada cárcel a infinitas variedades de aves; el estanque se ha convertido en lago y un artístico kiosko aguarda a los profesores músicos, que con sus dulces armonías han de prestar mayor realce a las fiestas. La Exposición que la Sociedad Central de Horticultura prepara este año no desmerecerá de las anteriores por el número de sus palmeras, helechos, dracenas, aráceas y rododendros, y las aventajará en el buen gusto de la colocación y en los diversos alicientes con que pretende lograr el favor del público. No es dudoso que este acudirá al llamamiento, hasta el momento preciso de la desbandada, que coincidirá con la terminación de las sesiones de Cortes y con la venida del calor, que no puede tardar mucho, a pesar de lo que en contrario parecen indicar los chaparrones que prodigamente nos regalan las nubes de algunos días a esta parte.

Porque los madrileños podrán resignarse a serlo durante algunos meses, pero en llegando los del verano por nada renuncian a trocar sus comodidades por los sinsabores y malestar de los viajes. Poco importa que la expedición veraniega carezca de objeto; que sea inútil y aun perjudicial al cuerpo y al bolsillo; que se cambie el método ordinario y agradable de vida por la estrechez de las fondas, la agitación de los baños y la ruina de las haciendas: el

caso es salir de Madrid, mereciendo la distinción de ser citados en la estadística de las personas pudientes que marchan por la línea del Norte ó por la del Mediodía, aunque el viaje sea breve ó fatigoso.

Durante el verano, los que nos quedamos en la capital lo hacemos por pura necesidad y hasta evitamos saludar á los amigos para no ruborizarnos ni hacerles ruborizar. ¿A quién podremos convencer de que no necesitamos el uso de aguas medicinales y hasta de que nos va bien bañándonos en el Niágara, durmiendo buenas siestas en el corazón del día y acudiendo por la noche al Teatro Felipe ó á los circos de Parish y Ducacal...?

La Exposición filipina, á juzgar por la lentitud de preparativos, no podrá inaugurarse en bastante tiempo, habiendo muerto á estas fechas casi todos los animales que soportando los rigores de la travesía llegaron á Madrid. ¿Cuán ajenos estarían al ser designados para representar á sus razas que habrían de ofrecerse disecados ante las miradas de los madrileños! También ha fallecido una de las mujeres joloanas de la colonia, dando motivo con su muerte á los más apasionados comentarios, aunque, en honor de la verdad, injustos, pues nadie les aseguró ni pudo asegurarles la inmortalidad con sólo llegar á la Península. Compuesta dicha colonia de unos cincuenta individuos, y llevando más de un mes en Madrid, aun sin el cambio de clima y costumbres quedaría justificada la muerte de la joloana, por sensible que haya sido. ¿De cuántos españoles no serán sepulcro las Islas Filipinas, desde su descubrimiento hasta la fecha!

La tardanza en la apertura de la Exposición antes será beneficiosa que perjudicial, según noticias, por los vuelos que, según informes, ha ido tomando el certamen y los proyectos que acaricia la Comisión organizadora. De tal suerte han de llamar la atención sus producciones é industrias, que para muchos españoles han de constituir verdadera sorpresa. A este resultado concurrirán muy preferentemente las Ordenes religiosas de Filipinas, centinelas avanzadas en aquellas regiones de la ciencia y del verdadero progreso, como en época muy reciente lo han sido del verdadero españolismo, con ocasión de la tentativa alemana contra el archipiélago carolino.

La época del año en que hemos entrado motivo es de terrores para los estudiantes, que en ella han de acreditar el resultado de sus trabajos durante el curso académico. Y suelen ser tan pocos los que justifican la denominación de *estudiantes*!

—¿Cuál es el autor de tal asignatura? preguntaba hoy un estudiante á otro.

—¿El autor...? Pues la verdad es que se me ha olvidado, y eso que asistí á clase el primer día del curso.

—Esta noche, dice otro, te espero en casa para que estudiemos.

—Así lo haré; pero me parece prudente, puesto que las noches son largas, que asistamos á la función del teatro.

—Perfectamente; pero entonces ¿cuándo jugaremos nuestra partida de carambolas?

—Pues todo tiene remedio; á la salida del teatro nos iremos al billar, y desde allí á estudiar.

—Sí, que el tiempo apremia y es preciso utilizarlo.

Por las sombrías alamedas del Retiro, sentados en los bancos ó paseando lentamente, se ven numerosos estudiantes con un libro en la mano. Sin duda les ha despedido de sus casas el ruido de los compañeros ó la falta de aseo de la patrona.

En ocasiones el libro es un pretexto, pues hay estudiante de Farmacia que, en vez de haber cogido el tratado de *Química general*, se ha llevado *El Diablo mundo* de Espronceda ó las *Rimas* de Becquer.

En un banco ronca beatíficamente otro estudiante, mientras el libro que tiene en la mano dice en uno de sus epígrafes *Propiedades del opio*.

En las Bibliotecas públicas estudian trabajosamente los que vendieron los libros de su propiedad al comenzar el curso; en los puestos de los libreros se hacen tratos rarísimos, y préstamos y permutas inverosímiles; y numerosos quinqués de petróleo ó velas de esperma alumbran en las casas el sueño de los estudiantes que no han podido resistir dos capítulos de la *Historia del Derecho romano* ó del *Algebra superior* de que deben examinarse.

En estos días la ansiedad de los estudiantes, y hay quien piensa con terror que un curso perdido podría ser la puerta que se le cerrara para todas las distracciones de Madrid.

Con la entrada de junio y la celebración de los exámenes, la situación de los estudiantes se habrá

fijado y se escribirán simultáneamente infinitas cartas por el siguiente formulario, de moda invariable:

Querido padre: No puedo examinarme porque tengo unos dolores que no me dejan en paz. (Dolores — según malas lenguas — es una vecina del sotabanco con la que da el estudiante larguísimo paseo). Y precisamente este año en que tenía la seguridad de obtener buena nota! De todas maneras, me hubiera sido imposible abrazar á usted este verano, porque, para poder graduarme, necesito justificar haber estado practicando en una Farmacia.

De otro hijo á otro padre:

Se acuerda usted, querido padre, de los sucesos de la Universidad, en que figuré por mis ideas liberales? Pues bien: los profesores se han vengado, obedientes acaso á las órdenes de la superioridad. Después de un examen brillantísimo me han dejado suspenso: en cambio hay muchos sobrinos de ministro que, sin saber una jota, han llevado *sobresaliente*. No se desaliente usted por eso, como no me desaliente yo: día llegará en que sea médico; entonces ¡á la cabecera del enfermo aguardo á mis jueces actuales! Entre tanto ¡viva la libertad, por la que tanto ha padecido usted y empiezo á padecer yo! Se conoce que esto es achaque de familia.

De otro estudiante:

Amado tío y protector: Sé lo mucho que va usted á sentir lo que tengo que decirle; pero un deber de conciencia me obliga á ello. ¿Creería usted decoroso para nuestro apellido que obtuviera una nota mediana en los actuales exámenes? He consultado á mi razón, y obtenido el convencimiento de que á lo sumo saldría notable; en vista de lo cual he resuelto no examinarme hasta Septiembre. Los catedráticos me han rogado reiteradamente que no deje de presentarme por ser el mejor de las clases; pero yo he insistido en mi determinación. Dé usted mis respetuosos recuerdos á su ama y mi respetable Doña Circuncisión, y usted bendígame para que no me aparte nunca del sendero del bien.

(En ocasiones estas cartas suelen escribirse de sobremesa en la Taurina y en la alegre compañía de chulos de ambos sexos.)

Pero ¿á qué multiplicar las citas del formulario epistolar usado en casos tales? Todos los estudiantes lo dominan, y todos los viejos recuerdan haberlo usado en su niñez. ¡Felices años aquellos en que los últimos días de Mayo y primeros de Junio nos parecían los más crueles, aunque el sol alumbrase espléndidamente á los campos, la naturaleza vistiera sus galas, las flores nos embriagaran con su perfume, y los pájaros entonaran su armonioso himno á la vida y á la libertad!

Hoy, agobiados no tanto por los años como por las contrariedades y las luchas de la existencia, no podemos mirar sin envidia á los que se preocupan por lo que ha de ocurrirles en estos días, ni dejar de exclamar:

¿Quién fuera como vosotros, aunque tuviera que examinarse de *Cálculo diferencial e integral*!

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

RUSTAQUIO LESNEUR.

(Célebre pintor francés.)

Rustaquio Lesneur nació en París en 1617 y fue hijo de un escultor reputado y discípulo del pintor Vouet. El talento precoz del joven y su ejecución fácil hicieron muy en breve que su maestro le eligiese para auxiliar de los trabajos que le tenía encomendados el Cardenal de Richelieu, entre ellos los modelos de tapices para palacio. Su primer trabajo de verdadera importancia fue un lienzo de la *Anunciación* para el convento de la Visitación de París, siguiendo á la misma el *San Pablo curando á los enfermos*, *La vida de San Bruno* en veintidós lienzos, *Predicación de San Pablo en Éfeso*, *Descendimiento de la Cruz*, *Martirio de San Lorenzo*, *La Verónica* y tantas otras que han hecho su nombre inmortal. La candidez de su alma y la dulzura de su carácter — dice uno de sus biógrafos — le entregaron sin defensa al odio de sus envidiosos y amargaron su vida. Los disgustos le produjeron una languidez, que unida al exceso de trabajo, hicieron que su vida terminase prematuramente en Mayo de 1655. Se ha dicho que murió en un convento de Cartujos; pero no es exacto, pues en el siglo último se veía su sepultura en el cementerio de San Esteban del Monte de París. Más tarde, una mano desconocida borró su nombre de la piedra sepulcral que cubría sus restos. La persecución de sus enemigos le siguió mucho después de su muerte.

SAN SEBASTIÁN.

San Sebastián, puerto del mar Cantábrico, es una de las ciudades á que no sin razón se encomiendan las corrientes de la moda, desde hace algunos años, durante la estación

veraniega. Su situación, su hermosura, su templado clima, sus condiciones de ciudad moderna y el afable trato de sus habitantes, son otros tantos títulos para el favor de que goza. San Sebastián fue arrasada completamente en 1813 y reconstruida con arreglo al plano aprobado en 1816 por el Real Consejo de Castilla: desde entonces, y de año en año, ha ido aumentando su importancia hasta el punto de ser hoy una de las principales capitales de provincia.

CRISTO PREDICANDO EN EL LAGO DE GENESARETH.

(Cuadro de H. Hoffmann.)

El asunto del lienzo, cuya reproducción damos en este número, está tomado del Evangelio de San Lucas. El cuadro pertenece al Museo de Berlín.

El pintor Hoffmann, nacido en Darmstadt en 1824, es profesor de la Academia de Bellas Artes de Dresde desde 1870. Varios de sus cuadros de historia y mitología, así como el que reproduce nuestro grabado, le han proporcionado envidiable renombre.

TRADICIONES DE TIERRA SANTA

XIV

BASILICA DEL SANTÍSIMO SEPULCRO.

Lo que el sol entre los planetas, es la Resurrección del Señor entre los demás misterios del Cristianismo. Todos ellos parecen que encontraron coronamiento cumplido y majestuoso en la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Nada de extraño tiene, por lo tanto, que en todo tiempo haya sido venerado como el más augusto el lugar donde estuvo el sacratísimo cadáver del Señor. La Basílica que sobre dicho lugar se levanta y contiene también el Calvario y otras capillas memorables, es y ha sido siempre centro de la veneración universal y objetivo de las peregrinaciones todas. Antes, pues, de describirla minuciosamente, relatando las tradiciones que á santuarios tan augustos se refieren, para la mejor inteligencia del asunto, apuntemos las transformaciones que ha sufrido este famoso templo.

Sabido es que el monte Gólgota es un cabezo ó contrafuerte del monte Gareb, que con el Acra y el Sión ocupa la parte occidental de Jerusalén. En tiempo de Jesucristo terminaba la ciudad en la famosa Puerta Judiciaria; de modo que el Gólgota quedaba fuera del recinto murado, aunque en las inmediaciones de la población. Sobre la cima del Gólgota fue crucificado Jesucristo y depositado en un sepulcro nuevo, existente en la ladera del monte y distante de la cima como un tiro de piedra, que pertenecía á José de Arimatea. No era fácil que los Apóstoles y discípulos olvidasen los lugares de la crucifixión y sepultura del Señor, antes bien fueron constantemente venerados con más ó menos disimulo y á mayor ó menor distancia por los primeros fieles; pero cuando empezaban á cumplirse las profecías, Simeón, segundo Obispo de Jerusalén, llamado *hermano* del Señor por San Mateo, retiróse con su pequeña grey á Pella, en el lado opuesto del Jordán, para dar tiempo á que pasase la cólera divina, y no regresaron á Jerusalén hasta después del sitio y destrucción de la ciudad deicida por Vespasiano y Tito, en el año 70 de nuestra Era. Humeantes estaban aún los Santos Lugares cuando volvieron á ser visitados y venerados por los cristianos de Jerusalén; pero arreció la persecución de los judíos y gentiles, y por complacerlos, en el año 136 el Emperador Adriano hizo terraplenar el Sepulcro y el Calvario para desfigurarlos, mandando erigir una estatua á Júpiter sobre el primero y otra á Venus sobre el segundo, como dijimos en otro lugar. Providencialmente acaeció esta profanación para que no se olvidase nunca el sitio exacto de tan augustos lugares, y apenas el Cristianismo compartió el solio imperial, en 326, con el príncipe Constantino, su madre Santa Elena se trasladó á Jerusalén y con piedad y entusiasmo se dedicó á desenterrar los Santos Lugares, construyendo sobre ellos una suntuosa iglesia, digna de tales monumentos.

Fácil fue poner al descubierto el Gólgota y el Sepulcro y grandes excavaciones se hicieron también para la invención de la Santa Cruz. Libre el terreno de escombros, la piadosa Emperatriz quiso cobijar todos estos Sagrados Lugares bajo una suntuosa Basílica de cinco naves, circuida de galería de mármol y adornada con todo género de excelentes pinturas, mosaicos y piedras preciosas. Diez años duraron las obras, y la descripción detallada de tan soberbio edificio puede leerse en el historiador Eusebio, biógrafo de Constantino. Para dar forma artística á la cueva del Sepulcro, se la separó del Gólgota, cortando la roca de la cual

greso; descorred todos los velos que ocultan las deficiencias y las miserias; ostentad, por último, ruda y francamente, como regla general para todos, que es sólo para algunos tormentosa experiencia del mal merecido y ley inexorable de combate satánico contra el orden moral y contra la normalidad ordinaria, y todo respeto muere, toda aspiración regular y ordenada se extingue, y sólo quedan en pie dos fuerzas, que acaban por anularse y perecer también: el pesimismo hipocondríaco y la soberbia humana.

Hasta ahora el arte cantaba como el ave, sin darse cuenta de ello, con espontaneidad no fingida. Así los grandes movimientos artísticos de la historia, el teatro en Grecia, la epopeya en Oriente, la literatura mística de los ilustres vates españoles del gran período moderno, y, por último, lo mejor y lo más esclarecido del romanticismo. No había allí nada de calculado ni de contrabicho. El vate respondía a la voz interior de su inspiración, y producía la estrofa o el capítulo, la narración histórica o el pensamiento profundo, obedeciendo a ley superior de su naturaleza libremente sentida y dócilmente realizada.

Después ha venido la reflexión y la madurez que propone tales manifestaciones, aun en lo que tienen de más espiritual y divino, a móviles extraños, y las hace servir a planes trascendentales, propuestos como tesis, u ofrecidos en aras de extraños dioses a modo de cruento sacrificio. Los ídolos sombríos que reverencian las escuelas materialistas exigen víctimas humanas, no sonrientes y bellas, ni coronadas de flores, sino desgrefiadas, flacas y macilentas, ni arrulladas por los cánticos de la poesía, sino prematuramente entristecidas con siniestros gritos de espanto, locas amenazas e insensatas lamentaciones.

El espíritu humano concluirá por huir fatigado de tanta aridez y de concepciones tan téticas y abrumadoras, hijas de la anemia mortal que nos consume, y en la universal decadencia del arte se refugiará en los grandes escritores de otros tiempos y en los pocos que aun quedan en pie, en medio de las ruinas del mundo moral, contra el devastador torrente, como los frailes se refugiaron en sus monasterios en los comienzos de la Edad Media, llevando consigo los restos del naufragio de la antigua cultura que habían logrado sustraer a los golpes de la barbarie triunfante.

R. GIL OSORIO Y SANCHEZ.

EL ANILLO DE PÍO IX

Por el año 1822 el abate Juan María Mastai Ferretti se hospedaba en París, en casa de su íntimo amigo el Conde de C., privado a la sazón del rey Luis XVIII.

Venticinco años después, Luis XVIII había muerto, Carlos X se retiraba a Ginebra, y Luis Felipe, con sus guantes de algodón y su paraguas debajo del brazo, daba rienda suelta al torrente revolucionario, que por segunda vez se desbordaba en Francia, y amenazaba inundar la Europa amedrentada. Sólo el abate Mastai, entonces Pío IX, sereno en medio del desquiciamiento general, detenía aquel turbio oleaje a la puerta del Vaticano, con aquellas dos solas palabras:

— ¡Non possumus!

En cuanto al Conde de C., su antiguo amigo, descansaba tranquilamente en el cementerio del P. Lachaise, donde ya comenzaban a darse cita los muertos elegantes.

Había el Conde dejado un hijo, heredero de su nombre, que brillaba por su lujo, y sobresalía por sus excentricidades, entre la turba aristócrata que, con el Duque de Harcourt al frente, formó años después en Roma la embajada francesa. Personificaba el joven Conde la nueva edad en que desde hace algún tiempo ha entrado parte de la aristocracia: ilustre dueña que nace en la edad de las superioridades, degenera en la de los privilegios, y se extingue en la de las vanidades, si algunos de sus miembros no se encargan de prorrogar su vida, con una cuarta edad de las ridiculeces. El Conde de C. era el tipo exacto de esta última época, visto a la luz de la frivolidad parisiense, que le prestaba su carácter genuino.

Así, pues, el Conde de C. sin ser necio lo parecía, y sin ser malo, daba muestras de ello: porque a tales extremos llevan ciertas costumbres y ciertas preocupaciones, introducidas de común acuerdo por la ociosidad y la opulencia.

Frecuentaba el Conde el Vaticano, y en más de una entrevista particular hablaba mostrado el Pontífice un especial afecto, que llenaba de vanidad al joven diplomático. Gustaba el santo Pío IX de con-

versar con él, recordando los años de su juventud, con ese triste placer que experimentan los ancianos al traer a la memoria personas y sucesos de otros tiempos, que les marcan, como las huellas que se dejan detrás, el camino recorrido en el desierto del pasado.

No se ocultaba a Pío IX el estado moral del hijo de su amigo, y en más de una ocasión había intentado exhortarle a la enmienda de su vida y a la confesión de sus culpas. Mas detenía siempre en este último punto el temor de que por respetos humanos y por cortesía aceptase el Conde falsamente su propuesta, y pasase así de pecador a sacrilego: que tan funestos resultados suele producir a veces la importunidad de un celo indiscreto.

Sondeaba, pues, con sumo tacto los pliegues de aquel alma, por ver si encontraba en ella rastro de esos nobles sentimientos de la juventud, recto camino siempre para todo lo que es grande y bueno. Mas vió con dolor que era su alma como un arpa rota, en que no existe ya cuerda alguna que pueda vibrar. Precipitábase en el vicio esa fiebre de la razón que la juventud produce con harta frecuencia; el sensualismo le ataba, la indiferencia religiosa le adormecía, y poco a poco estas tres úlceras iban engendrando en ella esa espantosa falta de fe, que imposibilita todo arrepentimiento.

No se desanimó por esto Pío IX, y esperó orando y rogando; porque el hombre de fe, para alcanzar, ora; y el hombre prudente, para lograr, aguarda.

No tardó en presentarse ocasión oportuna: murió en París la anciana Condesa, madre del Conde, y pronto llegaron a éste las nuevas de su muerte. Llegaron también a Pío IX, que tomando ejemplo del Buen Pastor, dejó el aprisco entero por correr tras una oveja. Harto comprendía el Pontífice que el ánimo dolorido tiende a elevarse al cielo, y que nunca arraiga mejor la semilla divina, que cuando la tierra está regada con lágrimas.

Envió a llamar al Conde, y dióle en una audiencia privada el más sentido pésame: revolvió luego en el corazón de aquel huérfano opulento cuantos sentimientos puede haber de amor, dolor, desengaño, amargura, tristísimo abandono moral que, muerta su madre, le esperaba, y apoyando de repente en su hombro aquella mano que ata y desata, le prometió, con la fe de un santo y el tacto de un hombre de mundo, aplicar al día siguiente por el alma de su madre el santo sacrificio de la Misa.

Arrastrósele al Conde los ojos en lágrimas, y conmovido por la bondad y turbado por la honra que se le hacía, quedó suspenso y sin decir palabra. Comprendió entonces Pío IX que había dado en el blanco, y dió un paso adelante: invitóle a unir sus oraciones de hijo a las que como padre y amigo le ofrecía, confesando y comulgando con el mismo objeto. Siempre prudente sin embargo, dejóle abierto un camino por donde pudiera salir airoso del compromiso, si no era de su gusto la propuesta.

Mas con tal ingenuidad la acogió el Conde, con tal acento de verdad prometió cumplir lo que se le pedía, y con tan profunda humildad pidió al Pontífice que le escuchase él mismo en confesión, que alborozado éste y convencido de que la gracia de Dios triunfaba por su medio, accedió gustoso a su deseo, y prometió además administrarle al día siguiente en su capilla privada el santo Sacramento de la Eucaristía.

A las siete de la mañana, hora en que diariamente solía celebrar Pío IX, confesaba el Conde a sus pies los pecados de su vida entera. Sacó entonces el Papa de su dedo un anillo negro, en que con letras blancas se veía escrita la palabra *muerte*. Púsole él mismo en la mano del Conde, mandándole como única penitencia, que lo mirase todas las noches antes de acostarse y se acordara de Pío IX.

El Conde lo prometió y lo cumplió. Tres años después entraba en un Monasterio.

L. COLOMA, S. J.

(De la revista *Revista de María* Semanada.)

ANDRÉS EL PESCADOR

(Continúa.)

Aun no habían acabado de salir del Sinedrio, volvieron a dejar oír su palabra, ya en el Templo, ya en el Cenáculo, ya en las calles y plazas, donde se reunían gran número de gentes para oírles.

Andrés, imitando el ejemplo de su hermano Pedro, de Juan y demás compañeros en el apostolado, se mostraba incansable, y a su persuasiva palabra y sencilla elocuencia, se debían innumerables

conversiones, no sólo de los judíos, sino de los gentiles.

A los pocos días de la escena de los azotes, se desencadenó una verdadera y formidable persecución contra la Iglesia. La primera víctima fue Esteban. Acusado por testigos falsos de haber blasfemado de Dios, fue rodeado de gran turba de sicarios, pagados por el Sinedrio, arrastrado fuera de la ciudad, y apedreado por aquellos mismos testigos a quienes correspondía, según costumbre entre ellos, servir a la par de verdugos.

El dichoso Esteban, porque dichoso y muy dichoso es el que muere en el Señor y por su causa, herido y atormentado, entregó su alma a Dios, pidiendo en aquel último trance el perdón de sus verdugos.

El que más se distinguía en la persecución de los cristianos era un tal Saulo que no respetaba sitio ni lugar, entrando en el Templo, en las casas y en donde tenía noticia que podía albergarse alguno, y lo sacaba violentamente para conducirlo a la cárcel y de allí al suplicio.

Los apóstoles, en vista de esta cruel persecución, resolvieron separarse y recorrer el mundo llevando a todas partes la palabra de Dios.

Andrés, seguido de algunos pocos cristianos, se dirigió a la Palestina, región de la Turquía Asiática, al Sur de la Siria, y llegó a la antigua ciudad de Samaria, construida por el rey Amri para capital de sus estados; ciudad que fue destruida y edificada muchas veces, hasta que Herodes la edificó de nuevo, dándole el nombre de Sebaste.

La llegada de Andrés no podía pasar inadvertida para nadie, porque incansable en su predicación, no gozaba un momento de reposo; parecía que era tiempo perdido el muy escaso que dedicaba al descanso de su cuerpo.

Los samaritanos o sebastenses formaban una secta disidente de la religión judaica. Creían que sus pontífices descendían de Aarón, y no reconocían del Antiguo Testamento más libros que el Pentateuco. A pesar de esto, eran más fieles observadores de la Ley de Moisés que los mismos judíos.

La doctrina que predicaba Andrés no era nueva para los samaritanos; muchos de ellos habían tenido ya la dicha de oír de labios del mismo Jesús, de suerte que el Apóstol encontró el campo bien preparado para depositar en él la buena semilla.

Grande era el número de los que seguían a Andrés, ansiosos de oír su palabra y presenciar los portentosos milagros que obraba, como eran, dar vista a los ciegos, habla a los mudos, movimiento a los tullidos y paráliticos, y salud a los enfermos; y no eran pocos los que pedían con grandes instancias el bautismo.

Tampoco faltaron envidiosos y malvados que no podían llevar con paciencia los grandes triunfos alcanzados por Andrés, y movidos por un sentimiento de perversidad, le acusaron ante el Juez romano de haber blasfemado contra los dioses del imperio.

El Juez, que a la sazón lo era Sérpola, le mandó prender y le hizo comparecer a su presencia, con ánimo de interrogarle ante los testigos acusadores, persuadido que Andrés negaría el hecho que se le atribuía.

Serpola no era un hombre malo, socialmente considerado; y aunque educado en la religión gentilica, tenía buenos sentimientos, era compasivo y bondadoso y no contribuía poco a que se arraigara en él este carácter las buenas cualidades de su esposa Flavia, mujer honestísima, y a quien repugnaban por instinto las costumbres paganas.

Andrés compareció a la presencia del Juez tranquilo y sereno, ansioso de confesar una vez más a su verdadero Dios, y pregonar sus alabanzas.

— Estos que tienes presentes, le dijo el Juez, señalando a los testigos, te acusan de haber blasfemado contra los dioses del imperio. ¿Es cierta la acusación, o tienes que alegar algo en tu descargo?

— Falsa es la acusación, señor; porque sólo hay blasfemia cuando se pronuncian palabras injuriosas contra el verdadero Dios; y no existe blasfemia, aunque se diga lo que se quiera contra seres inventados por la fantasía de los hombres, seres imaginarios que ni existen ni han existido nunca, ni pueden existir. Si en tu mente y en la de cuantos me oyen hubiera penetrado la luz de la verdad, comprenderías la gran ridiculez de adorar a esas divinidades fantásticas, y el gran pecado que se comete en robarle la adoración que le debemos al que nos sacó de la nada; al que nos creó a su imagen y semejanza; al que acaba de morir en el suplicio de cruz y que vino a este mundo en carne mortal para redimirnos del pecado.

Las palabras de Andrés fueron acogidas con gran gritería por los asistentes, y en particular por los testigos, que viendo confirmada por el mismo Andrés su delación, pedían a grandes voces que fuera sentenciado a muerte. Pero Andrés tenía mu-

chos partidarios, muchos que habían abrazado la verdadera religión, y protestaban y amenazaban a los testigos.

En poco estuvo que la sala del juicio se convirtiera en campo de batalla, según estaban de excitados los ánimos.

No sin grandes esfuerzos, consiguió el juez restablecer el orden con el auxilio de algunos centuriones romanos, y continuó el interrogatorio.

Según eso, dijo el juez, ¿tú eres uno de los discípulos de Jesús, que hace poco fué sentenciado y muerto en Jerusalén por impío y prevaricador?

Discípulo soy de Jesús, aunque el más indigno de todos; pero debo decir en alta voz y para que puedan oírlo todas las gentes, que los impíos y prevaricadores fueron los que derramaron la sangre del justo, los decididos... los....

Otra vez la turba de fanáticos que habían pedido la muerte de Andrés volvieron a interrumpirle con grandes voces, y tal vez hubieran atentado contra la vida del apóstol, sin la intervención de los centuriones que los tenían a raya con sus largas picas.

El juez comprendió que no debía prolongarse por más tiempo aquel interrogatorio, y después de haber declarado al reo convicto y confeso de blasfemia contra los dioses del Imperio, mandó despejar la sala del juicio.

Muchos pedían que fuera dictada la sentencia para ejecutarla en el acto; pero el juez persistió en su resolución, y las turbas, aunque percosamente y de mala gana, salieron de aquel lugar para situarse en la calle.

Andrés fué trasladado a la cárcel y custodiado con dobles guardias.

Apénas Sèrpola quedó solo, se presentó a Flavia, su mujer, y le dijo:

— ¿Qué piensas hacer con ese hombre?

— Animo tenía de haberle concedido la libertad, si hubiera pronunciado una sola palabra de descargo; pero obstinado en confesar su culpa y en añadir mayor criminalidad, ¿qué remedio queda?

— ¿Le vas a condenar a muerte?

— No puedo menos, en cumplimiento de la ley.

— Eso no lo harás; porque si tal hicieras, tendrías que dictar sentencia también contra mí, ya que yo declaro que pienso, respecto a los dioses del Imperio, lo mismo que ese hombre, y hago más todas las palabras pronunciadas por él, a que vosotros dais el nombre de blasfemias.

— ¿Mujer! ¿Qué dices?

— Lo que oyes. Y si tú llegaras a mostrarte tan ciego y tan cruel, que decretaras la muerte de ese justo, en el acto mismo tu mujer Flavia se entregaría a las turbas, acusándose de profesar la religión del Crucificado y maldiciendo a esos falsos dioses, que sólo en vuestra mente existen.

— ¿Me quieres comprometer?

— Quiero salvar a ese hombre.

— Pero ¿cómo?

— El cómo lo dejo a tu elección. No quiero que manches tus manos con la sangre del justo.

— Ha faltado a las leyes del Imperio.

— Y tú faltarías a la ley de Dios si decretaras el castigo de ese hombre que predica la verdad.

— ¿Flavia!

— No conseguirás intimidarme ni hacerme variar de propósito.

— ¿Quieres mi perdición?

— Quiero salvarte.

Sèrpola quedó un momento pensativo. En su mente bullían mil encontrados pensamientos. Quería a su mujer entrañablemente; nunca había resistido a ninguno de sus deseos; antes bien se había adelantado siempre a satisfacerlos. Flavia había dado reiteradas muestras de su humildad, y en la ocasión presente no podía comprender el motivo de su resistencia. Después de una corta pausa, durante la cual mil encontradas ideas cruzaron por su mente, le preguntó:

— ¿Pero qué clase de interés te inspira ese hombre, ese extranjero?

— Un interés muy grande; el interés que inspira la virtud y la inocencia; el interés que inspira la verdad. He oído a ese hombre durante el interrogatorio; tenía fijos en él mis ojos cuando sus acusadores le amenazaban de muerte, y... no lo dudes, esposo mío; aquella calma, aquella tranquilidad, aquel desprecio del peligro, me cautivaron; es más: hasta me pareció que una brillante aureola circundaba todo su cuerpo. Aquel hombre no es un impostor, ni un ser vulgar; aquel hombre es un justo, y es tal mi convicción, que después de haberle oído me dije: no; Sèrpola, mi esposo, no condenará a ese hombre.

— Pero si no es posible obrar de otro modo.

— Tú eres el juez, sívalo.

— Si le salvo, seré yo acusado ante el Cónsul.

— Busca el medio de evitarlo.

— No encuentro ninguno.

— Yo lo encontraré. Dame una orden para que permitan a una persona hablar con el preso.

— ¿Qué piensas hacer?

— Nada que te comprometa.

— Pero dime al menos...

— Nada puedo decirte, porque nada he resuelto todavía. Pero quiero esa orden.

— Toma la orden; y ten presente que eres la mujer del juez Sèrpola. Y el juez le dió un pergamino con su sello. Flavia lo tomó y le dijo:

— Ahora dime: ¿cuándo se publicará la sentencia?

— Mañana.

— Está muy bien.

— Piensa mucho lo que vas a hacer.

— Pensado lo tengo. Guárdete el cielo.

— No hagas que me arrepienta de mi condescendencia.

— No te arrepentirás. Y dichas las anteriores palabras, desapareció de la presencia de su esposa.

¿Qué pensaba hacer con aquella orden? ¿De qué medios quería valerse para conseguir la libertad de Andrés, ya que esta y no otra era su intención? Pronto lo veremos.

Eran las once de la noche; noche fría y lluviosa; por las calles de Sebaste no transitaba alma viviente, toda vez que la mayor parte de sus habitantes se habían entregado al descanso. Sin embargo, Andrés no dormía. Encerrado en estrecho calabozo, y entregado por completo a la oración, esperaba tranquilo el momento en que se abriera aquella puerta, para dar paso a los verdugos que debían conducirlo al suplicio.

Sólo un sentimiento abrigaba su corazón, el de haber hecho tan poco para alcanzar tan pronto la recompensa de reunirse con su divino Maestro.

— No quisiera morir aún, se decía. ¿Qué méritos he contraído yo en este mundo? ¿Qué sacrificios he hecho? ¿Qué penalidades he sufrido? ¿A cuántas almas he arrancado del poder del pecado?

No, no quisiera morir; pero que no se haga mi voluntad, sino la vuestra, Dios y Señor mío.

Hé aquí a vuestro siervo dispuesto a obedecerla y acatarla, ahora y siempre.

Embebido en estas reflexiones, distrajo su atención ruido de pasos en el angosto corredor que conducía a su prisión, y el rechinar de la llave en la cerradura de la puerta.

Por una bocanada de aire fresco que penetró en el calabozo, comprendió que había sido abierta la puerta; pero nada vió, en atención a la intensa oscuridad en que estaba envuelto aquel recinto.

— ¿Estás ahí, Andrés? Dijo una voz cuyo timbre dulce y argentino no cabía duda que era de mujer.

— Aquí estoy, repuso Andrés, sorprendido.

— Levántate y sígueme. Vengo a salvarte.

— ¿Quién sois vos, señora?

— Mi nombre importa poco. Soy una mujer que tiene fe en tus palabras; una mujer que ha abrazado la verdadera religión, y que viene a traerte la libertad.

— Cuando a tal hora venís y con tales precauciones, es prueba de que no tenéis poder bastante para hacerlo a la luz del día. Quizá abusáis de la confianza de mi carcelero; si así es, no debo admitir la libertad. Volveos y dejadme.

— Si te dejo, mañana se pronunciará contra ti sentencia de muerte, y morirás.

— Mañana, como hoy y como siempre, se cumplirá la voluntad de Dios. Yo estoy tranquilo.

— ¿Y si Dios ha tocado en mi corazón para que diera este paso?

— Siendo así, ya no vacilo. Vamos.

— Coges la punta de mi manto, y sígueme.

Andrés no dudó un punto, asió la punta del manto que se le presentaba, y siguió a su guía.

A los pocos instantes se encontró fuera de la cárcel.

— Te suplico que no te detengas un punto en esta ciudad, y a ser posible, que el nuevo sol te encuentre muy lejos de sus muros. La doctrina que has predicado en este país no será perdida, yo te lo prometo; así, pues, vete a difundir la luz de la verdad a otros países.

— Dios te bendiga, mujer desconocida para mí. Tus palabras son de consuelo y tu acento denota la fe de que estás poseída. Sin duda has hallado gracia a los ojos del Señor mi Dios. Bendita seas.

Flavia regresó a su casa; pero cuál no sería su sorpresa, al encontrar a Sèrpola, su esposo, que esperaba su llegada.

— ¿De dónde vienes, mujer? le preguntó, apenas puso los pies en el patio o zaguán.

— No quiero mentirte, porque la mentira mancha los labios, después de haber manchado el corazón. Vengo de dar la libertad al que estaba preso.

— Me has perdido.

— Te he salvado; porque he impedido que cometieras una villanía.

— ¿Y qué responderé yo ahora ante el cónsul, y ante el pueblo?

— Refiriendo la verdad; diciendo que he sido yo la autora de todo.

— Eso jamás.

— ¿Pero tú crees que aquel hombre fuera un criminal?

— Creo todo lo contrario; le creo un justo.

— Pues entonces, bien hecho está lo hecho. Desfendes tu opinión y dices que reconocida su inocencia, le has mandado poner en libertad. ¿De qué pueden acusar al que obra con justicia?

— Tus palabras infunden en mi ánimo fortaleza.

— No son mis palabras, esposo mío, es la luz de la verdad que va penetrando en tu mente.

— ¿Qué dices?

— Digo que la doctrina de ese hombre se va abriendo paso en tu inteligencia. Digo que eres cristiano.

— ¿Flavia!

— ¿Y por qué te avergüenzas de confesarlo, si es el mayor timbre de gloria que podrías ostentar? Si, esposo mío; estoy convencida de la divinidad de esa doctrina; he rogado incesantemente para que Dios tocara en tu corazón. ¿Quieres que vayamos a recibir el Bautismo?

— Dispón lo que quieras, que a todo estoy resuelto. Has conseguido hacer de mí otro hombre, y este cambio que yo experimento me demuestra el poder de ese Dios a quien adoro.

Sèrpola y su esposa permanecieron hablando hasta la mañana siguiente, conviniendo ambos en abandonar la ciudad, y correr en busca de quien pudiera administrarles el Bautismo.

Como no hemos de volvernos a ocupar de estos personajes, diremos que, bautizados por Simón Pedro, murieron mártires de la fe, a los dos años de haber abrazado la Religión de Jesucristo, en un pueblo cercano a Roma, donde se habían retirado huyendo de la persecución contra los cristianos.

Andrés en cumplimiento de la promesa hecha a Flavia, la mujer de Sèrpola, salió de la ciudad en dirección a Cesarea, recorriendo antes los países de Galgulis, Gábe, Mageddo y toda la llanura de Nabata.

(Se continuará.)

ROMA

Se celebró en el Vaticano el día 23 de Mayo el anunciado Consistorio secreto, en el que Su Santidad León XIII se dignó crear y publicar Cardenales de la Santa Iglesia Romana y de la Orden de *Diáconos* a Monseñor Luis Pallotti, auditor general de la Cámara Apostólica, y al Rdo. P. Agustín Bausa, de la Orden de los Hermanos Predicadores, mayordomo del Sagrado Palacio Apostólico.

Monseñor Pallotti es sobrino del venerable siervo de Dios del mismo nombre, fundador de las misiones populares, y cuya causa de beatificación se ha incoado recientemente.

El nuevo Cardenal hizo sus estudios en el Colegio romano, en la época en que aun brillaba en él por su doctrina y ciencia el P. Passaglia, y terminados aquellos, fué llamado por el Cardenal Reisach, que le nombró su secretario. Poco después fué agregado a la Nunciatura de Madrid, donde representó al Papa Pío IX, como padrino en el bautismo del príncipe D. Alfonso, después Rey de España.

Pasado algún tiempo sucedió a Mons. Cracki en la secretaría de la Congregación de los Estudios. En los principios del pontificado actual, secundó los excelentes proyectos de Su Santidad León XIII, y fundó y mejoró varios de los establecimientos de educación que el Vaticano sostiene a sus expensas. Se debe principalmente a Monseñor Pallotti el rápido crecimiento del Instituto técnico que lleva el nombre de su fundador Mons. Merode, el del gran liceo *Angelo Mai* y el de la academia histórico-jurídica, célebre por sus eminentes profesores.

En su cualidad de secretario de la Congregación de los Estudios, trabajó también en la organización de las universidades libres de Francia.

A punto de ser nombrado Nuncio en Bruselas ocurrió la ruptura de relaciones entre la Santa Sede y el gobierno belga. Por esta causa continuó Monseñor Pallotti, encargado de las obras de enseñanza, en el cargo de Prefecto de los estudios en el Seminario romano, donde desarrolló un notable plan de enseñanza, que fué después continuado por Monseñor Tagmo.

En 1881 ejerció el cargo de sustituto en la Secretaría de Estado de Su Santidad, y posteriormente el

mis servicios a la causa de la libertad. Cierzo que vuestros sufragios son espontáneos y justos, pero no por eso serán menos agradecidos por mí. ¡Alguacil!

El alguacil se adelantó cuatro pasos. Anda inmediatamente a la iglesia, y si D. Justo no está en ella, véte a la casa rectoral, y dile de parte del alcalde, que inmediatamente eche las campanas a vuelo como si fuera sábado de gloria.

— Voy volando. Y el alguacil, queriendo congraciarse con la nueva autoridad local, echó a correr entre los aplausos de los concurrentes. Aquella aprobación unánime alentó al tío Pilatos, quien prosiguió diciendo:

— ¡Convecinos! Sin perjuicio de fijar en un bando y hacer publicar por pregón las intenciones con que entro en la casa del Concejo, quiero deciros con dos palabras mi programa, durante largas noches de insomnio acariciado.

— ¡Que hable! ¡Que hable! rugió la muchedumbre.

— Primera providencia: Valle-hondo se reserva el derecho de aceptar o no el Gobierno que quieran dar al país los hombres que forman el Gobierno Provisional.

— ¡Bravo! Derrocada la dinastía, es innegable que queda proclamada la república; pero como en la historia hay ejemplos de todo, yo me limito por hoy a recomendaros la calma mientras se desarrollan los acontecimientos.

— ¡Bien por el alcalde! En cuanto a mi política local será muy breve. Quedan suprimidos todos los derechos que cobra la Iglesia...

— ¡Bravo! El comercio será libre, la conciencia será libre, la imprenta será libre, el amor será libre.

Los mozos aplaudieron calurosamente. Durante tres meses no será obligatorio el pago de alquileres de casas o fincas, ni el de las igualas al médico, al maestro y al boticario.

— ¡Viva la libertad! — gritó este último, riéndose en su interior de aquella escena y prometiéndose sin duda cobrarse indirectamente de lo que por las igualas dejara de percibir.

— La contribución de sangre queda abolida en Valle-hondo, y mi autoridad municipal se reserva tratar como merezca a cualquier reclutador que pueda presentarse por aquí, así como a los recaudadores de contribuciones y comisionados de aprendizaje.

— Viva Pilatos — gritaron los mozos, animados por el contenido de una bota que había ido corriendo de mano en mano.

— Rem — añadió el alcalde — los juegos de bolos, mus y ruleta podrán funcionar durante todo el día.

— Y las tabernas — añadió el boticario — podrán estar abiertas durante toda la noche.

Bramidos, palmadas, gritos de entusiasmo y rugidos de aprobación siguieron a aquellas palabras que condensaban perfectamente las aspiraciones del elemento liberal de Valle-hondo, sobrado tiempo víctima de las contribuciones, de las quintas y de los derechos eclesiásticos.

— Pero no se oye el campaneo — dijo uno de los circunstantes.

— Tal vez con el ruido... Guardemos silencio.

Todos callaron efectivamente y hasta contuvieron el aliento creyendo escuchar ruido de campanas.

Y no se engañaban con efecto; pero aquel son no era el que ellos esperaban, pues la campana mayor de la iglesia doblaba a muerto.

— ¡Se habrá querido burlar D. Justo! — exclamó rojo de indignación el alcalde.

Y cuando trataba de salir a la calle para enterarse de lo ocurrido vio llegar al alguacil falto de aliento, que decía:

— Señor, el sacristán ha equivocado sin duda la orden; pero todavía hay algo más grave...

— Habla, desgraciado.

— Que el árbol de la libertad, rociado con petróleo, está ardiendo... es decir, habrá ardiendo ya por completo.

— ¡Venganza! ¡Venganza!

— ¡Los neos se nos burlan...

— El absolutismo saca la cabeza.

Pilatos comprendió la gravedad de aquella actitud de sus amigos y el compromiso que podría acarrear a su autoridad, y haciendo guardar a todos silencio, dijo con estentórea voz.

— Amigos míos: en todo esto veo una intriga de los caídos; pero no debemos dejarnos sorprender. Dispuesto estoy, si es necesario, a un rompimiento completo y definitivo entre las potestades eclesiástica y civil; pero los acaloramientos nada bueno pueden producir. ¿Tenéis confianza en vuestro alcalde?

— Sí, sí — repitió el coro.

— Pues bien: yo os prometo que esta burla no quedará impune. Ahora, hijos míos, alumbrad con hogueras las encrucijadas, que el tamboril y la gaita recorran el pueblo, que las rondas de mozos anden por donde quieran y que todos los cosecheros os sirvan el vino que se os antoje, pasando después la cuenta al Erario municipal. ¡Viva la libertad! ¡Viva Valle-hondo con honra!

— ¡Y viva Pilatos! — repitió el coro con el unánime desentono de siempre. — ¡Viva el alcalde!

El hijo de éste era el único que no había tomado parte en el general regocijo. Una secreta voz le decía que aquellos gritos de gozo señalaban para él el principio de una era de contrariedades y disgustos.

III

Durante el tiempo invertido en la sesión en que quedó proclamado alcalde de Valle-hondo el labrador Pilatos, la casa rectoral ofrecía muy distinto aspecto.

D. Justo, modelo de caridad y mansedumbre, había sabido, como todos sus feligreses, el levantamiento de España, y después de rezar largamente por las víctimas que el encuentro de Alcolea había causado en ambos bandos, se retiró a su habitación donde hubiera estado largo tiempo sumido en sus meditaciones, sin la llegada del tío Roque, su sacristán y jardinero, a quien profesaba particular cariño.

— Señor cura, dijo éste entrando, ya no hay vergüenza en el pueblo... ¿Querrá usted creer que han mandado un aviso para que las campanas sean echadas a vuelo?

— ¿Y quién, hijo mío? Cuatro tunos, a los que parece que capitanea el tío Pilatos.

— ¿Y no hay alcalde aquí? — ¡Ay, señor! según todos mis informes, el alcalde ha huido, temeroso de que los liberales le jueguen alguna mala pasada.

El señor cura pareció meditar un momento, y dijo a Roque:

— Pues bien: si los que piden el campaneo aducen algún título para ello, o amenazan siquiera con la violencia, obedecedlos en el acto, y suframos todos con paciencia la contrariedad de este pronunciamiento, que tantos daños puede acarrear al país. Mientras que esto no ocurra, no podemos ni debemos realizar lo que podría traducirse como un acto espontáneo de nuestra voluntad. Ahora, hijo mío, a encender las luces.

Roque se alejó murmurando en voz muy baja, pero no tanto que el buen cura no comprendiera o adivinara sus frases haciéndole sonreír paternalmente.

— Paciencia, hermano sacristán, paciencia, que nada son nuestros leves padecimientos comparados con los de nuestro divino Redentor.

Roque, al salir, notó que un bulto se alejaba apresuradamente de aquella sala: Era María de la Soledad, la sobrina de D. Justo, que, mujer y curiosa, había estado escuchando la conversación de su tío.

— Doña Solita, la dijo ya en la puerta el sacristán: ¿me da usted el petróleo para las lámparas?

Soledad le llenó una alcuza como todas las noches, y se extrañó viéndole regresar muy poco después.

— Doña Solita, esos condenados de liberales me tienen tan excitado que he vertido el petróleo. ¿Quiero usted llenarme de nuevo la alcuza?

Era la primera vez que cometía Roque semejante torpeza. Soledad le dio el petróleo que le pedía, y cuando minutos después le vio entrar en la rectoral le preguntó:

— ¿Encendiste las luces?

— Sí, señora, ya está ardiendo todo.

Solita no comprendió el doble sentido de aquellas palabras; pero viendo después el furor del portal y el que ardía a la entrada de la sacristía, no pudo menos de observar que ambos lucían malísimamente, y que en ninguna de ambas partes se notaba la mancha del aceite vertido.

La llegada del alguacil interrumpió los pensamientos de Solita, y habiendo llamado al sacristán, el dependiente del Concejo preguntó por el Sr. Don Justo.

— Acaba de acostarse algo enfermo.

— Pues bien: recibe tú la orden, ya que de todas maneras has de ser quien la cumples. El tío Pilatos, alcalde de este pueblo, elegido por sufragio universal, manda que inmediatamente se echen a vuelo las campanas para celebrar el triunfo de la revolución. ¿Lo entiendes?

— Sí que lo entiendo y al que lo haré, que en ausencias y enfermedades del señor cura me complazco en servir a todos los vecinos, aunque sean de los réprobos. Y bien sabe Dios que no siento que el

tío Pilatos haya llegado a ser alcalde, pues en esta casa se alegrará seguramente alguien.

Y Roque miraba maliciosamente a María de la Soledad, que había presenciado la entrevista y escuchado el diálogo.

— ¿Con que al campanario? — Al campanario voy, y en él estaré hasta que me déis contraorden.

Tal fue el origen del importuno cambio de sonos del campanero. Cuando el alcalde en persona llegó al templo y llamó al sacristán para que dejase de hacer doblar las campanas, éste le dijo socarronamente:

— Como ha desaparecido la monarquía, yo creo que correspondía tocar a muerto. Por lo visto las explicaderas del alguacil y mis entendederas propias corren parejas.

IV

La grandeza de Pilatos fue tan efímera como rápido había sido su encumbramiento. Organizada malamente, pero organizada al fin la vida política y administrativa, unas elecciones amparadas por los poderes públicos, le volvieron a la vida privada, no sin haber sufrido antes muchísimas contrariedades y no menos sinsabores.

— ¡Había sido tan pródigo en prometer en los momentos de su exaltación!

En primer lugar se vio obligado al pago de todo el líquido que se consumió en la noche del levantamiento, porque el nuevo alcalde declaró que las arcas municipales no estaban autorizadas para aquel gasto, y numerosos testigos hicieron responsable de él al labrador.

Después tuvo que sostener un largo y ruinoso pleito con varios convecinos que habían talado sus campos, convirtiéndolos en terrenos de aprovechamiento común, en nombre de la libertad.

En nombre de la libertad le arrebataron también los frutos de su huerta. En nombre de la libertad, el maestro acudía a comer a su mesa todos los días en vista de que no le pagaban su sueldo. En nombre de la libertad, el médico, libre del contrato con el municipio, le exigió cien duros por haberlo asistido en un arrebato de sangre que le causó la noticia de haber elegido las Cortes nuevo rey. En nombre de la libertad, el boticario, castigado también en sus ingresos, vertía junto a la casa de Pilatos todos los desperdicios de su laboratorio y se dedicaba a hacer peligrosos experimentos, siempre que el bueno del labrador entraba a conversar con él en la rebotica.

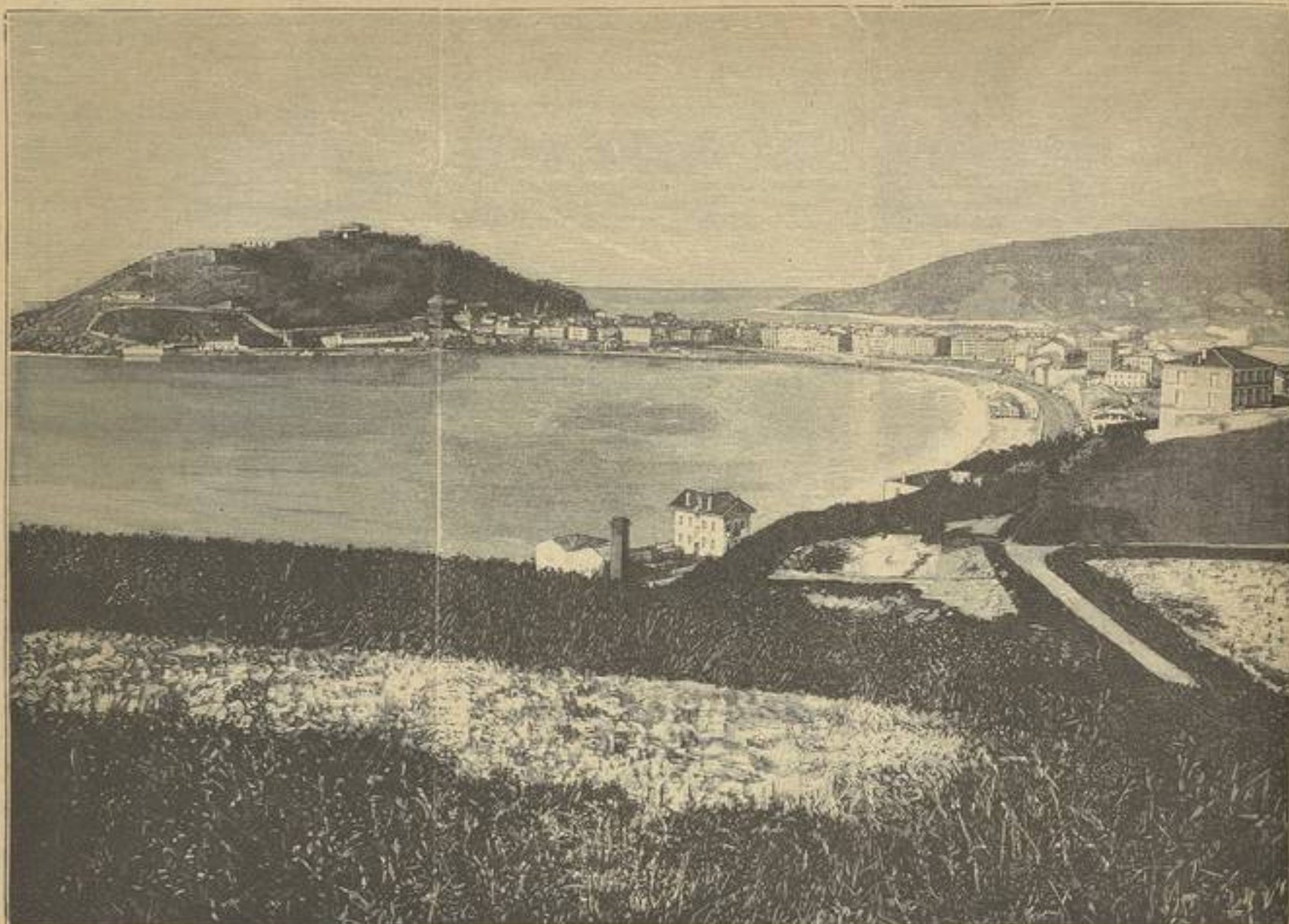
Un nuevo y grave disgusto estaba llamado a sufrir, y lo sufrió con la quinta en que le tocó entrar en suerte a su hijo.

El pobre muchacho sacó de la urna uno de los números más bajos, y no tuvo más remedio que coger el chopo y marcharse a servir al rey, y a un rey extranjero por más señas, llamado a ceñir la española corona por 191 votos de diputados españoles.

Pero, así como las contrariedades suelen ser la piedra de toque para que brille mejor el genio, así también los disgustos continuados de Pilatos fueron depurando más y más las ideas de su credo socialista. El, que había empezado leyendo *La Ileria*, no se satisfizo luego más que con *La Igualdad*, *El Combate* y *El Noventa y tres*; el, que se contentó al pronto con la caída de los Borbones, quiso luego la de todos los tronos y la de todos los poderes permanentes. La república unitaria dejó su vez a la federal y ésta a la revolución social, más completa y demagógica en el crisol de la inteligencia de Pilatos, el labrador que en 1854 lamentaba los disturbios y pronunciamientos militares y vivía feliz conservando y aumentando con su trabajo el patrimonio que en Valle-hondo le dejaron sus abuelos.

La despedida de Juan, el hijo de Pilatos, y de María de la Soledad, la sobrina de D. Justo, no pudo ser más conmovedora. Ambos jóvenes habían soñado con un porvenir venturoso, al cual asociaban siempre al labrador y al sacerdote; pero, ¡ah! que desde cuatro años antes el sacerdote no tenía ojos más que para llorar las desdichas de su patria ni pensamientos más que para elevarlos al que es fuente de todo consuelo, y despreciaba el dolor no menos intenso, pero más humano, de su sobrina Solita; y el ex-alcalde Pilatos, marchando en su progresiva locura, sólo pensaba en regenerar al mundo, y soñaba con la predicación y con el martirio, con la gloria de los héroes y de los mártires de la libertad.

Juan y Solita se habían hecho la promesa que en análogas circunstancias se hacen todos los amantes: ella, de esperarle siempre; él, de volver pronto y digno de ella; pero ya no habían podido hacerse dicha promesa con la libertad que tenían para hablarse en su primera juventud, sino con la reserva y



SAN SEBASTIÁN.

el temor de los que son celados por sus parientes.

En la noche que precedió a la marcha de los quintos, éstos recorrían las calles dando serenatas a sus novias, y junto a la casa rectoral, una voz de muchacho lloró más que cantó la siguiente copla:

A servir al rey me mato
y ahí te dejo el corazón,
no le trates con desdenes
al que siempre te adoró.

Una ventana, ligeramente entreabierta, dejó asomar una mano que alargó al cantor un objeto que sus compañeros apenas pudieron distinguir: era un escapulario con la imagen de la Virgen de la Soledad.

Pero, si triste era la situación de los principales personajes de nuestra historia a los cuatro años del levantamiento de Valle-hondo, la de los vecinos todos del pueblo no era más digna de envidia. Olvidado el principio de autoridad, sólo se obedecía al capricho; sin el freno religioso, la virtud vivía en peligro constante y el crimen seguro de la impunidad. Allí, donde antes la oliva de la paz crecía simbólicamente, sólo se veían abrojos y malezas; el trabajo estaba abandonado; la agricultura falta de brazos, muerta la industria y entronizados el vicio y el error. Pocos pueblos daban mayor contingente de causas al juzgado y pocas eran las noches en que no se traducía a tiros y navajazos el encono de unas y otras familias de la localidad.

La abdicación del rey D. Amadeo y la proclamación de la república dieron nuevos alicios a Pilatos y a los que pensaban como él; pero aquella república de retóricos y doctrinarios no podía satisfacer ya a quien había avanzado tanto. Por eso, cuando surgió la declaración de cantones independientes, el mundo pudo leer con asombro la siguiente noticia:

«Valle-hondo se ha proclamado en cantón, contra el cual marchan las tropas del Gobierno. Al frente de la rebelión figura un antiguo alcalde, denominado Pilatos. Las calles y entradas del pueblo están llenas de barricadas, por lo que es de suponer que aquellos habitantes se preparan a una obstinada defensa.»

V

Era la mañana de uno de los primeros días de Octubre. En una pobre choza distante un cuarto de legua del pueblo, el cura D. Justo, presa de extraordinaria agitación, conversaba con el sacristán Roque, que parecía llegar en aquel momento.

— ¿Qué noticias, amigo mío?

— Tan malas como todas las que tenemos desde el triste día en que esos cafres le arrojaron a usted del templo y del pueblo con amenazas de muerte y sin respeto a sus virtudes y a su ancianidad.

El cura se enjugó silenciosamente una lágrima.

— Señor, aquello es un verdadero infierno: las casas están desiertas y las gentes reunidas en la plaza haciendo barricadas y cartuchos; los muchachos se han entregado al merodeo para poder comer y ya no hay propiedad segura ni alimento tranquilo en una casa. El templo ha sido habilitado para hospital y en él comen y beben y roncán, cuando no hacen peores cosas, esos infames. Pilatos les suele arengar desde el púlpito y a sus discursos incendiarios responden los rugidos de las turbas. En los primeros momentos huyeron todos los que tenían algo que perder; pero ya ni siquiera eso es posible, porque está perfectamente cercado todo el recinto.

— ¿Y Solita? ¿Has sabido de ella?

— Según me ha dicho mi confidente el monaguillo, está en mi casa con mi mujer y por ese lado podemos ya estar tranquilos.

— ¿Y las tropas?

— Las tropas llegarán de un momento a otro y no es dudoso que se empeñará una lucha sangrienta, porque nuestros convecinos están locos, locos de remate...

— ¡Desgraciado pueblo!

— Ahora, señor cura, todos tenemos que cumplir con nuestro deber.

— Sí, Roque, y el mío me llama a que por todos los medios procure penetrar en el pueblo, aunque me desconozcan y me injurien... aunque pierda la vida. Dentro de poco habrá allí desgraciados a quienes consolar, heridos que socorrer, moribundos a quienes redimir en nombre del Dios de las misericordias. Ni mi edad, ni mis achaques lograrán apartarme de los deberes de mi sagrado ministerio.

— Señor, le interrumpió con respetuosa firmeza el sacristán, permita usted que por primera y única vez en la vida no le dé la razón. Entregarse al martirio y a la muerte, sin provecho para los mismos a quienes quiere usted salvar, me parece una verdadera locura. Si triunfasen los del pueblo, el más salvaje desenfreno haría a usted víctima de su impiedad; si triunfan las tropas del Gobierno, esas tropas, señor, son las mismas que han profanado los templos en Cataluña, bailando y emborrachándose en ellos; porque hoy el ejército no simboliza como antes los altos intereses de la patria, sino los menguados de unos cuantos políticos.

— Y aunque no te falte razón en lo que dices, ¿qué recurso nos queda a los creyentes y a los que damos nuestra vida para combatir la impiedad?

Roque se convenció de que nadie podía escucharle, y acercándose más aún a D. Justo, añadió:

— Para combatir a la impiedad y defender el derecho está en armas otro ejército: el ejército de don Carlos, y para unirse a ese ejército saldrá del pueblo inmediato esta noche una numerosa partida de



CRISTO PREDICANDO EN EL LAGO DE GENESARETH.
(Cuadro de H. Hoffmann.)

voluntarios. Unámonos a ella, y si hemos de morir, muramos en defensa de la Religión y del Trono.

— No, Roque amigo; la misión del sacerdote no es de guerra, sino de paz, de mansedumbre y de perdón. Repugna a mi sagrado ministerio y a mi carácter personal todo lo que suponga violencia, y creo que los voluntarios del absolutismo que fían a las armas el triunfo de sus deseos hacen al país el mismo daño que los vociferadores y demagogos que hoy imperan en Valle-hondo. Roque, mi resolución es irrevocable; iré al pueblo; iré aunque tuviera que caminar a rastra; y si encuentro al llegar a sus tapias un desgraciado a quien socorrer o consolar, daré por bien empleado mi propio martirio.

— Entonces, señor, déme usted su bendición...

— ¿Cómo?

— Porque mi resolución es irrevocable también. A mí no me ligan y aprisionan sagrados votos; durante cinco años he devorado mucha hiel, y ya no tengo más que una ambición en el mundo: ¡la de matar liberales!

— Roque, tu razón se extravía.

— Señor, creo que ninguno de cuantos vivimos en Valle-hondo la tiene muy segura. Dígame usted si es de cuerdos sacrificarse por sus enemigos.

— Jesucristo Nuestro Señor murió por ellos en la cruz.

— Pues bien; prefiero yo morir víctima de una descarga.

En aquel mismo instante, y como si el sacristán hubiera evocado con sus palabras al genio destructor de la guerra, sonó una imponente descarga de fusilería, seguida, ó mejor dicho contestada por varios disparos sueltos.

D. Justo se puso de pie, y abrazando a Roque y limpiándose las lágrimas echó a andar con la ligereza que sus años le permitían, en dirección al pueblo. El sacristán, después de seguirle con la mirada durante algunos momentos, se colocó en un cinturón de cuero dos gruesas pistolas, se echó una manta sobre los hombros y un sombrero de anchas alas sobre la frente, y montando una mula que se encontraba atada junto a la choza, exclamó entre dientes: — Pronto sabrán los liberales quién es el sacristán de Valle-hondo.

Cuando el anciano sacerdote llegó junto a las tapias del pueblo, un horrible espectáculo se ofreció a sus miradas: allí, junto a la carretera, ó sea en el único camino más accesible a la población, hallábase levantada una barricada de troncos de árboles, sacos de arena y piedras, de la que partían repetidos disparos de sus invisibles defensores. En el camino real se hallaba una compañía de ejército, que se había visto obligada a replegarse una vez, y en cuyas filas había hecho el plomo enemigo diferentes bajas, entre las que se contaba la del oficial que la mandaba. En aquellos momentos, cuando los soldados vacilaban viendo caer a su caudillo, un joven sargento, pálido como la muerte, pero comprendiendo la responsabilidad que le imponían los galones de sus mangas, se puso al frente de la fuerza, y exclamó lacónicamente:

— No hay que disparar un solo tiro, hasta que hayamos coronado esa posición, ahuyentando a sus defensores a la bayoneta. Amigos míos, ¡viva España!

Y ante los asombrados ojos de D. Justo, los soldados avanzaron con resolución sufriendo impávidos los disparos de los cantonales, abrieron brecha en la barricada por uno de sus extremos y penetraron como violenta avalancha en las calles del pueblo. Entonces los defensores huyeron despavoridos, disparando sus carabinas los más audaces, y los soldados pudieron ver a un viejo de canosa cabellera y pobre y encrespada barba, que en vano procuraba contenerles. El joven sargento, dirigiéndose a sus compañeros, exclamó con ansiedad:

— Cogedle vivo, por Dios, que es mi padre.

Pero el tío Pilatos, viéndose acorralado por la tropa y abandonado por los rebeldes, sin darse cuenta de quien era el sargento ni de la situación en que se encontraba, atento sólo al fanatismo político que se había enseñoreado en él, se aplicó de hajo de la barba la carabina, y exclamó: — ¡Viva la revolución social! Después sonó una detonación, y el tío Pilatos cayó a tierra para no levantarse jamás.

D. Justo, que había logrado llegar hasta allí, se acercó a su antiguo amigo, presentándole un crucifijo para excitarle al arrepentimiento, y viendo que el demagogo utilizaba sus últimas fuerzas vitales para rechazar la sagrada imagen, el viejo sacerdote le dió un beso de paz y reconciliación en la frente.

El cantón de Valle-hondo había terminado, y al día siguiente, templados los ánimos, se daba tierra a los cadáveres, víctimas de la lucha fratricida. Entre

los mismos figuraba el tío Pilatos, al que seguían el señor cura y su sobrina Solita.

La fuerza del ejército que había tomado la barricada, siempre al mando del joven sargento primero, había tenido que salir del pueblo, sin tomar el más pequeño descanso, para perseguir a una partida carlista que acababa de levantarse en las inmediaciones, mandada por el sacristán de Valle-hondo.

M. OSSORIO Y BERNARD.

EL ARTE MATERIALISTA

No es posible desconocer que el derrotero actual de una parte del arte, señaladamente de las novelas y del teatro, conduce directamente al más encarnizado materialismo. Será cuestión de moda, afán de ir a remolque de los autores franceses, costumbre de imitar los patrones más exagerados, preocupación de algunos críticos que guían é inspiran a los escritores, ceguera y aberración del público que aplaude todo lo que le choca y todo lo que se sale del marco en que se encerraba el arte comedido y culto de otros tiempos; pero es lo cierto que lo que se ve hoy en el teatro y lo que se lee en forma de novela es materialismo puro y crudo; afectos desordenados, desnudeces inconcebibles, abigarrado color verde y rojo, descortesía, efectos burdos y desentonados, chapucerías inconvenientes, mucha ignorancia del lenguaje castellano, mucho olvido de las reglas elementales de la cultura y muchísima falta de estilo, y aun de sintaxis.

Nunca se ha llegado a tal extremo, ni el rebajamiento del arte ha sido mayor. Se necesitaría recordar los peores tiempos del siglo pasado. Hay aquí una especie de culteranismo que no consiste en el alambicamiento, sino en la crudeza.

Se escogen hoy los peores aspectos de la vida, las pasiones más monstruosas, las destemplanzas más brutales para causar emoción y arrancar aplausos.

Hay que decirlo claramente: mientras otras artes, v. gr., la música ó la pintura (también en decadencia, salvo determinados países, entre los que habrá que citar con elogio, respecto de la segunda, a nuestra patria, según revela la última Exposición), caminan, sin embargo, por sendas no definitivamente extraviadas ni del todo confusas, eligen procedimientos que tienden a la bondad relativa ó al progreso inmediato, y de buena fe abandonan los que no se ajustan a un recto criterio de belleza; la literatura se extravía, se confunde, pierde lastimosamente su tiempo y en locas ó desalentadas marchas y contramarchas acaba por entregarse a un materialismo desentrenado en el cual se deja a un lado ó se combate fanáticamente toda noción de idealidad y de bondad moral, y lo que es más doloroso todavía, para los partidarios del arte por el arte según la fórmula de la Estética hegeliana, toda noción de buen gusto.

Lo peor es que seguimos, como imitadores serviles, a la moderna escuela francesa, aunque maestro tan insigne y literato tan esclarecido como D. Juan Valera, siquiera se desdénen sus enseñanzas, demuestre cual lo hace recientemente en sus admirables artículos de la *Revista de España*, que tal escuela ni puede ostentar título defendible ante la moral, ni ante la filosofía, ni ante el buen gusto, reduciéndose, como se reduce, a un alarde monstruoso de pesimismo irreligioso y funesto ó a una vana y aparatosa ostentación de vulgares aptitudes fotográficas.

El arte materialista moderno es un recuerdo cruel de la fotografía, y no copia lo noble y levantado, sino lo vulgar, pedestre y criminal de la naturaleza humana, alejada de Dios y de la ley y entregada al brazo secular de la patología. Tal arte no puede servir para nada bueno; no consuela, porque el espíritu se acoquina y entristece delante de esos cuadros de sombra é indiferente malicia; no descubre horizontes de belleza, porque no es bella una simple habilidad de reproducir a la bestia humana; no entretiene, siquiera, porque cansa y molesta la prolija labor del detalle y carece de la grandiosidad de un conjunto, de un punto de vista bello y sublime. A lo más se admira la laboriosidad y talento del autor, pero se echa de menos la idea — meramente artística — la concepción, el plan, el *quid divinum*, el reflejo del pensamiento estético.

Este es el efecto que causa la última novela de Pérez Galdós, en quien se admira un talento verdadero, una prolijidad incansable y una paciencia a prueba de desengaños; de Pérez Galdós, que es un maestro, aunque no sea un gran escritor ni un estilista consumado, y al cual hay que reconocer dotes de observador, quizás superiores a las que hemos

visto hasta ahora, poniendo siempre a salvo la personalidad ilustre de Pereda, nuestro primer novelista, como Valera es nuestro primer escritor.

En nuestro juicio nada hay tan difícil como escribir una buena novela. Se requieren para ello el conocimiento y la experiencia del mundo que Galdós revela; la espontaneidad, lozanía y sensibilidad exquisita del ingenio de Alarcón, el inimitable creador de *El Escándalo* y *La Alpujarra*; la manera de hacer, ó sea el estilo de Valera, con los distinguidos convenientes para impedir que un bandido andaluz (en las *Ilusiones del Dr. Faustino*) hable mejor que un académico, mejor que casi todos los académicos, y tan bien como D. Juan Valera mismo; la maestría insuperable de Pereda. Es necesario ser algo poeta, algo orador, algo médico, algo jurisconsulto, algo industrial y algo músico para escribir novelas; ver la luz y el color como los pintores, sentir como las mujeres, ser al propio tiempo hombre de mundo y filósofo de gabinete, entusiasta y escéptico; varonil y afeminado; poseer cualidades tan opuestas como las del erudito, que todo lo sabe, y las del hombre de acción y de sociedad, que casi todo lo ignora, proceder por intuición y por discurso, tener noticias de muchas cosas, y penetrar hasta el fondo, y vislumbrar la esencia de no pocas, inventar y no fingir, crear un mundo imaginario y atenerse a lo que suministra la realidad de todos los días.

La novela actualmente, en fuerza de ser rancho común y pasto literario de los espíritus, se ha hecho imposible de escribir, no contentándose en los linderos de la medianía adocenada ó cursi. En ella hace su presa mejor el arte materialista que condenamos, eco de determinadas preferencias, cuyo objetivo es la *psicología* que intenta hoy invadir los dominios del arte, último puerto de salvación de los escépticos. La vida se reduce ahora, en el sentir de muchos, al temperamento, a la herencia, a la selección natural y al fatalismo del medio ambiente, que, según dicen, produce desde el heroísmo hasta el crimen, lo cual supone que ya no existen ni criminales ni héroes.

Bien se nos alcanza que el movimiento del arte actual es cuestión de moda, que pasará, como pasó la exageración del romanticismo, en el que, sin embargo, había más empuje, mayor fuerza, vitalidad excesiva, generosidad innata, alteza de miras y un fondo de poesía y de hermosura jamás negado, que no se ven entre las brumas y entre la sucia y espesísima niebla del arte materialista actual, que tampoco por cierto ha logrado tener hasta la presente representantes tan ilustres, como lo fueron, en España, Rivas, Espronceda, García Gutiérrez; en Francia, Victor Hugo, Dumas (*père*), Vigny; en Alemania, Schiller, etc., quienes seguramente darán nombre al siglo XIX. Entre los escritores actuales, predominan dotes inferiores en lo artístico, a saber, el talento observador, la paciencia ardua, la laboriosidad mareante, la prosa de la línea recta y la aridez de un mecanismo bien montado, que hace siempre la misma cosa; me parece que todos los escritores de la novísima tendencia no valen un Manzoni.

No creemos que la tendencia que combatimos envuelva un peligro para la sociedad, sino a la larga. Más peligroso era el romanticismo para ciertas gentes; diganlo si no los estragos que causó el *Werther* de Goethe. Pero es desconfortable estar oyendo y viendo constantemente horrores y monstruosidades. Al fin los maestros tienen siempre algo que admirar; pero los discípulos no tienen nada y si mucho que abominar, especialmente el efecto soporífero de sus obras.

Y el teatro... el teatro es una dolorosa consecuencia de las nuevas doctrinas. En España, exceptuando algunas agradables muestras de la comedia chispeante y graciosa, modelo Serra, Bretón y don Ramón de la Cruz, todo lo demás es profundamente deplorable, disparatado, género Echegaray, Cano, Sellés, etc., ó género cursi, mediocre, docente y adocenado; mucho *estilo* flamenco, chuleñas insostenibles, solecismos tiranos é indecencias de grueso calibre.

No es posible contemplar este espectáculo sin dolor y tristeza, y fuera por extremo abrumador y desconfortable atribuir a la sociedad en general el abatimiento que el arte muestra. El día que el materialismo y el pesimismo dominen por igual sociedad y arte, uno y otro perecerán sin remedio. La vida humana necesita para desarrollarse la atmósfera de la fe y de la esperanza. Suprimida de una vez en el espíritu de los hombres el consuelo que producen las creencias firmemente sentidas, los nobles impulsos, la satisfacción de la conciencia individual, el anhelo de una vida mejor más acá y más allá del sepulcro, la vitalidad de las grandes ideas, el móvil generoso de las acciones, el amor a la especie y el entusiasmo por su perfeccionamiento y por su pro-

formaba parte y convirtiéndola en un verdadero monolito piramidal. Más de 25.000 metros cúbicos de piedra se extrajeron al efecto, quedando de esta manera aislado el Santo Sepulcro, que ocupaba el centro de la iglesia.

La suntuosa Basílica construida por Santa Elena permaneció en pie hasta que Cosroes II, rey de Persia, saqueó a Jerusalén en 614 y redujo a escombros la Basílica, llevándose la verdadera Cruz y demás instrumentos de la Pasión. Diez años después su hijo Siroes tuvo que ajustar paces con el Emperador Heraclio y fue rescatada la Cruz, conduciéndola a Jerusalén procesionalmente y con gran pompa el mismo Emperador, que descalzo la llevó sobre sus hombros y la depositó en la iglesia del Calvario.

No fue fácil reedificar la Basílica de Santa Elena; pero el antiguo monje Modesto, Obispo a la sazón de Jerusalén, allegó recursos e hizo construir cuatro pequeñas iglesias o capillas: una sobre el Santo Sepulcro, otra sobre el Gólgota, la tercera sobre el lugar en que Jesucristo resucitado se apareció a la Virgen Santísima y la cuarta sobre el sitio de la invención de la Cruz.

Así continuaron frecuentadas y veneradas por los cristianos, hasta que en el año 1010 fueron destruidas de nuevo por Hakem, feroz Califa de Egipto. La cristiandad entera contribuyó con sus donativos a la reconstrucción de las iglesias dichas; comenzaron las obras bajo el mismo plan del Obispo Modesto; continuaron durante los reinados de los Emperadores Argyrio, Miguel el Padagonio y Constantino Monómaco, y en 1048 se dieron por terminadas, abriéndose al culto público una rotunda central y tres capillas laterales. Así las encontraron los Cruzados, que hicieron de los cuatro un solo edificio, reuniendo las capillas y la rotunda bajo el mismo techo y construyendo la fachada actual en 1130. Decoraron interiormente las capillas y revestieron de mármoles preciosos el Santo Sepulcro; pero en el año 1244 fue medio destruida y profanada la Basílica por las hordas feroces de los Karismianos y aventadas las cenizas de Godofredo de Bouillón y demás reyes cristianos de Jerusalén.

Prolijo sería enumerar y describir los diferentes incendios, destrucciones y reparaciones parciales de que en distintas épocas ha sido objeto la Basílica de la Resurrección. En 1555, como amenazase ruina el monumento dentro del cual estaba el Santo Sepulcro, instado al efecto por el Papa Julio III y por el Emperador Carlos V el Rdo. P. Bonifacio de Ragusa, Guardián entonces de Monte Sión y más tarde Obispo de Stagno, procedió a la reparación del Santo Edículo, e hizo construir un templete de pórfido, mármoles y metales preciosos.

En 1607, por 5.000 ducados de oro, los judíos consiguieron del Sultán Ahmet I autorización para demoler la Basílica; pero lo supo a tiempo e impidió tan inicua trama el Embajador de Venecia.

Por derecho propio custodiaban el Sepulcro del Señor, como los demás Santos Lugares, los heroicos PP. Franciscanos desde que, en 21 de Noviembre de 1342, el Papa Clemente VI por medio de la Bula *Nuper carissimi in Christo*, y más tarde por otra que empieza *Gratias agamus omnium bonorum largitori*, les encomendó la custodia de Tierra Santa; pero los griegos cismáticos, que vetan con malos ojos este predominio, se aprovecharon del incendio casual o intencionado de 1808, que dió en tierra con la cúpula de la rotunda y gran parte del edificio, y a fuerza de oro obtuvieron de la Sublime Puerta autorización para reedificarla a sus expensas. Acudieron los Franciscanos a las naciones católicas, que preocupadas con la guerra europea, desatendieron sus ruegos y los griegos cismáticos reedificaron la cúpula, repararon a su antojo los desperfectos que había sufrido el edificio y dejaron el templete del Santo Sepulcro en el estado en que hoy se encuentra. Construyeron sin duda con tan poca solidez la nueva obra, que en 1858 ya amenazaba ruina la cúpula, por cuya razón fue reconstruida en 1869 por los esfuerzos mancomunados de Francia, Rusia y Turquía.

Sin tener el plano a la vista no es fácil formarse idea exacta de la Basílica de la Resurrección o del Santo Sepulcro, abigarrado hacinamiento de construcciones de todos los estilos arquitectónicos y de todos los tiempos. Está situada en el cuartel de los cristianos, al NE. de la ciudad y en el promedío e inmediaciones de la calle de Damasco. Desde la hospedería de Casa Nuova, por calles estrechas, pendientes y empedradas de morrillo, se desciende a la plazuela que precede a la Basílica, que es casi cuadrada, pues mide 17 metros de largo de N. a S. por 14 de ancho de E. a O.; se puede entrar por dos puertas colocadas en los ángulos meridionales y se baja por una escalinata de tres gradas y media, tan anchas como la plaza misma. Paralelas a esas gradas se levantan seis bases de otras tantas

columnas de mármol, que formaban sin duda en otro tiempo parte del magnífico pórtico meridional de la Basílica. Colocado el peregrino en dicha plaza, frente a la fachada de la Basílica, a mano derecha se le indica el lugar en que fue martirizado el Beato Cosme, lego franciscano, y frente a las dos puertas de la iglesia, el sitio donde fue quemada viva la Beata María de Portugal, terciaria de San Francisco, asesinados uno y otra por la barbarie musulmana y en defensa de la fe.

Según indicios, la Basílica del Santo Sepulcro estuvo aislada en tiempos remotos, terminando con cuatro hermosos pórticos, que correspondían a cada uno de los puntos capitales. En la actualidad está rodeada de casucas, capillas y conventos por todos lados, excepto por la fachada principal, que da a la plaza. A vista de pájaro se destacan, dominando el edificio, dos cúpulas, que corresponden la mayor a la rotunda del Sepulcro y la menor al coro de los griegos cismáticos y una torre medio derruida. La rotunda del Sepulcro con el coro de los griegos y las pequeñas capillas que hay en torno de una y otro componen una iglesia bastante regular, casi de figura elíptica, con dos absides; pero forman también parte de la Basílica la iglesia del Calvario, la de los PP. Franciscanos, llamada iglesia de la Aparición y las capillas de Santa Elena y de la Invenición de la Santa Cruz. Procuraré decir algo de todos y cada uno de estos santuarios venerandos con la claridad y concisión posibles.

La fachada de la iglesia es románica-bizantina; tiene dos puertas, tapiada la de la derecha y abierta la de la izquierda; dos ventanas ojivales sobre las puertas, y en los arcos, capiteles, dinteles y tímpanos admiranse bajos relieves de piedra de delicadísima labor, figurando hojas, flores, frutos, aves, animales fantásticos y simbólicos, pasajes de la vida del Salvador, etc. A mano izquierda, mirando la fachada, se levanta el antiguo campanario, y a mano derecha se ve una pequeña puerta inferior que da entrada a la capilla de Santa María Egipcíaca, y una escalera superior, que conduce a la de Nuestra Señora de los Dolores, hoy separada de la iglesia del Calvario, con la cual comunica por una ventana enrejada.

Entrando en la Basílica se ve a mano izquierda el *diván* de los porteros musulmanes que la abren, la cierran, conservan las llaves en su poder y cobran las propinas. Pasan el día sentados sobre sus piernas cruzadas y el turbante puesto, fumando en el *narguill*, conversando en alta voz y tomando café, que hacen ellos mismos en unos braseros. Un alto y oscuro muro, coronado por una balaustrada de piedra, se levanta a la izquierda e impide ver la capilla del Calvario. Avanzando unos pasos de frente se llega a la piedra de la unción, así llamada porque sobre ella fue ungido con mirra y aloe el Sacratísimo Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. La verdadera piedra de la unción, que es un pedazo de la roca del Gólgota, para preservarla de la devoción indiscreta de los peregrinos, está cubierta por una lámina rectangular, de piedra roja del país, que tiene 2 metros y 70 centímetros de larga, 1 metro y 30 centímetros de ancha y 30 centímetros de gruesa, sirviéndole de adorno un pomo dorado en cada uno de sus ángulos. Constantemente arden sobre ella 8 hermosas lámparas, regaladas por un archiduque de Austria. Este santuario pertenece en común a los latinos, griegos, armenios y coptos y en él puede ganarse indulgencia plenaria.

Doce metros a la izquierda, por el lado O. de la piedra de la unción, se encuentra el lugar desde donde las santas mujeres veían a Nuestro Señor Jesucristo clavado en la Cruz. Este sitio está marcado en el pavimento con una piedra circular, sobre la cual se levanta una especie de jaula de hierro, de cuya cúpula pende una lámpara constantemente encendida.

Seis metros más allá hacia el E. empieza la rotunda y véase uno colocado debajo de la gran cúpula que protege al Santo Sepulcro. Dicha rotunda tiene 18 metros y 30 centímetros de diámetro; la componen 18 pilares de mampostería, sobre los cuales se apoyan 18 arcadas, que forman dos galerías superpuestas con vistas a la rotunda y en torno del Santo Sepulcro. Todo ello está coronado por una cúpula atrevida, sencillamente adornada con pinturas al fresco de poco mérito, que no reproducen, como parecía natural, escena alguna de la Pasión.

En el centro mismo de esta rotunda se levanta un templete, dividido en dos capillas, la anterior de las cuales se llama del Ángel y en la posterior está el Santo Sepulcro. Desde la primera un ángel, apoyado sobre la piedra que servía de puerta al Santo Sepulcro, anunció a las santas mujeres que el

Señor había resucitado. Es una especie de vestibulo que tiene 3 metros y 45 centímetros de largo, por 2 metros y 90 centímetros de ancho. Las paredes interiores están adornadas de esculturas, columnitas y bajos relieves en mármol blanco. De día y de noche arden 15 lámparas de plata, que pertenecen las 5 del centro a los franciscanos; las 5 de la derecha a los griegos cismáticos, y de las 5 de la izquierda a los armenios y la quinta a los coptos. En el centro hay un pedestal con un trozo de la piedra que cerraba el Sepulcro. Una puerta muy baja, abierta en el muro O., conduce a la capilla de la Santa Tumba, que tiene 2 metros y 7 centímetros de larga y 1 metro 93 centímetros de ancha. Está interiormente revestida con láminas de mármol blanco, que cubren la verdadera roca de la cueva, dentro de la cual fue sepultado Nuestro Señor Jesucristo. En el lado N. de esta sagrada capilla está el banco de piedra sobre el cual fue colocado el cadáver del Señor con la cabeza hacia el Occidente y los pies hacia el Oriente. Este banco se eleva sobre el pavimento unos 65 centímetros, tiene 1 metro y 89 centímetros de largo y 93 centímetros de ancho. Está abierto a pico en la Peña en forma de artesa poco profunda, empotrado en las paredes de la capilla por detrás y ambos extremos, y cubierto por delante y por arriba con láminas de mármol blanco, las cuales hay que renovar con frecuencia, porque insensiblemente las desgastan los besos de los peregrinos. 40 centímetros más arriba de la Sagrada Tumba hay una cornisa al rededor de los muros de la capilla, de piedra roja del país, sobre la cual se apoya el altar portátil, que sirve diariamente a los católicos para celebrar el Sacrificio de la Misa. Tres cuadros representan enfrente a Jesucristo resucitado, y pertenecen, el del centro a los griegos, el de la derecha a los armenios y el de la izquierda a los latinos. 43 lámparas de plata, suspendidas de la bóveda, arden día y noche en este augusto recinto, pertenecientes 13 a los franciscanos, 13 a los griegos, 13 a los armenios y 4 a los coptos. Estos últimos no tienen derecho a oficiar nunca dentro de la sagrada capilla. Exteriormente el templete es prolongado; su fachada o parte anterior rectangular, y semicircular su parte posterior. En el centro de dicho exterior semicírculo poseen los coptos una pobre capilla, cerrada con una verja de hierro y en la cual celebran sus oficios. Un pequeño cimborrio corona el monumento, que en su parte superior está circuido por una balaustrada de piedra. Dos escaleras laterales conducen interiormente desde la capilla del Ángel al techo del templete. Lámparas numerosas cuelgan exteriormente en torno de todas las paredes las comuniones cristianas durante sus oficios solemnes. Algunos pasos enfrente de la puerta del monumento está el pequeño y pobre coro de los latinos, desde donde se divisa perfectamente toda la rotunda.

Frente al Santo Edículo y detrás del coro de los latinos, ocupando la gran nave de la Basílica, está la capilla de los griegos cismáticos, notable por la regularidad de sus proporciones y por la profusión de dorados, verjas de metal, cuadros bizantinos, lámparas y sillerías que la adornan. El conjunto es rico, aunque de mal gusto. En el fondo dan paso al altar mayor o *Sancta Sanctorum* dos bonitas verjas de hierro. Tres tronos santos, destinados a su Patriarca y Obispo, ocupan el centro y ambos lados de la sillería. En medio de la capilla hay un vaso de mármol blanco y dentro de este vaso un hemisferio, que según los griegos es el *ombligo del Universo*.

Interminable sería describir los demás lugares y capillas existentes en torno de la rotunda y la nave central de la Basílica del Santo Sepulcro. Me limitaré, por consiguiente, a nombrarlos según el orden de su colocación respectiva. Frente a la capilla de los coptos, dos pilastras de la rotunda dan paso a la cueva sepulcral de José de Arimatea. Dando la vuelta al santo templete, 18 metros más allá hacia el E. saliendo de la rotunda, se encuentra a mano derecha la capilla franciscana, donde Nuestro Señor Jesucristo se apareció, vestido de jardenero, a Santa María Magdalena. Un roseton marca en el pavimento el lugar mismo que ocupaba el Divino Hortelano. Algunos pasos más allá 4 escaleras conducen a la iglesia de los PP. Franciscanos, edificada sobre el lugar donde Nuestro Señor Jesucristo, después de su resurrección, se apareció a su Santísima Madre. Esta iglesia es pequeña, pero regular; la están reparando actualmente; tiene 3 altares, dedicados el mayor ó del centro a María Santísima, el de la izquierda a las reliquias, entre las cuales estuvo un pedazo de la verdadera Cruz, hasta que en 1557 lo robaron los armenios cismáticos, y el de la derecha a la columna de la flagelación, que se ve allí a través de una reja y ante la cual puede ganarse indulgencia plenaria. Detrás de esta iglesia, donde los PP. Franciscanos celebran constantemente

sus oficios, se encuentra la sacristía, y en sus calajes pueden verse la espada y espuelas de Godofredo de Bouillon y el oscuro y malsano convento de los PP. Franciscanos.

Volviendo a la nave de la Basílica que circuye la capilla de los griegos, a mano izquierda se encuentra el lugar en el cual hubo una gruta que sirvió de prisión a Nuestro Señor Jesucristo y a los ladrones mientras se hacían los preparativos para su suplicio. Forma una capilla dividida en tres departamentos, pertenecientes a los griegos cismáticos, y en la cual no hay nada de notable más que una piedra con dos agujeros, en cada uno de los cuales tuvo uno de los pies Nuestro Señor Jesucristo, atados por medio de una cadena, según asegura la tradición. Viene a continuación la capilla griega de San Longinos, sin más adornos que tres cuadros regulares, representando escenas alusivas a la vida del soldado que introdujo su lanza en el costado de Nuestro Señor.

Dos metros más allá se encuentra, sin que de ella se haga uso, la antigua puerta por donde bajaban a la iglesia los canónigos del Santo Sepulcro. Ya en el centro del ábside de la iglesia está la capilla armenia de la división de los vestidos de Nuestro Señor, y 2 metros más allá, a mano izquierda, por una escalera compuesta de 26 peldaños, se baja a la iglesia abisinia de Santa Elena, tallada parte en la roca y decorada con lámparas y globos de metal, suspendidos del techo. Tiene dos altares y en el ángulo SE. del principal, dedicado a Santa Elena, se muestra el sitio sobre el cual oraba la Emperatriz mientras se practicaron las excavaciones para la Invenición de la Santa Cruz. Una escalera de 13 peldaños, abiertos en la roca, desciende por el lado de la Epístola del altar dicho a la capilla franciscana de la Invenición de la Santa Cruz, antigua cisterna abierta en la roca viva del Calvario, unos 25 metros más allá al E. del lugar de la crucifixión del Señor. No hay en esta capilla más que un altar con una hermosa estatua de bronce de tamaño natural, representando a Santa Elena apoyada en la Cruz, regalo del infortunado Emperador de México, Maximiliano de Austria. Subiendo de nuevo al ábside de la Basílica y dando la vuelta, siempre en torno de la capilla de los griegos, a mano izquierda se ve en el centro de una capilla y debajo de la mesa del altar, dentro de una especie de caja de hierro con agujeros, por los cuales se puede introducir la mano y tocarse la columna llamada de los oprobios o de las injurias, sobre la cual, coronado de espinas, estuvo sentado Nuestro Señor Jesucristo, en tanto que de él hacían befa los infames soldados. Dos metros más allá se encuentra a mano izquierda una escalera de tres peldaños y una puerta que conduce al refectorio de los griegos. Desde aquel punto se presenta cada vez más oscura la galería, se deja a mano derecha una de las puertas del coro de los griegos no unidos, y después de haber recorrido un espacio de 15 metros, se encuentra a mano izquierda una escalera de 18 peldaños, próxima a la piedra de la unción y por la cual se sube a la iglesia del Calvario. Apoyado está el suelo de ésta, parte sobre el peñasco mismo que forma la cima del Gólgota y parte sobre unas bóvedas, construídas a fin de darle mayor amplitud. Ocupa este edificio la parte SE. de la Basílica y está a 4 metros y 70 centímetros más alto que el pavimento de aquella. En conjunto, la iglesia del Calvario es casi cuadrada y su eje mayor, que parte de E. a O., no pasa de 15 metros. Cerrada está la parte anterior por una balaustrada de piedra, que tiene cerca de un metro de altura, y dividido el interior en dos capillas paralelas, separadas por tres gruesos pilares macizos y dos arcos. La primera, subiendo por la escalera dicha, que es la de la izquierda y pertenece a los griegos, contiene en el fondo un rico altar sobre el agujero mismo en el cual estuvo plantado el árbol de la Cruz, donde espiró el Redentor del mundo. Una plancha de plata refuerza los bordes del sagrado orificio, por el cual puede introducirse la mano y el brazo hasta tocar la piedra misma con la cual estuvo en contacto la Cruz del Salvador. A derecha é izquierda y unos 2 metros hacia atrás se advierten, marcados con piedras negras circulares, los sitios en donde estuvieron las cruces de los dos ladrones. En el lado de la Epístola, entre el agujero de la Cruz del Señor y el lugar del suplicio del mal ladrón, se ve y puede tocarse a través de una reja de plata, la hendidura milagrosa, abierta en la peña del Calvario por el terremoto que se produjo inmediatamente después de haber espirado Jesucristo. Debajo del arco, que separa esta capilla griega de la católica de la derecha, está el pequeño altar franciscano del *Stabat Mater*, precisamente sobre el lugar mismo donde María Santísima recibió en los brazos el adorable Cuerpo de su Divino Hijo, al bajarle de la Cruz. En el fondo de esta segunda ca-

pilla se encuentra el altar conmemorativo de la Crucifixión del Señor, con un hermoso lienzo semicircular que representa tan patética escena. Delante de este altar un mosaico cuadrilongo marca en el pavimento el lugar preciso sobre el cual fué enclavado en la Cruz el Redentor Divino. Más atrás, entre el mosaico dicho y la escalera de los católicos, un rosetón, colocado en el suelo, indica el lugar mismo sobre el cual Nuestro Señor Jesucristo fué despojado de sus vestiduras. Una ventana con reja, que se abre en el muro de la derecha, permite ver desde la iglesia del Calvario la ya nombrada capilla de Nuestra Señora de los Dolores. Numerosas lámparas arden día y noche sobre todos los Santos Lugares dichos.

En los subterráneos de la iglesia del Calvario está la capilla de Adán y en ésta los lugares que ocuparon en otro tiempo los sepulcros de los dos primeros reyes de Jerusalén, Godofredo y Balduino. Más allá, una puerta colocada a mano derecha da paso a la sala de la recepción de los griegos cismáticos. Enfrente enseñan el lugar en donde, según tradición constante, estuvo la tumba de Melquisedec. En el fondo se ve una pequeña excavación abierta en la roca del Calvario y hasta la cual llega la milagrosa hendidura del terremoto, nicho que contuvo el cráneo de nuestro padre Adán, según tradición que relataré minuciosamente.

Al rededor de la rotunda y de sus galerías se encuentran los conventos y habitaciones de los armenios, coptos y franciscanos. Las de los griegos cismáticos están entre la iglesia del Calvario y la capilla de Santa Elena. Las galerías que dan vista al Santo Sepulcro, pertenecen también por partes desiguales a las comuniones cristianas dichas. Descender a detalles minuciosos y describir fotográficamente todos y cada uno de los santuarios y todas y cada una de las partes que componen la inmensa Basílica, sería hacerse tan pesado como interminable. Lo dicho basta para imaginarse aproximadamente la iglesia más augusta del mundo. Volveré sobre algunos de estos lugares venerandos cuando relate las tradiciones referentes a cada uno.

M. POLO Y PEYROLÓN.

(Se continuará.)

LO QUE PASÓ EN VALLE-HONDO

(BOCETO DE UNA NOVELA.)

I

En un lugar de la Mancha, que no es por cierto el mismo en que ejerció como cobrador de alcabalas el inmortal autor del *Quijote*, sino el conocido en el mapa literario con el nombre de Valle-hondo, vivía un honrado labrador de bastante considerable hacienda y que si no habíase pasado las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio leyendo libros de caballerías, dió en cambio en la funesta manía de suscribirse a todos los periódicos avanzados que se publicaban por los años que precedieron a la revolución de 1868.

Íntil es decir que su imaginación, poco preparada para aquellas lecturas, obtuvo de las mismas un resultado lamentable, y que de exageración en exageración y de absurdo en absurdo, creyóse destinado por la Providencia a dar forma práctica en su aldea a las teorías del más radical socialismo.

Cuando algún pobre se acercaba a pedirle limosna, nuestro hombre, por mal nombre Pilatos, se enfurecía, manifestándole que no pidiera una cosa que se debía de justicia; que su hacienda podría valer 5.000 duros y que como a ella tenían derecho 15 millones de españoles, le entregaría en el acto lo que al mendigo juzgaba corresponderle: unos seis céntimos. El agraciado los recibía, no muy satisfecho de la largueza del rico, pues no ignoraba que si de nuevo le pedía un socorro, obtendría por toda respuesta la de que él había entrado ya en posesión de lo que de sus bienes le correspondía.

Pilatos regaba diariamente el árbol de la libertad, plantado por los liberales del 1836; guardaba como reliquia en un armario un calcetín del desamortizador Mendizábal, que le fué desamortizado al efecto por la lavandera; en sitio preferente de su casa tenía el retrato del general Espartero con su característico chascás, y hubiera dado cualquier cosa por saber música para tocar durante todo el santo día el himno de Riego.

El propagandista desinteresado de las doctrinas liberales se había impuesto la obligación de leer en voz alta a los mozos de su labranza los artículos de fondo de la prensa democrática, y era de ver a los

pobres manchegos bostezando con semejante lectura, de la que no sacaban nada en limpio.

Después acudía por las tardes a la casa del cura D. Justo, hombre virtuoso, y que aferrado a sus ideas católicas y tranquilas formaba con Pilatos el más extraño contraste que imaginarse puede, y empezaba la incesante polémica que terminaba a las nueve de la noche para volver a empezar a la tarde del día inmediato; sin que el uno consiguiera persuadir a su contrincante de que la ventura de los pueblos se resume y cimenta en el ideal democrático, ni el otro convenciera al uno de que fuera de la doctrina cristiana no hay salvación para el alma de los hombres.

El pueblo manchego, rico y floreciente, había tenido hasta entonces la fortuna de que los bandos políticos no se enseñorearan de él; pero desde que Pilatos se dedicó a leer y propagar la lectura de ciertos periódicos y el cura D. Justo a querer tener a raya aquellas tendencias que juzgaba peligrosísimas y el médico a hacer gala de materialista y el sacristán a preconizar el régimen absoluto, las diferencias fueron acentuándose, surgieron primero y se desarrollaron después los odios, y la política con su pestilente aliento fué secando la felicidad del pueblo, como se secaba también sin enfermedad ostensible el árbol de la libertad, a pesar de las diarias irrigaciones efectuadas por el labrador Pilatos, con una constancia digna de los caudillos araucanos, que en sus hermosas octavas retrató Alonso de Ercilla.

En estas circunstancias el pueblo y en tal estado los ánimos, sorprendió a todos, liberales y reaccionarios, blancos y negros, el movimiento insurreccional de Septiembre de 1868.

II

La casa de Pilatos se hallaba llena de gente y en la amplia cocina, junto a la campana característica del hogar, tenían principal asiento los acomodados vecinos de Valle-hondo, mientras que en los extremos de la habitación por pasillos y rincones se apretaban mozos de labranza y criados, todos hablando a la vez, todos comentando las últimas noticias que había llevado de Madrid un propio y que completaban las publicadas por los periódicos.

— Amigos míos, decía Pilatos, los momentos son preciosos y estamos perdiéndolos lamentablemente. Esta mañana hemos sabido el levantamiento de Madrid y no le hemos secundado todavía.

— Es verdad, decía el boticario, que parecía algo malicioso; y de seguir nosotros indiferentes, puede fracasar el movimiento nacional.

— Sin embargo, decía un tercer personaje: hace ya cinco horas que nadie trabaja en el pueblo, las yuntas han vuelto a las cuadras y los mozos se han hartado de beber vino y dar vivas a la libertad.

— Bien; pero el alcalde...

— El alcalde ha huido temeroso de la justicia popular.

— Existe todavía un punto negro, dijo el tío Pilatos tomando del brazo a los que se hallaban más cerca de él y hablando en voz muy baja para que los mozos y dependientes no se enteraran. D. Justo el párroco, a quien mandé un recado para que echase las campanas a vuelo, se ha negado a hacerlo... Ya saben ustedes que es mi amigo; más aún, que el tonto de mi hijo y la tonta de la sobrina del cura se quieren y que por estas y otras circunstancias hubiera debido el hombre ser considerado conmigo... Pues nada, las campanas sin tocar.

— ¿Por qué, dijo el boticario, no se lo pide usted de oficio?

— De oficio...

— Naturalmente: aquí quieren ustedes que los demás entiendan y no empiezan por explicarse. Por ejemplo, en el ánimo de todos está que nadie tiene más títulos que Pilatos para ser alcalde de este pueblo, por renuncia implícita y fuga del propietario.

El labrador intentó modestamente una disculpa; pero no pudo formularla porque prosiguió el boticario:

— Pues bien: yo, intérprete de los sentimientos de todo el vecindario de Valle-hondo, creo que debemos empezar por decir: ¡Viva el alcalde Pilatos!

— ¡Viva el alcalde Pilatos! contestó el coro general de ambos sexos que se forma siempre junto a todo declamador político.

Y así fué elegido alcalde nuestro labrador y así el sufragio universal quedó plantado en un lugar de la Mancha, antes de que los Códigos españoles lo consignasen en sus artículos.

— ¡Convecinos! exclamó Pilatos subiéndose en un taburete para que su discurso tuviera mayor resonancia. ¡Convecinos! la confianza con que me honráis es el lauro mayor que yo pudiera apetecer por

de secretario de la Congregación de los asuntos eclesiásticos. Por estas circunstancias intervino en todos los actos más importantes de los primeros años del pontificado de León XIII, y fue tal su asiduidad, que su salud se resintió gravemente. Gracias a Dios y a su naturaleza robusta, recobró la salud Mons. Pallotti; mas los médicos le prescribieron una vida más reposada, y por esta causa dejó el cargo que desempeñaba, en el que fue sustituido por Mons. Galimberti.

Entonces Su Santidad, tanto para recompensar su celo, como para seguir utilizando sus servicios, le nombró Auditor de la Cámara apostólica; puesto que ocupaba a su elevación al Cardenalato.

El nuevo Cardenal tiene actualmente sesenta años de edad.

El Rmo. Agustín Bausa nació en Florencia el 28 de Agosto de 1821. Cuenta por consiguiente en la actualidad sesenta y seis años de edad. Su piedad y virtudes le inclinaron desde muy joven a la vida religiosa y siguió en Roma los estudios eclesiásticos en el célebre convento de Santa María de Minerva.

En 1850 fue destinado a las Misiones en tierra de infieles; pero a causa de su mal estado de salud, hubo de regresar a Italia al cabo de ocho años. Después de permanecer en Ancona algún tiempo, se dedicó a la predicación, para la que reúne condiciones excepcionales. Son notables las conferencias que dió en la Iglesia de San Gaetano, en Florencia, por espacio de diez años consecutivos, desde 1860 a 1870, y los sermones que predicó durante la Cuaresma del año anterior en la Iglesia de San Pedro del Vaticano.

En 1883 fue nombrado por Su Santidad maestro de los Sacros Palacios, cargo anexo al de teólogo particular del Sumo Pontífice.

El P. Bausa acompañó a Roma en calidad de teólogo al Arzobispo Mons. Limberti, en la época del Concilio Vaticano. También desempeñó, durante muchos años, el cargo de Prior del convento dominicano de Santa María la Nueva, y fue asimismo Vicario de la Congregación de San Marcos.

Después del nombramiento de los nuevos Cardenales, Su Santidad provió las iglesias siguientes:

La iglesia titular arzobispal de Petra, para Monseñor Luis Ruffo Scilla, trasladado de la sede arzobispal de Chieti, que conserva con el carácter de administrador provisional con la Iglesia catedral de Vasto, y elegido Nuncio apostólico en Baviera.

La iglesia metropolitana de Chieti, a la que va unida la administración de la Iglesia Catedral de Vasto, para Mons. Roch Cocchia, de la Orden de los Hermanos Capuchinos, inter-nuncio apostólico del Brasil, trasladado de la sede arzobispal de Otranto.

La iglesia titular arzobispal de Gerapoli, para Mons. Concetto Focaccetti, Obispo dimisionario de Agropendente, que conserva con el carácter de administrador provisional.

La iglesia metropolitana de Ravena, para Monseñor Sebastian Galeati, trasladado de las iglesias catedrales unidas de Macerata y Tolentino, que conserva con el carácter de administrador provisional.

La iglesia metropolitana de Otranto, para Monseñor Saverio Bruno Bressi, de la Orden de los Hermanos Menores Capuchinos, trasladado de la Iglesia catedral de Bavino, que conserva con el carácter de administrador provisional.

La iglesia titular arzobispal de Nicea, para Monseñor Luis Galimberti, de Roma, Prelado doméstico de Su Santidad y Protonotario apostólico, canónigo de la Basílica patriarcal de San Pedro del Vaticano, secretario de la Congregación de negocios eclesiásticos extraordinarios, doctor en Filosofía y en Teología en ambos derechos, electo Nuncio apostólico en Austria Hungría.

Las iglesias catedrales unidas de Ampurias y Tempio, para Mons. Pablo Pinna, trasladado de la Iglesia titular episcopal de Europa.

Las iglesias catedrales unidas de Ascoli y Cerignola, para Mons. Domingo Cocchia, de la Orden de Hermanos Menores Capuchinos, administrador apostólico de Otranto, trasladado de la Iglesia titular episcopal de Tedeata.

La iglesia catedral de Forlì, para Mons. Domingo Svampa, de la archidiócesis de Teramo, camarero secreto supernumerario de Su Santidad, canónigo honorario de la Iglesia metropolitana de Teramo, director espiritual del Colegio Urbano de la Propaganda y de las religiosas del Sagrado Corazón de la Trinidad de los Montes, profesor de texto civil en las escuelas del Seminario pontificio romano, censor de la Academia Teológica de Roma, censor de la Sagrada Congregación del Concilio y misionero apostólico, doctor en Teología y en ambos Derechos.

La iglesia catedral de Agropendente, para el R. D. Gislène Veneri, de la diócesis de Yesi, donde es canónigo de la Catedral, examinador prosinodal,

abogado fiscal de la curia episcopal, vicepromotor de la fe, profesor de Filosofía, de Matemáticas y de Ciencias naturales en el Seminario de la misma Diócesis, doctor en Filosofía, en Teología y en ambos Derechos.

La iglesia catedral de Antequera en Méjico, para Mons. Eulogio Gregorio, de la noble familia Gillow de Lancashire, en Inglaterra, que nació en Puebla, Méjico; prelado doméstico de Su Santidad, refrendario de ambos tribunales de la Signatura, doctor en Derecho canónico.

La iglesia catedral de Comayagua en la América Central, para el R. D. Manuel Francisco Vélez, de la archidiócesis de Guatemala, donde es cura párroco de San Sebastián, doctor en ambos Derechos.

En el citado Consistorio Su Santidad pronunció un importante discurso sobre los asuntos de Prusia y de Italia.

El Papa comenzó explicando su actitud respecto de Alemania, declarando que sólo se había guiado por el cuidado de la salvación de las almas. Describió la triste situación que se había creado a la Iglesia católica de Prusia, situación a la que tuvo que poner remedio, ayudado en esa obra por el episcopado y por el partido del centro, del que elogió el valor y la constancia y cuya conservación juzga indispensable.

El Papa hizo en seguida un elogio del emperador de Alemania y de su gobierno. La legislación últimamente votada en Prusia contiene en parte la abrogación completa de las leyes de Mayo y en el resto las suaviza. Los términos en que se expresó Su Santidad fueron los siguientes:

«Seguramente se ha puesto fin con eso al rudísimo combate (culturkampf) que ha afligido a la Iglesia, sin provecho para el Estado. Si quedan todavía algunas disposiciones, cuya abrogación piden los católicos, hay que recordar que acaban de obtenerse concesiones mucho más grandes y más importantes.»

El Papa habló asimismo de la esperanza de ver restablecida la paz religiosa en la Hesse-Darmstadt.

El Padre Santo expresó también al terminar sus deseos de que se realice esa pacificación en Italia, que le es tan querida. Dijo que Italia sería la primera en reportar los beneficios de la terminación del conflicto actual, pero que no puede establecerse el acuerdo, sino respetando la justicia y reconociendo los derechos de la Santa Sede. No podría hacerse un acuerdo sino en cuanto el Papa no sea súbdito de ninguna potencia y goce de plena y completa libertad en la administración de la Iglesia.

Acerca del Consistorio público, celebrado el día 26, se lee en una carta de Roma de la misma fecha:

«Esta mañana ha celebrado Su Santidad un Consistorio público en el Palacio Apostólico del Vaticano, para dar el capelo cardenalicio a los Cardenales Serafin Vannutelli, Camillo Schiaffino di Rende y Mariano Rampolla del Tindaro, creados y publicados Cardenales en el Consistorio secreto del día 14 de Marzo de este año; a Luis Pallotti y a Agustín Bausa, creados y publicados Cardenales en el Consistorio secreto del lunes pasado.»

«Estos Cardenales se dirigieron con tal motivo esta mañana a las nueve y media a la capilla Sixtina, y allí, mientras que los capellanes cantaban pontificios cantaban los motetes propios a las circunstancias, prestaron juramento, según las constituciones apostólicas, a presencia de los Cardenales jefes de Orden, del Camarlengo y del Vicecanciller de la Santa Iglesia Romana, y también del Camarlengo del Sacro Colegio.»

«Durante este tiempo Su Santidad ha bajado con su noble corte a la sala de los *Paramenti*, donde le esperaban los Cardenales, Mons. el Vicecanciller de la Santa Iglesia Romana, los Arzobispos y Obispos, los diversos Colegios de la Prelatura Romana, los Oficiales y cubicularios, y el Secretario de la Santa Congregación de Ritos, el Promotor de la Fe, los Abogados consistoriales y los demás personajes admitidos a tomar parte en las ceremonias pontificias de gran solemnidad.»

«Allí el Soberano Pontífice ha revestido los ornamentos sagrados, y después, adelantándose hacia la sala ducal, ha tomado asiento en la *Silla gestatoria* en medio de los *fladelli*. Escortado por los personajes mencionados, ha hecho después su entrada en la sala real, en la que, y luego de subir al trono, ha comenzado la solemne ceremonia del Consistorio.»

«Los Cardenales han prestado desde luego el acto de obediencia a Su Santidad, mientras que los capellanes cantaban motetes de circunstancia. Después los nuevos príncipes de la Iglesia, introducidos en la sala real por los Cardenales de la Orden de diaconos, se han acercado hasta el trono del Soberano Pontífice, al que besaron el pie

y la mano, y de quien recibieron el capelo cardenalicio con el ceremonial de costumbre.»

«En los intervalos de esta ceremonia el Abogado consistorial, caballero Hilario Alibrandi, ha defendido por segunda vez la causa de beatificación y canonización de la venerable sierva de Dios María Rivier de Viviers, fundadora de la Congregación de la Presentación de la Bienaventurada Virgen María.»

«Su Santidad se levantó luego del trono y bendijo a todos sus asistentes; después, volviendo a tomar asiento en la *Silla gestatoria*, regresó a poco rato, con el mismo ceremonial que antes y escoltado por el Sacro Colegio y toda la Corte, a la sala ducal y a la de los *Paramenti*, donde ha dejado los ornamentos sagrados para entrar con su noble Corte en sus departamentos particulares.»

«Después los Cardenales se han dirigido procesionalmente a la capilla Sixtina, precedidos de los capellanes cantantes pontificios que cantaban el *Te Deum*. Concluido el himno de acción de gracias, el Cardenal Decano ha recitado la oración *Super creatos cardinales*, y al salir de la capilla Sixtina los nuevos Príncipes de la Iglesia han recibido por segunda vez el beso de paz de sus compañeros.»

«Terminado el Consistorio público, tuvo lugar el secreto en la sala de costumbre. El Padre Santo, después de haber cerrado la boca, según costumbre, a los Cardenales Vannutelli, Siciliano di Rende, Rampolla, Pallotti y Bausa, se ha dignado proponer y proveer las iglesias siguientes:

«*La iglesia metropolitana de Lyon, a la cual va unido el título de Vienne en el Delfinado*, para Monseñor José Alfredo Toulon, trasladado de la Sede Arzobispal de Besançon, que conserva con el carácter de administrador provisional.»

«*La iglesia metropolitana de Besançon*, para Mons. Arturo Javier Dacellier, trasladado de la Iglesia catedral de Bayona, que conserva con el carácter de administrador provisional.»

«*La iglesia metropolitana de Auch*, para Monseñor Juan León Gouzot, trasladado de la Iglesia catedral de Gasp, que conserva con el carácter de administrador provisional.»

«*La iglesia titular arzobispal de Sebaste*, para Mons. Juan Francisco Noel Gonillard, trasladado de la Iglesia catedral de Verdún, y delegado como coadjutor, con futura sucesión del Cardenal Carlos Felipe Place, Arzobispo de Rennes.»

«*La iglesia catedral de Bayona*, para Mons. Francisco Alfredo Fleury, trasladado de la Iglesia catedral de Digne, que conserva con el carácter de administrador provisional.»

«*La iglesia catedral de Digne*, para el Rdo. Padre Enrique Abel Mortier, de la Archidiócesis de Cambrai, donde es Vicario general.»

«*La iglesia catedral de Gasp*, para el Rdo. P. Juan Alfonso Blanchet, de la Archidiócesis de Bourges, de la que es Vicario general.»

«*La iglesia catedral de Puig*, para el Rdo. Padre Fulbert Petit, de la Diócesis de la Rochelle, Vicario general de esta misma Diócesis.»

«*La iglesia catedral de Laval*, para el Rdo. Padre Victoriano Marechal, de París, Cura párroco de Corbeil, en la Diócesis de Versailles.»

«*La iglesia catedral de Sonora, en Méjico*, para el Rdo. Herculano de López, de la Archidiócesis de Mechoacán, de la que es Canónigo beneficiado de la Metrópoli y Vicario general de la Archidiócesis.»

«Su Santidad ha notificado después las iglesias siguientes, provistas por Breve anteriormente:

«*La iglesia metropolitana de Adelaida, en la Australia, recientemente elevada a este rango por Su Santidad*, para Mons. Cristóforo Agustín Reynolds, hasta aquí Obispo de la misma Sede.»

«*La iglesia metropolitana de Wellington, en la Nueva Zelanda, recientemente elevada a esta categoría por Su Santidad*, para Mons. Francisco María Reewood, de la Compañía de los Maristas, hasta aquí Obispo de la misma Sede.»

«Siguen otras varias iglesias que no enumeramos por falta de espacio.»

Después de haber entrado Su Santidad en sus habitaciones, recibió en audiencia particular a los nuevos Cardenales.

JUBILEO SACERDOTAL

DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

Monseñor Boyer, Obispo de Clermont, dirigiéndose a sus fieles, describe en estos términos la ofrenda que a Su Santidad piensa hacer la diócesis: «Consistirá — dice — en una imagen de San Austremonio, fundador apostólico de nuestra Iglesia, y el pedestal de la imagen un bajo-relieve que representará la predicación de la Cruzada por Urbano II

en presencia de la imagen de Nuestra Señora del Puerto, y al rededor de esta inmortal escena, á la que servirá de marco, irá colocada una corona, cuyos florones llevarán la imagen de cada uno de los treinta y dos Obispos de Clermont que la Iglesia ha colocado en sus altares, y también la del modelo de los Párrocos San Amable, cuya memoria tan viva se conserva entre nosotros. Con los dones y ofrendas se formará una exposición diocesana desde el 15 de Octubre al 1.º de Noviembre próximo.

En una orden de los Sres. Vicarios capitulares de Lyon, dirigida á los Rdos. Curas párrocos, después de encomendarles la oración por el Soberano Pontífice, añade algunas exhortaciones referentes á los donativos, objetos artísticos y peregrinación á Roma, recomendando la confección de telas y ornamentos para Iglesia por ser este género de ofrendas muy del agrado de Su Santidad por permitirle socorrer con ellas las iglesias pobres, las misiones lejanas y las cristiandades saqueadas y recientes.

Otro tanto hace en la Diócesis de Rennes su Prelado Emmo. Cardenal Place.

También en Saint-Brieuc se organizará una exposición diocesana antes de la remesa á Roma de los objetos recogidos.

Dice la *Semana Católica* de Tolosa, que siguiendo el pensamiento del Comité general del Jubileo, de no limitarse á regalar sólo objetos religiosos, se piensa en ofrecer ciertos donativos que el Sumo Pontífice podrá utilizar en ejercer su caridad para con los pobres. En su consecuencia, una inteligente modista del barrio de San Esteban ofrece un artículo de su invención que hallará su empleo en el hospital fundado por el Papa León XIII en favor de los coléricos. Son unas camisas de nuevo modelo, dispuestas de forma que permiten ser cambiadas á un enfermo ó herido sin moverle y que facilitan las operaciones quirúrgicas y la asistencia médica.

Unas religiosas francesas han enviado al Cardenal Arzobispo de Sens una curiosa ofrenda destinada para el Jubileo de León XIII. Consiste en un ramo de olivo con sus frutos: éstos se hallan repletos de piezas de veinte francos. La dedicatoria, que es discretísima y oportuna, es la siguiente: «Las Hijas del Catecismo, bajo la protección de Santa Colomba, presentan al Padre Santo, como antiguamente la paloma del Arca de Noé, el ramo de oliva, símbolo de la paz que piden para la Iglesia, con el pequeño óbolo de sus frutos, ligera muestra de un grande amor á León XIII.»

NOTICIAS

Procedentes de los catorce pueblos que forman el Valle de Uztama, el 27 de Mayo llegaron á Pamplona, en peregrinación, los habitantes de los mismos con objeto de venerar en la Santa Capilla la imagen de la madre de Dios, á la que se han consagrado cultos solemnísimos.

Según el testimonio de varios romeros, á las tres de la mañana se organizó la peregrinación en el pueblecillo de Larrainzar, poniéndose acto continuo en movimiento, uniéndose los demás peregrinos del tránsito conforme se aproximaban á Pamplona.

A las ocho y media hizo su entrada por la Puerta Nueva, siendo recibida en aquel punto por el cabildo parroquial de San Lorenzo.

Los balcones de todos los edificios lucían colgaduras, y en tanto las campanas saludaban la entrada de la comitiva.

En el atrio del templo parroquial de San Saturnino la esperaba el cabildo.

Inmediatamente el Ilmo. Prelado de la diócesis celebró el incremento sacramento, administrando á los romeros el Sacramento de la Eucaristía.

La Salve, el Sermón y el Rosario fueron pronunciados en vasculencia.

Para perpetuar este acto, los romeros han depositado en la Santa Capilla de Pamplona un magnífico estandarte.

El día 15 del pasado Mayo se inauguró en Churriana (Granada) un Centro Católico de Obreros, debido á la iniciativa de D. Miguel Martín y Linares, Presbítero. Al acto asistieron las autoridades locales y gran concurso del pueblo, retratándose en el semblante de todos la alegría y satisfacción que les causaba la fundación de una sociedad destinada á difundir las buenas doctrinas y á ilustrar, en cuanto

sea posible, la clase obrera, fundando escuelas nocturnas de adultos.

Después de leído por el Presidente D. Bernabé Nieto el discurso de apertura y por el Secretario D. Francisco de Leiva los documentos referentes á su instalación, el Sr. Martín y Linares dirigió la palabra al concurso, manifestando el objeto del Centro Católico de Obreros y los muchos bienes que puede reportar al pueblo. Acto seguido se ejecutaron algunas piezas musicales y se cantaron letrillas en honor de la Santísima Virgen y del Patrono del Círculo, el Patriarca San José. También se repartieron entre los pobres de la localidad 200 bonos, de tres reales cada uno.

Es objeto de generales elogios la serie de brillantísimas y profundas conferencias dadas en la iglesia de San Ginés de Madrid, por el distinguido orador sagrado Sr. Cirugeda y Ros.

La oratoria del arcipreste de Valencia es notoriamente atractiva. Para los aficionados á la forma, allí está su palabra correcta, propia, exacta, elegantísima; para los hombres científicos, su profundidad filosófica y teológica y su admirable manera de exponer y raciocinar, y para unos y otros, el aliciente total de sus oraciones que despiertan y avivan constantemente su atención y entusiasmo.

Mons. Di Pietro, el nuevo Nuncio de Su Santidad en Madrid, permanecerá todavía algún tiempo en Roma antes de venir á España. Mons. Di Pietro es un Prelado muy virtuoso y un político muy hábil, perteneciendo á aquella buena escuela diplomática cuyo impulso y germen hay que buscar en el carácter elevadísimo de Antonelli.

Haye de la exhibición, del ruido y de los aplausos. Grave, circunspeto, reconcentrado, tiende á aquellos tipos que califican los caracteres meditativos. Su cualidad preeminente es el buen sentido y el recto juicio de las cosas, como de quien ha sabido unir en feliz consorcio lo vasto de la instrucción con lo práctico de la experiencia.

Por algún tiempo León XIII lo tuvo *in pectore* para la Nunciatura de París; mas siendo el amigo de Frankenstein y el negociador de las cuestiones religiosas de Alemania con el Vaticano, el Papa hubo de variar de propósito, movido por esa extremada delicadeza de sentimientos que subordina todos los actos á las necesidades hasta de las más nimias conveniencias.

De Valencia ha salido en dirección á Roma Monseñor D. Silvestre Rongier, portador de las reliquias de la Beata Josefa María de Santa Inés de Beniganim, para cuyo objeto fué delegado por Su Santidad León XIII. Muchas familias y gran número de distinguidas personas acudieron á la estación para despedir á tan querido patricio, del que Valencia conservará siempre gratos recuerdos.

Encomendada á las Hijas de San Vicente de Paul, se ha inaugurado en Cádiz, en el barrio de San Severiano, una nueva Escuela católica, fundada por aquel Excmo. Prelado.

Al acto asistió numerosa concurrencia, estando en representación del Ayuntamiento su alcalde presidente.

Encomiando el vivísimo interés de la Iglesia en fundar Escuelas Católicas, el Sr. Obispo pronunció un discurso, recomendando á los padres de familia las ventajas de la educación cristiana, cuyas semillas fructifican como ninguna en los corazones de los niños, siendo la base de inmensos beneficios para el progreso y cultura de las generaciones venideras.

Bendecido el local, se rifaron entre los niños doce vestidos, donados casi todos por el mismo Prelado.

Al acto asistieron asimismo veinte Hijas de San Vicente de Paul, de diversas casas de beneficencia de Cádiz, contándose entre ellas á cinco Superiores.

La Conferencia de San Francisco de Regis, establecida en Barcelona, que tiene por fin especial la regularización de las uniones ilegítimas, ha sido honrada por Su Santidad con una bendición especialísima. Esta piadosa Asociación, que tan útiles y provechosos beneficios reporta á la Iglesia y á la sociedad, lleva legitimados desde 1.º de Enero hasta la fecha 110 uniones ilegítimas.

El movimiento católico se deja sentir cada vez más en Cataluña, merced á la propaganda benéfica de los centros católicos y á la notable influencia que ejerce en los ánimos el ejemplo de los que practican las buenas doctrinas. El «Centro de Católicos» de La Bisbal, deseando ganar nuevos méritos y llenar el vacío que se dejaba sentir en aquella vasta é im-

portante comarca, interpretando al propio tiempo los deseos de sus muchos asociados, cuyo número es mayor cada día, ha acordado celebrar con toda pompa y solemnidad en el mes de Agosto del año próximo de 1883, por los días que celebra su concurrida fiesta mayor la villa de La Bisbal, un *Certamen literario-musical* con motivo de ser en dicho tiempo, en aquella población, el Centenario de la traslación de la Virgen de la Piedad á la iglesia que ocupa actualmente.

En el colegio del Sagrado Corazón de Jesús (calle del Caballero de Gracia, 40) se ha abierto al público la Exposición de ornamentos y vestiduras sagradas que anualmente distribuye la Congregación de Hijas de María á las iglesias y conventos pobres.

En la Exposición figuran unos quinientos objetos, pudiéndose admirar las ricas y elegantes telas que dominan en la confección de los ornamentos, hecha por las delicadas manos de las señoras piadosas y caritativas que componen la Congregación, de cuyo peculio particular se han costado estos gastos.

La Asociación de la Santísima Trinidad, dedicada á la enseñanza y á la moralización, celebra solemnes cultos en la capilla de su Asilo (Ferraz, 98), para conmemorar el tercer aniversario de su fundación. Las funciones religiosas, para las que nuestro ilustre Prelado se ha servido conceder cuarenta días de indulgencia, se verificarán el 5, 9, 12, 17, 18, 19 y 26 del corriente mes.

NECROLOGÍA

En Francia ha muerto hace pocos días en la aldea de Preveron el Párroco de aquella feligresía Charles Braconnat, conocido por el rasgo de heroísmo que realizó en la guerra franco-prusiana.

Cuando los hulanos alemanes entraron en la aldea de Preveron, algunos vecinos los hicieron fuego, y los soldados apresaron á todos los concejales, excepto al Alcalde que había huido. Era evidente que los prisioneros serían fusilados, y al reunirse el Consejo de Guerra, se presentó el padre Braconnat, diciendo:

«Señores, ninguno de esos hombres tiene culpa; si necesitáis castigar á alguien, aquí me tenéis. Todos esos son padres de familia, y van á dejar viudas é hijos: yo no tengo familia, soy libre, fusiladme, y el ejemplo será suficiente.»

Los oficiales prusianos se miraron estupefactos y conmovidos, y dieron libertad á los presos.

También han fallecido recientemente: La Reverenda Madre Superiora del Convento de la Enseñanza de Santiago Doña Concepción Blein. En Brandariz, el Cura párroco D. Francisco Vázquez Quinteiro.

En Vinaroz, el Presbítero D. Juan Piñol.

En Zuazu (Navarra), el Párroco D. Martín Ansa.

En Sagües, el Párroco D. Benigno Labena.

En Andosilla, el Párroco D. Rufino Oyon.

En San Roque, la Ilma. Sra. Doña Francisca Bernard de Montero, Presidenta de la Asociación de San Vicente de Paul.

En Puebla de Bolívar (Vizcaya), el anciano Párroco D. Miguel Antonio de Martitegui.

MUEBLES MADERA CURVADA

THONET

UNICOS INVENTORES

Nuevas rebajas desde 1.º de Abril de 1887.
Nuevos modelos Patent núm. 38.220.

Depósito en Madrid: Plaza del Angel, 10.

ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.



LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 17. — Madrid 15 de Junio de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Six meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Six meses.....	21/2 ps. fr.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD

DEL ASILO DE HUÉRFANOS

DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

EXTRANJERO	
Six meses.....	21 fr.
Un año.....	41 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Six meses.....	3 1/2 ps. fr.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTOS. — La decena, por Manuel Ossorio y Bernard. — Los grabados. — En la fiesta de la Eucaristía, por Fernando de Gálvez y Ruiz de Apodaca. — Fragmento del prólogo del poema Valle, por José Velarde. — Tradición de Tierra Santa, por Manuel Polo y Peyrolón. — Alusión de la Santidad. — La nueva aldea de los Huérfanos. — La pintura religiosa en la actual Exposición, por Ossorio y Bernard. — Recuerda que a Miguel de Cervantes le precede, por el autor. — El arte religioso, por M. de A. — Júbilo sacerdotal de S. S. León XIII. — Convenciones alías. — Noticias. — Nueva ley.

GRABADOS. — Enterramiento de Jesucristo (cuadro de Bassano). — Pareo de Pasajes. — Señor, ayúdame. (cuadro de B. Pochler).

LA DECENA

La solemnidad del Corpus se ha celebrado en Madrid con la misma ostentación que en los anteriores años.... esto es, con muy poca. Gracias a los toldos y al enarenado de la carrera, gracias a la formación militar, que es complemento indispensable de la procesión, y a los balcones de los edificios públicos y acaso al refresco servido en éstos a las señoras, la

concurcencia era bastante numerosa; pero en cuanto a la religiosidad y al fervor católico, justo aunque penoso es decir que distaron mucho de ser lo que la tradición española parecía recomendar. Desde el siglo de Calderón de la Barca hasta el presente media en este punto larguísimo camino; desde los autos sacramentales a la comedia ridículamente aristofanesca de nuestros días, un verdadero abismo. La Iglesia, congregándose en su sagrado recinto, perpetúa las ceremonias y las oraciones del culto; pero a la puerta misma del templo nos espera el mundo con su febril agitación, tan característica en nuestros días, con sus placeres y sus tareas igualmente avasalladores, con sus mentidos progresos y su indiferentismo evidente. Por eso la procesión del Corpus no constituye en Madrid más que un pálido reflejo de lo que fuera en otros tiempos.

Mayor animación y más numeroso público ofrece la que al siguiente día celebra la parroquia de San Andrés, en la que el elemento popular interviene, haciendo figurar a sus hijos con trajes de vírgenes y de santos, no siempre de irreprochable gusto, mientras las matronas del barrio lucen en el airoso talle el rico pañolón de Manila, y agotan en sus to-

cados las flores de los jardines valencianos y madrileños. Esta procesión de harrio es con respecto a la del Corpus lo que es la verbena de San Lorenzo con respecto a las de San Juan, San Pedro y San Antonio: la única que conserva y perpetúa las verdaderas tradiciones y carácter clásico del pueblo madrileño.

La indicación que precede me recuerda que la verbena de San Antonio, la primera verbena que Dios envía,

celebrada en la noche del domingo, reclama de justicia algunas líneas en la presente revista, y de buen grado se las concedería si la citada fiesta, poetizada por nuestros escritores del siglo de oro y conservada hasta nuestros días en los cancioneros populares, no fuese también de las que pertenecen a la historia. El sediento Manzanarés, con haber venido tan a menos a pesar de los sobrantes que del Lozoya recibe, es objeto de un irritante desprecio de parte de la moda, y aunque sostenga las frondosas alamedas de la Casa de Campo y de la



ENTERRAMIENTO DE JESUCRISTO.

(Cuadro de Bassano.)

Virgen del Puerto, de la Moncloa y del Vivero, no conseguirá triunfar en la lucha con los jardines a la inglesa regados pródigamente por el Municipio mediante las encañonadas aguas que acuden a Madrid desde el Lozoya. Por otra parte, aunque el clásico olor a los buñuelos sea hoy tan desagradable como pudo serlo en tiempos de nuestros abuelos, y las heridas que hoy produce la navaja sean tan frecuentes y peligrosas como las originadas por el antiguo espadín, el misterio de los mantos ha desaparecido, y cuesta trabajo poetizar un camino perfectamente empedrado y abundante en faroles de gas, y junto al cual recorren su trayecto de hierro los coches del tranvía, o silba la locomotora, arrastrando por la línea del Norte millares de viajeros y portentosas cantidades de mercancías.

La última verbena ha ofrecido, no obstante, regular animación, a la cual han contribuido algunos de los orfeones provinciales que se han disputado en noble lucha los premios ofrecidos por una Sociedad que se llama *El Gran Pensamiento*, y que hasta ahora sólo se conocía por haber organizado una corrida de toros.

Digamos, en honor de la verdad y en el de la Sociedad mencionada, que el pensamiento de hacer venir a Madrid las Sociedades corales de provincias ha sido muy bien acogido, como no podía menos de serlo. Aquí donde el elemento trabajador cuando abandona sus tareas sólo suele pensar en la política — excepción hecha de alguna Sociedad de bandurristas — es un gran ejemplo la venida de esos honrados trabajadores de las provincias vascongadas o gallegas, que cultivan el canto y logran constituir cuerpos corales verdaderamente admirables, por la habilísima combinación de sus voces, el buen gusto que demuestran y su organización musical. La Sociedad que les convocó ha premiado su mérito con medallas y diplomas; pero es de creer que a esas músicas populares habrán satisfecho mucho más los entusiastas y unánimes aplausos del público madrileño. Hace tres noches que en plena calle de Alcalá y a la luz de algunos hachones de viento, la Sociedad coral bilbaína daba serenata a un paisano: en breve espacio logró reunir en torno suyo a muchos millares de transeúntes, teniendo que repetir hasta tres veces, entre otras piezas, una preciosa Retreta. El público que sala de las funciones de los teatros, sin haber tropezado en ellas con nada que le hiciera aplaudir, se desquitó abundantemente al escuchar a los obreros bilbaínos.

Para los muchos madrileños que se habían dormitado oyendo cantar la ópera *Norma* en el Príncipe Alfonso, aquello fué un delicioso despertar.

La justicia reclama consignar al lado de los triunfos de los orfeones los alcanzados por nuestras Sociedades de conciertos, por la aludida banda de bandurrias y por las músicas militares. Todas han demostrado brillantemente sus condiciones y aptitudes; pero en las Sociedades de conciertos había derecho a esperar, en las bandas militares existen hoy elementos de gran valía y sus individuos ejercen profesionalmente la música... Sólo las Sociedades corales, por su especial organización y por su civilizador ejemplo, son merecedoras del legítimo entusiasmo que han logrado despertar.

Durante los concursos del Retiro, los orfeonistas fueron muy vitoreados.

— ¿No dice usted nada? — preguntaba un madrileño a un provinciano que ha sido muy rico y que hoy está arruinado por sus atrevidas empresas.

— No puedo: la emoción me tiene embargada la voz.

— ¡Lo único que le quedaba sin embargar! — murmuró un malicioso.

Otro equívoco, aunque de género distinto. El niño de una familia muy conocida está pasando el sarampión, y unos amigos de los padres mandan al criado a que se entere de la marcha de la enfermedad.

Gran emoción a su regreso.

— Señor, dice, el niño está muriéndose. Hoy es el último día de su vida.

El señor acude presuroso a casa del enfermo y le encuentra mejorado.

— ¡Pues si me ha dicho el mastuerzo del criado que estaba muriéndose!

— Inconveniente de los vicios del lenguaje. Le hemos dicho que la erupción estaba en el último día de subida: mañana, por lo tanto, comenzará el período de bajada.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

ENTERRAMIENTO DE JESUCRISTO
(Cuadro de Bassano.)

Santiago da Pont, llamado el Bassano, nació en el pueblo de este nombre, estado veneciano, en 1510, y murió en 1592, dejando cuatro hijos pintores como él. Descolló especialmente como pintor de animales, y lo mismo el Antiguo que el Nuevo Testamento le dieron abundantes temas para hacer figurar en sus lienzos toda suerte de animales. También fué muy aficionado a los contrastes de luz y a emplear la artificial buscando efectos, como puede verse en *La Anunciación a los pastores*, *La Natividad*, *Las Estaciones* y tantos otros cuadros. En el que hoy reproducimos se nota igualmente la tendencia a que nos referimos, en lo que a la luz atañe, teniendo, por lo demás, condiciones no vulgares que lo avaloran.

PUERTO DE PASAJES

El puerto de Pasajes, uno de los más favorecidos del público durante la temporada de verano, merece seguramente la predilección citada por su situación pintoresca. Pasajes es Ayuntamiento de la provincia de Guipúzcoa; se halla situado muy próximo a la capital, y su vecindario crece de día en día, prometiendo al pueblo un brillante porvenir.

(SEÑOR, AYUDAME...)
(Cuadro de R. Pöckhert.)

El asunto del cuadro que hoy reproducimos se halla inspirado en el Evangelio de San Mateo (XIV, 22-23):

«... Pedro dijo: Señor, si eres Tú, mándame ir hacia Ti sobre las aguas.»

Y Él le dijo: Ven, y bajando Pedro de la barca andaba sobre el agua para ir a Jesús.

Pero sintiendo un viento fuerte temió, y habiendo empezado a hundirse, clamó diciendo: Señor, sálvame!

Y al instante, extendiendo Jesús la mano, le cogió y le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?

Y habiendo subido a la barca, cesó el viento.

San Marcos y San Juan refieren también el suceso con completa conformidad en el fondo.

EN LA FIESTA DE LA EUCARISTÍA

SONETO.

¡Gloria a Ti, Señor Dios! En las alturas
Himnos el ángel de alabanza entone,
Y tu ternura ensalce y la pregone
La voz de las humanas criaturas.
Hoy, presagando cédicas venturas,
Darse al hombre en manjar tu amor dispone,
Y porque más su dicha se corone
Bienes sin fin y gracia le aseguras.
¡Oh inefable misterio! ¡Jamás pudo
Tal maravilla imaginar si quiera
El misero mortal! ¡Sólo el Potente,
Que, de sacra piedad nunca desnudo,
Por dar la vida a quien en Él espera,
Es de clemencia inagotable fuente!

FERNANDO DE GABRIEL Y RUIZ DE APODACA.

FRAGMENTO

DEL PRÓLOGO DEL POEMA «A COLÓN».

.....

¡Iglesia de Jesús, madre bendita,
Feliz quien en tu seno
Nace, vive, fallece y resucita!
Con eco amante de promesas lleno,
Si me aparto de ti, llama a mi oído,
Y si no acudo, con la voz del trueno;
Que al pájaro engreído,
Sino el reclamo dulce, la tormenta
Le hace volver precipitado al nido.
Haz que encuentre mi boca regalado
El pan que me sustenta,
Con lágrimas y hieles amasado;
Haz que la débil alma que me alienta
Mire gozosa, al vuelo apercibida,
Cómo la muerte, del dolor armada,
Va destorciendo el hilo de mi vida;
Y al ver mi hora llegada
Acude presurosa a mi retiro,
Como acogiste mi naciente lloro,
A recibir mi postrimer suspiro.

Después, madre amorosa,
Si no al pie de tu altar, como lo imploro,
Cava cerca de ti mi humilde fosa;
Muy cerca, donde el órgano sonoro
Me arrulle con el ronco *Miserere*;

Donde, oyendo los cánticos del coro,
De mis errores el perdón espere;
Donde acudan mis hijos en su duelo
A implorar del Señor que el alma mía,
Con alas de ángel, se remonte al Cielo.

JOSÉ VELARDE.

Madrid, 30 de Mayo de 1887.

TRADICIONES DE TIERRA SANTA

XV

SANTA MARÍA EGIPCIACA.



CRUZADA la plaza de S. a N. antes de poner el pie en la Basílica de la Resurrección, dos capillas adosadas al templo por la parte exterior, a mano derecha de las puertas, atraen las miradas del peregrino penitente, que contrito y humillado anhela postrarse en el Calvario y el Sepulcro para regar con sus lágrimas lugares tan sagrados. No es fácil detenerle; pero en aquellas dos modestas capillas, la inferior de Santa María Egipciaca y la superior de Nuestra Señora de los Dolores, tiene sobrada materia de meditación y de arrepentimiento.

¿Quién no conoce, de nombre al menos, a la pecadora arrepentida y penitente Santa María Egipciaca? Fué natural de Egipto, probablemente de algún pueblo próximo a Alejandría, y vivió por los años de 520, imperando Justino el Viejo. A los 12 de edad, impulsada por condición maligna e interior fuego concupiscente, huyó de la casa paterna y se estableció en Alejandría, dedicándose con entusiasmo a la mala vida y cazando no pocas almas en la red pernicioso de sus hechizos, no por remuneración o codicia, sino por su gusto. Durante 17 años escandalizó a la capital con sus torpezas. Cierta día, vió que se embarcaba mucha gente en Alejandría con rumbo a Jafa para celebrar en Jerusalén la fiesta memorable de la Exaltación de la Santa Cruz. Aunque no tenía recurso alguno con que pagar el pasaje, María se embarcó también, con el propósito de ejercer su infame oficio en la nave y tal vez en la Ciudad Santa; pero ¡oh inescrutables designios de la Misericordia divina! cuando la muchedumbre de fieles se dirigía a la iglesia del Calvario para celebrar la fiesta de la Exaltación postrados de hinojos delante de la verdadera Cruz del Redentor del mundo, María la pecadora Egipciaca se incorporó a los fieles y quiso subir con ellos al Calvario.

Esta iglesia comunicaba entonces directamente con el pórtico, que hoy ocupa la plaza, por medio de una escalera que subía al santuario del Gólgota desde el lugar donde están ahora las capillas de Santa María Egipciaca y de Nuestra Señora de los Dolores. La ventana actual de esta capilla, por donde se ve la iglesia del Calvario, era entonces la puerta de ingreso y hasta dicha puerta subió con la multitud María Egipciaca. Todos entraban sin dificultad alguna en el sagrado recinto; pero María tropezó con mano poderosa e invisible, que apoyándose sobre su pecho le impedía seguir hacia dentro.

Retrocedió asustada, avanzó de nuevo, y siempre la cortó el paso la mano invisible. Entonces, un rayo de luz divina alimbró claramente las oscuridades de su conciencia; comparó su depravada conducta con la de los demás cristianos que subían al Calvario; descendió al pórtico, se apoderó inusitada compunción de su alma, el dolor de sus pecados le oprimió el corazón, derramó abundantes y amargas lágrimas, comenzó a herirse el pecho con rudos golpes y viendo allí cerca una imagen de María Santísima, la invocó entre suspiros diciendo:

«Virgen gloriosa, que engendraste según la carne a Dios verdadero, bien sé que no soy digna de mirarte ni de que tú me mires, porque tú siempre fuiste castísima y purísima, y yo en el alma y en el cuerpo soy un albañal de inmundicias; mas pues Dios se hizo hombre para salvar a los pecadores, no me deseches, Señora, porque estoy sola y no tengo otra ayuda ni refugio sino a ti. Dame licencia para que entre en el templo y vea el salutífero madero de nuestra redención, que yo te prometo de no ensuciar más mi cuerpo con deleite carnal, y que en viendo la Santa Cruz daré de mano a todas las cosas del siglo, y entraré por aquella estrecha senda de salud que tú me mostrares.»

Dicha esta oración, subió al Calvario, entró sin obstáculo alguno en la iglesia y cayó de hinojos al pie de la verdadera Cruz del Redentor divino. La contrición que en aquel sacrario y ante aquel trofeo se apoderó de su ánimo no es para explicada con palabras. Dolor análogo convirtió de repente

en aquel mismo lugar al buen ladrón San Dimas, é innumerables son los peregrinos, que han sentido saltarles el corazón de pena y arrepentimiento ante el altar de la Crucifixión del Señor.

María Egipcíaca entró en la iglesia del Calvario pecadora y salió penitente. Arrodillada de nuevo delante de la Virgen, le dijo: «Ya es tiempo, Señora, que yo cumpla lo que os he prometido: enseñadme y mostradme el lugar donde queréis que esté y lo que tengo de hacer.» Y una voz misteriosa pronunció estas palabras: «Si pasares el Jordán, allí hallarás reposo.»

Inmediatamente se puso en camino, hizo confesión general de su vida pasada en la iglesia de San Juan Bautista, perteneciente a cierto monasterio de las orillas del Jordán, recibió el pan de los fuertes, cruzó el río sagrado, se internó en el desierto y allí se enterró en la flor de su vida, pues sólo contaba entonces 29 años, consagrando 49 a la oración, al ayuno y a las penitencias más terribles. Austeridad tanta y vida tan penitente se hubiesen perdido en el secreto del olvido, si el monje Zósimo no se hubiese trasladado al desierto, durante cierta Cuaresma, como entonces era costumbre entre los cenobitas de Palestina, tropezando con la Penitente, que huyó al verle. La llamó el monje y contestó el solitario, ocultándose en una especie de hoyo: «Padre Zósimo, echa tu manto a esta pobre pecadora, si quieres que reciba tu bendición y pueda hablarte.» Admiróse el venerable anciano de que la Penitente conociera su nombre, hizo lo que le rogaba y por ella supo la vida, conversión y penitencias, referidas a grandes rasgos. Rogó María a Zósimo que le llevase la sagrada comunión en la Cuaresma próxima; lo hizo así el monje y después de recibirla exclamó la Penitente: «Ahora, Señor, dejad ir en paz a vuestra sierva, según vuestra divina palabra, pues han visto mis ojos la salud que viene de vos.» Y rogó a Zósimo que volviese al año siguiente. Lo hizo así el anciano monje y encontró el cadáver de María Egipcíaca tendido en tierra y tan fresco como si acabase de espirar y junto a él escritas en la arena estas palabras: «Padre Zósimo, entierra aquí por caridad el cuerpo de la pobre María, que murió el mismo día de Jueves Santo luego que recibió la sagrada Comunión, y no te olvides de rogar a Dios por ella.»

Ya he dicho, que en el lugar mismo donde se verificó la conversión de Santa María Egipcíaca existen en la actualidad dos capillas, dedicadas la superior a Nuestra Señora de los Dolores y la inferior a la Pecadora arrepentida y penitente. Esta última pertenece a los griegos cismáticos y es tan pequeña, que difícilmente caben diez personas en su recinto. Durante la misa véanse precisados los fieles a oír desde la plaza. Lugar es, sin embargo, que inspira consoladoras esperanzas y hondas meditaciones a los pecadores.

M. POLO Y PEYROLÓN.

(Se continuará.)

ALOCUCIÓN DE SU SANTIDAD

En nuestro número anterior dimos cuenta de la muy notable Alocución dirigida por Su Santidad León XIII al Sacro Colegio en el Consistorio del día 23 de Mayo.

He aquí íntegro tan importante documento:

Venerables hermanos:

Antes de que pasemos a proveer hoy las vacantes de los Obispos y de vuestro ilustre Colegio, Nos complace hablaros principalmente de un asunto, del cual, aunque de ello tenéis ya exacta noticia, oiréis con gusto las palabras de Nuestros labios, en razón a su grandísima importancia.

Queremos hablar de lo que se ha hecho últimamente en Prusia en interés de la causa católica. El acuerdo concluido por el favor de Dios ha sido un asunto de duración é importancia, al cual Nos hemos aplicado con todo nuestro corazón; y dejando a un lado toda consideración que nos pareció de un orden menos importante, la salud de las almas ha sido, como debía ser, Nuestra suprema regla.

No ignoráis, en efecto, cómo estaban las cosas desde hacía muchos años, ¿qué digo? de larga fecha estábamos acostumbrados a deplorar con Nos y con sentimientos de viva solicitud, que las iglesias quedasen sin Obispos, las parroquias sin curas,

que la libertad del culto público se hallase restringida, que los Seminarios eclesiásticos estuviesen prohibidos, y que de aquí se siguiese necesariamente tal disminución de sacerdotes que llegaban a faltar con frecuencia para el cumplimiento de las funciones del culto divino y ejercicio de los cargos del ministerio de las almas.

Nos sufríamos tanto más vivamente tan grandes males, cuanto que no podíamos curarlos por sola Nuestra parte, ni siquiera dulcificarlos, sobre todo con tantas trabas puestas a Nuestro poder. Nos resolvimos, pues, buscar remedio allí donde se necesitaba, y esto con tanta más confianza, cuanto que sabíamos que era sincera y resueltamente favorable a Nuestra obra, no sólo los Obispos, sino también los miembros católicos del Parlamento, hombres tan constantes en defender la mejor de las causas, de cuya vigilancia é inteligencia la Iglesia ha recogido tan numerosos frutos y los espera análogos para lo porvenir.

Y Nos sentimos también tanto más alentados en Nuestras esperanzas, cuanto sabíamos, a no dudarlo, que el espíritu de equidad y el deseo de la paz animaban al augusto Emperador de Alemania y a los Ministros. Se buscó, desde luego, un mejoramiento a los más graves males; después se convino poco a poco en diferentes condiciones de un arreglo, y últimamente, por la promulgación de una nueva ley, han sido completamente derogadas, en parte, como sabéis, las disposiciones de las leyes precedentes, y en parte muy mitigadas: de suerte que se ha puesto término al violento conflicto que ha afligido a la Iglesia sin aprovechar al Estado. Nos nos complacemos por este arreglo venturoso, obtenido por un largo esfuerzo, y gracias en buena parte a vuestros consejos. Por ello Nos damos gracias especiales a Dios consolador y defensor de su Iglesia.

Que si hay ciertas cosas que aun desean los católicos, y no sin razón, es preciso recordar las que hemos obtenido en mayor número y mucho más importantes. La principal es que el poder del Pontificado romano en el gobierno de los asuntos católicos ha dejado de ser extraño en Prusia y se ha logrado que en lo sucesivo este poder pueda ejercerse sin obstáculo alguno. Comprendéis también, venerables hermanos, que no es cosa baladí la libertad concedida a los Obispos para administrar sus Diócesis, el restablecimiento de los Seminarios destinados a la educación de los clérigos y la vuelta de las Ordenes religiosas que se hallaban en el destierro.

En cuanto a lo que aun resta, Nos no cesaremos de trabajar por consumar Nuestra obra, y considerando la voluntad del augusto Soberano y las disposiciones de sus Ministros, tenemos buenas razones para excitar a los católicos a que esperen y confíen que todavía ha de mejorar la situación.

Y aumenta nuestras esperanzas el espectáculo de otros Estados de Alemania, porque Nos tenemos motivos para pensar que en otros países, fuera de Prusia, se han concebido también designios más equitativos respecto a los católicos.

El deseo recientemente expuesto por el gran duque de Hesse-Darmstadt, que ha delegado a su representante para tratar con Nos del libre ejercicio de la Religión católica, anima y fortalece Nuestra esperanza. Apenas es necesario manifestar cuánto responde esto a nuestros designios y deseos personales, pues a nada aspiramos más ardientemente que a que la Misericordia divina Nos conceda el tiempo de vida suficiente y el vigor bastante para tratar los asuntos hasta que Nos alcancemos a ver que la Iglesia goza de perfecta tranquilidad en Alemania entera, y, bajo la protección de las leyes a sus derechos, aumente sin trabas su acción salvadora.

Empero Nuestro pensamiento no está circunscrito a Alemania. Donde quiera que se vive sujeto a la obediencia y a la autoridad del Soberano Pontífice, se extiende Nuestra solicitud, Nuestra actividad, Nuestra vigilancia. Y Nuestra caridad, sin distinción de lugar ni de nación, alcanza con igual amor a todos aquellos a quienes une la fe católica. Así, al impulso de esta caridad, Nos nos esforzamos en mejorar la condición de los católicos en otros países además del mencionado.

Es preciso rogar a Dios con instancia, para que conceda bondadosamente éxito feliz a las cuestiones pendientes.

Quiera Dios también que este celo de caridad de que Nos estamos animados hacia todas las naciones pueda, en razón de lo que debemos desear, aprovechar a Italia, que Dios ha unido por lazos necesarios al Pontificado Romano, y que Nos es tan querida por estímulo de la naturaleza. En cuanto a Nos, según hemos dicho constantemente, deseamos desde hace tiempo, y con vehemencia, que todos

los italianos gocen de tranquila seguridad y que concluya el funesto disenso con el Pontificado Romano. Pero esto no puede realizarse, sino respetando la justicia y la dignidad de la Sede Apostólica; justicia y dignidad que han sido violadas, más por la conjuración de las sectas, que por la injusticia del pueblo.

Así, pues, para que la concordia pueda establecerse, es preciso que el Soberano Pontífice sea colocado en una situación que no le haga súbdito de ningún poder, y que, según todos sus derechos exigen, goce de una libertad completa y verdaderamente digna de este nombre. Con esta situación, si se quiere juzgar rectamente de ella, no solamente no recibirá daño alguno el interés italiano, sino que, por el contrario, encontrará un gran auxilio para su conservación y prosperidad.

También Nos hemos decidido a llamar al honor de formar parte de vuestra Orden a dos hombres que son conocidos por las cualidades de que están adornados: Luis Pallotti, Auditor de nuestra Cámara Apostólica, el cual, en los diversos cargos que ha desempeñado, ha asociado siempre el celo y la inteligencia en los negocios con el amor a la Sede Apostólica; y Agustín Bausa, hermano de la Orden dominicana, maestro de nuestro sagrado Palacio Apostólico, cuya doctrina y piedad son tan grandes como su modestia.

¿Qué os parece?

Así, por la autoridad de Dios Omnipotente, por la de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, y por la Nuestra, Nos creamos y publicamos Cardenales diáconos de la S. I. R. a Luis Pallotti y Agustín Bausa.

Con las dispensas, derogaciones y cláusulas necesarias en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. *Amén.*

LA NUEVA ABADESA DE LAS HUELGA

Habla en la católica Nación española una señora, una humilde religiosa, elevada, por gracia de los Sumos Pontífices y mercedes de los Reyes, a la más alta dignidad que en la jerarquía social puede alcanzar la mujer. Ella ejerce jurisdicción civil y militar en dilatados territorios y en multitud de monasterios, villas y aldeas; ejerciéndola también eclesiástica, exenta, *Quasi Episcopus vere nullius*. En su virtud tenía su asesor y su alcalde, jueces, mayordomos, sobraderos, alguaciles y demás dependientes de justicia, sus cárceles, etc. Daba licencias de celebrar, predicar y confesar; proveía beneficios simples y curados, colacionaba y daba la institución canónica por medio de su asesor con jure eclesiástico ó provisor, sin que necesitasen los Párrocos de su territorio, ni los Vicarios de los monasterios de su filiación, la aprobación de los Rdos. Obispos; conocía en las causas matrimoniales y criminales, dispensaba las moniciones canónicas y autorizaba la asistencia del sacerdote a la celebración de los matrimonios; visitaba por medio de sus delegados los monasterios é iglesias de su jurisdicción, amonestaba, corregía y hacía que se cumpliesen sus mandatos; daba reverendas ó testimoniales, como también dimisorias a sus súbditos, aunque fuesen seglares, para recibir las sagradas órdenes mayores y menores de cualquier Obispo católico, antes del Concilio de Trento, y del Obispo más inmediato por disposición especial después de este gran Concilio; podía unir beneficios y trasladar iglesias en los casos que dispone el derecho; visitar las obras pías y hacer que se cumpliesen las últimas voluntades; nombrar notarios, examinarlos, visitarlos y suspenderlos temporal ó perpetuamente, si habían dado causa a ello; podía castigar a cualquier religioso que delinquierse en su territorio, sin que obstase privilegio alguno de su Orden, como también proceder contra cualquier predicador que profiriese alguna herejía, y tenía derecho a reconocer las gracias que se obtuviesen de Roma y autorizar su ejecución. Los confesores aprobados por ella podían absolver a los peregrinos y forasteros, que viniesen sin fraude a su territorio, de los casos reservados a sus Diócesanos respectivos; podía llamar a cualquier Obispo católico en las circunstancias arriba expresadas y facultarle para confirmar, conferir órdenes y ejercer pontificales; podía celebrar Sínodos, hacer Constituciones sinodales y hasta convocar Capítulo general; tenía, en fin, en su territorio las facultades de un Obispo en su Diócesis, salvo las de potestad de orden y a ella anejas; facultades que, según gravísimos autores, la competían por derecho ordinario, *ratione officii seu muneris publici*.

1. Santiago etc., t. II, págs. 141-143. El P. Ribadeneira, abad: «Esta es la vida de esta Santa pecadora, la cual escribió Sofronio, Obispo de Jerusalén, como lo testifica Nicéforo Calisto en el libro XVII, cap. 5 de su historia, y Paulo Diácono, no el histórico de Aquileya, sino otro neapolitano, la tradujo al latín y el Concilio II Niceno en la sesión cuarta la cita y San Juan Damasceno en la tercera oración que escribió de las imágenes. Trata de ella el Cardenal Barónio en las anotaciones del Martirologio y en el t. VII de sus *Anales*.»

Hasta este punto casi inverosímil se hallaba elevada aquella señora, como consta por multitud de curiosísimos documentos emanados de la Silla Apostólica y autorizados, entre otros, por Pontífices tan gloriosos e ilustres como Inocencio III, Bonifacio VIII, Pío V, Urbano VIII y Benedicto XIV y por Reales cédulas y privilegios de Monarcas tan poderosos y grandes como Alfonso VIII, Fernando III, Alfonso X, Isabel la Católica, Carlos V, Felipe II y otros!

Esta señora era la Abadesa del Real e insigne monasterio de las Huelgas de Burgos.

Es inútil advertir que su elección formaba época; que para presenciarse y celebrarse se despoblaba la ciudad y acudía la flor de la nobleza española, y que en la ceremonia, presidida por esclarecidos Prelados y Abades del Cister comisionados al efecto por Pontífices y Reyes, se desplegaba un aparato verdaderamente extraordinario, revistiendo el acto una solemnidad y magnificencia superior a toda ponderación. El espíritu no puede representarse aquellas manifestaciones del poder, de la grandeza y la religiosidad de nuestros padres sin recordar su carácter, sus costumbres y su vida, tan distintos y aun contrarios al carácter, a las costumbres y a la vida de hoy.

Pasaron aquellos tiempos, perdiéronse aquellas glorias, los contrarios vientos de nuestras luchas políticas fueron arrebatando una a una las prerrogativas de las Huelgas; pero aun queda a su ilustre comunidad la preciosa herencia de las virtudes y un acendradísimo amor a las tradiciones. De ello ha dado gallarda muestra el día 26 del mes próximo pasado, en que tuvo lugar la elección de nueva Abadesa.

Este cargo, que honraron y enaltecieron con sus virtudes, su prudencia y exquisito tacto Doña Inés Laynez, Doña María de Sandoval, Doña Leonor de Castilla, Doña Ana de Austria, Doña Isabel de Navarra, Doña María Benita de Oñate y Doña María Bernarda Tagle de Quevedo ha sido confiado, previas las formalidades de rito, a la Muy Rda. Señora Doña María de las Virtudes Velarde y Campo Herrera, vástago ilustre de noble familia de las montañas de Santander y descendiente de santos y de héroes que han sabido dar esplendor, brillo y gloria a la religión y a la patria.

Nuestro Excmo. Prelado se dignó honrar con su presidencia la elección verificada en el gran salón capitular del monasterio con arreglo a las disposiciones vigentes y hasta donde fue posible acomodándose al tierno, conmovedor y majestuoso ceremonial y a las tradicionales prácticas de la casa. Para todos ha tenido el Excmo. Sr. Arzobispo discretísimas y cariñosas frases y oportunos y sabios consejos, antes y después de la ceremonia, para la comunidad de señoras, para las religiosas de hábito negro y domésticas, para la nueva Abadesa y hasta para el pueblo que acudió a saludarla, a quien Su Excelencia encareció la necesidad de no olvidar que el barrio de Huelgas debe su existencia, su nombre y su importancia y muchos de los vecinos su fortuna al monasterio; explicando cuántos beneficios han dispensado y dispensan las comunidades y cuántos y cuán poderosos motivos tienen todos de prestarles su apoyo y favorecerlas con sus oraciones.

Terminada la elección y conferidas las facultades a la nueva Prelada, acto que ha impresionado viva y profundamente al Sr. Arzobispo hasta el punto de hacerle derramar lágrimas, acordándose sin duda de las pasadas grandezas de España y de sus antiguas glorias, S. E. se ha servido visitar las dependencias del monasterio y examinando las importantes obras de restauración que en él se realizan bajo la inteligente dirección del Sr. Arquitecto mayor de Palacio, D. José Segundo de Lema.

Reciban la nueva Abadesa y la Comunidad nuestro más sincero y cordial parabién.

(De la Correspondencia Eclesiástica de Burgos.)

LA PINTURA RELIGIOSA

EN LA ACTUAL EXPOSICIÓN

La serie de curiosísimos artículos que nuestro distinguido colaborador el señor Arias viene consagrando en las columnas de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA al Arte religioso constituye palmaria y convincente prueba de que los artistas españoles, sobreponiéndose a las corrientes de impiedad de la época, buscan su inspiración con preferente y laudable empeño en la sacrosanta religión de sus mayores; pero si nueva prueba fuera necesaria para la demostración

de esta tesis, la hallaríamos en la Exposición que actualmente se celebra en el palacio de la Fuente Castellana.

Tal vez no son en muy crecido número los cuadros exclusivamente religiosos; pero sí los que por sus condiciones reclaman indirectamente ser incluidos en la clasificación. El arte religioso se manifiesta generalmente severo en la forma, sobrio de color, y en él se tratan con preferencia los pasajes más notables de la vida de los santos y cuanto a la historia de la Iglesia se refiere; pero hay otros asuntos en los cuales la religión ejerce influencia directa, y aunque el artista se salga entonces de las reglas más comunes del género, los cuadros pintados en tales circunstancias pertenecen indudablemente al religioso por la idea en que se hallan inspirados.

En semejantes condiciones están la mayoría de los cuadros que forman esta sección, y de los cuales voy a ocuparme brevemente.

El cuadro de D. José Benlliure y Gil, de Valencia, titulado *La Visión de Coloso*, que mide una extensión de 5,40 metros de alto por 7,50 de ancho, es por la composición acaso el más notable del actual certamen.

Benlliure, que ha dado siempre muestras de poseer gran inspiración, en su última obra ha ido más allá de lo posible. Es este un sueño que hace dudar de la realidad, algo así como una pesadilla que domina aun después de que ha pasado y un delirio que el espíritu acepta, pero que la razón rechaza.

Es lástima que un asunto tan fantástico haya desarrollado el Sr. Benlliure en los límites de un cuadro; más propio hubiera sido ejecutar la atrevida empresa en las paredes de la bóveda de algún templo: es tan grande la creación de este artista que causa pena verla limitada por un marco.

El asunto del cuadro es el siguiente: San Almaquio, eremita de Oriente, fué muerto el siglo V en el Coliseo por querer impedir los combates que en él se verificaron. Cuentan que desde entonces, en la noche del día de difuntos vaga por las ruinas del Coliseo el Santo eremita, seguido de las almas de los mártires y justos de todos los tiempos.

Esta es la leyenda, y la reproducción hecha por el pintor valenciano en su cuadro tan exacta que más fiel no puede concebirlo imaginación alguna.

Rompiendo las sombras que en oscura noche inundan el espacio se elevan los ruinosos muros del gran Circo. San Almaquio, rodeado de gran número de mártires y llevando en su mano derecha una cruz, evoca con el gesto y la mirada las almas de los justos, que surgen de todas partes y penetran en el Coliseo por encima de los muros, por los huecos de las más altas ventanas, por las quebraduras, por las puertas; todas llevan sus lucécitas que oscilan en la sombra. Aparte de lo grandioso del asunto, tiene esta obra detalles hermosos. El grupo de niños que se ve en la izquierda, la figura del Santo y las cabezas que se destacan de todas partes son inspiradísimas creaciones. El color está bien estudiado y sólo se notan algunos defectos de perspectiva, disculpables en cuadro de tales dimensiones y de tan difícil composición, en la que el artista ha tenido que luchar con el convencionalismo de figuras que surgen y se apoyan en el espacio. De todas suertes, el cuadro de Benlliure es la nota genial de la presente Exposición.

Señalado con el núm. 485 del catálogo, está el lienzo ejecutado por D. Virgilio Mattoni, pintor sevilano y ya premiado en la Exposición de 1882.

Representa este cuadro *Las postrimerías de Fernando III el Santo*; es de colosales dimensiones y está inspirado en el relato que Alonso el Sabio hizo en su Crónica de la muerte de aquel monarca. El momento elegido por el artista es el en que el Arzobispo de Sevilla presenta al rey la Sagrada Forma, y éste al verla se arroja del lecho para adorar el cuerpo de Dios é implorar el perdón de sus culpas.

La figura del Prelado está bien hecha, hay en ella majestad y en el rostro verdadera unción; la hostia que eleva en sus manos hace recordar la del célebre cuadro de Coello. El rey aparece a los pies del lecho, sostenido por dos religiosos; este grupo tiene muchas bellezas y hay naturalidad en la posición de las figuras.

El señor Mattoni abusa de los colores fuertes, sobre todo del rojo, defecto que hace ver el cuadro en cierto modo desentonado, pues mientras las figuras del primer término se ven bañadas de excesiva luz, el fondo aparece oscuro y borroso; aquel derroche de luz quita además severidad al acto, que es por demás serio.

La comunión de las Vírgenes en las Catacumbas, por D. Mateo Silvela y Casado, natural de Madrid y discípulo de D. Casto Plasencia: 3 metros de alto por 4,50 de ancho.

La opinión de cuantos han visitado la Exposición

respecto de él, es unánime: la obra del Sr. Silvela es la de un maestro. Se observa que el joven artista tiene afición al estudio, sentimiento, inspiración y que domina el asunto que trata. El grupo de las Vírgenes está rodeado de una aureola que hace resaltar la pureza mística y la fe religiosa que brillan en el rostro de todas ellas; la figura del sacerdote que administra la comunión bajo las especies de pan y vino es majestuosa y digna de la solemnidad del acto; hay mucha delicadeza en la ejecución y elegancia que no llegan a ser amaneradas; por el contrario, se ve soltura y facilidad tanto en el dibujo como en la entonación. En resumen: la obra del Sr. Silvela seduce, y causan bienestar la sencillez y la verdad que hay en ella. Es un pintor que recuerda por su manera, estilo y tendencias a D. Alejo de Vera, y esto constituye su mejor elogio.

D. Enrique Simonet, de Valencia, presenta *La decapitación de San Pablo*.

Tiene este lienzo cosas muy notables: en el grupo de la derecha se ve la cabeza de una romana muy bien dibujada; hay toques de color de efecto; los sacerdotes que están a la izquierda del cuadro expresan el terror que les producen los destellos de luz que irradian de la cabeza del Santo, la cual se ve separada ya del cuerpo, casi a los pies de los jueces.

La fiesta de San Pablo primer ermitaño, por Don José Brú, también de Valencia. Aunque no carece de cosas buenas, tiene lunares que, si corrigiera en lo sucesivo el Sr. Brú, brillaría en este género de pintura. Me refiero principalmente al color de las carnes del santo ermitaño. La piel de su cara tiene la misma coloración amarillenta que la calavera que hay frente a él, y alguna diferencia debe haber entre el color del hueso y el de la piel, aunque ésta sea de un cuerpo muerto.

D. Cecilio Pla y Gallardo, pintor valenciano y premiado en la última Exposición de 1884, expone *El entierro de Santa Leocadia*, lienzo muy sentido y bien estudiado.

D. Joaquín Sorolla, como los anteriores, natural de Valencia y premiado también en la última Exposición; exhibe un lienzo que tiene 4,30 metros de alto por 6,85 de ancho y representa *El entierro de Cristo*. Es de sentir que el artista haya abusado del azul, dando al fondo un tinte oscuro que no permite que se destaquen las figuras; el interesante grupo que forman la Virgen y San Juan es hermoso, pero aparece algo borrado, debido al defecto que acabo de señalar; el cuerpo de Cristo no ha sido estudiado bien, en cambio la mujer arrodillada que hay a la izquierda está ejecutada con sentimiento y verdad.

Resurrexit, non est hic, cuadro pintado por D. Manuel Ruiz Guerrero, natural de Granada y pensionado por la Diputación provincial de aquella ciudad.

La composición es buena, las figuras pobremente encarnadas; en cambio el celaje es sobresaliente.

Preliosa in conspectu Domini, por D. Rafael Chacón, natural de Antequera (Málaga). Representa un funeral en un convento de monjas.

La bendición del campo en 1800, cuadro señalado con el núm. 844. Mide 6 metros de ancho por 3,40 de alto; su autor D. Salvador Viniegra y Lasso, natural de Cádiz, discípulo de D. José Villegas y premiado en las Exposiciones regional y provincial de dicha capital verificadas respectivamente en los años de 1879 y 1885.

Es la primera vez que concurre a este certamen nacional el Sr. Viniegra, que cuenta ahora veinticinco años de edad, y puede decirse que su cuadro, si no es el primero de la Exposición, es por lo menos el que ha motivado mayor unanimidad de elogios.

En una hermosa tarde de primavera, con un cielo tan azul como el que cubre la ciudad que sirvió de cuna al autor, y por un campo tan hermoso como los de Andalucía, avanza llena de majestad en modesta procesión una imagen de la Virgen llevada en andas sobre los hombros de algunos vecinos del pueblo. Marchan delante la manga, el Cura párroco con capa pluvial y un hisopo en la mano, dos monaguillos a los lados con sus respectivos ciriales, y detrás de la Virgen los individuos del Ayuntamiento con estandartes y pendones. Al rededor, detrás y delante de la comitiva se ven muchos aldeanos llenos de santa devoción. La procesión se ha detenido, y el Sacerdote bendice aquel hermoso cuadro.

Digno de todas las bendiciones del cielo es el del Sr. Viniegra. Las florecillas que se destacan del césped parecen agitadas por las brisas suaves y templadas del Mediodía; llega uno a percibir su aroma, a respirar el aire que las acaricia; a sentir bienestar ante la alegría del cielo. ¡Cuánta verdad hay en todo lo que se ve en el lienzo! La luz, el color, las figuras, las plantas más pequeñas ¡qué bellezas de detalle! Es una maravilla de sentimiento, un prodigio de inspiración y una obra maestra en cuanto a su factura. El cuadro del Sr. Viniegra no está exento

de sentimiento religioso; se ve éste en la expresión de las caras de cuantos presencian aquel conmovedor espectáculo; la figura del sacerdote es venerable y severa; la imagen de la Virgen, rodeada de jarrones y guirnalda de flores, se impone a todo, y la Naturaleza, luciendo sus mejores y más hermosas galas, hace adivinar que el espíritu de aquellos sencillos aldeanos, bajo el influjo de tanta grandeza, se eleva a Dios en acción de gracias.

Si se pregunta a cualquiera que haya visitado la Exposición cuál es el lienzo que denota mayor genio ó cuál es el lienzo mejor compuesto, es posible que se logren tantos pareceres como sea el número de las personas consultadas; pero si se pregunta cuál es el lienzo que, dejándole la elección, se llevaría a su casa, es seguro que casi unánimemente responderían todos: *La bendición de los campos*.

El lienzo también de gran tamaño que expone D. Silvio Fernández, de Ribadavia (Orense), sólo por la idea que lo ha inspirado merece incluirse entre los cuadros religiosos. Se titula *A las fieras*. Está bien ejecutado, si bien los cristianos que la antigua Roma arrojaba al circo para ser devorados por las bestias iban al sacrificio con el rostro lleno de religioso entusiasmo, contentos porque alcanzaban la palma del martirio y felices porque ganaban la gloria eterna. Los del Sr. Fernández son cristianos resignados a lo sumo con su suerte.

D. Mariano García y Más, natural de Valencia, expone un lienzo que representa el *Entierro de Cristo*, muy sentido y estudiado; *El descendimiento de la Cruz* es un cuadro que contiene algunas bellezas, pintado por D. Alfonso Barlés, artista catalán, y el de D. Pedro Seon, de Málaga, *La tentación de San Antonio*, es de buen color y correcto dibujo.

D. Cristóbal Pizá, pintor mallorquín, residente en Roma, exhibe *El Jueves Santo*, en Roma, composición que no carece de buenas condiciones; Don Ricardo Anckerman, también mallorquín, presenta *El Luto de la Virgen*, notable por su idea, por su expresión y por la ejecución primorosa que le distingue, y D. Fausto Morell, hijo del ilustre pintor de su mismo nombre, *La unión del cuerpo de Jesús*.

Sentiría haber cometido omisiones, pero estos son al menos los cuadros religiosos más notables.

La escultura de este género está también representada por algunos trabajos que revelan felices disposiciones en sus autores para este difícil arte.

De D. Antonio Alsina hay un precioso grupo que representa *El sacrificio de Isaac*; de Folgueras, artista premiado en la Exposición de 1884, otro bien estudiado, *Jesús discutiendo con los doctores*; D. Aniceto Marinas expone la estatua en yeso de *San Sebastián mártir*; el Sr. Menéndez Entrialgo otra, *El suplicio de Santa Cecilia*, y Redondo una de *Cristo en la Cruz*.

La última cena de Jesús con los Apóstoles, grupo que es de la propiedad del Ayuntamiento de Santiago, es una bella composición de suaves contornos y ejecución delicada su autor es D. Juan Sanmartín de la Serna.

El Sr. Vallmitjana (D. Venancio), presenta un bonito bajo relieve en yeso de *Santa Teresa*, y Vallmitjana (D. Agapito) una escultura en yeso de *San Juan en el desierto*.

Dos bustos expone D. Segundo Vancells; es uno de ellos *Jesús antes de la Pasión y Muerte*, y el otro una *Dolorosa*, ambos bastante sentidos.

Resumiendo: el arte religioso está dignamente representado en este certamen nacional, demostrando que el genio puede hallar inspiración bastante en la religión, a pesar de estar agotados por los grandes maestros los más principales asuntos.

Han pretendido algunos críticos probar que los artistas carecen de fe y que no pueden sentir los grandiosos misterios de nuestra santa religión; nada menos cierto. Dos jóvenes pintores, que en la presente Exposición han alcanzado y merecido en justicia alto renombre, prueban todo lo contrario.

Me refiero a los Sres. Viniégra y Silvela; la poesía que llena los lienzos de ambos es esa poesía mística que hemos sorprendido en los cuadros de Murillo y de Ribera; las Vírgenes de Silvela llevan la fe en el alma y el amor divino en el corazón; hay pureza en aquellas miradas, dulce tranquilidad en los rostros, majestad, en fin, en el sacerdote. El campo de Viniégra es hermoso como obra de Dios, pero sobre él está la grandeza, serenidad y hermosura de la Santa Virgen, y en el respeto y adoración con que el pueblo humilla la frente ante la severa bondad de la sagrada imagen, acto más sublime que sublimidad tiene la Naturaleza engalanada de flores.

M. OSSORIO Y BERNARD.

RECUERDO

QUE A MIGUEL CERVANTES SAAVEDRA, INMORTAL AUTOR DEL QUIJOTE DEDICA LA ESCUADRA ESPAÑOLA DE INSTRUCCIÓN A SU PASO POR EL PUERTO DE ARGEL EN MARZO DE 1887.

El distinguido comandante general de la Escuadra de Instrucción, Excmo. Señor D. José Maymó, quiso al dar vista al puerto de Argel en Marzo del corriente año, consagrar un tributo de admiración y respeto al príncipe de los Ingenios españoles, que padeció cautiverio en aquellos lugares y comisionó con tal objeto al teniente de navío de primera clase Sr. Fery, para que investigase los sitios en que el autor del Quijote acarició, ya los proyectos de su fuga, ya las osadías de alzarse con los demás cautivos y apoderarse de Argel, é informase al almirante de la Escuadra de cuanto creyese oportuno en tan patriótico empeño.

De la brillantez con que el Sr. Fery ha realizado la honrosa misión que le fué confiada puede dar testimonio el informe que nos honramos en reproducir á continuación:

EXCMO. SR.:

Desde el momento en que recibí la orden verbal de V. E. para que indagase y visitara la cueva ó gruta en que se supone pasó oculto algún tiempo del de su cautiverio nuestro inmortal Cervantes, comprendí perfectamente lo natural y lógico de los deseos de V. E. al querer rendir un recuerdo a la memoria de aquel genio, gloria de España y de las patrias letradas; y como alcanzaba también la importancia de la comisión con que V. E. se sirvió honrarme, sentí únicamente, que no por falta de deseos, sino de suficiencia me sería punto menos que imposible el desempeñarla de un modo satisfactorio.

Sabido es el grandísimo interés que en todo español despierta cualquier asunto que tenga relación con la vida del ingenioso autor del inmortal *Quijote*, y en su vida nada tan interesante como las penalidades y sinsabores que sufrió en los años de su cautiverio. Por lo tanto, cuando esta escuadra procediendo del puerto de Nápoles hacia rumbo al de Argel, ruta que también seguía la galera española *Sol* en que Cervantes fué aprisionado; izada la insignia del mando de V. E. en una nave en que ostenta el mismo glorioso nombre que dió el a la primera comedia que en los teatros de la corte vió aplaudir á su regreso á la patria; á la vista de la elevada población berberisca que corona los altos de Argel, aun habitados por los descendientes de aquellos famosos piratas, que cruzando el Mediterráneo hacían difícil las comunicaciones y vida comercial entre las naciones cristianas, y al observar hoy cómo con su mismo característico traje y genérico tipo conducen sus embarcaciones, sumisos y respetuosos, llevando y trayendo gentes de la para ellos *mal-dita raza* y á quienes llamando *perros cristianos* hacían bogar mal de su grado en sus galeras, sopor-tando con la indignación de los seres libres los horrores todos de la vida del cautivo, ¿cómo no acordarse de nuestro ilustre prosista?

De cuantos tuvieron la desgracia de pasar por tan amargos trances, ninguno como el lisiado de Lepanto, soldado raso en aquella batalla y después príncipe de las letras patrias, ha logrado simbolizar en sí tan triste situación y personificarla tanto, que nadie puede ignorar quién fué el que hoy es conocido por *El Cautivo de Argel*.

Estas consideraciones son sin duda alguna las que movieron el ánimo de V. E. y explican el que cometiese á uno de sus subordinados el encargo que motiva estas líneas, con las que tengo que molestar su atención, si no para presentar novedades dignas de ser conocidas, para relatar al menos generalidades que si nada enseñan probarán mi buen deseo para corresponder, en cuanto mis fuerzas lo permitan, á la confianza que ha depositado en mí, nombrándome para que hiciera esa excursión á la gruta y diese de ella cuenta.

Como quiera que el vicecónsul interino de Argel Sr. Truyol tenía conocimiento del lugar en que aproximadamente debía encontrarse la cueva y se brindó á acompañarme, con él emprendí la excursión; y tomando la carretera de San Eugenio, que está construida siguiendo las sinuosidades de la costa, nos dirigimos al O. de Argel. Un poco más adelante del pueblo de San Eugenio dejamos el carruaje que nos condujo, y por un mal sendero que en forma de zig-zag baja á la playa, descendimos á ella. En una pequeña ensenada que limitan las puntas llamadas de los *Cónsules* y *Pescada*, y hacia su medianía, existe una cueva ó gruta natural abierta en forma de arco en piedra pizarrosa y sílice; su anchura es como de metro y medio, y su altura que es hoy

escasamente igual, presumo que ha tres siglos debió ser mayor á causa de que el nivel del terreno parece elevarse constantemente por la acumulación de arenas que allí la mar aconcha y deposita.

La gruta en forma de galería corre como unos cinco metros en dirección aproximada al S. y recurva ligeramente desde su entrada hasta su fondo, el cual es una especie de meseta circular, cuyo diámetro podrá ser también de metro y medio.

Al subir de nuevo á la carretera, que se encuentra elevada sobre la playa como unos treinta metros; hízome fijar el Sr. Truyol en una pequeña casa situada no lejos del lugar en que nos encontrábamos, casa que ha sido reedificada aprovechando la cimentación de unas paredes en ruina, y á las que, según dicho señor, la tradición del país señalaba como restos de la casa que había pertenecido al alcaide Hazan, dueño del cautivo el *Nazarro* que facilitó refugio á Cervantes.

Esta tradicional creencia: la pequeña extensión de terreno emergente que hay delante de la cueva en aquella ensenada, y que es probable fuera menor en la época á que se alude; su entrada difícil de percibir por su estrechez, y disimulada más aun por el sombrío color de las peñas que forman el frontón en que está abierta; las dificultades que para bajar á ella presenta el terreno cortado á pique en aquel punto de la costa; la distancia de la ciudad, de tres millas, conforme con las noticias que se tienen de su situación: todo, en fin, hace presumir con bastante fundamento que esta es, y no otra alguna, la guarida en la que pudieron vivir algún tiempo ignorados el más famoso y popular escritor que produjo aquella época y algunos compañeros que con él intentaron la evasión del cautiverio.

Tratándose de asunto que ha sido desde hace muchos años motivo del estudio de hombres dedicados á las letras, eminentes en el saber y que han hecho toda clase de disquisiciones con los escritos de Cervantes contribuyendo á formar esas sociedades de Cervantistas, que han publicado folletos sobre el ilustre prosista, considerándolo como militar, historiador, geógrafo, viajero, marino, etc., á un pueblo que tanto admira los escritos del maestro de la rica habla castellana, y en el que hay muchos que de memoria saben capítulos enteros de su obra inmortal: pueblo en que exagerando, pues, si cabe exageración, ha formado una secta numerosa de *Cervantesmaníacos* que cuentan las palabras y letras de que consta el Quijote; que se ponen á calcular la hora y minuto en punto en que debió ocurrir alguno de los acontecimientos que en él se relatan, y con afición á trabajos estadísticos, hallan peregrinas consecuencias; como la de que Cervantes consideró al rústico *Sancho* tan importante protagonista en la obra como el ingenioso hidalgo, deducida de ser nombrados ambos el mismo número de veces en el transcurso de la novela; casualidad hasta hace poco tiempo por mí ignorada, y sobre la que, confieso mi pecado, ni tal disquisición se me había ocurrido, ni cuando de ella tuve conocimiento, toleré mi paciencia que de su exactitud me corriera, se hace imposible decir nada *bueno* á los primeros, nada *nuovo* á los segundos y nada *curioso* á los últimos.

Yo, sin facultades para poder formar con los cervantistas y con temor de caer entre los maniáticos mencionados, trataré de mantenerme entre dos aguas, dando sólo una muy sucinta relación de cuanto en la vida del insigne soldado y escritor castizo tenga relación con su cautiverio.

Conocida ya por todos es la pretensión que sostuvieron Madrid, Sevilla, Lucena, Toledo, Esquivias, Alcázar de San Juan y Consuegra, disputándose el honor de ser cuna del hijo predilecto de España D. Miguel de Cervantes y Saavedra, cuya fe de bautismo fué encontrada en los libros parroquiales de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares, donde fué bautizado el día 9 de Octubre de 1547 como hijo menor de D. Rodrigo de Cervantes y doña Leonor de Cortinas. A los 21 años de su edad lo dió á conocer López de Hoyos, de quien había sido discípulo; pues encargado este célebre maestro de las composiciones literarias para celebrar las exequias de la Reina Isabel, esposa de Felipe II, en lo que fué ayudado por jóvenes que habían asistido á su cátedra, tributa grandes elogios al que llamaba su *cure y amado discípulo*.

Hasta aquella época Cervantes, equivocando como cualquier mortal sus aptitudes, se dedicó á la poesía desdichando la prosa en la que llamado estaba á sobresalir tan señaladamente; las Musas, poco galantes con su apasionado Miguel, no le concedieron honra ni provecho alguno. Por ese tiempo hizo nuestro Cervantes conocimiento con el Cardenal Aquaviva, enviado extraordinario de Su Santidad Pío V. Terminada la comisión de aquel Prelado en la Corte, lo llevó consigo á Roma formando parte de su comitiva y servidumbre.



PUERTO DE PASAJES.

Sus ideas sobre el servicio militar, que, *anagae arma y dice bien a todos, principalmente asienta y dice mejor en los bien nacidos y de ilustre sangre*, según su propia expresión, debieron aconsejarle el alistarse en 1570 en la Escudra de Nápoles, que mandaba el Marqués de Santa Cruz. El 26 de Julio fondeaba en Génova la Escudra de D. Juan de Austria, quien había sido nombrado Generalísimo de las fuerzas reunidas de mar y tierra. Completadas en Mesina las de las naciones aliadas, cupo a Cervantes embarcar en la galera *Marquesa* de Juan Andrea Doria, que mandaba el bravísimo Diego de Urbina y pertenecía a la tercera división con la insignia de Barbarigo, formando el ala izquierda de la Escudra.

Después que estas fuerzas socorrieron a Corfú, persiguieron a la flota turca, la que consiguieron avistar en la embocadura del Golfo de Lepanto, la mañana del 7 de Octubre, y obligándola a combatir, los cristianos obtuvieron la victoria más gloriosa que recuerdan los tiempos. En ella Cervantes, postrado en cama y atacado de fiebre, desoyendo el consejo de su capitán y compañeros de armas, tomó parte muy activa peleando con verdadero heroísmo y sacando señaladas heridas y cicatrices recibidas, dice, *en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros y como estrellas que guían a los demás al cielo de la honra y al de desear la justa alabanza*.

El glorioso éxito de la batalla de Lepanto y el crédito que allí adquirió le confirmaron tanto en la acertada elección que había hecho que no obstante la falta de su mano, se empeñó en continuar la vida activa del soldado y haciendo siempre ostentación de tal falta decía: *el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga*.

El combate que narra en el libro V de la Galatea es muy probable sea una descripción del que sostuvo su galera *Sol* cuando fue apresada por Arnante Mami el 26 de Septiembre de 1575 al pasar de Nápoles a España.

Era Arnante Mami un famoso corsario, abanés de nación, renegado, cruel enemigo del nombre cristiano, y aun mayor si el cristiano era español; su dominio se tenía como el más insufrible del mismo Argel, reino el más temido de los cristianos por la fama que gozaba de dureza. Cautivo ya Cervantes, genio superior, no se abatió ante el horrible porvenir que le esperaba, y desde el primer momento pensó en sacudir con osadía el yugo, porfiando siempre sin que le desanimaran las contrariedades.

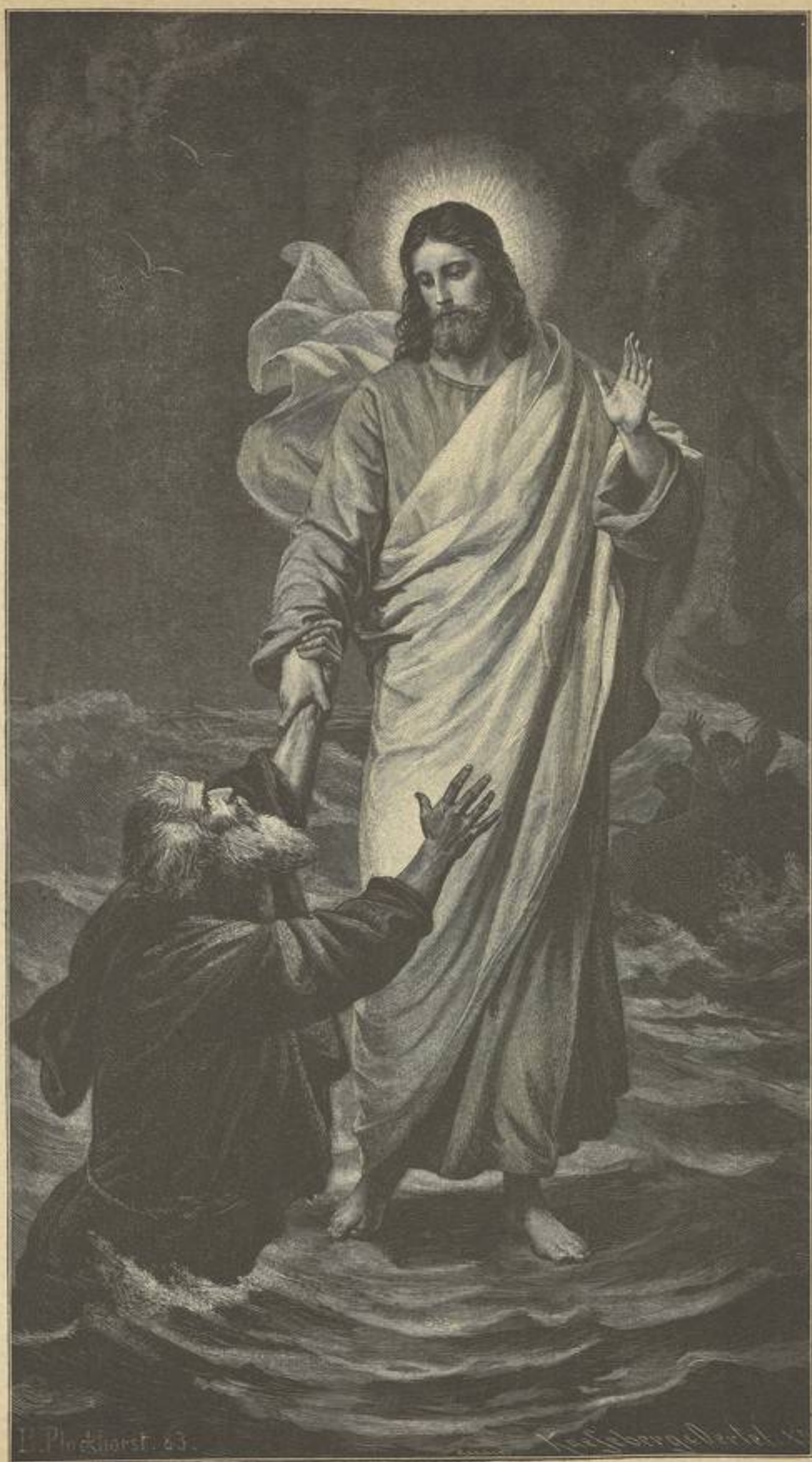
Supo que un cristiano español, natural de Navarra, jardinero del Alcaide Hazan, conocía una cueva cercana al huerto que cultivaba, y en aquella cueva buscó refugio para determinar desde ella la evasión.

A fines de Agosto de 1577 habitaban la tal guarida 15 desgraciados a quienes Cervantes, exento de abrigar en su seno la menor sombra de egoísmo, franqueó aquel asilo, generosidad que le acarreo muy pronto enormes disgustos y sinsabores, porque desgraciadamente no todos los hombres están dotados de alma grande y de sentimientos de nobleza. Entre aquellos quince, casi todos personas principales y algunos caballeros españoles, existía un bribón que no era ni una ni otra cosa, un Judas, que jamás falta y cuyo nombre es sensible no nos sea conocido para estamparlo y que sirviera de escarnio por los siglos de los siglos; este malvado, conocido por el apodo de el *Dorador*, que fue como los demás convidado a una vida en la que le sonreía la esperanza de ansiada libertad, consiguió con su astucia ganarse la confianza de Cervantes; con él concertaba los planes que habían de conducir a todos a puerto de seguridad, y le dió el encargo de la conducción de los víveres a la cueva, de la que nadie se atrevía a sacar la cabeza hasta tanto que las sombras de la noche les permitían una salida, en busca de un poco de aire puro, tan necesario para ellos, que vivían privados del goce de la luz y claridad del sol.

Llegó a conocimiento de Cervantes en los primeros días de Septiembre que un mallorquín, llamado Viana, había conseguido el rescate: era el tal un valiente capitán de mar; se avistaron y quedó concertada la evasión. Cumplió el mallorquín su promesa: fletó un bergantín, y a fines del mismo mes salió para la costa de Berbería, recalando próximamente hacia la parte en que se encontraba el jardín del Alcaide. A las altas horas de la noche se dirigió Viana hacia la playa con una barca para transportar aquellos infelices; pero ya próximos a la costa y dispuestos a tomar tierra, fueron vistos por unos moros, que creyendo por la forma de la embarcación sería de cristianos, comenzaron a gritar demandando auxilio; algarabía que fue oída por Viana, quien creyó prudente dirigirse a su bergantín, pensando muy acertadamente que, alarmado el enemigo, nada podía intentarse, pudiendo ser causa su presencia en aquel sitio del descubrimiento de los cautivos ocultos y motivo de proporcionarles penas afflictivas y refinadas crueldades.

El *Dorador*, aquel taimado, dos veces renegado, interesado en grado sumo, y de intenciones depravadas, vendió al rey Hazán el secreto del escondite de aquellos que le creían su compañero; le contó con detalles sus planes de evasión y esperanzas que sustentaban; señaló a Cervantes como alma de aquella empresa, y tuvo la avilantez de ofrecerse para guía de la escolta que el rey indignado dispuso partiese inmediatamente a maniatar y conducir a su presencia aquel grupo de atrevidos que osaban soñar con una huida.

Como Cervantes y sus compañeros ignoraban la arribada a la costa del bergantín, el intento de Viana de recogerlos y la algarada con que los moros lo ahuyentaron, vivían con relativa felicidad, esperando el cumplimiento de la promesa de aquel esforzado balear, cuando se vieron tristemente sorprendidos por la llegada a la cueva del *Dorador* y su séquito.



SEÑOR, AYÚDAME...!
(Cuadro de P. Flockhorst.)

Los instintos sanguinarios del rey Hazán (apellido que casualmente era común al rey y al Alcaide), se hallaban dominados por codicia suma, y aguzado su ingenio con el afán del oro, forjó rápidamente un plan que le mostraba seguro modo para saciar su ambición de riquezas. Encontrábase en aquella ocasión en Argel el Padre mercenario Jorge Olivar, redentor por la Corona de Aragón, y no desconocía el Rey la amistad que este virtuoso sacerdote profesaba a Miguel de Cervantes; y ordenó que todos los cautivos apresados en la gruta fuesen engarrotados y encerrados en el Baño, con excepción de Cervantes, a quien retuvo en su casa, imaginando que con argucias, tormentos y halagos conseguiría hacerle declarar calumniosamente haber tomado participación en sus proyectos de fuga el Comendador Olivar, proporcionándole esto motivos para apoderarse de personaje tan principal y cuya libertad le reportaría una considerable suma. Desconocía este tirano la intrepidez y nobleza de ánimo de aquel a quien llamaba *estropeado español*, así que jamás logró otra respuesta en sus interrogatorios que la manifestación de haber sido el solo culpable y su pena la desgraciada elección que había hecho de confiarse al «Dorador».

Cuando el Alcaide tuvo noticia del suceso de la cueva, acudió al Rey, reclamó su jardinería y lo ahorcó por sus propias manos.

A su vez Arnaut Mami, dueño de Cervantes, a quien tenía en mucho por sus maneras distinguidas, por el valor que le vió desplegar en el combate en que fué apresado, y que por las cartas que le había encontrado le creía persona principal, logró también del Rey que fuese vuelto de nuevo a su poder. Nuevas tentativas de fuga frustradas, no sólo no lo desanimaron, sino que, cobrando mayores bríos y alientos, pretendió lo que imposible parece, dada su triste situación: apoyado en los 25.000 cautivos que encerraba la plaza, alzarse con ella, y entregándola a su rey Felipe II, concluir con aquel foco de piratas y tiranos. Pero otra vez la traición hizo abortar este golpe de audacia: algunos de los comprometidos, por temor o por maldad, cometieron la perfidia de descubrir la conjura, y Cervantes, que al saberlo pudo escapar y esconderse, enterado que por público pregón se le buscaba, y no queriendo comprometer al cristiano en cuya casa se ocultaba, resolvió presentarse acompañado de un renegado murciano, grande amigo de Hazán, confiado en que aquellas relaciones aminorarían su castigo.

Con las manos atadas a la espalda y dogal al cuello, amenazado con ser ahorcado si no confesaba sus cómplices, sufrió Cervantes el interrogatorio de aquel rey tirano y sanguinario, a quien también trató más tarde diciendo que era *natural condición suya el ser homicida de todo el género humano*; sin embargo, las contestaciones valientes y la altivez con que negaba la complicidad de los demás, arrojando sobre sí toda la responsabilidad de los hechos, cautivaron aquel monstruo, porque aun para los salvajes son de admirar las almas templadas para el heroísmo; y viendo en él una tan firme tenacidad, decidió comprarlo, pues decía: *que como tuviese bien guardado al estropeado español, tendría segura su capital, sus cautivos y sus bajeles*.

Quinientos escudos dió el Rey a Arnaut Mami por aquel valeroso cristiano, que cargado de cadenas fué aprisionado en la cárcel llamada el Baño, castigo muy inferior al que creía recibir, y así lo consignó en su «Novela del Cautivo» hablando de la tiranía del Rey: *Sólo libró bien con él un soldado español, llamado tal de Saavedra, el cual con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temí el más de una vez*.

En tanto que él por su parte buscaba por los medios que podía su libertad, procuraba su rescate como el más seguro para alcanzarla. Su madre, ya viuda, y su hermana Doña Andrea entregaron a los Padres Trinitarios fray Juan Gil y fray Antonio de la Vella cuanto el aborro y la venta les permitió reunir.

En Mayo del año 1580 dieron comienzo las negociaciones para concertar el rescate, la cantidad disponible no llegaba a lo que el rey exigía, mil escudos, doble de lo que a él le había costado, dilatando esta contrariedad por algún tiempo el término del cautiverio que más tarde, debido a que Hazán, por orden del gran turco, tenía que ceder el reino a Jafer Bajá, rebajó a quinientos escudos el precio del rescate, amenazando si no, con llevarlo consigo a Constantinopla, a cuyo efecto lo embarcó en una de sus galeras. Compadecido el P. Gil de Cervantes, para quien sólo contaba con trescientos escudos, buscó dinero prestado y le aplicó una par-

te del destinado a la redención, y el 19 de Septiembre de aquel año 1580 quedó efectuado el rescate.

Hasta ya entrado el siguiente año tuvo, ya libre, que detenerse en Argel nuestro Cervantes, porque si bien de casi todos recibió los plácemes y lisonjas que por su comportamiento merecía, un malvado, uno de los delatores de aquella conspiración, causa de su prisión en el Baño, trató de que se le formase una causa criminal divulgando contra él tales infamias, que creyó necesaria Cervantes una información que lo acreditase en España de honrado y bien nacido. Los Rds. PP. que se encontraban en aquella ciudad la hicieron bien completa, y en ella se hallan de relieve las virtudes todas que adornaban al egregio escritor y cumplido caballero.

Terminado este requisito tuvo el placer de trasladarse a España, placer que él nos lo describe así: *"no de los mayores contentos que en esta vida se puede tener, cual es el de llegar después de largo cautiverio, salvo y sano a su patria; porque no hay en la tierra contento que se iguale alcanzar la libertad perdida"*.

Y con estas palabras del gran autor que ponen término a su vida de cautivo, yo a mi vez, Excelentísimo señor, doy por terminada también mi misión: no porque el resto de la vida de aquel genio dejara de ser importantísima, como cuanto con él tiene que ver, sino porque ello deja ya de ser pertinente a mi cometido.

Acompañó con estas líneas a V. E. dos pequeños trozos de pizarra el uno y sílice el otro, únicos que pude arrancar de la peña en que se encuentra la gruta en cuestión, con ayuda de otra piedra encontrada en el fondo de la caverna sobre el suelo, como a dos palmos debajo de la superficie y que también le envío. Asimismo es adjunta la lámina que el señor Truyol me remitió y que representa la prisión del Baño, sita en la calle de Bab-Azoun, en Argel, imprenta hoy del periódico *Le Moniteur de l'Algérie*, que la conmemora una lápida debida al patriotismo de la colonia española y al beneplácito del propietario de aquel periódico M. Bouyer.

Por último, he debido también a la amabilidad del Sr. Truyol un interesante, ameno y bien escrito folleto debido a la pluma del Sr. D. Francisco Zabala, que es de las más completas biografías que conozco de Miguel de Cervantes Saavedra, y ella me ha sido de muchísima utilidad para encontrar los datos que me faltaban en los pocos libros que tenía de mi pertenencia para consulta.

Y contando con que V. E. me permitirá una pequeña extralimitación en mi tarea me atreveré a proponerle que si con sus infinitas relaciones e interesando también las de nuestro Excmo. Sr. Ministro del ramo, se consiguiese el que en la cueva en que estuvo guarecido Miguel de Cervantes Saavedra se pusiera una lápida que la conmemore, como la tienen las casas en que nació y murió, así como su prisión, al mismo tiempo que se haría patente todo el respeto e interés que guarda España a cuantos lugares ocupó su hijo predilecto, el paso de la escuadra que manda V. E. por Argel, origen de tal idea, quedaría para siempre grabado entre los recuerdos del gran Cervantes.

A bordo de la fragata «Gerona» en el puerto de Orán a 18 de Marzo de 1887.

ANDRÉS EL PESCADOR

CAPÍTULO V

LA HIJA DE MAGDOEL

ESAREA era una hermosa ciudad de Palestina, célebre por la gran batalla que se dió en aquella extensa planicie, entre el ejército de Josías, rey de Judá, y Neco, rey de Egipto, 639 años antes de Jesucristo. A esta ciudad, pues, había llegado la fama de Andrés, antes, y mucho antes que el Apóstol hubiera pisado su territorio. Sus habitantes no hablaban de otra cosa que de las curaciones milagrosas que obraba aquel hombre, y de los hechos extraordinarios que se le atribuían; hechos verdaderos en parte, y en parte exagerados por la imaginación volcánica de sus moradores; pero que todo ello contribuía a crear una atmósfera, como se dice ahora, en extremo favorable al Apóstol.

Vivía en aquella ciudad Magdoel, el judío más rico de toda la Palestina, y a quien todos los habitantes de la misma, tenían en gran respeto y consideración, por su generosidad, por su esplendidez y por los muchos beneficios de que le eran deudores.

Todas las complacencias del viejo judío estaban encerradas en el cariño que profesaba a Sara, su hija

única, joven que apenas contaría diez y ocho años, y que era un portento de hermosura.

Sara, no era sólo la niña mimada de su padre, sino de todos los habitantes de la ciudad, que se hubieran dejado matar, si con ello podían evitar un disgusto a la niña Sara, como la llamaban generalmente.

La niña Sara era el paño de lágrimas de todos los afligidos, la providencia de los pobres, el consuelo de los ancianos, y en una palabra, el remedio de todas las necesidades. Era una especie de reina de aquel país; pero reina, porque reinaba en los corazones de todos; reina por el cariño, por el amor que le profesaban todos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, y muy particularmente los niños, que aun siendo tan joven, todos le prodigaban el tierno nombre de madre.

Lo mismo se la veía caminar por la ciudad sola a cualquier hora del día o de la noche, como pudiera hacerlo en su propia casa; y tan segura y respetada podía considerarse al lado de su padre y rodeada de sus criados, que en el lugar más apartado de la ciudad.

Conocía a todos por su nombre, sabía el estado de todas las familias, y a cada uno le hablaba en su lenguaje; pues además de su gran hermosura, gracia y gentileza, estaba dotada de una discreción poco común.

Un día Sara no salió de casa, como tenía de costumbre, y al preguntar la causa algunos de los vecinos, supieron que la niña, ó mejor dicho, la joven, había sido atacada de una enfermedad grave.

Esta noticia corrió por toda la población con la velocidad del relámpago, y todos, grandes y pequeños, hombres y mujeres, de todas edades y condiciones, acudieron a casa de Magdoel, ansiosos de conocer el estado de la enferma. No quedó un solo vecino que no dejara su trabajo, que no abandonara sus ocupaciones para correr a casa de la niña Sara; y tal y tan grande era el interés que sentían por ella, que al correr la voz que la enfermedad era muy grave, y que los mejores médicos desesperaban de salvar su vida, el desconsuelo de aquellos habitantes no conocía límites.

En toda la ciudad no se hablaba de otra cosa; las noticias respecto al estado de la enferma se sucedían unas a otras y circulaban por calles y plazas con extraordinaria rapidez; grupos de mujeres situadas frente a la casa daban muestras de su acerbo dolor rasgando sus vestidos, mecidos los cabellos y lanzando alaridos de desesperación; los niños lloraban, los hombres demostraban en su triste semblante el estado de su ánimo. En una palabra, la ciudad estaba consternada, como si todos los habitantes estuvieran próximos a experimentar la mayor de las desgracias.

En aquellos críticos momentos llegó a Cesarea un pobre comerciante de Nabata, pueblo situado a unos 50 estadios hebraicos¹ de la misma, y al enterarse del motivo del dolor de sus habitantes, les dijo:

— Yo conozco un hombre que puede curarla, si quiere; porque yo le he visto hacer cosas maravillosas: yo le he visto curar a los leprosos, dar vista a los ciegos de nacimiento, vida y movimiento a los paráliticos y hasta resucitar los muertos. Yo lo he visto, yo lo he visto; repetía aquel hombre con el acento de la convicción, y véame como la niña Sara, si no es verdad cuanto os refiero.

— Pero ¿dónde está ese hombre? le preguntaban. Dínos dónde está ese hombre, y le daremos cuanto poseamos para que venga a curar a nuestra hija, decían los ancianos; a nuestra hermana, los jóvenes; a nuestra madre, los pequesucos; a nuestra providencia, los pobres y necesitados. Dínos, dínos donde está ese hombre. Y el pobre comerciante se veía impelido de acá para allá, y de allá para acá, porque todos querían ser los primeros en oír sus palabras para correr también los primeros en busca del remedio.

— En Nabata, en Nabata estaba esta mañana. Y desde el momento mismo que acabó de pronunciar el nombre del pueblo, ya no se oyó en toda la ciudad más que un grito.

— ¡A Nabata! ¡A Nabata! Y una turba inmensa de gente, en la que se hallaban confundidos hombres, mujeres y niños de todas edades y condiciones, corrieron en tropel hacia la puerta de la ciudad, donde se hallaba el camino que conducía a Nabata.

— ¡Quiera Dios que sea verdad, iban diciendo los más incrédulos.

— ¿Y cómo hubiera tenido valor aquel hombre para engañarnos y burlarse de nuestro dolor? decían los más optimistas.

— Yo conozco a Samuel, dijo un mozo de formas hercúleas, dominando con su voz las voces de los demás, y os aseguro que al preguntárselo yo, no me

¹ Siete kilómetros.

hubiera engañado. Por lo tanto os puedo responder de que ha dicho la verdad.

—¿Y si no quiere venir? preguntaban algunas mujeres.

—Tendrán que venir, respondían los hombres.

—Ofrecedle mucho oro.

—Todo el que pueda llevar; todo el que hay en Cesarea. Pero con oro o sin oro, tendrá que venir a la fuerza. Que le dé la salud a Sara, y que pida de nosotros.

—¿Pero cómo le conoceremos? ¿Cómo sabremos quién es?

—¿Por ventura ese hombre no será conocido de todos? ¿Habrá alguno en Nabata que no le conozca, a pesar de haber llegado esta mañana?

Con estas y otras conversaciones, que demostraban el inmenso cariño que aquellas gentes sentían por la hija de Magdoel, iban devorando el camino que les separaba de Nabata. Habrían recorrido ya más de las tres cuartas partes, cuando a la derecha del camino y sobre una pequeña eminencia descubrieron a un hombre que estaba dirigiendo la palabra a multitud de gente, que silenciosamente le escuchaba.

—Ese debe de ser el que buscamos, exclamaron los primeros que iban llegando. Y acercándose a los que oían, les preguntaron:

—¿Es ese el que cura a los enfermos?

—Sí, sí; ese es, contestaron los interpelados. Si viene alguno entre vosotros, que se llegue a él, y pronto recobrará la salud.

Entonces se dejó oír de nuevo la voz de Andrés, pues no era otro el que tales maravillas obraba, que decía:

—Pobres de aquellos que corren solícitos buscando la salud del cuerpo y tienen en el más completo olvido la salud del alma. En verdad os digo que ninguno de ellos entrará en el reino de los cielos.

En esto, habían ido llegando uno tras otro, y situándose en derredor de Andrés los grupos de gente que habían salido de Cesarea; y era tal el respeto que les infundía, que a pesar de su decisión, no se atrevían a interrumpirle. Pero un niño de corta edad que, gracias a su pequeñez, había logrado avanzar hasta colocarse al lado del Apóstol, le tiró de la túnica y le dijo:

—Señor, entre las gentes que te oyen no veo ningún enfermo, y en Cesarea se muere mi madre, la niña Sara, si tú no vienes pronto a curarla.

Andrés cesó de hablar, y fijando sus ojos en aquel pequeñuelo le dijo:

—¿Y tú crees, hijo mío, que yo podré curar a esa Sara a quien llamas tu madre?

—No lo creía antes de verte; pero ahora que te he visto creo que podré curarla.

—¿Y por qué crees que yo podré curarla?

—Porque me dice el corazón que tú llevas la salud a todas partes.

—Y sin embargo no soy médico.

—Por eso harás lo que no han podido hacer los médicos.

—Esas palabras, hijo mío, impropias son de tu edad. Otro habla por tu boca; y ese otro que te inspira y del cual yo solo soy hechura y siervo humildísimo e indigno, es el que curará a Sara. Vamos a Cesarea, hijo mío. Y tomando al niño de la mano con aplauso de todos los presentes, emprendió el camino de la ciudad, seguido de innumerable gentío.

Serían las tres de la tarde, próximamente, cuando divisaron las torres y minaretes de la capital de la Capadocia. A medida que se iban aproximando a la ciudad, se iba observando un fenómeno singular, y del cual nadie podía darse cuenta, tratándose de una ciudad tan importante como Cesarea. Los campos que atravesaban los viajeros estaban enteramente desiertos; en los caminos no se veía alma viviente; las casas que encontraban al paso permanecían cerradas, como si nadie habitara en las mismas; silencio y soledad por todas partes; pero un silencio lúgubre, una soledad de muerte.

Semejante estado de cosas no podía menos de ser contagioso, y lo fué.

Al bullicio y algarazas que como es natural lleva consigo la aglomeración de gentes en un punto dado, sucedió el mayor silencio. Todos caminaban tristes y cabizbajos, y ninguno se atrevía a preguntar a su compañero la causa de aquello mismo que estaban viendo. Sólo uno aparecía tranquilo, risueño, amable con todos, y con la satisfacción retratada en su semblante. Este era Andrés, que a pie, y con el báculo del peregrino en la mano, caminaba entre ellos, aprovechando todas las ocasiones que se le presentaban, para difundir la doctrina del Crucificado.

En esta forma llegaron a las puertas mismas de la ciudad, sin haber encontrado un ser viviente en todo el camino, y la sorpresa de los viajeros no recono-

ció límites, al observar que en las afueras de la ciudad, y aun dentro de sus murallas, el mismo lúgubre silencio, la misma soledad que en los campos que acababan de atravesar.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí? se decían; pero sin cesar de avanzar hacia la gran plaza donde se hallaba situada la casa del padre de Sara.

Pero antes de desembocar en la gran plaza llegó a sus oídos el sordo murmullo producido por la reunión de considerable número de gentes, murmullo que, a medida que avanzaban, se iba haciendo más perceptible, más claro, hasta el punto de asemejarse al que pudiera causar el impetuoso torrente al despeñarse desde inmensa altura.

Por fin llegaron a la plaza, y nuestros lectores pueden calcular su asombro al contemplar el extraordinario espectáculo que se ofrecía a su vista.

Todo el pueblo en masa se hallaba apiñado en aquel recinto, aunque espacioso, incapaz a contener un número tal de personas como a la sazón contenía; y con sólo fijarse en el semblante de cualquiera de ellas, al punto podía comprenderse que no era ningún motivo de alegría el que las había reunido.

No fué necesario que nadie dijera a los que llegaban el motivo de aquella reunión; harto comprendían que sólo la niña Sara podía ser la causa de aquel inmenso dolor popular.

—¡Ha muerto Sara! exclamaron, y se entregaron a todos los extremos, mejor dicho, a todas las locuras propias de un dolor sin límites.

—¡Tan joven! decía uno.

—¡Tan hermosa y tan discreta! decía otro.

—¡Tan caritativa, tan noble! añadía un tercero.

—¡Este es un castigo que Dios ha querido imponernos al arrebatarnos de entre nosotros a ese ángel! se oía más allá.

A todo esto Andrés permanecía silencioso, confundido entre aquella muchedumbre y completamente olvidado de todos.

Llevaba de la mano al niño que le había hablado el primero en el camino, el cual, a causa de su exigua estatura, no podía ver ni comprender lo que pasaba en torno suyo.

De pronto sintió que le tiraban de la túnica y la voz del niño que le decía:

—Señor, elevame en tus brazos, que quiero ver lo que sucede y oír lo que dicen esas gentes.

Andrés le levantó en brazos y le colocó sobre sus hombros.

Cuando el niño se vió en aquella posición esforzó cuanto pudo su voz y dijo:

—¡Cuán necios sois al entregaros a tales extremos! Tenéis aquí el remedio y no pensáis en él. Abrid paso y dejad al que viene a devolver la salud a la niña Sara.

La débil voz del niño, a pesar del espantoso tumulto que reinaba, fué oída por todos, causando en aquellas masas una verdadera revolución.

Inmediatamente, y como quien practica una evolución militar, se abrió una ancha calle desde el punto en que se encontraba Andrés hasta la puerta misma de la casa de Magdoel, y Andrés se vió empujado, impelido, arrastrado, casi sin voluntad propia, hasta el interior de aquella casa, y lo mismo que había sido conducido hasta allí, fué obligado a subir la ancha escalera de pórfido que conducía al piso principal y por suntuosas habitaciones cuajadas de gente, hasta un ancho y magnífico salón, donde estaba colocado el lecho mortuario. Sobre él se encontraba el cadáver de Sara, y por cierto que no habían exagerado al calificarla de hermosa. Hermosa era en verdad, pero no tenía nada de esa hermosura mundana que presta la morbidez de la carne, la corrección en el contorno y la delicadeza en la forma; era una hermosura mística, una hermosura espiritual, como debía serlo la otra Sara, la esposa de Abraham, a quien anunciaron los ángeles que concebiría a Isaac, que quiere decir sonrisa, porque Sara se sonrió al oír el anuncio.

Andrés, llevando siempre en brazos al niño, que no mostraba deseos de que le dejara, se aproximó al lecho, y contempló por un momento aquella hermosísima niña que parecía estar durmiendo.

—Vamos, señor, le decía el niño; haz que mi madre Sara despierte de ese sueño, para que devuelva la alegría a todo el pueblo que acabas de ver triste, desconsolado, y presa del mayor dolor.

Andrés, a quien las palabras del niño causaban un efecto maravilloso, después de dejarle en el suelo con la mayor suavidad, cayó de rodillas junto al lecho de la difunta, y oró.

El vasto salón de la casa de Magdoel estaba literalmente cuajado de gente, y sin embargo, reinaba en aquel recinto un silencio sepulcral. Todos tenían sus ojos fijos en Andrés, que permanecía de rodillas al pie mismo del lecho mortuario.

De pronto se levantó, y extendiendo sus manos en dirección del cuerpo inanimado de Sara, dijo:

—Señor, Dios y Señor mío: hágase ahora como siempre tu santa voluntad.

Pero aun no habría terminado Andrés de pronunciar las anteriores palabras, todos los allí presentes pudieron ver a la joven Sara incorporarse primero, y dejar después el lecho de un salto, como si nunca hubiera experimentado su cuerpo la menor enfermedad.

La escena que tuvo lugar entonces a vista de tal portento no es para descrita; un grito formidable, un grito parecido al estampido del trueno, se exhaló de los comprimidos pechos de aquella multitud que invadía el salón, y fué reproducido por miles y millares de hombres y mujeres que no habiendo podido penetrar en la casa, esperaban ansiosos en la gran plaza de la ciudad.

—¡Vive! ¡Sara vive! ¡Sara ha recobrado la salud! eran las únicas palabras que podían distinguirse en medio de tan espantosa confusión. Y era tal la alegría, el frenesí que se apoderó de aquellas gentes, a vista de tan portentoso milagro, que no sabiendo como demostrar a Andrés su inmensa gratitud, lo cogieron en volandas y le pasearon en triunfo por todo el salón, tributándole todo género de honores y llenándole de alabanzas.

El pobre Andrés se sentía confundido, humillado ante aquellas demostraciones de que se creía indigno, y pugnaba, aunque inútilmente, por evadirse de los brazos que a pesar suyo le aprisionaban.

Mientras tanto la más tierna escena tenía lugar junto al lecho de Sara, entre esta joven y su anciano padre, que al verla buena y sana, después de haberla creído muerta, se entregaba a los mayores transportes de alegría, colmándola de tiernas caricias.

Poco a poco fué enterándose Sara del suceso, y quiso conocer a su salvador.

Apenas iniciado el deseo, Andrés fué conducido a su presencia.

—¿Me han asegurado, le dijo la joven, que es a tí a quien debo el haber recobrado la vida y la salud?

—Pues te han informado mal; porque yo solo soy un ser indigno y miserable, incapaz de obrar tales maravillas por mi propia virtud.

Otro es el que se sirve de mí como instrumento para patentizar su poder, y a ese es a quien se debe alabar y reverenciar.

—¿Y quién es Ese? Házmelo conocer al punto, para que mi padre y yo, y con nosotros todos los habitantes de Cesarea le mostremos nuestra gratitud.

—¿Que quién es Ese? Entre vosotros le tuvisteis y no le conocisteis. A vosotros vino, y vosotros no quisisteis ir a Él, cerrando vuestros ojos y vuestros oídos para no verle ni oír sus palabras de verdad y de vida.

Tus palabras son oscuras y no las comprendemos bien; le dijo Magdoel, el padre de Sara. Mi hija, a quien has devuelto la vida, quiere que le digas a quién debo tal beneficio; y yo, que poseo muchas riquezas, te conjuro para que hables claro y nos muestres al que señalas como autor de tal milagro, para recompensarle dignamente.

—Hombres sin fe, a quienes tiene cegados el amor a las vanidades terrenales! exclamó Andrés en un arranque de su sencilla y conmovedora elocuencia. Aquel a quien yo me refiero es el que da y quita las riquezas; es el que concede la salud y la vida, y sólo por Él y en su nombre pueden obrarse tales maravillas; porque Él es el autor de todo lo creado, y por Él vivimos y a Él debemos esa luz que nos alumbró y el aire que respiramos, y el pan que nos alimenta. ¿Quién habla de recompensas a quien es la suprema justicia, a quien es el único que puede otorgarlas? Mejor se ha expresado tu hija, al manifestarme que os le dé a conocer para mostrarle vuestra gratitud. Gratitud, sí, gratitud por los beneficios que no cesa de dispensarnos; gratitud y amor, es la única recompensa que desea, porque la gratitud y el amor son sentimientos purísimos que nacen del corazón, y como engendrados por la virtud, están en abierta lucha con la vanidad y el orgullo, que son hijos del demonio.

—Repara que lo que estás diciendo, sólo de Dios puede decirse, observó Magdoel.

(Se continuará.)

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. FRANCISCO PERIS, natural de Carlet y Canónigo de Valencia. En el Museo provincial de dicha población existe de su mano un lienzo representando a San Roque.

D. ANTONIO PERTEGÁS Y SALVADOR, pintor valen-

ciano, discípulo que fué de la Academia de San Carlos, y posteriormente académico supernumerario de la misma y profesor de perspectiva en sus estudios. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1862 presentó un *Interior de la Catedral de Valencia*. En la regional de 1867, en su ciudad natal, le fué concedida una medalla de cobre. En el Museo provincial de la misma se conserva *Una Virgen*, pintada por este artista.

D. MARIANO PESCADOR Y ESCARATE, natural de Zaragoza, discípulo que fué de la Academia de San Luis, en cuyos estudios alcanzó diferentes premios, y en Madrid de D. Antonio María Esquivel. En 1864 fué premiado su proyecto en el concurso abierto para construir un retablo con destino a la Catedral de Murcia. Son de su mano los techos de la capilla nueva de Santiago, en la Catedral de Zaragoza, y el lienzo del altar mayor en el convento de Clarisas de Jerusalén, de la misma ciudad. En Jaca pintó la capilla de Santa Orosia y el monumento de Semana Santa; en Zaragoza los trabajos de igual índole de las iglesias de San Pablo, el Portillo, la Magdalena, San Lorenzo, San Juan y San Pedro, San Cayetano y el Pilar. Para este último templo hizo todo el decorado de la cúpula y capilla de Santiago, en que la ornamentación en estilo bizantino con fondos de oro está pintada al temple, y al óleo las figuras de ángeles, *Los cuatro Evangelistas* y las escenas de *San Indalecio*, *San Tercuato* y *Santa María Salomé*. También pintó y doró en 1867 el retablo ojival de la Catedral de Murcia, premiado por la Academia de San Fernando entre trece opositores, como ya hemos indicado.

D. FÉLIX PESCADOR Y SALDAÑA, pintor, natural de Zaragoza, discípulo de la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado de Madrid y de M. Bonat en París, premiado con medalla de plata en el concurso de Lille. En la Exposición Nacional celebrada en Madrid en 1881 presentó *El ángel rebelde*, lienzo de grandes dimensiones. En las celebradas en París en años anteriores había presentado: *Retrato del capellán Sr. Romero* y *Una Magdalena*.

D. JOSÉ PICADO, pintor residente en Madrid en los primeros años de este siglo y últimos del anterior. En el Museo provincial de Salamanca se conserva de su mano el *Martirio de San Tirso*.

D. IGNACIO PINAZO Y CAMARLENG, natural de Valencia y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de aquella capital, en cuyos estudios superiores alcanzó diferentes premios. Concurrió a la Exposición Nacional de 1861 con tres cuadros, uno de los cuales se titula *Rosario de la aurora*. Ha obtenido en varios certámenes premios de importancia y ha sido pensionado en Roma.

D. PEDRO PINEDA Y GARNICA, pintor residente en Alcalá la Real. En la Exposición de Jaén de 1878 presentó *La Santísima Trinidad*, copia del cuadro de Ribera, que existe en el Museo de Pinturas de Madrid, y *Un Niño Jesús*, original, sobre cartón.

D. VICENTE PIÑÓ Y VILANOVA, pintor de afición, nació en Valencia en 27 de Agosto de 1841 y dedicado a la carrera de Jurisprudencia ha cultivado al propio tiempo las Bellas Artes. Es autor de un lienzo de grandes dimensiones, copia de Rubens, que representa a *San Francisco de Asís*. Ha pintado varios cuadros de devoción, entre los que debemos citar *Un Salvador*, de que hizo donación a la ermita del caserío llamado Alcoceber, distante dos leguas de Alcalá de Chisbert, y una copia de *La Cena del Señor*, de Ribalta, existente en la iglesia mayor de dicho pueblo.

D. CECILIO PIZARRO, natural de Toledo y discípulo de la Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de aquella ciudad y de la de San Fernando de Madrid. Son suyos los cuadros al óleo representando: *La capilla de Don Alvaro de Luna*, *Santa María la Blanca*, *Claustro de San Juan de los Reyes* y *Capilla de los caballeros francos*. *Una monja asomada a la ventana de un claustro* y *Visita de una novicia a varios conventos de monjas la víspera de profesar* (costumbres de Toledo). Este lienzo figuró en la Exposición Nacional de 1871 y fué adquirido por el Rey D. Amadeo de Saboya. El Sr. Pizarro obtuvo merecidas distinciones y honrosos puestos y falleció en Madrid en 1886.

D. EUSEBIO PLANAS, dibujante y litógrafo catalán, cuya firma se encuentra al pie de numerosos trabajos. Son suyas las láminas del *Viaje a Jerusalén*.

D. ALEJANDRO PLANELLA, pintor y restaurador catalán. Los templos de Barcelona ofrecen a cada paso muestras de la habilidad de este profesor.

D. BUENAVENTURA PLANELLA, pintor, hijo de D. Gabriel y uno de los artistas catalanes cuyo recuerdo es más grato. Sus obras religiosas son: el cuadro colosal al óleo representando *La adoración de los Reyes*, que estuvo colocado hasta su última restauración en el ático del altar mayor de la parroquia del Pino de Barcelona; un retablo en perspec-

tiva en la parroquia de San Pedro de las Puellas y varias pinturas en la iglesia de Belén. Estuvo casado con doña Teresa Coromina, de cuyo matrimonio son hijos D. Francisco y D. José.

D. GABRIEL PLANELLA, pintor catalán, muerto en 1824 de más de setenta años de edad. Se dedicó especialmente a la pintura en vidrio, siendo en su época el único artista de Cataluña que pintaba en porcelana; a él se deben las medallas de Nuestra Señora de Montserrat.

D. RAMÓN PLANELLA, hijo de D. Gabriel y discípulo de las enseñanzas sostenidas por la Junta de Comercio de Cataluña, nació en Barcelona en 1783 y falleció en 1819, cuando era una de las más legítimas esperanzas del arte. En la Academia de Bellas Artes de Barcelona se conservan algunos de los cuadros que dejó sin terminar y *Una Santa Familia* y *varios santos*, copia de Gazofano.

D. FRANCISCO PLANELLA Y COROMINA, hijo de D. Buenaventura y natural de Barcelona, actualmente reside en la Habana y ha tomado parte muy activa en la pintura de la iglesia monasterio de Santa Catalina (Habana), según hemos visto en las reseñas publicadas por la prensa local.

D. JOSÉ PLANELLA Y COROMINA, nació en Barcelona en 8 de Octubre de 1804. En 1858 pintó el monumento de Semana Santa de la iglesia de Badalona; en 1862 tuvo a su cargo la pintura y dorados del altar mayor de la iglesia de Religiosas Mínimas de Barcelona.

D. LUIS ANTONIO PLANES, pintor valenciano de los que más honran a la Academia de San Carlos. Tanto sus obras al óleo como al fresco y miniatura son muy apreciadas por su excelente color y dibujo correcto; prueba de ello son las existentes en las capillas de San Miguel, San Pedro Pascual y la Santísima Trinidad en la Catedral de Valencia; las que existen en las Escuelas Pías de dicha ciudad; *El martirio de San Pedro Mártir*, en el Museo provincial, y el gran cuadro de *La cena del Señor*, en el altar mayor de la Catedral de Segorbe, última obra que pintó cuando contaba cerca de ochenta años de edad. Falleció en su ciudad natal el día 5 de Diciembre de 1821.

D. CASTO PLASENCIA Y MAESTRO, pintor contemporáneo, nació en Cañizar, provincia de Guadalajara, en 1.º de Julio de 1846. De entre sus muchas obras citaremos solamente: *San Sebastián saliendo de las catacumbas*, que figuró en la Exposición de Roma de 1877; *La Asunción de Nuestra Señora*; *Los Evangelistas Mateo y Juan*; *Ángeles, arcángeles y serafines*, y *La muerte de San Francisco*, en el templo de la advocación de este santo en Madrid.

D. VICENTE PLAZA DE LAYA, natural de Madrid y autor de varios cuadros y adornos de la capilla de San Miguel en la Catedral de Granada.

D. VICENTE POLERÓ Y TOLEDO, nació en 5 de Abril de 1824 en la ciudad de Cádiz y fué discípulo en Madrid de la Academia de Nobles Artes de San Fernando en las clases superiores de pintura. Dedicado al estudio de la restauración, y como consecuencia de sus constantes y bien encaminadas observaciones escribió varias obras. Por el año 1857 visitó el Escorial y durante su residencia en este punto restauró entre otros los siguientes cuadros: *Jesucristo crucificado*, original de Peregrin Tibaldi; *La venida del Espíritu Santo*, original de Miguel Barroso; *San Jerónimo en oración*, de Palma el joven.

D. MANUEL PONCE DE LEÓN, pintor contemporáneo. En la Exposición pública celebrada en Canarias en 1862 presentó diferentes lienzos, de los cuales citaremos: *La Concepción*, del seminario conciliar de Las Palmas; *Una Virgen*; *El descendimiento*; *Sacra Familia*, conocida por *La Perla* y *El Niño Pastor*. Por la primera de estas obras fué premiado con medalla de plata.

D. MANUEL PORTILLA, pintor contemporáneo. En 1861 contribuyó a la rifa dedicada a levantar un monumento a Murillo con dos lienzos *San Agustín* y *San Félix*. En la Exposición sevillana de 1867 presentó *Una Virgen de la Piedad* y otro cuadro de asunto profano.

D. JOSÉ PORTUSACH, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1864 presentó *El sacrificio de Abraham*.

D. MIGUEL POU, natural de Valencia. A la Exposición celebrada en esta capital en 1855 concurrió con un lienzo que representaba *La Oración del Huerto*.

D. FRANCISCO PRATS Y VELASCO, residente en Málaga. En diferentes Exposiciones anuales de la Academia de San Fernando presentó muchos trabajos, tanto originales como copias de los mejores autores, entre los que citaremos: *Jesucristo al pie de la cruz en los brazos de la Santísima Virgen* y una copia de *La Virgen de los Dolores*. Las últimas obras suyas de las que tenemos noticia son: *Una Concepción* y *El sueño de Jesús*.

D. DIÓSCORO TEÓFILO DE PUEBLA TOLÍN, pintor contemporáneo, natural de Melgar de Fernamental, en la provincia de Burgos. En 1858 hizo y ganó las oposiciones para una plaza vacante de pensionado en Roma. De entre sus muchas y buenas obras citaremos únicamente sus dos cuadros *Devoción a la Virgen* y *El Ave María*, que presentó con otras de asuntos profanos en la Exposición Nacional de 1866.

D. JUAN JOSÉ PUERTO VILLANUEVA, natural de Villarroya de los Pinares, provincia de Teruel. En la Exposición Nacional celebrada en Madrid en 1878 presentó *Iglesia de San Cayetano*, Madrid, *después de la Misa*.

D. HONORATO PUIG, aficionado. En la Exposición celebrada en Barcelona en 1803 presentó *Una Purísima Concepción*, copia al lápiz del original de Menghs.

D. ANTONIO QUESADA, residente en Sevilla en 1842. En la Catedral nueva de Cádiz existe una buena copia del *Santo Tomás de Villanueva*, de Murillo; y un cuadrado original representando a *El Niño Jesús abrazado a la Cruz*.

D. AUGUSTO MANUEL DE QUESADA, residente en Sevilla. De sus obras sólo citaremos la *Virgen de los Reyes*, adornada por *San Fernando* y *San Luis*, *Nuestra Señora del Carmen*, *Santa Casilda*, lienzos premiados con medalla de cobre y mención honorífica respectivamente en la Exposición pública de Jerez de la Frontera en 1858. *San Juan*, premiado con medalla de plata en la Exposición de Cádiz de 1862.

D. MATÍAS QUEVEDO. En el Museo provincial de Valencia existe un lienzo de su mano representando a *Lucha de Jacob y el Ángel*.

D. ÁNGEL RAMÍREZ DE SAAYEDRA, duque de Rivas. Murió en 22 de Junio de 1865. He aquí alguna de sus principales obras pictóricas: *San Hermenegildo recibiendo el martirio*, *La caída de Luzbel* (alegoría), *El Salvador del mundo* (1829), *La Virgen de la Rosa* (1846), *Conversión de la Samaritana* (1843), *El Niño Dios* (1840), *Santas Justa y Rufina* (1847).

D. JOSÉ RAMONET, pensionado por la Escuela de Bellas Artes de Cádiz. En el Museo provincial de esta población existe una copia al óleo ejecutada por el mismo, representando *La Virgen con el Niño*.

D. MANUEL RAMOS ARTAL, natural de Madrid. En 1880 fué premiado en la Exposición de Pontevedra con una medalla de cobre por su dibujo *San Benito de Lezer*.

D. FRANCISCO JAVIER RAMOS Y ALBERTO, natural de Madrid. Sus obras principales son: *San Pedro en el acto de curar al paralítico*; *Tránsito de San Agustín* para el templo de la Encarnación de Madrid; *La Virgen de la Faja* y *El ángel revelando a San José el misterio que ignoraba*, para Ciudad Rodrigo; *Una Concepción*, para la iglesia de San Rafael de Guadarrama; para la Academia de Méjico *La duda de Santo Tomás*; para una iglesia de Jumilla *San Juan Bautista predicando en el desierto*; para D. Eugenio de Llaguno dos *Sacras Familias*; para la Catedral de Toledo *Una Dolorosa* y *Santa Ana*, *La Virgen* y *San Joaquín*, y para D. Anselmo Sáez *San José con el Niño Dios*.

D. SALVADOR REGULES. En la Exposición celebrada en 1859 en Santander presentó un lienzo representando a *San Roque*.

(Se continuará.) M. DE A.

JUBILEO SACERDOTAL

DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

Se eminencia el Cardenal Schiaffino ha dirigido al Comendador Acquaderni, Presidente de la comisión promovedora del Jubileo del Papa, la siguiente carta:

«Imo, y carísimo Comendador: De diversas partes me llegan noticias de haberse esparcido la voz que el Padre Santo, en las fiestas de su Jubileo Sacerdotal, agradecerá predilectamente a cualquiera de los dones de sus hijos, el óbolo de su caridad filial.

«No sé ni quiero averiguar cómo han podido ser propaladas semejantes noticias; pero sí me importa que se sepa que no están en manera alguna conformes con el pensamiento ni con el deseo del Papa.

«Aunque ciertamente las condiciones a que se ve reducido la augusta Cabeza de la Iglesia, le hacen harto necesario el socorro de los fieles, no por esto ama el Pontífice menos que los donativos, cualquiera otra ofrenda que pueda a la vista de todos convertirse en espléndido testimonio del amor que por el Vicario de Jesucristo inflama el corazón de los católicos.

«Es, por otra parte, justo, y más diré, un deber

que el arte, el cual ha recibido de los Pontífices Romanos, y recibe aún, la más sabia protección, acuda con tan solemne motivo a rendir en la persona de uno de los más gloriosos Papas el tributo de su afecto y de su reconocimiento.

Ruego á V. S. Ilma. se sirva dar la mayor publicidad posible á mi carta á fin de que los católicos del mundo no sean inducidos á engaño por voces que no tienen el menor fundamento de verdad, y que nuestra obra, que está ya en tan buen camino, responda á nuestros deseos y á la aspiración del mundo.

* Escojo esta ocasión para ofrecerle mis respetos y repetirme, etc.

* Roma, etc. — De V. S. Ilma. servidor, D. P. M. Card. Schiaffino.*

La comisión diocesana de Losanna y Ginebra ofrecerá una estatua de mármol de 1,40 á 1,50 metros, representando al B. P. Canisio.

Los católicos de Ginebra enviarán á la Exposición Vaticana un reloj, obra maestra de la industria ginebrina, y también relojes para uso de los misioneros.

El distinguido pintor Ritz se ha encargado de la ejecución de un cuadro que represente la risueña y pintoresca ciudad de Sion, cuyo cuadro figurará en la Exposición Vaticana.

Hay, además, el pensamiento de ofrecer un muestrario completo de los vinos de aquella región.

Los productos de Saint Gall formarán una capilla completa. El altar llevará la imagen de San Galo, Apóstol de Helvecia, é irá provista de todo lo necesario: casullas, cálices, manteles, etc.

A la una de la tarde del miércoles último monseñor Rottelli presentó al Papa las primicias de los donativos y obolo del Vicariato patriarcal apostólico de Constantinopla, que han sido acogidas por Su Santidad con singular benevolencia, en prueba de lo cual ha concedido á todos y cada uno de los donantes su especialísima bendición apostólica.

Los donativos son:

Un cáliz con su patena, vajillas y platillo en dos distintos estuches, ofrenda de 1.º de Marzo de 1887 del R. P. Am. de Damas, Superior de los Padres Jesuitas de las misiones de Armenia.

Un *portiere* de terciopelo de seda bordado de oro con inscripción árabe, ofrecido en 30 de Abril por el Rmo. Mons. José Benegri, Camarero de honor de Su Santidad, párroco de Calcedonia.

Un tapete turco, también de terciopelo de seda, asimismo bordado en oro, con inscripciones, etc.

Un servicio de café con 12 tazas de estilo turco, en un estuche de piel.

Una camisa de batista con encajes dentro de una cajita de nogal incrustada de nácar, ofrecida también en 2 de Mayo por las religiosas de Nuestra Señora de León en Pacaldi, Constantinopla.

Una elegía latina, una piedra del Jordán dentro de una caja en forma de huevo de avestruz, ofrecida el mismo día por el R. D. Nicolás Perpignán, alumno de la Propaganda Fide.

Envío de los Padres Capuchinos de las escuelas de San Esteban, cerca de Constantinopla.

Fotografía del personal heleno católico de Pera, ofrecida en 4 de Mayo por la sociedad heleno católica *Simpnia* con esta dedicatoria en griego: *A Su Santidad León Papa XIII en el quincuagésimo aniversario de su Sacerdocio, la Sociedad heleno católica La Simpnia de Constantinopla en señal de reverencia y gratitud.* Constantinopla 3 de Mayo de 1887.

Y finalmente, una bolsa de seda que perteneció al sultán Selim, con palabras árabes bordadas en oro, y conteniendo las primicias del Obolo en 2.225 francos en oro, recaudados en diversas parroquias de Asia.

Los periódicos húngaros dan el relato detallado de la reunión que se ha verificado el 14 de Mayo en Budapest para tratar de los preparativos del Jubileo Sacerdotal del Papa León XIII.

Su Emma, el Cardenal Haynald presidía. La concurrencia era numerosa y el clero y la nobleza estaban ampliamente representados. El Cardenal Haynald pronunció un discurso elocuente y entusiasta. Señaló la importancia capital de la fiesta que se prepara en honor del Soberano Pontífice, describió el entusiasmo que debe animar á los corazones en ese día de gozo y de triunfo. «Hungria, dijo, en la cual no se ha quebrantado nunca la fidelidad de los católicos hacia la Santa Sede», ocupará un lugar especial en esta presentación de naciones cerca de León XIII. Celebró en seguida el éxito de la política de León XIII, aun «con respecto á las naciones no católicas». Según el Cardenal Haynald, León XIII ha conquistado la estima, la admiración de los hombres de Estado no católicos, grandes por la inteli-

gencia y por la misión que ejercen en la historia. Mostró, por último, que el Pontificado brilla ahora con el mismo ó aun mayor esplendor que en épocas de unidad religiosa.

En Jaca se ha celebrado una romería con motivo del Jubileo Sacerdotal del Papa León XIII.

La presidió el Obispo, dirigiéndose los romeros á visitar el santuario de la Virgen de Valeniana, situada en el término de Sos.

La señora viuda de García del Canto, D.ª Josefa Estévez, de Salamanca, en su nombre y en el de su difunto esposo, tiene preparados para enviarlos al Papa con motivo de sus Bodas de Oro dos preciosísimos candeleros, formados cada uno por dos madreperlas montadas y engastadas en plata. Estos candeleros, que son una verdadera obra de mérito, tanto por su valor intrínseco cuanto por la originalidad de su forma, fueron construidos por un platero indio durante la estancia de dichos esposos en Manila. Ahora ostenta cada uno su dedicatoria al Soberano Pontífice, perfectamente grabada en plata por un artífice salmantino. La primera dice así:

*Como Padre Santísimo te amamos,
Y Pontífice sabio te admiramos.*

JOSEFA ESTÉVEZ DE G. DEL CANTO.

Salamanca, 1887.

Y la segunda del siguiente modo:

*Como sol que sin nubes resplandece,
Brilla la Majestad de León XIII.*

ANTONIO GARCÍA DEL CANTO.

Salamanca, 1886.

El Cardenal Schiaffino ha dirigido al Comité francés del Jubileo Sacerdotal la siguiente comunicación: «Los Rdos. Obispos de Francia han aconsejado á sus fieles que hagan peregrinaciones especiales por provincias, y aun por diócesis, á Roma. Mucho mejor sería una peregrinación nacional, porque serán muchos los peregrinos que vendrán de todo el mundo, y para satisfacer sus piadosos y legítimos deseos, habrá que multiplicar las audiencias del Papa en el corto espacio de cuatro meses. De esto resultará una gran fatiga para Su Santidad, y aun así no podría complacer á los fieles que se presentaran al Vaticano en grupos separados, aunque sean numerosos, por más que desearía recibir á cada grupo en particular, teniendo en cuenta la satisfacción y el honor que habían de recibir las iglesias en ellos representadas.»

El maestro Gounod ha dedicado á Su Santidad una cantata, que será ejecutada en el Vaticano el día que se inaugure la gran Exposición organizada para celebrar el Jubileo Sacerdotal de León XIII.

El ilustre compositor se trasladará á Roma para dirigir la orquesta.

Se anuncia que algunos católicos franceses ofrecerán al Padre Santo una magnífica custodia, copia de la que se representa en el famoso fresco de Rafael en la sala del Santísimo Sacramento en Roma, á donde ha sido enviado expresamente uno de los principales plateros de París para copiarla exactamente.

La Diócesis de París ofrecerá una riquísima tiara, en cuya confección entrarán el oro, la plata y mucha pedrería, encomendando el trabajo al célebre platero Froment Meurice, quien quiere que sea la obra maestra de su vida y el honor de su familia.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Centenario. — Se ha celebrado en Holanda un centenario especial, el de Willem Beukels, que en 1386 halló en Biervliet el medio de embarrillar los arenques. Sin ese invento, la pesca y el comercio del arenque no hubieran podido tomar el gran incremento que han adquirido, y el público no habría obtenido un alimento tan barato y de muy fácil conservación.

Con motivo de ese centenario se recuerda que el emperador Carlos V honró un día la memoria del inventor, yendo á visitar solemnemente la tumba del modesto trabajador zelandés, cuyo descubrimiento fué de tal trascendencia, que Willem Beukels ha sido honrado con el título de bienhechor de la humanidad.

Tintes sobre los metales. — El Sr. Brongens asegura que para teñir el cobre imitando el mármol se da primero una mano con una disolución de acetato de plomo y goma tragacanto á la temperatura de

60 grados centígrados: después se prepara un baño á igual temperatura compuesto de 100 gramos de acetato de plomo por cada medio litro de agua, y en este baño se introduce el objeto de cobre en cuestión.

Los objetos de hierro, sumergiéndolos en este último baño, resultan con una coloración azul muy notable, y los de zinc adquieren un tinte pardo bien caracterizado. Así lo afirma dicho señor en el *Journal des applications électriques*.

Aparato fotográfico de campo. — Con el uso de los clichés secos, preparados con emulsión, se han simplificado mucho los procedimientos fotográficos, poniéndolos al alcance de personas poco expertas en la profesión, de modo que los aficionados pueden fácilmente obtener fotografías, usando los aparatos simplificados y accesorios correspondientes.

La casa Emil Wenig, de Berlín (Dresdenerstrasse 90), construye aparatos muy reducidos, que pueden llevarse en el bolsillo, de peso 400 gramos y con trípode que se recoge en forma de bastón, con los cuales se pueden obtener fotografías momentáneas. Dos ó tres minutos se emplean para poner el aparato en estación, y la fotografía se toma en uno á cuatro segundos, según la intensidad de la luz, resultando las fotografías muy perfectas, así en exactitud como en claridad.

Los clichés se preparan con la composición química que se adquiere con el aparato, de la cual se acompaña la receta para que pueda comprarse en un depósito de productos químicos. El cliché se baña en esta disolución, y la placa fotográfica se puede desarrollar en seguida ó pasados varios días después de tomada la vista, sin que la copia se altere ni cambio en lo más mínimo.

Este aparato fotográfico es muy útil para los viajeros, exploradores, paisajistas, etc., que con facilidad pueden conservar las vistas de los lugares recorridos, así como también se pueden obtener con él retratos y copias de salones, muebles, cuadros y de toda clase de objetos, pues la máquina se presta á ello, y no requiere para funcionar la colocación en galerías especiales.

El precio de estos aparatos es módico, y varía según las dimensiones y accesorios que les acompañan.

Gran vía férrea. — La prensa norteamericana se ocupa del proyecto de cierto millonario yankee, M. Gould, que ha ideado construir un ferrocarril que uniría á Nueva York con París, pasando por San Petersburgo.

Este ferrocarril costearía el Pacífico hasta el extremo del Alaska, y atravesando el estrecho de Behring vendría á enlazar con la gran línea de la Siberia. A través del citado estrecho, que del cabo Est al cabo Gales tiene unas 45 millas escasas, el tren sería trasegado sobre pontones almadías, empleando en la travesía sobre dos horas y media.

Parece que ya se está reuniendo el capital necesario para tan colosal empresa.

Nuevo motor de aire caliente. — Una preciosa máquina motora se acaba de presentar al mundo industrial, que consiste en un hornillo de cok donde el aire ambiente penetra, caldeándose al solo contacto del fuego, con lo que produce una dilatación violenta que se utiliza para mover el émbolo de la máquina. Otra parte del aire aspirado pasa entre dos superficies, envolviendo al cilindro de modo que éste se halla circundado por aire frío y limpio para el mejor efecto de la máquina, corrigiéndose de tal modo el inconveniente principal de todas las máquinas de aire caliente.

La máquina se exhibió en la última Exposición del Palacio de la Industria en París y lleva el nombre de su autor el Sr. Bemer.

NOTICIAS

Extraordinaria importancia y gran solemnidad ha tenido la sesión inaugural de la Asamblea de católicos en París, tanto por lo numeroso de la reunión como por la importancia social y política de gran número de los asistentes.

Presidió la solemnidad el señor Arzobispo de París, que tenía á sus lados, en calidad de secretarios, á los Sres. Chesnelon, senador, y Keller, diputado. También se hallaban presentes, entre otros, Mons. D'Hulst y los Sres. Becastel, duque de Brisacc, conde de Coulincourt, conde de Morode, D'Heroclot, barón de Ravignan, senador marqués de Dampierre, Mons. Kernocret, numerosos representantes de los comités de provincias.

Previas las oraciones de costumbre en estas

Asambleas, uno de los secretarios, el Sr. Chesnelon, dió lectura del siguiente telegrama dirigido a Su Santidad el Papa León XIII:

«Santísimo Padre: Los miembros de la Asamblea católica se juzgan felices al inaugurar su décima sexta reunión anual, al poder depositar a los pies de Vuestra Santidad el homenaje de su profundo respeto, de su sumisión absoluta a las enseñanzas de Vuestra Beatitud, y de su inalterable adhesión, y solicitan humildemente la bendición apostólica. — El presidente, Chesnelon, senador.»

La presencia del Venerable Arzobispo de París inspiró al Sr. Chesnelon un bello elogio de su predecesor, cuya solicitud por el Congreso Católico era de todos conocida. Después de haber dicho que el actual Arzobispo de París recogió la herencia del Cardenal Guibert, el Sr. Chesnelon expuso el asunto de su discurso «Relaciones entre la propiedad y el trabajo».

Estas relaciones, acerca de las cuales tanto se ha escrito en tan diversos sentidos desde que se discuten las cosas menos discutibles, tienen su origen en desigualdades inevitables.

El orador desarrolló este asunto mostrando la grandeza del carácter de la propiedad individual cuando ella es el precio del trabajo y es seguro salvaguardia de la dignidad del hombre y de su familia; del hombre, señor del fruto de su trabajo, como lo es del trabajo mismo. El socialismo que sustituye las desigualdades naturales por una desigualdad fabricada, poniéndola al servicio de una pequeña autonomía, que sería el Estado, comercia con la dignidad humana.

La grandeza del trabajo no siempre fué reconocida. Se sabe muy bien que en Roma y en Atenas, en las civilizaciones antiguas el trabajo era soberanamente despreciado por los hombres libres, que lo dejaban a los esclavos. Jesucristo, viniendo a cumplir su misión, no levantó a los esclavos contra sus señores; antes bien, el mismo se hizo obrero y enseñó a los pueblos el deber de la caridad. Mas Jesucristo, al abolir con su doctrina la servidumbre antigua, no por eso hizo que dejase de subsistir la desigualdad.

Los frailes hicieron conocer la dignidad del obrero. Mejoraron la suerte del pobre, mientras que nuestros reformadores de hoy separan al pueblo de la caridad cristiana, haciendo laicos los hospitales y las escuelas, privándolos de sus rentas y no dándoles nada en cambio.

Siguiendo en este orden de ideas, el señor Chesnelon dijo que los católicos deben trabajar individualmente para difundir por todas partes el espíritu cristiano, reuniéndose en todas las obras que les permitan conocer uniéndose y extendiendo su acción desde las Conferencias de San Vicente de Paul hasta la obra admirable de los círculos de obreros. Todo lo que en este momento pedimos al estado es la libertad de tener corporaciones cristianas, a las cuales se reconozca personalidad civil.

El Sr. Chesnelon terminó: «La protección cristiana, esto es, la asociación moral del patrono y del obrero; la reconstitución moral de las asociaciones cristianas, adoptándolas a las condiciones de nuestro tiempo, he ahí la solución que hoy se impone.»

El Arzobispo de París recordó las enseñanzas de León XIII, que recomienda en primer lugar a los católicos que aprendan a pensar y a obrar como verdaderos cristianos. El primer sentimiento cristiano de que el pueblo debe estar penetrado es el del descanso en los días festivos. Conviene restablecer el conocimiento de esta primera ley divina que es desconocida; pero como en 1871 escribía Mons. Guibert al Padre Santo: «No se rehace de un solo golpe una Francia cristiana; pero entre tanto al lado de ruinas de todo género, hay entre nosotros muchas buenas voluntades.» El venerable Arzobispo pudo hacer constar el resultado de esas buenas voluntades, y dió testimonio de su satisfacción, bendiciendo a la Asamblea, que se retiró profundamente conmovida.

El Excmo. Sr. Obispo de Barcelona ha hecho ya la distribución de los 20.000 duros que para obras de caridad le han entregado los testamentarios del difunto D. Tomás Ribalta, en esta forma:

Al Sr. Cura Párroco de Santa María del Mar, 300 duros; al de Santa María del Pino, 200; al de San Justo, 200; al de San Pedro de las Puellas, 400; al de la Merced, 300; al de San Jaime, 200; al de San Cucufate, 400; al de Santa Ana, 200; al de San Pablo, 400; al de San Agustín, 400; al de Belén, 200; al de San Francisco, 300; al de San José, 400; al de Nuestra Señora del Carmen, 600; al de San Miguel del Puerto, 600; al de la Concepción, 200; al de Nuestra Señora de los Angeles, 600; al de Santa Madrona, 600; al de Hostafranchs, 400; al de Sans, 600; al de San Martín de Provensals, 300; al

del Pueblo Nuevo, 200; al de Santa María de Jesús de Gracia, 200; al de San Juan de Gracia, 200; al de San José de Gracia, 100; al de San Andrés de Palomar, 300; al de Las Cortes de Sarriá, 200; al Hospital general de Santa Cruz, 800; al Montepío de la Esperanza, 500; al Montepío Barcelonés, 500; al Asilo del Buen Consejo, 100; a la Casa de Maternidad, 200; a la Casa de Infantes Huérfanos, 100; al Asilo del Buen Pastor, 200; al Albergue de San Antonio, 100; al Asilo Naval, 200; al Asilo de pobres de Hostafranchs, 100; al Patronato del obrero, 100; a las monjas pobres de la Providencia de Gracia, 100; a los Amigos de los pobres, 200; al Patronato de mujeres presas, 100; a los presos pobres de la cárcel, 200; al Administrador del Seminario para manutención de 20 seminaristas pobres por espacio de cuatro años, a razón de 50 duros cada uno en cada año, 4.000; a las escuelas dominicales para niñas, 200; a las de niños, 200; a las escuelas del Instituto catalán para artesanos y obreros, 200; a las escuelas diocesanas para niños pobres, 200; a las escuelas de la Asociación de socorro y protección a la clase obrera y jornalera, 200; a las escuelas de pobres sostenidas por la Juventud Católica, 200; a las sostenidas por la Asociación de Católicos, 200; y 100 a cada una de las que sostiene el Fomento Católico, el Centro moral instructivo de Gracia, la Asociación de San Luis Gonzaga y la Obra Pía para combatir la blasfemia.

El Prelado dispuso que la cantidad destinada a las parroquias sea repartida por los Párrocos, auxiliados de las Juntas parroquiales de Beneficencia, entre los obreros sin trabajo, o familias de éstos, y pobres vergonzantes de las parroquias. Las cantidades de 500 duros que respectivamente han percibido los dos Montepíos servirán para desempeñar ropas, a juicio de las Juntas administrativas de estos benéficos establecimientos. La cantidad destinada al sostenimiento de estudiantes pobres del Seminario se invertirá en pensiones, que adjudicará, mediante examen comparativo, el tribunal de profesores del Seminario nombrado al efecto.

El 31 del pasado mes de Mayo se verificó, ante numeroso y distinguido concurso, el acto de la solemne bendición de la primera piedra del edificio que se está construyendo en la Plaza de España, (barrio de las ventas del Espíritu Santo) para que sirva de Colegio, bajo la advocación de Santa Susana, a niños y niñas pobres. Esta fundación caritativa es debida a la munificencia testamentaria de la Excmo. señora Doña Susana Benítez de Parejo, que se pasó la vida ejercitando actos de piedad, viviendo honrada y santamente y practicando el bien a manos llenas.

En la segunda cláusula del testamento de dicha señora y en el párrafo 6.º de dicha cláusula, dejó dicha señora 300.000 pesos para un Colegio de niños y niñas pobres en Madrid, a cargo de la Asociación Católica de Señoras, invirtiéndose hasta 100.000 pesos en el edificio, y los 200.000 pesos restantes en constituir una renta para los gastos del establecimiento.

El solar que se ha escogido en la citada Plaza de España abraza unos 70.800 pies.

Merecen especial mención, por la actividad y diligencia que han empleado para realizar la voluntad última de Doña Susana, el Notario D. José García Lastra, y el Juez del distrito del Hospital, Sr. D. Ricardo Saavedra Parejo, pariente de la finada.

Asistieron al acto de bendición los albaceas, el Notario, el primer Alcalde Sr. Abascal, el segundo Alcalde Sr. Romero Paz, y los Concejales señores marqués de la Vega de Armijo, Font y Anglada, y una Comisión de la Asociación Católica de Señoras.

Debajo de la piedra se colocó el acta y una moneda de un duro, y varias de las personas que rodeaban al Sr. Obispo echaron cal en la indicada piedra.

Nuestro Prelado, puesta la mitra, con el báculo en la mano y de pie, dirigió con unción evangélica su palabra apostólica a los asistentes, encareciendo las virtudes y piedad de la finada y la importancia de esos actos, en que la Iglesia bendice instituciones piadosas de enseñanza, base de la regeneración social.

Concluida la ceremonia, las personas allí congregadas acudieron presurosas a besar el anillo pastoral del Sr. Obispo.

Ha tenido lugar en París la elección de Superiora general de las monjas de San Vicente de Paul, tomando parte en la votación 932 monjas, en representación de las 25.000 que comprende la Orden en todo el mundo.

Durante la votación estuvo expuesto el Santísimo Sacramento en la capilla de la comunidad de París, donde se reunieron las 932 monjas electoras. Des-

pués de rezar las oraciones acostumbradas, el Superior general de la Orden declaró abierta la votación, y propuso dos nombres, dejando, sin embargo, en completa libertad al cuerpo electoral para que votase a quien tuviera por conveniente.

La elección duró tres horas. Terminado el escrutinio, subió al púlpito el Superior general, y declaró que, habiendo obtenido la hermana Haward gran mayoría, quedaba proclamada Superiora general.

La nueva Superiora tomó asiento a la entrada del coro, y por delante de ella desfilaron todas las religiosas, besándole la mano en señal de obediencia.

En el desfile, confundida con las otras religiosas y sin ninguna señal distintiva, se encontró la hermana Derieux, que había desempeñado durante seis años el cargo de Superiora general. Al comenzar la votación, habiendo vuelto a ser una simple hermana, fué a colocarse entre sus compañeras, dispuesta a obedecer a su vez las órdenes de la nueva Superiora general.

La elección se ha verificado conforme a las reglas dictadas por el mismo San Vicente de Paul hace trescientos años.

El domingo 5 se celebró en el pueblo de Godelia (Valencia) la solemne distribución de premios a los alumnos de la escuela nocturna establecida en él como sucursal del Círculo de obreros católicos de esta ciudad.

Por la mañana se cantó con orquesta una Misa, en la que predicó el Dr. D. Carlos Ferrís, y recibieron la Sagrada Comunión los alumnos de la escuela y los individuos de la Comisión que entiende en su dirección, y por la tarde, bajo la presidencia del señor Cura párroco, del Alcalde y representantes del Círculo de Valencia, se repartieron premios consistentes en prendas de ropa, diplomas, libros y medallas a los más aprovechados alumnos entre los 130 que ha tenido matriculados.

El Sr. Ferrís y el Sr. Cura dirigieron la palabra al final de este acto, inculcando la práctica de las virtudes cristianas como base de toda enseñanza y educación.

El Rdm. Sr. Obispo de Madrid va a girar una visita pastoral a los pueblos de la Diócesis.

En la última velada de la Juventud Católica de Madrid fueron objeto de una verdadera ovación los Sres. Ortega y Morejón y Gómez (D. Valentín), por sus inspiradas poesías.

NECROLOGÍA

Han fallecido recientemente:

En Soller (Baleares), la Rvda. Madre Melchora Martí Clavell, Superiora del convento de Escolapias establecido en dicha villa.

En Villalpando, D. Casimiro González, Cura propio de Nuestra Señora del Templo.

En Haesca, el Dr. D. Inocencio Grasa, Vicerector del Seminario Conciliar.

En Salamanca, el Párroco de San Juan de Barbalos, D. Francisco Fonseca.

En Valencia, el Dr. D. Francisco Bafuelos y García del Real, Provisor y Vicario general del Arzobispado y Beneficiado de aquella Santa Iglesia Metropolitana.

En Astorga, el Catedrático del Seminario, Don Evaristo Criado.

ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.



ADVERTENCIA

Desde el día 16 de Junio las horas de despacho en la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA serán de ocho a una.



ÉPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 18. — Madrid 25 de Junio de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD

DEL ASILO DE HUÉRFANOS

DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EXTRANJERO	
Seis meses.....	41 fr.
Un año.....	81 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO. — La decena, por Manuel Ossorio y Bernard. — Los grabados. — Los círculos católicos de Olerona, por Sebastián E. Pallás. — Tradiciones de Tierra Santa, por Manuel Polo y Peyrolón. — Nuestra Señora de las Angustias, por Yusef Linares de Vique. — Las Artes y las Ciencias, por José María Bello. — Breve noticia de la congregación de señores de los pobres enfermos del santo Hospital de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza. — Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús. — Andria el Pescador. — El Arte religioso, por M. de A. — Fábula Socialista de su Santidad León XIII. — Bibliografía. — Comunicaciones útiles. — Noticias. — Novelas.

GRABADOS. — Dña. Sr. D. Manuel Felipe Rodríguez, Obispo de Venezuela. — Bandición de la primera piedra del Colegio de Santa Sabina. — El verano.

LA DECENA

MADRID se divierte. Apenas se han ausentado de la Corte los orfeones de las provincias, para llevar a éstas las rivalidades que han hecho nacer errores ó injusticias de la suerte y de los hombres en el reparto de premios; apenas aparece apaciguada la gritería que han ocasionado las discusiones del Jurado de la Exposición de Bellas Artes, cuando se anuncian ó inauguran nuevas distracciones. Si un teatro de ópera barata cierra las puertas, abre las suyas el del Retiro; el Salón del Prado se ilumina en su hilera central de faroles, permitiendo las tertulias al aire libre y con la escasa luz que consiente la Fábrica del gas; el Parque de Madrid, en sus terrenos acotados por la Exposición de Horticultura, acude á la electricidad y á las ocarinas para llamar gente; Ducazal anuncia conciertos corales en el kiosco de los Jardines, bajo la dirección de los maestros Chueca y Valverde; y en los teatrillos de hora, músicos y autores de menor cuantía estrenan casi á diario nuevas obras, lo cual indica que también, casi á diario, mueren las obras estrenadas. Ciertamente el público no suele escasear en estos estrenos sus manifestaciones de desagrado; pero se conoce que los autores de tales engendros son los que presentan Moratin al exclamar: «¡Oh almas grandes, para quienes los silbidos son arrullos y las maldiciones alabanzas!»

Otra de las diversiones que señalar debe la crónica de los días últimos ha sido la corrida de Beneficencia, corrida con la que todos los años se arbitran algunos millares de pesetas para el Hospital y que produce no pocos berrinches á los que no logran un asiento, y bastantes tabardillos á los que lo consiguen. En uno de mis recientes librerías, de los que se empolvan en los escaparates de las librerías, mientras que el público se disputa quince ó veinte mil retratos de *El Espartero*, decía tratando de este asunto, todos los años nuevo y todos los años igual:

«No ver los pases de *Lagartija* ni las estocadas de *Frascuelo*! No poder dar opinión cuando se discute si aquel echó pie atrás al herir, ó si éste hirió con más cora-

zón que arte! No ver á los pobres caballos ser conducidos á palos y lanzarse ellos mismos sobre los cuernos, como si prefiriesen la muerte causada por su enemigo el toro á la vida que les da su amigo el hombre! Privarse, sobre todo, de las armonías de la música del Hospicio, del estridente toque del clarín, de la silba monumental propinada al Presidente, del paseo de la cuadrilla y su colocación en suerte! Dejar de oír las cultas frases que se cambian de tendido á tendido, la gritería que se levanta por cualquier motivo, la ovación tributada al banderillero y las imprecaciones lanzadas contra el picador! Privarse de las emociones que produce el botellazo lanzado contra un individuo de la grada, las hostetadas y los palos que se reparten en un tendido, y por último todas las manifestaciones que convierten el circo en algo fantástico y diabólico, en algo semejante al reinado de la locura sobre las ruinas de la razón...! Esto es inconcebible, y no hay aficionado de buena ley que pueda tolerarlo...

¡Y luego se extrañarán los Gobiernos de que haya revoluciones!»

Hasta ahora, por fortuna, no hay noticia de que haya dado lugar como otros años á enojosas cues-

tiones entre altos poderes ni á lances de honor entre los diputados provinciales y los aficionados que se han quedado sin billete. Más vale así, y que la diversión predilecta de los buenos aficionados y de los que empiezan á aficionarse no haya tenido ulteriores consecuencias.

Compensando el retraso con que se ha presentado el verano, la canícula se ha adelantado, para que no sepamos á punto fijo los vecinos de Madrid cuál es la estación del año en que nos encontramos.

Los padres de la patria, sin embargo, dan pruebas diarias de un valor verdaderamente temerario, discutiendo los presupuestos, y lo que es más grave, aprestándose á discutir las reformas militares recientemente traducidas al español de la última edición francesa. Asunto candente de suyo, y mucho más por los calores que nos agobian, nada de particular tendría que hiciese llegar al estado de ebullición el termómetro parlamentario. Posible es, no obstante, que de concesión en concesión y de componenda en componenda, la amenazadora tormenta se convierta en nubecilla de verano. Para esto hay varios síntomas:

Primero se dijo que el autor de las reformas hacía cuestión de gabinete que se aprobaran las mismas.

Después se añadió que no exigía que quedasen aprobadas, sino que se discutieran.

Hoy se dice que tampoco será necesario que se discutan en ambas Cámaras, sino en la popular.

Posible es, pues, que con que figuren en la orden del día se tendrá por contento el ministro de la Guerra, y no dará lugar á que otros de sus compañeros exclamen: Pues y mis reformas, que estaban presentadas mucho antes, ¿qué delito han cometido para ser preteridas?

Con esto y con que el calor se acentúe un poquito más todavía; con que el elemento femenino de las familias influya para estrenar sus sombreros de viaje y con que Arana invente cualquier diablura en San Sebastián para hacer saltar de sus bolsillos las monedas de los madrileños, el día menos pensado veremos que los Cuerpos colegisladores no celebran sesión por falta de número de señores senadores ó diputados, y los políticos más eminentes dirán á los periodistas más traviesos:

—Salgo mañana para tal punto. Se lo digo en confianza para que dentro de unos días acuda usted allí á sorprenderme para tener un *entrevue* y que sepa el mundo mis impresiones sobre la política actual.

—Y aquel día venderá *El Cosmos político* treinta mil ejemplares.

—Mire usted: tal vez convendría que mis declaraciones se comunicasen por telégrafo á Madrid y al extranjero... porque ya ve usted, dada la situación europea, creo que mis declaraciones puedan ser decisivas.



ILMO. SR. D. MANUEL FELIPE RODRÍGUEZ
Obispo de Santo Tomás de Guayana (Venezuela).

— Ya; pero eso es muy caro, y no sé si la empresa de mi diario...

— No se apure usted. Precisamente aquí llevo escritas en este cartapacio las declaraciones que usted me ha de arrancar en mi retiro veraniego. Que las vayan componiendo en la imprenta y luego dirán ustedes que son comunicaciones telegráficas.

— En todo está usted, Sr. D. Fulano.

— Es que conozco desde hace mucho a ustedes los periodistas. Desde hace cinco años todos los sueltos encomiásticos que me consagra la prensa se hallan escritos por mí...

..

La verbena de San Juan ha pasado casi inadvertida, según costumbre, por causas apuntadas en uno de mis últimos artículos. Y lo propio ocurrirá, sin duda, con la de San Pedro. En las obras de los poetas pueden solamente encontrarse memoria de lo que fueron y significaron... Que tal es el privilegio de la poesía, que hasta resucita lo que fué, presentándolo con sus propias galas y con sus naturales colores, canta lo que es y profetiza lo porvenir.

Y, sin embargo, la poesía no puede conceptuarse como una profesión.

— ¿Qué es usted? — preguntaban recientemente a un testigo en un juicio oral.

— Señor, poeta lírico.

— No pregunto eso, sino la profesión que tiene usted, la que le da de comer... en una palabra: ¿de qué vive usted?

El interrogado inclinó la cabeza, observó el raído y mugriento traje que permitía a los huesos de su esqueleto toda la expansión apetecible, y contestó tímidamente:

— De milagro.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

HERN. FR. D. MANUEL FELIPE RODRÍGUEZ
Obispo de Santo Tomás de Guayana (Venezuela).

El docto Obispo de Santo Tomás de Guayana (Venezuela), D. Manuel Felipe Rodríguez, honra de su país y de la Iglesia, nació junto a Caracas en 26 de Mayo de 1848; recibió las sagradas órdenes en 1873, y en 1885 fué preconizado para la Sede episcopal de Guayana.

El Sr. Rodríguez es un publicista católico muy notable y un orador de altos vuelos, como lo acredita la hermosa oración fúnebre que consagró a nuestro malogrado Rey Don Alfonso XII. Es individuo correspondiente de la Real Academia Española.

RESECCIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA DEL COLEGIO
DE SANTA SUSANA

En nuestro último número dimos noticia de la solemne ceremonia celebrada en el barrio de las Ventas del Espíritu Santo, con motivo de la colocación de la primera piedra del Colegio de Santa Susana, fundado por la testamentaria de la Excmo. Sra. Doña Susana Benítez de Parejo.

Al publicar hoy la lámina de aquel acto religioso, nos referimos en un todo a la descripción aludida.

EL VERANO

Expediciones, baños terapéuticos y de placer; he aquí el asunto que por el momento ocupa a todas las familias. No parece sino que la humanidad aspira en esta época del año a la locomoción como alismo, y busca por todos medios impresiones inesperadas y paisajes desconocidos, olvidando aquellos versos de Lista:

Felíz el que nunca ha visto
más río que el de su patria,
y duerme, anclado, a la sombra
de su pequeño jugaba.

LOS CÍRCULOS CATÓLICOS DE OBREROS

Hoy que el mundo se dispone a celebrar el Jubileo Sacerdotal de León XIII, que pasará a la historia como uno de los acontecimientos que más resonancia tuvieron en esta época, y por medio del que los católicos de todos los países se disputan a porfía el ofrecer dadas y efectos al Soberano Pontífice como muestra de adhesión a su persona y de acatamiento y sumisión a sus consejos y mandatos, creemos de oportunidad hacer algunas indicaciones sobre una institución del especial agrado de Su Santidad, y que por lo mismo debiera concurrir de una manera especial a la fiesta del Jubileo: nos referimos a los *Círculos católicos de obreros*.

Con frecuencia se reciben noticias de la fundación de nuevas de estas asociaciones, poco conocidas en España hasta hace algunos años, pero que

toman en la actualidad grande incremento y están llamadas a reportar grandes beneficios a las clases necesitadas, ya que se consagran a fomentar su bienestar moral y material.

Y en verdad que para los que observan lo descuidado que hoy anda la educación popular, siendo como es una cuestión de capital importancia y llamada a rectificar muchos de los errores que aparecen en medio de las tendencias y de las corrientes dominantes, con dificultad podría hallarse noticia más agradable que la de la fundación de alguna de estas nuevas y nacientes sociedades.

Porque estudiándolas bien se ve que vienen a llenar un gran vacío y a satisfacer una necesidad ha mucho tiempo sentida: la de fundamentar las creencias de esas clases que empiezan por dejar la escuela para ir al taller y acaban por cambiar la enseñanza y la doctrina que recibieran del cura de su parroquia por la doctrina y la enseñanza que reciben del jefe de su nueva Iglesia, de la Iglesia ateo-andrúquica-colectivista, por ejemplo. Así es que los publicistas católicos vienen llamando la atención, y con mucha insistencia, sobre la necesidad de crear y propagar esos círculos donde el obrero, además de la enseñanza peculiar a su profesión, reciba la enseñanza religiosa como base de su educación social y vaya formándose y creciendo lejos de los centros donde sólo se respira atmósfera antirreligiosa y donde se forma en la actualidad aquella juventud obrera que reniega de la religión, la sociedad y la política.

Y no es extraño que los publicistas católicos se hayan propuesto encarecer la importancia de esas sociedades y hacer su propaganda, porque antes que ellos una voz poderosa, la única que se oye en todos los ámbitos del mundo, porque es la voz de Nuestro Santísimo Padre León XIII, había ya llamado a la puerta de todos los católicos, demandando su concurso para esa obra de su predilección. Es, por lo tanto, muy natural que así procedan, y no hacen con ello más que secundar los propósitos y la iniciativa del Sumo Pontífice, de ese augusto y universal monarca que al contemplar desde las alturas de su trono a la sociedad moderna con sus perturbaciones y sacudimientos, con sus miserias y sus males, se ha propuesto restaurar en ella el sentido moral de que poco a poco ha ido despojándose al calor de sus nuevas instituciones y sus nuevas ideas. Y esta especie de renacimiento moral no podía menos de alcanzar a las clases proletarias, que agitadas por todo género de predicaciones y propagandas, y por su misma condición más asequibles a dejarse llevar de las corrientes revolucionarias a que las empujan los enemigos de la Iglesia, son también las que más inmediatamente han sentido los efectos de la desecristianización que los partidarios del racionalismo y de la secularización vienen intentando en ellas para convertirlos en instrumento de sus planes político-religiosos. Y aunque su situación precaria y la vida de privaciones y miseria a que generalmente vive sujeta la familia obrera en los grandes centros, con viviendas insalubres y medios de subsistencia inasequibles a su corto salario, se presta perfectamente a la propaganda desmoralizadora, ésta, en nuestro país al menos, no ha podido llegar, aun explotándolo todo hábilmente, al resultado que sus autores se prometían, y las clases necesitadas en su gran mayoría permanecen fieles a los buenos principios, y antes que entregarse a los excesos de la demagogia y la anarquía prefieren poner en práctica ese remedio heroico que la escuela económica cristiana llama la resignación y el sufrimiento.

Pero si no ha logrado la escuela racionalista y revolucionaria apoderarse del corazón y la inteligencia de la juventud obrera, ni atraérsela siquiera a su campo, ha dejado en cambio sentir sobre ella su influencia, y de ello nos convenceremos si observamos el movimiento obrero que de algunos años a esta parte ha ido operándose en Europa, y en el que se advierten dos tendencias igualmente contradictorias y antitéticas, una que marcha en busca de un bienestar mejor por medio del ahorro y de la asociación, de una manera más o menos lenta, pero perfectamente compatible con las aspiraciones de las demás clases sociales, y otra que, perdida la fuerza de las ideas religiosas, cuyas máximas se le ha dicho debía dejar a un lado porque oprimen la conciencia y no permiten realizar esa aspiración a regenerarse y mejorar, que es propia de toda naturaleza humana, busca su bienestar de un modo diametralmente contrario, por la revolución y la anarquía, considerándose explotada por las demás clases, sobre todo por la poseedora del capital, que llama de los *explotadores y burgueses*.

Y es de notar que si bien en España esta segunda tendencia no ha llegado a tener importancia, en otros países la tiene grande, y los caracteres que reviste la presentan como un motivo constante de

alarma para el orden social, siendo no pocas veces la causa ocasional de grandes conmociones populares. En el organismo económico sobre todo ha producido una verdadera perturbación, porque ha logrado hacer poco menos que insolubles los problemas que hacen relación a la armonía entre el capital y el trabajo y al mejoramiento y bienestar de las clases obreras. Hace tiempo, en efecto, que estos problemas están planteados ante la opinión científica de Europa, y a pesar de ser el estudio favorito de sabios y eminentes economistas en los países donde esa segunda tendencia ha tomado algún incremento, todavía no se ha dado el primer paso en pro de la tan deseada armonía, y lejos de eso cada vez se afirman más los antagonismos entre el proletariado y la burguesía, antagonismos que no quedan en estado latente en el fondo de las masas sociales, sino que de vez en cuando tienen que salir a la superficie y producir algún chispazo como los de Londres, Charleroi y Decazeville.

Y es que estos problemas no se resuelven con discusiones puramente científicas a caza de fórmulas que sean la expresión de las aspiraciones de capitalistas y trabajadores. Se necesita algo más, algo sobre todo que hable a la conciencia de unos y de otros y les recuerde sus respectivos deberes: la influencia, en fin, de la idea religiosa, que tiene una nota sublime para todos los sinsabores de la vida, y que cuando forma el ambiente de las fábricas y de los talleres es la valla más infranqueable que tienen que salvar los perturbadores y los huelguistas.

A esto es precisamente a lo que tienden los círculos de obreros: a mantener y arraigar en las clases proletarias la idea religiosa, de forma que sea el regulador de todos sus actos en las eventualidades de la vida. Por cierto que con tal base pueden perfectamente levantar un edificio hermoso y a toda prueba sólido, el que resulte de mejorar su condición, de crearse una posición. Porque bajo las banderas de la Iglesia pueden perfectamente recorrer todos los eslabones del *progreso*, que nada rechaza de lo que la época moderna va creando, como sean verdaderos y positivos adelantos, antes al contrario, y con relación a la clase que vive del trabajo, lo que hace es bendecir sus esfuerzos para que pueda abrirse más fácilmente los caminos del porvenir. Y tanto es así, que a su sombra van apareciendo esos organismos que son una verdadera aspiración de los que se consagran al estudio de los problemas económicos y sociales, y que como los *Patronatos*, *Bancos populares* y *Sociedades protectoras*, se encaminan especialmente a proteger y fomentar el ahorro, a procurar trabajo a los asociados y a que éstos puedan formar *Sociedades cooperativas*, de *producción* y de *consumo*.

Estas instituciones forman parte y funcionan junto a los círculos que están bien organizados, como sucede en Bélgica y Francia, donde constan de partes que podríamos llamar teórica y práctica, si designamos por la primera las clases nocturnas, que son verdaderas escuelas de artesanos, las conferencias morales, la biblioteca, etc., y por la segunda el Patronato, caja de ahorros, etc., que realmente tiene un carácter más práctico o de aplicación. Pero en España no tienen tan perfecta organización, y han de limitarse a la instrucción por medio de las clases nocturnas y a proporcionar a los obreros un sitio donde puedan pasar un rato de solaz y esparcimiento, lo cual ya es mucho porque contribuye a alejarlos de los clubs y de la taberna. Algo sin embargo se ha hecho en los de Valencia y Barcelona, que ya es verdaderamente práctico. Véase en prueba de ello la relación de los premios en metálico adjudicados por el *Patronato Obrero* de aquella última ciudad a los que más se han distinguido por su virtud y su aplicación, que aunque sea impropio de este lugar transcribimos a continuación para que se vea la tendencia moralizadora que revelan. He aquí la relación:

Premio de Bellas Artes. — Adjudicado a Manuel Urjellés, de la sección de pintura, 100 pesetas.

Accésit de Bellas Artes. — A Salvador Ferrer, que hace seis años trabaja en la misma casa, 25 pesetas.

Accésit primero de artes mecánicas. — A Juan Sordó, de la sección de Tejedores, que acreditó su conducta, religiosidad y espíritu de propaganda católica, 25 pesetas.

Accésit segundo de artes mecánicas. — A Gustavo Bucala, de la sección de lampistas y grabadores, de 14 años, 25 pesetas.

Premio. — Adjudicado a José Artés, de la sección de albañiles, 100 pesetas.

Accésit. — A José Bartra, de la sección de carpinteros; acreditó su conducta y laboriosidad, 50 pesetas.

Premio. — Juan Guiteras, de la sección segunda de carpinteros; hace que trabaja 14 años en el

mismo taller, y acredita su conducta y constancia en épocas difíciles, 100 pesetas.

Accésit. — Celestino Dotres, de la sección de escultores; hace 25 años que trabaja con su principal.

Premio. — Miguel Gutiérrez, de la primera sección de carpinteros; acredita conducta y laboriosidad y la necesidad de establecer un taller, 250 pesetas.

Premio. — Jacinto Coll, sección segunda de dependientes de comercio; hace diez años trabaja en el mismo establecimiento; es instructor de las escuelas dominicales desde 1867, y entrega a su madre el producto de su jornal, 50 pesetas.

Premio. — Pedro Giol, primera sección de carpinteros; casado, con seis hijos, enfermero de la caridad cristiana y hermano del Oratorio de San Felipe Neri; visita a los pobres en el hospital y en el asilo de las Hermanitas, 250 pesetas.

Accésit. — Pedro Mogica, de la sección de dependientes de comercio; modelo de honrados obreros; socorre con su jornal a seis hijos y a sus ancianos padres, 125 pesetas.

Premio. — Francisco Ferrer, de la sección de escultores; acredita conducta irreprochable, 25 pesetas.

Premio. — Carmen Brunet, huérfana de madre; cuida a su anciano padre y a siete hermanos menores, manteniéndolos a todos con el producto de su trabajo, 150 pesetas.

Mención honorífica. — Rosa Thous; hace 25 años trabaja en la fábrica de Juncadella, y se ha impuesto verdaderos sacrificios por su padre y un hermano.

Redención del servicio militar. — A Manuel Tatjé, jornalero, que mantiene a su familia y pertenece a corporaciones de propaganda católica.

Como se ve, son verdaderos premios de constancia, con los que el obrero se sentirá noblemente impulsado a continuar la diaria labor de sus tareas, sin apartarse de los caminos de la virtud y del trabajo. Hermosa obra la que vienen a realizar los círculos y patronatos de la clase obrera al hacer de aquellos hijos del trabajo hijos obedientes y sumisos de la Iglesia y honrados y virtuosos ciudadanos! Ante su propia grandiosidad se comprende que hombres como el conde de Mun hayan consagrado a ella su talento y sus esfuerzos, recorriendo los departamentos franceses para popularizarla y extenderla y logrando establecer en todos ellos numerosos círculos, gracias a los que hoy ve sus esfuerzos agradecidos y su nombre venerado entre aquellas clases obreras, por las que ha hecho verdaderos sacrificios.

Aunque en España no tengamos ningún conde de Mun como en Francia, la obra de los círculos de obreros sigue su curso, gracias al celo y a la iniciativa de los señores Obispos, que no perdonan medios para establecerlos en las poblaciones de sus diócesis. Aunque al presente no alcanzan la extensión que algún día están llamados a tener, son sin embargo en número considerable, y creemos sería muy conveniente se pusieran de acuerdo para concurrir colectivamente a la fiesta del Jubileo Sacerdotal de León XIII, para quien habría de ser muy agradable exhibir en la Exposición Vaticana algún objeto que llevara por lema «Ofrenda de los círculos católicos de obreros de España».

SEBASTIÁN E. PALLAS.

TRADICIONES DE TIERRA SANTA

XVI

EL CRÁNEO DE ADÁN AL PIE DE LA CRUZ.

La sangre del Redentor divino, lavando los pecados del mundo, es una alegoría que entraña alto sentido moral y religioso; pero la sangre del Crucificado, corriendo desde el árbol santo de la Cruz por la quiebra o hendidura del Gólgota, hasta el cráneo del primer hombre, es una tradición piadosa, antiquísima y generalizada, que con gusto recojo y consigno en estos apuntes.

Para ello conviene recordar antes la situación relativa de la iglesia del Calvario y de la capilla de Adán. Sabemos que ésta se encuentra situada debajo de aquella, y al parecer como en las entrañas del monte; pero no es así. La peña, que en tiempo de Jesucristo Nuestro Señor componía el cabezo o montículo del Calvario, llamado también Gólgota, está oculta debajo de los pavimentos de las capillas dichas. La superior o iglesia del Calvario se asienta sobre la cumbre del cabezo, y la inferior o capilla

de Adán está en la falda o declive del monte, unos ocho metros más baja que aquella. La peña constituye las entrañas de una y otra, y únicamente puede tocarse, aunque no verse, por el agujero de la Cruz del Redentor y la quiebra o hendidura próxima, existente en el lado de la epístola del altar griego del Calvario. Desciende el sagrado peñasco hasta el suelo de la Basílica; y desde la capilla de Adán, colocada, como sabemos, precisamente debajo de la iglesia del Calvario, al través de una concavidad rectangular en forma de ventana, con reja de hierro, que tendrá unos 70 centímetros de alto por 40 de ancho, puede verse, y aun tocarse, la quiebra o hendidura que, cortando el peñasco del Gólgota sube hasta el mismo orificio, en el cual estuvo clavada la Santa Cruz. Esta capilla se llamó antiguamente de San Juan y también de la Unión, pues está próxima al lugar en donde fue ungido el cuerpo sacratísimo del Redentor después de su muerte. Es completamente oscura y hay necesidad de servirse de luz artificial para visitarla y reconocerla.

A este lugar se refiere la antiquísima y autorizada tradición que paso a referir. Noé, antes de meterse en el Arca con su familia y los animales de toda especie, que introdujo en ella por orden de Dios, recogió los restos mortales del primer hombre y los guardó religiosamente en el Arca dicha durante el diluvio. Terminado éste, repartió Noé entre sus hijos Sem, Cam y Jafet, los restos de Adán, como la más preciosa herencia que podía adjudicarles. Tocó a Melquisedec, o sea Sem, el cráneo del padre del género humano, el cual lo guardó y llevó siempre consigo como tesoro de singular precio. Cuando fundó a Jerusalén depositó el cráneo de Adán en la cavidad, de la cual he dicho anteriormente que tiene la figura de ventana enrejada, está abierta en el peñasco del Calvario y comunica con la hendidura que descende desde el agujero mismo en donde estuvo clavada la Cruz. Allí permaneció el cráneo del primer hombre, según tradición veneranda, hasta la muerte del Redentor.

Por los Evangelistas sabemos que llegada la hora de sexta, esto es, hacia las tres de la tarde, dió el Crucificado una gran voz, entregó su espíritu al Eterno Padre, se rasgó el velo del templo en dos partes de alto abajo, se oscureció el sol, tembló la tierra y se hendieron las piedras. La roca del Calvario se abrió también de arriba abajo en dirección de Este a Oeste, tal como puede verse en la actualidad, y la quiebra o hendidura cruzó casi perpendicularmente el ángulo NE. de la cavidad o nicho en donde estaba depositado el cráneo de Adán. La sangre, pues, derramada en el árbol santo de la Cruz por el Redentor del mundo descendió por la quiebra dicha hasta bañar y redimir la primera cabeza culpable. El hecho podrá no ser materialmente exacto, aunque afirma lo contrario una tradición antiquísima y veneranda; pero simbólicamente considerado es hermoso, y se presta a consoladoras reflexiones. El segundo Adán sufre el cruento sacrificio de la Cruz sobre el peñasco mismo, en cuyas entrañas descansan los restos mortales del primero. La sangre preciosa de aquel cae gota a gota sobre el cráneo de éste, para lavar en la cabeza del primer hombre el pecado de origen y redimir en el padre a toda su descendencia. En la cabeza humana nace el pecado, pues el entendimiento lo concibe, la voluntad lo quiere y los miembros, a lo sumo, lo ejecutan materialmente. El cráneo de Adán, y no las demás partes de su cuerpo, era, pues, el que debía de ser purificado y lavado por medio de aquel bautismo de sangre divina, como es purificado y lavado en la pila bautismal con las salutíferas aguas del bautismo el cráneo del niño, que entra en la iglesia por la puerta anchurosa del sacramento del bautismo.

Tradición consoladora, yo te respeto, te admiro y hasta en tí creo, porque encuentro encantador tu significado simbólico!

El hecho material, por extraordinario é inverosímil que parezca, ha sido, no obstante, referido por autores tan graves como Tertuliano, Orígenes, San Anastasio, San Agustín, San Ambrosio, San Basilio, San Epifanio y San Juan Crisóstomo, prescindiendo de multitud de escritores posteriores que lo consignaron en sus libros sobre Tierra Santa. San Jerónimo es el único que desecha esta tradición, y aunque su saber era inmenso y su autoridad grande, no veo en ello motivo bastante para relegar al olvido tradición tan antigua como generalizada.

El Gólgota es el lugar de la cabeza (decía Tertuliano a fines del siglo II). Aquí está la señal de la victoria... Aquí fue sepultado el primer hombre, según hemos sabido por nuestros mayores; aquí padece Cristo, y con su piadosa sangre humedécese la tierra, para que el polvo del antiguo Adán, mezclado con la sangre de Cristo, pueda lavarse por la virtud de aquel precioso licor que gota a gota destila.

El Calvario recibió un privilegio de la divina Providencia (decía Orígenes en el siglo III) al ser escogido para testigo de la muerte de aquel que dió la vida por los hombres. Una tradición constante que ha llegado a mi noticia me enseña que el cuerpo de Adán, primer hombre que Dios formó, fue sepultado en el mismo sitio en que Jesucristo fue crucificado, a fin de que así como todos morimos en Adán, así recibiésemos todos la vida en Jesucristo; y que en el Calvario, esto es, lugar de la calavera, Adán, padre y cabeza del linaje humano, encontrase para sí y su posteridad la resurrección y la vida por la resurrección del Salvador que en aquel sitio padeció y resucitó.

Jesucristo escogió el Calvario (escribió San Atanasio en el siglo IV), para padecer y ser crucificado, porque este lugar, según opinan los judíos más sabios, es el del sepulcro de Adán. Aseguran aquellos que nuestro primer padre, después de su anatema, murió y fue sepultado aquí. Siendo esto así, me parece admirable la coincidencia de que en semejante lugar se haya plantado la Cruz de Jesucristo; porque nada más conforme que viniendo Nuestro Señor a llamar y buscar al hombre, escogiese para padecer el sitio donde había sido sepultado el primer hombre; y que expiando el pecado de Adán, expiase el de toda su descendencia. Por eso Jesucristo fue a encontrarle en el mismo lugar en que se ejecutó la sentencia, a fin de librarle de la maldición; y en lugar de las palabras «eres polvo y en polvo te has de convertir», decirle: «levántate, tú que duermes; sal del sepulcro, tú que has muerto; porque Jesucristo te iluminará».

No hay para qué evacuar otras citas. Las palabras «gólgota» y «calvario» con que desde inmemorial se designa el montículo sobre el cual fue crucificado el Redentor del mundo, confirman indirectamente esta tradición. Gólgota viene de una palabra que los caldeos pronuncian *Gulgaltha* y los hebreos *Gulgoltha*, que significa *cabeza*, como Calvario quiere decir *lugar de la calavera*. Pues bien: la cabeza o calavera a que se refieren los nombres propios dichos, en sentir de muchos, es la de Adán, por más que San Jerónimo asegura que se denominaba así aquel lugar de suplicio, por los muchos cráneos o calaveras de ajusticiados que allí había. Tampoco debe echarse en olvido la antiquísima costumbre de representar a Jesucristo en la Cruz con una calavera al pie, aludiendo indudablemente a la de nuestro padre Adán, en la cual fueron redimidas las de todos sus descendientes.

M. POLO Y PEYROLÓN.

A NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS

ODA *

Madre del corazón, no el premio ansio:
Sólo quiero probar el amor mío.

Señor, Tú que le diste con tu aliento
al caos armonía,
cuando al Fiat seguro de tu acento
girando en la extensión, respondió el viento
con un himno de gloria y de alegría,

Presta a mi canto, préstale el gemido
del aura, y los rumores
con que el vuelo sutil plega sin ruido
al llevar en sus alas el perdido
casto perfume de las blancas flores.

Yo nada soy! del rápido oceano
leve y pequeña gota;
de polvo miserable, átomo vano,
que de la vida en el oscuro arcano
en los abismos de su nada flota.

Mas, si me hiciste de la tierra impura
que hollabas con tu planta,
ligando al Hacedor con la criatura,
inundaste mi sien con tu luz pura
y fuí la imagen de tu imagen santa.

¡Oh! si de aquel sublime é infinito
destello, todavía

algo refleja en mí, puro y bendito,
yo lo vengo a buscar, lo necesito,
para elevar mi voz hasta María.

Mas ¡oh Señor! en mi ferviente anhelo
no la proclamé ahora
como Reina inmortal de tierra y cielo:
sino cual madre, que en su acerbo duelo
sin paz, ni calma, ni esperanza flora.

¡Vedla! en su frente celestial imprime
un sello la tristeza:

rudo pesar el corazón la oprime:
mas ¡qué hermosa! ¡qué pura! ¡qué sublime!
de su mismo dolor en la grandeza.

* — Premiada en el certamen del Círculo de la Oratorio de Granada.

Brota un gemido de amargura lleno de su labio doliente,
cual sordo y lento y prolongado trueno;
voz de la tempestad que hay en su seno,
y estalla en lluvia en su pupila ardiente.

En su faz sin colores y apenas se pinta su quebranto;
y aunque en amantes lágrimas velada,
se reflejan al par en su mirada
agonía y pesar, terror y espanto.

Que mudo y frío con su mano toca al Hijo, en sus enojos,
y en vano aguarda con angustia loca,
sólo un suspiro de su yerta boca,
ó una mirada de sus muertos ojos.

Y, ¡nada escucha! que su pena fiera,
ve rígido é inerte
al que en los siglos poderoso impera,
absorbe en sí la eternidad entera
y ligada a sus pies tiene la muerte.

¡Hijo! "murmura al fin; si los profundos
abismos se trocaron

por tu poder en orbes sin segundos;
si á tu vibrante voz, cien y cien mundos
concebidos por tí, por tí alentaron;

Si me hiciste la Reina bendecida
del divino consuelo,
¿cómo tú, que das vida, estás sin vida,
y yo en la noche del dolor, sumida
en mares de pesar y desconsuelo?

¿Cómo, rompiendo del vivir los lazos,
hoy con tu sangre bañas
mi pobre corazón hecho pedazos,
y no puedo, teniéndote en mis brazos,
darte nueva existencia en mis entrañas?

Levanta, por piedad, la herida frente,
que opaca tornasola
con su pálida luz el sol poniente,
y á tu madre tristísima y doliente,
no, no abandones, sin amparo y sola.

Mas ¡ay de mí! que la razón comprendo
de este penar sin nombre
que el alma desolada está partiendo;
¡tú eres amor y por amor muriendo,
bien, patria y libertad les das al hombre!

¡Yo también le amaré! y aunque sin calma
doble mi frente mastia,
conquistaré también su eterna palma;
que bien ¡ay! puede redimirse un alma
con cada instante de mi horrible angustia!

María enmudeció; su dulce acento,
cual la brisa que orea
la flor marchita, se perdió en el viento,
y espacio y mar y tierra y firmamento,
clamaron á la par ¡bendita sea!

¡Si, sí! bendita seas, madre amada,
á quien el sol corona,
y á quien llena de fe pura y sagrada,
tu pueblo fiel, tu pueblo de Granada,
escogió por su escudo y su patrona.

Guíale siempre á la celeste altura;
dale allí la victoria;
y de su ardiente amor, la llama pura,
será en luz inundando tu hermosura,
el sol que alumbra tu esplendente gloria.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

LAS ARTES Y LAS CIENCIAS

EL SENTIMIENTO Y EL ANALISIS, EL RACIOCINIO, LA INDUCCION
Y LA DEDUCCION, LO VERDADERO Y LO JUSTO.

I

MUCHAS veces hemos puesto nuestra consideración en la historia de los descubrimientos humanos; del origen y desarrollo de las ciencias; de las dudas que existen acerca de la verdad en muchas proposiciones y problemas que el hombre no alcanza á resolver, y si la vanidad no perturbase su cerebro, desde luego se declararía impotente para darles una solución satisfactoria.

Muchas otras nos ha preocupado la idea de si el hombre, que hasta hoy ha llegado á conocer la mecánica celeste y la astronomía hasta el punto de calcular con toda precisión el curso de los planetas y trazar las curvas de sus trayectorias, calculando con toda exactitud sus velocidades respectivas, su densidad, las materias de que se componen y otras tantas propiedades y condiciones del mundo sideral, podría llegar un día á visitar todos los astros, viajar por los espacios del infinito y llegar á darse una explicación de quién y cómo es este Señor que no tiene límites, así como su hermana la Eternidad,

que no reconoce principio ni fin en la duración de los tiempos.

De tales consideraciones, hechas modestamente y sin la vana presunción de los sabios, que todo, absolutamente todo lo quieren explicar y saber, por más que allá por sus adentros se vean tan ignorantes como todo mortal, en presencia de la verdad absoluta y de la sabiduría eterna, hemos venido á deducir que todo el saber humano consiste en el descubrimiento de algunas leyes, de algunas propiedades invariables que existen desde el origen de la Creación, y que hoy una, mañana otra, se acierta á dar con ellas, á veces por una casualidad que las pone de manifiesto, otras por consecuencia del análisis, de la observación ó del raciocinio.

Cuando una propiedad descubierta se demuestra como el teorema de Pitágoras, la sabiduría humana se ha enriquecido con el conocimiento de una verdad que viene á ocupar una página de su libro. Este libro no tiene patria: es el libro de la ciencia y del saber humano.

Ocorre con frecuencia que alguno presume haber descubierto una teoría verdadera, una ley invariable, una propiedad de la materia, y no pudiendo demostrar su verdad de modo que el teorema se eleve á toda la altura del axioma, hay quien lo combate, dando origen á la controversia, la discusión y las opiniones contrarias. Entonces el libro de la sabiduría humana se niega á escribir en sus páginas como verdadero aquello que todavía no está depurado y exento de todo error, puesto que la duda existe, y acaso pudieran triunfar más adelante las opiniones de los contrarios.

La alquimia, que tuvo tantos partidarios, pasó de moda, como otras muchas cosas que hoy pretenden ser y acaso mañana no serán más que un recuerdo de la locura ó del extravío de los sabios modernos.

Así, pues, venimos á creer que las conquistas del raciocinio humano deben mirarse con cierta desconfianza y no asentir ni consentir en su verdad hasta el día en que la experiencia, los años, el consentimiento unánime y la demostración matemática las autoricen debidamente.

Sin darnos cuenta de lo escrito vemos ahora que nuestra pluma filosofa demasiado y nos exponemos á que uno de los que entiendan de esto nos quiera dar un palmetazo de Dómine, cuando á decir la verdad no pretendemos saber lo que pasa dentro del caos tenebroso de esa ciencia profunda, que nos causa tanto miedo como el coco á los niños cuando no se quieren dormir. Nuestro propósito es más modesto, y nos basta con decir que en la naturaleza creada por el Dios omnipotente existen desde *ab initio* la fuerza elástica del vapor, dilatado por el calorífico, las propiedades de la luz y de los yoduros y bromuros de plata, que se ennegrecen á su acción, las corrientes del fluido eléctrico y todo lo demás que andando el tiempo ha venido á convertirse en máquinas de vapor, en fotografía ó en telégrafos, teléfonos y luces, pudiendo esperar que mañana se hagan otras nuevas aplicaciones útiles de semejantes propiedades y fluidos.

La madre naturaleza encierra en sus entrañas todo lo que el hombre ha descubierto hasta hoy para aprovecharse de ello y formar las ciencias experimentales, con más lo mucho que permanece oculto y que se irá descubriendo cuando Dios lo permita, y poco á poco.

Pero la verdad es, confesémosla sin hipocresía ni vana presunción, que la potencia intelectual, la fuerza del raciocinio humano, el poder del espíritu analítico, los alcances de la observación, todo ello es poco y escaso para remover un peso tan grande. La palanca no puede vencer tanta mole, y aunque alguna vez el hombre consigue arrancar alguna de sus moléculas, preciso es convenir en que la ciencia y el saber humano tienen tarea larga, muy larga que desempeñar en los siglos de los siglos venideros.

¿Cómo se opera el fenómeno de la reproducción de los seres animados?

¿Cómo germinan las plantas y los frutos de la tierra?

¿Por dónde y cómo se verifican todas las evoluciones de la materia que el hombre descompone ó compone, y ella por sí, obedeciendo á sus leyes naturales, torna al estado primitivo en que se hallaba la naturaleza?

No lo sabemos.

Yo bien sé que hay muchos sabios que se reirán de mi ignorancia y que están muy satisfechos de que todas estas cosas se las saben muy bien, sin que les arredre ni les imponga respeto ninguno lo que para mí son misterios, arcanos y abismos insondables. Pero valga por lo que valiere y por vía de muestra de lo mucho que yo ignoro, quisiera que me explicase alguno de estos sabios, únicamente, el cómo empieza y se acaba la vida del hombre. No

podrán decir más, sino que empieza cuando este nace y se acaba cuando muere. Lo demás, que no es poco, lo sabe Dios y yo bajo la cabeza cuando veo que las cosas son de *las reservadas*, como lo son estas y otras que no alcanzo á comprender.

Hasta aquí las ciencias, la sabiduría, el raciocinio buscando verdades, queriendo descubrir lo secreto y demostrar sus proposiciones. Grande y levantada es la lucha del hombre contra la ignorancia, el afán del saber, el ansia del progreso moral y material de las naciones; y gran respeto merece todo el que se dedica al estudio de las ciencias, no dándose por contento con lo que ya está sabido, y quiere ir más allá para traer á sus tesoros un nuevo descubrimiento.

Dejemos á estos sabios con su tarea, concedámosles su gloria merecida, aprovechemos sus lecciones y sus conquistas, lamentemos su desgracia cuando son impotentes para resolver muchos problemas, y vamos á ocuparnos de otros hombres que andan por distintos senderos que los sabios. De los artistas; de esa familia que algunos han considerado como intermedio entre los hombres y los ángeles, y otros, como una plaga de vagabundos que se pasan la vida cantando coplas que para nada sirven ni aprovechan.

Tratemos del Arte y dejemos ya la ciencia que trabaje y siga por sus caminos, adelantando cuanto pueda y le sea dado adelantar, queriendo descubrir los secretos encerrados en el seno oculto de la madre Naturaleza.

II

Esta facultad nobilísima del alma, así como la facultad de amar, son facultades intuitivas, independientes del raciocinio que todos, absolutamente todos, la tenemos en más ó menos grado como cosa inherente, precisa y necesaria á la existencia humana.

La belleza es tan grande, tan hermosa, tan de origen divino como la verdad y la justicia. Las tres hermanas andan por caminos paralelos: por líneas que vienen á encontrarse en lo infinito, al pie del trono del Eterno, y allí se confunden y se encuentran reunidas en un punto, como una sola hija de Dios, que asume la naturaleza y los encantos de todas ellas.

La belleza, sin embargo de pertenecer á la misma esencia que la verdad y la justicia, se diferencia de éstas en lo noble y generoso de sus manifestaciones. Ella no se oculta á la vista ni al oído del hombre envuelta en el manto que, por lo general, encubre á sus hermanas. La naturaleza, desde el origen de los tiempos, mantiene á la belleza en sus brazos, presentándola de continuo á la contemplación y al amor del hombre que se rinde á sus plantas, sin necesidad de hacer esfuerzos ni sacrificios para encontrarla. No, no es necesario cavar los montes, bajar á lo profundo de los mares, encender hornillos, apurar el raciocinio, la observación y la experiencia, para alcanzar á descubrir la belleza, como lo es para adquirir el conocimiento de algunas verdades científicas.

Lo bello, lo grande y magnífico del espectáculo que nos ofrece la bóveda celestial fué sentido y admirado por el hombre, antes que los estudios de los sabios viniesen á determinar las órbitas de los planetas, las velocidades con que recorren sus trayectorias, y todo lo demás que nos ha demostrado la mecánica celeste. Ninguno que no sea *geómetra* *entre aquí*, decía Pitágoras en su cátedra, cuando enseñaba á sus discípulos las verdades que había descubierto y que estaban encerradas dentro de las tres líneas y de los tres ángulos del triángulo rectángulo. Era preciso ser *geómetra* para comprender las demostraciones matemáticas de aquellos teoremas, como es necesario siempre y en todas las ciencias tener conocimiento de sus principios fundamentales para llegar á penetrar en sus secretos.

Todo el que tenga ojos para ver, oídos para oír, alma y corazón para sentir, entra á contemplar la belleza sin necesidad de ser *geómetra*, ni químico, ni teólogo.

Pero como quiera que lo bello, lo verdadero y lo justo proceden, como hemos dicho, del mismo manantial, del mismo origen en que nacen las tres divinidades, donde quiera que se manifiesta la belleza, la verdad ó la justicia, allí está la esencia de las tres, por más que el hombre no vea ni descubra más que aquella que persigue.

Los artistas, buscando la belleza por el camino del sentimiento, siempre que alcanzan á ver su hermoso rostro y á darnos la expresión de lo que vieron, seguramente nos ofrecen con sus obras algo que lleva en sí lo verdadero y lo justo. No puede ser bello nada que esté falto de verdad y bien justificado en sus líneas ó conceptos.

No sé por qué voy escribiendo de esta manera

tan abstracta, cuando me proponía ser concreto y tratar de la belleza y del sentimiento artístico más que en este campo ideal y metafísico, en el que fácilmente me pierdo por falta de conocimientos en el terreno práctico de las obras artísticas.

Tratemos el asunto en este terreno práctico, y empecemos por la arquitectura, madre de todas las bellas artes y profesión cuyas dificultades me han hecho comprender la necesidad en que me he visto de proyectar algunos monumentos, sin alcanzar a resolver tan arduo problema, y quedando siempre avergonzado de mis trabajos artísticos.

La arquitectura monumental, lo mismo que la arquitectura civil o doméstica, no sólo tiene que responder al ideal de la belleza, como todas las demás bellas artes, sino que debe ser razonada, de modo que todos los elementos, las diferentes partes de que se componga un edificio y el conjunto de todas ellas se hallen perfectamente justificadas en sus formas y dimensiones.

Esta razón, esta justificación innecesaria se liga íntimamente con la construcción, con la mecánica y sus demostraciones matemáticas, por más que el verdadero artista, si no ha estudiado o no conoce a fondo tales ciencias, suele adivinar, como el poeta, la verdad de lo que ignora.

Seguramente podemos afirmar que Ictius y Callicrates, como todos los arquitectos griegos de su tiempo, eran extraños a los conocimientos de la ciencia moderna, que se denomina cálculos de resistencia. No conocían las fórmulas de hoy. No eran sabios matemáticos, y sin embargo, por el camino del sentimiento, buscando la belleza de proporciones, encontraron la verdad, o sea la solución del problema mecánico de la construcción.

Los arquitectos de la Edad Media, al proyectar sus iglesias ojivales, vinieron a emplear los contrafuertes, los arcos botantes y los pináculos, que dan carácter a estas construcciones y que son elementos necesarios a la basatura o esqueleto de las mismas.

¿Sería bello un dólmar que, teniendo una pequeña abertura o espacio comprendido entre los dos pies derechos, su dintel apareciese con doble ó triple grueso de lo necesario a su resistencia? Seguramente que no, porque se alejaba de lo justo.

El pórtico griego y romano, que tienen una belleza plástica reconocida, es evidente que los artistas que lo trazaron no se preocupaban de otra cosa que de buscar la belleza de sus proporciones, colocando los ejes de sus columnas a una distancia proporcionada al diámetro y la altura de las mismas, y dando al arquitrabe, friso y corona de su cornisa las alturas convenientes para que en el conjunto hubiese la armonía necesaria a la belleza.

Por este camino del sentimiento y de la belleza vinieron a dar en el de lo justo y lo verdadero, que más tarde, muchos siglos después, estudiando estos antiguos templos del arte pagano, había de dar por resultado el descubrimiento de sus módulos respectivos. Pero estos módulos, encerrados entre las dimensiones del pórtico, fijando la relación de su ancho y alto, de la basa y el capitel de la columna, tuvieron su origen esencial en la belleza, y al descubrirlos y determinarlos Vitruvio, para darlos a conocer en su tratado de la arquitectura antigua, no hizo más ni menos que Pitágoras cuando descubría las propiedades de los triángulos, que estaban y estarán siempre del mismo modo en todo espacio cerrado por tres líneas rectas. Es decir, que el módulo era una condición, una propiedad necesaria a la belleza, y quedaba establecido en el pórtico griego y romano siempre que el sentimiento estético hacía levantar sus columnas y montaba sobre ellas el dintel ó el arco de medio punto, sin que el artista que proyectaba tales edificios supiera ni pensara que en su trazado existía otra regla de proporción que el sentimiento de lo bello.

De lo dicho hasta aquí venimos a deducir una verdad innegable: que el hombre piensa y siente, valiéndose de estas facultades unas veces para analizar, para observar y estudiar los problemas científicos, poniendo al descubierto propiedades ocultas y demostrando sus proposiciones con más ó menos fuerza de razón que convenga y satisfaga a todo criterio humano, y otras adivina principios de verdades científicas sin el empleo del análisis ni de la observación, y así sólo poniendo en actividad su genio de artista, el sentimiento de lo bello, la inspiración que remonta su vuelo a más altura que el raciocinio.

Los artistas se diferencian del filósofo y del sabio en que estos últimos buscan y rebuscan con sus lentes y su compás lo que hay oculto y de verdad en las propiedades de las cosas, que no son en sí más que el conjunto de todas ellas, y muchas veces ó se equivocan en sus juicios ó se tienen que declarar impotentes y faltos de fuerza intelectual para resolver sus problemas, y aquellos, los artistas de ver-

dadero genio, sin pretender llevar a cabo la tarea de los sabios, la desempeñan y dan con la verdad y la justicia, buscando sólo la belleza. Y que así suceda es muy natural, y tiene fácil explicación este fenómeno, por cuanto el artista, inspirándose en la naturaleza creada por Dios, perfecta y verdadera, tiene por original de sus obras un modelo tan bello y tan bien formado que todo en él es armónico y se halla vaciado en los moldes de la verdad, de la belleza y de la justicia.

El cuadro del pintor, cuando acierta a concebir el asunto y a pintarlo con verdadero genio de artista, es hijo de dos factores independientes del raciocinio humano, que se dedica a la investigación de los misterios ocultos. El primero y principal de estos factores se encuentra en la naturaleza, que le presta sus modelos, y el segundo en el genio creador, la inspiración y el sentimiento de lo bello que ha de tener el autor de semejante obra. Lo mismo sucede al escultor cuando modela sus estatuas, lo mismo al arquitecto, aun cuando no se vea tan claro como en el pintor y el escultor; pero a un lado la metafísica de la arquitectura en su difícilísima tarea de buscar la consonancia, la relación que pueda existir entre la forma y la idea, la belleza de proporción siempre habrá que buscarla en la naturaleza, pues como dice un gran poeta,

A la alta columna mal asienta
La basa y capitel de poca altura,
Y al cuano pígameo
La cabeza y el pie del giganteo.

El módulo siempre existe en la naturaleza. El canon de la belleza lo estableció el Creador desde *ab aeterno*, y es inmutable como la esencia primitiva de su Autor.

Basta por hoy, dejando para otros artículos el tratar de la poesía y de la música, que son genios creadores de otras obras de distinta especie que las producidas por las artes plásticas, si bien el poeta como el músico también copian de la naturaleza, necesitan de la inspiración y corren en pos de la belleza del propio modo que los demás artistas, de que hemos hecho ligera mención muy imperfecta.

JOSÉ MARÍN BALDO.

BREVE NOTICIA

DE LA CONGREGACIÓN DE SEGLARES SIERVOS DE LOS
POBRES ENFERMOS DEL SANTO HOSPITAL DE NUESTRA
SEÑORA DE GRACIA DE ZARAGOZA.



ESTA Venerable y Santa Congregación, llamada vulgarmente *Hermandad de la Sopa*, fué instituida en el Santo Hospital de Nuestra Señora de Gracia por algunos piadosos y caritativos habitantes de esta inmortal ciudad de Zaragoza, los cuales, viendo con santa emulación los frutos de vida eterna que conseguían en el Hospital de Madrid las almas grandes de aquella Villa, alistadas en la Congregación para alivio y consuelo de los enfermos; y no pudiendo mirar con ojos enojados el que, teniendo la misma proporción en el Hospital de Zaragoza, este campo de la caridad estuviese sin cultivo por falta de operarios, resolvieron erigir una Congregación, a imitación de la de Madrid, para alivio y consuelo de los pobres enfermos.

Han los fundadores por la tarde al hospital para ejercer con los pobres enfermos la virtud santa de la caridad, de la cual tan bellos ejemplos han fructificado en este suelo santificado con la presencia, en carne mortal, de nuestra Santísima Madre, y regado con la sangre de innumerables mártires y con el sudor evangélico de ilustres confesores. Erigida, pues, esta piadosa Congregación a la sombra del Sacrosanto Pilar de nuestra Excelsa Patrona, los frutos que cogían sus hermanos eran copiosos; mas para que el primitivo espíritu de tan santo instituto no decayese, los fundadores formaron, de común acuerdo, sus *Constituciones*, que fueron aprobadas en 27 de Junio de 1731 por el Ilmo. Sr. D. Tomás de Agüero, Arzobispo de Zaragoza.

Bajo tan sabias reglas, observadas escrupulosamente, ha caminado esta venerable y caritativa Congregación hasta el presente, atrayéndose por ello las bendiciones de Dios Nuestro Señor, que de una manera muy especial se ha complacido siempre en premiar con largueza la caridad de sus hermanos en favor de los pobres enfermos.

Los ejercicios en que los Congregantes dan muestra vigorosa de su fe y de su caridad son los siguientes: Todos los días por la mañana, a hora competente, distribuyen a todos los enfermos, según su estado respectivo, un *desayuno de sopa y chocolate*, que los mismos hermanos de ambos sexos confeccionan de antemano. Los domingos, ade-

más del ejercicio diario, van por la tarde al oratorio de la Congregación, y después de las meditaciones que los hermanos tienen para su provecho espiritual, son distribuidos por el Hermano Mayor en secciones, las cuales van con santa humildad a practicar el *Ejercicio de las camas*, mientras otros hermanos van con amorosa solicitud cortando las uñas de pies y manos a los enfermos que lo necesitan. A la vez, los restantes hermanos se ocupan afanosos en preparar y cortar la sopa necesaria para la semana siguiente, durante cuyo acto uno de aquellos lee en alta voz las meditaciones de la Dominica correspondiente, finalizando tan santos ejercicios con devotísimas deprecaciones a Dios Nuestro Señor. Además de todo esto, la Congregación provee a los enfermos necesitados, cuando son dados de alta, del vestido y calzado correspondiente. A todo lo cual unen los hermanos prudentísimos consejos, para inspirar en los pobres enfermos confianza en Dios, alentándoles con su caridad a sufrir con resignación verdaderamente cristiana los trabajos y amarguras que padecen en esta vida.

La Congregación, además, para procurar la mayor santificación de sus hermanos, tiene anualmente en su Oratorio siete *Comuniones generales*, en los días que previenen sus Constituciones, en los cuales expone solemnemente a la adoración de los fieles el *Santísimo Sacramento*, y celebra solemnes fiestas en los días de la Adoración de los Santos Reyes, de San José y de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora. Igualmente celebra todos los años, en el mes de Septiembre, y en la Iglesia parroquial de San Felipe y Santiago, una solemne y devota *Novena-Misión*, y fiestas de Nuestra Señora de los Dolores y del Patriarca San Joaquín.

Más a pesar de todo, esta santa Congregación no se limita a los anteriores enumerados ejercicios, sino que en circunstancias extraordinarias sabe también ponerse a la altura de su misión y dar a la faz del mundo una elocuente muestra de la caridad que le domina, como plenamente lo ha demostrado, entre otras ocasiones, siempre que el terrible azote de Dios, ó sea el cólera morbo asiático, ha invadido nuestra ciudad, pues cuando esto ha sucedido, multiplicando su caridad ha sabido atender con solicitud y esmero a los pobres coléricos, proporcionando además a sus familias necesitadas un rancho diario y procurando la lactancia a aquellas tiernas criaturas, que, apenas venidas al mundo, quedaban privadas y separadas para siempre del regazo materno. Esto ha hecho la Congregación en todas las epidemias; esto hizo en los tristes días de 1885, en que tan terrible enfermedad se cobaba sin compasión en esta muy benéfica ciudad, sembrando por doquiera el luto y la desolación; elevándose en dicho año las lactancias suministradas a la cifra de cincuenta y una, y esto mismo está dispuesta a hacer, con la protección y ayuda de Dios Nuestro Señor y de las almas generosas, siempre que ocasiones semejantes se le presenten.

Los gastos que ocasionan tan múltiples atenciones son sufragados con las limosnas que esta Congregación recibe de las personas caritativas, único medio con que cuenta para continuar dispensando a los pobres enfermos sus benéficos consuelos, por lo cual es de creer que todas aquellas personas que se sientan animadas del espíritu de la caridad, apreciando en lo que vale la importancia de los humildes servicios que esta Congregación practica para alivio y consuelo de los enfermos, contribuirán con sus limosnas ó con su asistencia personal a esta grande obra; seguros de que Dios, dispensador de todo bien y eterno y justo remunerador, ha de darles el ciento por uno en esta vida, y la posesión del reino de la gloria en la otra, según nos lo ha prometido el mismo Jesucristo en su santo Evangelio.

La Iglesia, por su parte, ha querido premiar también el celo y la caridad de esta Congregación, y al efecto, los Sumos Pontífices Clemente XII y Pío VI han abierto los tesoros de la Iglesia y han concedido a los congregantes multitud de indulgencias plenarias y parciales, y otras gracias y privilegios. Asimismo, otros muchos Prelados de España han distinguido a esta Congregación, otorgándole también indulgencias y otras gracias espirituales, mereciendo especial mención el Excmo. é Ilustrísimo Sr. D. Manuel María Gómez de las Rivas, Arzobispo de Zaragoza, que, entre otros privilegios, concedió a los hermanos de esta Congregación ochenta días de indulgencia *por cada paso* que dieren desde su casa-habitación hasta el santo Hospital, y el Emmo. y Rvmo. Sr. D. Francisco de Paula Benavides y Navarrete, Cardenal de la Santa Iglesia Romana y actual Arzobispo de esta Diócesis, que concedió cien días de indulgencia por cada una de las obras y ejercicios que hicieron los hermanos de la Congregación.



BENDICIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA DEL COLEGIO DE SANTA SUSANA.

Solo falta, para concluir, que todos los buenos y fervorosos católicos se penetren bien del modo de ser de esta santa Hermandad y de las ventajas que proporciona a nuestros hermanos los pobres enfermos, para que, viendo interesado en su sostenimiento el honor católico de esta inmortal ciudad, procuren, por cuantos medios estén a su alcance, prestarle todo su concurso moral y material. ¡Quiera Dios Nuestro Señor que no haya ninguno que desoiga la voz de su conciencia, ó deje de seguir los nobles impulsos de su generoso corazón, sino que, por el contrario, la llama de la caridad, encendida en esta venerable y santa Congregación, que no puede menos de arrebatarse los cariños del Salvador, se extienda y dilate por la ciudad, prenda en los corazones y los conduzca al santo hospital para rendir homenaje a la gloria de Dios, en el consuelo y alivio de los pobres enfermos.

(De El Pilar.)

ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS

La Asociación de Señoras del Sagrado Corazón de Jesús celebró el 17 del corriente solemnísimos cultos a su Divino Titular en la iglesia del Asilo de Huérfanos, que a cargo de aquéllas está. Si en la mañana el Sr. Cardona cautivó a su auditorio con la originalidad y el vigor de su palabra al exponer en brillantes períodos el abismo de amor que se encierra en el Divino Corazón, por la tarde el Sr. Sánchez Jutrez hizo vibrar con su atildada dicción, su esmerada frase y su elocución patética los corazones del escogido y numeroso público agrupado en torno de la sagrada cátedra, al trazar magistralmente la historia y caracteres de la caridad cristiana. Brillante sobre toda ponderación fué la religiosa solemnidad con que las distinguidas damas, para tan bello fin asociadas, obsequiaron a Aquel de quien reciben aliento para proseguir su obra y consuelo para soportar las tristezas que en ella se encierran; y al escuchar los acentos de la huérfana juventud

que con sus bien ejecutados himnos hacían vibrar los esbeltos y elevados haces de las columnas que forman las bóvedas de la grandiosa nave del gótico y florido templo; al ver las espirales del sagrado incienso querer salvar los calados de los gallardos ventanales para subir al cielo; al contemplar los artísticos juegos de flores que hacían resaltar los cambiantes de un océano de luz y de belleza, el corazón católico se olvidaba de que en aquel santuario se hallaban las damas de la aristocracia madrileña confundidas con las víctimas de la orfandad, los hombres de la ciencia con el modesto obrero, la ilustración del clero con el religioso humilde, y sólo tenía un recuerdo, sólo tenía un latido: el recuerdo de la inolvidable Ernestina, que desde el cielo sonreía al ver realizados sus sueños de divino amor, y el latido de amor hacia el huérfano que en todos despertaba el espíritu de esa ilustre y virtuosa dama que allí se levanta gigantesco para esculpir en los sagrados muros, y en el silencio de las doradas crujeas del esbelto crucero, murmurar los triunfos de la Fe y las bendiciones de la Caridad.

ANDRÉS EL PESCADOR

(Continuación.)

Y a quién otro podría yo referirme? De Dios hablo; de Dios uno y trino; del Dios, que para dar la mayor prueba de amor a los hombres, permitió que su Unigénito Hijo, una de las Personas de la Santísima Trinidad, tomara carne mortal en las purísimas entrañas de Santa María Virgen y diera su sangre toda, para redimirnos del pecado. Me refiero a Jesús, llamado Cristo: a Jesús, sacrificado en Jerusalén al furor de los impíos sacerdotes, a quienes sentaban mal las palabras de verdad que salían de sus labios.

— ¿Y es en nombre de Jesús, en el que obras tales prodigios? le preguntó Magdoel.

— Sí; siervo aunque indigno de Jesús. Él es el que obra en mí, y para que, por este medio se vea alabado y glorificado su santo nombre; repuso An-

drés. Muerta yacía tu hija hace un momento en ese lecho: tu desconsuelo y el de todo el pueblo, bien claro demostraba que habíais perdido toda esperanza. Pero he aquí que Dios ha querido mostrarnos su inagotable misericordia, devolviendo la vida a esta joven, sin duda porque corazones inocentes se lo pidieron. Y al decir esto, dirigió la vista por todas partes en busca de aquel niño, que con tantas instancias le había pedido la salud de Sara; pero el niño había desaparecido.

Andrés continuó:

— No busquéis, pues, en el suelo la explicación de este prodigio, ni atribuyáis a causas humanas lo que no pueden hacer los hombres; levantad los ojos al cielo, y reconoced la mano de Dios, porque solo Dios puede hacer lo que habéis visto.

Largamente estuvo hablando Andrés de la bondad y misericordia de Dios, ante aquel numeroso auditorio, que le escuchaba, logrando disipar las tinieblas del error en muchas inteligencias, y haciendo que penetrara en ellas la luz de la verdad.

Muchos fueron los que pedían a grandes voces el Bautismo, y entre ellos, y con vivas instancias, la joven Sara. A ésta siguió su padre y otros, y a medida que se iba extendiendo la noticia por la ciudad, iban acudiendo gentes nuevas, ansiosas de oír la palabra del Apóstol y abrazar la religión de Cristo.

Fué preciso que Andrés abandonara la casa de Magdoel, y se situara en la gran plaza de la ciudad, para ser oído por mayor número de gentes, y sería cosa de emplear muchas páginas si hubiéramos de relatar los infinitos milagros que obró, a presencia de los cesarenses. Era tal la fe que había logrado infundir en el ánimo de todos, que muchos no hubieran dudado un punto en aceptar el martirio, dando su sangre y su vida por confesar públicamente a Jesucristo Dios.

Uno de los hechos que contribuyeron con mayor eficacia a este resultado fué la expulsión del demonio del cuerpo de una infeliz mujer, milagro que realizó a presencia de todo el pueblo.

Llamábase esta Magelda, y era considerada por todos como una loca, en vista de las innumerables extravagancias que incesantemente practicaba. Observóse que desde la llegada de Andrés a Cesarea,



EL VERANO.

la locura de aquella mujer había degenerado en frenesí, y corría por la ciudad dando grandes alaridos y cometiendo todo género de desmanes, hasta el punto de cerrar el paso á los que se dirigían á oír la palabra del Apóstol y acometerles á bocados, cuando otra cosa no podía.

— No vayáis á oír á ese impostor, les decía; os engaña, es un enemigo de nuestros dioses, quiere nuestra perdición. Apedreadle, matadle, no os dejéis sorprender por ese extranjero que ha venido á sembrar la discordia entre nosotros.

— No puede ser un impostor el que ha devuelto la vida á Sara, y ha obrado á nuestra presencia tantos milagros: no puede engañarnos el que nada quiere aceptar de nosotros; no puede querer nuestra discordia el que predica la fraternidad y el amor al prójimo, contestaban los interpelados, y esto enfurecía más y más á Magelda, hasta el punto de obligarla á cometer todo género de excesos.

Uno de los que había sido acometido por Magelda, hallándose cerca de Andrés, le dijo:

— Señor, entre nosotros habita una infeliz demente, cuya dolencia se ha exasperado considerable-

mente desde tu llegada á Cesarea. Dice pestes contra tí, y nos incita á todos para que te matemos por impostor. Tú, que tantos beneficios has dispensado á este pueblo, ¿por qué no devuelves la razón á esa mujer?

— Haced que yo la vea, repuso Andrés, y si entra en los designios de Dios que sane y recobre la razón, sanará y discurrirá como el más sabio de entre nosotros.

Varios de los oyentes corrieron en busca de la loca, y no sin grandes esfuerzos consiguieron conducirla á presencia del Apóstol.

La desesperación de la loca, al verse ante Andrés, no es para describir; varias veces intentó arrojarle sobre el Apóstol, y á no haber sido contenida por muchos hombres, tal vez hubiera realizado su intento. Así lo comprendían aquellos y procuraban sujetarla con más fuerza; pero pronto oyeron la voz de Andrés que les decía:

— Soltadla, amigos míos; dejadla en libertad, y no la atormentéis. Yo os aseguro que no nace de ella ese furor, sino del espíritu maligno que ha tomado por morada ese débil cuerpo.

Los que sujetaban á la infeliz Magelda la soltaron, y al verse libre, en vez de precipitarse sobre Andrés, como todo lo hacía presumir, trató de escapar de su presencia; pero el Apóstol la cogió por un brazo y le dijo:

— Obedece al Señor tu Dios y deja de atormentar á una de sus criaturas: sal inmediatamente de ese cuerpo que has elegido por morada, y hazlo á presencia de todos, para que este hecho pueda redundar en honra y gloria de Aquél, contra quien nada pudo tu soberbia.

Pronunciadas que fueron las anteriores palabras, fué presa la infeliz demente de horrible convulsión. Todos los miembros de su cuerpo se retorcieron y dislocaban, y de su boca principiaron á salir pavorosas llamas, como si fuera el cráter de un volcán. A los pocos instantes cesaron de salir las llamas, y se dejó oír un trueno espantoso parecido al de la tempestad, y la pobre Magelda cayó al suelo, sin movimiento y como herida del rayo.

Todos los presentes, consternados á presencia de aquel prodigio, creyeron muerta á Magelda; pero pronto se dejó oír la voz de Andrés, que le decía:

— Levántate, Magelda, y ven a mí.

Y en efecto; aquella mujer, que pocos momentos antes había querido precipitarse sobre Andrés, con ánimo de ofenderle, se levantó tranquila, serena, risueña, como si no hubiera sufrido ningún mal en toda su vida, se aproximó al Apóstol con la mayor humildad y cogiendo la fimbria de su manto lo llevó a sus labios.

Calcúlese la impresión que causaría en el ánimo del pueblo este prodigio. Miles de voces prorumpieron en vítores y aclamaciones que demostraban el entusiasmo de que estaban poseídos.

Andrés aprovechó aquel momento para hablarles de Jesucristo, de su encarnación en las purísimas entrañas de María Santísima por obra del Espíritu Santo, de su pasión y muerte, de su resurrección al tercer día y de su admirable ascensión a los cielos.

Como el terreno estaba bien preparado y en sazón, la cosecha fue abundantísima, porque muchos, no sólo entraron en el gremio de la Iglesia de Dios por medio del Bautismo, sino que hallados dignos de este honor, quisieron pertenecer a la alta dignidad sacerdotal, y fueron ordenados por Andrés, después de las pruebas que juzgó necesarias para servir los cargos eclesiásticos, colocando de esta suerte los primeros cimientos de la Iglesia de Dios en aquel país de gentiles.

CAPÍTULO VI

UN ENCUENTRO INESPERADO

¿Quién sería capaz de apreciar las innumerables conquistas hechas por Andrés durante su permanencia en la antigua capital de la Capadocia? Podría asegurarse que muy pocos de aquellos habitantes dejaron de oír su persuasiva palabra, pidiendo y recibiendo de sus manos el santo Sacramento del Bautismo. Pero Andrés no podía permanecer ocioso, poseído de la santa misión que había recibido, en unión de sus hermanos en el apostolado, y resonando continuamente en sus oídos aquellas palabras de su Divino Maestro. *Evangelizate omnes gentes*, no se daba momento de reposo; así que, apenas sembró la semilla de su admirable doctrina, y creyó asegurada la abundante cosecha, no fueron bastante a retenerle en Cesarea, ni las reiteradas instancias de Sara y del anciano Magdoel, su padre, cuya casa se había convertido en templo, donde se rendía culto y adoraba al verdadero Dios, ni las súplicas de todos aquellos habitantes, que con lágrimas en los ojos le pedían no abandonara la ciudad.

Era preciso partir; era preciso llevar a otros países la luz de la fe; era preciso difundir la doctrina del Evangelio entre aquellas inteligencias, sumidas en la oscuridad del error; y ante este deber, Andrés no vaciló un punto, y como había dejado a Bethsaida, su pueblo natal, a su anciano padre Julias y a su tierna esposa Betsabé, por seguir a Jesús, así dejó a Cesarea, desoyendo los ruegos de todo un pueblo que le aclamaba como a su padre espiritual; y si de Samaria tuvo que salir fugitivo por efecto de la persecución de los malos, de Cesarea tuvo que salir lo mismo, por evadirse a la amorosa solicitud de los buenos.

Varias veces había intentado abandonar a Cesarea; pero otras tantas el pueblo en masa, acudido por Sara, se lo había impedido. No tuvo más remedio, pues, que el de apelar a la fuga, y así lo hizo.

Había cerrado la noche fría y lluviosa. Andrés, después de haber exhortado al pueblo a la obediencia de la ley de Dios, como tenía de costumbre, hizo como que se retiraba al interior del templo a orar, y por una puerta que daba a una calle excusada salió del mismo, y a poco de la ciudad, sin que ninguno de sus habitantes advirtiera lo que podrían llamar su evasión.

Una vez en el campo, tomó el camino de Nabata, cuyo pueblo atravesó de noche, pasó por Geth-Renion, y al nacer el astro del día, se encontró en las primeras estribaciones del Monte Carmelo.

Andrés no se detuvo un punto; para él la palabra cansancio nada significaba, ni era motivo a detenerle en su camino la fatiga del cuerpo.

Sólo, sin guía, y careciendo en absoluto de todo alimento, principió la ascensión de aquellas empinadas crestas. Su objeto era llegar a la parte más alta, poder hacerse cargo de la situación del país, y tomar el camino que le pareciera más conveniente.

Cerca ya del anochecer, llegó a una inmensa altura, situada a más de mil varas sobre el nivel del mar. Desde allí se puso a contemplar el hermoso panorama que se ofrecía a su vista. A la derecha, Jezrael, en cuyo pueblo fue destruida la impía Jezabel, la mujer de Acab, rey de Israel, al cual instigó para que aboliese el verdadero culto y lo reemplazara por el de Baal, y a quien Jehu, después de ocupar el trono, mandó arrojar por una ventana,

serviendo su cuerpo de pasto a los perros. Más allá, en la misma dirección, Legio, importante población y corte de muchos reyes de Israel. El valle de Esdrelón; y finalmente Nazaret, aquella ciudad santificada por haber residido la Sagrada Familia desde su vuelta a Egipto hasta que recibió Jesús el Bautismo de manos de Juan.

¿Qué de recuerdos asaltaron el ánimo del santo Apóstol, al contemplar aquel país para él tan querido! Al pasar la vista por aquella hermosa campiña que tantas veces había recorrido con su divino Maestro y en unión de sus hermanos los otros discípulos de Jesús, un raudal de lágrimas acudió a sus ojos y lloró, cayendo en una profunda meditación.

Jesús, el dulcísimo Jesús, el Cordero sin mancha, había sido inmolado, sacrificado al furor de los malvados sacerdotes, y para dar satisfacción a un pueblo estúpido y cruel entregado a todas las concupiscencias, que sólo podía satisfacerse con la sangre del Justo. Sus hermanos los Apóstoles, esparcidos por el mundo y perseguidos como fieras. Su querido hermano Pedro, sus amigos Juan y Matías, expuestos a ser inmolados a la venganza de los judíos y de los paganos.

Andrés era hombre, y como hombre pagó el tributo a la debilidad de su condición. Al recordar aquellos días en que fue tan feliz, gozando de la presencia del Salvador, oyendo sus profundas parábolas, é inspirándose en su santa doctrina, lloró; pero bien pronto se repuso y encontró su ánimo enteramente fortalecido.

— He tenido un momento de debilidad, se dijo, y es preciso que esto no vuelva a suceder. No es con debilidades y con flaquezas de ánimo como se gana el reino de los cielos, sino con fortaleza de espíritu; luchando y venciendo, aunque sucumba en la lucha; porque morir por Dios es vencer. Adelante. Y después de pronunciar esta palabra, que demostraba una inquebrantable resolución, se volvió de espaldas al país que había estado contemplando, y fijando su vista en el lado izquierdo, la paseó por toda la inmensa llanura donde estaban enclavados los pueblos que acababa de dejar.

Samaria, de cuya cárcel había escapado milagrosamente, gracias a la intercesión de Flavia, la mujer de Sêrpola, y Cesarea, donde tan buena acogida recibió, y tan excelente cosecha de almas para el cielo había recogido.

La vista de esta última ciudad le consoló en gran manera, porque creyó asegurado en ella para siempre el culto del verdadero Dios, y extendiendo los brazos en aquella dirección le bendijo.

Embebido en profundas reflexiones, Andrés no había visto que desde su llegada a la cúspide del monte, un hombre, un salvaje al parecer, toda vez que llevaba su cuerpo cubierto de pieles de cordeiro, descubierta la cabeza y enmarañado el cabello, descalzo, y con un nudoso bastón en la mano, le había estado observando largo rato silenciosamente, y sin hacer el menor movimiento.

Ya se disponía Andrés a seguir en toda su longitud la cordillera del Carmelo, que debía conducirlo directamente a Porphirion, para desde allí dirigirse a Tolensaida, Tiro y Sidón, cuando llegó a sus oídos la voz de aquel hombre que le decía:

— Andrés, hermano mío, bien venido seas.

Pueden calcular nuestros lectores cuál debería ser la sorpresa que experimentaría Andrés al oír pronunciar su nombre en aquel lugar y a tales horas. Iba ya a preguntarle quién era y qué hacía en aquellos sitios con semejante traje, cuando sin dejarle formular la pregunta oyó de nuevo la voz de aquel extraño ser que le decía:

— Bien venido seas, Andrés. Te esperaba.

— ¿Quién eres? le preguntó Andrés.

— Un pecador; un hombre que no quería tener el desconsuelo de morir sin verte y oír de tus labios palabras de perdón, recibiendo de tí la bendición postrera.

— Me basta que seas un hombre para llamarte mi hermano, y me basta que seas pecador, para tenerte por hijo; pero no te conozco, o cuando menos, no recuerdo haberte visto nunca. ¿Cómo es, pues, que tú me conoces y dices que me esperabas?

— Te conozco desde que naciste, sé tu historia tan bien como la puedes saber tú mismo, y te esperaba porque suponía que Dios, a quien con tantas ansias le he pedido el consuelo de verte, no me lo negaría. Varias veces he formado la resolución de ir en busca tuya, pero cuando fui a ponerlo en práctica ya no pude; las fuerzas físicas me abandonaron, y poco a poco he ido cayendo en un estado de postración tal, que ya me es sumamente penoso el poder dar un paso. La muerte se está cerniendo ya sobre mi cabeza, y hoy, al querer arrastrarme desde la cueva, donde tengo mi morada, hasta este sitio, sin más objeto que el de esperarte ya que una voz

interior me decía que mi deseo se vería cumplido, he agotado todas mis fuerzas.

— Pero ¿quién eres?

— ¿Tan desfigurado estoy que no me conoces, Andrés? ¿No te acuerdas del que fui en otro tiempo tu irreconciliable enemigo, del que paso contra tí mil asechanzas? ¿No te acuerdas de Zabulón?

— ¿Zabulón! ¡Hermano mío! — exclamó Andrés, y corrió a los brazos de su antiguo amigo y compañero. — ¿Qué misterio encierra tu presencia en este lugar y con ese traje?

— Vamos a la cueva donde tengo mi morada. Ayúdame, porque sin tu auxilio me sería imposible llegar.

— Vamos.

Zabulón se apoyó en el brazo de Andrés, y con gran trabajo, a causa de su extremada debilidad, pudo guiarle hasta una cueva abierta en la peña, situada a unos cincuenta pasos del sitio donde se encontraban.

La cueva tendría unos quince palmos de ancho, por veinte de profundidad, y en ella no se veía otra cosa que un lecho de hojas secas en un rincón, y una gran cruz de madera, toscamente trabajada, por único mobiliario.

Apenas llegaron a la cueva, Zabulón se hizo conducir al lecho, y en él se tendió, demostrando en su fatigosa respiración el gran esfuerzo que había tenido precisión de hacer.

Andrés guardó silencio, esperando que se tranquilizara, y aun no habrían transcurrido diez minutos, rompió el silencio Zabulón, diciéndole:

— Antes de hablarte de mí, quiero decirte el sitio en que nos encontramos.

— Lo sé — le contestó Andrés. — Estamos en el punto más culminante del Monte Carmelo.

— Sí; pero lo que tú tal vez no sepas es quién moró antes que yo en esta cueva.

— En efecto, no sé.

— Esta cueva es la que habitó el profeta Elías, huyendo de la persecución de Acab y Jezabel, que adoraban a los falsos dioses. Aquí estuvo manteniéndose sólo de raíces muchos años, y en todas partes se encuentran huellas de su paso, que el transcurso de nueve siglos no han podido borrar.

— Sabía la historia del profeta; pero ignoraba que fuera este el lugar de su retiro.

— Yo lo he sabido por casualidad.

— Pero háblame de tí, Zabulón. Deseo saber tu historia desde que nos separamos en Cafarnaúm.

— En pocas palabras te pondré al corriente de todo. Cuando te dejé me fui otra vez en busca de aquel Hombre extraordinario, y no tardé mucho en encontrarle y en oír de nuevo su timbre de voz dulcísima que tanto había conmovido mi corazón, y aquellas palabras tan persuasivas a las que ninguna inteligencia podía resistir. Por ellas llegué a comprender cuán efímeras, cuán cortas y fugaces eran las glorias y las dichas de este mundo, y cuán larga la vida del espíritu: por ellas me persuadí de lo criminal que había sido durante mi vida, y de que era preciso borrar, con vida de penitencia y expiación, la vida de pecado que había seguido hasta entonces, y formé una resolución irrevocable: la de separarme del mundo y habitar en un desierto todo el tiempo que restara de peregrinación en este valle de lágrimas.

Zabulón hizo una corta pausa y continuó:

— Decidido a llevar a cabo mi propósito, me acerqué a Jesús y le dije:

— Señor, pecador soy, y arrepentido me encuentro de haberlo sido. Quisiera borrar de mí la culpa, porque tengo fe en tus promesas y quiero ganar el reino de los cielos.

Entonces Jesús, volviéndose a mí, me dijo:

— Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.

— Yo comprendí que quería decirme: que aquellos que tenían un corazón sencillo, los que por medio de la oración y humilde confesión de sus faltas, purificaban su espíritu, aquellos verían a Dios, y me afirmé más y más en mi propósito. Hice oración todo aquel día y aquella noche, y a la mañana siguiente me fui en busca de Juan, el hijo de Zacarías, que se hallaba en la ribera del Jordán, camino de Bethania, y le pedí con grandes instancias el Bautismo. Juan accedió a mis ruegos y me bautizó. Entonces supe que Jesús había pasado por allí aquella misma mañana, y supe también que tú y tu amigo Zumel le seguís.

También yo hubiera querido seguirle; pero me creí indigno de tanta dicha, hasta encontrarme completamente regenerado. Desde allí me dirigí a Hipos, lugar en donde había residido hasta entonces; vendí cuanto tenía, lo repartí a los pobres, y me retiré a este apartado lugar.

Por algún tiempo anduve errante por estos montes, expuesto continuamente a ser devorado por las

fieras. Te he dicho que la casualidad me hizo conocer esta cueva que sirvió de morada al profeta Elías, y voy a referirte esta dichosa casualidad.

Por espacio de un año anduve a la ventura, recorriendo todos los sitios más recónditos del monte, y pasando las noches sobre los árboles, porque los lobos, tigres y chacales no me dejaban fijar mi planta en ninguna parte. Un día, en que el hambre me obligó a dejar mi atalaya para recoger algunas hierbas y raíces con que alimentarme, me vi de pronto asaltado por una manada de lobos que habían estado acechando el momento oportuno para lanzarse sobre mí. Huyendo a todo correr, perseguido por aquellas fieras, tropecé con la boca de esta cueva, y más bien por instinto que por creer encontrar en ella abrigo contra su voracidad, penetré en ella.

Calcula ahora cuál sería mi asombro, cuando vi que los hambrientos lobos llegaron hasta la puerta misma de la cueva, cuya entrada estaba al descubierto y les hubiera sido muy fácil de franquear, y en vez de perseguirme, como si obedecieran de común acuerdo a una orden que acabara de comunicarseles, dejaron de perseguirme, y se alejaron. Esta misma escena se ha repetido diferentes veces con otra clase de fieras. Ninguna se ha atrevido a penetrar aquí.

Al pronto no podía darme cuenta de aquel misterio; pero posteriormente lo he sabido todo, sin que nadie me dijera una palabra. En muchas partes de esta cueva, encontrarás inscripciones que yo he procurado restaurar, grabadas sobre la roca, por mano misma del profeta. En ellas se leen muchas de las cosas que están sucediendo en la actualidad. También las hay en otras muchas partes de este monte, pero ininteligibles. Cuando supe que Elías había santificado este lugar con su presencia, me expliqué perfectamente el respeto que las fieras le tributaban.

En esta forma estuve viviendo cerca de tres años hasta que un día, no pudiendo resistir al deseo, o más bien que al deseo a la necesidad de volver a ver a Jesús, en compañía del cual creía encontrarme para pedirle por tu intercesión el perdón de mis pecados, tomé el báculo de peregrino, abandoné el Carmelo y fui a Jerusalén.

Dejó a tu consideración el dolor que sufría mi espíritu cuando llegué a saber que perseguido por los sacerdotes, escribas y fariseos, vendido y entregado al Sinedrio por Judas, uno de sus discípulos, después de haber sufrido los mayores tormentos, fué crucificado en la cumbre del monte de las Calaveras aquel divino Cordero, aquel Cristo, aquel hijo del Eterno Padre, como si fuera el mayor de los criminales.

Zabulón hizo una pausa. De sus ojos brotaba un raudal de lágrimas. Andrés, cuyo sentimiento igualaba al de su antiguo compañero de profesión, procuró hacerse superior y trató de consolarle diciéndole:

—No te aflijas, Zabulón. Preciso era que así sucediera, puesto que todo estaba ya preconcebido, desde la eternidad, en la mente del Padre. Eso inmenso y cruento sacrificio del Hombre Dios nos ha abierto las puertas del Paraíso. Bendigamos los inescrutables designios del Padre, y pidámosle que acelere los días de prueba que debemos pasar en este valle de miserias.

—¡Ay! Andrés, mis lágrimas no reconocen la causa que supones. Yo lloro porque preveo la suerte que le espera a nuestro pueblo, al pueblo deicida.

—Dignos son de compasión; pero no digas nuestro pueblo, porque no lo es. Nuestro pueblo es el pueblo cristiano, aunque se halle esparcido por todos los ámbitos del mundo; el pueblo que abraza la fe de Jesucristo; el que le niegue o desconozca y deje de cumplir sus divinos preceptos, no es nuestro pueblo.

—Tienes razón, Andrés. No es nuestro pueblo; pero por nuestro le tuvimos antes de perpetrar su horrible crimen, y esto es lo que me desconcierta. Pero prosigo mi relato.

Cuando supe lo que acabo de referirte, procuré indagar tu paradero, y nada logré saber de ti, ni de tu hermano Simón, ni de Matías nuestro paisano. Dijéronme únicamente, que después de la muerte de Esteban, se había desencadenado una gran persecución contra vosotros y habíais abandonado a Jerusalén. Entonces resolví volver a este sitio, a esperar el fin de mis días, procurando borrar con la penitencia mis culpas pasadas.

Hace algunos días se apoderó de mí una gran debilidad, y casi me fué imposible salir de esta cueva. He estado dos días privado de alimento.

—¿Pues qué alimento era el tuyo?

—El que podía procurarme: algunas hierbas y raíces de los árboles que pueblan el monte. Diariamente he estado pidiendo a Dios que no me dejara

morir sin verte, y hoy he sentido como una voz interior que me decía:

—Sal a esperar a Andrés que viene hacia aquí.* He probado a levantarme y con sorpresa he visto que podía hacerlo y caminar. Como no sabía por qué lado vendría, a fin de poderle ver mejor, he llegado hasta la meseta próxima, que es la más elevada del monte, y a la hora de estar esperando, te he visto llegar. Lo demás ya lo sabes.

—Si; Dios tenía también reservado el consuelo de verte, y ya que te encuentras enfermo, estaré contigo y te cuidaré hasta que te encuentres enteramente restablecido, y entonces nos iremos los dos a cumplir la misión que Dios me tiene encomendada.

—Tú irás sólo: yo no podré acompañarte, porque ha llegado mi último momento de vida. Me siento morir, Andrés, y ya no debemos perder tiempo. Oye mi confesión, y puesto que ha descendido sobre ti el Espíritu Santo, oyeme en el tribunal de la penitencia, antes de comparecer en el tribunal de Dios.

La confesión de Zabulón fué breve. Andrés oró por él toda la noche pidiendo a Dios le concediera aquello que más pudiera convenir a su alma.

Al rayar el día espiró en los brazos de Andrés, y es indudable que su alma voló a la mansión de los justos, regenerada por la penitencia.

Andrés quiso cumplir los últimos deberes para con su difunto amigo, practicando a la par una de las obras de misericordia.

Casi todo aquel día lo pasó cavando la sepultura que debía encerrar los restos mortales de Zabulón, dentro de la misma cueva que le había servido de morada; pero como no podía disponer de ningún instrumento que facilitara su trabajo, aquella operación debió serle en extremo penosa. Sin embargo, como nada hay penoso ni difícil para el que toma con fe y decisión una empresa, y nada tan ingenioso como la necesidad, Andrés se valió de mil medios para realizar su piadosa obra, utilizando los agudos picos de las piedras y las ramas tronchadas de los árboles, para realizar su intento.

A la caída de la tarde, pudo ver terminada su obra y el inanimado cuerpo de Zabulón, colocado en cristiana sepultura, y sobre la misma, clavó aquella tosca cruz que ya existía en la cueva.

Mientras tuvo que cumplir aquel piadoso deber, no pensó en sí mismo ni sintió debilidad ni desfallecimiento en sus fuerzas físicas, cosa por demás extraña, si se tiene en cuenta que desde su salida de Cesarea ni había disfrutado un momento de reposo, ni había tomado género alguno de alimento, pero al terminar su trabajo, se sintió desfallecer.

Era preciso buscar algo que pudiera servirle de alimento; era preciso reparar aquella debilidad física, antes de caer en funesta postración, y esta idea le hizo recobrar el sentimiento de su propia conservación, y le comunicó nuevas fuerzas para salir de la cueva, en busca de algo con que poder mitigar el hambre.

No tuvo que caminar mucho, pues aun no habría andado doscientos pasos, divisó sobre una piedra, un pequeño canastillo o cesta de mimbrera, que parecía colocado allí de expreso, para que fuera descubierta por Andrés. Tomóla, más por curiosidad de ver lo que contenía que por creer encontrar en ella lo que buscaba; y cuál no sería su sorpresa, al descubrir en su interior sazonado alimento, exquisito pan y sabrosos dátiles. Andrés creyó providencial aquel hallazgo, y por ello dió gracias a Dios, que tan pródigamente acudía a sus necesidades, y regresó a la cueva, donde comió frugalmente de aquel manjar. Después se dejó caer en el lecho de hojas secas, que por tanto tiempo había ocupado Zabulón, y pronto fue acometido de un sueño tranquilo, benéfico y reparador.

A la mañana siguiente se despertó, completamente regenerado, ágil y fuerte, y en disposición de continuar su camino; y después de haber orado sobre el sepulcro de Zabulón, y lavar su cuerpo en un manantial próximo, tomó la cesta, que aun contenía la mayor parte de las provisiones encontradas la noche antes, y se puso en marcha en dirección a Porfirión.

(Se continuará.)

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. JOSE RESTÁN, discípulo de la Escuela provincial de Bellas Artes de Cádiz. En la Exposición pública celebrada en aquella población en 1858 presentó una *Concepción*, copia, que fué premiada con medalla de plata.

D. RAFAEL REYES Y BRACAMONTE, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla. En la Exposición provincial sevillana de 1868 presentó entre otros cuadros uno representando a *El Ángel de la Guarda* (copia de Murillo).

D. GABRIEL REYNES, pintor y litógrafo mallorquín. Nació en la villa de Alaró en 29 de Mayo de 1807. Es de su mano una copia del *San Sebastián* de Van Dik.

D. JUAN ANTONIO RIBERA Y FERNÁNDEZ, nació este reputado profesor en Madrid a 27 de Mayo de 1779 y fué bautizado en la iglesia parroquial de San Justo. Huérfano y sin bienes de fortuna desde muy joven, comprendió que la constancia y el trabajo eran suficientes a vencer la adversidad que tan pronto le perseguía. Supo por entonces que en el Colegio de las Escuelas Pías se ocupaban varios jóvenes en pintar una colección de venerables de la Orden para los claustros del convento; se presentó al P. Mínguez pidiéndole ocupación, y desempeñó su cometido tan a gusto de éste que el Padre no vaciló en interponer su influencia con el Gobierno hasta alcanzar para el huérfano una pensión de seis reales. Con esta pequeña base empezó Ribera su vida artística. En el concurso general de premios abierto en 1802 por la Real Academia de San Fernando alcanzó el segundo de la primera clase, y fué pensionado con 7.000 reales anuales para pasar a Francia a proseguir sus estudios. Traslado a París é introducido en el estudio de M. David, no tardó Ribera en ser considerado como uno de los mejores discípulos de aquel artista, pintando por aquella época entre otras obras una *Sacra Familia* que adquirieron unos ingleses. Los reyes Carlos IV y María Luisa le nombraron su pintor de Cámara en 1.º de Agosto de 1811. También fué nombrado Académico de la pontificia de San Lucas. Muertos aquellos monarcas, mereció que Fernando VII le nombrase también su pintor de Cámara en 17 de Septiembre de 1816. Privado en 1835 de su destino, por el arreglo que se hizo en Palacio, se retiró a Navalcarnero abandonando la pintura; pero tres años más tarde, con motivo de haber comprado la ermita de San Roque, convertida entonces en pajar, dedicó toda su actividad a reedificarla, enriqueciéndola con una copia suya del *Pasmo de Sicilia*, de Rafael, y los cuadros originales de *La Virgen en el trono con el Niño Jesús*, *San Roque* y *San Rafael*. Sus principales obras, aparte de las ya citadas y de las de asuntos profanos, son las siguientes:

Madrid: En la bóveda 18 del Real Palacio, ante un altar rodeado de nubes y en cuyos ángulos se ven el ángel, el águila, el león y el toro está *San Fernando* en un trono de nubes, acompañado de espíritus angélicos y teniendo en su compañía a los esclarecidos hermanos Hermenegildo y Recaredo, el ilustre Pelayo, San Leandro de Sevilla, Eladio de Toledo y otros. En la sacristía del mismo palacio un *Cristo* y un *Divino Señor muerto*, y *La Trinidad*, con figuras del natural.

Aranjuez: En el oratorio del palacio dos cuadros: *La coronación de espinas* y *La Resurrección de Jesús*.

D. CARLOS LUIS DE RIBERA Y FIEVE, nació en Roma en 1815. Desde su más tierna edad se dedicó al ejercicio de la pintura bajo la dirección de su padre D. Juan Antonio. Muchas son las obras de este pintor, algunas justamente premiadas en las Exposiciones públicas de París. Citaremos algunas de ellas: *La Virgen adorando a su hijo*, *El Apocalipsis de San Juan*, *María Magdalena en el sepulcro* (figuró en la Exposición de París de 1840 en unión de otro que representaba *La Asunción de la Virgen* y se conserva en la Habana); *Una vista de Nuestra Señora de París*, en la Exposición de dicha capital el 1848; *Apocrición de la Virgen a San José de Calasanz*, figuró en la Exposición de la Academia de San Fernando de 1835 (existente en Navalcarnero); *La Conversión de San Pablo*, para el retablo principal de la Iglesia del Hospicio convento español de Damasco; *La Purísima Concepción*, presentada en la Exposición nacional de 1871. *La última cena de Nuestro Señor Jesucristo con los Apóstoles*. La obra decorativa más reciente de este artista es la del templo de San Francisco el Grande, de Madrid, cuya dirección le está encomendada.

D. BARTOLOMÉ RIBÓ Y FERRIZ, natural de Madrid y discípulo de la Escuela provincial de Bellas Artes de Barcelona. En la Exposición celebrada en esta población en 1866 presentó entre otros los siguientes cuadros: *Una Dolorosa*, *San Antonio de Padua* y *La Purísima Concepción*. En la de 1872 presentó *Jesús y San Juan niños*, *Cristo crucificado* y *dos imágenes de la Virgen María*; en la de Madrid de 1876 presentó *La Virgen al pie de la Cruz*, *Nuestra Señora de las Mercedes* y *Nuestra Señora del Carmen*. También es de su mano un pendón de *La Virgen de Montserrat*.

D. SEGISMUNDO RIBÓ Y MIR, nació en Barcelona

en 1799. En el Museo provincial de dicha población se conserva de su mano un cuadro representando *El nacimiento de Jesús*.

D. AGUSTÍN RIGALT Y TORTIELLA, natural de Barcelona. En la Exposición Nacional de 1866 presentó: *La Virgen y el Niño Jesús*. En la de 1876 presentó: *Antesala Capitulada en la catedral de Barcelona y Capilla de San Jorge en la misma población*. También son de su mano *Una Sacra Familia*; un lienzo de fondo para el altar de San Raimundo de Penyafort en la Iglesia Catedral de Barcelona; *Retrato de cuerpo entero y tamaño natural de Pio IX*; *San José y El Arcángel San Rafael acompañando a Tobías*.

D. ALEJANDRO DE RIQUER, pintor catalán. Desde Roma remitió a Barcelona una *Santa Isabel*, pintada sobre mármol.

D. ANTONIO RIUDAVEST. En 1860 remitió a la Exposición pública de Alicante un *Retrato del Obispo de Orihuela*; otro de un Cardenal; otro de Pio IX; un *Niño Jesús y una Purísima Concepción*.

D. JUAN RIUDAVEST, residente en Alicante. En la Exposición celebrada en 1860 en dicha ciudad fue premiado con mención honorífica por un *Retrato del Patriarca de las Indias y un Jesús Nazareno*.

D. RAIMUNDO RIVS. Autor de un cuadro de la *Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo*, presentado en la Exposición que inició en 1869 la Junta de Comercio de Barcelona.

D. GUMERSINDO ROBAINA, natural de Santa Cruz de Tenerife. En la Exposición pública celebrada en Canarias en 1882 presentó un *San Pedro Mártir*; *El Niño Pastor*, y otros dos lienzos de asuntos profanos.

D. AGUSTÍN ROBLES, natural de Ferrol. En la Coruña y su parroquia de San Jorge existen de su mano dos tablas: *La Anunciación y Las Animas del purgatorio*, y en la de San Nicolás de la misma población *Santa Teresa y La Aparición de la Virgen con el Niño en brazos a un religioso capuchino*.

D. MANUEL ROCA, Director de pintura que fué en la Academia de Bellas Artes de Cádiz. En el Museo provincial de dicha población existe de su mano un lienzo representando *La Virgen con el Niño* (copia).

D. MARIANO DE LA ROCA Y DELGADO, natural de Sevilla. Muchas y buenas son las obras de este autor, de las que sólo citaremos una *Oración del Huerto*, existente en el Museo nacional. Murió en Madrid en 20 de Septiembre de 1872.

D. MANUEL ROCA Y RODRÍGUEZ. Las principales obras de este pintor son: *Jesucristo en la Cruz*; *La incredulidad de Santo Tomás*; *San Sebastián*; *San Juan bautizando a Jesús*; *Un interior de la catedral de Toledo*.

DOÑA ENRIQUETA ROCAFULL, residente en Jerez de la Frontera. En 1879 concurrió a la Exposición provincial de Cádiz con tres cuadros originales: *Una Magdalena*; *La Concepción*, y *La lección de música en un colegio religioso*.

D. ANTONIO RODRÍGUEZ, nació en Valencia en 1765. En el Museo provincial de aquella población existe de su mano un lienzo que representa *La entrega del cuerpo de San Luis por Don Alfonso V, rey de Aragón*. También es suyo el cuadro de *San Vicente Mártir*, que se conserva en la capilla del Palacio Arzobispal de la misma población.

D. CAYETANO RODRÍGUEZ, dibujante y litógrafo. Conocemos suyas las reproducciones de los cuadros: *La Virgen con el Niño Jesús* (Sassoferrato); *La Virgen*; *El Niño Dios*; *San Juan y Santa Isabel* (Jordan); *La Escala de Jacob* (Ribera); *El sueño de San José* (Jordan), y una imagen de la *Virgen del Carmen*.

DOÑA DOLORES RODRÍGUEZ. En la Exposición de Santiago de 1875 presentó un dibujo al lápiz representando la *Iglesia de San Julián de Ferrol*.

D. JUAN RODRÍGUEZ, pintor residente en Jerez de la Frontera. En 1877 terminó un cuadro representando *La Virgen María con el Niño Jesús*.

D. MANUEL RODRÍGUEZ, residente en Orense. En 1875, siendo aún niño, presentó en la Exposición de Santiago un cuadro al óleo, representando *La Comunión de un santo*.

D. RAMÓN RODRÍGUEZ, pintor gaditano. De entre sus obras citaremos: *San Juan Bautista*; *Nuestro Señor llevando la Cruz y Santiago apóstol*.

D. VICENTE RODRÍGUEZ, pintor aficionado. En la Exposición celebrada en 1863 en Barcelona por la Real Junta de Comercio expuso: *Cristo y la Magdalena*; *San Jerónimo*, y otros dos de asuntos profanos, todo al lápiz.

D. JOSÉ MARÍA RODRÍGUEZ LOSADA, pintor sevillano. Obras religiosas de su mano recordamos las siguientes: *El nacimiento del Hijo de Dios*; *Muerte de las Santas Justa y Rufina*, premiada con medalla de oro en la Exposición gaditana de 1862; *La Purísima Concepción*, presentada en la Exposición sevillana de 1867.

D. PEDRO RODRÍGUEZ DE LA TORRE, natural de Jaén. Conocemos de este pintor una copia de la *Concepción de Murillo*.

D. JUAN RODRÍGUEZ Y GARCÍA, autor de un lienzo representando el *Martirio de los Santos Servando y Germán, patronos de Cádiz*, existente en el Museo provincial de dicha población.

D. FRANCISCO RODRÍGUEZ Y PUSAT, pintor catalán, nació en Barcelona en 1767. En el Museo provincial de dicha población se conservan entre otras obras suyas las siguientes: *San Sebastián* (copia de Guercino); *La Virgen y San Bernardo* (copia de Maratta); *La Magdalena* (copia de A. Caracci); *San Juan Bautista*; *Sacrificio de Gedeón*.

D. JOSÉ ROLDÁN Y MARTÍNEZ, natural de Sevilla. Muchas son las obras de este artista: nosotros citaremos solamente *La Virgen de Belén*, *Entierro de Santa María del Socorro*, *Interior de Santa María del Socorro*, *Las Marías en el Sepulcro del Señor*, *Santas Justa y Rufina en la prisión*, *La Virgen con el Niño Jesús en los brazos*. Murió el Sr. Roldán en Sevilla en 1874.

M. DE A.

(Se continuará.)

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

He aquí las reglas que han de observarse para la expedición de objetos a la Exposición Vaticana:

1.ª Los objetos destinados a la Exposición Vaticana en Roma deben remitirse con la siguiente dirección:

EXPOSIZIONE VATICANA

A Su Santidad

el Sumo Pontífice León XIII.

Vaticano.

ROMA (Italia).

ESPOSIZIONE VATICANA

A Sua Santità

il Sommo Pontefice Leone XIII.

Vaticano.

ROMA (Italia).

2.ª Los objetos deben embalsarse cuidadosamente, y cada uno debe llevar un rótulo con las siguientes indicaciones: a) Nombre y apellido del donador; b) nombre de la Diócesis a que pertenece el donador; c) nombre y materia del objeto; d) y, si el objeto está destinado a concurrir a los honores de diplomas y medallas, deberá unirsele la fórmula de declaración prescrita por el reglamento y conforme al modelo publicado por la Comisión promovedora o por la respectiva Vicepresidencia Nacional.

3.ª En el billete de expedición por el ferrocarril o por vía marítima debe indicarse con la mayor precisión posible la naturaleza de los objetos contenidos.

4.ª El remitente, luego de entregados los objetos, deberá advertirlos a la Junta local de Roma en carta certificada dirigida al Sr. Comm. Filippo Tolli, vía della Maddalena, 27, p. 2.ª, Roma.

En la carta indicará: a) el día en que se ha hecho la remesa; b) el lugar desde el cual se han expedido los objetos y nombres de la Diócesis o nación a que pertenecen; c) el catálogo de los objetos contenidos en la caja, indicando para cada objeto su nombre y materia, el nombre y apellido del donador, y añadirá una copia de la declaración prescrita por el reglamento para aquellos objetos que concurren a los honores.

Si la expedición se compone de más de una caja, deberán las cajas llevar la contraseña de números progresivos, y poner en la carta tantos catálogos cuantas fueren las cajas expedidas, indicando en cada lista el número que la caja lleva por contraseña y los objetos descritos que contiene.

5.ª Las expediciones deberán llegar a Roma francas de todo gasto de porte.

6.ª Los objetos expedidos a la dirección y con las reglas ya indicadas, no pagarán impuesto ni derechos de aduanas, disfrutando de franquicia en las aduanas italianas.

7.ª Está absolutamente prohibido incluir en las expediciones cartas o escritos en forma de carta, pues el remitente incurriría en multas y secuestro de los objetos; sino que debe limitarse a ponerle únicamente las indicaciones arriba mencionadas.

8.ª Los objetos dirigidos en el modo expresado disfrutarán de rebaja en las tarifas de transporte en los ferrocarriles italianos, en los meses de Septiembre, Octubre y Noviembre de 1887.

9.ª Los objetos para la Exposición Vaticana deberán hallarse en Roma no más tarde de la segunda mitad de Octubre de 1887.

10. Se aconseja que todos los objetos de cada Diócesis se envíen a Roma en una sola expedición; y a este fin los donadores desde luego se pondrán en relación con la respectiva Junta diocesana para las Bodas de Oro del Santo Padre, y a falta de ésta con el encargado diocesano.

Bolonia 20 de Mayo de 1887. — Por la Comisión promovedora, J. ACQUADERNI, Presidente. — J. DONINI, Secretario general.

Al aproximarse el quincuagésimo aniversario de la promoción del que hoy lleva el nombre augusto de León XIII a la altísima dignidad sacerdotal, se han conmovido todos los católicos porque han sentido latir el corazón a impulsos del amor filial, y hasta los que no lo son, porque han conocido y temido quizá las grandiosas y trascendentales consecuencias que han de seguirse de este acontecimiento. Pero entre los fieles que concurren a tan universal concierto, ocupan un especial lugar los que se consagraron al estudio de las ciencias y de las letras y al cultivo y ejercicio de las artes, pues los sabios han admirado en el Pontífice reinante al restaurador de los estudios filosóficos y teológicos, según el método seguido por el Angel de las Escuelas; los aficionados a la historia, al promovedor de la verdadera y profunda crítica en la investigación y examen de los hechos que pasaron; los literatos al poeta clásico latino de frase culta y castiza, y los artistas al Mecenas de gran liberalidad y munificencia. Y no hay corporación científica, literaria o artística, ni pública o privada industria, que no presente la ofrenda de sus individuos como de hijos a su Padre y como de hombres de ciencias, letras, artes o industria, al Pontífice, al sabio y al Mecenas.

No es extraño, por tanto, que a la invitación que el presidente de la sección cuarta de la Junta diocesana ha dirigido a los señores presidentes o directores de las Reales Academias españolas que tienen su asiento en esta Corte a fin de que concurrieran con su donativo para la gran Exposición primero y después para la Biblioteca del Vaticano, hayan casi todos contestado de un modo que los honra y enaltece, propio y exclusivo de los que se precian de católicos y españoles.

A una voz, dice el Excmo. Sr. Director de la Real Española, acordó ésta enviar a la Exposición Vaticana que ha de celebrarse con motivo del quincuagésimo aniversario de la Ordenación sacerdotal de nuestro santísimo P. León XIII, todas las obras que haya publicado y de que aun posea ejemplares la corporación, bien entendido que tales libros serán luego propiedad de la Biblioteca del Vaticano. Al efecto, se digna manifestar el mismo Director, los remitiré a la presidencia de la sección tan pronto como estén decorosamente encuadernados, en lo cual quedará cumplido el acuerdo de la Academia Española, para quien ha sido gratísimo dar al por tantos títulos esclarecido León XIII algún testimonio de respeto y amor filial.

También la Real de Ciencias Morales y Políticas ha contestado haber acordado se envíen sus publicaciones a la Exposición Romana, y al efecto ha dispuesto que se encuadernen las que han de figurar en ella, destinándolas después a la Biblioteca del Vaticano, según así se pedía, remitiendo a la vez lista de los libros destinados al objeto expresado.

Esto mismo proyecta hacer la Real de Ciencias Exactas, así como la de San Fernando, que está preparando algunos trabajos notables, entre los que se cuentan los dibujos de Goya, que ha mandado ya encuadernar.

También la Real de Medicina está disponiendo su ofrenda, y cuando todos los donativos de las mismas se hallen reunidos y clasificados, daremos nota detallada de los libros y objetos recibidos para justa satisfacción de los donantes y público testimonio del amor de los sabios al Pontífice sabio y a la Iglesia católica, madre de las ciencias y siempre protectora de las letras y de las artes.

(Una Revista Científica de Madrid, Agosto, 1887.)

La comisión de Certamen y Album de la Junta diocesana barcelonesa para festejar el Jubileo Sacerdotal ha dispuesto celebrar un certamen, al que invita a todos los ingenios españoles para el día 31 de Diciembre del año actual.

He aquí los asuntos y premios que han de adjudicarse:

1.º premio. — Una silla de plata fac-símil reducido de la que se conserva en la Santa Iglesia Catedral de Barcelona para asiento de la Custodia, y de la que, con motivo del presente Jubileo, se regala a Su Santidad León XIII. Oferta del Excmo. Sr. Obispo de esta Diócesis al autor de la mejor Memoria sobre el tema: *Estudio histórico de las Encíclicas de Su Santidad León XIII en relación con los principales errores de la época.*

Los trabajos que opten a este tema deberán escribirse en prosa latina o castellana.

2.º premio. — Un escudo del Excmo. Cabildo Catedral de Barcelona, de oro y plata con esmaltes, oferta de esta Corporación al autor de la mejor Memoria sobre la *bienhechora influencia del Pontificado Romano en los conflictos internacionales*, tomando pie de la feliz mediación ejercida por León XIII entre España y Alemania en la cuestión de las islas Carolinas. Los trabajos que opten a este tema han de escribirse en prosa castellana.

3.º premio. — Una colección de las obras del presbítero D. Jaime Balmes, premio ofrecido por la Excmo. Diputación provincial de Barcelona al mejor trabajo en prosa catalana o castellana sobre una o más tradiciones de carácter religioso que se conserven en el antiguo Principado de Cataluña, dándose la preferencia a las menos conocidas.

4.º premio. — Un juego artístico de escritorio, oferta del Excmo. Ayuntamiento constitucional de Barcelona a la mejor poesía que enaltezca la piedad y sentimientos católicos de los Concelleres de Barcelona.

5.º premio. — Un busto de plata de Su Santidad León XIII, ofrecido por las sociedades de propaganda de Barcelona, Asociación de católicos, Fomento católico, Pía-Unión de San Miguel, Centro Moral e Instructivo de Gracia, Sociedad médico-farmacéutica de los Santos Cosme y Damián, Congregación de la Inmaculada Concepción y de San Luis Gonzaga, Patronato del obrero, Archicofradía de San Luis Gonzaga de Nuestra Señora de Belén, Congregación de San Luis Gonzaga, de Nuestra Señora de los Angeles, Obra pía contra la blasfemia, Círculo de obreros de San José y Sociedad catequística del Seminario. Tema: *Estudio histórico de las actuales sociedades de propaganda católica de la Diócesis de Barcelona y examen de los resultados que han obtenido.* Los trabajos que se presenten optando a este premio han de escribirse precisamente en prosa castellana o catalana.

6.º premio. — Una preciosa y artística joya conmemorativa del presente Jubileo, oferta de la Academia de la Juventud Católica de Barcelona, al mejor *Cántico al Papado*, escrito en catalán.

7.º premio. — Edición monumental, seis tomos folio mayor, de las obras completas del venerable Fray Luis de Granada, ofrecida por la Redacción de la *Revista Popular* a la mejor memoria sobre el tema *Historia de León XIII y extracto de sus principales documentos públicos.* Las memorias que opten a este tema han de escribirse en prosa castellana y en estilo sencillo acomodado al uso del pueblo, reduciendo las proporciones del trabajo a unas 200 páginas impresas en octavo.

8.º premio. — Una rosa de oro y plata, oferta de la Junta diocesana barcelonesa del Jubileo Sacerdotal de Su Santidad León XIII a la mejor poesía castellana dedicada al objeto de los presentes festejos.

9.º premio. — Una placa alegórica, oferta también de la Junta diocesana barcelonesa del Jubileo Sacerdotal de Su Santidad León XIII a la mejor poesía latina inspirada igualmente en el objeto de los presentes festejos.

La Sección de Señoras de la comisión barcelonesa para el Jubileo de S. S. León XIII ha dirigido una invitación a los colegios de señoritas de aquella capital, manifestando la gratitud con que recibirá todo objeto destinado al culto y confeccionado por las alumnas de los mismos, lo cual, después de acrecentar la importancia de los centros de enseñanza, revelará la educación esmerada que las educandas reciben.

Análogas excitaciones ha dirigido a las señoras barcelonesas.

El Presidente de la Junta del Centenario en Mahón ha publicado la siguiente excitación:

«Con la plausible mira de que la ciudad de Mahón contribuya de una manera digna a la celebración del Jubileo Sacerdotal de Su Santidad León XIII,

que ha de tener lugar en la Metrópoli del Orbe Católico a fines del presente año, la Junta local, constituida al efecto, ha tenido a bien abrir una suscripción entre los habitantes de este término municipal, con cuyo producto poder atender al expresado fin. Católicos y Mahoneses a la vez los que componen la mencionada Junta, desean, al par que poner a los Venerandos Pies del Jefe Supremo del Catolicismo alguna muestra del acendrado amor que estos vecinos sienten hacia la Iglesia de Jesucristo y su representante en la tierra, dar a conocer la inspiración más notable de uno de los más predilectos hijos de Mahón, lumbrera del arte en esta ciudad, D. Benito Andreu, Presbítero.

Al producto, pues, que se obtenga de la colecta que se inaugura, se dará la siguiente distribución:

1.º Adquisición de un lujoso album que contenga una copia exacta manuscrita del Método del Canto llano, y Antifonario Romano, simplificado en su notación, y conforme a las reglas establecidas en el mencionado método, obra del difunto compositor Maestro D. Benito Andreu, Presbítero.

2.º Elaboración de objetos de culto, como albas, amitos, cíngulos, corporales, purificadores, etcétera, etc., con destino a Iglesias pobres.

3.º Limosna para la Misa que ha de celebrar Su Santidad el día del Santo Jubileo.

4.º Pago de los demás gastos que acuerde la Junta al expresado fin.

Siendo tan digno el objeto de la suscripción, cree fundadamente la Junta inútil excitar el celo católico y patriótico de sus paisanos, esperando que cada cual con su óbolo y en proporción de sus respectivas fuerzas contribuirá a tan laudable propósito.

La suscripción queda abierta en las imprentas de los periódicos locales.

Mahón 8 Junio de 1887. — El Presidente. Juan Morillo, Cura Económico. — P. A. de la Junta, Juan J. Vidal, Secretario.

El Obispo y clero de Orvieto han resuelto hacer entre otras ofertas al Sumo Pontífice la de una magnífica edición del Oficio para la solemnidad del Santísimo Sacramento y octava, cuyo original compuso en aquella ciudad Santo Tomás de Aquino por orden del papa Urbano IV, quien lo aprobó después. El angélico doctor fué también de Orvieto uno de los examinadores del gran milagro de 1262, que dió motivo a la institución de la festividad del *Corpus Christi*, y fué que celebrando misa un sacerdote bohemio en la ciudad de Bolsena (próxima a Orvieto), junto a las catacumbas de Santa Cristina, tuvo en sus manos, trocadas en carne y sangre, las especies sacramentales, y aquella sangre manchó los corporales, que con magnificencia conserva la Catedral de Orvieto, y algunos mármoles del altar, que se guardan en Bolsena. El trabajo crítico acerca de dicho Oficio es del profesor Uccelli, benemérito autor de los textos de Santo Tomás, y había sido terminado por él, pero no publicado. De aquí el gran interés que dicho trabajo, inédito hasta ahora, despertará, tanto por darnos el texto genuino del Santo Doctor, cuanto porque nos representa la primitiva forma de aquel devotísimo Oficio.

El miércoles, 8 del corriente mes, fueron recibidas por el Papa en audiencia privada las religiosas y alumnas del Sagrado Corazón, quienes ofrecieron a Su Santidad los donativos que con motivo del Jubileo Sacerdotal envían las casas de dicho instituto religioso de Italia, Francia, Bélgica, España, Inglaterra, Irlanda, Argel, América y Sidney en Australia, cuyos donativos consisten en ornamentos de iglesia, altares portátiles para uso de los misioneros, capillas completas Obispos, etc., etc., y fueron acompañados de una dedicatoria en francés, escrita sobre un pergamino adornado de magníficas miniaturas.

Además, las casas de Roma y de Italia ofrecieron como donativo especial al Padre Santo, y para su uso particular, riquísimos ornamentos sagrados y preciosísimos encajes, muchos ricos muebles dorados cubiertos de terciopelo y adornados de maravillosos bordados, para la capilla particular, y una respetable cantidad para el Óbolo.

El *Karntener Volksblatt* anuncia que S. A. la archiduquesa María Josefa ofrecerá como donativo al Padre Santo, con motivo de su Jubileo, una casulla.

La Sociedad de Ornamentos Sagrados de Carinzia ofrecerá varios ornamentos sagrados, que serán expuestos en Klagenfurt.

BIBLIOGRAFÍA

Diccionario enciclopédico de Agricultura, Ganadería e Industrias rurales, bajo la dirección de los Sres. D. M. López Martínez, D. J. Hidalgo Tablada y D. M. Primo y Prieto. — Tomo III. — Madrid, 1887. Hijos de J. Cuesta, editores.

La importantísima publicación con tanto esfuerzo acometida como continuada con constancia por los señores Cuesta llega a su tomo IV. Del cumplimiento de las promesas de la casa editorial ningún testimonio más elocuente que los tres primeros tomos ya repartidos que comprenden 2.118 páginas y 931 grabados, auxiliares poderosísimos en obras de esta índole para la más completa consulta del texto; del éxito logrado por la publicación atestiguan el unánime elogio de la prensa, el favor con que ha sido acogida por el público, no tanto, sin embargo, como merece, y el brillante informe emitido acerca de la misma por el Consejo Superior de Agricultura, Industria y Comercio, y del cual vamos a transcribir los párrafos que siguen:

«El método de la redacción, que obedece sin duda a reglas establecidas por la dirección de la obra, es por todo extremo plausible. Véase constantemente combinados en atinado consorcio la parte accidental referente al cultivo, a la cría de animales, a la transformación en cien y cien productos industriales de las llamadas primeras materias agrícolas y pecuarias, la parte variable en cada clima, en cada localidad, en cada estado de civilización, y la científica, que no se altera, y viene a ser como principio común a todos los países y generaciones. Este doble modo de estudiar las materias da al *Diccionario* un valor inapreciable; sin desatender lo que exige la propiedad rústica en España en el momento presente para dar un paso en la vía del progreso y poder competir en los mercados nacionales y extranjeros, abaratando la producción y mejorando el producto, única manera de que se salven las clases labradora y ganadera en la terrible crisis de concurrencia que nos amenaza, mira al porvenir, indicando grados de adelantos en edificación, en maquinaria, en medios de transporte, en aplicaciones de vapor, en combinaciones de abonos, en siembras de semillas, a que hoy no nos es dable aspirar, pero que alcanzarán de cierto nuestros descendientes. A causa de esto, el interés del *Diccionario* no será transitorio, sino que durará más allá del siglo XIX.

«Su lectura enseña al hombre del campo, instruye a la autoridad sobre sus deberes para con aquel y pone de manifiesto los medios empleados en todas las naciones por los poderes públicos y por las asociaciones libres, a fin de que se multipliquen a tenor de las necesidades los recursos para satisfacerlas, y además produce un resultado que podemos llamar moral, no menos precioso, al descubrir en toda su extensión en algunas de sus magníficas páginas el auxilio que prestan al cultivo agrario la industria fabril, las ciencias físicas, naturales y económicas, el estudio del derecho y hasta las bellas artes, y a la vez el influjo que ese cultivo ejerce en el bienestar de los pueblos, elevase a sus propios ojos y se sienten como enorgullecidos de sus ruidas faenas el que vive de la tierra como jornalero o como propietario. El lector penetra insensiblemente en una región en que se halla transfigurada e iluminada de sublimes resplandores esa clase envilecida en Roma, desconsiderada en la Edad Media, y todavía menos atendida en muchos países que los que se dedican a carreras de mero lujo y profesiones de simple ornato. La parte material del *Diccionario* corresponde a la excelencia del texto.»

El Consejo citado conceptúa la obra editada por los Sres. Cuesta como merecedora de la protección gubernativa en su grado máximo.

En la colaboración del *Diccionario* han tomado parte todos los escritores de la especialidad, cuyo justo crédito verán aumentado con la misma, y la obra está llamada a ser una verdadera enciclopedia de Agricultura española, que comprenderá cuanto se refiere a la *Agricultura* propiamente dicha, a la *Ganadería*, a la *Economía rural o agrícola*, a la *Legislación rural*, y, en una palabra, cuantos conocimientos puedan ser útiles al labrador, al agrónomo, a todos los industriales que se sirvan de los productos agrícolas, a las personas que deseen ilustrarse en las múltiples materias de que se ocupa, y a las Corporaciones, Casinos, Sociedades, Ateneos y Establecimientos de enseñanza, en cuyas bibliotecas deberá ocupar preferente lugar como obra de continua consulta.

Servicios de Dado-Pagoda, por Carlos Frontaura. — Madrid, 1887. — Imp. de Ricardo Fe.

Los acostumbrados a considerar a Frontaura como un escritor festivo exclusivamente habrán de sufrir un desencanto con la lectura de su libro; pero así que sientan solicitada su atención y despierto su interés

con los *Sermones de Doña Paquita*; cuando á algunas páginas en que el autor hace un verdadero derroche de gracia vean suceder otras impregnadas de ternura, y sientan humedecerse sus ojos y perciban ese dolor que arrancan las luchas y los tormentos del hogar, es seguro que agradecerán al escritor el claro-oscuro de su último libro, y que le apreciarán en todo lo que vale.

En España tenemos la viciosa costumbre de no seguir muy atentamente el movimiento literario y de aquí los errores de apreciación que se notan aun en las personas más ilustradas. Recientemente hemos oído extrañarse á alguien de que Manuel del Palacio escribiera hermosísimos versos, cuando desde hace veinticinco años es un poeta eminente, que tuvo la desgracia de no ser conocido más que por sus sátiras políticas. De igual suerte Frontaura es, y no puede ser para muchas personas, más que el director de *El Castañal*, aunque tenga libros y comedias de tanto sentimiento y ternura como *Las madres*. Desde el cielo y los *Sermones de Doña Paquita*, sin contar sus muchos y excelentes trabajos encaminados á la instrucción de la infancia.

El libro recientemente publicado por el festivo escritor ha tenido desde el primer momento el éxito más envidiable; la sociedad actual, por lo mismo que está estragada con los frutos del naturalismo repugnante que á todo trance importan en nuestra patria, traduciendo ó imitando, gran número de autores, acoge con ansia y saborea con delicia esas otras producciones que, como los *Sermones de Doña Paquita*, tiene la santidad y el perfume de la rancia y digna familia española.

La *Revista Agustiniana*, que se publica en Valladolid, ha consagrado un número extraordinario y notabilísimo al XV centenario de la conversión de aquel gran Padre de la Iglesia. He aquí el sumario de dicho número:

I. Dedicatoria. — II. S. Agustín elogium, por S. S. el Papa León XIII. — III. ¡Te Deum laudamus!, por el P. Conrado Muñoz Saenz. — IV. San Agustín y su época, por Fr. Francisco Blanco García. — V. ¿Num Augustinus Theologus?, por el Padre Fr. Pedro Fernández. — VI. San Agustín místico, por el P. Fr. Tomás Rodríguez. — VII. Las dos Filosofías, por Fr. Zacarías Martínez Núñez. — VIII. Ideas de San Agustín acerca de la Filosofía de la historia, por el P. Fr. Marcelino Gutiérrez. — IX. Una muestra de la Filosofía de San Agustín, por el P. Fr. Vicente Fernández. — X. San Agustín músico, por Fr. Eustaquio de Uriarte. — XI. San Agustín poeta, por Fr. Manuel Fraile Miguélez. — XII. Breves indicaciones acerca de la autoridad é importancia científica de San Agustín, por el P. F. Valdés. — XIII. El Profeta de una edad, poesía, por Fr. Francisco Blanco García. — XIV. La Conversión, poema, por Fr. Restituto del Valle. — XV. In laudem S. P. Augustini, ode, por Fr. Faustino Cuenya. — XVI. Crónica del centenario. — XVII. Las fiestas del centenario en el Real Monasterio del Escorial. — Grabados. Portada, San Agustín, monumento á San Agustín existente sobre las reliquias del Santo Doctor en la Catedral de Pavia.

Por falta absoluta de espacio queda para otro número el examen de las diversas y algunas muy importantes publicaciones que hemos recibido.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Enyesado de los vinos. — En el Congreso internacional farmacéutico de Bruselas, celebrado en el año último, se ha acordado lo que sigue acerca de tan importante cuestión:

- 1.ª Sería de desear que bajo el punto de vista de la higiene, el enyesado de los vinos quedara completamente prohibido.
- 2.ª La tolerancia del enyesado debe ser temporal y limitada á dos gramos de sulfato de potasa por litro.
- 3.ª El yeso empleado en este caso debe ser perfectamente puro.
- 4.ª Es conveniente que estas medidas sean objeto de disposiciones generales en todos los países.

Fotografía en el ferrocarril. — La gran línea férrea que atraviesa la América del Norte, desde Nueva York á San Francisco de California, cuenta con un nuevo servicio, que consiste en poder verificar vistas panorámicas del inmenso trayecto que recorren sus trenes.

En un vagón á propósito, que ha costado á la empresa unas 80.000 pesetas, está dispuesto el labora-

torio, recibimiento y una galería de cristales bastante amplia para que en cualquier dirección se pueda fijar el objetivo de la cámara oscura, y en el momento oportuno tomar la vista que se desee, instantáneamente y á toda marcha del tren; asimismo podrán retratarse los viajeros, trasladándose por la intercomunicación de los coches al vagón fotográfico, que tiene 12 pies de ancho por 66 de longitud.

De modo que, si bien es larga la estancia de los pasajeros en aquellos trenes, la Compañía les proporciona medios de distraerse, facilitando un periódico regular que se elabora en marcha con los telegramas que se reciben con tal fin en las estaciones; además tienen fonda, teatro, fotografía, etc.

El krotofono. — Un sujeto residente en Nueva York, llamado D. Eduardo Spaulding, anuncia al mundo su nuevo sistema de teléfono, que transmite la voz humana bajo un principio diferente al conocido hasta el día, inventado por el célebre Bell.

Es preciso, como hasta hoy, la corriente eléctrica que una los dos aparatos para recibir y transmitir la voz, los cuales consisten en un tejo de carbón, á cuyo centro se ajusta la punta de un lápiz de dicha materia, regulándose la presión del mismo por medio de una espiga dispuesta al efecto.

La corriente eléctrica atraviesa los dos tejos y los lápices respectivos, y cada vez que la palabra se produce sobre dichos aparatos, la intensidad de la referida corriente se modifica, y por lo tanto, la salida del lapicero, produciéndose estallidos de diferente intensidad también, que reproducen todas las vibraciones distintas que se produzcan, hasta remedar á la perfección la misma voz humana.

La sencillez de estos aparatos recomiendan al nuevo sistema, el cual, según leemos en los periódicos profesionales extranjeros, ya funciona en América para el servicio telefónico de algunos establecimientos particulares.

Restauración de la vid. — Un periódico científico aconseja el siguiente medio, ensayado con buen éxito, para devolver toda su fuerza productora á un viñedo viejo, aunque tenga cincuenta, sesenta ó más años de edad.

En la primavera se hace en el tronco de la cepa, inmediatamente sobre el nudo vital, una incisión circular que penetre dos ó tres milímetros en el tronco, con lo cual el nudo produce brotes vigorosos. Al verano siguiente se extirpan las ramas de la cepa vieja que no tengan fruto y se despuntan las restantes, á fin de concentrar la savia en el nudo vital y ramificaciones que de él parten. Al invierno siguiente se poda todo lo viejo, dejando subsistentes tan sólo los brotes y ramillos nuevos, los cuales forman la planta rejuvenecida.

A la vez se debe abonar intensamente la planta con mantillo, que se coloca en la tierra en un hoyo al rededor de la cepa.

Si en el primer año no salen brotes, se repite la incisión de igual modo al año siguiente.

NOTICIAS

La Congregación de Religiosas españolas de Nuestra Señora de las Mercedes, fundada en 1878, tiene ya 45 establecimientos: diez en la diócesis de Granada, uno en la de Málaga, ocho en la de Córdoba, nueve en la de Sevilla, cinco en la de Valencia, uno en la de Mondoñedo, cuatro en la de Jaén, dos en la de Zaragoza, tres en la de Madrid, uno en la de Cádiz y otro en la de Almería.

El día 17 se verificó en Londres la ceremonia religiosa de poner la primera piedra de una iglesia católica que se va á construir, para sustituir á la antigua capilla de la embajada española, llamada á desaparecer bajo los golpes de la piqueta municipal.

Al acto religioso, en el que ofició el Cardenal Manning, asistieron los Infantes Doña Eulalia de Borbón y D. Antonio de Orleans, acompañados del ministro de España, los secretarios de la legación y numerosas personas de la alta sociedad católica. En la plática que dirigió á la concurrencia el Cardenal Manning celebró la grata memoria del difunto Rey D. Alfonso XII, diciendo que le había visto orar piadosamente, así como á la sazón veía á la augusta Infanta Doña Eulalia inaugurar las obras para la construcción de la nueva iglesia católica, no pudiendo menos de desear para la excelsa Reina doña Cristina y para su augusto hijo, el Rey D. Alfonso XIII, días venturosos que harán la felicidad de España.

Cuando S. Emma, hubo terminado su sentida plá-

tica, se procedió á una colecta de donativos en metálico, que fué muy abundante.

El día 16 del corriente mes se celebró en Alicante la ceremonia de inauguración y entrega á la comunidad de las Siervas de Jesús del edificio recientemente construido para vivienda de dichas religiosas, contiguo á la capilla de San Roque.

A las seis y media ocuparon los sitios que les estaban fijados una comisión del Excmo. Ayuntamiento, otra comisión de la Junta inspectora de las obras, la comunidad de las Siervas de Jesús, presidida por la Superiora General y el clero colegial. El resto del pequeño templo estaba ocupado por numerosa y distinguida concurrencia.

Dió comienzo el acto por la lectura de una bien escrita memoria por el secretario de la Junta inspectora D. Rafael Viravens; á continuación el joven y aventajado artista Emilio Galdó leyó magistralmente una preciosa composición poética, original de la madre secretaría de la comunidad, que fué muy celebrada.

El Sr. Ugarte hizo entrega al Sr. Alcalde de las llaves del nuevo edificio, y el Alcalde las entregó á la Superiora General, pronunciando ambos señores elocuentes palabras.

Acto continuo se dirigieron los asistentes al edificio nuevo, el cual fué bendecido en todas sus habitaciones por el Sr. Abad de la colegiata, asistido del clero.

Durante toda la ceremonia tocó en la puerta la banda del regimiento de Tetuán.

El Sr. Cardenal Patriarca de las Indias, procapellán mayor de Palacio y Arzobispo de Toledo, ha enriquecido á la congregación de San Antonio de Padua, establecida en la iglesia del real hospital de Montserrat, con las siguientes indulgencias, que vienen á aumentar bastante las muchas que posea:

Por ingresar en la asociación, 100 días; 100 por permanecer en ella; otros 100 por cada día que se asista á la novena del santo ó se verifiquen actos de corporación; 100 por cada comunión, y 100 por cada acto de piedad ó de caridad que practiquen y sufragios que hagan á las benditas ánimas, etc., rogando, por supuesto, por los fines de nuestra Santa Madre Iglesia, por su cabeza visible, por el rey, reina y real familia y por las glorias religiosas de nuestra amada patria.

Los periódicos de Palma de Mallorca hacen grandes elogios de una hermosa custodia labrada por el reputado artífice Sr. Pomar, por los dibujos del pintor D. Fausto Morell, destinada á la iglesia de Montesión.

Aunque estamos acostumbrados, dicea, á saborear las obras con que el Sr. Pomar ha probado su corazón y su genio de artista, en ninguna habíamos observado la superabundancia de arte, la riqueza de detalles y el buen gusto que revela la custodia de Montesión, y justicia y no adulación es consignarlo así y enviar al artífice nuestros plácemes.

NECROLOGÍA

Han fallecido recientemente:

D. Matías de Ibarzábal, Beneficiado de la parroquia de San Pedro de Vergara.

D. Francisco Peinador y Ramos, Licenciado en Filosofía y Letras, Director del Colegio de San Buenaventura de la ciudad de Rioseco, y constante suscriptor de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.

Y D. Juan Fandós y Pitarch, Presbítero.

ARTÍCULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.





EPOCA 4.^a — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 19. — Madrid 5 de Julio de 1887.

NÚMERO SUKTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Solo meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Solo meses.....	2 1/2 ps. fr.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Solo meses.....	15 fr.
Un año.....	30 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Solo meses.....	3 1/2 ps. fr.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO. — La decena, por M. Ovarin y Bernard. — Los grabados. — Carlos de Roma, por X. — Poemas del Duque de Alenquer. — Juan Catalina García. — Tradiciones de Tierra Santa, por Manuel Polo y Peyrolón. — Epigrama romano, por Fidel Fita. — El 13 de Enero, por Carlos Fontana. — Anales el pecador. — El Arte religioso, por M. de A. — Jubileo Sacro de la Su Santidad León XIII. — Noticias. — Bibliografía.

GRABADOS. — Mr. Goldie. — Córdoba. — A las flores.

LA DECENA

LA Exposición de Bellas Artes, pasados los primeros días de curiosidad y apasionamiento y conocida la distribución de premios, ha perdido su interés: la moda la ha abandonado, y únicamente los amantes verdaderos de la belleza artística continúan frecuentando sus salones. Tal vez haya influido más que nada en lo efímero de su importancia el mal acuerdo de fijar precio de entrada todos los días de la semana con excepción de los domingos, pues siempre he creído y sigo creyendo que en Exposiciones, Museos y Bibliotecas, antes debe llamarse al pueblo con todo género de facilidades, que retraerle exigiéndole dinero. Museos hay en Madrid donde se han atesorado verdaderas riquezas, y que no pueden visitarse nunca, á menos de lograrse para ello papeleta especial. Y es de advertir que dichos Museos se hallan sostenidos por los fondos públicos, para que sea mas chocante el hecho de prohibirse la visita del público que los sostiene.

Alejado, pues, el pobre del nuevo Palacio del Hipódromo, y cansado el rico de frecuentar sus desiertas salas, la Exposición de Horticultura fué durante algunos días punto predilecto de reunión, y sobre todo en las noches de concierto, gracias á la profusa iluminación del Parque de Madrid, convertido por la Sociedad Hortícola en una

decoración mágica en que se combinan con la naturaleza las imitaciones del arte y los progresos de la ciencia. Las inmediaciones de la montaña rusa, la gruta, los lagos, las ruinas, todo iluminado con luces de gas, lámparas eléctricas y farolillos á la veneciana, ofrecía el aspecto de una inmensa decoración de Busato, trabajada para prestar mayor encanto á una obra musical. Es posible que muchos de los concurrentes nocturnos á la Exposición citada no hayan logrado explicarse por qué se denomina aquel recinto Exposición de Horticultura; pero todos indistintamente han elogiado la iluminación y han aplaudido la música, con lo cual queda justificada la Exposición de referencia, cuya vida ha sido no obstante más breve de lo que pudiera esperarse,

porque otra Exposición, la de Filipinas, ha venido á dar la nota de actualidad.

La Exposición filipina, celebrada en el campo grande del Parque de Madrid, utilizando los edificios que se construyeron para la de minería, se ha inaugurado á la española, esto es, antes de hallarse terminadas por completo sus instalaciones. Los grandes calores obligarán ahora á cerrarla por un par de meses y en Septiembre podrá apreciarse por completo la importancia, novedad y encanto del certamen. En los días que lleva abierta y á pesar del calor horrible que se siente en ella, el público la ha considerado como una inesperada y completa revelación de lo que es, supone, representa y significa el archipiélago filipino: en las instalaciones del Par-

que se encuentra cuanto forma la vida, ayuda á la producción ó motiva la actividad de nuestros hermanos de allende los mares. El instrumento agrícola, el aparato industrial, el arma guerrera, la fauna y la flora de aquellas apartadas regiones; el arte según lo presienten y lo cultivan aquellos insulares; la industria de los tejidos, que tan justa fama ha proporcionado siempre á los filipinos; productos tan importantes como el tabaco y el azúcar; todo esto, que es admirado por cuantos visitan la Exposición, no es, sin embargo, lo más característico y digno de atención. Esto lo constituye la ranchería de igorotes, con sus chozas elevadas y sus trajes elementales, y en ocasiones paradisiacos, porque para muchos peninsulares constituye un verdadero descubrimiento la existencia de aquellos españoles semi-desnudos, con los cuerpos pintados y la cabeza llena de plumas. Posible es también que la misma curiosidad que despiertan en nosotros los igorotes despertemos nosotros en ellos, y que si á nosotros nos extraña la frescura de sus trajes, ellos se admiren á su vez de las montañas que las señoras llevan sobre sus cabezas, los añadidos que se ponen precisamente en donde menos falta hacen y los sombreros que los hombres llevamos, y cuya hechura, dimensiones y carácter no han podido explicarse satisfactoriamente desde que el rey Don Felipe II tuvo el mal gusto de imponer con el ejemplo la moda. La Exposición fili-



MR. GOLDIE.

pina es hoy, y será con más motivo en el otoño, objeto de interés y curiosidad para los madrileños todos, motivo de estudio y origen acaso de más fecundas relaciones entre los españoles de la península y los del archipiélago filipino.

Con la clausura de las tres Exposiciones coincide la de las Cortes españolas. Esta última distracción parece que quedará aplazada hasta el mes de Noviembre venidero.

No es necesario añadir que una vez cerradas Exposiciones y Cortes, el grito de ¡Adiós, Madrid! dado ya por muchas personas, irá corriendo de boca en boca; las empresas de transportes verán llegado el momento de realizar injustificadas ganancias y en las residencias veraniegas se dispondrán a cumplir el precepto de *dar posada al peregrino*, siempre que el peregrino tenga su bolsa bien provista, aunque no lleve conchas.

Las conchas las tienen los que nos albergan temporalmente en San Sebastián y el Sardinero.

Y los sentenciados a Madrid perpetuo nos resignaremos a seguir presenciando la representación de *La gran vía*, que ha entrado ya en su segundo año y función 570, ó lo que es lo mismo, que ha producido a sus autores mayores derechos que *El drama nuevo*, de Tamayo; *El tanto por ciento*, de Ayala, y *Vida por honra*, de Hartzenbusch... Entiéndase bien, que todas ellas juntas.

Misterios de la moda y aberraciones de la humanidad.

M. OSSORIO Y HERNARD.

LOS GRABADOS

MR. GOLDIE.

Mr. Goldie nació en York en 9 de Junio de 1828, procediendo de una antigua familia escocesa y debiendo a su abuela el beneficio de la fe católica, para conservar la cual aquella mujer ilustre tuvo que emigrar de su país y emigrarse con sus parientes protestantes, refugiándose en un convento de Francia, donde vivió transcurriendo los días del Terror. Por parte de madre, Mr. Goldie descendía de una familia italiana que cuenta en su seno varios Santos. Educóse en el gran Colegio católico de Ushaw, donde se conservan intactas las buenas tradiciones religiosas de Inglaterra; allí conoció al célebre Pugin, restaurador del arte gótico en Inglaterra, y, entusiasmándose por la arqueología y la arquitectura cristianas, resolvió consagrarle su vida. Para Mr. Goldie el arte fue ante todo una manifestación religiosa, siendo imposible enumerar las iglesias, conventos y altares que edificó en las tres islas británicas durante treinta años, con un talento siempre fecundo y siempre nuevo; acaso su obra más considerable sea la Catedral de Sligo, en Irlanda; la más bella es, sin disputa, la capilla de las Señoras de la Asunción en Londres. Pío IX recompensó sus trabajos haciéndole caballero de la Orden Pontificia de San Silvestre. Mr. Goldie falleció en Saint-Servant, Francia, el 1.º de Marzo del corriente año.

CÓRDOBA.

Es capital de la provincia de su nombre y Silla episcopal. La fundación de Córdoba se pierde en la oscuridad de los tiempos; fué Corte de los Reyes moros, y la familia Ben-Omía dejó monumentos suntuosos en esta ciudad, como es la antigua mezquita, antes templo de Jano y hoy Catedral, cuyo edificio es magnífico y único en su clase. Tiene 620 pies de longitud y 440 de latitud, 16 puertas usuales, 29 naves a lo largo y 19 a lo ancho, en las cuales se cuentan más de 400 columnas de preciosos jaspes y mármoles de diversos colores, 53 capillas, y en el centro 19 altares y el coro, cuyas maderas son de exquisito trabajo en la parte de escultura; la torre de esta iglesia es de forma piramidal. Esta ciudad es patria de la Princesa Doña María, hija de los Reyes Católicos y de muchos hombres esclarecidos en virtud y en letras, como son, entre otros, San Eulogio, los dos Sénecas, Lacano, Avicena, Aberroes, filósofo y médico; Fernán-Ruiz, arquitecto de la Catedral de Sevilla; Fernán-Pérez de Oliva, catedrático de la Universidad de Salamanca en el siglo XVI y uno de los primeros eruditos que ensayaron perfeccionar la lengua castellana; Juan Ruiz, llamado el Vandolín, célebre platero; Juan Valdés Leal y Luis Zambrano, plateros; Pedro Duque Cornejo, escultor; Gonzalo de Agorá, escritor que introdujo la táctica suiza en nuestras tropas; y Juan de Mena y Luis de Góngora y Argote, poetas.

A LAS PIERAS.

Este cuadro, uno de los más interesantes de la actual Exposición de Bellas Artes, es original del joven pintor gallego D. Silvio Fernández, y ha sido objeto de una justa distinción de parte del Jurado calificador.

CARTA DE ROMA

Sr. Director de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.

Tiene importancia evidente y significación extraordinaria el triunfo logrado en Roma por los elementos católicos en las últimas elecciones municipales, por lo mismo que la prensa radical ha pretendido en los últimos meses prestar determinado carácter al resultado de la lucha en los comicios. Ciertamente que los católicos, consecuentes con su programa y tradiciones, han excluido de la contienda electoral, de índole administrativa, cuanto tuviera una significación esencialmente política, limitándose a apoyar candidaturas de hombres de probada honradez, moralidad administrativa y religiosidad sin fanatismo. El clero acudió a las urnas, lo mismo para la constitución de las secciones que para la votación de los candidatos, y el resultado de la contienda fué conocido en el Vaticano, antes, puede decirse, de que lo conociera el Gobierno. Entre los vencedores figuran Mario Chigi, Mariscal del Concilio; el Príncipe Pablo Altieri, primogénito del comandante de guardias pontificias; el doctor Alejandro Ceccarelli, médico del Papa, el Presidente de la *Unión romana*; el Comendador Pacelli, Director que ha sido durante muchos años de *La Voce della Verità*. El número total de electores que acudió a las urnas ascendió a 13.800, habiendo obtenido alguno de los candidatos católicos 12.735. De los liberales, el que sumó votación mayor no pasó de 6.500, número bastante menor que el de los candidatos católicos que obtuvieron menos votos. En Génova, lo mismo que en Roma, el triunfo ha sido para los candidatos católicos, y también lo hubiera sido en otras importantes capitales, sin algunas lamentables escisiones. Como dato curioso recoge la prensa el de que son unos 5.000 los empleados al servicio del Gobierno que han tomado parte en la votación.

El *Journal des Debats* asigna a las elecciones municipales de Roma excepcional importancia, con motivo de los proyectos de conciliación de que viene hablándose.

A este mismo propósito, y para que los deseos de unos y las asperezas de otros no logren en el concepto público mayor alcance del que tiene realmente, Su Santidad se ha creído en el caso de dirigir una circular, importantísima como todas las suyas, a las Nunciaturas apostólicas. En ella se trata de la mencionada reconciliación, pero en términos generales y sin las afirmaciones concretas de que se hace eco la prensa, se indica la necesidad del poder temporal para la garantía de la independencia del Soberano Pontífice; pero no se determinan los límites de las condiciones materiales, sin los cuales este poder no existiría. Esta decisión la reserva verosímilmente el Soberano Pontífice para el día en que se establezcan serias negociaciones con objeto de restituir al Papa el poder temporal, que reivindica firmemente la circular indicada.

Como indicación nueva de los éxitos de la sabia política de Su Santidad León XIII, debo consignar un nuevo acto que puede ser de grandes resultados para la paz y de tranquilidad para un país profundamente agitado hoy.

Mientras que Mons. Rufo Scilla, enviado extraordinario del Soberano Pontífice en las fiestas jubilares de la reina Victoria, recibe en Londres las pruebas más distinguidas de afecto y consideración, el Padre Santo, siempre preocupado por los intereses de la Iglesia, en aquella parte de la cristiandad que mereció el sobrenombre de *Isa de los Santos*, ha decidido enviar a Irlanda, en calidad de Comisario Pontificio, a uno de los más eminentes consultores de la Propaganda, Mons. Ignacio Pérsico, que ha sido sucesivamente Capellán en el ejército de la India, Obispo de Savannah y después de Aquino y Pontecorvo. El fin de la nueva misión de Mons. Pérsico es pacificar la población irlandesa y obtener que el clero, por el establecimiento de las relaciones cordiales con las autoridades británicas, pueda mejorar la situación moral y material de Irlanda. Esta misión constituye un nuevo paso muy importante en la vía de las relaciones diplomáticas entre Inglaterra y la Santa Sede.

Una diputación de Florencia, compuesta de distinguidos señores, ha tenido el honor de ser recibida por el Sumo Pontífice, en cuya audiencia expresaron su reconocimiento a Su Santidad por haberse dignado elevar a la dignidad cardenalicia a su ilustre conciudadano, el Rdo. P. Agustín Bausa, de la esclarecida Orden Dominicana.

Después fué recibido por Su Santidad en audiencia de despedida S. E. Mons. Angel di Pietro, nuevo Nuncio apostólico de Madrid, para donde salió ayer por la tarde.

Su Santidad se dignó recibir también a monseñor Doppelbaner, Rector de la Iglesia nacional teutónica de Santa María *dell'anima* y a los Sacerdotes capellanes de la misma, los cuales dieron las gracias a Su Santidad por la fiesta de San Bonifacio concedida a su iglesia, y por el nombramiento del cardenal Hergenroether, protector del Instituto.

Recibió también el honor de la audiencia pontificia Mons. Laici, Capellán común de Su Santidad, el cual presentó al Santo Padre los *Agnes Dei* trabajados por los frailes cistercienses.

A última hora circula el rumor, que no me atrevo a creer, de que el Gobierno italiano, descontento del resultado de la lucha electoral, trata de disolver el Consejo municipal, y nombrar otro de real orden.

Sería el colmo de la temeridad y de la inconsecuencia de doctrina.

X.

Roma 26 de Julio de 1887.

POESÍAS

DEL DUQUE DE ALMENARA ALTA.

Aunque sea el último en el orden del tiempo y el de menos autoridad de cuantos han dedicado entusiastas frases de alabanza a estas poesías, antiguas obligaciones que nacieron en las aulas a la par de una amistad verdadera, que luego enardecido el andar batallando en el mismo palenque contra una revolución triunfante, traen mi humilde opinión a este lugar en que debiera ejercitarse pluma de más alto vuelo que la mía, harta cansada en la hora presente.

Si renasciera aquella lozanía de la voluntad con que antaño dábamos batalla los jóvenes que obedecíamos principalmente al noble Duque, entonces marqués de Monesterio, aun cuando por su genial modestia obligó a otro a llevar el título de jefe de la nobilísima y juvenil cohorte; si por rara fortuna, nunca por mí lograda, gozase ahora de la más ferrosa elocuencia y del saber más cierto; si enardecido el corazón y adiestrado el entendimiento con toda especie de saber, me viese a mí mismo digno de hacer el elogio de este libro y hombrarme con los que me han precedido, desde el cultísimo Valera hasta el prodigio de la elocuencia moderna, don Alejandro Pidal, diera por bien empleados el espacio de las columnas de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA de que hoy me sirvo y la benignidad excesiva de su Director.

Pero me consuela el pensar que en la fúnebre corona con que se enaltece la memoria de un muerto ilustre se admite también la florecilla que ofrece la buena amistad que no anublaron ninguna circunstancia ni motivo, porque jamás fueron contrarios a ella, y que la muerte no ha podido quebrantar tampoco, antes bien, como corresponde a personas bien nacidas, justifica los lazos que unieron prósperos sucesos. Porque nosotros, esto es, los que en la época mencionada andáramos juntos, calificábamos de prosperidades y venturas el continuo luchar por la Iglesia, la propagación y proclamación hecha con riesgos constantes y en altas voces de nuestras ideas católicas y monárquicas, y el mantener firme el espíritu y constante el propósito cuando el motín rugía en las calles y penetraba suelto por los balcones del lugar de nuestras asambleas.

En aquel lugar, antes de que la cizaña rompiera la costra del suelo donde la buena fe, quiero creerlo, había depositado ciega la fatal semilla, es donde dió a conocer el Duque de Almenara y Marqués de Monesterio sus rarísimas condiciones de orador y de poeta. Y ¡caso raro! aquel hombre tan dulce de carácter, apacible hasta en las ocasiones donde la indignación brotaría aunque estuviese encubierta por duros bronce, y melifluo en sus procedimientos despedía los torrentes de su elocuencia siempre que subía a nuestra tribuna y se manifestaba apasionado, enardecido, fogoso, de tal modo que por la vehemencia de su palabra y por la rapidez con que la enunciaba, podía compararse, no menos que por otras dotes, con Moreno Nieto, Pidal y algunos más de los que se han hecho notar por aquella rapidez y vehemencia.

Pero cuando aparecía el poeta, y también fué en el lugar aludido donde se dió a conocer y estimar como si quisiera honrar su propia casa mejor que la ajena, semejaba al torrente que a la hora de derrumbarse camina apacible por entre amenas florestas y valles tranquilos. Sin duda por esto, pulsando su propia naturaleza poética, no escogió para sus poesías asuntos donde el vibrar del sentimiento ha de ser enérgico y vivo, sino aquellos otros cuya misma pro-

de Tierra Santa, por la Familia franciscana, por los navegantes, por los peregrinos y por toda la cristiandad.

Como he dicho, siete indulgencias plenas y cuatro parciales puede lucrar el peregrino haciendo esta imponente procesión. En todas partes impresionan los himnos y cánticos de la Iglesia; pero cuando se piensa y se canta a la vez: *aquí le azotaron, aquí estuvo atado y preso, aquí hicieron cuatro partes de sus vestiduras y sortearon su túnica inconsútil, aquí se halló la Santa Cruz, aquí le coronaron de espinas e hicieron de él bafa y escarnio, aquí le clavaron en la Cruz, aquí fue enarbolado el leño santo, aquí fue ungido su cuerpo sacratísimo, aquí quedó sepultado y resucitó triunfante y glorioso, aquí se apareció a María Magdalena, y aquí, en fin, conversó, después de haber resucitado, con su Madre Santísima*, las lágrimas quitan la luz de los ojos y el corazón quiere saltar del pecho en pedruzcos. Por larga que sea la vida del peregrino, no es posible que tan santas emociones se borren nunca en la memoria del que una vez ha tenido la dicha de hacer esta procesión incomparable. Terminada, los peregrinos apagan y guardan las velas selladas para que los entierren con aquel devoto recuerdo en las manos. A Dios y á mis albaceas testamentarios ruego que me concedan esta gracia.

M. POLO Y PEYROLÓN.

EPIGRAFÍA ROMANA

1. Una obra de Hübner.

Exemplar scripturae epigraphicae Latinae a Caesare Dictatoris morte ad actum Justiniani, consilio et auctoritate Academiae Litterarum Regiae Berolinensis, edita a Emilio Hübnere. — Actuarum Corporis Inscriptionum Latinarum. — Berolii, apud Georgium Reimerum, MDCCCXXXV.

ESTA obra monumental, que ha remitido en donativo a nuestra Real Academia el Excmo. Sr. Director general de Instrucción pública D. Aureliano Fernández-Guerra, no ha menester de mayor encomio que el nombre de su autor el Dr. D. Emilio Hübnere, nuestro socio honorario.

La Real Academia Literaria de Prusia, que con tantas veras y perfección ha logrado compaginar la epigrafía de todo el orbe romano, poniendo a contribución lo impreso y lo inédito que nos legaron las pasadas centurias y lo que ha producido la nuestra, no ha desechado, antes ha solicitado con diligencia y acogido con gratitud las indicaciones de todos los amigos de la verdad en tan ardua como dilatada carrera; y para llevarla a cabo debidamente consagra ahora un tomo entero a la Paleografía, objeto esencial e imprescindible de su empresa ilustre.

Al ofrecer la serie de los monumentos epigráficos del mundo latino, al distribuirlos y armonizarlos con método natural, señalado por la Geografía de una parte, y de otra por la Cronología, la Real Academia, creadora y organizadora del *Corpus inscriptionum latinarum*, se encontraba con la dificultad primaria de la científica representación, exhibida por la presencia del objeto en el calco ó la fotografía, ó cuando menos por un dibujo esmerado y exento de prevenciones. Para el caso propuesto, si debían evitarse a los lectores como a los editores gastos enormes y superfluos, no quedaba otro arbitrio sino atenerse a la delineación sencilla de las letras, por ser la que basta para juzgar con rectitud y la que menos se arriesga a viciar el carácter ó tipo paleográfico.

El método de litografiar ó presentar en láminas los ejemplares epigráficos había sido adoptado con buen éxito para los monumentos anteriores a la época de Julio César, según es de ver en la obra de Ritschel; pero la Real Academia, bajo cuyos auspicios se llevó a cabo esta edición, no podía menos de abandonar ese método desde el momento que penetraba en la selva inmensa de inscripciones que se tienden sobre las varias etapas y discurren por los períodos complicados y múltiples que separan la edad del Imperio, que alboró con la dictadura de Julio César, de la de su apogeo en el Oriente y restauración en el Occidente bajo el cetro de Justiniano.

Nadie mejor que el Dr. Hübnere, con su actividad infatigable, su genio colosal y su amistad y correspondencia con todos los sabios de ambos mundos, podía llevar, como en efecto ha llevado, a cabo y feliz remate el trabajo de juzgar, comparar, escoger, clasificar y exponer metódicamente la colección de los tipos ejemplares por donde en el espacio de más de seis siglos la epigrafía latina del orbe romano se da a conocer, acarreando incalculables

ventajas a la sinceridad de la Historia y al progreso de la Literatura.

El volumen va precedido de un tratado extenso, ó *prolegómenos*, en que el Dr. Hübnere, asumiendo sobre sí la responsabilidad de todo cuanto se afirma en el Cuerpo, excepción hecha de las noticias materiales, cuya fuente lealmente indica, trata de sintetizar, no ya el arte, sino la ciencia epigráfica, con claridad de exposición y distinción ordenada.

Divide los prolegómenos en doce capítulos, consagrándole el primero a la reseña de los autores que se han ejercitado en la crítica del objeto sobre que versa toda la obra, y el segundo a dar razón de esta misma obra, é indicar su uso y sus ventajas. En los capítulos siguientes trata del arte de escribir, concretado a los monumentos que el volumen ha de exponer, y enumera sus géneros, especies é individualidades, descendiendo a los últimos ápices de incisión, forma, color, material activo y pasivo de la escritura, formularios, firmas del grabador, nombres de los que a su costa ó bajo su rúbrica ó sello aseguraban, ya la autenticidad, ya la propiedad del monumento, etc., etc. La escritura *monumental* propiamente dicha, la *actuarial* ó notarial, la *curiosa* y otras varias, su norma y sus defectos, su compleción y á veces simultaneidad, y finalmente la forma de cada una de las letras, por donde es fácil deducir la edad del monumento, así como en los códices la paleografía infiere sin necesidad de expresa mención el tiempo del pergamino ó del papel que tiene a la vista; todo ello y mucho más encontrará en estos *Prolegómenos* quien quisiere, nuevo Colón de la ciencia, navegar con rumbo certero, y no encallar ni estrellarse en los bajíos y rocas, de que está erizado el piélago de la Arqueología latina.

En el cuerpo del volumen van clasificados los monumentos por los sucesivos períodos ó edades que se extienden desde la muerte de César hasta Vespasiano; y consecutivamente a las de Sulpicio Severo, Constantino y Justiniano. Dentro de cada uno de estos períodos, subdivididos a su vez, si el caso lo requiere, corren los monumentos epigráficos ó se presentan formando coro armonioso de gradación a partir del centro de todos ellos, que es Roma, De Roma, en efecto, tomaban las provincias la *moda epigráfica* ó el modelo de variación, aconteciendo a menudo que lo que era forma elegante ó de nuevo cuño en la Ciudad Eterna, tardaba en insinuarse hacia las extremidades del Imperio; y que lo que en éstas regía, se desdibujaba por anticuado en la cabeza de todas ellas. Procede, pues, la clasificación, dentro de los estadios cronológicos sobre dichos, por Italia después de Roma, por las Galias y la Germania, el Nórico y la Pannonia, Islas Británicas, España y África. Esta disposición invita a coleccionar las regiones limítrofes, como lo era España por una parte del África y por otra de la Galia y aun de la Britania, originándose y brotando de aquí un nuevo, claro y vasto raudal de observación que permite apreciar la mutua influencia de las que habían de ser más tarde naciones vecinas y rivales; tendencia y resultados que se dejan adivinar por el carácter típico de sus letras, no menos que por el sonido y estructura de sus idiomas.

Dos palabras acerca de los monumentos españoles que en esta obra figuran. El Dr. Hübnere expresa su agradecimiento nombrando a los Sres. D. Aureliano Fernández-Guerra, D. Manuel Oliver, D. Manuel de Góngora y otros muchos epigrafistas contemporáneos, que desde varios puntos de la Península le han facilitado numerosas improntas y excelentes fotografías. El mismo autor dos veces ha recorrido nuestro suelo con el objeto de cerciorarse de *visu* acerca de la forma y dimensiones de los originales, cuya mayor parte afortunadamente guardan nuestros museos. En gran bien de nuestra Historia redundará este método. Aplicándolo, vemos cómo el ara consagrada al dios Bormánico en Galicia se labró imperando Augusto, y comprendemos el interés literario de la de Diana, dedicada en León por Quinto Tulio Máximo, legado augustal de Adriano; ara cuyos versos de metro hermosísimo atestiguan que la poesía del Lacio no había desmerecido aún del esplendor, gracia y nobleza que le dieran Lucano, Marcial y Silio Itálico. Por este método sabemos también que la construcción del famoso acueducto de Segovia no es posterior al primer siglo de la era cristiana.

Sin embargo, no todas las mies epigráficas de nuestra Península se encuentran cosechadas a medida del deseo del Dr. Hübnere, el cual se lamenta de no haber podido obtener calcos de las inscripciones de Badalona y de otros parajes de España. Reparo es este que nuestra Academia ha comenzado a satisfacer, ya en sus tomos de *Memorias*, ya en su *Boletín*, publicando láminas zincofotografiadas de los nuevos y más notables monumentos que reaparecen ó se descubren.

2. Inscripciones romanas de Iruña (Alava).

El tomo III de nuestro *Boletín*, páginas 382-386, dió noticia de las inscripciones irubesas, cuya copia me había enviado el Sr. Ochoa de Alayza; y en su consecuencia, el Sr. Gobernador de Alava, Presidente de la Comisión de monumentos históricos y artísticos de aquella provincia, atento a los deseos significados por esta Real Academia, acaba de remitirme una docta *Memoria*, provista de buenos calcos y escrita por el distinguido Vocal de la Comisión D. Federico Baraibar, nuestro socio correspondiente.

La *Memoria*, dirigida a la Comisión, encierra nuevos y muy valiosos datos arqueológicos, expuestos con sobriedad y lucidez. Dice así:

«Ilmo. Sr.: Los calcos epigráficos que tengo la honra de presentar a la Comisión de Monumentos históricos y artísticos de esta provincia han sido obtenidos en cumplimiento del encargo que, en unión de D. Juan de Ochoa de Alayza, Párroco de Trespuentes, se dignó conferirme la Real Academia de la Historia. La necesidad de ponerme de acuerdo con el señor citado, la epidemia variolosa primero y la colérica más tarde, me han impedido proceder con la diligencia debida, retrasándose mucho más de lo justo y deseado. Todos ellos son de inscripciones, que existieron en el hoy deshabitado de Iruña, y evidencian con otros infinitos auténticos restos la existencia en aquel sitio de una población romana. Los epígrafes originales halláanse actualmente en los puntos, que en mi breve informe iré indicando.

1. Es de una inscripción abierta en una piedra arenisca de 0,46 x 0,50. Parte de sus letras están maltratadas hasta el punto de no dejar casi huellas en el calco. Ayudado del tacto y de los reflejos del agua, con que la bañé repetidas veces, creí leerla casi por completo en la forma siguiente:

TELAVNS TV
RAESA MI
CIOA... R
TIF AN XV

La publicó con las tres siguientes, acompañada de muy doctos comentarios, el sabio Académico R. P. Fidel Fita y Colomé en su opusculo *Lápidas romanas de Iruña y León*, inserto en el *Boletín* de la Real Academia de la Historia (ESTUDIOS, t. I, páginas 75-79).

2. De uno, a mi entender, epitafio, en piedra arenisca sumamente estropeada. Tiene tres arcos, en forma de herradura, sobre la leyenda de muy dudosa lectura. Me parece poder leer en ella tras prolijo examen:

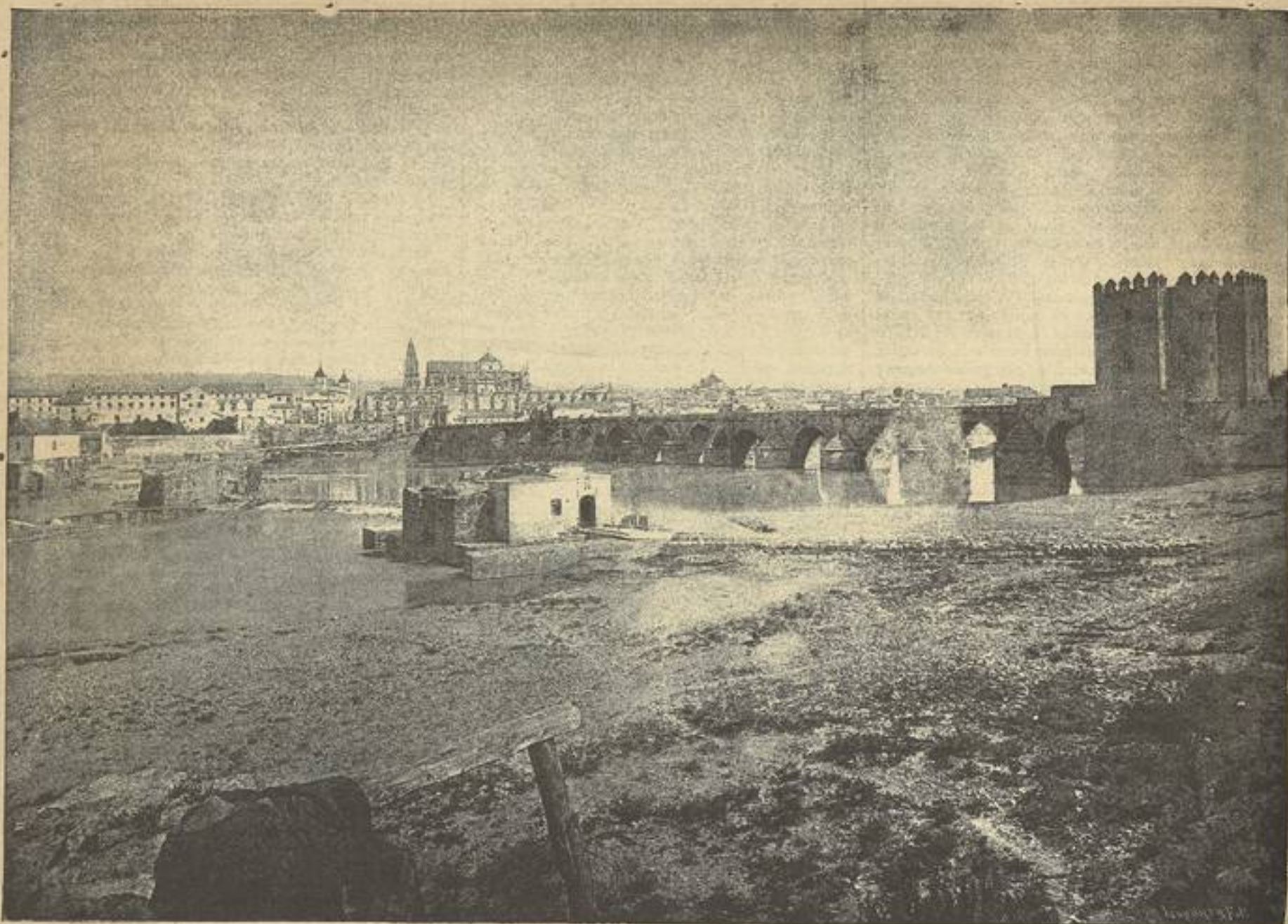
... SINVS
AVSI...
OVFILI F
... IVVV

3. Calco de las dos líneas últimas de un epígrafe fúnebre, en piedra arenisca de 0,49 x 0,60. Es el mejor conservado.

4. La lápida a que este calco corresponde es también una piedra arenisca, como las anteriores, pero de grano más fino y de color más claro. Mide 0,41 x 0,64. Varias de sus letras se hallan rellenas de durísima argamasa de distinto color que el fondo de la piedra; por lo cual aparecen a la vista con más claridad de la que acusa el calco. En una conferencia que sobre antigüedades irubenses pronuncié en el Ateneo de esta ciudad, me atreví a completar este epígrafe de la manera siguiente:

VEITIVS...
NTIVS...
TI... FILIVS
ANN XXXV
H S I E S T

Las cuatro piedras anteriores fueron desenterradas en la parte NO. de la colina ocupada por Iruña, fuera del recinto de la antigua muralla. Estaban dispuestas circularmente con otro fragmento, que debió ser cabeza de una inscripción; el cual sólo conserva esculpidos una serie de arcos de medio punto sin ninguna letra. La posición de las piedras y la argamasa a ellos adherida a trechos inducen a creer que estos restos debieron ser utilizados para depósito del mortero usado quizá en la fabricación del templo romano, cuyas características ruinas han desaparecido por completo. Hoy se hallan en la era del vecino de Trespuentes D. Eusebio Ancha.



CÓRDOBA.

5. La inscripción reproducida por los calcos números 5 y 5 (bis) fue encontrada en Mayo de 1883 al NE. del despoblado de Iruña cerca del solar de la iglesia románica. Está abierta en un trozo de mármol rojo, vetado de blanco, que debía formar el dado de una columna ó ara consagrada al dios Tutela. Di cuenta de este hallazgo en mi *Discurso sobre Antigüedades de Iruña* (Vitoria, 1883), y el R. P. Fita en su citado opúsculo habló después de esta lápida, aunque teniendo á la vista una copia imperfecta. Guardo la piedra en mi estudio.

6. El epígrafe original se descubrió en las excavaciones practicadas por la Comisión provincial de Monumentos de Alava en Octubre de 1866; desapareció en el incendio de las oficinas del Gobierno civil de Vitoria, y ha sido recobrada por nuestro Vicepresidente D. Ladislao de Velasco. Hoy no conserva la n (quizá sigla de *Dis manibus*), que aparece en la copia dada á luz por la citada Comisión en el año de su hallazgo. Está en mármol rojo y blanco.

7. Corresponde á una inscripción descubierta por mí en 19 de Marzo del año próximo pasado. Sirve de trasiego en la cocina de Doña Pedra Gorostiza, vecina de Trespuentes; y se halla muy estropeada por la acción de la llama, de la que no ha sido posible borrar los vestigios en el calco. En mi citada conferencia en el Ateneo la leí como sigue:

SEVERINVS SEVERI FILIVS ANNO RVM XLV HIC SITVS EST.

8. Corresponde á otra inscripción, existente en una esquina del hogar de la misma casa. Las únicas letras, que dificultosamente distingui, pues se halla por demás maltratada, son:

M RFBAM
QVAIIOR
NA.....O

9. Calco del epitafio de Licinio Sereno, incluido por Hübner en sus *Inscriptiones Hispaniae Latinae* (nüm. 2.934). Es una piedra arenisca de 0,49 x 0,62 que forma parte del enlosado de una habitación de la casa de D. Benito Zárate en Trespuentes. Hablé de ella en mi citado discurso, pero creyéndola equivocadamente inédita.

10. Calco de la memoria consagrada por Tiquia á su marido y yerno respectivamente, Ródano, hijo de Atilio. Dióla á luz Hübner (número 2.936), y la ha ilustrado con luminoso comentario el Rvdo. P. Fita (opúsculo citado). Está abierta en una piedra arenisca de 0,64 x 0,49, que se halla junto al quicio de la puerta de entrada á la casa de D. Valentín Zárate, en Trespuentes, á cinco minutos de Iruña.

Se ignora el paradero de otras lápidas iruñesas citadas en el *Diccionario geográfico histórico de España*, art. *Iruña*, y por Hübner (números 2.930, 2.931, 2.932, 2.933, 2.935 y 2.937).

Estos son los calcos que con diligencia más afanosa que ilustrada he podido obtener en tres expediciones al pueblo de Trespuentes, vecino y heredero de muchas piedras pertenecientes á la antigua población levantada en Iruña. Lo imperfecto de las reproducciones se debe tanto, por lo menos, al pésimo estado de las lápidas y á su actual posición poco accesibles, como á mi poca práctica en estas manipulaciones arqueológicas.

Si la Comisión las acoge benévola, quedaré sobradamente satisfecho.

FEDERICO BARAIBAR.

Vitoria, 17 de Noviembre de 1885.

Con los calcos á la vista leo ahora y rectifico:

ELANVS TV
RAESAMI
CIO-AMBA
TI-F-AN-XX

Elanus Turasamicio Ambati f(ilius) an(norum) XX.
Elano Turasamicio, hijo de Ambato, de 20 años.

Mide la inscripción 0,30 m. de alto por 0,45 de ancho. Coronarla cinco ojos de un puente ó acueducto; de lo cual tenemos ejemplo (Hübner, 2.746) en otra lápida de Segovia. No hay que olvidar que Iruña está incluida dentro del término de la villa de Trespuentes sobre el río Zadorra.

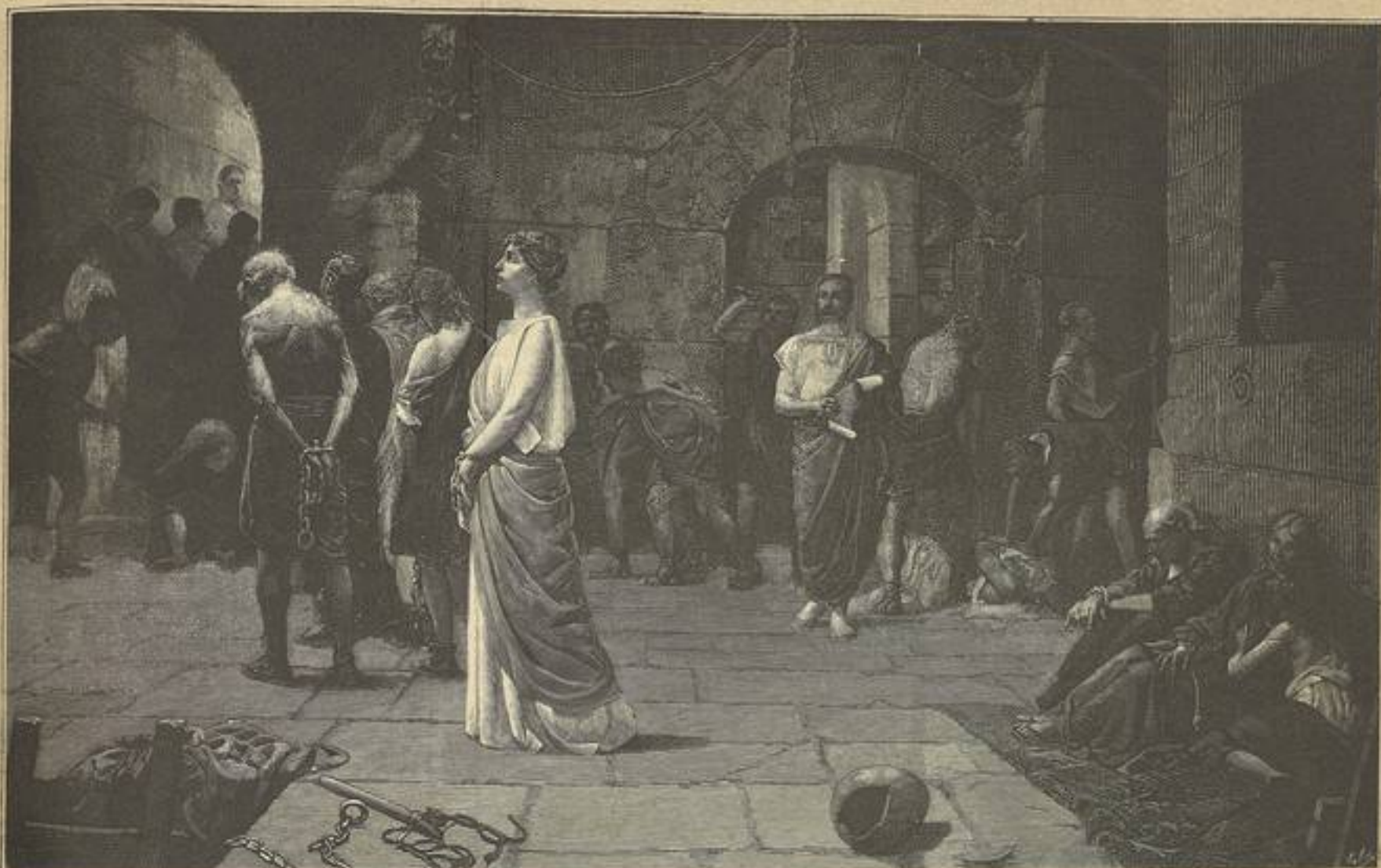
El apellido *Turasamicio*, análogo por su estructura á *Uraesamus*, lo es por su terminación á *Elguis-mio* que sale en preciosa lápida de Villalba (H.3.061), hoy existente en el Museo arqueológico nacional.

2. Corre la inscripción bajo tres bóvedas con arcos en forma de herradura. De esta forma de arcos durante la época romana dan muestra algunas lápidas segovianas, y singularmente la de ciudad de León, cuyo diseño publiqué en el *Museo español de antigüedades*.

SINVS
AVSIVS
RVTLI-F
an. LXXX

Astinus Ausivus Rutili f(ilius) an(norum) LXXX.
Astino Ausivo, hijo de Rutilio, de 80 años.

3. Nada ofrece que rectificar.



A LAS FIERAS.

4

VEITIVS SEGON
NTIVS SEGON
TI FILIVS
ANN XXXV
H S HEST

Vettius Segentius Segenti filius annorum XXXV h(e)st.

Vettio Segoncio, hijo de Segoncio, de 35 años, aquí yace.

Es muy notable el último vocablo *hest*, que descubre la pronunciación aspirada, como si la andaluz actual fuese por ese lado heredera de la alavés antigua. Lingüísticamente esta particularidad fonológica divide, como es sabido, en dos grandes ramas el vascuense: la navarro-labortana, ó vascónica, propiamente dicha; y la vándula, ó vizcaína-guipuzcoana. Aquí, por ejemplo, piedra se traduce *arri*, allí *harri*; aquí *arts* (oso) es allí *harts*, de donde se ha originado el nombre y apellido García. En lápidas del otro lado del Pirineo no falta semejante apellido, ni menos el de Lope ó Lobo; éste sin aspiración, aquél con ella: *Hartius* (García), *Oston* (Ochoa).

5. No ha venido calco de esta inscripción, votiva á la diosa Tutela.

FERRER FITA.

Madrid 3 de Febrero de 1886.

EL 13 DE ENERO

I

En una de las más extraviadas calles de Ginebra, veíase en 1811 una casita de modesta apariencia, siempre cerrada á piedra y lodo, y en la cual vivían un viejo insociable hasta la ferocidad, y una joven,

1. Luchaire, *Études sur les langues Pyrénées de la région française*, págs. 84 y 85. París, 1879.

2. Luchaire, *op. cit.*, págs. 81 y 82.—Es muy de observar que si el labortano vive en el sustrato (lobo) admiten la aspiración, demostrando que la aspiración, si bien por regla general caracterizaba, como lleva expuesto, las dos grandes ramas del vascuense, todavía era susceptible de notables excepciones, que importa no establecer a priori, sino recoger y estudiar en los monumentos.

verdadero prodigio de hermosura. Los vecinos de Bermudo, que así se llamaba el misterioso personaje, hacían mil comentarios sobre la reclusión de la pobre niña, únicamente interrumpida alguna que otra noche, que apoyada en el brazo del anciano, salía á pasear por los sitios menos frecuentados de la población. Quince años y medio eran transcurridos desde que Bermudo fuera á establecerse en aquella ciudad eminentemente comercial, y en todo ese tiempo ni contrajo amistades, ni se le conoció oficio alguno, ni hubo vecina curiosa que pudiera hacerle decir más que su nombre y el de la que él llamaba su hija. La malicia, cuyo dominio es universal, tomó bien pronto por su cuenta al lacónico extranjero. Unos aseguraban á cierra ojos que el viejo era un alquimista, y su fábrica de oro una de las muchas sucursales del infierno. Otros le tenían por un príncipe turco, que por cualquier desafuero habría tenido que escapar, no pudiendo traer consigo, por la premura del viaje, más que una de sus ciento y tantas concubinas. Otros, dependientes subalternos del comercio, le consideraban dedicado al contrabando. Otros le juzgaban hábil y temible conspirador. Y todos convenían en que aquel viejo tan grave y tan ceñudo era un pícaro, verdugo de aquella niña de angelical semblante. Sin embargo, todos le tenían; en quince años y medio ninguno de sus vecinos se atrevió á hacer públicas las sospechas que la malicia y la burlada curiosidad le sugirieran.

II

Era el 13 de Enero. Bermudo había salido muy de mañana, dirigiéndose fuera de la población.

Magdalena, que así se llamaba la joven, le esperaba en vano todo el día.

—¿Qué es de mi padre, Dios mío? decía postrada ante una imagen del Crucificado.

No le faltaban motivos para temer que el anciano hubiera puesto término á su existencia.

La pobre niña, á pesar de que la estaba terminantemente prohibido asomarse á la ventana, la abrió, y apoyados sus brazos en la repisa interior, fijó su mirada en la esquina de la calle por donde debía venir el anciano.

Una hora pasó, y luego otra y otra luego;

La lluvia y el viento azotaban el rostro de Magdalena.

¡Dios mío! murmuraba. ¿Mi padre me habrá abandonado?

Mas súbito su semblante se animó; con la punta de su gracioso delantal enjugó sus lágrimas, y después cerró la ventana, no sin dirigir al cielo una mirada de suprema gratitud.

Un hombre había doblado la esquina.

Magdalena le distinguió, merced al rojo y rápido resplandor de un relámpago, primer mensajero de la horrible tempestad que se preparaba. ¡Era Bermudo!

Llegó el viejo á la puerta de la casa; introdujo la llave en la cerradura, abrió y entró, cerrando luego con la misma llave y dobles cerrojos.

Un instante después padre é hija se hallaban en el mismo aposento.

—¿Cómo habéis tardado, padre mío! se atrevió por fin á murmurar la tierna niña, á quien daba miedo en aquel momento el rostro, más que nunca sombrío, del anciano.

—¡Sí! contestó éste.

Magdalena sirvió en silencio la cena.

Bermudo, observando que la joven no se sentaba, y que en sus ojos brillaban dos nuevas lágrimas, exclamó con pronunciado acento italiano y dando un golpe sobre la mesa:

—Por Bacco! ¿Qué tienes...? ¿Has comido ya?

—No, padre mío, respondió Magdalena con respeto.

Una satánica sonrisa asomó en aquel momento á los labios del italiano.

La joven, temerosa de la ira de su padre, se sentó y se sirvió de la cena.

Esta se terminó sin que se cambiasen otras palabras entre el anciano y Magdalena. En el semblante de ésta se pintaban el temor y la tristeza, al mismo tiempo que la resignación; en el de aquél la duda y la desesperación. Bermudo fué el primero en volver á interrumpir el silencio; después de colocar en una mesilla próxima á la chimenea un jarro de aguardiente, del que varias veces bebió durante la cena, añadió algunos trozos de leña á la que en aquella ardía, y sentándose en un desvencijado sillón, exclamó:

— ¡13 de Enero! ¡Diez y seis años! y ocultó la cabeza entre sus manos.

Magdalena, al oír esta exclamación, no pudo contener un ¡ay! que sin duda sonó en el corazón del anciano, porque alzando la cabeza y fijando en la joven los turbados ojos, de los que se desprendían ya gruesas lágrimas, continuó:

— Sí, Magdalena, hoy hace diez y seis años que huyó de la tierra mi esperanza y mi felicidad.

— Todos los años en este día, me decís lo mismo; pero aun no he podido comprender... añadió la joven, sin atreverse a terminar la frase.

— No he querido que lo comprendas... Por eso, para aturdirme, para olvidar, en este día procuro embriagarme... Esta noche, sin embargo, quiero contarte esa funesta historia, que es también la tuya.

— ¡La mía!

— Sí, la tuya: es una historia terrible...

— ¿Y me la vais a referir...?

— Sí... Hoy he pasado el día en el monte. Allí, sólo con la naturaleza, con mis recuerdos y con mi conciencia, he consultado a Dios... ¡Oh! ¡Dios no podía abandonarme...! El me ha dado fuerzas; él me ha señalado la conducta que debo seguir... ¡Gracias, Dios mío!

Magdalena se sentó enfrente de Bermudo.

— Momentos hay, continuó éste, en que la idea de mi desventura puede en mí más que la idea de la religión, y ahora, hace un instante, al oírte llamarme ¡padre mío! hubiese sepultado este puñal en tu pecho, cumpliendo así mi venganza...

Magdalena retrocedió aterrorizada.

— ¡No! ¡no temas! ¡Dios ha tocado mi corazón! sientate, y escucha... ¡Ah! toma, toma ese puñal... ¡Guárdalo tú...! y si llegara a exaltarme demasiado, si me atreviera a amenazarte, dame de beber... ¡dame mucho de beber! ó máteme, máteme, Magdalena...

La hermosa niña tomó temblando el puñal que Bermudo le ofrecía. Era una preciosa arma, si puede ser hermoso un instrumento homicida.

La tempestad entre tanto tronaba imponente sobre la tranquila población.

— ¡Esta noche es igual a aquella noche! decía el anciano. ¡Entonces Dios se irritaba de la iniquidad de un hombre...! ¡Hoy Dios me recuerda que sólo él es bueno y misericordioso! ¡que sólo él es grande...! ¡que sólo en él reside la justicia!

Magdalena seguía temblando de pavor.

— Hace diez y seis años, empezó el viejo, vivía yo en Venecia, dedicado a la noble profesión de gondolero. ¡Era tan feliz como ahora soy desgraciado! No vivía solo; un ángel era mi esperanza, mi vida... mi hija en fin...

Magdalena se estremeció.

— Había amado sobre todas las cosas de este mundo a su madre, que murió dándole a ella la vida. Como tú se llamaba la hija de mi corazón, Magdalena...

— ¡Hermana mía! exclamó la joven...

— ¡Hermana tuya! ¡No! ¡no era tu hermana! interrumpió rápidamente el viejo.

— ¡Cielos! ¿qué decís...? ¿Luego vos no sois mi padre...? y los sollozos no la dejaron continuar.

— ¡No! no soy tu padre. Si lo fuera, no sería mi existencia un continuo y horrible martirio. ¡Si fuera tu padre, no hubiera ocupado mi mente la idea de asesinarte...!

— ¡Que horror!

— ¡Cuánto he sufrido, Magdalena! ¡Cuántas veces, viéndote tan hermosa, tan buena como ella, he querido decirte todo, he intentado que me perdones y me admitas por padre amoroso...! Pero entonces, la sombra de mi hija, de la hija de mi amor, se levantaba en mi memoria, y la venganza ponía el puñal en mis manos. ¡Gracias, Dios mío! Conozco que si hubiera llegado a asesinarte, Magdalena, el crimen hubiera aniquilado mi razón.

Había tan profunda tristeza, tan verdadera emoción en las palabras del anciano, que Magdalena acercó su silla y extendió sus brazos hacia él... pero un momento antes le había oído decir: — ¡No! ¡no soy tu padre...! y la pobre huérfana no se atrevió a abrazarle.

Bermudo la comprendió.

— ¡Escucha! le dijo: mi hija manejaba el remo con igual destreza que yo... En pie sobre la góndola, que cortaba ligera las aguas del canal, parecía la reina del Adriático sobre su trono... Era la envidia de todas las venecianas... ¡Qué orgulloso estaba yo con mi hija...! ¡Sólo yo era dueño de su amor...! ¡oh! ¡tú no has sido madre, Magdalena...!

— ¡Ni he tenido padre, señor! murmuró la bella joven.

Una sombra nubló la frente del italiano... Magdalena se apresuró a añadir, no sin cierto temor:

— ¡Ah! ¡perdonadme! ¡Vos lo habéis sido para mí!

— Oye tu historia: en Venecia vivía un hombre

a quien la hermosura de mi hija inspiró una profunda pasión... Era un noble... y sus vicios llegaron a hacerle tan despreciable como un bandido... Quiso comprar mis servicios para sus crímenes, y yo se los negué... Pronto sentí mi venganza, me dijo una tarde... y el miserable se vengó... Diez y seis años se cumplen hoy... y lloro como el primer día... ¡Pobre Magdalena...!

Hubo un instante de solemne silencio.

El anciano lloraba como un niño.

Magdalena, puestos los ojos en la imagen del Redentor, oraba fervorosamente.

III

La tempestad continuaba tronando más espantosa cada vez.

— A los dos días, prosiguió Bermudo, el 13 de Enero... fui llamado a una casa de la ciudad. Era un lazo que me tendían, Magdalena... cuatro hombres con máscaras me sujetaron y después de atarme las piernas y los brazos, salieron dejándome en una habitación húmeda y completamente oscura... Quise gritar... pero ¡ay! ¡me habían puesto una mordaza!

— ¡Miserables! exclamó Magdalena. ¿Y vuestra hija...?

— Mi hija, mi pobre hija salió, como todas las tardes a pasear en su barquilla... ¡Cuán ajena estaría la inocente del peligro que la amenazaba...! Yo debía, según le dije al separarme de ella media hora antes, ir a buscarla al canal, y a pesar de que el cielo empezaba a cubrirse de negras nubes, y la noche se adelantaba sombría, mi hija permaneció esperándome en su barquilla... La oscuridad no la permitió distinguir que la seguía otra góndola completamente negra y sin final... Cuando Magdalena la llegó a ver junto a su barquilla, quiso avanzar... ¡Ya no era tiempo! el viento era contrario, y el temor no la dejaba maniobrar con seguridad... Un hombre saltó dentro de la barca y asió la mano de mi hija... ¡Era mi enemigo, era el noble enamorado de su hermosura...! El eco de un grito agudo, desgarrador, fué a perderse en el estampido de un horrible trueno... y al siniestro fulgor de un relámpago, se vió alzarse de la barca una sombra que lanzándose en el espacio, se sepultó en las aguas del Canal...

— ¡Que horror!

— ¡Era mi hija, que prefirió la muerte a la deshonra!

El pobre viejo llevó a sus labios el jarro que había puesto sobre la mesa.

— ¡No bebáis! se apresuró a decir Magdalena.

— Déjame. ¡Si no, no podría concluir! contestó con voz siniestra Bermudo, dejando otra vez el jarro donde estaba.

— ¡Oye tu historia! volvió a decir y continuó:

— Aun no se habían cerrado las aguas del canal sobre el cuerpo de mi Magdalena, cuando se oyó un pistoletazo, que disparó contra el noble uno de los tres criados que, ignorantes de su perversa intención, le acompañaban en la góndola. ¡Aquel buen hombre no acertó a introducir el plomo en el pecho del malvado!

Yo entre tanto, había podido desembarazarme de los cordeles que me sujetaban, y con mis uñas ensangrentadas arrancar la cerradura de la puerta del aposento en que se me encerró. Cuando salí de aquella casa eran las doce de la noche... El canal estaba sombrío, las calles de la ciudad desiertas... Llegué a mi pobre albergue... ¡mi hija no estaba allí...! En vano la busqué, en vano interrogué a todos mis vecinos... ¡Nadie la había visto! Corrí al palacio de aquel hombre... no me dejaron pasar del vestíbulo; pero yo me decidí a esperar ocasión de burlar la vigilancia de los criados y entrar... Pocos minutos después entre ministros de justicia salía de aquella casa Beppo, el honrado gondolero, a quien se acusaba de haber intentado asesinar a su amo. El infeliz me reconoció al pasar y me gritó: «¡Bermudo, vengame y venga a tu hija! ¡Dios no ha querido que yo la vengue!». Entonces lo comprendí todo... y juré vengarme de una manera terrible. Aquella misma noche, el infame partió para Ferrara, saliendo por una puerta secreta. ¡Oh! si hubiera querido salir por la principal...

Y otra vez el viejo llevó el jarro a sus labios.

— Cuatro días después, el pobre Beppo, el honrado hijo de uno de mis mejores amigos, el único hombre a quien yo hubiera confiado la felicidad de mi hija, iba a morir ejecutado públicamente, como reo convicto de haber querido asesinar al Marqués D..., a quien servía en clase de gondolero. Dos criados de la casa declararon, como testigos, pero omitiendo la parte que podía perjudicar al Marqués... Dos horas antes de morir el pobre joven me hizo llamar para referirme la escena del canal. ¡Feliz él que fué a reunirse con mi hija en el cielo!

— ¡Infeliz! murmuró Magdalena.

— Los jueces no escucharon mis acusaciones contra el Marqués. Los infames cómplices de aquel noble tan villano aseguraban que Magdalena se había arrojado al agua, cuando la góndola de su señor se hallaba a respetable distancia de la barquilla.

Cuando vi muerto infamemente a Beppo, sed de venganza abrasó mi corazón, y aquella misma noche me dirigí al palacio, sin saber positivamente a qué, pero decidido a todo. Entré como un ladrón, violentando una puerta del edificio, que no era la principal. Subí una estrecha escalerilla que terminaba en otra puerta, la cual me dió paso a un salón que estaba completamente a oscuras... seguí andando, y después de atravesar otros tres ó cuatro salones, distinguí una débil claridad... Era una habitación más reducida que las demás; la puerta estaba entreabierta... Como un asesino entré procurando contener mi respiración... Sobre un precioso lecho dormía en agitado sueño una mujer muy hermosa, pero en cuyo semblante el dolor había impreso su indeleble huella... Cerca de aquel lecho había una cuna y en ella una criatura dormía tranquilamente...

Magdalena escuchaba al anciano con una ansiedad cruel.

— ¡Mi primer pensamiento fué asesinar a aquella mujer...! ¡No me atreví! Era la desgraciada esposa de aquel infame...! Mas súbito otra idea saltó a mi mente... Tomé en mis brazos la inocente criatura, y apresurado salí de aquella maldita mansión.

— ¡Continuad! dijo Magdalena, tomando entre sus delicadas manos las callosas del viejo.

— ¡Espera! ¡espera! murmuró Bermudo con turbado acento.

Y otra vez llevó el jarro a sus labios. La tempestad continuaba.

— ¿No te parece que era justa venganza robarle su hija como él me había robado la mía...?

— ¿Y esa hija?

— Esa hija eres tú, pobre Magdalena.

¡La pobre niña alzó los ojos al cielo y murmuró una oración...! Tal vez imploraba del Supremo Juez el perdón del crimen de su padre!

Y el viejo volvió a beber!

— ¡Cuánto debe haber sufrido tu madre infeliz, lejos de su hija, y al lado de quien, más que su esposo, era su verdugo!

— ¡Madre mía! exclamó Magdalena, fijando la vista en la imagen del Redentor.

— Para que no pudieran descubrirnos vine a Ginebra, donde hasta ahora hemos vivido ignorados de todo el mundo. Una vez al año daba noticia de nuestra existencia a tu padre, enviándole un papel en el que escribía: «¡13 de Enero! por tí murió mi hija! yo tengo la tuya!». Diez y seis años de sufrimientos no han terminado mi abrumada vida, ahora lo conozco, porque te tenía a mi lado, porque tú eres buena y hermosa como Magdalena!

— Y ese nombre...

— Ese nombre te lo puse yo... ¡era el de mi hija! ¡Cuánto has debido sufrir conmigo, añadió el anciano, tendiendo sus brazos a Magdalena, que no le negó los suyos.

Un momento se confundieron las lágrimas del viejo gondolero y la hija del noble marqués; pero un fuerte golpe dado con el aldabón en la puerta de la mezquina casa fué a resonar en aquellos dos corazones... Bermudo rechazó bruscamente a Magdalena... Esta sintió una emoción extraña.

— ¡Lo había olvidado! murmuró el viejo, el será!

— ¿Quién?... preguntó Magdalena con timidez.

— Toma ese candil y esa llave, y ve a abrir, contestó el pobre padre con ronco acento. Y apuró de una vez todo el aguardiente contenido en el jarro.

IV

Cuando Magdalena hubo salido, el anciano se levantó, pero sus piernas flaqueaban, negándose a sostenerle. La bebida empezaba a hacer su efecto. Otra vez volvió a sentarse, besando antes el crucifijo que había sobre la chimenea.

— ¡Dios mío! dijo, ¡no me abandonéis! ¡no permitáis que cometa un crimen!

Al mismo tiempo se abrió la puerta del aposento, y apareció Magdalena, seguida de dos mujeres, la una como de más de cuarenta años, y más joven la otra, criada sin duda de la primera.

— Pasad y sentaos, señoras, dijo la joven a aquellas mujeres, que estaban vestidas de riguroso luto, y mojadas de pies a cabeza. Y luego, dirigiéndose a Bermudo: Padre, le dijo, estas señoras desean, a lo que parece, hablar con vos.

— ¡No esperaba yo mujeres! murmuró el viejo.

— ¡Lo sé! dijo tristemente la que hemos señalado como de mayor edad, que, dicho sea de paso, no

En 8 de Julio de 1838 la Academia de San Fernando le creó su individuo de mérito en vista de su lienzo *El entierro de Cristo*, copia de Caravaggio.

Además de las obras de Sáez que hemos citado, merecen serlo aquí: *La Virgen de las Escuelas Pías*, existente en la de San Antonio Abad de Madrid; una reproducción de la misma para la Escuela Pía de Barbastro y otra para el Infante D. Francisco de Paula de Borbón; un *San Jorge* que figuró en la Exposición de 1839; las copias de *La Concepción* de Murillo; *La Divina Pastora*, de Tovar; *El Divino Pastor*, de Murillo; *La Anunciación de la Virgen y Rebeca en la fuente*.

Un padecimiento del pecho le llevó al sepulcro en 27 de Junio de 1847.

D. PEDRO SÁEZ GARCÍA, pintor y restaurador, hermano del mencionado D. Benito. Nació en Pradillo de Cameros en 20 de Abril de 1805; fué discípulo particular de D. Juan Ribera y de la Academia de San Fernando y uno de los primeros que asistieron a la clase de colorido establecida en la misma. Tomó parte en varias Exposiciones públicas celebradas por aquella corporación, habiendo elogiado la *Gaceta* y otros periódicos sus copias de la *Santa Isabel* de Murillo, *Los niños de la Concha*, y otros.

Entre los trabajos de este artista citaremos: *San Juan de la Cruz explicando filosofía*, y *Santa Teresa* para el convento de carmelitas de Logroño.

D. FERNANDO SAGREDO. En la Exposición del Círculo de Bellas Artes, celebrada en Madrid en 1883, presentó entre otras obras un *San Rafael* (boceto).

D. FRANCISCO SANZ, natural de Lanestosa (Santander), y discípulo en Madrid de D. José Madrazo. En 1848 hizo oposición para las plazas de pensionados en Roma, ejecutando con tal motivo su lienzo de *Tobías volviendo la vista a su padre, con la hiel de un pez cogido milagrosamente*, habiéndosele concedido una pensión extraordinaria.

Este pintor, esperanza del arte, falleció a impulsos de larga y terrible afección cerebral en la madrugada del 12 de Junio de 1853.

D. EMILIO SALA Y FRANCÉS, natural de Alcoy y discípulo en Valencia de aquella Escuela de Bellas Artes, de D. Plácido Francés y D. Salustiano Añejo. Entre los numerosos trabajos que le han valido justísimos premios, cuenta un cuadro representando a *Santa Isabel niña*.

D. MANUEL SALA JULIEN, nació en Cádiz en Septiembre de 1833, y estudió el dibujo en la Escuela de Bellas Artes de aquella ciudad, y posteriormente en la Superior de Madrid. Citaremos de entre sus obras: un *Retrato de Su Santidad Pío IX*, una *Virgen de la Soledad* para un oratorio particular, una *Dolorosa* para el cementerio de la parroquia de San Luis de Madrid, *Jesucristo crucificado* y crecido número de cuadros de devoción, que existen en varios templos de Andalucía y Madrid. Suyo es también un *Retrato de León XIII*.

D. ENRIQUE SALAZAR, natural de Bilbao, donde vivió la luz en 1861. En 1882 terminó la carrera de derecho, que abandonó por dedicarse a la pintura, estudiando primero bajo la dirección del Sr. Lecuona en Madrid y después bajo la del Sr. Plasencia. En la Exposición verificada en Bilbao en 1882 presentó *La Virgen y el Niño*; obtuvo medalla de oro.

M. DE A.

(Se continuará.)

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

OFRENDAS NOTABLES PARA EL SUMO PONTÍFICE.

Una de las ofrendas que supera en riqueza a las de los emperadores, reyes y presidentes de los Estados, es la de la Orden de los Cartujos, por su importancia, por su utilidad y por ser durable monumento de la munificencia de un Pontífice y de la caridad de los hijos de San Bruno, regalo que merece particular mención y exposición.

Mientras se agita el mundo católico, y continúa agitándose con los preparativos de las mejores ofrendas para su Padre amado, los Cartujos ponían en el comienzo del presente año a disposición del Sumo Pontífice medio millón para levantar de planta un grandioso edificio en la Quinta llamada de San Bruno, propiedad de la Orden, y trasladar al mismo el Instituto o Asilo de los jóvenes artesanos de San José, al que Su Santidad León XIII tanto ha protegido y dispensado beneficios sin cuento.

Este Asilo, que tiene una completa semejanza con el nuestro de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, de cuyos talleres sale a luz el *Boletín eclesiástico*, y cuyos jóvenes también están dirigidos por los Hermanos de la Doctrina Cristiana, habíase

fundado en Roma en 1879 por algunos piadosos habitantes de la Ciudad Eterna para instruir en la Religión y en la moral y también en las artes y oficios a jóvenes hijos del pueblo, bajo la tutela de San José, esposo de María, y en recuerdo y memoria del inmortal Pío IX, de feliz memoria.

Pareció, por tanto, al Sumo Pontífice la idea de la ofrenda de los Cartujos sobremanera excelente, la aceptación de Su Santidad sirvió a éstos de precepto, y era el 19 de Marzo cuando el Emmo. Cardenal Oreglia de San Esteban, rodeado de la nobleza, de numeroso pueblo y de 110 niños del Asilo con sus superiores los Hermanos de la Doctrina Cristiana, teniendo a su lado al Rvdo. P. Anastasio M. Briniaux, Prior de la Gran Cartuja y General de la Orden, al Secretario de la Congregación de Propaganda fide, y al General de los Capuchinos, colocaba la primera piedra y dentro de ella una hermosa vitela encerrada en tubo de cristal, en la que se consignaba la dedicatoria latina, para gloria de León XIII y bien de Roma y el objeto de la fundación, cual era solemnizar el Orden cartujano el fústo suceso del Jubileo Sacerdotal con esta demostración de su cariño al Pontífice, elevando a sus expensas suntuoso edificio en la Quinta de San Bruno para trasladar el Asilo mencionado, después de regalar el edificio a Su Santidad.

Concluida la ceremonia, el Secretario de la Propaganda, Mons. Jacobini, con fácil, dulce y elocuente palabra, habló a los concurrentes sobre la gran obra de la educación de los artesanos, las Ordenes contemplativas y el Jubileo Sacerdotal; y después, dirigiéndose todos procesionalmente a la capilla de San Bruno, que está en el mismo recinto, y cantado el *Te Deum*, recibieron una hermosa fotografía con el panorama de la quinta y dentro el plano y dibujo del nuevo edificio que se había inaugurado algunos momentos antes.

EL ALTAR DE LA MESA DEL JUBILEO.

En el programa aprobado por Su Santidad para el orden de las fiestas que han de tener lugar en Roma a fines del presente año y principios del futuro, y que publicamos en el núm. 59 extraordinario del *Boletín*, correspondiente al 3 de Mayo próximo pasado, dícese que el Sumo Pontífice León XIII celebrará, por el mundo católico y por los que ofrecieron la limosna, la Misa de su Jubileo Sacerdotal el 1.º de Enero de 1888, en el altar que le será regalado en nombre de todos los fieles por la Comisión promovedora de Bolonia.

Dicho altar lo está construyendo el Sr. Cayetano Moretti, arquitecto-decorador domiciliado en la vía Vivaio, núm. 14, en Milán, a quien le fué adjudicado en 28 de Julio del pasado año, en concurso público el primer premio consistente en 3.500 pesetas y ejecución de la obra, después de abiertos, examinados muy escrupulosamente y expuestos al público los cuarenta diseños que se presentaron. Era empresa muy difícil sobresalir ante un jurado tan inteligente y severo, compuesto de los mejores profesores de las Reales Academias de Milán, Venecia y Bolonia, entre tantos proyectos que concurrieron al premio, sobre todo en Italia, donde abundan obras del género de la agraciada, muy ricas en mérito, y esto mismo demuestra el que reúne la premiada.

El altar se acomoda por completo a las condiciones señaladas en el programa del concurso, según afirma el fallo del jurado, por lo que consta de tarima con gradas, mesas de 1,80 metros de longitud, retablo de dimensión proporcional en su parte superior, y de estilo ojival italiano, como los retablos que estaban en boga en el siglo XIV y primera mitad del siglo XV, teniendo además los accesorios del tabernáculo, candeleros, crucifijo, sacras, etc., y está dispuesto para adaptarse a cualquier pared lisa. Todo el es de madera tallada, dorada y pintada, y se compone de cuadros o tablas de pintura, estatuas y bajo relieves, preparados de tal modo, que tras ellos hay huecos destinados a contener el mayor número posible de reliquias de Santos, encerradas en tecas, relicarios y urnas de varias formas, para lo que las tablas, cuadros y bajo-relieves son amovibles, y las estatuas de escultura giratorias sobre un eje, a fin de que en un momento dado, y con prontitud suma, puedan exponerse a la veneración pública las santas reliquias que llenan además los parapetos de la mesa y toda la gradería del dicho altar. El cual, en su forma ordinaria, o sea cerrados los cuadros y cada efígie en su sitio, tendrá el aspecto de bellísima obra de arte cristiano, digna del Pontífice a quien se destina, y abiertos aquellos y separado todo cuanto sirve de cubierta a los huecos, aparecerá como un tesoro y preciosísimo relicario de los objetos más queridos

del corazón cristiano y de los restos de aquellos que nos legaron el grandioso ejemplo del sufrir, padecer y hasta dar la vida con inefable gozo por Jesucristo.

El Emmo. Señor Cardenal Bataglini, Arzobispo de Bolonia, colocará en el dicho altar las reliquias de los Santos Patronos de su ciudad, y las que de otros Santos guardan y conservan las iglesias de cada diócesis; con tal de que sean extraídas de lugares auténticos, por los respectivos Ordinarios, y remitidas por éstos a la comisión. Esta, cuando presente tan preciado regalo a Su Santidad, lo hará acompañando un elegante libro escrito en pergamino, en el que aparecerá el catálogo de las santas reliquias y los nombres de las diócesis y reverendísimos Patriarcas, Arzobispos, etc., que las envían y las ofrecen a su Santidad.

Hasta hoy son 49 los Prelados que han contribuido con cientos de reliquias, y en su día publicaremos la lista total de ellas.

Tal es el altar en que Su Santidad León XIII recordará en el comienzo del año futuro las primeras delicias eucarísticas y sacerdotales que experimentó el 1.º de Enero de 1837, y las novísimas que en medio de sus dolores le concede el Señor, pudiendo muy bien llamarse el altar de los consuelos del sacerdote y del Pontífice.

(Del Boletín Eclesiástico de Madrid.)

El primer número de la Revista *La Exposición Vaticana*, de que ya hemos dado cuenta a nuestros lectores, contendrá los retratos de Su Santidad, del Cardenal Schiaffino, Presidente del Comité promovedor de la Exposición, una vista de la Basílica Vaticana y un dibujo del altar gótico destinado a la capilla privada de Su Santidad.

A las ofrendas que en nuestro último número dijimos con satisfacción suma habían prometido las Reales Academias Españolas para la Exposición primera, y después para la Biblioteca del Vaticano, podemos hoy añadir la no menos rica que unánimemente acordó presentar la Real de la Historia, y de cuya importancia daremos cuenta cuando la recibamos, como de todas las demás.

De otra ofrenda muy notable tenemos también noticia cierta. Trátase de cien cálices de plata con sus correspondientes estuches, que están ya terminándose, regalo del opulento y espléndido señor marqués de Casa-Jiménez para Su Santidad, a fin de que pueda destinarlos a las misiones o iglesias de su mayor agrado.

Sabemos asimismo de alguna comunidad religiosa que tiene dispuesto riquísimo caliz cuajado de piedras preciosas; de otra que está concluyendo delicada toalla y finos pañuelos para el uso especial del Pontífice actual, con sus armas y cifras primorosamente bordadas; así como de algunos hombres de letras que quieren remitir obras suyas o ajenas, pero verdaderamente católicas, aunque se han extrañado de que la Sección 4.ª se haya dirigido sólo a colectividades respetables, mas no a los individuos en particular.

Se hace necesario, por tanto, declarar noblemente que a los fieles ya se dirigió el muy respetable Prelado en su hermosa pastoral sobre el Jubileo, que se repitió lo mismo en el núm. 60 extraordinario del *Boletín Eclesiástico*, llamando a todos y a cada uno a presentar alguna ofrenda, cuando se expuso y explicó el objeto del Jubileo y los medios de concurrir a él; y que la dicha Sección sólo podía dirigirse a aquellos para los que se le había dado misión, la cual le fué señalada en términos precisos al ser constituida por nuestro respetable Obispo en la Junta diocesana de 24 de Febrero próximo pasado, a saber: «cuidar muy especialmente de interesar a las Academias y corporaciones científicas para concurrir a la Exposición de arte cristiano», entender en el objeto de arte y redactar el *Boletín*, con todo lo que procuró cumplir fielmente hasta la fecha.

Vengan, pues, los hombres de ciencias y de letras con sus ofrendas católicas, y al efecto les recordaremos todo lo que pueden ofrecer, según lo dice el reglamento de la Exposición:

GRUPO III. — *Libros de culto*: Misales, Salterios, Graduales, Antifonarios, Breviarios, Martirologios, Rituales, Pontificales, Ceremoniales, etc. — *Libros religiosos*: Teología y Catequística, Moral y Casuística, Filosofía, Ascética, Historia, Biografía, Apología, Liturgia, Arqueología Sagrada y Epigrafía, Relieves y Monografías de monumentos sagrados existentes, diarios y periódicos religiosos, etc.

GRUPO IV. — *Arquitectura*: Proyectos y diseños de iglesia, capillas, altares, baptisterios, etc. — *Música*: Tratados y colecciones de música religiosa antigua y moderna, etc. Y venga todo cuanto cabe en la agrupación mencionada con tal que sea reli-

gioso y católico, porque esto y no otra cosa desea el Papa, porque esto quiere nuestro Prelado, porque esto procura la Sección 4.ª, y porque, en una palabra, Roma en la presente Exposición no es más que la repetición de Belén.

Cuando cumplidos los tiempos señalados nació en Belén Jesús, ó sea el Verbo desposado con la naturaleza humana en unidad de persona, oyó la tierra cantares angelicos que anunciaban aquellas bodas más que de oro para que los hombres de buena voluntad dieran gloria a Dios y disfrutaran de la paz, que es hija de la justicia; cuando llegue la hora en que se cumpla el año 50.º del desposorio que celebró en su primera misa el sacerdote Peccati con Jesús Eucarístico, también resonará un cántico en toda la tierra, del que estamos escuchando ya hace un año el bellísimo preludio: Gloria al Pontífice vicario de Cristo, ó sea a Dios que lo sostiene y conserva y guarda y protege, y paz en la tierra a los hombres de voluntad sincera.*

Y si en el Oriente brilló cuando Jesús nació en Belén la estrella profetizada por Balaam, revelación a los gentiles de aquel nacimiento, la estrella del pontificado brillará de un modo especial, anunciando a toda gente que allí, en Roma, está el anciano elegido por Dios para regir su Iglesia y dar paz a los hombres, porque es el defensor de la justicia. Si entonces llegaron los pastores con sus ofrendas sencillas y los reyes con sus dones más ricos allegados de regiones distantes también de allende los mares, y de los altos montes y valles profundos, y de las ciudades populosas y de las humildes aldeas, vendrán a ofrecer al Pontífice los humildes y los grandes, los ignorantes y los sabios, los pobres y los ricos, sus dones, y la Exposición del Vaticano no será la exposición de la ciencia, ni del arte, ni de la industria, como lo son todas las exposiciones universales, sino la exposición de la fe católica y del amor de los católicos, y allí no habrá objeto que no sea hijo de esta fe y de este amor. Que el dón sea pobre ó rico poco importa: el pastor llevará fruto de la tierra y grosura de su ganado, el sabio de su sabiduría, el rico de su tesoro; pero nadie llevará ofrenda que sea desagradable, que tenga algo del fruto del árbol prohibido, de la ciencia que hincha ó contraria a la ciencia de Dios. De otro modo también intentaría arrastrarse hasta penetrar allí el astuto, insidioso y tenebroso forjador de sistemas y negador de principios.

Si hay Herodes ó fariseos, que se contenten con preguntar a los que van a ofrecer donde está Pedro en quien Jesucristo fundó su Iglesia, pero que no vayan allí, ni envíen sus dones, porque no serían aceptados, por ser lo primero que Dios exige la buena voluntad, pues si en la gruta de Belén hubo una verdadera exposición de todas las ofrendas que se presentaron a Jesús y le fueron agradables, en el jardín del Vaticano habrá otra Exposición como la de Belén, ni más ni menos: por esto dijimos al principio Roma y Belén.

(Del Boletín Eclesiástico de Madrid-Alcalá.)

NOTICIAS

Mañana 6, a las cinco de la tarde, se celebrará la solemne recepción por S. M. la Reina Regente del nuevo Nuncio de S. S. en Madrid, Mons. Di Pietro.

El profesor de la Escuela laica de Pons (Lérida) acaba de hacer pública, solemne y formal retractación de todos sus errores en acta extendida al efecto en la Iglesia parroquial de aquella villa. Un nuevo y glorioso triunfo para el catolicismo.

Para las cuatro caras del pedestal que debe sostener la estatua del insigne P. Mariana, de la Compañía de Jesús, en Talavera de la Reina, ha aprobado la Real Academia de la Historia una inscripción latina y tres castellanas que ha presentado el también jesuita P. Fita. Dice la latina:

IOANNI. MARIANAE
CAESARORIGENSI
SAC. E. SOC. IESV
SPLENDIDISSIMO
HISTORICAL. LVMINI
STATVM. PVBLICE. DECRETAM
CONCIVIS. A. RE. CONLATO
KREXERVNT. A. D. MDCCCLXXXVII

La segunda inscripción dice:

«Nació en el año 1536.»

La tercera:

«Al P. Juan de Mariana, de la Compañía de Jesús, doctor sapientísimo, escritor clásico, Príncipe de los historiadores españoles, Talavera de la Reina, su

patria, erigió por suscripción nacional este monumento, año 1887.»

La cuarta:

«Murió en Toledo a 16 de Febrero de 1624.»

Se han instalado en la antigua casa donde residían las Adoradoras en Salamanca las religiosas llamadas *Servas de María*, institución moderna cuyo noviciado está en Madrid bajo la dirección del Reverendo P. Gabino Sánchez, y cuyo caritativo fin es prestar los auxilios necesarios a los enfermos en su propio domicilio. Salamanca cuenta, pues, gracias a los esfuerzos de algunas piadosas señoras que han contribuido, según la medida de sus fuerzas, con los recursos necesarios, con un nuevo instituto religioso, cuya necesidad se ha dejado sentir más de una vez en aquella población.

Ha sido bendecido solemnemente en Barcelona el nuevo edificio construido en la Barceloneta inmediato a la plaza de Toros y destinado a Salas de Asilo. Fue oficiante, por delegación del Excelentísimo é Ilmo. Sr. Obispo, el M. L. Sr. Dr. D. Francisco de Pol, dignidad de Maestrescuela y Vicario general de la Diócesis, siendo asistentes el Rdo. señor Cura párroco de la Barceloneta y el Rdo. Sr. Secretario cancelario de S. E. Ilustrísima. Asistieron asimismo otros sacerdotes, entre ellos el Rdo. P. Superior de la Casa de PP. de San Vicente de Paul y el P. Capellán de las Hermanas de la Caridad encargadas de las Salas de Asilo, el Sr. Matas en representación de la Diputación provincial, una comisión del Excmo. Ayuntamiento, la Junta de Señoras a cargo de la cual están las Salas de Asilo y otras personas, entre ellas D. Jerónimo Granell, autor del proyecto de edificio y director de la obra.

Teniendo en cuenta el Sr. Granell los buenos resultados que está dando la distribución del edificio de las Salas del Asilo de la calle de Aldana, la ha adoptado en el de la Barceloneta, con las pequeñas modificaciones que la configuración del solar exigía y la práctica ha hecho necesarias.

La ceremonia de la bendición terminó en la capilla del establecimiento, dedicada a San Juan Bautista, patrón del difunto marqués de la Cuadra.

Las Hermanas de la Caridad tenían ya organizada una de las salas de párvulos y se hallaban éstos en sus puestos y dispuesto el comedor para la comida. El número de niños de ambos sexos que cabrán en el edificio será de 500, destinándose el piso bajo para los más pequeños y el principal para los mayores. Estos tienen para desahogo un espacioso terrado, el cual, lo propio que los jardines y salas de estudio, se halla orientado al Mediodía. Son sumamente curiosos los pequeños lavabos de mármol que tiene cada sección y en los que pueden lavarse cómodamente seis niños a la vez. La cocina y demás dependencias son todas espaciosas y de económica construcción.

Acaba de ver la luz el *Anuario Pontifical*.

Según los datos que contiene, el Sacro Colegio se compone actualmente de seis Cardenales del orden de Obispos, 44 del de Presbíteros, y 13 del de Diáconos, habiendo siete capelos vacantes. El Cardenal Sacconi es el Decano, pues cuenta 26 años de Cardenalato; el más viejo es el Cardenal Newman, de 87 años de edad, y el más joven es Luis Neto, de 46 años.

En cuanto a sus respectivas edades, cinco son octogenarios, 27 septuagenarios, 16 sexagenarios, otros tantos quinquagenarios, y uno menos de 50.

Además del Sacro Colegio, la jerarquía eclesiástica de la Iglesia universal cuenta con 13 Patriarcas, 182 Arzobispos y 737 sillas episcopales.

De los Patriarcas, cinco son del rito oriental y ocho del latino; por último, sumando los Prelados de ambos ritos, los titulares y los que no lo son de *nullius in diocesis* resultan 1.231.

BIBLIOGRAFIA

La Gorierna, por el P. Luis Coloma, de la Compañía de Jesús. Ilustrada por D. Apolito Mestre. Bilbao, 1887.

Una profunda y discretísima lección moral, la revelación completa de una alta personalidad literaria, un verdadero dije tipográfico y artístico... Todo esto se encuentra en el último librito publicado por el P. Coloma, librito que recuerda por su frescura a Fernán Caballero y a Trueba, y por su carácter y estilo a Pereda.

El P. Coloma había dado ya numerosas pruebas de su valía en el campo literario; pero *La Gorierna* acaba, como queda dicho, de revelar su personalidad literaria, constituyendo una promesa, cuya rea-

lización celebramos por anticipado todos los amantes de las letras. En estos tiempos en que tanto daño causa la novela perniciosa del naturalismo, hay necesidad de combatirla y de combatirla con sus propias armas. Pereda, Alarcón, Trueba, Polo Peyrolón y otros, están ya en la brecha desde hace años; pero el refuerzo del P. Coloma puede ser acaso decisivo para la buena causa.

La familia y la religión esperan muchísimo del novelista católico, cuyos artículos anteriores le han valido, en brevísimo espacio de tiempo, una justa reputación.

Catálogo de la Biblioteca de la Asociación de Escritores y Artistas—Madrid, 1887, Imp. de Tello.

Este catálogo, cuya necesidad venía siendo muy sentida por todos los individuos de la Asociación de Escritores y Artistas, pone de manifiesto, así la verdadera riqueza bibliográfica de la corporación citada, como la existencia de algunos títulos, aunque no muchos, que seguramente no se encuentran en ninguna otra Biblioteca de Madrid.

BANCO DE ESPAÑA

El Consejo de gobierno, con presencia del balance de fin de Junio último, ha acordado repartir la cantidad de cincuenta pesetas por acción, deducida ya la contribución correspondiente, a cuenta de los beneficios del año actual.

En su consecuencia, desde el viernes 8 del actual, de once de la mañana a tres de la tarde, y por el orden que se expresa a continuación, pueden presentarse los Sres. Accionistas en el Negociado de Acciones de la Secretaría, con los respectivos extractos de inscripción, a fin de percibir en el acto el expresado dividendo:

Viernes 8 de Julio 1887.—Letras del registro del extracto G, H, I, J, S y T.

Sábado 9 de id.—Idem id. A, L, Ll, U, V, Z y las inalienables.

Lunes 11 de id.—Idem id. B, C, M, N y O.

Martes 12 de id.—Idem id. D, E, F, P, K, Q y R.

Se advierte que los pagos se verificarán en los días que quedan señalados, y que desde el miércoles 13 en adelante se harán indistintamente.

Madrid 1.º de Julio de 1887.—El Secretario general, Juan de Morales y Serrano.

MUEBLES DE MADERA CURVADA

THONET

UNICOS INVENTORES

Nuevas rebajas desde 1.º de Abril de 1887.

Nuevos modelos Patent núm. 38.220.

Depósito en Madrid: Plaza del Angel, 10.

ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.



Tipografía de los Hermanos, Juan Bravo, 3.



ÉPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 20. — Madrid 15 de Julio de 1887.

NÚMERO SUELTO. DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
NUESTRO Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Six meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Six meses.....	17 1/2 ps. fr.
Un año.....	35 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Six meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Six meses.....	17 1/2 ps. fr.
Un año.....	35 »

SUMARIO

Texto. — La decena, por M. Ossorio y Bernard. — Los grabados. — La alborada, por Juan V. de Araquistain. — Solemos recibir del nuevo Nuncio de Su Santidad. — El Padre Santo ante las ofrendas de la caridad, por Antonio V. Gillo. — Delante de la Cruz, por Don Juan Costa. — Ocurramos del otro castillo. — Intuición de las Salinas, por Ventura de la Vega. — Morisquetas, por Vidal Vico. — Andar el peñador. — El Arte religioso, por M. de A. — Jubileo Sacramental de Su Santidad León XIII. — Noticias. — Necrología. GRABADOS. — Fray José Domingo Martínez, Provincial de la Orden de Predicadores. — Real Sitio de San Ildefonso (la Granja). — San Antonio de Padua con el Niño Dios.

LA DECENA

Poco importa el conocimiento de la causa para deplorar hondamente los efectos. El motín, que parecía desterrado de nuestras costumbres, ha asomado nuevamente su repugnante cabeza en algunos puntos del territorio, señalando su paso con la paralización de las industrias, los temores del comercio y la intranquilidad de las familias. Los gritos subversivos se han repetido con escándalo, y el fuego ha reducido a cenizas las casetas de consumos y los documentos y valores de la renta. Impotente la autoridad civil para reprimir el motín, ha tenido que ceder sus veces a la militar, y la fuerza pública se ha visto en la dolorosa necesidad de hacer uso de las armas, á consecuencia de lo cual hay que lamentar algunos muertos y heridos. Tristísimo es que para llegar al triunfo del derecho público hayamos recorrido tan corta jornada, que en pleno año de 1887 se escuche como hace diez y hace veinte el grito de ¡abajo los consumos!; y las turbas recorran las poblaciones, llevando cordeles para arrastrar á algún individuo, y termine la función con el incendio de inofensivos artefactos, hasta el momento clásico en que la autoridad militar convence á los amotinados con la elocuente voz de los fusiles y el peso de las cargas de caballería. Atorunadamente el motín, ó mejor dicho, los motines, no han revestido la gravedad que en un principio pudo atribuírseles; y si bien es cierto que los elementos revoltosos han logrado lo que querían en el orden económico, por lo menos hay que agradecerles que no hayan señalado estos días con el asesinato de los pobres arrendatarios que habían contratado una renta creyéndose amparados por la autoridad. Uno de los personajes de un drama célebre decía:

Me destierra... pudo ahorcarme...
Con que ¡mejor que mejor!

Algo parecido podemos decir nos-

otros: el motín pudo asesinar á indefensos ciudadanos y se ha limitado á atizar hogueras y á hacer ensayos de la aplicación del petróleo á las casetas de consumos... Con que ¡mejor que mejor!

Lo necesario ahora es que el mal no sea contagioso, ni tenga el grito del motín otros ecos que los que ya ha tenido en las poblaciones inmediatas. Consideran los señores revolucionarios que todavía no se ha celebrado el aniversario del último pronunciamiento militar y que eso de andar á tiros no es cosa para todos los días en una nación que aspira á la consideración de figurar entre las civilizadas.

Y dicho sea ahora en honor de los alborotadores valencianos: si ellos no hubieran restablecido el imperio del motín, dando asunto para llenar las columnas de los periódicos, ¿qué suceso hubiera podido registrarse en estos últimos días? Los madrileños especialmente no disponemos siquiera de un hecho de regular importancia que rompa la monotonía de esta época del año.

Que ha habido un incendio en la Fábrica de Ta-

bacos, no sabemos si en son de protesta contra el arrendamiento de los mismos ó para demostrar palpablemente al público que procedo con injusticia cuando dice que los cigarros son incombustibles.

Que ha sido sorprendido el *Rata tercera* robando un reloj y ha ingresado en el *Abanico*.

Que ha salido de él.

Que ha ingresado en el mismo establecimiento un periodista.

Y que no ha salido.

Que en la taberna de la calle A., de la plaza B. y del camino C. se han originado otras tantas contiendas, y que, á consecuencia de ellas, la navaja madrileña, rasgando tejidos y penetrando vísceras, ha dado regular contingente á los hospitales y cementerios.

Que en la noche del lunes se apalearon unos caballeros en el Jardín del Retiro, y la noche del martes hicieron otros lo propio en el Circo de Price, y la noche del miércoles se repitió la escena en el Hipódromo, y la del jueves en el Salón del Prado...

Que unos amantes han huido y otros han vuelto á la casa paterna.

Que el suicidio sigue resolviendo muchos problemas para los individuos que recorren el camino de la vida sin el dulce apoyo de la fe.

Sucesos menudos todos ellos, que pueden servir para llenar la sección noticiosa de un periódico diario; pero no dar ocasión á una crónica de más dilatado período de tiempo. Fuera de ellos, sólo el calor que se deja sentir como muy pocas veces constituye el tema de actualidad.

Gracias á él, los vecinos de los barrios bajos han renunciado al techo protector de sus viviendas, y en pintorescos grupos se sientan en aceras y arroyos de las calles, consagrándose á la música, á la murmuración y aun al sueño.

Gracias á él, muchos ciudadanos han trasladado su domicilio nocturno á las sillas del Prado y á los bancos de piedra de la Castellana.

En el templo de las leyes, en los Ateneos, en las Academias y Bibliotecas y especialmente en las oficinas, las persianas de los balcones constituyen la mejor defensa contra el calor, y á su sombra ronean tranquilamente cuantos por obligación ó capricho acuden á ellos por el día.

En las casas de baños hay que formar cola para zambullirse por turno en sus estrechas pilas; en el Manzanares son ya muchísimos los madrileños que se secan el sudor natural con sus arenas, y más de un aguador, al ir á llenar la tinaja de una casa, ha retrocedido con terror, viendo salir de ella al respetable inquilino que la ocupa en las horas de más calor.

Con la venida y el ejemplo de los igorrotos son muchos los madrileños



FRAY JOSÉ DOMINGO MARTÍNEZ,

Provincial de la Orden de Predicadores.

que han adoptado su traje elemental para andar por casa, y hay padres de familia que apoyan resueltamente esta tendencia, en odio a los sastres y a las modistas.

Las gentes que forzosamente necesitan andar por las calles en el centro del día utilizan los cientos de despachos de bebidas inglesas recientemente establecidos en Madrid, con lo cual logran que no se les corte la transpiración que les acompaña desde su salida de casa.

Y los infinitos vecinos que se ausentan, para vancar, encajándose en incómodas diligencias, y recibiendo el sol que les inunda y el polvo que prodigamente les regala el trote de las caballerías, oprimidos unos contra otros, jadeantes y en vías de adquirir una insolación, dicen limpiándose el sudor que les cae desde la frente a las rodillas:

— ¡Esto ya es otra cosa! ¡Así siquiera se respira!

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

FRAY JOSÉ DOMINGO MARTÍNEZ,
Provincial de la Orden de Predicadores.

Nació en Monasterio, pintoresco y alegre pueblecillo del Occidente de Asturias, el 22 de Enero de 1844, y fue uno de los primeros jóvenes que acudieron al llamamiento de los Rdmos. Orge y Larroca para la restauración de la provincia de España, ingresando, al efecto, en el recién abierto colegio de Cortes. Pronunciados los votos religiosos, terminada su carrera literaria y seguidamente ordenado de Sacerdote, fue agregado en calidad de Lector al Cuerpo de profesores de la Orden y regentó su propia cátedra hasta 1879, en que fue elegido Rector del colegio.

Terminado el trienio de su cargo, volvió el Padre Martínez a su cátedra, la que, a pesar suyo, tuvo que abandonar antes de finalizar el curso académico de 1883 a 84, por haber recaído sobre él la elección de Prior provincial verificada en el último Capítulo celebrado en el convento de Nuestra Señora de las Caldas por la Pascua de 1884.

REAL SITIO DE SAN ILDEFONSO (LA GRANJA).

Este Sitio Real fue fundado en 1720 por el Rey Felipe V en la falda de los montes carpateros, en la provincia y Diócesis de Segovia, de cuya capital dista dos leguas. Los jardines son magníficos y han hecho dar al Real Sitio el dictado de Versalles español. El Palacio encierra grandes riquezas en pinturas, bronceos y mármoles, y su fachada principal, que da frente a los jardines, fue delineada por el célebre arquitecto Juan Bautista Sachetti.

Seguendo la costumbre de anteriores años, la Corte se ha trasladado ya este año al Real Sitio. Acompañan a Sus Majestades y Altezas la camarera mayor, Sra. Duquesa de Medinilla de las Torres, la Marquesa de Nájera, los Duques de Medina Sidonia y Sexto, los Condes de Bilbao, de Sepúlveda y de Morphy; los doctores Riedel, Ledesma y Sánchez Ocaña, y el farmacéutico de Cámara Sr. Manicio; los gentiles hombres del interior Sres. Conde de Fuente el Salce y D. Ángel Bernad; dos ayudantes de campo y dos de órdenes; los Secretarios de Mayordomía y Camarera mayor señores Bremón y Canale, y el oficial primero D. Carlos Lord; el Director de Caballerías y los caballerizos de campo D. Federico Zappino, D. Fernando Moreno y Marqués de Beniel; cuatro Monteros de Espinosa; los encargados del gabinete telegráfico, Sres. Torres y Campos; el oficial de la Secretaría particular Sr. Careaga, y el de la Inspección D. Eugenio García.

Una compañía de Alabarderos al mando del coronel capitán D. Francisco Aien y el escuadrón de la Escolta Real prestarán el servicio de su Instituto.

SAN ANTONIO DE PADUA CON EL NIÑO DIOS.

Este cuadro, uno de los más característicos del pincel de Murillo, se conserva en el Museo de Sevilla, y recuerda involuntariamente al gran lienzo de la catedral, que hace años fue robado de su mismo altar, recuperándose al cabo y siendo objeto de una prodigiosa restauración.

LA ALBORADA

La noche huyó. Clarea
la aurora entre las brumas del Oriente,
el pájaro gorjea,
la brisa el monte orea,
las flores embalsaman el ambiente!

Levántase opulento,
y agita el sol su ardiente cabellera,
y a su fecundo aliento
respiran de contento
el hombre, el ave, el campo y la ribera!

¡Todo vive y palpita!
Canta el pastor corriendo entre la escarcha.
El ganadero grita,
el labrador se agita,
vuelve el viajero a reanudar su marcha.

Rasgando el leve viento,
llena el espacio la jovial campana.
Y todo es movimiento,
y júbilo, y contento,
porque llega risueña la mañana.

Y pájaros y flores,
brisas y aguas en mágica armonía,
con cánticos de amores,
saludan los albores
del nuevo sol que el Criador envía.

¡Qué bueno es Dios! ¡Oh! Canta...
Canta, ¡mi corazón! en esta aurora
su providencia santa.
Tu humilde voz levanta
para adorar su mano bienhechora!

¡Arda tu pecho yerto
ante ese nuevo día que aparece!
Une tu canto incierto
al general concierto
que el Universo a su Señor ofrece.

Por tí, su santa mano
doma el furor del piélago profundo;
por tí, ¡mortal insano!
fecunda monte y llano,
puebla de luz y de armonía el mundo!

¡Qué bueno es Dios! Se abrasa...
y arde mi corazón de amor henchido
por su bondad sin tasa;
y mi mejilla arrasa
llanto que brota el pecho agradecido!

Pues ese sol que avanza
vertiendo amores, júbilo y consuelo,
es iris de esperanza,
que anuncia en lontananza
el sol de gloria que ilumina el cielo!

Y pronto... como ahora
vendrá alegre y risueña otra alborada,
y el triste que hoy te implora
verá tal vez esa hora
desde la sombra de la tumba helada!

¡Ay! si para ese día
pudiera por la flor de mi inocencia,
perdida en mar bravía,
lavar el alma mía
con llanto de dolor y penitencia!

¡Oh! Escucha, pues, mi ruego
y perdona mis culpas ¡Jesús mío!
Si en el mundano fuego
ardí algún tiempo ciego,
hoy lloro mi locura y mi extravío!

Y espero en Tí, que enciendes
la tierra a cada sol de nueva vida;
que al que te implora atiendes,
y a su miseria tiendes
tu santa mano de bondad henchida!

¡Espero! ¡Sí! Y anhelo,
aunque esa dicha mi razón deslumbra,
lanzarme en rauda vuelo,
dejando el triste suelo,
al día eterno que tu gloria alumbra!

JUAN V. DE ARAQUISTAIN.

SOLEMNE RECEPCIÓN

DEL NUEVO NUNCIO DE SU SANTIDAD



El miércoles 6 del corriente se celebró en Palacio la solemne recepción por Su Majestad la Reina Regente del nuevo Nuncio de Su Santidad en esta Corte.

El Segundo Introdutor de Embajadores, señor Conde de San Rafael de Luyanó, fué a las cuatro y media a la Nunciatura con objeto de conducir a Palacio a Mons. Di Pietro.

La comitiva se dirigió por las calles del Sacramento, Mayor y Bailén, guardando el orden siguiente:

Coche de París.

Carroza de cifras, tirada por seis caballos negros con penachos granate y blanco; conducía a Monseñor Segna y Vico, Auditores de la Nunciatura.

Carruaje de corona ducal, tirado por seis caballos ingleses castaños con penachos azules.

Cuatro batidores de escolta real.

Un correo.

Carruaje de concha, tirado por seis caballos irlandeses alazanes con penachos blancos; conducía a Mons. Di Pietro y al conde de San Rafael; al es-

tribo derecho, el teniente coronel, jefe de la escolta, y a la izquierda un caballerizo.

Una sección de la escolta real.

La guardia exterior de Palacio hizo los honores presentando armas y tocando la Marcha Real.

Al pie de la escalera, donde estaba formado el real cuerpo de alabarderos ejecutando la marcha tusilera, se apeó el Nuncio, recibiendo los mayordomos de semana y gentiles-hombres de casa y boca.

Llegados a la saleta, el Introdutor dió aviso de la llegada del Nuncio, quien fué introducido en el Salón del Trono con las formalidades de costumbre. Acompañaban a S. M. el Excmo. Sr. Presidente del Consejo, el Ministro de Estado y los demás señores Ministros, los altos funcionarios de la Real Casa, Gentiles hombres, Grandes de España, Mayordomos de semana y demás servidumbre que asiste a esta ceremonia; y al Excmo. Sr. Arzobispo de Nacianzo el personal de la Nunciatura.

Previamente anunciado por el Señor Segundo Introdutor de Embajadores, Monseñor di Pietro entregó a S. M. el Breve pontificio que le acredita en calidad de Nuncio Apostólico, y pronunció con este motivo el siguiente discurso.

«Señora: Tengo la alta honra de elevar a las Reales manos de V. M. la carta que me acredita como Nuncio Apostólico. El venerable y sapientísimo Pontífice Soberano León XIII me envía como sucesor de un Príncipe de la Santa Iglesia, a quien estima altamente, a una Nación generosa, caballeresca y verdaderamente católica, acreditándome cerca de una Reina que ennoblece el Trono con el esplendor de sus virtudes. No puedo menos de reconocer que la pequeñez de mis fuerzas no corresponde a la grandeza de mi misión.

«Pero confío en Dios, cuya ayuda tiene esperanza de obtener siempre quien defiende y ampara, como es mi deber, los sacrosantos intereses de la Religión.

«Consagraré, además, toda clase de esfuerzos y de solicitud a mantener y hacer, si es posible, más estrechas y cordiales las relaciones que felizmente existen entre la Santa Sede y el Gobierno de V. M., persuadido de que la concordia que reina entre ambas Potestades proporciona, tanto a la Iglesia como al Estado, ventajas cuyo precio a nadie puede ser indiferente. El logro de mis deseos será mucho más fácil con el poderoso auxilio que me lisonjeo he de encontrar en la sabiduría y benevolencia de V. M. y en la leal y eficaz cooperación de su Gobierno.

«Tengo, finalmente, la gran satisfacción de asegurar a V. M. que mi Augusto Soberano, el Supremo Jerarca de la Iglesia, desea ardientemente la mayor suma posible de prosperidades para el Reino de España, y que sus sentimientos hacia V. M., su Augusto Hijo y toda la Real Familia son verdaderamente de especial cariño y de afecto paternal.»

S. M. la Reina se dignó contestar:

«Señor Nuncio: A las muchas pruebas del interés que por el engrandecimiento del pueblo español y por el bien de mi Real Familia tengo recibidas del Venerable Pontífice que os acredita ante mi Corte, se une el nuevo testimonio que de su bondad me ofrecen vuestras palabras. De ellas me felicito muy cordialmente, pues aunque en la historia de la Católica España el acuerdo entre las dos Potestades ha sido rara vez interrumpido, quizás en ninguna época se ha mostrado más patente que en la actual el interés del Santo Padre por los españoles, y el respeto y cariño que a ellos inspiran las altas y esclarecidas dotes del Pontífice y los señalados servicios que de El recibe la causa de la civilización.

«Continuad, pues, con confianza la obra de vuestro ilustre predecesor, en la seguridad de que no han de faltaros, ni las simpatías del pueblo español, ni la cooperación de mi Gobierno.»

Terminada la recepción oficial, el Excmo. señor Nuncio Apostólico presentó a S. M. el personal de la Nunciatura, retirándose con los mismos honores que se le tributaron al dirigirse a Palacio.

Entre las damas que concurrieron a la recepción, recordamos a las señoras duquesas de Medina de las Torres, Alba, Veragua, Osuna y Medina Sidonia; marquesas de Miraflores, Molins y Barbales; condesas de Heredia Spínola, Superunda, Toreno, Guayqui y Medina de Rioseco, y madame Cambon, esposa del embajador de Francia.

Grandes de España asistieron los señores duques de Medina Sidonia, Tetuán, Veragua, Frías y Granada; marqueses de Santa Cruz, Molins, Bedmar, Salamanca y Villamagna, y condes de Toreno, Pinohermoso, Heredia Spínola y Guayqui.

Monseñor Ángel di Pietro, Arzobispo de Nacianzo, es varón insigne por su talento y virtudes, habiéndose distinguido notoriamente por su participa-

ción en la obra del restablecimiento de la paz religiosa en Alemania. De los propósitos de que viene animado da clara muestra el siguiente párrafo de una carta recibida días ha por una de nuestros colegas:

Monseñor di Pietro me ha dicho que en España no hará más que una política: la de León XIII. La situación ha mejorado en estos últimos tiempos, y no hay más que proseguir la obra insigne de monseñor Rampolla: es decir, ejecutar los mandatos del Santo Padre, trabajando por la paz interior de ese país tan destrozado por las facciones políticas.

Esperamos todos que han de verse cumplidos tan dignos y levantados propósitos.

EL PADRE SANTO

ANTE LAS OFRENDAS DE LA CARIDAD

Palma de las tormentas vencedora
Y dócil á los céfiros silves,
En himnos dulces ó en plegarias graves
Reza por todos y por todos llora!
De la afligida Iglesia redentora
Conduce al puerto las gloriosas naves,
Da una mano las celestes llaves,
Y otra extendida en actitud que implora!
Su apostólica fe, los hondos duelos
Del corazón que su ternura encierra,
De todo el mundo lograrán consuelos:
Que el mundo entero al meditar se aterra
Que quien tiene las llaves de los Cielos
Es el primer mendigo de la tierra!

ANTONIO F. GRILLO.

DELANTE DE LA CRUZ

Es Dios quien habla á los hombres y les dice:

¿No podéis subir hasta donde está mi gloria? Yo, que soy el Señor de los prodigios, haré el mayor prodigio por vosotros y tendré toda mi gloria donde vosotros estéis. ¿No tenéis ciencia para conocerme? Creed en mí, y tendréis más ciencia que los que más me conocen. ¿No tenéis ni ingenio ni letras para convertir á mí la muchedumbre de las gentes? Desead que todas las gentes se conviertan á mí, y yo os daré las palmas de la predicación y la gloria del Apostolado. ¿No tenéis agua para los que tienen sed, ni pan para los que tienen hambre? No importa; pedidme á mí que los sedientos beban y que los hambrientos coman: y el pan que aplaque su hambre y el agua que temple su sed os serán imputados en el cielo. ¿Estáis cargados de dolencia y de días, y os faltan las fuerzas para las buenas obras? Desead padecer: y tened por cierto que vuestra será la gloria de los mártires. ¿No podéis ser misericordiosos? Sed pacientes: y tened por cierto que seréis tan grandes ante mí por vuestra paciencia como los otros por su misericordia. ¿No podéis levantar á mí vuestras manos cargadas de hierros y puestas en prisiones? Levantad vuestra voz, y vuestra plegaria será escrita en el cielo, como si juntamente hubieran levantado á mí la voz y las manos. ¿Sois mudos? No importa: levantad vuestro espíritu á mí, que yo sigo la voz de los espíritus. ¿No sabéis qué cosa pedirme? No importa: porque yo sé lo que os conviene. ¿No sabéis por ventura amar? Pues si sabéis amar lo sabéis todo, porque me sabéis á mí, y lo tenéis todo, porque me tenéis á mí que soy habitante de los corazones que me aman. ¿No recordáis cuando andave por el mundo?

Hubo entonces en la tierra una mujer adúltera, que era ludibrio de las gentes; sus manos estaban vacías de buenas obras, su alma abrumada de pecados, no entendía cosa de plegarias ni de oraciones, pero yo la miré, y se enamoró de mí, y se puso calladamente á mis pies; y allí puesta se convirtieron sus ojos en fuentes de lágrimas; y lloró tanto, que los cielos admiraron su dolor. Nada me ofrecía sino á ella sola; nada me pedía sino á mí; y con esto solo hubieran podido envidiarla, la hubieran envidiado todos los coros de mis ángeles y serafines porque enamoré de ella y la hice mía, y santifiqué con mi presencia el corazón contrariado de la arrepentida pecadora. ¿No soy el que llevé conmigo al Paraíso el alma de aquel santísimo ladrón en la sangrienta tragedia del Calvario? ¿Quién fue jamás ni más culpable, ni más menesteroso que él? Pero al rendir su espíritu se puso en mis manos como yo puse el mío en manos de mi Padre; y así como mi

Padre me recibió, yo le recibí. El Océano de su amor había pasado por la cumbre de sus culpas.

Yo soy aquel que, antes de dejarme ver de los Reyes, me dejó ver de los pastores; y que antes de llamar á mí los abastecidos, llamo á los necesitados. Yo soy aquel que, andando por el mundo di salud á los dolientes, lumbré á los ciegos, limpieza á los leprosos, movimiento á los paralíticos, vida á los muertos. Yo soy aquel que, para dar de beber á los sedientos, hice brotar las aguas de las rocas, y para dar de comer á los hambrientos envié el maná y multipliqué los panes. Yo soy aquel que, puesto entre los pobres y los ricos, entre los ignorantes y los sabios, entre los arrogantes y los humildes, pasé sin decir nada junto á los ricos, sabios y arrogantes, y llamé con tierna voz y amorosa á unos pobres ignorantes y humildes pescadores; y me hice todo suyo y les lavé los pies, y les di mi cuerpo por manjar, y sangre por bebida, que tanta fe por ellos mi querencia.

Nada amé tanto como vuestra pobreza y vuestro amor, después de la gloria de mi Padre. Siendo Soberano Señor de todas las cosas, me despojé de todas ellas para ser uno de vosotros, que no á ningún príncipe del mundo di la gobernación y el mando de mi Iglesia Santísima; y para conferirle aquella suma potestad, no le pregunté lo que tenía ni lo que sabía, sino lo que amaba; no le examiné de licenciado ni de doctor, sino de amante. Yo mismo dejé mi vestidura de Rey y tomé la de siervo. Una mujer fue mi madre, un establo mi aposento: un pesebre mi cuna. Pasé mi infancia en desnudez y en obediencia, viví atribulado: comí el pan de caridad, no tuve un día de reposo: llenáronme de vituperios y afrentas: mis Profetas me llamaron Varón de Dolores, escogí por trono una cruz: descansé en sepulcro ajeno, al entregar mi espíritu á mi Padre os llamé á todos á mí. Y desde entonces no me canso de llamaros: ved cómo tengo en la Cruz, para recibirlos á todos, entramos brazos tendidos.

DONOSO CORTÉS.

OSCURANTISMO DEL CLERO CATÓLICO

Es una interesante memoria que acaba de presentar á la Sociedad de Ciencias y Artes de Santiago de Chile su dignísimo Presidente, el Presbítero Dr. D. Mariano Soler, extractamos los párrafos que verán nuestros lectores, en los que se pone de manifiesto la repugnante injusticia de Drapper y sus secuaces, que no cesan de tildar á nuestra santa Religión de ignorante, oscurantista y enemiga de las ciencias.

No pretendemos recordar las admirables obras que el sacerdote católico ha escrito acerca de las ciencias dogmáticas y morales. Como este es su propio y casi privativo terreno, contados son los libros referentes á tales ciencias que no hayan sido debidos al ingenio de algún ministro del Señor. Paremos sólo nuestra atención en las ciencias naturales, que los librepensadores no cesan en su estúpida ignorancia de presentarnos en continua pugna con el dogma católico. Desde luego podemos asegurar que no pueden ser contados los nombres de los ilustres sacerdotes que descuellan ó han descollado en nuestro tiempo en tales estudios. ¿Quién no conoce al sabio padre Secchi, lumbrera de la astronomía moderna, inmortal por sus obras *El Sol* y *Las Estrellas*, director, hasta su reciente muerte, del Observatorio romano? En la Exposición de 1877 merecieron medalla de oro el mismo P. Secchi por su *meteorógrafo*, el P. Parsinelli por su *anemómetro-grafo*, el abate Caselli por su *panthégrafo* y el misionero Petitot por sus trabajos geográficos.

La reciente Exposición de Turín ha servido igualmente para enaltecer al clero católico. Al frente de la Comisión ordenadora se hallaba el P. Donza, autor de unas notables *Memorias* sobre las estrellas fugaces, y otros meteoros luminosos, premiadas en la misma. Más de veinticinco sacerdotes italianos han expuesto instrumentos, inventos y trabajos notabilísimos acerca de la astronomía y meteorología. El P. Bertelli ha presentado sus instrumentos y observaciones *microsismométricas*. El P. Secchi, varios instrumentos para estudiar los terremotos, tales como el *sismógrafo*, el *microsismógrafo*, el *anemómetro sísmico*; el sacerdote Morcatelli, estudios acerca de los volcanes, y Maximiliano, director del Observatorio de Venecia, entre otros trabajos, ha presentado un *mareógrafo eléctrico*.

La última Exposición de Amsterdam ha adjudicado el *gran premio de honor á la ciencia* al autor de la *Flora de Filipinas*, declarando el jurado calificador que ninguna nación como España podía presentar título semejante de gloria. Este autor no

es otro que el Rvdo. P. Fr. Manuel Blanco, religioso agustino.

Nadie negará que son respetados por los sabios los nombres del P. Perry, director del Observatorio de Stonyhurst; del P. Martín, director del de Radcliffe; Lafont, alma del Observatorio espectroscópico de Calcuta; el P. Viñas, director del Observatorio de la Habana; el P. Faura, del de Manila; el P. Dechavrens, que en Zikawei, cerca de Chang-Hai, publica un precioso boletín meteorológico y magnético, tomado de los apuntes del Observatorio de los Padres de la Compañía.

Aquí podríamos recordar sin esfuerzo al P. Bouiller, escritor sobre las estrellas fugaces; Zerpieri, sobre la luz zodiacal; Ferrari, sobre el punto radiante de las estrellas cadentes. A Rallard, autor del *multiplicador eléctrico*; el P. Chapey, del telémetro acústico y óptico; P. Allegret, del *contador solar*; P. Vidal, del *alcoholómetro perfecto*; P. Filhol, del *electrófono constante*. En fin: á Derbey, Bouloy, Hende Lalanne, Stopanni, Ciampi, Gospeil, Rossetti, etc., etc., coronando esta hermosa pléyade de sabios sacerdotes con la brillante figura del abate Moigno, director del *Cosmos*, y verdadera enciclopedia viviente de ciencias naturales.

Mas veamos particularmente el impulso que á las ciencias naturales ha dado el sacerdocio católico. Empecemos por la más sencilla de todas.

Geografía.—Según irrecusable y competente testimonio del gran geógrafo Malte-Brun, las excursiones de impávidos y heroicos misioneros han sido dignas de tanta estima para las ciencias, como las exploraciones de los Magallanes, Cooks y Livingstones. Sin la *brújula*, invención del Diácono Flavio, habría sido imposible el descubrimiento de tierras desconocidas y las empresas marítimas. De los *Anales de la propagación de la Fe* ha sacado preciosos datos la geografía é historia natural.

En Lyon existe un globo terrestre hecho por los religiosos franciscanos, en el que se designan algunos puntos que hoy se creen descubiertos por primera vez, y, con todo, los citados religiosos los conocieron.

En nuestros días el abate Debaize ha partido, con la protección del Gobierno francés, á las exploraciones del Africa, auxiliado por los Padres de la Misión; mientras se acaba de conceder una medalla de oro al misionero Desgodins, por sus importantes exploraciones en las fronteras del Tíber, desde 1855 á 1879.

En los tiempos pasados es sabido que el P. Pevino de Mantua hizo conocer la Rusia al resto de Europa; Sicard, el Egipto, la Armenia y Siria; Bredevent, la Etiopía; Basin, la Persia; llegando á ser el primer médico del rey; Tachard, el Siam; Gerbillón, la Tartaria; y en fin, Du Halde, Ricci, Charlevoix, Lavat y otros, la China, el Japón, América del Norte, y varias otras regiones desconocidas.

Los primeros trabajos geográficos, ya sean esfuerzos, mapas, diccionarios, etc., han sido hechos por eclesiásticos, distinguiéndose entre otros los célebres Labín, Vidal, Vitry, Zafilla, Grenet, que formó la esfera más sencilla y cómoda hasta entonces, Urdaneta, Rada, Zúñiga, Bravo, Zaboruski, Murillo, Velarde, Zafont, Arancini, etc., etc., que se han ocupado en los distintos ramos de estas ciencias.

Historia Natural.—Los distintos ramos de esta ciencia han sido cultivados esmeradamente por el sacerdote católico. La flora, la fauna, la mineralogía, mil hechos de la geología, dice Barrera, y otros mil de la física terrestre y meteorología, llegan á conocimiento de los sabios por el conducto de los sacerdotes misioneros. Innumerables son los datos científicos que el *Diario de los Sabios*, de París, toma continuamente de los *Anales de las Misiones*.

La medicina, aunque algo incompatible con el ministerio sacerdotal, ha tenido ilustres cultivadores entre los eclesiásticos, entre ellos el famoso anatómico Stenon, el célebre fisiólogo Spallanzani, y hoy mismo son conocidos los religiosos Trapenses por sus trabajos sobre medicina homeopática. ¿Cuántos medicamentos y hierbas medicinales no descubrieron los misioneros? Ellos propagaron la quina, dieron á conocer la goma elástica, la vainilla, el bálsamo de copaiba, y divulgaron el ruibarbo.

Notables ingenios entre los sacerdotes se han dedicado al estudio de la Botánica. López de Ayala y el P. Acosta descubrieron las nuevas y raras plantas de América. Muchos eclesiásticos han immortalizado su nombre, dándole á alguna familia de plantas descubierta por ellos. Las *camelias* deben su nombre al P. Camelli, y así los géneros Mutiria, Gomara, Venegatia, Laracha, Sarmiento, Blancoa, Acosta, Gumilica, Uriguera, y muchos otros.

No presentará España otro sabio que iguale en botánica al célebre y eruditísimo sacerdote Cavan-

lles, estimulado en sus estudios por otro célebre botánico, francés, el abate Lhomond. El mismo Linneo tuvo por maestro al sacerdote sueco Olao Celsio, a quien no vacila en llamar el fundador de la Historia Natural.

Si de la Botánica pasamos a los demás ramos que abraza esta historia, hallaremos a un Padre Flórez, fundador del primer museo de historia natural y arqueología de España. Al canónigo Hally, autor de la cristalografía; al P. Fortis, el primer naturalista de Italia, según Danina; al P. Pini, a los dominicos Varrellet y Aymerich; al P. Engrenelle, a quien se debe la descripción de los insectos de Europa. Celebridad merecida han adquirido el P. Dolling, Correa, Capane, E. de Hales, Bocconi, Daniel, Delacroix, Petit-Radel, siendo muy digno de notarse que los eclesiásticos han tenido la alta honra de preparar los materiales con que se han formado las grandes obras modernas. No tendríamos un Galileo sin Copérnico, ni un Linneo sin Olao Celsio.

Física.—No es posible saludar esta hermosa ciencia sin tropezar con instrumentos y leyes que llevan el nombre de sacerdotes ilustres, tales como Mariotte, Nollet, Melloni, Castelli, Grimalde, Marsena, Caselli y otros.

Existen múltiples descubrimientos a que la fortuna no quiso que dieran su nombre. Así sabemos que el Arzobispo de Dominis explicó por primera vez los colores del arco iris; el P. Kircher inventó la linterna mágica; el P. Rheita es el verdadero autor del anteojo de larga vista. Según dice Roberto Stuard, el primer autor inglés que habla de la posibilidad de mover una máquina por la fuerza elástica del vapor no es otro que el ingenioso y sabio Obispo Winkins.

El abate Hautefeuille, que escribió más de 30 tratados distintos, indicó desde 1692 la invención del respiradero antimefítico: el monje Gerbet es el inventor del reloj y del globo celeste; el franciscano Rogerio Bacon, de la pólvora y de los lentes, el dominico Spina, de los anteojos; el P. Maignan, del microscopio; Guido de Arezzo, de la clave, escala musical y armonía, y del órgano, Bades de Celles.

El higrómetro fué inventado, según el físico Libes, por el Cardenal de Cusa; el termómetro real, por Soumille, y el Presbítero Chappe es el inventor del aparato más sorprendente de nuestros días, el telégrafo; y el pantelégrafo se debe al abate Casselli.

¿Quién sino el P. Bartear descubrió el pararrayos antes que Franklin, como consta por las Memorias de la Academia de Viena? La explosión eléctrica fué estudiada por primera vez por el P. Berand.

Nos haríamos interminables si quisiéramos citar los innumerables sacerdotes que se han hecho memorables en el estudio de la física y química. Concluyamos esta sucinta relación, diciendo que al abate Courtois se debe el freno instantáneo para parar los trenes, al P. Embrisco el ingenioso reloj de agua, al benedictino Valentín la aplicación de la química a la medicina, y se han hecho célebres en mineralogía los sacerdotes Binón, Bertholón, Poucellet, Paulian y otros.

Astronomía.—Acerca de esta ciencia vamos a hacer mención de los siguientes eclesiásticos que han sabido inmortalizar su nombre cultivándola. Desde el siglo XIV, el Obispo de Salisburgo, Virgilio, el P. Vicente de Beauvais y el P. Jordán de Rivalta, aunque estaba en boga el sistema de Ptolomeo, enseñaban así la *redondez de la tierra* como la existencia de los *antipodas* y de la *fuerza centrípeta*. El actual sistema planetario es debido a eclesiásticos. El primero que descubrió el movimiento de la tierra fué el Cardenal de Cusa. Copérnico, canónigo, demostró matemáticamente este sistema, apoyándole eficazmente los religiosos Foscarini y Diego de Zúñiga. Son muy conocidos los trabajos astronómicos de Regiomontano, especialmente en la corrección del calendario.

Distinguiéronse los Padres de la Compañía de Jesús en esta ciencia. Bamberg y Grassi conocieron los eclipses de los cometas; Scheiner descubrió las manchas del sol: ellos fueron los que reemplazaron a los sabios chinos en la dirección de los observatorios del Celeste Imperio, brillando desde 1620 entre otros los PP. Schall, Sumbil, Guldin y los hermanos Terencio y Versbier. Los mismos padres de la Compañía fueron los que en Europa dieron impulso al establecimiento de observatorios, notándose, entre los demás, por su celo, los PP. Flamsteed, Gassendi, Graindorge.

Merecieron la comisión de la Academia de Ciencias de París, para diversos trabajos astronómicos, los sacerdotes Gotte, Guerin Piazzi, inventor del planeta Ceres; Hodierna. La Caille, a quien Lalande apellida *gran astrónomo*. Recordemos, en conclusión, a Orioli, Caraffa, Picard, el primero en medir exactamente el meridiano de la tierra, Cesa-

ris y Oriani, directores de la Academia de Ciencias de Milán.

Geología.—Tanto en esta como en la paleontología y prehistoria, ciencias novísimas, han desollado eruditísimos eclesiásticos. El P. Cesi y Kircher brillaron en los principios de ellas; en nuestros días figuran en primera fila, entre los sabios consagrados a las mismas, los abates Bourgeois, Delaunay, Valroger, Maillard, Croiset, Lambert, geólogo eminente, Castrocane, Vallet, Hami y Almera.

En los estudios prehistóricos han derramado inmensa luz los trabajos de los abates Ducrot y Marchand; y acerca de la paleontología han escrito bellos tratados los eruditos Molloy, Meignan, Pianciani, Gaiset, Choyer y otros. El Padre Andrés de Gy, modesto capuchino, es conocido de los sabios por su *Teoría de la tierra*, que Cuvier hizo admirar al Instituto de Francia.

Al contemplar esta hermosa falange de sabios que vistieron sotana, ante los cuales debe inclinarse la cabeza cualquiera que conserve una chispa de amor a la ciencia, y para quienes se abren de par en par todas las Academias, Museos, Observatorios y demás templos del saber, no podemos menos de concluir este insignificante trabajo con las mismas palabras del erudito Madrolle: «Las ciencias exactas y las bellas artes, la astronomía, la física, la química, la navegación, las ciencias geográficas, y hasta la arquitectura, la pintura y la música, deben sus más felices descubrimientos, y hasta sus prodigios, al sacerdocio católico.»

(De La Lectura Católica.)

IMITACIÓN DE LOS SALMOS

¡Ay! no vuelvas, Señor, tu rostro airado
a un pecador contrito.

Va abandoné, de lágrimas bañado,
la senda del delito.

Y en tí humilde, ¡oh mi Dios! la vista clavo,
y me aterra tu ceño;
como fija sus ojos el esclavo
en la diestra del dueño.

Que en dudas engolfado, hasta tu esfera
se alzó mi orgullo ciego,
y cayó aniquilado cual la cera
junto al ardiente fuego.

Si en profano laúd lanzó mi boca
torpes himnos al viento,
yo estrellaré, Señor, contra una roca
el impuro instrumento.

Levántate del polvo, arpa sagrada,
henchida de armonía!
Y tú, por el perdón purificada,
levántate, alma mía!

Y yo también al despuntar la aurora
y por el ancho mundo
cantemos de la diestra vengadora
el poder sin segundo.

Te cantaré ¡oh mi Dios! cuando te plugo
bajo tu amparo y guía
a Israel acoger, que bajo el yugo
de Faraón gemía.

Del tirano en el pecho diamantino
pusiste fiero espanto,
Tembló: tu brazo conoció divino:
soltó tu pueblo santo.

El mar lo vió y huyó: de enjuta arena
ancha senda le ofrece:
Síguelo Faraón... — La mar serena
lo traga, y desaparece.

Viólo el Jordán, y huyó: monte y collado,
cual tierno corderillo,
saltaron de placer: el risco alzado
cual suelto cabritillo.

¡Oh mar! ¿Por qué tus aguas dividiste
y a Faraón tragaste?
¿Por qué, humilde Jordán, retrocediste?
Monte, ¿por qué saltaste?

Ante el Dios de Jacob tembló la tierra.
Las trompetas sonaron:
Paróse el sol, y Gabaón se aterra,
y los tuyos triunfaron!

Y brotaste, Señor, de piedra dura
agua en masa corriente,
y aplacó de tu pueblo su durezza
allí la sed ardiente.

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,
al que enjugó tu lloro.
«Acompañe la cítara tu canto
y el timpano sonoro.»

Lánzase al hondo mar, con mente ciega,
osado el marinero,
y pide al polo el que la mar le niega,
ya borrado sendero.

Huye a tu voz el céfiro siave;
y el hondo mar turbando
cruzan los vientos, y la triste nave
combaten rebramando.

Ya sube al firmamento, ya desciende
al abismo horroroso:
ruge el trueno: veloz el aire hiende
tu rayo fragoroso.

Gime el nauta y te implora, y aplacado
lo miras con ternura.
El vendabal es céfiro; el hinchado
mar tranquila llanura.

«Canta, Israel, etc.»

Los tiranos del mundo en liga impta
para el mal se anudaron,
y a la incauta Israel «¡Dios nos envía!»
desde el solio gritaron.

Y entre sí concertados: «Fiera lucha
al justo renovemos:
«blasfememos, que Dios no nos escucha:
«Dios no ve: degollemos.»

Dijeron, y no son.—Su raza impta
cual humo se deshizo.
—¿No oírá quien dió el oído? ¿No verla
el que los ojos hizo?

«Canta, Israel, etc.»

Los impíos que tus casas allanaron
de uno al otro horizonte,
y con hachas sus puertas destrozaron
como leña del monte.

Los fuertes que se alzaban, cual montaña
que a la nube se eleva,
despareciendo, como débil caña
que el huracán se lleva.

Los robustos de Edon, y los tiranos
de Moab, ¿qué se hicieron?
El Señor los miró, y abrió sus manos,
y al abismo se hundieron!

«Canta, Israel, al Fuerte, al Justo, al Santo,
al que enjugó tu lloro:
«acompañe la cítara tu canto
y el timpano sonoro.»

VESTURA DE LA VEGA.

MARISALTOS

O LA HEBREA DE LA FUENCISLA.



ANTIGA VII. — Guardón da morte luna
iudea, que espenaron en Segobia, et
porque s'encomendou a ela, nen mo-
rréu, nen se feriu.

Quen creara na Virgen Santa
En a culta valer-l'a?
Dest' un mirag' en verdade
Fex en Segovi' a cidade
A Madre de piedade
Qual este cantar dirá,
Huna judes achada
Que foi en err' é fillada,
Et á esfalar á levada
D'una pena, qu' está
«Muit' alta et muit' esguiva:
Et ela diss': «Ai, cativa!
«Como pode ficar viva,
Quen d' aquí á caer-a,

2. Quen creara en la Virgen Santa, en el trance de la muerte. El estribillo se repite al pie de cada estrofa ó cuarteta.

3. Cogida.

4. El verbo «está» en portugués con la significación de «quedar exanimado, ó perder aliento». Proviene, como el francés «suffler», del latín «exsufflare».

Senón se Deus se querria
 Mas, tu, Reyna Maria,
 U' cristiandade fã
 Se tal es, com q' a sa,
 Que acorral-as a cãstadas
 Que ti son acomodadas,
 Entre todalas colpadas
 Val a mi, co mister m'a.
 E se fãr' v' i' sana,
 Logo m' fãr' crichana
 Ante q' seia m'annana
 Cras 3, u al non averã.
 Os judeus, que a levaron,
 Na camisa a leixaron;
 Et logo a espenaron
 Dizendo: Alã yã,
 Mais p'õs d' ali fãr' caãda,
 Da Virgen fãr' acorralada;
 Porã non fãr' peregrãda;
 Però caãda long' ali,
 Ita a pe d' una figueira;
 Et argu-a-se mui ligeira-
 ment', e fãr' sa carreira
 Dizendo: Sempre serã
 Beneita a grãveira
 Madre de Deus, preciosa,
 Que m' fãr' ten piadosa.
 (Et q' m' non servira)
 E chegã a a egliseia
 D' Aquela, que sempre seia
 Beneita, u mui sobeia
 Gente v'ia; et diss' a: Acl
 Vide 3, i' batizar m' edes;
 Et tal mirage' vydes;
 Que vos maravillaredes;
 Et toã om' ass' fãrã.
 E tantost aquela gente
 A batizã manteneite;
 Et fãr' sempre ben crente
 Da que per nos rogãrã
 A seu Filho grãtoso,
 Que nos seia piadoso
 En o dia temeroso
 Quando julgamos verã.

El tiempo en que acaeció el prodigio, el fallo injusto de que había sido víctima la hebrea, la visión que tuvo y que contó a la gente apañada, donde hoy está el parque del alcázar y descollaba la catedral; y de donde se divisaban las peñas Grajeras ó de la Fuencisla, lugar del suplicio, el nombre que recibió al ser bautizada y el sobrenombre que le dió el pueblo segoviano; todo ello nos consta por un testigo de mayor excepción, el sabio y virtuoso dominico Fray Rodrigo de Cerrato¹, cuya narración *inédita* he tomado de un manuscrito del siglo XIII². Dice así³:

"In eodem regno⁴ circa idem tempus⁵ accidit simile miraculum. In civitate namque segobiensi quedam hebrea diffamata est quod peccabat cum quodam milite coniugato. Uxor autem militis, inuicem sibi fieri reputans, predictam hebream convenit coram iudicibus civitatis, proponens quod cum viro suo adulterium perpetrasset. Qui in detestationem tanti criminis et in favorem christiane religionis, presumptiones quasdam pro attestationibus admittentes, dederunt contra eam sententiam ut pena precipitii puniretur. Consuetudo enim fuit segobie ut iudei tantummodo, morti adiudicati, pena huiusmodi punirentur.

Est autem locus precipitii quidam rupes ex sinistris adiacens civitati, ita sublimis quod timorem incutit intuenti. In cuius medio praeerupti eminent scopuli, eis quibus illi qui precipitantur, antequam ad terram veniant, horribiliter discerpantur. Cum igitur oficiales, precepto iudicum, predictam hebream, preter camisiam exuentes omnibus vestibus, ligatis ut mos est post tergum manibus, de rupe predicta precipitasset, continuo ipsa beatam mariam invocavit, dicens: Sancta maria, adiuva me, sicut sis me ab hoc peccato immunem! Ad hanc vocem ut ipsa postmodum est confessa, vidit statim columbam quandam candidam sese usque ad terram comitanti. Quam cum vidisset, omnem timorem amisit; et nimium consolata cum omni suavitate, solutis manibus, in terra potius sedit quam cecidit.

Aderat ad hoc spectaculum multitudo hominum, non solum christianorum et sarracenorum, sed etiam iudeorum. Qui videntes quod acciderat, omnes in admirationem sunt conversi. Ipsa autem surgens, christiana fieri volens, baptismum petivit, et nomen marie christianum sibi imponi humiliter postulavit, et obtinuit. Vocata est autem *marisaltus*: Maria quia ad invocationem beate Marie est liberata; *saltus* quia de rupe sublimi non precipitii supplicium perit, sed quasi de loco humili in terram saltavit.

Parum postquam hoc contigit, veni ego segoviam; audi vius miraculi famam; vidi predictam feminam; vidi de hoc multos testimonium perhibentes."

Bien se aviene esta manera de contar con la gravedad y entereza de juicio, que promete el autor en la introducción a su obra:

"*Vitas sanctorum*, nimia prolixitate descriptas ac varis voluminibus dispersas, quorum festa ecclesia colit, vel quorum hystorias fides fidelium [recte] p[ro]p[ri]e, breviter et [succincte, elegans] utilis, in uno volumine prestringere curavi, omissis coloribus purpuratis; quatinus prolixitas, mater tedii, lectorem non retrahat, brevitas allicit, utilitas inducat, color rectoris non obducatur; praedicatores vero, ad predicandum de sanctis, non desit materia, et ad excitandam devotionem fidelium devota inveniantur exempla; clericos quoque inopes ad habendum vitas sanctorum inopia non excuset. Sane lectorem non lateat quod in quibusdam sanctorum legendis et aliis eorumdem hystoriis nonnulli leguntur errores. Quedam dicuntur impossibilia, multa ponuntur contraria. At ego diligenti studio errores correxi, impossibilia pretermisi, contraria concordavi. Auctores autem, vel libros seu hystorias, ex quibus scripta sunt que leguntur, in rubricis ponuntur; interdum intus, in littera, inscribuntur."

La feliz hebrea, Marisaltos, vivió largo tiempo después de recibir el bautismo, sirviendo santamente a Dios en la Catedral, donde fué sepultada. La pintura se encargó allí de mantener a la vista de los fieles la memoria del prodigio, que el rey Don Alfonso X y Fr. Rodrigo de Cerrato transmitieron a la voz de la fama en páginas inmortales. En 1459, desfigurando un tanto la verdad, escribía a su vez la narración Fr. Alonso de Espina, ó del Espinar⁶, judío converso y franciscano observante, harto célebre⁷:

"De iudea precipitata in civitate segobiensi et per virginem mariam liberata.

Num mirabile accidit in predicto regno, civitate Segobiensi. Cum enim cuidam mulieri iudee imponeretur crimen adulterii false tradita fuit marito ut de ea faceret quod vellet. Qui, cum eam duceret ad supercilium cuiusdam excelsae rupis, civitati coniunctae, ut est loco illo illam precipitaret, et concurrentibus ad spectaculum pluribus gentibus, predicta iudea, que immanis erat a crimine, et devota virgini gloriose licet occulta in articulo illo, grandi cum devotione beate virginis se commendavit, ut sicut immanis erat liberaret; proponens in corde suo, si eam liberaret, tempore vite sue in sua ecclesia servire. Et ecce mox ut precipitata fuit, apparuit sibi virgo beata, cum suis in manibus recipiens⁸ et illesam in profundo vallis posuens. Cumque plurime gentes ad locum cucurrissent, invenerunt eam illesam, gaudentem et laudantem deum, et gratias referentem beate virginis; publici affirmans manibus eius fore liberatam. Deducta est ergo mulier illa iudea, ad petitionem eiusdem ad maiorem ecclesiam predictae civitatis, que sancta maria maior intitolatur; et ibi sacrum baptismum recepit; et vocata in vulgari nostro *marisaltos*: maria propter virginem mariam que eam liberavit; et *saltos* propter saltum miraculosum quem fecit. Vixit autem in ecclesia multo tempore⁹ in timore domini serviendo laudabiliter. Resplenduit spiritu prophetic; et feliciter cursum suum consummavit. Predicti miraculi adhuc in predicta ecclesia extat memoria in picturis, sicut ego vidi."

Flore FITA.

(Se continuará.)

ANDRES EL PESCADOR

(Conclusión.)

N o era poca la que sentía, y el alimento encontrado en ella sirvió para reparar mis fuerzas.

— Cuánto me alegro.

— Oye, Misor: ¿tú sabes donde vamos?

— Según la dirección que lleva mi padre, debemos ir a la cueva del Romero, donde se encuentra nuestra gente.

— ¿Qué gente?

— Los compañeros de mi padre, ó mejor dicho, los subordinados de mi padre.

— Eso quiere decir que tu padre es el jefe.

— Sí, Señor, y todos le quieren mucho y le respetan mucho, porque es más valiente.

— He visto que llevaba una lanza, ¿por ventura es militar?

— Yo no sé militar qué quiere decir.

— Si es soldado: si está dedicado al servicio de las armas.

— Armas sí que tenemos muchas. Tanto mi padre como sus compañeros siempre van armados.

— ¿Y no sabes para qué son esas armas?

— Para sostener peleas con los demás hombres, y apoderarse de lo que llevan.

El Apóstol calló, y no volvió a dirigir ninguna otra pregunta a Misor. Había comprendido quien era su padre, y la clase de ejercicio a que se dedicaba.

Mientras tanto, el padre de Misor seguía caminando silenciosamente, y como ensimismado en sus propios pensamientos.

Había recorrido una media hora, se paró, y volviéndose al Apóstol, le dijo:

— Aquel que, como tú, desafía el furor de los tigres, y tiene bastante virtud para convertirlos en mansas ovejas; no debe temer a los hombres, aunque estos hombres sean unos bandidos. Te lo advierto, porque voy a conducirte a su presencia. Yo soy Astarot, el jefe de esa gavilla de bandidos que son el terror de herodianos y romanos: de día nos albergamos en una cueva próxima, desconocida de todos, é inaccesible para los que no conozcan el medio de penetrar en ella; y de noche, bajamos al llano y sorprendemos los convoyes ó penetramos en los pueblos y nos apoderamos de las riquezas que poseen los demás, destruyendo y matando al que se nos opone.

Andrés levantó los ojos con dolorosa expresión y los fijó en la bóveda celeste.

— Veo que mis palabras te causan horror; exclamó Astarot, presto que ya sabemos su nombre; pues bien, sepas que, por mucho que a tí te horrorice, aun es mayor el que yo mismo me inspiro. Antes de encontrarte, estaba orgulloso de ser lo que soy; pero después de haberte oído, y de haber presenciado el prodigio que has obrado a mi presencia, me tengo por el ser más despreciable del universo. Voy a presentarte a mis compañeros, y quiera Dios que tu palabra produzca en su corazón los efectos que ha causado en el mío. ¿Estás dispuesto a seguirme?

— Vamos, dijo Andrés. Sin que hubiera mediada invitación por tu parte, a saberlo hubiera ido yo mismo. Vamos.

Astarot emprendió de nuevo la marcha, por entre empinados vericuetos, hasta que por fin llegó cerca de un intrincado laberinto de rocas graníticas, que parecían colocadas allí por el gigantesco esfuerzo de los titanes. Entonces se paró y dijo:

— Ya hemos llegado. Otra vez te hago la misma pregunta: ¿Estás dispuesto a seguirme?

— Me devora la impaciencia.

Entonces Astarot, sacando un silbato que llevaba pendiente del cuello se lo acercó a los labios, y produjo un agudo silbido.

Aun no habrían transcurrido dos minutos, cuando uno de aquellos peñascos, se fué separando poco a poco del sitio en que parecía enclavado, como si girara sobre un eje invisible, y dejó al descubierto la entrada de una profunda cueva.

— Sígueme: le dijo entonces Astarot al Apóstol, y este y Misor, precedidos por aquel, principiaron a descender por la empinada rampa que conducía al interior.

Apenas Misor, que fué el último, hubo traspasado los umbrales de la cueva, se oyó fuerte chirrido, como el que produce una enorme polea en movimiento, y la piedra volvió a adquirir su anterior posición.

Inmediatamente se presentó en medio de la rampa un hombre, casi un gigante, en atención a su elevada estatura y desarrollo de sus formas. Llevaba un mazo de teas encendidas en su mano izquierda que alumbraban con roja luz aquel lugar, y una gruesa lanza en la derecha. Todo su aspecto parecía el de

¹ A no ser que.

² Desde ó en que la cristiandad confía.

³ Oí.

⁴ Por eufonía acentuó su modo en *acerral*.

⁵ Antes que amaneciera el día de mañana.

⁶ La *Alquería*, ó su viñazgo, crece así ahora bajo las peñas de la Fuencisla, detrás del santuario, donde se dice fué el sitio de la Adra.

⁷ Veríd.

⁸ Ó Val de Cerrato cerca de Palencia.

⁹ Códice titulado *Vitas Sanctorum* en el archivo de la catedral de Segovia. Lo ha citado Flores *Episoda Sagrada*, t. III, páginas 397 y 398. De él se aprovechó Manachi *Annales Ordinis Praedicatorum*, t. I, páginas 322-323, y en el mismo tomo apéndice de monumentos, colección, 312-314 (Roma, 1795) sacando a luz la biografía de Santo Domingo de Guzmán, y refutando las cavilidades de Flores, quien poco ó nada pudo apreciar la edad y el mérito del Códice, que no sólo es lo descrito, sino también.

¹⁰ Folio 199 vuelto, verso recto.

¹¹ De Castilla.

¹² Cerca del año 1257 *anno Domini* 36^{to} 60^{to} 300^{to} 700^{to}, que se expresa en el folio 99 recto, y al que alude el texto presente.

¹ Su patria, donde hubo judería, según hemos visto, cuya capitación ó renta anual de treinta dineros percibía el cabildo segoviano.

² *Portellum fidei*, t. III, consideración 10. En la edición de Lyon del año 1511, que tengo a la vista, fol. CCXXI vuelto, CCXXII recto. — En el folio LXXXV r. cuenta el autor un suceso que le acaeció en 1250, hallándose en Medina del Campo.

³ No fue sino el folio. El narrador lo dedujo mal de la ley 9, título XXIV (compárese tit. XXV, ley 10) de la Partida VII. El Códice de las Partidas no había nacido aún y aun supuesto vigiese a la sazón, no da pie suficiente para sacar una conclusión parecida. Ni siquiera consta que Marisaltos fuese casada; uno que fué acusado de adulterio con un caballero por la esposa de este, indicaría, cuyos celos acribaba la vil calumnia.

⁴ Falso. Los ejecutores fueron verdugos de oficio (*officiales*); y estos judíos (*et iudeos*), según lo refiere Fr. Rodrigo de Cerrato y el rey Don Alfonso.

⁵ Cristianos, judíos y moros.

⁶ Así estaría pintado en el cuadro (del siglo XIV) que vió Fray Alonso: mas ¿de cuándo acá es lícito transcribir la alegoría pictórica en realidad histórica?

⁷ *וְהָיָה כִּי יִרְאֶה* (*Yracheh*), esto es, por su poder y virtud.

⁸ Fué bautizada, según hemos visto en el *Corralito*, cerca del año 1237. Falleció, de consiguiente, mucho tiempo después.

un salvaje, no contribuyendo poco a formar del mismo este concepto, su larga y enmarañada cabellera que le llegaba hasta mitad de la espalda, su negra y descuidada barba y el aspecto general de su persona, capaz de infundir pavor en el ánimo más esforzado. Era el guardián de aquella caverna, y el que cuidaba de abrir y cerrar la entrada de la misma.

Aquel hombre no pronunció una palabra, ni mostró extrañeza por la presencia del Apóstol. Precediendo a los recién venidos, fué alumbrando el camino hasta llegar a una explanada, especie de salón circular y abovedado, como la cúpula de una Iglesia, y depositó el manojo de teas sobre una enorme piedra colocada en medio del salón.

Cualquiera que hubiera penetrado por primera vez en aquel antro, como le sucedía al Apóstol, hubiera creído que no existían en él más seres vivientes que los que a la vista tenía, y sin embargo,

al fijarse con más detenimiento en las paredes, no hubiera dejado de observar en ellas ciertas hendiduras abiertas simétricamente, y en sentido horizontal, como los camarotes en las cámaras de los buques.

Dentro de cada una de aquellas hendiduras ó camarotes, había un hombre durmiendo.

Astarot tomó de la mano al Apóstol, y le condujo a una especie de sitial, toscamente trabajado, que ocupaba el lugar preferente en el centro del salón, y dijo:

— Siéntate. Y dirigiéndose a Misor y al que había salido a recibirles, les dijo:

— Despertad a todos.

Estos no se hicieron repetir la orden y fueron cada uno por su lado despertando a los handidos, que al saber que se trataba de una orden de su jefe, dejaron al punto la cama, y se fueron reuniendo en el salón. No dejaron de mostrar alguna extrañeza, no sólo al

ver en el interior de su guarida a un desconocido, cuyo traje y aspecto tanto difería del suyo, sino al observar el sitio de honor que ocupaba, y que indudablemente le había cedido Astarot.

Cuando se encontraron reunidos en número de quince, que era el total de la cuadrilla, Astarot tomó la palabra y les habló en los siguientes términos:

— Compañeros: Si hay momentos críticos en la vida de los hombres, momentos en los cuales es preciso demostrar todo el valor que se encierra en nuestro corazón, y toda la energía de nuestra alma, uno de esos momentos es este en que me veo obligado a dirigiros la palabra, en el sentido que vais a oír.

Y al decir que me veo obligado, no entendáis que por ninguna fuerza material, porque Astarot, no hubiera cedido nunca a esta clase de fuerza, sino por otra fuerza que viene de más alto, y a cuya fuerza no quiero, entendedlo bien, no quiero resistir.



REAL SITIO DE SAN ILDEFONSO (LA GRANJA).

Entonces Astarot refirió punto por punto todo lo que había sucedido aquella mañana respecto a la escena de los tigres, acentuando la participación de Andrés en aquel prodigioso suceso.

Los bandidos oían a su jefe, miraban a Andrés, y guardaban silencio.

Astarot continuó:

— La escena que acabo de referir, como vosotros comprendéis, no tiene nada de natural: los tigres no podían ser cómplices en la representación de una farsa, para engañar a un ser tan miserable como yo. Alguno infla en ellos, alguno les imponía su soberana voluntad, haciéndoles olvidar sus feroces instintos, para convertirlos en mansos corderos, y ese Alguno que ha tenido bastante poder para dominar a las fieras es quien lo ha tenido indudablemente, para tocar mi corazón y poner de manifiesto a mis propios ojos toda la monstruosidad de mi proceder. Muchos y muy grandes han sido

mis crímenes; pero aun debe ser tiempo de expiarlos, porque si no lo fuera, no hubiera Dios tocado mi corazón, y héchome sentir lo que siento.

De hoy en más ya no puedo ser vuestro jefe; y desde este mismo momento abandono la vida de perdición que llevaba, y voy a principiar otra nueva vida que sea tan contraria a la anterior, como pueda serlo. Esta es mi resolución irrevocable; pero no puedo negaros que me agobia un gran sentimiento, el de partir de aquí sólo con mi hijo, dejándoos a vosotros sumidos en los horrores del crimen.

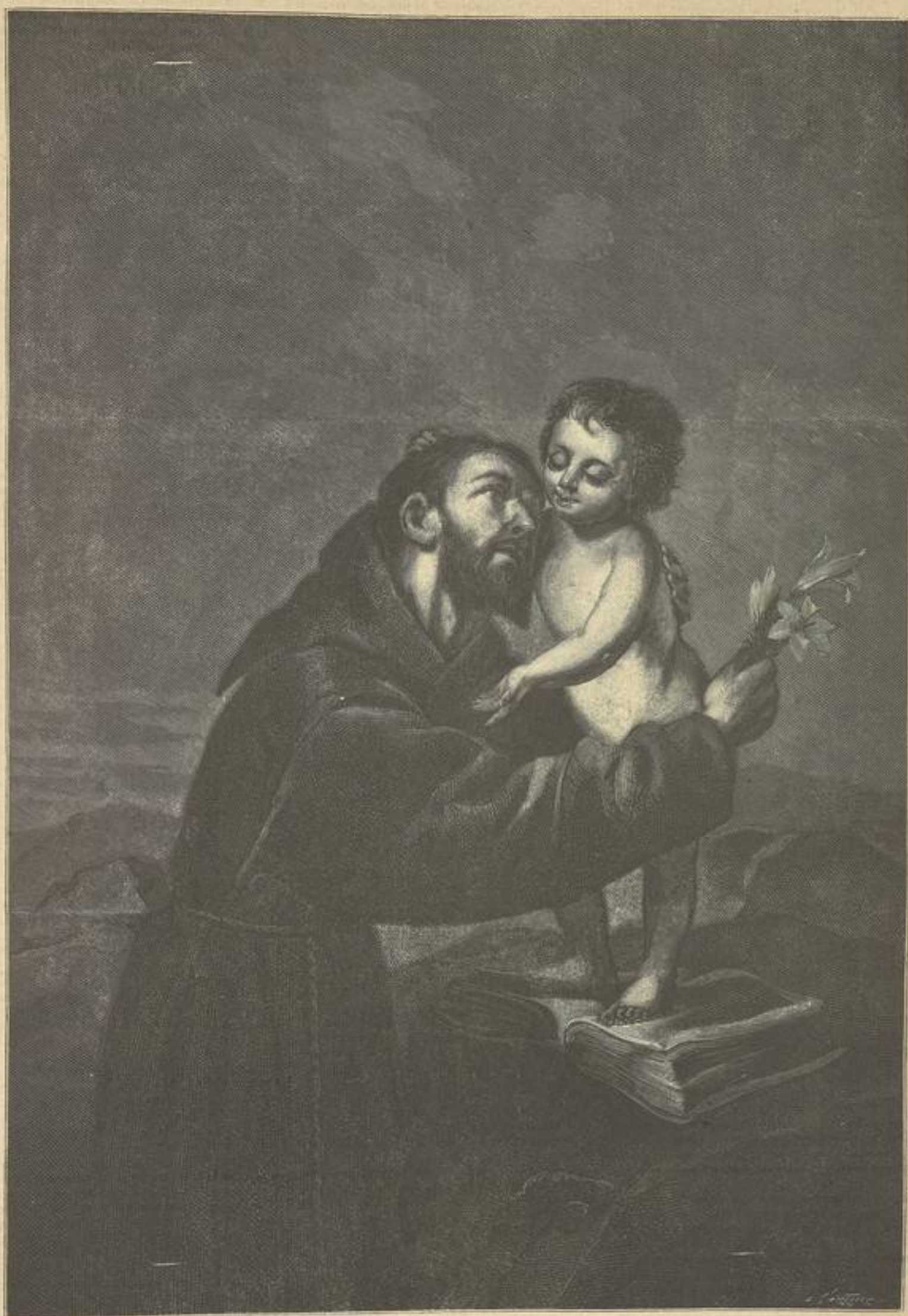
Ya os he dicho cuanto tenía que deciros, y espero vuestra contestación con ansia. Pensad bien lo que vais a decirme, no sea que un momento de irreflexión os pierda para siempre.

Las palabras de Astarot produjeron entre los bandidos un efecto indescriptible.

Al pronto la sorpresa misma, el asombro de que estaban poseídos, selló sus labios y se miraron los

unos a los otros, deseosos de conocer, cada uno de por sí, el efecto que aquellas palabras habían producido en el ánimo de los demás; pero aquel momento fué corto. Salomoneo, el segundo de Astarot, y cuyo nombre quería decir *hijo del viento*, se adelantó a sus compañeros y poniéndose frente de aquel le dijo:

— Para decir que querías dejarnos, que bastante rico ya, para gozar de una vida de príncipe en cualquier país, tratabas de abandonar a los que te habían ayudado a adquirir esas riquezas, no era necesario inventar esa fábula de los tigres, para venir a contárnoslo como si nosotros fuéramos unos estúpidos que habíamos de darle crédito sólo porque tú lo dices. Tú eres un infame, Astarot: tú eres un cobarde, y ese que está ahí presente, y que debe ser un cómplice tuyo, y que según tú dices ha tenido bastante virtud para imponer a los tigres, no la tendrá para imponernos a nosotros con sus paparruchas. Habéis



SAN ANTONIO DE PADUA CON EL NIÑO DIOS.

fiado mucho en nuestra credulidad, y os habéis llevado chasco.

Andrés, que hasta entonces había permanecido silencioso, se adelantó a los bandidos y con toda la tranquilidad de aquel que se encuentra rodeado de buenos y sencillos amigos, les dijo:

— Lo que acaba de referiros Astarot, vuestro jefe, no es sino la verdad. Dios, sin duda, ha tocado su corazón, y quiere cambiar la vida infame que llevaba por otra vida de penitencia, que le haga ganar el reino de los cielos. Claramente se ha demostrado en esto la voluntad de Dios; sería locura insigne en vosotros oponeros a lo que Dios tiene dispuesto. Y escuchadme bien. No es el miedo el que me hace hablar de este modo; porque yo sé que ahora, como siempre, se cumplirá la voluntad de Dios y que vosotros sois impotentes para contrariarla; pero si sois impotentes para oponeros a cuanto Dios tiene dispuesto, no lo sois para condenar vuestra alma por toda una eternidad; porque para eso se os ha concedido el libre albedrío. Sondead un instante vuestra propia conciencia y decidme si estáis satisfechos de esa vida de pillaje y de crímenes a que estáis entregados; decidme si es, si puede ser aceptable, no ya sólo a los ojos de Dios, de Aquel que os ha criado a su imagen y semejanza para obrar el bien, sino a los ojos de la sociedad, y ella os contestará mejor que yo pudiera hacerlo. Así, pues, reflexionad, hermanos míos. Bastante habéis ofendido a Dios; bastante habéis estado en lucha abierta con la sociedad...

— Y bastante has estado abusando de nuestra paciencia, repuso Salmoneo interrumpiendo al Apóstol. Basta, pues, de sermones, y no volváis a pronunciar una palabra hasta que se os pregunte. Mis compañeros y yo vamos a deliberar sobre lo que se debe hacer con vosotros. No os haremos esperar mucho. Y dirigiéndose a los bandidos, les dijo: seguidme, amigos míos.

Todos siguieron a Salmoneo, que se dirigió a otro departamento de la cueva, cuya puerta se hallaba situada en la misma rampa que habían atravesado Andrés, Astarot y su hijo, al penetrar en ella.

— Crítica es nuestra situación, hermano mío, dijo Astarot a Andrés apenas quedaron solos.

— ¿Por qué?

— Porque Salmoneo es muy duro de corazón y convencerá a los otros de que yo trato de venderles a todos, y sublevará sus ánimos en contra nuestra.

— Infelices de ellos.

— Ya estoy arrepentido de haberte dicho que me acompañaras. ¿Quieres que me ponga en la puerta defendiendo la salida, mientras tú logras escapar con mi hijo Misor?

— De ningún modo. Depositemos toda nuestra confianza en Dios, y esperemos.

No tuvieron que esperar mucho tiempo; porque aun no había transcurrido un cuarto de hora, volvieron a entrar los bandidos en el salón atropelladamente, llevando a su frente a Salmoneo, el cual dirigiéndose a Astarot, le dijo:

— Mis compañeros y yo hemos resuelto que tú, Astarot, seas arrojado por el tajo del Enebro, para que tu cuerpo sea devorado por las fieras; que tu hijo Misor, quede prisionero entre nosotros, hasta nueva orden, y que éste, señalando a Andrés, que ha tenido la imprudencia de seguirte hasta el interior de esta cueva, no salga de ella jamás, sirviéndose de esclavo. Y como tú sabes muy bien que nuestros acuerdos son ejecutados inmediatamente, vas a ser conducido en el acto al tajo, para que tenga cumplido efecto la sentencia. Vamos.

Aun no había terminado casi Salmoneo de pronunciar las últimas palabras, cuatro de los bandidos se precipitaron sobre Astarot, le derribaron en el suelo, sin que éste opusiera resistencia, le ataron fuertemente, y se dispusieron a sacarle de la cueva.

Misor no pudo ver en calma aquella agresión contra su padre, y se arrojó sobre los cuatro bandidos, tratando de evitar aquel atropello; pero pronto fue sujetado, y conducido a un extremo del salón.

Andrés permanecía impassible, contemplando todo aquello, como si se tratara de la escena más natural de la vida, y únicamente exclamaba de vez en cuando:

— Perdonadlos, Dios mío; están ciegos, y no ven las ofensas que te inferen.

— Vamos, muchachos, al tajo, exclamó Salmoneo; y los cuatro bandidos levantaron del suelo a Astarot, y cogiéndole uno por cada lado, le llevaron en dirección a la salida de la cueva, sin hacer caso de las palabras de Andrés que les decía:

— Reflexionad, hermanos míos: aun es tiempo; no habéis vuestra perdición. Aun es tiempo, hermanos míos; aun es tiempo. Pero los bandidos continuaron su marcha burlándose de las exhortaciones del Apóstol. Sólo tres quedaron al cuidado de los

prisioneros; los demás, acudidos por Salmoneo, siguieron su marcha hacia la salida de la cueva.

Andrés cayó de rodillas y oró.

Misor hacía titánicos esfuerzos para desprenderse de los nervudos brazos de un bandido que le sujetaba, y correr en auxilio de su padre.

Andrés, interrumpido en su oración por los sollozos de Misor, se volvió a él y le dijo:

— Misor, hijo mío: Dios es infinitamente bueno, infinitamente justo é infinitamente misericordioso; espera en su bondad, en su justicia y en su misericordia; porque Dios no desatiende nunca, óyelo bien, hijo mío, nunca a los que con verdadera fe le imploran.

Sea que las reflexiones del Apóstol penetraran en el corazón de Misor, despertando en él aquella fe de que le hablaba; sea que su misma aflicción le dictara aquellas palabras, es lo cierto que exclamó con acento de la mayor compunción:

— ¡Dios mío! Si, como dice este hombre, a quien yo creo un santo, sois bueno, justo y misericordioso, salvad a mi padre. Salvad a mi padre, Dios mío!

Aun no se había extinguido el eco de la plegaria, elevada a Dios, por el afligido Misor, cuando en la parte exterior de la cueva se oyó un horrible estruendo de gritos, imprecaciones, ayes desgarradores y sordo rumor, como de empeñada lucha.

En medio de aquel espantoso estruendo, y antes que ninguno de los tres bandidos que habían quedado guardando a los prisioneros se diera cuenta de lo que acontecía en el exterior, vieron entrar a uno de sus compañeros en un estado indescriptible.

Sucia y destrozada la ropa, ensangrentada la cara, los cabellos en desorden, ambas manos apretándose el pecho, del cual salía sangre en abundancia, y gritando con acento que demostraba el inmenso pavor de que estaba poseído:

— ¡Los tigres! ¡Los tigres!

Ya no pudo pronunciar una palabra más, y bamboleándose, fué a caer extenuado a los pies del Apóstol. Este le levantó inmediatamente en sus brazos, con ánimo de prodigarle los auxilios necesarios; pero al punto comprendió que sostenía un cadáver. Las garras de los tigres le habían destrozado el pecho.

En aquel mismo momento se oyeron en el interior de la cueva los terribles rugidos de las fieras, y no tardaron en presentarse a la vista de los tres bandidos, de Andrés y de Misor, que aun permanecían arrodillados.

Gritos de pavor se escaparon del pecho de los bandidos, y más que reflexivamente, por propio instinto, corrieron a guarecerse tras del Apóstol. Las fieras llegaron hasta tocar con sus ensangrentadas fauces la túnica que vestía Andrés, y se tendieron a sus plantas.

Misor, que presenciaba aquella escena con la mayor angustia, temeroso sin duda de que le hubiera acontecido a su padre alguna desgracia, corrió fuera de la cueva.

Andrés le siguió, y tras él las dos fieras, que así que se vieron en el campo abandonaron aquel lugar, desapareciendo muy pronto a la vista de ambos.

El joven Misor y Andrés no tuvieron necesidad de recorrer mucho trecho; a los pocos pasos de la cueva se ofreció a su vista un espectáculo que les llenó de horror. Los cuerpos de los once bandidos que conducían a Astarot, incluso Salmoneo, yacían en el suelo, despedazados, mutilados sus miembros y con profundas heridas en el pecho y cabeza; y en medio de todos, el padre de Misor, con las ligaduras que sujetaban sus piernas y brazos, pero sin ninguna herida. Los tigres habían respetado su cuerpo.

Misor se precipitó sobre él, y al propio tiempo que le destaba, decía, con todo el fervor de un alma agradecida:

— ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias por haber conservado la vida de mi padre! Bendito, bendito y alabado sea vuestro santo nombre.

Astarot, libre de los cordeles que oprimían sus miembros, se levantó, y con acento solemne dijo:

— Había hecho el sacrificio de mi vida, Dios mío; pero puesto que habéis querido conservármela, yo os la ofrezco desde este momento, y prometo de nuevo consagrar todas mis obras y pensamientos a vuestro santo servicio. Y dirigiéndose a Andrés, le dijo:

— Señor, a ti te deberé quizá la salvación de mi alma, a ti te soy deudor de que la luz de la fe haya penetrado en mi inteligencia. Instrúyeme en mis deberes. ¿Qué debo hacer para servir mejor a Dios?

— Cumplir sus santos mandamientos.

— No los conozco.

— Yo os los enseñaré y explicaré. Pero ahora demos sepultura a los restos mortales de estos desdichados, y también del que se encuentra en la cueva, y después abandonaremos para siempre este lugar de horror.

Todo se hizo como lo dispuso Andrés. Astarot,

Misor, los tres bandidos que permanecían aún en la cueva, milagrosamente salvados por la intercesión del Apóstol, y este mismo, abrieron profunda sepultura, en la que depositaron los doce cadáveres, y cuando hubieron cumplido este deber, se fueron tras del Apóstol deseosos de oír su palabra, é instruirse en la Doctrina Cristiana.

CAPÍTULO VIII

EL MARTIRIO

Si fuéramos a referir uno por uno todos aquellos acontecimientos relacionados con la vida del inclito Apóstol Andrés, y detallar los hechos milagrosos acaecidos durante su larga peregrinación, no acabaríamos nunca, y daríamos a esta obra una extensión mayor de la que nos proponemos. Bastará, pues, con los que llevamos apuntados, para que se pueda formar una idea, siquiera aproximada, de la gran predilección que el divino Jesús mostró siempre a su querido Apóstol, al propio tiempo que la gran fidelidad del discípulo hacia su adorado Maestro.

Fe inquebrantable en la divinidad del Salvador; esperanza firmísima en alcanzar los bienes por Él mismo prometidos y caridad ardentísima hacia su Dios, y al prójimo por Dios. Estas eran las virtudes que más resaltaron en aquel varón insigne, una de las doce columnas que Jesucristo dejó en este mundo como sostén de su santa Iglesia.

Andrés, seguido siempre de Astarot, de su hijo Misor y de los tres bandidos, que instruidos todos convenientemente por éste en la doctrina de Cristo habían recibido el Bautismo, recorrió las seis provincias de la antigua Thracia; el Epiro, ó digase la Albania meridional, la Tesalia, la Iliria y toda la ribera del mar Jónico, venciendo los trabajos inseparables del ministerio apostólico, con aquella generosidad que correspondía a un Apóstol que había recibido las primicias, digámoslo así del llamamiento celestial.

Incansable en su predicación, visitó la Scythia asiática, los territorios de Sevas y Caramania correspondientes a la Capadocia; la Galacia, la Bitinia, la Frigia y la Patagonia, hasta los confines del mar Negro. Penetró hasta el interior de la Albania, que comprende parte de la Turquía europea, y estuvo en las grandes ciudades de Escitari y Janina, difundiendo por todas partes la luz de la fe, y echando los cimientos de la Iglesia de Dios.

Astarot, después de haberle acompañado por espacio de muchos años, sufriendo con gran paciencia y resignación todas las penalidades y persecuciones de que entonces eran víctimas los cristianos, edificando a cuantos le trataban con su vida penitente y ejemplar ascetismo, entregó su alma a Dios en uno de los pueblos de la Galacia: lo mismo sucedió a los tres bandidos, que nunca quisieron separarse del santo Apóstol, a quien sirvieron con gran fe y decisión, borrando con ejemplar conducta sus anteriores crímenes. Misor, instruido por Andrés, después de haber recibido el Orden sacerdotal, quedó en Escutario, por mandato del Apóstol, al frente de aquel rebaño de Cristo, teniendo la dicha de sufrir el martirio el año de gracia de 57, en premio de su heroico valor en defensa del Evangelio.

Andrés, siguiendo en su predicación, recorrió uno por uno todos los pueblos y ciudades de la antigua Grecia, desde el Olimpo hasta el Pindo y desde el golfo de Ambracia hasta el mar Egeo, penetrando en la Acarnania, Locrice, Etolia, la Beocia, la Fócide, Megáride y Atica, y atravesando el istmo de Corinto visitó todo el Peloponeso; deteniéndose en los reinos de Corinto, Argólide, Sicione, Arcadia, Ejiálea, Laconia y Mesenia, sembrando en todas partes la semilla de la fe.

Compadecido Dios de las penalidades y grandes sacrificios hechos por el Apóstol durante toda una larga vida de trabajos, sin que en toda ella menguara un punto siquiera el ardor de su fe, ni los quilates de su caridad evangélica, quiso otorgarle el premio por sus grandes merecimientos; pero no adelantemos los sucesos.

Faltábale recorrer al santo Apóstol la ciudad de Patras, situada a unas tres leguas de Lepanto; nombre glorioso para los españoles, puesto que en dicho golfo, el príncipe Juan de Austria, hermano de Felipe II, y comandante en jefe de la escuadra cristiana, venció a la inmensa armada otomana, destruyendo en aquella memorable batalla 210 naves, y pereciendo en ella 32.000 hombres, el día 7 de Octubre de 1571, quince siglos después de los acontecimientos que vamos a relatar. A esta ciudad, pues, se dirigió el Apóstol.

Reinaba a la sazón en Roma Lucio Domicio Nerón, cuyo nombre ha quedado grabado en la me-

moria de los humanos como el emblema de la crueldad.

Este aborto del infierno, tan luego como sacudió el yugo de sus preceptores Séneca y Burro, y de su madre Agripina, les mandó asesinar después de darles tormento; lo mismo hizo con su mujer Octavia, para casarse con Popea, a quien mató también de una patada.

Sería punto menos que imposible enumerar las víctimas de su horrible crueldad. Mataba y hacía dar tormento, sólo por gozarse en los padecimientos de sus semejantes.

Reinando este monstruo, fácil será comprender la horrible persecución que se desencadenó contra los cristianos. Hacíanse perecer a cientos y miles, y entretenían sus ocios viendo como las fieras despedaban sus palpitantes entrañas en los circos, sirviendo de espectáculo a los cortesanos, tan bárbaros y crueles como su amo.

Andrés no dejó un punto en su predicación; lo único que deseaba era difundir la doctrina de su divino Maestro y ganar almas para el cielo; y ante este pensamiento ningún poder humano le hubiera hecho cesar.

¿Qué podían importarle los peligros que de continuo le amenazaban? El sabía que al término de su peregrinación por este mundo había de ver realizadas en el otro las promesas del Salvador, y anhelaba ese término feliz.

En Patras como en los demás países que había recorrido, nada resistía al poder de su sencilla y conmovedora elocuencia, y era tal el número de los convertidos a la nueva ley, que a los pocos días de permanecer en la ciudad, casi todos sus moradores habían sido instruidos en la fe, y bautizados por su propia mano.

Las grandes conquistas del Apóstol llegaron a oídos, como no podía menos de suceder, de Egeas, Procónsul a la sazón de la provincia de Achaya, y como Egeas era digno criado de su amo Nerón, corrió a Patras con el único objeto de atajar los progresos de la fe, y mantener el culto de sus falsos dioses.

Amaneció el día 25 de Noviembre del año de Gracia de 63. Andrés se disponía para trasladarse al templo, como tenía de costumbre, donde le esperaba gran número de fieles, ansiosos de oír su santa palabra, cuando vio entrar en la posada a uno de sus discípulos, llamado Jebós, joven piadosísimo, natural de aquella misma ciudad, que le dijo:

— Maestro, vengo a decirte que no vayas hoy al templo.

— ¿Por qué?

— Porque el Procónsul Egeas ha llegado a la ciudad.

— ¿Y quién es el Procónsul Egeas para impedir que hoy lo mismo que ayer se rinda culto al verdadero Dios?

Egeas es reputado entre nosotros por un hombre cruel y enemigo irreconciliable de los cristianos. Por el amor que te profeso; te digo que no concites contra ti sus iras, porque ese hombre no dudaría un punto en sacrificarte.

— ¡Bah! ¿Qué pueden los hombres contra la voluntad de Dios? Quizá ese mismo Egeas, que te parece tan cruel, sea el primero en reconocer y confesar la divinidad de Jesucristo. Vámonos, Jebós, vámonos al templo, y ceda todo al servicio de Dios.

Andrés se dirigió al templo, seguido de Jebós, y al llegar a las inmediaciones del mismo, le salió al encuentro una mujer, que sin duda le estaba esperando en el zaguán de una casa.

— ¿A dónde vais, señor? le dijo; procurando recatarse por temor sin duda de ser observada por los transeúntes.

— Me dirijo al templo como de costumbre, le contestó el Apóstol.

El templo no era otra cosa que un gran caserón convenientemente decorado, donde Andrés reunía a los fieles para explicarles la doctrina Cristiana e informarles en la fe.

— No vayáis al templo, mientras permanezca Egeas en esta ciudad, repuso aquella buena mujer; porque a nadie encontraréis en él. Todos tememos las crueldades de ese hombre, que se gozará extremando su rigor contra los cristianos. Se dice que no le trae a Patras otro objeto que el de castigar a los que hemos dejado de rendir culto a los dioses del imperio: ha traído consigo gran número de legionarios romanos, y el pueblo está lleno de temor. Escondednos unos días, y os libraréis del peligro. Venid conmigo y yo procuraré ponerlos en sitio seguro.

— El miedo te hace hablar sin cordura, mujer. La religión verdadera no es religión de acomodados, ni puede estar sujeta al capricho de un déspota. La misión del Apóstol no cede a los peligros. Dices que el pueblo está atemorizado por la venida de Egeas y sus legionarios, y que no quieren que se les vea en

el templo cristiano; pues bien; yo iré a casa de Egeas, y le pondré de manifiesto su mal proceder.

— No vayáis, señor, no vayáis, que os exponéis a que os castigue cruelmente.

— Ya te he dicho que no temo a Egeas ni a sus legionarios, y desprecio los castigos que me pueda imponer, y tanto es así, que ahora mismo oír de mis labios la verdad, cosa que tal vez le sea desconocida.

La piadosa mujer, vista la decisión del Apóstol, no insistió más y se retiró.

Andrés tomó la dirección de la casa donde se hospedaba el Procónsul Vale; pero al ver que le seguía Jebós, se volvió y le dijo:

— Retírate, hijo mío. Deja que vaya solo a casa de Egeas.

— ¿Tanto os molesta mi compañía, Maestro?

— No es porque me moleste tu compañía; es porque no quiero exponerte a las iras del Procónsul.

— Donde vos vayáis, puede ir también vuestro discípulo, que tampoco teme las iras del Procónsul, mientras obre con arreglo a la ley de Dios.

— ¿Y si yo te mando que no me acompañes?

— Obedeceré.

— Pues yo te mando que no me sigas.

Ante una orden tan terminante, Jebós se retiró con ánimo de referir a los demás discípulos la resolución del maestro, y Andrés continuó su interrumpida marcha, deseando encontrarse cuanto antes, frente a aquel temido magistrado, cuya sola presencia en Patras imponía a sus habitantes.

El Procónsul habitaba en un magnífico palacio, perteneciente a uno de los más ricos ciudadanos libres de Patras, en el que brillaban a la par todas las riquezas y fastuosa magnificencia del arte pagano. En la entrada o zaguán del palacio se veían multitud de legionarios romanos, que daban la guardia al representante del Emperador Nerón, y a uno de estos se dirigió Andrés.

— Decid a Antonino Egeas que un discípulo de Jesús quiere hablarle.

Los legionarios se miraron unos a otros como sorprendidos por lo que oían.

— ¿Qué Jesús es ese, a quien tienes por Maestro?

— Mejor harías en pasarlo aviso al Procónsul de lo que os he dicho, que dirigiéndome preguntas como si fuérais vosotros los magistrados. Así, pues, id a repetirle lo que habéis oído, si no preferís que sea yo mismo el que le avise con mi presencia.

Los legionarios, que no esperaban semejante respuesta, temerosos de incurrir en el desagrado de Egeas si dejaban de participar la petición de aquel hombre, para ellos desconocido, llamaron al decurión y éste al centurión, que era el que más directamente se comunicaba con el magistrado, y fue puesto el caso en conocimiento de éste, que le mandó comparecer inmediatamente a su presencia.

— Me han dicho que desear hablarle, le dijo Egeas, apenas vio al Apóstol.

— Y te han dicho la verdad.

— ¿Tú sabes yo quién soy?

— Sé quien eres, y presumo a qué has venido a Patras.

— En ese caso habla sin demora, y sepa yo qué es lo que quieres.

— Quería decirte, oh Egeas! que pues tienes poder para juzgar a otros hombres, reconocieses al Juez que ha de juzgarte a ti y a todos, y reconociéndole, tributaras a su soberana grandeza el respeto que se le debe; y rindiéndole culto de suprema adoración, en lugar del sacrilego incienso que ofreces a esas sacrílegas deidades, las trataras con soberano desprecio.

El asombro de Antonino, al oír las palabras de Andrés, fué tal, que le hizo guardar silencio por un momento, tiempo suficiente para examinarle desde los pies a la cabeza.

El Apóstol sufrió aquel examen sin inmutarse en lo más mínimo, y esperó a que Egeas le contestara; pero éste en vez de contestar le preguntó:

— ¿Tú sabes que, al comparecer a mi presencia, debías haber principiado por decirme tu nombre, profesión y lugar de tu naturaleza? ¿Cómo te llamas?

— Andrés.

— ¿Andrés! ¿Serás tú por ventura aquel Andrés, cuya fama ha llegado hasta mí? Aquel Andrés que hace profesión de destruir los templos de nuestros dioses, y de predicar una nueva religión proscrita por las leyes del imperio?

— ¿Qué leyes? repuso Andrés. Esas leyes en la parte que se refiere a la religión las promulgaron unos príncipes que no conocieron el gran misterio de nuestra Redención, y como el Hijo de Dios desarmó las potestades del infierno, rompiendo las cadenas de nuestra esclavitud, para restituirlas a una gloriosa libertad.

— V sin embargo, exclamó el Procónsul, ese

que tú llamas Hijo de Dios no pudo impedir que los judíos le prendiesen y le hiciesen espirar ignominiosamente en una Cruz.

— Ciertamente que espiró en una Cruz. Pero ¿dónde hay cosa más gloriosa que la Cruz? En ella murió por nuestro amor y por redimir de la culpa a todo el género humano.

— Poco importaría que hubiese sido crucificado por su voluntad o contra ella; basta que lo haya sido, para que no merezca ser adorado. Buena traza de reconocer por Dios a un hombre que murió en un madero.

— Grande es tu ceguedad, Egeas; pero quiera Dios que no sea invencible. Escúchame un momento, y procuraré explicarte lo que no sabes ni comprendes. Escucha. Y con toda la sencillez y persuasiva elocuencia, de aquel que está profundamente penetrado de la verdad de la doctrina que expone, principió a explicar los principales misterios de nuestra sacrosanta religión: la necesidad que el linaje humano tenía de ser redimido después del pecado original; el gran prodigio obrado en la Encarnación del Verbo divino, haciéndose Hombre todo un Dios, sin dejar de ser Dios, y la pasión y muerte sufrida por este Hombre Dios en satisfacción de nuestras culpas y pecados.

Pero Egeas era uno de aquellos hombres obstinados que no quieren comprender; que cierran sus ojos para no ver y sus oídos para no oír; de suerte que los razonamientos del Apóstol, en vez de convencerle, le exasperaron hasta el punto de decirle:

— Un loco solamente es capaz de ensartar tal cúmulo de disparates como acabas de decirme; pero ya estoy harto de oírte y no quiero que se prolongue más esta escena; con que así, déjate de razonamientos y de palabras vanas, y adora y ofrece sacrificio a mi presencia a los dioses del imperio.

Revestido entonces el santo Apóstol de la fortaleza que le inspiraba el sacerdocio del Señor, hizo aquella magnífica, aquella sublime confesión de fe, que llenó de tanto honor al cristianismo, confesión que debería estar escrita con letras de oro y esculpida en mármoles, para que la tuvieran siempre presente los cristianos.

— Adorar yo a esos falsos dioses, dijo: Yo, que todos los días le ofrezco al Dios Todopoderoso, no ya la carne de toros ni la sangre de castores, sino el Cordero sin mancilla que fué sacrificado en la Cruz; todo el pueblo se sustenta con su carne y con su sangre, y después de sustentado todo el pueblo, se queda tan entero como antes; tan vivo permanece el Cordero después de sacrificado, como lo estaba antes del sacrificio.

¿Quién sería capaz de imaginar la ira que se apoderó del ánimo de Antonino, al oír semejante discurso? En poco estuvo que llevado de su furor, no le sacrificara el mismo con sus propias manos, imitando así a su amo el feroz y sanguinario Nerón. Contuvo-se sin embargo; pero no porque un rayo de piedad penetrara en su pecho, sino porque allí en su mente, pensó en hacer más público y más solemne el castigo, para que su ejemplo pudiera servir de escarmiento a los demás.

Inmediatamente dió orden para que Andrés fuera conducido a la cárcel, y tratado en ella como el mayor de los criminales.

Jebós, su discípulo, que había estado esperándole con la mayor impaciencia, le vio bajar, por fin, acompañado de algunos legionarios, que en cumplimiento de las órdenes del Procónsul, le llevaban a empellones, con grandes burlas y risotadas.

— ¡Maestro! exclamó en el momento que Andrés llegaba al pie de la escalera. ¿Cómo se os trata así, a vos que sois la misma dulzura?

— ¿Qué quieres, hijo mío: estos infelices no hacen más que cumplir las órdenes del Procónsul. Pero nada temas por mí. ¿No ves cuán tranquilo me encuentro? ¡Oh! Si tú hubieras visto cómo maltrataron a Jesús, mi Señor y Dios! ¿Cuándo podrán igualarse mis padecimientos al cruento sacrificio de aquel divino Cordero!

Los legionarios que le conducían no le dieron tiempo para pronunciar otra palabra; al reunirse con él al pie de la escalera, le empujaron de nuevo bárbaramente, hasta derribarle en el suelo, y esta brutalidad fué celebrada con grandes risotadas.

Jebós quiso levantarse; pero los legionarios se lo impidieron, obligando al Apóstol a que se levantara por sí solo, sacudiéndole con el extremo de sus lanzas. Andrés se levanta, y pagó aquellos insultos con una sonrisa capaz de desarmar a otros menos empedernidos que aquellos sayones, y de esta suerte fué conducido a la cárcel.

Jebós le seguía a corta distancia llorando. No podía comprender que en pechos humanos cupiera tanta crueldad.

Durante el camino que tuvieron que recorrer, desde la casa de Egeas hasta la cárcel, fué tal el

número de gentes que se fueron reuniendo, todas en actitud nada pacífica, contra los neronianos, que éstos llegaron a temer por su vida. Y en efecto; no lo hubieran pasado muy bien, sin las exhortaciones de Andrés, que no cesaba de encargarles la prudencia.

Noticioso Egeas de la actitud del pueblo, mandó nuevas y numerosas fuerzas que disolvieran los grupos; pero Andrés ya había llegado a la cárcel, y no fue necesario adoptar ninguna medida violenta.

Andrés pasó la noche en la cárcel, orando y ofreciendo a Dios el sacrificio de su vida.

Mil veces, durante aquella noche se le proporcionó la evasión, y otras tantas la rehusó. Hasta el mismo alcaide de la cárcel, sobornado por algunos interesados por el Apóstol, se presentó a él ofreciéndole la libertad; pero no quiso aceptarla. Ardía en deseos de volver a encontrarse frente a frente del Procónsul para hacerle oír de nuevo la palabra de Dios.

No tardó mucho en ver realizado su deseo.

Serían las diez de la mañana del día siguiente, se presentaron en la cárcel los legionarios con gran aparato de fuerzas, y se hicieron entregar al preso, para ser conducido al tribunal que ya se hallaba constituido.

Andrés fue puesto a presencia de los jueces, presididos por Egeas, y se dió principio al capítulo de cargos, que fueron numerosos; aunque todos ellos se reducían a las palabras que había proferido aquel contra los dioses del imperio.

Andrés confirmó con su silencio todo cuanto los testigos tuvieron por conveniente deponer en contra suya, y ni siquiera se le ocurrió pronunciar una palabra en su defensa.

Entonces Egeas levantó la voz y dijo:

— Te hallas convicto y confeso del crimen de que se te acusa, por cuya razón y en cumplimiento de las leyes, debes morir en el suplicio de Cruz; no obstante, las leyes, aunque severas con los culpables contumaces, son benignas con los que se arrepienten y confiesan sus faltas. Aun puedes salvarte; aun puedes eximirte de sufrir el horrible suplicio que te espera, si reniegas de ese Dios a quien llamas Jesús, y reconoces como únicos verdaderos a los dioses del imperio.

Si hasta entonces había el Apóstol guardado silencio, al oír la proposición del Procónsul, lleno de generosa y cristiana indignación, le respondió:

— ¡Oh! Egeas; hijo de la muerte, ¿hasta cuándo has de persistir en tu ceguera y en tu obstinación? ¿Pienzas que temo yo los tormentos con que me amenazas? Pues sébete que antes bien los deseo con ardor, y has de saber que ninguna cosa me aflige, sino verte a ti tan distante de los caminos del Cielo. Ten entendido que cuanto más padeciere, más preciosa será la corona que el Señor me tiene preparada; y cuanto más me acerque a la imitación de sus tormentos, más digno me haré de sus divinas complacencias.

Las palabras del Apóstol irritaron a Egeas en tanto grado, que inmediatamente mandó que le azotaran hasta que la sangre corriera por todo su cuerpo.

— Veremos si después de los azotes persistes en tu necia obstinación.

Andrés sufrió con heroica resignación aquel horrible suplicio, sin proferir una queja; antes bien se gozaba en recibir aquellos despiadados golpes que abrían profunda huella en sus carnes, como si le prodigarán dulces caricias.

Vuelto a la presencia del tribunal, en aquel lastimoso estado, fue exhortado de nuevo para que renegara de Dios; pero Andrés, con mayor elocuencia si cabe que antes de ser azotado, exclamó:

— ¿No comprendes, ¡Oh Egeas! que no se debe temer ese tormento que tú me preparas, y que a lo sumo puede durar uno ó dos días, siguiéndose a él la recompensa de una gloria inmortal? Lo que es digno de temerse es el tormento terrible, las penas del infierno, en que tú te vas a precipitar, que jamás han de tener fin, y siempre serán las mismas.*

Persuadido Egeas que nada adelantaría con un hombre de aquel carácter, pronunció sentencia, condenando el santo Apóstol a que muriera en una Cruz.

Tan luego como el pueblo supo la sentencia dictada contra Andrés, se presentó a las puertas donde se hallaba constituido el tribunal en actitud imponente y amenazadora, gritando:

— ¿Qué delitos ha cometido ese santo varón, ese amigo de Dios, para ser condenado a muerte? No suframos que se lleve a ejecución tan inicua sentencia.

Jebós y los demás discípulos, y con ellos todo el pueblo, se hallaban dispuestos a conseguir por la fuerza la libertad de su maestro; pero contuvieron la palabra de Andrés que les decía:

— ¿Y sois vosotros los que decís que me amáis? ¿Qué mal os he hecho yo para que os mostréis conmigo tan crueles, queriendo impedir ó retardar mi martirio? ¿No veis mi gozo cuán grande es? ¿Por qué queréis privarme del placer de morir por Jesucristo?

Al escuchar tales palabras, todos se contenían, temerosos de agraviar al mismo que trataban de favorecer, y asistían silenciosos é inermes al bárbaro suplicio, á que el inicuo tribunal le había sentenciado.

Egeas, que llegó á temer por un momento que el pueblo se sublevará en contra suya, cuando le vió tornar á su pacífica actitud, cobró nuevos alientos y mandó que fuera ejecutada inmediatamente la sentencia.

Andrés fue conducido al lugar del suplicio seguido de una inmensa muchedumbre que le contemplaba silenciosa, y cuando estuvo cerca y pudo descubrir la Cruz, no pudo contenerse y exclamó:

— ¡Salve, venerable y santa Cruz, que fuiste consagrada por el cuerpo de mi Señor Jesucristo, que descansó en ti. Antes que muriera en tus brazos este amable Salvador, eras ignominiosa y terrible; pero después que espiró en tu seno el mismo Dios, estás llena de delicias, y los que te conocen suspiran por recibir el último aliento en tus brazos. Saben bien, todos los que tienen fe, los dulces consuelos que se encierran en ti, y no ignoran la gloria que está preparada á los que mueren abrazados contigo. Lleno, pues, de gozo y confianza vengo hoy á tí: ruegote que gustosamente me recibas como discípulo de aquel divino Maestro mío, que pendiente de ti redimió al mundo. ¡Oh amable Cruz, á quien añadí incomparable hermosura la dicha de haber servido de doloroso lecho á mi Señor, que es el Dios de la gloria! ¡Oh Cruz, por quien tanto tiempo suspiré! ¡Oh Cruz, que con tanto ardor apetecí! ¡Oh Cruz, que busqué continuamente y que ya en fin logran ver preparada mis amorosas ansias! Recíbeme en tu seno con benignidad; restitúyeme á mi divino Maestro, y tenga yo la dicha de pasar de tus brazos á los de Aquel que en ellos me redimió.*

Llegado que hubieron al lugar del suplicio, Andrés fue amarrado á la Cruz, en cumplimiento de las órdenes del Procónsul.

Desde aquel sitio, y á pesar de los violentísimos dolores y crueles sufrimientos que experimentaba en todos los miembros de su cuerpo, exhortaba á los fieles para que perseveraran en la Fe, y menospreciaran los tormentos pasajeros para merecer la gloria inmortal.

Dos días nada menos permaneció en aquel estado sin exhalar una queja; antes bien demostrando en su semblante el placer que experimentaba su alma.

Pero si él sufría con resignación y hasta con placer tan agudo tormento, no así el pueblo, que irritado contra la crueldad de Egeas asaltó su casa, atropellando á la guardia, y no lo hubiera pasado muy bien, si obligado por el miedo, no hubiera prometido quitarle inmediatamente de la Cruz.

Efectivamente; él mismo se trasladó al lugar del suplicio, para que sus órdenes tuvieran más rápido cumplimiento; pero entonces aconteció un hecho milagroso, que anonadó hasta al mismo Procónsul.

Al dar éste las órdenes para que los verdugos desataran de la Cruz al santo Apóstol, éstos fueron inmediatamente á cumplirlas, pero cuando se acercaban á la Cruz se quedaban sin fuerzas, y sus brazos caían como muertos. Cuantas veces lo intentaron, otras tantas se repitió el mismo prodigio.

Entonces se oyó la voz de Andrés que decía:

— No permitáis, Señor, que baje de la Cruz vuestro humilde siervo, ya que le hicisteis la gracia de que fuera puesto en ella por la confesión de vuestro santo nombre, dignaos recibirme en vuestras manos, penetrado del conocimiento de vuestras grandezas, que he debido á la luz que me comunicó este suplicio. En Vos soy todo lo que soy: tiempo es ya de que me vuelva á unir á Vos como centro de todos mis deseos, como objeto de todas las amorosas ansias de mi amante corazón.*

Apenas hubo terminado la última palabra, las innumerables gentes que con lágrimas de dolor le estaban contemplando pudieron ver con asombro que una brillante luz, cuyo resplandor apenas podía sufrirse, bajaba de los cielos y rodeaba el cuerpo del santo Apóstol.

Poco á poco fue desapareciendo aquella hermosa luz, hasta extinguirse por completo: era que el alma de aquel justo, saliendo de su estrecha cárcel, había sido llevada á las regiones empíreas á gozar de las delicias celestiales, en justa recompensa de sus grandes merecimientos.

La inmensa muchedumbre que había presenciado aquel estupendo prodigio se retiró triste, silenciosa,

y vivisimamente impresionada en tales términos, que muchos que habían tenido cerrados hasta entonces sus ojos á la divina luz creyeron y pidieron con grandes ansias el bautismo. Acaeció el martirio y muerte de Andrés en 30 de Noviembre del año de gracia de 63, y aquella memorable fecha no se borrará jamás de la memoria de los católicos.

EPÍLOGO.

Volvamos á Betsaida, á la hermosa ciudad de Galilea, situada á la embocadura del Jordán en el mar de Tiberiades: volvamos á recorrer aquellas calles que ya nos son conocidas, por haber dado principio en ellas nuestro histórico relato, y dirijámonos á la casa del anciano Julias. No habrá necesidad de llamar á la puerta, porque la encontraremos abierta de par en par. Entremos.

A primera vista, no dejará de sorprendernos cierto movimiento inusitado é impropio de las costumbres que siempre observaron los moradores de aquella casa, y aun nos sorprenderá más la circunstancia de no ver en ella, ni á Julias ni á su hermosa hija Betsabé, la esposa de Andrés el pescador.

Pero no retrocedamos; preguntemos á cualquiera de aquellas mujeres que entran y salen, llevando impreso el dolor en su semblante por los dueños de aquella casa, que dejamos en otro tiempo llenos de salud y rebosando felicidad.

— Dios te guarde, buena mujer. ¿Podrías decirme si vive aún en esta casa Julias?

— Esta es la casa donde moró Julias; pero hace dos años que dejó de existir aquel justo y santo anciano.

— ¿Y su hija Betsabé, la esposa de Andrés?

— Esa aun podrías verla, aunque os será difícil hallarla, porque en este momento está espirando.

— ¿Que me decís? ¿Eso es cierto?

— Como lo acabáis de oír.

— ¿Y de qué enfermedad?...

— No se sabe; ó por lo menos, los médicos no aciertan á definirla. Hace tres días estaba buena, y se la veía salir de casa para cumplir los preceptos de la ley cristiana, y ella misma repartía por su propia mano la limosna que diariamente daba á los pobres; pero desde hace tres días principió á sentirse enferma, sin adivinar la causa de su enfermedad, enfermedad que ha hecho tan rápidos progresos que, ya lo veis, en este momento está espirando.

En efecto, aun no habría terminado de pronunciar aquella mujer las últimas palabras, se le acercó otra y le dijo:

— Betsabé acaba de espirar.

Era el 30 de Noviembre del año de gracia de 63, á las diez de la mañana. En aquel mismo momento había entregado también su alma á Dios el esposo de Betsabé, Andrés el Pescador.

Sus dos almas debieron llegar unidas á los pies del trono del Altísimo.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. BUENAVENTURA SALESA, pintor de historia de alto crédito, nació en Borja en 1756, y trasladado á Madrid cuando contaba pocos años, se dedicó á la pintura, manifestando desde luego tales disposiciones, que en 1772 alcanzó el premio segundo de la tercera clase en el concurso de la Real Academia de San Fernando. Pensionado por el rey para pasar á Italia, remitió desde Roma en 1784 á dicha Academia *Santa Catalina* y *El entierro de Jesucristo*, copias ambos lienzos de Rafael de Urbino. Es autor del retrato del Arzobispo Lexo de Palomeque, existente en la Casa de Misericordia de Zaragoza y de *La Anunciación de Nuestra Señora*, cuadro de grandes dimensiones, copia de Mengs, en la iglesia colegiata de Alcañiz.

D. GONZALO SALVÁ, hijo del conocido bibliógrafo valenciano del mismo apellido, nació en Valencia en 1845 é hizo sus primeros estudios bajo la dirección de D. Rafael Montesinos, y posteriormente en la Escuela superior de Bellas Artes de Madrid y en París. En la actualidad es catedrático de la Escuela de su ciudad natal. Conocemos de este artista las siguientes obras religiosas: *San Rafael*, de tamaño natural; *La celebración de la Misa en una casucha de Aragón*; *El Cura de una capilla de las afueras de Valencia bendiciendo á los animales domésticos que le presentan*; *Cristo ante el tribunal de Pilatos*, y *El entierro del Salvador*, para la iglesia de Chelva. Muchas de sus obras han figurado en diferentes Exposiciones, siendo premiado su autor en la regional de Valencia de 1867 con medalla de plata.

D. RAMÓN SALVATIERRA Y MOLERO, nació en Madrid en 19 de Febrero de 1829 y fué discípulo en un principio de D. Vicente López, y posteriormente de D. Juan Ribera y de las clases de la Academia de San Fernando. Son de su mano un lienzo representando *La fundación de un colegio religioso*, para la Espluga de Francolí (Tarragona), y para la Escuela Pia de San Fernando, un *Retrato de medio cuerpo del Padre Juan Ceydano Losada y Una Virgen de las Escuelas Pías*, regalados por el autor.

D. JOSÉ SANCHI Y VALVERDE, distinguido ingeniero de caminos y pintor de afición. Fueron sus maestros D. Vicente y D. Eduardo Jimeno, adquiriendo el Sr. Sanchi, bajo su dirección, el dibujo correcto y seguro que se observa en sus innumerables trabajos. Citaremos aquí sus cuadros siguientes: *Santa Rita*, *Santa Bárbara* y *La Virgen de la Esperanza*.

D. ANTONIO BERNARDINO SÁNCHEZ, nació en Peñaranda de Bracamonte en 20 de Mayo de 1814. Ganada por él, mediante oposición pública, la cátedra de profesor de dibujo de la Escuela de Avila, abandonó la carrera de medicina y se dedicó en absoluto a la enseñanza. En la Exposición Nacional, celebrada en Madrid en 1858, expuso dos interiores: *La Basílica de San Vicente de Avila* y *La Capilla de la Anunciación* (vulgo Mosen Rubí). Son igualmente obras de este artista tres *Interiores de la catedral de Avila*, dos de los cuales figuraron en la Exposición Nacional de 1871: *Un interior de la iglesia de San Vicente de Avila* y *Una hermana de la Caridad*, que presentó en la Exposición de Avila de 1882.

D. PEDRO SÁNCHEZ BLANCO, nació en Madrid en 1833 y estudió los principios de dibujo bajo la dirección de D. Inocencio Borghini, pasando a los dos años al estudio de D. Carlos Ribera, con el que tomó la paleta y los pinceles, hasta que fué pensionado por la Academia de Nobles Artes de San Fernando, de cuyas clases superiores fué también discípulo, y salió para el extranjero en Junio de 1857. Durante algunos años siguió residiendo en París y Bruselas, completando su educación artística con los profesores Dausats, Bellet y Roulof, hasta que, terminado en 1860 el tiempo prefijado a su pensión, regresó a España y fijó su residencia en Madrid. Sus obras religiosas son: *Los tres ángeles anunciando a Abraham que Sara su mujer tendrá un hijo*, primer cuadro original del autor, que en 1849 figuró en la Exposición de la Academia de San Fernando; *La Virgen de las Angustias*, de tamaño natural, para un oratorio particular; para una capilla de la provincia de Valencia, propiedad de D. Ricardo Starico, *San Pedro*, *San Ricardo* y *los Sagrados Corazones de Jesús y María*, todos de medio cuerpo y tamaño natural; una *Virgen de los Dolores*, al óleo, de medio cuerpo, propiedad de la marquesa de Torre-Pando; una *Anunciación*, para el oratorio de D. F. G. Acebo; dos figuras, de una vara de alto, representando *El ángel de la oración* y *El ángel de la tristeza*, para el oratorio de los marqueses de Santa Marta. En el manileño de D. F. Muguero, *Un Salvador*, de tamaño natural y *Dos ángeles*; un cuadro al óleo, de dos varas de alto, que representa *Un alma subiendo al cielo*, existente en París; *La Cara de Dios*, en el monumento de Semana Santa de la iglesia parroquial de San Ginés, y otros trabajos de igual índole.

DOÑA CECILIA SÁNCHEZ PESCADOR, hija del distinguido cincelador del mismo apellido y notable pintora de afición, fué discípula de los profesores D. Vicente Jimeno y D. José Méndez, al último de los cuales auxilió en diferentes obras, entre ellas *Los Evangelistas*, para el templo de San Jerónimo de Madrid.

D. JOSÉ SÁNCHEZ PESCADOR, hijo asimismo del reputado cincelador de este apellido, nació en Madrid en 30 de Enero de 1839 y estudió en las clases de la Escuela superior de Pintura y bajo la dirección particular de D. Federico de Madrazo. Falleció en 1886. Es obra de este fecundo y distinguido pintor *La Santísima Trinidad*, con figuras de la mitad del tamaño natural, para la iglesia de Javalquinto.

D. MANUEL SÁNCHEZ Y RAMOS, natural de Sevilla. Débese a este pintor el *Retrato del Sr. Obispo de Córdoba*, *Fray Ceferino González*.

D. MANUEL SÁNCHEZ RAMOS, natural de Avila, discípulo de su padre D. Bernardino. En la Exposición de Madrid de 1876 presentó: *Interior del crucero de la izquierda y parte de la traseña de la catedral de Avila*; *Idem de la reja de la capilla de Nuestra Señora de las Cuevas en un ángulo del claustro de la misma catedral*. En la celebrada en esta capital en 1872 presentó *La nave mayor de la catedral*.

D. JOSÉ SÁNCHEZ Y MÁRQUEZ, natural de San Fernando y profesor de dibujo del Colegio Naval militar. En la Exposición de Cadix de 1879 presentó un

Retrato del Obispo de la Diócesis, que fué premiado con medalla de bronce.

D. SALVADOR SANCHÍS Y HERRAIZ, nació en Chiva en 1844 y estudió la pintura en la Academia de San Carlos de Valencia. Es autor de tres asuntos religiosos, originales y elogiados por la prensa valenciana.

D. SALVADOR SANCHE, mallorquín, hijo de don Esteban, también pintor y conocido por *El Manco*. El D. Salvador pintó en la catedral de Palma las telas de la capilla de las almas; dos lienzos grandes en la capilla del Santo Cristo de Solter, en la iglesia de Jesús María; el cuadro principal de la capilla del Beato Lulio, en Andraitx; los de las capillas de la Circuncisión, *La disputa con los Doctores* y *La calle de la Amargura*, en la iglesia del Hospicio. Además de las pinturas referidas hizo para la capilla del Beato Simón de Rojas todas las telas, inclusa la principal, que está hoy en la Iglesia parroquial de San Miguel. Murió en Palma a 11 de Marzo de 1814.

D. RICARDO SAN JUAN Y TAENGUA, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla. En 1874 hizo para el Teatro de Cervantes, donde se representó la loa *El cuadro de San Antonio*, la copia de dicho lienzo, que se exhibió en la última escena de aquel trabajo.

• FRAY FRANCISCO DE SAN PABLO, carmelita descalzo. En la Exposición iniciada en 1803 por la Real Junta de Comercio de Barcelona presentó un *San Elias*, al óleo.

D. FRANCISCO SANS Y CABOT, natural de Barcelona, donde vivió la luz en 9 de Abril de 1828. Este fecundo y notabilísimo artista fué autor de los *Dos Evangelistas* que debían hacer juego con los de Rosales en el templo de Santo Tomás de Madrid, cuyo boceto regaló el Sr. Sans en 1879 para la rifa abierta por el Ateneo de Madrid en favor de los inundados de Murcia. Dirigió el Museo Nacional desde 1873 hasta su fallecimiento acaecido en 5 de Mayo de 1881.

DOÑA JOSEFA SANS Y DE GREGORIO. En la Exposición pública celebrada en Barcelona en 1803 presentó un dibujo de *San Juan Bautista*.

D. JUAN BAUTISTA SANSANO. En la Exposición Nacional de Madrid de 1871 expuso dos miniaturas: *La Cena* y *El Salvador*, copia esta última de Juan de Juanes. Ha obtenido justos premios en otros certámenes.

D. ROMÁN SANZ, nació en Sacedón, provincia de Guadalajara, en 28 de Febrero de 1829. Sus obras religiosas son: el camarín de Nuestra Señora del Socorro, que pintó en su pueblo; otra capilla en Salmerón, propiedad del capitalista Sr. Alviñá, y las cuatro pechinas que ornaban la capilla denominada de la Misericordia en la iglesia parroquial de San Sebastián de Madrid.

D. LUIS SANZ JIMÉNEZ, pintor de historia, muerto en los primeros años del siglo, autor de los cuadros de los altares colaterales de la capilla de Nuestra Señora de la Gufa, en la catedral de Granada.

D. RAMÓN SARRIÓ Y PAYÁ, pintor residente en Valencia. En un certamen celebrado en 1881 en Tarragona como homenaje al Sagrado Corazón de Jesús fué premiado con una mención honorífica.

D. PAULINO SAVIRÓN Y ESTERAN, pintor, natural de Alustante (Guadalajara), donde nació en 1827. Es autor de *San José con el Niño Dios*, pintado para el gremio de carpinteros de Zaragoza; de una *Santa Lucía*; de un lienzo de grandes dimensiones para el altar mayor de la iglesia de Monreal del Campo, que representa *La aparición de Santiago Apóstol en la batalla de Clavijo*, celebrado por artistas e inteligentes. También restauró una preciosa tabla florentina, representando *El nacimiento de San Juan Bautista*.

D. CARLOS SEGOVIA, natural de Madrid y discípulo de los Sres. Alfonse Esler, Lallave y Pressler. En la Exposición de Madrid de 1881 presentó un dibujo a pluma de *La Concepción de Murillo*.

D. SALVADOR SEIJAS Y FARNACHO, natural de Fuentes de Nava (Palencia), discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Valladolid y de D. Agapito de San Román. En la Exposición Nacional de 1878 presentó: *Cristo muerto*. También es de su mano un cuadro de *La conversión de San Pablo*.

D. NARCISO SENTENACH, natural de Sevilla. En la Exposición de Cadix de 1879 presentó el cuadro *Jesucristo*.

D. ENRIQUE SERRA, nació en Barcelona en 1859 y estudió el dibujo y la pintura con grandes dificultades, por la precaria situación de su familia, hasta que el artista Sr. Talarn, descubriendo sus felices disposiciones, influyó para que fuese pensionado a seguir sus estudios en Roma, por el Sr. Marqués de Castellvell. Sus obras religiosas son: *Un retrato de León XIII*, *Nuestra Señora de Montserrat*, con destino al Vaticano, y *Una procesión en la campiña*.

En 1883 obtuvo la medalla de perfección en Villanueva y Geltrú.

D. JAIME SERRA Y GIBERT, pintor catalán. Construyó, para una iglesia de Barcelona, un altar, incluso el cuadro del centro con la figura de *El Salvador*. Falleció en la expresada población en 27 de Julio de 1877.

D. JOSÉ SERRA Y PARAJÁ, natural de Vigo y discípulo de D. Dámaso Garrote. Tenemos conocimiento de un cuadro suyo que representa *La capilla de Con*, en que reposó algunos años el cadáver de Méndez Núñez.

D. JOSÉ SERRA Y PORSÓN, natural de Roma. En las Exposiciones provinciales de Barcelona verificadas en los últimos años presentó, entre otros muchos asuntos, *Un fraile en oración* y *Una mártir*.

D. JOSÉ ANTONIO SERRATE, pintor valenciano, autor de una copia de *La Dolores*, de Salcillo.

M. DE A.

(Se continuará.)

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

El muy ilustre señor don Francisco de Pol, Vicario general del Obispado de Barcelona y Vicepresidente español de la Comisión Central de Bolonia, promotora de las Bodas de Oro de Su Santidad, ha enviado a los Rdmos. Sres. Obispos de España los bonos pontificios que acreditan las diócesis de nuestra patria por las limosnas recogidas con motivo del Jubileo Papal hasta el 31 de Diciembre del año próximo pasado. Los bonos enviados representan la cantidad de 37.110 pesetas.

He aquí cómo describe *La Unión Católica* el nuevo papel:

Los bonos pontificios se asemejan a los billetes de Banco, aunque tienen más arte y más belleza. Son de siete clases y colores: de L. 10, de L. 20, de L. 25, de L. 50, de L. 100, de L. 500 y de L. 1.000. Todos tienen igual dimensión, 0,13 de altura, 0,24 de anchura. A un lado en una preciosa orla se ve al Ángel de la Religión que levanta en alto la bandera del nombre de Jesús, bajo la que se lee *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat*. En medio el escudo de León XIII sostenido por dos ángeles. Al otro lado el globo terráqueo, y sobre él la cruz que dice: *Stat Crux dum voluit orbis*. Después una alusión al Santo Sacrificio de la Misa, según la profecía de Malaquías, esto es, el sol que se levanta y se oculta tras los montes, repitiendo el vaticinio: *Ab ortu solis usque ad occatum offertur oblatio munda*. Y sobre esto los angelitos de la caridad que llevan la ofrenda. A la cabeza del billete se lee: *Jubileo Sacerdotale del sommo Pontefice Leone XIII*. En medio *Vale dies* (6 veinticinco ó cincuenta, etc.) *lire da offerri al Santo Padre Leone XIII in occasione di suo Giubileo Sacerdotale, depositate presso la Segreteria di Stato per conto della Diocesi di...* Sigue la fecha, sello y firma del Secretario de la Administración de los Bienes de la Santa Sede.

En el respaldo de los bonos se ve en medio la plaza y la Basílica de San Pedro, rodeada de las otras cuatro Basílicas: la Lateranense, Santa María la Mayor, San Pablo y San Lorenzo extramuros. La cruz envía sus resplandores a la Basílica y al Palacio Vaticano, en derredor del que corre un bello friso con la inscripción: *Oremus pro Pontifice nostro Leone, Dominus conservet eum et vivificet eum in terra et non tradat eum in animam inimicorum ejus*. Van en el friso intercalados escudos con emblemas, el cáliz de la Fe con la Hostia Santa, el áncora de la Esperanza, la Caridad y la Unión fraternal, y así por el estilo.

Como estos bonos deben servir para todo el mundo católico, su valor indicado por letra en moneda italiana viene después repetido en francos franceses, libras esterlinas, marcos alemanes y dólares americanos. Así en un bono de 100 liras se lee en las esquinas: *Bon pour 100 francs. Good for 4 pounds sterling. Gut für 40 mark. Good for 20 dollars.*

El Arzobispo de Granada ha aceptado el encargo de depositar a los pies de Su Santidad León XIII el presente que con motivo de sus Bodas de Oro hace al Papa la Junta diocesana de aquella capital, y que consiste en una papelería árabe de extraordinario mérito y valor artístico.

Por su parte, el Sr. Moreno Mazón ha adquirido de su bolsillo particular, como obsequio al Sumo Pontífice, dos preciosas cómodas, estilo antiguo, muy semejantes a las que existen en la sacristía de la Cartuja de Granada. Son de cedro, con incrusta-

ciones de plata, nácar y palo santo, y en el tablero superior llevan una plancha en que se lee la siguiente dedicatoria:

Al Gran Pontífice León XIII en su Jubileo Sacerdotal, año 1887. — José Moreno Mazón, Arzobispo de Granada, en España.

La Junta diocesana de Tortosa ha celebrado un Triduo, comunión general y peregrinación a un Santuario, por los fines del Jubileo Sacerdotal de Su Santidad. El Secretario de Estado, Cardenal Rampolla, ha telegrafado a dicha Junta, dando las gracias en nombre del Pontífice y enviándole su bendición.

PERÚ. Cajamarca. — Varias señoras y señoritas han empezado a trabajar el rico presente con que se proponen concurrir a la Exposición Vaticana para manifestar su acendrado amor a la religión católica y sincera adhesión a la causa del Pontificado romano, con ocasión de las Bodas de Oro de Su Santidad León XIII; y a fin de que ninguna de las cajamarquinas deje de estar representada en la expresión de tan nobles sentimientos, ha dirigido una circular pidiendo un óbolo para llevar a cabo de un modo digno tan bella empresa.

Lima. — Mons. Medina y Mons. García Irigoyen, como presidente y secretario de la Junta diocesana para la celebración del Jubileo Sacerdotal, han empezado a pedir de puerta en puerta una limosna para el Sumo Pontífice, a fin de que la diócesis de Lima esté dignamente representada en la gran ofrenda que los católicos de todo el mundo pondrá a los augustos pies del gran León XIII el día de sus Bodas de Oro.

Cusco. — Las Terciarias franciscanas preparan una hermosa *palla* (estola) blanca, bordada con oro y colores en alto relieve.

Los señores de la misma Orden se proponen ofrecer un anillo de oro de gran valor e importancia por su significado.

Las Clarisas franciscanas van trabajando una mueta ó cota de lino bordada y de primorosas labores.

Aquella Junta diocesana empieza a cosechar los frutos de sus constantes desvelos.

Trujillo. — Se ha instalado la Junta diocesana para la celebración de las Bodas de Oro de Su Santidad y estudio de los medios que deben ponerse en práctica para conseguir su objeto.

Establecida la «Pequeña Asociación del amor filial» en favor del Santo Padre, cuenta ya en Trujillo con cuatrocientos socios, y la Junta diocesana se propone darle toda la extensión posible.

NOTICIAS

Uno de los religiosos capuchinos que se encuentran en Manila ha recibido de su reverendísimo Padre Provincial Fray Joaquín una interesante carta desde Santa María de Yap, a la que pertenecen los párrafos que siguen:

Santa María de Yap 5 de Marzo 1887.

Amadísimo Padre Bernardo: Como ya sabe vuestra paternidad, el 10 de Febrero a las nueve de la noche salimos de Pollox con rumbo a esta isla. Después de un viaje de prueba y sin fondear en las Palaos por causa del temporal, llegamos felizmente a este puerto el 18 a las diez de su mañana.

No bien hubo fondeado el pavor, cuando ya el bote de la famosa Doña Bartola andaba dando vueltas alrededor de nosotros, saludándonos con patriótico entusiasmo. Apenas nos vio a los capuchinos, volvió a dar la *buenavista* a nuestros misioneros, y los tres Padres vinieron de seguida al vapor en el mismo bote de doña Bartola, quedando como enajenados de alegría al vernos en su compañía.

¡Gloria y alabanza al rey de los cielos, porque así consuela a los suyos!

Lo que aquí pasó al vernos, la pluma no puede declararlo... Ya no me acordaba, carísimo Padre mío, de los trabajos y peligros anteriores; tenía delante a mis queridos hijos, los veía buenos; celosos por la gloria de Dios, llenos de espíritu de sacrificio por la salvación de las almas... los abrazaba, recibía sus tiernos abrazos y éramos todos felices.

Saltamos a tierra y nos dirigimos a la casa-misión, situada en un bonito alto que domina toda la bahía y lugar de la colonia española. Por el camino saltaba de contento, y al verme en esta región, donde el Señor ya ha principiado a obrar sus misericordias, no sabía lo que me pasaba. Ya estábamos cerca de la casa, cuando los tres hermanos que se habían quedado en ella, sin saber quienes éramos, tuvieron la feliz ocurrencia de salir a recibirnos procesionalmente con la cruz, ciriales, y a vuelo de campana, y

nos introdujeron en el pequeño y devoto oratorio, donde cantamos el *Te Deum* en acción de gracias por la feliz llegada, con todo el entusiasmo de que es capaz el religioso capuchino que siente latir en su corazón el amor de Dios y de las almas. Luego pasamos al pequeño refectorio, y nos obsequiaron con cocos, que era lo que a la sazón tenían más a mano para refrescar. Bendito sea Dios y mil veces bendito su Santo Nombre.

No puede figurarse el afecto que he cobrado a estos indios en los pocos días que llevo en ésta. Todo el día estoy rodeado de ellos. Son dóciles, amables y fáciles en creer lo que se les enseña; acuden a nuestra casa de todas partes, y nos traen cocos, cerdos y gallinas, etc., etc. Durante mi permanencia en esta, he verificado algunas expediciones a distintos puntos de la isla para hacerme cargo del carácter y costumbres de los naturales, etc. Llenándome de consuelo la disposición en que se hallan para recibir las gracias del cielo.

Para cuando nos veamos los demás, Dios mediante, pues me anuncian que saldremos esta tarde para Ponape, allí permaneceremos hasta la llegada de la *María Molina*, y si por todo Mayo no llega, dicen que a primeros de Junio zarparemos otra vez para ésta y Manila.

No nos olviden en sus oraciones, y pidan a los Sagrados Corazones nos asistan en nuestra noble empresa.

En Gibraltar se está construyendo un templo al Sagrado Corazón de Jesús, para desagraviar, según declaran sus fundadores, a la infinita majestad de Dios por la bárbara destrucción de templos y horribles sacrilegios cometidos no hace muchos años en España y en Francia. Sus tres magníficas naves, de las que hay terminados varios arcos y cerradas sus bóvedas, se concluirán dentro de un año. Lo delicado de las labores compete en dicha obra con lo macizo y sólido. El Gobierno inglés, siendo protestante, concedió un solar de 11.000 metros cuadrados, estimados en 40.000 pesos, y las principales autoridades protestantes de Gibraltar dieron cantidades respetables. Se han gastado ya más de 100.000 duros.

Muy en breve se fundará en Roma una institución en beneficio de la instrucción y perseverancia de las pobres mujeres que pertenecen a la clase obrera, por iniciativa de las hermanas del Perpetuo Socorro.

Estas organizarán en su convento, situado en Via Merulana, unos piadosos ejercicios espirituales para preparar a las jovencitas a la primera comunión, y establecerán una escuela para conservar en las mismas los frutos realizados en aquellos ejercicios.

NECROLOGÍA

En Murcia ha fallecido, víctima de sus deberes caritativos, la sierva de Jesús Sor Dolores de Jesús Maistegui.

Los últimos instantes de su existencia fueron hondamente conmovedores, pues la Hermana no cesaba de invocar los nombres del Redentor y de su Purísima Madre. Según prescripción de su Regla, las Siervas de Jesús han de saber cuándo se acerca su último momento y la enfermedad de que fallecen; en cumplimiento de ello la Superiora se acercó al lecho de Sor Dolores poco antes de espirar, y la dijo con sentida frase: — ¿Sabe, hermana, que va a morir? — Si, madre mía, si lo sé; contestó la sierva; ya hace días que hice a Dios el sacrificio de mi vida, y sé que Dios lo ha aceptado. — Y bien, ¿sabe cuál es la enfermedad de que muere? — También lo sé, respondió; muero de la misma enfermedad que tenían mis enfermos de la calle de la Greña.

Poco después las religiosas, en derredor de la cama, rezaban los salmos penitenciales, y entre suspiros de abrasada caridad volaba al cielo el espíritu de Sor Dolores de Jesús, dejando entre los brazos de sus hermanas su cuerpo dormido con el sueño de la muerte.

También han fallecido recientemente:

En Zaragoza el muy ilustre Sr. D. Julián Martínez y Sanz, Canónigo de aquella Santa Iglesia Metropolitana.

En Pamplona el capuchino exclaustro Fray Juan Lucas de Oleja, capellán jubilado de aquella santa Iglesia Catedral.

En Valencia el Sr. Deán y Rector del Seminario D. Baltasar de los Reyes Palmerol.

En Lerma Fray José González, dominico, a los 76 años de edad, y 59 de profesión.

En Sevilla Sor Justa de San Francisco de Sales, de la comunidad de la *Madre de Dios*.

En Manzanera el distinguido periodista católico D. Miguel González Elípe.

En Manila el P. Fray Francisco Agüeria, cura párroco de Dumangas, Iloilo, cuando se disponía a regresar a España acompañando al Comisario general de PP. Agustinos, después de cincuenta y seis años de ausencia de la madre patria.

ARTÍCULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.



Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.

BANCO DE ESPAÑA

Los interesados que tengan en depósito en este Banco los valores que se expresan a continuación pueden presentarse en las oficinas del mismo desde el miércoles 13 del actual, de una de la mañana a tres de la tarde, a percibir los intereses vencidos en 1.º del actual:

Billetes Hipotecarios del Tesoro de la Isla de Cuba. (Emisión de 1880.)

Id. id. id. id. (Emisión de 1886.)

Acciones de Obras Públicas.

Id. del Banco Hipotecario de España.

Id. del ferrocarril de Madrid a Zaragoza y a Alicante.

Obligaciones de la Sociedad Altos Hornos y Fábricas de hierro y acero de Bilbao.

Id. del Tranvía de estaciones y mercados.

Id. del ferrocarril del Norte de España.

Id. id. de Madrid a Zaragoza y a Alicante.

Id. id. de Córdoba a Sevilla.

Id. id. de Sevilla a Jerez y Cádiz.

Id. id. de Tudela a Bilbao.

Id. id. de Langreo a Gijón.

Id. id. de Barcelona a Zaragoza.

Id. de prioridad del ferrocarril de Zaragoza a Pamplona y Alsasua y de Zaragoza a Barcelona.

Madrid 12 de Julio de 1887. — El Vicesecretario, Gabriel Miranda.



ÉPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 21. — Madrid 25 de Julio de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

NUESTRO Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Six meses.....	30 "
Un año.....	60 "
CASA Y PUERTO-RICO	
Six meses.....	2 1/2 ps. ls.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD

DEL ASILO DE HUÉRFANOS

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

EXTRANJERO	
Six meses.....	21 fr.
Un año.....	41 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Six meses.....	2 1/2 ps. ls.
Un año.....	4 "

SUMARIO

TEXTO. — La Decena, por Manuel Ossorio y Bernard. — Los grabados. — Enérgica actitud de la Iglesia contra todo género de abusos, por Fray José Coll. — Tradiciones de Tierra Santa, por M. Polo y Peyrolon. — Marias y la hebreza de la Pasión, por Vidal Fita. — La Virgen del Carmen, por Francisco de P. Capella. — El Fraile en Filipinas. — Siervas de Jesús de la Caridad en Alicante. — El apéndice de Santo. — Jubileo Sacerdotal de Su Santidad León XIII. — El Arte Religioso, por M. de A. — Conclusiones filosóficas. — Noticias. — Necrología. GRABADOS. — Don Fernando Alvisu, Cura de Elorriaga. — Cádiz. — Muerte de San Bruno (cuadro de Leuninger).

LA DECENA

Las noticias que de Roma recibimos dan cuenta de la solemne velada literaria celebrada en el Vaticano por los alumnos de la nueva Escuela de literatura el día 14 del corriente. Su Santidad — a quien correspondía demasiado activos habían presentado enfermo la víspera — honró con su presencia la ceremonia del Instituto de enseñanza, que lleva su ilustre nombre, entrando en la sala Clementina con 18 Cardenales. Numerosos Prelados y personajes ilustres en las ciencias y en las letras ocupaban el salón, formando parte del tribunal del acto el Rdo. P. Valle, Mons. Stepanopoli y Monseñor Bartolini, tres de las grandes ilustraciones de la Italia moderna. Los trabajos de los alumnos sobre las literaturas griega, latina e italiana, así como la seguridad mostrada por los mismos, llamaron poderosamente la atención. Su Santidad quiso hacer más duradera la grata impresión causada por aquellos ejercicios y los cerró con un discurso en latín, hermoso como todos los suyos, y como todos los suyos oportuno, paternal y conmovedor.

Las mismas cartas que recibimos de la capital del orbe católico dan cuenta de una generosa oferta de territorios, fuera de Italia, hecha a la Santa Sede; de la cuestión romana, que de día en día cobra mayor importancia e interés, así como de algunos puntos secundarios de la política pontificia. Respecto de la oferta, claro es que no ha sido aceptada, aunque si agradecida, pues Roma, donde los mártires derramaron su sangre confesando la Fe de Cristo; donde cada monumento y cada piedra encierran los más hermosos recuerdos de la persecución y del triunfo de la Iglesia; donde se guardan las reliquias de tantos mártires y el recuerdo de tantas glorias para el Papado; donde las naciones católicas, y no Italia sólo, han encerrado tesoros incalculables del Arte religioso, Roma no es la capital de un reino, no puede ser considerada en tal concepto: es la capital de todos los reinos, el punto a que convergen las oraciones de todos los católicos del mundo y el lugar de donde

irradia para todos la bendición Pontificia. De otras fases de la cuestión romana, una vez conocida la circular de Mons. Rampolla a los Nuncios, la prudencia impone el silencio más completo si no quiere hacerse el juego de las escuelas intransigentes, tan infelices siempre.

Y dicho esto, ya que por el carácter confidencial de nuestras cartas no podemos hoy publicarlas íntegras, descendamos mucho, muchísimo: desde los intereses eternos de la Iglesia universal, hasta las pequeñeces y vulgaridades de la familia española.

Entre las grandes conquistas del año corriente existe una que, por su importancia y por el desarrollo que va adquiriendo, dejará profunda huella en nuestras costumbres. Es de carácter periodístico y digna de figurar al lado de los Avisos de interés, en los que a la sombra de una letra inicial y con la complicidad de todos los lectores, se preparan acaso las grandes tragedias del hogar doméstico. La moda última tiene la ventaja de no ser anónima y la de hallarse informada en un espíritu tal de franqueza que con ella puede decirse que queda derribado por los

suelos el muro de la vida privada: los honores de su introducción en España pertenecen a *La Correspondencia*, ó, al menos, a la empresa arrendataria de su plana de anuncios.

Don N. N. y Doña J. J. — dice una papeleta orlada y con muñecos simbólicos — tienen el honor de poner en conocimiento de sus amigos que han contraído hoy matrimonio.

Don X. X. y Doña Z. Z. participan a sus amigos que les ha nacido el primer hijo, con cuyos servicios pueden contar desde ahora.

Todos estos sucesos serán muy importantes para las señoras J. y Z. y para los Sres. N. y X.; pero creo que, aunque hubieran quedado oscurecidos, ni se habría hundido el firmamento ni habrían temblado las esferas, como dice uno de nuestros dramaturgos más aplaudidos.

Las papeletas mortuorias constituyeron un gran negocio para algunos periódicos, y, como según su tamaño, costaban más ó menos, la vanidad las fue prolongando, para que el público no pudiera atribuir mezquindad a los parientes del muerto. Con las papeletas de enlaces y nacimientos puede hacerse también un negocio muy bonito, sobre todo si se las ilustra con fotografías simbólicas, retratos, armas de familia, árboles genealógicos y otros detalles de curiosidad e interés.

Una vez generalizadas estas papeletas, quedan otras innovaciones para uso y beneficio de los periódicos:

Relación de las personas que al día siguiente cumplen años ó celebran santo.

Cambios de domicilio al día, con el precio de las habitaciones alquiladas.

Dependientes despedidos y dependientes recibidos en todas las casas.

Peticiones de matrimonio.

Dinero que cada familia gasta al día en la plaza, dato útilísimo para la estadística.

Y otras innovaciones análogas.

Por este sistema se formarían curiosísimos archivos de familia, y dentro de algunos años no habría más que revisar alguna colección de periódicos para reconstruir el pasado de aquella, caso de no preferir colocar los recortes y papeletas en algunos marcos ó álbums.

— Mira — dirá dentro de veinte años el Sr. H. a la Sra. Q. — en igual día de 1887 nos casamos.

— Y pocos meses después tuvimos nuestro primer hijo.

— Sí; por señas que tuve que anunciar en *La Correspondencia* que se habían equivocado en la fecha de tu alumbramiento.

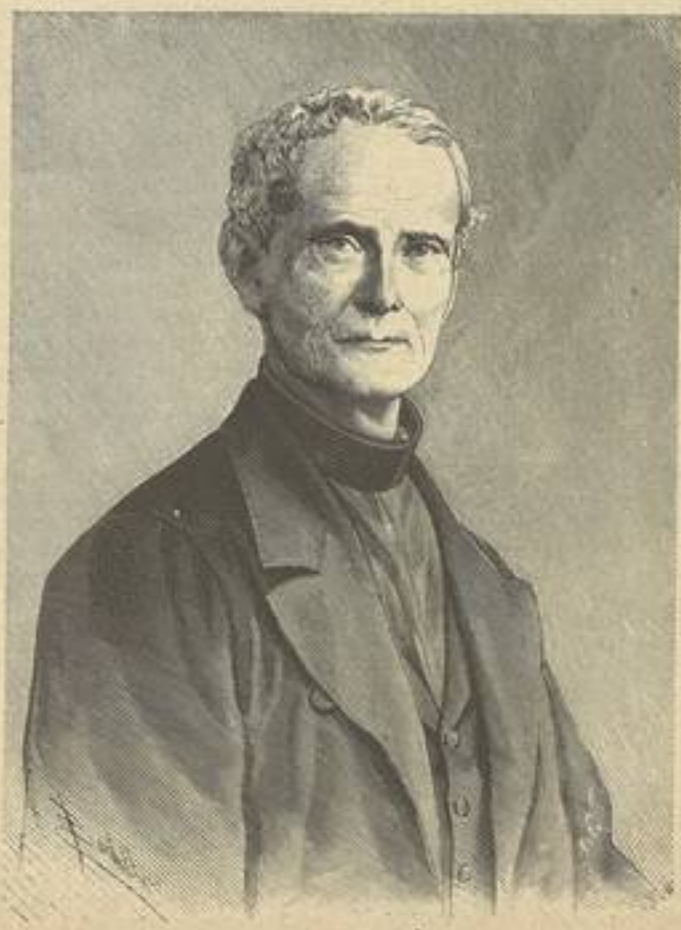
— Pero en los demás hijos no se equivocaron.

— Y los últimos no los anunciaste...

— No, mujer; unos parroquianos como nosotros no pedían nada injusto, queriendo que se les rebajase la tarifa, y como no accedieron a ello, reñimos.

— Mira, mira este otro anuncio: «El Sr. H. ha comprado a su esposa, la Sra. Q., una manteleta de encajes.»

— Algo más decía el anuncio.



D. FERNANDO ALVISU.

Cura de Elorriaga.

— Sí; también tuvieron que rectificarlo, pues decía el primer suelto: «... de encajes... igual a la que ha comprado a la bailarina ***» cuando yo puse «igual a la que ha comprado la bailarina ***». ¡Como que aquella manteleta fue uno de tus antojos!

— ¿Y esas otras papeletas?

— Las de la muerte del tío Diego, que nos dejó toda su fortuna; las puse cuando murió y al cumplirse el primer aniversario.

— La verdad es que bien podíamos romperlas.

— Claro; esos recuerdos de familia afectan muy dolorosamente.

— Dímelos a mí, que por no sufrir con exceso, no he vuelto por el cementerio en que está enterrado...

Otro asunto, no español por fortuna; pero que revela una moda destinada a pasar los Pirineos y visitarnos, es el de la sentencia de Pranzini, el asesino, ó mejor dicho, el de la actitud que durante la vista de su causa ha tenido Mr. Onfroy de Breuille, Presidente del tribunal de Assises. Aquí, desde el establecimiento de los juicios orales, hemos visto a numeroso público, del que formaba parte el bello sexo, precipitarse a la sala, buscando empeños para penetrar en ella, con el fin de no perder un solo detalle de las terribles tragedias que en dicho lugar se desarrollan; aquí hemos visto a muchas jóvenes sensibles llorar y reír en las escenas terribles del drama humano, a cuyo término se halla tal vez una sentencia de muerte; pero no recordamos que nuestra magistratura haya utilizado tan triste oportunidad para lucir su ingenio, *haciendo frases*. Y esto es precisamente lo ocurrido en París, habiendo originado más de una levatada y enérgica protesta. Un distinguido escritor dice a este propósito con notorio buen juicio:

«... me parece que el Presidente de los Assises tiene otro cargo que desempeñar que el de proferir dichos ingeniosos.

Yo no repudio las agudezas de ingenio; me encantan de una manera indecible cuando están en su puesto. Mas, a mi juicio, no están en su lugar entre el acusado y el magistrado que procura encontrar datos para sentenciarle a la pena de muerte.

El magistrado no ha de representar en el tribunal la antigua agudeza de ingenio de los galos ni la verbosidad parisiense. Si le está permitida la ironía filosófica, es con la condición de mantenerla encerrada dentro de los límites de su superior imparcialidad y de no agujerear al criminal sujeto a su jurisdicción, ni tampoco a los testigos, como lo hace el picador con el toro.

El cargo de Presidente del tribunal de Assises es augusto, como todos los cargos en que se acepta la responsabilidad de cortar, si es preciso, existencias humanas: en mi concepto, no se le debe imprimir carácter de jovialidad; una segur festiva es un contrasentido.

Ya a nombre de la equidad se ha suprimido el resumen del Presidente; a nombre del buen gusto pedimos que los Presidentes no hagan gala de agudeza de ingenio en el Palacio de Justicia.»

En la ocasión a que el periodista francés se refiere, los chistes se han pronunciado en contra del acusado — hoy reo de muerte — en contra de la víctima y de algunos testigos respetables.

Al proceder a la lectura de los periódicos de los últimos días y ver, cortando los diálogos, las acotaciones de:

(Risas.)

O de:

(Grandes risas.)

Ocurrió preguntar:

— ¿Se está representando algún sainete?

Y sólo, fijándose más en el texto, se alcanzaba el convencimiento de tratarse de un crimen horrendo... El resultado de la vista ha sido una sentencia de muerte.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

H. FERNANDO ALVIER,
Cura de Elorriaga.

Es una curiosa y notable personalidad por sus trabajos de horticultura, a los que cobró extraordinaria afición desde los viajes que realizó de joven por el extranjero. Nació en Aranahe (Navarra) en 25 de Abril de 1807, y a la edad de 18 años obtuvo el curato que desempeña. Los trabajos que desde entonces ha realizado en sus tierras; los estudios que ha hecho, y su autoridad y experiencia, constituyen al Cura de Elorriaga en una figura por todo extremo simpática y notable.

CADIZ.

Capital de la provincia de su nombre, más importante por sus recuerdos que por su representación actual. Rodéanla las aguas del Océano, y ocupa el extremo de una lengua de tierra que forma el estrecho N. de la isla de León. La muralla que la cerca tiene 7,500 varas de circunferencia, y fortificaciones de primer orden. Entre los monumentos principales de la población figura una hermosa catedral, levantada por la piedad del vecindario, excitada por el famoso Obispo Fray Domingo de Silos Moreno.

Cádiz, que viene arrastrando lánguida vida, prepara actualmente dos sucesos que la darán notoriedad: una Exposición marítima y un Congreso proteccionista de la infancia.

MUERTE DE SAN BRUNO.

(Cuadro de Eustaquio Lesueur.)

Entre los veintidós cuadros que Eustaquio Lesueur consagró a San Bruno en la Cartuja, y que, fijados después en lienzo pasaron al Museo del Louvre, el de la muerte del Santo, que hoy reproducimos, es acaso el más importante de todos por su composición, expresión y claro-oscuro. Nunca estuvo más inspirado el maestro que al traducir las diferentes manifestaciones de dolor de los monjes, la severa pobreza del fondo y el resplandor de los cirios, que da carácter sepulcral a la escena. «Todo eso — dice uno de sus biógrafos — es digno de los artistas más famosos y de las más famosas escuelas.»

En nuestro número del 5 de Junio publicamos el retrato de Lesueur y una breve reseña biográfica del mismo.

ENÉRGICA ACTITUD DE LA IGLESIA

CONTRA TODO GÉNERO DE ABUSOS.

ANIMADA aquella dilectísima Esposa de Jesucristo del soplo divino, gracias al cual no puede caer en error, veía en los siglos medios los grandes abusos que se cometían; pero bien lejos de consentirlos, los rechazaba con toda la vehemencia de que se sentía capaz.

No ignoramos que en el prurito tan general de zaherir a la Iglesia, háse declamado, y sigue y seguirá, si Dios no lo remedia, declamándose contra lo que sus detractores llaman abusos teocráticos. ¡Ay qué miedo! Sépase, sin embargo, que la Iglesia no tiene el menor interés en ocultar las relajaciones que hay ó haya podido haber en ella; antes por ventura ninguno ha levantado tan alto la voz como los mismos eclesiásticos, para descubrir y condenar con santa libertad los vicios de que el clero haya podido hacerse culpable.

Sin temor de ser desmentidos, podemos asegurar que jamás cesó la Iglesia de alzar sus clamores contra todos los desarreglos, por medio de un gran número de Concilios provinciales y generales; pero hay que tener en cuenta que, durante la Edad Media, el mal era grave: las reformas encontraban resistencia en el elemento eclesiástico, no menos que en el laical; y únicamente con el transcurso del tiempo podían los medios adoptados producir paulatinamente su natural efecto.

La impaciencia suele ser mala consejera. En vez de soñar, como hacen tantos optimistas, sobre un orden de cosas exento de toda imperfección, la Iglesia, guiándose siempre por la soberana prudencia que la caracteriza, contemplaba con solicitud constante el desenvolvimiento de las ideas, enderezando poco a poco y por grados los sucesos por las vías del verdadero progreso. Por lo mismo se comprenderá, que las medidas tan sabias como enérgicas dictadas por los concilios iban dando su resultado; en términos que, en el tiempo en que Lutero enarboló el rebelde pendón, habían ya desaparecido muchísimos abusos.

Quisieran los racionalistas y tantos otros críticos insoportables que como nunca abundan hoy en el mundo, que la Iglesia lo hubiera hecho todo en una sociedad casi yerta para el movimiento intelectual y moral. ¿Qué más pudo haber hecho en unos tiempos en que el elemento político y civil parece como que se daban la mano para paralizar su acción tan benéfica como civilizadora? La Iglesia, dice Mr. Guizot¹, ha ejercido grande influencia en el orden moral é intelectual en la Europa moderna, sobre las ideas, los sentimientos y las costumbres públicas. El hecho, continúa, es evidente: el desarrollo moral é intelectual de Europa, ha sido esencialmente teológico. Recorred la historia desde el siglo X hasta el XVI; la teología es la que posee y dirige el espíritu humano; todas las opiniones son tomadas de la teología; las cuestiones filosóficas, políticas é históricas son siempre consideradas bajo un punto de vista teológico. La Iglesia es tan soberana en el orden intelectual, que hasta las ciencias

matemáticas y físicas se ven precisadas a someterse a sus doctrinas. El espíritu teológico es en cierto modo la sangre que ha corrido por las venas del mundo europeo, desde Bacon hasta Descartes... Indudablemente que esta influencia ha sido saludable; no sólo ha sostenido y fecundado el movimiento intelectual en Europa, sino que además el sistema de doctrinas y de preceptos en cuyo nombre imprimía el movimiento, era superior a cuanto el mundo antiguo había conocido.²

En el paralelo que se hace de la Iglesia primitiva con la del fin de la Edad Media, sumamente desventajoso para ésta, hay mucho que rectificar. Verdad es que la santidad de los primeros cristianos es digna de todo elogio; mas no por eso se han de condenar al oprobio ni desprestigiar los demás tiempos, porque en todos ellos la Iglesia ha cumplido una gran misión social, por más que no siempre hayan sido tan visibles los medios empleados para ello.

Estúdiense con imparcialidad la historia, y se verá cuál ha sido en cada época la influencia religiosa en la vida civil de los pueblos. La táctica de nuestros contrarios es bien conocida: ensalzar mucho ciertas edades, no para hacerles justicia, sino para mejor deprimir otras en su cotejo con ellas. No hay era donde no se encuentre grano, y a la vez paja; lo propio sucede entre los cristianos, ni todo es trigo de virtudes, ni tampoco es todo paja de vicios.

Y si al presente la Iglesia sufre grandes calamidades, principalmente porque no existe hoy en el mundo un solo Gobierno que decididamente la proteja, en cambio pocas veces se habrá visto un clero tan ilustrado, celoso y ejemplar como el de nuestros días; raros serán los ejemplares que el catolicismo haya tenido un episcopado tan grande, tan maravillosamente compacto y unido, y sobre todo tan devotamente humillado y sumiso a los pies del Vicario de Jesucristo como el de hoy.

Y por lo que respecta al siglo XVI, bastanos citar el testimonio de un hombre que ningún protestante podrá rechazar. Es Erasmo; crítico descontentadizo y mordaz, y bien poco amigo de hacer justicia a sus contemporáneos. Dice así: «Si San Pablo viviese hoy, soy de parecer que no le desagradaría el estado presente de la Iglesia.»³

Volviendo a nuestro tema diremos que, antes del protestantismo, el espíritu de reforma iba siempre ganando terreno, aunque muy lentamente, porque otra cosa no permitían las circunstancias de aquella edad. Ninguno deseaba con más ardor las reformas; no: nadie hubo que llegase a clamar tan alto ni tan fuerte contra las concusiones y gérmenes depravados que los intrusos y los bastardos introducían en la Iglesia como el mismo clero. «La Iglesia, dice Augusto Nicolás, no ha dejado a sus enemigos el cuidado de acusarla, más diré, de calumniarla; ella ha sido la primera en acusarse, en calumniarse, en atacar con una violencia a que no han llegado aquellos, los vicios de sus miembros. Ni aun el lenguaje de Lutero alcanza en fuerza y energía al de San Vicente Ferrer, al de San Bernardo, al de Santa Brígida, al de una multitud de santos ilustres, reputados tales y canonizados por la Iglesia, precisamente por haber usado de este lenguaje de censura, de reforma de costumbres, apoyándolo con la santidad de su vida.»⁴

El Cardenal Pedro de Ailli protestaba un siglo antes de la herejía luterana, que el Sacro Colegio había mostrado más que otro alguno el deseo de la reforma en todos los órdenes del clero; y que la Iglesia romana estaba dispuesta a prestarse a toda mejora, siempre que viniera inspirada por el espíritu de prudencia y de verdad. Y no contento con esto, propone el mismo Cardenal muchos é importantes artículos de corrección, tanto para el clero secular, como para el regular. Además, comprendiendo que esto no era suficiente para remediar todo el mal, reclama también la reforma de los simples fieles, prefiriendo el medio de la exhortación y buen ejemplo para mover a los soberanos a que repriman los excesos y los escándalos, a que socorran a los menesterosos, protejan a la Iglesia, y apaguen el fuego de la discordia y de las continuas guerras que tanto daño hacen siempre a la cristiandad.

Gerson escribió también en el mismo sentido, sosteniendo eficazmente, como su maestro el citado Pedro de Ailli, la necesidad de celebrar frecuentes Concilios, de conservar en su fuerza y vigor las leyes eclesiásticas más bien que multiplicarlas; y, sobre todo, de no dar a la Iglesia sino ministros que la edifiquen con el ejemplo de sus virtudes. Censura igualmente la falta de residencia en los pastores, el fausto y disipación de los prelados, la pluralidad

¹ Si Paulus adhuc viveret, non improbare, gloriari, praestantibus Ecclesiae statum. Epistola escrita en 1509, e impresa en Colonia en 1541.

² Del protestantismo, etc., lib. III, cap. IV.

³ Historia de la civilización en Europa, loc. VI.

de beneficios; la profusión de las dispensas, el comercio simoníaco, la relajación de las costumbres, la profanidad, la ociosidad y la ignorancia.

A su vez el Cardenal Julián, uno de los hombres más grandes que florecieron en el siglo xv, al dar cuenta al papa Eugenio IV de la vida licenciosa del clero de Alemania, preveía ya una próxima desolación en aquellas regiones; anunciando, en un tono que parece inspirado, que el pueblo alemán, cansado de sufrir a aquellos indignos ministros del altar, se arrojaría sobre ellos, principiando por arrebatarles sus bienes temporales, como puntualmente sucedió.

Fuera de esto, los Concilios se sucedían los unos a los otros para impulsar más y más la tan deseada reforma; y en el de Constanza, celebrado en el primer tercio del mismo siglo xv, publicó Martino V varios puntos reducidos a condenar severamente la simonía, reprobar la mala conducta y la profanidad de los eclesiásticos, revocar las exenciones concedidas desde la muerte de Gregorio XI, anular la unión de beneficios de la misma época, desechar como abusivas las dispensas obtenidas para gozar de ciertos beneficios sin recibir las órdenes competentes, no aplicar en lo sucesivo a la cámara apostólica el producto de los beneficios vacantes, y en fin, de no gravar con diezmo ni con ningún otro impuesto pecuniario a ninguna iglesia sin el consentimiento de los prelados de la provincia.

En el sínodo de Letrán, cuya apertura tuvo lugar el 3 de Mayo de 1512, el religioso Canisio, lamentándose de tantas calamidades, y clamando por la necesidad de una reforma inmediata, decía: «¿Quién puede ver sin lágrimas la corrupción y el desorden del malvado siglo en que vivimos, el monstruoso desbarreglo que reina en las costumbres, la ambición, la impudencia y el libertinaje; a la impiedad triunfar en lugar de la santidad, por cuyos vicios debiéramos ser desterrados para siempre?»

En la sesión nona de este Concilio deploraban todos los Padres que las sangrientas hostilidades de los reyes fuesen causa del trastorno universal de aquella época; y entre otros, exclamaba Antonio Pucci: «¡Oh corazones hambrientos de los reyes, nunca saciados de las inocentes entrañas de los pueblos! ¡Oh ciega rabia de los demonios, que no se calma con los innumerables homicidios! Desde hace veinte años, 500.000 cristianos murieron al filo de la espada. ¿Y todavía tenéis hambre? ¿Y todavía tenéis sed de sangre?»

En una palabra; el concilio abundó en los más laudables deseos, tronando contra toda clase de abusos. Formuló disposiciones sapientísimas acomodadas a las necesidades de entonces. Cerró la puerta del santuario a todos aquellos que, ya por sus costumbres, ya también por su falta de ciencia o de edad, no fuesen dignos: moderó las tasas de los emolumentos, las regalías y otras exacciones. Mandó asimismo que no se depusiese a ningún Prelado sin haber oído antes a entrambas partes; que sólo se diesen encomiendas en cuanto fuesen necesarias para conservar los derechos de la Santa Sede; que los curatos y las dignidades que no llegasen a doscientos ducados de renta no se diesen en encomienda, ni aun a los Cardenales; que no se hiciese ninguna desmembración ni unión de iglesias sino por una causa razonable, expresada en el derecho; y en fin, que no se concediese dispensa para poseer más de dos beneficios incompatibles.

El remedio de las grandes reformas adoptadas por la Iglesia antes de la aparición del protestantismo alcanzó igualmente a los Institutos regulares. En España tuvimos por entonces o poco antes un celeberrimo reformador en el celoso y muy santo Cardenal Cisneros, el cual acometió aquella empresa al espirar el siglo xv, mediante Bula impetrada de Alejandro VI, y bajo los felices auspicios de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel.

Principió Cisneros, como Franciscano, por la Orden de N. P. San Francisco. Su modo de proceder era el siguiente: Visitaba los conventos; recordaba a las comunidades lo que había sido aquella Religión en su nacimiento y durante sus más floridos tiempos; mandaba luego traer los privilegios opuestos a la perfección de su estado, y los quemaba como Corán pésimo de vida ancha. En cuanto a las rentas y propiedades que no se avenían con la más estricta observancia, las adjudicaba íntegramente a las monjas pobres, con condición empero de que

habían de votar clausura; o bien las distribuía entre las parroquias más necesitadas. En las demás Órdenes que podían poseer bienes en común, se limitó a imponerles algo más de coro, guarda de sus reglas, algunos saludables estatutos que las prescribía, y finalmente, la reforma de sus hábitos y desnudez de sus celdas.

En fin, la Iglesia, algún tanto repuesta de las persecuciones y cismas que hasta entonces habían cobijado su libre acción, cumpliendo constantemente con su ministerio de enseñar a todos la sana doctrina, principiaba a respirar y poner remedio a las calamidades que la afligían, antes que estallase el infernal espíritu de revuelta, que vino a sustituir la moderación y sensatez de aquella, con la piqueta demoledora, la tea incendiaria y la sañuda hacha del verdugo.

Gloríese la Reforma, si le place, de sus triunfos; nosotros nos gloriaremos tan sólo en la Cruz de Jesucristo. Peor para ella, cuyos principios, bien diferentes por cierto de los del cristianismo, puede decirse que sólo tienen analogía con los medios draconianos con que fué propagado el mahometismo. Y bien; preguntaremos nosotros: ¿cuál de los dos ha sido el mayor enemigo de la humanidad, Mahoma o Lutero? ¡Ah! que si el uno de éstos guerreaba con el alfanje, y el otro no más que con la pluma y la lengua, en cambio el temor no suele esclavizar al hombre con tanto imperio como el engaño. El temor, lejos de atraer, ahuyenta; mientras que el engaño forma al rededor nuestro cierta atmósfera, en la cual, presto o tarde, si no nos sustraemos a su influencia, acabaremos por acostumbrarnos a vivir. Si; no vacilamos en afirmarlo: es más peligroso el engaño que el temor; más avasalladora el arma que usó Lutero, que la de Mahoma.

Por eso el caballo de batalla de los revolucionarios antiguos y modernos es la seducción. Nunca se dan treguas para excitar las pasiones y preparar los grandes sacudimientos sociales por medio de la prensa y de la tribuna, de las cuales torpe y vilmente abusan, haciéndolas servir de palancas para derribar las instituciones: primero, empleando los lisonjeros silbos de la serpiente a imitación del infernal dragón en el Paraíso: *Seréis como dioses*; tras de la lisonja vienen los desengaños, o mejor dicho, los cataclismos.

Los revolucionarios, es cierto, no ofrecen al pueblo la deidad, como Lucifer a nuestros primeros padres; pero le prometen la soberanía, y el pueblo, siempre crédulo y sencillo, nunca escarmenta: alarga cándidamente su mano a la majestad; mas en lugar de la diadema, sólo topa con las cadenas de su esclavitud. ¡Desgraciado el pueblo que busca otra libertad fuera de aquella a que Jesucristo nos ha llamado! ¿Y qué libertad es esa? La del espíritu; aquella que, divorciándose del ominoso yugo de la concupiscencia, nos hace hijos de Dios, con la gloriosa libertad de servirle y amarle por voluntad y por amor en esta vida, como lo hacen los bienaventurados en la otra. Esto es lo que el Apóstol resume en aquellas palabras: «Donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad».

FR. JOSÉ COLL.

TRADICIONES DE TIERRA SANTA

XVIII

LA SANTA CRUZ

Un libro entero, y hermoso libro ciertamente, podría escribirse acerca del madero angusto en que fué crucificado Jesucristo Nuestro Señor, con sólo recoger las leyendas, tradiciones, datos históricos y noticias de toda clase referentes a la Santa Cruz. En parte ha realizado este interesante trabajo, con el título de *Memoria de los instrumentos de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, Mr. C. Rohault de Fleury, que ha reunido en magnífico volumen, arsenal de erudición arqueológico-sagrada, todo lo más importante que puede decirse acerca del asunto. Mi propósito es más modesto, y me propongo realizarlo sin erudición ni pretensiones críticas, apuntando en este artículo las leyendas, tradiciones y datos históricos de que tengo noticia, referentes al sagrado leño.

Conocida es la hermosa leyenda tan difundida durante los siglos de fe, que supone al santo madero de la Cruz procedente del árbol de la ciencia del bien y del mal, principio y causa ocasional de la

perdición del linaje humano. Según dicha leyenda, después de la prevaricación de nuestros primeros padres, tempestad furiosa procedente de los cuatro vientos descargó sobre el Paraíso terrenal y arrancó de cuajo el árbol misterioso. Seco su tronco, fué arrastrado por las aguas torrenciales de abismo en abismo, hasta que quedó oculto en caverna profunda. De allí le sacaron las aguas del diluvio universal, que llenaron todas las oquedades e igualaron los más profundos abismos y sobrenadando en el lomo de las improvisadas olas condujéronle a la Judea y depositado quedó al pie del Gólgota el tronco adámico. Diversas gentes quisieron utilizar, en distintas épocas, aquel madero antiquísimo: primeramente los jehuseos, fundadores de Jerusalén; después los operarios que construían el templo magnífico de Salomón; y por último, los arquitectos encargados de levantar el templo de Zorobabel. Pero intentos vanos, el hierro de los instrumentos todos embotábale en el impenetrable madero y la habilidad de los mejores artífices no pudo nunca labrarle. Durante siglos permaneció olvidado en el valle de las calaveras el prodigioso árbol del Paraíso, hasta que, llegada la plenitud de los tiempos, los verdugos encargados de crucificar al Señor se fijaron en él providencialmente, y con la mayor facilidad del mundo lo serraron, y construyeron con sus piezas la santa Cruz. De esta manera verdaderamente maravillosa, el árbol de la ciencia del bien y del mal, maltrecho y derribado por culpa de nuestros primeros padres en el Paraíso terrenal, fué levantado y quedó victorioso del pecado del demonio y de la muerte en el Gólgota, por el insondable misterio de la Redención humana, volviendo a ser para el mundo redimido árbol de ciencia y vida perdurables.

La leyenda de que la Cruz de nuestra redención se fabricó con madera del árbol de la ciencia del bien y del mal se ha transmitido con variantes mil de generación en generación, entre las personas sencillas y devotas. Recojo únicamente la que sigue: Decrépito y achacoso encontrábase nuestro padre Adán en el ocaso de su larga vida, cuando su hijo Set pidió al ángel, que con espada flamígera guardaba las puertas del Paraíso, que devolviese la salud al primero de los hombres. El ángel entregó a Set un tallo del árbol de la ciencia del bien y del mal, diciéndole:

— Cuando esta rama fructifique, sanará tu padre. Lleno de júbilo corrió Set a su morada y se encontró con que su padre Adán había fallecido. Tiró la rama, maldijo al ángel y cayó de rodillas junto al cadáver de su padre. Celestes armonías resonaron entonces al rededor del piadoso hijo, y voz angelical le dijo:

— ¿Por qué dudas de las promesas del Señor? El cuerpo de Adán ha vuelto a la tierra de que fué formado; pero su alma volará un día al seno del Altísimo. En castigo de su pecado sufrirá antes largo destierro, lejos de la celeste morada que le espera; pero cuando florezca esa ramita, que tú desprecias, le será perdonado su pecado enorme y la muerte devolverá su presa. Planta, pues, la rama en la sepultura de Adán y no temas.

Así lo hizo Set y refiere la leyenda que la rama creció lentamente de siglo en siglo, convirtiéndose en árbol gigantesco, de especie desconocida en la Judea. Salomón mandó que lo derribasen y labrasen para las obras de su famoso templo; pero al emprender con el tronco, notaron los carpinteros que se alargaba y acortaba milagrosamente, contrariando todas sus medidas y cálculos. Abandonáronle, pues, temerosos, en el atrio del templo y allí permaneció hasta que se prosternó en su presencia la Reina de Sabá, en su visita al fastuoso Salomón, y profetizó que aquel madero serviría de trono al enviado del Altísimo, cuya muerte sería la perdición y ruina de Israel. Conturbóse Salomón e hizo abrir una zanja en las inmediaciones del templo, dentro de la cual quedó enterrado y olvidado el misterioso leño. Corriendo los años se construyó en aquel lugar la piscina *Probatica*, y sobrenadando en sus aguas se presentó el tronco adámico al aproximarse la muerte del Redentor. Los judíos, que habían olvidado la profecía de la Reina de Sabá, se apoderaron del madero y labraron con él la Cruz de Jesucristo Nuestro Señor.

La misma variedad de pareceres se nota en los autores, leyendas y tradiciones respecto a la clase de madera con que se fabricó la santa Cruz, sosteniendo unos que de olivo, otros que de ciprés, aquel que de cedro, éste que de palmera, y no falta quien afirma que de varios árboles entrelazados siendo jóvenes para formar un solo tronco.

A unos tres cuartos de legua de Jerusalén, en dirección a San Juan de la Montaña, en árabe *Ain-Karem*, se encuentra el monasterio ó convento de Santa Cruz (en árabe *Deir-el-Mussabih*), propiedad

1. Se dice que el clero de la Edad Media era tan ignorante, como mendigo y levantino. Y qué, ¿por ventura tenía la Iglesia la culpa de ello? En aquella edad de hierro inspiraba sólo la fuerza bruta; las mejores iglesias, sobre todo las más ricas, las entregaban los señores a los hijos bastardos y favoritos de los Reyes; cuando no servían sus rentas para abastecer al hijo de sus manecillas, o de satisfacer las exigencias de su nepotismo. Muchas veces era un niño de tres ó cuatro años de edad el Obispo, el sucesor de los Apóstoles. Ni había otra norma ni más razón que la espada del Duque, del Conde ó del Señor; los cuales llegaban hasta vender en pública subasta los obispos y abadeses, adjudicándolos al mejor postor, lo que más de una vez llegó a hacerse en vida del legítimo Prelado.

1. V. Historia Eclesiástica de La Fuente, 2ª edic., t. V, p. 19.
2. 4 Cor. III, 17.

y seminario de los griegos cismáticos, y construido, según tradición antiquísima admitida por católicos, cismáticos y aun musulmanes, sobre el lugar mismo en que fué cortado el olivo de que se fabricó la santa Cruz. En el *hogón* de la iglesia detrás del altar mayor, se enseña un agujero, revestido de mármol blanco, que con fervor grande besan los peregrinos, donde, según dicen los griegos, estuvo plantado el santo olivo. Hermoso frontis precede a la iglesia, que está en el centro del monasterio, y se compone de tres naves, coronadas por una elegante y antiquísima cúpula bizantina. Pinturas al fresco representan, en los muros de la Iglesia, pasajes del Nuevo Testamento, personajes y santos como San Pedro, San Pablo, San José, Santa Elena, Constantino, reyes georgianos, patriarcas de Jerusalén y leyendas relativas a la santa Cruz y al monasterio. Con los señores Fernandez y Freire copíemos la siguiente:

«Habiendo desaparecido de Sodoma Lot con su familia, fué a refugiarse en una cueva de Hebrón, donde sus hijas le embriagaron, haciéndole después cometer un horrible incesto. Para acallar los remordimientos de la propia conciencia, vino a hacer penitencia a este lugar. Sin embargo, el recuerdo de su pecado le perseguía siempre y en todas partes, por lo cual no cesaba de pedir a Dios que le perdonase. Un día se le apareció el ángel del Señor, y presentándole tres ramas de ciprés, le dijo: planta estos ramos y riégalos con agua del Jordán, que irás a buscar diariamente; si echan raíces, tendrás una prueba de perdón; si no, señal es que estás reprochado. Lleno Lot de esperanza, hizo lo que el ángel le había ordenado, y vió germinar aquellas ramas; sin embargo de lo cual, continuó regándolas, por temor de que se secasen. Un día por la tarde, al volver del Jordán cargado con un odre lleno de agua, un demonio, en figura de mendigo, pidióle de beber y Lot le dió agua por caridad. Más adelante le pidió de beber otro demonio, y después otro y otros, todos en figura de pobres, de suerte que cuando Lot llegó cerca de sus tiernos cipreses, el odre estaba enteramente vacío. Los arbolitos estaban marchitos y sedientos: volver al Jordán era imposible, estando el rendido y siendo ya tarde, por lo cual, lleno de abatimiento y aflicción, temiendo la muerte de sus queridas plantas, empezó a apoderarse de su ánimo la desesperación, cuando de repente se le apareció de nuevo el ángel y le dijo: tu caridad te ha hecho encontrar gracia delante de Dios, estás perdonado, y en prueba de esto, de hoy en adelante crecerán los cipreses sin necesidad de riego. Efectivamente, llegaron bien pronto a ser árboles corpulentos y de uno de ellos se hizo la santa Cruz»¹.

En otra pintura se representa a Abraham plantando un ciprés, un pino y un cedro, los cuales se unieron formando un solo tronco, del que se fabricó la Cruz del Redentor, y en otro fresco se entrelazan para componer el privilegiado árbol de la Cruz el olivo, el cedro, la palmera y el ciprés.

M. POLO Y PEYROLÓN.

(Se continuará.)

MARISALTOS

Ó LA HEBREA DE LA FUENCISLA.

(Conclusión.)

La narración de Fray Alonso de Espina, escrita en 1459, he de allegar otra inédita, que trazó en 1523 el notario del Cabildo D. Juan de Pantigoso¹ que he visto y copiado textualmente en el archivo de la Catedral.

«Avia, dice, en la dicha iglesia Sacristía, en que estaban los ornamentos, plata y cosas necesarias para el servicio del culto divino. Avia otros altares i capillas principales. Avia una *claustra* de las buenas destos reinos²; Sala, Capítulo mui rico i sumptuoso, donde se ayuntaban el dean i Cabildo

a sus cosas Capitulares. Una torre harto fuerte, donde estaba el reloj y ciertas campanas de las buenas que en muchas partes se podían hallar. Avia otros muchos cumplimientos para el servicio de la dicha iglesia.

Avia asimismo un enterramiento, ó sepultura de una Sancta muger, que se llamaba *Maria Saltos*; la qual, según parece por cierta lectura que se reça en el *brevario Segoviano*³, y tambien lo requenta el Maestro espina de la orden de los menores⁴ en el excelentísimo tratado que hizo, que se nonbra *fortalitium fidei*, libro 3.^o de Bello judeorum in x.^o consideratione [de] judeorum mirabilibus et sua obstinata malitia, in nono mirabili, que en el año del Señor de mill e duçientos i treinta i siete, siendo ella judía i casada, falsamente fué acusada con un Caballero desta ciudad; la muger del qual la acusó de adúltera ante cierto juiz seglar; el qual, algunos indicios ó sospechas avidas por entera provanza, la condenó a que fuese despenada, i la entregó a su marido. Así el marido, acompañado de la justicia i de mucha gente de Christianos judíos i moros, la llebó a una peña mui alta, que se dice *la Peña graxera*, que está fuera i cerca de la ciudad sobre la *hermita*, que agora se dice *nuestra Señora de la fuencisla*; que era lugar de donde en aquel tiempo despenaban los malfechores; i puesta encima de la peña, desnuda en camisa, las manos atadas atrás, hincada de rodillas, la echó de la peña abaxo. I la judía, como estaba sin culpa i era debota de nuestra señora (aunque ocultamente) en aquel artículo con grande devoción i lágrimas se encomendó a la madre de dios, diciendo: *ó virgen maria, como vales a una christiana, vales a una judía; e como sabes que lo soi sin culpa, así me socorre e ayuda!* proponiendo firmemente en su corazón, si la librase, de tornarse christiana i de la servir en su iglesia todos los dias de su vida. I así como fue despenada, incontinentemente nuestra señora le apareció, i la tomó en sus manos; i sin ningún mal ni daño bajó con ella, i la puso en lo más bajo del balle. Así lo dice [el Maestro espina] en *fortalitium fidei*. El *brevario Segoviano* dice que la apareció una paloma blanca i bajó con ella fasta bajo. *Quicquid sit, pues idem est*; como la gente que la vió despenar, vido que estaba abaxo, puesta de rodillas, viva i sana, bajaron a ella, i alláronla gozándose i alabando a dios, i dando gracias a la virgen gloriosa, públicamente afirmando que en sus vendidas manos fue librada. I pidió que la llebasen a la iglesia maior; que quería ser Christiana i cumplir lo que abia prometido. I así fue llebada a la dicha iglesia donde la bautizaron, i se le puso por nombre *Maria Saltos*, como arrija digo: *Maria*, por nuestra Señora que la libró; *Saltos* por el salto peligroso que hizo. I así i así, vivió dentro de la dicha iglesia mucho tiempo en temor de dios, sirviendo a él i a su madre gloriosa; teniendo espíritu profético, como se afirma por algunas personas fidedignas, que oieron a sus maiores, que un dean desta iglesia que era a la sazón, queriendo ir a Roma y adreando lo que era necesario para su camino, viendo la vida y sanctidad de María Saltos, le dixo que rogase a nuestra Señora le enderecase aquel camino i llebase i trujese con bien; i que ella le dixo que no curasse de aparejar para ir a Roma, sino que procurase de aparejar su ánima i conciencia, porque dentro de quince dias avia de ir otro camino más largo, i pasaría desta presente vida. I así el Dean dejó lo de Roma i aparejó su conciencia lo mejor que pudo, i falleció el día señalado que la sancta muger le dixo. I aunque esto no lo he leído, sino oído como digo, se deve creer; porque en lo que de ella dice *Fortalitium fidei* «quod resplenduit Spiritu prophetie», aunque no declara en qué, deve ser estoria; [i] aun porque aquel dios omnipotente, que por medio de su gloriosa madre milagrosamente la guardó de la muerte precipitada, i le dió gracia para que fuese Christiana, i le sirbiese en su santa iglesia como le sirbió, pudo darle espíritu de profecía para aquello i para más. Y así, María Saltos en fin de mucho tiempo falleció en la dicha iglesia; do fue sepultada; i en lo alto de una pared de la dicha iglesia está mui pintado el Milagro sobredicho; i cerca de [é] pintada su sepultura, i junto a ella colgado su tocado.⁵

Construida la nueva Catedral, a ella fueron trasladados en 1558 con solemne procesion los restos mortales de María del Salto. Refiérela Colmenares⁶:

«En los *brevarios* manuscritos del archivo de la Catedral, anteriores al siglo xvi, no aparece la leyenda, como tampoco en las impresos. Probablemente el Sr. Pantigoso, distraído, calló de *brevario* el *capítulo*, manuscrito, del Cerrato, de quien tomó la fecha de 1437.

Observaciones.

1. Existencia de consiguiente la ermita con ese nombre en 1523.

2. No todos, sino los judíos como lo testifica el Cerrato.

3. Salida de pila de banco. El suscritor bonachón del autor está al nivel de su época. Embarbándose así las fuentes de la historia, hacen presente la cénaga de los falsos crucificados.

4. Cap. xxi, s. 2.^o

«Jueves, 25 de Agosto, la clerecía con las cruces, Cabildo, Obispo i Ciudad con gran concurso de gente fueron en procesion funeral a las *ruinas del templo antiguo* junto al Alcázar, donde en un gran túmulo, que cubría un paño de terciopelo negro estaba una caja con los huesos del Infante⁷ Don Pedro, cubierta con un repostero de brocado negro con las armas reales. Al lado derecho, algo atrás, otra caja con los huesos de muchos obispos, que se habían sacado de los sepulcros sin distincion ni memoria de sus epitafios: descuido culpable y dañoso. Al otro lado los huesos de *Maria del Salto*, en la misma caja en que se habían hallado en lo alto y hueco de una pared, con un cendal verde encima, y una gran argolla de hierro⁸, con esta inscripcion en la piedra: *Sepultura mui preeminente*. Llegada la procesion se cantó un solemne responso, y cuatro capellanes tomaron en hombros la caja ó ataúd de María del Salto; otros cuatro la de los Prelados con muchas hachas a los lados; luego cuatro Regidores, la caja del Infante, y doce caballeros doce hachas con sus dos maceros delante. Con que la procesion volvió a la iglesia; y celebrado el oficio funeral con mucha solemnidad y luces, los huesos del Infante fueron sepultados en el claustro, en la capilla de Santa Catalina, caja ó fundamento de la torre, donde permanece el túmulo con la reja, en cuyo friso está la inscripcion siguiente: *Aquí yace el Infante Don Pedro, hijo del Señor Rey Don Enrique Segundo, Era m.cccc.iii, año 1366*. Allí sus capellanes celebran sus misas y sufragios aniversarios⁹. En la misma capilla fueron sepultados los huesos de los obispos. Los de María del Salto fueron puestos en lo alto de una pared del mismo claustro, donde en una luneta se ve hoy pintado el milagro; y debajo esta inscripcion: *Aquí está sepultada la devota Maria Saltos, con quien Dios obró este milagro en la Fuencisla. Fizo su vida en la otra Iglesia. Acabó sus dias como Católica Christiana, año de m.cccc.xviii. Trasládose en este año de m.d.l.viii.*¹⁰

Una obra, bastante anterior a la publicada en 1637 por Colmenares, traza con mayor exactitud el sitio y la leyenda del epitafio. Escribe el Licenciado Simon Diaz y Frias¹¹:

«Trasládose su cuerpo (de Marisaltos) al de la Iglesia nueva, y oy día sobre su sepulchro en la *alta fachina de la pared de la segunda nave del dicho claustro*, está dibujado con grande arte y primor el milagro con el año que sucedió, que fue el de mil y doçientos y treynta y siete, y un rótulo sobre un túmulo pincelado de negro, que dize: *Aquí está sepultada la honrada dueña Maria Saltos, con quien Dios obró este milagro en la Fuencisla; hizo su vida en la Iglesia vieja, y acabó sus dias como Católica Christiana, año de 1237*. Trasládose a esta Iglesia año de 1558.¹²

Fr. Rodrigo de Cerrato, testigo de mayor excepción, nos ha demostrado que la célebre hebrea de Segovia no murió, sino que fué bautizada cerca del año 1237. El descuido y la falta de sentido crítico, de que había alardeado la *Relacion* (por otro lado muy estimable) del Sr. Pantigoso en 1523, se acentuaron todavía más bajo el impulso de quien compuso el *nuevo epitafio* en 1558. Equivocó la fecha de la defunción de Marisaltos con la del prodigio de la Fuencisla; y para colmo de torpeza se aventuró a fijar lo manifestamente indeciso.

El resultado ha sido lamentable. Constando que la hebrea, ya bautizada, vivió largo tiempo sirviendo a Dios en la catedral, y sentado el error cronológico de que murió en 1237, se abrió paso torzosamente otro error: el de anticipar la fecha del milagro. Y con efecto la anticipó el doctísimo jeronimiano P. Fr. Juan de Orche en su *Historia de la vida del glorioso San Frutos*, que publicó en Valladolid, año de 1610, tomando el pseudónimo, ó nombrándose el Licenciado Lorenzo Calvete, Capellan de los Ilustísimos Duques del Infantado, por no concederle licencia los superiores de la orden de San Jerónimo para que imprimiese la obra bajo su nombre verdadero. En el libro iv, que trata de las Grandezas de Segovia, y en el capítulo vii que intituló *De la casa y hermita de mucha devocion, llamada*

¹ Santiago etc., tomo II, página 641.

² En un cuaderno de 28 págs., en folio, que insertó C. Colmenares en su *Aparato* (folios 176-201). El cuaderno lleva este sobrescrito: «Relacion de la traslación que se hizo en la Ciudad de Segovia de las reliquias de San Frutos, su Patrón, del Alcázar a la Iglesia de Santa Clara, Sábado, 25 de Octubre año de mill y quinientos y veinte y dos.» Del nombre del autor D. Juan de Pantigoso nos asegura Calvete en la página 125 de su *Historia de la vida del glorioso San Frutos*, Valladolid, 1610.

³ Toda la *Relacion*, ó cuaderno, del Sr. Pantigoso merece ver la luz pública, tanto por las breves noticias que nos da de las famosas hazañas de los *Consejeros segovianos*, como por la descripción minuciosa que hace de la *catedral antigua*. Es fuente histórica de gran candor y pureza.

⁴ Pág. 14 del cuaderno.

⁵ Catedral vieja, devastada por los Cermeños.

⁶ Construida durante el largo episcopado de D. Juan Arias Dávila (1461-1497) los bellos claustros de la antigua catedral fueron trasladados, piedra por piedra, al sitio que hoy ocupan desde el año 1522. En 3 de Junio de este año contrató la empresa el arquitecto D. Juan Campeno por 4.000 ducados de oro.

⁷ Gaspar de Zúñiga, renombrado por su asistencia en 1554 al concilio de Trento.

⁸ Flores y Reyes *Católicas*, t. II, páginas 665-667 refuta a Colmenares y a Salazar, demostrando que este Infante no murió en la infancia, y que no fué hijo de la reina Doña Juana.

⁹ Saliente de la piedra tumular que brecha la inscripcion. Opino que de esta argolla habria colgado el tocado de Marisaltos, que vió y menciona expresamente el Sr. Pantigoso.

¹⁰ En el libro de la Mayordomía del Cabildo, que discurre por el año de 1580, conato desde Septiembre, la *Tabla de aniversarios* menciona el de D. Leonor de Guzmán, madre del rey D. Enrique, y juntamente al de D. Pedro, hijo del rey Don Enrique, que yace en el coro.

¹¹ *Encomio de la devotísima hermita y nuevo santuario de la Madre de Dios de la Fuencisla*, fol. 321 Valladolid, 1614. — También leyó «la honrada dueña» el Dr. Jerónimo de Alcalá Valdez en su libro titulado *Milagros de Nuestra Señora de la Fuencisla*, fol. 18 vuelto Salamanca, 1615. De creer es que, al salir a luz la obra de Colmenares, hubiesen ya resucitado la inscripcion. Lástima se haya perdido la primitiva, que asomó en la catedral vieja, y con su carácter paleográfico nos diría el tiempo en que se grabó.

Nuestra Señora de la Fuencisla, y del milagro que Nuestro Señor obró en este lugar con una judía, está la Relación siguiente:

En el año de Christo de 1204 acaeció en la ciudad de Segovia, que una muger de un Cavallero, dió quexa á los jueces, que á la sazón eran, de una judía, diciendo que cometía adulterio con su marido y la había mal casada. Los jueces, favoreciendo á la muger del Cavallero, tomaron algunos testigos, que más de presunción que de vista depusieron; y dieron sentencia contra la Judía á que fuese despenada. El lugar, de donde en aquel tiempo despenaban, es una peña muy alta, que llaman en aquesta ciudad la peña *Gragera*, y está fuera de la ciudad, debaxo de la qual nace una fuente, que se llama oy día *Fuencisla*, y tiene en el medio della tantos riscos, que la persona que della fuere echada se hará pedaços antes que llegue al suelo. Fue, pues, llevada á ella la Judía por los ministros de la justicia, y desnudándola todas sus ropas, sino es la camisa, atáronle las manos atrás. Y viéndose la Judía en tan gran peligro, al tiempo que la querían echar de la peña abaxo, llamó con muy grande devoción á la Virgen nuestra Señora, que la favoreciesse y ayudasse, y dixo en alta voz: *O Virgen María! como vales á una Christiana, socorre á una Judía; y como sabes que yo soy sin culpa, así me socorre y ayuda.* Luego los oficiales y ministros la arrojaron de la peña abaxo con muy gran furia; y vió la Judía (según después confesó) cómo una paloma muy blanca la llevó y la acompañó hasta ponella en el suelo tan suavemente, como si no uviera caydo de cabo alguno; y hallóse desatadas las manos y consolada grandemente.

Estaban presentes á este tan señalado milagro gran muchedumbre de gente, así Christianos como Judíos; los quales quedaron muy maravillados. Y la Judía, como se vió libre de tan cruel muerte, demandó el Baptismo queriendo ser Christiana, y pidió que fuese su nombre María. La qual fue luego llevada á la Iglesia Cathedral desta Ciudad, y baptizada; y fuele puesto por nombre *Marisalta*; *María*, porque llamando á Santa María fue librada de la muerte; y *Salta*, porque de tan gran altura no recibió pena ni lesión alguna. Y quedóse por toda su vida dentro de la dicha Iglesia.

Dios la favoreció á esta santa muger, y le dió espíritu profético; como se afirma por algunas personas fidedignas que oyeron á sus mayores que un Dean desta Santa Iglesia de Segovia, que á la sazón era, queriendo yr á Roma, y aderezando lo que era necesario para su camino, viendo la vida y santidad de Marisalta, le dixo que rogasse á nuestra Señora le enderezasse aquél camino, y le llevasse y traxesse con bien. Y que ella le dixo que no curasse de aparejarse para yr á Roma; que procurasse de aparejar su ánima y conciencia, porque dentro de quinze días avia de andar y yr otro camino más largo, y passaria desta presente vida. Y que así, el dicho Dean dexó lo de Roma, y aparejó su conciencia y alma lo mejor que pudo, y falleció el día señalado. Y es bien de creer, por lo que della dize el *Fortalitium fidei* quod resplenduit spiritu prophetiae; aunque no declara en qué debe ser esto.

Falleció la dicha Mari Salto en la Iglesia Cathedral desta ciudad de Segovia año de 1237. Y en lo alto de una pared de la Iglesia vieja estaba pintado el milagro sobredicho; y cerca del pintado su sepultura; y junto de ella colgado su tocado. Al presente está en la Iglesia nueva dentro en el claustro, como se ve oy día.

Sentada como inconcusa la fecha de la defunción en 1237, conforme aparece del epitafio puesto en 1558, y de las líneas que se acaban de leer publicadas en 1610, dedujo cuatro años más tarde el Licenciado D. Simón Díaz y Frías un hecho singular, tan hueco de razón como brillante de fantasía. Imaginó que habiéndose llegado á Segovia San Fernando y su cuñado Don Juan de Briena, rey de Jerusalén, y estando ambos en la ciudad, sucedió el milagroso caso de la inocente Hebrea, que está referido, y por orden de los Reyes, el uno el santo, y el otro el muy Católico, y de acuerdo del Obispo don Bernardo, se dió orden de hazer en baxo, y en el hueco del peñón, donde se apareció á la Judía la Virgen santísima, una hermita y capilla pequeña, que por el poco espacio del sitio, por causa de las grandes y altas peñas, el camino Real y el río, por entonces no se pudo hazer mayor. Y acabada se pasó el divino retrato de la madre de Dios con una solemníssima procesion y muchas fiestas.

Bien le refutó Colmenares; si bien anduvo á tientas indagando la fecha del milagro, por no haber examinado, ni leído la obra del Cerratense, que tan á la mano ó cerca de sí tenía. Este caso, dice, escriben fray Alonso de Espina y otros, sin señalar el año del suceso. Calvete en la vida de San Frutos dice que sucedió año 1204, sin dar autoridad. Y Simon Díaz escribe que la bautizó el obispo Don Bernardo, asistiendo al bautismo el rey Don Fernando y siendo padrino Don Juan Breña, rey de Jerusalén, sin dar autor de noticia tan antigua y oculta. Ciertamente es que Don Juan Breña entró en Toledo en 5 de Abril de 1224 años, y este mismo año volvió á Italia, sin volver á España en su vida. Y nuestro obispo Don Bernardo entró en la silla año 1227, con que parece no pudieron concurrir al bautismo.

Probablemente Díaz Frías recogió de Calvete el año 1204, y lo transformó en 1224; año que barajó distraídamente con el de 1237, en el cual puso á la vez el despeno y la muerte de la hebrea. Hay que agradecerle la estampación de la oda castellana, única en mi sentir digna de equipararse con la deliciosa *cantiga* de Alfonso el Sabio. Refiérome á los veinte tercetos del Licenciado Antonio Ordóñez, premiados con joya de plata dorada en el certamen, que abrió el Obispo D. Antonio Idíquez Manrique y mandó publicar á 26 de Agosto de 1613, para las fiestas (13-21 Setiembre) de Nuestra Señora de la Fuencisla en su traslación al nuevo templo.

* Hace del sacro Eresma la corriente

Un romano agradable en su frescura;

Á dós se mira la soberbia frente

Un horrible pañasco, cuya altura

Solo mirada eriza los cabellos

De esto, con riesgo gran ley y más ventura,

La cambre pisa; y con los ojos bellos,

Soles de un cielo por extremo hermoso,

Sin más culpa que serlo el rostro y ellos,

La hermosa Ester al salto riguroso

Temblando se apercebe; y desde el cielo

La Virgen del socorro venturoso,

Los bellos miembros cubre un blanco velo

De la hebrea gentil, señal patente

De su blanca inocencia [y] casto celo;

Y por la espalda el oro resplandiente

De sus cabellos tremolando vuela,

De que vencido el sol cubrió su frente.

Ya de sus ojos el aljófar hila

De la vecina muerte el miedo alado,

De cuyo agravio á solo el cielo apela.

No siente tanto su infeliz estado

Cuanto su honesta fama ver manchada

Por presunción de un Judas sobornado.

De la perfidia hebrea ya olvidada,

Antes que el miedo la ate el blanco labio

Así le suelta al cielo arrodillada:

No se haga á la inocencia apunte agravio

Ni á la blanca pureza, Virgen pia,

Que es flor de vuestro timbre y yo me agravia.

Su protectora soy, sacra María;

Pues por ella amparé á una cristiana,

También ampararé á una judía.

Más quisiera decir; mas la inhumana

Verduga mano asíola, á cuya ayuda

Llegan las de la Virgen soberana.

Vendada el rostro y manos, quedó muda

Con la espantosa imagen de la muerte,

Mas del favor pedido muy sin daga.

Llegó del salto riguroso y fuerte

El tiempo horrible; y en el mismo vuelo

Su ventura empezó y dichosa suerte.

Una paloma ciñida del cielo,

Será sin duda la de los Cantares.

La hizo el paso libre y trajo al suelo.

Del pecho el miedo, asombro [y] pesares

La quitó en el camino; y juntamente

Desata vendas y desvía asares.

Dejóla sobre el suelo blandamente;

Viola; desapareció; quedó admirada,

Llorosa de gozo alrededor la gente.

Mil requiebros la dice arrodillada

La nueva amante á la paloma hermosa,

Con alma, nombre y velo transformada.

Cual cierva herida acude presurosa

Á las aguas de vida; y sale de ellas,

Más que azucena ciñida, vistosa.

(folio 47 vuelto) en facsimile el traslado de una escritura, abiertamente anacrónica e indolentemente fugida.

1. Cap. xxi, núm. 7.

2. *Enciclopedia*, fol. 52 v. 34 v.

3. No se sabe pasar sin oírlo el salido y maravilloso milagro, que esta sagrada imagen hizo con la Judía, acusada y condenada por adultera que tomó el nombre de su santa libertadora, y el sobrenombre de aquel temeroso salto, llamándose María del Salto después de su bautismo. Píntese en veinte tercetos; los mejores tendrán acción á un *Agua del río*, guardado en dorada plata. Los segundos mas medias finas. — *Enciclopedia*, fol. 51 v.

4. II, 10, 145 V, 23 VI, 8. — En sentido alegórico, que aquí el autor entiendo aplicar. La *paloma de los Cantares* es la Virgen Santísima.

5. Ester vio la paloma, y esta desapareció. — La frase de admirable conciencia y estilo clásico arrebolado se inspira en el texto del Cerratense: «Vidit statim columbam quendam candidam, sese usque ad terram copiosissimam. Quam cum vidisset, omnes tuncque amittit et alium coelestem, cum omni suavitatis, solutis manibus, la terra pedis sedem quam cecidit. Adversus ad hoc spectantem multitudine humilium, non solum christianorum et sarrazenorum, sed etiam judaeorum. Qui videntes quod acciderat, omnes in admirationem sunt conversi.»

Esparció de virtud vivas centellas
El fango de su amor; y sembró el cielo
Un rico don de profecía entre ellas.
Duróla hasta dejar el mortal velo
La constante virtud; y vuestra hazaña
Durará, Virgen bella, sobre el suelo,
Lo que el dar censo Eresma al mar de España.

FLORETTA.

Madrid 10 de Septiembre de 1886.

LA VIRGEN DEL CARMEN

Sea nuestro aspecho y consuelo,
Madre de Dios del Carmelo,
(Gozo de la Virgen del Carmen)



En los azulejos con que se adornan las cocinas, comedores y almacenes, se representaban antiguamente, con muy buen acuerdo, algunas imágenes de Santos, por regla general la del Santo patrono de la casa, y la de la Virgen María, madre de todos los cristianos.

Ante estas imágenes las familias rezaban el Santo Rosario todos los días, y el día de su fiesta lo celebraban de una manera especial, adornándolas de modo que aparecieran como colocadas en el centro de un altar, que se iluminaba con mayor ó menor número de luces, y los vecinos se agregaban á la familia el día de la fiesta para rezar el Santo Rosario, después se cantaban á coro los gozos del Santo ó Santa que se festejaba, y á veces concluía la fiesta con un sencillo refresco.

¡Qué hermosas eran estas fiestas íntimas, en su misma sencillez, y cuántos recuerdos contenían aquellas imágenes!

Por esto, y no por su mérito artístico, suelen ser tenidas en grande estima.

En la casa de mis abuelos, construída á principios del siglo pasado, existe una de dichas imágenes, que representa á la Santísima Virgen del Carmen, y que algunos hubieran sustituido por otro adorno de mejores condiciones artísticas; pero los que amamos la historia de nuestro hogar la conservamos con más cariño que si se tratara de una verdadera obra de arte recientemente adquirida, pues eleva á nuestro espíritu hasta el hermoso original que representa, y nos recuerda los favores recibidos por su intercesión.

En 1808, cuando la invasión de los franceses, los habitantes de Barcelona, temiendo ser robados por el extranjero, sacaban de sus casas las alhajas y documentos más preciosos, y los escondían en paraje seguro.

Mi familia ya entonces poseía la casa de campo situada á una hora de Barcelona, y allí mi abuelo paterno llevó las alhajas, los diamantes de mis abuelas y bisabuelas, los títulos de las líneas, y además los de la baronía de Sabassona y los preciosos aderezos de la señora baronesa, con cuya amistad nos honrábamos.

Los franceses mataron al colono y la casa quedó abandonada, hasta que los ingleses que vinieron en auxilio de los españoles se apoderaron de nuestra casa de campo, convirtiéndola en verdadero campo de Agramante.

Dios nos libre de amigos como los ingleses que se apoderaron entonces de nuestra quinta.

Cuando concluída la guerra la visitó mi abuelo, encontró poco menos que una ruina.

Los ladrillos de los pavimentos habían sido levantados, los peldaños de piedra de la escalera habían desaparecido; así como las tejas de la cubierta y parte de las vigas de los techos.

Por supuesto, de la cosecha no dejaron ni una gota de vino en la bodega, ni un grano de trigo en el granero.

Al penetrar en la casa, mi abuelo exclamó con amargura:

— ¡Todo se ha perdido! y salió al devastado jardín.

En el centro se conservaba en pie un jarro de barro, en el cual crecía una pita de colores, de las llamadas *veras*. Mi abuelo cayó de rodillas y dijo:

— ¡La Virgen del Carmen nos ha favorecido! Debajo del jarro habían sido escondidos, dentro de cajas de hoja de lata, los documentos y alhajas de los barones de Sabassona y los de nuestra casa.

El nuevo colono que acompañaba á mi abuelo tomó entonces un azadón, cavó debajo del jarro, y aparecieron intactas las cajas de hoja de lata, tal como las habían dejado, siendo así que los ingleses habían arrancado las cepas de las viñas, los árboles, y hasta las puertas interiores, para alimentar el fuego del hogar en invierno, sin dejar en pie, se puede decir, más que el tiesto de barro, con la pita casi seca.

Mi abuelo llegó á casa conduciendo su tesoro.

1. Fol. 275 v. 278 r.

2. Unio lo que describe Calvete acerca de la vida que llevaría Marisalta en la catedral, pintándola con los colores de la devoción propia de los reinos de Felipe II y de Felipe III.

3. *Enciclopedia*, fol. 60 v.

4. Desde la catedral á la nueva ermita. Reservó para otro artículo el tratar de las novedades que propaló Díaz y Frías acerca de la historia de la imagen de Nuestra Señora de la Fuencisla, sacando á luz

Mandóse recado a los señores barones de Sabasona, que, llenos de zozobra como mis abuelos, tenían una noticia muy desagradable.

Abriéronse las cajas en su presencia, y pudieron ver intactos los títulos y alhajas.

— ¿Pero quién obró este milagro? — preguntó la baronesa, pregunta que repitió cuando un día, acompañada de mi abuela, quiso visitar nuestra ruinosa casa de campo.

— Tenemos en casa en azulejos una imagen de la Virgen del Carmen, dijo mi abuela, y cuando Francisco, mi esposo, fué a la torre con el objeto de esconder los documentos y alhajas, me postré ante la Virgen y la pedí que nada se perdiera de aquel tesoro, y la Virgen, señora baronesa, ha guardado las riquezas del noble señor y el modesto patrimonio del menestral.

Era una noche terrible: el 25 de Julio de 1835 una turba soez puso fuego a la casa de Dios. El con-

vento de Trinitarios descalzos ardía y también el de San Agustín. Las llamas que saltan de ambos edificios se confundían en el espacio; nuestra casa, situada entre los dos, quedó intacta, a pesar de que las pavesas que salían de ambos edificios caían en nuestro tejado. La imagen de la Virgen pintada en los azulejos de nuestro almacén libró del incendio nuestra casa.

Era en 1842. El héroe de Luchana, el inmortal Espartero, ordenó el bombardeo de Barcelona. Una bala de cañón, que guardo todavía, cayó sobre nuestra casa y se detuvo milagrosamente en el terrado, mientras que otra que cayó en una casa vecina atravesó desde la cubierta al piso bajo.

Mientras duró el bombardeo, la familia rezaba el Rosario ante la imagen pintada en azulejos de la Virgen del Carmen, y la casa se salvó, y los que allí estaban también.

Lo que fué antes convento de Trinitarios se con-

virtió en teatro, al que se dió el nombre de Gran teatro Liceo de Isabel II.

Un día ardió y las llamas se cornieron sobre nuestra casa. En breve empezaron a arder los maderos de la azotea.

Los inquilinos sacaron sus muebles. El Llano de la Boquería parecía un campamento.

De casa nada se sacó.

— Tenemos a la Virgen María, dijo mi madre.

La cubierta del teatro que ardía cayó sofocando el fuego.

Han pasado algunos años. En la calle del Hospital se ha declarado un violento incendio en una casa que tiene una pared medianera con una de las nuestras, dejándola poco menos que reducida a cenizas. En ella pereció, víctima del deber, el joven don Juan Klein y Noriega, del Cuerpo de Bomberos. Aunque el fuego penetró en nuestra casa, no quemó más que las puertas de un balcón interior.



CADIZ.

La Virgen María, como siempre, guardó nuestra casa.

Todos los años en el día de hoy se reúnen en el almacén de mi casa la familia, los operarios y algunos de nuestros vecinos. Allí rezamos el santo Rosario ante la imagen de la Virgen del Carmen, rodeada de flores y ramas de albahaca, é iluminada con las velas que la traen los dependientes en número bastante regular. Después del santo Rosario cantamos los gozos de la Virgen, ofreciendo un hermoso cuadro el principal y los dependientes, la familia y los vecinos, agrupados alrededor de la imagen de nuestra especial protectora.

¡Quiera el cielo que nuestros descendientes ofrezcan el mismo espectáculo, verdaderamente piadoso, el día 16 de Julio de todos los años!

FRANCISCO DE PAULA CAPELLA.

EL FRAILE EN FILIPINAS

La atención pública está embargada por el atractivo que las curiosidades de la Exposición filipina entrañan, y de día en día se hace más visible el interés que inspira todo lo que se relaciona con aquel feraz y lejano Archipiélago. El elemento a quien España debe la conservación de tan poderoso y floreciente Imperio y la civilización cristiana, uno de los más fecundos y admirables resultados de su bienhechora acción, es ciertamente digno de ser recordado en ocasión tan solemne.

La orden de Agustinos calzados fué la primera que publicó el Evangelio en aquellas islas. El piloto de Magallanes, el ilustre Urdaneta, que había tomado el hábito de esta comunidad, convirtió a

nuestra religión a los reyezuelos de Tondo y la Pampanga en el momento mismo que prestaron reconocimiento de vasallaje al poderoso cetro de los Reyes de Castilla. Los progresos que en su obra bienhechora alcanzó fueron rapidísimos. Puso en práctica un procedimiento que no sin gloria hemos de recordar, porque entraña la clave de los medios de acción de la propaganda cristiana y del sistema colonizador de España.

El método que para la enseñanza de la doctrina cristiana a aquellos indígenas había ideado y puesto en práctica Urdaneta fué precisamente el mismo que los extranjeros bautizaron años después con la denominación de sistema *Lancaster*. Las pruebas fehacientes, irrefutables, de este aserto, radican en los archivos del suntuoso convento de San Agustín de Manila, obra digna de la orden y de España, cuya edificación sobre el modelo del Escorial se debe al sobrino del insigne arquitecto que dirigió

la construcción del vecino monasterio y a cuyo lado hizo su carrera.

No es esto sólo. En las columnas de varios periódicos, y hace poco tiempo, con motivo de haberse publicado algunas obras sobre el Japón, hubo oportunidad de probar, y así *La Epoca* lo hizo, que los que con tan poca escrupulosidad se daban el tono de autores de aquellos libros no hacían otra cosa que reimprimir y apropiarse vergonzosamente y con poquísimas variantes las relaciones de nuestros misioneros sobre el mismo Imperio, dadas a luz a fines del siglo pasado y primeros años del presente en la imprenta de los PP. franciscanos establecida en uno de los barrios extramuros de Manila.

Volviendo a nuestro objeto, diremos que la orden de San Agustín ejerce el ministerio parroquial en la mitad de los pueblos de las islas. No sólo atiende a este servicio, tanto como todas las demás reunidas, sino cuatro veces más que cualquiera otra aisladamente considerada.

Desde entonces también las provincias donde están establecidos los preclaros hijos de San Agustín son las más pobladas, ricas e importantes bajo todos los puntos de vista de los intereses generales de la sociedad.

Los PP. Dominicos, cuyo arribo a las islas tuvo lugar setenta años después de los Agustinos, atienden principalmente a los pueblos donde se cultiva en mayor escala el tabaco.

Esta orden es la que, además, dirige al Tonkin y varias provincias de China el numeroso personal de misioneros que tan admirables resultados van obteniendo. A su cargo está el ramo de la instrucción pública: la Universidad de Santo Tomás corre a su exclusivo cuidado, si bien en estos últimos años los jesuitas han fundado para la segunda enseñanza y la primaria un Ateneo en Manila, que de día en día va creciendo su prosperidad y aumentando el número de los alumnos.

Con decir que los Recoletos y Franciscanos prestan servicio principalmente en las Visayas y en la parte Sur de la gran isla de Luzón, donde su obra civilizadora en nada desmerece de la que prosiguen las demás religiones, basta para elevar el concepto de estas órdenes a la altura de sus grandes merecimientos.

Durante tres siglos, reducidos estos frailes a sus propias fuerzas, y a enorme distancia de la patria que, así por su lejanía como por las luchas que la asolaban y por las atenciones del inmenso poderío colonial que poseía, ningún auxilio moral ni material podía facilitarles, los frailes realizaron en este tiempo todos los progresos de la posesión, conservación y cultura hasta el grado en que nuestro siglo las ha podido encontrar. No se alcanzó este resultado sin heroísmo, pues desde el primer día de la conquista la obra de nuestros misioneros estuvo constante y rudamente asediada por los continuos ataques de los ingleses, holandeses y portugueses. Ni un día de reposo, tanto en el exterior como en el interior, les permitía el odio de la morisma y la perfidia de los chinos. Mas después que su constancia y valor hubo triunfado de este cúmulo de ataques, entonces hallaron en su ardiente fe el valor necesario para abordar la conquista espiritual de Imperio tan poderoso como el del Japón; regaron esta tierra con su sangre; y cuando a través de largos periodos de tiempo el Imperio del sol naciente abrió sus puertas a la cristiana y civilizadora conquista, su Monarca y su Gobierno rogaron a nuestros



MUERTE DE SAN BRUNO.

(Cuadro de Eustaquio Lescur.)

Agustinos que volviesen a dirigir las misiones que tan fecundos resultados les habían proporcionado.

Entre tanto en el interior de las islas el espectáculo era grandioso. No tan sólo el fraile conseguía la reducción de los indígenas a la fe de Cristo y la unidad religiosa de que carecen las demás posesiones europeas en aquellos mares, sino la enseñanza de las artes y oficios al indio y la dirección en todos los procedimientos agrícolas. No mencionando el abacá, producto exclusivo de aquel suelo, y base indispensable y sin rival de la industria marítima, su azúcar ha logrado obtener en los concursos públicos la mayor recompensa y en los mercados el mayor precio, y su tabaco, importación del fraile, juntamente con el de Cuba, no admite competencia en el mundo. En otro orden de ideas, siempre en virtud de la acción del fraile, ningún pueblo tiene tan adelantada la enseñanza primaria como el de Filipinas. Ningún ejército puede aducir la prueba de que de 1.000 reclutas presentados en pelotón, sin ser escogidos, 976 sepan leer y escribir, y que un número también crecido disfrute aún de mayor instrucción. La superioridad del soldado filipino sobre los ejércitos de los diferentes países del extremo Oriente, demostrada en todas las guerras australes, en Mindanao, Joló y Cochinchina, es reconocida por todos los escritores, así como la especial aptitud de nuestro indio para la navegación.

Su afición a la música es proverbial, y el fraile la fomenta dotando hasta la más reducida aldea de instrumentos y de medios para enseñarla. Proverbial es asimismo la paciencia y la sin igual habilidad

del indio para la imitación de toda clase de obras de arte, por delicadas que sean.

Pero en donde más brilla la enérgica decisión de los frailes y el servicio que a la patria han prestado es en la dirección moral de los indígenas hacia aquellas costumbres morigeradas y verdaderamente cristianas que, implantadas con hábil celo en Filipinas, son causa de su población creciente y del creciente desarrollo de su cultura y prosperidad. Uno de los signos característicos de la raza malaya y que la diferencian de las demás razas humanas, en cuanto a población se refiere, consiste en el desproporcional número de defunciones de los párvulos. Así es que cuando en Europa el término medio general, por ejemplo, es de un 15 por 100, en toda la Oceanía asciende hasta el 75. Los esfuerzos de nuestros frailes, sus constantes estudios, han logrado por el establecimiento en Filipinas de los medios que la observación y la ciencia aconsejan, que esta desproporción sea solamente de un 30 por 100, y que no presenten nuestras poblaciones del Archipiélago el aspecto raquítico que en las demás localidades de aquellas regiones observa el viajero por todas partes.

De estos asertos han dado testimonio obras recientes publicadas en el extranjero, y en que no ha podido hablar el espíritu de parcialidad. En los momentos de la construcción del canal de Suez, los círculos científicos y literarios se vieron sorprendidos por la publicación de *Un viaje por Filipinas*. La materia era desconocida: todo o casi todo era nuevo; así fue que el libro obtuvo entusiasta acogida, se hicieron de él muchas traducciones, y de él se ocuparon las principales revistas de ambos mundos. Verdad es que su autor era, no tan sólo uno de los más elegantes poetas de la Gran Bretaña, sino que en las lides parlamentarias sus dotes oratorias le habían alcanzado preferente puesto entre

Roberto Peel, lord Aberdeen, y al lado del *vizir* Pashá, como se complacía el pueblo inglés en apellidar familiarmente a su Ministro predilecto, lord Palmerston. Gobernador general de las posesiones inglesas en China, en cuyo difícil mando acreditó sus dotes, sir John Bowring, después de ejercerlo durante largo período de tiempo, y antes de regresar a Inglaterra, visitó a Filipinas, vivió con los frailes, estudió sobre el terreno y en la choza del indio su sistema y las observaciones que su larga experiencia de los hombres y del modo de gobernarlos le sugirió ante los hechos, y la situación que, por decirlo así, palpaba, forman la más acreditada justificación de la obra de nuestros misioneros. La conclusión de sir John Bowring no puede ser ni más explícita ni más terminante: *«Mientras el fraile subsista en Filipinas, España nada tiene que temer por su dominación en este hermoso país.»*

El fraile en Filipinas ha conseguido estos grandes resultados, no tan sólo por su fe y su constancia, sino porque se ha identificado con el indio viviendo su vida; sabiendo el misionero al llegar a un pueblo cuya cura se le encomienda, que de allí no ha de salir sino para el sepulcro, y que en el modesto cementerio que ante su vista constantemente tiene han de depositarse sus restos. El indio para él es un hermano y el objeto único en que ha de poner todas sus afecciones. Así es que le enseña cuanto sabe, que procura incansablemente por su bien y que es procurador nato suyo en todas sus relaciones con las autoridades. Jamás el fraile ha tenido algo que no sea del indio: sus estipendios los consagra a me-

dicamentos que el indio no puede proporcionarse, á obras de utilidad, estableciéndose entre los diversos Curas verdadera emulación para ver quién proporciona á su pueblo mayor suma de beneficios. El indio, que jamás hace antesala en el convento, á todas horas abierto; que sabe que cuanto tiene el fraile es suyo; que reconoce la superioridad y la autoridad del religioso; que comprende los beneficios que le procura, le paga en cambio con la obediencia y con un cariñoso respeto.

No hay pueblo ni más dócil ni más sumiso. Tres siglos y medio hace que Filipinas nos pertenece. Los chinos, la mesticería, han promovido sediciones contra nuestra dominación. El indio todavía no ha proferido su primera queja contra España. Tendría que consultarla con el fraile; sin él, no sabría formularla. Desde hace tres siglos la enseñanza que el fraile da al indio se reduce á *Dios y España*.

Esta enseñanza es la que, después de la pérdida de nuestro poder colonial, nos ha conservado un imperio poderoso con todos los elementos de riqueza que puedan desearse, y que una inteligente y honrada explotación puede fecundizar en provecho de la patria. Pero si bien destruir es fácil y reconstruir en extremo costoso, anhelamos que ahora que nuevos horizontes se descubren en Filipinas, y que la acción administrativa va tomando allí un puesto preferente, no olvide nunca que lo ocupa porque los frailes supieron reservarlo, y que la obra de las órdenes religiosas merece respeto y consideración, no tan sólo por su existencia de más de tres siglos, sino por lo que les queda por hacer.

Deseamos sobre todo que nuestro Gobierno tenga siempre presente que cuanto haga en favor y prestigio de los frailes en Filipinas es servir á los intereses de la patria. Nunca debe olvidar que pocos años hace todavía el dignísimo Gobernador general D. Marcelino Orta escribía al vencedor de Luchana, Regente del Reino: *«Mándeme usted una compañía de frailes: me serán más útiles que cuatro batallones.»*

(De La Epoca.)

SIERVAS DE JESÚS DE LA CARIDAD EN ALICANTE

Hace tiempo la noticia de la aprobación definitiva del Instituto de las Siervas de Jesús por Su Santidad León XIII, y con gran satisfacción participamos á nuestros lectores que en Alicante, ciudad minada por las sectas masonicas, donde hace dos años se atropelló inicua y cruelmente al Sr. Obispo y á los padres jesuitas, se ha fundado un convento por las limosnas de los alicantinos, sobre las rocas de la *Ereta*, con destino á las Siervas de Jesús.

Estas religiosas llegaron á Alicante sin otro amparo que el que les prestara su misión caritativa, y desde luego supieron conquistarse la estimación pública, asistiendo á los enfermos y prodigándoles toda suerte de consuelos.

La consecuencia legítima de las manifestaciones que excita la caridad ha sido el edificio de nueva planta que acaba de construirse para morada de las Siervas de Jesús, á cuya erección contribuyó en primer término el Excmo. Ayuntamiento, cediendo á perpetuidad el terreno donde se ha levantado, declarándose patrono de la casa y de la comunidad que ha de habitarla, y donando 1.500 pesetas para la realización de las obras.

Este buen ejemplo encontró imitadores en una junta de socorros que estaba creada para socorrer á los pobres enfermos del cólera morbo que afligió á Alicante en 1885, la cual entregó á las religiosas 5.000 pesetas de la cantidad existente después de atendidas aquellas necesidades, para que las destinaran á los propios fines, y en la nobleza de la señora Doña Clotilde García, viuda de D. Alejandro Harmsen, que donó á la comunidad y para el mismo objeto 5.000 pesetas, con promesa de contribuir con la suma que faltara para la completa terminación del piadoso edificio. Estas generosas dadas, hechas al impulso de la caridad, aseguraron el buen éxito de la empresa acometida, hasta el punto de que en el corto espacio de cinco meses se ha construido una casa que, á la belleza de su aspecto exterior, une la buena distribución de las piezas interiores, que constan de una escalinata de mármol rojo, sala de visitas, espaciosos dormitorios para la madre general y comunidad, saleta de labor, enfermería, guarda-ropas, cuartos de limpieza, refectorio, cocina, despensa, azotea y patios que dan saludable ventilación al edificio por grandiosas ventanas con rejas. El acierto con que se han efectuado estas obras y la solidez que se advierte en ellas son

dignas del mayor encomio y merece aplauso el arquitecto municipal D. José González Altés, á cuya inteligente pericia se confió la dirección de las obras.

Como las virtudes motoras de esta obra no se limitaron á la erección de este edificio que honra á Alicante, apuntaremos otros rasgos de nobleza dignos de loa.

Pobres las Siervas de Jesús, viven de la caridad del pueblo, á cuyo servicio están consagradas, según sus votos y las prescripciones de su regla. Una comunidad que no dispone de rentas ni de bienes de fortuna, no es posible que pudiera atender á los gastos de su instalación. Llamada por esto á manifestarse la hidalguía alicantina, pronto la fe y la caridad ejercieron su influencia en corazones generosos, para que las religiosas dichas adquiriesen el mueblaje que necesitaban, á fin de instalarse en su nueva casa.

El Excmo. Ayuntamiento, excitado por su presidente D. Rafael Terol, entregó á la comunidad 600 pesetas para este objeto, favoreciéndola también con otros donativos de muebles, ropas y dinero la Sra. Doña Clotilde García, viuda de Harmsen, el Ilmo. Sr. D. Matías Torres, el Sr. D. Andrés Die y Pescoto, la Sra. Doña Luisa Antoine de Pritz, el Excmo. Sr. D. Alejandro Harmsen y García, barón de Mayals, la Sra. Doña María Granada de Campos, el Sr. D. José Soler y Sánchez, la Sra. Doña Cándida Morand de Laussat, la Sra. Doña Magdalena Antoine, el Sr. D. Juan José Carratalá, la señora Doña Irene Maisonnave, el Sr. D. Rodolfo Dalhander, la Sra. Doña Manuela Almiñana, viuda de Bellido, la Excmo. Sra. Doña Asunción Manresa de Ugarte, la señora viuda de Alcón y el Sr. D. Antonio Martínez Torrejón y López de Ayala.

Y no son estos los únicos rasgos que hemos de consignar.

Prescriben las prácticas de la Orden de las Siervas de Jesús la celebración de una misa diaria en los oratorios ó santuarios de las casas donde se hallen establecidas y designada á petición del Ayuntamiento por el Ilmo. y Rvmo. Sr. Obispo de aquella diócesis la iglesia de San Roque para los ejercicios piadosos prevenidos en la regla de aquellas religiosas, por estar adherido este templo á la casa; faltaban, á fin de atender á aquella necesidad, los medios para subvenir al estipendio debido al sacerdote que se encargue de llenarla. La pobreza en que viven las expresadas monjas no les permite sostener esta atención, por lo que la Sra. Doña Clotilde García, viuda de Harmsen, acudió prontamente á ella, señalando de sus rentas cantidad bastante para atender al estipendio de la misa que desde el 17 de Junio se celebra diariamente en aquel santo templo. La piedad de tan distinguida señora se ha extendido también á mantener una luz, que arderá perennemente alumbrando al Santísimo Sacramento que, en virtud de privilegio pontificio, quedará reservado en el tabernáculo de ese altar.

Los vecinos del populoso arrabal de San Roque deberán á la munificencia de tan espléndida dama, que se efectúe en este santuario la práctica del rosario al toque de las primeras oraciones de la noche, para lo cual proporcionará los medios que se necesitan, á fin de mantener perpetuamente ese piadoso ejercicio.

Si la gratitud es el sentimiento más sublime que anida el corazón para corresponder al beneficio recibido, ella se manifiesta con alteza hacia la noble señora, á quien deben las pobres religiosas á que aludimos los beneficios que hemos apuntado.

Al comprenderlo así las Siervas de Jesús, acordaron en comunidad que se coloque en los muros del edificio una lápida de mármol rojo con la siguiente inscripción:

SERVAE JESU
IN GRATI ANIMI TESTIMONIUM
OB MULTAS MAGNASQUE LARGIT OPES IPSIS
A DOMA. DOMA. CLOTILDE GARCIA,
DOMI. DOMI. ALEXANDRI HARMSSEN VIUDA,
LIBENTER EROGATAS AD ERIGENDAM
CONFICIENDAMQUE ISTAM QUAM INHABITANT
DOMUM,
NEC MINUS GRATIAE EXDIO SENATUI ALONENSI
TANQUAM INSIGNI PATRONO
HANC DICAVERE MEMORIAM
XVI CALENDAS JULIAS
ANNO DOMINI MDCCCXXXVII.

«Inmortalice este mármol la memoria del bienhechor y la gratitud del favorecido. Sea el testimonio permanente de las nobles virtudes que impulsaron la construcción de la casa que indica, y diga á todos que el pueblo de Alicante es un gran pueblo, porque le alienta la fe y le anima la caridad para realizar la fundación de instituciones benéficas y proteger su desenvolvimiento, según así lo demues-

tra la historia y lo patentizan los hechos que hemos enumerado.

La inauguración del edificio tuvo lugar el día 16 de Junio.*

La Madre Generala, que habitualmente tiene su residencia en Bilbao, fué llamada con gran empeño para que presenciase la inauguración de la casa de Alicante, y durante su estancia en aquella capital recibió las mayores muestras, no sólo de obsequio, sino de respeto y entusiasmo.

EL APRENDIZ DE SANTO

Este era un mozo de cordel de Roma, no mal cristiano, bastante infeliz, regular bebedor, y tan forzado, que podía tirar de un carro. Siempre de guardia en la esquina de la plaza, con su esportilla para lo que pudiera ocurrir á los parroquianos, la gente del barrio le conocía por el *Esportillero*.

No iba tan á menudo á la iglesia quizás, como debiera, pero un día entró, por ser la fiesta de Todos los Santos, determinado á rezar por el alma de su madre, que le había criado en el santo temor de Dios. Justamente un Sacerdote subió al púlpito mientras él rezaba: aquel Sacerdote era San Felipe de Neri.

El Santo habló de lo necesaria que nos es la santidad, y repitió diez veces, que «para morir santamente es preciso aprender á ser santo y vivir como santo.» El *Esportillero* se aprendió de memoria la frasecita, salió repitiéndola de la iglesia, y no pudo olvidarla en todo el día: le asaltaba en la esquina, cuando caminaba con la carga, en sueños, y hasta en el banco de la taberna. *Para morir como santo, hay que aprender á ser santo y vivir como santo.*

Y cansado de tanto cavilar, se resolvió á ponerse de aprendiz del nuevo oficio, creyendo que no le tendría nada que envidiar al oficio de esportillero, y se fué á casa del predicador, que vivía en la casa del Oratorio.

Cuando se vió delante del predicador consabido, exclamó con sencillez:

— Mi amo, aquí vengo á ver si su merced me quiere enseñar el oficio de Santo.

— Le han engañado, amigo mío, — respondió aquél: todavía no soy santo, sino pobre pecador.

— ¿Pues no es su merced D. Felipe de Neri?

— Eso sí es verdad, me llamo Felipe de Neri.

— Entonces es vuestra merced el hombre santo que yo digo. ¿Qué hay que hacer para serlo?

San Felipe meditó un instante, conmovido de tanto candor, consultó al Señor, y mirándole cariñosamente, le dijo:

— Dime, buen amigo: ¿sabes leer?

— De corrido, de corrido, no señor, como aquél que dice, pero con algunos tropezones ya calo lo que está escrito.

— Pues bien, continuó el Santo, aquí tienes este libro: lee nada más que cuatro renglones, trata de aprenderlos bien, y vuelve dentro de ocho días.

— ¿Y con eso saldré oficial?

— Si lo practicas bien, creo que sí.

— Corriente. Hasta la vista y gracias.

A los ocho días vuelve el *Esportillero*.

— ¡Hola, amigo! ¿Aprendiste los cuatro renglones?

— Le pregunta el Santo.

— ¡Aprenderlos, aprenderlos! La dificultad no está en aprenderlos, contestó el buen esportillero.

— ¿Pues en qué?

— Toma, en hacer lo que mandan. Por saberlos, bien de corrido que me los sé. Oiga su merced y verá: «Amarás á tu Dios, le adorarás con reverencia y perderás todas las cosas antes que ofenderle. No jurarás en vano su Santo Nombre, ni blasfemarás. Santificarás las fiestas, oírás misa entera...»

— Está bien, hombre. Tienes buena memoria...

— Lo que es por memoria... «No harás daño al prójimo, ni te achisparás, ni...»

— Basta, basta y... al grano. ¿Has hecho lo que mandan esos cuatro renglones?

— ¡Ay, señor! Me costaba cada día más que arrancarme una muela, pero al fin y al cabo, lo he hecho como lo reza el libro.

— Hombre, bueno. Para ser aprendiz bien empiezas; como sigas así, arremetiendo con lo que el libro dice, te armas y sales un buen oficial, Dios mediante.

— Lo que es por mí no quedará.

— Ea, pues, échate al colete estos otros cuatro renglones, y hasta dentro de ocho días. Vamos, valor y confianza en el Señor.

A los ocho días ya no vino el *Esportillero*. San Felipe empezó á inquietarse, y á rogar á Dios por aquel bendito y sencillo ganapán.

Pasaron ocho días más, y luego quince, y el mozo

de cordel no parecía. San Felipe, que le había cobrado afición, no esperaba volver a verlo más. «En medio de todo, pensaba el Santo, el pobre empezó bien, pero sin duda se ha acobardado, y echado a pasear el libro, los cuatro renglones y el oficio nuevo, que ya tiene cuatro bemoles.»

De repente, escucha pasos estrepitosos en el corredor, como si pasara un carro, y oye que llaman a su puerta.

Era el Esportillero, pero el Santo no le conoció al principio. Arrastraba su cuerpo trabajosamente, apoyado en un palo, y llevaba debajo de la barba un pañuelo de hierbas anudado en lo alto del cogote. Sobre el pañuelo asomaban los carrillos amoratados, heridos, cicatrizados. En la nariz lucía dos ó tres chirlos, y su frente era toda un conclave de cardenales.

— ¿Qué te ha pasado, hijo mío, — exclamó San Felipe asustado, — y quién te ha puesto así?

— ¡Vaya! Vuestra merced, como el que dice: el caso es muy sencillo. Iba yo cargado con mi esportilla por la calle de Albano, cuando hete aquí que encuentro de frente un coche con dos caballos. Los animales, al ver mi esportilla cargada, se espantan, se encabitan y dan al traste con el carruaje. Un señorito que guiaba se levanta, se encara conmigo, y furioso, me derriba con carga y todo, me revuelca en el barro, y me apalea durante diez minutos. ¡Ah, señor! Aquel caballero era para mí un alféique, y si yo hubiera querido agarrarle por la pretina, le hubiera podido aplastar de un coscorrón, como se quiebra un mal cacharro contra las piedras. Aquí están mis puños, que no me dejarán mentir, y que más de una vez han levantado en vilo una carga de cebada. ¿Tenía yo la culpa de que mi esportilla hubiese espantado a sus caballos? ¿No gano yo mi vida con la esportilla? Tentaciones me dieron de acogerlo, pero acordéme de los cuatro renglones, que iba yo repitiendo: «No volverás mal por mal, haz bien a tus enemigos, pon la mejilla derecha si te pegan en la izquierda», y tragué saliva. No tuve que ponerle la mejilla, porque él me la buscó, y me las puso hinchadas como un pan. Calléme, señor, como un mudo, y recogí la carga cuando el otro se partió. ¿He cumplido con lo que el libro reza? Corríame la plana, mi amo, si he faltado, que no he podido venir antes, porque ahora mismo salgo del Santo Hospital, donde me he estado curando tres semanas.

San Felipe, enternecido, admirado de tanto heroísmo unido a tanta simplicidad, abrazó con lágrimas en los ojos al Esportillero, le ofreció curarle, y le propuso que se quedara en su compañía, para ser religioso como él, con lo cual acabaría de aprender el oficio de santo.

El Esportillero lleno de agradecimiento se echó a llorar, y se arrojó a los pies de San Felipe, espantado de aquella proposición, de que se creía indigno. Aquellos dos hombres, el maestro y el aprendiz, no se separaron más.

El Esportillero llegó a ser lego del Oratorio, y edificaba a todos por su humildad, su obediencia y su fervor.

Había querido aprender el oficio de Santo, y Dios le había facilitado el camino. A los veinte años de religión murió rico de obras buenas y en olor de santidad.

JUBILEO SACERDOTAL

DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

En el programa aprobado por Su Santidad para el orden de las fiestas que han de tener lugar en Roma a fines del presente año y principios del futuro, dícese que el Sumo Pontífice León XIII celebrará, por el mundo católico y por los que ofrecieron la limosna, la Misa de su Jubileo Sacerdotal el 1.º de Enero de 1888, en el altar que le será regalado en nombre de todos los fieles por la Comisión promotora de Bolonia.

Dicho altar lo está construyendo el Sr. Cayetano Moretti, arquitecto-decorador domiciliado en la vía Vivaio, número 14, en Milán, a quien le fué adjudicado en 28 de Julio del pasado año, en concurso público, el primer premio consistente en 3.500 pesetas, y ejecución de la obra, después de abiertos, examinados muy escrupulosamente y expuestos al público los cuarenta diseños que se presentaron. Era empresa muy difícil sobresalir ante un jurado tan inteligente y severo, compuesto de los mejores profesores de las Reales Academias de Milán, Venecia y Bolonia, entre tantos proyectos que concurrieron al premio, sobre todo en Italia, donde abundan obras del género de la agraciada, muy ricas en mé-

rito, y esto mismo demuestra el que reúne la premiada.

El altar se acomoda por completo a las condiciones señaladas en el programa del concurso, según afirma el fallo del jurado, por lo que consta de tarima con gradas, mesa de 1,80 metros de longitud, retablo de dimensión proporcional en su parte superior, y de estilo ojival italiano, como los retablos que estaban en boga en el siglo XIV y primera mitad del siglo XV, teniendo además los accesorios del tabernáculo, candeleros, crucifijo, sacras, etc., y está dispuesto para adaptarse a cualquiera pared lisa. Todo él es de madera tallada, dorada y pintada, y se compone de cuadros ó tablas de pintura, estatuas y bajo relieves, preparados de tal modo que tras ellos hay huecos destinados a contener el mayor número posible de reliquias de santos, encerradas en tecas, relicarios y urnas de varias formas; para lo que las tablas, cuadros y bajo relieves son amovibles, y las efigies de escultura giratorias sobre un eje, a fin de que en un momento dado, y con prontitud suma, puedan exponerse a la veneración pública las santas reliquias que llenan además los parapetos de la mesa y toda la gradería de dicho altar; el cual, en su forma ordinaria, ó sea cerrados los cuadros y cada efigie en su sitio, tendrá el aspecto de bellísima obra de arte cristiano, digna del Pontífice a quien se destina; y abiertos aquellos y separado todo cuanto sirve de cubierta a los huecos, aparecerá como un tesoro y preciosísimo relicario de los objetos más queridos del corazón cristiano y de los restos de aquellos que nos legaron el grandioso ejemplo de sufrir, padecer y hasta dar la vida con inefable gozo por Jesucristo.

El Emmo. señor Cardenal Bataglini, Arzobispo de Bolonia, colocará en el dicho altar las reliquias de los Santos Patronos de su ciudad, y las que de otros Santos guardan y conservan las iglesias de cada Diócesis, con tal de que sean extraídas de lugares auténticos por los respectivos Ordinarios y remitidas por éstos a la Comisión. Esta cuando presente tan preciado regalo a Su Santidad, lo hará acompañando un elegante libro escrito en pergamino, en el que aparecerá el Catálogo de las Santas Reliquias y los nombres de las Diócesis y Reverendísimos Patriarcas, Arzobispos etc., que las envían y las ofrecen a Su Santidad.

Hasta hoy son 49 los prelados que han contribuido con cientos de Reliquias.

Tal es el altar en que Su Santidad León XIII recordará en el comienzo del año futuro las primeras delicias encarnísticas y sacerdotales que experimentó el 1.º de Enero de 1837 y las novísimas que en medio de sus dolores le concede el Señor, pudiendo muy bien llamarse el Altar de los consuelos del Sacerdote y del Pontífice.

Por el Sr. Vicario general de la Diócesis de Barcelona se han remitido a la comisión central de Bolonia, con destino al altar de Su Santidad numerosas reliquias de San Raimundo de Peñafort, San Mauro, San Julián, San Valero, San Raimundo de Lérida, San Benedito, San Froilán, San Juan del Prado, San Isidoro, San Inocencio, San Vicente, San Martín obispo, San Lamberto, San Braulio, San Lupericio, San Indalecio, San Ceferino, Santa Engracia, Santa Cenobia y otros muchos.

El día 14 entregaron a S. E. I. el Señor Arzobispo de Tarragona los regalos que la población industrial de La Riba ofrece a Su Santidad León XIII con motivo del jubileo ó exposición que se prepara. Consisten estos en dos estuches primorosos, que contiene el uno un precioso tintero de plata en forma de globo, teniendo marcado el mapa-mundi, cuyo remate lo forma el báculo, la Cruz y los Santos Evangelios; su plato es de mármol negro primorosamente labrado, en el cual hay una pluma de plata con la inscripción siguiente: «Los niños del Catecismo de la Riba», todo trabajado en la casa del señor Casseras de Barcelona. Hay en el mismo estuche un departamento con dos resmas de papel clase superior, cuya marca la forma el escudo pontificio con el nombre de la Riba y el fabricante Don Isidoro Gomá. El otro estuche contiene un juego de amito, purificador, corporales, lavabo é hijuelas, bordado todo con primor por las religiosas de la Casa de Caridad de Valls, con las cintas bordadas en oro, flecos de oro y la dedicatoria siguiente: «A. S. S. León XIII en sus bodas de oro, La Riba.»

He aquí, traducido de su texto latino, el Mensaje que la diócesis de Barcelona eleva a Su Santidad con motivo de sus Bodas de Oro:

«Beatísimo Padre:

Entre las grandes manifestaciones de júbilo con que el orbe entero solemniza el quincuagésimo aniversario de vuestra ordenación sacerdotal, el Obispo

de Barcelona con todo su Clero y fieles, siéntense también poseídos de gozo tan por manera entusiasmada, que tienen a grande dicha felicitar cordialmente a Vuestra Santidad por ese acontecimiento feliz que el cielo nos depara.

Así que, deseosos de festejar, como Os es debido, esta memorable fecha de vuestra vida, nos holgamos grandemente en rendiros de nuevo el homenaje del amor, sumisión y reverencia que hemos profesado en todos tiempos al Romano Pontífice, a Nuestra Santa Madre Iglesia y a sus sagrados derechos; expresándoos en esta ocasión los profundos sentimientos de nuestros corazones que se glorían de abrazar fielmente, observar y defender con todo nuestro aliento las enseñanzas todas ó avisos por cualquier modo emanados ó que emanen de vuestro supremo Magisterio.

Y con este mismo ardoroso impulso de nuestras almas imploramos el auxilio de lo alto, rogando a Dios se digne conservar por muchos años feliz y libre de todos sus enemigos la preciosa vida de un tan gran Pontífice, cuya sabiduría por dicha nuestra nos gobierna, cuya virtud es nuestro escudo y cuya firmeza robustece nuestros espíritus.

Testimonio de esta grata profesión de nuestra fe es el presente Album firmado con el corazón, más bien que con la mano, de estos vuestros hijos; el cual, junto con las demás ofrendas de la diócesis de Barcelona, os pedimos, Santísimo Padre, aceptéis con agrado, mientras postrados a los pies de Vuestra Santidad, imploramos rendidamente vuestra apostólica bendición.»

DONATIVO QUE HACE LA VILLA DE LODOSA A SU SANTIDAD LEÓN XIII EN SUS BODAS DE ORO.

Un copón, regalo hecho por la Junta. — Una casulla, regalo de varias señoras. — Un velo de caliz, id. de doña Epifanía Garayos. — Un juego de corporales, id. de doña Mauricia Unciti. — Un amito bordado, id. de doña Corona García. — Dos juegos de corporales, id. de doña Carmen Barangan. — Cuatro juegos de corporales, id. de doña Petra Díez y Otemanes. — Un juego de corporales y media docena de purificadores, id. de doña Juana Góni. — Una docena de corporales, id. de doña Agustias Gastev. — Tres juegos corporales, id. de doña Rosa Vergara. — Tres purificadores, id. de doña Encarnación Prados. — Una docena de purificadores y otra docena de hijuelas, regalo hecho por las señoritas Victoria Lara y Nicolasa Segura. — Media docena de lavabos, id. de doña Severiana Oalix. — Tres amitos, id. de doña Paula Narciso. — Dos amitos, id. de doña Valentina Martínez. — Seis purificadores, id. de doña Felipa Díez. — Dos amitos, id. de doña Tomasa Vergara.

El dinero recaudado por la Junta se ha empleado en los objetos siguientes:

Dos docenas de corporales dobles. Dos docenas de purificadores. Una docena de amitos.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. RAMÓN SEYRO, pintor manco de ambos brazos, de quien no tenemos más noticia que la de haberse presentado a concurso de premios en la Real Academia de San Fernando en 1778 y 1781, y de ser autor de una imagen de *Santa Leocadia*, existente en su capilla de la catedral de Toledo.

DOÑA LUISA SIERRA Y GATO. En la Exposición sevillana de 1868 presentó *La Virgen del Rosario*.

D. JOAQUÍN SIGÜENZA Y CHAVARRIETA, pintor contemporáneo, natural de Peral (Cuenca), discípulo en Madrid de la Escuela superior de Pintura y en París de M. Leon Cogniet y de la Escuela Imperial. Es autor de los cuadros *Procesión en una iglesia* (efecto de luna), y *Entrada de la misma en el templo*.

D. MARIANO SIGÜENZA Y ORTIZ, nació en Valencia, en los primeros años del siglo, de una familia dedicada al arte de la sedería, cuya posición humilde no le impidió asistir a las clases de la Academia de San Carlos, haciendo en ellas notables progresos en el dibujo y pintura, como lo acredita su lienzo *La Virgen con el Niño*, copia de Mengs, que se

1. Por extravió de una cuartilla no aparece en el lugar que le corresponde la adjunta nota:

D. LUCIANO SÁNCHEZ SANTARÍN, natural de Mucientes, provincia de Valladolid, nació el 8 de Enero de 1864. Discípulo de la Escuela Especial de Bellas Artes y de D. Pablo González, premiado en tres certámenes de la Academia Bibliográfica Mariana de Lérida, y en la Exposición de Zaragoza de 1886, con medalla de segunda clase.

Ha pintado para la Academia Bibliográfica de Lérida: *Visita de la Virgen a Santa Catalina*, *La Virgen de los Ojos Grandes de Lago*, *Apocálipsis de la Virgen a Gonzalo García en Córdoba*, y *El Rector de Calatayud ante la Cruz de la Virgen de Noya*.

conserva en el Museo provincial de aquella población. Pintó otros muchos asuntos de devoción. En los últimos años de su vida, perdida toda su fortuna y oscurecida su razón, tuvo que mendigar de puerta en puerta, muriendo al fin en un establecimiento benéfico por el año de 1860.

D. JOSÉ MARÍA SOBEJANO, natural de Murcia y discípulo de D. Francisco Bashell. Es autor de *Ensayo de procesión*, premiado con carta de aprecio en los juegos florales de 1877 y de *Una procesión en la huerta de Murcia*, que remitió a la Exposición Nacional de 1878, celebrada en Madrid.

D. RAMÓN SOLDEVILA Y TREPAL, nació en Barcelona en 31 de Diciembre de 1828, é ingresó como alumno en las clases de dibujo de la Casa-lonja de aquella población, donde obtuvo diversos premios de figura y paisaje. Vino a Madrid a proseguir sus estudios en la Academia de San Fernando, y trasladado a Valencia con el cargo de profesor interino de colorido y composición de su Escuela de Bellas Artes, pintó algunos cuadros místicos para la capilla del colegio de Loreto. Falleció en Madrid en 1873.

D. EDUARDO SOLER Y LLOPIS, natural de Alcoy y discípulo de la Academia de San Fernando. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1864 presentó *Jesús y la madre de Santiago*, *San Juan y varios Apóstoles*, obra que fué premiada con una medalla de tercera clase, y figura en el Museo Nacional de Pintura. Anunciada la de 1876, el Sr. Soler mandó a ella un cuadro representando a *San Esteban, Papa, después de su martirio en las catacumbas*, al cantando del Jurado calificador un premio de tercera clase y la honra de que fuese adquirido para el Museo Nacional. Restituido a Valencia y a su cátedra, de que se había visto desposeído por causas políticas, ha pintado en aquella población *Los Sagrados Corazones de Jesús y María*, el lienzo del altar mayor para la iglesia de la Casa de Misericordia de Valencia, representando a dicha Virgen; *El Salvador del mundo repartiendo el pan eucarístico en la noche de la cena* y otro lienzo con los atributos de la Eucaristía, para la iglesia parroquial de Alcoy.

D. BENITO SORIANO MURILLO, nació en Palma de Mallorca en 3 de Abril de 1827, y estudió en París y posteriormente en Roma, donde disfrutó una pensión del Duque de San Lorenzo, en la Academia de San Lucas. Es autor de un cuadro representando el *Nacimiento de San Juan*, para el templo de Santa Elisabeta en San Juan de Judea y contribuyó a la restauración de la iglesia de San Jerónimo de Madrid. Ha desempeñado puestos distinguidos.

D. FRANCISCO SOTO MARTOS, En la Exposición de Jaén de 1878 presentó un cuadro al óleo representando a *San Francisco de Asís* (copia).

D. JOSÉ SUÁREZ. En la Junta celebrada en Enero de 1801 por la Academia de Bellas Artes de Sevilla se dió cuenta del fallecimiento, durante la epidemia, de un discípulo muy distinguido en la pintura, llamado D. José Suárez, Presbítero, de treinta y cinco años, sevillano, de singular talento para copiar a Murillo y a otros, como lo hizo del cuadro del *Descendimiento*, de Pedro Campaña, y del *San Pedro* de Rubens, que posee vinculado la casa del Sr. Marqués de Moscoso.*

D. JUAN BAUTISTA SÚÑER, pintor de historia, nombrado individuo de mérito de la Academia de San Carlos de Valencia en 10 de Diciembre de 1797. En el Museo provincial de aquella población se conservan cuatro lienzos de su mano, los cuales son: *Cain y Abel*, dos retratos del *Beato Juan de Ribera*, y otro del *P. Fr. Roque Melchor*.

D. BARTOLOMÉ SUREDA, natural de Palma de Mallorca, en cuya Sociedad Económica estudió el dibujo. Durante su larga y laboriosa existencia desempeñó muchos y honrosos cargos; introdujo en España la fabricación del hilado, fué director de la fábrica de paños de San Fernando, del Conservatorio de Artes, de la fábrica de porcelana de la Moncloa y de la de cristales de San Ildefonso. Entre sus obras pictóricas citaremos: el plan del cuadro mayor de la iglesia parroquial de Manacor, y dos telas en la de Santa Eulalia, que representan a *San Francisco de Asís* y *San Antonio de Padua*.

D. NICOLÁS SUREDA, autor de un *Interior de la Catedral de Palma*, que figuró en la Exposición Nacional de Barcelona de 1870.

DOÑA JOSEFA DE SUS, pintora de afición. En la Exposición celebrada en 1845 por la Academia de Nobles Artes de San Fernando presentó *La Adoración de los pastores*, y una copia del *San Vicente de Paul*, original de D. Zacarías Velázquez, destinada a la iglesia de Chamberí.

D. LUIS TABERNER Y MONTALVO, natural de Madrid y discípulo de la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado. Es autor de dos lienzos de asunto religioso, existentes en el oratorio de los señores Condes de Casa Sedano.

D. LEONCIO TALAVERA, nació en Málaga en 1853 y

fué discípulo de la Escuela de aquella capital y de D. Bernardo Ferrandiz. En la Exposición Nacional de 1871 presentó *Atrio de la iglesia de un pueblo de Andalucía* y *Compra de relicarios*. En la de Málaga de 1877 expuso *El Viático*. Murió muy joven.

D. JOSÉ TAPIRÓ Y BARÓ, natural de Réus y discípulo de D. Federico de Madrazo. En Enero de 1876 trabajaba en Roma en la perspectiva del salón del Papa. Es autor de una acuarela representando a un *Cardenal*, muy elogiada por la prensa. Este artista ha fijado su residencia en Tángier.

D. EDUARDO TAULET Y GARCÍA, natural de Valverde del Júcar, provincia de Cuenca. En la Exposición de Madrid de 1881 presentó *San Juan*.

D. MODESTO TEXIDOR, es autor entre otras muchas obras de una *Vista del Monasterio de Montserrat*.

D. RAFAEL TEJERO, pintor de historia, de alto y merecido crédito. Nació en Caravaca, provincia de Murcia, en el año de 1800 y estudió el dibujo en la Sociedad Económica de Amigos del País de esta capital, cuya clase dirigía a la sazón D. Santiago Baglieto. Traslado a Madrid en su primera juventud entró en el estudio del pintor de Cámara D. José Aparicio, a cuyo lado hizo bastantes adelantos hasta que cuatro años más tarde se trasladó a Roma por su cuenta. Desde aquella capital remitió a Madrid, entre otros trabajos, su cuadro de *La Magdalena en el desierto*, que se conserva en el Museo del Prado, y en 1827 regresó a España con gran crédito en su profesión. La Academia de San Fernando le admitió en su seno, y más tarde alcanzó los honores de pintor de Cámara, y tras de una laboriosa existencia falleció en Madrid en 3 de Octubre de 1856. Débense a su mano: *San Antonio de Padua*, figuró en la Exposición de 1848; *San Sebastián*, propiedad de los Sres. Duques de Montpensier; *Nuestro Señor crucificado*, lienzo presentado en la Exposición Nacional de 1856 y que se conserva en la Sacramental de San Isidro; el cuadro que estuvo en el retablo mayor de San Jerónimo, representando el *Martirio del Santo titular*; un lienzo de doce pies de alto que se conserva en la iglesia de la Santísima Cruz de Caravaca, y representa *Tobías devolviendo la vista a su anciano padre*, pintado en Roma en 1823; una *Virgen de los Dolores*, y la *Comunión de San Jerónimo*, de grandes dimensiones, que se conserva en la iglesia de este nombre en Madrid.

D. LUIS TÉLLEZ GIRÓN, pintor valenciano, profesor de perspectiva y paisaje que fué en la Escuela de Bellas Artes de Valencia y Académico de la de San Carlos. Son obras suyas: la parte de pintura en la restauración de las capillas de San Vicente Ferrer y de los Reyes de Valencia, en el año de 1846; un *Salvador*, destinado al retablo principal de las monjas de Jerusalén de Valencia, y *La Anunciación de los pastores*. El Sr. Téllez falleció en Valencia en 20 de Abril de 1878.

D. GASPAR TERRASA Y MÁS, residente en Palma de Mallorca. En la Exposición Universal de París de 1878 presentó el *Interior del claustro de un convento en el acto de salir las monjas del coro* (propiedad de D. Jerónimo Ríos y Salvá).

D. JOSÉ TOLOSA. En la Exposición de pinturas abierta según costumbre anual de la Academia de San Fernando, en 1849, presentó su primer cuadro original representando *Jesús servido por tres ángeles*. Falleció en Marzo de 1879.

D. ANTONIO TOMASICH, miniaturista, natural de Almería. En la Exposición celebrada en Madrid en 1871 presentó un cuadro con trece miniaturas, una de ellas una *Virgen* (de Murillo) que alcanzó premio tercero fuera de reglamento.

D. MARIANO TORRA, pintor valenciano, Académico que era por los años de 1812 de San Carlos y Teniente director de sus estudios de pintura. En el Museo provincial de Valencia se conserva de su mano una miniatura en pergamino representando *Una Concepción*.

D. FRANCISCO TORRAS Y ARMENGOL, pintor y escultor, natural de Tarrasa, discípulo de la Academia de San Fernando. Sus obras pictóricas-religiosas son: *El Martirio de los Santos Servando y Germán*, premiado en la Exposición de 1864 con una medalla de tercera clase, y que figura hoy en el Museo provincial de Barcelona; una *Sacra Familia*, que figuró en la Exposición de 1866, obteniendo igualmente un premio tercero y siendo adquirido por el gobierno; *El Salvador después de su descenso de la Cruz*, que alcanzó elogios al ser presentado en 1868 en la Exposición aragonesa; *El entierro de Nuestro Señor Jesucristo*, que figuró en la Exposición de 1871, y por el cual fué agraciado con la cruz sencilla de María Victoria; y *Nuestro Señor Jesucristo clavado en la cruz*, que presentó en la de 1876. En 1867 había obtenido en público concurso el encargo de pintar el cuadro de *La Virgen de las Victorias*, para la iglesia católica de Tetuán. El Sr. Torras murió en Madrid en 28 de Febrero de 1878.

D. FRANCISCO DE LA TORRE, residente en Canarias. En la Exposición pública celebrada en aquellas islas en 1862 fué premiado con una medalla de bronce: presentó asuntos religiosos y profanos; los primeros fueron: *La Magdalena*, *El sacrificio de Isaac*, *Santa Agueda*, y *La Virgen y San José*.

D. ENRIQUE TORREA, natural de Madrid y discípulo de D. Angel Pérez. En la Exposición de Madrid de 1876 presentó *La Adoración de los Santos Reyes*, imitación de una tabla del siglo xv (miniatura), y *La Virgen de Belén*, de Alonso Cano (idem).

D. ESTANISLAO TORRENTS Y AMAT, natural de Marsella. Para la Semana Santa de 1867 trazó la urna del monumento estrenado en la parroquia de San José de Barcelona. Obtuvo pensión para estudiar en Roma el grabado, y posteriormente volvió a dedicarse a la pintura, siendo de su mano *La Virgen de la Asunción*, que presentó en la Exposición de París de 1876.

D. JOAQUÍN TORRES, natural de Barcelona y discípulo de D. Vicente Rodes. Ha concurrido a diferentes Exposiciones y mencionaremos sus obras, *La Purísima Concepción* y un *Retrato de Pio IX*.

D. JOAQUÍN CIPRIANO TORRES. En la Exposición de Jaén de 1878 presentó una *Mater Dolorosa* al lápiz, pluma y lavado.

D. JUAN TORRES TROVAD, pintor mallorquín, hijo de D. Rafael de igual apellido. Al ser suprimidos los conventos, formó parte de la comisión nombrada para recoger todos los objetos de Bellas Artes que fueron de los mismos. Posteriormente formó parte de la Junta de construcción y reparación de templos, de la Sociedad Arqueológica. Ha sido justamente honrado con diversas distinciones y presentó en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1864 un cuadro llamado *La Caridad*. En el año de 1868 llevaba cerca de sesenta años desempeñando el cargo de Director de las Escuelas de Bellas Artes de Palma.

D. GUILLERMO TORRES Y RUBERT, nació en Palma de Mallorca a 18 de Diciembre de 1755. Estudió los principios de su arte con D. Salvador Sanchó y en la Sociedad Económica de su ciudad natal, en la que fué premiado en 1779. Murió en Palma a 12 de Enero de 1829. Cultivó la escultura, mas siendo hoy nuestro propósito ocuparnos de él como pintor, citaremos sus siguientes trabajos: La tela de la *Beata Catalina Tomás*, para su capilla en la parroquia de su patria, que concluyó en 1803; la de *La Concepción*, para la sufragánea de Llubi en 1806; un *Ecce-Homo* que hizo para un canónigo de Valencia; la tela que cubre el camarín de Nuestra Señora de los Dolores; el de *Nuestra Señora de la Merced* en la iglesia de Palma, y la que sirve en el de San Antonio Abad en su hospital. No es de inferior mérito la tela que cubre el nicho donde se guarda la figura del *Santo Cristo* de Santa Eulalia, que pintó en 1811; la de la *Purificación* en la misma iglesia, y la de *San Luis* de la capilla dedicada al Santo. En la iglesia que fué de los Cartujos en Valldemusa hay una tela de cuatro palmas con *Jesús que predica a las turbas*, puesta en el Evangelistario, y los dos cuadros de *San Elmo* y *San Hugo* en las capillas del coro de los legos. En la villa de Muro, después de haber trabajado los adornos arquitectónicos de la misma, pintó un *San Vicente Ferrer* y un *San José*, para sus respectivas capillas. La catedral tiene dos telas: la una muy grandiosa, que sirve de *velum templi* en el momento que se eleva para el depósito del Santísimo en el triduo de la Semana Santa, y la otra que representa una *Castodia* llena de resplandores y circundada de gloria.

D. MIGUEL TORRES Y SANCHÓ, hijo del anterior, nació en Palma de Mallorca en Agosto de 1797, y fué discípulo de su padre, a cuyo lado pintó una tela de la *Beata Catalina* y un *San Cuyetano* para la iglesia de San Marcial. En 1818 fué nombrado Teniente director de la Escuela de dibujo de su ciudad natal, ascendiendo a director segundo de la sala de dibujo, por muerte de su padre. Sus trabajos religiosos-pictóricos son: *La Concepción* que está en el retablo mayor de la iglesia de San Antonio Abad; *La Muerte de San José*, en su capilla de San Francisco de Asís; todas las telas del altar de *El Corazón de Jesús*, en la iglesia parroquial de Campos; la que cubre el camarín de la capilla del *Santo Cristo del Nogal*, en el templo que fué de monjas de Santa Margarita, y el cuadro de la capilla de la Congregación, en la iglesia de Montesión.

D. SALVADOR TORRES Y SANCHÓ, hijo de D. Guillermo y hermano por consiguiente del anterior. Nació en Palma a 6 de Marzo de 1799 y fué discípulo de su padre, haciendo sus primeros ensayos en la pintura bajo la dirección de aquél; fueron éstos los cuadros de *San Gil* y *San Bernardo*, que figuran en la iglesia parroquial de Marratxi. Siendo novicio de la Compañía en el colegio de Montesión en Palma, pintó de repente la *Vida del Beato Alonso Rodríguez*

en nueve cuadros al óleo, para las fiestas de la beatificación del mismo. Llamado a Madrid para que dirigiese la enseñanza de dibujo en el Real Seminario de Nobles, al tiempo de su instalación, pintó para el mismo sus dos cuadros de *San Luis* y *San Esteban*, y *San Francisco de Borja*. En 1833 pintó su lienzo de *El milagro de los panes y peces*, de treinta y cinco pies de latitud por nueve de elevación, con destino al refectorio del Colegio imperial. Vuelto a Palma, pintó en el año 1839 la tela principal para el retablo de *San Pedro* de aquella catedral y otras muchas obras. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1864 presentó *El nacimiento del Señor*, propiedad de la Marquesa viuda de Vivot; *La huida a Egipto*, de D. Antonio Coll; *El nacimiento del Señor*, *La adoración de los Reyes* y *Un episodio de los Inocentes*. Fue el Sr. Torres Académico de la de Bellas Artes de las Baleares, profesor de la misma y corresponsal de la de San Fernando. Murió en Palma en los primeros días de Enero de 1882.

D. ENRIQUE TORRIGOS Y CHARNÉ. En la Exposición aragonesa del año 1868 presentó *La iglesia de San Francisco* en el reino Lombardo-Véneto.

D. VICENTE TORTOSA Y CALABUIG, natural de Onteniente, en la provincia de Valencia, y discípulo de la Academia de San Fernando, premiado en varios exámenes. También estudió con D. Carlos Ribera. En la Exposición de 1858 presentó una bonita alegoría, *El triunfo de la virtud sobre el vicio*.

D. JOAQUÍN TURINA Y AREAL, natural de Sevilla y discípulo de la Escuela de aquella capital. Es autor de *El último día de novena*.

DOÑA JOSEFA UGARTE Y MAERACO, pintora de afición, natural de Madrid. Ha ejecutado al óleo diferentes copias de los más célebres maestros, mereciendo citarse la de *La Virgen con el Niño*, de un cuadro original de Andrea del Sarto, que presentó en la Exposición aragonesa de 1868.

DOÑA MICHAELA UMBERT. El Sr. Furió conservaba una copia de *La Virgen de la Setola*, original de Beatas, hecha casi sin estudios por esta señora, y dice ser suyo, entre otros cuadros, el de *Nuestra Señora del Rosario*, que oculta el camarín de dicha imagen en la iglesia mayor de la villa de Santa María.

D. PEDRO ANTONIO UMBERT Y ABRAM. Nació este distinguido pintor en Palma de Mallorca en 14 de Noviembre de 1786, y estudió en las clases que sostenía en aquella población la Sociedad Económica, en donde obtuvo diferentes premios. Su primera obra de alguna importancia fue la copia que hizo de *Una Virgen*, y se conserva en el salón de sesiones de la referida Sociedad. Es asimismo autor del *Martirio de Pedro Borghu*. Falleció en su pueblo natal en 19 de Octubre de 1828.

D. MARCELINO UNCETA Y LÓPEZ, natural de Zaragoza, en cuya Academia de San Luis hizo sus primeros estudios, prosiguiéndolos más tarde bajo la dirección de D. Carlos Luis de Ribera. Ha ejecutado varios trabajos en el templo del Pilar.

D. IGNACIO DE URANGA, natural de Tolosa (Guipúzcoa) y uno de los primeros discípulos de la Academia de San Luis, de Zaragoza. En la misma se conserva, de su mano, un *Ecc Homo*, copia de Mateo Cerezo.

D. FELIX URGELLÉS DE TOBAR, natural de Barcelona y discípulo de la Escuela de aquella capital. En la Exposición de 1878 presentó, entre otros cuadros, uno titulado *La Misa matutina*.

D. JUAN JOSÉ DE URMENTA, pintor y escultor, discípulo que fue de la Escuela de Bellas Artes de Cádiz e individuo de la Academia de San Balduino de dicha población; falleció en 24 de Febrero de 1883. Entre sus muchas obras, merece citarse aquí un lienzo representando a *San Basilio, Obispo*, existente en la capilla de Religiosas de la catedral nueva de Cádiz.

DOÑA ANA GERTRUDIS URRUTIA DE URMENTA, nació en Cádiz esta distinguida artista en 1812, y estudió bajo la dirección de su hermano D. F. Javier. Su matrimonio con D. Juan José de Urmenta, director de la Academia gaditana de Bellas Artes, contribuyó más y más al desarrollo de su afición, alcanzando el honroso título de académica de mérito por la pintura histórica en 9 de Diciembre de 1846. La muerte cortó su brillante carrera en su ciudad natal en el día 5 de Noviembre de 1850. Merecen ser citados con encomio un *San Jerónimo*, que regaló a la catedral nueva de Cádiz; una *Santa Filomena*, y *La Resurrección de la carne*, que figuró en la Exposición celebrada en Cádiz en 1846.

D. FRANCISCO JAVIER DE URRUTIA Y GARCHITO-RENA, artista y literato. Es autor del cuadro *San Hilario, Obispo*, que regaló a la Catedral nueva de Cádiz, y existe en su capilla de las Reliquias. A su iniciativa se debió la erección de la estatua de Fray Domingo de Silos Moreno, cuando el Sr. Urrutia era Alcalde constitucional de la población mencionada.

Ocupó este notabilísimo artista importantes cargos, y falleció en 7 de Diciembre de 1869.

D. MANUEL USSEL DE GUIMBARDA, natural de Trinidad (Isla de Cuba) y discípulo en Madrid de la Escuela Superior de Pintura. En la Exposición Nacional de 1866 presentó un lienzo, cuyo asunto era *Murillo en los Capuchinos pintando la Virgen conocida con el nombre de Virgen de la Servilleta*. En la Exposición sevillana de 1868 presentó un *San Bartolomé*, copia de Ribera.

DOÑA JUANA VALDIVIESO DE ADRIAENSSENS, pintora de afición. Los Duques de Montpensier conservan *Santas Justa y Rufina*, copia de Goya, ejecutada por esta señora.

D. DOMINGO VALDIVIESO Y HENAREJOS, notable y reputado pintor de historia. Nació en Mazarrón (Murcia) en 30 de Agosto de 1830. En 1848 pasó a Madrid y se matriculó en las clases de la Academia de San Fernando; en 1852 fue pensionado por la Diputación provincial de Murcia para que continuase en París los estudios, y después de residir dos años en aquella capital y otros dos en Roma, regresó a Madrid y fue nombrado en 1866 profesor sustituto de la Escuela Superior de Pintura. Son obras suyas: *El descendimiento de la Cruz*, que se expuso en el certamen de 1861; fue premiado con medalla de segunda clase y adquirido por el Gobierno para el Museo Nacional; *La primera comunión de unas colegialas*, cuadro presentado en la Exposición nacional de 1866, premiado con consideración de medalla de segunda clase y adquirido también por el mismo Museo; *Jesucristo difunto al pie de la Cruz*, premiado con medalla de oro en la Exposición regional de Valencia en 1867; *Maria Magdalena en el desierto* y *Jesucristo muerto*, cuadros que fueron remitidos por su autor a la Diputación provincial de Murcia durante la época de su pensión. Murió en Madrid el día 22 de Noviembre de 1872.

FRAY LUCAS DE VALENCIA, capuchino residente en Valencia en los primeros años del siglo, con reputación como pintor religioso. En 21 de Junio de 1781 había sido nombrado académico supernumerario por la pintura de la Academia de Nobles Artes de San Carlos.

D. MARCELO DE VALENCIA. En 25 de Julio de 1805 fue creado académico de mérito por la pintura de la de San Fernando. En dicha corporación se conserva una miniatura de su mano representando *El martirio de San Sebastián*.

D. EUSEBIO VALLDEPERAS, nació en Barcelona en Diciembre de 1827; fue discípulo de D. Antonio Espluga y de la Academia de San Fernando. Recorrió diferentes puntos del extranjero, y fijándose en Roma, pintó varios cuadros, entre ellos una *Virgen del Carmen*, de tamaño natural; *La casta Susana*, una *Alegoría de la Paz*, que fue reproducida por *La Ilustración católica*, y *El sermón en la campaña de Roma*. La crítica ha dedicado repetidamente sus elogios a los trabajos pictóricos del señor Valldeperas.

D. JOSÉ VALLEJO Y GALEAZO, pintor y dibujante, dedicado más especialmente a la ilustración de obras. Débese a su mano la de las *Páginas de la vida de Jesucristo*, y un retrato de *Fray Honorio Mossi*. Nació en Málaga en 15 de Mayo de 1821 y falleció en Madrid en 19 de Febrero de 1882, habiendo trabajado brillante y afanosamente en su carrera de artista.

D. LORENZO VALLES, natural de Madrid, y discípulo de D. Francisco Cerdá y de la Escuela superior de Pintura dependiente de la Academia de San Fernando. Pensionado por el Sr. Duque de Sexto para continuar en Roma sus estudios, remitió desde aquella capital a la Exposición Nacional de 1858 un lienzo representando *El cadáver de Santa Simforosa extraído del río por su familia*, por cuyo trabajo alcanzó el Sr. Vallés una mención honorífica de primera clase.

D. RAMÓN VALLESPÍN Y SARAHIA, natural de Madrid, discípulo de D. Antonio Gómez, D. Luis López y de la Academia de San Fernando. Es de su mano un cuadro que representa a *Jesús en la barca* con sus discípulos, obra que figuró en la Exposición de 1860.

D. ENRIQUE VALLES, pintor valenciano, autor de *Un Fraile Franciscano*, premiado con medalla de segunda clase en la Exposición celebrada en Valencia en 1881.

D. PEDRO VALLS Y BOFARULL, natural de Igualada, donde vivió la luz en 12 de Febrero de 1840. Fue autor de un monumento para la Catedral de Vitoria; de un fondo representando ángeles y nubes, de notabilísima belleza, que se ostenta en el altar donde se coloca a la Purísima Concepción durante su octava, en la iglesia parroquial de Chamberí; y de la parte pictórica de la capilla de la Casa de Maternidad de Madrid. Este inspirado artista falleció en la última epidemia en esta corte, el día 30 de

Agosto de 1885. Dedicóse especialmente a la pintura escenográfica.

D. FRANCISCO DE PAULA VAN-HALEN, natural de Vich y discípulo de D. José Aparicio y de la Academia de Nobles Artes de San Fernando, que le nombró su Académico supernumerario en 3 de Diciembre de 1843. El Sr. Van-Halen fue dibujante científico del Museo de Ciencias Naturales, pintor honorario de Cámara y Caballero de las Ordenes de Carlos III e Isabel la Católica. Son obra suya: *Las lágrimas de San Pedro*, y *Entrada del Obispo señor Calvo en Vich* (para dicha ciudad ambas). Como miniaturista se le deben: un *San Fernando* y un *San Hermenegildo*, que se conservan en Palacio en un reclinatorio. El artista que nos ocupa ha dejado de existir hace poco tiempo.

M. DE A.

(Se continuará.)

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Un periódico científico aconseja el siguiente medio, ensayado con buen éxito, para devolver toda su fuerza productora a un viñedo viejo, aunque tenga cincuenta, sesenta o más años de edad.

En la primavera se hace en el tronco de la cepa, inmediatamente sobre el nudo vital, una incisión circular que penetre uno o dos milímetros en el tronco, con lo cual el nudo produce brotes vigorosos.

Al verano siguiente se extirpan las ramas de la cepa vieja que no tengan fruto y se despuntan las restantes, a fin de concentrar la savia en el nudo vital y ramificaciones que de él parten.

Al invierno siguiente se poda todo lo viejo, dejando subsistentes tan sólo los brotes y ramitos nuevos, los cuales forman la planta rejuvenecida.

A la vez se debe abonar intensamente la planta con mantillo, que se coloca en la tierra en un hoyo al rededor de la cepa.

Si en el primer año no salen brotes, se repite la incisión de igual modo al año siguiente.

Según anuncia el periódico de Londres *The Electrician*, se ha descubierto en el laboratorio municipal de Munich una nueva liga de metales, en que figura el níquel como materia principal, resultando un compuesto que presenta mejores condiciones que el metal blanco de más fama. Para aparatos eléctricos, medidas de líquidos, vajilla y demás objetos de mesa y uso doméstico en que se necesite para confeccionarlos un metal inoxidable, económico y de buen aspecto, ninguna aleación podrá competir con la niquelina.

El *Mouvement industriel* da la noticia de un descubrimiento que promete alcanzar aplicaciones importantes. Sabido es ya que se consiguió liquidar el oxígeno, pero no se había podido obtener sólido. El profesor Dewar ha alcanzado su solidificación. Para ello hace llegar el gas liquidado a un recipiente, en el cual se ha hecho incompletamente el vacío. La enorme absorción de calor que acompaña a la gasificación de una parte del líquido produce la solidificación del remanente en este estado; tiene el aspecto de nieve, y se halla a 200° bajo cero.

Por su medio podrán los físicos obtener el cero absoluto, y los químicos estudiar las propiedades de los cuerpos a la más baja temperatura.

Se ha inventado una nueva prensa para copiar, que imprime en negro los escritos, dibujos, planos, música, con la circunstancia de obtener un gran número de ejemplares.

El aparato se compone de una tablilla de nogal guarnecida con una plancha de zinc, sobre la cual se extiende, con la ayuda de un marco, una hoja delgada de papel, con una capa de una preparación de cera. Se escribe sobre este papel con una pluma particular, que consiste en una rueda minúscula formada de una aleación de iridio y de paladio en los bordes cortantes. Esta rueda gira rápidamente a la extremidad de un estilete de acero que se sostiene entre los dedos y con el cual se escribe como de ordinario.

A medida que se trazan los caracteres, la rueda gira, dejando en el papel una serie de pequeños agujeros, tan aproximados, que el rasgo parece continuo. Hecho esto, se coloca entre el papel encerado en la tablilla una hoja de papel encolado sin brillo, y se pasa por el papel encerado un rodillo con tinta tipográfica fuertemente secativa.

La tinta atraviesa los agujeritos trazados por la ruedecita y se obtiene una prueba sobre la hoja blanca colocada entre el papel encerado. De este modo se pueden tirar de 1.000 a 1.500 ejemplares, a razón de 250 a 300 por hora. El procedimiento está

muy generalizado en América, donde ha recibido el nombre de *Ciclostilo*.

Para sustituir el yeso a la madera en la construcción de los pisos, se ha tenido en cuenta que de todos los materiales empleados con este objeto, el yeso es el único que aumenta su volumen después de su empleo, mientras que los demás cementos ó morteros y aun la madera se contraen, presentando rajaduras y otros desperfectos ocasionados por la desecación. El yeso aplicado en capas de espesor conveniente resiste bien las variaciones atmosféricas, siempre que esté a cubierto del agua, para lo cual se le da la dureza y resistencia a la presión, que son las dos propiedades que le faltan. El yeso mezclado con cal apagada en la proporción de 6 a 1 respectivamente, y extendido sobre una disolución de sulfato de hierro ó de zinc, forma pisos tan sólidos y duraderos como los del mejor hormigón. Su superficie adquiere la dureza del mármol y es susceptible del pulimento más fino, y si se le cubre de una capa de aceite de linaza litargirado, toma un color nacarado hermoso que aumenta su solidez.

Es muy necesario, cuando se trata de embotellar el vino, emplear botellas perfectamente limpias; y si el vino es de precio, vale más usar botellas nuevas, puesto que la menor impureza puede alterarle.

Si el líquido que se trata de envasar es vino común, aunque sea de clases superiores, pueden sin dificultad emplearse botellas que hayan servido, con tal que estén bien limpias. En tal caso debe proscríbise en absoluto el valerse de perdigones para efectuar la limpieza. Puede alguno de estos perdigones quedar en la botella y ser atacado por el ácido del vino, resultando sales plúmbicas, que disueltas en el líquido, comunican a éste mal sabor, y aun pueden ocasionar graves accidentes en la salud de los consumidores.

Cuando las botellas que ya han servido tienen una capa de tártaro más ó menos coloreado, muy difícil de quitar por simples lavados con agua caliente ó fría, pueden limpiarse con facilidad del modo siguiente:

Se disuelve un kilo de carbonato de sosa cristalizado en 8 ó 10 litros de agua, y se vierten en cada botella dos ó tres cucharadas de esta disolución bien caliente, pero no hirviendo. Se agita después la vasija, y el tártaro se disuelve prontamente. No queda entonces más que enjuagar la botella con agua clara para que quede limpia por completo.

NOTICIAS

Merced a las gestiones del señor Obispo de Madrid-Alcalá, a la junta respectiva de la que forman parte los Sres. Labiano, y especialmente el ex-teniente alcalde del distrito de la Audiencia Sr. Ruiz de Velasco, han quedado completamente pagadas las atenciones que en concepto de obras en la iglesia de Santo Tomás, se venían adeudando a los contratistas.

El solar sobre que habrá de levantarse el nuevo templo ha sido inscrito a nombre del señor Obispo. Las obras darán principio muy en breve.

La junta de distrito, presidida por el Sr. Ruiz de Velasco, trabaja activamente para dar cima al asunto.

Leemos en el *Journal de Lourdes* del día 10:

«El gran acontecimiento de la semana ha sido la llegada de 1.000 españoles de Valencia y Barcelona.

«El Pedro el Ermitaño de esta cruzada ha sido un seglar, D. José Pallés, director de *Los Ecos de María Inmaculada* de Valencia, dos de cuyos colaboradores, D. José Jiménez y D. Eduardo Soriano, le han prestado el concurso de su piedad y abnegación.

«La prensa religiosa habló a su tiempo, repitiendo en todos tonos que los hijos de la Inmaculada Concepción debían ir a Lourdes a rogar por el Papa, inaugurando allí las fiestas de su Jubileo Sacerdotal.

«Inmediatamente se verificaron numerosas adhesiones, no solamente de las dos poblaciones antes citadas, si que también de Tarragona, Vich, Murcia, de Baleares y Castilla.

«Los Obispos bendijeron la santa empresa, y dos de ellos se hicieron representar por delegados: Su Eminencia el Cardenal Arzobispo de Valencia por D. Antonio María Lleó, catedrático de aquel Seminario, y el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona por el P. Oller, sacerdote del Oratorio de San Felipe Neri.

«En Nuestra Señora de Montserrat y en Nuestra

Señora de las Mercedes se hizo una entusiasta acogida a los peregrinos, y en la provincia de Gerona toda una ciudad en traje de fiesta y a los acordes de la música salió a aclamarlos a la estación.

«Puede decirse que esta peregrinación es verdaderamente nacional, y en ella figuran los hombres casi en igual número que las mujeres. ¡Detalle conmovedor! Muchos de entre ellos han pedido prestado el coste de su largo viaje.

«Hay un centenar de eclesiásticos: las señoras han adoptado en general el traje negro, y todas llevan mantilla.

«El tiempo no ha permitido desplegar el primer día las dos banderas que los españoles traen como ex-voto.

«La letra de sus cánticos es apropiada a estos descendientes del Cid, dispuestos siempre a combatir por la Religión. He aquí la traducción de uno de ellos: *Firme la voz, serena la mirada, etc., etc.*

«A cada estrofa se interrumpe el canto por el rezo de una decena de Rosario.

«Eran las seis de la tarde cuando los peregrinos verificaron el viernes su entrada solemne en la Basílica. El Rdo. P. de Roig, misionero de la Inmaculada Concepción, les dirigió en castellano el saludo de bienvenida, y aplicándoles la famosa frase «ya no hay Pirineos», les dijo: «Hijos de Montserrat, de Covadonga y del Pilar, no hay aquí franceses ni españoles: no hay más que católicos, hijos de la misma Madre.»

En algunas palabras dirigidas al corazón, el Reverendo P. Buenaventura, Capuchino, expresó conmovido lo que le había inspirado este tan santo lugar de la Gruta, con su blanca imagen, su milagrosa fuente y las muletas colgadas en la roca.

Prosiguió largo tiempo la felicitación a María Inmaculada; un sacerdote leyó un punto de meditación, intercalado con plegarias, que eran repetidas por la masa de asistentes, y voces que recordaban las de las iglesias de Roma entonaban a continuación cánticos que hubiérase deseado oír siempre.

Fué necesario, por último, atender a la fatiga de los peregrinos, no sin haber antes lanzado santas exclamaciones y repetido una vez más:

Por el Papa, por su España,
Ruega ¡oh Madret ruega a Dios.

Mons. Persico, Arzobispo de Damietta *in partibus infidelium*, obedeciendo a órdenes expresas de Su Santidad León XIII, ha llegado a Irlanda con objeto de pacificar los ánimos de aquellos católicos rebeldes contra la autoridad de la reina Victoria.

El enviado del Papa parece que tiene esperanzas de lograr su propósito, y ese sería un nuevo glorioso lauro para el Pontífice que hoy rige los destinos de la Iglesia católica.

La Orden franciscana de la Observancia cuenta actualmente 42 Obispos, a saber: 22 en Europa, de los cuales hay 10 en Italia, dos en Portugal, uno en España, cuatro en Albania, uno en Montenegro, uno en Bosnia, dos en Herzegovina y uno en Grecia.

En Asia 12, a saber: tres en Turquía y nueve en la China.

En África uno, en el Egipto.

En América seis, a saber: uno en la República de Honduras, uno en el Perú, uno en la República Argentina, uno en la del Ecuador, uno en la provincia española de Puerto Rico y uno en Méjico.

Finalmente, uno en la Oceanía, en las Islas Filipinas.

El órgano del Vaticano da un mentís formal a la noticia publicada por el *Observateur français*, *Le Monde* y otros diarios, con respecto al viaje a Francia de Mons. Jacobini, secretario de la Propaganda, afirmando el *Observateur Romano* que la presencia en Francia de aquel Prelado no tiene ninguna relación con el protectorado francés en la misión de la China.

El señor Obispo preconizado de Almería, Don Santos Zárate, será consagrado el domingo 31 en la Catedral de Santander.

Se ha inaugurado el Concilio provincial de Valladolid. Saló la comitiva del Palacio Arzobispal presidida por el Arzobispo de Valladolid, formándola los Obispos de Segovia, Zamora, Ciudad-Rodrigo, Avila, Salamanca y Astorga; Canónigos de Salamanca, que llevaban mureta de terciopelo morado; los de Astorga, con mureta de raso también morado; vicario capitular de Avila, comisiones de todos los Cabildos episcopales de la provincia eclesiástica y del Ayuntamiento, Diputación, Audiencia,

capitanía general, Universidad y otras corporaciones.

El público se agolpaba en las calles del tránsito, ávido de contemplar una ceremonia no celebrada en aquella capital en todo el presente siglo.

Después de la misa de pontifical, el Sr. Arzobispo pronunció una oración en latín, y acto seguido el primer promotor del Concilio, señor chantre de la Catedral vallisoletana, pidió que éste se abriera, verificándose con los nombramientos de los oficiales y lectura de varios decretos referentes al acto.

La segunda sesión, a puerta cerrada, se ha verificado el día 20.

En el último vapor correo que ha zarpado de Barcelona con rumbo a Filipinas, van embarcados los siguientes misioneros dominicos:

PP. Fr. Cirilo Hernández, presidente de la misión; Eugenio Aguirre, vicepresidente, y Francisco Aguirre; los diáconos Fray Mariano Rodríguez, Fermín Franco, Santiago García, Nicolás Vicuña, Nicanor Lisundia, Lucio Urroz, Arsenio Gómez, Víctor Herrero y Victoriano Martínez, y los subdiáconos Fr. Fidel Angulo, Pedro Muñagorri, Ignacio Logarreta y Ramón Aranceta.

Han llegado a Santiago de Compostela, para las fiestas del Apóstol y el Concilio provincial, los reverendísimos Sres. Obispos de Lugo, Mondoñedo, Orense, Oviedo y Tuy, con representaciones de los respectivos Cabildos eclesiásticos.

NECROLOGÍA

En Palma de Mallorca ha fallecido D. Antonio Lladó, profesor de Matemáticas en aquel Seminario conciliar, y hombre tan eminente por sus virtudes como por las varias aptitudes de que ha dejado eloquentísimos testimonios. En 1860 fué premiado por una colección de piezas geométricas y un órgano automático que había construido, sin tener el menor conocimiento de la música. Más tarde hizo un modelo completísimo de una fragata de guerra é inventó un calendario perpetuo. Reunió colecciones muy numerosas de monedas, fósiles y moluscos; fué humanista muy distinguido y dejó inéditas algunas obras que le acreditan de teólogo, moralista y filósofo. Nunca quiso ser promovido a las Sagradas Ordenes, atribuyéndose esto a su misma modestia y al respeto que le inspiraba el estado eclesiástico.

En Ronda ha fallecido, en temprana edad, el virtuoso Sacerdote D. Antonio Carrillo Guerrero, Doctor en Teología, Licenciado en Derecho civil y canónico y en Filosofía y Letras, maestro superior y catedrático del Seminario conciliar de Málaga. Fué también un escritor muy distinguido y denodado campeón del Catolicismo.

También han fallecido recientemente:

En Vuelva, el Padre Román Vigorán, de la Compañía de Jesús, catedrático y Rector que fué del Seminario conciliar de Lérida y del colegio máximo de Tortosa y Provincial de la Orden en Aragón.

En Pereña, D. Ramón Criado, Cura Párroco de aquella localidad.

En Sepúlveda, el Canónigo de la Catedral de Valladolid, D. Pedro Luengo.

En Valencia, el Presbítero D. Pedro Ariño y Tuel, catedrático de aquella Universidad literaria.

En Sanlúcar de Barrameda el virtuoso Sacerdote D. José María Carrera.

ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.





EPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 22. — Madrid 5 de Agosto de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	17 1/2 ps. fr.
Un año.....	34 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fr.
Un año.....	5 »

SUMARIO

TEXTO. — La Decena, por Manuel Onorato y Barand. — Los grabados. — Las fiestas del Apóstol Santiago. — Carta de nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII al Cardenal Mariano Rampolla, su Secretario de Estado. — El primer centenario de San Alfonso de Li-jerie, por F. Sánchez de Castro. — La circular del Eminentísimo Cardenal Rampolla. — Tradiciones de Tierra Santa, por M. Polo y Peyrolon. — El artista ciego, por Francisco Blanco García. — Juicio Sacerdotal de Su Santidad León XIII. — Bibliografía. — Noticias. — Navegación. — Santa María de la Arrija, primera patrona de Murcia. — Las claustrillas del Real Monasterio de las Huelgas, cerca de Burgos. — Sepulcro del Cardenal Lina y Garriga en la Catedral de Sevilla.

LA DECENA

NINGÚN asunto de más preferente interés ni de mayor importancia que la admirable carta dirigida por Su Santidad León XIII al Cardenal Rampolla, para que desde el elevado puesto que le ha conferido pueda cooperar á la acción del Pontífice, contribuyendo á realizar la política que tanto carácter le presta y que ha de hacerle pasar á la posteridad con una aureola de prudente sabiduría y de cariño paternal al orbe católico. Publicando en otro lugar de este número el texto íntegro de tan hermoso documento, á él nos referimos en un todo, permitiéndonos solamente llamar la atención de nuestros lectores sobre el espíritu del mismo, encaminado á reivindicar la influencia de la Iglesia Católica en la sociedad moderna; á estrechar los vínculos de amor entre los príncipes y los pueblos; á restablecer la paz religiosa y el orden moral, bases del verdadero catolicismo. Dos son los puntos que preferentemente debemos señalar: el primero por ser de un interés que directamente nos atañe á los españoles; el segundo por contener para el porvenir la fórmula de la cuestión romana.

En lo que á España se refiere, el Santo Padre recomienda una vez más la unión de todos los católicos en la generosa y desinteresada defensa de la Religión, en la sumisa obediencia á la Iglesia y en la mutua benevolencia, para que el espíritu de partido no desvirtúe las más santas tendencias. ¡Quiera Dios que su voz no sea desoída y que ante el paternal mandato desaparezcan los rencores y renazca el recíproco amor de todos los hijos á quienes tiende sus amantes brazos!

Respecto del disenti-miento entre Italia y el Vaticano, Su Santidad reproduce las líneas generales conocidas ya por la Circular del Secretario de Estado á los Nuncios. León XIII desea ardientemente que tenga término aquel disenti-miento; pero para ello es indispensable regular las condiciones del Jefe Supremo de la Iglesia, obteniendo la libertad é independencia que exige su soberanía espiritual; á fin de conseguir ésta se hace indispensable la restitución de una verdadera soberanía para el Pontífice romano, no por ambición ni como instrumento de grandezza terrestre, sino como garantía verdadera y eficaz de su libertad é independencia.

Su Santidad protesta una y otra vez de su sincero deseo de favorecer la reconciliación y de la tranquilidad de su conciencia por haber cumplido uno de sus mayores deberes ante Dios y los hom-

bres, dejando al cielo la resolución de ulteriores sucesos.

La lógica del documento pontificio es de tal modo irrefutable, que si la reconciliación se impone habrá de imponerse también la fórmula para llevarla á cabo.

También merecen un recuerdo en estas líneas los Concilios provinciales celebrados en Valladolid y en Santiago, Concilios llamados á ejercer muy poderosa influencia en el espíritu católico de nuestro país, y las fiestas celebradas en el último de los pueblos citados con ocasión de las del Santo Apóstol Patrón de España. El espíritu religioso de nuestro país no decae por fortuna y si lamentables querellas parecen ocultarlo en algunos instantes, es seguro que solamente se verificará esto, para que luego brille con mayor esplendor.



SANTA MARÍA DE LA ARRIJA, PRIMERA PATRONA DE MURCIA.

Salvo el detalle de no ver caer muertos á los pájaros por el excesivo calor, las predicciones del astrónomo á la moda se han realizado en todas sus partes. Desde hace algunos días el calor es tan sofocante, que la respiración se hace difícil en Madrid, y los que en él seguimos, por no tener otro remedio, estamos ganando á cada hora una cruz laureada de San Fernando por nuestro heroico valor. En el centro del día especialmente, el calor que experimentamos es digno del Senegal, y por si esto no fuera bastante, las alarmas y los temores se suceden sin interrupción.

— ¿Sabe usted la noticia? — nos dicen una mañana. — Pues han entrado en los hospitales 150 individuos atacados de cólicos sospechosos.

Y como la *Gaceta* declara su-cias en todos sus números las procedencias de diferentes puntos castigados por el cólera, ya nos creemos visitados de nuevo por la epidemia, que convierte á un hombre en caso y á un caso en un difunto con la mayor facilidad. Por fortuna se averigua bien pronto que todos los enfermos de cólico han tomado leche de determinada procedencia, y esto tranquiliza... á los que no la han tomado.

Otra mañana visita un Alcalde un gran almacén de vinos, y examinando una pipa de aguardiente, exclama:

— ¡Pero si esto es veneno!

— Señor, alcohol amílico, cuya introducción y empleo autorizan las leyes.

— Pues hay que inutilizarlo.

— Muy bien; pero advierto a V. S. que todo el que tengo en mis almacenes es igual.

— ¡Cómo!

— Sí, señor, y que todo el que se vende en todos los demás almacenes de Madrid es idéntico al mío.

El Alcalde manda una botella al laboratorio y un oficio a su Superior jerárquico; la ciencia analiza la bebida y declara que es un veneno; pero como se hallan autorizados su introducción y empleo, se resuelve seguir el procedimiento español e instruir un expediente. Por esta vez siquiera, la rapidez inspira al Gobierno, y a los dos ó tres días se publica una Real orden.

¿Autorizando el uso por no ser nocivo el alcohol?
¿Prohibiendo éste en nombre de la salud?

Nada de eso: el Gobierno reconoce que el alcohol amílico es un veneno, y recomienda a los almacenistas que lo usen en cortas cantidades. De otra manera, como la autoridad no puede analizar botella por botella todo el vino y aguardiente que se consume en Madrid, los almacenistas y taberneros seguirán envenenándonos con la más completa impunidad, y si algo se les dice, nos enseñarán la última Real orden y el tratado comercial con Alemania.

Eso de resolver no resolviendo es de lo más cómodo que puede darse, y eso de alarmar al público y no protegerle es un procedimiento genuinamente español. Por fortuna, si la ciencia de A declara nocivo el alcohol alemán, la ciencia de B opina que es completamente inofensivo, y así como durante la epidemia cólica nos quedamos sin averiguar si el bacillo es mortal ó inmortal y si la inoculación es un progreso admirable ó una charlatanería afrentosa, al tomar hoy una copa de vino ó de licor, no sabemos si introducimos en nuestra economía un amigo cariñoso ó un enemigo mortal.

Otra mañana sabemos que una de las leonas de Mr. Seeth ha dado á luz ocho leoncillos madrileños, aquí donde durante veinte años nos hemos contentado con el león de guardarrropa del Parque de Madrid. El célebre domador, de acuerdo con el empresario del Circo, ha resuelto la manera de desprendarse de las crías rifando una en cada noche. No hay que decir que en este país, idólatra de loterías y de rifas, el Circo se ha llenado de bote en bote siempre que se ha rifado algún león y que los espectadores agraciados se han apresurado á recoger el premio y á llevarlo á sus casas.

Tres ó cuatro son los leones hasta ahora repartidos y que se esconden en las casas, constituyendo un peligro futuro.

Yo he creído oír en estas noches algunos rugidos en mi vecindad; pero vaya usted á saber si procederán de alguna de las crías de Mr. Seeth ó será la vieja del sotabanco saludando la entrada en casa de su yerno.

Yo me atrevería á preguntar en qué artículo de las Ordenanzas municipales se autoriza la cría de leones á domicilio, aquí donde no es lícito tener gallinas ni palomas, como me atrevería á preguntar en nombre de qué principios se autorizan las terribles exhibiciones de los Circos, cien veces más peligrosas que las fiestas taurinas. Verdad es que como no se trata de ningún periódico opositorista, ni de ninguna comedia que moleste á las autoridades, éstas no se cuidan de proteger al vecindario.

A lo sumo es posible que, imitando el procedimiento usado con los alcoholes amílicos, digan las autoridades á los dueños de leones:

— Esos animales son un peligro en las casas... Ténganles ustedes con cuidado, y no dejen que crezcan...

Otra mañana nos sorprende escuchar en plena calle:

— Esta noche se hace la revolución.

Y á la mañana siguiente:

— La revolución ha sido un fracaso.

Afortunadamente esta revolución es ó ha sido, no estoy bien seguro, una de las muchísimas piezas teatrales que pasan todas las noches por detrás de la batería del alumbrado, camino del panteón del olvido. De otra clase de revoluciones, ya sabemos por los periódicos oficiosos que el gobierno está al corriente de las maquinaciones de sus enemigos y que no tiene miedo alguno. Más vale así, y que el éxito corresponda á la confianza de los gobernantes.

Se ha abierto una nueva Exposición, que se presta á muy tristes consideraciones. Una Exposición de objetos contruñidos por los que sufren penas en los Establecimientos del Reino. El total de los que ocupan éstos, — á pesar de los setenta ó ochenta indultos mensuales que firma el Sr. Ministro de Gracia y Justicia — viene á ser de unos diez y nueve mil individuos; el número de los objetos presentados sólo asciende á 483 y todos de escasa importancia:

alpargatas, petacas, alfileres, algunos objetos de hierro, otros de carpintería, fosforeras, gemelos... El trabajo, verdadero redentor del culpable, sólo ocupa á un 2 por 100 de la población penal.

Con este motivo propone muy cuerda y muy periódicamente que en todos los penales se instalen talleres fijos de carpintería, cerrajería y vidriería, para la reparación de los mismos; que haya en ellos cuadrillas de albañiles con el mismo objeto; que el pan se elabore en cada penitenciaría por los reclusos, y que se reparta entre los diversos presidios la construcción de prendas de vestir y calzado para todos ellos. El pensamiento es laudable, y — aunque no haya tantas contratas — bien vale la pena de ser ensayado.

Para completar la buena obra, no estaría de más algún ligero barniz de Religión á los que, por no haberla tenido ó por haberla olvidado, cayeron acaso en el crimen. De efectuarse así, es posible que al celebrarse una nueva Exposición, análoga á la que hoy está abierta, figuraran en ella más crucifijos que petacas, y más rosarios que fosforeras.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

SANTA MARÍA DE LA ARRIJACA, PRIMERA PATRONA DE MURCIA

La Arrija era un barrio exterior NO. de la ciudad de Murcia, adonde los moros echaron á los cristianos, y éstos á aquéllos, en tiempo de la Reconquista.

Se supone que en la época goda, la primitiva iglesia cristiana estuvo en aquel sitio.

Unos aseguran que la virgen fué traída por Jaime I al ocupar á Murcia, y otros que lo fuera por Alfonso X al instituir la patrona de Murcia y erigirla su Iglesia aneja á la ermita de San Sebastián. Los primeros marqueses de Cervera D. Pedro Molina y Doña Francisca Guevara la erigieron una capilla que sirvió para panteón de familia, y que, lo mismo que la iglesia, fué profanada en 1835 al abandonar los frailes su convento. Ambos locales, iglesia y convento, sirvieron de almacenes de leña y carbón hasta que en el año 1850 á 1851 el cardenal Barrio la abrió nuevamente al culto.

En 1880 se la trasladó á un altar del crucero, y en 1884 fué retirada del culto por amenazar ruina el camarín del altar del crucero.

Desde el tiempo de los Reyes Católicos ha estado dicha imagen tapada con ridículos adornos, hasta que recientemente, el año 1886, el Sr. Fuentes y Ponte la restauró y mejoró. El niño que en la lámina está sobre las rodillas de la Virgen ha pasado á uno de sus brazos.

LAS CLAUSTRILLAS DEL REAL MONASTERIO DE LAS HUELgas, CERCA DE BURGOS

Los Reyes D. Alfonso VIII el de las Navas y Doña Leonor de Inglaterra, consagraron á la Orden del Cister y para enterramiento suyo y de sus descendientes, el Monasterio de Santa María la Real de las Huelgas, cerca de Burgos, aplicando á su fundación el sitio de placer ó de Huelga que poseían en la vega izquierda del Arlanzón.

Custodiase con religioso cuidado en el archivo principal del Monasterio el título de donación á favor de la primera abadesa Doña Mirasol ó María Sol, procedente del convento de Julebras, cerca de Tudela (Navarra), el cual tenía entonces gran celebridad en el mundo cristiano, y cuya escritura lleva la fecha de 21.º de Junio de la era 1225 del año 1187 de J. C.

Antes de terminar el siglo XIV la muy alta, magnífica y poderosa abadesa de Santa María la Real de las Huelgas, hoy ilustrísima señora, ejercía jurisdicción civil y criminal sobre sesenta villas y lugares con derecho de moneda forera y nombramiento de alcaldes ordinarios, escribanos, alguaciles, etc. y hasta un juez de apelación.

El edificio, como monumento arquitectónico y artístico, no corresponde á la ilustre comunidad que en él reside. Acaso su parte más notable es el claustro que hoy reproducimos, y que por su estilo debió ser construido á fines del siglo XI.

El Monasterio de las Huelgas guarda las cenizas de treinta y siete personas reales, la última de ellas la infanta Doña Ana de Austria, nieta de Carlos V.

SEPULCRO DEL CARDENAL LLUCH Y GARRIGA EN LA CATEDRAL DE SEVILLA

Se halla en la capilla de San Laureano de la catedral de Sevilla el sepulcro del Sr. D. Fr. Joaquín Lluch y Garriga, que falleció el 22 de Septiembre de 1882 á los sesenta y seis años de edad y al quinto de pontificado. Dicho sepulcro es una obra maestra, hecha en mármol por el distinguido escultor catalán Sr. Valmitjana.

La capilla de San Laureano es la más antigua de la catedral nueva, y fué fundada por el arzobispo D. Alonso de Exea, y la enriqueció con bellas esculturas el insigne artista Pedro Millán.

LAS FIESTAS DEL APÓSTOL SANTIAGO



A prensa y las correspondencias de Santiago dan cuenta detallada de las alegres fiestas de carácter popular con que se ha festejado el día del Patrón de España, así como los que le precedieron y le han seguido. Las músicas del país y de la guarnición, gigantes y cabezudos, fuegos artificiales, globos, feria de ganados, funciones de teatro, carreras de caballos, certamen de gaitas, bailes, velada en la Alameda, han sido otros tantos incentivos para llevar numerosísima concurrencia á dicha población.

La función religiosa celebrada en la Catedral fué magnífica y suntuosa. Bien es verdad que en funciones religiosas pocas habrá como las que Santiago celebra, porque cuenta para ello con elementos que no hay en otros puntos. No habiendo podido asistir á ella el Sr. Arzobispo por encontrarse ligeramente enfermo, celebró la misa solemne el Sr. Obispo de Oviedo, con asistencia de los de Lugo y Mondoñedo, el Sr. Gobernador civil de la provincia y las Corporaciones civiles y militares de la población. El Gobernador, Sr. Escrig, encargado de presentar la ofrenda acostumbrada, en nombre del Rey Alfonso XIII, pronunció el discurso siguiente:

«SANTO APÓSTOL:

* Prostrado ante vuestros altares ¡oh Apóstol Santo! permitidme que en este solemne día en que la Iglesia católica os rinde ferviente culto, invoque humildemente vuestra valiosa protección en favor del augusto Monarca Don Alfonso XIII y de su excelsa madre la Reina Regente del Reino Doña María Cristina, en cuyo nombre os ofrezco la piadosa ofrenda, testimonio elocuente de sus sentimientos católicos y trasunto fiel de lo que es consuetudinario en este religioso acto desde los tiempos en que al grito de «Santiago y cierra España» reñían y ganaban batallas, como la de Clavijo, los ejércitos cristianos, á fin de que en su difícil misión de regir á un pueblo tan noble y valiente como el español, pero tan trabajado por sus discordias civiles é intestinas disensiones, puedan inmortalizar sus nombres y recabar el respeto y admiración de sus pueblos, solícitos siempre de las glorias de sus preclaros Monarcas y entusiastas de aquellos que, como el inolvidable y pacificador Don Alfonso XII, tan imperecederos recuerdos han dejado á la Nación.

* Dignaos acoger bajo los pliegues de vuestro manto protector al sabio y virtuoso Prelado de esta Metropolitana, al ilustrado y respetable Cabildo, al Clero catedral y parroquial de esta diócesis y á los habitantes todos de esta egregia población, dechado de religiosidad. Y ya que vuestra misericordia es tan grande, ya que sois el dispensador de vuestras mercedes, ya que vuestra gracia es inagotable, discípulo ilustre de Jesucristo, cuya sublime doctrina vinisteis á proclamar y difundir á este país, hace ya más de diez y ocho siglos, desde remotos lugares, no permitáis que la patria de los Recaredos y de los Alfonsos, digna de mejor suerte por su heroísmo y abnegación en los días de verdadera prueba, se vea afligida de las calamidades que recientemente han sufrido otras provincias; que ella, recordando los mejores tiempos de su historia, trayendo á la memoria los sacrificios de aquellos mártires del cristianismo que se refugiaron en las catacumbas, os quedará altamente reconocida y sabrá ofrecer en holocausto las vidas y haciendas de sus hijos.

* Interceded asimismo, Varón Santo, por la prosperidad y ventura de la Real Familia; iluminad al insigne León XIII, gloria del Pontificado, é inspirad al que en este momento tiene la honra de dirigiros esta humilde plegaria para que en la gestión que le está encomendada tenga todo el acierto necesario.

* Terminó saludando afectuosamente y dando la bienvenida á los ILUSTRES PRELADOS, lumbreras de la Iglesia católica, que con su celo apostólico concurren á esta solemnidad para darle realce y esplendor y dirigir sus preces al Altísimo en honra y gloria de su predecesor en el apostolado. — HE DICHO.

El Rdo. Sr. Obispo de Oviedo contestó con otro discurso, que habremos de aplazar hasta el número próximo, por haber llegado á nuestras manos hallándose éste en prensa.

La capilla de música interpretó maravillosamente los magníficos números de la partitura ejecutada durante la función. Las anchas y elevadas naves de la Catedral apenas podían contener la muchedumbre que se agolpaba y oprimía, abriendo solamente calle cuando el tradicional *Bota fumero* recorrió majestuosamente las naves de izquierda á derecha, frente al altar del Santo Apóstol, durante la procesión que tuvo lugar por el interior del templo.

La cripta donde se veneran y se hallan expuestas al público, dentro de su costosa urna de plata, las

cenizas del Hijo del Zebedeo, era incapaz de contener en el estrecho pasillo desde donde se ve el sepulcro la continua oleada de gente que sin cesar se renovaba, ávidos unos de curiosidad, otros de orar ante los restos del que apellidaron *Hijo del Trueno*, y cuyos restos guarda la ciudad, como veneranda joya, con fervorosa fe.

CARTA

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA LEÓN XIII
AL CARDENAL MARIANO RAMPOLLA, SU SECRETARIO DE ESTADO.

SER CARDENAL: Aunque los designios que Nos guían en el gobierno de la Iglesia universal os son suficientemente conocidos, Nos estimamos, sin embargo, oportuno resumirlos brevemente y dároslos á conocer, toda vez que vos, en razón del nuevo cargo á que Nuestra confianza os ha llamado, debéis prestaros vuestro concurso más inmediato y desarrollar vuestra acción conforme á Nuestro pensamiento.

En medio de las preocupaciones gravísimas que Nos ha originado y Nos origina siempre el peso formidable del gobierno de la Iglesia, ha contribuido mucho á confortarnos la persuasión profundamente arraigada en Nuestro espíritu, de la gran virtud con que están enriquecidos el Pontificado y la Iglesia, no solamente para la salvación eterna de las almas, que es su fin verdadero y propio, sino también para el bien de toda la sociedad humana. Desde el principio Nos propusimos trabajar constantemente en reparar los perjuicios causados á la Iglesia por la revolución y la impiedad, y al mismo tiempo hacer comprender á toda la familia humana que tiene necesidad suprema del auxilio superior de esa virtud divina. Y como los enemigos se esfuerzan desde hace tiempo en despojar á la Iglesia de todos los medios de su influencia social y en apartar de ella á pueblos y gobiernos, ante los cuales se han esforzado por toda suerte de artificios de hacerla sospechosa y de hacerla pasar por enemiga, Nos por nuestra parte la hemos mostrado siempre tal como es en realidad, como la mejor amiga y bienhechora de príncipes y de pueblos, y Nos nos hemos ingeniado para reconciliarlos con ella, renovando y apretando más estrechamente las relaciones amistosas entre la Santa Sede y las diversas naciones, y restableciendo en todas partes la paz religiosa.

Todo Nos aconseja, Sr. Cardenal, que permanezcamos constantemente en esta vía; y no es necesario señalar aquí los motivos particularmente. Nos indicaremos solamente la necesidad extrema que tiene la sociedad de volver á los verdaderos principios del orden, tan imprudentemente abandonados y descuidados. Por este abandono, la armonía pacífica, en la cual reside la tranquilidad y el bienestar público, ha sido rota entre los pueblos y los soberanos y entre las diversas clases sociales; el sentimiento religioso y el freno del deber se han debilitado; de ahí que el espíritu de licencia y de revuelta, que va hasta la anarquía y hasta la destrucción del vínculo social, ha surgido vigoroso y se ha esparcido ampliamente. El mal crece sin medida y preocupa seriamente á muchos hombres de gobierno, que procuran de cualquier manera detener á la sociedad en su pendiente fatal y volverla al camino de salvación. Y esto es un bien, porque es preciso oponer con todas nuestras fuerzas un dique á un torrente que ha acumulado tantas ruinas. Pero la salvación no vendrá sin la Iglesia, sin esa influencia saludable, que sabe dirigir con seguridad los espíritus hacia la verdad y formar las almas en la virtud y en el sacrificio; que ni la severidad de las leyes, ni los rigores de la justicia humana, ni la fuerza armada, bastarán á conjurar el peligro actual, y mucho menos á restablecer la sociedad sobre sus fundamentos naturales é inquebrantables.

Persuadido de esta verdad, Nos creemos que Nuestra tarea consiste en continuar esta obra de salvación, bien propagando las santas doctrinas del Evangelio, bien reconciliando á todos los espíritus con la Iglesia y el Pontificado, ya procurando á ésta y á aquella la mayor libertad, á fin de ponerla en situación de cumplir, con frutos abundantes, su beneficiosa misión en el mundo.

Nos plugo, Sr. Cardenal, asociaros á esta obra, prometiendo Nos mucho de vuestra experiencia de los negocios, de vuestra actividad, y de vuestra adhesión probada á la Santa Sede y de vuestro afecto á nuestra persona. Para el cumplimiento de este nobilísimo fin queréis, de acuerdo con Nos, ordenar en todas partes la acción de la Santa Sede, aplicándola á las diversas naciones, según las necesidades y condiciones especiales de cada una de ellas.

En Austria-Hungría la piedad insigne del augusto Emperador y Rey apostólico y su adhesión á la Santa Sede, adhesión de que participan con él los demás miembros de la ilustre y real familia, hacen que existan las mejores relaciones entre la Santa Sede y ese imperio. Gracias á ella y á la inteligencia de los hombres que poseen la confianza de su augusto soberano, será posible favorecer en Austria-Hungría los intereses religiosos, separar los obstáculos y arreglar de perfecto acuerdo las dificultades que pudieran presentarse.

Nuestro pensamiento se fija con un interés especial en Francia, nación noble, generosa, fecunda en obras y en instituciones católicas, siempre amada de los Pontífices, que la han considerado como hija primogénita de la Iglesia. Nos tenemos como prueba el afecto que profesan sus hijos á la Sede Apostólica, de los cuales Nos hemos recibido en varias ocasiones motivo del más intenso consuelo. Este mismo sentimiento de la afección especial que Nos sentimos hacia ella Nos hace experimentar una amargura más viva á la vista de todo lo que sucede en detrimento de la Religión y de la Iglesia. Nos hacemos los más ardientes votos por que el mal se contenga, y cesando las desconfianzas, pueda reinar siempre la armonía deseada entre la Santa Sede y Francia, con la observancia, en su letra y espíritu, de pactos solemnemente estipulados.

No menos tenemos en el corazón á España, que por su fe inquebrantable ha merecido el título glorioso de nación católica, y que ha obtenido de su fe una gran parte de su grandeza. Vos, Sr. Cardenal, habéis conocido de cerca su mérito, así como sus necesidades particulares, entre las cuales la primera es la de la unión entre los católicos para la defensa generosa y desinteresada de la Religión, en la adhesión sincera á la Santa Sede y en la caridad recíproca, á fin de que no se dejen arrastrar, ni por móviles personales, ni por el espíritu de partido. Las relaciones íntimas que esta nación, fiel y generosa, mantiene con Nos, la piedad de la reina regente viuda y su obediencia filial al Vicario de Jesucristo, Nos dan la certidumbre de que Nuestra solicitud paternal por los intereses católicos y la prosperidad de su reino será eficazmente favorecida y secundada.

Los estrechos vínculos de origen, de lengua y de Religión, del mismo modo que la firmeza igual en la fe de sus mayores que unen las poblaciones de la América del Sur á la población española, Nos impulsan á no separarlas en los cuidados particulares que Nos dedicaremos á su común ventaja.

No podemos pasar en silencio á la nación portuguesa, que ha contribuido tanto á la propagación de la fe católica en países lejanos, y que está tan estrechamente unida á la Santa Sede, por lazos recíprocos de obediencia sumisa por una parte y de reciprocidad paternal por otra. Nos hemos arreglado recientemente con ella, de común acuerdo y con recíproca satisfacción, la cuestión gravísima relativa al patronato de las Indias orientales; Nos Nos prometemos el hallar también en el porvenir, entre los que rigen los destinos de dicho pueblo, las mismas disposiciones favorables que Nos ponen en situación de acrecentar más y más la Religión católica en su reino y en sus colonias.

A estas naciones católicas Nos asociamos Bélgica, cuyo sentimiento religioso permanece siempre tan vivo y tan activo, y donde, gracias á la simpatía especialísima que Nos le profesamos, deseáramos que la acción benéfica de la Iglesia se difundiese más ampliamente en la vida pública y en la privada.

Es necesario por otra parte continuar en Prusia la obra de la pacificación religiosa, para que ésta se lleve á término. El bien considerable que se ha obtenido hasta aquí, el bien dispuesto espíritu de Su Majestad el Emperador y la buena voluntad de que Nos vemos siempre animados á los que rigen los destinos supremos de la nación, Nos hacen esperar la utilidad de nuestros cuidados para mejorar aún más las condiciones de la Iglesia católica en ese reino, y satisfacer así los justos deseos de esas poblaciones católicas tan beneméritas de la religión, por su firmeza y su constancia.

Y Nos queremos extender igualmente los mismos cuidados á los diferentes Estados de Alemania, á fin de que las leyes que no dejen á la Iglesia la libertad necesaria para el ejercicio de su poder espiritual, sean derogadas ó modificadas. ¡Quiera el cielo que todos se decidan á colocarse en esta senda! Pero Nos hacemos un voto especial por el reino católico de Baviera, con el cual la Santa Sede tiene lazos especiales, y donde Nos deseamos ardientemente que la Religión goce siempre de una vida más próspera y más fecunda.

Nos seríamos muy dichosos si pudiéramos también hacer penetrar en los otros Estados no católi-

cos las buenas y saludables influencias de la Iglesia y aportar nuestro concurso á la causa del orden, de la paz y del bienestar público, especialmente allí donde existen, como en las vastas posesiones de Inglaterra, súbditos católicos en gran número, á los cuales Nos debemos por obligación toda la solicitud del Apostolado Supremo; allí donde, como en las regiones de Rusia, las condiciones difíciles en que se encuentran la Iglesia y los súbditos católicos, hacen nuestros cuidados más necesarios y oportunos. Y como el poder de que estamos investidos abraza por su naturaleza todos los tiempos y todas las naciones, es nuestro deber cuidarnos de la Religión allí donde se ha establecido, como en los Estados de América, de favorecer las misiones en los pueblos aún bárbaros é infieles. Corresponde igualmente á nuestra solicitud el volver á la unidad los pueblos que desgraciadamente se han separado. Entre éstos, Nos complacemos en recordar de un modo especial los de Oriente, tan fecundos durante algún tiempo en obras de fe y tan gloriosas, y principalmente los pueblos de Grecia que, á ejemplo de muchos de Nuestros predecesores, Nos deseamos ver unidos al centro de la unidad católica y resucitar al antiguo esplendor.

Pero hay otro punto que reclama constantemente Nuestra atención, y que es para Nos y para Nuestra autoridad apostólica del más alto interés. Nos referimos á Nuestra situación actual en Roma, á causa del funesto disenso entre Italia, tal como hoy está oficialmente constituida, y el Pontificado romano. En materia tan grave, Nos deseamos exponer claramente Nuestro pensamiento.

Más de una vez Nos hemos expresado el deseo de ver el fin de este disenso; y muy recientemente en la Alocución consistorial del 23 de Mayo, Nos hemos hecho entender que Nos estábamos dispuesto á extender también, de una manera especial, como á otras naciones, la obra de pacificación á la Italia querida y estrechamente unida á Nos por tantos títulos. Aquí, sin embargo, para llegar á esta concordia, no basta, como en otras partes, proveer á algún interés religioso en particular, modificar ó derogar leyes hostiles, impedir disposiciones contrarias con que Nos vemos amenazados, sino que es preciso además y principalmente regularizar como conviene la condición del Jefe supremo de la Iglesia, hoy indigna de El, desde hace muchos años, por las violencias é injurias, é incompatible con la libertad del ministerio apostólico. A este fin Nos hemos visto precisados en la Alocución precitada á poner por base de esta pacificación la justicia y la dignidad de la Santa Sede Apostólica, y á reclamar para Nos un estado de cosas en el cual el Soberano Pontífice no se vea sometido á nadie, y pueda gozar de una libertad plena y no ilusoria. No había razón para no comprender bien nuestras palabras, y mucho menos para desnaturalizarlas, dándolas un sentido absolutamente contrario á Nuestro pensamiento. De ellas brotaba sencilla y claramente el sentido que Nos quisimos darlas, á saber: que la condición indispensable de la pacificación en Italia era la restitución de una verdadera soberanía al Pontificado romano. Porque en el estado actual de cosas, es manifiesto que Nos, más bien que en Nuestro poder, estamos en poder de otros, de cuya voluntad depende el modificar, cuando y como les plazca, según los cambios de personas y de circunstancias, las condiciones mismas de nuestra existencia. *Verius in aliena potestate sumus quam Nostra*, como lo hemos repetido más de una vez. Por esto, Nos hemos reivindicado siempre, en el transcurso de Nuestro Pontificado, conforme á nuestro deber, una soberanía efectiva para el Pontífice Romano, no por ambición, ni por fines de humanas grandezas, sino como garantía verdadera y eficaz de su independencia y de su libertad.

En efecto, la autoridad del Pontificado Supremo, instituida por Jesucristo y conferida á San Pedro, y por él á sus Sucesores legítimos, los Romanos Pontífices, destinados á constituir en el mundo, hasta la consumación de los siglos, la misión reparadora del Hijo de Dios, enriquecida con las más nobles prerrogativas, dotada con los poderes más sublimes, propios y jurídicos, como los exige el gobierno de una verdadera y perfecta sociedad, no puede, por su misma naturaleza y por la voluntad expresa de su Fundador, estar sometida á ningún poder de la tierra; antes bien debe gozar de la libertad más amplia en el ejercicio de sus elevadas funciones. Y como de este Poder Supremo y de su libre ejercicio depende el bien de la Iglesia entera, era de la más alta importancia que su independencia y su libertad originarias estuviesen aseguradas, garantidas y defendidas á través de los siglos en la persona de aquel que estuviese investido de los medios que la Providencia divina ha reconocido aptos y eficaces para el fin. Así, cuando la Iglesia salió victoriosa de las

largas y crueles persecuciones de los primeros siglos, que fueron como el sello de su divinidad; cuando pasó lo que podría llamarse era de la infancia, y llegó para ella el tiempo de mostrarse en el pleno desarrollo de su vida, comenzó para los Pontífices una situación particular que, poco a poco, por el concurso de circunstancias providenciales, concluyó con el establecimiento de un principado civil. Este se ha conservado bajo forma y extensión diversas a través de infinitas vicisitudes y tras largo transcurso de siglos, hasta nuestros días, otorgando a Italia y a toda la Europa, aun en el orden político y civil, las más señaladas ventajas. Los bárbaros expulsados o civilizados; el despotismo combatido o reprimido; favorecidas las letras, las artes y las ciencias; conquistadas las libertades de los municipios; aseguradas las empresas contra los musulmanes cuando ellos eran los enemigos más temidos, no sólo de la Religión, sino de la civilización cristiana y de la tranquilidad de Europa; tales son las glorias de los Papas y de su Principado.

Una institución nacida por tan legítimos y espontáneos medios, que cuenta con una posesión pacífica e incontestable de doce siglos; que ha contribuido poderosamente a la propagación de la fe y de la civilización; que ha adquirido por tantos títulos el reconocimiento de los pueblos, tiene, más que ninguna otra, derecho a ser respetada y conservada. No porque una serie de violencias e injusticias haya venido a oprimirla, puede creerse que han cambiado los designios de la Providencia. Aun considerando que la guerra hecha al Principado civil de los Papas fué siempre obra de los enemigos de la Iglesia y de la Religión, y en este último período, obra principal de las sectas, las que abatiendo el poder temporal han querido allanar la vía para tomar por asalto y combatir el poder espiritual de los Papas, esto mismo confirma claramente que todavía hoy en los designios de la Providencia, la soberanía civil de los Papas está ordenada como medio de ejercer regularmente su poder apostólico; como que ella es la que defiende eficazmente su poder e independencia.

Lo que se dice en general del principado civil de los Papas milita con doble razón y de una manera especial por lo que respecta a Roma. Sus destinos se leen claramente en toda su historia, es decir, que como en los consejos de la Providencia todos los acontecimientos humanos han sido ordenados para Cristo y su Iglesia, así la antigua Roma y su imperio han sido establecidos para la Roma cristiana; y no sin disposición especial, San Pedro, príncipe de los Apóstoles, dirigió sus pasos hacia esta metrópoli del mundo pagano, para llegar a ser el Pastor y transmitir a perpetuidad la autoridad del Apostolado supremo. Así es que la suerte de Roma ha estado ligada de una manera sagrada e indisoluble a la del Vicario de Jesucristo; y cuando en la aurora de mejores tiempos resolvió Constantino el Grande trasladar a Oriente la Sede del imperio romano, puede admitirse con fundamento de verdad que la mano de la Providencia le guió, a fin de que se cumpliesen mejor los nuevos destinos sobre la Roma de los Papas.

Es cierto que después de esta época, gracias a los tiempos y a las circunstancias, espontáneamente, sin ofensa y sin oposición de nadie, por las vías más legítimas, los Romanos Pontífices se hicieron dueños de ella políticamente, y como tales la han conservado hasta nuestros días. No es necesario recordar aquí los inmensos beneficios y las glorias que han procurado los Pontífices a su ciudad predilecta, glorias y beneficios que están escritos con caracteres indelebiles en los monumentos y en la historia de todos los siglos. Superfluo es también indicar en este lugar que Roma lleva la marca pontificia, profundamente grabada en todas sus partes, y que pertenece a los Pontífices por títulos tales y tan numerosos, que ningún príncipe los ha tenido jamás análogos en ninguna de las ciudades de su reino. Sin embargo, importa mucho observar que la razón de la independencia y de la libertad pontificia en el ejercicio del Ministerio Apostólico adquiere una fuerza mayor y muy especial, cuando se aplica a Roma, sede natural de los Soberanos Pontífices, centro de la vida de la Iglesia y capital del mundo católico. Aquí, donde el Pontífice mora habitualmente, donde dirige, administra y manda, a fin de que los fieles de todo el universo puedan con toda confianza y seguridad rendirle el homenaje, la fidelidad y la obediencia que ellos le deben en conciencia, aquí, preferentemente es necesario que El sea colocado en tal situación de independencia, que no solamente su libertad no sea impedida por nadie, sino que además sea evidente a todo el mundo que así sucede; y esto no por una condición transitoria y mudable por cualquier acontecimiento, sino estable y duradera por su naturaleza. Aquí, pues, más que en ninguna otra parte, el desenvolvimiento de la vida

católica, la solemnidad del culto, el respeto y la observancia pública de las leyes de la Iglesia, la existencia tranquila y legal de todas las instituciones católicas, deben ser posibles y sin temor de trabas de ninguna clase.

De todo esto es fácil comprender cómo se impone a los Pontífices romanos, y cuán sagrado es para ellos el deber de defender y de mantener la soberanía civil y su legitimidad; deber más sagrado aún por la religión del juramento. Sería locura pretender que consintieran ellos mismos en sacrificar con la soberanía civil lo que tienen de más caro y precioso: Nos hablamos de su libertad en el gobierno de la Iglesia, por la cual sus predecesores han combatido en todas las ocasiones tan gloriosamente.

Nós, ciertamente, con la ayuda de Dios, no faltaremos a nuestro deber, y sin la vuelta a una soberanía verdadera y efectiva, tal como la requieren nuestra independencia y la dignidad de la Sede Apostólica, no vemos otro camino abierto a los acuerdos y a la paz. Todo el mundo católico, muy celoso de la libertad de su jefe, no se tranquilizará jamás mientras no se haga justicia a sus más justas reivindicaciones.

Nós sabemos que hombres políticos forzados por la evidencia de las cosas a reconocer que la situación presente no es tal como corresponde al Pontificado Romano, meditan otros proyectos y expedientes para mejorarla. Pero estas son vanas e inútiles tentativas, y de tal índole serán todas las de la misma naturaleza, que bajo especiosas apariencias dejan de hecho al Pontífice en un estado de verdadera y real dependencia. El vicio nace de la misma naturaleza de las cosas, tales como al presente están constituidas, y ningún temperamento ni consideración exterior de que se sirvan bastarán jamás a desenterrarlo.

Es natural, por el contrario, el prever casos en que la situación del Pontífice se haga peor, sea por la preponderancia de los elementos subversivos y de hombres que no disimulan sus propósitos contra la persona y la autoridad del Vicario de Cristo, sea por guerras y complicaciones múltiples que podrían nacer en su detrimento. Hasta aquí, el único medio de que la Providencia se ha servido para defender convenientemente la libertad de los Papas ha sido su soberanía temporal; y cuando este medio ha faltado, los Pontífices han sido siempre perseguidos o presos, o desterrados, o realmente sometidos a otro, y por consecuencia, en la situación de verse arrojados a cada acontecimiento en una ó en otra de esas vías. La historia de la Iglesia así lo atestigua.

Se espera en el tiempo, y a él se remiten como si prolongándole pudiera hacerse aceptable la condición actual. Pero la causa de su libertad es para los Pontífices y para todos los católicos del orbe entero de un interés primordial y vital; y, por consiguiente, puede asegurarse que la querrán siempre garantida y del modo más seguro. Los que la entienden de otra manera no conocen ó fingen no conocer la naturaleza de la Iglesia, la naturaleza y fuerza de su poder religioso, moral y social que ni las injurias de los tiempos, ni el poderío de los hombres lograrán jamás destruirla.

Si se diesen cuenta de ello y tuvieran verdaderamente sentido político, no pensarían solamente en el presente, ni se confiarían a las esperanzas falaces de lo porvenir, sino que dando al Romano Pontífice lo que reclama con buen derecho, pondrían fin a una situación llena de incertidumbres y de peligros, asegurando de esta manera los grandes intereses y los destinos mismos de Italia.

No hay por qué esperar que nuestra palabra sea comprendida por esos hombres que se han engrandecido en el odio a la Iglesia y al Pontificado. A decir verdad, lo mismo que detestan la Religión, detestan y no quieren el verdadero bien de su tierra natal. Pero los que no estén imbuidos por afecciones preocupaciones, ni animados de un espíritu antirreligioso, aprecien en su justo valor las enseñanzas de la historia y las tradiciones de Italia, y no separen el amor de la Iglesia del amor de la patria, verán con Nós que en la unión con el Pontificado reside precisamente para Italia el principio más fecundo de su prosperidad y grandeza.

El estado actual de las cosas confirma lo que antecede. Ya está fuera de duda, y los mismos políticos italianos lo confiesan, que el disenso con la Santa Sede no es útil, sino perjudicial a Italia, porque la crea grandes y muchas dificultades interiores y exteriores. En el interior, el disgusto de los católicos, porque ven que las reivindicaciones del Vicario de Jesucristo no sólo no se toman en consideración, sino que son despreciadas; la inquietud de las conciencias; el aumento de irreligión y de inmoralidad, elementos todos grandemente perjudiciales al bien público. En el exterior, el descontento de los católicos, porque ven comprometidos con la li-

bertad del Pontífice los intereses más vitales de la cristiandad; dificultades y peligros que aun en el orden político pueden caer sobre Italia, y de los que Nós deseamos, con toda nuestra alma, ver libre a Nuestra amada patria. Cese, pues, el conflicto por quien pueda y deba, restituyendo al Papa la posición que le es debida, y cesarán de una vez todas las dificultades.

Es más; Italia reportará numerosos beneficios en todo lo que constituye la verdadera gloria y la dicha de un pueblo, lo cual merece el nombre de civilización, porque así como ella ha recibido de la Providencia en patrimonio el ser la nación más próxima al Pontificado, así está también destinada a recibir más abundantemente, si no lo combate ni a él se opone, sus influencias beneficiosas.

Se objeta que para establecer la soberanía pontificia, sería preciso renunciar a grandes ventajas ya obtenidas, no tener en cuenta los progresos modernos y retroceder a la Edad Media. Pero esto no son razones válidas.

¿A qué bien verdadero y real se opondría, en efecto, la soberanía pontificia? Es indudable que las ciudades y las regiones ya sometidas al principado civil de los Pontífices fueron, por esto mismo, preservadas más de una vez de la servidumbre ó la dominación extranjera, y han conservado siempre su carácter y sus hábitos puramente italianos. Aun hoy no podría suceder de otra manera; pues si por su alta misión universal y perpetua el Pontificado pertenece a todas las naciones, es una gloria especialmente italiana a causa de la Sede que la Providencia le ha asignado. Que si la unidad del Estado viniera así a faltar, sin entrar en consideraciones que tocan al mérito intrínseco de la cosa y colocándonos únicamente por un instante en el terreno mismo de los adversarios, Nós preguntamos si esa condición de unidad constituye para las naciones un bien tan absoluto que sin él no haya para ellas ni prosperidad ni grandeza, ó tan superior que deba prevalecer sobre todo otro.

El hecho de naciones muy florecientes, poderosas y gloriosas que no han tenido ni tienen esa forma de unidad que se desea, responde por Nós; y esta respuesta se encuentra también en la razón natural que, en un conflicto, reconoce que el bien de la justicia, primer fundamento de la felicidad y de la estabilidad de los Estados, debe prevalecer; y esto especialmente en cuanto se relaciona, como sucede aquí, con el interés superior de la Religión y de toda la Iglesia.

Ante esto no cabe vacilar; que si de parte de la Providencia ha sido un efecto de predilección especial hacia Italia el haber colocado en su seno a la gran institución del Pontificado, con la cual cualquier nación se sentiría altamente honrada, es justo y necesario que los italianos no reparen en dificultades para colocar a dicha institución en el lugar que le corresponde.

Tanto más, cuanto que sin excluir de hecho otros temperamentos útiles y oportunos, sin hablar de otros bienes preciosos, Italia, viviendo en paz con el Pontificado, vería unidad religiosa, fundamento de toda otra y fuente de inmensas ventajas sociales, poderosamente cimentadas.

Los enemigos de la soberanía pontificia llaman también en su auxilio a la civilización y al progreso. Pero para precisar bien los términos, partiendo de los principios, conviene hacer constar que sólo aquello que conduce al perfeccionamiento intelectual ó moral, ó al menos no se le opone, puede constituir para el hombre el verdadero progreso, y no existe ciertamente fuente más fecunda de este género de civilización que la Iglesia, que tiene la misión de conducir siempre al hombre a la verdad y a la rectitud de la vida.

Fuera de esta esfera, todo género de progreso no es otra cosa que retroceso, y no sirve para otra cosa que para degradar al hombre y hacerle retroceder a la barbarie, y ni la Iglesia ni los Pontífices, sea como Papas, sea como Príncipes civiles, podrían, por dicha de la humanidad, hacerse jamás sus factores. Pero todo lo que las ciencias, las artes y la industria humana han descubierto para la utilidad y las necesidades de la vida; todo lo que favorece el comercio honrado y la prosperidad de las fortunas públicas y privadas; todo lo que no es licencia, sino libertad verdadera y digna del hombre, todo esto es bendecido por la Iglesia y puede tener amplísimo lugar en el Principado civil de los Papas.

Y los Papas, cuando estuvieran de nuevo en posesión de este principado, no dejarían de enriquecerlo con todos los perfeccionamientos de que es capaz, reconociendo así las legítimas exigencias de los tiempos y las nuevas necesidades de la sociedad. La misma solicitud paternal de que ha estado animado siempre respecto de sus súbditos, les aconsejaría también ahora hacer llevaderas las cargas pú-

blicas; favorecer con la mayor generosidad las obras de caridad y los institutos de Beneficencia; dedicar especiales cuidados a las clases menesterosas y obreras, mejorando su situación; hacer, en una palabra, de su principado civil, al presente, una de las instituciones más aptas para labrar la prosperidad de los súbditos.

Sería inútil producir contra él la acusación de que nació en la Edad Media, toda vez que tendría las formas y los perfeccionamientos útiles, exigidos por los tiempos modernos; y si en la sustancia fuese lo que era en la Edad Media, a saber, una soberanía dispuesta para poner a salvo la libertad y la independencia de los Romanos Pontífices en el ejercicio de su autoridad suprema, ¿qué tendría que decirse por esto? El fin importantísimo a que tiende; las múltiples ventajas que de él resultan para la tranquilidad del mundo católico y de los Estados; la manera dulce con que se ejerce; el impulso poderoso que ha dado siempre a todos los géneros de ciencias y de cultura civil, son elementos que convienen admirablemente a todos los tiempos, ora sean civilizados y tranquilos, ora bárbaros y turbulentos. Sería locura quererlo suprimir, sólo porque floreció en los siglos medios. Además, si éstos, como todas las épocas, han tenido vicios y hábitos censurables, también han disfrutado de beneficios tan especiales que sería una verdadera injusticia desconocerlos o negarlos. E Italia, que precisamente en el transcurso de los siglos, en las ciencias, en las letras, en las artes, en las empresas militares y navales, en el comercio y en las organizaciones de sus municipios, ha alcanzado tanta grandeza y celebridad que no podrán ser destruidas, debería, más que nadie, saber apreciarlas.

Nos quisieramos, Sr. Cardenal, que estas ideas, derivadas de tan elevadas consideraciones, y que conciernen a todos los intereses legítimos, penetrasen más y más en todos los espíritus; y que no solamente todos los verdaderos católicos, sino también los que aman a Italia con amor sincero, entrasen de lleno en nuestras miras y las secundasen. De todos modos, favoreciendo la reconciliación con el Pontificado e indicando las condiciones fundamentales, creemos haber satisfecho uno de nuestros deberes ante Dios y ante los hombres, cualesquiera que sean los sucesos que sobrevengan.

Y en cuanto a vos, Nos estamos cierto de que emplearéis siempre toda vuestra actividad inteligente en la ejecución de los designios que Nos os hemos manifestado en esta carta. Y a fin de que vuestra obra redunde en beneficio de la Iglesia y en honor de la Santa Sede, Nos imploramos para vos la abundancia de luces y socorros celestiales. Como prenda de ellos, y en testimonio del especialísimo afecto que os profesamos, Nos os damos de todo Nuestro corazón la Bendición Apostólica.

Palacio del Vaticano a 15 de Junio de 1887.

LEÓN XIII, PAPA.

EL PRIMER CENTENARIO

DE

SAN ALFONSO DE LIGORIO

En una quinta de la antigua y bella Nápoles, que aun formaba parte de la gloriosa Monarquía española, nació, al finalizar la centuria XVII, un niño, que había de ser honra de su patria, lumbrera de su siglo y preclaro ornamento de la Iglesia, fecunda siempre en hombres ilustres y en grandes Santos.

Nacido en noble cuna; rodeado de riquezas y de esplendores; dotado prodigamente de cuanto el mundo estima y aplaude, desde la más gallarda y hermosa presencia hasta el más profundo y vasto entendimiento y la elocuencia más avasalladora, Alfonso de Ligorio fué una de las brillantes luces que pone la divina bondad en elevado candelabro, para que alumbrén y guíen a la mísera humanidad caída, y un ejemplo de que las almas verdaderamente grandes sólo a Dios tienden, sólo en lo infinito y eterno hallan la calma de sus hondos, insaciables anhelos.

El mundo olvida pronto aun a sus ídolos; y los triunfadores que le embriagaron de soberbia y de placeres, y a quienes él aplaudió y coronó, pasan como visión nocturna, sin que nadie repita luego su nombre, antes aclamado y temido. Ese mundo piensa menos todavía en los triunfadores del orden espiritual; pero jamás ha de faltar quien los ame y los bendiga; quien los considere como amigos fieles, protectores verdaderos y maestros vivos; quien en toda la redondez de la tierra cuente sus glorias, ce-

lebre sus virtudes y los proponga como dechados a ese mundo olvidadizo y sensual.

Porque las obras de los Santos participan de la duración y universalidad de la Iglesia que les dio vida, y de la misma infinitud y eternidad de Dios, en quien tuvieron principio y término. Tal sistema de filosofía, tal forma de Gobierno, tal conquista de las ciencias o de las artes, se transforman, envejecen, y al cabo mueren, sin ser jamás aplicables o útiles a todos los tiempos y a todos los lugares de la tierra; sin que, por exceso o por defecto, puedan llegar jamás sus frutos a la inmensa mayoría de los hombres, que viven en la ignorancia, en la opresión y en la pobreza; sin que, sobre todo, mitíguen los dolores de la existencia terrenal, y alienten y aseguren los deseos y las esperanzas de paz y de dicha que inflaman el pobre corazón humano.

Esto, que no saben ni sabrán nunca hacer los grandes y los sabios del mundo, lo hace la Iglesia de Cristo, lo hacen sus fieles hijos, enseñando a los hombres a creer y a esperar, a amar y sufrir; única ciencia verdaderamente universal y fecunda; única enseñanza que consuela y salva...

Aun vivirán muchos que conocieron a los que trataron a Alfonso de Ligorio, maestro en ella consumado. Muchos ancianos de Nápoles repetirán lo que oyeron a sus padres o abuelos respecto de la vida y de la muerte, acaso de la juventud de este hombre extraordinario, que pasó de esta vida el 1.º de Agosto de 1787. Habrán oído pormenores de sus primeros años, de sus triunfos en las aulas y en los tribunales, de su abandono del mundo, de sus primeros trabajos apostólicos, de sus penas y tribulaciones; tendrán cabal conocimiento de sus tareas como escritor, como religioso, como fundador y como Obispo; de sus terribles dolencias, de su fe, de su caridad, de su sabiduría y de su santidad, en suma, que le han elevado, poco después de su muerte, al culto de los altares, y le han conquistado el glorioso título de Doctor de la Iglesia.

Como dice uno de sus biógrafos, en Alfonso de Ligorio hay un cristiano de los primeros tiempos, por el fervor y la penitencia; un maestro de la Edad Media, por su gran doctrina; y un hombre del siglo presente, por su carácter y condiciones para la lucha contemporánea.

Muy joven aún, antes de los veinte años, terminó sus estudios de jurisprudencia, siendo asombro del foro napolitano por su elocuencia y su saber. Peritísimo, además, en las lenguas clásicas, en la francesa y española, en las Matemáticas y en la Filosofía; hábil en el dibujo y en la pintura, músico de gran inspiración y talento, y dulcísimo poeta, Alfonso de Ligorio lo tenía todo, y bien merecía el aprecio y la admiración de sus conciudadanos, y la mano de la princesa que su padre le destinaba.

Pero eran muy otros los designios de Dios. El joven abogado, que quizá se habría engreído con los repetidos y brillantes triunfos de su palabra, hubo de sentir y reconocer sincera y humildemente, en solemne ocasión, que se había equivocado en grave asunto jurídico; y como siempre había conservado la fe, la piedad y la angelica virtud de la pureza, esto bastó para que se volviese enteramente a Dios, conociendo la inestabilidad y vanidad de las humanas glorias. Y venciendo la tenaz oposición de sus amadísimos padres; colgando, cual otro Ignacio de Loyola, su espada de caballero ante el altar de la Virgen; renunciando sus derechos de primogenitura y la mano de la ilustre dama que se le ofrecía, abandonó enteramente el mundo y vistió el traje eclesiástico a la edad de veintiséis años.

Desde aquí fué su vida una no interrumpida serie de tribulaciones y de fatigas, pero también de ascensiones a la más encumbrada perfección. En los más humildes servicios de la Iglesia se empleaba, sufriendo las burlas de sus compañeros y amigos y de su propia familia; después, autorizado para predicar, renovó en el púlpito los triunfos del foro, siendo el encanto de la comarca y venciendo del todo la animosidad de su padre: apenas ordenado Sacerdote, le oían y consultaban los más grandes teólogos y los Prelados y Cardenales, y todo mostraba que iba a cumplirse la profecía de San Francisco de Jerónimo, que al verle pocos días después de su nacimiento, dijo que aquel niño llegaría a edad muy avanzada, sería Obispo, y haría muy grandes cosas por la Iglesia de Jesucristo.

Las principales son: la *Congregación del Santísimo Redentor* que fundó su episcopado y sus admirables escritos. Oposición de los buenos; recelos y persecuciones del jansenístico gobierno de Tanucci; burlas y calumnias; abandono y pobreza: todo esto y más tuvo que vencer para fundar la *Congregación de misioneros*, movido de piedad hacia los infelices rústicos y pastores que en campos y caseríos solitarios viven sin alimento espiritual. De todo triunfó, gloriándose, como San Ignacio y Santa Teresa, sus

modelos, en las dificultades y penurias que su obra sufrió; profetizando, sin embargo, que hasta después de su muerte no se establecería sólida y definitivamente.

Cuando con más ardor se dedicaba a la propagación de sus misioneros, fué sacado de su retiro para el Obispado de Santa Agueda, por expresa orden pontificia. Inútiles fueron las resistencias, las súplicas, las lágrimas del humilde varón: fué preciso obedecer al Vicario de Cristo, que dió así a la Iglesia un modelo de Prelados en quien ya lo había sido o lo era de estudiantes, de caballeros, de Sacerdotes y de religiosos. Como Obispo, Ligorio fué un digno sucesor de los Apóstoles: no perdonaba trabajo ni fatiga; todo lo daba a los pobres: su palabra, sus obras, su ejemplo, sus escritos, su celo, su humildad, atraían las almas y ganaban los corazones, extendiéndose de tal manera la fama de sus virtudes, que se le trataba enteramente como a Santo.

Y no obstante, después que por su ancianidad y sus dolencias se le admitió la renuncia del cargo episcopal, se vió injuriado y calumniado, tratado casi como cismático, y hasta separado del Instituto que era su obra, por intrigas de sus enemigos, que abusaron de unas alteraciones hechas en la Regla, sin conocimiento del ya decrepito y enfermo fundador.

Reconocióse su inocencia y la bondad del Instituto; pero en Nápoles no tuvo vida legal hasta después de muerto el Santo; el cual pasó los últimos años de su vida con grandes dolores, casi ciego, sordo y paralítico, sin que jamás se alterase, no la paciencia, el gozo con que sufría por amor de su Dios crucificado, que con la cruz redimió y redime constantemente al mundo.

A la vista de esta virtud crecía en todos la admiración por Ligorio; y al espirar en la paz del Señor el día 1.º de Agosto de 1787, a los 90 años de edad, fué aclamado Santo por los mismos que le habían combatido, y canonizado por el voto universal, precursor de la declaración pontificia, que no tardó en confirmar la devoción de los pueblos, robustecida cada vez más por repetidos y probadísimos milagros; y fué autorizada y afirmada la Congregación fundada por el Santo, aprobada su doctrina, y proclamado él como Doctor de la Iglesia, siendo el último de los que, hasta el día presente, han merecido tan singular prerrogativa.

Queda ya dicho que San Alfonso de Ligorio, aunque parece increíble en una vida tan llena de trabajos, de cuidados y de dolores, se distingue, en efecto, por sus muchos y grandes escritos, llenos de sabiduría y de doctrina, modelos de caridad y de prudencia y dechados de bien decir, en que se muestran todas las dulzuras y armonías de la hermosa lengua italiana o toda la corrección del latín clásico. San Alfonso es poeta, como lo son todos los grandes místicos, todos los grandes escritores. La belleza es el esplendor del bien y de la verdad, y según frases del P. Faber, *el arte es una verdadera revolución del cielo... parece casi compañero de la gracia*, y la vida de Jesucristo es la representación de la belleza. Desconociendo de los que desconocen el valor de la poesía, dice otro escritor moderno: y en efecto, para hablar dignamente de Dios, del cielo y de los misterios de la Redención; para hablar de las luchas y esperanzas del alma, para hablar de la verdad, es preciso amar y sentir, y comunicar a los demás hombres el calor y la vida del sentimiento; es preciso poesía, que no consiste en el verso, sino en la vida, en la expresión, en la hermosura del pensamiento y del estilo. San Agustín, como San Juan Crisóstomo; Bossuet, como Fr. Luis de Granada, son grandes poetas; y jamás el teólogo, el orador, el historiador cristiano deben privar a sus obras de los esplendores de la belleza, irradiación de la verdad y del orden, que conduce al amor de la infinita belleza de Dios.

San Alfonso de Ligorio no sólo escribe con poesía en sus bellísimas meditaciones; es poeta en el riguroso y común sentido de la palabra: hace versos; versos que tienen la dulzura de Petrarca, sin su afectación, y que en sonoras, ligeras y expresivas estrofas, que en ocasiones parecen de la pluma de Metastasio, recuerda nuestros grandes místicos del siglo XVI; tal suavidad y hermosura hay en sus composiciones, las cuales todas son plegarias, quejas y suspiros de un alma inflamada en el divino amor. No se ve allí el más mínimo artificio, la más leve huella de la erudición o de la retórica. Alfonso de Ligorio es un amante tiernísimo de Jesús y de María; es un serafín abrasado en amor al Sacramento de nuestros altares; y cuando se halla en presencia del objeto de sus ansias, parece un amigo que

habla con su amigo, un enamorado, un niño que no sabe sino balbucir frases de alegría. Leed aquella preciosa canción:

Fiori, felici voi che notte e giorno
Viciat al mio Gesù sempre ne stata...

en la cual se muestra envidioso de las flores que adornan el tabernáculo, y de las luces que arden en su presencia; leed aquella a la Virgen,

La pía bella Vergine

en que agota los elogios y ternezas a María, ó aquella

Dove m' trovo!

en que el alma, poseída del divino amor, no encuentra palabras para expresar su sentimiento: leed cualquiera de las poesías ligorianas, y decid si es posible más sencillez, más dulzura, más amoroso atractivo.

Pero San Alfonso es autor de grandes obras dog-

máticas, ascéticas y morales. Sus *Visitas al Santísimo Sacramento* y a *María Santísima*, y sus *Glorias de María*, han hecho su nombre amado y popular entre todas las personas piadosas, que no hallan libros mejores que éstos en la riquísima biblioteca religiosa; sus *Meditaciones sobre la Pasión*, si ceden a las de nuestro P. Granada en majestad y elocuencia, no son inferiores en unción y sentimiento; hermoso es también su tratado de *La conformidad con la voluntad de Dios*, y no menos el titulado *Proceder admirable de la Divina Providencia en salvar al mundo por medio de Jesucristo*; y en estos y en otros muchos tratados espirituales, San Alfonso se muestra digno continuador de los grandes maestros, de los doctores más ilustres de la Iglesia.

Notabilísima es también su *Historia de las herejías*, y más todavía quizá las *Victorias de los mártires*; pero estas y todas sus obras puede decirse que quedan en segundo término al lado de su gran libro de *Teología moral*, su mayor timbre de gloria como

escritor religioso y su mejor título al amor y a la gratitud del mundo católico. ¡Cuántos entendimientos iluminados! ¡Cuántas conciencias sossegadas! ¡Cuántas almas fortalecidas y triunfantes! ¡Cuánta luz y paz en el campo de la Iglesia, son fruto de ese hermoso libro!

Hállase la verdad entre dos opuestos errores, como la prudencia entre dos opuestos extremos. Las cuestiones del orden moral son de suyo graves y delicadas, por lo difícil que es muchas veces aplicar rectamente a cada caso particular la norma de los principios. Siempre hubo, por eso, grandes controversias entre los moralistas, y no poca perplejidad en los llamados a resolver ó dar consejo sobre casos arduos y complejos. En tiempo de San Ligorio, conservaba además mucha fuerza la tendencia jansenista, que, con su extremado rigorismo, con sus confusiones entre lo mejor y lo necesario, con su desconocimiento de la misericordia divina y de la humana fragilidad, lanzaba a las almas



LAS CLAUSTRILLAS DEL REAL MONASTERIO DE LAS HUELGAS, CERCA DE BURGOS.

en la desesperación para llevarlas a la herejía, presentando el camino del bien poco menos que impracticable. El jansenismo, hijo de la soberbia, como todas las herejías, a fuerza de pedir santidad y perfección, hacía temerosa la virtud, alteraba la paz de las almas y cerraba el cielo, viendo en Dios no más que el vengador inexorable de los humanos delitos, nunca el padre amoroso que abre sus brazos al pecador, si derrama una lágrima de arrepentimiento.

Al contrario que los jansenistas, propagadores del *probabilismo* ó *tutorismo*, muchos, para impugnar esta desoladora tendencia, caían en el extremo opuesto de un *probabilismo* exagerado, desconociendo los fueros de la verdad y de la justicia eternas, atenuando la malicia de los actos humanos, y acercándose al error protestante, según el cual, basta, para ser salvos, la fe en Jesucristo, que pagó por todos. — A todo el que llama al cielo se le abrirá, decían unos; el hombre es frágil y pecador

por naturaleza; no puede exigírsele la perfección. — Y en el opuesto bando resonaban estas terribles sentencias: Dios es santidad infinita, que no sufre ni perdona mancha alguna; no hay término medio: ó perfección en el tiempo, ó perdición en la eternidad: ó santo ó condenado.

En el estruendo de estas voces, sonó potente y dominante la de Alfonso de Ligorio, que firme en las enseñanzas infalibles de la Iglesia y aleccionado por el amante Corazón de Jesús, hizo entender al hombre que no puede descuidar los intereses de su alma, ni el negocio de su salvación, y que los derechos de la justicia divina no pueden ser hollados; pero que no es infranqueable la senda que conduce al cielo, ni es indispensable el heroísmo, fruto del amor más que del temor, bastando una vida ordenada y cristiana para llegar a él, mediante los merecimientos de un Redentor amorosísimo y lleno de bondad y misericordia para con el hombre.

Vanamente el soberbio jansenismo impugnó las

doctrinas de Ligorio, acusándole de blando y condescendiente, de cómplice y fautor del mal. El jansenismo fué vencido, y morirá, bajo el peso del anatema pontificio, los retoños que, en una ó otra forma, puedan aparecer; mientras que la doctrina de Alfonso de Ligorio, aprobada y sancionada por la autoridad del Vicario de Cristo, se extiende y se extenderá cada día más por el orbe católico, dando luz y sosiego a las conciencias, y esperanza y alegría a las almas.

San Alfonso, que vivió lleno de tribulaciones, abrumado de trabajos, y en continua, voluntaria y rigurosísima penitencia, es testigo de mayor excepción. Fué penitente, porque amó mucho; por su deseo de imitar y de unirse a su amado Jesús; por su ardiente caridad a las almas; por desgajarse de todo lo terreno y aspirar a lo espiritual y divino, mostrando, con su ejemplo, que el amor es quien engendra el heroísmo y produce la santidad. *Amor, y haz lo que quieras*, dijo ya el gran Agustino, y



SEPULCRO DEL CARDENAL LLUCH Y GARRIGA EN LA CATEDRAL DE SEVILLA.

esta parece la divisa de Ligorio, que llega á decir á su dulce Jesús que no temería el infierno si allí pudiese amarlo.

A los Religiosos Redentoristas, ya esparcidos por casi toda Europa y América, toca propagar las enseñanzas y obras de su padre y maestro San Alfonso. Alegrémonos de que los que en Madrid residen hayan tenido la feliz idea de celebrar espléndidamente el primer centenario de su gloriosa muerte. Allí, en la hermosa iglesia de la Visitación, amable asilo de la piedad, en que la virtud y el celo de los Religiosos, y la fe y la devoción de los fieles hacen maravillas; en altar resplandeciente de luces y flores, se destaca una magnífica imagen del anciano obispo de Santa Agueda, ante la cual todas las tardes ora, y medita, y oye celebrar las glorias y virtudes de Alfonso devota muchedumbre de fieles. Ellos os dirán que la vida de los santos es amor; que su doctrina es amor, y que amando á Dios, per-

fección, y santidad y hermosura infinitas, puede ser dichosa esta vida fugaz, arrebolada con los esplendores de dulces, inmortales esperanzas.

Si; bien de la Iglesia y de la sociedad merecen los humildes hijos de San Alfonso que, consagrando solemnísimos cultos á su bendita memoria, así aleccionan y consuelan; como gratitud debemos á todos aquellos que hablan de Dios y del espíritu á esta sociedad entumecida, y que, para que nadie desespere, cuentan las misericordias de un Dios que quiso morir por redimirnos, y nos brinda á todos con el reino de su gloria. ¡Oh! ¡y cuánta necesidad tiene de estas cosas el presente siglo!

El mundo moderno vive en una atmósfera de naturalismo que le ahoga. Apegados los hombres á los bienes de la tierra, sin fe viva en Dios, sin esperanza ardiente en la inmortalidad, no sólo van olvidándose de aquellas virtudes sobrenaturales, que son el más precioso tesoro de la humanidad redi-

mida, sino que desatienden el cultivo de aquellas otras meramente naturales, sin las cuales no es siquiera posible la culta sociedad civil. El afán de goces, el ansia de riquezas, la fiebre de independencia ó de poder, producen, como inevitable resultado, la soberbia en los ricos, el odio y la impaciencia en los pobres, en todos el egoísmo desenfrenado y brutal; sintiéndose hondamente perturbada y herida la sociedad toda, que, fuera del orden moral cristiano, vanamente buscará alegría, ni estabilidad, ni reposo.

Ni la tierra produce riquezas para todos; ni todos pueden ser príncipes, ni todos sabios, ni es eterna la juventud. Aun aquellos que viven en la cumbre del poder, de la gloria ó de la fortuna, no se libran del dolor, patrimonio común del humano linaje, ni están al abrigo del tedio, ni dejan de sentir aquel vacío que hacía exclamar á un rey sapientísimo y poderoso: ¡vanidad de vanidades, y todo vanidad!

Pero á esta palabra de abatimiento responde el *insum corda* cristiano, que á los hombres y pueblos más degradados y corrompidos puede salvar y conducir á playas de serenidad y de bonanza imperecedera.

F. SÁNCHEZ DE CASTRO.

LA CIRCULAR

DEL EMINENTÍSIMO CARDENAL RAMPOLLA

Haquí el texto de la circular dirigida el mes pasado por el Secretario de Estado de Su Santidad á los Nuncios pontificios:

Ilmo. y Rdm. Sr.: En tiempo oportuno se le ha remitido el texto de la última alocución pontificia pronunciada en el Consistorio del 23 de Mayo último. En esta alocución, el Padre Santo, después de haber expresado al Sagrado Colegio su profunda satisfacción por las negociaciones seguidas desde bastante tiempo hace para la pacificación religiosa de Alemania, con la paternal caridad de su corazón que abraza á todas las naciones, dirigía preferentemente palabras muy nobles á Italia, dictadas por su solicitud apostólica y por el sincero deseo de paz, en la confianza de que ellas lograrían de algún modo conmovier al ánimo de los que, rehusando entrar en las vías de justas y legítimas reparaciones, mantienen aún á Italia en una lucha insensata contra el Pontificado, de cuya saludable influencia la privan.

La voz augusta del jefe de la Iglesia, causando, como había de esperarse, en los espíritus de los italianos una impresión profunda y despertando en todas partes sentimientos de reconocimiento y el deseo vivísimo de poner término á un estado de cosas intolerables, funesto á todos y á propósito solamente para satisfacer los deseos de una secta de hombres educados en el odio contra la Iglesia, era al mismo tiempo de tal naturaleza que ponía cada vez más de relieve el carácter calumnioso de la aserción repetida intencionadamente por aquellos, de que el Soberano Pontífice era el enemigo perpetuo de Italia, de esa Italia que en el Pontificado ha hallado siempre el factor principal de su grandeza secular y la garantía más poderosa y más segura de su protección.

Los enemigos de la paz son aquellos que renegando de la historia y de toda tradición paternal, han pensado levantar el edificio de la nacionalidad sobre las ruinas del Pontificado; no han pensado en que ese edificio construido fuera de su centro natural de gravitación acabará por desplomarse tarde ó temprano.

Para esterilizar el efecto de la alocución pontificia, se han aplicado á desfigurar su intención como si la invitación del Padre Santo, solicitando de Italia que repare ella misma la violación de la justicia, y las ofensas dirigidas contra la independencia y la dignidad de la Santa Sede apostólica, no significase otra cosa que la abdicación, por parte del Soberano Pontífice, de los bienes supremos que ni él ni ninguno de sus sucesores podrán nunca abstenirse de reivindicar.

Además en el Parlamento italiano, como V. E. habrá sabido por los periódicos, se ha presentado recientemente una cuestión por el diputado Boño, á fin de descartar toda idea de conciliación entre la Santa Sede y los ministros de la corona, Zanardelli y Crispi, si bien en lenguaje moderado y culto, han estado de acuerdo en afirmar que Italia no aprueba la necesidad de reconciliarse con el Pontificado, atendiendo á que le basta con observar sus propias leyes, y que ella no está dispuesta á admitir una reconciliación en detrimento de pretendidos derechos nacionales y con la intervención de las potencias extranjeras.

Para sacar á plena luz y oponer á comentarios tan absurdos y á afirmaciones tan fútiles la augusta palabra pontificia, con objeto de que la opinión pública no pueda ser inducida á error, especialmente en las naciones extranjeras, donde es difícil conocer todos los artificios que han solido poner en práctica los adversarios de la Santa Sede á fin de desfigurar sus intenciones, he creído oportuno llamar la atención V. E. sobre las observaciones siguientes, que someteré á este efecto al Sr. Ministro de Negocios extranjeros.

En primer lugar, apenas es posible concebir que puedan encontrarse gentes que supongan seriamente que el Padre Santo, al expresar sus deseos de que desapareciera la funesta discordia que existe con el Pontificado Romano y los intereses de la justicia, así como de que sean protegidas la dignidad é independencia de la Silla Apostólica, haya dejado entre-

ver no sé qué intención oculta de abandonar la reivindicación del principado civil, del cual ha sido despojado por la violencia de las sectas, tan sólo porque en el pasaje más corto de su alocución, en el cual aludía á Italia, no ha manifestado explícitamente esta reivindicación. Para poder dar á las palabras pontificias una interpretación tan absurda, sería preciso, no solamente dejar de tener en cuenta los actos anteriores y aun los recientes del mismo Pontífice, quien reivindicaba en la forma más categórica y absoluta los derechos hollados de la Santa Sede, sobre Roma y los estados de la Iglesia, sino más aún, olvidar la declaración solemne de todo el Episcopado, que representa la voz unánime de toda la Iglesia católica, á saber: que en el orden de cosas actual, el poder temporal del Romano Pontífice es una condición indispensable para el libre ejercicio del ministerio apostólico.

De otra parte, conviene fijar la atención en que las condiciones puestas por el Padre Santo á la reconciliación deseada, reclama expresamente que se repare la justicia violada, y se provea como es necesario á la independencia y dignidad de la Silla Apostólica; por esta reserva reivindicaba de la manera más eficaz sus derechos sobre el dominio temporal.

¿Cómo en efecto podría nunca reinar la justicia si el Papa no fuese reintegrado en sus derechos incontestables de soberano temporal, derechos fundados en los títulos más legítimos y sacrosantos? Porque ningún príncipe podrá confirmar su soberanía territorial por una posesión de más de doce siglos, basada en la cesión espontánea de pueblos abandonados, en las donaciones de príncipes piadosos, en constantes reivindicaciones siempre sancionadas por los tratados, como constituyendo un patrimonio sagrado é inviolable de la Iglesia con el consentimiento de todos los Estados y de todas las naciones, que han considerado siempre el poder temporal de los Pontífices romanos como un baluarte necesario á la independencia de la cátedra apostólica para la libre propagación de sus doctrinas y el ejercicio completo de su ministerio contra la dominación y opresión, no importa de qué índole; fundada en fin sobre los servicios prestados, no solamente á Italia, sino también á otras naciones que deben principalmente al Pontificado el grado de civilización á que han llegado y su emancipación de numerosas invasiones de bárbaros.

Estos títulos y muchos otros, aunque pudieran invocarse para establecer la base de la justicia hacia la cual el Padre Santo hace un llamamiento en su alocución, son de tal modo evidentes, que no podrán ser rotos ni destruidos por el argumento acostumbrado del derecho nacional.

Porque este, así llamado derecho de nacionalidad, no sólo es absolutamente desconocido en el Código positivo que regula las relaciones recíprocas de las naciones, sino que, si se ensayase su aplicación á los Estados constituidos, esto daría margen á contiendas universales, y volvería á renacer la era de las conquistas de los bárbaros, realizadas bajo el imperio exclusivo de la fuerza bruta, con ayuda de la cual la Santa Sede ha sido despojada, en aquellos momentos en que Europa era presa de grandes trastornos.

No es verdad que puedan estar aseguradas la independencia para el libre gobierno de la Iglesia y la dignidad del Soberano Pontífice, sin aquella garantía, única eficaz, de la soberanía territorial.

No hay necesidad de grande perspicacia para comprender que el Soberano Pontífice, en su Sede, privado de su verdadera y propia soberanía territorial, siempre será el súbdito y el huésped de otro poder, única y principalmente soberano; por consiguiente, cualquiera que sea la sombra de libertad y de independencia que le conceda este poder, bajo cualquiera forma que sea, aparte de que fuera revocable en derecho por el poder que la hubiera concedido, siempre sería un hecho violable é ilusorio.

No se alcanzaría el fin (en vista del cual se reconoce como necesaria la independencia del Pontífice romano) que es ciertamente el de hacerlo libre y exento de todo lazo, no sólo en sí, sino también con respecto al mundo, si no se pusiese al abrigo de su poder espiritual, de toda ingerencia y presión material y moral de parte de cualquier otro poder. Por último, el Pontífice romano, dada la elevada dignidad de que está revestido, no podría ejercer ventajosamente, y con el prestigio que le es necesario, su poder espiritual sobre más de 200 millones de súbditos de todas razas y de todas clases, y de los cuales algunos gozan de soberanas prerrogativas, sin estar adornado de aquel esplendor exterior que la Providencia le ha concedido, cuando las diferentes naciones y reinos surgieron del seno de la cristianidad sobre las ruinas del imperio romano.

El Papa, por no ser soberano de hecho, se halla

expuesto á contratos humillantes é indignos, bajo muchos aspectos, de la sublimidad de su rango. Se ve obligado á tener por familiares, por consejeros, por auxiliares y cooperadores de todas clases, indispensables en el ejercicio del ministerio apostólico, á personas sometidas á la autoridad de otro príncipe. De todo lo que precede es fácil concluir que ni la justicia, ni la independencia, ni la dignidad misma del Soberano Pontífice no podrán quedar á salvo si Italia persiste en guardar los despojos del dominio temporal, con gran perjuicio de la Santa Sede apostólica.

Después de todo, es inútil poner de manifiesto la incoherencia y futilidad de que dichos ministros dieron pruebas en sus declaraciones al Parlamento italiano. Pretendiendo que Italia no sienta la necesidad de reconciliarse con el Papa, se pusieron en contradicción con el hecho manifiesto del sentimiento universal de los italianos, de que la prensa de todos los colores y partidos se hacen eco, pidiendo con razón que se ponga fin á un estado de cosas que origina una lucha anormal perjudicial.

Nadie ignora, en efecto, que merced á la opresión de la Iglesia y del Papa, se ha privado á Italia de la fuerza moral más elevada, siempre indispensable á cualquier Gobierno, pero principalmente á éste en la situación funesta en que se ha colocado, para guardar intactos los principios de autoridad y de orden hoy tan debilitados, para salvar las instituciones fundamentales del Estado de una ruina irreparable; en fin, para no tener perpetuamente suspensas sobre la cabeza de la nación una de las más graves eventualidades que afectando los intereses morales y religiosos del mundo entero, da á todos el derecho de intervención y de pedir una solución conveniente, pues las leyes propias no bastan para mantener los derechos y tranquilizar la conciencia de los demás.

Si, á pesar de todas estas razones, el Gobierno italiano estimara que no es oportuno aceptar la invitación paternal del Padre Santo, la responsabilidad de la negativa caerá toda entera sobre ese Gobierno, y deberá dejar en adelante de reprochar al Soberano Pontífice por una especie de animosidad, una actitud parcial, hostil á Italia y benévola para con otras potencias; importará por otro lado que el Gobierno italiano, para obrar franca y lealmente, se abstenga de señalar ante los Gobiernos extranjeros á la Santa Sede como la causa principal de una discordia fecunda en males sumamente graves, y que por la generalidad es deplorada. V. E. dará lectura de este despacho al Sr. Ministro de Negocios extranjeros, á quien dejaré copia si la pide.

Con los sentimientos de la estima más distinguida soy de V. E. I. y R. su servidor,

EL CARDENAL RAMPOLLA.

Roma 22 de Junio de 1887.

TRADICIONES DE TIERRA SANTA

XVIII

LA SANTA CRUZ

HAYANDO las leyendas por las tradiciones y la historia, y prescindiendo de la clase de madera con que se forjó el santo Lábano, cuestión que fácilmente pueden dilucidar los naturalistas y químicos examinando y aun analizando si necesario fuese alguna partícula de verdadero *lignum crucis*, es lo cierto que nuestra santa madre la Iglesia católica ha instituido dos fiestas memorables, la de la *Invenición* y la de la *Exaltación* de la santa Cruz, que se celebran la primera el 3 de Mayo, primer día libre después de la solemnidad de la Pascua, y la segunda el 14 de Septiembre, en recuerdo de dos faustos acontecimientos que no es posible callar tratándose del santo símbolo de nuestra redención.

Como dije al hablar de la capilla franciscana de la *Invenición*, en aquella antigua cisterna estuvo sepultada la santa Cruz durante tres siglos, hasta que la piadosa Emperatriz Santa Elena, madre del vencedor de Magencio, no obstante sus achaques y edad avanzada, hizo su peregrinación á Jerusalén con el cristiano propósito, no sólo de visitar los Santos Lugares, sino también de honrarlos construyendo sobre ellos las muchas iglesias y santuarios, que debemos á su fervor y munificencia. Movida, sin duda, por celeste inspiración, quiso averiguar el paradero del árbol de nuestra salud, sin que ni el Obispo de Jerusalén San Macario, ni los sacerdotes, ni los ancianos, ni los mismos judíos pudiesen satisfacer, con noticia alguna cierta, la piadosa curiosidad de Santa Elena. Aseguraban unos que los

Apóstoles, para sustraerla a las profanaciones de los judíos, habían escondido la Cruz del Señor en lugar tan recóndito, que se perdió hasta su recuerdo; decían otros que, con los demás instrumentos de la Pasión, había sido destruida por los mismos verdugos; y sostenían algunos que, después de la crucifixión del Señor, fue arrojada en cierta sima del Gólgota, rellena posteriormente de escombros y conocida de muy pocos judíos, que por odio a los cristianos guardaban el secreto con la tenacidad característica de su raza. El autor anónimo de un artículo sobre la santa Cruz, que tengo a la vista, supone que Santa Elena consultó sobre el particular a los doctores judíos, que éstos se reunieron secretamente para convenir la contestación, y que sólo uno de ellos, llamado Judas, persona importante de la Sinagoga, refirió a sus compañeros lo que sabía en los siguientes términos:

«Esto me dijo mi padre antes de morir:—Escucha, hijo mío, una revelación muy importante, un secreto de familia que nos viene de padres a hijos desde nuestro abuelo Jacheo. Simón mi padre me lo confió en su lecho de muerte, y tú haz lo mismo con tus descendientes cuando conozcas que se aproxima la tuya. Los judíos crucificaron a Jesús, el cual verdaderamente era Hijo de Dios. He aquí el lugar en donde está enterrada su Cruz.—Después de haber marcado perfectamente el sitio, añadió:—Si alguno te preguntase lo que acabo de decir, guárdate, hijo mío, de publicarlo, aunque tu silencio te cueste la vida, porque el día en que la Cruz se levante sobre el mundo, aquel será el último de nuestro reino y de nuestras aspiraciones a la monarquía universal.—Pero ¿cómo, dije yo entonces, crucificaron nuestros abuelos a Jesús, sabiendo que era Hijo de Dios?—Sólo Dios lo sabe, añadió mi padre; pero ciertamente no fue Dios quien les inspiró. Los fariseos condenaron a Cristo porque reprendía sus vicios; pero a pesar de ellos resucitó al tercer día y subió a los cielos en presencia de sus discípulos. Guárdate, pues, de insultar a Cristo y a sus discípulos y guárdate también de revelar este secreto, si no quieres sufrir la misma suerte que nuestro abuelo Esteban, que fue apedreado por predicar que Jesucristo era verdadero Dios.»

Aquel Sanedrín improvisado convino en seguir guardando el secreto; pero, con ruegos y amenazas, obtuvo la Emperatriz de Judas algunas vagas indicaciones, suficientes para que mandase hacer, en la vertiente del Calvario las excavaciones que coronó, como sabemos, el éxito más venturoso. En la antigua cisterna, hoy convertida en capilla, se encontraron los clavos, la lanza, el título, y las tres cruces, la del Salvador y las de los dos ladrones. Puede suponerse el júbilo de la santa Emperatriz ante semejante hallazgo. Por desgracia el título estaba separado de la Cruz de nuestro Redentor y no había medio de distinguirla de las cruces de los ladrones.

Para el logro de tan piadoso como natural deseo, San Macario, Obispo a la sazón de Jerusalén, ordenó oraciones y penitencias públicas, las cuales dieron el siguiente resultado, que refiere Rufino¹, 50 años después de acaecidos los hechos: «Había en Jerusalén una mujer conocida de todo el pueblo, la cual estaba enferma y reducida al último trance de la vida. El Obispo y la Emperatriz se dirigieron hacia la casa de la enferma, llevando consigo las tres cruces. Acercándose luego al lecho de la moribunda, Macario se arrodilló y dijo:

—Dios omnipotente, que os dignasteis salvar al género humano por el suplicio de la cruz, que sufrí vuestro unigénito Hijo, y que avivasteis en el corazón de vuestra sierva el ardiente deseo de encontrar el instrumento sagrado en que estuvo pendiente la Salvación del mundo, hacednos conocer de un modo evidente cuál de estas tres cruces sirvió para el triunfo del Salvador, y permitid que esta mujer agonizante recobre la vida así que la haya tocado el madero sacrosanto.»

Así sucedió con asombro y regocijo de todos los circunstantes. Ningún alivio experimentó la enferma al contacto de las dos primeras cruces; pero quedó completamente sana apenas tocó la tercera. Por si alguno dudaba aún de que ésta era la Cruz de nuestro Redentor, el Señor Dios quiso obrar otro milagro más estupendo de que hablan San Cirilo, Obispo de Jerusalén, Rufino, Sozomeno, San Paulino y otros escritores contemporáneos. Aquel mismo día tropezó San Macario con un cortejo fúnebre numeroso, que conducía un cadáver a la última morada. Deteneos, dijo el Santo Obispo; hizo traer las tres cruces, que sucesivamente le fueron aplicadas al difunto y al ponerle en contacto con la tercera (precisamente la misma que había sanado a la enferma), incontinenti resucitó el muerto, como

si le evocase aquella voz soberana, que milagrosamente devolvió la vida a Lázaro y al hijo de la viuda de Nain. La santa Cruz del Redentor fue ya desde entonces por todos reconocida y adorada y por disposición expresa del Emperador Constantino el infame instrumento de muerte se convirtió en signo honorífico del cristiano, con el que comenzaron a adornar sus coronas los emperadores y los reyes, sus pechos los Obispos y sus torres y cúpulas los monumentos sagrados.

Tres partes hizo Santa Elena del madero adorable de la Cruz, quedándose la mayor, que en precioso relicario de plata se depositó en la basílica del Santo Sepulcro, llamada también de la Resurrección y de la santa Cruz; enviando la segunda a su hijo Constantino, el cual la partió en dos pedazos, uno que llevaba siempre consigo y le precedía en las batallas y otro que hizo embutir en el pedestal de su estatua, colocada en el Foro de Constantinopla, con la siguiente inscripción: *Cristo mi Dios, yo te encomiendo esta ciudad*; y remitiendo el tercero a Roma, donde para custodiarlo dignamente hizo construir el Emperador sobre el sitio que habían ocupado los jardines de Helio Gabalo la basílica de Santa Cruz de Jerusalén.

Por la historia conocemos muchos datos referentes a las vicisitudes por que han pasado y al paradero actual de estos tres grandes trozos de la verdadera Cruz y de otros más pequeños esparcidos por las iglesias todas del mundo; pero apuntaré únicamente lo más importante. El pedazo mayor permaneció en la basílica de la Resurrección hasta que en tiempo del Emperador Focas, por los años de 615, Cosroes II, rey de los persas, tomó a Jerusalén, destruyó la basílica del Santo Sepulcro, y conociendo que para los cristianos no podía darse objeto de mayor valor, ni prenda por cuyo rescate hicieran más sacrificios, se apoderó del santo Leño y lo condujo a su país. Trece años después el Emperador Heraclio coronó sus triunfos sobre Siroes, hijo y sucesor de Cosroes, con un tratado de paz en uno de cuyos principales artículos se estipulaba la devolución de la santa Cruz, que con piadoso y conmovedor regocijo del pueblo cristiano entró en Jerusalén, en brazos del Emperador mismo el día 14 de Septiembre de 628, suceso que, como queda dicho, conmemora la Iglesia todos los años por medio de la fiesta de la *Exaltación* de la santa Cruz.

A este propósito refieren los autores el siguiente prodigio: Con la pompa fastuosa de los Emperadores orientales, escoltado por corte lujosísimo, seguido de numeroso clero y aclamado por muchedumbre grande de cristianos, aproximábase procesionalmente a Jerusalén el Emperador Heraclio, y al querer entrar en la santa ciudad por la puerta *Aurca*, que es la misma por donde hizo su triunfante entrada el domingo de Ramos Nuestro Señor Jesucristo, mano invisible le detuvo en su camino, y con asombro general la comitiva tuvo que hacer alto.

Nadie acertaba a explicarse aquel inesperado contratiempo, cuando el patriarca de Jerusalén, Zacarías, dirigiéndose a Heraclio, le dijo: «Mira, oh Emperador, no sean los preciosos vestidos que te adornan la causa por que no puedes seguir adelante. No se compadecen los laureles con la corona de espinas, ni los adornos reales con la pobreza y humildad de Cristo.» El Emperador se despojó inmediatamente de las ricas insignias imperiales, vistió sayal de penitente, descalzó sus pies, y cargado con la preciosa reliquia entró en la ciudad, y llegó sin el menor obstáculo a la iglesia del Calvario, en donde quedó depositada la santa Cruz.

Allí permaneció, recibiendo culto tan solemne como público, hasta que en 638, cuando los árabes se apoderaron de Jerusalén, para evitar pérdidas y profanaciones, los cristianos la ocultaron en lugar secreto y seguro, exponiéndola otra vez a la veneración de los fieles en 1099 apenas los cruzados hicieron dueños de la santa ciudad. Tenían éstos la costumbre de poner el santo Lázaro al frente de sus ejércitos para que enardeciese a los soldados de la fe en las batallas; pero por los años de 1187 en la desgraciada de Tiberiades o de Hitin, herido el Obispo Tolemaida que la llevaba, cayó la santa Cruz en poder de los musulmanes mandados por Saladino. En 1249 la recuperó San Luis con la toma de Damietta, y fue colocada en la iglesia de los Franciscanos del Santo Sepulcro en el altar llamado de las reliquias, que es el colateral del Evangelio, hasta que en 1557 la robaron los armenios cismáticos aprovechando la ausencia de los Franciscanos, que fueron presos y conducidos a Damasco por orden de Solimán el Magnífico. Los autores de semejante atentado remitieron la preciosa reliquia a

la Armenia, su país, habiendo sido hasta la fecha ineficaces para recuperarla las reclamaciones todas de los católicos.

El trozo que Santa Elena regaló al Emperador Constantino, su hijo, se fraccionó con el tiempo, yendo a parar uno de los pedazos al Dux Dándolo, jefe de la cuarta cruzada, que a su vez lo regaló a la república veneciana; Balduino II regaló otro pedazo a San Luis, y reliquias menores procedentes de la de Constantinopla se encuentran en muchas iglesias del orbe católico.

El tercero, que es el mayor de los actualmente venerados, continúa en la Basílica romana de Santa Cruz de Jerusalén, reedificada por Benedicto XIV con arreglo al plano de Gregorini, bajo el precioso baldaquino que sostienen cuatro columnas de coralina y componen el altar mayor.

Cuenta San Cirilo, Obispo de Jerusalén, en su epístola II a Severo, que tanto él como sus predecesores San Macario y San Máximo, regalaban pedacitos del leño santo de la Cruz que se veneraba en la Basílica de la Resurrección a los peregrinos ilustres, y que a pesar de eso no disminuía la preciosa reliquia. Generalizada está tan piadosa creencia respecto a los *Lignum Crucis* entre las gentes sencillas y devotas del mundo entero, y la crítica demoledora é impla iniciada por Calvino y Voltaire, y proseguida en nuestros días con erudición y saña dignas de mejor causa por Strauss y Renán, pretende que «el número de reliquias de la verdadera Cruz veneradas por los católicos como auténticas, es tal y tan excesivo, que de reunir las en un solo acervo formarían un volumen cien veces superior al que puede racionalmente asignarse a la verdadera Cruz en que Cristo murió por la salvación de los hombres.»

Esta afirmación gratuita é hipótesis arbitraria y sin pruebas acaba de ser triturada y reducida al silencio por las curiosas y eruditas investigaciones de monsieur C. Rohault de Fleury, que el escolapio padre Eduardo Llanas extracta en los siguientes términos: «Resulta del trabajo de M. Rohault que el volumen total de los fragmentos de la Santa Cruz hoy existentes en el mundo católico es de cuatro millones de milímetros cúbicos representándolo en número redondo. Dupliquemos, tripliquemos, cuadruplicemos este número a fin de que el volumen por él presentado, y que ascenderá entonces a diez y seis millones de milímetros cúbicos, pueda contener las partículas del *Lignum Crucis* de que, a pesar de tan concienzudas investigaciones, no ha podido tener noticia nuestro ilustre investigador, y ni aun así llegaríamos a formar la décima parte del volumen que debió tener la Cruz de Nuestro divino Redentor, la cual, según los cálculos minuciosísimos referidos en la obra de M. Rohault, debió por lo menos alcanzar un volumen de 178 millones de milímetros cúbicos. Y si el volumen de las partículas hoy existentes no alcanza probablemente ni a la décima parte del volumen verdadero, ¿qué puede importarnos el que, durante el rodar de los siglos cristianos, se hayan perdido notables fragmentos de la Cruz verdadera hallada en el Gólgota por la madre de Constantino? Si no pueden hoy autenticarse más allá de cuatro millones de milímetros cúbicos y debió tener un volumen de 178 millones de milímetros, ¿con qué fundamento puede decirse que la multitud de fragmentos existentes en las diversas iglesias es excesivo y depone contra la autenticidad de los mismos?»

Para concluir, adoremos esos fragmentos aureos del madero valiosísimo en que fue crucificado Jesucristo nuestro bien, y dejemos a la pravedad herética y a la ciencia impla que se estrellen impotentes contra la Cruz que ha venido al mundo y es la única que puede domar nuestras pasiones, venciéndonos a nosotros mismos, que es la más difícil y preciada de las victorias.

M. POLO Y PEYROLÓN.

EL ARTISTA CIEGO

Llena de nubes la altura,
Llena de sombras el alma,
Ciegos los ojos que envuelve
Noche eterna y solitaria;
Entre las risas del mundo
Corre la hiel de mis lágrimas,
Que endulza como un ángel
Con su sonido rumoroso el arpa.

Alivio de mis pesares,
Cuando mi voz la acompaña,
Cuando mis trémulas manos

¹ *Admiranda ad Hist. Eccles. Soutage, etc.*, tomo II, página 306.

² *Soutage, etc.*, tomo II, pág. 307.

Como a una esposa la abrazan,
Siento pasar por mi frente
Alguna mano de nacar
Que del límpido cielo
La huella azul y misteriosa rasga.

Allá en su fondo palpitan
Los ecos de las baladas,
Los filtros y los amores,
Los cantos y las plegarias;
Algo que en vuelo sublime
De la tierra me levanta,
Mitad sueño imposible,
Mitad ardiente y singular nostalgia.

¡Que Dios te bendiga siempre!
¡Que te acaricien las auras!
¡Que vivas cuanto yo viva
En esta región ingrata,
Para que aumentes mis gozos,
Para que temple mis ansias;
¡Oh sé que nunca he visto,
Pero que oculto estás dentro del arpa!

Tú, que velas si yo duermo,
Tú, que siempre me acompañas,
Que el pan de mis alegrías
Y el del cuerpo me deparas,
Hermano mío invisible,
No abandones a quien te ama;
¡Haz siempre que a tu lado
Camine esta existencia desdichada!

Los besos que deposito
Sobre las cuerdas del arpa,
Se me convierten en flores
Que hacen de alfombra a mis plantas;
Y cuando en ellas mis ojos
Amargo llanto derraman,
Me lo devuelven luego
Transformado en rocío de esperanzas.

De la silenciosa tumba
Me acerco ya a la morada:
Si entonces al triste ciego
Le tenéis amor ó lástima...
En ese día solemne
Poned a mi lado el arpa,
Ponédmela muy cerca
Para que allí también pueda abrazarla.

Y ya derrame en los saucos
La luna su lumbré pálida,
Ya ruja como una hera
La tempestad desbocada,
Juntos descansar podremos
En esa divina calma,
Que los Angeles velan
Y el rumor de los vivos no profana.

FR. FRANCISCO BLANCO GARCÍA.
Agustino.

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

La Comisión barcelonesa encargada de formar el album que ha de ser ofrecido a Su Santidad en las fiestas del Jubileo ha dirigido a los catalanes la circular siguiente:

El fausto acontecimiento que el orbe entero se dispone, con el favor divino, a celebrar en el presente año festejando el quincuagésimo de la ordenación sacerdotal de nuestro Santísimo Padre León XIII, ha despertado, como no podía menos, un vivo interés en todos los pechos católicos, quienes, por entusiasta manera, se aprestan para rendir con tan memorable motivo el homenaje de su amor y veneración a la augusta persona de nuestro amadísimo Pontífice.

Animada de tan nobles sentimientos, la Junta diocesana creada por el celo de nuestro venerable Prelado, e intérprete a la vez de la religiosidad y adhesión profunda que nuestra diócesis ha profesado en todos tiempos a la Sede apostólica, dirigiéndose en público llamamiento al corazón de todos los fieles de este Obispado, invitándoles a tomar parte con sus oraciones y con su óbolo en esa solemne y grandiosa manifestación de nuestra fe, digna así de

los hidalgos y católicos sentimientos de nuestra tierra, como también del gran Pontífice que el cielo nos ha dado y felizmente nos conserva. Y muy señaladamente honrada quedaría nuestra amada diócesis si, en el esplendoroso y universal concierto que el mundo católico ha de ofrecer solemnizando las Bodas de Oro de León XIII, pudiese sobresalir por el número y ferviente entusiasmo de sus hijos y por la riqueza de su particular homenaje.

A la Comisión que suscribe ha sido confiado el honroso encargo de resumir y reflejar a la vez toda la importancia y significación de nuestro concurso diocesano en un piadoso mensaje que podrán suscribir los fieles todos de este Obispado, cuyas firmas auténticas serán presentadas a Su Santidad en un precioso album, como entusiasta felicitación por su quincuagésimo aniversario sacerdotal y como elocuente testimonio del amor y veneración que le profesa la diócesis de Barcelona.

Deseosa, pues, esta Comisión de que se inscriba en dicho album el mayor número posible de católicos de todos estados y condiciones sociales, viene a excitar el celo de nuestro venerado y amado clero y fieles diocesanos, y muy señaladamente el de los Rdos. Curas párrocos, Institutos religiosos, Corporaciones populares y Asociaciones piadosas y de propaganda para que, dando la mayor publicidad posible a este general llamamiento, procuren que cuantos se adhieran al antedicho mensaje (cuya versión del latín va adjunta), lo suscriban con arreglo a las instrucciones que a continuación de esta circular se darán, y sea así el album que se ofrezca a Su Santidad expresión completa y genuina de los católicos sentimientos de nuestros diocesanos.

*Barcelona 9 de Julio de 1887.—Celestino Ribera, presbítero, Presidente honorario.—Mariano Fortuny, Vicepresidente 1.º — Félix Sardá, presbítero, Vicepresidente 2.º — Ramón Buldó, presbítero, Vicepresidente 3.º — Ignacio Ramón Miró, Tesorero.—Ricardo Cortés, presbítero; Jacinto Verdager, presbítero; Santiago Quintana, presbítero; Cayetano Barraquer, presbítero; Jaime Cararach, presbítero; Antonio José Pou; J. Ramón de Bofarull; Jaime Nogué; Antonio de Segarra, vocales.—Juan de Dios Trias, secretario 1.º — Cayetano Pareja, secretario 2.º *

He aquí ahora la traducción española del Mensaje de la Diócesis barcelonesa que ha de figurar en la hoja primera del album:

Beatísimo Padre:

*Entre las grandes manifestaciones de júbilo con que el orbe entero solemniza el quincuagésimo aniversario de Vuestra Ordenación Sacerdotal, el Obispo de Barcelona, con todo su clero y fieles, sienten también poseídos de gozo tan por manera entusiasta, que tienen a grande dicha felicitar cordialmente a Vuestra Santidad por ese acontecimiento feliz que el cielo nos depara.

Así que, deseosos de festejar, como Os es debido, esta memorable fecha de Vuestra vida, nos holgamos grandemente en rendiros de nuevo el homenaje del amor, sumisión y reverencia que hemos profesado en todos tiempos al Romano Pontífice, a Nuestra Santa Madre Iglesia y a sus sagrados derechos, expresándoos en esta ocasión los profundos sentimientos de nuestros corazones que se glorían de abrazar fielmente, observar y defender con todo nuestro aliento las enseñanzas todas ó avisos por cualquier modo emanados ó que emanen de Vuestro Supremo Magisterio.

Y con este mismo ardoroso impulso de nuestras almas, imploramos el auxilio de lo alto, rogando a Dios se sirva conservar por muchos años feliz y libre de todos sus enemigos la preciosa vida de un tan gran Pontífice, cuya sabiduría por dicha nuestra nos gobierna, cuya virtud es nuestro escudo y cuya firmeza robustece nuestros espíritus.

Testimonio de esta grata profesión de nuestra fe es el presente album firmado con el corazón, más bien que con la mano, de vuestros hijos; el cual, junto con las demás ofrendas de la Diócesis de Barcelona, os pedimos, Santísimo Padre, aceptéis con agrado, mientras postrados a los pies de Vuestra Santidad, imploramos rendidamente Vuestra apostólica bendición.*

Varias familias de Sitjes se han puesto de acuerdo para tomar parte en la gran demostración de simpatía que el orbe católico prepara en obsequio de Su Santidad el Papa León XIII, con motivo de celebrar, a últimos de año, sus Bodas de Oro. Al efecto se están elaborando diferentes ornamentos sagrados que, por conducto de la Comisión diocesana, se remitirán a Roma como otros de tantos innumerables objetos que constituirán la gran Exposición Vaticana dispuesta para festejar semejante suceso.

En sesión de la Academia de Buenas Letras de Sevilla se ha acordado elevar a Su Santidad un mensaje de adhesión y respeto con motivo de su Jubileo Sacerdotal, además de remitir individualmente, a invitación de los escritores españoles, las obras de que fueren autores.

A LOS ESCRITORES CATÓLICOS ESPAÑOLES.

Cuando todos los pueblos se apresuran a dar testimonios a cual más brillantes de su amor filial y de su inquebrantable adhesión al venerabilísimo anciano que con sabiduría admirable rige los destinos del orbe católico, justo es que a todos tratemos de superar los hijos de esta noble España, que cuenta como el primero de sus gloriosos timbres el de llamarse y ser católica. Y entre todas las manifestaciones de respetuoso cariño que en estos días recibe Nuestro Santísimo Padre, hasta de los más apartados rincones de la tierra, no son seguramente las menos gratas a su magnánimo corazón las que le envían los hombres de letras y de ciencias, sobre todo, los que se dedican a la pública enseñanza.

Invitados, aunque inmerecidamente, por nuestro muy amado Sr. Obispo a cooperar, dentro de nuestra esfera y en la medida de nuestras humildes facultades, a la hermosa obra con que el orbe católico se propone conmemorar el aniversario de las Bodas de Oro de Su Santidad León XIII, no hemos vacilado un momento en aceptar este honrosísimo encargo, para el que sólo nos faltan merecimientos. Cumpliendo, pues, los deseos de nuestro venerable Prelado, tenemos la alta honra de dirigirnos a todos los escritores católicos españoles, sin excepción de partidos políticos, invitándoles a enviar a la Exposición del Vaticano sus obras, como testimonio de adhesión al Vicario de Jesucristo en la tierra, a la vez que gallarda muestra de que no existe ni puede existir conflicto ni discordia entre la fe y la ciencia.

Los que suscriben, humildísimos órganos por los que hace esta invitación el muy celoso Prelado de la capital de la monarquía, esperan que ninguno de los escritores católicos que en España cultivan las ciencias y las letras deje de acudir solícito a este llamamiento, para que la manifestación sea digna de la nobilísima persona a que se dirige.

Suplicamos al mismo tiempo a nuestros dignos compañeros que fijen su atención en las siguientes condiciones a que debe ajustarse la remisión de los libros:

1.ª Las obras podrán remitirse a D. Manuel María Menéndez, convento de religiosas Góngoras; a D. Juan Gelabert, Génova, 4; a D. José Salameiro, Cedaceros, 43; ó a Don F. G. Ayuso, Pez, 9, en Madrid.

2.ª La Junta sólo responde de los envíos que vengan certificados ó a mano.

3.ª Los envíos deberán hacerse antes del 20 de Septiembre próximo. No se responde de la remisión de los libros que lleguen a poder de la junta con posterioridad a la expresada fecha.

4.ª Los señores remitentes expresarán en una carta dirigida a la persona que ha de recibir el envío: 1.º, nombre y apellido del donador; 2.º, lugar de su residencia; 3.º, título de las obras. Una vez terminado el plazo marcado en la condición 3.ª, se publicará la lista de los libros recibidos.

NOTA. Se suplica a la prensa católica la publicación de esta circular.

Madrid 16 de Julio de 1887.—Francisco Sánchez de Castro.—Juan Gelabert y Gordiola.—Francisco G. Ayuso.

Son tantos los objetos presentados en la exposición de regalos de la diócesis de Pamplona, que habremos de limitarnos a reseñar aquéllos que por su riqueza ó su mérito sobresalen entre los demás y merecen, por lo tanto, especial referencia.

Figura en primer término un fador de oro, perlas y amatistas, riquísimo obsequio que a Su Santidad León XIII ofrece la viuda del Excmo. Sr. D. Eduardo Elío.

Un magnífico retrato del Romano Pontífice, de gran parecido, hecho con un lujo de detalles realmente admirable, acabada obra de lápiz y difumino, presentada por la señorita Doña Joaquina Pérez de Eulate.

Un mantel de altar, de mérito extraordinario, ofrecido por la señora Doña Angela Lemus de Luna. Un corporal de Custodia, de gran paciencia y trabajo, de la señorita Doña María Cruz Mezquiris é Iriarte.

Un magnífico paño de hombros, de raso blanco bordado en oro, regalo de las señoritas Doña Carmen Vilella, Doña Dorotea Fernández y Doña Javierra Poyales.

Velo de Cáliz y bolsa de Corporales, de raso

blanco, delicadamente bordado en oro, de Doña Justa Olaso de Sagües.

Una preciosa cortinilla de raso blanco, bordada en oro, de Doña María de la Gloria Ramírez de Esparza.

Un mantel, acabado trabajo hecho á mano, de la Srta. María de los Desamparados Espinosa.

Otro mantel, obra muy bella, de Doña Patrocinio y Doña Joaquina Mencos.

Un riquísimo y elegante paño de hombros, de raso blanco, bordado en oro y sedas de colores, con piedras y perlas, de las Srtas. Doña María Passis y Doña Luisa Echenique, de Elvetea.

Una linda cortinilla de moaré blanco, bordada en oro y sedas, de Doña Concepción y Doña Juana de Zabala.

De raso blanco, perfectamente bordado en oro y plata, es el paño de hombros ofrecido por Doña Gregoria Perurena de Idoate.

De Doña Dámasa Sasa, viuda de Egula, es una preciosa cortinilla de raso blanco, bordada en oro y sedas.

Una elegante cortinilla de raso blanco, bordada en oro, plata y sedas, de las Srtas. Doña Josefa, Paulina y Tomasa Saralegui, de Echauri.

Un lindísimo cubre-Copón, de raso blanco, bordado en oro, ofrecido por la niña Conchita Gaztelu.

Es muy linda la cortinilla para Sagrario, de raso blanco, bordada en oro y sedas, regalo de la señorita Doña María Arraiza y Balestena.

La muceta ofrecida por las MM. Dominicas del colegio de Villava es un precioso y delicado trabajo hecho en raso blanco bordado en oro.

Ya hemos dicho que se está construyendo en Almagro una magnífica alba de rico encaje, destinada á Su Santidad León XIII con motivo de sus Bodas de Oro.

El trabajo es una verdadera obra, que dará renombre en Roma á la industria encajera de aquella ciudad y demostrará una vez más la fama universal que han llegado á alcanzar los encajes almagreños.

El detalle de esta obra, según un colega, es el siguiente:

Parte delantera.—En la parte superior y en una cinta hábilmente enlazada, de cinco á seis centímetros de anchura, se lee lo siguiente: *A. S. S. León XIII, la ciudad de Almagro, España*; de cuyo centro pende una áncora y en ambos lados de la misma las cruces de las Ordenes militares de Calatrava y Alcántara, observándose debajo de la de Calatrava la fecha de 1837, fecha del año en que dijo el Pontífice la primera misa. A la misma altura, debajo de la de Alcántara, se lee la fecha de su Jubileo Sacerdotal, ó sea la de 1887.

Hállanse también los escudos de España y de Almagro á los dos lados, y debajo de las dos cruces ya indicadas y un poco más al centro, se ven las otras dos cruces de dichas Ordenes, á saber: las de Santiago y Montesa.

En el centro de este precioso conjunto campea el escudo del Romano Pontífice.

Costados.—De la misma cinta, mañosamente enlazada con un cordón de San Francisco en el lazo izquierdo y con un rosario en el derecho, se leen los lemas *«Aeterni Patris»*, *«Dei Filii»*, en el costado izquierdo, y *«Humanum Genus»*, *«Cum Multa»*, en el derecho, que son sus principales Encíclicas.

En ambos lados se destacan preciosos jarrones del mismo estilo, con una multitud de hojas y flores que forman un magnífico contraste.

Parte posterior.—Cercado de un precioso ramo de espigas y de racimos de uva, como símbolo del pan y del vino, se encuentra un cordero tendido sobre el libro de los siete sellos, descansando sobre el una bandera en la cual se lee la inscripción siguiente: *«Vicit Leo de tribu Juda»*; debajo del libro se lee el lema *«Lumen in celo»*.

El festón de la parte inferior de toda el alba lo componen seis bellos medallones, cuyo dibujo pertenece al siglo XVI, llevando cada uno dos de los nombres de los doce Papas Leones que le han antecedido.

El largo de este alba es un metro y la circunferencia de la misma es de 2,85 metros, siendo toda ella bordada con hilo de oro y plata. El cuerpo y las mangas irán sobre fondo de raso blanco.

Con ocasión del Jubileo Sacerdotal del Sumo Pontífice, la Asociación de la Guardia de honor al Sagrado Corazón de Jesús ofrecerá también un homenaje de su filial amor y veneración al Padre Santo. Consistirá en un riquísimo cuadrante que costará algunos miles de pesetas. El Rdo. Sr. Spiloy, presbítero de la Orden de las Misiones, visitador del Brasil, hizo construir el primer cuadrante de este género, y otro misionero propuso hacer otro semejante para el Papa.

Es un grande cuadrante horario, insignia de la confraternidad, con doce estrellas, que marcan las doce horas, los nombres de las jerarquías angélicas, la corona de espinas, el corazón inflamado traspasado por la lanza y con una cruz encima.

Un movimiento de relojería hace andar las esferas, que señalando y tocando las horas por medio de un tímpano de oro, llaman á las Guardias de honor para que cumplan su santo oficio.

Un aparato eléctrico de potencia regular, colocado oportunamente y con mucha habilidad detrás del cuadrante, lo inundará de una luz espléndida. El Divino Corazón aparecerá entonces verdaderamente como sobre un trono de fuego y llamas, despidiendo rayos por todas partes, más resplandeciente que el sol y transparente como un cristal. Su llaga esparcirá rayos tan luminosos, que toda la Iglesia podrá ser iluminada. Estas palabras son de la Beata Margarita María Alacoque; nosotros nos servimos de ellas para describir la nueva visión que se presentará ante los ojos de los Guardias de honor; visión que será como una imagen lejana y débil, pero fiel, de la amante del Sagrado Corazón de Jesús que fué un día favorecida, y que refirió ella misma con las sobredichas palabras.

COMISIÓN PROMOVEDORA

DE BOLOGNA.

S. E. Rma. el Sr. Cardenal Plácido María Schiaffino, Presidente honorario.

Comendador D. Juan Acquaderni, Presidente. Vizconde de Damas, Presidente del Comité nacional francés.

Doctor D. José Agustín dos Reis, Presidente del Comité nacional del Brasil.

S. A. S. el Príncipe Carlos de Loewenstein, Presidente del Comité directivo germánico.

Luis G. Repetto, Presidente del Comité nacional de la República Argentina.

S. E. Rma. Mons. Juan Rebello Cardoso de Menezes, Arzobispo titular de Mtilene, Presidente del Comité nacional portugués.

Profesor Dr. G. Helleputte, Presidente del Comité nacional belga.

Conde A. Pergen, Presidente del Comité nacional austriaco.

Rmo. Sr. H. J. Smidt, Vicario general del Arzobispado de Utrecht, Presidente del Comité nacional holandés.

Adalberto Virz, Presidente del Comité suizo y del *Pim-Verein*.

Vicepresidentes.

Comendador Prof. Felipe Tolti, de Roma. Fr. Luis O. S. F. C., por Inglaterra.

D. Antonio Dias Ferreira, por Portugal. Rmo. Sr. Dr. D. Francisco de Pol, Vicario general de la Diócesis de Barcelona, por España.

Canciller León Esseiva, por Suiza.

Consejeros.

Conde Tomás Rorea Regoli. José Giovanelli.

Juan Bta. Foresti.

Secretarios.

Juan de A. Donini, Secretario general. Antonio Malaguti.

Edmundo Jeannerat.

Alejandro Acquaderni.

Cav. Avv. Guillermo Alliata, para Roma.

Vizconde de la Villesboisnet, para Francia.

Ab. F. X. Timmermann, para Bélgica.

Ramón Sacanell y Maresch, para España.

Pío Philopona, para Suiza.

Doctor J. A. H. G. Jansen, para Holanda.

Luis de G. B. Donini, Tesorero.

Los Agustinos Calzados de Manila regalan al Santo Padre un magnífico servicio para decir misa, de seda, ricamente bordado en oro, por la primera bordadora de Manila, Doña Rita Rojas, la misma que bordó el terno de primera que tienen los Agustinos de la Vid, que es, á juicio de personas competentes, una verdadera obra de gran valor.

Dicho obsequio irá dentro de un precioso estuche de diferentes maderas del país, y llevará una sentida y respetuosa dedicatoria.

En la isla de Cuba se han constituido Juntas de Señoras para las Bodas de Oro de Su Santidad León XIII, habiendo sido elegidas Presidentas: en Pinar del Río, la Sra. Doña Pilar Pablos de Gil; en Cárdenas, Sra. Doña Francisca Cendoya de Ruiz; en Marianao, Sra. Doña Mercedes Morales de Soto

Navarro; en Trinidad, Sra. Doña Concepción González Llorente y Ponce de León; en Sancti-Spiritus, Sra. Doña Rosario Calizares de Cepeda; en Sagua la Grande, Sra. Doña Mercedes Solís de Velarde; en Colón, Sra. Doña Francisca Machado; en Caibarién, Sra. Doña Dolores Luna de Acosta, y en Jovellanos, Sra. Doña Dolores Cáceres de Norganes.

Además de la cantidad que en estas Juntas se recaude, enviarán las Señoras de Cuba á Roma labores delicadas que se están confeccionando, y un rico objeto de arte que ofrecerá una Asociación de distinguidas Señoras de la Habana.

BIBLIOGRAFIA

Leyendas genealógicas, por D. Antonio de Trueba.—Barcelona, 1887. — Cortezo, editor.

El ilustre poeta de *El libro de los cantares*, el incansable y ameno narrador de cuentos, el cronista é historiador de Vizcaya D. Antonio de Trueba, apartándose por una vez de su peculiar carácter, ha dado ser y forma á un curiosísimo libro, consagrado á poner de relieve las ridiculeces de algunos genealogistas y reyes de armas, acerca de los apellidos españoles. El asunto se prestaba como muy pocos á la discreta caricatura, y el Sr. Trueba, utilizando los copiosos materiales que para ello tenía, se ha entretenido muy á su sabor en ridiculizar ciertos orígenes de nobleza. No era esta empresa muy fácil para quien no pretende herir lo que merece respeto, por andar lastimosamente mezcladas en las genealogías la historia y la fábula, la leyenda respetable y la absurda mentira; pero el autor del libro que nos ocupa, con envidiable discreción ha sabido atacar solamente lo vulnerable y ridículo, reservando su consideración para todo lo que la merece. Tal vez la excesiva susceptibilidad de algunos encuentre algo recargados los tonos del cuadro; pero no debe perderse de vista que en tan peligroso asunto es muy fácil caer en exageración, y que el poderoso ingenio del autor necesitaba violentarse notablemente para no utilizar ciertas patrañas como motivo de su crítica festiva. Tanto valdría colocar á un buen cazador, surtido de grandes municiones en un soto lleno de gazapos, y llevar á mal que disparase sobre ellos su escopeta.

El libro *Leyendas genealógicas* consta de dos volúmenes lujosamente impresos, como todos los que proceden de la casa editorial del Sr. Cortezo, de Barcelona.

Vida y virtudes, milagros y sentencias del glorioso San Félix de Cantalicio, Capuchino, por el P. José Calasanz de Llevaneras, de la misma Orden. — Barcelona, 1887.

Con ocasión del tercer centenario de la gloriosa muerte de San Félix de Cantalicio, el P. Llevaneras ha tenido el buen acuerdo de escribir y publicar una extensa vida del Santo, en la que se hacen resaltar debidamente su vocación, sus mortificaciones, sus dadas virtudes, su contemplación y amor á Dios y su devoción á María Santísima. Acompañan al detallado estudio biográfico una bien elegida colección de sentencias de San Félix y varias poesías.

Breves reliquias del alma con la divina Pastora María Santísima, dispuestas para 31 visitas, triduo, novena y varias devociones, por el P. J. C. de Llevaneras, Capuchino. — Barcelona, 1887.

El título de verdadera Pastora de nuestras almas, dado á María Santísima, recuerda la figura de Jesucristo, nuestro Buen Pastor, el cual, muriendo en la Cruz, recomendó su místico rebaño á su Madre, en la persona de San Juan.

Es una pia creencia que la misma Bienaventurada Virgen enseñó á San Pedro de Alcántara, á San Juan de Dios, al venerable Juan de Corvanni de Cordovillo, Menor descalzo, y á las venerables Sor María de Jesús, Terciaria Franciscana; Sor María del Santísimo Sacramento, de la Orden de Santa Clara, y á Santa Francisca de las Cinco Llagas de Jesucristo, Terciaria Alcantarina, que el honrarla bajo este título era un medio eficaz para alcanzar de ella en vida, y en la hora de la muerte, las gracias más señaladas.

En el año 1703 Dios inspiró al Rdo. P. Isidoro de Sevilla, Capuchino, que propagase en España dicho título, el cual después, haciéndose ilustre por innumerables conversiones que con esta devoción se alcanzaron, establecieronse canónicamente en diversas ciudades de España, Portugal, Alemania, Italia y América varias Congregaciones bajo esta hermosa advocación de la Virgen Pastora de nuestras almas. El P. Isidoro suscitó en todas partes un entusiasmo indescriptible al presentar á María Santísima bajo el título y traje de mística Pastora.

El Sumo Pontífice Pío VII, de santa memoria, queriendo acrecentar la devoción a la dulce Madre de nuestro Soberano Pastor, con decreto de 10 de Enero de 1801, concedió a los Obispos de Toscana que cada año, en el primer domingo del mes de Mayo, celebrasen la fiesta de la Bienaventurada Virgen María, Madre del divino Pastor, aprobando para esta fiesta Misa y Oficio propios.

La obrera del P. Llevaneras nace llamada a acrecentar la devoción a María, bajo la adoración de mística Pastora.

NOTICIAS

Con el título de *La Cruz de Davao* publica *La Semana Católica* de Salamanca la siguiente interesante noticia:

Hemos tenido ocasión de ver en la Capilla de Nuestra Señora del Carmen de la Santa Basílica Catedral una cruz de madera colocada en el altar del centro, y habiéndonos llamado la atención, nos han sido facilitados los siguientes datos, referentes a la mencionada cruz, y que por más de un concepto nos parecen dignos de ser conocidos por nuestros lectores.

El día 29 de Mayo de 1867, víspera de la fiesta de la Ascensión del Señor, fueron algunos indios de Davao (capital de Nueva Guipúzcoa, en la isla de Mindanao) a cortar leña a un monte cercano, y allí encontraron un arbolito, que simulaba una cruz perfecta, formada de una sola pieza; de lo que se asombraron mucho. La cortaron para llevarla al pueblo, y creyendo embellecerla, tuvieron el mal acierto de rasparla, quitándole la corteza todavía verde; pero afortunadamente no desfiguraron en nada su forma.

Es de notar que, según refirieron los indios, el árbol que figuraba dicha cruz había nacido en un sitio algo prominente, ó sea en un montecito, y que la cruz tenía los brazos, no en la parte más alta, sino en la más baja, ó como si dijéramos cabeza abajo, y hubo quien, recordando que el Patrón de Davao es el glorioso San Pedro apóstol, que quiso ser crucificado en esa forma por no igualarse a su divino Maestro, la llamó Cruz de San Pedro.

Al tener noticia de tan extraordinario hallazgo el Gobernador político-militar del distrito, que lo era entonces D. Antonio García del Canto, quiso ver la mencionada cruz, y habiéndola hecho bendecir por el Rdo. P. Misionero Fr. Francisco Lenguas, de la Orden de San Agustín, estuvo un día entero expuesta en el altar mayor de la iglesia de Davao, y desde allí la llevaron de nuevo a casa del Gobernador, el que al volver a España la trajo como un objeto de inestimable precio, y como tal, deseó que a su muerte fuese regalada al Ilmo. Cabildo de la Catedral de Salamanca, rogándole que la colocase precisamente en la Capilla de la Virgen del Carmen, y no en otra, por ser el donante especial devoto de esta excelsa Señora.

La viuda del Sr. García del Canto la remitió al Cabildo, y el día 28 del pasado mes de Mayo, víspera de aquel en que hace veinte años fué encontrada dicha cruz, se dijo una misa en conmemoración del suceso, y en sufragio del alma del Sr. Canto, en el altar en que la cruz se halla colocada en la actualidad.

El Excmo. Sr. D. Tomás Ubierna ha dado las gracias a la viuda en una atenta comunicación, en nombre del Ilmo. Cabildo.

El profesor y alumnos del primer curso de Metafísica de la Universidad de Madrid, remitieron recientemente a Su Santidad el mensaje que sigue:

Beatísimo Padre:

El catedrático y los alumnos del primer curso de Metafísica de la Universidad de Madrid, que tienen el honor de suscribir estas líneas, postrados humildemente a los sagrados pies de vuestra Santidad, se complacen en ofrecer a vuestra Santidad, próximo ya a celebrarse el aniversario del sacerdocio que fué conferido a vuestra Santidad hace cincuenta años, el homenaje piadoso y sincero de su filial amor y devoción. Todo fiel católico puede hallar fácilmente razones eficaces y persuasivas para rendir a vuestra Santidad este homenaje; porque es muy grande el honor y la gloria que ha venido a la Iglesia con el pontificado para siempre memorable de vuestra Santidad, por lo cual es justo y saludable bendecir, honrar y dar gracias a Dios y a vuestra Santidad, pero entre todos los fieles están obligados a rendir este honor los que se dedican a la cultura de las letras y de toda clase de buenos estudios, y muy singularmente los maestros y los discípulos en la más sublime de las ciencias humanas, a

la que venimos consagrandos nuestra atención y diligencia durante el presente curso. A vuestra Santidad pertenece la gloria de haber puesto el augusto seño de su autoridad suprema y de la sabiduría que está sentada con vuestra Santidad en el sublime trono que dignamente ocupa, a la restauración de las purísimas doctrinas filosóficas enseñadas por el angelico doctor de la Iglesia, Santo Tomás de Aquino, restableciendo con singular vigor el estudio de la filosofía cristiana, única verdadera, representada en toda su integridad y pureza por el ángel de las escuelas, é infundiendo en el ánimo de los que aman sinceramente la verdad en las especulaciones científicas, el deseo de hallar en las obras de tan gran maestro la preciosa margarita de la ciencia elevada a la cumbre de la más alta sabiduría. Hallada la cual, no solamente la ciencia en general y especialmente la filosofía, sobre la que vienen proyectando tantas de funestos errores las escuelas modernas, más ó menos divorciadas de la escuela por excelencia, sino la sociedad misma gravemente amenazada y en gran parte viciada por sus errores considerados sobre todo en sus últimas consecuencias, habrá de sentirse sana y salva, como quien vuelve a los caminos de la luz y de la verdad.

Por nuestra parte, dóciles y sumisos a los gloriosos documentos de vuestra santidad en orden a la enseñanza de la verdadera filosofía, proponemos firmemente observar con religiosa fidelidad la regla que vuestra santidad se ha dignado trazar dándonos por guía a aquella admirable lumbrera, con exclusión de todas las novedades que puedan de cualquier modo ofuscar su celestial doctrina, siguiendo así nosotros, aunque a tanta distancia, a los antiguos maestros y discípulos de nuestras antiguas Universidades, donde la filosofía no tenía nombre de nación alguna, porque fiel en un todo a las antiguas enseñanzas y tradiciones de los padres y doctores de la Iglesia, singularmente de Santo Tomás de Aquino, era puramente católica.

Dígnese vuestra santidad de acoger benigne este humilde homenaje de nuestro filial amor y devoción, y con él la expresión no menos humilde con que hemos querido significar materialmente estos sentimientos, con ocasión del próximo Jubileo Sacro de vuestra santidad, y de conceder la bendición Apostólica a sus fieles hijos que suscriben.

Madrid 25 de Abril de 1887. — Santísimo Padre. — B. los pies de vuestra Santidad.

(Siguen las firmas del profesor y de los alumnos de la clase de Metafísica.)

El Secretario de Estado de Su Santidad, Monseñor Rampolla, ha contestado al Sr. Ortí y a sus discípulos, dándoles las gracias por sus manifestaciones y participándoles haberles sido otorgada la bendición pontificia.

En 2 del corriente mes se ha cumplido el primer período de cien años transcurrido desde la gloriosa muerte del celosísimo doctor de la Iglesia San Alfonso María de Ligorio, Obispo y fundador.

Después de San Agustín, lumbrera de la Teología dogmática, y después de Santa Teresa de Jesús, lumbrera de la Teología mística, le ha tocado su turno en el orden cronológico de los centenarios católicos a quien fué lumbrera de la Teología moral y ascética.

Los cultos que con tal motivo se han celebrado en la iglesia de la Visitación de esta Corte se hallan, por decirlo así, condensados en una novena que ha sido escrita *ex profeso* para honrar al santo doctor en este centenario. Es una verdadera obra maestra de escogida doctrina, de unción y de piedad, y hasta de bella literatura.

Después de las invocaciones comunes que deben hacerse todos los días de la novena, cada uno de ellos contiene las siguientes partes, por este orden: 1.ª, la lectura espiritual; 2.ª, la meditación; 3.ª, una canción, y 4.ª, un milagro del Santo. La lectura espiritual consiste en algún pasaje de la vida del Santo, escrita por una mano maestra; la meditación versa sobre alguna de las heroicas virtudes de San Alfonso, y es seguida de admirables máximas del Santo Doctor acerca de la misma; la canción está tomada del mismo Santo, inspirado del genio de la poesía mística; y el milagro, uno de aquellos con que la diestra del Altísimo se dignó acreditar su santidad.

Nada falta, pues, en este interesante opúsculo de cuanto se necesita para inspirar, junto con el amor y la admiración a tan maravilloso maestro y modelo de la vida cristiana, aquel espíritu de tierna é íntima devoción y ardiente caridad que posea aquel varón todo de Dios.

Varias señoras de Rueda (Valladolid) han decidido comprar un precioso estuche de *peluche* verde,

compuesto de pectoral y anillo de amatistas, con montura de oro, para regalárselo al hijo de aquella villa, D. Manuel Santander, Obispo preconizado de la Habana, el día de su consagración.

Damos las gracias al Excmo. Sr. Gobernador civil de esta provincia por el ejemplar que se ha servido remitirnos del Estado general de los periódicos que se publican en España, formado por la Dirección general de Seguridad. El total de publicaciones periódicas asciende a 1.044. Los católicos son en número de 49.

Procedente del producto del indulto cuadragésimo correspondiente a la predicación de 1886, ha distribuido el Sr. Obispo de Madrid 18.955,66 pesetas en esta forma:

Al Sr. Gobernador civil de esta provincia, con destino a los establecimientos de Beneficencia, 5.000 pesetas; al Sr. Alcalde de Alcalá, para los de aquella ciudad, 1.000; al Colegio de Seminaristas pobres, 5.000; al Asilo de Huérfanos de San Vicente de Paul, 750; al Asilo del Sagrado Corazón de Jesús, 500; al Asilo de Adoradoras, 1.000; al Protectorado de Artesanos, 1.000; al Asilo de Jesús, 705,66; al Círculo de Obreros, 500; a la junta de señoras de las Escuelas católicas, 1.000; a las Escuelas dominicales, 500; a las Escuelas catequísticas, 500; a la Asociación de católicos de Madrid, 500, y al Asilo del servicio doméstico, 1.000.

Desde el día 7 al 15 del corriente se celebrarán solemnes cultos en la Real Basílica de Nuestra Señora de Atocha, protectora de los Reyes y excelsa patrona de Madrid.

Su Santidad León XIII ha dispuesto la acuñación de medallas de oro especiales que recuerden la fecha del arbitraje de Su Santidad en la cuestión de las Islas Carolinas.

El Papa ha mandado las cuatro primeras medallas al emperador Guillermo, a S. M. la Reina Regente, al príncipe de Bismarck y al Sr. Cánovas del Castillo.

El anuncio de *La Nacional-Empresa* que se publica hoy en nuestro periódico es de importancia tal para la Propiedad, la Industria y el Comercio, que creemos prestar un buen servicio a nuestros favorecedores recomendándoles su detenida lectura.

NECROLOGÍA

Han fallecido recientemente:
En Madrid, D. Benito Sánchez de Luna, Presbítero.
En Solsona, el Canónigo de aquella Santa Iglesia, D. Francisco Villalta.
En Zaragoza, el Canónigo D. Antonio Sendín Fernández.

MUEBLES DE MADERA CURVADA

THONET

UNICOS INVENTORES

Nuevas rebajas desde 1.º de Abril de 1887.
Nuevos modelos Patent núm. 38.220.

Depósito en Madrid: Plaza del Angel, 10.

ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.





EPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 23. — Madrid 15 de Agosto de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Six meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Six meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Six meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Six meses.....	3 ps. fs.
Un año.....	5 »

SUMARIO

TEXTO. — *La decena*, por M. Osoyo y Bernard. — *Los grabados*. — *Tradiciones de Tierra Santa*, por Manuel Polo y Peyrolón. — *Sine Fide*. — *San Vicente de Paul y las Hijas de la Caridad*. — *La idea de Dios*, por J. Muñoz Escamez. — *El trigo y la cizaña*, por Augusto Jerez Perchán. — *Los Hermanos de las Escuelas Cristianas*. — *En Santiago de Compostela*. — *El Arte religioso*, por M. de A. — *Publices Sacerdotal de Su Santidad León XIII*. — *Bibliografía*. — *Noticias*. — *Neurología*.
GRABADOS. — *Mons. Angel di Pietro, Nuncio Apostólico en Madrid*. — *Jesucristo muerto* (cáscara de Noé). — *Colegio de la Asunción en San Sebastián*. — *Convento de la Purísima Concepción de la villa de Agreda*.

LA DECENA

La festividad de San Lorenzo es una de las que conservan mayor carácter en Madrid. Durante la noche que la precede las calles de la feligresía aparecen llenas de colgaduras e iluminaciones, abiertos sus establecimientos públicos y animadas por cantos y músicas populares. El rumbo proverbial de las vecinas de Lavapiés aparece en toda su ostentación, y los bordados pañolones de Manila se burlan del calor, cubriendo el talle de sus dueñas. Tal vez en semejante noche de verbena se desafia con exceso al alcohol amílico; tal vez la tradicional limonada enronquece las voces de los cantantes y refresca más de lo justo las gargantas; pero débese consignar también que, a pesar de tantas causas de desorden y disgusto, la estadística de las reyertas no acusa este año guarismos muy altos, y la intervención de los agentes de la autoridad no ha tenido que ejercitarse muchas veces. En completa decadencia las verbenas de San Juan y de San Pedro, consuela en cierto modo que aun subsistan, amparadas por nombres que la Religión consagra, las de San Cayetano y San Lorenzo y la de la Virgen de la Paloma. Verbenas de calle, fiestas de barrio, recuerdo y tradición de otras épocas en que alumbraba menos el gas y alumbraba más la fe, tienen estas festividades algo que conmueve, á la vez que alegra, algo que nos habla de nuestros padres, de aquel Madrid que va desapareciendo para dejar lugar á un Madrid novísimo, con todas las condiciones y todos los requisitos que imprime el progreso.

La procesión celebrada en la tarde del miércoles fué brillantísima, y llamó á las calles del tránsito compacta muchedum-

bre, procedente de los barrios más apartados. La festividad de San Lorenzo se ha verificado, pues, con tanta brillantez como animación, y para mayor carácter todos hemos podido apreciar el tormento del Santo, por hallarnos, como ha dicho un periódico, "á la temperatura del frito."

También es de gran importancia la novena que viene celebrándose á la Patrona de Madrid en la Real Basílica del paseo que lleva su nombre. Cuando este número se reparta las funciones á la Virgen de Atocha habrán terminado con la popular romería que todos los años lleva á las cercanías del templo numerosísima concurrencia; pero las elocuentes voces de los predicadores habrán afianzado más y más las dulces y santas creencias de los madrileños

á la que es Madre de misericordia y fuente de consuelo.

A pesar de los calores y de la muchísima gente que falta de Madrid, y á pesar sobre todo de la clausura de las Cortes, no hemos conseguido vernos libres de la política. En cada balneario donde hay un hombre público hallase también un *reporter*, que diariamente nos dice lo que habla, lo que piensa, lo que come, lo que sueña aquel; estas referencias son seguidas de numerosos juicios, que por cuenta propia formulan los periodistas que resisten á pie quieto los cuarenta grados de calor madrileño; los vendedores ambulantes nos persiguen con sus hojas de política seria y de política satírica; en todos los cafés y en casi todos los portales se renuevan constantemente las caricaturas en cromo, y si por olvidar este tormento de la época acudimos á los teatros, es más que probable que tropecemos en ellos con piezas de circunstancias, cortadas todas por el mismo modelo y reducidas á sacar á escena, como en los tiempos de Aristófanes, á los prohombres de los diferentes partidos que luchan entre sí por labrar nuestra felicidad.

La política ha encarnado de tal modo en nuestro modo de ser, que si por ejemplo habla el Sr. Salmerón á un amigo en Pontevedra, el telégrafo se precipita á comunicar al resto del globo la fausta nueva, y al día siguiente sólo se oye:

— ¿Pero ha visto usted lo que ha dicho Salmerón?
— ¿Qué opina usted del discurso de Salmerón?
— ¿Con que Salmerón ha dicho...?

Y chicos y grandes, altos y bajos, hombres y mujeres, sólo hablan de Salmerón y de sus proyectos y promesas y confidencias y esperanzas.

En ocasiones esta indole de confidencias tiene sus quiebras, y bien por una causa ó por otra surgen disgustos por si un político dijo esto, ó lo otro, ó lo de más allá, y por si el periodista interpretó fielmente sus pensamientos y declaraciones. Entonces la política toma por otros caminos, y surge ese remedio digno de los tiempos bárbaros que se llama "lance de honor," como si el honor consistiera en saber alojar una bala en el cuerpo de un semejante ó cruzarle los riñones con un florete.

El Código penal dice sobre



MONS. ANGEL DI PIETRO, NUNCIO APOSTÓLICO EN MADRID.

este asunto cosas muy buenas; pero aquí hemos convenido ya en que es lícito un lance de honor y en que las autoridades cumplen con su deber, aunque sepan de público los nombres de los rivales, y los de los testigos que les apadrinan, y hasta el día y hora y sitio en que ha de verificarse el encuentro. En ocasiones — y conste que hablo de lo que ahora sucede en Francia — un general con mando, como es Boulanger, y un hombre civil de la importancia de Ferry, logran que sobre ellos se fije días y días la pública atención, y se cruzan cartas provocadoras, y se reemplazan unos testigos por otros, y la prensa y el telégrafo dan cuenta hora por hora de la marcha de la cuestión... sin que se enteren de ella los que tienen el deber de evitarlas.

Me complace en creer que si algo de esto llegase a ocurrir en Madrid, la superior autoridad cumpliría la misión que le está encomendada, no repitiéndose el caso más de una vez ocurrido de dar cuenta detallada a los lectores de hechos consumados y calificados de delito por el Código.

..

Una teoría francesa y un procedimiento español. La teoría ha sido sentada en una reunión anarquista de París, donde se ha convenido en que los propietarios son unos tunantes y en que no deben pagarse los alquileres hasta que el Municipio se incaute de la propiedad particular. La práctica se ha establecido en un pueblo de Andalucía, donde un propietario ha querido cobrar a tiros el importe del inquilinato.

— ¿Piden los caseros el alquiler? — dicen los socialistas franceses — pues se les recibe a puñalada limpia.

— ¿No pagan los inquilinos el arrendamiento? — objetan a su vez los caseros andaluces — pues se les cobra a tiros.

Buen sistema para llegar a la paz social, cantada por los que no la conocen. Por el pronto no me parece impropio, hasta que se aclare esta cuestión de derecho, aplazar el pago de todos los arrendamientos.

Con lo cual comprenderán ustedes que yo no soy propietario.

..

Entre los asuntos de carácter internacional que más justamente preocupan hoy la atención debe citarse el de la ocupación del Egipto por Inglaterra, asunto que puede traer graves complicaciones.

Un diplomático amigo mío, con quien paseaba ayer por el Parque de Madrid, hablando del asunto me dijo al llegar al estanque:

— Si le parece a usted tomaremos por cualquier otro paseo.

— Bueno; pero no me explico...

— Para no pasar junto a la fuente egipcia.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

MONS. ANGEL DI PIETRO, NUNCIO APOSTÓLICO EN MADRID.

Mons. di Pietro, que ha sustituido en la Nunciatura de Madrid al Cardenal Rampolla, ha desempeñado en diversas ocasiones muchos cargos eclesiásticos de importancia. Nació en 1828 en la diócesis de Tivoli, é hizo en el Seminario de esta ciudad sus estudios de Filosofía y Teología. Después de ordenado recibió en Roma el grado de Doctor en Derecho civil y canónico.

Fue Secretario y Vicario general del Obispado de Tivoli, hasta que en 1865 pasó a la Diócesis de Velletri, llamado por el Cardenal Mattei. Al año siguiente fue elevado a la Sede titular de Niza, y en 1877 comenzó su carrera diplomática, enviándole el Papa Pío IX, en concepto de Delegado apostólico y Enviado extraordinario, a las Repúblicas Argentinas, del Uruguay y del Paraguay. En 1879 pasó a ser Intendente en el Imperio del Brasil.

Antes de ser promovido a la Nunciatura de Madrid desempeñó con gran acierto la de Munich, mereciendo unánimes elogios.

(JESUCRISTO MUERTO)

(Cuadro de Alonso Cano.)

Es uno de los cuadros más bellos y característicos del ilustre pintor, escultor y arquitecto granadino, discípulo de Pacheco y de Montañez, y cuya accidentada vida tanto se ha prestado a la fantasía de los poetas. Alonso Cano nació en Granada el 17 de Marzo de 1601 y murió en la misma ciudad el 5 de Octubre de 1667.

El cuadro que reproducimos se conserva en el Museo de Madrid.

COLEGIO DE LA ASUNCIÓN EN SAN SEBASTIÁN.

El colegio fundado en San Sebastián por las Religiosas de la Asunción es uno de los más importantes de su índole y en el cual encuentran las hijas de familia una educación

profundamente religiosa y todos los conocimientos exigidos en buena sociedad. Las lecciones a cargo de religiosas francesas e inglesas se dan en ambos idiomas, siendo también muy esmerado el estudio del idioma español, labores, bordados y costura. Un día de la semana consagran las educandas a los pobres sus tareas. Como clases de adorno figuran el piano, dibujo, pintura, solfeo, italiano y alemán.

En el colegio citado hay pensionistas y medio-pensionistas, siendo los honorarios poco crecidos.

CONVENTO DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN DE LA VILLA DE AGÜEDA.

El interés que ha despertado desde la publicación de las cartas de la venerable Sor María de Jesús cuanto con la céntrica religiosa se refiere nos mueve a publicar una vista del monasterio fundado por la misma en 1633, y en el cual murió algunos años más tarde, siendo ejemplo y admiración de sus hermanas de clausura.

TRADICIONES DE TIERRA SANTA

XIX

SAN LONGINOS Y SU LANZA

En el ábside oriental de la basílica del Santo Sepulcro, entre las capillas llamadas del *Cepo de Cristo* y de la *División de los Vestidos*, encuéntrase la de San Longinos, por otro nombre del *Título de la Santa Cruz*, porque según tradición inmemorial, allí estuvieron depositados y expuestos a la veneración pública el título, la lanza y la esponja. Arquitectónicamente considerada, lo mismo que las demás del ábside, nada ofrece de particular esta capilla, perteneciente a los griegos cismáticos, y en cuyo altar único se ve un lienzo que representa al soldado Longinos, abriendo con su lanza el divino costado del Señor, ya muerto y pendiente de la Cruz.

Y los judíos (porque era la Parasceve), para que no quedasen los cuerpos en la Cruz, el sábado (por que aquel era el grande día de Sábado), rogaron a Pilato que les quebrasen las piernas y que fuesen quitados.

* Vinieron, pues, los soldados y quebraron las piernas al primero y al otro que fue crucificado con él.

* Mas cuando vinieron a Jesús, viéndole ya muerto, no le quebraron las piernas.

* Mas uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y salió luego sangre y agua.

* Y el que lo vió, dió testimonio: y verdadero es el testimonio de él. Y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis.

* Porque estas cosas fueron hechas para que se cumpliese la Escritura: no desmenuzareis hueso de él.*

Como en el anterior texto evangélico emplea San Juan la palabra *lanza*, infieren de aquí algunos que Longinos era soldado de caballería, pues entre griegos y romanos, únicamente los jinetes usaban lanza; pero parece casi seguro que los soldados romanos que crucificaron a Jesucristo nuestro Señor fueron cuatro y de a pie, lo cual en nada se opone al sagrado texto, pues sabido es también que los infantes romanos, encargados de custodiar a los ajusticiados, usaban una lanza pequeña que podríamos llamar *hasta pica* o *rejoncillo* y que se componía de tres partes: la punta o cúspide (*cuspidis*) de bronce o hierro, aplastada, cortante y ancha; el astil, palo o mango (*hasta*) generalmente de Fresno; y un chuzo o punta metálica por contera (*spiculum*) que servía para clavar verticalmente la pica o asta en el suelo y que podía utilizarse en caso necesario como arma ofensiva y defensiva.

Los romanos abandonaban a las fieras, dejándolos pendientes del suplicio, los cadáveres de los ajusticiados, como se acostumbraba entre nosotros no hace muchos años con los ahorcados; pero, para cerciorarse de su muerte, les quebraban las piernas (*crurifragium*) o atravesábanles el pecho con un acero o lanza (*transverberatio*). El verdugo encargado de practicar esta operación última se llamaba *confector* y en las actas de los mártires le vemos con frecuencia practicar su repugnante oficio. Según el Evangelio, los soldados quebraron las piernas a los dos ladrones y no hicieron lo mismo con Nuestro Redentor Jesús, porque estaba ya muerto cuando se acercaron a él; pero los recelosos judíos, que no olvidaban fácilmente la resurrección que de sí mismo había predicho el Crucificado, llamaron sin duda al *confector*, que fue Longinos, para que atravesase con su asta el divino costado.

Varias y poéticas son las tradiciones y leyendas

piadosas que a la conversión de Longinos se refieren. Parece que era sirio de nación, tuerto ó casi ciego, y capitán ó caudillo de los soldados romanos que crucificaron al Señor.

Era el Viernes Santo al atardecer. La naturaleza se había estremecido de horror al presenciar, en la cima del Gólgota, aquel nefando deicidio; las criaturas todas lloraban a su manera la muerte del Criador; chocaban unos contra otros los peñascos: abríanse las sepulturas para dar paso a los muertos; temblaba la tierra; oscurecía el sol; rasgábase de arriba abajo el velo del templo; y los ángeles escondían el aterrado y hermosísimo rostro detrás de sus deslumbradoras alas para no ver aquella escena de horrores. Longinos presenciaba atemorizado y medio contrito el terrible espectáculo, cuando por razón de oficio se vió precisado a herir con su lanza el divino costado del Salvador. Sostienen unos que la lanza abrió el costado derecho de Cristo nuestro bien: otros que el izquierdo. Inocencio III, Benedicto XIV, el Venerable Beda, Suárez y Cornelio a Lápide, con la tradición más antigua, opinan lo primero y en el costado derecho recibió también el Serafín de Asís el estigma de la llaga. Sea lo que fuere, todos admiten que el corazón de Jesús quedó atravesado y de aquella divina llaga brotó en seguida sangre y agua, como dice el Evangelio. El hierro de la lanza salió mojado en sangre, que corrió astil abajo hasta tefir las manos de Longinos. Por natural impulso se las llevó a los ojos, é inmediatamente sanó de cuerpo y alma, recobrando la buena vista y exclamando con los que, dándose golpes de pecho bajaban del Calvario: ¡Verdaderamente este hombre era hijo de Dios!

La tradición, recogida por San Agustín y San Buenaventura, añade que el soldado Longinos, centurión a quien se confió la custodia de Jesús y de los dos ladrones, lloró en el mismo Gólgota sus culpas, abrazó el cristianismo y después de haber hecho en Jerusalén penitencia pública por sus pecados, se retiró a Cesárea de Capadocia, en donde predicaba la fe y tuvo la dicha de dar su sangre por Aquel cuyo divino costado abrió con su lanza. El Martirologio romano, empleando la palabra *perhibetur* (dícese) adopta la opinión de San Agustín y conmemora el martirio de San Longinos el día 15 de Marzo.

La santa lanza, que debió encontrarse por Santa Elena con la Cruz y demás instrumentos de la Pasión en la cisterna abandonada del Gólgota, durante los primeros siglos se veneró en la basílica del Santo Sepulcro y en el lugar que hoy ocupa la capilla de San Longinos. En tiempo del Venerable Beda (672-735) custodiábase la lanza en relicario de madera, que tenía la forma de cruz, bajo el Pórtico, llamado del Martirio, en la basílica del Santo Sepulcro. Arculfo, obispo francés, la vió allí a fines del siglo VII. El astil estaba roto en dos pedazos y todo Jerusalén veneraba la santa reliquia. San Gregorio de Tours asegura que permaneció en la santa ciudad hasta que, con motivo de haberla asaltado los persas, la hizo trasladar a Constantinopla el Emperador Neradio. Otros autores sostienen, por el contrario, que durante siglos, estuvo expuesta a la adoración de los fieles en la iglesia de San Pedro de Antioquia y los Sres. Fernández y Freire, en su precioso *Diario* tantas veces citado, cuentan lo siguiente:

«Cuando aquella reina del Orentes (Antioquia) cayó en poder de los sarracenos, los cristianos enteraron la preciosa reliquia, para evitar las profanaciones de los hordas mahometanas. Conquistada la ciudad por los soldados de la Cruz, vióse de nuevo cercada y puesta en tal aprieto por Kerboga, soldán de Mosul, que ya los sitiados estaban a punto de rendirse, cuando apareciéndose el apóstol San Andrés a un sacerdote de Marsella, llamado Pedro Bartolomé, le indicó el sitio donde estaba escondida la Santa Lanza. Lleno de ansiedad se dirigió al lugar indicado, seguido de un gentío inmenso, que ébri de entusiasmo, ensordeció los aires con los gritos de ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere! cuando a las primeras azadonadas descubrió el inestimable tesoro. Aquella noche pasáronla los Cruzados en actos de oración y de penitencia, y al día siguiente salieron de la ciudad, precedidos de la lanza y distribuidos en doce cuerpos en memoria de los doce Apóstoles, arremetieron al enemigo con tal ímpetu, que casi le exterminaron. Trescientos musulmanes abrazaron la fe en vista del prodigioso triunfo, y se derramaron por toda la Siria, proclamando a grandes gritos que no había otro Dios que el Dios de los cristianos.»

Es lo cierto que la lanza formaba parte del tesoro de las reliquias, existente en Constantinopla. La punta o cúspide férrea de dicha lanza, es decir, su

* San Juan, cap. XIX, vers. 34.

* San Marcos, cap. XV, vers. 34.

* Santiago, etc., tomo II, pág. 322.

parte más preciosa, pues es la única que estuvo en desgarrador contacto con las carnes sacratísimas del Redentor, la cedió el emperador Balduino II a San Luis, rey de Francia, en 1243, con las demás reliquias, que había dejado en prenda a los venecianos.

En 1492 el Sultán Bayaceto II, sucesor de Mahomed II, que al tomar a Constantinopla en 1453 se había apoderado también del tesoro de las reliquias, regaló la Santa Lanza al Papa Inocencio VIII, el cual salió a recibirla procesionalmente, con inaudita pompa, acompañado de todo el clero y de muchedumbre grande de fieles, el 31 de Mayo de aquel año, y por sí mismo trasladó tan preciosa reliquia desde la iglesia de Santa María del Pópulo a la de San Pedro, en donde se conserva. Sabido es que son cuatro las grandes pilastras que sostienen la cúpula grandiosa de Miguel Angel. Cada una de ellas, por la parte que mira a la Confesión de San Pedro, ostenta dos nichos, el inferior con una estatua y el superior convertido en relicario. Las estatuas representan a la Verónica enseñando la Santa Faz; a Santa Elena con la Cruz y los clavos de la Pasión, a San Longinos con la lanza, y al apóstol San Andrés. Pues bien: en los nichos superiores respectivos se guardan la Santa Faz del Salvador, impresa en el lienzo de la Verónica, reliquias de la verdadera Cruz, la Lanza y la cabeza de San Andrés. En el precioso relicario de la Lanza puede leerse la siguiente inscripción, que copio de la obra de los Sres. Fernández y Freire:

LONGINI LANCEA,
QUAM INNOCENTIUS PONT. MAX.
A BAYACET TURCARUM TYRANNO ACCEPIT,
URBANUS VIII.
STATUA APPOSITA ET SACELLO SUBSTRUCTO,
IN EXORNATUM CONDITORUM
TRANSLULIT.

A la lanza de San Longinos se refiere, por último, la siguiente leyenda anónima, escrita tal vez por algún jesuita, devoto ferviente del Sagrado Corazón de Jesús, que tomó de una revista religiosa: «El soldado Longinos bajaba pensativo por la cuesta del Calvario, llevando al hombro la lanza con que había abierto el costado de Cristo.

«Una gota de sangre había quedado en la punta, aun roja, é iba a caer sobre el polvo del camino.

«Dios la depuró un cáliz.

«A la orilla del sendero brotó de pronto un tallo, sobre el tallo formóse un capullo, y el capullo se abrió: era una azucena blanca como los mantos de los ángeles.

«La gota de sangre cayó en la corola, y la corola volvió a cerrarse.

«Longinos no había advertido el prodigio y había seguido su camino.

«Pero uno de los arcángeles que rodeaban el Calvario se había separado de las celestiales huestes y había seguido al soldado. Prostróse y cogió la flor.

«En seguida echó a volar, y apenas entró en el cielo, plantó la bella azucena en el jardín de los ángeles.

«Cada primavera brotaba un nuevo tallo, pero el capullo no se abría. Cuatro o cinco veces, no obstante, a través de los siglos, estuvieron a punto de abrirse los pétalos de la azucena, y aun dejaron transpirar un perfume suave, suave... Era cuando en el mundo había almas enamoradas del Sagrado Corazón...

«El arcángel prosternado esperaba entonces que la hermosa azucena iba a abrirse, pero permanecía más y más cerrada.

«— Señor!— decía, haced florecer la azucena del jardín de los ángeles.

«El Señor mandó al capullo que se abriese, y un aroma embriagador inundó el paraíso, luego se inclinó la corola y la gota de sangre cayó! La gota atravesó todas las esferas celestes, las estrellas que la veían caer lanzaban todos sus rayos y la gota de sangre aparecía roja como púrpura y con cien mil bellísimos cambiantes.

«Cayó, cayó en un rincón del mundo, donde oraba en una humilde Iglesia una niña postrada con las rodillas desnudas en tierra.

«Era entre las dos elevaciones de la misa, y la niña decía unas palabras que repetía con delicia sin que atinara a comprenderlas:

«¡Oh, Dios mío! Os consagro mi pureza y os hago voto de perpetua castidad.»

«Cuando se incorporó después de la segunda elevación, vió una gota de sangre brillante como el fuego que caía sobre ella: la recogió en sus manecitas,

la llevó a sus labios, y como las flores beben el rocío, así bebió ella la gota de sangre.

«Desde entonces ardió su corazón siempre en su pecho.

«La niña era Margarita María Alacoque, y la Iglesia la del Castillo de Terreau en Borgoña.

«La devoción al Sagrado Corazón acababa de ser sembrada en el mundo con la última gota de la sangre preciosísima del Costado de Cristo atravesado en el Calvario.

«Desde entonces, la sangre de Jesucristo bebida en la Sagrada Mesa enciende en los pechos generosos la devoción al Corazón Sagrado.»

M. POLO Y PEYROLÓN.

SINE-FIDE

— ¿Tú lo has visto?
— Sí.
— Pues no lo creas.



El año de revolver papeles viejos llevó a un monomaniaco de estos que se alimentan con lo amarillo del papel, como los flacos de estómago mantienen la suya con lo rancio del vino, a un archivo de cierta casa grande, donde había almacenados legajos a centenares, solamente conocidos de alguno que otro ratón que, a falta de queso fresco, se conformaba con papel añejo.

Buscando y rebuscando un día y otro día, como si entre aquel golfo de letras y guarismos se prometiera encontrar el filón de una mina de oro, vino a dar con un curioso manuscrito, que le fué fácil adquirir, por atribuirle sus dueños escasa importancia, y fué para él como dar en el Perú de sus ambiciones; porque pasó el resto de sus cortos días tan dado a la conservación de su tesoro que no le dejó ver sino de sus propios ojos, hasta que vino a cerrarlos la muerte para siempre, y a poner aquel tesoro en un puesto del Rastro, entre otras baratijas que pregonaba a cuatro cuartos un trapero recientemente ascendido a comerciante de aquella gran espuerta de la basura de Madrid.

Rescatado por un amigo mío, vino a parar a mis manos, y viendo en él algo instructivo y provechoso para las familias que aspiran a recrearse sin daño de su inteligencia y sin riesgo de su corazón, lo destiné al periódico que mejor responde a este fin.

El manuscrito en cuestión parece escrito a fines del siglo XVII y su contenido es el siguiente:

RELACIÓN exacta, curiosa y entretenida de lo que sucedió al muy notable caballero Francisco Pérez de Astudillo en la isla y ciudad de Sine-Fide, y del fin que ésta tuvo.

PREFACIO

AL PÍO Y BENEVOLO LECTOR.

La narración que te ofrezco es fiel traslado de la historia que oí contar al protagonista de ella, y este tal vivía, no ha muchos años, en una aldea de Galicia, donde hoy gozan sus hijos del buen fruto de su enseñanza y del pingüe rendimiento de su hacienda.

Verás en este libro, si es que alguna vez me decidí a darle a la estampa, y si no, en este manuscrito, como es verdad lo que algunos marineros afirman haber visto en la mar, islas que como encanto aparecen y desaparecen de un punto y no tornan a aparecer en él. Verás asimismo qué cosas permite Dios para castigo de los hombres y de los pueblos que dejan flaquear la fe, y cómo sin ella no se puede vivir. Si dices que por extravagante no das crédito a mi historia, allá te las avengas, que yo cumplo con referirla, y a tu cargo queda no desaprovecharla. — Vale.

CAPÍTULO PRIMERO

De cómo D. Francisco Pérez de Astudillo llegó a la isla de Sine-Fide, y lo que en ella vió.

Tornaba D. Francisco Pérez de Astudillo a su casa de un viaje a las Indias en uno de los mejores galeotes del Rey nuestro señor, cuando le tomó en la mar tan recia tormenta, que nunca otra igual vieron los expertos marineros que le acompañaban. Tan prietos se hallaron en medio de aquel furioso temporal, que, perdidas las esperanzas en lo humano, pusieron el pensamiento en lo divino, como es conforme a la flaca condición del hombre, que no piensa en Dios sino cuando se cree citado a com-

parecer a su presencia, y aun entonces quiere tornarse al mundo a toda costa, haciendo votos en demanda de milagros. No quiso hacerle Nuestro Señor con aquellos desdichados, que todos perecieron menos uno, que asido a un mástil llegó a tomar tierra en una costa desconocida. Era este Don Francisco Pérez de Astudillo, caballero español de muy honrado linaje, cristiano viejo y mozo valiente, de apreciable condición y trato tan verdadero que era creído por su palabra como si fuera rey.

Una vez repuesto un poco de la congoja que trae consigo andar entre la vida y la muerte, aun a los pechos más esforzados, acabó de confortar al suyo dando a su Criador las más fervorosas gracias de haberle salvado la vida, pidiéndole con muchas lágrimas que fuera misericordioso juez con aquellos sus compañeros que acaso entonces se hallaban dándole cuenta de sus pecados. Hecho esto, se puso a discurrir por aquella solitaria costa, que le pareció triste y desabrida como ninguna otra, porque no hallaba en ella rastro de vegetación ni de cultivo, ni veía otra cosa que algunas piedras negras y estériles arenales de un color ceniciento. Andando, andando, llegó a ver a larga distancia unas como chozas de pastores y algunos árboles de poca elevación. Encaminó hacia ellas sus pasos y mucho antes de llegar vió sembrados, aunque eran tan pobres y mezquinos que, lejos de recrear el ánimo, le causaban pena y abatimiento, dándole a entender cuánta debía ser la miserable condición de aquel pueblo. Llegó a él por fin, pareciéndole de cerca tan grande como una ciudad de las más razonables que había visto, en términos que, de tal la hubiera calificado a no tener en cuenta que no se destacaba ninguna señal de torre ni de atalaya, ni otra señal de edificio que mereciera este nombre, alcanzándose a ver solamente una casuca grande que sólo en su tamaño y elevación se diferenciaba de las otras.

El primer hombre que vió hubo de parecerle saltador de caminos, acreditado por la inquieta mirada y fiera catadura del semblante, no menos que por un arcabuz que desde luego enfó hacia Don Francisco diciéndole a grandes voces:

— Pára, pára, malsín, traidor, y dime quién eres y a dónde vas o te cuesta la vida en este instante; a cuyas voces contestó D. Francisco con sosiego ademán: «No soy malsín ni menos traidor, sino un pobre naufrago que acaba de tomar tierra en esta costa. Dineros llevo pocos conmigo, que lo más se hundió en los abismos con el galeón que me traía; pero esos daré de buena gana y no por fuerza por saber qué país es este y dónde me darán posada;» a lo cual contestó el hombre del arcabuz: «No imaginéis que os he creído una sola de vuestras palabras; pero si no venís contra mí, pasad de largo sin mirarme.» Suspenso se quedó con esta plática Don Francisco, y más que suspenso mohíno y sonrojado con pensar que tal debía ser su figura que era causa de sobresalto, cuyo pensamiento y confusión fué creciendo a medida que iba viendo otros hombres con quienes se repetía el mismo suceso, hasta que tuvo ocasión de advertir que todos iban armados del mismo modo, y que se recelaban los unos de los otros, no llegando a pasar nunca tan cerca que se pudieran tropezar, ni tan descuidados que no dejaran de ponerse en guardia, con lo cual creció de punto su admiración.

Entró en el poblado a la caída de la tarde sin lograr que nadie diese crédito a sus palabras ni le mostrara sombra de confianza. Esas casas, si así debían llamarse aquellas chozas de tierra, estaban todas cerradas, y ya de puro molido y fatigado pensaba en renunciar a toda idea de comunicación con aquellas extrañas gentes, cuando oyó que desde una ventana le chicheaba un joven, haciéndole seña con la mano para que se acercase.

Acudió gozoso al llamamiento teniendo buen cuidado de no despegar sus labios, y esta precaución le dió buen resultado, pues el joven se apresuró a decirle: — Conozco palmo a palmo toda la isla de Sine-Fide, y puedo asegurar que sois extranjero en ella. Acaso sepáis algo del arte de curar, y aun cuando no, sabréis mi desgracia, que siempre parece que las penas se dividen y disminuyen cuando se comunican. De todos modos tendréis en mi casa posada, que en otra parte os será muy difícil encontrar. Esperadme un instante que bajo a abrir la puerta. Al poco tiempo sintió D. Francisco descender llaves y cerrojos, cuya existencia no podía sospechar en tan humilde casucha y penetró en su interior.

CAPÍTULO II

En que se declaran muchas y extrañas cosas de la historia de Sine-Fide.

No era posible perderse en la singular vivienda donde D. Francisco acababa de ser introducido;

1. Lanza de Longinos, que el Sumo Pontífice Inocencio recibió de Bayaceto, sultán de los turcos, y que Urbano VIII, fabricada la imagen y hecho el oratorio, mandó colocar en el embellecido relicario.

porque se reducía a tres aposentos y un pequeño corralillo. Respecto al mueblaje se hace fácilmente su descripción diciendo que se reducía a unos cuantos cojines a usanza morisca, a una cama tendida en el suelo en un ángulo de la habitación, y a una mesa enana de tosca hechura. Esto en cuanto al estrado, que por tal debía tomarse el aposento donde era recibido el huésped, habida consideración a que desde allí se veía como en el de la derecha que la pared estaba más próxima a la puerta de la entrada de lo que convenía para pensar que aquel cuarto pudiera ser bastante espacioso para estimarle principal.

En el de la izquierda se veía el ahumado hogar con sus naturales distintivos de sartenes, jarros y escudillas, y en el fondo una ventana al corralillo donde cacareaban unas cuantas gallinas escarbando el suelo.

— Habéis de saber, dijo a su huésped el sinfeideino, después de indicarle cortésmente a que tomara asiento en un cojín, que os encontráis en la muy noble, heroica y descreída villa y corte de Sine-Fide, antes Tierra-errante, llamada de este modo a consecuencia de estar nuestra isla, como un bajel, mecándose en la mar, sin llegar jamás el caso de tocar en otra tierra; de suerte que, estando siempre de viaje hizo gran caudal de conocimientos, y llegó a grande altura en los pasados siglos. Quiso nuestra mala suerte que a fines del pasado arrojara una tormenta sobre nuestras costas a unos herejes que se decían luteranos, y otros no sé qué y movieron tal algarabía con sus disputas religiosas, que nos hicieron dudar de su fe, y por ahí empezamos a perder la nuestra, en términos que antes del año dimos con las iglesias en tierra, y se publicó un decreto mandando que no se hablase más de religión en Tierra-errante.

Poco tiempo después empezamos a dudar de las autoridades, y dimos con ellas en el suelo, con tanta facilidad como habíamos dado con las iglesias, y acabamos, en fin, por dudar los unos de los otros, no confiando nadie en su coleta ni en cosa alguna de las que le rodean. No falta alguna dueña que jura ser castigo de Dios lo que nos sucedía, prediciendo horribles cosas y desastres nunca vistos; pero nadie la creyó; antes al contrario, nuestros abuelos examinaron el negocio en consejo, y vieron que había un gran adelanto y notoria comodidad en no creer nada, y que este carácter constituiría uno de los más preclaros distintivos de nuestra ciudad, mediante a que no creyendo en nada se cerraba la puerta a todos los errores, y desconfiando de todo se cortaba el camino a todos los engaños y bellaquerías que antaño les sofocaban.

En aquel punto se acordó mudar el nombre a la isla y a su corte, llamándola Sine-Fide, y desde entonces hemos adelantado tanto en la materia que no os cansaréis de ver y oír maravillas. Nuestras casas eran verdaderos alcázares, pero perdida la fe como por encanto, nadie pensó más en fiarse de los alarifes para que construyeran, temerosos de que los habían de hacer de modo que se viniese la casa al suelo tan pronto como acabasen de cobrar, y así cada cual se construyó la vivienda según mejor le parecía, perdiéndose por completo el arte, con mucho bien de la República, porque se perdieron de vista los alarifes y se allanaron las costumbres tanto como veis.

Aquí no se hace una escalera porque nadie puede tener en ella la confianza necesaria para subirla; ni se usan taburetes, ni escaños, ni tabladillos de cama por la misma duda que ofrecen de su resistencia y buenas condiciones para el servicio a que se les quisiera destinar.

(Se continuará.)

SAN VICENTE DE PAUL

Y LAS HIJAS DE LA CARIDAD

RECORDARLES a las presentes generaciones de cada pueblo las glorias verdaderas de sus anales, fué siempre deber que impuso el amor de patria, y medio eficaz y adecuado para suscitar en sus hijos el culto a lo noble y bueno, con que se eleva la civilización de las naciones; que si éstas tienen civilización, es porque tienen historia, y porque en esa historia viven con esmalte perenne aquellas verdaderas glorias, que no son sino virtudes, ciencias, artes y heroicas hazañas, luz y guía a las generaciones venideras. No es mucho, pues, que así en lo antiguo como en

lo moderno se disputen villas y ciudades a las veces la honra codiciada de ser patria de santos, de sabios, de artistas y de guerreros, cuando la injuria de los tiempos ha borrado los rastros auténticos que debían señalar su lugar natal; y nadie se admira de que el declarar la patria de Homero, del Cid, de Cervantes, y de otros preclaros varones, haya sido asunto de ruda controversia y aun de ejecutorias, litigadas ante las chancillerías con el mayor empeño.

Motivo tienen los hijos de Castilla y Aragón para sostener una de esas aspiraciones de legítima gloria; no por vanidad y arrogancia, móviles impropios del sentir cristiano, sino por amor a la verdad y a la justicia, y por amor también a la patria española; porque en verdad se hallan en su historia documentos que le dan títulos para considerarse cuna de la primitiva idea que dió origen a ese nermoso fruto de la doctrina cristiana que se apellida *Hijas de la Caridad*, y para juzgarse también patria de su mismo fundador, el héroe de humildad acendrada y de inextinguible caridad San Vicente de Paul.

El viajero que, llegando a Burgos, la ilustre y antigua ciudad, cuna de héroes, mansión de reyes, madre de graves costumbres, intente conocer los principales monumentos de su pasada grandeza, e inquiera cuáles son los más importantes entre los muchos que allí se cuentan, oirá decirle: Vea usted sobre todo la Catedral, las Huelgas con su Hospital del Rey, y la Cartuja de Miraflores. Y luego procure usted ver también el palacio del Condestable, la Casa Consistorial con el arca de los restos del Cid Rodrigo Díaz y de Doña Jimena, Santa Gadea con el histórico ó legendario cerrojo de la Jua, el solar de la casa del Cid, el arco de la casa del conde Fernán González, a la falda del castillo, la tumba del Empecinado (D. Juan Martín Díaz) y algunas cosas más. Pero a nuestro intento no hace ahora el fijar nuestra consideración sino en la abadía de las Huelgas con su Hospital del Rey.

A la manera que el gran Santo y gran monarca Fernando III y su esposa Doña Beatriz fundaron la Catedral famosa, ejemplar insigne del arte gótico, cediendo al intento su propio palacio y el demás terreno que fué menester, y el rey Enrique III, el *Doñante*, a su temprana muerte declaró haber ofrecido destinar a convento religioso el bello parque de Miraflores, que el mismo había establecido y acotado, cuya voluntad cumplieron; D. Juan II entregando aquella posesión regia a la Orden de San Bruno, y su hija Doña Isabel la Católica dando impulso y remate a la fábrica del gran templo, que languidecía en el reinado de Enrique IV; así también la célebre abadía de las Huelgas fué fundada en 1180 por Don Alfonso VIII, el de las Navas, sobre el área de su palacio de recreo ó de huelga, en la vega de Burgos, de lo cual le vino el nombre. En sustitución de la antigua iglesia, el mismo rey San Fernando y el Obispo D. Mauricio, erigieron hacia el año de 1220 el grandioso templo actual, con su torre almenada, que domina todo el recinto de aquella verdadera plaza feudal, y en cuyas tres naves, cerradas hasta el crucero con muro y rejas de clausura, descansan en paz, en sendos enterramientos aislados, más de treinta personas reales, como formando silencioso cortejo al gran sepulcro de Alfonso VIII y de su mujer Doña Leonor, en medio de la nave del centro; a los del emperador Alfonso VIII, de Enrique I y de Sancho el *Descaído*, en la nave de la derecha, y a los de la infanta doña Berenguela, hija de San Fernando, y de Doña María de Aragón, tía de Carlos V, en la nave de la izquierda. Son las religiosas *huelgas* profesas, de la Orden cisterciense, ó de San Bernardo que reformó la de San Benito; pero las legas siguen la Orden de San Benito misma. Sus abadesas mitradas, que llevan el tratamiento de ilustrísima, ejercieron jurisdicción canónica y civil, casi tan grande como la de un Obispo feudal; dado que expedían dimisorias, nombraban capellanes, curas, prebendados y priores ó prebendados de otros conventos subalternos; así como *justicias*, alcaldes mayores, regidores y otros cargos concejiles, en los cincuenta y un pueblo de su rico territorio abacial.

Otra preeminencia tuvo esta abadía. Fundado también por el monarca D. Alfonso VIII el grandioso *Hospital del Rey*, así nombrado por alusión a su fundador, y que era de los apellidos *urbis et orbis*, dotóle, como a la abadía, de rentas y condiciones favorables a su servicio. Todavía se llama la puerta primitiva (notable en arte) de este vasto asilo *Puerta de Romero*. Por sus umbrales entraban los muchos peregrinos, que de España y de fuera de ella cruzaban los campos de Castilla camino de Santiago de Compostela, ya para tomar descanso y proseguir su viaje, ya por enfermedad que en él les hubiera asaltado. Santiago de Compostela fué santuario de universal renombre, tan visitado en la Edad Media, como el Pilar de Zaragoza en Aragón

y Montserrat en Cataluña. Y para que el asilo de *romeros* ó peregrinos en Burgos tuviese estable y firme régimen, el fundador lo entregó a la abadía de las Huelgas en calidad de dependencia suya. Sus extensas, embovedadas y limpias estancias, y cómodos y aseados lechos, no son su principal ventaja; tuvo una en aquellos tiempos, que en todos es muy de estimar, un intérprete de todas lenguas, para ayuda y consuelo de los extranjeros acogidos; y tuvo y tiene otra más preciosa aun, el patrocinio de una mano infatigable, solícita y bienhechora, que por amor de Dios y gracia a la luz divina del Evangelio, le diera a la asistencia de aquella casa calor de familia, y aun más si cabe, merced al santo fuego de la caridad. Acudióse primero a honradas *dueñas*, y a poco se creó un tercer brazo de la abadía, las *hermanas comedadoras* (que así son llamadas de la Orden misma de San Benito, pero *sin clausura*; verdaderas *hermanas* de aquellos enfermos protegidos, que en noble y cariñosa confraternidad viven con ellos, y a ellos dedican la ternura de su corazón cristiano, y el asiduo cumplimiento de sus votos religiosos. ¡Con cuán especial contento, y pudiera añadirse español orgullo (si el orgullo tuviese cabida en asuntos cristianos), se llega a averiguar que esta fundación insigne del gran Alfonso VIII fué el primer hospital del mundo, en que se sabe que fuese utilizada la delicadeza y paciencia de la mujer en favor de la humanidad enferma y desvalida. Por manera que púedese decir, que, en medio de este pueblo de la católica España, en la noble ciudad de Burgos, gracias a la inspiración de reyes magnánimos é ilustres obispos, existe desde principios del siglo XIII, cuatro siglos antes que en otras naciones, el modelo en castellano de la *hija de la caridad*, llena de dulzura, de alegría, de inteligencia, de sencillez y abnegación: que tales son los caracteres distintivos de la *hermana comedadora* del Hospital del Rey; modelo que el gran San Vicente de Paul generalizó y consagró después para toda la cristiandad en su moderno y bendecido instituto, ayudado por la generosa y expansiva condición de la Francia, y, sobre todo, por la virtud del Evangelio, que a todo bien humano le da sello y timbre de bien universal.

Pero hemos nombrado al apóstol moderno de la caridad, al que, nacido de Juan Guillermo Paul y de Bertranda Moras, su esposa, bajo el pontificado de Gregorio XIII, en 24 de Abril de 1576, según por datos indirectos se sabe, ha llegado a ser en su persona y en las de sus dos ramas de hijos, los *Padres de la misión* y las *Hijas de la Caridad*, gloria de la Iglesia y de la humanidad entera. Y vamos a decirles a nuestros lectores lo que también sucede tocante a este gran santo.

Se le ha reputado generalmente como nacido en Ranquines, pequeña aldea del pueblo de Pouy, a tres leguas de Dax (antes Aegs), al lado allá de los Pirineos. Pero es el caso que al verificarse los trámites de su beatificación, decretada en 13 de Agosto de 1729 por Benedicto XIII, y de su canonización, promulgada por Clemente XII en 16 de Junio de 1737, no se pudo llevar al expediente formado por la congregación de Roma la partida de bautismo, la cual no se sabe que haya sido encontrada todavía en ninguna parte, y hubo de suplirse esta falta por medio de una información testifical. En los mismos relatos de la vida de San Vicente, que andan impresos, hallase confirmada la ignorancia que se tiene acerca de los primeros años y el primer origen de su existencia. Dice el P. Fr. Juan del Santísimo Sacramento, en su *Vida de San Vicente de Paul*, escrita en castellano: «El humilde linaje de Vicente y el tiempo que ha transcurrido desde su nacimiento son causa de que ignoremos muchos acontecimientos de los primeros años de su vida.» Y bien se deja ver que, tratándose de Santo tan insigne y de nación tan expansiva y celosa de sus glorias como es la Francia, ni la humildad de la familia de aquél, que, por otra parte, en lo tocante al linaje en general no resulta comprobada, ni la fecha, en verdad no muy remota de su nacimiento (el mencionado año de 1576), hubieran sido parte a oscurecer los sucesos de su infancia, y mucho menos cuando fué tal la aureola de sus virtudes y el olor de su santidad, que, aun en vida, fué buscado requerido por magnates y príncipes, y seguido y escuchado por las gentes de cada pueblo; y muerto el día 27 de Septiembre de 1660, púsose mano al punto a tratar de sus virtudes heroicas, promoviendo su beatificación a los pocos años. Lo cual nos dice que la causa verdadera de ignorarse los hechos de su primera edad, y de no haberse hallado todavía su partida sacramental de bautismo, no debió de ser otra que el no tener en Francia su patria natural, sino su patria adoptiva. Y en verdad que no es esta escasa gloria para la nación vecina, tanto más, cuanto que en ella encontró San Vicente sus caminos de santidad y los auxiliares eficacísimos de su caridad fervorosa é inex-

tinguible. Aquella corona de egregios discípulos de San Vicente en la vida espiritual vióse formada con otras tantas joyas del tesoro de glorias ilustres de la Francia. Vamos a citar algunos tan solamente; a saber:

La duquesa de Aiguillon María de Viguerod, sobrina del Cardenal de Richelieu y casada con el Sr. de Comballer, sobrino del condestable de Luynes y muerto en el sitio de Montpellier, que, viuda en la flor de su edad y colmada de riquezas, hermosura y halagos, volvió a todo esto la espalda, para darse a Dios, dotar a Marsella, París y la Lorena de grandiosos establecimientos de beneficencia, y esparcir su caridad por las cuatro partes del mundo, guiada por las inspiraciones de aquel varón ejemplar. La señora Le Gras (Luisa Marilletac), casada con Le Gras (secretario de la reina María de Médicis), que fué otro portento de virtudes. Su confesor, el Obispo de Beilei, unido por estrecha amistad a San Francisco de Sales, y sabedor por éste de la ciencia y santidad de Vicente, le designó para sucesor suyo en la dirección de aquella dama ilustre que con tal guía floreció en virtudes abundantemente y fundó la «Compañía de Doncellas», y sobre tal base el glorioso instituto de las «Hijas de la Caridad», del cual, según vimos, había ya en España algún honroso preludio desde siglos antes, y de cuyas santas vírgenes, lo mismo en Burgos que en París y en todo el mundo, puede bien decirse lo que de ambos fundadores Vicente y Luisa, que han juntado en nobilísimo consorcio, para bien de la humanidad, las cristianas tareas de *Marta y de María*. Natal de Bruslard de Silery, caballero de la Orden de Malta y comendador de ella en Troyes, personaje principal de la corte francesa, que brilló en ella y en las embajadas de Italia, España y otros países, para asociarse luego a Vicente también, y abrazado al sacerdocio, dar larga cosecha de virtudes y buenas obras. Luis de Rochechouart de Chandenier, sobrino del Cardenal la Rochefoucauld, y sacerdote ejemplarísimo, por cuya muerte lloró Vicente, cosa en el extraordinario recordarlo como había crecido en virtudes a su lado en la célebre casa de San Lázaro, de París. Renato Almerás, hijo de nobles magnates de aquella corte, que, habiendo vestido en pos de brillantes estudios la toga del Consejo de Francia a los veinticinco años, la trocó a poco por el hábito sacerdotal de los PP. de la Misión, y desempeñando importantes servicios en vida de San Vicente, fué a la muerte de éste el segundo superior general de la Congregación, de humildad y caridad tan firmes, que jamás hablaba de los defectos de otro, y en treinta años de enfermedad penosa, al arriar sus acerbos dolores, solo prorrumpe en las palabras de San Agustín, *hic uix, hic sece, hic non parcas, modo in aeternum parcas*. Antonio Portail, sacerdote de la diócesis de Arlés, el primer compañero de Vicente, que, brillando en santidad, pasó cincuenta años a su lado.

No escasa fortuna es esa, repetimos, para la nación vecina, y no poco esalta sus ricos anales. Pero si fué ilustre patria adoptiva de Vicente de Paúl, si éste encontró en ella, por disposición de la Providencia, sus caminos de santidad y los más egregios auxiliares de su caridad incomparable, no ha querido Dios dejarle al mundo pruebas de que sea su patria natural; antes por el contrario, las tenemos, y muy vehementes, de que esa suerte le cupo a España, según vamos a verlo en lo que sigue:

Hay en el Alto Aragón, junto a la frontera pirenaica, una región importante, merced a la actividad e ingenio de sus pobladores, que en tales dotes compiten con sus comarcas los leridenses. De aquella parte caen la ciudad de Barbastro, las villas de Graus y de Tamarite y otros pueblos de valía. El historiador Pedro Aznar, o Fray Jerónimo Aznar, que en su obra *Expulsión de los moriscos* tan largamente trató de los de Aragón, su patria, y que, como advierte Pellicer, comunicó con muchos de ellos, dice: «Que, además de los destinados para Zaragoza y Huesca estaba señalada para reina de Ribagorza la hija de Lope Alexandre, vecino de Barbastro, llamada Isabel Alexandre, moza muy hermosa, y que, entre otros aperebimientos costosos, tenía ya hecha la camisa, de tanto coste y tan rica, que indudablemente se vendió en Graus por precio de cuarenta libras (escudos); y la compraron Josefa Gil, viuda, o Leonor Pozuelo, y la Bayaza, mujer de un tal Ezmir». Y en esa región, que figura como importante, según se ve en la expulsión de los moriscos de España, existen fuertes razones para inferir que nació el Santo insigne Vicente de Paúl, cuya partida bautismal, ni aún para su canonización, como dijimos, han podido hallar los franceses. Y tales razones las vamos a exponer una por una, aunque sea en sucinto resumen.

En primer lugar, los apellidos *Paúl y Moras* de los padres de San Vicente, Juan Guillermo y Ber-

tranda; no son franceses, ni en Francia se conocieron hasta que el santo los hizo ilustres y memorables. En cambio, el apellido *Paúl*, que los franceses alteran al pronunciarle, llévanle en España familias antiguas, sobre todo en varios pueblos del obispado de Barbastro en el Alto Aragón, y otro tanto, y aun más, puede decirse del apellido *Moras* o *Mora*; hecho expresivo es éste que a toda hora pueden comprobar los que viajan por los pueblos aragoneses del Pirineo y otros de España, y por los franceses del otro lado.

En segundo lugar, es por demás notable que cuando el Papa Benedicto XIII verificó la beatificación de Vicente, en el año 1729, a los sesenta y nueve y nada más de su muerte, exigiera, como era natural, la Sagrada Congregación, que se presentara la partida de bautismo, y no fuera posible hacerlo, por más diligencias que practicaron los PP. de la Misión, muy extendidos ya entonces por toda Francia, y sobre todo en el obispado mismo de Aecs (hoy Dax), a que el pueblo de Pouy pertenecía. Y ni en tal sazón, ni después hasta hoy, que sepamos, ha aparecido razón alguna especial de no haberse hallado tan principal documento. Lo cual da a entender que no hay otra sino la de no haber nacido en aquel país. Y es de advertir asimismo, que en el proceso de aquella beatificación ninguno de los testigos examinados declaró terminantemente que el beato varón hubiese nacido en la parroquia de Pouy, sino que todos se refieren a la voz pública y a la opinión general fundada en el hecho cierto de haberse criado desde edad temprana en dicha feligresía.

Añádase ahora que, tocando a la raya de Cataluña, por la parte de Lérida, y no lejos de la de Francia, está asentada sobre el confluente de Aragón la villa de Tamarite de Litera, cabeza de aquel partido judicial, y en ella existe una casa antigua que llevó el nombre de Casa Paúl hasta el año de 1684, desde cuya fecha hasta el presente se viene llamando Casa Mola, sin duda por los cambios de personas que experimentó el dominio de aquella finca. Entre los ancianos de dicha villa se asegura ser opinión común y tradicional, que en la mencionada casa había nacido el fundador de los PP. de la Misión, San Vicente; y he aquí el modo con que explican muchos su transmigración a Francia: Hubo por los años de 1588 a 1590 (como después se ha repetido y se repite en varias ocasiones) desastres calamitosos y penuria grande en aquella región a que pertenece Tamarite, a causa de la falta de cosechas; lo cual produjo la emigración a Francia de muchas familias, entre las cuales debió de contarse la de San Vicente, cuando éste se hallaba en la edad de doce a catorce años. El hecho de la transmigración consta referido, según se afirma, en una escritura pública de aquella fecha y de aquel país; y harto sabido es que en otros puntos, también por razones semejantes, verificábase con frecuencia hechos análogos en nuestros días, de lo cual testifican los menorquinos y alcañinos establecidos en Argel, y los almerienses y murcianos avecinados en Orán. Cierto es que en los archivos de Tamarite no se hallan tampoco las partidas sacramentales de San Vicente ni de sus antepasados; pero esto logra explicación clara y perentoria, merced a otro hecho histórico harto conocido. Por lances de guerra de aquella comarca con Francia, el general tan nombrado, Mr. de Lamotte, entró a sangre y fuego en Tamarite por los años de 1642 a 1643, incendió los archivos y edificios públicos y arruinó la población; así es que los libros parroquiales más antiguos de aquella villa no alcanzan más que al año 1644; es decir, sesenta y ocho años después del nacimiento de San Vicente, y claro es que más años todavía después del casamiento de sus padres.

Corroboran las anteriores presunciones otro hecho averiguado, a saber: el haber seguido el Santo los estudios de teología en Zaragoza, cerca de cuya capital pone también algún historiador, en un pueblo de los circunvecinos, el lugar del nacimiento de su madre Bertrana Moras. El autor antes citado, después de decir que, al llegar a los doce años de edad le envió su padre a la ciudad de Dax para que pudiera dedicarse a los estudios; que lo encomendó al cuidado de los Franciscanos, en cuyo convento se criaban y educaban muchos mancebos; que el estudio era su entretenimiento, y así aprovechó tanto, que a los cuatro años llegó a ser maestro de sus compañeros; que por los elogios tributados a Vicente, le llamó a su casa un abogado de aquella ciudad, para que les enseñase la gramática a dos hijos suyos; continuando él sus estudios en los cinco años que duró esta ocupación; añade que, en Septiembre de 1596 recibió las órdenes menores, sin advertir en dónde.

Peró luego agrega: «Pidió la bendición a su padre, partió para Tolosa y de allí se fué a Zaragoza,

en cuya Universidad estudió teología por espacio de siete años, y luego se graduó de bachiller. A continuación expresa que recibió las órdenes del subdiaconado en el año de 1598, y en 23 de Septiembre de 1600 se ordenó de presbítero; siendo muy de notar la advertencia que sigue: «tanto cuidado tuvo siempre (dice el mismo autor) en guardar oculto lo que no conducía al servicio de Dios, que se ignora lo que le aconteció en esta época de su vida, pues ni del lugar ni del tiempo en que celebró su primera misa ha quedado noticia alguna.»

¡Singulares omisiones en la vida de un santo tan célebre y que en admirables virtudes floreció en tiempos que podemos llamar harto modernos! ¡No encontrarse la partida sacramental de su bautismo! ¡No saberse lo que sucedió durante los años principales de sus estudios! ¡Ni siquiera el punto ni el día en que celebró por vez primera el santo sacrificio de la misa, a la edad proveya de veintisiete o veintiocho años! Fuerza es convenir (como advertimos tocante a su bautismo), que si todo eso se ignora por los biógrafos principales, que son franceses, es porque no se verificó en Francia. Y si en Francia no se verificó, ni se sabe dónde se verificara, ni aun el hecho culminante de la vida, no decimos de un tan grande santo, pero aun del más sencillo sacerdote, como es la celebración de su primera misa, es porque Francia no era su patria. Y por serlo sin duda el Alto Aragón de España, y por estar del lado acá de los Pirineos el Obispo de su jurisdicción natal, y querer tal vez recibir del mismo o de otro contráneo del suelo aragonés su investidura sacerdotal, y por el apego que todos, y en especial los aragoneses, tienen a su patria, debemos creer que vino sin duda a ella a recibir las órdenes o las dimisorias de origen, y a seguir los estudios de la carrera eclesiástica, a que se consagró; siguiendo después rumbo azaroso y providencial, preso por los piratas entre Marsella y Narbona, vendido como esclavo en Berbería, vuelto a Francia con su último señor y la mujer de éste, por santo influjo de Vicente convertidos, protector y consuelo de indigentes luego, luz y guía de magnates, fundador de purísimos e impecadores institutos cristianos, y claro ejemplar por doquiera de las virtudes evangélicas más heroicas y fecundas.

Pero avancemos más todavía. En Cregenzán, pueblo cercano a la ciudad de Barbastro y de su obispado, existe otra casa llamada *de Paúl*, de la que júzgase probable que descendiera la de Tamarite; y en la sala principal de esa casa de Cregenzán, desde tiempo inmemorial, se conserva un cuadro de pintura bastante antigua, que representa a San Vicente de Paúl. Por tradición perenne de padres a hijos se le llama en la casa a este cuadro *el retrato del tío*, mirándosele como un recuerdo venerando de familia; y, a mayor abundamiento, sábese que en dicho pueblo, como después veremos, cuando se celebraron las fiestas de la beatificación, y luego las de la canonización del gran santo, la casa citada de Cregenzán tuvo a gloria el celebrar también por su parte con especial esmero y regocijo el fausto suceso, como perteneciente a un varón santo de su familia, en esto afortunada. Y tan firme y constante ha sido semejante tradición, que, a principios de este propio siglo, un religioso, descendiente de esa casa por parte de su madre, Fray Bartolomé Altemir, fué nombrado calificador del Santo Oficio, y habiendo pedido antes el tribunal del mismo, como era natural, informes de su familia, los evacuaron dos canónigos de la Catedral de Barbastro, los Sres. Fumal y Peralta. En ellos afirmaron que entre los antecesores del religioso mencionado se contaba el gran Santo Vicente de Paúl, y que, a pesar de que la opinión común lo daba por francés, a causa de haberse criado y haber muerto en Francia, era constante que pertenecía a la antes mentada familia del obispado de Barbastro. Igual dictamen emitió resueltamente el P. Pedro Cabrera, de la Compañía de Jesús, natural de la villa citada de Tamarite de Litera.

Y la opinión resuelta del P. Cabrera tiene en su apoyo razones especiales de no escasa valía. Dicho Padre vivió hartos años en el colegio de San Carlos (hoy seminario sacerdotal) que tuvo la Compañía en Zaragoza hasta su extinción a fines del siglo pasado. En dicho colegio se asegura que vivió también el Santo en calidad de familiar durante los años en que estudió la teología en la Universidad de aquella capital; y los Padres de la comunidad del mismo, que debían de saber su origen por tradición muy reciente, cuando vieron en el rezo señalado para San Vicente los para ellos inesperados vocablos *Vincetius natione gallus*, encontráronse sorprendidos, y no vacilaron enviar un Padre de la misma Compañía a Tamarite, comisionado especialmente para sacar testimoniada de su archivo parroquial la partida de bautismo, a fin de probar con ella el error

de aquellas palabras del nuevo rezo. El sacerdote comisionado de la Compañía de Jesús fue a parar a la casa distinguida de Cariello, en la nombrada villa, y allí manifestó el encargo que le llevaba; pero al evacuarle halló que los libros parroquiales no pasaban más arriba del año 1644, por causa de las guerras y desastres, que anteriormente hemos explicado. De tales antecedentes, que no debió de ignorar sin duda, sacaría el Padre Cabrera la convicción rotunda que expresa de ser español y aragonés San Vicente.

Todavía tenemos que añadir otra autoridad en el asunto interesante que nos ocupa. El P. Maestro Fr. Antolín Merino, sabio historiador y religioso de la Orden de San Agustín, que vivió y murió en el convento de San Felipe el Real de Madrid, y fue continuador de *La España Sagrada*, del P. Maestro Fray Enrique Florez, de la misma Orden, antes de serlo también nuestro erudito contemporáneo el aragonés D. Vicente de la Fuente, profesó y manifestó siempre la opinión misma de los canónigos informantes de la Catedral de Barbastro y de los Padres de la Compañía de Jesús residentes en el célebre colegio de San Carlos de Zaragoza.

Y por remate de tantas, y a nuestro ver tan atendibles razones como son las expuestas, queremos que el lector conozca, íntegra y cabal, la carta notable que en 2 de Diciembre de 1830 le escribió desde Alcalá el mismo Padre Fr. Bartolomé Altemir, antes citado, hijo de la propia casa de Cregenzán, que arriba mentamos, a un Sr. Feu, su amigo, que hablaba pidiendo noticias de este asunto de que estamos tratando, después de haber buscado y leído en París documentos estimables tocante a la vida del Santo. Dice así el P. Altemir:

"Alcalá 2 Diciembre 1830.

"Mi dueño y amigo señor Feu: He tenido placer con la de usted, y más al ver que la pícara gota tiene sus intervalos. Yo he estado malo de más a menor desde el junio último; pero en el día me hallo completamente restablecido.

"Mucho me alegro de la buena ocasión que se le ofreció en París para leer documentos tan apreciables relativos a la vida de nuestro santo, como los que me menciona. Los que yo puedo ofrecerle con toda seguridad son los siguientes:

"En primer lugar. La familia de Paul en Aragón es tan antigua, que por los años 1560 (200 años antes del fallecimiento de San Vicente) nació el P. Maestro Fr. Pedro Juan Paul, dominicano, que después fue inquisidor general de Aragón. Que éste fuese de la familia lo testifica el retrato hermoso de medio cuerpo, que está en casa de mi madre, en Cregenzán, colateral al de San Vicente.

"Respecto a nuestro santo, pregunté expresamente a mi señora madre varias veces qué es lo que había oído a mi abuelo y su padre, y me dijo constantemente que siempre oyó era reputado por de la familia, y tenido, y aun nombrado a las veces por tío. Advierto que mi madre nació el año 1747 y mi abuelo el de 1696 (treinta y seis después de la muerte del santo).

"También hice la misma pregunta que a mi madre a mi señor tío el Dr. D. Juan Paul, rector del lugar de Guardia, el que nació por los años 1729, y me dijo lo mismo, añadiendo que en su casa paterna, que es la de mi abuelo materno, se hicieron grandes fiestas en la beatificación del santo, en cuyo tiempo nació el dicho, y también en la canonización, en el que era muchacho. Ya sabe usted que la primera fue año 1729 por Benedicto XIII, y la segunda en 1737 por Clemente XII.

"Respecto al retrato de nuestro santo, está en

casa de mi abuelo materno, en la sala principal, a la derecha, como llevo dicho, del padre maestro dominicano; es de medio cuerpo, sin más inscripción que «San Vicente de Paul, fundador de la Congregación de la Misión» y no sé si añade «Hijas de la Caridad». Me inclino a que sí; pero esto y todo lo demás que llevo apuntado se puede rectificar con toda formalidad. — Debo añadir que tanto mi madre como mi tío han conocido el cuadro en el mismo lugar, y que no sabían quién le hubiese colocado allí, de lo que se infiere que sería lo menos mi bisabuelo, que si no alcanzó al santo, le faltaría poco, y esto se averiguaría presto por la misma partida de bautismo. — El tal retrato, en mi concepto, es originalísimo, según los muchísimos que he visto aquí y en Francia.

"El que trate de las notas debe tener presente que las historias del santo (al menos las que yo he visto) le traen de un nacimiento oscuro, y la casa de Paul de que vamos hablando está tenida por noble con-

cido sus gloriosas ascendientes. Cuenta entre estos al Rdo. P. Fr. Juan de Paul, dominicano, inquisidor general que fue de la Corona de Aragón, y «al grande de San Vicente de Paul, que aunque la común opinión le hace francés, es constante que salió de esta familia, y así lo publica la no interrumpida tradición, y el testimonio de los hombres grandes que en aquella época tenía nuestro Reino.»

"Es cuanto puedo decir a usted en orden a nuestro asunto. En lo demás, ya sabe usted que es y será siempre suyo su más atento seguro servidor y Capellán Q. B. S. M.

FR. BARTOLOMÉ ALTEMIR."

Ocioso nos parece advertir, que el ser noble el linaje de Paul y pobres los padres de San Vicente nada implica en nuestro asunto, pues esas tristes concomitancias son la historia cotidiana de la humanidad en todas partes.

Después de leído el claro y autorizado contexto de la anterior carta, y de bien examinadas las razones que anteriormente a ella hemos compilado, parece cuando menos cierto, que hay derecho a pretender y esperar que el punto se dilucide con esmero suficiente, y se llegue a tropezar con algún vestigio claro o eficaz documento, que dirima las dudas legítimas que hoy existen acerca de la patria de San Vicente. Así sucedió, después de empeñada controversia, con la patria de Cervantes, asignándose al cabo el honor de serlo a la ciudad de Alcalá, merced al prolijo estudio de los expedientes de la redención de cautivos, en los cuales constaba dónde había nacido el cautivo y redimido Miguel, gloria de las letras. Votos hacemos por que otro tanto suceda tocante al egregio varón, gloria de la humanidad, a quien van consagradas estas páginas modestas.

Sirvan de proemio y estímulo a investigaciones sucesivas más serias y profundas; y quienquiera que sea el afortunado que llegue a descubrir la prueba concluyente para lograr sentencia justa en este litigio, reciba de antemano nuestros parabienes.

Entre tanto, hemos presentado razones bastantes, a nuestro ver, para probar que España, fecunda en glorias de todo linaje, puede por hoy, sin injusticia, considerarse cuna de la primitiva idea y ensayo del hermoso instituto de las *Hijas de la Caridad*, y juzgarse también patria del héroe de humildad acendrada y de inextinguible caridad San Vicente de Paul.

Madrid 10 de Julio de 1887.

(De La Controversia.)



JESUCRISTO MUERTO

(Cuadro de Alonso Cano.)

las armas en la puerta y en la capilla de¹ Pilar que hay en la iglesia de Cregenzán, que es de la casa. Además, tengo yo la ejecutoria impresa, fechada en Barbastro en 1702, y allí ya salen, además de mi abuelo D. Juan Francisco Paul (que era a la sazón menor), Juan Paul, primero, segundo y tercero del mismo nombre, todos los cuales tuvieron bastante familia, y acaso alguno de ellos se trasladase a Francia. Me ocurre, y no sé qué misterio pueda tener, el que mi tío el rector de Guardia, D. Juan Paul de que ya he hablado, se graduó de doctor en Tolosa de Francia.

"En las pruebas que me hicieron para calificar los Sres. Fumana y Peralta, dicen así al tribunal en el informe último: «La familia de Paul, de quien desciende por línea materna el P. Fr. Bartolomé Altemir, ha sido siempre, y lo es en el día, reputada por piadosísima, y además por nobilísima y muy antigua; tiene las armas en la puerta de casa; y está llena de timbres por lo mucho que la han ennoblecido»

LA IDEA DE DIOS

Al contemplar a la Naturaleza despertando del melancólico sueño de la noche, viendo dibujarse la rosada aurora por Oriente mientras la oscuridad recoge los pliegues de su negro manto, hasta el momento en que se hace necesario nuevo descanso a los mortales; cuando al tenue resplandor del crepúsculo matutino, los alados moradores de la selva entonan sus armoniosos cánticos, y parece que el rumor del vecino río es más alegre, y sus cristalinas aguas marchan con más presteza, y vése levantarse por detrás de la lejana cadena de montañas el astro rey, y a través de las últimas nieblas de la noche se ven los irisados colores del iris, entonces el alma del que este espectáculo contempla se eleva a los últimos confines de la abstracción, y de aquel bellísimo pai-



COLEGIO DE LA ASUNCIÓN EN SAN SEBASTIÁN.



CONVENTO DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN DE LA VILLA DE AGREDA.

saje que le rodea se remonta en alas de la inducción hacia la causa suprema que nuestros destinos preside, hacia la causa eficiente de todo lo creado.

¿Quién sino una causa superior ha podido con magistral inteligencia trazar esas inmensas órbitas que recorren los astros en el infinito, y en donde con admirable mecanismo y obedeciendo a la ley de la gravitación universal, unos mundos sustentan a otros mundos y todos giran armoniosamente?

En buen hora Laplace y sus secuaces planteen el problema del génesis del universo, prescindiendo en absoluto de toda intervención divina, porque de esa misma teoría los que somos creyentes recogemos preciosos argumentos para combatir el génesis espontáneo.

Habla Laplace de moléculas de una nebulosa irresoluble, moléculas dotadas de vivísimo movimiento rotatorio; pues bien: ¿cómo existía ese movimiento en la materia que según reconocen los físicos es inerte? ¿Quién ó qué fué causa de aquella fuerza que se convirtió en movimiento?

¿Acaso en esa misteriosa arquitectura del mundo de los átomos encontraremos á éstos dotados de esa fuerza?

Y teniendo en cuenta que todo en el universo marcha *propter finem*, bien sea *sensitive*, *intellective* ó *directive*, no tenemos más que reconocer que para algo hemos nacido, que hemos venido á este mundo á realizar un destino que desconocemos, que todas nuestras aspiraciones, todas nuestras tendencias, vienen á resumirse en una gran idea superior, única que todo lo abarca, que todo lo eleva, esta idea sublime es la de la Divinidad, respetada y adorada en todas las naciones de la tierra y cantada por los vates en todas las lenguas del globo.

Ella ha prendido en viva y fulgurante llama las imaginaciones de Constantino, de San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Isidoro y tantos ilustres doctores de la Iglesia, é hizo irrefutables sus argumentos é incontrovertibles sus teorías; ella hizo que la palabra de verdad y amor prendiera en todos los corazones, y ella en fin hizo suaves las áridas llanuras de la Palestina, en donde con el corazón y el pensamiento en Dios y la lanza dirigida al mahometano, los cruzados realizaron grandiosas hazañas que después fueron cantadas por los bardos y aplaudidas por la cristiandad!

Ella inflamó en santa ira el corazón de Pedro el Ermitaño; ella hizo vibrar el acero de Ricardo Corazón de León y de Federico II Barbarroja, que en busca de los divinos reinos no tuvieron inconveniente en abandonar los terrenales, y ella en fin hizo irresistible el esfuerzo de Godofredo de Bouillon, duque de Brabante, ante cuyo paso abrieronse los muros de Jerusalén.

Por eso, cuando al hablar de Dios veo dibujarse excéptica sonrisa en alguno de los que me escuchan, no puedo contener un movimiento de piedad hacia él, porque esa sonrisa es el lamento terrible de un alma enferma que ve en la vida un inmenso páramo por el que marcha sin rumbo ni esperanza y sin que el bálsamo consolador de la religión venga á cicatrizar las heridas que se reciben en las constantes luchas de la vida.

J. MUÑOZ ESCÁMEZ.

EL TRIGO Y LA CIZAÑA

(PARÁBOLA.)

El reino de los cielos se parece al hombre que en el campo siembra trigo, y llegando su período, enemigo echa en medio cizaña y desaparece.

Creció más tarde el trigo, y en tributo dió ricos granos en espigas de oro, y la cizaña audaz, por su desdoro, sólo brindó la muerte como fruto.

Del labrador los fieles servidores la hierba al sorprender, que tanto daña, arrancan pretendiendo la cizaña, y el trigo proteger de sus rigores.

Pero se opone el labrador y arguye: — «Reparad que podríais fácilmente coger á un tiempo el trigo floreciente y la planta fatal que lo destruye».

«Crecen en libertad ambas ahora, y de la siega la ocasión llegada pondremos con cuidado separada de la planta que es útil la traidora».

La cizaña, en manojos recogida, arda al punto hasta el átomo postrero; mas conservese el trigo en el granero, que si aquella es la muerte el trigo es vida.

Ejemplo la parábola sublime ofrece, como norma para el alma: recibe la virtud egregia palma y en castigo á la culpa, el vicio gime.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

LOS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS

Los que viajan por Francia habrán encontrado muchas veces en París y en las grandes capitales de provincia una escuela de niños que pasean de dos en dos, seguidos por un vigilante de continente grave y solemne. Los jóvenes no se diferencian de los demás estudiantes, sino por su excelente aspecto y la corrección de su marcha. Van probablemente á la Iglesia ó á paseo, y si les seguís con la vista, notaréis que entre sus filas reina siempre el mayor orden. El que les dirige no es seguramente un maestro ordinario.

Es de presumir que los lectores del presente artículo no conocerán á fondo la historia ni los principios de la notable institución conocida bajo el nombre de *Escuelas Cristianas*, así como tampoco la vida de su eminente fundador. El autor de este escrito se propone dar algunas interesantes noticias sobre este punto. Juan Bautista de la Salle nació en Reims en 1651: descendía de una noble familia de Bearn establecida en Champagne.

Desde su más tierna infancia, el joven de la Salle demostró tendencias piadosas. Aprendió de su religioso abuelo á recitar el breviario, y continuó esta piadosa práctica, aun antes de estar obligado á ello por sus votos de ordenación. Bien pronto comprendió, lo mismo que los que le rodeaban, que su vocación le llamaba al sacerdocio. Su conducta en la Universidad de Reims, donde entró desde la edad de ocho años, se distinguió por una gran aplicación en el estudio y una docilidad extraordinaria.

Antes de cumplir 16 años, fué canónigo de la Catedral. Un pariente anciano resignó sus funciones en su favor, y murió al año siguiente. Después de esta prematura elevación, no varió el modo de pensar del joven dignatario; la miró, por el contrario, como un llamamiento del cielo hacia las virtudes cristianas. Asiduo en los oficios del coro, diligente en el estudio como en la oración, fué, á pesar de su edad, un canónigo modelo.

En Octubre de 1670 entró en el seminario de San Salpicio de París, donde tuvo por condiscípulo al ilustre Fenelon.

Su vida de seminarista ha dejado pocos recuerdos especiales de la Salle, fuera de su dulzura, su modestia y su conducta irreproachable.

Habiendo perdido á su padre, volvió á Reims en 1672, y allí hubo de tomar á su cargo á sus hermanos y hermanas. Las responsabilidades de esta situación pudieron apartarle del sacerdocio; pero los consejos de un esclarecido amigo disiparon las dudas que había concebido sobre este punto en su vocación, y en el mismo año obtuvo el subdiaconado.

Vinieron en seguida seis años de retiro y vida de familia, durante los cuales hizo los estudios de Teología en la Universidad, y se consagró á la educación de sus hermanos y hermanas, sin descuidar la oración y las buenas obras. En 1678 fué ordenado de presbítero.

Durante todo este tiempo, la atención de Juan de la Salle no parecía haber sido dirigida hacia lo que constituyó últimamente la gran obra de su vida.

Como sucede muy frecuentemente, las aspiraciones finales de su vida fueron determinadas por las circunstancias. El amigo que le había aconsejado en sus dudas sobre las órdenes sagradas era un Canónigo llamado Roland, el cual se interesaba mucho por un asilo de muchachos huérfanos establecido en Reims, establecimiento mal dirigido y que reclamaba una urgente reforma. El Canónigo Roland cayó enfermo en el momento mismo de la ordenación de Juan de la Salle, y poco tiempo después, al morir, nombró al joven sacerdote su ejecutor testamentario, con recomendación expresa de ocuparse en el asilo. La Salle no podía resignar el cargo. No respondía, es cierto, á sus gustos, pero además de ser el legado de un amigo, veía allí una orden del cielo, y se lanzó resueltamente á la tarea. Por mediación del arzobispo, obtuvo del rey cartas patentes que, reconociendo la institución, hacían de ella una

fundación duradera. No contento con subvenir á todos los gastos de la instancia, dotó al establecimiento con sus propios fondos, y habiendo cumplido de esta manera la voluntad de su difunto amigo, volvió tranquilamente á su vida devota. Todo induce á creer que, en su pensamiento, el asilo en cuestión contenía el germen de una buena escuela de institutrices.

El momento decisivo de la Salle se señaló con una curiosa aventura. Había en Rouen una opulenta dama muy dispada, natural de Reims, que, como el mal rico de la parábola evangélica, vestía lujosamente, y se daba el mejor trato, mientras que Lázaro yacía á su puerta. Un día un pobre mendigo, cruelmente rechazado por ella, tocó por su miseria el corazón de un criado que le dió asilo en la cuadra. El infortunado mendigo murió allí aquella misma noche, y era necesario enterrarle. El criado confesó la falta á su ama, lo que le valió violentas censuras y su despedida de la casa; pero no sin que la dama diera un paño para envolver el cuerpo del muerto. Después, al sentarse á la mesa para comer, encontró aquel mismo paño doblado sobre su silla. Una mano misteriosa había devuelto aquella limosna hecha de mala gana, como si el mendigo no hubiese querido debes nada, ni aun después de muerto, á la que había encontrado sin piedad durante su vida.

Este acontecimiento, tan poco considerable en apariencia, hizo gran impresión sobre la dama, y cambió el curso de su destino. Abandonó sus costumbres de magnificencia y de disipación, se hizo muy piadosa, y se separó de sus amigos, que la creyeron loca. La muerte de su marido acabó su conversión, y desde entonces la mayor parte de sus rentas fué para los pobres.

Entre otras obras de caridad, socorrió el asilo de Reims, del que había oído hablar como fundado por el canónigo Roland y sostenido después de su muerte por el canónigo de la Salle, y concibió la idea de establecer en su ciudad natal una casa parecida para los muchachos. Escogió para ejecutar este deseo á un hombre piadoso llamado Nyel; le dió una carta de recomendación para el abate de la Salle, y le envió á Reims con encargo de abrir allí una escuela de niños.

Aquella escuela, establecida en 1679, fué el germen del gran sistema de las *Escuelas cristianas*.

Su éxito indujo á otra señora de la misma población á fundar otra análoga en distinto barrio; consultó antes al abate de la Salle, que era el protector de la primera escuela, y así fué como el piadoso abate se encontró sin ninguna intención preconcebida, pero no contra su gusto, ocupado en la obra de la educación de los niños pobres. Así lo declara en uno de sus escritos, y añade:

«Varios amigos de Mr. Roland me habían ya hablado de este punto; pero yo no me sentía del todo decidido. Si hubiera previsto alguna vez que los cuidados que tomaba de los maestros de escuela por pura caridad me llevarían á mirar como un deber el vivir con ellos, habría renunciado en seguida á todo; porque, juzgándome por encima de los que yo empleaba como maestros, sobre todo en los principios, la idea de vivir con tales personas me hubiera sido insoportable».

«También me fué muy penoso tenerlos en mi casa. Esta repugnancia duró dos años. Dios, que todo lo dispone con su sabiduría, y que no fuerza las inclinaciones de los hombres, cuando quiso emplearme enteramente en el cuidado de las escuelas, lo hizo paulatinamente y á la larga, de manera que un compromiso originase otro de manera imprevista».

La obra de las escuelas destinadas á los pobres aumentó en manos de la Salle de una manera maravillosa. El éxito de las que él visitaba y dirigía hizo que se establecieran otras, y los maestros mismos constituyeron una pequeña corporación que él necesitaba dirigir. Alquiló una casa para ellos y la dotó con un reglamento, pero no todo eran facilidades.

Los oficios de la catedral reclamaban mucho tiempo, eran de primera necesidad, y dejaban poco lugar para el cuidado de los maestros. Además, la diferencia de clase y de costumbres entre un Canónigo bien retribuido, que disfrutaba además de una fortuna propia, y los pobres maestros de escuela nacidos en más humilde esfera y que vivían modestísimamente, complicaba la dificultad. El santo abate acabó por comprender que la gran empresa de crear escuelas y maestros para la instrucción gratuita de la clase pobre no podía salir bien más que con un fundador como él mismo y enteramente pobre.

En consecuencia resolvió abandonar su canonjía y distribuir toda su fortuna entre los pobres. No fué esto tan fácil como podría creerse. Sus amigos combatieron esta medida con todas sus fuerzas; el arzo-

bispo, por otra parte, rehusaba aceptar su dimisión. Una inquebrantable perseverancia podía solamente triunfar de estos obstáculos. Juan de la Salle estaba dotado esencialmente de esta cualidad, y en 1683 pudo llevar a cabo su resolución, resignando su título y sus funciones de canónigo. La renta de sus bienes y distribución de su producto entre los pobres era cosa más fácil, si se recuerda sobre todo que el año 1684 fué un año de escasez. Ambas operaciones se realizaron en el curso del año siguiente.

El hecho de empobrecerse, en lugar de consagrar su fortuna a su gran obra, parecerá de una prudencia dudosa; pero es difícil censurar a un hombre que se arruina en favor de los desgraciados después de haber dirigido al Criador la siguiente súplica:

«Dios mío! No sé si debo dotar ó no mi obra, ni si me corresponde á mí fundar comunidades, ni saber si deben ser fundadas. Vos, ¡Dios mío! sois quien debe indicarlo. Si las fundáis, estarán bien fundadas. Si no las fundáis, se quedarán sin fundar. Os suplico, ¡oh Dios mío! que me hagáis conocer vuestra voluntad.»

Poco tiempo después de haber gastado su última moneda, Juan de la Salle tuvo ocasión de emprender un viaje para su obra.

Marchó á pie y pidió limosna por el camino. Una anciana le dió un pedazo de pan negro, que él mordió con verdadero gozo, sintiéndose realmente pobre.

La sociedad de hermanos de las escuelas cristianas estaba virtualmente fundada, con Juan Bautista de la Salle por jefe. Dirijamos una mirada sobre esta gran obra.

Si se considera en primer término á su fundador, se verá que su vida era toda de ascetismo y de oraciones. Oraba por el día y por la noche, y también á menudo rehusaba el descanso. Frecuentemente dormía sobre la silla. La campana matinal le despertaba todos los días el primero. En Reims pasaba regularmente la noche del viernes en la iglesia de *Saint Remi*; se hacía encerrar por el sacristán, y allí esparcía su alma en oraciones, á fin de obtener para su obra las luces y los socorros del cielo.

El superior y los hermanos vivían necesariamente en comunidad. Habiendo querido ponerse al nivel de los que trabajaban bajo su dirección, habiendo sacrificado á aquel objeto su canonjía y su fortuna, el superior no podía pedir á los hermanos lo que no hiciese ó soportase él mismo. El esfuerzo, sin embargo, era mayor para él que para los demás. Nacidos éstos en la pobreza, estaban acostumbrados á trabajos rudos y á la vida frugal, mientras que él, criado en la abundancia, no había conocido jamás las privaciones; por esto le costó más trabajo acostumbrarse á la nueva vida. Afortunadamente, era un hombre enérgico, enemigo de los términos medios, y auxiliado por el favor divino, dió y ganó la batalla.

He aquí cuáles fueron las primeras reglas de la Sociedad.

Alimento nutritivo, pero frugal, apropiado á una vida laboriosa; nada costoso, pero si lo necesario; nada tampoco de rigores especiales de ayuno ó de abstinencia, fuera de los preceptuados por la religión.

Para vestido, un grueso capote de paño negro, casaca negra, gruesos zapatos y sombrero de alas anchas.

El nombre de los nuevos congregantes fué el de *Hermanos de las Escuelas Cristianas*.

Fué obligatorio que hicieran los votos de pobreza, castidad y obediencia, para tres años solamente.

A partir del cuarto año, podían renovar sus votos á perpetuidad.

El superior no necesitó esforzarse en cumplir estos votos, puesto que no poseía más que un Nuevo Testamento, una Imitación, un crucifijo y un rosario. Había hecho ya voto de celibato. En cuanto á la obediencia, era menos fácil en su posición; pero encontró el medio de hacer este voto práctico, resignando su puesto y haciendo que le ocupase un hermano, aunque por poco tiempo. La imaginación del lector suplirá aquí lo que nosotros callamos; podrá figurarse los progresos de la obra comenzada bajo tan dichosos auspicios, la reputación de santidad adquirida por el abate de la Salle, y carga creciente de responsabilidades de todas clases que se acumuló sobre sus hombros.

En el año 1688 la obra se extendió hasta París. Cuando Juan de la Salle llegó allí, dejaba en Reims un edificio central, conteniendo diez y seis hermanos, y una escuela de institutores que contaba treinta individuos sin contar quince jóvenes novicios. Edificó en la ciudad de Vaugirard una casa que ocupó durante siete años. Allí era donde reunía á los hermanos en tiempo de vacaciones, allí donde los enfermos recibían los cuidados necesarios, y donde los postulantes hacían su noviciado.

No le seguiremos durante este período, sino para decir que su obra progresó rápidamente, venciendo numerosos obstáculos, y para citar un documento de gran interés que se refiere al susodicho período. En su deseo de unirse los hermanos de una manera definitiva, aspiraban á pronunciar votos perpetuos en lugar de limitarlos á tres años. El superior no aprobaba esta innovación. Después debió inclinarse ante la firme resolución de sus subordinados, é inauguró el nuevo orden de cosas, componiendo la fórmula siguiente, por la cual se consagraba el mismo solemnemente á su obra:

«Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu-Santo: prosternado ante vuestra Divina Majestad, me consagro por completo á vos, para buscar la gloria por todos los caminos posibles y á donde vos me llaméis. A este fin, yo, Juan Bautista de la Salle, presbítero, prometo y hago voto de unirme y asociarme con los hermanos (siguen doce nombres), y en unión y asociación con ellos, sostener escuelas gratuitas en cualesquiera lugares, aunque tenga para ello que mendigar y no alimentarme más que de pan, y hacer en la susodicha asociación toda reforma que me fuere indicada, bien por la comunidad, bien por el superior que tenga la dirección. Con este motivo prometo y juro obediencia, tanto á la comunidad, como á su director. Juro ser fiel toda mi vida á estos votos de asociación y de obediencia. En fe de lo cual he firmado.—Fecho en Vaugirard, 16 de Junio, fiesta de la Trinidad, de 1694.»

Después de este acto de consagración, Juan de la Salle quiso dimitir el cargo de director, pero en vano. Sus argumentos no convencieron á los hermanos. Propuso una elección y tuvo unanimidad de votos. Una segunda votación pedida por él dió el mismo resultado. Los hermanos decían que habría tiempo de reemplazarle cuando no existiera. Permaneció, pues, en su puesto de superior, donde los hermanos tuvieron razón en sostenerle.

Una ligera mirada ahora sobre el reglamento definitivo dado á la sociedad.

El primer artículo se resume en esto:

«El instituto de Hermanos de las Escuelas cristianas es una sociedad cuyos miembros hacen profesión de dar á los niños educación gratuita y cristiana.»

Las escuelas debían, pues, ser en primer lugar gratuitas, y en segundo lugar esencial y fundamentalmente cristianas. La intención del fundador no era, á pesar de ello, consagrarles únicamente á la educación religiosa, excluyendo los estudios ordinarios: la mayor parte del tiempo, por el contrario, debía dedicarse á la enseñanza secolar.

He aquí otro artículo de la regla:

«Los hermanos de la Sociedad reverenciarán profundamente las santas Escrituras: en señal de lo cual siempre llevarán consigo un ejemplar del Nuevo Testamento, y no pasarán ningún día sin leer algún trozo. Mirarán esto como su primera y principal regla.»

Y más adelante:

«El espíritu del Instituto es un celo ardiente por la instrucción de los niños, á fin de que sean educados en el temor y el amor de Dios, y que puedan conservar su inocencia cuando no la hayan perdido. Preservarles del pecado é inculcar en sus almas el horror al mal, tal es el deber de los hermanos.»

(Se concluirá.)

EN SANTIAGO DE COMPOSTELA

PUBLICAMOS en nuestro último número una breve reseña de las fiestas celebradas en Santiago con ocasión de las del Santo Apóstol, incluyendo el texto de la Invo-cación dirigida al mismo por D. José Escrig y Font, Gobernador civil de la Coruña, al presentar la tradicional ofrenda en nombre del Rey D. Alfonso XIII y por delegación de la Reina Regente Doña María Cristina.

La contestación del sabio Doctor D. Ramón Martínez Vigil, Obispo de Oriedo, celebrante, como dijimos, por indisposición del Rmo. Sr. Arzobispo, fué la que á continuación copiamos:

«Ilmo. Sr. Gobernador: Es para mí, que en el año pasado me postre en este sitio en calidad de oferente en nombre de SS. MM. CC.; es para mí, repito, un honor el recibir en este día vuestra ofrenda, impedido como se halla para hacerlo nuestro Rmo. Metropolitano. Y es también una satisfacción grande la que me ha causado la sentida plegaria que habéis dirigido al Santo Apóstol, Patrón de España, pagándole en nombre de la Nación y de sus Reyes el pleito homenaje de devoción y de

amor, que todos le debemos en agradecimiento de insignes beneficios y en cumplimiento de pactada promesa. Aquí aparece, Ilmo. Sr., la España católica, tradicional y verdadera; aquella España, llena de fe, que siempre acudía á Dios en días de amargura y de tribulación, y que de Dios recibía el auxilio demandado.

«Anunciando el Señor por boca de su profeta Zacarías los caracteres que distinguirían á los pueblos redimidos por Cristo, y las bendiciones que sobre ellos el Cielo derramaría, dice que serán pueblos dotados de espíritu de oración, y que harán votos, y cumplirán los votos hechos. Tal es la España de los siglos medios, y tal el acontecimiento memorable que remembramos en la ceremonia augusta de este día. El Rey católico Ramiro invoca al Dios de los ejércitos, al verse enfrente de las huestes de Abderramán, rey moro de Córdoba; Dios protege á sus fieles por medio del Apóstol Santiago, otorgándoles la brillante é inolvidable victoria de Clavijo; y la nación reconocida ofrece al Señor en honor del Patrón de las Españas el voto de presentarle anualmente las primicias de los frutos de la tierra. ¡Feliz la España, mientras cumpla fielmente el pacto hecho con el Señor!

«Porque, Ilmo. Sr., es un oráculo del Espíritu Santo: *Ruina est homini devorare sanctos et post vota retractare*. La perdición y la desgracia de los hombres y de los pueblos siguen siempre al quebrantamiento de los votos hechos.

«Y este pensamiento, Ilmo. Sr., explica indudablemente las desgracias que hoy lamentamos, y los lastimeros ayes que por doquier se escuchan. Porque ¿á qué ocultarlo? á todos los hombres pensadores preocupa la idea de que la humanidad vive inquieta y desconcertada: de que en los pueblos como en los individuos hay momentos críticos de tristeza y de dolor; y de que nosotros tenemos el triste y poco envidiable privilegio de atravesar una de esas épocas aciagas.

«La sociedad padece, se dice por todas partes. Pero, ¿por qué padece? ¿No ha ensanchado progresivamente el horizonte de sus goces y comodidades? Por ventura ¿no es hoy la vida más dulce y más fácil? O para hablar en lenguaje moderno, ¿no poseemos abundantes capitales, manufacturas inagotables, fábricas sin número, sociedades en comandas, cajas de ahorros, redes de ferrocarriles y transportes de vapor? ¿Por qué, pues, padece la sociedad? ¿De dónde procede esa melancolía general que se apodera de las naciones, á pesar de la calma y de la paz material de que disfrutamos y á pesar del progreso de la instrucción, de los descubrimientos de las ciencias y de la fecundidad de la industria?

«Las opiniones son divergentes, y pocos hay que, aunque tengan convicciones, tengan valor suficiente para confesar á la faz del mundo, que éste languidece, porque deja languidecer la fe, que es el alma de la sociedad; porque se aparta de Dios, que es la fuente de la felicidad de los pueblos. Y es indudable, Ilmo. Sr., que sin creencia práctica en la intervención de Dios en la humana sociedad, es ésta insostenible, porque sólo Dios es el principio de toda autoridad, y el Autor de las relaciones que ligan á unos individuos con otros para constituir un cuerpo social. Elocuentemente lo dijo el Profeta Rey: *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam*. En vano vigila el guardián de la sociedad, si ésta no tiene á Dios por custodio.

«Para mantener el orden y la paz, para promover el bien común, sin el cual es incomprensible la sociedad humana, es indispensable reprimir las pasiones aviesas que le perturban, y sacrificar el bien particular en aras del bienestar público. Y si se rompe el lazo que une la tierra con el cielo, el tiempo con la eternidad, al hombre con Dios, ¿sobre qué basaremos la represión de las pasiones y la imposición de sacrificios? ¿Por ventura en las leyes, en los tribunales y en la sanción penal? Todo esto es muy bueno, por más que no se descubra razón suficiente que lo autorice, prescindiendo de la autoridad de Dios: todo esto es muy bueno y todo ello es ineficaz. ¿Cuántos vicios hay que se sustraen fácilmente á toda ley y previsión humana! Sólo la Religión puede purificarnos de ciertas pasiones, menos groseras, si os place, pero no menos funestas al público bienestar, como la mala fe en los contratos, el préstamo usurario, el frío egoísmo, la calumnia, la mentira, y la vergonzosa voluptuosidad, que embrutece á los pueblos y los hace viles y desgraciados. La ley sin Dios nos libertará de tigres y de leones, pero no de ponzoñosos reptiles.

«¿Acaso, Ilmo. Sr., se buscará el freno social en los remordimientos de la conciencia y en la íntima satisfacción de la virtud? ¿Los remordimientos de la conciencia? ¿Pero qué es la conciencia sin la sanción de la eternidad? Un perro que no ladra, ó que

si ladra no muerde. Lo propio ha de pensarse de la virtud, palabra vana, que jamás impondrá sacrificios costosos, si estos sacrificios no tienen otra recompensa ni otra sanción que la violencia y la contradicción que el hombre se impone para practicarla. No hay medio, pues, de curar la llaga social que todos sentimos, sino acudiendo al remedio de todos los siglos, que consiste en avivar en los pueblos la llama de su fe en la acción de Dios que los gobierna.

* Y cuántos bienes proporciona a los pueblos la Religión verdadera! Siento, Ilmo. Sr., que la angustia del tiempo no permita ni apuntarlos, porque el momento es oportuno. Si la pública prosperidad depende del amor al trabajo, de la actividad del comercio, de la gloria de las artes, del progreso de las ciencias, y del concierto armonioso de los esfuerzos particulares por el bien común, no menos que del espíritu de generosidad que inspira todos los sacrificios y acepta todas las privaciones, ¿dónde, sino en el espíritu cristiano de un pueblo, encontraréis un manantial de tan bellas acciones? Porque donde el espíritu de Dios no sopla, la sabiduría es un lazo, y la prudencia un escollo. Sólo la Religión, que impone el trabajo como obligación sagrada, y estigmatiza la ociosidad como fuente de todos los vicios, favorece la industria, extiende el dominio de las ciencias, y prepara felices descubrimientos. Ella reanima y fomenta el comercio, apartando las causas de su decadencia y de su ruina, la mala fe en los contratos, los préstamos usurarios, las bancarrotas fraudulentas, las empresas temerarias y los proyectos ruinosos. La Religión inspira el verdadero valor al soldado defensor de la patria, reservándole, no sólo los laureles del tiempo, sino la recompensa magnífica de la eternidad, única que paga generosa y completamente el sacrificio de la vida. Ella ha formado esos guerreros incomparables, Pelayo, Alfonso el Magno, Ramiro, Alfonso el de Toledo y de las Navas, el Rey Católico, el descubridor del Nuevo Mundo, el Gran Capitán, el Conquistador de Méjico, y cuantas verdaderas glorias militares ha tenido España, y han defendido enardecidos sus fueros, persuadidos de que si morían, se imolaban por Dios y por la patria.

* No he de fatigaros, Ilmo. Sr., recordándoos lo que sabéis: lo que las letras, las artes y las ciencias patrias deben a la Religión verdadera. Admirad los monumentos grandiosos de nuestras ciudades y de nuestros campos; recorred los museos y las colecciones de objetos de arte; pasad la vista por nuestras ricas bibliotecas, y decidme luego si no es la Religión la que ha levantado nuestros campanarios aéreos y nuestras graciosas e incomparables catedrales, la que ha alineado las rocas, y convertídoles en maravillas del arte. Decidme, ¿a qué reduciríamos la historia artística, literaria y científica de España, si de ella boráramos las páginas de oro escritas por la Religión?

* Pero no las boráremos, no. Ellas son nuestra gloria, nuestra corona, el timbre inmaculado de nuestra prosperidad y grandeza pasadas. En ellas nos inspiraremos para alejar de la patria el malestar que la aqueja; en sus lecciones elocuentes aprenderemos a trabajar por el engrandecimiento de esta querida España. Así lo habéis hecho vos, Ilmo. Señor, al presentar al Apóstol la ofrenda de nuestros Reyes, y al formular una plegaria cristiana y elocuente. Dios escuche vuestros votos y nuestros votos: bendiga al tierno e inocente Príncipe en quien está hoy cifrada la esperanza de la patria; bendiga e ilumine a la egregia Reina Regente, modelo de virtudes, que con mano vigorosa tiene el gobierno de la nave del Estado; y os bendiga también a vos, ilustre y cristiano Gobernador de esta religiosa provincia de la Coruña, para que trabajando con ardor y celo santo en el desempeño del arduo cometido que la patria os ha confiado, labréis la felicidad temporal de estos pueblos, y esa misma felicidad sea para Vos, Ilmo. Sr., y para ellos presagio de la eterna bienandanza, que para todos pido humildemente al Señor.

* En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

En los días 26 y 27 continuaron celebrándose los divinos oficios matutinos y vespertinos con la misma pompa y esplendor y con extraordinario concurso de fieles. En la Misa del primero de esos días celebró pontifical el Ilmo. Sr. Obispo de Lugo, D. Fr. Gregorio María Aguirre y García, y predicó un magnífico sermón el Sr. Canónigo Magistral, Dr. D. Valeriano Menéndez Conde, que, observador atento y profundo conocedor de los males que afligen a la sociedad presente, demostró en períodos admirables, dignos de Fr. Luis de Granada, las causas del desconcierto presente, y su remedio único en la fe y con ella en las enseñanzas recibidas del Santo Apóstol. Por la tarde, después de Lau-

des, se verificó la procesión, dicha de Peregrinos, que desde la iglesia parroquial de Santa María la Real de Sar se dirigió al templo Metropolitano, donde fué recibida a la puerta de la Quintana.

El día 27 celebró la Misa de Pontifical el Excelentísimo Sr. Obispo de Mondoñedo, Dr. D. José María de Cos, y predicó un elocuentísimo sermón el Sr. Doctoral de la Catedral y Rector del Seminario Conciliar, Dr. D. José María Labín y Cabello, que, en una brillantísima excursión por el campo de la historia patria, demostró los beneficios inmensos que los españoles debemos al Santo Apóstol, y nuestra imponderable ingratitud si no correspondemos a ellos.

Puso fin a las fiestas religiosas de estos días la procesión por las naves y claustro de la Catedral con una Reliquia del Santo Apóstol, su histórica imagen a caballo y la de la Virgen Santísima del Pilar, llevada en lindo templete gótico dorado. Presidió el Sr. Obispo de Oviedo, y asistieron Comisiones del Excmo. Ayuntamiento y de la Universidad e Instituto. Cantáronse a toda orquesta villancicos en la Soledad, en el Claustro y en el Altar Mayor; y con esto y la bendición dada por el venerable Prelado Ovetense, terminaron los solemnísimos cultos. La lluvia, que empezó a caer a las cuatro y media de la tarde, no permitiendo a la procesión recorrer las calles de la ciudad, privó de uno de los actos más grandiosos con que el Cabildo Metropolitano demuestra su entusiasta gratitud a su Santo Patrono, Patrono esclarecido de las Españas y Padre en la fe de los españoles.

Terminadas las fiestas del Apóstol, la atención se ha fijado en el Concilio provincial, cuya inauguración el día 31 de Julio fué solemnísimamente y como correspondía a un suceso de su importancia, no ocurrido en Santiago desde el siglo XIII.

He aquí las personas que tienen asiento y voto decisivo en el Concilio:

Excmo. Sr. D. Victoriano Guisasaola y Rodríguez, Arzobispo de Santiago, Presidente del Concilio. — Excmo. Sr. D. Cesáreo Rodrigo y Rodríguez, Obispo de Orense. — Excmo. Sr. D. Fernando Húe y Gutiérrez, Obispo de Tuy. — Excmo. Sr. D. Fray Ramón Martínez Vigil, del Orden de Predicadores, Obispo de Oviedo y Conde de Noreña. — Ilustrísimo Sr. D. Fr. Gregorio María Aguirre, del Orden de Menores Alcantarinos, Obispo de Lugo. — Excelentísimo Sr. D. José María de Cos, Obispo de Mondoñedo.

Tienen voto consultivo los siguientes Procuradores de los Cabildos:

Cabildo Metropolitano. — D. Santiago Francisco Viqueira, Chantre. — D. José María Labín, Canónigo Doctoral y Rector del Seminario Central. — Don José María Portal, Canónigo Lectoral. — D. Valentín García Barros, Canónigo Penitenciario. — Don Valeriano Menéndez, Canónigo Magistral. — Don Victoriano Guisasaola y Menéndez, Canónigo y Administrador diocesano.

Cabildo de Orense. — D. Manuel Sánchez Arteaga, Arcediano. — D. Anastasio Alonso Flórez, Maestrescuela.

Cabildo de Tuy. — D. Ramón Plaza y Blanco, Arcipreste. — D. Victoriano Serrano de la Riva, Canónigo Doctoral.

Cabildo de Oviedo. — D. José Sarri de Oller, Arcipreste. — D. Manuel Misol y Martín, Canónigo Magistral.

Cabildo de Lugo. — D. Nicolás Bedoya, Deán. — D. Juan Manuel Carlon, Canónigo Magistral.

Cabildo de Mondoñedo. — D. Julián Herbas, Canónigo Penitenciario. — D. Valentín Autia, Canónigo Doctoral.

Cabildo Colegial de la Coruña. — D. Manuel León, Canónigo Doctoral. — D. Jovita Otero, Canónigo.

Ordens religiosos. — P. Gaspar de Villarroel, Abad del Monasterio de Benedictinos de Samos (Diócesis de Lugo). — P. Magín Beltrán, Provincial de los Mercenarios, residente en Conjo (Santiago). — Don Francisco Saco, Provincial de los Menores observantes residentes en Orense.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. JOAQUÍN VAYREDA, natural de Olot y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona. En la Exposición Nacional de Madrid de 1871 presentó *La tarde del Viernes Santo en Olot*, y en la de París de 1880 *La Misa de alba*. Al Sr. Vayreda le debe la población de Olot, donde reside, la fundación de un importante centro artístico, la instalación de museos, bibliotecas y conservatorios de música y la

creación de unos talleres ó estudios para los artistas de fuera de la población que acuden a ella.

D. JOSÉ DE LA VEGA Y MARRUGAL, discípulo de la Escuela de Sevilla y de D. José Romero. Su obra suya: *Murillo pintando a San Félix*, lienzo que regaló a la rifa iniciada para allegar fondos para el monumento dedicado a dicho célebre maestro; *Pío IX visitando a los garibaldinos en el castillo de San Angelo*, figuró en la Exposición gaditana de 1868; y *Un Cura y un monaguillo*.

D. FRANCISCO DE VEGA Y MUÑOZ, natural y vecino de Sevilla, en cuya Escuela de Bellas Artes hizo sus estudios, logrando diferentes premios. En la Exposición Nacional de Madrid de 1864 presentó *La crucifixión de los mártires del Japón en el Calvario de Nangasaki* y el *Martirio de los Santos Servando y Germán*, obteniendo por este último trabajo mención honorífica especial. En 1866 adquirió la Academia de Bellas Artes de su ciudad natal una aguada de este artista, copia del fresco original de Don Luis de Vargas, que representa el *Juicio final*, y se conserva en el Hospital de la Misericordia de Sevilla. En la Exposición Nacional de 1866 presentó *San Hermenegildo, mártir de Sevilla*. En la sevillana de 1867 expuso, *Tránsito de San Hermenegildo*. En la aragonesa de 1868, *El Niño Jesús adorado por unos ángeles* e *Interior de la iglesia de San Isidoro en Sevilla*. En la Exposición de Sevilla de 1877 figuraron varias obras de este artista, que había muerto prematuramente, entre ellas un cuadro representando a *San Lorenzo en la prisión*.

D. PEDRO DE VEGA Y MUÑOZ, natural de Sevilla y discípulo de su Escuela de Bellas Artes. Presentó en las Exposiciones sevillanas de 1867 y 1868 diferentes asuntos, y del género religioso, la *Muerte de Santa Justa*, *San Félix de Cantaliccio*, copia de Murillo, *San Antonio de Padua* y la *Iglesia de Omnium Sanctorum*.

D. JUSTO MARÍA DE VELASCO, natural de Salamanca y discípulo de D. Vicente López. Es individuo de la Academia de San Fernando y pertenece a otras distinguidas corporaciones, entre ellas la Comisión de Conservación de Templos palatinos. El Sr. Velasco perteneció a la Junta directiva del Liceo Artístico y Literario de Madrid, en cuya Exposición pública del año 1838 presentó un *Ece-Homo*, al óleo, copia de Murillo, y *San Fernando*, al lápiz, cuyos dos trabajos fueron adquiridos por la Reina Gobernadora Doña María Cristina de Borbón. En la Exposición de Valladolid de 1871 presentó un cuadro al óleo, titulado *Un milagro de la Virgen de las Nieves*, que merece elogio. Es de su mano el monumento de Semana Santa colocado en 1880 en la Catedral de Salamanca.

D. JOSÉ VELASCO DUEÑAS, calígrafo contemporáneo, autor, entre otros trabajos, del fac-simile de la partida de bautismo de Cervantes, y de un Trisagio de veinticuatro páginas en vitela para la Reina Doña Isabel II.

D. ALEJO DE VERA, natural de Vñuelas, en la provincia de Madrid, donde vió la luz en 14 de Julio de 1834, y discípulo de D. Federico Madrazo y de la Real Academia de San Fernando. En la Exposición de 1862 presentó el *Entierro de San Lorenzo*, obra que basta para legitimar el crédito de su autor, que, antes de serlo, obtuvo premio merecido y pensión en la Eterna Ciudad. El Jurado de la Exposición referida le agració con la primera medalla, y el Gobierno español adquirió su trabajo para el Museo Nacional, donde figura. No menos digno de la primera medalla que alcanzó, el Sr. Vera presentó en la Exposición de 1866 *Un coro de monjas*, cuadro bellísimo, aunque de pequeño tamaño, y *Santa Cecilia y San Valeriano*, que fué comprado por el Gobierno para el Museo Nacional. En la Exposición de 1871 el Sr. Vera expuso, entre otros asuntos, *La comunión de los antiguos cristianos en las catacumbas de Roma*. En dicho certamen obtuvo el artista que nos ocupa primer premio, fuera de los reglamentarios y la Cruz de Carlos III. En 1874 fué nombrado Ayudante-Profesor de la Escuela Superior de Pintura de Madrid, cargo que desempeñó hasta 1878, en cuyo año volvió nuevamente a Roma como pensionado de mérito de la Academia Española de aquella capital. También logró premio en la Exposición de Filadelfia de 1876; en la de 1882 de Viena figuró en el cuadro de honor, y en Octubre de 1881 fué elegido individuo de número de la Real Academia de San Fernando, en la vacante ocurrida por muerte del Sr. Sans. Un lienzo que representa a *San Sebastián* es asimismo obra del pintor que acabamos de biografiar.

D. JUAN ANTONIO VERA Y CALVO, pintor sevillano, discípulo en su ciudad natal de D. Joaquín D. Becquer y de la Escuela de Santa Isabel; en Madrid, de las clases de la Escuela superior, y en París de M. León Cogniet. En las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes celebradas en 1858, 1862

y 1864, presentó este artista obras religiosas y profanas (obteniendo diferentes menciones honoríficas); citaremos aquí las primeras: *Jesús en casa de Marta y María y La Verónica*. En la de 1871 presentó: *Eva cogiendo la manzana y Adán antes de comer el fruto*.

D. IGNACIO VERDEJA, pintor sevillano. En 1855 pintó con destino a una iglesia de Puerto-Rico *El Corazón de Jesús adorado por la Virgen Santísima y varios ángeles*.

D. JOSÉ VERGADÁ, conde de Soto-Ameno, pintor de afición y Académico de mérito por la pintura de la Academia de San Carlos, muerto en 2 de Febrero de 1854. En el Museo provincial de Valencia se conserva un lienzo de su mano, copia de Espinosa, representando a *San Vicente Mártir*.

D. JUAN BAUTISTA VERMAY, pintor de historia; director que fué de la Sociedad patriótica de la Habana, profesor de la clase de dibujo y pintor honorario de Cámara. Entre otros trabajos suyos, que originaron su crédito artístico, se cuenta la pintura de la bóveda de la catedral de la Habana. En el cementerio de aquella población, donde descansa, le dedicaron una modesta lápida sus discípulos y amigos.

D. MARIO VIANI ROBEDO, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Valladolid. En el concurso celebrado por la misma en el año 1876 obtuvo un accésit por su cuadro *Celda de un fraile franciscano*. Posteriormente ha obtenido dos medallas de primera clase.

D. SANTIAGO VIAPLANA Y CASAMALA, natural de Barcelona, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de dicha ciudad y de M. Rhodes. En la Exposición Nacional de 1866 alcanzó el Jurado una medalla de tercera clase por los siguientes dibujos que había presentado: *Iglesia de San Juan de los Reyes, Exterior del ábside de la misma, Sección longitudinal de la catedral de Toledo, Fachada principal de la misma, Exterior y detalles de la iglesia del arrabal de Toledo y sepulcro del Condestable D. Alvaro de Luna y su esposa en la capilla de Santiago de dicha catedral*. Falleció poco tiempo después.

D. FRANCISCO VICENTE Y PEÑARANDA, pintor y restaurador, más conocido en este último concepto por los trabajos que ha realizado. Débese a este artista la restauración de numerosos lienzos existentes en el Monasterio del Escorial.

D. FRANCISCO VILARRASA, natural de Camprodón y discípulo en París de MM. Cogniet y Delaroche. En la Exposición Nacional de 1858, y en algunas de las verificadas en Barcelona, ha presentado, entre otros asuntos, *La Virgen de la Piedad*. La crítica ha saludado repetidas veces con sus elogios a este artista.

D. LEOPOLDO VILLAAMIL, natural de la provincia de Orense y discípulo en Madrid de D. Francisco Van-Halen y de la Escuela superior de pintura. En la Exposición de la Coruña de 1878 presentó *San Carlos Borromeo, dando la comunión a unos enfermos*.

D. JOAQUÍN VILLALONGA Y DESBRULL, nació en 1789 en Palma de Mallorca, de una familia distinguida, y aunque dedicado a la carrera militar, dedicóse asimismo a las bellas artes. Débese a su mano el cuadro principal del retablo mayor de la Iglesia del pueblo de María.

D. JOSÉ VILLARELLE. En la Exposición celebrada en Pontevedra en 1880 presentó una copia de *La Perla*.

D. LUIS DE VILLAVEDE Y CASTERA, jefe de artillería y pintor de afición. Es autor de los cuadros: *Interior de un convento de Guipúzcoa y Galería del Convento de San Jerónimo*, que presentó en la Exposición Nacional de 1871.

D. JOSÉ VILLEGAS Y CORDERO, nació en Sevilla en 1844, e hizo sus primeros estudios bajo la dirección de D. Eduardo Cano y D. José Romero. En 1867 se trasladó, a costa de grandes sacrificios, a Roma, y pronto fué su nombre conocido en los mercados de París y de la Ciudad Eterna. Vendió en 150.000 francos a Mr. Vanderbilt su cuadro *Un bautismo en Sevilla*. Es obra suya *La restitución del San Antonio de Murillo a la Catedral de Sevilla*.

D. RICARDO VILLODAS, discípulo de la Escuela Superior de Madrid. En la Exposición celebrada en 1871 en esta población presentó *Una capilla en San Isidro el Real y Una Misa*. En el género histórico ha logrado nuevos y mayores triunfos.

D. JOSÉ VIVÓ Y RODRIGO, nació en Valencia en 1801, y desde sus primeros años mostró decidida afición por el estudio de las bellas artes, dedicándose muy especialmente a la pintura, cuyas primeras lecciones recibió en la Academia de San Carlos de su ciudad natal, hasta que en 1815 le tomó bajo su inmediata dirección el pintor D. José Zapata. Son obras suyas: El lienzo que existe en el altar mayor de la capilla de la Comunión, de la Iglesia de San Mateo de Valencia, que mide catorce palmas de altura y representa a *Nuestra Señora del Rosario*

con *San Francisco y Santo Domingo a los lados, y grupos de ángeles y serafines*. En la parroquia de San Bartolomé otro de *Santa Filomena*, colocado en una de las capillas del crucero de dicha iglesia. El de *Los desposorios de la Virgen*; que lo está en la capilla de San José, de la parroquia de San Lorenzo. Cuatro lienzos, en cuadro, de diez palmas cada uno, con pasajes de la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, para la catedral de Orihuela. En el pueblo de Benifayó otro, de nueve palmas, representando a *Cristo en la agonía, con la Virgen y San Juan a los lados*, el cual mereció muchos elogios por el dibujo y casta del colorido antiguo. Un *San Roque*, de nueve palmas, para la villa de Alcora. Un *Buen Pastor*, de trece palmas, conservado en la iglesia parroquial de Crevillente. Una tabla para el tabernáculo de la Sagrada Forma, dos mancebos en adoración y varias alegorías para Ollería. *Nuestro Señor Jesucristo en la Columna*, e infinidad de cuadros para las suprimidas órdenes religiosas. También fué muy conocido y reputado como restaurador, y murió en Moncada en 5 de Febrero de 1868.

DOÑA ABENCIA VIVA DE LOMERA, pintora de afición, residente en Cádiz, en cuyas últimas Exposiciones de Bellas Artes ha presentado diferentes trabajos, siendo muy elogiadas sus copias de un *San Antonio*, *Santa Clara* y la *Cabeza de un Apóstol*.

D. CARLOS WADE, pintor, natural de Gibraltar, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Cádiz. En la Exposición de dicha ciudad, en 1870, alcanzó una mención por el lienzo *La Resurrección de Lázaro*.

DOÑA ROSARIO WEIS, nació en Madrid en 2 de Octubre de 1814, y a consecuencia de desgracias de familia fué confiada desde sus primeros años al célebre Goya, pariente suyo, a cuyo lado empezó a manifestarse en la niña Rosario su decidida vocación por las bellas artes. Conociendo éste su talento y disposiciones, no vaciló en cultivarlas. La Academia de San Fernando abrió sus puertas a la señorita Weis en 1840, y en 18 de Enero del año 1842 fué nombrada maestra de dibujo de la Reina Doña Isabel y de su hermana Doña María Luisa Fernanda. Falleció nuestra artista a los treinta años de edad, y citaremos aquí de entre sus obras un *Ángel*.

DOÑA ASUNCIÓN YÁÑEZ. En la Exposición de Santiago, celebrada en 1875, presentó dos cuadros al óleo: *La Dolorosa* y *Un monje rezando*.

DOÑA N. YONNGER. En la Exposición de Bellas Artes celebrada en Cádiz en 1854, presentó un *Ecc Homo*.

D. MANUEL YUS Y COLÁS, natural de Nuévalos (Zaragoza) y discípulo de la Escuela Superior de Madrid. Presentó en la Exposición aragonesa del año 1868 una copia de la Sacra Familia, de Rafael, conocida por *La Perla*.

D. ROBERTO ZALDUA, premiado con mención honorífica en la Exposición de Vitoria de 1867; había presentado la copia de un *San Fernando* y la de *Los esposos de Santa Catalina*.

D. EDUARDO ZAMACOIS Y ZABALA, natural de Bilbao, discípulo en Madrid de la Escuela Superior de Pintura, Escultura y Grabado, y en París de la Escuela Imperial y de Meissonnier. El Sr. Zamacois fué una gloria muerta en flor. Falleció en Madrid, a la temprana edad de veintisiete años, en 12 de Enero de 1874. En la Exposición universal de París de 1878 se consagró un diploma a su memoria. En vida alcanzó los más legítimos triunfos, siendo obra suya *El refectorio de los Trinitarios en Roma*.

D. JOSÉ ANTONIO ZAPATA Y DADAD, pintor valenciano. Nació en 1762, ganó en sus primeros estudios verificados en la Academia de San Carlos numerosos premios. Fué académico de la misma y de la de San Fernando, de Madrid. Murió en 31 de Agosto de 1837 a la edad de setenta y cinco años. Citaremos los siguientes trabajos de su mano: un *Santísimo Cristo de la Corona*, existente en la parroquia de Santa Catalina, mártir, de Valencia; los cuadros del retablo mayor y cuerpo de la Iglesia del lugar de Vilanesa; el del retablo mayor de la capilla de Nuestra Señora de los Angeles, en el Cabañal; dos de tamaño mayor que el natural, en Palma de Mallorca; el *Salvador* y laterales de las monjas de San Cristóbal de la misma ciudad; *La Virgen con el Niño* y *La aparición de la Virgen a San Eneas*, existentes en el Museo provincial, y el retrato de *Fray Doctor Jaime Juan Falcó*.

D. EUSEBIO ZARZA, natural de Madrid y discípulo de la Academia de Nobles Artes de San Fernando. En la Exposición Nacional de 1856 presentó: *La Purísima Concepción de Nuestra Señora y la Sacra Familia descansando en Egipto*; obtuvo mención honorífica. Dedicado principalmente al dibujo para grabar en madera y a la litografía, el Sr. Zarza ha tomado parte en diversas publicaciones, merced a las que en este lugar sus trabajos para *La Sagrada Biblia*.

Hemos llegado al término de nuestro trabajo, en lo que a las obras pictóricas de carácter religioso se refiere. Más breve será nuestra tarea, aunque no de menor curiosidad, en cuanto se relaciona con la escultura, y a esto consagraremos algunos artículos en los próximos números de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, contando con la benevolencia nunca desmentida del lector.

M. DE A.

(Se continuará.)

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

Adelantan rápidamente los trabajos para terminar la riquísima estola pontificia que la ciudad de Valencia y pueblos de su Archidiócesis ofrecerán al Padre Santo con motivo de sus *Bodas de Oro*.

El inteligente profesor de dibujo D. Miguel Ramírez Bonet ha sido el encargado de interpretar con su correcto lápiz el pensamiento alegórico de tan justa solemnidad, para que la mencionada estola sea, no solamente un presente digno de la augusta majestad a quien se dedica, si que también un recuerdo del quincuagésimo aniversario de la consagración sacerdotal del gran León. El estilo del dibujo es románico y expresa por medio de preciosas alegorías encerradas en artísticos cuadrifolios y sextifolios las virtudes del Sacerdote y su carácter de ministro de Jesucristo. En el centro de los dos brazos de la estola campearon los escudos pontificios coronados de roble y de laurel.

De la confección del bordado está encargada Doña Vicenta Churat, acreditada por su pericia en trabajos de esta índole.

Es de notar que dicha señora se ofreció con generoso y laudable desprendimiento a bordar gratuitamente la estola pontificia, poniendo además de su cuenta los materiales del bordado.

Para más realzar el mérito y el valor de tan importante trabajo, cuenta la Junta con más de cuatrocientas piedras preciosas, algunas de subido precio, ofrecidas por todas las parroquias de este Arzobispado.

La estola irá encerrada en un magnífico estuche, también de estilo románico, de cuya confección se han encargado reputados artistas.

A continuación publicamos la lista de los objetos que con destino a la Exposición Vaticana se han recibido en la Secretaría del Seminario Conciliar de esta ciudad:

- Del Sr. Cura de Torrente, una casulla encarnada.
- De una devota de Valencia, una id. blanca.
- Del fabricante de tejidos D. Antonio Llana, cuatro casullas: dos encarnadas, una blanca y una negra.
- De Masamagrell, una toalla de altar.
- De una persona devota, una casulla blanca.
- De un devoto de Valencia, unas vinajeras de metal blanco con campanilla.
- De las Religiosas de al Pie de la Cruz, de Valencia, dos corporales, doce paliás y doce hijuelas con su correspondiente caja de terciopelo.
- Han contribuido además con ofrendas en metálico y prendas y objetos de culto:
- La Escuela dominical de la Inmaculada Concepción de Valencia.
- La Conferencia de la Inmaculada Concepción.
- La del Sagrado Corazón de Jesús.
- La de Señoritas ropas del Purísimo Corazón de María.
- La de la Sagrada Familia.
- La de Señoritas ropas de San José.
- La de San Sebastián.
- La Asociación de Madres Católicas.
- La del Corazón de Jesús del Hospital.
- La Congregación de San Felipe Neri.
- La Asociación de Desagravios al Sagrado Corazón de Jesús, establecida en el Convento de la Puridad.
- Las Escuelas dominicales consagradas al Sagrado Corazón de Jesús bajo el patronato de la Sociedad Económica.

Para citar los pueblos que han contribuido con alhajas y cantidades habría que enumerar todos los de Valencia.

El broche de la capa magna que las señoras de Sevilla regalarán a Su Santidad está formado de cuatro semicírculos de brillantes unidos entre sí, con una preciosa esmeralda cada uno, rodeando el monograma de León XIII, que ocupa el centro y va montado en rosas de Holanda. La tiara de oro, con sobrepuestos de plata que forman las tres coronas, va adornada con esmeraldas y rosas, de la que penden las cintas cubiertas también de pedrería. En la parte alta debajo de la cruz lleva una perla. Las la-

ves, todas de brillantes, aparecen en la parte superior las guardas, y en la inferior el anillo, en cuyo centro lleva un grueso brillante cada una, terminando por una y otra parte en una perla. La parte inferior del broche la ocupa una magnífica esmeralda con cuatro brillantes, acompañados de caprichosos dibujos góticos. De los lados del centro parten dos arcos, estilo ojival, cubiertos de brillantes, lo mismo que los adornos interiores, en donde van colocadas dos gruesas perlas. En las agujas que sujetan el broche por detrás va grabada la siguiente inscripción: *A Su Santidad León XIII en su Jubileo Sacerdotal, las Señoras de Sevilla*, y en la tiara, «1887.» Va toda montada en plata, y consta esta alhaja de quinientas ochenta piedras preciosas. El dibujo de estilo gótico es original de D. Cándido Viana, siendo construido por el hábil artífice D. Antonio Martín, de Sevilla.

El 15 del próximo Septiembre se inaugurará en Tortosa, en los salones de la Juventud Católica, la Exposición de todos los objetos que se han de enviar a Roma, para obsequiar a Su Santidad el Papa León XIII en sus Bodas de Oro.

Dícese que hay preciosos y valiosos objetos, pues no baja de 25.000 duros el valor de todos, sin contar el que representa los trabajos invertidos en los bordados y confección de ropas. El álbum de firmas lo formarán doce grandes tomos que contendrán millares de nombres inscritos, todos de hijos de aquella diócesis.

La ofrenda de la diócesis de Madrid-Alcalá con destino al Jubileo asciende a 50.660 pesetas; la del Dinero de San Pedro recaudado por la misma, 116.383; la de la sección de Oración 3.502. Recaudado por las Juntas parroquiales, 20.068.

Las parroquias que aparecen con una suma mayor de 1.000 pesetas son San Martín, San Sebastián, Santa Cruz, San Justo, San Luis, San Millán y San Marcos.

Ya han sido entregados al Sr. Arzobispo de Tarragona los regalos que la población industrial de La Riba ofrece a Su Santidad León XIII con motivo del Jubileo o Exposición que se prepara. Consiste en dos estuches primorosos, que contiene el uno un precioso tintero de plata en forma de globo, teniendo marcado el mapa-mundi, cuyo remate lo forman el báculo, la cruz y los Santos Evangelios; su plato es de mármol negro, primorosamente labrado, en el cual hay una pluma de plata con la inscripción siguiente: «Los niños del Catecismo de La Riba,» todo trabajado en la casa del Sr. Casseras, de Barcelona. Hay en el mismo estuche un departamento con dos resmas de papel clase superior, cuya marca la forma el escudo pontificio con el nombre de La Riba y el fabricante D. Isidro Gomá. El otro estuche contiene un juego de amito, purificador, corporales, lavabo e hijuela bordado todo con primor por las religiosas de la Casa de Caridad de Valls, con las cintas bordadas en oro, flecos de oro y la dedicatoria siguiente: «A Su Santidad León XIII en sus Bodas de Oro. La Riba.»

Además del regalo del emperador de Alemania, se tiene en Roma noticia que el de la reina Victoria con motivo de las Bodas de Oro consiste en una magnífica colección de tapices representando hechos histórico-religiosos del Reino Unido, anteriores a la ruptura de Inglaterra con la Iglesia.

De Viena se dice que llegarán también cosas peregrinas, y entre ellas se cuenta una cruz de oro macizo incrustada de pedrería, representando un valor de 100.000 florines. A su coste han contribuido el emperador Francisco José con 20.000, y un convento de damas nobles de Viena con 80.000. El Emperador ha hecho de propia mano algunas modificaciones en el trazado de esta obra de arte, cuyo dibujo se sometió previamente a su aprobación.

El cabildo de Strasburgo regalará a Su Santidad una copia del reloj de su famosa catedral. Este reloj tiene tres metros de alto y lo ha construido un campesino de los alrededores de Strasburgo.

BIBLIOGRAFIA

Leo Taxil. Confesiones de un ex-librepensador, traducidas en español por D. Angel Z. de Canelo.—Barcelona, 1887, Grabulosa, editor.

Dos años hace que Leo Taxil (Gabriel Jogand-Pagès), el terrible enemigo del catolicismo, el fundador

en Francia de la Liga anticlerical, el autor o inspirador de tantas obras como en los últimos años han salido a luz en mengua y desprestigio de la Religión y de sus sacerdotes, hacía pública y solemne abjuración de sus errores, dispuesto a reparar en la medida de sus fuerzas el mal que con sus predicaciones y escritos había causado. La prensa radical, la secta masónica, los elementos librepensadores o impíos, furiosos de una conversión que tanto daño les causaba, se consagraron a masticar y escarnecer al convertido, suponiéndole guiado por miserables cálculos y no perdonando que quien había puesto su poderoso talento al servicio del error se apartara resueltamente de él: Leo Taxil, cuya energía desde la adolescencia es bien notoria, no solamente despreció aquellos ataques, sino que después de haber confesado ante la Iglesia sus faltas quiso dar pruebas de humildad confesándolas ante el mundo, y su obra *Las Confesiones* ha obtenido en Francia un éxito grandísimo y ha sido traducido casi simultáneamente al alemán, al inglés, al italiano, al húngaro y al español. Verdad es que dicha obra, admirable bajo el punto de vista cristiano, no lo es menos bajo el literario, y que *Las Confesiones* de Leo Taxil son en cierto modo la historia de la impiedad francesa durante los últimos años. Justo es decir que si muchos han sido los desgraciados pervertidos por Taxil, muchos prometen asimismo ser los arrepentidos por su ejemplo y doctrinas, contándose ya a estas fechas algunas importantes conversiones.

Persuadidos de la conveniencia de que se conozca el carácter de esta importante obra, y en la seguridad de que no ha de llevarlo a mal el editor de la traducción española, reproduciremos en el próximo número uno de los capítulos, tan interesante como cuantos forman *Las Confesiones* de Leo Taxil.

El Vaticano y los masones, por Leo Taxil, obra vertida al castellano por D. Angel Z. de Canelo.—Barcelona, 1887, Grabulosa, editor.

Leo Taxil, el célebre librepensador convertido, autor de la obra *Los misterios de la Francmasonería*, ha reunido en un volumen todos los actos de la Iglesia católica, contra aquella secta, a partir de la constitución apostólica *In eminenti* de S. S. Clemente XII, fecha 24 de Abril de 1738, y cuyo documento, que desenmascará a los masones, tuvo grandísima resonancia y cortó la creciente propagación de un mal que había tenido en el misterio bastante desarrollo. En esta obra despiertan especial interés las páginas consagradas por el autor a refutar la calumniosa aseveración de que S. S. Pío IX pertenecía a la secta masónica.

NOTICIAS

Merece seguramente servir de imitación y ejemplo la conducta observada recientemente por el diputado francés Mr. de Cassagnac. Designado para concurrir con otros individuos de la Cámara al entierro civil de Mr. Cantagrel, se ha negado ahora, fundando su negativa en las razones que vamos a copiar:

«Mi conciencia de católico me prohíbe formalmente seguir un convoy fúnebre que no pase por un templo consagrado...»

«El libre-pensamiento ha llegado a ser militante, agresivo, y marcha descaradamente al asalto del cristianismo.»

«No es con infelices extraviados con quienes tenemos que entendernos, sino con enemigos implacables.»

«Y marchar detrás de un ataúd que no precede el sacerdote, y donde no va enarbolada la cruz, sería una capitulación sin excusa.»

«Yo no la cometeré jamás.»

«Amo a mi padre tanto como un hijo puede y debe amarle; amo también a mis hijos todo lo que un padre es capaz de amar.»

«Que me critique quien quiera; si muriesen renegando su fe, y ostentando la negación de Dios, sin vacilar hubiera rehusado acompañarlos a su última morada.»

«En plena guerra religiosa, cuando nuestras creencias son ultrajadas públicamente, cuando nuestros sacerdotes están proscritos y reducidos a la miseria, cuando el ateísmo del Estado se levanta con insolencia enfrente de las iglesias desbaliadas diariamente por los ladrones que él envalentona; el catolicismo debe convertirse en la intransigencia de los primeros y grandes días de nuestra religión.»

«Y lo que yo no haría por los seres más queridos míos, no lo haré por un extraño, por más que sea un colega en el parlamento...»

«Los verdaderos creyentes no pueden sin complicidad criminal asociarse públicamente por su presencia al menosprecio de su fe...»

«Nosotros no podemos ni debemos sancionar de cerca o de lejos lo que a nuestros ojos es el desmoronamiento de la humanidad, lo que la envilece, designando como fin único la tierra, que es el fin de los animales.»

«Si todos los católicos estuviesen tan firmemente resueltos a no ceder jamás a las cobardes complacencias del mundo y tomasen el partido de rehusar su presencia en los casamientos y entierros que prescinden de la consagración religiosa, cualesquiera fuesen los lazos de amistad y parentesco, las ceremonias puramente civiles resultarían muy pronto con el triste esplendor de su abyección vergonzosa.»

El Procurador general de los misioneros Jesuitas de Ultramar, R. P. D. José Manuel Mendaro, ha entregado a los señores ministro, subsecretario, director general de Gracia y Justicia y otros altos funcionarios de aquel departamento, ejemplares de los cuadernos 6.º y 7.º, que son verdaderos tomos, de las *Cartas de los Padres de la Compañía de Jesús de la misión de Filipinas*, impresas en Manila.

En el año último ha llegado a 24.000 el número de alumnos y alumnas que han frecuentado en Roma las escuelas católicas, prefiriéndolas a las oficiales, o del Gobierno y Municipio, que apenas si han logrado reunir 22.000 alumnos de ambos sexos. El Padre Santo ha gastado en el sostenimiento de aquellas escuelas 102.000 francos.

Estas cifras no necesitan comentarios. Pero bueno es hacer constar todo esto, para que se vea una vez más la gran solicitud de León XIII para propagar la educación cristiana entre los hijos del pueblo romano, desprendiéndose con largueza de las sumas con que auxilian al Papa pobre y prisionero los fieles de todo el mundo.

También las escuelas superiores de estudios técnicos y liceos han tenido en dicho período gran incremento, merced a la munificencia de Su Santidad; y dentro de poco, y por cuenta del Padre Santo, se adquirirá un palacio en el centro de la ciudad para reunir en un solo local todas las escuelas que hoy ocupan en arriendo varios locales con mucho dispendio.

Se dice, a propósito de la adquisición de dicho palacio, que tiene vastas y hermosas salas, que se piensa seriamente en reorganizar las antiguas Academias pontificias de Roma, tales como la Arcadia, Tiberiana, Inmaculada Concepción, etc., etc., en un solo cuerpo o *Instituto de Ciencias y Letras*, con diversas secciones que podrán disfrutar una existencia más floreciente, activa y útil, reunidas y con asiento fijo, que no la que actualmente llevan dichas Academias esparcidas y sin unidad de dirección.

NECROLOGÍA

Han fallecido recientemente:

En Valencia, el Presbítero D. Antonio Seguí y Aliaga.

En Barcelona, D. Juan Pi y Alguer, Beneficiado de aquella Santa Iglesia Catedral.

En Roma, el Rmo. P. Manuel Martínez, Procurador general de los Agustinos descalzos de España.

En Almfrey, D. Valentín Cabrita Quinteiro, Cura párroco de aquel pueblo.

En Cerullón, el Cura párroco de la iglesia de San Esteban D. Fermín Pérez Mata.

En Badajoz, el Canónigo D. Juan Cirilo Fernández.

ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.





ÉPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 24. — Madrid 25 de Agosto de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Six meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Six meses.....	2 1/2 pta. fr.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Six meses.....	21 fr.
Un año.....	41 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Six meses.....	3 pta. fr.
Un año.....	5 »

SUMARIO

TEXTO. — *La decena*, por Manuel Ossorio y Bernard. — *Los grabados*, por Simeón. — *Las miradas*, por Leo Tasil. — *La realidad de un suceso*, por Santiago Olmedo y Estrada. — *Los Hermanos de las Escuelas cristianas*. — *Los Nunciaturas y las delegaciones apostólicas*. — *Los amos y dependientes cristianos*. — *El Arte religioso*, por M. de A. — *Juliano Sacerdotal de S. S. León XIII*. — *Noticias*. — *Neurología*.
GRABADOS. — *Monseñor Ruffo-Scilla*. — *Escenas de casa*. — *Santa Teresa de Villanueva* (cuadro de Murillo).

LA DECENA

PERFECTUOSA en extremo ha sido la entrevista celebrada este año por los Emperadores de Alemania y Austria en Gastein. Nadie ignora que la única garantía de paz para Europa es hoy el anciano Monarca del Imperio alemán, y que, a no ser por él, a estas horas la guerra hubiera destruido a las naciones interesadas en los múltiples asuntos pendientes de solución en Oriente. Pero el Emperador Guillermo, partidario del engrandecimiento de la nación alemana, y deseoso de tranquilidad, ha empleado su poderosa influencia en calmar las pasiones belicosas que animan a algunas Potencias, y dedicándose con entusiasmo a proteger los elementos de riqueza y fomentar las fuentes de la producción nacional. Tal es, en suma, la política que desde 1870 viene observando con aplauso de Europa el Soberano más fuerte de ella; política que ha sido y es sostenida hábilmente por el Emperador Francisco José, y que ha venido consolidándose todos los años en idénticas entrevistas que la última verificada el día 6 del actual.

Así lo declaran los periódicos más importantes de Europa, y especialmente los de Austria y Alemania, contestando a los que ponen en duda tenga hoy igual alcance político la entrevista de los dos Emperadores, y afirmando que en ella les guió el deseo de afianzar la paz, sin más objeto que ver a Europa gozar ampliamente de la misma.

Siendo, pues, la conferencia de Gastein una nueva ratificación de estos sentimientos, claro está que los resultados de la misma han de influir en su política general, porque representa una garantía real de los propósitos conciliadores y pacíficos bajo los cuales han de resolverse los puntos que tanto excitan las pasiones belicosas de Rusia contra Alemania, de Inglaterra contra el Imperio ruso, y de Francia contra el germánico.

La versión, rumor ó lo que sea, de una soberanía pontificia sobre Siria y Chipre, con la Santa Sede en Jerusalén, es la modernización de algo que ya dijo un desgraciado poeta, y carece en absoluto de fundamento.

Desde el momento en que todos los enfermos crónicos se hallan de veraneo en los balnearios y playas de la Península y del extranjero, bien podemos decir, sin presunción pecaminosa, los que en la capital seguimos, que aquí está la parte sana de Madrid. Base firmísima de la población madrileña, desafiamos ahora los rayos del sol, como en Diciembre las sutiles brisas del Guadarrama, atendiendo a nuestros asuntos, llenando nuestros deberes y no gastando más de lo que autoriza el flaco y macilento bolsillo.

Pero digámoslo también, a riesgo de que no se nos crea.

La vida en Madrid no es tan insoportable como algunos presumen: los que disponen de riquezas evitan la fuerza del calor en habitaciones bien acondicionadas y frescas; toman higiénicos baños de placer; viven en un *deshabillé* admirable; pasean en las horas de sombra por el Retiro ó la Casa de Campo, y asisten de noche a los jardines. Los que por sus trabajos no pueden defenderse tanto, arreglan las horas de la mejor manera posible, buscan las aceras de sombra, desfilan con sus sombrillas al sol de las plazas anchurosas, refrescan a la inglesa en las cien tiendas consagradas a esta reciente industria, y después de dormir la siesta y de comer en mangas de camisa, se marchan por la noche a Biarritz, el sitio que antes conocíamos por el nombre de «Cerro del Aire», y que hoy hemos confirmado con otro francés. Los pobres, verdaderamente pobres, encuentran en la economía de los ali-

mentos compensación a los calores, y cuando llega la noche encuentran hecha su cama en los bancos de los paseos y de las plazas públicas, y aun en mitad de las calles.

Los viajes incómodos, las fondas sucias con habitaciones de aire irrespirable, los manjares de guardarroja, las compañías insoportables que los viajes imponen, el juego como recurso y moda, el gasto innecesario é incesante, las fatigas de las expediciones, los peligros de las contraindicaciones terapéuticas, queda todo esto para los que lo buscan, sin precisión muchísimas veces, y reservémosnos el mé todo, la higiene, la tranquilidad y la economía, que logramos con no movernos de Madrid.

Después de todo, si a los que viajan les gustan todos los inconvenientes señalados, a nosotros nos agradan más los bienes aducidos, y váyase lo uno por lo otro, ya que quien no se consuela es porque no quiere.

Incidentalmente he dicho algo de Biarritz, y la verdad es que este sitio de recreo merece algo más, si no por lo que en sí es, como *síntoma*.

Aquí en Madrid, donde los cafés se multiplican en las calles, donde los teatros son en número mucho mayor de lo que requiere una población fija y no excesiva, y donde el capricho, el gusto, la moda y el vicio se disputan la preferencia de la población en cortísimo espacio y en calles ni muy anchas ni muy ventiladas, está sin nacer aún una industria muy importante: la industria de los alrededores. El empleado que trabaja toda la semana, el industrial que consagra su vida a la producción, el hombre de negocios, el comerciante, todos cuantos ven sucederse y pasarse el lunes y el martes, el miércoles y el jueves, el viernes y el sábado, ven llegar el domingo y no saben en qué ocuparlo: las distracciones que le ofrece Madrid no ensanchan sus pulmones con un poco de oxígeno, ni contribuyen a alimentar sus fuerzas físicas, ni equilibran sus funciones digestivas. De buena gana saldrían al campo; pero la aridez de los alrededores de Madrid sólo les ofrece polvo; si entran en un ventorrillo, tienen la seguridad de no encontrar un mantel ni una servilleta, ni más alimentos que algunos, acaso en descomposición, tasados y tan caros como en casa de Lhardy. Nada de fondas campestres, ni de juegos de jardín, ni de lo que pueda apetecer quien consagra toda la semana al trabajo. Pues bien: Biarritz, como he dicho ya, es un síntoma: allí arrojan los tranvías durante la noche a millares de madrileños; allí hay bandurrias y guitarras que convidan al baile, y horchaterías y fondas campestres, y hay, lo que la industria no puede ofrecer, mucha animación de los viajeros a la ida y muchos alegres recuerdos a la vuelta.

Biarritz tiene para nosotros especialmente un atractivo especial: el de hallarse junto al severo y elegante edificio alzado por la constancia y por la piedad; ese edificio al que va unido el nombre de una mujer sublime que nosotros pronunciamos con respeto y la pos-



MONSEÑOR RUFFO-SCILLA.

teridad pronunciará con veneración; ese alarde de buen gusto en lo artístico, que traxó el ilustre Marqués de Cubas, y que se llama el *Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús*.

Otra de las novedades que encierra la decena es la presentación en la plaza de Madrid de una compañía de niños toreros, que por esta vez actúan de diestros de verdad, capeando, picando, banderilleando y matando reses bravas. Las autoridades no han creído del caso acordarse de que hay leyes protectoras de la infancia y de que, aunque semejantes leyes no existieran, siempre habría dentro del orden moral motivo bastante para prohibir un espectáculo que, si es en los hombres poco civilizador, demuestra en los niños algo más grave y digno de reprobación y censura.

Es muy problemático que los niños toreros sepan leer; es casi seguro que nadie se habrá tomado el trabajo de advertirles, tanto los riesgos de la profesión a que se lanzaron, como lo necesitado que está el país de que su agricultura no siga abandonada; de que su industria extractiva alcance el desarrollo a que está llamada; de que en las múltiples operaciones que transforman y modifican la materia es urgente se empleen sistemas y procedimientos que avaloren y mejoren la modificación; de que las nuevas vías terrestres y las comunicaciones marítimas abran vastos horizontes al comercio; de que las artes industriales y las bellas artes guarden coronas y triunfos para los que con éxito las cultivan. Este dédalo de caminos que se ofrecen a la juventud, y a cuyo conocimiento debe tenderse desde la niñez, constituirá un verdadero jeroglífico para los noveles lidiadores, cuyo mundo se reducirá al apartado y al burladero, a las navarras y verónicas, al salto al trascuerno y a la estocada a paso de banderilla.

Pero no tienen ellos seguramente la culpa: cuando la sangre de esos niños riegue la arena, como recientemente ha sucedido en función análoga celebrada en Leganés, habrá que preguntarse si detrás de ese ciego arrojo de los niños puede existir algún interés de empresa que los sacrifica, y podrá estudiarse si semejante especulación puede y debe consentirse, y si está bien que los Gobernadores firmen el cartel que anuncia la corrida, y que los Alcaldes presidan el espectáculo y hasta amenacen con multas y cárcel a los lidiadores que no se acercan lo bastante a los cuernos del toro. Que a esto y a dejarse insultar por el populacho se reducen las funciones presidenciales en las corridas de toros.

De esperar es que, ya que existe una Sociedad protectora de los niños—porque, no lo duden ustedes, existe esa Sociedad—haga oír su autorizada protesta; que esto refresque la memoria de las autoridades, y limpiándose el polvo que cubre a la ley protectora de la infancia, se estudien sus artículos, y en alguno de ellos se encontrará sin duda algo que demuestre el incumplimiento de la prescripción legal. También puede abrigarse la esperanza de que el Congreso proteccionista que ha de reunirse en Cádiz, por iniciativa de una distinguida escritora, a fin de mejorar la situación de la niñez, tenga en cuenta el abandono en que siempre estuvieron y están los niños; para que, traduciéndose sus debates en acuerdos y sus acuerdos en proposiciones de ley, se derogue por inútil la hoy existente y se promulgue otra.

Que acaso por más nuevecita logre mejor cumplimiento.

Entre tanto escuchemos impasibles el pregón de: — ¡Eh, a la plaza! — repetido todos los domingos al principio de la tarde, en la seguridad de que al anochechar oiremos asimismo pregonar:

— ¡El Enano, con la cogida del torero Tal!

Ayer me encontré, durante la fuerza del calor, a mi amigo Facundo, que subía penosamente el paseo del Prado con un bulto enorme bajo el brazo.

— Vengo muerto — me dijo al encontrarme. — Si quisieras limpiarme el sudor...

— Ya veo que traes las manos ocupadas.

— Sí, hombre: tres horas he tenido que aguardar en la estación para que me despachasen este encargo, y después no he encontrado un mozo que me lo traiga ni un coche en que meterme. Vengo jadeante, sudando y desesperado; pero no es eso lo que más me fastidia.

— ¿Pues qué, entonces?

— Que llamen al punto de donde vengo la estación de las Delicias.

— Le veo a usted armado de caña y chistera. ¿Qué tal se ha dado el día?

— Bien, hombre.

— ¿Pican? ¿Pican los peces?

— He pescado uno de tres libras.

El pescador saca orgullosamente el pez, lo enseña a su interlocutor, y dice sentenciosamente, haciendo gala de su erudición zoológica:

— Rara avis, ¿eh?

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

MONS. LUIS RUFFO-SCILLA.

Mons. Ruffo-Scilla, Nuncio apostólico que fué en la corte de Baviera y Arzobispo titular de Petra, ha merecido la alta distinción de representar a Su Santidad León XIII en las fiestas celebradas en Inglaterra, con ocasión del jubileo de la reina Victoria, y de ser el encargado de ultimar el restablecimiento de las relaciones políticas entre el Vaticano y el Gobierno inglés. La alta significación del Prelado, y la confianza que ha merecido para tan delicado encargo son garantía de acierto, siendo evidente que a la política de atracción del Pontífice sucederán en lo porvenir resultados no previstos por la diplomacia, aunque los vean claros todos los hombres de buena voluntad.

La prensa inglesa ha dado minuciosa cuenta de las atenciones políticas y de las solemnidades religiosas que han señalado la estancia en Roma de Mons. Luis Ruffo-Scilla.

ESCENAS DE CAZA.

Terminado el período de la veda, los cazadores vuelven al ejercicio de su distracción favorita, dispuestos a no dejar tranquilidad ni reposo a nada que cruce los aires, ni se agite sobre la superficie de la tierra, buscando su guarida entre las quebraduras del terreno o en las profundidades del bosque. Por confidencias de algún notable cazador, sospéchase que en el ejercicio de la caza no guía el exclusivo afán del producto, ni la muerte de los tímidos animalitos a los que se persigue, entrando por mucho la distracción del paseo, la compañía alegre y las aventuras inherentes a semejante distracción.

El grabado que hoy publicamos representa una escena de descanso en una cacería.

SANTO TORÍS DE VILLANUEVA.

(Cuadro de Bartolomé Esteban Murillo.)

La figura y representación de Murillo dentro del arte español son tan notorias, que se hace innecesario de todo punto una biografía y un juicio crítico; y el cuadro de *Santo Tomás de Villanueva*, que hoy reproducimos, tiene en su favor el justo y universal crédito que ha logrado en el mundo del arte.

SINE-FIDE

(Continuación.)

QUOT no hay cuadros, ni estatuas, ni corrales de comedias, ni de otras cosas de que yo siendo muy niño, tuve noticia por conversaciones que oí a mi padre; porque vinieron en la cuenta de que todo aquello era pura mentira, dado que la historia se formaba y escribía con aquellas bagatelas, y resultaba un puro enredo, por lo que, de camino que quemaron los cuadros y demolieron las estatuas, echaron a la hoguera cuantos libros hubieron a las manos, a fin de evitar que nadie creyese por ellos, en lo sucesivo, ningún género de patrañas. A este punto de su discurso llegaba el bueno del sinefideino, cuando le vino a interrumpir un suspiro tenso y tristísimo que salía del inmediato aposento. Los recuerdos de lo pasado me habían hecho olvidar lo presente, dijo el joven; venid. Y llevando al extremo opuesto a D. Francisco, continuó diciéndole en voz baja: «En ese aposento está mi hermana, mi única hermana, mi única familia, el único ser querido que tengo en el mundo, y mi hermana se muere sin tener febre ni dolor. Se muere de languidez, de tristeza, no sé de qué; pero la veo acabarse como una flor que se marchita, y el corazón se me hace pedazos. ¿Sabéis de algo que la pueda aliviar? Yo creo que no sabéis nada. No me inspiráis confianza ninguna; que en esto no cabe engaño; porque yo vigilaré con el arcabuz dispuesto ¿lo entendéis? Y no haré lo que esos necios que jamás disparan porque desconfían del acierto, de la pólvora y del arcabuz. ¿Qué me importa a mí morir si mi hermana se muere?

Al llegar aquí el sinefideino mostraba el más vivo dolor en los negros y rasgados ojos preñados de lágrimas. D. Francisco le pidió permiso para ver a su hermana, no sin darle a entender, sin embargo, que nada sabía de medicina, cuya manifestación fué acogida con júbilo por el afligido joven; que teniendo el hábito de no creer lo que oía, se afirmó en la idea de que su huésped era un famoso doctor, y formó el proyecto de hacerle curar a su hermana de grado o por fuerza.

CAPÍTULO III

De cómo el protagonista de esta historia se enamoró perdidamente de una hermosa joven.

Entraron los dos jóvenes en el aposento de la enferma, que era una niña como de diez y nueve años, con la hermosura de todos ellos, reunida y acrecentada por la misma languidez y tristeza de su mal, el que muy luego contagió a D. Francisco, hiriéndole en lo más íntimo de su alma; porque desde aquel punto comenzó a sentir gran desasosiego en el corazón, como si del pecho se le quisiera escapar. Coloreáronse vivamente las mejillas de la enferma, y brilló en sus ojos no sé qué luz, que Pablo, así su hermano se llamaba, se apercibió de la mudanza y dijo a D. Francisco: «Verdaderamente vais a volvernos la vida y el contento; porque ya le veo asomar en el semblante de mi hermana, lo cual no creía si no lo estuviera viendo.» Plegue a Dios que así sea, contestó D. Francisco sin salir del embeleso en que le tenía la contemplación de su enferma, que le duró algún tiempo, hasta que volvió la niña a suspirar, que lo hacía muy a menudo, y recordando el mal y su improvisada ciencia, dijo a D. Pablo que quería tener una entrevista con el doctor que hasta allí les visitara. «Excusad, señor, ese trabajo, le contestó la niña; porque nuestros doctores están ya tan acostumbrados a no curar, y nosotros tan decididos a no dejar que nos maten, que no paran en la ciudad a ninguna hora del día, porque se van al campo así que amanece a ver si matan alguna caza para no olvidar del todo el oficio.» Rióse D. Francisco celebrando el donaire y diciendo que no tenía mucho daño quien tan bien su genio mostraba; pero le salió al atajo el hermano diciéndole con muchas veras: «No toméis a chanza lo que dice mi hermana, que ello es así la pura verdad. Cuando la fe se acabó en la isla, dejaron de tenerla en sus recetas los doctores, y los enfermos perdieron la poca que tenían en ellos, por lo cual vinieron por común asentimiento a reducir las píscimas, bien persuadidos de que de lo malo cuanto menos mejor. Para ganar fama y atraer voluntades se esforzaron los doctores en llevar a cual más lejos podía este sistema, y llegaron a reducir las píscimas a gotas y a migajas, no faltando quien afirmara que había descubierto el modo de reducirlo todo a viento y le bastaba soplar sobre el enfermo para sanarle. Otro dijo que tenía la ciencia en los ojos, y mirar y curar todo era uno. Así las cosas, llamaron la atención del Consejo, y después de meditarlo mucho dijeron que puesto que los doctores eran muchos, y ya que no bien podían hacer mal, se redujera todo a un pecho ó gabela que les pagarian los que enfermasen y bastaba tener el recibo de tal pago para que los doctores quedasen satisfechos, las familias sossegadas sin el sobresalto de sus visitas, y los enfermos persuadidos de que no se morirían sino de la última e incurable enfermedad. Ahora lo que habéis de hacer es ocultar que sois del gremio, porque os saldrán al camino y os pondrán interdicto dándoos no poco que sentir.»

Quedó absorto D. Francisco pensando si aquella isla estaba encantada, o él durmiendo en su cama y víctima de alguna pesadilla; pero la realidad de lo que veía y tocaba era de tanto bulto, que no le permitía convencerse de mentirosos a sus sentidos, y así se decidió a seguir aquella corriente, un tanto temeroso de perderse en ella, porque empezaba a sentir vahidos de desconfianza de ser el mismo D. Francisco que antes era aquel improvisado doctor. Quiso tomar el pulso a la joven y hallóle como loco, como su corazón, y creyendo que convenía hacer algunas preguntas, empezó a discurrir por donde ya le dolía, que eran los celos, y a preguntar a la niña si había enfermado por mal de ánimo, por amor.

Contestó ella que no, con viveza, y D. Pablo confirmó la negativa con risa, diciéndole que bien mostraba en todo ser extranjero, pues no sabía que en Sine-Fide no se conocía el amor, y como D. Francisco se manifestase demasiado sorprendido, le manifestó la causa de tan raro fenómeno, diciéndole que tan luego como una persona sentía por otra síntomas de amor la entraba la desconfianza de ser correspondida, y no comprendiendo siquiera que fuese posible la fidelidad, era el amor al nacer rabiosa comezón de celos, y tan desesperado suplicio que se tenía por una de las mayores dolencias, y así trataban de curarse y huían de todo lo que podía servir de cebo a la pasión; que algunos más flacos ó menos diestros en curarse por sí se iban a la casa de Orates, y allí les daban sopa en vino y alimentos sanos en crecida cantidad, y sujetándoles a trabajos corporales, les hacían dormir largas horas, con cuyo régimen les solían volver a su juicio, y a otros les ocupaban en llevar las cuentas del Estado, para que matasen con los números los

vuelos de la fantasía. Preguntó D. Francisco si no había matrimonios en aquel país, y se le contestó que se habían suprimido hacía muchos años, por la misma razón de no ser posible que hubiese acuerdo entre los enamorados. «Suprimida la religión», dijo D. Pablo, se echó de ver que no había verdadero matrimonio y aun cuando se acudió a poner remedio mandándose que los contrayentes fuesen a decir al corregidor su propósito, y que éste lo hiciera constar en su libro, aconteció que al decirle, esta señora y yo queremos vivir amorosa y cuerda, como marido y mujer, para siempre jamás; el corregidor decía que siendo el ministro de verdad no podía escribir mentiras en libro que llevase su firma, y ponía que Fulano y Mengana querían vivir en concubinato arañándose y mordiéndose; y esto temporalmente mientras no les diera otra idea; cuyos apuntes y actas fueron examinados por el Consejo, y salió de aquí, como era de esperar, que ni los contrayentes ni el corregidor tenían que molestar con aquellas zarandajas, y que siendo todo un puro embrollo, quedaba el matrimonio suprimido de raíz. Hízose D. Francisco al oír esto tantas cruces, que los dos hermanos, no estando acostumbrados a verlas hacer, creyeron que se volvía loco y trataron de sujetarle, lo que lograron sin esfuerzo, pero no queriendo causarle más impresiones aquella noche, que ya se acercaba a la mitad de su carrera, le indicaron que reposara en el lecho de D. Pablo, mientras éste dormía en la puerta del aposento de su hermana con el arcabuz en la mano y la cabeza apoyada en el arcabuz.

CAPÍTULO IV

De cómo D. Francisco alcanzó la curación de la enferma.

En los días siguientes el protagonista de esta verdadera historia visitó la ciudad, que era sucia, triste y fea sobre todo encarecimiento. Le chocó mucho no ver ninguna tienda en ella, pero no tuvo necesidad de que le explicasen la causa, que comprendió en seguida teniendo en cuenta que no podía haber compradores donde era natural imaginar que el mercader había de llevar el alma en las uñas. Quiso que D. Pablo le llevase a casa de sus amigos, pero en la ciudad no había quien los tuviera por miedo de que les levantasen préstamos y falsos testimonios. Tampoco pudo conseguir que saliesen a pasear a caballo, porque no fiando nadie en ellos para montarlos no había quien los domara. Como viera que los ratones andaban paseándose tranquilamente por las calles, preguntó si no había gatos en la isla, y le contestaron que los habían extinguido antes de que se cerrasen los figones y hosterías a fin de que no pasaran nunca por liebres.

Quiso hacerse un vestido y preguntando por un sastre le dijeron que se habían muerto todos de hambre; porque cuando se acabó la fe en la ciudad temieron sus parroquianos que les habían de clavar las agujas en el corazón, y nunca más dejaron que les desnudaran de la hacienda a trueque de vestirles el cuerpo. Ibanle molestando las barbas y trató de buscar quien se las rapara, lo que fue causa de escándalo para cuantos le oyeron, por ser allí la rasura castigo mayor que el de galeras, y tan temido que a muchos costó la vida no más que verse la navaja al cuello.

Estas observaciones le causaron tanto disgusto, que acabó por no salir de la casa donde tan generosa posada, que nunca la supo encarecer bastante, tenía, y como cada día estaba más enamorado de Elena, que así se llamaba la hermana de D. Pablo, no echaba nada de menos en aquel cielo de su retiro. La hermosa enferma advirtió la pasión del huésped antes que éste se decidiera a declarársela, lo que hizo con todo estudio, imaginando con razón, que si en las palabras se adelantaba, corría grave riesgo de no ser creído jamás. Con este desusado sentimiento entró en la casa, y en el alma de Elena, una nueva vida, que muy luego fue comunicándola frescura y lozanía, como a la flor que se marchita por falta de aire y de luz, el regalado soplo del céfiro que la mueve sobre su tallo y el amoroso abrigo del sol del mediodía.

La pobre enferma lo estaba de sed de creencias, de esperanzas y de afectos, y el caballero español la mostraba cómo la mano de Dios había escrito con estrellas sus maravillas en el firmamento, y cómo su claro y transparente azul era menos claro que la Virgen de Nazaret. Oíale D. Pablo con extrañeza, pero sin desagrado, viendo como aquellas palabras, que dulcemente llenaban el corazón, iban curando el de su hermana tan de prisa, que en pocas semanas nadie la hubiera llegado a conocer. Poco práctico en el conocimiento de los afectos, no leyó en los ojos de los enamorados, ni se apercibió de que

lo estaban, hasta que tanto hubo crecido en ellos la pasión, que no podían vivir sin declarar a todo el mundo lo que ellos se habían dicho muchas veces, y así un día, tomándole de la mano D. Francisco, le dijo que le perdonase si antes le había encubierto con disimulo el amor hacia su hermana; pero fiando en que la tenía demasiado cariño para quererla ver dichosa, le advertía que ninguno de los dos podía serlo sino concertando en seguida su casamiento. Quedó D. Pablo aturrido con la nueva, y estuvo muchos días sin creerla hasta que sus observaciones le certificaron la verdad, y sucedió lo que verás en el siguiente.

CAPÍTULO V

En donde se ve el alboroto que el suceso de estos amores produjo en Sine-Fide.

Una vez que el sinefideino se persuadió de que su hermana no sería dichosa si no se llevaba a efecto aquel casamiento, se empezó a acongojar, porque no imaginaba como pudiera llevarse a cabo en un país donde no estaba el matrimonio sancionado. D. Francisco se riera de buena gana de su preocupación, si el afecto entrañable que le tenía se lo hubiera permitido; porque como enamorado y mozo lo veía todo llano y así le aseguraba que no había nada más fácil que tomar una barca y salirse de la isla, porque a donde quiera que el viento les llevase, habían de hallar clérigos que bendijeran su unión, que era lo único que se necesitaba para que hubiera matrimonio, todo lo cual podía emprenderse bajo su fe de caballero y juramento que hacía delante de Dios de tomar a su hermana por esposa. Dando vueltas y más vueltas a su magín, llegó D. Pablo a pensar, que puesto que D. Francisco era extranjero no debían rejar con él las leyes de Sine-Fide, y siendo aquel caso nuevo y no previsto, no había razón de considerarle comprendido en la ley común, que en todo caso podría el Rey dispensar. Luego que se afirmó en este raciocinio se decidió a traducirle en obra, y poniendo manos a ella se fué a palacio en derecha y expuso el suceso, demandando en él remedio.

Oyéronle con la indiferencia propia de quien no cree lo que se le dice; pero como se las habían con un hombre práctico en las cosas de Sine-Fide, les dijo que sin dar crédito a sus palabras pensarán en el problema que se les proponía y que luego quedaba a su cargo patentizar la verdad. No fue menester otra cosa para que uno de los circustantes, que por cierto era un hombreillo algo cargado de espaldas, y feo como el solo por añadidura, comenzase a desmandarse con el rostro lleno de color, y los ojos de fuego diciéndole que aquello no podía ser, y que si tal sucediese el propondría que se negase la demanda, y, por añadidura, que se tirase al extranjero al mar de cabeza para que nunca más volviese a inquietar la pacífica isla de Sine-Fide. No había concluido de hablar cuando otro le apostrofó con mucha saña diciéndole: «¡Ah, señor corcova lo, como se conoce que tenéis el alma en las espaldas adonde echándolo todo se os hace tanto peso! Ya sé yo de donde os viene tanto coraje en este asunto, y es porque hace tiempo que os andáis curando de la turbación que os produce el pensamiento que habéis puesto en esa honrada niña, y esto lo creo por lo mismo que lo negáis, así como también creo el extraño suceso de esas bodas, por lo mismo que decís no ser posible; por lo que yo aconsejaría al rey que decretase el oportuno ceremonial para ellas y entrara en él ahorcaros bonitamente para quitar de Sine-Fide tan grande fealdad y de este casamiento tan feroz enemigo.» Oír esto y venir el corcovado tan feroz adversario, hecho un veneno, fué una misma cosa; y como éste no era manco ni cobarde, se dieron tan buena cachetina que si no los separan presto, ó el hombreillo queda derecho, ó corcovado su competidor; porque hacía mucho tiempo que tenían ganas de hacer esta prueba, por causa de cierto destino que servían alternativamente, según andaban las cosas en palacio. No paró aquí la gresca, sino que luego que los amigos de uno y otro tuvieron conocimiento del caso lo tomaron tan a pecho que, dominados por el espíritu de bandería comenzaron a denostarse, y pasando de las palabras a las obras, vinieron a las manos, arrojándose gran tamulto en la ciudad. Era evidente que al principio ninguno de los dos bandos creía en aquellos amores que desde luego tomaron como fábula y pretexto urdido de antemano para sacar de sus casillas al hombre de la corcova; pero a medida que lo fueron haciendo cuestión de amor propio y cosa más que ajena, les pareció a muchos que no había cosa más cierta en la redondez de la tierra; porque ya no era caso de dar crédito a otro, sino a sí mismo. Debe decirse en honor de la verdad que muchos de los

que se pusieron de parte de los enamorados seguían el camino trillado de la incredulidad; pero aun éstos pedían a gritos que se les obligase a casar porque así lo pedía el sosiego público. A todo esto D. Francisco, que había salido con D. Pablo, como lo hacía siempre para darle muestras de delicadeza y veneración al recato de su hermana, se paseaba por los alrededores de la ciudad cuando llegaron a sus oídos las voces de los que gritaban, y el rumor de los que despiadadamente se estaban acuchillando, y sin poderse contener se dirigió hacia la casa, donde suponía que Elena y su hermano podían necesitar de su socorro. Cerca estaba ya de la puerta cuando oyó que los amotinados gritaban unos ¡viva el español! ¡vivan los novios! y otros contestaban ¡muera! lo que no pudo menos de llenarle de confusión; pero apenas había tenido tiempo de reflexionar sobre tan extraño caso, cuando vio a D. Pablo que venía huyendo de sinefideinos, por lo que se puso valerosamente a su lado, y deteniendo su fuga el caballero, hicieron prodigios de valor, animados por la presencia de Elena, que desde la ventana pedía socorro para ellos anegada en amarguísimo llanto.

Allí hubiera visto el trágico fin de su prometido y de su hermano, porque eran muchos los que cerraban contra ellos, a no ser por una bandada de alguaciles que cayó sobre ellos de improviso, mandándoles detenerse y haciéndoles saber como el Rey había providenciado que fuera a su real presencia el extranjero, y que luego que con él hubiese conferenciado declararían lo más conducente al sosiego público y bien común. Tranquilizáronse todos con esta medida, y D. Francisco entró en la casa seguido de D. Pablo a prepararse convenientemente para la regia entrevista, no sin que los alguaciles dejaran de cercar las avenidas, desconfiando de la puntualidad y buen deseo de D. Francisco, so pretexto de que le querían hacer honor y compañía.

(Se continuará.)

LAS MENTIRAS¹

El primer principio de aquel que combate a la Iglesia con la pluma ó la palabra es el siguiente:

«Toda arma es buena contra la religión y sus ministros. El clericalismo es un enemigo, del que hay que librarse por todos los medios posibles. Dios es el mal; por consiguiente, todo lo que puede apartar de Dios a los hombres es esencialmente honesto y no puede haber deshonestidad religiosa. He ahí por qué la mentira, en el momento que perjudica a la religión y a los sacerdotes, es perfectamente lícita.»

Voltaire ha, más que otro ninguno, usado de esta arma perruna; puede decirse que ha elevado la mentira a la altura de una institución.

El fué quien, el primero, formuló con cinismo esta abominable teoría. Hállala aquí textualmente:

«La mentira no es un vicio más que cuando perjudica; es una grandísima virtud cuando hace bien. Sed más virtuoso que nunca. Hay que mentir como un diablo, no de tímida manera, no una vez, sino con audacia y siempre. Mentid, amigos míos, mentid.» (Carta de Voltaire a su amigo Taine, 21 de octubre de 1736. *Obras completas de Voltaire*, edición Garnier hermanos, segundo tomo de la correspondencia, pág. 153.) Luego poniéndose bajo el punto de vista de los enemigos de la religión, dado que el mayor bien que soñar se puede consiste en la destrucción total de la fe cristiana, mentir contra la Iglesia es practicar la virtud.

El escritor anticlerical y el orador impío tienen el deber de inventar todo lo que crean apto a desacreditar el dogma y el culto católicos, la calumnia es considerada como un sacerdocio.

La teoría es puesta todos los días en práctica en la prensa republicana irreligiosa y en la tribuna de los clubs. La misma teoría se enseña en las Logias de la Masonería.

En la filiación masónica del grado de aprendiz, primer escalón de la filiación, el venerable se expresa de este modo al hablar al recién llegado: «La mentira es el relato de un hecho contrario a la verdad; mas decir mentiras es contarlas y de ningún modo mentir.» (Ritual del aprendiz masón, por el H. Ragon, Venerable de la Logia Los Trinitarios de París: edición sagrada, adoptada por el Gran Oriente de Francia, pág. 37.)

Así, cuando se descubre que un relato es falso, se puede, si es de naturaleza a echar el descrédito sobre los hombres y cosas de la Iglesia, repetirlo, recitarlo, propagarlo; ya no es la mentira vitupe-

¹ Del libro *Confesiones de un católico moderno*, por Leo Vanni.

table, ya no es lo que el vulgo llama mentir. Al contrario, no hay nada más justo que amplificar las mentiras puestas ya en circulación por otra persona.

Uno de mis antiguos amigos, León Bienvenu, muy conocido en la prensa parisiense, escribió lo siguiente en una obra en la que empleó todos sus esfuerzos para hacer ridículo y odioso al papado: «Es imposible conocer todos los crímenes cometidos por los papas; contando dos o tres veces más de lo que se sabe, no se diría aun toda la verdad.»

La declaración está despojada de todo artificio, como se puede ver; fué á manera de chanzoneta que el autor la dejó caer de la pluma. No importa; tiene bastante valor, pues es muy característica. Lo que León Bienvenu escribió en broma, todos mis ex-compañeros republicanos librepensadores hacenlo todos los días, sin decirlo.

¡Oh! Si cada cual viniese, como yo hoy, á confesar su parte de responsabilidad en las mentiras acreditadas cerca del pueblo ignorante, no quedaría nada de las calumniosas leyendas imaginadas por unos y por otros amplificadas!

Para reparar, en la medida posible, el mal de que he sido, ya autor, ya cómplice, estoy en el deber de confesar todas las mentiras que he escrito, creyendo, insensato, hacer una buena obra, conforme á la máxima de Voltaire y de la Masonería.

Una de las más atrevidas mistificaciones de los tiempos modernos es, sin contradicho, la creación de un extraño personaje, del pretendido cura Juan Meslier, quien al morir había negado, decían, de la religión de que fué ministro.

La leyenda es á propósito para engañar á las personas sencillas; por eso los anticlericales la explotan que es una maravilla.

Yo mismo me apresuré á editar en la librería de la calle de las Escuelas las obras del cura Meslier y 30.000 volúmenes, lo menos, se extendieron entre el público.

Sin embargo, cuando yo pensaba en la reimpresión de aquellas obras, ignoraba que la leyenda del Cura incrédulo fuese una impostura. Las primeras dudas acerca de la autenticidad de la obra me vinieron al corregir las pruebas del primer tomo.

Una contradicción flagrante me llamó la atención, consulté y en seguida descubrí la verdad. Mas entonces la edición estaba en prensa, y todo bien examinado, me dije que era de muy buena guerra engañar al público del siglo XIX, siguiendo el ejemplo de Voltaire que engañó al público del siglo XVIII.

El cura Meslier es, pues, una invención de Voltaire, ó, á lo menos, Voltaire fué quien le puso en boga. La primera idea fué del amigo Thiériot.

Thiériot pensó que la religión recibiría un terrible golpe, si se publicaba una obra impía dándole como autor un Cura rural. Trátase para salir bien en presentar la obra como póstuma, no habiendo querido el escritor sacerdote causar semejante escándalo durante su vida.

A Voltaire agradó mucho la idea de Thiériot; sin embargo hubiese querido poner en escena, no un Cura vulgar, y si un Obispo.

«¿Quién es ese Cura rural de quien me habláis?», escribía Voltaire á su cómplice, el 30 de noviembre de 1735. ¡Es preciso hacerle Obispo de la diócesis de Saint-Uram.» (Obras completas de Voltaire, 2.º tomo de la correspondencia, pág. 555.)

Thiériot observó, sin duda, que si se atribuía la obra á un Obispo, la superchería sería en seguida descubierta. Al efecto, el filósofo impostor renunció á exagerar el escándalo; concluyó por contentarse con un modesto Cura rural, lo más desconocido posible, para que se viese menos la manifestación de la mentira.

Hállase un pueblo inaccesible á los investigadores. Etrépigny, aldea perdida en el fondo de la Champagne. Se inventó que un sacerdote, de nombre Juan Meslier, había sido Cura de Etrépigny, el cual muerto en 1733 había dejado un testamento muy curioso, en el que pedía perdón á sus feligreses de haberles, durante toda su vida, inducido en error, enseñándoles la religión. El testamento lleva el título, *Extractos de los sentimientos de Juan Meslier dirigidos á sus feligreses*, y fué escrito desde la primera línea hasta la última por Voltaire, cuyo estilo puede fácilmente adivinarse.

La primera edición se publicó en 1762; mas Voltaire tuvo el cuidado de anticiparla veinte años. El impresor escribió á la cabeza de la obra la fecha de 1742, y los lectores se imaginaron tener en las manos un opúsculo puesto en evidencia de repente, y como la tirada se hizo en papel viejo, cada cual creía haber hecho un hallazgo.

Y Voltaire, al final del apócrifo documento, escribía con su habitual desfachatez:

«He aquí el resumen exacto del Testamento de Juan Meslier.

Juéguese de qué peso puede ser el testimonio

de un sacerdote moribundo que pide perdón á Dios.»

Para mejor engañar al público, Voltaire no presentó á su Cura imaginario como un ateo; era un deísta *sui generis*, que reconocía un ser supremo cualquiera; pero que consideraba el catolicismo como una religión falsa. La impostura tuvo admirable éxito. Los filósofos enciclopedistas hallaron excelente la invención de Voltaire. Uno de ellos, el barón d'Holbach, fué encargado de completar la obra del maestro en el arte de mentir: registró uno de sus propios libros, obra materialista intitulada *El sistema de la Naturaleza*, é hizo de él *El buen sentido del cura Meslier* que se añadió al testamento.

Mas, — sea dicho entre nosotros — es preciso que la humana necesidad no tenga límites; pues no es necesaria una lectura muy atenta para descubrir la superchería de los inventores de Juan Meslier, aquella obra, tan extendida entre las clases populares, se divide en dos partes: el testamento del pretendido Cura, y su exposición doctrinal *Le Bon sens* (El sentido común). La primera parte es anti-cristiana; mas reconoce la existencia de un Dios; en una palabra, es *teísta*, á la moda volteriana; al contrario, la segunda parte es descaradamente materialista y atea.

Esta fué la contradicción que me chocó al corregir las pruebas de la reimpresión hecha por la Librería Anticlerical. Me apresuré á cortar el testamento y le reservé para un segundo tomo, con el fin de que el disentiimiento de los dos colaboradores en impostura no se notase demasiado. Y de esta suerte, el testamento fué, con mi trabajo, reunido á otra obra del barón d'Holbach, la cual formaba una sediciosa historia del clero, con el título *Los Sacerdotes sin máscara*; el conjunto atribuido siempre al Cura Meslier, publicado en tomo escandaloso con la rubrica: *Lo que son los Curas*.

Finalmente, un tercer tomo de d'Holbach, *La moral universal*, fué intitulado *La Religión natural* y completó la pretendida obra del Cura de la Champagne.

Había yo amplificado la mentira de Voltaire.

En verdad me pregunté muchas veces, no sé cómo entre los 30.000 lectores de la edición de la calle de las Escuelas nadie conoció el subterfugio.

La prensa republicana, que no ignoraba la hilvanada superchería, prodigó en aquella ocasión mil alabanzas á la librería anticlerical y ponderó la utilidad de la reimpresión de las obras de Juan Meslier. Es verdad que nuestra casa de propaganda era muy considerada por los administradores de los periódicos demócratas; pagaba muy bien los anuncios, podría muy bien citar una agencia de publicidad que por las amables inserciones de los queridos compañeros cobraba entonces, en nuestra caja irreligiosa sumas que variaban entre cuatro y seis mil pesetas al mes.

Puesto que con motivo de mis confesiones he tenido que hablar del pseudo-cura de Etrépigny, no puedo menos de contar la aventura ridícula sucedida á la Convención á propósito del imaginario sacerdote.

El 17 de Noviembre de 1793, un convencional, Anarchis Cloutz, aquel pobre loco que tomaba por lo serio las fábulas más absurdas y las más extravagantes utopías de la revolución, aquel D. Quijote de la filosofía naturalista subió á la tribuna y propuso levantar una estatua á Juan Meslier, el primer sacerdote, decía, que tuvo valor y buena fe para abjurar los errores religiosos.

La proposición se mandó al Comité de Instrucción pública, el cual procedió á una información. Sólo que fué imposible seguir el admirable proyecto, pues la comisión descubrió sin esfuerzo que el Cura apostata no había existido jamás. Sin embargo, como reconocer la verdad hubiese sido perjudicar al librepensamiento y hubiera equivalido á proclamar la impostura de Voltaire y de d'Holbach, dejaron que el asunto cayese en el más completo olvido, y el Comité de Instrucción pública archivó el informe.

Poniendo todavía en práctica la máxima volteriana y masónica, tomé parte en la organización de una de las mentiras más odiosas que han sido imaginadas contra el papado. Me refiero á las infamias con las que se ha querido manchar la memoria de Pío IX.

Hacía ya algún tiempo que dos diputados del parlamento italiano, Petruccielli della Gattina y el conde Luigi Pianciani, se habían permitido insinuaciones de mal gusto acerca de la juventud del venerado Pontífice.

Una calumnia se recoge siempre con avidez por los difamadores de profesión. Estos se apoderan del menor cuento y le arreglan y aumentan á placer. La rana se vuelve en poco tiempo un buey. Folletinas oscuras tomaron pie de algunas palabritas maliciosas echadas á volar con dañada intención, y sobre ellas publicaron algunos oscuros libelos.

Esta clase de libelos se editan ordinariamente en Suiza y en Bélgica. Durante mi estancia en Ginebra, procuré algunos, y les guardé como oro en paño.

Un día, pues, se presentó ocasión de servirme de ellos.

He aquí como:

Los impresores de Montpellier, que me habían ayudado en la publicación de mis primeros folletos y en la creación del *Anticlerical*, se encontraban, en 1881 metidos en un negocio, del que no sacaron más que desengaños.

Un rico propietario del Languedoc, M. de L***, consejero general de la región, había sacrificado doscientas mil pesetas en la fundación de un periódico cotidiano radical á cinco céntimos, intitulado *Le Petit Eclair*. MM. Firmin y Cabirou, encargados de la impresión, compraron, al efecto, dos prensas rotativas y *éclits*, es decir, un gasto de treinta mil francos, poco más ó menos. El negocio, en que estaban interesados, montóse en grande. Solamente la especulación no salió bien. A vuelta de algunos meses, el órgano del radicalismo languedocense tiraba apenas cuatro ó cinco mil ejemplares y había derrochado cerca de ochenta mil pesetas del capital vertido.

MM. Firmin y Cabirou no sabían qué camino tomar. No veían en el horizonte ninguna esperanza de éxito; habían contraído para la organización material del *Petit Eclair* compromisos que estaban sobre sus débiles fuerzas; en una palabra, preguntábase cómo podrían sacar partido, pero con otras condiciones, de aquel negocio, á cuya disposición tenían aun considerables fondos.

En su calidad de impresores, conocían la excelente situación del *Anticlerical*.

Sabían, por otra parte, que mis escritos estaban muy extendidos, sobre todo entre mis compatriotas los meridionales. Formaron, pues, el proyecto de decidirme á ponerme al frente de *Le Petit Eclair*. Recibí su visita en París.

Aquellos señores hicieronme las más brillantes proposiciones. Ofrecieronme la redacción principal del periódico, con muy buen sueldo; todo el personal de colaboradores sería renovado á medida de mi deseo; veinte mil pesetas de capital en caja debían servir para lanzar de nuevo el periódico, y las cien mil pesetas restantes serían mi propiedad al cabo de un año, si el periódico tenía éxito. La ganga no podía ser mejor. Además, yo no contraía la obligación de consagrarme exclusivamente al *Petit Eclair*, podía continuar dirigiendo el *Anticlerical* y escribir folletos y libros para la librería de la calle de las Escuelas.

Acepté, é inmediatamente firmamos el contrato. M. de L*** le aprobó y me remitió los cien mil francos en acciones, representando la mitad del capital del periódico. Con el fin de que mis acciones pudiesen ser convertidas en especies, érame preciso hacer que el periódico saliese de cualquier modo adelante.

Comencé por dar al periódico un título que caracterizaba su línea política: *Le Midi Republicain*. En seguida marché á Montpellier, llevando conmigo tres de mis colaboradores.

Uno de ellos se encargó del folletín, que debía ser inédito y escandaloso.

De este modo me vino la idea de utilizar los oscuros libelos recogidos en Suiza y que calumniaban la memoria de Pío IX. Yo soy quien dió la idea, y no la redacción, de la execrable novela, cuyo título me avergüenzo hoy en escribir.

Siendo la moralidad la virtud soberana de un Papa, era preciso representar al Pontífice difunto como un hombre perdido en los vicios. He ahí por qué la novela difamatoria fué intitulada: *los Amores Secretos de Pío IX*.

Mas no fué esto todo. Trátase, para dar más sabor á la obra, de inventar un cura Meslier cualquiera. Hicimos un imaginario camarero secreto del Papa, á quien dimos el nombre de Carlos Sebastián Volpi, y la novela se publicó con esta apócrifa firma. A mayor abundamiento, escribí yo una carta del pretendido camarero, la cual se publicó á manera de prefacio y contribuyó á engañar mejor al público. En esto consistió toda mi colaboración. Ya se ve, si no fui yo el autor de la novela, debo no obstante reasumir la mayor responsabilidad ante la pública opinión indignamente engañada. No tengo excusa ninguna: la idea madre fué mía, todo el ceno de mentirosas anécdotas, que el autor diluyó inventando personajes y aventuras, fué recogido y dado por mí.

Había llegado á mis fines. El escándalo del folletín llamó la atención sobre el periódico. Yo sostenía la boga adquirida, con mis otros colaboradores, publicando mil artículos, todos famosos por su extremada violencia. Un servicio telegráfico de primer orden fué organizado, y *Le Midi Republicain* adqui-

rió rápidamente el primer lugar entre los periódicos mejor informados de provincias. Quince días después de su aparición vendíanse de veintiséis a veintisiete mil ejemplares.

La aparición del periódico fué saludada por dos jefes de la democracia francesa.

«Paris 20 de Abril de 1881. — Soy con vosotros, queridos compañeros. Estoy con todos aquellos que llevan la juventud hacia la luz y Francia hacia la libertad. — Victor Hugo.»

Luis Blanc me dirigió la siguiente carta:

«Paris 18 de Abril de 1881. — Mi querido compañero: He sabido con gusto que piensa V. fundar en Montpellier, con el título de *Le Midi Republicain* un periódico que tiene por objeto la unión de los republicanos contra el clericalismo y el estudio de los problemas sociales.

Todas mis simpatías están con una obra tan bien definida.

Animo, pues.

Recibid la seguridad de fraterna abnegación. — LUIS BLANC.»

En una palabra, el éxito sobrepasó a todas las esperanzas de los propietarios del periódico. Los impresores estaban llenos de júbilo, el que daba los fondos comenzaba a recobrar las sumas que el *Petit Eclair* le había hecho perder.

Por lo que toca a los católicos del Languedoc, inútil es decir cuál fué su indignación. Mas es necesario alabar su conducta en aquellas circunstancias: su actitud fué muy resuelta. Las personas piadosas del Herault particularmente levantáronse indignadas; cada cual se sintió herido con las abominables calumnias dirigidas contra una memoria digna de ser venerada. En menos de tres semanas una protesta de las señoras de la diócesis de Montpellier se cubrió con más de dos mil firmas.

En resumidas cuentas, MM. Firmin y Cabiron no eran más que comerciantes, y no se ocupaban de otra cosa que de la parte material del periódico. Ningun odio personal animábalos contra la Iglesia.

Cuando vieron las protestas que levantó la novela me rogaron que la suprimiese. *Le Midi Republicain* había ya adquirido mucha boga y muchos le apreciaban como hoja de noticias y sus artículos eran muy leídos.

Estoy en el deber de hacer esta declaración en favor de los propietarios del periódico. En el momento en que MM. Firmin y Cabiron y M. de L*** me pidieron con instancia que no publicase el folleto difamatorio, obedecieron a la presión de la opinión pública indignada. Mas yo estaba ciego. Mi rabia contra la religión era tal, que preferí sacrificar mis intereses. Por no desagradar a aquellos señores interrumpí la novela; la hice publicar en el *Anticlerical*, del cual era yo amo absoluto, y presenté mi dimisión de director de *Le Midi Republicain*.

Al romper en cuatro pedazos el papel notarial que me aseguraba una ganancia de cien mil pesetas en algunos meses, MM. Firmin y Cabiron se quedaron llenos de espanto. Me creían animado de furor inaudito contra el papado, pero no podían imaginarse fuese hasta el punto de poner debajo de los pies ventajas pecuniarias absolutamente excepcionales.

Como mi colaboración había contribuido mucho al éxito del periódico, me suplicaron que no le abandonase; hicieronme ver que *Le Midi Republicain*, teniendo mucha venta en la región, estaba seguro de porvenir magnífico; representáronme cuán posible era redactarlo sin caer en aquellos excesos y emplearon todos sus esfuerzos para no dejarme marchar. No quise volver sobre mi decisión y me volví para siempre a París.

Fué hacia mediados de Mayo cuando *Le Midi Republicain* interrumpió la novela contra Pío IX. Dos meses y medio más tarde, el 30 de julio, MM. Firmin y Cabiron eran conmigo citados por el sobrino del Soberano Pontífice.

Declararon ante el tribunal haber sólo prestado sus prensas para la publicación; al afirmar esto, decían la pura verdad. El verdadero culpable en aquel asunto, vuelvo a repetirlo, fui yo.

Además, utilicé por mi cuenta los libelos que había recogido en Suiza. Después de la novela, escrita por un amigo con la máscara del sanodicho camarero Volpi, di al público tres tomos intitulados *Pío IX ante la historia*; en esta obra me encarnicé sobre todo contra el Padre Santo en su calidad de jefe de la religión y de hombre político; las calumnias relativas a la cuestión de costumbres estaban resumidas en algunas páginas.

Se me ha pedido muchas veces que publique el nombre del autor de los *Amores Secretos de Pío IX*. Siempre me he negado a hacerlo, habiéndome rogado el autor que jamás imprimiese su nombre. Ahora aquel hombre se ha declarado mi enemigo; habiendo mi conversión traído consigo la clausura

de la Librería Anticlerical, pásese furioso contra mí; no me perdonó ser indirectamente la causa de la supresión de una casa que en cuatro años le había hecho ganar cerca de sesenta mil pesetas. Mas esta animosidad no justificaría una indiscreción que en suma no es de ninguna utilidad. Solo la obra es, en sí misma, mala, y esta es la que hay que retractar: por lo demás, ¿qué importa a las gentes honradas el nombre de su redactor?

Además, en el mundo de las letras, todos saben a qué atenerse. Mi antiguo cómplice se reconoció, el año pasado, autor de la infame novela delante de un cercano pariente de M. Henri Fouquier, y *Le XIX Siècle*, no creyéndose obligado a guardar la confidencia, nombró al escritor, dando acerca de él los más minuciosos detalles.

Mas dejemos de hablar de asunto tan abominable. Paso sin transición a otra serie de mentiras; después de las calumnias escritas paso a las calumnias de viva voz.

Las sociedades de librepensamiento me pidieron muchas veces diese conferencias públicas en sus ciudades respectivas: estas manifestaciones ponían de relieve los grupos anticlericales y les daban ocasión de librarse a una activa propaganda.

Aceptaba cada vez que podía sin gran molestia.

Mi tema favorito de declamación irreligiosa era el siguiente: *Los crímenes de la Inquisición*. Compuse sobre este tema un largo discurso, que, alargándose o encogiéndose a voluntad, duraba de cuarenta y cinco minutos a dos horas, según las disposiciones del auditorio.

Puse a contribución a todos los libelistas protestantes de los dos últimos siglos, quienes, ya se sabe, echan la culpa de mil crímenes imposibles a la Orden de Santo Domingo.

Está probado — por no citar más que un hecho — que Galileo no recibió jamás un papirote. Sin embargo, porque su famoso descubrimiento de la redondez de la tierra fué discutido, los enemigos de la Iglesia han sacado la consecuencia que el sabio había sido torturado.

¡Con qué apresuramiento recogí yo la falsedad! ¡Con qué lujo de indignadas frases hacíame yo el apóstol!

Pero mi héroe era Jordán Bruno, el monje apóstata del siglo decimosexto.

Hice, sacada de varios diccionarios enciclopedistas, la nomenclatura de todos los procedimientos de tortura empleados por la barbarie de la edad media, y pinté el martirio de Jordán Bruno, presentándole como habiendo sufrido todas y cada una de las torturas usadas en los antiguos tiempos. Multiplicaba de este modo las descripciones; la asistencia que me escuchaba lanzaba gritos de horror; y había de qué: uno sólo de aquellos suplicios, a los cuales, según mi relato, había sido sometido Jordán Bruno, hubiese sido suficiente para matarlo diez veces.

Guardábame muy mucho, en mis relatos exagerados adrede, decir que las pocas crueldades cometidas eran propias, no de la religión, sino de la época, y que los verdugos de la edad media estaban al servicio, no del Papa y de los Obispos, y sí de los Magistrados ordinarios.

Si hubiese perseverado en el camino en que me había lanzado, creo que hubiese terminado por hacer de Cartouche, un héroe libre-pensador, víctima de los Curas, y decir que el clero le hizo sufrir el suplicio de los borregales y de la rueda.

¿Quién sabe...? Vendrá un día en que algún orador anticlerical pintará los horrores de la Jaquería, afirmará con la mayor seriedad que los campesinos socialistas del siglo XIV no eran sino capuchinos ebrios de sangre y desencadenados por Francia. El orador que cuente la historia de aquel caballero de Beauvois, cuya esposa e hijos fueron obligados a devorar las carnes ensangrentadas del esposo y del padre, tendrá un auditorio que le aplaude, si tiene cuidado de imputar esa atrocidad republicana a algún célebre prelado o a algún fundador de orden religioso.

En una exhibición foránea vi un día a uno de esos hombres que enseñan curiosidades y cuya especialidad son los instrumentos de tortura. Entre otros objetos, presentaba al público una especie de doble garfio, que había comprado en una ciudad del Norte, y que provenía, decía, de la herencia de un antiguo verdugo. Aquel horrible aparato servía a lo que parece, en los tiempos bárbaros, para arrancar los pechos a los criminales impúdicos. Pedí prestado el objeto al artista foráneo, é hice que mi herrero me fabricase uno parecido.

En mis conferencias hacia yo circular el instrumento por toda la sala.

La primera vez dije:

«Ciudadanas y ciudadanos, este instrumento de

suplicio, llamado *Araña* o *Arranca-pechos*, es semejante al que tenía el verdugo de Abbeville, cuando de orden de los Curas martirizaba al joven libre-pensador Lefebvre de la Barre.»

La *Araña* tuvo un éxito verdadero de horror.

Animado por semejante resultado, insinué en la conferencia siguiente que el instrumento comprado en el departamento del *Somme* podía ser el mismo que había servido, etc.

En la tercera conferencia la *Araña* era una reliquia del librepensamiento. Ignoro lo que habrá sido del tal aparato. Quizás haya sido recogido por algún grupo anticlerical que le conserve preciosamente. Si así fuere, me apresuro a informar a los interesados que al joven de La Barre jamás le arrancaron los pechos.

El honor de semejante invento es debido a un redactor de *Le Mot d'Ordre*, Edmundo Lepelletier, —y que la *Araña* en cuestión fue fabricada, hace cinco años por M. Mezot, herrero de la calle de Bievre, 6—por la cantidad de cincuenta pesetas. Debo también añadir que M. Mezot ignoraba para qué había de ser destinado el objeto por él fabricado, y si algún día lee este libro, se admirará al saber que el extraño instrumento salido de su tragua se ha convertido en reliquia anticlerical.

Tales son las principales falsedades en que tomé parte directa.

Recordaré todavía algunas viejas leyendas imaginadas por los libelistas protestantes, y que yo reditaba dándoles el picante de nueva salsa; tales son: *Juana la papisa*, la cuestión de *Catalina Cadixre*, las calumnias imaginadas contra León X, etc., etc.

Los libros de estudios sacerdotales acerca de los casos de conciencia también me prestaron materia a calumnia. Estos libros están en latín; desde luego me fué sumamente fácil publicar una traducción hecha con la mayor mala fe. No hay nada más sencillo que torturar los textos; exagerar el pensamiento de los teólogos, y adrede herir el pudor del público empleando palabras groseras que el lector atribuye al clero. De este modo se puede desfigurar y hacer absolutamente abominable cualquier tratado de medicina: Aquellas inmundicias las intitulaba: *Los libros secretos de los Seminarios*. Pablo Bert me había dado ejemplo; seguía alegremente, contento con turbar las almas y perderlas engañándolas.

Con semejantes intenciones di varias conferencias sobre la *confesión*. Mi prevención era la última palabra de la exageración. Según mi parecer, no había más que ministros indignos; todos los apóstoles eran unos Judas.

Y sin embargo, mejor que nadie, hubiese podido testificar que el secreto de la confesión no se descubre nunca.

Pero, en aquellas horas de locura, olvidaba a mi confesor de San Luis, aquel buen sacerdote, que viéndome hacer una comunión sacrilega, estuvo a la muerte y no abrió la boca para revelar la misteriosa causa de su mal.

¡Ah! ¿podré, me pregunto muchas veces, reparar la infinidad de mis crímenes?

Una de mis mentiras se convirtió una vez en una falsedad.

Tuve la imprudencia de dirigir al Soberano Pontífice, nuestro Santísimo Padre León XIII, una de mis novelas impías. Hablando del envío con uno de mis amigos, tuve la idea de hacer correr la voz de que había sido excomulgado; mi amigo no había aún hecho circular la falsa nueva, cuando un periódico católico de Roma anunciaba la condenación de mi libro. La falsa noticia, publicada por vanidad, era verdadera.

En seguida pensé en ridiculizar al papado, sirviendo al público una bula de excomunión apócrifa. Todos los periodistas republicanos reprodujeron la bula, burlándose, a cual mejor, del Vaticano. Pues bien: en honor de la verdad, el documento macarrónico no venía del Vaticano. Abrid, queridos compañeros, abrid la obra de alta fantasía que se llama *Tristram Shandy*, por Sterne; y en ella encontraréis mi excomunión; en el capítulo LXXVII. Es como si se sirviese al público, a título de pieza auténtica, una receta del barón de Crac.

Sin embargo, me apresuro a declarar que no creo a mis compañeros republicanos tan ignorantes que no sospechasen el origen de mi bula. La mayor parte conoce el origen. Mas encontraron la jugada excelente y les faltó tiempo para hacerse cómplices en la nueva superchería.

Una mentira más o menos en el partido llamado de la verdad, ¿qué importa?

En fin, terminaré mis declaraciones con el relato de una serie de cuentos azules, como siempre a cargo del clero, para el que invoco las circunstancias atenuantes. Trábase, pues, de una mistificación. Un periódico ultrasocialista de París, *La Bataille*, la emprendió contra mí, porque no había, en

un proceso revolucionario, mostrado gran admiración por ciertos acusados que me parecían exhalar un olor algo fuerte a Prefectura de Policía. *La Bataille* me atacaba, diciendo que prestaba demasiado ligeramente oídos a las calumnias lanzadas contra los colectivistas y que era muy culpable en no impugnar semejantes cuentos.

Entonces me procuré el placer en mistificar al periódico socialista.

Escribí al director, M. Lissagaray, una carta concebida en los siguientes términos:

«Muy Señor mío: Soy uno de los secretarios particulares del Arzobispo de París. Por razones que no puedo daros a conocer, detesto cordialmente a mis superiores.

«¿Me permitiría usted colaborar en su estimado periódico? Os descubriré todas las intrigas que se tramitan en el Palacio Arzobispal, sin pedir por ello retribución alguna.

«Si me aceptáis por vuestro colaborador, dignaos insertar una palabra en la pequeña correspondencia.

«Por supuesto mi nombre quedará en la oscuridad. — Firmado: JUAN PEDRO.»

Al día siguiente leía en *La Bataille* estas sencillas palabras: «A M. Juan Pedro. Aceptamos muy gustosos.»

Comencé luego mis crónicas. Mandé a *La Bataille* las más formidables extravagancias, y ésta lo insertó todo sin pestañear.

Contaba yo, entre otras cosas bonitas, que Julio Ferry y Julio Simón habían ido a entenderse secretamente con Monseñor Gibert con el fin de asegurar a Monseñor Richard la sucesión del Cardenal. Era un cuento absurdo. Dió, no obstante, la vuelta a la prensa republicana.

Otra vez explicaba que los canónigos de Nuestra Señora se reunían en subterráneos, limpiaban viejos instrumentos de suplicio, y se disponían a servirse

de ellos en la próxima restauración de la monarquía legítima.

Todas las noticias que yo daba a *La Bataille* eran, poco más o menos, del mismo calibre. ¡Y el periódico las publicaba! Otros periódicos parisenses le imitaban.

No hubo más que *Le Temps*, que pensó y dijo que los colaboradores de M. Lissagaray estaban *chiflados*. Aquellas insensatas crónicas duraron un mes, poco más o menos. En la redacción del *Antidier* reventaban de risa cada vez que yo echaba al correo una carta firmada «Juan Pedro». Estaban seguros de verla al día siguiente en *La Bataille*. Al fin me cansé, y Juan Pedro cesó de descubrir las intrigas del Palacio Arzobispal.

Esta aventura prueba con qué facilidad se acoge la calumnia en la prensa republicana, en el momento que aquella va dirigida contra el clero.

No se sabe muy bien la inteligencia instintiva que



ESCENAS DE CAZA.

existe para estas cosas entre los escritores librepensadores.

La más insignificante mentira, encendida en el más oscuro periódico, en un abrir y cerrar de ojos se inflama en toda Francia; es como un reguero de pólvora, al que se pone fuego.

El día en que los periódicos católicos se unan con la misma prontitud en defensa de los calumniadores, no tendrán tan fácil juego.

De todas maneras, habiendo practicado la teoría de Voltaire, debo confesar hoy mis falsedades, para atenuar su efecto si todavía hay tiempo.

Mas después de estas declaraciones, cuando en la balanza de las responsabilidades el platillo de mis imposturas está tan terriblemente cargado, que el público honrado me permita echar en el platillo contrario una verdad, a la cual fui siempre fiel, es la única buena acción que tengo derecho de reivindicar en mi favor, en medio de mis otras debilidades.

Hay una orden de santas mujeres que siempre me infundió respeto. Léanse mis horribles folletos y mis malos periódicos; en ninguno de ellos se encontrará un solo ataque contra las hermanas de San Vicente de Paúl. ¿Por qué me obligó la virtud de las hermanas a tan secreta admiración? Lo ignoro, yo no me lo explico, puesto que entonces me hallaba en completa aberración de conciencia. Lo cierto es que esta íntima admiración me dominó y fué más fuerte que todos mis vergonzosos instintos de librepensador furibundo.

¡Que mi vuelta sincera a la verdad me haga reconquistar la estima de la gente cristiana!

¡Y que no se tenga compasión de mí! Que nadie se imagine que esta pública confesión me ha sido costosa!

No; siéntome, al contrario, aliviado de una carga pesadísima desde que he escrito estas líneas.

Soy feliz desde que rompí mi cadena, y compa-

dezo a mis antiguos cómplices de infamia, desgraciados que arrastran todavía el grillete de sus imposturas y no tienen valor para librarse de ellas.

LA REALIDAD DE UN SUEÑO

La otra noche me hallaba sentado delante de mi mesa; sobre el pupitre estaban esparcidas unas cuartillas de papel blanco, y sobre éste reflejaba con indolencia sus resplandores la luz del quinqué. Las paredes de mi cuarto están llenas de láminas de anatomía fisiológica y patológica; sobre la mesa, y entre un montón de libros tengo una calavera; a mi izquierda hay un armario, y encima de éste los bustos de Bach y Ar-

químicos: el arte y la ciencia, esto es, un alma y un cuerpo.

La noche á que me refiero era fría, lluviosa, y soplaban un viento Norte, que hacía estremecer en sus quicios las maderas del balcón. Sobre las doce serían cuando yo, abstraído en meditaciones, no sé si graves, pero realmente confusas, dejaba que la imaginación fantasease por ese inmenso vacío que se llama filosofía, sin rumbo ni concierto, y á merced sólo de las corrientes que impulsan la fiebre de la ambición y el afán de la gloria.

Habíame olvidado de una taza que contenía la aromática infusión de café, y de los versos que poco antes empezara, y dime á soñar, y á soñar tanto, que los mundos que la fantasía creaba eran á mis ojos reales, y mis manos los tocaban y mis oídos claros y distintos percibían sus rumores.

Nunca hubiera descendido á este miserable mundo de aquellas regiones fantásticas, por donde mi loca imaginación me arrastraba en rica carroza de nácar y concha, tirada por ángeles que volaban entre nubes de oro y resplandores de grana, si en mi brazo no hubiera sentido el suave roce de la mano de mi gato, que tiene há tiempo la extraña costumbre de subirse á mi mesa, y presenciar, apoyado en sus patas traseras, mis trabajos nocturnos.

— ¡Ah! ¿Eres tú? — exclamé levantando la cabeza y mirándole fijamente, no sé si despierto ó dormido aún.

— ¡Miaa...! — contestó el felino, abriendo descomunadamente su boca, enseñándome hasta la última muela.

— ¿Te aburres? — le volví á preguntar, como si el gato hubiera de responderme.

Mauló segunda vez, fijando en mí sus ojos, cuyas pupilas estaban tenazmente contraídas.

Confieso que aquella mirada me causó un horror inexplicable; el viento y la lluvia arreciaban; aparté mi vista del gato y la fijé en los bustos, y los vi moverse; anheloso ya, traté de levantarme de la silla y apagar el recuerdo de aquella desgraciada velada con el sueño; pero las fuerzas me faltaron, y no pude hacerlo. El gato había variado de posición; tenía una de sus manos puesta sobre la amarillenta y pelada calavera, y sus ojos brillaban tanto, que me deslumbraban. Su boca estaba contraída y parecía que sus labios se agitaban convulsivamente. Imposible me sería describir lo que pasó por mí; estaba aterrado, sin movimiento, sin voz y sin acción; únicamente podía disponer de la vista y del oído.

Es lo cierto que yo, en aquel estado, escuché una voz chillona y de un timbre metálico primero; luego otra semejante al ruido que produce el choque de dos platos rajados; después llegaban á mi oídos ora graves, ora agudos; ante mis ojos aparecían rombos, trapezoides, líneas, números... y luego mi cabeza rodaba entre las voces, los acordes, los números y las figuras geométricas.

Había llegado mi imaginación al colmo de su delirio.

— Aquí tienes, — me decía el gato golpeando con una mano la calavera, — aquí tienes el resumen de la vida. No te afanes, ni trabajes tanto; ¿de qué te servirán tus largas veladas y tus continuos estudios? No seas tonto, haz lo que yo; como, duermo y dejo rodar el mundo, sin que me preocupe el mañana; cuando la muerte me sorprenda, moriré triste porque

dejo una vida que gozo; mientras que tú, siguiendo así, sentirás tristeza al morir por dejar una vida que no gozaste. La vida es el presente; y si no, mira esta calavera; esqueleto grosero y descarnado de una cabeza en cuyo cráneo germinaron mil ideas y se atropellaron centenares de pensamientos; observa esas huecas órbitas donde brillaron ayer miradas de ira y de compasión, de odio y de amor, de certidumbre y de duda, hoy las llena el aire. Mira estas quijadas sin dientes, qué caprichosa forma, qué horrible molhín; parecen la expresión irónica de una carcajada eterna. Mira y reflexiona. Ahora que tienes vida goza de ella; ahora que tienes boca liba el néctar del placer;

distinto: sólo materia hay en ti, y se manifiesta grosera y soez.

— Eres un insensato, — replicó el gato, y arqueó su lomo, abrió la boca y se tendió indolentemente frente á mí.

— ¿Pretenderás probarme lo contrario? — volví á preguntarle.

— Interroga á esos bustos y ellos te dirán si digo bien ó no. El mundo grabó sus nombres en las páginas de la historia. Eso solo les quedó de toda su grandeza.

Dirigió la vista á los bustos y éstos se agitaron á la vez.

— ¿Qué dice el artista? — añadió el gato con ironía.

— Que algo de verdad hay en el fondo de lo que has dicho — contestó Bach. — Tiene el hombre la tendencia de torcer sus aficiones y sus gustos, y caminar por derroteros desconocidos, hasta perderse. Pero dice bien nuestro amo: el hombre tiene un alma; tu ignoras lo que esto vale.

— Mucho valdrá — objetó el gato — pero poco luce; si salváis el alma, matáis al cuerpo; y si la materia triunfa, perdéis el alma.

— Has hecho sin querer la síntesis de mi pensamiento.

— Luego eres de los míos.

— Te engañas. Aunque yo

no pertenezco al mundo de

los vivos, conozco sus adelantos y sus progresos, y he

comparado muchas veces el

organismo humano con una

locomotora, un compuesto de

tubos y cavidades por donde

el vapor se distribuye. ¿Qué

es una locomotora sin vapor?

Nada. ¿De qué sirve? De nada.

El alma, cuando está unida

al cuerpo, mantiene la armonía

de sus órganos, hace fluir la

sangre por las arterias, comunica

su voluntad por los nervios y da

animación á los sentidos, para

apreciar las cosas que la imaginación

crea. He aquí el punto desde el

cual el hombre tuerce su destino,

y se deja arrastrar, necio unas

veces y orgulloso otras, por sendas

que le conducen al desorden y al

vicio. El sentimiento es del espíritu,

y lo que el sentimiento rechaza no

es bello. La belleza es la primera

cualidad del arte; en él se extasia

el alma, y el cuerpo goza muellemente

del placer más puro é inocente.

— ¿Quieres que te hable con franqueza? — dijo el animal.

— Habla.

— No te he entendido.

— El alma no es comprensible

al que no la tiene.

— V el científico, ¿que dice á todo esto? — insistió el irracional.

— Que tú eres necio y Bach loco — contestó.

— Fácil te fué decirlo: veamos si lo pruebas.

Hubo un instante de pausa,

hasta que interrumpió el silencio

que reinaba en mi cuarto la grave y

sonora voz del busto de Arquímedes, que

dijo:

Ni doy ni quito alma al hombre; tiene inteligencia y esto le basta. Yo también, como Bach, he

seguido la marcha de los siglos y admiro sus adelantos y gozo en sus descubrimientos. El hombre tiene

dos vidas: material la una y moral la otra. La segunda es la inteligencia que le sirve para buscar en las

entrañas de la tierra el material necesario para construir su

albergue; el oro y la plata con que poder cambiar su trabajo,

la vida para las plantas que le nutren y el agua con que

templar su sed. De las montañas sacó el hierro y

construyó caminos; del agua y del fuego hizo vapor para que

moviese la



SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA.

(Cuadro de Bartolomé Esteban Murillo.)

ahora que tienes ojos ciérralos para no ver las nebulras del porvenir y ábrelos para gozar de la luz que el sol te envía. Tu corazón siente, pues ama; tu corazón late, pues vive. ¿De qué sirve esta calavera hoy? ¿Para que estudies en ella los huesos de que se compone, las cavidades que encierra, los agujeros que la traspasan y las líneas que la cruzan? Para bien poco sirve quien, como tú, pensó y tuvo voluntad y entendimiento.

— Calla, maldito — pude al fin exclamar. — El infierno te inspira, y por boca de Satanás hablas. ¿Acaso querrás compararte conmigo? Yo tengo un alma, un espíritu divino que jamás muere. Tú eres

pesada locomotora del tren y la hélice del buque; del imán se sirvió para mantener constante la corriente eléctrica y alumbrarse con su luz y transportar su pensamiento al infinito... ¡Ay, mi viejo amigo Bach; tu arte no hace más que alucinar los sentidos, haciendo escuchar ayes y carcajadas en la combinación de notas, presentando a los ojos valles, cielos, bosques y praderas, donde no existe más que una vara de lienzo chafarrinado. Mi ciencia recrea los sentidos con la belleza real, y al par que satisface al hombre sorprendiendo el secreto de la naturaleza, encuentra en ella útiles para su vida material y medios para ponerse más en relación con sus semejantes. Los artistas tienen la rara pretensión de poetizar el dolor, el hambre, la miseria y la desesperación. La ciencia mitiga el uno, aplaca lo otro y distrae los pesares. ¿Qué ganó el mundo con los cuadros de Velázquez y Ticiano? ¿Qué, con los dramas de Calderón y las comedias de Alarcón y Moreto? ¿Hizo mover el Dante con su Divina Comedia las ruedas férreas de la locomotora? ¿Separó Mozart con sus melodías los continentes? Sonó tan sólo, y el sueño embota los sentidos, entorpece la inteligencia y postra la fuerza material del cuerpo. La ciencia es la luz, y ésta alumbra.

Calló el sabio y volvió a reinar el silencio más absoluto.

Mil ideas acudían en tropel bullicioso a mi mente. Quería contestar a Arquímedes y sobrándome razones me faltaba voz. Instintivamente dirigí la mirada a la calavera, y me pareció ver en sus hondas órbitas rayos de luz, y en sus descarnadas encías un ligero movimiento. Luego... habló la calavera de este modo:

— Injusto fué vuestro olvido: creísteis que yo nada podría decir en esta materia y estáis engañados; sé más que vosotros y voy a deshacer vuestras exageraciones. Este desgraciado — añadió dirigiendo al gato las luces fosfóricas que despedían sus fosas orbitarias — tuvo la pretensión de comparar su organismo al del hombre; ya contestó el amo a tu necio discurso, ya te dijo que el hombre tiene un alma, y como afirmó Bach, incomprendible para ti, que no la tienes. El alma humana es la fuente de la voluntad, el manantial de los sentimientos puros y buenos, el crisol donde analiza la conciencia nuestros actos, el matriz donde la razón depura la más pequeña idea y el más grandioso pensamiento de la inteligencia. El hombre debe estar orgulloso de tener un alma; no de tener un cerebro, órgano mezquino que ni piensa, ni quiere cuando aquélla le abandona. Dios quiso hacer del hombre el ser superior de la Creación, y le dió un espíritu inmortal para que gozara de las delicias del mundo y para que creara.

* El arte y la ciencia son creaciones del hombre: el primero debe servirle para recreo de su alma y satisfacción inocente de sus sentimientos; la segunda para perfeccionar los medios de vida que su Hacedor colocó sobre la tierra, pero jamás debe enorgullecerse con sus creaciones; obras son del alma, y así como ésta pertenece a Dios, a Él pertenece la gloria de aquéllas. Tú, que eres irracional, materializas la vida; Bach lo idealiza todo, y Arquímedes reduce a números y a elementos lo que es imponderable e inmaterial. Todos exageráis. Este, de cuyo cuerpo aun no se ha separado el alma, piensa mejor, pero vuestros argumentos llevaron a su ánimo la daga.

* Yo sabré ahuyentarla. Cógeme entre tus manos y estudia la más imperceptible huella que notes; así llegarás a conocerte y sabrás dirigirte; sustenta tu cuerpo, pero no olvides el fortalecer tu espíritu. Busca en el arte tu recreo y en el amor puro hacia tus semejantes la satisfacción de tus pasiones. Si alguna vez vacilas, dudas o desfalleces, acuérdate de que hay un Dios que se hizo hombre por redimirte y regenerarte, y eleva a Él tus preces.

* Ten por seguro que escuchará tus rezos quien enseñó a los hombres a amarse como hermanos, quien redimió al esclavo, quien derribó los ídolos y erigió un templo de gloria a la caridad y a la templanza, condenando la soberbia y el vicio.

* ¿Qué importa que seas mortal, si el día que Dios llame a su reino al alma que te da hoy vida, verás al rededor de tu lecho de muerte al sacerdote que bendice y consuela, en nombre del Supremo, a tu esposa que gime y a tus hijos que lloran? *

Dulces fueron aquellas palabras y efecto produjeron en mi debilitado ser.

Las campanas de la cercana iglesia hicieron mi oído y recé largo rato.

Pero la fiebre quemaba mi frente y secó mis labios y sentí la necesidad de abrir el balcón. Así lo hice, y en un momento de inspiración cogí en mis manos los bustos de Bach y Arquímedes, y levantándolos en alto dije al primero:

— A ti por loco te echo al lodo, porque lodo eres.

Tú creíste en Dios y en un alma; pero tu orgullo te hizo pensar que el mundo en que viviste fué sólo para tu arte y tu arte para ti. ¡Insensato! Y lo hundí en el fango de la calle.

Luego dije a Arquímedes:

— Tú, más que loco, eres un orgulloso; tu talento creyó suprema la inteligencia humana, y sólo es supremo Dios y sus obras. ¡Necio! ¿Ignoras que tu ciencia no ha descubierto ni descubrirá jamás el misterio que encierra ese espacio inmenso que llenan con su luz millares de astros? Y diciendo esto lo estrellé en las baldosas de la acera.

Buscaron mis ojos al gato, y este había desaparecido. Me tendí en la cama y goce de un sueño tranquilo. Desde entonces, siempre que mi fe vacila fijo la vista en la calavera.

Ella me recuerda la muerte, me anuncia la existencia de un reino de paz y de ventura, aclara mi inteligencia, fortalece mi alma y me aproxima a Dios.

SANTIAGO OLMEDO Y ESTRADA.

LOS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS

(Conclusión.)

El gran objetivo del abate de la Salle era formar hombres a propósito para la obra de la educación, tal como él la concebía. Uno de los artículos más notables de su plan era que aquellos hombres no tuviesen las sagradas órdenes, y en cuanto al superior de la Sociedad, aunque él era sacerdote, exigió de los hermanos la promesa de no elegir otro clérigo después de él. Inútil es decir que no abrigaba prevención alguna contra el carácter eclesiástico: solamente creía que la obra sería mejor cumplida por laicos: bien porque éstos podían dedicarse a ella en absoluto, bien porque los hombres de humilde condición como los que él alistaba y tenía idea de seguir alistando, estarían más al nivel de los pobres, a cuyos hijos trataba de educar. A esto obedecía también esa prohibición de que los hermanos conocieran el latín.

Los votos de la Sociedad son cinco: los hermanos que no hayan cumplido veinticinco años, no pueden hacerlos más que por tres. Ninguno puede pronunciar los votos, ni aun por este tiempo, si no ha pasado un año de noviciado y enseñado otro año en las escuelas.

Los cinco votos son los siguientes:

Pobreza;
Castidad;
Obediencia;
Perseverancia;
Desinterés.

Los hermanos prohíben por este último voto el aceptar de los discípulos o de sus padres nada que pueda parecerse a una remuneración, aunque sea en forma de regalo.

El reglamento de la vida diaria es como sigue:

A las cuatro y media. — Levantarse.
A las cinco. — Oración y meditación.
A las seis. — Misa, lectura, etc.

A las siete y cuarto. — Almuerzo, oración y preparación para la clase.

De ocho a once. — Clase y conducción de los niños a la iglesia.

A las once y media. — Examen particular de conciencia, comida y recreo.

A la una. — Rezo en el oratorio y marcha a las diversas escuelas.

De una y media a cinco. — Clase en la que se dedica media hora al catecismo.

A las cinco y media. — Lectura espiritual, empujando por un fragmento del Nuevo Testamento, leído de rodillas.

A las seis. — Oración mental y confesión mutua de las faltas entre los hermanos.

A las seis y media. — Cena, con lectura como en todas las comidas: recreo.

A las ocho. — Estudio de catecismo.

A las ocho y media. — Rezo en el oratorio.

A las nueve. — Retirada al dormitorio para acostarse a las nueve y cuarto.

Tal es la regla de los hermanos de las Escuelas cristianas, suficientemente estrecha, aunque sin austeridades especiales. El espíritu de esta regla prohíbe las comunicaciones innecesarias con las personas extrañas a la hermandad: prohíbe igualmente la posesión de las cosas no precisas y el ejercicio innecesario de la voluntad. La obediencia al reglamento es absoluta, la pobreza completa y la abnegación de la voluntad sin límites.

Después de haber copiado la regla no es inútil

hablar de los manuales compuestos por Juan de la Salle para la dirección de los hermanos. El principal era un libro titulado *Dirección para uso de las Escuelas cristianas*. Fué en un principio manuscrito, y las copias circularon entre los hermanos. El autor lo revisó en 1717 después de su retirada del puesto de director, y se imprimió en 1720, un año después de la muerte de aquél. Este manual ha sido después la guía de los hermanos, y se lee dos veces al año en cada una de sus casas. El buen sentido y la inteligencia de su autor se muestran en él en sumo grado. He aquí, por ejemplo, lo que se lee respecto a la enseñanza de la aritmética:

Después que los niños hayan hecho las sumas en el papel, en vez de corregirlas el maestro, les hará descubrir las faltas que hayan cometido por una explicación racional de los procedimientos. Les preguntará, por ejemplo, por qué al sumar dos cantidades de dinero empiezan por la moneda más baja y otras cosas de la misma naturaleza para asegurarse de que comprenden lo que hacen.

Al tratar de la instrucción religiosa, el estilo del libro se eleva a la altura del asunto:

Los maestros tendrán gran cuidado de no dejarles ignorar nada de lo que debe saber y hacer un cristiano. Y con objeto de no descuidar en nada materia tan importante, meditarán a menudo y seriamente sobre la cuenta que deberán dar a Dios, pensando que serán culpables ante Él de la ignorancia de los niños a ellos confiados, así como de los pecados en que incurran por ignorancia.

Las faltas que Juan de la Salle considera como más graves son la mentira, las riñas, el robo, la impureza y la falta de compostura en la iglesia.

¿Qué cosa más prudente que las reglas planteadas por él para que el castigo sea útil? Es necesario que sea: 1.º, desinteresado, es decir, exento de todo sentimiento de venganza; 2.º, caritativo, es decir, inspirado por un verdadero amor al niño; 3.º, justo; 4.º, proporcionado a la falta; 5.º, moderado; 6.º, aplicado bien cólera; 7.º, prudente; 8.º, voluntario por parte del estudiante, es decir, comprendido y aceptado por él; 9.º, recibido con respetuosa sumisión; 10, acompañado de silencio por ambas partes.

Después de conocer tales manifestaciones de prudencia y sabiduría, el lector no se admirará del éxito de la obra. La reputación de su fundador se extendió rápidamente por toda Francia, y aun por las naciones vecinas, siendo proclamado apóstol de la educación elemental. El viaje que hizo a Calais y al Norte de Francia al fin de su carrera fué una verdadera marcha triunfal. Sin embargo, nada pudo alterar la dulce sencillez de su carácter, ni atenuar el humilde deseo de confiar su carga a hombros más fuertes que los suyos. Este deseo fué al fin cumplido, y el 8 de Mayo de 1717, después de largas deliberaciones y prácticas religiosas, el segundo superior de la Sociedad fué elegido por unanimidad de los hermanos para reemplazarle.

El ilustre fundador no tenía desde entonces nada más que hacer en el mundo que esperar a que quisiera Dios retirarle de él. Cediendo a las súplicas de los hermanos, continuó viviendo con ellos en su casa de Rouen. Allí, en medio de crecientes dolencias, y ejerciendo mientras podía, esperó los decretos del cielo.

La fiesta de San José (19 de Marzo) se acercaba. Juan de la Salle había tenido siempre mucha devoción a este santo, al que había escogido por patrono de su asociación y deseaba ardientemente celebrar aquel día los santos misterios.

No podía apenas esperar por estar desde bastantes días antes en cama, pero en la noche del 18 los dolores se calmaron de una manera inesperada, y sintió que le volvían las fuerzas. La noche fué buena, y en la mañana de la fiesta pudo trasladarse a la iglesia y decir la misa en presencia de los hermanos, que no daban crédito a sus ojos. La mejoría continuó todo el día. El venerable abate pudo conversar con los hermanos, escuchar una vez más sus confidencias, y darles sus últimos consejos. Después reaparecieron los dolores, y se vió obligado a acostarse de nuevo.

El Cura párroco, conocedor de la agravación del mal, se apresuró a visitarle, y creyendo, por la serenidad de su fisonomía, que el moribundo no tenía conciencia de su estado, le dijo:

— ¿Sabéis que muy pronto vais a comparecer ante Dios?

— Le sé — respondió — y espero sus órdenes. Mi suerte está en sus manos, hágase su voluntad.

Su alma estaba en comunicación perpetua con Dios, y suspiraba por el momento en que los lazos que le unían a la tierra quedaran rotos. Algunos días después, sintiéndose peor, pidió el Viático, y se decidió que lo recibiese al día siguiente, que era Miércoles Santo. Pasó la noche en preparativos; su celda

fué decorada tan bien como lo permitía la pobreza de la casa. Cuando llegó la hora, quiso levantarse, vestirse y sentarse en un sillón vestido de sobrepelliz y estola. Al escuchar la campanilla que anunciaba la llegada del Santo Sacramento, se puso de rodillas, y recibió su última comunión con el mismo fervor que había admirado siempre a los que asistían a su misa. El amor divino iluminaba su rostro con una intensidad mayor que de costumbre. Era el último rayo de una luz que iba a extinguirse sobre la tierra para brillar con eternos fulgores en el seno de Dios.

Al día siguiente recibió la Extremaunción con entera lucidez. El superior le pidió su bendición para los hermanos que le rodeaban y para toda la comunidad. Levantó los ojos al cielo, extendió las manos, y dijo: «Que el Señor os bendiga a todos.»

Poco después perdió el conocimiento, y se rezaron las oraciones de los moribundos. Otra vez volvió a la vida durante algunas horas. Hacia la media noche comenzó la agonía: era la noche de la agonía en el huerto de Gethsemani. Durante ella el venerable moribundo recobró un poco el uso de la palabra. Habiéndole preguntado el superior si aceptaba sus sufrimientos, «Sí, dijo; acepto los designios de Dios acerca de su humilde siervo.»

Estas fueron sus últimas palabras. A las cuatro de la mañana, el Viernes Santo 7 de Abril de 1719, entregó su alma al Señor.

Tan pronto como la noticia de su muerte se extendió por el exterior, una multitud piadosa invadió la casa. Todos le conceptuaban como a un santo, y querían volver a ver aquel rostro venerado y llevarse algún recuerdo suyo. Como no poseía más que un Crucifijo, un Nuevo Testamento y una Imitación, sus pobres vestiduras fueron recortadas y distribuidas en pequeños fragmentos para satisfacer al pueblo.

Los hermanos de las Escuelas cristianas, después de la muerte del gran fundador, han seguido firmemente su obra de abnegación y de caridad. Las autoridades de la Iglesia y del Estado, y sobre todo la opinión pública, les han prodigado su protección, aunque también han sufrido contrariedades. Parecía lógico que un levantamiento de las clases inferiores contra las privilegiadas respetase a una compañía que tenía la pobreza por base, y se dedicaba a la educación de los niños del pueblo; y efectivamente, cuando un decreto de la Asamblea nacional, en 1790, suprimió las órdenes religiosas, quedaron exceptuadas las que tenían por objeto la instrucción y el cuidado de los enfermos; pero en 1792, todas las corporaciones religiosas, incluso la de los hermanos de las Escuelas cristianas, fueron abolidas, bajo pretexto de que su existencia era incompatible con las condiciones de un pueblo libre. En la época del Terror los hermanos no pudieron evitar las persecuciones. Bajo el Imperio renació la sociedad, durante hasta la revolución de 1830. En esta época se vio nuevamente amenazada, pero su mérito reconocido la salvó del naufragio. Una de las circunstancias más significativas y triunfales de su historia es la confianza que la dispensó Mr. Guizot cuando fué ministro de Instrucción pública, en el reinado de Luis Felipe. Más de una vez intentó en vano Monsieur Guizot hacer aceptar al superior la cruz de la Legión de Honor.

Actualmente la obra de los hermanos se halla en estado de verdadera prosperidad a despecho de las amenazas de sus enemigos.

Es, desde luego, un hecho cierto, que el número de los alumnos de las escuelas cristianas, lejos de disminuir, aumenta de una manera considerable. Aún hay franceses que no quieren rendirse ante el ateísmo.

De esperar es que el ilustre y útil Instituto fundado por Juan Bautista de la Salle triunfará de todos los obstáculos y mantendrá en Francia y fuera de ella la antorcha de la fe cristiana.

LAS NUNCIATURAS

V LAS DELEGACIONES APOSTÓLICAS



on motivo de la alta misión confiada recientemente por el Soberano Pontífice a Mons. Luis Ruffo-Scilla, Arzobispo titular de Petra, en Inglaterra, y a Mons. Ignacio Pésico, capuchino, Arzobispo titular de Damietta, en Irlanda, hace un periódico un estudio acerca de las Nunciaturas y de las delegaciones apostólicas.

El Nuncio es un Prelado, Obispo, Arzobispo, y rara vez un Patriarca, que representa la persona del Papa cerca de los Emperadores, de los Reyes, de

los grandes Príncipes o de las Repúblicas, a quienes es enviado por delegación ordinaria o para asuntos extraordinarios, comunemente con los poderes de legado, y a veces acreditado cerca de las cortes soberanas o de las Repúblicas, con el título unido a sus prerrogativas y jurisdicción de Delegado apostólico, Internuncio, Encargado de Negocios, Embajador, Enviado extraordinario.

Actualmente se cuentan once delegaciones apostólicas, de las que las siete primeras dependen de la Sagrada Congregación de la Propaganda; la de Constantinopla; la de Egipto y Arabia; la de Grecia, confiada al Arzobispo de Atenas; la de las Indias orientales; la de Mesopotamia, Kurdestán y la pequeña Armenia, confiada a los dominicos franceses; la de Persia, confiada a los lazaristas; la de Siria, dirigida, como la de Egipto y Arabia, por los Menores Observantinos; la del Ecuador, Bolivia y Perú; la de la República Argentina y Uruguay; la de Santo Domingo, Haití y Venezuela, y la de los Estados Unidos de Colombia. Estas cuatro últimas Delegaciones están representadas por un Enviado extraordinario.

Entre las Nunciaturas apostólicas, cuatro son de primera clase y conducen a la púrpura cardenalicia: las de Austria-Hungría, de España, de Francia y de Portugal.

Las otras son: la de Baviera, con residencia en Munich; la de Bélgica, con residencia en Bruselas; la de Holanda, con un Internuncio en El Haya; la de Suiza, con residencia en Lucerna, puesto vacante desde la persecución de los Obispos de Basilea y de Ginebra, y cuyo último Nuncio fué Mons. Alejandro Mouroti, Arzobispo titular de Colosios — de 1845 a 1848; — reemplazado por los Encargados de Negocios Mons. Inocencio Bovieri de 1848 a 1863, Mons. Angel Bianchi (hoy Cardenal) de 1863 a 1869, y Mons. Juan Bautista Agnozzi (actual Delegado apostólico en la Colombia) de 1869 a 1873; la del Brasil, con un Internuncio en Río Janeiro; la de Chile, con un Ministro plenipotenciario en Valparaíso; la de Costa Rica, con un Ministro plenipotenciario en San José de Costa Rica (América central). Estos dos últimos puestos están vacantes.

No existen ya varias Nunciaturas, como la de Inglaterra desde el cisma de Enrique VIII; la de Polonia, cuyo último titular fué Lorenzo Litta, que llegó a Varsovia, punto de su residencia, cuando estaba la Polonia desgarrada por las discordias, y de la que tuvo que retirarse después de haber asistido en Abril de 1797 en Moscú a la coronación del Emperador Pablo I, como Embajador de Pío VI, cuyo sucesor le creó Cardenal en 1801; la de Venecia, donde el último Nuncio del Papa fué Juan Felipe Gallerati Scotti, Arzobispo titular de Sida el 24 de Septiembre de 1792, Nuncio en Florencia, y poco después en Venecia, hasta el momento en que terminó el Gobierno de los Dux en 1797; la de Colonia, para la cual Pío VI nombró el 27 de Junio de 1785 al Arzobispo titular de Damietta, Bartolomé Pacca, que permaneció allí hasta la llegada de los ejércitos franceses, el 4 de Octubre de 1794; pasó luego a la Nunciatura de Portugal, fué creado Cardenal y murió decano del Sacro Colegio el 19 de Abril de 1844. Después de él, Pío VI nombró en Colonia al Arzobispo de Tyro, Anibal Della Genga (más tarde León XII), que no pudo penetrar en la ciudad a causa de la ocupación francesa, y residió en Augsburgo, Munich y en otras ciudades del distrito de la Nunciatura de Colonia, terminando así esta célebre Nunciatura, después de haber durado dos siglos.

Fuó reemplazada por la de Munich, constituida en 1783 por Pío VI, a pesar de la oposición de los Electores de Colonia y de Maguncia y del Arzobispo de Salzburgo, que tenía cierta jurisdicción en Baviera; la de Nápoles, cuyo último titular fué Mons. Pedro Giannelli, Arzobispo de Sardes, el 6 de Junio de 1858 y que tuvo que retirarse con el Rey de Nápoles cuando la invasión piemontesa; la de Cerdeña, que tuvo por último Nuncio a Benito Antonio Antonucci, Arzobispo titular de Tarsis, el 25 de Julio de 1844 y que abandonó a Turín cuando cesaron las relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y Cerdeña, siendo después Obispo de Ancona y Cardenal en 1858; la de Toscana, cuyo último representante de la Santa Sede fué Mons. Alejandro Franchi, Arzobispo titular de Tesalónica, el 19 de Junio de 1856, y se retiró ante la invasión francesa en Florencia, fué creado Cardenal en 1873 y nombrado luego prefecto de la Propaganda y Secretario de Estado; por último, la de Módena, cuyo titular era el Nuncio de Florencia y que desapareció con él. Malta tuvo también representantes de la Santa Sede conocidos con el nombre de inquisidores, o más bien de visitadores apostólicos, cuyo origen remontaba al Papa Gregorio XIII y que dejaron de ejercer sus funciones en el siglo último.

Antiguamente los Nuncios, especialmente los enviados a países lejanos, no estaban revestidos de la dignidad episcopal, y se vió a simples presbíteros seculares, franciscanos, dominicos, encargados de representar a los Papas, que ahora confieren comúnmente un título arzobispal a sus Nuncios: también ha habido varios Obispos residentes encargados de misiones pontificias. Desde los primeros tiempos de la Iglesia, los Pontífices romanos tuvieron legados o enviados, que fueron más numerosos en los siglos IX y X; pero el cargo propiamente dicho de Nuncio, equivalente al de Embajador o mensajero pontificio, no comenzó a estar en uso hasta mediados del siglo XIV.

La residencia del Nuncio, que tiene su tribunal, su cancellería, un auditor y un secretario, toma el nombre de Nunciatura.

LOS AMOS Y DEPENDIENTES CRISTIANOS



o hermoso é interesante del asunto, y la manera magistral como está tratado, nos mueven a trasladar a nuestras columnas el artículo siguiente, que publica la excelente y ya popular revista católica *El Mensajero del Corazón de Jesús*.

Dice así:

I

La moderna sociedad es prima hermana de las antiguas repúblicas de Grecia y Roma y de otras muchas, que pulularon en los diversos confines del mundo, animadas todas de un mismo espíritu, corroidas por los mismos vicios, agitadas por el mismo torbellino de ambiciones y deseos, que atizaban y embravecían, a manera de horrorosa tormenta, las pasiones del corazón. La gran lepra de las sociedades paganas fué la esclavitud; los pueblos modernos, modelados según el código, que con sus conquistas ha elaborado el liberalismo, al par que aclaman la libertad y se ciñen la corona de la soberanía nacional, se han impreso en sus frentes el mismo hierro candente de servidumbre. La historia toda de las naciones gentiles se compendia en pocas palabras: orgullo y crueldad, molice y corrupción espantosa de costumbres en los señores; en los esclavos, embrutecimiento y degradación, odio y ferocidad irreconciliables. La pendiente por donde se precipitan ahora los pueblos que han apostatado de la fe, que son casi todos, acaba en igual ó más desastroso abismo. Porque, además de todos los vicios que bullían en el seno de los pueblos gentiles, el moderno liberalismo ha cometido el crimen de cegar con los mismos resplandores de la luz, de desconocer los beneficios que la Iglesia ha hecho a la sociedad, y cuenta con más medios para alimentar esa gusanera que lleva en sus entrañas, y consumirá su agitada y mísera existencia. En vano la prensa y la tribuna arrojarán flores sobre este espectro de sociedad, y los interesados en que continúe el oleaje de agitaciones públicas, para convertirlas en fuente de prosperidad particular, cubrirán con un manto de escarlata ese ya casi cadáver.

II

Pero lo más donoso es que, en medio de sus convulsiones, todavía gusta de bromas esta nuestra carcomida sociedad, señal evidente de su decadencia y decrepitud. Porque, cuando la pobreza y la miseria levantan por todas partes su escuálido rostro, tiene la frescura de llamar con glacial sarcasmo, a esas víctimas de la pública indigencia, con el pomposo apodo de pueblo libre y soberano.

Verdad es, que al compás de ese himno de libertad resuenan doquiera en lúgubre concierto las cadenas de la esclavitud; y los afortunados mortales, que ya gozan del título de soberanos, van en gran número a esconder su abyección en los sótanos de las minas, en talleres malsanos, en buhardillas estrechas ó en zahurdas infectas.

Mas con tal que por disposición del pueblo soberano queden abolidos del Diccionario del progreso los nombres de esclavitud y mendicidad, nada importa que los esclavos gimán en cadenas, y los pobres se consuman de miseria en sus antros de reptiles; porque ¡oh descubrimiento maravilloso de nuestros tiempos! hemos llegado a averiguar de ciencia cierta que el poderoso talismán, el misterioso secreto de la felicidad está en gritar que tenemos mucha felicidad, que estamos rebotando felicidad.

Por desgracia el horripilante cuadro de la estadística, con el helado soplo de sus datos matemáticos, viene pronto a disipar el humo de tan mentis-

das adulaciones. Sólo en Inglaterra y Gales había en 1841, 1.720.000 pobres que vivían en los asilos de beneficencia pública; se cree que no bajan de 4.300 personas las que en los últimos diez años han muerto de hambre en Londres, y el doctor Lancaster hace subir a 12.000 las madres que, por no tener con qué alimentar a sus hijos, tienen la bárbara costumbre de asesinarlos. Con motivo de las grandes huelgas que en el verano de 1874 tuvieron lugar en Inglaterra, se observó que los millares de obreros en ellas comprometidos sólo ganaban de 11 a 12 chelines por semana, siendo así que para no morir de hambre y miseria, necesitan por lo menos de 14 a 15. (SCHMOLLER, *Apuntes para resolver algunas cuestiones fundamentales*, pág. 140.)

El ilustre estadista francés Mr. de Moragues asegura que en su país hay 7.500.000 hombres que sólo disponen de 91 francos anuales para vivir, y en París, la opulenta metrópoli del mundo, a pesar de los esfuerzos que hizo Napoleón III para mejorar la suerte de los obreros, hay 100.000 individuos inscritos en el registro de pobres. En Bélgica, la nación celebrada por su industria, de cada 100 personas 32 viven medio necesitadas, 34 en la más aflictiva indigencia, 25 de la caridad pública (J. HUNER, *E. Proletariado*). Según Meyer (*Lucha por la emancipación*, II), de 4 millones de habitantes del mismo reino, unos 800.000 reciben socorros de la beneficencia pública, y en 1875, una de las épocas más favorables para la industria belga, vivían, como lo afirma Ducpetiaux, las tres cuartas partes de sus trabajadores en un estado de completa miseria.

Cuando en 1851 publicó Lassalle la estadística de la riqueza en Alemania, y demostró que un 95,7 por 100 de la población vivía con una renta anual de 500 thalers abajo por cada familia de cinco personas, toda la prensa liberal se le echó encima, acusando de falsos sus datos y de parciales sus deducciones; y sin embargo, Lassalle no hizo más que copiar a Dieterici; pero Lengerke, llevando todavía más allá sus investigaciones, llegó a asegurar que en Prusia 10 millones de sus habitantes pasan con una renta anual de menos de 105 thalers; y Meyer, en su obra (*Lucha por la emancipación del cuarto estado*, volumen II, página 789), refiriéndose al año 1875, afirma que 6.034.263 individuos viven en absoluta pobreza. Ni tampoco es mucho más ventajosa la situación del obrero en el mismo reino, puesto que el término medio de su jornal no pasa de 107, groschans, que equivalen a menos de 4 reales. De manera que, como refiere el mismo autor, sólo un 8 por 100 de personas, tiene voto en las elecciones de diputados, y por consiguiente, representación en el Parlamento.

III

Los datos son tan pavorosos, tan horroroso el abismo que se abre a la vista de todo hombre pensador, tan negras las tintas con que se dibuja este cuadro de desolación, que ha despertado la atención de todas las personas sensatas, cualquiera que sea el partido en que militen. Mas en este vaivén de intereses en que se agita el mundo moderno, no solamente corren fortuna y naufragian los pobres y los obreros, sino que a veces la ola de la pobreza y calamidades comunes arrebatada y anega a los mismos empresarios. Porque a medida que las ruinas de la prosperidad pública oprimen las pequeñas industrias, y aplastan a los pobres y jornaleros, cogen también debajo de sus escambros la industria y comercio al por mayor, y estancan sus producciones y obstruyen su circulación; y amortizando los capitales, privan a los ricos de esa riquísima mina de rentas, cuyos filones apenas bastan a llenar la sima de necesidades que el mundo actual ha abierto alrededor de cada uno de nosotros. Todo, pues, vacila a merced de los sacudimientos y vuelcos de fortuna, todo marcha sobre un volcán, cuyo cráter puede abrirse mañana y devorar y abrasar en sus llamas a inmensidad de familias. Y podemos decir que en esta agonía, por decirlo así, de la humanidad, y en esta gigantesca lucha por la existencia, la suerte de los pobres, de esa verdadera esclavitud moderna, es más angustiosa y precaria que la de los antiguos esclavos; porque ellos tenían pan y techo seguros en casa de sus amos, los cuales, aunque no fuese más que por su propio interés, los cuidaban; hoy una oscilación momentánea e inesperada del mercado, una paralización de la industria, lanza a la calle multitud de obreros muy libres para morir de hambre, donde y cuando quieran, si quiera sea con honores de soberano. En 1878 se despidieron en muchos establecimientos metalúrgicos de Alemania gran parte de los obreros, y se redujeron sus salarios: hasta en los talleres de Krupp descendió el 1.º de Enero del mismo año su núme-

ro de 16.000 a 8.000; y los periódicos de Berlín anunciaban al terminar el mes de Noviembre de igual fecha, que en aquella capital se hallaban sin trabajo y sin recursos 12.000 obreros del ramo de maquinaria.

IV

Muchos remedios se han inventado para curar tan profundas llagas y mejorar tan azarosa situación. El partido liberal alemán, representado en su caudillo Schulze Delitzsch, é impenitente siempre en sus errores, conservando en su bandera el lema de la libertad de industria y comercio, se ha figurado ver un rayo de esperanza y aun encontrar la panacea de todos los males en la instrucción de la clase jornalera y en las asociaciones de obreros y sociedades de auxilios mutuos para socorrerse mutuamente contra la competencia y opresión del capital. ¿Pero quién no ve que esta lucha es imposible? Y pensar que la industria al pormenor y los pequeños capitales, aun mancomunados puedan competir con las máquinas y recursos de la opulenta plutocracia, es querer que el cordero salga victorioso en la lucha con el lobo, ó que la tímida gacela pueda contrarrestar el empuje y fuerzas del león del desierto. ¿Y cuán expuestas no están esas inmensas masas de proletarios a agitarse y embravecerse al soplo de manejos revolucionarios, y a convertirse en amenaza constante de la pública tranquilidad, y a anegar y sepultar bajo sus olas el orden y bienestar de la nación?

Los socialistas, al contrario, con sus jefes Lassalle y Marx al frente, han pretendido destruir la influencia y voracidad del capital, estableciendo: 1.º, el derecho electoral directo é igual para todos; 2.º, la supresión de los impuestos indirectos, sustituyéndolos por otros directos; 3.º, la protección del Estado para las asociaciones de obreros. Para eso insisten en que el trabajo muerto, es decir, el capital productivo, que se compone de los bienes inmuebles y de las máquinas, sea propiedad común de todos, porque, según ellos, la única fuente de propiedad es el trabajo vivo ó personal.

V

Mas todos los sistemas socialistas giran siempre sobre estos dos polos: candidez y rapacidad; tanto más verdaderos cuanto más opuestos, y más al parecer se repelen entre sí; porque todo el mundo conoce y admira ya, aunque no todo lo que ella se merece, la sinceridad electoral, y sabe también, porque los ha saboreado, los frutos de protección que puede producir un Estado ateo fundado sobre el interés, sin más resorte que el egoísmo, sin más ley ni moralidad que la utilidad personal. Sabe que esos instintos de rapacidad que abriga en su seno la fiera del socialismo bastarían para ahogar todo progreso social y hundir los pueblos en una barbarie, semejante a la selvática ferocidad de las tribus incultas. Ni hay nadie que desconozca que su axioma favorito de que la única fuente es el trabajo personal, no es más que una poderosa máquina para electrizar la imaginación y las pasiones de la incauta muchedumbre y convertirla en instrumento de pretensiones particulares, porque despojado del atavío filosófico con que lo engalanan sus autores, y examinado a la luz de una sana inteligencia, se ve desde luego que no menos contribuye a la producción del capital que los brazos del obrero.

No queda, pues, más solución que la católica; solución que, por otra parte, ha de venir por la fuerza misma de los hechos. Las leyes de la naturaleza, así físicas como morales, están perfectamente ordenadas; un permanente desequilibrio en ellas es imposible: cuando por un momento cualquiera de las fuerzas que las presiden adquiere un instantáneo predominio, reaccionan todas las demás para recuperar su lugar. La sociedad moderna es el hijo pródigo que se ha alejado de la casa paterna y ha derrochado en locuras su salud y su patrimonio; pero sus locuras son su castigo; sus extravíos, su azote; cada paso que da por la senda de la revolución fiera ó mansa, es un espantoso latigazo que cae sobre sus espaldas; cada partido que se forma para rescatarla, por supuesto, de mano de sus verdugos, reparte sus últimos harapos, y no hace más que exponerla a la pública vergüenza y a la risa y desprecio de todos. Pero el loco con la pena es cuerdo; las amarguras y sinsabores sosegarán las olas de sus pasiones; el dar con la cabeza en los escollos de tantos engaños hará brotar de su inteligencia la luz que necesita para disipar el nublado de ilusiones y errores, que hasta ahora ha ocupado su cabeza, y volverá por fin al regazo paterno.

VI

Todos ansiamos ese momento, y para que se acelere, coloca el bondadoso Pontífice León XIII esta importante cuestión social bajo la protección del Sagrado Corazón de Jesús; lanza a ese agitado golfo de ilusiones y desengaños, de inquietudes y dolor la influencia del divino Corazón, para que con su presencia se calme la tormenta; quiere que todos los socios del Apostolado rueguen en este mes de Agosto por los industriales y obreros. Cuando la sociedad se asiente sobre los eternos principios de justicia y moralidad; cuando el derecho no sea un vínculo creado por el capricho humano, sino un lazo con que Dios junta a los individuos y a los pueblos, y cuyos extremos están sujetos de su soberana mano; cuando reconozcan las naciones su origen y procedencia divina, y humillen sus frentes debajo de la mano que tan rigurosamente las azota con sus propios desaciertos, cuando los Gobiernos sean luz de las gentes, baluarte del derecho, apoyo de los pobres y padres de los pueblos, que no atiendan únicamente al provecho de un partido, sino que sepan combinar los intereses del obrero y el capital; cuando la Iglesia conquiste en el concierto de los pueblos el lugar que de derecho le corresponde, cesará la tempestad que tan hondamente nos agita a todos, anega tantas fortunas, y devora tantas existencias; y brillará sobre las naciones la aurora de bienestar y tranquilidad.

Roguemos al Corazón de Jesús, que supo regenerar la decrepitud y corrupción del mundo pagano, que repita a esta nuestra moribunda sociedad las palabras dirigidas al paralítico: *Tolle grabatum tuum et ambula* (Marc. 2. 9); para que rotas las cadenas del error y el yugo de opresión a que sus extravíos la han sometido, recobre el brío de su antigua juventud, que sólo el divino Corazón puede comunicar, y lanza las galas de prosperidad que han disfrutado los pueblos mientras han estado sometidos a la voluntad divina.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

En los anteriores artículos hemos dirigido una rápida ojeada a los asuntos religiosos tratados por los pintores españoles durante el siglo XIX. En los que hoy comenzamos haremos lo mismo con las obras de los escultores, que, hasta la inauguración de las Exposiciones públicas, puede decirse que sólo a temas, asuntos y figuras religiosas consagraron su inspiración durante largo número de años. La tarea será mucho más breve por el número notablemente menor de artistas que se consagraron a la escultura, acaso por las dificultades materiales en los medios de expresión de tan sublime arte.

D. JUAN ADÁN, nacido en Tarazona a mediados del último siglo. En Jaén, en el Presbiterio de la Catedral, hay ejecutados por él los tres *Ángeles* de la derecha del altar. En la capilla final de la derecha *San Eufasio*, de relieve; un ático con la estatua de *San Antolín* en un nicho; otras de *San Agustín* y *San Julián*, y dos alegorías de *La Fe* y *La Religión*. En la Catedral de Granada las estatuas de *San Miguel* y *San José*; y en la parroquia del Pilar un medallón de la *Virgen*. En Lérida los retablos de la Catedral. En la Academia de San Fernando de Madrid un grupo de *Jesucristo muerto en brazos de la Virgen* y una copia del *Moisés* de Miguel Ángel. En las Escuelas Pías de San Fernando *Ntra. Sra. de las Angustias*; en la Iglesia parroquial de San Ginés la estatua de *San José*. En la Catedral de Málaga una reproducción de la *Virgen de las Angustias*.

D. ESTEBAN AGREDA, nació en Logroño a 26 de Diciembre de 1759, y fué Profesor de la Academia de San Fernando. Entre sus muchas y notables obras se cuentan las siguientes: En Burgos, las estatuas de *San Agustín* y *San Nicolás de Tolentino*; en la capilla del Palacio de Madrid, dos *Ángeles* mancebos sosteniendo dos lámparas a los lados del Presbiterio; en la Basílica de Atocha, capilla del Santísimo Cristo, los *Ángeles* de estuco que adornan los lados, y el cornisamento del retablo principal, labrado en unión de D. José Ginés. También trabajó dos estatuas de *San Vicente de Paul*; dos *Beatos* para los Capuchinos de San Antonio; un *San Francisco* para los de la Paciencia, y *La beata Juana de Asa* para Santo Tomás.

D. MANUEL DE AGREDA, nació en Haro el año 1773. En la iglesia parroquial de dicho pueblo existen de este autor: una *Virgen de la Concepción*, *Santa Ana* y *San Felices*.

D. MARCIAL AGUIRRE, nació en Vergara (Guipúzcoa) en 1843. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1866 fué premiado con una medalla de segunda clase por su estatua de *San Ignacio*.

D. FRANCISCO ALBEROLA, escultor valenciano, discípulo de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, de la que llegó a ser Director en reemplazo de D. José Esteve. Existe de su mano un excelente *San Jaime* en la referida capital.

D. JOSÉ ALCOVERRO Y AMORÓS, nació en Pirenis (Tarragona). En la Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1871 presentó un grupo en yeso que representaba *Jesús y la Magdalena*. También es obra suya una imagen de *San Juan Bautista*, ejecutada en 1870 para Bermeo.

D. JOSÉ ALEGRE, natural de Calatayud. En 1849 se colocó en Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza un precioso cancel de nogal con relieves, representando alegorías de la Virgen, obra suya. También son suyos los pasos de Semana Santa de la *Crucifixión*, *Descendimiento* y *Prisión de Jesucristo en el huerto*. La imagen de la Virgen titulada del *Amor Hermoso* en el Seminario Conciliar; el *Sagrario* y esculturas de la capilla de Ntra. Sra. de la Agonía en San Cayetano de Zaragoza y las del retablo de San José en la iglesia del Pilar. Murió en el año de 1865.

D. JUAN ALVAREZ. Este escultor hizo una estatua de Ntra. Sra. de los Dolores destinada a una de las capillas de la iglesia parroquial del Sagrario de Granada, en cuya capital se bendijo en el año 1864.

D. JOSÉ ALVAREZ Y BOUGEL, nació en París en 20 de Febrero de 1805. Es obra suya el grupo de mármol de *Jesús en el huerto*, que poseía el Infante Don Sebastián.

D. JOSÉ AMBRÓS Y DASÍ, natural de Valencia. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1864 presentó un bajo relieve en yeso que representaba *La educación de la Virgen*.

D. MANUEL ARVALO PACHECO, escultor de principios del siglo, autor de toda la escultura de la capilla Mayor de la Catedral de Segovia, en que desuellan por su mérito tres *Ángeles* mancebos, y *San Frutos* y *San Geroto*, y de varias estatuas y trabajos de adorno en la iglesia de San Francisco y otras de Madrid.

D. JUAN DE ASTORGA, sevillano. Cuando se creó el Liceo Artístico de esta ciudad fué uno de los que más contribuyeron a su crédito, presentando, entre otras obras, un *San Jerónimo* de barro, copia del de Torrigiano. Tenemos noticia de las siguientes obras de este autor: en Sevilla, Convento de San Francisco, *Estatua de Ntra. Sra. del Buen Fin*; en la capilla de la Escuela de Cristo, *Estatua de Jesús Crucificado*.

D. RAFAEL ATCHE, nació en Barcelona en 1853. Entre otros trabajos suyos, conocemos una *Inmaculada Concepción*, y *La Virgen María con dos ángeles al pie*.

D. FRANCISCO BELLVER, nació en Valencia en el año 1812. Entre sus obras más principales se cuentan: Una estatua en madera, tamaño natural, que representa la *Resurrección de Jesucristo*; *La Virgen del Carmen*; *Los Corazones de Jesús y María*; un bajo relieve representando a *La Virgen poniendo la casulla a San Ildefonso*; un grupo figurando la *Caída de Cristo en su marcha al Calvario con Simón Cirineo y otros judíos*; un *Cristo*; un grupo representando a *La Virgen sosteniendo en su regazo el cuerpo muerto de su Santísimo Hijo*; una *Virgen Dolorosa*; *San José y la Virgen del Carmen*; *La Virgen del Amor Hermoso*; *otra Virgen del Carmen*; un *Cristo*; un grupo de piedra simbolizando *La Religión y La Caridad*; estatuas de *Los cuatro Evangelistas*; la de *Un Salvador*; una estatua de madera que figura la *Presentación de la Virgen*; *La Virgen de las Mercedes*; *Nuestra Señora de la Esperanza*, y *La Virgen de la Misericordia*.

D. JOSÉ BELLVER, nació en Avila de los Caballeros en 1824. Sus obras principales son: *La estatua vacante de Jesucristo*; *Aparición de Jesucristo a la Magdalena*; *El Descendimiento de la Cruz* bajo relieve, premiado en una Exposición pública; *Una Virgen*; *La Virgen de la Vida* y el *Apostol Santiago*.

D. MARIANO BELLVER, nació en Madrid en 1817. Sus obras son: *San Juan Bautista predicando*; *Flagelación de Jesucristo*; *La Virgen de la Misericordia*; *Santa Lucía*; *San Vicente de Paul*; *La Santísima Trinidad*; *San Lorenzo*; *San Francisco Javier*; *Santa Irene*; *Jesucristo en el sepulcro*; *Virgen de la Concepción*; *San Martín*; *Ntra. Sra. de la Providencia*; *otra Virgen de la Concepción*; *Ntra. Sra. del Amor Hermoso*; *Ntra. Sra. del Buen Ruego*, *pidiendo a Dios por las almas del purgatorio*; *Ntra. Sra. del Carmen*. D. Mariano Bellver falleció en Madrid en 27 de Abril de 1876.

D. MARIANO BELLVER e ISIGO, natural de Madrid e hijo del anterior. En las Exposiciones Nacionales celebradas en 1862 y 1864 presentó un *San Sebastián*, y un *San Vicente de Paul ejerciendo la caridad*.

D. RICARDO BELLVER Y RAMÓN, nació en Madrid en 1845. En la Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1866 presentó un grupo en yeso, representando a *La Santísima Virgen con su Divino Hijo en el regazo*; también es suyo un bajo relieve que representa el *Entierro de Santa Inés*.

D. NICOLÁS BOADO. Su obra más conocida es una *Cabeza de San Juan Bautista*, en barro.

D. MARIANO BONDÍA. En la Exposición celebrada en Valencia en 1880 por la sociedad *El Iris* presentó una estatua de *San Vicente Ferrer*.

D. TEÓFILO BOULIGNI, natural de Constantinopla. En la Exposición nacional de Bellas Artes, celebrada en 1866, presentó un *Ecce-Homo*.

D. JOSÉ BOVER Y MAS. De sus muchos trabajos merecen citarse *Las estatuas de Santa Clara y San Fernando*, para la catedral de Cádiz, y las de *San Luis y San Fernando*, para el palacio de San Telmo, en Sevilla.

D. PEDRO BUSSON DEL REY, nació en la villa de Cárcar en 1765. Entre sus obras merece especial mención un *San Antonio de Padua* que existe en Sacedón. Falleció el 19 de Mayo de 1806.

D. DAMIÁN CAMPENY. Entre sus principales obras se cuentan los *Bustos de Nuestro Señor Jesucristo y Nuestra Señora de los Dolores*, un *Salvador*, una *Virgen* y la *Virgen del Pilar*, estatua en mármol.

D. J. CAMPENY. Natural de Barcelona y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de aquella capital. Es obra suya *El hijo prodigo*, tema de la oposición que hizo en Barcelona en 1879 para optar a la pensión Fortuny.

D. PEDRO CANEDO, residente en Orense. A la Exposición de Pontevedra celebrada en 1880 concurrió con un *Crucifijo* labrado en boj.

D. JOAQUÍN CAÑELLAS Y VALLS, residente en Barcelona. Los periódicos de dicha capital han hablado con elogio de las siguientes obras de este artista: *Nuestra Señora de la Ayuda con una aldeana a sus pies*, grupo de tamaño natural destinado a un Montepto de Barcelona; *la Madre del Amor Hermoso*, para un pueblo de la provincia de Gerona; *Jesucristo atado a la columna*, con destino a una iglesia de Ciudad Real; *San José con el Niño Jesús en brazos*, labrado para Lugo.

D. CAYETANO CAPEZ Y ROMERO, natural de Godella, provincia de Valencia, donde nació en 1838, y discípulo de la Real Academia de San Carlos de dicha ciudad. Son obras de este artista el altar oratorio del Seminario conciliar de Valencia; un *Nazareno con la Cruz acuestas* que existe en el pueblo de Petrexi; un *Cristo* de mármol y un *San Vicente Ferrer* que posee D. Vicente González; *Unos mancebos*, que están en el camarín de la Virgen de los Desamparados en Valencia, y una estatua de la referida imagen para el banquero D. José Campo.

M. DE A.

(Se continuará.)

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

La diócesis de Barbastro ha querido demostrar una vez más su incondicional adhesión e inquebrantable amor al Vicario de Jesucristo en la tierra con motivo de la celebración de sus Bodas de Oro, ofreciéndole en muestra de aquella adhesión y de aquel amor valiosos regalos.

Un cáliz de plata dorada de estilo bizantino, obra del reputado joyero D. Juan Suñol, es lo que dedica a fin tan noble el clero todo de la Diócesis. En su conjunto y en sus detalles entraña indiscutible mérito artístico: primorosas filigranas trabajadas con suma corrección y limpieza sirven de bellísimo adorno, viéndose en ellas algunos de los atributos de la Eucaristía; en su base hay cuatro hermosos medallones esmaltados con miniaturas de la Sagrada Familia; realzan la belleza de la joya preciosas turquesas engarzadas en la filigrana.

El Seminario Conciliar, Profesores y alumnos envía un misal, obra notabilísima en su género, en que campean por igual los primores del arte y las exigencias del buen gusto. Lujosamente encuadernado con chagrín, ostenta bellísimos reales con filetes dorados y adornos de bronce igualmente dorado. Sobre el centro de una de sus tapas se lee el nombre sacrosanto de Jesús, y en sus ángulos aparecen los símbolos de los cuatro evangelistas; en la otra tapa lleva las insignias del Pontificado y las armas de León XIII, y en sus ángulos los escudos de Aragón, de Barbastro y de la Diócesis y Seminario, apareciendo en estos últimos respectivamente las imágenes de San Ramón, Obispo de Barbastro,

y la del doctor angélico Santo Tomás de Aquino. Las abrazaderas y los registros terminados con borlas de oro no carecen de mérito.

Un cingulo de hilo de finísimo oro trabajado en la fábrica de Don Francisco Xirínachs, de Barcelona, es la ofrenda que presentan el Director y las Hijas de María de Barbastro. El cingulo es de labor primorosa, y en los nudos de sus preciosas borlas brillan rubíes y esmeraldas.

El Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Zaragoza por medio de *Boletín Eclesiástico oficial extraordinario* encarga a los Sres. Curas párrocos y Presidentes de las Juntas constituidas al efecto que, en el término de doce días, den noticia detallada a la junta diocesana de las prendas que están preparando o tienen ya dispuestas para enviarlas a la Exposición Vaticana.

Igualmente les encarga que procuren activar la colecta de limosnas, redoblando su celo en exponer a los fieles la necesidad de atender con su obolo de amor filial al Papa León XIII, y que a la mayor brevedad posible remitan lo recaudado a la Secretaría de cámara y gobierno.

Entre los donativos que se harán a Su Santidad León XIII para celebrar su Jubileo Sacerdotal se citan los siguientes:

De Aurenza un alto relieve en bronce, que representa la mediación entre España y Alemania en el conflicto de las Carolinas; de Reggio Emilia un cáliz, una custodia de antiguo y rico dibujo, magníficos ornamentos y 1.561 francos; de Trieste un tapiz que representa un antiguo mosaico con los doce Apóstoles, el cual adorna la capilla del Santísimo de aquella Catedral; de Vercelli varias maletitas con todo lo necesario para un misionero, y un ritual de Carmelitas, manuscrito antiquísimo y de gran mérito, con destino a la Biblioteca del Vaticano; de Acireale un tabernáculo de plata, adornado con dibujos cincelados: sobre la cornisa hay unos niños que sostienen símbolos de la Eucaristía, y en la puerta del tabernáculo aparece Jesucristo dando el pan de la cena a San Pedro; de Anglona, además de ricas vestiduras sagradas, un precioso almohadón para altar y varios productos del país; de Aosta un plano en relieve de la Diócesis, con parte de los Alpes y los Apeninos; de Calamiteta un hermoso reloj; de Bolonia una preciosa custodia estilo del siglo XVI; de Valderna un monumento de alabastro; de Arras la estatua de plata de Nuestra Señora de la Barquilla; de Besançon una obra maestra de la relojería del país; de Solson espejos de S. Gobain, y de Raan una riquísima alba de punto de Alençon.

El Rdo. P. Denza, Director del Observatorio de Moncalieri, ha dirigido una circular al clero, indicando especialmente a los que se dedican al estudio de las ciencias a ofrecer al Sumo Pontífice, protector de ellas, algunos instrumentos de meteorología dispuestos por los miembros del Clero italiano que se dedican a estos estudios. Este testimonio probará la parte activa que toma el Clero en el progreso de las ciencias modernas.

Los religiosos Agustinos calzados de Manila regalarán a Su Santidad un magnífico servicio para celebrar el santo sacrificio de la Misa, de seda y ricamente bordado en oro. Dicho objeto irá dentro de un precioso estuche de diferentes maderas del país, y llevará una sentida y respetuosa dedicatoria.

Las señoras de Lugo regalarán a León XIII una hermosa casulla, y el Cabildo Catedral de Vitoria una magnífica bandeja de hierro, repujada con incrustaciones de oro, construida en Eibar, cuyo coste es de 20.000 reales.

NOTICIAS

Los PP. Agustinos del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial han tenido la bondad de remitir al Director de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA una de las medallas conmemorativas del Centenario, con motivo de la bien intencionada aunque humilde participación de este periódico en las citadas fiestas.

En el alma agradecemos el cariñoso recuerdo de los PP. Agustinos.

En el vapor correo que salió de Santander el día 20 del actual marcharon a la misión de la isla de Cuba los religiosos jesuitas profesores P. Benigno Iriarte, P. Carlos Varona, P. Eustaquio Egaña,

P. Santiago Miguel, P. Juan Aramendi, Hermano Jacinto Larrañaga y Hermano Juan Cantera.

La Real e Ilustre Archicofradía del Ángel de Pureza, San Luis Gonzaga, canónicamente erigida en la parroquial iglesia de Nuestra Señora de Belén, Barcelona, abre el siguiente certamen para el año de 1888:

El día 25 de Marzo del expresado año 1888, en que la Iglesia celebra la festividad de la Anunciación de Nuestra Señora y Encarnación del Hijo de Dios, serán adjudicados en sesión pública los premios que se indican á continuación, en esta forma:

Premios ordinarios.

Premio de una artística copa de plata y oro, costeado por el señor Cura párroco e Ilustre Junta de Obra de Nuestra Señora de Belén, de Barcelona. Se adjudicará al mejor escrito en prosa sobre el tema siguiente: «Deber del hombre en practicar el culto externo.»

Premio de una rosa de plata con lazo de oro. Será adjudicado al autor del mejor trabajo en prosa sobre el siguiente tema: «Poder temporal del Papa; necesidad de su existencia para la buena marcha de la Iglesia católica é independencia del Vaticano.»

Premio de un magnífico cuadro pintado al cromo, representando las virtudes teologales. Se adjudicará al autor del mejor trabajo estadístico relativo á los desastres que han sobrevenido á poseedores de bienes de la Iglesia enajenados.

Premios extraordinarios.

El Excmo. é Ilmo. Señor Obispo de Vich ofrece un ejemplar de la *Biblia*, recientemente publicada por la «Verdadera Ciencia», al autor de la mejor poesía dedicada á la memoria del inmortal Pontífice Pío IX.

El Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Presbítero, la colección de opúsculos del célebre Cardenal Belarmino, en cinco tomos lujosamente encuadernados, al que haya compuesto el mejor trabajo en prosa sobre el tema: «La secta católico-liberal en el siglo XIX; su perniciosa influencia en la sociedad.»

El Dr. D. Cándido Sainz de Robles, Presbítero, una pluma de plata con lazo de oro al autor del mejor escrito sobre el tema siguiente: «San Luis Gonzaga, maestro y guía de la juventud. ¿Puede considerarse y venerarse como mártir al Angélico protector?»

Joyería y platería de los Sres. Suñol hermanos, una escribanía de plata, que será adjudicada al mejor escrito en prosa sobre el tema «Glorias del Episcopado español.»

Librería y tipografía católica, una colección de las obras de propaganda católica del Dr. Sardá y Salvany, al autor del mejor trabajo en prosa sobre el siguiente tema: «Pío IX ante la historia; declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de María Santísima.»

Biblioteca de la Verdadera Ciencia Española, «Imitación de Cristo», obra en 15 tomos lujosamente encuadernados, que se entregará al autor de la mejor composición en prosa sobre el tema: «San Pedro en Roma; historia de las diez persecuciones, la Iglesia católica derribando el Olimpo pagano; Constantino el Grande.»

D. Manuel Belau, un artístico libro de plata al autor del más bien escrito opúsculo sobre el tema «Influencia del Catolicismo en las artes, ciencias y letras; la Iglesia católica en tiempo de León X el de los Médicis, impulsando el renacimiento artístico literario en Italia y demás naciones europeas.»

D. Domingo Talamé hijos, escultores, una escultura del venerable Scotto, al autor de la más inspirada poesía sobre el tema «Gloria de María Santísima en su Inmaculada Concepción.»

Viuda é hijos de Subirana, editores: «Tratado de la perfección en todos los estados de la vida del cristiano», por el Padre Luis de Lapuente, de la Compañía de Jesús, al autor del mejor escrito en prosa que verse sobre el tema siguiente: «Importancia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.»

Círculo de Obreros, bajo la protección del Patriarca San José: Una imagen de la Virgen de la Saleta, que se entregará al autor de la mejor composición en prosa sobre el tema «Asquerosidad de la blasfemia; necesidad de su enérgica corrección.»

Un editor católico: Obras de Ausias March, al autor de la mejor poesía dedicada al angélico Doctor Santo Tomás de Aquino.

D. José Soler: Una escultura, imitación al bronce, del santo mártir Berriochoa, á la mejor composición poética dedicada á la Virgen de las Mercedes, patrona de Barcelona.

El Jurado podrá adjudicar, además de los premios ordinarios y extraordinarios expresados, los accésits

y menciones honoríficas que crea convenientes á los autores de los trabajos que juzgue sean merecedoras de alguna distinción. Los accésits y menciones honoríficas consistirán en un diploma de honor, que se entregará al agraciado.

Las composiciones serán inéditas, escritas en castellano las que lo sean en prosa, y en castellano ó catalán las poéticas; y habrán de presentarse en la secretaría de Las Conferencias, sita en la calle de Dou, números 14 y 16, entresuelo, 1.ª, Barcelona, antes de las doce de la mañana del día 1.º de Marzo del próximo año de 1888, sin firma, llevando cada una un lema igual al que tendrá un sobre cerrado, en el que se declarará el nombre y domicilio del autor.

Todos los trabajos distinguidos con el premio, accésit ó mención honorífica, quedarán de propiedad de Las Conferencias de San Luis Gonzaga, y los autores premiados con cualquiera de las recompensas que se ofrecen no podrán imprimir las por su cuenta sin permiso expreso de la Junta directiva de la Asociación.

Las composiciones premiadas serán sometidas á la censura de la autoridad eclesiástica, y la Asociación se reserva la facultad de poder imprimir las por su cuenta, todas ó en parte, si así lo juzga conveniente.

El Jurado queda constituido por los señores siguientes:

D. Juan Masferrer, Cura Párroco de la Iglesia de Belén, Barcelona.—P. Juan María Solá, de la Compañía de Jesús.—Dr. D. Santiago Quintana, Presbítero.—D. Juan de Dios Trias.—D. José de Palau y de Huguot.—D. Manuel Pascual de Bofarull.—D. Ramon de Manresa y de Castells.—D. J. Juan Susany.—D. Francisco Pol y Royo.

La Junta Central de Peregrinación á Lourdes ha quedado constituida en la siguiente forma: *Presidentes honorarios*: Los Excmos. é Ilmos. señores Arzobispo Metropolitano y Obispos sufragáneos del principado. *Vicepresidentes honorarios*: Doctor Don Félix Sardá y Salvany, D. Luis María de Llauder, Rdo. Benito Torró. *Presidente*: D. Juan Manuel Fors de Oliver. *Vicepresidente*: D. Mariano Fortuny. *Tesorero primero*: D. Juan Riera. *Tesorero segundo*: Don Luis Sánchez. *Vocales*: D. Narciso Vilahur, D. Eusebio Fina, D. Luis de Cuenca y de Pesino, Rdo. D. José Salvat, Rdo. D. Jaime Escoda, Rdo. D. Miguel Planas, D. Jaime Nogués y Taulet, D. Juan Bautista Finestras, D. Francisco de Paula Malet. *Secretario primero*: D. José Codina. *Secretario segundo*: D. Juan B. Falcó.

Dicha Junta ha dirigido á los catalanes una calurosa alocución para promover la concurrencia de fieles.

El estandarte que con tal objeto se está construyendo en los talleres de *El arte cristiano* de Barcelona tendrá el fondo de moaré blanco, destacándose en su centro una preciosa imagen del Sagrado Corazón de Jesús, que pintará al óleo el reputado artista D. Joaquín Vayreda, de Olot, cobijada por un elegante semi-dosel de *peluche* azul. En la parte superior de éste se destacará en preciosas letras al realce, en oro, la siguiente inscripción: «AL SAGRADO CORAZÓN DE JESUS». Debajo de la imagen, en línea horizontal, se leerá «ROMERÍA CATALANA, 30 DE AGOSTO DE 1887», y en la parte inferior, en forma circular, la siguiente inscripción en letras ricamente bordadas: «EL LIBERALISMO ES PECADO». Los bordes del pendón serán de fleco de oro, finalizando con dos preciosas borlas de lo mismo, de 15 centímetros cada una. El asta dorada rematará con la insignia de la Redención. El dorso del estandarte será de seda, destacándose en él las cuatro barras catalanas.

Según nos dicen de La Guardia, provincia de Toledo, escribe *La Fe*, se ha visto honrada aquella villa hace unos días con la visita del sabio y virtuoso Padre Fita, de la Compañía de Jesús, que llevado, como académico de la Historia, del deseo de estudiar los documentos antiguos que obran en los archivos parroquial y municipal para investigar la verdad histórica del martirio, crucifixión y muerte de su patrón el Santo niño Cristóbal, permaneció allí cuatro días.

Durante este tiempo visitó el sitio donde le crucificaron los judíos, que hoy es ermita y entonces era cueva de pastores, cuya visita causó verdadero asombro al mirar las enormes peñas agrietadas que, ennegrecidas por el humo, subsisten después de cuatro siglos y la sirven de bóveda, que parece próxima á desplomarse. Recorrió todos los demás puntos en que, según la historia, tuvo lugar el martirio, y contempló lo que fué sepulcro del Niño Santo, que en su pasión y muerte fué la imagen más perfecta de Nuestro Redentor Jesucristo.

Aquella ermita, que posteriormente fué convento

de Trinitarios, en donde residió el Beato Simón de Rojas, es por desgracia bien poco conocida, pues sólo la visitan personas de las inmediaciones, cuando, por sus especiales circunstancias, debería llamar la atención, no sólo de los devotos, sino de las ilustraciones del país.

En su incansable investigación, el R. P. Fita recogió con verdadero celo cuantos datos y noticias consideró de interés para su objeto, y lleno de admiración y de unción evangélica, dió una conferencia en que, por espacio de una hora, cautivó, con su erudición y elocuente palabra, la atención de su auditorio, que era todo el pueblo, el cual por unanimidad le aclamó y nombró hijo adoptivo.

Parece que abriga el propósito de impetrar de Su Santidad que se extienda á toda la Iglesia Católica el rezo del inocente mártir, circunscrito hoy á las diócesis de Toledo y Madrid-Alcalá, é inició el pensamiento de que se celebrase el cuarto centenario de su muerte, que es en el próximo año de 1889, á lo que toda La Guardia prestó su espontáneo asentimiento, ofreciendo su cooperación.

Ha salido de San Francisco de California, para Vich, el sabio y virtuoso Padre Vicente Vinyes, Viceprovincial de los dominicos en el Estado de California. Dicho religioso ha sido por espacio de 36 años una de las columnas principales de la Iglesia católica en aquel país. Varias veces recibió del Papa la Bula de Obispo, y siempre (tanta es su humildad) declinó tan señalada distinción. El Padre Vinyes goza entre el clero y pueblo de aquel país de mucha reputación y numerosas simpatías. Nació el año 1837 en el pueblo de Alpens, é hizo toda su carrera, con mucho lucimiento por cierto, en el Seminario de Vich.

A las respetuosas exposiciones que en los últimos días de Febrero de este año se elevaron á la Santa Sede por los católicos de España, solicitando se declarase fiesta de precepto la del Patriarca San José, Patrón de la Iglesia Católica, la Sagrada Congregación de Ritos se ha servido contestar «que considera más conveniente que los Municipios y los fieles celebren por devoción esta fiesta, que el que sea mandada como de precepto por la Santa Sede.»

Conforme á los deseos manifestados por el Gobierno de España, el Padre Santo ha ofrecido declarar basílica el templo de San Francisco el Grande, de Madrid.

NECROLOGÍA

Recientemente han fallecido:

En Madrid D. Pablo Gil Andrés, Deán de la Santa Iglesia Catedral de Osmá.

D. José María Mireles y Deza, Vicepresidente que fué de la Real Capilla de San Isidro y Capellán del Caballero de Gracia.

En Porreras (Balears), el Presbítero D. Antonio Jaume y Barceló.

En los Hueros (Madrid), el Cura Económico Don Francisco Jiménez Encinas.

En Valls, el Rdo. D. Pablo Jover Soler, ex-fratle Carmelita de Parelada.

En Valencia, el Decano de los Beneficiados de la parroquia de San Bartolomé, D. Francisco Sanchis.

En San Gervasio de Cassolas, el Presbítero Don José Anglada.

En Murcia, el Presbítero Dr. D. Jerónimo Calvo García.

En Burgos, el Dr. D. José María Moreno, Cura Económico de la parroquia de San Lorenzo.

En Roma, el Rdo. P. Manuel Martínez, Procurador general de los Descalzos de España.

En Barahona, el Cura párroco D. Pascual H. Ambrosio.

ARTÍCULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.





ÉPOCA 4.^a — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 25. — Madrid 5 de Septiembre de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Six meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Six meses.....	17 1/2 ps. fr.
Un año.....	34 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Six meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Six meses.....	3 ps. fr.
Un año.....	5 »

SUMARIO

TEXTO. — La Decena, por Manuel Ovario y Bernard. — Debe la Europa al protestantismo algún progreso? por Fr. José Coll. — Tradiciones de Tierra Santa, por M. Polo y Peyrolón. — En la Escuela Pia, por C. O. G. — A Santa Teresa, por Antonio María. — Simbóla. — San José de Calasanz, por J. A. García de la Iglesia. — La Duda, por Augusto Jerez Puchot. — El M. R. F. Fr. Manuel María Martínez, por J. R. A. — El Padre José, por el Cardenal Monescillo y Vico. — El Arte religioso, por M. de A. — Tablier Sacerdotal de Su Santidad León XIII. — Noticias. — Bibliografía. — Necrología. GUAYACÁN. — Alonso Cano, célebre artista español. — Exterior del Monasterio de San Miguel de Escalada. — Dad & Díes lo que es de Dios, y al César lo que es del César.

LA DECENA

Un hermoso fenómeno celeste señala el período que separa a este número del anteriormente publicado. Gruesas y apiladas nubes, pesando sobre nuestra atmósfera y ocultando la bóveda celeste; un calor sofocante, recordando por la noche el que durante el día produjeron los rayos solares, y la electricidad, manifestándose incesante, con una variedad admirable. Ya el relámpago, mostrándose por encima de una nube, la presentaba recortada iluminando sus bordes; ya asemejaba una verdadera lluvia de fuego; ya las exhalaciones cruzaban el espacio perdiéndose entre los resplandores de un nuevo relámpago ó detrás de una nube más densa.

Y, como siempre que esto ocurre, no faltaron interpretaciones y comentarios, recelos y absurdas conjeturas entre la muchedumbre que se fijó en el fenómeno celeste. A la mañana siguiente el sol brilló con nueva y mayor fuerza, el cielo apareció azulado y sereno y no se conservó otro recuerdo que la impresión producida entre los que presenciaron el fenómeno. No fueron éstos muchos, porque la humanidad á fuerza de creerse grande y poderosa no suele mirar al cielo, fijándose bastante más en las pobreza y liviandades de aquí abajo.

Bajemos nosotros también para consignar miserias humanas, ya que ellas nos salen al encuentro, bien á nuestro pesar, examinando la historia de los últimos días.

Pranzini, el asesino de tan triste celebridad, ha subido al cadalso en París. Ni podía suceder otra cosa, ni á nadie ha podido extrañar, dada la magnitud de sus crímenes, la negativa del indulto. Pero lo que no podía sospecharse es la horrible manifestación del pueblo de París con motivo de la ejecución capital. Durante ocho ó diez días, la multitud, temerosa de perder el espectáculo de la guillotina, rodeaba la prisión en que el desdichado yacía, cantando y gritando por lo que tardaba la

función. En algunos momentos, aquellos gritos llegaron hasta Pranzini, haciéndole preguntar la causa de los mismos, y uno de sus carceleros, más piadoso que la plebe, los atribuyó á una manifestación política ó á una huelga. Llegada la mañana del miércoles, la muchedumbre vió satisfechas sus crueles ansias, acompañó al reo, rodeó el tablado, y...

Dejemos hablar al telégrafo:

« Deibler tocó el resorte, la cuchilla bajó tardamente, y al caer la cabeza de Pranzini en el cesto, la inmensa muchedumbre que presenciaba el horrible espectáculo prorrumpió en aplausos. »

Aquí en Madrid, al ocurrir antiguamente alguna ejecución capital, la multitud invadía también el campo de Guardias, y el espíritu comercial establecía carruajes en la puerta del Sol, cuyos conductores lanzaban el célebre y tradicional grito de:

— ¡A dos reales al patíbulo!

Pero aquella muchedumbre que acudía al triste espectáculo, más por conocer al reo que por otro estímulo, no podía presenciar sin espanto la ejecución y se retiraba después silenciosa y sombría, poseída acaso de hondas tristezas y acusándose interiormente de su poca caritativa curiosidad. Reserva-

do estaba al pueblo de París el renovar hoy las escenas del Terror y acompañar con sus aplausos la muerte de un hombre, como si se tratara de premiar los ejercicios de destreza del clown de un circo.

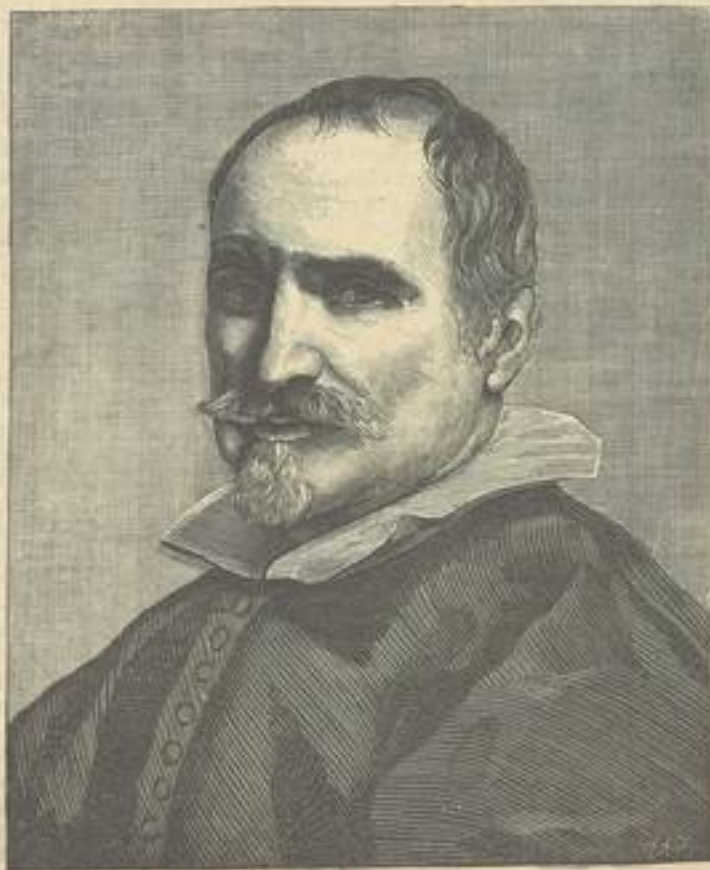
Los aplausos del pueblo de París tienen algo de horrible en sí mismos; pero lo son doblemente más si se los considera como un síntoma. Después de proscribir la enseñanza religiosa y de retirar á las Hermanas de la Caridad de los Hospitales; después de despojar de todo signo religioso á las escuelas y de perseguir en todas las formas á los ministros del Altísimo, sustituyen la oración que se consagra al moribundo por el aplauso que se tributa al gimnasta. El pueblo francés, entregado á sí propio, firma su propia anulación y consagra su descrédito ante todos los pueblos civilizados.

¿Quién sabe si los aplausos que han sonado junto á un patíbulo tendrán en lo porvenir más tristes ecos!

Mientras que con escándalo general se han registrado recientemente en los fastos madrileños diferentes duelos, cuya preparación, realización detallada y efectos se han hecho públicos por la prensa, sin que las autoridades del orden civil se hayan creído obligadas á cumplir las prescripciones del Código, el ilustre y virtuoso Obispo de Madrid-Alcalá ha reivindicado para la Iglesia la gloria de restablecer la buena doctrina. Su Carta pastoral honrará las columnas del número próximo de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, señalando entre tanto, y sin que esto quite á nuestros lectores la satisfacción que ha de producirles la lectura del mencionado documento, que en él se examina lo que es el duelo en el orden moral y ante la Iglesia; se reseñan los puntos más importantes de la legislación civil; se aquilata la idea del honor, el sentimiento con que la opinión le censura, la razón con que la filosofía le combate y el horror con que la Religión le considera.

La Pastoral de nuestro Obispo es un documento de altísima importancia y con el cual ha de aumentar el prestigio del Prelado, ya que por razón de la miserable condición humana no puedan aguardarse más positivos resultados del mismo.

Los trenes del ferrocarril salen ahora casi vacíos de Madrid y vuelven llenos de viajeros. Los que hace mes y medio se pasaban la vida en las estaciones para despedir á los que se asentaban vuelven á habitar en ellas para dar la bienvenida á los que regresan; el Retiro cerró sus puertas, y Lara ha abierto las suyas. El verano ha terminado, pues:



ALONSO CANO
Célebre artista español.

unos cuantos días de lluvia y entraremos de nuevo en la estación más agradable de la capital de España, y con ella en la vida agitada de los espectáculos, en la apertura de Tribunales y Ateneos, en las emociones parlamentarias y en la animación de los círculos políticos. El verano es el gran auxiliar de los Gobiernos anémicos; el otoño el tiempo de sus mayores dificultades; con la caída de la hoja han caído también numerosas situaciones políticas.

Y es natural que así suceda.

Durante el período veraniego las oposiciones se han fortalecido en balnearios y jiras campestres; los pulmones de los oradores de oposición se han ensanchado; las ambiciones se han desarrollado no menos que los individuos y vuelven éstos con mayores bríos que nunca para la lucha. Al propio tiempo y como corolario de los gastos del verano, surge apremiante la necesidad de convertirse en salvadores de la patria, aunque hayan de sacrificarse aceptando altos cargos, por lo cual resulta doblemente comprometida la existencia de los Gobiernos.

Durante el verano, el periodista ha cobrado nuevos bríos con las brisas de la playa; el poeta ha encontrado en los encantos de la naturaleza asunto para su inspiración; el autor dramático ha enredado a sus personajes imaginarios entre las mallas de pasiones estudiadas acaso del natural, y el novelista ha preparado nuevas obras con que llamar a la puerta de la celebridad.

Por eso, en esta época del año, se recorren y decoran los teatros y cafés; las librerías pintan sus portadas y agrandan sus escaparates; en las imprentas se compran mantillas y cintas, se preparan las brujas, se funden rodillos y se completan algunas suertes tipográficas, en espera del parroquiano, y en una palabra, la actividad reemplaza a la pereza, para acometer en todas partes la campaña de invierno. ¿Cuáles serán los resultados de ésta? Pronto hemos de verlo, Dios mediante; y a juzgar por algunos anuncios e indiscreciones no creo aventurado suponer que el año literario entrante será más fecundo y provechoso que los anteriores.

En el orden político no puedo decir nada, pues tan apartado me encuentro de él como un industrial de mi vecindad que al cerrar su tienda para hacer obras, no ha querido usar la frase consagrada de "Cerrada por reforma" para que no le supongan afiliado al partido del General López Domínguez y de Romero Robledo, y que ha conminado a su aguador para que le lleve el agua en cántaro, porque tiene muchísimo miedo a las cuestiones de Cuba.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

ALONSO CANGA

(Célebre artista español.)

Pintor, escultor y arquitecto, nació en Granada el día 19 de Marzo de 1601. Su padre Miguel era ensamblador y arquitecto de retablos, con el que aprendió la arquitectura, y después la escultura en Sevilla con Juan Martínez Montañés, y últimamente la pintura con los célebres maestros Pacheco, Castillo y Herrera, haciéndose sobresaliente en las tres clases. Por último, el Obispo de Salamanca le concedió una capellanía y le ordenó de subdiácono, y entonces mandó el Rey se le restituyese su ración, la que disfrutó tranquilamente hasta su muerte, acaecida en Granada en 5 de Octubre de 1667.

EXTERIOR DEL MONASTERIO DE SAN NICOL DE ESCALADA.

Este monumento arquitectónico está situado en la provincia de León a unos 30 kilómetros de la capital. Asegura que antes de la invasión de los árabes existió allí otro convento de frailes. En los primeros años del siglo x huyeron de Córdoba algunos religiosos y monjes, y amparándose de Alfonso VIII el Magno construyeron el monasterio y el templo. A mediados del siglo xii se estableció en el edificio un priorato de Canónigos seglares de San Rufo. Un siglo después quedaba adscrito a la Sede legionesense.

El templo en su interior se asemeja a una mezquita: tiene tres naves divididas por arcos de herradura, como los del púrtico, y carece de ábside en las cabeceras, recibiendo la luz exterior por angostos tragaluces.

Este monumento es digno de consideración por su antigüedad y carácter.

HAB A DIOS LO QUE ES DE DIOS Y AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR

(Cuadro de Tiziano.)

Esta hermosa obra de arte está fundada en el pasaje del Evangelista San Mateo:

"Querían los fariseos sorprender en Jesús un motivo para perderle, y le preguntaron:

"¿Es lícito dar el tributo a César, ó no se lo daremos?"

El, entendiendo su artificio, les dijo: "¿Por qué me tentáis? Traedme aquí un denario para verlo."

Y ellos traéronselo. Y dijoles: "¿Cuya es esta figura e inscripción?" — De César, respondieron.

Y Jesús respondió y dijoles: "Pues dad a César lo que

es de César y a Dios lo que es de Dios." Y maravillábanse de Él.

Esta joya artística se conserva en el Museo Real de Dresde.

DEBE LA EUROPA

AL PROTESTANTISMO ALGÚN PROGRESO?



ALGUNOS hombres, poco amantes de cavar en el fondo de las cosas, han querido adjudicar al protestantismo, entre otros méritos, el del Renacimiento de las letras. ¡Bravo! En primer lugar, cuando el apóstata de Wittemberg vino a la luz del mundo, ostentábase ya la media luna sobre las almenas de Bizancio; roto y desalentado yacía por el suelo el feudalismo, merced al vigoroso empuje que le dieran las Cruzadas, y los reinos al principio paso a paso y lentamente, y después de prisa y como quien dice a banderas desplegadas, se habían ido organizando. Después de once siglos de existencia acabó de desmoronarse del todo el imperio bizantino, corriendo el año de gracia de 1453; con lo cual los sabios del Oriente se vieron precisados a buscar su salvación en el Occidente, siguiéndose de aquí una esplendorosa transformación en los dominios de la ciencia.

Con lo dicho fácilmente se comprenderá que el movimiento literario, a la sazón producido, no se debió, en poco ni en mucho, a la Reforma todavía nonnata; fué si más bien un mero y natural resultado de la fusión de entrambas civilizaciones griega y latina. Añádese a esto que, antes de que estallase el protestantismo, habían surgido en el anchuroso horizonte de la capacidad humana invenciones tan fecundas como la imprenta, la brújula y la pólvora, quedando, por consecuencia de tales descubrimientos, notablemente ensanchado el campo en la esfera literaria, no menos que en la navegación y en el arte militar. Pues bien: de uno y otro juntamente, esto es, de aquel repentino esfuerzo de tantos hombres científicos, ayudado de los descubrimientos poco antes realizados, salió el Renacimiento de la literatura.

Y aun sostienen graves autores que por lo menos la iniciación del cultivo de las bellas letras, después de los árabes, que no anduvieron tan lerdos en esto como muchos piensan, debióse principalmente a los provenzales, cuya lengua lemosina llegó a extenderse por diversas provincias de España y Francia en los primeros siglos de la irrupción de la morisma.

De los provenzales heredaron el gusto literario los italianos, y por más que España, Francia e Inglaterra hubieran producido ingenios sobresalientes, el verdadero principio de los buenos estudios debe buscarse en el Dante, el Petrarca y el Boccaccio, los cuales son tenidos por los protomestros de la lengua y poesía italianas, y del buen modo de escribir en verso y en prosa. Así que, la *Divina Comedia* del primero, el *Cancionero* del segundo, y el *Decamerón* del tercero han sido traducidos multitud de veces en gran número de lenguas, y leídos con fruición por los literatos que se han venido sucediendo desde aquella edad hasta la nuestra.

En los siglos xiv y xv el estudio del latín y del griego se había generalizado bastante, y esto, unido a las visitas que en diferentes ocasiones hicieron los Emperadores de Oriente al Occidente, acompañados de los griegos más doctos, y los Concilios que entonces se celebraron para tratar de la reunión de las dos Iglesias griega y latina, y sobre todo, la obra trascendental de las Cruzadas, todo ello contribuyó para que las riquezas científicas de la Grecia fueran traídas a la Europa mucho antes de la destrucción del imperio bizantino.

Agrandaron inmensamente la esfera del saber humano los descubrimientos marítimos llevados a cabo por los portugueses y españoles a fines del siglo xv. El ver brotar como por ensalmo nuevos hombres, nuevos mares, nuevas tierras, nuevo cielo; en una palabra, un mundo todo nuevo, virgen, fecundo, rico, y cuyos habitantes mostraban por lo general tendencias pacíficas y sociables, todo esto debía necesariamente influir para que en la mente de los sabios surgieran ideas y conocimientos, que dieran por resultado un evidente progreso en la náutica, en la física, en la medicina, en la historia natural y, en fin, en todas las ciencias. De esta suerte las grandes transformaciones de aquella edad, en perfecta combinación con el deseo de saber, prepararon el Renacimiento de las letras, a cuya obra se logró dar gloriosa cima antes de que Lutero pensara en alzar el satánico grito de *non serviam* contra la autoridad instituida por el Cielo.

1. Véase la pág. 289.

Por lo que hace a aquel herejarca, lejos de promover la ilustración, solía él mismo decir que las ciencias son inútiles, la filosofía diabólica, las letras corruptoras. Por eso Erasmo, que le conocía muy bien, dejó escrito: *Donde quiera que reina el luteranismo, allí está la muerte de la literatura.*

De tal maestro no podía menos de esperarse otros muchos como él. El astrero Juan de Leiden, que dejó la aguja para empuñar el cetro, declaró en el acto, para instrucción de sus clarísimos vasallos, que la Escritura era el único libro necesario para los cristianos; y los buenos señores lo hicieron tan bien, que en seguida pusieron fuego a todas las bibliotecas públicas y particulares de la ciudad de Munster, sin dejar en ella más obras científicas ni literarias que las Biblias. ¡Progreso digno de un Omar!

¿Debíose por ventura al protestantismo algún adelanto en las artes? Nada menos que eso. Por no hablar aquí más que de la arquitectura, dejáremos consignado que desde los principios de la reconquista de España hasta el siglo xii, ó sea por espacio de cuatro centurias, la arquitectura bizantina fué sostenida casi exclusivamente por los monjes, conservando siempre aquella mística severidad que arrebató dulcemente el espíritu a la contemplación. Desde el siglo xii hasta el xvi sabido es que prevaleció el estilo gótico introducido por el genio de las Cruzadas.

Y si el jactancioso Renacimiento no pudo reemplazar al estilo bizantino, en lo que se refiere a las obras del culto, mucho menos logró competir con el gótico, inmediato sucesor del bizantino. Oigamos sobre el particular al Sr. Vinader en su obra de *Arquitectura cristiana*, pág. 168: "Faltó del mundo, dice, la fe que había inspirado la arquitectura gótica, y con ella se apagó la llama del genio. Sus bellezas no fueron comprendidas por una generación descreída ó vacilante en la fe, que llamó bárbaras las sublimes concepciones de los arquitectos de la Edad Media; y al tratar de regenerar la arquitectura, abrió, con el llamado Renacimiento, la tumba del arte, de la hermosura y de la poesía."

¿Se debió siquiera al protestantismo mayor suma de libertad? No; por el contrario, vemos que, enseñando los novadores el libre examen, lo que consiguieron fué lisonjear la desapoderada ambición de los monarcas. Acababan los pueblos de pasar de la ominosa servidumbre de los señores feudales al moderado vasallaje de las monarquías, y nadie pensaba todavía en disputar los derechos a sus soberanos, los cuales, estimulados con los acicates de su codicia y sed de mando, aprovecharon de la buena ocasión con que les brindaba la Reforma para acrecentar desmesuradamente la órbita de su poder.

Desde luego en Francia, no bien concluyó la guerra de los hugonotes ó calvinistas, el poder real se mostró más fuerte y avasallador que nunca. En Italia desaparecieron las repúblicas de Génova, Pisa, Siena, Venecia y Florencia, que en tan íntima concordia habían vivido con los Papas, para fundirse en las nacionalidades que con actividad enérgica se iban absorbiendo todas las fuerzas del país. En Suecia, desde que Gustavo Wasa empuñó el cetro, el poder de sus monarcas apenas tuvo el menor contrapeso. Dinamarca, Noruega y la Islandia dejan de ser católicas, y al punto levanta la cabeza el absolutismo, personificado por Cristián II, llamado el Nerón del Norte. En Silesia sucede lo propio bajo el gobierno de su Duque Federico I, no bien abraza éste el luteranismo.

Tan grandes fueron los sacudimientos, que se hicieron sentir aún en España, viniendo en consecuencia a quedar suprimidas las libérrimas Cortes de Castilla y Aragón, fomentadas hasta entonces al calor del Catolicismo. Es decir, que desde la aparición del protestantismo, en vez de dar la Europa un solo paso por el camino de la libertad, retrocedió más bien atropelladamente hacia aquellos remotos siglos del cesarismo romano.

Ni fué tampoco la deserción del redil de la Iglesia quien produjo en Inglaterra esa libertad: es ésta hija legítima del orden, y como ninguno da aquello que no tiene, la rebeldía, que de su naturaleza es anárquica, lejos de producir la libertad, la extenua y aniquila; porque, como lo demuestra la experiencia, es una ley constante en la vida de las sociedades el que la anarquía haya de conducir siempre al despotismo; y viceversa, que el despotismo, sembrando enconos y suscitando las pasiones, conduzca siempre a la anarquía. De aquí que el pillaje, la devastación, el incendio y la efusión de tanta sangre inocente en Inglaterra para plantear en ella el anglicanismo produjeron necesariamente el salvaje despotismo de Enrique VIII y el de su digna hija Isabel.

Mucho antes del *Habeas Corpus*, de que tanto se envanecen en nuestros días los ingleses, tenían ya la *Carta Magna*, dada por Juan Sin-Tierra en 1215, en la cual se consignan las más preciosas libertades,

y lo que es más, que la dicha *Carta Magna* fue inspirada por el clero católico de aquella entonces tan justamente apellidada Isla de los Santos. En efecto; en el preámbulo de la referida Constitución se declara que la misma fue adoptada por consejo de los venerables PP. Esteban, Arzobispo de Cantorbery, Primado de toda la Gran Bretaña, y Cardenal de la Santa Iglesia Romana; Enrique, Arzobispo de Dublín, etc., etc.

Y con esto daremos un breve descanso a la pluma, que lo que resta por decir bien merece un capítulo aparte.

Ps. José COLL.

TRADICIONES DE TIERRA SANTA

XX

EL TÍTULO, LA CORONA DE ESPINAS, LOS CLAVOS, LA ESPONJA, EL LIENZO DE LA VERÓNICA Y EL SUDARIO.

Y Pilato escribió también un título: y le puso sobre la Cruz. Y lo escrito era: *Jesús Nazareno Rey de los Judíos* (J. N. R. J.). Y muchos de los judíos leyeron este título: porque estaba cerca de la ciudad el lugar en donde crucificaron a Jesús. Y estaba escrito en hebreo, en griego y en latín.

Y decían a Pilato los pontífices de los judíos: no escribas rey de los judíos, sino que él dijo, rey soy de los judíos.

Respondió Pilato: lo que he escrito, he escrito.¹ La tablilla, con esta inscripción providencial de que nos habla el Evangelio, estuvo con la lanza en la capilla de San Longinos del Santo Sepulcro, hasta que asaltada esta basílica por los persas en 614, el patricio Nicetas la compró a peso de oro a un oficial de Cosroes, que se había apoderado de ella, trasladándola a Constantinopla y depositándola en el tesoro de las reliquias de Santa Sofía. De allí pasó a Roma, y actualmente se custodia y venera en la basílica de Santa Cruz de Jerusalén, en la capital del mundo católico.

Respecto a la corona de espinas se expresa así el sagrado texto:

Y los soldados, tejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza y le vistieron un manto de púrpura.

Y venían a él y decían: Dios te salve, Rey de los judíos: y le daban de bofetadas.²

El silencio general que los autores y tradiciones guardan acerca del hallazgo de reliquia tan importante como la corona de espinas prueba que no debió encontrarla Santa Elena con la Cruz y los clavos. No es probable además que permaneciese íntegra entre los escombros de la cisterna durante trescientos años. Es más verosímil que José y Nicodemo con los que bajaron a Cristo Nuestro Señor de la Cruz recogieran este precioso objeto, empapado aun de sangre del Redentor, y pasase de mano en mano hasta que en tiempo del piadoso Constantino, que se desvivía por enriquecer su nueva capital con todo género de preciosidades, comenzase a figurar en el tesoro de los Emperadores de Bizancio. Es lo cierto, que en 469 San Paulino habla ya de la corona de espinas como una de las más preciosas reliquias de los cristianos, y desde entonces todos la colocan en Constantinopla. Durante el sitio de esta metrópoli, tan apurado se vió Balduino II por falta de recursos, que empeñó la corona de espinas a los venecianos, a cambio de grandes sumas. La regaló más adelante a San Luis Rey de Francia, el cual en su piadosa impaciencia por poseer tan valioso tesoro, gastó cantidades enormes en desempeñarla, pagó las deudas del Emperador y le colmó de regalos. En 1239, cuando el santo Rey supo la llegada a Francia de los Dominicos, encargados de trasladar la reliquia, acompañado del clero y de toda su corte, se adelantó a recibirla cinco leguas más allá de Sens. Al verla se desdizo en lágrimas de devoto regocijo y quiso conducirla él mismo en compañía de su hermano mayor Roberto y del Conde de Artois. Descalzos los tres y seguidos de inmenso gentío la llevaron a Sens, depositándola en la iglesia de San Nicolás. Dos años después, con la misma devoción y aparato fue trasladada a París y conservada en la capilla real, hasta que se construyó expreso para relicario soberbio de alhaja tan veneranda la *Santa Capilla*, que se ha salvado milagrosamente de diferentes incendios que amenazaban devorarla, como aquellas vírgenes cristianas, cuya belleza respetaban

las hogueras del martirio. En 1793 se sacó la corona de su iglesia-relicario y rota en tres pedazos, con otras reliquias de la *Santa Capilla*, se trasladó a la Comisión de Artes y después a la Biblioteca nacional, donde permaneció hasta que en el mes de Brumario del año XIII (5 de Noviembre de 1803) a instancias de Mons. Billoy, Cardenal Arzobispo de París, fue trasladada a la Catedral de Nuestra Señora. Reunidos otra vez los pedazos por varios eclesiásticos que la habían visto y adorado muchas veces, allí permanecen en la actualidad y allí pueden rendirle culto los fieles acercando sus labios al cerco de cristal que la cubre.

Todos están contestes en que los clavos los encontró Santa Elena con la verdadera Cruz y no hubo dificultades para reconocerlos, pues los de los ladrones estaban gastados y medio comidos de orín y los de Cristo Nuestro Señor encontráronse intactos y limpios, como si acabasen de forjarse. Los franceses representan a Jesús en la Cruz, crucificando ambos pies por separado y cada uno con su clavo correspondiente. En España las imágenes del Crucificado tienen los pies superpuestos y taladrados con un solo clavo. De aquí la cuestión de si los clavos fueron tres o cuatro. San Ambrosio, San Gregorio Nacianceno, Nicéforo y otros aseguran que tres. Santa Elena hizo engastar uno en el freno del caballo que montaba su hijo Constantino, para que preservase al Emperador de todo peligro en las marchas y combates. Otro de los clavos, según San Ambrosio, sirvió para enriquecer la diadema imperial, y el tercero fue arrojado al mar Adriático para calmar una borrasca deshecha, aunque según tradición piadosa flotó sobre las aguas, y como no se perdió, más tarde regaló tan preciosa reliquia la santa Emperatriz a la iglesia de Tréveris, cuya Sede Arzobispal ocupaba a la sazón San Agrícola. Con el tiempo el clavo engastado en la diadema de Constantino fue regalado a la iglesia de San Juan de Letrán en Roma y a la Catedral de Milán el del freno. Otro se venera en la Catedral de Monza, formando parte de la riquísima Corona de los Reyes lombardos; otro en Nuestra Señora de París; otro, regalado por San Carlos Borromeo a Felipe II, en la real Capilla de Madrid, y otros, por último, en diferentes iglesias de la cristiandad. Los ímpios se burlan de esta multiplicación manifiesta de los tres clavos; pero el hecho tiene explicación racional y sencillísima. Los servicios insignes prestados a la religión ó a la Iglesia se han premiado, a veces, con clavos exactamente iguales a los verdaderos, que llevan en su masa algunas limaduras de los legítimos. Nada de particular tiene, por lo tanto, que se les dé culto y considere como verdaderas reliquias. El existente en Roma está limado por la punta y los fieles tienen la devoción de adquirir facsímiles en hierro del legítimo, tocados en éste.

La santa esponja se custodia en Roma en la basílica de San Juan de Letrán. Es probable que la encontrara Santa Elena con los demás instrumentos de la Pasión. Fr. Livinio de Hamme, en su útilísima *Guía de Tierra Santa*, refiere que la esponja estuvo depositada con la lanza en la capilla de San Longinos del Santo Sepulcro, hasta que cuando la toma de Jerusalén por los persas en 614 el patricio Nicetas la compró por una gran cantidad a cierto oficial de Cosroes, que se había apoderado de ella, transportándola con otros objetos sagrados a Constantinopla, desde donde sin duda pasó a Roma.

Después de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas eran cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo:

— Sed tengo.

Había allí un vaso de vinagre. Y ellos, poniendo alrededor de un hisopo una esponja empapada en vinagre, se la aplicaron a la boca.

Y luego que Jesús tomó el vinagre, dijo:

— Consumado es.

E inclinando la cabeza dió el espíritu.³

Es, pues, indudable que el Señor aplicó a la esponja sus labios sacratísimos y por ende que esta preciosa reliquia es la más santa é insigne que se venera en la basílica Lateranense.

El lienzo con que aquella valiente y compasiva mujer, llamada Santa *Verónica* (de *vera icon*, verdadera imagen) limpió la faz augusta del Redentor del mundo desfigurada y sucia por las heridas, contusiones y sangre: según tradición antiquísima, parece que tenía tres dobleces ó constaba de tres paños, en todos los cuales quedó milagrosamente estampada la divina imagen de Jesús, tal cual sus verdugos la habían puesto. Uno de estos lienzos se conserva en la basílica de San Pedro, con el nombre de *Volto Santo*, otro en la catedral de Jaén y el tercero en la

capilla del Príncipe Pío, en Madrid. El relicario, que contiene el *Volto Santo* y que se enseña todos los años el día de Jueves Santo, por la noche, ostenta la siguiente inscripción:

SALVATORIS IMAGINEM VERONICAE
SUDARIO EXCEPTAM,
UT LOGI MAJESTAS DECENTER CUSTODIRET
URBANUS VII. PONT. MAX.
CONDITORUM EXTRUXIT ET ORNAVIT.

Que quiere decir: «Urbano VII, Pontífice Máximo, hizo y adornó este repositorio, para que la majestad del lugar custodiase con decoro la imagen del Salvador, estampado en el Sudario de la Verónica».

Por último, el más grande pedazo del sudario, en que fue envuelto el cuerpo sacratísimo de nuestro Redentor, para depositarlo en el Sepulcro, se conserva en Turín, y la parte que cubrió la divina cabeza en la iglesia de Cadouin, departamento francés del Dordogne. En el curioso *Itinerario* de San Antonio de Plasencia, que con otros dos italianos hizo su peregrinación por Tierra Santa en los últimos años del siglo VI, encuentro la noticia de que no lejos de Jericó (en la montaña de la Cuarentena tal vez) vivían haciendo oración y penitencia en una cueva siete vírgenes, que tenían en su poder el lienzo con que había sido ceñida la cabeza de Jesús muerto. Quizás sea el mismo que se venera en la iglesia de Cadouin. De la misma manera, en el relato de la peregrinación de Arculfo, Obispo de las Galias, que visitó los Santos Lugares al empezar el siglo VIII (705), leemos que una cruz de plata ocupaba en la iglesia del Calvario el mismo sitio en que estuvo enarbolada la de nuestra redención y que en aquella misma basílica vió Arculfo la lanza, el sudario, la esponja y la copa que sirvió para la cena. Y añade, por cierto, que ésta última era de plata, tenía dos asas y la cabida de un sextario de Francia. La primera de estas circunstancias, sobre todo, está en abierta contradicción con las venerandas tradiciones y documentos que conceden autenticidad a la copa que recibe culto de latría en la basílica metropolitana de Valencia. Por lo demás, es verosímil que el sudario de Cadouin sea el que las siete vírgenes conservaban en su cueva de las riberas del Jordán, y el de Turín el que vió Arculfo en la basílica del Santo Sepulcro. No se olvide que las tradiciones cristianas son las más insignes, seguras y venerandas del mundo.

M. POLO Y PEYROLÓN.

EN LA ESCUELA PIA

En la misma solemnidad que otros años se han celebrado éste los festejos que la Comunidad de Padres Escolapios dedica desde tiempo remoto al fundador de las Escuelas Pías, San José de Calasanz.

Desde el día 26 de agosto último en la iglesia de San Fernando de Madrid se ha celebrado brillantísima novena, y los cultos diarios han sido dignos de quien los tributaba y del santo a quien se dedicaban.

El día 27, como festividad del santo, la función fue solemne, y el templo donde cotidianamente asisten todos los niños pobres que reciben educación en aquellas escuelas, estaba engalanado ricamente con profusión de luces, grandes colgaduras de terciopelo rojo, flores, etc., etc.

El panegírico estuvo a cargo del ilustrísimo señor Dr. D. Jerardo Mellé de la Cerda, Capellán de honor de número y predicador de S. M., Teniente Vicario general y Subdelegado Apostólico Castrense del Arzobispado de Toledo, quien elocuentemente y con profusión de preciosos detalles narró la vida y virtudes del Santo Escolapio, recordando los beneficios que con su institución ha recibido la sociedad entera y la clase menesterosa en particular. Hizo un justo elogio de la misión del Escolapio, y señaló la senda que cuantos estimen la educación moral y científica de sus hijos deben seguir.

Ya era entrada la tarde cuando terminó tan solemne fiesta, que llenó de compasión evangélica a cuantos tuvieron la dicha de asistir, y a la par al crecido número de individuos que en los años de su niñez transcurridos en aquellos claustros, bajo aquellas bóvedas, en aquellas gloradas capillas y con aquellos sacerdotes sabios y modestos.

Una vez terminada la solemnidad religiosa, los Padres Escolapios invitaron a un modesto almuerzo a varias personas, entre las que se veían algunos profesores extraños a la casa, ex-discípulos de la misma y amigos particulares.

¹ San Juan, cap. XIX, vers. 19-20.

² Idem, ibid., vers. 2 y 3.

³ *Guía-Itinerario de la Tierra Santa*, 2.^a ed., 1.^a parte, págs. 139-140.

⁴ San Juan, cap. XIX, vers. 30-31.

⁵ *Santiago*, III, tomo II, pág. 104.

Al día siguiente hubo en el mismo colegio de San Fernando una solemnidad imponente y caritativa. Los Padres Escolapios, convencidos de que el estímulo y la aplicación vienen siempre tras recompensas materiales, armonizaron este conocimiento que da la experiencia con una de las más meritorias obras de caridad, la de vestir al desnudo, y ante una numerosa representación de aquel vecindario repartieron entre los niños menos favorecidos por la fortuna y que más se habían distinguido por su aplicación durante el último curso 200 trajes completos, elegantemente confeccionados, contándose desde luego incluidas en aquél las prendas más necesarias para la vida, como son todas las interiores blancas, y zapatos, sombreros, corbatas, etc.

Las pobres mujeres que asistieron a este reparto no podían contener las lágrimas que el placer de ver a sus hijos como ellas no podían presentarles las hacía asomar a los ojos, y no dejaban un momento sólo de bendecir aquella institución generosa que proporcionaba a sus hijos, no sólo lo necesario para la vida del espíritu, sino hasta las comodidades que anhela el cuerpo.

Una orquesta llenó de melodiosos acordes los amplios claustros, y varios niños recitaron delicadas composiciones poéticas alusivas al acto, algunas de ellas debidas a la inspiración de Padres Escolapios.

El actual y dignísimo Rector, el P. Alejandro Real del Real, dió por terminado el acto con un sentido discurso, que produjo excelente efecto en el auditorio.

Para el próximo año es posible que además de repetirse las solemnidades de éste vayan acompañadas a varias demostraciones de carácter más público, y que ya este año se han iniciado. La iluminación veneciana, que el día 27 adornó las fachadas del colegio, será aumentada profusamente, haciendo la luz eléctrica su aparición solemne en el recinto de la caridad y de la virtud.

También, y esto se gestiona con gran fundamento, la calle del Mesón de Paredes, a cuyo final se encuentra el convento, es posible que cambie su nombre por el que en realidad le corresponde: por el de San José de Calasanz.

C. O. G.

A SANTA TERESA

Santa Teresa bendita,
la doctora castellana,
con pluma fiel y galana
nos dejó su vida escrita.

Dios hizo de ella un portento
de hermosura y castidad,
de perfecta santidad
y sobrehumano talento.

Alba de Tormes, razón
es que orgullosa se ostente
que en un vaso transparente
conserva tu corazón.

En la antiquísima villa
esta reliquia sagrada
es ha siglos venerada
por los hijos de Castilla.

Yo también soy castellano,
yo en este suelo nací,
¡vuelve tus ojos a mí!
¡que no te invoque yo en vano!

Oye la plegaria mía
y concédeme tu amparo,
serás el brillante faro
que a puerto seguro guía.

Da luz a mi entendimiento
y da al alma fe bastante,
para que ni un solo instante
la domine el desaliento.

Dale desprecio profundo
para el ídolo que en guerra
perpetua tiene a la tierra,
desde el principio del mundo.

Para el interés mezquino,
la ambición, la torpe envidia,
con que el hombre honrado lidia
en su escabroso camino.

Si me agobia la pobreza,
que sin rencor ni pesar
mire a mi lado pasar
al que vive con grandeza.

Que consuele al desgraciado,
que dé apoyo al infeliz,
y de criminal deslíz
nunca pueda ser tachado.

Que al llegar mi hora postrera,
con dulce y tranquila calma,

vuele en un suspiro el alma
a la celestial esfera.

Mas te pido bendición
para todo castellano;
yo soy de todos hermano,
de todos, sin distinción.

ANTONIO MARIA.

SINE-FIDE

CAPÍTULO VI

QUE TRATA DE LA LLEGADA DE DON FRANCISCO A PALACIO, Y CÓMO FUE RECIBIDO POR EL MINISTRO.

LUEGO que D. Pablo se hubo quedado solo con D. Francisco, después de tranquilizar a su hermana lo mejor que pudieron, le dió cuenta de la causa de aquel alboroto, y le dijo, mientras se vestía, que en aquel país era ciego el Rey, escogiéndole así, porque como debía ver por los ojos de su Ministro, no sólo no le hacían falta los suyos, sino que antes le servían de estorbo, lo mismo que a su servidumbre. Elogió esta medida, diciendo que cuando los Reyes querían gobernar, en vista de las necesidades de la isla erraban tanto, que no era posible vivir en su presencia, y era debido a que los consejeros, en fuerza de hacerles ver lo blanco negro, les educaban de suerte que invertían las ideas de tal modo, que hubo vez de mandar que los oficios públicos se repartiesen entre los deudores de la real Hacienda, que se dieran hábitos y encomiendas a los malhechores y que se ahorcase sin consideración de ningún género a todos los hombres de bien. Continuó diciéndole cómo habían pensado en pasarse sin Gobierno de ninguna clase; pero no tardaron en ver que el secreto de la felicidad pública estribaba en que hubiera mucho palo, y de aquí vinieron en conocimiento de que nadie los daría mejor que un ciego, por ser proverbial en ellos el repartirlos bien. Al llegar a este punto le recomendó mucho mirase bien la real mano, y si por desgracia veía que se levantaba contra él, no tratase de huir el golpe, porque acabarían con él los palaciegos, sino que se inclinase y escondiera bien la cabeza, por ser cosa muy bien sabida y averiguada que cuanto más se bajaban los hombres que se hallaban en este caso quedaban mejor parados; y con otros saludables consejos se despidió, encareciéndole mucho que se guardase del imperfecto y poderoso rival que habían aquella mañana descubierto.

Salió D. Francisco, si no muy bien, muy numerosamente acompañado de alguaciles; y como había sido causa del reciente alboroto, cuyos resultados calentaban muchas espaldas más que el sol, que a la sazón llegaba al punto del medio día, fueron tantos los que se acercaron a verle, que parecía santo en rogativa. Llegó a Palacio, y vió que en la antecámara le estaba esperando el Ministro, quien así que le tuvo cerca, le dijo con voz aceda y rostro avinagrado: En mal hora pusisteis los pies en la corte, que habéis sido causa de grave daño. No es más toda la culpa, dijo D. Francisco, pensando que decía aquello por causa del pasado motín, y aprestándose a continuar la defensa de sus actos; pero el Ministro le atajó, diciéndole: No lo digo por las cabezas rotas, que no lo hubieran sido si tuvieran más resistencia para sufrir golpes o más prudencia para evitarlos, de donde se deduce que no eran buenas cabezas y que en ellas estuvieron los palos en su lugar, y quedese esto aquí, sino porque con esta conmoción ha dejado S. M. de firmar unos decretos tan buenos, que no se han visto otros iguales en la corte; y a no ser por este necio suceso, a estas horas estaría el mundo celebrándolos, y yo me vería largamente recompensado. Como sé que no me habéis de creer, os los voy a mostrar para que juzguéis de su oportunidad, y podáis decir en vuestro país qué Gobierno hay en Sine Fide, contando que sólo un millón de deudos y amigos han merecido la distinción que os hago. Inclínose D. Francisco en señal de profundo respeto, y tomando los papeles que el Ministro le alargaba, vió que decían así:

Decretos sobre motines públicos.

Nos D. X. Rey de Sine-Fide, por nuestra propia gracia, teniendo conocimiento y dolor de la sangre y tesoros que a mis pueblos cuesta reprimir los motines públicos, y que su calificación depende de su éxito, y su éxito de su fuerza, y su fuerza de su organización, he dispuesto que los motines se organicen públicamente, sin temor de ser perseguidos sus factores, y los que no se conformaren con su objeto, organicen también la resistencia, dando aviso unos

y otros a mis alguaciles para que no se metan en nada, si no es que fueren ellos los amotinados, y llegado el día se salgan todos de la ciudad a golpearse fuera de ella con las armas que tuvieran, procurando los más y los más fuertes alcanzar pronta victoria, que pondrán en mi conocimiento, para sancionar lo que quisieren y darles la debida recompensa, y porque no es justo que los susodichos alguaciles carezcan de la recompensa que les corresponde, descubriendo y sofocando el motín, es mi soberana voluntad que se dé a cada uno por razón de albricias hasta treinta monedas de plata, que pecharán los vencidos.

¿Qué os parece? preguntó el Ministro a D. Francisco, quien procuró evadir la contestación, diciendo que si no sería mejor dar a los alguaciles empleos superiores a los que tuvieran, en lugar de monedas. No por cierto, le contestó el Ministro; ¿no os han dicho que esa fue la causa de que se acabaran en Sine-Fide los soldados? Pues habéis de saber que la desconfianza de que por ambición de empleos no sirvieran sino para los fines contrarios de su instituto, hizo que se les quitaran las armas y las soldadas, dando su lugar a estos honrados alguaciles, que por tener todos igual empleo y vivir de dietas no gravan al Erario, porque esas dietas las sufren y pagan las que caen bajo la férula del alguacil, y éste vive con ellas holgado y satisfecho.

Leyó D. Francisco otro decreto, que después del encabezamiento decía:

«Teniendo en cuenta que mis buenos vasallos no pueden pagar más pechos y gabelas de todos géneros, porque ya no les queda de dónde sacarlas, en cuanto no sólo consumen las rentas, sino que amenguan los capitales, lo cual es tan cierto que cuando se embargan sus muebles no hay quien los quiera adquirir ni aun regalados; y atendiendo, por otra parte, que es muy justa y honrosa para mí, la solicitud que todos muestran en adquirir empleos públicos y oficiales de Mi casa, es Mi voluntad que de aquí en adelante no se paguen mas tributos, sino que todos entiendan que sus haciendas son del Erario, y que las tienen y llevan, como empleados y oficiales de Mi casa, hasta la época de recolección que harán mis alguaciles, dejando a cada vecino lo que, según tasa, le sea indispensable para nutrir a su familia.»

Poco faltó a D. Francisco para soltar la carcajada, y como viera el Secretario el movimiento de su semblante lo tomó a elogio, y abrazándole con mucho cariño le dijo que lo entendía bien y prometía ser mozo de provecho.

Todavía leyó al extranjero otro decreto que mandaba suprimir los caminos públicos, mediante a que no teniendo ninguna confianza de no ser en ellos saltado o muerto, se iban por vericuetos y sendas, cada uno según su capricho. Otrosí: se suprimían las Universidades y escuelas de todas clases, porque no había confianza en los maestros por parte de los discípulos; y así bastaba decirles que dos y dos eran cuatro, para que se persuadieran de que no eran sino tres, lo cual hacía que no se adelantara en ellas otra cosa que gastar el tiempo, como lo habían dado a entender la mayoría de los padres, que se recataban de los maestros y de los discípulos dejando de mandar a sus hijos a las susodichas escuelas; y para que no se causase daño a las ciencias y a las artes, se mandaba que se diesen grados de doctor a todo el que los pidiera, mediante una corta suma que sirviera para remunerar a los maestros que lo eran a la sazón, y prohibiendo bajo severas penas que hubiera otros en lo sucesivo.

No hubo lugar a comentar estos peregrinos productos del ingenio del Secretario, porque salieron de la Cámara real a decir que S. M. esperaba al extranjero. Quien tuviere curiosidad de saber lo que allí pasó, lea el siguiente

CAPÍTULO VII

EN DONDE SE DECLARA LO SUCEDIDO A D. FRANCISCO CON EL REY.

Había pensado muy despacio el caballero español cómo debía gobernarse en la presencia del Rey, lo que había de hablar y de qué medio se serviría para ser creído, teniendo por el mejor de todos decir las cosas al revés, cuya estratagema le había servido de mucho en la ciudad, aprendiéndola de un lance que le ocurrió un día, y fue que diciendo que quería ir derecho a la plaza le dieron señas opuestas, y no salió de su error hasta que dió consigo en el campo, lo cual le dijo D. Pablo que era muy natural, porque hubieron de entender que les engañaba, y quería alejarse de la plaza cuanto le fuera posible.

Con esta cautela llegó hasta el Rey, alcanzando muy magnánimo recibimiento; pero quiso su mala suerte que S. M. le preguntara qué le parecía de

Sine-Fide, y que D. Francisco, firme en su ya declarado propósito, y queriendo encarecer las cosas, le contestase que no había ciudad más fea y asquerosa en todo el orbe, ni era posible ver más bestialidades juntas bajo la capa del cielo; que su Secretario era un salvaje de primer orden, y sus vasallos unos majaderos, que no había más que pedir. El desdichado no había tenido en cuenta que, aun no siendo creídas, gusta a los hombres oír cosas halagüeñas, y que se sufre mal la injuria por más que no se le dé crédito. Sucedió, pues, lo que era de esperar, y es que S. M. cogió el garrote y, apretando los dientes, descargó tan soberano palo hacia donde se sentía la voz del extranjero, que a cogerle en su sitio no vuelve a decir mal de Sine-Fide; pero el cuitado estaba en tanta desgracia que, lejos de inclinarse hasta recibir el golpe, si era posible donde no hubiera hueso, como le había dicho D. Pablo, se dejó llevar del ímpetu de la conservación; y luego que vieron los presentes que había hecho esto, clamaron a grandes voces diciendo que era reo de lesa majestad, distinguiéndose entre todos el corcovado, que allí estaba, y con marcada furia pedía la inmediata muerte del extranjero. En un instante se vió convertido en blanco de todos los arcabuces que allí había, y como no hallaba por dónde escapar, no le ocurrió otra defensa que asirse del Secretario y ponerse por coraza, tomándole por debajo de los hombros. Quedáronse todos perplejos sin saber a dónde acudir, si al castigo del culpable o al auxilio del Secretario; y éste, que se sentía hacer cosquillas por los dedos trémulos de D. Francisco, hacía tantos esfuerzos por evadirse y tantos visajes por no reír, que a todos causaba igual comecón de risa, hasta que no pudiéndola contener más tiempo, la soltó a torrente, y como este mal es de suyo contagioso, empezaron a oírse pujitos por allí y por allá, que se fueron generalizando hasta reírse todos a carcajadas. No tardó en informarse el Rey de la causa de aquella algazara, y le cayó tan en gracia, que rió también largo trecho; y tras esto perdonó al reo. Siguió sus huellas el Secretario, que aun quiso llevar más lejos su magnanimidad, pidiendo que puesto que el extranjero había tenido la fortuna de hacer reír a toda la corte, bien merecía que se le diese una encomienda. Oír esto los palaciegos, y correr todos a pedir gracia para D. Francisco fué todo uno, de suerte que se vió subir en pocos momentos desde la sepultura hasta las más encumbradas honras. Así es la fortuna: mudable y caprichosa como mujer, según de ella siente no sé qué poeta. Excusado es decir que se accedió a la demanda del casamiento, única que llevaba, y que el Rey acordó se hiciese en un vistoso tablado, a presencia de él y de todo el pueblo, dándose los enamorados las manos y marchándose juntos, como marido y mujer que desde aquel instante serían. Cuando esto oyó el rival de D. Francisco, que ciertamente lo era, se retiró muy amostazado, diciendo a los suyos que le siguieran a continuar el desahogo de la mañana, que quizá con este motivo lograrían la venganza de sus sufrimientos pasados y el triunfo de su banco, dando al traste, si era preciso, con aquel Rey y aquella corte; pero los más de sus secuaces estaban bismados, y los que había sanos se hallaban tan mohinos, que le mandaron por entonces noramala, afeándole que por su mal sufrida pasión y avinagrado genio quisiese de nuevo alterar el sosiego público.

CAPÍTULO VIII

DE CÓMO D. FRANCISCO TUVO ALGO QUE HACER Y MUCHO QUE ADMIRAR EN UN NEGOCIO DE JUSTICIA.

Llevaronse a cabo las concertadas bodas con todo el lucimiento de que era susceptible aquella corte singular, concurriendo todos sus habitantes, y acompañando a los novios con gran estrépito de palmas y castañuelas, únicos instrumentos músicos que allí se conocían, por no poderse fiar de otros. Llegó a tratarse de si debería resucitarse, como adecuado festejo, el baile de que hablaban las tradiciones sinefideinas; pero hubieron de oponerse los más, diciendo que no era natural aquello de levantar ambos pies del suelo; antes bien parecía lo más verosímil que una vez puestos en el aire no supieran tomar otra vez aquel su asiento acostumbrado, y faltando a punto su habitual servicio, las consecuencias no podían menos de ser lastimosas para las costillas, y los más protestaron que la tradición del baile era cuento de brujas, y por fin concluyó todo en el propósito, llevando éste sobre sí general censura y anatema.

Retiráronse los novios a su casa, muy satisfechos de la libertad que de allí en adelante habían de tener para quererse sin contradicción; pero sin creer que estuvieran más desposados que antes de la ceremonia; por cuya creencia siguieron en la misma

honesta y recatada vida que tuvieron antes. Por lo demás, parecía que nunca llegara a turbar su dicha ningún sinsabor que de los hombres pudiera provenir, y así lo creyeron D. Pablo y D. Francisco; mas como la mujer tiene instinto superior al del hombre para temer, aun allí donde falta razonable causa, y donde hay alguna luego la siente y olfatea hasta dar con ella, no quería Elena degenerar de su sexo y comenzó muy luego a mostrarse sobresaltada y a entristecerse, dando mucho en que pensar a Don Francisco. Tenía éste, por la antedicha razón de no haber dejado de ser novio, muy despierta la pasión, gozando así de aquella manera delicada de querer que la posesión acaba, enlodando con el barro de material contento los brillantes colores del cuadro que trazó la fantasía, y poseído de aquel vago temor que nace del desconocimiento del daño que se teme, se puso a vigilar, con tan buen acierto, que no tardó en averiguar la causa de los sobresaltos de Elena, origen de los suyos. Reducíase todo a la presencia intermitente y asustadiza de su rival, que no dejaba de rondar la casa, dirigiéndola rabiosas y amenazadoras miradas, lo cual había sido notado por Elena, y luego que D. Francisco se apercibió, sin decir palabra, tomó la espada y salió en persecución del corcovado, quien temeroso del lance se dió a correr por las calles de Sine-Fide hasta dar en la plaza mayor. Es propio de gente moza no domesticar los ímpetus de la ira, ni tomar consejo de la prudencia, y menos los enamorados, que verdaderamente pierden el seso, y así lo acreditó D. Francisco acometiendo a su rival, sin mirar el sitio y la ocasión, que no podían ser más inoportunos por ser hora en que estaba la plaza llena de gente; mas no lo veía el alborotado caballero, ni era dueño de notar otra cosa que el agravio que le hacía el corcovado, a quien se dirigió colérico, diciéndole con muy destempladas voces que se pusiera en guardia porque venía dispuesto a quitarle la vida. Hízole notar el asustado rondador de su casa que en aquella corte no podía haber duelos, porque nadie podía fiarse de otro concediéndole la lealtad necesaria para reñir en buena ley, lo que fué echar leña al fuego que en el pecho de D. Francisco ardía, y sin poderse contener, usando la espada a guisa de palo, le dió la más soberana tunda que vieron ojos sinefideinos. Allí había muchos mirando; pero era de notar que nadie se acercó a separar a los que reñían; contentándose con gritar a D. Francisco que no maltratase a tan alto señor como era el corcovado, a pesar de ser hombre de muy pocos pies. No se sabe de cierto si lo hacían con él de este modo por no recibir algo de lo que para él solo estaba destinado, o si era por holgarse de ver apaleado a quien no querían sino muy mal. Aconteció, por fin, que se allegaron algunos alguaciles, y recogiendo a los contendientes, se los llevaron ante un alcalde corregidor, seguidos de toda la gente que allí había y mucha más que se les allegó. Pensó D. Francisco que en seguida le llevarían a la cárcel y tendrían que habérselas con un escribano enredador y travieso; pero no contaba con que estaba en un país lleno de maravillas, en que las cosas eran todas originales.

Así que dijeron al juez lo ocurrido, mandó que buscasen al fiscal y que D. Francisco se concertase con un letrado, porque acto continuo se iba a hacer la justicia que fuera de razón. Encogióse de hombros el reo como quien no conocía en Sine-Fide de quién se pudiera valer, y el alcalde le nombró de oficio a uno, cuyo nombre fué recibido con general aplauso por la turba que invadía la sala. Deseoso D. Francisco de que se le despachase presto, preguntó si no podía el escribano ir trabajando en lo que hubiere de hacer, a lo cual se le contestó con marcado enojo por un alguacil: Habéis de saber que en este tribunal de la verdad y de la justicia comete desacato quien nombra siquiera eso que habéis dicho; porque no puede tolerarse que se llame la fe pública, y ofrezca darla y haga como que la da, quien tan poca suele tener y merecer aquí, que basta andar por medio de un negocio para que se embrolle hasta el punto de que nadie vuelva a ver claro en él.

En Sine-Fide trocaron el nombre de escribanos por el de zurcidores y tramoyistas, y viendo que les faltaba qué comer, y no porque ellos no se prestaban a tragarse hasta las tejas de las casas y las cumbres de los cerros, quisieron hacerse poetas para no dejar de tratar enredos; pero les silbaron así que los oyeron invocar al diablo, que era su musa, y no les quedó que roer otra cosa que las uñas, bien que algunos las tenían tan largas que con ellas tuvieran para sustentarse aun muchos años. Aquí llegaba el alguacil, cuando se presentaron el fiscal y el letrado y se dió principio a la causa. Dijeron los alguaciles el caso, y sin preguntar nada el alcalde a las partes, mandó que hablase e hiciese su oficio el fiscal. Este, mostrando mucho enojo, dijo que el extranjero había cometido muchos y muy graves delitos, que no

era posible probar, porque aunque había mucha gente en la plaza, era de creer que ninguno de los circunstantes diría la verdad; pero que bien se veía, por el mero hecho de estar allí tan sano y risueño el acusado, como roto, acardenalado y molido su antiguo rival; que el primero de estos grandes crímenes era haber ido a Sine-Fide con el dañado fin de golpear a uno de sus mejores cortesanos; el segundo el de haber enamorado a la mujer en que éste puso su pensamiento, con el fin manifiesto de provocarle; el tercero haberle golpeado en público, dando lugar a que su afrenta fuera más grande; el cuarto haberle inferido las lesiones contundentes y no heridas, porque sobre ser a veces tan mortal un chichón como una estocada, llevaba contra sí la desventaja de afeár más al paciente; y, por último, que el crimen más grande de todos había sido pegarle de alto a bajo, lo cual acreditaba la diferencia de estaturas; porque estos eran golpes reservados al Gobierno y a los altos señores, y el proceder a la inversa era subvertir el orden social.

Concluyó, en fin, pidiendo que se condenase a D. Francisco a pagar 10 ducados de multa para la Cámara, por haber ofendido a un vasallo de S. M.; 20 al Consejo, por el mal uso de la plaza pública; 30 a los alguaciles por su detención; 100 al Alcalde por su juicio, y 200 al que hablaba, por su trabajo en acusarle; y que después, por el daño hecho al ofendido, se le ahorcara siete veces para su sucesivo escarmiento. Sobresaltóse mucho el reo, pensando si sería tan grande criminal como pintaba el acusador; pero mandó el Alcalde que hablase su letrado, y se aquietó oyéndole decir, después de muchos rodeos, en que hizo muy lucidas disertaciones de astronomía, de náutica y de oratoria griega, que el reo era la más honrada y digna persona que había en Sine-Fide; que no podía ser verdad que hubiese magullado a su contrario, porque era incapaz de descender hasta él, y que los chichones que mostraba debían considerarse como exuberancias espontáneas y tan naturales como las de las espaldas, por ser bien notorio que aquel señor estaba muy mal humorado, que la sangre debió ponérsela postiza; porque si fuera suya sería verde, como lo mostraba su color, y olería a vinagre; pero que, aun admitiendo que los hechos alegados por el fiscal fuesen verdad, y era mucho admitir, atento que no había dicho una sola en toda su vida, D. Francisco había obrado como noble y caballero, viniendo a Sine-Fide a impedir que el corcovado dejara en ella fea sucesión; que si golpeándole hubiera podido ocasionarle la muerte, no era menos cierto que le hubiera podido aliviar de aquel grande peso que sobre las espaldas traía, y hubiera sido cosa muy de ver que le hiciera andar derecho, por ser cuanto de tal hombre podía desearse; que los golpes de alto a bajo, por ser siempre golpes de arriba que todo el mundo sufre, y eran tales que bastaba decir a cualquiera: «amigo, no fui yo; fué más arriba», para que se quedase convencido de que lo había de llevar en paciencia; y de todo esto y de mucho más que dijo, concluyó con evidentes razones que el ahorcado debía ser el supuesto ofendido, y caso de duda, el fiscal por sus disparatadas alegaciones; que la Cámara debía dar 10.000 maravedises de oro a D. Francisco, otros tantos entre el Consejo y los alguaciles, y que se debían confiscar los bienes del corcovado en beneficio del que hablaba, por su trabajo, que le había tenido muy grande, en venir a perder su tiempo en tan disparatada causa.

Concluidas la acusación y la defensa, dijo el Alcalde que no había méritos para creer en la una ni en la otra, ni para ahorcar a nadie; y si para que una de ambas partes pagase las costas, lo cual decidiría, según costumbre, una moneda que echó al alto, pidiendo cruz D. Francisco y cara su rival. Perdió éste con gran contento de la multitud, que comenzó a vitorear a D. Francisco y al Corregidor, y se retiró echando sapos y culebras, diciendo que había sido torpe el fiscal y tramposo el juez; pero que más justicia había de hacerse por sus manos.

(Se concluirá.)

SAN JOSÉ DE CALASANZ

FUNDADOR DE LAS ESCUELAS PIAS



El admirable fundador de las Escuelas Pías, San José de Calasanz de la Madre de Dios, nació en Peralta de la Sal, cabeza de la baronía de honor de la diócesis de Urgel, en el reino de Aragón, en el 11 de Septiembre de 1556.

Fuó hijo de D. Pedro Calasanz, de la nobilísima familia de este apellido, y de Doña María Gastón,

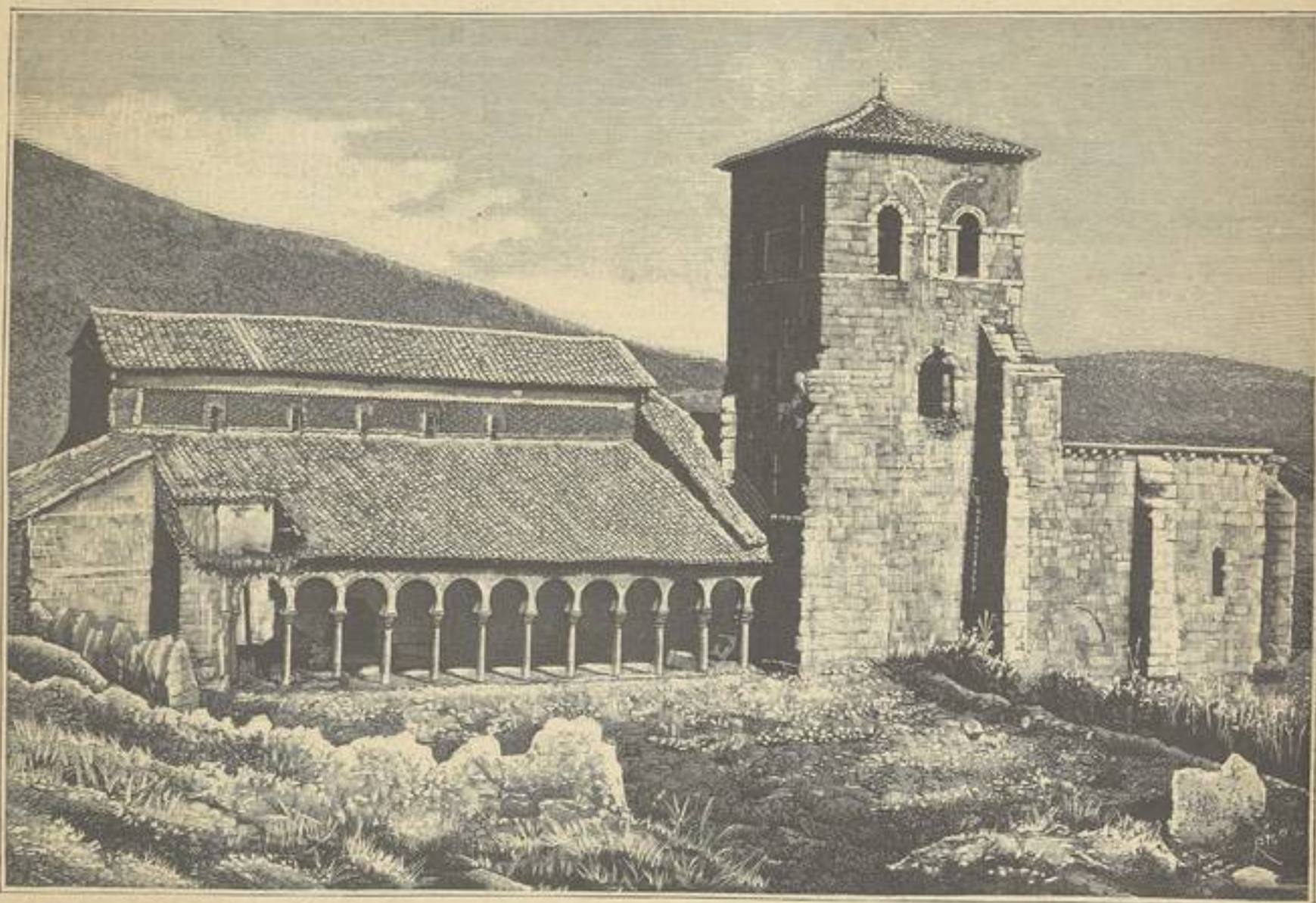
que nada cedía en nobleza a su marido. Pero el blason más noble de toda su estirpe, que entroncaba con los antiguos y reales condes de Ribagorza, con los condes de Luna y con los ricos homes de Aragón, fue San José de Calasanz. En su infancia se veía retratada ya en su rostro la nobleza de su corazón, para grandes obras nacido y para heroicas virtudes formado. Las tuvo todas; pero las que más sobresalieron en él fueron: pureza angelica; paciencia invicta, caridad inmensa y amor entrañable y sin límites a los niños. Nadie más amigo que él de la humanidad desvalida.

Dotado su gallardo espíritu de un entendimiento perspicaz y claro, de una memoria tenaz y de una voluntad ambiciosa de aprender, hizo rápidos progresos en las letras, sobresaliendo en éstas y en la virtud entre todos sus condiscípulos, y resplandeciendo entre ellos como el sol entre los otros astros. Y Estadilla, pueblo distante tres leguas de Peralta, donde estudió Gramática castellana y latina, y Re-

tórica y Poética; Lérida, en cuya universidad cursó Filosofía y se graduó de Doctor en Derecho civil y canónico; Valencia, donde empezó a estudiar sagrada Teología, y Alcalá de Henares donde la concluyó, recibiendo con aplauso unánime la borla de Doctor en la misma, se glorian con razón de ostentarlo en sus anales como el mejor de los alumnos que han tenido.

Desde un principio manifestó particular inclinación al estado eclesiástico, y si bien su padre lo repugnaba, porque lo tenía destinado para otra carrera, tuvo que ceder a las humildes instancias de su hijo, y éste, a la edad de 20 años, obtuvo un beneficio en la iglesia de San Esteban de Monzón. Desde este punto podemos ya empezar a admirar a Calasanz como un verdadero genio, dotado de las cualidades más eminentes para el desempeño de los más arduos negocios y de las más gigantes empresas. Habiéndose merecido, con justos títulos, por su aplicación constante, los gloriosos renombres de fi-

lósofo eminente, de teólogo profundo, de hábil canonista, de jurisconsulto distinguido y de doctor sobresaliente en ambos derechos; no es posible sumar sus primeras glorias, ganadas en Albarracín, donde empezó a desarrollar los gérmenes de su ardiente celo y rara capacidad para el desempeño de los más delicados cargos. Hecho ya sacerdote por una admirable providencia, y vencidos cuantos obstáculos a su vocación religiosa opusiera tenazmente su familia, asombran los triunfos que se conquistó en Monserrat, pacificando con admirable prudencia a unos vasallos díscolos y rebeldes, que se hacían la más cruda guerra; en Calceri, donde desempeñó el mismo cargo de pacificador de los pueblos, con el mismo feliz éxito, haciendo que la fama de tan prósperos sucesos rodase por doquiera de boca en boca, hasta llegar a los oídos del gran monarca D. Felipe II, que ponía ya las miras en Calasanz para un obispado, y, finalmente, en Tremp y en Urgel, donde desempeñó el arduo destino de vicario general de



EXTERIOR DEL MONASTERIO DE SAN MIGUEL DE ESCALADA.

la diócesis y alcanzó los más copiosos frutos de su ardoroso celo y caridad, mirándole todos como un nuevo apóstol y padre de los pobres; porque a sus persuasiones y consejos añadía la beneficencia más generosa para con todos los necesitados. Habiéndole conferido el señor Obispo de Urgel el curato de Chaverol y Ortoneda, sufragánea la una de la otra, y nombrándole visitador de su dilatada diócesis, y por último, su provisor y vicario general, no desmintió su anterior conducta, y bien pronto se granjeó el amor de sus nuevos feligreses y el cariño de los pobres, que le miraban como su providencia. Esto acrecentó su fama y popularidad.

Pero no era éste el campo señalado por Dios para su gloria, y lo vamos a ver.

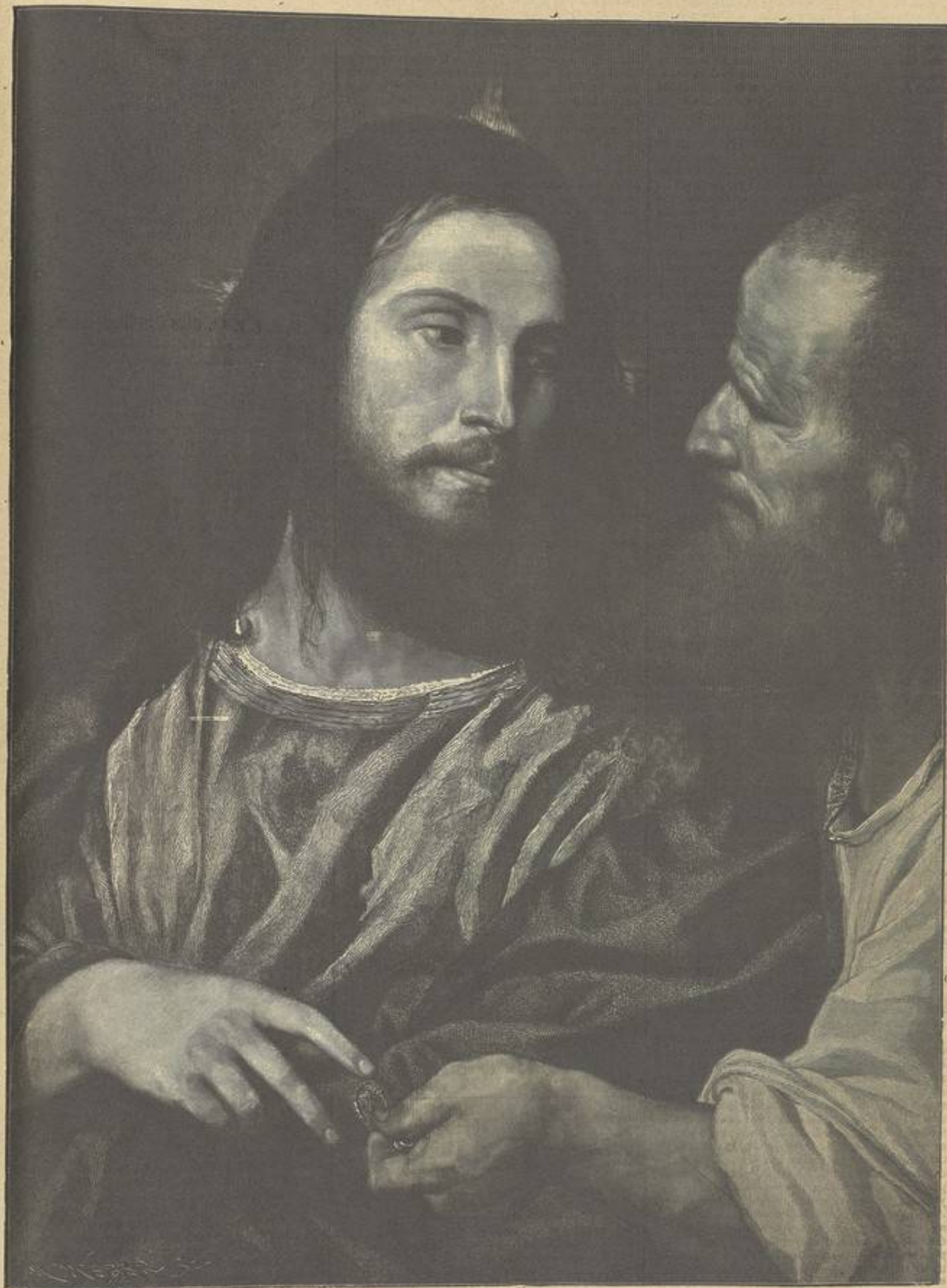
«Pensar en pensar — dice el célebre Goethe — no sirve de nada: es preciso estar organizado de modo que las buenas ideas aparezcan por sí mismas, exclamando: *Vednos aquí...*» Calasanz era un gran pensador, profundo y discreto, y eminente observa-

dor. Desde que abriera los ojos a la luz de la razón, empezó a pensar sin tregua ni descanso, y mucho y bien; y una idea luminosa cruzó por su mente y paróse delante de él, exclamando: «Héme aquí...» La acogió con ansia y con amor, se identificó con ella, y desde entonces toda su vida de pensamiento y de acción se consagró totalmente a excogitar los medios convenientes para realizarla. Y ¿cuál era esta idea? *Dedicarse por amor de Dios a educar a los niños pobres en la piedad y en las letras, sin exigir salario o recompensa alguna por su trabajo, y fundar un orden religioso que, con voto solemne especial, se consagrara perpetuamente a lo mismo.* ¡Idea bendita, divina! ¡Pensamiento santo, colosal! ¡Empresa celestial, gigante, digna del amor y de la veneración de los pueblos y de los siglos! ¡Concepción grandiosa, que hace de José de Calasanz un santo de primer orden en el cielo, y un sabio bienhechor sin segundo en la tierra! Porque el que obrare y enseñare será grande en el reino de los cielos; porque educar é ilustrar un alma

en esta tierra de tantas ignorancias es empresa más ardua que dominar el mundo; porque Calasanz aplicó, desde lo primero de sus días, toda la intensidad de su espíritu a investigar la Ley del Señor para cumplirla y para enseñar a Israel sus preceptos y sus juicios, y porque, en fin, él — sin que por esto se entienda que tratamos de rebajar el mérito de otras instituciones religiosas — supo satisfacer con la suya, institución de todos los siglos, las necesidades constantemente inevitables de la sociedad.

Fijó, en efecto, la mirada de su espíritu en una necesidad tal, tan de siempre, de tal naturaleza, que mientras haya mundo, mientras subsista la humanidad, mientras haya niños que educar, las Escuelas Pías, que, inmortales, immortalizan su nombre, serán siempre necesarias, sin que haya que alterar nada ó modificar en lo más mínimo cuanto de esencial y característico abraza su moralizador instituto.

«José, *vé a Roma, vé a Roma...* a tu cuidado se ha confiado el pobre; tú serás el protector del huérfano y



DAD Á DIOS LO QUE ES DE DIOS, Y AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR.

del desvelado,....". Esta es la voz misteriosa que repetidas veces, y particularmente en el silencio de su frecuente oración a Dios, que es donde más se oye y se aprende, confirma a Calasanz en su primera y firme resolución de ser todo para los niños y de hacerse niño con ellos para poder entrar en la gloria; porque escrito está: *Si no os hicieris como niños, no entraréis en el reino de los cielos*. Por esto desprecia los aplausos y huye de los honores, y recelándose que se trataba de conferirle otros nuevos, para declinarlos todos de una vez, con el permiso de su Prelado, guiado por la mano del Omnipotente, después de haber repartido entre los pobres todos sus bienes, emprendió su viaje a la capital del mundo cristiano, adonde llegó a principios del año 1592, después de una próspera navegación; porque el *Océano*, aplicando a nuestro héroe la frase del gran Padre San Gregorio, *se humilló bajo las plantas del santo de Dios*.

Crece la admiración hacia Calasanz, y no puede menos, al contemplarle ya en el palacio del eminentísimo Cardenal Marco Antonio Colona, quien le nombra su confesor y teólogo de consulta, dirigiendo con sus sabios consejos los más arduos negocios de este purpurado, y ocupándose a la vez, como ayo, de la educación del joven príncipe Felipe Colona, su sobrino. Otro que no hubiese sido Calasanz sin duda se hubiera envanecido al verse colmado de tantas distinciones; pero santo, y como tal verdadero humilde, nada varió el tenor de vida que en las demás partes había guardado. Distribuía el tiempo en el cumplimiento de sus deberes sociales y pios, y el que le quedaba libre le empleaba en recorrer las calles y plazas de Roma, catequizando a los ignorantes, visitando a los enfermos y socorriendo con las limosnas que podía a los pobres. Afilióse, como verdaderamente religioso y pío, en varias cofradías; pero la para él más preferente era la Congregación de la Doctrina cristiana, y como individuo de ella, cifraba su mayor delicia en explicar públicamente por las calles y plazas la moral santísima y hermosa de Jesucristo. Con esto pudo observar entonces, con dolor de su alma, hasta qué punto había llegado el desenfreno y la relajación de costumbres, nacido esto más bien de la falta de educación que de la perversidad. Para corregir este mal tan grave, creyó, y con razón, que el mejor medio era instruir a la niñez y a la juventud, abandonadas por falta de recursos; y por lo mismo concibió el plan más colosal que se ha visto, superior a sus fuerzas, é imposible de realizar, si el Señor no le hubiese ayudado con su divina gracia. Como amaba tiernísimamente a los niños, se confirmó entonces en la primera idea de que Dios había dispuesto entregarlos a su dirección y a su cuidado.

Preocupado con este pensamiento, y después de consultar con personas doctas y competentes en la materia, púsose de acuerdo con el Dr. D. Antonio Brendano, Párroco de Santa Dorotea en el barrio de Transtiberina, uno de los más pobres de Roma, y aquel digno señor Cura le ofreció desde luego generosamente su reducida casa para escuelas, y la iglesia de la parroquia para las funciones espirituales. Faltábale todavía coadjutores, y hallaba muy poca disposición en aquellos que por sus luces podían cooperar a la realización de sus proyectos. Por fin, consiguió que dos sacerdotes se dejasen vencer de sus persuasiones, y con estos auxilios dió comienzo a su grandiosa obra en Santa Dorotea, *primer Colegio Escolar*, en el año 1597.

Aquí es donde Calasanz, sol esplendoroso, empieza a brillar como un sabio eminente, y como el más distinguido santo de su tiempo, sin que sea preciso detenernos ya en los demás pormenores interesantísimos del resto de su vida (porque cada uno de ellos, más que un discurso vale un libro, y porque la índole de un artículo de esta clase no lo consiente), para verle irradiando por doquiera con la triple aureola de la ciencia, de la caridad y de la abnegación más heroica. Calasanz ve ya realizados sus deseos, la idea dominante de su vida, y entre el polvo de las escuelas que acaba de fundar, rodeado de niños, en general los más pobres, que no tardaron en llenar las aulas de aquel nuevo plantel, se cree el más feliz de los mortales. El santo maestro español consagra desde este instante todos sus desvelos, su vida toda, a aquellos pobrecitos niños, porque ve en ellos el germen de la sociedad futura y las esperanzas del mundo moral. Al paso que les instruye en los primeros rudimentos del saber humano, les desenvuelve, con delicado tacto y método discreto, las luminosas ideas de una religión de paz y de amor, que enseña al hombre sus más importantes deberes y le revela toda la excelencia de sus gloriosos destinos, y de este modo empieza a formar buenos ciudadanos, esposos fieles, padres virtuosos, hijos obedientes, honrados artistas, jueces incorruptibles, altos dignatarios del Estado, magis-

trados integros, hombres, en fin, que darán más tarde prez y gloria a la religión y a la patria.

Estos son, sin exageración alguna, los verdaderos frutos que promete la nueva obra de bendición y de caridad. No es, por tanto, de extrañar que a los pocos días de haberse planteado la primera escuela Calasanz, ya no quepan en ella los niños que de todas partes acuden, ni que el noble fundador se vea obligado a buscar local más espacioso, y más profesores que le ayuden, para satisfacer las numerosas exigencias de las familias, ni que, adquiridos nuevo local y nuevos operarios, a fuerza de grandes dispendios y sacrificios, y en medio de envidias y contrariedades de todo género, *tantus molis erat pietatis condere gentem*...! el celoso mentor, no contento con admitir a cuantos niños se presentan, recorra los parajes más públicos de la ciudad santa, para recoger a los niños que encuentra divagando, ociosos, é invite a los padres, diciéndoles con acento conmovedor: *Por amor de Dios, enviad vuestros hijos a la Escuela Pia de Santa Dorotea: en ella encontrarán lo que les conviene*. No es de extrañar que los gobiernos todos de la Europa, entre los que corre pronto la fama del nuevo *ángel de los párvulos* y *doctor de la juventud*, comprendiendo sin esfuerzo lo que vale la nueva empresa, se apresuren a solicitar con instancia del nuevo apóstol de la niñez les mande inmediatamente operarios celosos que, siguiendo sus huellas, regeneren la sociedad, entonces ya harto desmoralizada, porque comenzaba a decaer la sólida instrucción que había constituido el más precioso patrimonio de *nuestro siglo de oro, el siglo*, por antonomasia, *de los santos, de los héroes y de los sabios*. Y por eso al poco tiempo Nápoles, Sicilia, Génova, Florencia, Cerdeña, Toscana, Narni, Frascati, Venecia, Hungría, Transilvania, Bohemia, Moravia, Silesia, Iliria, Prusia, Polonia, y otros muchos pueblos y naciones, piden encarecidamente a José fundaciones de Escuelas Pías, porque las consideran como el más firme sostén del Estado y la base del verdadero progreso cívico-religioso.

En suma: sólo las eminentes virtudes de José de Calasanz, sólo su gran fondo de caridad y su inquebrantable paciencia y constancia pudieron, en medio de tantas contradicciones y aun persecuciones violentas, plantear *el más útil de todos los establecimientos*, aquel que debía servir para todos, lo mismo para los ricos que para los pobres, y, si cabe, con preferencia para estos últimos, que no porque carezcan de medios para ilustrarse como los que nacen en la opulencia dejan de tener iguales, y aun a veces superiores, dotes y talentos que aquellos. Un doble premio alcanzó Calasanz por su inmortal obra: el de la vida eterna y el de la fama póstuma, que ha triunfado de los tiempos, de las revoluciones y de todo cuanto podía oponerse al progreso del saber humano. El árbol donde se cobijaba la juventud en su tiempo ha ido extendiendo sus ramas de un modo asombroso, y en varios puntos de España y de América en particular continúa extendiendo vigoroso sus ramas y dando los más copiosos y sazonados frutos. ¡Llor eterno a José de Calasanz!

Muchos de nuestros benévolos lectores habrán oído hablar indudablemente de las Escuelas Pías; algunos habrán recibido su primera educación en las aulas escolapias, y todos nos agradecerán, de seguro, estas líneas, que dedicamos a tan benéfico instituto y al insigne héroe español que lo fundara, héroe que — rubor da tener que confesarlo — apenas si es conocido de muchos de nuestra patria, y es justo que le conozcan, y con él se enorgullezcan, con más razón que Francia con su San Vicente de Paul, a quien erige estatuas de honor por doquiera, y en climas apartados, lo mismo que con su ingenioso Froebel, el de los Jardines de la Infancia, é Inglaterra con su José Lancaster, el inventor de la enseñanza mutua.

JOSÉ ANTONIO GARCÍA DE LA IGLESIA.

LA DUDA

(Parábola.)

Sobre la barca humilde que audaz corta del mar de Galilea las espumas, van los fieles discípulos. Conforta su corazón la fervida esperanza de ver a su Jesús, cuando las brumas de la noche y el lago aviente el día.

La noche e — tanto avanza firme, a despecho de la mar bravía; pero extraña visión súbito infunde singulares terrores, y confunde a los buenos discípulos, mirando

cuál por las fieras olas va marchando, como por firme y sólido camino, especie de fantasma peregrino.

Mas renacen la calma y entereza luego que de esta suerte

habla una voz de singular belleza:

— «Yo soy; presto cobrad ánimo fuerte.»

Y Pedro así le arguye:

— «Si eres, Señor, a tí me restituye, permitiendo que llegue hasta tu lado sobre el mar agitado.»

— «Ven» — replica Jesús; y aquel, sumiso huella las anchas olas. De improviso le asusta el rudo viento; a hundirse empieza; implora el valimiento de Jesús en la lucha, juzgando que el vigor propio no baste, y responde el Señor, que amable escucha: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?»

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

EL M. R. P. FR. MANUEL MARÍA MARTINEZ

Agustino descalzo, Procurador general, cerca de la Santa Sede, de su provincia de San Nicolás en Filipinas.

El 21 de Julio de 1887 bajó al sepulcro en Roma uno de los más preclaros hijos que la Orden Agustiniense Descalza tenía en España; de los que más por ella habían trabajado y en quien, con razón, descansaba para todos los arautos, algunos de no poca importancia, que se le ofrecían cerca de la Santa Sede. Más de 30 años ha estado desempeñando el elevado, honroso y a la vez difícil cargo de Procurador general de la ejemplar y apostólica Provincia de San Nicolás, del Archipiélago Filipino!

Su muerte ha sido llorada y sumamente sentida, no sólo por su ejemplar y respetable familia, por la Orden esclarecida que se gloria de contarle en el número de sus hijos más preclaros, sino aun por muchos venerables Prelados, así de España, como de Italia y de América, y por un sinnúmero de amigos, que lo querían y veneraban, por su ciencia, y más aún, por su virtud.

Era aragonés: pertenecía a una distinguida familia, la cual se sacrificó enteramente por sostener la causa de la Religión y de la legitimidad: su señor padre derramó su sangre defendiendo las doctrinas que un día colocaron a España al frente de todas las naciones civilizadas, las únicas que la han de levantar de la postración y humillación en que se encuentra por haberlas abandonado.

A la luz celestial de esa doctrina, los dos jóvenes hermanos Manuel y José, a pesar del venturoso porvenir con que los halagaba el mundo, por su posición social, y más aún por las raras dotes con que los había favorecido el cielo, renunciando a todo, los dos fueron a pedir el santo hábito en el observantísimo Colegio de Monteagudo (Navarra), que la apostólica Provincia de San Nicolás de Padres Agustinos Recoletos tiene para las misiones de Filipinas. Bien pronto ambos hermanos dieron a conocer cuánto se podía esperar de su espíritu religioso y del progreso que hicieron en los estudios. Concluidos éstos y recibidas las sagradas órdenes, la santa obediencia mandó luego al P. José a Filipinas, en donde, por más de 20 años, trabajó como un apóstol en las difíciles misiones de Mindanao, obteniendo frutos inmensos: después, elegido para desempeñar un cargo honorífico en uno de los Colegios de su Orden en España, regresó a ella; mas a poco perdió la vista, y hoy sigue retirado en su querido Colegio de Monteagudo, dando admirables ejemplos de virtud a aquella numerosa y edificante Comunidad.

El P. Manuel fué nombrado, después de su ordenación, lector: enseñó algún tiempo Filosofía y Teología en el mismo Colegio de Monteagudo, viéndose de repente sorprendido con el nombramiento de Procurador general de su importantísima Provincia cerca de la Santa Sede. Sólo la santa obediencia pudo hacerle aceptar ese cargo, honroso sí, pero difícilísimo y más en aquellas críticas circunstancias, en que se hallaba España con relación a la Santa Sede. Pero, precisamente, esto mismo hizo descubrir la prudencia y tino admirable que tenía el P. Martínez para desempeñar con acierto la misión que su Orden acababa de confiarle.

A vuela pluma escribimos estas líneas, y por lo mismo no podemos presentar, como quisiéramos, la hermosa y bella figura del respetable y apreciable Padre Manuel María Martínez; diremos tan sólo que, sin transigir nunca con el error, ni con la

mentira, ni con ninguna clase de injusticia, con su paciencia cristiana, con su prudencia admirable y con su raro talento, consiguió siempre cuanto pidió, ya en favor de la provincia que tan dignamente representaba, ya para las diócesis de España y de América, cuyos Pastores ponían en sus manos asuntos importantes y delicadísimos; ya, por fin, en favor de innumerables familias y particulares que á él acudían para obtener gracias y privilegios.

El Padre Manuel fué siempre querido y venerado de cuantos tuvieron la dicha de poderlo conocer y apreciar. Distinguió el inmortal Pontífice Pío IX el Grande repetidas veces: apreciaba el sabio y esforzado Pontífice León XIII felizmente reinante, y lo honró nombrándolo Consultor de una de las Congregaciones Romanas: queríanlo los Eminentísimos Sres. Cardenales, á quienes por razón de su cargo debía visitar ó tratar asuntos de importancia: queríanlo el clero, así secular como regular de Roma que había tenido ocasión de conocer y tratar al dignísimo Procurador general de los Padres Recoletos españoles; pero sobre todo, lo amaban y veneraban los artistas españoles, de quienes era verdadero Mecenas, y por esto ellos, agradecidos, han immortalizado la bella y simpática figura del amable y modesto P. Manuel. Fortuny, Rosales, Palmaroli, Martí y cien y cien otros artistas, honor y gloria de España, en sus mejores obras han hecho aparecer á su querido P. Manuel, porque á sus excelentes cualidades, á la protección que les dispensaba y al interés que por ellos tomaba, reunía la importante cualidad para el artista de tener una cabeza tan bien formada, que era un perfecto modelo; y él, á pesar de sus graves ocupaciones, hallaba tiempo y á veces quitándose del descanso, para ir á los estudios de los jóvenes artistas que deseaban sacar su retrato; por esto se ve éste en varias obras maestras que se admiran en el Museo Nacional de Madrid y en varios Museos del extranjero. Este es el motivo por qué, aun cuando la muerte del apreciable P. Martínez fué casi de repente, su noticia, que cual relámpago se difundió por toda la Colonia española, en Roma principalmente entre los artistas, hizo impresión inmensa y fué sumamente sentida. Vióse esto en la mañana del día 23 de Julio próximo pasado: la iglesia de San Ildefonso de la Casa Procuración de los Padres Agustinos Recoletos españoles, en donde vivió y murió el sabio y ejemplar P. Manuel María Martínez, estaba enlutada: en el centro, sobre modesto túmulo, veíanse los mortales restos del ilustre finado. El templo era pequeño para contener la multitud inmensa que quería manifestar el aprecio y estima que profesara al preclaro hijo del grande Agustín. El Excmo. Sr. Ministro de España cerca de la Santa Sede presidió el duelo. A su lado velaban los MM. RR. Padres Generales y Procuradores de las Ordenes Religiosas: gran número de Religiosos y Clerigos seglares y casi todos los españoles, en particular los artistas que hay en Roma: oficiaron los M. Rdos. Padres Trinitarios Descalzos españoles de San Carlino: la misa fué cantada con la majestad solemne con que siempre se hace en la ciudad santa de Roma, pero en particular en esos momentos en que parece que los fúnebres cánticos recuerdan al alma la inmortalidad para que el Señor la creara. Concluidos los divinos oficios, el cadáver del apreciable P. Martínez fué conducido con extraordinario acompañamiento á la inmediata iglesia del Convento de San Carlino, en donde fué sepultado y permanecerá mientras se levanta el monumento que guardará tan apreciados restos.

Rogamos encarecidamente á cuantos estas líneas lean, á todos los que desean el pronto triunfo de la Santa Sede y que Jesús sea amado en todo el universo, y su divina doctrina practicada con toda su pureza en todos los pueblos y naciones, rueguen al Señor por el eterno descanso del esclarecido Padre Manuel María Martínez, gloria de la preclara Orden Agustiniana y honor de España, que con tan santo y nobilísimo fin siempre y sin descanso trabajó. R. L. P. A.

J. R. A.

(De El Correo Catalán.)

EL PADRE JOSÉ



CUENTAN las historias que el P. Calasanz era hombre de tal virtud, de tanto seso y peso, que causaba encanto la flexible manera con que concilió desde joven la austeridad de su vida con la afabilidad de su trato.

Fué menester que así templara las cosas para arreglar las costumbres del penitente con la indulgencia y la jovialidad del educador de niños y de padre de huérfanos y desvalidos, haciendo también de su

amable carácter un móvil poderoso de atracciones dichosas. Y como en las delicias de los justos y en la discreción de los santos se advierten cosas tan admirables, lo es de un modo especial la previsión con que el P. José dió forma á los colegios de las Escuelas Pías, donde las enseñanzas comparadas de religión, de piedad, de virtud y de letras, producen las maravillas de santificar la belleza de las humanidades dando lustre á la educación cristiana con la amenidad de los estudios clásicos.

Corriendo los tiempos y pasando siglos contempla el P. José desde la región de las claridades, cómo acertó, con el auxilio de Dios, á plantar en el campo de la Santa Iglesia un semillero tal de maestros y de discípulos, que ni falta de riegos ni escasez de sazón, cada año se multiplica y aclimata en la redondez de la tierra de un modo igualmente pasmoso que edificante; y hoy, al cabo de cuatro siglos los Padres Escolapios someten, por la ley de mandato oficial, al examen, censura y aprobación de maestros extraños los que son discípulos de la Escuela Pía, maestra por lo común de los jueces que por estatuto les son impuestos. Y con todo, y así las cosas, la censura académico-legal ha tenido que reconocer y premiar en los alumnos de la Escuela Pía el mérito de una enseñanza sabiamente dispensada, generalmente repartida, sin comprenderse cómo los profesores Escolapios no gocen de la natural y justa regalía de censurar académica y legalmente los ejercicios de sus discípulos, pues cuerpos facultativos y docentes los colegios dirigidos por Padres Escolapios, como los que dirigen los Padres de la Compañía de Jesús, de ambos centros y de los semejantes deben salir calificaciones morales y literarias que causen legalidad académica y produzcan todos los efectos anejos á la índole de la escuela y á la dignidad y capacidad del magisterio.

Lo demás se mira generalmente con extrañeza y se ve con disgusto á causa del desdoro que sufren á un tiempo la competencia y la probidad de los colegios é institutos religiosos.

Debido atender á la especie de providencia con que los hijos de Calasanz cuidan de los niños en punto á educarlos en piedad y en letras, no menos que socorrer á los pobrecitos desvalidos con el pan de la limosna, sería justo y plausible de parte de los Gobiernos compensar tan señalados servicios siquiera con los honores de una protección y de una confianza que diera libre paso de autoridad académica, ante los Institutos y Universidades, á las censuras y certificados expedidos por maestros de indiscutible habilidad, pues más generosos los hombres del antiguo régimen, admitían en la matrícula universitaria, sin previo examen y sin gravosas intervenciones, los títulos emanados de ambas escuelas, la escolapia y la de la Compañía de Jesús.

El Estado no dejaría de ser Estado, ni menos Estado que lo es, haciendo los honores debidos á un magisterio á todas luces probo y experimentado, y cuyos libros de texto, sobre no mortificar la inteligencia de los alumnos con divagaciones y cosas inútiles, dejarían la enseñanza elemental libre de los recargos y de las trabas irritantes con que es agobiada la juventud. ¡Lástima de niños! ¡Lástima de tiempo! Con multitud de textos en libros voluminosos se confunde el discípulo, se hasta acobardado, y cortado como es el vuelo de su imaginación, cada año se obliga al Padre Escolapio á que adivine lo que quiere decir el novísimo regulador de programas, por otra parte costosos y obligatorios.

No entró jamás en el plan del P. José apurar la paciencia del profesor, y agotar las facultades, de ordinario escasas, de los padres de familia, sometiendo á la dura alternativa, ó de privar á los hijos del lustre y de las ventajas de una carrera, ó de consumir un capital considerable en gastos de matrículas subidísimas, de libros caros por extremo y de multiplicados programas. Queja universal que se levanta por todas partes, convertida en elogio, aunque indirecto, elocuente y justo, de la Escuela Pía. Está, pues, en su lugar el P. José, y va rodeado de la doble aureola de la previsión y de la paternidad.

Fiesta de la Asunción de Nuestra Señora 1887.

EL CARDENAL MONESCILLO Y VISO.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. JOSÉ CARBONELL, residente en Alcoy. En 1871 concurrió á la Exposición provincial de Alicante con un *Crucifijo* en madera. En 1881 labró para la parroquia de San Mauro, en Alcoy, una imagen de *Jesucristo resucitado*.

D. ISIDRO CARNICERO. Escultor y pintor natural de Valladolid, hijo del escultor D. Alejandro que floreció en la primera mitad del siglo XVIII y discípulo de la Junta preparatoria para la fundación de la Real Academia de San Fernando. Cuando se constituyó en definitiva dicha Corporación obtuvo nuestro artista numerosos premios en sus clases de escultura. En 1757 fué pensionado para Roma, donde esculpió un modelo de la *Santa Bibiana* (de Bernini). Vuelto á España, fué creado Académico de mérito por la escultura de la Real de San Fernando, donde llegó á desempeñar el cargo de Director general. Son de su mano: un *Crucifijo*, en el oratorio del palacio del Duque de Híjar; las molduras y estatuas que adornan los dos órganos en San Isidro el Real; las tres puertas del Sagrario de la Real iglesia de la Encarnación con los cuatro santos doctores en el tabernáculo y varios ángeles, y el grupo de *San Isidro* para la iglesia parroquial de San Andrés. Murió en 23 de Marzo de 1804.

D. MIGUEL CASANOVAS. En la Exposición provincial celebrada en 1860 en Barcelona presentó una *Concepción*.

D. JOSÉ CASAS. Escultor catalán, autor entre otras obras de una alegoría que presentó en la Exposición de Barcelona de 1860 representando á *La Virgen de la Victoria coronando á la España y al ejército*, trabajo que fué juzgado por la prensa en términos muy satisfactorios para el autor.

D. MANUEL CASAS. En la Exposición de Galicia de 1858 alcanzó mención honorífica por una estatua de *Santiago Apóstol*.

D. RAFAEL CAZALLA. Hablando el Sr. Madoz en su *Diccionario* de la villa de Adamuz, en la provincia de Córdoba, dice lo que sigue: «Es digno de notarse en esta villa un nacimiento de figuras del tamaño natural, trabajado con el mayor primor por D. Rafael Cazalla, escultor de mérito, de pura afición.»

D. JOSÉ CEBRIÁN. Según un biógrafo de los artistas murcianos, cultivó por afición, con cariño y no sin algunas facultades la escultura. Obra de su mano es la imagen de *Nuestra Señora del Carmen* que se venera en la capilla de este nombre, en la iglesia de Santo Domingo de Murcia. Murió en 1870.

D. JOSÉ CERDA. Escultor catalán á quien se deben los dos ángeles de tamaño casi igual al natural, existentes en la escalera del camarín de la Virgen de Montserrat, tres bajo relieves en mármol representando la *Historia de la Santísima Virgen de Montserrat*, para el mismo monasterio, *Abel muerto* y una imagen de *San Miguel de los Santos* para una iglesia de Vich.

D. CEFERINO CISNEROS. En la Exposición de Santiago de 1875 presentó un *Crucifijo* de madera con incrustaciones.

D. JOSÉ CLOSTERMANS, nació en Alora, provincia de Valencia, en 1783, y estudió en la Academia de Bellas Artes de aquella capital. Es autor del grupo que figura la *Asunción de la Virgen* y el sepulcro con la efigie de *Jesús muerto adorado por los ángeles*, que existen en la colegiata de Játiva.

D. VICTORIANO CODINA Y LANGLIN, natural de Barcelona. A la Exposición nacional de Bellas Artes de 1871 concurrió con un grupo de *Agar y Ismael en el desierto*, que obtuvo medalla de segunda clase.

D. PEDRO COLLADO Y TEJADA, nació en Madrid en 1829. A más de otras obras profanas, es autor de un *San Juan Bautista*, en madera, de tamaño colosal, para el capítulo de la Orden de San Juan de Jerusalén, encargado por el infante D. Sebastián Gabriel. Débense á la mano del artista que nos ocupa gran número de imágenes. El Sr. Collado tuvo por maestros á D. José Tomás y D. Mariano Bellver, habiendo perfeccionado en el extranjero su educación artística.

D. BERNARDO CORT, natural de Barcelona. En la Exposición celebrada en dicha ciudad en 1860 presentó una *Virgen contemplando al Niño Jesús*.

D. PASCUAL CORTÉS, natural de Pancorbo. Escaso es el número de obras que de su mano conocemos, mereciendo especial mención en este lugar el altar de *Los pastores* que existe en la iglesia de Fonca. Floreció á fines del pasado y principios del siglo presente.

D. JOSÉ COTANDA, notable escultor de fines del último siglo. Nació en Valencia en 1758 y asistió á las clases de la Real Academia de San Carlos, en cuyos concursos generales alcanzó diferentes premios. Fué académico de mérito de la misma, y deben citarse, entre sus muchos trabajos, todos los de talla del altar mayor de la iglesia parroquial de San Esteban, de Valencia; los adornos de escultura y tallado de las capillas en la parroquia de Benifayó de Espioca; las estatuas y bajo relieves de las capillas de San Vicente, mártir, y San Luis, Obispo, de la Metropolitana de Valencia; unas andas para la

parroquial de los Santos Juanes, y las imágenes de los dos Santos, su mejor obra.

D. GUILLERMO COURTÓN. En la Exposición de Santander, de 1879, presentó *Un Cristo*, tallado en madera.

D. MARIANO COUSIÑO, natural de Pontevedra y muy acreditado por sus notables trabajos. Es autor de un Crucifijo de nacar negro.

D. MATÍAS CUADRADO, escultor catalán. En algunas de las últimas Exposiciones públicas celebradas por la Casa-Lonja de Barcelona, llamaban la atención los trabajos de bulto de un niño recogido en la Casa de Caridad de dicha población, y que no era otro que este artista. Las esperanzas que entonces hizo concebir se vieron confirmadas en la Exposición de 1841, en la que presentó un grupo que figuraba a *Los Reyes Magos con sus criados*, para un nacimiento. Pocos años después residía en Tortosa, para cuyas procesiones de Semana Santa labró varios grupos de la *Pasión* y restauró los antiguos.

D. FÉLIX CURAS, escultor en cera, tanto más digno de honrosa referencia, cuanto que sus principales trabajos los llevó a cabo encontrándose baldado. Debe citarse entre ellos la vela que para la ceremonia de la Purificación presentó a S. M. la Reina en 1850, en la cual se veían, graciosamente entrelazados con los adornos y flores, varias figuritas de ángeles del mejor gusto.

D. PEDRO JOSÉ DORADO. En la Exposición abierta por el Fomento de las Artes en Madrid, en 1871, presentó una escultura de plata que representaba *La última cena*.

D. JOAQUÍN DUMANDRE. Fue hijo de D. Antonio Dumandre, escultor francés. Son obra del artista que nos ocupa las cuatro pilas de agua bendita existentes en la Catedral de Segovia.

D. EUGENIO DUQUE Y DUQUE, natural de Almonacid (Toledo). Es autor de *El Cardenal Cisneros* (estatua en yeso), y un busto del señor Patriarca Primado de las Españas (ídem). Ha sido pensionado por la Diputación provincial de Toledo.

D. FRANCISCO ELÍAS VALLEJO. Escultor de crédito durante su larga y laboriosa carrera. Nació en Soto de Cameros en 1783, y fue discípulo de las clases que sostenía la Real Academia de San Fernando. Murió, siendo primer escultor de Cámara, en 22 de Septiembre de 1858. Es de su mano la cabeza (tamaño colosal) de la estatua del *Rey Josías* existente en el monasterio de San Lorenzo del Escorial, por haber sido destruida la primitiva por una exhalación; *La Virgen con el Niño* y *Jesucristo Crucificado*.

D. FRANCISCO ELÍAS BURGOS, hijo del anterior, creado individuo de mérito de la Real Academia de San Fernando en 20 de Septiembre de 1840. Desea a este artista un grupo de *Cain dando muerte a Abel*, obra elogiada por la prensa, que figuró en la Exposición pública de 1840 y en la del Liceo artístico en 1846.

D. RAMÓN ELÍAS. En la Exposición de Barcelona de 1870 presentó *La Virgen de la Providencia*.

D. JACINTO ELORZA. Es autor de una estatua que representa a *Jesús caminando al Calvario*, presentada en la Exposición pública, celebrada en 1867, en la ciudad de Vitoria.

D. VALENTÍN ESCARDÓ, escultor catalán, a quien se deben muchos y muy notables trabajos de talla para los templos de Cataluña, labrados en los últimos años.

D. N. ESCUDERO, escultor catalán. En la Exposición celebrada en 1882, en Villanueva y Geltrú, presentó *La Resurrección*.

D. MANUEL ESPADA. Hablando el Sr. Madoz en su Diccionario del retablo de la iglesia parroquial de Belmonte, provincia de Tormel, cita como de este escultor las 18 estatuas mayores, seis menores y seis medallones de bajo relieve que contiene, en los que se representan otros tantos pasajes de la Biblia. El escultor Espada fue discípulo de la Academia de Bellas Artes de San Luis de Zaragoza, y floreció a principios del siglo actual.

D. LINO ESPARZA, nació en Valencia en 2 de Agosto de 1842, y fue discípulo de su Academia de Bellas Artes; es autor de una lámpara en que aparece de relieve la figura de *El Ángel del Silencio*.

D. JOSÉ ESTEBAN Y LOZANO, natural de Madrid. Ha sido discípulo de la Academia y ha trabajado algunas imágenes en madera, entre ellas una *Virgen* que se venera en Montserrat y una *Nuestra Señora de los Dolores* para la Señora Infanta Duquesa de Sesa.

D. ISIDRO ESTEBAN, natural de Madrid y discípulo de la Real Academia de San Fernando. Es obra suya la *Carroza de la Virgen de Atocha*, colocada sobre un trono de nubes y conducida por dos ángeles. También es de su mano el templete gótico sobre que se conduce la Custodia.

D. JOSÉ ESTEVE Y BONET, notable escultor valenciano de fines del último siglo. Nació en Valencia

en 22 de Febrero de 1741; y a los veintidós años de edad era ya un verdadero artista. Estuvo casado con Doña Josefa María Vilella; tuvo, entre otros hijos, al célebre grabador D. Rafael, y falleció en 17 de Agosto a los sesenta y un años. Durante su laboriosa carrera obtuvo honores justísimos. Fue Director general de la Academia de San Carlos y escultor de Cámara de Carlos III y Carlos IV, quien siendo príncipe de Asturias, mandó disponer un *Belen*, o Nacimiento del Señor, para el que trabajaron varios escultores sobre 5.950 piezas, trabajando Esteve 180, de 50 a 60 centímetros de altura. Recibió grandes muestras de aprecio de Carlos IV, quien encargó al Sr. Esteve un *San José, Nuestra Señora y Niño* para el citado Nacimiento, y otro *San José, Nuestra Señora y Niño* para la Adoración de los Reyes Magos. Citemos a continuación las más sobresalientes de que tenemos noticia, debidas a su mano, y que se conservan en los lugares que siguen:

Agullent. — Un *San Bartolomé*, apóstol.
Alacuz. — El *Señor con la Cruz* acuestas, y un *Beato Gaspar Bono*.

Albaida. — El *Beato Lorenzo de Brindis*.
Albatera. — Una *Asunta* y una *Dolorosa*.

Alcalá de Henares. — *San José, con el Niño Jesús dormido en sus brazos*.

Alcalá de Chisbert. — *Santa Catalina, Santa Lucía y Santa María Magdalena*.

Alcalá del Fuero. — *San Lorenzo, con un niño ángel coronándole de laurel y otro en la peana con un cello*.

Alicia. — *San Luis, Rey de Francia*.

Alcoy. — *San Miguel, Santa Ana con la Virgen, San José y San Joaquín, Dos virtudes, La Divina Gracia, La Fortaleza, San Juan Bautista*.

Alcudia de Carlet. — *San Pedro Alcántara, San Francisco de Asís, Santo Domingo, San Antonio de Padua y San Juan del Prado*.

Alicante. — Una *Concepción*. Otra en trono de nubes, con ángeles y serafines; Un *San Francisco de Asís*.

Almansa. — Un *Beato Andrés Ibernón* y un *San Pascual*.

Bañeres. — Una *Virgen de los Desamparados*.

Benaguacil. — Un *San Sebastián*.

Beniarbechos. — *Jesucristo difunto*.

Benicarló. — Un *Nazareno*.

Benicasim. — *Dos mozos sobre nubes, Dos niños sentados, Dos serafines y grupo de nubes, Mundo y Cruz*.

Benilloba. — *San Joaquín, agrupado, con un niño ángel a sus pies, con un libro; otro niño sosteniendo unas nubes, sobre las que está Nuestra Señora mirando al Espíritu Santo; este se halla rodeado de resplandor de rayos y doce serafines*.

Blar. — El *Beato Lorenzo de Brindis, La Divina Pastora, sentada sobre peñas a la sombra de un árbol*.

Buñol. — Una *Concepción, Nuestra Señora de la Paz, con el Niño en los brazos, Una piedad*.

Cañamelar. — Una *Asunta*.

Cartagena. — *Grupo de la Santísima Trinidad, Unas andas con Nuestra Señora de Cervellón*.

Castellón. — Una *Piedad*, un *San Guillermo, con un Crucifijo en brazos y un niño en la peana; Un Crucifijo*.

Castellón de la Plana. — *Santa Clara, Nuestra Señora de los Dolores, una Purísima Concepción*.

Castillo de Garcimuñoz. — *Nuestra Señora del Carmen*.

Candete. — Un *Beato Lorenzo de Brindis, San Francisco de Asís*.

Coertina. — Una *Asunta, Unas andas con un San Hipólito, mártir*.

Elda. — *Los Profetas Isaías y Jeremías, La Virgen y San Juan Bautista y Dos mozos sentados, para la cornisa*.

Elche. — *Cuatro mozos, con alegorías de la Pasión; Santa Rosa y San Andrés, Dos virtudes; la Esperanza y la Caridad; Dos niños y Un serafín grande*.

Chiva. — Un *San Juan Bautista, una Purísima Concepción, San Agustín y Santo Tomás de Villanueva, Nuestra Señora de los Desamparados*.

Yecla. — *San Francisco de Asís, con un Crucifijo en brazos; un Cristo, arrodillado sobre el sagrado madero; un Cristo en la columna*.

Játiva. — *San Joaquín, Santa Ana, San Miguel y San Gabriel, Santa Basilia y Santa Anastasia, Nuestra Señora de la Seo; Andas, con una Nuestra Señora de los Dolores al pie de la Cruz, con su difunto hijo en brazos, asistida de dos ángeles; una Beata Mariana de Jesús, San Diego, Beato Nicolás Factor, Beato Lorenzo de Brindis, una Asunta*.

M. DE A.

(Se continuará.)

JUBILEO SACERDOTAL

DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

El *Boletín Eclesiástico* de esta Diócesis, que aparte de su carácter oficial, es una excelente Revista religiosa, digna de ser propagada entre los buenos, acaba de publicar un número extraordinario sobre el Jubileo de Su Santidad, cuyo contenido agradecerán conocer nuestros lectores.

Empieza el número con un artículo titulado *El Oriente en el Jubileo Sacerdotal del Santo Padre*, en el que se contiene el Mensaje elevado a León XIII por el Sr. Arzobispo de Alepo, notabilísimo documento por los sentimientos elevados y cristianos que lo avaloran y la manera bellísima con que aquellos están expuestos.

Dice en uno de sus párrafos:

«A la vista de los elevados méritos de Vuestra Santidad, los enemigos de la Iglesia quedan atónitos. Alemania cambia su política con la Iglesia y la escoge como árbitro para la decisión de los asuntos políticos de su Gobierno. Todos los Estados se acercan a Vuestra Santidad, y principalmente nuestro augusto soberano Abdelhamid Kan, el cual, queriendo dar un testimonio evidente del aprecio que le profesa, le ha remitido un precioso dón, confiándole a nuestro dignísimo Patriarca.

El Oriente, verdaderamente maravillado de los beneficios de que Vuestra Santidad le ha colmado, canta sus favores y se declara deudor a Vuestra magnificencia, sobre todo nuestra nación armenia, a la cual Vuestra Santidad se dignó aplicar sus cuidados paternales de un modo particular, elevando a su Patriarca Hassun de S. M. a la alta dignidad Cardenalicia, creando un Seminario en esta ciudad. Esta nación se congratula del triunfo de Vuestra Santidad, exclamando: *Ece vult Leo*; y a este intento, esta Diócesis ha tomado parte en cuanto posible le ha sido, con oraciones, comuniones y pequeñas ofrendas.»

Completa el número extraordinario del *Boletín* muchas noticias sobre el Jubileo, de las que tomamos algunas de las siguientes:

Los Católicos de Esmirna, la ciudad de San Policarpo, ofrecerán al Santo Padre un notabilísimo tapete turco, el cual será fabricado en Puchak, ciudad del interior, celebre en esta clase de manufactura, en tela blanca con adornos amarillos, y varios medallones con recuerdos de las seis iglesias hoy existentes citadas en el Apocalipsis, de Efezo, Laodicea, Pérgamo, Filadelfia, Sandis y Thyatira. El centro figurará el monte Pays con la tumba de San Policarpo, y en la parte superior el escudo de León XIII. El tapete será doblemente precioso, tanto por su tejido como por lo que representa.

Prosiguen activamente en el Vaticano los trabajos para el arreglo de la gran terraza *della Pigna*, donde tendrá lugar la Exposición de los donativos enviados y que lo sean en lo sucesivo a Su Santidad con motivo de su Jubileo Sacerdotal. Muchos de estos donativos, consistentes en ricos objetos de industrias nacionales y colecciones etnográficas, han llegado en estos últimos días de las Indias orientales y de algunas provincias de China, de Canadá y del Japón.

El *Boletín Oficial* de las Bodas de Oro de Su Santidad consagra doce páginas a enumerar los objetos de arte religioso que las comunidades religiosas, asociaciones católicas y diócesis varias han enviado o se proponen enviar a la Exposición Vaticana. Esta enumeración es sólo la continuación de las listas de los *Boletines* precedentes, y ofrece un magnífico cuadro donde todas las naciones están representada.

De *El Correo de Bruselas* se copia lo que sigue: «Hoy 3, por la tarde, S. E. el Nuncio Apostólico, Mons. Ferrata, ha inaugurado la Exposición establecida en la calle de los Doce Apóstoles, de los objetos ofrecidos por la Bélgica a S. S. León XIII con motivo de su Jubileo Sacerdotal.

«S. E., acompañado del Auditor de la Nunciatura, Mons. Rinaldi, fué recibido por la condesa Eugenia de Grume y por los Sres. Helleputte, profesor de la Universidad Católica de Lovaina, y Vandenbronck, respectivamente Presidente y Vicepresidente de la Opera. Mons. Ferrata, después de haber contestado con su habitual afabilidad a las corteses frases de bienvenida que le fueron dirigidas, entró en la ca-

quilla y permaneció un rato en oración ante el Santísimo Sacramento: después comenzó la visita a la Exposición, asistiendo además notables personajes e individuos del Clero y de las Ordenes religiosas, estando igualmente representada en esta solemnidad la prensa católica.

*La Exposición es notabilísima y en alto grado interesante. Casi todos los objetos expuestos se refieren al servicio del culto, habiendo manifestado Su Santidad el deseo de que los regalos que le fueren ofrecidos con motivo de su Jubileo puedan ser destinados a las iglesias pobres.

*S. E. el Sr. Nuncio fué acompañado en los diversos salones por el Sr. Helleputte, quien le dió noticias de los objetos expuestos y de los donantes. Es de sentir que muchos objetos de un valor artístico innegable no figuren en la Exposición, por haber sido remitidos directamente a Roma por los donantes.

*Las salas están adornadas con un gusto exquisito, y los objetos, a pesar de la poca extensión del local, forman un bellísimo efecto. Son de notar especialmente los donativos de S. M. la reina Enriqueta, de la emperatriz Carlota, de S. A. R. la condesa de Flandes y de la princesa Clementina. Estos regalos consisten principalmente en capillas para los misioneros y ornamentos sacerdotales.

*El Sr. Nuncio se fijó principalmente en los notables cuadros de los pintores antiguos, y entre otros del pintor Van Orley, congratulándose de la organización, celo e inteligente dirección de esta Exposición.

*Esta multitud de presentes demuestran, mejor que pudiéramos expresarlo con palabras, la adhesión filial que la Bélgica tiene a la Cabeza venerable de los fieles.

La Exposición permanecerá abierta durante todo el presente mes de Agosto.

El día 14, por la tarde, la Junta diocesana de Barcelona inauguró con numerosa y escogida concurrencia, en el salón principal del edificio que en la calle de la Merced posee la Juventud católica de aquella ciudad, la Exposición de los ricos y variados objetos que, en nombre de los fieles de aquel extenso obispado, serán ofrecidos a Su Santidad León XIII con motivo de su Jubileo Sacerdotal. A pesar de que faltan recibirse los donativos de bastantes pueblos de la Diócesis, pueden señalarse como muy notables un precioso palio de damasco bordado en oro, varias capas pluviales y de viático, de iguales telas y bordados, contándose por docenas las casullas, albas, amitos, estolas, manipulos, cíngulos, mantos, cubre-cáliz y cortinillas para sagrarios, y por centenares los purificadores, lavabos, palias, hijuelas y corporales, todo esmeradamente bordado y adornado de costosos encajes. Hay también algunos copones, cáliz y vinajeras con sus platillos de oro y plata, y otros muchos y variados objetos que sería interminable determinar. Esta Exposición durará hasta el 15 de Septiembre próximo.

El vecino de Sevilla D. Jacobo López Cepero ha regalado a Su Santidad, con motivo de su Jubileo Sacerdotal, un magnífico *Ecce Homo* de Murillo y un artístico cáliz dorado de plata repujada del siglo XVII.

Ambos objetos fueron presentados al Sumo Pontífice por el Rdo. P. Fray Pablo Carbó, de la orden de predicadores, y por D. Ildefonso Castañer. El Papa ha mandado que el cuadro de Murillo se coloque en su librería, y ha manifestado su agradecimiento al Sr. López Cepero, enviándole la bendición apostólica para sí y para su familia y un hermoso medallón de oro del año VIII del pontificado de León XIII; a que acompaña una carta de Monseñor de La Volpe, Maestro de Cámara de Su Santidad.

La Junta parroquial de las Bodas de Oro del Papa, en la villa de Granollers, prepara para remitir a la Exposición Vaticana, aparte de una rica casulla de gran mérito artístico, otras doce casullas, doce albas, otros tantos amitos, cíngulos, corporales, dos docenas de purificadores y otras tantas de lavabos, y a más una regular cantidad en metálico para el Papa.

A fines del mes anterior el Muy Ilte. Sr. Abad, Arcipreste de Jerez de la Frontera, dirigió una circular a los almacenistas y cosecheros de vinos de dicha ciudad, invitándolos a dar un testimonio de afecto filial e incondicional adhesión a la Sede Apostólica, ofreciendo a Su Santidad León XIII, en la celebración de sus Bodas de Oro, alguna cantidad de los ricos néctares que hacen famosa en todo el

mundo la feraz campiña jerezana. Como no podía por menos suceder, la invitación mencionada ha encontrado un eco en aquella católica ciudad, sabiendo que hasta ahora unas treinta casas comerciantes en dicho artículo se han adherido al pensamiento, esperando que muchas más han de hacerlo. Los exquisitos vinos de las famosas bodegas jerezanas jamás podrán tener un destino más honroso que el de ofrecerse como filial homenaje de amantes hijos al Vicario de Aquel que con tan copiosas bendiciones ha fertilizado las famosas viñas de aquel término.

Los fabricantes de vidrios de Gijón, señores Cifuentes, Pola y Compañía, han hecho, con objeto de obsequiar a Su Santidad en sus Bodas de Oro, un magnífico copón imitando las elaboraciones de Eibar con admirable exactitud, el cual tiene en su copa incrustaciones que representan distintos pasajes sagrados, y bíblicas alegorías, y en la taza un precioso grupo del apostolado.

El Obispo de Querétaro (Méjico), D. Rafael S. Camacho, está preparando para igual destino un cáliz, una cruz pectoral y un anillo pastoral, todo de oro, guarnecido de ópalos que produce una mina que existe en la diócesis. El cáliz lleva el escudo del Padre Santo con una inscripción que dirá: «Raphael S. Camacho, Episcopus, Clerus Populusque Ecclesiae Queretanae Sanctissimo in Christo Patri Leoni XIII, in quinquagesimo Sacerdotii sui anniversario, hunc aureum calicem peramanter offerunt». Estas alhajas irán encerradas en un estuche formado de muestras de las maderas más preciosas que se encuentran en los montes de la diócesis.

NOTICIAS

L' Osservatore Romano ha publicado la carta siguiente del autor del folleto *La conciliación*, de que tienen noticia nuestros lectores.

La carta del Padre Tosti está dirigida a Su Santidad, y dice así:

« Santísimo Padre:

* El dolor que he hecho experimentar a Vuestra Santidad con la publicación de mi opusculo *La conciliación* ha producido en mi corazón una profunda herida, que ni el tiempo ni el lugar podrán cicatrizar.

* Al escribir dicha obra mi intención era pura.

* El silencio, lleno de orgullo, opuesto por el gobierno italiano a las paternales proposiciones de paz que le fueron hechas por Vuestra Santidad, y la ignorancia del pueblo, me impulsaron a escribir mi opusculo, para que todo el mundo viniese a vuestros pies para oír la voz de la reconciliación y del perdón.

* En todo esto no tuve otro objeto que el de unir-me a las ideas generosas de Vuestra Santidad, favoreciendo su circulación. Era mi deber de hijo para con su padre.

* Sin embargo, la piedad del hijo sumiso ha sido vencida por la debilidad del hombre.

* *Erravi et jam non sum dignus vocare filius tuus.*

* Mi falta se ha hecho cien veces mayor, tanto por causa de la cólera de los partidos, como por el ruido malsano que sobre esto hizo la prensa. De una parte me convertí en el punto de mira contra el cual desde todos los antros se elevaron el ultraje y la calumnia; de otra parte se me prodigaron elogios que no había merecido, y se me atribuyeron opiniones que no eran las mías.

* En medio de ese toror de los partidos, visto que la augusta persona de Vuestra Santidad no era respetada, ¡cuánto lloré por ello! Pero ¿qué podía yo hacer? ¿Cómo encauzar este torrente de pasiones desencadenadas? ¿Cómo hacer comprender que la culpa era mía solamente? ¿Que ella no alaba al Pontífice que me honraba con la dignidad de Prelado de Palacio y con el cargo de Vicearchivero de la Santa Sede? ¡Oh! ¡si Vuestra Santidad supiera cuánto hace hoy todavía sufrir a mi corazón este pensamiento!

* Tal vez ciertos excesos en la forma, desde luego la interpretación malévolamente de mis enemigos, me han dado la apariencia de un hombre que es enemigo del poder temporal de la Santa Sede. Pero puedo declararlo: jamás he consentido, *cogitatione, verbo et opere*, en la usurpación que de aquel se ha hecho.

* Todas mis obras, escritas para contribuir a la elevación de la Santa Sede, y no para abatirla, me dicen que esta falta jamás podrá imputárseme. Y no quisiera que mi vida fuese marcada con la mancha

ignominiosa de los reprobados bajo el Pontificado glorioso de León XIII.

* Por este motivo, repugno y condeno todo lo que haya podido desagradar a Vuestra Santidad en mi opusculo *La conciliación*, como contrario a los sagrados derechos del Soberano Pontífice en el sostenimiento de su poder temporal, é imploro el perdón, que espero no me será negado por el alma generosa de Vuestra Santidad.

* Que la gracia de Vuestra Santa Bendición que postrado a vuestros pies solicito humildemente con la efusión de mi alma venga, Santísimo Padre, a dar fuerza a mi espíritu.

* De vuestra Santidad, el más humilde, más obediente servidor é hijo en Jesucristo — Luis TOSTI DE CASSINO, *Vicearchivero de la Santa Sede*. — Roma, San Calisto, 1.º Julio 1887.*

El Sr. Capellá da las siguientes interesantes noticias en un diario de Barcelona acerca de las campanas de aquella catedral:

« Hemos visto con gusto que se han quitado los armatostes que debajo de las campanas de nuestra hermosa Basílica se veían y estaban destinados a guardar diferentes objetos, y uno que servía para resguardarse durante la lluvia ha sido trasladado al pie de la campana titulada *Nostra Dona de las Merced*, que es la que menos se ve.

Ahora los ventanales han quedado despejados y producen el mejor efecto.

La campana mayor que hay en nuestra Catedral es la de las horas, y está dedicada a nuestra angelical Patrona y compatriota Santa Eulalia.

La segunda es la que señala los cuartos de hora y tiene por nombre *Honorata*, dedicada a San Honorato, Obispo de Arlés, como lo había sido antiguamente la campana mayor que fué destruida por haber tocado a somatén en el alboroto llamado de las quintas en el siglo pasado.

Estas dos campanas están en la torre llamada *de San Ibo*, que descansa sobre la puerta de San Ibo. En la expresada torre se colocó el primer reloj de campanario que hubo en España, regalo de la república de Venecia al Concejo de Barcelona a cambio del Código de leyes del Mar que regalaron los concellers al Concejo de los Diez de la reina del Adriático.

Toledo y Sevilla pretenden esta supremacía sin razón alguna, pues no hay más que cotejar las fechas para convencerse de ello.

En la torre de las campanas, gemela de la del *Sany de les hores*, hay la mayor, llamada Tomasa, dedicada a Santo Tomás Cantuariense, Arzobispo de Cantorbery, a cuyo Santo se veneraba mucho antiguamente en nuestra Catedral y tiene beneficio fundado.

Esta campana fué fundida en el pasado siglo, y es de las que tiene mejor sonido en Europa. Después de ésta la mayor es la Oleguera, dedicada al Obispo barcelonés San Olegario. Esta es más antigua. Sigue después *Nostra Dona de las Merced*, dedicada a la Virgen María, Patrona de Barcelona y su obispado. Tenemos después la llamada *Badada*, que es muy rara; alta, estrecha y rajada expresamente, lo cual la da un sonido cascado. Sirve para anunciar el toque de las otras campanas.

Hay otro ejemplar en la misma torre, para cuando ésta se inutilice, que lleva el nombre de « María ».

En la Seo de Mérida hay otra campana parecida, rajada también del mismo modo. Hállase una campana análoga en varios otros templos de España y Francia.

Después hay dos esquilonas llamados el de Arriha y el de Abajo, y luego las campanas llamadas la Fera, la Tercia, la Sexta y la Nona, las cuales sirven para señalar respectivamente las horas que sus nombres indican. Después hay otra de menor tamaño llamada *el Esquiro*, y por último una mayor conocida con el nombre de la *Lladre*, porque cuando en nuestra Catedral se respetaba el derecho de asilo, llamado *Sagrat*, de la *Lladre* colgaba una cuerda, y cuando un criminal huyendo de la justicia se amparaba en la Catedral, tiraba de la cuerda de la campana, y entonces se acogía al perseguido y se le hospedaba en el lugar llamado *Sagrat*, que todavía se conserva: de allí no salía hasta alcanzar su perdón ó ser sentenciado a muerte.

Los barceloneses visitaban a los refugiados y les daban limosna, a pesar de que en su aposento sobre el claustro de la Catedral tenían su cama y eran mantenidos con decencia.

El último criminal que allí se acogió fué a últimos del siglo pasado. Era conocido con el apodo de « Tetus » y tenía el gusto de acompañar por los claustros de la Catedral al juez que pidió para él la pena de muerte, a la cual fué condenado: pero logró evadirse y acogerse en el asilo, donde murió.*

El Sr. Obispo de esta diócesis ha dirigido al clero una importante circular, por la que se dispone y manda categóricamente que por los señores curas párrocos y ecónomos de esta corte se cumplan y observen fielmente sus prescripciones; y especialmente las aprobadas por decreto arzobispal de 11 de octubre de 1880 referentes a las diligencias, expedientes y requisitos que han de observarse para la celebración de matrimonios, las cuales seguirán en su fuerza y vigor mientras por dicho Prelado no se modifique o derogue, encargando del más exacto cumplimiento de esta disposición al señor provisor y vicario general de la diócesis.

Parece que la publicación de esta circular ha obediencia a que en algunas iglesias parroquiales de esta corte no se observan en la celebración de matrimonios las prescripciones establecidas por los Sres. Arzobispos de Toledo cuando ejercían jurisdicción ordinaria.

El virtuoso Sacerdote D. Esteban Tomás, conocido por su gran caridad, está edificando en Jumilla un asilo para ancianos desamparados, cuyo coste se calcula en unos 50.000 duros.

En el vapor correo *Nuevo Mahón* ha sido embarcada en Barcelona con destino a Argel una lámpara de hierro que ha de perpetuar la memoria de la ocultación de Cervantes en una gruta de aquella costa, cuando trató inútilmente de librarse del largo cautiverio que allí sufrió.

Esta lámpara, fundida en la sociedad Terrestre Marítima, se debe al reciente viaje de la escuadra de instrucción a Argel, durante el cual dispuso el contraalmirante Maymó la busca de la citada cueva.

Descubierta que fue, se acordó perpetuar con la citada lámpara la estancia en ella del inmortal autor del *Ingenioso Hidalgo*; según consta en la interesantísima *Memoria* que fue escrita al efecto, y que reproducimos en las columnas de LA ILUSTRACIÓN.

El Soberano Pontífice ha fijado para el 6 de Enero de año próximo, tiempo de su Jubileo Sacerdotal, las siguientes canonizaciones, que serán santosísimas: los Jesuitas beatos P. Claver y Hermanos Berchmans y Alonso Rodríguez, y los siete nobles florentinos que en 1233, día de la Asunción de la Santísima Virgen, fundaron el Instituto de los Servitas. En los domingos sucesivos se celebrarán las ceremonias de Beatificación de cinco venerables: Luis María Grignon de Monfort, fundador, en la diócesis de Laon, de las congregaciones del Espíritu Santo y de las Hermanas de la Sabiduría; Egidio María de San José, del Instituto de San Pedro Alcántara; Clemente María Hotbaner, redentorista; Félix de Nicosia, lego capuchino, e Inés de Benignim, agustina española.

La Sección de Conferencias de la Real e Ilustre Archicofradía de San Luis Gonzaga, canónicamente erigida en la iglesia de Nuestra Señora de Belén de Barcelona, celebrará el próximo año de 1888 el primer certamen literario en honor de la Inmaculada Concepción de María Santísima, para el cual regirán las reglas siguientes:

El día 25 de Marzo, en que la Iglesia celebra la Anunciación de Nuestra Señora y Encarnación del Hijo de Dios, serán adjudicados en sesión pública los premios.

El jurado que ha de adjudicarlos se halla formado por los siguientes señores:

D. Juan Masterrer, Cura párroco de la iglesia de Belén, Barcelona. — P. Juan María Solá, de la Compañía de Jesús. — Dr. D. Santiago Quintana, Presbítero. — D. Juan de Dios Trías. — D. José de Pala y de Huguet. — D. Manuel Pascual de Bofarull. — D. Ramón de Manresa y de Castells. — D. J. Juan Susany. — D. Francisco Pol y Royo.

El Sr. Dr. D. Benito Vilamitjana y Vila, Arzobispo de Tarragona, ha dirigido al clero y fieles del arzobispado una sentida y enérgica carta pastoral en la que se lamenta de los gravísimos daños que producen en la sociedad el vicio de la blasfemia, el trabajar en los días festivos y los centros de prostitución no sólo perjudiciales al individuo y a las familias, sino también a la paz del Estado, puesto que en ellos se traman los planes de trastornos públicos, y se reclutan los soldados de la revolución.

El Sr. Arzobispo expone los males que se siguen de transigir con estos centros de perdición, haciendo oír su evangélica palabra para que cesen los vicios y abusos que condena en su pastoral.

Los católicos alemanes se han reunido en asamblea general en Tréveris el día 28 del pasado, señalando desde luego la importancia excepcional que tendrá esta reunión después de los sucesos religiosos que han ocurrido este año en Alemania. La presidencia ha sido concedida al conde de Ballestrom. Se hallan presentes los Obispos de Tréveris y de Luxemburgo y los Sres. Vaughan, Knab y de Lippe; príncipe de Loewenstein, barón de Frankenstein, Windhorst, Reichensperger, Lienbacher, diputado austriaco, muchos diputados del Reichstag alemán y del Landtag prusiano. Se ha notado además la presencia de muchos sacerdotes del clero alemán y austriaco, de las diócesis de Metz, de Strasburgo, de Luxemburgo, de Lieja, de Malinas y la flor de la nobleza rhenana.

El Obispo de Tréveris pronunció un brillante discurso sobre la necesidad de la unión entre católicos y sobre los resultados obtenidos con su mediación.

Hace algún tiempo, cuando se eligió a Tréveris por lugar donde había de celebrarse el Congreso, los delegados católicos encargados de la preparación dirigieron al Soberano Pontífice una carta solicitando su aprobación y su bendición para los trabajos del futuro Congreso, y Su Santidad se dignó concederlos.

BIBLIOGRAFÍA

Meditaciones del Corazón de Jesús.—Otra edición en francés por el P. Enrique Rancier, de la Compañía de Jesús, y traducida al castellano por el P. Francisco de P. Maruri, de la misma Compañía.—Bilbao, 1887. Administración de El Mensajero.

Esta obra, llamada a adquirir en nuestra patria, entre los devotos, la misma celebridad que goza en Francia, se halla dividida en tres partes, y contiene una serie de meditaciones cuyo fin es unir nuestro corazón con el de Jesús por medio de la santidad.

Las diez primeras meditaciones comprenden los lazos de nuestra unión con el Corazón de Jesús.

Las diez siguientes, el ejercicio de esta unión, cambiando nuestras miserias con las riquezas del mismo Corazón.

Las diez últimas tratan de los frutos de esta unión, que son las virtudes que ha de producir en nosotros.

La presentación tipográfica de la obra es inmejorable.

Miedo al hombre.—Novela original de Carlos Frontaura.—Barcelona, 1887.

De acción interesante, aunque sencilla, y de profunda moralidad, como todas las demás producciones de su distinguido autor, la novela *Miedo al hombre* mantiene el justo crédito que disfruta el señor Frontaura. No señala acaso la verdadera personalidad literaria del autor, pero merece seguramente la misma aceptación que todas las obras que la han precedido.

Jesucristo y la bella.—Apuntes para un libro, por Pedro Claver y Buena.—Zaragoza, 1887. Imp. de Mieses.

Este estudio del Sr. Claver, dedicado al Apostolado de la Oración y Plá Unión del Sagrado Corazón de Jesús, desarrolla discreta y elocuentemente el tema que del título se desprende. Puede juzgarse de la importancia del estudio por los epígrafes de los capítulos, que reproducimos: Belleza moral de Jesucristo. — Belleza física de Jesucristo. — Fonografía cristiana: imágenes de Jesús. — Condiciones estéticas de la Biblia: Antiguo y Nuevo Testamento. Bellezas del Culto católico. — Elogio del arte cristiano.

Memoria leída en la inauguración del curso de 1885-86 de la escuela de adoctrinamiento de la Propaganda católica de Palencia, por el Presbítero D. José Madrid Manso, Director de la misma. Idem de los cursos 1886-87.

En estas importantes Memorias se detalla el progreso y desarrollo de *La Propaganda*. Esta sociedad sostiene diferentes clases: un Círculo, una Caja de ahorros, otra de Socorros mutuos para los obreros; reparte premios ordinarios y extraordinarios, publica un periódico y reparte profusamente útiles y sanas lecturas entre los alumnos. Las corporaciones de la provincia y la Dirección de Instrucción pública protegen la Sociedad, de la que es alma el ilustrado Presbítero D. José Madrid Manso.

Diálogos de actualidad, por J. M. M.—Palencia, 1887.

Se acaba de repartir el señalado con el núm. 24, y que trata de *El Dinero de San Pedro*; es tan interesante como todos los anteriores, y destinado, cual

los mismos, a producir mucho bien entre las clases pobres, a las que especialmente se consagra.

Universidad de Santo Tomás de Maná.—Discurso leído en la apertura anual de sus estudios el día 2 de Julio de 1887, por el Rector D. P. Fr. Raimundo Velázquez y Conde, del Orden de predicadores. Profesor de la misma Universidad.—Maná, 1887. Tipografía del Colegio de Santo Tomás.

El autor de este notable discurso prueba en él, con sana y clara lógica, que el cerebro no piensa, ni puede ser órgano propio del pensamiento; es decir, que ni la materia muerta, inorgánica, puede por sí misma llegar a formar un solo pensamiento, expresión acabada de la vida, ni la materia organizada, aun tan delicada como se supone en el cerebro, puede ser más que el instrumento extrínseco de la inteligencia, y eso sólo en el estado de unión del alma con el cuerpo.

NECROLOGÍA

Han fallecido recientemente:
En Valladolid, el Sacerdote exclaustro, del Orden de San Benito, D. Fray Francisco Vicente Barrasa.

En San Hilario, el Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona D. Ignacio Palá.

En la Coruña, D. Manuel Rodríguez Puga, Beneficiado de la Real e Insigne Colegiata de aquella capital.

En Santa María de Lira (Coruña), el Presbítero D. Manuel Hermida Louro.

En Calvente, el Párroco D. Andrés Calveira.

En San Felis de Torrelló, la Sra. Doña Francisca María Escribá de Romaní, Presidenta de la Junta de Señoras de la Caridad Cristiana.

En Reinosa, Fray Domingo Seco Fontecha, de la Orden de San Bernardo.

En Burgo de Osma, el Penitenciario de la Catedral D. Jerónimo Cabezon.

En Burgos, la Sierva de Jesús, de la Caridad, Sor Umelina Beriaín y Hernández.

En Tresjuncos (Cuenca), el Párroco D. José Gallardo López.

En Vilanova de Segriá, el Párroco D. Francisco Cobejaus.

En Tamarite, el Beneficiado D. Manuel Boix y el Padre Antonio Gruas, religioso dominico.

En Fayon, el Párroco D. Miguel Prim.

En Llano de Olmedo, el Párroco D. José María Pérez.

En Oropesa, el Párroco y Arcipreste D. Gregorio Rodríguez Salvador.

En Becedillas, el Párroco D. Miguel Fernández.

En Velayos, el Párroco D. Marcelino M. García.

En Cebreros, el Coadjutor D. Francisco Gómez Ortiz.

En Santiago, el Presbítero D. Domingo Plata Manteiga.

MUEBLES DE MADERA CURVADA

THONET

UNICOS INVENTORES

Nuevas rebajas desde 1.º de Abril de 1887.

Nuevos modelos Patent núm. 38.220.

Depósito en Madrid: Plaza del Angel, 10.

ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.





EPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 26. — Madrid 15 de Septiembre de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Six meses.....	30 »
Un año.....	50 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Six meses.....	21/2 pta. fr.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Six meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Six meses.....	3 pta. fr.
Un año.....	5 »

SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por Manuel Ossorio y Bernard. — *Los grabados*. — *Se concreta más la contestación*, por Fray José Coll. — *Sin-fido* (conclusión), por José Hernández y González. — *Carta Pastoral del Excmo. Sr. Obispo de la Diócesis de Madrid-Alcalá sobre el dote*. — *Un esplendor*, por Pablo Ferval. — *La Religión y los partidos políticos*. — *El Arte religioso*, por M. de A. — *Jubilos Sacramental de Su Santidad León XIII*. — *Noticias*. — *Neurología*. — *Guarados*. — *Leo Taxil*. — *San Jerónimo penitente*. — *Escultura de la Puerta Alta de la Catedral de Burgos*.

LA DECENA

La prensa adicta a la causa del catolicismo se lamenta, y con sobrada justicia, del espionaje ejercido sobre el Vaticano por el Gobierno del Rey de Italia. La publicidad dada a la circular remitida por el Sr. Secretario de Estado a los Nuncios ha venido a confirmar con un hecho evidente lo que antes no pasaba de la categoría de ser una presunción fundada, y hasta podría afirmarse, sin aventurar acusación muy grave, que el secreto de la correspondencia diplomática se ha violado en el mismo correo, privando al Pontífice de una de sus libertades esenciales: la de comunicarse con sus dependientes y con los Gobiernos católicos sin el peligro de que el Gobierno italiano sorprenda todas sus correspondencias. Este espionaje, esta violación de la correspondencia, no solamente confirma la falta absoluta de libertad del Pontífice, sino que coloca sus derechos soberanos muy por debajo de los que tiene el último ciudadano de Italia.

Los tribunales italianos no podrán de seguro hacer justicia a las enérgicas protestas de los católicos; pero día llegará en que la Europa culta examine si es dable continuar apoyando una situación en que el Pontífice romano carece hasta de la soberanía de comunicarse con sus agentes en el orbe católico.

Otro asunto, de interés más directo para los españoles, nos facilita Roma en el tiempo comprendido entre el anterior y el presente número.

Los fervorosos católicos de nuestra patria, en cuyas almas habían surgido algunas dudas sobre el alcance de un documento emanado en Enero último de la Sagrada Congregación del Índice, con ocasión de la polémica suscitada por el folleto del ilustre

escritor D. Félix Sardá y Salvany, leerán con gratitud el documento que a continuación copiamos del *Boletín Eclesiástico de Barcelona*. Los que, por el contrario, movidos de intransigente espíritu de partido, intentaron dar al triunfo del Sr. Sardá un alcance político de que carecía, y que hoy evitan copiar el documento romano, con el mismo empeño que mostraron al comenzar el año por violentar en determinado sentido las enseñanzas de la Iglesia, no tendrán más remedio que recoger en silencio la digna lección que emana de Roma, y con la cual se establece de nuevo, por quien tiene poder para ello, la divisoria que debe separar los intereses políticos, siempre mezquinos y perecederos, de los eternos é inmutables de nuestra sacrosanta Religión.

Hé aquí el documento a que nos referimos:

El Emmo. y Rdm. Sr. Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación del Índice, con oficio de fecha 29 de Agosto próximo pasado, Nos ha comunicado la importante resolución del tenor siguiente:

Roma, de la Secretaría de la Sagrada Congregación del Índice día 29 de Agosto de 1887.

Ilmo. y Rdm. Señor y Hermano:

Han sido elevadas a la Sede Apostólica humildes peticiones de algunos fieles de esa diócesis, quienes desean saber cuál sea el genuino significado de la carta acerca del opúsculo del Presbítero D. Félix

Sardá y Salvany, que tiene por título «El liberalismo es pecado», dirigida a Tu Grandeza por el reverendo P. Secretario de la Sagrada Congregación del Índice el 10 de Enero del corriente año.

Las razones que han dado lugar a las dudas y ansiedades han nacido de que algunos han querido extender los conceptos de esta carta a las cuestiones políticas que hierven entre los católicos de España; de lo que hanse seguido acres disputas entre los escritores de periódicos, aptas para perturbar conciencias y para fomentar disensiones.

Examinadas detenidamente por orden del Sumo Pontífice las susodichas peticiones, se ha visto claramente que las alabanzas que la carta del P. Secretario tributa al opúsculo mencionado, de las cuales se deducía principalmente el motivo de dudar, se refieren únicamente a la tesis en abstracto y a los principios generales de la doctrina que el Sr. Sardá ha expuesto clara y ordenadamente según las enseñanzas de la Iglesia, pero no a algunas proposiciones incidentales ó alusiones allí tal vez contenidas que miran al orden concreto de los hechos ó al estado de las cosas políticas de España, pues no hubo intención alguna ni propósito de tocar a estas cosas. Por lo cual de ninguna manera estuvo ni pudo estar en la mente de la Sagrada Congregación una más lata interpretación de estas alabanzas ó el proferirlas en favor de los secuaces de un partido político y de su modo de proceder con detrimento de otro partido, como algunos han pretendido. Carecen, por lo tanto, de fundamento los temores de errar de aquellos católicos que, dejando aparte la autoridad de los escritores privados, en la defensa de los derechos de la Religión y trato de los asuntos, siguen como norma de su conducta los solemnes documentos y enseñanzas del Romano Pontífice, principalmente aquellos que han sido expuestos en las cartas Encíclicas *Quam multa é Immortale Dei*. Ciertamente los que siguen fiel y sinceramente esta segurísima norma propuesta por la Santa Sede a todos los fieles, y singularmente a los españoles, pueden estar seguros de que no sólo cumplirán la obligación que a todos los católicos se ha impuesto, sino que aun serán dignos de alabanza, habiéndose asustado por tanto sin motivo por las interpretaciones menos rectas que a la carta suscrita por el Secretario del Índice han sugerido las pasiones políticas.

Teniendo en cuenta esta Sagrada Congregación todas estas cosas, ha juzgado necesario escribir a Tu Grandeza esta carta para que hecha del dominio público se restituya en esas regiones la legítima y verdadera in-



LEO TAXIL.

interpretación a las alabanzas que ha merecido el señor Sardá por su opúsculo y se renueva toda ocasión de ulterior perturbación de las conciencias o de acres disputas que, siendo estériles para el bien, produjeron siempre perniciosos efectos en detrimento de la Iglesia, cuyo fin es la salvación de las almas y el reinado de la verdad y de la justicia.

*Entretanto pido para Ti al Señor toda suerte de prosperidades y felicidades y me suscribo con toda la expresión de mi afecto.

*De Tu Grandeza Adictísimo Servidor, Fr. Tomás M.^a, Card. Martinelli Ob. de Sabina, Prefecto.—Fr. Jerónimo Pío Saccheri, de la Ord. de Pred., Secretario.—Al Ilmo. y Rvmo. Sr. D. Jaime Catalá y Albosa, Obispo de Barcelona.—Barcelona.

*Y en cumplimiento de lo que en la transcrita comunicación se Nos previene, ordenamos que se inserte en el *Boletín Oficial* de este Obispado a fin de que su contenido obtenga la debida publicidad.

*Con este motivo, secundando los deseos de Nuestro Santísimo Padre, que son también los Nuestros, recomendamos a Nuestros amados fieles, en especial los que se dedican a defender con la pluma o con la palabra los fueros de la Religión y los principios de la Iglesia, que procuren atenerse a la doctrina consignada en la respetable comunicación de la Sagrada Congregación del Índice.

Barcelona 7 de Septiembre de 1887.—JAIME, Obispo de Barcelona.

Creemos innecesario añadir que LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, en su limitada y modestísima esfera de acción, jamás ha intentado intervenir para nada en la candente lucha política, que, para mengua de nuestra patria, tanto carácter le presta, y que ahora y siempre reitera su absoluta e incondicional adhesión a las sabias doctrinas que la católica y romana Iglesia predica y recomienda a todos los fieles.

La festividad de la Virgen de Septiembre señala en el pueblo madrileño una costumbre gastronómica: la del consumo de melones. Ya no se ven seguramente, como hace veinte años, aquellas jiras al Cerrillo de San Blas, Arroyo Abroñigal y Vistillas, que convertían la costumbre de los melones en pretexto para más sólidas meriendas y la consiguiente bebida a fin de evitar los cólicos de la mezcla del agua con la fruta; pero no hay necesidad de semejantes expediciones, dada la abundancia que existe en el mercado de melones y la facilidad con que éstos se adquieren a la puerta de la propia casa, gracias a los meloneros ambulantes, que en precio económico van ofreciendo su mercancía.

En esto del consumo de los melones y sandías hay también su leyenda y su tradición. Hay quien sospecha que la muchacha que tiene buena mano para escoger melones la tendrá también para alcanzar amante, novio y esposo ejemplar; hay quien no lo prueba de noche, por seguir el dicho vulgar de que la mencionada fruta «por la mañana es oro, por la tarde plata y por la noche mata»; hay quien recuerda prodigios y misterios no bien comprobados, pero que tienen todo el encanto que presta la fe; hay, por último, quien evita probar la fruta, como renunció antes al lazo matrimonial, persuadido de que no tiene muy buena suerte y de que el refrán popular advierte que «el melón y el casamiento ha de ser acortamiento».

La sandía tiene mayor número de partidarios, no sabemos si por su mérito como alimento grato, por su baratura o por sus aplicaciones a la limpieza, guiándonos por el antiguo pregón que la ofrecía «a cuarto la raja», añadiendo que con ella «se come, se bebe y se lava la cara». Por señas que, arrastrado por el natural afán de instruirme, he acudido al llegar a este punto al *Diccionario de la Academia* para aprender particularidades de la sandía y que no he podido pasar del principio de la definición. La sandía, según los inmortales de la calle de Valverde, es «una planta semejante al melón», y esto me ha bastado para cerrar el libro y preguntarme lleno de confusiones:

¿Dónde está esa semejanza? ¿En la forma exterior? ¿En el color? ¿En el sabor? ¿En su organismo interior? ¿En las pipas...? Decididamente para buscar semejanzas hay que recurrir a las hojas y tallos, y aun así no se encontrarán tan completas, pues si la semejanza en lo gramatical es lo que recuerda otra cosa por el mucho parecido, en lo científico ya se sabe que esta semejanza supone identidad en todo menos en el tamaño.

Y perdóneme esta digresión el pío lector y no la lleve a mal la docta Academia, ya que en esta semana hay pocos asuntos para una revista, y entre ellos sobresale en primer término el consumo de melones, a los que soy muy aficionado para diferenciarme de un ilustre literato que sufría un ataque

de nervios siempre que en su casa se compraba melón, y que nos decía ingenuamente:

—No es posible... Cien veces he cogido un cuchillo para partir un melón y otras tantas se me ha caído de la mano... Me parece cuando lo intento que voy a cometer un asesinato.

Además de tradiciones el melón tiene historia, é historia verdadera. Esta cucurbitácea procede de los puntos templados de Asia, hacia el país de los Kalmukos y fue traída al Occidente con ocasión de las primeras guerras de los romanos con los persas. El Emperador Tiberio deliraba por el melón y hacía un gran consumo de este fruto lo mismo en invierno que en verano. Roucher, Delille y otros poetas franceses, cantores de la naturaleza, le han consagrado sus inspiraciones. Aquí en España no sé de poeta alguno que haya hablado del melón — como no sea para confundirle con la sandía; — pero figura, no obstante, en nuestra historia literaria, por haber sido el erudito y profesor D. Juan Antonio Melón amigo íntimo y confidente en toda la vida privada del que se llamó entre los Arcades de Roma *Inarco Celio* y entre los poetas madrileños Leandro Fernández de Moratín.

Este nombre trae a mi memoria la próxima apertura del teatro de la Comedia, en cuya función inaugural se representará *El sí de las niñas*. No es seguramente de gran actualidad la censura de la viciosa educación de principios de siglo por la cual las jóvenes se sacrificaban a las exigencias de sus padres, casándose con viejos a quienes no profesaban amor, y aun es de presumir que si viviera hoy Moratín habría de decir algo y no malo de las jóvenes que atropellan por todo y que contestan con un *No* redondo y desabrido a los consejos paternales; pero hay tal encanto en las figuras de la comedia, molde que tantas veces ha servido después para que nuestros dramáticos retraten al pariente generoso, al amante leal, al asistente dicharachero y locuaz, y a la madre imprudente y habladora; es tan noble, tan digna y tan levantada la dicción; se usa un lenguaje tan castizo y tan desemejante por lo mismo al generalmente empleado ahora, que la obra moratiniana se escuchará con el mismo deleite de siempre. Así hay que esperar de nuestro público, aunque no encuentre en la obra *Ratas*, ni *Menegildas*, ni agentes de orden público, ni toreros maletas, ni cómicos hambrientos.

Por lo demás, y en cuanto a la enseñanza moral se refiere, ni las niñas se mejoraron en tiempos de Moratín ni se mejorarán hoy, en lo que hace al amor y al matrimonio, así porque la humanidad no se corrige tan fácilmente, como porque la elección de marido o de mujer, ni espontánea ni aconsejada es tan fácil. Nada lo prueba mejor que una frase de la comedia aludida, frase con la cual cerrará esta Revista, por ligar a Moratín y a los melones:

«Con los hombres y las mujeres, decía aquel, ocurre lo mismo que con los melones de Añover; hay de todo; la dificultad está en elegir bien. El que se lleve chasco en la elección, quejese de su mala suerte; pero no desacredite la mercancía.»

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

LEO TAXIL

En el actual movimiento religioso, la figura de Leo Taxil se presenta en primer término, como elocuente enseñanza de los grandes males que puede originar el error y de cuanto bien puede realizar el arrepentimiento. Gabriel Jougand Pagés, conocido principalmente por su pseudónimo literario Leo Taxil, terrible enemigo del catolicismo, el que utilizó la tribuna, la prensa y el libro para su obra de destrucción y de impiedad, el inventor de infinitas calumnias, por él confesadas y que aun utilizan en nuestra patria algunos desdichados para embauchar a la crédula e ignorante muchedumbre, iluminado por la divina gracia, se retractaba pública y solemnemente en 1885, llenando de contento a los católicos del universo. Más tarde, deseoso de procurar el triunfo de la verdad y de que su conversión tuviera beneficiosos resultados a la sociedad, consagró su privilegiada inteligencia a poner de manifiesto las farsas de los librepensadores y los ritos ridículos de la Masonería, escribiendo sus obras: *Los Hermanos Tres puntos*, *El culto del gran Arquitecto*, *Los Hermanos Masónicos*, *Las confesiones de un ex-librepensador*, *El Vaticano y los francmasones*, *Los Misterios de la Francmasonería* y otras destinadas a gloriosa vida, así como sus primeras producciones no merecían más que el desprecio de todos los hombres honrados.

El retrato que hoy publicamos es exactísimo por ser su

básis una ampliación fotográfica sobre madera perfectamente conservada por el grabador.

SAN JERÓNIMO PENITENTE

(Cuadro de José Ribera, el Españolito.)

Es uno de los lienzos en que el célebre artista supo poner de manifiesto sus altísimas cualidades, como pintor católico y excelente colorista. En otro número hemos publicado ya la reseña biográfica del autor.

ESCALERA DE LA PUERTA ALTA O DE LA CORONERÍA EN LA CATEDRAL DE BURGOS

El ilustre Prelado D. Juan Rodríguez de Fonseca encomendó al célebre Diego de Sylve la construcción de la magnífica escalera que reproducimos en nuestro grabado. Está situada en el interior del templo y en su parte septentrional están las capillas de San Nicolás y del Nacimiento y la suntuosa de la Concepción de Nuestra Señora, sirviendo de acceso a la Puerta Alta que a fines del siglo último fue cerrada por el mucho frío que por ella entraba a la Iglesia.

En la escalera de la Puerta Alta, que estaba ya concluida a fines de 1522, se coloca el Monumento para los solemnes Oficios de la Semana Santa.

SE CONCRETA MÁS LA CONTESTACIÓN

AL EPIGRAFE DEL CAPÍTULO ANTERIOR

PUES como íbamos diciendo en los párrafos precedentes, la libertad reconocida por sus legítimos padres a dos cónyuges muy formales y muy sesudos, que son el orden y la justicia; y en faltando éstos, sobrevienen sin remedio, o el terror de la demagogia, o la abyección y crueldad de las despotas y tiranos.

Pero, ¿qué? nosotros, inocentes, nos empeñamos en demostrar que la Europa no es deudora al protestantismo de ningún progreso; mas esta nuestra aserción, tomada en cierto sentido, confesamos que no puede llamarse de todo punto exacta. Le debe, sí, ¿por qué no reconocerlo? le debe el progreso de la amalgama y confusión de poderes, de cuyo nefando contubernio nacieron:

1.º El despotismo y la esclavitud. No hay más: a trueque de emanciparse de la Iglesia romana, los obcecados y furiosos revolucionarios vendieron a los reyes la libertad, escribiendo en su bandera el siguiente lema: *Cujus est regio, illius est religio*; de quien es la región, es también la religión: lo cual equivale a proclamar la omnipotencia del Estado, o sea a fundir en la sola cabeza del jefe de la nación las dos potestades temporal y espiritual. Cara, empero, les hubo de costar la venta; desde aquel instante, la intolerancia en materia de religión iba siempre acompañada del absolutismo en política. ¡Castigo del cielo! Mas al fin, bajo el punto de vista con que los protestantes miran la cuestión, esto es también un progreso.

2.º Otro ídem podríamos llamar al estado de preponderancia y riqueza que ha llegado a alcanzar la reforma, si bien no todo lo que reduce es oro. Desde el 1748 al 1848, la población de Inglaterra triplicó: así lo dicen, y nosotros no tenemos interés en negarlo; mas tampoco puede ponerse en duda, que durante dicho tiempo el pauperismo aumentó, no tres, sino ocho veces más. Londres, según el testimonio de Mr. Robert Pashley, cuenta hoy un pobre por cada cuatro habitantes. Esto es espantoso, y no reconoce ejemplo en ninguna otra ciudad del universo. A buena cuenta, la sola capital de Londres, que suma un censo de población de dos millones y medio, debe tener más de 600.000 pobres.

3.º Sigamos sumando. Otro de los progresos de la Inglaterra protestante es la embriaguez. El vicio dominante entre los ingleses es la crápula: esta abominable pasión alcanza hasta a las mujeres que visten recamadas telas, pisan alfombras de Persia, y habitan debajo de artesonados techos; muchas de las cuales cifran sus delicias en las libaciones del gin. En Escocia, en sola la ciudad de Glasgow, que tendrá acaso unos 150.000 habitantes, además de las muchedumbres de obreros que pasan los domingos y aun tal vez los lunes entregados a los desórdenes de la borrachera, se cuentan por lo menos 20.000 mujeres que tributan sus vaporosos cultos a Baco.

En 1853 existían en Londres 3.613 tiendas de cerveza, 5.279 tabernas, 13.000 negociantes de vino, y se consumían muchos millones de litros de diferentes licores: de treinta años acá, todo esto se ha aumentado de una manera que parece fabulosa. La de-

mencia producida por la intemperancia, hace ya bastantes años que alcanzó en Inglaterra la siguiente proporción: de 1.271 locos, 649, esto es, algo más de la mitad, perdieron la razón por el abuso de las bebidas alcohólicas. ¡Esto es progresar!

4.º El bandolerismo constituye otro de los adelantamientos anglicanos. Siglos ha que los órganos de la opinión pública de Londres se vienen quejando amargamente del sinnúmero de latrocinios que en aquella corte se cometen; en términos que, ya en 1734, la *Revista Británica* publicó la siguiente estadística de la suma de francos robados durante aquel año. De robos domésticos, 17 millones; de robos sobre el Támesis, 12 millones; de robos en los docks y en las vías públicas, 13 millones; de robos por la moneda falsa, 50 millones; de robos por billetes de Banco falsos, 40 millones. Total de francos robados, 132 millones. ¡Una friolera!

Adviértase que entonces Londres contaba sólo 1.200.000 habitantes; es decir, menos de la mitad que hoy, y los cacos no tenían la organización disciplinaria, ni habían alcanzado la patente de prestidigitadores como los que ejercen su oficio en los felices tiempos de hogaño. Ahora pues; 132 millones divididos entre 1.200.000 habitantes, viene á corresponder á 110 francos por cada uno. ¡No es maleja la sisa!

5.º La administración de justicia. En Inglaterra se desconoce la sustanciación de las causas subordinadas á un procedimiento económico y regular. El sistema inglés está basado en el principio de que el derecho común se forma de las decisiones de los tribunales superiores. Al fin si no fuera más que esto solo, menos mal; pero lo peor es, que después de sentar aquella proposición, quieren que este derecho común se informe de las decisiones de los mismos jueces superiores, sin considerar que incurren en un círculo vicioso, haciendo que el derecho común dependa de las decisiones de los jueces, y que á la vez las decisiones de los jueces dependan del derecho común.

Esto da lugar á una arbitrariedad, la más absoluta en los tribunales de justicia; lo cual se comprende con sólo tener á la vista la falta de un Código que enfrente las demasías del poder judicial, pues aunque las indicadas decisiones son, como eran las leyes en Roma al advenimiento de Justiniano, *onus multorum camelorum*¹, la misma profusión embaraza y confunde hasta el punto de no saberse qué es lo que rige, ni aquello que caduca.

En ninguna de las naciones civilizadas es tan complicada y lenta la administración de justicia como en la Gran Bretaña; aquello es para aburrir al más flemático *gentleman*; y lo que pone el sello á la administración de justicia es el que los aranceles de los tribunales son tan subidos, que despluman al pobre litigante que tiene la desgracia de caer en sus manos; castigando á un tiempo el bolsillo de los demandantes y el de los demandados; de los que ganan, como de los que pierden. Todos, todos salen descalabrados.

Respecto á la criminalidad en los países protestantes, diremos que, según la estadística comunicada á la sociedad de Edimburgo por sir H. Lambert, de los delitos cometidos en Francia é Inglaterra en el año 1851, resulta:

1.º Que los homicidios son, por lo menos, cuatro veces más frecuentes en las islas británicas que en Francia, no obstante que esta nación católica atravesaba entonces un período revolucionario.

2.º Que el robo se multiplica seis ó siete veces más.

3.º Que el incendio no es tan frecuente en Francia.

4.º Que los hurtos probados por los tribunales y la policía correccional son cuatro veces más numerosos cuando se considera la población de un modo absoluto; pero que son al menos quintuplicados, teniendo en cuenta la población de los dos países.

5.º Que atendida esta misma proporción de habitantes, es nueve veces mayor el número de individuos condenados en el Reino Unido que en Francia.

6.º Que las ejecuciones son tres veces más numerosas en Inglaterra que en Francia, siguiendo siempre la misma proporción de habitantes.

Estos seis números son otros tantos heraldos que proclaman el progreso patibulario del protestantismo sobre el catolicismo.

Y si queremos ver mejor el estado comparativo de inmoralidad entre dos pueblos, el uno protestante y el otro católico, he aquí lo que dice la *Revenue returns* (rendición de cuentas), part. 19 para el año 1849, publicada oficialmente por el Gobierno británico:

Delitos cometidos en solo Londres, protestante, de dos millones y medio de almas.	Delitos en toda la Irlanda católica, de más de siete millones de católicos, con un millón de protestantes.
Homicidios y delitos de homicidio con puñal, arma de fuego ó veneno.....	91 51
Bigamia.....	27 31
Delitos contra la naturaleza y ataques para cometer tales delitos.....	36 Ninguno.
Suicidios.....	207 Ninguno.
Quebrantamiento de fe con robo.....	238 89
Fraudes.....	387 128
Expendición de moneda falsa.....	619 241
Inmoralidad pública.....	57 10
Casas de prostitución.....	2.399 353
Contrabandos.....	302 Ninguno.
Total en Londres.....	4.363 En Irlanda. 923

¿Qué podrán alegar los protestantes contra este resultado? No hay elocuencia que pueda competir con la de los guarismos. Confesamos, sin embargo, que no todos los progresos anglicanos son de la misma naturaleza que los anteriores; hay también otros, sacados de varias estadísticas, de los cuales resulta, que al tiempo de la caída de los Estuardos, el pueblo inglés consumía anualmente setenta y cuatro libras de carne por cabeza; y á principios de este siglo subió aquella cifra á ciento sesenta libras y media.

Nosotros no somos competentes en la materia: para graduar la importancia de este progreso carnívoro, era preciso haber vivido en aquellos bienhadados siglos medios de la andante caballería pedantesca, y trasladándonos á la insula Barataria, escuchar los oráculos de boca del archibarrigudo Sancho, flor y nata de los gobernadores famélicos.

¡Vaya, hombre, vaya! Si se tratara simplemente de una cuestión de estómago, no hay duda que el aumento de las libras ó de los *kilos*, como dicen ahora, en el consumo de la carne, nos prestaría un argumento de los más nutridos; argumento que, dando mayor gravitación á las humidades bretonas, alcanzaría súbitamente la descensión del platillo en la gastronómica balanza. Pero es el caso que el reino de Dios, como el Apóstol dice, no es comida ni bebida. No; no ha criado Dios al hombre para la actividad de las mandíbulas y los progresos de la gula. Ni la virtud y el saber se miden por el mayor ó menor lastre del frontispicio del cuerpo humano, llamado abdomen.

Fx. Jost. COLL.

SINE-FIDE

CAPÍTULO IX

DE CÓMO EL CORCOVADO CUMPLIÓ SU MAL PROPÓSITO

El suceso narrado en el precedente capítulo, lejos de tranquilizar á la hermosa Elena, fué causa de que se sobresaltase de modo que no había medio de aquietarla. Huyeron de ella el sueño y el apetito y se dejó asir de tanta congoja que empezó á desmejorarse muy aprisa. D. Francisco lo echaba todo en acrecentar la cólera, que había vuelto contra sí, diciendo que todo esto sucedía por no haber acabado con aquella fea alimafia que se atravesó en su camino, y D. Pablo estaba tan mal parado con las cosas que en su casa sucedían, que no sabía cómo discutir acertado remedio para terminirlas. Tomando y desechando ideas sin confiar en ninguna, le pareció por fin haber desatado el nudo proponiendo á sus hermanos que se fuesen los tres á una posesión que tenía cerca de la costa, donde Elena se mejoraría con el aire del campo, y la confianza de estar á cubierto de cualquier intriga, que era lo temible en el corcovado, por ser un hombre muy capaz de ellas, asegurándoles que al mismo tiempo estarían al abrigo de cualquier intento de otra clase, por ser sitio muy seguro y bien defendido. D. Francisco, que tenía idea de regresar á España tan pronto como se ofreciese ocasión oportuna, prestó gustoso su asentimiento por parecerle que era de buen agüero aquel acercarse á la costa, desde la cual podría ser que viese alguna embarcación que les pudiera servir, atendiendo á las señas que llegado este caso pensaba hacerla. No tuvo el mismo parecer Elena, diciendo que cuanto más solos estuviesen era mayor el peligro; pero cedió á los deseos de su prometido á quien cada día mostraba más amor, y no tardaron

en realizar su propósito con el mayor sigilo y disimulo que pudieron. No parecía que al corcovado se le veía en ninguna parte, ni se tenía siquiera conocimiento de él, lo cual iba tranquilizando á D. Pablo, mas no á su hermana, quien disimulaba lo más que podía por no dar pesadumbre en la casa. Una mañana que pasaban muy risueños paróse de pronto Elena, y dió algunos pasos hacia atrás con gran susto. Miraron en torno suyo el novio y el hermano, sin ver á nadie, y comprendiendo ella su extrañeza, les dijo que no se alarmasen, que no había causa razonable para ello; pero que les quería demostrar como no tenían tan fina vista como ella para ver lo que no era de su agrado, y mostrándoles unas piedras que allí había les preguntó si notaban algo en ellas. Contestáronla que no; mas insistiendo en rogarles que mirasen de más cerca y con más espacio, y haciéndolo así, hallaron que por una de las junturas mostraba su cabeza una culebra, mirando sin ser vista de quien mirase con menos atención que ellos. No tuvo el lance comentarios, pero los tres hicieron sin duda el mismo, trayéndoles el reptil á la memoria al corcovado, y notando como hay ojos que gustan de ver sin ser vistos. No tardó la experiencia en acreditar toda la importancia que para ellos encerraba esta verdad, pues aconteció que estando una noche profundamente dormidos, empezó D. Francisco á soñar que se ahogaba de calor junto á la boca de un horno encendido donde le querían meter, y cuando estaban á punto de lograrlo, le despertaron las voces de Elena que entraba despavorida pidiendo socorro. No tuvo que indagar la causa de su temor el caballero, porque en muy breve espacio se sintieron envueltos en una nube de humo que les sofocaba y oscurecía la vista, no permitiéndoles ver otra cosa que el rojizo resplandor de una colosal hoguera que iba escalando la casa y entrándose por las ventanas de la fachada principal. El natural instinto de conservación enseñó á D. Francisco el único medio que á su salvación se ofrecía, y era descolarse por la parte interior al corral, lo que ejecutó, después de auxiliar á Elena en aquella peligrosa bajada. Una vez en aquel sitio se consideraron un poco más seguros, pero no tanto que pudieran permanecer en él sin riesgo; porque ardiendo la casa por los otros tres costados, eran muchas las brasas que llovían á su alrededor y muy sofocante en todas partes la humedad.

Había, pues, necesidad de salvar el cercado para salir fuera, y D. Francisco, sacando fuerzas del peligro, logró no sin grandes trabajos dominarlas y servir á Elena para que le siguiese. Ya empezaban á considerarse libres, cuando entre unas zarzas que había enfrente brilló un resplandor seguido de una detonación y sintió el caballero silbar junto á sus sienes la encendida pelota de un arcabuz.

Bajó al campo, arrastrando tras de sí á Elena que había perdido el sentido, y colocándola en el suelo se dió á correr hacia las zarzas esgrimiendo el acero con tan denodada furia como si ya estuviera cruzándole con el de su enemigo; pero por más que miró y tornó á mirar registrando los contornos, no vió nada y fué lo peor que pareciéndole sentir algún ruido á poca distancia, le pone espuelas el deseo de tomar venganza, y se iba alejando más y más del sitio en donde dejó á su prometida. Tornó á él desesperanzado de hallar lo que con tanta ansia buscaba, decidido á descansar breves momentos mientras determinaba su proceder: mas no debían terminar aquí sus trabajos, antes arreciaron de modo que los anteriores fuesen cosa de juego y nada á par de los que le sobrevinieron después. Fué el caso que, no viendo á Elena en el sitio en que la dejó, tendió la vista por todo el horizonte, y allá, lejos, muy lejos, divisó un grupo que destacaba sus contornos sobre el azul del cielo, que ya iba clareando, con bastante vigor para conocer que eran hombres que conducían una pesada carga. Era indudable que aquellos hombres llevaban á Elena, y lo hacía creer la circunstancia de distinguirse entre ellos uno más pequeño y deforme, en el cual reconoció D. Francisco al corcovado, autor de todas sus desgracias; corrió tras ellos hasta perderlos de vista al trasponer un cerro cuya cumbre ganó con presteza el caballero; pero ¡cuál sería su asombro, al advertir desde aquel sitio y con la luz del día, que era ya entrado, que había perdido la pista y no era dable averiguar en qué dirección caminaban!

Allí se le acabaron las fuerzas y acrecentaron los dolores del cuerpo y del alma, que eran los más vivos, y no sintiéndose hombre se desesperó como niño, arrojándose al suelo que golpeó con la cabeza, mesándose los cabellos y gritando como un loco.

Callaba alguna vez como para escuchar si alguien le respondía, ó si en la tierra resonaban aun los pasos de aquellos forajidos que iba persiguiendo; pero no sentía otra cosa que el violento latir de su corazón y un estruendo sordo y cavernoso que parecía

¹ Sin contar con las leyes del Parlamento inglés, las solas decisiones se codifican hoy en más de 400 volúmenes.

producirse a mucha distancia en las entrañas de la tierra. La luz del sol hiriéndole en los ojos y animándole con su calor le prestó algunas fuerzas, y procurando volver en sí trató de tomar acuerdo de lo que había de hacer, que a su juicio era encaminarse hacia la ciudad de Sine Fide, donde el corcovado tenía su casa, y forzosamente hallaría en ella quien de grado o por fuerza le diera razón de su paradero, y tal vez pudiera valerse de los alguaciles para rastrear sus huellas. Esta esperanza le prestó nuevos bríos, y realizando su plan le sucedió lo que se verá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO X

DONDE SE DA FIN A ESTA HISTORIA, DECLARANDO MUCHAS COSAS QUE D. FRANCISCO VIÓ EN SINE-FIDE, Y SE REFIERE EL RIGUROSO CASTIGO QUE SUFRIERON LOS HABITANTES DE ELLA.

Todo tiene su fin en este mundo perecedero, y no podía menos de tenerle aquella isla desierta, donde los hombres negaban a Dios la fe, sin la cual no es posible la vida del alma. Cumplidos que fueron los días que la Divina Providencia dió de plazo al arrepentimiento y a la penitencia, sin que lo supieran lograr aquellos oscurecidos entendimientos mandó Dios a su ángel que pues el pecado de aquellos hombres era contra la fe les quitase el único rayo de ella que aun les quedaba y entregase la isla a la desolación y a la muerte. Al llegar D. Francisco a la ciudad, el sol, que aun no había hecho la mitad de su carrera, empezaba a entoldarse, y aquel sordo mugir de las entrañas de la tierra a sentirse más cercano, bien que confundido con otros que del mar provenían. No era dueño el atribulado caballero de parar la atención en otra cosa que no fuera su cuita, y aunque le parecieran algo más azorados los habitantes de Sine-Fide, no haciendo de ellos ningún aprecio se fué en derecha a la casa de su rival, que halló abierta.

Vió que desde la calle le estaban mirando con muestras de mucho susto dos hombres, parientes muy propincuos del corcovado, que con él vivían, a los cuales preguntó inútilmente por su deudo, porque no le supieron dar otra razón sino que había salido de la casa hacía muchas horas y aun no había vuelto. Dirigióse D. Francisco hacia la puerta con resuelto ademán, sin hacer caso de las vociferaciones que aquellos hombres le daban, diciéndole que no entrara, que no era cuerdo fiarse de aquellas paredes, por tener en sí la necesidad de venir al suelo algún día, que acaso fuera el presente. Tomara a burla estas palabras otro que no tuviera experiencia de quienes eran los sinefideinos, y Don Francisco tenía ya tanta y tan turbado estaba que ni siquiera oyó las últimas.

Entró, registró, rompió y acuchilló todo lo que le ponía alguna resistencia; mas fué vano su trabajo y ociosa su cólera, porque la casa estaba desierta; pensó en indagar a sus moradores forzándoles a decir la verdad; mas cuando llegó de regreso a la puerta habían dado a huir, temiéndolo todo de un hombre tan colérico y despechado. No le quedaba más recurso que avistarse con el alguacil, a quien halló en su casa muy ocupado en disponer la prisión de todos los habitantes de la ciudad, embargándoles hasta lo negro de las uñas; porque decía que era un grave error partir del supuesto de que los hombres son inocentes y buenos, mientras no haya justa causa para creer lo contrario, y decía que todos eran bellacos, ladrones y traidores, a quienes debía tratarse como delincuentes, ínterin obtenían ejecutoria de buenos.

No quiso D. Francisco referirle lo ocurrido, porque era natural que no lo creyese, y menos después de su nuevo propósito, que quiso desde luego ensayar el alguacil asediándole con entrambas manos y pidiendo favor al Rey para prender a un malhechor; pero luego que el caballero le puso entre las uñas una moneda de oro le soltó, pidiéndole mil perdones por no haber leído antes la ejecutoria de honradez que llevaba escrita en la frente y sellada en el bolsillo. Preguntóle D. Francisco qué sería necesario hacer para descubrir el rapto de una persona, y le fué contestado que lo primero era darle parte, con el cual pediría la venia al Rey para hacer su oficio, y pasando al Consejo éste meditaría despaciosamente y sesudamente la resolución, que siendo favorable se entraría en la vía de las investigaciones, echándose pregón por tres días consecutivos para que los que supiesen del caso auxiliasen a la justicia, y tras esto los alguaciles saldrían a perseguir por las calles y los campos hasta dar con ellos, quedándose uno a la vista y volviéndose los otros a dar parte y obtener resolución de si era caso de prenderles. No era este camino el más a propósito para llegar al deseado fin, y en su consecuencia

pensó el caballero abreviarle si había medio hábil, contentándose con que privadamente pesquiasen y le dijeran dónde hallaría lo que iba buscando. Ya había metido la mano en el bolsillo en demanda de los más elocuentes razonamientos, cuando tocó al alguacil el turno de quedarse a oscuras, privándosele del apice de fe que restaba en su mollera, y soltando la carcajada empezó a reírse de sí mismo, porque se le antojaba tener delante de sí un hombre de carne y hueso, lo cual era tramoya de su caletre o enfermedad de sus sentidos, de los cuales no se volvería nunca a fiar, y volviendo la espalda a su interlocutor puso mano a sus negocios y menesteres, como si estuviera enteramente solo. Salíose Don Francisco haciendo cruces y pensando que aquel hombre se había vuelto loco. Acordóse de que el Rey le había hecho mucha merced, y se encaminó a Palacio, pensando herir la dificultad de su empresa en el corazón; pero no fué más feliz con el Rey que con su alguacil mayor, porque también estaba a oscuras Su Majestad y le había tomado por tirar por la ventana cetro y corona, diciendo que no quería seguir la broma más allá, que aprovechando su ceguera le hacían creer cuatro amigos que era su Rey, pero que el sabía muy bien su verdadero oficio, que era andar con una vihuela recorriendo los lugares.

Oyó estas razones el valido, que cerca de una ventana estaba, y asiendo de Su Majestad como de un juro y censo de por vida comenzó a gritar, diciendo que le ayudasen a conservar el orden y la salvación común; pero apagándosele entonces la linterna dijo que de todos los sinsabores que pasaban en la tierra tenía él la culpa por imaginar que era hombre, lo cual no estaba demostrado, antes bien le parecía ser un pájaro de cuenta, y lo demostraría volando con donaire nunca visto. No hubo lugar de contestarle, porque diciendo y haciendo se tiró por la ventana, y aunque tendió los brazos en el aire sólo le sirvió esta medida de dar mayor golpe en la caída y acabar más presto su existencia. Sabió de allí espantado D. Francisco, y hallándose en la calle pensó que la agudeza de sus dolores le había trastornado el juicio, y que las cosas que veía no eran más ciertas que si fuesen soñadas.

A cuatro pasos de Palacio había un hombre pidiendo socorro para su hermano, que llevaba muchas horas sin comer y se estaba muriendo de necesidad. Parecía ser así como lo estaba diciendo, porque a su lado estaba el hambriento, más amarillo que si tuviera ictericia y más delgado que sutileza de galán poeta. Echó mano al bolsillo para socorrerle; pero advertida su acción, dijo el que pedía socorro: «El mal de mi hermano es de otra índole que la pobreza, porque tenemos que comer y no quiere hacerlo, diciendo que no halla en qué fiar; porque las carnes muertas no sabe de qué animal proceden ni de qué mal murieron; si de legumbres se trata, dice que con ellas vienen venenosas semillas; y si de huevos, asienta que todos tienen pollos.» — «Es la verdad, replicó el moribundo con voz apenas inteligible; y añado que la comida no es, ni ha sido, ni será necesaria jamás; que si hasta aquí usaron de ella los hombres fué puro vicio.» — «¿Y ese mal que te acaba y ese aguijón del estómago, de qué son, cuitado, sino de pura hambre? le dijo el hermano. A lo cual contestó el otro que no era sino de malos humores que le acudían al vientre y que lo mejor era darle unas frías para que se le bajaran a los pies. Separóse de ellos D. Francisco cada vez más espantado de los sucesos de aquella jaula de locos, y a pocos pasos tuvo ocasión de presenciar la más triste tragedia que en sus días tuvo ocasión de ver, y fué que estaba disputando un padre con su hijo y le decía que le devolviese cuanto había gastado en alimentarle y vestirle, teniéndole como cosa suya, en razón a que no podía creerlo por ser impropio de un hombre cuerdo dar crédito a una mujer. Replicábale el mozo debía ser así como lo decía, pues tampoco él tenía ninguna bastante para estimarle como padre, y así, que le pagase las soldadas de tantos años como le había tenido a su servicio. Acudió la madre en defensa de su buena fama; pero así pensaban ellos en creerla como en volar, y enredándose en injurias vinieron a las manos, dando tan fuertes puñadas el hijo al padre que un mismo punto le cortó la furia con la vida, sin ser parte a evitarlo D. Francisco, por más que oportunamente se puso entre ellos, recibiendo más de un cardenal. Afecó al mozo su proceder; pero el mozo se marchó cantando y diciendo que no era verdad aquello de la muerte, sino superchería del viejo maula, que no queriendo seguir la rifa se hacía el muerto. La madre ponía el grito en el cielo, arañándose la cara y mordiendo los brazos, para despertar, decía, de aquella modorra que le tenía tan prieto el corazón.

No muy lejos de aquel sitio halló D. Francisco

un hombre en el suelo, pidiendo le llevasen allá lo que hubiera menester, porque habiéndose caído tenía tal miedo que no pensaba levantarse jamás, no aconteciera que los pies se hubiesen apollado de puro malos y la segunda caída fuera de más peligro que la primera. No quiso ver más el espantado caballero, que en aquel punto notó más cercano aquel pavoroso ruido del seno de la tierra y se hizo cargo de cómo caían sobre la ciudad densas nieblas. Echó a huir, y lo hizo en tan buena hora que aun no había salido al campo cuando oyó un estruendo de tiros y aun pudo colegir lo que era, viendo a un sinefideino detrás de una esquina que disparó su arcabuz al sentir cercano a un perro. Aquellos desdichados ya no se fiaban de sí mismos, y estaban como locos exterminándose los unos a los otros como único medio de proveer a su tranquilidad. No estaba menos medroso el campo que la ciudad, porque de todos lados se veían correr los ganados como poseídos de ciego terror, y aun entre ellos se veían algunas fieras, sin que los unos animales se extrañasen de los otros más que si hubiesen estado siempre juntos. Iban acreciendo aquellos espantosos ruidos y haciéndose más densa la oscuridad, con lo que dificultaba la huida al mismo tiempo que acrecentaba el temor; pero en medio de tantas desgracias esperaba a D. Francisco un singular contento, por ser así la condición del mundo, que tiene mezclados el gozo y el dolor, y fué que alcanzando a divisar dos bultos que venían hacia donde él estaba, luego que se hallaron cerca vió que eran Elena y su hermano. Ponderar las exclamaciones que los tres hicieron, los parabienes y albricias que se pedían y los estrechísimos abrazos en que confundían los cuerpos y los ánimos, quedese para más hábil historiador, bastándome a mí decir que los puso término la necesidad de abandonar aquellos parajes donde veían abrirse grandes simas, en cuyo profundo seno se oía como el mugir de las olas del mar. Con mucho trabajo llegaron a la costa, notando con sumo terror que era mucho más baja que de ordinario, de cuyo descubrimiento sacaron en consecuencia que la isla se sumergía, y teniendo su fin por llegado comenzaron a llorar su desventura, disponiéndose a morir.

Otro, sin embargo, era el designio de la Divina Providencia, y siendo Dios el señor de todas las cosas, hizo que una embarcación francesa que atravesaba por aquellos mares fuera arrojada hacia aquella costa por la tormenta. Cuando los marineros vieron que tenían cerca la tierra, redoblaron sus esfuerzos para ganarla, y favorecidos del viento no tardaron en poner en ella los pies, bien que fué para poco tiempo, pues advertidos del peligro por la relación que D. Francisco les hizo, y por lo que sus propios ojos les certificaban, se volvieron a embarcar llevándose consigo a este caballero y a Elena y a su hermano. Durante la noche cambió el viento y fueron arrastrados sin saber hacia donde, pero en toda ella notaron que se alejaban mucho de la isla, por verse en ella un resplandor rojizo como si se estuviera todo incendiando. En este tiempo refirió Don Pablo a Don Francisco cómo se había salvado del incendio poco después que ellos, descolgándose por el mismo paraje, aunque con peor fortuna, pues sufrió una caída que por mucho tiempo le tuvo privado de sentido. En seguida le dió cuenta del hallazgo de Elena diciéndole, que cuando volvió en sí emprendió el camino de la ciudad, y al llegar cerca del cerro donde él había perdido la huella de los raptos, los vió venir trayendo a su hermana desmayada, lo que tuvo a singularísima dicha, no sólo por recobrar a Elena, sino por hallar ocasión de tomar venganza del corcovado, a quien acometió con tanta furia que sus cómplices, cobardes como lo suelen ser los malvados, y como lo eran casi en general los sinefideinos, se dieron todos a huir, salvo su adversario que quiso defenderse, pero lo hizo tan mal que fué obra de un momento abrirle camino el acero a su fementido corazón, acabándole la vida. Encarecióle mucho lo que habían sufrido con su ausencia creyéndole muerto, luego que Elena pudo dar razón de la emboscada, que sin duda le habían puesto al saltar la cerca, y mucho más le encareció el valor de su hermana, pues advirtiéndole, no más que por darle algún consuelo, que pudiera estar vivo, y haber ido a buscarle a la ciudad, luego quiso encaminarse hacia ella, sin detenerse un punto en el camino, a pesar de la espantosa mudanza que en él se estaba obrando, en términos que muchas veces la rogaba que se detuviese y vieran que no podían seguir adelante sin riesgo de perecer, y ella entonces le daba por contestación el correr más aprisa. Oyendo esto D. Francisco, abrazó de nuevo a Elena con mucho amor, dándole gracias y alabanzas por su comportamiento, que ella con mucha modestia quería reducir a estrechos límites diciendo que estaba en su sexo y condición dejarse llevar

de la voluntad, sin dar tregua al entendimiento para advertir los peligros que se le oponían. Con estas y otras pláticas tomó el sueño poco antes de la madrugada, y luego que fué de día ya no vieron la isla ni supieron más de ella, dando todos por cierto que yacía en los profundos abismos de la mar. Preguntó D. Francisco al capitán qué rumbo llevaban, y contestándole que el de Lisboa por ser esta la costa más cercana que tenían, se alegró mucho de tomar tierra tan cerca de su patria. En los días siguientes gozaron de mar sereno y tiempo bonancible, arribando al puerto con toda felicidad. D. Francisco, con Elena y su hermano, tomó el camino de Galicia, donde tenía su casa solariega. Poco tiempo después se efectuó la boda con menos aparato pero con más verdad que en Sine-Fide, y fué día de mucho regocijo en la aldea, por la novedad de empujarse la ceremonia con el bautismo de los dos hermanos sinfideinos, siendo tan verdadera su conversión y tanto el gusto que tomaron a la confianza que los hombres se tenían en aquel país, para ellos tan prodigioso como lo era Sine-Fide para D. Francisco, que acabaron por ser los más crédulos y confiados de toda la comarca.

Esta es, lector, la verdadera historia de Sine-Fide. Si te parece fabulosa y disparatada, tómalala como los que gustan de cangrejos, que chupan la sustancia y tiran lo demás.

José HERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

CARTA PASTORAL

DEL EXCMO. S. ILMO. SR. OBISPO

DE LA DIÓCESIS DE MADRID-ALCALÁ SOBRE EL DUELO

NÓS DON CIRIACO MARÍA SANCHI HERVÁS,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE
APOSTÓLICA, OBISPO DE MADRID-ALCALÁ.

A todos nuestros amados diocesanos, salud, paz y bendición en Nuestro Señor Jesucristo.

IMPONIÉNDONOS nuestro cargo pastoral la obligación sagrada, no sólo de vigilar para que se conserven entre vosotros inalterables las verdades de nuestra santa Fe, sino también para que resplandezca en vuestra vida la pureza de las costumbres, no podemos menos de exhortaros a que toméis como regla segura de éstas la moral cristiana que brota de aquéllas; la cual, ya por los principios inmutables en que se funda, como por la rectitud y santidad a que guía con sus sapientísimas prescripciones, contiene en sí misma la garantía bastante eficaz de librarnos de culpables extravíos, en que naufraga con frecuencia la dignidad incomparable de nuestras almas, y de movernos a practicar las virtudes cristianas, que son el adorno más precioso de las mismas.

Habiéndonos dicho en forma solemne y oficial, el día de nuestra consagración episcopal, que no abandonaríamos nunca la defensa de la verdad, y que, ni deslumbrados por las alabanzas ni vencidos por el temor, tomaríamos jamás el mal por el bien, ni el bien por el mal, ni reputaríamos por luz a las tinieblas, ni a las tinieblas por luz, nunca habrá para nuestra conciencia necesidad más apremiante de cumplir con ese importantísimo deber que cuando veamos enunciarse públicamente opiniones y teorías inductivas a creer como lícitos actos que están prohibidos; a considerar honesto y racional lo que de suyo es pecado gravísimo y acción criminal, y a dispensar elogios honoríficos a las transgresiones del orden moral.

Atentatorio de éste es el duelo, o desafío, que por desgracia va siendo frecuente, y aumentando en la medida que los hombres van perdiendo el santo temor de Dios, negando a la Religión el lugar preferente que debe tener en la conciencia individual y en la sociedad, y desechando las enseñanzas ciertas y saludables de la Iglesia, para seguir los consejos peligrosos de opiniones extraviadas y del amor propio, insubordinado simultáneamente contra los soberanos derechos que tiene Dios sobre todas las criaturas, contra los principios de la ley natural, contra las prescripciones canónicas y contra la misma legislación civil.

En medio de los adelantos materiales realizados en nuestro siglo, y cuando tantos esfuerzos se están haciendo en las regiones diplomáticas, en los congresos científicos y en las diarias manifestaciones del pensamiento humano para consolidar la paz entre las naciones, evitar ruinosas y sangrientas guerras

y suavizar cada vez más las relaciones sociales y las costumbres de los pueblos, ¿no es una afrentosa ignominia para la civilización moderna que los mismos que aceptan con mayor entusiasmo las maravillosas creaciones y los portentosos progresos de la misma se obstinen en coonestar, defender y mantener al lado de sus instituciones una costumbre originaria de pueblos bárbaros, y propia de tribus salvajes que, desentendiéndose de los tribunales que administran justicia y de leyes que determinan el derecho individual, apelen a la ley de la fuerza para vindicar sus agravios y poner término a sus discordias?

Eso viene a demostrar que, como la idea de verdadero progreso social es compleja, sólo pueden participar de sus beneficios los pueblos que saben plantearla ordenadamente y realizarla en todas sus partes, esto es, poniendo primero por base de los adelantos el elemento religioso que muestra al hombre su origen, su fin último y las condiciones que ha de cumplir para llegar a él, y edificando después sobre esas normas y puntos cardinales del orden moral el grandioso alcázar de las ciencias y de las artes, que ilustren la inteligencia humana en los diferentes ramos del saber, y señalen los rumbos que ha de seguir la sociedad, para que los miembros que la constituyen encuentren en ella la mayor suma posible de bienes, gradativamente preparados para satisfacer las legítimas aspiraciones del alma y los nobles deseos del corazón.

Por el contrario, aun cuando se persiga con entusiasmo la idea del progreso, si al realizarla se descarta de ella la Religión, que es su elemento primordial, su vida interna, y la poderosa turbina en que ha de girar su armónico desenvolvimiento; o si sólo se la admite, no como factor principal de los adelantos y de la concordia de los mismos, sino como un mero accidente, o por pagar tributo de mera cortesía a tradiciones venerandas, que no sería prudente olvidar, entonces se logrará, tal vez, enriquecer a los pueblos de maravillosa prosperidad, pero ésta será puramente material; y mientras ven su territorio surcado de vías pluviales y líneas férreas, sus puertos convertidos en exposición permanente de materias primas llegadas de legados países para alimentar todas sus industrias nacionales, embellecidos sus paseos e iluminadas sus ciudades con discos de inmenso resplandor, y defendidas sus fronteras por formidables ejércitos, que garantizan a la vez la paz interior, no podrán evitar que al lado de tantas glorificaciones externas figure el aumento de la criminalidad, la desesperación engendrando el suicidio, el odio de unos hombres contra otros, que sólo se aplaca con lances de sangrienta crueldad, y los gritos de masas haraposas, de cuya conciencia ha sido arrancada por el materialismo la esperanza en otra vida, que exigen bienes y riquezas de la civilización en que viven, para disfrutar y gozar.

Todas esas llagas que presenta la sociedad, siempre que se organiza y funciona divorciada del orden moral, atestiguan que va errada en el camino del progreso; que está enferma de gravedad; que preponderando en ella lo que menos vale y lo que es más bajo, cual es el elemento de la materia, la sucede lo que al cuerpo humano que, perdido el equilibrio de sus humores, sucumbe bajo la acción mórbida y destructora del que ha preponderado, a costa de los demás. Eso prueba que su cultura no es la verdadera, porque no se extiende a perfeccionar las facultades todas del hombre, sino que, por el contrario, mientras le da medios de adquirir un bienestar temporal en esta vida, le deja abandonado en la mayor ignorancia respecto de su suerte eterna; que aunque con sus instituciones forme ciudadanos, no logrará jamás con ellas solos hacerlos creyentes, caritativos, virtuosos y buenos cristianos; que si sus leyes económicas conducen a gran riqueza material, ésta no marchará asociada a la moralidad; y finalmente, por las enseñanzas de la historia y por propia experiencia se persuadirá y tendrá que confesar que en los estados constituidos sin Dios, sin Religión, y sin el cumplimiento de los preceptos morales que ésta impone, todo lo más a que se puede aspirar es a evitar que en ellos reine la barbarie de la ignorancia; pero que hay que resignarse a sufrir los vértigos y crímenes espantosos de otra barbarie mucho peor, cual es la de la ilustración.

Que en nuestros días se vaya sintiendo la invasión de esta segunda barbarie, lo comprueba la estadística de atentados, traiciones, planes anárquicos, asesinatos, suicidios, violaciones del pudor y otra innumerable multitud de delitos concebidos y ejecutados con el auxilio y medios suministrados por un progreso científico, envenenado de sus propias luces, y divorciado enteramente del orden divino, o al menos indiferente a la observancia de las obligaciones que provienen del mismo.

Sólo así se explica que entre tantas luces y adelantos de nuestro siglo, pueda subsistir la costumbre

detestable del duelo, que revela un gran rebajamiento moral, a que no llegaron jamás las civilizaciones paganas; pues si bien abundaba en ellas la corrupción de costumbres, sin embargo, alumbradas solamente de la luz de la razón, comprendieron que no era medio idóneo y proporcionado, para recuperar el honor, el matar o herir al ofensor, y el exponerse a que éste causase la mutilación o la muerte al ofendido; y así se ve que nunca se ha dicho que César intentase apelar al duelo para vengar las ofensas de Catón, ni que Pompeyo ofendido pensase en mandar a César el cartel de desafío.

Si posteriormente hubo períodos históricos en que nacieron algunas instituciones, y surgieron abusos que fueron poderosos auxiliares del duelo, parecía natural que éste hubiera desaparecido desde el momento que cayeron sobre él la condenación y anatemas de la Iglesia, la prohibición y severas penas de la legislación civil, y sobre todo después de haberse operado un cambio tan completo en las ideas, opiniones, sistemas, costumbres populares, y circunstancias que entonces prepararon los ánimos a dejarse dominar de las exageraciones y extraviado concepto acerca del honor y del verdadero valor, y sobre el modo de vindicar el primero y de probar el segundo.

Sin embargo de eso, el duelo, que llamaba Juan Jacobo Rousseau *el antiguo grado de brutalidad a que pueden llegar los hombres*, subsiste todavía y entra a formar parte de las costumbres contemporáneas, encontrando apoyo y protección, no en las aldeas y pueblos rurales, sino en las ciudades más populosas y más cultas, sin duda para vergüenza y confusión de la altivez intelectual de los que pretenden tener en su mano el secreto de resolver, sin contar para nada con Dios, todos los problemas de la vida y destinos del hombre; y de labrar la paz y prosperidad social dentro de los horizontes en que no hay más soberanía que la de la razón, ni otros bienes que los que el árbol del naturalismo puede producir. Si lo que más desacredita a los hombres pensadores es la contradicción, no reparan que incurren en ella los que, reputándose ilustrados y aceptando teoría y prácticamente la licitud jurídica y moral del duelo, repudian después en nombre del derecho moderno los procedimientos de fuerza y no hallan expresiones bastante duras para calificar de bárbaras y salvajes leyes como la del irlandés Lynch, que autoriza al ciudadano a tomarse la justicia por sí mismo.

La Iglesia, nuestra Madre, que se inspira en altos sentimientos de amor hacia todos los hombres, y muy especialmente hacia los que pertenecen a su seno y siguen sus enseñanzas, ha reprobado siempre el duelo concertado entre personas privadas por resolución propia de las mismas, como un acto intrínsecamente malo; de manera que, ni por la calidad y nobleza de los que le llevan a cabo, ni por la respetabilidad y poder de la opinión que le defiende, ni por la costumbre inmemorial que le autoriza, ni por ninguna otra circunstancia de tiempo o lugar en que se funde, podrá jamás coonestarse ni dejar de ser contrario al orden moral. Aun suponiendo la sociedad tan atrasada como se quiera en su civilización, de modo que ni haya en ella jueces ni tribunales que administren justicia, aun en ese estado de tanto retroceso, constituiría el duelo un pecado mortal, y no sería lícito a ningún miembro de aquella el provocar a otro al desafío, porque por la misma ley natural, aparte de cualquiera otra disposición o derecho escrito, está obligado el hombre a evitar el peligro inminente de perder la vida de su cuerpo, y de condenar su alma, y también de inferir esos daños inmensos a su prójimo.

Como la regla de la moral es una, y no se altera, ni con el cambio de los tiempos, ni con el clima diferente de los países, así también debe ser una la conciencia de los hombres en todo lo que se relaciona con el orden moral; y por tanto, no se puede tener por lícito en teoría lo que se reprueba como malo en la práctica, ni haber para el entendimiento una doctrina que sea contraria a la que informe los actos de la voluntad, y finalmente, ni cabe en rectitud y verdad, ni lo permite el decoro natural, que el hombre piense a lo cristiano y obre a lo pagano.

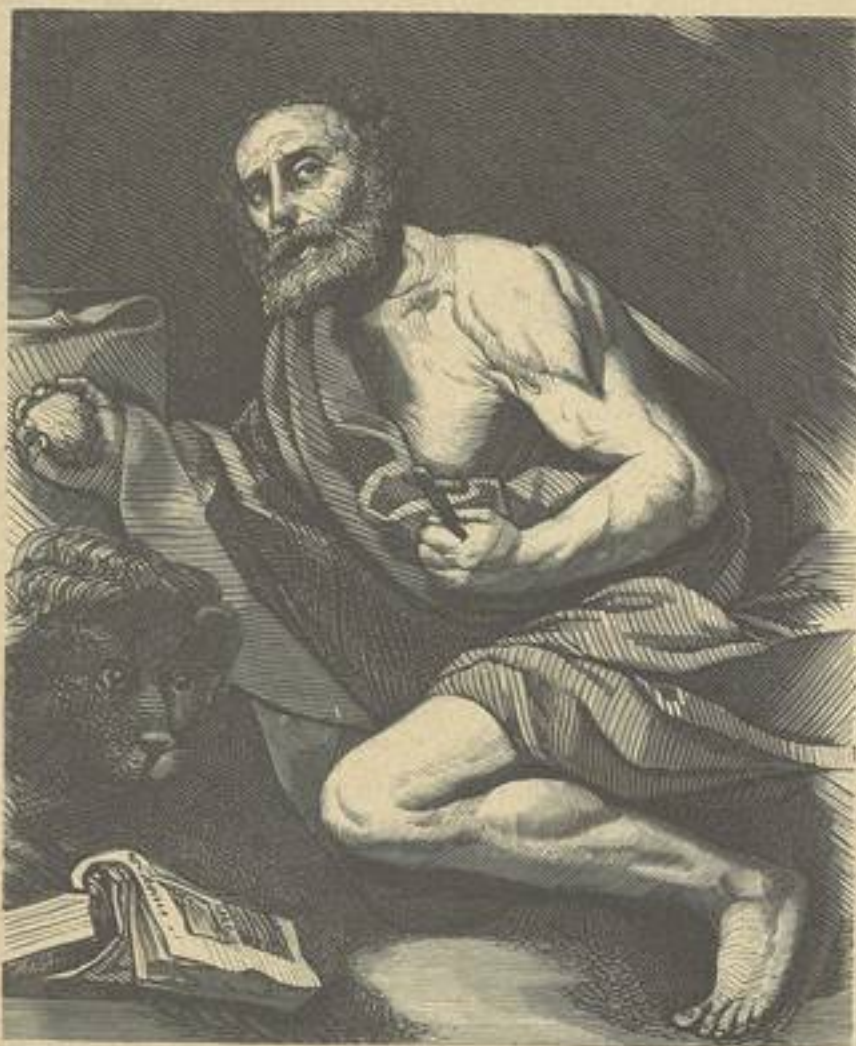
De ahí es que en todos tiempos la Iglesia, en su calidad de Maestra infalible de la fe y de la moral en las costumbres, ha reprobado las opiniones y teorías encaminadas a sostener la licitud del duelo, y promulgado severas penas contra los que le intentan y ejecutan, poniendo así sus disposiciones canónicas en absoluta y completa conformidad con el derecho divino, según el cual está prohibido el homicidio, y por consiguiente lo están también los medios que llevan inherente, por conexión necesaria, el peligro de perpetrarlo, o de causar al hombre mutilación o herida grave en su cuerpo; así como también es contrario al mismo derecho servirse del desafío

como medio seguro y legítimo de probar la inocencia de uno de los contendientes, ó la razón que le asiste en los puntos de disidencia que haya entre los mismos, porque semejante procedimiento, sobre ser malo por su naturaleza, es además supersticioso, y con él se injuria y se tienta á Dios, exigiéndole que se acomode al deseo desordenado de la humana voluntad y á que se separe de su providencia ordinaria, haciendo prodigios y milagros sin causa justa ni motivo bastante para ellos.

Por ser el duelo un delito tan grave y tan contrario á la caridad, á la justicia y á la piadosa edificación del pueblo cristiano, los Romanos Pontífices ejercitaron por espacio de ocho siglos todo el celo de su autoridad apostólica para extirparle, anatematizarle y hacerle cada vez mas aborrecible por su deformidad ante la consideración de los fieles; y consta por testimonio de autorizados tratadistas y doctos expositores de los Sagrados Cánones, que desde el Papa Nicolás I hasta Benedicto XIV, los sucesores de Pedro en la Cátedra Apostólica no dejaron de mirar como un deber de su altísimo Ministerio el sucederse también unos á otros en la ocupación constante de arrancar una planta tan venenosa del campo de la Iglesia, y una enfermedad tan contagiosa, en que peligraba la salud de muchas almas. El Santo Concilio de Trento, comprendiendo la funesta trascendencia de una costumbre, propia de pueblos bárbaros, pero altamente escandalosa, repugnante y contraria á las tradiciones y saludables prácticas de la grey cristiana, mandó y decretó que en todo el orbe católico quedase enteramente abolido y exterminado el abuso detestable del duelo, que había sido introducido por astucia diabólica, á fin de conseguir la condenación de las almas por medio de la muerte sangrienta de los cuerpos; y que el Emperador, los Reyes, Duques, Marqueses, Condes y todos los demás señores temporales, de cualquier clase que fueren, que concediesen lugar en sus dominios para que en él se verificase la monomachia, ó sea el desafío, entre cristianos, fueran excomulgados desde aquel momento y se reputasen privados del dominio y jurisdicción sobre las ciudades, lugares y tierras en que se hubiere efectuado el duelo, si los hubieren recibido de la Iglesia. Al propio tiempo, á los que se batieran en duelo y á sus padrinos impone la pena de excomunión, de perpetua infamia y de pérdida de sus bienes; y además la de ser castigados con la penalidad que los cánones establecen contra los homicidas, y el ser los primeros privados de sepultura eclesiástica, si murieran en el mismo acto del desafío. Últimamente, sujeta á la pena de excomunión y perpetua maldición á todos los que aconsejaren el duelo, ya bajo el concepto del derecho, ya del hecho, así como también á los que persuadiesen á alguno para que le realizase, y lo mismo á los que concurriesen á verle, sin que pueda favorecerles privilegio ni costumbre alguna en contrario, aunque fuese inmemorial.

Por la Constitución *Illius vices*, dada por el Papa Clemente VIII el año 1592, primero de su Pontificado, además de confirmar y declarar en su fuerza y vigor todo lo que sobre el duelo había sido establecido por el Santo Concilio de Trento y por el Papa Gregorio XIII, se declaró que en las penas impuestas para reprimirle y evitarlo se incurriera, ya fuera el duelo solemne, ya privado, y aunque de él no resultase muerte ó mutilación, ó se concertase con la condición de darle por terminado desde el momento que uno de los contendientes fuera herido, ó se hubiere disparado cierto número de golpes ó de tiros por cada uno de ellos; que además de los duelistas y padrinos se reputasen incurso en las penas canónicas los que provocan, auxilian de palabra ó por obra, acompañan y dan armas, caballos, favor y medios para el duelo, aunque éste no se

lleve á cabo, cualquiera que fuere la causa que lo impida; que á la misma penalidad estuviesen sujetos los Magistrados, Presidentes y Jefes militares que permiten el duelo, ó no hacen lo que pueden para impedirle, ó no le castigan después de efectuado, y lo mismo los que de propósito asisten á presenciarse, y con su presencia influyen y animan á que se realice; y finalmente, que todas las penas mencionadas se entiendan, para sus efectos, respecto de los que por escritos ó manifestaciones preparan los ánimos al duelo, ó por medio de denuncias, relatos, declaraciones y testimonios dan ocasión para el mismo; y también los que, en nombre propio ó de otro, redactan, dictan, escriben, imprimen, envían y publican las cartas ó escritos con que se intima ó notifica el duelo; estando exentos de tales censuras los que dan consejo para conseguir que á todo trance se evite semejante delito, aun cuando no lo alcancen, y queden estériles y frustrados sus esfuerzos.



SAN JERÓNIMO PENITENTE.

(Cuadro de José Ribera, el Españoleto.)

La malicia y sagacidad en que se inspira el espíritu de perdición, á pesar de penas tan terminantes y de circunstancias tan concretas y detalladas, publicadas con autoridad apostólica para retraer á los fieles de las ocasiones y peligros de tomar parte en el duelo, consiguieron fascinar y excitar el amor propio de algunas almas, poco firmes en la fe y destituidas de humildad cristiana, para que, so pretexto de poner á salvo su dignidad y sus intereses, eludieran el cumplimiento de las prescripciones canónicas, y afirmaran:

1.º Que se halla exento de culpa y de pena el caballero militar que, de no provocar ó aceptar el desafío, ha de ser reputado como cobarde, indigno é inepto para cargos de la milicia, ó teme que ha de ser destituido del empleo que disfruta, con el cual atiende á su subsistencia y á la de su familia, ó por lo menos de no ser jamás ascendido ni aun al grado que en justicia tiene merecido.

2.º Que con el fin de defender el honor ó de evitar el desprecio, puede dispensarse á los contendientes para que admitan ó provoquen al desafío, cuando saben con certeza que éste no ha de llevarse á cabo, porque hoy quien le impide,

3.º No incurre en las censuras eclesiásticas establecidas contra los duelistas el jefe ó el Oficial militar que acepta el desafío por temor de perder su fama ó su empleo.

4.º En el estado natural del hombre es lícito aceptar y retar al duelo, para conservar con decoro la fortuna, si no hay otro medio de evitar que ésta sufra perjuicio.

5.º Esa misma licitud, referente al duelo, en el estado natural del hombre, es aplicable á una ciudad mal gobernada, en la que por negligencia ó malicia de los Magistrados se niega claramente la justicia.

Al ver el Papa Benedicto XIV, esa gran lumbrera del derecho canónico y civil, la enseñanza peligrosa contenida en las cinco proposiciones susodichas, promulgó una memorable Constitución, en la que, alabando y confirmando todas las disposiciones emanadas hasta su tiempo de la Cátedra Apostólica acerca de la monomachia ó duelo entre personas privadas, condena y reprueba las citadas proposiciones como falsas, escandalosas y perjudiciales;

é impone la pena de excomunión á los que se atrevieren á defenderlas, enseñarlas y propagarlas, ya lo hicieren secreta ó públicamente. Al mismo tiempo insiste en ponderar la gravedad del duelo, diciendo que es un abuso y un libertinaje altamente criminal, y exhorta encarecidamente á los Reyes, Príncipes, Magistrados, Jefes de la milicia y poderes públicos, que profesan la fe católica, para que en cumplimiento de sus deberes para con Dios, junten sus esfuerzos, á fin de oponerse á la desastrosa licencia de los desafíos, con la cual se pone en peligro la tranquilidad de los reinos, la seguridad y la moral de los pueblos, y además se compromete, no sólo la integridad de los cuerpos, sino también la salud eterna de las almas, advirtiéndoles tengan entendido que no llenan bastante el deber que les impone su conciencia, su fe y el cargo que ejercen, con dictar leyes é imponer severas penas para extirpar tan horrible crimen, si después no se muestran inexorables en hacer que se cumplan esas mismas leyes y se ejecuten las penas, en lo que pondrán todo su cuidado si consideran que Dios, supremo Juez de todas las cosas, ha de exigir algún día estrecha cuenta á los que están encargados de defender y amparar los derechos divinos y los humanos, y de conservar la vida de los hombres, por los cuales Jesucristo ha derramado su precioso sangre.

La piedad de nuestros Monarcas, y el amor y veneración que siempre profesaron á la Cátedra Apostólica, no podía mostrarse insensible á los temores, quejas, decretos y exhortaciones de la Iglesia referentes al duelo; y desde luego, para disminuir y reprimir éste, dictaron disposiciones conforme al espíritu en que estaban inspirados los Sagrados Cánones. Por ley publicada en Toledo el año 1480, se dice:

Una mala usanza se frecuente agora en estos nuestros Reinos, que quando algun caballero, ó otra persona menor tiene queja de otro, luego le envia una carta, que ellos llaman cartel, sobre la queja que dél tiene; y desta y de la respuesta del otro viene á concluir que se salgan á matar en lugar cierto, cada uno con su padrino ó padrinos, ó sin ellos, segun que los tratantes lo conciertan; y porque esto es cosa reprobada y digna de punición, ordenamos y mandamos que de aquí adelante persona alguna, de cualquier estado y condición que sea, no sea osado de facer, ni enviar los tales carteles á otro alguno, ni lo enote á decir por palabra; y cualquier que lo contrario hiciere, siquier sean dos ó muchos, cayán é incurran por ello en pena de alcaze, y hayan perdido y pierdan por ello todos sus bienes para la nuestra Cámara; y el que rescibiere el cartel y aceptare la respuesta haya perdido y pierda todos sus bienes para la Cámara, aunque trance y pulea no venga en



ESCALERA DE LA PUERTA ALTA Ó DE LA CORONERÍA EN LA CATEDRAL DE BURGOS.

efecto; y si de ello se sigue muerte o heridas, y el requestador quedare vivo de la requesta o trance, muera por ello; y si el requestador quedare vivo, sea desterrado del Reino perpetuamente. Y porque en los tales delitos tienen gran culpa y cargo los tratantes que llevan y traen los mensajes y cartiles desto, y los padrinos que usan con ellos, mandamos que ningún sea osado de ser en esto tratante, ni llevar ni traer los cartiles y mensajes, ni sean padrinos de tal trance o pelea, so pena que por el mismo hecho caya o incurra cada uno de ellos en pena de alevé, y pierda todos sus bienes, y sean las dos terceras partes para la nuestra Cámara, y el otro tercio para la persona que le acusare, y para el juez que lo sentenciare; y que los que miraren, y no los despartieren, pierdan los caballos, o mulas en que fueren, y las armas que llevaren; y si fueren a pie, que pague cada uno seiscientos maravedís, y que estas penas se repartian en la forma susodicha.

A pesar de la severidad penal de esa Real disposición, bien fuera porque no se aplicase a los delincuentes, o porque el mal estaba muy arraigado en las costumbres públicas, no dió el resultado que se deseaba, y fué preciso tomar nuevos acuerdos para reprimir la frecuencia de los desafíos. Con ese fin se derogó por Real decreto de 1678 todo fuero especial, y se sometió a la jurisdicción ordinaria el conocimiento de esos delitos, promulgándose también en 1701 la Ordenanza que impuso a los Oficiales de ejército, que tomasen pistola o espada unos contra otros en desafío, la pena de privación de sus empleos, y la de muerte al agresor; cuya penalidad recibió mayor fuerza y extensión por las Reales pragmáticas de Felipe V en 27 de Enero de 1716, y de Fernando VI en 9 de Mayo de 1757, en las que se declaró que el desafío era un delito que causaba infamia; que serían castigados con la pena de muerte y confiscación de bienes los duelistas, y con la privación de oficio, rentas, encomiendas y nota de alevos los padrinos y demás personas que de alguna manera cooperasen a la perpetración de aquel; y que asimismo los jueces y justicias procediesen al castigo de los reos bajo la pena de suspensión de sus cargos y de inhabilitación legal por seis años para obtener otros, sin perjuicio de ser reputados y penados como cómplices del delito, si fuere grave o maliciosa su omisión en conocer del mismo.

Si al rigor que presentan esas Reales disposiciones se hubiera juntado un trabajo perseverante para cambiar la opinión pública, inspirando por medio de la educación y de los ejemplos de rectitud y de moralidad el aborrecimiento y repugnancia que se debe tener al duelo, no solamente por ser en sí mismo un medio brutal e irracional de esclarecer y determinar en cuál de los contendientes está el derecho y la inocencia, sino también por el cúmulo de odios, discordias y desgracias que deja en las familias y en la sociedad, mucho más se hubiera adelantado en el camino de suavizar las costumbres; y conforme hubiera ido tomando incremento e influencia el sentimiento religioso en los ánimos y en la vida individual, en la misma medida se hubiera visto disminuir el escándalo del desafío.

No fué extraña a ese fin la Real orden de 6 de Septiembre de 1837, en la que se enseña que la gravedad de nuestras costumbres se ofende con esa clase de escenas, que son tanto más funestas y de tanto mayor escándalo, cuanto que a la efusión de sangre y a la muerte de un excelente ciudadano suele acompañar una solemnidad exterior, revestida de las formas de nobleza y de hidalguía; por lo que se reconoce la imperiosa necesidad de que desaparezca la fría atrocidad del duelo, tan repugnante a la moral y a las leyes patrias, como impropia de un pueblo cristiano, que discierne perfectamente el honor verdadero del falso, y asiste con su opinión en favor de la inocencia.

Aun cuando comparada la antigua legislación con la moderna, se ve que hay entre las dos distancias inmensas y que el criterio que ha informado la primera en material criminal es muy distinto del que ha imperado en la segunda, sin embargo, el Código penal vigente establece las penas de detención, inhabilitación para cargos públicos, confinamiento, destierro, arresto, prisión correccional, prisión mayor, multas pecuniarias y otros castigos contra los duelistas y los que cooperan a que el duelo se ejecute, según las diferentes circunstancias atenuantes o agravantes que concurren en cada caso; de donde se deduce que los que para volver por su reputación lastimada, o para la reparación de agravios recibidos, toman la venganza y la justicia por sí mismos, acudiendo al terreno vedado del desafío, no solamente se olvidan y desprecian su fe y dignidad de cristianos, sino que también quebrantan las leyes patrias y faltan a su deber como ciudadanos, dejando con su depravada conducta un ejemplo detestable, para alentar a otros a insubordinarse contra los principios fundamentales en que descansa toda so-

ciudad, como son el orden moral, las leyes que se inspiran en él y los Tribunales de justicia encargados de aplicarlos.

Esa rebelión contra las augustas prescripciones de la Religión, de la moral y del Derecho canónico y civil, es tanto más culpable, cuanto menos fundamento tienen los motivos que suelen aducirse por los que provocan al duelo, como medio de recuperar la honra en que se sienten lastimados, y de vengar el agravio que les fué inferido. La honra consiste en la estimación pública que se tiene merecida; de manera que, racionalmente hablando, no está en la persona que recibe el honor, como enseña Santo Tomás, sino en los que se le dan.

El verdadero honor se funda en la virtud, en la rectitud y en el bien obrar, y guiado de esa regla inconstante el pueblo romano, alumbrado sólo de la luz de la razón, cuando elevó un templo al honor, puso por condición que para entrar en él era necesario antes pasar por la virtud, dando así a entender que no debe reputarse por honra legítima, sino bastarda y aparente, la que está sostenida por el amor propio desordenado, por los respetos humanos, por la vanidad o por la ambición. El que es buen cristiano, justo, honesto, respetuoso, obediente a la autoridad y cumplidor fiel de las leyes; el que ama a su patria, sacrifica el bien particular al general, combate el error, defiende la verdad, aborrece la superstición, resiste con valor la inmundicia, protege al inocente oprimido, ampara a la viuda y al huérfano, prueba su caridad heroica en las calamidades públicas, y se olvida de sí mismo cuando se trata de servir a Dios, a su Religión y a sus semejantes, librándolos unas veces de las llamas y otras de las inundaciones, ese tiene mérito de la virtud, y es por tanto acreedor a la estimación, al respeto y alabanza de los demás.

Mas si éstos, en vez de tributarle el testimonio de estimación y de honor que le es debido, le persiguen, insultan y le desprecian, esa ingratitude y afrentas no le deshonran a él, sino a los que injustamente se las inferen, porque mientras la opinión de éstos varía y se extravía en la ceguera de las pasiones y de preocupaciones insensatas, el corazón de aquel permanecerá puro e inmaculado, y su virtud pasará inalterable a otras generaciones más imparciales, justas e ilustradas, que inspirándose en el buen sentido y en la razón, las dispensarán los honores que le negó una depravada pasión; por donde se ve que la base del honor verdadero no depende de los tiempos, lugares y opiniones, ni pasa y vuelve como las modas, sino que descansa en las reglas fundamentales de lo justo, honesto y verdadero, de las cuales sacan los gigantes de la sabiduría el fallo supremo e inapelable con que declaran honrado y justo al hombre que perdona agravios y rechaza el duelo para no ser homicida, y condenan al que, faltando a su conciencia, a su religión y a las leyes patrias, asesina a su prójimo y deja para siempre en desgraciada orfandad a la familia del mismo.

Es además contrario a la razón y al sentido común elegir el duelo como tribunal competente y dotado de condiciones para fallar y determinar cuál de los contendientes es el ofendido y cuál el ofensor; porque sabido es que el éxito en los desafíos depende de la fuerza, de la destreza en el manejo de las armas y de la casualidad; y ninguna de esas tres cosas es idónea para establecer con acierto y justicia en cuál de los combatientes está la culpabilidad o la inocencia, dado que no siempre sale victorioso el que tiene ésta de su parte, sino que al contrario, siendo ciega la punta de la espada y el plomo del proyectil, y careciendo de virtud y de luz para dirigirse al corazón culpable, muchas veces queda tendido en el suelo el probo y honrado, y sale incohome y triunfante el criminal.

Ni para cohonestar el duelo basta decir que está en favor suyo la opinión pública, que reputa por vil y cobarde al que no le acepta; porque aparte de que muchas veces se toma por opinión pública lo que es un extravío del corazón agitado de pasiones inobedientes, o el eco de alguna escuela que vive de la vulgaridad del escándalo, y se alimenta de la inconsecuencia y de la contradicción, nunca la opinión, por poderosa que sea, y aunque cuente con el apoyo de los apóstoles del gusto caballeresco, puede tener valor alguno ni gozar de virtud bastante para prevalecer sobre el derecho y la razón; y así como aunque se pesaran de acuerdo todos los hombres, y los pueblos, y las ciencias, para determinar que en adelante todos los vástagos de la estirpe humana naciesen con un solo brazo o con un solo pie, verían frustrado su insensato propósito, y en nada cambiarían la humana naturaleza, que seguiría propagándose conforme a las leyes de su nativa condición, así también la opinión pública, por ilustrada que pueda ser y por encarnada que se le suponga

en las costumbres, y por grande que sea su extensión y dominio en las tradiciones e historia de los pueblos, no podrá mudar nunca, ni alterar en lo más mínimo, el ser moral del duelo; y aunque predique su licitud y sostenga que es justo y honesto, su sentencia quedará siempre desacreditada ante la fuerza incontrastable de la razón humana, hermoso destello de la razón eterna de Dios, que le condena y reprueba como intrínsecamente inmoral, inicuo y criminal.

Aparece con mayor claridad la deformidad y malicia del duelo ante el examen de la sana filosofía y de la revelación, porque estas dos lumbreras de la humana inteligencia nos enseña que el hombre ni es creador de sí mismo, ni tampoco hay posibilidad de que lo pudiera ser, sino que ha recibido de la soberana munificencia é infinita bondad de Dios la vida y la existencia que tiene; y así como en el estado natural de las cosas materiales, cuando éstas no se han aplicado todavía al servicio de la criatura racional, ni por acto alguno legítimo de la misma han sido apropiadas, a nadie podrían pertenecer con mayor derecho que al que las dió la forma accidental que las distingue de las demás; porque la nueva perfección que han recibido, en que se refleja la inteligencia y el trabajo del que las transformó, es para éste el título más precioso de propiedad; así también con mayor motivo en el orden de la creación nadie puede tener supremo y exclusivo dominio, ni derecho de propiedad indiscutible sobre la vida y existencia del hombre más que el Dios Omnipotente que le creó de la nada a su imagen y semejanza, y le dió, no solamente la forma accidental, como al mármol se la da el tallista, sino la naturaleza y forma sustancial y el ser racional en toda su integridad, enriquecido de las perfecciones y atributos adecuados a su altísimo destino; y le dispuso además la providencial conservación de su privilegiada naturaleza en el estado de su maravillosa y excelente jerarquía, equivale al prodigio de una segunda creación. Si pues el derecho de propiedad sobre la vida del hombre pertenece exclusivamente a Dios, que es su Dueño y Señor, será deber del hombre conservarla fielmente como un sagrado depósito, y limitarse a usufructuarla conforme a las reglas y condiciones que le han sido prescritas para que pueda llegar a su último fin; de donde se deduce que el exponerla arbitrariamente al peligro de perderla y destruirla, antes que Dios se la pida, es hacerle una sacrilega injuria y violar su soberano derecho de propiedad; contrariando al mismo tiempo el orden establecido por él y quebrantando la ley natural. El duelo, por tanto, en que el hombre, abusando de su libertad, compromete un bien tan precioso, y dispone de él como si fuera suyo, es inicuo por su naturaleza, contrario a los principios de justicia, y funesto instrumento para causar la desgracia eterna de las almas, y la perturbación y ruina de muchas familias en lo espiritual y en lo temporal.

Es también perjudicial a la misma sociedad civil, porque además de la inmoralidad que causa en ella, así en el período de su preparación, como en el de su ejecución, faltando públicamente a la caridad debida al prójimo y a la obediencia y cumplimiento de las leyes que prohíben ese delito, es origen de innumerables discordias, que se perpetúan entre los pueblos; de crueles venganzas tomadas a impulsos del resentimiento; y ocasión de muchos asesinatos y mutilaciones que privan a la patria de ciudadanos útiles para servir y para defenderla en momentos de peligro. El docto Jesuita Teófilo Raynaud aseguraba en su tiempo que con los hombres muertos é inutilizados en el duelo podía formarse un numeroso ejército; y el Canciller Bacon en un memorable y razonado discurso que pronunció en el año 1614 contra la salvaje costumbre del desafío, atestigua que era tanto el furor y la pasión por cometer ese crimen, y tantas las desgracias que por doquiera causaba, que fué preciso adoptar severas y enérgicas medidas para librarse de él como de una peste, hasta que se consiguió extinguirle casi por completo, sin que por eso perdiera nada de su grandeza y valor el pueblo inglés, sino que, al contrario, ganó mucho en poder y dignidad. Si eran tantos los males que hace dos siglos causaba a la sociedad el duelo, puede asegurarse que no serán menores los que éste cause en nuestros días, en que por una parte se ha disminuido en los códigos la penalidad para reprimirle, y por otra se ha exagerado en tal manera la autonomía del hombre, que, rechazando la dependencia que tiene de Dios, los deberes que le ligan para con el orden sobrenatural y la esperanza en la vida futura, mira su voluntad como la fuente de todo derecho, su razón como la regla de toda verdad, y su persona como un soberano inviolable, resultando de ahí que, deslumbrado por el soberbio concepto que tiene de sí mismo, y endiosado neciamente con lo que llama su decoro, su honor y su

dignidad, es capaz de sacrificar a un punto de vanidad sus más sagrados deberes por la ofensa más ligera que se le infiera, ya sea una palabra desatenta, un gesto, o si su prójimo le miró al través, de frente o si dejó de mirarle completamente.

(Se continúa.)

UN EPISODIO

ANTES de amanecer el día de la Asunción del año 1534, un cojo, que a pesar de su enfermedad andaba con paso fuerte y acelerado, descendía por la gran calle de Santiago al barrio de la Universidad; vestía el traje de los estudiantes pobres, aunque aparentaba haber llegado por los años a la mitad de su vida; pero en vez del tintero que llevaban de ordinario los de su oficio, no tenía otra cosa al lado que su rosario. Una gruesa cuerda pasada por encima de su viejísima capa sostenía un morral de tela, arma excelente para andar de noche por París, mejor aun que la espada o el palo, porque los rateros nunca saltan a los mendigos.

En el momento que costaba nuestro estudiante el pretil del puente desierto, dieron las tres de la mañana en el reloj de la Santa Capilla. Volviendo los ojos hacia lo alto del Sena, poblado de casas negras, saludó con la señal de la cruz la cuadrada mole de Nuestra Señora. Ninguna claridad anunciaba la proximidad del día.

Es la hora en que todo duerme en París, lo mismo en el siglo XVI que en el siglo XIX. Al atravesar la ciudad a lo largo de las callejuelas intrincadas a manera de una red que envuelven los mercados, nuestro estudiante con su morral no halló un alma hasta la puerta de Montmartre, colocada en los alrededores de la calle de Mallo.

La barrera estaba cerrada. El guarda de noche preguntó al cojo: ¿dónde va usted? El cojo le respondió: Voy a la capilla del Santo mártir a celebrar la fiesta de la siempre Virgen María.

El guarda dijo: tiempo de sobra le queda a usted hasta la hora de la primera misa. Tome usted a la derecha por la vereda de los Poissonniers, pues el otro camino más ancho está atajado por los trabajadores de las aguas de Porcherons. El cojo tomó la vereda de los Poissonniers atravesando aquellos bosquillos, en los cuales debía establecer el siglo XVIII toda una ciudad de figones filosóficos, bajo el nombre de la nueva Francia, y llegó a Montmartre del lado Oriente por los campos que se extendían entre la aldea de la Capilla de San Dionisio y el lugarejo de Clignancourt, en el punto llamado Fontanelle, y también la Fota de Agua, que el pueblo ha dado en llamar la Fota de Oro.

Por el escarpado sendero de Fontanelle fué por donde ganó la cumbre de Montmartre.

Reinaban todavía las sombras, cuando al llegar a lo alto ocupado por el cementerio, detrás de la iglesia parroquial en el lugar donde se han hecho actualmente los cimientos de la Basílica ofrecida al Corazón de Jesús por el voto de Francia, se detuvo fatigado, miró en torno suyo, y exclamó: soy el primero en acudir a la cita.

Y se puso a descansar, no sentado o recostado, sino de rodillas, para rezar el Rosario.

Todo era silencio en aquella desnuda cresta: sólo el viento de las noches del estío pasaba dulce y sereno. Aun dormía la aldea de Montmartre que derramaba sus primeras casas a derecha e izquierda de la iglesia. Nada se veía sobre la redonda superficie de la cuesta entre nuestro estudiante y el muro del cementerio sino algunos bultos negros e inmóviles piedras, quizá, como aquellas de que están sembrados los campos druidicos.

Sonaron las cuatro en el reloj de la iglesia, y en seguida el repique de la abadía llamó al oficio de maitines.

Entonces levantóse uno de los bultos que parecían piedras, después dos, después todos. Eran seis; y levantándose a su vez el estudiante cojo, exclamó: ¡bendito sea Dios, creíame el primero, y he sido el último!

Al levantarse el sol iluminó a aquellos jóvenes que rodeaban a nuestro estudiante, el cual era de más edad que ellos y tenía el aire de un maestro en medio de sus discípulos. Llamábase Ignacio de Loyola.

Los que rodeaban, pues, a Ignacio de Loyola aquella mañana en el lugar de la cita eran Pedro Lefèvre, sacerdote; Francisco Javier, Diego Laines, Alonso Salmerón, Nicolás de Bobadilla y Simón Rodríguez Acevedo, estudiantes. Todos debían tener gran parte, aunque no igual, en la gloria de su maestro.

El más viejo, Lefèvre, tenía veinticuatro años; el más joven, Salmerón, llegaba apenas a los diez y ocho.

Ignacio de Loyola cumplió, en efecto, su promesa: habló en medio de aquel grupo de almas escogidas que le escuchaban con entusiasmo.

He aquí algunas de sus generosas y hermosísimas palabras: «Hermanos e hijos míos: estaréis impacientes porque desde hace días aguardáis algo de mí, pero también yo vengo esperando con paciencia hace catorce años. Catorce años ha que levanté mis ojos al cielo y los bajé hacia el mundo, investigando lo que el cielo prepara al mundo y lo que éste medita contra el cielo.

«No os preguntó si queréis combatir. ¿Para qué? Sé que vuestra voluntad se entrega a la voluntad de Dios. Y sé que sois la *Compañía de Jesús*. Así os llamaréis: oidme, no toméis vosotros ese nombre, Dios os lo da.

«Alcanzaréis triunfos tan espléndidos, que temeroso el odio se levantará en torbellino a vuestro alrededor como el agua agitada y espumosa cuando se introduce en ella el hierro enrojecido.

«Y sufriréis reveses tan terribles, que vuestros enemigos os darán con el pie creyendo que pisan vuestro cadáver.

«Entonces no les heriréis; y sin embargo, caerán derribados... Nunca heriréis.

«Iremos como nuestro Divino Maestro andaba por Judea, con los brazos abiertos y el corazón también. Nosotros somos hoy lo que ayer era yo solo: la *Compañía* fundada para llevar la Cruz de Jesús.

«Cada uno de vosotros caerá a lo largo del camino, agobiado bajo el peso de esa carga dulce y terrible, es cierto, ¿pero qué importa? La obra vivirá y prosperará. Lo sé.

«La *Compañía de Jesús* vencerá en Jesús y por Jesús.

«Algunos extraviados hay ya que vacilan y preguntan por el camino derecho; nosotros se lo mostraremos: mas esto es poco.

«Hay también multitud de almas que los niños, los tiernos niños de quienes Jesús decía: «Dejadlos venir a mí;» daremos la mano a estos niños para llevarlos a Jesús; esto también es poco por ahora, aunque sea mucho para después.

«Pero existen otras muchedumbres de almas imposibles de contar como las arenas de las playas, que viven en las tinieblas al otro lado de los mares... Javier, veo que brillan tus ojos; sé que te parte el corazón el relato de los viajeros que dicen cómo pesa el yugo del demonio sobre las Indias, el Japón, China, África, América: en una palabra, sobre la mayor parte de la tierra.

«Javier, tu irás, nosotros iremos, la *Compañía de Jesús* irá a pagar con el precio de la sangre de sus mártires tantas almas como la Iglesia ha perdido en el naufragio de la Reforma, y el doble, y el triple, de tal suerte, que el rebaño del Buen Pastor se llenará y acrecentará.

«Ha llegado la hora de oponer a las revueltas olas un dique formado con corazones puros. No basta la oración, es menester obrar. Tiempos atrás reuniéronse otros para imitar a María la de Betania en su piadosa contemplación a los pies de Cristo. Dichosos ellos, alabémosles; pero no nos limitemos a imitarlos.

«Tócanos a nosotros ser los hijos de la hacendosa Marta. Seremos sacerdotes al mismo tiempo que religiosos, y desempeñaremos todas las funciones de los sacerdotes. El estudio, el confesonario, el púlpito, la escuela y la limosna; tanto el pan espiritual como el temporal; esa es nuestra misión.

«Combatir el mal presente, preparar el bien para lo porvenir, llevar la divina palabra hasta el corazón del cisma y a todas partes donde se ataque la verdad; ir a buscar el error y la ignorancia hasta los confines de la tierra, enseñar a los pequeñitos a deletrear, a los adolescentes a creer, a los mozos a pensar, a los hombres y a las mujeres, y a todos, a amar a Dios, la patria y la familia; enseñar la clemencia a los poderosos, a los débiles la resignación, compañera de la esperanza; a los ricos la generosidad, a los pobres el perdón; en fin, a todos, la santa ley de la caridad, esa debe ser nuestra vida.

«A la rebelión oponeremos nuestro voto de obediencia, al egoísmo codicioso nuestro voto de pobreza, a la ambición y el orgullo nuestro voto de humildad.

«A nadie pediremos dinero por los servicios que prestemos, y, sin embargo, nos tratarán de avaros, porque seremos calumniados de todos los enemigos de la Iglesia.

«A pesar de no tener salario alguno, nuestra pobreza levantará grandes edificios y distribuirá muchas limosnas.

«Maravillados de esto, nos acusarán. Pero nos-

otros seguiremos adelante con la cabeza baja como si no se nos insultara, y amaremos a los que nos hayan ultrajado como a nosotros mismos por el amor de Dios.

«A causa del milagro de nuestra pobreza, seremos ladrones a los ojos de los hombres; a causa del milagro de nuestra caridad, seremos hipócritas; a causa del milagro de nuestra humildad, seremos cobardes.

— ¡Gloria a Dios!

«Ni siquiera nuestra muerte será poderosa a desarmar la injuria y el sarcasmo: se dirá de nosotros, como se dijo del divino Maestro Jesús, que hemos «desempeñado nuestro papel hasta el fin», y que nuestro último suspiro es nuestra última mentira. ¡Gloria, gloria a solo Dios!

«Somos los soldados de Aquel que glorificaba el oprobio. ¡Alabado sea el Señor! Por lo mismo que nuestra desnudez será una riqueza y nuestra supuesta cobardía un valor sabrenatural, cuando perezamos aplastados disfrutaremos de un poder incomparable.

«Bajo los pies de nuestros enemigos vendrán a buscarnos los Reyes y los pueblos. ¡Señor; apartad de nosotros el orgullo, así en las gradas de los tronos como en el fondo de nuestra miseria! ¡Gloria a Dios! ¡Todo para gloria de Dios! ¡A la mayor gloria de Dios!»

Hincóse de rodillas, y los seis le imitaron. Ninguno de ellos había hablado todavía. Ignacio juntó las manos, elevólas y dijo en latín:

— Jesús pacientísimo,

Los otros respondieron:

— Tened piedad de nosotros.

— Jesús obedientísimo.

— Tened piedad de nosotros.

— Jesús dulce y humilde de corazón.

— Tened piedad de nosotros.

Oremus. — ¡Oh Dios! haced que la casa de vuestros siervos sea fundada para bien de todos y no sólo para vuestro propio bien, a fin de que, dando vuestros siervos su vida por la salud de los hombres en Jesucristo, no cesen nunca de ser perseguidos para vuestra mayor gloria. Vos que vivís y reináis por los siglos de los siglos. Así sea.

Y habiéndose santiguado se levantaron.

El día era magnífico. Las gentes de los lugares subían por los varios senderos para oír Misa en la abadía parroquial. Ignacio y sus hijos tomaron la izquierda de la iglesia por el campo que bajaba del cementerio a la capilla del mártir, situada en el punto que dijimos, y cuyas alrededores se hallaban entonces desiertos. Luego entraron solos en la cripta que estaba preparada para el Santo Sacrificio. La tradición fija en las nueve la hora en que Pedro Lefèvre celebró.

«Después de haber ayunado y orado en común, dice Cretineau Joly, reuniéronse el 15 de Agosto de 1534 en una capilla subterránea de la iglesia de Montmartre, donde fué decapitado San Dionisio. Era la fiesta de la Asunción de la Virgen. Ignacio escogió este día para que la Sociedad naciese, en el seno mismo de María, triunfante. Allí, aquellos siete cristianos, a quienes Pedro Lefèvre, ya Sacerdote, había dado con sus manos la Comunión, hicieron voto de castidad. Obligáronse a guardar completa pobreza, prometieron a Dios que, una vez terminado el curso de Teología, irían a Jerusalén; pero que si transcurrido un año no les hubiera sido posible llegar a la ciudad santa, irían a echarse a los pies del Soberano Pontífice para pedirle que aprobase su Orden y recibir sus instrucciones.»

Esto fué todo; la *Compañía de Jesús* estaba fundada.

PABLO FEVAL.

LA RELIGIÓN Y LOS PARTIDOS POLÍTICOS

El Sr. Obispo de Puy, al tomar posesión de su silla episcopal, ha dirigido a los fieles de su Diócesis una pastoral en la que, con elevación de pensamiento y elocuencia de forma, expone los deberes de los pastores y de los fieles para con Dios y para con el Estado.

Inspirándose en las constantes enseñanzas de la doctrina católica hoy tan repetidamente inculcadas por nuestro gran Pontífice León XIII, dice que la Iglesia no se identifica con forma alguna política y que puede, según los tiempos y los países, acomodarse así a las instituciones republicanas como a las monárquicas.

Algunos periódicos liberales de Francia, entre ellos *El Tiempo*, *El Nacional* y otros, al aplaudir las enseñanzas de Mons. Petit pretenden que son doctrinas nuevas en el episcopado, cuando la verdad

es que la Iglesia docente, el magisterio católico en los diferentes grados de su jerarquía nunca ha enseñado otras: conforme hace notar muy bien el *Moniteur de Rome* hablando de este mismo asunto, «jamás la Iglesia ha ligado su causa al éxito de un partido político».

Pero es menester distinguir entre los partidos políticos y los hombres que los representan y las doctrinas que tratan de llevar a la práctica. La Iglesia, por ejemplo, no es hostil a la República; pero sin ser hostil a esta forma política se ve en el caso de luchar contra gobiernos republicanos. Si los que ocupan el poder, los encargados de la administración, los funcionarios públicos hostilizan a la Iglesia, ¿no tiene ésta el derecho y el deber de defenderse? Nadie puede ponerlo en duda; y esto la Iglesia está dispuesta a hacerlo contra republicanos lo mismo que contra monárquicos; y he aquí lo que consigna abiertamente el Sr. Obispo de Puy.

«Hay tiempo, dice, en que los Obispos que hicieron la Francia como las abejas su colmena» debieron mezclarse más en las opiniones y movimientos de la sociedad civil y de la vida pública. Hoy es preciso mantenernos en la montaña; y sin constituirnos en sustentadores de ninguna opinión, sin mezclarnos con los partidos que se agitan, poner a salvo los verdaderos principios de la razón y de la fe. Debemos convencer a todos los espíritus prevenidos que nuestras ambiciones no son de este mundo.

«No; nuestro reino no es de este mundo; y si nos vemos forzosamente mezclados en todas las batallas de la vida, nunca es sino para arrancar las almas a los peligros de la lucha y ofrecer paz o tregua a los beligerantes.

«Tal es el deber y el encargo del Obispo de Jesucristo; tal es el privilegio de su magisterio: descartar los equívocos y destruir con el esplendor de la verdad y con la ternura del sacrificio todas las preocupaciones que alejan a los hombres de la Religión. La Iglesia no es conocida; he aquí por qué no es amada. Se la teme ó se la evita: se la calumnia porque se la ignora.

«La historia atribuye a un grande hombre esta palabra: «¡He amado la verdad y la justicia; y he aquí por qué muero en el destierro!» Y esto es lo cierto: los espíritus perversos, los caracteres falsos y los corazones apasionados odian siempre y persiguen con fruición la verdad que les condena. Pero no por esto debemos sumirnos en el escepticismo ó el desdén por la rectitud.

«No proclamar libremente lo que uno piensa y lo que debe enseñar sería para un Obispo la peor cosa delante de Dios y de los hombres.

«Se trata de conquistar corazones y éstos no se ganan sino con amor. El apoderarse de las almas no debe hacerse por asalto, como las ciudades. Las inteligencias no se subyugan por medio de la fuerza. La conciencia debe inclinarse espontáneamente por medio de un asentimiento ilustrado y voluntario de la razón: no hay acto alguno como el de la fe que deba ser más de convicción luminosa y de soberana libertad.

«La verdad y la caridad no conocen fronteras; aquello que enseñó nuestro Señor Jesucristo, su Vicario lo hace revivir a nuestros ojos. A ejemplo del Redentor, su corazón está abierto a todos.

«Por encima de los intereses del tiempo que el Papa domina con toda la sublimidad de su magisterio universal; por encima de los intereses políticos cuya figura como la del mundo cambia sin cesar, y a los cuales quiero permanecer enteramente extraño, porque es superior a ellos, no tiene más que un pensamiento, que una preocupación: hacer conocer la verdad, inspirar a las almas un ardiente amor por la justicia y conducir a los individuos y a las Sociedades hacia los senderos de la paz por medio de la práctica de la virtud. Donde quiera que se encuentra una autoridad legítima, aunque sea puramente humana, él la respeta, porque desciende de lo alto: toda autoridad viene de Dios, llámese república ó monarquía, imperio ó principado. Decir, pues, que la Iglesia mira con prevención las formas más modernas de los sistemas políticos y rechaza los descubrimientos del progreso contemporáneo es una calumnia vana y sin fundamento...

«Como todo lo que es verdadero no puede proceder sino de Dios, en todo aquello en que las investigaciones del espíritu humano descubre verdades, la Iglesia reconoce como una huella de la inteligencia divina; y como quiera que no hay verdad alguna natural que sea contraria a la fe hacia las verdades divinamente reveladas, sino que, al contrario, muchas la confirman, y todo descubrimiento de la verdad debe conducir a conocer y a alabar a Dios, la Iglesia acoge siempre voluntariamente y con gusto todo lo que contribuye a ensan-

char la esfera de las ciencias... Enemiga natural de la inercia y de la pereza, quiere que el ejercicio y la cultura hagan producir al genio del hombre frutos abundantes.

«Tal es la enseñanza de la Iglesia, tal el lenguaje del Soberano Pontífice, Doctor infalible de la verdad. Tales son la doctrina y la práctica en donde nos encontraremos siempre, amados hermanos nuestros, fieles a las grandes tradiciones católicas.

«¿No es este un campo bastante extenso, un horizonte bastante dilatado, donde pueden unirse todos los hombres de buena voluntad? ¡Oh pensadores, filósofos, economistas, sabios! Vosotros buscáis la verdad: nosotros os llevamos aquella que Dios nos ha revelado, y aceptamos lo mismo que vosotros todas aquellas que la naturaleza enseña.

«¡Oh jefes de los pueblos! Tenéis el encargo de regir las naciones a fin de asegurar, hasta con la fuerza si es menester, la independencia de los Estados; nosotros tenemos la misión de destruir los impulsos que conducen a la violencia, y crear en las conciencias el amor a la equidad, que garantiza el orden.

«Hijos de la Francia, apasionados por su gloria y su grandeza, somos también hijos de la Iglesia dispuestos a morir por nuestra Madre, y tenemos el corazón bastante grande para reunir en un amor igual nuestras dos patrias.

«Queremos ser servidores ardientes, humildes y adictos a la patria de la tierra; pero no olvidamos que debemos ser servidores y conquistadores de la patria del Cielo. Los que ejercéis la administración pública, de cualquier orden que sea, tenéis el encargo de hacerlo en favor del bien común: sois la autoridad humana; nosotros representamos en el seno de la sociedad la autoridad divina. Vosotros habláis en nombre de la nación; nosotros enseñamos en nombre de Dios.

«¡Educadores de la infancia! El Estado y la familia os han conferido el cargo más honroso y de mayor responsabilidad: el de instruir, armar, formar y educar para la patria a hijos que sean dignos de ella; nosotros hemos recibido de Dios mismo, de Jesucristo directamente la orden, el derecho y el poder de instruir y armar las conciencias, robustecer las almas, engrandecer ó educar los espíritus para todas las luchas del tiempo y para los destinos más altos de la eternidad... ¿Por qué buscar aquello que divide a los hombres, y no buscar aquello que puede unirlos? Tenemos horizontes abiertos que no nos separan de ningún modo.

«Nuestros medios de acción son diferentes, las esferas en que se ejercen son distintas; pero el fin debe ser el mismo ¿por qué, pues, no hemos de marchar juntos? Hubo un día en que en las llanuras de Sennar, queriendo los pueblos evadir la acción de Dios, echaron los fundamentos de un grandioso edificio que debía elevarse hasta el cielo. Pero Dios aplastó su orgullo; y obligados a renunciar a su temeraria empresa se dispersaron por regiones opuestas, dirigiéndose en un lenguaje que no comprendían un adiós que todavía dura. No olvidemos esta lección de los siglos pasados. ¿De dónde vienen los desfallecimientos de la crisis actual? De la división de los espíritus, de lo heterogéneo de los esfuerzos. ¿En dónde está la fuerza? En la unión.»

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

Jerez de la Frontera. — Una *Dolorosa* al pie de la Cruz, con su divino Hijo en su regazo; *Nuestra Señora de la Definición*; un *Crucificado* muerto; *San Francisco*, de capuchino, con un *Crucifijo*, y *Santo Domingo*.

Jérica. — Un *Beato Lorenzo de Brindis*.

Jijona. — Una *Piedad*.

La Daya. — *San Miguel Arcángel*.

La Roda. — Una *Nuestra Señora del Carmen* con el Niño Jesús.

Lombay. — *Unas andas* con *San Francisco de Borja*, vestido de caballero.

Madrid. — Un *San Juan Nepomuceno*, *San Joaquín* y *Santa Ana*, *Los cuatro Evangelistas*, *La Iglesia Católica*.

Mahón. — *San Ramón Nonnato* y una *Santa Teresa de Jesús*.

Mallorca. — *Santa Elena*, *Nuestra Señora de la Merced*.

Marsella. — *La Asunción de Nuestra Señora*.

Monfort. — *Nuestra Señora del Rosario*, *un asunta* con una *Dolorosa* sentada al pie de la Cruz, un *Nazareno*.

Montán. — Una *Asunta*.

Motilla. — *Nuestra Señora del Rosario*.

Murviello. — *Santa Ana* y la *Virgen Nuestra Señora*, niña.

Nucia. — Una *Asunta*.

Oliva. — Una *Aurora*, una *Piedad* y un *Nazareno*.

Onil. — Un *Nazareno* y una *Dolorosa*.

Onteniente. — Un *Nazareno*, *un asunta* con la *Santísima Trinidad*, un *San Antonio de Padua*, *Niño Jesús*.

Orcheta. — *San Nazario en el martirio*.

Orihuela. — *Jesús crucificado*, una *Santísima Trinidad*, *Beato Lorenzo de Brindis*, *San Juan Bautista*.

Otos. — *San José con el Niño Jesús*.

Paiporta. — *San Jorge, a caballo*.

Peñalba. — *Santa Bárbara*, un *Padre Eterno*, la *Fe* y la *Esperanza*, *San Joaquín*, *Santa Ana*, *San Carlos Borromeo*, *Santo Tomás de Villanueva*, una *Purísima Concepción*.

Portaceli. — *Trono de nubes con dos mozos y siete serafines*.

Potrier. — *San Juan Evangelista* y *San Juan Bautista*.

Puig. — *San José*.

Puzol. — *San Antonio de Padua*.

Rafol de Almunia. — Un *Crucifijo*, *San Francisco de Paula* y otro de *Sales*, *San Gregorio Ostiense*, un *Padre Eterno*.

Rafol de Salem. — *Nuestra Señora de los Angeles*, un *Divino Salvador*.

Real de Gandia. — *Andas con una Nuestra Señora del Rosario*, *Santo Domingo de Guzmán* y *Santa Catalina de Sena*.

Ribarroja. — Una *Asunta*.

Segorbe. — *Andas con Nuestra Señora de los Desamparados*.

Señera. — *Nuestra Señora con el Niño Jesús*, una *Santa Ana* y un *Crucifijo*.

Sevilla. — Un *San José* y *Nuestra Señora de la Salud*.

Soneja. — *Nuestra Señora del Rosario* y una *Piedad*.

Tabernes. — *San Francisco de Asís*.

Tárbena. — *Santa Bárbara*.

Tobarra. — *Asunción de Nuestra Señora*.

Toledo. — *Santa Leocadia* y *Nuestra Señora de la Merced*.

Torrente. — Una *Dolorosa*, *Santo Tomás de Villanueva*, *Santo Domingo*.

Valencia. — En la catedral: *San Pedro*, *San Jaime*, *San Felipe*, *San Judas Tadeo* y *San Mateo*; un bajo relieve con un pasaje de la vida de *San Pascual Bailón*, *Judit* y *Joel*; el *Espíritu Santo*, una *Purísima Concepción*, la *Oración*, la *Doctrina*, la *Humildad* y la *Penitencia*; el *Martirio de San Blas*, la *Misericordia* y el santo *Celo*, la *Caridad*, *San Vicente*, mártir, la *Fe* y la *Fortaleza de ánimo*, y otras. En la parroquia de San Andrés Apóstol: *San Luis Gonzaga* con un *Crucifijo* y *San Estanislao de Koscza*; *Santa Ana* y la *Virgen niña*, una *Aurora*, un *Crucifijo*. En la de San Esteban: *San Esteban*, dos mozos con varios agregados, seis serafines mayores del natural y varios grupos de nubes circuyendo al *Espíritu Santo*. En la de los Santos Juanes: *San Esteban*, varios mozos, serafines y medallones. En la de San Martín: una *Piedad*. En la de Santa Cruz: una *Asunta* y *Santa Elena*. En la de Santo Tomás: una *Purísima Concepción*, grupo de serafines, *San Juan Bautista* y *Cristo Señor nuestro en el bautizo*, con el *Espíritu Santo* y resplandor de rayos; *San Hugo* y *Santa Ubaldeca*. En la iglesia de la Compañía: *San Joaquín* y *Santa Ana*, *San Miguel Arcángel*, *San Gabriel*, *Ángel Custodio de la ciudad*, *Ángel de la Guardia* con un niño y *Ángel San Rafael* con el joven *Tobías*. En la Escuela Pia: *San Matías*, apóstol; *San Joaquín* con la *Virgen Nuestra Señora*. En la iglesia del colegio de la Presentación de Nuestra Señora, vulgo de Santo Tomás: la *Presentación de Nuestra Señora en el templo*. En la iglesia de Santa Mónica: el *Divino Amor* y la *Justicia*, y un bajo relieve con atributos de la Orden de San Agustín. En la capilla de Nuestra Señora de los Desamparados: dos *San Vicentes*, un águila, un niño, un león y un toro. En la iglesia del convento de monjas de la Presentación: *San Agustín*. En la del convento de monjas de San José. una *Beata María de la Encarnación en éxtasis*. En la del convento de monjas de San Julián: una *Asunta*. En el convento de Jesús: *Unas andas con el Beato Nicolás Factor*, dos mozos y dos serafines. En el de Capuchinos: un *Beato Juan de Ribera* y un *Crucifijo*. En el de San Juan de la Rivera: un *Beato Andrés Bernaldo* y una *Purísima Concepción* sobre nubes. En el Palacio Arzobispal: *Santo Tomás de Villanueva*. En la Universidad Literaria: busto retrato del Excmo. Sr. D. Francisco Fabian y Fuero, Arzobispo de Valencia.

Vallanca. — Un *Crucifijo* y *San Pedro*, apóstol.

Vallidigna. — *San Benito* con el diablo a sus pies, *San Bernardo* abrazado con un *Crucifijo*, y el *Espíritu Santo*.

Villafamés. — *Nuestra Señora de Santa María*.

Villahermosa. — *Una Anunciación*.

Villar de la Encina. — *Una Dolorosa*.

Villena. — *San Isidro, labrador*.

Vinaroz. — *Una Dolorosa, con Nuestro Señor Jesucristo difunto en sus rodillas*.

Tuvo D. José Esteve un carácter eminentemente religioso, de que participan todas sus obras.

D. ANTONIO ESTEVE Y ROMERO. — Escultor valenciano, hijo de D. José Esteve y Vilella; fué académico de la de San Carlos de Valencia y director de sus estudios hasta su fallecimiento, ocurrido en 1.º de Julio de 1859. En Pamplona, Bilbao, Burgos, Madrid, el Grao, Valencia y otras poblaciones hay bastantes trabajos suyos en el género religioso.

Sus hijos D. José y D. Rafael Esteve y Badía han ejercido igualmente la escultura: el primero, presbítero, fué penitenciario del Real colegio de *Corpus Christi* en Valencia.

D. JOSÉ ESTEVE Y VILELLA. — Escultor valenciano, hijo de D. José Esteve y Bonet, individuo de la Academia de San Carlos de Valencia. Son obra suya algunos excelentes *Cristos* y numerosas estatuas de santos esparcidas por el reino de Valencia.

D. ANTONIO FARRÉS Y COSTA. — Escultor catalán, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona; en 1875 hizo oposición a una plaza de pensionado en Roma, ofrecida por la Diputación de la provincia, logrando el triunfo sobre sus competidores: en aquellos ejercicios ejecutó la estatua de *Abel muerto*.

D. CARMELO FARINÓS. — Escultor valenciano, cuyas obras han figurado en diferentes Exposiciones; en la de Valencia, en 1879, fué premiado con medalla de plata en el género de escultura religiosa: había presentado un *busto de Eslava*. La última obra de este artista de que tenemos noticia representa a la *Virgen María con Jesucristo, descendido de la Cruz, sobre sus rodillas*.

D. FELIPE FARINÓS Y TORTOSA, nació en Valencia en la parroquia de los Santos Juanes el día 26 de Mayo de 1826, y fué discípulo del escultor D. Antonio Marzo. Entre los muchos trabajos de este artista citaremos una lápida sepulcral, destinada al túmulo de D. Santiago García, para lo que eligió un pensamiento religioso y simbólico, como es el de que un Sacramento abre al justo las puertas del mundo y otro las cierra. El grupo del *Descendimiento*, hecho en 1858 en madera, con seis figuras del tamaño natural, para el exconvento de San Francisco de la ciudad de Orihuela. La medalla dedicada en 1855 por la Sociedad Económica Valenciana de Amigos del País al cuarto centenario de San Vicente. La custodia construida para Liria en el año 1859. La escultura del altar mayor de la catedral de Valencia, que consiste en 22 imágenes y un bajo-relieve de la *Cena*, en bronce. Un *Crucifijo* del tamaño natural para el cementerio de Valencia. Un grupo compuesto de cinco figuras de tamaño natural, representando la *Oración del huerto*, para ser llevado en andas en la procesión de Semana Santa en Hellín. La estatua de *San Juan Bautista*, para el asilo del Sr. Romero, en Valencia. Un bajo-relieve, inspirado en el versículo del Credo: *Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos*, y un *Jesús Nazareno*, para la iglesia de Novelda.

D. LUIS FÉLIX. — Joven escultor catalán, autor de una imagen de la *Concepción*, labrada en Barcelona en 1882.

D. JOSÉ FERNÁNDEZ BERNAL, natural de Madrid y discípulo de la Escuela especial de pintura, escultura y grabado y de D. José Grajera. En la Exposición nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1871 presentó la *Redención*, grupo en cera.

D. ADRIANO FERRÁN. — Artista catalán. En 1808 fué uno de los que, no queriendo reconocer al Gobierno intruso, se trasladó a las Baleares, donde formó excelentes discípulos, trabajando asimismo un gran número de obras que acreditan su buena ejecución. Proceden de este artista, ejecutadas en aquella época, una estatua de *Nuestra Señora con su Hijo difunto en brazos*; *San Bruno*, *San Juan Bautista* y la *Beata Catalina Tomás*, para el altar mayor de la iglesia de la Real Cartuja de Valdemosa; la *Virgen de la Piedad*, para su capilla en la parroquia de Santa Eulalia; el *Crucifijo* para la capilla del gremio de Marchandos; *San Sebastián* y *San Juan de Dios*, en la capilla de Santa Ana de la iglesia de San Nicolás; la *Virgen del Remedio* del altar mayor en la iglesia que fué de Trinitarios, y la *Concepción* y la *Beata Catalina Tomás* en la parroquia de San Jaime. También concluyó el sepulcro de la misma *Beata Catalina*, para las monjas de Santa Magdalena.

D. AUGUSTO FERRÁN. — Escultor mallorquín, académico de mérito de la de Nobles Artes de San Fernando, cuando sólo contaba 25 años de edad. Fué autor de tres medallones, simbolizando un *Ave María*, el *escudo de la comunidad* y una *gloria de Je-*

sucristo, para el monasterio de Santa Catalina, en la Habana. Durante muchos años desempeñó la cátedra de Escultura en la Escuela de Bellas Artes de la Habana, hasta el 28 de Junio de 1879, en que falleció.

D. JUAN DE DIOS FERRER. — Fué hijo de otro escultor del mismo apellido, y nació en 8 de Marzo de 1817; mostró desde su juventud las mejores disposiciones para el cultivo del arte; pero su vocación religiosa triunfó de la artística, y encaminándose a Italia, entró en Nápoles en el noviciado de la Compañía de Jesús (1842), renunciando gustoso a las glorias del cincel por las rudas pruebas de la vida monástica.

El talento del Hermano Ferrer era demasiado elevado y útil para que se le dejara perder. La vida religiosa y la renuncia de toda ambición no son obstáculos al desenvolvimiento de las facultades del artista. Restituyélele, pues, a los trabajos que habían ocupado toda su vida antes de su profesión religiosa. Sin embargo, el deplorable estado de su salud no le permitió darles gran impulso, y no eran todavía susceptibles de revelar a los hombres los dones preciosos de tan eminente artista, cuando una enfermedad puso en peligro su existencia. El Padre Provincial de los jesuitas hizo voto de consagrar al Hermano Ferrer a las misiones de la China, si Dios se dignaba escuchar las súplicas de la Comunidad. Contra toda esperanza humana, recobró aquel su salud, y en 1847 partió para la China. El Hermano Ferrer practicó su difícil arte durante los nueve años que vivió en China. Estableció una escuela en Shanghai, admirando a todos los rápidos progresos de sus alumnos y su destreza en manejar la arcilla y en dibujar. Al mismo tiempo que dirigía a sus discípulos se dedicaba al ornato de las iglesias del nuevo país a donde le había conducido la obediencia. El europeo que penetra en las iglesias de la Compañía de Jesús, en Shanghai y en Zi-ka-wei, queda admirado del número y cualidades de las esculturas que las adornan, obras todas ellas del Hermano Ferrer. Uno de los mejores grupos debidos a su cincel es la *Fluida a Egipto*.

Su muerte, ocurrida en 1856, fué conforme a su edificante vida.

D. RAMÓN FERRER. — Hablando el Sr. D. Nicolás Sancho en su *Descripción de Alcañiz* de la ermita de Nuestra Señora de los Pueyos, dice lo siguiente:

«En el primer altar, entrando a la derecha, hay una bella estatua de *San Ramón Nonato*, obra del célebre escultor de este país D. Ramón Ferrer, que en Madrid dejó gratos recuerdos con las dos hermosas estatuas de *San Fernando* y *Santa Cristina*, mandadas trabajar por S. M. y colocadas de su orden en la patriarcal iglesia del Buen Suceso.»

D. JOSÉ FERREIRO, natural de Santiago, y el último de los artistas que en el siglo pasado sostuvieron en Galicia el brillo de la escultura. Los principales trabajos religiosos de Ferreiro, según los datos que hemos podido adquirir, son los que siguen: *Santa Escolástica coronada por un ángel*, en el convento de San Martín, en Santiago; un *Crucifijo* que se ve en una de las capillas del convento de San Martín, en Santiago; la *Virgen del Carmen*, para el convento del Carmen de dicha población; el *altar de Santa Gertrudis*, que es una de sus mejores obras; las estatuas del cornisamento, y los *cuatro Evangelistas* en la cúpula de la sacristía; las estatuas de *San Rosendo* y *San Pedro Morazono*, sobre la pila del agua bendita del monasterio de San Martín; en San Francisco la estatua de su titular, de gran tamaño; *San Diego repartiendo pan a los pobres*; en el convento de Congo, un *Santiago peregrino*, reputado acaso por la mejor obra de este artista.

D. JUAN FIGUERAS Y VILA, natural de Gerona, donde nació en Julio de 1829, y discípulo de la Escuela superior dependiente de la Academia de San Fernando, y del escultor de Cámara D. José Piquer. Fué a Roma en 1858 pensionado por el Gobierno. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1856 presentó una estatua en yeso representando la *Casta Susana*, por la que obtuvo medalla de tercera clase; en la de 1860 expuso una *israelita acometida por una serpiente*, figura valiente y de difícil desempeño, y de que sacó todo el partido posible. También alcanzó premio tercero. En la que se verificó en 1862 expuso una *india abrazando el cristianismo*. Esta última obra fué premiada con medalla de segunda clase y adquirida por el Gobierno. En la Exposición de 1866 obtuvo consideración de segunda medalla, y presentó, entre otros trabajos, una *Santa Bárbara*. Falleció en 28 de Diciembre de 1881.

D. JOSÉ ANTONIO FINACER. — Escultor tirolés, residente en Toledo a fines del último siglo y principios de éste. Sus principales obras ejecutadas en aquella población son: un *Crucifijo*, la *Virgen* y *San Juan*, en la parroquia de San Sebastián; el *San Agustín* que estuvo en la portada de la iglesia de

Recoletos, y hoy se conserva en el Museo Provincial, y el escudo de armas del Cardenal Lorenzana, sostenido por unos angelones que vuelan tocando el clarín de la fama, en la Universidad.

(Se continuará.)

M. DE A.

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

Los católicos del Arciprestazgo de Almendralejo (Badajoz) regalarán a Su Santidad en sus Bodas de Oro un riquísimo misal. En el anverso de la cubierta, que es de chagrin de Levante, están artísticamente combinados en el centro los escudos de León XIII y de Plasencia, primorosamente esmaltados; descolgando sobre las llaves pontificias y coronados por la tiara. Al pie de ellos, sobre una planchamacia de oro, se lee en esmalte negro la siguiente inscripción: *Leoni. XIII. Pontifici. Maximo. Praesul. Clerus. Populus. Pacensis. in. Hispania. d. o. e. i. jubileo. sacerdotali. 1887.* Circuye la página una corona de espigas, de oro, y hojas de parra, de plata entrelazadas, y en los cuatro ángulos hay sendos clavos que destacan del fondo de una elegante cruz. En los dos broches, que son de oro, se ven respectivamente el Corazón de Jesús y el de María. El dorso es igual al anverso, sólo que en el centro figura sobre una plancha de oro el monograma de Jesucristo. La ejecución de esta obra de arte, que ha sido encomendada al joyero de Barcelona señor Sñol, honra sobremanera a este inteligente orífice.

El inteligente maestro de Capilla de la Santa Catedral Basílica de Valencia ha tenido el feliz pensamiento de ofrecer a Su Santidad León XIII, con motivo de su Jubileo Sacerdotal, una preciosa colección de música religiosa, que es una brillante muestra del tesoro que encierra el archivo de la citada Iglesia. En un tomo de regulares dimensiones, magníficamente encuadernado, ha reunido el Sr. Guzmán escogidas composiciones del maestro D. Juan Ginés Pérez, perteneciente al siglo xvi, y del inmortal D. Juan Bautista Comes, discípulo del anterior y maestro de Capilla que fué en el siglo xvii del colegio de Corpus-Christi y de la misma Catedral. En último término, ha querido el señor Guzmán ofrecer al Romano Pontífice algunas de sus inspiradas obras, enlazando, por decirlo así, las producciones de los maestros antiguos con las del que hoy ocupa el lugar al que aquellos tanto lustre dieron.

El pueblo de Lambayeque (Trujillo) manifestará su amor filial al Santo Padre con un par de corporales de finísima tela trabajados primorosamente; en la parte media figurarán dos ramas unidas elípticamente por su base; la una representa la palma, símbolo del triunfo moral del Pontificado, y la otra la oliva señal de la consiguiente paz, que mediante Dios conseguirá su Iglesia; en cada esquina tendrá una insignia pontificia; estas ramas irán encerradas por un círculo que llevarán esta inscripción: *Jubileo Sacerdotal de Su Santidad León XIII: Diciembre 31 de 1887. — Lambayeque. — Perú.* Irán también acompañados de 4 purificadores de la misma tela que representando a las cuatro Congregaciones que hay establecidas allí, no llevarán la misma inscripción, sino el nombre de ellas, es decir: Guardia de honor del Sagrado Corazón de Jesús, Orden Terciaria, Hijas de María y Sociedad de Caridad; por lo demás llevan el mismo trabajo que los corporales, trabajo *criollo de vaciado y deshilado* encomendado a la señorita Beatriz Ramírez. Irán, por último, dentro de un bolsoncito trabajado con gran curiosidad y esmero por las señoritas Luisa Montejó y Leonor Ruiz.

Las Religiosas del Buen Pastor, de Lima, ofrecerán a Su Santidad un riquísimo amito exquisitamente trabajado con lino a la aguja imitando el *guipur*. Irá colocado en una caja de raso blanco con el escudo del Sumo Pontífice León XIII, bordado al realce con oro y seda.

El Padre Santo ha manifestado a los Obispos su deseo de que presidan las peregrinaciones locales para dar un sello jerárquico a estas demostraciones católicas, y se complacería en que cada provincia estuviese representada en el Vaticano por una pere-

grinación, presidida por su Obispo, en su próximo Jubileo Sacerdotal. Considerando los estragos que el fuego pudiera ocasionar en la preciosa Exposición, obra de la inteligencia y del amor que acompañará a esta solemnidad, ha dispuesto que los dependientes de los palacios apostólicos y los gendarmes pontificios custodien y vigilen la guarda de los objetos expuestos.

Traducimos del periódico portugués *A Actualidade*, que ve la luz pública en Oporto:

A propósito del Jubileo Sacerdotal de Su Santidad León XIII, la princesa Clotilde acaba de bordar una capa para el Papa en su retiro de Moncalieri.

Esta capa de satén blanco, cubierta de flores de oro, no será una de las menores curiosidades de la Exposición que se va a realizar en el Vaticano con motivo de las Bodas de Oro de Su Santidad.

El humilde óbolo que elevará el Seminario de Tarragona a los pies de León XIII, con motivo de su Jubileo Sacerdotal, irá acompañado de un elegante álbum, ricamente encuadrado, que viene preparándose desde mediados del último curso escolar. Este álbum contendrá: 1.ª Portada con la dedicatoria a S. S. 2.ª Una gran fotografía del monumental edificio del nuevo Seminario que está casi terminado. 3.ª Mensaje en latín suscrito por todo el personal del establecimiento, profesores y alumnos, reuniendo más de 400 firmas. 4.ª Varias composiciones científicas y literarias, por los alumnos de las respectivas asignaturas, que contribuirán a que sea el álbum no sólo un tributo de adhesión y reverencia filial, si que también un testimonio del estado actual de dicho Seminario.

Los PP. Franciscanos de la Misión del alto Egipto han enviado al Padre Santo, como homenaje por su Jubileo Sacerdotal, una gran colección de antigüedades egipcias recogidas en las ciudades situadas cerca de la antigua Tebas.

Copiamos de un colega de Pamplona: Hemos tenido el gusto de ver tres magníficos cálices de plata de muy elegante forma, que la V. O. T. de Penitencia de San Francisco de Asís, establecida en el convento de Religiosos Capuchinos de Pamplona, y los hermanos de dicha Orden residentes en varios pueblos de esta provincia, adscritos en el mismo convento, ofrecen a su Hermano terciario el Pontífice León XIII, con motivo de las Bodas de Oro y como pequeña prueba del grande amor y veneración que los hijos del Serafín de Asís tienen a la Santa Sede.

NOTICIAS

A los ataques dirigidos a la institución de las *Hermanitas de los pobres* por un periódico de Alicante, contesta otro de la localidad en los siguientes levantados términos:

Las Hermanitas de los pobres se han establecido en Alicante, como lo han hecho en Madrid, Barcelona, Valencia y otras poblaciones tan ricas como ilustradas, y como antes lo han verificado en Francia, Italia, Bélgica y otras naciones porque así lo exige su institución; toda vez que la caridad, esa virtud evangélica tan recomendada por el gran Apóstol de las gentes, no conoce límites en el ejercicio de sus nobles y generosas acciones, y se presenta sin ostentación ni alarde donde las necesidades la reclaman; y como en todas partes hay seres desgraciados que sufren, por eso en todas partes también dejan verse las Hermanitas, dispuestas a sacrificarse por el desvalido; interpretando perfectamente los altos deberes que su institución les impone, y por lo tanto consagrándose exclusivamente a su cumplimiento, sin que pueda nadie, con justa razón, calumniarlas, suponiendo en esas benditas mujeres, en esos ángeles de la tierra, otros fines ni otras miras que las del ejercicio de la caridad en todas sus formas.

Las Hermanitas de los pobres atienden con viva solicitud al alivio de los infelices que abandonados por el infortunio ó por sus deudos y parientes, se acogen a los beneficios de la caridad que aquellas les ofrece, hasta el extremo de adquirirles el sustento, sin perdonar vigiliat, desvelos ni fatigas. ¿Quién no ve a las Hermanitas en los mercados y pentos públicos implorando el pequeño óbolo, así como en las aldeas y en los caseríos? ¿Quién no las ve en las poblaciones llamando a la puerta de las personas cari-

tativas, sin temor a la maledicencia de los que, desconociendo los sacrificios y elevada misión que aquellas desempeñan, faltan inconsiderablemente a tanta abnegación?

Las Hermanitas de los pobres asisten a sus acogidos en las enfermedades, sufren con admirable paciencia las molestias de los desgraciados a quienes el peso de los años ó la acción de alguna parálisis les priva completamente de sus miembros, cuidan con esmero del lavado de la ropa, de la limpieza y aseo del establecimiento y de la confección de la comida; porque no tienen domésticos, ni aún acogidos que puedan prestarles auxilios en todas esas ocupaciones; sin dejar por ello de recordar a los asilados por medio de sencillas y devotas prácticas religiosas sus deberes para con Dios, por el beneficio que les dispensa su sabia providencia; enseñándoles que si bien hay en el mundo muchos hombres llenos de ciencias humanas, desconocen no obstante la más importante, que es la de la salvación de sus almas.

Una sola visita al asilo de las Hermanitas bastará, a mi parecer, para que cualquiera persona de recto corazón, ó de buen juicio, se convenza de la verdad de cuanto pueda decirse en defensa de los beneficios de las Hermanitas.

Del Monasterio de Montserrat escriben con fecha 8, dando cuenta de la solemnidad con que en el mismo se ha celebrado la festividad de Nuestra Señora. El día anterior, a las dos de la tarde, cantáronse vísperas con toda solemnidad, alternando en el coro alto la Reverenda Comunidad de Monjes con la escolanía. A las seis y media empezó un magnífico rosario cantado a toda orquesta por la escolanía en el presbiterio, al cual salieron terminado aquel en procesión los jóvenes misionistas, novicios y monjes, para entonar la preciosa Salve montserratina, presidiendo la función el M. I. Padre Abad, en sitial de honor y bajo dosel. El día 8, a las seis de la mañana, se celebró el Oficio matinal, y después de cantada Tercia, asistiendo de pontifical el dicho P. Abad, empezó el Oficio mayor, predicando un fervoroso sermón el P. Vicente Pujal sobre la gran confianza que debemos poner en María, dado el mucho amor que para con ella tuvo Jesús, terminando con una sentida deprecación.

Concluido el Oficio, organizóse la procesión por los claustros y patios, dando la vuelta hasta la fonda y cantándose motetes por la escolanía en los altos que hizo durante el curso. Concurrían a ella todos los jóvenes misionistas y Padres Monjes con cirio y la escolanía, llevando en andas cuatro escolanes una efigie de la Santa Imagen. Procedíanle sin número de pendones entre una doble hilera de asistentes con hacha, llevando el principal el ex-concejal de Barcelona y ex-diputado provincial Don Domingo Güell.

Cerraba la comitiva el M. Rdo. P. Abad oficiando de preste, rodeado de numeroso clero con ricas dalmáticas y capas pluviales.

Seguía con el mayor orden y en medio de inmenso gentío, y al regreso al templo recibió la bendición abacial con gran recogimiento y compostura. La iluminación en todas las funciones fue espléndida y la concurrencia muchísima, a pesar de la tormenta que descargó durante la tarde y noche, de agua, granizo y truenos, convirtiendo en cascadas todos los torrentes de la montaña.

El Rdo. Sr. Cura párroco de Banyuls de Marenada, mosen Francisco de Asís Rous, tan celoso sacerdote como entusiasta catalanista, ha dotado a fuerza de constancia a aquella población de una iglesia parroquial de una suntuosidad tal, que poblaciones de mucha más importancia la envidiarían. No tiene completamente terminado más que el crucero, el ábside y una de las dos torres. En su presbiterio, de estilo románico modernizado, enriquecido con pinturas al fresco, bajos relieves, estatuas y vidrieras de colores y en cuyas paredes brilla el oro y el policromado, destaca un altar de mármol, dedicado a la Inmaculada Concepción de María.

Encargó mosen Rous la estatua en mármol de Carrara a un distinguido escultor de París, M. Oliva, hijo de la Cerdaña, y tan bien acabada dejó Oliva su obra que cuando la expuso en la capital de Francia, mereció los elogios de la prensa parisiense.

Deseoso el Párroco de Banyuls de inaugurar esta hermosa estatua con toda pompa, señaló para ello el día 8, fiesta de la Natividad de María Inmaculada, y no sólo invitando a ella a sus colegas los Párrocos vecinos y a otros sacerdotes de distintas poblaciones, sino que organizó con sus amigos catalanistas del Rosellón y de España un certamen literario catalán y francés, cuya distribución de premios fue el coronamiento de la fiesta.

La prensa barcelonesa hace grandes elogios de las composiciones en prosa y verso premiadas en dicho concurso.

A 431.973 pesetas ascienden las tres quintas partes del producto de la Bula correspondiente a la predicación de 1884, y que los Rdmos. Prelados de España han librado a favor de los establecimientos de caridad de sus respectivas Diócesis.

Ha quedado ya constituida la Junta administrativa del Asilo de Sres. Sacerdotes de Las Cortes de Sarriá: fórmanla el Muy Ilustre Sr. Dr. D. José Iborra, y los Rdmos. Dr. D. Manuel Terrades, Doctor D. Cayetano Barraquer, D. Juan Campmany y Reverendísimo P. Cayetano Suñol, los cuales, según los deseos del Prelado de Barcelona, se dedicarán inmediatamente a formar los estatutos de la casa, y propondrán las disposiciones convenientes para la más acertada administración de las rentas y desarrollo de esta institución.

Toda la prensa católica ha anunciado que estaba muy adelantado el expediente para la beatificación del Obispo capuchino P. Nicolás de Molinari. Nació en 1708 en Laguerre, en la Basilicata, y entró a la edad competente en los Capuchinos, recorriendo como misionero apostólico una gran parte de Italia, recogiendo con sus predicaciones en todas partes frutos abundantes de salvación, por lo que Pío VI quiso recompensar su celo y sus virtudes nombrándole Obispo de Scalay de Ravello, de donde fue trasladado a Bovino, en Capitanate, reino de Nápoles, y allí murió en olor de santidad el 18 de Enero de 1792, a los 84 años. Desde 1831 está la causa de su beatificación en Roma.

Del 14 al 18 se celebrará en la iglesia de San Martín de Madrid un devoto quinario en honor del Sacratísimo Corazón de Jesús, dedicado por la Congregación del Apostolado de la Oración y Guardia de Honor del Sagrado Corazón, cuyos ejercicios espirituales dirigirá el Rdo. P. Cándido Sanz, de la Compañía de Jesús.

A las cinco y media de la mañana, después del ofrecimiento de obras, seguirá la Misa, en la que se explicarán los misterios de la misma, y a su terminación se meditará, concluyendo a las seis y media en punto con un acto de desagravio. Por las tardes, a las siete, Rosario, meditación, ¡Perdón, oh Dios mío!, sermón y letanías al Sagrado Corazón.

El domingo, último día, será a las siete la Comunión general, y a las tres y media se sortearán entre las adictas, tanto obreras como sirvientas, cuatro lotes, después se hará el ejercicio de acción de gracias, con exposición del Santísimo, Rosario, sermón y solemne Reserva.

NECROLOGÍA

Ha fallecido en Filipinas el religioso agustino descalzo D. Fray Mariano Cuartero, Obispo de Nueva Segovia, para cuya Sede episcopal fue nombrado por decreto de 8 de Marzo de 1874.

También han fallecido recientemente: En Santiago el Chantre de aquella Santa Iglesia Catedral, teólogo y canonista eminente, D. Santiago Francisco Viqueiro.

En Soria el Canónigo D. José María Sáez del Prado, filósofo profundo é individuo correspondiente de la Real Academia Española.

ARTÍCULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.



EL GENERAL DE SONIS

en memoria de lo que las ferias fueron, algunos montones de libracos, algún derroche de platos y tazas, las nueces y las avellanas que vienen indicando el frío, y los puestos de miles de objetos á real y medio la pieza, que aun solicitan el deseo del público infantil y promueven bonitas perturbaciones en los libros de caja de numerosas familias madrileñas.

Pero esta es la feria visible y la que carece de toda razón de ser, dado el desarrollo que tiene el comercio de Madrid; esta es la feria que termina en los primeros días de Octubre, si antes los chaparros y las tormentas no han ahuyentado y hecho escapar á los alcarreños vendedores de avellanas, á los comerciantes en loza y cristal y á los que antes de consagrar sus libros á envolver en los herbolarios los ofrecen en pintoresco montón á los que aun creen en los hallazgos y buenas fortunas de los bibliómanos.

La feria verdad, la feria que tantos aficionados trae á la Corte, ni se exhibe en puestos al aire libre, ni ofrece los encantos que adiciona á veces la presentación de monstruos humanos ó focas marinas, que se anuncian á son de tambor ó de clarinete. Feria de ambiciones, feria de vanidades, feria de creencias, sus transacciones no son públicas, pero se repiten sin cesar todos los días, y hay quien se provee en tales ferias de un diploma que le sirve para engañar al mundo, y quien compra reputación científica ó literaria en un baratillo, y adquiere cargos, empleos y honores, y hasta se proporciona alguna conciencia elástica para suplir á la que arrojó, por lo que le pesaba, al tiempo de abandonar á su pueblo y á su familia para luchar con las corrientes en el agitado mar de la política.

Entre las dos ferias madrileñas prefiero la actual; pues á lo menos el engaño es más difícil: todo el que se acerca á un puesto de frutas puede llevar el convencimiento de que se las darán podridas, y todo el que compra un juguete por real y medio sabe que no lo vale ni con mucho. Pero en la otra feria se pierde lo que vale bastante más que el dinero: la ilusión acariciada, la honradez bendita, acaso la vida terrenal y acaso la vida eterna.

La Sociedad arrendataria del tabaco ha emprendido una activa campaña contra la industria colileira, y los carabineros persiguen sin descanso á los muchachos que se dedican á recoger puntas y se incautan de su mercancía.

— ¡Buen síntoma! — exclama el Dr. Pangloss; — al fin vamos á fumar buen tabaco.

— No lo crea V. — le interrumpe un incrédulo; — esa persecución obedece á que la Sociedad ha consumido ya las existencias que le dejó el Gobierno, y hace provisiones para servir al público.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

EL GENERAL DE SONIS.

Francia acaba de sufrir la pérdida de uno de los más valerosos jefes de su Ejército, tan notable por su bizarría como por su arraigada fe católica. Sus grandes servicios en Italia en 1859 le hicieron alcanzar justo renombre; pero la batalla de Loigny en 1870, donde mandaba en jefe la división 17 del Ejército, inmortalizó su nombre.

Tratabase de recuperar á Loigny, ocupado en parte é incendiado por los prusianos. La tarde caía y el regimiento único que mandaba el General se negaba á avanzar, imposibilitado por las privaciones y la fatiga. El General se adelantó entonces á los anápsos pontificios que aguardaban órdenes: — «Coronel, grita á Charette, enseñemos á esos cobardes lo que pueden los hombres de corazón y los buenos cristianos... ¡Viva Francia! ¡Viva Pio IX! Adelante!».

Dos compañías de tiradores y de movilizados se agregaron al batallón: en junto 300 hombres. Avanzaron arma al brazo y al paso en orden de parada y cubriendo todos los huecos que hacía en sus filas el cañón enemigo. De repente una espantosa descarga de fusilería suena junto á los suaves: Verthamer cae en tierra tiñendo con su sangre la bandera y el general Sonis siente rota una de sus rodillas; los suaves avanzan arrollándolo todo, barren el bosque y recorren la aldea; pero las tropas prusianas reciben nuevos refuerzos y el batallón francés, diezmado y envuelto por todas partes, no es socorrido. Entonces tocó retirada y Charette condujo los restos de la heroica falange, mientras que el general De Sonis, con la pierna izquierda fracturada, aguardaba la muerte sobre un terreno helado, sobre el cual iba extendiendo la nieve un inmenso sudario.

En sus honras fúnebres, á las que han asistido representantes del Presidente de la República y del Ministro de la Guerra, el día de este último pronunció muy conmovido las siguientes frases:

«Señores: Designado por el Sr. Ministro de la Guerra para representar en esta ceremonia, acudo á dar mi despedida al general De Sonis. La vida del hombre cuya pérdida lamentamos es hábilmente conocida para que necesite ser re-

cordada. Modelo de todas las virtudes en su vida militar y privada, la palabra *deber*, escrita en la primera página del libro de su existencia, figuró hasta en la última, y de él puede decirse que fue, como Bayard, sin miedo y sin mancha. Adios, Sonis; más bien, en mi fe cristiana, hasta la vista.»

El general Charette ha escrito á sus antiguos compañeros de armas:

«Mis queridos camaradas: El general De Sonis ha muerto y recibido ya la recompensa de su largo martirio. A él le corresponde la gloria de haber desplegado la bandera del Sagrado Corazón, en el mismo campo de batalla donde flotaba cuatro siglos antes la de Juana de Arco. Soldado de la Francia y soldado de Dios, toda su vida puede resumirse en estas dos palabras: Honor y sacrificio. — Charette.»

Con el triste motivo de la muerte del general De Sonis, algunos periódicos han publicado la interesantísima carta que durante la campaña de Italia en 1859 escribió á su esposa. En ella, después de reseñar minuciosamente todos los pormenores de la batalla de Castiglione, en la que providencialmente salvó la vida, terminaba con las siguientes frases, tan propias de un héroe cristiano:

«A alguien quizá le parezca que hago mal en hablaros de los peligros que he corrido, porque pueden presentarse de nuevo, y que deciros todo esto es dar pábulo á vuestras inquietudes y tristezas. Pero yo miro las cosas desde más arriba, y deseo que vos las veáis como yo.

«Dad gracias á Dios, de todo corazón, por haberme preservado de la muerte por un milagro de su infinito poder. Vuestra fe se animará con la idea de que todos los peligros de muerte se han juntado en rededor mío, á fin de que sea más patente la protección de Dios. A El y á María habíame encomendado con toda mi alma, y á Dios y María os había confiado á vos, querida mía, y á nuestros hijos. — De Sonis.»

Tal era el hombre, cuyo retrato publicamos en la primera plana de este número.

ESCENA DE Caza.

El dibujante ha logrado retratar con gran exactitud y preciosos detalles una de las muchas escenas á que da lugar el ejercicio de la caza. Asunto es que no reclama seguramente descripción alguna.

LA NOCHE.

(Cuadro de El Correggio.)

Conocida es de nuestros lectores la biografía de Antonio Allegri, llamado el Correggio, á causa de haber nacido en la localidad de este nombre, Ducado de Módena, en 1494. Entre las obras del fundador de la escuela de Lombardía ocupa muy preferente lugar la que reproducimos en este número y representa al Niño Dios en el Portal de Belén, adorado por ángeles y pastores.

EL ESTADO POLÍTICO DE EUROPA

HIZO MÁS CRIMINAL

LA APARICIÓN DEL PROTESTANTISMO.

DELICADAS y por todo extremo luctuosas fueron las circunstancias que eligió la Reforma para ondear al viento el negro estandarte de su insubordinación contra la Iglesia. Bajo el punto de vista histórico, la comparecencia de aquella facción religiosa fué la más intempestiva que podía darse; diríase que se había elegido expreso el instante de la mayor crisis por que atravesaba la amenazada Europa, para venir á complicar más y más su dolorosa situación; en términos, que si las naciones europeas no llegaron á quedar arrumbadas en el cenagoso abismo de la barbarie musulmana, por lo menos se las puso en inminente riesgo, dificultando por otro lado el desenvolvimiento de la misión pacífica y regeneradora del catolicismo.

Para poner en ejecución la sentencia que el Pontífice León X había pronunciado contra el jefe de la Reforma, y oponer un dique al error que tan rápidos progresos estaba haciendo en la Sajonia y vecinos Estados, el Emperador Carlos V celebró una dieta en Worms en 1521, mandando comparecer á aquel herejiarca, á quien envió un salvoconducto duradero por término de veintidós días. Pero fué sin efecto el comparendo, porque el acusado se mantuvo pertinaz en sus errores; y no contento con ello, vomitó nuevas blasfemias, haciendo alarde de su dogmatismo.

En vista de este resultado, el Emperador, con consejo y consentimiento de los Electores, Príncipes y Estados del Imperio, declaró que tenía á Martín Lutero por cismático y hereje obstinado, notorio y separado de la Iglesia; mandando que todos y cada uno le tuviesen por tal, y desterrándole del Imperio, con orden á todos los Príncipes y Magistrados de prenderle con diligencia, y aprisionarle pasado el término de veintidós días, que era, como hemos dicho, el del salvoconducto.

Prohibe además á todos y cualesquiera que sean, bajo la pena de crimen de lesa Majestad, darle acogida, protegerle, retener alguno de sus libros ó alguna de aquellas imágenes en que el Papa y los

Prelados estaban representados de una manera injuriosa. Permite á todos perseguir á él y á sus cómplices, adherentes y protectores; despojándolos de todos sus bienes muebles ó raíces, que abandona á discreción del primero que se apodera de ellos; y concluye con una prohibición general de imprimir el más pequeño libro en materia de fe, sin la aprobación del Ordinario ó de la Universidad vecina.

No hay duda que estas providencias, fielmente cumplimentadas, hubieran sofocado la herejía; pero la medida de las iniquidades de aquel pueblo había llegado á su colmo; parece que Dios lo había abandonado en manos de su consejo; y el diablo, que lo olió, metió primero la pata, y después la cabeza entera.

Aquellos tiranuelos y magnates interesados en promover la fermentación religiosa con el aliciente de las riquezas que esperaban secuestrar de los conventos, iglesias y abadías, no vacilaron en renegar de su fe y en hacer traición á su conciencia, á su patria y á su Rey, acogiendo, patrocinando y dando ayuda al apóstata, excomulgado y proscrito Lutero. Qué bien dijo el apóstol: «La raíz de todos los males es la avaricia; la cual codiciando algunos se desviaron de la fe, y se enredaron en muchos dolores.» (1 Tim. VI, 10.)

Mas lo que sobre todo impidió la ejecución de las disposiciones del Emperador fué la necesidad en que éste se halló de regresar inmediatamente á España, para apaciguar los alborotos que se habían levantado durante su ausencia. Esto fué lo que le obligó á dejar encomendada la regencia en manos de dos luteranos, el Elector Federico de Sajonia y Luis, Conde palatino.

Merced á las divisiones que la herejía ocasionaba entre los Príncipes de Alemania, unidas á las relaciones demasiado tirantes entre algunos de los Soberanos católicos, el Sultán Solimán II extendió cada vez más sus pavorosas conquistas sobre el Occidente; y ya se había hecho dueño de Belgrado, capital de la Servia, viniendo luego á caer sobre la isla de Rodas, que, vergonzosamente abandonada de todas las Cortes de Europa implicadas en sus domésticas disensiones, hubo de sucumbir después de un prolongado sitio, en el cual los valerosísimos caballeros de San Juan de Jerusalén lograron inmortalizar su nombre.

A favor de esta victoria entró Solimán en Hungría, llenando todo aquel territorio, por espacio de tres años consecutivos, de luto y desolación. En vano se intentó repetidas veces interesar por la infeliz suerte de los húngaros á los revoltosos y fanáticos sectarios alemanes; la Hungría continuó corriendo la misma suerte que Rodas, hasta el punto de morir su Rey Luis en una batalla en que pereció también la flor de su nobleza; y por apéndice de tamañas desventuras, otros mil y quinientos nobles que habían sido hechos prisioneros fueron sin compasión alguna decapitados al siguiente día por orden del Sultán.

Terminados estos hechos de armas, y viendo aquel fogoso islamita que nadie se le oponía en su veloz carrera, marchó en dirección á Buda y la tomó; y soñando siempre con nuevos triunfos, penetró en el Austria, se apoderó por asalto de la ciudad de Altemburgo, única que se atrevió á hacerle resistencia, y sin detenerse ya fué á sentar sus reales delante de las puertas de Viena.

Las naciones católicas hallábanse consternadas por la solidaridad del peligro que á todos tan de cerca amenazaba, sin que ninguna de ellas diera señales de vida; hasta que al fin pudo el Emperador concluir con otros siete Príncipes alemanes el tratado de Nuremberg, y poniéndose él mismo al frente de un numeroso ejército, logró después de una batalla hacer desandar al enemigo el camino que había traído desde Constantinopla.

Carlos V habíase visto hasta aquel punto coartado por dos distintas corrientes para no usar de rigor con los protestantes; tales eran el temor de que suscitase dificultades á la elección de su hermano el Archiduque Fernando por Rey de los romanos, y la inevitable guerra del turco, para cuya campaña tenía necesidad del concurso de los Príncipes luteranos. Desgracia fué para aquel religioso Monarca el no haber podido contar con la alianza de Francisco I, Rey de Francia, ni con la de Enrique VIII, de Inglaterra, que aun no se había hecho indigno del glorioso título de *Defensor de la Fe*.

Como quiera que sea, alguna demastada importancia dió Carlos á las razones de Estado, según el mismo lo reconoció después cuando, arrepentido de las excesivas consideraciones que había tenido con los herejes, exclamaba en su retiro de Yuste: «Mucho erré en no matar á Lutero; y si bien le dejé por no quebrantar el salvoconducto y palabra que le tenía dada, pensando remediar por otra vía aquella herejía, erré, porque yo no era obligado á guardarle la palabra, por ser la culpa del hereje contra otro

mayor Señor, que era Dios; y así no le había ni debía guardar palabra, sino vengar la injuria hecha a Dios. Que si el delito fuera contra mí solo, entonces era obligado a guardarle la palabra; y por no le haber muerto yo, fué siempre aquel error de mal en peor: que creo que se atajara si le matara." (Sandoval, tom. II, caps. IX, X.)

¡Ah! ¡Qué bella coyuntura aquella en que la Reforma enarboló su rebelde pendón, para pensar más bien en apagar las rencillas de los Reyes, recuperar a Constantinopla y a Jerusalén, y extender en mayor escala los descubrimientos del Nuevo Mundo; concluyendo por civilizar el litoral del Asia, y sobre todo el más inmediato del África, que aún hoy, después de tres siglos y medio, continúa dando qué hacer a la diplomacia, cuando no a la espada y al cañón!

¡Cuántas ruinas ha esparcido por todas partes ese tropel de sectas que, iluminadas en su marcha por la siniestra luz que irrada la tea de la discordia y del odio más reconcentrado, convertido ha los más hermosos monumentos en cenizas y escombros! A no haber desaparecido tantas maravillas del arte, bien puede asegurarse que Alemania, Inglaterra, Austria, Bélgica, Holanda, Francia, Italia, España y otros Estados serían hoy un vasto museo de preciosidades. Las manifestaciones del culto católico exigen rigurosamente el esplendor y la magnificencia armonizadas con el gusto y la belleza; y esto es lo que obligó en todo tiempo a la Iglesia a fomentar la arquitectura, la escultura, la pintura, la música y la poesía sagrada: pues ¿qué serían hoy aquellas naciones si la herejía del Norte no hubiera venido a detener el curso de su civilización?

De ruinas, ya se sabe, otra cosa no podía esperarse más que ruinas, y ruinas. Por su parte, el vulgo ignorante que, interpretando la Biblia a su sabor, leía en ella que ante Dios no hay distinción entre el judío y el griego, el bárbaro y el escita, el esclavo y el libre, empuñaba tumultuosamente las armas, y cual desbordado torrente que todo lo inunda, lanzábase a una lucha desesperada contra los señores. Era ya de esperar: las ideas no se amordazan ni se sujetan con cadenas; un individuo puede detenerse a la vista de la sima que se abre debajo de sus pies; a la sociedad no la detienen ni aun las profundidades del abismo: es la fuerza de la lógica a que obedece el instinto de las naciones en la realización de sus destinos providenciales.

En tanto que los campesinos se limitaron a perseguir a los católicos; Lutero no cesó de azuzar su furor contra todas las clases de la sociedad; mas tan luego como las masas, ya duchas en las lecciones de su maestro, principiaron a envolver en el exterminio hasta los mismos interanos, ¡oh! entonces ya mudó de cantinela. Antes de ello, decía el doctor en el libro *De la magistratura secular* "que Dios entrega a los príncipes católicos a su razón depravada; que quiere acabar con ellos y los príncipes de la Iglesia. Sus reinos, añadió, están cercados, y van a bajar a la tumba acompañados del odio de todo el género humano: príncipes, conchita, obispos, curas, frailes (¡mira, hombre, que te se rasga la manga!); canalla y más canalla."

¿Qué son, pregunta en el citado libro, la mayor parte de los grandes? Y responde: embusteros, asesinos, los mayores bribones que sustentan la tierra; lictores y verdugos, de los cuales se sirve Dios en su cólera para castigar a los malvados y conservar la paz de las naciones... Príncipes, prosigue, la mano de Dios está suspendida sobre vuestras cabezas; el menosprecio se extiende sobre vosotros; moriréis, aunque vuestro poder fuera mayor que el del mismo turco... Vuestra recompensa ha llegado ya; sois tenidos de todos por unos pillos. El pueblo, cansado ya, no puede sufrir por más tiempo vuestra tiranía y vuestra iniquidad."

Pues bien; después de haber puesto a la Alemania en la más espantosa conflagración, después de haber excitado la sangrienta furia del pueblo contra las clases elevadas, Lutero desencadenó su fiera contra aquel mismo pueblo, por la sola culpa de mostrarse discípulo suyo muy aprovechado en la aplicación de las lecciones que con tanto empeño acababa de enseñarle. Inconsecuente consigo mismo, y desdeñando hasta la última y más infame villanía, a poco de haber sembrado aquellas doctrinas tan subversivas, transformado de abogado en fiscal, exhortaba a los príncipes a la venganza. Decía que para ellos no había demonios en el infierno, porque todos, sin quedar uno solo, se habían introducido en el cuerpo de los villanos; que era preciso matar a aquellos perros rabiosos, sin usar de misericordia con ellos. Arriba, príncipes, exclamaba; herid, asolad, ha llegado el tiempo maravilloso en que puede un príncipe, asesinando proletarios, alcanzar más fácilmente el paraíso que otros rezando. ¡Qué misionero...!

Entre tanto el pueblo, semejante al león dormido que sacude al viento su melena para precipitarse airado sobre el cazador que le hiere, rompía todos los diques para arrojarlos sobre sus señores. El demagogo Muncer, penetrando en las minas de Mansfeld como una estantigua evocada del fondo de aquellos tenebrosos antros, lanzaba al aire el siguiente grito de guerra sin cuartel: "Despertad, hermanos. Coged los martillos y pulverizad la cabeza de los filisteos. Pin, pan...; redoblad los golpes sobre el yunque de Nemrod; atacad a vuestros señores con el hierro..."

Al escuchar esta encarnizada proclama, las turbas seguíanle con los puños crispados y rechinando los dientes, dispuestas a no dejar a ninguno con vida. Pero eran derrotadas en todas partes, y los que no morían en el campo de batalla pagaban luego su rebelión en la horca. Cien mil de ellos perecieron en esta horrible campaña llamada de los aldeanos, quedando en ella destruidas siete ciudades, trescientas iglesias y mil monasterios. Lutero, el más que nadie, es el responsable de tantos ríos de sangre y de tan grandes montañas de ruinas. La historia, con su juicio inexorable, denunciará perpetuamente a aquel monstruo como autor principal de tan espantosas hecatombes.

Fra. José COLL.

TRADICIONES DE TIERRA SANTA

XXI

LA SANTA TUMBA

HABLANDO de los instrumentos y reliquias de la pasión, muerte y enterramiento de Jesucristo, no es posible pasar por alto la más importante de todas ellas, que es como su cúspide y corona. Me refiero al gloriosísimo Sepulcro, dentro del cual estuvo depositado el cadáver augusto del Redentor, desde el viernes por la tarde hasta el domingo al amanecer, y que en frase de las Santas Paula y Eustaquia, que abandonaron los opulentos placeres de Roma para hacer vida cenobítica junto al divino estable de Belén, "excede en santidad y gloria a los querubines, al propiciatorio, al arca del Testamento, al maná, a la vara de Aarón y al altar de oro." Apuntados quedan los principales datos históricos referentes a la Santa Tumba en el artículo sobre la basilica de la Resurrección; por lo que me limitaré ahora a describirla, pintando a grandes rasgos su forma primitiva, transformaciones principales y estado actual, remitiendo al que desee más datos a la erudita disertación sobre el asunto del Comisario de Tierra Santa P. Cipriano de Treviso¹.

Creencia tan errónea como general en Occidente, hasta entre pintores y escultores inspirados, es la de suponer que el Sepulcro de Jesús era una especie de urna o sarcófago, cubierto con delgada lámina rectangular. Nada más inexacto: sirvió de sepulcro al Señor una cueva probablemente artificial, cavada en los peñascos de la vertiente Norte del Gólgota y compuesta de dos departamentos, que comunicaban entre sí con un banco de piedra en el posterior, sobre el cual fué depositado el cadáver de Cristo nuestro bien. La puerta o agujero de entrada al monumento se obstruía por medio de pesada y gruesa piedra que con algún esfuerzo giraba sobre la estría o ranura existente delante del umbral de la cueva. Y para sostener esta opinión me fundo en las consideraciones siguientes:

a) Los últimos descubrimientos arqueológicos efectuados en los alrededores todos de Jerusalén, y especialmente en la mansión de los muertos llamada valle de Josafat, prueban que aunque los judíos pobres eran enterrados en sepulturas socavadas en la madre tierra, los ricos hacíanse construir en vida sus cuevas sepulcrales, abiertas a pico en los peñascos, con uno o varios bancos o nichos para depositar sobre ellos los cadáveres de la familia, después de perfumados y envueltos en sudarios. Ahora bien: por el evangelista San Lucas sabemos que el rico senador judío José de Arimatea cedió a Jesús su sepulcro "labrado en una peña, en el cual ninguno hasta entonces había sido puesto." Luego el sepulcro del Señor no era fosa ni sarcófago, sino cueva semejante a los sepulcros de los Jueces, de los Reyes y otros muchos, que permanecen aún intactos en los barrancos próximos a la ciudad deicida.

b) Las mismas palabras de los cuatro evangelistas dan a entender la forma y colocación de la losa sepulcral, de manera que no cabe la menor duda. En efecto, para indicar la acción de cerrar con la piedra el monumento, emplean el verbo *adokletere*, y el verbo *revolvere* para expresar la acción de abrirlo. Estos dos verbos latinos y sus correspondientes griegos *ποτακω* y *ἀποκω* equivalen al castellano *rodar* y las lápidas de los sarcófagos se levantan, no se ruedan.

c) San Cirilo, Obispo de Jerusalén, a mediados del siglo IV, San Antonino de Placencia en el VI y San Arculfo en el VII, dicen que la piedra con que estuvo cerrado el Sepulcro del Salvador era semejante a una rueda de molino y estaba dividida en dos pedazos.

d) Por último, dichos pedazos, según tradiciones venerandas, se conservan aún, el menor en la capilla del Angel del Santo Edículo y el mayor en la pequeña iglesia del convento Armenio, construido sobre el solar de la casa de Caifás. Ambos son de calcárea rojiza y este último tiene figura semicircular y sirviendo de mesa está empotrado en el altar único de dicha iglesia.

Los primeros cristianos, súbditos de los dos primeros Obispos de Jerusalén Santiago y Simeón, jamás perdieron de vista los lugares santificados por su divino Maestro, especialmente el estable en que había nacido, la colina en que había sido crucificado y la roca en cuyas entrañas había permanecido sepultado su cuerpo sacratísimo.

Cuando por el año 70 la ira de Dios se cernía sobre la ciudad deicida é iban a comenzar los horrores de aquel sitio famoso, que no tiene semejante en la historia, la pequeña comunidad cristiana, capitaneada por su obispo Simeón, sobrino de San José y por ende del linaje de David, se trasladó a Pella en la orilla opuesta del Jordán. A su regreso no encontraron en Jerusalén más que ruinas humeantes, desolación y muerte; pero aminoraba su pena la vista de los Santos Lugares. San Simeón tuvo el honor insigne de ser crucificado a los 120 años de edad por Atico, Gobernador de Palestina. Desde su martirio hasta la ruina total de los judíos por Adriano en 136 se sucedieron 13 Obispos en la Sede Jerusolimitana. Jerusalén cambió su nombre por el de *Elia Capitolina* y Adriano profanó el Santo Sepulcro erigiendo sobre él un templo, ó estatua cuando menos a Júpiter y otra a Venus en el monte Calvario; pero decretada la libertad religiosa por el edicto de Constantino y Licinio en 312, el primer pensamiento de los cristianos fué construir una iglesia sobre los lugares mismos de la pasión, muerte y enterramiento del Señor. La santa madre de Constantino, a pesar de sus muchos años, se personó en Jerusalén y sin omitir gasto alguno hizo erigir sobre el Calvario y el Sepulcro majestuosa basilica, que los protegiese de las injurias del tiempo, ya que no del vandalismo de los hombres.

Colocadas las cuevas sepulcrales, que contuvieron el cuerpo sacratísimo del Redentor, en la pendiente escabrosa del Gólgota y elevándose el monte a bastante altura por encima del sagrado monumento, faltaba el terreno necesario para emplazar la grandiosa basilica; pero los arquitectos imperiales, como buenos romanos, no retrocedieron ante las dificultades numerosas que había que vencer y el trabajo impropio indispensable para cortar el monte de arriba abajo, dejando aisladas en el centro las santas cuevas sepulcrales. Cerca de 30 metros tenía la altura máxima de este corte, 11 su anchura y 90 su extremo límite en torno, de manera que para obtener y allanar semejante área, se ha calculado que hubo que cortar y extraer unos 25.000 metros de piedra calcárea. Sobre tan espacioso solar, durante diez años de obras continuas, se levantó este suntuoso templo, que tomó el nombre de *Anastasis* ó de la Resurrección y también *Martyrium*, esto es *testimonio*, porque, en efecto lo era y gloriosísimo de la resurrección del Señor, fundamento de la fe cristiana. Aunque la cúpula ha sido varias veces destruida, las paredes maestras de la basilica actual son las mismas del templo de Santa Elena. Cuando se quiera puede comprobarse el corte perpendicular del monte, al cual está adherido el lado Este de la retonda, desde los cimientos hasta la primera cornisa.

La cueva sepulcral quedó, al fin, aislada en el centro de la hermosa rotunda, interiormente intacta y exteriormente convertida en un templo monolítico, en sentir de muchos semejante al sepulcro de Zacarías existente en el valle de Josafat y por lo tanto de forma cuadrangular, embellecido con pilas tras hasta la cornisa y coronado por una pirámide también de cuatro caras como todo el monumento. San Cirilo, Obispo de Jerusalén, que nació en 315, da a entender que, por razones arquitectónicas, Santa Elena hizo demoler la cueva anterior ó vestíbulo del

¹ De la verdadera forma primitiva y actual del Santísimo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo. Disertación del P. Cipriano de Treviso, M. O. y Comisario de Tierra Santa, vertida del italiano al castellano por D. Manuel Polo y Poyrela. — Valencia, 1814.

Santo Sepulcro y habla también de la piedra que sirvió de puerta, como si estuviese ya entonces dividida en dos pedazos.

Entre los años de 1099 y 1188 los Cruzados decoraron lujosamente la Santa Tumba, reconstruyendo el vestíbulo, en el cual dejaron tres puertas que facilitaron la entrada, una al frente y dos laterales. Desde entonces la roca del sagrado monumento ha sido destruida en diferentes ocasiones por incendios y devastaciones de persas, carismianos, turcos, etcétera, de manera que únicamente se ha conservado su forma regular y lineamientos primitivos, merced a construcciones y reparaciones artificiales y continuas. La crítica más exigente y las investigaciones más escrupulosas tienen que convenir, no obstante, en que, si bien es cierto que bajo el revestimiento interior y exterior del Santo Sepulcro se conserva actualmente muy poca piedra calcárea de la que componía el monumento primitivo, es indudable que el banco de piedra sobre el cual estuvo tendido el cuerpo adorable de Jesús, permanece aun intacto, pues en todo tiempo ha estado protegido por planchas de piedra que lo cubrían por completo y preservaban así tanto de la acción destructora de los elementos como de la devoción indiscreta de millones de peregrinos, que desde los primeros siglos vienen depositando sus besos y sus lágrimas sobre aquellas piedras venerandas.

Merecen especial mención las obras tanto de reparación como de ornato, efectuadas en la Santa Tumba, en 1555, por el Rmo. P. Bonifacio de Ragusa, Custodio entonces de Tierra Santa y más tarde Obispo de Stagno. El mismo refiere lo acontecido en las siguientes letras, que por su importancia excepcional copiamos textualmente:

«Fr. Bonifacio Stephani, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Stagno de Ragusa, a todos los que las presentes vieren, salud en Nuestro Señor.

«El año de 1555 de nuestra redención, hallándose en muy mal estado y casi medio caída, con grave detrimento de la piedad cristiana, la celebrada fábrica que encierra el Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, fundada por Santa Elena, madre de Constantino el Grande, el Papa Julio III, de feliz memoria, al cual movieron con sus peticiones el invictísimo Carlos V, emperador de Romanos, de nombre y fama eternos, y su ínclito hijo Felipe, siervo de Dios, doliéndose de la inminente ruina, instantáneamente nos mandó a Nos, que a la sazón desempeñábamos el cargo de Prefecto Apostólico y de Guardián del convento de San Francisco en Jerusalén, que hiciésemos reparar lo más pronto posible aquel lugar santo que amenazaba ruina. Esto nos encargaba también con igual instancia el ilustre Señor Francisco Vargas, Embajador cerca de la república de Venecia, señalando a nombre del Emperador considerables cantidades para la construcción de aquella obra. Por esto, después de haber obtenido la autorización de Solimán, rey de los turcos otomanos, la cual conseguimos con grandes y muy difíciles viajes, graves trabajos y crecidos gastos, emprendimos con actividad la deseada obra.

«Pareciendo indispensable demoler completamente la fábrica antigua, para dar mayor solidez y duración a la que debía reemplazarla, vimos con nuestros propios ojos el sepulcro de Jesucristo, cavado en la piedra y en el dos ángeles pintados, uno de los cuales llevaba en la mano un rótulo con estas palabras: *Surrexit, non est hic*.

«El otro, señalando el sepulcro con el dedo, ostentaba esta inscripción: *Eccle locus ubi posuerunt eum*. Estas imágenes se deshicieron casi enteramente apenas puestas en contacto con el aire. Habiéndonos visto precisado a remover una de las losas de alabastro que Santa Elena había hecho colocar allí para cubrir el sepulcro, a fin de que se pudiese celebrar en él el Santo Sacrificio de la Misa, vimos patente el lugar inefable en que el Hijo del hombre estuvo por espacio de tres días: de manera que a Nos y a los que estaban presentes pareció ver los cielos abiertos. Aquel bendito lugar, en el que se echaban de ver en todas partes señales de la sangre de nuestro Salvador, mezclada con el unguento que había servido para embalsamarle, ofreciase a nuestros ojos como una imagen del sol resplandeciente. A su vista exhalamos tiernos gemidos, derramamos lágrimas y besamos con amor aquellos restos venerandos y divinos. Ninguno de los que estaban presentes, que eran muchos, pues habían acudido en tropel numerosos cristianos de las naciones de Oriente y Occidente, podía reprimir los transportes de su ternura a la vista del divino tesoro. Unos derramaban abundantes lágrimas; otros desfallecieron. ¡Tan grande era el entusiasmo, la especie de éxtasis, de santo estupor de que estaban poseídos todos los concurrentes!

«Dentro del Sepulcro sacratísimo encontramos

un leño envuelto en un precioso sudario. Habiendo tomado respetuosamente el sudario para besarlo, apenas expuesto al aire, se redujo a nada, quedando sólo en nuestras manos algunos hilos de oro. Por lo que hace al leño envuelto en el sudario, contenía algunas inscripciones; pero el tiempo había borrado las letras hasta tal punto, que fué imposible reconstruir una sola cláusula, aunque en el extremo de una membrana leíanse distintamente en letras mayúsculas estas dos palabras: *Helena Magni*, lo cual nos hace conjeturar, bien que no se puede afirmar de un modo positivo, que aquel leño debía ser una parte de la verdadera Cruz, encontrada y puesta allí por la religiosísima Santa Elena, como lo dicen acordes todos los historiadores. Dejamos una cruz, hecha de aquel leño, en Jerusalén, en la capilla de Santa María de la Aparición, cerca del Santo Sepulcro, sobre el altar dedicado a la Santa Cruz. Llevamos otra parte a Roma y la dividimos en muchas cruces pequeñas, una de las cuales ofrecimos al Sumo Pontífice Pío IV, que gobernaba entonces la Iglesia. Dimos dos a los Rmos. Cardenales, hombres insignes en piedad cristiana, del título de Carpo y Araceli. Guardamos para Nos otra pequeña, que solemos usar para celebrar la Santa Misa. Con el favor de esta Santa Cruz experimentamos un milagro muy singular, obrado por el Señor, que vamos a referir aquí en pocas palabras:

«En cierta ocasión, habiendo emprendido un largo y difícil viaje, al llegar de noche a un sitio muy peligroso, llamado Bachras, en los confines de Cilicia, encontramos un pantano profundo, lleno de lodo, en el cual los mahometanos que se nos habían asociado acababan de padecer grandísimo peligro en su vida y en la de sus caballos.

«Debiendo yo entrar después de ellos en dicho pantano, estaba muy abatido, considerando el peligro manifiesto que habían corrido; y encomendándome humildemente a Dios y a la Beatísima Madre Virgen María, tomé dicha Cruz y con ella me persigné primero, y después di también la bendición a todos los demás, seculares y regulares que estaban conmigo, e inmediatamente ¡cosa admirable! aquella oscuridad de la noche se convirtió en un gran resplandor de luz, con suma alegría de todos nosotros y no menor admiración de los infieles que se hallaban presentes. Por lo cual, tanto nosotros como los que nos seguían, cristianos e infieles, pudimos atravesar fácilmente el peligroso pantano con el resplandor de aquella santísima luz, cuyo acontecimiento resolvimos hacer manifiesto para gloria de Dios Nuestro Señor y consuelo de todos los fieles. Y para mayor fe de ello lo firmamos y mandamos sellar con el mayor de nuestras armas.

«Dado en nuestro Palacio episcopal de Stagno el día 13 de Mayo de 1570. — Fr. Bonifacio, Obispo de Stagno».

Perdónese tan larga cita, en gracia de los preciosos detalles que contiene y de la honrosa referencia que hace de nuestro religioso y poderosísimo monarca Carlos V.

La artística restauración llevada a cabo en el templete del Santo Sepulcro por el P. Bonifacio de Ragusa permaneció intacta hasta que sobrevino el gran incendio de 1808, que destruyó la majestuosa cúpula de la basílica y la parte exterior del templete, aunque por dentro no sufrió lo más mínimo; pero los griegos cismáticos, que a precio de oro obtuvieron del Gobierno turco la autorización necesaria para reconstruir la cúpula y reparar los desperfectos causados por las llamas, demolieron el revestimiento antiguo del Santo Sepulcro, que era de mármoles finos y lo reemplazaron con jaspes del país, colocados sin el menor gusto artístico. Borraron las inscripciones latinas que había hecho esculpir el P. Bonifacio de Ragusa y colocaron en su lugar otras en lengua griega, con la aviesa intención de sostener su exclusivo dominio sobre el Santo Monumento.

La Santa Tumba permanece en la actualidad, exterior e interiormente, tal cual la dejaron los griegos cismáticos. El templete que la encierra y en el centro de la rotunda se levanta tiene 8 metros y 26 centímetros de largo, por 5 metros y 67 centímetros de ancho, con 7 metros de alto. Su techo, plano por la parte superior, está defendido por una balaustrada de piedra, en el centro de la cual y precisamente sobre la celda interior, se levanta en forma de linterna una pequeña cúpula, sostenida por columnitas. Interiormente está dividido en dos capillas; la anterior de las cuales se llama del *Angel*, porque apoyado sobre la piedra que servía de puerta al Santo Sepulcro, anunció desde allí a las santas mujeres que el Señor había resucitado. Es

una especie de vestíbulo que mide 3 metros y 45 centímetros de largo, por 2 metros y 90 centímetros de ancho, y cuyas paredes están revestidas de esculturas, columnitas y bajo-relieves en mármoles del país. De día y de noche arden en esta antesala del Santo Sepulcro 15 lámparas de plata, que pertenecen las 5 del centro a los franciscanos, las 5 de la derecha a los griegos cismáticos, y de las 5 de la izquierda a los armenios y la quinta a los coptos. En el centro de la capilla, sobre un pedestal aislado, hay un pedazo de la verdadera piedra que cerraba el monumento y que los peregrinos besan devotamente. Una puerta muy baja, abierta en el muro Oeste, conduce a la capilla de la Santa Tumba, que mide 3 metros de alta y 2 metros con 7 centímetros de larga, por 1 con 93 de ancha. Está interiormente tapizada de mármoles blancos, frescos e inscripciones griegas, que cubren la verdadera roca de la cueva dentro de la cual fué sepultado Nuestro Señor Jesucristo. En el lado Norte de esta sagrada capilla hay un banco de piedra, sobre el cual fué colocado el cuerpo exánime del Señor, con la cabeza hacia el Occidente y los pies hacia el Oriente. Este banco se eleva sobre el pavimento unos 65 centímetros, y mide 1 con 89 de largo, por 93 centímetros de ancho. Está abierto a pico en la peña, en forma de artesa poco profunda, empotrado en las paredes de la capilla por detrás y por ambos extremos, y cubierto por delante y por arriba con láminas de mármol blanco, las cuales es preciso renovar con frecuencia porque insensiblemente las desgastan los besos de los peregrinos: 40 centímetros más arriba de la Sagrada Tumba corre en torno de los muros de la capilla una cornisa de piedra roja del país, sobre la cual se apoya el altar portátil que diariamente sirve a los católicos para celebrar el Sacrificio de la Misa. Tres cuadros, que se ven enfrente, representan a Jesucristo resucitado, y pertenecen: el del centro a los griegos; el de la derecha a los armenios, y el de la izquierda a los latinos: 43 lámparas de plata, suspendidas de la bóveda, arden día y noche en este augustó recinto, y son propiedad 13 de los franciscanos; 13 de los griegos; 13 de los armenios, y 4 de los coptos. Estos últimos no tienen derecho a oficiar nunca dentro de la Santa Tumba. Exteriormente el templete es prolongado, su fachada o parte anterior rectangular, y semicircular su parte posterior. En el centro de dicho semicírculo exterior poseen los coptos una pobre capilla, cerrada con verja de hierro y en la cual celebran sus oficios. Dos escaleras laterales conducen interiormente desde la capilla del Angel al techo del monumento y al pequeño cimborrio con que termina. En los mismos lados se ven dos agujeros redondos, que sirven a los griegos para distribuir al pueblo el fuego sagrado, que suponen desciende del cielo el Sábado Santo. Numerosas lámparas cuelgan exteriormente en torno del templete las comuniones cristianas durante sus oficios solemnes. Frente a la puerta del monumento está el pobre y pequeño coro de los latinos, desde donde se abarca con la vista la airosa cúpula, el templete y la rotunda.

Todos estos detalles arquitectónicos y de ornato pasan inadvertidos las primeras veces que se tiene la dicha de penetrar de rodillas en la Santa Tumba. Dos misas he ayudado y oído dentro de aquella tan angosta como augusta capilla, y una vez he tomado la comunión en su pequeña puerta de entrada; pero aunque las emociones allí sentidas no se han borrado ni se borrarán nunca de mi memoria, no hay paleta que tenga colores suficientemente vivos y delicados para pintarlas, ni pluma tan hábil que sepa trasladarlas al papel. La fábrica del monumento es pobre, recargada, sin gusto artístico, sin preciosidades de ningún género, gracias a los cismáticos; pero ¿qué importa todo esto al lado del incalculable precio moral de aquel recinto? No hay en todo el orbe lugar alguno tan sagrado, que inspire más devotos pensamientos, ni emocione con más fuerza los corazones y las almas. El pecho se oprime de placer santo, las lágrimas corren hilo a hilo por las mejillas, los labios no se cansan de besar aquellos sagrados mármoles; embriégase el olfato aspirando los aromas del incienso y del agua de rosas con que diariamente lavan los griegos el pavimento y las piedras que revisten el Sepulcro, se arroja el alma contemplando la Resurrección gloriosa, vuela el tiempo con rapidez incontable, y desde allí quisiera volar también el peregrino con Cristo su bien a las delicias de la gloria. El Calvario contrasta y el Santo Sepulcro regocija, porque al *resurrexit* del alma cristiana se llega infaliblemente por medio de la contrición y de la penitencia.

M. POLO Y PEYROLÓN.

1 Copio literalmente este documento de la obra, tantas veces citada, Santiago, etc., tomo II, págs. 353 y 355.

LA AGONÍA DE UN PUEBLO

RECERDOS HISTÓRICOS.

No se ofrece en la historia de la humanidad un pueblo más avasallador y afortunado en sus conquistas que el fundado por Rómulo, cuyos monarcas y soldados llevaban los nombres de Curcio, Scipión y César. La heroicidad de sus guerreros les hizo semi-dioses; una epopeya fue cada uno de sus atrevidos empeños, y porque su engrandecimiento llegara a ser asombrosa maravilla, el genio latino, logrando emular la cultura del docto pueblo heleno, dió vida a los intérpretes más sublimes de la belleza llevada a su mayor perfección, en la elocuencia, la poesía y las artes. Las corrientes llegadas de la patria de Homero revistieron a la nación batalladora de esa grandeza artística que no puede existir sin sentimientos delicados y exquisito gusto. Roma pagana asombra al mundo con la exuberancia de su fuerza, sus aspiraciones realizadas y sus glorias sin iguales; todo lo cual le imprimen un sello característico de omnímodo poderío y magnificencia. Pero estos mismos elementos de prosperidad son al cabo su perdición y ruina. Su mismo refinamiento de lujo, su inclinación a los goces materiales, su sensualismo grosero favorecido por su religión, y otros vicios perturbadores eran fatales presagios de ignominiosos días, y hacían presentir que una nueva civilización seguiría inevitablemente a tanta ceguera y locura, cuando éstas llegaran a sus más degradantes extremos. Habíanse de olvidar en afeminamiento tan vergonzoso, torpe molición y despiadada maldad, aquellas glorias alcanzadas por la lanza de Quirino en las llanuras del Lacio y por la insaciable sed de gloria en extranjeros y remotos países. Presentíanse con inquietud en las conciencias honradas que el imperio del paganismo tocaba a su fin. Los sordos rugidos lanzados desde la arena del anfiteatro por el león de Africa llegaron a sonar mejor en el oído del romano que las elocuentes palabras de Cicerón y los sublimes versos de Horacio y Virgilio, y gozaba aquel más ante la arena empapada en sangre humana, que prestando su atención a los dogmáticos y donosos acentos de la Musa de Terencio.

Desde el siglo de Augusto se marca de un modo más rápido la decadencia de la que, matrona antes severa y digna, iba trocándose en la bacante impúdica, desposeída de todas las virtudes y entregada a todos los vicios. Acostumbróse a ver cómo pasaba la púrpura imperial de un César a otro, por medio del asesinato o la veleidad de las legiones; cómo se derramaba la sangre inocente sobre el suelo latino y se imponían bárbaros tormentos; cómo se perseguía a una nueva secta que no la acompañaba en sus desórdenes, antes bien ajustaba su conducta a los más puros principios morales; cómo el hombre luchaba con el hombre para recibir los aplausos otorgados en su agonía, y cómo seres indefensos eran arrojados a la cruenta ferocidad de las hienas estimuladas por el hambre.

Monstruos ceñidos de la corona que se impone en la frente de los soberanos, acaso impuras meretrices, eran los árbitros del pueblo que así pretendía rasgar las páginas de oro de su historia, y no era pues mucho que tan extremadas iniquidades tuvieran un término desastroso. En el período en que Roma se hallaba casi a punto de tocar el borde del abismo hacia el que apresuraba su ciega marcha provocando con insolente cinismo sus desventuras, comenzaba el desfile de esos sombríos personajes, dominadores del mundo, que sólo han sido afrenta de su historia. No exageramos la degradación del imperio de los Césares. Hemos de exponer con la brevedad posible cómo se heredaron el poder, con pocas excepciones, los que tanto contribuyeron a una catástrofe de las que hacen época en los anales de la humanidad, inspirados los más por esa insensatez funesta, nacida del desenfreno de las pasiones y la soberbia desmedida.

Dilatadísimo era el imperio que cupo a Augusto al verificarse el tránsito de la república a la monarquía; cerníanse sus águilas sobre el Danubio y el Rin, sobre la Armenia y el Eufrates, y sobre las desiertas llanuras africanas. Las razas extranjeras que habían perdido su independencia y su libertad en titánicas luchas, acrecentaban en su penosa servidumbre su odio a sus dominadores. Ya en el reinado de aquel emperador comenzó a iniciarse el amenazador movimiento de los pueblos esclavizados, contra la tiranía de las armas invasoras y ya el mismo Augusto no pudo menos de fijar con espanto su vista en el Norte de la Galia.

Tiberio sucedió al primero de los emperadores romanos con cualidades más peligrosas para la felicidad de su pueblo. Sus instintos sanguinarios, é hipocritas

apariciencias, en un principio para encubrir mejor sus licenciosas inclinaciones y otros vicios, hasta que hizo cínica ostentación de éstos, bajo todos sus aspectos repugnantes, demostraron que era un ser de corazón inhumano, cuya suspicaz tiranía fue un peso abrumador para su pueblo. Las últimas impresiones que dejó este sensual monarca ya en la vejez fueron el espectáculo de sus placeres y sus fiestas disolutas en la isla de Caprea. Ocupó el solio romano después de este príncipe lascivo un ser abominable a quien un tribuno de las guardias pretorianas, soñador de nuevas repúblicas imposibles, atajó con su espada en sus crueldades feroces, en sus demencias, sus incestos y sus crímenes. Al execrable nombre de Calígula, que fue el suyo, no es necesario añadir una palabra más, para recordar su insensata soberbia y su alma despreciable. El imperio de Claudio, que le siguió, aclamado por la soldadesca, no fue menos odioso. La impúdica Mesalina, su esposa, que se arrogó con sus libertos todo su dominio, es la repugnante figura que le acompañó en su trono para caer de sus gradas al fin sentenciada a muerte. Agripina, madre ya de un monstruo, sucedió en el talamo nupcial a la que afamó su nombre con sus infamias, y dió fin a su vez a la existencia del débil é imbécil monarca, con el veneno preparado por su mano.

Pero aun el pueblo de Roma no había sufrido el mayor de los castigos del cielo. Faltábale tener por su dominador a un ser, vergüenza de la raza humana y símbolo de todas las abominaciones, aun de las más inconcebibles. Con horror se recuerdan los hechos de su vida, y a la verdad que sólo un pueblo tan degradado ya entonces merecía el vilipendio que le alcanzaba sufriendo su dominio. Nerón era su nombre. Jamás latió bajo la púrpura de los Césares un corazón más abyecto. Criminal impudente, disoluto soez, cruel asesino, frío incendiario, incestuoso parricida, el mayor y más despiadado enemigo de la nueva grey cristiana, ofrece su odiosísima figura entre el humo de las hogueras a que entrega a la ciudad augusta y los vapores de sangre en que se encharcan sus pies calzados con el coturno imperial. Este hombre inicuo ahogó la voz de Séneca, el preceptor de su juventud, y aglomeró sobre sí tantos crímenes y monstruosidades, que no son ni aun para recordados. Dióse la muerte al verse al fin rechazado y perseguido como enemigo de su patria, y con él se extinguió la familia de los Césares que le habían precedido en la soberanía de Roma.

Esta comienza a ser más breve en los que la alcanzan, porque las impacientes ambiciones procuran por medio del asesinato en más de una ocasión dejar vacante el solio para el más atrevido. Galba recibió entonces de los pretorianos el cetro del imperio; luchó con la indisciplina de éstos y no pudo ser tirano, porque lo fueron a su vez de él sus libertos y pereció al fin a manos de los mismos que le dieron el poder. Siguióle Otón en efímero reinado, y no logrando vencer a Vitelio, que a la vez fue proclamado César, vencido é impotente dió término a esta lucha quitándose la vida.

Vitelio no desmerecía de sus predecesores Calígula y Nerón. Los desmedidos placeres, los vicios, el desorden fastuoso y prodigalidades sin límites señalaron su reinado. Halló el fin que le cuadraba, vencido por las armas que se rebelaron en su contra, no obstante que ante el riesgo pretendió hacer cobarde y vergonzosa abdicación. Después de haber sufrido los escarnios de la plebe, que siempre en tales casos es tan feroz como inhumana, se vió arrojado en las aguas del Tiber, donde pereció miserablemente.

Vespasiano, su inmediato sucesor, aclamado antes de su muerte desastrosa, prescindiendo de su mayor defecto, la avaricia, se mostró más bien inclinado a corregir los vicios de la sociedad romana, y sobre todo su excesivo fasto, una de las mayores causas de su decadencia y corrupción. Plausibles eran sus tendencias, pero no obtuvieron sus afanes el resultado apetecido. Temióse que Tito, su hijo y sucesor en el trono, hiciera lamentar su falta por su carácter violento y licenciosas costumbres, y no fue así. Este emperador parece interrumpir la cadena que establecía los defectos de unos y otros tiranos, avasalladores del mundo. Roma respiró breve tiempo en una atmósfera serena y tuvo un príncipe deseoso de sus prosperidades. Poco le duró su bienandanza, porque el veneno fratricida se encargó de cortar en su juventud el hilo de su existencia.

Aunque tan nefando crimen debió atormentar la conciencia de Domiciano, quiso éste ser hipócrita, pero en vano aparentó seguir las huellas de su víctima, porque al cabo demostró lo que era y emuló, si no llegó, a aventajar en maldad algunas veces, a Tiberio y aun al mismo Nerón. Gozábale en presencia la agonía de los que eran condenados a sus sentencias, y la sangre del cristiano, derramada copiosamente, enrojeció todas las comarcas del imperio.

rio. Inhabil guerrero, sufrió ignominiosas derrotas, y al fin, recibió la muerte a que estaba predestinado, dada por su propia mujer, auxiliada de los descontentos. Esta sufrió a su vez la que merecía. Maldecida fue la memoria de tan funesto gobernante; derribadas sus estatuas, y sólo un Senado envilecido, lloró la que no era en verdad una pérdida para la patria, secundado sólo por una soldadesca miserable.

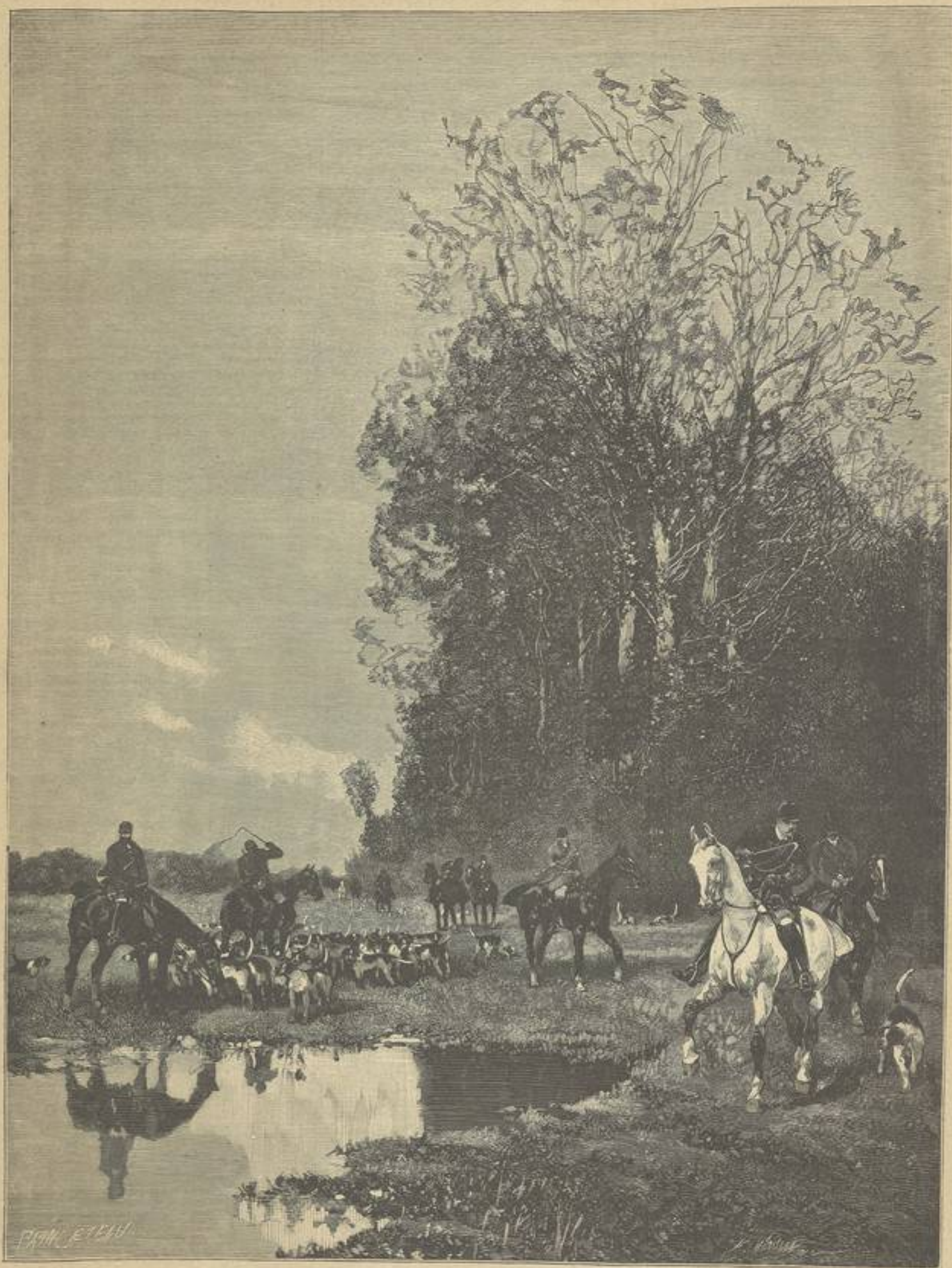
Después de todo un siglo de desdichas y vilipendios comenzó para Roma la feliz época de los Antoninos; así fue llamada. Nerva, el primero de estos emperadores, corrigió arraigados vicios y abusos y rehabilitó el prestigio del Senado. Ya en su ancianidad, adoptó a un español ilustre, jefe de las legiones de la Germania. Después de haber pacificado Trajano, este era su nombre, las comarcas del Rin, entró en Roma, donde tuvo tal acierto para el gobierno de sus estados, que todo fue prosperidad, justicia y bienandanza para ellos. Captóse por lo tanto el afecto de su pueblo que sólo había conocido despotas inicuos, en vez de bienhechores. Una nube sombría oscurece, sin embargo, la gloria de este príncipe, que fue asimismo batallador afortunado. Los seguidores de la religión de Cristo siguieron siendo víctimas de su encono. No se le deben, además, las mismas alabanzas por su conducta en su vida privada. Dejó en herencia a Adriano, su sucesor, las gloriosas conquistas por él alcanzadas, pero no le fue dado conservarlas a éste, a pesar de ser entonces fuerte y robusto el poderío del imperio. ¡Extraño corazón el suyo! Mezcla de hombre cruel y benéfico; digno de encomio por la protección que dispensó a las letras y las artes, por su conmiseración y benevolencia con los que sufrían la esclavitud, eclipsaba al mismo tiempo estas cualidades con su carácter irascible y su sometimiento a perjudiciales influencias.

El galo Antonino fue el llamado a sucederle. Jamás pudo soñar aquella Roma tan castigada de tiranos desmedidos que había de alcanzar una época como la que le proporcionó este emperador, apellidado *el Pío* y padre del género humano. La paz y la abundancia acudieron en dulce consorcio a secundar sus deseos de procurar el bien de las gentes a quienes le daba regir el destino. No logró igual fortuna su hijo y sucesor Marco Aurelio. Verdad es que no pocas calamidades hicieron imposible aquella tranquilidad tan inusitada en el desgraciado suelo latino. Rebeliones extranjeras, inundaciones, pestes y como compañera inseparable de estos infortunios, el hambre, unido todo a la persecución que se renovó contra los cristianos, hicieron su imperio más agitado y parecido a lo que había llegado a ser el estado normal de un pueblo siempre en agitaciones y turbulencias.

Bien efímero puede considerarse el período de paz antes logrado, merced a la prudencia y nobles cualidades de aquellos a quienes la suerte les entregó el dominio del mundo. Cómodo, el hijo de Marco Aurelio, obtuvo éste en hora desdichada. Reprodujo las escenas de otros tiempos, amenguando el prestigio de su soberanía. Púsose en paz con los bárbaros para entregarse sin inquietudes a sus placeres, uno de ellos el menos conforme con su dignidad; la lucha cuerpo a cuerpo con los gladiadores. Se dedicó incesantemente a este ejercicio brutal y grosero alentado por sus favoritos, aduladores despreciables que acabaron por hacer de él un tirano vicioso. Siempre amenazado su poder por continuas conspiraciones, sucumbió al fin entre los heroicos brazos de un atleta, que ahogó su aliento y acabó de este modo la obra del veneno que hubo apurado antes.

Pertinax, elegido por el Senado para reemplazarle, como honrado y digno que era, trató de remediar los males renovados, haciendo renacer aquella tranquilidad fugitiva; pero la espada del pretoriano le buscó en su palacio mismo, y se sepultó en su pecho. Tres aventureros se disputaron entonces el poder, ofreciendo el vergonzoso espectáculo de su ambición desmedida. Uno de ellos, Dido Juliano, dándose la muerte, terminó su breve reinado, siendo Séptimo Severo el que logró al cabo revestirse de la púrpura imperial, y derrotar y hacer sucumbir a Albino, el otro de sus competidores. Designó como sucesor suyo a su hijo Caracalla, después de haber logrado una señalada victoria contra los Partos. Acudió también a Bretaña para contener a los pueblos Caledonios, é hizo levantar aquella muralla que llevó su nombre. Fue caudillo afortunado, pero de crueles instintos y duro carácter y de los que con más saña persiguieron sin tregua a los partidarios de la doctrina del Evangelio.

Vamos ofreciendo con la mayor brevedad posible esa serie de sombríos dominadores, en su mayor parte, de un pueblo de viciadas costumbres, en el espacio de dos siglos; porque no de otro modo se podrá comprender la marcha decadente de la moral



ESCENA DE CAZA.



LA NOCHE.

Cuadro de El Corregio.

pública, de la grandeza de carácter de la raza latina, hasta llegar al reinado de Caracalla, desde cuya época se acentúa aún más la agonía de la nación árbitra de los destinos del mundo.

Caracalla fué un gobernante criminal y funesto. Sólo faltaba á Roma para más envilecerse, después de sufrir el despotismo de tantos Césares odiosos, la anarquía y el vengativo esfuerzo de los bárbaros, este nuevo dominador, este azote con que sin duda castigaba la Providencia el olvido de todas sus antiguas virtudes. Asociado á su hermano Geta, según la voluntad de su padre, subió Caracalla al trono. Con él debía comenzar á regir los destinos de Roma y él fué su asesino, imponiéndole á su madre que no llorase su muerte. Quitándose el antifaz de su hipocresía, mostróse tal cual era, cruel, inhumano y violento. Sacrificó á su suspicacia con brutal fiera á cuantos creyó adictos á su víctima, y pocos momentos después de su fratricidio se dirigió este monstruo, á quien servía de escudo á sus maldades la púrpura imperial, seguido de algunos esclavos cargados con parte de las arcas del tesoro de Séptimo Severo, su padre, al campamento de los pretorianos, situado á una milla de

Roma, donde las legiones comentaban en desorden el suceso acaecido que rápidamente había llegado á su noticia. Allí hizo creer á la soldadesca que estuvo en riesgo de perder la vida, logrando la sanción de su crimen entre frenéticas aclamaciones debidas á sus prodigalidades. Tan impío asesinato no era más que el preludio de otras iniquidades que habían de inaugurar su cínico dominio sobre Roma. Respirábase ya en la capital del imperio una atmósfera de sangre. La horrible hecatombe que antes indicamos llenó de espanto á las almas honradas. Hasta el mismo Pomponiano, á quien parecía preservar de tan cruel destino el puesto que ocupaba, su espíritu conciliador, sus servicios al Estado, su saber y sus virtudes, sufrió sangrienta muerte en presencia de tan odioso déspota. Su delito fué haber pronunciado aquellas palabras que la historia ha conservado, al exigirle por el tirano que escribiese la apología de su crimen: «Es más fácil cometer un fratricidio que justificarlo!» El furor de la demencia pareció haberse posesionado de tal hombre de corazón inhumano, hasta el extremo de llevarle al sarcasmo del crimen. El mismo fratricida mandó fundir esta-

tuas de su hermano para elevarlas en altos pedestales, y al pedirle el Senado su apoteosis en sus incomprensibles rasgos de insensatez, llegó á decirle: *Sic divus dum non sit vitus*. ¡Sea dios, con tal que no esté vivo! Ser tan miserable y vil, aunque se engalanara con las vestiduras de un Alejandro y un Aquiles para recorrer, devastándolas, la Galia, el Asia, y las provincias danubianas, al oírse apellidar el moderno Edipo por una de sus más inconcebibles monstruosidades, sació su venganza en la sangre de un sinnúmero de víctimas. El lo fué de sus soldados en medio de los estragos á que le movía el frenesí de su maldad, en Siria y Mesopotamia.

Habíase extremado la perversión en todas las clases del pueblo al llegar este momento de la historia romana. Mostrábase el Senado ensobrecido, y la paz pública estaba á merced de los pretorianos. Ya hemos visto, aunque rápidamente, de qué modo arrastraron por el cieno la púrpura imperial, hasta empaparla en sangre en la arena del Circo y á los pies de una Mesalina, los que alardeaban andazmente de su ambición y sus crímenes y conseguían colocársela sobre sus hombros. Habíanse borrado ya

de la memoria los nombres de los Gracos, de Virgilio, de Scévola y de tantos y tantos varones ilustres, porque su recuerdo era amarguísima reconvención para los que así deshonraban el suelo que asombraron con su patriotismo y grandeza.

Aun le quedaba a Roma después de este período en que reinó Caracalla y del breve de Macrino, monarca de un instante, vencido y muerto con su hijo a manos de sus indisciplinadas legiones, la ignominia de ser regida por el que, oprobio de la humanidad, llevó el nombre de Heliofóbulo, tirano fastuoso, cruel y afeminado, que llegó hasta el último grado del más abominable envilecimiento, sin cuidarse de su dignidad de hombre y de monarca, y que halló perseguido una muerte innoble; aun le quedaba que sufrir las violencias, iniquidades y malas pasiones de otros dominadores no menos envilecidos y despiadados, y presenciar, después de haber gozado el venturoso reinado de Alejandro Severo, perfecto observador del bien y seguidor del precepto cristiano de no hacer el mal a otros que no se quiere para sí, como este justo gobernante sucumbía al mismo tiempo que su discreta madre Mamaea, al acero movido por el ambicioso Maximino y puesto en la diestra del soldado indisciplinado y rebelde.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

(Se concluirá.)

CARTA PASTORAL

DEL EXCMO. E ILMO. SR. OBISPO

DE LA DIÓCESIS DE MADRID-ALCALÁ SOBRE EL DUELO

(Conclusión.)

QUANTAS veces por motivos tan ligeros, y aun por otros más frívolos, se lanzan los duelistas a escenas feroces y sangrientas, en donde antes de luchar el hombre con su adversario tiene que sostener un combate consigo mismo, tanto más terrible, cuanto es más secreto y escondido! Conoce que es malo el acto que va a ejecutar, su conciencia se subleva y le reprueba, su razón le dice que es injusto é inmoral, su corazón presiente la trascendencia que ha de tener, y su naturaleza se agita y estremece ante el peligro próximo de morir ó de matar a su contendiente. En la posibilidad de que suceda lo primero se agolpan á su imaginación imágenes sombrías que le atormentan cruelmente; se le representa su anciano padre, cuyos días han de abreviarse con la noticia de suceso tan doloroso; se le representa su virtuosa esposa cubierta de luto llorando desconsolada su viudez; sus queridos hijos condenados sin culpa a una desgraciada orfandad, la animación y dulce alegría que reinaban en su casa reemplazadas por el dolor y silencio de la muerte; y finalmente, la fortuna que había ganado á costa de sacrificios y desvelos se ofrece á su consideración como edificio convertido en ruinas por faltarle la base y la cimentación.

Ante esa lucha horrible contra la naturaleza y contra todos los sentimientos de su alma, quisiera desistir del duelo, pero le falta valor para declarar esa resolución; pues se lo impide el respeto humano y la falsa idea del decoro y del honor. Mientras su espíritu está turbado en el interior, véase obligado á mostrar serenidad en el exterior; su ilustración le dice que el punto de discordia debe ventilarse en el terreno legal, y su amor propio le impulsa á terminarlo por un procedimiento de notoria crueldad; su condición de creyente le hace temer los anatemas de la Iglesia y la indignación de Dios, y la prudencia humana le quita esos temores para que se someta al imperio de salvaje preocupación; y finalmente, en medio de ese movimiento de corrientes encontradas, sintiendo cada vez más violencia en su corazón, se acerca el momento del llamado lance de honor, y dejándose vencer de prejuicios insanos y vulgares, abandonando secretamente el hogar doméstico, sin despedirse de su angelical esposa por no contristarla, y sin besar las mejillas de sus queridos hijos, para que no sientan la frialdad anticipada en sus labios por el crimen que va á cometer, marcha al campo de sangre, en donde, para probar su inocencia, pone en manos de su enemigo las armas con que éste le ha de herir ó asesinar. Si principiado el acto punible la casualidad le depara el primer accidente, queda fuera de combate, y al caer al suelo bañado en sangre, destrozado un miembro de su cuerpo por afilada espada ó implacable proyectil, da por terminada la discordia; y mientras se queda con el agravio que antes

le había inferido su contendiente, de quien no ha recibido ninguna satisfacción, y además con la herida de pronóstico reservado, que le inhabilita para proseguir ejerciendo su profesión y sostener con decoro su posición social, la opinión extraviada, cuyo consejo siguió, para consolarle le dice: *Estás herido é inutilizado, es verdad; pero has puesto á salvo tu honor.*

¿Puede darse aberración más monstruosa, ni ultraje más grave contra la moral y la sana razón? Con sobrado fundamento el anatómico Francisco Gall, á pesar de sus ideas materialistas, pudo decir hablando del duelo: *Por más que haga para transportarme á los países y á los tiempos más bárbaros, nunca podré concebir cómo se permite el dejar subsistir tan cruel inmundicia. ¿Qué valor hay, ni qué honor, en matar ó hacerse matar por algunas palabras que os incomodan, por la reputación ó por la admiración de una mujer vanidosa y frívola, que mañana, tal vez, ha de reírse de vosotros?* El mismo Rousseau, cuya ortodoxia no puede inspirar recelos á los enemigos de la Religión, censura duramente á los duelistas, diciéndoles: *El que va á batirse con la alegría en el corazón no es á mis ojos más que una bestia feroz, que trata de despedazar á otra; y si queda algún vestigio de sentimiento natural en su alma, compadezcóse menos al que perece que al vencedor. Nada es menos honroso que ese honor con que se mete tanto ruido; no es más que una moda insensata, una falsa imitación de la virtud, que se adorna con los crímenes más grandes. El honor del hombre que piensa noblemente... no se defiende, ni con la espada, ni con el escudo, sino con una vida íntegra é irreprochable; y este combate vale más que el otro, tratándose de valor.*

De todo lo que queda dicho acerca del duelo podéis conocer, amados hijos nuestros, cuál es su origen, su malicia, su gravedad y sus funestas consecuencias ante el juicio sereno é imparcial de la ley natural, de la razón humana, de la filosofía, de la conciencia, de la moral, de la Religión, del Derecho canónico, de la Legislación civil y hasta de los sectarios del error y de la impiedad; y de todo ese conjunto de luces y testimonios llenos de autoridad científica resulta que semejante costumbre, que encierra en sí misma simultáneamente la crueldad del suicidio y del homicidio, es en absoluto incompatible con el espíritu, con las ideas, con los sentimientos, con las instituciones y con las doctrinas de un pueblo verdaderamente cristiano, cuya moral pura y santísima, que está por encima de todas las opiniones y escuelas, le condena y reputa como un crimen premeditado, solemne, público y escandaloso. Es además una deshonra grandemente humillante para la sociedad contemporánea, porque el duelo ha sido, es y será siempre el signo característico de degradación, de retroceso y de embrutecimiento del país en donde ha dominado y recibido los honores de tribunal supremo para dirimir, bien sea puntos de derecho, ó bien cuestiones personales. Por eso el docto Carlos Dupin, Magistrado del Tribunal de Casación en Francia, á pesar de sus opiniones jansenistas y de su marcada afición á los principios de la revolución de 1789, decía que *el duelo es el estado salvaje, la razón del más fuerte, del más diestro y alguna vez del más insolente.* Es la forma primitiva y rudimentaria que se adoptó por los pueblos ignorantes y salvajes para dilucidar el derecho entre dos partes disidentes, así en materia civil como criminal; lo cual, según el eminente Barnabita, Cardenal Gerdilio, provino del abuso de la libertad que predominaba en las tribus bárbaras, para llevar la devastación por donde quiera que ponían sus pies; del error en que estaban, creyendo que la justicia no podía alcanzarse más que por la fuerza, y que el honor consistía en el valor muscular; y últimamente, de las creencias supersticiosas que profesaban en su religión, estando persuadidos de que en el duelo había de revelarse el juicio de sus dioses á favor del inocente.

Pretender restablecer, conservar y justificar el idiotismo de semejante costumbre en las instituciones y hábitos de la vida moderna, equivaldría á dar un salto inmenso para retrogradarla á los tiempos mitológicos ó prehistóricos, ó por lo menos, á someterla al Código de Manú y á la ferocidad de los primeros pobladores de la Escandinavia, lo cual no puede intentarse por nadie que esté en el uso pleno de sus facultades intelectuales.

Pero no basta rechazar el duelo en el orden científico, sino que es además necesario que todos los hombres ilustrados y los que tienen la dicha de profesar la Fe Católica le combatan también en las costumbres y en su vida práctica, porque de nada serviría disertar contra él para desacreditarle, si después, á pesar de sus conocimientos y cultura, le autorizaran con su detestable ejemplo, y se guiaron por opiniones extraviadas y vulgares preocupaciones. Asimismo, para evitar un mal de esa naturaleza, es

indispensable quitar antes todas las ocasiones de caer en él, y remover las causas que le producen y sostienen; y no cabe dudar que entre esas causas ocasionales y determinantes del duelo, además de la ignorancia en materia de religión, la falta de fe y la omisión en el cumplimiento de los deberes cristianos se hallan la lectura de malos libros, las representaciones teatrales llenas de peligro, y los extravíos de la prensa. Toca á los padres de familia en primer lugar vigilar para que no entren en el hogar doméstico, ni caigan en manos de sus hijos, los impresos, novelas y libros en que predomina un género de literatura depravada, que perturba el espíritu y corrompe el corazón de la juventud, inhabilitándola para los sentimientos nobles, y dejándola puerta franca para todos los vicios. Esa clase de producciones está llena de narraciones que fascinan, y de episodios exagerados y terribles, preparados y calculados su efecto, á propósito para irritar la sensibilidad del lector, para exaltar sus pasiones y para inspirarle instintos de disgusto y odio contra sí mismo, y de ruina, destrucción, sangre y aversión contra sus semejantes.

Ni es menor el daño que causa el teatro; porque así como dirigido y vivificado por el espíritu cristiano, sería una gran escuela para la propagación de los sanos principios de orden, de justicia y de moralidad, así también, tal como funciona en nuestros días, es con frecuencia el medio más directo y poderoso, puesto al servicio de la malicia intelectual, para esparcir densas tinieblas en el hermoso horizonte de la verdad, corromper las costumbres públicas, y causar dolorosas convulsiones en la familia y en la sociedad. Se inventan abusos y males imaginarios, á fin de enseñar después en el escenario vicios ciertos para corregirlos; se suponen grandes desgracias, capaces de agotar la caridad y compasión del corazón, para no encontrarla después en éste cuando se la interese á favor de las que son positivas y reales; para desacreditar la religión se refieren las angustias de un alma, que lucha entre la duda y la fe, quedando ésta vencida y relegada como una mera ilusión; y finalmente, en odio á la unión conyugal, se exageran los escándalos del matrimonio y las venganzas y escenas horribles habidas en el mismo, para llegar al asesinato ó al divorcio, como medios legítimos y laudables, de conseguir en la libertad de las pasiones y de la sensualidad la paz y felicidad que no se hallan garantidas á los pies del altar, ni ante el signo de la Cruz.

Por medio de esa enseñanza peligrosa, que afecta fuertemente á los sentidos y exalta la imaginación, en fuerza de encadenar trágicas aventuras, acontecimientos terribles, catástrofes sangrientas y escenas de fuego y de horror, se familiariza á las generaciones con las ideas del crimen, de venganza, de anarquía y de total destrucción, resultando de esas ficciones intencionadas del drama inmoral el choque de las pasiones y las profundas conmociones que se sienten luego en el orden social. Considerad los teatros, dice Carlos Dupin, *haciendo las veces de escuela de corrupción y de maldad, pisoteando las virtudes más santas con el deliberado propósito de halagar, de admirar y de hacer apetecible el duelo, el homicidio, el parricidio, el envenenamiento, el estupro, el incesto y el adulterio, y preconizando estos crímenes como la fatalidad gloriosa de espíritus superiores, y como un progreso de las almas grandes, que se elevan sobre la virtud de los idiotas, de la religión de los simples y de la humanidad del pueblo común. Esa literatura ponzoñosa conduce directamente á la barbarie por medio de la corrupción.*

También la prensa es una de las causas, por lo menos ocasionales, de los llamados lances de honor, en los cuales dispone el hombre de lo que no es suyo, hace un robo sacrilego á Dios y comete un atentado contra la naturaleza. Los anuncios y reseñas detalladas de los desafíos, la publicación de las cartas que se cruzan entre los duelistas y entre los padrinos de los mismos, la descripción minuciosa del suceso sangriento, la apología que de él se hace, las actas que se levantan, las condiciones que se estipulan y las demás circunstancias que se dan á la publicidad sobre esa clase de accidentes escandalosos, son otros tantos motivos que predisponen el ánimo á reproducirlos. Los amigos de la humanidad, dice el célebre alienista Esquirol, *deben reclamar contra la publicación de escritos que inspiran el desprecio de la vida y ensalzan las ventajas de la muerte voluntaria. Deben pedir con instancia que se prohíba a los diarios el anunciar y referir las circunstancias minuciosas del asesinato, porque los ejemplos que provocan á la imitación son contagiosos y funestos. La libertad de escribir no puede nunca prevalecer contra los verdaderos intereses de la humanidad.*

Notoria, como lo es, la gravedad del duelo de cuyo horrible pecado sólo puede absolver el Romano Pontífice, no podemos menos de exhortaros, amados hijos nuestros, á que prestéis cada uno vuestra

cooperación, según os lo permitan las condiciones de vuestro estado, de vuestra posición, vuestra ciencia y del cargo que ejerzáis en la sociedad, para que desaparezca completamente de entre nosotros esa costumbre degradante, que por su misma naturaleza constituye una ofensa grave contra Dios, un desprecio público de nuestras leyes patrias y una transgresión funesta de la misma ley natural.

Ya que, desgraciadamente, el amor que por reflexión, por virtud y por el mismo instinto de conservación, debemos tener a la vida no son garantía ni medio bastante eficaz en los duelistas para impedirles que atenten contra ella, pongamos cerca de ellos nuestra relativa influencia y además nuestra caridad, a fin de que desistan de su culpable propósito, y de que, inspirándose en los sentimientos de generosa indulgencia y mutuo respeto, y en los deberes que les impone su alta dignidad de seres racionales y la santidad de nuestra Religión, se perdonen recíprocamente sus agravios, olviden sus resentimientos, vivan en fraternal concordia, y se complazcan en disfrutar de los incomparables beneficios que están vinculados a la paz y a la reconciliación.

Acreditad vuestra dichosa condición de cristianos, no por los adelantos de la industria, ni por el apogeo de las artes, ni por los esplendores de la literatura, sino por el amor que os tengáis unos a otros. En eso conocerá el mundo que sois discípulos de Jesucristo y custodios fieles de las venerandas tradiciones, de los ejemplos edificantes y de la fe que os legaron vuestros padres y vuestros antepasados. Procurad que vuestra vida privada, vuestros actos públicos, vuestros pensamientos y todas vuestras obras lleven por principio informante la ley del Evangelio, por manera que, guiados de su purísima luz, consigáis que en vosotros preceda la virtud a la ciencia, las buenas costumbres a los conocimientos humanos, y el cumplimiento de los deberes al dominio de las artes. De ese modo, y auxiliados de la divina gracia, iréis acumulando un precioso tesoro de merecimientos en esta vida, para gozar después de la bienaventuranza en la gloria.

Como presagio de dicha tan incomparable, que a todos os deseamos, os damos Nuestra Pastoral Bendición. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Dada en Nuestro Palacio Episcopal de Madrid a 26 de Agosto de 1887. — Ciriaco María, Obispo de Madrid-Alcalá. — Por mandado de S. E. L. el Obispo mi señor, Dr. Cayetano Ortiz, Vicesecretario.

LAS VIRGENES LOCAS Y LAS PRUDENTES

(PARÁBOLA.)

Consuelo de la vida, virtud es la prudencia, cuya profunda ciencia conviene atesorar; pues la razón turbada y el paso vacilante, en senda extraviada, feliz logra encauzar.

Provistas de sus lámparas, diez vírgenes salieron, porque esperar debieron rindiéndoles honor, la esposa y el esposo que al dulce hogar tornaban, formado el venturoso nupcial lazo de amor.

Las vírgenes prudentes, en lo inseguro fijas, llevaron en vasijas con sabia previsión, para que no amortigué la luz su ardiente llama, aceite que la inflama en viva combustión.

Y cuando a media noche, luchando con empeño contra implacable sueño, llegaron a dormir, oyeron cuál gritaban, que a todas las llamaban por que al esposo fuesen al punto a recibir.

Las vírgenes prudentes sus luces aderezan, que brillan esplendentes

con nuevo resplandor, en tanto que las fatuas, al ver que por instantes las suyas, espirantes, perdían el vigor,

A las primeras piden con angustiado ruego aceite con que luego la luz pueda surgir; pero responden ellas: — «Quizá para nosotras también falte. Vosotras comprar debéis. Salid.»

Y mientras lo buscaban por la ciudad desierta, llamaron a la puerta, que abrieron sin tardar las vigilantes vírgenes; Y entrando los esposos amantes y dichosos, tornaron a cerrar.

Las vírgenes prudentes, que cuidadosas fueron, gozaron sonrientes del placido festín. Pero al llegar más tarde las fatuas, no lograron, por mucho que rogaron, las puertas ver abrir.

El reino de los cielos tal símbolo presenta; y pues el hombre alienta buscando la verdad, que nunca sorprendido venir mire la muerte, que Dios, amable, advierte: — «¡Velad siempre, velad!»

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

EMILIA

I

SENTADOS al amor de la lumbre, Valentín y yo habíamos de un hombre dotado por la fortuna con los mayores beneficios, que pocos momentos antes se nos quejaba amargamente de la vida y del Autor de la naturaleza. Un hombre que, hallándose en una posición desahogada, se queja todavía de su fortuna, me causa una indignación difícil de explicar; y yo, por consecuencia, hablaba de la persona a que me refiero con una severidad casi casi excesiva. Mi amigo me lo hizo notar, y como era mucho más discreto que yo, sus observaciones lograron convencerme de que en efecto, mi indignación traspasaba los límites de lo natural.

Lo mismo que tú, me dijo, nunca he podido oír sin indignarme que se haga responsable a la Providencia de un daño imaginario o pueril. Pero esta indignación pasa cuando la persona que así se conduce no está delante de mí. ¿Por qué nos hemos de complacer, amigo mío, en ocuparnos de tantos y tantos vicios, baldón de la raza humana, cuando en todas partes, y entre tantas defecciones, y tantas mentiras, se encuentran para nuestro consuelo las virtudes contrarias a esos vicios? — Estoy de acuerdo contigo respecto de que el vicio más abominable es la ingratitud para con Dios o los hombres; pero dejemos de pensar en eso, y busquemos un ejemplo de la virtud contraria.*

Esto nos será mejor, que llenar nuestras almas de amargura con esos tristísimos ejemplos de repugnante egoísmo.

Dáme un cigarro, *echa una firma*, y oye una historia.

II

No habrás olvidado la época en que nos vimos por primera vez. Fué en un pueblecito de Andalucía, el mismo que tú has abandonado hace cinco o seis meses, cuando viniste a establecerte aquí. Yo era transeúnte, si así puede decirse, en aquel pueblo, esencialmente marítimo, y no conocía allí persona humana; y, como educado en el campo al lado de mi abuela, mi carácter no era el más a propósito para procurar contraer amistades. Uno de mis placeres favoritos era pasear por las cercanías del pueblo. Cervantes y Quevedo me acompañaban en mis excursiones campestres; y cuando una apacible som-

bra ó una roca, que dominando toda la extensión del mar, me ofrecían descanso y tranquilidad, horas enteras me pasaba completamente preocupado con la lectura de mis autores favoritos.

Así vagaba por aquellos campos, sin objeto determinado, y así es como me encontré un día en un valle, que atravesaba un riachuelo, ancho por una parte, estrecho por otra, caprichosamente irregular. Seguí paseando a la orilla del riachuelo, hasta que me hallé en una pequeña elevación, enfrente de una especie de isla, separada del montecito por la continuación del riachuelo. A pesar de que nunca he sido muy aficionado a saltar, decidíme a pasar la corriente dando un salto, y a penetrar en aquella isla, que me parecía una fiel copia en pequeño del Paraíso. En verdad que no sé cómo expresar la agradable impresión que sentí al tomar posesión de aquella isla que acababa de descubrir. Me tendí al pie de un magnífico nogal, y abrí otra vez mi libro. En ninguna parte me podía ser tan agradable la lectura; sin embargo, estuve más de hora y media sin fijar los ojos en el libro. El murmullo del agua, por muy ligero que sea, suspende siempre mi ánimo, y me distrae agradabilísimamente. La vaga sensación, si así puedo decir, que me impresiona en esos momentos, es semejante a la que experimentamos cuando nos despertamos en un día muy crudo de invierno convenientemente abrigados en un lecho *comfortable*, como decís vosotros los cortesanos.

Distrajome, sin embargo, un leve rumor, que me hizo levantar la cabeza y dirigir mi vista a la calle de arbustos que daba entrada a la isla. Y ¿cuál fué mi sorpresa cuando vi atravesar el riachuelo a un enorme perro de Terranova, que sostenía a una niña, abrazada fuertemente al cuello del noble animal? Llegó el perro a la isla sin cuidarse absolutamente de mí; sin embargo, cuando yo me levanté con objeto de aproximarme a aquella extraña pareja, el fiel conductor de la niña me miró de cierta significativa manera, que indicaba por lo menos una desconfianza que nada tenía de censurable. También me pareció que la niña no estaba grandemente satisfecha de mi presencia: subió un rosado color a sus mejillas, bajó la vista con una candidez adorable, y procuró cubrir sus pies desnudos con su saya. Creí un instante que el miedo la impedía ponerse en pie.

— Vamos, ¡Lucero! dijo la niña, señalando al perro el lado opuesto del riachuelo que acababa de atravesar.

Antes de obedecer, Lucero fijó en mí sus brillantes ojos, y vino a lamer mi mano, arrastrándose a mis pies y moviendo la cola, como si quisiera recomendarme así a la pobre niña. Yo le acaricié, regalándole un terrón de azúcar, que por casualidad llevaba en el bolsillo, é inmediatamente se arrojó al agua, y volvió a aparecer antes de un minuto, trayendo en la boca dos pequeñas muletas.

La niña era paralítica.

Nada me inspira más compasión que esas tristes enfermedades humanas en la edad que se ha convenido en llamar dichosa, y que lo es en efecto más que la adolescencia y la vejez. En la vejez nos es fácil resignarnos a no ver, a no oír, a no andar; el término de nuestra vida se acerca, y esa postración del cuerpo puede ser hasta provechosa para nuestra alma. Pero cuando comienza la vida, y un extenso porvenir sonríe a la esperanza, ¿no es un dolor ver a uno de esos pobres seres condenados a sufrir siempre? Te confieso, amigo mío, que aquella pobre niña hizo asomar a mis ojos una lágrima. No tuve, pues, que hacer esfuerzo alguno, para hacer dulce mi voz, al dirigirme a la desgraciada paralítica.

Yo quise saber qué objeto traía la niña a aquel sitio, y se lo pregunté, alentado por la bondad que se retrataba en su rostro.

Supe que su abuela cogía malvas y otras plantas en la pradera, en tanto que ella cogía también en la isla violetas y amapolas, que vendían después al boticario del pueblo. Esta operación hubiera sido muy peligrosa para la paralítica, sin la vigilancia y el auxilio del perro, que gravemente sentado a la orilla del riachuelo estaba pronto a sostener a su joven señora, si esta al coger una flor se veía en peligro de caer al agua. La niña me dijo que tenía nueve años cumplidos: nadie hubiera dicho que tenía más de seis ó siete; tal era la estremada pequeñez de su cuerpo. Solamente su rostro estaba lleno de vida y de expresión, aunque era por extremo pálido.

Pronto se gana la confianza de una niña; a mí no me costó gran trabajo hacerme digno de la de aquella desgraciada criatura: no tuve que hacer otra cosa que reunirle algunas violetas y acariciar a Lucero.

Ella misma me refirió la historia de su familia.

— Mi abuela se llama Marta, me dijo, y ella y yo vivimos del producto del lino que ella hila y de la venta de las flores y las hierbas que cogemos aquí y allí. Apenas me acuerdo de mi padre; solamente

sé que volvía muy contento de un viaje muy largo, porque mi madre le había escrito que a su vuelta le daría un hijo. Mi madre fue a la torre, para desde allí ver entrar el buque en la rada; pero encontró en la torre a una mala mujer, que le preguntó qué era lo que quería saber. — ¿Ha venido *La Virgen de la Merced*? preguntó mi madre. — *La Virgen de la Merced* repitió aquella mujer; pues qué, ¿no sabes que ha naufragado y han perecido todos los que venían en el buque? Al mismo tiempo un buque entraba en la rada; era *La Virgen de la Merced*. Mi madre volvió a casa muy malita, muy malita, diciendo que Dios la había dejado sola en el mundo, y llorando, llorando sangre, según dice mi abuela. — Mi abuela le decía que no se acobardase, que tuviera valor para dar a luz el hijo que tenía en sus entrañas; pero mi madre no oía nada, y tenía fijos los ojos en una estampa que tengo yo de la Virgen de la Merced.

Mi madre estaba muy malita cuando mi padre vino a abrazarla y asegurarla que Dios no la había abandonado; pero a los tres días la pobrecita se fue al cielo, y me dejó a mí con mi abuela. Mi padre se volvió otra vez al mar; muy de tarde en tarde le he visto, cuando volvía de sus viajes, y me acuerdo que lloraba mucho, cuando mi abuela le decía que yo era raquítica. Mi abuela me decía siempre: «Reza por tu padre». «Haz esto por tu padre». «Sé buena por tu padre». Y luego, un día me pusieron esta saya negra, y me dijeron que estábamos de luto, porque mi padre se había ido con mi madre. Yo estaba muy malita, y mi abuela decía a las vecinas que dejaran venir a sus hijas a jugar conmigo. Y venían y jugaban, saltando y corriendo; y como yo no podía saltar ni correr, me llamaban *tonta y torpe*, y me tiraban todo a la cara, y se divertían viéndome llorar. Pero entonces ya estaba en casa Lucero, y él se quedaba conmigo, y me defendía y me daba besos.

Tal fue poco más o menos la relación que me hizo la pobre niña; y en tanto que ella hablaba con esa inteligencia precoz de la mayor parte de los niños enfermos, consideraba yo el triste destino que la Providencia en sus misteriosos designios reserva a algunas criaturas. La parálisis, ayudada por mí, terminó más pronto su operación, a tiempo que apareció la abuela en la orilla opuesta del riachuelo, que su edad y sus naturales achaques no le permitían atravesar seguramente. Emilia le arrojó, cuidadosamente envueltas en un pañuelo blanco, todas las flores que había recogido; y se disponía a atravesar el río sobre el robusto lomo de Lucero; pero yo la tomé en mis brazos, y de un salto me planté en la otra orilla con mi preciosa carga, que deposité en la falda de la abuela, que no sabía cómo expresar su gratitud.

Cambiamos algunas palabras, después de lo que la abuela colocó al perro entre las varas de un carrito, dentro del cual puso a la niña, rodeada de las flores cogidas por una y otra. Me despedí, bien a pesar mío, de aquella extraña familia, y la seguí con la vista hasta que los árboles del bosque me la ocultaron. Al llegar a la entrada del bosque, la niña volvió la cabeza, y me hizo con la mano el postrer saludo.

Mi abuela, como casi todas las señoras de cierta edad, educadas en los más sanos principios de religión, amaba a los pobres y los visitaba muy frecuentemente. Alejado de ella por la necesidad de emprender mi carrera, cuando me hubiera sido tan halagüeño devolver a su vejez los cuidados que la pobre había prodigado a mi infancia, debía alegrarme mucho todo lo que me la recordase. Marta tenía la misma edad que mi abuela, las mismas arrugas, y pertenecía además a esa clase de indigentes honrados y trabajadores, que mi abuela me había enseñado a respetar y a socorrer. No teniendo por aquella época cerca de mí a ninguna de las personas que me son queridas, y esto a los veinte años, cuando la vida rebosa en nuestro corazón, cuando nos es tan necesario como la misma vida amar a otra persona, no dudaría que aproveché aquella propicia ocasión que se me presentaba de formar una de esas relaciones de amistad, basadas en algunos favores, tan insignificantes para el que los hace, como útiles y provechosos para quien los recibe, y en los que quien da un poco de su dinero y demuestra un poco de cariñoso interés gana inmensas ventajas; ventajas que no puede apreciar sino quien las toca.

Por mi parte puedo decirte que Marta y su nieta, sin apercibirse ellas mismas, me han hecho mucho, mucho bien. Para un joven aislado, no hay mejor salvaguardia, si así puede decirse, que el trato frecuente de una o dos familias pobres que le aman, y a las que puede hablar libremente, entre niños y viejos, de las virtudes de su madre y de su hermana, de los días de su infancia, de sus ilusiones malogradas, de sus amores desgraciados...

Marta vivía en una pobre cabaña a la salida del pueblo. Yo iba a verla ordinariamente a la hora que Emilia volvía de la escuela, porque la pobrecita frecuentaba una escuela gratuita, dirigida por piadosas hermanas de San Vicente de Paul. Complacíame extraordinariamente en hacerla repetir sus lecciones, admirándome no poco la rara penetración de aquella inteligencia, así como la afición que demostraba la pobre niña a los estudios religiosos. La fe de aquella alma era tan profunda, y las sanas doctrinas del Evangelio se grababan en ella de tal manera, que muchas veces vi asomar rutilantes lágrimas a sus hermosos ojos, cuando repetía los sagrados preceptos. ¡Cuántas veces leíamos juntos la página que recuerda cómo trataba Jesucristo a los niños!

— ¡Oh! si yo hubiese estado allí, decía Emilia, Lucero se hubiera abierto paso por entre la muchedumbre, y me hubiera llevado para que yo pudiese besar la mano del Salvador. — ¿Qué cree Vd. que hubiera hecho Jesucristo al ver mis muletas?... De fijo me hubiera curado en un momento.

C. FRONTERA.

(Se continuará.)

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. JUAN FLOTATS, natural de Manresa y discípulo del Sr. Vallmitjana. En la Exposición celebrada en 1878, presentó una estatua en yeso del *Beato Juan Berms*. También son de su mano el *Busto del Doctor García*, conocido por el *Reitor de Vallfogona*; estatua de *San Fructuoso*, para una iglesia de América; estatua de *San Severo*, para la Casa Consistorial de Barcelona; *Jesucristo crucificado*, para un panteón en el cementerio de Mataró; un *Crucifijo*, para el panteón de la familia Elcubós, en Barcelona, y una *Concepción*, que presentó en la Exposición de Barcelona de 1872.

D. JOSÉ FOLCH Y COSTA. Escultor notable. Nació en Barcelona en 12 de Enero de 1768, y estudió el dibujo en aquella Escuela y los principios de modelado bajo la dirección de D. Rainundo Amedeu. Los únicos trabajos de carácter religioso que ejecutó este artista, según nuestros datos, son: un medallón del Papa Pío V en la puerta de la Cartuja de Valldemosa (Palma), y el Sepulcro del Marqués de la Romana, existente en la Capilla de San Jerónimo de la Catedral de Palma. Falleció en 24 de Noviembre de 1814.

D. FRANCISCO FONT, natural de Barcelona y discípulo de D. Domingo Talam. Es de su mano un grupo de *San José de Calasana con un niño*, para un colegio de escolapios de la provincia de Lugo.

D. JUAN FORÉS. Escultor catalán. En 1880 elogió la prensa en Barcelona un *Jesucristo crucificado* y una *Resurrección de Jesucristo*, grupos de cortas dimensiones.

D. REMIGIO FORNELLS. En el año 1871 hizo en talla un grupo de *Nuestra Señora de Monserrat apareciéndose al Beato Simón Stok*.

D. PEDRO FRANCO. En 1878 se le encargó la imagen de *San Antonio de Padua*, para la iglesia de Aljucer (Murcia).

D. JOSÉ FRESNO. En la Exposición madrileña de Bellas Artes de 1858 fue agraciado con una mención honorífica por su estatua de *San José*.

D. MANUEL FUXA Y LEAL, natural de Barcelona y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de aquella capital. En la Exposición Nacional de Madrid de 1871 presentó la *Muerte del Justo*, estatua en yeso que fue premiada con medalla de tercera clase; en la de 1881 presentó *La señal de la cruz*, grupo en yeso que obtuvo medalla de segunda. Son también de su mano la *Santísima Virgen de la Soledad*, y la *Inmaculada Concepción*, estatua para un oratorio de Mataró, y estatua de *Fray Lope Félix de Vega Carpio*, en mármol.

D. JOSÉ GAMOT Y LLURIA, natural de Barcelona y discípulo del Sr. Novas y de la Escuela de Bellas Artes de aquella capital. En la Exposición Nacional de 1876 presentó una estatua en yeso titulada *Remordimiento de Cain*.

D. BERNABÉ DE GARAMENDI. Escultor bilbaíno contemporáneo, establecido en la capital de Vizcaya, de donde es natural, después de haber estudiado en Italia e inspirándose en la Tierra Santa. Entre las obras que le han proporcionado el crédito de que goza, conocemos las siguientes de carácter religioso: un *Crucifijo*, formado de madera de olivo del mismo monte Olivete, por cuyo trabajo fue agraciado con la cruz de Isabel la Católica. Figuró en la Exposición Nacional de 1871 una *Concepción*, para la iglesia de Algorta; una *Dolorosa*, para Palacio;

un *Calvario*, para la iglesia de San Nicolás de Bari de Bilbao, que comprende tres cruces: la de Jesús en el centro, y a derecha e izquierda las de Dimas y Gestas, el bueno y el mal ladrón. Las imágenes de María y del discípulo amado se hallan situadas al pie de la cruz del Redentor; un *Crucifijo*, para Don Sebastián de Borbón, y una *Dolorosa*, para los Duques de Montpensier. En la Exposición de Bilbao de 1882 fue premiado con medalla de oro.

D. JOSÉ GARCÍA, natural de Madrid y discípulo de su Escuela de Bellas Artes. En la Exposición Nacional de 1881 presentó una estatua en mármol de *San José*.

D. JUSTO GARCÍA. Escultor contemporáneo, discípulo de Baratta, del que conocemos las siguientes obras: un *Cristo* colocado sobre un pedestal, y una cruz de forma particular como las que se ven en los remates de ciertos monumentos. Figuró en la Exposición de Barcelona de 1860: una *Concepción*, para el oratorio de una quinta de la Bordete; dos *Crucifijos* de marfil, con cruces de plata. Se exhibieron en la Exposición aragonesa de 1868.

D. LUCAS GARCÍA. El Sr. Gómez de Somorrostro, hablando en su *Manual del viajero en Segovia* del púlpito de aquella catedral, dice lo que sigue:

«En cada uno de los cuatro tableros se ven en más de media talla, los cuatro Evangelistas, y en el centro la Inmaculada Concepción: habiéndose destruido y perdido las manos de la Virgen, el capellán de esta iglesia, D. Lucas García, las hizo nuevas y bien acabadas.»

Desconocemos más obras suyas.

D. CLESTINO GARCÍA ALONSO, natural de Sigüenza y discípulo en Madrid de la Escuela especial de Pintura, Escritura y Grabado, premiado por la Sociedad *El Fomento de las Artes*. En la Exposición Nacional celebrada en 1871 presentó una *Purísima Concepción*, estatua de madera.

D. MARIANO GARCÍA BAS. Escultor valenciano, pensionado en Roma por la Diputación provincial de Valencia en 1882. Es autor de un *Busto del Papa Calisto III*, obra que ha figurado en una Exposición de dicha ciudad.

D. ANTONIO GARCÍA CANDEAL. Presentó en la Exposición verificada en Santiago en 1875 un alto relieve en madera figurando a *Santiago a caballo*.

D. LUIS GARGALLO. Escultor valenciano, entre cuyas obras, de carácter religioso en su mayor parte, figura una imagen de *La Concepción*, hecha para la población del Grao.

D. PABLO GIBERT Y ROSO. Escultor barcelonés, discípulo de D. Andrés Aleu. El primer trabajo de este artista fue un *Crucifijo* labrado en 1876 con destino a un oratorio de Barcelona.

D. JOSÉ GIL, natural de Valencia. Nació en 1759, y se presentó desde su más tierna edad a los concursos de premios de la Academia de San Carlos de la ciudad expresada, de la que fue individuo de mérito y Director. En los primeros años del siglo trabajó *Las dos virtudes* y *El grupo de niños*, que se hallan en la iglesia colegiata de Játiva encima del nicho de la Virgen. Hay muchos *Crucifijos* de su mano en diferentes iglesias de la provincia de Valencia.

D. LUIS GILBERT Y PONCE, natural de Valencia y discípulo de la Escuela de aquella capital, premiado por la Sociedad de Amigos del país, de su ciudad nativa. En 1878 concurrió a la Exposición de Bellas Artes de Madrid con dos bustos de barro cocido, uno de los cuales era el retrato de D. Mariano Barrio, *Arzobispo de Valencia*. Ha expuesto varios trabajos en diferentes concursos celebrados en dicha población, entre ellos *Santa Teresa*.

D. JOSÉ GINÉS. Este notable escultor, cuyas obras son muy apreciadas por la prolijidad y estudio que revelan, nació en el año de 1768 en Polop, provincia de Valencia, empezando sus estudios en la Academia de Bellas Artes de aquella capital, donde alcanzó diferentes premios y una pensión de 6 reales para estudiar en las clases de la de San Fernando de Madrid. Continuó sus estudios en la corte, consiguiendo dos premios en la Escuela últimamente citada. Sabedor Carlos IV de su mérito, le encargó varias obras para el *Nacimiento* llamado del Príncipe, siendo notable entre ellas el grupo que figura *La Adoración de los pastores*, y le nombró su escultor de Cámara honorario en 26 de Noviembre de 1794. Son también obras suyas: *Los cuatro Evangelistas*, de estuco, que existen en la capilla de Palacio; *dos mancebos* en una de las capillas del Monasterio de Atocha; la estatua de *La Religión*, para las exequias de la Reina Doña María Amalia de Sajonia, y en las de Fernando VII las estatuas de *La Templanza* y *La Prudencia*; las de varios *ángeles*; la estatua de *San Pedro Alcántara*, en la iglesia parroquial de San Justo de Madrid; y la estatua de *San Antonio*, y todos los adornos y altares de estuco existentes en la capilla de la Florida. Murió en Madrid este benemérito profesor a 14 de Febrero de 1823.

D. JOSÉ GONZÁLEZ. Modesto labrador, en Tuy, que se consagra a esculpir imágenes en madera sin más lecciones que su propia observación, ni más elementos materiales que una navaja. En 1876 terminó para la Exposición provincial de Santiago una *Parísima Concepción*.

D. JUAN MANUEL GONZÁLEZ. Último vástago de la Escuela granadina. Nació el año 1765, fue discípulo de su padre, de D. Pedro Verdiguier y de Don Víctor Adán. Contribuyó con sus obras al desarrollo del arte en Granada, tomando en 1839 una parte muy activa en la creación del Liceo Artístico de aquella capital, presentando en la sesión de inauguración un *Cristo en la cruz*, y un *Grupo de cabezas de ángeles* en alto relieve, trabajado en mármol. Son también obras de este artista: la coronación del *Rebato de San Miguel* en la Catedral; *La Divina Pastora* que estaba en Capuchinos, y ahora en San Jerónimo; varios *Santos del Museo* y de *San Bernardo*, y otros muchos trabajos esparcidos en las iglesias de la provincia. Murió, a los 83 años, en 20 de Agosto de 1848.

D. VICTORINO GONZÁLEZ FERNÁNDEZ. Ha cultivado mucho la factura de medallas, entre ellas citaremos las ejecutadas con motivo del Centenario de Santa Teresa de Jesús y el busto de *Su Santidad Pío IX*.

D. ISIDRO GONZÁLEZ GARCÍA VALLADOLID. Escultor y pintor. Nació en Valladolid el día 15 de Mayo de 1843, y obtuvo durante su aprendizaje en la Escuela de Bellas Artes de dicha capital merecidos premios. En la Exposición de Valladolid de 1871 recibió diploma de primera clase por un *San Sebastián* de talla en madera (copia). Falleció el 17 de Mayo de 1879, a los 36 años de edad.

D. JOSÉ GONZÁLEZ Y JIMÉNEZ, natural de Granada, donde en su niñez restauraba imágenes para atender a su subsistencia. Resolvió marchar a Roma, aunque fuera implorando la caridad pública; y así lo hubiese hecho a no encontrar amigos generosos que le costearan el viaje. Una pensión de 3.000 reales le asignó el Gobierno y otra algo más importante el infante D. Sebastián Gabriel. En la Academia Pontificia de San Lucas consiguió dos premios de escultura en 1858 y uno de piedad en el oratorio de la misma Academia por su religiosidad e irreproachable conducta.

D. JOSÉ GUERRA, nació en San Vicente de Arévalo en 1756 y alcanzó el primer premio de la segunda clase de la Academia de San Fernando, a los veintidós años de edad. Pensionado en 1784 por el monarca para pasar a Roma, remitió a la citada Academia, desde aquella población, un bajo relieve en greda cocida representando a *Nuestro Señor Jesucristo difunto*. En 3 de Julio de 1803 fue creado Académico de mérito de la mencionada Academia, donde se conservan de su mano una copia de *San Diego el Menor* y otra de *San Francisco de Paula*.

D. JUAN PEDRO GUIZART, muerto en Murcia en 21 de Noviembre de 1803. Aunque este artista fue natural de Bohemia, desde muy niño, y huérfano, residió en Valencia, donde estudió con D. Ignacio Vergara. En 13 de Diciembre de 1772 fue nombrado Académico de mérito de la de San Carlos. Sus principales trabajos son: seis de las ocho estatuas de la capilla del Carmen Calzado de Valencia, y las dos de la fachada de la iglesia de Cheste.

D. EDUARDO GUTIERREZ. Reside en Málaga, donde ejecutó en 1881 un grupo representando a *Santo Tomás de Villanueva en el acto de dar limosna a un pobre*.

D. MANUEL GUTIERREZ CANO. Escultor y adornista premiado en la Exposición de Sevilla de 1858 con medalla de cobre, por varios y muy notables modelos en yeso, barro, cartón piedra, etc., etc. Conservanse del mismo en los templos de la citada ciudad algunas esculturas representando asuntos místicos, que merecieron los elogios de la prensa. Debíase a su iniciativa el establecimiento por la Sociedad sevillana de emulación de las clases de modelado para la enseñanza de artesanos, las cuales dirigió gratuitamente por algún tiempo. Es autor del retablo gótico del oratorio de D. Fernando García Pérez, en Jerez de la Frontera, en el cual se ven las imágenes de *El Arcángel San Miguel*, *El Santo Ángel Custodio*, *El Nacimiento del Salvador*, *La Anunciación de Nuestra Señora*, *La Concepción*, *San José*, *La Virgen y Santa Ana*.

D. RAFAEL GUTIERREZ DE LEÓN. Notable escultor malagueño, muerto en el año 1855 hallándose desempeñando la clase de modelado y vaciado de adorno en la Academia de Bellas Artes de su ciudad natal. Son obras suyas una estatua de *La Concepción*, que se conserva en el colegio de Cabra; *El Buen Pastor*, que existe en la iglesia de la Encarnación en Vélez Málaga, y las estatuas de *San Juan* y *La Magdalena*, en el altar del trascoro de la Catedral de Málaga.

D. JOSÉ GUZMÁN GUALLAR. Escultor valenciano, autor de las imágenes de una *Concepción* y *Nuestra Señora de la Saleta*, esta última para una iglesia de Gandía.

M. DE A.

(Se continuará.)

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

He aquí la relación de las ofrendas que hacen los manresanos a Su Santidad:

Reverenda Comunidad de La Seo. — Cuatro misales ricamente encuadernados.

Señoras de la Parroquia y Conferencia de La Seo. — Un magnífico cáliz de plata, todo dorado, con su cucharita y estuche. — Otra cucharita de plata dorada, con una cinta bordada de oro, un amito y purificador primorosamente bordados y colocados en un estuche. — Cinco casullas de otros tantos colores. — Una capa pluvial blanca. — Un hermosísimo paño de hombros. — Tres manteles con finos encajes. — Seis albas con ricos encajes y seis cíngulos de seda con borlas doradas. — Doce amitos con encajes, bordaduras y correspondientes cintas de seda.

Señoras de la Parroquia y Conferencia del Carmen. — Cinco valiosas casullas de otros tantos colores. — Cinco albas con finos encajes. — Tres manteles con encajes y dos de sencillos. — Tres corporales; tres amitos bordados, con sus cintas de seda, y otro sencillo; cuatro purificadores bordados y tres lavabos crespados.

Archicofradía de las Hijas de María. — Veinticuatro corporales con finísimos encajes y las hijuelas bordadas. — Una concha de plata muy bien trabajada, y una finísima capilla para bautizar. — Una bolsa de raso azul con monedas y un rótulo que dice: «Óbolo para la Misa».

Archicofradía Teresiana. — Un cáliz de plata con adornos dorados. — Un misal ricamente encuadernado. — Una casulla de damasco blanco con galones de oro fino. — Un alba con finos encajes, y un cíngulo de seda. — Seis corporales, con sus hijuelas bordadas; seis purificadores bordados; seis lavabos crespados, y dos amitos bordados, con sus cintas de seda.

Asociación Reparadora de Pío IX. — Fotografía del Santo Cristo de la Asociación, en un grandioso marco dorado.

Madres Monjas de Santa Clara. — Seis amitos bordados, con dos cintas primorosamente bordadas con sedas de varios colores y oro fino. — Seis purificadores bordados, y cuatro lavabos minuciosamente crespados.

Hermanas de la Caridad del Hospital. — Un alba crespada, con bonitos encajes de filaja.

Hermanas Carmelitas de la Casa de Caridad. — Un solideo de raso blanco, bordado, con su correspondiente estuche de marquetería, trabajado con suma pulcritud. — Un purificador bordado, y un lavabo finísimamente crespado, con su estuche forrado con peluche.

Hermanas Carmelitas de los Huérfanos. — Un amito primorosamente bordado, con sus correspondientes cintas de seda y borlas de oro. — Seis purificadores bordados y seis lavabos bordados y crespados.

Hermanas Dominicas de Valldaura. — Una sobrepelliz con finos encajes y primorosamente crespado.

Hermanas Josefinas. — Un amito bordado y seis purificadores bordados y crespados.

Varios particulares. — Un valioso cíngulo de seda, con riquísimas borlas de oro. — Un amito bordado y purificador crespado. — Una sobrepelliz con hermosos encajes y crespado primorosamente.

Además, las Madres Monjas de la Enseñanza y las Señoras de la Parroquia y Conferencia de San Pedro Mártir están preparando varios y delicados trabajos para presentarlos a su debido tiempo.

Programa del certamen científico-literario que, con motivo del Jubileo Sacerdotal de Su Santidad el Papa León XIII, ha de celebrarse en Zaragoza, el día 15 de Diciembre de 1887.

Acordada por esta Junta diocesana la celebración de un certamen científico-literario, dedicado a nuestro Santísimo Padre León XII en el quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal, ha dispuesto que dicho certamen tenga lugar en la forma y bajo las bases siguientes:

1.º El certamen se celebrará el día 15 del próximo Diciembre, octava de la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen, a la hora y en el local que oportunamente se designe.

2.º Las composiciones se remitirán antes del día 1.º de dicho mes de Diciembre al señor secretario de la Junta diocesana, doctor D. Mariano Supervia, dignidad de Tesorero de esta Santa Iglesia Metropolitana.

3.º Para que los trabajos puedan ser admitidos al certamen, habrán de remitirse sin firma en un pliego cerrado, escribiéndose en su cubierta un lema a voluntad, lema que deberá escribirse del mismo modo en otro pliego también cerrado, dentro del cual se hará constar el nombre del autor: ambos pliegos se enviarán juntamente.

4.º Todas las composiciones que se remitan han de ser originales e inéditas y estar escritas en lengua castellana.

5.º El jurado calificador será nombrado en su día por el Excmo. Sr. Cardenal Arzobispo de la diócesis, dándose a conocer oportunamente los nombres de los señores designados.

6.º La apertura de los pliegos en que conste el nombre de los autores que hayan obtenido recompensa será pública y tres días antes de la sesión solemne, anunciándose con anticipación la hora y el sitio en que deba verificarse. Los restantes pliegos se inutilizarán sin abrirlos en el mismo acto.

7.º La propiedad literaria de las composiciones premiadas será siempre de sus respectivos autores, pudiendo la Junta diocesana, sin embargo, publicarla por su cuenta y por una sola vez si así lo creyere oportuno.

8.º Además de los premios asignados a cada tema, el jurado podrá señalar los accésits que estime conveniente a los trabajos presentados que merezcan esta distinción.

Temas y premios del certamen.

Tema primero. — Biografía de Su Santidad el Papa León XIII y apología de sus actos en el orden religioso, social y político. — Premio: Un riquísimo medallón de oro, regalo de su Exma. y Rvma. el Cardenal Arzobispo de esta diócesis.

Tema segundo. — Poesía castellana, dedicada a la Santísima Virgen en el misterio de su Inmaculada Concepción. — Premio: Dos lindísimos cuadros al óleo, regalo del Ilmo. Sr. Obispo de Darbe, auxiliar de Zaragoza.

Tema tercero. — Estudios sobre la Encíclica *Immortale Dei*, fijando su trascendencia y altísima importancia en la época presente. — Premio: Un hermoso centro de mesa, oferta del Excmo. Cabildo metropolitano.

Tema cuarto. — Poesía castellana con libertad de metro y extensión, dedicada a Su Santidad el Papa León XIII. — Premio: Biblioteca de escritores aragoneses. — Todos los tomos publicados hasta el presente, lujosamente encuadernados, obsequio de la Excelentísima Diputación provincial.

Tema quinto. — Estudio crítico sobre la conquista de Zaragoza por D. Alfonso I.º — Premio: Una magnífica estatua de bronce, precioso objeto de arte, regalo del Excmo. Ayuntamiento.

Tema sexto. — Poesía castellana con libertad de metro y extensión sobre asunto libre, pero directamente relacionado con las glorias del reino de Aragón o de su metrópoli Zaragoza. — Premio: Un rico y elegante objeto de arte, regalo del Excelentísimo Sr. Capitán general de este distrito.

Tema séptimo. — Estudio sobre la vida y obras de Aurelio Prudencio Clemente, zaragozano insigne y príncipe de los poetas cristianos. — Premio: Dos hermosos y artísticos jarrones, obsequio del muy ilustre Sr. Gobernador civil de esta provincia.

Tema octavo. — Romance (de arte mayor o menor) en que se describa la amorosa venida de la Santísima Virgen en carne mortal a Zaragoza. — Premio: La *Vida de Jesucristo* por Luis Veuillot, magnífica edición de París primorosamente encuadernada, regalo del Sr. D. Bernardino Montañés.

Tema noveno. — Estudio sencillo sobre las asociaciones de caridad, establecidas en Zaragoza; objeto que cada una tiene; medios que deben emplearse para sostenerlas y fomentarlas, y forma que podría adoptarse para aunar sus trabajos y sus esfuerzos haciendo más fecunda su acción. — Premio: Una lindísima acuarela, obra del Sr. D. Agustín Peiro y obsequio hecho para el certamen por el mismo señor.

Tema décimo. — Oda a los innumerables Mártires de Zaragoza. — Premio: La *Historia de la Santísima Virgen*, por D. Vicente de la Fuente, riquísima edición, en dos tomos en folio encuadernados con lujo, regalo del Excmo. Sr. Barón de La Linde.

Zaragoza 14 de Septiembre de 1887. — VICENTE, Obispo de Darbe, auxiliar de Zaragoza, Presidente. — Lázaro Bauluz, vicepresidente. — Florencio Rodríguez. — Ángel J. Romay. — Antonio Silva. — Herenegildo Gaspar. — José Lloret. — Ramón Aranda. — Florencio Jardiell. — Juan Cruz Arana. — Ma-

nuel G. Adanza.— El barón de La Linde.— Julián de Echenique.— Mario de la Sala.— El Marqués de Montezuma.— Mariano Supervía, Secretario.

Los periódicos barceloneses hablan con gran elogio de un Misal romano que las Madres Carmelitas de la Caridad, institución fundada en Vich, regalan a Su Santidad con motivo de sus Bodas de Oro. Las cubiertas, de terciopelo carmesí, están primorosamente bordadas en sedas de varios colores y en oro. En la tapa anterior se han representado los cuatro evangelios en delicados medallones bordados, y en el centro de la misma el anagrama de Jesús; en la posterior aparece igualmente bordado el escudo de Su Santidad, los del Carmen, España, Cataluña y Vich. Los broches y cantoneras se hallan esmaltados con gran delicadeza y gusto y el canto de las hojas del libro cincelado y esmaltado también. Los registros ostentan distintos emblemas bordados en sedas, por el mismo estilo que las cubiertas. El esmalte ha sido ejecutado por Don Pedro Feu. La encuadernación, de la que se ha encargado el Sr. Jiménez y Roca, reúne a la solidez gran riqueza y gusto. El propio Sr. Jiménez ha hecho el estuche, de *pelouse*, en el que va encerrado el Misal. Este estuche afecta una forma completamente nueva, pues se abre a modo de libro, quedando el Misal perpendicular a la base de aquél.

Se ha inaugurado en Tarragona, en uno de los salones del Palacio Arzobispal, la exposición de los objetos destinados a obsequiar al Soberano Pontífice León XIII con motivo de su próximo Jubileo Sacerdotal.

Los católicos de Esmirna, la ciudad de San Policarpo, ofrecerán al Padre Santo un notabilísimo tapete turco, el cual será fabricado en Puchak, ciudad del interior, celebre en esta clase de manufactura, en tela blanca con adornos amarillos, y varios medallones con recuerdos de las seis iglesias hoy existentes, citadas en el Apocalipsis, de Efeso, Laodicea, Pérgamo, Filadelfia, Sandis y Thiatira. El centro figurará el monte Pays con la tumba de San Policarpo, y en la parte superior el escudo de León XIII. El tapete será doblemente precioso, tanto por su tejido como por lo que representa.

Los Rdos. Padres Escolapios de Sabadell regalarán a Su Santidad un magnífico álbum de grandes proporciones, que en diez y siete páginas y con distinto carácter de letra é inicial apropiada en cada una, contendrán otras tantas estrofas de una hermosa poesía catalana, original del Padre de aquel colegio, Rdo. D. José Calonge. La parte caligráfica, que es muy notable, la ha ejecutado el Rdo. Padre D. José Torres.

Las señoras de Bilbao ofrecerán a Su Santidad en su Jubileo una preciosa alfombra para su despacho, construida de pedazos bordados por dichas señoras y señoritas, en cuyo dibujo alternan la tiara y las iniciales del Papa sobre fondo blanco.

D. Juan Sala y Prohens, vecino de Campos (Mallorca), ha entregado un precioso cíngulo bordado en oro con la inscripción siguiente:

A León XIII, Papa y Rey.

La recaudación hecha en dicha Diócesis para el Jubileo asciende a más de 17.000 pesetas.

De El Correo de Tortosa:

En estos días aumentan considerablemente las personas que visitan la Exposición diocesana de los objetos destinados a la Vaticana. Desde el día de la apertura hasta la fecha, son más de 18.000 las personas que han concurrido a visitarla. En la actualidad son muy pocos los pueblos que no han remitido ya sus ofrendas, y al objeto de dar lugar a que puedan también ser expuestas, se ha prorrogado hasta el próximo domingo el plazo fijado para poder visitar la Exposición.

Un enviado de Menelik, rey de Schoa, se presentará en breve en el Vaticano y entregará al Santo Padre regalos y una carta.

Menelik y su pueblo pertenecen a la Iglesia cristiana copta; pero los misioneros católicos han sido siempre muy bien recibidos en Schoa.

Entre los muchos objetos de gran precio que van llegando a Roma para la Exposición Vaticana, el que más llamará la atención, no obstante la relativa insignificancia de su valor intrínseco, será el modelo reducido del órgano monumental que está destinado a ocupar un magnífico coro sobre las puertas de la basílica de San Pedro.

El proyecto de M. Cavaille Coll es colosal.

La caja del órgano tendrá 20 metros de ancho y 16 de alto; y será del mismo orden arquitectónico que el altar mayor.

Este gigantesco instrumento tendrá 155 registros, 28 pedales de combinación y 8.316 tubos de trompetería, correspondientes a 10 octavas completas.

Su peso total excederá de 100.000 kilogramos.

Y el coste de toda la obra no bajará de dos millones de francos.

Según noticias de Portugal, la princesa Clotilde acaba de bordar una capa para el Papa en su retiro de Moncalieri.

Esta capa, de satén blanco, cubierta de flores de oro, no será una de las menores curiosidades de la Exposición que se va a realizar en el Vaticano con motivo de las Bodas de Oro de Su Santidad.

NOTICIAS

El gobierno británico colonial de Australia ha cedido a los Padres Trapenses de Irlanda trescientas mil hectáreas de terreno en Queensland, con objeto de que funden allí una gran misión católica que civilice a los salvajes que habitan en el interior de aquel continente.

Un periódico bilbaíno refiere en los términos siguientes el acto de la inauguración del Carmelo de Begoña:

«Un nuevo templo es siempre un acontecimiento faustísimo. Nuestro Señor tiene un trono más que ocupar en la tierra y los católicos una nueva casa de oración. Y si al templo se agrega una morada de penitencia y abnegación, cual acontece en el Carmelo de Begoña, motivo doble para celebrar con regocijo el suceso.

El miércoles por la tarde llegó a la planicie de Landaburu en Begoña el Ilmo. Sr. Obispo de Vitoria, acompañándole en su coche dos Padres carmelitas. La comunidad con cirios esperaba al excelentísimo Prelado y procesionalmente fue conducido a la capilla-iglesia de la antigua mansión religiosa, entonándose el salmo *Memento, Domine, David*. Terminada la visita a la iglesia y bendecidos los circunstantes, se alojó S. E. I. en el nuevo convento. A las ocho de la mañana del jueves, día de la Natividad de Nuestra Señora, el Sr. Obispo dió principio a la bendición de la iglesia nueva y en seguida a la consagración de las aras. Terminada ésta, dirigió una fervorosa plática a la concurrencia y procedió a la celebración de la santa Misa.

Majestuosamente fue conducido el Santísimo Sacramento en manos del Sr. Obispo desde la iglesia antigua. El pueblo y la comunidad formaron el cortejo hasta la nueva, y la banda del regimiento de Garrellano honró y solemnizó con sus acordes el acto.

Ayer tuvo lugar el primer día del triduo consagrado a la inauguración del hermoso templo carmelitano, celebrando de pontifical el Prelado y predicando el doctor D. Valentín de Ventades.

Asistieron a la función el ayuntamiento de Begoña y una comisión de la excelentísima diputación provincial de Vizcaya.

También acompañaron al Excmo. Sr. Obispo en la ceremonia pontifical los Párrocos de Begoña y Bilbao.

Felicitemos a los celosos religiosos que después de grandes dispendios ven cumplidos sus deseos de ofrecer a su Soberana un nuevo solio en donde recibir culto y dispensar misericordias, así como también por el colegio instalado para el progreso de la Orden y la ilustración de los jóvenes religiosos.

El palacio Mpanelli de Roma, adquirido por la Congregación de la Propaganda, ha sido restaurado y dispuesto para los usos de la misma, y quedará listo durante el próximo mes de Octubre. En la planta baja y en el espacio que estaba destinado a jardín, en la actualidad cubierto, se instalará la grandiosa tipografía púgilota de *Propaganda Fide*. En uno de los planos superiores tendrá su habitación el Cardenal Prefecto de la Economía de Propaganda; los demás pisos se destinarán a las Escuelas del Colegio Urbano, pequeñas ya para el número de alumnos que a ellas concurren.

Se tomarán además otras disposiciones en cuanto al local del Museo Bojiano etnográfico, dotándolo de nuevas salas, que quezcan colocación adecuada a las numerosas colecciones que diariamente mandan los Misioneros de todas partes del mundo.

Es ya también un hecho la adquisición, por cuenta de la Santa Sede, del precioso palacio Alternas,

junto a San Apolinar. Han sido pagados 1.300.000 francos por Su Santidad, quien colocará en aquél el mayor número posible de Institutos científicos y Escuelas para la juventud secolar, que el edificio pueda contener.

Háblase a este propósito de refundir en un solo cuerpo algunas de las Academias pontificias, especialmente la de la Arcadia, la Tiberina, la de la Inmaculada Concepción, la de los Liceos y la de Arqueología, y formar un solo, grande y respetable Instituto de Ciencias y Letras, que podría tomar el nombre del Pontífice que actualmente ocupa la Cátedra de San Pedro.

Con la fundación de este Instituto no se quiere, sin embargo, destruir las antiguas y respetables Academias pontificias nombradas. El nuevo Centro estaría distribuido en secciones; para las ciencias exactas y naturales (Liceos), para las ciencias morales (Inmaculada Concepción), para las ciencias económicas e históricas (Tiberina) y para la literatura (Arcadia).

El entierro de las víctimas del incendio del teatro de Exeter ha dado lugar a escenas verdaderamente desgarradoras, a la vez que a un incidente que causó la más profunda indignación. Según refiere el correspondiente del periódico londinense el *Daily News*, parece que en el momento de leer las últimas oraciones sobre los féretros que acababan de ser bajados a la fosa el pastor protestante encargado de prestar ese servicio llamó a un agente de policía que había allí presente, le hizo acercarse a él y se asió a su cinturón diciéndole que necesitaba de su auxilio. Esto causó gran sorpresa en los concurrentes, los cuales no tardaron en comprender que el reverendo pastor no estaba en su estado normal; y cuando éste comenzó a mascullar algunas palabras se notó que estaba leyendo, no el oficio de difuntos, sino las peticiones para el matrimonio; el hombre estaba borracho.

La indignación de los presentes no conoció límites, y la policía tuvo que sustraer al pastor a la furia popular. El pastor fue conducido a una capilla, en la que la muchedumbre quería perseguirle y castigarle; pero al fin pudo meterse en un *cab* que le condujo con buena escolta a su casa.

Sin comentarios.

En la *Gaceta* se anuncia que S. M. la Reina regente, por Real decreto de 7 del corriente, se ha dignado nombrar al Rdo. P. Fray Arsenio del Campo y Monasterio, Procurador general y Vicario provincial en España de los religiosos Agustinos Calzados misioneros de Filipinas, para la iglesia y obispado de Nueva Cáceres en dichas islas, vacante por fallecimiento del Rdo. P. Fray Casimiro Herrero.

NECROLOGÍA

Ha fallecido en Florencia el reverendo Padre Filippo Cecchi, de las Escuelas Pías, catedrático de Física del Instituto de la Santísima Annunziata, y que por sus eminentes trabajos científicos era considerado como uno de los sabios más ilustres de Italia.

También han pasado recientemente a mejor vida:

En Alhama (Granada), el Presbítero D. Mariano Puerta Robledo, capellán que fue muchos años del convento de Santa Clara.

En Trazo (Ordenes), D. Agustín Vieites Cornes, Arcipreste de Berreo de Abajo.

En Bidaurreta (Oñate), el Rdo. P. Fray Juan Martín de Guerra y Aguirre.

En Avila, Doña Gregoria García de García, Tesorera de la Obra de la Propagación de la Fe.

En Barcelona, el Dr. D. Isidro Marsal, Beneficiado de la iglesia de Santa María del Mar.

ARTÍCULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.





EPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 28. — Madrid 5 de Octubre de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Six meses.....	30 "
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Six meses.....	2 1/2 ps. fr.
Un año.....	5 "

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Six meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMERICA	
Six meses.....	3 ps. fr.
Un año.....	5 "

SUMARIO

TEXTO. — La decena, por Manuel Ossorio y Bernard. — Los gran-
des. — ¿Cuáles fueron los verdaderos gérmenes del protestantismo?
por Fr. José Coll. — La agonía de un pueblo, por Ángel Lasso de la
Vega. — Emilia, por Carlos Frontaura. — La Propaganda católica
en Polonia. — La peregrinación alemana en el sepulcro de Santiago
Apóstol, por A. M. D. G. — La joya milagrosa, por J. F. Hartzen-
busch. — La gruta de Corcoran, por A. Vay. — Gran fiesta religio-
sa, por A. — El arte religioso, por M. de A. — Jubileo Sacerdotal
de S. S. León XIII. — Noticias. — Necrología.
GRABADOS. — Carlo Dolci. — Casa en vedado. — El turco de Pro-
Angélica.

LA DECENA

El humo de la pólvora se ha disipado en Francia, el eco de los últimos disparos se ha desvanecido, y los ferrocarriles y transportes de todas clases recobran su ordenado y metódico movimiento. Ha terminado, pues, el período en que el pueblo y el ejército francés han podido sentir todos los entusiasmos de una campaña sin ninguno de sus peligros é inconvenientes; y en cuanto al resultado de la movilización y concentración, lo único que podía tener de malo es que motivara orgullos é impaciencias, y nada por ahora permite suponer arranques de poco juicio que pudieran exigir otra concentración y otra movilización en condiciones menos favorables al orgullo de la nación vecina.

El incidente de la frontera franco-alemana ha carecido de importancia, y el Príncipe de Bismarck, á quien desagradan las causas poco simpáticas, se ha apresurado á declarar lo mucho que lo lamenta y sus buenos propósitos, anticipándose á declarar que se concederá una pensión á la viuda del cazador francés muerto por la bala de un centinela alemán. Las personas imparciales no pueden menos de formular algunas observaciones con motivo de estos sucesos. Cada uno de ellos, dicen, podrá aisladamente carecer de interés; pero ¿no es significativo el que vayan saliendo enredados como las cerezas? La conducta del centinela alemán podrá ser correcta é hija de su celo; pero ¿no figura ó debe al menos figurar entre los deberes de los Gobiernos el imposibilitar estos excesos de celo, bien suavizando el rigor de sus Ordenanzas, bien eligiendo personal que por su prudencia sea una garantía á ambos pueblos limítrofes?

Las dificultades financieras de

Francia habían hecho pensar en la necesidad de reducir los presupuestos de Guerra y de Marina; pero como esto sería impopular, parece que la comisión respetará dichos presupuestos y hará todas las reducciones... no hay que decirlo, en el del Clero.

Son idiosincrasias de las naciones: en Francia todo acaba en castigar al Culto y al Clero, como aquí en España en que se suba el vino.

meten á reconocer y apoyar al nuevo Príncipe que elijan.

Queda por consultar otro factor importante: el Príncipe reinante Fernando de Coburgo, si es que no reserva alguna nueva sorpresa el precipitado viaje emprendido por el mismo, pues salió de Sofía el 30 del mes último guardando el mayor secreto sobre el punto de su destino, aunque anunciando que su viaje sería breve.

A prestar crédito á las noticias de los rusófilos, el Principado búlgaro es presa de la más espantosa anarquía: las autoridades ejercen vejaciones sin cuento; el Príncipe es impotente para encauzar la administración; el Clero conspira; numerosas partidas de bandoleros infestan los campos, y la persecución de las tropas no surte los mejores efectos. Para poner término á tamaños males parece que Rusia y Turquía, de acuerdo, proponen nombrar dos comisarios (uno cada nación) con facultad de nombrar y separar ministros y preparar unas elecciones libres para la nueva Sobranje. En esta forma y con tales procedimientos, Rusia y Turquía se compro-

Vengamos á España, y haciendo caso omiso de sucesos deplorables para el patriotismo, examinemos otros asuntos del momento.

Se ha inaugurado un nuevo año académico con todo el aparato que su interesante argumento requiere. Los bedeles han vestido su galoneado uniforme; la juventud se ha lanzado por los claustros de la Universidad, renovando pasadas amistades y creando otras nuevas; los catedráticos han ocupado sus sillones; las librerías han consumado el sacrificio de los padres de familia, vendiéndoles los textos que han de hacer unos sabios á los muchachos; los billares se ven llenos; en los cafés y teatros abundan los estudiantes, y todo, en suma, demuestra que nos hallamos de nuevo ante los problemas de un nuevo curso. Este problema tiene varias incógnitas, tales como el pretexto de multiplicar fiestas—no hallado todavía—y el de encontrar asunto razonable para algún nuevo motín. Porque ello es necesario: seguir día por día los estudios, asistir á clases, estudiar en casa, respetar á las autoridades académicas, y con los exámenes de Junio dar un paso gigantesco hacia el porvenir, todo eso es del antiguo régimen é impropio, por tanto, de los adelantos modernos. Hoy hace falta, después de arrinconar los libros, lanzarse al alboroto, adquirir notoriedad en el claustro y en la calle, celebrar meetings, concertar diabluras, ensayarse en la oratoria política y comenzar la vida pública con algo saliente y que pueda convertir al estudiante en víctima de las iras del poder. Así comenzaron muchos su carrera, y el éxito logrado por ellos es poderoso estímulo para la imitación. También hay que publicar algún periódico que sea órgano de la clase escolar y hacer algún ensayo en la literatura dramática y alguna excursión por los bastidores de los teatros de segundo orden, constituir algún círculo, frecuentar los taurómacos, y si llega el caso organizar tal cual becerrada con bichos auténticos y porrazos no menos auténticos.



CARLO DOLCI.

No es todo esto más agradable que los Cálculos y la Química, la Osteología y la Filosofía del Padre Zeferino González? Sobre todo, hay que colocarse en las condiciones de la vida moderna, respirar la atmósfera de progreso, tomar la alternativa en la arena del periodismo, sentar plaza de hombres políticos, aunque los estudios se atrasen y los años se vayan ganando de chiripa o perdiendo con razón, y los paternales sacrificios no sean compensados y la ciencia no logre nuevos cultivadores llamados a enaltecerla.

Hay que hacer a los estudiantes la justicia de consignar que todavía no han iniciado ningún motivo: verdad es que el día 1.º no hubo clases por la función inaugural, que el 2.º fue domingo, y que escribo estos párrafos en 3 de Octubre.

..

Conviene señalar dos circunstancias relacionadas con el año académico: la primera es la preferencia que en este año muestra la juventud por la carrera comercial, cuyos estudios han sufrido radical reforma, elevándolos, generalizándolos y dándoles un carácter de que antes carecían; la segunda el desarrollo de las Escuelas de Artes y Oficios, a las que hoy acuden más de 6.000 alumnos, que dignifican con el estudio la humilde blusa del artesano. Si esto supone el convencimiento de que hay fuera de las carreras universitarias amplio porvenir para la juventud; si esto indica un cambio en las costumbres de nuestra patria y una nueva dirección a las aptitudes y vocaciones de aquella, consignemos con júbilo la tendencia, pues la aspiración a los títulos académicos ha contribuido a la ruina de la agricultura más que todos los pedriscos, terremotos, inundaciones y malos Gobiernos lo hayan podido hacer. Las industrias extractiva, agrícola y manufacturera, como la industria comercial, discretamente encauzadas y a buen término dirigidas, pueden convertir en rico, floreciente y poderoso a un país anémico y pobre como es el nuestro, y bien vale esto que renunciemos a unos cuantos millares de abogados sin pleitos, médicos sin clientes, boticarios sin botamen y licenciados en filosofía y en ciencias sin cátedras que dirigir ni chiquillos que desasnar.

Las escuelas de Comercio y de Artes y Oficios, en el modesto círculo en que se mueven son más útiles y beneficiosas al Estado que todas las facultades y carreras superiores.

..

Los teatros siguen abriendo sus puertas para la campaña de invierno, habiéndolo hecho recientemente los que pueden conceptuarse como los dos polos en Madrid: el Real, donde el abono cuesta miles de duros, y Novedades, donde por diez céntimos y peligro de asfixia puede verse una zarzuela en un acto.

Por señas que Novedades ha dado, como tales, *La gran vía* y *Cádiz*.

En cambio, otro teatro lleva quince días sin salir de *Ñiña Pancha*, *Pepa la frescachona* y *Coro de señoras*, para dar al siguiente día *Pepa la frescachona*, *Coro de señoras* y *Ñiña Pancha*, y al otro *Coro de señoras*, *Ñiña Pancha* y *Pepa la frescachona*..., y se llama de Variedades.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

CARLO DOLCI.

Pintor italiano nacido en 1616 y muerto en 1686. Desde su más tierna infancia asoció las ideas de arte y de devoción, y aspiró con tal empeño a que de sus trabajos se desprendiera el sentimiento religioso que a él le impulsaba, que a este fin y a terminar detallada y minuciosamente cuanto hacía sacrificaba en ocasiones su inspiración y hasta su propia conveniencia.

Figuran entre sus obras: *La prudencia de Jesús*, *El Salvador bendiciendo al pan*, *Santa Galla*, *Santa Lucía*, *San Pedro llorando*, *Sueño de San Juan niño*, *Martirio de San Andrés*, *Santa Clotilde*, *Asunción de la Virgen*, *San Luis de Baviera* y otros muchos asuntos de devoción.

CAZAR EN VEDADO.

El afán de la caza lleva a sus aficionados a las más sensibiles exageraciones, no siendo de las menos significadas la falta de respeto a la propiedad ajena. La escena que figura en nuestro grabado representa uno de estos hechos, no consumado por la intervención de un representante de la propiedad. Lo malo es para los patos que pagan inocentemente las aficiones venatorias de los compañeros de caza.

EL SEÑOR DE FRA ANGÉLICO.

(Cuadro de A. Maignan.)

Alberto Maignan ha conquistado rápidamente un lugar preferente en la moderna escuela francesa, así por sus altas condiciones de artista como por su instrucción en las ciencias históricas, que le es de grandísimo auxilio en sus composiciones.

En el cuadro que hoy reproducimos representa al Beato Angélico de Fiesole, pintor místico, viendo en sus arrobamientos de mente abrirse los cielos inundados de esplendores. El pintor se ha dormido vencido por las vigiliadas, esbozando un cuadro de la Virgen y el pincel ha caído de sus manos, mientras dos ángeles bajan del cielo para dejar el sello de la divinidad en el cuadro.

Figuró esta obra en el salón de París de 1882.

¿CUÁLES FUERON LOS VERDADEROS GÉRMENES DEL PROTESTANTISMO?

ARGANOS SON de la divina Providencia los acontecimientos religiosos del siglo XVII; ¿quién es el hombre para escudriñarlos? Sin embargo, en lo poco que le es dado rastrear al entendimiento humano, tan falible y limitado de suyo, diremos buenamente aquello que se nos alcanza.

Desde los tiempos de Lutero hasta la presente generación; desde Erasmo, que en tono magistral solía decir: «El Renacimiento es el huevo, la Reforma es el ave que de él ha nacido», hasta César Cantú, como lo vemos en sus *Heréticos de Italia*, y hasta el sabio abate Moigno en su obra titulada *Los esplendores de la Fe*, siempre hubo en el mundo escritores encaprichados en atribuir la aparición del protestantismo al renacimiento de la literatura. ¡Oh, cuánto dista de la verdad semejante aseveración!

No negaremos que la afición a los grandes autores del paganismo llenó muchas cabezas de enardecimiento desde poco más de la segunda mitad del siglo XV. Boccaccio y los Médicis [qué digo] hasta el mismo Petrarca, tan menospreciador de la Edad Media, se extasiaba al recordar los dorados tiempos en que florecieron los escritores clásicos.

Habíase despertado un amor tan grande por la antigüedad pagana, que el que no leía a los vates de aquella edad, el que no hablaba el latín o el griego según el estilo y construcción de entonces, era tenido por un hombre inculto. Hubo algunos tan dengues, que no se atrevían a leer la Vulgata por temor de tropezar con alguna frase poco atildada. Las obras de enseñanza debían pertenecer precisamente a autores paganos. Poníanse en manos de la juventud la historia de los dioses del Olimpo, las fábulas de Fedro y Esopo, Quinto Curcio, Ovidio, Virgilio, Homero, Jenofonte, Demóstenes, Cicerón, etc.

Sabemos esto, y no tenemos dificultad en confesarlo; pero así y todo estamos bien persuadidos de que aquel sabor pagano no influyó en lo más mínimo en el desgraciado aborto del protestantismo, por la muy obvia razón de que el clasicismo, esa afición al gusto y aticismo propio de la edad clásica, fue peculiar de la nación más fiel y adherida al Pontífice romano; fue, decimos, propio de la Italia, y no alcanzó en manera alguna a la Sajonia, ni al resto de la Germania y demás naciones septentrionales.

Pero dejemos hablar aquí al célebre publicista Menéndez Pelayo. Combatiendo a los que quieren que la Reforma hubiese sido una consecuencia del Renacimiento, dice: «Para dárles la razón, sería preciso que demostrasen que los grandes artistas y escritores del Renacimiento italiano eran partidarios o fautores de la doctrina de la fe que justifica sin las obras: punto capital de la doctrina luterana. Y como esto es un absurdo, y no puede demostrarse; como el movimiento ni empezó ni hizo grandes progresos en Italia, foco principal del arte y de la ciencia restaurados, sino en Alemania, país antilatin y anticlásico por excelencia; como Erasmo y todos los demás que abrieron el camino a Lutero eran también germanos, y no latinos, y emplearon la mitad de sus escritos en diatribas contra el paganismo de la corte de León X; como la Reforma, por boca de Melancthon, hizo un capítulo de acusación a los católicos por haber aprendido en la escuela de los gentiles, y haber seguido a Platón en el uso de los vocablos *razón* y *libre albedrío*, que se oponían al fatalismo protestante; como los errores y herejías que germinaron en la Italia del Renacimiento no se parecen a los de Alemania sino en sus herejías y errores, sin que tenga que ver nada Lutero con la impiedad política de Maquiavelo, ni con el materialismo de Pomponazzi, ni con los sueños teosóficos de la Academia de Florencia, ni con el culto pagano de Pomponio Leto; como el Renacimiento es un hecho múltiple y complicadísimo, y la Refor-

ma una herejía clara, bien definida y neta, al modo del Gnosticismo o el Nestorianismo, a cualquiera se le alcanza que esa supuesta filiación de la Reforma es un nuevo sofisma *juxta hoc, ergo propter hoc*, aunque en él hayan caído escritores católicos de cuenta, sin advertir que de ese modo condenan y maldicen toda una maravillosa civilización, protegida y amparada por la Iglesia católica, y gloria del catolicismo, y vienen a dar indirectamente la razón a Erasmo, a Ulrico de Hütten, a Lutero y a todos los novadores del siglo XVI en sus bárbaras invectivas contra Roma, la que restauró el arte antiguo, y en vez de matar la candela, la puso sobre el candelín».

Es un hecho culminante en la historia de Europa, que desde la irrupción de los hérulos, de los godos y demás bárbaros oriundos del Norte, ocurrida a principios del siglo V, hasta los longobardos, que llegaron a Italia en el octavo siglo; y sobre todo que desde el establecimiento del Imperio de Alemania, la tea de la discordia entre los italianos y alemanes no llegó nunca a apagarse del todo: unas veces ardía con actividad devoradora, otras yacía en el polvo, amortiguada sí, pero siempre humeante y no muy lejos de brotar devoradoras llamas.

Corría el siglo X de la era cristiana, ó sea el año de 961, cuando Otón I, Emperador de Alemania, convocó un concilio en Roma, a que asistió el mismo, y en él se depuso al Papa Juan XII, poniendo en la cátedra de San Pedro al antipapa León VIII.

A Otón sucedió el Emperador Enrique IV, por instigación del cual se reunieron en el Tirol algunos Obispos alemanes; y muchos señores de la misma nación y de Italia, unidos a aquel Soberano en mancomunada de crímenes, depusieron del Pontificado a Gregorio VII, y eligieron en su lugar a Guiberto de Rávena, que tomó el nombre de Clemente III.

Muerto Enrique IV, subió al trono imperial su hijo Enrique V, quien después de haber prometido renunciar a las investiduras, se presentó en Roma con aires de conquistador, al frente de un ejército formidable, para recibir la corona de manos del Papa Pascual II. Este, en vista de tamaña altanería, declaró que no le ceñiría la diadema si antes no le cumplía la palabra empeñada; oído lo cual, mandó al punto Enrique que le arrestasen con los Cardenales allí presentes; amenazando al Pontífice que si no abandonaba las investiduras le haría arrancar los ojos y le quitaría la vida. En seguida los soldados saquearon la basílica de San Pedro, matando e hiriendo a una multitud de hombres, mujeres y niños.

Muerto Pascual II, fue nombrado en su lugar Gelasio II. Inmediatamente que se supo el resultado del cónclave, Cencio Frangipani, que era un señor muy poderoso vendido al Emperador Enrique V, corrió a las armas al frente de una turba de furiosos: en un momento las puertas de la iglesia donde acababa de hacerse la elección fueron forzadas; Cencio se precipitó sobre el Papa, le asió por el cuello, le dió de patadas hasta ensangrentarle con sus espuelas, y arrastrándole por los cabellos a su palacio, le cargó de cadenas. El Emperador, dándose por muy servido con el acto vandálico de Cencio, mandó prontamente elegir y consagrar como Papa a Mauricio Burdino, a quien dió el nombre de Gregorio VIII.

Se sentó después en el trono imperial Federico I, conocido con el nombre de Barbarroja. Hallábase vacante la Santa Sede, y a los seis días solamente fue nombrado Alejandro III para ocuparla. Únicamente tres de los Cardenales, confabulados, a lo que parece, con el Emperador, se opusieron a la elección, nombrando dos de ellos al otro tercero, a quien llamaron Víctor IV; y apoyando el nombramiento con la fuerza armada, que entró de tropel en la iglesia cometiendo los mayores desafueros, Federico I se declaró desde luego, como era de esperar, a favor del antipapa.

La muerte del titulado Víctor IV no restituyó la paz a la Iglesia; porque la facción cismática, segura siempre de la protección de Barbarroja, nombró otro antipapa, que tomó el nombre de Pascual III. Continúan las devastaciones de las tropas imperiales; Pascual III fallece, pero sin que por eso quede el cisma extinguido; Calixto III le sucede, más por fortuna suya, conociendo el bártaro en que le había precipitado su ambición, fue a echarse a los pies del Sumo Pontífice Alejandro III, el cual lo perdonó graciosamente. A pesar de ello, el cisma, que nunca escarmienta y que jamás se ve harto de sacrilegios y de crímenes, creó un mes después otro antipapa, al cual apellidaron Inocencio III.

Enrique VI, hijo de Federico I, no se condujo en los asuntos de la Iglesia mucho mejor que su padre; volvió a promover resueltamente la cuestión de las investiduras, que tantos y tan funestos disturbios ha-

bia ocasionado; atropelló a los Obispos, amenazó al Papa, y cometió gran número de crueldades en Sicilia, de cuya provincia era Su Santidad señor feudal; pero una muerte prematura no le permitió pasar más adelante en sus injustas reclamaciones y desapiadados ensañamientos.

Pasemos ahora a preguntar: después de la forzosa residencia de los Papas en Aviñón, tan funesta a la Iglesia y depresiva de su autoridad, residencia que hubo de prolongarse desde Clemente V, elegido en 1305, hasta Gregorio XI, que se restituyó definitivamente a Roma en 17 de Enero de 1377; después de un cisma continuado con leves alternativas desde el 1378 hasta el 1449; presupuesta además la secular lucha entre el sacerdocio y el Imperio, con el aditamento de tantos otros gérmenes de disensión, fomentados por los guelfos y gibelinos y demás capítulos de agravios, cuyas raíces arrancan ya del siglo V, como hemos indicado antes; ¿se extrañará que a principios del siglo XVI hubiese podido Lutero, auxiliado de no sabemos cuántos Príncipes y grandes señores, ávidos de soltar la rienda a sus pasiones y de hacer presa en los bienes del clero, y obrando de más a más sobre unas muchedumbres crédulas, ignorantes, llenas de preocupaciones y propensas a la superstición y a la herejía; se extrañará, decimos, que mediante el concurso de tan poderosos elementos hubiese podido Lutero llevar a cabo su mentida Reforma? ¿Comprende ahora cuáles fueron los verdaderos gérmenes del protestantismo?

Ps. José COLL.

LA AGONÍA DE UN PUEBLO

RECUERDOS HISTÓRICOS.

(Continúa.)

ERA el tracio Maximino, el nuevo emperador, hombre grosero e insociable, poseía hercúleas fuerzas, gigantesca figura y nunca saciaba su apetito la enorme cantidad de alimentos que consumía, envidiaba a los que valían más que él por sus principios o su inteligencia, y siempre fué el pastor inculto y el soldado brutal que encuentra sus placeres en sus crueldades. Ejerciólas estas, con el carácter de asesinatos las más de las veces, en los indefensos seguidores del Cristianismo y en los mismos Senadores romanos. Vió proclamados aun en vida varios sucesores de su imperio. Quarciano lo fué en Oriente para reinar seis días, y para alcanzar igual suerte, eligió el Africa a Gordiano y su hijo. Fueron después aclamados Claudio Balbino, Máximo Papiano y Gordiano, ya el tercero de este nombre, y cuando Maximino se disponía a vengarse de los usurpadores, fué muerto al pie de las murallas de Aquilea. No duró mucho su dominio a los tres asociados emperadores. La espada pretoriana sólo dejó con vida al tercero de los Gordianos, cuyo buen gobierno se debió al ilustre Misiteo, su ministro.

Las usurpaciones del poder imperial acentuábanse más y más en este funesto período de la historia del pueblo romano. Los desórdenes en este sentido ofrecieron un carácter horrible. Filipo, el árabe, Carvilio Marino, Trajano Decio, Triboniano Galo, Hostiliano y Emiliano, van subiendo sucesivamente las gradas del trono para volverlas a descender rápidamente, logrando sólo permanecer en él durante dos años Trajano Decio, con aptitudes superiores a los demás. Fué buen caudillo y se opuso a los bárbaros nunca más amenazadores, consiguiendo contenerlos con su energía y bravura, y hallando una muerte digna combatiendo contra las armas godas.

No eran sólo los francos del Rhin, los godos del Danubio y los persas del Eufrates, ni los desmanes de sus tiranos los que sólo afligían a los hijos de Roma y perturbaban su reposo; añádase a todo esto una de las más sangrientas persecuciones contra los que seguían la doctrina de Cristo y una asoladora peste que con tenaz persistencia asolaba sus provincias. Las más sombrías nubes oscurecían el porvenir de la nación avasalladora del mundo, y todo le hacía presentir su inevitable ruina.

Desde los años 253 al 260 reinó el viejo Valeriano que se revistió de la púrpura al derrotar y dar muerte a Galo, uno de aquellos antes citados, a quienes fué tan efímera su soberanía. Este hábil soldado rechazó las cohortes bárbaras de las fronteras y se ensañó cruelmente contra los cristianos. Vióse al fin prisionero del indómito Sapor, quien complaciéndose en los tormentos que le hacía sufrir, acabó por desollarle vivo y colgar su piel de los muros de un templo. Bien demostró su hijo y sucesor Ga-

lieno, asociado antes en el imperio con su padre, su alma indigna al olvidarse de éste en tan duro cautiverio, y al hacerse proclamar soberano sin dilación alguna. No fué su figura menos odiosa que la de otros antecesores suyos, cuyo solo recuerdo inspira repugnancia. Era disoluto, cruel y sanguinario, y presenció, entregándose a los excesos de la disipación y el lujo, cómo los bárbaros invadían las Galias y otros dominios del imperio, apropiándose hasta treinta caudillos de estos el título de emperador. No podía llegar a más vergonzoso envilecimiento la dignidad real. Levantáronla algún tanto los emperadores que le sucedieron, Claudio el Gótico, que fué justiciero, denodado y bondadoso; Aureliano, que si bien tiene sobre sí la mancha de su excesiva crueldad contra los cristianos, fué esforzado caudillo, alcanzó grandes victorias sobre los bárbaros, embelleció la capital del imperio y murió asesinado por su liberto Muesteo; Tácito, hombre virtuoso que vistió la púrpura a los setenta años, dándole poco más de vida el puñal del asesino; Probo, de iguales condiciones, que después de alcanzar grandes triunfos en los campos de batalla se dedicó a dar la paz al imperio y a consagrar a sus ciudadanos a útiles tareas, y que sufrió igual suerte que su antecesor en Simich a manos de la soldadesca rebelada; Caro, quien guerrero intrépido, sucumbió a lo que se dice, sino herido de un rayo, víctima del prefecto Aper, abonado para tan criminal hecho, y Carino y Numeriano, hijos de aquel, que le sucedieron en el trono. Carino enmendó su conducta desordenada al ser emperador, y luchó con valentía en defensa de su patria, logrando derrotar a los dos pretendientes que le disputaban su soberanía, Juliano el usurpador y Diocleciano, siéndolo él al cabo por este último y asesinado después por uno de sus tribunos mismos. Igual suerte cupo a Numeriano, quien era estimado con razón por sus prendas de carácter y su clara inteligencia.

Asombra considerar que aun en estas mismas trengas que hallaba el pueblo de Roma en sus perturbaciones, en estos mismos paréntesis que interrumpían los períodos de gobernantes depravados, envilecidos en el vicio y odiosos por su crueldad, no dejan un punto de mancharse en sangre la púrpura de sus Césares. Todos o la mayor parte de estos eran víctimas de asesinos audaces que gozaban de la impunidad del crimen o hacían que éste refulgiera en su propio provecho. ¿Cuán cierto es que Dios ciega a aquellos que con tan increíble pertinacia se empeñan en seguir las sendas de su perdición!

Uno de los primeros actos de Diocleciano al hacerse proclamar Emperador en Nicomedia, fué vengar la muerte de Numeriano en su asesino el citado Aper. A poco se asoció a Maximiano Hércules, con quien compartió la soberanía, dándole la de Occidente, y quedando él con la de Oriente. Hizo Césares asimismo a Constancio y a Galerio, que habían de ser sus sucesores. Este último, hombre ambicioso y de duro corazón, promovió con sus consejos una de las más horribles y prolongadas persecuciones que sufrió el Cristianismo, siendo innumerables los mártires de la fe que conquistaron la aureola de las virtudes con su heroica abnegación. Diocleciano y Maximiano abdicaron el poder a un tiempo, pero este último volvió a recobrarlo, obligado por su hijo Maxencio, que a su vez se proclamó Augusto. Quitóse su propio padre esta soberanía; pero sus tropas se opusieron a ello sublevándose en contra suya. Fugitivo en la Galia, intentó asesinar a su yerno Constantino para arrogarse su corona. Descubiertas sus maquinaciones a este fin, apeló en su desesperación al recurso de los cobardes, por más que sea juzgado también el de los ánimos esforzados, quitándose la vida, indigna en verdad de ser conservada en la memoria.

Al advenimiento de Galerio al trono tan anhelado por él, coincidieron las pretensiones a la púrpura imperial de nuevos impacientes, caudillos cada cual a su vez de fuertes ejércitos. El espectáculo de la nación señora del mundo no podía ser más indigno de sus anteriores grandezas. La anarquía con todas sus horribles calamidades se entronizó en el suelo latino. El número de usurpadores se multiplicaba, e iban sufriendo unos la muerte y otros la derrota. Los nombres de Severo, Licinio y Maximiano Hércules, Constantino y Maxencio, figuraban en estas sangrientas rivalidades, a la muerte de Galerio.

Constantino vence a Maximino y Licinio a Maxencio. Este príncipe representa la ciega y antigua adoración al culto pagano. Constantino se declara protector de los seguidores de Cristo. Tomó por enseña la cruz del Mártir del Gólgota. *In hoc signo vinces*, y en efecto, suya fué la victoria, y el madero, lugar de un suplicio infamante, es desde entonces símbolo santo de la fe cristiana y objeto de la veneración de las gentes que conocen la verdad revelada por los labios del Verbo Divino. Los ídolos paganos co-

menzaron de subito a vacilar sobre sus pedestales. Constantino obtuvo, venciendo a Licinio, César en Oriente, la única soberanía de los dominios del romano, y logró alcanzar el dictado de *Grande*.

Este emperador, que llegó hábilmente a conseguir la unidad del imperio; que hizo proscribir la religión del pagano; que hasta acudió a remediar las disensiones de la naciente Iglesia, y la perturbación que entre los cristianos causaba el arrianismo sobre todo; que pareció, al seguir esta conducta y cerrar sus templos, sincero seguidor de la doctrina de Jesucristo; no demostró serlo en algunos de sus actos. Licinio fué víctima de su crueldad, muriendo asesinado y lo fué suya también su inocente hija Crispo, acusado falsamente por la emperatriz Fausta. Aquella atmósfera de sangre que parecía rodear el trono de los Césares no acababa de disiparse para que pudieran respirar en ella sin fatiga los corazones honrados.

Sucedieron a Constantino a su muerte, sus hijos Constantino y Constante y sus sobrinos Dalmacio y Anibalasio. Una horrible matanza en los deudos más allegados de aquel emperador inundó de sangre el palacio imperial. Excitada por Constancio, quedó constituida la soberanía de Roma en este, el segundo Constantino y Constante. Volvían a brotar los usurpadores del seno de las huestes indisciplinadas y de nuevo los bárbaros aprovecharon tales discordias para rebelarse y asolar las comarcas a su antojo. Muerto Constantino, entregóse Constante, después de haber puesto en grave riesgo su poder ante el ejército de Sapor, a la molición y los placeres hasta ser ahuyentado a los Pirineos por el franco Magnencio que se arrogó el dictado de Emperador y morir al pie de aquella cordillera. Tanto este último usurpador como Vetranion, que se había adjudicado el imperio en Liria, fueron vencidos fácilmente, y Constancio quedó entonces el único dominador de un pueblo tan extremadamente castigado. Asoció a Galo a su poder, acabando por darle muerte, temeroso de que le arrebatase su cetro. Eligió para sucederle a Juliano, tenido por estudioso y discreto, quien al fin se vió proclamado emperador por las cohortes. Reconoció por tal a la muerte de aquel, no sin antes haberse opuesto a ello, Juliano comenzó por poner remedio al desordenado lujo y disipación que reinaban en el palacio imperial, substituyéndolo por severa modestia y adoptando otras medidas en beneficio de los ciudadanos. Este gobernante que se hallaba dotado de excelentes cualidades, tanto en sus costumbres como en su conducta como príncipe; que poseía vasta instrucción y talento y fué caudillo afortunado, sucumbió al fin en los campos de batalla, luchando con denuedo, y tuvo por excepción una muerte digna y no la que por lo común parecía reservada a los que llegaban a llevar la púrpura imperial sobre sus hombros.

Sucedió a Juliano al correr el año 364 de nuestra era, por renuncia de Salustio al imperio, Joviano, aclamado por las legiones. Breve fué su gobierno; ni un año llegó a desempeñarlo, pero antes de morir, deshizo la obra de su antecesor, contrario al cristianismo, manifestándose partidario de esta religión y concediendo sólo a la pagana una tolerancia que equivalía al propósito de su ruina y mayor desprestigio.

Proclamado en Nicea por el ejército, sucedió a este último emperador Valentiniano, quien asoció al poder a su hermano Valente. Luchó con fortuna y apaciguó a los enemigos de la paz pública; hasta morir trágicamente a un arrebato de su violento carácter que le produjo la ruptura de una vena. Debido sin duda a estos accesos de indomable ira mandó dar muerte por infundados recelos al hábil general Teodosio, padre del que luego fué aclamado Augusto con el mismo nombre. Valente también pereció de una manera infame. Derrotado en Andrinópolis, se refugió en una chozneta, donde sucumbió con algunos de su séquito abrasado por las llamas que la incendiaron. El imperio de Teodosio, que fué el inmediato César, se señala por la protección decidida que concedió a los cristianos y la despiadada guerra que hizo a los sectarios del paganism.

El momento de la gran catástrofe se aproximaba. La rápida decadencia del imperio se presentaba en todas partes y la anarquía se entronizaba de nuevo para acelerar aquella. Los bárbaros se mostraban cada vez más amenazadores. Llegaba el momento en que habían de sacudir el yugo que los esclavizaba y de vengarse de la vergüenza de tantas derrotas y tanta humillación sufrida ante las huestes de los señores del mundo. El águila romana, que donde quiera que llevaba su vuelo obtenía un nuevo lauro, se sentía falta de fuerzas y herida ya de muerte. ¿Cuán en breve el gran pueblo de Roma iba a sentir el estertor de una horrible agonía, después de tantos desfallecimientos!

Al subir al poder Arcadio y Honorio, los hijos y sucesores de Teodosio, se desencadenó la tempestad que amagaba constantemente al pueblo latino. Los visigodos y las hordas de Alarico dirigían sus devastaciones a las provincias del imperio, y no habían de encontrar valladares que se opusieran a su carrera al encaminarse a los mismos muros de Roma. Hallábanse sin defensa el Danubio y el Rhin y se diseminaban amenazantes sobre la Galia y las comarcas españolas, los borgoñones, alanos, vándalos y suevos. Roma siente al fin la planta de los bárbaros sobre su suelo porque los esclavos le abren sus puertas. Honorio sólo domina en África. Muere Alarico; Ataulfo obtiene el mando de los visigodos, y pretende resucitar aquella civilización aniquilada del romano. Empresa extraña en verdad para un caudillo de los que conducían al mundo a la barbarie, destruyendo toda huella de la cultura adquirida. Consiguó en parte, sin embargo, su propósito. Redujo a su obediencia a la Galia y la Iberia insubordinadas con la ayuda de Constancio, pero su muerte a poco acaecida, interrumpió sus empresas y en breve, sin oposición de Honorio, se levantaron en el mismo imperio cuatro soberanías de los bárbaros; los visigodos fueron dueños de la Galia, así como los vándalos y suevos de casi toda la comarca española. El segundo Teodosio y el tercer Valentiniano hubieron de obtener el imperio después de la muerte de Honorio. Placidia gobernaba en nombre del segundo en Occidente y a la verdad que en los tiempos tan adversos para el romano, era ineficaz todo el poder de una mujer, débil para combatir las rencorosas contrariedades de la suerte. África se somete a los vándalos, España ya por completo a los visigodos, al sajón la Bretaña, los galos se ensangrientan por donde pasan y los hunos acaudillados por el azote de Dios, el terrible Atila, se acampan al pie de las murallas de Aquileia.

Valentiniano mismo debía contribuir por su parte con su crueldad y desacierto a hundir de una vez en el abismo todas las glorias romanas dando muerte a Aecio, el postrero defensor de su dignidad y su ya perdida grandeza. Bien caro pagó aquel sus faltas, siendo asesinado por Máximo. La agonía del pueblo augusto era inmediata; sentíanse ya sus estertores; el imperio se derrumbaba y la anarquía llegó a ser espantosa. Roma fué saqueada por los bárbaros que por la ley de las represalias se arrogaban a su vez, enriqueciéndose con el botín, el dominio de las gentes. Si un Mayoriano sueña con reacciones ilusorias de una grandeza perdida, la soldadesca soez le enseña duramente al privarle de la vida, que varones como él, llenos de dignidad y nobleza, no deben existir entre seres tan degradados y envilecidos.

Los soberanos sin prestigio que debían presenciar estos últimos alientos de un pueblo tan omnipotente y terrible fueron sucesivamente Licio Severo, Antemio y Olibrio, que obtuvieron el poder por gracia del suevo que asesinó a Mayoriano, quien tenía sometido al ejército a su voluntad. Sucedió a éstos Glicerio, Julio Nepote y Augústulo, de los cuales no se cuidó el puñal del asesino, tal vez por no ser ya entonces tan digna de ser codiciada la corona de los Césares. Corrían los años de 377, cuando el último se vió obligado a descender a una vida oscura y menesterosa.

Ya en estos tiempos postreros de la dominación romana, no podía decirse con exactitud que ésta existiese. El imperio y sus glorias habían desaparecido por completo. Extraño destino el de Roma que hizo temblar al mundo y arrastró tras del carro de sus victorias a tantos reyes vencidos hasta las gradas de su soberbio Capitolio! Cuánto vilipendio el que trae sobre sí ante la historia uno y otro Augusto miserable, a quienes la ambición de dominio, ensangrentaba hasta la ferocidad sus manos, convirtiendo en manto de ignominia la deslumbrante púrpura de los Césares! Vetalos su pueblo morir asesinados por sus mismas cohortes, así a los que merecían perecer por sus crímenes, como a los pocos que procuraban con recta intención el bienestar público. En brevisimo espacio rodaba por las gradas del solio imperial el cetro que había arrancado un usurpador al que lo poseía acaso de igual manera, bajo los pies del jefe rebelado convertido en asesino.

Hemos terminado el lúgubre desfile de esos monstruos tan exentos de virtudes que en vano encubrían sus vicios con el esplendor de una corona. Digno adversario fué de estos últimos degenerados dominadores, un Atila, que azote del suelo donde llegaba, arrastró a sus hunos en horripilante horda, en velocísima carrera a pisotear todos los laureles conquistados por el esfuerzo y grandeza de los descendientes de Quirino. Tal fué la horrenda agonía del pueblo avasallador del mundo. Tal fueron sucediéndose esas sombras, funestas las más, en

el solio romano desde Augusto hasta Augústulo, a quien no pudo dar ya sombra el Capitolio en ruinas.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

EMILIA

(Continúa.)

El idea, casi la esperanza de una curación milagrosa no se apartaba un momento de su imaginación. Sin embargo, su enfermedad no la entristecía. Esta misma enfermedad le procuraba ciertas prerrogativas, ciertos privilegios de protección que halagaban al mismo tiempo su amor propio y la bondad de su corazón. Un día la encontré a la salida de la escuela, rodeada de sus discípulas, que se disputaban su brazo. Cerca de la escuela a que asistía la paralítica, había un colegio cuyos discípulos externos, poco conocedores de las costumbres de la galantería, no perdonaban ocasión de hostilizar a las educandas de las buenas religiosas tirándolas enormes bolas de nieve, y corriendolas por las calles del pueblo, como hubieran podido hacerlo con un gato o un perro. Hacían, sin embargo, los traviesos estudiantes una excepción en favor de Emilia, permitiéndole la pasar tranquila, y gritándose unos a otros:

— ¡Paso a la jorobada!

Emilia agradecía mucho esta prueba de simpatía, y su abuela no dejaba de hacer mención de la misma circunstancia, ostentando una vanidad muy disculpable por cierto, al notar que sólo su nieta se veía libre de las malas artes de aquellos estudiantes traviesos, indisciplinados, y, como ella decía, capaces de todo.

Me parece que estoy viendo la modesta habitación de aquella adorable familia; una cama grande en el fondo, otra más pequeña a los pies de aquella, en un rincón una arca vieja, pero de una construcción más que sólida, y en otro un antiguo reloj de pared, con su correspondiente *caca*. Mencionaré también una blanquísima mesa de pino, sobre la cual colocaba convenientemente sus flores la vieja para que se secaran; velase asimismo tres sillas bastante deterioradas, y otra mesilla sobre la cual se alzaba una Virgen del Carmen, de yeso, que ostentaba en una de sus manos un caprichoso y diminuto ramo de violetas, renovado todos los días por la jorobada. — Y en la pared un lienzo de algún mérito, que representaba la Huida a Egipto. Emilia se pasaba las horas enteras con los ojos fijos en aquel lienzo.

Dispénsame estos detalles; las personas que nos han amado, de quienes hemos recibido saludables ejemplos, cuyo recuerdo, en fin, es como un parentesis, por decirlo así, de felicidad; esas personas, aunque sean una pobre vendedora de flores y una niña paralítica, embellecen siempre en nuestra memoria los sitios y las épocas en que las hemos conocido. Durante dos años no dejé de ir una vez cada semana a visitar a la pobre familia. Llegué a ser el alma de aquella casa, donde creían deberme algún favor, siendo lo cierto que ningún favor que yo hubiera podido hacer tenía un precio equivalente a la dicha que me proporcionaba aquella pura y desinteresada amistad. La buena Marta se asombraba de que yo le consagrara los momentos que podía emplear mejor, frecuentando las casas de los hacendados del pueblo, que tenían sus reuniones correspondientes, en las que se cantaba y se bailaba, y se comentaban las noticias de la Corte, y se leían periódicos. No podía creer aquella mujer que su cabaña fuese preferible a las reuniones de la clase rica. — Yo intenté hacer que cambiase de opinión, pintándole bajo el verdadero punto de vista las relaciones del mundo.

— No confunda Vd. esas relaciones, decía yo a Marta, con las amistades sinceras que se hacen en el mundo en todas las clases de la sociedad, pero que no se pueden hallar en esas reuniones donde apenas se conocen las gentes, y donde no hay otro objeto que pasar el tiempo los convidados, y lucirse y darse importancia los dueños de la casa. Un saludo afectuoso, una sonrisa, una galantería, un sorbete; he aquí todo lo que se puede esperar en esas reuniones, donde nuestro principal deber, para no descomponer el cuadro, es ocultar cuidadosamente nuestras preocupaciones y nuestros pesares. Los corazones fríos, indiferentes, no son por cierto los menos pródigos de palabras afectuosas. Encontraré quien me diga que deseaba verme, que todos los días pregunta por mí, que estaba con mucho cuidado, que tenía vehementes deseos de saber qué era de mí, que sin mí falta la vida en aquel concur-

so; y si le hablo de mis pesares íntimos, de mi abuela, de mi infancia, de mi nodriza, de mis desengaños y mis esperanzas, pronto se dibujará en sus labios una maliciosa sonrisa casi de compasión, o se pintará en su rostro la indiferencia con que me escucha. La indiferencia, sí, porque si a la mañana siguiente se anunciara que yo había muerto repentinamente, o que había perdido mi fortuna, todos se sorprenderían, pero ninguno dejaría de jugar o bailar, o cantar por la noche. — Y a los dos días, nada; el olvido. — ¿No es verdad, preguntaba yo a Marta, que una noticia de esta naturaleza le haría a Vd. mucho mal? ¿No es verdad que Vd. lloraría mi muerte? ¿No es verdad que Emilia iría a pedir por mi alma a Nuestra Señora del Buen Suceso? ¿No es verdad que siempre tendrían Vds. en sus oraciones de la mañana y la noche un recuerdo para su pobre amigo?

Marta escuchaba embebecida estas sinceras palabras, y Emilia, clavados en mí sus ojos, parecía querer decirme que había acertado a interpretar sus sentimientos; y Lucero me lamía la mano, como para asegurarme que también él me amaba. Pretenden algunos que las preocupaciones de la vida material secan el corazón de los pobres; yo he visto muchas pruebas de lo contrario, y puedo afirmar sin temor de equivocarme, que las necesidades del lujo, la sed insaciable de placeres, han hecho muchos más egoístas que todos los horrores de la indigencia.

He tenido ocasión de advertir que las personas sencillas y poco instruidas oyen con gran atención y verdadero placer todo lo que puede instruirlos o servirlos de ejemplo. Después de haber estudiado los caracteres de Marta y Emilia, y cuando pude apreciar toda la elevación de sus pensamientos y la delicadeza de sus almas, me causaba indecible placer entretenerlas refiriéndoles los recuerdos más gratos de mi infancia. Muy bien puede usarse franqueza sin llegar a la familiaridad. Además, la anciana y la niña, la una con la autoridad de sus años, y la otra con la sencillez de la primavera de la vida, me ofrecían un precioso ejemplo de esa expansión, que no tiene nombre, y que es la más dulce, la más cariñosa, la más sincera, por decirlo así. Las canas de la pobre Marta me recordaban a mi abuela, y también me la recordaba la bondad de su carácter; porque aquella mujer tan pobre, que no podía mudarse el vestido que trafa del campo y del río, completamente empapado en agua; aquella mujer, repito, encontraba en su misma indigencia recursos bastantes para ser útil y hacer bien a los pobres, que nunca podían ser más pobres que ella.

Una buena parte de las plantas que cogía con tanto trabajo la entregaba gratuitamente a los pobres enfermos de su vecindad. Frecuentemente preparaba ella misma las tisanas; y no dejaba de acudir a cuidar a los que no tenían ni una hermana de la Caridad que velara a su cabecera. Además tenía en el orden moral otros auxilios que los desgraciados apreciaban muy mucho. Modelo de paciencia, de sumisión, de confianza en Dios, era la pobre vieja hasta elocuente, cuando recomendaba a sus enfermos la paciencia, la sumisión y la confianza en Dios.

Llego ahora al hecho, cuyo recuerdo me ha inducido a presentarte este ejemplo.

Emilia iba a cumplir once años; ocho días después debía recibir la primera comunión. Yo había ido a casa de mi anciana amiga con objeto de entregarle una pequeña cantidad para que pudiera permitirse algún gasto extraordinario en aquella solemnidad; pero antes de entrar en casa de Marta, me había detenido un momento en la capilla del Buen Suceso, donde se hallaba la paralítica absorta en sus oraciones, delante de una pequeña imagen de la Santa Virgen. Un rayo de sol iluminaba el rostro de la niña, y tanto me impresionó la notable expresión de ardiente fe, de inefable ternura que brillaba en aquellos purísimos ojos, que no pude dejar de contar a Marta que acababa de ver a su nieta. Marta quedó muy pensativa; y como yo la pregunté con insistencia las causas de su silencio, me dijo:

— Había prometido callar; pero no tengo valor, sobre todo, cuando siento que es más poderosa para mí la necesidad de confiar a la discreción de Vd. todos mis más íntimos pensamientos. Emilia comenzó ayer una novena a Nuestra Señora del Buen Suceso para obtener un milagro; la pobrecita está persuadida de que podrá andar sin muletas el día de su primera comunión.

Esta declaración, hecha con voz balbuciente, me dejó mudo a mi vez. La anciana suspiró, llamó a Lucero, cerró la puerta, y tomando la rueca, prosiguió con acento un poco más seguro:

— La pobre niña goza ya con la idea de la sorpresa que le ha de causar a Vd. su curación; porque jamás he podido hacerla comprender que muy bien pudiera suceder que Dios no le concediese la

gracia que tan fervorosamente pide. Esta mañana me suplico muy encarecidamente que no hablase a Vd. de su próxima curación. ¡Pobre hija mía! Ayer ponía al fuego una de sus muletas, y al advertirle yo que la iba a quemar, me contestó: — No tema Vd., abuelita, que pronto no las necesitaré; esta noche he visto en sueños a la Virgen, y me ha dicho que voy a ser esbelta y hermosa, que dentro de poco podré andar libremente y bailar en la fiesta de la aldea.

— ¡Pobre niña! exclamé yo, a tiempo que la anciana enjugaba una lágrima, y limpiaba después los cristales de sus anteojos.

Cambiaré el número, añadió colocándose los otros vez; yo envejezco cada día, y mis ojos envejecen también.

En efecto, su vista se turbaba; sus ojos estaban llenos de lágrimas.

— Hay numerosos ejemplos, repuse yo, de curaciones milagrosas: Emilia ha aprendido de Vd. a tener confianza en la Divina Providencia.

— No dudo ni del poder ni de la bondad de Dios, contestó la anciana; pero conozco que mi nieta y yo somos indignas criaturas, que nada merecemos; es demasiada presunción pretender que ha de hacer un milagro en nuestro favor. Cuando pienso en el cielo, donde espero ir un día con mi pobrecita hija y mi desgraciada nieta, siento en medio de mis penas un dulcísimo consuelo; el de que el porvenir que me espera en la otra vida compensa con mucho exceso los trabajos que pasamos en este mundo. Si he perdido a mi hija y a mi hijo, sé que los volveré a encontrar, y la certidumbre de volver a verlos me da fuerzas para soportar su ausencia. Yo soy vieja; muy vieja; Emilia no tiene salud, y con un poco de paciencia bien pronto estaremos ella y yo en un lugar donde no se sufre ni hambre ni frío. La enfermedad de mi nieta me desesperaba, me afligía mucho hace algún tiempo; después, cuando he visto que la enfermedad no la permitía separarse de mí, y que la hacía pensar en Dios, y rezar fervorosamente a la Virgen; cuando me he persuadido, en fin, de que Emilia, si no hubiera tenido ese defecto natural, podía haber sido loca, traviesa, indócil, como otras jóvenes de su edad, y haber preparado tal vez, guiada de un mal instinto, su perdición, me he preguntado muchas veces si en lugar de quejarme de tener una nieta paralítica, debía dar muchas gracias a Dios. La mejor manera de implorar la clemencia divina es pedir al Todopoderoso que nos conceda lo que él quiera, no lo que nosotros queremos, que seguramente no nos ha de convenir tanto.

La llegada de Emilia interrumpió las reflexiones de la anciana. Entró muy alegre la pobre niña, y fué a sentarse sobre Lucero, cuya cabeza coronó de malvas y amapolas. El perro se levantó orgulloso y regocijado, y vino a colocarse a mis pies, sin derribar a la paralítica, que arrojando una de las muletas, saltó al suelo, y apoyándose en la otra, y sin el auxilio del perro, llegó hasta el hogar, cerca del cual se sentó con objeto de calentarse los pies. Era la primera vez que Emilia había probado a andar con una sola muleta. La abuela y yo cambiamos una mirada de inteligencia, y Emilia no dijo una palabra; no nos hizo notar siquiera aquel alarde de fuerza, si así puede decirse, que acababa de hacer. Antes de despedirme de mis tiernas amigas, estreché entre las mías la arrugada mano de la abuela.

— Mañana volveré, le dije; volveré todos los días hasta que se verifique la primera comunión de Emilia.

Y mi corazón latía violentamente; no sabré pintar la emoción que en aquel momento experimentaba.

La misma escena se repitió los días siguientes; llegó un momento en que ya no pude contenerme.

— Emilia, le dije, lo sé todo; no te ocultes de mí, hija mía. — Vamos a ver, ¿hasta dónde podrías llegar, dejando en casa una de tus muletas...? Yo iré a tu lado por si te faltan las fuerzas.

— Iré hasta la capilla de Nuestra Señora del Buen Suceso — dijo la niña con una seguridad increíble; — mañana ya no necesitaré ninguna de las muletas.

— Vamos a ver, añadió la abuela con la mayor ansiedad.

— Vamos, vamos a ver, repetí yo.

La prueba comenzó; Emilia se adelantó, y su abuela y yo la seguimos a tres pasos de distancia. No sé si alguno de los que pasaban a la sazón reparó en mí, y se extrañó de verme en compañía de la miserable vieja, siguiendo a la pobre paralítica. En la corte es evidente que me hubiera puesto en ridículo, que todos se hubieran reído de mí. Nada me importaba, amigo mío, en aquel momento la opinión pública; una idea mucho más noble que un necio orgullo me preocupaba. No veía nada más que la niña que iba delante de nosotros y que de cuando en cuando se volvía a mirarnos con una alegría

triumfante. Así llegamos a la capilla, y Emilia, su abuela y yo nos prosternamos juntos ante el altar de Nuestra Señora del Buen Suceso. Aquel día oré fervorosamente. Marta sollozaba sin poder articular una sola palabra.

El día siguiente era el día tan deseado. La ceremonia tenía lugar en la Iglesia parroquial mucho más lejos de la casa de la paralítica que la capilla de Nuestra Señora del Buen Suceso, y sin embargo sucedió lo que Emilia había asegurado. La niña no tuvo necesidad de más apoyo que el brazo de su abuela para ir a la parroquia y volver a casa. Las vecinas contemplaban desde sus ventanas a la pobre niña, y la enviaban sinceras y entusiastas bendiciones. Solamente Lucero parecía inquieto y triste, y no quería dejar andar a la jorobada sin las muletas; no hacía más que ponerse delante de su dueña, y morder el vestido de Marta, y mirarme a mí, como queriendo hacerme notar que se habían olvidado las muletas. Yo estaba loco de alegría, y aquella misma noche escribí a mi familia, refiriendo minuciosamente las escenas de que acababa de ser testigo.

¿No has advertido cierta circunstancia en todas las correspondencias? Un día, una carta de un amigo nos trae una buena noticia; contestámosle con satisfacción, con alegría, y he aquí que cuando llegan nuestros plácemes, ha sobrevenido una desgracia inesperada, y nuestros plácemes deberían convertirse en pésames. Un intervalo de algunas horas basta para cambiar enteramente las situaciones. Una vez más reconocí esta verdad, cuando una de mis hermanas me escribió la semana siguiente, pidiéndome la explicación detallada de la curación de Emilia.

En efecto, el día de la comunión, Emilia había vuelto muy cansada de la iglesia, y se había visto en la necesidad de acostarse. El cansancio cesó por la noche; pero cuando el día siguiente se preparó para salir de casa, ya no pudo andar diez pasos sin pedir una de las muletas. Así pasaron tres días; después aumentó la debilidad y tuvo que recurrir a la otra muleta. Emilia lloró mucho; la abuela se desesperaba, y temía sobre todo que aquel incidente hiciera vacilar la fe, tan arraigada en la purísima alma de aquella inocente.

En aquella época tenía yo que hacer un viaje, que me separaría de aquella familia durante un año. Marta me confesó que no se atrevía a interrogar a la paralítica acerca de sus más íntimos sentimientos; y cediendo a las instancias de la bondadosa anciana, prometí que yo le haría hablar con franqueza. No dejaba de preocuparme la misión que había tomado a mi cargo.

He visto hombres que se creen sabios moralistas, y modelos de valor y firmeza, porque sacan valientemente caprichosas deducciones de las desgracias que afligen a los demás; pero yo no soy de esos hombres, y no tengo consuelos más que para los males que yo mismo sufro ó he sufrido. Así, pues, te confieso que con verdadero temor me acerqué con aquel objeto a Emilia, después de entregarle un delicado regalo que le enviaba mi hermana. Sentéme junto a ella, cerca del hogar, y te confieso que sentí llenos mis ojos de lágrimas y comprimido mi corazón, cuando vi al lado de la jorobada las dos muletas que ella había creído poder dejar.

— Emilia, le pregunté, ¿has rezado a Nuestra Señora del Buen Suceso después de tu primera comunión?

La niña bajó los ojos, y sollozó un momento antes de contestar; después adiviné lo que yo sufría viendo su desgracia, y hallé en su buen corazón más valor del que yo tenía.

— He llorado hoy, pero ya no lloraré más, contestó, porque no quiero afligir a Vd. ni a mi pobre abuela.

— El modo de no afligir a tu abuela, repuse, es rezar a la Santa Virgen, y no murmurar de los designios de Dios.

Iba a continuar, pero me detuvo una mirada de la paralítica.

— ¡Murmurar! repitió; rezar con menos fe! ¡Oh! no, nunca haré yo eso, aunque he cometido una grave falta. La niña volvió a bajar los ojos.

— Antes de mi curación; continuó, y cuando rezaba a la Santa Virgen para que intercediera por mí, rebozaba la fe en mi corazón... Pude andar sola... Pues bien, cuando volví a dar gracias a Nuestra Señora del Buen Suceso, no pude rezar con la misma devoción que antes... Cuando estaba ante la Santa Imagen, pensaba en todo menos en la bondad de Dios; me regocijaba con la idea de que podría ir a coger flores a la isla sin la ayuda de Lucero, y que los domingos podría bailar con las niñas de la aldea, y llegarme a la ciudad a vender las plantas que cogemos mi abuela y yo, y sobre todo que no tendría que ver pintada en todos los semblantes la compa-

sión que inspira mi estado. Era tan dichosa que no advertía que empezaba a ser ingrata. Pero Dios lo ve todo, y vió que yo le olvidaba cuando estaba satisfecha, y para volver a hallar mi corazón me volvió a poner como antes.

He conservado las mismas palabras de esta explicación tan admirablemente cristiana en su humildad. ¿Había adivinado la verdad aquella pobre criatura? El Evangelio nos dice que de diez leprosos, nueve, después de haber sido curados, se alejaron de Jesucristo, sin dirigirle una sola palabra de gratitud, y sin embargo la historia no dice que aquellos hombres volviesen a ser leprosos en castigo de su ingratitud. Marta me había autorizado para reprender en caso necesario a su nieta, y ésta era quien me daba una lección de fe y humildad cristiana.

Al día siguiente partí, y en un año ni un solo día dejé de recordar a la paralítica, la abuela y el perro.

Y una vez terminados mis asuntos volví lleno de alegría a la aldea de los más dulces recuerdos de mi vida. Aunque era de noche cuando llegué, no quise entrar en casa de mis tíos, donde siempre me hospedaba, sin ver antes a la paralítica y a su abuela. — Si yo pudiera explicarte la emoción que sentía conforme me acercaba al misero albergue de aquella honradísima familia...! Pero no, eso no se explica bien nunca. Cuando llegué delante de la puerta de la cabaña, vi un perro, que sin duda quería entrar, y se impacientaba porque no le abrían; mucho me extrañó que Lucero estuviese fuera a aquellas horas, y mucho más que Marta no se apresurara a abrir la puerta. Un triste presentimiento oprimió mi corazón. El perro, noble y leal animal, me reconoció y vino a acariciarme. Yo levanté con mano trémula el picaporte, y entré en la cabaña seguido del perro; en la cabaña no había más que dos mujeres, la una sentada a la cabecera de la cama, y leyendo con gran dificultad un capítulo de la *Imitación de Jesucristo*, y la otra moribunda en el lecho.

Marta se estremeció al oír mi voz, y fijando en mí una mirada afectuosa, me tendió su descarnada mano. — Emilia ha partido antes que yo, dijo; pero yo la seguiré muy pronto. Dios se ha acordado de nosotras y nos ha tratado con toda su misericordia. Si por un milagro hubiera curado a mi nieta, como pudimos creer un día; si Emilia viviera aún, ¿qué peligros no la hubiera ofrecido el mundo? ¿qué hubiera sido de ella sin mí? Yo moriría ahora, y la pobrecita hubiera tenido que mendigar la subsistencia. Buena, hermosa y honrada, hubiera sido miserable juguete del mundo; Dios en su sabiduría infalible lo ha previsto todo. En lugar de concedernos una gracia que hubiera dado ocasión a muchos males, ha llamado a sí a mi nietecita para colmarla de felicidad y evitarle las penas de este mundo. Y además, ha querido Dios que no viva mucho tiempo sin mí su alma en el cielo de los ángeles. Anoche sentí que mi nieta bajaba del cielo y me besaba en la boca, asegurándome que Dios me iba a llevar con ella.

La vecina que cuidaba a Marta, y que al entrar yo había interrumpido la lectura, me hizo una seña y me condujo cerca del hogar.

— Esta noche ha de morir, me dijo; el mensajero de la muerte está sobre la chimenea; ¿no le oye usted?

Presté atención, y en efecto, oí muy distintamente como la voz de un ruiseñor que a intervalos iguales daba un grito de extraña melodía.

Esto llamó la atención de la moribunda.

— Creéis, dijo, que es el mensajero de la muerte; pero yo reconozco en esa voz la de mi nietecita que me habla de la bondad de Dios, y que me dice que me espera, que no tarde más. ¿Creéis que es el mensajero de la muerte? No, no; es Emilia, es mi paloma, como yo la llamaba.

Aquel lecho de agonía no tenía nada de sombrío ni doloroso; allí no se veía más que un tranquilo adiós a los pesares del mundo, y un cántico de bendiciones a las penas sufridas y a la prometida felicidad. A la madrugada de la mañana siguiente, Marta exhaló el último suspiro. Yo asistí a su entierro, donde no se vió más traje de luto que el mío; pero sí un gran número de pobres, todos los que en otras ocasiones habían sido socorridos por la noble anciana.

Ahora, pues, amigo mío, no tengo más que decir de Emilia y su abuela, sino que desde la época en que las conocí, no puedo oír a un sofista de salón declamar contra la Providencia sin recordar que una pobre vendedora de flores y una niña enferma no tenían ninguna objeción que hacer contra la justicia de Dios. En mis horas de tristeza y desaliento, el ejemplo de la anciana y de la niña me ha sido muy útil. Recuerda, me digo siempre a mí mismo, las palabras de Emilia cuando había perdido toda esperanza de curación, y antes de dudar de la bon-

dad de Dios, ve tú en conciencia si tienes que culparte de alguna ingratitud.*

III

Valentín había terminado su historia.

— Amigo mío, le dije, por muy moral y verídica que sea, aun se encontrará quien presume que tu Emilia era lo que debe ser una niña de aldea. La virtud, la elevación de pensamientos, la delicadeza de sentimientos en la pobreza, hallan también in-credulos entre los que no tienen esas relevantes y nobilísimas cualidades en medio de los goces que proporciona una gran fortuna. Sin embargo, con mucho placer publicaré, si no te opones, la historia de la parálisis y su abuela.

— Sí, amigo mío, me contestó, escríbela para los buenos corazones, para las almas generosas: aun hay muchos en la alta clase y en la clase media de nuestra sociedad: aun hay quien recuerda que Jesucristo no tenía para comprar un cordero que ofrecer a Dios en sacrificio; que los apóstoles eran marineros y obreros; que Genoveva y Juana de Arco guar-

daban ovejas. Esas mismas personas podrán citar multitud de ejemplos de virtud que han tenido ocasión de admirar, lo mismo en los palacios más suntuosos que en las chozas más miserables. La Biblia nos dice: «La sabiduría del hombre oscuro le elevará; no le despreciéis porque parece pequeño é insignificante: la abeja es muy pequeña entre los volátiles, y sin embargo su fruto es el más dulce y sabroso.»

C. FRONTAURA.

LA PROPAGANDA CATÓLICA DE PALENCIA

MAS de una vez y con ocasión de dar cuenta, ya de las *Memorias* de los estudios sostenidos por tan benéfica institución, ya de los *Diálogos de actualidad* del ilustrado sacerdote D. José Madrid y Manso, hemos podido evidenciar así los propósitos como los resultados de dicha propaganda.

Hoy tenemos íntima y cordial satisfacción reproduciendo los siguientes honoríficos documentos que el Sr. Madrid ha recibido: un Breve de Su Santidad y una Carta del ilustre Cardenal Secretario de Estado. «Las obras de *La Propaganda Católica* — dice el Sr. Madrid — tienen desde hoy el sello de la autoridad Pontificia, y nosotros, meros instrumentos de la Providencia de Dios, que tan visiblemente las ha protegido siempre, nos sentimos animados con nuevos bríos, fortalecidos como estamos con las gracias espirituales de que tanto necesitamos y que Dios, por medio de su Vicario, tan amorosamente nos concede. Gracias, pues, sean dadas a Dios, por cuya única gloria trabajamos.*

He aquí el Breve de Su Santidad:

LEÓN PP. XIII.

A TODOS LOS FIELES DE CRISTO, QUE VIEREN LAS PRESENTES LETRAS, SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA.

«Cuando los que están obcecados por las tinieblas de los errores trabajan con empeño por des-



CAZA EN VEDADO.

arraigar la fe de la verdad católica y combatir la religión cristiana, nada es tanto de desear como el que los hijos de la luz se muestren denodadamente defensores de la justicia y protectores de la salvación de las almas. Hemos sabido, y en ello hemos tenido particular alegría, que así lo hace el presbítero palentino José Madrid Manso, quien con ánimo verdaderamente invencible por las dificultades emplea diversos medios, todos igualmente dignos de alabanza, para promover la gloria de Dios y la salvación de los próximos.

* Pues merced a su liberalidad y diligencia se han abierto escuelas para la cristiana educación de la juventud; se han reunido bibliotecas para apacitar saludablemente los ingenios; se han establecido círculos con el fin de fomentar la mutua caridad entre los obreros, y excitar la piedad; se ha enseñado la doctrina cristiana a los niños y promovido la lectura de las sagradas letras ó de excelentes libros.

* Mas conociendo muy bien este denodado ministro de Cristo que todos sus cuidados y todos sus esfuerzos no serán lo que la necesidad reclama, á no otorgarle Dios benignamente su amparo y su

auxilio, se ha dirigido á N.º con humildes preces, á fin de que nos dignemos abrirle los tesoros de las gracias celestiales.

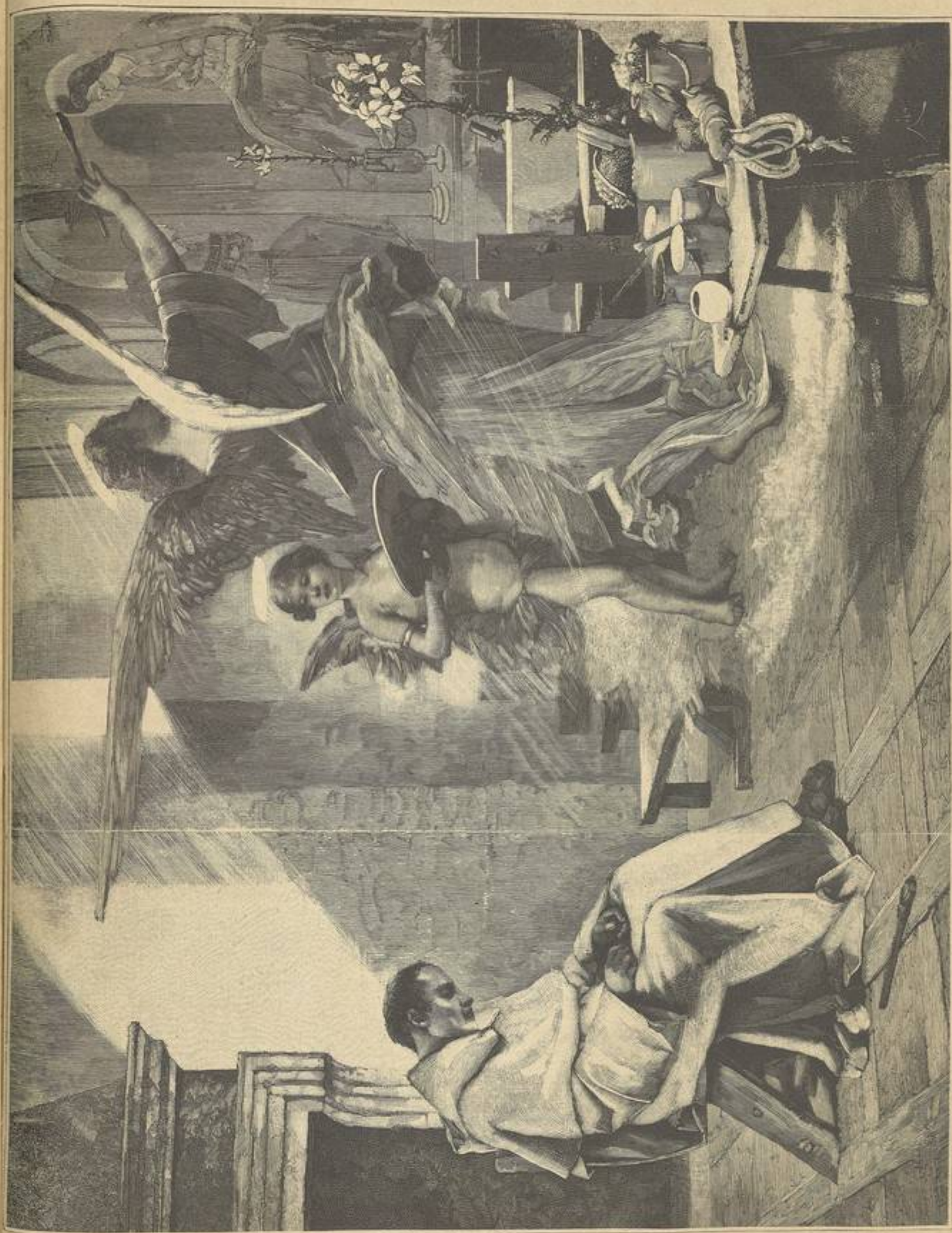
* Accediendo gustosamente N.º á estos piadosos ruegos, y atentos caritativa y piadosamente á fomentar la religión de los fieles y la salud de las almas con los tesoros celestes de la Iglesia, concedemos misericordiosamente en el Señor, cada año, una Indulgencia Plenaria y remisión de todos los pecados á todos los alumnos de las expresadas escuelas que verdaderamente arrepentidos, confesando y comulgando, rogarán á Dios en el día de la festividad de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, por la concordia entre los príncipes cristianos, extirpación de las herejías, conversión de los pecadores y exaltación de la Santa Madre la Iglesia. Asimismo cuantas veces en la Escuela de Adultos se enseñe la doctrina cristiana, se celebren reuniones piadosas, ó se tengan lecturas cristianas, condonamos á todos los fieles que asistan devotamente trescientos días de las penitencias que les hubieren sido impuestas, ó debidas por cualquier otro concepto, y esto una sola vez al día.

* Concedemos que todas estas indulgencias, remisiones de pecados y condonaciones de penitencias, puedan aplicarse también como sufragios á las almas de los fieles que hubieren salido de este mundo unidas á Dios por la caridad. Las presentes Letras solamente son valederas por diez años.

* Dado en San Pedro de Roma, bajo el Anillo del Pescador, el 30 de Agosto de 1887, el año décimo de nuestro Pontificado. — M. Card. Lalo-chowski.*

La carta de Mons. Rampolla se halla concebida en los términos que siguen:

«Roma 31 de Agosto de 1887. — Sr. D. José Madrid y Manso, Director de *La Propaganda Católica*. — Palencia. — Muy señor mío y de mi afectuoso aprecio: Tan pronto como llegó á mis manos, presenté á Su Santidad la detallada exposición con que ha querido Vd. enterar á Nuestro Santísimo Padre de las obras de *Propaganda Católica* establecidas en esa ciudad. El Padre Santo, alegrándose mucho con las noticias que Vd. le daba y que yo mismo tuve el gusto de confirmar, se ha manifestado desde luego inclinado á alentar á Vd. en la tarea á que



EL SUEÑO DE FRA ANGÉLICO.
(Cuadro de A. Maignan.)

viene dedicándose. Al efecto, no sólo me ha mandado lo comunique la Bendición Apostólica que Vd. solicitaba, y que Nuestro Santísimo Padre quiere sea extensiva para su hermano y constante cooperador, sin exceptuar tampoco del beneficio de ella a los redactores y colaboradores del órgano de *La Propaganda*, sino también se ha dignado expedir un *Breve* en que se expresa la satisfacción que ha tenido Su Santidad al enterarse de que procura Vd. facilitar, muy particularmente a la clase obrera, el cumplimiento de sus deberes religiosos, mediante oportuna educación, instrucción y otros medios de moralización, con que presta a la sociedad civil no menos importantes servicios que a la religiosa. Me cabe, pues, el gusto de enviarle adjunto el citado documento, en que se consigna también la concesión de varias Indulgencias para los que en algún modo favorecen el desarrollo de las obras de *La Propaganda Católica*. Pero aquí no para todavía la benevolencia del Padre Santo; pues habiéndose fijado particularmente en la colección de *Diálogos* que Vd. tiene publicados para desmenuzar la doctrina católica y rebatir los errores que se propalan contra ella, Su Santidad ha elogiado mucho el celo de Vd. reconociendo y recomendando la oportunidad de esa clase de publicaciones para el pueblo, pues mientras los beneficios de *La Propaganda* son necesariamente locales, sus *Diálogos de actualidad* pueden hacer mucho bien en todas partes, con sólo que tengan la amplia difusión a que son acreedores.

Creo sean de mucho satisfacción para Vd. las noticias que le lleva esta carta: anime, pues, con la Bendición Apostólica y el testimonio de particular benevolencia que le da el Papa para seguir trabajando tan provechosamente como hasta aquí en las obras de su *Propaganda*, y no dude del cariño y sincero aprecio que le profesa su afmo. capellán S. S. Q. B. S. M. — M. CARD. RAMPOLLA.*

LA PEREGRINACIÓN ALEMANA

EN EL

SEPULCRO DE SANTIAGO APÓSTOL.

FUGIDO el ánimo ante las tribulaciones de la Iglesia y las desventuras de la patria, consuélese algún tanto y llega a concebir halagüeñas esperanzas de una restauración cristiana, contemplando los hermosos espectáculos que frecuentemente se repiten: cabe el glorioso sepulcro de nuestro Padre en la fe, del Apóstol Santiago. Debilitado el sentimiento católico dentro y fuera de España, iba cayendo en olvido el tesoro inapreciable que tenemos la dicha de poseer; y la antiquísima Compostela casi gemía en soledad, desiertos sus caminos, reducido a exiguo número el de sus piadosos romeros. Pero desde el felicísimo hallazgo de las Sagradas Reliquias, resonando por todas partes la fama de tan venturoso suceso, hemos visto por momentos reanimarse la devoción al Santo Apóstol y establecerse unas nuevas corrientes de piadoso entusiasmo hacia su bendito sarcófago. Durante la estación que está para espirar, como la más a propósito para todo género de viajes, pero especialmente en este país lluvioso, hemos tenido ocasión de observar la creciente afluencia de forasteros, que con la simple curiosidad del *touriste* algunos, pero la mayor parte con el fervor que la fe inspira, han venido a postrarse ante los restos venerandos del Protomártir del Apostolado, contándose entre aquellos, ilustres prebendados de varias Catedrales, virtuosos individuos del clero de diferentes Diócesis, piadosos miembros de distintas Ordenes religiosas, personajes distinguidos en la nobleza, en la ciencia, en las letras, en las artes, en la milicia, en la política, en todos los ramos del saber humano. Mas entre todos los que en esta temporada han rendido sincero homenaje de piadoso afecto a nuestro ilustre Patrono, es digna de mención especial la Peregrinación alemana, que nuestra ciudad albergó ha pocos días.

El domingo 11 del corriente, fiesta del Dulce Nombre de María, llegó en efecto dicha Peregrinación alemana bajo la dirección del R. Sebastián José Kirchberger, inspector y profesor del Real Colegio de señoritas de Nymphenburgo, en Baviera. Componíanla catorce peregrinos, a saber: seis sacerdotes, tres señoras, otros tantos propietarios, un maestro real de instrucción primaria y un labrador. Casi todos los estados germánicos tenían su representación, y representación digna, que habla muy alto en favor del acendrado catolicismo que pretendieron arrancar y en gran parte arrancaron a la fe los Juan Hus, los Lutero, los Munzer y otros corifeos del error en los siglos XV y XVI. Habíalos bávaros, sa-

jones, prusianos, austriacos, bohemios, tirolese: de Munich, Colonia, Praga, Trento, etc., todos animados de ardiente fe, de tiernísima devoción, de celo santo, de edificante piedad. Sin descansar de las molestias de un largo cuanto penoso camino, desde la administración de las diligencias de Curtis dirigieron a la Catedral, donde los sacerdotes, después de presentar sus licencias al M. I. Sr. Gobernador eclesiástico, S. P., celebraron el Santo Sacrificio de la Misa, que oyeron los peregrinos legos. Visitaron seguidamente la capilla de las Reliquias, y, después de orar largo espacio ante las del Santo Apóstol, tomaron el desayuno y un ligero descanso en la fonda Suiza, donde tuvieron la buena suerte de hallar quien les hablase en su propio idioma. En la Catedral pasaron casi el resto del día visitando sus siete sagrarios y orando en la cripta que encierra en soberbia urna de plata los restos sagrados del Apóstol que venían a venerar, en cumplimiento del voto de peregrinación a los tres grandes santuarios de la cristiandad: el santísimo Sepulcro del Salvador, en Jerusalén; el de los Príncipes de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, en Roma; el de nuestro glorioso Patrono, en Compostela. Unicamente salieron de la Catedral para visitar el convento e iglesia de San Francisco y los de San Martín.

Al día siguiente ya a los seis de la mañana estaban de nuevo en la Santa Basilica, donde se confesaron todos y los Sacerdotes celebraron el Sacrificio de la Misa, tres en la cripta y los otros tres en la capilla detrás del altar mayor. En la misma sagrada cripta recibieron de manos del Presidente de la peregrinación el Pan de los Angeles, que recibieron también otros fieles, enternecidos hasta derramar lágrimas a la vista de tan hermoso cuadro, que de seguro alegraba al Cielo y edificaba a cuantos tuvieron la dicha de presenciarle. ¡Cómo abría el pecho a la esperanza en la restauración social del imperio de Jesucristo! Hemos visto brotar muchas lágrimas de consuelo, de alegría, de gratitud. A las ocho y media, después de repetidas acciones de gracias, los peregrinos entraron en la capilla Mayor, subieron al camarín, abrazaron, según piadosa é inmemorial costumbre, la imagen del Santo Apóstol é imprimieron ósculos ardientes en su esclavina, tocando los rosarios, medallas, estampas y aun libros de devoción a una y otra, como a la Urna que guarda las Reliquias venerandas, al lóculo donde últimamente se descubrieron y a la columna depositaria del báculo de nuestro glorioso Patrono y de San Franco de Sena. Visitaron después nuevamente la capilla de las Reliquias y volvieron a adorar de rodillas, con entusiasta anhelo y creciente fervor, las más insignes, la Santísima Espina de la Corona del Salvador, el Lignum Crucis y otras de nuestro Santo Apóstol, de Santiago el Menor, Santa Teresa de Jesús, etc., etc.

De paso admiraban las joyas de arte que atesora nuestra Basilica, cuya hermosura, magnificencia y extraordinario primor no acertaban a encarecer bastante. Antes que todo, aquellas buenas gentes eran peregrinos devotos, pero los peregrinos alemanes dejaron pruebas sobradas de su ciencia, copiosa y escogida erudición y competencia artística. El Presidente tiene a su cargo una cátedra de Arqueología sagrada é Historia del Arte, y no se cansaba de admirar el portentoso templo del Apóstol, en el que vela una de las maravillas más estupendas del genio cristiano.

Después de recibir con afectuosísima gratitud las *Compostelas* o testimonios de su peregrinación, postráronse por última vez ante la imagen del Santo Apóstol, y salieron del templo visiblemente conmovidos, algunos con lágrimas en los ojos y todos llenos de reconocimiento por la bondadosa acogida que debieron al Sr. Provisor y Canónigo D. Juan José Solís, al Sr. Canónigo D. José Núñez Santana, que con tanta solicitud les franqueaba a todas horas las puertas de la sagrada cripta, y a los Rdos. Padres de la Compañía de Jesús, que oyeron a algunos en confesión y les dieron cartas de recomendación para sus hermanos de Salamanca, Zaragoza y Manresa, adonde desde Santiago se dirigen, pues no quieren abandonar nuestra patria sin postrarse en los santuarios de Alba de Tormes, Avila y otros que hizo célebres para siempre el recuerdo de nuestra esclarecida doctora Santa Teresa de Jesús; al pie de la columna que oyó la promesa consoladora de la Virgen Santísima a nuestro Santo Apóstol, relativa a los destinos cristianos de la patria española; en la cueva bendita donde, por divina inspiración, el gran San Ignacio de Loyola compuso el libro admirable de los Ejercicios, que ganó tantas almas para el cielo; en la cima del Monserrat, en fin, que resplandece con el espléndido trono que el pueblo catalán erigió a su excelsa Patrona y Reina gloriosísima de sus montañas. Con toda el alma sintieron no haber recibido la bendición de nuestro Excmo. y Reverendísimo Prelado, cuya quebrantada salud, efecto del ex-

cesivo trabajo de su sagrado ministerio, le había obligado a permanecer pocos días fuera de la capital de la Diócesis, en Caldas de Reis, tomando aquellas aguas. Consolábales, sin embargo, la esperanza de volver dentro de un corto plazo a la ciudad del Santo Apóstol, pues el Presidente, que ya estuvo aquí otra vez, piensa volver la tercera, al frente de otra Peregrinación más numerosa, que se está ya preparando en Alemania, para visitar los Santos Lugares de Palestina, Roma y Santiago de Galicia.

Un detalle consolador en alto grado para concluir: Uno de los primeros cuidados de los Peregrinos alemanes fué tomar las bulas de Cruzada y de Carne, por la dificultad de cumplir el precepto de la abstinencia los viernes y sábados, durante su paso por los dominios españoles, donde, gracias a aquel envidiable y envidiado privilegio, es lícito, a los que contribuyen con la insignificante limosna prescrita, no sólo comer carne en esos días, sino también promiscuar.

A las once de la mañana del mismo día 12, sin haber tomado tiempo para descansar de las penalidades del viaje, y gozosos porque aún les quedaban otras con que hacer más meritoria su Santa Peregrinación, partieron, con la paz de Cristo é invocando de nuevo el auxilio del Santo Apóstol, en el coche de Curtis, con dirección a Salamanca, Alba de Tormes y demás lugares del itinerario que se proponen visitar.

A. M. D. G.

(Del Boletín Eclesiástico de Santiago.)

LA JOYA MILAGROSA

Hay, según los navegantes,
Allá lejos un país
Cuyos pobres habitantes
Andan a todos instantes
Con sus bienes en un tris.

Va un espantoso huracán
Hace en la cosecha riza,
Ya sepultura le dan
Las piedras, lava y ceniza
De un repentino volcán.

Los de ilustre jerarquía,
Y los míseros gañanes,
Todos viven entre afanes,
Oscilando cada día
Terremotos y huracanes.

Para auxilio de estos daños
Entrega el común Señor
Allí a cada morador,
Ya desde sus tiernos años,
Una joya de valor.

Y tales prodigios obra
La joya a los niños dada,
Que con ella todo sobra,
Y sin ella, no se cobra,
De lo que se pierde, nada.

Sin embargo, aquella gente
Se echa tanto el alma atrás,
Que es la cosa más frecuente
Perder la joya excelente
Y no recobrarla más.

Causará sin duda espanto
Su locura, pero ¿qué?
¿Nada igual aquí se ve?
¿No hacen muchos otro tanto
Con la joya de la fe?

Y sus luces, en verdad,
Son las que nos guían solas
A puerto de claridad
En las noches y en las olas
De la ruda adversidad.

J. E. HARTZENBUSCH.

LA GRUTA DE CERVANTES

HACE algún tiempo publicamos un pequeño artículo con motivo del recuerdo que a la memoria de Cervantes dedicaba en Argel la escuadra de instrucción. El deseo del Almirante y dotación de dicha escuadra no era otro que rendir un tributo de admiración al autor del Quijote, sin que pretendan haber encontrado con toda exactitud, en los pocos días que en Argel permanecieron, la cueva que fué refugio de aquel genio durante la evasión de su cautiverio.

Posteriormente, y con motivo de la colocación de la lápida que la escuadra dedicaba, investigacio-

nes más detenidas han dado por resultado el que se haya venido en conocimiento del verdadero lugar del refugio; y con dicho motivo el ilustrado teniente de navío de 1.ª clase de nuestra Armada, D. Alejandro Fery, dirigió al periódico *La Monarquía*, del Ferrol, el suelto que a continuación reproducimos, como rectificación del primero, congratulándonos de que, merced a la iniciativa de nuestros marinos, se haya obtenido resultado tan laudable:

LA GRUTA DE CERVANTES

* Como quiera que la Redacción del ilustrado periódico de esta localidad *La Monarquía* me dispuso la honra de dar a luz en sus columnas el escrito a que dió motivo mi visita al que se creía refugio del inmortal Cervantes durante la época de su cautiverio en Argel, he supuesto no estarían fuera de lugar las noticias que sobre tal asunto me han sido comunicadas, y que rectifican al mismo tiempo el emplazamiento de aquella gruta de un modo definitivo.

* Terminaba aquella Memoria, dirigida al excelentísimo Sr. Contraalmirante Maymó, comandante general de la escuadra de instrucción, en la que tenía yo destino en aquellos días, indicando la conveniencia de colocar en la entrada de la cueva una lápida conmemorativa, nuevo jalón que señalara un lugar muy importante en la vida de aquel genio, haciendo patente la admiración de la marina militar de España a las glorias patrias.

* Acogida por el Sr. Maymó con entusiasmo esta idea, que, según expresó, le pareció oportunísima, para que todos los de la escuadra pudieran, como era el general deseo, contribuir al indicado objeto, encabezó una suscripción, que fué cubierta por los jefes y oficiales y guardias marinas a sus órdenes, y se encomendó a una factoría de Barcelona la fundición en hierro de una placa, que la contorna un calabrote; y en la parte superior, sobre una ancla y cañón cruzados, lleva sobrepuesto el busto del autor del Quijote, y en caracteres de relieve ostenta la siguiente sencilla inscripción:

CUEVA REFUGIO QUE FUE DEL
AUTOR DEL QUIJOTE, AÑO DE 1577.
RECUERDO QUE A SU MEMORIA DEDICARON
EL ALMIRANTE, JEFES Y OFICIALES
DE UNA ESCUADRA ESPAÑOLA A SU PASO POR ARGEL,
SIENDO CÓNsul GENERAL
EL MARQUÉS DE GONZÁLEZ
AÑO DE 1887.

* Al recibirse esta placa en el consulado general de Argel, ausente temporalmente el Sr. Marqués de González, el encargado interino del despacho, señor Rotondo Nicolau, vicecónsul, en vista de las discrepancias entre el parecer de unos, la tradición y el parecer de otros, no quiso proceder a la ligera, y ha conseguido por fin encontrar la cueva auténtica, la verdadera, sin género alguno de duda, según datos que así lo confirman y que el Sr. Truyol ha tenido la amabilidad de remitirme en atenta carta, que en el alma agradezco.

* Estas averiguaciones se han hecho con la eficaz ayuda y buen deseo de los Sres. Mac Carthey y Durando, residentes en Argel, verdaderos sabios, conservador y administrador el primero de la Biblioteca Nacional y profesor de Botánica el segundo en la Escuela de Medicina, y la cooperación de mi ilustrado amigo el cónsul de nuestro consulado señor Truyol.

* A pesar de las dos primeras escapadas de Cervantes hacia el lado de Santa Eugenia, que han dado seguramente lugar a que la tradición y algunos escritores hayan señalado la cueva hacia aquella parte; atendiendo a la opinión de Navarrete, Adam y otros escritores, y al testimonio del mismo Cervantes, que parece dar a indicar se hallaba hacia el Este de Argel, los señores nombrados rebuscaron cuanto en los manuscritos se ha dicho de Cervantes después de su celebridad, y tienen la seguridad de haber hallado a tres millas de Argel la gruta en cuestión, que por la naturaleza de su suelo revela una existencia de muchos siglos y cuya capacidad permitía la habitación de Cervantes y sus 14 compañeros de cautiverio.

* El acta de autenticidad de la gruta, que levantaron y firmaron el Sr. Vicecónsul, los Sres. Mac Carthey, Durando y Truyol, el plano de la misma y una vista fotográfica será remitida al Ministerio de Estado, y la ceremonia de fijar la lápida se ha diferido hasta tanto regrese a Argel el Sr. Marqués de González.

* La prensa de aquella colonia se ha ocupado con mucho interés de este asunto, pues debido a las investigaciones hechas para el esclarecimiento de esta

verdad, y con la colocación de la placa, cuenta Argel con un monumento histórico que se llama LA GRUTA DE CERVANTES.

* Ferrol 15 de Septiembre de 1887.—ALEJANDRO FERY.*

GRAN FIESTA RELIGIOSA

Un suceso de gran trascendencia en el orbe católico acaba de ocurrir en una de las Repúblicas hispano-americanas, en la Argentina. Nosotros, que somos católicos, y pertenecemos a una región de España que tiene en aquellos países más de cien mil hijos, no debemos en manera alguna pasar desapercibido el acontecimiento a que nos referimos, tanto más digno de que le demos a conocer, cuanto en esta región de España hay miles de madres de familia que diariamente elevan a Dios sus preces en demanda de que conserve en el corazón de sus hijos ausentes en las riberas del Plata la fe con que se alejaron de los valles nativos.

Hay en la República Argentina una modesta villa llamada Luján, en que se venera en especial santuario, y con esta misma advocación, una imagen de la Virgen María que inspira gran devoción a los argentinos. La coronación de esta santa imagen, que acaba de verificarse, tiene, como dice *La Nación* de Buenos Aires, trascendencia en todo el orbe católico. La coronación es acontecimiento excepcional en aquella parte del continente americano, y se ha realizado en virtud de breve del Soberano Pontífice, autorizándola e instituyendo misa, oficios e indulgencias propias en honor de la milagrosa imagen, bajo cuya protección celestial, personalmente consagrada por el Papa León XIII, quedan desde hoy los pueblos argentinos, paraguayos y orientales.

La delegación apostólica para coronar imágenes es un honor insigne que el Papa concede rara vez, y esto sólo en santuarios cuya celebridad se apoya en tradiciones seculares. En América no existe ninguno que haya hasta ahora merecido esta singular distinción, y menos aún que posea un símbolo bendecido por el sumo Pontífice, ó una imagen reverenciada por él, como ha sido la de la Virgen de Luján por León XIII. De aquí proviene que el ritual de la coronación contenga cuanto la liturgia consigna de más místico, grandioso y efusivo, para elevar el espíritu y abrir el corazón a la fe.

En los anales religiosos de Sur-América no se registra acontecimiento tan grandioso como la coronación de la Virgen de Luján.

La villa estaba profusamente engalanada é iluminada, significando así el vecindario el profundo sentimiento religioso que la fiesta le inspiraba.

La víspera de la coronación llegó el Arzobispo de Buenos Aires, Sr. Aneiros, acompañado de los Obispos Sres. Yéregui, Achaval, Reta, el Cabildo metropolitano y una inmensa concurrencia, que iba materialmente amontonada en un tren de diez y ocho coches. Los peregrinos se dirigieron a la iglesia, donde un sacerdote dió la bien llegada con ceremonial especial, por representar el Arzobispo en tales momentos al Soberano Pontífice.

Las vísperas empezaron inmediatamente. La música había sido compuesta ex profeso para la coronación por el maestro Xaran.

La iglesia estaba deslumbrante por su ornamentación, realmente suntuosa; enormes colgaduras de raso pendían de los chapiteles de las columnas, y en el centro de éstas se destacaban cifras, nombres, trofeos é inscripciones, símbolos conmemorativos de hazañas inspiradas en un sentimiento religioso y patriótico.

El día clásico de la coronación aún no había amanecido, y a las tres y media de la mañana la iglesia y sus adyacencias estaban ocupadas por una innumerable concurrencia que asistía a oír misa, confesar y comulgar. En los nueve altares se oficiaba, reemplazándose incesantemente los sacerdotes, y se calcula que hasta las dos de la tarde, esto es, en casi doce horas, no se han oficiado menos de 130 misas; si a éstas se agregan las que por el rito instituido se han celebrado en el resto de la República, la del Paraguay y Uruguay, se concibe que en ese día se hayan dicho en honor de la Virgen de Luján más de 3.000 misas.

Los confesionarios eran insuficientes, y en vista del ingente número de fieles que pedían cumplir con este precepto, se improvisaron confesionarios en el recinto de la iglesia, la sacristía, el coro y las piezas de la habitación del capellán. Se reputa en 1.000 el número de los que han confesado y comulgado, y si hubiera habido tiempo la cifra se duplica.

A las nueve de la mañana empezaron las ceremonias preliminares de la coronación. El Sr. Arzobispo, investido de los ornamentos pontificales, como delegado del Papa, con capa magna, estola pastoral, mitra y báculo, acompañado de las dignidades eclesiásticas que ya hemos mencionado, y de un nutrido concurso de pueblo, se dirigió bajo palio a la puerta del santuario; aquí se cambiaron algunas arengas alusivas, y se entonó la antífona entre las melodías de una música sacramental, que transportaba el espíritu y con unción religiosa lo invitaba a la oración. En seguida el Notario eclesiástico levantó un acta entregando al guardián del santuario la corona y recibiendo el juramento de guardarla fiel y diligentemente.

Terminado este acto, se organizó la procesión que debía dirigirse al local de la coronación. Este se había situado en una quinta des poblada con fácil acceso para la concurrencia, habiéndose erigido un tablado con un altar, perfectamente ornamentado y con capacidad para todo el clero que asistía a la ceremonia. Formando un triángulo se habían levantado otros dos tablados, uno para la orquesta y otro que estaba ocupado por una insignificante parte de la inmensa concurrencia.

La procesión, cuyo número estimaremos más adelante, la componían las siguientes corporaciones: las Hijas de María San Vicente, de Montevideo, con su precioso estandarte; las de la Compañía del Santísimo Sacramento; la cofradía de Nuestra Señora de Luján; Hijas de María de la Santa Unión de los Sagrados Corazones; Escuela de Nuestra Señora de Luján; ídem a José; la Guardia de Honor de los jóvenes del pueblo; Hermandad de Dolores; Hermandad de los Ejercicios; Seminario Conciliar; Juventud Católica; sexto batallón de línea; Cofradía del Sagrado Corazón de Jesús; Sociedad de Socorros de Moreno; la tercera orden de Santo Domingo; Escuelas de niños y niñas; Seminario de Nuestra Señora de Luján; La piedad y devoción del pueblo de Morón; Sociedad irlandesa de señoras; Católicos de Dolores; Club católico de la capital; Congregación de San Luis Gonzaga; peregrinos de la Plata; Hermandad de Nuestra Señora del Rosario y otra infinidad de corporaciones. Asistían además peregrinos de todos los puntos de la República de Montevideo, del Paraguay, del Brasil y representantes de comunidades europeas.

La procesión llegó con dificultad al punto de la coronación, arpenizando la marcha la banda del 6 de línea. Cuatro sacerdotes, revestidos de casullas blancas, llevaban las andas ricamente tapizadas de terciopelo azul, y el cajón de terciopelo carmesí, en el que estaba colocada la sagrada corona.

Llegados al altar, el Notario eclesiástico leyó el decreto en virtud del cual queda perpetuamente establecida la festividad de la Virgen de Luján, que se celebrará todos los años la dominica IV después de la Pascua.

El Sr. Obispo de Cayo celebró de pontifical, cantándose por primera vez la nueva misa instituida, entre las celestiales armonías de la orquesta, que inundaban el espíritu de gracia divina.

El Dr. Aneiros pronunció un discurso: empezó saludando a las dignidades, corporaciones y peregrinos allí reunidos; hizo en elocuentes y rendidos conceptos de sumisión el panegírico de la Virgen, y concluyó pidiéndole que inspirase a nuestros gobernantes para que dirigieran los destinos nacionales bajo la advocación del credo católico y el patrocinio de la Virgen, que había sido la visión tutelar de los héroes de la patria. En seguida, el mismo Arzobispo, revestido con todas las insignias de la suprema delegación que se le ha conferido, y con un solemne ceremonial, coronó a la Virgen. En este momento las campanas se echan a vuelo, las banderas y pendones tremolan, el batallón 6 de línea hace un fuego graneado, el pueblo se entrega a las más ruidosas aclamaciones y como alegoría de que esa festividad ocupa la atención del mundo católico, se sueltan muchas palomas mensajeras que tienen la misión de llevar por todos los ámbitos del espacio la buena nueva de la coronación.

Calculase el número de los peregrinos en veinte mil, citándose entre ellos representantes de las familias más distinguidas de las Repúblicas del Plata.

La corona es obra artística en que se ha puesto a concurso el cincel de los más renombrados joyeros de París, venciendo en la competencia los señores Rusand y Brunet. Su costo se estima actualmente en 12.000 duros.

El estilo es gótico, pesa 500 gramos de oro purísimo, su diámetro mide 13 centímetros y su altura 14. La base es una diadema de delicada filigrana, y sobre ella se elevan seis volutas elegantes que coinciden en una esfera de lapis-lázu. En las fajas de los arcos están esculpidos símbolos religiosos, escudos de armas de las Repúblicas Argentina y Oriental,

de España," de León XIII, cabezas de querubines y otras alegorías.

Está adornada de 132 perlas y 365 piezas preciosas, que descomponen la luz en todos los matices del espectro, y la refractan en innumerables centelleos. Toda esta pedrería brillante y otra tanta que se ha reservado para algunos objetos de arte que en breve adornarán la imagen, es el sufragio de los piadosos devotos de la Virgen; de modo que esa riqueza material significa un caudal inestimable de inspiración religiosa.

En los últimos días la Virgen había recibido ofrendas que se estimaban en más de 20.000 duros, entre ellas una gargantilla por valor de 2.000, ofrecida por la señora del Sr. Casares, hijo del valle de Somorrostro.

Las fiestas seguían con indecible entusiasmo, y sentimos que nos falte espacio para reseñarlas más ampliamente.

A.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. DIEGO HERMOSO, hijo de D. Pedro del mismo apellido, nació en Madrid en 1800, y estudió bajo la dirección del mismo y en la Academia de San Fernando. Fueron de su mano las estatuas de *La Religión*, *La Caridad*, *La Esperanza* y *La Fe* para las exequias celebradas por el alma de Fernando VII en 1834 y costeadas por el Ayuntamiento.

D. PEDRO ANTONIO HERMOSO, natural de Granada, donde vivió la luz en 19 de Abril de 1763. Impuesto en los principios del dibujo, y anhelando poder ampliar sus conocimientos en el difícil arte de la escultura, logró alcanzar una pensión del Obispo de Jaén, D. Agustín Reñán de Ceballos, con cuyo auxilio pasó a Madrid, recomendado a D. Roberto Michel, inscribiéndose como alumno de la Academia de San Fernando, donde ganó un crecido número de premios mensuales, y otros de mayor importancia en los concursos generales de 1784, 1787 y 1790. Encargado de ejecutar los retablos y estatuas de la iglesia de San Juan de Dios, llenó su cometido de manera tan notable y alcanzó tan merecido concepto, que la Academia de San Fernando le nombró su individuo de mérito, ascendiendo a Teniente Director de sus estudios en 23 de Octubre de 1814, y posteriormente a Director. Agraciado con los honores de escultor de Cámara, no pudo disfrutar largo tiempo aquella distinción por haber fallecido en 15 de Enero de 1830. Son sus principales trabajos religiosos:

Los citados retablos y estatuas de la iglesia de San Juan de Dios, entre las que sobresale *El Cristo del Perdón*, en un altar inmediato al presbiterio.

Los *Pasos* que salen en la procesión del Viernes Santo, entre los que sobresalen *La Flagelación de Jesucristo en la columna* y un *Ecce Homo*.

Los cuatro *Ángeles* en la capilla mayor de la iglesia parroquial de San Ginés.

Otros dos sobre el cuadro de la capilla mayor de San Justo.

La venerada imagen de *Nuestra Señora de la Consolación y Correa*, en la iglesia de Santo Tomás.

El *Moisés* arrojando las Tablas de la Ley que Dios le había dado en el Sinaí, existente en la Academia de San Fernando.

Las estatuas de las cuatro *Virtudes cardinales* que figuraron en 1829 en las exequias de la Reina Doña María Josefa Amalia de Sajonia.

Y las estatuas que adornan el tabernáculo de la Catedral de Sevilla.

D. MANUEL HERNÁNDEZ GARCÍA, escultor canario, discípulo de D. José Luján y Pérez, premiado con medalla de plata en la Exposición pública celebrada en Canarias en 1862, en la que figuraron los siguientes trabajos de su mano: *El Señor en la columna*, *El Niño Jesús*, *Jesús Nazareno* y *el Cirineo*, *Una Dolorosa*, *Cristo*, *la Virgen*, *San Juan* y *la Magdalena*, *Cristo crucificado*, *San Juan Bautista*, *La Virgen del Carmen* (tamaño natural) y otros varios trabajos, repetición de los anteriores. También figuraron obras suyas en la Exposición iniciada por el "Gabinete literario" en 1853. Falleció en Las Palmas, en 30 de Septiembre de 1874.

D. VICENTE LUIS HERNÁNDEZ Y COUQUET, escultor de crédito, muerto en Sevilla en 9 de Septiembre de 1868. Había nacido en 1837 en Valencia, en cuya Academia de Bellas Artes hizo sus estudios, obteniendo en todos los exámenes las mejores notas y los primeros premios.

Nombrado profesor de la Escuela de Sevilla mediante oposición en 17 de Marzo de 1854, prosi-

guó trabajando en su difícil arte en dicha población.

Abierta la Exposición de Bellas Artes de Cádiz de 1868, presentó en ella los modelos de las estatuas de *San Hicón* y *San Juan Bautista* en barro crudo.

También concurrió a la celebrada en Madrid en 1860, presentando una *Concepción* en madera, tamaño natural, por la que alcanzó mención honorífica. Es autor asimismo de las estatuas de *San Pedro* y *San Pablo*, destinadas a la iglesia del Sagrario de Sevilla. Un boceto de la estatua de *San Fernando* y una *Concepción* figuraron después de su muerte en la Exposición sevillana de 1868. El señor Hernández era Académico de número de la de Santa Isabel de Sevilla e individuo de la Comisión de monumentos históricos y artísticos de aquella provincia, en representación de la Academia de San Fernando.

FRAY IGNACIO DE JESÚS. Sabemos que fue carmelita descalzo y escultor de crédito.

D. GUMERSINDO JIMÉNEZ ASTORGA, premiado en la Exposición sevillana de 1858, con medalla de cobre por su estatua de *San Pablo*.

D. RAFAEL JIMÉNEZ SARAHIA, residente en Córdoba. En 1878 terminó la estatua *El Arcángel San Rafael*, que obtuvo grandes elogios de los periódicos de aquella capital.

D. MARIANO SAUTEDA GUERRA, escultor y pintor, natural de Lantadilla (Palencia), y discípulo de las clases de la Escuela superior de Madrid, donde obtuvo en 1880 dos premios de los asignados a la escultura. En la Exposición Nacional de 1881 presentó el proyecto de retablo con el dogma de la *Inmaculada Concepción*.

D. VICENTE LARREA, residente en Bilbao, autor de una estatua de *San Vicente Ferrer*, premiada con medalla de plata en la Exposición celebrada en Bilbao en el año de 1882.

D. PEDRO LEÓN, natural de Zaragoza y discípulo de D. Joaquín Arali. Hizo algunas esculturas en madera para los *Pasos* de la procesión del Viernes Santo y de varias cofradías, y falleció en 1839 a edad muy avanzada.

D. ANTONIO LLACER, escultor mallorquín, natural de Sausellas e hijo de modestos labradores. Son sus principales obras: un grupo de la *Santísima Trinidad*, para la iglesia parroquial de la villa de Artá; una estatua sepulcral, en la iglesia mayor de Muro; *Nuestra Señora del Rosario*, para su capilla en la iglesia parroquial de Felanitx; *San Pedro Apóstol*, revestido de pontifical y sentado, para el retablo mayor de la iglesia de Buja; *San Francisco* y el *Señor* dentro del sepulcro, que llevaban los frailes Mínimos de Palma en sus procesiones; *San Pedro Nolasco*, para el altar mayor de la iglesia de la Merced; *San Cristóbal*, en el retablo principal de la parroquia de Bimall; *El Beato Gaspar Bono* y *El Beato Nicolás de Longobardo*, en sus respectivas capillas de la iglesia de los Mínimos de Santa María; *Nuestra Señora del Rosario* y *La Beata Catalina Tomás*, en la iglesia parroquial de la misma villa, el retablo mayor de la ermita de San Honorato en el monte de Banda, el del Sagrario, que estaba a espaldas del altar mayor de la demolida iglesia de Dominicos de Palma, y el de la Beata Mariana, en el de la Merced; la estatua de *San Jorge*, en la iglesia de Manacor; las de *San Pedro*, *Nuestra Señora del Rosario* y *La Concepción*, existentes en Sausellas, su patria. Sin embargo de lo mucho que había trabajado, y de no tener hijos ni familia que mantener, sin ser pródigo ni vicioso, murió en el Hospital general de Palma el día 13 de Septiembre de 1826.

D. BERNARDO LLACER, escultor de la facultad de medicina de la Universidad de Valencia e individuo de mérito de la Academia de San Carlos de dicha población. En la Exposición abierta por el Liceo de Valencia en 1855 presentó *Santiago a caballo* triunfando de los moros, grupo bien modelado. En 1858 labró para un templo de aquella población *La oración del Huerto*, grupo de cinco figuras, tamaño natural, hechas de palillo.

D. VICENTE LLACER Y ALEGRE, escultor valenciano nacido en 1772, y discípulo de la Academia de San Carlos, a cuyos concursos de premios se presentó en 1789, 1792 y 1795, logrando en este último el de la segunda clase, siendo en 10 de Julio de 1803 nombrado Académico de mérito de la misma corporación. El Sr. Llacer es autor de bastantes estatuas de santos para las iglesias del antiguo reino de Valencia, y supo imprimir a sus trabajos mucho carácter religioso.

D. MANUEL LLAVE, escultor madrileño, discípulo de D. Francisco Elías. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1881 obtuvo una mención honorífica por su *Cristo Crucificado*, de tamaño natural, ejecutado en madera.

D. JUAN LLIMONA Y BRUGUERA, escultor catalán. En 1879 hizo oposición a la pensión *Fortuny*, ofrecida por el Ayuntamiento de Barcelona, ejecutando en los ejercicios la estatua del *Hijo pródigo*, obra que le hizo ser propuesto por unanimidad de votos y conseguir la pensión.

D. TOMÁS LLOVET, notable escultor, natural de Alcañiz, y uno de los primeros discípulos de la Academia de San Luis de Zaragoza. En 6 de Julio de 1794 alcanzó de aquella Corporación el nombramiento de su individuo de mérito, honra no dispensada hasta entonces a nadie por la misma, en vista de su medio relieve en barro representando *El Sacrificio de Isaac*, que se conserva en el Museo provincial de Zaragoza. Posteriormente fue nombrado profesor de la clase de escultura, que desempeñó hasta su fallecimiento. Sus principales obras son los cinco retablos de arquitectura greco-romana con las estatuas de madera, imitando al mármol blanco, en los intercolumnios para las capillas de la colegiata en Alcañiz, y el altar mayor de la misma, todo de mármoles y jaspes.

A las obras de escultura que hizo en Alcañiz, su patria, siguen los hermosos retablos que trabajó en el mismo estilo greco-romano, con medallas de relieve y figuras aisladas en la iglesia de la villa de Maella y en Mazaleón, cerca de Alcañiz. En Zaragoza, el de la venerada imagen del *Ecce Homo*, en la parroquia de San Felipe. Contiene este retablo (en forma de templete del orden corintio) seis ángeles niños muy bellos y dos de los llamados mancebos, con atributos de la Pasión. Hizo también otros dos ángeles para el remate de la capilla del Santo Cristo en la sala de oración del Pilar; otros muy grandes de yeso para unas pechinas en la bóveda correspondiente a la capilla de San Joaquín en el mismo templo del Pilar; un gran número de santos de madera para la ciudad de Zaragoza y pueblos circunvecinos; varias figuras de *El Salvador en su Pasión* para la procesión de la hermandad de la Sangre de Cristo, como son la de los azotes, la hiel y vinagre, el *Ecce Homo*, etc., todas las cuales hacía con modelos de barro y estudio del natural. Su última obra de escultura fue una estatua de *San Esteban* para la villa de Irón.

Falleció en Zaragoza el día 14 de Noviembre de 1848, a los ochenta años de edad.

D. JOAQUÍN LLUCH Y PRAT, escultor contemporáneo, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, su ciudad natal. Conocemos sus siguientes obras religiosas: *San Vicente de Paul*, ejecutado para la Casa de Misericordia de Barcelona; *La Concepción*, en alabastro, copia corpórea de otra imagen de Murillo, para una familia de la isla de Cuba, y un bajo-relieve representando un pasaje del Evangelio.

D. MANUEL FELIX LÓPEZ, escultor, natural de Ponferrada (León) y discípulo en Madrid de D. Francisco Pérez. Concurrió a la Exposición Nacional de 1871 con un bajo-relieve representando *La Conversión de San Pablo*.

D. ROQUE LÓPEZ, natural de Mula (Murcia); el discípulo predilecto y más aventajado de Zarcillo y el continuador de su escuela. Le sobrevivió veintiocho años. Trabajó mucho y sobresalió por su gusto en modelar del natural, particularmente en las muchas y bellas imágenes del *Niño Jesús* y estatuas de *ángeles* que hizo, conservándose buen número en el convento de religiosas de Mula. En esta villa murió víctima de la fiebre amarilla el año 1811.

DOÑA AGUSTINA LÓPEZ FRANCH, escultora, natural de Getafe, y discípula de D. Carlos Lambertik. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1862 presentó un *Ecce Homo*.

(Se continuará.)

M. DE A.

JUBILEO SACERDOTAL

DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

Los Congregantes de María Inmaculada de la ciudad de Shan-gai (China), entre los cuales se encuentran más de ochenta jóvenes de las principales familias de la población, han enviado al Padre Santo en nombre de dichos congregantes una inscripción preciosa, tanto por los nobles sentimientos que la han dictado cuanto por la originalidad del trabajo artístico. Está escrita en caracteres chinos sobre raso color de paja, y orlado de finísimo recamado de oro y seda encarnada, ejecutado con aquella exquisita perfección artística, en la cual son maestros consumados los chinos. El mensaje, lleno de alusiones expresivas y poéticas imágenes, es obra de un notable escritor que ha unido a la inscripción su traducción latina que declara el sentido.

El raso pajizo está doblado en forma de libro de los que usan los chinos, y encerrado en un estuche de raso blanco de 40 centímetros de largo por 28 de ancho, ostentando en uno de sus lados el escudo de la Congregación Mariana, y en el otro el de León XIII. Uno y otro están bordados con seda, oro y perlas, rodeando las armas una inscripción alusiva, esculpida en antiguos caracteres chinos, formados de coral.

El mensaje y su estuche están contenidos en una caja de ébano con bajo-relieves, el mayor de los cuales, el de la portada, representa el esplendor del Romano Pontífice. En efecto; en lo alto de una roca se ve el *Tum zoom*, ó rey de las aves, que es tenida por los chinos como el águila entre nosotros, que mira al sol y simboliza al Sumo Pontífice, que desde lo alto del Vaticano dirige su mirada al Sol de Justicia, por el cual es iluminado en el gobierno de la Iglesia.

Alrededor del águila se encuentran reunidas 53 aves de todas especies y magnitudes, bien sobre las elevaciones del terreno ó en las ramas floridas de arbustos de gallardo aspecto. Están en ademán expectante, y representan a los congregantes de María, prontos á obedecer toda indicación ó deseo del Vicario de Cristo.

A la derecha de la cubierta se descubre una inscripción con letras de oro que, con alabanzas del Pontífice, contiene juntamente la explicación de estos símbolos. En los costados de la caja hay una franja dividida en dos partes, una de las cuales la forman, también en relieve, hojas, flores y frutos, y la otra varios instrumentos chinos de música, cítaras, violas, timbales, etc.

La cerradura es toda de plata, construída á manera de pasador, sólo que en vez de manecilla se cierra de un modo particular. Consiste en dos broches, uno de los cuales es fijo en el plano de la cerradura, de modo que al correrlo para abrir, se encuentra sujeto por el otro.

Véase además grabadas en la misma cerradura cuatro letras chinas, que leídas de derecha á izquierda suenan en pronunciación italiana *pu tien tum-kim*, y traducidas en latín dicen: *Cum toto orbe communis veneratio*.

El *Nacional*, órgano oficial de la República del Ecuador, publica el proyecto siguiente presentado á la aprobación del Congreso por el gobierno de la misma:

Artículo 1.º El Congreso de la República del Ecuador felicita respetuosamente á Su Santidad el Papa León XIII con motivo del quincuagésimo aniversario de su primera Misa.

El Congreso eleva sus preces al cielo para que sea completa la libertad del Pontífice y se reconozcan y admiren prácticamente los derechos sagrados que le corresponden como sucesor de San Pedro y como jefe visible de la Iglesia católica.

Art. 2.º El Congreso del Ecuador, en su nombre y en el del pueblo á quien representa, renueva la protesta, hecha por la nación, de permanecer fiel á las enseñanzas de la Santa Sede y en especial á las que se contienen en las Encíclicas *Diuturnum* é *Immortale Dei*.

Art. 3.º Ha sido votada una cantidad de 50.000 pesetas con el fin de contribuir al honorario que el mundo católico ofrece al Padre Santo el día de sus Bodas de Oro por la Misa que Su Santidad celebrará en este aniversario.

El Círculo de San José de la Juventud Católica de Vicenza ofrecerá un retrato al óleo de mayor tamaño que el natural de Su Santidad León XIII, del que se halla encargado el ilustre y famoso pintor Giuseppe Dall'Olmo; el cuadro tendrá un grandioso y artístico marco, trabajo de Pozzati, y en su decorado acuarcelas del mismo Dall'Olmo, representando algunas vistas de Vicenza.

La Sociedad Católica de Obreros, un altar portátil con cuanto es necesario para la celebración de la Misa.

La Sociedad de las señoras Vicentinas para los intereses católicos, una planeta blanca recamada de oro y seda.

El Instituto de Santa Dorotea, una alba finamente bordada.

Algunas señoras de Santiago, dos bolsas para los Santos Oleos.

La parroquia de Cambellera, una estola encarnada bordada.

La de Villaverla, otra estola bordada.

El Conde Alejandro Rossi, 15 piezas de paño blanco, grana, violeta y negro, y 16 de cachemir blanco, celeste, rosa y escarlata, para ornamentos de Iglesia.

Entre las numerosas peregrinaciones á Roma que se anuncian con motivo del Jubileo de Su Santidad

se cuentan algunas de católicos americanos, y entre ellas la Diócesis de Méjico, dirigida por su propio Prelado, en la cual estarán representadas todas las clases de la sociedad. Una importante sociedad de vapores ha hecho muy notables rebajas en los precios del viaje.

Para solemnizar el Jubileo Sacerdotal de Su Santidad, el domingo segundo de Octubre, á las nueve de la mañana, se reunirán en la parroquial iglesia de Balsareny los habitantes de este pueblo, Cornet, Ametlla, Muijal y Argensola, y formados en procesión se dirigirán al castillo, donde se cantará un oficio solemne con sermón á cargo de un Padre Jesuita. Por la tarde, después de la comida, se cantará un Trisagio Mariano, sermón y despedida de la Virgen. Con este motivo se estrenará un rico cáliz de plata, regalo del señor D. José Ravella y Serra, actual alcalde de Balsareny, y una hermosa palia bordada en oro, regalo de las monjas Dominicas que se dedican á la enseñanza en aquella población. Es mucho el entusiasmo que reina entre los habitantes de los citados pueblos, y á la función, que promete ser muy lucida, asistirán todas las autoridades.

El Obispo de Olinda (Brasil), D. José de Silva Barros, invita á sus diócesanos á celebrar el Jubileo Pontificio concediendo la libertad á los últimos esclavos que aún tengan en su poder. He aquí sus palabras: «Este Jubileo, que va á reunir en torno del Pontífice universal y en un mismo sentimiento de amor á todas las naciones católicas, nos proporciona la ocasión de asegurar al Padre Santo que cesará entre nosotros ese azote vergonzoso que sus predecesores han combatido en todas épocas. Hablo de la abolición de la esclavitud entre nosotros. Sí, queridos hermanos, es preciso que podamos decir á León XIII que para honrar su Jubileo y tomar en él una parte muy honrosa, los brasileños renuncian para siempre á los derechos que pudieran alegar en ese comercio de esclavos contra el cual ha levantado la voz tantas veces la Iglesia. Por otra parte, ¿qué coincidencia mejor que la presente para llenar de una dulce satisfacción al Padre universal? Acordaos que en Roma se está preparando para entonces el proceso de canonización del beato Pedro Claver, el apóstol de los negros. No pudiendo mandar á los que todavía tenéis esclavos, yo os pido, queridos hijos, con todo el fuego de la caridad que los dejéis libres. Sea ésta vuestra ofrenda en el Jubileo, á fin de que yo pueda depositar á los pies del Padre Santo esta declaración: *La diócesis de Olinda no cuenta en su seno ningún esclavo*!»

El Cardenal Manning, Arzobispo de Westminster, ha dirigido una carta pastoral al clero y á todos los católicos de aquel Arzobispado excitándoles á que tomen parte en las ofrendas que todos los países envían á Su Santidad con motivo de su Jubileo Sacerdotal.

Dicha pastoral fué leída el 25 de Septiembre en todas las iglesias y capillas del Arzobispado.

El Cardenal, recordando las necesidades urgentes que apremian á la Santa Sede, señala su situación con estas frases:

«Ha sido despojada de sus posesiones y de todos sus antiguos emolumentos. Los que tal hicieron han querido ofrecer al Soberano Pontífice una lista civil, ó una renta pública que el Vicario de Cristo no puede recibir de ningún hombre. No puede ser el estipendiario de ningún Gobierno civil, ni dependiente de parlamentos ó Príncipes. Desde el día en que los fieles presentaron su obolo á los pies de los Apóstoles, la Iglesia ha dependido de la providencia de Dios y de los libres ofrecimientos del mundo cristiano. Estos dones fueron un día su patrimonio, que disfrutó con perfecto y pleno derecho.

«Este derecho ha sido violado, y la Santa Sede puede vivir pobre, pero no puede vender su independencia. Bien sabéis lo poco que necesita el Padre Santo para sus propias necesidades; pero ¡cuántas y cuán grandes no son las de la Iglesia en todo el orbe católico!»

El Cardenal termina su carta pastoral recomendando á todos los católicos de su diócesis la necesidad de rezar el rosario y la letanía á Nuestra Señora de Loreto en los meses de Octubre y Noviembre.

El regalo que la Diócesis de Jaén hará á Su Santidad es una joya delicada, del mejor gusto artístico. Grabadores de Madrid se ocupan en la construcción del precioso marco que ha de encerrar una fotografía del Santo Rostro. Los trabajos se están llevando á efecto bajo la dirección de D. Francisco González Tejero.

No es posible ya la fácil colocación de los obje-

tos donados al Papa con destino á la próxima Exposición Vaticana: tal es su inmenso número. Se ha completado ya la suscripción á la tiara de París valuada en 600.000 francos; Fiesole remite preciosos cálices; España envía una Alhambra de mármol blanco, y Hungría un cáliz de oro, tan grande que sólo pudiera usarlo el gigante San Cristóbal.

En el establecimiento-fábrica de encajes de los señores herederos de D. José Fiter, de Barcelona, se halla expuesto un volante labrado en hilo de dos tonos por las obreras que á estos trabajos se dedican en la costa catalana de levante; en el trabajo que mencionamos se han ocupado las de Vilasar y Masnou. El dibujo, original de los señores Fiter, es de mucho gusto y riqueza, con sujeción á una idea determinada que aparece desde luego á los ojos del espectador. Compónenlo en su parte de ornato varias plantas y flores simbólicas, como son la hiedra, la palma, el laurel, la rosa, el lirio y la azucena, distribuidas en elegantes ramajes. En el fondo y al pie del volante se ven varios emblemas del Antiguo y del Nuevo Testamento, como son el Arca de la Alianza, las Tablas de la Ley, el libro del Apocalipsis, el monograma de Cristo, la Sede Papal, la institución de la Eucaristía, el Vaticano, los escudos del Sumo Pontífice, de la Diócesis de Barcelona, etc., etc. Termina el dibujo con una orla de estilo románico.

La recaudación obtenida en la Diócesis de Mallorca para el Jubileo Sacerdotal asciende á la cantidad de 70.596,34 pesetas.

NOTICIAS

Por el Seminario Conciliar de Madrid-Alcalá se ha publicado en el *Boletín Eclesiástico* el Reglamento para la instalación y dirección de Preceptorías ó Centros de enseñanzas de Latínidad.

He aquí este importante documento:

Nuestro Rmo. Prelado, deseoso de promover las vocaciones á la carrera eclesiástica y con objeto de facilitar los medios convenientes para el estudio, se ha dignado autorizar en algunos pueblos de esta Diócesis la instalación de Preceptorías ó Centros en donde se enseñe gratuitamente Latínidad y Humanidades. Para que estos Centros estén animados del mismo espíritu y procedan con uniformidad en sus trabajos, y á fin de que todos los Sacerdotes se estimulen á cooperar en la medida de sus fuerzas en obra tan provechosa, ha tenido bien aprobar el siguiente Reglamento, disponiendo se publique en el *Boletín Oficial* del Obispado:

1.º Todos los Sacerdotes residentes fuera de esta Corte, y de una manera especial los Señores Arciprestes y Párrocos, quedan autorizados para constituir en sus respectivas parroquias Preceptorías de Latínidad y Humanidades.

2.º Los Preceptores que presenten en este Seminario en las épocas señaladas para los exámenes al menos cinco alumnos que obtengan la aprobación, serán gratificados con la mitad del producto de las matrículas de su Preceptoría, y además con la gratificación que se dignare señalar nuestro Prelado, conforme á los recursos que hubiere disponibles para ello.

3.º Los exámenes de los alumnos de las Preceptorías podrán tener lugar en las mismas, bajo la presidencia de un profesor de este Seminario delegado por nuestro Prelado, ó en este mismo establecimiento; y en ambos casos formarán parte del Tribunal de examen el Sacerdote que desempeñe la Preceptoría.

4.º En estos Centros no se dará más enseñanza que la de latín y castellano, y la de Retórica necesaria para entender bien los clásicos, procurando que en esto alcancen los alumnos toda la perfección posible.

5.º A fin de favorecer á los jóvenes más aventajados, no habrá en los estudios de las Preceptorías división de cursos, sino secciones ó grupos marcados por su mayor ó menor adelanto. El Tribunal en su fallo aprobará al examinado uno, dos ó tres años de Latínidad, con relación á las explicaciones dadas á dichos cursos en las cátedras oficiales del establecimiento.

6.º Las calificaciones que habrán de darse en estos exámenes son *Meritissimus*, *Bene meritus* y *Suspensus*.

7.º Deben usarse los mismos libros de texto que en este Seminario, para lo cual se entenderán los Preceptores con la Secretaría de estudios. Desde luego se recomienda para los ejercicios de traducción el catecismo de San Pío V., además de los

autores clásicos, editados bajo la dirección de los PP. Escolapios.

* 8.º Los exámenes tendrán lugar en la primera quincena de Julio y Octubre. Con la debida anticipación oficiarán los Directores de las Preceptorías al Rector del Seminario comunicándole el número de alumnos que estudian en el Centro de su cargo, y remitiéndole la partida de bautismo, solicitud y certificado de buena conducta de cada uno de ellos. El Rector fijará el día en que hayan de sufrir el examen.

* 9.º Antes de ser examinados satisfarán los derechos establecidos para los alumnos de este Seminario, que serán 15 pesetas por matrícula, y 2,50 por examen.

* 10. Cuidarán los Preceptores de que sus discípulos frecuenten los Santos Sacramentos, y asistan a los ejercicios de piedad, procurando de una manera especial que se ocupen en enseñar la Doctrina Cristiana a los niños.

* 11. Los alumnos que obtengan la nota de *Meritissimus* y se distingan por su buen espíritu y conducta, si son pobres, serán preferidos en la distribución de auxilios para continuar su carrera en este Seminario.

* Madrid 9 de Septiembre de 1887. — El Rector, Dr. Bernardo Sánchez Casanueva.

Concluido el día 7 del corriente el Congreso celebrado en Lieja por los católicos de Bélgica, multitud de obreros se reunieron en la sala principal del Colegio de Saint-Servais, donde aquél había tenido lugar, y después de oír de boca de su Prelado lo que en aquel Congreso se había tratado en favor de la clase obrera, acordaron por aclamación dirigir a Su Santidad el siguiente telegrama: *A su Eminencia el Cardenal Rampolla. — Roma. — Dos mil obreros católicos reunidos al concluir el Congreso, aclaman a Su Santidad como defensor de todos los verdaderos intereses populares y representante de la Iglesia, a la que deben los obreros las mejoras que han obtenido desde hace diez y ocho siglos.*

Al Rey de Bélgica también dirigieron otro telegrama que decía: *A Su Majestad Leopoldo II. — Dos mil obreros católicos de Lieja aclaman al Rey y se hallan enteramente al servicio de la patria y de la monarquía.*

Estas dos protestas, expresión fiel de los sentimientos de aquella reunión, han sido la conclusión del segundo Congreso.

Pronto señalará S. M. la Reina el día en que ha de recibir las aguas del bautismo el directorcillo de la ranchería de San Andrés llamado Purganan, individuo de la colonia filipina venido a esta Corte con motivo de la Exposición.

El día 24 del mes de Septiembre último hizo cincuenta años que el Emmo. Prelado, Patriarca de las Indias, Cardenal Arzobispo de Toledo, cantó misa por vez primera, ordenándose de Presbítero.

Tan fausto acontecimiento ha sido dignamente conmemorado en Toledo y en todo el Arzobispado, tanto por las autoridades eclesiásticas como por las militares y civiles, dando así una prueba de honor y afecto al que hoy, para gloria de la cristiandad, ocupa la silla de Toledo.

El Vicariato general Castrense, haciéndose eco, interpretando fielmente los sentimientos de todos los fieles del Arzobispado de Toledo, los del Palatinado y Castrense, acaba de publicar en el *Boletín oficial* de estas últimas jurisdicciones una sentida y entusiasta manifestación de simpatía hacia el ilustre Prelado de Toledo.

Las alabanzas que la referida manifestación del Clero Castrense tributa al Cardenal Payá no pueden ser ni más merecidas ni más justas.

Los despachos de Roma anuncian que en breve se publicará la anunciada Encíclica, en la cual se trata de la cuestión social y los medios de resolverla dentro de los principios de la Iglesia.

Según anuncian algunos periódicos religiosos, promete ser un verdadero acontecimiento el Congreso científico internacional católico, convocado en París para Abril del año próximo.

Se dice que concurrirán a él los principales sabios católicos de Europa.

Muchas eminencias de las Universidades de Alemania, Austria y Bélgica han ofrecido su cooperación.

Entre las canonizaciones señaladas para el día 6 de Enero del año próximo, se cuenta la de la venerable madre Inés de Beniganim. Teme, no obstante, un diario valenciano que la fiesta no pueda llevarse a efecto, porque tal solemnidad, como

también las que han de celebrarse en Beniganim y Valencia, requieren gastos de alguna consideración, lo mismo que las imágenes de la nueva beata, el altar que se le ha de erigir en la iglesia del convento, etc., etc. Para estos y otros dispendios se contaba con un cuantioso legado, que al efecto hizo la señora condesa del Ráfol a las religiosas de Beniganim, consistente en fincas que están en poder de una administración especial, y que no ha sido posible vender por dificultades de titulación.

Esto no obstante, parece que los señores administrador y herederos de aquella ilustre señora, con la nobleza de miras que les caracteriza, y a fin de que la causa de la beatificación no sufra retraso alguno por falta de recursos, están dispuestos a facilitar las cantidades que al efecto sean necesarias, anticipándose así al cumplimiento de las disposiciones testamentarias de su causante.

Ha abjurado los errores de la secta evangelista y recibido en Valencia el sacramento del Bautismo, el distinguido caballero alemán William Martini.

Leemos en una correspondencia de *Le Monde*:

* Con el fin de construir una nueva Bolsa, se han hecho en el convento de San Francisco, situado en Oporto, grandes trabajos, que dirigía un jurisperito de los más reputados de la ciudad.

* Se juzgó necesario abrir una puerta de comunicación entre la iglesia profanada entonces, hecha almacén de varias mercancías, y el nuevo edificio. Para ello era preciso destruir un altar donde estaba un precioso y notable cuadro de la Virgen.

* Los obreros, que por tradiciones de familia estaban habituados a venerar esta imagen de la Virgen, y muchas veces habían visto a sus madres, esposas y hermanas arrodilladas allí en sus penas y aflicciones, se negaron resueltamente a proceder a la demolición.

* El magistrado, después de reprocharles lo que llamaba superstición, tomó de manos de un obrero una piqueta, y dando el primer golpe, hirió a la imagen en mitad del pecho; pero en el mismo instante, dejando caer la piqueta, retrocedió, dando un grito de dolor y protegiéndose los ojos con ambas manos.

* Se había quedado ciego, y así ha continuado hasta el último día de su vida. El altar no ha sido demolido; en la iglesia, que es magnífica, sigue el culto, y hemos podido ver en el cuadro de la Virgen la señal que dejó la piqueta.

* Este suceso ha aumentado en Oporto la devoción de los fieles, y en las familias del pueblo se comenta durante las íntimas conversaciones, en las que, sin apercibirse de ello, se va haciendo la educación de los hijos.

No hace mucho tiempo un venerable religioso pidió a los católicos del mundo entero se dirigieran a Su Santidad, a fin de que en recuerdo de su Jubileo Sacerdotal hiciera extensiva a todos los Sacerdotes del mundo católico el privilegio de decir tres Misa el día de los difuntos, en sufragio de las benditas ánimas del purgatorio. A esta súplica se unieron multitud de Obispos y fieles de todas las naciones. Ahora Su Santidad ha accedido benignamente a esta súplica, procurando múltiples sufragios a las ánimas benditas por la triple celebración del Santo Sacrificio de la Misa.

Según leemos en un periódico barcelonés, D. Luis del Pino y Doña Enriqueta Cullen, maestros de la escuela laica de Manresa, se han adherido incondicionalmente a la Iglesia, y protestando de los errores profesados hasta ahora, han pedido perdón del escándalo y mal que han hecho y se proponen, con la ayuda de Dios, reparar este mal hasta donde sea posible, abriendo enseñanza católica en la misma ciudad de Manresa. ¡Quiera Dios que todos los que en España se hallan en las sombras del error imiten tan hermoso ejemplo y abran los ojos a la luz de la verdad!

Leemos en el *Osservatore Romano*:

* Anoche, poco antes de las ocho, sonó una fortísima detonación hacia la parte de la columnata de San Pedro que mira al Santo Oficio. Había estallado un petardo.

* La guardia de custodia, única que velaba al pie de la puerta de bronce, acudió; pero evidentemente esta primera bomba había sido disparada un poco lejos del palacio Vaticano para atraer y distraer a la guardia, pues en efecto, apenas este diminuto simulacro de fuerza pública hubo abandonado su puesto, hizo explosión un segundo petardo junto a la puerta de bronce, y luego dos más bajo la parte de columnata que está frente a la calle de Porta Angelica. El ruido fué espantoso.

* Que se tramaban demostraciones contra el Vaticano, como miserable protesta contra las ideas de pacificación, todos lo sabían, y adivinaban todos que se manifestaría aquella protesta de un modo digno de los enemigos del Pontificado y del país; pero el Gobierno no lo ha sabido, o no lo ha querido saber, y para rechazar los atentados de los que saludan la brecha de la Puerta Pia como el primer paso para una brecha en los muros del Vaticano, deja un solo guardia. La responsabilidad de la indigna infamia se halla, pues, repartida entre los desconocidos malhechores y el Gobierno.

Los hermanos Maristas se acaban de instalar en Mataró (Cataluña), en el local ocupado actualmente por las Escuelas nocturnas católicas.

Esta Congregación religiosa, muy querida y respetada en todas las naciones donde se halla establecida, está dedicada exclusivamente a la enseñanza primaria, y tomará a su cargo las Escuelas católicas nocturnas, las cuales continuarán siendo completamente gratuitas, y además abrirán una escuela primaria diurna, donde se enseñará, además de religión y primeras letras, lenguas, clases de adorno y carrera comercial.

Dicha Escuela se inaugurará uno de estos días. También en el próximo mes de Octubre se inaugurará en Tarifa una Escuela de niños, que estará a cargo de las Hermanas de la Caridad.

Dentro de pocos días se celebrará en Usurbil (Guipúzcoa) una ceremonia religiosa entre una familia.

Acaba de consagrarse en Vitoria el joven sacerdote D. José María de Zatarain, y cuando diga la primera misa en la iglesia de Usurbil, será ayudado por sus dos hermanos, sacerdotes también, y predicará el sermón de rúbrica otro hermano, que es fraile carmelita en Vizcaya.

NECROLOGÍA

Han fallecido recientemente:
En Santa Margarita (Baleares), el Presbítero Don Martín Roca y Réus.
En Santiago, el Presbítero D. Francisco Taboada Santos.
En el lago Nyanza (África), el Padre Giraud, miembro de la Sociedad de Misioneros de Argel.
En Lluymayor, Sor María del Calvario Mestre, Superiora de la Casa de Caridad de aquella población, después de ejercer durante treinta años su piadosa misión.
En Palma, la Hermanita de los Pobres Sor Basilia de San José.
En el Colegio de Chamartín de la Rosa, la reverenda Madre Camila Parmentier, Vicaria general en España de la comunidad de religiosas del Sagrado Corazón de Jesús.
Pertenece a una familia distinguida de Bélgica y hacía veintidós años que se encontraba en España consagrada a la enseñanza de niñas.

MUEBLES DE MADERA CURVADA

THONET UNICOS INVENTORES

Nuevas rebajas desde 1.º de Abril de 1887.
Nuevos modelos Patent núm. 38.220.
Depósito en Madrid: Plaza del Angel, 10.

ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.





EPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 29. — Madrid 15 de Octubre de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Six meses.....	32 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Six meses.....	17 1/2 ps. fr.
Un año.....	34 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Six meses.....	11 fr.
Un año.....	22 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Six meses.....	3 ps. fr.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por M. Ocasio y Bernard. — *Los grabados*. — *La Ilustración*. — *La Perla de Apila*, por José Hernández y González. — *La visita de la vieja*, por María de la Peña. — *La teca blanca*, por el Visconde de... — *Nuestra Señora de Pastoria*, por Antonio de la Iglesia González. — *Contrastes*, por Vicente Hernández de Castro. — *El Arte Religioso*, por M. de A. — *Jubiléo Sacerdotal de Su Santidad León XIII*. — *Bibliografía*. — *Noticias*. — *Necrología*.
GRABADOS. — *Monseñor Víctor Marechal*. — *Una tormenta en el monte*. — *Santa Teresa de Jesús*, estatua atribuida a Gregorio Hernández.

LA DECENA

Las noticias recibidas de Roma permiten abrigar la consoladora esperanza de que la epidemia cólera haya tocado á su término: el decrecimiento de la misma durante los últimos días y el cambio estacional parecen fundamento bastante para esta esperanza, que puede contribuir en gran manera á las solemnidades preparadas para celebrar el próximo Jubileo Sacerdotal del sabio y virtuoso Pontífice que hoy rige los destinos de la católica Iglesia. El *Osservatore Romano* demuestra con datos estadísticos de la mayor autenticidad, que el número de nacimientos excede al de defunciones, y que éstas no pasan de treinta diarias, por término medio, cifra muy inferior relativamente á la que arroja la mortalidad de Madrid... con epidemia y sin ella.

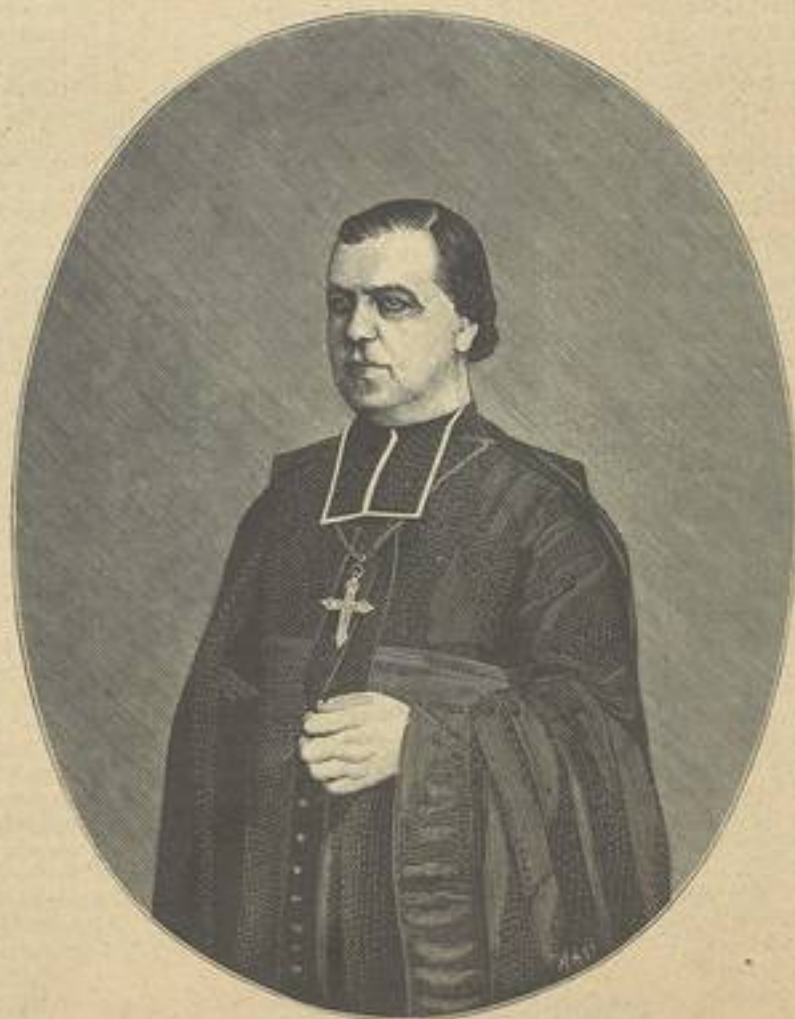
También merece señalarse como dato consolador la entrevista del Ministro Crispi en Frederichsruhe con el Príncipe de Bismark, y no seguramente porque en ella se haya tratado, como algunos han creído, de la reconciliación del Vaticano y el Quirinal, ó al menos de la concesión al primero de efectivas garantías, sino porque la alianza de Italia con los imperios de Alemania ha de comprometer á aquella á seguir política más conservadora y enérgica y á evitar los desbordamientos de la demagogia, que á pruebas tan rudas y dolores tan grandes ha sometido á todos los buenos católicos.

«Traigo la paz de Europa», cuentan que dijo Crispi á sus compañeros de Gabinete al pisar el suelo de Roma; pero la paz á que se refería no era, no podía ser otra que la paz material, esa paz que fomenta los mutuos recelos de todas las potencias y que sostiene á Bulgaria, presa de sus luchas intestinas y de sus interinidades de Gobierno, sin que el cañón ruso anuncie la anulación del Principado y la consiguiente conflagración europea; pero la paz moral, la paz de las conciencias, el Ministro del Rey Humberto no puede llevarla á Roma en són de triunfo, ni pedir albricias por ella á los demás Ministros. Esa paz vendrá, cuando sea su hora, por otros caminos.

Tenemos en Madrid numerosa y brillante representación de las literaturas extranjeras. El Congreso literario internacional celebra una de sus sesiones anuales en la capital de España, y literatos nacionales y extranjeros discuten los problemas relacionados con la propiedad intelectual. En este punto, España, marchando á la cabeza del verdadero progreso, fijó en sus leyes la propiedad literaria, por toda la vida del autor y ochenta años después de su muerte, y los escritores extranjeros, al votar como primer acuerdo la adopción de la ley española, sancionan con su autorizada opinión el adelanto debido en este punto á la Sociedad de Escritores y Artistas de España. Sirva este título de gloria como compensación de los desaciertos que en otros puntos haya podido cometer la Asociación mencionada.

Lo sensible será que nuestros ilustres huéspedes, acostumbrados á estudiar la España moderna en las obras de Dumas, Gautier y Roger de Beauvoir, den mayor crédito á las mismas que á sus propios ojos, y se obstinen en estudiar de cerca y á todo trance el mundo de manolas, toreros y guapos con que han soñado, y sigan creyendo que las duquesas llevan navaja en la liga y que se hace un mal papel en sociedad no adicionando al traje de etiqueta un sombrero calañés ó una manta jerezana.

Algunos extranjeros ilustres dedicaron su primera visita á un café de cante flamenco, otros soñaron con asistir á una corrida de toros, y todos concurrirán sin falta á la función que se prepara en el teatro de la Alhambra para oír sevillanas y malagueñas, peteneras y seguidillas. Con estas diversiones, los banquetes oficiales y particulares, las expediciones artísticas á Toledo y otros puntos y las visitas á los teatros, los extranjeros habrán acreditado que se puede aprovechar bien el tiempo. Conveniente será que los encargados de servirles de guía les indiquen á la vez el camino de nuestros museos y establecimientos docentes, las fundaciones de beneficencia y caridad, los asilos y hospitales, para que, conociendo de veras á España, no digan que nuestras damas tienen «sangre de toro», ni que las clases aristocráticas «salen á la Puerta del Sol, apenas se anuncia la no-



MONSEÑOR VÍCTOR MARECHAL, OBISPO DE LAVAL.

che, para bailar el fandango al resplandor de la luna.

Si tanto conseguimos, el resultado de la celebración del Congreso será más inmediato y mayor de lo que podría prometerse de los debates de algunos puntos literarios, y podremos dar por bien empleados los gastos que se hagan de oficio y hasta la representación que se arrojan las personas pidiendo de los verdaderos escritores que no poseyendo una fortuna se ven imposibilitados de asistir a banquetes y jiras y expediciones, y hasta de intervenir con su voz y su voto en las deliberaciones del Congreso.

Humildemente he de exponer mi opinión de que el Congreso literario debería haber sido público, pudiendo tomar parte en él cuantos presentaran como credencial una obra artística o literaria: los organizadores no lo han creído así, y solamente han exigido a los que deseen intervenir en los debates el pago de una cuota de veinte pesetas.

Si Cervantes viviera, habría sido rechazado del Congreso por no poder disponer de cuatro duros.

Los extranjeros que hoy son nuestros huéspedes hubieran podido asistir a un espectáculo genuinamente madrileño, con sólo anticipar su viaje tres o cuatro días: el de un motín de cigarreras.

Y no así como se quiera un motín de escasa entidad, sino un motín de tres días de duración.

Y hubieran visto a siete mil mujeres apoderadas de la fábrica y destruyendo pisos, tejados y almacenes, sin que nadie les fuera a la mano; hubieran visto a los individuos de la benemérita Guardia civil aguantando improperios y ladrillazos de las rebeldes y sin abandonar el estoico cumplimiento de su deber de mantener despejada la vía pública; hubieran visto a la autoridad superior de la provincia recibiendo a las parlamentarias de la rebelión, y por último, habrían tenido ocasión de ver a la empresa arrendataria transigiendo con el motín, sacrificando a un celoso funcionario y concediendo cuanto le pedían, armadas de cascotes y ladrillos, las cigarreras.

Por extraño capricho de las circunstancias, en la última rebelión se ha unido el grito de ¡Muera Camacho! y ¡Que nos traigan a Camacho! al de ¡Viva el Gobierno! Es posible que por vez primera se registre en nuestra historia un motín al grito de ¡viva el Gobierno! Pero no debe farse mucho; si el motín se reproduce, y en cumplimiento de su deber ampara el derecho de la empresa arrendataria y sostiene el orden por los medios de que dispone toda autoridad constituida, pronto serán sustituidos los vitores por otros gritos menos agradables. De todas suertes no resulta muy claro eso de vitorear al Gobernador de la provincia y apedrear a sus agentes y delegados: por lo menos así lo habrán pensado éstos durante el tiempo en que hayan tenido que estar curándose las contusiones sufridas en el cerco de la fábrica de Tabacos de Madrid.

¡Y pensar que todo esto parará en que encarezca y empeore el género...

Completamos este asunto con algunas noticias curiosas:

En la Fábrica Nacional de Tabacos de Madrid puede calcularse la elaboración mensual en 290.000 kilos de tabaco picado, 700 millares de cigarrillos conchas, 1.500 a 1.600 millares de peninsulares de medio real, 1.000 millares de los de 10 céntimos y 6 millones de cigarrillos entre comunes y entrefuertes.

Si las anteriores noticias acompañasen a los boletines demográfico-sanitarios, quedaría explicada en gran parte la excesiva mortalidad de Madrid, porque eso de fumarse al mes un millón de cigarrillos de diez céntimos y millón y medio de los de medio real, no hay población que lo resista. Todo esto sin contar con las cajetillas de picado y las montañas de cigarrillos de papel, que tanto consumo alcanzan.

Como dato estadístico no deja de ser curioso; pero el estudio de las labores de la fábrica requiere desde luego otros muchos informes.

Era preciso saber qué cantidad de ladrillo entra en cada kilo de picadura, cuántos restos de almuerzos se diseminan entre las hojas de los llamados puros, los periódicos que hechos pedacitos aumentan la cantidad de la materia elaborable, los clavos que se envuelven entre capas de tabaco, las mil y mil materias orgánicas, minerales y vegetales que entran en la elaboración.

Yo conozco a quien ha tenido la paciencia de desliar los cigarrillos del estanco, y ha logrado por este procedimiento formar un curiosísimo Museo de materias de todas clases: pías de peine, rasas de sardinas, cadáveres de gran número de animales, preparados de la botica, cáscaras de frutas verdes y rabos de las secas. En los puros es más difícil la investigación; pero recientemente he encontrado en uno de ellos una cédula de vecindad y un clavo de cabeza redonda. Es posible que, realizando un estu-

dio más detenido, se pudiera encontrar algún objeto de verdadero valor artístico e histórico, ya que no tesoros, porque las cigarreras no acostumbran a llevarlos a su trabajo.

Hay quien afirma que el tabaco de la Fábrica de Madrid es más puro que el de las restantes, afirmación difícil de creer, a menos de que hayamos de convenir en que en éstas no entra para nada el tabaco.

Y sin embargo, por muy malo que sea, como lo es, el tabaco oficial, aun es peor, mucho peor, el que nos sirven de contrabando, ya le llamen argelino, ya alemán, ya se atrevan a asignarle una procedencia habanera. De aquí que cada vez que surge un motín, se reforma el sistema de elaboración o se modifica de alguna manera lo existente, hayamos de exclamar, clavando los ojos en el cielo:

— ¿Qué nos tendrá reservado el porvenir? ¿Acabaremos nuestros días fumando esparto o hojas de patata...?

En el teatro de la Zarzuela se ha cantado en castellano *La romería de Ploemel*; Manuel del Palacio ha hecho la adaptación de la letra, y los cantantes del teatro de la calle de Jovellanos han puesto de manifiesto sus grandes deseos y sus nada vulgares dotes. Pero el público no ha premiado estos sacrificios.

En el teatro de la Comedia, Emilio Mario ha inaugurado la temporada con *El sí de las niñas*, que ha sido bordado primorosamente por dicho actor y Elisa Mendoza é hilvanado con cariño por la Guerra, la Martínez, Tamayo y Sánchez de León. Pero la obra no ha dado tampoco dinero y hasta hemos oído preguntar bostezando en un palco bajo:

— ¿De quién es la obra que representan?

En cambio, en Novedades falta siempre espacio para la gente que quiere oír *La gran vía*, y la popularidad de la misma es ya tanta, que ha tenido nueva encarnación en el teatro Guignol, donde los muñecos representan todas las noches, entre los aplausos de la concurrencia infantil, la obra de Pérez, Chueca y Valverde. Los teatros de hora se ven siempre llenos de gente; suceden los estrenos y multiplican las osadías pornográficas, y tal camino lleva el teatro y tales derroteros sigue, que dentro de poco será forzoso desistir de presenciar los espectáculos escénicos por ser incompatibles con la inocencia y el pudor.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

MONSEÑOR VÍCTOR MARECHAL, OBISPO DE LAVAL.

El virtuoso Prelado francés, cuyo retrato damos en este número, había nacido en Conflans en 10 de Octubre de 1838. Fue ordenado en Versalles en 1862, y nombrado en el mismo año Vicario de San Siforiano; misionero apostólico en 1865; Cura de Villa de Avray en 1875; Dean de Monfort l'Amaury en 1878; Arzobispo de Coëbeil en 1887, y preconizando Obispo de Laval en Julio del corriente año.

Ha muerto, pues, muy joven aún, y sin haber podido beneficiar al pueblo y entrar en la Catedral más que una vez. Sus virtudes, entre las que sobresalía la caridad, habrán recibido ya en mejor vida el premio reservado por el Eterno.

UNA TORMENTA EN EL MONTE.

Los autores del grabado que publicamos bajo este epígrafe han sabido expresar con tanta sencillez y verdad la escena que se propusieron, que toda descripción resulta innecesaria. Una tormenta en el monte constituye un precioso paisaje, lleno de sombras grandiosas.

SANTA TERESA DE JESÚS.

(Estimada atribuida a Gregorio Hernández.)

En el Museo provincial de Valladolid se conserva esta bellísima estatua, atribuida al insignie artista Gregorio Hernández, y que ofrece marcadas bellezas de ejecución, ya que, por no haberse retratado la Santa hasta una edad muy avanzada, no podría certificarse el carácter de sus facciones a la edad juvenil en que el artista la representa.

En estos días en que la Iglesia conmemora el recuerdo de la Santa Doctora, LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA cree deber asociarse a ella, reproduciendo una de sus mejores imágenes y una de las poesías más inspiradas que se han consagrado a la Perla de Avila.

LA HECHICERA

A siguiente relación, que tomamos de una carta del Vicario apostólico del Zanguebar a los asociados de la *Santa Infancia*, ha de ser leída, sin duda alguna, con vivísimo interés por nuestros lectores.

«Hallábame, dice el autor de dicha carta, sentado, en compañía del Padre encargado de la Misión, en una de estas galerías descubiertas, que en los países calidos de Europa existen junto a las casas, a las cuales llaman cobertizos.

«La atmósfera estaba serena, y la brisa apenas era perceptible, refrescándose a medida que se descendía del caldesado desierto. A nuestros pies blanqueaba el río acá y acullá con luminosas sabanas de agua, en las que se reflejaba la luna como en un grandísimo espejo. Su globo avanzaba lentamente en un limpio azul que iluminaba aún su serena claridad.

«No hace mucho tiempo, me decía el P. Mevel, Superior de la Misión, estábamos sentados mi compañero y yo en este mismo sitio y a esta misma hora. Las últimas notas de la oración de la noche acababan de resonar en la capilla; pero los acentos de las voces que alaban a Dios en la soledad se prolongaban aún en nuestras almas, que seguían silenciosamente adorándole y rogándole.

«¿Cuándo conseguiremos convertir a estos pobres salvajes? — me decía yo. — ¿Cuándo oiremos en estas aldeas diseminadas en la llanura los cánticos que entonan nuestros niños y que tanto gustan a los mismos paganos?

«Sacóme de estas reflexiones mi compañero, diciéndome: «Escuche usted, escuche usted...; sí, es el refrán de la hechicera... no hay duda, es el refrán de la hechicera.»

«Aplicué el oído y no oí nada; pero después de una ligera pausa empezaron de nuevo a cantar, resonando allá lejos estas siniestras palabras que oímos distintamente:

Este año a la hechicera
La quemaremos, a la hechicera...

«Entonces pudimos distinguir también algunos golpes del *tamtam*, tambor africano, que nos sacaron de nuestro encogimiento. Era, en efecto, la danza del *Pepo* y el refrán de la hechicera.

«Ya sabíamos lo que presagiaba esta danza nocturna, porque no era la primera vez que la habíamos presenciado de lejos. Después de nuestra llegada a este país, cinco víctimas humanas habían sufrido el suplicio de la hoguera, sin habernos sido posible librarlas de tan bárbara muerte, si bien habíamos conseguido bautizar a tres, logrando así por lo menos que se salvaran sus almas.

«Aleccionados por los casos precedentes, prosiguió el Padre, al día siguiente muy temprano dí los pasos necesarios para salvar, si era posible, a la infeliz desconocida de la víspera. Me encaminé, pues, directamente a casa del gran jefe, y esperé para hablarle del motivo que allí me llevaba, el fin de la visita y el momento en que me viera solo con el cuando saliera a acompañarme hasta la puerta de su aldea.

«¿Qué, le dije yo entonces, ¿vas a dejar quemar otra mujer?

«¿Qué quieres, Padre, yo soy el *Mwony mku* (gran jefe); pero no soy el *Gangamkusa* (gran adivino). A mi voz todo el mundo obedece y acudí a combatir al enemigo, ya esté armado de fusil o de zagaya, ya sea *Islamita*, *Mafiti Mhehe*; porque ven que el enemigo es un hombre. Pero para combatir al enemigo invisible, el *Pepombaya* (espíritu malo) y la hechicera que echa los sortilegios, sólo el *Ganga* es obedecido.

«Pues qué, ¿el Ganga no te debe sumisión?

«Ciertamente, y sin embargo manda más que yo, y a mí mismo me infunde temor y respeto.

«Así, pues, ¿yo no podré salvar a esta infeliz mujer?

«Puedes hacer como con las otras que se quemaron. ¿No me has dicho tú mismo que habías salvado sus almas derramando agua sobre sus cabezas?

«Pues bien, ¿dónde está esa mujer? Conduceme junto a ella. Puesto que dices que te es imposible salvar su cuerpo, ayúdame al menos a salvar su alma.

«Eso sí, vamos.

«Largo tiempo marchamos juntos por un verdadero laberinto, donde se cruzaban lo menos veinte senderos. Deteniéndose al fin a la puerta de una aldea, mandó a decir que estaba allí en compañía del blanco.

Presentóse al momento el jefe de la aldea y nos introdujo al instante. A las puertas de las cabañas se hallaban agrupados muchos hombres y mujeres, cuyas fisonomías no me eran del todo desconocidas. Todos estaban muy ocupados en los preparativos de una comilona, lo cual no impidió que fijaran su atención en nosotros mientras que mis conocidos me invitaban a tomar parte en su modesto festín.

«El blanco es hombre de buen corazón, decían algunos; sin duda ha venido porque tiene compasión de la hechicera y trata de salvarla.

— «Sí, sí, repuse yo; ¿dónde está la hechicera? Dejámela ver, porque me inspira mucha compasión».

«Entonces se abrió el grupo que la ocultaba, y vi a la pobre infeliz, cuyos ojos se fijaron en mí con singular expresión de angustia y de esperanza a la vez. Estaba sentada en el suelo, con los pies y las manos atadas a un poste, contra el cual se recostaba. Todo su cuerpo estaba amoratado por los golpes recibidos la víspera, y todos sus miembros se hallaban cubiertos de una especie de ungüento blanquecino, producido por la ceniza candente que le habían arrojado durante la siniestra ronda de la danza del Pepo».

— «¿Cómo! ¿Eres tú? la dije al verla. Porque, en efecto, esta era la negra compasiva y afable que más de una vez me había ofrecido de beber cuando en mis visitas apostólicas había pasado por su aldea».

— «Sí, me contestó compungida. ¿Qué he podido yo hacer para merecer semejante suerte? Nada... sino que la hija del jefe de mi aldea ha muerto al dar a luz un hijo, y el Ganga me ha acusado de ser causa de su muerte: ahora tú sabes lo que me espera».

«No pude menos de echar una profunda mirada de compasión a esta desventurada. En torno mío reinaba el más completo silencio, y sólo pude oír esta reflexión que en voz baja se hacían los negros: «Ahí se ve que los blancos tienen un buen corazón...»

«Hablé con ella largo rato, y reuniéndome después al Mwenye-mku, le dije que deseaba saber el día en que iba a tener lugar el suplicio, a fin de prepararla a recibir el santo bautismo».

— «No sé todavía el día que el Ganga habrá fijado, me respondió; pero seguramente lo sabré mañana: de consiguiente, puedes estar tranquilo, que ya te avisaré».

«Al día siguiente encontré un enviado de Mwenye-mku anunciándome que el Ganga había dispuesto la ejecución».

«Excusado es decir que todas mis oraciones y la misa fueron especialmente para esta desventurada catecúmena. Provisto de un frasquito con agua bautismal, partí a una hora conveniente, acompañado de varios cristianos; y habiendo encontrado en el camino al gran jefe, que venía a buscarme, nos juntamos con él».

«Poco tiempo tardamos en llegar a una especie de encrucijada, donde había un añoso árbol. Parecieron el sitio propicio, y allí empezaron los preparativos de la ejecución. Los unos se entregaron a recoger ramas secas, mientras que los otros las iban disponiendo en forma de lecho, reservando cierta cantidad para cubrir el cuerpo de la condenada».

«Desde que dieron principio los preparativos le habían puesto una mordaza. Como yo deseaba y tenía aún que hablar con ella, previne al gran jefe, el cual ordenó que se la quitaran».

«Apenas se vió libre de este instrumento, prorumpió en quejas y llanto».

— «¿Ser quemada viva! — exclamaba con tristísima amargura. — ¡Ay! ¿qué he hecho yo para merecer esta muerte...? ¿Por qué no habré perecido traspasada por la zagaya de los Mafitis...? ¡No, no soy yo la hechicera que maldicen...! Jamás he hecho ningún mal a nadie. Pero me veo sola, soy débil... y esto es bastante para que me condenen a morir. Vosotros que desodis mi sangre, tomadla, bebedla si de ella estáis sedientos... ¡Pero, por compasión, atravesadme con una flecha de vuestro arco o con la hoja de vuestra lanza...; mas no me queméis...!»

— «Hija mía (que así podía llamarla ya), hija mía, le dije yo, ánimo, sométete... Esa hoguera, como ya te he dicho, te preserva de un fuego que te hubiera devorado sin consumirse jamás. Dios te abrirá sus brazos por encima de esas llamas...; no las temas, pues; tus sufrimientos sólo durarán un instante, y pasarás luego a gozar de la verdadera felicidad sin fin».

— «¡Ah! Ayer te pedí el dawa que impide la muerte del cuerpo...; no, no, déjame morir, pero dame el dawa que nos hace vivir con Dios».

«¿Podía yo desear mejores disposiciones...? Entonces, inclinando un poco su cabeza, derramé sobre ella el agua regeneradora... Ya era cristiana y podía morir».

«Cuando me incorporé, Maryamu (María, nombre que yo la había dado) me miró fijamente, me envió una sonrisa y se echó a mis pies para besarlos, haciendo lo mismo con las manos. Todos contemplaban esta escena con silencioso asombro».

«Cuando se acercaron para volver a ponerle la mordaza exclamó:

— «Nada temáis, no os maldeciré más. El hombre blanco me ha dicho que para subir al cielo es preciso perdonar a sus verdugos. Vosotros lo sois míos, pero yo os perdono».

«Ya estaba preparada la hoguera. Los tambores comenzaron su infernal estruendo. Las calabazas llenas de *ponché* pasaban de mano en mano. Desafogados aullidos entonaban ya el lúgubre refrán de la hechicera:

Este año a la hechicera
La quemaremos, a la hechicera...

«Organizábase la danza, y todo parecía dar a este espectáculo, tan terrible en sí mismo, esa satánica marca que le distingue de los demás».

«Permanecí allí hasta el fin para no dejar abandonada esta alma que acababa de regenerar, precisamente cuando más necesitaba de ser fortalecida con la oración. Me puse, pues, a rezar el Rosario, siguiendo con los ojos arrasados en lágrimas los ritos lúgubres de este sacrificio inhumano».

«Conducida entonces junto a la pira Maryamu, subió sola, y sin ayuda se tendió como en una cama; y sin resistencia, aunque con la repugnancia de un pudor cristiano, se dejó despojar de sus vestidos, que suspendieron de las ramas de un árbol inmediato. Quitáronle la mordaza, y luego quedó cubierto su cuerpo con un montón de ramas secas».

«En seguida dieron fuego a la leña por el lado en que tenía sus pies, a fin de que las llamas se extendieran de allí y fueran ganando sucesivamente todas las partes del cuerpo. ¡Qué barbarie...!»

«Me parece que sentía yo todos los dolores de mi desventurada Maryamu, cuyos gritos eran tan desgarradores que partían el alma... A veces se la oía llamar a alguno de los jefes o algunas de las personas allí presentes: otras prorumpía en apagados gemidos o en sonidos inarticulados».

— «¡Mungu! ¡Mungu! — exclamó por última vez, sin que se pudiera distinguir otra palabra. Por otra parte, los tambores redoblaban cada vez más fuerte, y la ronda infernal daba vueltas aullando con una suerte de frenesí indescriptible».

«Horrible detalle! Antes de que el fuego y el humo ocultaran toda la pira, se la veía moverse a impulso de las crispaciones del cuerpo humano que se retorció en las llamas».

«Por fin, al cabo de unos tres cuartos de hora se dejó oír una explosión que produjo el cráneo al reventarse. Maryamu estaba ya muerta. Esta detonación, que se produce siempre en esta suerte de suplicios, era la señal que debía marcar el fin».

«Entonces se retiraron todos. Por lo que a mí toca, no sé ni cómo pude llegar a la Misión, porque estaba con el corazón hecho pedazos».

LA PERLA DE ÁVILA

ROMANCE HISTÓRICO I.

(1515-1582)

I

Dentro del líquido espacio
que recata sus riquezas
de las cristalinas aguas
bajo la bóveda inmensa,
en el fondo de una concha
al exterior ruda y negra,
en rico lecho de nácar
se cría la madreperla.
Submarinos vegetales
con tierno abrazo la estrechan,
y en torno suyo se ciernen
con voluptuosa indolencia,
peces de variadas tintas
y brillantes escarcelas
de plata y oro, que esmaltan
lucos en color diversas.
Mas llega un día en que el buzo
burla del mar la soberbia,
y hasta el abismo descende
para arrancarle su perla.
Entonces al mundo sube,
se incrusta en la real diadema,
y allí el esplendor preside
de las humanas grandezas.
Así de un severo claustro,
bajo la bóveda estrecha,
la perla de Ávila esconde
un hábito y una celda.
Hay de su sencilla historia,
en las páginas primeras,
indicios de que en el claustro
no es el mundo quien la encierra.
Para agrardarle, tenía

sangre de antigua nobleza,
carácter dulce y alegre,
ingenio, virtud y hacienda.
Diz que alguna vez el viento
llevó a su guardada reja
más de un eco enamorado,
más de una santa promesa,
y aunque siempre recatada
y siempre digna y discreta,
brillaba en sus negros ojos
un alma honrada y risueña,
lago tranquilo que el cielo
con vivas luces refleja,
espejo resplandeciente
del candor y la inocencia.
Sin duda al mirar al mundo
fijó su impresión primera
toda la luz que le inunda,
la armonía que le alegra,
y el aliento a cuyo impulso
gira por su órbita inmensa
entre mil globos de fuego
que en derredor centellean,
y adormecida al encanto
de las mundanas quimeras,
pensó en la vida del siglo,
imaginándola bella.
Amaneció un día oscuro;
llorando a su madre muerta,
gustó la primer ponzoña
de las humanas miserias.
Avaro su padre de honra,
porque su orfandad no fuera
a su virtud un tropiezo,
la cobijó en una celda,
y al entrar, le dijo al mundo:
«Adiós; mi regreso espera,
que tengo un alma harito grande
para cárcel tan estrecha».
Vió acaso allí desde lejos
lo que antes tocaba cerca,
y halló pequeñez notoria
lo que estimara grandeza.
Tal vez al umbral del templo,
envuelto en harapos, viera
de lágrimas y dolores
vivo y terrible poema.
Acaso allí entró del alma
en las regiones inmensas;
agua bebió de la fuente
de las dulzuras eternas,
y al volver la vista al mundo,
le dijo: «Tu vida es negra,
tus horizontes mezquinos,
adiós; espera mi vuelta».
La soledad es su encanto,
su dicha mayor la celda,
que allí romper puede el dique
de la pasión más intensa.
De su corazón, herido
por milagrosa saeta,
brotó un torrente de fuego
que el sentido la enajena,
y como sube entre el humo
la enrojecida pavesa,
así con su alma candente
el débil cuerpo se eleva.
A veces postrada, inmóvil,
sin color, rígida y yerta,
parece triste despojo
que a la muerte lisonjea,
en tanto el alma domina
del sol la esplendente hoguera,
las fantásticas regiones
de la luz y las tinieblas,
y tiende tan alto el vuelo,
que a lo infinito se acerca,
do vaga como perdida
en su insondable grandeza,
como en medio del océano
flota la astilla pequeña
que en el naufragio de un buque
arrebato la tormenta;
y cuando el color asoma
en sus mejillas de cera,
y sus labios se entreabren,
y su corazón alienta,
conserva una luz tan clara,
una pasión tan intensa,
que bien conoce ser otra,
que no delira ni sueña,
pues trae señales el alma
que son conocidas prendas
de amor divino, y no es dable
soñarlas sin conocerlas.
Pero ¿qué le importa al mundo
que, entre lirios, aparezca
la túnica pura y blanca

de una sencilla azucena?
Nada; ni aun recuerdo tiene
de la mujer que en su celda
vive como en el océano
la desconocida perla.

II

Llega el tiempo señalado
en que ha de mostrar Teresa
el escondido tesoro
que en su corazón se encierra.
Luce el día en que se arma
su brazo de fortaleza,
en nombre de Dios blandiendo
todo el poder de su diestra,
y presentándose al mundo,
le pide con voz severa
matronas de alto linaje,
la flor de hermosas doncellas,
y santos edificios,
y privilegios, y haciendas,
para ofrecerlo a María
sobre las cumbres excelsas
del Carmelo, do la Virgen
sus sacros votos espera.
A los conventos antiguos
con paso firme se acerca,
para ahuyentarles el sueño
que sus virtudes enerva,
y sin rendirse al cansancio,
va por ciudades y aldeas
sustentando su demanda
con vigorosa insistencia.
¿Quién parará la corriente
de un río que se despeña?
¿Quién arrancará los montes
de sus raíces de piedra?
Una mujer sola, pobre,
abandonada y enferma,
es la que, a Dios invocando,
acomete tal empresa.
Todo el poder del infierno
se vuelve febril contra ella;
arma el mundo sus desdenes,
su compasiva insolencia,
sus burlas y sus denuestos
y sus infames blasfemias;
mas atrevida y constante,
lucha invencible Teresa,
y al mundo espantado toma
con la flor de sus doncellas
sus codiciados tesoros,
sus casas y sus haciendas.
A su voz se alzan los templos,
los nuevos claustros se pueblan,
y se abren a la reforma
de los antiguos las puertas.
Pero aun es poco; es preciso
que su potente voz sea
de muchos siglos oída;
que sus prodigios se extiendan
hasta el hogar no encendido
de las gentes venideras.
Mándanla escribir; se rinde
a impulsos de la obediencia,
y al papel confía el fuego
de su inspiración excelsa.
Aquel papel baja al mundo,
hace gemir a la prensa,
llega al retiro del sabio,
y el sabio admira su ciencia.
Pasa sin arder los muros
de la Inquisición severa;
bajo la nave del templo
su ardiente elogio resuena,
y al pasar entre las manos
del artista y del poeta,
les inflama, les subyuga,
sus concepciones alienta,
y sus obras vivifica
y a nuevos triunfos les lleva.
¿Qué va en el papel escrito?
¿Qué magia tienen sus letras?
Secretos del cielo guarda,
cantos del cielo muestra.
Son sus palabras más dulces
que la labor de la abeja,
mucho más enamoradas
que las sentidas endechas
con que la tórtola arrulla
al pie del sauce sus penas;
más blandas que el cefirillo
que entre flores juguetea,
besándolas con tal arte
que no las mueve siquiera.
Son mucho más armoniosas
que el gorjeo en la selva

jilgueros y ruiseñores,
sombra gozando en la siesta.
Sus conceptos esplendentes,
más que el alba en primavera;
sus pensamientos, más altos
que el vuelo del ave reina.
De fuego son sus palabras,
y los corazones queman.
Tanto su fe resplandece,
que la transmite y sustenta,
cual se transmite el incendio
en mies apretada y seca.
Del corazón, los arcanos
tan bien conoce y enseña,
que todos dicen: «el mío
fue adivinado por ella»;
bien los latidos conozco,
que un día me sorprendieran
manteniéndome a mí mismo
su aspiración tan secreta,
que me arrastré por seguirla,
sin llegar a comprenderla.*
Subyuga el entendimiento,
de las almas se apodera,
y hasta su Dios las conduce
con irresistible fuerza.
Esto hace el papel escrito;
esta magia hay en sus letras.

III

Teresa de Jesús muere,
pero no como en la tierra
el poderoso magnate,
cuyo recuerdo semeja
el tránsito de la sombra
que un humo fugaz proyecta.
Su alma hermosa se desprende
del cuerpo que la encadena,
lo mismo que de la concha
un día arrancan la perla,
para engastarla en el oro
de la corona de un César.
El mundo que la olvidará
dobla la rodilla ante ella,
porque el sucesor de Pedro
dice a la faz de la Iglesia
que en la mansión de los justos
entre los santos se sienta,
y mil prodigios confirman
su declaración por cierta.
Por sus obras, los doctores
la reconocen maestra,
en su frente colocando
las insignias de la ciencia.
Alza Italia una estatua,
Francia, Alemania, Inglaterra,
y en fin, las naciones todas
nos envidian esta perla
de la virtud castellana,
de las españolas letras.
Mas ¡ay! de la España antigua
tan débil recuerdo queda,
que aunque de honrada blasona,
de ingrata y de injusta peca,
porque a sus hijos olvida
y hasta su nombre desdeña,
si el pedestal de su gloria
guarda en el claustro una celda.

José HERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

LA VISITA DE LA VIEJA

CUENTO



QUERIDA María: Me pides un consuelo que mitigue la intensidad de tu dolor, y aunque lloro contigo la desgracia que te apena, no hallo en mí más que dos palabras: *fe* y *resignación*. Acepta la cruz que el Señor te envía, dobla la cabeza y aguarda... He oído referir un cuento y no puedo resistir al deseo de narrarlo para tí, por si puedes hallar en él una gota de ese bálsamo que me pides y que tan sólo en el cielo se elabora.

Una mujer joven y bella, con los cabellos en desorden, rojos los ojos por el llanto, convulsa y agitada por la forzada vigilia, velaba amante y cuidadosa junto a la cuna de su única hija. La niña, pálida y transparente como una azucena, dejaba escapar de su pecho un quejido lastimoso y triste y sin embargo miraba a su madre sonriendo, como si nada sufriese: la madre la besaba sin cesar, oprimiendo entre las suyas la manecita de la interesante

enferma. Abre la puerta de la sala dando paso a una vieja, de mirada dulce y plácida sonrisa, que sin dejar de sonreír se dirige a la cuna, toma la niña enferma en sus brazos, y haciéndola callar, consigue que ésta esconda en su seno la rubia cabeza, dejándose llevar fuera de la estancia.

En el momento la madre quiere alcanzar a su hija y no puede; quiere asir la falda de aquella osada anciana y escapa de sus manos: la maltrata, la increpa duramente, la maldice, y aquella al huir no se enfada. La pobre madre cree ser presa de un delirio y cierra los ojos: sus temblorosas manos buscan, en vano, sobre la almohada de la cuna vacía la cabeza del alma de su alma; pero tan sólo halla una flor, la cándida azucena. Desesperada, loca de dolor, corre tras de su bien, cruza las solitarias calles de la aldea, y nadie responde a sus lastimeros ayes. Una labradora viene del trabajo, la oye, y se llega a preguntarle:

— ¿Qué tienes, hermosa Lucía?

— ¡Ay, Magdalena, que una vieja me robó la niña enferma, la paloma sin hiel, la flor de mis amores, el espejo en que me miraba, el regalo de mi corazón, el dulce encanto de mi vida, la esperanza de mi vejez! ¡No hay consuelo para mí!

— ¿Lucía, quieres hallar a tu hija?

— ¡Que si quiero, corazón de robie!

— No me maltrates sin ver lo que yo he visto: ven conmigo.

Y asiendo de la mano, la condujo fuera de la aldea.

— Mira; ve hacia Oriente, cruza el valle; y cuando hubieres andado tres días, siempre en la misma dirección, hallarás un lago, y en la opuesta orilla una casita: allí se esconde la vieja que nos robó mi hija y la tuya; pero sufrirás mucho para salvar el lago.

Lucía sin contestar, sin recoger sus lágrimas, sin apagar sus lamentos, se encaminó hacia Oriente: tres días anduvo sin cesar antes de descubrir el lago; pero cual fue su desconsuelo al llegar a sus bordes y verlo solitario! Ni una barca, ni un pescador a quien pedir auxilio. Las aves en los sauces, que se miran en las aguas, contestan con sus píos a las quejas de Lucía; pero ningún ser humano alcanza su vista. Casi desfallecida sentóse en el suelo exclamando:

— ¡Nadie, nadie me socorre! Pececillos que bogáis por las aguas, enseñadme vuestra ciencia: pajarillos que voláis de rama en rama, prestadme vuestras alas. ¿Quién me socorre!

De pronto brilló en su mirada un relámpago de gozo, y por un movimiento rápido cual el pensamiento que brotó en su mente, se puso en pie, y colgándose de las ramas de los sauces, con el peso de su cuerpo logró desgajar bastantes para entrelazarlas con las cintas de su traje y formar un esquife frágil y pequeño, al que una madre tan sólo se hubiese atrevido a confiar su vida.

Con grande esfuerzo logró arrojar al agua la balsa, y remando con una rama, de pie sobre su pobre barquilla se deslizó sobre las aguas sin temor, con firme voluntad.

Vió peces muy lindos que la buscaban como para distraer su pena; halló plantas acuáticas cubiertas de flores convidándola a detenerse. Mas lejos, muy lejos, enturbióronse las aguas, se levantaron olas como en el mar; el viento y la lluvia destrozaron su traje, y los abismos que se abrían semejabán sepulturas. Estaba pálida, aterrada; pero no desmayó, y cuando sentía menguar sus fuerzas, cobraba nuevo brío y exclamaba así:

— No intimidéis el corazón de una madre ¡oh elementos! ¡Venid contra mí, que os desafío! Mi hija me espera, corro, voy allá.

Siguió la pobre joven remando sin cesar, y a la mitad del lago llegó a una isla hospitalaria; pero huyó de allí como de una tentación, siguiendo su camino. El tiempo volvió a serenoarse, lució de nuevo la luz de la esperanza; ya se alcanzaba la orilla opuesta: un esfuerzo más y llega.

Un poder desconocido la conduce hasta la entrada de primoroso jardín; allí crecían, cultivadas con esmero, variedad de florecillas; jamás Lucía las vió más bellas ni de tan vivos colores. En el fondo de aquel jardín se distinguía una chocita tan blanca que parecía formada de jazmines; techada de pajas tan doradas, que Lucía hubiese creído que eran de oro. A la puerta, sentada en un poyo, hilaba la viejecita de blanco cabello, mirada dulce y sonrisa placentera.

Allí se dirige la madre, interroga a la vieja, se arroja a sus pies pidiéndole a su hija; ruega, suplica, luego la increpa duramente, la maldice y vuelve a llorar; ruega y suplica de nuevo, hasta que la vieja, sin cesar de trabajar ni de sonreír, la dice:

— Por madre te perdono, que tu amor conduce a todo extremo; pero, infortunada mujer, ¿no adviertes que ese amor lleva asido de la mano al egoísta.

mo? Tu hija, mujer sin ventura, es—cuan feliz puede ser. ¿Qué podrías ofrecerle tú? La sucesión de tus desdichas. Mira, ve aquella preciada flor que se corona del tinte de la pureza y tiene por manto el azul de los cielos; pues esa flor representa a tu hija en el Edén. Entra en mi casa, y si luego que conozcas el presente y el porvenir de tu hija la quieres en el mundo, yo te la devolveré; te daré esa flor, y en cuanto la dejes sobre la cuna hallarás a la que perdiste.

— ¡Mi hija! Quiero a mi hija, sin ver tu casa, ni conocer tus secretos: ¡mi hija! — gimió Lucía.

— Es condición forzosa: has de conocer lo desconocido.

Lucía entro en la choza; había una estancia adornada con extraño esmero, y en ella dos ventanas. Asomóse a la de la vida, y, a manera de visión, se le apareció su hija de una a otra edad, sufriendo las penas y sinsabores más vulgares del mundo.

La madre, en su presencia, siente agudos pañales en su corazón: la ve tantas veces apenada, triste, enferma, sin ventura, que se estremece y llora. Aquellos, sin embargo, no eran verdaderos tormentos aún, eran las penas y los sinsabores de la vida, lo que ella misma había sufrido en el curso natural de la suya.

Huyó de la ventana que descubría el vivir agobiado de dolor, y llegóse a la de la muerte ansiando hallar consuelo. Seccionó, en efecto, sus lágrimas; depuso sus tristezas; endulzóse su amargura; resplandeció su faz. Desde aquella ventana se tranquilizaba el espíritu.

Todo allí era luz, paz, dicha, eternidad. La hermosa niña la miraba sonriente; su infancia sería eterna, ¿qué mayor ventura! Parecía que al tenderla sus brazos la decía: «Madre, aquí te aguardo...»

La vieja llamó con su voz cascada a Lucía, y ésta la dijo:

— Tuya es la razón, refugio y consuelo de los mortales, ¡oh muerte! Aquí te entrego el egoísmo y me llevo el amor para vivir de él, aguardándote tranquila; pero antes de partir, no lejos de tu reino, permíteme que riegue con llanto de ternura y de piedad la flor que en tu jardín representa la hija de mi alma.

MARIA DE LA PENA.

LA TOCA BLANCA

En medio de los gorros encarnados del 93, la Hermana Teresa, con su blanca toca, parecía una paloma agitando sus alas en el fondo de la tempestad, a través de las picas y de los tambores, de las prisiones y del cadalso. Ya no había Rey, ni Iglesia, ni altar... pero había pobres, y allí donde hay pobres se encuentra siempre a la Hermana de la Caridad.

Había pobres y desgraciados, y la blanca toca de la Hermana Teresa era su único faro de esperanza y de salvación. Lo que la humilde toca de la religiosa encerraba de heroísmo, de virtud y de abnegación no lo dice la historia de aquellos días turbulentos y agitados; pero Dios, los indigentes y los mártires lo saben.

Se contaba en los arrabales de París que aquella sierva de los enfermos, que aquella amiga del pueblo, había renunciado a los encajes y a los diamantes para vestir el pobre y deslucido traje de estameña, y cambiado sus blasones por unos rosarios. El pueblo la conocía, la veneraba, la amaba; sí, la amaba por sus beneficios, por su valor, por su abnegación.

Al fin, un día fue denunciada al Comité revolucionario.

— Si queréis mi cabeza — dijo sonriendo a sus jueces — os la ofrezco de todo corazón; pero quiero ser guillotinado con mi toca blanca, y que todos mis amigos de los arrabales me acompañen cuando vaya al cadalso.

Nadie se atrevió a condenar a la Toca Blanca.

Otra vez, en que la Hermana Teresa pasaba por el puente de San Miguel, una turba de exaltados la rodea y la invita, con terribles amenazas, a bailar alrededor de una pica adornada con un gorro frigio.

— Sí, amigos míos — dice la Toca Blanca — voy a bailar, aunque estoy muy fatigada, porque he visitado más de veinte enfermos esta mañana. Vais a verme bailar el minué, o la gavota, como queráis; pero os prevengo que haré lo que en el Berry, donde la desposada pide después a todos los asistentes una moneda para pagar su ajuar de novia.

— ¿Y quién es tu esposo? ¿Qué es lo que pides? — preguntaron aquellos energúmenos.

— Mi esposo es Jesucristo, y el ajuar que os pido es de pañales y envolturas para mis recién nacidos.

— ¿Tienes, pues, muchos hijos?

— Más de treinta, y cada día me nacen uno o dos. ¡Mirad! Allí arriba, en aquella buhardilla, mientras estamos aquí hablando, ha debido venir al mundo un pequeño patriota. ¡Eh! Abrid vuestros bolsillos y perdonad mis piernas, y venid uno de vosotros a visitar conmigo a mis pobres.

Las monedas de cobre cayeron como una lluvia en las manos de la Hermana, y el pueblo gritó:

— ¡Viva la Toca Blanca!

Era la noche de Navidad. La Hermana Teresa se encontraba en un granero de la calle de Taithout, cuyo nombre se había cambiado recientemente por el de Brutus. ¿Cuestión de moda! Una pobre mujer acababa de dar a luz dos gemelos. Sobre un montón de paja infecta deliraba un niño de tres a cuatro años, presa de la fiebre y del hambre. ¡El padre había muerto! Aquel día la pobre Toca Blanca nada había recogido en sus caritativas correrías; nada sino humillaciones y amenazas. ¡Sus manos, heladas como la nieve, estaban vacías!

Al tapar las rendijas de la pequeña ventana del granero, ve enfrente un hotel magnífico, espléndidamente iluminado. Era la morada regia de un rico convencional.

Aquel personaje, que debía la mayor parte de su fortuna a las larguezas de la familia de Montmorency, era entonces uno de los miembros más feroces y más exaltados de la Montaña.

— Nos hemos salvado — dijo la Hermana a la enferma. — Vuelvo al instante.

Y atravesando la calle, entra apresuradamente en el palacio del convencional. A su vista, los criados se quedan estupefactos. ¡Una religiosa! ¡La Toca Blanca!

— Hacedme el favor de anunciar a la Hermana Teresa — les dice sonriendo. — Tengo mucha prisa.

— ¿Qué queréis? — le pregunta con aire brutal el miembro de la Montaña, dirigiendo una mirada feroz de sorpresa al traje proscrito de la religiosa.

— Veo a pedir una limosna...

— ¿Una limosna...? ¿Para tí?

— No; para mis amos.

— ¿Quiénes son tus amos?

— Los pobres. Yo soy su servidora.

— Explicate.

— Pues bien; allí enfrente, en esta misma calle, y en un granero, una pobre mujer acaba de dar a luz dos gemelos. ¡No hay allí ni leña, ni ropa, ni pan! Es vuestra vecina, y yo alargo por ella la mano...

— Pero... ¿ese traje?

— Los arrabales lo conocen y lo protegen; el pueblo lo respeta y lo ama. Me llaman la Toca Blanca...

— ¿Hablabas de dos gemelos?

— Y de su madre, que se muere de hambre y de frío, y hoy es la noche de Navidad.

— ¿Navidad...? ¿Qué es eso?

— Es la fiesta de los niños; y cuando son pobres y están abandonados, la caridad debe hacer por ellos fiesta doble.

— ¿Son al menos patriotas tus pequeños gemelos?

— ¡Ya lo creo! Pero ahora no piensan en eso... y su pobre madre está muy débil.

— Toma para ellos, y hazles gritar «¡Viva la República!»

— Será preciso esperar a que crezcan — exclama riendo la Hermana Teresa.

— Es verdad — contesta el convencional sorprendido el mismo de su tontería. — ¡Mas ten cuidado con tu toca blanca...! Pudiera suceder que uno de estos días te arrancasen las alas.

— Será lo que Dios quiera; estoy dispuesta a todo, y mis pobres también. ¡Más de mil me han prometido acompañarme al cadalso!

— No se les permitirá.

— ¡Pues ellos irán...! Vamos, gracias por vuestra limosna.

— ¡Espera! ¿Cuál es tu nombre?

— Me llamo la Hermana Teresa.

— Eso no es nombre.

— Y, sin embargo, no tengo otro.

— ¡Oh! ¡Ya me entiendes! Te pregunto tu nombre, tu verdadero nombre.

— Hermana Teresa.

— Te digo que eso no es más que un nombre supuesto. Quiero saber cómo te llamabas en otro tiempo.

— En otro tiempo — dice la Toca Blanca, sonriendo dulcemente — me llamaba Luisa de Montmorency.

EL VIZCONDE DE ***

(De La Restauración.)

ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS

NUESTRA SEÑORA DE PASTORIZA.

BELIQUA inestimable de antigüedad religiosa de las Galicias en sus católicas inscripciones, es la que afortunadamente se conserva en el templo actual de la Virgen de Pastoriza, y es una lápida con imagen de alto relieve, representando a Nuestra Señora sobre el dintel de la puerta travesera, en el costado Norte, ahora tapiada, y sirvió de tímpano esta lápida bajo el arco de la puerta principal en la anterior iglesia, subsistente todavía en el año 1686; creyéndose y con fundamento que aún hubiese estado en el mismo lugar de otra iglesia más primitiva que la de entonces, y todo se puede creer de la remota distancia en los tiempos de la data de la inscripción dedicatoria que en tres renglones y medio en caracteres rebundidos se grabaron a un lado y otro de la Santa Imagen; de modo que ésta se interpone entre ellos.

La Virgen Santísima está sentada en un sillón, vestida de túnica talar, manto y velo, corona sin diademas en la cabeza y el cetro en su derecha mano. Con la izquierda sostiene en su regazo, reclinado a su pecho, al Niño Jesús, quien da su bendición, y cuyo rostro mirando hacia arriba para Nuestra Señora, por tal circunstancia se halla gastadísimo, casi borrado por la acción de los siglos, así como la corona de la Virgen, manos y otros detalles que el tiempo en combinación con la intemperie maltrataron. Reposada la imagen con la mayor compostura, cubre sus hombros el manto que medio abrigando al Hijo, viene a cruzarse sobre las rodillas de la Madre, cuyo cetro parece descansado por su pomo tras los pliegues del cruzado manto, los que penden de las rodillas dando un aspecto de sobrefalda a la túnica.

Así sentada la imagen ocupa en la altura de la lápida 66 centímetros.

Considerada la época, la escultura no es del peor arte; es poco defectuosa.

Como ya antes del Concilio de Efeso, en 431, se comenzó a representar a la Virgen con el Divino Niño en sus brazos, no es de extrañar la misma representación en la imagen descrita.

Corrobora la antigüedad de esta imagen el haberse la cincelado sentada. Las esculturas más antiguas de la Virgen así se representan en esta región y otras partes, y los atributos de majestad y realera que los decoran, asimismo contribuyen a la idea de remontamiento a una época lejana. La moldura de la cornisa de la tabla o zócalo en que el sillón y la escultura se levantan es muy sencilla, independiente del sagrado grupo y posterior.

La porción inferior del tímpano que formaba el marco del dintel de la antigua puerta principal, aunque gastadísimo ahora, revela todavía el ornato del junco bizantino que debía recorrer todo el marco por la arista exterior de la indicada puerta.

Y este detalle, que insignificante parece, es interesantísimo, por cuanto él por sí solo resuelve el problema de que el actual edificio religioso de Nuestra Señora de Pastoriza es el tercero, pues en el reconocimiento que se tomó del templo anterior, al hablar de esta portada, se manifiesta que «es su hechura a lo antiguo, de piedra de cantería tosca, es decir, sin molduras, sin apenas labrarse: lo que, por lo revelado de este dintel, no sucedía así en otra anterior o primitiva puerta: añadiéndose la circunstancia de que, siendo tan paupérrima de arte la puerta referida, mal se compadecía que fuese a encargarse para ella un trabajo escultórico y en todos tiempos costoso, el cual, si no armonizaba con el de la portada de la iglesia demolida en el siglo XVII, se comprende que en la anterior a ella establecería la correspondencia natural y legítima con el resto de la obra.»

Es, por consiguiente, la tercera, la actual iglesia de la Pastoriza.

Con las traslaciones ha sufrido algo este semicírculo o tímpano en su canto curvo; y sería la pérdida de su bizantina y primitiva integridad al ser acomodado bajo el arco de la segunda posición, o mejor dicho, para sentar sobre él el arco de la portada del edificio aún existente en el año citado de 1686. Medido hoy, tiene de ancho metro y medio por ochenta y cinco centímetros de alto.

Afecta, por lo tanto, muy tímidamente la forma obtuso ojival de algunas construcciones del siglo oncenso al duodécimo siglo, a cuyo carácter y estilo románico-ogival debía pertenecer el segundo templo de Pastoriza, en que fue recordado el tímpano más o menos por su curva, para acomodarlo al arco de «cantería tosca» de la portada entonces nueva, se-



UNA TORMENTA EN EL MONTE.

gún va referido: de modo que habiendo sido cincelado primitivamente para el templo bizantino, se acomodó luego y sirvió en la portada del templo románico-ojival, para venir después á ostentarse sobre la puerta traviesa borrominesca del actual templo.

A pesar de las traslaciones, ni el sagrado grupo ni los caracteres han sido lastimados sino por la acción de los siglos. Y sin embargo de todo, presenta la inscripción á nuestra vista la lectura siguiente:

ANU CCCCLXXXI
IERD SNTBESENDO
PERO MIROEXISTO
RIGSO

Las letras se hallan de este modo juntas y sin puntos de división ni separación entre palabras, á modo de la Biblia del Vaticano y la de Londres, de letras iniciales como en las inscripciones y medallas; sin separación de períodos ni de palabras; sin aspiraciones, acentos ni signos de puntuación,²

citadas por César Cantú, con referencia de hacia el siglo v, en su *Historia Universal*.

Las voces de la inscripción que nos ocupa formarían una sola dicción todas ellas, á no evitarlo la interposición de la sagrada escultura y un espacio que media entre la porción de los renglones de la izquierda y la santa imagen: espacio que jamás ha sido herido por ningún buril ó cincel epigráfico. Decimos esto porque no se crea que allí hubo nunca el menor signo de letra ni de número ni de guarismo que pudiese algún día hacerse desaparecer, pues el grabado no es de relieve sino rehundido, según declarado queda.

La forma de letra marca ya la transformación de la época, el abandono del tipo romano, y el paso al nuevo-gótico, en cuyo último carácter el Concilio de León de 1091 ordenó se cesase de escribir en España y se usase en adelante el francés, esto es, el romano.

La ortografía, poco ó nada escrupulosa, más bien que de escrituras sirve de nota taquigráfica para la expresión del concepto, siendo probable que para los hombres algo ilustrados de aquella era en que

se grabó, fuese, aun así, lo suficientemente clara. Hoy, no siendo el número que denota la fecha y la voz que le precede, mal puede leerse ni dársele sentido alguno á esta inscripción sin hacer una distribución de sus letras procurando todo lo posible que no sea caprichosa, ajustándola á la noción de los datos y tradiciones que de la imagen de Nuestra Señora de Pastoriza y de sus edificios se conservan. Nosotros, en virtud de lo indicado y atentos á que es latino todo su contexto, proponemos la distribución que sigue:

ANU. CCCC. LXXXI
I. ER. D. SNT. BES. ENDO
PER. O. MIRO. EO. XISTO.
RIGSO

Sobre esta base, y observándose ya la primera palabra faltosa de duplicación en la N y conmutada la O final por U, cual, según la *Real Academia de Buenas Letras de Barcelona* (en su edición del año 1756, tomo 1, pág. 660), es muy frecuente en el estado medio ó decadente del latinismo, ó sea



SANTA TERESA DE JESUS
(Estatua atribuida a Gregorio Hernandez.)

desde el emperador Tiberio hasta el siglo V; lo propio que el recíproco uso de la B por V y la conmutación de la I por la E de la novena palabra, uso este último que *Ge fo* da absolutamente por *in-distinto* en cualquier dicción, aun en el estado florido de la latinidad, v. gr., en la palabra postrera, igualmente que el defecto de sincopar, o de la omisión de letras que se reconoce en casi todas las voces de la inscripción y el habilitar la N para uso de la R algunas veces: por todo ello pasaremos a suplir las letras que por las abreviaturas se han omitido, y la inscripción de tal modo restaurada explicará en latín lo siguiente:

AN(N)U. CCCC. LXXXI.
I(N) (A) ER(A). D(E) S(A)N(C)T(AE).
N(IG)E(N)S. ENDO
PER(ATORE). O(BSEQUENTE). MIR(ACUL)O.
EO. N(R)ISTO.
RIGS(CIRAO)

O lo que es igual:

IN ANNO QUADRINGENTESIMO NONAGESIMO PRIMO
QERM. DIE SANCTAE VIRGINIS. ENDOPERATORE OB-
SEQUENTE MIRACULO EO. CHRISTO RIGSCIRAO.

Y en romance:

En el año cuatrocientos noventa y uno de la era de
César, en día de la Santa Virgen, dedicado por el
emperador rendido a este milagro, Rescario Principe.

ANTONIO DE LA IGLESIA GONZÁLEZ.

(De El Pensamiento Gallego)

CONTRASTES

COMO en la naturaleza física los hay para producir el efecto del claro oscuro, háylos en el arte, que de tan sabia maestra toma aquí y allá los toques y elementos de sus originales, ajustando al bello ideal del artista la acertada composición de sus creaciones.

Un cuadro solo de luz sin sombra en cuya alternativa se destacara una perspectiva sin gradación de visual, un relieve sin depresión de superficies, una pieza de música sin la afinada concurrencia de varios tonos y compases, una escultura a un solo plano, una pintura a un solo color, son obras tan imposibles, como que en cualquiera de ellas falta la forma que puede llamarse esencial, y son cosas que no pueden ser hechas por falta de los componentes indispensables para el complemento de la entidad.

De esos contrastes se forma toda la hermosura de la creación y toda la belleza de las obras de la fantasía; y en el mundo moral y en las vicisitudes de la vida, lo agradable, lo artístico, lo bello surge y estriba en la alternativa de contraposiciones que combinan caracteres, situaciones, aptitudes, afectos que, para ser bellos, han de encajar atinadamente en el ritmo de la armonía.

Contemplemos si no cualquier cuadro social en que más parezca a las almas vulgares descubrir el fatalismo o la casualidad, en el que más velada supongamos la mano de la Providencia, que vela, aunque parezca dormida, por el más despreciable y oscuro de los seres.

Y ya que la oportunidad se nos brinda con el espectáculo ofrecido por las fiestas de estos días, en que una multitud de gentes, abandonando sus hogares, dando de mano a sus faenas, agítase vertiginosa y pulula por calles y plazas en busca al parecer de sólo goces; estudiemos ese cuadro que presenta todos los caracteres y apariencias de anormal, y veamos que si algo de normal conserva, es lo que no aparece, y en latente y continua acción, contra el general propósito de aturdirse, frivolar y dar tregua a toda seria ocupación, ofrece a los ojos del hombre observador el mismo cuadro de sombras y luces, de agudo y grave, de depresión y relieve que admiramos en toda obra, ya las típicas del Divino Hacedor, ya también las del genio del hombre, que en sí refleja al vivo la semejanza de su Criador.

Luz clarísima, pero suave y grata, proyecta la honrada familia del labrador cristiano, que al cabo de un invierno de crudo temporal y rudas faenas, y de una recolección en que los ardores del sol canicular y lo corporal é incesante del trabajo han coronado nobles esfuerzos con mioses copiosas y atestadas de trojes, entrégase a honesto solaz y esparcimiento, viniendo a la ciudad, recorriendo las calles, visitando sus templos, admirando sus mercados y disfrutando unos días de este bienestar, de esta belleza, de tanta luz, de tanto ruido, de tanta música, de tantas diversiones y espectáculos, todos inocentes para ellos, porque no alcanza quizá su candor a

paladear ni digerir—Dios sea loado—el tósigo que en muchos de esos espectáculos se encierra.

No es optimismo: harto lamentamos la prostitución del arte dramático, la decadencia del buen gusto, la gradual desaparición de las buenas tradiciones y reglas del arte en sus demás manifestaciones; pero hemos de admirar en ese candor del pueblo la mano de la Divina Providencia, que de esta manera dóta de lo que podríamos llamar *inconducibilidad* del mal y *refractabilidad* de la corrupción.

A esa inconducibilidad y refractabilidad es debido el fenómeno, a primera vista incomprensible, de que trabajando a ese pueblo con incansable afán durante una centuria la triple acción deletérea de la prensa impía, de ateos parlamentos, de gobiernos sin entrañas; las doctrinas sectarias; los escándalos, las confusiones; no sólo átomos, sino llamaradas de fe, consoladores y múltiples ejemplos de heroísmo y de abnegación protesten diaria y elocuentemente en las clases populares del relativo nulo alcance de esa obra del infierno, que sin contraste ejecutada, bastaba y sobraba para disolver cualquiera otra sociedad que no tuviese el organismo hercúleo y robustísimo de las sociedades cristianas.

No desfallezcamos si tornando la complacida faz de esta apacible escena a la negrura de esa otra masa corrompida que abunda más en los grandes centros, sin escasear por desgracia en los pequeños, cual angustiosa pesadilla oprime nuestro pecho el contemplar en contraste con el plácido cuadro antecedente, la blasfemia consentida, fomentada y propagada por las sectas; el juego ruinoso, luto y desolación de cien familias; los vínculos del matrimonio pisoteados y rotos; la amistad, la caridad, la vida del hogar desconocidas en sus dulzuras; inspidas a paladares estragados en la orgía y la crápula y a los excitantes manjares que ofrece el odio y la ambición política, la lucha con el orden providencial y divino, la rebelión del entendimiento, la corrupción de la voluntad, la intemperancia de todas las facultades, de todos los sentidos y de todas las dotes que enaltecen el alma y úsanse abusivamente para degradarla, para extraviarla de sus altos fines, para negar a Dios, proclamar el fatalismo, deprimir y ahogar la libertad cristiana, apagar a la voz del racionalismo la antorcha de la razón y de la fe, y por senda entodada de asquerosos y denigrantes goces conducir por los delirios de la animalización del hombre a la inconcebible y loca última rebelión del suicidio!

Estas sombras pavorosas consiente el autor de la luz, para que en el ejercicio de la libertad humana en contraste con el heroísmo de altas y esplendorosas virtudes, por libres meritorias, campeen la facultad de obrar el mal, de que desoyendo las leyes y doctrinas del cielo, libremente usen los enemigos del bien. Noción sencilla y evidente es que el mérito y demérito moral fundanse en el atributo humano de la libertad, en que la justicia divina y humana fundan la razón de ser del premio y el castigo. He ahí el consuelo y la esperanza del justo y el saludable terror del malvado; he ahí la economía de todos los errores contra la libertad, la existencia del alma, su inmortalidad, la realidad de la otra vida, la existencia misma de Dios, es decir, del juez eterno y todopoderoso que ha de compensar con fiel balanza las transitorias impunidades del malvado y la no reparada opresión de sus víctimas en la presente vida.

Aliente, pues, la fe de los oprimidos; que el opresor, orgulloso y sensual, triunfe, goce, blasfeme, burle, desdeñe, persiga, atropelle, despoje, empobrezca al humilde y al justo aferrado en la observancia de la ley divina: el reino del justo no es de este mundo; él le hallará en la morada de Dios justo por esencia: el reino del malvado no trasponer las puertas de la muerte; después de ellas el recogerá el tesoro de venganzas del cielo que su inicuo proceder amontonó sobre su cabeza en la tierra.

Ni multitudes, ni tiempo, ni espacio son parte a limitar en un ápice el poder y la justicia del Omnipotente, cuyo cetro, apoyado sobre todos los cielos, gobierna la inmensa multitud de los seres, sin declinar lo más mínimo ante las gárrulas disputas de la ciencia rebelde, de la diplomacia conjurada en contra de los débiles, de los parlamentos fantores de legislaciones acomodadas al credo político de los gobiernos, reflejado en el criterio de las mayorías: todo ese movimiento, toda esa algarazara, todo ese ruido, todo ese aparato, todas esas luces fatuas no detienen ni tuercen en nada la marcha del orden providencial. Dios en ella se oculta a las almas vulgares; pero muéstrase a diario en el fracaso de las hipótesis de la ciencia anticristiana, en la confirmación práctica de las teorías bíblicas, en el cálculo errado de las diplomacias, sin cesar atajadas por inesperados sucesos de primera magnitud, en la ma-

rejada y versatilidad de esas mayorías, cuya disciplina por encanto se rompe y va a parar a donde ni ella, falta de unidad, preveía, ni el gobierno se imaginó; pero sí al pueto que a esos peones del ajedrez divino, sin ellos saberlo, les señala la mano para ellos desconocida del Omnipotente.

En el Omnipotente no hay contrastes: es la unidad por esencia, es la ciencia por esencia, es el poder, es la justicia, es el Dios uno, Dios personal y siempre uno en esencia, aunque trino en personas, Dios uno en la eternidad y en el tiempo, Dios uno en lo infinito y en el espacio, dueño absoluto de sí mismo y de todas las cosas creadas y de todos sus accidentes, propiedades, modificaciones y actos.

VERANCIO M. FERNÁNDEZ DE CASTRO.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación)

D. FRANCISCO LÓPEZ Y PELLICER, nació en Valencia en 1759, y alcanzó a la edad de catorce años un premio tercero en el concurso de la Academia de San Carlos de aquella ciudad. En 5 de Noviembre fué creado Académico de mérito de la misma. Conservase en el Museo provincial de Zaragoza, de este profesor, un *San Carlos Borromeo* (bajo relieve) y *Santa Teresa recibiendo la comunión* (idem).

D. PABLO LUENGO Y MUÑOZ, natural y vecino de Nava del Rey, provincia de Valladolid. En 1864 presentó a la Reina Doña Isabel II una escultura pequeña representando *La Purísima Concepción*, trabajada con mucho acierto en madera de plátano y colocada sobre un pedestal de alabastro con diferentes adornos tallados.

D. LONGINOS LUMBRERAS, escultor residente en Bilbao en 1859, época en que, contando cerca de noventa años, trabajaba aún con el ardor de la juventud en un *Paseo para la procesión de San Juan Santa*. Es autor de más de cuatrocientas imágenes, repartidas en los templos de las Provincias Vascongadas.

D. SEBASTIÁN MALAGARRIGA Y CODINA, escultor en cera, autor entre otras obras de las estatuas de *Flo IX*, *Sor Patrocinio* y el *P. Claret*. Nació en Barcelona el 15 de Octubre de 1815 y murió en 24 de Abril de 1880.

D. ANGEL MARCÉ, residente en Barcelona. Los diarios de aquella localidad elogiaban no hace muchos años una imagen de *Cristo crucificado*, para Puerto Rico, y otra de *Nuestra Señora de las Mercedes*.

D. JOSÉ MARTÍN. — En la inauguración del Liceo de Granada, en 1839, presentó una figura de barro representando a *San Pedro en oración*.

D. MIGUEL MARÍN Y TORRES, natural de Granada y discípulo de su Academia de Bellas Artes. En la Exposición Nacional de 1864 presentó este distinguido artista *La Asunción de la Virgen*.

D. JOSÉ MARSAL, escultor contemporáneo, residente en Manresa. Es autor, entre otras muchas obras, de un *Crucifijo* para la iglesia parroquial de San Fructuoso, y un *Jesús en oración* para la parroquia de Arlés.

D. JOSÉ VICENTE MARTÍ, escultor valenciano, hijo del arquitecto D. Vicente Martí Salazar. Debe a su mano un monumento erigido a la memoria de su señor padre. Dicho monumento está terminado por una cruz y en él figura una imagen simbólica de la Religión.

D. ENRIQUE MARTÍN, escultor contemporáneo, natural de Málaga y discípulo de D. José Piquer. En la Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1856 presentó una estatua en mármol representando a *San Juan Bautista*, que fué premiada por el Jurado con medalla de tercera clase, y figura en el Museo Nacional.

D. LUIS MARTÍN SALAMANCA, natural de Madrid, discípulo de D. Salvador Páramo y de la escuela especial de Pintura y Escultura. En la Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1866 presentó *La Purísima Concepción* (en madera). También es de su mano una estatua de *El Santo Ángel de la Guarda* para el cementerio de Pozuelo, inaugurado en 1881.

D. ELÍAS MARTÍN Y RIESCO, escultor contemporáneo, natural de Aranjuez, y discípulo de D. Sabino de Medina y de la Academia de Nobles Artes de San Fernando, en la que obtuvo diferentes premios de fin de curso en las clases superiores. Fué pensionado a Roma y remitió a la Exposición de 1862 un *San Juan de Dios conduciendo enfermos al hospital*. En el certamen del año siguiente consiguió premio de segunda clase. En la Exposición de 1866 expuso *La degollación de los inocentes*. En la de 1871

Santa Teresa de Jesús, en mármol (propiedad del Marqués de Portugalete). Son también del Sr. Martín los bustos de los sacerdotes *D. Francisco Piquer* y *D. Hilarión Eslava*. En 1.º de Diciembre de 1873 ingresó como individuo de número en la Academia de San Fernando.

D. PABLO MARTÍNEZ, residente en Pontevedra. En la Exposición celebrada en aquella capital en 1880 presentó un *Rostro de Jesucristo en la agonía* y un *Busto del Salvador*, en relieve.

D. JUAN MARTÍNEZ REINA, uno de los primeros discípulos de la Real Academia de San Fernando. Nació en Caravaca (Murcia) en 1728, y ocurrió su muerte el día 29 de Agosto de 1800 en la capital del reino. Había sido creado académico supernumerario de la misma, en atención al mérito de sus muchas obras de escultura en piedra, plomo y madera.

Copiamos á continuación las que insertan dichas actas:

En Zamora, una *Sacra Familia*. En Colmenar de Oreja, *San Juan Nepomuceno*, el *Beato Simón de Rojas* y una *Dolorosa*, de medio cuerpo. En Mostoles, un *San Isidro*, *San Bartolomé* y *San Juan*. En el Ferrol, una *Dolorosa*. En Brunete, un *Crucifijo*. Y en Aranjuez, *Santa Rosalia*.

D. ENRIQUE MARTÍNEZ ROBLES, escultor en cera. Nació en Granada en 14 de Febrero de 1837, y cultivó desde muy joven todas las artes, sin más enseñanza que su decidida afición. Es de su mano una *Dolorosa* de medio cuerpo y tamaño natural, y un gran número de figuritas de santos. En la Exposición de Madrid de 1873 presentó en cera una *Virgen de la Soledad* y un *Niño Dios*.

D. ANTONIO MARZO, escultor valenciano contemporáneo, profesor de la Academia de Nobles Artes de San Carlos de Valencia. Debemos mencionar entre sus obras la *Virgen de la Piedad*, estatua de tamaño natural, para las Escuelas Pías de la misma capital; otra ídem para Jijona; la *Oración del Huerto*, grupo con figuras de seis palmas de altura, para Murviedro; y las estatuas de la *Piedad*, la *Caridad* y la *Fortaleza*, de piedra barcheta y tamaño natural, para el monumento dedicado en Alicante á la memoria del Gobernador que fué de aquella provincia, D. Trino Quijano.

D. BERNARDO MATAS, escultor mallorquín y discípulo de Llabres. Son suyas las estatuas de *Santa Catalina Tomás*, de la iglesia de Jesús, en Sóller, y el *Bento Nicolás*, de las huertanas, en Palma.

D. JOSÉ MATTÍ y HURTADO DE MENDOZA. — En la Exposición de Jaén de 1878 presentó una virgen tallada en madera, *Adoración del alma de María*.

D. CRISTÓBAL MAURAT. — Hablando el Sr. Madoz en su *Diccionario* de la iglesia parroquial de Cabones, dice lo que transcribimos:

«Es un edificio excelente, grande y majestuoso, de orden corintio, con una fachada de mucho gusto, siendo de admirar la estatua de piedra de su patrón (*San Juan Bautista*) hecha por el artífice D. Cristóbal Maurat, hijo del pueblo, la cual, según los inteligentes, está labrada con todas las reglas del arte.»

D. SABINO MEDINA y PEÑA, nació en Madrid en 20 de Diciembre de 1814, y fué bautizado en la parroquia de San Ginés. Es uno de los más notables escultores de España, y se debe á su mano la *Purísima Concepción*, estatua de mármol, expuesta al presente en el Museo de Pintura y Escultura del Prado, como asimismo otra igual de estuco en la fachada del convento de Señoras Calatravas, en la calle de Alcalá. Ha obtenido en su larga carrera artística merecidas y numerosas distinciones.

D. CRISTÓBAL MENDOZA, escultor contemporáneo, discípulo de Piquer. Figuran entre sus obras la *Virgen del Carmen*, para la iglesia del barrio de Salamanca, y la *Estatua de Pío IX*.

D. MANUEL MICHEL, escultor madrileño. Nació en 1775. Obtuvo dos premios importantes en los concursos generales celebrados por la Academia de San Fernando, y fué pensionado para pasar á Roma y París con el sueldo de 12.000 reales, á fin de completar sus estudios. En 1804 remitió desde París á la Academia un vaciado en yeso de un grupo que representa á la *España coronando al genio de la Paz*.

D. PEDRO MICHEL, nació este reputado escultor en Puy de Velay (Languedoc) en 28 de Octubre de 1728. Fué director de la Academia de San Fernando, nombrado en 6 de Abril de 1804, cuyo destino desempeñó hasta su muerte, ocurrida en 15 de Noviembre de 1809. Es obra suya un *San Sebastián* de mármol, de once pies de alto, colocado en la fachada de la iglesia de Azpeitia.

D. MANUEL MIGUEL, escultor zaragozano, autor de la estatua de *María Santísima del Amparo*, labrada en 1875 para la iglesia de la Casa-Amparo de Zaragoza.

D. FERNANDO MIRANDA y CASELLAS, nació en

Valencia en 1842, y estudió en la Academia de San Carlos de dicha población; posteriormente en Madrid, bajo la dirección del Sr. Piquer y en la Academia de San Fernando, donde logró varios premios. En la Exposición de Valencia de 1859 expuso unos bajo-relieves, tomados de los Evangelios de Owerbeck.

D. ANTONIO MIRÓ, escultor residente en Tarragona, autor de una imagen de *Jesucristo Crucificado*.

D. FRANCISCO MOLINA, escultor y pintor. En la Exposición celebrada en Jaén en 1878 presentó una *Cabeza de la Virgen*.

D. PEDRO PASCUAL MOLINA, joven escultor y pintor, natural de Peñas de San Pedro. En 1882 labró sin ningún género de estudios un *Crucifijo*.

D. BLAS MOLNER, tallista y escultor sevillano. Al ser creada por Carlos III en 1775 la Academia de Bellas Artes de Sevilla, fué nombrado director de Escultura de la misma, ascendiendo á la dirección general en 1793 por muerte de D. Francisco Miguel Jiménez.

Son sus obras principales: Sevilla. — Convento del Santo Ángel: estatuas de *San Rafael* y el *Santo Ángel de la Guarda*, colocadas en los pilares que sostienen el arco del presbiterio. Parroquia de Santa Cruz: el tabernáculo, construido en 1792.

D. ANTONIO MOLTÓ y LLUCH, escultor y pintor, natural de Altea, provincia de Alicante, discípulo de la Academia de San Carlos de Valencia y de la Escuela especial de Pintura. En la Exposición de 1876 presentó *Hernán Cortés colocando la Cruz sobre el ara mejicana y apartando al indio que se indigna viendo derribados sus ídolos*. Por esta estatua fué premiado con medalla de tercera clase. En el certamen de 1881 expuso *Fray Bartolomé de las Casas*, que alcanzó medalla de segunda clase, y fué adquirido por el Gobierno. En 1882 obtuvo la pensión de la Academia de Bellas Artes de Roma.

D. ANGEL MONASTERIO, nació en Santo Domingo de la Calzada, y estudió los principios de la escultura con su padre, que la ejerció con crédito en aquella ciudad. Trasladado á Madrid, se hizo notable por su aplicación y adelantos en las clases de la Real Academia de San Fernando, donde obtuvo legítimos premios. Esto le valió ser nombrado académico de mérito en 6 de Noviembre de 1803. La invasión francesa le hizo trasladarse á Cádiz con el Gobierno español, y allí fué maestro en la Academia de guardias marinas. Poco después se trasladó á América, muriendo en el Río de la Plata como jefe de los insurrectos.

Sus obras más notables en el género religioso son: En la catedral de Santo Domingo de la Calzada, la *Virgen del Rosario*, que está en el altar de su nombre, de tamaño natural. En la iglesia parroquial de San Sebastián de Madrid, el magnífico y venerado *Crucifijo* de su capilla.

D. JOSÉ MONSERRAT, natural de Hospitalet (Barcelona), y discípulo del profesor Reynés. En 1879 hizo oposición á la pensión Fortuny, ofrecida por el Ayuntamiento de Barcelona, ejecutando en los ejercicios, para optar á la misma, *El hijo pródigo*, obteniendo una mención honorífica.

D. JACINTO MORATO. — Hablando de la capilla del Santísimo Cristo del Misterio en San Juan de las Abadesas, dice un escritor contemporáneo:

«En las cartelas de los entrecantos que sustentan la cúpula se ven altos relieves que representan cuatro doctores de la Iglesia, obra del escultor D. Jacinto Morato, que atrae desde luego las miradas del artista, en especial el *San Jerónimo*, del cual puede decirse que si el tipo de tan extraordinario doctor que ha inspirado á los genios más sublimes del arte, ha podido ser expresado alguna vez con verdad, lo fué por el sabio escultor vicense.»

D. FELIPE MORATILLA, natural de Madrid, hijo del acreditado platero D. Francisco, y discípulo de la Academia de San Fernando y de D. José Obici. En 1848 fué pensionado para pasar á Roma á perfeccionarse en su arte por el Comisario de Cruzada Sr. Santaella; en 1855 le concedió otra pensión con igual objeto el Gobierno, y últimamente Doña María Cristina de Borbón. En la Exposición Nacional de Bellas Artes verificada en 1860 presentó un relieve en yeso representando *El sacrificio de Isaac*, por el que alcanzó del Jurado un premio de tercera clase. En la de 1862 expuso la estatua de *San Sebastián* (en bronce); obtuvo premio de tercera clase en dicho certamen. En la Exposición de 1876 presentó el grupo en mármol de *La Fe*, *La Esperanza* y *La Caridad*, que alcanzó medalla de tercera clase. Esta obra y *El sacrificio de Isaac* fueron adquiridas por el Gobierno para el Museo nacional.

M. DE A.

(Se continuará.)

JUBILEO SACERDOTAL

DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

La sociedad de señoras católicas de Cartagena que estaba llevando á cabo la colecta para el Jubileo de Su Santidad León XIII ha acordado repartir lo recogido entre los enfermos pobres atacados del paludismo, levantando la oportuna acta del acuerdo tomado, para remitirla al Papa en un magnífico estuche, celebrando así su Jubileo Sacerdotal. Seguro es que el pueblo de Cartagena y el Pontífice agradecerán en lo que vale la determinación tomada por las señoras.

Los católicos de Igualada han también querido manifestar el amor y cariño que sienten hacia el actual Papa León XIII con motivo de su Jubileo Sacerdotal. Mas desgraciadamente la crisis que se atraviesa, si no ha imposibilitado la manifestación de los que á todas horas aclaman al Papa Rey, ha sido causa de que aquella no fuera tan espléndida como en otras ocasiones hubiera sido.

No obstante, han sido remitidos á la Exposición Vaticana los objetos siguientes: una elegante custodia de plata, regalo de la Rvda. Comunidad de presbíteros; un incensario de plata, regalo de los señores de la Conferencia de San Vicente de Paul; un cáliz de plata, valor 250 pesetas, regalo de las señoras de la misma Conferencia; un cáliz de plata, valor 190 pesetas, regalo del Círculo Literario; un copón de plata, de la Asociación de Pastoras; todos estos objetos van en diferentes y hermosos estuches; unas crismas de plata, del Centro Católico de Obreros; una pluma de plata, del Rebañito de Santa Teresa; una gran cuchara antigua de plata; 28 botones antiguos de plata; un estuche con los enseños para bautizar, concha y crismas de plata; de los Luises de Igualada; un bastón, caña de Filipinas, con contera de plata y puño de oro ricamente labrado, del Círculo Literario; una cartera peluche, con una gran cruz de oro, del Círculo Literario; unos pendientes de oro con piedras preciosas; tres amitos de las MM. Escolapias; un amito del Reverendo D. José Torres; un amito de las Religiosas de la Divina Pastora; los tres primeros merecen la atención por su limpieza y pulcritud en el trabajo, y los dos últimos además por ser obra de mucho tiempo; tres corporales, de las MM. Escolapias; un corporal, de las Religiosas terciarias del Carmen; un corporal y un sobrepelliz, de las Religiosas de la Divina Pastora; un roquete, de las Hermanas Josefinas; un alba con fino encaje, de las jóvenes teresianas; un alba con muy rico encaje, de un taller de jóvenes obreras; dos manteles con encaje ancho y de muy buen gusto; seis casullas, seda y tapicería, de la Asociación teresiana; una riquísima alfombra de seda y lana, punto indefinido, de las MM. Escolapias; un hermoso cuadro, pintura oriental, símbolo del Santo Rosario; ocho metros de ropa de seda finísima; una bolsa de seda con 62 pesetas y cinco céntimos, óbolo de una viuda; y una bolsa de damasco con la inscripción «50 años», con 50 duros, óbolo parroquial.

Débase en gran parte este halagüeño resultado á la iniciativa, celo y constancia del Rdo. Sr. Arcipreste Dr. D. Antonio Montaner.

En los escaparates de la acreditada joyería de los señores Suñol de Barcelona se hallan expuestos tres preciosos cálices que el Sr. Obispo y clero de Burgo de Osma ofrecen á Su Santidad León XIII en su Jubileo Sacerdotal. Son de estilo bizantino puro hasta en sus más minuciosos detalles; su pie, que es exagonal redondeado, está adornado con bajos relieves intercalando con las cabecitas de unos bien modelados serafines los escudos del Papa y del Obispo de Osma, iguales en los tres cálices, variando el tercero con el de los Santos Saturio, Pedro de Osma y Domingo de Guzmán. El centro y parte superior de los cálices es elegante y severo. En la parte posterior del pie hay grabada la siguiente inscripción: «Obispo y clero del Obispado de Osma á Su Santidad León XIII en su Jubileo Sacerdotal.» En la parte superior de los estuches hay grabada sobre una placa de plata la misma inscripción.

En la misma casa está expuesto un copón que está destinado también á León XIII, y es facsímil del que posee la iglesia de San Esteban de Olot, bajo la iniciativa de cuyo pueblo ha sido construido.

Entre los regalos que los católicos valencianos dedican á Su Santidad el Papa León XIII, con ocasión del Jubileo Sacerdotal, figura, en primer término, la preciosa y rica estola, ofrenda de las iglesias parroquiales de la archidiócesis.

Muchos y valiosos serán los regalos que de todas

las partes del mundo recibirá el Soberano Pontífice, pero sin temor podemos afirmar que la estola de Valencia llamará la atención en el Vaticano, tanto por su riqueza cuanto por el trabajo artístico que representa.

El dibujo pertenece al profesor de la Escuela de Bellas Artes D. Miguel Ramírez Bonet. En la combinación de las alegorías, emblemas y adornos de enlase, ha dado pruebas de extremado gusto, resultando un conjunto hermoso y de gran efecto. Los adornos pertenecen al estilo del renacimiento.

La longitud de cada una de las caídas de la estola es de un metro catorce centímetros; la caña tiene un ancho de quince centímetros y las palas ó extremos treinta.

El fondo es de plata, y el bordado, á realce, de oro. Si el dibujo es de gusto, el bordado es de lo más acabado en su género. Es obra de la inteligente bordadora Doña Vicenta Churruarín, que goza de merecida reputación en esta clase de obras. El más exigente ha de quedar contento contemplando tan perfecto bordado, y que recuerda los buenos tiempos en que Valencia brillaba por los ricos bordados que aun se admiran en algunos de sus templos.

Aparte del valor que representa el bordado, la principal riqueza de la estola consiste en las piedras preciosas de que está cubierta. Los brillantes, diamantes, topacios, esmeraldas, rubíes, perlas y otras piedras cubren materialmente el dibujo, formando combinaciones artísticas.

La cenefa de la estola va adornada de 132 brillantes y puede contarse otro número igual entre los adornos que figuran fuera de los descritos anteriormente. No hemos contado el número de piedras preciosas que adornan la estola, pero su valor no bajará de siete mil duros.

La mayor parte han sido donadas por las parroquias, pero la comisión ha tenido que comprar un buen número, á fin de buscar la simetría y la igualdad, que es una de las cualidades que más realce dan á la ofrenda.

La estola será expuesta en el Seminario Conciliar juntamente con los demás regalos que los católicos valencianos ofrecen al Papa. Para el día de la Exposición no estará terminada, pero Valencia podrá apreciar tan rica ofrenda.

Esta será llevada á Roma por la comisión que salga de Valencia. Irá encerrada en un precioso estuche, con la dedicatoria.

Según la prensa de Zaragoza, la exposición de objetos que han de mandarse al Vaticano es visitada por numerosas personas y realmente merece verse. Entre los regalos dominan los trabajos de bordado, y entre los bordados se ven en mayor número casullas, albas y otras vestiduras eclesiásticas.

Hay algunas de gran valor artístico: el alba que regala Doña Juana Vargas y Benavides, sobrina del Sr. Cardenal, es un primor de ejecución y un dechado de riqueza.

Alberto Aladrén manda dos preciosos Cristos. El resto de los obsequios son obra de las comunidades religiosas, de las Hijas de María y de algunas otras personas religiosas.

La Archicofradía de Hijas de María, establecida en la parroquia de Santa Eulalia, de Palma de Mallorca, ha dado una prueba elocuente de su fe y de su amor al Sumo Pontífice, con motivo de sus Bodas de Oro.

He aquí la relación de los objetos confeccionados y regalados por las Hijas de María y que han de figurar en la Exposición Vaticana: 109 corporales, 109 hijuelos, 420 purificadores, 299 lavabos, 60 amitos, 42 manteles de altar, 24 albas, 3 cíngulos, 1 roquete, y 3 pares de sandalias de raso bordadas en oro, unas de color blanco, otras de color encarnado y otras de color violado.

La colecta verificada en Palma para el Jubileo Sacerdotal asciende á 70.910,74 pesetas.

Es muy rico el presente que el pueblo de Cervera, Diócesis de Solsona, dedica á Su Santidad León XIII con motivo del Jubileo de sus Bodas de Oro. Consiste en un cáliz, una patena y un juego de vinajeras de plata dorada. Todas estas joyas están ejecutadas con exquisita pulcritud y sobre dibujo de buen gusto artístico. El cáliz presenta delicados bajos relieves que reproducen los escudos del Papa, de Cervera y de Solsona. La dedicatoria está contenida en estos términos: *Honori D. N. Leonis XIII Pont. Max. Hispani Cives Cerverenses Sacerdotii EIVS, anno L.* La labor de estas joyas no desmerece en nada de otras que han salido de los talleres de los Sres. Suñol, de Barcelona.

En el *Boletín Eclesiástico Oficial* de Zaragoza apa-

recen el programa y bases del certamen científico literario que se celebrará el 15 del próximo Diciembre, con motivo del Jubileo Sacerdotal del Papa León XIII.

Diez son los temas, adjudicándose otros tantos premios, regalos de los Sres. Cardenal, Obispo auxiliar, cabildo, Diputación, Ayuntamiento, capitán general, gobernador civil y de otras personas.

El presidente general de la Sociedad de San Vicente de Paul ha fijado la fecha de peregrinación de los consocios á Roma. Desde el 1.º al 5 de Febrero los socios tendrán el insigne honor de ser recibidos por Su Santidad, debiendo hallarse en Roma lo más tarde el 30 de Enero. Esperamos que España, tan amante del Soberano Pontífice, no faltará á este llamamiento de amor y sumisión filial al Padre de los fieles. Y, según los deseos de Su Santidad, mucha sería su satisfacción si á los socios acompañaran los obreros y aprendices de los patronatos, á los que tiene particular afecto.

El pueblo de Lambayeque (Trujillo) manifestará su amor filial al Padre Santo con un par de corporales de finísima tela trabajados primorosamente: en la parte media figurarán dos ramas unidas elípticamente por su base; la una representa la palma, símbolo del triunfo moral del Pontificado, y la otra la oliva, señal de la consiguiente paz, que mediante Dios conseguirá su Iglesia; en cada esquina tendrá una insignia pontificia; estas ramas irán encerradas por un círculo que llevará esta inscripción: *Jubileo Sacerdotal de Su Santidad León XIII: Diciembre 31 de 1887. — Lambayeque. — Perú.* Irán también acompañados de 4 purificadores de la misma tela que representando á las cuatro Congregaciones que hay establecidas allí, no llevarán la misma inscripción sino el nombre de ellas, es decir: Guardia de Honor del Sagrado Corazón de Jesús, Orden Terciaria, Hijas de María y Sociedad de Caridad; por lo demás llevan el mismo trabajo que los corporales, trabajo *criollo de vaciado y deshilado* encomendado á la Señorita Beatriz Ramírez. Irán por último dentro de un bolsoncito trabajado con gran curiosidad y esmero por las señoritas Luisa Montejo y Leonor Ruiz.

Para regalar al Sumo Pontífice León XIII se ha tejido en Barcelona un volante de encaje de fino hilo blanco, de ochenta centímetros de ancho, para alba. Ha sido labrado por encargo de unas distinguidas señoras de la capital, en la casa de los señores herederos de D. José Fiter. En él se ven entrelazadas plantas de simbolismo religioso, formando el pie ó puntilla hojas y motivos de ornamentación cristiana. En los espacios que dejan los indicados dibujos figuran diversos atributos sagrados y pontificios y el escudo de armas de la Diócesis de Barcelona.

BIBLIOGRAFIA

Goya. Su tiempo, su vida, sus obras, por el Conde de la Viñaza, correspondiente de las Reales Academias de Bellas Artes de San Fernando y de la Historia, Doctor en Filosofía y Letras, Madrid, 1887, tipografía de Manuel G. Hernández.

No siempre marcha la posibilidad á compás del deseo, y á esta circunstancia debe atribuir el señor Conde de la Viñaza el largo espacio de tiempo que media entre el obsequio de un ejemplar de su obra al Director de esta Revista, y las breves y deshilvanadas cuartillas que hoy consagra éste al examen de la misma. Culpa tiene también, y no escasa, el autor del libro por habernos dado con él mucho que estudiar y mucho que aprender, dada la minuciosidad con que ha realizado su estudio doblemente difícil por su importancia intrínseca y por la necesidad de rebatir en él arraigados errores que nacer pudieron en otras obras consagradas al célebre pintor aragonés.

Goya, en la historia del arte español, preséntase como figura única, sin antecesores ni herederos; llena el último tercio del siglo XVIII y casi todo el primero del XIX con los resplandores de su genio; pinta, dibuja y graba con portentosa fecundidad; hombre de su época comparte las agitaciones de las muchedumbres ó fija sus personales ideas en composiciones de una osadía apenas imaginable, dadas las circunstancias; cultiva todos los géneros, siendo en el del retrato continuador de Velázquez, y anunciando en sus caprichos y fantasías los nuevos moldes del arte contemporáneo, y agasajado por monarcas, príncipes y magnates muere en la expatriación, sin dejar discípulos por la misma causa que no había tenido maestros.

Tal es la figura que el Sr. Conde de la Viñaza ha ilustrado con sus juiciosas disquisiciones apoyadas

en documentos auténticos, dando origen á un hermoso volumen de cerca de 500 páginas. En ellas examina el estado de la pintura española en los años que precedieron á la manifestación de Goya, y trae la historia del mismo guiándose por todas las indicaciones que merecen algún crédito y por las que se desprenden de las obras del artista aragonés; examina lo que fueron las artes bajo el cetro de Carlos IV y de José I; la pintura religiosa; los cuadros de historia y de costumbres; los tapices; los grabados y litografías, y la influencia de Goya en la pintura española. Después de este preciado y razonable estudio, el Sr. Conde de la Viñaza consagra prolijo análisis al catálogo de las obras de Goya, empezando por las de asuntos religiosos y siguiendo por los retratos, cuadros de historia y de costumbres, pinturas decorativas, tapices, grabados y litografías; y en esta parte no creo aventurada la afirmación de que serán pocas, muy pocas las obras de crítica artística en que se haya empleado tal caudal de erudición y paciencia. El Sr. Conde de la Viñaza no podrá acaso levantar á Goya monumento sepulcral que recuerde la gratitud de su patria; pero, por sus propios esfuerzos, por su fecunda iniciativa y por su acertado desempeño, le ha elevado en su libro monumento más imperecedero y digno de loa.

Hoy que la crítica de Bellas Artes cuenta número tan escaso de cultivadores, señalamos con piedra blanca la fecha en que el Sr. Conde de la Viñaza nos ha dado su estudio de Goya, y aguardamos con impaciencia el que ha de seguirle y que lo es de *Las Bellas Artes en España durante la Edad Media*.

Estudios sobre Felipe II. Traducción del alemán por D. Ricardo de Hinojosa, Doctor en Filosofía y Letras, Madrid, 1887, imp. de Fe.

Importante y digno de encomio es el trabajo realizado por el joven literato D. Ricardo de Hinojosa en la obra cuyo título sirve de epígrafe á estos renglones. La figura de Felipe II tiene tal importancia en nuestra historia, que todo cuanto tienda á preciarla constituye un verdadero servicio para los aficionados á las ciencias históricas. Pero ni las historias particulares permiten el detallado conocimiento de tan gran figura, ni la pasión, ya favorable, ya adversa, deja de haber influido en torcer la serenidad de juicio de los historiadores. Como complemento necesario de la historia tenemos por fortuna las Monografías especiales, no siendo pocas las que en la culta Alemania se han consagrado al monarca español. El Sr. Hinojosa, que ha tenido ocasión de conocer con la lectura de las revistas alemanas muchas de dichas Monografías, ha elegido con acierto las cuatro siguientes, que son interesantísimas:

La educación de Felipe II, por G. Maurenbrecher; *Felipe II y el Pontificado*, por M. Philippson; *El Príncipe Don Carlos*, por el citado Maurenbrecher, y *Felipe II como amante de las Bellas Artes*, por C. Justi.

Una traducción correcta y castiza presta mayor valor al libro del Sr. Hinojosa, destinado á figurar en la biblioteca de todos los amantes de las ciencias históricas y de las bellas letras.

Errege le bere amari Agur, San Sebastián, 1887.

Saludo al Rey y á su Madre, ex, traducido á castellano idioma, la poesía euskara escrita por D. Antonio Arzac, con motivo de la visita hecha á San Sebastián por la Real Familia.

Esta poesía vascongada y su traducción han sido impresas y publicadas por el Ayuntamiento de dicha capital, y nosotros agradecemos mucho á su ilustrado autor el ejemplar de la misma con que nos ha favorecido.

Los misterios de la francmasonería, descubierto por Leo Taxil, Juan Gualbana, editor, Barcelona, 1887.

Se han repartido los cuatro primeros cuadernos de esta interesantísima publicación, con la que Leo Taxil, converso, satisface la deuda contraída con la sociedad moderna, cuyos errores tanto contribuyó á fomentar durante su primera juventud.

El éxito de esta publicación corresponde á su importancia.

NOTICIAS

En el día 11 de Septiembre, en que la Iglesia celebra el nombre de María, se han cumplido doscientos tres años, que el excelentísimo señor príncipe de Stillano, duque de Medina de las Torres, cedió generosamente su casa para fundar en ella el convento de Carmelitas descalzas de Santa Teresa en esta villa y corte, tomando por titular la Transverberación del corazón de Santa Teresa.

Verificóse esta santa obra precisamente en el día que por primera vez rezaba la Iglesia del Dulcísimo y Augusto Nombre de María, oficiando de Pontifical y colocando en el sagrario el Santísimo Sacramento el Eminentísimo Cardenal Portocarrero. Fueron las fundadoras doce religiosas venidas de Ocaña, presididas por la madre Mariana Francisca de los Angeles, cuyo cuerpo se conserva íntegro, después de dos siglos, en poder de la comunidad.

En 5 de Abril de 1869 fueron expulsadas por la revolución estas religiosas de su convento, que les dió el príncipe de Sullano, ocupándose preciosas pinturas y tapices de gran valor, y trasladadas a las Salesas reales, fueron segunda vez echadas y conducidas al Pardo, desde donde con grandes privaciones y contrayendo muchas deudas, empezaron la edificación de otro convento en las afueras de Madrid; pero como por razón de su destierro no pueden ejercer la influencia necesaria, y los recursos son pocos y tardíos, tienen el sentimiento de ver malograrse hoy lo que se edificó ayer con tantos sacrificios, sin poder llegar al ansiado momento de cobijarse al menos bajo un techo desde donde puedan implorar de cerca la caridad con mejor éxito.

Ruegan, pues, á las personas piadosas por el corazón transverberado de su amada Madre Teresa de Jesús, que las ayuden en su desamparo y pobreza á superar el conflicto en que se hallan.

El Padre Sebastián Fernández, Cura párroco de San Martín, es el encargado de recibir las limosnas.

He aquí el estado general de la orden de Religiosos Franciscanos en las Islas Filipinas al finalizar el año de 1886:

Arzobispado de Manila. — La Orden está instalada en siete provincias con 45 parroquias y 6 misiones, en las cuales hay 106 religiosos, 33 religiosas, 43 curas párrocos y 4 misioneros. Los pueblos administrados por los Padres Franciscanos en el arzobispado de Manila contienen 255.707 almas, de las que 129.898 pagan cédula personal. Hubo el año pasado 13.080 bautismos, 2.347 casamientos y 7.869 defunciones.

Obispado de Nueva Caceres. — Cinco provincias, 54 parroquias y 10 misiones: en ellas 60 religiosos, 50 curas párrocos y 3 misioneros. El número de almas 365.271, de ellas 184.429 pagan cédula personal. Hubo el año pasado 16.051 bautismos, 1.413 casamientos y 9.033 defunciones.

Obispado de Cebu. — Están instalados los Padres Franciscanos en dos provincias con 52 parroquias, 51 religiosos y 44 curas párrocos. Almas 367.752, y pagan cédula personal 181.444. Hubo 16.308 bautismos el año pasado, 3.520 casamientos y 10.536 defunciones.

Obispado de Nueva Segovia. — Un pueblo de una provincia, con dos religiosos y un misionero: 1.123 almas, de ellas 553 con cédula personal. Hubo 32 bautismos, 11 casamientos y 25 defunciones.

Los Padres Franciscanos tienen en Roma 3 religiosos y en España 207.

En total: se hallan instalados en 15 provincias con 151 parroquias y 17 misiones: hay en ellas 219 religiosos, 33 religiosas, 137 curas párrocos y 8 misiones. El número de almas que comprenden los pueblos administrados por los Franciscanos asciende á 873.853, de las cuales 496.324 pagan cédula personal. El año 86 hubo 45.471 bautismos, 9.291 casamientos y 27.461 defunciones.

El P. Provincial lo es hoy el M. R. P. Fr. Francisco Jiménez, que nació el 2 de Abril de 1836, tomó el hábito el 13 de Noviembre de 1853 y llegó á Manila en 1856.

También se ha publicado el estado general de la misión de los Padres Jesuitas en las Islas Filipinas. De él resulta que los Padres Jesuitas administran 29 pueblos ó misiones en Mindanao y Joló, que en Manila hay 47 religiosos y en Mindanao 77 (124 en junto), con 146.592 almas, de las cuales 49.557 son contribuyentes. Hubo en el año económico de 1886-87, 1.492 casamientos, 7.449 bautismos, 3.063 defunciones y fueron bautizados 1.291 infieles.

El Superior de la Misión es hoy el R. P. Juan Ricart; el Procurador general el P. Hermenegildo Jacas; los consultores el P. Terricabras y el P. Miguel Roses; el director de la Escuela Normal, el P. Pedro Torra; el director del Observatorio el P. Federico Faura, y el subdirector el P. Martín Juan.

En un apreciable colega barcelonés encontramos los siguientes curiosos pormenores del retablo del Santuario de Nuestra Señora del Coll de Osor, recientemente descubierto:

«A los no escasos ejemplares de pinturas bizantinas ejecutadas en tabla, correspondientes á los

siglos XI y XII y aun al X, que existen en Cataluña y son familiares á los artistas y arqueólogos de aquella región, podemos añadir un interesantísimo retablo descubierto ultimamente por D. Joaquín de Gispert, en el santuario de *Nuestra Señora del Coll de Osor*, enclavado en la diócesis de Vich.

«Encontrábase esta antigua obra formando parte del pavimento de madera del piso del edificio del que fué Priorato del Coll, y por su cara inferior el techo del local que sirve de cuadra ó establo en la actualidad. A la circunstancia de tener la pintura por ese lado, se debe su buen estado de conservación. Arrancada la tabla de tan impropio lugar después de numerosos esfuerzos, y limpia del polvo y telarañas que la cubrían, apareció ser una preciosa pintura que sin dificultad puede atribuirse al siglo XI, coetánea á la construcción del santuario. Tiene la forma de un paralelogramo y mide un metro de alto por 1,54 de ancho, seguido todo el de una gran orla, de fondo encarnado con adornos amarillos de ocre, constituidos por tallos circulares escasamente dibujados.

«Divídese en tres compartimientos en la sección perpendicular; ocupa el del centro un nimbo oval tan peculiar en el estilo bizantino, que encierra la imagen de la *Virgen del Coll*, titular de la iglesia, con la figura del Niño Jesús sostenida por el brazo izquierdo de la Virgen, teniendo en la mano derecha una rama de lirios ó azucenas: se halla sentada en un característico trono de la época, sumamente interesante, ostentando en la cabeza una rica y primorosa corona de oro guarnecida de piedras preciosas de color verde y encarnado, realzando el conjunto diminutos y bien ejecutados dibujos en relieve de genuino carácter románico. Las cuatro enjutas que resultan entre el nimbo y las líneas de los compartimientos laterales las ocupan las conocidas y litúrgicas figuras simbólicas de los evangelistas.

«Los compartimientos de cada uno de los lados de la tabla están asimismo divididos en dos secciones ó altos, constituyendo cuatro cuadros con escenas de la vida de la Virgen.

«En el cuadro superior de la derecha del espectador, se representa la muerte y ascensión de la Madre del Redentor; en el inferior del propio lado, la presentación de Jesús en el templo; en el alto superior del compartimiento del lado izquierdo, se ve el acto de la Anunciación; y, por último, en el que le sigue, el nacimiento del Señor.

«El notable retablo hallado en el santuario de *Nuestra Señora del Coll de Osor* es interesantísimo como objeto de valor artístico y arqueológico. Por él se revela con toda exactitud el estado de la pintura en el último período del arte bizantino, porque también se ajusta á todas sus reglas y preceptos.

«Como en los anteriormente conocidos pertenecientes á igual escuela, se halla bien caracterizado por las condiciones técnicas de pintura hecha al incáustico, por el limitado número de colores en el empleo, por lo ingenuo de la expresión comunicada á los personajes, por la falta de dibujo y la simplicidad en el colorido, agrupado en masas de tonos vivos, sin gradaciones ni medias tintas que los liguén entre sí, y por la riqueza de detalles y precisión con que están tratados.

«Dentro de la especial fisonomía de este sistema, se nota en el retablo del Coll, como en sus coetáneos, cierta gracia y espontaneidad en la totalidad de la composición y en cada uno de los detalles de la obra, que muestran la práctica y experta mano de un artista muy azeado á trabajos de esta clase. Aunque doliéndose marcadamente del arcaísmo artístico dominante en aquel entonces, hay bastante soltura y corrección en la composición de cada uno de los cuadros que forman el retablo, indicándose especialmente en la perfecta ejecución de la imagen de la Virgen, asunto principal de la obra, no menos que en la manera de agrupar las figuras prescindiendo del desconocimiento de los principios de perspectiva.

«El autor de esta tabla se hizo fiel intérprete del progreso realizado por el arte pictórico en los siglos XI y XII, sin prescindir por ello del canon ó sistema peculiar á la escuela bizantina, al que la época le tendía sujeto. Obedeciendo á ella, lo mismo por el sentimiento religioso que le anima á beneficio de su convencional naturaleza artística, que por el arcaísmo del procedimiento técnico y por el uso reglamentado de los símbolos dogmáticos, consagrados por la liturgia, siempre empleado en las mismas condiciones y formas.

«Es, por consiguiente, el retablo que nos ocupa una preciosa muestra del progreso que alcanzó en los expresados siglos la pintura de tablas y frontales en esta parte de la Península.»

He aquí la lista de las composiciones premiadas por la Academia bibliográfico-Mariana de Lérida

para el certamen Artístico literario que se verificará el día 16 del corriente en honor de Nuestra Señora de la Misericordia de Réus:

Premio 1.º — Cítara de plata. — Premio núm. 35. — La pastoreta de Réus. — Alleluia. — Mención honorífica núm. 8. — Salve, Regina Mater Misericordiae.

Premio 2.º — Margarita de plata. — Premio número 74. — Si gano la margarita, para tí, Virgen bendita.

Premio 3.º — Lira de plata. — No se adjudicó. — Mención honorífica núm. 23. — Dabo vobis misericordiam et miserebor vestri.

Premio 4.º — Lirio de plata. — Premio núm. 6. — Ad te suspiramus, gementes et flentes, in hac lacrimarum valle. — Accésit núm. 56. — Janua coeli. — Primera mención honorífica, núm. 11. — Vulnerasti cor meum. — Segunda mención honorífica, número 55. — Cese de latir mi corazón antes que deje de latir por tí.

Premio 5.º — Azucena de plata. — Premio número 54. — Ego feci in coelis et orietur lumen indeficiens. — Accésit 1.º, núm. 26. — Tu gloria Jerusalem. — Accésit 2.º, núm. 40. — Virgo in qua nec nodus originalis, nec cortex actualis culpae fuit.

Premio 6.º — Pasionaria de plata y oro. — Premio núm. 27. — Magna est velut mare contritio tua. — Accésit núm. 12. — Sagittae tuae infixae sunt mihi. — Mención honorífica núm. 32. — Tanto dolore compassa est Virgo ut inexplicabile sit linguae angelicae.

Premio 7.º — Cítara ó anagrama de plata. — No se adjudicó premio alguno.

Premio 8.º — Rosa de plata. — No se adjudicó. — Mención honorífica núm. 33. — In hoc signo vinces.

Premio 9.º — Busto de Pío IX. — Premio núm. 30. — Dilexit Ecclesiam et tradidit semetipsum pro ea. — Mención honorífica núm. 9. — El justo vivirá eternamente en la memoria de los hombres y en la de Dios.

PREMIOS DE PROSA. — Premio 1.º — Rosa de plata. — Regalo del Rdo. Cura Arcipreste de San Pedro de Réus y de la Administración del Santuario de Nuestra Señora de la Misericordia. — Premio núm. 61. — Mater misericordiae. — Accésit 1.º, número 66. — Et misericordia ejus a progenie et progenies. — Accésit 2.º, núm. 41. — Lema: Virgo María, tuam humiliter deprecamus misericordiam.

Premio 2.º — Laurel de plata. — Premio, núm. 50. — Hispaniarum et Indiarum Divinae Reginae. — Accésit núm. 67. — Tu honorificentia populi nostri.

PREMIO DE PINTURA. — Caballete de plata y oro. — Premio. Boceto núm. 1. — Lema: Diligite homines, interficite errores.

Lérida 28 de Septiembre de 1887. — El Presidente del Jurado, José A. Brugulat, Presbítero. — El Secretario, José A. Mostany.

En Santander ha abjurado solemnemente los errores del protestantismo en la capilla del Hospital de San Rafael el súbdito francés M. Reonix Bisarg. Inmediatamente recibió allí mismo las aguas del Santo Bautismo, sacramento que le administró el reverendo Padre D. Manuel Leza, que puso al neófito los nombres de Remigio Angel, siendo su padrino D. Ramón Raizabal.

Cuenta la edad de veintidós años el nuevo cristiano, y es cocinero, oficio que ha ejercido en varios barcos de vapor, habiéndose verificado su conversión en el breve tiempo que ha permanecido en el hospital curando grave dolencia.

Propónese el Remigio Angel atraer á la Religión de Jesucristo á su madre, protestante como él y como lo fué su padre; y muestra natural y justificado agradecimiento á las personas que le han sacado del error y le han hecho ver la luz de la verdad.

Escriben de Gerona que el día de la fiesta de Nuestra Señora de las Mercedes se celebró solemnemente la inauguración de un nuevo altar dedicado á María Santísima bajo la advocación de la Merced, en una de las capillas laterales de aquella Catedral. El altar es de estilo ojival, en armonía con la arquitectura general de aquel santo templo, y ha sido construido por los distinguidos escultores de dicha ciudad, Sres. Murtra, habiéndolo costeado el muy ilustre señor doctor D. Martí Aymerich, religioso exclaustro de la noble Orden Mercedaria y Canónigo dignidad de Maestrescuela de la Santa Iglesia Catedral de Gerona. Estrenóse dicho altar el día de la Virgen con una solemne Misa que celebró el Excelentísimo é Ilmo. Sr. Obispo. El Sr. Canónigo aludido, á pesar de su avanzada edad y delicada salud, pronunció un inspirado discurso sobre el amor y predilección de la Virgen de las Mercedes en favor de España y principalmente de Cataluña.

El luteranismo pierde cada día más terreno en Stokolmo. En la última festividad de Pentecostés, escribe el R. M. Blanck, misionero flamenco hace diez

y ocho años en aquel país, se convirtieron al Catolicismo 35 personas, algunas muy distinguidas por su nobleza y posición: 38.000 francos se han recogido entre los luteranos para el Hospital de Stokholm. Desde 1848 los misioneros gozan en Dinamarca de completa libertad. Hay hoy 12 iglesias dedicadas al culto católico, 30 Sacerdotes y más de 4.800 católicos, tres hospitales y dos escuelas. En Copenhague tienen los jesuitas un colegio. En Noruega hace cincuenta años sólo había 150 católicos; hoy son más de 800 con 20 Sacerdotes y ocho iglesias, dos hospitales y ocho escuelas.

Leemos en un diario católico:

La diputación provincial de Vizcaya ha tomado el acuerdo de incoar el expediente para pedir la beatificación de Fray Valentín de Berrio-Ochoa, muerto en el Tonkín, y cuyo cuerpo fue llevado recientemente a Elorrio, su villa natal.

Con este motivo creemos oportuno publicar la siguiente carta del venerable Obispo mártir a su querida madre, en la seguridad de que nuestros lectores la han de saborear y releer, encantados de tanta ternura y cariño filial. Dice así:

Madre mía: ¿Con que también V. se ha encorvado? ¡Ay! A nadie perdonan los años; pero de seguro que no se ha envejecido tanto que haya quien la venza en hilar. No se espante V. por los años, llevando vida santa; pues sin morir nadie entra en la gloria. Nada importa que ahora coma V. el pan con trabajo, porque la pobreza es atajo para la gloria.

No se rompa V. la cabeza pensando en mí, porque su chiquito está bueno. Yo vivo hecho todo un señor Obispo. Lo que no hay es pan. ¡Si V. pudiera mandarme uno, ligero y tierno, con algún pajarito! ¡Oh! ¡y con qué gusto comería este señor Obispo y misionero el pan amasado por la ancianita! No tema V. que muramos de hambre; mas tampoco piense V. que por ser Obispo ande en coche, sino descalzo de pie y pierna y en las tinieblas de la noche; pero vivimos alegres. Una noche anduve seis leguas, con barro por abajo y agua por arriba, habiendo medido muchas veces la tierra con mi largura; y aunque era un señor Obispo, llegué a casa lleno de barro y agua. Pero los cristianos tienen mucha caridad. Cuando llegué tenía agua caliente, me dieron un baño y quedé muy bien para celebrar la Santa Misa. ¡Ay querido hijito mío, dirá V., qué triste es ese modo de vivir! No, querida viejita mía, no es triste este modo de vivir; con salud, alegría y agilidad anda aquí la gente. Madrecita, Valentínito está hecho un salvaje y las barbas de su cara harían temblar a los diablitos viejos del infierno. No tener cuidado, madre; el hijo bien vive; yo no tener envidia del Reino: Yo ser su hijo humilde. — FR. VALENTÍN.

No hace mucho tiempo recordaba un periódico americano cuánto han variado las circunstancias para nuestra religión en los Estados Unidos, desde aquellos días en que el catolicismo se veía «poco menos que perseguido», y el ser católico era un demérito y una marcada desventaja para prosperar en este país.

A las asperezas del más intransigente puritanismo se agregaba la inmensa desproporción del número; baste decir que hace sólo un siglo no había 30.000 católicos en la recién proclamada república, tan sólo 25 sacerdotes y ningún obispo.

Desde entonces ha crecido por millones el número de los católicos, se han multiplicado nuestras hermosas catedrales, templos y capillas, consagrándose cementerios, y el clero católico americano ha aumentado en relación al número inmensamente mayor de los fieles.

Buena demostración de esos gratos progresos son los datos expuestos en la última sesión de la Sociedad Católica Americana de la Historia, organizada en Nueva York hace algunos años.

Ya hemos dicho que hace ahora justamente un siglo no pasaban de 30.000 los católicos residentes en los Estados Unidos, y que carecían de un prelado, contando sólo con 25 sacerdotes. El primer Obispo fue John Carroll, ordenado en 1784 y elevado cuatro años después a la sede obispal de Baltimore, pero tuvo que ir a Inglaterra para su consagración, que no se verificó hasta 1790. La primera junta para la organización de la iglesia católica en la república tuvo efecto en 1791, pero nuestra iglesia realizó muy escasos progresos mientras los americanos católicos tuvieron que combatir aislados en la guerra que les hacía el protestantismo, hasta 1840, fecha en que se estableció vigorosamente la corriente de la inmigración alemana e irlandesa, debido al desarrollo del país. Desde entonces los progresos del catolicismo fueron maravillosos.

Hoy existen en los Estados Unidos ocho millones de católicos, 7.658 sacerdotes, 61 obispos y 12 arzobispos.

Dos católicos, Thomas Fitzsimmons, de Pensil-

vania, y Daniel Carroll, de Maryland, se contaron entre los firmantes de la declaración de la independencia de los Estados Unidos, y desde entonces ha ido desapareciendo toda prevención religiosa, hasta el punto de que hoy no existe diferencia social ni política alguna entre los cristianos de esta nación.

Un periódico protestante, el *Times*, de Londres, dice lo siguiente:

El doctor Lenz, explorador del África, de donde acaba de llegar, lleva recogidas muchas impresiones acerca de las misiones inglesas en dicho continente, pero ninguna de ellas satisfactoria. Hace justicia a los misioneros, es cierto; pero declara que allí se derrama el dinero sin que dé ningún resultado, si es que no los da contraproducentes.

Los negros, a quienes enseña a leer y escribir, se hacen en sus manos completamente ineptos para el trabajo. Se consideran iguales a los blancos y miran el trabajo manual como atentatorio a su dignidad, de modo, que fuera de las horas en que se reúnen para rezar, y en las cuales todo el mundo pretende ser predicador, vagan de acá para allá, pidiendo limosnas y enfadándose con los que se las niegan.

Las factorías europeas desconfían de tan singulares convertidos y se niegan a emplearlos; resultando que la mayor parte de ellos acaban por volver a la vagancia y al salvajismo, y como este su postrer estado es mucho peor que el primero, es frecuente ver a los negros renegados convertidos en delinquentes y criminales.

Declara el doctor Lenz que las estadísticas de conversiones remitidas a Londres por los misioneros anglicanos son inexactas, puesto que nunca se hace mención en ellas de las apostasías. Añade que los únicos misioneros que puedan jactarse de dar resultados duraderos y positivos son los Jesuitas, quienes partiendo del principio de que ante todo conviene enseñar a trabajar a los salvajes, se dedican a utilizar las particulares aptitudes de cada uno, para amañarles en los oficios a que los ven más inclinados.

Por medio de este sistema, basado en el axioma de que *laborare est orare*, forman excelentes artesanos y agricultores, que hacen allí mucha falta, y así es como se multiplican las conversiones.

Es de lamentar, añade el *Times*, que los misioneros protestantes no imiten el ejemplo de los Jesuitas.

Leemos en *El Español*, de Sevilla:

El viernes 30 del pasado, a las doce y media de la mañana, se verificó en la Iglesia de San Pedro de Alcántara la exhumación de los restos del venerable siervo de Dios Fr. Manuel José Fagúndez, que en la primera mitad del presente siglo se hizo célebre en esta ciudad por sus ejemplares virtudes y apostólicos trabajos.

Concurrieron al acto muchos Sres. Sacerdotes y no escaso número de familias piadosas, entre ellas la del Sr. Marqués de Morante, que conserva estimables recuerdos de este virtuoso misionero, por haber vivido muchos años y exhalado su postrer suspiro en casa del Sr. D. Lorenzo García Molviédro y Rubio, su ilustre padre, sita en la calle de las Palmas, núm. 25.

Ante el M. I. Sr. Provisor D. Santiago de Magdalena y con asistencia del notario eclesiástico, señor Montoto, se procedió a extraer la caja fúnebre de la bóveda en que había sido colocada el día 22 de Noviembre de 1848, siendo conducida a la Iglesia, donde fue abierta, en hombros de varios sacerdotes y seglares, entre ellos algunos como el Sr. Cura de Santa Cruz y el Sr. D. Pedro Ibáñez, que habían conducido su cadáver.

Por orden del Sr. Provisor presenciaron la apertura los Sres. facultativos Zaldo, Alvarez Osorio, Díaz Carmona y a vista de todos los concurrentes.

Satisfecho el deseo muy plausible de admirar los restos mortales de aquel santo varón, cuya virtud se hizo tan popular entre los hijos de Sevilla, se acordó por la citada Autoridad eclesiástica suspender la traslación de aquellos despojos a la urna destinada a conservarlos, depositándolos en una de las habitaciones altas que forma parte de las dependencias del templo, hasta que completamente libres de la humedad que los cubría, pueda hacerse esa traslación cómodamente, como se verificará dentro de algunos días, probablemente el 19 del mes actual.

Llenáronse en este acto todas las formalidades legales, habiéndose levantado la correspondiente acta y no retirándose el Juzgado eclesiástico sin haber sellado la puerta de la habitación donde actualmente se hallan depositados los venerados restos del ejemplarísimo religioso.

A la iniciativa del celoso P. Capellán de aquella Iglesia, el P. Hornillo, secundada por el piadoso

desprendimiento de varias personas amantes de nuestras legítimas glorias católicas, se deberá muy en breve el sepulcro que actualmente se está construyendo y que colocado en el referido templo a la vista de los fieles guardará las cenizas de aquel modelo de todas las virtudes.

Se ha inaugurado en Alcoy con gran solemnidad una Casa de Desamparados que puede servir de modelo a cuantas de este género se han edificado en España y en el extranjero.

Más que Casa de Desamparados merece el título de Palacio de los pobres.

Van invertidos hasta la fecha cerca de 1.500.000 reales. Cuando el edificio esté totalmente terminado, su coste se elevará a dos millones próximamente, siendo de notar que obra tan suntuosa se debe exclusivamente a la caridad de los alcoyanos. Toda la población, sin exceptuar una sola persona, ha contribuido con limosnas, jornales y donativos voluntarios.

El asilo es un enorme edificio rectangular de tres pisos, capaz de albergar 500 pobres.

Separados convenientemente los departamentos de mujeres y hombres, ocupan aquellas el ala derecha y éstos la izquierda.

En aquel vasto edificio hay lugar para las necesidades generales de esta clase de establecimientos, y para las especiales del de Alcoy, que necesita como recursos para ayudar a su sostenimiento, escuela de niñas, carpintería, etc., etc.

La ceremonia inaugural ha ido acompañada de grandes fiestas religiosas.

NECROLOGÍA

Han fallecido recientemente:

En Zaragoza, el Presbítero Beneficiado del Pilar D. Mariano Gilaverte y Carquet.

En Fluvia, el Cura párroco de San Miguel Don Juan Albert.

En Burgos, el Presbítero D. José Portugal y Covarrubias, Capellán del Real Patronato del Hospital del Rey.

En Cuenca, el Magistral de aquella Iglesia Catedral D. Plácido Galán.

En San Mamés de Millerada, el Cura párroco D. José Vilas Pomar.

En Lérida, el Canónigo Lectoral D. Joaquín Salazar y Fajarnés.

En Barcelona, Sor Manuela Francisca Martí, de las Hijas de San Vicente de Paul, que prestaba sus piadosos servicios en la Casa provincial de caridad de aquella capital.

En Madrid, Sor María de la Soledad Torres, Superiora del Instituto de las Siervas de María.

BANCO DE ESPAÑA

Los interesados que tengan en depósito en este Banco acciones de Carreteras de Agosto, pueden presentarse en las Oficinas del mismo, desde el viernes 14 del corriente, de once de la mañana a tres de la tarde, a percibir los intereses vencidos en 31 de Agosto último.

Madrid 12 de Octubre de 1887.—El Vicesecretario, *Gabriel Miranda*.

ARTÍCULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.





ÉPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 30. — Madrid 25 de Octubre de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Six meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Six meses.....	2 1/2 ps. fr.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD	
DEL ASILO DE HUÉRFANOS	
DEL	
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS	

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Six meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Six meses.....	3 ps. fr.
Un año.....	5 »

SUMARIO

TERCIO. — *La decena*, por M. Ochoa y Bernard. — *Los grabados*. — *Un recuerdo glorioso de las Huérfanas de Burgos*, por Miguel Novoa Vuelta. — *El egoísmo*. — *Exhortación pastoral dirigida al cabildo metropolitano de Valencia, al clero secular y regular y a todos los fieles con motivo de la situación angustiosa del Papa*, por el Cardenal Monseñor. — *El templo del Pilar* (poesía), por Florencio Jorjón. — *Santa Teresa y su pastor protestante*, por Juan B. Alca. — *El Arte religioso*, por M. de A. — *Triliter Sacerdotal de Su Santidad León XIII*. — *Concilio de León*. — *Noticias*. — *Bibliografía*. — *Neurología*. — *Anuncios*.

GRABADOS. — D. Urbano Aspa, maestro compositor de música religiosa. — *En el Hipódromo*. — *El domingo en las carreras*. — *Santiago Abrial*, según se conserva en el Monasterio de las Huérfanas de Burgos.

LA DECENA

EL Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón se ha visto honrado en estos días con la visita de dos ilustres Príncipes de la Iglesia: el que tiene en España la representación de nuestro Santísimo Padre León XIII y el que rige, por delegación del mismo, la diócesis de Madrid-Alcalá. Como ambos sucesos detallaremos más en otro número, en éste sólo nos corresponde bendecir el momento en que ambos Príncipes han pisado esta casa, milagrosamente proyectada y más milagrosamente aun construida, en servicio de Dios, para asilo de niños huérfanos y honra de la heroica mujer que llevó en vida el nombre de Ernestina Manuel de Villena. La gallarda iglesia, realizada por el Marqués de Cubas, demuestra un alarde de generosidad artística, y bien es que el Altísimo logre en este siglo increíble y egoísta casas que le presten rico albergue; las escuelas, sabiamente regidas, arrancan del arroyo á infinitos seres predestinados á salvarse junto á la Cruz del Redentor, y los talleres en que se rinde culto al trabajo son el admirable laboratorio en que se purifican muchas almas y se contribuyen al carácter religioso y sencillo de las futuras generaciones.

El templo junto al aula, el aula junto al taller: he aquí todo un sistema político social para los que buscan por otros caminos la emancipación de las clases trabajadoras. ¡Y con qué sencillez surgió todo esto en la mente de una débil mujer! Siendo de familia acomodada, abandonó todos los gozes y todos los futuros encantos de la vida; siendo hermosa, ocultó su rostro tras de la modesta toca que la permitía llamar á todas las puertas y á todos los corazones; cre-

yó que en estos asuntos lo esencial era darles comienzo, y después de iniciar con un niño el Asilo, buscó elementos y adhesiones para su obra, y los obtuvo tan eficaces, que muy en breve pudo respirar, conceptuándola terminada.

Yo no sé si los escritores españoles que han acompañado á los literatos extranjeros por cafés del *cante* y plazas de toros les habrán indicado siquiera el hermoso edificio de nuestro Asilo; sospecho que no, y por cierto que es una omisión chocante, pues habrían podido darse tono, diciendo:

— ¿Preguntaban ustedes por los milagros de España? Pues no pasen adelante: ese suntuoso edificio en que se elevan preces al Altísimo, y en que se estudia y se produce, es el milagro de una débil mujer. Se ha levantado con limosnas de la Piedad y con suspiros de la Fe, y sabido es que la Fe, como sus hermanas la Caridad y la Esperanza, consiguen triunfar de todos los obstáculos. Como esa fundación hay otras dignísimas de estudio y de respeto, y

tal vez, si ustedes las estudiaran á fondo, sacaran de esto consuelos y esperanzas. Pero ya vemos que ustedes se impacientan y que desean llegar cuanto antes á la plaza de Toros para ver la competencia de Guerrita y Mazzantini, y las varas del picador-cantante Badilla, para asistir después al banquete del Ayuntamiento, ó de la Diputación, ó de la Sociedad de Escritores, y terminar la noche en la Alhambra viendo *cantarse y bailarse á la Pastora*. Nada; sigan ustedes adelante y miren con ojos de lástima á este pueblo que, teniendo tesoros, enseña sus deformidades y excrecencias, ni más ni menos que si tomara á formal empeño el desacreditarse.

Estamos bajo cero, y en todas las casas se escucha esta pregunta ó otra análoga:

— ¿Qué piensas hacer con estos frios?
— En primer término, aguantarlos, que es lo que encuentro más fácil.

— Bueno, ¿y luego?

— Mujer, si aguantamos con éxito los frios, podremos plantarnos en el verano sin dificultad alguna.

— No te burles, que el asunto es harto serio. Mira, hoy mismo han esterado las del segundo, de cordoncillo nada más, pero parece alfombrado el piso con sus grandes listones azules y de color de café.

— El azul pierde mucho y tiene muy mala vejez.

— No será tan mala como la que nos aguarda á los dos. Bien hacia mi madre al aconsejarme que te dejara á tí por aquel ordenador de pagos.

— Qué mayor orden en nuestros pagos que el que observamos aquí. Todo lo que debo lo llevo apuntado.

— Sí, y también en la tienda llevan la cuenta... por señas que ya hoy me han dicho que no están dispuestos á seguir fiándonos.

— Con que decías que las ester...

— Con tres rollos creo que tendremos bastante: á siete duros rollo, veintuno.

— Exacto, exactísimo; ni en el Tribunal de Cuentas harían esa con mayor exactitud. Lo malo es que no sé de dónde sacar esos veintin duros.

— También necesitamos un brasero de copa; poner trece cristales en los balcones y burlete en todas las juntas de las puertas; una capa para tí, un mantón de lana para mí y elásticas para los muchachos.

— Pues, hija mía, ni el ordenador de pagos con que quería



D. URBANO ASPA, MAESTRO COMPOSITOR DE MÚSICA RELIGIOSA.

casarte tu madre es capaz de hacer semejantes milagros con las tres pesetas que tengo en el bolsillo y que han de durarme hasta que vengan los míos.

— Los tuyos... ¿y cuáles son los tuyos que tanto tardan en llegar?

— Mira, hija mía, lo más prudente me parece esterar lo que se pueda con lo viejo del año anterior, poner papeles donde faltan cristales, listas engomadas en las junturas, y que tú y yo y nuestros hijos nos dediquemos a jugar al calienta-manos hasta que se anuncie la Primavera.

— ¿Y no hemos de abrigarnos?

— Lo más que puede hacerse, en mi concepto, es que tú y yo sigamos abrigando ilusiones, que es cosa fácil de abrigar.

— Con que el chico necesita...

— La Gramática de Ayuso... la Geometría de Cardán, la Física de Sanjurjo y la Historia Natural de Galdo.

— Total, diez duros, que con otros diez de colegio y los doce de matrícula hacen... dos onzas cabales por este mes. Afortunadamente, en cuanto en España se obtiene un título académico, está asegurado el porvenir de un muchacho.

— Las de X... se han abonado a la Zarzuela, y están buscando empeños para abonarse al teatro Real.

— Hijas mías, lo que es empeños no me faltan a mí.

— Y tendremos que asistir al Español los lunes de moda.

— Y a la Comedia los martes.

— ¿Y si por llevaros a todas partes tengo yo que liquidar luego arrojándome por el viaducto? Yo os llevaré al Prado los domingos, y a la Plaza Mayor por Nochebuena, y a la parada todas las mañanas, y a las formaciones siempre que las haya, y a ver subir los globos junto al Retiro, y a la entrada y salida de las funciones de toros, y al vestíbulo del teatro de Lara, donde nadie sabrá si hemos comprado billetes ó no. Lo que quiero que comprendáis es que yo no soy un Rostchil, ni siquiera el Melgarejo ó el Bisco del Dorado; que no sé cómo se gana dinero entrando matute ó realizando timos, y que mi sueldo de cuatro mil pesetas apenas llega para comprar lo más necesario a la vida.

— ¿Y no oiremos a Tamagno?

— Os llamaré cuando pase por la calle Perico el ciego.

— ¡Qué desgraciadas somos!

— Todo lo que queráis; pero he resuelto nivelar mis presupuestos y que no haya déficit ni deuda flotante.

Monólogo:

— Iré a ver a Joaquín, por si le arranco tres duros, con lo cual no me echarán en otro mes de la casa. Quedan por resolver tres problemas: almuerzo, comida y ropa. Afortunadamente esta calle de Sevilla es de mucho tránsito, y yo conozco la mar de gente... Por allí va Martínez, que seguramente no me negará dos pesetas... ¡Eh! ¡Martínez!... ¡Una palabra!...

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

D. URBANO ASPA, MAESTRO COMPOSITORE DE MÚSICA RELIGIOSA.

Nació en Sigüenza en 25 de Mayo de 1809, y desde sus más tiernos años obtuvo la beca de infante de coro, prosiguiendo desde entonces no interrumpida serie de ascensos y beneficios, hasta ser nombrado en 1833 maestro de capilla. Más tarde se trasladó a Madrid, ejecutando numerosos trabajos que no sería fácil citar ni aun resumiéndolos en grandes agrupaciones: todos los géneros que abraza la música religiosa fueron tratados por él, si bien dejó unido más especialmente su nombre a sus *Símbolos de San Atanasio* y a sus *Siete palabras*. Murió en Madrid en 1884.

EN EL HIPÓDROMO. — EL DESCANSO EN LAS CARRERAS.

Las carreras de caballos, aunque ajenas en cierto modo a nuestros usos y costumbres, han logrado caminar muy rápidamente a su definitiva aclimatación en nuestro país. El mundo elegante las protege, los aficionados a las emociones del juego las esperan con impaciencia, y hasta la generalidad del público participa de la animación del desfile y aplaude el lujo de los trenes y de los trajes.

Nuestros dos grabados representan los preparativos de la carrera y un descanso en las mismas.

SANTIAGO APÓSTOL.

(Véase el artículo de nuestro ilustrado colaborador el Sr. Novia.)

UN RECUERDO GLORIOSO

DE LAS HUELGA DE BURGOS.



El Real Monasterio de las Huelgas de Burgos, célebre por su origen, por la calidad y jerarquía de sus ilustres moradores, pertenecientes siempre a familias distinguidas y nobles, y más de una vez a las mismas familias reales; célebre por su esplendor, riqueza y poderío, por los privilegios y las exenciones extraordinarias, casi inverosímiles, con que la engrandecieron Pontífices y Reyes; célebre por la jurisdicción civil y militar de sus ilustrísimas abadesas, más aún por la jurisdicción eclesiástica *Quasi-Episcopal, vere nullius*, por virtud de la cual una señora, una humilde religiosa nombraba e instituía canónicamente párrocos, capellanes y beneficiados en sus Reales Compases, en el Hospital del Rey y su barrio, y en multitud de conventos y pueblos, daba licencias de celebrar, confesar y predicar, corregía y castigaba, intervenía en los matrimonios y ejercía, en suma, todas las facultades de un Obispo en la Diócesis, excepto las de la consagración sacerdotal; célebre por su hermosa fábrica, verdadero monumento de grandeza y de arte; y célebre por los gloriosos sepulcros que encierra, no lo es menos por los recuerdos históricos que atesora, entre los cuales merece lugar preferente la imagen cuyo grabado acompañamos.

Es la del glorioso Santiago, Patrón de España, que se venera dentro de la clausura en una hermosa capilla de estilo árabe recientemente restaurada de orden del Excmo. Sr. D. Fermín Abella, Intendente general de la Real Casa y Patrimonio, bajo la acertada dirección del Sr. D. José Segundo de Lema, Arquitecto mayor de Palacio; imagen antigua, de escaso mérito artístico, pero muy notable por el importante papel que ha desempeñado en la ceremonia de armar caballeros.

Sabido es que en el Monasterio de las Huelgas tuvo lugar esta ceremonia repetidas veces y en circunstancias solemnísimas en los siglos pasados.

Aquí se armó caballero San Fernando el día 27 de Noviembre de 1219, después de haber celebrado Misa de Pontifical y bendecido las armas el Obispo D. Mauricio. El mismo se puso el cingulo de la Orden, tomó con sus propias manos la espada que estaba sobre el altar y recibió el cetro, la corona y el *espaldarazo* de las manos de esta imagen, que las mueve por medio de un resorte.

Aquí Don Alonso el Sabio armó caballero al Príncipe Eduardo, hijo primogénito del Rey Enrique III de Inglaterra, que se presentó en Burgos en medio de una brillante comitiva a celebrar sus bodas con la Infanta Doña Leonor, hija de San Fernando, que llevó en dote la Gascuña.

Con mayor pompa se repitió esta ceremonia al tiempo de la coronación de Don Alonso onceño, quien armó de caballeros a veinte Ricos-hombres y ochenta y tres hijosdalgo de la primera nobleza de Castilla, después de haberles repartido copiosas y ricas vestiduras de seda y lana recamadas de oro, y espadas preciosas de estimadas guarniciones. El Rey les señaló los altares en que habían de velar aquella noche las armas, y al día siguiente a todos ciñó la espada y los honró con su mesa en el palacio de las Huelgas. A la fama de tan magníficas funciones se agolpó en Burgos un numeroso gentío, para cuya cómoda subsistencia acudió generoso el Ayuntamiento proporcionando una cuarta parte de rebaja en el precio de todos los artículos de consumo, de lo que reconocido el Monarca, hizo donación a la ciudad de la aldea y castillo de Muñón, que es uno de los que ostenta, el escudo de armas de esta capital. Su nieto, el Rey Don Juan I, le tomó al parecer por modelo al coronarse en esta iglesia.

Aquí se armó también caballero, y confirió esta honra a cien distinguidos jóvenes de linaje de Ricos-hombres, con igual pompa y esplendor que su ilustre ascendiente, a quien quiso seguir hasta en la identidad de la munificencia, gratificando a Burgos con la villa de Pancorbo, signada en el escudo de la ciudad con uno de los cinco castillos. El regio esplendor de estas ceremonias, sin embargo, por más que se hayan esmerado los dos Soberanos en realizarle, no ha podido competir con el grandioso aparato de las bodas que celebró en Burgos el Infante de la Cerda Don Fernando, hijo primogénito de Don Alonso X, con la Infanta Doña Blanca, hija del Rey del Francia, San Luis. Pocas veces contará la historia una reunión tan numerosa y escogida de personas reales: aquí se vieron juntos el Rey de Castilla, Don Alonso; el Rey Don Jaime de Aragón; el Rey moro de Granada; Doña Marta, Emperatriz de Constantinopla; el Delfín de Francia; el Príncipe Eduardo, primogénito de Enrique III, Rey de Inglaterra; el primogénito del Rey de Aragón; el de Castilla; Don

Alfonso de Molina, hijo del Rey Don Alonso IX de León; los Infantes, hijos de San Fernando; otros cinco Infantes, hijos de Don Alonso el Sabio; Don Sancho, Infante de Aragón; y el Arzobispo de Toledo; el Marqués de Monferrat, yerno del Rey; el Conde de Deu, hermano de Juan de Arce, Rey de Jerusalén, y finalmente, los Embajadores del imperio de Alemania que acababan de traer la noticia de la elección del Rey de España para Emperador de Romanos. Aquí se celebraron los desposorios, y el Rey de Castilla confirió honra de caballería a muchos Infantes en la misma iglesia, y a otros señores franceses que habían venido en la comitiva de la novia.

Prodigadas hoy las Cruces y las Encomiendas hasta un punto inverosímil, hasta el punto de ser difícil definir si merecen más admiración y aplauso los que las ostentan ó los que no han sido honrados con ellas, apenas podemos conocer lo que son y significan. Para dar idea de su importancia bueno será recordar algunos hechos.

Juan, monje de Marmontier, refiere en el libro I de la historia de Godofredo, duque de Normandía, la solemnidad con que Godofredo, hijo del Conde de Anjou, fué armado caballero en el año 1128 por Enrique I, Rey de Inglaterra.

Francisco Redi narra minuciosamente otra ceremonia análoga verificada en Arezzo el día 8 de Abril del año 1260 con motivo de ser hecho caballero un noble y esforzado varón llamado Hildebrando, y por sobrenombre Giratrasca.

En Florencia tuvo efecto en 25 de Abril del año 1388, según el ceremonial detallado en un documento latino exhumado por Cantù, la solemne ceremonia de armar caballeros a D. Juan de Panciaichis y a Gualtero, hijo de Bandini.

Hay una crónica escrita de orden de dos abades del monasterio de San Dionisio, y que comprende desde 1380 a 1415, y en ella se narra extensamente la ceremonia con que fueron hechos caballeros los dos hermanos Luis, Rey de Sicilia, y Carlos, desplegándose en este acto un grande aparato y ostentación lujosa, realizada con la presencia de gran número de duques y varones y aristocráticas y atavias damas.

Du Fresno publica la ordenanza y manera de crear y hacer nuevos caballeros del Baño en tiempo de paz, según costumbre de Inglaterra.

La crónica refiere el gran aparato y la esplendidez con que se procedió al acto de armar caballero al conocido Nicolás Rienzi a mediados del siglo XIV.

Diferentes causas y circunstancias originaban la autorización, ya espontánea, ya otorgada a instancia de parte, para entrar en la caballería.

Reunido el Consejo general, dice Francisco Redi, al toque de la campana, y al sonido de las trompetas, los señores acordaron que el segundo domingo de Mayo de 1260, a costas del erario público, fuese hecho caballero, *factus esset miles*, el noble y esforzado varón Hildebrando. Es de presumir que en este caso la autorización se otorgara a instancia de parte; y lo propio es de presumir que ocurriese con Nicolás Rienzi, como que su investidura de caballero coincidió con la época de su pujanza. Cuando el tribuno vió, dice la crónica, que todo le salía perfectamente, y que gobernaba en paz y sin contradicción, empezó a desear el honor de la caballería.

Otras veces la autorización procedía de circunstancias que parecían exigir un título preciso y determinado de nobleza en el agraciado. Así hubo de suceder en el caso a que se contrae el biógrafo de Godofredo, duque de Normandía. Godofredo, dice, hijo de Foulques, conde de Anjou, había cumplido quince años, cuando Enrique I, Rey de Inglaterra, deseaba casarle con su hija única. Manifestada al de Anjou la voluntad del Rey, fué aceptada con agradecimiento. Dióse la palabra por una parte y por otra, y firmáronse y sancionáronse con juramento los esponsales. Pero el Rey exigió al conde que, no siendo su hijo todavía caballero, se obligase a entrar en la caballería en la próxima Pascua de Pentecostés. No hubo dificultad en ello; *justa enim petitio*, dice el cronista, *facilem meretur assensum*.

Es de suponer que análogos fines imperasen en la investidura de caballeros tomada en Francia, y en el monasterio de San Dionisio por los hermanos Luis, Rey de Sicilia, y Carlos.

Y era tal la importancia que se daba a esta solemnidad, que se enviaban mensajeros a otros países para anunciarla y atraer concurrencia.

El cronista que narra la solemnidad de armar caballero a Nicolás Rienzi describe los preparativos en estos términos:

Esta espléndida fiesta se hizo del modo siguiente: Primero se dispuso como para nupcias todo el palacio del Papa con todas las dependencias de San Juan de Letrán, y muchos días antes se hicieron las mesas de comer con las tablas y la madera del re-

cinto de los Varoni de Roma. Estas mesas fueron puestas en todo el antiguo salón del palacio viejo de Constantino y del Papa, y en el del palacio nuevo, lo cual presentaba magnífico aspecto. Se hicieron aberturas en las paredes de los salones con escaleras de maderas descubiertas a fin de llevar lo que estaba preparado para la cocina, y para cada salón se dispuso en un ángulo la despensa para el vino. Era la víspera de San Pedro Advíncula y la hora de nona. Toda Roma, hombres y mujeres, se dirigen a San Juan. Todos se agrupan debajo de los pórticos para ver la fiesta, y en la vía pública para contemplar este triunfo. Entonces vino la numerosa caballería de las diversas naciones, barones, aldeanos, forasteros, caparzones de campanilla vestidos de tufetín y llevando banderas. Hacían gran fiesta y corrían gozosos. Después de ellos iban innumerables bufones, tocando unos la trompeta, otros la zampaña, otros el caramillo, y varios instrumentos. En seguida iba a pie la mujer de aquel gran personaje con su madre. Muchas ilustres damas la acompañaban por deseo de complacerla. Delante de la dama iban dos jóvenes ricamente vestidos, que llevaban de la mano un nobilísimo freno dorado. Se oye el toque de trompetas de plata. Luego se adelantan gran número de justadores a caballo. Iba en pos el tribuno, y a su lado el vicario del Papa. Delante del tribuno iba un individuo llevando en la mano una espada desenvainada. Otro llevaba el pendón flotante sobre su cabeza. El tribuno tenía en la mano una varilla de acero. Le acompañaban varios nobles. Vestía una túnica de seda «de admirable blancura», bordada de hilo de oro. Por la tarde subió a la tribuna o capilla del Papa Bonifacio, y habló al pueblo diciendo: «Sabed que esta noche debo hacerme caballero. Volved mañana: oiréis cosas que agradarán a Dios en el cielo y a los hombres en la tierra.» De modo que entre toda aquella muchedumbre se sentía grande alboroto. No hubo tumulto ni vías de hecho. Habiéndose entredado en palabras dos personas, tiraron de las espadas, y las volvieron a envainar sin descargar ningún golpe, y cada cual siguió su camino. Habiendo acudido en tropel a la fiesta los habitantes de las poblaciones vecinas, ancianos, doncellas, viudas y casadas.»

A estas mismas ceremonias precedían ordinariamente otras solemnidades, como sucedió en la investidura de Nicolás Rienzi; pues antes de retirarse a las habitaciones en que había de permanecer incommunicado hasta el día siguiente, celebró el clero un solemne oficio en obsequio del candidato.

Antes de retirarse Hildebrando a las habitaciones que tenía preparadas, se dirigió muy temprano a Palacio, y sobre los Santos Evangelios y con intervención de Notario hizo juramento de fidelidad a los señores del Consejo y al Santo Patrono de la ciudad de Arezzo.

Le acompañaba, dice la crónica, una gran mesnada de los suyos, é iba vestido con lujo. Después de esto se dirigió a la catedral, en donde recibió la bendición, haciéndosele el honor de que le acompañasen seis pajes de Palacio. Los señores del Consejo dispusieron que fuese a comer a casa de un tal Rodolfo; la comida consistió en pan y agua y sal, según ordenaban las leyes de caballería, y tuvieron la honra de acompañarle en tan frugal comida el citado Rodolfo y dos religiosos Camaldulenses, de los cuales el de mayor edad predicó después de la comida un sermón sobre la importancia y las obligaciones de la caballería. Después del sermón Hildebrando se retiró a su aposento.

Las ordenanzas prescribían también un baño.

Luis, Rey de Sicilia, y su hermano Carlos, después de acompañar a su madre al Monasterio de San Dionisio, se retiraron a sus aposentos para disponerse convenientemente para la ceremonia del siguiente día; y lo primero que hicieron fué lavarse en los baños que ya se les tenían preparados.

Godofredo, duque de Normandía, al amanecer del día siguiente en que el Rey había explorado su voluntad de ser armado caballero, lavó su cuerpo tomando el baño que tenía preparado según la ley de la caballería. *Illucente die altera, balnearum usus, uti tyrocinii suscipiendi consuetudo exposculat, paratus est.*

Este baño debía simbolizar, sin duda, la pureza de alma necesaria para ingresar en alguna Orden de caballería. Así, según vemos en la descripción que nos ha dejado Francisco Redi relativamente a la ceremonia verificada en Arezzo en 1260, Hildebrando, al retirarse a su aposento, permaneció solo por espacio de una hora, y después entró a verle un anciano monje del Monasterio de Santa Flora, a quien hizo devota y humilde confesión de sus pecados, y recibió la absolución, y cumplió la penitencia que se le impuso. Hecho esto, entró el barbero en el aposento, le afeitó esmeradamente, le cortó y arregló la cabellera, y dispuso lo demás necesario para

el baño. Arreglado todo de esta suerte, acudieron allí los caballeros designados por el Consejo con sus mesnadas y gran número de juglares y músicos. Dos de los caballeros desnudaron a Hildebrando y le colocaron en el baño; otros dos le leyeron las obligaciones y atribuciones de la caballería, y le explicaron la grandeza de la dignidad que iba a conferirle. Después de permanecer en el baño por espacio de una hora, Hildebrando fué trasladado a una cama dispuesta con blanquísima y finísima sábana, y con abrigos y cubrecamas de seda.

La ordenanza inglesa completa algunos datos sobre la etiqueta que se guarda en el acto de salir del baño. En Inglaterra estaba prevenido que la cama fuese sencilla y estuviese dispuesta sin pabellón ni cortinajes. El aspirante a caballero no había de salir del baño por sí propio, sino que por mano de los escuderos gobernadores era sacado del baño y metido y abrigado en la cama hasta enjugarse con el calor natural. De manera que se llevaba a la cama toda la humedad que tomaba del baño. «Y luego que se seque, dice la ordenanza, se alzará del lecho, y será adornado y vestido de una manera adecuada para velar aquella noche. Y sobre todo el ropaje se vestirá una cota de paño rojo con largas mangas y capucha a guisa de ermitaño. Y fuera ya el escudero del baño, el barbero lo quitará y todo lo que haya en torno, tanto dentro como fuera, y le cogerá por el collar, ya sea conde, barón ó bachiller; según la costumbre de la Corte. Y hecho esto, los escuderos gobernadores abrirán las puertas de la habitación, y harán entrar a los entendidos caballeros para llevar el escudero a la capilla. Y cuando hayan entrado los escuderos, saltadores y bailarines, serán colocados delante del escudero en unión de los menestrales que harán sus melodías hasta la capilla. Y cuando hayan entrado en la capilla, estarán preparados para dar a dichos caballeros y escuderos las especies y el vino; y los escuderos gobernadores llevarán a los caballeros por delante del escudero para despedirse, y dará gracias a todos juntos por su trabajo, honor y cortesías que le han hecho. Y en este punto saldrán todos de la capilla.»

El tiempo, como es natural, ha introducido varias modificaciones en este ritualismo y acaso una de las principales a la vela de las armas. El espíritu que había dictado esta parte del ceremonial parece ser la intención de que el aspirante a caballero pasase la noche anterior a la investidura en la oración y en el recogimiento.

Hildebrando permaneció acostado por espacio de una hora, y acercándose ya la noche, se vistió una holgada túnica blanca con capuchón, y replegada en el talle por un cinturón. Tomó una colación de pan y agua; y acompañándole Rodolfo y los cuatro caballeros que le asistían, se dirigió a la catedral, donde pasó orando toda la noche en una capilla especial a mano derecha. Allí rogó a Dios, a su Santísima Madre y a San Donato, para que le hiciesen buen caballero y honrado y justo. Con gran devoción le hicieron compañía durante la noche dos presbíteros y dos clérigos menores, y también cuatro nobles y jóvenes señoritas, y cuatro nobles ancianas, ricamente vestidas. Durante la noche rogaron al cielo para que la próxima investidura de caballero sirviese para mayor honra y gloria de Dios, de su Santísima Madre, de San Donato y de toda la Iglesia católica. Rodolfo y los cuatro caballeros acompañantes se marcharon a descansar, pero volvieron a la iglesia antes del amanecer.

No se habla aquí explícitamente de la vela de las armas; pero es de suponer que estuviesen ellas especialmente dispuestas en la capilla, pues sigue la crónica reseñando en los siguientes términos lo ocurrido:

«Después del amanecer, el sacerdote bendijo la espada y toda la armadura, desde el casco hasta las espuelas; en seguida celebró el Santo Sacrificio de la Misa, en la que Hildebrando recibió humildemente y con gran devoción el santísimo cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Después de esto depositó en el altar un cirio verde de grandes dimensiones, y una libra, moneda de plata de Pisa; también ofreció en sufragio de las santas almas del purgatorio una libra de plata, moneda de Pisa. Hecho esto, se abrieron las puertas de la iglesia y todos se dirigieron a casa de Rodolfo, en donde se sirvió un espléndido almuerzo traído expresamente de Palacio. Hildebrando se fué a descansar, esperando la hora de la ceremonia.»

Lo que acabamos de transcribir guarda completa analogía con el ceremonial prescrito en Inglaterra, y que la misma ordenanza refiere en los términos siguientes:

«Y los escuderos gobernadores cerrarán la puerta de la capilla, y no quedarán allí más que los escuderos gobernadores, el que ha de estar de acecho ó centinela. Y en esta guisa permanecerá el escudero

en la capilla hasta que sea de día, siempre en oraciones y plegarias; requiriendo al poderoso Señor y a la bendita Madre que por su digna gracia le den poder y fortaleza para recibir aquella alta dignidad temporal, para honra y alabanza suya, de la Santa Iglesia y de la Orden de caballería. Y cuando asome el alba, se llamará al sacerdote para confesarle de todos sus pecados; y habrá maitines y Misa, y luego comulgará, si quiere. Pero, desde que haya entrado en la capilla, habrá delante de él un cirio encendido. Empezada la Misa, uno de los gobernadores tendrá el cirio delante del escudero hasta el Evangelio. Y al llegar a éste, entregará el cirio al escudero hasta el fin del susodicho Evangelio; el escudero gobernador quitará el cirio, y lo pondrá delante del escudero hasta el fin de la susodicha Misa; y al alzarse el sacerdote, uno de los gobernadores quitará la capucha del escudero, y después del Sacramento se la volverá a poner hasta el Evangelio *In principio erat Verbum*. Y al empezar el *In principio*, el gobernador quitará la capucha del escudero y la hará quitar, y le dará el cirio en su mano, pero habrá lo más cerca posible de la luz una moneda. Y cuando llegue el *Verbum caro factum est*, se arrodillará el escudero y ofrecerá el cirio y el dinero, a saber: el cirio en honor de Dios, y el dinero en honor del que le haga caballero. Hecho esto, los escuderos gobernadores volverán al escudero en su aposento, y le meterán en la cama, y mientras duerme, se lo pondrá encima un colector de oro llamado singletón.»

Y tal era, a lo que parece, la vela de las armas que precedía a la ceremonia de ser armado caballero. Veamos el traje oficial y el resto de la ceremonia.

Más completa que todas las descripciones, es la reseña que se hace en la ordenanza inglesa:

«Y cuando parezca tiempo a los gobernadores, irán al Rey y le dirán: Señor, cuando os plazca despertará nuestro amo. Y en esto el Rey mandará a los entendidos caballeros, escuderos y menestrales dirigirse a la habitación del susodicho escudero para despertarle, vestirle y llevarle al salón. Pero antes de su entrada, detenidos los menestrales, los escuderos gobernadores pondrán en orden todo lo necesario, y se lo entregarán a los caballeros para que vistan al escudero. Y cuando los caballeros hayan llegado a la habitación del escudero, entrarán juntos, y dirán al escudero: Señor, tened buenos días; es tiempo de levantarse y de aderezarse. Y con esto los gobernadores le cogerán por el brazo, y le harán aderezarse. El más gentil ó el más entendido caballero dará al escudero su camisa; otro le entregará sus calzas; el tercero le dará un jubón; el cuarto le vestirá con un kirtel de rojo tartarino. Dos le sacarán del lecho, y otros dos le calzarán, pero el calzado será abierto y con suela de cuero. Otros dos atarán sus mangas, otro le ajustará el cinturón de cuero blanco, sin ningún arnés de metal; otro peinará su cabeza, y otro se la cubrirá; otro le dará el manto de seda de kirtel de rojo tartarino, con un sayo de seda blanco, y un par de guantes colgando del extremo del lazo.

El canceller tomará todos los adornos y arreos con que el escudero estaba adornado y vestido el día que entró en la Corte para recibir la orden, juntamente con el lecho en que se acostó primeramente después del baño, con el singletón y demás cosas necesarias. Para cuyos feudos dicho canceller hallaría a sus expensas lo que cubre la cabeza del escudero, sus guantes, su cinturón y su lazo. Y hecho esto, los entendidos caballeros montarán a caballo, conducirán al escudero al Palacio, yendo delante los menestrales al son de sus instrumentos.

Pero el caballo irá enjaezado como sigue: Tendrá una huxa de cuero negro, los arzones blancos, los estribos negros, las herraduras negras, el pretal de cuero negro con una cruz empastada y dorada, colgando delante del pecho del caballo, y sin gruperá, el freno de nuez con largas piernas, a estilo de España. Y estará dispuesto un gentil doncel para cabalgar delante del caballero. Irá sin espuelas, y llevará la espada del escudero con las espuelas colgando de las correas de la espada, y la espada tendrá blancas correas hechas de blanco cuero, y el cinturón de blanco cuero, sin arnés; y el doncel llevará la espada por la empuñadura; y así cabalgarán hasta el Palacio del Rey, y estarán prontos los gobernadores a su oficio, y los más entendidos caballeros llevarán al dicho escudero; y cuando llegue delante del Palacio, los mariscales y los ujieres se hallarán dispuestos a salirle al encuentro, y dirán: Apeaos; y se apeará. El mariscal tomará su caballo por feudo. Y en esto los caballeros llevarán al escudero hasta la alta mesa, y luego se pasará junto a la segunda mesa hasta el doncel el pie, estando la espada delante de él entre dichos dos gobernadores. Y en cuanto el Rey haya salido al salón y vea al escudero

pronto a tomar la alta dignidad temporal, pedirá la espada y las espuelas.²

Sigue la ordenanza inglesa: «Y el camarero tomará la espada y las espuelas del doncel, y se las presentará al Rey; y el Rey tomará la espuela derecha y se la entregará al más noble y gentil, y le dirá: Ponedla en el talón del escudero. Y éste pondrá en tierra una rodilla, y cogerá al escudero la pierna derecha, y pondrá su pie sobre su rodilla, y fijará la espuela en el talón derecho del escudero, y le besará. Hecho esto, se presentará otro señor, que fijará la espuela en el talón izquierdo del mismo modo. Y entonces el Rey con gran cortesía tomará la espada y se la ceñirá al escudero. Y el escudero levantará sus brazos en alto con las manos juntas y los guantes entre los dedos; y el Rey echará sus brazos al cuello del escudero, y levantará la mano derecha, y le dará un golpe en el cuello y le dirá: Sed buen caballero, y le besará.

Y entonces los entendidos caballeros llevarán al nuevo caballero a la capilla con gran melodía hasta el altar Mayor. Y allí se arrodillará y colocará sobre el altar la mano derecha, y hará promesa de sostener el derecho de la Santa Iglesia toda su vida.

Y entonces el mismo se desceñirá la espada con gran devoción y oraciones a Dios, a la Santa Iglesia y la ofrecerá rogando a Dios y a todos los santos que conserve la Orden que ha tomado hasta el fin. Y cumplido esto, tomará una sopa en vino.

Y a la salida de la capilla el cocinero mayor del Rey estará pronto a quitar las espuelas, y las tomará por su feudo, y dirá: Yo el cocinero mayor del Rey, he venido, tomo vuestras espuelas por mi feudo; y si hacéis cosa contra la Orden de caballería, lo cual Dios no quiera, cortaré vuestras espuelas de encima de vuestros talones.

Y luego los caballeros le volverán a conducir al salón. Y comenzará la mesa de los caballeros y será servido de la misma manera que los otros; pero no comerá ni beberá a la mesa, ni se moverá, ni mirará a un lado y a otro, ni más ni menos que si fuese una recién casada. Y cuando el Rey se levante de la mesa y pase a su aposento, el nuevo caballero será llevado con gran solemnidad de caballeros y menestrales delante de él a su aposento. Y a la entrada se despedirán caballeros y menestrales, y él se pondrá a comer. Y cuando partan los caballeros, se cerrará el aposento, y el nuevo caballero se despojará de sus atavíos, y serán dados a los reyes de los heraldos, si están presentes, y de no, a los otros heraldos, si están allí; o a los menestrales con un marco de plata, si es bachiller, y si es barón, el doble; y la capa roja de noche al acecho, o de otro modo al noble. Y entonces se vestirá un ropaje azul, con mangas a lo sacerdote, y en el hombro izquierdo un lazo de seda blanca colgando. Y este lazo blanco lo llevará sobre sí cuando se ponga a lo largo de esta jornada hasta que haya ganado honor y renombre de armas, y que haya hecho memoria de tan alto recuerdo, como de nobles caballeros, escuderos y heraldos de armas, y sea renombrado por sus proezas, como antes se ha dicho, para que algún alto Príncipe o nobilísima dama le pueda cortar el lazo diciendo: Señor, hemos oído tanto verdadero renombre de vuestro honor de caballería y del que os hizo caballero, que exige el derecho que se os quite este lazo.

Pero después de comer los caballeros de honor y de gentiles hombres, se dirigirán cerca del caballero y le llevarán a presencia del Rey, y los escuderos gobernadores delante. Y el caballero dirá: Nobilísimo y temido Señor, os doy cuantas gracias puedo por todos estos honores, cortesías y bondades que por vuestra gran gracia me habéis hecho, a lo cual estoy muy reconocido. Y dicho esto, se despedirá del Rey. Entonces los escuderos gobernadores se despedirán de su señor, diciendo: Señor, esto lo hemos hecho por mandato del Rey, así como fuimos obligados. Pero si ha causado desagrado nuestra negligencia en lo hecho por este tiempo, solicitamos perdón; por otra parte, señor, según es verdadero derecho, con arreglo a las prácticas de la Corte y de los reinos antiguos, os pedimos ropas y feudos como escuderos del Rey, compañeros de los bachilleres y de los demás señores.³

Aunque igual en el fondo y en la esencia, difiere por su índole religiosa el ceremonial con que Hildebrando fué armado caballero. Celebróse con este motivo un solemne oficio en la Santa Iglesia Catedral. Durante el Evangelio, cuatro caballeros tuvieron las espadas desenvainadas y altas. Terminado el Evangelio, Hildebrando juró en alta voz que desde entonces en adelante sería fiel y leal vasallo de la municipalidad de Arezzo, y de su Patrón San Donato. También juró en alta voz que con todas sus fuerzas defendería siempre a las doncellas, mujeres, menores de edad y huérfanos, é igualmente los bienes de la Iglesia contra la fuerza y el poder injusto

de los hombres poderosos, y contra sus asechanzas, según pudiese. Después de esto, un caballero calzó a Hildebrando la espuela derecha, y otro caballero le calzó la izquierda. Y una noble é interesante señorita, Leonor, hija de Berenguer, le ciñó la espada. Después Rodolfo, según costumbre, le dió un golpe en la espalda, diciéndole: Eres noble individuo de la caballería, y este golpe que te he dado es en memoria del que te ha armado caballero; y este golpe ha de ser la última injuria que sufrirás con paciencia.

Las espuelas de oro ó doradas que se calzaban al noble caballero significaban la prontitud con que había de atender al servicio militar. La espada que se le ceñía era un testimonio de seguridad contra las asechanzas del demonio; y los dos filos de la espada significaban la rectitud y la lealtad con que el novel caballero vendía obligado a defender al pobre contra el rico, y al débil contra el fuerte.

El espaldarazo ó golpe, dice un documento anónimo, se daba en memoria de aquel que había armado al novel caballero. No debe el caballero hacer cosa alguna vil ó torpe por temor de la cárcel ó de la muerte. Cuatro son las obligaciones generales que le incumben. Primera: que no permanezca en sitio donde se haga un juicio falso. Segunda: que no puede tratar de traición, y ha de huir de donde se trate de esto, si de otro modo no pudiese resistir. Tercera: que no debe estar en donde se aconseje mal a una dama ó una doncella, sino al contrario, ha de aconsejarlas rectamente. Cuarta: que ha de ayunar todos los viernes en memoria de Nuestro Señor Jesucristo, a no impedírselo la salud, orden superior a otra justa causa.⁴

Esto eran y esto significaban los antiguos caballeros.

¡Vergüenza, vergüenza eterna a Boyardo, a Ariosto, a vosotros todos, culpables romanceros, mentirosos escritores, malos ciudadanos, que ridiculizándola, habéis desfigurado esa gloriosa caballería, que fué en su conjunto una institución eminentemente social, conforme al espíritu de la Iglesia, y una bella página en la historia!

Así lo entiende la distinguida é ilustrada comisión artística nombrada por el Excmo Sr. D. Manuel Gómez Salazar y Lucio Villegas, arzobispo de Burgos, para formar un álbum digno de figurar entre los obsequios destinados al Pontífice León XIII con motivo de sus Bodas de Oro. Por eso, con felicísimo acuerdo, ha elegido como uno de los más gloriosos recuerdos del Real é insigne Monasterio de las Huelgas la fotografía de la histórica imagen de Santiago Apóstol, Patrón de España.

MIGUEL NOVOA VARELA,
Presbítero.

Burgos a 10 de Octubre de 1887.

EL EGOISMO

SU REMEDIO EN LA DEVOCIÓN AL SAGRADO
CORAZÓN DE JESÚS.

Si mirando a los pueblos modernos consideramos lo triste y angustioso de su estado social, fácilmente nos persuadiremos, que acaso nunca tuvieron más exacta aplicación que en nuestros días aquellas palabras del Profeta: *qui te beatum dicunt, ipsi te decipiunt*. En vano será que, tomando por principal lo accesorio, y poniendo delante de nuestros ojos los inventos que ha realizado el genio del hombre, y los secretos que ha arrancado a la naturaleza, se quiera que las cien trompetas de la fama anuncien a los cuatro vientos la nueva era de prosperidad que han alcanzado los pueblos, y ese colmo de ventura, que si no ha llegado, está por lo menos llamando ya a nuestras puertas, de grado ó por fuerza, una triste experiencia nos obligará a confesar que la sociedad presente se agita como un enfermo, a quien los dolores tienen postrado en el lecho, sin dejarle ni siquiera un instante de reposo.

El que tal suceda tiene alguna explicación en las queiebras que ha sufrido, y triste estado que al presente alcanza en la sociedad el sentimiento del respeto; pero seguramente no fuera tan angustiosa la situación del mundo, ó por lo menos, no corriera éste con tan vertiginosa rapidez al precipicio, si a un tiempo, con la falta de respeto, no viniera a darnos en rostro el triunfo y reinado del egoísmo.

I

El egoísmo, este nuevo factor, cuya influencia en la vida de los pueblos queremos determinar, consiste en el amor desordenado de sí propio; pero como en ese desorden caben en tanta diferencia el más y

el menos, naturalmente son muy diversos los grados que puede alcanzar aquél.

Habría quien se ame a sí mismo con tal desorden, que se olvide de amar a los demás; habría quien en los otros hombres sólo vea esclavos que poner a su servicio, y medios é instrumentos que utilizar; habría quien, considerándose a sí mismo como Dios, imagine que todo debe ofrecerse a él en sacrificio; pero quien atentamente considere estos y otros matices que puede alcanzar el egoísmo, siempre podrá observar que todos esos diversos estados desarrollan idéntica tendencia, y es aquella que más directamente se opone al verdadero amor. Este, con impulso natural, mueve al hombre a salir fuera de sí, para aumentar la dicha de su vida, comunicándola y uniéndose a los demás; aquél tiende a reconcentrar en sí mismo la vida, y no hay dicha ni gloria que no la reclame para sí: el primero, cuando dejó sentir su influencia, dilata el corazón para que, a semejanza del sol, vaya fecundando con su calor toda la tierra; el segundo, a cuanto extiende su contacto, lo sombrea y marchita, como si fuera eterna noche de invierno, que va derramando por doquiera hielo y tinieblas.

Calculando por el desconcierto que se produciría en un todo armónico cualquiera, invirtiendo el orden que deben tener las partes en sí mismas y con relación a otras, imaginemos invertido en nosotros el orden que guardan el corazón y la cabeza, y veamos, con tal desorden, si es posible que alcancen su fin y perfección, ni el centro de la vida, ni el centro de la inteligencia.

Ahora bien; nadie dirá que el centro del mundo es el corazón del egoísta, y que ese *yo*, que pronuncian sus labios, tiene derecho a regular el movimiento de todas las criaturas, a la manera que el sol regula el de los planetas; y como, esto no obstante, eso es lo que el egoísta quiere con empeño, y con empeño procura, aparece evidente, que en cuanto está de su parte, el egoísmo todo lo desordena y desconcierta.

Pudiera suceder, que tratándose de definir el egoísmo, estas últimas palabras no a todos parecieran oportunas conforme a las reglas de la lógica; pero lejos de borrarlas, nosotros las volveríamos a escribir otra vez, porque con ellas nos parece se han de formar nuestros lectores idea exacta de lo que constituye la esencia del egoísmo.

II

Y ahora preguntamos: ¿qué frutos dará esa semilla arrojada en la tierra? Para responder en términos que todos entiendan, quizás fuera lo mejor dibujar en el papel algunos cuadros al natural; pero adoptamos otro camino, y vamos a formular nuestra contestación, examinando alguna de las muchas hipótesis, en las que el egoísmo se pudiera encontrar.

Sea, pues, la primera imaginar que el egoísmo es el regulador de los poderes públicos.

Pueblo en que tal suceda, desdicha inmensa tendrá que llorar; y si además es poderoso, ó otros que lo sean le prestan auxilio, será verdugo y azote de otros pueblos.

En efecto; como el egoísta constituye en sí mismo el centro, en cuyo derredor todo debe moverse, ante sus ojos las cosas no tienen otro papel que representar que el de rivales ó obstáculos si le contradicen, ó el de medios é instrumentos si le sirven. En el primer caso, ¿qué hará el egoísta teniendo a su disposición la autoridad y la fuerza? Imponer el despotismo de un tirano. En el segundo, ¿a qué condición viene a reducirse el hombre? A la de un abyecto y miserable esclavo. No importa que en ambos casos las apariencias se cubran, hasta el punto de que al despotismo se le llame libertad y al miserable esclavo se le apellide soberano, pues todos sabemos que las llagas ulceradas acostumbran también a esconderse bajo un brillante ropaje.

Sigamos discuriendo bajo la misma suposición. El estar colocado al frente de un pueblo impone grandes deberes y exige grandes sacrificios. Esto dentro del espíritu cristiano es evidente; porque el Evangelio, a los que dominan, mandales que sean como los que sirven, y la Iglesia al Vicario de Cristo le ha dado el nombre de *siervo de los siervos de Dios*. Pero aun dentro de los límites del derecho natural aquella obligación es evidente, y por eso oímos hablar a cada paso de cargos que se aceptan, de sacrificios que se imponen, y de vigiliat que se emplean en labrar la dicha y felicidad de los pueblos. ¿Mas esto podrá decirse alguna vez del egoísta? Nunca: ese desdichado no encuentra en su diccionario la palabra *sacrificio*, y sólo un deber reconoce en sí mismo; el de dar rienda suelta, pasando por encima de todo, a sus pasiones, y el de satisfacer, cueste lo que costare, su apetito.

En vano los pueblos con sus clamores harán presente la estrechez en que viven, y con la abundancia de sus lágrimas darán a entender lo acerbo de sus dolores; el egoísta, colocado a esa altura, como el rico del Evangelio, no tiene entrañas, y como los dioses de piedra de la antigua gentilidad, a vista de los dolores permanece insensible.

Bajo esta suposición, fácil cosa es también demostrar que el egoísmo, así encarnado, es azote y verdugo de otros pueblos. Ahí está la historia; y cierto que nadie se atreverá a leer sin estremecimiento las páginas en donde se refiere los caminos que en el mundo ha recorrido la ambición guiada del egoísmo. Ni puede suceder de otra manera; las fronteras de un pueblo, más que por el pabellón nacional, están defendidas por la santidad del derecho; pero como el egoísmo, si puede arrollar los obstáculos que encuentra, no se detiene por ninguno, ante un poder egoísta siempre está en peligro la independencia de otro pueblo, y siempre también el mapa de los estados sufriendo transformaciones, que trazan a su antojo unas veces la espada del conquistador, y otras la pluma del diplomático.

III

Imaginemos ahora que el soplo del egoísmo ha penetrado, no ya en los que mandan, que siempre son los pocos, sino en los que deben obedecer. ¡Santo Dios! ¡y qué horas más amargas, y qué porvenir más triste! El Evangelio ha profetizado la desolación de todo pueblo que esté dividido: ahora bien; un pueblo de egoístas necesariamente lo está tanto, que ni siquiera merece llevar el nombre de pueblo. Podrán las estadísticas arrojar grandes números cuando se haga allí el recuento de individuos; pero si falta el lazo que unifica la existencia y la vida, o sólo de nombre existe, tales hombres, por muchos que sean, propiamente no constituyen un pueblo; como tampoco unas piedras sobrepuestas a otras piedras, sin lazo de cohesión que las una, propiamente constituyen edificio.

En otro orden de ideas nos inspirará idéntica repugnancia el monstruo del egoísmo. Quiera el hombre resignarse a sus destinos o airado se revuelva contra ellos, vea en las espinas y abrojos de este mundo semilla de otras flores que han de brotar en el cielo, o cuchillos que sin cesar le desgarran, ha de pasar llorando por el camino de la vida, y a diestra y a siniestra mendigando con sollozos favor y consuelo. En esas circunstancias, hallar un corazón que se abre a nuestras penas y recoge nuestros dolores, viene a ser como despuntar tales espinas y embotar tales cuchillos: verse sólo con sus penas y evitado su trato, como si fuera un leproso; ¡ay! este es dolor que no tiene nombre, y añadir aflicción al afligido. Pues bien; el egoísta de todo cuidará menos de enjugar lágrimas, y de la proximidad y de la vista de los dolores huirá casi como huiría un condenado, si le fuera posible, de las puertas del infierno.

Mas ¡si esta fuera la última pincelada del cuadro! Pero ¡ay! que el egoísmo, al entronizarse en el corazón humano, ahoga los sentimientos más tiernos y delicados del alma. Ahí está la fraternidad humana, dogma de esa religión divina, que da a todo hombre la misma cuna en las manos de Dios y en el Calvario, y sentimiento, que con la sola magia de su nombre ha llegado a enloquecer a los hombres y a los pueblos: ¿queremos saber lo que hace el egoísmo con ese sentimiento? Pues no tenemos más que entrar en algunas de esas fábricas palacios que habita la industria, donde encontraremos un dueño, que podremos llamar soberano, y un pueblo que lo constituyen los obreros. ¿Es aquel egoísta? Pues entonces en esos pobres obreros, sus HERMANOS, el rico propietario no verá sino otras tantas máquinas, si bien de distinta especie, y cuyas ruedas exigen otro diverso engranaje: como cuanto más funcionan mayores rendimientos producen, su afán será aumentar las horas de trabajo, y de aquí el prescindir en todo o en parte de los días de fiesta, aunque para ello tenga que pasar por encima de la ley de Dios y dar público escándalo. Si se le dice que aquel trabajo continuo consume antes de tiempo la vida, y que aquel hombre, más que para el descanso de su cuerpo, necesita tiempo que poder consagrar a sus deberes e instrucción religiosa, el egoísta os dirá que él no tiene que cuidar de si se abren más o menos pronto los sepulcros, ni se preocupa para nada de si se salvan o se condenan las almas.

Invirtamos ahora los términos, suponiendo que es en los obreros en quienes ejerce toda su influencia el egoísmo. En este supuesto no cabe más aspiración en su vida que el deseo de gozar. Si por satisfacerlo, su salario no alcanza a cubrir después las obligaciones de su casa, cerrará los ojos para no ver

a su mujer y a sus hijos sin un pedazo de pan que llevar a la boca. Si otro día le ocurre, que arrancando del lado de su madre al hijo todavía pequeñito y poniéndolo al trabajo, en cada semana podría él disponer de unas cuantas pesetas más que consumir en el café, o en la taberna, en el juego y en orgías inmundas, pronto verá aquel angelito de Dios, aunque sea con grave riesgo de su vida y de su salvación, respirando el aire, por lo general malsano, de una fábrica, o sepultado en el fondo de una mina.

Y si, como es natural, continúa aquejando al egoísta con más fuerza la sed hidrópica de los placeres, en materia tan bien preparada no tardará en prender el fuego, que por tantas maneras está atizando el demonio en el corazón del obrero. Cuando éste se acuerde del que lleva el nombre de amo, le parecerá tener delante la imagen de su enemigo; cuando mire a la tierra, creará que tiene derecho a poseerla; cuando vea el jornal que recibe, y recuerde el precio a que se le venden los placeres, a grito herido, más que su voz, sus pasiones enfurecidas pedirán un día y otro día aumento de salario; y si para conseguirlo no le basta el uso legítimo de todos sus derechos, incluso el de ponerse de acuerdo con sus compañeros para negar su trabajo a quien pretenda alquilarle en menos precio, no se detendrá el egoísta en su camino, sino que a esas huelgas pacíficas, y que en muchos casos pueden ser justa y legítima defensa del obrero, sucederán esas otras turbulentas y criminales, en las que ni se respeta el derecho de propiedad en los dueños, ni el de libertad en los otros obreros, y mediante los cuales, si Dios no lo remedia, han de venir a realizarse, no tanto los grandes trastornos de la industria, cuanto las grandes revoluciones de los pueblos.

(Mensajero del Corazón de Jesús.)

(Se continuará.)

EXHORTACIÓN PASTORAL

DIRIGIDA AL CABILDO METROPOLITANO DE VALENCIA, AL CLERO SECULAR Y REGULAR Y A TODOS LOS FIELES CON MOTIVO DE LA SITUACIÓN ANGUSTIOSA DEL PAPA.

ANTOLÍN, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA DE LA SANTA ROMANA IGLESIA PRESBITERO CARDENAL MONESCILLO Y VISO, DEL TÍTULO DE SAN AGUSTÍN *in urbe*, ARZOBISPO DE VALENCIA, ETC., ETC.



CELEBRADA la solemnidad del Santísimo Rosario en nuestra Santa Iglesia Basílica Metropolitana con la magnificencia que Su Santidad recomienda y según las piadosas tradiciones de estos Reinos, es la hora propicia de comunicar al Jefe Supremo de la Santa Iglesia católica los votos y el anhelo con que el pueblo fiel desea la libertad, la independencia y el prestigio exterior del poder temporal propio de un Rey que por encargo y oficio propios de su Altísima investidura debe entenderse, como de hecho se entiende con las potestades de la tierra. Pues acudiendo a Él los católicos derramados por la superficie del globo, correspondele tratar con los jefes de los pueblos sobre la manera y forma de que sean atendidos y respetados los cristianos cuya existencia legal o política, permanente o transitoria, segura o precaria, reclama los cuidados de la providencia papal. Y afectando esta solicitud al derecho natural, al de gentes y a las varias consideraciones sociales, allí deben ir las oraciones y sonar las plegarias de donde viene todo auxilio y consuelo. Para esto sirven los dones, los sacrificios, la oblación voluntaria, los trabajos y humillaciones de los hijos del Evangelio, y a esto se ordenan las excitaciones del Papa, acompañadas siempre de consejos saludables y de elevadas enseñanzas por todos aplaudidas.

Es de admirar cómo un Papa cautivo se ocupa sin cesar en el rescate de los idólatras derramando sobre las regiones infieles la luz de la fe, estableciendo cristiandades, formando casas, familias y reinos, además de llevar a zonas apartadísimas con el socorro del sustento y del vestido la libertad de los hijos de Dios, y con ella los derechos de ciudadanía, consecuencia natural de la fraternidad cristiana. Y en esta acción de prodigiosa continuidad se incluyen los designios maravillosos de la Providencia Divina manifestos en la existencia perdurable del Pontificado, porque hoy se repiten como ayer las palabras de Jesucristo: *Tú eres Pedro, y sobre ti, Piedra, edificaré mi Iglesia*. Mañana también y hasta la consumación de los siglos se han de repetir estas

otras palabras: *Yo rogué por ti, Pedro, para que no falte tu fe. Confirma a tus hermanos y apacienta a pequeños y a grandes, a corderos y ovejas. Pásce agnos meos. — Pásce agnos meos. — Pásce agnos meos*. Promesas e institución de tal carácter y perpetuidad que contra ellas no prevalecerán las puertas del infierno.

Conservanse custodiadas en este edificio inmortal, guardado por llaves divinas entregadas a Pedro Vicario de Jesucristo y tenidas por mano de sus sucesores las prendas inalienables de unidad, de santidad y catolicidad que son la fianza sagrada de una subsistencia perpetua, indivisible e inalterable. Casa de Dios y puerta del cielo, su Ministro Sumo es el Papa, eterno Guardador del sacro depósito, *sanctorum*. Él cierra, y nadie puede abrir; él abre, y nadie puede cerrar. Ata y desata en la tierra lo que en el cielo ha de quedar atado o desatado con fidelísima confirmación.

Viven los Papas en la sucesión de los tiempos donde se encuentran con reyes y príncipes, con repúblicas y Estados variamente constituidos, y al paso ven agregarse al redil de Jesucristo mil pueblos bárbaros que sentados en las tinieblas, y también de asiento en sombras de muerte empiezan a respirar apenas oyen la proclamación de *Bemaventurados los pobres, los que padecen y lloran, con los limpios de corazón*.

Los ministros de Dios inculcando a los propios como a los extraños la doctrina evangélica revelan a las gentes que las naciones viven de una moral sana, santa, fija e invariable encomendada en su propagación y para que forme el corazón de los pueblos a un ministerio divino que la comunice, la guarde y la conserve. *Depositum custodi*.

Jefe y ordenador supremo de tal acción y movimiento es el Papa, y así lo sanciona la historia del género humano en todos los tiempos, no obstante el cambio de los imperios y el naufragio de mil instituciones y teorías, sobrenadando a todo el espíritu cristiano, al modo que al principio de las cosas el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas.

Ahora bien. A este hombre de Dios y Jefe de la santa Iglesia católica admirado del mundo, se le trata por cierto poder de la tierra como a un ser para quien no hay la libertad que Él da a las naciones ni la redención que Él envía a los cautivos del Universo; habiéndose dicho oficialmente con delicado sarcasmo que su Reino y Principado serían tanto mayores y más florecientes cuanto más reducidos quedaran los límites del dominio temporal de los Papas, y hoy es el día en que el Reino y Principado del Papa son las cuatro paredes del Vaticano adonde llegan en forma de protesta universal los ayes sentidos de la ley conculcada, de la civilización escarnecida y de las delicadezas todas mortificadas.

Se dió una *Ley de garantías*, verdadero insulto hecho al sentido legal, a la Persona protegida y al buen entender de los hombres sensatos. — Y ahora por medio de telegrama suscrito por un personaje augusto se ofrecen seguridades al Papa y a los peregrinos y oferentes que aporten a la Santa Ciudad con motivo del Jubileo Sacerdotal que trae conmovido piadosamente al mundo entero. Más significativo el telegrama aludido que el art. 3.º de la *Ley de garantías*, él da a conocer que serán más respetados los peregrinos que lo es el texto de la ley, siquiera porque no todo lo avasalla la fuerza, y porque aun en corazones ambiciosos caben muchas veces los miramientos que inspira el miedo. De seguro que a presencia de los oferentes y al amparo de leyes sabias y justas que asegurasen la libertad del ciudadano no se hartan ostentaciones parecidas a las grotescas del día 20, y a las que fueron sus precursoras y servirán de aliento y de modelo para las sucesivas.

Y sin embargo de estas seguridades morales fundadas en la condición asustadiza de los que se atreven contra un Papa indefenso, el mismo Pontífice deja caer sobre el corazón de Italia, dirigiéndose a los Obispos de aquella tierra estas sentidas palabras: «Desgraciadamente no faltan en nuestra Italia motivos gravísimos de amargura para nuestra Alma. La fe y la moral cristianas, herencia preciosa de nuestros mayores, y la que en todos tiempos constituyó la gloria de nuestra patria y de los dignos italianos son acometidas por medio de emboscadas y de una manera insidiosa, o bien a las claras y con un cinismo repugnante por un puñado de hombres que se desviven por arrancar a los demás la fe y la moral que ellos han perdido. Fácil es ver en todo esto, más que otra cosa, la obra de las sectas y de los que son instrumentos suyos más o menos dóciles.» *Carta del Papa León XIII a los Obispos de Italia sobre el Rosario*, dada en Roma el día 20 de Septiembre último.

Entre los días 19 y 20 del mismo Septiembre han sido insultados malamente altos funcionarios del Vaticano y escupido un Príncipe de la Iglesia, lle-



EN EL HIPÓDROMO

gando la porfía de agresiones malignas hasta el punto de anunciar que se combinan elementos de arte, y de allegar recursos de todas clases para acometer con audacia la empresa irreverente y burlesca de difamar el Vaticano empezando por la caricatura de un Papa, que es el ídolo de las naciones por los preciados talentos, por las virtudes, afabilidad y sabiduría que adornan la admirable Figura de su altísima Dignidad. ¡Qué clase de garantías! ¡Qué especie de civilización! ¡Qué generosidad y qué elevación de miras!

El Papa, sin embargo, en su retiro y en el silencio con Dios, con la mano sobre el corazón y sobre el evangelio tomará de la fortaleza cristiana y de la sabiduría de la cruz el temple de los sufrimientos en el martirio y el carácter de las obras meritorias, coronadas al cabo con empresas de éxito tan brillante que causando la admiración de los estadistas modernos sirvan de lección elocuente para los venideros.

Honor a quien se debe el honor y alabanza a quien la merece. Que Dios bendiga al Augusto Pacificador de reinos y de gentes, sacándole incólume de las malas artes con que son mortificadas su Altísima Dignidad y su indisputable soberanía.

Bendiciéndolos de corazón, en nombre de Dios Padre, y de Dios Hijo, y de Dios Espíritu Santo, pidamos arrodillado la Bendición de nuestro atribulado Padre León XIII.

Fiesta del Santísimo Rosario, a dos días del mes de Octubre de 1887. — † A., CARDENAL MONESCILLO Y VISO, *Arzobispo de Valencia*.

EL TEMPLO DEL PILAR

Dicen que debo cantar
Y, cual noble aragonés,
Poner mi lira a los pies
De la Virgen del Pilar:
Que podrán de mí dudar,

Si no me obliga su encanto,
Y yo, que la quiero tanto,
Y por mi Madre la tengo,
Cedo y a sus plantas vengo,
Empuño la lira y canto.

Bardo de arraigada fe,
Perdido de amor por ella,
Me falta la voz aquella
Con que un día la canté;
Mas Ella me dice: «vé»;
Y esta palabra me alienta;
Por eso vengo, aunque sienta
Sin fuerzas el corazón,
¡Hay quien tema en Aragón,
Si la Virgen le sustenta?

Ella sobre el alma mía
Tendió su lumbré sagrada,
Y el calor de su mirada
Dilató mi fantasía.

A Ella debo la armonía,
La vida, la inspiración,
Y me dice el corazón.

Que no me la ha de negar
Hoy que quiero consagrar
A su Templo mi canción.

¡Su Templo! Rica corona
Que cifre la altiva frente
De un pueblo que nunca miente
La virtud de qué blasona;
Soberbio timbre que abona
De su origen la nobleza,
Y a cuya inmensa grandeza,
Que admira pasmado el mundo,
Con un respeto profundo,
Hay que bajar la cabeza.

Trono de luz, a él se lanza,
Porque la Virgen la alienta,
Una multitud sedienta
De fe, de amor, de esperanza:
En él desterrar alcanza
Del alma tormentos crueles,
Y hallan consuelo los fieles
Sólo con ver a lo lejos,

De la luz a los reflejos,
Sus erguidos capiteles.
Inmóvil sobre un asiento,
Cual roca que el mar combate,
En vano las alas bate

Contra sus muros el viento:
Resiste el golpe violento
De mil fuertes conmociones,
Y alza triunfantes pendones,
Mientras pasan a sus ojos,
Del tiempo pobres despojos,
Diez y ocho generaciones.

El guarda; viviente historia,
Bajo sus cúpulas bellas,
En cien indelebles huellas,
Cien tradiciones de gloria:
El despierta en la memoria
Recuerdos de alto renombre,
Y hace que el mundo se asombre
De un pasado sin ejemplo,
Que escuda seguro un Templo,
Contra el orgullo del hombre.

Cuna de la fe naciente
Para esta patria querida,
En él aspiró la vida
Que arder en sus venas siente.
Alzóse, fiero y potente,
De su firmeza al abrigo,
Luchando como testigo
Por su cristiano deber,
Contra el inmenso poder
De todo un mundo enemigo.

Y todos los que vinieron
Altivos y en son de guerra,
Que era sagrada la tierra
Donde asienta comprendieron,
A su vista se sintieron
De extraño influjo movidos,
Y, apagando los latidos
De la soberbia en el alma,
Juntos vivieron en calma
Vencedores y vencidos.

Vive en él, Reina adorada,



EL DESCANSO EN LAS CARRERAS

La Virgen de mis amores,
Rosa en búcaro de olores,
Perla en concha nacarada;
El fulgor de su mirada
Es la luz que lo ilumina,
Y la esencia peregrina,
Que por sus naves se extiende,
De sus labios se desprende
Y en su corazón germina.
Del Pilar de peña dura,
Que guardan sus altos muros,
Brotan manantiales puros
De inestimable dulzura:
Los que con planta segura
A sus corrientes vinieron
El encanto percibieron,
De la dicha que buscaron...
Lágrimas que en él cesaron
Difícilmente volvieron.
Y es la música sonora,
Que allí constante resuena,
Música que el alma llena
De alegría encantadora:
Tan alta gracia atesora,
Que cuando el hombre en su anhelo
Se levanta sobre el suelo
Para su rumbo seguir,
Le parece percibir
Las armonías del Cielo.
¡Oh! si es dulce, Virgen santa,
Sus dinteles traspasar,
Y aquella tierra besar
Donde pusiste tu planta!
Al decirlo, en la garganta
Mi voz se apaga sin brío...
Es muy pobre el labio mío
Para cantar con firmeza,
Donde acaba, y donde empieza
Tu amoroso poderío.
Déjame, pues, acabar
Y, cristiano aragonés,
Poner, Señora, á tus pies
Este sencillo cantar:
Que Tú me lo has de pagar,
Lo tengo por cosa cierta,
Y si quieres que te advierta
El premio que yo ambiciono...

De este Templo, que es tu trono,
Que no me cierres la puerta.

En mi infancia, cuando niño,
Dos veces besé tu manto:
De entonces data el encanto
Que me infunde tu cariño.
Hoy mis deseos no cño
A quererte y que me quieras;
Si entonces la Virgen eras
Que dabas luz en mi historia,
Quiero que seas la gloria
De mis horas postrimeras.

Que si el placer de quererte
Endulza ¡oh Madre! la vida,
Tener tu amor por egida
Endulza también la muerte:
De amarte mucho y perderte
No hay en el mundo un ejemplo:
Por eso mis ansias templo
Cuando miro al porvenir...
Yo debo, Madre, morir
A la sombra de tu Templo.

FLORENCIO JARDIEL.

SANTA TERESA

Y UN PASTOR PROTESTANTE

HARÁ cosa de diez años que llegó á Ávila un pastor protestante, acompañado, naturalmente, de su esposa, con el objeto de sentar allí sus reales y propagar en la patria de Santa Teresa de Jesús los perniciosísimos errores del protestantismo.

Era este uno de los pastores más ilustrados y activos, y sobre todo, uno de los más aferrados á los errores de la secta, escogido, entre otros muchos, para ejercer su propaganda protestante en la católica ciudad expresada, á donde han dirigido siempre sus ambiciosas miradas los sectarios de Lutero.

Instalado que estuvo en su casa, y sintiéndose satisfecho por el buen éxito que hasta entonces habían tenido sus trabajos preparatorios, entróse el

pastor en su habitación, abrió su biblia y se puso á leer en ella, para dar gracias á Dios de los favorables principios que tenía su empresa.

Pocas líneas del libro había leído el pastor, cuando sintiese su espíritu dominado de repente de una impresión poderosa é inexplicable. Aparece delante de sus ojos la imagen de una virgen cristiana. Su figura es imponente y majestuosa; su ademán severo; la expresión de un amor divino y celoso á la vez anima su semblante. Harto comprende el pastor que aquella no es, ni puede ser otra que Santa Teresa de Jesús.

Siente el pastor que en el fondo de su alma pasan cosas extraordinarias, admirables, que apenas puede definir. Algo como lazos que se rompen; como sombras que huyen, como luces clarísimas que brotan de repente; como corrientes de unción suavísima que bañan en dulzura inefable los senos de su corazón. Algo, en fin, que, cerrando el libro, le hace exclamar con irresistible entusiasmo:

— ¡Yo soy católico! ¡Yo soy católico!

Al oír su esposa los gritos, acude en seguida á ver lo que le sucede; mas así que se entera de lo que dice, le trata de desatinado y loco.

Continúa el pastor con tranquilas palabras manifestando á su esposa que desde aquel momento no sólo deja de ser el pastor protestante enviado por la secta para hacer propaganda en la patria de Santa Teresa, sino que se confiesa ya católico, hijo de la Iglesia católica, apostólica, romana.

Con estas palabras se enfurece más y más la mujer, hasta el punto de prodigar los más atroces insultos á su esposo.

Sin hacer ningún caso de ellos, sale éste de su casa y se encamina á la iglesia que los abulenses llaman gráficamente *la Santa*, por hallarse edificada en el mismo sitio donde estuvo la casa en que nació la ínclita Teresa, y guardarse en ella las más preciosas reliquias. Su esposa corre en su seguimiento llenándole de insultos é injurias, é incita á los muchachos á maltratarle y tirarle piedras, no tanto con las palabras como con el ejemplo.

Con grande paciencia sufría á su mujer el arrepentido protestante, esperando llevarla á buen camino, con ayuda de la que con tan dulce violencia había sabido trocar su corazón.

Así que se hubo postrado á las plantas de Santa

Teresa, y restituido después a su casa, díjole el pastor a su esposa:

— Enhorabuena que tú no quieras seguirme en mi conversión al Catolicismo. Haz en este asunto lo que quieras. Sólo deseo que no des el escándalo de separarte de mí. Vive conmigo y acompáñame en algunas visitas que tengo que hacer.

Mucho costó al pastor el amansar la terrible fiereza de su mujer; mas logró al fin que ella le acompañase. Sólo cuando le dijo que tenía que visitar al Obispo de la ciudad opuso nueva y tenaz resistencia. Pero cedió al fin cuando su esposo le dijo que aquella no sería sino una visita de pura cortesía, y que nada sobre religión se hablaría en ella.

Dirigieron, pues, al palacio del Sr. Obispo, que, si mal no recordamos, no era otro que el Excelentísimo Fr. Fernando Blanco (el Obispo de Santa Teresa, como él se llamaba por su devoción a la Santa).

Avisado el Prelado de la visita que le aguardaba, y siendo ya conocedor de la obstinada resistencia que oponía aquella mujer para abrazar, como su esposo, el Catolicismo, antes de darle audiencia se retiró a su oratorio privado, y postrado ante una imagen de Santa Teresa, suplicó a la que fué martillo del protestantismo y prepotente celadora de la fe católica, que obrase como tal a favor de la infeliz mujer aprisionada en las redes de la secta.

Al salir el Prelado de su oratorio recibió con paternal bondad a los dos esposos, que le estaban aguardando. Hasta aquel mismo momento el corazón de aquella infeliz mujer había sentido profunda aversión a la religión católica. Pero así que se vió en presencia del Sr. Obispo, sin darse razón de ello, cayó como desvanecida en el suelo, exclamando en seguida con lágrimas en los ojos:

— ¡También soy yo católica! ¡También soy yo católica como mi esposo!

Mostróse el insigne Prelado dulcemente conmovido ante aquel espectáculo, y dió desde el fondo de su corazón las más rendidas gracias a Santa Teresa de Jesús. Procuró que los dos esposos fuesen en seguida convenientemente instruidos en los misterios y verdades de nuestra santa Religión, y después de poco tiempo fueron admitidos a ella con las solemnes ceremonias prescritas para semejantes casos.

La insigne fundadora Santa Teresa de Jesús, que tanto trabajó cuando vivía en este mundo para atajar en nuestra patria el contagio del protestantismo; aquella valerosísima virgen que tan encarnizada guerra hizo a los malaventurados luteranos; la predilecta Esposa de Jesucristo que tan de corazón lamentaba los males sin cuento que los sectarios causaban a la Santa Iglesia; la que en el siglo XVI fué terrible martillo de la secta protestante, ha querido y quiere probar ahora que sus ojos no se apartan de su querida España, y que está pronta y dispuesta a pelear al frente de las almas animosas, así contra la secta protestante como contra cualquiera otra secta que se atreva a levantar bandera contra la Esposa de Jesucristo.

JUAN B. ALTÉS, Presbítero.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. VICENTE MOROS, natural de Zaragoza, y discípulo de aquella Escuela de Bellas Artes. En 1878, contando sólo 18 años de edad, fué pensionado en pública oposición para pasar a Roma con objeto de perfeccionarse en su arte, ejecutando en dicha ocasión, entre los ejercicios indicados por el tribunal, *Un bocado de Adán y Eva encontrando muerto a su hijo Abel*. Trasladado a Roma, confirmó con sus adelantos las esperanzas que había hecho concebir; pero fué atacado de una enfermedad que le obligó a regresar a su país natal, donde falleció a la edad de 21 años, en 15 de Febrero de 1881.

D. FRANCISCO JAVIER MOURELLE. En la Exposición celebrada en Santiago en el año 1875 presentó un *Crucifijo* de madera con adornos de hueso.

D. VICENTE MUÑOZ, escultor y pintor, natural de Huesca. Se conservan de sus obras de escultura el paso de *El Cenáculo* y *La coronación de espinas del Señor*, entre las que forman la procesión del Viernes Santo en la capital de Aragón, donde falleció este laborioso artista a la edad de 60 años, en el de 1856.

D. JOSÉ MUR, escultor y pintor contemporáneo, natural de Barcelona y discípulo de aquella Escuela de Bellas Artes y del escultor D. Adrián Ferrant. En la Exposición de Bellas Artes celebrada en Cádiz en 1854 presentó un *Crucifijo* de marfil, todo de una pieza, obra bellísima en su género, y que la

comisión de premios propuso a la Academia como digna del de escultura, que le fué concedido. En la Exposición Nacional celebrada en Madrid en 1856 presentó *Nuestro Señor Crucificado* (escultura en marfil) y la *Concepción* (medallón ejecutado en diente de caballo marino, alabastro y marfil). En la de Cádiz de dicho año expuso un *San Pedro* y la *Purísima Concepción con dos ángeles* (en marfil). En la de Jerez de 1858 presentó un *Crucifijo* en marfil, que fué premiado con medalla de bronce.

D. JUAN BAUTISTA NAURY, escultor broncista. En la Exposición de la Academia de San Fernando de 1850 presentó una *Dolorosa* y el *Busto de Pío IX*.

D. ANTONIO NAVARRO, escultor en barro, residente en Murcia hasta su fallecimiento, ocurrido en aquella capital hace poco tiempo. Entre sus obras se cuentan los bustos de *León XIII*, *Pío IX* y *Calderón de la Barca*, y una copia de *El Apostolado de Saltillo*.

D. CARLOS NICOLI Y MANFREDI, natural de Carrara (Italia), discípulo de Dupré. Obtuvo medalla de oro en el concurso de la Academia de Carrara; premiado en Florencia; caballero de la Real y distinguida Orden de Carlos III. En la Exposición Nacional de Madrid de 1878 presentó una *Virgen del Sagrado Corazón* (estatua en yeso).

También son de su mano la estatua del *Cardenal Cisneros*, existente en el Senado, y el grupo de *El ángel tutelar*.

D. ROSENDO NOVAS, natural de Barcelona, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de aquella capital y de los hermanos Vallmitjana. Ha ejecutado numerosas imágenes para templos. Son de su mano un busto de *Balmes*, otro de *Santo Tomás de Aquino* para la Universidad de Barcelona; el de *Pío IX*; una *Dolorosa*, en el panteón de Brugada, en Barcelona; un *Ángel* de mármol señalando al cielo, en el panteón de Doña Emilia Torrents; *Nuestra Señora del Carmen*, para un oratorio particular; y *Nuestra Señora de los Desamparados*.

D. FÉLIX OROZ. Nació en Zaragoza en 1813, y es individuo de su Academia de Bellas Artes. Son obras de este artista: la restauración interior de la iglesia de San Pablo y la de los púlpitos de la catedral de Huesca; la conclusión y colocación, por encargo de su amigo Ponzano, en el templo del Pilar, del mausoleo del General Enna; el proyecto de los tres grandes medallones que hay en el citado templo; los aparatos que se colocan en la solemnidad de las Cuarenta Horas en las iglesias de San Gil y San Pedro; el busto del actual Sr. *Arzobispo de la Diócesis*, modelado en pocas horas y sin haber tenido a la vista el original; y diferentes figuras para los pasos de Semana Santa, por encargo de pueblos de la provincia. En la Exposición verificada por el Ateneo Zaragozano presentó a *Jesucristo en la Cruz*.

D. TOMÁS PADRÓ, escultor manresano, que vivía a fines del último siglo. Trabajó las estatuas de *Santa Inés*, *San Mauricio*, *San Fructuoso*, *San Agustín* y *San Eulogio*, y los bajo-relieves existentes en la capilla subterránea de los Santos Mártires de la Seo de Manresa.

D. RAMÓN PADRÓ Y PIJOAN, discípulo de Campeny y académico de mérito que fué de la de Bellas Artes de Barcelona. Tenemos noticia de las siguientes obras suyas: *Jesucristo crucificado*, para una iglesia de Zaragoza; otro *Crucifijo*, por encargo de un particular; un *ángel* para el camarín de la Virgen de Montserrat; dos *Crucifijos* de marfil, que figuraron en la Exposición de Barcelona de 1858; otro *Crucifijo* de madera, que expuso en Barcelona en 1870; y otro que quedó sin terminar por muerte del artista, ocurrida en San Feliu de Llobregat el 17 de Agosto de 1876, y que se destinaba a la parroquia de San Miguel del Puerto.

D. JACOBÓ PÉREZ, residente en Tuy, autor de un *Niño Jesús*, presentado en la Exposición de Pontevedra de 1870.

D. FRANCISCO PAGES Y CABAÑERAS, residente en Barcelona, de cuya mano son numerosas obras destinadas al culto. Recordamos entre ellas una *Purísima* y *San Vicente de Paúl*, presentados en la Exposición de Barcelona de 1870; una *Dolorosa* para la casa de Misericordia de la misma ciudad; el *Sagrado Corazón de Jesús*; otra *Dolorosa* para el oratorio de una familia de Barcelona; *San Miguel Arcángel*, para la iglesia de los Padres Jesuitas de Montevideo; un altar para el gremio de carpinteros de Barcelona; la *Inmaculada Concepción*, para la iglesia de las Madres Escolapias de Maynou; un *Niño Jesús con el Sagrado Corazón* para el Obispo de Salamanca; *Jesús crucificado* y *El descanso en Egipto*, para el colegio de Escolapios de Guanabacoa, en la isla de Cuba.

D. EDUARDO PAGES Y CASAMITJANA, escultor contemporáneo, natural de Barcelona y discípulo de su Escuela provincial de Bellas Artes. El Sr. Páges, en unión de su hermano D. Luis, ha terminado gran número de obras para los templos del Princi-

pado, el extranjero y Ultramar, entre las que los periódicos han citado con elogio las que copiamos: *La Virgen con su Hijo en los brazos*, para Montevideo; *San Isidro Labrador*, con destino a la iglesia de PP. Franciscanos de Constantinopla; *La Virgen de la Piedad*, para un oratorio particular; *San Ignacio de Loyola*; *San Vicente de Paúl*, para una población de Galicia; *La Virgen de la Merced*, para la parroquia de Vallbona; *La Virgen del Consejo*, para Corts de Sarriá; *San Angelo* y *Santa Teresa de Jesús*, para la iglesia de Santa Ana, de Barcelona; *La Virgen de las Mercedes*, *San Pedro Nolasc* y *Santa María de Socós*, para el convento de PP. Mercedarios de Santiago de Chile; *San Ramón* y *Santa Gertrudis*, para la iglesia parroquial de los Santos Justo y Pastor, de Barcelona; *San José con el Niño Jesús en brazos*, para la isla de Cuba; y *Un busto de León XIII*. En los cementerios de Barcelona existen numerosas obras del Sr. Páges, entre las cuales recordamos: *Un ángel*, en mármol blanco; *Un crucifijo*; *Las estatuas de la Fe y la Esperanza* para la verja levantada en 1879; un bajo relieve que representa *Un ángel llevando un alma al cielo*.

D. FRANCISCO PAGES Y SERRATOSA, natural de Barcelona y discípulo de aquella Escuela de Bellas Artes, de las de Italia y de D. Jerónimo Suñol. En la Exposición Nacional celebrada en Madrid en 1876 presentó la estatua de *El pacientísimo Job tendido en el muladar*, obra que fué premiada con una medalla de tercera clase y reproducida en el periódico *La Ilustración Española y Americana*. En la de 1878 obtuvo igual distinción por un *Busto de Pío IX* en mármol, que figuró el mismo año en la universal de París. Son también de este artista otro *Busto de Pío IX*, imitando bronce, para la Juventud Católica de Barcelona; *El Sagrado Corazón de Jesús*, en madera; *San Sebastián*, estatua de *Pío IX* en tamaño natural, para la iglesia de San José en el ensanche de Barcelona; y *Jesucristo crucificado*.

D. JOSÉ PAGNUCCI Y ZUMEL. El día 16 de Marzo de 1868 falleció en Madrid este distinguido escultor, cuando mayores esperanzas cifraba en él el arte; había nacido en Madrid en 1821, siendo hijo del modesto y hábil D. José Pagnucci y Bazata, encargado que fué del taller de modelado y vaciado de la Academia de San Fernando. En 1850 hizo oposición a una de las pensiones que el Gobierno concede para estudiar en el extranjero; plaza que le fué otorgada por sus buenos ejercicios sobre el tema propuesto por el tribunal, que era *El Bese de Judas*. En 1851 remitió desde Roma la estatua de *Cain*, notable obra que figuró en la Exposición de la Academia de San Fernando en dicho año. Son también obra del Sr. Pagnucci, una *Concepción*, una estatua de la *Paz*, otra de *Fray Diego Velázquez*, que hizo para la iglesia de las Calatravas; y en la parroquia de San Andrés la estatua de la *Inmaculada Concepción*.

El Sr. Pagnucci fué Académico de la de San Fernando.

D. ANTONIO JOSÉ PALAO Y MARCO, nació en Yecla, provincia de Murcia, en 11 de Febrero de 1824, y demostró tan marcada afición a la escultura desde sus primeros años, que sin ninguna enseñanza ejecutó en su pueblo natal un grupo de la *Pasión del Señor* y otro de *La Soledad de la Virgen*, copia del escultor murciano Zarzillo, obras que descubrieron en el joven Palao un porvenir artístico. En 1845 se matriculó en la Academia de Bellas Artes de Valencia, y fué discípulo particular de D. Bernardo Llaer, hasta que dos años más tarde se trasladó a Madrid y estudió bajo la dirección de D. José Piquer, y en las clases dependientes de la Academia de San Fernando. En 1851 se presentó al concurso abierto por dicha corporación y fué propuesto en el primer lugar de la terna para proveer la cátedra de escultura de la Escuela de Bellas Artes de Zaragoza, que desempeñó hasta su muerte, ocurrida hace pocos años. Figuran entre sus obras siete estatuas de madera para la iglesia del Pilar en Zaragoza, a saber: *Santa Ana*, *San Joaquín*, *Santiago*, y las cuatro menores que adornan su templete, y son: *San Braulio*, *San Valero*, *San Vicente* y *San Lorenzo*; el grupo de ocho figuras mayores que representa a *Nuestra Señora de la Misericordia*, y está colocada en el centro del retablo mayor de la iglesia de este nombre, y la estatua en piedra que figura *La Religión* y corona la fachada de la misma iglesia, así como la de *San Pablo*, también en piedra, en la portada de su iglesia parroquial. El paso de la *Entrada de Jesucristo en Jerusalén* para la procesión del Viernes Santo, con muchas figuras y muy agradable composición. En Murcia es de su mano toda la escultura del altar mayor de la Catedral, que lo forman en conjunto treinta y cuatro figuras, muchas de ellas mayores del natural, como son las cuatro del grupo central que representa *Nuestra Señora de la Paz*; los cuatro santos de la Diócesis, *San Fulgencio*, *San Isidoro*, *San*

Leandro y Santa Florentina; San Patricio, El Beato Andrés Bernaldo, y las restantes que figuran los Evangelistas, Angeles, etc., son como de un metro de altura. Grupo de Jesucristo perdonando a la mujer adúltera, que fué premiado en el año 1849 con medalla de oro en el Liceo artístico de Madrid. Una estatua de La Caridad para la capilla de la Casa de Misericordia. Para el templo del Pilar los adornos y estatuas de la capilla de Santiago, sobresaliendo entre ellas la de este Apóstol; la estatua de San Joaquín, en el citado templo. Un Crucifijo para la iglesia parroquial de Ataca y un San Juan para la parroquia de Cortes.

M. DE A.

(Se continuará.)

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

Nuestro Excmo. Prelado ha nombrado al Ilustrísimo Sr. D. José Benavides, Rector de la iglesia de Montserrat, y a D. Vicente Palmaroli, Director de la Academia Española en Roma, para que representen esta Diócesis de Madrid-Alcalá, y las demás que quisieren asociarse a la misma, en todo lo concerniente a la celebración del Jubileo Sacerdotal de Su Santidad, con facultades para que se entiendan con la Comisión Central de la capital del catolicismo, pidan sitio en el palacio de la Exposición Vaticana para los objetos destinados a la misma, recojan datos sobre hospedajes, precios, requisitos que deban llenar los peregrinos y averigüen el día en que éstos podrán ser recibidos por el Padre Santo, y comuniquen a la Junta de esta Diócesis todas las noticias que puedan convenir para proceder con acierto en sus trabajos.

Se llevan con gran actividad las gestiones con las compañías de las vías férreas para llegar a un acuerdo equitativo sobre la economía del viaje a Roma, su comodidad, duración, puntos para pernoctar, número de peregrinos que puedan ir juntos y demás detalles que conviene fijar y convenir, para evitar entorpecimientos y dificultades en el camino.

Como las compañías de ferro-carriles ofrecen mayores ventajas cuanto mayor sea el número de peregrinos, es punto importantísimo el que los señores Párrocos de esta Diócesis averigüen en sus respectivas parroquias cuántos son los fieles que están resueltos a tomar parte en la peregrinación, anoten sus nombres y remitan una relación con la brevedad posible a la secretaría de cámara, al secretario de la Junta diocesana, que es D. Carlos Guíjarro, Párroco de San Luis de esta corte; a la Excmo. señora marquesa de Miraflores, ó a la excelentísima señora marquesa del Viso, presidentas respectivamente de la Junta y sección de peregrinación en esta capital.

El viaje se hará por Irún, Marsella y Génova; el coste de cada billete de ida y vuelta en primera clase es de 1.400 rs., y en segunda clase 1.200; es probable que la peregrinación salga de esta corte el día 18 de Diciembre por la tarde, para no pasar la Noche Buena y fiesta de Natividad en el camino; para hallar más fácilmente hospedaje en Roma y para estar allí descansando algunos días, a fin de asistir a la misa pontifical que celebrará Su Santidad el día 1.º de Enero. Si se dejara la salida de esta corte para el 25 de Diciembre por la tarde, se corría el riesgo de, por cualquier retraso ó accidente imprevisto que pudiera ocurrir, no llegar a tiempo para oír la misa pontifical del Padre Santo, y quedarían así defraudados el deseo y laudable aspiración de los peregrinos, que se consideran muy dichosos en estar presentes a tan sagrada é imponente solemnidad.

Las Diócesis a quienes conviniera unirse a ésta para la peregrinación la favorecerían en gran manera, avisando el número de peregrinos que aproximadamente tomarán parte en la misma, antes de cerrar el contrato con las compañías de ferro-carriles. Es casi seguro que éstas pondrán un tren especial, con la velocidad del express, para conducir a los peregrinos al ir a Roma y volver a España, por cada agrupación que pase de 400; pero si no llega a este número, el viaje deberá hacerse en otras condiciones, que se publicarán oportunamente, luego que estén convenidas.

Los peregrinos de otras Diócesis podrán en su caso unirse a los de ésta, bien en esta capital, en Medina del Campo, en Venta de Baños, ó en la estación de entronque con la línea del Norte que más les conviniere. Las empresas de ferro-carriles, así de España, como de Francia é Italia, están de acuerdo para transportar a los peregrinos, y

para hacer la rebaja del 50 por 100 en el precio de los billetes, siempre que se reúnan por lo menos unos 150.

Los Presidentes de las Juntas diocesanas podrían ponerse de acuerdo para el expresado fin con el Ilustrísimo Sr. Dr. D. Felipe Morales de Setién, Ministro del Tribunal Supremo de las Ordenes, Presidente de la sección de señores Sacerdotes formada en esta capital para la peregrinación, ó con nuestro Excmo. Prelado.

Si mereciera la aprobación de Su Santidad, hay el pensamiento de que luego que estén en Roma todos los peregrinos españoles, se reúnan con los Prelados que hubieren ido de España, y presididos por el Purpurado ó Metropolitano más antiguo de los segundos, fueran presentados por el mismo al Padre Santo, y dirigirse un mensaje en nombre de la nación española allí representada, sin perjuicio de que cada peregrinación diocesana ofreciese a Su Santidad los dones y testimonios de su particular adhesión y devoción.

(Del Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Madrid-Alcalá.)

Leemos en un periódico barcelonés:

«Hemos tenido el gusto de ver en esta ciudad los preciosos regalos que acaba de labrar el Instituto de Religiosas de la Divina Pastora con destino a Su Santidad León XIII en sus próximas Bodas de Oro.

Consiste lo más notable en un estolón, con su estuche forrado de felpa granate, que forma muy buen contraste con el oro y seda en que va bordado dicho estolón. El dibujo, a pesar de ser muy complicado, no oculta sus más delicados detalles, siendo de admirar sus abultados relieves, que los forma el escudo de armas de Su Santidad, haciendo juego con una porción de flores de lis, que constituyen las dos cruces de los extremos. Hay, además, expuesta una casulla de raso blanco pintada a la aguada y que seguramente llamará la atención de los inteligentes. Van dibujados en ella y primorosamente ejecutados atributos religiosos. En el escapulario, por una parte hay la zarza, de que hace mención la Sagrada Escritura, que ardía sin consumirse, en uno de cuyos entrelazos, formando como medallón central, y como sostenida por el fuego de dicho zarzal, va el Arca de la Alianza, que sirve de pedestal al Vaticano, en una de cuyas cornisas va escrito el nunca bien ponderado lema: *Porta inferi non praevalent*, y por remate a la repetida zarza se ha puesto una tiara con las dos llaves en forma de cruz. En la otra parte va pintado un pedestal, del cual parten por un lado un ramo de laurel, y por el otro una palma, enlazándose también y dejando un vacío central, en el que hay pintado un pendón, dentro cuyos pliegues va escrito como lema: *Credo in unum Deum*, finalizando ese escapulario con una preciosa barquilla en las aguas. A los lados del escapulario hay el trono pontificio, las tablas de la antigua Ley, el escudo de Su Santidad León XIII y el del Instituto de la Divina Pastora. En el cubre-cáliz hay pintados el Cordero encima de la Cruz y los Evangelistas, y en la bolsa de los corporales va una blanca paloma. Son notables también una palia bordada en oro por las alumnas del Colegio, y, por último, se han trabajado por las señoras Religiosas otros preciosos objetos que, si bien no van destinados a la Exposición Vaticana, creemos serán para el uso particular de nuestro amantísimo Padre en la gran fiesta de sus Bodas de Oro.

Desde el 19 del pasado Septiembre, que se congregaron en la Habana gran número de señoras de las más distinguidas, para conocer lo que habían producido sus gestiones de reunir y enviar dinero y presentes a Roma, con ocasión del Jubileo de la primera misa dicha por S. S. León XIII, se sabía allí que la recaudación general de fondo, reducida a oro, pasaba de 5.000 duros, obtenidos por las señoras, pidiendo limosna de puerta en puerta, y se dejaba aprobado un mensaje que a más de otras muchas firmas recibió aquel día las siguientes:

La presidenta, Doña Angela Echániz de Arraiztegui; las vicepresidentas, señoras Doña Agueda Malpica de Rosell y señora condesa de C. Bayona; la secretaria, señora Doña Berta D. de Rosell; la vicesecretaria, señora Doña Rosalía M. de Salterain; la tesorera, señora marquesa de Duquesne; la vicesesora, señora Doña Concepción C. Aizpúru; señoras Doña María Francisca O'Reilly, Doña Concepción Montalvo de Lombillo, condesa de Casa-Moré; Doña Dolores Sirvent, viuda de Bustamante; Doña Carlota Rueda, viuda de León; Doña Ana Salazar de Soto, Doña Ramona M. de Reyes, marquesa viuda de Casa-Calderón; condesa viuda de O'Reilly, Doña Carmen Sequeira, Doña Isidra Loira, Doña María de Jesús Montalvo, Doña Dolores Pedrosa de O'Reilly, Doña Virginia S. Bustamante de Pulido y Doña Clara del Castillo de Acevedo.

El mensaje esta concebido en estos términos:

«SANTÍSIMO PADRE LEÓN XIII.

Desde que llegaron a estas remotas playas las noticias relativas a los proyectos de celebrar el quincuagésimo aniversario de vuestra elevación al Sacerdocio, ó sea vuestras Bodas de Oro, pensaron las que suscriben tomar parte en tan hermosa fiesta, que a maravilla correspondía al amor y devoción que tienen a Vuestra Santidad, como Vicario de Dios en la tierra y padre amoroso de todos sus fieles hijos de la Iglesia católica apostólica y romana, a la que tienen por ventura y altísima honra pertenecer.

Con tal objeto se asociaron, y constituyéndose en Junta, por unánime y entusiasta adhesión de pensamiento acordaron no limitarse a recaudar dinero como obolo de San Pedro, sino ofrecer a Vuestra Santidad, como muestra de la fidelidad de esta Isla, una parte, siquiera pequeña, de las producciones de su suelo privilegiado por la Divina Providencia, poniendo también a participación los trabajos de la Industria.

En medio de la pobreza que por desgracia de los tiempos ha venido a sustituir a su anterior opulencia, el éxito ha correspondido a sus esfuerzos, y así pueden rendir a los pies de Vuestra Santidad el homenaje de su amor, significándolo con

Una caja de azúcar refinado.

Diez cajitas de tabacos de primera calidad.

Un alba, ofrenda de las educandas del Sagrado Corazón de Jesús.

Un roquete, trabajo de las niñas del Colegio Asilo de San Vicente de Paúl de la Habana, en caja labrada con las más preciadas maderas del país é incrustaciones de las mismas.

Un atril de plata, trabajo antiguo de América, en caja también de maderas de país.

Un misal, en el cual las que suscriben han puesto las piedras preciosas de sus joyas.

Una caja de cera virgen, para el uso de la capilla particular de Vuestra Santidad.

Poco valioso es, en verdad, el obsequio para presentarlo en la espléndida fiesta en que los artistas de todo el mundo hacen ostentación de sus maravillas; pero no por eso han vacilado en ponerlo en manos de Vuestra Santidad, recordando que es Vicario de Aquel que apreció en mucho el pobre obolo de la viuda del Evangelio.

Aceptad, pues, Santísimo Padre, en el mismo concepto este humilde obsequio, como muestra de la fe de vuestros hijos residentes en esta Isla, que prosternados a los pies de Vuestra Santidad, os piden la bendición para sí y para sus familias y para todos los que han contribuido con sus dones; y una oración a Dios, por medio de su Santísima Madre, en favor de esta hoy desventurada tierra, que necesita, sobre todo recurso humano, del auxilio de la Providencia Divina.

Habana 19 de Septiembre de 1887. »

Los objetos que Mataró ofrece a Su Santidad con motivo de su Jubileo Sacerdotal son los siguientes:

Una riquísima capa pluvial de raso encarnado, bordada en oro y sedas. En ella se destacan dos medallones, uno con los emblemas del pontificado y otro con los del sacerdocio, al igual que otros ocho en que hay bordados otros tantos ángeles ostentando las principales Encíclicas de León XIII, cuyo retrato figura en el escudo de la misma capa; en el broche están dibujadas las armas de Mataró. Dicha capa honra a las religiosas del Purísimo Corazón de María que la han bordado por el mismo estilo del riquísimo Terno destinado a las fiestas de las Santas Patricias Juliana y Semproniana.

Un paño de hombros de raso blanco, regalo de las alumnas del Colegio de Religiosas Concepcionistas. En el centro del mismo se destaca entre ramos de flores la tiara con las llaves del pontificado, bordada en oro y piedras, cuyo trabajo es una prueba de los grandes adelantos de las alumnas del referido Colegio.

Dos cálices de plata de forma bizantina; unas vinajeras del mismo metal; siete albas con ricos encajes; tres cíngulos de seda; nueve roquetes con encaje; diez y nueve amitos bordados a cual mejor; treinta y un corporales con sus correspondientes encajes; veinticuatro purificadores bordados, llamando la atención algunos de ellos por la delicadeza del trabajo; treinta y cuatro lavabos, siendo de notar alguno por su calado y forma de toalla; seis palias bordadas en oro y plata con un delicado estuche de papel bristol; otras seis palias de raso de los distintos colores que usa la Iglesia y algunas otras bordadas primorosamente; una multitud de hijuelas, algunas de blonda y otras bordadas al realce y al céfiro; cuatro cucharitas de plata, algunas de ellas doradas; cuatro bolsas de corporales de damasco de varios colores; seis estolas, cuatro de damasco y dos de raso,

una de ellas bordada en oro; dos cubre-copones de seda con galon de oro; diez y siete manteles para altar, siendo algunos bordados y todos con encajes ó festón; dos cuadritos papel bristol; diez canas de encaje y muchas cintas para anito, unas de seda y otras de diferentes trabajos.

Entre los regalos que se ofrecerán a Su Santidad León XIII con motivo del próximo Jubileo Sacerdotal, llamará la atención el artístico y magnífico álbum que la Academia de la Juventud Católica de Valencia ofrece al Augusto Pontífice, y en el que están escribiendo sus ilustrados socios entusiastas poesías, pensamientos y escritos de adhesión a su Jefe Supremo. Y al efecto, se ha grabado una hermosa orla con el distintivo de la sociedad, tirada a varias tintas, y que llevarán todas las hojas de este precioso libro.

La Congregación del Sagrado Corazón de Jesús, de Tudela, ha dispuesto dedicar a Su Santidad León XIII, con motivo de sus Bodas de Oro, un magnífico cáliz de plata, cuya copa es de un dibujo extraño y original y cuyo pie ostentará los escudos de armas é inscripciones de Navarra, Tudela y la susodicha Asociación.

Los alumnos del Seminario de Vivies (Sevilla) ofrecerán a Su Santidad un magnífico rosario de quince diéces. Las Ave-Marías son de nácar; el engarce es de plata; el Crucifijo del mismo metal, y la cruz de ébano.

Los objetos que los católicos de Sabadell regalan al Padre Santo con motivo de sus próximas Bodas de Oro son los siguientes: dos hermosos cálices de plata de elegante forma bizantina; treinta y tres albas con ancha guarnición de encaje y con sus correspondientes cíngulos y fiadores de seda; treinta amitos, algunos preciosamente bordados; veintitrés corporales; treinta y dos hijuelas; treinta y siete purificadores; cuarenta y cuatro lavabos; catorce cintas de amito; una preciosa estola morada; una casulla nueva de seda verde con galones de oro; varios cortes de pañería, regalo de señores fabricantes; todas las casas religiosas de enseñanza han contribuido a la confección de varias de dichas piezas, siendo muy notable entre ellas un precioso cuadro caligráfico de grandes dimensiones labrado a pluma por las Religiosas de la Congregación de Hijas de María, vulgarmente llamadas Escolapias, cuadro en que con gran variedad y pulcritud de rasgos y letras de adorno se contiene la conocida antifona: *Oremus pro Pontifice nostro Leone: Dominus conservet eum, etc.*

La Archicofradía de Hijas de María de la parroquia de Santa Eulalia, de Mallorca, envían a la Exposición Vaticana: 109 corporales, 109 hijuelas, 420 purificadores, 299 lavabos, 60 amitos, 42 manteles de altar, 24 albas, 3 cíngulos, 1 roquete y 3 pares de sandalias de raso bordadas en oro, unas de color blanco, otras de color encarnado y otras de color violado.

El regalo que los católicos de Palamós dirigen a Su Santidad, con motivo de la celebración de sus Bodas de Oro, consiste en unas vinajeras de plata que, según se dice, encierran verdadero mérito artístico.

Los señores Oller é hijos de Barcelona acaban de terminar en sus talleres de bordados una riquísima casulla que la Junta diocesana de señoras, de Gerona, ha encargado para ofrecerla a Su Santidad con ocasión de su Jubileo Sacerdotal. Esta delicadamente bordada en oro, plata y sedas de colores sobre terciopelo azul turquí. Entre la orla emblemática, y ocupando el centro de ambas caras de la casulla, hay los escudos de Su Santidad en la posterior y el de Gerona en la anterior. Acompañan a este ornamento un cubre-cáliz, las estolas y la bolsa de corporales, todo elaborado según el mismo estilo y con sujeción a igual dibujo. Todas estas prendas van encerradas en un estuche de chagrín. En los mismos talleres se están ultimando varias piezas con destino al dosel del trono que la Junta diocesana de esta capital regala a Su Santidad. Y por lo que hemos visto, no hay duda que será de una riqueza y gusto excepcionales.

Son notables los trabajos que los colegios de las Escuelas Pías de Castilla, Aragón, Cataluña y Valencia y las escuelas de Irache y León han hecho para remitir a Su Santidad León XIII con motivo de las fiestas de su Jubileo. La mayoría de los trabajos son caligráficos, entre ellos algunos notabilísimos. Sobresale en primer término un trabajo del Padre Melquiades, del colegio de Madrid, escrito

y dibujado en pergamino, conteniendo la letanía de la Virgen, en el que ha empleado 13 años. No es posible llevar más allá los alardes caligráficos y de consumado dibujante. Otra de las notas más importantes es un retrato de Su Santidad hecho a pluma por el Padre Querol, de Valencia, sobre el que está escrito en caracteres microscópicos todo el Evangelio de San Juan. Es una obra perfecta. De Zaragoza ha enviado el Padre Palacios una Memoria sobre la dirección de los globos, notable bajo el punto de vista del problema que en ella se resuelve. Los envíos de los filósofos de Irache y los teólogos de León son muy notables, tanto por la belleza de sus concepciones como por la manera de estar ejecutadas.

El Rvdo. Padre Custodio de Tierra Santa regala a Su Santidad, en nombre de los Padres Custodios de los Santos Lugares, una riquísima cruz de nácar.

El célebre historiador Onno Filopp va a ofrecer al Papa en sus Bodas de Oro, en su carácter de protector de las ciencias históricas, la correspondencia completa del emperador Leopoldo I con el Padre Marco de Aviano, delegado del Papa cuando la invasión turca de 1683.

De Persia obsequian al Padre Santo con dos preciosos trabajos. Uno es un cuadro, que representa «Una plegaria» ejecutada por el notable pintor Franchi, y el otro un reclinatorio artísticamente tallado por Ricciarelli. Ambos artistas son de los más afamados de Italia.

El rey de Sajonia obsequiará a Nuestro Santísimo Padre en sus Bodas de Oro con un facsímil de un códice bíblico muy antiguo, magníficamente encuadernado y cuya cubierta está adornada con 100 piedras preciosas.

Entre los objetos que forman el donativo de la ciudad de Vich a Su Santidad León XIII, merecen especial mención: un precioso y riquísimo misal, que se distingue por la pulcritud y esmerada ejecución del bordado y la acertada y bien entendida combinación de matices y colores; una magnífica casulla bordada en oro fino sobre fondo blanco por las Hermanas Carmelitas de dicha ciudad, y un preciosísimo almohadón para los pies, bordado en oro y seda de diversos colores por varias señoritas pertenecientes a la Archicofradía de Hijas de María. El Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo ofrece a León XIII un crecido número de objetos, entre otros una estola muy notable por su riqueza, y un estuche que contiene todos los ornamentos episcopales y demás útiles que son necesarios para la santa visita, todo de plata y de muchísimo gusto; un precioso cáliz, seis capas pleviales, algunas de damasco y otras de brocado adornado con grandes ramos de oro de vistosa apariencia, etc., etc., los cuales constituyen un regalo de mucho valor é importancia.

El valor del vino presentado hasta ahora por los almacenistas y cosecheros de Jerez de la Frontera para ofrecerlo a S. S. León XIII con motivo de sus Bodas de Oro, asciende a la respetable suma de ochenta mil reales, cantidad que aumentará aún notablemente, pues se esperan todavía numerosas ofrendas de los ricos caldos que encierran las más famosas bodegas jerezanas.

Los cálices recogidos de la Diócesis de Pamplona proceden de Aibar, Anué, Aoiz, Araquil, Baxtán, Berrueta, Cuenca, Esteribar, Estella, Ibargoiti, Izarbe, Larraón, Lónguida, Orba, Ribera, Roncesvalles, Salazar, Santesteban, Solana, y Cirauqui.

Donativos recibidos últimamente:
De Aldaz. — El Sr. de Juanmartiñena una casulla, un alba con cíngulo, cuatro amitos, un juego de corporales, y 12 purificadores.

De Salinas. — Seis amitos y 12 purificadores.
De Pamplona. — Doña Claudia Eraso, 7 pesetas; Doña I. G. de G. T., 25 pesetas.

Doña Francisca Erdozain, un cíngulo. La Junta Promotora un copón.

Es muy notable el riquísimo misal que la Diócesis de Cuenca regala al Sumo Pontífice con motivo de su Jubileo Sacerdotal. La edición es de F. Pustet, de Ratisbona, policromada, imitando los códices de la Edad Media. Está encuadernado en marroquí y felpa carmesí. Decoran la tapa superior aplicaciones de alto relieve en plata y oro cincelado, con miniaturas esmaltadas, que representan el Sagrado Corazón de Jesús en el centro y los cuatro Evangelistas en los extremos de la Cruz. Rodea al Sagrado Corazón de Jesús una corona de espinas de oro con doce estrellitas de oro y granates en representación de los doce Apóstoles. En los cuatro ángulos hay otros

tantos medallones de oro representando el Cristo mismo en las cuatro partes del mundo, siendo más pequeño el que representa la Oceanía, colocada al pie. En la parte superior se ve en los angeles el escudo de la Santa Sede de oro y plata en variedad de tonos. En la tapa inferior destaca en oro y esmalte el escudo de Cuenca, rodeado de una dedicatoria que dice: «A Su Santidad el Papa León XIII, la Diócesis de Cuenca.» Los cantos del misal están dorados, cincelados y policromados. La parte de orfebrería ha corrido a cargo de D. Bernardo Bonnin, y la de encuadernación al del Sr. Mañá, de Barcelona. Este misal va puesto en una caja de chúcaranda con cantoneras y chapas de cobre plateado, y en metal rojo la dedicatoria y los adornos.

La archidiócesis de Nápoles regalará al Papa un objeto de uso cotidiano en las inmensas escaleras del Vaticano, que le es penoso subir, y consiste en una silla de manos en forma de navicilla, alegoría de la barca del pescador de Galilea, decorada con esculturas marinas apropiadas a la ciudad esencialmente marítima de Nápoles. Será de madera de tilo, con incrustaciones de concha, oro y coral, y la portezuela un retablo representando en fondo dorado a San Pedro consagrando a San Aspreno, primer Obispo de Nápoles, constituyendo en suma una maravilla de elegancia y buen gusto.

Los Obispos asistentes al solio pontificio han resuelto, con el beneplácito de su presidente Monseñor Vicente Tizzani, Patriarca de Antioquia, donar al Soberano Pontífice un tríptico de bella forma y estilo gótico latino. Cerrado representa la fachada de la primitiva iglesia de San Juan de Letrán. En el frontispicio está la figura del Redentor, copia de la del mosaico de Nicolás IV. En medio se ven los escudos heráldicos del Padre Santo y de los Prelados que lo donan. Abierto el tríptico, se descubre el ábside de Letrán, cuya ejecución se debe a León XIII. El Papa, revestido de pontifical, está sentado en un sillón de mármol blanco cubierto de damasco encarnado, rodeado de los Obispos que le hacen el donativo; y hay además las efigies de los Apóstoles San Pedro y San Pablo y los dos Juanes, constituyendo el fondo del cuadro el claustro de Vassalletto que la munificencia del Padre Santo está restaurando.

La Universidad católica de Lila se propone ofrecer al Padre Santo un álbum adornado de numerosos heliogramas, que representarán vistas y planos detallados de las diversas construcciones llevadas a cabo en dicha Universidad durante el Pontificado de Su Santidad León XIII.

Con las fiestas que estos días consagra la villa de Bañolas a su patrono San Martín ha coincidido la exposición de objetos que regala dicha villa a Su Santidad León XIII con motivo del quincuagésimo aniversario de su Ordenación Sacerdotal. En dicha exposición están de manifiesto una rica y variada colección de casullas, varios objetos para el culto, un bonito cuadro al óleo de algunas dimensiones, pintado por la distinguida señorita Doña Carmen Riera, de dicha villa. El asunto del cuadro representa a Jesús orando en el Huerto.

Valiosos y muy significativos son los obsequios que se preparan en Arequipa para Su Santidad León XIII. Hasta ahora tenemos conocimiento de los siguientes: un precioso medallón de oro, que remitirá el Ilmo. Sr. Obispo; un rico álbum con cantoneras y medallones de oro, que remitirá la Unión Católica de caballeros; un tintero de plata, la Unión Católica de señoras; una magnífica alba tejida a mano, la Asociación de los SS. Corazones; mil soles en plata la Hermandad del Sr. San José, para el estipendio de la Misa Jubilar; el Monasterio de Santa Teresa varios y riquísimos escapularios del Carmen en una caja de plata; el de Santa Rosa, preciosos corazones bordados de oro y plata, y el de Santa Catalina, purificadores, corporales y otros objetos de esta especie.

Las Adoratrices regalan una toalla de batista que lleva en detredor una greca de anillos bordados; en los extremos, una cenefa bordada con variedad de puntos y calados; encima de una de dichas cenefas se ve el escudo de armas de Su Santidad, bordado al realce; las llaves van cruzadas detrás del escudo, dejándose ver los extremos, y encima del mismo la tiara. Entre el escudo y cenefa se lee: *León XIII*. La caja tiene en letras de oro esta inscripción: *A nuestro Santo Padre León XIII: Adoratrices de España, Madrid*.

Los católicos de Clermont regalarán a Su San-

idad una imagen de San Austremonio, fundador apostólico de aquella iglesia, el pedestal de la imagen y un bajo relieve que representará la predicación de la Cruzada por Urbano II en presencia de la imagen de Nuestra Señora del Puerto, y alrededor de esta inmortal escena, á la que servirá de marco, irá colocada una corona, cada uno de cuyos flores llevará la imagen de cada uno de los treinta y dos Obispos de Clermont que la Iglesia ha colocado en sus altares, y también la del modelo de los párrocos, San Amable.

En Lima, Quito, Bogotá, Méjico, Buenos-Aires y Santiago, los literatos católicos, que se glorían al mismo tiempo de ser fieles hijos de la Iglesia, trabajan con empeño para rendir al Vicario de Jesucristo el testimonio de su respeto, sumisión y cariño, el cual no será inferior al de los demás hombres de letras de las naciones americanas y europeas.

La junta del Jubileo Sacerdotal del Papa en la Diócesis de Zaragoza dedica á Su Santidad una preciosa imagen de Nuestra Señora del Pilar de plata.

Dícese que dicha imagen es una verdadera joya artística de indiscutible mérito, siendo de admirar los metales preciosos en que está modelada y la profusión de brillantes con que está guarnecida.

A la Escuela Pía de San Antonio de esta corte han sido remitidos los trabajos que los colegios de Castilla, Aragón, Cataluña, y Valencia y las escuelas de Irache y León han hecho para remitir á Su Santidad León XIII con motivo de las fiestas de su jubileo.

La mayoría de los trabajos son caligráficos, entre ellos algunos notabilísimos y que revelan la vasta instrucción de los Padres Escolapios y la aplicación de los discípulos que educan.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Estufas de temperatura constante. — Ciertos trabajos y ensayos biológicos y el estudio fisiológico de los organismos sépticos, morbosos ó patogénicos, requieren la conservación de una temperatura determinada y constante durante algún tiempo, siendo preciso disponer de un aparato que automáticamente mantenga el temple conveniente. El cultivo de gérmenes en caldos, á la temperatura más adecuada para sus evoluciones, que es de 30 á 40 grados, se practica en las condiciones expresadas usando la estufa de Rohrbach. Consiste en un vaso de dobles paredes metálicas, entre las cuales hay agua cuya temperatura se eleva por medio de una boquilla de gas en combustión. Un termo-regulador sumergido en el agua sirve para arreglar la salida del gas de modo que haya calor para sostener el agua á una temperatura determinada; si ésta excede, automáticamente se disminuye la salida del gas; y si, por el contrario, el agua tiene menos temperatura de la precisa, entonces sale más gas y aumenta la intensidad de la llama, elevándose la temperatura del agua.

El termo-regulador usado es del sistema de Bunsen, modificado por Andreas y Lothar Meyer, y se funda en la dilatación y contracción del mercurio contenido en un tubo encorvado, que al aumentar de volumen, por el crecimiento de temperatura, limita la salida del gas que va al mechero, y cuando se contrae dicho mercurio, por bajar el grado de calor, facilita la salida á mayor cantidad de gas.

Tal es la esencia del aparato que consta de diversos accesorios, cuya descripción sería demasiado extensa.

Teléfono simplificado. — En los talleres de Siemens y Halsk funciona un teléfono muy sencillo, ideado por el ingeniero Frischen, que relaciona dos ventanas situadas en las extremidades de un patio. En cada una de ellas se ha quitado un cristal, sustituyéndolo por una tabla muy delgada de pinabete, por cuyo centro pasa un alambre de hierro, que va de una á otra ventana. Cuando se habla fuerte y á poca distancia de esta tabla, el sonido se transmite distintamente á la de la otra ventana.

Este sistema puede aplicarse también cuando los puntos en que se quiera establecer la comunicación no estén uno enfrente á otro, en cuyo caso, como el alambre conductor no puede seguir una línea recta, ha de cuidarse no apoyarlo en el ángulo en un objeto sólido, sino que debe suspenderse de otro alambre, pues el contacto con un cuerpo no aislado impide la transmisión del sonido.

Empleo del azúcar de leche como polvo dentífrico. —

El azúcar de leche constituye un dentífrico infinitamente preferible á todos los más en uso, pues tiene la propiedad de disolver muy rápidamente el depósito calizo que se forma entre los dientes.

Enlucido negro para las placas de metal. — Para rellenar los huecos de letras ó dibujos grabados en placas de metal, como se usan para indicaciones en establecimientos, dependencias u oficinas, se prepara una pasta de negro brillante é intenso mezclando asfalto, laca parda y negro de humo, con lo cual se rellenan los huecos producidos por el grabado y se limpian luego los bordes frotándolos con un trapo mojado en esencia de trementina, que lleva consigo todo el betún sobrante.

Estañadura del hierro colado. — La estañadura del hierro colado se hace para una multitud de aplicaciones importantes, especialmente para aparatos domésticos.

Si se disuelven en el ácido clorhídrico 89 partes de estaño, 6 de níquel y 5 de hierro, se obtiene una estañadura que se adhiere fuertemente á la superficie del metal y que es tanto más blanca cuanto más duro sea el estaño, con la ventaja incomparable de no contener plomo.

Contra las quemaduras. — El mejor remedio para mitigar el dolor que produce una quemadura es echar sobre ella el chorro de una botella de agua de Seltz. El agua común fría detiene el dolor por lo pronto, pero el agua carbónica lo hace desaparecer definitivamente.

Nuevo empedrado. — En Alemania se ha empleado con éxito un nuevo empedrado cuya resistencia es mayor que la del asfalto. Consiste en tomar ladrillos ordinarios, desecados completamente, sometiéndolos á una alta temperatura en un horno, colocarlos en un depósito de betún, donde absorben un 15 á 20 por 100 de esta sustancia en fusión; y de frágil que era el ladrillo se convierte en elástico y resistente. La prueba se ha hecho en varias calles de las más concurridas de Berlín, en las que no resisten un año los materiales, y el nuevo sistema no resulta con sensible deterioro.

Papel para filtrar. — Cuando á la pasta que se prepara en las tinajas para fabricar papel se añade de 5 á 20 por 100 de carbono procedente de huesos, sangre y otras materias animales, ó si no del negro de humo, que produce el carbonco de leñas, resulta un papel que, si es sin cola, podrá utilizarse para purificar las aguas de toda materia orgánica, pues sabida es la propiedad antipérida que posee el carbón.

La manera de usar este papel es la misma que se sigue en los laboratorios para el empleo del papel de filtro, plegarlo convenientemente y verter el líquido con cuidado, sirviéndose al efecto de un agitador.

Es decir, que se da á los papeles forma cónica, colocándolos dentro de embudos de cristal, y después con una mano, la izquierda, se sostiene un agitador cualquiera, que consiste sencillamente en una varilla de cristal que se apoya cerca del fondo del embudo, y con la otra mano se va inclinando el recipiente que contenga el líquido sobre dicho agitador para que, vertiéndose poco á poco, pierda su fuerza de caída y no rompa el papel; luego, conforme vaya pasando el líquido, y antes de que se agote en el filtro, se irá añadiendo nuevas cantidades hasta concluir.

Este nuevo procedimiento de fabricar papel de filtro desinfectante es originario de América, según dice el periódico italiano de donde tomamos la noticia.

Gas. — El gas obtenido por la destilación de la hulla es el que se emplea generalmente en las poblaciones para su alumbrado. Los aceites, la turba, la resina, la leña, el corcho y otras materias sometidas á una elevada temperatura, desprenden gas hidrógeno carburado, que puede servir para alumbrar; pero su empleo depende de circunstancias locales que hagan fácil la compra de la primera materia.

Se han hecho muchos ensayos y se conocen diversos procedimientos y aparatos destinados á carburar el aire atmosférico con vapores de aceites volátiles. La principal dificultad consiste en regularizar la marcha del aparato, á la cual se opone la continua variación de temperatura, debida á la evaporación del cuerpo carbonoso, ocasionando un enfriamiento que disminuye el poder lumínico del gas. Esta clase de aparatos han obtenido gran perfección y puede citarse como modelo el llamado *excelsior*, para la fabricación de gas de aire carburado.

Consta de tres partes: un motor y bomba de aire; un depósito y regulador de aire comprimido, y el carburador del aire. Funciona automáticamente, sirviendo un modelo del tamaño menor para suministrar gas á sesenta boquillas, que dan una luz suave y blanca, sin producir vapores sulfurosos ni de otra clase que vicien la atmósfera. Son aparatos económicos, propios para iluminar estaciones de ferrocarril, fondas, baños, y en general los establecimientos situados en parajes donde no haya gas del alumbrado.

La electricidad y la presión atmosférica. — El profesor alemán Walter Hempel ha observado que la cantidad de fluido desarrollado por una máquina eléctrica aumenta considerablemente si funciona bajo una gran presión atmosférica; una máquina que daba con 400 revoluciones 15 descargas por minuto en el aire libre á la presión ordinaria, aumentando ésta producía 32 descargas, y comprimiendo aún más el aire ambiente de la capacidad en que funcionaba el aparato, se obtenía un considerable aumento de electricidad.

Faros eléctricos. — Se ha establecido el alumbrado eléctrico en el faro de la isla de May, en el estrecho de Forth, siendo muy notable la intensidad de la luz que proyecta, producida por aparatos instalados con arreglo á los últimos adelantos y perfeccionamientos, tanto en la parte referente á la óptica, como en la electricidad.

La cámara de las máquinas destinadas á producir la luz eléctrica se halla á 265 metros distante del faro, en las inmediaciones de un pequeño lago, cuya agua se utiliza para condensar el vapor de los aparatos de esta clase. Hay dos dinamos de corrientes alternativas del sistema de Meritens, que actúan respectivamente por la fuerza de dos máquinas de vapor. Las dos máquinas sólo funcionan simultáneamente cuando hay gran niebla, y en tiempos normales actúa una sola, quedando la otra de reserva.

Los dinamos contienen 60 imanes en forma de herradura, colocados en sentido radial, repartidos en cinco filas; en el centro se mueve la armadura, formada de cinco anillos, y la cual gira con una velocidad de 600 vueltas por minuto.

La corriente se transmite desde el dinamo al faro, y vuelve por dos varillas de cobre de 35 milímetros de diámetro contenidas en un macizo de cemento. Entre el faro y la cámara de las máquinas hay establecida comunicación telefónica para las necesidades del servicio.

Hay dos lámparas eléctricas: una está colocada en el centro del aparato óptico, y es la que ordinariamente funciona; la otra sirve de reserva.

NOTICIAS

Escriben de Roma que la obra de la Santa Infancia prosigue obteniendo triunfos; más de 350.000 niños son bautizados por su actividad y celo en solo el Imperio Chino. La Sociedad de las misiones extranjeras de París evangeliza en Asia 661.000 cristianos, que viven dispersos entre 210 millones de gentiles; tiene 29 Obispos, 668 Presbíteros, 421 sacerdotes indígenas, dirige 35 Seminarios, en que se educan 1.600 alumnos, y en unas 2.000 Escuelas se instruyen más 45.000 niños.

La Comisión encargada de erigir en Buenos Aires un monumento á Colón ha sido honrada por Su Santidad León XIII con la siguiente carta de adhesión:

LEÓN PAPA XIII

Queridos hijos, salud y bendición apostólica.

Nos hemos impuesto con placer por vuestras letras de 2 de Noviembre, que vuestro centro se ha propuesto erigir en esa ciudad un grandioso monumento para ilustrar y honrar á perpetuidad la memoria y el nombre de Cristóbal Colón.

Con razón habéis pensado que vuestro proyecto había de merecer Nuestra aprobación; porque, á la verdad, es conveniente y equitativo tributar honores á los magnánimos varones que merecieron bien de la religión y de la sociedad, y es tal la grandeza de las hazañas por aquél realizadas, y tal la copia de bienes que de su genio y de su constancia redundaron en bien de ambos hemisferios, que pocos pueden equipararsele. Para Nós es de un modo especial preciosa su memoria, por cuanto emprendió tan azarosos viajes, sobrellevó tan rudos trabajos y acometió tantos peligros para enseñar el derrotero de playas desconocidas á los pregoneros del Evangelio, que fueran á convertir al conocimiento del verdadero

Dios y á conquistar para Cristo á innumerables hombres sepultados en las tinieblas.

Y así, deseando que los honores tributados á tan insigne varón sean para muchos un estímulo, á fin de que se hagan imitadores de su celo y de su virtud, alabamos como lo merecen vuestro proyecto y vuestros deseos, y en testimonio de Nuestra Paternal afección bendecimos amorosamente á vuestros consocios.

Dado en Roma, junto á San Pedro, el día 10 de Enero de 1887, año noveno de Nuestro Pontificado. — León P. P. XIII.

A los amados hijos Laureano Carballeda, presidente, y á los demás de la Comisión Directiva de la sociedad llamada *Centro Gallego*.

El Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Tours ha sido muy bien recibido en todas las poblaciones que ha visitado desde que se encuentra en Cataluña. En Figueras y en Girona visitó también las sucursales que la Congregación de las Hermanas de la Presentación, cuya casa matriz se halla en Tours, tiene allí establecidas. En Arenys de Mar fué recibido por el Sr. Cura Párroco, el clero secular, P. Guardián de Capuchinos, Superiora de las Hermanas, las autoridades locales y otras distinguidas personas. Acompañado al Hospital, donde tienen su colegio las expresadas Hermanas, pasó al salón de recepción, en donde le esperaban las señoras educandas, una de las cuales leyó un pequeño discurso en correcto francés, y otra, sobrina de Sr. Obispo de ésta, dijo unos versos en español, cuyos escritos tomó el Sr. Arzobispo y dijo guardarlos entre sus más apreciados papeles. Sentado en un trono, dirigió la palabra á la concurrencia dando gracias por las atenciones que le dispensaban y recibía con placer, asegurando que jamás olvidaría tantos obsequios, cabiéndole la mayor satisfacción de hospedarse en el Asilo de los pobres de Arenys.

El Sr. Obispo de Madrid-Alcalá ha administrado en la parroquia de San Sebastián el Sacramento del Bautismo á un niño, hijo de los señores condes de Saint Genois, siendo padrinos del recién nacido la reina Isabel y el Sr. Ministro de Italia en Madrid.

Se ha verificado en Utrera, con toda solemnidad, la bendición de la hermosa iglesia de Santiago, restaurada recientemente bajo la iniciativa del señor D. Enrique de la Cuadra.

Leemos en un colega de Palma:

La fachada de nuestra Catedral tiene ya completada la decoración estatuaria según el plan trazado por el Sr. Peyronet. El Ilmo. Cabildo muy acertadamente prescindió de que las figuras que el señor Arquitecto había designado fuesen las mismas del proyecto para que dos de ellas cediesen su puesto á las del Beato Raimundo Llull y de la Beata Catalina Tomás. Estas dos y la de San Pedro estaban ya colocadas, y ayer lo fué la de San Pablo, bello y valiente trabajo salido del taller del señor Galmes.

A medida que la fachada se va despejando, así que desaparecen los andamios, la gran mole ofrece una perspectiva de sublime majestad que fuerza al transeúnte á detenerse.

Unos cuarenta años se han empleado en esta dispendiosa construcción. Ya los fondos especiales del Estado, ya las suscripciones de este vecindario, ya notables limosnas de píos donantes han superado los muchos y graves inconvenientes de tan magna empresa; y nuestra gótica Catedral es el más notable monumento de esta Isla por su magnitud, por su esbelta columnata y por sus bóvedas.

Demos gracias á Dios por el feliz término de tan largos y arriesgados trabajos.

Dentro de breves días será consagrado en Santiago, junto al sepulcro del insigne Apóstol, don Valeriano Menéndez Conde, obispo auxiliar preconizado de Toledo.

Ha tenido la honra de ser recibido en audiencia particular por S. M. la Reina el Rdo. P. Fray Arsenio del Campo y Monasterio, obispo electo de Nueva Cáceres (Filipinas), siendo objeto de la más cariñosa y benévola acogida. La augusta señora le hizo diferentes preguntas acerca del país y de los habitantes de aquella Diócesis.

BIBLIOGRAFIA

Historia general de Filipinas, desde el descubrimiento de dichas islas hasta nuestros días, por D. José Montero y Vidal. — Madrid, 1887. Imprenta de Tello.

Sin perjuicio de que, tan pronto como se acabe de publicar la obra cuyo título sirve de cabeza á estas líneas, nos ocupemos de ella con toda la detención á que por su relevante mérito es acreedora, vamos á dar hoy cuenta á nuestros lectores de la aparición del primer tomo que, por sí solo, entraña una importancia que no estamos acostumbrados á encontrar en los libros que de ordinario ven la luz los amantes de esta clase de estudios en España, en donde la historia es quizá el único ramo de las letras que no tiene sino escasísimos mantenedores. En honor á la verdad, hay alguno que vale por ciento, por ejemplo, Gómez Arteche; pero ese gracias que, al paso que va, nos deje terminada su Historia militar de la guerra de la Independencia, que es el mejor trabajo en su género que han visto los tiempos modernos y con el que presta un servicio á su patria que ni los gobiernos, ni los particulares han sabido apreciar en lo que vale.

Mejor suerte deseamos á la *Historia general de Filipinas* que tan gallardamente aparece represen-

El conocimiento de la historia de aquel pedazo de España era una tarea difícil y larguísima. Muchas hazañas, muchos héroes y muchas glorias se hallaban perdidas ó ignoradas en las oscuridades de crónicas hechas por los religiosos á otros fines y con ideas que, si bien muy elevadas en su época, no son las pertinentes para el objeto de que nos ocupamos y entre legajos de archivos que nadie veía. El Sr. Montero Vidal, después de un estudio profundo y concienzudo, el cual se deja ver en cuanto se abre el libro, toma esas hazañas, esos héroes y esas glorias y, colocándolos á la claridad con que ha sabido hacer su historia, los presenta al alcance de la vista de todos. El servicio que con esto presta á las letras patrias es importantísimo, porque ya desde hoy cuenta la bibliografía española con una *Historia general de Filipinas, desde su descubrimiento hasta nuestros días* que, enriqueciéndola, viene á llenar un vacío que de hoy más no existe, gracias á su distinguido autor.

Al terminar esta ligera noticia llega á nuestro conocimiento que el Jurado de la Exposición de Filipinas ha dado una medalla de oro al Sr. Montero y Vidal por su notabilísimo trabajo, justa y merecida recompensa que, como nosotros, deben celebrar y aplaudir todos cuantos se ocupan de las letras españolas.

Efemerides pontificias de León XIII. recogidas y ordenadas por el Sr. D. C. — Madrid, 1887. Imp. de Fernandez.

Fruto de impropia labor y de largas consultas es el librito cuyo título queda enunciado, y en el cual se recuerda en todos y en cada uno de los días del año algún suceso, declaración ó acto relacionado con la vida del actual Pontífice en el ejercicio de su altísima misión.

Será leído con grandísimo interés y se verá muy generalizado por la inconcebible baratura de su precio.

NECROLOGÍA

El día 15 del corriente la villa de Peñaranda de Bracamonte experimentó una irreparable pérdida con la muerte del Licenciado en Sagrada Teología D. Luis Simón Pies, Arcipreste de la misma, á los cincuenta y un años de edad. La virtud, el talento, su delicadísimo tino en el desempeño de su difícil misión, eran prendas que adornaban al Sr. Pies, y con las cuales había sabido conquistar las simpatías y el cariño más sincero de sus feligreses.

Durante la penosa enfermedad que puso fin á su existencia ha demostrado una resignación cristiana edificante en alto grado.

Peñaranda entera, sin distinción de clases ni edades, llora su ausencia, pero le consuela en su dolor que quien fué tan solícito y bondadoso en este valle de amarguras para sus administrados, desde la mansión de los justos les bendecirá.

Roguemos por él.

También han fallecido recientemente:

En el Real monasterio de Pedralbes, la religiosa Sor María del Carmen Fisas.

En Sevilla, el Canónigo de la Catedral de León D. Juan Montero.

En Santa Eugenia de Fox, el Párroco D. Pablo Antonio Prado Muñiz.

ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.



Tip. de los Huelgueros, Juan Bravo, 5. — Teléfono 410.



SANTIAGO APÓSTOL.

SEGUN SE CONSERVA EN EL MONASTERIO DE LAS HUELLAS DE BURGOS

tada por su primer tomo en un hermoso volumen de seiscientas páginas, impreso en casa de Tello. En este tomo, el Sr. Montero Vidal, en buen lenguaje, excelente sistema de narración, demostrando en cada página una erudición que le honra y que no puede adquirirse sin haber dedicado mucho tiempo al estudio, hace, con suma claridad, la historia de unos sucesos que, por su índole, lugares en que se realizan, número y semejanza, son tan propensos á la confusión. Desde el descubrimiento de estas comarcas hasta los medios del pasado siglo, queda con más ó con menos extensión consignado en este volumen cuanto ocurrió en el Archipiélago; los esfuerzos del clero y su valioso concurso en la realización de la grandiosa obra ejecutada allí por España; la implantación de la fe de Jesucristo regada con la sangre de tantos mártires; sus luchas intestinas; nuestras gloriosas batallas navales rechazando á los holandeses empeñados en destruir nuestra obra; en fin, todo lo más notable y digno de ser historiado.

Quizá es demasiado conciso; quizá á muchos lectores les pasará como á nosotros, que les parezcan poco desarrolladas algunas narraciones, por ejemplo, las campañas del *Padre Capitán*. Defecto es este si no nos equivocamos, pero defecto de aquellos que sólo se encuentran en las cosas buenas.



ÉPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 31. — Madrid 5 de Noviembre de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Six meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Six meses.....	2 1/2 ps. fr.
Un año.....	5 »

PROPIEDAD DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Six meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Six meses.....	3 ps. fr.
Un año.....	5 »

SUMARIO

TEXTO. — La Decena, por Carlos Ochoa y Gallardo. — Los grabados. — En honor de Ernestina. — Un milagro, por E. Benjamín. — El Egoísmo. — María, oda, por Bernardo López García. — Allocución del Papa á los obreros franceses. — Vida reglada de los frailes, por Luis Llauder. — Un repulón y un dolo. — El liberalismo, por el señor Obispo de Madrid-Alcalá. — El arte religioso, por M. de A. — Jubiles Sacramental de Su Santidad León XIII. — Noticias. — Neurología.

GRABADOS. — Lucas Jordán. — La casa. — Aparición de Jesús á sus discípulos.

LA DECENA

DOLENCIAS físicas y quebrantamientos morales obligan, bien á su pesar, al Director de esta Revista á no escribir hoy su acostumbrado artículo de entrada, poniéndome en el caso arduo y comprometido de suplirle por esta vez. Sirva la obediencia filial de disculpa á los errores en que pueda incurrir en estos párrafos.

Las reuniones hípias de otoño son el gran pretexto de las bellezas aristocráticas de la corte para exhibir los últimos caprichos de sus *toilettes* y los detalles que para ornato de sus esbeltas figuras han adquirido como modelo de la elegancia y del buen tono durante sus excursiones por el extranjero.

Las carreras de caballos son el género de *sport* que en España ha tomado más incremento y por el que el gran mundo ha demostrado inclinación más decidida.

El Hipódromo ha sido una gran adquisición, y la sociedad actual aspira á no ser menos que la antigua, donde ya Homero cantaba á los hipódromos como lugares indispensables para la realización de los juegos públicos de carros y caballos.

Teodosio el Grande, emperador, fundó un hipódromo que alcanzó gran fama; Constantino comenzó otro. Los hipódromos, pues, no son cosas modernas, ni las fiestas que en ellos se celebran exclusivas del siglo.

El nacimiento de los modernos corresponde de derecho á Inglaterra, nación que marcha á la cabeza de todas en este género de diversiones. Los hipódromos de New-Market y de Epsom han adquirido gran renombre entre los *sportmen*. En este último se celebran los mayores acontecimientos hípicos, como son en el otoño el famoso *Oak Stakes* y en la primavera el no menos célebre *Derby*, cuyos premios constituyen la distinción más honro-

sa que puede obtener una cuadra. Otros hipódromos ingleses son los establecidos en Doncaster, Liverpool, Goodwood y Ascot, pero sobre todos está Portland y Lord Lowther.

Bélgica cuenta también con varios hipódromos, mereciendo citarse los de Lieja, Spa y Namur. Alemania tiene el de Baden, y Francia el soberbio del Bois de Boulogne construido en 1857 y donde se corre el domingo 1.º de Junio de cada año el *Grand Prix*.

La colonia inglesa que habitualmente reside en Jerez contribuyó eficazmente á que aquella población contase con Circo de esta índole, que fué el primero que se construyó en España. Sevilla fué la segunda población española que tuvo hipódromo, al que siguió el de Cádiz, situado en el pintoresco sitio de Puntales y habilitado para carreras en el año 1876. Córdoba, Granada, Madrid, Baeza y Barcelona cuentan con hipódromos, de excesivo valor algunos, como el de Madrid, y en breve se construirán en Santander, Bilbao y Zaragoza, poblaciones en que se ha desarrollado notablemente esta diversión.

Como consecuencia natural del Hipódromo, aparece el jockey, verdadera representación del pigmeo, de inteligencia precoz y viva encerrada en un cuerpo pequeño, de gran destreza en sus férreos músculos y de fuerza incomprensible. Uno de los

más célebres jockeys, John Day, no llegaba á pesar 82 libras.

La patria del buen jockey suele ser ordinariamente New-Market, la Babilonia del *turf* como la llama un inteligente escritor. La estadística de los hipódromos de aquella población y de Epsom son como el Almanaque Gotha de esta difícil y arriesgada profesión.

Los más célebres jinetes que registra la historia de New-Market se han llamado Robinson, James Thomas, Clif, Chifrey, Arpull y Buckle, que llegó á ganar hasta cinco veces el *Derby*.

El jockey está sometido á una severa disciplina que establece el Jockey-club inglés, cuyas penas consisten desde la pequeña multa metálica hasta la inhabilitación perpetua para correr en los hipódromos sometidos al reglamento de la sociedad.

La vida doméstica del jockey es por extremo curiosa. Mr. E. Chapús, escritor de notable mérito en estas materias, ha hecho pública la vida privada del héroe que si en España no ha llegado al torero no tardará mucho tiempo en igualársele, y sostiene que el jockey *pur sang* se somete á un régimen de excesiva austeridad y uniformidad constante. Su desayuno, por regla general, consiste en algunas rebanadas de pan tostado y una taza pequeña de té; su almuerzo nunca pasa de un trozo de carne asada rociada ligeramente con vino, y su cena de una nueva tacita de té. Estas privaciones causan numerosas bajas entre los que aspiran á los primeros puestos del escalafón de honor; el cuidado exquisito de no traspasar nunca el peso exigido por los decretos del *turf* hace morir de debilidad al inglés más robusto.

Hace pocos meses la prensa se ocupó de la terrible pérdida que experimentaba la Gran Bretaña con la muerte de Frederick Archer, el jockey más famoso de los tiempos actuales; no hace tantos, falleció Fordham, que le seguía en cuanto á fama. Ambos han dejado capitales de consideración y han muerto de hambre. Sus herederos, probablemente, se *habrán comido* los respectivos caudales en ocho días.

El ejercicio del buen jockey es el siguiente: muy de mañana se viste con trajes de gran abrigo; y digo con trajes, porque algunos se ponen tres pantalones, dos gabanes y cinco ó seis chalecos; con tan cómodo vestido recorren á pie y á paso ligero un trayecto que no baja de dos leguas; al fin de la jornada, y con las precauciones debidas se despojan de parte de la ropa procurando conservar el sudor que invade su cuerpo. El resto del día le pasan á caballo, y al anochecer se acuestan sobre duro lecho, para empezar la misma operación al siguiente día.

El amor al arte ha hecho sucumbir á las notabilidades hípias de



LUCAS JORDÁN.

nuestro tiempo. El perfeccionamiento de la raza caballar aumenta, a medida que la fuerza vital de la especie humana disminuye.

Y a fe que el luchar con los caballos tampoco es nuevo.

Los caballos han tenido en todos tiempos sus adoradores, sus fanáticos y sus cantores. En Grecia abundaban las esculturas fabricadas en honor de los cuadrúpedos que conseguían los premios en las carreras, siendo la más famosa de ellas la que representaba a la yegua *Pinto* de Filotas; Suetonio habla del caballo de César, al que levantó una estatua delante del templo de Venus; Salomón dió fiestas en las que jugaban los caballos importante papel; Homero cantó al caballo de Aquiles; Calígula nombró cónsul al suyo; el Babieca ha dejado fama; el de *Don Quijote* ha proporcionado una gloria.

Respecto a caballos de carrera sería interminable formar una lista. *Ole Ole* dió la vuelta a España; *Lucero*, de Davies, ha ganado muchas apuestas; *Gladiateur*, *Elis*, *Mucho-mucho*, de Arénzana; *Popeye*, de Fernán-Núñez; *Ducat*, de Garvey; *Eclipse*, *Wisker*, *Segundo*, de Aladro; *Petit Verre*, *Khartoum*, *Lagartija*, y tantos más han contribuido a que las carreras de caballos en España hayan llegado a la situación en que hoy se encuentran.

El *turf* supone muchas fortunas, muchas emociones, algunas quiebras, bastantes fracturas y muchísimas conquistas. ¿Quién ha dicho que con semejantes consecuencias las carreras de caballos no se han inventado para los españoles?

La aparición de los puestos de castañas, los escaparates de las reposterías con sus pirámides de buñuelos de viento y la profusión de coronas formadas de siemprevivas de trapo y abalorios y cristales anunciaron la proximidad de la fiesta de los difuntos.

Los solemnes dobles de las campanas han pedido durante los pasados días oraciones para los que fueron; los cementerios se han visto engalanados con cirios y flores; en los templos los crespones negros han revestido túmulos y catafalcos; los ministros del Señor, ataviados con sus más fúnebres ornamentos, han elevado oraciones ante el trono del que todo lo puede, y no se ha dado paso que no nos haya recordado a los que duermen en el sueño eterno de la muerte.

La época actual es la más triste del año, y el carácter lúgubre que presenta bajo su aspecto religioso le conserva si se considera en relación con la naturaleza. Nada de galas, ni esplendores, ni sol brillante, ni aromas, ni flores. El cielo encapotado con nubes pardas imprime al mes de Noviembre su aspecto melancólico; los días cortos parecen indicarnos lo breve de la vida; las frecuentes lluvias nos acusan por no haber durante el resto del año regado las macetas que adornan las sepulturas, y el carácter alegre que el pueblo quiere imprimir a la fiesta de Todos los Santos, es la más aguda recriminación que contra nuestras costumbres quiere la suerte concedernos.

La visita a los muertos se verifica en tono de romería, y algunas autoridades han tenido que dictar severas órdenes para que los sagrados recintos donde se descomponen las generaciones pasadas no sean profanados. ¿Qué idea más triste da esto de nuestra moralidad y de nuestras creencias!

Yo puedo asegurar que nada me impresiona como una visita al campo santo. Pisar las lápidas bajo las cuales están cuerpos que tantos recuerdos y tantas lágrimas han dejado en el mundo; contemplar los nichos donde se encierran tantos seres cuya memoria debiera ser bendecida y es olvidada; ser el único vivo entre tantos muertos, ver con mis propios ojos la forma que en no lejano tiempo he de tomar yo y han de tomar cuantos me son queridos, son pruebas superiores a mi ánimo, pruebas que me abaten y subyugan, y que sólo puedo soportar fortalecido por el fluido vital que el Ser Supremo me envía en recompensa de las oraciones que le dedico impetrando su poder y su misericordia.

¿Quién sabe si el año que viene en vez de visitante seré visitado!

Las representaciones del drama de Zorrilla *Don Juan Tenorio* son consecuencia, no tan natural como aparece, de las fiestas religiosas de los pasados días. En todos los teatros el célebre burlador de Sevilla ha hecho alarde de sus criminales travesuras; Brígida se ha fascinado y rendido ante los atractivos y por el oro de D. Juan; el pobre Comendador no le ha parecido bien escuchar las peticiones y promesas del ladrón de su honra y el capitán Centellas ha recabado para sí todas las proezas de Tenorio, dándole muerte a la puerta de la misma casa donde se celebró alegremente el sacrilego convite, última calaverada de D. Juan.

El público ha presenciado este año una nueva manifestación de esta obra. Varias señoritas han desempeñado todos los papeles de la misma, incluso los de hombre, obteniendo un éxito superior al verdaderamente justo. La caricatura no puede tolerarse en asuntos formales y con inclinaciones serias. Su deformidad aumenta las immoralidades que en las obras como en *Don Juan Tenorio* ha tolerado y sancionado el público y hace resaltar nimiedades que sin ella pasarían inadvertidas.

De todos modos, el objeto benéfico a que se ha dedicado parte de las entradas merece todo género de aplausos por parte de cuantos nos interesamos por la vida del pobre, para el cual empieza con el invierno una larga y fatigosa temporada de martirios, sufrimiento, penas y dolores.

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

LOS GRABADOS

LUCAS JORDÁN

Pintor notable, llamado también Jordano. Nació en Nápoles en 1652 y murió en 1704, y recibió el sobrenombre de *Fuoristi* a causa de la facilidad con que trabajaba. Esta facilidad le permitía imitar el estilo de los demás pintores, por lo que fue calificado de "Proteo de la pintura". La extraordinaria facilidad con que pintaba es causa de la falta de corrección que se nota en algunos de sus dibujos; pero el colorido es siempre brillante. La circunstancia de haber firmado muchos de sus cuadros con el nombre latino de *Jordanus*, ha hecho que se le confundiera a veces con el pintor flamenco Jordán. Lucas Jordán dejó en España indelebles recuerdos de su pincel en muchos frescos de Madrid y del Escorial. El grandioso techo de la sacristía de la Catedral de Toledo está pintado por Jordán, conservándose también en la ciudad no pocas obras del famoso pintor italiano.

LA CAZA

Escena hábilmente comprendida e interpretada por el dibujante y que da clara idea de los placeres de la caza.

APARICIÓN DE JESÚS A SUS DISCÍPULOS
(De los tapices del Real Palacio de Madrid.)

Entre las tapicerías pertenecientes a la corona de España y que proceden de la espléndida colección de Carlos V y Felipe II, figuran en primer término los nueve paños de *Actos de los Apóstoles*, tejidos por los maestros Van Orley y Miguel Coxia sobre cartones pintados por Rafael de Urbino para el Papa León X.

El asunto de la composición es la aparición de Jesucristo resucitado a sus discípulos en un monte de Galilea para ratificarles la apostólica misión que en vida les había dado, según consta en los cuatro evangelios, y más específicamente en el de San Mateo.

EN HONOR DE ERNESTINA

NUESTRO ilustrado y religioso colega *La Cruz*, en su número correspondiente al mes de Febrero último y bajo el título de *Monumento en honor de Doña Ernestina Manuel de Villena*, publicó los sentidos párrafos que a continuación reproducimos:

Después del fallecimiento de esta heroína de la caridad, *La Cruz* ha expuesto dos veces la necesidad de honrar la memoria de la que, en concepto público, murió en olor de santidad.

La Junta del Asilo de Huérfanos, fundada por aquella venerable señora, la ha consagrado en su iglesia una lápida conmemorativa, esperando ocasión y tiempo oportunos para la traslación de sus restos mortales. Pero no basta esto; porque eso se ha hecho con casi todos los fundadores de obras pías, y la venerable Ernestina merece mucho más. Madre de los huérfanos desvalidos y heroína de la caridad la llaman pobres y ricos; popular es la fama de su humildad y de las demás virtudes que practicó en vida, y justo es consagrarla un monumento que perpetúe su justa celebridad; pero un monumento en que quede plenamente comprobada la admiración que Ernestina nos inspiró con sus virtudes. Dejemos a los profanos erigir estatuas en plazas y paseos públicos a personajes más o menos dignos de este honor.

La Iglesia nunca procede con esa facilidad para enaltecer a sus varones insignes; tiene procedimientos especiales, y antes de exponerlos en las plazas públicas aspira a elevarlos a los altares, sin que por eso repulse que los que no han merecido la aureola de la santidad sean honrados por sus altos merecimientos.

Empecemos, respecto de Ernestina, por donde debemos empezar, y esperemos sin dejarnos arrastrar por un celo o amor exagerados.

La causa de Ernestina pertenece hoy exclusivamente a la Iglesia. Tributaria honores anticipados de veneración podría perjudicarla, si en su día, como confiamos en Dios, se inicia la causa para su beatificación.

Nuestra opinión es, que antes de pensar en la erección de estatua, se piense en la formación del expediente informativo de sus virtudes, para que no se oscurezcan y olviden, y facilitar en su día, si a Dios place, la introducción de la causa de beatificación; y en todo caso, para que en el Asilo que Ernestina fundó queden, *ad perpetuam rei memoriam*, consignados y probados sus altísimos merecimientos.

En la tramitación de la causa pueden invertirse los recursos que habían de gastarse en la erección de la estatua, porque confiamos en Dios (sometiéndonos siempre a las decisiones de la Iglesia sobre milagros, cultos y beatificaciones) que ha de llegar el día en que sea elevada en los altares la imagen de la venerable Ernestina Manuel de Villena. — L. C. y Sol.

El mismo ilustrado periódico en su número correspondiente al mes de Septiembre insiste sobre el mismo pensamiento en los términos que a continuación transcribimos:

¿CONVIENE INSTRUIR EXPEDIENTE CANÓNICO INFORMATIVO SOBRE LA VIDA, VIRTUDES Y MUERTE DE DOÑA ERNESTINA MANUEL DE VILLENA, FUNDADORA DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL CORAZÓN DE JESÚS?

No conocimos a Doña Ernestina Manuel de Villena sino por la fragancia de sus virtudes, que con frecuencia y durante su vida admiraba gran número de personas imparciales y autorizadas, y después de su muerte, por los encomiásticos y justos elogios que hicieron de aquella heroína de la caridad la prensa de todos los colores, lo que vale mucho más, los pobres, y, por último, todo el pueblo de Madrid sin distinción de clases. *Heroína de la caridad* es el nombre con que todos la conocen hoy, más que por el nombre ilustre que por su nacimiento llevaba. La muerte borró el nombre de la descendencia terrenal, pero sancionó el nombre glorioso que engendra hijos para el cielo.

Fue heroína de la caridad, y así lo atestiguan sus obras, y pues la caridad es la generadora de todas las virtudes, opinión general es que todas las tuvo, abrazando la pobreza voluntaria por seguir a Jesucristo, por vivir para los pobres de Jesucristo y morir por ellos y para ellos.

Hoy que está viva su memoria y vivísima la memoria de sus hechos; hoy que de ellos pueden dar testimonio verdadero y ocular infinitas personas de todas clases y condiciones, de todo estado y calidad; hoy que los hechos no pueden desfigurarse con las exageraciones del vulgo; hoy que todo puede exponerse y justificarse con verdad, con claridad y con detalles irrecusables; hoy creemos que debe pedirse la información del proceso informativo sobre la vida, muerte y virtudes de Doña Ernestina Manuel de Villena, fundadora del Asilo de Huérfanos del Corazón de Jesús. El tiempo pasa, y si no puedo borrar la memoria de sus virtudes, puede ir las oscureciendo o complicando con accidentes poco verídicos, a cuya creencia está siempre dispuesto el vulgo. Hoy todo puede hacerse bien y fácilmente; pero cada día que pase irá creando dificultades, porque faltan los testigos presenciales, que siempre, en estos casos principalmente, son los más importantes, según el axioma *testis ut vocant ocularis majorem fidem meretur quam is quem suis oculis non usupavit*.

Creemos, pues, que debe hacerse información canónica sobre la vida y virtudes de Doña Ernestina Manuel de Villena, bien sea para promover en su día el expediente de introducción a la causa de su beatificación, bien para que en el Asilo, que fundó, quede aquella información *ad perpetuam rei memoriam*.

Profundamente agradecemos la noble iniciativa que ha tomado en este asunto el ilustre publicista D. León Carbonero y Sol, por lo mismo que a nosotros sólo nos corresponde agradecerla con toda el alma y acompañarla con los más fervientes deseos.

UN MILAGRO

Al maestro, cohillada.

VIVE hace años un insigne literato en una hermosa capital de las Provincias Vascongadas, de reciente y glorioso renombre, gran pintor de costumbres populares y justamente reputado como famosísimo maestro en el difícil arte de contar cuentos al público, arte

que él ha engrandecido y elevado con varios tomos de distintos colores.

Cualquier anécdota ó chascarrillo que le contáis lo mete en el alambique de su claro ingenio, y destilándolo después, por la punta de su pluma sale á la estampa tan maravillosamente refinado que no lo conoce ni la madre que lo echó al mundo, de puro ameno y entretenido que resulta.

Pues bien: este insigne literato, cuyo nombre no me atrevo á citar aquí, fué mi maestro, y el profundo cariño que siempre le guardo, unido con la respetuosa admiración que sus trabajos me inspiran, hace que escuche la voz de mi propia conciencia, la cual me grita que ese grande hombre tiene también su punto negro, y que este punto negro no es otro que el haberme alentado á escribir metiéndome por el camino de las letras, con lo cual le hizo á las españolas el mayor entuerto y desaguisado que hacerles pudiera, el que en toda su vida, solo gloriosos servicios les prestara.

Ya sabéis la razón por que callo su nombre. No quiero que salga al público con el sambenito que por tal culpa le corresponde. Además no es necesario para comprender la anécdota de su vida que á contáros voy.

Pero vamos al hecho: llamémosle D. N. Y sabed que era nuestro D. N. un hombre honrado á carta cabal, lleno de sabiduría é ilustración y por lo tanto, libre de todo eso que se denomina fanatismo y superstición.

Su juventud, pasada en medio de aquella pléyade de literatos, de la que formaba parte y de la que los que hoy sobreviven son otras tantas glorias de las letras españolas, había dado á su alma templada al calor de los buenos principios ese tinte de desprecupación que caracteriza á la sociedad moderna.

Hará poco más de veinte años vivía mi buen amigo y maestro en esa misma capital de las provincias vascas de que antes hablamos, con su familia que solo se componía de su excelente y bien amada esposa y una niña de corta edad, que era el encanto y la alegría de ambos.

La dicha que se disfrutaba en aquel hogar vióse de repente amenazada de un modo terrible. La dulce niña que la producía cayó postrada con una de esas enfermedades que diezman la infancia. El médico, desde el principio, declaró su estado muy grave, pidiendo consulta; los padres hicieron venir á todos los facultativos notables que había en la población, y el diagnóstico de estos fué en todo igual al emitido por el de cabecera; que la niña estaba de mucho peligro.

No intento siquiera ni medio indicar aquí las angustias y tribulaciones de aquellos tiernísimos padres. Los que hayan soportado situaciones análogas las comprenderán.

Así transcurrieron seis días mortales, debilitándose más cada hora la pobre enfermita, que, al amanecer del séptimo que era el de la crisis, se hallaba tan escasa de fuerzas, que no permitía ni la más remota esperanza de una reacción favorable.

Va las últimas convulsiones que sufrió en este día fueron tan horribles y costó tanto hacerla volver de ellas, que no era necesaria mucha ciencia para comprender que la primera repetición sería el último instante de su vida.

Así opinaron todos los médicos, los cuales llamando aparte al padre declaráronle tan espantosa nueva, y le advirtieron para colmo de infortunio que tenía que evitar á todo trance que su mujer presenciara la catástrofe por el delicadísimo estado de salud en que esta señora estaba.

Tal era la situación de mi buen amigo y maestro, al cerrar la noche del séptimo día.

Valiéndose de mil trazas, consiguió que su pobre compañera se retirase á descansar.

Solo, completamente solo, se quedó con la enfermita.

La niña respiraba con dificultad, y parecía sumida en profundo letargo.

El padre la miraba fijamente, mientras que la inmensa amargura de aquel gran horror despedazaba sus entrañas.

A-í transcurrió una hora.

En aquella alcoba, había ya algo de la solemnidad de la muerte.

Por fuera, una tempestad desencadenada, hacía estremecer las puertas de cristales del balcón.

Las de madera no estaban cerradas.

¿Quién es capaz de decir lo que pasaba entonces por el grande espíritu de mi noble amigo?

No sé yo.

De repente, una fuerte sacudida de la niña anunció el nefasto momento.

La convulsión temida, la última, la que irremisiblemente la mataba, la que ya la ciencia humana no tenía medios de combatir, se patentizó.

El padre, entonces cayendo de rodillas y dirigién-

do su mirada angustiosa al lado en que se alza el Monasterio de Begonia, exclamó con toda la fe que cabía en su buen corazón:

— ¡Virgen de Begonia! ¡Sálvame! tú!

De improviso, un viento furioso empujó con tal fuerza la puerta de cristales del balcón, que rompiendo la aldabilla, la abrió de par en par, dejando penetrar en la alcoba la racha helada de la tempestad que fuera rugía.

La luz se apagó.

En medio de tan grandes tribulaciones como afligían á aquel hombre, su primer cuidado fué correr medio muerto de espanto á cerrar el balcón; encendió de nuevo la luz yendo en seguida á la niña.

La violencia de la convulsión la había destapado por completo.

Estaba yerta, pero inmóvil; y respiraba aun.

El padre le abrigó cuanto pudo, procurando transmitirle su propio calor.

La niña seguía inmóvil, ningún estremecimiento convulsivo agitaba sus miembros, y la respiración hacía cada vez más igual.

El padre le tocó la frente y la encontró bañada de un sudor copiosísimo.

El calor era general.

El aspecto tranquilo.

— ¡Qué es esto, Virgen Santa! — Exclama el padre sin saber qué pensar de todo aquello.

.....

— Esto es un milagro — decía el médico entrando al amanecer del día siguiente en el cuarto de nuestra enferma. — ¡Qué reacción tan completa! ¡Está fuera de peligro y en plena convalecencia! Pero, cuénteme usted, D. N., ¿qué ha sucedido aquí?

D. N. le refirió, c por b, cuanto pasaba horas antes.

— ¡Ah! ¡La racha de viento frío! Se explica: esa racha fría la ha salvado.

— Pues esa impresión fría es la que me mandó la Virgen, cuando imploré su auxilio, y con ella hizo el milagro.

E. BENJAMÍN.

EL EGOISMO

(Conclusión.)

IV

Cuando más y veremos que el egoísmo podrá preparar la cuna á los grandes criminales, pero hará imposible la existencia de los grandes héroes. Claro es que bajo este nombre no designamos á los que en ese catálogo ha puesto la adulación ó la lisonja, sino á aquellos que son verdaderamente gloria del mundo y ornamento del género humano. Y así planteada la cuestión, ni sombra de duda admite nuestro aserto. Como el día y la noche, así se repelen estos nombres, egoísmo y sacrificio: como el calor y la luz, así se completan y unifican estos otros, sacrificio y heroísmo. Luego el egoísta, si empuña el cuchillo de sacrificador, buscará la víctima que ha de inmolarse, siempre en otros, nunca en sí mismo; y hombre que no está dispuesto á sacrificar ni su codicia, ni su ambición, ni su orgullo, ni su sensualidad, ni ninguno de sus instintos, que pueden muy bien llegar á ser brutales y feroces, y que por el contrario, imagina que á su satisfacción puede inmolarse todo, cierto que es materia dispuesta á cualquier cosa; y nadie se atreverá á señalar término alguno, al que ese desdichado no pueda subir en la escala del crimen. Por idéntica razón el egoísmo hace guerra á muerte á los verdaderos héroes; que el heroísmo digno de tal nombre solo se mantiene cuando descansa, ó por lo menos, está pronto á descansar sobre el sacrificio. Ahí está el corazón de una madre: en el orden natural es quizás lo más heroico; por eso es también quizás lo que está siempre más pronto á hacer los más grandes sacrificios.

V

Si después de lo dicho todavía alguien pregunta dónde habita y dónde ha plantado sus tiendas el egoísmo, menester será desconfiar de hacer ver el sol del medio día á quien no vea, que al presente el egoísmo es una de las más profundas llagas sociales que nos aquejan. Un sordo gemido y un clamor unánime están denunciando á todas horas el enfriamiento de los corazones: son muchos los que creen que el móvil de la virtud, si alguna vez aparece entre los hombres, es solamente el interés, y el del sacrificio, las pasiones.

Ninguno andará largas jornadas en el camino de la vida sin tropezar con el egoísmo de la inteligencia, que con tal de distinguirse y de meter ruido en el mundo, se gozará en proclamar las doctrinas más absurdas y las más inauditas blasfemias; á diestro y á siniestro verá marchar el egoísmo de la sensualidad, monstruo horrendo, cuyas delicias son profanar lo más hermoso que tiene la virtud y lo más delicado que hay en la honra; y en el estado actual del mundo por doquiera le saldrá al encuentro el egoísmo de la voluntad, que repugna todo freno, que no quiere soportar ajena soberanía, y que ha engendrado ese espíritu revolucionario, con el cual es de todo punto imposible la tranquilidad de los pueblos. ¿Que dónde está el egoísmo? ¡Hay escritos en la historia de nuestros tiempos guerras cuya justicia nadie alcanza? Pues cierto que las ha declarado el egoísmo. ¿Hay motines y rebeliones casi periódicas, en las que se expone la vida de algunos infelices y los intereses de muchos hombres honrados? Pues el egoísmo los está preparando. ¿Hay ambiciones injustificadas, concusiones públicas, atropello escandaloso de la ley, iniquidad triunfante y justicia hollada? Pues detrás de todo esto se hallará siempre palpitando el egoísmo; y lo más doloroso á nuestros ojos es que esa llaga está hoy también viva en el pueblo cristiano. ¿Quién diría, al observar nuestra manera de ser y de conducirnos, que vamos en pos de aquel Amor eterno é infinito, que hecho hombre dió la caridad por divisa á sus discípulos?

Nuestros padres dieron sobre este particular tal espectáculo al mundo, que para expresar su admiración y asombro hubo de exclamar el paganismo: *Ved como se aman*. Hoy, por desdicha nuestra, pocos serán los que crean que procede hacer segunda edición de esas palabras; y cierto que si procediera, no fueran tantos en número los que tienen miedo ante los sacrificios que impone la virtud, ni los que impasibles al ver la ruina y la perdición de tantas almas, han dejado apagar todo el fuego de su celo.

VI

Discurriendo, pues, por los caminos que traza el egoísmo, hemos llegado á la situación presente. Si es próspera ó angustiosa, y si para lo porvenir está preñada de temores ó esperanzas, sabiendo quienes conservan recto el juicio, y están viendo que al lado de ese bienestar físico y progreso material que tanto se decanta hay un malestar moral, terrible, pavoroso.

Reconocer la existencia del mal podía ser motivo para llorarle; analizar las causas que lo han producido nos servirá para ver si tiene remedio y procurarlo. ¿Cuáles son, pues, las causas generadoras más inmediatas y universales que han logrado entronizar en el mundo el egoísmo? Concretándonos á indagar algunas de las que desde un siglo á esta parte han sido más poderosas, por primera y fundamental asignamos al mayor alejamiento de Dios, en que se ha ido desarrollando la vida, y la menor influencia que se ha permitido al cristianismo. Estas dos cosas, como hechos, nadie los pondrá en duda; como causas, su virtud, aunque deletérea, es evidente. Cuanto más el hombre se aleja de Dios, más cerca está de idolatrarse á sí mismo; cuanto la ley cristiana menos arraigada está en nuestros corazones, con más fuerza y vigor se producen los brotes salvajes del egoísmo. Ni puede ser de otra manera; la llama del amor ha de mantenerse viva en el fuego del sacrificio. Ahora bien; para un amor puro y exclusivamente humano, sacrificarse un día es mucho, así como para un amor encendido en el divino, sacrificarse constantemente, aún parece pequeño sacrificio. Luego quien atente contra este segundo amor y sólo deje subsistente el primero, radical y necesariamente es fautor del egoísmo.

Otra de las causas que han producido generaciones egoístas ha sido la enseñanza revolucionaria é impía con que diversas escuelas filosóficas han burlado la sencillez y exaltado las pasiones de los pueblos. Cuando la filosofía racionalista y atea del último siglo abrió cátedra y decía á cada hombre: «Tú eres bueno, tan radicalmente, como la sociedad es mala, y radicalmente mala: rompe las trabas que te oprimen; sé libre y habrás encontrado la felicidad», erigía, queriendo ó sin quererlo, un trono bien cimentado al egoísmo. Era consiguiente; aquel hombre así enseñado, con la lógica incontrastable del buen sentido discurría de esta manera: si yo soy bueno y radicalmente bueno, lo que mi pensamiento diga, aquello es la verdad; lo que desee mi corazón, aquello es el bien, y la virtud es manifestación necesaria de todas, absolutamente de todas las tendencias de mi voluntad.

Atrás, por consiguiente, todo lo que hasta hoy se me ha presentado como obstáculo. Ni la fe esclavi-

zará mi inteligencia, ni vanos fantasmas detendrán mi voluntad. Si yo soy bueno, y buenos son, por lo tanto, mis apetitos, mis pasiones, yo tengo derecho a satisfacerlos en todas sus tendencias, aunque para ello sea preciso cubrir el mundo de ruinas y destruir desde su base el edificio social.

Cuando se tradujeron en hechos prácticos esas consecuencias pura y soberanamente egoístas, los horrores inauditos que produjo el reinado de la libertad hicieron que muchos, como instintivamente, renegaran de principios, que habían sido causa de tanto crimen; pero la reacción producida, que nos habría salvado si hubiera sido de la verdad contra el error, remachó más y más las cadenas del egoísmo, porque sólo fue reacción de un error contra otro error.

En efecto, los filósofos de aquella reacción, tan ateos e impíos como sus predecesores, echando sus cuentas discurrieron de este modo: el haber dicho a los hijos del pueblo que ellos son buenos y mala la sociedad nos ha perdido; pues si invertimos los términos, nos habremos salvado. Y entonces abrieron nueva escuela para el hombre, y le dijeron: «No eres tú lo que con generoso deseo te venían diciendo hasta hoy; lo contrario es la verdad. Tu debilidad, tu impotencia, tus miserias, bien claro están diciendo que llevas dentro de ti algún vicio de origen; pero ahí está la sociedad, arrójate en sus brazos, deja que ella disponga de ti, que tu ser se venga como a perder en el suyo, y tu vida a confundirse con su vida, y de esta manera no vas a poder descubrir ni los últimos términos de tu grandeza, ni los últimos horizontes de tu dicha.» Y el hombre creyó buenamente estas palabras, como cree de ordinario a cuantos le lisonjean y adulan; pero cuando el tiempo, gran maestro de desengaños, le ha hecho entender que todas aquellas promesas eran mentira, y ha visto que la filosofía le ha engañado, y que le ha engañado la política, y que la sociedad, lejos de ser aquel numen bienhechor, que iba a hacerle feliz completamente, era para el nuevo Moloch, en cuyo altar tenía que sacrificar constantemente la sangre de su cuerpo y la vida de su alma, y que sus angustias de un día sólo eran pequeñas, comparadas con las del siguiente, y que sus dolores de hoy sólo parecían llevaderos hasta la perspectiva de los que le están reservados para mañana, como quien despierta de la horrible pesadilla de un sueño, crispadas las manos, inyectados los ojos en sangre, y el corazón envenenado por el odio, ha dicho a grito herido que en adelante a sí sólo se busca y a sí sólo se ama, y que cifra sus aspiraciones en la ruina de la sociedad y en el triunfo de la anarquía.

Por si acaso había algún hombre tan falto de sentido que no alcanzara a comprender esas sublimes metafísicas, el demonio hizo cátedra de la tribuna y de la imprenta, para anunciar hasta en el último rincón del mundo la buena nueva, de que el verdadero cielo del hombre era gozar y poseer la tierra. Cuando el hombre se dió cuenta de lo que significaba tal doctrina, como saeta vibrada por el arco, lanzó su corazón y sus manos a clavarlos en la tierra. Al ver que la presa que hacía en aquel primer ímpetu, no era bastante a dejarle satisfecho, para hacerla mayor, volvió a dilatar de nuevo su corazón y sus brazos; pero como la sed y el hambre siguieran atormentándole, acabó por creer que los demás hombres, persiguiendo idéntico fin al suyo, lejos de ser sus hermanos, eran en muchas ocasiones sus enemigos jurados.

Tal es la última palabra que se esconde detrás de esa doctrina infernal, que vía recta conduce al egoísmo más tremendo, es decir, al amor de sí propio, llevado hasta el aborrecimiento de los demás.

VII

¿Hay quien después de esto se atreva a asegurar que, humanamente, no hay por qué decir adiós a la esperanza de tiempos mejores? Las fuerzas humanas abandonadas a sí mismas, que son las que lo han engendrado, de seguro no darán la batalla al egoísmo. Pero si, en fuerza de llorar los desastres que se van sucediendo, y de prever además horrores y desgracias sin fin, se resolvieran a ello, lo presente y lo pasado responden de lo futuro, diciendo que al egoísta del hombre, sólo el amor de Dios le ha podido vencer y le ha vencido. Y he ahí por qué indefectiblemente el Corazón de Jesús, comunicándole su vida, es para el mundo poderosa esperanza de salud.

La tierra gime bajo el poder tiránico de un monstruo horrendo, y no logrará días tranquilos, mientras no logre sepultarlo en el abismo. Pues bien: la caridad es el único sepulcro que puede encerrar el cadáver del egoísmo, y la caridad viene a la tierra, bajando del Corazón de Jesucristo.

Al pasar sobre el mundo el frío glacial del egoísmo,

mo, ha enfriado la tierra y helado los corazones; pero aun tiene remedio mal tan grande, si se pone ardiendo en el corazón del género humano el amor que arde en el Corazón divino. ¡Oh, el día en que el mundo moderno se prosternase ante el amantísimo Corazón de Jesús, y le contemplase adornado con las galas y atributos con que ha querido aparecer a nuestros ojos, dejarían de existir las causas que, según hemos visto, nos han puesto bajo la dominación del egoísmo! ¿Quién entonces se alejaría de Dios pudiendo casi sentir los latidos de su amor y las palpitaciones de su pecho? ¿Quién se dejaría engañar, por más que le dijese que la tierra era su cielo, viendo que eran cruz y espinas los frutos que de aquella el Corazón divino recoge? Y si el fuego del egoísmo se apaga con el de la caridad, ¿quién no quedará libre del fuego impuro de todas las concupiscencias, que enciende y atiza el infierno, si se aproxima a las divinas llamas de infinita caridad en que se abrasa el Corazón de Jesucristo?

Es, pues, indudable que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús puede vencer, y cuando llegue la hora, vencerá al egoísmo; así como que, vencido éste, no será tan escasa de dicha la vida del hombre, y desaparecerá de la faz de la tierra el demonio de las revoluciones, que trae tan conturbados a los pueblos. E

(Mensaje del Corazón de Jesús.)

MARÍA

ODA

I

Los que lloráis sin calma;
los que con hondo anhelo
vais en la pena desgarrando el alma;
los que al sentir el duelo
ébrios de duda os olvidáis del cielo.

Esposas sin amores;
esclavos en cadenas;
vírgenes sin frescura y sin colores;
huérfanos que entre hienas
no tenéis otro hogar que vuestras penas...

Madres dolientes; pobres aterridos
que en los atrios lloráis; pálidos seres
informe unión de sombras y gemidos;
tristísimas mujeres
que apuráis el dolor tras los placeres.

Sedientos de ventura;
espíritus sin paz, almas sombrías
en donde vive errante la amargura;
imágenes impías
que vais muertas sin flores ni armonías;

¿Por qué acrecéis el duelo?
¿Por qué os destroza el mundanal quebranto
con sus garras de hielo?
¿Por qué con dulce llanto
no buscáis el raudal del amor santo?

Hay un mar venturoso,
en cuyo seno dulce y cristalino
hallar el dolor reposo;
¡los que vagáis sin tino...
dirigíos con fe por su camino...!

Sus brisas son aliento
Del Supremo Señor; a sus rumores
dan las alas del ángel movimiento,
su ribera de amores
tiene justos y vírgenes por flores.

En él deja su estela
la santa nave que al Señor camina;
en él, dulce riel
la estrella que ilumina
sobre alta cumbre la ciudad divina.

¡Ah! si lloráis sin calma,
buscad otra ribera
de duelo y de pesar; de horror al alma;
el que vivir espera,
no levanta la muerte por bandera...

II

Estrella misteriosa,
dulce laurel sagrado;
espuma vagarosa;
mar siempre sosegado;
jardín de amor por el amor cuidado.

Imagen venerable;
corazón de la vida que en fe alienta:
columna inquebrantable
que en el hombre se asienta,
y llegando hasta Dios a Dios sustenta.

¡Consuelo, luz, ventura...
madre, refugio, hermana...
vida santa y dulzura...!

¡purísima mañana,
gozo inefable, caridad cristiana...!
¡Gloria de las esferas...!
¡del mundo cielo, de los cielos día...!
¡Madre! si no existieras,
triste el mundo estaría,
y el hombre en su orfandad... te inventaría.

III

Yo he visto las ciudades
rodar en polvo vano;
tras rudas tempestades,
vi el corazón humano
asombrar con su furia al Océano.

Contemplé la miseria
rodando sin amor y sin consuelo;
vi la brutal materia
amenazando al cielo,
y en ansia loca levantar su vuelo.

En saturnal odiosa
he visto cien Bacantes
mal prendida la veste licenciosa,
y en senos palpitantes,
el crimen y el dolor luchar gigantes.

He visto en peso frío
a un lado la virtud adormecida,
al otro el oro impío;
y en pos de la partida,
señor el oro, y la virtud rendida.

Por el furor desnudo
he mirado al puñal; lo he visto insano
romper cien veces el cadáver mudo,
y he mirado al tirano,
levantarse ante Dios contra su hermano...

Y vi en cadalso fiero
a la justicia sin pudor violada,
y al verdugo altanero;
y a la virtud sagrada,
sobre el poste del crimen reclinada.

Y quise en mi tormento
maldecir y dudar con ansia impía;
mas percibí tu acento,
y al verte, Madre mía,
tu aliento fue mi fe, tu amor mi guía...

IV

Te vi pura y brillante
llevar al Hombre-Dios; sentí tu grito
de gracia al cielo por su don amante;
vi tu amor infinito
velar la cuna del amor bendito.

Te vi junto al madero
cuando el orbe rugiendo en ansia loca
lloraba por la muerte del Cordero;
vi al beso de tu boca
temblar el trueno y palpar la roca.

Te vi tender valiente
tus brazos al Señor, pálido y yerto;
te vi triste y doliente
besar con labio cierto
una vez y otra vez a Cristo muerto.

Te vi junto a la fosa
sublime sollozando;
te vi santa y hermosa
las manos levantando,
bendiciendo al Señor... y perdonando...

Entonces, Madre pura,
lloré tu duelo en tan sagrada escena
olvidando la vida y su amargura;
¿Quién siente su cadena,
ni se atreve a llorar junto a tu pena?

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA.

ALOCUCIÓN DEL PAPA

A LOS OBREROS FRANCESES

GRANDE es el júbilo que Nosotros sentimos, carísimos hijos, al veros reunidos en tan gran número en Nuestro alrededor. Sabemos, en efecto, cuán excelente espíritu os anima, y Nosotros conocemos el generoso pensamiento que ha presidido a la organización de esta piadosa peregrinación a Roma de las asociaciones de obreros. Despreciando todo respeto humano y no haciendo caso de las burlas de los malvados, os habéis puesto en movimiento desde todos los puntos de Francia bajo la dirección de estas nobles personas, vuestros jefes y vuestros fieles consejeros, y habéis venido en vuestro nombre y en el de vuestros compañeros de taller a implorar la bendición del Vicario de Jesucristo, a visitar las basílicas y santuarios de la Ciudad Eterna, y a pedir en ellos

por vosotros, por vuestra patria y por todos los que os son amados.

Os felicitamos, queridos hijos, por este acto de fe pública y por esta solemne afirmación de vuestros sentimientos religiosos. Os felicitamos en particular por la parte que tomáis, como acaba de decir vuestro elocuente intérprete, en la obra de regeneración cristiana de la clase trabajadora.

En esta regeneración y en este regreso a los principios cristianos y a las enseñanzas de la Iglesia católica y de su jefe, es donde únicamente reside la solución de las cuestiones sociales que tanto os interesan.

Siempre, y en todos los tiempos, me complazco en repetir aquí: la Iglesia se ha preocupado con gran celo por la suerte de las clases pobres y obreras; ella ha ennoblecido el trabajo por la predicación de las doctrinas de que es fiel depositaria; le ha elevado a la altura de la libertad y de la dignidad humanas; le ha hecho meritorio ante Dios, enseñando al obrero a santificarle por miras sobrenaturales y a soportar con resignación y espíritu de penitencia los sufrimientos, las privaciones y las fatigas que impone.

La Iglesia, al propio tiempo, ha recordado a los ricos y a los poderosos que socorran a sus hermanos de condición más humilde, y que respeten en ellos el carácter de hombres y de cristianos.

Cuando verdaderamente se escuchaba la palabra de la Iglesia, y era seguida y obedecida por los pueblos, cuando su libertad de acción no tenía trabas, entonces podía disponer de recursos más considerables y ayudaba a los pobres y a los trabajadores, no sólo con las larguezas de su caridad, sino también creando y dando impulso a estas grandes instituciones corporativas que han contribuido tan poderosamente al progreso de las artes y oficios y procurado a los mismos obreros mayor suma de bienestar.

Este espíritu de maternal solicitud le hizo entrar la Iglesia en las costumbres de los pueblos, en los estatutos y reglamentos de las ciudades y en las ordenanzas y en las leyes de los poderes públicos.

Estos reglamentos y la acción de estos poderes no son, en efecto, de indispensable necesidad, cuando en las condiciones que regulan el trabajo y los ejercicios de la actividad humana no hay nada que pone trabas a la justicia, a la moralidad y a la vida doméstica del obrero; pero cuando uno u otro de estos bienes se halla amenazado o comprometido, la intervención de los poderes públicos, en la justa medida que convenga, hace una obra de bienestar social, porque les corresponde proteger y velar por los verdaderos intereses de los ciudadanos, sus subordinados.

Además, lo que la Iglesia ha enseñado y obrado en otros tiempos, eso reclama y busca practicar hoy día; pero ¡ay! que en vez de secundar su acción bienhechora, se obstinan en contrariarla violentamente y con tenacidad, y he aquí por qué los resultados son cada vez más difíciles de obtener.

La Iglesia no dejará por esto de hacer todos los esfuerzos en defensa de vuestros verdaderos intereses y de vuestras legítimas reivindicaciones. Nos mismo, desde el principio de Nuestro Pontificado, hemos consagrado Nuestros cuidados a idéntico fin, recordando a los pueblos los principios fundamentales del orden social. Después hemos seguido con atención los trabajos de los Congresos obreros celebrados sucesivamente en Francia y en Italia, en Alemania, en Bélgica y en Suiza en estos últimos tiempos, y no dejaremos de hacer en bien de vuestra mejor suerte todo lo que nuestro cargo y nuestro corazón de Padre nos puedan sugerir.

Entre tanto, queridos hijos, no os dejéis seducir por las falsas doctrinas de los apóstoles de la impiedad y de la mentira, que vendrán a vosotros con pretendidas apariencias, y se esforzarán, con adulaciones, por apartaros de la Iglesia y de la práctica de vuestros deberes religiosos; tratarán de arrastraros a sus conciliábulos secretos; os excitarán a que recurráis a medios violentos para que mejoréis vuestra suerte con gran detrimento de la sociedad.

Estad en guardia contra ellos, cerrad los oídos a sus perniciosos consejos, para que no os exponáis a decepciones muy amargas, y no vayáis a vuestra ruina.

Permaneced, por el contrario, fieles a Dios y a su Iglesia; conservad y grabad profundamente en vuestros corazones las saludables enseñanzas de la fe y de la moral cristiana; que estas enseñanzas y estas doctrinas os sirvan de regla en todos vuestros actos, y en ellas encontraréis en las horas de tribulación y de sufrimiento un alivio, una fuerza, un consuelo con la perspectiva de los bienes de la vida futura como recompensa.

Y ahora, recibid, queridos hijos, en prenda de

estos bienes celestiales y en testimonio de Nuestro paternal afecto, la bendición apostólica.

Que esta bendición caiga sobre todos vosotros aquí presentes, sobre vuestros padres, sobre vuestras familias, sobre vuestros compañeros de taller, sobre las corporaciones obreras de Francia, sobre sus jefes, y en particular sobre la obra de los Círculos católicos obreros que han organizado esta hermosa peregrinación; que caiga, en fin, sobre toda la Francia.

He aquí ahora el Mensaje pronunciado por los obreros:

« Santísimo Padre: Vuestra Santidad se dignó hace tres años recibir la peregrinación de los industriales franceses, que se comprometieron a Vuestros pies a llevar a las fábricas y a los talleres el reino de la Religión y de las costumbres cristianas, asociando con este fin sus esfuerzos con los de sus propios obreros.

Hoy son estos mismos obreros quienes, felices con honor tan inesperado, vienen a su vez, humildes y filialmente, a pedir a Vuestra bondad paternal se digna bendecir la parte a que ellos han sido invitados a tomar, en la generación cristiana del mundo del trabajo manual.

Colocados alrededor de Vuestro trono como un ejército fiel, bajo las banderas históricas de nuestras provincias y bajo la bandera de la obra de los Círculos católicos, somos los representantes de las primeras corporaciones obreras, renaciendo al llamamiento de Vuestra Santidad, « para proteger, según Vuestra augusta palabra, bajo la tutela de la Religión, los intereses del trabajo y las costumbres de los trabajadores. » Tenemos confianza en esta palabra sagrada, y no hemos esperado otro auxilio para comenzar nuestras asociaciones.

La experiencia, sin embargo, nos enseña cada día cuán grandes son las dificultades que presentan a estas asociaciones cristianas las luchas de la concurrencia industrial; cuán útil sería, si no necesaria, una legislación tutelar para que vuestras corporaciones recobren la base de ese régimen del trabajo, cuya antigua sabiduría se ha dignado Su Santidad alabar, en vista de la desorganización actual, fuente de males que pesan con inmensa pesadumbre sobre nosotros.

Nosotros sabemos también por la tradición misma de nuestras corporaciones, que en cada época de la historia de los oficios, todas las veces que la cuestión social se ha presentado como consecuencia de una transformación de la industria, la Iglesia ha sabido resolverla reclamando la justicia de los poderes e inspirando la caridad a sus fieles. »

El Mensaje termina ofreciendo a Su Santidad el homenaje de los obreros allí congregados.

VIDA REGALADA DE LOS PRAILES

UNA VISITA A LA TRAPA.



El Sr. D. Luis Llauder, director de *La Heralda de Oro*, describe la visita que ha hecho en compañía del Excmo. é Ilustrísimo Sr. Obispo de Urgel durante el verano último, entre otras órdenes monásticas, a la austera de la Trapa, situada en el Convento de Nuestra Señora de Bellpuig de las Avellanas, a unas tres horas de Balaguer (Lérida).

Dos largos artículos dedica el Sr. Llauder a describir su visita, y en la imposibilidad de reproducirlos íntegros copiaremos los párrafos suficientes para dar a conocer la sublime Orden que es por sí sola la demostración más convincente de lo vanos que son los ataques que el libre pensamiento dirige contra las órdenes religiosas.

Dice así el Sr. Llauder:

« Han de hacerse ustedes cargo de que un trapense es un hombre que ha muerto por completo para el mundo y que no vive más que para la penitencia.

Así es que el religioso de la Trapa vive sujeto a un silencio absoluto y perpetuo que interrumpe sólo para hablar a sus superiores. Ni un momento de la semana, ni del año, ni de la vida, hablan entre sí; de suerte que ignora uno de otro la procedencia, la familia, la historia. No reciben cartas ni visitas. Cuando el superior recibe la noticia de haber muerto el padre o madre de un religioso se limita a decir en comunidad: « Rueguen por el alma del padre (o madre) de uno de nuestros hermanos, que acaba de morir. » Pueden los que se hallan en el caso referirse a ellos la noticia preguntar al Padre Superior si es el suyo el que ha muerto, en cuyo caso le dice sencillamente sí o no.

De suerte que ignoran todos lo del mundo, no saben quién gobierna en las naciones, si hay guerras o

no, ni suceso alguno de los que ocurren; siendo sólo el Padre Superior el que lee periódicos y escribe cartas y está en relación con el mundo exterior.

— ¿Es verdad que cuando llega un forastero a la hospedería, el portero se postra en el suelo y le besa los pies?

— Así es. El portero tiene por precisión que hablar, pero lo hace en los términos más breves posibles.

Yo no vi esta escena, porque no fui recibido sólo en la hospedería; pero sé por otros que han estado en las Trapas que al llegar un forastero el Hermano que le recibe se postra y besa sus pies, y espera que le diga lo que pretende. Después de oír y de hacer además de que se siente, se va al Superior y le transmite la petición. Si pide hospedaje, vuelve con el permiso, y, antes de decirle cosa alguna, lee un capítulo de un libro piadoso, le acompaña al aposento, le pregunta a qué hora quiere comer, y allí queda instalado, recibiendo generalmente más tarde la visita del Padre Superior.

— Diga usted, ¿es cierto aquello que cuentan de que se saludan con el « Morir debemos » — « Ya lo sabemos? »

— No, señor; no se habla jamás.

— ¿Y aquello de que cada día sacan un poco de tierra de su sepultura?

— Tampoco. Ya comprende usted que los que llegan a más de 80 años, como es frecuente, al morir habrían abierto un pozo y no una tosa.

Lo que hay es que cuando entierran un religioso abren en seguida otra sepultura para el primero que muera después.

— ¿Y cuál es el objeto principal de este instituto?

— Santificarse únicamente, cuidando sólo de su propia alma.

— Diga usted, pues, que son inútiles para la sociedad.

— No lo puedo decir, porque le prestan el servicio de sus oraciones y de sus penitencias, que sirven, además de su santificación, para expiar las faltas de los hombres. Le prestan también el servicio del buen ejemplo.

Tenga usted en cuenta que el Omnipotente crió al hombre, primero para servir a Dios, y luego para servir al hombre; y por consiguiente en el campo de la Iglesia florecen instituciones destinadas con preferencia al primer objeto, con el cual satisfacen indirectamente el segundo.

La religión debe tener puertos de refugio para todas las condiciones del espíritu humano.

Hay hombres que necesitan expiar mucho, otros que no ven su salvación segura más que interponiendo un muro entre el mundo y su existencia, otros que desean aspirar a un premio eterno correspondiente a una vida de merecimientos extraordinarios, y otros, por fin, a quienes el amor de Dios lleva a abrazar una vida de sufrimientos que les haga lo más semejantes posible al divino Maestro. Y para todas estas santas aspiraciones la Iglesia, en la fecundidad pasmosa de sus obras, ofrece medios de realización.

Los Trapenses viven dedicados al trabajo agrícola y a la oración en medio de la soledad.

Y no olvide usted el bien que han hecho a la riqueza pública y a la salubridad roturando terrenos malos, como sucede actualmente en Roma, donde han saneado el territorio que rodea la basílica de San Pablo, que debía abandonarse en verano.

Todas las faenas del campo las desempeñan los religiosos, aun las más penosas, arrastrando los carros si no tienen caballerías, segando, trillando y moliendo trigo, y haciendo el pan, de suerte que no tengan menester de nadie para ninguna de sus necesidades.

Las penalidades de estos trabajos, en las cuales toman parte todos los religiosos, aun los de misa, serían soportables si tuvieran siquiera la alimentación del trabajador común.

Para que vea usted su austeridad voy a darle una idea del trapense. Pero prepárese para asombrarse.

Los días de trabajo se levantan a las dos de la mañana, los domingos a la una, y las vísperas de las fiestas principales del año a media noche, no durmiendo durante el día hasta las siete de la noche en invierno y las ocho en verano. En los días calurosos, durante la canícula, si mal no recuerdo, tienen un poco de siesta.

Van luego a la iglesia, donde cantan Maitines, tienen su meditación y oyen o dicen misa, saliendo después para los trabajos del campo.

Y ahora atárdase usted, están completamente en ayunas hasta las dos y media de la tarde, y los días de ayuno hasta las tres y media para mortificarse más. Al anochecer cenan, y ya no toman nada hasta la comida siguiente.

— Pero, ¿y la comida, en qué consiste?

— Pues lo va usted a ver. En dos platos. Es el pri-

mero una sopa de pan, sin aceite, ni grasa, ni más condimento que sal, y es el otro un gran plato de verduras y legumbres, asimismo sin otra cosa que sal. Añada usted a esto un cuartillo de vino, al que suelen echar ceniza, polvo o alguna sustancia que le dé mal sabor para quitarle el gusto que podría causarles su bebida, y una libra de pan.

Cuando no tienen ayuno, de esta libra reservan cuatro onzas, las que, con algunas frutas secas, constituyen su cena.

Los días de ayuno sólo tienen la comida de las tres y media de la tarde.

— Pero, diga usted: ¿es posible que haya fuerzas humanas para resistir tanta penitencia?

— Dios las da. Hay que advertir que los conventos que tienen medio para ello sustituyen la leche al agua para condimentar la comida a fin de que sea más nutritiva.

Pero, aún así, en ayunas hasta las tres y media de la tarde, habiéndose levantado a las dos de la madrugada y haber estado cantando y trabajando todo el tiempo.

— Y, sin embargo, hay religiosos que llegan a más de 80 años, como le sucedió al anterior superior, que murió hace dos años.

Es claro que estas austeridades no las soporta aquel a quien Dios no favorece con su gracia.

El Señor a los que quiere destinar a la perfección, y al que sigue este llamamiento, le favorece con una gracia especial.

En todos los tiempos Dios ha hecho Santos. Y no porque el mundo se haya rebelado contra su ley ha perdido su fuerza la gracia del Espíritu Santo.

Anacoretas hay actualmente en medio de esta sociedad corrompida, como los había en la Tebaida y los ha habido en todos los siglos de la Iglesia.

Solamente que hoy son menos en número, porque el regalo del mundo hace más imponente esta austeridad, y porque son menos los que escuchan los llamamientos de Dios en medio de las disipaciones de la época.

Pero precisamente porque tal es la condición de los tiempos se hacen necesarios estos oasis de la penitencia, en los cuales se sienten los que se sientan débiles para la lucha y los que deseen reparar los excesos de la época presente.

biles para la lucha y los que deseen reparar los excesos de la época presente.

La prueba es que en las Trapas se ven personas que han ocupado en el mundo puestos muy visibles, que han sufrido grandes borrascas en la vida, al lado de almas superiores que siempre han servido a Dios y desean sufrir más por Jesucristo.

El actual Superior de la Trapa de las Avellanas ha sido distinguido oficial de marina, y soporta con cristiana alegría esta vida que a todos nos parece horrible.

Hablándole de la comida me decía: — Pues ¡si viera usted cuán apetitosa se encuentra pensando en Jesucristo! Muchas veces tengo que elevar mi corazón a Dios para que no encuentre recreo en lo que como, ¡y es vino con ceniza, y pan y agua con algunas legumbres!

Pongamos fin a este relato, pues después de esto ya es ocioso lo demás que podría añadir.

— Oiga usted... ¿y cómo duermen?

— En común, incluso el Superior, en una gran sala rodeada como de camarotes de madera. Duer-



LA CAZA.

men vestidos y no tienen más que un duro jergón de cuatro dedos de alto. En invierno pueden echarse encima una manta. Pero cuando más sufren es en verano, en que muchas veces el calor no les deja dormir a pesar del cansancio.

Dos días pasé en aquel monasterio, en el cual a las privaciones propias de su regla se une la falta de espacio, pues sólo deben habitar una pequeña parte del antiguo monasterio, insuficiente para sus necesidades, y las malas condiciones en que cultivan aquella hacienda, por ser insuficientes los actuales religiosos y no bastarles lo que recogen para su alimentación. Baste decir que no pueden alimentarse con leche, cosa que les es verdaderamente necesaria, pues se nutren poco, por no haber podido comprar un par de vacas.

Me decía el Padre Superior que una Trapa necesita tener de sesenta a ochenta religiosos.

Si la de las Avellanas los pudiera reunir, se convertiría en Abadía, y el Abad, que sería mitrado, como todos, sería independiente. Ahora depende de la Abadía de Nuestra Señora del Desierto de

Toulouse de donde salieron los religiosos, muchos de ellos españoles, que fundaron ésta, y cuyo Abad es un valenciano de poco más de treinta años, religioso de mucha virtud y discreción que ha estado recientemente entre nosotros.

Hasta que sea Abad, el Superior de las Avellanas tiene el título de Prior.

Y con esto termino decididamente mi relato, pues ya pueden ustedes tener con esto una idea de lo que es la famosa Trapa.

L. M. DE L.

UN REQUIEM Y UN DOTE

En el barrio de San José de Viena tenía una tienda de curiosidades antiguas y modernas el honrado Jorge Rutler.

Todas las semanas iba a ella un señor extremadamente pálido, compraba alguna bagatela,

y se divertía en jugar con los niños de Jorge, siendo ésta la única distracción que se daba.

Este sujeto era bien conocido sin que se le preguntara su nombre.

Una mañana, oyendo a Jorge recomendar a sus hijos el mayor silencio, supo que la señora Rutler acababa de dar a luz a su duodécimo hijo.

— Jorge, dijo el pálido señor, ¿tenéis padrino para él?

— ¡Ah, señor! Los padrinos nunca faltan a los ricos; pero yo soy pobre, y no sé quién apadrinará a mi recién nacido.

— Pues bien, yo lo seré; pero le pondremos el nombre de Gabriela.

— Como gustéis.

— Os entrego cien florines para los gastos; y no quiero ocuparme de nada. Aquí tenéis las señas de mi casa, me avisaréis cuando todo esté dispuesto.

— ¡Ah, señor! ¿cómo podré pagar tanta bondad?

— Concediéndome una gracia, que es la de dejar que toque un momento este piano.

— Tocad todo lo que gustéis.



APARICIÓN DE JESÚS A SUS DISCÍPULOS.

(De los tapices del Real Palacio de Madrid.)

— Tengo en mi mente una idea que buscaba hace mucho tiempo para terminar una composición musical; si no la ensayo, temo olvidarla.

El buen Rutler coloca un taburete cerca del piano; el huésped se sienta, abre el instrumento, preludia y recorre después la clave con mano maestra.

La gente que pasaba por la calle se detenía a la puerta de la tienda; el encanto obraba hasta en los pequeños niños de Rutler, y de tal manera conmovían los acentos de la composición, que los circunstantes lloraban.

Sin prestar atención a cuanto pasaba en torno suyo, en el momento en que juzgó por sí mismo el efecto de su inspiración, tomó una hoja de papel, escribió algunas notas, se levantó con las mejillas más animadas que de costumbre, y se despidió.

El músico era *Mozart*.

A los tres días Rutler corre a la casa que se le había indicado, y queda pasmado al ver un féretro a la puerta.

Mozart ya no existía: al dejar la casa de Rutler, y llegado a su habitación, puso en limpio su inspiración, y respiró libremente cual si saliera de una pesadilla; dos meses se cumplían ya desde que inútilmente luchaba para terminar su inmortal *Requiem*, y sacando su inseparable *rosario*, comenzó a rezar su corona a la Santísima Virgen en acción de gracias, pues tanta confianza en ella tenía que, según escribía a su madre, *antes de estrenar alguna de sus composiciones, rezaba el Santo Rosario, a fin de lograr que fuera bien aceptada del público.*

Rezando el *Rosario*, sintióse indispuerto, mandó a buscar el médico y un sacerdote; al tercer día *Mozart* era cadáver, habiendo tenido la muerte del justo.

Jorge vuelve a su casa triste, sollozando, y contempla con acerbo dolor el piano.

La niña fue bautizada con el nombre de Gabriela, y cuando la anécdota circuló, los curiosos iban a contemplar el piano tocado por el príncipe de la música alemana.

Al fin el piano fue vendido en cuatro mil francos, que formaron el dote de Gabriela.

P.

EL LIBERALISMO

CONFERENCIA DADA POR EL SABIO Y VIRTUOSO PRELADO DE MADRID-ALCALÁ EN LA JUVENTUD CATÓLICA DE MADRID.

He venido, señores, a este recinto para demostrar públicamente mi aprecio y especial predilección a la Juventud Católica, flor hermosísima nacida para honor y gloria de la Iglesia, que la aprueba y bendice, y también para bien de nuestra patria, en cuyas principales provincias fué recibida con entusiasmo. Bajo la acción fecunda de esta institución, se organizaron y prepararon las fuerzas católicas, no solamente para combatir los errores modernos, sino también para defender el alcázar de nuestras católicas creencias en cualquier terreno que éstas se vieran atacadas. De tantas obras de celo que brotaron llenas de vigor para oponer un dique a los extravíos y atentados sacrílegos de la revolución de 1868, sólo han sobrevivido y se conservan en la integridad de su organismo y en su primitiva pureza y vitalidad la Juventud Católica y las Conferencias de San Vicente de Paul, habiendo desaparecido las demás con gran detrimento de la causa católica, no por el odio y persecución de los enemigos sistemáticos de la Iglesia, sino por discordias internas, tanto más lamentables cuanto menor ha sido su fundamento.

He venido además esta noche a esta sesión, no a pronunciar un discurso ni a dar una conferencia científica, sino a repetir y ser eco fiel de los deseos y de la voluntad del Papa León XIII, de ese gran Pontífice, gigante de las cruzadas intelectuales, que en medio de los inmensos cuidados que reclama su apostólica solicitud en todo el mundo, fija siempre con grata predilección sus miradas sobre nuestra España; así últimamente, en carta dirigida al Excelentísimo Sr. Cardenal Rampolla, su Secretario de Estado, en junio del año actual, le dice estas memorables palabras: «Ya que usted, Sr. Cardenal, ha conocido muy de cerca ese país, sabe usted muy bien que entre las principales necesidades que tiene, la primera y principal es la unión de los católicos en la defensa generosa y desinteresada de la Religión, en su adhesión sincera a la Santa Sede y en la caridad recíproca, para que así no se dejen dominar, ni por miras personales, ni por espíritu de partido.»

Y esto viene siendo un consejo constante, que sin cesar brota del alma del Venerable Pontífice en Alocuciones, Bulas y Encíclicas. Pues bien: los católicos españoles están todos obligados a seguir este saludable consejo, relegando como secundarias todas las discordias respecto de los demás órdenes de intereses accidentales y particulares de los partidos políticos.

¿Qué es lo que nos desune a todos, cuál es nuestra manzana de discordia? Como ha dicho muy bien el Sr. Fernandez Hidalgo, una palabra: la palabra *liberalismo*, sobre cuya acepción se han encendido tantas disputas. Hoy, para aquietar las tribulaciones del creyente, se ha convertido en necesidad de conciencia para cuantos tienen la misión de dirigir el rebaño de Cristo, el estudiar con preferente atención todo lo que entrañan estos gravísimos problemas que se ocultan bajo la palabra *liberalismo*. Ante todo, en ésta, como en toda cuestión doctrinal que pueda interesar a la conciencia del creyente, la primera de todas las reglas de conducta para el católico es escuchar y atender en primer término y sobre todas las cosas qué es lo que en el particular ha dicho, declarado o defendido el Soberano Doctor y único órgano infalible de la Iglesia, el Papa.

Porque, fuera de esto, todos los demás pareceres y juicios, por respetables y autorizados que sean, procedan de seculares o de eclesiásticos, y aún de los más eminentes teólogos privados, no representan ni significan más que una opinión particular, más o menos respetable, según el talento, respetabilidad y autoridad de la persona; pero ante la cual no resulta ligada la conciencia del creyente, que puede, racionalmente, inclinarse hacia un sentido opuesto. Pero como esta es una de las brechas principales del formidable combate que está sosteniendo la Iglesia en medio de las sociedades contemporáneas, creyendo que es principal deber de los que ejercen jurisdicción sobre las almas el penetrar en el fondo de estas gravísimas cuestiones, por mi parte les he consagrado especialísimo cuidado. Procurando indagar cuál es, sobre ese punto, la opinión de insignes tratadistas, he compulsado las obras de los más esclarecidos entre la enorme masa de innumerables volúmenes escritos por los contemporáneos sobre estas materias. Tengo anotadas las definiciones que dan a la palabra *liberalismo* más de veinte escritores entre los de mayor notabilidad, como tratadistas, en estas controversias.

En primer lugar, un insigne publicista y filósofo de la compañía de Jesús, el P. Liberatore, en su hermoso libro sobre «La Iglesia y el Estado», dice que «el liberalismo es la emancipación del Estado de la autoridad de la Iglesia.» Una revista, que goza justísimamente de altísima autoridad en el mundo católico, la *Civiltà Cattolica*, dice: «que por haberse tomado como moneda corriente la palabra liberal, y no haber estudiado su verdadero valor, ha sucedido que excelentes católicos como O'Connell, Montalembert, Larcadet, Balmes, fueron llamados liberales. De igual modo se aplicaba igual calificativo a Lafayette, Benjamin Constant, Cousin y otros, siendo así que estos últimos, con pretexto de reformar supuestos abusos políticos, tendían a subvertir la sociedad; mientras que los primeros, para salvarla, tendían a la verdadera reforma de los abusos.» De suerte, que los citados Lafayette, etc., eran como los luteranos del siglo XVI, que, a pretexto de una falsa reforma, buscaban la destrucción de la Iglesia, mientras que Balmes, Montalembert, etcétera, por el contrario, eran como los Padres del Concilio Tridentino: procuraban restaurarla y fortalecerla con la reforma de verdaderos abusos. El sabio Canónigo Mular, en su notable libro acerca de las dos potestades, dice a su vez que el liberalismo es el naturalismo político. De *naturalismo seu de liberalismo* es el epígrafe que pone al capítulo en que trata de este particular.

Por su parte, el Canónigo de Valencia, Sr. Perujo, escribe en su libro *Lecciones sobre el Syllabus*, lo siguiente: «Hasta ahora no se ha logrado formular una definición acertada, que exprese todo lo que es; porque, como todo sistema vasto, elástico y de múltiples negaciones, vagamente expresado, y diversamente entendido por sus varios partidarios que, recorriendo una escala dilatadísima, se hallan entre sí a una distancia inmensa, no es fácil reducirlo a breves líneas. Sin presumir de más afortunados que los eminentes escritores que lo han intentado, creemos que no será un despropósito definir al liberalismo: «Un sistema político, filosófico y religioso, que consiste en ensanchar inconsideradamente la esfera de la libertad, con menoscabo de la autoridad legítima.» O de otro modo: «Un sistema que aspira a constituir la sociedad sobre la base de la autonomía o del cesarismo en política, del racionalismo en filosofía, y del naturalismo en religión y moral.» En cada miembro de este triple error descuella un

espíritu de oposición al Catolicismo, que es su móvil y fin primordial.»

El insigne Obispo de Poitiers, Mons. Pié, dice a su vez que el liberalismo no es más que la emancipación de los pueblos del orden divino, la emancipación del orden natural del sobrenatural, que es el sistema, según el cual el poder civil surge del orden humano, y no tiene relación alguna de dependencia del orden sobrenatural.»

Mas todas estas no son sino opiniones particulares que con entera libertad puede o no hacer suyas el católico. Lo fundamental es atenerse a lo que ha declarado el Soberano Pontífice, y entre las declaraciones de la Santa Sede, hallamos en primer término las contenidas en el *Syllabus*, recapitulación y condenación de los errores profesados en nuestros días. En la encíclica del *Syllabus*, como código doctrinal para los católicos, van enumerándose por orden de capítulos los principales errores profesados en nuestros días.

El primer capítulo trata del panteísmo, naturalismo y racionalismo absoluto; el segundo del racionalismo moderado; el tercero del indiferentismo y latitudinarianismo; el cuarto del socialismo, comunismo, sociedades secretas y otras asociaciones; el quinto de los errores relativos a la Iglesia y sus derechos; el sexto de los errores relativos a la sociedad civil; el séptimo de los errores relativos a la moral natural y cristiana; el octavo de los errores sobre el matrimonio cristiano; el noveno de los errores sobre la soberanía temporal del Romano Pontífice; y por último, el décimo sobre los errores relativos al liberalismo moderno, es la proposición 80. Entre estos errores referentes al liberalismo moderno, se hacen expresas condenaciones de algunas doctrinas profesadas en nuestros días respecto de la libertad y tolerancia de cultos.

He aquí las proposiciones reprochadas respecto a este particular: «Proposición LXXVII. — En nuestra época no conviene ya que la Religión Católica sea tenida como única religión del Estado con exclusión de cualquiera otro culto. Proposición LXXXVIII. — Por eso en algunos países católicos se ha previsto laudablemente por la ley que a los extranjeros que vayan a ellos les sea permitido el ejercicio público de su respectivo culto. Proposición LXXIX. — Es ciertamente falso que la libertad civil de cualquiera culto y la plena facultad otorgada a todos de manifestar abierta y públicamente sus opiniones y pensamientos, conduzcan a corromper más fácilmente las costumbres y las ideas de los pueblos y a propagar con mayor facilidad la peste del indiferentismo.»

Explicando estas palabras diremos que la tolerancia, que significa necesidad, y que no es sinónimo de indiferencia, la prudencia la aconseja y la Religión la prescribe, y consiste en soportar el error en tanto que no se le puede destruir sin exponerse a males mayores que los que se trata de impedir. Con admirable precisión formulaba esto mismo la autorizada revista que antes hemos citado, diciendo: «Lejos de que se deba considerar siempre como un mal otorgar la libertad al mal, se puede afirmar categóricamente que esto es falso en un gran número de casos. La ley humana no puede defenderse de todo lo malo. Esto es privilegio de aquella ley inmaculada escrita por Dios mismo en el fondo del corazón humano y que convierte a las almas.» Esto sentado, si un Gobierno católico dice a la Iglesia: «Las condiciones de este país son tales que buscando la perfección caería, por el contrario, en toda clase de males, aquella no les exigirá ciertamente lo imposible, porque Dios mismo no lo podría exigir.»

Después de la condenación de algunos errores del liberalismo moderno respecto de la libertad de cultos, el *Syllabus* condena la proposición 80, formulada en los siguientes términos: «El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna.»

Pero ¿cuál es el concepto del progreso, del liberalismo y de la civilización moderna, con los cuales el Romano Pontífice no puede ni debe reconciliarse ni transigir? Sobre esto carecemos de toda declaración precisa y autorizada. No ha recaído ninguna decisión doctrinal; estamos en las mismas dudas de siempre. En cierta ocasión, Pío IX, de gloriosa memoria, dijo también que los mayores males que afligían a la sociedad moderna consistían en el ateísmo de las leyes, en la indiferencia en materia de Religión y en esos principios perniciosos que se llaman católico-liberales.

Después de esta alocución, dijo Pío IX a uno de los interlocutores que había conocido cierto francés distinguido y honesto que practicaba su Religión, pero al propio tiempo sostenía que el mejor modo de gobernar los Estados consiste en que és-

* tos no profesen Religión ninguna, tengan legislación atea, indiferencia en materia de Religión, y * combinen los dogmas inmutables de la Iglesia con * la libertad de cultos y de conciencia."

He ahí los católicos-liberales, añadió el Pontífice.

De modo que, en vista de la oscuridad en que todavía permanece envuelta la palabra liberalismo, lo mejor es para los fieles que, siguiendo la regla práctica formulada por uno de los más populares proverbios de nuestro país: "Doctores tendrá la Santa Madre Iglesia que lo habrán de definir;" hagan tregua en sus discusiones, y se atengan exclusivamente al puntual cumplimiento de lo que manden los que están constituidos en autoridad con jurisdicción para gobernarles; porque si se falta a este gran principio de la autoridad que debe regir la Iglesia, y son desoídas las voces de los Pastores en comunión con el Vicario de Jesucristo en la tierra, entonces se perturba el orden divino de la Iglesia.

Vengan a este recinto todos los jóvenes católicos. Por este camino del honor y del deber, prestarán grandes servicios a la fe de sus padres y a las tradiciones más preciadas de nuestra patria, dignificándose al propio tiempo ellos mismos sobre este hermoso pedestal. ¿Qué obstáculos pueden ofrecerse para esto? ¿Es que hay algún interés o algún mal consejo que les solicite, instigándoles para no seguir a sus Pastores y al Papa, suponiendo apocamientos, torpezas o debilidad en sus propios jefes? Pues en tal caso, profiriendo semejante injuria, no cabe presentarse como campeones católicos. En la hora de los grandes peligros, el instinto de conservación nos llama a unirnos todos en el seno de la Iglesia, para que con nuestra unión podamos conjurar la catástrofe que se nos viene encima. Sigamos las doctrinas de Nuestro Santísimo Padre y acatemos sus órdenes, como va el soldado a la batalla, sin dar oído a los que le incitan a la rebelión o a la desbandada.

Muchos son los errores que hay que combatir en nuestro siglo. El positivismo, el materialismo y los mil disfraces con que en nuestros días se encubre el espíritu satánico, han penetrado en los organismos de la enseñanza. Si esta Juventud Católica llegara a organizar un sistema de vigorosos estudios, prestaría a los padres de familia el mayor de todos los servicios, ofreciéndoles para la educación de sus hijos un resguardo seguro contra aquellas enseñanzas perniciosas que a las veces se dan en los mismos centros oficiales. Y no digo esto en ánimo de censura dirigido contra todo nuestro magisterio público; muy lejos de ello, porque yo mismo he encontrado en la escuela de primeras letras, en el Instituto como en la Universidad, profesores que me han edificado por su ciencia, virtud y espíritu de abnegación cristiana; católicos ejemplares; en fin, cuya vida de sacrificio y cuyas pruebas de creyente son tan meritorias como las del trapense más austero.

Se ha de cuidar de no condenar a las personas ni a las cosas, tan sólo por el nombre que lleven, sino por su espíritu. El mero hecho de llamarse laica una escuela, no es lo bastante para considerarla como anticatólica, pues no se ha confundido el distinto significado que pueda tener el laicismo con el espíritu que entrañan las llamadas escuelas neutras. Verdad es que bajo el nombre de laicas se envuelven hoy insidiosamente en nuestra patria ciertas fundaciones de enseñanza que no son más que antros de irreligión y conjuras tremendas, para pervertir a nuestra juventud. Esta mañana mismo leí con gran amargura un artículo de un periódico que, con el epígrafe de *Las Escuelas Laicas*, se reducía a proferir atroces blasfemias contra lo más augusto de nuestras creencias. Pero a pesar de esto, el condenar a una escuela o a un profesor, tan sólo porque lleven el título de laicos, más o menos discretamente elegido, sería quizá gran injusticia, y por de contado, seguramente peligrosísima ligereza.

Igual regla de criterio es aplicable a las mismas ciencias o a los hechos que de improviso se presentan en el curso de las investigaciones humanas. El espiritismo es un error, como dijo el Sr. Fernández Hidalgo. Respecto al hipnotismo, no lo considero un error, y hay que distinguir en él el uso del abuso. Con relación al hipnotismo novísimo, fuera temerario negar la realidad de algunos hechos que presenta, pues la existencia de estos mismos hechos, aunque permanezcan en sí inexplicables, reúnen todos los títulos de credibilidad. La medicina se ha apoderado de estos hechos, y hace de ellos aplicaciones que, lejos de ser inmorales, contribuyen al alivio de nuestros males y enfermedades. Mas al lado de estas buenas aplicaciones, surgen otras de espíritu inmoral o anticristiano, o bien se toman los mismos hechos como punto de partida para deducciones doctrinales contradictorias del orden católico.

Pues bien: a pesar de lo inexplicable que hoy nos puedan parecer los hechos del hipnotismo, y sin perjuicio de condenar con toda nuestra energía las aplicaciones que en el orden de las doctrinas o en la vida práctica puedan hacerse de los mismos con fines pecaminosos, no por esto hemos de negar en absoluto la realidad de tales hechos, ni condenar a priori como anticatólica cualquier doctrina hipnotista; porque la verdadera fe y ciencia católica consisten no en la afirmación o negación sistemática de todo, sino en aplicar rectamente a todo un mismo criterio de justicia y de certeza racional.

En esto alto criterio de ciencia y justicia cristiana, debe inspirar la Juventud Católica todas sus obras y trabajos. Convoque a su seno a todos los hijos de familia cristianos; cultive y aliente en ellos las esperanzas legítimas de la patria; informe todos sus actos en el espíritu de caridad, tal como nos describe esta virtud el Apóstol, y así continuará siendo siempre una de las instituciones cristianas más fecundas que conoce nuestra patria.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. CARLOS PALAO Y ORTUBIA, natural de Zaragoza, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de la misma y de la especial de Pintura, Escultura y Grabado de Madrid. En la Exposición Nacional de 1878 presentó: *Abel ofreciendo a Dios su sacrificio* (estatua en yeso).

D. IGNACIO PALMEROLA, escultor y pintor, discípulo de la Escuela de Barcelona, de la de San Fernando de Madrid, y en Roma de la Pontificia de San Lucas. En la Exposición celebrada en 1826 en Barcelona le fué adjudicada una medalla de plata por tres obras en yeso, representando la una *Jesús llevando la cruz*, otra *Moisés* y la última una profana. En oposición que hizo a una plaza de profesor de modelado, ejecutó ante la Academia de San Fernando una estatua de tamaño natural que representaba a *Abel muerto*. Falleció en Roma en el Hospicio de españoles de Montserrat en el año de 1865.

D. JUAN PALOMINO, escultor contemporáneo, natural de Jerez de la Frontera. En la Exposición de Bellas Artes verificada en 1858 en dicha población presentó un grupo de ocho figuras en barro cocido, de diez a doce pulgadas de alto, representando *El Tránsito de San José*, y fué premiado con medalla de plata y una recompensa de cien escudos en metálico. En la Exposición de Cádiz de 1856 presentó un grupo en barro, representando a *San Lucas en el acto de pintar el cuadro de la Concepción*.

D. SALVADOR PÁRAMO, escultor en madera, residente en Madrid, autor de numerosas obras de carácter religioso. Recordamos entre otros trabajos suyos una estatua de *Nuestra Señora del Amor Hermoso* para la parroquia de San Lorenzo el Real de Burgos, una reproducción de la misma para Ultramar; una copia de la celebre estatua de *San Bruno, Jesucristo en la cruz*, para la capilla mortuoria del General Narvaez, *San José de Calanva* y otras efigies, para un templo de Buenos Aires, y *San Ramón Nonnato*, para la iglesia de San Millán de Madrid.

D. FRANCISCO PARDO, escultor de fines de siglo. En 1784 fué premiado por la Real Academia de San Fernando, en cuya corporación se conserva un modelo suyo representando a *Agar y su hijo en el desierto*. En Octubre de 1799 fué nombrado Director de Escultura de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla, cargo que desempeñó muy breve tiempo por haber fallecido durante la epidemia que diezmo a aquella población en 1800.

D. MODESTO PASTOR Y JULIÁ, acreditado escultor valenciano. Nació en Albaida en 1825, y después de estudiar, muy niño aún, el dibujo de figura, se dedicó a la escultura. La fe cristiana le ha impulsado a labrar solamente imágenes sagradas, con las que ha adquirido una reputación envidiable que le ha valido numerosos pedidos, como si la Providencia quisiera premiar su inteligencia, su modestia y su fe. No ha consentido nunca que figuren sus obras en las Exposiciones públicas, y entre las muchísimas que tiene ejecutadas para templos y particulares se pueden juzgar como más notables las que siguen: Para la catedral de Segorbe, las estatuas de los *Evangelistas San Lucas y San Marcos*, en madera y tamaño doble que el natural; en Albaida *La Virgen de los Desamparados* y *San Roque*; en Ayelo de Malferit, *Santa Engracia*; en Onteniente, un *Ecc-Homo*, un *Niño Jesús*, *El Corazón de Jesús*, la *Virgen de la Saleta* y los arcángeles *San Miguel y San Gabriel*; en Murviedro, *San Jaime Apóstol*; en Bocairente, un *San José*; en Benilloba, una *Purísima Concepción*; en Bélgida otra; en el Grao de Valencia y Sarriá otras imágenes de la *Concepción*; en Madrid, una *Purísima*

y dos *Niños Jesús*; en Callosa de Ensarriá otra *Purísima*; en Carrión de los Condes, *San Ignacio de Loyola* y el *Salvador*, con el título de *El Corazón de Jesús*; en Salamanca, otro igual; en Jativa, una *Purísima*, la *Virgen de los Desamparados* y una *Sacra Familia*; en Valencia, *La Virgen de las Escuelas Pías con San José y varios niños*, *El Niño Jesús*, *San Francisco de Paula*, una *Purísima*, *San José y varios Crucifijos*; en Benidorm, *Jesucristo resucitado*; en Frlas (Aragón), una *Dolorosa con su Santísimo Hijo en brazos*; en Calomarde, un *San Pedro Apóstol*; en Torres, *Jesucristo en la cruz*; en Lucena, *Jesucristo en la agonía*; en Huesca, una *Virgen de la Piedad* y *San Rafael Arcángel*; en Ollella, *Jesucristo atado a la columna*; en Sempere, *San Joaquín*; en Segorbe *Las Virtudes*, y otras estatuas para el Ilmo. Sr. Obispo D. Fr. Domingo Canavio y Alberto; en Murcia, *San Blas*, *San Antonio de Padua* y *San Cayetano*; en San Sebastián y otros pueblos de la provincia, *San Joaquín*, *Santa Ana*, *San Juan de la Cruz*, *San Alberto* y una *Purísima*; en Otos, *La Santísima Trinidad*; en Cocentaina, *San José y La Transfiguración*; en Beninates, *Santa Teresa de Jesús*; en Pozol, un *Grupo de ángeles con un relicario*; en el pueblo de San Mateo, un *San Mateo Evangelista*, *San Francisco Javier administrando a un chino el agua bautismal*, grupo para la iglesia de Carcagente; *El Niño Jesús*, *La Purísima Concepción*, para Marchalanes; *El Misterio de la Anunciación*, para Jaén; *El Sagrado Corazón de Jesús*, para Durango; otro, para Tarragona; *Un Cristo en madera*, *La Purísima Concepción*, para Carcagente; *Jesús Nazareno*, para Agost; *Santa Rita*, para la parroquia de San Lorenzo en Valencia, etcétera, etc.

D. FRANCISCO PECUL Y CRESPO, escultor y grabador en hueco. Nació en Santiago en 1768 y estudió en la Real Academia de San Fernando; en 1799 de Septiembre de 1799 fué creado académico de mérito de la misma corporación; falleció en 3 de Septiembre de 1804. Son sus principales obras: la imagen de *La Concepción*, ejecutada en plata para la catedral de Santiago, y un recado completo de oratorio con un crucifijo de plata para D. Juan Bringas.

D. N. PELlicer. De un escultor de este nombre hemos visto en los periódicos de Valencia algunas referencias que le presentan como autor de un busto de *Santa Teresa*.

D. ANTONIO PEÑA Y BENÍTEZ, escultor de afición residente en Roma. En el año 1883 labró una pequeña estatua de *Santa Rita*.

D. ANTONIO PEÑAS, escultor granadino contemporáneo. Trabajó en la restauración de la catedral de León, y en el certamen celebrado en Sevilla en 1871 por la Sociedad protectora de Bellas Artes, presentó *Un Cristo* y otros asuntos. Obtuvo primer premio.

D. DONATO PÉREZ, aldeano, residente en la provincia de Santander y autor de *Un San Antonio con el Salvador en los brazos*, modelado sobre nogal con una simple navaja. Esta obra figuró en la Exposición pública verificada en Santander en 1866.

D. FRANCISCO PÉREZ FIGUEROA, artista valenciano contemporáneo, discípulo de la Academia de San Carlos, que se ha distinguido por sus trabajos de incrustación y mosaico. Es autor de *Una Concepción*.

D. FRANCISCO PÉREZ DEL VALLE, escultor contemporáneo, natural de Rivasella, en la provincia de Oviedo, individuo de número de la Academia de San Fernando y escultor de Cámara desde 1843. Reclaman ser citadas en este lugar sus obras siguientes: *Busto de Su Santidad Pío IX*, *Estatua de Fernando III el Santo*, *Una Concepción* y *Nuestra Señora de la Concepción*, estatua en madera colorida que figuró en la Exposición de 1876. Son igualmente obra del Sr. Pérez la restauración del Sagrado Corazón de Jesús y otras esculturas en la parroquia de San Marcos de Madrid; la restauración de las imágenes de la Congregación de Nuestra Señora de los Dolores y Santo Sepulcro, las estatuas de *San Gabriel y San José* que terminó en 1870 para la iglesia parroquial de San Martín de Madrid.

D. TOMÁS PICAS, escultor residente en Barcelona; ha ejecutado numerosos trabajos religiosos, entre ellos un *Crucifijo*.

D. GABRIEL MARÍA PINTADO, nació en Madrid en 15 de Agosto del año 1816. Fué discípulo de Don José Tomás y de D. Elías Vallejo. En 1848 le nombró la Academia de San Fernando profesor suplente. Después residió en Italia bastante tiempo. Son sus obras principales: un *Crucifijo*, para el Dr. Cusart en Barcelona; *Santiago*, para Carabanchel Bajo; un *San Jerónimo*, para la Concepción Jerónima en Madrid; una *Santísima Trinidad*, para la parroquia de San Ildefonso; un *San José*, para la iglesia de Montserrat; cuatro estatuas para el retablo de Nuestra Señora del Prado en Talavera de la Reina; varias estatuas de santos en Toledo; una *Virgen*, en Mora; otra en Nambroca; otra en Yepes; una *Virgen del*

Amor Hermoso, para Valdepeñas, y otra para Valencia; *San José*, para el Ferrol; *Sa. Martín Obispo*, para San Cosme de Barreyro; una *Concepción*, para el Conde de Maceda, en Villafranca del Bierzo; *San Nicolás de Bari*, para Madrigal de las Torres; dos *Sagrados Corazones de Jesús*, en Pamplona; un *Crucifijo* de gran tamaño para Cintruénigo; los *Sagrados Corazones de Jesús y María*, para Cocentaina; el trono de la Virgen de la Misericordia en la parroquia de San Sebastián de Madrid y otras muchas obras de carácter religioso.

M. DE A.

(Se continuará.)

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

El Sr. Obispo de esta Diócesis ha encargado a los señores párrocos que averigüen en sus respectivas parroquias cuántos son los fieles que irán a Roma, con motivo del Jubileo de Su Santidad, anotando sus nombres y remitiendo luego relación de ellos a la secretaría de cámara; a la de la Junta diocesana (Sr. Cura de San Luis); a la Sra. Marquesa de Miraflores, ó a la del Viso, presidentas respectivamente de la Junta y sección de peregrinación de Madrid, para que pueda comunicarse oportunamente a las Compañías de ferrocarriles, las cuales harán más rebajas de pasaje cuanto mayor sea el número de viajeros.

La Junta diocesana del Jubileo, de que son presidenta y secretaria las Sras. Marquesa de Miraflores y Duquesa de Bailén, considerando que ha de ser bastante costoso el transporte a Roma de las ofrendas de los fieles, y la instalación de los mismos en el palacio de la Exposición Vaticana, ha creído conveniente acordar que, antes de menoscabar en lo más mínimo las limosnas en metálico colectadas para Su Santidad, se exija una peseta por cada entrada a ver la Exposición.

Esta se hallará abierta desde el día 2 al 10 de Noviembre, de diez a doce de la mañana y de dos a cinco de la tarde.

El domingo será gratuita la entrada.

Los objetos que se expondrán son los siguientes: Un par de candelabros de metal blanco, del señor Guetten; cáliz y vinajeras de idem, del señor Armis; león de bronce, del Sr. Urraiz; cuadro grande de la Virgen, de Doña Carmen López de Henestrosa; un cuadro y un Jesús en bronce, de D. Pablo Calvo; candelabros dorados, de D. Constantino Meléndez; amito bordado con oro, de la Excm. señora Marquesa de Peñaforte; dos estatuas pequeñas, del señor Guesnó; dos tapetes, del Sr. González y Vicente; un copón de plata sobredorada, del Sr. Marzo; un cáliz de idem, del Sr. Miranda; dos sabanillas, del Sr. Pérez; un cuadro con una Virgen, de los Sres. Téllez y Morales; un reloj, del señor Gariño; *Vida de San Francisco*, de Doña Emilia Pardo Bazán; cruz con flores, de la señora de Alda; palio de la comunidad de las Salesas Reales; un cuadro con un Cristo, de la señora Puebla; una pila de agua bendita en mármol con una Virgen, del señor Mellerio; fotografía de la Alhambra, del Sr. Marqués de Cubas; un paisaje, del Sr. Pérez de Castro; una tabla dorada con una cabeza de N. S. J., de los Sres. Condes de Villapaterna; una acuarela, del señor Ussel; una casulla tela Escobar, de los señores Escobar y Eguituz; otra bordada, de Doña Elisa Tapia de Bayo; otra, del Sr. Goñi; otra, de la Sra. Condesa de Via-Manuel; una cortinilla bordada de oro, de la comunidad de dominicas de Loeches; un paño bordado para el cáliz, de la señora Marquesa de Villedana; cuadro *Dolorosa*, de Don Alejo Vera; un estandarte bordado, de la Condesa de Toreno; seis candeleros, de Doña Francisca San Juan de Alcaraz; sabanilla de altar, Doña Encarnación de la Mata; paño de copón, Doña María Almaraz; almohadón, Sr. Sanalaya; toalla bordada, comunidad de las Adoratrices; diez y ocho fotografías de cuadros del Museo, Sr. Laurent; un tintero, D. Eugenio de Alonso; un cuadro del Beato Bonifacio Menaldi, señora de Prota; paño de hombros raso bordado, señora de Villarrutia; fotografía *El hallazgo de la efigie de Nuestra Señora de la Almudena*, señora de Prota.

El Quijote, en tres tomos, de D. Carlos María Perura; cortinilla y funda copón, Excm. Señora Marquesa de Novaliches; amito bordado, de las niñas pobres de las Escuelas gratuitas; otro amito, Doña Elena Roberts de Canaleja; casulla (dos tarjetas), Señora Condesa de Ganqui; casulla, Colegio de niñas de Leganés; himno a Pio IX, Doña Concepción

Cafranga; música, composición de Doña Isabel Prota; otra, de D. Ildefonso Giren; otra, de D. Valentín Zubiaurre; cien cálices, del Excmo. Sr. Marqués de Casa-Jiménez; un libro, de D. Policarpo Fernández; otro, sobre el poder temporal, de D. Miguel Sanz; *Biblia*, siglo XVI, Patrocinio Biedma; cuadro marina, Sr. Monleón; otro cuadro, Sr. Duque de Serra; urna, Comandante siervas de María; *Vida de Santa Teresa de Jesús y libro de sus fundaciones*, señores viuda é hijos de Aguado, casa editorial; cáliz, de D. J. A. S. y M.; cruz antigua, D. Alejandro Monteagudo; casulla y ropa blanca, Colegio de huérfanos de la Unión, de Aranjuez; alba, juego completo, Señora Aguirre; cojín de raso blanco, Señora de Santa Cecilia; casulla, Señora de Brunetti.

Una alba, excelentísima Señora Condesa viuda de Bernar; un amito, religiosas del Sagrado Corazón de Jesús; dos juegos de albas completos; Huérfanos de la Caridad; alba, comunidad de las Hermanas de la Esperanza; libros de la Academia Española; de la de Ciencias Morales y Políticas; de la de Ciencias físicas, exactas y naturales; de la Historia; de la de Medicina; varios documentos; seis cálices del ilustrísimo Cabildo Catedral de Madrid; cuatro juegos de amitos y corporales, casa de Misericordia de San Ildefonso; dos idem. id. de la señora Bianchi; un magnífico portier, de los Asilos del Corazón de Jesús.

Las damas encargadas de estos objetos no han concluido todavía de clasificar otros muchos.

Muy lucida fué la ceremonia de la inauguración de la Exposición de objetos que la Diócesis de Barcelona remite a Su Santidad el Papa León XIII, con motivo del Jubileo Sacerdotal, establecida en los salones del Palacio episcopal. El acto tuvo lugar el día 11 en el salón del trono. El Excmo. é Ilustrísimo Sr. Obispo de la Diócesis cedió la presidencia al Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Tours, Monseñor Meignan, sentándose a su izquierda. A la derecha del prelado francés se hallaban los Excelentísimos señores D. Ramon Blanco, Capitán general del Principado, D. Francisco de Paula Rius y Taulet, Alcalde de la capital, y D. Manuel Girona, y a la izquierda del Sr. Obispo ocuparon asiento los Excelentísimos Sres. D. Mariano Diez, Presidente de la Audiencia, y D. Eduardo Malquer, que lo es de la Diputación provincial. Más tarde llegó el Excmo. Señor D. Luis Antón, Gobernador de la provincia. Ocupaban los demás asientos inmediatos a la mesa los Sres. Capitulares Presidentes de las secciones de la Comisión del Jubileo Sacerdotal de León XIII, representantes de varias corporaciones y caballeros y Señoras que forman parte de la citada Comisión. El resto del salón y sala inmediata estaban llenos de una distinguida concurrencia de personas invitadas, vistiendo la mayor parte de los caballeros traje de etiqueta y viéndose entre los presentes a Reverendos Sres. Cura párrocos, superiores de las varias corporaciones religiosas y otros eclesiásticos.

El señor secretario de Comisión diocesana de Exposición, D. Aristides de Artiñano, leyó una Memoria muy bien escrita en la que se ocupa del objeto que tuvo la Comisión al exponer en los salones del Palacio episcopal los regalos que la Diócesis de Barcelona remite a la Exposición del Vaticano. Dijo que si bien no descolaba en ella ningún objeto de tan relevante mérito artístico y notable riqueza como otros que se enviarán de otros puntos a Roma, figuraban entre los expuestos objetos de mérito relativamente notable por su primoroso trabajo, y algunos por su coste. Hizo notar que los donadores han tenido muy en cuenta que uno de los fines primordiales que se tuvo al acordar la Exposición del Vaticano, fué el envío como dádiva a Su Santidad, con motivo del Jubileo, de ornamentos y demás objetos necesarios para remitirlos a las misiones y a las parroquias pobres. Así es que esto es lo que más domina en la Exposición que se inauguraba. No pudiendo, dijo, detallar todo cuanto se ha enviado, que ocupa cuatro espaciosos salones del Palacio, hizo notar lo que más descolaba en ellos.

Entre 500 albas expuestas hay unas 200 de lujo, sobresaliendo por el mérito extraordinario de sus riquísimos encajes la que regalan unas señoras y de la que con tanto elogio habló la prensa cuando estuvo expuesta en casa del fabricante, y tres para un tercio de las Religiosas de Santa Clara.

Hay 4.000 amitos, siendo verdaderamente obras notables el de las aisladas en la Casa de Infantes huérfanos, colocado en una caja de cedro; el de las religiosas de la Compañía de Santa Teresa, en una caja de felpa con cristales; doce de las aisladas en la Casa de Caridad, en un rico estuche con su dedicatoria en plancha de plata, y uno de las monjas de Santa Isabel.

De 2.000 purificadores hay algunos que tienen bordados notables y ricos encajes.

Véanse colocados en todas las salas 3.000 objetos de lencería para la celebración de la misa, entre los cuales es preciso hacer mención por sus encajes, hechos a propósito en el Convento de la Enseñanza, de unos riquísimos manteles con encajes finos, un purificador y un paño de las hermanas de Nuestra Señora de la Esperanza, notables por los hermosos encajes de estilo antiguo.

Sesenta son las casellas, si bien algunas sencillas, todas ellas de excelentes materiales. Sobresalen entre ellas nueve de varios colores en la cruz, regalo de una familia de Barcelona; una de raso carmesí bordada de oro con piedras finas, regalo de villa de Granollers; otra también de color carmesí bordada de oro por las niñas que concurren a las clases de la Junta de Damas; otra de seda blanca pintada a la aguada por las monjas de la Divina Pastora; otra de raso verde bordada de oro por la Asociación de las iglesias pobres, y otra blanca bordada en colores por las Hermanas Dominicas de la Presentación.

Seis son las capas pluviales, siendo la más notable la que regala la ciudad de Mataró, de raso color de fuego con el estolon y escudo bordados en oro y colores con imaginaria al estilo de la Edad Media.

Figuran además en la Exposición una mitra blanca bordada de oro con pedrería, varios almohadones, uno de ellos de terciopelo, con las insignias papales bordadas en oro y colores; una faja blanca bordada en oro y colores, regalo de una familia de Barcelona; un riquísimo paño de hombros; unas riquísimas cintas de amito bordadas por las Religiosas del colegio de la Concepción; un rosario, cuyas cuentas son durillos de oro, las glorias piezas de cinco duros del reinado de Don Alfonso XII, la medalla una onza pelucona, las cintas que sostienen la cruz durillos de aumento y la cruz piezas de cuatro duros del reinado de Doña Isabel II, regalado por las Hijas de María que han sido educandas del colegio del Sagrado Corazón de Jesús.

En orfebrería hay diez y ocho cálices, cuatro copones, una custodia, crismas, vinajeras y otros objetos. Por fin, figuran en la Exposición misales, rosarios, estampas, escapularios, etc., habiendo hecho especial mención el Sr. de Artiñano de mil juegos de sacras de las Escuelas católicas para obreros.

Dijo también que los artistas habían querido tomar parte en los donativos y citó las siguientes esculturas en tierra cocida: un San Miguel Arcángel, obra de Talarn; un San Juan de Dios, de D. Agapito Vallmitjana; un Colón encadenado, de D. Venancio Vallmitjana; un busto de San Juan Bautista, de don Juan Reynés; una estatua del niño Jesús en mármol, por D. Antonio Castellanes; una estatua representando un labrador catalán, de autor desconocido, y una imagen de la Divina Pastora, hecha por el hermano capuchino del convento de esta capital, fray Antonio de Vera y pintada por D. José Camp. Se ve también un portátil altar de campaña del Sr. Vagués, que se lleva en un pequeño maletín.

Lamentóse el Sr. de Artiñano de que no pudiese aún formar parte de la Exposición, por no hallarse terminado lo más notable que la Diócesis enviará a Su Santidad, el verdadero regalo del Obispado de Barcelona, ó sea el magnífico trono que se está ultimando, en el que figurará una copia del sillón del Rey D. Martín, en el cual se lleva la riquísima custodia el día de Corpus. Manifestó que antes de cerrarse la Exposición podría exponerse al público.

Terminada la reseña, el Sr. Secretario felicitó al Sr. Obispo por el buen éxito de la Exposición, excitando a las personas allí presentes a que la visitaran.

Un periódico de Santiago da cuenta en estos términos de los regalos que aquel Rvmo. Prelado envía a Su Santidad con motivo de sus *Bodas de Oro*:

«Hemos tenido ocasión de ver un magnífico regalo, que nuestro Excmo. é Ilmo. Prelado envía a Su Santidad León XIII con motivo de sus *Bodas de Oro*, ó sea, de la celebración de su Jubileo Sacerdotal. Consiste en un riquísimo roquete, que por su valor intrínseco y delicadísima labor ha de llamar seguramente la atención entre los numerosos y valiosos objetos, que, procedentes de todas las partes del mundo, figurarán en la Exposición Vaticana.

El roquete es de finísimo nipo, traído *ad hoc* de París, y está bordado con seda de la India. El dibujo es de novedad y del gusto más exquisito, constituyéndolo diez óvalos unidos entre sí, campeando dentro de nueve de ellos hermosos ramilletes de distintas flores y en el del centro los atributos del Sumo Pontificado con la cifra LEO XIII. Las bocamangas contienen otros tres óvalos cada una con dibujos también variados. El encaje es de Bruselas, de la mejor calidad, y el precioso fiador de oro ha sido tejido por el hábil artista de esta ciudad Sr. Brage.

La ejecución del bordado es verdaderamente admirable, siendo tal la variedad de puntos y calados,

que se hace imposible dar una idea pálida del acabado conjunto de primores tan delicados y minuciosos. Este bellísimo trabajo es una brillante muestra de la altura á que se halla el Colegio de Nuestra Señora de los Remedios, comunemente llamado de las Huérfanas, pues allí ha sido confeccionado por seis de las más aventajadas colegialas de gracia bajo la dirección de las Hijas de la Caridad, á cuyo cargo está el Colegio.

El roquete se encuentra colocado en hermoso estuche, que es una verdadera obra de arte, y ha sido construido en los acreditados talleres de D. Nicolás Boado, de la Coruña. Las asas, cerradura, cantoneras, pies y adornos son de níquel, y la cubierta de peluche color granate, siendo la forma de lo más elegante que hemos visto en esta clase de obras. Interiormente está forrado de raso de los colores nacionales, encarnado y amarillo, hábilmente combinados y dispuesto el mecanismo de tal suerte, que se destacan perfectamente las delicadas labores del bordado, lo mismo que el dibujo del encaje, sobre el fondo en que descansan. En el centro del interior de la tapa se lee la siguiente inscripción latina, artísticamente estampada en un medallón de raso blanco: *Humeralem hunc amictum, cujus phrygium opus a puellis, in collegio B. M. V. de los Remedios civitatis Compostellanae (in Hispania), sub moderamine charitatis filiarum instituendis, fuit confectum ex mandato Illmi. ac Revmi. Archiepiscopi, qui ejusdem collegii patronus existit, munusculum licet exiguum, ardentissimae tamen devotionis et firmissimae adhaesio- nis signum, Sanctissimo Patri Leonis XIII, adveniente ejus ordinationis sacerdotalis quinquagesimo anniversario, ipsemet Compostellanus Archiepiscopus humillime offert.* Que traducido á nuestro idioma dice lo siguiente: «Este roquete, cuyo bordado ha sido ejecutado por las educandas del Colegio de Nuestra Señora de los Remedios, de la ciudad de Compostela (en España) bajo la dirección de las Hijas de la Caridad, en virtud de mandato del Ilmo. y Reverendísimo Arzobispo, patrono del mismo Colegio, aunque insignificante como regalo, sin embargo, como señal de ardentísima devoción y de adhesión firmísima, el mismo Prelado Compostelano lo ofrece muy humildemente al Santísimo Padre León XIII, al aproximarse el quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal.»

Nuestros lectores comprenderán por esta ligera noticia, que el fino obsequio del Excmo. é Ilmo. Señor Arzobispo de Santiago es muy digno de la angusta persona del Supremo Jerarca de la Iglesia, á quien lo dedica, y por nuestra parte experimentamos una verdadera satisfacción en que el Arzobispado de Compostela haya de hallarse tan bien representado en la Exposición del Vaticano, gracias á la generosidad y exquisito gusto de su Excelencia Ilustrísima.

Otro de los presentes, que el Excmo. Sr. Arzobispo de esta Diócesis envía á Su Santidad con motivo de su Jubileo Sacerdotal es un cojín de terciopelo carmesí, bordado de oro, cuya realización fué confiada por S. E. á las Religiosas de la Enseñanza de esta ciudad. No nos extraña ver salir de las manos de dichas Religiosas labores como las de que se trata, y cuyo mérito sabrá apreciar el público durante los días que se halle expuesto aquel trabajo en el escaparate del comercio de los Sres. Astola y Carro. Sin embargo, si el de que nos ocupamos no raya á mayor altura por lo acabado del trabajo y por su grandiosidad en el conjunto, competirá tal vez con el del terno de gala que aquellas Religiosas traen también entre manos y que dedican á sus pobres hermanas fundadoras en Vigo.

Para que las personas que no tengan ocasión de admirar tan suntuoso regalo se formen de él una pequeña idea, vamos á hacer una ligera reseña del precioso objeto.

El cojín es cuadrilongo, destacando en su centro las armas y atributos pontificios, como son la tiara y las llaves, sujetas por una cinta bordada por ambos lados de realce. Una orla los circunda, cuyo trabajo es inapreciable por su delicadeza en el desempeño; pues además de 58 perlas finas que se derraman por la tiara, llaves y ricas palmas y hojas bordadas de hilo y mate de oro, se hacen muy de notar las 33 grecas, todas de distintas clases y trabajos.

Envuelto entre blancas nubes de plata, aparece por encima de la tiara la urna de nuestro Apóstol Santiago, vigilado por la estrella. En los cuatro ángulos del cojín destacan cuatro grandes conchas, bordadas de realce, cuya perfección en la mano de obra las hace aproximar á la realidad. Se ve en- garzado todo ello por una orla, compuesta de palmas, hojas y grecas de un exquisito gusto y de trabajo extraordinario. En el borde existe cenefa y contracenefa de mucho mérito. Ávidas las Religiosas de que todo fuese obra de sus manos, hace días que se

ocuparon en confeccionar un estuche que contuviese y guardase tan hermosa dádiva.

Efectivamente, dicho estuche corresponde sin duda á la grandiosidad de tan rico presente. De forma también cuadrilonga, aparece embullonado todo el con fajas de raso y felpilla de seda color azul celeste y blanco, exteriormente con gusto nada común y caprichoso.

Por encima de la tapa, destaca el escudo que usa la Comunidad ya mencionada, compuesto de las iniciales de María rodeadas de quince estrellas, orlado primorosamente por bulloncitos y ricas flores. El interior se halla todo embullonado de raso blanco como la nieve; conteniendo además un mostrador, sobre el que aparece sostenido é inclinado hacia adelante el cojín, haciendo así más fácil la vista del mismo. Cierra dicho estuche un hermoso imperdible de oro y le sostienen cuatro pies dorados de mucho mérito.

La dedicatoria se halla concebida en la siguiente inscripción latina:

Archiepiscopus Compostellanus (in Hispania) una cum sanctimonialibus Societatis Mariae vulgo de la Enseñanza dictis, ejusdem Civitatis, hoc pulvinar ab ipsis monialibus Archiepiscopis sumptibus auro et gemmis phrygio opere ornatum, in certamine Vaticanis aedibus celebrando, occasione Jubilaei Sacerdotalis Sanctissimi Patris Nostri Leonis XIII, tenue domum, eximiae vero adhaesio- nis et pietatis specimen, exponendum deferit, eidemque Pontifici Summo peramanter dicat.

En la exposición diocesana barcelonesa se han recibido estos días una hermosa casulla de raso blanco bordada en oro, regalo de la Comunidad de Padres Agustinos, y una taza de plata con su correspondiente bandeja y cuchara del mismo metal, donativo de D. Pablo Vilaró y esposa.

La prensa elogia una riquísima casulla bordada en oro y sedas sobre raso blanco, que ha sido labrada por encargo de la Diócesis de Orihuela con destino á Su Santidad en sus Bodas de Oro. Dicha prenda, además de su mucha riqueza, ha sido bordada con suma pulcritud y buen gusto. Acompañan á esta casulla un cubre-cáliz, una bolsa de corporales, estola y manipulo, bordados bajo el mismo dibujo y con igual delicadeza. Estas prendas van colocadas en un estuche de chagrín negro, forrado interiormente de seda carmesí.

La prensa mallorquina prodiga grandes elogios al Antifonario Romano del Maestro mahonés D. Benito Andreu, Presbítero, que algunos de sus paisanos regalan á Su Santidad León XIII con motivo del Jubileo Sacerdotal. La obra consta de dos volúmenes, ricamente encuadernados en piel de Australia, sobre la que campean plata sobredorada, representando lirras en los cuatro costados, en el centro del anverso las armas pontificias, y las del Obispado de Menorca, y el escudo de Mahón entrelazados en el del reverso.

Dichos volúmenes contienen el autógrafo del Antifonario Romano del Maestro Andreu, escrito en Septiembre de 1859, y el canto llano simplificado en su notación y sus reglas por el propio compositor; obra impresa en Barcelona en el año de 1851.

En la portada de ambos tomos se lee la siguiente dedicatoria:

Summo Pontifici Leonis Papae XIII, in quinquagesimo ejus ordinationis sacerdotalis anniversario, catholici magist. Anno MDCCCXXXVII.

Ha quedado cerrada la Exposición de objetos que la Diócesis de Valencia regala al Papa León XIII, con motivo de sus Bodas de Oro.

Se han recibido últimamente los objetos siguientes:

Del Colegio de Jesús-María: Una estola, una cortinilla de sagrario, un velo de copón, cinco hijuelas y cinco cinas para cucharilla, todo bordado en oro y presentado en un precioso estuche.

Del Sr. Cura de Losa del Obispo: Dos manteles de altar, dos lavabos, dos corporales, tres paliás, tres hijuelas y un purificador.

Del Sr. Cura de Turis: Una casulla.

De las Hermanas terciarias de San Francisco: Un amito, cinco lavabos, dos corporales, tres paliás, tres hijuelas y tres purificadores.

Del Sr. Soler, de Albaida: Un cajón de cera.

El texto del Mensaje que dirigirán á León XIII, con ocasión de su Jubileo Sacerdotal, las Asociaciones católicas del Principado catalán es como sigue:

«Beatísimo Padre: Los que á continuación suscriben, en nombre y por acuerdo de las respectivas Asociaciones católicas de este Principado á que pertenecen, postrados ante Vuestro augustó trono

de Pontífice y de Rey se gozan en dirigiros, con el más ardoroso entusiasmo, filial enhorabuena por la fecha gratísima de Vuestro quincuagésimo sacerdotal aniversario. Consérveos el Señor, Beatísimo Padre, y prolongue Vuestra vida, y hágaos feliz en la tierra, y vireos del poder de Vuestros enemigos.

Renueva, asimismo con tal ocasión á Vuestros soberanos pies la más absoluta é incondicional protesta de obediencia y fidelidad á Vuestros infalibles enseñanzas, muy particularmente á las que en Vuestros sabias Encíclicas á la Iglesia universal se hallan contenidas, y por modo especial á las que singularmente os habéis dignado dirigir á nuestra patria amadísima.

Y conforme á lo que en ellas con tanto encarecimiento se nos recomienda, os juramos ahora y siempre, Beatísimo Padre, la adhesión más profunda á los funestos principios y falaces teorías del llamado *Derecho nuevo* por Vos anatematizado, á las sectas masónicas y á todas sus afees por Vos desenmascaradas; á la iniquidad triunfante que tiene á la cautiva Vuestra Autoridad y Persona bajo su tiránica dominación; á cuantos sistemas y procedimientos, por fin, se alleguen al Naturalismo y al Racionalismo, y tiendan bajo cualquier disfraz ó denominación á menoscabar el único íntegro y exclusivo derecho social de Nuestro Rey y Señor Jesucristo y de su santa Iglesia católica, apostólica, romana.

Y todo esto y cuanto por Vos, Beatísimo Padre, nos ha sido hasta hoy y nos fuere en adelante enseñado y ordenado, deseamos obedecerlo y cumplirlo hasta morir, unidos en santa concordia de pensamiento y acción con nuestros hermanos en la misma fe, bajo el cayado de nuestros venerables Prelados diocesanos, puestos por el Espíritu Santo para regir con Vos y bajo Vuestra suprema jurisdicción y magisterio la Iglesia de Dios.

Besán reverentes Vuestros soberanos pies, é imploran para sí y sus representados la Apostólica Bendición.

Fiesta de la Concepción Inmaculada de María, Patrona de España, 1887.*

A continuación reproducimos el siguiente soneto que la laureada poetisa salmantina Doña Josefa Estévez, viuda de García del Canto, envía, colocado en artístico caballete de bronce, á Su Santidad con motivo de sus Bodas de Oro:

AL SUMO PONTÍFICE LEÓN XIII

en su Jubileo Sacerdotal.

Un mismo sentimiento respirando,
uniendo un solo amor los corazones,
hoy hasta Vos se acercan las naciones
en respeto filial rivalizando.

Sin cetro estáis, pero vivís reinando,
súbditos vuestros cuéntanse á millones,
que á ofreceros acuden ricos dones,
mitigar vuestras penas anhelando.

Y yo, humilde cantora castellana,
quito el negro crespón del arpa mía
y uno mi voz desde la tierra hispana
católica, y de serlo se gloria,
al coro universal que hoy enaltece
al Pontífice insigne León trece.

JOSEFA ESTÉVEZ DE G. DEL CANTO.

Uno de los más valiosos presentes ofrecidos á Su Santidad León XIII, con ocasión de su Jubileo, es ciertamente el del rey Alberto de Sajonia. Consiste en una reproducción en *facsimile* de la famosa *Biblia pauperum*, de Constanza. Llamábase en la Edad Media *Biblia pauperum* á las ediciones manuscritas de la Biblia que representaban en grabados sobre madera todas las escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, figurado bajo su forma simbólica y real los principales hechos de la vida de Nuestro Señor Jesucristo. Uno de estos manuscritos más antiguos es el que se halla en Constanza, que se remonta al año 1300. Los grabados de esta edición de Constanza son los que han servido de tipo y modelo para todas las pinturas que decoran los cristales de las ventanas ó las urnas de las iglesias en la Edad Media; de aquí su importancia desde el punto de vista artístico. Esta Biblia de Constanza se compone de 17 ilustraciones, acompañadas de su texto. La reproducción en *facsimile* ha sido confiada á monsieur Vieper, que la ha hecho admirablemente. Es una obra maestra del arte, y á juicio de las personas que la han visto, es de admirar, sobre todo, el carácter de las figuras, que denota toda la fe é inspiración que había en los artistas de la Edad Media. El frontis del libro está adornado con las armas de León XIII, sostenidas por ángeles. También se ven los grabados que representan á SS. MM. el rey y la reina de Sajonia. La encuadernación de la Biblia es

soberbia, debida á M. Fritz de Miller, de Munich, que la ha hecho según los dibujos de M. Nipper.

Los Archiduques de Austria-Hungría hacen á Su Santidad un regalo colectivo que llama extraordinariamente la atención. Consiste éste en un magnífico relicario de plata, de valor artístico de fines del siglo XV, colocado en hermosa caja de terciopelo, y lleva en su parte exterior una lámina de oro con los nombres de los Archiduques, al frente de cuya lista se encuentra el nombre del príncipe imperial Rodolfo. El relicario contiene 365 reliquias, una por cada día del Señor.

El Cardenal Lavigne ha enviado á Su Santidad un preciosísimo regalo. En las excavaciones hechas en Cartago se han encontrado las reliquias de un mártir, contenido en un antiquísimo relicario de plata de un mérito extraordinario. Bajo el punto de vista arqueológico no tiene rival. Está adornado con perlas, peces, palomas y demás símbolos cristianos.

Convenientemente restaurado, ha sido enviada á Roma esta joya, sobre la cual está haciendo un detenido estudio el señor Rosi, conocido de todos por su competencia en antigüedades cristianas.

El clero de la Diócesis de Caltanissetta regala al Papa un reloj de nuevo mecanismo, inventado por el presbítero Cinquemarier, construido de tal manera y con tal sencillez, que producirá una verdadera revolución en dicho arte.

El Colegio Pontifical polonés ofrece á Su Santidad una magnífica pila de agua bendita de plata y oro de 40 centímetros de altura, estilo del siglo XVI, que representa un altar pequeño con la Virgen milagrosa de Chiaramonte, patrona de Polonia, y á su lado San León y San Juan Cancio, protectores de su nación. En la parte inferior están los escudos pontifical y polonés, sosteniendo el receptáculo del agua un serrafín, sobrepujando á todo una cúpula, sobre la que está el globo terrestre, todo obra del Rdo. P. Grabowski, Rector de dicho Colegio.

La emperatriz Eugenia prepara un presente tan rico como original para festejar á Su Santidad León XIII el día de su jubileo. Consiste en un retrato del infortunado príncipe Eugenio (ahijado de Pío IX), rodeado por un marco de oro adornado de pensamientos formados con amatistas y abejas de esmalte, imitando los colores de los naturales.

Los sargentos del batallón del 2.º de línea del ejército de Bolivia han dirigido al Presidente de la República la siguiente petición:

Muy excelente señor: Rogamos á V. E. excuse la libertad que nos tomamos de escribirle para hacerle una súplica.

Como verdaderos católicos, queremos dar una prueba de nuestros sentimientos religiosos expresando nuestra veneración á Nuestra Señora del Monte Carmelo, patrona de la República, y también á Nuestro Padre Santo el Papa León XIII.

Con este doble fin, deseamos hacer bordar dos estandartes, y uno de ellos llevará la imagen de la Virgen del Carmen y el otro el escudo nacional. Aquél será enviado al santuario de la milagrosa Virgen de Lourdes, y éste será presentado á Su Santidad el Pontífice Romano con motivo del próximo aniversario de su Jubileo Sacerdotal, como un homenaje de filial amor del ejército de Bolivia.

Venimos á pedir respetuosamente á V. E. quiera autorizar nuestro proyecto, y también favorecernos poniendo vuestro nombre á la cabeza de la suscripción que abriremos entre nuestros camaradas del ejército.

La importancia de vuestro nombre, al que se unirá el del Ilmo. Arzobispo Mons. Luosa, nos dará la esperanza, ó mejor la seguridad de poder ofrecer dos estandartes dignos de nuestra religión y de nuestro patriotismo, de los que ellos deben ser los emblemas.

A esta súplica, á la vez noble y tierna, el Presidente de la República se ha dignado dar esta hermosa respuesta:

A los sargentos del batallón del 2.º de línea.— Mis queridos sargentos y amigos: He acogido con paternal interés vuestra petición y aplaudido vuestro pensamiento de hacer adornar los estandartes, el uno con la efigie de Nuestra Señora del Monte Carmelo, para ser ofrecido á Nuestra Señora de Lourdes, el otro con el escudo nacional para ser ofrecido á Su Santidad León XIII con motivo de su Jubileo Sacerdotal.

Acepto también la invitación de contribuir á vuestra suscripción, con la única condición de que me dejareis la parte más grande, contentándolos

vosotros con una ofrenda modesta y con el honor de haber sido los iniciadores.

En ella veo una prueba de vuestros sentimientos religiosos, que me alegra mucho.

Mi familia, que ya ha visitado Lourdes y que ha sido testigo de las maravillas que allí pasan, se encargará de la realización de vuestro noble designio.

Uno de los estandartes será presentado á Su Santidad por mi hijo Fernando en persona; el otro será depositado á los pies de la Virgen por mi hijo Gregorio, y allí vendrá á ser una oración continua en favor de nuestro ejército nacional.— El Comandante general, G. Pacheco.— 29 de Julio de 1887.

NOTICIAS

El Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús se ha visto honrado con la visita del Nuncio de Su Santidad en Madrid. El ilustre Prelado, que tantas muestras de su amor á nuestra patria da de continuo, y cuya ilustración le ha conquistado tantos admiradores como personas han tenido la honra de tratarle, recorrió todo el Establecimiento, enterándose minuciosamente de las condiciones del refectorio y dormitorios; de los elementos con que cuentan los talleres y escuelas, y educación y enseñanza que reciben los asilados, y del cuarto en que se conserva como preciada reliquia cuanto en vida perteneció á la no bien llorada Ernestina Manuel de Villena. El Nuncio de Su Santidad quedó altamente satisfecho del buen orden, limpieza, trato y métodos del Establecimiento, y muy especialmente de la hermosura, amplitud y carácter de la iglesia, «antecala del Cielo», según la familiar expresión del Prelado al dirigirse á las señoras que le acompañaron en su visita.

También hemos tenido la honra de que el sabio y virtuoso Sr. Obispo de la Diócesis visite últimamente nuestro Asilo, administrando el Sacramento de la Confirmación á los asilados que se hallaban en disposición de recibir tan inapreciable beneficio.

El Sr. Obispo de esta Diócesis continuará su Visita pastoral de Madrid en el presente mes, en la forma siguiente: día 3, á las diez de la mañana, las Capuchinas; á las once, el Hospital de Mujeres Incurables; y á las doce, la Capilla de la Cara de Dios; día 5, á las diez, las Escolapias; á las once, las Esclavas de la Caridad, y á las doce, el Asilo de la Santísima Trinidad; día 7, á las diez, confirmación en San Marcos; á las doce, en las Arrepentidas; día 9, confirmación, á las diez, en la Buena Dicha, y á las doce, en San Plácido; día 11, á las diez, Iglesia de Don Juan de Alarcón, y á las once, Oratorio del Espíritu Santo; y el 14 administrará el Sacramento de la Confirmación, á las diez, en Maravillas, visitando, á las doce, la Capilla del Hospital provincial.

El día 15 se celebró en la anteiglesia de Deusto la solemne inauguración del establecimiento docente dirigido por los Hermanos de las Escuelas cristianas, fundado por la piedad y la ilustración del señor D. Gabriel María de Ibarra, bajo la advocación de Nuestra Señora del Rosario, como piadoso recuerdo de la finada y digna esposa de tan buen vizcaíno. Asistían diferentes representantes de las autoridades, algunas señoras y caballeros pertenecientes á allegados á la familia del fundador, el director de todas las Escuelas cristianas de España y el que dirige la de Castro-Urdiales, como también, naturalmente, los tres Hermanos á cuyo cargo estarán las de Deusto.

Ascienden á 180 los niños de la anteiglesia que se han inscrito para asistir á estas últimas, y que en la inauguración fueron obsequiados con paquetes de dulces.

En el acto de la inauguración dirigió al concurso algunas sentidas y delicadas palabras el Sr. Mieg, felicitando al municipio de Deusto por poseer un nuevo centro de instrucción que ha de cooperar, en unión de los que ya poseía, á difundir la instrucción en aquella populosa y bella anteiglesia.

La Juventud Católica de Madrid ha inaugurado el curso de 1887-88 con una velada literaria y artística en honor de Santa Teresa de Jesús, bajo la presidencia del venerable Prelado de la Diócesis de Madrid-Alcalá y con asistencia de los Sres. Gómez (D. Valentín), González Baides, Menéndez Pidal, Salamero y otras muchas personas distinguidas. El Sr. Menéndez Pidal dió principio al acto con una interesante Memoria de los trabajos verificados por la Academia durante el curso anterior. El Sr. Fernández Hidalgo, encargado del discurso inaugural, examinó en él la significación filosófica y literaria

de Santa Teresa de Jesús, relacionándola con la historia de la filosofía, y especialmente con la española. Concluido el discurso, leyeron inspiradas poesías la señorita Doña Constanza Rerea y los Sres. Ortega Morejón y Gómez, y después usó de la palabra el ilustre Prelado, pronunciando el discurso que en otro lugar de este número reproducimos.

Terminada la notabilísima conferencia, dió el Prelado su apostólica bendición; y concluyó el acto con unas breves palabras pronunciadas por D. Valentín Gómez, en las que manifestó éste que, cuanto sale de labios de los Prelados es ley para todos los católicos, que lo admitan sin titubear y sin discusión; porque en los Prelados y sólo en los Prelados reconocen los católicos maestros de la doctrina.

La sesión inaugural de la Juventud Católica permite esperar ocasiones repetidas de tributar aplausos á una Sociedad que tantos bienes reporta á nuestra Religión.

Durante el presente mes se celebrarán en la iglesia de San Justo de esta Corte los siguientes cultos en sufragio de las benditas Almas del Purgatorio.

Todos los días, á las once, se celebrará una misa rezada por las almas de los difuntos por quienes se hacen los sufragios, y al toque de oraciones se rezará el Santo Rosario de difuntos, sermón, mes de Almas, terminando con los lamentos, el *De profundis* y el responso.

Predicarán durante todo el mes: del día 1.º al 10 inclusive, el Sr. D. Manuel Belda, Beneficiado de la Catedral de Madrid; del 11 al 20, el R. P. Fidel Fita, de la Compañía de Jesús, y del 21 al 30, el Sr. D. José Joaquín Montalbán.

Escriben de Manresa que el maestro y la maestra que dejó el apóstata Gabarró en la escuela laica de aquella ciudad se han separado de ella.

La señora, que se llama Doña Enriqueta Collen, ha abierto un colegio de señoritas, al que ha puesto este título: *Colegio católico de la Inmaculada Concepción*.

El profesor, que se llama Luis del Pino, ha abierto otra escuela, cuyo rótulo dice: *Enseñanza católica para niños bajo la invocación de San José*.

Así tratan de reparar el mal que habían enseñado y abjurar de sus errores.

NECROLOGÍA

Al entrar en máquina nuestro número recibimos la triste nueva de haber fallecido en esta corte, víctima de una rápida dolencia, el Ilmo. Sr. D. José Oliver y Hurtado, Obispo dimisionario de Pamplona. En el inmediato número nos ocuparemos más extensamente de esta dolorosa pérdida que ha sufrido el Episcopado español.

También han fallecido recientemente:

En Barcelona, D. Tomás Trinxé y Sayol, Presbítero.

En Palma, el Presbítero D. Juan Alomar y Pujol.

En Antioque (Filipinas), Fray Camilo Buceta, Cura párroco del Pueblo de Sibolón.

En San Adrián de Caba (Coruña), el Párroco D. Francisco Couto Martínez.

En San Jorge de Vea, el Presbítero D. Luis María López y López.

En el Real Monasterio de Montserrat, el Reverendo D. Juan Valentinas y Bordas, Capellán que fué del Convento del Sagrado Corazón de Jesús, en el pueblo de Sarriá.

En Valdemosa, el joven Presbítero D. Jaime Cruellas.

En Gusendos de los Oteros, el Párroco D. José Cogne Martínez.

En Santa María de Gonzar (Coruña), el Párroco D. Ramón Regueiro Linares.

ARTÍCULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.



Tig. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.— Teléfono 435.



ÉPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 32. — Madrid 15 de Noviembre de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Six meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Six meses.....	2 1/2 ps. fr.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Six meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Six meses.....	3 ps. fr.
Un año.....	5 »

SUMARIO

TEXTO. — *La decena*, por M. Otero y Bernard. — *Los grabados*. — *La guardia de honor*. — *La mejor diadema*, por J. S. — *Las tres palmas*, por Adón de Paz. — *Santificar las fiestas*. — *Salvo XII*, por Fray Pedro Mallo de Chalde. — *La guerra política*, por M. Otero y Bernard. — *La palabra es oro*, por María de la Palla. — *El arte religioso*, por M. de A. — *Jubileo Sacerdotal de S. S. León XIII*. — *Consejos útiles*. — *Noticias*. — *Neurología*.
GRABADOS. — *Un país*. — *Romería de San Eugenio*. — *Real Palacio del Pardo*.

LA DECENA

Las noticias que se reciben de la capital del orbe católico permiten ya formar aproximada idea de lo que han de ser las fiestas del Jubileo Sacerdotal de León XIII y la Exposición Vaticana. Londres, París, Filadelfia y Viena han celebrado concursos universales, á los que han acudido el arte y la industria ganosos de aumentar sus prestigios; pero la Exposición de Roma es de muy diferente carácter, como que su objeto principal no es otro que tributar homenaje de filial cariño al sabio anciano que hoy ocupa la silla de San Pedro, y que por sus altas virtudes, por su transigente espíritu conciliador y por su clarísima y fecunda inteligencia es admiración del mundo moderno, y no solamente los católicos van á acudir con sus donativos y obsequios, sino que pueblos y monarcas que no profesan nuestra sacrosanta Religión concurrirán á la fiesta que la cristiandad se apresta á celebrar. La Exposición Vaticana comprenderá cuatro grupos: tejidos, objetos de metal, libros religiosos y Bellas Artes. Al local destinado en un principio en el jardín llamado la Piña, ha sido forzoso agregar después nuevos salones del Museo Pío Clementino, las galerías de tapices y el Belvedere, dada la amplitud que ha ido tomando la cuestión de donativos. También habrá que utilizar por la misma causa algunos jardines.

La restauración de la sala llamada de la Bendición es una obra importantísima y que señalará de manera indeleble la fecha del Jubileo Sacerdotal. En esta restauración se han gastado cuantiosos fondos de los facilitados por la piedad de los fieles al Jefe del catolicismo, y en esta sala no sólo se celebrarán las próximas beatificaciones, sino que sustituirá á la capilla Sixtina en todas las funciones papales.

Es de desear, y así lo esperamos, que la Roma, capital del reino de Italia, hará honor á la levantada promesa del rey Humberto, y acogerá con respeto y simpatía á los peregrinos que de todas las partes del mundo se dirigen á la misma para renovar sus votos de obediencia y sus expansiones de cariño hacia el Pontífice ilustre, que hace cincuenta años decía su primera misa, y que hoy, Padre común de todos los fieles, los atrae á su trono y les dirige su elocuente y conmovedora voz, prestándoles nuevas fuerzas para difundir y enaltecer las glorias del catolicismo.

La exposición de los objetos que la Diócesis de Madrid-Alcalá regala á Su Santidad corresponde



UN PAÍS.

dignamente a la universal demostración de acatamiento y amor a la Santa Sede, de que en todos nuestros números venimos dando detallada cuenta. En la tarde del día 3 visitaron dicha exposición S. M. la Reina Regente y S. A. R. la Infanta Doña Isabel, acompañadas del Nuncio de Su Santidad, del Prelado de la Diócesis y de la Junta de señoras que ha tenido a su cargo la reunión de donativos y ofrendas.

Numeroso público ha visitado también los salones del Palacio Arzobispal, admirando los muchos y ricos objetos que Madrid envía a la Exposición Vaticana.

No es la vez primera que hago constar en mis humildes trabajos la forma extravagante que en ocasiones suele tomar la devoción de los pueblos, forma que en el nuestro ha dado origen a los panceillos de San Antón y de San Isidro, al atracán de turrón y de pavo en Nochebuena, a los buñuelos de la Conmemoración de los Difuntos y en estos días a las bellotas de que se hartan los madrileños en el Real Sitio del Pardo, en memoria de las virtudes y del saber del Arzobispo de Toledo San Eugenio. Cierzo que la bellota gratis debe ofrecer atractivos mayores que la que hay que adquirir por el dinero, y que no es cosa de perder el panceillo a pie ó en coche hasta el Real Sitio del Pardo, aunque la romería de San Eugenio sea también de las que van cayendo en desuso, como todas las demás. Por los poetas del siglo de oro y aun por algunos contemporáneos sabemos lo que la romería citada pudo ser en otros tiempos; hoy se reduce a un centenar de borracheras y a un par de docenas de heridos y de presos. Si antes pudo dominar la galantería, hoy hemos progresado tanto que no se encontraría para un remedio un caso digno de ser cantado por los poetas. Acudir al monte del Pardo, despojar a sus encinas del fruto tan grato al acompañante eterno de San Antonio Abad, rociar aquella merienda, propia de la edad de oro, según la fantasía del hidalgo manchego, con sendos tragos de lo añejo; sacar al aire los argumentos de Albacete y hacer con ellos la vivisección del amigo; salir del Real Sitio, unos para el hospital, otros para la cárcel, alguno para el cementerio; volver a Madrid é irse quedando en el camino los menos resistentes a los placeres báquicos... he aquí el verdadero cuadro de la romería de San Eugenio.

Los que este año acudan a dicho sitio no podrán menos, al hallarse enfrente de la sombría residencia Real, de consagrar algún recuerdo al joven y animoso Monarca D. Alfonso XII, que hace dos años, minada su naturaleza por tenaz dolencia, lanzaba el último suspiro en aquella mansión, dejando a una inconsolable dama al cuidado de tiernos huérfanos, para quienes fueron cuna de amarguras las gradas del trono español.

Desde que el periódico oficial ha publicado el Real decreto reformando la lotería y estableciendo el sistema de la irradiación, hay personas a quienes se puede ahogar con un caballo.

En vano es que se les pretenda convencer de que es una aplicación del sistema decimal mucho más fácil y cómoda, y con la cual seguramente no pueden aparecer entre las bolas premiadas — como ocurrió hace poco, — las que no salgan del bombo. Para estas personas, idólatras de la rutina, todo lo que no sea volver a la lotería primitiva es verdaderamente una desgracia.

— ¡Allí sí que daban resultado las corazonadas! — dice uno: — Yo recuerdo que jugué a terno seco el 2, el 6 y el 8.

— ¿Y lo sacó usted?

— No, por una inadvertencia; pues había creído ver en el agua de un pozo dichos números, y no tuve en cuenta que lo que, visto desde arriba, parece un 6, visto desde abajo es un 9... Precisamente el número que salió.

— Lo que cogí yo más de cinco veces, en veinte años, fué un ambo: veintiocho realitos. Pero ahora, ahora no hay ya medio de coger más que un reintegro, jugando una decena del sorteo de Navidad.

— Pues ya verá usted cómo, con esa irradiación ó como se llame, no le toca a nadie.

— ¡Claro! Como que empiezan por poner cinco bombos.

— Pero, supongo que usted no habrá entendido el sistema.

— Claro que no; ni nadie. Yo creo, como un periódico, que el cero no saldrá nunca, porque no tiene más que una probabilidad contra nueve.

— Bien; pero a las demás cifras les pasa lo mismo.

— Desengáñese usted, que cuando el periódico lo dice, sabido se lo tendrá.

— Y eso de que no haga falta lista grande es también un mal.

— Lista sí que puede haberla, con tal de que se haga en una imprenta bien surtida, pues son muchos los guarismos iguales que se necesitarán, por la repetición de las terminaciones. Pero insisto en que a mí me agradaban más aquellas tiritas en que los muchachos apuntaban con lápiz los premios de la primitiva.

— ¡Buena tina que me dió uno de ellos!

— Cuente, cuente.

— Pues estaba yo mirando mi papeleta en la calle y no noté que un muchacho me observaba. Poco después se me acercaba ofreciéndome los números y diciéndome: — ¿Me da usted una peseta si le ha tocado? ¡Si no, se la doy de balde! — Yo, acostumbrado a que no me tocara nunca, acepté la proposición y pude ver que me había tocado un terno.

— ¿Dió usted la peseta?

— Sí; y el muchacho echó a correr con ella, diciéndome que a él sí que le había tocado la lotería, y llamándome ¿quieren ustedes creerlo? llamándome imbécil.

— ¡Ya, ya! Los niños y locos... tienen unas cosas!

— Yo pienso ir al primer sorteo de la nueva lotería para ver eso de la irradiación, ¡pero jugar... cualquier día me cogen a mí el dinero!

— Yo compraré un billete para leer la explicación en el programa; pero después, ni siquiera miraré si me ha tocado. Es decir, lo mismo será que lo mirase, pues no lo había de entender.

— Toma! Pues y eso de vender billetes sin número...

— Sin número?

— Hombre, con solo ceros.

— Para el tonto que los compre, sabiendo, por lo que dicen los periódicos, que los ceros no salen.

— Qué han de salir, hombre... Siquiera ahora, el número premiado con el gordo no tenía más que cuarenta mil probabilidades en contra suya!

— Decididamente el espíritu de reforma nos mata. Antes nos alumbrábamos tan ricamente con la luz de la luna y pusieron aceite y luego petróleo y más tarde gas y ahora luz eléctrica; antes viajábamos como unos príncipes en aquellas galeras aceleradas y no han parado hasta poner locomotoras y soñar con la dirección de los globos.

— El espíritu malo, amigo mío. ¿Cree usted que en eso de la lotería por irradiación no habrá influido también el demonio? Milagro será que yo me equivoque.

— De todas maneras, yo pienso jugar un billete, como antes le dije.

— Vaya! Entonces, resérvese usted la mitad... De alguna manera hemos de contribuir a sostener los gastos públicos!

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

UN PAÍS.

Crepúsculo, lleno de tranquilidad y de melancolía; acertada expresión artística de un efecto tomado del natural.

ROMERÍA DE SAN EUGENIO.

(Véase el artículo *La decena*.)

REAL PALACIO DEL PARDO.

(Véase el artículo *La decena*.)

LA GUARDIA DE HONOR

HAY en la ciudad de Agra un convento, y entre las jóvenes que allí se educaban había una llamada María Fortescue, la cual, aunque protestante, había sido colocada en aquella casa religiosa por su tío y tutor el coronel O'Connell, cuando al morir los padres de la niña, quedó ésta bajo la tutela del militar. El coronel O'Connell era oficial de alta posición y gran fortuna, y una de esas personas, cuyo carácter estaba en armonía con su rango. Alto, grave, severo, y de presencia imponente. Las visitas que hacía a su sobrina causaban cierta impresión de mal agüero entre las monjas; a quienes siempre mostró la más grave finura, acompañada de cierta austera reserva; sus visitas al convento eran poco frecuentes. Dos años habían transcurrido, y el coronel seguía tan poco familiar en su trato con las monjas, como el

día en que por vez primera pisó aquellos umbrales acompañado de su sobrina.

En aquella casa religiosa se profesaba mucha devoción al Corazón de Jesús, y casi todos sus moradores preciábanse de pertenecer a la *Guardia de Honor*. Señal de esto era un gran cuadro pendiente en una de las paredes de la capilla, en el que estaban escritos los nombres de todos los que habían prometido dedicar la hora elegida a honra y servicio del Sagrado Corazón. Y no sólo los moradores del convento, sino también muchos fervientes católicos de la ciudad pertenecían a la *Guardia de Honor*. En la época del año a que nos referimos, Mayo tocaba a su fin; y con la proximidad del mes consagrado a honrar al divino Corazón, las oraciones y ejercicios piadosos de las almas devotas redoblábanse para obtener del Señor el aumento de la devoción al adorable Salvador, y más copiosa lluvia de gracias celestiales. También la niña María Fortescue, aunque todavía protestante, amaba al divino Corazón, y como el círculo de personas que fuera del convento conocía era muy reducido, todo su anhelo y el blanco de todas sus miradas era obtener del Señor el que su tío el coronel se alistara en la *Guardia de Honor*.

Anuncióse repentinamente en cierto día la llegada del militar, que venía a visitar a su sobrina. Adornóse ésta con las pocas galas encerradas en su cómoda, y bajó con Sor Felicitas, que había sido la señalada para el poco agradable cargo de acompañarla al recibidor, donde el grave coronel aguardaba a la niña. De camino por un largo corredor iban María y la religiosa, cuando de repente, y con gran asombro de la Hermana, paróse la niña, se encaró con ella, dirigiéndole una mirada de ruego, y asiéndola convulsivamente por las rodillas, y ocultando su carita entre los vestidos de la religiosa, lanzó un gemido de dolor. Quedó Sor Felicitas fuera de sí.

— Pero, María, querida María, ¿qué te pasa?

— Bu-hu.

— Hija, ¿qué es lo que tienes? ¿Por qué lloras?

— ¿Tienes algo que te apene? ¿Qué va a decir tu tío si así te ve?

La niña seguía llorando y repitiendo su consabido bu-hu.

— ¡Por Dios, María!

— Querida Sor Felicitas — exclamó por fin la niña — prométame usted una cosa.

Contrariada la Hermana a tal respuesta, contestó a regañadientes en voz baja: ¡Que te prometa una cosa!

— Sí, una sola cosa. Hágalo, Hermana, hágalo.

— María, por Dios, no seas mala. Mira que tu tío espera... Vamos... ¿Qué quieres que te prometa?

— Prométame usted procurar que pertenezca mi tío a la *Guardia de Honor*.

Sor Felicitas quedó temblando a la sola idea de tan inaudita temeridad.

— Pero, hija, ¿cómo puedo yo hacer tal cosa?

La asustada Hermana cortó pronto la conversación, abriendo la puerta del recibidor, donde la Superiora se hallaba a la sazón entreteniendo al oficial. No se encubrió a la penetrante mirada de la reverenda Madre que algún acontecimiento desusado había ocurrido; pero después de algunos momentos en que trató con el coronel algunos asuntos relativos a su sobrina, se retiró. Pronto entablóse una animada conversación entre el militar y su sobrina.

Referíale ésta las procesiones que se habían hecho en el jardín durante el mes de Mayo; luego llevó al coronel a ver la estatua de la Virgen, después la capilla, a fin de que viera los preparativos que se hacían para las fiestas de Junio, hablando en todo este tiempo con tanta alegría y algarazas, que la Hermana juzgó que todo peligro estaba ya disipado. Vana esperanza! Tan luego como volvieron al recibidor, donde hallaron una taza de té preparada para el coronel, María exclamó:

— Tío, Sor Felicitas quiere pedirle a usted un favor.

La pobre Hermana hizo un vano esfuerzo por detener a la niña, pero hallábase ésta vuelta de espaldas a la religiosa, y las miradas del coronel fijadas en el rostro de su sobrina.

No entendió éste al pronto.

— ¿Qué Hermana? María.

— Sor Felicitas, tío. ¿No es así, Hermana?

Quedó la pobre monja sin saber qué decir.

Entonces el coronel, con imperioso tono, dijo a la religiosa:

— Si mal no entiendo, Hermana, ¿me cabe el gusto de poderle a usted servir en alguna cosa?

— Coronel, jamás me habría yo tomado la libertad de hablaros si María no hubiera insistido en ello. María no puede pertenecer a la *Guardia de Honor*, pero ardientemente desearé que yo le pida a usted el que usted pertenezca a ella.

—¿La Guardia de Honor? Ya. —Diga usted, Hermana: ¿Y cuáles son las obligaciones de la Guardia de Honor?

—Cada uno de los que a ella pertenecen tiene una hora al día destinada a hacer la guardia.

—¿Y para quién es el honor de la guardia?

—¡Oh! el honor para el Sagrado Corazón de Jesús.

—Ciertamente debe ser muy honroso el pertenecer a tal Guardia.

Pero, ¿es la guardia ir cada día y por espacio de una hora a la iglesia?

—No, coronel, no; ni aun desatienden sus propias y ordinarias ocupaciones los que a la tal Guardia pertenecen: procuran, sí, cuando la hora llega, tributar en su corazón homenaje más ferviente al Divino Salvador.

—Y cuando una persona ha sido alistada, si llega a olvidar la hora, será tal olvido gran quiebra de su obligación, ¿no es así?

—No, señor, nada de eso, si fué un mero olvido. No hay contralida obligación alguna bajo pecado.

Pensativo quedó el coronel por un rato.

—¡María! —exclamó; y al volver sus miradas a la niña, quedó sobrecogido por la intensa expresión retratada en el rostro de su sobrina.

—María, ¿sería para tí un gran placer si yo perteneciera a la Guardia de Honor?

La pequeña habladora no tuvo en esta ocasión palabras con que responder, y reclinando su cabecita sobre las rodillas del oficial; tío, decía, y sin más, acudió a su favorita expresión, bu-hu.

Al levantar los ojos el coronel, sorprendió a Sor Felicitas en el momento mismo en que se enjugaba una lágrima.

—Hermana —dijo con cierto tono que nunca jamás había usado, por lo menos en aquel sitio. —Ambiciono un puesto en la Guardia de Honor.

—Gracias, coronel. Escribiré su nombre de usted en el cuadro, y puede usted designar la hora que elija para hacer la Guardia. Hay concedida indulgencia plenaria en el día de la admisión.

—Gran privilegio es ese —contestó el coronel.

Y luego en tono confidencial, siguió la Hermana diciendo:

—Al siguiente día, en que haya usted comulgado, escriba la fecha en la cédula de inscripción.

Menos artificio en su modo de expresarse no podía haber usado la religiosa, y sin embargo, evidentemente algo misterioso había ocurrido. ¿Qué fue ello? Ni la monja ni María lo supieron. El coronel quedó por algunos momentos silencioso, con la mirada fija e indecisa, indecisa por lo indefinible del objeto en que se clavaron sus ojos. De repente y con un tono más perentorio del que jamás había allí usado, «María, exclamó, el té se ha quedado frío; dí que traigan otra taza.» El té, en efecto, había permanecido sobre la mesa desde la vuelta de las tres personas al recibidor, sin haber ninguna de ellas hecho cuenta de las tazas y demás preparativos puestos en la mesa.

A la voz del coronel salió María fuera del recibidor, pidiendo té para su tío. Corrió de boca en boca la noticia de que el coronel pedía té más caliente, y las pobres religiosas azoradas daban vueltas por un lado y por otro, apresurándose por complacer al militar. Cuando éste y Sor Felicitas quedaron solos; el oficial, tomando la palabra, habló a la Hermana:

—Hermana —le dijo— debo en verdad ser franco con usted, y esto aun exponiéndome al riesgo de escandalizarla. Hace ya treinta años que no me he confesado.

—¡Ah, coronel! —respondió la religiosa con un tono que más que escándalo revelaba la más tierna compasión.

—Sí, —dijo el oficial, lo veo; y conozco que debo avergonzarme de mi conducta. Pero, mire usted, Hermana, aun no es tarde.

—¡Tarde! Señor, ¿quién dijo tarde?

—Pues bien, confíe usted en mi palabra. He de pertenecer a la Guardia de Honor.

—Señor mío, no sólo confío en su palabra, sino que le rogo por usted cada día al Sagrado Corazón de Jesús.

—Gracias, Hermana, por su buena voluntad. Hoy no he estado bastante tiempo con mi sobrina, tengo que volver otra vez.

El coronel, al decir esto, púsose en pie, llamó a sus criados y marchóse. Algunos momentos después llegaba el té para el militar.

Pasaban los días, y María, feliz y dichosa ante la idea de que su tío iba a pertenecer a la Guardia de Honor, no tenía más preocupación que la de saber por qué otra persona debía rogar al Sagrado Corazón. Al cabo de algunas semanas presentóse de nuevo el coronel en el convento, y esta vez otra religiosa acompañó a la niña al recibidor. El oficial,

sin embargo, quiso ver a Sor Felicitas. Cuando ésta encontró al militar, le pareció hallar a aquel hombre completamente mudado.

—Hermana —dijo el coronel al saludar a la religiosa —no me he olvidado.

—Pero, coronel —replicó Sor Felicitas —¿ha ido usted?

—No, todavía no; pero tenga usted compasión de mí.

Treinta años no son una friolera, y es difícil recorrer tan largo espacio de tiempo. Pero mire usted, y al decir esto sacó de su bolsillo un gran papel; ¿no ve usted cuánta cosa he tenido que recordar? Pero todo está escrito aquí.

La pobre Hermana no pudo contener las lágrimas.

—Mas debo ser sincero —prosiguió el militar; cuando a usted le dije que hacía treinta años que no me había confesado, la voz de mi conciencia clamaba en mi interior, recordándome que no eran treinta, sino treinta y dos. Dije una mentira, y no he querido ir a confesarme sin desdecirme primero. Esta noche misma me confesare.

Humilde y penitente, retiróse el coronel. Esta vez no venía con sus criados.

—Hermana —preguntó María a Sor Felicitas, ¿qué ha pasado con mi tío?

Aquella misma noche trajo el sacristán a las monjas la noticia de haber visto con sus propios ojos al coronel O'Connell rezando en la catedral. Al día siguiente a este suceso se celebraba la fiesta del Sagrado Corazón. Poco tiempo después se supo en la ciudad de Agra que el coronel O'Connell había legado la mitad de su fortuna a la catedral de la villa. Una cosa, sin embargo, estuvo oculta, y sólo llegó a saberse después de la muerte del militar: fué el que aquel hombre, desde el día en que se purificó en las aguas de la penitencia, hasta el momento de dejar este mundo, había ayunado constantemente tres veces por semana.

(Del *Menajero inglés del Corazón de Jesús*.)

LA MEJOR DIADEMA

Las siete de la noche daban con golpe sonoro y acompasado en el reloj de la Iglesia de San Eustaquio.

El invierno se había presentado bastante riguroso.

Dentro del palacio del Sr. Marqués de Alta-Cumbre se notaba alguna animación y movimiento. Los señores se disponían a salir, y los criados transmitían las instrucciones que habían recibido.

Una doncella entró en el tocador de la Marquesa, que estaba dirigiendo su última mirada al espejo, y dijo:

—El coche ya está a punto... señora.

La Marquesa, Doña María de la Presentación Bercet y Ailor de las Angarillas, se dispuso a salir.

En este momento entró su marido, el Sr. Marqués de Alta-Cumbre, un marido como hay pocos, que amaba a su esposa con frenesí; pero que no era del todo dichoso, pues Dios no les había dado sucesión, que era su mayor anhelo. Sin embargo, estaba muy satisfecho con su mujer, porque ciertamente era hermosa, elegante, de claro entendimiento, de intachable virtud, de compasivo corazón... sólo tenía un defecto; era vanidosa.

Por eso había pasado cerca de dos horas delante del espejo mirando su traje de baile, sus lazos y sus flores. Sobre todo, lo que no sabía dejar de admirar era la diadema de brillantes que chispeaba como una magnífica constelación entre sus negros cabellos... Tres meses hacía que la guardaba en el cofrecillo de sus joyas; se la regaló su esposo el día de su santo, y desde entonces diariamente la sacaba del estuche, se la ponía, la contemplaba con alegría y asombro, se la quitaba y la volvía a guardar; pero al guardarla decía:

—¿Cuándo habrá un baile digno de que yo me ponga esta diadema?

La ocasión se había presentado; aquella noche tenía lugar un grandioso baile en los suntuosos salones del palacio de la Sra. Vizcondesa de la Esperanza, en el que la diadema debía ser objeto de la admiración y envidia de las damas más encoquetadas de la aristocracia.

Triunfante y orgullosa la Marquesa, baja la escalera del magnífico edificio en cuyo principal habita, cuando se detiene estremecida, y le dice a su marido:

—¿Oyes?

—Creo... sí, es la campanilla del Viático...

La campanilla suena ya más claramente; la comitiva se detiene delante del portal, suena luego junto al primer tramo de la escalera; el resplandor de las

velas encendidas se mezcla extrañamente con los resplandores de las bombas del gas, y se oye un murmullo como de oraciones, y los pasos lentos de una persona que al compás del rezo avanza y sube... Es el sacerdote que lleva el Viático... es Dios.

La dama y el caballero, admirados, se apartan a un lado y se arrodillan...

—¿Quién es el que en mi casa muere? —pregunta ella cuando pasa el portero.

—Señora, dice éste, hace dos noches encontré en la esquina de la calle a una mujer, tendida sobre las losas, como muerta. Una niña de unos siete años abrazaba el cuerpo de esta mujer, con llanto de desesperación... Me acerqué a ella, le hablé para averiguar... (aunque harto decían sus harapos y su semblante), no tenían casa en que vivir, ni pan que llevar a la boca; la madre estaba desmayada de hambre... Las recogí a las dos, las he colocado en una de las buhardillas de la casa... y les he dado alimento y cuidados; pero han sido tardíos para la pobre mujer... que probablemente, Dios mediante, morirá esta misma noche.

—¿Y nada me había usted dicho...?

—Como el médico me dijo que todo remedio sería inútil...

—¿Y por qué no se me ha avisado tampoco de que esta noche debía recibir a Dios esa desgraciada?

—¡Ah, señora! V. S. debía ir esta noche a un baile, y temí...

—El baile! Ella casi lo había olvidado... ¡El baile...! Es decir, su hermosura; su maravilloso traje; el estreno de su incomparable diadema; el triunfo más brillante de su vida cortesana...

La última persona de la comitiva pasaba, subiéndolo por delante de ella. Era un pobre andrajoso, que más que rezaba, gruñía... En el tramo inferior, un lacayo, galoneado de oro, con el sombrero en la mano, esperaba.

¿Subir... ó bajar?

(La caridad había tocado aquel corazón.)

Dió un suspiro... y dijo a su esposo:

—¡Subamos!

La buhardilla era una habitación muy propia para su destino anterior; guardar muebles desvencijados y esteras... Las esteras y los muebles habían sido retirados hacia los rincones, y en el resto de la pieza había una mala cama, una mesita y dos ó tres sillas escogidas entre los trastos viejos... En la cama estaba la moribunda María, mujer que habría sido hermosa, y que tal vez era joven. Junto a ella, de rodillas, con la cabeza oculta entre las manos, sobre las ropas de la cama, estaba su hija... no se veían más que sus largos y dispersos cabellos rubios, su deshecho vestido y las destrozadas suelas de sus zapatos...

En la mesita había una taza desportillada, con una cuchara de madera dentro; un crucifijo con perla y dos velas encendidas.

Se respiraba allí la tristeza intensa que da el sentimiento de la miseria, la soledad y la muerte!

Al ruido de la gente que subía por la escalera, la moribunda abrió los ojos y la niña volvió la cabeza... El rostro de la niña parecía una rosa, pero una rosa pálida.

Cuando todos entraron y se arrodillaron, avanzó el sacerdote y hubo un silencio profundo.

¿Qué humildad, qué piedad, qué temor, qué respeto...!

Más grandiosa pareció entonces aquella buhardilla que el más grandioso palacio!

La moribunda se alzó, apoyada en los brazos de dos mujeres para recibir el cuerpo divino. Animóse su rostro demacrado al recibirlo, y sus ojos se fijaron después en el techo como si viese alguna figura celestial... Luego extendió las manos hacia su hija, que se arrojó dando un grito inefable en sus brazos...

La comitiva se componía de personas pobremente vestidas y con trajes oscuros; todos estaban arrodillados en cordón, delante de las esteras y los trastos viejos; todos quietos y tristes; sólo tenían allí movimiento las llamaradas cárdenas de las velas, que chisporroteaban lamiendo los pabilos... pero junto a la puerta había un foco espléndido... aquella señora, vestida con traje de raso blanco, cuya dilatadísima tela descansaba sobre las sucias baldosas... y aquella magnífica diadema que resplandecía sobre su bello rostro.

Su esposo, no de rodillas como ella, pero sí con devoción elegante, estaba detrás, la cabeza inclinada y el clac aplastado bajo el brazo.

Concluido el acto, la comitiva se dispuso a dejar la buhardilla, y se inició un movimiento de retirada.

Pero un incidente detuvo a la comitiva.

La moribunda, después de haber llorado sobre la cabeza de su hija, había alzado el rostro, y lanzado en derredor una mirada de infinita amargura.

Ella moría, y ella sería, pues; dichosa; pero aquel pedazo de sus entrañas quedaba en el mundo... ¿Y quién es el mundo para quien ha vivido en la miseria y en el dolor, y muere de hambre?

Sus ojos vagaron por el fúnebre círculo de silenciosos espectadores; en este momento parecía iluminada por ese relámpago de lucidez con que aparece la muerte.

Sus ojos se fijaron en la dama. Quiso llamarla y no pudo... Entonces la llamó con los ojos y con la mano... La dama se acercó llorando. La moribunda la miró con ojos en que se veía extraña curiosidad. — Como la mariposa debe mirar a la luz... curiosidad, duda, esperanza, temor... esto decían sus miradas. Por un movimiento automático extendió sus manos hacia la dama y tocó la diadema. Después se volvió hacia su hija, y la tocó también en la frente. En la frente de la niña sólo había inocencia y tristeza.

La pobre madre rompió a llorar.

Y después lloraron todos. Porque la dama se quitó la diadema, la puso sobre los cabellos de la niña, y la mostró a la madre así magníficamente engalanada.

Entonces sí que había aumentado la diadema de valor.

Era la mejor diadema.

La mendiga exhaló un gemido de placer, dobló la cabeza sobre la almohada, y espiró tranquila.

Poco después la Sra. Marquesa entraba en sus habitaciones, llevando a la niña de la mano, y mandando que se le tributasen a la difunta los sufragios correspondientes a la categoría de madre de su nueva hija.

¡Oh poder de Dios...!

Y la doncella decía a un criado, y el criado al lacayo. — ¡Que se retire el coche! ¡Los señores... no van a ningún baile!

J. S.

LAS TRES PALMAS

I

Surcando el mar de las Indias en una humilde goleta, navegan tres franciscanos con rumbo a las Mascareñas. Crucifijos son sus armas, sayales sus vestimentas, y todas sus ambiciones predicar la Buena Nueva a idólatras africanas de un islote que gobierna Tikolo, joven cacique de valor e inteligencia. Dispuestos van a vencer o a morir, aunque más cierta que la victoria es la muerte entre furias que rastrean al desdichado europeo que a tales costas se llega, ignorante del peligro o botín de la tormenta.

II

Han transcurrido seis años, y en un vapor de alto bordo arriba el inglés sir Nuhn, sabio de los más famosos. Lleva trescientos obreros, armados hasta los ojos, anhelante de explotar filones de cuarzo y oro. Y los explota tranquilo, pues el país es muy otro, no ya inculto y carnívoro, sino industrial y ortodoxo, aunque con ciertos resabios de cuando el negro Tikolo sacrificara a dos monjes. Y si respetó al tercero, debióse al *quid* misterioso con que sanó de una herida por la virtud de sus pomos.

III

Contento vive sir Nuhn acumulando riquezas, al lado de amante niña que se trajo de Inglaterra para Venus de un Olimpo

de egipcias, yankees y armenias.

En torno de su morada, verdaderamente regia, se extiende una población que por instantes aumenta, con fábricas y almacenes y casinos y academias, que comunica el teléfono e ilumina luz eléctrica. Y no he menester decir (instituciones ajenas) que en la ciudad no hay un templo, ni una cruz en las escuelas. Así lo dispuso el docto mecánico de la isleta, chiflado tan de remate de pensar en la minera, que aspira a escalar el cielo sin medios para la empresa. Mucho tiene de Calígula, y no poco le molesta que el fraile que sobrevive de continuo le reprenda su liviandad y avaricia, que a nadie y nada respetan. Mas él, que es hombre de alientos, al franciscano degüella, y quemando crucifijos, y enseñando que la ciencia, y el progreso, y que sé yo, muy cuerdatamente se befan de los cultos positivos, anuncia a son de trompeta: — ¿De qué nos sirven los curas? ¡Acabemos con la Bestia! No hay más Dios que la Razón, ni más Ley que la Conciencia.

IV

Y el anuncio se abre paso, motivando ruin consorcio de africanos y europeos, hijos del mismo demonio, contra el amo enriquecido, señuelo de sus enojos, para atacarle los unos, abandonarle los otros, y partirse mutuamente sus queridas y tesoros. Con lo que, rota la valla, se arma un día tal jolgorio, que en el perece sir Nuhn entre las zarpas del ogro. — ¡Salvajes! murmura el débil, acogido a su escritorio. — Salvajes civilizados, le replican como locos. Y hecho el reparto de bienes, aguijón del alboroto, los traidores liban copas hasta rendirse beodos. Hora en que sale a la playa el fiero adalid Tikolo con la desmayada inglesa sobre sus fornidos hombros. Y contemplándola ahito de sus materiales logros, canta al rumor de las olas de aquella noche de monstruos: — Pues no hay otro Dios, ni Ley, que los que sueña el antojo, destruyamos cuanto existe, familia, propiedad, todo. Mi razón es el placer. Mi conciencia... la del lobo.

V

Pero, al acabar el canto, fulguraron tres cometas que, cruzando el horizonte, mostraban por cabelleras a los insignes franciscos de la isla Mascareña, ofreciendo las tres palmas de su martirio a la tierra. Y anonadado el salvaje, oyó suspenso esta endecha de los frailes al Altísimo, a cuyo regazo vuelan: — Si de algo vale la sangre con que sellamos tu Enseña en la mansión pecadora donde tales cosas sueñan, ten piedad de quien las dice por ignorancia o soberbia. Repara en que harto castigo

se impuso el mortal que alienta sin fe, ni amor, ni esperanza, ángel descendido a bestia, que, al torcer su libertad ó nublar su inteligencia, va turbando la armonía con que giran las esferas. Y comunica tu Gracia, por Misericordia Excelsa, a reyes y a muchedumbres para que al fin te comprendan como Belleza del Arte, como Verdad de la Ciencia, como Bien de la Justicia, como Síntesis Eterna, en que todo error acaba y en que toda dicha empieza.

ANÓN. DE PAZ.

(De La Ilustración Española.)

SANTIFICAR LAS FIESTAS



HACE pocos años que uno de los ilustres Arzobispos franceses, Cardenal de la Santa Iglesia, apesadumbrado al ver que se iba generalizando más y más todos los días en la ciudad la profanación de los días festivos, estudiaba el medio más a propósito para hacer cesar, o cuando menos mejorar un estado de cosas tan deplorable, cuando le ocurrió el pensamiento de dirigirse directamente y en persona a uno de los más conocidos industriales de la ciudad. Si el buen ejemplo viene de lo alto, decía en su interior, será más eficaz.

Llamóle, pues, el Cardenal a su palacio. Ufano y alegre el digno comerciante con tal prueba de estimación por parte de su Arzobispo, correspondió al día siguiente a la invitación recibida. Mas cuando S. Emma, después de algunos momentos de conversación indiferente, pasó a explicarle el objeto de aquella entrevista, y pidióle por último que, para buen ejemplo de los demás, se dignase en los días festivos cesar de todo tráfico y venta, el comerciante replicóle al punto con mucho respeto, pero con una convicción que dejaba al buen Cardenal poca esperanza de ver realizadas las suyas, que aquello le era absolutamente imposible; que sus intereses comerciales sufrirían gran quebranto, y que con adoptar aquella medida peligraría el porvenir de sus hijos. Mil otras razones añadió, que a su modo de ver eran a cual más importantes.

Después de algunos momentos de una sincera discusión entre el Arzobispo y el negociante, que si bien era en el fondo católico, había olvidado que, cuando se busca con preferencia el Reino de Dios, lo demás se nos da por añadidura, S. Emma, como inspirado, exclamó de repente:

— Pues bien; voy a hacerle una propuesta: cese usted desde luego en todo negocio en los días festivos; calcule exactamente todas las noches la ganancia de aquel día, y si al fin del año no iguala a la del año anterior, yo me obligo a... pagar el déficit.

— Señor Cardenal, usted se chancas...

— Pero con la condición, replicó el Cardenal, que si, por el contrario, la ganancia fuere mayor, usted me entregará el exceso para mis actos de beneficencia.

Pasó el año, y el Cardenal ya no pensaba en su compromiso ni con el que había contraído el rico comerciante, cuando un día se presenta éste al Arzobispo:

— Eminencia, le dice en tono risueño, vengo a pagar mi compromiso: aquí están seis mil francos, que son el excedente de mis ganancias de este año sobre el anterior.

El buen ejemplo no había dejado de producir su fruto, porque en el decurso del año, muchos otros comerciantes cristianos de buena voluntad, pero débiles y vacilantes, se habían decidido a observar la ley de la Iglesia en todo su rigor, cerrando el despacho de sus negocios los domingos y días festivos.

SALMO XII

¿Hasta cuándo, Dios mío,
Te olvidarás de mí, para valirme
Con tu gran poderío,
Sin quien he de perderme,
Y apartarás tu rostro por no verme?

¿Hasta cuándo ¡ay! perdida,
Tardará el consultar el camandame,
Y de tan triste vida
Podré desenredarme,
Y a tu manada, oh gran Señor, tornarme?
¿Cuándo será aquel día
Que el corazón descanse de su duelo,
Y el alma tibia y fría,
Deshecho ya su hielo,
Se abra en amor tuyo, oh Rey del cielo?
¿Hasta cuándo, conmigo,
¡Ay alma desdichada! en mi despecho,
Mi sangriento enemigo
Se ensalzará en su hecho,
Robando los despojos de mi pecho?
Vuelve esos claros ojos,
Y rompe este nublado con tu lumbre
Y arranca los abrojos
De la vieja costumbre
Del vicio, tú, que moras en la cumbre.
Oyeme, Señor mío,
Dios mío, pues te llamo; y de tu cielo
Quebranta el brazo y brío
Del príncipe del suelo,
Que esparce del pecado el mortal hielo.
Alumbra los mis ojos,
Porque jamás la sombra de la muerte
Apañe mis despojos,
Y el enemigo fuerte
Diga: «Prevaleci, no hay defenderte.»
No tengan tal contento
Los que traen mi alma atribulada,
Ni salgan con su intento;
Que esta gente malvada
Se alegrará con verme derrocada.
Mas yo, mi Dios, espero
En tu misericordia, que es el puerto
Do el roto marinero
Hallará el remedio cierto;
Piedad, Señor, socorre un pecho muerto.

(De Fray Pedro Malón de Chaide.)

LA ÓPERA POLÍTICA

INTRODUCCIÓN POR EL PORTERO DE LA CASA

El otra vez al yunque. A las tres de la mañana me acosté, gracias a los señores del segundo, que se retiran a esa hora del Círculo constitucional... Bonitas horas de retirarse de un Círculo político... Quisiera yo saber lo que hacen en él los socios, que no será cosa buena. Y todo esto sin cobrar más que setenta reales al mes, con obligación de encender las luces. Afortunadamente el casero me permite establecer la venta de periódicos en el portal, y esto deja para un mal cocido y para no andar enseñando las carnes en estos meses de frío. Colguemos los periódicos de anoche y los de la mañana de hoy... Aquí *La Correspondencia*, por la que vendrá de seguro la viuda del ním. 4, interesada en conocer el desenlace de la novela del folletín. Ahora *El Progreso*, que suele comprarme ese viejo que fué Gobernador en tiempo de la República, y *La Fe*, para el sacristán de las monjas. *El Torero*, *La Lidia*, *El Centeno*... estos los colocaremos por la parte de afuera, porque tienen muchos golosos. El *Madrid Cómic*, abierto por la mitad, aunque esto tiene el peligro de que muchas personas ven gratis los monos y luego no quieren comprarlo... *La Caricatura*... *Los Susasos*... y *Las Ocurencias*, que son los periódicos con que se ríe más la gente, aunque no comprendo que sean cosa de risa los crímenes que publican en estampas. ¡Ah! *El Jaleo*... ya se me olvidaba colgarlo, a pesar de que no dejan de pedírmelo... Valiente periódico será con ese nombre... *El Jaleo*... En fin, ya está colgado también... ¿Qué se le ofrece, joven? ¿Que si tengo *El Terror*? No, señor; si quiere usted *El Motín* o *Las Dominicales del Libre Pensamiento*... ¡Hoy vienen que arden!

ARIA POR EL INQUILINO DEL PRINCIPAL

Las corrientes modernas nos arrastran a nuevas concesiones y a nuevos ideales. La resistencia podrá dilatar el triunfo de los mismos; pero eso de caer abrazados a los antiguos ídolos no es propio de discretos. Lo conveniente ahora es fingir profundo desprecio a mis antiguas preocupaciones nobiliarias y dar buen empleo a parte de mis riquezas... para no perderlas todas. Jugaré a dos cartas: como bolista, a hacer prevalecer lo existente, y como particular, siendo accionista de algunos periódicos

revolucionarios... También me parece oportuno mandar algunos socorros a los emigrados revolucionarios y figurar en todas esas *martingalas* de asociaciones para el fomento de la industria y dar pan al obrero y sostener clases nocturnas. Desde mañana democracia práctica y muchos bombos en los periódicos... Haré también que los criados no me den tratamiento... ¡quién sabe si mañana tendremos que llamarnos tú por tú!

El porvenir no puede ser más oscuro, ni el presente más peligroso; pero con una buena dosis de habilidad se vencerán todos los inconvenientes. En el juego político, como en el monte, hay que saber verlas venir... Como han de darse muy pronto bastos y copas y hay pocas espadas y oros en la baraja, hay necesidad de observar el juego para seguirle después.

DUO EN EL CUARTO SEGUNDO

— Juana, ¿vino ya el cartero?
— Pero, hombre de Dios, si son las ocho de la mañana.
— Tienes razón, mujer: con esto de las elecciones voy a perder el juicio.
— ¿Y viste anoche al Ministro?
— Ya lo creo, y me repitió por tercera vez que vería con mucho gusto mi triunfo; pero que la sinceridad electoral le impide apoyarme.
— ¿Y qué es eso de la sinceridad electoral?
— Mira, a ciencia cierta no lo sé, y creo que el Ministro tampoco; pero me parece que quiere dar a entender que el Gobierno dejará a los electores que voten a quien mejor les parezca.
— Entonces...
— Sí, entonces, ¡adiós Diputación, y adiós esperanzas de salir de nuestras estrecheces!
— Pues tus electores no dejarán de votarte... El estanquero me dijo...
— Es que han quitado al estanquero.
— También creo que estaban en tu favor aquellos tres concejales.
— ¡Han encausado al Ayuntamiento!
— El maestro de la escuela...
— Mi contrincante le ha amenazado con quitarle la escuela si no vota por él con papeleta abierta.
— Pues me parece que D. Juan y el tío Malasombra y el veterinario son votos seguros...
— Calla, mujer, calla, si les han borrado de la lista de electores.
— ¿Sabes que me parecen muchas casualidades...?
— ¡Y a mí también; a menos de que consista en esto la sinceridad electoral!

GRAN CONCERTANTE EN EL TERCERO

— ¡Patrona! Cuando venga el repartidor de *La Iberia*, tirele usted por la escalera.
— ¡Jesús!
— Y al cobrador del Círculo péguele usted un tiro... Ya no soy fusionista.
— ¿Pero qué le pasa a usted, D. Venancio?
— Tampoco soy ya D. Venancio... Voy a mudarme de nombre y a marcharme de este país, que es un país de perdidos...
— ¿Nos llamaba usted, amigo Fernández?
— No; pero me alegro de que lleguen para que participen de mi indignación: ¡me han dejado cesante!
— ¿Cesante a usted!
— ¿Cesante a un suscriptor de *La Iberia*!
— ¡Vaya... esa es una broma...
— Sí, para bromas está el tiempo... Véanlo ustedes: ... Ha tenido a bien declarar cesante a D. Venancio Fernández del cargo de oficial séptimo...
— ¡Oh! Pero me las pagarán!
— Bien hecho: véngase usted a nuestro campo... la idea republicana le llama.
— No, amigo Venancio, nada de impaciencia; yo le presentaré en el Círculo de Romero Robledo.
— Protesto: Venancio es muy juicioso y muy precavido y los ejércitos de D. Carlos...
— ¡Calle el absolutista!
— ¡Calle el demagogo!
— O hablen todos ustedes un poco más bajito... Tiene razón nuestra patrona.
— ¿Que siga hablando! Tiene una elocuencia conmovedora.
— Pues no hay que afligirse, amigo D. Venancio; ya sabe usted que mientras yo viva no ha de faltarle su media斤ura de chocolate por las mañanas, su platito de garbanzos al medio día y el guisado nocturno... ¿A qué afligirse y afligirnos a todos?
— No, si yo no siento la cesantía... el trabajo me molestaba y...
— Pues ¿qué siente usted, hombre de Dios?
— ¿Que me coge sin dinero!

CABALETTA FINAL EN LA BUIARDILLA

¿A dónde dirigire hoy mis pasos? ¿Dónde encontraré el pan que mis hijos aguardan? No hay obras... no hay empresas, no hay quien quiera favorecer al trabajador, como no sea con el propósito de comprometerle en algaradas y manifestaciones... Mis antiguos maestros han colgado las herramientas y se han dedicado a políticos. Las obras del Gobierno están paradas por falta de fondos... y no hay quien piense sino en las elecciones y en escalar altos puestos... Maldita sea la po...

(La voz cantante se pierde entre el ruido que produce una murga, que a la sazón se ha situado junto a la casa tocando el himno de Riego.)

M. OSSORIO Y BERNARD.

LA PALABRA ES ORO

(CARTAS A UNA HUÉRFANA)

Mi querida Amelia: Constante en mi propósito de fijar tu atención en las pequeñas de la vida social, deseo que te habitúes al lenguaje culto sin pretensiones. Parecerá hasta impertinente tal advertencia tratándose de una niña bien educada; pero la justa verdad de mis someras observaciones te demostrará lo contrario.

La moda, esa diosa a quien la humanidad rinde culto; esa soberana absoluta del sentido común; esa inexorable y veloz despotista, invisible como el magnetismo, y tan impalpable y avasalladora como la electricidad, que todo lo establece, ridiculiza o ensalza a su antojo, se apodera con irresistible magia hasta de la educación, haciéndose cómplice del más absurdo de los extravíos.

Francia, Inglaterra y Alemania son las escuelas de nuestros hijos: allí vamos a costa de grandes sacrificios a trocar puñados de oro por sus idiomas, sus costumbres y sus ideas despreocupadas; y tal es la fuerza de la moda, que hay madres que se juzgan infelices porque no pueden costear tamañas empresas, y que sólo se consuelan con los colegios extranjeros que entre nosotros existen.

De suerte que un gran número de aristocráticos jóvenes poseen varios idiomas con perfección, desconociendo el propio hasta el punto de no saberlo pronunciar, y dicen *jago* por jarro, *ago* por perro, como si fuesen hijos del Sena y no del Manzanares.

Y como en bando opuesto, y a manera de chicleos en batalla de pedrea, que se esfuerzan a cual más para arrojarle guijarros al rostro, así otros, alardeando de españolismo se expresan en frase vulgar, habituándose a citar refranes a lo Sancho Panza, dando lugar a que recordemos los consejos del caballero andante a su escudero antes que fuese a gobernar la Insula: «También, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias.»

La lectura te auxiliará para no incurrir en ninguna de ambas vulgaridades. Han de ser los libros tus fieles y constantes amigos: graves o ligeros, poéticos o prácticos, serán amables compañeros tuyos, según los escojas en tu pequeña biblioteca o en la de tu padre, por cierto numerosa, y en la que no debes leer al acaso, sino aconsejándote de persona ilustrada, así como de notoria moralidad; porque si es importante escoger la forma del escrito, no lo es menos sondear su fondo, y tal vez cayeran en tus manos libros, que si bien tu inocencia no alcanzaría a comprender en toda la extensión de su maldad, darian pábulo a tu fresca y viva imaginación para cavilaciones importunas, pues la curiosidad es innata en la mujer, y a tus años está en todo su temible desarrollo.

También el teatro debe ser escuela para ti. Allí vamos, no tan sólo a recrear el ánimo, sino a cultivar el entendimiento, buscando indirecta enseñanza en aquel animado libro.

No siempre, por nuestra desdicha, hallamos en el sanas ideas, moralidad y cultura. La escena francesa ha invadido la nuestra con todo su desvergonzado desenfreno, y tal vez muy pronto nos veamos privados de llevar a nuestras hijas a semejantes espectáculos, como acontece en Francia a las familias de cierta clase.

Aquí en general, y salvo honrosísimas excepciones, oímos en el teatro óperas y comedias bufas, traducción del francés, otras originales de género frívolo, graciosas algunas, disparatadas otras, y es-

critas la mayor parte en frase vulgar é incorrecta, todo lo cual compone el repertorio á la moda, popularizando así chistes y locuciones nacidas del ardiente ingenio en la densa atmósfera del tabaco, entre animada reunión de hombres, dichos que se tienen por de especial gracejo para que de allí pasen al teatro, al salón, al tocador, á la cocina y á la calle. Tal fué la suerte de los que hoy demuestran suma elegancia entre cocineras y lacayos. *La mar, guata, tipo, camelo, no me la das, te veo venir, me carga ese hombre*, y otras y otras, que aun cuan-

do se dicen en el teatro delante de todo el mundo, yo no me atrevo á escribir aquí.

Hija de la fortuna la palabra *cursi*, ha subido uno á uno los peldaños de la escala social, hasta ocupar puesto de honor en el Diccionario de la lengua. Como oscura mujercilla llega á las alturas de la grandeza por su natural donaire y la flaqueza del hombre, así el ofensivo vocablo ha sido apadrinado por la severa, sabia y vetusta señora Academia. Y como quiera que tiene aplicación á todos los actos de la vida y á todas las clases de la sociedad, pa-

diera muy bien, y aun á su pesar, tornarse en hija ingrata denigradora de su propia madre.

Achaque es de nuestro tiempo enaltecerlo todo, aun las cosas y los hechos más triviales, signo tristísimo de decadencia, ó por mejor decir de falta de fe, pues las virtudes comienzan á ser dudosas cuando se cantan á són de pregonero. De este medio de elevar á regiones muy altas lo que de suyo pertenece á vuelos bajos, ha nacido la frase que se oye y se repite á todas horas. La frase de *primer orden*.

— El eminente orador (se dice) D. Fulano de



ROMERÍA DE SAN EUGENIO.

Tal ha pronunciado un discurso de *primer orden*.

— Dolorcitas ha recibido de París un vestido de *primer orden*.

— El poeta Citano ha leído ayer un soneto de *primer orden*.

— Mi cocinera compró esta mañana unos pimientos; dice son caros, pero son de *primer orden*.

Conténtate tú, hija mía, con adquirir y poseer cosas de orden secundario; es decir, de tercera ó cuarta magnitud, que de seguro serán y han de parecer mejores.

No incurras tampoco en la sacrilega costumbre de *divinizar* todo cuanto te pertenece. Este adjetivo *divino* está á cada momento en boca de las muchachas, con transgresión de la propiedad de la palabra y de su significado puramente religioso. Divino no es más que Dios y lo que de su excelso poder emana; lo cual no obsta para que oigas por ahí decir que es divina la comedia de los bufos, divino el sombrero de viaje, divina la moda de teñirse el pelo, divinos los zapatos, y qué sé yo cuantos disparates más. No hay cantante ramplón que no cante *divi-*

namente, ni descarada mozueta que *divinamente* no se vista, ni nada de lo más miserable humano que no se *divinice*, con inocente aunque absurda ponderación.

Respecto á las frases rastreras, ó sean las contrarias de estas sublimes de que te hablo, no sé si debo atreverme á expresarme sobre ellas con claridad. Pero es el caso que las lees en los periódicos y en los libros, las oyes en el teatro y en la sociedad, y puedes creer que son moneda corriente sin advertir que es falsa. *Dar el gran camelo del siglo, llevarse un*

mico mayúsculo, y otras de este jaez, debían ser perseguidas por la policía.

Omito comentarios sobre palabras como *guillado*, *chiflado*, *filfa*, *memo*, *guasón*, *pollastre*, y otras tantas que amenizan la conversación usual, haciendo que alternen el *caló* y el *plazuela* con el inglés y el francés. ¡Hay tanto que estudiar y tanto que decir sobre este punto! ¡Creemos tan natural aquello que se divulga y generaliza, sin pararnos a reconocer el origen y filiación de lo que se oye!

Aun entre las familias bien educadas y de mejores costumbres, se usa delante de las señoras, a pretexto de mal entendida confianza, un lenguaje que, si bien no se puede tachar de libre, es lo que propiamente se apellida de *café*; tal vez esto nace de que la frivolidad de la mujer, su descuidada y monótona conversación, cuando el amor está ausente, cansa al hombre obligándole a refugiarse en casinos y *café*, donde se habla con sobrada licencia.

En nuestro interés está, pues, cultivar el entendimiento y mejorar las condiciones de nuestra educación, para que no se repita lo que decía un celebre literato con más gracia que galantería: — « Cuando hablan en paseo marido y mujer, tengo por seguro que se ocupan de sus criados. »

Para los jóvenes es de suma importancia la buena conversación familiar, puesto que si se descuida, aprenden y repiten sin empacho, equívocos groseros y palabras de doble sentido, que aceptan con el encanto de la novedad, y que unidas a las frases de colegio, porque la infancia es siempre extraña en la expresión de sus ideas, producen un abigarrado conjunto de inocente sencillez y de desagradable malicia.

Empachosas en extremo son las *muletillas*, cuando no las dice hombre de agradable ingenio, ó joven y linda dama en quien hasta los defectos son perfecciones, á manera de esas señales que agracian

el rostro, á pesar de ser manchas negras y de llamarse lunares.

No quisiera por cierto que te adornasen lunares *hablados*, y tener que motejar en tí cansadas interrogaciones ó afirmaciones, harto comunes por desgracia, como: ¿Me comprende usted? ¿Sabe usted? ¡Naturalmente! ¡Pues sí señor! ¿Está usted? Y las taravillas de *dale que le da*, y *patatín*, *patatán*, y tal y tal. Y ¿ééé? y ¡hem! etc., etc. — Cuando no hay nada que decir, lo mejor es callarse y aguardar á que le llegue á uno su turno.

Confieso que no carece de gracia cierto desenfado que usan algunas mujeres en el lenguaje; pero preciso es confesar también que no suelen ser las más distinguidas.

En Inglaterra, no sólo las damas, sino toda persona bien educada, se abstiene de nombrar las prendas íntimas de vestir, costumbre que entre nosotros motiva risa como si fuese extravagante prácti-



REAL PALACIO DEL PARDO.

ca, y no modesta y pendorosa reserva; que bien quisiera ver establecida entre nosotros; guárdate de censurar tales costumbres, y antes al contrario, imítalas, observando tal pulcritud en tus palabras que puedan llamarse centinelas avanzados de tu castidad. Deja que se burlen otros.

Respeto mucho y creo que deben respetarse las tradicionales costumbres de los pueblos, tanto más las que influyen de una manera directa en la moralidad y en las buenas formas, que así en público como en privado amenizan ó desconciertan á los auditores.

Si quieres persuadir, comienza por agradar; tenlo por axioma, y no olvides que si la oratoria encumbra al hombre, la conversación agradable de la mujer enseña al ánimo; y que siendo como es el alma y la vida del hogar, para conservar su legítimo puesto, para ejercer influencia en la familia, necesita atractivos físicos y morales; éstos porque

son eternos, aquéllos porque el hombre ama la belleza en todas sus manifestaciones, y nuestra voz le acaricia al expresar los pensamientos, penetrando en su alma como una música hechicera.

Cuando une la mujer á su juventud y á su belleza elegante sencillez al expresarse, amabilidad natural y gracia, la victoria le pertenece.

Hay personas que se dejan seducir por un exterior interesante, y que tal vez pasarían por alto grandes cualidades desnudas de los *pequeños atractivos*.

Y no tan sólo te hablo de la vida social y de la vida de familia; quiero también, y exijo á toda mujer que pretenda ser gran dama, que sea distinguida por gusto, por costumbre y por naturaleza; que alcance su distinción hasta la vida íntima, que ni su marido ni su doncella hallen el más leve contraste entre la señora del salón y la mujer del hogar.

Estoy segura de que tú reunes estas condiciones,

y de que tu talento cultivado te librará de caer en el ridículo de la pedantería, todavía más terrible, si cabe, que el de la vulgaridad; pero permíteme que te lo diga: entre pedante y dicharachera, te prefiero pedante.

MARÍA DE LA PEÑA.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. JOSÉ PIQUER Y DUART, escultor valenciano. Son sus obras principales: las estatuas de *La Prudencia* y *La Fortaleza*; varios ángeles; la efigie de *Fernando III*, para la Armería; numerosas estatuas y adornos para la custodia del Escorial; *La Virgen*

de la Soledad, en plata, para la capilla del palacio de San Telmo; estatua de San Fernando para Barcelona; cornisa de un techo con las figuras de las Virtudes cardinales en los ángulos, para la habitación destinada en Palacio en 1851 al sucesor de la corona; las estatuas de La Fe y ángeles niños que llevan en sus manos las especies de pan y vino, en un budaquin de cuatro columnas talladas; La degollación de los inocentes, para el nacimiento del Palacio de Madrid; el cortejo, corona real y guirnalda de rosas y azucenas del escudo de San Francisco en el frontón de dicha iglesia en Madrid; estatua de la Virgen del Refugio, por encargo de Isabel II, para la iglesia parroquial del pueblo que lleva el nombre de aquella Señora, en la Isla española de Vieques, provincia de Puerto Rico; estatua de San Francisco Javier predicando á los infieles, de tamaño natural; estatuas de San Juan Bautista y San Ignacio de Loyola, para el retablo de la iglesia de Santa María en Tolosa; La Magdalena, en madera, de tamaño pequeño; Santa Teresa de Jesús escribiendo, para la parroquia de San Sebastián en Madrid; La Santísima Trinidad, grupo de tamaño natural, para la iglesia del Carmen calzado de Madrid; San Jerónimo, en el momento de despertar de su ensueño, en que cree escuchar los aterradores sonidos de la trompeta del Juicio, existente en el Museo del Prado; San Nicolás de Bari, en la Escuela Pía de San Fernando; estatuas de La Fe, La Esperanza, La Fortaleza, La Prudencia, La Templanza, La Modestia, La Paciencia, para las exequias celebradas en Valencia en 1829 por la Reina Doña María Amalia de Sajonia.

Piquer logró tanta fortuna como gloria, y murió grande como había vivido, trazando el mismo hasta las más pequeñas circunstancias de su entierro, que deseó fuera con modestia suma, mientras legaba toda su fortuna (después de muerta su viuda) á la Academia Española y á la de Bellas Artes para que premien á los literatos y artistas que más se distinguen. Falleció en Madrid en 26 de Agosto de 1871.

DOÑA MARÍA DEL CARMEN PONCE DE LEÓN, escultora contemporánea. En la exposición de Bellas Artes celebrada en 1862 en Jerez de la Frontera obtuvo medalla de plata por su grupo de las Santas Justa y Rufina.

D. PONCIANO PONZANO Y GASCÓN, notable escultor, nació en Zaragoza en 19 de Enero de 1813, siendo discípulo de Alvarez y pensionado en Roma. Debense á su mano los siguientes trabajos religiosos: La Virgen con su hijo en los brazos, bello grupo ejecutado para la Reina Cristina, bajo la dirección de Overbek, Tenorani y el P. Ventura; en el bajo relieve colocado sobre el pórtico del Congreso, las figuras simbólicas de La Paz y La Justicia; la Portada y frontón de San Jerónimo; Oratorio del Duque de Sexto; grupo de la Piedad; El Diluvio, la Virgen de la Piedad, grupos de dos figuras mayores que el natural; ocho estatuillas de santos en el oratorio del Duque de Sexto; otra ídem de Santa Cándida; las del Panteón de Infantes del Escorial; un relieve para el sepulcro del Cardenal Marco Catalán en el colegio de Irlandeses de Roma; los del sepulcro de la infanta Carlota; varias figuras de alto relieve en la fachada del expresado templo de San Jerónimo y algunas de todo relieve; un altar gótico de 25 pies de alto por 10 de ancho, en que reunió todos los modelos originales que había hecho para la restauración de San Jerónimo; los sepulcros de Ceconi en la iglesia de capuchinos de Palestina; el del Marqués de Lugros en la iglesia nacional de Españoles en Roma; y el del Arceidiano de Plasencia D. Salvador Borrell en el Monasterio de San Lorenzo en Roma. Distinguióse en el profesorado, en su vida de laboriosidad y honradez, y recibió cuantas distinciones se otorgan á nuestros primeros artistas. Falleció en Madrid en 15 de Septiembre de 1877.

D. FELIPE PUIGDORFILA, residente en Palma de Mallorca. En 1878 remitió á la Exposición Universal de París varios alto-relieves en mármol, representando pasajes de la pasión, muerte y resurrección del Salvador.

D. LUIS PUIGGNER, natural de Barcelona y discípulo en dicha capital de D. Venancio Vallmitjana. Son de su mano un Cristo crucificado y Un Ángel, en mármol, labrados en unión del Sr. Flotats para el cementerio de Manresa.

D. JOSÉ RAL, escultor vicense, autor de la cornisa y caríatides representando las estaciones, existentes en la capilla del Santísimo Misterio, en San Juan de las Abadesas, así como varios medallones de su altar.

D. MARIANO RAMÍREZ MARCIAL, natural de Madrid, discípulo de la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado, y de D. José Esteban Lozano. En la Exposición Nacional de 1881 presentó: Recibimiento hecho á Jacob por su hijo Joseph á su llegada á Egipto.

D. MIGUEL RAMÍREZ Y BONET, escultor valenciano, discípulo de la Academia de Bellas Artes de su ciudad natal y de la de Sevilla. En la Exposición pública celebrada en Madrid en 1860 presentó un relieve original modelado en barro, tamaño académico y vaciado en yeso á molde perdido, representando La Anunciación de Nuestra Señora. Ha sido ayudante-profesor de la Escuela de Bellas Artes de Valencia.

D. CRISTÓBAL RAMOS, escultor sevillano de la segunda mitad del último siglo. Al ser creada en 1775 la Escuela de Bellas Artes de Sevilla fué nombrado Teniente-director de escultura de la misma, en cuya enseñanza prosiguió hasta su fallecimiento, ocurrido en 1799. Entre las muchas obras que ejecutó en aquella población merecen citarse: la estatua de La Concepción y un San Juan Evangelista, en el convento de San Antonio Abad; otra de la misma Virgen y varios pastores de un nacimiento que conserva en su galería el Sr. Urbina; la imagen de Nuestra Señora del Patrocinio en la ermita de su nombre, barrio de Triana; y las figuras del retablo de Animas, en la fachada de la parroquia de San Miguel.

D. INOCENCIO REDONDO GARCÍA IRÁÑEZ, escultor natural de Villarrubia de Santiago, discípulo de don José Piquer y de la Academia de San Fernando. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1862 presentó D. Jaime Balmes.

D. PEDRO RIBERA, escultor establecido en Toledo; trabajó para varios conventos de comunidades religiosas. San Pedro mártir, de dicha ciudad, posaba un grupo de Nuestra Señora del Rosario y Santo Domingo arrodillado, casi del tamaño natural, que es el que acostumbra á sacar en procesión todos los domingos en los meses de estío, y acompañan niños, muchachos y adultos cantando el rosario, cuya procesión se titula el Rosario de la Aurora, por salir al alba. Hizo multitud de imágenes de Cristo crucificado, como de una tercia de alto, para lo que tenía gran habilidad; están repartidos en la provincia de Toledo, y poseen otros en dicha ciudad varios aficionados. Fué profesor de modelado en la Academia de Bellas Artes de dicha ciudad y murió de edad avanzada sobre los años de 1843 á 1845.

D. PEDRO JUAN RIERA Y GRIMALD, natural de la villa de Manacor, en Mallorca. Desde hace muchos años ha producido su pueblo natal un gran número de aficionados á modelar en barro, pequeñas figuras de santos y pastores para los nacimientos, que en tiempo de Navidad son tan generales en Mallorca. Así empezó su carrera este artista, hasta que en vista de sus disposiciones pudo lograrse una pensión é ingresó en las clases dependientes de la Academia de San Fernando. Creada posteriormente una Escuela por el ayuntamiento de Manacor, fué nombrado Director de ésta el Sr. Riera.

D. FRANCISCO RODRIGO, En la Exposición de Bellas Artes de Galicia de 1858 presentó Un Crucifijo de escultura, por el que alcanzó una mención honorífica.

D. PABLO RODÓ Y LAMARACH, natural de Tarrasa (Barcelona) y discípulo de aquella Academia de Bellas Artes, premiado en Roma. En la Exposición Nacional de Madrid de 1881 presentó La Virgen, (busto en mármol).

D. ANDRÉS RODRÍGUEZ, escultor contemporáneo. Nació en Santiago y fué discípulo en Madrid de las clases dependientes de la Academia de Nobles Artes de San Fernando y de las escuelas de Roma. Este distinguido artista es autor de San Raimundo, para un convento de Madrid; y Jesucristo en el Santo Sepulcro, para el monasterio de San Lorenzo del Escorial.

D. JUAN ROIG Y SOLER, escultor catalán contemporáneo, premiado en 1858 con medalla de plata en la Escuela de Bellas Artes de Barcelona y profesor de la misma en la actualidad. Son de su mano una estatua de La Virgen de la Misericordia, destinada á la casa de igual título de Barcelona; las de Santa Clara y San Francisco de Asís, para el mismo punto; otra estatua de La Virgen, para el altar mayor de la casa de las Hermanas de los Pobres de dicha ciudad; San Pascual, Santísimo Cristo, Sagrado Corazón de Jesús, San Juan, Nuestra Señora de Montserrat; las figuras de un altar construidas por el platero Sr. Isaura para una iglesia en las inmediaciones de Santander; y Una Concepción, en barro cocido, regalada en 1877 para los huérfanos del pintor Padró.

D. JACINTO ROJÍ, residente en Santander, autor de diferentes estatuas de carácter religioso, ejecutadas para los templos de la provincia.

D. FRANCISCO ROMERALES, joven escultor residente en Zaragoza, cuya primera obra en mármol, Jesucristo crucificado (1880), hizo que la prensa local le augurase un brillante porvenir.

D. VICENTE RUÍZ, uno de los primeros disci-

pulos de la Academia de San Fernando, por la que fué premiado en 1758 con 150 ducados para atender á sus estudios. Fué Académico de mérito de la misma, y falleció en Madrid el 25 de Octubre de 1802. Hizo varias estatuas de santos para la iglesia de Padres Mínimos de la Corte.

D. RAMÓN SABATER, escultor establecido en Tortosa y autor, entre otras obras, de una imagen en talla de la Madre del Amor Hermoso para la iglesia de Calanda.

D. ANTONIO SALA, tallista, natural de San Juan (Alicante). En la Exposición pública celebrada en dicha capital en 1860 presentó una escultura en madera, de tamaño natural, representando á Jesucristo en el sepulcro, por lo que fué premiado con una medalla de plata. En la verificada en la misma población en 1879 presentó Un Cristo, también en madera.

D. MAXIMINO SALA Y SÁNCHEZ, natural de Barcelona y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de su ciudad natal y de la Superior de Madrid. Es de su mano una imagen de la Inmaculada Concepción para la iglesia de Nuestra Señora en la calle de Aragón (Barcelona).

M. DE A.

(Se continuará.)

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

La Junta Diocesana encargada por el excelentísimo Sr. Obispo de Madrid-Alcalá de fomentar la peregrinación á Roma con ocasión del próximo Jubileo pontificio y disponer los trabajos preparatorios para la misma, hace saber á las personas que gusten asociarse á obra tan piadosa:

1.º Desde esta fecha se abre el registro de peregrinos en la Secretaría de dicha Junta, sita en el piso bajo del Palacio Episcopal de esta Diócesis, calle de San Justo, núm. 2, donde pueden inscribirse las personas que gusten formar parte de la peregrinación, y dirigir las cartas aquéllas que vivan fuera de la Corte y deseen que se tome nota de sus nombres.

Igual inscripción podrá hacerse dirigiéndose al Ilmo. Sr. Dr. D. Felipe Morales de Setién, Ministro del Tribunal Supremo de las Ordenes militares, Presidente de la sección de Sres. Sacerdotes encargados de promover la peregrinación, que vive paseo de Recoletos, núm. 5; á la Excm. Sra. Marquesa de Miraflores ó Excm. Sra. Marquesa del Viso, Presidentas respectivamente de la Junta central de Señoras y Sección de peregrinación, y á los Sres. Curas Párrocos y Eclesiásticos de esta capital.

2.º Este registro se cerrará el último día del mes actual, pues las empresas de ferrocarriles exigen con antelación los datos necesarios para saber si han de poner tren especial.

3.º El precio del billete desde Madrid á Roma, ida y vuelta, habiendo hecho todas las empresas una rebaja próximamente del 50 por 100, será:

340 pesetas en primera clase.
200 " en segunda "

debiendo advertir que en esta suma van únicamente comprendidos los gastos de locomoción.

4.º Las personas que se incorporen á la peregrinación en Medina del Campo satisfarán igualmente por los billetes de ida y vuelta

317 pesetas en primera clase.
244 " en segunda "

5.º Los peregrinos que se encuentren en poblaciones situadas sobre la red de los caminos de hierro de la Compañía del Norte recibirán un volante autorizado por esta Junta Diocesana, merced al cual obtendrán billete de ida y vuelta por mitad de precio hasta el punto en que se incorporen con la peregrinación.

6.º Desde el día 1.º al 8 de Diciembre, todas las personas inscritas entregarán en la Secretaría de esta Junta Diocesana el importe del billete, según la clase que hayan elegido, recibiendo un resguardo, que será canjeado oportunamente por el billete que ha de servir para todas las líneas, tanto en la ida como en la vuelta.

7.º La peregrinación saldrá de Madrid el domingo 18 de Diciembre próximo; y habiéndose inscrito el número de 400 peregrinos que exigen las empresas de los Caminos de Hierro para la formación de un tren especial, este marchará, según se ha convenido con las de España, é igual concesión se espera de las líneas extranjeras, con la velocidad de los *express*. Para descanso, se detendrán los peregrinos veinticuatro horas en Marsella, y se llegará á Roma el día 24 en las primeras horas de la mañana.

8.º La permanencia de la peregrinación en Roma será próximamente de quince a veinte días.

9.º El regreso se hará en la misma forma que el viaje de ida; pero esta Junta, deseosa de proporcionar todas las ventajas posibles a los peregrinos y atender a las diversas circunstancias que puedan rodearles, trabaja activamente, y la línea del camino de hierro del Norte de España lo tiene ya concedido, para que la vuelta pueda verificarse por grupos de peregrinos, cuyo número y días de salida se indicarán tan pronto como se tenga la contestación de las líneas extranjeras.

10. El peregrino que, una vez emprendido el viaje, se separe de la peregrinación por cualquier causa que fuere, no tendrá derecho a que se le devuelva o abone cantidad alguna.

11. Los peregrinos no deberán llevar más equipaje que un pequeño baúl o maleta de mano, cuyas dimensiones no excedan de las que permitan las rejillas puestas en los coches; podrán, sin embargo, facturarlo pagando el importe total del peso al precio de tarifa, el cual en España y Francia es considerable.

12. Siendo, ante todo, la romería un acto religioso, el Excmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá o el Prelado que la presida, ordenará las paces que se han de hacer en Madrid al emprender el viaje, durante el mismo y en la Ciudad Eterna.

13. El Excmo. Sr. Obispo se reserva el más amplio derecho y facultad de tomar cuantas medidas y precauciones sean necesarias para evitar las dificultades, contratiempos e inconvenientes que pudieran presentarse y se opusiesen al fin piadoso y filial que únicamente se propone la peregrinación.

14. Para inteligencia de los peregrinos, los precios de alojamiento y manutención en los hoteles de Roma son ordinariamente de *doce pesetas en primera clase, ocho en segunda y seis en tercera*. Pueden conseguirse alojamientos más económicos con menos comodidades.

15. La Junta designará un local céntrico en la capital del orbe católico, en el que los peregrinos puedan reunirse y recibir las órdenes que tenga a bien comunicarle el Prelado que presida la peregrinación, sin perjuicio de que se publiquen cuantas noticias puedan interesarles en los periódicos católicos de Roma.

16. La Junta no responde ni se encarga de otra cosa que de preparar lo relativo al viaje de ida y vuelta; aparte de esto, todo lo demás correrá de cuenta de los peregrinos, tanto en Roma como en las ciudades en que se detengan.

17. Los peregrinos deberán ir provistos de la correspondiente cédula de vecindad.

18. Si la Junta creyese necesario dar más noticias generales a los peregrinos, lo hará oportunamente antes del 18 del mes próximo; pero no deja de encarecerles la gran conveniencia de que hagan el cambio de moneda para obtener la francesa antes de emprender el viaje, a fin de evitar quebrantos y algunas dificultades.

19. Los peregrinos de otras Diócesis que deseen unirse a la peregrinación de Madrid deben nombrar una persona de su confianza con quien se entienda la Junta de esta Corte, para remitir los volantes, dar los billetes y percibir el importe de éstos; y de hacerlo así, la misma Junta se encarga del cambio de moneda para evitar molestias a los viajeros.

Madrid 5 de Noviembre de 1887.—El Secretario, CARLOS DÍAZ GUIJARRO.

El Boletín eclesiástico del Arzobispado de Tarragona publica la siguiente relación de los donativos hechos en aquella capital para las Bodas de Oro de Su Santidad:

* Tarragona. — Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo. — Una magnífica escribanía de plata con los atributos arzobispaes; trabajo esbelto y elegante, llevando entre los dos vasos una rosa botón que oprimiéndola responde un timbre. Además un rico purificador y un lavabo, con los atributos arzobispaes bordados al realce y con encajes.

* Junta Diocesana de Señoras para la celebración de las Bodas de Oro del Papa León XIII. — Un cáliz, patena y copón de plata sobredorada con ricos dibujos filigranados, adornados con turquesas y esculpidos esmaltados, trabajo artístico precioso, colocados en un elegantísimo estuche con dedicatoria en plancha de plata.

* Religiosas de Nuestra Señora y Enseñanza y educandas del Colegio dirigido por las mismas. — Una alba con riquísimo encaje y un precioso amito de batista bordado al realce con fino encaje.

* Religiosas Beatas de Santo Domingo y educandas del Colegio dirigido por las mismas. — Un amito bordado al realce con cintas blancas de seda, seis purificadores y seis lavabos con encajes.

* Religiosas de Jesús-María. — Un rico amito bor-

dado al realce, con cintas de moaré y finísimo encaje, una cucharita de plata con cinta bordada en oro, un corporal, un lavabo y un purificador bordados al realce y una palia también bordada en oro, todo contenido en un precioso estuche. Además un copón de metal blanco con su cubre-copón de forma elegantísima bordado en oro y seda.

* Religiosas de Santa Clara. — Una bonita alba y un amito rizado con encajes.

* Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl. — Una magnífica alba con ricos encajes de tul bordado.

* Hermanas Terciarias Descalzas. — Una preciosa cortinilla de raso para Sagrario, bordada en oro y seda.

* Hermanas Carmelitas de la Caridad. — Una alba con riquísimo encaje de tul bordado, un corporal, cuatro purificadores con encaje y una palia bordada en oro.

* Hermanas Dominicas de la Presentación y alumnas del Colegio que aquéllas dirigen. — Una alba, doce amitos, doce lavabos, doce purificadores, dos toallas, dos manteles para altar, todo con encajes, y una cortinilla para Sagrario. Además diez camisas para recién nacido, diez pañales, tres fajas, seis chambras, cuatro pantalones, cuatro enaguas, diez gorras, diez apretadores, seis batitas, dos vestiditos y uno de cristianar.

* Hermanas Oblatas del Redentor del Asilo del Espíritu Santo. — Un precioso amito bordado al realce y calado.

* Taller de Obreras del Sagrado Corazón. — Seis purificadores bordados al realce, seis lavabos, dos amitos, unos manteles para altar y unas vinajeras de metal blanco.

* Asociación de Hijas de María y Santa Teresa de Jesús. — Diez y ocho amitos, 94 purificadores, 97 lavabos, todo con finos encajes, y seis palias bordadas al realce.

* Hijas de María. — Una preciosa y elegantísima faja de cinta de moaré blanca con ricas borlas de oro, colocada en un bonito estuche con expresiva dedicatoria.

* Asociación de San José. — Un misal ricamente encuadrado, con dedicatoria en plancha de plata primorosamente labrada.

* Junta de las Conferencias de Señoras de San Vicente de Paúl. — Un elegante copón cincelado de plata, con dedicatoria al pie del mismo.

* Comunión Reparadora y Apostolado de la Oración. — Un rico estandarte primorosamente bordado en oro y seda de colores con el lema de la Asociación.

* D. Luis Ballester, Beneficiado de esta Santa Iglesia Primada. — Dos estolas, una blanca en lama de oro y otra negra de terciopelo bordada en oro y un cubre-copón bordado en oro.

* Una señora piadosa. — Veintidós corporales, seis purificadores, tres amitos bordados al realce y cinco lavabos, todo con encajes.

* Doña Tecla Barberá y otras señoritas. — Una alba con encajes, un amito bordado, dos purificadores y dos corporales con encajes, una palia y una cucharita de plata con cinta de seda.

* D. Joaquín Torelló. — Dos casullas de tapicería, una blanca y otra encarnada con galones de oro entretejidos.

* Sr. Dr. D. Juan Torra, Cura párroco de la Santísima Trinidad. — Una bonita palia bordada en oro y un ejemplar encuadrado de la novela *La Heroína del Segre*, de la que es autor.

* M. I. Sr. Dr. D. Tomás Sucona, Canónigo de esta Santa Metropolitana y Primada Iglesia. — Un ejemplar encuadrado en dos tomos de la Filosofía escrita por el mismo. Además doce tomos encuadrados de la Revista mensual de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, de la que es Director.

* Sr. Dr. D. José Viñas, Beneficiado de esta Santa Iglesia Metropolitana. — Un ejemplar encuadrado del *Tratado teológico-filosófico del Corazón de Santa Teresa de Jesús*, escrito por el mismo.

* Rtas. — Sr. D. Juan Recasens, Prior de San Pedro. — Una preciosa alba con encajes de tul bordado, una casulla de damasco blanco y un cíngulo blanco de seda.

* Religiosas de Nuestra Señora de la Enseñanza. — Un riquísimo amito de gusto exquisito y delicada ejecución; es de tela de nipa y lleva en el centro una cruz bordada con pulcritud y esmero, rodeada de una corona de flores. En los cuatro ángulos del amito están las imágenes de los Sagrados Corazones de Jesús y de María y de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, bordado todo con esmera-

do primor y perfección. Las cintas del amito son de moaré blanco y en cada una de ellas hay bordados en seda de colores los quince misterios del Santo Rosario, con una precisión admirable en los grupos de las figuras diminutas, colocado cada grupo sobre nubes, cuyo color varía según el misterio es de gozo, de dolor o de gloria. Es una obra notabilísima y de verdadero mérito artístico.

* Religiosas de la Enseñanza de la Divina Providencia. — Un corporal, dos lavabos, dos purificadores bordados al realce con encajes, una palia y una cinta bordada en oro.

* Hermanas de la Caridad. — Una lujosa caja, cuya tapa de gró blanco lleva bordados en negro el escudo de Reus y los atributos pontificios, flores y ramos, y contiene una hijuela y un corporal con encajes bordados al realce.

* Hermanas Terciarias Descalzas. — Un amito bordado al realce y un cubre-cáliz de raso blanco bordado en oro y seda.

* Colegio del Sagrado Corazón. — Una finísima toalla con encajes para la comunión, una cortinilla para Sagrario, un cubre-copón, un corporal, un lavabo y un purificador bordados.

* Doña Margarita Cañellas de Requesens. — Un precioso amito dibujado y bordado por la misma donante.

* Una persona piadosa. — Unos manteles con encajes para altar.

* Una señora piadosa. — Unos manteles con encajes para altar, un purificador y una palia bordados.

* Otra señora piadosa. — Un anillo de oro con una esmeralda rodeada de perlas.

* Las maestras y discípulas de un colegio de dicha ciudad. — Un magnífico amito de batista, en cuyo centro hay una cruz y el Sagrado Corazón de Jesús, primorosamente bordado al realce, con cintas de moaré blanco, borlas de seda y encaje.

* Señoritas Doña María Sardá Bulló, Teresa Sardá Bulló, María Carnicé Ortiga y Dolores Batallas Gallart. — Un precioso lavabo bordado, dos hijuelas y dos lavabos, todo con encajes.

* Doña María Ribas. — Un bonito purificador con una cruz bordada en el centro con encaje.

* Una pobre sirvienta. — Una bonita casulla de gró labrado de color morado.

* Una persona piadosa. — Seis purificadores bordados con encajes.

Creemos que nuestros lectores han de ver con gusto la reseña de los regalos que la Diócesis de París hace a nuestro Santísimo Padre con motivo de las fiestas de su Jubileo Sacerdotal. Por ella verán que el movimiento de amor y veneración hacia León XIII, que las fiestas que se preparan han despertado en el mundo católico, es universal como la Iglesia, y que la próxima Exposición Vaticana ha de ser monumento glorioso de amor levantado al Padre común, vejado y perseguido, por el entusiasmo fervoroso de sus hijos.

La Exposición diocesana de París consta de tres partes: la primera está casi exclusivamente dedicada a la estatuaría; la segunda, a los ornamentos y vestiduras sacerdotales; la tercera, contiene multitud inmensa de objetos de orfebrería y joyería religiosas, misales y tias, sobresaliendo entre éstas la famosa que por su precio y por su maravilloso trabajo es verdaderamente la reina de las joyas parisienses.

En este último salón, por el cual comenzaremos nuestra reseña, figuran los regalos de la casa de Orleans: un magnífico escritorio de madera de rosa, palisandro y bronce, coronado por un reloj del señor conde de París; una estatua de *Juana de Arco* en actitud soñadora, obra de la princesa María de Orleans, y regalo de la señora condesa de París; un pectoral de esmeraldas, homenaje de respeto filial, según dice una inscripción, de los señores duques de Nemours y de Alençon.

En el salón de escultura se admiran un *San Pedro*, reproducción exacta del de la basílica Vaticana; una *Virgen de las Victorias* y una *Virgo potens*, ofrecidas por las congregaciones de San Vicente de Paúl; una estatua de la gloriosa mártir *Santa Cecilia*, en cuyo zócalo se lee *Pax tecum et Lumen*; una *Asunción de la Santísima Virgen*, acompañada de dos ángeles que sostienen grandes candelabros; dos estatuas de madera, regaladas por los esposos Recamier; una estatua de bronce representando al *Cardenal de Belvedere*, regalo de los Padres del Oratorio, y otras muchas.

Renunciamos a hablar detalladamente de la multitud de ornamentos eclesiásticos que ostentan riqueza y magnificencia sin rival, y que servirán indudablemente, pasada la Exposición, para las iglesias pobres, para los misioneros, y algunos para el mismo Sumo Pontífice.

El salón de la tiara contiene misales soberbios,

1. Entre modestos ajuares son para los pobres infantes que nacerán en el día de la celebración de las Bodas de Oro del Santo Padre, según lo dispuesto por la Comisión General promotoria de Italia.

maravillas del arte tipográfico; una estola roja, que ha de servir al Padre Santo para las recepciones solemnes; una corona de oro y diamantes, corona auténtica de Nuestra Señora de Lourdes; cálices, vajillas, viriles, etc. Las grandes casas religiosas de Roussielgue, Verrebot, Blais, Froc Robert y otras, se han distinguido y aun excedido a su fama en la presente ocasión.

Hé aquí la descripción de la tiara de que antes hablamos:

Es de tisú de plata, bordada a mano y enriquecida con profusión de piedras preciosas; las tres coronas de oro, de seis florones cada una, contienen 600 piedras, entre zafiros, esmeraldas, rubíes y diamantes.

Donación de los fieles son la mayor parte de las piedras y el oro que ha servido para la obra. Las dos caídas son igualmente de tisú de plata, y van, como la tiara, sobrecargadas de adornos; llevan las armas de Su Santidad y una multitud de esmeraldas, zafiros, diamantes y rubíes, y termina cada una en tres bellotas de oro.

Este trabajo ha sido hecho por el reputado artista M. Froment-Maurice; el dibujo es de M. Cameré, que se ha inspirado en el estilo y gusto del siglo decimoquinto. El cofre donde va guardada tan inapreciable joya es de tafete blanco, y está adornado con unas placas esmaltadas, donde campean los sellos de las diversas parroquias y comunidades que han contribuido por suscripción al regalo; las familias que han contribuido junto con las comunidades religiosas al valioso presente llevan también sus iniciales en otras placas dispuestas al efecto. La cerradura ostenta los sellos del Arzobispado, de los tres Arcebispos y del Cabildo de Nuestra Señora. Una placa especial llevará los nombres de los modestos suscriptores; de modo que por pequeño que haya sido el óbolo ofrecido, todos los donantes aparezcan a la vista del Padre Santo.

LEÓN XIII, PAPA

A TODOS LOS FIELES DE JESUCRISTO QUE VEAN LAS PRESENTES LETRAS, SALUD Y APOSTÓLICA BENDICIÓN.

El día 1.º del año próximo Nos celebraremos, si Dios quiere, la solemnidad de Nuestro Jubileo Sacerdotal, y con este motivo todas las naciones del universo se conmoverán a impulsos del mayor júbilo; de todas suertes y por maneras maravillosas, en medio de esta dificultad de los tiempos, todas Nos envían a Nos, que hemos sido colocado por voluntad divina sobre la Silla sublime de San Pedro, testimonios solemnes de su fe, de su amor, de su respeto y de sus felicitaciones. Estos testimonios Nos los aceptamos para referirlos a Dios, que Nos consuela en Nuestra tribulación y al que Nos rogamos sin cesar que bendiga al rebaño del Señor, que le sea propicio y que le otorgue la paz y la concordia deseadas desde hace tanto tiempo.

Conmovido ante estas pruebas públicas de amor y de piedad tradicional, y definiendo a los ruegos que se Nos han dirigido al objeto de que todos estos hijos obtengan de su Padre alguna ventaja para su dicha eterna, Nos hemos decidido abrir los tesoros de la Iglesia y de cuya dispensación Dios Nos ha encargado.

Por tanto, y en virtud de la misericordia de Dios, y apoyándonos en la autoridad de sus Apóstoles San Pedro y San Pablo:

A todos y a cada uno de los fieles de Jesucristo de uno y otro sexo que vengan a Roma en peregrinación con motivo de Nuestro Jubileo Sacerdotal, y a fin de demostrar ostensible y públicamente en nombre de sus pueblos su piedad y su respeto, y de tributar con su obediencia el honor debido a la suprema autoridad que Nos ha sido confiada por Dios; asimismo a todos los fieles del uno y del otro sexo que sigan y acompañen con el espíritu y el corazón las susodichas peregrinaciones; como también a todos aquellos que de cualquiera manera que sea presten su concurso para el buen y feliz éxito de estas piadosas peregrinaciones:

Nos otorgamos en el Señor la indulgencia plenaria y la remisión de sus pecados, tanto para el día de Nuestra indicada solemnidad como para el día de fiesta que seguirá a la novena de oraciones renovada, a voluntad de cada uno, en el tiempo abajo designado, si antes del día de Nuestro Jubileo Sacerdotal, esto es, el 1.º de Enero próximo, hicieren una novena de oraciones, rezando una tercera parte del Rosario; y si renuevan esta novena en el tiempo que se fije para las audiencias de estas peregrinaciones; si además, después de verdaderamente arrepentidos, confesados y alimentados con la Santa Comunión, visitan, sea su iglesia parroquial, bien cualquiera otra, o un oratorio público, ofreciendo a

Dios piadosas preces por la concordia de los príncipes cristianos, la extirpación de las herejías, la conversión de los pecadores y el triunfo de Nuestra Madre la Santa Iglesia.

Además, a todos aquellos y a cada uno de los que contritos por lo menos de corazón, celebren las novenas de oraciones arriba expresadas, en cualquier día que sea, de estas novenas, Nos remitimos, en la forma usada por la Iglesia, trescientos días de penitencia, que les habrían sido impuestos o que debieran de cualquier modo. Y Nos permitimos que todas estas indulgencias, y cada una de ellas, por este año solamente, puedan ser aplicadas a las almas detenidas en el Purgatorio, no obstante cualquiera cosa en contrario.

Nos queremos, en fin, que a los ejemplares aun impresos de las presentes Letras, firmadas por un notario público cualquiera y provistos del sello de una persona constituida en dignidad eclesiástica, se les dé la misma fe que se daría a las presentes Letras si éstas fueren exhibidas o mostradas.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el 1.º de Octubre de MDCCCLXXXVII, décimo año de Nuestro Pontificado.

(L. + S.)

M. Card. LEONOWSKI.

La Junta de Señoras de la Habana ha remitido a Su Santidad los siguientes objetos:

Una caja de maderas preciosas de la isla de Cuba, trabajo en mosaico, con exquisitas incrustaciones, que lleva en el centro las armas pontificias, formadas con las maderas más preciadas, como son el álamo blanco (muy parecida al marfil), palo de rosa y palisandro, y la dedicatoria formada también con letras incrustadas imitación de letra cursiva, que dice: «A su amadísimo Padre León XIII, las señoras de la Habana.» Este trabajo, ejecutado por el hábil ebanista D. Cándido Lens, encierra un mérito extraordinario por el buen gusto con que han sido combinadas las maderas y la elegancia de su forma. La expresada caja encierra un finísimo roquete de batista, hecho con randas del país, por las niñas pobres del colegio Asilo de San Vicente de Paúl, del Cerro; y sujeta el cuello un rico fiador de oro fino, del cual penden multitud de perlas finas, algunas de gran tamaño.

Un atril de plata maciza; trabajo antiguo de América, que lleva en el centro el escudo de la orden Franciscana, a cuya Orden Tercera pertenece Su Santidad; en el descansa un magnífico misal forrado con brocado azul, que lleva bordadas en la tapa principal las armas del Papa, con riquísimos brillantes, zafiros, ópalos, amatistas, turquesas y perlas, regalo que han hecho de sus propias joyas algunas «Hijas de María» de la Congregación establecida en el Sagrado Corazón de Jesús de la Habana. Este regalo va colocado en una preciosa caja también de maderas del país, en cuya parte interior se ve una lámina de plata en forma de libro abierto, en el cual dice: «A su Santísimo Padre en su Jubileo Sacerdotal las Hijas de María del Sagrado Corazón de Jesús de la Habana», y en la parte exterior un dibujo en relieve que representa un indio recostado al pie de una palma.

Una caja forrada de granate (imitación de terciopelo, con tapas de cristal; encierra dos quintales de cera virgen, que destinan las señoras a la capilla particular de Su Santidad; sobre el cristal lleva un letrero de metal blanco, que dice: «Ofrenda de las señoras de la Habana.»

Un escaparate, regalo de la fábrica «Rosa de Santiago», de D. Pedro Roger, que representan en esta capital los Sres. Paradell y Roger, con diez cajas de maderas del país, con dibujos de incrustación, obra del taller de Libarona y compañía, que contiene 500 tabacos llamados «Celestiales», cada uno de los cuales lleva en su anillo el retrato de León XIII. En las dos hojas que cierran el mueble se ven dos escudos de la fábrica y un letrero que dice: «Celestiales elaborados expresamente para Su Santidad León XIII.» Termina su parte superior con las armas pontificias, labradas con relieve de mérito sobre madera.

Una caja de azúcar, ofrenda del Sr. D. Sergio de la Vega, de cuadradillos de la Refinería de Cárdenas.

Por separado se remiten en metálico las limosnas recolectadas en la Habana, Guanabacoa, Regla, Marianao, Vedado, Matanzas, Cárdenas, Guanajay, Jovellanos, Trinidad y Santa Clara, cuya suma asciende ya a más de 5.000 pesos en oro.

El Prelado de la Diócesis de León (Méjico) ha regalado al Papa con motivo de sus Bodas de Oro la suma de 3.000 pesos en monedas de oro acuñadas en Guanajuato.

Las señoras de la ciudad de Bergamo ofrecerán

al Padre Santo una lámpara de oro y otros objetos notables.

Las señoras de la comisión de Faenza han ofrecido a Su Santidad una riquísima estola, un magnífico ramo de flores y un album con los nombres de 6.000 personas.

El Ilmo. Sr. Obispo de Patti, en Sicilia, ofrece al Padre Santo un exquisito recamo en oro ejecutado en Palermo, donde es notable la escuela de semejantes labores. Su Santidad agradeció el regalo, bendiciendo al oferente Sr. Obispo y a las personas que han hecho el trabajo.

Palermo ofrecerá un bello misal de Ratisbona, con miniaturas, encuadrado en piel y plata; varios cálices de plata para las iglesias pobres; un bello tapete para la capilla privada del Padre Santo; una estola de exquisito trabajo bordada en oro; un magnífico relicario de plata dorada con piedras preciosas y pie de ágata, y cuatro cajas con cien botellas de vino rancio del Zucco.

Con motivo del Jubileo de Su Santidad, el conde de París le regalará un escritorio estilo Luis XV, que sirve de base a una estatua pequeña de Juana de Arco, copia reducida de la estatua de mármol que se debe al cincel de la princesa María de Orleans, hija del rey Luis Felipe.

El Obispo de Caracas (Venezuela) ha encargado a dos Sacerdotes de su archidiócesis que presenten en su nombre al Papa un gran número de objetos y curiosidades americanas que los fieles de la misma le ofrecen con motivo de sus Bodas de Oro. Entre otras cosas de gran valor artístico y de verdadero mérito, hay un magnífico cáliz con esta inscripción: «Guzmán Blanco a León XIII.»

El Canónigo Arcipreste de la iglesia Catedral de Yurza, célebre teólogo, D. José Destéfani, ha tenido la feliz idea de celebrar el Jubileo Sacerdotal de León XIII, entregando a su Prelado 18.000 liras (72.000 reales), con destino a costear la carrera eclesiástica a los estudiantes pobres.

Los antiguos zuavos presentarán al Papa una bandera pontifical amarilla y blanca, tejida en Lyon, de una sola pieza, con las armas pontificias pintadas por Lionel Royer; y en la parte inferior están los santos Patronos de las comarcas, patria de dichos zuavos: San Luis, Rey de Francia, representa a los zuavos de Francia; San Mauricio, romano, a los suizos; y Santiago de Compostela a los españoles.

El M. R. P. Bartolino, Abad de Santa Cruz en Jerusalén y Superior general de la Orden del Cister, ha enviado al Papa dos velas llamadas *Agnus Dei* con adornos de plata, cinceladas por un distinguido artífice; un estudio histórico sobre San Bernardo; un bellissimo cáliz hecho en Praga, y una suma en oro a nombre de los abades y monjes cistercienses de la provincia austro-húngara.

La Diócesis de Concordia ofrece un riquísimo album musical, consistente en una preciosa Misa, que el famoso maestro Luis Botaso ha compuesto expresamente para el Jubileo, en estilo exclusivamente religioso, y del todo conforme al reglamento de la Sagrada Congregación de Ritos, aprobado por Su Santidad el 24 de Septiembre de 1884.

¡Alabado sea Dios! El monstruoso Nerón habrá de contribuir al incomparable esplendor de las Bodas de Oro del Papa. La coincidencia es singularísima. Un Sacerdote pobre, un humilde Párroco de la montaña ha enviado a la Exposición Vaticana una moneda de oro, que pesa 10 gramos, la más preciosa y más antigua que se conoce en su clase. En un lado se lee: «Concordia Augusta», y en el otro: *Nero Caesar Augustus*, con el busto del mismo y las insignias del imperio.

Un anticuario quiso comprar esta moneda años ha para la exposición de Milan, y el inspirado Cura rechazó la considerable suma que se le ofrecía, contestando que la reservaba para mejor ocasión. ¿Qué ocasión pudo la divina Providencia depararle más oportuna ni más bella que la presente? El fiero perseguidor de los cristianos, el bárbaro incendiario de Roma, el cruel verdugo del primer Papa, el que crucificando a San Pedro tal vez creyó enterrar al Pontificado y concluir con el cristianismo, véase obligado a volver en efígie a Roma, a prosternarse a los pies de un Papa, a confesar después de 18 siglos que... se equivocó; porque Pedro, su inocente víctima, todavía vive y... triunfa.

Dice un periódico de Méjico:

De la ciudad angélica, que siempre se distingue por la iniciativa de grandes empresas católicas, ha salido el proyecto de una expedición mejicana á Roma, para asistir al Jubileo Sacro de nuestro Santísimo Padre León XIII. Al efecto, el Sr. Arzobispo de Puebla ha expedido una convocatoria, á fin de que las compañías de vapores y ferrocarriles presenten proposiciones para conducir á Roma 500 peregrinos, que en el próximo mes de Diciembre saldrán de dicha ciudad de Puebla.*

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Barniz incombustible.—Se entibia á fuego lento una cantidad proporcionada de agua, luego se añaden 75 partes de sulfato de cinc, 22 de alumbre, 11 de potasa é igual cantidad de ácido mangánico; mientras el agua se va calentando y antes de la ebullición se añaden gradualmente 11 partes de ácido sulfúrico. En esta preparación se sumergen los objetos de madera si son pequeños y las piezas grandes destinadas á construcciones, estén labradas ó no, primero en agua de cal, luego se mojan varias veces con la solución indicada, haciendo uso de una esponja ó trapo, dejándola secarse bien al aire libre. Las maderas tratadas de este modo se hacen incombustibles.

Tinte negro para la madera.—El negro de anilina, que tanta importancia tiene en la tintorería por su inalterabilidad, su firmeza y su brillo, se ha aplicado á la madera lo mismo que á los tejidos.

El Sr. Godeffroy ha conseguido que la madera tome un hermoso color negro por el siguiente procedimiento:

Prepara una disolución acuosa de clorhidrato de anilina, adicionada con una cantidad pequeña de cloruro de cobre, y con un pincel da una mano á la madera que se quiera teñir de negro; luego, con otro pincel ó con una esponja, se da una capa con una disolución acuosa de bicromato de potasa.

Repetiendo esta operación dos ó tres veces, la madera adquiere una coloración negra brillante, de duración indefinida, inalterable por la humedad y por los agentes físicos y químicos.

Cometa monstruo.—En el polígono de Vincennes se acaba de ensayar con verdadero éxito la elevación de una gran cometa, idéntica á las que usan los muchachos como diversión, haciéndolas subir por la sola fuerza de un viento moderado que las lanza por los aires á una altura generalmente corta.

El autor de esta nueva idea, Sr. Maillot, ha hecho construir un inmenso bastidor forrado de tela, cuya superficie es de 72 metros cuadrados, ó sea de 10 metros de largo por 7,2 de ancho, lleva, como todas las cometas, su gran cola, de cuyo extremo pende un cesto, donde se colocó el inventor con 90 kilogramos de lastre y provisto de un paracaídas ordinario para salvar cualquier accidente.

La cuerda que sostenía en tierra al aerostático con el intermedio de un torno, era de 200 metros de longitud, elevándose con una brisa ordinaria hasta 100 metros de altura, que es lo bastante para dominar cualquier campo de batalla, y si va provisto el aeronauta de un teléfono, podrá comunicarse con el cuartel general y poner al tanto de las posiciones del enemigo al que dirige la batalla.

Para el objeto referido, y á fin de hacer los continuos reconocimientos que se exigen en una campaña sobre las líneas enemigas, tiene verdadera importancia esta aplicación de un juguete tan conocido.

Para evitar la oxidación de los tornillos.—Los tornillos de hierro, sobre todo los que se encuentran en lugares húmedos, se cubren pronto de óxido. Cuando están atormentados en piezas metálicas, se fijan de tal modo, que difícilmente se sacan y á lo mejor se quiebran. Para evitarlo se aconseja untar las roscas con una mezcla de aceite y de graso, que impide por completo que el tornillo se fije con demasiada fuerza y lo protege del óxido durante muchos años; al mismo tiempo esta mezcla facilita la entrada, como que es un excelente lubricante.

Transformación del papel.—Cuando se trata la pasta de papel por el cloruro de cinc y se la somete á una presión fuerte, se vuelve dura y resistente. Esta dureza varía según la concentración de la solución metálica, pudiendo á voluntad obtener la consistencia del cuero ó la de la madera.

La materia así obtenida toma con facilidad cualquier color; así es que, como dice el *Moniteur de la*

papeterie, puede aplicarse á la confección de zapatos, tapices; fabricar tubos para gas, mangos de bastón, armas de sierra, botones, peines, poleas, etc., y hasta pueden hacerse hojas para revestir buques ó edificios.

Papel impermeable.—Para hacer impermeable el papel, el cartón, los tejidos, etc., se pintan con un barniz preparado del siguiente modo: se mezclan dos disoluciones de agua de jabón y de sulfato de hierro, y el precipitado de jabón ferruginoso que se forma se lava, se seca y después se disuelve en bencina. Este barniz tiene color, y para obtenerlo incoloro, en vez del jabón ferruginoso, se usa el jabón de alumbre.

Aplicación de la electricidad á los telares de urdir.—Un fabricante de Roubaix, el Sr. Henri Buisine, acaba de encontrar una curiosísima aplicación de la electricidad á los telares de urdir, á los que adapta un aparato avisador, cuya campanilla funciona tan luego como se rompe un hilo de la cadena.

El tejedor queda inmediatamente advertido y el motor se para. El urdidor así no está obligado á cada rotura de un hilo á deshacer toda una parte de su cadena para atarla.

El aparato de Buisine, suprimiendo esta molestia, da por consiguiente unas cadenas más regulares y un trabajo mucho más rápido. El urdidor no tiene que estar siempre obligado á una vigilancia que impone á sus ojos á una gimnasia muy perjudicial para la vista. Los urdidores que nos lean saben mejor que nosotros la verdad de lo que decimos.

Dícese que la invención podrá aplicarse á las urdidoras mecánicas.

NOTICIAS

El sábado último tuvo lugar la Visita Pastoral al Asilo de la Santísima Trinidad por el Excelentísimo Sr. Obispo de esta Diócesis, quien quedó sumamente complacido al ver el desarrollo de la obra, en la que, según sus palabras, se ve claramente la protección de Dios.

Después de dirigir una sentida y fervorosa plática á las Hermanas de la naciente Asociación, y por separado á las numerosas acogidas que tienen y á las personas que habían acudido al acto, recorrió la modesta pero bonita Capilla y todas las dependencias de la casa, deteniéndose en los talleres de bordado, planchado, cordonería, etc., para ver cómo las Hermanas y acogidas ejecutaban sus trabajos, y terminó encareciendo se hiciera todo lo posible para excitar la caridad de las personas piadosas, para que se adquiriera en propiedad el edificio que, aunque construido al efecto, gracias al desinterés y generosidad de sus dueños Sres. D. Víctor Lasalle y D. Vicente Onandía, sólo disfruta en alquiler, y cuya renta, empleada en las necesidades del Asilo, como son máquinas de coser, ropas de abrigo, harán crecer la obra y aumentar el número de acogidas, así como construir en uno de los patios de la casa local á propósito para dar enseñanza á las muchas niñas pobres que de los tejares inmediatos acuden, y á quienes por indicación de nuestro muy celoso Prelado se educa al par que se les socorre con una modestísima comida al mediodía, siendo conmovedor el ver el ansia con que la esperan y la alegría con que la reciben.

¿Cuánto bien pueden hacer las personas á quienes Dios ha enriquecido con bienes de fortuna si favorecen estas obras!

Esta Asociación, cuyo fin es procurar la conversión de las jóvenes extraviadas, enseñando la Doctrina Cristiana en los Hospitales y acogiendo á las que desean retirarse del pecado ó que, de caer en él, se encuentran en eminente peligro, se encarga de hacer toda clase de labores y equipos á precios económicos.

El Asilo, situado en la calle de Ferraz, 98, puede verse todos los días de 3 á 5, excepto los sábados.

Dice un diario de Cádiz que el Excmo. é Ilustrísimo Sr. Obispo de la Diócesis proyecta reformar completamente el retablo de la iglesia de Capuchinos de aquella ciudad, donde se hallan algunas de las últimas obras del inmortal Murillo. Se formará el retablo con sustentantes y columnas de caoba negra, siguiendo las tradiciones de los altares de los conventos de Capuchinos. Quedarán en el frente el cuadro de los Desposorios de Santa Catalina, el Padre Eterno y San Miguel y el Angel Custodio (parecido al de la Catedral de Sevilla), obras de Bartolomé Estéban Murillo, y los dos Santos de Orden que pintó su discípulo Meneses Osorio. En la parte baja

se colocará hacia el centro la gran Concepción, á la derecha el sublime cuadro de San Francisco de Asís y á la izquierda el San Antonio de Padua, reproducción del que se encuentra en el Museo de aquella ciudad, todos del mismo autor. Se pondrá en el presbiterio, con completa separación del retablo, un tabernáculo, evitándose así que pudiera ocasionarse un incendio al menor descuido en el retablo.

Según leemos en *L'Observateur Romano* de 3 del actual, en la mañana del día de Todos los Santos se verificó el acto solemne de promulgar los decretos aprobando para la correspondiente canonización los milagros que Dios obró por intercesión de los siete bienaventurados fundadores de la Orden de los Servitas de María, Pedro Claver, Sacerdote; Juan Berchmans, estudiante, y Alonso Rodríguez, Coadjutor temporal, los tres pertenecientes á la Compañía de Jesús.

Igualmente se promulgaron: el decreto declarando que puede procederse á la beatificación del venerable Félix de Nicosia, lego capuchino, y el decreto de aprobación de los milagros obrados por intercesión del venerable Juan Bautista de la Salle, fundador de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, llamados vulgarmente los *Muy Queridos Hermanos*.

A las once salió Su Santidad de sus habitaciones con dirección á la sala del trono, acompañado de su noble corte. En dicha sala esperaban á Su Santidad los eminentísimos y reverendísimos Cardenales: Pitra, ponente en la causa del venerable la Salle; Mónaco la Valetta, ponente en la del venerable Félix de Nicosia; Ledochowski, ponente en la del bienaventurado Pedro Claver; Parrochi, ponente en la de los bienaventurados fundadores de los Servitas; Laurenzi, ponente en la del bienaventurado Rodríguez; Bianchi, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos y ponente en la causa del bienaventurado Berchmans; el Prelado secretario de dicha Congregación, el Prelado promotor de la Congregación de la Fe, los Prelados subpromotor y Asesor de la misma, y el Prelado sustituto de la Secretaría de los Santos Ritos.

Estaban presentes además: Su Eminencia Reverendísima el Cardenal Martinelli; Mons. Obispo de Dijón y tres Obispos griegos con algunos Sacerdotes revestidos según su rito. Asistió también el Excelentísimo Sr. Horacio Falconieri, á cuya ilustre familia pertenece uno de los bienaventurados fundadores.

Sentado Su Santidad en el trono, los reverendísimos postulantes de cada una de las causas fueron introducidos con el Rdm. Padre General de los Servitas, con el muy ilustre General de las congregaciones de las Escuelas Cristianas, y los defensores de las causas.

Entonces el Prelado secretario de la Sagrada Congregación de Ritos se aproximó al trono de Su Santidad y leyó los seis decretos, después de lo cual los dos Generales mencionados y los postulantes dieron gracias á Su Santidad en breves, pero afectuosas frases, por haberse dignado pronunciar el fallo contenido en aquéllos.

El Padre Santo respondió en latín de la manera siguiente:

«En este día es muy grande el júbilo de Nuestro corazón al ver que, terminado felizmente el examen de las causas, llegará muy pronto el momento de conferir los honores supremos á los héroes cristianos que son objeto de los decretos acabados de promulgar, pues nada tan justo como celebrar y honrar la excelencia de la virtud de aquellos de que el mismo Dios ha dado testimonio por medio de maravillas y milagros no dudosos, y que puesta ahora, por decirlo así, en lugar eminente, pueda servir de estímulo con mayor facilidad que antes.

Este es, ciertamente, el secreto de la fuerza de la Iglesia Católica; esta la virtud que posee ella sola, y que la permite crear en primer lugar, por don de Dios, las virtudes más esplendorosas, alimentándolas luego con maternal cuidado y llevarlas hasta la perfección, para consagrarlas por último y asegurarles la inmortalidad con honores tan grandes que no es posible concebirlos mayores en la tierra.

Y Nos creemos que es un consejo cierto de la Divina Providencia, el que tantos fundadores ó discípulos de las Ordenes religiosas obtengan juntos tan sublime grado de gloria. Porque nuestra época, que no se cuida de sus verdaderos intereses, puede reconocer en este hecho el fin á que tienden las reuniones de religiosos que en todas partes observamos, ó despreciadas por la opinión superficial, ó sirviendo de blanco á un odio violento conculcador de sus derechos.

Nos, sin embargo, con el corazón lleno de confianza, elevamos Nuestras miradas al cielo, y muy

especialmente hacia esos ilustres ornamentos, astros de la Iglesia; y por el grandísimo favor que gozan cerca de Dios, Nos recomendamos humildemente a su protección el mundo católico, y recomendamos también el Pontificado romano y a Nos mismo, que hace tanto tiempo sostenemos un combate tan rudo.

Terminado este discurso, el Padre Santo dió a todos la Bendición Apostólica.

Después le besaron el pie los dos Generales mencionados, los postulantes que le presentaron los ejemplares de los decretos, los abogados defensores y los demás personajes que tomaron parte en la solemne promulgación.

El día 1.º del corriente tuvo lugar en la colegiata del Sacro-Monte de Granada la fiesta religiosa acordada por aquel Ilmo. Cabildo para solemnizar la gracia con que la ha honrado el Sumo Pontífice, dándole el título de *Iglesia Magistral*, por Breve expedido en Roma en Mayo del presente año.

A las diez de la mañana comenzó la función con un solemne *Te-Deum*, hallándose en la nave principal del templo los Sres. Canónigos, el cuerpo de Capellanes de coro y más de cien seminaristas de San Dionisio, presididos por los Prefectos del mismo. A continuación dió principio la misa, que ofició el Ilmo. Sr. Abad. Dijo la oración panegírica el ilustrado Canónigo Dr. D. José Taronjt, que con notable erudición, fluidez y correcto estilo, hizo en la primera parte de su discurso una brillante y razonada exposición del magisterio universal de la Iglesia Católica, narrando los extraordinarios beneficios que esa Catedral infalible ha proporcionado al género humano desde la predicación de los Apóstoles, a pesar de los cismas y herejías que han pretendido desgarrar la unidad de la Iglesia y los vínculos sociales en los grandes períodos históricos de las naciones, a contar desde lo que llamamos Era vulgar; los males de que nos ha librado en el orden temporal y espiritual, y los triunfos que ha de obtener ese magisterio cuando se cumplan definitivamente las promesas hechas a Jesucristo, de darle por herencia todas las gentes, y por límite de su jurisdicción los términos de la tierra.

Dedicó la segunda parte a demostrar el magisterio del Sacro-Monte, evocando oportunamente los nobles propósitos de su ilustre fundador, que lo dotó con el nombramiento de sus Canónigos, de esclarecidos maestros en las ciencias eclesiásticas, y de un Seminario según la norma del Concilio de Trento; refirió a grandes rasgos las gracias y privilegios que se dignaron otorgarle los Papas Urbano VIII, Paulo V y Benedicto XIV; los hombres ilustres que han salido de su seno y enriquecieron la literatura nacional con obras de Historia, de Derecho, de Mística, de Filosofía, de Crítica y de Poesía; en virtud de la cual nuestro Santísimo Padre, el inmortal León XIII, ha querido recompensar tan gloriosa historia, dando al Sacro-Monte el título de *Iglesia Magistral*, en la misma forma que Su Santidad León X, a instancia del Cardenal Jiménez de Cisneros, otorgó igual gracia en 1510 a la colegiata de Alcalá de Henares. Este sermón dejó gratísima impresión al auditorio.

Invitado oportunamente por la Corporación el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Granada, — como iniciador de la stúpica que se dirigió a Roma, — no pudo concurrir, por hallarse algo indispuerto, y envió para que le representara a su Secretario de Cámara y gobierno, el Dr. D. Leopoldo Granadino, Arcipreste de Sevilla.

A la una se sirvió la comida a los Sres. Canónigos, dando una de las presidencias al ilustrísimo representante del Sr. Arzobispo, y la otra al ilustrísimo Sr. Abad. Reinó en el banquete la mayor cordialidad y el más sobrio y discreto regocijo, echando de menos todos la presencia de su Prelado. Algunas oportunas frases del Sr. Abad y del Arcipreste D. Leopoldo Granadino pusieron término al acto, por el cual felicitamos al Cabildo del Sacro-Monte.

El domingo se efectuó en Santander la consagración del Sr. Obispo de Almería, D. Santos Zárate.

Los habitantes de Palma de Mallorca han celebrado este año el día de difuntos con visita de cementerios como en otras ciudades de España, pero dando a esta visita un carácter cristiano que no tiene en otras partes, por desgracia. Por la mañana se reunieron en el cementerio, en cuya capilla hubo una solemnisísima Comunión general. Por la tarde se rezo el ejercicio de las Siete efusiones de la Sangre de Jesucristo, y después se predicó sermón. Este modo de celebrar el día de difuntos será sin duda más grato a Dios y más beneficioso a los difuntos

que las visitas enteramente profanas de otras poblaciones.

En el local que ocupa el tribunal metropolitano tarraconense se ha reunido estos días la Junta encargada de dictaminar el expediente instruido para la beatificación de la Sierva de Dios, Sor Filomena de Santa Coloma, religiosa que fué del convento de MM. Monjas Mínimas de la ciudad de Vall. Dicha Junta la componen el muy ilustre Sr. Vicario general de aquella archidiócesis D. Juan Comes, el Canónigo D. Tomás Saconá, el beneficiado D. José Viñas, y como secretario el reverendo Licenciado D. Francisco Balcells.

Ha pocos días, dice un periódico de Barcelona, y en una casa de miserable apariencia, en la cual faltaba todo menos frutos de bendición al pobre matrimonio que la habitaba, se presentó un joven decentemente vestido, y sin preámbulo alguno ofreció a los necesitados moradores todo lo que en el turgio era de urgente necesidad y puso en mano del jefe de la familia la suma de 40 pesetas. Los pobres, grandemente reconocidos, no sabían cómo demostrar su agradecimiento al caritativo bienhechor, cuando oyeron de sus labios que nada le debía y que sólo exigía de ellos que no bautizaran al hijo recién nacido. Los padres quedan en suspenso; se dirigen una mirada de inteligencia, y resueltamente el marido devuelve las 40 pesetas al generoso donador, diciéndole: «antes moriremos de hambre que faltar a nuestras católicas creencias.» El filántropo se retira avergonzado y con un argumento poderoso en contra de su incredulidad. Pronto se supo entre los vecinos lo ocurrido, y al llegar a noticia de personas caritativas hizo que desde luego se proveyera a lo más necesario. Esto prueba que por mucho que se exteime el celo y actividad de los buenos nunca será excesiva, porque muchos son los que por uno u otro medio procuran arrebatar hijos a la Iglesia católica.

El Sr. Cardenal Parocchi, Vicario general de Su Santidad, ha debido ya consagrar la Capilla pública que han hecho edificar aneja a su casa en la calle de San Sebastián, entre la Plaza de España y el monte Pincio, las *Pobres siervas de la Madre de Dios*, nueva Congregación de damas inglesas católicas recientemente instituida en Roma para la educación principalmente de los hijos e hijas de sus compatriotas residentes en dicha ciudad habitualmente ó de paso.

Es esta una de tantas nuevas Congregaciones especialmente extranjeras fundadas en Roma después de 1870.

Otra Congregación, ésta de varones, que durante estos días se ha implantado en Roma, es la de los Hermanos de María (*Frères de Marie*) venidos de Francia. Por de pronto han alquilado una casa en *Via Palestro* en medio de los nuevos barrios del Esquilino; pero han comprado ya un gran terreno en aquella barriada, para edificar allí una gran casa y una Iglesia. Estos *Frères de Marie* son como una ampliación de los *Hermanos de la Doctrina Cristiana* y tienen por objeto la educación cristiana y la instrucción elemental y técnica de los niños de las ínfimas clases obreras y de los campesinos, mientras que los *Hermanos de las Escuelas Cristianas* del venerable La Salle se dedican con preferencia a la educación de los niños de la pequeña burguesía.

El príncipe Edmundo Radziwill, que hace poco era Vicario en Ostravo, ha entrado en la Congregación de los Benedictinos. El príncipe ha pronunciado sus votos en la Abadía de Beurose, en el principado de Hohenzollern-Sigmaringen, cuya reapertura fué autorizada hace algunas semanas.

Los Hermanos Carmelitas establecidos en el arrabal de Santa Catalina de Palma de Mallorca inaugurarán una escuela nocturna gratuita para adultos, con el fin de facilitar la educación e instrucción, según los principios católicos, a los jóvenes obreros pobres.

Los alumnos recibirán gratis todo el material de enseñanza.

Se ha verificado en Cuenca la inauguración del Colegio que las *Siervas de San José* han abierto en aquella capital. A tan solemne acto asistió el Prelado de la Diócesis, pronunciando un discurso en extremo laudatorio para el nuevo instituto, de cuyo celo se prometió ópinos frutos para la enseñanza de niños pobres.

Felicitamos a las *Siervas de San José* por la cordial acogida de que han sido objeto en la ciudad de Cuenca.

NECROLOGÍA

A los ochenta y dos años de una vida de heroicos sacrificios, falleció el 24 de Octubre el *padre de los pobres*, el *nuevo San Vicente de Paul*, como se le llamaba en Valladolid, D. Cristóbal Rubio y Campo, dignidad de Maestrescuela de la Santa Iglesia Metropolitana de Valladolid, Terciario de la Orden Agustiniense y su constante y generoso bienhechor, como de todo lo santo y bueno. Ha bajado al sepulcro entre las lágrimas de los pobres, a quienes daba cuanto ganaba. Fundó en Valladolid las Conferencias de San Vicente de Paul, favoreció y promovió todas las instituciones piadosas y benéficas, y llevó a dicha ciudad la Congregación de las *Siervas de Jesús*. Era amantísimo de la Orden Agustiniense y devotísimo del Beato Alonso de Orozco.

Ha muerto en Roma el Cardenal Antonio Pellegrini, Diácono de Santa Marta in Aguirio. Nació en Sonnino (en el Latium) el 11 de Agosto de 1812.

El difunto Cardenal formaba parte de las Sagradas Congregaciones del Concilio, de los Sagrados Ritos, del Ceremonial, de las Indulgencias y Santas Reliquias, de las fábricas de San Pedro y de la Congregación Lauretana, y era Cardenal-protector de la venerable Cofradía de Jesús Nazareno en la iglesia de Santa Elena.

También han fallecido recientemente: En Cádiz, D. Luis Gonzaga Fernández, Canónigo de aquella Santa Iglesia Catedral.

En Salamanca, Sor Soledad Torres, Superiora de la Comunidad de Siervas de María.

En Zaragoza, el Beneficiado del santo templo del Pilar, D. Vicente Andrés.

En Tortosa, y en su colegio de Jesús, el reverendo Padre Juan Bautista Bombardó y Pujol.

En Táy, el Chantre D. Victoriano Serrano y Mingo.

En Sevilla, el Capellán de San Fernando D. José Rafael de Góngora.

En Montejicar, el Teniente Cura D. Diego Fernández Vázquez.

En la Pobla (Balears), el Vicario D. Antonio Sabater.



Hemos tenido noticia del fallecimiento ocurrido en Rivera del Fresno de nuestro constante suscriptor el Sr. D. Angel de Vargas y Brito, apreciable caballero católico, descendiente de las familias más ilustres y más antiguas de Extremadura.

Acompañamos en su justo dolor a su esposa la Ilma. Sra. Doña Catalina Chumacero y Gollín, Condesa de la Oliva, y rogamos a nuestros lectores que encomienden a Dios al finado.

IMAGENES PARA EL CULTO CATÓLICO

A fin de dar a conocer las imágenes en madera en todas sus clases que se construyen en el taller de escultura de D. TOMÁS PICÁS, DE BARCELONA, ha establecido un depósito en esta Corte en el antiguo almacén de galerías, bastones y molduras.

LA FORTUNA

Caballero de Gracia, 46.

ARTÍCULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.



LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 33. — Madrid 25 de Noviembre de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Six meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Six meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Six meses.....	12 fr.
Un año.....	24 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Six meses.....	3 ps. fs.
Un año.....	5 »

SUMARIO

TEXTO. — *La decena*, por M. Ousio y Bernard. — *Los grabados*. — *Horas fúnebres*. — *Documentos pontificios*. — *La hermandad por castigo*, por J. E. Hartmann. — *Historia de un ángel*, por Manuel Jorero y Pasinga. — *La niña y el abuelo*. — *El Aspid*, por V. — *Jubilos Sacerdotal de Su Santidad León XIII*. — *El arte religioso*, por M. de A. — *Noticias*. — *Bibliografía*. — *Necrología*.
GRABADOS. — *Un idilio*. — *Triunfo del hombre*. — *La comunión de San Jerónimo* (cuadro del Dominiquino).

LA DECENA



CONFORME avanza el tiempo y se aproxima el instante de que los católicos de todo el orbe acudan a Roma con motivo de la celebración del Jubileo Sacerdotal de

León XIII, el intransigente espíritu de la bandera política trabaja sin descanso para quitar ó disminuir al menos la grandeza del acto á que se apresta la cristiandad. Se ha dicho por unos, y semejante rumor no puede aceptar nadie que tenga la cabeza medianamente organizada, que muchos tradicionalistas españoles residentes en Roma ó que se disponen á ir á dicha capital utilizarían las fiestas del centenario para realizar una manifestación contra el rey Humberto, ocasionando con ella tal vez complicaciones de carácter internacional. Se ha dicho por otros, y también merece la noticia ser puesta en cuarentena, que el radicalismo italiano recibiría hostilmente á los peregrinos; que haría manifestaciones directamente ofensivas al Pontífice y demás Principes de la Iglesia, y que el arte y las letras unidos como tantas otras veces para el mal parodiarían la Ilustración especial que los católicos romanos han fundado para celebrar la fiesta del Jubileo, y que

traducida ya á varios idiomas publicase en otros tantos países. A pesar de las seguridades con que unos y otros lanzan sus afirmaciones, insisto en mi creencia, anteriormente manifestada, de que la gran romería, así como la exposición que es su complemento, se celebrarán sin que nada turbe el carácter que deben revestir. Italia es la más directamente interesada en que así suceda; los pueblos católicos todos no pueden llevar otro móvil que el exclusivamente religioso y hasta el hecho de que naciones no católicas intervengan en esta prueba de adhesión al ilustre sucesor de San Pedro contribuirá á que vayan desvaneciéndose los temores, y á que la opinión imparcial sepa el verdadero valor que debe asignarse á los interesados cálculos de los políticos que utilizan, ya como escudo, ya como ariete, las fiestas de nuestra santa Religión.



UN IDILIO.

Viniendo ahora a los menudos asuntos madrileños, y pasando por alto la crecida del Manzanares que ha logrado atemorizar al Municipio y la crecida del Sr. León y Castillo que por virtud de combinaciones verdaderamente increíbles ha llegado a ser embajador en París, hay que descender al único asunto del día, porque no hay ni puede haber otro, que la cogida del diestro Salvador Sánchez (Frasuelo). La corrida de *El Gran Pensamiento*, sociedad fundada para establecer cátedras y celebrar exposiciones, ha cerrado la temporada con una desgracia, cuyo alcance no se puede precisar todavía; pero que para muchísimas personas es un verdadero duelo nacional.

La traslación del diestro a su domicilio fué una verdadera e imponente manifestación: millares de personas de todas las clases sociales rodeaban la camilla y diez ó doce guardias la protegían; la puerta de su casa se vió también guardada por la autoridad; en la lista del portal figuran innumerables firmas y las tarjetas llueven sobre ella. Durante las largas horas de la noche de la catástrofe y las bien frescas de la madrugada no faltó gente en la plaza de Santo Domingo, donde habita el diestro, y es seguro que la renta de correos y de telégrafos habrá tenido aumento extraordinario. Todo permite recordar el triste cuadro que en *Pan y toros* pintaba el malogrado Picón, refiriéndose a la herida de Pepe Hillo y a la muerte de D. Ramón de la Cruz; todo recuerda el más moderno contraste que ofrecía Madrid precipitándose junto al lecho de el *Tuto* é ignorando que en los mismos momentos agonizaba el vencedor en el Callao, el heroico almirante Méndez Núñez.

Algo hay, no obstante, que disculpa, si no justifica la actitud de los entusiastas de Frasuelo. El pueblo es un niño grande que necesita diversiones; el teatro, que tanto podía contribuir a su cultura, se limita hoy a ser eco de las glorias del torero, anuncio diario y permanente de las corridas de toros. El pueblo acepta la lección del teatro... yendo a ver héroes auténticos.

La relajación de los gustos literarios ha llegado a tal extremo; la desmoralización ha subido a tan alto grado; el teatro ha presentado tantas veces a tomar parte en funciones benéficas, hasta su amor a la familia y su consecuencia en las amistades se las han proporcionado grandísimas. Peña y Goñi ha publicado recientemente un libro en que examina la representación social de Lagartijo y Frasuelo, y el nuevo Plutarco no oculta sus preferencias por el último, reconociendo los altos títulos del primero. Hace veinte años que en presencia de un caso análogo, el autor de estos párrafos hubiera puesto el grito en el cielo, evocando la sombra de Jovellanos... Hoy, menos intransigente y apasionado, se limita a exclamar: ¡Pobre Frasuelo... y pobre país!

**

Incidentalmente he hablado del teatro: esto me presta oportunidad para dar cuenta de los dos estrenos más salientes: en la Comedia el *Ángel caído*, del Sr. Pleguezuelo; en Apolo *Cuba libre*, del Sr. Jaques, con música de Fernández Caballero.

Si prescindiendo en absoluto de circunstancias de actualidad se preguntase uno qué tal es la obra del Sr. Pleguezuelo, sería forzoso acompañar al elogio no pocos peros y distinguos; pero hoy que tanto interesa arrojar del teatro a la chulería que le deshonra, *Ángel caído* merece sincera aprobación. Poco importa que en sus principales caracteres haya un vicio original, que con el mejor deseo para lograr el claro-oscuro, las situaciones y caracteres cómicos entorpezcan a veces la marcha de la acción dramática... En cambio de tan leves reparos, en la obra toda domina el mejor gusto; su bella prosa revela a un autor de la buena raza, el diálogo es discreto y abundan los pensamientos levantados y dignos. No es todavía *Ángel caído* la obra que ha de señalar el renacimiento del teatro contemporáneo sobre las ruinas del efectismo de Echegaray y de la máquina interna de los trabajos de Cano y Sellés, armazón que suele ocultar el vacío; no es la obra del Sr. Pleguezuelo bastante poderosa para llevar a buen camino el gusto descarriado y lanzar del teatro al alu-

vió de autores por horas que lo extravían; pero es siquiera una noble tendencia, un levantado esfuerzo, algo que señala ya el cambio por el que suspira el buen gusto. Los aplausos del público fueron muchos y muy justos; pero todavía era cosa de preguntarle a los aplaudidores:

— Si aplaudís esto, ¿cómo es que también aplaudís lo otro?

Porque lo otro sigue y seguirá llenando siete u ocho teatros de Madrid.

Cuba libre es un pretexto nada más para la exhibición de un excelente decorado de los Sres. Busato, Bonardi y Amalio, y para que el maestro Caballero se haga aplaudir en unos cuantos números musicales. Mitad revista política, mitad viaje de recreo, ni sobresale por su mérito literario, ni por el interés que quiere inspirar: hay en ella, no obstante, vida, animación, verdad (según los que conocen la isla de Cuba) y otros motivos más que suficientes para que viva largo tiempo en los carteles. Bastarían para esto las decoraciones representando la cubierta de un buque, la manigua y el puerto de la Habana; un número musical a voces solas y un tango, así como algunos detalles de ejecución de Pepa Hija y de Rosell.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

UN IDILIO

Bajo el ardiente sol de Italia y en tranquilo y pintoresco paisaje, los jóvenes pastores se encuentran entregados al encanto de la música, mientras que las cabrillas, ante aquel armónico ruido, miran a sus guardianes según dijo un gran poeta español:

de pacer olvidadas, escuchando.

Ha sabido el artista imprimir a su composición tal encanto, sencillez y poesía, que hace inútil y convertiría en inoportuna toda descripción.

TRIUNFO DEL HOMBRE

La fuerza salvaje de la naturaleza y la fuerza civilizadora de la ciencia colocadas una vez más frente a frente; pero el triunfo de la segunda no es dudoso, y ante su impulso van desapareciendo los obstáculos, como huyen aterrados los jabalíes de la lámina lanzando aullidos de impotente despecho al ver avanzando al monstruo que mueve el vapor y que une entre sí, con fraternales vínculos, a los pueblos más apartados del globo.

LA COMUNIÓN DE SAN JERÓNIMO.

(Cuadro del Dominiquino.)

Domenico Zampieri, llamado el Dominiquino, nació en Bolonia en 1581, siendo hijo de un humilde zapatero. Estudió en la Escuela de Augusto Carrache, en Bolonia, y en la de Anibal Carrache, en Roma; y murió en Nápoles en 1641.

Hoy reproducimos una de sus obras más conocidas y características: la de la *Comunión de San Jerónimo*.

HONRAS FÚNEBRES



El día 22 del corriente, a las diez de su mañana, y en la preciosa iglesia del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, se celebró el modesto funeral que la Junta de Señoras del mismo, y con motivo de ser el mes de las Animas, dedica a su inolvidable fundadora la Sra. Doña Ernestina Manuel de Villena.

Ocupaban el espacioso templo, perfectamente iluminado, no sólo las distinguidas damas que componen la Asociación, si que también multitud de personas de todas las clases sociales, que querían rendir nuevo tributo de admiración y afecto a la piadosa señora, a quien la más ilustre dama de España llamaba *la madre de los pobres*.

Sobre un modesto túmulo colocado en el crucero se veían algunas coronas, depositadas por sus hijos adoptivos los pobres pero hoy dichosos huérfanos, que de aquella manera sencilla querían demostrar su profunda gratitud.

Gran número de señoras, vestidas todas de riguroso luto, ocupaban los escaños del crucero, y sus casi ocultos rostros reflejaban, al par que el más profundo dolor, la consoladora esperanza de que su cariñosa amiga, la iniciadora en la grande idea por ella y ellas realizada, estaría ya ocupando el predilecto sitio que Dios Nuestro Señor tiene destinado a los que siguiendo en este mundo fielmente sus manda-

tos ocupan los días de la vida en orar y en amar, proteger y servir a los pobres huérfanos.

Lágrimas de dolor y de confianza corrían por las mejillas de aquellas que con Ernestina han compartido penalidades sin cuento, concebido lisonjeras esperanzas, disipadas una y cien veces, pero al fin con la ayuda de Dios ya realizadas, pues aquella obra con tan pocos recursos acometida, pero con tanta fe llevada a cabo, no es la obra de un cuarto de siglo de constante práctica de la caridad cristiana.

Los huérfanos, los pobres huérfanos que a la iniciativa, la fe y la constancia de Ernestina deben su bienestar actual; aquellos niños, privados un día por ley de naturaleza de los cariños maternales, recordaban con el alma entristecida a la que, sacándolos del abandono y la miseria, fué su ángel tutelar, haciendo con ellos las veces de madre, y dirigían por ella fervientes preces al Altísimo; sencillas preces, quizás jamás escritas, pero sí sentidas, y que con singular agrado son recibidas por el Dios de las misericordias, de aquel Dios que se complacía diciendo: «Dejad a los niños que se acerquen a mí.»

Aquellas súplicas, elevándose mezcladas con el incienso de los altares, llegarán al cielo y siendo propiciamente escuchadas, proporcionado habrán el eterno gozar de la divina presencia a la que fué ilustre cuanto humilde fundadora del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, de ese Asilo, donde tantos consuelos se han prodigado, donde tantas penas han sido atenuadas, donde adoptando a cien y cien huérfanos como a hijos propios, se ha conseguido arrancarlos de la miseria, de la ignorancia, del vicio y quizás del crimen, para devolverlos a la sociedad, y con ella fundarán familias cristianas, donde sólo el amor y la paz reina, donde se rinde ferviente culto a la religión y a la patria.

Quando a los acordes del órgano entonaban los pobres niños, ya los salmos penitenciales, ya las severas lecciones, o ayudaban a la celebración del santo sacrificio, aquellas voces infantiles, emocionadas por el dolor y el agradecimiento, venían a herir el oído de cuantos en el templo orábamos. Todos los ojos se cubrían de lágrimas; todos los corazones latían con desordenada rapidez.

A muchos funerales hemos asistido; en muchos hemos visto recogimiento y dolor; pero en ninguno más respeto, más amor y dolor más sincero; y al contemplar aquellos muros levantados con tanta fe, pero con tantos sacrificios cimentados; al recorrer entusiasmados aquellos altares llenos de imágenes sagradas; al ver aquellos haces de columnas elevarse y torcerse en dirección ojiva hasta perderse en afiligranado rosetón; al mirar aquellas vidrieras, que al dar paso a la luz del cielo, representan imágenes de bienaventurados; al ver las cinceladas tribunas, puertas y verjas, no podíamos menos de exclamar con santa alegría, leyendo en el antepecho del coro: *Laudate Dominum, omnes gentes*.

Que le alaben, sí, porque El pudo inspirar a Ernestina y sus queridas hermanas su caridad, hacer que tan diminuta semilla haya producido árbol tan magnífico, y de seguro que la misma exclamación salta del corazón de aquellas señoras que han comprendido la magnitud de la idea, y abrazando con ella la cruz de la abnegación, y con ella seguido la senda dolorosa del calvario de privaciones y desaires, prolongando uno y otro y otro año, sin cansar ni desmayar jamás hasta realizar sus ensueños de caridad.

Pero Ernestina no estaba allí, ni pudo ver, sino en sueños, su deseada Iglesia.

Una lápida de mármol oculta el sitio destinado a la última morada en la tierra de esta heroína de la caridad; la recuerda a los que no la conocieron, pues su recuerdo existe y existirá siempre en los corazones de los que tuvieron la dicha de conocerla y amarla, confiando que muy pronto, tras aquella lápida, reposarán las cenizas de la que en el mundo fué Ernestina Manuel de Villena.

No terminaremos nuestra tarea sin elevar nuestras preces al Altísimo para que obtenga favorables resultados la información que, *ad perpetuam rei memoriam*, sobre la vida y hechos de la Fundadora del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, se dignó abrir nuestro virtuoso Prelado a instancias de las Señoras de la Asociación, y para la que fué nombrado Procurador el celoso Sacerdote D. Benigno de Cafranga, y Fiscal el Ilmo. Sr. D. Manuel García Menéndez de Nava.

DOCUMENTOS PONTIFICIOS

DECRETO DE CANONIZACIÓN DEL B. PEDRO CLAVER, CONFESOR Y SACERDOTE PROFESO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, ACERCA DE LA DUDA ¿SOBRE SI CONSTA, Y DE QUÉ MILAGROS EN EL CASO Y AL EFECTO DE QUE SE TRATA?

LA incomprensible sabiduría de Dios, que todo lo dispone en este mundo con fuerza y suavidad, nunca dejó de suscitar esforzados predicadores del Evangelio que difundiesen la luz de la verdad entre los infieles, sentados aun en las tinieblas y sombra de muerte, y empleasen su vida en la dilatación de la divina gloria y en procurar la salvación de los prójimos. Entre éstos hay que contar al B. Pedro Claver, español de nación y natural de la villa de Verdú, en el principado de Cataluña, individuo de la ínclita Compañía de Jesús. El cual, ordenado de Sacerdote y enviado luego a Cartagena, en la costa del Atlántico, para evangelizar a las gentes bárbaras, es indecible la caridad con que por espacio de más de 40 años trabajó principalmente en el ministerio de los negros, que, como viles esclavos, llevaban de Africa, reengendrando para Cristo muchos millares de ellos con las saludables aguas del Bautismo. Ya el Beato Alonso Rodríguez, con quien había tratado en otro tiempo, vió mucho antes las obras de las virtudes más sublimes y los grandes trabajos de este apostólico varón y la gloria que en el cielo le esperaba. A la cual pasó el bienaventurado Pedro el día de la Natividad de Nuestra Señora, amadísima Patrona suya, el año 1654, a los 74 de su edad.

Como resplandeciese en virtudes y milagros, plenamente comprobados, y condecorado con los honores de los bienaventurados del cielo por el Sumo Pontífice Pío IX, de santa memoria, quiso Dios ilustrar a su siervo con nuevos prodigios, con el intento de que fuese elevado en la Iglesia al honor de la canonización. De entre ellos se escogieron dos, los cuales se propusieron al acostumbrado examen jurídico de la Sagrada Congregación de Ritos, primero en la sesión antepreparatoria celebrada en casa del Cardenal Bartolini, de clara memoria, Prefecto de la misma Sagrada Congregación de Ritos y Relator de la causa, el día 16 de Noviembre de 1886; después en la preparatoria habida en el Palacio Vaticano el 10 de Mayo del corriente año 1887, y finalmente en la Congregación general celebrada asimismo en el Palacio Vaticano, delante de Nuestro Santísimo Padre León XIII, el 9 de Agosto de este mismo año. En ella, como hubiese propuesto el Rmo. Cardenal Luis Serafini por el sobredicho Cardenal Relator ausente, la duda: *Si consta de los milagros, y de cuales en el caso y para el efecto de que se trata*, tanto los Rmos. Cardenales como los Padres Consultores dijeron cada uno su parecer. Su Santidad, visto y mirado todo cuidadosamente, declaró que sólo faltaba, después de encomendarlo a Dios con mucho fervor y humildad, pronunciar en ocasión oportuna su juicio supremo acerca de lo que se había de sentir en este asunto.

Finalmente, en esta festividad de Todos los Santos, ofrecido primero el Santo Sacrificio, llamó a la Sala principal del Vaticano a los Rmos. Cardenales Angel Bianchi, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, y Mieczislaw Ledochowski, Relator de la causa, y al R. P. Agustín Caprara, Promotor de la Fe, y a mí, el infrascrito Secretario, y delante de ellos solemnemente declaró: *Que constaba de dos milagros que Dios ha obrado por intercesión del B. Pedro Claver; a saber, el primero: La instantánea y perfecta curación de Bárbara Bressen, octogenaria, de un inveterado cáncer epitelial en la mejilla derecha; y el segundo: La súbita y perfecta curación de Ignacio Streker, de un caries en el esternon y en las costillas del lado izquierdo, unido a una lesión gravísima en los pulmones.*

El presente decreto mandó que se publicase y se insertase en las Actas de la Sagrada Congregación de Ritos el 1.º de Noviembre de 1887.

L. S.

A. Cardenal Bianchi, Pref. de la S. C. de R.
Lorenzo Salvati, Secretario de la S. C. de R.

DECRETO DE CANONIZACIÓN DEL B. JUAN BERCHMANS, CONFESOR, ESCOLAR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, ACERCA DE LA DUDA ¿SOBRE SI CONSTA, Y DE QUÉ MILAGROS EN EL CASO Y AL EFECTO DE QUE SE TRATA?

Adornada el alma de Juan Berchmans con esclarecidos dones de naturaleza y de gracia, era preciosa y singularmente amable a los ojos de Dios: por lo cual el Señor se apresuró a llevarle de este

mundo al descanso de la eterna bienaventuranza después de la breve carrera de una inocente vida, que empleó el santo joven en la práctica de la perfección evangélica y terminó el día 13 de Agosto de 1621 en el Colegio Romano, habiéndolo ennoblecido con los ejemplos de su santidad, muy parecidos a los que allí mismo había dado el angelico Luis.

Pío IX, Pontífice Máximo, de santa memoria, en 28 de Mayo de 1865, honróle con el título de Beato en testimonio de las heroicas virtudes y maravillas por las cuales era celebrado.

Mas como desde entonces acá resplandeciese con nuevos prodigios, mayormente en tierras de Bélgica, de donde era natural, hizo de ellos diligente información por vía de proceso, después que la Santidad del Pontífice ya mencionado había autorizado la prosecución de la causa. De donde, para que con motivo de los nuevos milagros que se referían se abriese camino a la canonización, escogieronse dos de ellos para ser puestos en tela de juicio por la Sagrada Congregación de Ritos conforme a los severos trámites del derecho pontificio. La discusión tuvo lugar primeramente el 30 de Diciembre de 1886, en el Palacio del Cardenal, de esclarecida memoria, Domingo Bartolini, prefecto de dicha Sagrada Congregación y Relator de la causa. Reiteróse después en el Palacio Apostólico Vaticano en 22 de Marzo del presente año 1887 ante los reverendísimos Cardenales Prepositos de la Sagrada Congregación de Ritos; y por fin terminó el 21 de Junio del mismo año en la Congregación General habida en el mismo Palacio Vaticano en presencia de nuestro Santísimo Señor León Papa XIII; en la cual, propuesta por el citado Cardenal Relator la duda: *¿Sobre si consta, y de qué milagros en el caso y al efecto de que se trata?* Los Rmos. Cardenales y Padres Consultores dieron por su orden los respectivos sufragios.

Oídos atentamente todos los votos, el Santísimo Padre, conforme a la costumbre usada de los Sumos Pontífices, difirió para más adelante la manifestación de su supremo juicio a fin de que hubiese lugar de dirigir humildes preces a Dios; pues no sólo engendra el con su gracia las virtudes de sus siervos, mas también es quien con soberana providencia les dispensa los honores que en la Iglesia se les tributan.

Finalmente, en esta solemnidad de Todos los Santos, después de haber celebrado devotamente el Santo Sacrificio, convocó en la Sala principal del Vaticano al Rmo. Cardenal Angel Bianchi, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, y Relator de la causa, y al Rmo. P. Agustín Caprara, Promotor de la S. Fe, y al infrascrito Secretario, y estando ellos presentes solemnemente decretó: *Que constaba de dos milagros obrados por Dios por intercesión del Beato Juan Berchmans: uno es: La instantánea y perfecta curación de María Wilson, novicia en el Colegio de vírgenes del Sagrado Corazón de Jesús en la población Grand Côteau de la Archidiócesis de Nueva Orleans, de una úlcera mortal y crónica en el estómago, a la cual se añadía una aguda flogosis; y a cuya enferma, próxima a la muerte, apareciéndose el Beato Juan, restituyó súbita y perfectamente la salud. El otro es: La instantánea y perfecta curación de María Dionisia Lyon, religiosa profesada del Monasterio de Clarisas de Bruselas, la cual se vió libre de una gastritis crónica de una úlcera corrosiva del estómago y de una gravísima lesión de espina.*

El día 1.º de Noviembre mandó insertar el presente decreto en las actas de la misma Sagrada Congregación y ordenó que se publicase.

L. S.

A. Cardenal Bianchi, Prefecto de la S. C. de R.
Lorenzo Salvati, Secretario de la S. C. de R.

DECRETO DE CANONIZACIÓN DEL B. ALONSO RODRÍGUEZ, CONFESOR, COADJUTOR TEMPORAL FORMADO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, ACERCA DE LA DUDA ¿SOBRE SI CONSTA, Y DE QUÉ MILAGROS EN EL CASO Y AL EFECTO DE QUE SE TRATA?

Después que León Papa XII, de santa memoria, inscribió en el catálogo de los bienaventurados a Alonso Rodríguez, otro de los hijos de la insigne Compañía de Jesús, plugo a Dios con nuevas señales de prodigios declarar la virtud de tan gran varón, para que sea ésta públicamente enaltecida con los honores de los Santos del cielo, en la Iglesia militante. De aquí que fuesen escogidos dos de aquellos prodigios y propuestos a la aprobación de la Sede Apostólica. Pero, designio ha sido de la Providencia, que no haya acontecido el examen de las actas de aquellos sino hasta estos últimos tiempos, es a saber, cuando se trataba de una causa semejante respecto del Beato Pedro Claver, de quien el mismo Beato Alonso había conocido anticipadamente, por revelación divina, los heroicos trabajos en evange-

lizar a los infieles y la suma abundancia de méritos delante de Dios y la brillante corona que en el reino celestial le estaba aparejada. De aquellos milagros, pues, conforme a las reglas prefijadas en las Constituciones Canónicas, hubo discusión tres veces en la Congregación de Sagrados Ritos; esto es, primeramente en la reunión antepreparatoria convocada el 8 de Febrero del año 1887 en el Palacio del Rmo. Cardenal Carlos Laurenzi, Relator de esta causa; después en los Comicios Preparatorios celebrados el 12 de Julio del mismo año en el Palacio Apostólico Vaticano, con intervención de los reverendísimos Cardenales que tienen el cargo de conservar incólumes los sagrados Ritos; y finalmente, tercera vez en la Congregación General habida el 6 de Septiembre del referido año en presencia de Nuestro Santísimo Señor León Papa XIII en el mismo Palacio Vaticano, en donde, habiendo el Rmo. Cardenal Isidoro Verga, en lugar y haciendo las veces del expresado Cardenal Relator ausente de Roma, propuesta la duda: *¿Si consta, y de qué milagros en el caso y al efecto de que se trata?* todos los que estaban presentes, así los Rmos. Cardenales, como los Padres Consultores, dieron por orden su voto. A pesar de esto, Nuestro Santísimo Señor difirió proferir su sentencia decretoria; advirtiendo a los allí congregados que en negocio tan grave convenía precedieran oraciones y súplicas para lograr conocer bien la voluntad de Dios.

Pero en este día, consagrado a la fiesta de Todos los Santos, después de celebrado el divino Sacrificio, Su Santidad llamó a su presencia a los reverendísimos Cardenales Angel Bianchi, Prefecto de la Congregación de Sagrados Ritos, y Carlos Laurenzi, Relator de la causa, junto con el R. P. Agustín Caprara, Promotor de la S. Fe, y a mí el infrascrito Secretario, y estando éstos presentes solemnemente decretó: *Que constaba de dos milagros obrados por invocación del Beato Alonso Rodríguez, es a saber, el primero: La curación instantánea y perfecta de Joaquín Rocha y Rayó, de splenitis, a la cual se siguieron una gastritis y una extendida peritonitis; el segundo: Repentina y perfecta curación de Sor María Alfonso Gallis, religiosa profesada en el monasterio de Amberes de S. Coleta, de un hereditario e inveterado cáncer en el estómago.*

Este decreto mandó publicar e insertar en las actas de la Congregación de Sagrados Ritos el 1.º de Noviembre del año 1887.

L. S.

A. Cardenal Bianchi, Prefecto de la S. C. de R.
Lorenzo Salvati, Secretario de la S. C. de R.

LA HERMOSURA POR CASTIGO

CUENTO MORAL.

MARAVILLA del Oriente llamaban a la hija del emperador Teodosio, la sin igual en hermosura Pulqueria, que ya gozaba de tan lisonjero título desde la casi infantil edad de trece años. El apacible genio de la princesa, nacida, como su padre, en Itálica; el tierno atractivo de su virginal semblante; la gallardía española de su cuerpo; su entendimiento claro, y su honesta vida sobre todo, la atraían de cerca y lejos adoradores rendidos, muchos en número y eminentes en jerarquía, sin que ninguno reparase en un defecto gravísimo que debía oscurecer no poco las relevantes gracias de la augusta doncella.

La hija del sucesor de Valente, la hermana de Arcadio y Honorio, ídolo de la imperial familia, jamás había visto a sus padres, ni a sus hermanos, ni a nadie.

Pulqueria, cuyos rasgados y hechiceros ojos envidiaban las más gentiles damas de Constantinopla, no veía con ellos: Pulqueria nació y había vivido ciega hasta la edad juvenil. Ciega oyó las cariñosas palabras de su madre Flacila cuando la criaba a sus pechos; ciega recibió la bendición de aquella mujer santísima, cuando la llamó el Señor a recibir entre los ángeles el premio debido a sus altas virtudes; ciega había escuchado los rendidos y amorosos ruegos del príncipe Favencio, que solicitó y obtuvo del padre y de la hija la promesa de poderla llamar esposa en llegando la joven a contar quince años.

Feliz Pulqueria por ser hija de padre tal; más feliz por los dones corporales y del espíritu con que la Providencia la había enriquecido; felicísima por el amor que le tenían los suyos; bienes tan superiores y tantos eran nada para ella desde que, entrada en la mocedad, y dando oídos a la voz universal que la proclamaba la más bella de las hermosas, nació en su corazón el vanidoso y vehemente deseo de ver para verse. Persuadida, y con razón, de que

su madre habitaba gloriosa la mansión de los bienaventurados, cada noche le dirigía una ardiente súplica para que la alcanzase del Todopoderoso el don de la vista. Aparecióse una noche Flacila a Pulqueria en sueños, ó por mejor decir, sintió Pulqueria una noche que milagrosamente se abrazaba con ella la feliz matrona, ceñido en la sien ya inmortal el divino lauro de la esposa sin mancilla, una palma en la diestra y en la izquierda una corona formada de estrellas:

— Hija mía — le dijo Flacila con acento dulcísimo — Dios, que sabe mejor que el hombre lo que al hombre conviene, se niega de continuo á satisfacer vuestros imprudentes antojos, porque de satisfacerlos, irremediable se seguiría vuestro daño. Cuando el Señor que te crió te mantiene ciega, señal es de que ciega te quiere; y no pudiendo querer la divina Majestad sino lo mejor y más justo, bien puedes tener por cierto que la privación de la vista era para tí un beneficio tan grande como para otros es el tenerla. Movido, sin embargo, el Señor con mis ruegos, como yo de los tuyos, ha resuelto por fin concedértela, en virtud de su saber y poder infinitos; pero á fin de que ese don, en vez de producirte males, te sirva para conseguir la corona rica y la imarcescible palma de los mártires, victoriosas insignias que acerco á tus manos para que las toques: necesario es, hija mía, que te resignes á no ver hasta la hora precisa de tu muerte aquello que más quieras, aquello cuya vista más ahincadamente desees. Dó si á ese precio quieres recibir la luz de los ojos, y mañana á medio día te será sobrenaturalmente otorgada.

Con aquella rapidez con que el alma del hombre, en fe de su celestial origen, piensa á veces en una difícil cuestión cuanto hay que discurrir y la resuelve en un punto, hizo Pulqueria en el imperceptible espacio de tiempo que empleó en pronunciar seis palabras seguidas de un sí este largo razonamiento:

— Si el Señor me da un bien que yo ansiaba tanto, y ese bien, limitado en parte, me ha de proporcionar, además de la dicha en la tierra, la felicidad de los justos, loca sería yo en verdad si no la admitiese. ¿Qué es lo que amo yo más en el mundo? Lo primero á mi padre; luego á mi prometido esposo; después á mis hermanos. Duro me será no ver hasta la hora de mi muerte á mi Favencio, al emperador, á mis queridos Arcadio y Honorio; pero veré el sol de que nace el día y las estrellas que alumbran la noche; veré el mar, cuyos rugidos oigo desde mi lecho; veré la tierra que piso, las criaturas que la pueblan, la grandeza y el esplendor de este soberbio alcázar; leve sacrificio es permanecer siempre ciega para solo un objeto, pudiendo saciar la vista en el campo dilatadísimo de la creación entera. — Admito la condición, madre: quiero ver, sí. — Dicho apenas este monosílabo con la sorda articulación de una persona que habla durmiendo, se desvaneció ó se retiró la visión celeste.

Los goces que provienen del cielo se distinguen de los placeres puramente humanos en una circunstancia notable: éstos, en siendo muy vivos, fatigan y á veces matan, como el dolor más agudo; las fruiciones que el Altísimo envía á sus predilectos, por intensas que sean, se disfrutan apaciblemente sin detrimento de nuestro débil ser físico. Así Pulqueria, después de la desaparición de su madre, siguió reposando tranquila; gozosa y gozosa se despertó á la hora ordinaria; gozosa y tranquila se dejó ataviar por sus camareras, y pasó á la habitación de su padre, á quien, lo mismo que á los hermanos, quiso, para que la sorpresa fuese mayor, callar la prodigiosa visita que la noche antes había recibido.

Un solo efecto visible producía el júbilo interior que saboreaba Pulqueria: el de animar su rostro con tan nuevo encanto, su voz con un dejo tan dulce, sus ademanes y movimientos con tan admirable dignidad y gracia reunidas, que jamás, ni aun en el día que, amando ella ya, supo el amor de Favencio, la habían visto los que la rodeaban tan alegre y hermosa. Sentada frente al emperador en una estancia magnífica, teniendo á sus hermanos á un lado y al otro á su amante, recibía de todos, y aun de Teodosio mismo, afectuosos encarecimientos de su peregrina belleza, nunca más deslumbradora que entonces, cuando llegó el sol á mediar su curso. Instantánea y portentosamente, como si abriese los ojos después de un sueño apacible y breve sin que la luz los ofendiera, la hermosa hija de Flacila y Teodosio, la más bella de las hijas de Itálica, se halló con el divino don por su madre ofrecido, y supo lo que era ver, lo que era verdaderamente vivir, lo que era embriagarse y desfallecer de puro contento.

En un *pay* prolongado se resumieron la sorpresa y el gozo suyos, la admiración y la alegría causadas por el hallazgo y posesión de una dicha mayor que se la pudo pintar la esperanza, mayor que la había solicitado el deseo. Tres veces cerró y abrió inme-

diatamente los ojos; tres veces creyó que había muerto y que revivía; conoció á Favencio, conoció á Teodosio, conoció á sus hermanos, el sol, el cielo, las nubes, los campos, el mar, las estatuas, las pinturas y el brillo de las joyas, los cambiantes de la seda... y quiso, en fin, conocerse á sí misma. Trájele Teodosio un espejo de oro tersísimo... miróse con él... y vió en la pulida superficie convexa una túnica y un manto encima, y sobre ellos vió también un collar, y más arriba un zarcillo á cada lado, y más arriba una diadema ó cinta sembrada de piedras preciosas... y todas estas imágenes de túnica, manto, collar, zarcillos y cinta se movían en el espejo según movía el cuerpo y la cabeza Pulqueria; pero de humana figura no se descubría en el espejo ni rastro.

Llevóse la Princesa la diestra á la frente, y entonces desapareció parte de la diadema, como si la taparan con algo: aparecieron en el espejo la manilla y el anillo que adornaban la mano puesta en la frente; pero sin verse frente ni mano. Después de muy pocos instantes de prueba, se convenció de que el espejo reflejaba todos los objetos que delante de él se ponían, menos la imagen de la Princesa desde el cabello á la planta. Probados otros espejos de diferentes materias, aconteció con todos lo mismo; quiso Pulqueria explicar á los circunstantes el terrible prodigio y referir el coloquio habido entre ella y Flacila, y negósele mal su grado la lengua á revelar el secreto, que por divina disposición había de mantenerse largos años oculto. Preguntó á su padre y á todos si la veían en el espejo, y respondieron que sí, porque para ellos representaba la imagen de Pulqueria lo mismo que la de otra persona. Cayó, pues, en la cuenta de que el objeto que no le había de ser visible en la vida era su cuerpo, eran sus gracias; y, por consiguiente, que lo que ella amaba más y con más ahinco apetecía ver en el mundo no era su padre, ni eran sus hermanos, ni el hombre á quien había consagrado su primero y único amor: era ella misma.

Y si algún género de duda le hubiese quedado, el tormento indecible que principió á sentir desde el punto que se vió sin reflejo en el bruñido disco de oro le hubiera hecho comprender que una hermosura célebre, adorada por todos, naturalmente, sin conocerlo tal vez, y aun sin quererlo ella de suyo, había de venir por último á idolatrar en sí propia. Ojos, boca, tez, cabellos, garganta, seno, talle, manos, postura, voz, sonrisa, su andar, su actitud en la silla, su actitud en el carro, su actitud en el templo, todo lo había oído encarecer Pulqueria mil y mil veces: quería, pues, complacerse en su sonrisa, admirar su caída de ojos, percibir el brote y crecimiento de los matices purpúreos con que teñía el rubor sus mejillas, estudiar el tocado más propio para que luciese la rica madeja de sus cabellos, y el vestido más conveniente para que resaltara la morbidez de su cuello y brazos y la elegancia de su cintura; quería, en fin, conocerse y gozar de sí, había creído llegada la hora; y hallaba que para todo tenía vista, menos para verse. ¡No podía ser el engaño más doloroso, más atroz el martirio! Lágrimas de amargura y sollozos de pena se tornó en seguida el momentáneo placer que le causó la inestimable adquisición de la vista; más ¡oh portento! con la angustia y el llanto (que todos los que lo vieron creyeron de júbilo) parecía más bella que antes, cuando sólo respiraba alegría: díjole Favencio que estaba más hermosa llorando, y este elogio fué para ella una lanzada. Por librarse de la serie larguísima de padecimientos, que adivinó se le preparaban, hubiera querido entonces que desfigurara su rostro una fealdad espantosa... con tal que, visible para ella, no lo fuese para otro alguno.

Desde aquel día, que tan venturoso había de haber sido para la hermosa Pulqueria, la risa huyó de sus labios y de su corazón el contento; pero su seriedad, bien que triste, era bella: todos eran á decirse, y ella á rogar en vano que enmudecieran en su alabanza. ¡Cuánto no hubo de padecer con los encomios de los poetas que cantaron sus bodas con el amante Príncipe, ya en la lengua de Píndaro, ya en los metros de Horacio! ¡Cuánto no envidió la suerte de los mendigos é imposibilitados, entre quienes solía repartir caritativa sus tesoros! Ellos la veían, y para ella ni aun era visible la dadivosa mano que les alargaba. Dió á luz un hijo, una hija, dos... — «Quizá vea mi retrato en esta criatura,» — exclamaba al sentir fecundado su seno. ¡Vana esperanza! Todos se parecían á Favencio. Desesperada, frenética, se arrancó muchas veces sus ricas galas, desgredió sus cabellos, y se vistió con un traje tosco de penitente... nunca más seductora que en aquel desaliño. Retirada en el palacio para evitar los aplausos del vulgo, llegó á mandar á su servidumbre y familia, y al mismo Favencio, que para no alabarla no la mirasen: fué obedecida; pero ¿cómo sujetar

los ojos ni la lengua de sus hijos pequeñuelos? Y aquellos inocentes, admirando en la faz de Pulqueria unos rasgos que la diferenciaban de cuantas mujeres veían, no podían menos de prorrumpir en el lenguaje cándido y fogoso de la infancia: — «¡Madre, querida madre, tú eres la más hermosa de las mujeres!» — Sí, — respondía ella para sí, suspirando; — soy la más hermosa del mundo, y es tal mi desdicha, que no puedo ver lo que soy.» Para desahogarse de alguna manera, escribió una vez una carta á su esposo, refiriendo la aparición de Flacila y la dura ley á que sus ojos estaban sujetos; mas en el momento de acabar el escrito, se le desapareció de entre las manos.

Muchos años fué Pulqueria infeliz, como víctima rebelde de una vanidad no satisfecha, hasta que hubo de acordarse de la corona y la palma que la ofreció su madre cuando la anunció que vería. Consideró que si no llevaba con paciencia la privación de verse durante su vida, no sólo no ganaría la palma del martirio, sino que ni aun tendría el consuelo de conocerse cuando muriera; y por saciar su curiosidad, á lo menos á la hora de la muerte, se determinó á sufrir con resignación aquel martirio de su deseo, mientras el Señor la mantuviese en el mundo. El excesivo amor de sí misma la había apartado de la virtud, y por consecuencia de la felicidad; y aquel amor, ya bien dirigido, la conducía por fin á la virtud y á la dicha: prueba de que las pasiones humanas únicamente son malas ó buenas; únicamente nos llaman ó nos benefician, según el uso que de ellas hacemos. Así Pulqueria, gastada algún tanto su curiosidad con el tiempo, fué poco á poco avanzando á oír sus elogios, primero sin ira, después con tolerancia, más adelante con sufrimiento y al cabo con humildad reverente. Siempre experimentaba una sensación dolorosa al oír una razón ó percibir una mirada laudatoria ó admirativa; pero un instante después obraba en ella el conocimiento, y decía: — «Cuando muera me verá; sometámonos entre tanto á lo que el Señor ha dispuesto.»

No se escondía ya de las gentes para excusarse de oír felicitaciones y cumplidos; no se vestía mal para quitar lucimiento á su belleza; salía con frecuencia en público, como correspondía á la hija y hermana de los Césares, buscando ocasiones para triunfar de sí misma. Ocurríasele varias veces que su belleza naturalmente debía decaer con los años y cesar la mortificación que le ocasionaba; equivocóse hasta en esto: Pulqueria estaba condenada á ser bella en todas las edades de la vida. A los quince años florecía en la delicada hermosura de la doncella; de treinta, descolaba con la saxonada y perfecta beldad de la esposa; de cuarenta, ostentaba la gallardía augusta de las madres, que son las reinas del género humano. Iba á cumplir cincuenta años, cargada de hijas y nietos, y su hermosura indestructible, bien que era otra, no por eso era menos. Ya Teodosio había muerto; en aquel medio siglo todo había envejecido alrededor de Pulqueria. Pulqueria no; Pulqueria tenía la beldad por castigo.

Dispuso Favencio que para celebrar el quincuagésimo aniversario del natal felix de su esposa, viniesen de mañana al palacio imperial todos sus hijos, nueros y yernos, trayendo cada pareja su familia consigo. Sentada en el cuarto de vestir, cuyas paredes cubrían, entre fajas de mármol, trozos enormes de pulida obsidiana, que servían de espejos, dejábase engalanar por sus damas Pulqueria, no lejos del luciente muro que reflejaba para ella sus vestidos y no sus carnes, cuando la ilustre turba invadió la estancia precipitándose á los pies de la abuela hermosísima. Echada la bendición á todos, desahogado el cariño recíproco en abrazos y en ósculos, hijas, nueros y nietas se disputaron á porfía el honor de ataviar á la augusta princesa española. Quién la servía el calzado, quién la rodeaba el ceñidor, quién la ponía el collar, quién la echaba á los hombros el manto, quién la adornaba los cabellos con la diadema. Era aquel uno de esos momentos de felicidad suprema, que sólo una vez suelen ocurrir en la vida del hombre; Pulqueria, no obstante, había disfrutado otro igual cuando sus ojos cobraron la vista. — «Mírate á la pared, señora, — la dijo con tierna efusión la mayor y más hermosa de sus nietas; — mírate y verás como todavía nos venes á todas en hermosura.»

Miró Pulqueria por complacer á la nieta, que era su favorita, aunque estaba muy ajena de verse; y por primera vez de su vida, percibió en la negra obsidiana una imagen que debía ser suya. Vió primero una niña de pocos días, que sin embargo era ya hermosa; las facciones de la niña fueron sucesivamente cambiándose y tomando la belleza de una criatura bella de un año, de dos y de más, y así fueron apareciendo en la lisa piedra especular cincuenta aspectos ó retratos diferentes de un mismo rostro, todos igualmente bellos; de manera que en

muy breves instantes conoció Pulqueria todo lo que había sido, todos los grados de belleza que había contado desde que nació hasta aquel mismo día. — «¿Con que yo he sido ésta? — dijo con un acento de indefinible expresión, que confundió á su familia, la cual no veía en el espejo más que la imagen de la abuela, tal como naturalmente debía entonces representarla. — ¿Con que ésta soy yo?» — volvió á decir, mucho más conmovida y ya más balbuciente. Y respondiendo á sus palabras una voz del cielo, aquella voz que la hablara en sueños treinta y cinco años antes, la voz de Flacila, clara y blandamente la dijo: — «Esa fuiste, hija mía; pero mira lo que vas á ser ahora.» — Súbito desaparecieron en el mural espejo los atavíos mundanales de la Princesa; cubrió allí su cuerpo una maravillosa túnica hecha de luz blanca; desprendiéronse sus cabellos de los nudos y adornos que los mantenían sujetos, y derramáronse vagarosos por las espaldas; tomó su rostro un sello de belleza inefable, distinta de la que se llama belleza en la tierra, porque era la que embellece á los moradores del empyreo; en su diestra apareció la palma del triunfo; en su cabeza la corona de estrellas, refulgente símbolo de imperecedera ventura; dos alas candidísimas, doradas á trechos, le salieron de los hombros; y así, representada en la figura de un ángel, que desde nuestro mezquino globo se tornaba al gremio de sus hermanos, clavada la vista en las alturas de la Jerusalén celeste, vió Pulqueria en el negro espejo, después de las gracias de su ser físico, la imagen de su alma.

Una sonrisa dulce asomó á sus labios, cerró los ojos, estrechó la mano á Favencio, dejó suavemente caer la cabeza en el seno de su nieta querida, y su espíritu, en brazos de la bienaventurada Flacila, se remontó á las regiones de la dicha sin fin. La obsidiana del muro que ya no había de ser profanada con otra imagen, perdió su lucidez, convirtiéndose en otra piedra blanca y sin pulimento, brotando al par en su superficie las letras de aquella carta que escribió Pulqueria para revelar el secreto de sus pesadumbres, la cual se le huyó de las manos en cuanto acabó de trazarla. El dolor que Favencio y sus hijos experimentaron al perder á Pulqueria se mitigó al entender por aquel escrito que la siempre hermosa Princesa infaliblemente ocupaba una silla en el coro gloriosísimo de los mártires.

Una señora madrileña del siglo pasado, que tenía la rara costumbre de leer este cuento á sus hijas cuando se ponían al tocador para vestirse de baile, añadía de su cosecha siempre, al terminar la lectura, estas breves palabras: — «En efecto, queridas; el mayor suplicio para la mujer es el que atormenta su vanidad, así como el castigo mayor para el hombre es aquel en que se le abate el orgullo.»

J. E. HARTZENBUSCH.

HISTORIA DE UN ÁNGEL

CANTO PRIMERO

LA NIÑA MUERTA

I

¿Qué mezcla de dolor y de contento
Sobre los pliegues agitarse siento
Del aire transparente?
Yo percibo los débiles suspiros
Que se van apagando lentamente
Por sus inciertos giros,
Con acentos tan tristes y tan secos
Que de angustia al vibrar gimen los ecos,
Que mi pecho se oprime,
Y al sentirlos gemir, también él gime.
Yo escucho que se extiende por la altura,
Cual canto de amargura,
Melancólico y lúgubre el lamento
De la campana, que hasta el cielo envía
La oración que formula el alma mía.

II

Y en tanto en vaga y transparente nube
De nácar y marfil, de azul y oro,
Desvanecido en sus vapores sube,
Himnos cantando un misterioso coro:
Himnos de tanto amor, de tal consuelo,
De tanta melodía,
Que por fuerza son ángeles del cielo.
Los aéreos cantores,
Que envueltos de la nube en los vapores,
Cruzan del aire la extensión vacía.

III

¿Por qué tanto dolor, tal sentimiento,
Tanta melancolía,

Y al par tanto placer, tanto contento?
Decid, ecos perdidos, ¿qué sucede?
Decid si alguno puede
Contar la extraña historia,
La historia que produce tal quebranto,
Y al pueblo mientras tanto
Le mueve á preguntar: ¿cuándo es la gloria?

IV

Pero, no os detengáis, débiles ecos,
Apagad vuestro arrullo entre los huecos
Que forma la montaña.
Quedad, quedad dormidos
Del abismo en los límites perdidos,
Porque la historia extraña
Hay un sér que la sabe de tal suerte
Que ni un detalle olvida,
Porque es la historia que empezó su muerte,
La muerte de la vida de su vida.

V

Miradla á los destellos
De una luz misteriosa, triste y vaga,
Que duda si se apaga ó no se apaga.
Caídos en desorden sus cabellos,
Descompuesto su traje, hecho pedazos,
Inquieta la mirada, indiferente,
Ora estrecha anhelante entre sus brazos
Una niña inocente
Que duerme al parecer tranquilamente;
Ora como una loca
Llevada del dolor de su martirio,
Olvida en su delirio
Que la niña que duerme es hija suya,
Y cual hiciera un corazón de roca
La arroja de su seno...
Pero pronto recuerda, pronto vuelve,
Su sueño dulce cariñoso arrulla
Con arrullo de angustia y pena lleno,
Y en tanto que la envuelve
Con los pliegues inciertos del vestido,
Sueña tal vez, delira ó desvaría
Porque está sola y grita: «No hagáis ruido,
Que puede despertarse la hija mía.»

VI

Mas no despertará, que el sueño suyo
No es el sueño del cándido capullo
Que despierta á los besos de la aurora,
Cuando toca en las aguas de algún río,
O si la noche entre sus hojas llora
Las purísimas gotas del rocío.
No es el sueño del sol que si la tarde
Tras los montes azules le dormía,
Sobre las sombras misteriosas arde
Despertando al rumor del nuevo día.
Duerme el último sueño, el sueño frío,
¡El de la eterna calma!
La niña está dormida
Con el sueño que acaba con su vida
Y empieza con la vida de su alma.

VII

¡Pobre madre! ¡La niña está ya muerta!
Quizás en su quebranto
No se atreve á creer que no despierta.
Quizás lo sabe y con su amargo llanto
Como si hubiera el corazón deshecho,
Le derrama la vida de su pecho,
Para ver si reviven sus despojos.
Mas es llanto que abraza de tal suerte,
Que si el sueño no fuera el de la muerte,
¡Lo fuera con el llanto de sus ojos!

VIII

¡Pobre madre! ¿Dónde hay una amargura,
Una pena mayor, una tortura
Más grande y más prolija,
Que rasgue el corazón en más pedazos
Que el ver entre tus brazos
Inerte el cuerpo de tu amada hija?
¡Llora, madre infeliz! justo es que llores;
Que si las penas las mitiga el llanto,
Nunca es preciso que derrames tanto.
Porque nunca tendrás tantos dolores.
Porque el sér de tu sér, la que tu vida
Llenaba de contento y de ventura,
Sólo cenizas es, hoja perdida,
Antorcha que apagó la sombra oscura,
Rosas marchitas que las aguas traen,
Copos de nieve que en el lago caen,
¡Suspiro que se pierde por la altura!
Ya de sus labios rojos
La sonrisa acabó. Sus tiernos brazos
Ya no te estrecharán con sus abrazos,
Ni podrá dar el cielo de sus ojos,
El inocente cielo,
Al cielo de tus ojos su consuelo.

Mas ¿qué digo? Perdona: tus dolores
Olvida sin tardar; tu angustia calma;
Que vuelva la quietud sobre tu alma:
¡Calla, madre feliz, calla, no llores!
Préstame tu atención, oye una historia
Que escucharla de tí fuera mi intento;
Pero un coro que sube hacia la Gloria
La canta por el viento.

CANTO SEGUNDO

EL VUELO DE LOS ÁNGELES.

I

En la inmensa extensión del firmamento,
En la patria divina
Donde la vida sin cesar germina,
Donde de Dios al celestial aliento
Se forman á montones
Ángeles, serafines y querubes,
Que en raudal torbellino las regiones
Del cielo adornan, y al mover sus alas
Dejan en pos de sí mágicas nubes
De fantásticas galas;
Allá en el trono del celeste imperio,
Donde todo es amor, todo armonía,
Todo felicidad, todo misterio,
Un ángel puro levántose un día,
Y lleno de respeto el más profundo,
Poniéndose de hinojos
Del Dios omnipotente ante los ojos,
Le habló de esta manera:
— «Señor, Señor, de la región del mundo
Quisiera recorrer toda la esfera.»

II

Y no habló más; que la bondad divina
La voluntad del ángel adivina,
Y cediendo á su intento
Le deja que descienda por el viento.
Voló entonces el ángel por la altura,
Y aunque sintiera cuanto más volaba,
Cuanto más á la tierra se acercaba,
Mucha más inquietud, más amargura.
Se afana tanto y tanto
Por ver del mundo la infeliz miseria,
Que sin causarle espanto
Su espíritu se envuelve en la materia.
De un seno material calor recibe
Y se agita, y se forma, y nace y vive
En forma de una niña encantadora;
Sus cabellos son hebras de la aurora,
Su boca son dos flores,
Sus ojos, transparentes como el cielo,
Sus sonrisas purísimas, amores,
Sus suspiros angélicos, consuelo.

III

Mas ¡ay! que abre sus ojos, y en sus ojos
La inocente mirada se fascina,
Porque sólo al mirar encuentra enojos,
Descantos y ruina,
Mentiras y tormentos y pasiones,
Angustias, desengaños, ilusiones;
Y le aqueja un martirio tan profundo,
Que llora arrepentido
El haber en la Gloria pretendido
Reconocer el mundo:
Se deshace en terrible desconsuelo,
Y pretende otra vez subirse al cielo.

IV

Un coro que sus súplicas escucha,
Que mira su dolor, que ve su lucha,
Ante el Omnipotente
Se postra como él lo hiciera un día,
Y en medio de raudales de armonía:
— «Señor, Señor, exclama,
El ángel de la tierra arrepentido,
Jurando que te ama,
Pide le deje tu bondad suprema
Habitar otra vez junto á tu trono.»
Y el Supremo Hacedor, el puro emblema
De bondad infinita,
Al angélico coro que se agita
Contesta estas palabras: — «Le perdono.»
Henchida de placer y de delicia
La angélica milicia
Deja en seguida el celestial palacio,
Y rasgando las nubes con sus huellas,
Hendiendo mundos y salvando estrellas
Se extienden al azar por el espacio.

V

Era la media noche. Es una estancia
Donde duerme la madre que eligiera
Por su madre el espíritu del cielo.
Es tanta la quietud, que se sintiera

La mariposa al agitar su vuelo,
Sintióse el murmullo
De la flor que desdobra su capullo.
Soñando, sabe Dios, si en la hermosura
Del fruto angelical de sus amores,
A juzgar por la plácida dulzura
De su semblante de jazmín y flores,
La madre venturosa está dormida
Sobre su blando lecho,
Estrechando feliz contra su pecho
A la hija de su vida,
A la hija encantadora,
La cárcel donde el ángel gime y llora.

VI

De la estancia en los ámbitos se extiende
De súbito una luz fascinadora,
Desvanecida y vaga.
Algo siente la madre que le halaga,
Pero no ve la llama que se enciende;
Que aunque en su pecho la virtud anida,

Sólo pueden mirar tanta hermosura
Los ángeles que bajan de la altura
O las almas que suben á la vida.

VII

Es que el coro del cielo,
El coro de los ángeles se para
Con silencioso vuelo
Cerca del ángel que bajara al suelo.
La madre que soñara
Exhala entonces virginal suspiro;
Con sus manos de nácar y de nieve
Sus cabellos desciñe, abre los ojos;
Pero el coro se agita en rauda giro
Sobre la lumbre de sus rayos rojos,
Con el ruido dulcísimo que mueve
La adormece otra vez y la fascina,
Y sin darse razón de su embeleso,
Sobre su hija la cabeza inclina,
A sus labios los suyos dan un beso,
Y apenas al dormir sus ojos cierra
Y sueña en su ilusoria

Ventura, el beso que sonó en la tierra
Por los ámbitos suena de la Gloria.

VIII

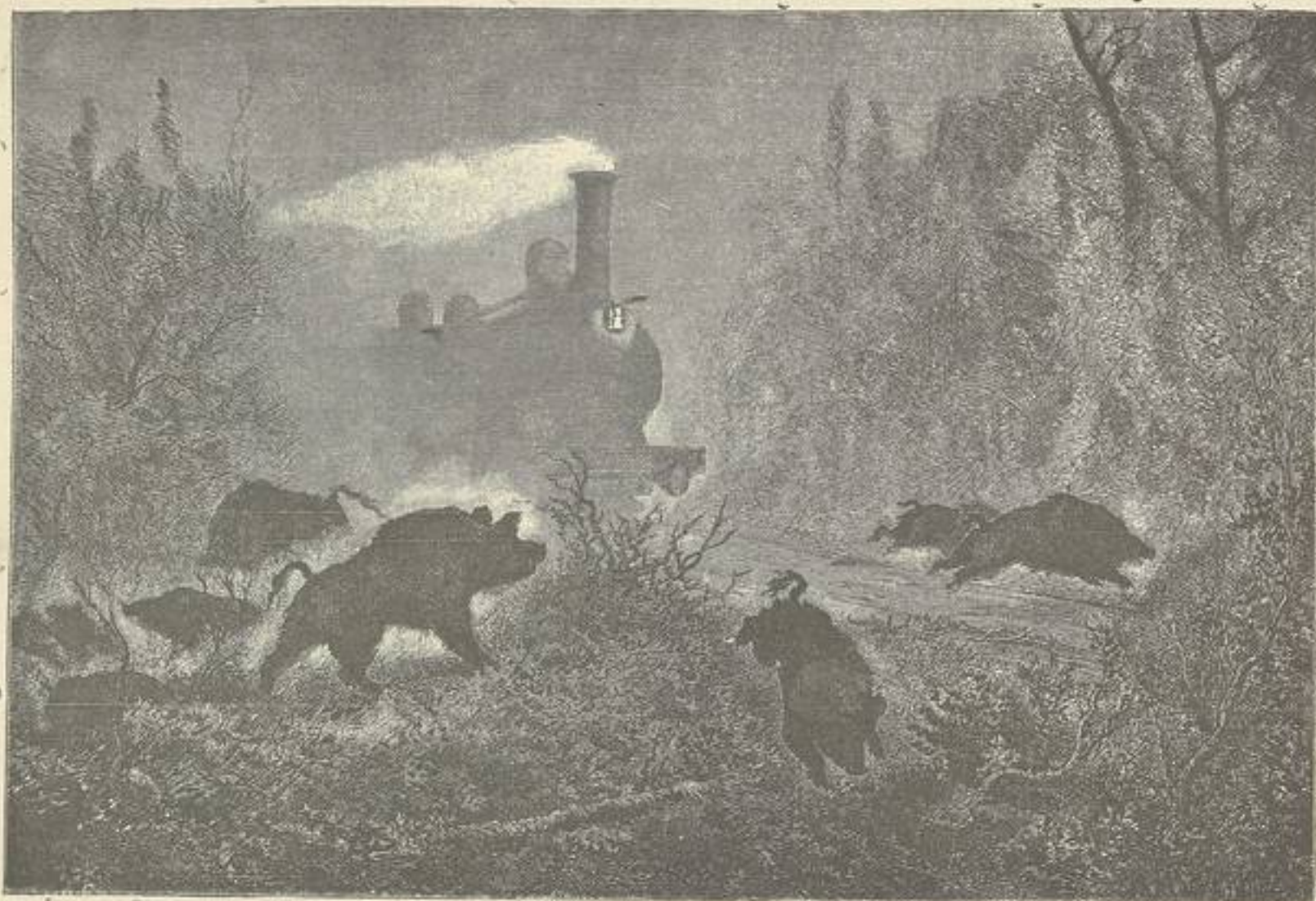
Entonces despojando de sus galas
Al cuerpo de la niña en que vivía,
Toma el ángel la forma que tenía
Y otra vez tiene luz, y gloria, y alas.
De súbito la luz se desvaneció;
Con el coro el espíritu se mece;
Se percibe suavísima fragancia,
Y en tanto que la nube
Que bajara los ángeles los sube,
Melodiosa canción se oye en la estancia.

CANTO TERCERO

CANCION DE GLORIA.

I

¡Escucha la canción, madre, no llores!
Escúchala y suspende tu quebranto,



TRIUNFO DEL HOMBRE.

Porque ella en gozo cambiará tu llanto,
En dichas y venturas tus dolores.
Escucha la canción que el alma coro,
Pulsando liras de marfil y oro,
Cantaba mientras tanto
Que el ángel que en tu hija se escondía
A ser ángel volvía.

II

¡Feliz, feliz mil veces, venturosa
La madre que en La Gloria fué elegida
Para dar á un espíritu su vida!
¡Quién fuera la dichosa
Madre del ángel que anidó en su seno,
Porque el Omnipotente,
Que con usura recompensa al bueno,
Te teje una gloriosa
Diadema con su luz resplandeciente!
Montones de querubes la rodean
Que en sus rayos de vida centellean
Henchidos de esperanzas y ventura.
Fantásticos adornos

De nubes y de flores y hermosura
Se ciñen al azar en sus contornos,
El aire que en cielo se consume
La impregna de un perfume,
Que los cálidos todos de las flores,
Las esencias más puras y olorosas
Perdieran sus olores
Ante aquellas esencias deliciosas.
En el centro que forma se percibe
Globo de luz, cuya potente llama
De puro amor inflama
El alma de tu hija que en él vive.
Allí, los días deslizarse viendo,
Cuyo rápido giro
Ni tarda en acabar lo que un suspiro
Que en la bóveda azul se va perdiendo
Ni lo que el rayo en apagarse tarda,
A tu espíritu aguarda.
Allí, cuando concluya
Tu corazón en su latir, el viento
Llevará en su instantáneo movimiento
Tu alma á confundirse con la suya.

Que Él, que lo puede todo,
Ha querido premiarte de tal modo,
Que por una morada transitoria
Una eterna te guarda allá en la gloria.

III

Así era la canción. Ve si tus ojos
Deben llorar, ni suspirar tu pecho,
Creyendo hallar enojos
Cuando ves á tu hija sobre el lecho
Inmóvil, fría, inerte,
Cubierta con el manto de la muerte.
Así era la canción. Ve si tu alma
Debe gozar, y sonreír tu boca,
Y tu pecho sentir plácida calma
Cuando miras que un ángel se coloca
Junto al Trono de Dios Omnipotente,
Que el ángel es tu hija, y á su lado
Un sitio para tí tiene guardado,
Donde alabes á Dios eternamente

M. JORRETO PANIAGUA.

LA NIETA Y EL ABUELO

La niña Amparo llegaba del colegio alegre como unas Pascuas y retozando como las brisas del mes de Mayo retozaban entre las flores.

Saltó a los brazos de su mamá, que muy preocupada estaba hablando con el doctor, que salía de visitar al abuelito.

— No tenemos hombre para ocho días, dijo el médico.

La mamá afligida balbuceó entre dientes:

— ¡Virgen Santísima; no consentas que muera impenitente!

Amparo, sin comprender las palabras de su madre y cubriéndola de besos, la dijo:

— Vamos a rezar por el abuelito. La Hermana me ha dicho que lo haga, y la Virgen, que es muy buena, se lo llevará al cielo.

La madre y la hija rezaron unas *Ave Marias*. La primera quedó muy pensativa; la segunda se fue saltando y brincando a la habitación del anciano para darle los buenos días y distraerlo con su alegre charla.

— ¡Dios mío! dijo el abuelito: ¿cuándo saldré de esta cama?

— Usted no saldrá de ahí, abuelito; dijo la chiquita con toda su ingenuidad.

— ¿Qué estás diciendo?

— El doctor se lo acaba de decir a mamá.

— ¿Cómo es eso? exclamó el enfermo incorporándose.

— Sí, abuelito, sí; el doctor le ha dicho a mamá que podían darle a usted cuanto quisiera, *porque no tenemos hombre para ocho días*. Con que, ya ve usted si será cierto.

— ¡Pero morir, hija mía...

— Pues qué, tanta pena le da a usted morir? exclamó la imprudente criatura, secando blandamente las lágrimas del enfermo y acariciándolo con sus manos angelicales.

— ¡Si tú supieras cuán triste es morir!

— ¡Triste! exclamó con asombro la niña. Si va usted a ver a Dios sentado en el trono de su gloria... Lo juzgará según sus méritos. Si siempre, como creo, ha sido usted un hombre bueno, irá al cielo a sentarse para siempre al lado de un santo; si tiene algún pecadito, irá al purgatorio, pero no se dé usted pena por eso porque yo rezaré mucho, y no dejaré de rezar hasta que la Virgen se lo haya llevado al cielo. Pero si tiene usted algún pecadito muy grande, entonces será cosa de ir al infierno eternamente, y esto sí que es un fastidio!

— ¡Pero, chica! ¿quién te enseña esas cosas?

— Me las enseña la Hermana; y también dice que antes de morir conviene recibir los Santos Oleos.

— ¿Qué es eso de los Santos Oleos?

— ¡No lo sabe usted? Pues se lo voy a decir, abuelito. Los Santos Oleos son un Sacramento que ayuda a bien morir, y es un Cura quien los administra. ¿Usted va a decirle a mamá que llame a un Cura?

— ¿Será verdad que estoy a la muerte? exclamó el anciano con espanto.

— Ya ve usted; cuando el doctor lo ha dicho...

Nada, nada, abuelito; llame usted a un Cura; dígame todos sus pecados, desde los más gordos hasta los más chiquitines; el Sr. Cura le dará la absolución y todos le quedarán perdonados. Después con aceite bendito le hará a usted unas cruces en las manos, en los pies, en los oídos, en los ojos, en las narices y en la boca, rogándole a Dios que lo cure. Bien podría ser que el Señor le curara a usted; pero si no lo cura, el Sacerdote rogará para que se vaya derecho, derecho al cielo... Ya ve usted, abuelito, que es cosa de llamar al Sr. Cura...

Amparo, concluida su perorata, refirió al enfermo cuanto ocurriera aquella mañana en el colegio; y

— Mamá, llame corriendo al Sr. Cura, porque el abuelito quiere confesarse.

— Chiquilla, ¿qué me dices? exclamó sorprendida la buena señora.

— Que el abuelito sabe que se muera...

— Pero ¿quién se lo ha dicho?

— ¿Quién? ¡Yo! contestó la niña asombrada.

— ¡Imprudente!

— Pero, mamá, si la Hermana nos dice que es mejor ir asustados al cielo, que no al infierno sin susto...

Unos días después el abuelito agonizaba, oprimiendo con amorosa confianza un Crucifijo sobre su corazón.

— ¿Amparo dónde está? preguntó con voz desmayada.

— Aquí estoy; dijo la niña acercándose a la cama y tomando una mano que le tendía el moribundo.

— ¡Dios te bendecirá, hija mía, por el bien que has hecho al abuelito!

Tales fueron sus últimas palabras.

Unos momentos después espiraba en el Señor, y la niña con su adorable inocencia decía:

— Yo le he rogado a la Virgen que venga por el alma del abuelito, y la Virgen oye siempre las oraciones de las niñas que la quieren mucho.

EL ASPID

ESCENA DE UN DRAMA DE
MUCHAS JORNADAS.



CON este título, harto significativo, publicábase no hace muchos años en una de nuestras más importantes capitales de provincia un periódico fundado por las lógicas, cuyas campañas contra la Religión todavía se recuerdan como un mal sueño.

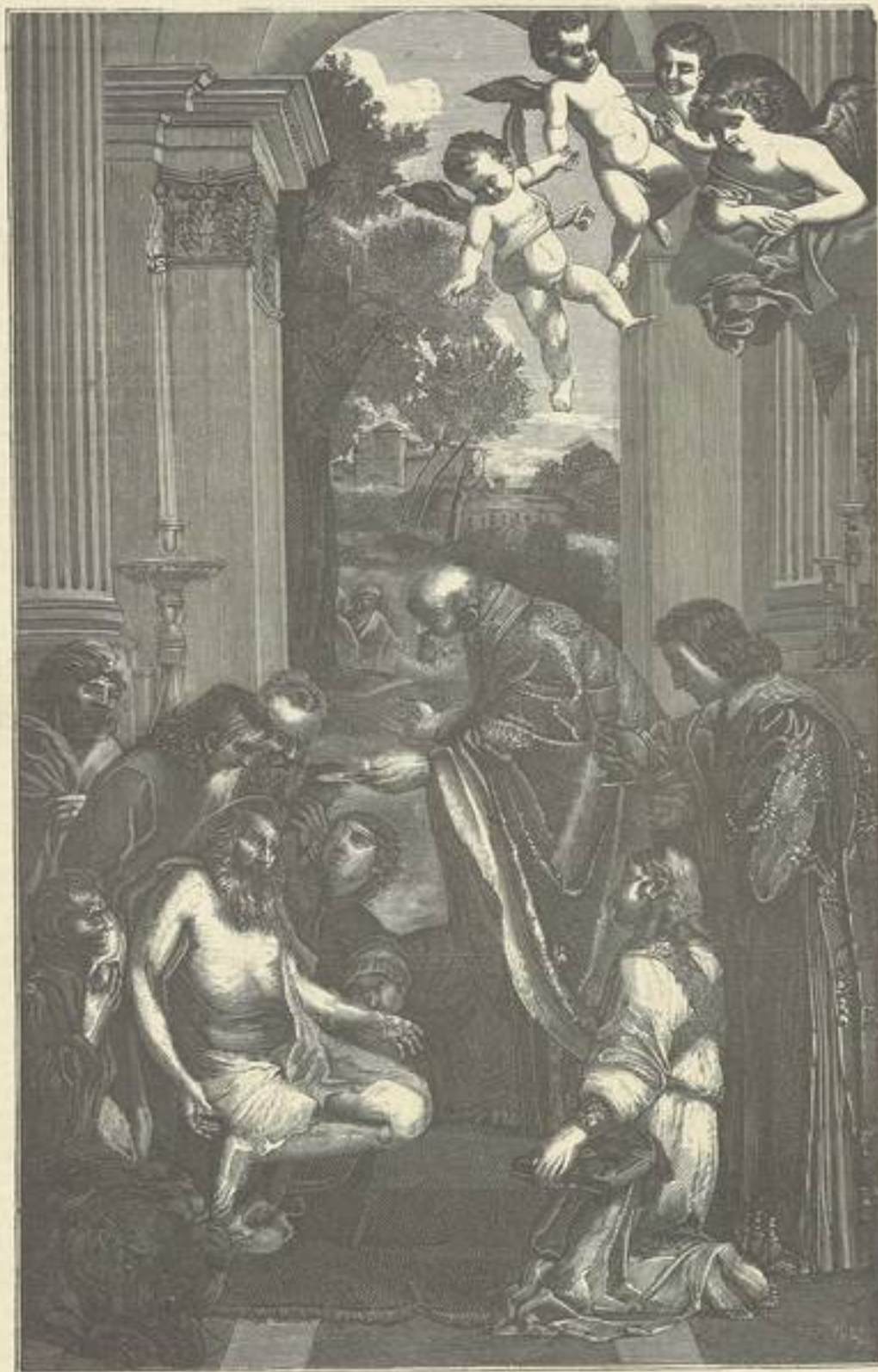
Era *El Aspid* un reptil de papel, cuyo labor venenoso, ejecutado con la pluma y lápiz, llegó a adquirir celebridad en el mundo del simbolismo. Hacía una tirada de seis a siete mil ejemplares, y, merced a este comercio de trapo impreso, podían sus autores, como Jerónimo Paturot, gastar calceñines, remendarse los pantalones y poner el puchero. Todo a costa de los vilipendios contra Jesucristo.

Entre los trabajos de *El Aspid*, los que más se celebraban en los antros eran los de su director, quien los suscribía con el seudónimo de *Merlin*, presumiendo de sabio, no más porque lo único que sabía era negar a Dios, afirmar que el hombre es un animal construido como la rata y declarar que *el Cura*

es una degeneración del hombre...

Todos hablaban de *Merlin* en la población sin conocerle. Habíase presentado en ella envuelto como en las nieblas del Tánis, y sólo se daba a luz en las lógicas, donde desempeñaba papeles de orador fogoso, que le valieron alta graduación y predicamento. Decíase que era hombre de historia: que había conspirado en grande, siendo por ello condenado a muerte; que había pasado en la emigración sus mejores años; en una palabra, que tenía una ejecutoria revolucionaria de muchas campanillas.

Con estos blasones, y surgiendo de la sombra como una evocación, se puso al frente de *El Aspid*,



LA COMUNIÓN DE SAN JERÓNIMO.

(Cuadro del Dominiquino.)

cansada de hablar y enredar, se marchó, dejándole muy pensativo.

Después de comer la chiquilla, el abuelo la mandó llamar y la dijo al oído:

— Dile a mamá que mande en seguida por un Sacerdote, porque el abuelito quiere confesarse.

— ¿De veras? exclamó la niña saltando encima de la cama y abrazando y besando al anciano. Mire usted, ya le he rezado a la Virgen para que se lo lleve al cielo. ¿Cómo no ha de haberme oído si sabe que le quiero a usted tanto?

Unos momentos después la niña hablaba con su madre y la decía:

vehículo destinado a hender y rajar a la Religión, a mofarse del altar, deshonrar al sacerdocio y a impedir la soberanía social de Jesucristo.

Un día publicó *Merlin* un trabajo que causó sensación. Era una diatriba terrible contra las *Hermanitas de los pobres*, congregación de ángeles, contra la cual se desataban con frecuencia sus pasiones feroces de sectario. Contado era el número de *El Aspid* en que no había mordeduras para tan insigne institución. En el escrito a que nos referimos se decía, entre otras enormidades:

«La revolución tendrá en su día que derribar, arar y sembrar de sal esos afrentosos palacios, erigidos por las llamadas *Hermanitas de los pobres*, con el pretexto de acoger en ellos a los desgraciados cuando en realidad no sirven más que para hospedar lujosamente a una población holgazana de mujeres, que se dan buena vida a costa de los tontos. Se cuentan cosas horribles del asilo establecido en esta capital. Mientras las tales *Hermanitas* disfrutan de una mesa, que nada tiene que envidiar a la de los magnates más opulentos, los pobres asilados perecen de hambre, faltos de la ración necesaria para vivir. Son muchos los que sucumben por anemia, y casi todos parecen espectros. Los brutales tratamientos de que son objeto exceden a toda ponderación. A algunos se les empareda, y se les tiene semanas enteras ayunando a pan y agua. Días pasados se cebaron verdaderamente dos ó tres furias de toca y rosario con una infeliz anciana, a quien derribaron de un empujón, logrando que se rompiera una pierna al caer. En habitación reservada la ocultaban para que el médico de la casa no se enterase del caso, y probablemente morirá sin los auxilios facultativos...»

El Padre Remigio, Sacerdote septuagenario y director espiritual del establecimiento, no pudo acabar de leer esta diatriba; y sin enterar a nadie de sus propósitos, se fué derecho a la redacción de *El Aspid*.

Un mozallón barbudo, de ojos torvos, rostro surcado de chirlos y aspecto de igorrote, anunció al director su visita. El anciano fue conducido al despacho de *Merlin*.

Sobre la puerta campeaban dos sables cruzados, peto y manoplas de las que se estilaban para la esgrima; y en el gabinete, exornado con profusión de banderas nacionales y exóticas, ostentábanse numerosos retratos de los regicidas y heresiarcas más célebres, a cuyo pie se habían colocado letreros de significación horripilante.

Sentado a una mesa de las que se llaman de ministro, aparecía *Merlin* leyendo periódicos y fumando en una pipa descomunal, de la que extraía sendas bocanadas de humo pardo y denso. Al ver al Padre Remigio, ni siquiera se levantó; contestó al saludo del Sacerdote con cuatro palabras secas, y le indicó que podía sentarse.

Así lo hizo el anciano, levantando después los ojos para conocer a tan formidable potencia. El periodista era un tipo enjuto, huesoso, de cráneo y frente deprimidos, algo parecido en conjunto al reptil que daba nombre a su publicación. Aunque de edad no del todo madura, pues no representaba arriba de cuarenta años, tenía pelada la cabeza, esmaltada de un amarillo de marfil que contrastaba con su barba negra, rala y puntiaguda, entre la que se dibujaban los labios cárdenos de una boca que, cuando se abría, mostraba unos dientes negros, ahumados por el tabaco, de estructura imponente. Su nariz, de forma de pico de ave de rapaña, ofrecía una dilatación constante en las fosas, que daban al hombre el aspecto de las fieras carnívoras; sus manos descarnadas, de color terroso, parecían un manojo de sarmientos.

Cuando el Padre Remigio hubo hecho este examen ligero, sacó del bolsillo interior de su sotana el número de *El Aspid* que llevaba a prevención, y señalando a *Merlin* el artículo por él firmado, le dijo con serena y reposada voz:

— Si no fuera verdad uno solo de los cargos que se contienen en este escrito, haría el periódico la rectificación debida?

Merlin dirigió al sacerdote una mirada ponzoñosa, cortante como el filo de un cuchillo, y respondió crudamente:

— No.

El Padre Remigio se sonrió con una expresión seráfica.

— Mucho debe ser el odio que profesa a la Religión — exclamó — quien para combatir a las cosas santas se vale a sabiendas de la calumnia...

— Y ¿cómo podría probarse que esto es una calumnia? — aulló *Merlin* un tanto amoscado al sentir la punzada de aquel lancetazo. — ¿Tienen ustedes preparada alguna farsa mística para persuadirme de que no es verdad lo que a mí me consta serlo de buena tinta?

— La tinta a que usted se refiere, — contestó el Padre Remigio, — es tan poco consistente, que

basta una sola gota del reactivo de la verdad para borrarla. Yo venía aquí dispuesto a proponer a usted que fijara las pruebas que deberían practicarse para que adquiriese el convencimiento de que todo, absolutamente todo cuanto ha dicho *El Aspid*, es inexacto.

— Y ¿qué demonios de pruebas podríamos practicar? Había yo de ver claro como la luz que eran falsas las especies vertidas contra esas comedias de la supuesta caridad a lo divino, y todavía no lo creería. Por fortuna, estoy curado de todas las sensiblerías acerca de las obras de la mogigatocracia y el clericalismo. En mi vida de conspirador, que me ha traído y llevado como Judío errante, hay un hecho que me pide perpetua venganza. Para sufrir una larga y azarosa emigración, tuve que abandonar a mi madre, y cuando volví supe que en esta tierra clásica de los frailes y de los Curas, y de las congregaciones de caridad, se murió de hambre...

— ¿Eso le sucedió a la madre de usted?

— Así me lo han referido.

— Fué una gran desgracia... pero vea usted lo que son las cosas. Si la caridad cristiana carece de vista para descubrir todos los infortunios humanos, como obra que practican los hombres, en cambio puede probarse que ampara a los que caen bajo la acción de su mirada maternal. Para una madre que perece de hambre, hay cientos de ellas, abandonadas por sus hijos, que deben su existencia a las *Hermanitas de los pobres*. Y de ello es buena prueba precisamente esa anciana de quien *El Aspid* refiere tan descomunales patrañas.

— ¡Oh! ¿Esa desdichada víctima es una madre?

— Una madre enferma, abandonada, olvidada, como se olvida un pañuelo, por un hijo que, como usted, tuvo el oficio de conspirador, y se inscribió en las listas de las sectas, jurando guerra a Dios y pacto de amistad con el demonio.

Merlin bajó los ojos, y el Padre Remigio creyó adivinar que su cuerpo se había estremecido al impulso de un escalofrío.

— Mucho me holgaría — añadió el sacerdote — de que oyera usted contar a esa infeliz su historia. Nadie como ella quizás podría probar a usted, no sólo que es falso lo que de ella dice *El Aspid*, sino que los días más serenos y tranquilos de su vida son los que ha pasado entre los ángeles que hacen profesión de endulzar las amargas horas de la vejez desvalida. Y si usted quisiera verla... oírla...

— Pero ¿es posible? — exclamó *Merlin*, abriendo desmesuradamente los ojos. — ¿No es cierto que esas mujeres la tienen secuestrada, emparedada, oculta del médico, para que no se sepa que se ha roto una pierna y que se está muriendo entre horribles dolores...?

— Nada de eso es cierto. Esa pobre anciana sufrió, con efecto, una caída a consecuencia de un vahído, y recibió una leve contusión en una pierna; pero ni la lesión ofrece peligro, ni ha habido que hacer para curarla más que ponerle paños de úrnica y hacerla guardar cama. En el cuarto de una de las *Hermanitas* se han instalado para que no la moleste el ruido de los dormitorios, y mañana ó pasado se levantará del lecho buena y sana como antes. Puede usted verla cuando guste.

— ¡Ahora mismo! — gritó *Merlin*.

Y levantándose de un salto, como tigre acosado por el escozor de una herida, tomó su sombrero y siguió al Padre Remigio.

Diez minutos después estaban en el Asilo. Llamada la Superiora por el Sacerdote, y enterada de quién era el personaje que tenía delante y lo que pretendía, exclamó la santa mujer:

— Bien venido sea a nuestro Asilo el que no le conoce... Puede usted inspeccionarlo todo. Aquí encontrará hospedaje, no sólo por un día, sino por un mes, para que se cerciore de que le han dado noticias equivocadas de nuestra casa...

— Quiero sólo ver a la mujer a quien se hace referencia en *El Aspid* — contestó *Merlin* con voz apagada y trémula.

Entonces le condujeron por anchos corredores y galerías, inundados de luz y de aire sano, al lugar designado. Durante el trayecto observó que los asilados de ambos sexos, discurriendo por las dependencias de la casa, saludaban a la Madre Superiora y al Padre Remigio con respeto. Estaban limpios, aseados y no parecían espectros, ni *El Aspid* que lo fundara. Buenos y saludables, tomaban el sol con la avidez propia de los ancianos, irradiando sus semblantes la paz, la serenidad, casi la alegría de los goces inefables.

Habiendo llegado a la celda que iban a buscar, la Madre Superiora abrió la puerta, y el recinto apareció inundado de sombra. La enferma dormía dulcemente. El Padre Remigio se dirigió a abrir una ancha ventana, mientras la Superiora y *Merlin* avanzaron hasta el lecho...

— Despierte, *Hermanita* — dijo la Superiora — que hay aquí un caballero que desea saber de sus labios si es verdad lo que ha publicado *El Aspid*...

La anciana se incorporó en el lecho; y como en aquel momento abriera de par en par el Padre Remigio la ventana, y se precipitaran por ella los rayos dorados del sol poniente, que bañaban con su intensa luz las cabezas de todos, *Merlin* y la asilada se confundieron en una mirada intensa, y resonaron dos gritos en el espacio.

— ¡Hijo mío! — exclamó la anciana, tendiendo los brazos al periodista.

Y éste cayó de rodillas, sollozando y diciendo con voz sorda, entre los brazos de la que le dió el ser: — ¡Perdón!...

El Aspid no volvió a publicarse. — V.

(De La Semana Católica.)

JUBILEO SACERDOTAL

DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

El Obispo de Salamanca ha dirigido a su venerable Cabildo y demás clero y fieles de la Diócesis la siguiente Pastoral:

«No hay ya escondido ángulo del mundo donde no haya resonado el nombre de León XIII, donde se desconozca su bondad y sabiduría, donde no se disponga a celebrar el próximo Jubileo del quincuagésimo aniversario de la Ordenación Sacerdotal de tan esclarecido Papa. Para exaltación de la fe católica, y como muestra de adhesión a la sagrada cátedra de Pedro, todo el orbe católico se esfuerza por honrar la augusta persona, hoy cabeza visible de la Iglesia y representante de Nuestro Señor Jesucristo.

«Todo el amor que profesamos a nuestro divino Salvador le debemos manifestar venerando a su Vicario en la tierra. De ahí que vemos cumplido en el Padre Santo lo mismo que se anunció del suspirado Mesías: «Los reyes de Tarsis y las islas le ofrecerán obsequios y regalos, los Príncipes de la Arabia y de Saba le llevarán dones y presentes.» De las islas y los continentes, de toda la redondez del globo, los reyes y vasallos envían al Vaticano frutos exquisitos de la tierra, primores del arte, las valiosas perlas y las producciones más bellas del humano ingenio. Y todavía el cariño de los católicos para con su padre no se satisface y paga, no debe satisfacerse con estas demostraciones. No basta enviar nuestra limosna y nuestro obsequio; es menester que los hijos que puedan le feliciten en persona, que todos los pueblos tengan su representación junto al solio del Papa el día de los grandes jubileos. Así también se cumplirá en Jesucristo y su Vicario lo que los Profetas anunciaron llenos de alegría: «Se te llegarán tus hijos de lejanas tierras, y tus hijas vendrán a ti de uno y otro costado.»

«El día 1.º de Enero de 1888, quincuagésimo aniversario de la primera Misa dicha por León XIII, es la fiesta del gran Padre de familias, día por tanto de regocijo en todo el orbe, día de cita en Roma para los católicos fervorosos, y los hijos más adictos a la cátedra de Pedro. De seguro, los que no puedan asistir personalmente, allí estarán en espíritu, allí con su corazón, allí con todo su fervor y las plegarias más puras y más cordiales. Mis amados diocesanos aquel día todos piensan en Roma. Todos en el Padre Santo. Han de esforzarse todos por ganar la indulgencia del Jubileo y aplicar la comunión por su sagrado Pastor.

«Pero además, la Diócesis de Salamanca ha de tener representación en la solemne fiesta. Y no podemos Nosotros, no podemos pedir, atendida la estación, atendida la distancia que nos separa de Italia, atendida la escasez y penuria de esta Diócesis, otra cosa más que una representación. Con tiempo oportuno nos dirigimos a los centros de Roma preguntando si Su Santidad señalaría día ó época para recibir a los españoles, ya que la estación del invierno por fuerza habría de detener a la mayor parte de los peregrinos. Y el Emmo. Cardenal de Estado se sirvió contestarnos que nada había dispuesto, mas que Su Santidad sentiría vivo placer en ver a los Obispos de esta provincia para el aniversario de su primera Misa. Resulta, por tanto, que Nosotros debemos acudir a la Ciudad Eterna, y que no podemos hacer invitación general para ello, pues no sería prudente en tan cruda estación. Mas no obstante queremos hacer pública nuestra determinación del viaje, como lo ha hecho nuestro dignísimo Metropolitano y hacen los demás hermanos comprovinciales. Y por si alguno de nuestros diocesanos se anima a acompañar a su Prelado, ordenamos que a continuación se

publiquen también las condiciones en que se ha de verificar la peregrinación que parte de Madrid, por si fuera más conveniente incorporarnos todos a ella, según disponga nuestro amadísimo Sr. Arzobispo.

* Los Encargados de las iglesias leerán estas nuestras Letras al pueblo en el primer día festivo después de su recepción, haciéndole saber que el billete de ida y vuelta cuesta en segunda unos mil reales y suplicando a los que se dignen acompañarnos den aviso de sus deseos al Sr. Magistral de Salamanca antes del 25 del corriente.

* Esperando de vuestra acendrada piedad, amadísimos hijos, que de una manera u otra de las indicadas celebraréis la gran fiesta de Nuestro Padre Santo, os bendecimos con toda la efusión de nuestra alma: † en el nombre del Padre, † del Hijo, † y del Espíritu Santo. — Salamanca 10 de Noviembre de 1887. — † FR. TOMÁS, Obispo de Salamanca.

El Shah de Persia ha dirigido a Su Santidad León XIII, con ocasión de su Jubileo Sacerdotal, la siguiente carta, que publica el *Osservatore Romano*:

«A Su Santidad, dotado de la naturaleza del Mesías, encumbrado como los habitantes del mundo celestial, al Papa muy venerado y muy ilustre, que está asistido de la gracia del Señor.

* Hemos sabido con alegría que Vuestra Santidad, tomando en consideración los cincuenta años de su venturosa iniciación en el servicio sacerdotal, iba, con la bendición del cielo, a celebrar su Jubileo.

* Considerando las relaciones amistosas que Nos tenemos con la persona venerada de Vuestra Santidad, y teniendo en cuenta la alta dignidad del Pontificado, que está reconocida por todas partes como jefe de la religión católica, Nos no hemos querido dejar pasar esta ocasión sin hacer llegar a vos nuestros votos y nuestras felicitaciones.

* Sería, en efecto, inconcebible que en esta circunstancia de tan agradable Mensaje, en que todas las miradas convergen hacia el Vaticano, que Nos quedásemos indiferentes, sobre todo cuando es constante que las relaciones de amistad han sido desde larga fecha solidamente establecidas entre los soberanos de Persia y la corte de Roma, y que nuestro deseo consiste en conservar y afirmar en perfecto acuerdo las bases de estas buenas relaciones.

* También hemos sabido con grande satisfacción que gracias a la sabiduría y a la intervención de Vuestra Santidad, han sido allanadas diferencias entre distintas naciones y mantenida la paz general por todas partes, y Nos aplaudimos — con la buena fe que todo el mundo tiene en la justicia y en la probidad innatas en la persona venerada de Vuestra Santidad — los resultados del triunfo que Vuestra Santidad ha obtenido en todas las dificultades que han sido sometidas a vuestro arbitraje.

* Esperamos que, con la gracia de Dios, Vuestra Santidad ejercerá aún durante largos años esta mediación desinteresada.

* Dado en nuestro Palacio Imperial de Teheran en el mes de Redjeb 1304 (de la Egira) y el cuarenta año de nuestro reinado.

Hay un sello y la firma de S. M.

Los diarios católicos alemanes publican un manifiesto dirigido por el comité alemán para la celebración de las Bodas de Oro de Su Santidad a los católicos alemanes. En este manifiesto, firmado por el príncipe de Loevenstein y los vicepresidentes del comité, se dice que los peregrinos alemanes, de acuerdo con las representaciones de todas las demás naciones, insistirán en pedir el restablecimiento del poder temporal.

El capítulo de la Diócesis de Solsona y algunos diocesanos regalan a Su Santidad un ejemplar de la *Introducción a la Filosofía*, ó sea doctrina sobre la dirección al ideal de la Ciencia, escrita por el malogrado Presbítero Rdo. D. Antonio Comellas y Cluet, de la citada Diócesis y persona que se distinguió por sus estudios filosóficos. Las tapas del libro son de chagrin rojo, decoradas con delicadas aplicaciones de cincelados en oro de diversas entonaciones, ejecutado todo con mucha pulcritud y buen gusto. En el centro de una de las tapas figura el escudo de armas de Su Santidad en oro y esmaltes, y en la otra el del Cabildo de Solsona, labrado también en igual forma. Con mucho esmero se hallan ejecutados asimismo las guardas y todos los detalles de la encuadernación, que ha sido hecha en los talleres de los señores Viuda de Subirana é hijos con mucha elegancia y riqueza. El libro va colocado en un estuche de chagrin negro forrado de felpa carmesí.

Los religiosos Franciscanos de Santiago de Galicia han regalado a Su Santidad, con motivo del Jubileo Sacerdotal, un magnífico cuadro que representa el

Nacimiento del Señor, rodeado de multitud de cuadros que representan pasajes de la Sagrada Escritura, todo primorosamente labrado en nácar y encastrado en un precioso y artístico marco de ébano, palo santo y mármol verde jaspeado.

Los obreros católicos de las fundiciones de Bochum, en Westfalia, envían a Su Santidad tres magníficas campanas de acero fundido, admiradas por cuantos las han visto y oído. La mayor tiene tres metros y medio de diámetro y pesa 20.000 kilos.

La Diócesis de Jaén ofrecerá a Su Santidad en el próximo Jubileo digna muestra de amor al Romano Pontífice. En la exposición que el Sr. Obispo ha abierto antes de enviar las ofrendas a su destino se ven numerosas labores y objetos para el culto, muchos de ellos trabajados primorosamente. La instalación de cerería de los señores Viuda de Bellido é hijos, de Andújar, sobresale por el esmero y perfección con que están elaboradas las velas y la exquisita calidad de la cera. Muy digna es esta instalación del buen nombre que tiene adquirido la industria cerera de Andújar.

Dice el *Figaro*, de París, con fecha del 5 del actual:

«Ayer había una larga fila de carruajes delante del palacio arzobispal. Era el primer día de exposición de los regalos que va a enviar a Roma la Diócesis de París con motivo del Jubileo Sacerdotal de León XIII, y fueron en gran número las personas que acudieron a visitar los maravillosos objetos de arte destinados a Su Santidad. Lo que más admiró a los concurrentes fué la tiara pontificia, la cual es de tela de plata bordada a mano y enriquecida con piedras finas. Las tres coronas de oro de seis florones están adornadas con seiscientas piedras preciosas, a saber: zafiros, esmeraldas, rubíes y diamantes. Una parte de esta pedrería es regalo de los fieles. Hay quien ha dado oro labrado, el cual, refundido, se ha empleado en las coronas. Los colgantes de la tiara son de tela de plata, tienen adornos bordados como la tiara, están adornados con el escudo de armas del Papa y enriquecidos con esmeraldas, zafiros, rubíes y diamantes, y cada uno de ellos termina con tres bellotas de oro.

La caja que ha de contener la tiara es de tafete blanco adornado con placas redondas esmaltadas, sobre las cuales están grabados los sellos de las parroquias y de las comunidades que con sus suscripciones han contribuido al regalo. Las familias que con este objeto se han unido a las comunidades tienen sus escudos de armas ó sus iniciales esmaltadas en otras placas en forma de escudo. Las piezas de la cerradura que ocupan el centro del tablero anterior llevan los sellos del arzobispado, de los tres archidiaconatos y del capítulo de Nuestra Señora. En el mismo tablero se ha reservado, conforme al deseo de monseñor Richard, un sitio especial a una inscripción para ofrendas modestas. Entre las maravillas expuestas figura un mueble admirable y de los más nuevos por su hermosura de cuantos salen de los talleres de la industria francesa. Es un escritorio con adornos de bronce dorado y con el escudo de armas de Su Santidad León XIII y de la casa de Francia. Esta obra maestra, de puro estilo de la época de Luis XIV y Luis XV, lleva la firma del célebre *Henry Daston* y es regalo del conde de París, un regalo verdaderamente regio.

La condesa de París ha enviado una estatua de Juana de Arco, obra de la princesa María de Orleans. Juana de Arco está en pie teniendo apretada contra su pecho la espada; en la parte anterior se ven las armas del Padre Santo y en los lados las armas de la casa de Francia.

El día 16 zarpó del puerto de Barcelona con rumbo a Marsella y Liorna el vapor *Gyptis*, capitán Danch, de la Compañía Frassinetti, de Marsella, llevando a su bordo los ricos y espléndidos regalos que la mayor parte de los Obispos de España ofrecen a Su Santidad León XIII con motivo de su quincuagésimo aniversario sacerdotal y que deben figurar en la Exposición Vaticana. Dicha expedición ha sido organizada por el Ilmo. Sr. D. Francisco de Pol, Vicario General del Obispado de Barcelona y Vicepresidente por España de las Bodas de Oro de Nuestro Santísimo Padre, formando parte de ella los donativos de las Diócesis de Barcelona, Valencia, Lérida, Tortosa, Ciudad-Real, Zaragoza, Vich, Segovia, Santiago de Compostela, Mallorca, Menorca, Salamanca, Lugo, Santander, Zamora, Solsona, Oviedo, Urgel, Plasencia, Teruel, Gerona, Barbastro, Pamplona, Valladolid, Orihuela, Segorbe, Tarazona, Osma, Ciudad Rodrigo, Cuenca, Badajoz, Jaén, Huesca, Sigüenza y Córdoba, con un total de 161 bultos, de peso 10.052 kilogramos.

Este importante envío se ha asegurado en la cantidad de 500.000 pesetas por la Compañía *La Foncère* de París. Conducen la expedición a Roma D. Ramón Sacanelli, Secretario de la Vicepresidencia española del Jubileo Papal, y D. Fidel Espriu. No es preciso hacer una breve relación de los preciosos dones que España envía a Su Santidad en esta remesa; pero no dudamos en afirmar que son dignos por su santidad y calidad de ser expuestos en los vastos locales del Vaticano, destinados a Exposición: otro día se publicará un catálogo completo de todos los donativos. Optan premio a la Exposición, el riquísimo amito de las religiosas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, de esta ciudad, que es un prodigio en bordado, y un altar de misionero de D. José Vaqués.

Leemos en *La Estrella del Norte*, de Trujillo, que entre los regalos que la República del Ecuador envía a Su Santidad en su Jubileo Sacerdotal, cuéntase el retrato del héroe católico Dr. Gabriel García Moreno.

El retrato irá en un magnífico marco de preciosas maderas del país: será de cuerpo entero, presentará en el Vaticano en actitud de triunfo ofreciendo al mundo en la diestra un pliego en que esté escrita la famosa única protesta del héroe ecuatoriano contra la ocupación de Roma. En la parte superior del lienzo aparecerá, entre nubes de gloria, el Santísimo Corazón de Jesús, a quien consagró el héroe cristiano aquella República; el fondo del cuadro representa el iris vistoso de la bandera ecuatoriana. Al pie del retrato irá escrita su conocida sentencia: *Dios no muere*, dando a entender que el triunfo del Pontificado en las Bodas de Oro de León XIII se debe al Santísimo Corazón de Jesús. Debajo, la siguiente inscripción tomada de las palabras del inmortal Pontífice Pío IX en su alocución a los peregrinos de Laval:

Gabriel García Moreno.
Ecuadorianae Reipublicae Praeses.
Cecidit, Fidei Victima
Et Christianae In Patriam Charitatis.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. VICTORIANO SALMÓN, natural de Madrid y discípulo de D. J. Grajera. En la Exposición Nacional de 1858 presentó un grupo en yeso representando a *Jesucristo con dos niños*, y en la de 1860 *El Antiguo Testamento*, estatua también en yeso: ambas obras obtuvieron mención honorífica.

D. VALERIANO SALVATIERRA Y BARRIALES, escultor de crédito, hijo de D. Mariano y de Doña Faustina. Nació en Toledo, de cuya Catedral era escultor su señor padre en 1780, y contando solamente diez y seis años, marchó a Roma con sus propios recursos, donde no tardó en hacerse conocer por sus brillantes disposiciones. En aquella capital fué discípulo primero de Cánova y posteriormente de Thorwaldsen. Terminada la guerra de la Independencia, regresó a España y fué nombrado escultor de la catedral de Toledo por muerte de su padre D. Mariano, en cuyo suntuoso templo hizo, entre otras cosas de menos importancia, el *sepulcro del Cardenal de Borbón*. Por los años de 1816 a 1817 fijó su residencia en Madrid, mereciendo que la Academia de Nobles Artes de San Fernando le crease su individuo de mérito. Recibió honrosísimas distinciones y ocupó cargos importantes relacionados con su arte, granjeándose universales simpatías por sus bellas prendas de carácter, tanto como por su mérito artístico. Atacado de un padecimiento al estómago, ofreció ejecutar, y entregó a la iglesia de Servitas, una imagen de la *Virgen de los Dolores*, con la condición expresa de que había de volver a poder de su familia si no se la daba culto. Trabajó asimismo el Sr. Salvatierra: en la parroquia de San Ginés, los santos que adornan el retablo colateral del lado del Evangelio; en la parroquia de San José un *San Fernando* con unos *Niños y nubes* sobre el retablo principal; y en las monjas de Santa Teresa, una imagen de dicha santa. Murió en 24 de Mayo de 1836, contando cuarenta y seis años de edad, y fué enterrado en el cementerio general de la puerta de Toledo.

Al ocurrir el fallecimiento de este artista se hallaba trabajando en una *Virgen de los Desamparados* destinada a la posesión de Vista Alegre.

D. MARIANO SALVATIERRA Y SERRANO, notable escultor, natural de Toledo, discípulo de la Academia de Nobles Artes de San Fernando, muerto en 1814. Durante gran número de años desempeñó el cargo de escultor de la catedral de Toledo, en cuyo

edificio, como en otros de la misma población, se conservan obras sumamente apreciables de su mano. Son las principales *El tránsito y Coronación de la Virgen*, en la parte exterior de la puerta de los Leones de dicha Catedral. En el segundo cuerpo de la fachada principal una *Cena*, con figuras de tamaño mayor que el natural. En la capilla de Santiago las estatuas de *San Nicolás de Bari*, *San Antonio Abad*, *San Francisco de Asís*, *San Pedro Nolasco*, *San Felipe Neri*, *Santa Bárbara*, *San Lorenzo* y *San Bernardo*. Cuatro estatuas en los altares con que se cerraron en 1793 las capillas del coro. *Dos ángeles mancebos* sobre el órgano nuevo, en actitud de sostener unas guirnalda de flores ondulantes que vienen a enlazarse con un jarrón lleno de azucenas, trabajo terminado en 1796 y por el que le fueron abonados 14.000 reales. En la capilla de Santa Lucía, dos medallones elípticos, de estuco, que, en figuras de medio cuerpo y muy alto relieve, representan respectivamente a los santos obispos *Santo Tomás de Villanueva* y *San Julián* el uno y a los Santos *Justo* y *Pastor* el otro; encima del altar de la sacristía dos ángeles mancebos, de alabastro y tamaño natural, sosteniendo una cruz. También son de mano de Salvatierra los cuatro gigantes de veinte pies de altura que representan *La Fe*, *La Religión*, y *Las iglesias de Sevilla* y *Toledo*; los ocho ángeles del monumento de Semana Santa, de los que cada uno tiene un instrumento de la Pasión, y el magnífico candelabro para el cirio pascual, construido en 1804. En el Nuncio (casa de dementes) un gran escudo con las armas del cardenal Lorenzana, sostenido por dos ángeles. Fué hijo este artista del reputado escultor D. Valeriano, de quien nos ocupamos anteriormente.

D. JUAN SANSÓ, natural de Gracia (Barcelona) y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de esta capital. Citaremos sus obras siguientes: *Estatua de Balmes*, premiada con mención honorífica en la Exposición barcelonesa de 1866; la de *San Francisco de Asís en meditación*, presentada en la Nacional del mismo año, donde alcanzó una medalla de segunda clase; *Una Concepción*, *El Sagrado Corazón de Jesús*; *La Virgen Madre*, hermoso grupo que obtuvo la primera medalla en la Exposición de Madrid de 1878, figuró en la universal de París del mismo año y fué reproducida por varios periódicos ilustrados; y *La Concepción* para la iglesia de esta advocación en el ensanche de Barcelona, por cuya obra recibió en su estudio la visita del Rey D. Alfonso.

D. MANUEL SÁNCHEZ ARACIL, escultor murciano, hijo de D. Francisco Sánchez Tapia. En 1875 alcanzó en los juegos florales celebrados en la ciudad de Murcia el roble de plata por su busto en bajo relieve del cardenal Belluga.

D. FRANCISCO SÁNCHEZ TAPIA, escultor, profesor de la Academia de la Sociedad Económica de Murcia. Entre sus numerosas obras (generalmente de carácter religioso) repartidas en varios templos de la provincia, se cuentan dos *Pasos* de la procesión del Carmen (Murcia); varias efigies de la *Pasión*, para las procesiones de La Unión; el *Paso de la Samaritana* y *Jesús*, para Jumilla; *San Roque*, para la iglesia de Aljucer; *La Samaritana*, para Novelda, y otros igualmente apreciables. En 1878 fué nombrado Académico correspondiente de la de San Fernando.

D. DIONISIO SÁNCHEZ, nació en Ciempozuelos en 1762, y estudió en Madrid en la Real Academia de San Fernando. Entre otras señaladísimas distinciones, mereció ser Director del adorno de la fábrica de porcelana del Retiro y Director de escultura de la Academia de Méjico, donde murió en 7 de Mayo de 1829. Sus obras religiosas fueron: *La Virgen de la Esperanza*, en la parroquia de San Justo, y un *Cristo* aislado, de mármol.

D. JUAN SANMARTÍN, nació en la ciudad de Santiago en 21 de Abril de 1830, y fué bautizado en la parroquia de Santa María del Camino, siendo sus padres pobres y honrados vecinos de la misma. Dió muestras desde muy niño de sus felices disposiciones para la escultura y pasó a estudiar a la corte protegido particularmente por el Sr. D. Nicolás López Ballesteros. Matriculado en la Academia de San Fernando en los años de 1853 a 1856, cursó las clases superiores y concurrió posteriormente al estudio del escultor de Cámara, Sr. Piquer. En la Exposición celebrada en el último de dichos años presentó un bajo relieve en yeso representando a *Nuestro Señor Jesucristo muerto en la cruz*. En 1858 presentó en la Exposición pública la estatua del ilustre *Fray Jerónimo Feijóo* en el acto de registrar uno de los innumerables escritos que sus émulo dieron a luz atacándole tan dura y encarnizadamente. Por este trabajo fué premiado el artista con mención honorífica. Habiéndole encargado el Ayuntamiento de Santiago la composición y formación de una obra de escultura que representase la postrera y misteriosa *Cena de Nuestro Señor Jesucristo con sus Discípulos*,

pasó a Roma, trazado el boceto de su obra, a estudiar los grandes modelos de los más famosos escultores.

D. JULIÁN SANMARTÍN, nació en 1762 en la villa de Valdelacuesta, en la provincia de Burgos, alcanzando en el concurso general de premios de la Real Academia de San Fernando en 1781 el primero de la segunda clase, y en 1784 el primero de la primera. La misma corporación le nombró su individuo de mérito en 7 de Mayo de 1786, y teniente director de la escultura en 13 de Abril de 1797. Terminó su vida a 29 de Noviembre de 1801, contando treinta y nueve años de edad. La mayor parte de sus obras, muy estimadas por los inteligentes, se hallan en Madrid, si bien trabajó asimismo bastante para fuera de la Corte, «comodidad que puede haber dependido—dice la Academia de San Fernando—de su celeridad en el trabajo, equidad en los precios, exactitud en sus tratos y regularidad en sus costumbres.» Han llegado las siguientes a nuestra noticia.

Madrid.—*La huida a Egipto*, para la parroquia de San Sebastián; una estatua de *La Beata María Ana* y otra de *Santa Teresa*, para la parroquia de Santiago; la medalla que hay sobre la puerta de la iglesia de la Visitación, representando a *San Francisco de Sales entregando las constituciones a Santa Juana de Fremiot*; el *Ángel de la Guarda* y *Santa Cecilia*, para las Escuelas Pías de San Fernando; *San Francisco de Asís*, para la capilla de la Orden Tercera; *La Virgen* que se ve al lado de la Epístola, en la parroquia de San Justo; *Esau y Jacob*, bajo relieve en la Academia de San Fernando.

Segovia.—Las estatuas de *San José con el Niño* y una *Concepción* en la catedral.

Pamplona.—En la catedral un bajo relieve en piedra que representa *La Asunción* y *Dos mancebos*, también de piedra, tamaño colosal.

Medina del Campo.—Una *Asunción* y un *San José*, tamaño natural.

Habana.—*San Antonio* y *San Francisco*.

Santo Domingo de la Calzada.—La estatua de dicho Santo, de cinco cuartas de alto.

D. FRANCISCO SANTIQUOSA, escultor valenciano de quien conocemos las siguientes obras religiosas: *San Francisco*, que presentó en 1875 en la Exposición del Ateneo de Valencia; una *Concepción*, premiada con medalla de plata en los juegos florales de Murcia en 1877; las estatuas en barro cocido de *La Purísima* y *San Francisco*, premiada esta última con medalla de cobre en la Exposición del Ateneo de Valencia de 1881.

D. JOSÉ SANTIQUOSA Y WUESTRETE, natural de Tortosa y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona. Es autor de *El triunfo de la Iglesia militante*, grupo en barro presentado en una Exposición de Madrid, y por el que fué premiado con medalla de tercera clase.

D. JUAN SERRA Y PAU, joven escultor albergado en la Casa de Caridad de Barcelona, discípulo en dibujo de D. Tomás Padró y en modelado del señor Novas, autor de un grupo de *La Caridad*, colocado en el patio del Hospicio de Barcelona, «triste hogar paterno del escultor naciente,» como ha dicho Luis Alfonso.

D. EUGENIO SERRANO, escultor tallista, residente en Huesca. En la Exposición aragonesa de 1868 presentó una *Concepción* en madera.

D. NICASIO SEVILLA Y SÁNCHEZ, escultor contemporáneo, natural de San Martín de la Vega, cuyas obras han figurado con elogio en diferentes Exposiciones públicas. Fué discípulo de D. José Piquer. Abierto concurso por la Academia de San Fernando para la creación de un monumento a Fr. Luis de León, el Sr. Sevilla obtuvo el premio y fué encargado por consiguiente de su ejecución, para la que marchó a Roma, siendo inaugurada al fin su obra en 1868 en el patio de las Escuelas Menores, entre la Universidad y el Instituto de Salamanca. Son también obra del Sr. Sevilla un *Busto de D. Hilarión Eslava* y una estatua de *Santa Teresa de Jesús*. El Gobierno le concedió en 1870 una encomienda de Carlos III libre de gastos; pero cuando el Sr. Sevilla por su edad y adelantos podía prometerse mayores triunfos, falleció en los primeros días de Enero de 1872.

D. CÁNDIDO SOBRINO, escultor residente en La Guardia, provincia de Pontevedra. En la Exposición pública celebrada en aquella capital en 1880 presentó una *Concepción* en madera, un *Niño Jesús* y un *Crucifijo*.

D. JUAN SOLER, escultor catalán contemporáneo, autor de las imágenes de *Santa Inés* y *Santa Catalina*, para la iglesia parroquial de San Agustín de Barcelona; de un grupo en madera representando la *Sacra Familia*, para el oratorio de una casa de Barbastro; una *Concepción*; *Santa Eulalia*, de doble tamaño del natural, para la iglesia parroquial de

Palleja; *San Raimundo de Peñafort* y *San Félix mártir*, para la parroquia de Villafranca del Panadés.

D. RICARDO SORIA Y FERRANDO, natural de Valencia y discípulo de la Academia de San Carlos de aquella población. Es autor de los siguientes trabajos: Una *Concepción*, para la iglesia parroquial de Yecla; *El descendimiento de la cruz*; un *San José*; un asunto religioso premiado con medalla de oro en la Exposición de Valencia de 1879; estatua de *San Vicente Ferrer*, premiada en la Exposición de *El Iris* de Valencia con medalla de cobre; un *San Antonio* y *Jesucristo en la cruz*, esculturas pequeñas que presentó en la Exposición del Ateneo de Valencia en 1881; *El Sagrado Corazón de Jesús* que obtuvo un accésit en 1881 en un certamen de Tarragona; un *Cristo yacente* y un *Descendimiento*.

D. MANUEL SORIANO E HIDALGO, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla, premiado en sus clases superiores. Es obra de este artista la estatua de *San Vicente de Paul en predicación*, para la iglesia de San Juan de Dios en Cádiz.

D. CEFERINO SUÁREZ. En la Exposición de Santiago de 1875 presentó un alto relieve en madera, representando a *Santiago en traje de peregrino*.

D. RAMÓN SUBIRAT Y CODORNIU, escultor contemporáneo, natural de Mora de Ebro, en la provincia de Tarragona. Es autor de un *Santo Cristo*, presentado en la Exposición de 1871; de una estatua de *Frey Félix Lope de Vega*, que fué muy elogiado por la prensa; y del *Sepulcro del arzobispo Fructos Caballero* en Zaragoza.

D. JERÓNIMO SUÑOL, natural de Barcelona y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de aquella población. Presentó en la Exposición Nacional verificada en Madrid en 1864, *La tercera tentación de Jesús*. Son obras suyas varias estatuas para el templo de San Francisco el Grande de Madrid. El Sr. Suñol fué agraciado en 1870 con la encomienda ordinaria de Isabel la Católica, y la Real Academia de San Fernando le eligió en 28 de Enero de 1878 su individuo de número para ocupar la vacante ocurrida por muerte del Sr. Fernandez Pescador.

D. ANTONIO SUSILLO, escultor contemporáneo, natural de Sevilla. Son de su mano: *La huida a Egipto*, propiedad del Sr. Bertermati; *La oración de la tarde* y *Maitines*, propiedad ambas de D. Evaristo Sagastizabal. Estos y otros trabajos permiten asegurar a este joven artista excelente porvenir.

D. DOMINGO TALARN, escultor contemporáneo, residente en Barcelona. Conocemos las siguientes obras suyas: la estatua del glorioso ermitaño *San Mariano*, para la iglesia de San Miguel Arcángel de Barcelona; el altar y estatua de *Nuestra Señora de la Divina Providencia*, que se venera en la iglesia del Pino; *La Divina Pastora*, *Nuestra Señora de los Dolores*, *San Juan* y un *Niño Jesús*, para un templo de Montevideo; Un *Belen* destinado a Valencia en 1866; *El divino Salvador encomendando su Santísima Madre a su discípulo amado*, en el retablo nuevo de la capilla de San Olegario de la catedral de Barcelona; estatua colosal de *San Francisco de Paula*, para el altar mayor de la iglesia de religiosas Mínimas de Barcelona; un *Nacimiento del Hijo de Dios*, con numerosas figuras, para Buenos Aires; unas *Andas góticas*, con figuras de ángeles, para una iglesia de la Habana; *El grupo del Calvario*, una *Concepción* para la iglesia de Nuestra Señora del Pino, de Barcelona; *La Divina Pastora*, *La calle de la Amargura*, para la villa de Novelda; *La oración del Huerto* con el mismo destino. En muchas de las anteriores obras le ha auxiliado uno de sus hijos, de quien es un grupo de *La degollación de los inocentes*.

D. FERNANDO TARRAGÓ, escultor, natural de Lérida, discípulo de D. José Piquer. En la Exposición de Bellas Artes de 1856 presentó una estatua en yeso representando *El Profeta Jeremías*, que obtuvo un premio tercero. Son también de su mano una estatua de *La Concepción*, y otra de *San Eleuterio* para los Estados Unidos. En 1871 le fué concedida una encomienda de Carlos III por sus trabajos en la restauración de la Basílica de Avila de los Caballeros.

D. TORCUATO TASSO Y NADAL, natural de Barcelona y discípulo de aquella Escuela de Bellas Artes. Es de su mano un *Busto del Papa Pío IX*. El señor Tasso reside en Roma, donde fué pensionado.

D. JOSÉ TOMÁS, escultor cordobés de crédito, nombrado Director de la Academia de San Fernando en 9 de Enero de 1844. Débense a este artista: el bajo relieve que existe sobre el intercolumnio del oratorio del Caballero de Gracia, representando la *Última cena de Nuestro Señor Jesucristo*, habiendo elegido para modelo de esta obra la célebre de Leonardo de Vinci; y el *Arcángel San Gabriel*, estatua en madera de tamaño natural, para un templo de Galicia. También hizo la estatua de *La Religión*, para el túmulo elevado en las exequias de Fer-

nando VII: murió en Madrid en 10 de Noviembre de 1848.

D. MIGUEL TOMÁS, escultor, natural de Palma de Mallorca, y discípulo del célebre Herrera el menor. El Sr. Tomás no trabajó mucho; pero tienen muy buen gusto todas sus obras. Son de su mano un *San José*, que se venera en la iglesia parroquial de Alaró; una estatua de la *Beata Catalina Tomás*, que hizo para una iglesia de Barcelona; la *Concepción* que está en su capilla en la parroquia de Muro; el *San Pedro* con las demás esculturas, trabajadas en piedra de Santañy, que adornan la fachada del Seminario de Palma; y también se le atribuyen las figuras y adornos de la fachada de la casa y hospital de San Pedro y San Bernardo de Palma. Murió en dicha ciudad en 1809, siendo hijo de este profesor el artista D. Francisco, de quien hablamos aparte.

D. FRANCISCO TOMÁS Y ROTGET, hijo de D. Miguel y Doña María Antonia. Nació en Palma de Mallorca en 26 de Febrero de 1762, y estudió bajo la dirección de su padre, dedicándose desde su juventud a modelar figuras en barro y madera, siendo su primer trabajo en esta materia un *Niño Jesús* que hizo por encargo del Regidor de su ciudad natal, D. Antonio Ferrá. Fue asimismo autor de las obras siguientes: un *Crucifijo*, de seis palmas, para el Hospital general de su ciudad; una estatua de la *Concepción*, tamaño natural, para la villa de Muro; dos de los *Beatos Miguel de los Santos y Simón de Rojas*, de catorce palmas de altura, para el retablo mayor de la iglesia que fue de Trinitarios; otra de la *Beata Catalina Tomás*, de tamaño natural, con dos angelitos, para la villa de Andraitx, y otra de la misma, de sólo cinco palmas, para Barcelona.

D. RICARDO TORRES. En la Exposición de Granada de 1883 presentó un *Cristo* en madera.

D. MIGUEL TORRES Y SANCHEZ, nació en Palma en Agosto de 1797, y fue discípulo de su padre Don Guillermo. Es autor de varios altares, así en la parte de arquitectura como en la de escultura, en diferentes iglesias; siendo obra suya la *Concepción* que está en el retablo mayor de la iglesia de San Antonio Abad.

M. DE A.

(Se continuará.)

NOTICIAS

En la iglesia del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús se celebrará con gran solemnidad una novena dedicada a la Virgen de la Concepción, que dará principio el día 30 de este mes, concluyendo el de la Purísima.

Con el título de *La Fidelidad Gallega* ha empezado a publicarse en la Coruña un periódico católico. Deseamos al nuevo colega larga y próspera vida.

Para atender a los gastos de instrucción y recreo de la clase industrial, le han sido abonadas al *Círculo Católico de Obreros* de León, de orden del Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis, 2.200 pesetas.

En el día de Santa Isabel se celebró en la preciosa capilla del hospital de la Princesa en Madrid la fiesta que anualmente dedica a su patrona, siendo el celebrante en la solemne misa mayor el Doctor D. Eduardo Palou y Flores. El panegírico de la Santa estuvo a cargo del reputado orador sagrado D. Carlos Díaz Guisado, que con fácil y correcta palabra pronunció uno de sus más elocuentes y filosóficos discursos.

Según el *Estado general* de las Misiones dominicanas de Formosa, China y Tungking, el número de cristianos existentes y los Sacramentos administrados en 1886 es como sigue:

Número de cristianos, 248.134. Bautismos de párvulos hijos de cristianos, 11.367.

Niños de padres infieles bautizados por los Catequistas Terciarios de la Orden y cristianos *in articulo mortis*, 64.370; de estos sobrevivieron 96. Bautismos de adultos, 1.280. Confirmaciones, 8.296. Confesiones, 302.368. Comuniones, 291.247. Matrimonios, 2.201.

En la parroquia de Manacor se está formando una biblioteca, gracias a la actividad de su Cura Arcipreste y de algunos otros Sacerdotes muy estudiosos, que lograrán a no dudarlo coleccionar numerosas obras, según es el ardor de sus trabajos: con decir que el bibliotecario es el conocido poeta y joven Sacerdote y Vicario D. Antonio María Alcover, y que el primer donativo con que ha favorecido a la naci-

te colección D. Juan Aulet, Presbítero, consta de cien volúmenes, puede formarse acabada idea de lo que promete ser esta biblioteca, máxime si los representantes de aquella población en la Corte recabaran del Sr. Ministro de Fomento una colección de obras, pues la importancia de la villa de Manacor bien lo merece.

Escriben de Caserta que en el campamento del decimo de artillería había muchos soldados atacados del cólera, y cuando ni el alcalde ni los consejeros municipales no quisieron hacer nada en alivio de los soldados, acudió el obispo Giordano solo, sin que lo acompañase ni un Sacerdote, y estuvo allí un día entero, sin cuidarse de tomar alimento, asistiendo y animando a los enfermos. Ayudaba a trasladar las camas y a colocar en ellas a los pobres soldados, y hacía de soldado, de enfermero, de médico, de Sacerdote y de padre. El comandante del regimiento le escribió después dándole las gracias en nombre suyo y de los soldados.

En Carrión de los Condes se verificó la inauguración del curso de la *Escuela de Obreros* el día 13 del corriente, a las siete de la noche, en un espacioso local habilitado al efecto, merced a la generosidad del celoso Párroco de Santa María, que anticipó la cantidad de 1.000 pesetas para las obras necesarias. A la hora indicada ocuparon sus asientos los señores que componen la Junta directiva de la sociedad fundada para el sostenimiento de la Escuela, el Reverendo Padre Berzal, de la Compañía de Jesús, y el Sr. Alcalde, a quien el Sr. Director espiritual cedió la presidencia. Dada cuenta por los Sres. Presidente, Secretario y Tesorero del estado de la sociedad, el Sr. Director espiritual habló con especial acierto, alentando a los socios a continuar la obra comenzada a fin de hacer buenos y fieles obreros, encareciendo a éstos la asistencia y aplicación para que aprendan a ser buenos jefes de familia. A continuación el R. P. Berzal hizo uso de la palabra con su acostumbrada elocuencia; aplaudiendo la continuación de la asociación para educar a los obreros, deteniéndose en minuciosas consideraciones para demostrar la utilidad de éstas y para que así se conozcan los deberes y derechos de los obreros. El Sr. Alcalde dirigió breves frases a los socios y obreros, ofreciendo a todos su apoyo. Estos tres discursos fueron justamente aplaudidos, así como los intermedios de música ejecutados por un coro acompañado de violín y piano. Actualmente cuenta la Escuela con 56 socios y dos protectores, y están matriculados 46 obreros.

Un diario de Valencia publica las siguientes curiosas noticias referentes a la inauguración de la nueva Iglesia de las Adoratrices:

«El domingo se celebró la fiesta de inauguración de la nueva Iglesia del Sacramento, situada en la calle de Hernán Cortés.

Desde las primeras horas de la mañana, el nuevo templo se vio invadido por las personas invitadas, que lo fueron las más distinguidas familias de la ciudad y las autoridades eclesiásticas, civiles y militares.

A la hora señalada llegó nuestro venerable prelado el Cardenal Sr. Monescillo, el cual, después de orar un breve rato, pasó al sitial, preparado en el presbiterio, en donde fue revestido con los ornamentos pontificales. Previa la exposición del angusto Sacramento, dió principio la solemne misa, siendo celebrante Su Emma. Reverendísima, a quien asistían los Canónigos D. Ramón Peris Mencheta, D. Francisco García, D. Urbano Lolumo Barrio, D. Francisco Tarín, D. José Barbarrós y D. Wenceslao Cañizares Monescillo.

También asistían al celebrante algunos beneficiados de la Basílica, y el maestro de ceremonias D. Vicente Rocafort.

La misa que se cantó es composición del joven maestro del colegio de las Adoratrices, D. Amancio Amorós. Esta obra fue premiada en la Exposición regional de 1883 y está escrita exprofesamente para la inauguración del nuevo templo.

La obra ha merecido muchos elogios a todos los que la conocían y a los que tuvieron ocasión de oír la el domingo.

Los elementos que la ejecutaron bajo la dirección del Sr. Amorós fueron unas cuarenta voces entre solistas y coro, acompañadas por un quinteto de cuerda, piano y armonium. Estos dos últimos instrumentos fueron desempeñados por Hermanas. La mayor parte de las voces pertenecían también a las Adoratrices, habiendo venido de algunos puntos de España las más distinguidas cantoras que tiene la Orden.

Después del Evangelio, ocupó el púlpito el Deán Sr. Cirujeda, que en sentida frase expresó los sacri-

ficios hechos por nuestro piadoso prelado para llevar a cabo la ejecución de las obras de aquel nuevo templo, auxiliado por todas las clases de la católica Valencia. Después del exordio, el orador desarrolló el tema con una sencilla proposición: *La dedicación de un nuevo templo es el tributo de justicia debido a la majestad de Dios*. Elocuente y florido como siempre estuvo el Sr. Cirujeda en su sermón, patentizado las grandezas de la Divinidad y los deberes del hombre de rendir tributo al Señor de las misericordias. Al terminar el sermón, el Sr. Cardenal bendijo a la concurrencia, otorgando las indulgencias de costumbre.

Después de la misa, se entonó el *Te-Deum*, que cantaron las señoras religiosas. La composición, debida al inspirado maestro Sr. Giner, fue bien interpretada, coronando brillantemente tan notable función, que terminó a las doce, quedando S. D. M. de manifiesto durante el resto del día.

Por la tarde hubo sermón, cantándose varias composiciones dedicadas a la Divina Eucaristía, objeto principalísimo de la devoción de las Sras. Adoratrices, terminando con la reserva, en la que ofició el Sr. Canónigo D. José Calvo.

Ayer continuaron las funciones del triduo, cantándose con música la misa, que celebró el Sr. Don Aureo Carrasco, dignidad de Maestrescuela del cabildo y protector especial de la comunidad, predicando por la mañana el Sr. D. Sabas Galiana, Cura de la parroquia del Salvador. Por la tarde siguieron los ejercicios del triduo.

Hoy martes terminarán los festejos religiosos. Por la mañana volverá a cantarse la notable misa del maestro Amorós. Al ofertorio se estrenará una Ave María, y por la tarde un *Credidi*, composiciones las dos del mencionado maestro, que ha dado pruebas de su entusiasmo por el mayor esplendor del culto en la nueva Iglesia.

En la misa oficiará el Deán Sr. Cirujeda y Ros, predicando el Padre Salvador, carmelita. Por la tarde ocupará el púlpito D. José Castañeda. Mañana se cantará una misa de *requiem* en sufragio de los bienhechores de la comunidad. Entre éstos se cuenta a nuestro inolvidable amigo D. Cirilo Amorós, cuya familia, confundida entre los fieles que asistieron a la función del domingo, fue objeto de grandes demostraciones de cariño por cuantos se apercibieron de la presencia de la viuda y familia en aquel acto.

Entre los ornamentos de que se ha hecho uso en estos festejos, han llamado la atención un terno blanco y otro encarnado, obra de las Sras. Adoratrices. También son notables las albas, sábanillas y flores colocadas en el altar, todo confeccionado, según se nos dijo, por tan virtuosas religiosas.

Las Hermanas de la Caridad de Orense han perdonado la mitad de las rentas que perciben del pueblo de Amoeiro, como herederas de la señora viuda de Reinoso, y han distribuido además el grano que tenían almacenado, para que los labradores pobres verifiquen la siembra. También socorren diariamente a todas las niñas que concurren a su colegio de Cornoces, suministrándoles alimento, y dan limosna a las familias necesitadas de aquella localidad.

Rasgos de esta naturaleza no necesitan comentarios.

El periódico *The Sun* de Nueva York, en uno de sus últimos números, refiere el hecho siguiente:

«Un caballero residente en *Middletown* Arhus, mientras la pasada semana hacia una excursión por el condado de Sullivan, tuvo la curiosidad de examinar en un pequeño cementerio, cerca de Fallsburgh, ocho piedras sepulcrales, puestas todas en una misma línea y de tamaños exactamente iguales. Halló que eran los sepulcros de los hijos de un médico muy célebre, todos arrebatados por la muerte en la flor de la juventud, desde el 23 de Noviembre al 19 del siguiente Diciembre del año 1861; una familia compuesta de ocho individuos enterrada en pocos días! Entonces se acordó de lo que había pasado en aquella fecha; por lo que, hablando con sus amigos, no dudó en afirmar que todos estos fallecimientos debían considerarse como un aviso de la Providencia, en castigo de un blasfemo desafío lanzado contra Dios. He aquí cómo: Por el año de 1861, hubo en aquellas cercanías el terrible azote de la difteria. En esta ocasión, dicho médico se ocupó muchísimo en curar a los enfermos, y lo hizo con tal acierto y con tan felices resultados, que los que fueron asistidos por él, todos salieron libres y sanos. Las alabanzas de que era objeto le llenaron de orgullo, hasta decir que ya podía curar todo caso de difteria: aún fue más allá; porque, ciego de la pasión, *desafió a Dios Todopoderoso a producir un caso de difteria que él no pudiese curar*. En menos de una semana, el primero de sus menores hijos fue atacado de la terrible enfermedad; y a pesar de que

el orgullo de profesor y el amor de padre le hacían tomar el empeño más decidido para aliviar á su hijo, éste fué empeorando y en breve murió. Uno después de otro, según el orden de nacimiento, los otros siete cayeron enfermos de la misma manera, murieron y fueron enterrados uno al lado de otro en un pequeño cementerio cerca de Fallsburgh. Le quedaba al infeliz padre una sola hija ya casada; pero ésta también en pocas semanas cayó enferma y murió.*

No entendió el infeliz que el médico aplica remedios; pero Dios es el que da la salud.

Se han inaugurado ya en Lumbier los nuevos locales destinados á escuelas de niñas bajo la dirección de las Hijas de San Vicente de Paul. Desde hace tiempo algunas personas abrigaban el propósito de evitar á las virtuosas Hermanas de la Caridad, domiciliadas en el hospital de dicha villa, las molestias que les ocasionaba la distancia entre este edificio y el en que daban la enseñanza, al cual tenían que trasladarse todos los días mañana y tarde. Se había pensado en habilitar locales en el mismo hospital; pero era preciso realizar obras costosas á fin de aislar la parte que se destinase á escuelas del resto del edificio. Sin embargo, la caridad ha vencido este obstáculo. Con 10.000 reales que para este objeto donó el Sr. D. José Garate (Q. E. P. D.) con los donativos de otras personas y con recursos que ha proporcionado el Ayuntamiento y la Junta local de Beneficencia, se han realizado las obras proyectadas y se ha habilitado una nueva capilla. Esta y las escuelas fueron bendecidas el viernes, celebrándose una función religiosa con misa y una plática que pronunció un Sr. Sacerdote, encomiando la educación y enseñanza que saben dar las Hijas de San Vicente de Paul, y recomendando á los padres de familia envíen sus hijas á las escuelas que se inauguraban.

Continúan adelantando las grandiosas obras de la fachada de la Catedral Basílica de Barcelona. A lo largo de aquella queda ya colocado todo el basamento y unos dos metros de muro, al que sólo faltan algunos detalles esculturados para que empiece á producir soberbio efecto. Admira la belleza y nitidez del material que se emplea, escogido entre el mejor que producen las canteras más ricas de Cataluña; así como la homogeneidad en la naturaleza de los sillares y el perfecto ajuste y precisión de los mismos. En la mitad del claustro, convertido en vasto taller, están labrando numerosas piezas multitud de operarios; mientras en talleres particulares han emprendido ya varios afamados escultores la construcción de las estatuas y de los preciosos doseletes que han de cobijarlas.

Dicen de Burgos, fecha 17 de los corrientes:

A las dos de esta mañana han salido de esta ciudad diez Padres Carmelitas con destino al convento de la Habana.

El lunes se celebró una solemne misa para que el Señor les conceda una feliz travesía.

Dichos Padres se embarcarán con el Ilmo. señor Santander, nuevo Obispo de aquella Diócesis.

Al frente de ellos va el Rdo. P. Eladio, que tan buena memoria deja en esta ciudad por el celo verdaderamente apostólico con que ha ejercido sus funciones sagradas.

Con verdadero sentimiento damos esta noticia, y creemos hacernos eco del de toda la población, que ha tenido ocasión de estimar los grandes servicios de los referidos hijos de Santa Teresa, y en especial del Rdo. P. Eladio.

BIBLIOGRAFIA

Tratado de los confesores de monjas, por el Dr. D. León Carbonero y Sol, Director de La Cruz.—Madrid, 1887. Imprenta de los Sacosores de Rivadeneyra.

Una nueva é importante obra acaba de adicionar el Sr. Carbonero al extenso catálogo de las suyas: la que se titula como consta en el epígrafe de estas líneas. Diseminada la doctrina sobre confesores de monjas en muchas y voluminosas obras difíciles de adquirir; careciendo algunas de ellas de muchos decretos canónicos sobre el particular, bien por su rareza, bien por haber sido expedidos en época más reciente que sus ediciones, sólo el trabajo de compilación, para facilitar el estudio de la doctrina vigente en materia de tan continua aplicación merece plácemes, aunque se prescindiera, que en este caso no es dable prescindir, del acertado juicio con que el Sr. Carbonero y Sol ha sabido aquilatar las doctrinas expuestas por Santo Tomás, San Buenaventura,

el Maestro Avila, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales y otros santos y venerables escritores. Nada más oportuno para poner de manifiesto la importancia de la obra que la reproducción del Índice de sus capítulos.

Son los siguientes:

I. De la elección de confesor de monjas y sus diferentes clases.

II. De los confesores perpetuos ó por tiempo indefinido.

III. De los confesores ordinarios triales de monjas.

IV. Del confesor ordinario ó trienal para el segundo trienio.

V. Del nombramiento de confesor para el tercer trienio.

VI. Del nombramiento de confesor para el cuarto y ulteriores trienios.

VII. De los confesores extraordinarios de las comunidades religiosas.

VIII. De los confesores particulares de monjas.

IX. Reclamaciones que las monjas pueden hacer sobre el nombramiento de confesor ordinario trienal.

X. Procedimientos para pedir y obtener confesor extraordinario y particular.

XI. Cuando el confesor de monjas puede entrar ó no en la clausura y cómo ha de entrar.

XII. De las cualidades para ser confesor de monjas.

XIII. De la licencia especial para ser confesor de monjas.

XIV. De la conducta del confesor.

XV. Quiénes no pueden ser confesores de monjas.

XVI. De la remuneración al confesor de monjas.

XVII. Remuneración de los confesores extraordinarios.

XVIII. Hospedaje del confesor.

XIX. Las comunidades de votos simples están comprendidas en los decretos sobre confesores para las de votos solemnes.

Precede al libro un discreto prólogo, y le sirve de Apéndice la Constitución de Benedicto XIV, *Pastoralis curae*, sobre confesores de monjas, constitución que hizo exclamar á un ilustre Prelado:

Levántate, levántate, vístete de tu fortaleza, Sión; adórnate con los vestidos de tu gloria, Jerusalén, Ciudad Santa. Desata ya los lazos de tu cuello, cautiva hija de Sión. Ya no hay motivo para estar calda en la culpa y vivir con aquella cobardía de ánimo; fácil es ya adornarse con las vestiduras de la gloria, que es la joya preciosa de la gracia, y sacudir el yugo pesado de la misera esclavitud. Consuélese ya las Religiosas que antes vivían afligidas, y revestidas de una fortaleza santa; usen de los medios tan caritativos y oportunos que las ofrece nuestra Madre la Iglesia para su consuelo espiritual. Rompan ya los lazos con que han estado cautivas las hijas de Sión y gocen de la santa libertad, como tan necesaria para cumplir con sus votos y profesión religiosa.

La obra del Sr. Carbonero constituye un volumen de clara y correcta impresión; de más de 200 páginas en 4.º, tiradas sobre riquísimo papel.

Memoria leída en la inauguración del curso de 1887-88 de la Escuela de adultos de la Propaganda Católica de Palencia por el Presbítero D. José Madrid Manó, Director de la misma.—Palencia, 1887.

No hace aun mucho tiempo que tuvimos ocasión de hacer resaltar los grandes beneficios que al Catolicismo viene prestando la sociedad palentina que dirige el Sr. Madrid, y la última *Memoria* que hemos recibido es una nueva prueba de aquel aserto. Se encabeza con la aprobación pontificia de que nuestros lectores tienen conocimiento por haberse reproducido en las columnas de LA ILUSTRACIÓN, y la siguen interesantísimos datos sobre asistencia á las Escuelas y al Círculo, estado y progresos de la Biblioteca, situación de la Caja de Ahorros y presupuestos y cuentas de la Asociación, así como los muchísimos premios concedidos á jornaleros y alumnos.

Alfonso Pérez Nieva. — Historias callejeras.—Madrid, 1887. Tip. de Alonso.

Alfonso Pérez Nieva. ¡Un joven que en esta época de imitadores tiene ya personalidad y estilo propios! Recomendación es esta más que suficiente para que su nuevo libro obtenga la acogida que merece, por su originalidad, por el encanto que produce su lectura, por las gratas impresiones que deja.

¿Cuál es el asunto del libro? Ninguno y muchos... Pequeñeces, pretextos para prestar voz y discurso á las aves y á las flores, como á los elementos y aun á lo inanimado: lo que dice un pájaro, lo que murmura una ola, lo que razona una tabla ó una campana; breves y sentidas historias del corazón...

mucho ingenio, muchos graciosos equívocos; un lenguaje castizo casi siempre, elegante siempre y elevado en ocasiones.

Este es el libro *Historias callejeras*, digno hermano y sucesor de los que le han precedido y anuncio y garantía de los que le han de seguir. Nuestra cordial enhorabuena por él al joven D. Alfonso Pérez Nieva.

Los Misterios de la Francmasonería, descubiertos por Leo Taxil.—Barcelona, 1887, Juan Grabulosa, editor.

Acaban de repartirse los cuadernos quinto á undécimo de la interesantísima obra en que el converso Leo Taxil pone de manifiesto y saca verdaderamente á la vergüenza los ritos teatrales y ridículamente absurdos de la secta masónica. El éxito de la obra corresponde en un todo á lo interesante del asunto y al cuidadoso esmero con que el editor atiende á las condiciones tipográficas y artísticas de la misma. ¡Lástima grande que no puedan hacerse extensivos estos elogios á la traducción, motivo de justas burlas de parte de los lectores!

NECROLOGÍA

Ha fallecido repentinamente en Ginebra la piadosísima condesa de Mernard, cuya caridad con los pobres no tenía límites. A sus expensas se sostenía cerca de Montauban un asilo de huérfanos, fundado por ella, dedicado á la educación de niñas. Aneja á este asilo fundó también una escuela. Además de las escuelas para niños y niñas, fundadas por ella en la Vendée, construyó una magnífica iglesia, en la que se invirtieron 800.000 francos. También ha dotado de escuelas á una multitud de pueblos del Mediodía de Francia, donde esta señora tenía propiedades. Además edificó una iglesia parroquial en Montebeton, y recientemente adquirió una casa de campo donde estableció un hospital para recibir á los misioneros que volvían enfermos de sus trabajos civilizadores.

También han fallecido recientemente:

En Valencia el M. I. Sr. Canónigo D. Antero Casabau y Masins.

En Solsona, el Rdo. P. D. José Rodamilans.

En Berga, el Beneficiado D. Ramón Casals.

En Corral de Almaguer, Sor Tomasa de Santa Filomena.

En Priego, Sor María Mercedes de San Antonio.

En San Juan de Techa, el Cura Párroco D. Santos Otero.

En Santa Eulalia de Leiro, el Párroco D. Francisco de la Fuente y Lopez.

En San Andrés de Pereira, el Párroco D. Mariano Lestón Castellanos.

En Mugardos, el Coadjutor de San Julián, Don Melchor Paredes.

En Murtas, el Párroco D. José Cuevas Díaz.

IMAGENES PARA EL CULTO CATÓLICO

A fin de dar á conocer las imágenes en madera en todas sus clases que se construyen en el taller de escultura de D. TOMÁS PICÁS, DE BARCELONA, ha establecido un depósito en esta Corte en el antiguo almacén de galerías, bastones y molduras.

LA FORTUNA

Caballero de Gracia, 46.

JABÓN REAL	VIOLET	JABÓN
de THRIDACE	29, B ^a des Italiens, PARIS	VELOUTINE

Recomendados por autoridades médicas para higiene de la piel y belleza del color.

ARTÍCULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.



Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5. — Teléfono 493.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 34. — Madrid 5 de Diciembre de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	21 y 1/2 ps. fr.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD

DEL ASILO DE HUÉRFANOS

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fr.
Un año.....	5 »

SUMARIO

TEXTO.—*La decena*, por M. Ovario y Bernardi. — *Los grabados*. — *La Virgen de la Esmeralda*, por Antonio María. — *A la Inmaculada Concepción de María*, por Ángel Lasso de la Vega. — *Arria*, por Carlos Fontana. — *El teatro contemporáneo y la moral*, por R. Gil Ovario y Sánchez. — *Risas y lágrimas*, por José Hernández y González. — *La cremación ante la Iglesia*, por Joaquín de Pozo y de Noya. — *Misa primera*, por Antonio de Trueta. — *Misericordia de las Corolinas*, por Fr. Joaquín de Llaviana. — *Una hermanita de oro*, por Juan de Dios. — *En el hospital*, por M. de A. — *Noticias*. — *Necrología*. — *Grabados*. — *Ángeles al cielo*. — *Tristeza atañida por la luz*. — *Ante una villa de Göttingen*.

ADVERTENCIA

Rogamos a los señores suscritores que se hallen atrasados en el pago de sus suscripciones, que envíen lo antes posible lo que adeudan a esta Administración, pues se trata de intereses de pobres huérfanos, a los cuales perjudica considerablemente el atraso en el cobro de las suscripciones vendidas.

LA DECENA

Ya ha llegado a la Ciudad Eterna la primera peregrinación húngara, con motivo del Jubileo Sacerdotal de Su Santidad. Dos Obispos y unos 100 sacerdotes forman el núcleo de la misma, al cual se han unido cerca de 1.000 particulares de todas las clases de la sociedad. La acogida hecha por el pueblo romano a los peregrinos ha sido respetuosa, desmintiendo los temores más o menos fundados que muchas personas abrigan. Verdad es que, en el moderno concierto de las naciones, Italia no puede romper los compromisos de su alianza con Austria, y que en tal concepto, cualquier manifestación de desagrado hubiera sido alta-



ÁNGELES AL CIELO.

(Bajo-relieve de D. Antonio Susillo.)

mente impolítica. Alemania ha hecho, pues, su entrada en Roma, para manifestar su adhesión y simpatía a la causa del Pontífice, cuyos derechos desconoce el rey de Italia, y el pueblo italiano, los elementos avanzados especialmente, han tenido que tolerar una imponente manifestación adversa a su política. En contra de esta actitud debe consignarse la de los defensores del Papado, que no vacilan en recomendar uno y otro día el restablecimiento del Poder temporal: en estos mismos momentos acaba de publicarse un folleto con el título de *La Conciliación: lettera de un italiano a S. M. il re Humberto*, en la cual se le pide en nombre de los intereses y de la gloria del pueblo italiano y de la misma dinastía de Saboya, que asegure la independencia del Pontificado, volviendo al *statu quo* de 1870. Ciertamente que el Papa es el supremo juez en este asunto; pero no juzgo impropio consignar este dato, que determina las corrientes de la opinión.

El teatro Español ha sido sentenciado a muerte por culpa de los que le construyeron sin buenos cimientos. Parece que estaba hundiéndose, y que esta enfermedad era incurable, por lo que las previsoras medidas de la autoridad son dignas de elogio; pero si siempre causa sentimiento el derribo de cualquier casa vieja, la que albergó tantas glorias lo merece doble más. Hace trescientos años que el arte dramático daba en ella sus primeros pasos; tuvo períodos de gloria, como los que simbolizan Calderón y Lope, Tirso y Moreto, y períodos de decadencia, como los de los reinados de los tres Carlos, el II, el III y el IV.

Moratin intentó allí una reforma, altamente laudable, que sólo a medias vió realizada, y allí, en época mucho más reciente, García Gutiérrez, y Vega; Hartzenbusch, y Bretón de los Herreros, conquistaron laureles inmarcesibles, anunciando un renacimiento glorioso y señalando el camino de nuevos triunfos a Ayala, a Tamayo y a otros tantos autores de envidiable renombre.

Cuando la piqueta municipal

convierta en montón de escombros aquel edificio, todos los amantes del arte sentirán la desaparición, como se siente la de un amigo antiguo. Y la sentirán doblemente, porque en el período de decadencia por que hoy atraviesa el teatro, el Español era uno de los últimos baluartes en que aun luchaba el buen gusto contra la invasión de las chulerías y desverguenzas de los teatros por horas.

La clausura del teatro Español supone también la miseria de muchas familias que en él ganaban su subsistencia, y en tal concepto debe igualmente ser sentida; pero estos males pueden tener fácil remedio, en tanto que la desaparición del coliseo histórico es irremediable. Ciertamente habrá proyectos, que se presentarán planos y Memorias, que todos hablarán de reconstrucción y de nueva edificación del teatro; pero ya verán ustedes lo que tarda en hacerse.

El suicidio ha vuelto a ponerse de moda en esta capital; apenas transcurre un día solo sin que haya que registrar alguno, y recientemente la prensa daba cuenta de cuatro, realizados todos ellos por los manoseados procedimientos de la navaja de afeitar ó el revólver.

Tantas veces he tratado del suicidio en mis humildes trabajos, y tan escasos resultados produce el pladoso consejo que se da á los señores desesperados, que hay motivo para sospechar que existe en ellos la inquebrantable resolución de privarse de la existencia. «Me mato por gusto», decía últimamente uno de los suicidas del momento en su carta de declaración al juez... Cuando las gentes se matan por gusto, es punto menos que imposible privarles de la satisfacción que se tratan de proporcionar.

Pero yo les diría siquiera: — Vais á mataros... perfectamente... Ni discuto el derecho que invocáis para hacerlo, ni trato de disuadirlos... Pero ¿no os parece que es ya una vulgaridad eso de agujerearos la piel, saltaros la tapa de los sesos ó haceros una tortilla sobre el empedrado? Hay muchos géneros de muerte más gloriosos.

¿Queréis morir abrasados? Pues aguardad á que surja un incendio; penetrad en las habitaciones que las llamas lamen, salvad la vida á alguna criatura, y cuando la hayáis dejado en salvo, volved al incendio simulando que buscáis nuevos seres, y morir allí.

¿Queréis ahogaros? Pues lanzaos al río cuando vedis á un semejante próximo á perecer, conducidle hasta la orilla, y cuando tengáis la evidencia de que se ha salvado, sumergíos en el fondo, y moriréis glorificados, después de salvar á humanos seres á quienes no juzgo tuviérais la menor malquerencia.

Ya sé lo que me vais á objetar... que no siempre se encuentran personas que estén ahogándose en el río, ó abrasándose en el fuego... Pues bien; yo os proporcionaré nuevos medios de quitáros de en medio. Todos los años veis numerosas familias desoladas y llorosas por haberle correspondido á un hijo el servicio de las armas... y tener que prestarlo en Cuba, donde las enfermedades, cuando no los enemigos, acechan á la juventud para postarla.

Devolved á esa familia el hijo por quien llora, reemplazadle en el servicio, y ya que morir es vuestro deseo, morid al menos como honrados á la sombra venerada de nuestra gloriosa bandera.

¿Queréis otro medio...? Entrad en los hospitales; solicitad la investidura de enfermeros, buscad con preferencia las salas en que yacen los acometidos por enfermedades contagiosas, y sed los confidentes y amigos del moribundo. Este procedimiento no es lento... ¡muere tantas Hermanas de la Caridad, que no están desesperadas!

Otros muchos procedimientos pudiera recomendaros; pero no quiero privaros del placer de la iniciativa. Cuando vayáis á mataros, abrazad á vuestros hijos, si sois padres, y pedid inspiración á Dios; y si sois huérfanos, acudid al cementerio, arrodillaos junto al sepulcro de vuestra madre, orad, si aun tenéis alguna creencia, ó medita en caso contrario, y cuando con la vista nublada por el llanto y el corazón estallando de dolor salgáis del fúnebre recinto, aceptad el medio que juzguéis preferible para entrar de nuevo, no allí donde la cruz protege el sueño de los que fueron, sino donde el eterno olvido sigue á la momentánea desesperación.

El tema del suicidio se ha generalizado tanto, que figura ya entre los *succesos menudos* de la prensa periódica.

A su lado pueden figurar los siguientes, que son del momento:

La escena representa la prevención del distrito de la Latina, en la cual se ve á dos sujetos. Uno de ellos

duerme con la tranquilidad del justo, pero al despertar comienza á dar voces y acude la guardia:

— ¿Qué ocurre?

— Que me han robado 48 pesetas que tenía en el chaleco.

La autoridad registra al otro acogido, y cuando desconfía de ver justificada la acusación, encuentra en un calcetín las 48 pesetas de marras.

— ¡Ah, ladrón!

— Pero, señor, si ha sido una broma...

— Ya te lo dirán.

— Como si yo hubiese querido utilizarme de estas monedas... Hombre, á menos tendría yo...

— Bueno, bueno; ahora mismo pasarás á disposición del juez de guardia.

¡Pobre criatura! Con sólo seis años de edad, sin familia y sin hogar, vagaba por Madrid atacada de viruelas.

En la calle de Embajadores fué recogida y trasladada á una Casa de Socorro, y después al Hospital provincial.

En el fondo de este suceso hay algo más que la desgracia de esta pobre niña. Hay una perversidad moral ó un abandono social que aterroriza.

— Te digo que no le hay como Frascuelo.

— Y yo digo que no tiene arte, ni conocimiento, ni otra cosa que corazón.

— ¡Como que podrías negárselo!

— Todo fuera que me empeñara.

— Valdrá más el de Córdoba.

— ¡Y mucho que sí!

— Mira que ya me vas calentando.

— Pues salte á tomar el fresco, que aquí en la taberna hace calor.

— Y si que me saldré, si eres hombre para seguirme.

— ¡A ti y á otro más guapo que tú!

(Y salen á relucir las navajas, y cuando acuden los del Orden recogen á un individuo que no puede correr por la abundancia de mosto y á otro por la pérdida de sangre.)

Cómo se reiría de las reformas lotéricas de Pepe Bremón un individuo incógnito á quien persigue la policía. La irradiación. ¡Bonito sistema! Como si no hubiera otros más cómodos...

Y uniendo la práctica á la teoría, el individuo en cuestión ha acudido á la Administración de Loterías de la Puerta del Sol, ha entrado por un escalón para no molestar con el ruido de la puerta, ha abierto un arca de hierro, sin fractura, y ha extraído de ella 30.000 duros.

Un bonito premio de lotería sin peligro de perder el importe del billete. Lo malo será si dan con el autor del robo las autoridades.

— Por última vez te digo que has de querermé.

— Y yo te repito que no me peino yo para tí.

— Mira, Remigia, que me faltas y que ya estoy cansado de sufrir y de esperar.

— Toma una silla y estarás más cómodo.

— Lo que tienes tú es mucha lengua y repiquisima vergüenza.

— Y tú muchísima honradez...

El héroe de la jornada, que ha aprendido en el teatro que el hombre empieza á ser honrado cuando comete un asesinato, tira de navaja, y la busca acomodada en el cuerpo de su antigua amante. Una costilla embota algo el golpe y hace que la herida no sea mortal. La autoridad competente se persona en el sitio de la ocurrencia y lleva á la prevención al agresor.

Las campanas tocan á fuego... Pero no hay que apresurarse con las bombas, pues ya se apagó... Cuatro esteras viejas, una mesa de pino... El ajuar de una casa pobre. No hay que apurarse.

Y la verdad es — dice un filósofo — que estando á tres grados bajo cero, parece que no da lástima la noticia de un incendio. Yo al menos sólo sentiría que se quemara mi casa por lo frío del agua que se emplease para atajar el incendio.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

ÁNGELES AL CIELO

(Bajo-relieve de D. Antonio Susillo.)

El joven escultor sevillano D. Antonio Susillo, hoy pensionado en Roma, ha sabido en brevísimo tiempo crearse una sólida reputación. El bajo-relieve que hoy reproducimos determina claramente los altos vuelos del artista que así

comprende y sabe expresar en sentida alegoría la muerte de una tierna criatura.

TRINERO ATACADO POR LOBOS

La lámina que representa este asunto expresa gráficamente un hecho sobrado frecuente en la Siberia y otros países del Norte. Los lobos, reuniéndose para la empresa de común provecho, pagan en cierto modo las batidas que contra ellos y otros animales más inofensivos organiza el hombre.

ANTE UNA BIBLIA DE GUTTENBERG

(Cuadro de F. Lerche.)

El artista, autor del cuadro que en este número reproducimos, consagra en él un delicado recuerdo á los antiguos bibliófilos monacales: tres monjes examinan un incunable magentino del siglo XV y en la actitud y fisonomía de los mismos se reflejan los sentimientos que los conmueven: admiración, curiosidad y sorpresa. El fondo lo constituye característica y rica biblioteca.

LA VIRGEN DE LA ESMERALDA

I

MADRE, usted ha llorado; mi padrastro ha vuelto á hacer de las suyas, ¿no es verdad? ¿A que es cierto? Pues ya se lo he dicho, que va á acordarse del santo de mi nombre.

— Hijo, por Dios, no te incomodes, y no le amenazas nunca; no le digas ni una palabra, porque sería mucho peor para mí.

— No tenga usted cuidado, que no le amenazaré; lo que haré será avisarle para que no le coja de susto. Dos veces, que yo sepa, ha puesto ese tunante la mano sobre mi madre, y yo he jurado que si á ponerla llega la tercera, no han de quedarle ganas de repetir tan villana acción. Cuando pienso que podíamos vivir los dos tranquilos y felices...

— ¡Qué quieres, hijo! Yo creí hacer una cosa conveniente y me salió al revés. Bien arrepentida estoy, pero ya no tiene remedio; fué una equivocación que no dejaré de sentir toda mi vida; y ¿quién hubiera creído que pudieran resultar tantos males? Cualquiera hubiera hecho lo que yo, al verse con un hijo de seis años y con intereses que cuidar. Una mujer sola no vale para nada. Juan era el oficial mejor que teníamos en el taller, nadie le había tachado de mala conducta; siempre le había preferido tu padre, porque decía que era el más trabajador y de más provecho. A ti te quería tanto, que los días de fiesta dejaba á sus amigos y nos acompañaba á paseo, por el gusto de ir contigo, y si te cansabas, te cogía en brazos y así volvía á casa.

— Pues lo que es ahora no me tiene mucha afición que digamos.

— No te quiere mal, eso no.

— Ni bien, madre, ni bien; pero eso no es extraño, porque el que no quiere á su hija, ¿cómo ha de querer al hijo de otro? Yo no le necesito para nada, y tanto se me da que me tenga odio como que me tenga afecto; lo que no puedo tolerar es que se porte mal con usted. ¡Ay! Tengo unas ganas de acabar la carrera... Mire usted, madre, entonces si que estaremos bien; ya he echado yo mis cuentas y formado mis planes; siendo yo cirujano, dejaremos este pueblo y nos iremos á otro que esté bien lejos, no porque no me conozcan y digan que el padre del cirujano era carpintero; cuando venga á cuento, yo mismo lo he de contar con mucho orgullo; pero quiero que usted, María y yo nos separemos para siempre de ese tunante. Verá usted qué tranquilos vivimos y qué felices.

— ¡Ay, hijo mío! — exclamó la Sra. Antonia moviendo la cabeza en señal de duda, y secando con una punta del delantal dos lágrimas que temblaban en sus pestañas. — Eso no es posible; tú te marcharás, y yo habré de quedarme y seguir sufriendo mi mala suerte.

— ¡Usted quedarse aquí! ¡Qué disparate! Eso no será mientras yo viva. ¡Pues no faltaba más! Habría día, si tal sucediera, que no tendría usted ni pan. El no se ocupa más que en satisfacer sus vicios, que no puedo creer, porque no es posible, que sean nuevos como usted asegura; antes los tendría, y á usted y á mi padre les había hecho creer que era un santo.

— No, por cierto; cuando nos casamos, y, como amo ya, se puso al frente del taller, era bueno, pero el dinero á veces pervierte hasta á su dueño; él, que nunca había tenido en el bolsillo más que su jornal, se vió de pronto dueño de la carpintería y de unos cuantos miles de reales, y el demonio del pecado se le metió en el cuerpo; como ya estaba en posición de gastarse un duro cuando le diera la gana, sin que

al fin de la semana le hiciera falta, tuvo muchos amigos, y por ahí empezó el mal. El Sr. Pedro, el carpintero de la plaza, que estaba ya más tronado que una rata, a causa de ser un holgazán y un abandonado, ese fue su perdición; empezó por llevarle a la taberna, y de allí a otros sitios peores; a él le gustó la nueva vida, y así ha seguido de mal en peor. Nadie sabe lo que yo tengo sufrido; todo lo ha consumido; como el humo se fue nuestra hacienda. ¡Adiós, establecimiento! No nos quedó nada, todo se lo llevó la trampa, y ahora, el que era dueño de un taller donde no faltaba obra para que cuatro oficiales trabajaran todo el año, viviéramos perfectamente y guardáramos un ciento de pesos duros, se ve hecho un miserable, y cuando trabaja, le dan poco más que nada, habiendo sido tan buen oficial que su trabajo se distinguía del de los demás por lo bien concluido y palimentado, ahora vale menos que el del último aprendiz, porque se ha hecho holgazán y trabaja sin gusto ni conciencia. ¡Ay! Si no fuera por los 6.000 reales que te dejó tu padrino para que te libraras del servicio, no hubieras podido estudiar y seguir la carrera, y gracias a haberlos puesto en manos de la Sra. Rosa, que con su buen manejo nos ha dado de ganancia para comprar tus libros y demás gastos que ha habido que hacer; sin ese recurso ¿qué hubiéramos hecho? A Dios gracias, ahora ya es otra cosa, porque tú, trabajando el tiempo que tienes libre, ganas para todo; benditas sean esas manos tan primorosas, que haces más con ellas en tres horas que otros en una semana. No te gusta el oficio y no lo has querido seguir; es lástima, porque hubieras sido el primer ebanista del mundo.

— Para mi madre — añadió Manuel riendo. — Y eres el mejor de los hijos; sí, el mejor — prosiguió la Sra. Antonia, cogiendo la cabeza de su hijo y cubriéndola de besos, repitiendo: — Manuel mío, no hay otro como tú, no le hay; Dios me perdona mis impacencias; yo no debo quejarme teniendo a ti, que eres un tesoro.

— ¡Madre! ¡Madre! — gritó desde fuera una voz infantil fresca y alegre. Manuel abrió la puerta y entró una hermosa niña, de blanco y sonrosado cutis, ojos azules y dulces y cabellos rubios como el oro, divididos en dos trenzas que caían sobre su espalda. Después de besar la mano a su madre, corrió hacia Manuel y se echó en sus brazos diciendo:

— ¡Cuánto te quiero, hermanito mío! ¡Ay! ¡Si supieras cómo he pensado hoy en ti, y qué pena y qué alegría he tenido al mismo tiempo!

— Pena y alegría, no lo entiendo. — Te lo voy a contar — exclamó la niña con mimo — pero me has de tener en brazos.

— Mira que eres casi una mujer y pesas mucho — repuso Manuel sentándose y colocándola sobre sus rodillas.

— ¿Que peso mucho? — repitió la niña riendo. Tú eres muy grande y yo parezco una muñeca; tú tienes muchas fuerzas. ¿Verdad que me lo dices en broma?

— Sí; pero cuéntame lo que te ha pasado. — Mira, a mí, nada; ha sido a la tía Juliana. — ¿Quién es la tía Juliana?

— Toma, tú no la conoces; es una viejecita que quieren mucho en casa de mi madrina. Hoy ha ido a que le leyera una carta que había recibido de su pueblo; se la leyó mi madrina, y la tía Juliana dió un grito muy fuerte y se cayó al suelo. Todos dijeron que estaba muerta; pero llamaron al Sr. Cirujano, fue muy pronto, la miró mucho, y luego sacó un pinchito y le hizo una herida en un brazo, y entonces resucitó. Yo y Luisa, la hija de mi madrina, llorábamos, porque aquello daba pena.

— Pero vamos a ver, ¿por qué le dió el accidente a la tía Juliana?

— Es verdad, no te lo he dicho. Le dió porque decía la carta: «tu hijo es soldado y dicen que le embarcan»; y allí dijeron que eso era como echarlo al agua para que se lo comieran los peces. Esto fue lo que me dió alegría; no que se comieran los peces al hijo de la tía Juliana, sino pensando que a ti no te han de comer, porque dice madre que tienes dinero para comprar un hombre que vaya en tu lugar a servir al rey. ¿Es verdad, madre, que a mi hermanito no se le llevarán ni le echarán al agua? — añadió la niña rodeando con sus bracitos el cuello de Manuel y besándole repetidas veces.

— Ya lo creo — contestó la Sra. Antonia. — Dios le haya dado la gloria a mi compadre Felipe por tanto bien como me hizo dejándome ese dinero. Todas las noches le rezo.

— Madre — dijo Manuel poniendo a la niña en el suelo y levantándose. — Oigo pasos por la escalera; me parece que ese hombre: me voy a mi cuarto, y saldré después que él haya entrado. No quiero verle, porque no sé si podría contenerme.

Y salió apresuradamente de la habitación.

Manuel no se había equivocado, era su padrastro el que subía. Cuando entró en la sala, la Sra. Antonia se dirigía hacia la puerta; él la detuvo, diciendo con voz irritada:

— ¿Te vas porque yo entro? ¿Te incomoda que venga a mi casa?

— No me incomoda, al contrario; pero voy a la cocina a dar una vuelta al poché.

— Déjalo del lado que esté, que aquí haces falta; tú no me haces ninguna — añadió dirigiéndose a su hija, que sentada delante de la ventana se disponía a seguir una labor que hacía con gran placer porque era para regalársela a su hermano; pero al oír el mandato desabrido y violento de su padre, se levantó sin replicar, miró a su madre, y con la cabeza baja salió del cuarto.

— ¡Pena me da! — exclamó la Sra. Antonia conteniéndose para no llorar, porque era una de las cosas que más exasperaban a su marido. — Sí, te lo digo, mucha pena el ver la manera que tienes de tratar a ese ángel del cielo.

— Eso no te importa, es mi hija y hago lo que me da la gana; ella no me quiere y yo la trato como merece, y nadie tiene que chistar ¿estamos? Ahora hablemos de lo que importa.

— ¿A quién?

— A mí y a ti.

— Pues dí lo que sea.

— Que no tengo dinero.

— Y a mí ¿qué me cuentas? ¿Me has dado algo a guardar? Tú te gastas lo que ganas, no me entregas una peseta, comes y bebes sin pagar un ochavo, ¿qué más quieres?

— Ya te lo he dicho, dinero.

— Y yo te he contestado que no lo tengo; además, aunque lo tuviera, no te lo daría.

— ¿Sabes lo que has dicho? ¿Qué no me lo darías?

— Sí, lo sé — contestó ella con firmeza — porque las obligaciones de la casa son primero que...

— ¡Acaba! — gritó Juan con voz ronca cogiéndola brutalmente del brazo. Ella empezó a temblar y contestó:

— Quiero decir, que si tuviera de más te lo daría.

— Bueno, pues ponme aquí tu firma en este papel.

— ¡Mi firma! ¿Para qué la quieres? Ya no me queda nada; has vendido y gastado cuanto tenía.

— No importa; puede que todavía quede alguna cosa que se pueda aprovechar. Vamos — prosiguió con tono imperioso — aquí tienes el papel y la pluma.

Ella alargó la mano, pero en seguida la retiró.

— ¡Firmas o no! — exclamó Juan con impaciencia. — Si no tienes nada que perder, ¿por qué no pones ahí esos garapatos?

La Sra. Antonia reflexionó un momento; efectivamente, ¿qué mal había en acceder al deseo de su marido, si no le quedaba nada? Sin embargo, al coger la pluma sintió tal angustia, que la dejó caer sobre el papel; le hacía daño en los dedos y en el corazón. Su marido soltó una horrible blasfemia.

— ¡Calla, por Dios! — exclamó ella horrorizada.

— ¡Voto al demonio! ¿Acabas o no?

— Toma — contestó ella, firmando rápidamente y entregándole el papel. — Si llevas algún mal fin, que la Virgen me proteja.

Juan tomó el papel y se lo guardó, diciendo con burlona sonrisa:

— Aunque no vale nada, se agradece, Sra. Antonia. Vaya, hoy no vendré a comer; estarás sola con el ángel y el señorito. Divertirse.

La Sra. Antonia se cubrió el rostro con las manos y empezó a llorar amargamente, murmurando:

— No le diré nada a mi hijo, no debe saberlo.

Transcurrió un año. Juan, en vez de corregirse de sus vicios, había acabado por estar fuera de casa semanas y hasta meses enteros.

II

Era el día en que se hacía el sorteo de los mozos del pueblo. La Sra. Antonia rezaba arrodillada delante de una pequeña imagen de la Virgen colocada sobre una mesa y alumbrada por una vela de cera. De pronto dejó de rezar y escuchó; se oían pasos precipitados por la escalera; se levantó y abrió la puerta; era Manuel; estaba muy pálido.

— ¡Madre! — dijo con voz conmovida — he sacado mal número: soy soldado.

— ¡Vamos, hijo, cómo ha de ser; bien hayan mis bienes que remedian mis males! Yo pedía a Dios que salieras libre porque tu hermana hubiera tenido los 6.000 reales para hacerla un dote, que así lo habías dicho; pero paciencia; voy ahora mismo a casa de la Sra. Rosa para que me entregue el dinero.

Esto diciendo, cogió el pañuelo, se cubrió con

el y salió a la calle, encaminándose a la casa de la Sra. Rosa, mujer de unos 40 años, dedicada a la reventa de muebles y de toda clase de objetos y a negocios en que pudiera, como ella decía, sacar un buen pellizco.

La Sra. Antonia llegó a la casa a tiempo que el ama ayudaba a sacar un mueble, que casi obstruía la puerta.

— Buenos días, Sra. Rosa.

— Muy buenos, Sra. Antonia — contestó la traficante; — pase usted y siéntese, que en seguida voy.

La Sra. Antonia entró, pero no se sentó; estaba impaciente.

— Vamos, ya estoy aquí; pues usted dirá en qué puedo servirle.

— He venido para decirle a usted que mi Manuel ha caído soldado.

— Pues mire usted, lo siento de veras, porque es un mozo que merecía otra suerte. Lástima que tenga que cargar con el chopo.

— Es que no irá; para eso he venido a decir a usted que me dé los 6.000 reales que, con la condición de recogerlos cuando los necesitara, los dejé en poder de usted.

— Y yo se los entregaré si aquí estuvieran; pero como los ha recogido...

— ¿Qué está usted diciendo? ¿Que yo...? ¿Cuándo, dónde me los ha entregado? ¿Será usted capaz de negarme... digo, de robarme?

— Oiga usted, señora — gritó la Sra. Rosa, poniéndose las manos en las caderas y preparándose a levantarlas hasta la cara de la Sra. Antonia — a mí no se me llama ladrona, ¿está usted? porque tengo yo mucha conciencia... ¡Pues no faltaba más; me gusta la desvergüenza; yo soy tan señora como usted, aunque mi hijo no vaya vestido de caballero. Usted si que venía a sorprenderme, por si pegaba; pero como yo tengo muy bien guardado el recibo firmado por usted, ¿estamos? no ha podido ser.

La Sra. Antonia quedó anonadada; acababa de acordarse del papel que había firmado hacía un año.

— ¡Tendría que ver! — prosiguió la Sra. Rosa — que me dejara yo insultar: su marido de usted se ha gastado los cuartos. ¿Y a mí qué?

La Sra. Antonia levantó la cabeza y fijó sus ojos en los de aquella mujer, que la miraba con insolente provocación... Todo lo comprendió: recordaba algunas palabras sueltas de las vecinas y algunas sonrisas burlonas cuando ella hablaba de la señora Rosa, que era, no cabía duda, la amiga íntima de su marido y entre los dos habían hecho la infamia de otro modo no era posible; porque aquella mujer, a no ser cómplice, hubiera ido desde luego a decirselo. Y al contrario, había seguido dándole algunas pequeñas cantidades para sostener el engaño.

Se levantó de la silla en que poco antes había caído anonadada, y exclamó con desesperación:

— ¿Con que no tengo para salvarlo, y tendrá que ir a ser soldado? ¡Hijo de mi alma!

Un débil gemido se oyó detrás de la Sra. Antonia: era la pequeña María, que había entrado buscando a su madre, y escondida, todo lo había oído, y casi desvanecida había caído al suelo. La desgraciada madre la levantó en sus brazos y salió de la casa silenciosa y con la muerte en el corazón.

Al llegar a su casa tuvo que meterse en la cama: la calentura la devoraba; el delirio siguió a la fiebre; llamaba sin cesar a la Virgen. «No viene — repetía — yo quiero ir a verla y acompañarla, como siempre he hecho. María, hija mía, ponte el vestido blanco y la corona de rosas, toma una vela y acompaña a la Virgen; anda pronto, no tardes, que ya repican las campanas de la iglesia. Es que sale la procesión, la veo, pero no puedo levantarme, no puedo ponerme de rodillas para pedir a la Madre de Dios que nos ampare en nuestra desgracia. ¡Ay! estoy sujeta, sujeta y no puedo moverme.»

En su enfermo cerebro conservaba la idea de la gran solemnidad de aquel día en que sacaban a la Virgen procesionalmente, rodeada de niñas vestidas de blanco y coronadas de flores.

María apenas contaba nueve años, pero tenía un talento y reflexión superior a su edad; al oír a su madre sintió un gran deseo de ir en la procesión, pero no con su traje blanco, sino confundida con las muchachas del pueblo. A media tarde salió la procesión; en unas andas primorosamente talladas por las hábiles manos de Manuel iba una hermosa imagen de la Virgen María, adornada la cabeza con una preciosa corona de oro esmaltada de piedras preciosas. La pequeña María siguió la procesión hasta que volvió a la iglesia: ella entró también, se arrojó y pidió con toda su inocente alma que salvara a su hermano; luego se sentó al pie de un altar; estaba rendida, sus ojos se cerraron y se quedó dormida. Cuando despertó miró con asombro a su alrededor; la función había concluido; el sacristán apagaba las últimas luces. Sus miradas se fijaron de

nuevo en la divina imagen, se arrodilló y exclamó juntando sus pequeñas manos: «Virgen mía, ¿será verdad el sueño que he tenido? ¡Ay! Protégenos, Madre de Dios.» Y la niña quedó suspensa contemplándola, pareciéndole que se inclinaba hacia ella sonriéndole con bondad.

Luego salió de la iglesia y echó a andar despacio, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos caídos con desaliento. De pronto se detuvo y levantó del suelo un pequeño objeto que había visto brillar; al tenerlo en su mano lanzó una exclamación de sorpresa y sus ojos se animaron con una alegría extraordinaria. «¡Si será verdad lo que he soñado!» dijo, y echó a correr en dirección a la plaza; allí se detuvo delante de una platería, abrió la mano que guardaba el objeto hallado, le contempló un momento y luego entró resueltamente en la tienda. El platero no se hallaba solo: varios amigos estaban con él sentados en la trastienda. La niña se acercó al mostrador diciendo:

— ¿Quiere usted comprarme esto?

— ¿Y qué es ello? — preguntó el platero levantándose — ¡Ah! es una esmeralda; vale poco, es muy pequeña. ¿Te han dicho lo que quieren por ella?

— Sí, señor — contestó la niña con resolución — me han dicho que me diera usted de oro lo que pueda pesar, ¿lo dará usted?

— Sí, hija mía.

— ¿Me lo dice usted de verdad?

— Más, te lo juro.

Y añadió riendo:

— Estos señores son testigos.

Todos se acercaron. Él continuó diciendo:

— ¿Han oído ustedes que he jurado a esta niña darle de oro tanto como pese esta esmeralda? Pues vamos a ver, no debe pesar ni un grano; veamos.

Puso la piedra en un platillo y en el otro un grano de oro: la balanza no se movió; puso dos, tres, cuatro, y lo mismo.

— Es extraño — exclamó — hubiera jurado que no pesaba medio grano, y van cuatro sin que se haga el peso.

— A ver si esto lo baja — dijo uno de los amigos sacando del bolsillo una onza de oro y echándola en el peso.

Todos lanzaron una exclamación de asombro. La balanza permaneció en el fiel.

— ¿Quién te ha dado esta piedra? — le preguntaron.

Ella contestó sencillamente:

— Me la ha regalado la Virgen.

— ¿Qué estás diciendo, niña?

— Sí, señor, es la verdad — exclamó echándose a llorar. — Y dijo que, habiéndole robado a su madre una mujer muy mala 6.000 reales que tenía para salvar a su hermano, ella había ido detrás de la procesión, pidiendo a Dios que librara a su buen hermano.

— Después — añadió — yo estaba muy cansada, me senté y me dormí; entonces vi a la Virgen que arrancó una piedra de su corona y me dijo: «toma: vé a casa de José el platero; por ella te dará lo que pese de oro, y podrás librar a tu hermano.» En seguida abrí los ojos, salí de la iglesia y a poco encontré esa piedra.

El platero, según hablaba la niña, se iba poniendo densamente pálido.

— El cielo me perdone — dijo cayendo de rodillas — hace muchos años que, hallándome en un peligro inminente, ofrecí a la Virgen una corona de oro macizo que pesara una libra; la Virgen me salvó, pero yo no cumplí la promesa. ¡Miserable de mí, la había olvidado!

Trémulo, conmovido, se levantó y con mano temblorosa empezó a echar oro en el platillo; al fin se inclinó la balanza: había diez y seis onzas. El milagro era claro, patente; pronto fué de todos conocido. El entusiasmo religioso era general; el pueblo entero se agolpó a las puertas de la iglesia, que fueron abiertas para que todos pudieran ver a la divina imagen; luego la niña fué llevada en triunfo hasta su casa, no cesándose de oír en todo el camino los vivas a la Virgen y las bendiciones a la inocente María.

El pueblo, desde aquel señalado día, veneró a la milagrosa imagen con el nombre de la Virgen de la Esmeralda.

La Sra. Antonia recobró rápidamente la salud. Juan, un poco arrepentido y un mucho temeroso a la justicia del cielo, juró volver a ser trabajador y honrado. Manuel ofreció a la Virgen unas andas nuevas que fueron, al siguiente año, la admiración de cuantos asistieron a la solemne fiesta con que fué celebrado el aniversario del milagro hecho por la divina imagen, patrona del pueblo.

ANTONIO MARÍA.

A LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

ODA I

Himnos de amor y cantos de victoria
sintonía el alma coro: «fué arrejado
el antiguo dragón: triunfo a María
cantamos y a Jehová a la eterna gloria.»
LISTA.

¿Quién alcanzará el sublimado vuelo
del admirable genio que realiza
prodigios tantos, del pintor del cielo
a quien la sacra inspiración asiste,
y su mente creadora
cuando guiado por la fe idealiza
de excelsa imagen la expresión humana,
y su faz de belleza encantadora,
de augusta majestad, luz soberana,
y de santo candor baña y reviste
con todas las virtudes que atesora!
¿A quién le fuera dado! ¡Ah! si mi pluma
pudiera arrebatar a sus pinceles
sus vívidos colores,
hoy que pretendo a la grandeza suma
de la gloriosa y celestial María,
yo el más rudo esta vez de sus cantores,
consagrar mis acentos,
que aunque de digna elevación exentos,
en su misma humildad son ecos fieles
de la fe que conserva el alma mía!

En el error sumido,
en torpe culpa y abyección completa,
el mundo pervertido,
tal su vértigo odioso y su locura,
olvidábase ingrato que el profeta
el límite marcó a su desventura,
y que el feliz instante llegaría
por su infalible acento señalado,
en que la ciega humanidad sería
libre al fin del imperio del pecado.
Y el instante llegó: con vida humana
el mismo Inmenso Dios, el Verbo mismo,
Sol de gracia, y de luz fuente divina,
de donde sólo la verdad emana,
difundirá en los hombres la doctrina
que ha de alejarlos del profundo abismo
a que los lleva su razón insana.

Un purísimo Sér, una doncella
a quien cuna en sus faldas dió el Carmelo,
cándida flor incomparable y bella,
para dar en el mundo humana vida
a quien rige los orbes desde el cielo,
a un Dios Inmenso y fuerte y poderoso,
fué en los altos designios elegida,
su virginal pureza conservando,
por virtud del misterio portentoso.

Sin mancha del pecado,
en infecundo tálamo, al acento
sublime de Jehová su sér recibe,
honrando de David la estirpe pura,
la Virgen que será prez y dechado
de las virtudes todas, y el portento
de célica hermosura
que en los ángeles sólo se concibe.

Virgen Madre de Dios, Reina y Señora
de cielo y tierra, tu apacible infancia
fué del divino Redentor la aurora,
y flor de Nazareth, con tu fragancia
serenaste de nuevo aquel ambiente
turbado por la rápida corriente
de una atmósfera impura que extendía
al lejano confín de Galilea,
en su innoble agonía,
esa romana sociedad demente,
de infames vicios é impiedades rea.

A Tí, divino Sér, que tal imperio
ejerces poderosa,
y a quien contemplo ya cuando amorosa
con dulce llanto de ternura bañas
y maternal placer la faz hermosa
del Hijo concebido en tus entrañas;
mi voz en el altísimo misterio
y el inmenso favor que Dios al mundo
concede en el mostrándote nacida
inmaculada y pura,
cual iris de bonanza y de ventura
y terror de la sierpe maldicienda,
instigadora del pecado inmundo,
a levantar me atrevo:
a Tí, que diste sér al Verbo santo,
salud del mundo y del averno espanto,
hoy mi alabanza fervorosa elevo.

¿Cual tu imagen purísima suspende
mi espíritu y lo arroba y lo cautiva
al contemplarte con la forma bella

con que tu sér comprende
la profunda piedad, la fe más viva;
con la sublime idealidad aquella
que el artista del Betis supo darte,
más con la excelsa inspiración del cielo
que con la sola inspiración del arte;
cual el cristiano con ferviente anhelo
del templo ante tus aras prosternado
sus preces te dirige y te venera,
y acude a Tí, feliz ó desgraciado,
con la expresión de gratitud sincera
ó en demanda de auxilio y de consuelo!

Hacia el Empíreo en vaporosas nubes
do estáticos te admiran
y adoran con amor tiernos querubes
que en bellos grupos a tus plantas giran,
por la etérea región serena asciendes;
de inefable candor, santa hermosura
y augusta majestad, tu faz divina
de eterna luz al resplandor enciendes.
Tu flotante cabello desparcido
sobre tus hombros agitado ondea;
en sueltos pliegues tu azulado manto
flota del aura celestial movido;
corona de esplendor tu sien rodea;
estrellas del cenit de fuego santo
tu nítida aureola te componen;
tu escabel es la luna,
y del pérfido monstruo en quien se aduna
la impotente soberbia a la malicia,
en la fiera cerviz tus pies se imponen,
pues simbolizas la dichosa suerte,
a su despecho mísero y su espanto,
del hombre de la culpa redimido
por el Sol de justicia.

y el castigo te cumple, y el quebranto
de esa sierpe locuaz que da la muerte
al débil hombre en el Edén perdido.

Tal ascendiste, celestial Señora,
al extinguirse tu existencia humana
a presencia de Dios; a la alta esfera,
del lecho sepulcral, y triunfadora
del mundo, y de los cielos soberana,
del Arcángel en alas conducida,
así fuiste a ese solio, donde impera
tu infinito poder, enaltecida.

Entonces fué cuando el Eterno Padre
con voz que escucha la creación, sintiendo
veneración inmensa y alegría:
«¡Esta es, así habló, la Esposa mía
que sin la culpa original naciendo,
del Verbo ha sido la amorosa Madre
cuando el Verbo a los hombres redimta!
Es la heroica Mujer de los dolores
de todo sér mortal bajo el imperio,
que en el sublime instante en que el misterio
de la anunciada redención se cumple,
ve espirar en el hórrido suplicio
a aquel Hijo en quien tiene sus amores,
y partícipe así de su tormento,
lo es también de su inmenso sacrificio
cuando apura la hiel del sufrimiento.
Es la Virgen excelsa y sacrosanta,
cuyo poder por siempre ha conseguido
al soberbio dragón hollar vencido,
inerte en su rencor, bajo su planta.
Señora del Empíreo, el almo coro
proclámela feliz, y en gloria suya
el armonioso cántico levante
que nunca cese, que jamás concluya.
Junto a mi solio el suyo esté constante.
El mísero mortal que gracia implora,
si en su aflicción a su piedad acude,
halle en ella la tierna intercesora
que en dulces horas las amargas muda.
¡El nombre de María
bendito sin cesar en cielo y tierra!
¡Su nombre llene el mundo y el espacio
para inundar al mundo de alegría!
Un tesoro de amor en mí se encierra
por tan cándido Sér: ¡Del orbe es suyo
el dominio, y mi cielo es su palacio,
y es su gloria inmortal la gloria mía!»
¡Oh Sér inmaculado! ¡Oh Virgen pura!
¿qué es mi humilde alabanza
cuando un acento a repetir no alcanza
del himno excelso de la sacra altura?
Tú, que en las nieblas del error de un mundo
esclavo de la culpa, envilecido,
del Hacedor en su saber profundo
divina emanación, piadosa has sido
de la estirpe de Adán corredentora;
Tú, que a un valle de lágrimas viniste
a ser la luz de la existencia humana,
¿cómo no has de escuchar himnos fervientes
de gratitud y amor? ¿Cómo del triste
que a tu suma grandeza
debió el consuelo en la aflicción insana,

1. Esta composición obtuvo el primer premio en el Certamen celebrado por el Liceo de Vigo en el año 1880.

las preces no atender y los loores
y la eterna alabanza á tu pureza
del limpio corazón de los creyentes
que imploran tu piedad y tus favores?

¿Y cómo no, quien por su patria tiene,
por su querida patria, la que amante,
con tu sagrado nombre patrocinas;
la noble España que tu amparo obtiene
en audaces empresas
cuando eleva la cruz en sus pendones
y la cruz donde quien mira triunfante
ya en las comarcas del infiel opresas,
ya para gloria de la fe, luchando
con heroico valor ó el mar surcando
para llevar con júbilo profundo
el signo de salud á otras regiones
aun ignoradas del antiguo mundo:
cómo no con piedad honda y sincera
bendecir en su cántico ferviente
tu sacrosanto nombre?

¿Y cómo reverente
á la Virgen y Madre del Dios-hombre
sin la más leve mancha concebida,
no recurrir el que piedad espera
con alma de la culpa arrepentida?

Tu dulcísimo nombre balbucea
el tierno infante en su primer plegaria;
tu imagen besa su inocente boca,
y el que en el trance de la vida extremo
volver al seno de su Dios desea,
tu intervención juzgando necesaria,
también tu nombre invoca
para encontrar piadoso al Juez Supremo.
De todos eres Madre, alcanza á todos
tu tanto de clemencia:
del humano á la mísera existencia
amparo prestas de diversos modos,
mas siempre el rayo de tu luz divina
las sombras disipando,
ya las produzcan el error infando,
ya el infortunio que al mortal domina.
¡Eres del mundo universal Señora,
y el alma entre las almas la más pura!
Si pretendí llegar á tanta altura
para cantar tu gloria y tu pureza
y bendecir tu nombre, mi rudeza
perdona y mi osadía
en gracia del amor con que te adora
quien proclama y admira tu grandeza,
¡Virgen Madre de Dios y Madre mía!

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

ARRIA

*Canta suo gladium cum traderet Arria Paeto
Quem de visceribus traxerat ipsa vita.
Si qua fides, vulnus, quod fecit, non dolet, inquit,
Sed quod tu facies, hoc mihi Paeto dolet.
(Marcial.)*

I

ERA el año 43 de Jesucristo.
Había amanecido para Roma uno de
esos días que hacen época en la historia
de las naciones, y cuyo recuerdo se trans-
mite de generación en generación.

El cielo de un color fatídicamente cobrizo, y los
debiles rayos de un sol medio oculto por siniestras
nubes, amenazaban lluvia y tempestad. — Sobre la
Ciudad Eterna cernía sus negras alas el ángel del
terror.

Veíase á los soldados armados, como en días de
combate, pasar severos y silenciosos, con espanto
del pueblo, que no llegaba á explicarse la causa de
aquellos preparativos, pero que instintivamente
comprendía que iba á presenciar algún terrible cas-
tigo, más que justicia, venganza, dispuesto por el
emperador Claudio.

En todos los semblantes veíase pintada la curio-
sidad, mezclada con cierto vago temor, que se tor-
nó dolor profundo, esparcida que fué por la ciudad
la noticia de que la víctima ilustre que, con otras,
iba á ser sacrificada era Caecina Paeto, varón con-
sular, muy estimado por su recto juicio, y por su
carácter dulce y jovial para con los pobres, y mo-
desto para con sus iguales.

El crimen de Paeto era su fidelidad á Camilo Es-
criboniano, enemigo implacable de Claudio, contra
quien últimamente había conseguido sublevar la
Iliria. — Vencida la rebelión, y muerto Camilo, aun
no se vió satisfecha la venganza del Emperador ro-
mano, que hizo conducir á su presencia al desgra-
ciado Paeto, desde la Esclavonia, donde se había
guarecido.

¡Fatalidad es, por cierto, que se inclinen siempre
al mal los que más bien pueden hacer!

Paeto fué condenado á muerte.

II

Tres horas faltaban para la ejecución, y ya en los
rostros, poco antes tristes y apenados, veíase retra-
tarse la consoladora esperanza. — Decíase por la
ciudad que Claudio iba á perdonar á la ilustre víc-
tima.

— ¿Quién habrá logrado enternecer el corazón
de roca y torcer la voluntad de hierro del adusto
soberano? preguntábase unos á otros. — ¡Una mu-
jer! Una mujer, bella como la virtud, esposa digní-
sima del honrado Paeto. La noble, la hermosa, la
esforzada Arria.

Arria adoraba en su esposo; separarse de él era
la muerte para ella: su vida era la muerte con él.

Cuando en Esclavonia supo que Paeto iba á ser
conducido á presencia del temido Claudio, ella pi-
dió acompañarle, fundándose en que no pudiendo
negar á una persona de la categoría de Paeto (ya
hemos dicho que era varón consular) un esclavo
para servirle, ella quería encargarse de aquel cuida-
do. Los sicarios del Emperador no quisieron acce-
der á esta súplica, y la valerosa Arria, sola, se
arriesgó á atravesar los mares en un débil esquife,
siguiendo la embarcación que llevaba hacia Roma
la mitad de su alma.

Arria no quiso apartarse un momento de su ido-
latrado esposo, pero sólo consiguió que se le permi-
tiese pasar el día y la noche junto á la cerrada
puerta de la prisión. Allí permaneció hasta que un
soldado se la acercó diciendo:

— Apartate, apartate de esa puerta, si no quie-
res ver morir á Paeto. El Emperador manda que
muera, y que su cadáver sea llevado por la ciudad
en una pica. — Aparta, mujer. — Si soy yo quien le
ha de matar y te encuentro aquí, creo que desobe-
decere al mismo Emperador.

Arria dirigió una mirada de gratitud al soldado,
y sin decir palabra se alejó de aquel sitio.

Atropellando guardias, y sufriendo serena de-
nuestos é injurias de la feroz soldadesca, llegó
Arria á presencia del Emperador.

— ¿Es cierto, le dijo, que has condenado á muer-
te á Caecina Paeto?

— Sí: ¿quién se atreve á preguntarlo? contestó
con ceñudo rostro el feroz Claudio.

— ¡Yo! yo, que soy su esposa, y que quiero mor-
rir si él muere. — Él muere por ser fiel á la amistad
de Camilo Escriboniano, tu enemigo; yo por serlo
al amor de mi esposo, tu enemigo también. —
Quieran los cielos que sobre tí y sobre tus hijos, y
los hijos de tus hijos, caiga la sangre que vas á de-
rrear!

Y Arria gritaba á presencia del sorprendido Em-
perador. — ¡Venid, vosotros los que servís al tirano!
¡venid, cobardes, que sólo ese nombre merecéis!
¡venid! — ¡Muera Claudio! ¡Muera vuestro señor!

Claudio, temeroso de que el ejemplo de aquella
mujer estimulase el valor de los descontentos, á
quienes hasta entonces contuviera el sistema de ter-
ror á que había recurrido para conservar su puesto,
creyó calmarla diciendo:

— Perdono á Paeto.

El furor de Arria tornóse súbito dulzura y agra-
decimiento. — Aquellas palabras significaban para
ella un mundo de esperanzas. — Otra vez iba á vivir
dichosa al lado de Paeto, del único hombre á quien
amaba. — Cayó de hinojos, y escaldando sus mejil-
las lágrimas de felicidad y gratitud, besaba el man-
to de púrpura del Emperador.

La belleza de Arria había hecho, sin embargo,
nacer en la mente de Claudio un deseo que, en su
carácter duro y despótico, era ya una necesidad.

— Sé mía, añadió, pasado un momento; sé mía,
y después Paeto y tú podréis vivir tranquilos. —
Paeto, que es mi enemigo, tendrá honores y rique-
zas. Tú tendrás por esclavo á quien es señor de
Roma.

La ira y la desesperación pintáronse en el rostro
de Arria; un instante estuvo inmóvil mirando con
profundo desprecio á quien ya consideraba su ver-
dugo, y al fin salió altiva y resuelta, dejando lleno
de asombro á Claudio, y diciendo á uno de los sol-
dados:

— ¡Dejadme! vuestro señor perdona á Paeto,
con la condición de que yo sea suya. Voy á dar esta
buena noticia á mi esposo. — Luego, traedme á
presencia de vuestro señor!

III

Arria entró en la prisión de su esposo, y sacando
de entre sus vestiduras un puñal le dijo:

— Nuestra suerte está decidida. Si no quieres la
deshonra de quien se honró siendo tu esposa, muer-
re como yo muero.

Y rasgando sus ropas sepultó en su pecho e
puñal.

Haciendo después un doloroso esfuerzo, sacó el
arma fatal, y entregándosela á Paeto, le dijo:

— Toma; esto no hace mal.

Paeto siguió el ejemplo de su esposa.

IV

Cuando los soldados del Emperador entraron en
la prisión, retrocedieron aterrorizados, viendo los
cadáveres de Arria y Paeto.

Claudio no pudo nunca desecher de su imagina-
ción el recuerdo de aquel acto de sublime heroísmo.
— Siempre fué fatídica sombra de su sueño la muer-
te de la noble, de la hermosa, de la esforzada Arria.

CARLOS FRONTEIRA.

EL TEATRO CONTEMPORÁNEO Y LA MORAL

LA extrema decadencia á que ha venido á
parar el arte dramático, falto actualmen-
te, en nuestra patria al menos, de repre-
sentantes dignos de su antiguo esplendor,
coincide con el apogeo de otro arte menos que me-
diano, compuesto por las producciones que hoy go-
zan del favor del público y del aplauso de las mu-
chedumbres, como el apogeo de aquellas coincide
también con la licencia y la inmoralidad escénicas,
tan en boga en los presentes momentos.

Librenos Dios de hacer la apología de la literatu-
ra docente y sermoneadora del gusto de otras ge-
neraciones. No creemos que sea el teatro, en absoluto,
escuela de las costumbres, por más que no descono-
zcamos que hay en él mucho de tal, porque al fin,
lo que en él se representa queda más ó menos gra-
bado en la mente y en la memoria de los especta-
dores, y desde cierto punto de vista influye en su
educación, en su manera de ser y en sus costumbres.
El autor de comedias y dramas, al cual ya ni siquie-
ra cabe llamar poeta, toda vez que la inmensa ma-
yoría de esta clase de obras se escriben ya en prosa,
que suele ser pedestre y desatinada, sin conciencia
ni aspiraciones de mérito mayor, no puede limitarse
á ofrecer buenos ejemplos en las tablas. En este caso,
el interés y el movimiento, base del éxito, faltarían
del todo, cuando al escritor se le vedase una buena
parte de la realidad social ó psicológica, que está en
sus manos ó en su inspiración llevar al arte que pro-
duce. La moral estricta, el buen ejemplo cerrado,
la virtud modesta, sin otros atractivos, acabarían
por convertir el teatro en seminario más ó menos
recreativo. No se trata de eso.

Y bueno es dejar aparte estas salviedades, hoy que
muchos corifeos de doctrinas perversas (literalmen-
te hablando) claman contra aquel teatro de otros
tiempos, en que, según ellos afirman, no pasaba nada
de particular, en que se dormía el auditorio al abu-
rrido compás de la aguja que cosía en el bastidor,
de las sentencias filosóficas de la abuela que hacía
el vis á vis y de la monotonía de una acción en que
se mezclaba, por iguales partes, lo sentimental y lo
soporífero, con lo excesivamente sencillo y lo so-
bradamente candoroso.

Pero si no queremos que el teatro dogmatice y
venga á convertirse en escuela de costumbres, por
una usurpación de atribuciones poco afortunada
cuando el intento de moralizar desde las tablas de
los escenarios contó prosélitos ilustres: si rechaza-
mos el irritante sermoneo de algunas malaventura-
das comedias, aprobamos, en cambio, el culto res-
petuoso que el verdadero poeta rinde á la moral, ó
por lo menos, á las conveniencias sociales; nos com-
place ver evitar con reticencias juiciosas los pasajes
escurridizos, y aplaudimos todo tributo pagado en
aras de la buena educación, que ni al arte mismo se
dispensa, al público decoro.

Razones son estas tanto más dignas de tenerse en
cuenta en nuestros días, en que las revistas políticas
con sus estúpidas, y á las veces irrespetuosas carica-
turas, las piezas arregladas ó desarregladas del fran-
cés, con sus acostumbradas desvergüenzas, y los
sainetes grotescos de flamencos, chulos, toreros y
gente perdida, con sus insostenibles diálogos y
sus repugnantes fanfarronadas llenan los escenarios,
y casi casi, los libros, ofreciendo surtido variadísi-
mo, y á los poetas adocenados mercado abundante
de ripios modelos hechos á gusto de sus aficiones, y
lo que más se aprecia porque más estimula: cosecha
de dinero y de aplausos.

La juventud literaria que ensaya seriamente sus
fuerzas en la dramática, en la actualidad, aunque
con escaso resultado, no elige el drama sino la co-
media, y no la comedia de enredo, de ilustre pro-
sapia entre nosotros; ni la de carácter, que inmorta-



TRINEO ATACADO POR LOBOS.

lizó a Molière y a Moratín; ni la de *figura*, que tuvo su período de auge; ni tampoco la que interpreta, en forma jamás superada, el brillantísimo ingenio de Bretón de los Herreros, que sería único, si no haber existido el gigantesco adalid del teatro cómico, conocido con el nombre de Tirso de Molina; sino la comedia novísima, irreproachable si se estudia bien y se trata con pulcritud y experiencia del mundo y del corazón humano: la comedia urbana, donde alternan lo cómico y lo dramático, las grandes pasiones y los mezquinos apetitos, la intriga aparatosa y el burlesco enredo, los poderosos acentos de la ira, del amor y de la venganza y la irónica sonrisa, el desdén implacable y la charlatanería cortisana y desenvuelta.

Es aceptable asimismo, si no en igual escala, el sainete de costumbres, tal como lo entiende, por ejemplo, el Sr. D. Ricardo Vega, siquiera sean descritas únicamente las observadas en la gente menuda, si estos sainetes proceden de buena estirpe y se escriben por plumas no divorciadas del arte y de la poesía, pues entonces la chispa del ingenio brilla hasta en medio del montón donde otros no ven más que vulgaridad y aridez, y el lápiz del dibujante disculpa, con oportuno claro-oscuro, las manchas y los lunares que hay en el campo de la observación, haciéndolos apenas perceptibles.

Todo, en suma, es legítimo en el teatro, si no se salvan imprudentemente las barreras del decoro y de las buenas formas. Nada puede ser allí legítimo que no parezca bien en un salón o en el hogar doméstico. Con ser no ha muchos años el Sr. Echegaray el dramaturgo a la moda, estuvo a punto de ver naufragar cierto *Mar sin orillas*, a pesar de la irremediable y natural benevolencia del público, por una escena de mal gusto que no logró ser escuchada en el referido drama sin protesta. Hoy ya es otra cosa. Hoy se toleran cosas mucho más graves, y en las piezas en un acto que se representan en diversos coliseos de esta Corte y luego hacen su camino por los de provincias, se deslizan frases, chistes y donaires que a un tiempo mancillan el decoro, pervierten el gusto, corrompen las costumbres y afectan además, por si aquello pareciera poco todavía, a la

sintaxis y a otras partes igualmente importantes de la Gramática castellana.

Se trata también hoy de una cuestión de moda. Aquel *naturalismo*, de que hablé en otra ocasión desde la columna de este periódico, bajo el epígrafe de *El Arte materialista*, no contento con dar nombre y forma a novelas y libros de entretenimiento, en su mayoría *pornográficos*, invade el teatro y nos ofrece, bajo el pretexto de describir las costumbres de la gente menuda a que he aludido, adornándolas con las puntas y ribetes del ingenio cómico, toda suerte de repugnantes chabacanerías. Para esa *musa desgreñada*, como diría el eminente poeta Sr. Núñez de Arce, no hay respetos dignos de guardarse.

Apresurémonos, sin embargo, a declarar que no tiene ella la culpa del mal que censuramos, sino el público que lo deja pasar en silencio, y que va a contemplar sus estragos, y a retribuir el daño que se le causa, no en forma de daño o sea de *silbo*, como exigiría la antigua escuela penal, sino en forma de *dinero*, que es, después de todo, y ya que estamos en *terreno naturalista*, lo que se busca. El vulgo necio paga, espléndidamente o no, que eso no lo sé, pero paga las necedades. De muchas piezas teatrales de las que hablo, sé de buena tinta que se salvaron por ser indecentes, como se venden los libros que llevan la firma de Amancio Peratoner y otros engendros semejantes.

La caricatura política medró bastante y sólo ha desaparecido cuando, visto lo malo que era en sí el género, se prohibieron las representaciones de orden de la autoridad, con buen acuerdo. En la tal caricatura, no obstante las repetidas ediciones que de ella se hicieron, hubo bastante monotonía, y el único mérito, aparte de algunos chistes con que se satirizaba a determinados hombres públicos, señaladamente obligándoles a decir majaderías, cuando en este país es indudablemente mayor el número de majaderías que hacen los hombres públicos que el de las que dice, consistió en el parecido exacto con que ciertos actores remedaron a los jefes y a los individuos más conocidos de los partidos políticos.

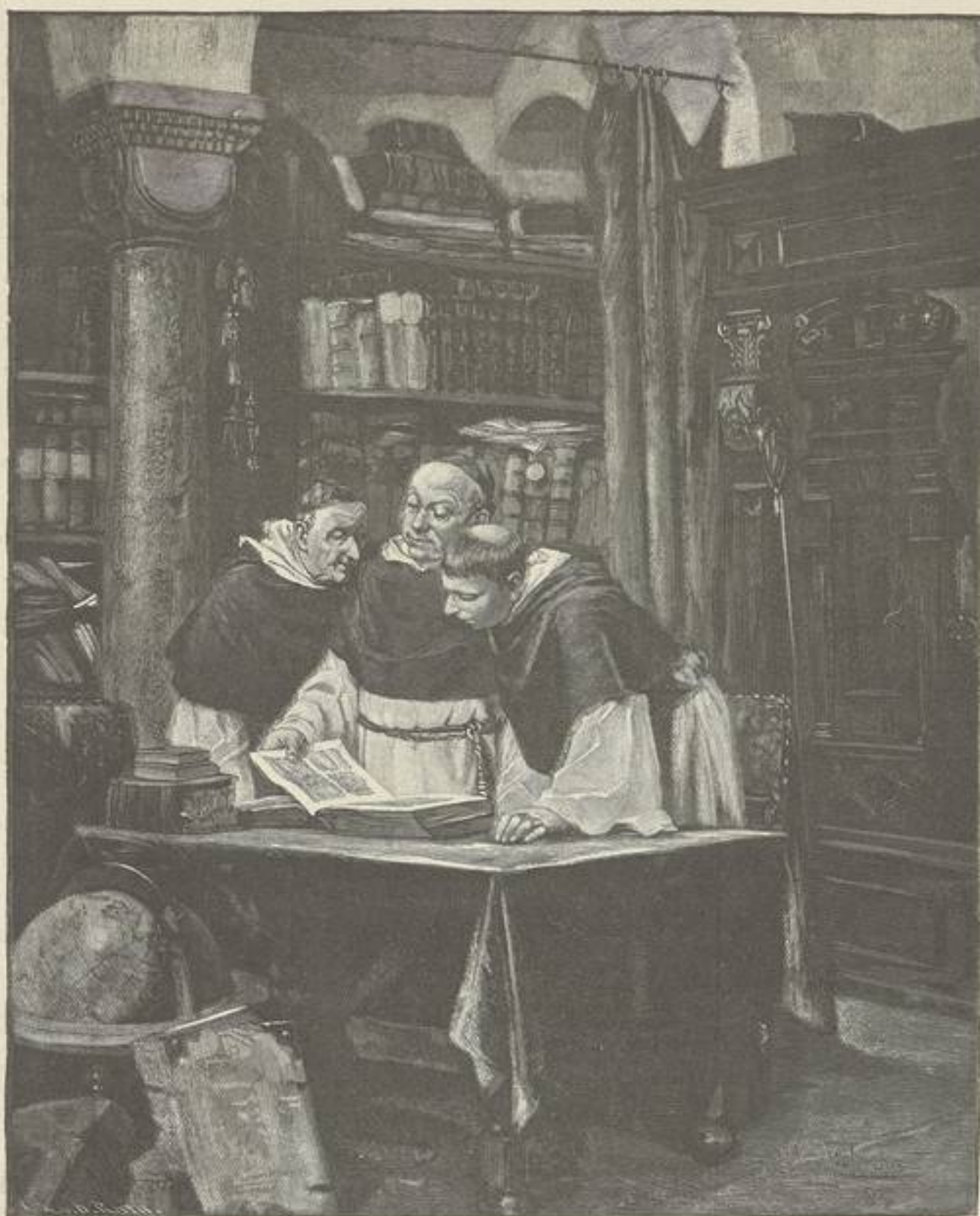
Muerta la caricatura política teatral, con sus ten-

dencias antisociales, anárquicas y demagógicas, con sus acostumbradas moralejas apologeticas de la conspiración, cualquiera que ella fuese; extinguida tan estúpida farsa, indigna de pueblos civilizados, toda la dervergüenza *naturalista* de algunos autores de obras cómicas se ha refugiado en el género de Amancio Peratoner, que cada día ve aumentar el número de sus discípulos.

Pueden, pues, estar satisfechos los que dijeron que hasta hace pocos años el teatro español era un lugar de aburrimiento y de fastidio, aludiendo, es verdad, no a las piezas que aquí censuramos, sino a las obras de los Sres. Echegaray, Sellés y Cano, las cuales obras habían venido a restaurar nuestras glorias escénicas después del *eclipse* del ingenio español que representan los nombres de García Gutiérrez, Sanz, Vega, Tamayo, Rubí, Egúllaz, Hurtado, Serra, Retes, y por último, Ayala, el autor del *Tanto por ciento*, de *El tejado de vidrio* y de *Consuelo*, en cuyo tiempo, al parecer, como aun no habían escrito los Sres. Cano y Echegaray, el teatro español era un lugar de fastidio y de tristeza. Perdida la manera de escribir de aquellos y no dando resultado el sistema seguido por los nuevos restauradores, la *musa teatral* se ha ido por las sendas iniciadas en los libros de Zola y en los almanaques cupidinescos.

Urge poner remedio a mal tan grave. Tan grave, repetimos, sin echarla de moralistas ni de Padres de la Iglesia, porque cuando la licencia y la des-envoltura se ofrecen en el teatro en la forma en que ahora las encontramos, tarde o temprano pasan a las costumbres; el nivel moral, ya harto bajo, desciende y la corrupción se enseñoorea de todo. Perdido el sentido moral en la esfera privada, es inútil buscarlo en las distintas relaciones sociales que crea la vida de los pueblos modernos, y de etapa en etapa llega a columbrarse el punto en que coinciden la extrema civilización y la completa barbarie.

Pero hay más. Urge remediar el mal que lamentamos principalmente por el deber tutelar que todos estamos obligados a cumplir respecto de criaturas, cuya inocencia es preciso guardar y respetar profundamente. Al teatro va todo el mundo. El teatro no



ANTE UNA BIBLIA DE GUTTENBERG.

(Cuadro de F. Lerche.)

es una clínica, donde puedan exhibirse al desnudo las llagas sociales; ni una cátedra, donde sea lícito decir fríamente las cosas por su nombre; ni una tertulia de hombres solos, en que campeen libremente, sin freno ni cortapisa, las gracias y donaires de ingenios desenfadosos y maleantes; ni siquiera un libro de agudezas ó de entretenimiento ó una colección de chistes desvergonzados, que cabe apartar previsoriamente de manos que no deban andar en ellos; ni mucho menos un cuartel ni un lupanar. En el teatro hay que guardar ciertos respetos y consideraciones.

« Evitemos llevar al teatro á nuestras hijas » — exclama en uno de sus discursos Alejandro Dumas; Valiente criterio! Dejemos á nuestras hijas en casa, obliguemoslas á que se aburran indefinidamente, para darnos nosotros el gustazo de ir á contemplar, en los modernos dramas y comedias, adulterios y crímenes.

Y cuando ya ni siquiera se defienden los fueros de ese arte que tan amplio espacio necesita para desarrollar sus atrevidas concepciones; cuando no se piensa en graves problemas sociales, económicos ni fisiológicos, y se aspira á lo sumo, á distraer al

público haciéndole celebrar unas cuantas ocurrencias y á alcanzar un número de representaciones bastante á producir para el autor unas cuantas pesetas, no hay derecho para atentar al pudor y á la vergüenza del auditorio ni para ofender oídos castos ó despertar peligrosos gérmenes en almas inocentes, que es precisamente á lo que se da lugar en esa literatura de baja estofa.

Conviene notar que antes se hacía el sacrificio del pudor y de la honestidad general en uno ó dos teatros bien marcados. Hoy el defecto es general y ya es raro el teatro donde no se sacrifica todo á un chiste de más ó menos dudoso gusto. Antes la propaganda de la inmoralidad corría á cargo de autores medianos ó malos, que no veían salida por otra parte. Hoy distinguidos escritores contribuyen á la propaganda del mal, adornándolo ó revistiéndolo con galas que lo convierten en manjar agradable.

Si como se ha dicho que los pueblos tienen el gobierno que merecen, es mayor verdad que los públicos poseen el teatro de que son dignos, pues, al fin y al cabo, en su mano está el rechazarlo negándole protección y recompensa; convenzámonos todos en primer lugar de que es duro trance obligar

á esa clase media que realiza la máxima romana del *vivere honeste*, en la forma más barata posible, á abstenerse de buscar el modo de divertirse con arreglo á ella, concurriendo á las representaciones, diversión la más agradable que se conoce en las sociedades cultas; y en segundo, de que por encima de todas las benevolencias y de todas las tolerancias, y mucho más de aquellas que se dispensan contra la razón y la justicia, se halla el prestigio del sentido moral, de cuya jurisdicción no debe emanciparse ninguna conciencia, y cuyo enaltecimiento constituye el mayor timbre de la moderna civilización y la principal garantía de todo progreso.

R. GIL OSORIO Y SÁNCHEZ.

RISAS Y LÁGRIMAS

De Pedro y Juan vais á ver
El contraste singular:
Pedro ansioso de gozar;
Juan dispuesto á padecer.

Aquel mira una lección
Y sin fatiga la aprende,
Aunque el sentido no entiende
Que ha de ilustrar su razón.

Este, tras ruda fatiga,
Aprende; pero no luce,
Y Pedro hablando seduce,
Mientras que a Juan se castiga.

Cuando éste sufre un cachete,
Le llaman necio y cazarro;
Si juegan, Juan es el burro
Y Pedro siempre el jinete.

Así los dos van viviendo
Y su corazón formando:
El uno siempre gozando,
Siempre el otro padeciendo.

En esa edad en que empieza
De la vida la ilusión,
Juan es todo corazón
Y Pedro todo es cabeza.

Distintos en fe los dos,
Aquel reza y oye misa;
Este, con desprecio o risa,
Blasfema si habla de Dios.

A un mismo tiempo su herencia
Reciben de opuesto modo,
Que uno se lo apropia todo
No siendo suyo en conciencia.

Y el otro, que en sus veladas
Fue un corto caudal aborrande,
Honra a su padre dejando
Todas sus deudas pagadas;

Pero de su noble afán
Se burla el mundo, que al medro
Sólo atiende, y da a D. Pedro
La estima que niega a Juan.

Con empleo diferente
La suerte les encamina
A ser en una oficina
Uno jefe, otro escribiente.

Y sigue en su historia amarga
Con la nota de cazarro,
Sirviendo siempre de burro
Que lleva a Pedro la carga.

Al dictarse marcial ley,
Por extraordinario caso,
Hace a Juan soldado raso
De su patria y de su rey.

Pedro, burlándola artero,
De la patria es prestamista,
Y en la campaña conquista
Su profesión de banquero.

Vuelve a su patria el soldado,
Y a nadie encuentra que el nombre
Recuerde del pobre hombre,
Casi desnudo y lisiado.

Con una gran cruz, pedida,
Alcanza Pedro excelencia,
Y a Juan se le da... licencia
Para que limosna pida.

Así los dos van viviendo
Con rumbo opuesto marchando,
El menos digno triunfando
Y el más bueno sucumbiendo.

Mas de su vida al final
Van por camino distinto
Los dos al mismo recinto
De un benéfico hospital.

Conduce a Juan la indigencia,
Que al cabo agota la vida,
Y a Pedro profunda herida
Con que atentó a su existencia;

Pues de la suerte mimado,
Cuando sufrir fue preciso
Por una quiebra, no quiso
Vivir pobre y humillado.

De opuesto modo, los dos
Ven su próxima agonía;
Juan, con la santa alegría
Del hombre que espera en Dios;

Pedro, con terror profundo
Quisiera correr un velo
Que le ocultara del cielo
Al alejarse del mundo.

Mas son livianos antojos
De su muerte delirante,
Pues ve siempre a Dios delante
Por más que cierra los ojos.

También Juan a su Señor
Ve muy próximo sin duda,
Porque su voz le saluda
Con dulces frases de amor.

Y así en la postrera hora
Su diverso fin admira:
Juan, sonríe cuando espira,
Pedro, cuando muere llora.

JOSE HERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

LA CREMACIÓN ANTE LA IGLESIA

DEBE permitirse a los fieles que se afiben a las Sociedades establecidas con el objeto de favorecer la cremación, o que anticipadamente dispongan que se arrojen al fuego sus cadáveres o los de sus semejantes? La Santa Sede contestó a esta pregunta formulada por algunos Obispos y fieles deseosos de tener norma fija en punto tan capital, con un decreto del Santo Oficio de fecha 19 de Mayo de 1886, diciendo que *no debe tolerarse*. Este documento fué aprobado y confirmado por Su Santidad, quien recomienda que se instruya a los creyentes acerca de un abuso tan detestable (*circa detestabilem abusum corpora cremandi*).

Ya se ve cómo la Iglesia no mira con indiferencia el último destino dado a los cadáveres de sus hijos, según echan a volar los crematófilos, porque desea conservar un cuerpo que mereció, por muchas que fueran sus fragilidades y miserias, el altísimo honor de encerrar un alma a imagen y semejanza del mismo Dios, y desea conservarlo por el mayor tiempo posible sin contravenir la divina sentencia pronunciada contra nuestro primer padre: *Pulvis es, et in pulverem reverteris*. La naturaleza es la que recibió el encargo de destruir nuestros restos mortales, pero no el hombre, que ningún derecho tiene para anticipar esa destrucción; y así como carece de autoridad para quitar una vida que no es suya, del mismo modo debe abstenerse de acelerar la destrucción de un cuerpo que no le pertenece. Nadie podrá hacernos comprender que no sea una gran falta de respeto la que se tiene con un cadáver al echarle en un horno encendido para obtener un *no sé qué*, como dice Bossuet, *sin nombre conocido en ninguna lengua*. Y esta práctica pareció tan inconciliable con los sentimientos cristianos al gran legislador de los franceses, Carlomagno, que en sus capitulares a los Sajones, en 783, la prohibió bajo pena de muerte. "Si alguno — dice — hizo consumir por las llamas y según la costumbre pagana, el cuerpo de un hombre, reduciendo a cenizas sus huesos, será castigado con la muerte."

La incineración moderna lleva en sí los caracteres del ateísmo y del materialismo, lo cual por lo menos no sucedía en la antigua, acompañada de algunos ritos religiosos que disminuían algo el natural horror. Quieren los cremacionistas de hoy, y constantemente ponen a la ciencia en prensa para lograrlo; quieren, decimos, que se les dé un aparato perfeccionado, que en el más breve tiempo posible haga desaparecer el recuerdo de la muerte, para que con él se pierda el de un alma inmortal, y consiguiendo el de una vida futura; recuerdo que permanece perenne con la inhumación, ya que por la parte objetiva que presenta hace que mentalmente se vea siempre el cadáver tal y como la tierra lo recibió; cosa imposible de lograr después que hemos tenido en la mano un frasco con cenizas, último residuo de un cuerpo amado. ¿Produciría por ventura igual efecto moral la vista en el Panteón del Escorial, o en los Invalides de París, de los restos mortales de Carlos V y Felipe II, o de Napoleón I, que el frío examen de tres frascos o urnas cinerarias con unos gramos de fosfato de cal y otras sales? Claro que no; lo que debe probarnos que no andan equivocados quienes deseando apartar al hombre el recuerdo sobrenatural, le marean y asustan con la insalubridad de los cementerios y las maravillas de la cremación.

Además, tómese nota del motivo que guió al Padre Santo en la condenación citada, expresado en esta enérgica frase: "La cremación es una práctica detestable." A la cual añade el P. Dumas, S. J.: "Si, detestable, porque da un tratamiento indigno a los despojos sagrados de los cristianos; detestable, porque ultraja la piedad debida a los mortales restos del hombre; detestable, porque tiende entre los cristianos a la abolición del culto a los muertos." — Si recorremos la historia, hemos de ver que en ninguno de los pueblos que conservaron las costumbres primitivas se conoció la cremación; que Jesucristo fué enterrado; que lo fueron los Apóstoles y los primitivos cristianos, desde cuya fecha emanan los cementerios (llamados así de la palabra griega *Cometerium*, que significa lugar en donde muchas personas se hallan reunidas para entregarse al sueño), de todo lo cual y en vista de la declaración del Papa San Inocencio I, referente a que excepto en casos de grave necesidad debe conservarse religiosamente cuanto nos legaron los Apóstoles, pues habría escándalo en la abolición, podemos deducir que la Iglesia opondrá siempre a las demandas de los cremacionistas el célebre *Non possumus*.

Por último, no tenemos inconveniente en afirmar que la incineración no niega dogma alguno, ni debe

ser considerada como herética; pero como dice el P. Dumas, S. J., si no destruye la fe, tiende manifestamente a debilitarla; si no es una profesión del error, es un obstáculo a la profesión solemne y manifiesta de la verdad, muy necesaria en ciertas circunstancias para conservar su recuerdo entre los pueblos. Por nuestra parte deseamos que se nos entierre en lugar sagrado, porque la Iglesia, que bautiza y recibe al hombre en este mundo, debe conciliarle el sueño e imponerle la cruz en el sepulcro.

JOAQUÍN DE FONT Y DE BOTER.

MISA PRIMERA

I

Entre el laberinto vario
de la sombría foresta,
levanta la frente enhiesta
el sonoro campanario.
Y apenas con su sonrisa
la aurora el valle engalana,
el toque de la campana
llama a las gentes a misa,
y por cuevas y por llanos,
de fe y de modestia ejemplo,
dirigense al santo templo
niños y mozos y ancianos.
En vez de ricos joyeles,
ornan el altar sencillo
rosas y albahaca y tomillo
y azucenas y claveles,
y si la pobreza veda
al templo órgano sonoro,
le suplen cantando a coro
las aves en la arboleda.

II

Va de oír la misa santa
sale el pueblo en tropel vario,
y gozoso el campanario
un himno al Señor levanta;
y llenos de dulce gozo,
por la vega y el collado
tornan al hogar amado
el niño, el anciano, el mozo,
y de las cumbres lejanas
vertiendo el sol luz a mares,
parece unir sus cantares
al himno de las campanas.
También yo a estos infinitos
"hosanas" uno mi acento,
que abrasado en fe me siento
en estos campos benditos!

ANTONIO DE TRUEBA.

MISIONES DE LAS CAROLINAS

UN ilustre Prelado, el Sr. Obispo de Palma, ha recibido la siguiente carta del Rdo. P. Provincial de los Capuchinos, que con gusto insertamos.

Dice así la carta:

"Hace nueve meses que, para corresponder a las miras del Gobierno de S. M. y sobre todo de nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, al confiar a nuestro cuidado las Carolinas y Palaos, emprendí un viaje tan largo como peligroso, con el solo y exclusivo objeto de establecer por mí mismo aquellas Misiones, conocer las necesidades y costumbres de los naturales y los medios para remediarlas. Terminada mi expedición, regresé a España, donde, gracias a Dios, he llegado con felicidad.

"Ahora me es grato comunicarle algunas noticias de aquellas santas Misiones para edificación y consuelo de V. S. I.

"El día 4 de Febrero salí de Manila para la isla de Ascensión, llevando conmigo los Misioneros de la región oriental que continuaban en Filipinas por no haber salido ningún buque de nuestra armada para conducirlos a su destino.

"Al llegar a la costa de la isla de Mariaduque recogimos ocho naufragos que hacía dos días luchaban con la muerte. ¡Pobrecitos!

"Varias escalas hicimos durante el viaje; pero la más interesante para nosotros fué la de la isla de Yap, donde tuvimos el gozo de abrazar a nuestros Misioneros que empezaban a recoger los primeros frutos de sus apostólicos trabajos.

* ¡Y qué trabajos, Ilmo. Sr.! Cuando saltaron a tierra se hallaron los pobrecitos sin tener donde meterse, y esto en la época de las lluvias, que allí son torrenciales. Así es que mientras hacían una choza vivían a la intemperie, sin tener más cama que la arena, ni más techo que el paraguas. Pero a pesar de estos trabajos, estaban ellos tan contentos y consolados por haber bautizado algunos niños, que no cambiarían su situación por la del monarca más poderoso de la tierra.

* Desde la isla de Yap pasamos a la Ascensión a fundar en ella la Misión Central de las Carolinas Orientales. Los primeros días nos pasó, poco más o menos, como a las Misiones de Yap; pero como llevábamos preparados algunos materiales logramos tener hecha nuestra casa y una capilla donde celebramos los Oficios de Semana Santa con grande admiración de los naturales que no sabían darse cuenta de lo que veían, y nosotros aprovechábamos estas ocasiones para iniciarlos en los misterios de nuestra Santa Fe Católica.

* En esta isla y en la de Gulan hay establecidas hace algunos años Misiones protestantes de los Estados Unidos, cuyos ministros no han enseñado a los naturales más que lo malo del protestantismo. Su objeto parece más bien comercial que religioso, pues tienen un barco que les trae chucherías para los indios y vuelve cargado con los productos del país. Si alguno no quiere comerciar con ellos, en nombre del Evangelio les ponen grilletes, los azotan y los tratan con toda la tolerancia que los protestantes acostumbran. Por esto me parece fácil atraer a los naturales, aunque no tanto como los de las demás islas donde los protestantes no han llegado.

* Nuestros Misioneros trabajan con mucha actividad, unos catequizando a los carolinos, otros enseñándolos a leer o a trabajar la tierra, y otros escribiendo la gramática de aquella lengua. Antes de salir de allí tuve el consuelo de bautizar varios niños en ambas zonas y de casar en Yap a dos naturales del país.

* Los carolinos son bien parecidos, muy dóciles, muy amables y deseosos de aprender. Jamás se han cuidado del día de mañana. Como la tierra les da sobrado para mantenerse sin trabajar, y no gastan otro traje que aquel con que nacieron, no tienen que preocuparse para lo futuro. Sin embargo, les gusta vestirse, y cuando los Misioneros les dan alguna ropa, creen que han conseguido un tesoro, sobre todo si es colorada. De este medio se valen los PP. para atraerlos y catequizarlos.

* Por este motivo me atrevo a suplicar a V. S. I. que recomiende a la caridad de los fieles de su amada Diócesis en su *Boletín Eclesiástico* y dispense su protección a las Misiones de Carolinas y a estos nuestros Colegios, que están dando, por la misericordia de Dios, Misioneros verdaderamente apostólicos y llenos del espíritu de Dios. Si para sostenerlos me da V. S. I. una piedra, tendrá una recompensa; si me da dos, tendrá dos; y si mil, etc., mil recompensas. Mucho espero de V. S. I. a quien hago participante de los trabajos y sacrificios que nos cuestan unas Misiones en las cuales se hallan mancomunados los intereses de la Religión y de la Patria.

* Con este motivo y suplicándole me ayude a dar gracias al Señor por los innumerables beneficios que nos ha concedido en tiempo de prueba y peligros consiguientes a tan importante empresa, me ofrezco de V. S. I. humilde hijo, que pide su bendición y b. s. a. Fr. Joaquín de Llaneras, Prov. Cap.*

UNA HORMIGUITA DE ORO

ENCLAVADO en lo más fértil de la provincia de Valencia está el pueblo de Tabernes de Valldigna, antes rico y ahora pobre desde la crisis arrocerá: contiene 7.000 almas y se compone de alguna casa buena y de muchas de pobres jornaleros.

Su forma estrecha y prolongada dificulta la comunicación entre sus vecinos, pues sabido se está que cuanto más chico es el lugar más se agrandan las distancias. Esto, que parece paradójico, no es sino la más sencilla verdad; en las grandes poblaciones no asustan las distancias, y cada cual cumple sus obligaciones sin pararse a contar los pasos que ha de costarle; pero en los lugares y aldehuelas no se puede pasar la esquina de la calle sin grandes perjuicios para las quimeras domésticas de cada hijo de vecino.

Tabernes toca tristemente esta dificultad, pues sólo cuenta con una iglesia en un extremo; así es que la última mitad suele no cumplir uno de los

primeros preceptos de la Iglesia Católica. Algo perezosos andan también en los Santos Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía en este extremo del pueblo, haciendo con ese retraimiento infructuosos los esfuerzos del celoso Sr. Cura. Acortando la distancia quizá esas pobres almas, que hoy sufren desaliento y tibieza, se acercarían a Dios con mayor frecuencia. Esta luminosa idea surgió en el corazón de una señora sencilla y humilde, pero llena de esa fe evangélica que transporta los montes y detiene las corrientes.

Ella misma lo escribe de esta manera:

«Tuve ocasión de observar en este pueblo, antes desconocido para mí, que centenares de almas estaban retraídas y como olvidadas de la distante iglesia.

Entré en una casita del barrio más pobre, y salí al punto dolorida y lastimada de oír a un niño de corta edad hablar las palabras más soeces. En mi pena invoqué en favor de aquellos desdichados la protección de mi Santo Patriarca San José. A punto dió un vuelco el corazón y recordé los asilos y las iglesias que existen en Valencia, y dije para mí: «Aquí falta un asilo, falta una iglesia.» La única existente está muy distante, casi no se oyen las campanas, ocurre que algunas pobres devotas creen oír tocar el alba y llegan a la iglesia a media noche, teniendo que esperar a la puerta hasta que amanezca, hora en que se celebra la primera Misa. Para repetir semejante sacrificio gente que pasa el día trabajando y cuyo descanso representa parte del trabajo del siguiente día se necesita mucho amor, salud, voluntad y muchas condiciones que no todos alcanzan.

Aquí falta un asilo... falta una iglesia... pero ¿quién soy, siquiera para iniciar el pensamiento? Una pobre infeliz que cuenta apenas con poco más de lo necesario para el sustento. Pero no importa: Dios todo lo puede, y su generosidad iguala a la de quien le pide como nos enseña el Santo Evangelio. Quiero ser generosa: voy a pedir mucho; pida usted conmigo; Santo Patriarca, pedid vos conmigo también y alcanzados de Jesús su Divina protección: vuestra será la iglesia, vuestro será el asilo. Acoged bajo vuestro patrocinio a los pobrecitos párvulos, a los pobrecitos huérfanos. ¡Pidamos a Jesucristo una iglesia, asilo de las almas cristianas, donde la pila bautismal recuerde a sus feligreses que son hijos de Dios, que tienen un alma y que han de dar cuenta de ella en su día delante del que por amor a las criaturas dejó la morada celestial de su Padre para abrazarse a la cruz en casa del pobre carpintero de Nazaret!

Lo repito, mi buena amiga; pida usted al Señor, a fin de que lo que hoy es un pensamiento, un deseo de mi corazón, sea un hecho, una realidad, un milagro de la Divina Providencia, para gloria del Señor.»

Así se expresaba esta señora, y como Dios no desampara a quien de corazón le pide, oyó a la dama y ésta halló eco en el corazón del Sr. Cura del pueblo, quien de sus mezquinos ahorros compró un campo en lugar conveniente, poniendo así la primera piedra en la casa del Señor. Las gentes incrédulas, cuando se esparció la noticia, tuvieron por locos a los autores.

«Una señora con escaso haber! ¡Un Cura ya tan pobre casi como los futuros asilados!

Así discurrían los incrédulos; pero aquellos obreros de la Providencia, el buen Cura y la hormiguita de oro no desmayan, y su fe hace su camino. Ya han formado con otras personas respetable junta; ya se inicia una suscripción. La hormiguita alquila a buen precio su casa propia de Valencia para residir en otra más pobre, reduce sus gastos y dedica la diferencia a tan buena idea; invoca la caridad de sus amigas y del vecindario, comienza a formarse un fondo y a poco empiezan a trabajar en la obra.

Un año más tarde escribía la citada señora:

«Agradecida quedo a la venta de billetes de la última rifa en favor de la Iglesia, y más que yo seguramente San José. Dios las colme de bendiciones y a los de la ciudad, por sus limosnas. Con ese dinero se han comprado cuatro mil ladrillos.

El pueblo está entusiasmado, va saliendo de su indiferencia y tibieza, va comprendiendo que sus hijos necesitan escuela, que los huérfanos deben tener asilo, que sus almas cobrarán vida con la nueva iglesia.

Dice usted muy bien: este pueblo antes era rico; pero malos tiempos y la crisis arrocerá lo sumen en la pobreza; ni los propietarios vendan sus cosechas, ni los braceros tienen trabajo. Ayer mismo se lamentaba una señora de tener los graneros llenos y no podernos ayudar en la fundación a medida de sus deseos.»

Unos meses más tarde otra carta traía más deta-

lles; se aumentan y suceden las rifas; las cuestaciones, los sacrificios se multiplican. En las obras da ejemplo el Sr. Cura trabajando como el último peón; los días festivos trabajan gratuitamente todos los jornaleros y otras muchas gentes del pueblo. Las mujeres y los niños se disputan el honor de ser útiles en la empresa; unos acarrear agua, otros piedra, quien transporta material, quien conduce herramientas o presta su borriquito.

En el monte, para horadar las peñas, se necesita agua; pues allá van los zagalones sudando la gota gorda a subir cantaritos, y pronto los barrenos hacen su oficio, y tras la explosión se desgajan las rocas y los montes sacuden sus entrañas.

«¡Milagro! — gritan en lo alto. — Al saltar un peñón brota una fuente en aquel erial, y todos la bautizan con el nombre de Fuente de San José.

Se ha reproducido calladamente en aquel pobre rincón del mundo el milagro de Moisés.

Continúan los esfuerzos del vecindario; la hormiguita inventa mil nuevas industrias; infatigable en su trabajo, estrecha tanto su vida, que comienza a ser un problema para nosotros su subsistencia, y al llevar su limosna repite sin duda: «El granito de arena forma montón.»

Al consignar estas noticias, que de tercera persona recibimos, nos asalta un remordimiento, esto es, que damos a la publicidad, sin permiso de los héroes de tanta caridad, la historia de su noble fundación. Cuando esto leyeren, perdonémos en gracia de que sólo el deseo de excitar la caridad de las personas generosas nos anima a ello, y que no hemos podido suprimir del cuadro que intentamos trazar las figuras principales, porque son el alma y la vida, como son real y verdaderamente los fundadores.

Nuevas correspondencias relatan una terrible tempestad; la montaña, quebrantada por los barrenos, ha sufrido una convulsión, y desgajándose en pedruzcos, se traslada por su propio esfuerzo al campo de la señora aquella que no podía vender sus cosechas para ayudar a la piadosa obra, y la cual rechaza ventajosas proposiciones de varios constructores para regalar al asilo-iglesia los deseados materiales.

¿No es esto prodigioso? El Señor quiere ahorrar trabajo a sus fieles, y para ello fertiliza el erial, haciendo aparecer las aguas, y desmenuza la montaña metiéndola en casa generosa para levantar la iglesia-asilo del Santo Patriarca.

Pasa el tiempo, prosiguen los trabajos y sacrificios y la dama iniciadora escribe:

«Las obras, amada amiga, marchan magníficamente. Ya están haciendo los arcos de las capillas o altares laterales, que son seis; en seguida seguirá la cornisa, corriendo como anillo que une la obra; sobre ésta debía comenzar la bóveda para cubrirla; pero se agotan los recursos, y es preciso hacer un gran esfuerzo: es preciso pedir al Señor que mueva los corazones generosos para dejar a cubierto de las aguas de invierno esta obra hecha a costa de tantos sacrificios, y sacrificios de pobres.

Hoy domingo trabajan gratis y espontáneamente más de cien jornaleros; verdad es que el Sr. Cura y sus vicarios dan el ejemplo; uno pica piedra, otro acarrea agua, aquél transporta maderas; todos tostados por el sol, cubiertos de yeso, con las manos encallecidas... Digo a usted que hay para alabar a Dios.

A los pobres fabricantes hemos tenido que adelantarnos dinero para que puedan hacer ladrillos. Los madereros, como son ricos, con la fianza de los sacerdotes y de la Junta nos la dan fiada, y con ello adelantamos mucho.

Trabaje usted, amiga mía, trabajen todas sus amigas; la obra es de Dios: no teman sea mezquina la suscripción; aquí la tenemos desde cuatro reales mensuales hasta cinco céntimos, y éstos sin duda son muy gratos al Señor, porque los quitan de su alimento. ¡Qué ejemplo nos dan estos pobres!»

Realmente este sencillo relato conmueve y encanta; lo que falta en él de arte sobra de ternura en la realidad, capaz de ablandar las piedras... En nombre de Dios, lector amigo, y a la mayor gloria de San José, te ruego te dejes llevar de los impulsos de la caridad en favor de la iglesia-asilo de Tabernes de Valldigna, provincia de Valencia, y acudas a depositar una limosna en Madrid en la administración de *La Época*, en *La Granja*, en el *Candilón* del bueno y amable Carlos, y en Valencia en casa del librero Badal.

El Señor, en recompensa, enviará sobre tí sus bendiciones.

Madrid Septiembre de 1887.

JUAN DE DIOS.

EN EL HOSPITAL LAICO

Como edificio es enorme y muy hermoso, pero a costa de fabulosas sumas, alegrando la vista de los papanatas al considerar la proporción en que contribuyen ellos a la asistencia pública, que consideran como un sencillo fenómeno de maternal cuidado del Estado, y no habría más que pedir si el interior corriera parejas con las hermosas apariencias del exterior. Pero he aquí que aquí es menos brillante que éste, y tal reverso de la medalla solamente es conocido de aquellos a quienes su mala estrella conduce a esos santuarios de la fraternidad y la filantropía.

Y haremos de paso una sencilla reflexión. ¿En qué consiste que un país que tan enorme importancia da a las palabras, y que tiene un ayuntamiento cuya rara manía consiste en mudarles el nombre a las calles por cualquier cosa, conserve sobre la fachada de los hospicios palabras tan humillantes para los pobres diablitos, que en busca de cuidados van a ellos, como las de caridad y piedad?

Continuemos en nuestra visita.

En cada sala hay veinte camas, y capacidad suficiente para contener aire bastante para otros tantos enfermos; punto este que, administrativamente regulado por un sinnúmero de comisiones y subcomisiones de higiene, nada deja que desear. Solamente que en medio del dormitorio, y en los ángulos vacíos, hay siempre unos quince catres (llamados, no se sabe por qué, camillas), lo cual cambia terriblemente la tesis.

Desde que se entra ataca la garganta y las narices un olor acre y fétido, ácido, por decirlo así, del que se impregna el visitante, que ya no puede echarse de encima.

Tocando las ropas de cama despréndese de ellas un polvillo blanco y hediondo, proveniente, a lo que parece, del tratamiento del lienzo por el cloro, que es el sistema adoptado para la limpieza.

Las sábanas, que bastante a menudo se cambian, están lo mismo que las camisas, probablemente limpias, o por lo menos, aproximadamente; pero, no obstante, unas y otras se hallan cubiertas de manchas, a menudo espesas, de cuya fricción no es raro que se obtenga algún residuo.

Se sirve en el mismo plato, desde luego la sopa, después, y todo mezclado, la carne (los viernes por la tarde pescados) y las legumbres, sucediendo con frecuencia hallarse juntos en una misma tartera raya y arroz con leche. Ni más ni menos.

Es la regla. Si alguno halla ocasión de hacerse con un plato propio, la celadora chilla, se niega a darle nada y le arma un escándalo gritando: «¡Aquí todo el mundo es igual; no hay nadie que sea más que otro!»

Para tomar, dos veces al día, la temperatura de los que tienen fiebre, se coloca sobre sus sienes un termómetro que pasa inmediatamente de uno a otro sin transición alguna. ¡Tan sencillo como sería colocarlo en los sobacos! Verdaderamente; pero esto no sería tan molesto.

Detalle precioso: cada frasquito de drogas lleva una etiqueta que dice: *República francesa; libertad, igualdad, fraternidad!!!*

El capellán pasa una vez cada semana por la sala; pero no tiene derecho a detenerse si no lo llaman.

Como a nadie se dan zapatos, los enfermos que experimentan la necesidad de recogerse en un rincón especial — bien conservado, por cierto — van descalzos; y hay que ver el estado de suciedad nunca vista en que se hallan aquellas extremidades que ostentan. ¿Creeréis acaso que se les indica el sitio donde podrán lavarse? Nunca en la vida.

Sin embargo, hay un lavabo, no del todo mal colocado, y para enjugarse un trapo colgado en un rincón.

A los que no pueden levantarse les lleva el agua en un barreño algún vecino más fuerte, lo cual — tengase bien presente — se paga al igual que las menores complacencias, siendo menester ser verdaderamente pródigo para hallar un trozo de rodilla que no esté podrida con exceso.

A aquellos no les da el criado más que un trapo el jueves y otro el domingo, que son los días en que se permiten las visitas de las familias, y los únicos en que uno puede desengrasarse; de modo que a uno le devoran las chinches, pero al personal de la casa le parece esto muy natural.

A las cinco hacen de cualquier manera las camas, empezando luego el barrido y la polvareda hasta las siete, y entonces se abren las ventanas; pero como las puertas no se cierran casi nunca, se establecen corrientes de aire horriblemente peligrosas.

Mas durante la visita del médico todo está bien cerrado, y si por casualidad se entreabre apenas una puerta, precipitase el criado, andando de puntillas, a cerrarla cuidadosamente... Aun no ha vuelto la espalda el doctor, cuando empieza de nuevo la fiestecilla.

No es fácil que a las tres de la madrugada se tenga sed; así, pues, quitan la tisana y la leche, que se convierte en hermoso artículo de comercio en manos del vigilante, a quien no se ve a ninguna otra hora y que se levanta a aquella de dormir en un sillón; recoge automáticamente los cacharros, y reaparece poco después vendiendo leche. Sé de uno, por lo menos, que estaba siempre borracho y acababa de ser despedido, que trababa con la leche que los tísicos habían dejado en sus colodras.

Hé aquí un hecho que pone el colmo a todos y al que es imposible hallar equivalente en ningún establecimiento análogo.

Un enfermo necesita indispensablemente para un asunto de la mayor gravedad enviar cuatro líneas a su familia y es tarde ya para el correo. Es cuestión de buscar un mandadero a veinte pasos frente a la verja y entregarle la carta; pero el director se opone porque lo prohíbe el reglamento! Furioso el enfermo, se levanta, baja medio desnudo y aterido por un viento glacial, halla alguien a quien hace el encargo mediante una buena propina, y vuelve a subir, aniquilado y habiendo ganado todos los elementos para una pulmonía.

Si no me fuera limitado el espacio, me quedarían todavía lindas cosas que contar acerca del descuido en hacer constar los fallecimientos, y la forma en que son conducidos los cadáveres, a todos los cuales se hace la autopsia, aun cuando se pague por evitar esta ceremonia; acerca de los fingidos enfermos que se hacen admitir, llegando cubiertos de harapos, ayudan a los criados, permanecen algún tiempo en el establecimiento y salen de él bien apañados, para volver a empezar en otro hospital; acerca, en fin, del modo de entender el servicio, la organización, sueldo, disputas y perpetuas quejas a la Dirección por parte de los empleados. Pero no hay medio de hacerlo y es lástima.

DOCUMENTOS PONTIFICIOS

DECRETO DE SU SANTIDAD SOBRE NECESIDAD DE INSCRIPCIÓN EN LAS COFRADÍAS DEL CARMEN PARA GOZAR LAS INDULGENCIAS DEL ESCAPULARIO.

El Sumo Pontífice León XIII, gloriosamente reinante, en 27 de Abril del corriente año, confirmando algunos decretos de la Sagrada Congregación de Indulgencias de 26 de Marzo anterior, *ha revocado* el indulto concedido por Gregorio XVI en 30 de Abril de 1838, y ha declarado así nuevamente *obligatoria*, como condición *esencial* para lucrar las santas indulgencias y privilegios anexos al sagrado escapulario, o sea al hábito de la Santísima Virgen del Carmen, que los nombres de los fieles que le reciban (o a los cuales sea impuesto) sean *realmente inscritos en el libro de los cofrades* que habrá de haber en cada punto en donde canónicamente se halle establecida la Cofradía del Carmen, y que en donde no se hallare ésta erigida, sean sus nombres enviados para inscribirse en el libro de la más próxima Hermandad, convento de religiosos o monasterio de monjas de nuestro sacrosanto Orden.

UN NUEVO INSTITUTO RELIGIOSO ESPAÑOL.

Sagrada Congregación de Obispos y Regulares.

DECRETO

Entre las muchas asociaciones piadosas de Hermanas que, como delicadísimas flores de colores varios, adornan la Iglesia católica, sin duda debe contarse aquella institución que apareció en la villa de Madrid en el año 1877, con el título de *Hermanas de las Esclavas del Santísimo Corazón de Jesús*; además de su propia santificación, que, para conseguirla, hacen los tres acostumbrados votos simples de *pobreza, castidad y obediencia*, se proponen principalmente que, por el culto especial hacia el divinisimo Sacramento de la Eucaristía, deseen con todas sus fuerzas reparar las injurias inferidas por los impíos al Sacratísimo Corazón de Jesús. Además educan religiosa y civilmente a las niñas, con preferencia pobres; y reciben también en estas casas a las mujeres para que practiquen ejercicios espirituales.

* El objeto o fin de esta piadosa Asociación ha

sido muy alabado y recomendado por la Sede Apostólica, según decreto de esta Sagrada Congregación de Obispos y Regulares del día 24 de Enero de 1886, con encargo de redactar las Constituciones y de someterlas al examen de la Sagrada Congregación. Cumpliendo con gran esmero tales instrucciones la Superiora de la casa establecida en Madrid, cuidó de que las redactadas Constituciones, juntamente con las letras de los Ordinarios de los sitios en los cuales dicha Asociación tiene establecimientos, fuesen presentadas, suplicando con instancia a Nuestro Santísimo Padre León XIII a fin de que se dignase aprobarlas. Todo lo cual discretamente examinado se elevó al superior conocimiento de Nuestro Santísimo Padre en la audiencia habida el día 28 de Enero de 1887 por el infrascrito Sr. Excmo. y Reverendísimo Secretario de esta Congregación.

* Y así, Su Santidad, previas las citadas Letras comendatarias de los Prelados de los lugares en los que hay casas de la mencionada institución, y pesada con madurez toda la razón del asunto, se ha dignado aprobar y confirmar benignamente la susodicha Asociación piadosa como Congregación de votos simples bajo el régimen de la directora general y salva la jurisdicción de los Ordinarios, al tenor de los sagrados Cánones y de las Constituciones que hayan de aplicarse, como se aprueba y se confirma según el espíritu del presente decreto, prorrogada hasta los siete años la aprobación de las Constituciones, acerca de las cuales entre tanto se ordenó que se comuniquen varias observaciones con el objeto de que las mismas Constituciones corregidas con arreglo a las dichas advertencias, una vez transcurrido el tiempo prefijado y conveniente de la prueba, como es costumbre, sean de nuevo sometidas al estudio de la Sagrada Congregación para que con seguridad puedan aprobarse.

* Continúen, pues, las susodichas Hermanas odiando el mal, consagrándose al bien, amándose mutuamente con caridad fraternal, sirviendo a Dios, alegrándose en la esperanza, sufriendo la tribulación, dedicándose a la oración para procurar su propia santificación y la de los demás, esforzándose a seguir con fervor creciente las indicaciones de los Ordinarios y que se apliquen más y más para ver de conseguir el fin que se proponen, y de este modo, regocijándose en el dulcísimo Corazón de Jesús, merezcan recibir la corona de la vida.

* Dado en Roma, de la Secretaría de la referida Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, del 29 de Enero de 1887. — F. CARDENAL MASOTTI *Prefecto*. — Hay un sello. — F. Alonso, Obispo Callicenci, *Secretario*.

JUBILEO SACERDOTAL

DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

El Colegio de Misiones Franciscanas de Santiago, deseando estar representado de un modo especial en los obsequios de filial amor que el mundo católico tributa al Vicario del Señor en su Jubileo Sacerdotal, envía con este objeto a Su Santidad un relicario de ébano y nácar, de cuya descripción, hecha por D. B. Barreiro en un diario de esta localidad, tomamos los siguientes párrafos:

Aspecto general.— Un templete, ornato del renacimiento, color de ébano y mármol verde oscuro, donde resaltan el altar central de nácar, varios adornos de lo mismo, inscripciones en tablas de marfil y trofeos de palisandro. Dimensiones, 0,97 metros de alto por 0,64 de ancho. Estas medidas, un tanto desproporcionadas, están en relación muy favorable con el Relicario de nácar que tiene 0,40 de altura por 0,31; y como dicho Relicario fué construido en Belén por artistas árabes italianos, y el templete que lo resguarda, en Compostela, por el ebanista Sr. Anido, se notan los esfuerzos que ha hecho éste para combinar la obra general en unas proporciones especiales, con relación al gusto europeo.

* Como la obra resulta de dos autores, el uno oriental y el otro gallego, fuerza es que tratemos de cada uno de sus trabajos, separadamente, con toda imparcialidad e independencia.

LEONARDO DI GETSEMANI
FECE SALOMON ROCCO E FIGLIO GIOVANNI
IN BETHLEEM
A. D. 1881.

* Tal es la inscripción grabada en la madera del huerto santo, que forma el respaldo al Relicario de nácar.

* Rocco y su hijo son verdaderos artistas; y su obra la hemos visto figurar en el museo de nuestra

Sociedad Económica en la última exposición del año santo, entre otros valiosísimos objetos procedentes del curioso museo del Colegio de misioneros de esta ciudad.

* El Relicario de nácar, cuyas dimensiones generales quedan expuestas, consta de dos partes: una faja ó cuadro de 0,16 metros, y de un altar ó tabernáculo rebajado en el centro de 0,22 por 0,15. La faja consta de otros dos: una orla moldura de dos centímetros de ancho, por donde corre un gracioso y delicado tallo de vid con multitud de racimos colgantes, y un friso historiado con diez y seis escenas de la vida de Jesús y de la Virgen, esculturas de miniatura en el nácar, que contienen más de cien figuritas dentro de arcos de festón, estilo renacimiento. Los ángeles extienden sobre estos arcos cintas ondulantes, donde se ven escritos los asuntos de las escenas, que son, comenzando por el centro de la parte superior, los siguientes:

1. La Concepción. — 2. La Natividad. — 3. La Presentación. — 4. Los Desposorios. — 5. La Anunciación. — 6. La Visitación. — 7. La Circuncisión del Señor. — 8. La Purificación de la Virgen. — 9. La huida á Egipto. — 10. La Santa Infancia de Jesús. — 11. La degollación de los inocentes. — 12. La Sagrada Familia en Nazareth. — 13. Jesús en el Templo. — 14. Las bodas de Canaán. — 15. El Bautismo en el Jordán. — 16. La Resurrección.

* Tanto la composición y dibujo de estos pasajes como la ejecución de los relieves en el nácar son de notarse, y en figuras y rostros que cuentan sólo milímetros, hay actitudes y expresiones admirables.

* Un calado encaje del mismo nácar rebaja como dos centímetros y rodea el fondo del cuadro, en cuyo centro destaca el altar, de gran relieve en su frente y profundidad vistosa en el camarín, que representa el portal de Belén.

* Constituyen este tabernáculo, flanqueando el citado camarín, dos grupos de á tres columnas con fustes retorcidos, más salientes las centrales de cada lado, y sustentadas por pedestales con cabezas de serafines. Los capiteles son de hojas bien talladas. Los entablamentos elegantes ostentan también en sus frisos cabezas de serafines y un grupo de éstas forma la clave de los dos arcos abocinados, en cuyos arranques y sobre las cornisas se sientan dos ángeles sin atributos.

* En los entrecarros hay preciosa y calada ornamentación de flores, y en relieve dos ángeles con trompetas. Dentro de la hornacina ó camarín, de gran fondo, hay hasta diez esculturas: San José, la Virgen, el Niño, los tres reyes magos, cuatro pastores y dos corderitos. En el fondo luce la estrella de Belén. Bambalinas y borlas penden del arco, y pueblan los aires grupos de ángeles, que cantan *Gloria in excelsis Deo* y tañen instrumentos varios.

* En el filigranado friso de este altar y debajo de la hornacina se ven dos de las Reliquias. Son del pesebre donde nació Jesús y de su Santo Sepulcro.

* Tal es la obra notable de los artistas Roco de Belén, incrustada por D. Urbano Anido, artista de Compostela, en un nuevo retablo de ébano, mármol y marfil, con dedicatorias á Su Santidad León XIII.

* La nueva obra está perfectamente combinada con la anterior: forma en derredor de ésta un cuerpo arquitectónico del mismo estilo del renacimiento flanqueado por dos columnas de hermosos capiteles, con pedestales de hojas envueltas y ornamentadas, que terminan en remates colgantes. Los altos entablamentos se cubren también con hojas. Sobre la sencilla moldura de la cornisa termina el edificio con una banqueta, donde descansan, como elegantes pináculos, y por todo remate el escudo de las armas Pontificias en el centro, y los de España y Colegio de misioneros de Compostela á ambos lados. Estos escudos acróteras son de palisandro.

* La faja que corre entre las columnas y el recuadro de molduras es de hermoso mármol verde oscuro. El recuadro es, como todo el retablo, de ébano, sin otro brillo ni barniz que el propio pulimento, pero haciendo juego con el Relicario tiene incrustaciones de guirnaldas y floroncillos de nácar, ejecutadas en los talleres del Sr. Anido.

* En la parte superior bajo la cornisa, y en una chapa de marfil incrustada en elegante cartela, se lee la siguiente inscripción:

LEON. XIII. PONT. MAX.

FAUSTISSIMO. RECURRENTE. SUL. SACERDOTII
L. ANNO.

* En la parte inferior, en otra cartela, cuyo ador-

no sirve de remate á la composición arquitectónica, se lee en otra pieza de marfil:

COLLEGIUM. MISSIONUM. ORDINIS. MINORUM.
OBSERVANTUM.

PRO. TERRA. SANCTA. ET. MARROCCHIO
COMPOSTELLE. IN. HISPANIA. SITUM.
D. O. C.

* Estas inscripciones fueron ejecutadas por el grabador D. Enrique Máyer, también de Compostela.

* Al terminar esta descripción cumplenos felicitar de todas veras, y una vez más, al conocido artista de Santiago D. Urbano Anido, por el gusto, severidad y sencillez de la composición de este retablo, y la limpieza y esmero de su trabajo, que esperamos haya de ocupar un lugar muy digno entre las cosas de arte que se presenten en el Museo del Vaticano.

(De El Eco Franciscano.)

Del Mensaje que dirigen al Romano Pontífice los Obispos de Venecia extractamos los siguientes importantísimos párrafos:

* Santísimo Padre: Aunque nuestra plena adhesión á las órdenes, disposiciones y deseos de Aquel que preside el gobierno de la Iglesia católica os sea bastante conocida, ya por nuestras declaraciones explícitas, ya por las pruebas positivas que, según nuestro estricto deber, os hemos dado en muchas ocasiones, sin embargo, la marcha de los sucesos, las esperanzas mal fundadas de una conciliación incondicional, que fueron los primeros en adelantar los liberales, y los argumentos sin lógica que de esto se han seguido, como también la necesidad permanente de hacer ver á los pueblos que todos los Pastores no tienen más que un corazón y una sola alma con Vos, en todo lo que concierne al bien de la Iglesia y de las almas, nos lleva á renovar la expresión espontánea y profunda de nuestra adhesión á todo lo que en vuestra elevada sabiduría juzguéis necesario para gobierno del rebaño de Jesucristo.

* En los diez años, que pronto se van á cumplir, de Vuestro glorioso Pontificado, habéis reclamado con frecuencia, Santísimo Padre, por la necesidad misma de Vuestro eminente ministerio, la independencia, la libertad y los derechos que han sido usurpados por la revolución triunfante y cada día más amenazadora...

* A estas reclamaciones nos adherimos humildemente y de todo corazón, reconociendo por la evidencia de los hechos y por vuestra augusta palabra la absoluta necesidad para la Iglesia de que á su Jefe Supremo, el Obispo de Roma, se le restituya su dominio sobre un territorio real, á cuya conservación vuestra Santidad se ve obligado, como vuestros predecesores, á fin de poner en salvaguardia la independencia del Poder espiritual, y entre otros motivos para mantener inviolables juramentos.

* Nos llena de alegría el corazón, Santísimo Padre, al ver que al acercarse el Jubileo de vuestra Ordenación Sacerdotal el mundo entero se llena de entusiasmo, cosa que no podría uno esperar en medio de la perversidad de los tiempos actuales. Este grande hecho, que atestigua la fe y la adhesión de los pueblos á la Sede Apostólica y el respeto filial á vuestra augusta Persona, es un luminoso argumento para probar que el mundo está con Vos, que aprueba lo que Vos aprobáis y reclama para el bien de la Iglesia todo lo que su Jefe, el Vicario de Jesucristo, reclama en su elevada sabiduría y provisión.

* Gloria á Dios que para corroborar la fe entre los pueblos, demuestra espléndidamente la vitalidad de la Iglesia Católica en el momento mismo en que adversos poderes se esfuerzan por abatirla y presentarla como desesperada y envilecida.

* No es menor la alegría de nuestro corazón por el glorioso triunfo que Dios le ha reservado, y dispuestos á dar nuestra sangre y nuestra vida por la causa de Cristo y de su Vicario en la tierra, esperamos que Dios oirá Vuestros deseos y los de toda la Iglesia, para que triunfe la religión en bien de la sociedad y la salvación de los pueblos. Prosternados ante Vos, imploramos para nosotros y para las almas que nos han sido confiadas la bendición apostólica.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. MANUEL TOVAR Y CONDE, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla. En las Exposiciones públicas verificadas en dicha capital en 1867 y 1868 presentó: una *Cabeza de un Ángel*, y *Santa*

Barbara (copia). En 1871 hizo para el palacio de San Telmo en Sevilla los bustos de *Santiago*, *San Isidoro*, *Santa Justa*, *Santa Rufina*, *San Leandro*, *Santa Teresa*, y *Fray Luis de Granada*.

D. JOSÉ DE TRILLES Y BADENES, natural de Castellón de la Plana, y discípulo en Madrid de la Academia de San Fernando. Conocemos de su mano, *San Francisco de Asís predicando*. En 1876 fué nombrado director del taller de vaciado de la Academia de San Fernando.

D. MIGUEL TUSQUELLAS Y TARRAGÓ, natural de Barcelona. Figuró este artista en la Exposición de 1870, con una *Virgen* en yeso.

D. JUAN JOSÉ DE URMENTA, escultor y pintor, discípulo que fué de la Escuela de Bellas Artes de Cádiz. Entre las muchas obras ejecutadas por él, conocemos del género religioso: *Un episodio de la degollación de los inocentes*, en yeso. Obtuvo distinciones en su carrera artística y falleció en Cádiz en 24 de Febrero de 1883.

D. DAMIÁN VADELL Y MAS, natural de Manacor, en las Baleares. Es obra de este artista un *Crucifijo*, que presentó en la Exposición Mallorquina de 1836, como asimismo un *Santo Cristo* en mármol, existente en Palma, en casa del Sr. Verí, y algunas estatuas para varios templos. Dicho escultor residió algún tiempo en Italia, y más de 25 años en París, donde fué discípulo de M. Ramey.

D. AGAPITO VALLMITJANA, escultor contemporáneo, natural de Barcelona, y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de aquella población. Débense á la mano de este reputado artista las obras siguientes: *San Sebastián*, estatua en yeso que figura en el Museo Nacional; *Adán en el momento de ver á Eva*, como la anterior; *Un Crucifijo* en bronce; los bajo relieves hechos en unión de su hermano D. Venancio, para el panteón de D. Francisco Permanyer, representando *Las cuatro Virtudes cardinales*; *Jesucristo después del descendimiento*; *San Francisco de Paula*; *La Caridad*; una *Concepción*; *La caridad de San Juan de Dios*, y el *Monumento sepulcral del Obispo señor Urquiza*. El Sr. Vallmitjana fué nombrado en 1877 catedrático auxiliar y más tarde de número en la Escuela de Bellas Artes de Barcelona; es individuo de su Academia provincial y correspondiente de la Real de San Fernando, y caballero de la Orden de Isabel la Católica. Obtuvo medallas de segunda y tercera clase en las Exposiciones de 1862 y 1864.

D. VENANCIO VALLMITJANA, hermano mayor del anterior, natural como él de Barcelona y profesor de la Escuela de Bellas Artes de aquella capital. Es asimismo individuo de la Academia provincial y caballero de Isabel la Católica. En las Exposiciones Nacionales celebradas en Madrid desde 1858 á 1866 presentó las obras siguientes: *La Virgen con el Niño Jesús*, grupo en yeso; *Santa Isabel*, estatua en mármol; *San Jorge combatiendo con el dragón*, en yeso; *El furor de Saúl*, y *La Virgen de las Angustias*. Por estos trabajos alcanzó su autor diferentes menciones y medallas. Además de estas esculturas, son también del Sr. Vallmitjana *El ángel del Juicio final*, para la puerta del cementerio de Barcelona; las estatuas de *Ramon Lull* y *San Isidoro de Sevilla*, para el vestíbulo de la nueva Universidad de Barcelona; *Un ángel*, para el panteón de Ayala; *Una Virgen* en bajo relieve; *El espíritu del mal preparándose al combate*; *El ángel del Juicio*, en un panteón de Réus; *Mater Dolorosa*, en otro de San Feliu; otra *Dolorosa*, en el cementerio de Barcelona. Habiendo trabajado juntos gran número de trabajos artísticos, tales como una *Virgen*, para la iglesia del Pino de Barcelona; *El tránsito de San Francisco de Asís*; *Las cuatro Virtudes cardinales*, en el panteón de D. Francisco Permanyer; *La Virgen con Jesucristo muerto en los brazos*, para San Feliu de Guixols; *Estatua sepulcral del Obispo* que fué de Barcelona, Sr. Fleix. Los hermanos Vallmitjana son hijos de un tejedor, habiéndose dedicado á dicha industria también en los primeros años de su vida. Muy niños aún, comenzaron á construir figurillas de Nacimiento é imágenes de Santos, á cuyas obras debieron el principio de su reputación, que más tarde aminoraron en el cultivo del gran arte.

D. SEGUNDO VANCELLS, escultor catalán, de cuyas obras da frecuente noticia la prensa de Barcelona. Es autor, entre otras, de *Un ángel*, tamaño natural, para un panteón de Barcelona; *La Concepción de la Virgen*; *Un Crucifijo*; *El Sagrado Corazón de Jesús*; *El Divino Redentor* y *San Miguel Arcángel* (para Buenos Aires); *La Virgen del Rosario*; *La Virgen Inmaculada* y *La Cuaresma*.

D. JUAN VANCELLS Y PUIGCERCÓS, natural de Quixes (Lérida), discípulo de la Academia de Bellas Artes de Barcelona y de D. Jerónimo Suñol. En la Exposición Nacional de Madrid de 1881 presentó *Fray Gabriel Tiller* (Tirso de Molina), estatua en yeso que fué premiada con medalla de segunda clase.

D. JOSÉ VERDEROL, escultor catalán contemporáneo.

neo, profesor de dibujo en el Instituto de segunda enseñanza de Tarragona; autor de una *Concepción* y otros trabajos apreciables.

D. MIGUEL VERDAGUER, escultor francés, emigrado de su patria a consecuencia de la revolución de 1793 y establecido en Córdoba en los últimos años del siglo anterior y primeros del presente. En la capilla de San Cecilio de la catedral de Granada se conservan de su mano la estatua de dicho Santo y las de *San Juan de Dios* y *San Gil*.

D. ALONSO GIRALDO VERGAZ, escultor notable, de cuya habilidad se conservan numerosas muestras muy apreciadas por los inteligentes. Nació en Murcia en 23 de Enero de 1744. Recibió cuantos honores puede obtener un artista, tanto en su aprendizaje como en el cultivo del arte que dominó. Fue nombrado por unanimidad Académico y posteriormente Director general de la Academia de San Fernando, escultor de cámara de S. M., del Príncipe de la Paz, y del Ayuntamiento de Madrid. Citaremos sus siguientes obras: en la fachada de las Sales Reales, las estatuas de *San Francisco de Sales* y *Santa Juana Fremiot*; en San Andrés los sepulcros del *Marqués de Ferales* y un *hijo del Duque del Infantado*; en las Escuelas Pías de San Fernando las imágenes de *Nuestra Señora* y *San José de Calasanz*; *San Ignacio* y *Los Angeles* que sostienen en la capilla el escudo de la Escuela Pía; en San

Ginés la efigie del *Santísimo Cristo en la agonia*; en San Francisco (el Grande) varios angeles niños en la cúpula; en Jaén, los tres angeles de la izquierda del presbiterio en la Catedral; en Toledo, capilla de los Reyes Nuevos, en la Catedral, trabajó varios de los retablos, los dos angeles que sostienen un escudo de armas reales, y las estatuas de *San Pedro* y *San Pablo* de mayor tamaño que el natural. Son también de Vergaz la *Dolorosa*, que fué de los agonizantes, de la iglesia de San Luis, Madrid; y una estatua colosal, en mármol, de *San Buenaventura*, hecha para el convento de Santa Isabel, de Madrid. Falleció en esta capital el 19 de Noviembre de 1812.

D. LUIS VERMELL, escultor natural de Barcelona, y discípulo de las Academias de Roma. En 1867 terminó una imagen de la *Virgen de la Peregrina*, patrona de Pontevedra, que ensalzó en una composición poética D. Luis Rodríguez Seoane. Pocos años después residió en Portugal, trabajando indistintamente en la pintura y la escultura con notable crédito.

D. JUAN VIDAL, natural de Piñola, en la provincia de Barcelona, y discípulo del Sr. Aleu. En la Exposición Nacional de 1876 había presentado una estatua en yeso, figurando a *Abel muerto*, por la que obtuvo un premio de tercera clase; y en la de 1881 una ídem, en yeso, representando *La tentación de Eva*, por la que obtuvo otra medalla de tercera cla-

se. El Sr. Vidal falleció, muy joven aún, en la capital de Italia, en los primeros días de Octubre de 1881.

M. DE A.

(Se concluirá)

NOTICIAS

Por falta material de espacio tenemos que aplazar hasta el número inmediato la magnífica Pastoral que el sabio e ilustre Sr. Obispo de la Diócesis de Madrid-Alcalá ha dirigido, con motivo de la próxima Peregrinación a Roma, al Clero y a los fieles. Preferimos esta breve tardanza a darla cortada o en extracto.

Los Sres. Garín, fabricantes de ornamentos sagrados de Valencia, han terminado un rico pontifical fondo raso azul, con floresta de oro, a gran realce, destinado a la Catedral de Gerona, y en un todo igual al que hace pocos años se confeccionó en la citada fábrica para el Cabildo de Barcelona. Consta de cinco capas, cuatro dalmáticas, casulla, frontal, gremial, paños de púlpito, de atril y de hombros, tunicelas, cíngulos y dalmática para el porta cruz. La obra, en todos sus detalles, acusa el gusto con que se distinguen las manufacturas de la casa de los Sres. Garín.

Los zapateros de Bruselas ha celebrado recientemente la fiesta de su patrón San Crispín, con un acto que, además de ser interesante para el público, servirá para la instrucción de los asociados. Consiste este acto en una exposición de zapatería, en la cual se ven colocadas en varios escaparates las distintas clases de calzado fabricadas por los zapateros de Bruselas, desde la suave babucha de señora para saltar de la cama y el blanco fino zapato de novia, hasta las sólidas e impermeables botas de cazador, sin que falte el calzado ortopédico de las formas más raras.

Al lado de los productos de los zapateros de Bruselas — dice *Le Journal de Bruxelles*, de quien tomamos la noticia — los organizadores de la exposición han reunido en otros escaparates muestras de calzado oriental. Viajeros, misioneros y coleccionistas de Bruselas y de otras ciudades han proporcionado ejemplares. ¡Qué contraste entre los armarios en que se ven nuestras botas y zapatos de corte seco y de una tinta uniforme y lúgubre, y los escaparates en donde se halla colocado el calzado del Oriente! En éstos, toda suerte de colores agradables, de adornos delicados y lujosos sorprende a la vista. Los zapateros, en aquellos países de sol y de un arte caprichoso, constituyen objetos para adorno del cuerpo antes de ser prendas necesarias para resguardarse de la intemperie.

Describe el mismo periódico los ejemplares de calzado de la China y de otros países, y termina su relato con las siguientes líneas:

Completa muy bien la exposición una serie de dibujos que presentan las variadas formas del calzado desde César, de quien se ven las sandalias, hasta los escarpines de principios de este siglo. Figuran en estos dibujos copias del calzado de personajes célebres, tales como los zapatos de Marco Aurelio, los de San Luis, los escarpines de Napoleón I, teniendo que ser motivo de admiración para las damas elegantes los zapatitos de los tiempos de Luis XIV y Luis XV. Esta sección ha sido arreglada por M. Otto, celoso secretario general del Consejo de la Asociación, habiendo hecho las reproducciones M. Veraart, discípulo de la escuela de San Lucas.

Grabados y otras estampas referentes a la historia del calzado completan la decoración de las paredes en las salas de exposición, en las que hay asimismo tres gonfalones, uno de ellos de la Corporación de los curtidores, que tienen la fecha de 1748.

NECROLOGÍA

Han fallecido recientemente:

En Málaga, el Beneficiado de la Santa Iglesia Catedral, D. José Millán y el Profesor del Seminario D. Francisco Oliva y Ruiz.

En Ronda, el Presbítero Fr. Francisco Valero y García.

En Cuevas de San Marcos, el Presbítero Dr. D. Antonio Ginés Encinas, Cura párroco.

BANCO DE ESPAÑA

21.º Sorteo.

Nota de los títulos de la deuda amortizable al 4 por 100 que han sido amortizados en el sorteo celebrado en el día de hoy.

SÚMOS de las lotes que representan los 1000.	NUMERACIÓN de los títulos que deben ser amortizados.	SÚMOS de las lotes que representan los 1000.	NUMERACIÓN de los títulos que deben ser amortizados.	SÚMOS de las lotes que representan los 1000.	NUMERACIÓN de los títulos que deben ser amortizados.
--	--	--	--	--	--

Serie A.

294	2.931	40	3.439	34.081	90	7.017	70.161	4	70
354	3.531	40	3.921	39.201	10	7.373	73.721	30	30
422	4.211	20	3.995	39.941	50	8.464	84.631	40	40
563	5.621	30	4.006	40.051	60	8.643	86.421	30	30
685	6.841	50	4.174	41.731	40	8.998	89.951	60	60
718	7.171	80	4.206	42.051	60	9.925	99.241	50	50
834	8.331	40	4.447	44.461	70	10.702	107.011	20	20
914	9.131	40	4.653	46.521	30	10.925	109.241	50	50
1.205	12.041	50	5.219	52.181	90	11.087	110.861	70	70
1.850	18.491	500	5.498	54.971	80	11.169	111.591	600	600
1.978	19.771	80	5.602	56.011	20	11.677	116.761	70	70
3.118	31.171	80	5.805	58.041	50	11.950	119.491	500	500
3.153	31.521	30	5.894	58.931	40	12.289	122.881	90	90
3.217	32.161	70	5.895	58.951	60	12.301	123.001	10	10
3.331	33.301	10	5.928	59.271	80	12.472	124.711	20	20

Serie B.

36	351	60	3.102	31.011	20	5.789	57.881	4	90
800	7.991	8.000	3.377	33.761	70	6.124	61.231	40	40
1.381	13.801	10	3.541	35.401	10	6.322	63.211	20	20
1.426	14.251	60	3.553	35.521	30	6.847	68.461	70	70
1.487	14.861	70	3.638	36.371	80	7.805	78.041	50	50
1.728	17.271	80	4.170	41.691	700	7.899	78.981	90	90
2.231	22.301	10	4.206	42.051	60	8.039	80.381	90	90
2.622	26.211	20	4.268	42.671	80	9.014	90.131	40	40
2.649	26.481	90	4.278	42.771	80	9.050	90.491	500	500
2.893	28.921	30	4.905	49.041	50	9.608	96.671	80	80
2.956	29.551	60	5.135	51.341	50	9.765	97.651	60	60

Serie C.

53	521	30	4.358	43.571	80	8.072	80.711	4	20
95	941	50	4.716	47.151	60	8.109	81.081	90	90
822	8.211	20	5.540	55.391	400	8.203	82.921	30	30
1.062	10.611	20	5.732	57.311	20	8.306	83.051	60	60
1.328	13.271	80	5.905	59.941	50	8.461	84.601	10	10
1.560	15.591	60	6.215	62.141	50	8.589	85.881	90	90
2.077	20.761	70	6.469	64.681	90	9.038	90.371	80	80
2.357	23.561	70	6.945	69.441	50	9.311	93.101	10	10
2.614	26.131	40	7.176	71.751	60	9.633	96.321	30	30
3.160	31.591	600	7.612	76.111	20	9.855	98.541	50	50
3.528	35.271	80	7.879	78.781	90	9.954	99.531	40	40

Serie D.

71	701	10	1.448	14.471	80	2.356	23.551	4	60
520	5.191	200	1.609	16.081	90	2.363	23.621	30	30
848	8.471	80	1.985	19.841	50				
1.434	14.331	40	2.225	22.241	50				

Serie E.

230	2.291	300	1.382	13.811	20	1.947	19.461	4	70
673	6.721	30	1.724	17.231	40				
1.029	10.281	90	1.835	18.341	50				

Madrid 1.º de Diciembre de 1887. — V.º B.º — El Gobernador, ALBACETE. — El Vicesecretario, GABRIEL MIRANDA.

IMÁGENES PARA EL CULTO CATÓLICO

A fin de dar a conocer las imágenes en miniatura en todas sus clases que se construyen en el taller de escultura de D. TOMÁS PICAS, DE BARCELONA, ha establecido un depósito en esta Corte en el antiguo almacén de galerías, bastones y molduras.

LA FORTUNA
Caballero de Gracia, 46.

JABÓN REAL VIOLET JABÓN
de THRIDACE 29, Bº des Italiens, PARIS VELOUTINE
Recomendados por autoridades médicas para higiene de la piel y belleza del color.



ARTÍCULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25
(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.

Tip. de los Hórreos, Juan Bravo, 5. — Teléfono 433.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

MURILLO. CERVANTES. Balmes. CISNEROS.

EPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 35. — Madrid 15 de Diciembre de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRUCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	27 y 1/2 ps. fr.
Un año.....	54 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRUCIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	31 fr.
Un año.....	61 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fr.
Un año.....	5 »

SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por Manuel Ossorio y Bernard. — *Los grabados*. — Documento episcopal. — *La casa familiar*. — *La profesión*, por Alfredo Boccherini y Calvo. — *¿Qué sería?* por Luis Coloma. — *Santa María de Ripoll*, por J. Malt y Flaque. — *La limpiadora de la tierra*, por J. E. Harzenbach. — *Un viaje de la Virgen*, por María de la Peña. — Documento Pontificio. — *El Arte religioso*, por M. de A. — *Tullius*. — *Sacerdotes de Su Santidad León XIII*. — *Noticias*. — *Bibliografía*, por E. Benjamín. — *Neurología*.
GRABADOS. — *Copón de oro ofrecido a Su Santidad León XIII por la Guardia de Honor y Apostolado de la Oración*. — *Escenas de casa*. — *Nuestra Señora de Ripoll*. — *Estado actual de la restauración del claustro*.

LA DECENA

DESPUES del Consistorio público celebrado el 25 de Noviembre para la preconización de algunos Obispos, en cuyo acto solemne pronunció Su Santidad la hermosa alocución que en otro lugar de este mismo número reproducimos, se ha verificado el 5 del corriente otro de carácter privado, en el que el Cardenal Prefecto peroró la causa de los Beatos fundadores de la Orden de Servitas y los Beatos Pedro Claver, Alonso Rodríguez y Juan Berchmans. Otros dos Consistorios han de celebrarse próximamente: el primero el día 23, en el que los Abogados consistoriales perorarán las mismas causas de los canonizandos; el segundo a principios de Enero, y en el los Cardenales leerán o presentarán su voto escrito acerca de las causas de canonización propuestas. La solemnidad de estas canonizaciones se verificará el 15 de Enero, y en los domingos siguientes se celebrarán las beatificaciones, entre las cuales está la de la Venerable Inés de Beniganim. Comisiones de Segovia y de Valencia concurrirán a la canonización del Beato Alonso Rodríguez y de la Monja valenciana.

Los preparativos de la Exposición Vaticana ocupan actualmente a un personal numeroso, y todo permite abrigar la seguridad de que, a pesar de las ridículas iras de algunos elementos antirreligiosos, el orbe católico dará solemne prueba de amor al catolicismo y de entusiasta adhesión al glorioso Pontífice que hoy ocupa la silla de San Pedro.

¡Válgame Dios y qué injusta es nuestra patria con sus hijos, especialmente con aquellos que adoptaron el difícil papel de salvadores de la misma! Debo decirlo, por si ustedes no se han fijado bien: aquí en Madrid tenemos, con carácter permanente, ocho ministros que lo son sólo por amor al país; seiscientos diputados y se-

nadores que se sacrifican por la patria; en cada capital de provincia una numerosa diputación que sólo aspira a salvarla, y en cada Ayuntamiento buen número de concejales que únicamente aspiran al interés del pueblo.

Esto lo permanente; pues en cuanto surge un Congreso especial (y éstos abundan ahora tanto como la ruda), todos los españoles que no son padres de la patria, ni de la provincia, ni del pueblo, se apresuran a inscribirse en él, piden o toman la palabra, y en un dos por tres aumentan el número de nuestros salvadores. Todos tienen el privilegio del acierto; todos defienden la necesidad y la urgencia de que se adopten tales o cuales medidas: sin ellas, el país, que está al borde del abismo, rodará en breve hasta el fondo; con ellas, la tierra dará espontánea y prodigamente sus frutos, las minas sacarán a flor de tierra sus minerales más ricos, y habrá periódicamente lluvia de monedas de cinco duros para economizarnos hasta los gastos de fabricación. Hay quien se trae debajo del brazo, y sin aparentar darle importancia, todo un plan rentístico fundado en la no tributación; quién remedia todos los males de la agricultura fijando un impuesto a los tasadores de autógrafos, y quién busca una revolución tributaria clasificando debidamente en la tarifa industrial a los vendedores de cristales ahumados para los eclipses.

Con pretexto de semejantes proyectos, y antes de llegar a desarrollarlos, los oradores hacen alguna instructiva excursión histórica y nos citan al monstruo del Apocalipsis, los siete sabios de Grecia, la cabra Amaltea y el saco de Roma, para venir a tiempos más recientes y traer a cuento las catedrales ojivales y el estilo de Juan de Herrera, las siete u ocho partidas de D. Alfonso el Sabio, las Biblias de Maguncia y el Edicto de Nantes, llegando paso a paso y mediante la evolución histórica hasta el grito de las Cabezas de San Juan y la quinta extraordinaria de Mendizábal.

¡Con qué afán se leerán en los pueblos las relaciones que de semejantes Congresos publica la prensa de Madrid!

— ¡Qué discurso el de Fulanito! — exclamará entusiasmado el alcalde. — Siempre sostuve yo que en aquella cabeza había algo.

— No, pues Mengano, el representante de Pueblo Seco, tampoco se muerde la lengua.

— Y hace muy bien en ello — interrumpirá el barbero, que se tiene por gracioso — porque esas mordeduras duelen mucho.

— Lo malo es que en Madrid los mejores pensamientos fracasan. ¿Qué apostamos a que el Gobierno rechaza la proposición de suprimir la actual organización militar, creando en cambio un campamen-



COPÓN DE ORO OFRECIDO A SU SANTIDAD LEÓN XIII
POR LA GUARDIA DE HONOR Y APOSTOLADO DE LA ORACIÓN.
(Construido en los talleres de D. Miguel Rosado.)

to de instrucción en Villachica y dos capitánas generales en Val-horrendo y Fontecilla?

— ¿A que no suprime tampoco a los maestros de escuela, encargando de sus funciones a los Rectores de las Universidades, que nada hacen?

— ¡Ah! ¡Madrid, Madrid!

— ¡Cualquiera se mete a salvador para conseguir tales resultados!

La Humanidad es muy propensa a que se la conceptúe avisada y discreta, y los señores periodistas, utilizando aquel flaco, inventaron las charadas para proporcionar a sus lectores el placer del acierto. Nada importaba que dichos juegos de imaginación fueran sencillísimos: por el contrario, esto, aumentando el número de los acertadores, daba popularidad al periódico, y así hemos visto, durante años enteros, a tertulias de respetables personas mayores, *intrigadas* — como dicen los que maltratan a diario el castellano — con la solución de las charadas de *La Correspondencia*.

— Mi primera es una vocal — decía uno — mi segunda una consonante y mi tercera otra consonante.

— ¡Agata! — exclamaba una señora.

— No puede ser, porque nadie conoce los consonantes *ga* y *ta*.

— ¡Acéite! — gritaba otro.

— La primera y la tercera podrían ser; pero ¿dónde encontrar la consonante *cei*? Lo mejor será acabar de leer la charada. El *todo* está en los cor-ses y se abre con punzón.

— ¡Oje! — decían varias voces simultáneamente.

Hoy el periodismo, no satisfecho con triunfos tan inocentes, ha inventado la charada social, y todos los días se lee en él:

«Ha desaparecido de su casa una joven, hija de un título de Castilla, acompañada por un primo suyo.»

Y los que antiguamente descifraban las charadas se consagran ahora a tarea análoga.

— ¿Será la hija del conde de A?

— Debe ser la duquesa de B.

— O la marquesa de C.

— U otra cualquiera, porque en estos tiempos abundan los primos y las muchachas propensas a escaparse.

— Ya di con la solución — exclama uno. — La fugada es la hija de D. Crisanto Marqués, el veterinario.

— Pues si dice el periódico que el padre es título de Castilla.

— Como que se llama Marqués.

— Qué tunantes son estos periodistas...

— Si; pero a nosotros no nos la dan.

En ocasiones la historia misteriosa deja tantos cabos sueltos, que el lector más torpe tropieza en seguida con la solución.

Un artista distinguido contraerá matrimonio en breve con la hija de un rico banquero, para lo cual la ha sacado depositada. La prudencia nos veda decir sus nombres, y sólo indicaremos que el artista tuvo un primer premio en la Exposición de 1883, que su apellido empieza con X, y que hace poco volvió de Roma, y que el padre de la novia es uno de los primeros accionistas del Banco de España, que representa en el Senado a un distrito de Galicia, que tiene abono a primer turno en el teatro Real y que su retrato está expuesto en el escaparate de la fotografía de Laurent.

Este sistema de dar la noticia de la boda próxima es análogo al que se emplea para dar cuenta del desafío realizado, de la hora y sitio en que se efectuó y de los padrinos que autorizaron aquel delito penado por el Código. De esta suerte, el muro de la vida privada desaparece y todos estamos expuestos a figurar en las novísimas charadas de la prensa.

D. Fulano y Doña Zutana, se dirá en breve, han tenido un nuevo vástago.

Al día siguiente:

«El vástago de D. Fulano y Doña Zutana ha fallecido: la madre ha perdido la razón.»

Al otro:

D. Fulano bajaba ayer las escaleras de su casa jugando con un revólver, y tuvo la desgracia de que se le disparase, hiriendo en el pecho la bala a un amigo de la familia, que acudía a enterarse de las catástrofes ocurridas en el matrimonio.

Y tal vez una semana después:

La autoridad judicial entiende en un dramático suceso, en el que aparecen un hombre herido, un niño muerto, una mujer loca y un marido fugado a los Estados Unidos.

Tales son las charadas o historias misteriosas que ha puesto a la moda la prensa periódica, y de las que ha hecho un gran consumo durante la decena transcurrida. Yo confieso que me gustaban más aquellas que decían:

— Mi primera es la quinta parte de mi segunda.

— ¡Par-diez! Pues cualquiera la acierta...

En una portería:

— ¿Renta mucho el cuarto desahogado?

— Ocho mil reales; pero su último precio es seis mil.

— ¿Y hay gas en la casa?

— Sí, señora; con sus fugas y todo.

— ¿Y agua? ¿Tiene agua?

— Ya lo creo: fíjese usted en las paredes de las alcobas y del comedor... chorreandito están.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

COPÓN DE ORO OFRECIDO A SU SANTIDAD LEÓN XIII POR LA GUARDIA DE HONOR Y APOSTOLADO DE LA ORACIÓN (Construido en los talleres de D. Miguel Rosado.)

La copa tiene cuatro medallones repujados y adornados de perlas representando los cuatro Evangelistas, y cuatro grandes amatistas con las cuatro fechas memorables de la vida de Su Santidad (1810-1837-1878-1887), ó sean: el año de su nacimiento, el año en que cantó la primera Misa, cuando fue elegido Papa y el año de su Jubileo.

La copa lleva además un aro con una inscripción esmaltada.

El pie tiene cuatro escudos, que son el emblema del Pontífice, el escudo de la Diócesis de Madrid, el de la Guardia de Honor y el del Apostolado de la Oración; dichos escudos van repujados y esmaltados. Lleva además el pie ocho amatistas.

La tapa se compone de 32 brillantes, y 16 zafiros.

Este copón ha sido construido en los talleres del Sr. Rosado, bajo los auspicios del Sr. Marqués de Cubas.

ESCENAS DE CAZA

Una de las muchas y muy características de las empresas venatorias. Los aficionados a la caza encontrarán en nuestro grabado, con la verdad, que es condición indispensable en obras de esta índole, notable belleza artística.

NUESTRA SEÑORA DE RIFOL

Estado actual de la restauración del ábalo.

El claustro.

(Véase el artículo publicado en la página 413.)

DOCUMENTO EPISCOPAL

NOS DON CIRIACO MARIA SANCHA HERVÁS

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE MADRID-ALCALÁ.

Al predilecto Clero y amados fieles de nuestra Diócesis salud y gracia en Nuestro Señor Jesucristo.

VAMOS a Roma, amados hermanos e hijos nuestros; vamos a Roma, movidos, no de vana curiosidad, sino de sentimientos de religión y piedad; vamos a Roma, guiados, no de solas las luces de la razón para realizar fines humanos, sino alumbrados de la fe para cumplir deberes eminentemente cristianos; vamos a Roma, en fin, no para pedir venganzas contra los enemigos de la Santa Sede Apostólica, sino para implorar humildemente de Dios la gracia de su conversión, y a la vez para asociarnos a los demás católicos del mundo que han de concurrir allí para celebrar el *Quincuagésimo aniversario de la ordenación sacerdotal del Sapientísimo Pontífice León XIII*, y proporcionar juntos algún consuelo a su corazón paternal, en medio de la tristísima situación a que le ha reducido la malicia de los tiempos.

No hay un momento más importante ni más solemne en el Pontificado de un Prelado, ni en la vida de un creyente católico, que aquel en que emprenden una piadosa peregrinación a Roma para visitar allí los sepulcros de los Santos Apóstoles y arrodillarse ante el Romano Pontífice para recibir inmediatamente de sus augustas manos la bendición apostólica y atestiguarle personalmente la veneración y profunda adhesión que le son debidas.

La práctica de esos actos, a la vez que produce en el alma una abundante consolación espiritual, despierta en la misma tan elevados y nobilísimos sentimientos de divino amor y la inunda de tan purísimas luces, que después de lo que sabe por la revelación acerca de la presencia real de Jesucristo

en la Eucaristía, no hay nada que la dé conocimiento tan acabado, ni que la presente tan claramente reflejadas las divinas cualidades y virtudes del Hombre-Dios, como la presencia de su augusto Vicario en la tierra. Bajo la santa y dulcísima impresión que al verla experimenta, siéntese movida de secreto impulso, no solamente a reiterar actos de fe acerca de todos los misterios y verdades de nuestra sacrosanta Religión, sino a confesar que en la augusta persona del Papa ve y contempla a toda la Iglesia católica con su jerarquía, con sus enseñanzas, sus tradiciones, sus Concilios, su propagación y con todas sus maravillosas instituciones.

Siendo, pues, el Romano Pontífice en la sociedad cristiana lo que el fundamento al edificio y el sol al universo, nadie puede extrañar que al celebrarse su gran *Fiesta Jubilar* se haya conmovido el mundo de las almas y se hayan asociado por un sentimiento común de fe y gratitud los fieles de todos los países para visitar al nuevo Salomón, y presentarle, a imitación de la egregia reina de Saba, los frutos de su inteligencia, de sus artes y de sus industrias, sus donativos de oro y plata y las variadas, múltiples y preciosas ofrendas de su piedad. Al contrario, siendo deudores todos los pueblos al Pontificado Romano de inapreciables beneficios que en todos los tiempos ha derramado sobre ellos, era un deber mostrar su reconocimiento al esclarecido León XIII en su Jubileo Sacerdotal, con tanta mayor razón, cuanto que a la trascendental significación de esa gran solemnidad y al valor inmenso que reviste, bajo el punto de vista del orden, de la moral, de la ciencia y de todos los principios fundamentales en que están basadas la paz y prosperidad de las sociedades, no han podido sustraerse ni mostrarse indiferentes príncipes y soberanos, que ni creen en la divina institución del Pontificado, ni para la gobernación de sus Estados se guían por los inmutables y santísimos esplendores de la sobrenatural revelación.

Cuando se contempla esa imponente manifestación de carácter universal en favor del Sucesor de Pedro, y cuando la razón y la fe enseñan de consuno que ese Pastor supremo de la grey católica necesita una cátedra independiente para enseñar la verdad religiosa a todo el mundo, y que esa independencia no puede ser real y efectiva si no está garantida por la soberanía territorial del mismo que ha de ejercer el magisterio apostólico hasta la consumación de los siglos, el ánimo se llena de consoladora esperanza, reposa tranquilo en medio de los acontecimientos adversos que en daño de la causa católica, con la violencia, la astucia y la deslealtad se han realizado en los últimos tiempos, y cree firmemente que, aunque los juicios humanos, el fallo de la opinión pública y el voto de las Asambleas den por perdido para siempre el Principado temporal de los Papas, proclamen a Roma *intangible* y reputen asegurada eternamente la victoria que sobre ella ha conseguido la revolución, sin embargo no dejarán de cumplirse los altos designios de la Providencia, en los cuales fue señalada y concedida la soberanía territorial al Romano Pontífice, como condición ordinaria de su independencia y libertad para el gobierno de la Iglesia universal.

La historia gloriosa del Pontificado corrobora esas esperanzas de todos los católicos, toda vez que les enseña que de pruebas más rudas y prolongadas se ha visto rodeada la Silla apostólica, y de todas ellas ha salido coronada de triunfos imperecederos y de nuevos esplendores. Notoria es por demás la cruel persecución que en los primeros siglos la declaró el imperio pagano, las intrigas de la corte bizantina, la brutal espada de los godos, de los vándalos, de los hérulos y de los longobardos; notoria es también después la insolencia y latrocinio de los gobernadores del exarcado, las amenazas diez veces seculares del islamismo, la usurpación laica de las investiduras, las pretensiones tiránicas de los degenerados herederos del sacro imperio, las facciones violentas de los güelfos y gibelinos, y los odios encarnizados entre ciudad y ciudad y de unas provincias contra otras; y, finalmente, a nadie se oculta la ceguera de frecuentes movimientos populares, los gritos frenéticos de exagerada independencia y los medios detestables empleados por la maliciosa sagacidad de la diplomacia para inutilizar la acción potente del Pontificado y reducirle a vergonzosa esclavitud.

Sin embargo, entre ese incesante oleaje de injustas pasiones, y soportando con proverbial mansedumbre ese prolongado calvario de oprobios y contradicciones, los Romanos Pontífices, no solamente han venido sucediéndose al través de los siglos, conservando pura e inmaculada su autoridad apostólica, sino que han logrado vencer al mal con la abundancia del bien que han realizado en favor de la humanidad y de la civilización. Cuando la violen-

cia ocupaba el santuario del derecho, jamás dejaron de tomar la defensa de éste, y desde Gregorio VII a Bonifacio VIII se les vio por espacio de seis siglos combatir sin descanso con su autoridad moral los excesos de la fuerza material. Enriquecidos del genio de gobierno, de la corona del apostolado y de la palma del martirio, y adornados de virtudes nada comunes, de paternal solicitud, de paciencia y resignación y de una admirable severidad y pureza de costumbres, se han mostrado siempre a la altura de su divina misión en el mundo, y más bien que una generación de hombres ilustres, pueden reputarse como una portentosa serie de gigantes en fortaleza, ciencia y santidad, que iniciándose con el heroísmo de treinta mártires, ha venido derramando torrentes de luz sobre los pueblos hasta llegar al gran Pontífice León XIII, que Dios tenía predestinado en sus inescrutables designios para gobernar en los aciagos días que atravesamos la Iglesia universal, arca misteriosa en que se encierran todos los tesoros de la humanidad, y para enseñar a los poderes públicos las normas eternas que han de seguir para asegurar la paz y concordia entre las naciones y promover la común prosperidad.

En vano se pretendería encontrar una república o pueblo cristiano que, remontándose a su origen, no se viese en éste al Pontificado Romano, como fundamento y punto de partida de su grandeza y de su civilización. De la Cátedra de Pedro salen Marcial y Dionisio para combatir las supersticiones de los druidas en Francia; de la misma reciben canónica misión Paladio y Patricio para convertir Irlanda en la *Isla de los Santos*; ofreciéndose a la vista de Gregorio el Grande cierto día que atravesaba las calles de Roma unos esclavos bretones, se acuerda que Jesucristo había dado por límites a su paternidad espiritual los confines del mundo, y al momento envía al monje Agustín y sus compañeros para que anuncien el Evangelio en Inglaterra; por orden de Gregorio II pasa Bonifacio a Alemania, y enarbola el estandarte de la Cruz en aquel extenso país; fija su atención Adriano II sobre la raza fuerte y numerosa de los slavs, y en su apostólica solicitud envía cerca de ellos a Methodio para que los saque de las tinieblas en que estaban envueltos, instruyéndolos en las verdades de la fe; sumidas se hallaban en la barbarie las glaciales regiones del Norte, y Ascario es el Apóstol designado por Nicolás I para evangelizar los pueblos escandinavos; y, finalmente, al Pontífice de Roma es debido que se difundiera la luz de la fe por el gran Obispo de Chiapa en América, y por Francisco Javier en las Indias y el Japón, y en la China por el esclarecido Ricci, ornamento glorioso de la Compañía de Jesús.

De ahí, pues, resulta que la cultura y civilización, así de los pueblos de Europa como de los países orientales, no son otra cosa que la expansión del Catolicismo realizada por la acción poderosa del Pontificado, a cuyos ilustres representantes pertenece exclusivamente la gloria y alto honor de haber llevado a cabo esa obra gigantesca, sin igual en los fastos de la historia, y de haber franqueado las fronteras del error y de la superstición para establecer el reinado de la verdad, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.

También nuestra España debe al Vicario de Jesucristo el haber participado de los beneficios de esa misma verdad, pues sabemos por los testimonios de la tradición y de la historia que nuestras provincias meridionales y las del Norte estuvieron envueltas en las tinieblas de la idolatría hasta que Santiago y San Pablo primero, y los siete varones apostólicos después, enviados por la cátedra romana, llegaron a nuestras playas para anunciar el Evangelio en nuestro suelo patrio y fundar las primeras iglesias en que se dió culto al verdadero Dios.

Nada más natural que, al celebrar su Jubileo Sacerdotal el augusto Jeraque León XIII, el pueblo español, que entre notorias virtudes heredadas de sus mayores posee en grado eminente la de la gratitud, se moviese en masa para asociarse a la pública manifestación con que los católicos de todas las nacionalidades se preparan a dar a su amantísimo Padre el testimonio de su obediencia y de su profunda adhesión. Esa prueba de filial amor es tanto más meritoria, cuanto mayor es la aflicción en que el Papa se halla desde que el Patrimonio de San Pedro cayó en manos de la revolución, y ésta constituyó en secuestro sacrilego y escandaloso al Romano Pontífice, sujetando su correspondencia y sus actos ministeriales a un espionaje repugnante, que, sobre ser incompatible con la dignidad, libertad e independencia de un soberano, obligado por razón de las altísimas funciones de su cargo apostólico a ejercer jurisdicción espiritual sobre doscientos cincuenta millones de creyentes diseminados por todo el mundo, infiere también a éstos un

daño enorme en sus conciencias, en las que, con prioridad ontológica a las leyes humanas, llevan grabados inviolables derechos para revelarse y comunicarse libremente al Supremo Pastor, que recibió del Hombre-Dios plenos poderes de enseñar, regir y guiar las almas a la eterna salvación.

Así se explica claramente ese movimiento vigoroso, espontáneo y universal con que los fieles de la Iglesia dirigen sus miradas y sus pasos hacia Roma. Es porque creen con fundamento que, aun cuando los hechos ejecutados por fuerza mayor hayan impedido allí el ejercicio de la soberanía territorial del Romano Pontífice, no por eso han dejado de subsistir en éste íntegros e inviolables todos los derechos de aquélla, que son de suyo imprescriptibles e inadmisibles, toda vez que en el orden de la Providencia están concedidos como condición ordinaria y garantía permanente del libre ejercicio de un Primado de honor y de una Autoridad infalible e inapelable en el mundo moral; por manera que, mientras los hechos son contingentes, las prerrogativas de ese poder ecuménico siempre son las mismas, y para su expansión no reconocen otros límites que los del tiempo y del espacio. Convergen y se concentran en ese poder todos los esplendores de dignidad y autoridad que se han venido sucediendo a través de los siglos, la paternidad de Adán, el patriarcado de Abraham, el sacerdocio de Melchisedech, la facultad legislativa de Moisés, el pontificado de Aaron, la judicatura de Samuel y la real nobleza de David. Cuando es combatido se consolida en la lucha, se muestra impávido e imponente en el peligro, y todo adversario que le hostiliza ve frustrado su propósito, fracasada toda violencia, desvanecido todo artificio, rendida toda resistencia, y no hay rebelión, por feroz que sea, que no concluya por sucumbir ante su pedestal.

Esas eminentes dotes concedidas por Jesucristo a su Representante en la tierra, alientan sobremanera la esperanza de los creyentes, y guiados de la fe, van a la capital del orbe católico como a la casa paterna de la gran familia cristiana, que desde la fundación de la Iglesia ha venido destinando con laudable generosidad los preciosos tesoros de su piedad, para construir el grandioso alcázar en donde está colocada la Silla de Pedro y la amplísima ciudad de gracia y perdón, cuyos suntuosos templos encierran bajo sus augustas bóvedas todas las tradiciones del Catolicismo, las sagradas reliquias de los héroes de la fe y todos los divinos y encantadores recuerdos de la obra milagrosa de la redención; por donde se ve con asombrosa evidencia que Roma cristiana, lejos de pertenecer a una nacionalidad, llámese Francia, Italia, Alemania, España o Portugal, pertenece por derecho indiscutible, sancionado por sentimientos immanentes de secular duración, y por el consentimiento universal de los pueblos, al Romano Pontífice, por ser cabeza visible de la Iglesia Católica, dispensador de todos sus bienes, y llevar en su corazón todos los derechos de la misma. Por eso el Papa León XIII ha denunciado repetidas veces al mundo católico que la situación actual en que se encuentra es insostenible y violenta, y a nadie puede ocultarse la razón de esas quejas, toda vez que, siendo el promulgador e intérprete de la ley universal, que es fundamento y base de toda otra ley, no puede ni debe estar sometido a ninguna legislación particular que impere sobre él, o sobre los órganos de que ha menester para el ejercicio de su magisterio.

En la ciudad o punto donde tenga su asiento la Cátedra Apostólica, no puede haber otro poder legislativo que el del Pontífice, que levanta en ella su voz para instruir a las gentes, pacificar a los pueblos, reducirlos al mutuo amor e intimarles el respeto de los derechos y el cumplimiento de los deberes comunes. Los altísimos fines a que está ordenado el Ministerio apostólico requieren que la autoridad de éste sea extraterritorial, y se halle fuera del alcance de todos los demás poderes temporales, pues sólo así es como puede pronunciar libremente la verdad, que a todas las gentes es debida, rechazar los errores, resolver las dudas, reprender el vicio, alentar al bien y alejar del mal a todos los que creen en Jesucristo. Por eso el genio de Napoleón I, a pesar de ser tan absorbente, decía: «El Papa está lejos de París y esto es bueno; y no está en Madrid ni en Viena, y por eso soportamos su autoridad espiritual. En Madrid y en Viena dirán otro tanto, y con razón. ¿Se cree que si por ventura el Papa estuviera en París, los austriacos y españoles consentirían en recibir sus decisiones? Es, pues, gran fortuna que esté en la vieja Roma sosteniendo el equilibrio entre los soberanos católicos, condescendiendo un poco con el más fuerte, y recobrando pronto su energía, si el más fuerte se convierte en opresor. Los siglos son los que han hecho esto, y lo han hecho bien. Para el gobierno de las almas es la mejor y la más bené-

fica institución; y no digo esto como beato, sino como hombre de razón»¹.

Pero el Papa no puede estar en Roma más que en calidad de súbdito o en calidad de soberano. Si está bajo el primer concepto, no puede gozar de otra libertad e independencia para gobernar la Iglesia universal, que las que le permita el jefe temporal que allí ejerza su imperio, y al cual está sometido. En semejante situación, para llenar los deberes de su cargo apostólico, forzosamente tendrá que servir en muchas ocasiones de instrumento para fines particulares del Gobierno bajo cuya dominación se halla, con detrimento de los intereses católicos o para mirar por la tutela de éstos, se verá precisado a buscar la libertad e independencia de administrarlos subiendo las gradas del martirio. Es por consiguiente necesario que el Papa en Roma sea soberano de hecho y de derecho para que la preeminencia de su dignidad, su autoridad doctrinal y su poder legislativo y judicial puedan conservarse inmunes de toda influencia y coacción, ejercerse libremente en bien de la Iglesia, de los príncipes, de los pueblos y de la misma sociedad civil, y para que sus decisiones y sus fallos sean pronunciados y promulgados en tal manera, que no dejen lugar a que los católicos esparcidos por toda la tierra puedan abrigar algún temor y recelo de haber sido impuestos por la amenaza o la presión de cualquiera poder extraño, y de que tampoco ha sido violada la correspondencia en que se transmitieron a las iglesias del mundo católico, porque la menor duda o sospecha en este punto bastaría para alarmar y sublevar la conciencia de la gran familia cristiana que, mientras se muestra obediente y sumisa a las órdenes y mandatos del Papa como Vicario de Jesucristo, no soporta, sino que rechaza con altivez y noble dignidad la ingerencia de secular imperio en lo concerniente a su religión.

Vamos por tanto a Roma, amados hermanos e hijos nuestros. La historia, la tradición, la ciencia, la naturaleza del Pontificado, el testimonio de la Iglesia y el consentimiento de los pueblos nos dicen de consuno que aquella es la capital del orbe católico, que allí está la morada de nuestro amantísimo Padre, la cátedra de la verdad, el fundamento de nuestra fe, la Madre de todas las iglesias, la regla inmutable de la moral, el centro de unidad de nuestras creencias, la libertad verdadera de nuestra conciencia, la luz para desvanecer nuestras incertidumbres y la manifestación espléndida de todas las maravillas artísticas que la gran vitalidad del catolicismo ha venido acumulando al través de los siglos.

Vamos a Roma a fin de celebrar las Bodas de Oro del Papa León XIII, que allí nos espera para consolarse con los testimonios de nuestra piedad y de nuestra devoción; y para más alentarnos a practicar esa obra tan gratísima a sus ojos, se ha dignado abrir los tesoros de la divina misericordia, y ha concedido indulgencia plenaria de todos los pecados a los fieles que tomen parte en la peregrinación, a los que, no pudiendo ir en ella, se junten con su corazón y con su espíritu a la misma, y a los que de cualquiera manera la presten su concurso para que su éxito sea más provechoso y feliz.

Asimismo ha concedido igual gracia a los que asistan a la festividad de su Jubileo Sacerdotal, que será el día 1.º de Enero próximo, y a los que hicieren un novenario de oraciones, rezando una tercera parte del Santo Rosario antes o después de dicha festividad, o durante el tiempo que se fije para que tengan lugar las peregrinaciones a la capital del orbe católico, siempre que, verdaderamente arrepentidos de sus culpas, confesaren y recibieren la Sagrada Comunión, bien fuere en su iglesia parroquial o en cualquiera otra iglesia o público oratorio, pidiendo a Dios por la paz y concordia de los príncipes cristianos, por la extirpación de las herejías, por la conversión de los pecadores y por el triunfo de nuestra Madre Iglesia. Últimamente ha concedido también a todos los fieles de ambos sexos que, contritos de corazón, rezaren las susodichas novenas de oraciones en cualquier día que lo pudieren hacer, la remisión de trescientos días de la penitencia que les hubieren sido impuestos o que debieren satisfacer por sus pecados, siendo aplicables todas estas gracias mencionadas a las benditas almas del Purgatorio.

Como una de las propiedades del amor filial verdadero es la generosidad en cumplir, no solamente los mandatos, sino también los simples deseos e indicaciones del que es Padre común de todos los fieles, hemos dispuesto, amados hermanos e hijos nuestros, deferir a lo que sabemos complace y desea el atribulado Pontífice León XIII, y con ese fin saldremos, Dios mediante, de esta corte el día

¹ *Thiers, Historia del Consulado y el imperio.*

18 de Diciembre próximo para la Ciudad Eterna, con la mira de pasar en ella la vigilia y fiestas de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, asistir a las solemnidades del Jubileo Sacerdotal de nuestro Santísimo Padre y presentarle las ofrendas de vuestra devoción y de vuestra piedad, manifestándole al propio tiempo que el valor de las mismas, de suyo ya muy importante, es mucho mayor, más apreciable, más hermoso y de una significación incomparable, considerado en el espíritu de fe, en el laudable celo, en la gustosa generosidad y en el purísimo amor con que las habéis dado, en lo que Nos no podemos menos de complacernos y de mostraros nuestra paternal gratitud, dándoos a todos un testimonio público de gracias y de nuestra predilección.

Empero veríamos con agrado, y serviría de mayor satisfacción al Sumo Pontífice, que a esos dones de vuestra piedad acompañase el homenaje personal de vuestros sentimientos católicos, uniéndolos a Nos, siempre que legítimas causas no os lo impidan, para ir juntos a Roma el día señalado, formando una numerosa y devota peregrinación. Con ese fin os exhortamos amorosamente en el Señor, y os rogamos que no omitáis practicar esa obra notoriamente meritoria, de la que tanta gloria pueda reportar la religión que tenemos la dicha de profesar, y tan abundantísima consolación nuestro Santísimo Padre. De ese modo podréis ganar para bien de vuestras almas las gracias e indulgencias que él mismo, con incomparable solícitud, ha concedido a todos los fieles que le visiten con motivo de su *Fiesta Jubilar*, y al propio tiempo podremos atestiguarle, no solamente la gratitud que le debe esta Diócesis, creada recientemente por su celo apostólico, sino también el espíritu de fe que felizmente se conserva en la misma, como lo comprueban las oraciones públicas que en todas las iglesias se han hecho y se prosiguen haciendo, pidiendo a Dios por la importante salud y preciosa vida de Su Santidad, por la independencia y libertad en el ejercicio de su altísimo ministerio y por el triunfo de la Iglesia contra todos los enemigos que la combaten y la impiden difundir por el mundo la luz de su santísima doctrina.

Con el fin de prepararnos cristianamente para el viaje a la capital del orbe católico, y atraer los favores y bendiciones del cielo sobre todos nuestros diócesanos, sobre sus familias, sobre sus casas, sobre nuestra patria, y especialmente sobre los fieles que tomen parte en la peregrinación, venimos en disponer que el día 18 de Diciembre, a las ocho de la mañana, se celebre una misa rezada en la iglesia parroquial de Santa María, hoy monasterio de las monjas Bernardas del Sacramento, que se haga una Comunión general, en la cual distribuiremos por Nos mismo el Pan Eucarístico a todos los que, con las debidas disposiciones, se acercaren a recibirle, y les dirigiremos la palabra evangélica para su mayor aprovechamiento espiritual; que después de la misa se canten las Letanías de todos los Santos y, finalmente, que durante el viaje recen los peregrinos el Santo Rosario, particular o colectivamente, según lo permitan las circunstancias y marcha de los trenes.

Esperamos, amados hermanos e hijos nuestros, que, considerando el gran mérito y el ejemplo tan edificante que son inherentes a la susodicha peregrinación, sabréis encontrar en vuestra notoria piedad medios eficaces a fin de superar las dificultades que puedan presentarse a vuestros propósitos y laudables deseos de tomar parte en ella; y de esa manera os cabrá la satisfacción sin igual de contemplar el gran poder de la fe y la asombrosa fecundidad de la Iglesia católica, viendo al Jefe supremo de la misma rodeado de creyentes llegados a Roma de todos los países del mundo, y oyendo en todos los idiomas los ecos dulcísimos de una plegaria universal, que pronunciada primero sobre los sepulcros de los Apóstoles San Pedro y San Pablo por el augusto Pontífice, y repetida después por todos sus hijos, sube hasta el cielo, como columna de purísimo incienso, para alcanzar del Dios de las misericordias la paz y el perdón para todos los mortales, y la salvación eterna para todas las almas.

Como presagio de esa dicha inefable, que a todos de corazón os deseamos, y en prenda de nuestra predilección, os damos a todos nuestra bendición paternal. En el nombre del Padre y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Dada en nuestro Palacio episcopal de Madrid a 25 de Noviembre de 1887. — Ciriaco María, Obispo de Madrid-Alcalá. — Por mandato de Su Excelencia Ilustrísima el Obispo mi señor, Dr. José Barba Flores, Canónigo Secretario.

LA CASA PATERNA

DURANTE las últimas vacaciones de las Cámaras francesas, un joven diputado se dirigió a la casa paterna.

Su pensamiento se adelanta hacia un alféizar de ventana, desde donde su madre, anciana y viuda, miraba a la calle por donde debe llegar, y hacía calcetines para los pobres.

El diputado es un hombre leal, pero débil. Ha votado por seguir la corriente y sin discernimiento las leyes más enemigas de sus buenas tradiciones de familia y de las inspiraciones de su conciencia.

Pero a cada voto, por un juego súbito de su memoria, volvía a ver el Crucifijo bajo el cual su padre había muerto. Era un Cristo de marfil sobre fondo de terciopelo.

El diputado volaba, pues, con alborozo hacia la casa paterna y a los brazos de su anciana madre.

Al llegar, lanzóse hacia el sillón del alféizar de la ventana... pero hacía ocho días que estaba desocupado.

— ¿Enferma, madre mía? ¡Y no me lo habéis escrito!

— Te esperaba, hijo mío, te esperaba, sobre todo para morir. Hay sombras en el corazón y sentimientos en el alma que no nos engañan.

— Pero no, madre mía, no. Héme aquí, y vais a ser dichosa.

El hijo levantó maquinalmente los ojos a la pared de la alcoba donde su padre había fallecido. La pared estaba desnuda. Sólo un clavo quedaba allí, sosteniendo un lazo de cinta ajada y una rama de boj seco. Notó que todos los Crucifijos de la casa habían desaparecido.

— Madre mía, exclamó, ¿que habéis hecho de los Crucifijos que teníamos colgados en las habitaciones?

— Los he enviado a las escuelas, de las que el Municipio ha sacado los que poseían. ¿Para qué conservarlos aquí? Mi corazón mana sangre, y tal vez esto será causa de mi muerte.

El hijo aterrado bajó la cabeza y guardó silencio.

— Sin embargo, continuó la buena anciana, de searía morir como todos los nuestros han muerto. ¿Queréis darme un último consuelo? Si, necesito ser consolada de nuestra separación y de tus abandonos.

— En nombre del cielo, hablad, madre mía.

— ¡En nombre del cielo! ¡Ay de mí (contestó la madre sonriendo tristemente). Bien; anda y tráeme un Crucifijo delante del cual pueda juntar las manos y al cual pueda dirigir mi última mirada. Así obró tu padre. Quisiera rogar al que perdona con misericordia a las madres y a los hijos.

El joven diputado salió. Estaba pálido y tembloroso, y las lágrimas humedecían sus ojos. Instintivamente corrió a la casa parroquial, y como un mendigo vergonzante solicitó la limosna de un Crucifijo y lo llevó a su madre.

La madre abrazó al Cristo y a su hijo al mismo tiempo.

— Hijo mío, hijo mío; pues tú lo has traído a la casa paterna, de donde lo habías arrojado, te pido que no lo saques otra vez en recuerdo mío. ¡Cuántos a quienes tú se lo has quitado morirán desesperadamente!

No tardó en morir la buena madre, con los ojos fijos en el Crucifijo de cobre colgado en el mismo lugar que ocupaba el Crucifijo de marfil.

Pocos días después el hijo reinstalaba un Crucifijo en cada cuarto de la casa.

LA PROFESION

I

¡Ya se acerca...! Ricas galas

Cubren su gracioso cuerpo;

Azahares y azucenas

Adornan blondos cabellos.

Hermosa es la desposada;

Dulce y tranquilo su aspecto;

Al calor de la inocencia,

Sueños de ángel son sus sueños.

Las soledades del claustro

La brindan con su silencio;

Sencilla paloma, busca

Santo amor en santo lecho.

Ya fija su leve planta

Junto a la puerta del templo;

Melancólica armonía

Preludia el órgano dentro,

Y en el dintel cae de hinojos,

Mezclando, en suaves acentos,

Las notas que el coro lanza

Con notas que lanza el pecho.

Ministros de Dios reciben

Prenda de tan alto precio;

Hasta el altar la acompañan

Con santo recogimiento.

Mas quien pasó en esta vida

Sus tiernos años primoros,

Y en ella aspiró el encanto

De los infantiles juegos,

No puede, al abandonarla,

Perder tan gratos recuerdos

Sin dar, volviendo sus ojos,

El último adiós con ellos.

Dos lágrimas tornan mudas

Del mar de la vida al seno;

Las despierta una sonrisa,

Aurora del dulce puerto.

Despojo del alma aquellas;

Esta, balsámico aliento;

¡Últimos restos del mundo;

Primeros dones del cielo!

II

El oficio de difuntos

Comienza triste y severo;

Las bóvedas reproducen

Sus misteriosos acentos.

Los corazones que gimen,

Testigos de aquel entierro,

Reconcéntranse en la muerte,

Que es la vida de los buenos.

Escasa luz ilumina

Los finéres ornamentos;

Purifican las almas

Entre las nubes de incienso,

Y en el solemne recinto,

Desde la clave hasta el suelo,

Cuanto los ojos descubren,

Todo es paz, todo misterio.

La desposada, entre tanto,

Con recogido silencio,

Muere al mundo de las lágrimas;

Nace al mundo del consuelo.

Las hermanas religiosas

La aguardan en el convento;

A la entrada la reciben

Con un abrazo y un beso.

Esposa de Dios, no busca

Ricas galas para el cuerpo,

Ni azahares ni azucenas

Para adornar sus cabellos.

La virtud es más sencilla;

Busca en la virtud el premio,

Y en un sayal y una toca

La sencillez y el ejemplo.

Nada prometió en la tierra;

A Dios sus promesas fueron.

¡Ángel del cielo nacido,

Va ya a ser ángel del Cielo!

ALFREDO BOCCHERINI Y CALONJE.

¿QUÉ SERÍA...?

I

Yo no lo sé, lector; y por si tú puedes adivinarlo, con sus pelos y señales te lo cuento.

Ello sucedió allá por los años de 1888, cuando en cierta parte del mundo amenazaba a la Compañía una de esas crueles persecuciones, que le dejó por herencia su Santo Padre Ignacio; aquel varón insigne que, si no hubiera subido a los altares por su santidad maravillosa, hubiese alcanzado la gloria de las estatuas por su exquisita prudencia. Comprendía bien el ilustre guipuzcoano, que nada enerva tanto las fuerzas morales como la prosperidad; que para levantarse el hombre en toda su pujanza, requiere ser sepultado a tiempos bajo los rigores de lo adverso, y que presto pierde el soldado sus hábitos guerreros, si la paz llega a enmohecer las arrinconadas armas.

Por eso corre entre los Jesuitas como tradición fidedigna que un día encontró el P. Rivadeneira a San Ignacio, entregado a inusitado gozo; manifestóle su extrañeza con sencilla confianza, preguntándole el motivo de su particular contento.

— Regocijaoos conmigo, Pedro, — respondió el Santo — porque hoy me ha prometido el Señor lo que con tantas lágrimas le he pedido... *Que la gracia de la persecución jamás faltará a la Compañía.*

Cuatro siglos han probado ya, y siguen probando,

cuán fielmente cumple el Señor la promesa hecha a su siervo.

Tengo tan presentes los hechos que voy a referir, como si ayer mismo hubieran sucedido. La catástrofe de Sedán se aproximaba, enlazada con los sucesos antes mencionados: Bismarck encendía un fósforo en España para pegar fuego a Francia; Napoleón arrojaba el guante entre las dos nuevas recetas de la muerte, el fusil Chassepot y las ametralladoras Cristophe; Guillermo lo recogía en Ems, gritando ¡Krieg! ¡Krieg! ¡guerra! ¡guerra! y yo, muy enfadado con estos señores que tan revuelto traían al mundo, hacía mi cama cierta mañana de Marzo, según prescriben las reglas de la Compañía, con el mismo primor y cuidado con que por aquel entonces trazaba Moltk, el misterioso Moltk, aquel plan de campaña que debía de alcanzar en Sedán, éxito tan asombroso como el obtenido antes en Sadowa. Tenía yo entonces una colcha de zaraza catalana, que formaba mis delicias. Su fondo era blanco; pero sobre él se destacaban con lujo churrigueresco grandes medallones en que alternaban todos los matices del rojo, desde el pimentón hasta el apuntar de la Aurora, formando capullos como tomates, rosas como rajadas de sandía, y marcos muy vistosos a graciosas bandadas de cigüeñas inverosímiles, y de fantásticos patos. Eran, sin embargo, animales muy prudentes: jamás turbaron aquellas mi sueño cuchicheando en el antiguo idioma egipcio de los Faraones, ni me desvelaron éstos con alguno de aquellos filosóficos *rap, rap*, que pone Andersen en boca de los héroes palmípedos de sus cuentos. Puedo asegurar que por aquel entonces dormía yo más tranquilo entre aquellas aves acuáticas y viajeras, que dormían Guillermo en Ems, Bismarck en Friedrichruh, y Napoleón en las Tullerías.

¡Ah! no tenía yo temores de aquí abajo, ni esperanzas de la tierra, y preparado de antemano a lo que Dios dispusiera, ponía los cinco sentidos en tender mi colcha encarnada, delgada por el uso como finísima holanda, cual si de la menor arruga que afease los contornos de sus palmípedos y zancudas, pendiese aquel equilibrio europeo que amenazaba desquiciarse. En esta operación, para mí difícilísima, me sorprendió el portero aquella mañana de Marzo, anunciándome que en el recibimiento me esperaba una visita.

Sorprendíame al pronto lo intempestivo de la hora, y creí encontrarme con algún devoto que deseara confesarse. Era el recibimiento ancho y largo en demasía, la mañana lluviosa y oscura, estrechas las ventanas, y la luz penetraba por lo tanto en la pieza, escasa y misteriosa. Al entrar en ella, pude distinguir a lo lejos una mujer, acurrucada en un sofá: lanzaba ruidosos suspiros, movíase de continuo, se santiguaba con rapidez convulsa, dábale golpes de pecho, y extendía ambas manos como en demanda de auxilio hacia un cuadro que había enfrente. Miré al cuadro: era un perro de aguas, sentado con mucha gravedad sobre sus cuartos traseros. Retozóme la risa en el cuerpo y se me desbordó por los labios, al comprender que en la oscuridad de la sala tomaba la devota al perro de aguas por imagen piadosa.

Mi indiscreción advirtió a la mujer que no estaba sola, y asustada dió un salto en el asiento, gritó: — ¡Jesús! — se santiguó de nuevo, y reconociéndome sin duda al cabo, se lanzó hacia mí como una flecha. Entonces pude advertir que era una feísima vieja, con los ojos saltones, vestida como pudiera estarlo una doncella de casa grande. Acercóse a mí con muestras de grande azoramiento, y extendiendo las manos para volver a cruzarlas a la altura de su rostro, me dijo con grande angustia:

— ¡Padre...! ¡Padre...! ¡A la señora se le ha aparecido el diablo...!

¡Lector amigo...! ¿No te ha sucedido nunca en circunstancias solemnes, tristes o apuradas, sentir a deshora un amago de intempestiva risa, que no hay mordedura de labios que debilite, ni pensamiento triste que enfrene, ni cruel pellicco que contenga, ni esfuerzo humano que impida ese desbordamiento de importuna alegría, que tú mismo juzgas grosero, peligroso, temerario y hasta cruel a veces, y dejas, sin embargo, brotar y correr como torrente de imprudente burla...? Pues eso me sucedió a mí entonces: al oír la inesperada salida de aquella mujer, tuve la crueldad de reírme de su angustia, con una carcajada ruidosa y espontánea, como las de los primeros años de la infancia. Quedóse ella suspensa y como espantada, cual si hubiese oído reír a un marmolillo, o entonar una endecha al quicio de una puerta: ignoraba, sin duda, que fuese el Jesuita animal risible. Por dos veces se segué en mi risa y otras tantas volví a dar rienda suelta a la presa, hasta que llorando ella amargamente, tornó a decir con redoblada angustia:

— ¡Sí, Padre, sí...! Se le ha aparecido el diablo...

ó quizá fuese un alma en pena... Por eso quiere la señora que vaya usted allí corriendo, corriendo...

— ¿Pero quién es su señora de usted?

— Doña Adela...

— ¿Doña Adela qué...?

Aquí pronunció un apellido que se encuentra en los árboles genealógicos de algunas casas de la grandeza; pero que no recordaba yo entonces, unido al nombre de Doña Adela.

— No la conozco, dije.

— Sí, Padre, sí la conoce...! Doña Adela de M....

Y titubeando un poco, añadió al cabo muy bajito:

— La Rabina...

— La Rabina? ¡Ya...!

Y mis ganas de reír se desvanecieron como por encanto, pareciéndome ya posible que a la dama en cuestión se le apareciera el diablo, y aun probable que hubiese cargado con ella en cuerpo y alma: tales cosas le achacaban las lenguas murmuradoras. Lo único que seguía pareciéndome inverosímil era que la Rabina quisiese ver a un Jesuita en su casa.

— ¿Y dice usted que la Rabina... quiero decir, Doña Adela, desea que vaya yo a verla?

— ¡Sí, Padre, sí...! Para eso sólo me manda... Y lleve usted, por Dios, agua bendita...

— ¿Pero qué ha pasado...? ¿Qué ha sucedido...? pregunté deseando adquirir algún dato que me diese luz en aquel suceso, que no obstante sus grotescas apariencias comenzaba ya a preocuparme, por hallarse mezclado en él aquel nombre misterioso de la Rabina. La vieja se llevó las manos a la cabeza, dió un paso atrás, y comenzó a revolver los ojos. Me asusté un poco, porque temí que me iba a responder como a Macbeth las brujas del bosque. — ¡Una cosa sin nombre! — Tomando sin embargo alientos, dijo siempre azorada:

— ¡Jesús! ¡Jesús...! ¡Una cosa atroz, Padre...! Ni lo sé siquiera...! Yo estaba en la alcoba cepillando la ropa... la señora escribiendo en el gabinete. De pronto, un ruido... ¡pim! ¡pam! cristales que se rompen, y me veo a la señora en el quicio de la puerta, como una difunta, sin voz, tibia, tibia... ¡Me morí...! Ella decía: — ¡Allá...! ¡Allá...! mi hermana...! Concha...! Concha...! — ¡Me morí, Padre, me morí, y me encarné en una silla chillando, como si viera venir miles de ratones!

Y como si viera en efecto llegar la temida plaga, tan aterradora sin duda para ella que como término de comparación la ponía, comenzó de nuevo a llorar, y a dar vueltas por la sala manoteando.

— Pero, señora, — le dije para calmarla. — ¿Qué tiene de particular que Doña Adela llamase a su hermana...?

— Pero, Padre... si su hermana se murió hace hoy seis meses justitos, justitos... Ella es la que se le ha aparecido... Y si no, sería el diablo, Padre, sería el diablo; porque lo que es su hermana era una santa... ¡Ah, sí, Padre; la señorita Concha era una santa...!

— ¿Pero dijo eso la señora...? ¿Ha contado ella algo...?

— ¿Qué había de contar, si ni alientos traía...? Yo chillaba que chillaba, y ella tibia que tibia, hasta que — ¡cataplum! — se viene redonda al suelo, hecha un ovillo, dando con la cabeza en los rincones como si fuera un corcho... Me morí, Padre, me morí! Acudieron las muchachas, y el aguador, y el mundo entero... Pero es mucha señora aquella... Y no porque sea mi señora y la sirva yo hace veinte años; pero tiene una correa, y un aguante, y un aquí, como nadie en el mundo... Se encogió, se encogió, y se tuvo firme sin chitar en cuanto vió gente...

— Mariana, me dijo; vote en busca del Cura... Fui a la parroquia... El Cura diciendo Misa de tres, con órgano y todo... ¡Válgame Dios...! Entonces me dijo Juanito Ordóñez, el de la cerería, que en esta casa había un montón de Curas, y por eso vine, Padre, por eso vine...

Y aquí soltó de nuevo la rienda a su aflicción, volviendo a llorar amargamente. Yo reflexionaba mientras tanto, pareciéndome descubrir a través de aquella relación incoherente y grotesca alguna cosa grave. Un hecho positivo resultaba de ella, más extraño a mis ojos que la aparición del diablo ó la resurrección de la difunta; que la Rabina hubiese mandado llamar al Cura. Quise, sin embargo, cerciorarme antes de tomar resolución alguna, y pregunté a su espantada emisaria:

— ¿Pero está usted cierta de que la señora le mandó avisar al Cura...?

— ¡Sí, Padre, sí...! Con su propia boca me lo dijo... Con ésta, que se ha de comer la tierra lo of yo en la puerta misma de la alcoba.

Y acompañando la acción a la palabra, se tiraba desapiadadamente de una oreja de elasticidad inconcebible, semejante al sucio pergamino de un antiguo palimpsesto.

Dejé entonces de titubear y me dispuse a seguir a la caduca Ariadna que había de guiarme en aquel laberinto. Díjele que caminase delante, por no atravesar las calles en tan grotesca compañía, y ella echó a correr, mirando a todas partes, como aquel fantástico personaje de Hoffman que había perdido su sombra, volviendo a cada instante el rostro para ver si yo la seguía, tropezando con todas las esquinas, metiéndose en todos los charcos, pisando a todos los perros...

Luis COLOMA, S. J.

(Se continuará.)

SANTA MARÍA DE RIPOLL

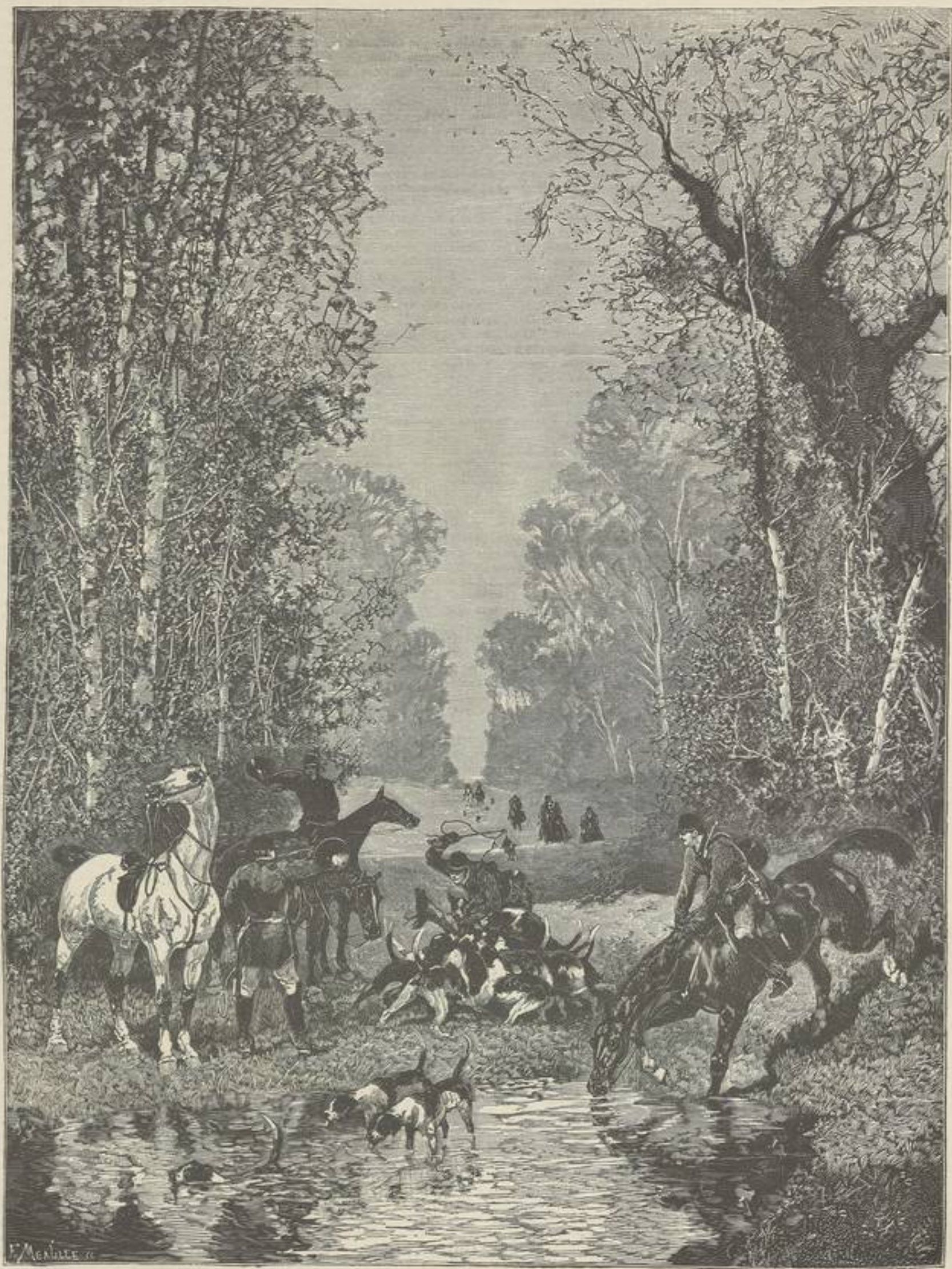
A LOS REDACTORES DEL «DIARIO DE BARCELONA»

Mis queridos amigos: Para mí, desde que la vi por primera vez, Santa María de Ripoll fué el símbolo de la patria catalana. Hace algunos años, perdida la esperanza de su restauración, desvanecidas las ilusiones que alimenté por mucho tiempo, hice desde Torelló un viaje expreso para despedirme de aquellas interesantes ruinas. De incógnito, sin pedir permiso a nadie, penetré en el derruido templo, recorrí lo que se podía recorrer sin peligro; y, fatigado, triste, presa de invencible desaliento, me senté en el claustro sobre un capitel, junto a la tumba de Tallaferró. Aquellos viejos paredones que, perdido el aplomo, amenazaban derrumbarse; aquellas claves de bóveda que asomaban por entre los escombros, aquellos capiteles esparcidos al acaso, aquellos fustes rotos en informes fragmentos, presentaban a mi acalorada fantasía la imagen de Cataluña, muerta é insepulta, pues que ni a este último deber acudía la piedad de sus descastados hijos. ¿Por qué la dejan expuesta a todas las profanaciones, a las injurias del tiempo y de la rapacidad de los hombres? ¿Por qué, ya que su desvío no la considerara merecedora de marmórea losa que relate su gloriosa existencia, no la sepulta bajo tierra, poniendo sobre el tímulo una cruz con esta sencilla inscripción: *Finis Catalauniae*?

Venia a interrumpir mis melancólicas cavilaciones la chillona voz de la realidad, y me decía: «No, Cataluña no ha muerto; Cataluña renace; los poetas cantan sus glorias en su lengua nativa, y en su lengua nativa el teatro refleja sus costumbres. Verdad es que van desapareciendo su traje y sus bailes nacionales, pero en cambio en papeles públicos y canciones populares se habla más que nunca de la *barretina*.» «Puro artificio — decía yo para mis adentros, — Cataluña está aquí: aquí nació, aquí creció y aquí ha muerto. Una Cataluña separada de esta Cataluña; una Cataluña que a esta Cataluña olvido, no es la verdadera Cataluña.»

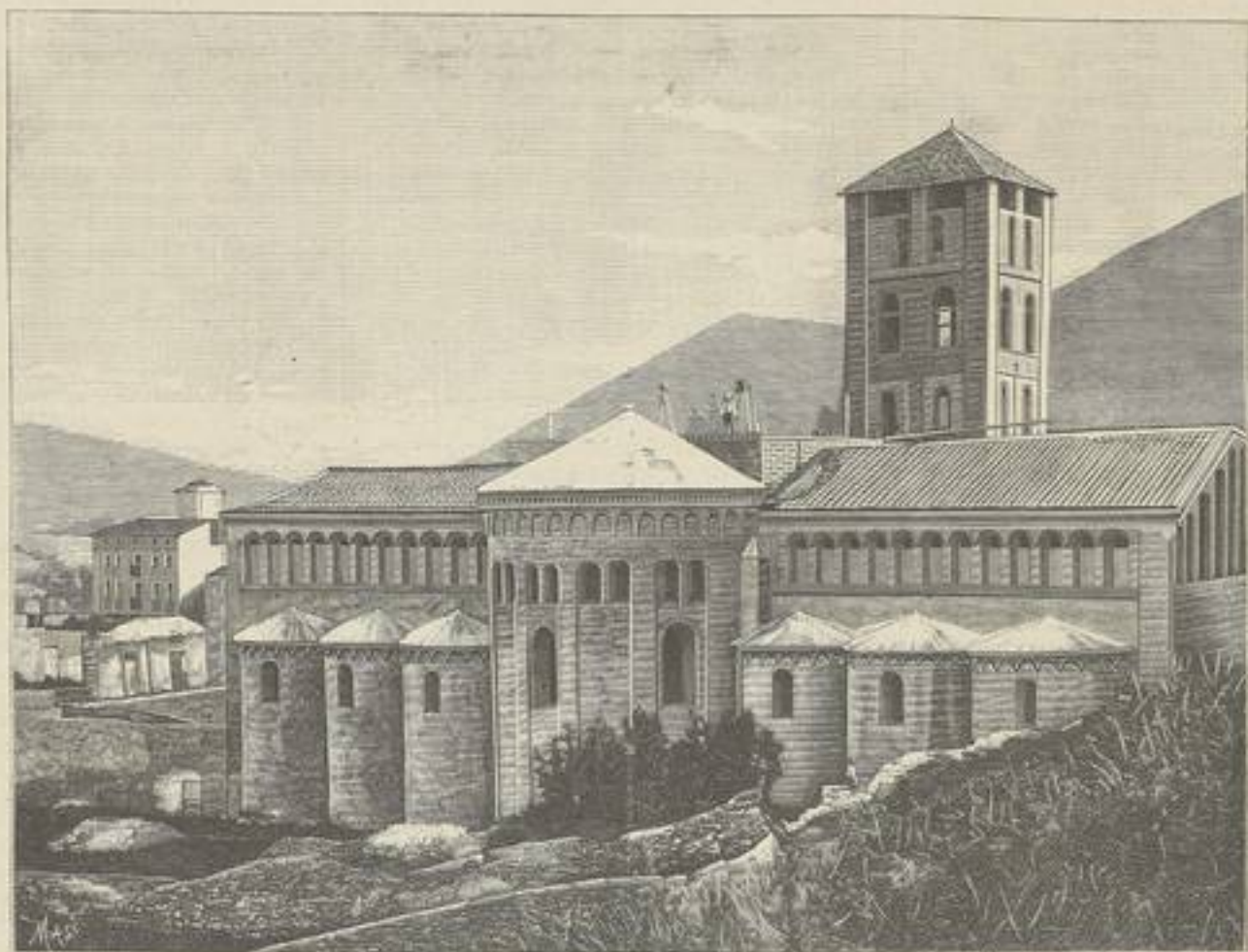
«El charlatan Barnum enseñaba en los Estados Unidos el esqueleto de Shakespeare, y habiéndole observado uno de los visitantes de su museo que el esqueleto del gran dramaturgo existía en Inglaterra, contestó con el mayor desenfado: «Aquél es el esqueleto de Shakespeare viejo, y éste es el esqueleto de cuando era joven.» — Los más hábiles, los más elocuentes Barnums, no lograrán que ni los individuos ni los pueblos tengan dos esqueletos. La vida de los pueblos como la de los individuos no tiene, no puede tener solución de continuidad. El que corte el hilo de la historia de la Cataluña que empezó en Ripoll matará a Cataluña. Será posible encontrar un «mémemo» que imitando al célebre pastelero de Madrigal, logre engañar algún iluso. Se parecerá a Cataluña, llevará su nombre, hablará su lengua más ó menos corrompida, pero no será Cataluña. La nacionalidad, como la individualidad, nace del alma y no del cuerpo. Si rompemos moralmente con nuestro pasado, podremos constituir algo que exteriormente se parezca a Cataluña; pero el nuevo ser no pensará, ni sentirá, ni creará como la Cataluña que ha sido nuestro ideal. Todos nuestros esfuerzos no habrán servido sino para llegar a producir una imitación, es decir, una falsificación.

Aquí, a pocos pasos, hallo yo los restos del que fué la verdadera personificación de la verdadera Cataluña. Ahí yace el tan renombrado Bernat Tallaferró, cuya espada rompía como cristal el más fuerte escudo y hendía la armadura mejor templada. Muerto ahogado en el Rodano, trajérole a enterrar, según su expresa voluntad, al amparo de este Santo Templo, a la sombra de este claustro de peregrina belleza arquitectónica. El hercúleo Tallaferró tenía un alma si cabe más enérgica que su potente brazo; pero domeñadas sus pasiones por el suave inflajo de la religión, el que fuera un jefe de bandidos, un devastador, un azote de la humanidad,

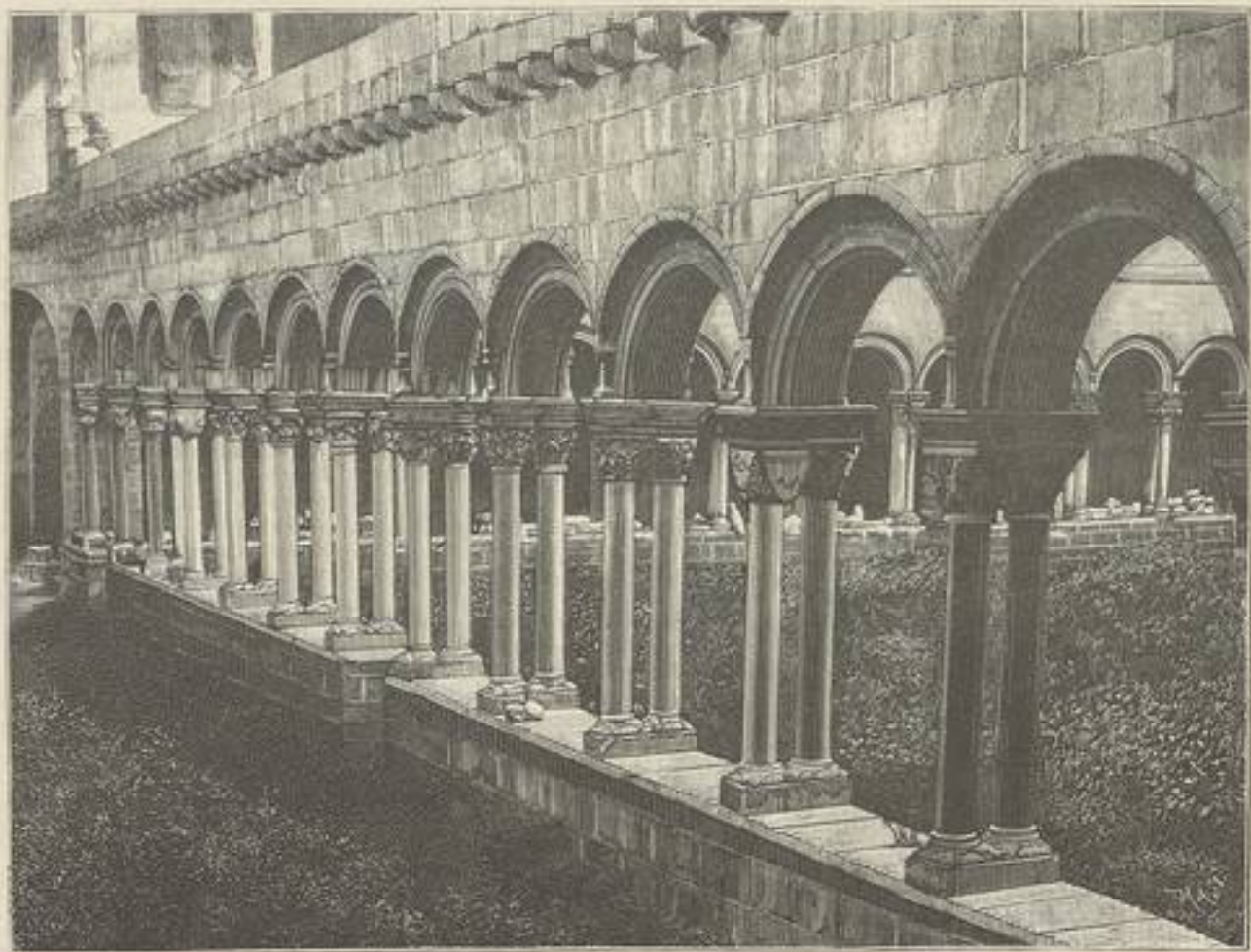


ESCENAS DE CAZA.

NUESTRA SEÑORA DE RIPOLL.



ESTADO ACTUAL DE LA RESTAURACIÓN DEL ÁRSIDE.



EL CLAUSTRO.

fué un protector del débil contra el fuerte, un gran patriota, un magnate bondadoso y magnánimo. En cada catalán de pura raza hay un Tallaferró; quitadle el freno de la religión, y lo convertiréis en un sér temible para sus semejantes; mantenedlo sumiso al Evangelio, y será el más poderoso elemento de civilización y progreso."

Preocupado en estas ideas, que echaron hondos raíces en mi alma, abandoné silencioso las ruinas de Santa María, sin penetrar en la población, sin ánimo de ir á estrechar la mano á los amigos que en otro tiempo compartieron mis ilusiones y mis esperanzas.

Otra ha sido, y muy distinta, la impresión que hoy me llevo de la visita que acabo de hacer á la que ya casi podemos llamar iglesia de Santa María de Ripoll. Esta vez me he dirigido al famoso templo, no por la espalda y furtivamente, sino por la puerta principal; no apesadumbrado como quien hace una visita de luto, sino alegre y esperanzado el corazón como quien va diligente en busca de prometidas gratas sensaciones. Al atravesar el umbral, la palabra ¡milagro! asomó á mis labios. A mi asombrada vista aparecía como surgido del suelo un edificio entero, casi acabado, cuyas naves laterales alumbraba la luz cenital que penetra por la parte superior de la no concluida bóveda de la nave central. ¡Qué majestad, qué sencillez y qué elegancia en lo que va construido, y sobre todo, ¡qué carácter! Causa una sensación indefinible presenciar la construcción de un edificio que, al concluirse, es decir, dentro de algunos meses, acusará en su fisonomía mil años de existencia.

He dicho ¡milagro! y se me hace violento retirar la palabra; porque milagro parece que se haya adelantado tanto en tan poco tiempo, que se haya construido obra tan difícil con tan fabulosa economía y con tan singular acierto, así de parte de los que la dirigen como de parte de los que la ejecutan.

No será milagro, pero indudablemente es providencial que se tengan reunidos tantos y tan apropiados elementos para llevar á cabo una empresa que tentativas anteriores la hacían calificar de irrealizable. Para este prodigio se necesitaban un Prelado tan emprendedor, tan enérgico, tan perseverante, tan relacionado y de fe tan viva como el Obispo de Vich; un arquitecto como Rogent, que, habiendo hecho del estudio del arte monumental cristiano en las dos vertientes de los Pirineos una especialidad, haya llegado á penetrar sus más recónditos secretos y á deslindar perfectamente sus épocas, lo que le permite librar á la restauración de anacronismos e impurezas; un colaborador como Artigas, en quien el amor al arte multiplica las fuerzas de su privilegiada inteligencia; un sobrestante como Serra, que domina la ejecución de la obra como si fuera coetáneo de los que construyeron el derruido templo. Y todos estos elementos de ejecución necesarios, imprescindibles, Dios los ha reunido en una sola época en un solo día, en un solo punto, para llevar á cabo la obra providencial de la deseada restauración del monumento más importante de la historia patria.

Desde que Wifredo plantó allí triunfante el pendón de las barras ensangrentadas, Ripoll fué el *metasudans* de las religiones catalanas, que partían á reconquistar su patria, expulsando de ella á los enemigos de su fe. Hasta 1813, á la sombra del famoso cenobio se fabricaron las armas que Cataluña esgrimió para defender su independencia, y armados los brazos, en el templo se inflamaban los corazones al sagrado fuego de la fe religiosa y del patriotismo, que los hacía invencibles. De allí hemos partido y allí hemos de volver para templar nuestras almas, á fin de que seamos lo que fuimos.

En buen hora que los soberanos de España tengan decoroso sepelio en el Escorial; pero fuera mengua y vergüenza para nosotros que los de Aragón no lo tuvieran en Poblet y los de Cataluña en Santa María de Ripoll.

Como católicos, como catalanes y como españoles no concebimos mayor gloria que la que alcanzará el ilustre Prelado de Vich llevando á cabo la restauración de aquel famoso templo, tan interesante también desde el punto de vista arqueológico; y ya que nos brinda participación en aquella gloria, acudamos todos á llevar nuestra piedra, por insignificante que sea, á aquella obra memorable, recuerdo perenne de nuestro histórico valer, y asilo generoso donde acudirán á retemplarse los corazones que sientan desfallecer la esperanza en la regeneración de la patria.

Se repite de ustedes su afmo. amigo,

J. MAÑÉ Y FLAQUER.

Ripoll, 27 de Septiembre.

LA LÁMPARA DE LA TORRE

FÁBULA.

Pueblo fué del condado de Bigorre (O Bigorra, es igual) uno en que había Ruinoso templo con fornida torre, Que dos leguas en torno se veía. Una lámpara ardía Toda la noche en ella Delante de una bella Imagen de María; Y en su seno sin mancha, recogido El Niño Dios en el portal nacido. Siempre que un aldeano De los de allí, la torre descubría, Reverente á la Virgen saludaba Y al fruto de su vientre bendecía. Para un país lejano Sale del pueblo aquel, el joven Pío; Y al ver la torre por la vez postrera, Levantando en el aire la montera, Con lágrimas de fe grita devoto: — ¡Niño de omnipotente poderío! ¡Madre del desterrado! Regid mis plantas: en los dos confío. Váse á país remoto, Vuelvo de años cargado (Cincuenta por lo menos han pasado). La noche le sorprende en el camino, La luz al cabo de la torre brilla, Y Pío descabalgó y se arrodilla, Y del favor divino Reconoce el poder. ¡Harto bien puso Joven la confianza! Hijo y Madre cumplieron su esperanza. Con aquel espectáculo, confuso El guía del viajero, le pregunta Por qué se apea y llora Y se descubre, se arrodilla y ora. — Es porque allí despunta La luz del campanario Que á su patrona enciende el pueblo mío: La Virgen de Noél, nuestra Señora. — Mudó ya de parroquia el vecindario; La tiene junto al río: La vieja se cayó, la torre queda; Y la Virgen (pues esto De santo en calle con razón se veda) Logra en la parroquia más digno puesto. La luz que asoma allí (por de contado Mayor que la que hubo) Es de un reloj, al que ilumina un tubo Del nuevo gas de pringue de pescado; Y (como usted repara) La torre del lugar se ve más clara. El buen anciano aquí, dos veces pío, Con expresión de lástima y desvío Replicó meneando la cabeza: — Se ve más claro, sí; mas no se reza. La imagen del que vive y nunca pasa Quitáis de las alturas, Y ¡máquina ponéis que el tiempo tasa Dado á las criaturas! Para cebar la luz que miro enfrente Den tierra y mar despojos; Pero dejad la de Belén patente Y alimbrenos el alma por los ojos. —

J. E. HARTZENBUSCH.

UN VIAJE DE LA VIRGEN

CUENTO

Á MIS NIETOS



La Madre de Dios quiso hacer un viaje á la tierra con el propósito de remediar algunos males y premiar algunas virtudes, y Dios le dió potestad para todo, y mandó á los ángeles á que preparasen el camino sin advertir á los hombres.

Entonces la Virgen llamó siete doncellas de las que están sentadas al pie de su trono, las cuales visten de blanco y llevan coronas de violetas, y en el pecho prendidos unos ramos de las mismas flores; y María les dió siete palmas cortadas de la palmera de las victorias que crece en los jardines del cielo, y se despidió de Dios.

Y sentadas en una nube de oro bajaron al mundo, y los ángeles habían plantado un vallecito y allí se paró la nube y la Virgen se puso á andar y visitó los floridos verjeles; vió cómo las nubes se miraban en las dulces corrientes, contempló las hebras de cris-

tal que de la montaña bajaban culebreando á formar los ríos, y tendiendo su manto azul sobre las aguas cruzó las corrientes sin que se hundiese tan bella embarcación, y los pececitos se asomaron á flor de agua para mirarla; y al cruzar el llano bendijo los maizales y los trigos y brotaron las espigas.

Y la Virgen siguió andando...

Halló granados y manzanos y muchos árboles hermosos que dieron fruto al instante.

Y la Virgen siguió andando...

Halló huertas frondosas y grandes fresares y mucha grosella; halló extensos naranjales cubiertos á un mismo tiempo de naranja y de azahar.

Halló cañares que se mecían saludándola, y que al herir el viento sus hojas lisas como cintas y picudas como lenguas, parecía que hablaban diciendo: «Dios te salve, María.»

Y la Virgen siguió andando...

Y llegaron á un lago verde como la esmeralda, rodeado de sauces que bañaban sus ramas en él, y dentro del agua crecían libres las espadañas, las cañas, la reina Victoria, y todas sacaron sus flores al ver á María; pero pasaba un mancebo dentro de una barca pintada de todos colores sentado en un cojín, gobernando el timón, y la Virgen le dijo:

— Joven, cambia tu derrotero, porque al llegar al centro el agua forma un remolino que tragará tu barca.

— Excusa lecciones, que sé muy bien mi camino.

Y la Virgen lloró, y una de las doncellas que la acompañaban recogió sus lágrimas en un lienzo tan fino como las espumas del mar, y la Virgen le dijo: — Humildad, sálvalo.

Y la doncella cruzó el lago como cruza la nube rasante á las aguas, y cuando se acercó á la barca el mancebo giró el timón y se salvó.

Y la Virgen siguió andando...

Caminaba bajo una bóveda formada por florido jazminero entrelazado de árbol en árbol, y halló una mujer que escarbaba la tierra para ocultar un saquillo lleno de oro. Estaba pobremente vestida, flaca y pálida, y sus ojos eran pequeños y brillantes; nunca sonreía y siempre estaba inquieta: la Virgen se acercó, y le dijo:

— ¿Por qué ocultas tu oro?

— Para no gastarlo y que no me lo roben; pero tú me has descubierto: y muy luego lo volvió á sacar, huyendo para ocultarlo nuevamente.

La Virgen lloró, y otra de las siete doncellas enjugó su llanto con su rubia cabellera, y la Virgen le dijo:

— Largueza, acompáñala para que no se vuelva loca.

Y la Virgen siguió andando...

Acercóse María al monte, cubierto de romeros, tomillos y florido brezo, y vió grutas que parecían filigrana de caramelo, vió peñascos salientes cubiertos de rosales y espinos que formaban á modo de tronos y doseles, y andando andando, bordeó un abismo que se abría al fin del monte; y alzando los ojos advirtió que una joven toda vestida de rosa corría llorando y riendo porque hula de un hombre rojo, y estaban próximos á caer en el abismo.

Y la Virgen lloró su muerte, y la tercera de sus doncellas recogió sus lágrimas en el hueco de su mano, y la Virgen le dijo:

— Castidad, apartalos del mal camino.

Y la doncella se elevó dulcemente y se acercó á ellos, y al punto comenzaron á moderar su carrera y hallaron una senda por donde bajaron al llano asidos de las manos la niña de color de rosa y el hombre rojo.

Y la Virgen siguió andando...

Y en un recodo del camino halló dos hermanos querellándose por cuál de los dos había matado una pobre tortolita, y los dos echaban espumarajos por la boca y los ojos les saltaban de la cara y los colores brotaban de sus mejillas, pasando de rojo al verde instantáneamente; y la Virgen lloró, y otra de sus doncellas recogió sus lágrimas en el ramo de violetas que llevaba en su pecho, y le dijo la Virgen:

— Paciencia, calmalos.

Y la doncella agitó las flores á entrambos jóvenes, y al punto se calmaron y siguieron la cacería como buenos hermanos.

Y la Virgen siguió andando...

Y halló un palacio y no quiso entrar porque había mucho ruido de platos y cristales. Era un festín, y se oían muchas voces y salían perfumes de licor y vahos de comidas. Aquel era un día santo que los hombres celebraban comiendo más que de ordinario, y se olvidaron de las obras buenas.

Y la Virgen lloró, y otra doncella recogió su llanto en puro vaso de cristal, y le dijo María:

— Templanza, modéralos.

La doncella entró en el festín, serenáronse y arrepintieron de sus excesos.

Y la Virgen siguió andando...

Y halló una pastora muy bella apacentando sus ganados, y estaba triste y pálida; sentada en un peñasco se miraba en el remanso que formaba el agua de una fuente, y decía: Antonia es más bella que yo y sus vestidos son más nuevos, y sus corderos son más blancos, y todos la miran con cariño y de mí se mofan, y cuando yo cuento sus defectos me miran con recelo. Y volvía a mirarse en aquel espejo tan lindo, y volvían sus pesares a llenarla de tristeza, y sin embargo, ella también era bella; también lucía vistoso traje; también tenía corderitos blancos y también la miraban con cariño los de la aldea, porque aun era más desgraciada que mala.

La Virgen lloró al verla tan triste y apenada, y otra de sus doncellas recogió aquellas lágrimas en su corazón, que se encendió en inextinguible fuego, y la Madre de Dios le dijo:

— Caridad, mi hija predilecta, alivia a los enfermos.

Y la Virgen siguió andando...

Y llegó a una era y estaba tendida la mies, la yunta parada, el labrador dormido: la Virgen se compadeció, porque corrían las horas veloces y aquel hombre no terminaba su trabajo, y llamó a la última doncella, y la dijo:

— ¡Oh! Tú, Diligencia, anima su espíritu, ahuyenta a la que es madre de todos los vicios, y gobierna su hacienda.

Y la Virgen lloró también al despedirse de su última compañera, y aquellas lágrimas adornaron la frente de la joven como una diadema de perlas.

Y la Virgen siguió andando...

Y al terminar el valle entró en una llanura y cruzó los bosques de palmeras y los arenales, y se angostó el camino, y todo era aridez, y halló malezas; y en medio de tanto desconsuelo halla una senda muy bien cuidada, cubierta de musgo y de unas flores que parecen estrellitas y se llaman *buenas obras*; al terminar la senda se distinguía una casita muy blanca y muy chiquita recostada en la pendiente de un monte muy grande, muy grande, y tras del monte se oía el mar; al lado de la vivienda había un huertecito lleno de frutos, y en él un pocito y un banco sombreado por un hermoso nogal.

La Virgen sonrió llena de felicidad al divisar todo aquello y anduvo por la senda hasta llegar al huerto, y entró en él porque estaba abierto para todos a reposar en el banco, y mandó un ángel para que llamase a los dueños de aquello, y al punto llegó un hombre y salieron de la casa una mujer y un niño. El hombre, con sus aperos de labranza, volvía de trabajar la viña de un ancianito; la mujer terminaba las labores de la casa; el niño, después del estudio, corría a jugar al huerto y halló sentada en el banco una pobrecita y le dijo:

— Pobre ancianita, pareces fatigada, no temas; madre y yo te cuidaremos. Llamó a su madre, y ésta al ver a la pobre le dijo:

— Bien venida la que llega en el nombre de Dios: te curaremos si estás enferma; te daremos agua si tienes sed; pan si tienes hambre; vestido si estás desnuda; lecho en que descanses, paz que repose tu ánimo.

Quédate con nosotros.

Y la Virgen dijo:

— Si tenéis escasamente para vosotros, ¿qué me vais a dar?

— De lo poco partiremos y aun nos sobrará: lo que amo en el mundo más es mi hijo; te daré su lecho y su pan, él comerá fruta, dormirá en ese banco, y la Virgen le cuidará. Si sufrimos, sufrirá con nosotros; si somos felices, lo serás con nosotros también.

Y la Virgen dijo:

— Tomaré de tu pan, beberé de tu agua, vestiré tu ropa, pero no separaré al hijo de su madre: ¿Vé aquella gruta que no muy lejos se oculta en el monte, pues ese ha de ser mi albergue.

Y la Virgen recibió de manos de aquellos justos pan, agua y ropas, y se dirigió a la gruta con mucha pena de la madre y del hijo, que la querían en su casa.

Y se ocultó el sol, y llegó la noche y las estrellas se asomaron al cielo más alegres que nunca, y los grillos y el cuculillo cantaron más que de ordinario, y los buenos labradores no podían dormir, y el niño se levantó y llamó a su madre y le dijo: — ¡Dí a padre que he tenido un sueño muy hermoso, y que se levante y vamos los tres a la gruta, porque he soñado que la pobre que allí duerme es la Santísima Virgen.

Y se levantaron presurosos los buenos cristianos: al entrar con el niño en la gruta, quedaron llenos de temor de Dios y se postraron de hinojos.

Era aquella gruta como obra de artistas celestiales; estaba iluminada por una estrella que pendía a modo de lámpara; el techo era un artesonado de

piedra formado por las filtraciones, y las gotas que sin cesar caían por aquellos picos desiguales y caprichosos semejaban como millares de brillantes; de uno y otro lado colgaban ricos cortinajes de helechos y plantas trepadoras. En un rincón brotaba una fuente, y sus aguas se reunían en un lago pequeño y transparente. En los huecos de las paredes, a la entrada de la gruta, anidaban palomas y golondrinas, que asomaban sus cabecitas mirando primero con un ojo y después la volvían para mirar con el otro, y arrullaban a coro a la Señora que se les había entrado por la puerta. Aquella excelsa Princesa que reposaba en un altar de roca vestido de verdura era la imagen de la Virgen: tenía en brazos a Jesús, que sostenía en su mano un canastillo lleno de frutos, que dan todo alivio, todo consuelo.

Y era que la Virgen se quedó a vivir con los honrados y caritativos labradores, y desde entonces todo el que cruza el valle de los pecados implorando las siete virtudes y sigue la senda de las buenas obras, y se asienta en el banco de la Caridad y bebe las aguas de la Fe y ora en la gruta de la Esperanza, recoge los frutos del viaje de la Virgen.

MARÍA DE LA PEÑA.

DOCUMENTO PONTIFICIO

ALOCUCIÓN DE SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIII PRONUNCIADA EN EL CONSISTORIO DEL 25 DE NOVIEMBRE DE 1887.

Venerables hermanos:

Al aproximarse el día del quincuagésimo aniversario de Nuestra ordenación sacerdotal, debemos dar, y damos en efecto, gracias rendidas al Dios inmortal, que en su bondad ha querido conservarnos la vida y la salud hasta hoy; pero al mismo tiempo no podemos impedir a Nuestra alma que abrace con el pensamiento, llena de placer y satisfacción, a todo el mundo cristiano que se regocija extraordinariamente con motivo de este acontecimiento. Nos no podemos, en efecto, ocultar lo que está a la vista de todos, y que más bien cede en honor de los demás que en alabanza nuestra; bien veis, venerables hermanos, esta espléndida manifestación del regocijo público, este admirable concurso de voluntades, estos variados y distinguidos testimonios de piedad filial.

Todas las clases sociales, en todos los pueblos de la tierra, particularmente colectivamente, se esfuerzan con emulación en rendirnos toda suerte de homenajes; diputaciones, cartas, peregrinaciones venidas espontáneamente aún de los más alejados países, regalos numerosos, en los que ha de admirarse, más que la materia y el arte, el celo de la intención. En todo esto resplandecen maravillosamente la bondad y el poder de Dios, que en las grandes pruebas de la Iglesia sostiene y aumenta sus fuerzas; concede inefables consuelos a los que pelean por su nombre; que en los designios de su Providencia saca del fondo mismo del mal una amplísima cosecha de bien.

Y en esto resplandece también la gloria de la Iglesia, que muestra el carácter divino de su origen y de su vida, y el espíritu divino que la gobierna y la hace vivir y que une con un solo y mismo lazo los corazones de los fieles entre sí, y al Supremo Pastor de la Iglesia. Los sentimientos de júbilo que experimentamos a vista de tales cosas, Nos los manifestamos en vuestra presencia, venerables hermanos, para gloria de Dios y de su Iglesia; y públicamente atestiguamos que Nuestro corazón está conmovido por tantas muestras de afecto como Nos otorga el pueblo cristiano, y que su recuerdo jamás se borrará de nuestra memoria.

Mas; cuán diferentes son las disposiciones de los enemigos de la Iglesia en esta nación católica, que es Nuestra patria! Pues animados, no del celo de la paz, sino de un ardor cada vez más furioso, en la guerra que tienen declarada a la Iglesia, destruyendo hasta el nombre del derecho con tantas injusticias, y no vacilando en excitar con sus ultrajes la cólera del pueblo hacia esta Sede Apostólica, Nos ha causado recientemente, así como a todos los católicos, un nuevo y cruelísimo dolor.

Esa sanción dada por el poder civil a la ley, en virtud de la cual son dispensados los ciudadanos de Italia, por personas que no tienen autoridad alguna para ello, de la obligación impuesta por la ley eclesiástica de pagar los diezmos, ¿no constituye acaso una violación del derecho que ha sido dado a la Iglesia para poder adquirir, poseer y administrar libremente los bienes temporales? ¿No es también reducir al clero cada vez más a la indigencia y a la pobreza material, arrebatarle los medios de subve-

nir a las necesidades del culto divino, de remediar la miseria de los pobres y de sostener el honor y la dignidad del ministerio sagrado?

Y no paran en esto los motivos de nuestra aflicción. Hay en efecto, un peligro, y un peligro gravísimo para la Iglesia, en esa ley que se dice a punto de ser promulgada, y que tiende a destruir el orden de la Iglesia, divinamente establecido. Nos referimos a ese nuevo reglamento del patrimonio eclesiástico en virtud de leyes del poder civil, que tienden quitando toda fuerza a las leyes canónicas relativas a los bienes de la Iglesia y todo derecho a la Iglesia sobre estos bienes, a transferir al poder civil la autoridad sobre estos bienes, y el derecho también, y a confiar la administración y la intendencia de los mismos a laicos elegidos por el pueblo, que fuera de la autoridad de la Iglesia estarán sometidos únicamente a los funcionarios del Estado, y no dependerán sino de la jurisdicción civil. Bien veis, venerables hermanos, cuán profunda sería la herida causada a la Iglesia por la nueva ley, si llegara a ser promulgada; pues que, no sólo turbaría la disciplina, sino que lesionaría el poder y la libertad de la Iglesia; de modo que mientras por un lado se dan manifestamente armas a los laicos para oprimir a la Iglesia, por otro la Iglesia, en su propio ministerio, en el régimen del Culto Divino, en el ejercicio mismo de las funciones de la institución católica, estaría sometida a los antojos de una potestad extraña.

Aun hay para Nos otro motivo de preocupación; es el temor que nos inspira la juventud ante los esfuerzos de gran número de gentes que no cejan en su empeño de sustraer las escuelas públicas de la autoridad de la Iglesia, aun en la enseñanza de la Religión; empeño que, como ven los católicos, se aparta grandemente de lo justo y lleva consigo una inmensidad de males, tanto públicos como privados.

En presencia de tales peligros, Nos experimentamos suma tristeza al contemplar esta nación católica y al considerar cuántos males acarrea a los pueblos el desprecio a la Religión.

Estos sentimientos Nos los expresamos hoy y en este lugar, para vosotros, venerables hermanos, y para todo el mundo católico, rogando a Dios que mejore los negocios públicos de Italia y que haga que las intenciones y los actos de todos sean dirigidos hacia el verdadero bien y honor de la patria. Por lo demás, venerables hermanos, en su poder y en su bondad ponemos toda nuestra confianza, pues Dios ve desde lo alto de la montaña santa las desventuras de su pueblo; y aunque tarde a veces en desplegar la potencia de su brazo, no permite sin embargo, en sus altísimos designios, que falte a su Iglesia el oportuno socorro.

Y ahora, en cumplimiento de Nuestra función apostólica, vamos a proponer nuevos Pastores para diferentes Iglesias del mundo católico. — (*Signen las provisiones de iglesias.*)

EL ARTE RELIGIOSO

(Conclusión.)

D. FRANCISCO VIDAL Y CASTRO, natural de Santiago de Galicia y discípulo en Madrid de la Escuela superior dependiente de la Academia de San Fernando, en la que obtuvo diferentes premios de fin de curso. Presentó en la Exposición Nacional de 1862 una estatua del *P. Juan de Mariana*.

D. MANUEL VILAR Y ROCA, notable escultor catalán. Nació en Barcelona en 15 de Noviembre de 1812, y fué hijo de un carpintero y ebanista que deseando que recibiese una educación esmerada, le matriculó en las clases de la Junta de Comercio de aquella población, en que alcanzó el joven Vilar repetidos premios. Después fué discípulo del profesor Campeny. Llegado el año 1833, hizo oposición a una plaza de pensionado en Roma, ejecutando en los ejercicios *El Juicio de Daniel en Babilonia*: premiado Vilar, se trasladó a Italia en Abril de 1834, poniéndose en un principio bajo la dirección de Don Antonio Solà. En 1841 fué nombrado teniente-director de la Escuela de Barcelona con opción a la vacante que dejase Campeny; y aceptando el derecho, renunció el citado destino para proseguir en Roma. En 1844 el Encargado de Negocios de Méjico en Roma buscó artistas que pudieran ponerse al frente de la Academia de San Carlos, y se fijó en Vilar; su elección, combatida por intrigas de otros artistas, fué sancionada en virtud de oposición, y Vilar, después de visitar a París, llegó a Méjico en 14 de Enero de 1846. Murió en aquella población en 25 de Noviembre de 1860, y cuatro años más tarde se le erigió un monumento en la iglesia del

hospital de Jesús Nazareno de la misma, donde se conservan sus restos mortales. Son obra de este artista: *Un Crucifijo con la Virgen al pie*; *Una Concepción*; *San Joaquín y Santa Ana*; *San Carlos acogiendo a un joven bajo su amparo* (alegoría), y un *Divino Pastor*, que fué su última obra. Hablando de ella escribía el pintor Clavé: «Parece que un presentimiento solemne le hizo dedicar su última creación, el último de sus trabajos, al Ser Supremo, que en breve había de abrir los brazos para acoger en su seno un alma privilegiada, hermosa y noble, llena de virtudes, que desprendida de los vínculos del cuerpo por una corta y cruel enfermedad, había de arrebatarse al afectuoso cariño de sus amigos y de sus numerosos discípulos.»

D. JOSÉ VILCHES, natural de Málaga. Muy joven aún se dió a conocer en Andalucía por la originalidad de sus trabajos, siendo la primera obra de su mano de alguna importancia 13 medallones colosales representando a *Jesucristo y los doce Apóstoles*. Estudió en Roma, fijando su residencia en aquella población, y la Academia de San Fernando, que le había nombrado Académico supernumerario en 16 de Agosto de 1840, le nombró Director de los pensionados en la capital del orbe católico. Son de su mano: *Una Magdalena* y la estatua del *Cardenal Cisneros*, que figura en el Museo nacional. El señor Vilches, tuvo la altísima honra de que Su Santidad Pío IX se dignara visitar su estudio en 1863.

D. DOMINGO VILLAR GONZÁLEZ. De su mano figuró un *Crucifijo* de madera en la Exposición de Santiago de 1875.

D. ANTONIO YERRO, escultor valenciano. Es obra de este artista la restauración del altar mayor de la ex-colegiata de Gandía. También se debe a su mano *Un Salvador*. Ha obtenido numerosos premios.

III

El arte del grabado ha sufrido, en el período que nuestro estudio abarca, una completa transformación. Desde el grabado a buril hasta los procedimientos mecánicos, hoy tan en boga, pasando por la litografía y el grabado en madera, que tan gran servicio ha prestado a la tipografía, media enorme distancia. Y, sin embargo, todos los géneros, todos los procedimientos de grabar, merecen altísima consideración y ser incluidos desde luego en el estudio que al *Arte religioso* moderno consagramos.

En los fines del siglo XVIII y primeros años del actual, contrastando con la decadencia del arte pictórico, aparecen grabadores de tanta importancia como Ametller, Salvador Carmona, Selma, López Enguñados y Esteve.

AMETLLER, uno de los primeros discípulos, y director después, de la Real Academia de San Fernando, ofrece en la brillante serie de sus obras las reproducciones del *San Gregorio el Magno*, de Rivera; la *Santa Rosa*, de Murillo; la *Virgen con su Hijo en brazos*, del mismo; *El dulce sueño de Jesús*, *El Niño Dios*, *San Juan Bautista*, *El Corazón de Jesús* y tantas otras. Su trabajo llegó a ser tan apreciado, que una de sus láminas adquirida por la Real Calcografía obtuvo el precio de 90.000 reales.

D. MANUEL SALVADOR CARMONA es acaso la figura más interesante en el arte del grabado. Retratos, orlas, billetes de Banco, la Historia sagrada y la profana, la ilustración de numerosas obras de viajes, antigüedades, todo lo abarcó el que, hijo de modestísima familia de Nava del Rey, llegó a los puestos más preeminentes del arte. Sus láminas de devoción son: *La Resurrección del Señor*, de Wauloo; *La Virgen con el Niño*, de Van-Dyk; *Nacimiento del Señor*; *La adoración de los pastores*; *San Juan Bautista y la Magdalena*, por Mengs; *Jesucristo en la Cruz*, por Velázquez; una *Sacra Familia*, de Mengs; un *Nacimiento*, del mismo autor; *La Concepción y El San José*, de Murillo; *Santa Catalina con el rey moro su padre*, de Maet; *San Antonio de Padua*; *El Cristo de la Paz*; *San Francisco de Asís*, por dibujo de Castillo; *San Pedro de Alcántara*, de Gutiérrez; *San Bruno*, copia de la estatua de Pereyra; *La Magdalena*, de Edelinko; *La Magdalena junto al sepulcro del Señor*, de Guercino; *Santa Rita*; *San Antonio de Padua*; *Nuestra Señora de la Consolación*; *San Isidro*; *La Virgen en su viaje a Egipto*. Los últimos años de la vida de Carmona fueron muy tristes por el precario estado del país y haber perdido hasta la exigua pensión de 300 ducados que desde 1790 le tenía asignada la Imprenta Real con la obligación de hacer los retratos y portadas de la *Guía de Forasteros*.

El valenciano D. FERNANDO SELMA, sin lograr la altura de Carmona, es igualmente digno de consideración. Sus obras religiosas más conocidas son: *La Sacra Familia*, conocida por *La Perla*; *La Virgen del Pez*; el *San Ildefonso*, de Murillo; *El Pasmo de Sicilia*, de Rafael; *El Nacimiento del Hijo de*

Dios, de Bayeu; *Una Dolorosa*; *La Adoración de los pastores*; *La cabeza de San Pablo*; *El Santísimo Cristo de la Salud de la Habana*; *Nuestra Señora de los Siete Dolores*, según Mengs; *La Virgen de las Angustias*; *Jesús Salvador del mundo*, y *San Pablo Apóstol*.

D. TOMÁS LÓPEZ ENGUÑADOS, también valenciano, brilló más en el género histórico y de retratos, pero bastan para asignarle lugar preferente en nuestra reseña las láminas que abrió para la *Biblia* de D. Manuel Ribera.

Cierra la marcha en el período del grabado artístico más brillante el valenciano D. RAFAEL ESTEVE, a quien se debe *Una Dolorosa*, por dibujo de Don Vicente López; *Nuestra Señora del Rosario*, de Carlos Marat; *Nuestra Señora de la Contemplación*, según Guido Reni, y principalmente la admirable plancha del cuadro de Murillo, conocido vulgarmente por el nombre de *Las aguas de Moisés*, y que constituye por sí sola glorioso timbre del arte español y ejecutoria que coloca al artista valenciano en primera línea entre los más famosos.

Grabadores en acero y también de la buena escuela pudieran citarse en esta reseña muchísimos, entre los que mencionaremos únicamente los nombres de Alabern, Alcaide, Alegre, Alós, Asensio, Ballester y Blas, Blasco, Carnicero, Carrafa, Esquivel Sotomayor, Estruch, Franch, los dos Gangoiti, Jimeno, Gómez Navia, Hernández, Noseret, Horrigosa, Maura, Martínez (D. Domingo), Moreno Tejada, Navarrete, Pelequer, Pi y Margall, Roca, Rocafort, Roselló, Sala, Suria, Vargas y Vázquez. Todos éstos, impresos al pie de numerosas láminas de devoción, merecían seguramente mayor detenimiento por nuestra parte en el examen y juicio de sus trabajos; pero las dimensiones adquiridas por el nuestro nos obligan a la simple enumeración de sus nombres.

La litografía, introducida en España por D. José Madrazo, el fundador, digámoslo así, de la gloriosa dinastía artística que tan alto sostiene hoy su crédito, y los ensayos, tímidos en un principio, tal vez sobrado atrevidos más tarde, en el grabado en madera, marcaron nuevos rumbos al arte generalizando sus productos y combinándolos con la tipografía. No es dable, por esta misma causa, especificar detalladamente la producción de los grabadores en madera: los Museos, Ilustraciones y Semanarios, la novela y la historia ofrecen en sus páginas relevantes pruebas del mérito de los mismos. Por eso han llegado a ser familiares para los lectores los apellidos de los Sres. Aliot, Batanero, Benedicto, Boada, Boix, Brandi, Burgos, Buxó, Capilla, Capúz, Carbonell, Carretero, Castelló, Chamorro, Cibera, Comina, Cruz, Dordal, Fatjó, Gastón, Jordán, Laporta, Llopis, Manchón, Maré, Martí, Masi, Molina, Noguera, Ortega, Rico, Severini, Sierra, Tarazona, Tubá, Traver, Vela, Viaplana, y tantos otros que por olvido, y no por voluntad, dejamos de consignar en estas líneas.

Hoy, haciendo la competencia industrial al grabado el relieve en cinc, la fototipia, el fotograbado y otros sistemas, no es fácil predecir hasta dónde se llegará en la reproducción de la naturaleza y del arte; pero de entre las varias etapas recorridas, se conservarán siempre como un monumento digno de consideración los grabados a buril sobre la dura plancha de cobre ó de acero.

M. DE A.

JUBILEO SACERDOTAL

DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

Cerca del anfiteatro de Pompeya, sobre la vía provincial, entre las ruinas de la antigua Pompeya y la vecina villa de Scafati, elevase un templo monumental dedicado a la Virgen Santísima del Rosario, fundado en 1876 por dos personas piadosas, el Abo. Bartolo Longo y la condesa de Fusco, para la instrucción y consuelo de los pobres moradores de aquellas campiñas. Este templo ha llegado a adquirir una gran celebridad a causa de las gracias y milagros que la Virgen que en él se venera ha obrado, no sólo allí, sino en otras muchas partes. Por este medio se ha logrado ver, en la antigua tierra pagana, un famoso santuario que atrae diariamente numerosos peregrinos, no sólo de Italia, sino también de los más apartados países.

El Papa León XIII ha enriquecido el nuevo santuario con numerosas indulgencias é importantes privilegios, no siendo el menor el de haber convertido en *Altar privilegiado* el de Nuestra Señora del Rosario; por manera que cuantos digan ó oigan Misa en él pueden ganar una *Indulgencia plenaria* y

sacar un alma del Purgatorio. (Breve de Su Santidad León XIII de 29 de Marzo de 1887.) Asimismo los Sacerdotes que llegan en peregrinación al Santuario pueden celebrar en cualquier día del año *Misa votiva pro tempore* en honor de la Virgen. (Breve de 29 de Marzo de 1887.) El 8 de Mayo de 1887 fué coronada la prodigiosa imagen por S. E. el Cardenal Mónaco, y se inauguró solemnemente el grandioso monumento.

Las ofrendas de la fe y la gratitud de los cristianos a la Reina del Rosario han llevado al nuevo templo obras preciosísimas de los mejores artistas de Italia, y los más caprichosos mármoles de la gran marmolería de Bagneres de Bigorre; y he aquí que ya en torno de este templo se levanta la *Nueva Pompeya*, la Pompeya cristiana, la Pompeya de la Virgen María.

Ya se han edificado alrededor del Santuario viviendas y edificios con escuelas, asilos de beneficencia que reúnen al presente 150 niños pompeyanos, una casa de huérfanos para las niñas abandonadas, con el título del Santo Rosario, y talleres de artes y oficios, entre los cuales hay un gran establecimiento tipográfico. Hay también allí oficinas de servicios de correos y telégrafos para el público y una estación de ferrocarril llamada *Estación de Valle de Pompeya*.

Por esta razón los extranjeros que vayan a Roma con motivo del Jubileo de Su Santidad y la Exposición Vaticana, y después a Nápoles con objeto de admirar las excavaciones de Pompeya, podrán tomar billete directo hasta la *Estación de Valle de Pompeya*, que dista cinco minutos de la de Pompeya. De este modo, después de haber visitado la iglesia del Santísimo Rosario de Valle de Pompeya, y su nuevo monumento con sus estatuas de mármol y de bronce, aquellas pinturas que hacen un admirable contraste con los antiguos monumentos de la sepultada Pompeya, pueden ver las ruinas que se encuentran a poca distancia del Santuario.

El viaje de Roma a Nápoles es muy corto: seis horas de tren. De Nápoles a Valle de Pompeya sólo hay una hora de ferrocarril, por una vía deliciosa; véase a un lado el Vesubio, a otro el golfo de Nápoles, y los deliciosos paisajes que ofrecen las encantadoras aldeas de Pórtici, Torre del Greco, Torre Anunciata y Pompeya. Se han organizado trenes extraordinarios con grandes rebajas.

Para más noticias, correspondencias y otras cosas que deseen saberse, dirigirse al Abo. Bartolo Longo, en *Valle di Pompei*.

Peregrinación a Roma. — El día 18 de Diciembre, por la tarde, saldrá de esta Corte para Roma la peregrinación diocesana, presidida por nuestro excelentísimo Prelado, con el fin de asistir a las grandes demostraciones de fe y piedad, que tendrán lugar el día 1.º de Enero próximo en la capital del Catolicismo, con motivo del Jubileo Sacerdotal de Nuestro Santísimo Padre León XIII. Los fieles que deseen unirse a dicha peregrinación deben avisarlo con tiempo para que puedan disfrutar de la rebaja del 50 por 100 que hacen las Compañías de ferrocarriles en los billetes de los peregrinos.

Segun noticias de un alto personaje de Roma, comunicadas a nuestro Excmo. Prelado, no es exacto que haya caso alguno de cólera en Roma, como han supuesto algunos periódicos no sabemos con qué intención. Desde el mes de Septiembre no ha ocurrido ningún caso de invasión cólera en dicha ciudad, y los que entonces hubo fueron pocos y de carácter muy benigno.

El *Osservatore Romano*, periódico reputado por estar bien informado de todo lo que ocurre en Roma relacionado con la Santa Sede, desmiente también la noticia de que haya cólera en dicha capital.

Siguen inscribiéndose en la Secretaría de Cámara y en las parroquias los peregrinos que desean ir a Roma el 18 de Diciembre próximo. Ya figuran en la relación sobre ese particular unos treinta. Los Sres. Sacerdotes, a su llegada a Roma, tendrán allí licencias ministeriales, que se han pedido ya al Emmo. Sr. Cardenal Vicario.

Los peregrinos de las Diócesis de Oviedo y Lugo se unirán en Venta de Baños a la peregrinación, y los de Vitoria harán lo mismo en la estación de aquella ciudad. Es probable que otras Diócesis tomen la misma resolución, según noticias privadas que se nos han dado, y en ese caso será numerosa la peregrinación nacional española.

Delante de la peregrinación irá una comisión encargada de preparar hospedajes, y se ruega a los peregrinos que, descansando en la actividad de esta

comisión, no hagan gestión alguna referente, que haga inútil y hasta perjudicial el trabajo de aquella.

Continúa activamente el embalaje de los objetos para la Exposición Vaticana, y hasta que se halle terminado, no es posible a las señoras que se hallan al frente de tan delicada operación remitirnos la lista exacta y detallada de los objetos.

Exposición romana.—El *Diario de la Exposición Vaticana* trae en sus últimos números los retratos del Santísimo Padre León XIII; del eminentísimo Cardenal Plácido María Schiaffino, presidente honorario de la comisión promotora de las Bodas de Oro de Su Santidad y de la Exposición, así como los del Comendador Juan Acquaderni, presidente; Luis Donini, tesorero; Juan Donini, G. Allia, Alejandro Acquaderni, Edmundo Jeanerat, secretarios de dicha comisión, y Felipe Tolli, presidente del Comité romano.

Trae además el de Mons. Luis Macchi, Mayordomo de Su Santidad y Prefecto de los palacios apostólicos, y un nuevo plano del local de la Exposición, igual al que dimos hace cuatro meses, aunque más detallado, y señaladas ya las nuevas construcciones.

Los ingenieros arquitectos de dichas obras son los señores conde Comendador Francisco Vespignani y el caballero Federico Manucci.

El local referido se compone del costado llamado *Brazo Nuevo*, del Museo Chiaramonti, suntuosa galería de estatuas que mandó construir Pío VII, y que ha sido ahora destinada a la Exposición de los donativos de los soberanos y jefes de las naciones y a la de los objetos de más valor, y además de las nuevas salas y suntuosas galerías que se están levantando, formando todo el un vasto rectángulo dentro del grandioso Jardín della Pigna, y ocupando un área de 7.800 metros cuadrados.

La entrada para el público será por el sitio que corresponde al atrio por donde hoy se va a los Museos Vaticanos. Las peregrinaciones y personas a quienes se les conceda entrar en la Exposición desde el Vaticano lo harán por el grandioso corredor del Museo Pío Clementino.

El Sumo Pontífice y los personajes que le acompañen en la inauguración solemne de la Exposición entrarán por la puerta del Brazo Nuevo, en la cual tiene la base la sala de honor, destinada a recibir a Su Santidad con su corte en dicha solemnidad.

Precede a dicha sala un peristilo de orden corintio, y sobre él una alta y espaciosa galería, a donde se sube cómodamente por suavísimas escaleras construidas a uno y otro lado de la sala. Junto a ésta se hallan dos salones cuadrados, a los que se entra por medio de dos pasajes que con aquella sala comunican.

Las galerías longitudinales comunican entre sí por medio de una galería transversal, paralela a la sala de honor, y tienen en el centro dos órdenes de columnas que dividen a cada una como en tres naves de igual anchura.

Al extremo de ellas hay dos salones semejantes a los del lado Sud, que comunican también por medio de dos galerías transversales más pequeñas, que llevan al vestíbulo del lado Norte, por donde se entra al jardín central, ancha y vasta explanada que se ha de adornar con árboles de flores, los cuales rodearán la suntuosa columna conmemorativa del Concilio Vaticano, no ha mucho allí colocada por disposición de Su Santidad.

Hay además dos grandes departamentos, a los que se entra por el citado vestíbulo del lado Norte, destinados el uno para residencia y oficinas de la comisión promotora y del Comité local romano, y el otro para puesto de guardia y empleados de vigilancia.

La decoración general del edificio es hermosa y corresponde al fin para que se construye; pero la sala de honor se distingue de todo lo demás. Se ha estudiado especialmente el medio de iluminar de un modo conveniente el local para que no desmerezcan los objetos que han de ser expuestos, a cuyo efecto la luz desciende por magníficas claraboyas abiertas en el techo y por ventanas situadas a lo largo de las paredes y a la altura de cerca de cuatro metros.

El piso de las salas y galerías, más levantado que el jardín, es de madera sobre armadura de lo mismo.

El Excmo. Sr. Obispo de la Seo de Urgel, junto con el Cabildo, Clero y fieles de la misma, regalan a Su Santidad, un bonito estuche que contiene un cáliz de oro con su patena, y unas vinajeras con el plato y campana de oro. En el cáliz sencillo y severo, gótico, con la copa adornada por una delicada filigrana, teniendo en el tronco del cáliz seis pequeños

medallones esmaltados, con las letras que componen el nombre de Jesús y una cruz. En el pie del mismo, sobre oro mate, destacan seis medallones esmaltados que representan al Sagrado Corazón de Jesús, el de María y San José alternados con los escudos del Papa, del Sr. Obispo Casañes y del Cabildo de la Seo. En el plato de las vinajeras se ven otros cuatro medallones de esmalte con los bustos y símbolos de los cuatro Evangelistas. Los esmaltes son notables y están hechos con mucha pulcritud, y el todo trabajado con delicadeza y buen gusto. Ha sido el artífice D. José Ladera, y con esta obra ha acreditado su habilidad.

La importante casa editorial católica de la Viuda é Hijos de Subirana, de Barcelona, ha querido también contribuir al Jubileo Sacerdotal de León XIII enviando a Su Santidad un ejemplar de todas las obras que existen editadas por dicha casa. Ciento ochenta y cuatro volúmenes, encuadrados con muy buen gusto y sencillez, en pergamino, teniendo en una de las tapas grabadas las armas del Papa en oro y colores, contiene la colección, la cual va encerrada dentro de una caja con cierres y aros de metal blanco, forrada de papel moaré, y ordenada de manera que, quitándole la tapa y poniendo la caja derecha, la misma forma la estantería en que pueden exponerse. Es una buena demostración la que hace al Papa dicha casa.

He aquí el elocuente Mensaje que los doctores y catedráticos católicos de las Universidades de España han acordado elevar a Su Santidad con motivo del próximo Jubileo Sacerdotal:

Beatísimo Padre: Al acercarse el glorioso día de vuestro Jubileo Sacerdotal, que el orbe cristiano solemniza con extraordinarias muestras de regocijo, los catedráticos y doctores católicos de los centros universitarios de España cumplen también gozosos con el deber de elevar hasta el trono de Vuestra Santidad el testimonio de su veneración y de su amor.

En su doble carácter de hijos de la Iglesia y de cultivadores de las ciencias humanas, saludan en Vuestra Santidad al Supremo Jefe del Catolicismo y al Sacerdote sabio que es viva representación de la armonía entre la razón y la fe. Ingratitud ó ignorancia sería, por otra parte, desconocer los grandes servicios prestados a la humana cultura por la Iglesia, que conservó y depuró el saber antiguo, venció y civilizó a los bárbaros, fundó ó fomentó las escuelas y Universidades en Europa, y fué y es incesante propagadora y amparadora de todo linaje de artes y conocimientos.

Y, como Vuestra Santidad lo dijo admirablemente en su Encíclica *Immortale Dei*, si la Europa cristiana poseyó y conserva el cetro de la civilización, y se adelanta en toda suerte de invenciones y empresas, lo debe en gran parte a la Religión, que la inspiró y dió aliento. Los muchos sabios ilustres que en los pasados y en el presente siglo se han honrado con el título de católicos manifiestan además al mundo que entre la fe divina y la ciencia humana no hubo ni puede haber contradicción ni conflicto, pues no hay verdad contra verdad; y si el conflicto surge ante los ojos menos perspicaces, siempre es por considerar como revelación divina ó como verdad demostrada las opiniones ó conjeturas de los hombres.

Seguros de que en el saber y el estudio hallará nuevos apoyos nuestra fe, seguiremos, Santísimo Padre, cultivando las ciencias que profesamos, en la confianza de que Vuestra Santidad se dignará bendecir nuestros esfuerzos, como nosotros pedimos a Dios que conserve vuestra preciosa vida, salve la independencia y mantenga y aumente el esplendor de la Sede Apostólica, para bien del mundo cristiano y de la civilización universal.

Besamos rendidamente el pie de Vuestra Santidad sus humildes hijos. (Siguen las firmas.)

Los estudiantes de las distintas facultades de la Universidad de Zaragoza, dando gallarda prueba de catolicismo y de su amor inquebrantable a las enseñanzas de la Iglesia elevan el siguiente mensaje a Su Santidad León XIII:

Santísimo Padre: Llenos de júbilo ante las manifestaciones entusiastas que suscita en todo el orbe el próximo aniversario quincuagésimo de la ordenación sacerdotal de Vuestra Santidad, nos atrevemos a elevar también hasta Vuestra Sede Augusta el testimonio de profunda veneración a Vuestra Sagrada Persona, de filial obediencia y adhesión a Vuestra Autoridad Suprema.

Como alumnos de distintas facultades de la Universidad de Zaragoza, nos esforzaremos en seguir las luminosas enseñanzas de vuestras Encíclicas y

las que brotan en abundancia en los escritos del Príncipe de los filósofos, bajo cuyo protectorado colocó Vuestra Santidad estudios y cátedras.

Hijos de la nación española, para quien las palabras Catolicismo y Patria expresaron siempre la misma idea, anhelamos vivamente que la obra pacificadora de Vuestra Santidad, de que es parte integral la plena libertad é independencia del Pontificado, se cumpla en breve plazo para bien de la sociedad humana; y que depuestas preocupaciones y disipados errores, que hoy perturban los pueblos, difunda cada vez más su salvadora influencia la Religión verdadera.

Dignaos, Santísimo Padre, acoger la felicitación de vuestros hijos, que quieren vivir en la unidad de la Fe, y morir pronunciando el dulce nombre de la Virgen inmaculada, que trono de la Divina Sabiduría, y venerada en la advocación del Pilar, es auxilio de sus corazones y amparo de sus inteligencias. — Santísimo Padre. — B. L. P. de Vuestra Santidad sus devotos hijos. (Siguen las firmas.)

En la sacristía de la Santa Iglesia Catedral de Ibiza esta expuesto el precioso cáliz que el Clero y fieles de aquella Diócesis regalan a Su Santidad con motivo de su Jubileo Sacerdotal. Es de plata dorada; la copa, de oro, tiene tres serafines en el nudo y tres ángeles sentados en el pie, de forma exagonal, que sostienen emblemas de la pasión. Cuesta 1.000 pesetas, y va colocado en un elegante estuche de nogal y raso.

Al pie del cáliz lleva la inscripción siguiente: A la Santidad de León XIII, Pontífice Máximo, en su Jubileo Sacerdotal. La Diócesis de Ibiza, 1887.

Se ha despachado por la aduana de Cádiz un precioso estuche en forma de estante. Tiene diez cajoncitos, en cada uno de ellos hay cincuenta cigarros habanos. Estos están artísticamente colocados y guardando el orden de las monedas de oro, plata y cobre, ó hallándose rodeado cada cigarro por un anillo con el retrato de Su Santidad León XIII. El estuche está dedicado a éste, con motivo de la celebración de sus Bodas de Oro, y es regalo de Don Pedro Roder, dueño de la fábrica de tabacos *La Rosa de Santiago*.

El Cabildo de Zamora, además de 2.000 pesetas que envía a Su Santidad con motivo del Jubileo, lo hace de una caja tabaquera que conservaba entre sus muchas y antiguas alhajas; es de oro, con preciosos esmaltes, de forma ovalada y con otros círculos de diamantes, que cuenta cuarenta, y otro inferior, vacío como para retrato ó dedicatoria (que es lo que se hará poner) con otros veinticinco en la misma tapa, todo colocado en un estuche de lujo, que se encargó al efecto; no dejará de llamar la atención por lo original este presente, que llevará aquel Prelado. No se sabe su procedencia; pero será probablemente de alguno de los dos Cardenales Mella ó Valdés, Obispos de dicha provincia, que vivieron siempre en Roma, y dejaron, en especial Valdés, casi todo al Cabildo.

NOTICIAS

Con gran solemnidad é inusitada pompa celebró el domingo último la Real Academia de Jurisprudencia en la Iglesia Catedral el restablecimiento de la función religiosa en honor de su excelsa patrona la Inmaculada Concepción, bajo cuya advocación fué instituida en el año 1742 la Junta práctica de Leyes, que más tarde, por Real cédula de 23 de Junio de 1773, se tituló Real Academia de Jurisprudencia práctica de la Purísima Concepción.

Esta Academia y la Real práctica de Santa Bárbara, fundada en 1730 y declarada oficial por la pragmática del rey Carlos III de 20 de Febrero de 1763, han sido las predecesoras de la actual Real Academia de Jurisprudencia, que en recuerdo de sus tradiciones ha seguido ostentando en su escudo y medalla la imagen de la Purísima Concepción.

Ofició de pontifical el Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, asistido de todo el Cabildo Catedral, y predicó el académico, profesor y catedrático de la Universidad Central Sr. D. Benigno Cafranga.

La orquesta estuvo dirigida por el maestro de capilla de la Catedral Sr. Moreno, llegado recientemente de la Catedral de Burgos, é interpretó una solemne misa del Sr. Hernández, maestro de capilla del Buen Suceso.

Los dos lados de la nave central y el crucero de la derecha habían sido reservados a las familias de los académicos.

En representación de la corporación, ofrecieron

el agua y la toalla al Sr. Obispo los académicos, señores marqués de Vadillo y duque de Ripalda, y acompañaron hasta el púlpito al predicador señor Cafranga los catedráticos de derecho señor marqués de la Merced y Moret y Remisa.

Presidió el acto el Sr. Carvajal (D. José), presidente de la Academia, y entre la concurrencia, que era numerosa, vimos a los Sres. Aguilera (D. Alberto), Pisa Pajares, Urquiola, Danvila, Palau, Hinojosa (D. Juan), Rolland, Díaz Moreu, Díaz Merry, López (D. Juan), Maluquer, Cavanillas y otros.

Hallábase el Sr. Cura de San Andrés de las Perceiras, D. Mariano Lestón, en la noche del sábado 5 de Noviembre, conversando tranquilamente con un feligrés de su parroquia, cuando de repente penetraron por el tejado cuatro malhechores, que apoderándose del labrador y de la criada, los envolvieron en mantas, maltratando cruelmente a la criada. Abalanzáronse después al Sr. Lestón y a su hermana Doña Teresa, y les quitaron 14 duros, único dinero que poseían.

Al ver aquellos malvados el exiguo resultado de su crimen, comenzaron a martirizar a sus dos víctimas de una manera tan feroz, que recuerda los horribles tormentos que sufrieron en los primeros siglos los cristianos. Introdujéronles hierros candentes por la boca; arrojáronles aceite hirviendo; les pellizcaron, lesionaron y mutilaron algunos miembros de sus llagados cuerpos; los arrastraron por los caballos, los llevaron finalmente a un caserío, donde con varios troncos que allí había, encendieron una hoguera, en la que arrojaron aquellos mártires para rematarlos, huyendo después contentos de su salvajismo. Pudo la criada desenvolverse de sus ligaduras, dió voces pidiendo socorro, y acudiendo los vecinos, hallaron casi moribundos al Sr. Cura y su hermana Doña Teresa.

Ha muerto después el Sr. Cura sin querer revelar los nombres de los criminales, y se ha sabido posteriormente, que cuando aquellas fieras humanas lo maltrataban más, dirigiéndose a su hermana la decía: «¡Perdónalos, Teresita; perdónalos! ¡Pobrecillos! ¡Que Dios les toque en el corazón y se arrepientan... pues bastante tienen con el peso de su crimen! * Y el alma del buen Cura, del santo mártir, voló a los cielos. Su hermana daba pocas esperanzas de vida, según la *Gaceta de Galicia*.

Fuera de la Iglesia católica no se conocen ejemplos de mansedumbre de este orden.

En la Aguilera, provincia de Burgos, se ha instalado una comunidad de Franciscanos, ocupando el célebre y monumental convento de San Pedro Regalado.

El día 30 de Noviembre se verificó en Calahorra la apertura de las escuelas del Círculo de Obreros bajo la presidencia del Sr. Provisor y Vicario general, en representación del Ilmo. Sr. Obispo, que no pudo asistir por hallarse enfermo.

Comenzó el acto por una sinfonía muy bien ejecutada por una banda de música, la que además amenizó con sus acordes todos los intermedios. Don L. Olazabal leyó una bien escrita y amplia Memoria de los pasos que había dado el Círculo hasta llegar a la inauguración de sus escuelas. D. Javier Zúñiga, Beneficiado de la Santa Iglesia Catedral, hizo un buen discurso inaugural, enalteciendo las excelencias de la institución. El Presbítero D. Joaquín García, fiscal eclesiástico general de la Diócesis, recitó una bella composición poética dedicada a la instrucción, que tiene el Círculo por uno de sus objetos. El señor vicepresidente de la Junta directiva, D. Leonardo Subero, dió lectura a un escrito muy oportuno combatiendo algunas preocupaciones contra el Círculo, y haciendo un expreso llamamiento a todos los jóvenes obreros. Y, por fin, el señor Provisor y Vicario general, en nombre de S. E. I. declaró abierto el curso escolar del Círculo de 1887 a 88, levantándose la sesión con grandes demostraciones de entusiasmo por parte del gran número de obreros concurrentes.

Según leemos en el *Boletín del Apostolado de la Oración*, de Gerona, con motivo de la construcción del templo que en honor al Sagrado Corazón de Jesús se levanta en aquella ciudad, han ingresado en caja 23.231,03 pesetas, de las cuales se han gastado 19.299,64, quedando aún en existencia 3.931,39 pesetas. El aspecto general que en la actualidad presentan las obras da ya una idea exacta de la magnificencia que se desplegará en la construcción del edificio.

En los talleres de D. Aquilino Amezcua, de Barcelona, se ha verificado ya la prueba del órgano eléctrico destinado a la capilla de la Virgen de los Des-

amparados, de Valencia. Todo el mecanismo del instrumento está movido por medio de la electricidad. Los cuerpos principales, a saber, el grande órgano, el positivo, las contras y los teclados ocupaban cinco puntos distintos del gran salón donde se hizo la prueba, unidos y relacionados los cuatro primeros por medio de cables eléctricos, montados por la Sociedad anglo-española de electricidad, producida esta por sencillas pilas. Este sistema eléctrico hace que el mecanismo sea sumamente sensible a los menores movimientos del teclado y de los registros.

El órgano está dispuesto en la forma que acabamos de expresar, a fin de ocupar locales distintos, de suerte que tocando un solo organista en un mismo sitio dos teclados, hace oír dos órganos distintos, colocado cada uno en un punto diferente del templo. Los alambres eléctricos que pasan por medio de cables por el suelo mueven todo el mecanismo y hasta las puertas de expansión de los registros, y por medio de un nuevo mecanismo se hacen los crescendos y disminuyendo, sin necesidad de ningún pedal.

BIBLIOGRAFIA

Los guerrilleros de 1808, historia popular de la guerra de la Independencia.

Sólo la empresa acometida por el Sr. Rodríguez Solís es digna del mayor encomio y no seremos nosotros, que de buenos españoles nos preciamos, los que dejemos de tributarle el aplauso que de justicia le corresponde.

El popularizar hasta donde sea posible la guerra de la Independencia, llevando al conocimiento de todos esa hazaña de una Nación que, resulta en los anales del mundo la más grande que país alguno jamás realizó, es un acto que por sí solo tiene derecho a la benevolencia y al apoyo de todos cuantos amen la patria española.

Después de todo, ¿qué hay que sea una parte más primordial de eso que se llama *la patria* que su historia? Ella hace a los hombres, hijos del pueblo aquel, con quien realizan los grandes hechos que la forman.

Colón nació en Italia, empero el descubrimiento del nuevo mundo lo hizo español.

No hay quien, al ocuparse de este suceso importantísimo de la historia del universo, no diga que a América la descubrieron los españoles, y es verdad. Y también es verdad que a América la descubrió Colón, buscando las Indias.

También los españoles vencieron por primera vez las legiones de Napoleón, enseñando a Europa asombrada, que no eran invencibles, en la memorable batalla de Bailén que aunque mandada por Castaños y librada con el plan que el concibiera tiene una figura que se destaca sobre todas las de aquellos héroes, y esta figura es la de D. Teodoro Reding, suizo al servicio de España, y que al contener con la división que acudía al ejército de Dupont, dando lugar a que se desarrollara esa primera página de la independencia europea que se llama *batalla de Bailén*, lo funde la historia como a Colón, con el pueblo con quien la llevó a cabo.

Pero vamos al libro de que nos ocupamos. El asunto entraña una fuerza de interés tan grande, y son tan maravillosas la mayoría de sus relaciones, que no ha necesitado el Sr. Rodríguez Solís más que hacer la crónica de tales hechos, con su fácil y correcto lenguaje, para que resulte el libro *Los guerrilleros de 1808* uno de esos que entretienen, como la mejor novela de Walter Scott, enseña a la par al lector el período más brillante y de mayor importancia que encierra la historia del mundo en el presente siglo.

Después de ver los nueve cuadernos de esta obra que hasta la fecha van publicados, se empieza a comprender mejor todo lo grandioso de la conducta de España en aquel momento histórico, en que, vencidos cuantos elementos militares tenían los imperios más poderosos del mundo, domadas y sujetas a la voluntad de Napoleón todas las dinastías reinantes, incluso la española, se levanta enfrente de él el pueblo de Madrid, y tras del pueblo de Madrid el de España entera, y cerrando el paso a aquel torrente de victorias, da comienzo a esa gloriosa lucha que fué el principio del fin, del hasta entonces invencible poder napoleónico.

A esta santa reconquista de la independencia de su patria, su religión y su rey, se lanzan los guerrilleros españoles, de que principalmente se ocupa el Sr. Rodríguez Solís en su *Historia popular de la Guerra de la Independencia*.

En ella ve con asombro el lector, por muy acos-

tumbrado que se encuentre a la idea de los prodigios que realizaron los guerrilleros por entonces, las artes y valor con que hicieron esta originalísima campaña y con que humillaron a aquellos mariscales del imperio que venían de dominar el mundo, hombres como el modesto Cura de aldea D. Jerónimo Merino, Juan Martín *el Empecinado*, Mina y tantos y tantos otros que en todas las comarcas, sin más elementos que su amor a la patria y su fe en Dios y en la buena causa que defendían, arremetieron contra el inmenso poderío de Napoleón y no cesaron hasta dar con el coloso en tierra.

En nuestra pobre opinión, la obra de que nos ocupamos tiene dos defectos: sobra de noticias geográficas, estadísticas y de historia antigua de muchas provincias de España que fueron teatro de las hazañas de nuestros guerrilleros, y falta de desarrollo en las narraciones de estas mismas hazañas, que son el verdadero asunto del libro.

Tampoco estamos conformes con el Sr. Rodríguez Solís en las apreciaciones que hace de ciertos actos. Mas nuestro sentimiento de españolismo se encuentra tan en armonía con el que respira por todas sus páginas este libro, que por la ley aquella de que *fuera mayor quita menor* no queremos ni ocuparnos de esto.

La laboriosidad que revela en el autor de tan importante trabajo es infinita, puesto que los hechos se sucedieron en los años de 1808, 1809 y 1810, con una rapidez grandísima y en un número prodigioso. Depurarlos por medio del estudio, y hacer su historia después, representa una tarea que no está a la medida de todas las fuerzas. Con gusto vemos que el Sr. Rodríguez Solís las tiene de sobra para llevar a feliz término obra tan patriótica, por la que merece el aplauso de todos cuantos amen las glorias nacionales.

E. BENJAMÍN.

NECROLOGÍA

Recientemente han fallecido:

En Torrelavega, el Párroco D. Francisco González Linares.

En San Martín de Calvos de Sobrecaminos, el Párroco D. Pedro Mecías Codesido.

En Santa María de Cesar, el Párroco D. Mauro Santiso.

En Santiago, el Canónigo de aquella Catedral D. Vicente Peña.

En San Sebastián, el Presbítero D. Francisco Cantín.

En Calzados del Río, el Párroco D. Francisco Carreño Montiel.

En Madrid, D. Valentín Ruiz Vivar, Cura propio de la parroquia del Salvador y San Nicolás.

En Solter, el exclaustro Fr. Francisco Castañer y Gamundi.

Si alguna duda pudiera abrigarse sobre la utilidad del seguro sobre la vida, practicado en una Compañía sólida y acreditada como el *Banco Vitalicio de Cataluña*, la dispararía completamente la lectura de las relaciones de siniestros que publica cada trimestre el *Boletín oficial* de dicha Sociedad. En uno de sus últimos números da cuenta del pago de 5.000 pesetas a Doña Manuela Asejo, madre y beneficiaria del virtuoso joven y sabio Doctor D. Inocencio José Grasa y Asejo, Vicerrector del Seminario Conciliar de Huesca. Recomendamos a nuestros lectores el estudio de tan sabia institución y de las utilísimas combinaciones que efectúa el *Banco Vitalicio de Cataluña*.

JABÓN REAL VIOLET JABÓN
de THRIDACE 29, 8^a des Italiens, PARIS VELOUTINE
Recomendados por autoridades médicas para higiene de la piel
y belleza del color.



ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS
OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.



ÉPOCA 4.ª — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 36. — Madrid 25 de Diciembre de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	15 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fr.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fr.
Un año.....	5 »

SUMARIO

TEXTO. — *La decena*, por M. Ovario y Bernard. — *Los grabados*. — *Los dos amos*, por Alfonso Pérez de Noya. — *A Roma*, por Carolina Valencia. — *Un cuadro de Fr. Angélico*, por Alvaro López Núñez. — *¿Quié serían?* por Luis Coloma. — *Una conversación*. — *Epigramas*, por Isidoro de Lope y Moral. — *El Sacerdote*, por Ovario y Bernard. — *La autoridad y la libertad*, por Augusto Nicolás. — *Bibliografía*. — *Consejos de la vida*. — *Noticias*. — *Neología*.
GRABADOS. — *El bautismo de Cristo*. — *La Plaza Mayor en Madrid*. — *Joven cristiana en las Catacumbas*.

LA DECENA

El día 18 salió de Madrid con dirección a Roma la peregrinación diocesana, numerosa y brillante representación del catolicismo madrileño. LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA se propone tener al corriente a sus lectores de cuanto se relaciona con el Jubileo pontificio, conforme ha venido haciéndolo durante el año que está para terminar, y el que suscribe esta reseña reserva a pluma mejor cortada el cumplimiento de tan grata misión. En este lugar sólo debe consignarse que el entusiasmo de los romeros nos hacía contemplar con ansia su marcha a la capital del orbe católico. Dios les guíe en su viaje, en el cual les acompañan los fervientes votos de todos los católicos que no han podido realizarlo.

Se ha verificado en todo el territorio con completa tranquilidad el sorteo de los quintos del actual reemplazo.

Con estos ó parecidos términos ha dado la prensa una noticia que afecta profunda y dolorosamente a innumerables familias.

Tres líneas consignando el hecho: ni una más, ni una menos. Los comentarios, las lágrimas, eso queda para el hogar doméstico.

Libreme Dios de compartir los procedimientos de los que un año y otro consagraron su pluma, su palabra, su más activa propaganda a combatir el servicio militar obligatorio, para después, olvidados de sus solemnes compromisos, conservar el tributo de sangre, empeorando sus condiciones. Libreme Dios de parecerme, aun dentro de mi pequeñez, a los hombres grandes que supieron encumbrarse hablando al alma de las madres, prometéndolas que con sus democráticas doctrinas no habría más soldados que los que voluntariamente quisieran serlo, y que más tarde utilizaron las leyes de reemplazos, y aun incluyeron en ellas a

muchísimos individuos que juzgándose libres habían creado nuevas familias.

La patria necesita de sus hijos, y el servicio de las armas no puede evadirse; lo único que sí legalmente corresponde es dulcificarlo todo lo posible, generalizarlo como el espíritu de la igualdad verdadera reclama, hacerlo simpático a la juventud, y no perjudicar con el hábito de trabajo y fuentes de producción.

Causa verdadero pesar, en períodos de paz como el que afortunadamente atravesamos, ver a una juventud robusta y ayer trabajadora prestando un servicio de guarnición, que crea en ella hábitos de holganza ó consagrada al servicio doméstico de los jefes y oficiales del ejército. Y en esto debían insistir muy especialmente los autores de reformas militares, que a diario nos van ofreciendo los diferentes partidos políticos. La reducción del ejército llamado

activo por antifrasis, y el aumento de las reservas en diferentes períodos, sobre descargar el presupuesto notablemente, permitiría que no se arrancasen a los talleres y a los campos esos cien mil jóvenes que durante años pasean ahora sus uniformes por las calles, y que al olvidarse de las tareas en su primera juventud son devueltos a ellas con una licencia absoluta.

Grande, respetable, nobilísimo es el servicio de las armas; pero por eso mismo ha de rodearse de todo el prestigio posible, y no juzgo que llenan este fin algunas arraigadas costumbres de nuestra patria.

El sorteo, por otra parte, debía sustituirse por diferente procedimiento, siquiera para que no se diese el caso de que compaginándose mal sus lágrimas con su acento, digan las madres a quien les pregunta por su hijo ausente:

— ¡Le ha tocado la suerte de soldado!



EL BAUTISMO DE CRISTO.
(Bajo-relieve en mármol, atribuido a Torrigiano.)

La transformación que está sufriendo Madrid con motivo de las próximas festividades me ha hecho lamentar en otro sitio que se conceda tanta importancia a los placeres gastronómicos y tan escasa a los del espíritu. Los libros y los periódicos de aguinaldo no han logrado desterrar aquí ni competir siquiera con el turrón de Jijona y el mazapán de Toledo.

Pero la moda extranjera con sus *étrennes* y la tradición española con sus turrónes se refieren a los niños de familias bien acomodadas: los pobres sólo pueden en estos días de abundancia mirar envidiosamente los recargados escaparates, los puestos de golosinas, las instalaciones con nacimientos, figurillas de barro ó instrumentos pastoriles. Y, sin embargo, nada sería tan fácil como el combatir semejante desigualdad social. Hubo en Madrid un comerciante alemán, Schropp, que logró muy regular fortuna vendiendo juguetes a los niños ricos, y que al llegar estos días del año acudía cargado con las existencias de su tienda a hospitales y hospicios, llevando alegría y consuelo con sus caballos de cartón, sus soldados de plomo y sus arcas de Noé a las criaturas enfermas y desvalidas. Hoy no vive Schropp; pero puede suplirsele con ventaja y a muy poca costa. ¿Cómo? Comprometiéndose cada niño rico ó regularmente acomodado a obsequiar con uno de sus juguetes a otro niño pobre.

De este modo se verificará por *irradiación*, no sólo la lotería que es un vicio, sino la caridad que es una virtud.

El año pasado, por esta época, can-

taban á la puerta de mi casa, aporreando almireces, zambombas y latas de petróleo:

La Nochebuena se viene,
La Nochebuena se va,
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.

La última parte del canto constituía una promesa, un compromiso de honor, un pacto, mediante el cual sufría yo con relativa paciencia el infernal ruido de la calle.

Pero ha faltado á su compromiso; esta noche suenan las mismas voces roncadas y destempladas, las zambombas mismas, los mismos almireces, las mismas latas de petróleo. ¿Y qué cantan? Lo de siempre:

... Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.

¡Mentira! ¡mentira! lo mismo decís todos los años y no lo cumplís. Volveréis el año próximo, y el siguiente, y el otro, porque vosotros sois los mismos que durante la Edad Media acudíais á las representaciones de los templos, hasta que tuvieron que arrojarlos de ellos; los que luego hicisteis degenerar la misa del Gallo en fuente de escándalos; los que salís á la calle porque el hogar os arroja de su seno, y vais celebrando á vuestro modo el más tierno misterio de la religión. Muchos enronquecéis, otros vais quedándoos tendidos en las calles, algunos llegáis á la prevención ó á la Casa de Socorro á terminar la noche.

De vez en cuando, el ruido de la disputa se sobrepone al de los cantos; los almireces vuelan, tratando de averiguar la dureza del cráneo humano, escuchándose maldiciones y blasfemias, y algunas notas sueltas de ese lenguaje universal que se llama *la navaja*. La sangre y el vino se mezclan en las duras piedras de la calle; la autoridad acude, los tribunales funcionan, y las cárceles abren sus puertas al homicida, y el depósito de cadáveres se las abre á la víctima.

Después renace la calma, y luego sigue, en progresivo aumento, el rumor de los instrumentos musicales y el ruido de las canciones, sobresaliendo en todas las estrofas, entonadas por roncadas voces, el estribillo de

¡Esta noche es Nochebuena!

No. La fiesta del Nacimiento del Hijo de Dios es la fiesta de la familia y del hogar: los que creen celebrarla en la calle no la celebran.

Para ponerse en condiciones de considerarla en todo lo que es, supone y representa, hay necesidad de acudir á la casa y presenciar los preparativos de la construcción del nacimiento, viendo surgir bajo las rosadas manos de las criaturas el peñasco, formado de corcho y salpicado de golpes de vidrio machacado; el riachuelo formado por listones de cristal sobre azul papel, limitado en ambas orillas por blanca y menuda arena y verde musgo, sobre el que se colocan arrodilladas las incansables lavanderas de barro; los montes que se enlazan en el fondo; las sendas que permiten su ascenso; el puentecillo rústico de débiles cañas; la ciudad en lontananza; las chozas en primer término; aquí y allá figurillas de barro representando pastores y pastoras y poveros; en la parte superior la estrella de talco, que ha de conducir y guiar á los Magos del Oriente; en primer término, ocupando modesto portal de derruido edificio, el Niño Jesús, la Virgen Madre y el glorioso patriarca San José, así como los pacíficos animales que prestan calor al recién nacido. Es necesario ver luego encendidas las lucécillas que se esconden entre la verde hierba; compartir las alegrías y los entusiasmos infantiles; repetir acaso sus tiernas canciones; olvidar las asperezas de la vida que nos aguardan fuera de aquel recinto, y en él, con el calor de la religión, con el amor á la humanidad, volver á ser niños breves momentos, como lo fueron nuestros abuelos con nuestros padres, como nuestros padres lo fueron con nosotros, como lo serán un día nuestros hijos con los suyos, cuando nosotros no les podamos ver.

¡Qué hermosa es la Nochebuena dentro del hogar! ¡Qué triste debe ser para los infelices que carecen de él ó para los que ciegos lo abandonaron por extrañas ambiciones! Eslabón entre el pasado y porvenir, símbolo de salvación y de libertad, la Nochebuena es la fiesta de los niños y de los viejos, de los que llegan con entusiasmo y de los que se ausentan con resignación; de los que piden primeros y brillantes papeles para la comedia de la vida, y de los que se disponen á buscar descanso, fatigados por las dificultades de la parte que les correspondió...

Y cuando la fiesta de Nochebuena va avanzando, y los cánticos se amortiguan, y las lucécillas del na-

cimento se apagan, los niños sonríen entre sus sueños y los viejos derraman tal vez una lágrima... encontradas manifestaciones que en aquel momento traducen una misma impresión: ¡la felicidad!

De actualidad.

Un matrimonio timorato hace sus preparativos para la cena de Nochebuena. Después de comprar un magnífico besugo, el marido se para extasiado delante de unos jamones de mazapán.

— ¡Escalística! — dice á su costilla, — eso para después del besugo.

Y se dispone á entrar en ajuste, cuando la esposa le detiene tirándole del brazo.

— Desgraciado — le dice, — ¿intentas promiscuar? Compra, á lo sumo, una anguila, que es día de vigilia.

Un pavoro vende á un pobre cesante, que ha venido á Madrid para pretender, uno de los individuos de la manada.

Después de embolsarse su importe, y movido por un escrúpulo de conciencia, se acerca al comprador y le dice en voz baja:

— Cómaselo usted pronto, porque el pavo está cuajado de viruelas y es posible que muera antes de llegar la noche.

El cesante sonríe con tristeza y responde:

— Gracias, amigo, creo que el Ministro estará vacunado.

Pero si la Nochebuena no merece este nombre, el día que la sigue aún es mucho peor.

Primer campanillazo el de un repartidor de periódico, que entrega, solicitando el aguinaldo, unos versos merecedores de todos los rigores del Código por los atentados de lesa Gramática que encierran. Los tiempos están muy malos y el porvenir tirando á negro: vayan dos reales al repartidor.

Y suena un segundo campanillazo, y se presenta un segundo repartidor: el fuego está roto y el combate empeñado en toda la línea; hay que sacar más municiones, porque las disponibles á mano durarán muy poco tiempo: pasan de treinta los periódicos ya diarios, ya semanales, que me suelen visitar.

Pero las nuevas municiones se acaban pronto por la presentación de diferentes enemigos, sin contar á los de carácter doméstico.

Los aprendices de la imprenta.

El mozo de la imprenta.

Los oficiales de la imprenta.

Los chicos de la encuadernación.

El amo de la encuadernación.

Los aprendices de los grabadores.

Los aprendices de la litografía.

El mozo del almacén de papel.

La portera.

El sereno del comercio.

El sereno del gas.

Los barrenderos.

Los de la ronda de alcantarillas.

¿Va uno al café? Allí están los camareros felicitando las Pascuas.

¿Va al teatro? Tarjetazo los que recogen los billetes, tarjetazo los acomodadores de localidades, tarjetazo los porteros del escenario.

¿Quiere uno afeitarse? La barba en estos días cuesta una peseta de aumento.

¿Asiste al cumplimiento de una obligación? Sus dependientes le aguardan para saquearle en toda regla.

La persecución de los aguinaldos se ha hecho tan general, que recuerdo á un pobre infeliz que hace años perdió á sus hijos y á sus padres; loco de dolor mató á su suegra y fué encerrado en una celda de la cárcel un día de Pascua. Allí, mientras se retorció desesperadamente, después de haberse dado una regular serie de cabezadas contra las paredes, vió entrar en el calabozo á un llavero, que le dijo extendiendo hacia él un papel lleno de quintillas:

— ¡Que tenga usted felices Pascuas!

— ¡Juan! No doy aguinaldo á nadie; entorna media puerta de la calle y di á todos que me he muerto. A la media hora suena la campanilla.

— Juan, mira quién es y no olvides mi encargo.

— Señor... aguinaldo.

— ¿Quién lo pide?

— Los empleados de *La Funeraria*.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

EL BAUTISMO DE CRISTO

(Bajo-relieve en mármol, atribuido á Torrigiano.)

La obra de arte que reproducimos en la primera página de este número se atribuye al célebre maestro florentino que residió en nuestra patria durante los últimos años de su vida, dejando señaladas muestras de su genio en las catedrales de Granada y Sevilla. El bajo-relieve que representa el Bautismo de Cristo por el santo Precursor, y que por su carácter corresponde positivamente á la primera mitad del siglo XVI, es propiedad de D. Augusto Bircena, de Vigo, y está reproducido de una fotografía directa.

LA PLAZA MAYOR EN NOCHE-BUENA

Reproducción del aspecto que ofrece en esta época del año la Plaza Mayor de Madrid: la lámina que publicamos no exige seguramente descripción alguna, que por otra parte tiene su complemento en el artículo *La Decima*.

JOVEN CRISTIANA EN LAS CATACUMBAS

(Cuadro de Sichel.)

El cuadro de Nataniel Sichel, que reproducimos en este número, es una bellísima representación de las vírgenes cristianas que buscaban refugio en aquellas galerías sepulcrales en los días de la persecución: parece una figura de *Les Maitres*, de Chateaubriand, una de las jóvenes cristianas que, cubiertas de blanco velo, coronadas de hiedra, con una lámpara en la mano derecha y un tarro de oloroso ungüento en la izquierda, asistían al Santo Sacrificio que celebraba el Papa Marcelino sobre la tumba de un mártir. El pintor Sichel nació en el gran Ducado de Hesse en 1844.

LOS DOS AÑOS

UN parece que presencio la escena y han transcurrido muchos años desde entonces! Aquella noche se renovaban las velas del Nacimiento, cuyos escabrosos breñales, cubiertos de nieve, brillaban por modo tal con reflejos diamantinos, como si les hubiera caído encima una lluvia de estrellas; se adelantaban otro poquito en su viaje á los señores Reyes Magos, que así avistaban, al concluir el camino, el humilde portal, al que llegarían sin falta el día 6 de Enero, y luego de llenar la andorga con la clásica colación de la segunda Noche-buena, que á fuer de castellano viejo no dejaba nunca de cumplirse en el caserón de mi abuelo, toda la gente menuda, regocijada y alegre, requiriendo la más ruidosa colección de tambores, zambombas y rabeles que se ha oído, nos íbamos junto al peñasco á disparar villancicos coreados á todo bicho viviente.

La segunda Noche-buena se celebraba entre la familia con bullicioso balletto, animado por frecuentes rondas de dulces y rosoli que mi abuela pergeñaba por propias manos, y al sonar las doce suspendíase la danza para sacar los estrechos con toda la ceremonia y gravedad que el caso requería. Y como los chiquillos no gozábamos aun de puesto en la sala, dando treguas á zambombas y rabeles, arrastrábamos al abuelo sexagenario al comedor y haciéndole sentar junto al fuego de la enorme chimenea, le obligábamos á que nos contase de qué manera muere el año viejo y nace el nuevo y lo demás que entre ellos sucede, exigencia á la que de buen grado se prestaba el bondadoso anciano, pues nada le placía como el verse rodeado de la alegre turba que le oreaba el alma cansada con su frescura de infancia. ¡Cuántas veces, sin sacar nada en limpio, le oí referir en pintoresco lenguaje lo que hoy, ya hombre, he comprendido hasta la saciedad, por desgracia! ¡Pero cómo iba yo á entender entonces de contrariedades y desengaños! ¡Qué sabe el tierno arbolillo del furor del viento y de la fuerza del rayo!

— Escuchad — nos decía mi abuelo — dentro de un par de horas, á las doce en punto, abrid bien las orejas y oiréis en el aire un rumor de alas, es el año nuevo que llega á hacerse cargo del cetro del mundo. Como corre Diciembre viene envuelto entre pieles, porque os advierto que la estación de término se halla enclavada en la luna y figuraos si hará frío por allá arriba. El año viejo, á pesar de sus achaques, sale á recibir á su sucesor, y la nocturna señora, vestida con su fantástico traje blanco y resplandores largos, asiste á la ceremonia en calidad de madrina. El momento es solemne, el acto majestuoso; presencian los astros como testigos, que allí brillan, no con la débil claridad de lucécillas, sino con la lumbre de un sol cada uno, y preside la entrega el tiempo con sus venerables

barbas de... cuatro ó seis varas de largo y más blancas que la nieve, ¡que el buen señor cuenta tantos años como el globo terráqueo...!

Al oír esto abríamos unos ojos como platos y nos quedábamos con la boca abierta, considerando para nuestro capote y con el fin de formarnos cabal idea de las barbas del tiempo, que serían poco más ó menos de la misma longitud del comedor de casa del abuelo.

— El achacoso varón — seguía el narrador — deja á un lado el reloj que mide la existencia de los hombres, reloj sin fondo, nunca lleno de arena, lo que indica la condición mortal de la humanidad, y tomando el libro de registro de la vida, que el año viejo le presenta, comienza á repasar sus hojas para enterarse del pasivo de los hombres. Allí están anotados los malos pasos, las acciones vituperables, las horas perdidas, los crímenes, todos nuestros vicios, todas nuestras debilidades, terrible extracto en que nadie escapa, sin que el tiempo advierta, como empleó cada cual la ración que de sí propio le dió al nacer á esta humana jornada.

El que más y el que menos de los oyentes empezábamos á repasar, ante semejantes especies, los días de novillos, los papeles que prendíamos al maestro en el faldón de la levita, las azotinas que nos daban en casa, desde luego por nada bueno, y maquinalmente mirábamos á la puerta, dispuestos á apretar á correr si el tiempo aparecía en los umbrales con el librote susodicho en la mano.

— Pero lo más curioso — seguía mi abuelo, encantado de su misma narración — es el diálogo que, mientras acontece la lectura del registro, sentados en dos estrellas cercanas, sostienen el año viejo y el nuevo. Tú por tú, porque en el reino planetario no hay jerarquías, así hablan uno y otro muy callandito ante el temor de que cualquier cometa les oiga y vaya con el chisme á la tierra.

— Vamos á ver, criatura — pregunta el año viejo — ¿Qué idea traes del mundo?

— ¡Qué es una bola! — responde el año joven, un sí es no es balbuciente.

— Oh año novel...! Tú serás infeliz, te lo pronostico. Empiezas tu mando diciendo la verdad y eso es fruta prohibida entre los hombres... Tienes razón, el mundo es una bola, una mentira...

— Todos los viejos sois iguales. ¡Qué aires os dais de sabios!

— Pues mira, esa es otra debilidad que me han pegado los mortales. ¡Ah, pobre mozo, ya dejarás tan insulsa modestia, porque la tal virtud no está de moda bajo las nubes, y á los que las poseen les sucede como á las violetas, nadie les hace caso. Allí en la tierra basta que dos digan de un tercero que es un genio para que los demás le extiendan en seguida carta de tal! Ya verás tú mismo como anda aquella grillera dirigida por varios audaces, á los que obedecen millones de tontos...

— ¡Pero es desconsolador lo que me dices...! Ese mundo tan inmenso, tan esplendoroso, con horizontes tan dilatados, poseedor de vida, dueño de movimiento, ¿alberga tanta pequeñez como me pintas...?

— En nada exagero. Tú no entiendes aun de obras escénicas; pero cuando lleves siquiera diez días en tu solio comprenderás que el mundo se asemeja á muchas comedias en las que se desarrolla una fábula detestable, encubierta bajo las sorprendentes apariencias de unas decoraciones magníficas...

— ¡Entonces todo es aparente en mis dominios...!

— Todo, hijo, todo; todo superficie. Los hombres habitan en la costra de la tierra, y en la vida moral jamás llegan á conocerlos sino por la costra.

— ¡Válgame Dios! ¡Yo que pretendía enterarme de quiénes eran sólo con mirarlos...!

— ¡Mejor es que ignores quiénes son. Uno de nuestros vasallos ha dicho que el rostro es el espejo del alma y no puedes figurarte cuántos he visto empañados...!

— ¡Pero entonces no se hace justicia á nadie en el planeta que voy á habitar...!

— Sí se hace, pero hay larga cola á la puerta de su palacio, y los sitios de preferencia los ocupan siempre las inutilidades. En todo el período de mi reinado no he podido conseguir nunca que el talento de ley llegue á alcanzar un puesto seguro en primera fila, porque la envidia, la intriga, la maledicencia, le toman la delantera y se cuelan de rondón dejándole á un lado. Y no intentes remediar semejantes vicios; como no seas sordo, mudo y ciego, no conseguirás reinar tranquilo.

— Pues reformaré esas costumbres y daré el premio á quien le corresponda y el castigo á quien lo merezca.

— Te harás odioso y te llamarán tirano. ¿Crearás que me voy á la eternidad sin conocer ni de vista á la consecuencia...? Los mortales son todos unos girasoles...

— Pues lo que tú no has podido con la razón yo

lo alcanzaré con el sentimiento. Hablaré al corazón de los hombres y despertaré su inteligencia. Lo bueno es lo bello, la belleza engendra la moral...

— Estás charlando como un krausista rapazuelo; ya te enterarás de quiénes son esos señores, otra de las calamidades de allá abajo. Pero dime: ¿pretendes hacer venturosa á la humanidad con brisitas y alboradas y demás monerías de la naturaleza?

— No veo otro medio sino desplegar todas las galas de la creación... Seré un año á gusto de cada cual de los habitantes de la tierra.

— Pues la única manera de lograr eso que pretendes es hacer llover desde mañana mismo un chaparrón diario de monedas de oro sobre el mundo.

Y aquí acababa el diálogo, porque á la última campanada de las doce, después de dar el ósculo de despedida al año entrante, hundíase el saliente en la eternidad. Y con la terminación del cuento disolvíase el alegre corro de muchachos que rodeábamos al abuelo, y comentando para nuestro capote y según el entender de cada quisque cuanto habíamos oído, nos íbamos á la cama temblando de miedo y asustándonos el más mínimo ruido que turbase de pronto el silencio de la noche. Entonces apenas si entendíamos muchas de las especies que los dos años discurrían; ahora, al recordárlas, acuden á mi memoria llenándose de tristeza, porque el tiempo se ha encargado de comprobarlas. ¡Bien haya la inocencia de la primera edad, que tenía nuestra razón sumida en las tinieblas; en la fuerza de la vida buscamos la luz y nos la encontramos limitada por la sombra! Ayer suspirábamos por ser hombres y ¡quién volviera hoy á los albores deleitables de la niñez! Pero esta es la triste condición humana; siempre despreciando lo que posee y siempre corriendo tras lo imposible!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

A ROMA

I

Hubo un tiempo de triunfos, ya lejano,
En que reina del mundo te llamaste;
Hubo unos días de esplendor y gloria
Célebres en los fastos de la historia
En los que al Orbe entero dominaste;
En que dictaste á tu capricho leyes
Que acataron temblando
Con ciega sumisión pueblos y reyes;
En que al alzar triunfante tus pendones
Y al recorrer el mundo en son de guerra,
A la potente voz de tus legiones
Callaron asombradas las naciones
Y estremecida retendió la tierra;
Y bajo el peso de tu férreo yugo
Mil pueblos agobiados se sintieron;
Y al eco formidable de tu nombre
Mil coronadas frentes se rindieron,
Y tú llegaste á ser en paz y en guerra
El águila gigante cuyas alas
Bastaron á cubrir toda la tierra...

Mas ¡ay! que tanta fama y poderío
Eran no más las ostentosas galas,
El lujoso atavío
Con que una eterna juventud mentías:
La púrpura imperial con que cubrías
Un corazón del todo corrompido
Y tu nombre gigante,
Eran ¡ay! solamente
La fachada magnífica y brillante
De un palacio por dentro carcomido
Y cuyo propio peso le arruinaba;
Pues de la gloria humana en la alta cumbre
Y cuando el mundo entero te envidiaba
Yacías en abyecta servidumbre
Y con nombre de reina eras esclava,
Esclava del tirano á quien servías,
A cuyos pies, imbecil, te arrastrabas,
Cuyas infames leyes adorabas,
Cuyos nefandos vicios aplaudías;
Esclava de tus miserias pasiones
Que pasabas las noches y los días
Entregada á mil locas diversiones;
Y mientras en el campo de la gloria
Tus valientes sin tregua peleaban
Y por darte el honor de la victoria
Su sangre generosa derramaban,
Tú, esclava envilecida,
Con sed inextinguible de placeres
Dejabas deslizar la torpe vida
Sin la menor noción de tus deberes;
Y sangrienta y feroz como la hiena
Acudías al circo presurosa
A saciar tus instintos inhumanos,

Viendo cómo morían los cristianos
Destrozados por tigres en la arena...

Eso eras tú, la altiva soberana,
Tú, la reina del Tíber orgullosa,
El espanto y terror de las naciones,
La señora del mundo victoriosa...

Y ¿dónde estaba la mano poderosa
Cuya fuerza bastara á libertarte
De situación tan triste y vergonzosa?
¿Dónde estaba la luz esplendorosa,
Cuyo rayo benéfico
Las sombras del error desvaneciera,
Y tus errados pasos
Por camino más recto dirigiera?
Allí donde tú menos lo esperabas:
En esa cruz que tanto aborrecías,
En esa religión que abominabas,
Que tan bárbaramente perseguías,
Cuya extinción completa deseabas:
Llegó por fin el día venturoso
Desde todos los siglos decretado
En la mente del Todopoderoso,
En que la altiva Roma se postrara
A las plantas del Dios crucificado;
Brilló para tí el sol puro y sereno
De la fe que á salvar al mundo vino;
Huyó el politeísmo de tu seno,
Y tú adoraste el Lábaro divino,
La redentora Cruz del Nazareno
Que dió el cetro del mundo á Constantino.

Desde entonces dejaste para siempre
La absurda religión que profesabas,
Y las impías aras demoliste
De los mentidos dioses que adorabas;
Y desde entonces, Roma, ya no fuiste
La esclava sin poder de tus pasiones,
Ni pasaste los días entregada
A tus abominables diversiones.
Ya no fuiste feroz como la hiena,
Ya no tuviste instintos inhumanos,
Ya no acudiste al circo presurosa
A ver cómo morían los cristianos
Destrozados por tigres en la arena...
Y si en expiación de lo pasado
Tuviste que sufrir grandes dolores,
También para endulzar tus sinsabores
Tuvistes otro Dios y otros altares
Y otra sublime Religión, que tiene
Consuelos para todos los pesares...

II

Han transcurrido ya diez y seis siglos
Y la Cruz salvadora
Aún extendiendo sobre tí sus brazos
Te cubre con su sombra protectora;
Mas tú ya pugnas por romper sus lazos:
Su reinado de paz ya no te agrada,
Ya la quisieras ver hecha pedazos,
Ya tienes nuevamente contra ella
Una lucha sacrilega empeñada;
Ya á nombre de adelanto y de progreso
A toda idea santa haces la guerra,
Y ultrajas de tu orgullo en el exceso
La dignidad altísima y sublime
Del Vicario de Dios sobre la tierra,
Que en tu recinto prisionero gime
Afligido, mas no desalentado,
Bajo el nefando yugo que le oprime;
Ya no adoras al Dios crucificado;
Ya temerariamente
Con un arrojo, á la verdad visible,
A luchar te dispones frente á frente
Del Supremo Monarca Omnipotente
Y pretendes vencer al Invencible...
¡Pobre Roma! ¿cuán grande es tu demencia!
¡Cuán triste es tu destino!
¿Pensas vivir sin Dios y sin conciencia?
Si buscas libertad é independencia,
La buscas, en verdad, por mal camino.
¿Quieres volver á ser lo que antes eras
Cuando en el circo con furor insano
Gritabas: ¡Los cristianos á las fieras!
En tiempos de Nerón y Diocleciano?
Ese camino llevas ciertamente;
Mas si atrevido, impío é insolente
Tu labio impuro sin temor blasfema,
Mira no escriba Dios el anatema
De su reprobación sobre tu frente;
Mira que es su palabra omnipotente,
Y que tiene á sus pies el firmamento,
Y que es en su presencia todo el mundo
Cual leve arista que arrebató el viento;
Y que cambia su enojo en un momento
En un desierto estéril, infecundo,
El imperio más vasto, noble y rico,
Como cuando, á pesar de tu grandeza,
Tu orgullo subyugó con la fiera
De las hordas salvajes de Alarico.

III

Y no importa que alegre te diviertas,
No importa que no temas el castigo
Y que duermas segura de tu suerte,
Mientras tienes a Dios por enemigo:
¡Ay! También Baltasar se divertía
Tranquilo y descuidado
Y apuraba las heces del pecado
Entre el ruido y los brindis de la orgía;
Y mientras insensato se reía,
Aquel Dios inefable
Cuyo inmenso poder él no temía,
Delante de sus ojos escribía
Su sentencia de muerte irrevocable...
¡Oh, Roma! ¡pobre Roma! me parece
Que sobre tu cabeza ruge airado
El furioso aquilón de la tormenta,
Y ¡ay de ti! si su voz no te amedrenta
¡Ay de ti! si no temes el nublado,
Y obstinada persigues adelante
Orgullosa y triunfante,
Por la senda del mal que has comenzado!
¡Ay de ti! si no enmiendas lo pasado,
Si no adoras la Cruz del Nazareno;
¡Ay de ti! si no escupes el veneno
De esas falsas doctrinas,
A la doctrina de Jesús extrañas;
¡Ay de ti! si no arrojas de tu seno
El cáncer que devora tus entrañas.

CAROLINA VALENCIA.

UN CUADRO DE FR. ANGÉLICO

Poco antes de que los heraldos del Renacimiento desenterrasen las obras de la antigüedad gentilica para beber en tan fecundas fuentes la belleza plástica de limitados vuelos que distingue a aquella época revolucionaria del Arte, vivía en las soledades pacíficas de la Toscana un humilde dominico, en cuya alma, candorosa como las ilusiones de una niña de cinco años, parecía haber colocado Dios algo de la sencillez divina de los espíritus celestiales; porque, efectivamente, algo maravilloso debieron observar en aquel hombre sus coetáneos, cuando conociendo la pureza de aquel corazón, la fervorosa piedad de su alma y la placida mansedumbre del que había de ser honra de la Orden dominicana y preciado florón de la pintura religiosa, llamaronle *el hermano angelico*, nombre dulcísimo con que ha pasado a la historia la figura verdaderamente grande del beato artista.

Cuéntanos la biografía que Guido di Pietro (así se llamaba el fraile) nació en Vecchio allá hacia las postrimerías del siglo XIV; que profesó en el convento de Dominicos de la ciudad de Fiesole, donde fué modelo de todas las virtudes, no menos que asombro de los demás Religiosos, por la lucidez privilegiada de su talento, lo que le valió la oferta que el Pontífice le hizo del Arzobispado de la ciudad de los Médicis; no aceptó distinción tan honrosa y tan justa Fr. Angélico, prefiriendo, en su sencillez ingénita, la oscura humildad de la celda al esplendor social de la mitra, y el pincel modesto del artista enclaustrado al áureo anillo del pastor espiritual. Su fecundidad correspondía a su ingenio y a la universal aptitud que le hacía cultivar con perfección las varias ramas del complejo arte a que consagraba sus estudios y desvelos; así vemos que lo mismo por la miniatura, a la que en los comienzos de su carrera se dedicó con una escrupulosidad matemática, que por los monumentales frescos y retablos pintados por él para su convento y por la multitud de sus hermosas tablas, de inapreciable valor, mereció este santo dominico el inteligente aplauso de su tiempo y la admiración de la posteridad: que no de otra cosa es digno quien compuso de tan delicadísima manera, dando a sus figuras una expresión tan aérea y celestial y un colorido tan fino y transparente, que no debe sorprendernos ver al buen religioso (que hacía una especial oración para prepararse a pintar) verter abundantes lágrimas ante las figuras religiosas que trazaba su mano, y más de una vez arrojarse en angelical sueño, mecido por la dulzura purísima, las delicias inenarrables y las ilusiones místicas que en su ferviente alma hacían germinar las escenas sagradas de sus cuadros... Y así, en esta vida hermosa, custodiada por el retiro del claustro, pintando cuando no oraba y dejando el pincel para volver a la oración, permaneció en la tierra Fr. Angélico, hasta que ya de muy avanzada edad, en 1455, voló al cielo su candoroso espíritu, dejando los recuerdos de su vida para edifica-

ción de su Orden, y las obras maravillosas de sus manos para estudio y asombro de los pintores.

Entre los trabajos de Fr. Angélico siempre ha llamado poderosamente la atención una magnífica tabla que representa la salutación angelica. Es asunto éste muy común en la pintura de los pasados tiempos, y por lo tanto de muy difícil desempeño acertado. Rebosa tanta poesía la Anunciación, que nada tiene de extraño que los pintores más afamados hayan querido plastificar la divina escena de la Encarnación del Verbo tal como nos la refiere el inspirado historiador San Lucas en el comienzo de su Evangelio. ¿Dónde hay, en efecto, más rico venero para el genio de un artista que la visita celestial con que un enviado del Eterno sorprende las meditaciones purísimas de una doncella hermosa, saludándola con palabras nunca oídas en labios humanos y comunicándole la estupenda noticia de ser ella la escogida entre todas las mujeres para Madre del Hijo de Dios? ¿Dónde manantial de ternura tan fecundo como aquella confusión de la Púdica Flor de Nazareth, y aquella siguiente mansedumbre con que, temblorosa ante la magnitud de su propia elevadísima dignidad, se declara la esclava del Señor, sometiendo a la voluntad soberana de Éste? ¿Dónde fuente de tan rica inspiración como aquel momento solemne evocado todos los días por millones de creyentes que repiten la salutación de San Gabriel cuando la campana hace vibrar sus bronceos llamando al *Angelus*?

Este es el momento escogido por Fr. Angélico de Fiesole para exteriorizarlo en su valiosa tabla.

¡Qué preciosa, qué interesante, qué ideal es la figura de la Virgen María! El pintor beatífico vertió en ella los más delicados toques de su genio artístico, la representación más fiel de un corazón creyente. Yo me imagino a Fr. Angélico arrobado en místico éxtasis, pidiendo a Dios, desde los pliegues más hondos de una conciencia templada con el sacro fuego de la oración, la luz increada, la inspiración divina, la habilidad soberana del Supremo Artífice, para combinar las líneas y colores, las sombras y las luces que habían de representar la imagen de la Madre del Verbo; y tembloroso de emoción santísima, perfilar aquellos contornos delicados, animar aquellas manchas, dar vida espiritual a las figuras materiales que brotaban de su pincel... Imposible describirnos aquella mujer primorosa, interesante, ideal: sería necesario que la tosca pluma que estas líneas escribe fuera tan privilegiada como el pincel de Fr. Angélico para poder decir cómo es aquel rostro divino, sin semejarle, porque su expresión excede los límites de lo humano, no tiene nada de terrenal, revela algo inefable y santísimo que no vemos aquí abajo: la generalidad de los mortales, y que se presenta a otros más afortunados y virtuosos como vaga reminiscencia de los favores con que Dios distingue a las almas fervorosas que sueñan constantemente con el cielo.

Imaginamos una carne transparente que el pintor se vió obligado a admitir para dar forma a una idea altísima; en aquella frente tersa, cual fresco pétalo de azucena, brilla luz celestial engendrada en ella por el ósculo del Espíritu Santo; dorado rizo, graciosamente recogido con verde cinta, sirve de áureo marco a aquella frente purísima, al mismo tiempo que se desprende sobre la espalda artística trenza; los oscuros ojos inclínanse modestamente como corresponde a la que se proclama esclava del Señor; ligero rubor, semejante a los tenues arbores de las primaverales auroras, esmalta con rosadas tintas sus mejillas aterciopeladas: la Virgen se confundió al saber que iba a ser madre; la bendita boca es diminuta y la limitan encendidos labios, terminando la cabeza oval por una barba redonda como la de una niña de cinco años. La sencillez castísima de Fr. Angélico descubrió el nacimiento del seno virginal de María, estrecho y recogido, apoyando sobre aquel pecho que había de dar calor al Hijo del Hombre las manos cruzadas de la Rosa Mística. Un haz de luminosos rayos emanados del seno de la Eternidad inunda a la Paloma de Sión, llevando entre sus átomos de oro aquella otra paloma blanca, emblema del Consolador Espíritu que con sus alas leves había de *hacer sombra* a la Doncella. Sencilla falda roja orlada de dorado encaje, y manto azul con igual festón, constituyen la vestidura de la Sagrada Mujer, que sentada y con el libro sobre su regazo presenta una actitud tan simpática, un continente tan noble y tan modesto, que impresiona dulcemente el ánimo aun del hombre más incrédulo.

No menos bella es la figura del celestial paráninfo. Es el Arcángel San Gabriel en la tabla de Fray Angélico un niño delicado, de mórvidas líneas, de

blanca y sonrosada tez, de rubia y rizada guedeja; dotado de áureas y vaporosas alas aparece humildemente inclinado ante María, asombrado por la grandeza del acto de que él es anunciador. ¡Qué beatífica expresión inunda el rostro de aquel niño...! ¡qué primor en los detalles! ¡qué pureza en los contornos! ¡qué claridad y finura en el colorido!

Cobija a estas dos figuras elegante estancia abovedada, que semeja el templo, y en cuyo uno de sus traveses posó Fr. Angélico una hermosa golondrina que en su pico sostiene verdosa rama.

Es muy común hallar en los cuadros antiguos rota la unidad del conjunto con escenas que, aunque no completamente extrañas a la principal, están sin embargo alejadas de ella por el tiempo y el espacio: en tales escenas señalan las causas o marcan las consecuencias del hecho primordial que movió el pincel del artista. Esto, que no es muy propio del genio del Arte, en cuanto que falta a una de sus primeras condiciones, es hasta cierto punto científico, porque de un golpe de vista se comprende la razón histórica del asunto pintado y las consecuencias que de él se han desprendido; y en la pintura mística convierten lo que simplemente sería un momento histórico, un cuadro de devoción, en una verdadera lección de Teología. Así lo vemos en la *Anunciación* del monje de Fiesole, de que estamos hablando en este artículo.

En diferente recinto del ocupado por las dos primorosas figuras que aproximadamente quedan descritas, aparecen las de nuestros primeros padres, en menor tamaño que el de aquéllas. Adán y Eva, confundidos y llorosos, avergonzados y arrepentidos, abandonan el Paraíso terrenal amenazados por la espada ignea del Ángel del Señor, pero con la dulcísima esperanza de ser un día regenerados por la nueva Eva, Madre en la gracia (como la primera lo fué en la naturaleza y el pecado) y cuyo immaculado pie había de aplastar la venenosa cabeza de la infernal serpiente. He aquí en esta escena, maravillosamente pintada por Fr. Angélico, la razón teológica (si así puede llamarse) de la *Anunciación*, que tan alto ha colocado el nombre de aquel pintor insigne.

Completan la magnífica tabla cinco carteles de pequeñas dimensiones, y que sirven como de zócalo al cuadro principal. Representan aquéllos, notables episodios de la vida de Nuestra Señora: sus purísimos desposorios con San José, la visita a su privilegiada prima, la adoración de los reyes orientales, la presentación del Divino Niño al viejo Simeón en el templo y la gloriosa muerte de María. En todos estos cartelitos es donde mejor brillan la minuciosidad y delicadeza de la miniatura, género de grandes dificultades, pero que Fr. Angélico cultivó siempre con envidiable acierto, aplicando las reglas especiales de dicho género a los cuadros aun de mayores dimensiones, como observan los que han visto las obras del ilustre religioso, existentes casi todas en las ciudades de la Toscana.

Tal es la obra del eximio dominico que como preciosísima joya de inestimable valor se guarda en nuestro rico Museo del Prado, de Madrid. En ella se observa un asunto bien meditado y sencillamente compuesto; correcto dibujo con exquisita pureza en las líneas, claridad y transparencia en el color aplicado con gran limpieza, vida y finura en las encarnaciones, encantadora verdad en las actitudes, brillante luz, suaves sombras, dulzura angelical en las fisonomías, riqueza en los detalles, variedad y armonía en el conjunto, y *ese quid divinum*, algo que se siente y no se explica, hálito del cielo, producto de la actividad creadora del genio que diluye en sus obras una chispa de aquel ardor superior que anima su imaginación inspirada.

ÁLVARO LÓPEZ NÚÑEZ.

¿QUÉ SERÍA...?

(Conclusión)

II

MIENTRAS cruzábamos las diversas calles que a casa de la Rabina conducían, iba yo repasando en la memoria los varios datos biográficos que acerca de esta señora repetía la voz pública. Yo no la conocía, y con ser tan populosa la capital en que nos hallábamos, eran contadas las personas que la hubiesen visto alguna vez de cerca; tan grande era el aislamiento en que vivía. Tan sólo una tarde, volviendo yo con cierto caballero del famoso hospital de X** situado

1 De la escuela pictórica de Fr. Angélico (tal vez de algún discípulo) es una tabla que representa el *Santo Entierro* y que existe en la capilla del distinguido y recomendable Colegio de Risocco, fundado por el erudito D. Francisco Palafox, de piadosa memoria.

en las afueras de la ciudad, vi por el camino que conducía a las vecinas huertas una antiquísima y blasonada carretela, forrada de amarillo, y tirada por pacíficas mulas; hundida en los almohadones del testero, iba una sombra negra, y sentada al vidrio una vieja feísima, de aspecto decente. Mi compañero, que aun vive en Madrid, anciano y achacososo, me aseguró que aquella sombra era la Rabina, y aquella vieja su doncella, ó sea su *diablo familiar*, como la llamaba él en son de burla. Coordinando entonces mis recuerdos, vine en la cuenta de que aquel *diablo familiar* debía de ser la misma estantigua que en aquel momento caminaba delante de mí, sirviéndome de guía. Las cruces que le había visto hacer, y la devoción con que se encomendaba en el recibimiento al perro de aguas, me tranquilizaron por completo; si era, en efecto, un diablo familiar, debía de ser un diablo arrepentido, al estilo del Abdiel-Abbadona que soñó Klopstock.

Doña Adela de M**, conocida en toda la ciudad por el apodo de la Rabina, debía de frisar por aquel entonces en los setenta años. Su padre, segundón de una casa ilustre, y por extraño caso rico, había figurado en las Cortes de Cádiz, al lado de Argüelles, Quintana y Toreno, y emigrado más tarde a Francia, cuando la reacción de 1823. Allí se había educado por lo tanto la entonces tierna Adelita, y vivido en París muchos años, en la época en que el *cerebro de Europa*, convertido en espantosa grillera, daba a luz en el orden literario a los románticos de pálido rostro y cabellera de rey merovingio, que aplaudían el Hernani de Victor Hugo, y en el social a la segunda dómeda de revolucionarios, que ajustaban las cuentas al usurpador Luis Felipe, lo mismo que se le pueden ajustar al lacayo que estorba en la antesala. Los parisenses habían adelantado mucho; para sacudirse a un rey, tuvieron el 93 que guillotinarlo; para quitárselo de en medio el 48 les bastó sencillamente darle un escobazo.

Brillaban entonces en aquel cielo literario dos estrellas de primera magnitud, que fueron las amigas íntimas de Doña Adela: la llamada *Muse de la Patrie*, Delfina Gay, Madame de Girardin más tarde, y la baronesa de Devenant, célebre ya por desdicha, con el nombre de Jorge Sand. Estrechaba esta amistad la afición común a las letras, y juntas frecuentaban los círculos literarios y los salones más en boga en el poco escrupuloso París de aquella época, mereciendo de sus admiradores el lisonjero nombre de las tres Gracias. Decíase que en estas tres décimas Musas se había inspirado el bueno de Jerónimo Paturro, al describir las tres poetisas que en los salones de la apócrifa princesa de Fibustokoi, improvisaban, como Corina sobre el Capitolio, una en traje griego, otra con arreos de la Edad Media, y la tercera con botines y pantalones. No sé lo que habría de verdad en esto: puedo asegurar, sin embargo, que la amistad de Doña Adela con Jorge Sand había sido, en efecto, muy íntima y constante. Yo mismo tuve en mis manos, muchos años después, un ejemplar de *La mare au Diable*, que la célebre novelista francesa regalaba a su amiga, con esta tan concisa como expresiva y pedantesca dedicación:

*Aller Ego.
Georges.*

Nadie pudo saber nunca por qué razones había abandonado la Rabina el bullicio de París quince años antes de estos sucesos, para venir a enterrarse en la antigua casa de sus mayores, en compañía de una hermana mayor ciega y viuda de un marino; excelente y sencilla mujer que se pasaba la vida haciendo calceta a tientas, y narrando a sus domésticos los extraños viajes que había hecho con su marido por el Sur de las Américas. Esta era aquella señorita Concha, que según el dicho de la doncella de Doña Adela había muerto seis meses antes.

La Rabina no recibía a nadie, ni salía nunca de casa, como no fuese en carruaje cerrado, a respirar a larga distancia de la ciudad el puro ambiente del campo. Jamás se había acercado en tan largo período de tiempo a recibir los Santos Sacramentos; nunca se la había visto entrar en la Iglesia, y la primera y única vez que había ido a visitarla el Cura párroco habíase negado a recibirlo cortés, pero decididamente. El pueblo, con ese maravilloso instinto con que adivina los caracteres y profundiza los misterios, había bautizado con el nombre de *la Rabina*, teniendo en cuenta sus apariencias de impiedad y su fama de literata. Decíase entre la gente culta que empleaba los largos ocios de su vida en escribir un libro sobre la emancipación de la mujer, destinado a producir grande ruido en el mundo. Ignoro también si esto era cierto: pero sí puedo asegurar, que cuando en 1867 se celebró en New-York el primer *meeting* de señoras, pidiendo para la mu-

jer los derechos electorales, una de las primeras adhesiones de damas extranjeras, que recibió aquel comité femenino con pretensiones de masculino, fué la de la Rabina. Yo mismo leí su nombre en las listas que publicó entonces *The North American Review*, periódico de Boston.

Mientras repasaba en la memoria estos varios recuerdos, vinoseme a las mientes un pensamiento, en que no me había fijado nunca. La Rabina había permanecido siempre soltera, y no obstante el foco de corrupción en que había vivido, lo excéntrico de sus costumbres, y su falta absoluta de ideas religiosas, jamás osó la mordacidad pública hincar el diente en nada que a su honra se refiriese. Era esto una extraña anomalía, dado el modo de ser ordinario con que suelen encadenarse los vicios: nunca la fea cebolla dió rosas, ni el pardo rábano castas azucenas. Te confieso, lector amigo, que para explicarme esta contradicción, formé entonces un mal juicio: pensé que la Rabina habría sido en su juventud una de esas forzosas Lucrecias, que llevan la salvaguardia de su honor en la fealdad de su rostro.

Dimos, por fin, vista a la casa visitada por el diablo, y debo aquí confesarte, lector discreto, otra flaqueza: a pesar de que ya en aquel tiempo contaba yo con esa seguridad y aplomo que dan al hombre las muchas vicisitudes de una vida azarosa, no pude menos de experimentar, a la vista de aquel caserón destartado, una especie de inquieta zozobra, semejante a la del escolar desaplicado que va a examinarse, ó a la del alcalde de montera que se prepara a pronunciar el discurso de recepción a un gran personaje. Era la casa antigua, con gran escudo de armas sobre la puerta, zaguán empedrado, con sendas escalerillas laterales que conducían a los entresuelos, y enorme portón de roble labrado en el fondo. Pareció éste abrirse por sí solo, como si nos esperasen, y atravesamos entonces un magnífico patio, una espaciosa escalera de mármol, y una galería larga y anchísima, todo destartado, sucio y desprovisto de muebles y adornos, como si nadie habitase en aquel verdadero palacio. Una cosa vi, que sería realmente casual; pero que no por eso dejó de parecerme muy extraña en aquel momento. Ningún ruido se oía, ningún ser viviente se divisaba por ninguna parte: tan sólo encontramos en el primer tramo de la escalera, sentados en correcta formación sobre el último peldaño, tres gatos negros que fijaban en mí sus redondos ojos, con importuna fijeza: al acercarme yo, precedido de mi guía, pusieron en pie al mismo tiempo, arquearon el lomo, empujaron a compás el rabo, como para darme la bienvenida, y echaron a correr maullando lastimosamente. Acordéme de nuevo de las brujas de Macbeth, y traduciendo al inglés sus maullidos, parecíame que venían a significar el mismo estribillo misterioso que pone Shakespeare en boca de aquellas:

*Double, double toil and trouble!
Fire, burn; and, cauldron, bubble!*

Repito que lo tuve por casualidad: pero me hizo aquello poquísima gracia. Veíase en el fondo de la galería una mampara roja, y ante ella se detuvo mi guía, abriéndola de par en par, y diciéndome cortésmente, sin llorar ya, pero haciendo aun algunos pucheros:

— Entre, Padre, entre, que voy a avisar a la señora...

De la mampara adentro, la decoración variaba por completo: halléme entonces en un saloncito cuadrado, digno de cualquiera elegante parisense de tiempos del Directorio: tan sólo faltaba, para que la ilusión fuese completa, alguna *Merveilleuse*, sentada en el sofá romano, de caoba y metal amarillo, que ocupaba la testera. Algo que a esto se aproximaba se veía por las paredes: fijéme desde luego en un retrato de hermoso colorido, que representaba a una mujer de treinta a cuarenta años. La reconocí al punto: una mano que no era la del pintor había escrito en torno del busto la célebre frase atribuida a Manon Philipon, Madame Roland, cuando al subir al cadalso divisó a lo lejos la estatua de la libertad.

— ¡Libertad...! ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!

— ¡Bella frase! — pensé yo. — Lástima grande que no se le ocurriese a la famosa republicana, hasta que le tocó a ella la suerte de morir en la guillotina.

Frente a este retrato había otro de época más reciente, y de muy inferior mérito: representaba a un joven pálido, de frente elevadísima, negra y larga cabellera, corbatín alto hasta las orejas, y ajustada levita. Era Víctor Hugo, en los tiempos en que escribía dramas románticos.

1. ¡Doble trabajo, doble fatiga!
¡Arde el fuego y hierve la caldera!

Un tercer retrato, obra acabadísima de arte, que bien pudiera ser de David en sus mejores tiempos, ocupaba el testero. Velan en él dos figuras: una señora vestida de blanco, sentada en un jardín, sobre un banco de musgo; tenía un libro en la mano, en el cual parecía leer, declamando al mismo tiempo. En la portada del libro se leía: *Ledia*.

— ¡Ledia! — dije para mí. — ¡La novela que no se atrevía a leer a solas Chateaubriand, con ser tan poco propenso a escrúpulos, no obstante su poético misticismo...! ¡La obra más páfida de Jorge Sand; aquel desdichado ingenio femenino, que tanto veneno supo derramar por las puntas de su bien cortada pluma...!

A los pies de la novelista francesa, pues ella era, en efecto, había tendido en tierra un gallardo manco, que con la hermosa cabeza apoyada en las rodillas de la dama, parecía escuchar atentamente su lectura, con una pipa encendida en los labios... Imposible me fué adivinar quién fuera éste, porque imposible era reconocer en las graciosas facciones de aquel, al parecer muchacho, a la Rabina misma, a la vieja setentona que en aquel momento iba yo a contemplar por primera vez frente a frente.

Una puertecilla perfectamente disimulada bajo el papel verdusco que tapizaba las paredes, se abrió en efecto, y apareció de nuevo mi Ariadna, diciéndome con el continente azorado de siempre:

— Entre, Padre... La señora le está esperando...

III

Entré sin vacilar, y me detuve sorprendido en la puerta... Porque no era la Rabina aquella caricatura de literatura que yo me había figurado, fea y negra hasta sudar tinta, como decía Luis XIV de Mademoiselle Scuderi, la escritora de su tiempo. Lejos de eso, conservaba aquella mujer los restos de una arrogante belleza, que aventajaba en mucho a la vaporosa de Delfina Gay, y no podía compararse con la vulgar presencia y los ajuetados carrillos de Madame Sand, la otra tercera Gracia.

Estaba hundida en una gran poltrona de raso encarnado, junto a una chimenea en que ardía vivísimo fuego; y no obstante lo adelantado de la estación, y de hallarse envuelta en un antiguo chal de cachemira, agitaban todo su cuerpo frecuentes escalofríos. Al entrar yo en la pieza, púsose en pie con gran trabajo, y pude entonces admirar su majestuosa talla, que no había logrado encorvar el peso de setenta años. Tenía el pelo blanco como la nieve, peinado en *bandeaux*, como decían las elegantes del año cuarenta: especie de cortinillas, que tocando las extremidades de las cejas, bajaban hasta cubrir del todo las orejas. La blancura nívea de sus canas hacía resaltar su tez morena, cortada por dos cejas negras como el azabache, que prestaban al conjunto de su rostro una expresión de energía, cercana ya a la fiera.

— Siento haberle molestado a usted, Padre; — me dijo — pero esa Mariana equivocó mi encargo, y le ha incomodado a usted en vez de avisar al Pátrero.

Yo la escuchaba absorto, porque jamás había oído una voz más sonoramente dulce, más cadenciosa, ni tan agradable al oído: aquel acento en aquella mujer hacía verosímil la antigua fábula de las Sirenas. Mi admiración no me impidió sin embargo comprender que con aquellas corteses frases, y aquellos dulces acentos, me decía bonitamente la Sra. Rabina, que estaba de más en su casa: respondía, pues, haciendo ademán de marcharme.

— En nada me ha molestado usted, señora; pero si ha sido una equivocación...

— ¡Oh, no, no! — exclamó ella vivamente. — Qué dese usted, ¿se lo suplico...! Para mí es igual: quizá mejor... Lo mismo podrá usted darme un consejo; resolverme una duda...

Sentámonos entonces, y reinó un silencio embarazoso, como sucede de ordinario, antes de comenzar una conversación de suyo difícil. Yo lo rompí el primero, diciendo:

— Me dijo su doncella de usted que esta mañana habían tenido un gran susto.

— ¿Susto? — dijo ella.

Y fijó en mí una mirada de fingida extrañeza, como si aparentase no comprender el sentido de esta palabra. ¡Y sin embargo, la pobre vieja estaba temblando!

— Susto, no; — prosiguió al cabo lentamente — Sorpresa... desengaño, sin duda... Yo no lo hubiera creído nunca... Conoció mucho en París a Allan Kardec, y me hablaba siempre de estas cosas de espiritismo... Pero yo me reía de sus embelecos... Y sin embargo...

— ¡Pues vamos ganando! — pensé yo al oírlo. — La visita del diablo la ha convertido de incrédula en espiritista.

Y cruzando los brazos debajo del manto, me dispuse a escuchar pacientemente, hasta ver en lo que paraba aquello. Recogióse ella un momento, y prosiguió hablando de este modo:

— No sé si sabrá usted que tuve la desgracia de perder hace seis meses a mi única hermana... Mi pobre Concha...

Dije que sí con la cabeza.

— Era una mujer excelente, inofensiva; pero muy...

Me pareció que iba a decir *fanática*, y la miré fijamente a la cara.

—...devota, concluyó ella, y bastante corta de alcances... En su testamento dejaba por heredero a un sobrino de su marido, y me nombraba a mí su albacea, dejando también a mi arbitrio el número de Misas que habían de celebrarse por su alma.

Aquí me pareció advertir que la Rabina se sonreía imperceptiblemente.

— Yo me cuidé muy poco de esto,—prosiguió

diciendo.— Confieso que hice mal: porque aunque éramos de tan distintas opiniones, yo debí de respetar las suyas... Comprendiéndolo así al cabo, escribí al Cura de la parroquia hace unos quince días, encargándole que dijese diariamente una Misa por mi difunta hermana hasta nuevo aviso... Hoy me levanté temprano como de costumbre, y me puse a escribir de nuevo al Párroco, diciéndole que desde el día de hoy cesasen las Misas.

Al llegar aquí, pareció conmoverse algo la Rabina, y como si tuviese calor, echó hacia atrás la rica cachemira en que se envolvía.

— Estaba escribiendo ahí, en esa pieza contigua, que es mi gabinete... Había terminado ya la carta... muy corta... cuatro líneas; y faltaba solo la firma... Fui a ponerla; pero sentí entonces una impresión desagradable... Una cosa rarísima... Así como una especie de intuición de que no estaba sola... que estaba allí mi hermana, detrás de mí, a mi dere-

cha... He oído que algunas personas sienten en la oscuridad terrores semejantes: me dominé por eso, y firmé la carta sin volver la cabeza... No pude contenerme, sin embargo; y la volví en cuanto solté la pluma... Y esto es lo atroz, Padre... lo que quiero comprender, y no comprendo!

Y la Rabina echó el cuerpo hacia adelante en la butaca, temblando como una azogada, para proseguir muy bajo, como si hasta el sonido de su voz le inspirase miedo.

— Esto no se explica, Padre; pero es cierto; cierto: no me queda duda... A mi lado mismo, pegando a mi misma silla, ví una cosa que no puedo definir, porque parece un prodigio verlo, y sería otro prodigio explicarlo... pero lo ví tan claro, tan claro, como lo veo a usted en este momento... Era una cosa indescriptible; así como una columna de humo amasado con tinieblas... Allí había forma sin materia, sin color; palabra sin voz... y en medio, algo que sentía



LA PLAZA MAYOR EN MADRID.

yo ser mi hermana... dos ojos, los suyos... su mirada triste, tristísima, que parecía implorar algo, con dos lágrimas de fuego que le caían cara abajo... Me levanté con tal ímpetu, que el sillón fué a dar contra los cristales, haciéndolos trizas... Entonces se alargó la sombra hasta llegar a la mesa, y con la punta de aquella oscuridad tocó el papel y borró la firma...

La Rabina sofocó una especie de gemido, y se dejó caer extenuada en el respaldo de la butaca, envolviéndose en su cachemira, y tiritando de frío ó de espanto. Yo no volvía de mi estupor al oír aquella singular historia, y sentía también algo de los desfallecimientos del miedo.

— ¿Pero no sería eso alguna ilusión?— dije sin embargo.— Quizá usted misma borró la firma al levantarse, con los picos de ese mantón ó con el roce de la manga...

— ¡No, no, no!— gritó la Rabina.— El mantón no lo tenía puesto... Las mangas... ¡Vea usted!

Y extendió con fuerza ambos brazos, mostrándome las ajustadas mangas de una bata de tafetán gris, con vueltas de blanquísimo encaje, en que no se descubría mancha de tinta ninguna.

— ¡Eso es lo que me aterra!— añadió, sin tratar ya de ocultar su miedo.— Eso es lo que quiero saber... ¿Cree usted posible que el alma de un muerto venga del otro mundo a impedir que le acorten los sufragios?...

— ¡Sí, señora!— respondí yo con firmeza.— Lo creo posible; pero no lo juzgo probable... Lo creo posible, porque en el poder de Dios cabe todo, y si usted me concede que Dios existe, no me puede negar sus atributos; y si no me niega sus atributos, tampoco me puede negar que los ejerza... No lo creo probable, porque para lograr sus fines, se vale Dios ordinariamente de medios naturales; porque lo sobrenatural es muy raro, extraordinariamente raro, y se confunde a menudo con cosas naturales,

pero desconocidas; ó mejor dicho, ni siquiera desconocidas; tan sólo ocultas, y a veces hasta vulgarísimas... Y si no, ¿dígame usted, señora... ¿padece usted de insomnios...? ¿Durmió usted bien la noche pasada?...

— Siete horas seguidas... Como si tuviese quince años.

— ¿Estaba usted impresionada, nerviosa, con la muerte de su hermana?...

— No, señor... Mi hermana era una mujer muy vulgar: en nada congeniábamos, y me preocupó muy poco su muerte... Y si no me impresionó en el momento, ¿cómo me iba a impresionar hasta ese punto, al cabo de seis meses...?

— Pero cuando empezó usted a escribir esa carta, ¿tenía remordimiento de no cumplir la voluntad de la difunta...?

— ¿Remordimientos?— gritó la Rabina saltando en la butaca.— ¡Ninguno...! Lo único que sentía era



JOVEN CRISTIANA EN LAS CATACUMBAS.
(Cuadro de Sichel.)

pena de haber gastado en Misa aquel dinero, que me parecía mejor empleado en darle a los pobres, ó... en tirarlo por la ventana...

Imposible es describir el acento de espantosa convicción y la especie de diabólica rabia con que pronunció la Rabina aquel — ¡tirarlo por la ventana! — Embargóme al oírlo un doble sentimiento de terror y de lástima: dijela sin embargo:

— Pero a lo menos pensaría usted entonces en su hermana... Tendría siquiera pesar de que no cumplía sus deseos.

— No, señor: en nada de eso pensaba... Había escrito antes otra carta para París de mucha importancia, y de tal modo me preocupaba lo que en ella decía, que me equivoqué tres veces en las cuatro líneas que escribí al Párroco... Ni siquiera tenía idea de que allí se trataba de mi hermana...

— Pues si la ilusión no consiste en eso, puede consistir en algún otro fenómeno físico... ¿Entran las luces directamente en ese gabinete...? ¿Puede efectuarse en él alguna ilusión óptica, quizá algún fenómeno de espejismo?

— No lo creo... Pero aunque así fuere: ¿cómo me explica usted que un fenómeno de espejismo borre la firma de una carta? ¿Venga usted...! Allí está todavía... Examinela despacio; que ella nos sacará de dudas.

Y la Rabina se puso de pie, erguida y chispeante, como si quisiera desafiarme.

Los papeles se habían trocado: yo parecía el incrédulo, y ella la creyente, luchando por convencerme del prodigio.

— ¿Pero usted no ha examinado después la carta?

— No, señor... No he tenido valor para mirarla...

Estuve por decirle que a mí también me faltaba: pero arrastrado por la fuerza de las circunstancias, me adelanté hasta la puerta del gabinete: allí nos detuvimos los dos, silenciosos, azorados, como los tebanos ante la esfinge. Era la pieza un pequeño *boudoir* elegantísimo, pero del mismo gusto anticuado de su dueña, que conservaba en todas las modas de su época. Veíase en el fondo un pupitre atestado de papeles, y sobre él una cartera de escribir con incrustaciones de nácar: en el centro de ésta se destacaba un pliego de papel de carta, en que pude distinguir desde lejos algunas líneas escritas, y una mancha horizontal, larga y estrecha por debajo.

La Rabina cogió el papel, haciendo un esfuerzo violento, como si tocara a una culebra, y me lo puso en la mano... La firma estaba, en efecto, borrada: examinela atentamente por el derecho, por el revés, al trasluz, al tacto...

¡Ah! la Rabina tenía razón: no era aquella una mancha de tinta: no había borrado la firma el roce descuidado de un mantón, ni tampoco el frote de una manga. Era una mancha oscura, del matiz del cuero, idéntica en el color y en lo quebradizo a la huella tostada que deja sobre un papel el contacto de algo candente...

Miré entonces a la Rabina: estaba apoyada en el quicio de la puerta, pálida como un difunto. Yo sentía frío en el paladar, y el papel temblaba en mis manos...

Salimos del gabinete y hablamos mucho, mucho... Realmente era el diablo aquella mujer: pero un diablo de muchísimo talento.

IV

Tres años después, hallándome yo en tierra extranjera, recibí por el correo una esquela de defunción. Era de Doña Adela de M**, muerta en X** el 24 de Abril de 18** *después de recibidos todos los Santos Sacramentos*. La esquela no hacía mención de parientes ni amigos: sólo el *Director espiritual* convidaba al entierro.

Me apresuré a encomendar a Dios el alma de la difunta; mas no era sólo caridad lo que me inspiraba mis sufragios. Por tres veces desperté aquella noche, y ninguna me atreví a abrir los ojos: parecíame siempre que iba a ver en la oscuridad del aposento aquellos dos ojos tristes, tristes, que miraban implorando algo: aquellas dos lágrimas de fuego que corrían en silencio por mejillas vagas, borrosas, como de humo amasado con tinieblas...

LUIS COLOMA, S. J.

(Del *Mensajero del Corazón de Jesús*.)

UNA CONVERSIÓN



De Santander escriben lo siguiente:

«El Señor acaba de consolarnos con la noticia de la muerte edificante de un médico joven, a quien conocíamos y queríamos por su bondad, y por la solicitud con que atendía a los pobres en un reducido hospital, poco

distante de esta ciudad, que corre a cargo de las Hermanas de San Vicente de Paúl.

Era el mencionado joven un sujeto en quien se fundaban legítimas esperanzas por su ciencia y por las muchas simpatías que supiera atraerse con su conducta. Solamente a sus amigos católicos inquietaba una cosa: el joven médico no sólo no era cristiano práctico, sino que hasta había olvidado las oraciones que aprendiera en los días de su infancia de labios de su madre.

Nuestro joven enfermó, y a pesar de que se le veía morir, como vulgarmente se dice, nadie era osado hablarle de confesión, temiendo espantarlo.

Las Hermanas del hospital rogaban por él y le hacían frecuentes visitas, que el enfermo recibía con deferencia y gratitud. Animadas por este recibimiento, y confiando en el favor del cielo, tomaron a su cargo hablarle de confesión, y anticipadamente le ofrecieron una medalla de Nuestra Señora de Lourdes, para que la Inmaculada Virgen se dignara mover aquella alma a penitencia. El joven médico aceptó la medalla, y contestó a las Hermanas cuando le hablaron de confesión que, como no tenía fe, era completamente inútil cuanto le dijeran para moverle a confesarse.

Confiando en el auxilio de Nuestra Señora de Lourdes, las Hermanas insistieron, proponiéndole una conferencia con un Padre Capuchino, muy estimado en el país.

— Bien está, las contestó: con gusto recibiré al Religioso, pero es inútil que me hable de confesión, No puedo confesarme.

Confiando en la Madre de Dios, en cuyas manos pusieran aquel delicado é importante negocio, las Religiosas salieron del aposento del enfermo, y avisaron al Padre Capuchino. Mientras tanto, la Virgen Inmaculada de Lourdes, obrando en el alma del infeliz ateo con misteriosa eficacia, le movió a tener a solas la conferencia en cuestión. A este fin, llamando a su hermana, la dijo:

— Así como llegue el Padre hazle entrar sin dilación, y déjame solo con él.

Así se hizo.

La visita y la conferencia fué tan larga, que se pasó en ella toda la mañana, empleada por el Religioso en refutar las objeciones del incrédulo. Este había quedado completamente desarmado, pero no del todo convencido. Para no fatigarle en demasía, el P. Capuchino se retiró, diciendo al enfermo que volvería a visitarle, y añadiendo:

— Todavía no quiere usted confesarse; pero esto vendrá más tarde.

Esperaba que la Virgen Santísima alcanzaría al joven médico la gracia necesaria para que fructificara la semilla celestial acabada de sembrar.

Y no esperaba en vano, porque apenas hubo salido el Religioso, el enfermo, sintiéndose interiormente movido a meditar, llamó a su hermana y la dijo:

— Necesito estar solo; no permitas, pues, que nadie entre a verme.

Las órdenes del paciente fueron cumplidas, y pensando que aquellos eran momentos decisivos, muchos rogaban fervorosamente para que la gracia diera sus frutos.

No fué largo el recogimiento del enfermo, quien poco después, completamente trocado, dijo a su hermana:

— Sin demora llama al Padre. Necesito confesarme: no quiero morir sin antes haber recibido los Santos Sacramentos. Conozco que hasta que los haya recibido faltará la paz a mi espíritu.

Pensando darle gusto, la hermana le dijo:

— Avisaré al Padre: pero si te parece le rogaré no dé gran solemnidad al acto, para que éste te impresione menos.

— ¿Y por qué? — objetó con energía el enfermo. — Muy al contrario, hermana mía, deseo que todos sepan que muero como buen cristiano: quiero dar satisfacción y reparación pública a Dios y a los hombres.

El joven enfermo, antes empedernido ateo, gracias a la inagotable misericordia de Nuestra Señora de Lourdes, recibió los Santos Sacramentos con la fe y el fervor más vivos y edificantes.

Hubiérase dicho que era un San Luis Gonzaga. El que poco antes miraba con tal indiferencia los objetos religiosos quería en aquellos momentos estar siempre rodeado de ellos; y tomando el Crucifijo y la medalla de Nuestra Señora de Lourdes, los besaba con sin igual ternura, amor y confianza.

— Venga usted — decía a una Hermana de la Caridad que estuvo a visitarle; — venga usted y recuérdeme los puntos de la doctrina cristiana, pues los tengo olvidados. Enséñeme particularmente el rezo del Rosario.

Y con un ardor seráfico repetía las oraciones del Rosario, que la religiosa le enseñaba.

Sus buenas resoluciones fueron de día en día corroborándose, y durante las tres semanas que se prolongó la enfermedad edificó a cuantos se le acercaron con su resignación cristiana, su paciencia en los dolores y las efusiones de su piedad.

Llegado el momento supremo, como quiera que su inteligencia poseía toda la claridad de sus mejores días, repetía a menudo, hablando con los que le rodeaban:

— Rogad por mí.

Y levantando el corazón al cielo, añadía:

— ¡Dios mío, tened misericordia de mí! ¡María, valedme!

Muchos amigos del moribundo, postrados de rodillas en derredor de la cama, oraban fervorosamente por él, sin tener ningún respeto al *quid dirán*: y verdaderamente era esto admirable, porque aquellos eran de los amigos que tampoco creían cuando el moribundo gozaba de buena salud.

El joven médico espiró apaciblemente en el ósculo del Señor, y su conversión fué el motivo de la conversión de sus amigos, que desde entonces se han trocado, de hombres sin fe ni prácticas, en fervorosos creyentes.*

Siempre las obras prodigiosas de Nuestra Señora de Lourdes tienden como primer fin a la conversión de los pecadores, por los cuales recomendó con tanta instancia la oración y el sacrificio.

EPIGRAMAS

A MI RESPETADO Y QUERIDO AMIGO EL RVMO. P. D. JOSE DEAS, ABAD DEL MONASTERIO DE RELIGIOSAS BENEDICTINAS Y RECTOR DEL COLEGIO DE MENORES DE ULTRANAR, DE MONTERRAT.

(Traducción de dos epigramas de Nuestro S. P. León XIII.)

I

Contra la esperanza de los impíos, no se verá nunca interrumpida la serie de los Romanos Pontífices.

Arrojado del solio, dura cárcel
Cierra el paso a un León, y entre cadenas
Su esplendor yace antiguo y poderío.
¡Ha caído! rugiendo de coraje,
Grita el impío, de su triunfo ufano...
Vana esperanza: sobre pueblos dóciles
Leyes otro León dicta sagradas;
Reteniendo del Orbe el sumo imperio.

II

Profecía del triunfo de la Iglesia.

Oid, pueblo, oid el vaticinio
Del Pontífice sumo. — Ya aparecen
Luces brillantes en el alto cielo;
El caos transformado en claro día.
A su vista de súbito espantados
En el tártaro se hunden los horrendos
Mónstruos que al cielo apellidaron guerra.
Mas aunque a Dios infieles, mal su grado
El portento confiesan, y su crimen
Con llanto lavan. Cesan las discordias;
Cesa la guerra, y en muy dulce lazo
Junta el amor los pechos. Reflorescen
La piedad primitiva, las virtudes,
La paz hermosa, el pudor casto é ingenuo.
Arrojada muy lejos la caterva
De herejes y heresiarcas, ya la antigua
Ciencia dirige a los itálicos pueblos.
¡Oh bella Amonía! por tus muchos triunfos
Eres esclarecida y prepotente.
Te muestras ante el mundo en tu cultura,
Y en la cristiana fe de tus mayores!

ISIDORO DE LOPE Y MORAL, Pbro.

EL SACERDOTE

(Traducción de Olivier des Armoises.)

«...En el centro del campo de batalla;
Junto al soldado en el violento choque;
Cuando la muerte a la espantada vida
Persigue sin piedad en sus rencores,
Y moribundos mil llenan sangrienta
La tierra por doquier; cuando los héroes
En tan terrible instante son verdagos

* Del libro *Album infantil*, que muchos de los más importantes colegios han elegido para premios en los actuales exámenes.

O víctimas; en cuadro tal de horrores,
Junto al muerto insepulto y desdénado,
Cuyo abandono hace temblar al orbe,
Al lado de olvidado moribundo.
Sólo se ve caritativo á un hombre...
Un hombre que al combate marcha inerme
Con supremo valor: el Sacerdote.

Cuando la peste diezma á los humanos
Que aterrados contemplan sus horrores,
Y no hay hermanos ya, deudos ni amigos,
Y el hombre con terror huye del hombre;
Cuando la voz del prójimo se olvida;
Cuando hay madres acaso que abandonen
Al hijo de su amor ante el peligro,
Un hombre le acompaña: el Sacerdote.

Y cuando el mundo de su seno lanza
Algún gran criminal, sin que perdone
Juez inflexible el crimen, y al verdugo
Le entrega al fin; si rígidos entonces
Amigos y parientes le abandonan
Y afrentoso cadalso le recoge,
Un amigo le queda, á quien acaso
Insultó anteriormente: el Sacerdote. *

OSSORIO Y BERNARD.

LA AUTORIDAD Y LA LIBERTAD.

No hay sino un modo de defender la autoridad y es el de someterse á ella.
— La autoridad deja de serlo, si no es soberana.

— Hay quien pretende poder ensanchar ó restringir á su sabor la autoridad; aplicarla, según los tiempos y lugares; acomodarla á las miras de los hombres y hacerla servir á sus designios. Esto es ser ministro de la autoridad, y dejarla reinar, pero no gobernar.

— La libertad consiste en hacer lo que se quiera, haciendo lo que se debe.

— La libertad es, en todo, hija de la autoridad, lejos de ser su rival.

— No es la autoridad el enemigo de la libertad, sino la tiranía.

— Toda sumisión legítima nos pone en participación con la autoridad, y por ella con la libertad.

— El hombre es siempre dependiente, porque es un ser creado; y solo es un ser libre, cuando es un ser sumiso.

— La sumisión es la palanca de la libertad.

— El cristianismo no es la libertad, sino porque es la autoridad; y en el mundo no se engrandeció la libertad, sino por su sumisión á la autoridad libertadora de la Iglesia.

— Permanecer fuera de la autoridad, es negarla. ¿Qué será ponerse sobre ella?

— Cuando más se lleven, á la última expresión, los términos de respeto y alabanza á la autoridad, más se agrava al atentado que se comete contra ella, no obediéndola.

— Entre todos los ataques que se han dado á la autoridad de la Iglesia, no conozco otro más pernicioso que el que procede por respetos.

— La fe implica la autoridad, porque es hija de la sumisión.

— El principio supremo del protestantismo es excluir toda autoridad.

— Hay que levantar la verdad de la autoridad, por la autoridad de la verdad.

— Entre las preocupaciones que estremecen al mundo, la más falsa y la más desastrosa es la de no considerar la libertad sino razón inversa de autoridad.

— Siendo la libertad el movimiento de la misma vida del hombre, según ese falso juicio no sería más que un esfuerzo continuo contra la autoridad.

— El continuo conflicto de la libertad contra la autoridad debería producir necesariamente la disolución.

— En el círculo de la fe, la autoridad aprovecha á la libertad: en el campo de las opiniones, que se extiende fuera de este círculo, la libertad aprovecha á la autoridad.

— El ejercicio de la libertad supone un objeto, una materia en que ejercitarse.

— La libertad de comer, sin alimentos sería vana, tal sería la libertad de la inteligencia sin la verdad, que es un alimento, y sin la autoridad que se lo proporciona.

— La libertad de que tanto se envanecen los protestantes no es más que la libertad de engañarse y forjarse ilusiones.

— Los protestantes se han limitado el campo ellos mismos, separando la parte ocupada por la

enseñanza de la Iglesia, únicamente porque esta autoridad lastima su libertad.

Como la verdad no está sino en la Iglesia, los protestantes no han guardado para sí más que la porción en donde no se encuentra la verdad.

— Más solícitos por la libertad que por la verdad, los protestantes se privan de ésta por aquélla, antes que deber nada á la autoridad.

— Siendo la verdad el fin de la libertad de pensar, y no siendo accesible la verdad sobrenatural, sino por el auxilio de la autoridad, por querer más libertad se quedan sin ella.

— La Iglesia, en cuanto es autoridad, lejos de limitar, abre el campo de la verdad.

— La libertad no es sino el desarrollo del espíritu en la verdad, y por la verdad, de la cual es la autoridad depositaria y dispensera.

AUGUSTO NICOLÁS.

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

La colecta para Su Santidad verificada por las señoras de Madrid asciende á la cantidad de 51.000 duros, y ha sido girada ya á su destino.

La reina Doña Isabel y el rey D. Francisco regalan á Su Santidad un precioso tríptico, en el cual descuellan hermosas pinturas del afamado pintor del siglo xv, Alberto Durero, representando la pasión de Jesús.

En el frontón de esta obra de arte se ve el escudo de León XIII, y á los lados las cifras de Doña Isabel y de D. Francisco de Asís con la corona Real.

El día 5 hizo entrega la Comisión diocesana de Barcelona de la interesante obra de arte que aquella Diócesis regala á Su Santidad y que es al propio tiempo símbolo de las glorias catalanas, muestra de adhesión á Su Santidad, y prueba de lo adelantadas que se hallan las artes en Barcelona. En aquel acto leyó una interesante Memoria el Sr. D. Joaquín de Font, en la que decía refiriéndose á la obra que se iba á exhibir en el Palacio Episcopal:

* Aquí está el facsímil de la silla de D. Martín de Aragón, fielmente reproducida por un acreditado artífice, y veréis también que para acompañar á esta joya con su debida grandeza, se construyó una severa gradería de madera de olivo, como símbolo de paz, de la cual se levantan dos riquísimas columnas de bronce dorado, que sostienen un fondo-tapiz, obra maestra en bordado, y un dosel tan rico que obliga á esta Comisión á repetir las gracias al tan inteligente cuanto activo artífice que lo regala. En ese fondo podréis ver, además del escudo de Su Santidad, el de Nuestra Señora de Montserrat y de las Mercedes; y en el dosel, y bordado con sedas, un medallón con la Virgen de las Mercedes, San Pedro Nolasco y San Raimundo de Peñafort, tan primorosamente ejecutado, que bien puede competir con la más acabada acuarela.

* Vuestro escudo de armas y el de la ciudad completan la heráldica de tan artística cuanto importante parte del Trono, cuya silla se encuentra colocada sobre una rica alfombra, y tiene á sus pies, como indicando que la Diócesis de Barcelona se postra devota y humilde á besar los del Padre Santo, un cojín con el escudo de armas de la ciudad condal.

* Con el objeto de que mientras exista la silla no se pierda el recuerdo de la gran solemnidad que hoy nos congrega, y para que doquiera vaya demuestre palpablemente el acendrado catolicismo de los hijos de esta Diócesis en el último tercio del siglo xix, se han grabado en el facsímil de la silla las siguientes palabras, expresión viva del origen de ella, del destino que hoy tiene en Barcelona y del que se da á la copia:

* SS. DOMINI LEONI PAPAE XIII CATEDRAM ISTAM, CUIUS PROTOTYPUS, OLIM JOANNES II ARAGONIAE REX, NUNC VERO SSIMUS, SACRAMENTUM TRIUMPHI EVENITUR.

* UNIVERSO PLAUDENTE ORBE TANTI PONTIFICIS JUBILEO IN SUPREMAE POTESTATIS AC REVERENTIAE OBSEQUIUM.

* EPISCOPUS, CLERUS POPULUSQUE DIAECES. BARCINONENSIS.

D. O. M.

* ANNO DOMINI MDCCCLXXXVII. *

La prensa Barcelonesa tiene grandes elogios para D. Francisco de A. Carreras, en cuyos talleres se ha construido el hermoso sillal de plata dorada; para D. Antonio Oller é hijos, de cuya casa ha salido el

artístico dosel, de tisú de plata primorosamente bordado; para los Sres. Mestres y Tapis, constructores de las dos riquísimas columnas de bronce dorado que lo sostienen; para el Sr. Llorens y Rius, que lo es de la gradería, de madera de olivo, y para los Sres. Sert y Solá, en cuya fábrica se ha confeccionado la riquísima alfombra que está á los pies de la silla.

La suscripción abierta en la Diócesis de Mallorca para el donativo á Su Santidad, con motivo de su Jubileo Sacerdotal, asciende á 74.676 reales 10 céntimos.

El Patriciado romano ha querido rendir un magnífico testimonio de su fidelidad inquebrantable á la Santa Sede, yendo al Vaticano el día de la Inmaculada Concepción para visitar á Su Santidad y ofrecerle ricos presentes con motivo de su próximo Jubileo. Las familias más ilustres de la nobleza romana se reunieron á este fin en la sala del Consistorio, donde estaban expuestos desde la víspera los regalos destinados al Soberano Pontífice, gracias á los cuidados de la princesa Altieri, la Marquesa Serlupi y otras damas del Patriciado.

Llegado el momento de la audiencia, el príncipe Altieri, en su calidad de presidente del Comité del Patriciado romano, expresó en nombre de todos al Soberano Pontífice los votos que el Patriciado hacía por la ventura del Santo Padre y la prosperidad y esplendor de la Sede Apostólica.

El don colectivo consiste en una magnífica casulla, tan notable por la riqueza de su bordado, como por su perfectísima confección. Esta casulla, que lleva una inscripción conmemorativa, servirá al Padre Santo para celebrar la misa aniversario de su Jubileo.

Entre los regalos particulares ofrecidos por cada una de las nobles familias presentes en la audiencia, señalaremos: unos magníficos ornamentos para el oficio de Tercia, de la familia Borghese; un antiguo tríptico, maravillosa obra de arte, de la familia Altieri; un cáliz y una columna antigua, del príncipe Chigi; dos soberbios sarcófagos, de la familia Patrizi; una casulla bordada en oro y sedas de colores, de bellísimo efecto, de la Sra. Doña Isabel Bucompagni; un magnífico frontal de altar, de los príncipes Giustiniani Bandini; otra casulla de oro y seda, de la princesa de Viano; otra igual del príncipe de Antoni; dos objetos de arte, de la princesa del Drago y del Conde Malatesta; y en fin, una multitud de ornamentos sagrados para todos los ritos, paños de altar y otras ofrendas destinadas al culto divino.

El Padre Santo permaneció bastante tiempo en la sala del Consistorio examinando los varios regalos, y hablando con todos los asistentes, expresándoles la gran satisfacción que experimentaba por esta nueva muestra de adhesión y fidelidad del Patriciado romano.

El Comisario apostólico de los franciscanos de España y sus dominios, y el Director y redactores de la *Revista franciscana*, con los ochenta mil tercetos que firman el Mensaje iniciado por dicha publicación, ofrecen á Su Santidad un pequeño óbolo de cuatro mil doscientos duros, y los quince tomos de la mencionada *Revista*, en testimonio de gratitud y de piedad filial como sumisos y obsecuentes hijos.

Dice un periódico de Málaga que un rico propietario de Riógordo se propone ir á Roma en el presente mes de Diciembre con objeto de entregar á Su Santidad el Papa León XIII un precioso crucifijo, de escaso tamaño, todo de oro macizo, que tiene gloriosa historia, pues perteneció á uno de los más ilustres guerreros castellanos que estuvieron en la guerra de las Cruzadas. Muerto en un combate, el crucifijo pasó á poder de los vencedores, y fué rescatado luego por un hijo de la víctima á un precio relativamente enorme. Así se acredita en un pergamino, de cuya autenticidad no cabe abrigar dudas.

Un médico judío de Comorn ha regalado á Su Santidad un calendario universal, en cuya confección ha invertido veinte años. En este cuadro sinóptico constan los calendarios juliano, gregoriano, hebraico, hebraico-juliano y hebraico-gregoriano.

Escriben de América que con motivo del Jubileo del Padre Santo, el Presidente de los Estados Unidos, Mr. Cleveland, enviará á la Ciudad Eterna á un alto dignatario de la Iglesia Católica con una carta autógrafa para Su Santidad.

Según algunos periódicos americanos, este dignatario será probablemente el Emmo. Cardenal Gibbons, Arzobispo de Baltimore.

La ciudad de Milwaukee, capital de distrito en los Estados Unidos, ha celebrado el Jubileo de Su Santidad con una procesión, á la que asistieron más de 5.000 personas. Las calles y los edificios públicos estaban adornados con banderas pontificias y americanas, y una inmensa muchedumbre se oprimía en el tránsito para contemplar el paso de la procesión.

Según dicen de Bélgica, el día 16 tuvo lugar una reunión de los estudiantes de la Universidad Católica de Lovaina para tratar de la celebración del Jubileo de Su Santidad.

M. Van Gersdade, Presidente de la sociedad de estudiantes, dió lectura á un Mensaje dirigido al Sumo Pontífice. Mons. Cartuyols, Vicerrector de la Universidad, pronunció un bellísimo discurso, en el que manifestó cuán imponente espectáculo ha de ser el que ofrezca el mundo católico desfilando á los pies de la Cátedra Apostólica y ofreciendo á León XIII riquezas sin número. En seguida anunció á la reunión que en las fiestas del Jubileo el rey estará representando por el duque de Ursel y su secretario Raoul de Lari; los católicos belgas por Mons. el Arzobispo de Malinas, y la Universidad de Lovaina por su rector Mons. Abbeles y los catedráticos Lefèvre, Descamps y Helleputte.

En Carlsruhe, capital del gran ducado de Baden, se ha constituido un comité de festejos presidido por M. Regenauer, Presidente del Consejo de Ministros.

Todas las Asociaciones católicas de la ciudad tomarán parte en esta fiesta, que tendrá lugar el 26 de Diciembre. Además, habrá el 1.º de Enero fiestas especiales en todas las localidades del gran ducado que tienen Ayuntamiento católico.

Monseñor Marango, Arzobispo de Atenas, ha llegado á Roma encargado de poner en manos de Su Santidad una carta autógrafa del rey de Grecia felicitándole con ocasión de su Jubileo; y además es portador de ininidad de regalos que los católicos griegos dedican á Su Santidad.

La casa Armand-Callan, de Lyon, ha entregado ya la cruz pastoral que su alteza el príncipe Carlos III de Mónaco ofrecerá á Su Santidad León XIII con motivo de su Jubileo.

La abundancia de piedras preciosas que adornan esta cruz magnífica y lo artístico del trabajo hacen de ella uno de los más ricos presentes que han de admirarse en la próxima Exposición Vaticana.

Los Capellanes secretos de Su Santidad fueron admitidos en la mañana del domingo á presentar sus homenajes al Padre Santo, con motivo del Jubileo, y le ofrecieron un magnífico *In pace*, de artístico y maravilloso trabajo, adornado con una inscripción conmemorativa.

Tocan á su término los trabajos de los diversos artistas que tienen á su cargo la construcción del Trono que la Diócesis de Barcelona ofrece á Su Santidad como regalo particular con motivo de su próximo Jubileo Sacerdotal, y pronto se expondrá al público una joya que, según noticias, es de tan buen gusto como riqueza.

El día 29 de Noviembre próximo pasado llegó felizmente á Roma y fué entregado al Com. Don Felipe Folli, Presidente del Comité de la Exposición Vaticana, la expedición primera de los regalos ofrecidos á Su Santidad por la mayoría de las Diócesis de España, que salió de este puerto el 16 del mismo mes en el vapor *Gyptis*. Según noticias, el muy Ilustre Sr. D. Francisco de Pol, Vicepresidente por España del Jubileo Sacerdotal de nuestro Santísimo Padre, está organizando una segunda remesa, de la que formarán parte importantes donativos de las Diócesis de Barcelona, Vitoria, Santiago, Burgos, Valladolid, Granada, Sigüenza, Segovia, Almería, Seo de Urgel, Coria, Jaén y Tenerife.

Del Boletín oficial de Cádiz:

«Hemos tenido ocasión de ver un precioso amito, obra verdaderamente artística, que las alumnas del Convento de la Enseñanza de San Fernando envían á Su Santidad para la próxima Exposición en el Vaticano.

Ricammente bordado en holanda, en blanco y al *lawn*, contiene en el centro una corona de espinas, y dentro de la misma el Cordero con el libro de los sellos, y sobre aquél una cruz, orlando, así al Cordero como á ésta, flores con espigas y racimos de uvas con pámpanos.

Fuera de la referida corona aparecen alrededor

bordados igualmente los atributos de la Pasión, ostentando delicadísimos calados.

Más hacia los extremos hay en todo el contorno del amito una preciosa guirnalda de flores, y en los cuatro ángulos llaman la atención, bordados al *lawn*, otras tantas imágenes que, más bien que bordadas, parecen dibujadas, representando al Señor en la oración del huerto, con la cruz á cuestas, crucificado, y la Santísima Virgen en su soledad.

Por último, un delicadísimo encaje, hecho igualmente á mano, termina esta artística y valiosa joya, que seguramente está destinada á llamar la atención de los católicos que visiten la Exposición Vaticana.*

BIBLIOGRAFIA

Colección de poesías inéditas del Ilmo. Sr. D. Antonio García del Canto. — Salamanca, 1887, imp. de Hidalgo.

La distinguida escritora Doña Josefa Estevez, viuda de García del Canto, ha dado á la estampa, como homenaje póstumo de amor á su esposo, muerto el año último en Salamanca, un volumen perfectamente impreso y cuya lectura permite apreciar las altas condiciones de poeta que tuvo aquél. La primera parte del libro la constituye numerosa colección de sonetos, alguno de los cuales es de subido mérito; la segunda, poesías de diferentes géneros, inéditas en su mayoría, y la leyenda religiosa *El Misionero*; la tercera la comedia *La palma de los maridos*, y el drama *La campana de la aurora*.

La colección de poesías del Sr. D. Antonio García del Canto es merecedora de plácemes y alabanzas, que deben hacerse á la viuda del autor, feliz cultivadora, como él, de las letras patrias.

Discurso leído en la apertura de la Academia teórico-práctica de la Facultad de Derecho en la Universidad de Zaragoza, por el Dr. D. Angel Sánchez-Rubio Ibáñez, Marqués de Valle-Ameno, Catedrático de Economía y Hacienda pública. — Zaragoza, 1887, imp. de Arillo.

El docto Catedrático de la Universidad de Zaragoza formula en este Discurso su criterio acerca de la utilidad de las Academias de Derecho y de las condiciones en que éstas deben funcionar, para que respondan á los levantados fines que soñaron sus iniciadores.

El movimiento continuo infalible y la dirección de los globos, por Gregorio J. de Ugaldesabianar, Abogado. Bilbao, 1887, imp. de Astuy.

Agradecemos al autor los ejemplares que de su folleto se ha servido remitirnos, lamentando que nuestra incompetencia en semejante índole de trabajos nos impida emitir opinión acerca del suyo.

Narraciones de cuartel, por Enrique Ceballos Quintana. — Madrid, 1887, imp. de Montegrifo.

El Sr. Ceballos Quintana, autor de numerosas obras militares, dramáticas, poéticas y de educación, ha aumentado el catálogo de las mismas con la titulada *Narraciones de cuartel*. Contiene, además de una copiosa colección de *Cantares*, cinco poesías con los títulos de *La leyenda del guardia*; *El artillero*; *Consejos de un veterano*; *A la guerra*, y *El héroe de filas*, y en todas ellas, además de la profunda moralidad y buen gusto que distinguen al autor, resplandece el espíritu de subordinación y disciplina tan necesario al soldado, y el noble deseo de apartarle, mediante sanas y provechosas lecturas, de las que hoy le ofrecen las corrientes modernas. El librito del Sr. Ceballos sólo cuesta 75 céntimos, y se halla á la venta en las principales librerías.

Homenaje á León XIII, Papa Rey, en el 50.º aniversario de su ordenación sacerdotal, por D. León Carbonero y Sol, Decano de la prensa católica y Director de *La Cruz*. — Madrid, 1887. — Imp. de Sucesores de Rivadeneyra.

El distinguido Decano de la prensa católica de nuestra patria, D. León Carbonero y Sol, ha dado brillante testimonio de su adhesión al Pontífice, consagrando al mismo, en las fiestas del Jubileo, un hermoso volumen de interesante y oportuna lectura. No destinándolo á la venta pública, para que no pierda su carácter de obsequio especial á Su Santidad, el Sr. Carbonero sólo ha hecho tirar setenta ejemplares de su obra, lo que acrece nuestra gratitud por el que se ha servido dedicarnos. Recibido en los momentos en que debe entrar en prensa el presente número, y sin espacio para consagrar á su examen todo el que merece, nos limitaremos á reproducir el índice de las materias que abraza, y es el siguiente:

Dedicatoria. — Anobiográfico ó vida de León XIII, escrita por el mismo. — Fastos de León XIII desde 1810 á 26 de Noviembre de 1887. — Su elección y exaltación. — Su coronación. — Las siete maravillas realizadas en su elección. — *De ratione vite in Pontificatu degendo*, escrita por León XIII. — Fisonomía y carácter de León XIII. — Su método de vida y ocupaciones. — Sus antepasados. — Su escudo nobiliario y su simbolismo. — Maestros de León XIII. — Devoción especial de León XIII y su familia á N. S. P. San Francisco de Asís. — Catálogo cronológico de sus Encíclicas. — Su celo por la gloria de los Santos. — Catálogo de los Venerables, Beatos y Santos de cuyas causas se ha tratado en el Pontificado de León XIII. — Progresos de la iglesia católica en América durante su Pontificado. — Su virtud y ciencia. — Su caridad. — Su munificencia. — Escritos de León XIII. — León XIII y la literatura. — León XIII y su celo por la restauración de los estudios históricos. — Sus poesías. — Juicio crítico de las poesías de León XIII publicado en *La Voz de Méjico*. — Idem en varios periódicos españoles. — Idem de O'Reilly en su *Vida de León XIII*. — León XIII poeta clásico latino; juicio crítico de Don León Carbonero y Sol. — Obra histórico-filosófica consagrada á León XIII, y escrito para solemnizar su Jubileo Sacerdotal. — Tres circunstancias notables que concurren en León XIII. — Imitación oriental á León XIII.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Cartón de musgo. — En la fábrica de papel de Yokoping se elabora una pasta para hacer cartón, molduras, muebles y gran número de objetos diversos, empleando como primera materia los líquenes y musgos que tanto abundan en Suecia y en Noruega.

Se lavan las materias vegetales en un gran depósito, y después se agrega el 3 por 100 de una mezcla de resina y sosa, vertiendo agua encima hasta formar una pasta, que se prensa, pasándola entre cilindros y se le añade 20 por 100 de arcilla y materias colorantes. Todo bien mezclado sirve para fabricar los objetos expresados, que se obtienen en moldes con una prensa poderosa.

Bronce á prueba de ácido. — El Sr. Reitz ha descubierto una aleación de bronce inatacable por los ácidos y álcalis, la cual puede emplearse en los casos en que ahora se recurre á la porcelana, cristal y otros materiales, que si no son atacables por los ácidos, son en cambio muy costosos y están expuestos á romperse. La aleación se compone de cobre, plomo, zinc y antimonio, precisamente de metales ya empleados en la composición de bronce, solamente que, según el método del Sr. Reitz, varían las proporciones de la mezcla, la cual debe ser de 15 partes de cobre por 3 de cinc, 2 de plomo y una de antimonio. Esta aleación se trabaja como las demás de su clase y se emplea en la fabricación de productos químicos para diversos aparatos.

Clarificación del agua turbia. — En una solución de 43 por 100 de cloruro férrico y 57 por 100 de agua se sumerge una hoja de papel de filtrar, el cual se deja secar cuando queda bien impregnado; en otra solución de 43 por 100 de bicarbonato de sosa y 57 por 100 de agua se sumerge otra hoja de papel de filtrar, el cual, como el anterior, se deja secar después de una completa impregnación. La primera de estas hojas se introduce en el agua turbia, la que algunos minutos después toma un color amarillo por la presencia de la sal de hierro. En seguida que toma el color indicado y sin sacar la primera hoja, se introduce la segunda, que da al agua un color oscuro, dando lugar á la formación inmediata de carbonato férrico, cuya sustancia absorbe por completo todas las impurezas del agua por sucia y fangosa que esté, quedando cristalina y potable.

Valor de las tierras cultivadas. — Según la estadística inglesa, el valor del terreno cultivado en Europa representa la enorme suma de 320.450 millones de libras esterlinas. El capital empleado en el cultivo es de 45.250 millones y el de rédito anual de 64.450 millones. De todos los países de Europa, Francia ocupa el primer lugar por el valor de la tierra, que es de 80.000 millones de pesetas, y la producción anual que equivale á 9.000.500.000. Sigue Inglaterra en que el terreno representa un valor de 62.000 millones de pesetas y producción de 9.000 millones aproximadamente. Alemania ocupa el tercer lu-

gar con 50.000 millones de pesetas en tierra cultivada y una producción de 8.000.500.000. Rusia ocupa el cuarto lugar, Austria el quinto é Italia el sexto, siguiendo casi con iguales cantidades en capital y créditos nuestro país.

Procedimiento para dar color al hierro. — El *Mettallarbeiter* indica lo siguiente: Se hace una mezcla con una solución de 140 gramos de hiposulfito de sosa en un litro de agua, y otra de 35 gramos de acetato de plomo en un litro de agua, se calienta hasta la ebullición y se sumerge la pieza de hierro, que adquiere una coloración azulada análoga á la que toma recociéndolo.*

Introduciendo objetos de hierro en azufre derretido y un poco de hollín, se forma una capa negra de sulfuro de hierro susceptible de magnífico pulimento.

La teja contra la pizarra. — Hace algún tiempo ha comenzado en New York una campaña en favor del primero de ambos materiales.

El periódico *The fire and water* (el fuego y el agua) es el porta-estandarte de la cruzada.

El principal argumento en que se apoya es en que la pizarra, sometida á la acción del fuego, se abre en todos sentidos, sobre todo al recibir agua durante un incendio, lo cual no tiene lugar en las tejas. Estas tampoco resbalan sobre sí mismas durante los fuegos, y mientras las tejas duran cuatrocientos y quinientos años, no sucede lo mismo con la pizarra.

Escorias de los altos hornos. — Propone un diario industrial el medio de utilizar las escorias amontonadas alrededor de los altos hornos para la fabricación del mortero empleado en las construcciones. En la composición de las escorias entran silicatos de cal y de alúmina, mezclados en proporciones variables con silicato de hierro, de manganeso y de magnesia. Cuando hay exceso de sílice, las escorias son vídrias, y terrosas si predomina la cal. Estas últimas se convierten en polvo por sí mismas, y por este motivo son las que se han utilizado para hacer morteros; pero se obtendrían mejores resultados con las escorias vídrias, que contienen bastante sílice para sustituir á la arena de los morteros.

Un inconveniente de la luz eléctrica. — El profesor Wiesner, botánico de Viena, ha llamado la atención sobre un inconveniente del alumbrado eléctrico. Se había observado que un gran número de volúmenes de la biblioteca de la Escuela superior técnica se enrojecían de un modo tan pronunciado, que el director de la Escuela rogó al Profesor Wiesner estudiase el fenómeno para descubrir la causa.

La experiencia ha demostrado que se debía esto á la luz eléctrica, pero que sucedía sólo con papel conteniendo sustancias leñosas, como madera, paja, yute, y que dejaba de suceder cuando por un procedimiento químico se quitaba la *lignina* que forma parte esencial de la madera. Este color que toma el papel proviene de un fenómeno de oxidación. A la acción de la luz eléctrica sigue la solar, que obra más enérgicamente que el gas, casi inofensivo por razón de los pocos rayos refrangibles que contiene.

La luz sonora. — Uno de los más recientes y curiosos descubrimientos científicos es que los rayos de luz producen sonidos. Si los rayos del sol se proyectan sobre un objeto de cristal haciéndolos pasar por una lente ó un prisma, de manera que se produzca lo que se llama el espectro solar, á cada cambio de los rayos de luz que llegan al cristal, haciendo girar el prisma ó lente, se oye una serie de sonidos aplicando el oído al objeto de cristal. Es decir, que cada vez que por la descomposición de los colores se proyecta diferentes tintes de luz sobre el cristal, se producen sonidos perceptibles de mayor ó menor intensidad, según los colores.

Cemento de azúcar. — El azúcar de caña mezclado con cal en partes iguales da un cemento excelente, capaz de unir toda clase de piedras de construcción y hasta piezas de cristal.

El químico inglés Thomson asegura, como resultado de numerosos experimentos, que amasando *portland* con jarabe, se obtiene una materia durísima superior á todas las piedras artificiales que conocemos.

Semejante procedimiento era empleado en la India de tiempo inmemorial, pues al derribar algunas fortificaciones inmediatas á Madrás, se observó que la argamasa presentaba caracteres de dureza tan extraordinaria que resistía á los picos de acero, cual si fuera cuarzo puro. Los ingenieros encargados de la demolición analizaron el cemento y comprobaron la existencia de azúcar en el mismo, atribuyendo á esta materia el secreto de la dureza.

El Sr. Thomson también asegura, que amasando el yeso para modelar con agua azucarada de 100 gramos por litro, se obtienen excelentes resultados.

Estuco americano para las paredes. — Este estuco, aplicado en Washington sobre una de las alas de la casa del Presidente, conserva su brillo hace algunos años. He aquí, según *La Nature*, la fórmula de su composición:

Cal viva muy pura.....	17 litros.
Sal blanca.....	6 ídem.
Harina de arroz.....	1,500 kilogramos.
Blanco de España en polvo..	0,225 ídem.
Cola clara.....	0,500 ídem.

La cal se apaga en agua hirviendo y la lechada de cal se pasa por un tamiz fino.

La sal blanca se disuelve en agua caliente y se añade la solución á la lechada de cal pasada por tamiz. Se agrega luego el blanco de España, después la harina de arroz reducida á papilla clara por la ebullición, y por fin se echa la cola igualmente disuelta en agua caliente. A la mezcla de este conjunto de materias se añaden 20 litros de agua hirviendo.

Este estuco se aplica muy caliente, necesitándose unos 70 centilitros para revestir un metro cuadrado de pared.

Conservación del aceite. — Para impedir que el aceite adquiera sabor de rancio por la absorción de oxígeno del aire, basta preservarlo de la acción atmosférica, lo cual se consigue completando las botellas llenas de aceite con una capa de dos centímetros de espíritu de vino puro, y luego se pone el tapón y la cápsula, de modo que la botella quede completamente llena y libre del contacto del aire. De este modo el aceite se conserva sin alteración durante mucho tiempo.

Luz eléctrica barata. — Dice *Le Figaro* de París que todo el mundo habla de sustituir el gas por la electricidad; pero se olvida á qué precio sale hoy el alumbrado eléctrico.

Esto inconveniente desaparece ahora á consecuencia de la reciente invención del ingeniero electricista Sr. Maiche, que ha logrado producir la electricidad y aplicarla al alumbrado con un coste ínfimo.

Sabemos que la electricidad se desarrolla de dos modos: con pilas, que son en realidad hornos en que se quema cinc en lugar de carbón y por aparatos llamados *magneto* ó *dinamo-eléctricos*, que transforman la fuerza motriz, sucesivamente, en magnetismo y en electricidad.

Estos aparatos se componen de diversas piezas sumamente delicadas, principalmente los colectores, que recogen la electricidad mediante escobas metálicas.

La máquina inventada por el Sr. Maiche no tiene colector, escoba, ni conmutador; las piezas son de la mayor sencillez y no se altera la marcha del aparato aun cuando la iluminación se aumente con una ó más lámparas.

Dícese que la producción de la electricidad es tan considerable, que hay que buscar una teoría especial para explicarla, y las disposiciones del aparato son tales, que desaparece todo peligro de incendio; pues no teniendo los conductores solución de continuidad, no se producen chispas.

Los arquitectos que están estudiando ahora el medio de instalar el alumbrado eléctrico en todos los teatros de París creen que ha resuelto el problema el nuevo aparato que, según experimentos comprobados, proporciona una potencia lumínica de 1.000 bujías, con el mismo gasto que con los *dinamo-eléctricos* conocidos hasta el día que dan solo 200.

Modo de platear rápidamente los metales. — El profesor Zinno propone el siguiente medio, para conseguir en diez minutos el plateado de cualquier objeto metálico.

Se prepara una disolución de nitrato de plata, á la que se añade otra de sal común hasta que no aumente el precipitado que se formará en el fondo del vaso; se decanta el líquido sobrante, y á la sal de plata así obtenida, lavada repetidas veces, se añade poco á poco una disolución de 15 por 100 de cianuro potásico, con lo cual se consigue disolver el precipitado, que en seguida se filtra y embotella, guardándolo en sitio oscuro.

Cuando se desea platear, se pone la disolución en una cápsula ó vaso de cristal del tamaño que exija el objeto destinado á ser plateado, que se sumerge, después de bien limpio con agua mezclada con cualquier ácido enérgico, el nítrico por ejemplo, y para que dentro del baño tome dicho objeto la

capa de plata que se desea no hay sino ponerlo en contacto con una lámina de cinc, también muy limpia. Esto bastará para que á los diez minutos quede perfectamente plateada la pieza metálica, que puede hermosearse á poca costa empleando el procedimiento siguiente: junto al baño se tiene una vasija dispuesta con polvo de crémor de tártaro, donde una por una se restregan suavemente todas las piezas, que se enjuagan después en agua clara y se secan con un paño limpio ó una piel de gamuza.

Conviene para secar con más rapidez, sobre todo si hay intersticios ó huecos, meter los objetos en una caja llena de serrín muy limpio y seco, que absorbe pronto la humedad.

Higiene en los derribos. — Se ha observado en Francia que entre los jornaleros que se ocupan en las demoliciones y derribos de edificios viejos es frecuente el desarrollo de fiebres tifoideas, intermitentes, ó enfermedades palúdicas é infecciosas contraídas indudablemente por la influencia de los micro-organismos que existen entre los materiales y que al removerlos se esparcen por la atmósfera.

Para evitarlo, una comisión de higiene ha propuesto las siguientes medidas:

1.ª Rociar los escombros con líquidos que contengan en disolución sustancias antisépticas y desinfectantes, como por ejemplo, sales de cobre, de hierro ó de cinc.

2.ª Regar los muros de los derribos, antes de picarlos, para disminuir el polvo.

3.ª Vaciar las alcantarillas y los pozos negros, secarlos y desinfectarlos con ácido sulfuroso (quemando azufre), y, en general, hacer esta operación en todos los parajes subterráneos donde deban estar algún tiempo los trabajadores.

4.ª Llevar á cabo el avenamiento y la desecación de las cavidades que puedan originarse por efecto de la remoción del suelo.

5.ª Vallar y vigilar con cuidado los derribos á fin de impedir su acceso al público.

6.ª Establecer cantinas, en las que puedan los trabajadores procurarse con poco gasto sopa, vino, y sobre todo café caliente, que no estén adulterados.

7.ª Dar instrucciones á los médicos que habitan en la circunscripción á fin de que en los casos de fiebres tifoideas ó intermitentes que se produzcan, avisen inmediatamente á las oficinas municipales, para que éstas centralicen las noticias y procedan sin retraso á adoptar medidas higiénicas.

8.ª Nombrar una comisión encargada de velar por la buena ejecución de las medidas indicadas, además de las que puedan parecer útiles y de las generales que en tales circunstancias se acostumbra á tomar.

La máquina de fluidos. — He aquí lo que dice nuestro apreciable colega *El Porvenir de la Industria* de un artefacto inventado por el ingeniero señor Rouviere:

Para la demostración experimental de su invento, D. Luis Rouviere ha instalado en la calle de Mallorca un modelo en pequeño de su máquina de fluidos. La caldera, que es sumamente perfeccionada, calienta sólo el agua y recalienta el vapor, evitando así el paso del calor á través del líquido, lo cual exige un aumento en el gasto del combustible. El hogar modificado lanza los productos de la combustión á través de un conducto especial sinuoso, lo cual les obliga á ceder casi todo el calor, saliendo luego después de calentar el agua de alimentación por la chimenea, merced á un ventilador. En el momento en que presenciamos la marcha, el termómetro introducido en la chimenea marcaba para los gases lanzados al espacio 40º centígrados.

El vapor producido pasa á un inyector, especial invento del Sr. Rouviere, el cual, aspirando el agua de un estanque cercano, la eleva y deja caer sobre una turbina, cuyo eje es el árbol primer motor. Casi todo el calor del líquido se ha convertido en trabajo, pues el agua al salir sólo marcaba 20º centígrados, marchando la caldera á 6 atmósferas.

El sistema es, pues, aprovechar en cuanto sea posible el calor; éste, una vez transformada el agua en vapor, lo utiliza mediante la caída del líquido en forma hidráulica. Como se comprende, la máquina de vapor ha quedado eliminada por completo con este sistema.

También tuvimos el gusto de examinar en casa del Sr. Rouviere la nueva forma que ha dado á las lámparas de gas. En un salón de su casa ha montado tres tipos distintos: hace su estudio en el empleo del aire caliente para la combustión. Para ello hace descender 6 ó 8 centímetros los globos, obligando al aire á que descienda y penetre luego en el tubo. Mediante la forma especial que da á éste y la disposición de una platina en el mechero, cambia los tres

tipos que vimos lucir. En uno de ellos la combustión era completa y la luz enteramente blanca.

* No podemos menos de felicitar a nuestro distinguido colega y colaborador por el éxito de sus estudios.

Procedimiento sencillo para fabricar aceite de pepitas de uva.— Merece ser conocido el siguiente, que parece se emplea con éxito en Italia: al salir el escobajo de la prensa, se hace secar y se separan las pepitas con un harnero. Cuando están bien limpias y secas, se muelen como el trigo; cuanto más fina es la harina, mayor es la cantidad de aceite que proporciona. La molienda de ese grano exige un cuidado especial; la primera porción debe tamizarse, volviendo el residuo a la muela y así sucesivamente, añadiendo poco a poco agua en las muelas a medida que se opera este trabajo.

El producto se echa luego en calderas, vertiendo por cada 10 kilogramos 3 litros de agua, la cual se introducirá por un agujero practicado en el centro de la masa y que llegue hasta el fondo del recipiente. Se somete luego el caldero a un calor suave, revolviendo y batiendo la masa constantemente para evitar que se aglomere, y se deja al fuego hasta que la mano no pueda resistir la temperatura.

De esa operación depende el rendimiento de la pasta, pues cuanto más homogénea es mayor la cantidad de aceite.

La harina, aún caliente, se coloca en filtros de franela, se prensa y se continúan las demás operaciones a que se someten los demás granos oleaginosos.

Después del primer prensado, se revuelve y estruja bien la harina con la mano y se vuelve a la prensa.

Cien kilogramos de pepitas de uva, si es bien madura, dan 10 a 12 kilogramos de aceite.

Procedimiento para aumentar la dureza de la madera.— El *Woodworker* da cuenta de un procedimiento por medio del cual se aumentaría hasta tal punto la dureza de la madera, que el pino, por ejemplo, no podría ya rajarse sino por medio de la cuña y de la maza.

Consiste este procedimiento en tratar la madera por el vapor, lo mismo que se hace para encurvar la madera; después se la somete a una presión que la comprime al máximo de 75 por 100 de su volumen primitivo.

Parece que por este medio se consigue que las maderas blandas, hasta ahora impropias para ciertas aplicaciones, como, por ejemplo, la construcción de coches de ferrocarriles, puedan reemplazar con ventaja a la encina y a otras maderas duras.

La parte interesante y verdaderamente nueva de este procedimiento es que, según nuestro colega, la compresión no tiene lugar en el sentido de la aproximación de las fibras, sino al contrario, es decir, que en vez de conservar la madera así tratada su longitud y disminuir su sección, ésta se mantiene invariable, y toda la disminución de volumen se hace exclusivamente a expensas de la longitud.

Parece que la madera tratada por este procedimiento puede ser empleada al cabo de poco tiempo.

Pintura duradera para entarimados.— Se hace con ocre francés, cola y agua en la proporción de veinte partes de la primera sustancia, una de la segunda y diez de agua bien limpia.

Cola para fotografías.— Para unir las pruebas fotográficas a la cartulina aconseja el Sr. Blochouse que se use engrudo de almidón, al cual se haya adicionado de 5 a 6 por 100 de bicarbonato de sosa, preparación que se debe hacer todos los días y emplearla pronto.

Peligro de usar objetos niquelados.— En Austria se ha prohibido la venta de los objetos de cocina niquelados, porque está probado que el vinagre y otros ácidos empleados en la condimentación de las comidas disuelven el níquel y producen envenenamientos más violentos que con el cobre.

NOTICIAS

Su Santidad ha concedido a la insigne Iglesia Colégiata del Sacro Monte de Granada el título y preeminencia de *Iglesia Magistral*.

Este título obliga a todos los Canónigos a ser doctores, a semejanza de los que antiguamente

hubo en la Magistral de Alcalá, fundada por el Cardenal Cisneros, y condecorada con tal distintivo por León X en 1510. También les ha concedido el Papa poder usar mangas en los roquetes en invierno y borlas moradas en los bonetes y solideo.

El día de la Purísima estrenaron dichas borlas los Sres. Canónigos, y en conmemoración del suceso repartieron a los pobres camisas y ropas de abrigo.

La *Voce della Verità* ha publicado las siguientes noticias sobre los trabajos de la Capilla Papal, que se prepara encima del peristilo de la Basílica Vaticana:

«La bóveda está concluida. Brilla de manera extraordinaria por el oro y los grandes rosetones, mezclados con adornos, donde se destacan los emblemas del escudo de León XIII: la estrella, la flor de lis, la rosa y el ciprés. A lo largo de las paredes todas las columnas quedaron ya embellecidas y doradas; los espejos que corren entre las mismas, adornados con mármoles de varios colores, llevan en medio las armas del Sumo Pontífice. Sobre los arcos de las grandes ventanas se ven ángeles de estuco. En la altura, entre un arco y otro, corren festones dorados sostenidos por un genio. En el interior de las ventanas que dan a la Basílica se han dispuesto las tribunas de doble orden muy decoradas. En el fondo de la sala, encima del altar, brilla una especie de inmensa custodia de 18 metros, en medio de la cual sobresale la Trinidad. Al lado del altar se levantará el trono Pontificio. Una tercera parte del sitio será ocupada por la Capilla propiamente dicha, como también por los puestos reservados al Sacro Colegio y a la Corte, quedando lo demás para el público.»

Un año más los obreros de la escuelas de la *Asociación de Católicos* de Valencia que se presentaron a los exámenes de la Económica de Amigos del país han sido honrados por esta distinguida corporación con medalla de plata. Esto habla muy alto en favor de la instrucción esmerada que en sus escuelas da al pobre artesano la *Asociación de Católicos*.

Han abjurado sus errores en la Colegiata basílica de la Seo de Manresa los Sres. D. Luis del Pino y Doña Enriqueta Cullen, profesores y fundadores de la escuela laica, establecida año y medio atrás en aquella ilustre ciudad. La concurrencia al acto fué extraordinaria, y la retractación categórica y nobilísima.

El Sr. del Pino ha pertenecido veinte años a la secta luterana.

Ha jurado el cargo de Senador el Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis de Madrid-Alcalá.

Acaba de hacerse en Roma un descubrimiento interesantísimo.

Según la tradición, San Pedro y San Pablo, después de su martirio, fueron enterrados en su casa, habiéndose construido en el sitio que ésta ocupó la basílica dedicada a ambos santos. Hace un año que D. Germano, Guardián de la iglesia actual, empezó a practicar excavaciones que han tenido completo éxito.

Bajo el enlosado se han encontrado dos cuartos con las paredes cubiertas de pinturas decorativas. Al lado de éstos un salón grande también pintado, y por último, un pasillo estrecho que era sin duda la *fenestella* por donde se veían las tumbas de los dos santos.

Todo ello parece datar del siglo IV; una de las pinturas ofrece la particularidad de ser la representación más antigua que se conoce de una escena de martirio, pues los primitivos pintores cristianos evitaban esta clase de asuntos.

El Sr. D. José Luis Galán de la Osa, libre pensador y redactor del impío papel que con el título de *El Tintinabulum* se publica en Sevilla, ha hecho pública retractación de sus errores entrando en el seno de la Religión católica.

A bordo del vapor *Vizcaya* han salido del Carril para Tánger los Misioneros franciscanos, fray Luis Agrasar, fray José Escoll, fray José Benavides, fray Jesús Iglesias, y el hermano lego fray José Mucica, del Colegio de Santiago.

Dentro de poco tiempo se instalará en Palencia la Congregación de Siervas de María, Angeles de la Caridad, que se dedican, según los fines de su instituto, a la asistencia gratuita de los enfermos en su propio domicilio.

Basta leer el reglamento de esta religiosa Congregación para comprender las grandes ventajas e in-

menso beneficios que han de resultar en pro de los enfermos que por especiales circunstancias no tienen quien, con las condiciones de asiduidad y cariño necesario, les asista en sus enfermedades; condiciones que, digan lo que quieran los detractores de las asociaciones religiosas, no se pueden sustituir sino con el bálsamo santo de la caridad, el cual se encuentra en la Iglesia Católica.

Los grandes resultados prácticos que están dando las Siervas de María en las muchas poblaciones donde se halla instalado este instituto habla muy alto en su favor y es motivo suficiente para que Palencia se felicite de tenerlas en su seno.

En un comercio de Valencia se halla expuesto el artístico álbum que la academia de la Juventud Católica de aquella capital remite a Su Santidad León XIII con motivo de sus próximas Bodas de Oro. Está encuadernado en terciopelo color granate, con adornos y alegorías de oro, plata y esmaltes, conteniendo magníficos trabajos originales en prosa y verso, y varias piezas musicales de sus socios. La primera hoja contiene una bellísima dedicatoria escrita de puño y letra de su presidente honorario el Emmo. y Rmo. Sr. Cardenal Arzobispo de la Diócesis.

Es un trabajo que honra a la distinguida academia y a todos sus socios.

Del puerto de Barcelona ha salido el vapor *Segovia*, que conduce a Civitavecchia la segunda remesa de objetos donados a Su Santidad León XIII por varias Diócesis de España, organizada por la Vicepresidencia española. La expedición consta de 23 bultos, de peso 1.370 kilogramos, correspondiendo a la Diócesis de Coria, tres bultos; a la de Segovia (segundo envío), un bulto; a la de Vitoria, cinco bultos; a la de Valladolid (segundo envío), un bulto; a la de Jaca, un bulto; a la de Urgel (segundo envío), un bulto; a la de Tarazona (segundo envío), tres bultos; a la de Santiago de Compostela (segundo envío), dos bultos; a la de Sigüenza (segundo envío), un bulto; a las de Almería, Granada y Burgos, un bulto; a la de Barcelona (segundo envío), un bulto; y a los Escritores Españoles, que tienen ya reunidos unos mil volúmenes que en la actualidad se están encuadernando, un bulto.

El Cardenal Arzobispo de Valencia ha designado al canónigo Sr. Barbarrós para que represente a la Diócesis en la diputación española encargada de presentar a Su Santidad el Papa León XIII los regalos que hace España con ocasión de las Bodas de Oro.

La Diócesis valenciana ocupa el segundo lugar entre todas las de España en dichos regalos.

NECROLOGÍA

Han fallecido recientemente:
En Sevilla, Sor Mercedes Grau, de la Sociedad de San Vicente de Paúl.
En Mahón, el Maestrescuela de aquella Catedral, Don Juan Pons y Fábregues.
En Plegamans (Barcelona), el Cura Párroco Don José Giralt y Laporta.

JABÓN REAL VIOLET
de THRIDACE 29, 8º de Italia, PARIS
JABÓN VELOUTINE
Recomendados por sus excelentes méritos para higiene de la piel y belleza del color.



ARTÍCULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25
(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS
OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.